PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 428 -- Buenos Aires, Diciembre 11 de 1931 -- Año XI

XXXIV

No. 428 BUENOS AIRES, DICIEMBRE 11 DE 1931 AÑO XI

805
PU
v. 34: 428-440
1931 D-1932 Ma

PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
Publicación Semanal - Aparece los Viernes
EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

PABLO GRENDON, MAESTRO DETECTIVE

Por FRANK KING

OJOS CERRADOS

PABLO Grendon, investigador privado, se dió vuelta en la cama y levantó el receptor del teléfono, que acababa de sonar.

—¡Hola! — murmuró medio dormido. — ¡Hola!

—¿Es usted Pablo? — la voz profunda del jefe de inspectores Dransfield resonó a través del alambre. — Espero que no habré interrumpido su sueño de belleza. Pensé le interesaría saber que Roger Sindall se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿A dónde?

—Al otro mundo.

Pablo Grendon se apartó, con la mano libre, el cabello rubio y ondulado de los ojos. Estaba ahora bien despierto.

—¡Pero es una espléndida noticia, viejo! — contestó con acento alegre. — Cuénteme como fué.

—No sé nada. Me acaban de telefonear diciéndome que lo han hallado muerto en un departamento. Al parecer, asesinado.

—¿Asesinado? Mejor que mejor. Alguien se ha merecido la Cruz de la Victoria. ¿Cómo lo mataron?

—Ya le he dicho que no sé. Voy a ir recién. Holborns Mansions, número once. ¿Viene?

—Estaré allí al mismo tiempo que usted, viejito.

Antes de transcurrir unos pocos minutos, Pablo Grendon se hallaba en un taxi que volaba, como impulsado por la brisa fresca de la mañana, hacia Holborns Mansions. A Pablo le interesaba sumamente la muerte de Roger Sindall. Porque el hombre había sido una úlcera en el rostro de la civilización, jefe astuto de criminales de la peor especie, chantagista, corruptor, distribuidor de drogas. Valíase siempre de terceros a fin de mantener lejos el brazo de la Ley.

Había tenido cuidado y suerte para que nunca lo arrestaran. Pablo esperaba poder hacerlo y, con ligero sentimiento, de pesar se daba cuenta de que alguien lo había derrotado. Pero dominando aquella emoción egoísta, experimentó sincera alegría al ver terminada aquella carrera criminal.

El auto se detuvo en las Holborns Mansions, una gran casa de pisos lujosos. Mientras Pablo pagaba al chauffeur, llegó un auto de la policía, descendiendo de él el inspector Dransfield. Los dos amigos entraron juntos a la casa.

—¡Buen trabajo para una linda mañana como ésta! — dijo Pablo alegremente, mientras subían en el ascensor. — Me hubiera gustado hacerlo yo mismo. ¿Cuándo fué?

—A alguna hora de la noche, supongo — contestó Dransfield sonriendo ante el entusiasmo de su amigo. — La mujer que hace la limpieza lo encontró al llegar. Al principio se desmayó; luego empezó a echar la casa abajo con sus gritos. La estación local de policía telefoneó a la Yard, sabiendo que nos interesábamos por Sindall. No hace más que media hora que lo encontraron.

—¿Supongo que el ejecutor huyó?

—No hable así, Pablo. Un crimen es un

crimen, aunque Sindall no mereciera vivir.

Un agente de policía, impasible, impedía a un grupo de curiosos penetrar en el corto pasillo que conducía al número 11. Saludó a Dransfield al acercarse éste.

—¿Llegó ya el sargento detective Mallinson? — preguntó el inspector.

—Sí, señor. Acaba de entrar. El médico y el fotógrafo están también.

—¡Muy bien! Venga Pablo.

Abrieron una imponente puerta de caoba y entraron al hall, que estaba lujosamente amueblado. Otro cabo estaba parado junto a la puerta de una de las habitaciones. Se apartó para dejarlos entrar. Los dos amigos se detuvieron en la entrada, observando la escena con interés.

El cuarto era grande y estaba suntuosamente amueblado, en parte como salita, en parte como oficina. Había costosas alfombras en el piso y grabados escogidos en las paredes. Un gran escritorio, de mesa plana, se hallaba junto a la estufa de baldosas; a un costado de ésta había una caja de hierro moderna, embutida en la pared. La puerta de la caja estaba abierta y su contenido revuelto; pero no había señales de desorden en los muebles, ningún indicio de lucha.

Sobre la gruesa alfombra de adelante de la estufa, estaba tendido el cuerpo de un hombre, muerto; era calvo, de rostro anguloso y marchito, proyectado hacia adelante como el de los monos. Una vez que se veía a Roger Sindall era inconfundible. Hasta en la muerte, sus facciones lívidas, arrugadas, tenían expresión de feroz maldad.

Junto al cadáver, haciendo el examen preliminar, estaba un individuo grande y majestuoso: el médico de policía. El sargento detective Mallinson, eficiente y taciturno, se hallaba parado cerca, observando. El oficial fotógrafo preparaba su máquina.

—¿Supongo que nada habrá sido movido, no? — preguntó Dransfield.

—No, señor — contestó Mallinson. — Acabamos de llegar.

El cirujano se puso de pie. Señaló una herida, como de dos pulgadas de largo, sobre la sien izquierda del muerto.

—Por el momento, veo fractura del cráneo — dijo. — No hay señales de otra herida. Probablemente fué causada por el golpe de algún instrumento cortante. No puedo especificar el grado del daño sin la autopsia.

—¡Gracias, doctor! — dijo Dransfield. — Más tarde se le hará la autopsia, naturalmente. Pero no necesitamos detenerlo más ahora, si tiene que hacer.

—Realmente tengo en perspectiva una mañana muy ocupada.

Lleno de importancia, el médico salió de la habitación. Dransfield le sonrió a Pablo.

—Es un buen hombre, a pesar de todo — comentó. — Ahora, Mallinson, que puede decirme de ese revólver que tiene el muerto en la mano?

Un gran revólver, de siniestro aspecto, estaba fuertemente apretado entre los dedos del muerto, en su mano derecha. Arrodillándose junto al cadáver, Mallinson agarró el arma con un pañuelo y cuidadosamente la sacó de entre los rígidos dedos.

—No ha sido descargada — anunció. — El caño está limpio. Las cámaras todas cargadas.

—¡Bien! Es mejor que Coates saque sus instantáneas; luego podemos dar un vistazo al cuerpo.

Se apartaron mientras el fotógrafo sacaba una serie de instantáneas mostrando la posición del cadáver y sus relaciones con el resto de la habitación, desde distintos ángulos. Cuando terminó los otros dieron vuelta el cadáver y lo examinaron minuciosamente. No se advertían señales de otra herida o daño.

—Apenas parece suficiente para matarlo — observó Dransfield, contemplando de nuevo la herida de la sien — Pero no era hombre joven. El golpe fué suficiente. Y si tiene fractura del cráneo, no debe haber vivido mucho después de ella.

Volviendo a poner el cuerpo en su primitiva posición, Dransfield dedicó sus atenciones a la caja, teniendo cuidado de no tocar nada. Uno de los cajones interiores estaba abierto, revelando una cantidad de papeles doblados. El cuerpo de la caja se hallaba ocupado hasta la mitad por paquetes puestos de cualquier modo, cada uno de los cuales tenía, escrita con lápiz, una inicial: M. P. o C.

—Morfina, Heroína y cocaína — gruñó Dransfield. — Si hubiésemos podido conseguir una orden de allanamiento, hubiéramos hallado lo suficiente para ponerlo a la sombra por un tiempo.

—Alguien lo ha hecho ya de un modo más eficaz que usted — observó Pablo. — ¿Qué supone ha ocurrido aquí?

—Es demasiado pronto todavía para decirlo. Podría Sindall haber sufrido un desmayo, pegándose en la cabeza al caer. Pero ese revólver indica algo distinto. Parece que alguien entró cuando buscaba algo en la caja. Agarró su revólver para defenderse; pero el otro anduvo más rápido. ¿No cree que haya sido así?

—Supongo que sí. Pero ¿por qué imagina usted que tiene los ojos cerrados?

—¿Eh?

—Los muertos, generalmente, tienen los ojos muy abiertos ¿no? Sobre todo si la muerte ha sido violenta.

—Generalmente; pero no siempre — la ancha y colorada cara de Dransfield tomó expresión pensativa al mirar a su amigo. — ¿Qué ha descubierto, Pablo?

—Nada absolutamente, viejo. Pensé solamente que valía la pena mencionar ese detalle.

Mallinson lanzó una viva exclamación. Había cruzado la pieza para mirar en una mesa que estaba a un costado y sobre la cual se veía una máquina de escribir descubierta. En la máquina había una hoja de papel y el detective se inclinó sobre ella para leer.

Pablo y Dransfield lo siguieron. El papel tenía escrito el principio de una carta.

"Gracias por haberme avisado que Harry Luton ha salido. Lo sabía. Pero lo tengo bien agarrado. No se preocupe. No se atreverá a levantar un dedo. Ladra; pero no muerde.

"Sobre la última consignación, le diré lo siguiente. Sé que la substancia estaba aguada. ¿Qué pretende Snooky? Recuérdele que

nosotros no la compramos en Charing Gross Road. Quiero que usted...

Los tres hombres se quedaron mirando el fragmento fatal, por unos momentos, en silencio. Luego habló Mallinson.

—Creo, — dijo. — que es mejor hable una palabra con Harry Luton.

El jefe de inspectores Dransfield frunció el ceño.

—¡El joven imbécil! — murmuró irritado. — Creí que tenía más sentido común.

—¿Lo conoce usted? — preguntó Pablo.

—Sí; acaba de cumplir una sentencia de diez y ocho meses por falsificación; pero me pareció un muchacho decente. Salió, bajo fianza, hace quince días y me dijo que iba a portarse bien.

—¿Tenía algo que ver con Sindall?

—Así lo creo. Y, a juzgar por esta carta...

—¿No le parece que huele raro, compañero?

—¿Huele a qué?

—A trampa. Está tan clara y tan a la mano que puede ser un lazo para hacer caer a la policía.

—Naturalmente. No pierdo de vista eso. Y no tenemos pruebas trampoco de que Sindall haya sido realmente asesinado. No podemos saber la causa de la muerte hasta que no se realice la autopsia. Todavía no lo culpo a Luton. Con todo, me parece mejor que hablemos con él.

Dransfield se dirigió al teléfonoy llamó. Escuchó y llamó otra vez.

—La línea está muerta, — anunció, con cierta excitación. Mallinson, siga estos alambres y vea si están bien.

Mallinson obedeció, siguiendo los alambres a través del hall hasta el corredor. Volvió a los pocos momentos.

—Han sido cortados — dijo lacónicamente. — En el corredor. Limpiamente. Con tijeras.

El inspector silbó.

—Eso resuelve un punto. Se trata de un asesinato; probablemente, premeditado. Tenemos que detenerlo en seguida a Harry Luton. Vea, Mallinson, está bajo fianza y tenemos su dirección en la Yard. Busque un teléfono y ordénele a Yorke que mande un hombre para que lo traiga aquí a Luton. Lo más rápidamente que pueda. Y que no hable una palabra de este asunto.

—Muy bien, señor.

El detective salió. Dransfield volvióse pensativo a su amigo.

—Espero que Luton tenga una buena coartada — dijo. — No me gustaría pensar que ha hecho esto. Es de veras un buen muchacho. Y esto es un crimen premeditado. Lo prueban los hilos cortados del teléfono. Y no puede calificarse de homicidio. No hay señales de lucha.

—Está el revólver, en manos de Sindall — objetó Pablo.

—Sí, supongo que puede ser un detalle favorable al asesino, sea quien fuere. Pero el revólver no ha sido disparado, como sabe. Todos los detalles parecen indicar que Sindall fué asesinado a sangre fría, antes de que tuviera oportunidad de defenderse. Significa para su matador sentencia para toda la vida... si no más.

—¿Por exterminar a un bicho venenoso?

—No mire las cosas desde ese punto de vista, Pablo. Ya conoce la ley.

—La ley es una borrica, viejo. Me declaro en contra de ella.

Mallinson volvió casi en seguida; reanudaron el examen del cuarto. Mientras Dransfield y el sargento buscaban las impresiones digitales, Pablo Grendon vagaba sin objeto, mirando a todas partes con sus perspicaces ojos grises.

Su errante atención fué solicitada por una leve mancha redonda, como del tamaño de una moneda de tres peniques, sobre la lustrosa tapa del escritorio. Tenía apariencia vidriosa o cristalina, como si una pequeña gota de alguna solución química concentrada hubiera caído allí, secándose.

Pablo se humedeció la yema del dedo y tocó la mancha, llevando luego el dedo a la boca. Alzó las cejas al sentir una perceptible amargura.

Su actitud expresó cierto interés. Cuidadosamente examinó el escritorio, buscando más manchas similares. Pero no las había. En el extremo del escritorio se notaban ciertos arañazos, pequeños, casi imperceptibles, que sólo se advertían por la lustrosa superficie de la madera.

Pablo los contempló, algunos instantes; luego trasladó su atención al piso. Debajo del escritorio había una gruesa alfombra. Después de revisarla pulgada por pulgada con sus vivos ojos, agachóse y pasó la mano lentamente por entre la lana de la alfombra.

Sus dedos hallaron un objeto pequeño, cilíndrico, que trajo a la luz. Pablo se enderezó mirando su hallazgo con ligera sonrisa.

Era un pequeño cilindro de metal brillante, como de media pulgada de largo por un cuarto de ancho. Un extremo era alargado, formando punta roma; el otro se hallaba preparado para recibir un tornillo.

Dransfield se dirigió hacia la caja, donde Dransfield y Mallinson espolvoreaban con polvo blanco algunas impresiones digitales que habían hallado en la puerta abierta.

—Mire lo que he encontrado, debajo del escritorio — dijo Pablo a Dransfield, mostrándole el cilindro.

Dransfield contempló el pequeño objeto brillante sin mayor interés.

—¡Ah sí! — dijo volviéndose a sus más importantes impresiones digitales. — Debe haber muchos por aquí. Forman parte del comercio a que se dedicaba Sindall.

—¿Encontró alguno, compañero?

—No he buscado todavía.

Pablo se encogió de hombros. Guardó el cilindro en el bolsillo de su chaleco y se alejó.

Su mirada pensativa fijóse en el cuerpo tendido casi a sus pies. Arrodillándose, levantó las mangas del muerto y examinó, por turno, sus flacos brazos.

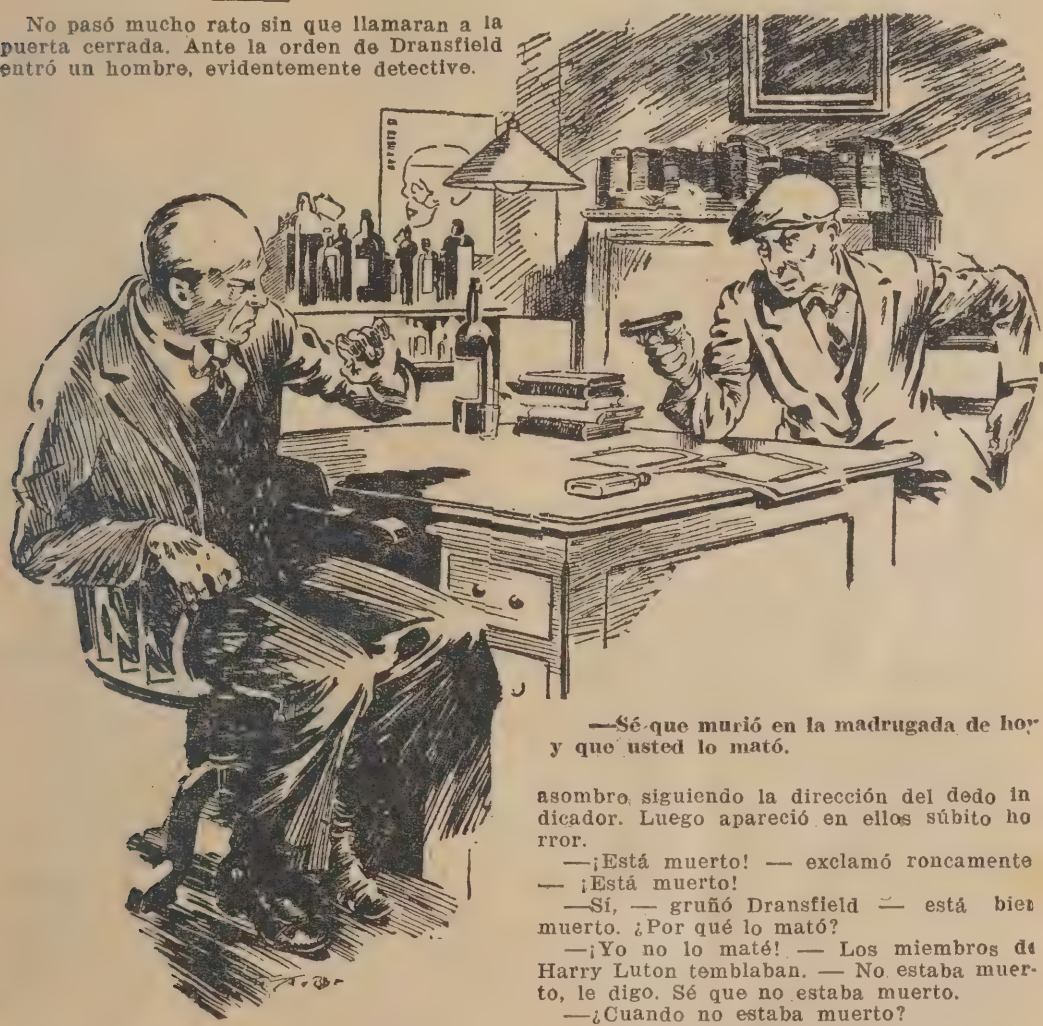
La ligera sonrisa volvió a aparecer en sus labios; pero fué inmediatamente reemplazada por perpleja expresión.

Miró un minuto entero los ojos cerrados del muerto. Luego le levantó los párpados y

estudió atentamente los globos vidriosos. El de la izquierda, debajo de la herida de la sien, estaba ligeramente inyectado de sangre, como era de esperarse, después de semejante golpe. Silbó Pablo suavemente para sí, mientras volvía a cerrar con cuidado los ojos del muerto y luego se levantó.

Miró hacia la caja. Dransfield había llamado nuevamente a su fotógrafo para retratar el fruto de su labor. Pablo se sentó en un sillón de brazos y encendió un cigarrillo, poniéndose a contemplar las espirales de humo con mirada fija, sin verlas.

No pasó mucho rato sin que llamaran a la puerta cerrada. Ante la orden de Dransfield entró un hombre, evidentemente detective.



—Sé que murió en la madrugada de hoy y que usted lo mató.

—Traje a Luton, señor — anunció.

—¿Le dijo algo? — preguntó el inspector.

—No, señor.

—Bien. Hágalo entrar aquí.

Un momento después, el detective volvió en compañía de un hombre muy joven, buen mozo, correctamente vestido; pero que todavía ostentaba en su rostro la palidez producida por su temporada de cárcel. El joven se detuvo al entrar, mirando a su alrededor nerviosamente.

Dransfield se había adelantado, de modo que el cadaver de Sindall quedaba oculto por su amplio cuerpo.

—Escuche, Luton — dijo severamente el inspector. — me había dicho usted que seguiría el buen camino.

—S... sí, se... señor — tartamudeó el muchacho.

—Entonces ¿qué significa esto? — Dransfield se apartó y señaló con dedo acusador el cadáver sobre la alfombra. — ¿Qué tiene que decir?

Los ojos de Luton se abrieron tamaños de asombro, siguiendo la dirección del dedo indicador. Luego apareció en ellos súbito horror.

—¡Está muerto! — exclamó roncamente — ¡Está muerto!

—Sí, — gruñó Dransfield — está bien muerto. ¿Por qué lo mató?

—¡Yo no lo maté! — Los miembros de Harry Luton temblaban. — No estaba muerto, le digo. Sé que no estaba muerto.

—¿Cuando no estaba muerto?

—No estaba muerto cuando yo lo dejé. Juro que no lo estaba. No le pegué fuerte y...

El joven se detuvo bruscamente, comprendiendo que se había delatado. Dransfield le apoyó la mano en el hombro.

—Queda usted arrestado, Luton — dijo. — Lo arresto por el asesinato de Roger Sindall. Se le previene que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada más tarde contra usted. Pero nos ahorrará muchas molestias si hace una confesión plena.

Haryy Luton miró desesperanzado las caras. Su mirada aterrada descansó en Pablo

Pablo Grendon...

Grendon y éste le hizo, con la cabeza, un movimiento alentador.

—Díganselos, muchacho — le aconsejó. — Tal vez no lo creerán; pero dígales la verdad.

—¡Cállese, Pablo! — dijo Dransfield exasperado. — No son momentos para hacer chistes.

—Muéstreles sus brazos, Luton — prosiguió Pablo, sin hacer caso de la interrupción — Si ellos ven sus brazos podrán saber si mató usted a Sindall o no.

—¿Qué diablos tienen que ver sus brazos? — el inspector enrolló las mangas de su prisionero. — ¿Qué hay en ellos de anormal?

—¿No ve usted nada de ánormal en ellos? — preguntó Pablo y había cierta excitacion en sus ojos grises.

—Naturalmente que no. Son perfectamente normales en todo sentido.

—Entonces puede creerme, viejo, que con toda probabilidad, no es Luton el hombre que usted busca.

Como regla general, Dransfield tenía profundo respeto por las opiniones de su amigo. En este momento, sin embargo, consideró que Pablo se dejaba extraviar por la declarada antipatía que le inspiraba el muerto.

—Puede ser que tenga razón — gruñó. — Aunque no veo por qué. De cualquier modo, no podemos... — se volvió a Luton. — ¿Quiere hablar?

—Sí — contestó sencillamente Luton. — Le diré todo lo que sé.

Había recobrado algún valor viendo que una persona de las presentes parecía creer en él y contó francamente su historia.

—Vine aquí, a verlo a Sindall, anoche. Es inútil fingir que se trataba de una visita amistosa. El era un malvado. Tenía algunos cheques que... que yo había falsificado hace dos años y, por medio de ellos, pretendía obligarme a seguir trabajando para él.

Yo no quería saber nada más de eso. Estaba resuelto a vivir honradamente. Sabía que no tendría oportunidad de hacerlo, mientras él conservara esos cheques. Vine anoche para recobrarlos.

—¿Por qué cortó los hilos del teléfono? — preguntó Dransfield.

—¡Yo no los corté! — la sorpresa de Luton parecía sincera. — Ni se me ocurrió...

El inspector encogió sus anchos hombros.

—Muy bien. Continúe.

—Era media noche cuando llegué aquí. Sabía que Sindall no se había acostado; pero me sorprendió...

—¿Encontrar la puerta del departamento sin llave, no? — interrumpió Pablo.

—Sí.

Tanto Dransfield como Luton miraron a Pablo, pensando que significaba aquella interrupción. Pablo sonrió provocadoramente. Luego, ante un gesto de impaciencia del inspector, Luton continuó:

—Yo entré silenciosamente, esperando sorprenderlo. Lo conseguí. Casi se cayó de la silla al verme. Le dije lo que quería, amenazándolo con mi pistola automática. Estaba descargada; pero él no lo sabía.

Lo observé cuidadosamente, preparado para un ataque; pensaba que trataría de sacar un arma de su escritorio. Pero no intentó resistencia. Tomó la cosa con calma. Levantóse de la silla y abrió la caja.

Yo debí comprender que proyectaba algo. Pero estaba emocionado y creía que todo saldría bien. Luego él se dió vuelta bruscamente y vi una expresión asesina en sus ojos y el revólver en su mano. Yo no podía disparar el mío porque no estaba cargado. Se lo tiré a la cara. Le pegó en la sien y cayó. Mismo donde está ahora.

La voz del joven se hizo temblorosa.

—No estaba muertos — continuó. — Respiraba normalmente y su corazón latía con fuerza. Pensé que tenía que apurarme para salir antes de que volviera en sí. Levanté la pistola, saqué los papeles que deseaba y escapé lo más pronto que pude.

—Dígame, amiguito, — preguntó Pablo. — ¿Le cerró usted los ojos a Sindall antes de salir?

Luton se extremeció.

—¡Yo no! — replicó prontamente. — ¡Le digo que no estaba muerto! Ni siquiera se hallaba realmente desmayado, si no aturdido. Si lo mataron, debió ser alguien que entró después que yo salí.

—Temo que su excusa no le valdrá, Luton, — dijo Dransfield no sin bondad porque estaba bastante impresionado por la sinceridad del muchacho. — No hay señal alguna en él, fuera de la herida de la sien, ni indicios de que haya estado aquí nadie más que usted anoche. Debió pegarle más fuerte de lo que cree. El no era joven. El médico dice que murió de fractura del cráneo. Y usted mismo reconoce que no ha sido movido de donde cayó. Lo siento; pero la cosa se presenta muy fea para usted.

—Pudo presentarse peor — dijo Pablo alegremente. — ¡Mucho peor! ¿Quiere hacerme una promesa, Dransfield?

—¿De qué se trata?

—No diga una palabra a los diarios de la muerte de Sindall hasta mañana.

—Podemos hacer eso muy bien — accedió el inspector. — Pero ¿cuál es su idea? ¿Dónde va?

—A buscar al hombre que asesinó a Sindall, después que nuestro amigo Luton salió — contestó Pablo.

Un poco más allá del camino de Limehouse, no lejos de Cauneawy, un sucio farol rojo brillaba afuera del consultorio del Dr. Nahum. El doctor tenía extensa clientela entre el elemento extranjero de la población. El también era extranjero, oriundo de Azerbaiján, con el rostro moreno y los pómulos salientes de los asiáticos.

Su pequeña y sucia sala de espera siempre estaba ocupada por esa abigarrada colección de extranjeros que llegan a los muelles de Londres.

Personalmente, el Dr. Nahum era tan sucio como su consultorio. Parecía que acababa de abandonar la cama, después de un sueño de borracho. Ese hecho no parecía preocupar a sus pacientes. Ni tampoco la botella de whisky que tenía siempre al alcance de su mano en el revuelto escritorio, botella cuyo contenido iba mermando a medida que disminuía en la sala de espera el número de clientes.

—¡Yo no lo maté!

La botella estaba ya casi vacía. La noche era fría y el trabajo había sido fatigoso. El doctor bostezó soñoliento al entrar al último paciente, un individuo de mala traza, cara y ropas sucias, que arrastraba los pies.

—Buenas noches — dijo Nahum, sentado ante su escritorio. — ¿Qué le pasa?

El otro se dejó caer en la silla de enfrente.

—¿No me conoce usted? — preguntó.

—Me parece que no.

—Bueno, pronto me conocerá — el desconocido sonrió perversamente, mostrando sus dientes manchados. — Deme una dosis de coco, doctor.

—El Dr. Nahum se acarició el despeinado bigote; torció los ángulos de la boca.

—Se ha equivocado usted de sitio — le dijo brevemente. — Aquí no hallará drogas.

—¿Qué no? — el otro hizo un rápido movimiento y en su sucia mano apareció el ca-

Pablo Grendon...

fio azulado de una pistola automático. — No tiene por qué darse aires conmigo, doctor. Soy uno de la banda.

—¿De qué banda?

—De la de Sindall.

El doctor miró inquieto hacia la puerta. Levantóse y la cerró con llave. Luego se volvió a dejar caer en la silla y se sirvió una fuerte dosis de whisky.

—Yo no sé nada de ese Sindall — dijo.

—No trate de engañarme. ¡Ahora me va a decir que no sabe que ha muerto¡...

Nahum se extremeció.

—Ya le he dicho que no sé nada de él — repitió.

El desconocido adelantó el revólver.

—Bueno, yo sé mucho sobre Sindall — sonrió. — Sé que murió en las primeras horas de esta mañana: y que usted lo mató.

—¿Qué yo... qué?

—Que usted lo mató, doctor. Y no se lo reprocho. Era un cerdo sucio.

El doctor Nahum se tragó el whisky y se puso de pie, tambaleándose.

—Usted está loco, buen hombre — murmuró. — No tengo la menor idea de lo que habla.

—¡Oh! no se haga el inocente conmigo — la sonrisa desapareció de la cara del otro — ¡Siéntese! — ordenó de pronto y el doctor volvió a dejarse caer en la silla. — Pronto le voy a explicar lo que estoy diciendo.

Se paró y sirvióse también bastante whisky. Miró por un momento, de arriba a abajo al doctor, luego volvió a sentarse y continó:

—Yo tenía anoche un negocio con Sindall. A eso de media noche, fuí a su casa y la encontré ocupada. Vi un hombre deslizándose por el corredor obscuro, mismo adelante mío, de modo que me escondí. El se detuvo un momento delante de la puerta y cuando yo fuí a ver que había estado haciendo advertí que había costado los hilos del teléfono.

Los ojos inyectados en sangre, del doctor estaban fijos en su visitante. Su rostro moreno adquirió un tinte grisáceo; pero no habló.

—Bueno, pensé que algo grave ocurría — prosiguió el desconocido. — Así que al caminar por el departamento no hice más ruido que un ratón muerto. Y cuando entré ¡qué me cuelguen si no había otro hombre más adentro!

Este era un tipo muy joven. Oí su nombre. ¿Cómo era? ¡Ah... sí! Luton. Estaba discutiendo con Sindall por unos papeles. El hombre, a quien yo seguía, atisbaba detrás de una cortina del hall. Yo también encontré un escondite, desde donde veía bien a través de la abertura de la puerta.

Después de un rato, Sindall abrió la caja y sacó de ella un revólver. El joven le tiró a la cara el suyo, con excelente puntería. Sindall cayó. Luego el joven se asustó, levantó su revólver, sacó unos papeles de la caja y disparó, tirándome casi al pasar.

Pero la función no había terminado todavía, Al cabo de un minuto, el hombre a quien yo había seguido entró a la habitación. Y ¿qué cree que hizo, doctor Nahum? ¿El qué? Pues se llenó los bolsillos con unos paquetitos que sacó de la caja. Temblaba como una hoja sacó una jeringa hipodérmica y se dió una inyección de coco o de morfi. Después de eso se serenó un poco. Llenó de nuevo la jeringa y le dió otra inyección al viejo Sindall. ¿Y dónde? ¡Por mi tía quien lo iba a pensar! En un ojo del viejo. Le pinchó el ojo. Tipo cruel ¿no?

Luego guardó la jeringa — estaba tan emocionado que primero la dejó caer al suelo— y miró a su alrededor. Tenía alguna idea Se acercó a la máquina de escribir y escribió algo que dejó en la máquina. Luego se fué.

Yo lo seguí. Lo seguí hasta la puerta misma de su casa. Estaba casi dormido por la droga que se había inyectado y yo, siendo un tipo prudente, no quise molestarlo, decidiendo volver esta noche. Ahora, doctor Nahum ¿hay sentido en lo que digo o no?

Pasó algún tiempo antes de que el doctor hablara. Sus ojos se fijaban, como fascinados en el otro.

—¿Qué quiere? — preguntóle al fin sombríamente.

—Bueno ¡tal vez un traje nuevo! — contestó el desconocido. — Y me gusta su whisky. — La sonrisa desapareció de la cara sucia y su voz se hizo aguda e incisiva. — Vea, doctor, lo tengo a usted entre el índice y el pulgar; pero eso no quiere decir que piense deshacerlo. Nunca simpaticé con Sindall. Me alegro que haya muerto. No he dicho nada a nadie de lo que vi y, si me trata usted bien, no hay razón para que lo haga. Pero deseo saber todo lo que hay en este asunto. ¿Por qué lo mató a Sindall?

Nahum vaciló. Una luz curiosa se había encendido un momento en sus ojos mientras el desconocido hablaba, pensando si aceptaría las condiciones ofrecidas, Aparentemente decidió que no podía hacer otra cosa.

—Yo trabajaba con él, — dijo sombríamente — distribuyendo drogas. El descubrió que yo también era un adepto y cesó en sus envíos. Yo tenía anoche una cita con él. Iba resuelto a conseguir las drogas de un modo... o de otro. Ya sabe lo que sucedió.

—¿Y se cree seguro?

—Sí. No creo que hayan descubierto el cadáver todavía. Nada ha salido en los diarios. De todos modos, fué Luton quien lo golpeó. Tenía una herida en la frente. Y el mensaje que escribí en la máquina pondrá a la policía en la pista de Luton. Atarán cabos...

—¡Muy hábil! Pero ellos descubrirán que murió de una inyección demasiado fuerte de morfina. Encontrarán la señal de la aguja hipodérmica.

—No la hallarán. No soy tan tonto. ¿Quién pensará en examinar debajo de los párpados? Si alguien lo hace, todo lo que probablemente verá es que el ojo está inyectado de sangre y lo atribuirá al golpe de la sien. La morfina fué directamente al cerebro. Cuando hagan la autopsia hallarán ligera hinchazón y laceración. Nuevamente lo achacarán al golpe. Dirán que Sindall murió a causa de él. Nunca pensarán en analizar, buscando morfina. ¿Por qué lo harían?

—¡Endiabladamente hábil! — repitió el desconocido. Sonrió de nuevo. — Entonces, usted estaría completamente seguro, a no ser por mí.

—Sí — dijo Nahum. — Ya le he preguntado que quiere.

—Tendré que pensarlo, doctor. Bueno, no lo trataré con mucha rudeza. Yo mismo no lo quería bien a Sindall. En primer lugar, me dará usted esa dosis de coco, si ha cambiado de idea, sobre el particular.

—Sí, sí — accedió Nahum ansiosamente. — Le daré una inyección.

Se puso a prepararla. Observaba furtivamente a su visitante. Nadie más sabía la verdad acerca de la muerte de Sindall.

El hombre se estaba sirviendo una dosis de whisky y no parecía prestar atención a lo que hacía el doctor. Nahum añadió tableta tras tableta a la solución.

—¿Dónde quiere que se la dé? — preguntó cuando estuvo pronta la inyección.

—Me la daré yo mismo — contestó el otro, tomando la jaringa de manos de Nahum y dejándola sobre el escritorio. — Necesito un pañuelo — murmuró buscando en su bolsillo.

Se vió un repentino brillo de acero y Nahum sintió la fría garra de las esposas en sus muñecas. Mientras las miraba estupefacto, el desconocido se dirigió a la puerta y la abrió.

Había dos hombres en el consultorio, que tenía estetóscopos aplicados a la puerta.

El sargento detective Mallinson escribía en una libreta de apuntes, mientras el inspector Dransfield revisaba el informe.

—¿Lo oyó todo, compañero? — preguntó el detective a Dransfield.

—Palabra por palabra, Pablo — contestó Dransfield.

—Bueno, dejo al doctor Nahum a su cargo, ahora. Y en esta jeringa encontrará usted seguramente cocaína para matar a media docena de personas. Lo veré en Scotland Yard, conforme me haya puesto presentable.

—Yo no hubiese alzado un dedo para agarrar al hombre que mató a Roger Sindall — dijo Pablo Grendon. — Pero cuando supe que el asesino trataba de culpar a otro, pensé que era tiempo de que Papá Pablo se moviera.

—No puedo imaginar como lo adivinó — confesó Dransfield, ofreciendo cigarros. — Apenas podía creer a mis oídos, cuando estaba detrás de la puerta y le oí describir el crimen al doctor Nahum, como si lo hubiera presenciado. ¿Cómo diablos hizo?

—Todo se hizo solo, viejo. Yo me limité a observar.

—No sea sarcástico. Pablo; cuénteme como encontró a ese doctor Nahum y descubrió su crimen.

—La pista empezó en los ojos cerrados del muerto — dijo Pablo, encendiendo el cigarro y arrellenándose en el sillón. — Yo pensé que debía tenerlos abiertos. No había nada definido en eso, claro está. Pero era sugestivo. Me sugirió que alguien había estado presente cuando Sindall murió, alguien que le cerró los ojos.

Luego la carta de la máquina era demasiado buena para ser cierta. Generalmente las cosas no nos resultan a nosotros tan simples.

Revela el Secreto de la Influencia Personal

Método sencillo que toda persona puede utilizar para desenvolver las fuerzas inherentes al Magnetismo personal, Memoria, Concentración, Fuerza de Voluntad, corrigiendo hábitos nocivos con los recursos de la Ciencia admirable de la Sugestión. Se enviará un libro de 80 páginas con la descripción completa de este Método único y un psico-análisis del Carácter a todos los que escriban inmediatamente.

"Las admirables fuerzas que derivan del influjo personal, Magnetismo, Fascinación, Dominio espiritual, llámense como quieran, puede obtenerlas toda persona por escasos que sean sus atractivos y fracasos con que haya tropezado", escribe el Prof. Elmer E. Knowles en su nueva obra titulada: "La Clave para el desarrollo de las Fuerzas Internas". En esta obra se descubren multitud de hechos extraordinarios relacionados con la práctica ejercida por los Yoghis orientales y explica el único sistema para el desenvolvimiento del Magnetismo personal, como asimismo de las fuerzas hipnóticas y telepáticas, Memoria, Concentración, Fuerza de Voluntad y la corrección de hábitos nocivos merced a las recursos que presta la Ciencia de la Sugestión.

Mr. Martín Goldhardt

Mr. Martín Goldhardt escribe: "El éxito que alcancé personalmente con el Sistema Knowles me inclina a suponer que ha proporcionado mayores beneficios que cualquiera otra obra existente". Este libro que distribuímos gratuitamente en todas partes contiene un gran número de reproducciones fotográficas mostrando de qué manera se utilizan estas fuerzas ocultas en el mundo entero y la cantidad de millares de personas que desarrollaron unas fuerzas cuya existencia ignoraban. La distribución gratuita de 10.000 ejemplares la efectúa una importante Institución de Bruselas, y se enviará un ejemplar a toda persona que le interese.

Además de la distribución gratuita de la obra de referencia, todo aquel que escriba en seguida recibirá un auto-análisis de su Carácter conteniendo de 400 a 500 palabras, cuyo texto lo prepara el propio Prof. Elmer E. Knowles. Si desea Vd. un ejemplar de la obra a título de obsequio y una descripción gráfica de su Carácter, tenga la bondad de enviar las siguientes palabras escritas de su puño y letra:

"Quiero fortalecer mi espíritu
Tener alcance en la mirada,
Sírvase leer mi Carácter
y enviarme su libro".

Envíe Vd. además al propio tiempo su nombre completo y dirección perfectamente clara (indicando: Sr., Sra. o Srta.) y dirija Vd. su carta a la PSYCHOLOGY FOUNDATION S. A., (Free Distribution Dept. 5138-A.) rue de Londres, No. 18; Bruselas, Bélgica. Si lo desea Vd. puede incluír 40 centavos en sellos de su país para pagar gastos de correo, etc. Tenga la bondad de franquear debidamente sus cartas para evitar recargos a la llegada al correo de Bruselas y las pérdidas a que da lugar. Franqueo para Bélgica, España 40 céntimos. Argentina 12 centavos. Méjico 20 centavos. Estados Unidos 5 centavos. En caso de duda tenga la bondad de informarse en el correo.

Pablo Grendon...

Podría haber sido legítima; pero me hizo creer que el asesino de Roger Sindall era cualquiera, menos Harry Luton.

Usted no hizo mucho caso del émbolo perteneciente a la jeringa hipodérmica que encontré en la alfombra, debajo del escritorio. Pero yo sí. Para mi casi resolvió el problema. Porque acababa de encontrar una gota seca, de morfina, sobre el escritorio y los pequeños arañazos hechos por la aguja hipodérmica cuando cayó accidentalmente.

Alguien, por consiguiente, había preparado una inyección de morfina en aquella pieza. y la había usado. ¿Para qué? ¿Era un adepto que se aplicó la inyección a sí mismo o un asesino?

Como usted sabe, los distribuidores de drogas tienen habitualmente el buen sentido de no usarlas. Pero quise asegurarme. Examiné los brazos de Sindall. No había en ellos ninguna pinchadura. Ciertamente no se inyectó la droga.

A juzgar por la apariencia cristalina de la gota que había encima del escritorio, vi que la solución de morfina había sido muy fuerte, mucho más fuerte que la dosis que un adepto se aplicaría. Me parecía una dosis criminal. Pero ¿dónde había sido inyectada?

En el cuerpo de Sindall no había marca; pero... sus ojos estaban cerrados. Levanté los párpados y vi las pupilas contraídas. Eso indicaba morfina. Vi también que el ojo izquierdo estaba inyectado de sangre y cuando lo examiné de más cerca advertí la pinchadura de una aguja en el extremo superior del globo. Fué así que Roger Sindall halló la muerte. Y el asesino, después de realizar su obra, habíale cerrado, naturalmente, los ojos.

La probable persona que poseería una jeringa y pensaría en modo tan original de matar, tenía que ser un adepto de las drogas. Yo había ya, cuando llegué a este punto, eliminado a Luton como presunto criminal. No bien vimos que no tenía pinchaduras en los brazos estuve seguro de ello.

Y su relato aclaró para mí las cosas.

Alguien más había estado al mismo tiempo aquí... alguien a quien Sindall esperaba porque dejó sin llave la puerta; alguien que vino dispuesto a asesinar porque cortó los alambres del teléfono. Este alguien había presenciado todo lo ocurrido entre Sindall y Luton, aprovechándose de ello en la forma que describí.

—Sí, siga — dijo ansiosamente Dransfield al ver que Pablo se detenía. — Lo he seguido hasta ahora; pero todavía no comprendo como encontró la pista del doctor Nahum.

—¿Ni después de lo que le he contado? — sonrió Pablo. — ¡Vamos... vamos viejo! ¿Qué me dice de esa inyección de morfina en el cerebro de Sindall? Seguramente se necesitaba algún conocimiento médico para comprender que tal cosa era posible. ¿Imagina usted que otro que no fuera médico podría hacerlo sin cometer alguna chapucería? ¿Y cuando ese médico — casi con seguridad él mismo adepto de las drogas — quiera usar de nuevo su jeringa y vea que ha perdido una parte esencial de ella, que hará?

—Comprar otra, supongo.

—No, no hará eso. Un adepto de las drogas estima tanto su jeringa como un fumador su pipa favorita. Le hará colocar la parte que le falta.

Sea como fuere, yo me dirigí a un fabricante de instrumentos de cirugía y le pregunté de que clase especial de jeringa provenía ese émbolo. Afortunadamente no era de tipo común. Luego me senté con una guía de teléfonos, llamé a todas las casas que venden aparatos de cirugía en Londres y les pedí me notificaran si algún médico había comprado una jeringa de aquel tipo particular en esos días.

No esperaba tan rápido resultado. Me había dispuesto a aguardar. Pero a las diez y siete de hoy recibí el mensaje de una casa diciéndome que el doctor Nahum, de Limehouse, había traído una jeringa para que le pusieran un nuevo émbolo y había esperado hasta que se la arreglaron. Después de eso, pensé que no había que buscar más. Inmediatamente me puse en comunicación con usted y... ya ve como pasaron las cosas, viejo.

—Sí; — replicó gravemente Dransfield. — ¡Ya lo veo!

EL EPISODIO SIGUIENTE SE TITULA: "EL DIAMANTE DE LA MUERTE"

—¡Mire qué panorama tan hermoso!

—Perdone, pero no veo nada con las cataratas.

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

JOHN Henry y el hombre del Servicio Secreto se dieron también vuelta instintivamente y luego el joven Dent lanzó una exclamación de delicia.

—¡El un Camel!—chilló.—Por Dios es un Camel con una luz de aterrizaje Michelin, colgando de su tren rodante. ¡Rayos y truenos!... es el Calvo.

Era el Calvo... fantástico e irreal, al parecer su cara rodeada de piel, por encima de la cabina, el resplandor blanco verdoso de la luz. Agitaba un brazo e indicaba hacia las líneas británicas, mientras sus ametralladoras escupían fuego rojo enviando una descarga delante de la proa del Bristol.

El significado era claro. Ordenaba a Miller que volviera a las líneas. Pero el espía se creyó seguro, pensando que sus pasajeros también morirían si tenía él que morir. Bajó para salir del foco de luz.

Inmediatamente se le demostró que estaba equivocado por una de las exhibiciones de vuelo más espléndidas. El Calvo, a fuerza de hábiles maniobras, obligó a Miller a bajar y a retroceder, mientras John Henry sacudía ambos puños y gritaba como un colegial.

El Camel podía sacarle muchas millas de ventaja al Bristol por hora y estaba en manos del piloto más grande de la línea. Miller no era torpe en el arte de maniobrar; pero sintióse desesperadamente derrotado y el final llegó cuando vióse obligado a volar muy bajo y uno de las alas tocó un tronco de árbol destrozado por la metralla.

El aparato dió una voltereta, se inclinó absurdamente y luego descansó sobre su destrozada proa. John Henry y el hombre del Servicio Secreto fueron despedidos y cayeron en un magullado montón de brazos y piernas, dentro de un agujero de metralla. Pero cuando lograron salir y corrieron junto al destrozado aeroplano, bastóle a Dent una sola mirada a la inmóvil forma de Miller para ver que estaba muerto.

—Quizá es mejor para él así — dijo brevemente. — Se ha salvado del fusilamiento. Recibió, sentado como estaba a los controles, toda la fuerza del golpe, muriendo instantáneamente. Nosotros fuímos arrojados. ¡Cielos, esta guerra deja a veces un sabor amargo en la boca!

Una figura negra llegaba corriendo hacia ellos en aquel momento. El Calvo surgió de la obscuridad. No había necesidad de precauciones especiales porque la caída había ocurrido media milla dentro de las líneas inglesas y ya se acercaban hombres al sitio del suceso para ver si eran amigos o enemigos las víctimas del desastre.

John Henry ofreció su mano a el Calvo, sonriendo un poco tristemente.

—Mis felicitaciones por esa linda exhibición de vuelo, querido jefe — dijo con su modo antiguo. — ¿Entonces tuvo la misma idea y nos siguí? Esa ocurrencia de la luz Michelin fué una de las mejores que he visto.

—¡Bah! — dijo lacónicamente el Calvo — miró la forma inerte de Miller, buscó en su bolsillo; ofreció un paquete con goma de mascar y se sirvió el mismo un pedacito.

—Nos ha ahorrado una ceremonia desagradable al amanecer — dijo y sonrió con ironía al hombre del Servicio Secreto. — Y a

usted se le evitó también algo por el estilo. Bueno...

Tomó el brazo de John Henry.

—Tú me diste la idea al ponerte encrespado como un gallito inglés — dijo. — Anduve husmeando para averiguar el motivo. Luego esa pulida cortesía del difunto Miller me olía mal: Se volvía puro hacer la venia y chocar los talones. De modo que telegrafié pidiendo informes. Un joven llamado Miller debió venir a reunirse con nosotros; pero no tenía experiencia alguna en aeroplanos de dos asientos. Yo supongo que este galeote se encontró en alguna parte con él, cambió de equipo y el Miller auténtico debe descansar, inmóvil y estirado, en algún sitio del área posteriar. Ese tipo era seguramente de agallas. Ahora dime... ¿cómo sospechaste de él?

—No bien vi que habíamos caído en una trampa al ser atacados por sorpresa por la gran escuadrilla de Fokkers — contestó John Henry — Miller me había parecido raro desde el principio... tenía por la autoridad y la disciplina todo el respeto temeroso de los alemanes. Conforme me di cuenta de que nos habían traicionado, lo busqué a Miller y lo vi dirigirse tranquilamente a las líneas, antes de que el verdadero combate empezara. Había un poco de niebla; pero lo vi sacar una pistola y agujerear su propio tanque de petróleo. Luego lo perdí de vista... por eso deseaba verlo a usted cuando llegué. No quería denunciarlo delante de todos. Pero después se me volaron los pájaros y decidí obrar por mi sola cuenta.

—Yo decidí lo mismo — sonrió el Calvo. —Pensé si no estarías tú tramando algo cuando preparaba la luz en el Camel, dispuesto a seguir a Miller. Pero no creo que estuvieras muy cómodo en la máquina. Bueno ¿qué os parece si nos fuéramos a casa a dormir? Supongo que a nuestro amigo, aquí presente, no le disgustará echar una siesta antes de partir mañana. Esta vez puede estar seguro de que será un verdadero inglés que lo llevará del otro lado.

El caballero en cuestión pareció alegrarse mucho de ello.

ORDENES SECRETAS

Fuera quien fuese el que escribió el artículo, se trataba ciertamente de un original y el Calvo Atlee sonrió al leer el encabezamiento.

UN ANGEL CON MONOCULO.

Era un buen informe, sin embargo y en medio de él se veía la fotografía de un buen mozo, en traje de aviador, con el monóculo que había proporcionado al repórter tan excelente título. En un ángulo del grabado estaba el retrato del mismo Calvo.

"Teniente segundo John Henry Dent, del Cuerpo Real de Aviación" decía el epígrafe. — "Es el nuevo y joven as del aire que será recompensado con la Cruz Militar". Más abajo decía:

"El joven Dent ha derribado ya cinco aeroplanos enemigos y el hecho que lo hace acreedor a la condecoración es el siguiente, según informe oficial:

"Este oficial, por iniciativa propia, emprendió una misión harto peligrosa. Gracias a él consiguióse desorganizar un servicio de espionaje del enemigo, prestando así un servicio invalorable a nuestro ejército".

—¡Jua! ¡Jua! — rió el Calvo — Cuando el joven John Henry vea esto se hará otra raya en el pelo y usará dos monóculos.

Pero siguió leyendo, porque el artículo no terminaba ahí:

"El relato íntegro del heroísmo de Dent se mantiene en secreto; pero no hay duda que, tras el laconismo oficial, se oculta una emocionante historia del trabajo furtivo en la misteriosa organización del espionaje internacional.

—¡Salchichas alemanas! — exclamó el Calvo.

"El señor Dent es miembro popular de la famosa escuadrilla 303" añadía el cronista". La fuerza "crack" de la aviación, a quienes unos llaman los "Angeles de El Calvo" y otros las 'Aguilas del Frente Occidental". Nadie olvidará jamás la gloriosa actuación de la escuadrilla 21. bajo el mando del famoso comandante Macolm, a la que se denominó "Angeles del Infierno". Esta unidad fué practicamente exterminada en un audaz raid sobre las líneas alemanas; pero tres de sus miembros viven. Uno es comandante de la escuadrilla 303, Atlee, cariñosamente apodado "El Calvo", cuyo fotografía damos aquí.

"Es un americano de Kentucky, que se incorporó al ejército británico en Agosto de 1914, pocos días después de declarada la guerra y es el mejor piloto de aeroplanos de combate del Servicio Aéreo Aliado. Hasta la fecha ha abatido cuarenta y tres aparatos enemigos".

—Cuarenta y dos — murmuró el Calvo. ¿Por qué no podrán estos periodistas decir las cosas como son? Bueno, me alegro que el gran Patrón haya hecho caso de mis pocas y buenas palabras acerca del joven John Henry. Una cintita rosa quedará muy bien en el pecho del pibe y se la merece. Pero los muchachos son capaces de matarlo, si leen esto. ¡Trabajo furtivo en el espionaje internacional! Se lo llevaré a John Henry para que goce un poco con la literatura de este cachorro del periodismo.

Tiró a un lado el diario riéndose; pero luego se paró al oír abrir la puerta y ver que aparecía un oficial alto. Era un hombre de linda estampa, con rostro fuerte e inteligente y ojos fatigados. Sobre las solapas de su chaquetilla tenía presillas rojas con galones dorados, de alto rango, mientras una doble fila de medallas estaba colocada debajo de las "alas" bordadas en su pecho.

El Calvo irguió su baja y tosca figura, haciendo sonor sus talones.

—¿El mayor Atlee? — preguntó el general con una sonrisa y el Calvo simpatizó inmediatamente con él.

—Encantado de verlo, mayor — prosiguió el general, parado cerca de la puerta. — Venga, ¿quiere? Deseo hablar con usted.

Guió a otra pieza, un cuarto grande y

aireado, que daba a la soleada extensión de Whithall e indicó a el Calvo un sillón. Luego le ofreció una caja de cigarros e indicó un soporte para fósforos que estaba a mano, sobre el gran escritorio.

El Calvo encendió, maravillado el cigarro. Hasta entonces sus experimentos con los oficiales de alta graduación no habían sido agradables. Había descubierto que los miembros del Estado Mayor eran caballeros de caras purpúreas imponentes, que daban órdenes imposibles concebidas en términos personalmente insultantes.

Pero ahora tenía delante a un caballero bien educado, que parecía inteligente y hacía pensar a su visitante que lo admiraba y simpatizaba con él a la vez. Evidentemente también entre los "altos" había verdaderos hombres.

Pero el general estaba hablando:

—Supongo, mayor, — dijo — que estará usted pensando porque lo he hecho venir repentinamente a Londres. El hecho es que se ha portado usted demasiado bien.

El Calvo trató de serenarse con un esfuerzo; pero luego su pequeña y curtida cara se arrugó con extraña sonrisa.

—Oiga, general, — dijo — a menudo me han amonestado por ésto o aquéllo. Me han hecho comparecer sobre la "alfombra" ante los Grandes, como a otros muchos en la guerra; pero nunca se me ha telegrafiado, haciéndome venir especialmente para decirme que me he portado "demasiado bien" hasta ahora. Pégueme ¿quiere? Quiero convencerme de que estoy despierto.

El general se echó a reír, probando a el Calvo que era el único general capaz de humorismo que había hallado en su carrera.

—Lo que he querido decir es esto: yo mandé a usted y a sus compañeros los primeros nuevos B. R. 2 Camels porque vuestra escuadrilla es la que tiene el mejor "record" de Francia. Luego, debido a vuestra habilidad y a que los nuevos aparatos son más rápidos y más manuables que los Fokkers, vosotros habéis corrido a Fritz del cielo. Ahora todos nuestros aeródromos de combate están equipados con los B. R. 2 y los informes me dicen que están dando muy buen resultado. Usted hizo el primer trabajo espléndidamente, comandante, y ahora el Cuerpo Real de Aviación impera en el aire de Francia.

—Fueron los nuevos coches que lo hicieron todo, patrón — replicó el Calvo modestamente. — Seguro que mis muchachos realizaron algunas travesuras, asustándolo a Fritz. Pero los nuevos Camels son una maravilla; nada puede alcanzarles. Es cierto que, por nuestro lado, las cosas están ahora muy tranquilas en Francia. No hemos visto ni un solo Fokker durante las patrullas de la quincena pasada.

—Por eso voy a retirar su escuadrilla del frente Occidental — dijo el general tranquilamente. — Oiga, mayor: nosotros nos encontrábamos en una situación muy desventajosa mientras los Fokkers eran las máquinas más rápidas allá. Afortunadamente teníamos algunos hombres brillantes y valerosos, como usted, que mantuvieron a raya a Fritz, aunque combatieran con armas inferiores. En aquellos días, una escuadrilla como sus "Angeles" era una necesidad absoluta, día tras día peleaban contra las circunstancias más adversas. Por vuestros hechos mantuvisteis el ánimo de todo el C. R. de A. Pero ahora, toda nuestra fuerza está equipada con material de primera clase, puede cuidar de sí misma y también dar cuenta del enemigo. El trabajo de usted no se necesita más.

—¡Pero... general! ¿No querrá usted decir que me va a dar limonada fría? Hasta ahora me he mantenido en las alturas... ¿no pensará usted hacerme bajar de un puntapie?

—No — contestó el general sonriendo— En realidad, mayor, voy a hacerle algo peor que eso. Le pediré un nuevo trabajo, aún más peligroso que el de los antiguos días en Francia. Es usted el único hombre y sus muchachos constituyen la única escuadrilla con quien puedo contar para el éxito de esta aventura. Quiero que impida usted a los Zeppelines y Gothas que vuelen sobre Londres y bombardeen la ciudad... como lo hacen ahora con demasiada frecuencia.

El Calvo lanzó un largo suspiro de alivio Luego se levantó y miró un mapa que el general le pasó. Abarcaba Inglaterra, el Mar del Norte y gran parte de Alemania y Bélgica. En cierta parte de la costa de Bélgica colocó el general su delgado dedo.

—La ruta seguida por los Zeppelines los trae sobre el mar, precisamente cerca de aquí — dijo — Esta zona es nuestra. Se la quitamos a Fritz en los primeros días de la guerra, después de una batalla, por mar y por tierra. Ahí es donde le propongo establecer su nuevo aerodromo. Ocultará usted sus hangares con "camouflage" entre las dunas de arena y hallará que hay ya un gran trecho nivelado para campo de aterrizaje.

—Entiendo su idea, patrón — dijo Atlee — Me hará usted avisar por radiotelegrafía cuando las bolsas de gas se pongan en camino. Entonces yo saldré con mis muchachos a su encuentro y les cortaré una rebanada a las salchichas antes de que se acerquen a la costa inglesa. ¡Es una idea papa! Fritz se creerá seguro, habiendo llegado asta allí y no esperará ataque hasta estar sobre Inglaterra.

—Precisamente — dijo el general — Bueno, encontrará todo cuidadosamente arreglado. Lo único que tiene que hacer es volver y transportar tranquilamente sus aparatos y sus hombres por tierra hasta el sitio. No voléis allí, porque llamariais la atención. La noticia se sabría. Todas vuestras operaciones tendrán que ser hechas por la noche, para que podamos mantener la cosa en secreto, al menos por algún tiempo.

Se levantó y estrechó la mano del comandante, después de envolver el mapa y entregárselo.

—Buena suerte a las Aguilas del Frente Occidental, a los Angeles de El Calvo, en la costa — dijo sonriendo y Atlee salió con la cara enrojecida de orgullo.

No era muy común que los "Grandes" se acordaran de un apodo, por famoso que éste se hubiera hecho.

EL ATAQUE

Tres jóvenes oficiales estaban en la orilla del mar y miraban las brillantes aguas bruñidas por la luz del sol poniente. Los tres tenían medallas debajo de las "alas" bordadas de las blusas y uno de ellos, cuya cinta era más nueva que la de los otros, limpiaba un monóculo con un caro pañuelo de seda.

—¿Saben una cosa? — dijo — Me gustaría tener traje de baño y bañarme... es decir, si hubiera donde desnudarse.

Su idea pareció hallar eco simpático en un joven fornido, de aire bondadoso, que estaba a su lado y que enseguida empezó a desatarse los cordones de los botines.

El tercero del trío se echó a reir.

—Fíjate en Caballo de Guerra que está a punto de lanzarse al galope sobre las olas, John Henry — dijo. — ¿Por qué no sigues su ejemplo y te desnudas aquí? No hay muchachas por los alrededores ¿O es tu instinto natural para el "trabajo furtivo" que te vuelve tan tímido? Los diarios hablaron mucho de eso en una ocasión.

John Henry Dont, que todavía no había digerido las bien intencionadas palabras de un reporter fantasista, abrió la boca para hablar. Pero el teniente Wharton Horstead (Caballo de Guerra) se le adelantó, mientras se quitaba un calcetín.

—No voy a bañarme, mi querido Billjim — dijo al humorista — Iba solamente a chapalear. Comprenderás que podemos ser llamados de un momento a otro y sería imprudente desvestirnos del todo. Pero chapalear es muy bueno para los nervios. Mi primo, Ciceron de Leighton Buzzard, le tiene mucha fe y todos los años, cuando veranea en Margate, chapalea diariamente. Dice que...

—Sí, sí, ya sabemos — interrumpió apresuradamente William James Jameson — El, como el resto de los "Angeles", conocía los puntos de vista de Cicero, de Leighton Buzzard, sobre todos los temas. El valiente, pero inocentón Caballo de Guerra sentía una profunda admiración por su pariente de Leighton Buzzard; pero los "Angeles" no la compartían.

John Henry salvó con tacto la situación.

—El chapalear es una linda idea, Caballito. Me dan ganas de hacerlo también. Pero ve tú primero y fíjate si está muy fría el agua. Ten cuidado de no mojarte los pantalones.

Sonrió encantado cuando Wharton Horstead atravesó delicadamente la arena y entró en las murmurantes ondas, con el pantalón arremangado hasta la rodilla. Caballo de Guerra se sostenía los pantalones y entró hasta que el agua le llegó a las pantorrillas.

Pero no habría caminado más de una yarda o dos cuando de pronto desapareció debajo de la superficie, con una gran zambullida y lanzando un grito ahogado. John Henry, tirado de espaldas en la arena, agitaba los pies en el aire, muerto de risa.

—¡Ja! ¡ja! — chillaba — ¡Pobre Caballito... pobre!... ¡No lo vió!... ¡No lo vió!

La cabeza, chorreando agua, de Wharton Horstead volvió a aparecer en ese momento. Siguieron los brazos, que azotaban el agua mientras su dueño hacía esfuerzos frenéticos por volver a tierra. Pero Billjim, que se reía a carcajadas, estaba intrigado.

—¿Qué... qué fue lo que no vió? — gritó — ¿Qué ha pasado, John Henry?

—Un agujero de metralla — contestó el joven Dent retorciéndose — Hubo una batalla aquí, en otro tiempo, y las granadas cayeron en la playa. Con la marea alta, los pozos están cubiertos; pero yo lo ví debajo del agua y lo animé a Caballito ¡Ja! ¡Ja!

Afortunadamente para la paz general, Wharton Horstead no oyó las palabras de John Henry. Salió del profundo pozo donde había caído y llegó a la playa en cuatro pies, sacudiéndose el agua en todas direcciones.

—Caballito, ¿cómo puedes ser tan impulsivo? — gimió Billjim — Yo creí que no te ibas a bañar. ¿O es así que chapalea tu primo Buzzard de Market Cicero? ¡No me extraña que lo admires!

Caballo de Guerra suspiró penosamente y torció su blusa, extrayéndole una buena cantidad de agua.

—¡Caramba! — jadeó — ¡Qué fastidio! Y peligroso, además. Mi querido Billjim, no veo razón para reirse. John Henry, temo no comprendas lo grave que pudo ser este accidente, si no hubiera sido yo buen nadador. Deberían poner aquí carteles, anunciando que hay pozos en el agua. Yo caí en uno. Tengo ganas de escribirle al comandante en jefe y avisarle de este peligro. O mejor a el Calvo que lo haga, ya que él es mi superior. ¿Qué creen, compañeros, que será más correcto?

—Yo creo — dijo John Henry ahogándose — que lo más correcto es que vuelvas al aerodromo y te pongas ropa seca, hijo mío. Pero a nosotros no nos haces colar esa excusa del agujero. Ya se lo que eres... ¡al fin te has delatado! Tú debes ser un tritón disfrazado. Y apuesto a que tienes mucha banca con las ondinas. ¡Pedazo de bribón, tenemos que avisarle esto a el Calvo!

Billjim y John Henry tomaron cada uno un brazo de Caballo de Guerra y empezaron a subir con él la cuesta de la playa, en dirección al sitio donde se hallaba el aerodromo en una especie de tunel hábilmente disimulado por montañas de arena. Allí, el Calvo, sonriente, miró la pequeña procesión desde una cabaña de radio telegrafía.

Cuando pasaban los muchachos, una repentina vibración de los instrumentos hizo volver a el Calvo, quien agarró un par de receptores extra y se inclinó junto al radio telegrafista.

Tres minutos más tarde, el comandante salía de la cabaña, corría al interior del aerodromo oculto, iluminado a luz eléctrica y golpeaba una cápsula de bronce, de granada, que hacía las veces de gong. Llegaron

de todas partes hombres corriendo, los cuales se abotonaban sus uniformes y se ponían apresuradamente sus sacos de cuero. Caballo de Guerra apareció llevando en la mano la mayor parte de su ropa seca, mientras luchaba poniéndose los pantalones.

John Henry y Billjim lo seguían, divertidos, pisándole a propósito la ropa que llevaba arrastrando. Formado en semi-círculo, el escuadrón miró a su jefe; el Calvo esperó a que todos estuvieran presentes. Luego habló:

—Fritz está en camino, camaradas — dijo — Pasará por algún punto cerca de aquí dentro de una hora o menos... después de obscurecer. Según el informe, son cinco Gothas que se dirigen a Londres con unas cuantas toneladas de bombas. Ya saben lo que hay que hacer, tirar a las perchas de bombas y seguir mientras dure el petróleo. ¡Vamos!

Corrió a su propio aparato, donde un par de mecánicos habían ya hecho girar la hélice. El resto de los pilotos lo imitó y en pocos minutos en el sitio, que parecía una caverna de arena, reinó un ruído ensordecedor, mientras los once motores Bentley tosían y vibraban.

Luego, toda la escuadrilla salió. El ruido era tan fuerte que los mecánicos se taparon los oídos con las manos, mientras los aeroplanos ascendían la cuesta en pos de su jefe.

Entre las sombras del obscurecer, las ruedas del tren rodante despegaron unas pulgadas del suelo. El ruído atronador cesó como por obra de magia, quedando convertido en profundo zumbido y sólo una fuerte ráfaga siguió a las once sombras mientras se elevaban y perdían en el obscuro cielo.

El Calvo ascendió lentamente y apretó más las correas de su casco debajo de la barba. Había tiempo para moverse con rapidez más tarde, cuando el aceite del motor empezara a calentarse... Entretanto un pasaje, lento y seguro, hacia las alturas daría a todos tiempo para prepararse a recibir a Fritz.

A izquierda y derecha de el Calvo iban John Henry y Billjim. Caballo de Guerra, tan valeroso como cualquiera; pero más sereno que la mayoría cerraba la formación para vigilar a los jóvenes, siempre impulsivos. La cabeza de flecha de la formación fué gradualmente atravesando el negro espacio, sobre un mar agitado y obscuro como la misma tinta.

—De modo que el buen Calvo, el sabio y viejo capitán, anda buscando la luna — murmuró John Henry — Nos guía calculando un probable cambio de tiempo. Estoy de acuerdo con él. Estas nubes se despejarán con el viento y luego veremos la luna brillando sobre los Gothas, cuando estos aparezcan.

En esto, John Henry no se equivocaba, tanto en las intenciones del jefe como en el éxito posterior. Como media hora más tarde la escuadrilla de los "Angeles" seguía a su jefe, mientras éste daba vuelta y empezaba a bajar, disparando su ametralladora como señal. Luego vieron lo que les había llamado su atención y cada hombre se preparó para el combate.

Como a dos mil pies debajo y a una milla de distancia, navegaban cinco grandes Gothas lanza bombas, en perfecta formación. Los perspicaces ojos de el Calvo habían distinguido el primer rayo incierto de la luna sobre sus lisas alas y pocas veces, en la vida, se sintió tan contento.

Por una parte, en una prolongada espera, a ocho mil pies de altura, se sufre mucho frío; frío cortante y entumecedor. Por otra, el éxito de aquel plan, tan cuidadosamente estudiado una semana antes en la agradable oficina de Whitheall, parecía asegurado.

El Calvo bajó su escuadrilla a pico, aullante, y eligió el Gotha delantero como blanco particular suyo. La gran forma del Gotha — diez veces mayor que la de su aeroplano, subió rápidamente a su encuentro, como una enorme "T" gris brillante y el Calvo le tomó la puntería, oprimiendo sus controles vivamente.

Salió un fogonazo reflejándose en la capucha del motor y el estampido de las ametralladoras dominó el rugido de la máquina. El olor acre, picante, de la pólvora le dió en la cara. Y el Calvo vió una lluvia de puntos negros aparecer en el centro del gran aeroplano gris, que oscilaba dentro del círculo de sus miras. Luego, con una poderosa vibración de alambres y vigas, contuvo el descenso bruscamente, dió vuelta y empezó a subir. Subió cada vez más en larga y ondulante espiral, mientras la fuerte ráfaga amenazaba con arrancarle el casco. Siguió subiendo, seguido por su escuadrilla, para volver a bajar, escupiendo fuego lívido cuando sus miras abarcaron una vez más a los Gothas.

Ahora la luna había salido de entre las desgarradas nubes, a través de las cuales había brillado antes y navegaba libre, iluminando con su luz lechosa todos los siniestros detalles de la batalla aérea, sin duda alguna la más terrible imaginada por la humanidad.

Brilló la luz de la luna sobre la formación de los Camels, que vomitaban fuego, sobre los cinco lanza-bombas, sobre las aguas, a diez y seis mil vertiginosos pies debajo y sobre la obscura y distante línea de la costa.

El Calvo agradeció a su buena suerte aquella luz y esgrimiendo su pistola Very disparó una luz verde. Ante aquella señal convenida, los Camels rompieron su formación y se esparcieron en todas direcciones para volver al ataque del blanco que cada uno había elegido. Sin la luz de la luna, el Calvo no se hubiera atrevido a dejarlos dividir porque podrían haberse producido choques en la obscuridad; se habría visto obligado a mantenerlos en formación. Ahora podía dejar a sus valientes muchachos que emplearan sus métodos favoritos de pelea... la "pelea de perros", por todo el cielo, cuando los enemigos trataran de retirarse.

Pero el enemigo no se retiró. Aunque in-

feriores en número, los Gotha mantuvieron su próxima formación, navegando serenamente hacia Inglaterra, limitándose a bajar, en línea bastante empinada.

El Calvo frunció, intrigado, los ojos, mientras bajaba aun más a pico sobre la cola del Gotha de retaguardia, disparando a la hilera de formas bulbosas que colgaban debajo del enorme fuselaje.

Pero en ese segundo el ala derecha de su aeroplano fué salpicada por una docena de pequeñas cicatrices y una de sus vigas se astilló.

El Calvo hizo una espeluznante pirueta y bajó en espiral, esperando malograr la puntería del inesperado artillero. Porque aquel artillero, que le había errado por pocas pulgadas, era "inesperado".

El costado de abajo de la cola del Gotha era conocido como su único "punto ciego" y sin embargo, aquel parecía tan bien armado como un barco de guerra.

—¿Qué demonios significa eso? — murmuró el Calvo, enderezando con una audaz evolución y mirando las obscuras sombras de arriba — Esas "ponedoras" no pueden montar un cañón en ese sitio a causa de su descarga de bombas. ¿Qué ocurre? ¿Me estoy yo volviendo loco o he recibido una lluvia de confites de esa caravana flotante, como me pareció?

Miró su ala derecha; pero la viga rota y el ala desgarrada le demostraron que no había sufrido ninguna alucinación. De modo que subió empinadamente y sus ojos brillaron con dureza detrás de los anteojos.

—Aquí hay alguna treta — se dijo a sí mismo — Es raro que los bomberos no se hayan dispersado y huído. Se mantienen juntos como el pan y la manteca. Y presentan batalla. ¡Hum!... Calvo, hijo mío, cuida tus muchachos, si no más de uno no va a contar el cuento.

En el mismo momento en que pensamientos de un posible desastre ocupaban la mente del jefe, una luz se encendió arriba y el Calvo se inclinó hacia afuera para mirar, desviando su aparato apenas a tiempo para evitar una vertiginosa masa de madera y tela incendiada que había sido un Bentley Camel ¡Uno de los "Angeles" había pagado su tributo a la guerra!

Un segundo más tarde, mientras enderezaba, un segundo Camels quedaba fuera de combate y el Calvo juró enérgicamente al ver una estrella de fuego que brillaba como flor siniestra en su motor.

¿Qué pasaba? El ataque a los lanza-bombas era siempre peligroso porque llevaban varios artilleros a distintos ángulos de fuego; pero los "Angeles" habían sido instruídos muy especialmente de que sólo atacaran desde cierta distancia o, si lo hacían de más cerca, debajo del bien conocido "punto ciego".

Un tercer aeroplano dio vuelta sobre sí mismo y empezó a descender, mientras el Calvo subía debajo del primer Gotha; reconoció el sombrerete pintado de blanco de John Henry. Salía humo del tanque del joven y éste parecía luchar con algo en la obscuridad.

—Trata de llegar al extinguidor de incendio — murmuró el Calvo con los dientes apretados — ¡Pobre pibe!...

Miró a lo largo de sus miras, enfocó el gran fuselaje gris de arriba e hizo una descarga entre las bombas colgantes sabiendo que su puntería y la distancia eran seguras.

—¡Toma eso en cambio del joven Henry y de los otros dos! — gritó. Y se desvió rápidamente, esperando a cada momento una explosión que volvería amarillo el cielo. Pero no se produjo.

Las balas pegaron y sonaron sobre su tren rodante mientras el Gotha desaparecía de sus miras. Casi loco de asombro, el Calvo volvió a subir; pero vió ahora que, después de todo, su última descarga había tenido éxito. ¡El Gotha se incendiaba!

Una de las balas había hallado evidentemente el tanque de petróleo porque el aparato ya ardía furiosamente a proa y parte del fuselaje iba siendo alcanzado. La tela se arrugaba y desaparecía entre el tejido de vigas entrelazadas y el gran aparato se apartó de la formación, al perder su poder de suspensión una de las ennegrecidas alas.

Dos... tres... cuatro figuras negras se desprendieron de la hoguera y desaparecieron en el vacío. Eran hombres que preferían morir ahogados en el mar a quemarse vivos.

Y luego comprendió el Calvo en que consistía la treta que había sospechado.

Las bombas colgantes no explotaron, como lo hubieran hecho bombas honradas al ser envueltas por las llamas. Se arrugaron; su envoltura exterior desapareció y mostraron el esqueleto.

¡Eran... falsificadas!

—¡Qué un coyote, con cara de gato la persiga a mi tía solterona de Pike Peak si no es ésta una gran jugada! — exclamó el Calvo — Fritz tiene inteligencia a veces. Ha enviado pollos, en vez de gallinas, con huevos falsificados, mientras cada uno de ellos tenía una ametralladora que funcionaba desde el piso del fuselaje, lo apostaría. Sin el peso de las bombas verdaderas, pueden fácilmente llevar armas y hombres de más. Nos han engañado respecto a lo que creíamos su "punto ciego" y...

—¡Muy bien, Fritzito! — cantó el comandante de la escuadrilla, subiendo y sacando una vez más su pistola Very — Aunque me duela, me vas a pagar la vida del joven Henry y Cía.

Un fogonazo rojo partió de su pistola y cayó como una flor de sol. Los "Angeles" vieron la señal. Dejaron a los Gothas y subieron, encontrando a el Calvo mil pies más arriba, y se formaron en línea de combate.

Luego jugaron al "sigo a mi jefe", un juego muy agradable, con los cuatro Gothas que quedaban, juego que desagradó a estos antes de transcurridos diez minutos.

El Calvo había adivinado ahora la treta de su enemigo y bajó sobre él hasta ponerse a tiro, subiendo enseguida velozmente. Sus tiros y los de sus muchachos empezaron a dar resultado. Tenían la ventaja de armas

de más largo alcance y los artilleros alemanes juraron al ver que no podían acertar a los pequeños aparatos que, al principio, parecieron presa tan fácil.

Luego, uno por uno, los Gothas enmudecieron. Las llamas estallaron en dos de ellos al mismo tiempo e iluminaron un tercero que oscilaba locamente, con su piloto y su asistente muertos sobre los controles.

El tercero cayó cinco minutos después, en el preciso momento en que el joven comandante de un destroyer contemplaba las dos hogueras y una forma gigantesca tocar la superficie del agua, cerca suyo, casi al mismo tiempo.

El comandante apartó sus miradas de la hoguera, que parecía peligrosamente cerca, para fijarse en un espanta-pájaros, chorreando agua y ennegrecido por el humo que estaba junto a él. Era el joven John Henry. Por un milagro había logrado escapar de su aeroplano cuando tocó el mar. Luchando contra el mareo que empezaba a apoderarse de él, nadó hasta la superficie y allí chocó contra el casco del destroyer británico.

—¡Caramba! — dijo el comandante en tono zumbón — Tendré que pedir a sus compañeros que tengan más cuidado en el futuro. Casi plantó usted su cohete incendiado en mi proa... y !mire eso! Ustedes, los locos del cielo, están haciendo la noche positivamente peligrosa.

John Henry miró el hirviente naufragio con extraña expresión en sus ojos. Por poco... por muy poco había sido aquel su destino. Estaba todavía muy tembloroso por su caída, de cabeza, al mar; pero ni por un segundo perdió su "pose".

—Lo siento, mi querido lobo de mar — dijo lánguidamente, mientras observaba dos botes que se dirigían al lugar del siniestro, en busca de sobrevivientes. — Mañana provéase de una sombrilla. Probablemente repetiremos la función — prosiguió y un pequeño resplandor arriba atrajo su atención.

Se echó a reir. El comandante miró al cielo y juró. Corrió al pequeño cuarto de marear, apartando al sorprendido comisario de la rueda. El telégrafo resonó histéricamente. Los restos incendiados del quinto Gotha tocaron el agua a veinte yardas de distancia de la popa del destroyer, que viraba.

UN ACCIDENTADO PARTIDO DE POKER

Calvo Atlee rodeaba afectuosamente con su brazo los hombros de John Henry Dent que acababa de regresar al aerodromo, vía puerto de Calais, en un tren francés excesivamente incómodo. Fué recibido por sus compañeros con encantados saludos y se le enteró del fin de los dos jóvenes miembros de la escuadrilla, menos afortunados que él. El mar guardaba sus últimos secretos.

—¡Qué se va a hacer! — dijo el Calvo— Así es la guerra. Thompson y Grainge no habían dado más que un solo paso adelante. Nadie sabe a cual de nosotros le tocará después. Un brindis por ellos, hijo mío, y que no se hable más de la muerte. Así lo hubieran deseado.

El Calvo tenía razón. Era la guerra. La muerte estaba siempre demasiado presente para preocuparse mucho por ella. Se bebía silenciosamente un brindis ante la silla vacía, en la mesa, y la vida continuaba.

John Henry bebió tranquilamente su vaso y lo dejó.

—¿Y qué te ocurrió, hijo? — preguntó el Calvo — ¡Qué contento estoy de volverte a ver! Cuando te vi bajar con el motor despidiendo humo, pensé que era tu último salto.

—¡Ah! — dijo John Henry solemnemente — Fué un momento terrible, se lo aseguro. Afortunadamente llevaba mis flotadores y luego... encontré el submarino.

—¡Un submarino! — exclamó el jefe de la escuadrilla y los otros se acercaron más.

—Un submarino — contestó el joven Dent firmemente. Había en sus ojos una expresión que el Calvo no advirtió.

—No bien toqué el agua — continuó — fuí despedido sobre el plano superior, con la fuerza del choque y me encontré vivo y pataleando. Yo había juzgado mal las cosas, porque mi tanque no estaba incendiado y yo mantenía las llamas bajas, en el motor, con el extinguidor. Toque el agua cuando creía estar a quinientos pies de distancia de ella. Con el humo y la obscuridad no podía ver. (Esto, sea dicho de paso, era verdad) — Sin embargo, — continuó el imperturbable Dent — enseguida inflé mis flotadores, coloqué mis pies en ellos y pude flotar cómodamente mientras sacaba una copia de los Reglamentos del Rey y los leía a la luz de la luna. Me sentía un poco inquieto porque no pude encontrar ningún capítulo que indicara el modo correcto de proceder para un joven oficial del Cuerpo de Aviación que flotara entre las latitudes 0 y 10 Norte. Comprenderán mi dificultad, si hubiese estado haciendo yo algo incorrecto y aparece algún general en canoa y me pesca. Mi escuadrilla hubiera quedado mal.

—Sin duda alguna — dijo el Calvo con acento peligroso y John Henry procuró aproximarse negligentemente a la puerta.

—Luego apareció el submarino — prosiguió animadamente — Era alemán, claro está; pero yo me agarré del periscopio cuando se levantaba y rompí el maldito artefacto. Como tengo por costumbre, en casos de emergencia, obré con notable velocidad y previsión. Llené rápidamente mi casco con agua y lo vacié en el agujero del periscopio. Los hombre creyeron que el submarino se hundía y ¡hubieran visto como corrían! Era lo más divertido. Abrieron la tapa y saltaron por el costado por docenas, cantando el Himno Nacional Alemán, lanzando tres hurras por el Kaiser y el pequeño Guillermo. Luego, naturalmente, yo me metí dentro del submarino, hice funcionar las máquinas y puse rumbo a casita, dejando a los otros que se ahogaran.

—¿"Eso' hiciste? — dijo el Calvo, cayendo sobre él como un halcón, mientras el resto de la escuadrilla lo imitaba. Pero el jo-

ven Dent había esperado sin duda aquel ataque. Mismo encima suyo colgaba un mechero de gas y, dando un salto, se agarró a él, quedando con las piernas en el aire, como lo había visto hacer muchas veces a los héroes de cine. Sus atacantes cayeron al suelo en montón.

Pero evidentemente los aparatos de gas de los héroes de cine están hechos de una substancia mucho más fuerte que los comunes, del comercio. El de John Henry se rompió traidoramente cuando el joven se balanceaba de él y descendió sobre la colección de cabezas y pies que había abajo.

Diez minutos más tarde, el imaginativo John Henry salía del cuarto del rancho, rebotando ligeramente sobre una oreja e iba a caer en un gran charco de aceite sucio. Le habían frotado mermelada en los cabellos, tenía la blusa puesta lo de atrás para adelante y la cara profusamente decorada con hollín de la estufa. Llevaba un tonelete hecho habilmente de una tira del hule de la mesa.

Lenta y penosamente se levantó del suelo y miró al grupo, risueño y jadeante, que estaba en la puerta, antes de dirigirse al cuarto de baño.

La vida del humorista es dura.

El Calvo se cepilló, riéndose todavía y palpóse un gran chichón que tenía en la parte de atrás, causado por el suelo de un lado y la repentina llegada del pie de John Henry del otro.

—Ve a ver si no se ha enojado, Billjim— dijo — Lo hemos castigado un poco fuerte y no me gusta ver a mis muchachos de mal humor.

Billjim se quitó dos sardinas de los pantalones y se alejó sonriendo. Pero cuando encontró a John Henry chapaleando en la bañadera y cantando alegremente, comprendió que el mal humor no formaba parte del carácter del joven. Al ver a Billjim, Dent le tiró la esponja y Billjim se dio vuelta para irse, muy complacido, hasta que tropezó con el jabón que Dent le había deslizado entre los pies y se fué de cabeza al suelo.

Entretanto en la pieza del rancho se habían tranquilizado, porque un ordenanza llamó a el Calvo al teléfono, donde se encontró con que le esperaba un llamado de larga distancia. Al terminar la conversación, convocó enseguida a sus muchachos para una asamblea general.

—Escuchad, compañeros, — dijo cuando todos, incluso Dent, estuvieron reunidos — El gran Patrón de Londres ha hablado. Le dí mis informes... todas las máquinas enemigas destruídas, con pérdida de dos de los nuestros; nos envía una palmada en las espaldas. Pero Fritz había preparado más de una treta anoche. Bombardeó a Londres y... lo bombardeó malamente.

—¡Bombardear a Londres! — exclamó Caballo de Guerra — Pero, mi querido Calvo, debe haber algún error. ¿Cómo pueden las máquinas de Fritz haber bombardeado a Londres, si las derribamos todas antes de que llegaran allí? Y además no llevaban bombas, si no figuradas.

El Calvo movió solemnemente la cabeza

—Hay en la tierra y en el cielo muchas más cosas de las que tú y tu Buzzard Cicero de Ashby-de-la Zouch imaginan, Caballito — dijo. — Los Gothas eran una trampa del principio al fin. Se enviaron como señuelo y mientras los combatíamos, un Zeppelín viajaba tranquilamente encima nuestro y siguió hasta Londres donde descargó una tonelada o cosa así de explosivos surtidos. Nosotros no lo vimos. Se mantuvo detrás y encima de los Gothas, que volaban bastante bajo, como recordarán. Y ahora, ¿qué me dicen de esta jugada?

—¡Espléndida! — contestó John Henry — Hay que mandarle a Fritz una frambuesa de lata dorada por su gran idea. Pero ahora que sabemos lo que...

—Ahora que sabemos lo que hace — interrumpió el Calvo — es preciso que ninguno de nosotros diga una palabra sobre el asunto, ¿comprenden? El jefe principal y yo hemos estado hablando por teléfono y él piensa que algún maldito espía se enteró de nuestro proyecto de salirle al paso a Fritz, a mitad del camino. Evidentemente, Fritz no sabe donde estamos escondidos, si no ya hubiera venido a bombardearnos inesperadamente; pero sí que nos encontramos en "alguna parte". Ahora, escuchen:

Se recostó contra la mesa y habló tranquilamente.

—Nadie debe enterarse de que nos dimos cuenta de la añagaza de Fritz — dijo — Si no, no la repetirá. Si cree que todavía estamos en Babia, hará su próximo "raid" en la misma forma. Entonces... lo agarraremos ¿Entienden? Ni una palabra. Nadie sabe donde hay un espía, en estos tiempos.

John Henry movió afirmativamente la cabeza. Había ganado su condecoración porque sospechó de un hombre incorporado a su escuadrilla y capturó brillantemente al espía enemigo.

—¿Y cuando Fritz repita la gracia? — preguntó.

(Continuará)

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

LA LINEA DE LA MUERTE

(*Segunda parte de "El Juego del Peligro"*)

Por J. ALLAN DUNN

(Conclusión)

EL SITIO DE WILLOWBROOK

EMPECE a pensar que Menchero había descripto bien a Méndez y a tener esperanzas respecto a él. Podía no saber donde estaba escondido todo el oro; pero si la mayor parte, imaginé. En cuanto a los planes de Menchero, sin duda el aviador había recibido una versión desfigurada; pero podía conocer importantes detalles, tales como y cuando pensaba Menchero abandonar el país.

No existía tratado de extradición con Contra Costa. Menchero, establecido allí como dictador, estaría seguro. Pensé de donde suponía Méndez que procedía aquel oro y por qué, si se le había reunido secretamente, se le sacaba de contrabando. La respuesta era bastante sencilla.

La puerta de la cocina se abrió. Apareció Tamaki con un farol, sujetando al perro por el collar. Yo le hablé y todos entramos. El impasible amarillo no demostró sorpresa. Ya había recibido varias, mientras estaba yo ausente, en forma, de visitantes que traían un billete de alojamiento mío; pero lo que pensaba de mis asociados lo reservó para sí.

Atravesé el living room, dirigiéndome a los dormitorios y encontré allí a tres hombres. Flatty era el último que había llegado, esa tarde.

—La señorita Wetherill me acompaña — dije. Vestíos. Quiero que sostengamos una conferencia. Menchero ha salido con la suya; pero aun confío derrotarlo.

Tamaki había encendido fuego en el living room; era apenas necesario, pero alegraba. El perro se había acercado a Kate, que estaba sentada frente a la llama, con aspecto de cansancio. Hice pasar a Red, que custodiaba a Méndez, con los demás. Billings lo conocía.

—¿Tamaki, puedes prepararnos algo de comer? ¿Café caliente?

—¡Como no! — contestó alegremente. — Y ricos huevos frescos, tocino, tostadas.

Le pedí a Méndez que nos acompañara a comer. Pareció sorprendido, rehusó y luego dijo que tomaría café. Miraba a Kate, reconociendo su calidad, tratando evidentemente de darse cuenta de donde estaba.

Le entregé el diario que tenía en mi bolsillo. Yo sabía que en Willowbrook no estarían enterados. Recibíamos los diarios con un día de atraso y aún así había que ir por ellos a la aldea, a menos que se fuera suscriptor. En tal caso, llegaban en el correo de las diez. Pero yo quería que lo viera primero Méndez. Le intrigaron los encabezamientos. Lo comprendí, vi el cambio en su cara.

—Le traduciré lo que no entienda — le dije. — Puede confiar en que lo haré verídicamente.

Sus miradas fueron de mí a Kate, luego volvieron a mí, intrigadas, preocupadas.

—Gracias, señor — dijo. — Hay algo aquí que no puedo comprender.

Yo mismo no había leído el relato del asalto. Lo conocía por la jactancia de Menchero y sabía que sería un artículo sensacional; pero ignoraba que el nombre de Men-

chero figurara en él hasta que oí una exclamación de Méndez. Me mostró el párrafo, pidiéndome que lo tradujera. Quería entenderlo bien.

—El vuestro es un país difícil de entender dijo Méndez. — Ayudó a libertar a Cuba; bueno. Se apoderó de las Filipinas y no la libertó. Envía barcos de guerra a Haití, a Nicaragua; dan aeroplanos y municiones a Méjico. A veces ayuda y a veces no.

Dan armas; pero no permiten que se las compre y embarque. A veces pienso que Estados Unidos es un gran amigo de la Libertad y otras que sólo es el gran amo. Por eso creí a Menchero cuando me dijo que vuestro gobierno no permitía se recolectaran fondos para su revolución y que esto tenía que hacerse secretamente; que tendrían que ser en oro, porque no sufre depreciación y vale en cualquier país. Le creí cuando me aseguró que muchas grandes firmas americanas se habían suscripto a la causa por las concesiones que más tarde se harían.

Sé que Contra Costa necesita desarrollar su progreso, que la vida de los naturales es dura, con muchos impuestos y pocas escuelas. Creí a Menchero cuando me dijo que cambiaría todas esas cosas. Habla bien y me dejé arrastrar por la causa de la libertad. Pero.... — su rostro se endureció — no comercio con mi honor. Y de esto me ha de rendir cuentas.

Lo dejé desahogarse. Méndez era un hombre honrado. Menchero, aunque excelente espadachín y tirador, se las iba a ver mal con Méndez si se hallaban alguna vez frente a frente. El aviador estaba furioso al ver que había sido engañado.

Conocía dos sitios donde se guardaba un millón; de uno de ellos procedía el oro cargado en su aeroplano. Eran almacenes de hierro viejo en East Side, fuera de uno de los cuales había anclado su anfibio. Tenían pisos dobles, escotillones hábilmente disimulados. El oro se había sacado de allí al anochecer, bajo la vigilancia de Vázquez.

En los planes de Menchero entraban otros aeroplanos, cuyos pilotos transportarían el oro a una pequeña isla, en la costa del Maine. Este sería embarcado a bordo de un pequeño buque de carga. El vapor no llevaría licores ni nada que oliera a contrabando, excepto el oro, mucho del cual estaba en lingotes. Estos se pintarían de rojo y se usarían, abierta y audazmente, como lastre.

Méndez iba a ser almirante de la flota aérea de Menchero, en Contra Costa; conduciría él mismo allí a Menchero, evitándose así los pasaportes y demás dificultades. La policía aérea, la cuarentena aérea, los aduaneros del aire no han nacido aún o están en pañales. ¿Quién puede decir que rumbo lleva un aeroplano en el aire?

Méndez había dicho todo lo que sabía. No quedaba de esto la menor duda. Pero ignoraba la situación de esa isla y su nombre, si es que lo tenía. Había que atacarlo a Menchero antes de que transportara el oro. Quizá decidiera abandonar el botín en los dos sitios que Méndez conocía, no creyendo que el aviador pudiera traicionarlo — la honradez de Méndez estaba más allá de las apreciaciones de Menchero — Pero de eso podíamos cerciorarnos por métodos que el mismo Menchero hubiera usado.

Di el diario a Billings, que lo leyó en voz alta para que se enteraran Flatty, Slug y Red Méndez terminó su discurso con una reverencia a Kate y otra, menos profunda, a mí.

—Yo y mi aeroplano estamos a su disposición, señor — dijo. Era un gesto hermoso, bien intencionado, aunque su aeroplano ya lo tenía yo.

Me sentí inclinado a aceptar sus servicios. Utilizaría el aeroplano para ir a Nueva York; después de eso juzgué mejor que él siguiera volando al sur, hasta que le durara la nafta. Todavía no se sospechaba de él; pero quizá el comisario seguiría indagando hasta que conociera todos los nombres de los asociados de Menchero en la tienda. Entonces buscaría a Méndez y su anfibio.

—¿Tiene dinero? — le pregunté.

Me miró, sorprendido. Pero cuando uno trata con hombres honrados hay que ir hasta el límite. Yo decidí que no corría peligro con Méndez. Era sincero y su resentimiento con Menchero real.

—No mucho — contestó.

Yo no tenía ninguno encima; el enano se había quedado con mis dos billetes de reserva. Pero poseía mucho más en Nueva York. Tamaki quizá tendría algo y Billings, con seguridad, bastante.

Antes de pedirle a Billings quise saber como la habían secuestrado a Kate.

—Fué ridículamente sencillo — dijo. — Pedí el auto para las dos y treinta. Donlon es siempre puntual. Me avisaron que el auto esperaba. Donde vivo ahora no hay portero. Fué el chico del ascensor que reconoció el auto.

No era el mío. Ahora lo sé. Y no era Donlon. Y el hombre también se le parecía. Su misma figura, aunque no lo miré muy detenidamente, no sospechando nada.

—Hay muchos hombres en Nueva York, que con el mismo uniforme, se parecen — dije. — El teléfono de Donlon fué interceptado para enterarse de la hora. De algún modo se le retardó, descomponiéndole el motor o sacándole la nafta.

—Espero no haya sido más que eso — dijo Kate. — Le di la dirección al chauffeur. Nada sospeché hasta que el auto se detuvo junto a la calzada, por el tráfico. Un hombre abrió la puerta, entró. Era Menchero. Se sentó a mi lado, enseñando su lengua, riendo, apoyándome una pistola en el costado.

Yo llevaba la mía; pero era inútil pretender usarla. Tampoco me sirvió después cuando... traté de matarlo. Le dije a usted que no lo hiciera, Pablo. Pero ahora lo absuelvo por eso. Es un monstruo. Me dijo que yo iba a visitar su país, después de todo.

—Nos libraremos de él — contesté sombríamente —de un modo u otro. Esta vez he mordido su propio cebo. Me voy a Nueva York a poner a la policía sobre su pista. Yo mismo la encontraré, si puedo. Usted se quedará aquí con Billings y Slug. Ellos la cuidarán. Y yo volveré, se lo prometo.

—Nunca me ha faltado usted a su palabra, Pablo. Y espero que no lo hará.

Hice como que no comprendía el significado especial de sus últimas palabras. Mén-

dez había ido hasta la puerta y miraba cortésmente por los vidrios. Probablemente no podía seguir nuestro rápido diálogo; pero era esencialmente caballero.

Yo volví al cuarto del fondo a pedirle prestado dinero a Billings y a ponerme botines. Tamaki me había traído zapatillas, por el momento. Pensaba llevarme a Red. No estaba seguro si también llevaría a Flatty. Billings miraba el diario. Había dejado de leer.

—Oye, — me dijo — si lo que dice aquí es cierto, que salvaron a todos del incendio, José está libre. Lo dejamos en una de aquellas casas que se quemaron.

¡José libre! ¡El asesino que me había atacado por cuenta de Menchero! Libre desde más o menos las once de la noche. Trataría de comunicarse con Menchero. Tenía tiempo de sobra para ello. Menchero estaría en comunicación con el club del Río. O por otros medios.

Pero estaba yo tan seguro como de que vivía, que los dos se reunirían. Si era así, Menchero se enteraría de que mi retiro era Willowbrook. Había visto al aeroplano tomar rumbo al oeste. Menchero vendría y... no vendría solo. Pensaba que tenía yo el oro. Más aún sabía que me encontraría con Kate.

No podía contar con muchos partidarios. Y aquí le reservaríamos una sorpresa. Teníamos la subametralladora Thmpson.

No podía yo irme. Lo discutimos brevemente. Ellos podían llegar en cualquier momento. Teníamos la subametralladora Thompson.

—Dejadme manejar esto — dijo. — Yo entiendo mucho de estas nenas. Esta vez se encontrará Menchero con la horma de su zapato.

Hicimos nuestros preparativos. Dejamos algunas luces encendidas. Puse a Kate en mi dormitorio. No podía llegarse sin ayuda de escalera hasta sus ventanas.

—Si me lo permite, yo también pelearé — dijo Méndez en inglés. — Vi que los otros lo observaban. Lo miré a Billings y movió afirmativamente la cabeza. Confiaban en Méndez aunque Red parecía algo dudoso. Pero el aviador sostuvo el examen tranquilamente.

¡Las dos de la mañana! Lo más profundo de la noche en Willowbrook. Le dije a Tamaki que tuviera cuidado con el perro pero Kate quiso llevárselo. El animal había simpatizado con ella. Aunque ladrara, no importaría mucho. Había pocas probabilidades de que nos oyeran u oyeran las detonaciones de nuestras armas silenciosas.

Nos rodeaban árboles y lomas. La casa más próximo distaba una milla, la otra dos. Podía cometerse un crimen sin que nadie se diera cuenta por muchas horas. No había policía local, fuera de un viejo oficial que se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo y nunca salía al camino.

José recordaría la puertecita a través de la cual casi me eliminó. Pero les serviría de poco a los sitiadores. Tenían que subir un trecho de escalera y forzar otra puerta.

La entrada principal tenía su punto débil en los paneles de vidrio de los costados. Por lo demás era fuerte y tenía tranca. La del frente, que daba a la galería, era más vulnerable, así como la ventana, a través de la cual se había proyectado la sombra de José. La puerta del fondo, a nivel, era la más débil, moderna, con la mitad de vidrio, para dar luz a la cocina.

—Atacarán por la cocina — dije. — Tamaki, ve junto a la señorita Wetherill. Dejaremos la cocina a obscuras.

—Yo no ser muy buen peleador, tal vez — dijo Tamaki. — No tener pistola. Pero si muy buenos ojos. Si ir a la casilla de madera, puede ver quien viene. Nadie verá mi. Puede hacer señales con linterna por persianas. Ellos no verán. Vosotros si.

La casilla había sido granero, con persianas, para su ventilación, del lado más próximo o la casa. Era buena idea. Tamaki estaría bastante seguro y quería ayudar. Consentí y salió.

Se oyó ruido afuera, en el cielo. Era un aeroplano.

—Vuela en círculo — dijo Red. — Han visto nuestro aeroplano. Hay sitio para ellos también.

—Y saben que estamos aquí — dije.

Menchero no había perdido tiempo. Kate vino desde su cuarto.

—Tamaki hace señas — dijo.

El debía saber que habíamos oído el aeroplano, por consiguiente se trataba de algo más.

Tenían tiempo de haber venido en auto por las hermosas carreteras de Nueva Jersey. Y era lo que habían hecho, guiados por José. Tamaki había visto los focos del auto en el camino.

Los vimos ahora, se acercaban rápidamente. El auto se detuvo. El aeroplano había aterrizado. El perro empezó a gruñir. Seríamos atacados por ambos lados, frente y fondo; posiblemente por todas partes

¡SEGADOS!

Pensé si vendrían por el arroyo, porque en el jardín no había aún mucho reparo. Nosotros tendríamos que usar las ventanas para tirar, menos en la cocina, donde Flatty se había situado con su "nena". Pensaba atacarlos abriendo de pronto la puerta, antes de que llegaran a ella.

Afuera sobre las lomas, había algunas nubes en el cielo. Velaban de cuando en cuando la luna. Pero no lo bastante para impedirnos ver sombras que aparecían sobre las piedras del puente, buscando refugio detrás de los cerezos, manzanos y sauces. Quizá invadieran la casilla; pero no temía yo por Tamaki. Podría no ser bueno en la pelea; pero era maestro en la estrategia.

Contamos siete entre todos que aparecieron brevemente, desapareciendo hacia el fondo. ¿Cuántos había en el aeroplano? Seguramente allí se encontraba Menchero. Sus planes estarían trazados.

Pensarían destruirnos implacablemente. Al día siguiente la casa sería un montón de ruinas. Puede ser que hicieran alguna otra tentativa; pero el principal punto de ataque sería la puerta de la cocina. Fuí allá y lo encontré a Flatty, agachado en el suelo, a la vaga luz que iluminaba un poco cuando se despejaba la luna.

—Dos hombres bajan la cuesta — murmuró. — Arriba hay cuatro más. Tienen una

especie de ariete. Tratarán de echar abajo la puerta. Va a ser cómico. En este viaje encallan. ¡Ojalá estuvieran entre ellos algunos de los que mataron a Fin! A uno o dos los conozco por los hocicos. No les erraré.

Vi que su mano acariciaba el arma. Su voz era baja, fría, la de un asesino en tren de venganza.

Oyóse ruido de vidrio roto. Otro. Billings había sacado vidrios enteros para nosotros, con su habilidad habitual.

Volví al living room. Habían entrado dos balas, una de cada costado. Una penetró por el costado de la puerta principal. Se oyeron pasos en ambos porches. No podíamos hacer fuego sin exponernos. En cierto modo, estábamos acorralados, pero no del todo.

De pronto oí el apagado ra-ta-ta de la Thompson de Flatty. Había abierto la puerta. Del caño de su arma salían todavía balas, mientras la movía a derecha e izquierda; luego alzó el caño hacia donde dos figuras corrían cuesta arriba, en dirección al garage.

—Esto los enseñará — dijo con satisfacción salvaje. — Eran cuatro los que traían el ariete. Dos los protegían. Cayeron los cuatro. Lo que es por aquí no vuelven.

Había cuatro figuras tendidas junto al pesado barrote de hierro que pensaban usar como ariete. Todos inmóviles. Probablemente muertos. Del lado del garage brilló un fogonazo. Una bala pegó en el marco de la puerta. Disparé en contestación. Pero Flatty me hizo entrar.

—Juega sobre seguro — me dijo.

Yo no estaba de humor para eso. De los nueve, habían caído cuatro. Eso los detendría un rato. Yo pensaba llevarme a Red y a Slug y hacer una salida por el piso bajo. Quedarían Billings, Flatty y Méndez para defender a Kate, disparando de vez en cuando, aunque fuera a blancos imaginarios para intrigarlos. La descarga de la Thompson los había intimidado. Ahora andarían con mucha cautela. Abandonarían el fondo. No creía yo que renunciaran todavía. Flatty se quedaría un rato en la cocina.

Llevé a Red y a Slug al cuarto donde estaba Kate, sentada en mi cama, tratando de tranquilizar al perro. Había olor a pólvora en la casa, producido por los disparos de Flatty. El cuarto estaba a obscuras; la única luz penetraba por los vidrios de las ventanas, profundamente entradas, a cada lado.

Abrí la puerta de la piecita que quedaba atrás y oí un ligero "clic". Andaban en la cerradura de la puerta que estaba al final de los escalones. Habían abierto la puerta holandesa. Traían expertos en cerraduras, porque una cerradura holandesa tenía sus malos puntos, como Billings me había demostrado. Red estaba detrás mío. El había oído también. Me agaché y él hizo lo mismo. Detrás nuestro se agachó Slug.

—Tengo una linterna — dijo Red.

—Ahora no — le repliqué. — Yo conocía la pieza. Podía distinguir la obscura boca de la estufa. La puerta estaba a su derecha, pintada de blanco, que ahora era gris.

Desde el fondo llegaban los "pops" de las pistolas silenciosas. Billings y Méndez estaban en acción o hacían demostraciones.

Otro "clic". Una herramienta trabajaba con la cerradura y el cerrojo. El cuadrilongo gris se achicó. Abrióse con infinita precaución una rendija negra. Se agrandó más y más.

Lo toqué a Red con el codo. Nuestras dos pistolas dispararon a un tiempo. La contestación fué un fogonazo y el plomo pasó muy arriba de nosotros. Oímos un gemido y el ruido de un hombre que rodaba por los escalones. Su pistola había caído al suelo. La linterna de Red la encontró, yo la recogí y atravesamos la pieza.

Al pie de la empinada escalerita se veía un bulto humano, un brazo sobre los escalones. Red lo iluminó con su linterna. Estaba muerto.

—Nunca sabremos cual de los dos lo mató — dijo Red. — ¿Bajamos?

Bajamos, Slug nos acompañaba. La puerta holandesa estaba abierta, las dos hojas separadas completamente.

Vi una figura corriendo hacia el fondo, le tiré dos veces, la vi tropezar y caer. Vi más aun. El hombre tenía las piernas combadas: era José. Se incorporó, arrastróse. Había corrido ligero y estaba detrás del fondo de la casa.

Red y Slug corrieron detrás mío.

—¡Dad la vuelta al otro costado de la casa! — les dije y ellos corrieron hacia el camino, mientras yo lo hacía hacia el fondo. El porche del costado estaba libre. Vi a José, que iba gateando boca abajo, incorporarse, volver a caer. Flatty lo había clavado al suelo con plomo.

Brilló un fogonazo y una bala me rozó el cuello, mismo a la raíz del pelo, casi estuvo a punto de romperme la columna vertebral. Un hombre acechaba en el camino de los sótanos. Oí el "clic" de su pistola vacía, al darme vuelta. Me la tiró a la cara y desvió mi puntería, mientras se avalanzaba sobre mí, agarrándome la muñeca derecha, sosteniéndola, mientras rodábamos escalones abajo, juntos.

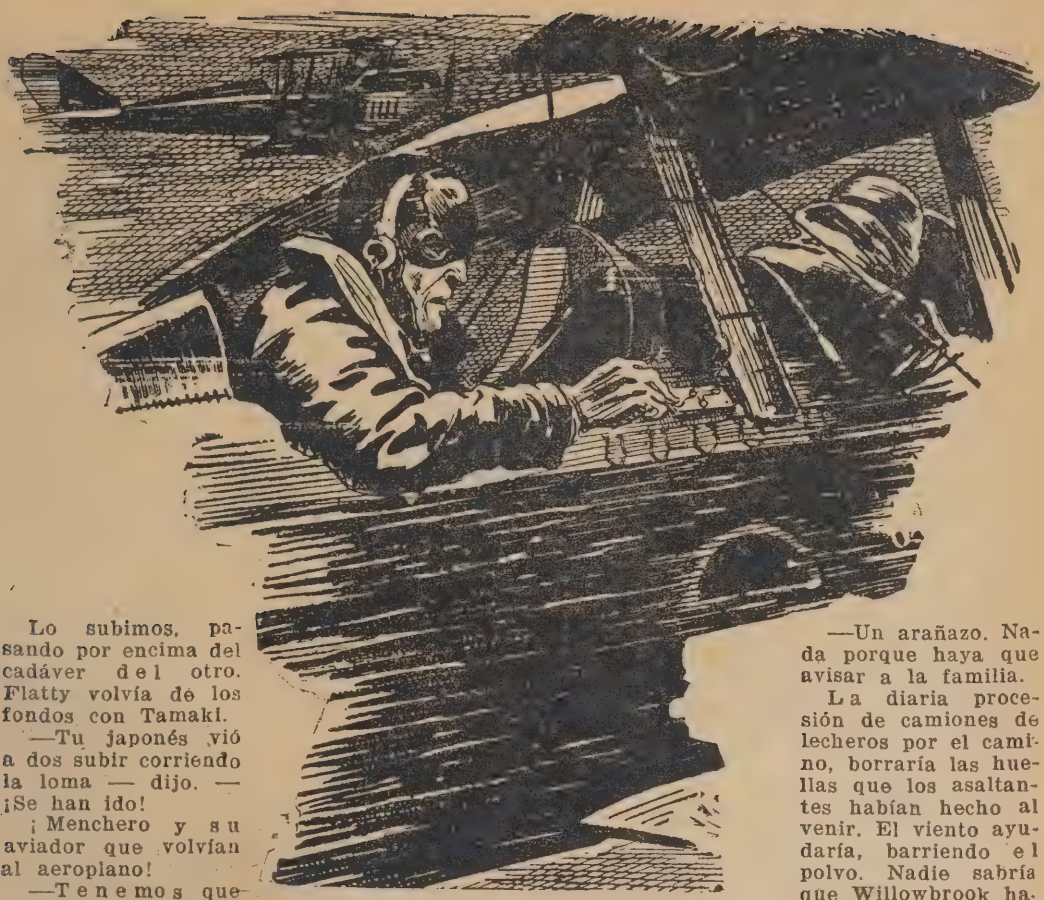
Peleó como un gato salvaje. Mi pierna izquierda estaba apretada contra un escalón. Su mano libre buscaba mi garganta. Le pegué con la rodilla en el estómago y lo sentí quejarse, aflojar la presión. Yo estaba encima de él, había soltado mi garganta, aunque todavía me tenía agarrada la muñeca armada.

No era aquel un sitio cómodo para pelear y mis puños golpeaban el cráneo y la mejilla de mi adversario. El me desollaba las coyunturas de la mano contra la tosca piedra de los costados. Yo tiré la pistola lejos de ambos. Tenía sobre él la ventaja de estar encima.

Logré soltar mi mano derecha y lo sujeté Un prisionero vivo podría hablar. Pateó mientras mis dedos le apretaban la traquea, buscando y encontrando la yugular, cortándole la respiración. Sus pies tamborilearon, se alzó convulsivamente; pero yo lo tenía bien sujeto y le alcé la cabeza, golpeándosela, hasta que perdió el sentido. Recobré mi arma, encontré la de él; Red volvía.

—Matamos a uno — dijo. — Lo hicimos caer después que hirió a Slug en un brazo.

—Yo tengo otro — repliqué. — Está vivo. Llevémoslo adentro.



Volábamos ahora casi a nivel

Lo subimos, pasando por encima del cadáver del otro. Flatty volvía de los fondos con Tamaki.

—Tu japonés vió a dos subir corriendo la loma — dijo. — ¡Se han ido!

¡Menchero y su aviador que volvían al aeroplano!

—Tenemos que perseguirlos — dije. — Pueden destruir nuestro aeroplano. Billings, ve lo que puedes sacarle a este tipo.

—No sabrás mucho por él — dijo Billings — Lo conozco: "Nieve", Larkins. No es más que un pistolero alquilado. Un consumidor de cocaína. Mejor es seguir a los otros.

—Llevaré a Méndez — dije. — Y a Flatty con su Thompson. Hay que borrar las huellas de todo esto. La señorita Wetherill no debe verse mezclada en el asunto.

—Ni tú tampoco — replicó Billings. — Yo me encargaré de arreglar las cosas.

—El auto de ellos está ahí — dijo Slug. — Apilaremos dentro a los muertos y los haremos dar un paseíto. A éste también, si no tienes interés en retenerlo. Conozco bien el lugar. Y éste no volverá aquí, puedes estar seguro.

—Mejor sería rematarlo — dijo Billings: pero yo moví la cabeza negativamente. Nieve Larkins era una rata. Cuando volviera en sí, disipados además los efectos de la droga, y se hallara en un auto lleno de muertos, dispararía a ocultarse en su agujero.

—Buscad afuera huellas de autos — dije.

—Confía en mí — replicó Slug.—He conducido camiones a través de la frontera de Canadá. Los dejaré bien lejos.

—¿Y tu brazo? — le pregunté.

Sonrió.

—Un arañazo. Nada porque haya que avisar a la familia.

La diaria procesión de camiones de lecheros por el camino, borraría las huellas que los asaltantes habían hecho al venir. El viento ayudaría, barriendo el polvo. Nadie sabría que Willowbrook había sostenido un sitio.

Me despedí brevemente de Kate. Nada más que un apretón de manos. No debían cambiarse más besos entre nosotros.

LA FUGA DE MENCHERO

El peligro de que Menchero destruyera nuestro aeroplano era grave. No era probable que se atreviera a prenderle fuego. Pero... podía hacerlo.

Méndez me acompañaba cuando subimos corriendo la cuesta, precediendo a Flatty que llevaba su preciosa subametralladora. A mitad de camino del bosque oímos el ruido de motores. No vimos llamas. Al salir del bosque vimos elevarse un pequeño aeroplano. El nuestro estaba todavía allí.

Menchero, reconociendo su derrota, huía hacia la salvación. Podía aun conseguir escapar, ocultarse en Nueva York y recobrar el oro. Pero no sería así, si le dábamos alcance. Su aeroplano subía rápidamente, rumbo al sur. Llegamos al nuestro, Flatty detrás, con su carga.

La palanca de marcha vibró al contacto, mientras Flatty subía a la cabina posterior.

Yo tomé asiento junto a Méndez. Los motores no respondieron y yo experimenté una fría sensación de fracaso.

¡El monoplano en que Menchero había lle-

gado — y partido — se alejaba en la noche de luna!

Méndez saltó fuera del aeroplano. Hizo girar una y otra vez la hélice. Por último los motores respondieron.

—La palanca de arranque estaba desencajada — dijo subiendo. — Ahora partimos.

Saltamos encima del pasto, adquiriendo velocidad, despegamos. La luna se había despejado. El monoplano no era más que una mancha cuando ganamos altura y nos lanzamos en su persecución.

Bajo el casco de aviador, Méndez mostraba un rostro ceñudo.

—Es un Ariel — dijo. — Casi tan ligero como el nuestro... pero solamente "casi".

Tenía razón. La persecución fué violenta; pero no precisamente larga. Podíamos ver ahora donde bajaba; era aún posible se nos escapara. Yo había visto patines en el monoplano. Este era también anfibio. Si yo me encontraba mezclado en una tentativa para capturarlo a lo largo del Hudson o de East River, las consecuencias podían resultarme desagradables. Pablo Standing se vería en dificultades propias. Sentía el cuello rígido, la sangre me había corrido por la espalda. Las explicaciones no serían fáciles.

Lenta, seguramente, los íbamos alcanzando. Yo había pensado que Red volaba bien; pero Méndez era un mago. Pasamos Plainfield a cuatro mil pies de altura, según el altímetro.

Luego vimos el brillo del agua: era el Hudson. No podía yo decir, cuanto distábamos de nuestra presa. La noche era clara; pero la distancia difícil de calcular. Y ahora parecía que manteníamos la misma.

Menchero continuó volando. Pasamos sobre Manhatann. Vimos las luces de Broadway, el globo de la Torre Paramount. Cumbres iluminadas de edificios. Nueva York estaba todavía despierta, los cabarets en pleno funcionamiento; y había tráfico en el río. Pero el cielo estaba libre.

Menchero se dirigía al este, sobre el Estuario. A Red Point no era probable. Una vez más íbamos sacando ventaja. ¿Se dirigía él hacia la isla del Maine? ¿Y nuestra nafta? Disminuía a cada evolución. Ellos tendrían lo suficiente para dos o trescientas millas más.

La altura a que volaban era superior a la nuestra. Pero Méndez conservaba la quilla a nivel. Luego, de pronto, enderezó. Subimos y ellos subieron con nosotros. Si hubiesen sabido cuan escasos de nafta estábamos, hubieran continuado el viaje distanciándonos. Pero no lo sabían.

Vi al monoplano virar bruscamente, todavía encima nuestro; pero perdiendo distancia. Su sombra pasó sobre nosotros. Dieron vuelta, bajando, buscando nuestra cola.

Méndez se zafó hábilmente y el Ariel quedó casi al costado. De su cabina partieron dos fogonazos. Una baja pegó en una viga. Volábamos ahora lado a lado. Detrás mío se movió Flatty, acomodando su arma. La cabina le molestaba. No podía tomar puntería.

Subimos juntos, buscando ventajas. Una bala afortunada, pegándole a un hombre o tanque, podía decidir esa batalla. Estábamos en la Línea de la Muerte.

Menchero tiraba solamente con pistola automática. Parecía un intento fútil; pero dió en el blanco y Flatty no podía tomarles los puntos. A mí me quedaban del costado opuesto.

De pronto bajaron hacia nosotros. Pensaban atropellarnos o romper nuestras vigas

Nos erraron por pulgadas, mientras Méndez movía su timón con el pie. Pude ver la cara diabólica de Menchero. Se distinguía claramente a la luz de la luna. Mostraba la lengua. Pero se había afeitado la barba. Una bala pegó en el fuselaje. Otra hizo pedazos el dial. Luego quedamos junto a ellos.

Vi que las balas hacían un gran desgarrón en el costado del monoplano de ellos.

¡Flatty había afirmado al fin su puntería! Menchero desapareció. El piloto cayó sobre su asiento. La proa del aeroplano bajó en tirabuzón y el monoplano se precipitó hacia las aguas vacías del Estuario.

El motor estalló con el terrible choque. Aún flotaba sobre un ala arrugada, cuando nosotros nos posamos en el agua y nos acercamos a su costado.

Se hundía rápidamente. Pocos minutos más y el Estuario se tragaría al monoplano y sus hombres muertos. Uno de ellos, que había logrado arrastrarse un poco, yacía sobre un ala.

Me saqué el saco y los botines, me lancé al agua y empecé a nadar con rápidas brazadas. Allí estaba Menchero, el cuerpo retorcido, sin vida. El aeroplano estaba a flor de agua, cuando yo llegué junto a él; casi se hundió con mi peso. Menchero estaba enredado y no pude sacar el cadáver. Chapoteando, sosteniéndome con dificultad, logré introducir mi mano en el bolsillo interior del saco de Menchero ;encontré su cartera Luego el aeroplano se hundió, con una brusca sacudida. Volví a abordo. Flatty estaba sentado, acariciando su Thompson.

—Bueno..., — dijo — Ese pájaro ha terminado.

Mi cerebro trabajaba rápidamente. Yo volvería a Willowbrook por la mañana en auto, después de hacer ciertas cosas. Kate regresaría a la ciudad; pero no conmigo Willowbrook se lo regalaría a Billings. No tenía más interés yo en la propiedad. Red tendría el aeroplano que deseaba. Poseía yo dinero de sobra. No era dinero lo que ambicionaba mi corazón; pero su deseo debía quedar insatisfecho.

Slug y Flatty serían bien recompensados y en cuanto a Tamaki... Pensaba yo que podría vivir bien con Billings, si éste abandonaba su "profesión". Creía yo que lo haría Menchero había muerto. Mi venganza estaba satisfecha. Y yo... yo no tenía más fin en la vida.

Nos dirigimos al muelle de Red Dungan, apenas con un galón de nafta, a buscar un ancladerо provisorio, uno de los de Red, probablemente. No teníamos bote. Debajo nuestro, un crucero se balanceaba, casi

obscuro. Había uno o dos yachts. El río estaba tranquilo; pero no podíamos contar con él.

Una vez más me arrojé al agua, buscando el muelle de Red. Llamé a la puerta, disimulada en el agua, y no obtuve respuesta. La lancha debía estar de regreso. Llamé nuevamente y por fin se abrió.

Me dejaron pasar, me alzaron dentro del bote. Fuímos a buscar a Flatty, conduciendo dos tambores de nafta, todo lo que tenían. Les di noticias de Red y sus hombres se mostraron contentos, pero reservados. No habían sido detenidos por el camino; pero una patrulla había estado río arriba, esa noche. Podía volver.

Esta vez la palanca de arranque de Méndez no le falló. Lo vimos despegar, dar vuelta en la dirección del viento. Distinguímos las luces de una lancha a motor, oímos que gritaban. Méndez se levantó apenas sobre ellos, mientras le gritaban otra vez.

El aviador agitó su mano y se elevó, mientras el bote de la policía perseguíalo impotente, faltas de elevación sus ametralladoras y las armas del costado inútiles. La puerta del agua se cerró silenciosamente. La patrulla había pasado río abajo.

En la cartera de Menchero había más de lo que yo me atrevía a esperar; la examiné en la lancha, cubierto con ropa seca que me hacía parecer cualquier cosa menos Pablo Standing. Eso no importaba. Tenía yo las anotaciones privadas de Menchero sobre donde había escondido el oro. Nombres. Direcciones. Estaba en los muelles sobre East River y el Hudson Superior. Sus hombres no se acercarían allí por un tiempo. Y el jefe estaba en el fondo del Estuario.

El auto de Red me llevó hasta una estacion del subterráneo. Era ahora casi de día. Bajé en Times Square, me desayuné, pedí un lapiz al mozo, un block de papel al cajero.

Copié la lista de Menchero, añadiendo una nota sobre la ubicación del oro que había yo zambullido en el Estuario. Doblé el papel, pagué la cuenta y pedí un sobre.

Me había quedado con algún dinero de que me prestó Billings, después de darle la mayor parte a Méndez, que iría ya a buena distancia. Le di al cajero un dólar.

—Alguien vendrá pronto a buscar este sobre. ¿Quiere tener la bondad de guardarlo? — le dije.

El cajero no mostró especial interés, bostezaba, sin imaginar lo que el sobre contenía.

—Con mucho gusto, señor. — contestó.

Volví al subterráneo y entré a una cabina telefónica. Pedí un número. Me comunicaron con Central Street.

—Hablan de White Lunch, Séptima Avenida, entre el 41 y 42. — dije. — El cajero tiene algo que vosotros necesitáis.

—¿El qué? ¡Espere un momento!

Yo no estaba dispuesto a esperar. No tardarían en localizar el llamado. Y no quería que me agarraran durmiendo.

—Eso es todo — dije. — No dejéis de ir enseguida, si queréis agarrar a los asaltantes del banco y recobrar el botín.

Corté. Un minuto después me hallaba en un tren local, que se dirigía hacia el sur. Estaba muerto de cansancio. Los compañeros de Red me habían vendado el cuello y lo llevaba envuelto en un pañuelo. La mano derecha la ocultaba en el bolsillo. No pensaba volver a mis habitaciones; pero Lázaro me proveería.

Atravesé la ciudad para darle tiempo a que abriera. Lo hacía temprano. El pensaba que era yo un ladrón; pero de los que hacen bien las cosas, si no no se hubiera molestado por mí.

PABLO GRENDON, MAESTRO DETECTIVE

En el próximo número publicaremos otro episodio de esta interesante serie. Se titula:

EL DIAMANTE DE LA MUERTE

—¿Más ropas? — preguntó. — Tengo un buen surtido.

—Muéstremelo — le contesté. — Y quiero también un auto. Y un par de guantes.

—Todo lo que necesite — me contestó al ver el color de mi dinero.

Leí el diario mientras cruzábamos en el ferry de Liberty Street. En primera página se destacaba el siguiente encabezamiento. "El misterio de los millones desaparecidos todavía sin resolver".

No sería mucho tiempo un secreto. Yo no simpatizaba con la policía; pero no iba a disputarle la gloria que la cubriría cuando el cajero de White Lunch le entregara el sobre. Toda sería suya.

Nos acercábamos a la costa de Jersey. Mi conductor iba silenciosamente. Yo también. Dejamos el ferry, cruzamos la población, rumbo a Willowbroock. Poca gloria quedaba para mí en la vida. Había conseguido lo que me propuse. Mi padre adoptivo estaba vengado. Pero iba a ver a Kate Wetheriil. Sería por última vez para bien de ella y mío; pero... mientras atravesábamos el campo pensaba si, después de todo, las cosas terminarían así.

FIN.

La señora (recomendándole a su marido enfermo a la sirvienta ,antes de salir). — No se olvide de darle los polvos a las ocho en punto.

La sirvienta. — Muy bien, señora. ¿Dónde está la polvera?

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

AQUELLA isla estaba separada de la orilla por un centenar de yardas de turbias aguas. Los caballos y la mula avanzaron penosamente por allí. La isla era de una admirable vegetación, pues, aparte de los árboles grandes, había muchos arbustos, lianas, matorrales, que formaban una casi impenetrable barrera.

—Creo que hemos tenido suerte en lo que buscábamos, — dijo Río Kid.

Buscó con la vista un lugar propicio para llegar a tierra y dirigió su caballo hacia un punto. A poco volvió aparecer a pie y guió el pony de Estrella.

—¡Mi padre, señor!

—¡No tenga cuidado, señorita, ya vendrá! Sspere usted aquí quieta que yo lo traeré en seguida.

La muchacha sonrió. Después de dejarla bien instalada en el centro de la isla, marchó en busca del viejo.

Pocos minutos más tarde regresaban los dos hombres con sus caballos y la mula del equipaje. Y la luz del día empezaba a iluminarlo todo, pero allí, en el interior de la isla, reinaba aún una densa oscuridad.

—Podemos acampar aquí — exclamó Río Kid. — Pero antes voy a ir a borrar cualquier seña que hayamos dejado.

El muchacho estuvo atareado durante algunos instantes en borrar las señales de las patas de los caballos cubriéndolas de piedras y barro y levantando la hierba aplastada por las patas de los animales. En fin, ocultó el rastro con la habilidad propia de un indio apache.

Cuando volvió al lado de sus compañeros se manifestaba satisfecho, pues, ni la más experta mirada podía descubrir desde la orilla opuesta el lugar por donde ellos habían salido del agua.

Río Kid había hecho todo lo que era posible hacer... el resto era la voluntad de Dios.

EN EL ESCONDITE

Los rayos del sol caían ya con fuerza sobre las aguas del Río Rojo y sus orillas. El frío de la noche, — que era excesivo dada la situación de aquella región, — había sido reemplazado por un día caluroso. Los aguas del río, al irse templando hacían levantarse nubes de vapor que se corrían hacia las orillas, y los mosquitos, en un ambiente favorable, zumbaban y daban incesantes muestras de su presencia.

Cuando el río Rojo estaba crecido la isla donde se encontraban Río Kid y sus compañeros, quedaba bajo las aguas. Debido a esa abundante irrigación la vegetación era exuberante, En el centro de la isla crecía un enorme árbol que sobresalía por encima de todos los demás.

Los pájaros y los insectos eran muy abundantes. Río Kid había limpiado un espacio de terreno, sirviéndose de un machete, y en aquel espacio libre se había formado el campamento.

Estrella y su padre, vencidos por la fatiga dormían profundamente, pero el muchacho de Texas apenas había cerrado los ojos. Había aligerado de su carga a los caballos y a la mula y los había dejado en lugar seguro, luego fabricó una especie de choza con troncos y ramas para que se instalara en ella la joven mejicana.

El calor iba en aumento, a medida que los rayos del sol caían más verticalmente sobre la tierra. Durante toda la mañana don Antonio y su hija durmieron, reparando así sus fuerzas. Cuando se despertaron, ya hacia la tarde, Río Kid había preparado el almuerzo, todo compuesto de cosas frías, pues no se había atrevido a encender fuego ya que el menor indicio de humo hubiera delatado su presencia.

Río Kid había trepado hasta la parte superior de un alto árbol y desde allí inspeccionaba los alrededores. Entre la isla y la orilla había una regular extensión de agua. Por el otro lado, la distancia era mayor y la corriente, debido a la profundidad de las aguas era muy fuerte.

En el caso de ser descubiertos, por allí no era de temer ataque alguno, pues no era cosa fácil atravesar el brazo de río en aquellas condiciones. El ataque llegaría seguramente del lado más cercano a la tierra, donde los perseguidores podían circular libremente. Pero Río Kid calculó que si eso ocurría tenía buenas probabilidades para la defensa desde donde se hallaba.

Hasta donde alcanzaba su vista en la llanura, el muchacho pudo ver de un lado a otro, jinete tras jinete.

Era indudable que habían perdido su rastro que habían seguido hasta el punto por donde ellos habían entrado en el agua. Pero allí se encontraron indecisos. ¿Hacia dónde habrían ido los fugitivos? ¿A favor de la corriente o contra ésta? De todos modos, ¿habrían logrado pasar el río y seguirían por la llanura que se extendía al otro lado?

Don Guzmán opinaba que en su deseo de alejarse debían haber intentado cruzar el río Rojo y la corriente los habría arrastrado acaso.

El hecho era que los perseguidores tenían una ruda tarea para seguir el rastro de los que se les escapaban. Pero don Guzmán era un hombre que no se daba por vencido con tanta facilidad.

Sus hombres recorrían en un sentido y en otro la orilla, apareciendo y desapareciendo según el terreno en que actuaban. Buscaban el lugar por donde los fugitivos habían vuelto a tierra convencidos acaso de la imposibilidad de cruzar el río. También parecía seguro, por la forma de proceder de los que buscaban que Carrero conocía ya la unión del muchacho con el viejo y la joven.

El ruido que hicieron unos caballos al entrar en el agua llamó la atención de Río Kid Cuatro o cinco jinetes habían pasado de la orilla al río, y reconocían la orilla. Pero el muchacho sabía que allí no descubrirían nada.

Bajó apresuradamente de su observatorio y se reunió con el padre y la hija.

—¡Silencio! . . . . ¡Mucho silencio! — les dijo en voz baja.

—¿Vienen? — preguntó don Antonio.

Río Kid asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Dios mío! ¿Estamos perdidos?

—¡Aun no! — manifestó el muchacho. — Espero que no encontrarán rastro alguno de nosotros en la orilla... Debemos permanecer quietos... lo malo será que los animales hagan algún ruido.

—¿Y si nos encuentran? — murmuró don Antonio.

—¡Qué diablos! ¡Aún no hemos muerto! — dijo el muchacho. — Creo que si nos descubren habrá un lindo tiroteo. ¿Usted sabe manejar un arma?

—¡Sí, si señor! — exclamó el viejo mejicano. — Yo lucharé por defender mi vida.

Pero en la forma en que temblaban sus manos demostraba ampliamente que la eficacia de un arma en su poder era cosa problemática..

Etrella habló reposadamente.

—Señor, — dijo. — Mi padre es un hombre anciano, y además se encuentra enfermo. Pero yo sé manejar un rifle y trataré de defender su vida.

—Ya he podido convencerme, señorita de lo que vale usted. Pero todavía no hemos llegado a esos extremos. Voy a ver los caballos.

Río Kid marchó a donde se encontraban los animales y murmuró algunas palabras al oído de Coceador. Cualquier ruido podía traicionarlos. Recomendó a su caballo que se mantuviera quieto, el animal conocía el juego tan bien como su amo, pero los otros caballos y la mula, podían ser la causa del desastre.

El ruido que hacían los que iban buscando podía ser oído ya claramente por los que se habían refugiado en la espesura. Don Antonio temblaba y Estrella estaba pálida como una muerta pero tranquila.

Río Kid se movió cautelosamente para acercarse al lado del río y vigilar más de cerca los movimientos de los otros. Estos habían cruzado ya el pequeño canal y reconocían el terreno.

—¡Una isla! — exclamó uno de ellos.

Don Guzmán Carrero no se encontraba entre los que andaban buscando. Río Kid pensó si sería a él a quien habían disparado un tiro la noche antes. Los jinetes se acercaron más a la isla y reconocían las orillas.

El muchacho los observaba en silencio.

Sabía que había ocultado el rastro cuidadosamente y que no se notaba señal alguna. Desde el lado del río era imposible ver a causa de la vegetación, el interior de la isla.

Los jinetes, después de efectuar algunos infructuosos reconocimientos se dispusieron a regresar a la orilla, y Río Kid respiró con más libertad. No habían visto nada, por que él no había dejado nada para ver. Unicamente sabiendo que habían bajado allí podían resolverse a buscar. A lo largo del río Rojo había hasta una docena, o más de islas y sin ningún indicio que los guiara los mejicanos no buscarían una por una.

Río Kid tenía su revólver preparado y en caso de que hubieran pasado a la isla inmediatamente hubiera entrado en acción. No era muy partidario de recurrir a esos métodos extremos. pero en caso necesario los empleaba con eficacia.

¡Al fin se había ido y el muchacho regresó al campamento!

—¡Señor! — murmuró don Antonio.

—Creo que se han ido, — respondió Río Kid.

—¿Han perdido nuestro rastro? — preguntó la muchacha.

—Creo que sí. También hemos dejado menos señales de nuestro paso que las que hubiera podido dejar un mosquito. Por eso las borré yo después de instalarnos.

—¡Nos ha salvado usted una vez más, señor! — exclamó Estrella.

—Creo que sí. Lo más probable es que se hayan ido a reunirse con el resto de sus camaradas para decirles que no hemos venido por este lado. Esperaremos aquí hasta que se haga de noche y luego trataremos de ganar la orilla para seguir nuestro camino.

Largas horas pasaron lentamente.

Estrella pasó los momentos de calor en la choza que había formado Río Kid y donde se hallaba su camastro. El viejo mejicano no cesaba de temblar. En varias ocasiones trató de dormir, pero el miedo, le hacía despertar a cada rato, víctima de horribles pesadillas, entonces se sentaba en el suelo y miraba alarmado en torno suyo.

En forma inesperada se oyó de nuevo el ruido que hizo un caballo al saltar al agua del río. Don Antonio se sentó alarmado y escuchó. Río Kid se deslizó entre los arbustos para acercarse a la orilla. Los reconocimientos se realizaban de nuevo en forma más detenida.

Don Guzmán Carrero marchaba ahora al frente de los ginetes. Río Kid lo reconoció en seguida, y comprendió también que el peligro había vuelto y esta vez era mayor que antes. El muchacho oprimió el mango de su revólver.

Indiscutiblemente. Carrero no había quedado satisfecho con el informe que le habían llevado y quería convencerse por sus propios ojos. Pero después de unos instantes de tensión, respiró con libertad cuando oyó que el otro exclamaba:

—¡Nada!

Después, todos volvieron grupas para dirigirse a la orilla. Pero la buena suerte que había acompañado a los fugitivos hasta aquel momento los abandonó por un instante. El caballo de don Guzmán relinchó, y su relincho fué contestado por uno de los caballos que se hallaban en la isla.

Río Kid apretó los dientes.

Instantáneamente los tres jinetes detuvieron sus caballos y volvieron a la isla, sacando sus armas. Río Kid sacó también su revólver.

—¡Aquí hay un caballo! — dijo uno de los mejicanos.

—Es cierto, — respondió don Guzmán. — ¡Por aquí!

Y espoleó a su caballo para que pasara a la isla, seguido por los otros dos hombres. Al ver aquello Río Kid levantó la voz para decir:

—¡Deténgase don Guzmán! Lo tengo al alcance de mi revólver. ¡Como avance un paso es hombre muerto.

FRENTE A FRENTE

—¡El texano!

Don Guzmán había reconocido la voz de Río Kid.

—Es el americano... ¡Caramba!

Los tres jinetes detuvieron sus caballos

La voz del muchacho volvió a dejarse oír desde su escondite. Ellos no podían verlo a él, pues se hallaba bien oculto, pero no dudaban de que el vaquero los veía y que su revólver los apuntaba.

—¿Es usted, señor texano? — preguntó don Guzmán.

—¡Yo soy!

—¿Están con usted don Antonio y su hija?

—¡No!

—No me lo niegue, — exclamó el mejicano sonriendo. Yo sé que usted se ha reunido con ellos. En el rastro hemos notado la presencia de las patas de otro caballo.

—No los he visto.

—Está usted defendiendo una mala causa, señor. Las razones que tenga usted para auxiliar a un ladrón, las desconozco. Pero es necesario que sepa usted de quien se trata, pues le tengo a usted por un caballero.

—¡Gracias por la opinión, señor!

—Oígame. Está usted ayudando a escapar a un ladrón. ¿Es ese su deseo?

Río Kid, hizo un gesto de contrariedad.

—Eso es lo que usted dice. Sería conveniente oír lo que opina don Antonio. Seguramente que no dice lo mismo.

—Mentira señor. Pero si usted busca en su mula de carga o en sus bolsillos, seguramente descubrirá algo.

—Yo no tengo porque mezclarme en esos asuntos... hágalo usted si puede.

El mejicano sonrió. Se hallaba ante una espesa muralla de verde y no podía ver a Río Kid, pero por sus palabras podía adivinar el efecto que producían sus informes.

—Vea, señor. Déjenos cumplir tranquilamente nuestra misión. Nosotros no tenemos nada contra usted. Yo no soy un ladrón, ni un bandolero. Mis hombres son gente honesta. Solo deseamos hacer justicia contra un traidor. ¿Por qué se opone usted a ello?

Río Kid no respondió. Interiormente comprendía que aquel hombre tenía razón, pero Estrella era un inconveniente para que lo reconociera. Ella sería la hija de un traidor acaso, pero era oro puro, y como él no podía defender a la una sin defender al otro...

—Señor, permítame que le explique la situación. — El tono en que hablaba don Guzmán era reposado, sin agresividad, acaso influyera para ello la convicción de que Río Kid lo tenía bajo la amenaza de sus armas. — Usted no tiene nada que ver en el asunto. Es un extranjero. No es tampoco uno de esos americanos que se mezclan en nuestros asuntos para sacar luego una buena tajada... Acaso los hermosos ojos de una joven lo han trastornado.

—Un momento, — interrumpió Río Kid. — Me parece que está usted equivocando el camino.

—¡Paciencia, señor! Oígame usted. Tal vez no ignore que formamos parte de un grupo revolucionario y que se va a realizar un levantamiento en Olillo, la capital de la provincia. Antonio Pascual era uno de los nuestros. Era el tesorero de la junta, yo soy el presidente y propietario de un valioso establecimiento. En poder de don Antonio se hallaba una importante cantidad destinada a fines revolucionarios. Pero especulaba con el dinero y ha tenido fuertes pérdidas y mu-

chos miles de los pesos destinados a la revolución se hallan ahora diseminados por los mercados financieros de Méjico.

Cuando descubrimos lo que había hecho, en lugar de hacer frente a la situación y tratar de arreglarla de algún modo, huyó y con él se ha llevado todo lo que quedaba en su poder. Son unos cincuenta mil pesos, señor, acaso el doble, porque con exactitud aún no se sabe. Pero sea la suma cual fuere, la traición subsiste y los daños causados a la revolución han sido enormes... acaso su fracaso. Venimos persiguiendo a un ladrón y a un traidor.

Río Kid se sentía realmente molesto por el giro que tomaban los acontecimientos. Las palabras de don Guzmán parecían ser sinceras. El hecho de que había sido o era un revolucionario lo demostraba que no había pensado en solicitar el auxilio del gobierno para perseguir al fugitivo... y también el hecho de que lo secundaran los demás miembros de la junta, denotaba su culpabilidad.

Hubo una larga pausa. Río Kid no hablaba y don Guzmán rompió el silencio nuevamente.

—¡Señor! ¿No he logrado convencerlo todavía? Estamos persiguiendo a un traidor y no lo dejaremos escapar aún cuando lo ampare un centenar de texanos como usted. Tengo aquí treinta hombres pero todo el país está en mi favor. En esta región puedo reunir cuantos elementos necesite con solicitarlos a los pueblos y a las haciendas. El traidor debe morir y el dinero debe regresar a Olillo para ponerlo bajo el cuidado de la junta. ¿Qué me dice, señor?

—A mí no me importa nada de don Antonio, ni de las cuestiones que puede tener con usted... pero me interpongo entre sus hombres y la señorita.

—Un momento, señor. Nosotros no tenemos el menor interés en hacer daño alguno a la señorita. Es una muchacha valerosa que no nos molesta en lo más mínimo, a no ser por la devoción que manifiesta hacia su padre. Si se levantara una mano contra ella yo sería el primero en defenderla con mi machete o mi revólver. La joven puede quedar a su cuidado si usted así lo desea, o volver a su pueblo con su familia. Nosotros no deseamos más que apoderarnos del que nos ha robado y nos ha hecho traición.

—¡Demonio! ¡Este hombre está lleno de razón! — murmuró Río Kid.

Una mano se posó sobre su hombro. Se volvió, y vió a Estrella que le miraba con ojos en los que se leía una súplica. Mientras hablaban había abandonado el campamento para ver lo que se trataba.

—¡Caballero! ¡Ese hombre está mintiendo! — murmuró la joven. — Trata de engañarlo. Mi padre no es un traidor... No nos abandone en manos de nuestros enemigos.

—No tenga miedo, señorita, — exclamó resueltamente Río Kid.

—¿Qué me contesta, señor? — preguntó el mejicano, tratando de descubrir a Río Kid.

—En el fondo creo que no le sobra a usted algo de razón, pero debo manifestarle lo que ya le he dicho... Que yo estoy resuelto a defender a la señorita y a causa de ello también a su padre.

Los ojos del mejicano relampaguearon y sus blancos dientes rechinaron.

—¡Se ha jugado usted la vida.... y todo por su propia voluntad, señor!

—El que está en peligro si no se marcha pronto de donde está, es usted. — manifestó Río Kid.

Don Guzmán se apresuró a retirarse con su caballo al lugar donde aguardaban sus hombres. Una vez reunidos, los tres mejicanos cambiaron opiniones.

Estrella exclamó uniendo las manos:

—¡Gracias, señor! Ya parece que se van a ir. Ha salvado usted a mi padre. Puedo asegurarle que yo estoy convencida de que es inocente... que esos canallas sospechan sin fundamento de él.

—Creo que usted está convencida de ello, señorita — exclamó Río Kid. — Pero de todas maneras están preparados varios rebeldes que acudirán en auxilio de ellos si lo solicitan y no tendrán inconveniente en atacar la isla provistos todos ellos de armas.

Se volvió a oír el chapalear de los caballos en el agua y un disparo de revólver. Inmediatamente las balas empezaron a cruzar por entre las plantas de la isla.

Los tres mejicanos no se habían retirado, como en un principio se pudo creer, sino que habían resuelto efectuar un desesperado ataque a la isla.

Estrella exclamó asustada:

—¡Han vuelto, señor!

Río Kid, se dispuso a repeler el ataque. Había supuesto al principio que don Guzmán había ido en busca de más gente y aquel repentino ataque lo tomó por sorpresa. Los caballos de los tres jinetes habían llegado a la isla antes de que el muchacho estuviera preparado para recibirlos. Los que avanzaban tiraban tiros sin dirección, pues no podían ver a ningún adversario.

Río Kid estaba preparado con sus revólvers de seis tiros. Había llegado el momento de quemar pólvora y rápidamente se dispuso a secundar el juego de los otros.

¡Bang!

Se oyó un grito cuando el muchacho disparó el primer tiro y un jinete cayó de la silla y tanto él como su caballo fueron arrastrados por las aguas.

El Colt volvió a dejar oír su voz nuevamente y otro caballo quedó sin jinete. Pero avanzaba un nuevo caballo cuyo jinete trataba de alcanzar a Río Kid y éste se dió vuelta a tiempo para ver a Carrero, quien machete en mano se disponía a darle un golpe que hubiera sido mortal. Gracias a un movimiento rápido el arma erró el golpe a la cabeza del muchacho de Texas.

Entonces, el mejicano saltó de la silla para realizar un nuevo ataque, pero lo hizo con tan mala suerte, que su pie se enredó en una liana en forma de lazo y cayó al suelo casi a los pies de Río Kid.

El Colt apuntó a su cabeza y el dedo que estaba en el gatillo se agitó nerviosamente. Pero el muchacho no llegó a disparar el tiro

que ya parecía inminente. El mejicano estaba a merced suya. Su desesperada tentativa había fracasado. Entre el matorral apareció una cara de horrible expresión.

—¡Mátelo, señor! ¡Mátelo! ¡Sólo así podrá salvarnos!... ¡Muerte!... ¡Muerte!

Río Kid, se guardó tranquilamente su revólver.

—¡Levántese! — exclamó

—¿Pero está usted loco? — rugió don Antonio. — ¡Mátelo! Unicamente así podrá salvarnos la vida. ¡Péguele un tiro!...

Río Kid no prestaba atención a lo que decía el viejo. Don Guzmán Carrero, avergonzado, vencido y furioso, desapareció entre los matorrales que formaban una cortina en la orilla del río. El viejo mejicano, con cara de lobo, lanzó un rugido de ira al ver desaparecer a su enemigo.

Río Kid observaba en silencio los movimientos del fugitivo y vió que montó en uno de los caballos que había quedado sin jinete y se alejaba, al encuentro de dos hombres que se acercaban a la margen del río Rojo. Eran los dos jinetes que habían caído heridos en el primer encuentro.

Don Guzmán Carrero se volvió un instante en la silla y amenazó con el puño cerrado a los que quedaban en la isla.

Se alejaba, pero estaba resuelto a volver con mayor cantidad de fuerzas. Río Kid sonreía en forma singular tranquila y cuidadosamente, limpió y volvió a cargar sus armas.

Posiblemente la lucha empezaría de nuevo, una lucha con fuerzas muy superiores... y él mismo hubiera dado mucho por su piel

Río Kid dió vuelta a tiempo para ver a Carrero, que se disponía a darle un golpe con su machete.

ya que tenía la convicción de que no saldría con vida de ella.

Pero una lucecilla burlona brillaba en sus ojos mientras sus labios sonreían.

¡Río Kid podía estar a punto de morir, pero moriría luchando hasta el último extremo y defendiendo bien cara su vida...! ¡Aquel era su juego!

¡CERCADO POR LOS ADVERSARIOS!

—¡Malditos coyotes! — murmuró Río Kid, mirando contrariado hacia la orilla del río Rojo.

El sol caía con toda su fuerza sobre la llanura y las aguas que rodeaban la isla, a la que parecía envolver una nube de vapor.

Durante su vida por los campos Río Kid había recorrido regiones en las que el calor se hacía sentir con abrumadora fuerza, pero nunca lo había sentido tanto como en aquella isla, a pesar de su exuberante vegetación, que lejos de atenuar los efectos de la ardiente temperatura, parecía aumentarlos debido a la humedad que contribuía a fertilizar el suelo.

Mientras maldecía su situación, que hubiera muy bien podido evitar, dejando a los dos fugitivos salir como pudieran del trance en que se habían metido por su voluntad procuraba que sus palabras no fueran oídas por la joven Estrella.

Pero aquello era un lógico desahogo, ya que su situación era en extremo comprometida al verse rodeado por enemigos cuya furia no reparaba en medios para conseguir lo que se proponían.

Esperaba que el ataque, que había rechazado ya una vez con ventaja para él, se repitiera de un momento a otro y esta vez la lucha sería desesperada. Pero estaba resuelto a morir en la empresa.

Cuando miró hacia el campamento que había formado en el centro de la isla, junto al árbol que coronaba las alturas de su abundante vegetación, frunció las cejas sin ocultar su preocupación.

El viejo don Antonio, acurrucado junto al tronco de un árbol, temblaba de miedo y, acaso, debido a la fiebre. En su semblante de lobo se notaban los efectos de su conciencia, y aquello hacía que Río Kid, comprendiera que Carrero tenía alguna razón en lo que sostenía acerca del robo de los fondos de la revolución.

Más la expresión de su mirada cambiaba por completo cuando sus ojos se fijaban en Estrella víctima inocente de los manejos de su padre, al que atendía solícitamente y a cuyo oído murmuraba palabras de aliento.

Si el muchacho de Texas hubiera pensado por un momento faltar a su promesa, aquello le hubiera bastado para permanecer resuelto a cumplirla hasta el fin.

El viejo, con su cara de lobo, podía ser cortado en pedazos por Guzmán Carrero, o por los hombres que lo acompañaban, pero en todo Méjico no habría un hombre capaz de poner una mano encima a la muchacha mientras él pudiera sostener un arma en su mano, preferentemente sus revólvers de cabo de nogal.

—¡Estamos perdidos! — exclamó don Antonio dominado por la desesperación.

—¡Padre mío! No hay que pensar en semejante cosa mientras este caballero siga defendiéndonos como lo ha hecho hasta ahora, en forma tan valerosa, — murmuró.

—Es que uno contra tantos no puede tardar en ser vencido, — agregó don Antonio.

Río Kid volvió la cabeza para no mirar al viejo cuya cobardía le exasperaba los nervios. Además, en medio de su terror, don Antonio no dejaba de acariciar un saco de cuero que llevaba colgado del cuello y sujeto por el cinturón.

Río Kid, pensaba, acaso con justa razón que allí debía estar lo que con tanta desesperación buscaba don Guzmán. Los fondos de la junta revolucionaria de Olillo confiados a su custodia y de los que se había apoderado. La avaricia era superior al enorme miedo que experimentaba aquel ser repulsivo.

La forma en que la muchacha lo acariciaba, y trataba de reconfortarlo, hubiera bastado para hacerle el mejor de los hombres, ya que indiscutiblemente era el padre más querido. Y aquella fidelidad filial bastaba para darle a él nuevos deseos de salvar a la muchacha.

¡Crack!

El ruido de la detonación de un disparo de rifle fué seguido inmediatamente por una descarga y por los gritos que indicaban que el ataque empezaba de nuevo. Los adversarios volvían a la carga.

Inmediatamente Río Kid se olvidó de don Antonio y hasta de Estrella para avanzar revólver en mano hacia su escondite en la orilla desde donde había sembrado el pánico durante el primer ataque. Lo menos veinte hombres se aproximaban esta vez.

Las balas cruzaban por entre las barreras de mesquite y las lianas. Los ojos de Río Kid lanzaban destellos de furia.

Desde su escondite alcanzó a ver uno de los grandes sombreros de los atacantes e inmediatamente se oyó la voz de su Colt. Cayó un hombre soltando el rifle que sostenía en las manos y su grito de dolor fué seguido por los de furia de sus camaradas.

—¡El texano!... ¡Qué hombre! — exclamó una voz.

Aquello contuvo momentáneamente el ataque, o, por lo menos hizo más prudentes a los que lo realizaban. El muchacho sonrió amargamente. Un simple disparo había bastado para detener a los adversarios. Pero los rifles reanudaron el fuego casi en seguida en forma contínua, y las balas cruzaban en todas direcciones. Río Kid empezó a sentir temores por la joven.

Como no había señales de que se produjera un ataque contra la isla, ya que los tiros eran disparados sin orden desde la orilla, Río Kid corrió hacia el campamento, situado en el centro. Don Antonio temblaba como la hoja de un árbol a merced del viento. Sus ojos de vaga expresión miraban sin

verlo a Río Kid. Estrella permanecía pálida pero tranquila.

—¿Vienen, señor? — preguntó.

—Por ahora parece que son prudentes, pero están gastando pólvora sin tasa. Lo mejor es que se ponga usted en lugar seguro... Una bala perdida...

La joven sacudió la cabeza y sonrió valerosa.

—Es preferible que atienda mis advertencias. Las balas llegan hasta aquí en forma contínua y son ciegas...

En aquel momento una bala fué a dar contra el tronco de un árbol situado a poca distancia. Don Antonio lanzó un grito de miedo. Estrella se mantuvo serena.

—Señorita, tenga la bondad de echarse al suelo y tratar de protegerse tras del tronco de algún árbol.

—Sí. señor.

—Después de este tiroteo, creo que no ha de tardar en producirse el ataque. ¡Pero, por Dios, señorita, que yo sepa que usted se mantiene en lugar seguro! ¡Diablo!... ¡Creo que ya vienen!

Se oía el ruido de las aguas al saltar a ellas los caballos. Río Kid corrió a su puesto El ataque se iniciaba y pocos minutos más tarde la vida y la muerte se hallarían en la balanza.

LUCHANDO PARA DEFENDER LA VIDA

—¡Ya están aquí! — exclamó Río Kid.

De la orilla había saltado al agua un grupo de jinetes cubiertos de lodo, y, rifle en mano, avanzaban resueltamente tratando de llegar a tierra, mientras otros quedaban al borde de las aguas protegiendo con sus contínuas descargas el avance de los que se dirigían hacia la isla.

Con toda la ligereza que lo permitían las aguas, se movían los caballos de los que avanzaban. Don Guzmán Carrero iba al frente de todos, Río Kid aguardaba sereno con un revólver de seis tiros en cada mano, a que se le presentaran buenos blancos y cada vez que las armas dejeban oír su voz uno de los caballos quedaba sin jinete.

Pero al fin, el ruido y el fogonazo de las detonaciones indicó el escondite en que se hallaba el muchacho.

Un ataque desesperado indicó a éste que los que le hacían frente estaban resueltos a terminar de una vez sin reparar en las pérdidas que sufrieran.

Pero Río Kid no hubiera estado más sereno y tranquilo si se hubiera encontrado en un rodeo de Texas. Rápidamente apuntaba y hacía fuego y veía caer al adversario a quien había tomado como blanco.

Seis disparos y otras tantas monturas habían quedado sin jinete. Muertos o heridos los hombres habían caído al agua, y los caballos sin jinete corrían asustados hacia la orilla. Dos o tres hombres alarmados por la recepción que el muchacho les hacía habían vuelto grupas y trataban de alcanzar la orilla y ponerse al abrigo de sus disparos lo más rápidamente posible.

Pero otros cuatro o cinco, con Carrero a la cabeza, habían continuado su avance casi cuando estaban a punto de llegar a la isla. Carrero fué alcanzado por una bala de Río Kid y cayó del caballo al agua. El muchacho no podía adivinar si muerto o sólo herido. Lo único que supo fué que cuatro de los hombres estaban ya sobre él y que la lucha se hacía ahora cuerpo a cuerpo.

Un disparo derribó a uno, pero los otros saltaron como gatos salvajes, un cuchillo amenazó su corazón, pero él dió un golpe al que lo esgrimía y alejó el peligro. Un machete cayó sobre su hombro y gracias a un rápido movimiento no le dió en plena cabeza. El continuaba su defensa con la culata del revólver, pues se habían agotado las balas de las dos armas.

Río Kid había luchado fuerte y noblemente y había dado buena cuenta de sus contrarios. Pero ahora ya cansado y sin armas consideraba que su fin no estaba muy lejos.

Su puño había dado con fuerza en la mandíbula del mejicano que manejaba el cuchillo, pero aquel era el último golpe de Río Kid Estaba caído de espaldas y veía sobre su cuerpo un rostro de feroz expresión que manifestaba la ira del que lo tenía dominado y trataba de hundirle su puñal en el corazón del muchacho.

Desafiando la muerte hasta el fin, Río Kid lo miró sereno.

¡Crack!

Río Kid que miraba cómo el cuchillo descendía hasta casi tocar su cuerpo, notó que el que lo sostenía caía pesadamente sobre él sin descargar el golpe mortal. El muchacho quedó sorprendido. Pero aquello duró sólo un instante. Apartó el cuerpo de su enemigo y se puso de pie.

—¡Diablo! — exclamó.

Estrella, rifle en mano, se hallaba a pocos pasos de él. El cañón del rifle humeaba todavía. Era la muchacha la que había disparado el tiro que salvó la vida de Río Kid.

—¡Señorita! — exclamó el muchacho. — ¡Me ha salvado usted la vida!

Pero no había tiempo para mayores explicaciones.

¡Vivía! ¡Estrella le había salvado la vida! Sus revólvers estaban vacíos y no había tiempo para volverlos a cargar. Pero su rifle se hallaba al alcance de la mano junto a un árbol. El muchacho lo tomó rápidamente. Hombres muertos y heridos se hallaban a sus pies. Río no se fijó en ellos. El segundo grupo de adversarios atacaba la isla y avanzó con el rifle en la mano resuelto a rechazar el nuevo ataque.

A poca distancia, también con su rifle, se hallaba Estrella y sus disparos hacían eco a los de Río Kid. El plomo mortífero era dirigido contra el adversario y los hombres caían a defecha e izquierda.

Pero Río Kid experimentaba la sensación que aquella era la última vez que arrojaba el dado. Era la última jugada de la partida decisiva.

Si don Guzmán Carrero hubiera estado al frente de sus hombres, éstos hubieran luchado hasta el final, pero no se hallaba allí y los otros temían morir. Lanzando gritos y atemorizados por lo que vieron al llegar a la isla retrocedieron para encaminarse a la orilla donde se consideraban más seguros.

Los heridos se esurrían lanzándose al agua

para tratar de llegar a tierra firme y curarse. Muchos muertos flotaban sobre las aguas del Río Rojo, que nunca con mayor motivo llevó ese nombre. La derrota había sembrado el pánico.

Río Kid, con el rifle descargado en la mano observaba el movimiento. El ataque había cesado. El último herido se había alejado.

El muchacho se instaló para continuar su vigilancia. El sol iba descendiendo y sus rayos no caían ya con tanta fuerza dando lugar a que empezase a sentirse el fresco, húmedo de la noche.

En una o dos ocasiones apareció un gran sombrero cerca de la orilla, pero el ataque no se reprodujo. Si don Guzmán había caído muerto en la refriega era muy posible que los acontecimientos tomaran otro giro.

Pero algún tiempo después, una inesperada aparición le mostró a Río Kid que lo que interiormente deseaba no se había producido Don Guzmán Carrero se acercó a la otra orilla, pálido, con la cabeza vendada, pero vivo. Río preparó su revólver, pero el otro se limitó a observar la isla y hacer un gesto de amenaza.

LA ULTIMA POSIBILIDAD

Obscuridad en la llanura, obscuridad en el río, más densa aún bajo las ramas de los árboles. Ni un rayo de luz en el campamento, formado en el interior de la isla. Todo en silencio, con excepción del rumor que producían las aguas del Río Rojo. Los disparos habían cesado por completo. Al parecer, el enemigo se había alejado, y Estrella experimentaba cierta alegría al suponerlo así, pero Río Kid, sabía de sobra que aquello no había sucedido. Sabía que Carrero no abandonaría la persecución, aún después de las dos derrotas sufridas.

Deseaba tan sólo la muerte de Antonio Pascual y nada lo haría cambiar de idea. Aun cuando no aprovechara la tregua para enviar más gente, con los hombres que tenía a sus órdenes lograría salir triunfante, si repetía sus ataques. Al fin Río Kid caería en la empresa, o a causa del cansancio, tendría que abandonar la idea de continuar la lucha.

Milagrosamente había conseguido salir triunfante hasta entonces, pero ¿quién podía adivinar lo que ocurriría después?

—¿Lograremos derrotarles por completo? — exclamó Río Kid.

La frase salió de sus labios casi sin darse él cuenta, debido a que en el curso de sus pensamientos empezó a hablar en voz alta.

Estrella se le quedó mirando sorprendida Y el viejo mejicano levantó la cabeza.

—No hay más recurso, — agregó el muchacho, ya consciente de lo que decía. — Es necesario derrotarlos por completo y para ello hay que aprovechar la mejor oportunidad que se nos presenta. Debemos aprovechar esta obscuridad para tratar de salir de la isla y ocultar nuestro rastro... Pero como tienen establecida vigilancia es fuerza hacer las cosas del mejor modo posible.

—¿Teme otro ataque, señor? — preguntó don Antonio.

—¡Hum! No sé que decirle. Mucho me extrañaría que nos dejasen tranquilos hasta la aurora. Tienen sobradas pruebas de la forma en que yo manejo el revólver a la luz del día. Tal vez lo que hagan es cercarnos durante la noche para iniciar un ataque por diversos puntos en cuanto empiece a clarear. ¡Si nos pudiéramos ir de aquí entre tanto!

—¿Pero, usted considera eso posible? — murmuró Estrella.

—Fuerza será probar, a ver que tal resulta la tentativa, señorita.

—¡Empezarán a tiros con nosotros! — balbuceó don Antonio.

—Ahí está el peligro, precisamente. Sé de sobra que la noche no es lo suficiente oscura como para que no nos vean en absoluto, seguramente harán fuego nutrido contra nosotros en cuanto se den cuenta de lo que tratamos de hacer. Pero hay que correr el riesgo, que acaso sea menor que permaneciendo aquí. Me parece que vale la pena efectuar la tentativa.

—Si usted lo considera así, señor. Cuando disponga partiremos. Estamos prontos, — manifestó en voz baja pero firme.

Río Kid vaciló un momento.

—Señorita, — dijo luego. — No dudo en manifestarla que la empresa es peligrosa y que las balas lloverán contra nosotros en cuanto descubran que tratamos de huír, y yo no estaré en condiciones de hacer fuego. Ese Carrero no tiene en realidad encono alguno contra nosotros. Es a su padre a quien busca. Todos esos hombres son furiosos adversarios... pero ninguno es capaz, yo estoy convencido de ello, de hacer daño a una señorita. El mismo Carrero que tan enfurecido se manifiesta durante la lucha, es un caballero hablando tranquilamente con él. Yo le he podido comprobar así. Creo que

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.
Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO— (EXTRACTO)
Nombre y apellido . . . . . .
. . . . . .
Domicilio . . . . . .
. . . . . .
Localidad . . . . . .
. . . . . **F. C.** . . . . . .

podríamos confiar en su palabra para que la llevara a usted hasta Olillo a reunirla con su familia. Yo la doy a usted mi palabra de honor de permanecer defendiendo a su padre hasta que me quede una gota de sangre en el cuerpo.

La muchacha sacudió negativamente la cabeza.

—¡Yo no abandono a mi padre, señor!

El viejo intervino para exclamar con tono de imploración.

—¡No hija mía! ¡No me dejes solo!

—¡No temas padre mío!

Río Kid se mordió los labios. Acaso el viejo considerara que cuando llegase el momento de mayor peligro, si caía en manos de Carrero, la presencia de su hija le serviría de protección. Tal vez supusiera que Río Kid, no lo defendería con el mismo encarnizamiento si Estrella no estaba presente.

verdad, — dijo Estrella con su dulce voz. — Mi padre no es un ladrón, señor!

Río Kid, hizo un gesto. Tenía una idea clara de la verdad pero no quería hablar y hacer con ello que la muchacha perdiera la fe que tenía en su padre.

—Sea así entonces, señorita, — exclamó. — Convengamos en que el dinero es de su padre... pero los otros vienen por él, y creo que valdría la pena sacrificarlo para salvar su vida. Dejémoslos que se apoderen del dinero, ya que es eso lo que quieren.

—¡Jamás! ¡Jamás! — exclamó furioso el viejo. — ¡Eso nunca!... ¿Entregar yo el dinero?... ¡Nunca!...

Río Kid lanzó un suspiro que más bien parecía un rugido.

—Vea. Yo propongo eso para tratar de salvar la vida de su hija. En esta partida tenemos las cartas en nuestra contra, aun cuan

El pony que montaba Estrella se hundió

—¡Oiga amigo! — exclamó con tono de seriedad Río Kid!

—¡Señor! ¡No se enoje! Pero no confíe en ellos. Si Estrella estuviera en sus manos no la perdonarían. Por lo menos les serviría como rehen para obtener los pesos.

—A eso voy. Esa gente anda tras de usted porque los ha engañado doblemente. Pero creo que lo que ellos tienen más interés por recuperar es ese dinero que lleva en la bolsa ya que usted ha escapado con el dinero que la junta le confió.

—¡No señor! ¡Carrero miente! — protestó don Antonio. — Este dinero es de mi propiedad. Es todo lo que tengo en el mundo. No es una gran cantidad, señor. Es muy poco, se lo juro por todos los santos, Todo lo que tengo me pertenece.

—¿Y por qué lo buscan ellos?

—Caballero mi padre le está diciendo la

do forcemos el juego. Si tratamos de abandonar la isla el peligro puede ser grave. ¿Quiere que nos quedemos aquí exponiéndonos también?

—¡No!... ¡Pero yo no devolveré el dinero!...

—¡Padre mío! — agregó Estrella. — ¡Este señor nos da un buen consejo!...

—¡Jamás!... ¡Nunca! — insistía tercamente el viejo avaro, quien aun en los momentos de mayor peligro no deseaba desprenderse de la suma que en forma discutible retenía en su poder.

Estrella intervino de nuevo para contemporizar.

—Es que mi padre no cree que esos canallas abandonen la persecución aun cuando tengan en su poder el dinero. — Instintivamente trataba de justificar la conducta de su padre. — ¡Yo no quiero abandonarlo,

señor! ¡Moriré a su lado, pero no lo abandonaré!

Río Kid permanecía silencioso.

—¡Señor! — La voz de Estrella temblaba. — Usted ha hecho ya bastante por nosotros y no podemos pedir más de su generosidad. Usted es bueno y valiente. Sálvese usted. Procure aprovechar esa oportunidad que dice y sálvese.

—Eso no lo piense ni un momento, señorita. ¿Cree usted que lo que me preocupa es mi vida. Yo le indico a su padre una forma de salir del trance sacrificando el dinero, pero conservando la vida.

Era aquel el último llamado al terror del viejo, tan fuerte como su pasión por el dinero. Pero fué inútil.

—¡Jamás!... ¡Jamás! — insistió don Antonio.

—¡Bien! Es asunto terminado. Creo entonces que lo que debemos hacer es tratar de aprovechar la última probabilidad que nos queda.

—¡Qué el cielo nos proteja! Señor.

—Falta nos hará, señorita. Ahora tratemos de apresurarnos antes de que nos ataquen en montón y por todas partes.

—¡Nuestra vida está en sus manos, señor! ¡Qué el cielo le bendiga por lo que hace! — murmuró Estrella.

Río Kid no respondió nada. Pudiera ser que don Antonio fuera un buen hombre injustamente perseguido por la junta. El muchacho no lo creía así, pero fingía, por Estrella.

Desde que la muchacha se había negado a abandonar a su padre, no había ya nada que hacer. Sólo les quedaba una problemática oportunidad escapar por el río antes de que se produjera el nuevo ataque y Río Kid se puso rápidamente en acción.

Los caballos fueron ensillados y la mula cargada. Tan silenciosamente como le fué posible Río condujo los animales a la orilla en la misma dirección que seguía la corriente.

Cruzar el río con su violenta corriente, era imposible. Ir contra la dirección que seguían las aguas, tampoco era posible. Volver a la orilla de donde habían venido, suponía caer en manos del adversario. Seguir la dirección de la corriente era pues la única forma de intentar la salvación. Los peligros que aquello suponía eran muchos y no se le ocultaba a Río Kid, pero como no se hallaba en un país conocido, no podía pensar en combatirlos, y fiaba en sí para hallar rápidas soluciones, a medida que fueran apareciendo.

La pálida luz de las estrellas era suficiente para que los que vigilaban en la orilla se dieran cuenta de sus intenciones e inmediatamente romperían el fuego cotra ellos. La persecución no tardaría en producirse después.

Confiaba en que siguiendo el curso de la corriente lograría ir lentamente aproximándose a la orilla opuesta. Sólo él en su caballo hubiera afrontado serenamente la probabilidad. Pero con sus dos compañeros la empresa era más que difícil.

Pero no había otra cosa que hacer... y la intentó.

—Tratemos de mantenernos todos unidos, — dijo. — Los caballos nadarán aun cuando se encuentren en aguas profundas. Vamos a intentar lo que parece un imposible, y es necesario ante todo mantener la serenidad.

—¡Guíenos, señor! — respondió resueltamente Estrella.

Río Kid; rompió la marcha.

EN LAS GARRAS DE LA MUERTE

¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!

El ruido de las detonaciones se oyó en cuanto los tres caballos, seguidos de la mula de carga, abandonaron la orilla de la isla.

¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!

Las balas caían en torno a ellos sin hacer blanco afortunadamente debido a la oscuridad y a que ellos ofrecían un blanco movible.

Río Kid, no pensaba en responder al tiroteo. Sus manos se hallaban ocupadas con las bridas de los caballos y de la mula.

Durante un buen trecho los animales siguieron el curso de la corriente y el ruido que hacían era claramente oído desde la orilla. Entre la obscuridad se veían sombras que corrían de un lado a otro y su presencia se denunciaba por las lenguas de fuego que salían de las armas al hacer los disparos.

Los caballos seguían nadando a favor de la corriente.

Se oyó de pronto un relincho de dolor, y la mula que conducía el equipaje, dió un tirón de la rienda y fué arastrada por la corriente con todo lo que llevaba sobre el lomo. Había sido alcanzada por una de las balas.

Instantes después la joven mejicana exclamaba con angustia.

—¡Mi padre, señor!

Don Antonio se hallaba luchando con la fuerza de la corriente. También su caballo había sido herido o muerto, y las aguas lo llevaron. Río Kid, tomó al viejo con mano firme y lo colocó sobre Coceador.

—¡Agárrese fuerte! — ordenó.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... — murmuraba el viejo lleno de pánico.

—¡Señor!...

—¡Ya lo agarré señorita! Manténgase usted firme y no se aleje de mí.

Don Antonio se hallaba tendido a través del caballo gris, como si fuera un saco de alfalfa. El muchacho mantenía con mano firme las riendas del pony de Estrella y conducía los dos animales hacia la orilla opuesta, cruzando verticalmente las aguas profundas.

Río Kid sabía lo que hacía con ello. Algunos de los jinetes que se habían arrojado al agua para perseguirlos, se detuvieron cuando sus caballos llegaron al lugar de peligro, pero uno de los atacantes, montado en un brioso animal se acercó a Río Kid y la hoja de un machete brilló a la luz de las estrellas.

Más el muchacho de Frío tenía ya un cuchillo en la mano y su arma alcanzó el pecho del mejicano antes de que cayera el machete El jinete lanzó un grito de dolor, y cayó, siendo arrastrado por las aguas.

Coceador, apesar de llevar doble carga, nadaba vigorosamente y se portaba con su acostumbrada nobleza. El pony que conducía a Estrella era mantenido a flote por Río Kid. Una bala tocó a éste en un brazo, otra cruzó su sombrero de lado a lado, pero el valeroso vaquero no prestó a ello mayor atención que a la picadura de un mosquito.

De repente, sin aviso de ningún género, el pony que montaba Estrella se hundió y la muchacha quedó luchando contra la fuerza de la corriente. Río Kid la mantuvo a flote. Se deslizó de la silla y la llevó la mano para que pudiera aferrarse a ella y sostenerse así.

—Manténgase firme agarrada al caballo, señorita — la dijo.

Coceador nadaba valientemente llevando a don Antonio cruzado en la silla, a Estrella agarrada a la misma y Río Kid nadando junto a él y llevando en alto la rienda. La corriente disminuía su fuerza y los iba ayudando a llegar a la orilla.

En el lado opuesto se veían ginetes que corrían a lo largo de la orilla siguiendo la marcha de los fugitivos y haciendo disparos, ya sin peligro, para el grupo formado en torno de Coceador.

Los ojos de Río Kid trataban de sondear la oscuridad. Habían recorrido seguramente varias millas, pero la orilla que constituía momentáneamente su salvación no parecía tan cercana como era de desear.

En una ocasión el caballo gris, se hundió, pero salió gallardamente a flote en cuanto el muchacho tiró de la rienda.

¿No llegarían nunca a la orilla?

Las sombras lo dominaban todo y Río Kid comprendía que aquello dificultaba que conociera su verdadera situación .

Al fin se acercaba a la orilla que buscaba y lo comprendió así porque vió surgir frente a él la sombra más densa de unos árboles gigantescos cuyas ramas se tendían sobre el río.

El caballo gris pisaba ya un fondo barroso. Al notarlo recobró nuevas fuerzas el axhausto animal. Un gemido brotó de los labios del viejo cuando notó que el caballo cesaba de nadar y hacía pie, en la fangosa orilla. Estrella no dijo ni una palabra, per-

El joven.—El aviador que cayó ayer de su aparato va a estar mucho tiempo en el sanatorio.

La señora.—¡Ah! ¿Has visto a su médico?

—No. He visto a su enfermera.

maneció tan callada, que Río Kid llegó a temer que se hubiera desvanecido.

—¡Animo, señorita! ¡Ya hemos llegado a la orilla!

—¡Sí, señor! ¡Ya lo he notado! — exclamó con voz débil.

Los pies del muchacho de Texas pisaron el fango. En medio de las sombras condujo al caballo fuera del agua. El animal, fatigadísimo siguió torpemente el mandato de su amo.

Los árboles, con sus frondosas ramas, hacían más densa la oscuridad y el suelo se hallaba cubierto por las lianas.

dido, y preocupado. Miró hacia la orilla opuesta y distinguió el fuego de las armas de los perseguidores, quienes inútilmente continuaban haciendo disparos a través del ancho río. El ruido de las detonaciones llegaba a sus oídos llevado por el viento de la noche. El rostro del muchacho denotaba su preocupación.

Tan solo les quedaba un caballo. Los otros dos y la mula habían sido arrastrados por la corriente. Y el caballo que les quedaba no podía dar un paso más, a causa de la enorme fatiga que sentía, efecto de su valerosa conducta.

Estrella, rifle en mano, se hallaba a pocos pasos de Río Kid.

Era un bosque frondoso adonde habían llegado. Un bosque salvaje como debían ser los que abundaban en aquellos lugares cuando, las tropas de Hernan Cortes desembarcaron en Méjico.

Allí se detuvieron todos a fin de recuperar fuerzas. El caballo se dejó caer sin alientos para dar un paso más. Don Antonio, casi desmayado permanecía en el suelo sobre el blando pasto que lo cubría. Río Kid sostuvo con brazo firme a Estrella hasta que la depositó junto al tronco de un árbol.

Luego, él se dejó caer en el suelo, ren-

Llevar la lucha más adelante era cosa imposible. Los fugitivos tenían forzosamente que permanecer en el lugar donde habían pasado a tierra firme.

Estaba descorazonado. No experimentaba otra sensación que la que pudiera experimentar un tigre acorralado. Lucharía como pudiera hasta el fin... y la suerte decidiría si los abandonaba por completo, o los favorecía y lograban salvarse.

(Continuará)

LA EXTRAÑA AMENAZA DEL PROFESOR IOUCHKOFF

Por HERVE DE PESLOUAN

(Conclusión)

JUAN María atrajo al niño aprovechando la luz que les rodeaba para llevarlo fuera del círculo de cadáveres, de ruinas y escombros. Al fin llegó a una calle desmantelada, sobre la que acababa de hundirse un muro de piedra.

El pueblo esperaba el golpe de gracia. El zumbido misterioso se alejó poco a poco, apartando una vez más, la fatal y extraña amenaza, cuyo secreto nadie había podido penetrar.

De pronto, tan rápidamente como habéa aparecido, la luz desapareció. Juan María lanzó un grito de asombro y vaciló. Se encontró en la misma oscuridad absoluta poblada aún por el ruido producido por el derrumbe de edificios, la caída de muros, los gritos atroces de los heridos, y a veces los aullidos lamentables de algún perro.

El ruido del trueno se calmó. El viento dió una tregua. La noche se hizo más fresca. La lluvia cesó.

Juan María apoyado contra unos escombros miraba esa transformación con alegre estupor, guiñando los ojos.

—¡Mira, pequeño, mira!

Obligó al niño, apretado contra él, a levantar la cabeza. La luna apacible se deslizaba dulcemente por el cielo. La última nube desapareció. Muy lejos, en el extremo norte, un zumbido indicaba la partida del asaltante misterioso, el fin de la pesadilla, el retorno de la paz.

—¡Vamos, ven Olivier!

La luna iluminaba todo con su luz clara. Un gran silencio pesaba sobre la ciudad.

El clamor indistinto del miedo subía desde Stalogrado en ruinas. Los palacios desmantelados ofrecían sus entrañas a las miradas. Muy lejos sonó un clarín. Soldados se alejaban a paso de carga. Un automóvil apareció en la calle que seguían Juan María y su alumno, vaciló ante el amontonamiento de escombros, retrocedió, patinó y se detuvo. Los conductores abrieron entonces la puerta y huyeron perseguidos por el destino.

—¡Ven, niño!

Dieron vuelta al automóvil cuyos faros enceguecían y trataron de pasarlo. Un sollozo infantil los turbó. Juan María trató de ver en el interior del automóvil y no lo consiguió; se lamentó:

—¡Si tuviera mis anteojos.

Tanteando encontró la forma de abrir la puerta. Apelotonado sobre los almoadones lloraba un niño. Juan María apartó las manos crispadas del pobre rostro.

—¡No llores más!

Las lágrimas se detuvieron un poco, el niño desconocido levantó la cabeza y miró a la sombra que le hablaba. De pronto lanzo un grito de alegría:

—¡Usted, señor! ¡Yo le decía a papá que era a usted a quien habían traído!

Olivier exclamó:

—¡Es Enrique Samuel, señor!

Juan María ya había renunciado a comprender: No se asombraba más de nada. Sin embargo exclamó:

—¿Y que es lo que haces aquí?

Su antiguo alumno, el pequeño Samuel lo miró y dijo:

—Vine a buscar a papá que había dejado París para venir aquí con... con usted, señor. Era por la "causa" que él me había explicado. Y después... después...

Señaló al cielo:

—¡Está allí! ¡Han matado a mi pobre papá! Mamá le decía que debía estar equivocado! ¡Mi papá! ¡Mi papá!

Nuevamente fué asaltado por las lágrimas y sollozos. Juan María emocionado tomó la mano del niño.

—¡Ven con nosotros!

Continuó su camino vacilante. Los niños lo seguían, llorando ambos de pena, de fatiga, de dolor y de angustia.

¿Qué hora podía ser? ¿Las nueve, las diez, las doce? Casi lamentaba los minutos de angustia que no le abandonaban desde hacía cuatro días. Al menos estaba sólo para sufrir.

Pasaron aún algunos minutos. La pincelada de un faro iluminó la espalda del joven y el rostro de los niños. Juan María se volvió precipitadamente y no vió nada más pero oyó un paso precipitado, en la sombra.

Rápidamente empujó a los niños contra una empalizada y cuchicheó:

—¡Espérenme!

EL SECRETO DE NATACHA

Estaba dispuesto. Hubiera ofrecido su vida.

Pasaron unos momentos. Avanzó en medio de la oscuridad hacia el paso que avanzaba. Descendió entonces de la acera y se mostró a la claridad de la luna. La persona que venía vaciló, luego tendió los brazos. En una mano empuñaba una linterna y en la otra brillaba un revólver. Juan María agitó la mano.

—¡Por piedad, por mis niños!...

—Usted? ¿Usted Juan María?...

—¡Natacha! ¡Ah! ¡Natacha!...

Avanzó. La joven repitió:

—¿Usted? ¿Mi pobre amigo? ¿En ese estado?

Se miraron sin hablar, escrutando las sombras en la noche y sorprendidos por el pasado cuyo recuerdo les asaltaba. Por última vez, Juan María murmuró:

—¡Natacha!

La joven hizo un inmenso esfuerzo para moverse del sitio en que permanecía inmóvil. Al fin avanzó:

—¡Venga!

Tomó a su interlocutor del brazo y lo llevó atrayendo a los niños a su lado.

—¿Son suyos estos niños?

El joven movió la cabeza:

—¡No; son mis alumnos! Le explicaré si puedo, pues aún no he comprendido bien. Y luego he perdido mis anteojos y usted recordará Natacha, sin mis anteojos...

Ella rió dulcemente y repitió maternal:

—¡Mi pobre amigo!

Marcharon así, uno al lado del otro, durante un centenar de metros. Al fin la joven se detuvo ante una casa vieja, sin pisos superiores. Natacha empujó la puerta y llevó a Juan María a lo largo de un estrecho camino. Cuando hubieron subido algunos escalones, llegaron a una puerta que la joven abrió.

—¡Entren!

Suavemente los empujó hacia adelante, a una pieza en que había olor a encerrado y a polvo. Natacha extendió el brazo hacia el conmutador y le dió vuelta. Ninguna luz se encendió.

—Lo temía — murmuró — no ha sido restablecida la corriente.

Dejó a sus compañeros y avanzó por la habitación.

—¡Espérenme que voy a ver si encuentro una bugía!

Juan María temblaba bajo sus ropas empapadas. Uno de los niños lloriqueó:

—¡Tengo hambre!

—Lo sé — respondió la joven desde la pieza vecina — ¿Pero qué puedo darles? Hace más de cuarenta y ocho horas que no duermo aquí a causa del señor Jú..., en fin de esa historia. ¡Ah! ¡Nos ha hecho usted mal, Juan María!

—¿Yo? — balbuceó el joven asombrado.

—Sí, usted. ¡Oh! no puede usted comprenderlo.

Olivier y Enrique Samuel comenzaron a llorar de nuevo. Juan María los atrajo contra sí y exclamó:

—¡Cállense niños! ¡Ese mal sueño ya ha concluído!

Oyó a la joven remover vajillas y cerrar armarios.

Hubo un silencio y luego una alegre exclamación

—¡Ya tengo lo que hace falta!

El joven oyó el chasquido de un fósforo y pronto se levantó la cortina dando paso a la joven que llevaba dos bugías en dos botellas vacías.

Juan María pestañeó para ver mejor y la admiró sinceramente deslumbrado. Natacha no había cambiado después de cerca de diez años que no la veía.

Colocó los improvisados candeleros en la punta de la mesa excusándose con un gesto.

—¡Todo está en desórden aquí... Perdóneme; Vivo sola, siempre ausente y esto es suficiente para los raros momentos que paro en la casa.

Miró a Juan María que no apartaba de ella sus ojos miopes.

—¿Y bien, es que le doy miedo?

Natacha rió y fué hacia el joven, pero se detuvo y se agachó hacia los niños que acarició. Olivier la abrazó. La joven sonrióse y luego balbuceó:

—¡Mi pobre niño!

Llevó a su doble carga hacia un rincón de la pieza y llamó a Juan María.

—¡Mi amigo, saque las cosas de este diván!

El obedeció y pronto se encontró con los brazos llenos de libros que no sabía donde poner.

—¡En el suelo!

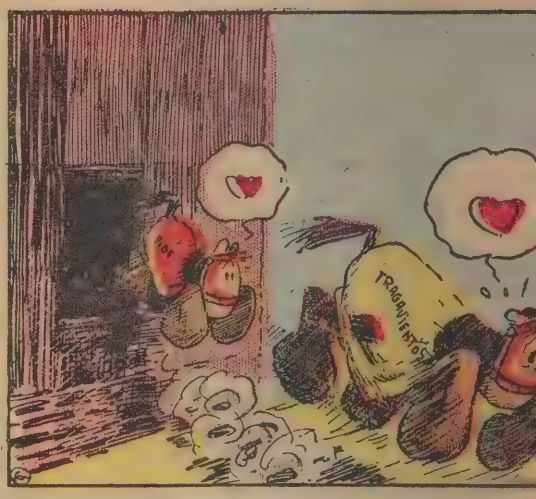
La pila de libros cayó; sin inquietarse, Natacha acostó a los dos niños en la estrecha cama improvisada. Arregló los almoadones bajo sus cabezas.

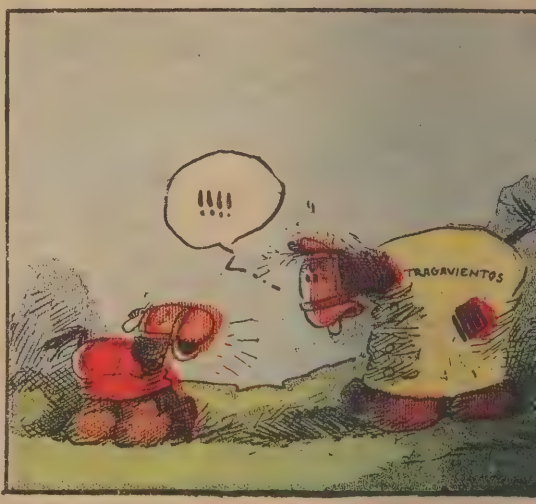
—He puesto leche a calentar y tengo un poco de pan.

Volvió a la pieza vecina y reapareció trayendo una bandeja con las tazas.

El enorme crucero aéreo descendía sobre la ciudad.

Aventuras de Barr





gugli, por Debeck

Sirvió primero a Olivier, luego a Samuel. Los niños bebieron el caliente brebaje. A la última gota cayeron rendidos en el sofá.

—¡Duerman ahora!

Obedecieron encogiéndose, con sus menudos puños apretados contra la cara. Natacha les echó encima una manta.

Cuando se levantó vió la mano que Juan María le tendía con el rostro lleno de lágrimas.

—¿Qué quiere usted mi viejo amigo?

El balbuceó:

—¡Gracias!

Ella sacudió la cabeza turbada y apretó nerviosamente la mano que se le ofrecía:

—¡No, no!

Juan María se había dejado caer sobre un pequeño escabel y sollozaba suavemente.

Ella quiso consolarlo pero él la apartó sin violencia balbuceando:

—¡No, déjeme! ¡lo necesito! ¡Perdóneme!

Ella se mordió los labios y lo dejó:

Poco a poco Juan María se calmó y preguntó ingenuamente:

—¿No la molestamos?

—No. Queda leche ¿quiere usted un poco?

Le tendió la taza. El bebió. Una especie de bienestar lo invadió. Temblaba de tal manera debido al cansancio que al dejar el recipiente lo golpeó contra un mueble. Desolado se excusó.

—Perdóneme, pero... desde que mis anteojos se han roto, veo muy mal.

Natacha lo miró. Tuvo un gesto de piedad.

—Es cierto. Lo he notado... ¿Quiere que le preste mis anteojos?

Abrió un cajón y le tendió un par de anteojos, de carey. El los tomó lleno de alegría y se los puso. Sus ojos pestañearon:

—Veo... yo veo... No son del todo para mis ojos... ¡Pero veo!

Pareció transfigurado y tomó la mano de su interlocutora. Antes de que ella pudiera hacer un gesto había llevado los dedos de la joven a sus labios, en un gesto a la vez de cariño y respeto.

—Usted no ha cambiado, Natacha! ¡Es siempre igual de buena!

Ella se separó nerviosa y murmuró riendo:

—Cállese mi amigo... Mírese.

Levantó una de las bujías hasta un espejo que había en la pared. Juan María retrocedió espantado:

—¡Oh! ¿Soy yo?

Sonreía con los cabellos despeinados, las mejillas cubiertas de una capa de suciedad, con manchas blancas de polvo alrededor de los ojos. Tenía una careta de payaso.

—¡Le pido perdón! ¡Pero no tengo la culpa!

Ella lo llevó hacia una pieza vecina y le dió una bugía.

—Aquí tiene agua, un cepillo y jabón. Debe haber un peine también.

Quiso irse pero él la retuvo.

—Natacha... ¿Por qué es usted tan buena?

Ella no respondió, pero lo miró largamente y lanzó un suspiro, luego salió. La joven descendió la escalera y llamó.

Una sombra acudió y se detuvo rígida. Natacha saludó y habló en voz baja y autoritaria. El hombre se inclinó y tomó un papel que le dió la joven. Natacha le hizo señas y su interlocutor partió sin ruido.

Cuando el mensajero se hubo alejado, Natacha se sentó en un escabel. Ante la chimenea donde chisporroteaba el fuego. En la pieza vecina oía a Juan María que se lavaba. Luego el sueño que la preocupaba la libró de los ruidos exteriores. Un paso le hizo volver la cabeza. Juan María había entrado en la pieza y muy emocionado venía hacia ella, afeitado, limpio, casi correcto, no teniendo ni el cuello ni el traje polvoriento.

—Natacha, quisiera decirle... ¿Por qué ha hecho todo esto?

—La joven vaciló luego, mintió:

—Lo ignoro.

El levantó la cabeza y la miró. Ahora, como había dicho, el veía y significaba para él no solo la claridad en la visión, sino la claridad en el espíritu. Sin embargo cuando notó la sonrisa de Natacha, no preguntó nada más. Solamente dijo, con un poco más de cansancio:

—¡Yo soy sólo un buen muchacho! No quiero comprenderlo todo ¡es demasiado difícil!

Avanzó sus zapatos húmedos hacia las brasas y preguntó aún:

—¿Quién es ese señor Júpiter?

—No lo sé. Además tiene usted razón, no hay que comprenderlo todo... esta noche, al menos...

—¿Y mañana, cree usted, que comprenderé?

—¿Mañana? Sí, o sino dentro de algunos días yo podré explicarle... si usted lo cree útil... Y entonces... ya no le interesará.

Ella tenía el aire tranquilo y alegre. El cedió:

—Creo que ahora voy a dormir! ¿No le incomodo a usted, verdad?

—¡A mí no me incomoda nunca, Juan María! Soy yo quien le doy las gracias porque usted me ha revelado mi verdadero papel: ¡sus niños!

El joven no replicó nada. La idea de dormir al fin lo inhibía de todo otro pensamiento. Se levantó perezosamente con los pies pegados y tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer. Al fin se estiró en el segundo diván también lleno de carpetas y libros. Ya medio dormido balbuceó:

—¿Por qué se fué usted Natacha? Me hubiera gustado verla... verla... Hubiéramos podido ser felices... ¡estoy tan sólo!

Las últimas palabras fueron, ininteligibles. La joven lo miraba intrigada, ansiosa. Con su mano le acariciaba los cabellos, luego volvió sobre sus pasos, se sentó a la mesa como una autómata, escribió algunas palabras en una hoja, la dobló y la deslizó en un bolsillo exterior del saco de Juan María. Luego apoyando sus dedos sobre los labios, le envió un largo y silencioso beso.

La noche transcurrió, lenta, lúgubre. Na-

tacha volvió hacia la puerta y la abrió mirando hacia la calle vacía.

En algún lugar el sonido de una trompa se oyó por tres veces, espaciosa, en el silencio. Natacha suspiró. Descendió la escalera.

Un automóvil se detuvo ante el pequeño portón que la joven acababa de abrir. S puso un dedo en los labios. — ¡Silencio! ¡están durmiendo!

Uno de los recién llegados exclamó:

—¡Pero va a ser necesario despertarlos!...

—No. Les daremos una buena inyección, ¡no se darán cuenta!

El nuevo interlocutor exclamó:

—Apurémonos. La permanencia en Stalogrado no es muy agradable.

Natacha se encogió de hombros y volvió a la pieza donde Juan María y los niños dormían tranquilamente. La joven tomó una jeringa de un cajón y vació dentro una ampolla, después de pasar la aguja de platino por la llama de la bugía. Dulcemente tomó la muñeca de Juan María y clavó la aguja en el brazo. El joven continuó durmiendo. Los dos niños tampoco se movieron.

—Ya está. ¡Váyanse ahora, no los retengo más! — y explicó: — Dentro de treinta y cinco horas, señor con el vehículo que ponemos a su disposición debe estar usted de vuelta en Francia. ¡El pueblo eslavo quedará reconocido de la rapidez y discreción de que sus amigos dan prueba!

No dijo nada más. Ya dos hombres venían en busca de los niños. Natacha insistió:

—Adios señor, haga todo rápido...

—Lo miró descender la escalera y constató que el cuerpo de Juan María y los niños reposaban tranquilos. El hombre subió al lado del chofer que después de cerrar las puertas y bajar las cortinas, puso el coche en marcha, saludó y partió.

Solo el último de los recién llegados no había partido. Saltó los escalones de madera, entreabrió su saco y mostró el círculo de plata bordado sobre su túnica. Natacha, muda, los ojos obstinadamente fijos en la esquina por donde había doblado el auto no se movía. La joven exclamó muy bajo, con gran pena:

—¡Juan María!...

Contuvo un sollozo y tomando su tapado y su sombrero, sin extinguir la bugía, sin inquietarse por los libros desparramados abrió la puerta y se abalanzó por el camino, pisando la nieve que crujía bajo sus pasos.

El hombre la siguió:

—¿Y Ahora?

—Al trabajo, compañero comisario y apurémonos... ¡el pueblo eslavo llora!

DE POTENCIA A POTENCIA

Al cabo de un largo silencio, Natacha se volvió hacia su compañero:

—¿Dónde vamos?

El hombre tendió el brazo por sobre las ruinas amontonadas.

—¡Por allí!

Señaló una casa de mediocre apariencia que se erguía herida en medio de las ruinas de un palacio. El hombre agregó:

—Ese pabellón está casi intacto. Es allí donde su carta de esta noche ha encontrado a los miembros del Consejo Supremo. Es allí donde han estado hasta la mañana. Una nueva reunión tendrá lugar a las diez.

—¡Bien!

Llegaron al pie de la casa que dos soldados guardaban. Cuando Natacha y su acólito aparecieron, los centinelas presentaron armas. La joven penetró en un estrecho vestíbulo. El comisario abrió una puerta...

—Su escritorio.

Penetró en una pieza casi desnuda.

En medio de la pequeña pieza una mesa de madera blanca sostenía una pila de diarios y revistas. La joven se sentó y desdobló un papel.

—¿Qué es esto? — exclamó leyendo.

—Era una lista suscinta de los desastres de la noche. Una escuadrilla derrotada; ciento sesenta casas hundidas; doce palacios destruídos; dos mil muertos, un barrio consumido por las llamas; el agua, el gas y la electricidad cortadas; las líneas de ferrocarril destruídas. Un crucero y dos destróyers habían sido hundidos en la rada.

Febrilmente Natacha dobló el papel y lo guardó entre el cinturón y la blusa. Luego recorrió un diario entreabierto. Desde las primeras líenas sintió un sobresalto. A grandes trazos subrayó un artículo y llamó a un soldado. Al mismo tiempo el comisario que la había acompañado entraba en la pieza.

—¿Qué quiere usted compañera Natacha?

Lea.

El recorrió el artículo y palideció:

"Esta mañana los campesinos que se dirigían a sus tareas han notado del lado de Lonwy, exactamente en el punto de unión del Camino Nacional 52 "bis" y del Departamental No. 52 rastros profundos de ruedas. Intrigados, se han acercado a un gran galpón colocado en el centro del campo y perteneciente a dicha sociedad encargada de efectuar investigaciones agrícolas. Ese hangar estaba vacío no contenía ningún saco de semillas como lógicamente hubiera podido esperarse. Además el terreno no estaba cultivado para recibirlo.

La policía se ha dirigido al lugar. En el curso de las primeras investigaciones. cajas de herramientas, fraguas portátiles, latas de nafta vacías, han sido descubiertas. Puede que se trate de la partida clandestina de un avión gigante hacia un destino desconocido. La policía hace averiguaciones. Pondremos a los lectores al corriente de las nuevas investigaciones. Podemos sin embargo, preguntarnos si tendría relación este descubrimiento con los hechos extraños de que hace pocos días fué teatro el castillo de Sumay".

Natacha añadió:

—Esta información es del "Irreductible" el diario parisien, con fecha del martes último, es decir hace tres días.

Hojeó otros diarios:

—Todos dicen lo mismo, modificando al-

gunos detalles. Hay que avisar enseguida al presidente del Consejo Supremo.

Su interlocutor bajó la cabeza.

—El presidente del Consejo Supremo de los Compañeros Eslavos ha muerto anoche en el incendio del Palacio Stalosky, camarada Natacha. No se ha encontrado ni siquiera su cuerpo.

—Muerto. El incendio estalló en la sala de sesiones inmediatamente después de tu partida.

—Ya lo se, sin embargo...

—Ninguno de los tres comisarios supremos ha escapado.

—¿Quién queda, entonces?

—El delegado superior Almawov ha hecho decretar la ley marcial. La ciudad se halla en estado de sitio desde medianoche. Es el compañero Almawov que, a riesgo de su vida se dirigió a la embajada de Francia y ha obtenido el regreso inmediato del prisionero Iouchkoff. Al mismo tiempo ha pedido de su propia autoridad, la intervención de las Sociedad de las Naciones en favor del pueblo eslavo.

—¿Por qué no se me ha prevenido?

—Natacha Ivanovna, yo lo acabo de saber ahora. El Consejo de urgencia que debe reunirse a las diez y que agrupará alrededor del delegado superior a los comisarios generales, debe discutir las formas de armisticio... con... el enemigo.

Natacha bajó la cabeza.

—Sea! Haga llegar estos diarios al delegado superior. No quiero sin embargo creer, no creeré jamás, que los comisarios del pueblo eslavo cederán a una amenaza.

—Natacha Ivanovna, no se lucha con el señor Júpiter!

El comisario salió inmediatamente sin agregar otra palabra. En el umbral torpezó con un oficial que entraba, con los ojos fuera de las órbitas, temblando, ajustando un papel que su interlocutor le arrancó de las manos.

—¿Qué hay ahora?

Leyó una simple línea y lanzó un gemido. Natacha que llegaba tomó la hoja que decía:

"El señor Júpiter al Consejo Supremo:

—¡Obedezcan, la "amenaza" se realizará!".

La joven arrugó la hoja:

—Cómo ha captado esto?

—Por telégrafo, sobre llamado directo. Hace diez minutos.

—¿Qué largo de onda?

—El nuestro.

Natacha se calló; Tendió el radiograma al comisario que vacilaba.

—¡Haga reunir enseguida al Consejo en los subterráneos de la fortaleza Pablo y Pedro! Yo voy para allí.

—Bien, Natacha.

La joven volvió hacia la ventana donde se apoyaba. Se le escapó un grito.

El cielo radiosamente azul y brillante un momento antes, se había cubierto de nuevo de nubes sombrías que llegaban del noreste. Un relámpago iluminó el cielo y Natacha espantada, oyó por segunda vez después de veinte y cuatro horas, sobre su cabeza, un zumbido sordo, profundo, terrible.

A su alrededor, se oyeron al mismo tiempo gritos desesperados, clamores. Abajo, en los arrabales de la ciudad, se vió una llama.

Violentamente la joven se dirigió hacia la puerta de su escritorio y la abrió. En los corredores, en las escaleras era una loca carrera. El piso estaba lleno de armas, cartucheras, gorras, sacos que los soldados habían abandonado para huír más rápido. Natacha se detuvo en medio de todos esos hombres que un solo instinto, el de la conservación dominaba y gritó algunas palabras. La multitud se detuvo un momento, vaciló, luego siguió su camino con violencia. La joven tuvo que apoyarse a la pared para no ser empujada miró impotente la desbandada que nada detenía.

Natacha, en el umbral de la puerta tendía desesperada los brazos hacia los que huían. Una bala perdida le rozó la cara. De pronto oyó un sonido lejano de clarines y vió desembocar en una calle un batallón de caballería conducido por sus oficiales.

Pero poco a poco el escuadrón se dislocó.

Entonces, la multitud emprendió el camino hacia la fortaleza Pablo y Pedro que se erguía, imponente, a cien metros, en el punto de unión del río Vena y sus afluentes. Todo el pueblo dió media vuelta y lanzó el mismo grito de rabia señalando las torres macizas que defendían la entrada del castillo.

Tanques en formación sufrieron la misma suerte que la tropa. El pueblo salía al asalto sobre éstos antes de que una sola ametralladora pudiera ser puesta en acción. Su clamor, su cólera, se habían convertido en una larga y dolorosa queja.

Natacha, más blanca que las paredes, se despertó bruscamente al ruido.

Ese carrillón humano, normal, infantil casi, en ese caos, la aterrorizó.

De un salto entró en una pequeña pieza de donde salía el timbre y se halló frente a un aparato de radio cuyas campanas brillaban débilmente.

—¿Qué hacer?

Natacha miró a su alrededor. De una mirada notó que los condensadores, los acumuladores, los dinamos, vibraban a cada trueno produciendo un ruido sordo, cuando un rayo más cercano se tendía en el suelo. Natacha se preguntó de nuevo:

—¿Qué hacer?

El débil campanilleo vibraba aún. Natacha dió un paso, puso un dedo sobre el borne, y retrocedió, volvió a acercarse. Afuera los elementos desencadenados, vibraban, espantosos. Natacha hubiera querido encontrar un signo, una palabra que supliera a su ignorancia; cerca del borne una manecita tenía esta palabra "conteste". Al azar, vivamente, cerrando los ojos, esperando algún cataclismo final que concluyese con las máquinas y con ella la joven bajó la manecita y esperó:

—¡Espere... espere... al menos!...

Alrededor de ella todo se calmó como por encanto. El timbre había cesado. Pero no solo el timbre. El mismo trueno había suspendido su vibración. Los relámpagos no brillaban más y solo la lluvia caía sobre los vidrios intactos.

Natacha volvió la cabeza y miró el aparate receptor. Se oyó un murmullo en el alto parlante indistinto y vago. La joven se inclinó para oír. Una voz femenina resonó de pronto, breve, neta, autoritaria, extraña:

"... Tercera y última advertencia... La joven dió un salto con la mano sobre el revólver. El ojo cicl6peo del alto parlante clavaba sobre ella la extraña pupila como de un botón niquelado.

"Sí — continuaba la voz — a las diez en punto, hora local, el Consejo Supremo del pueblo eslavo no acepta las condiciones de paz del señor Júpiter poniendo las banderas en las torres de la fortaleza Pablo y Pedro, la ciudad entera de Stalograd, saltará".

Fué todo. E inmediatamente los elementos continuaban su cacofonía.

Maquinalmente la joven llevó su reloj pulsera a su oído y se estremeció. Estaba detenido. Las agujas marcaban las diez menos cuarto. ¿Cuántos minutos, cuántos segundos faltaban para la hora de la destrucción total de la ciudad?

Al fin balbuceó:

—Es necesario.. es necesario decirles...

Corrió hacia la puerta. La multitud corría siempre. Rostros crispados, empapados por la lluvia, trastornados por el horror se levantaban.

—No pasaré jamás entre ese caos... La joven, medio inconciente, se torcía las manos, volvió a la sala de los acumuladores y sacudió violentamente el alto parlante, gritando:

—¡Epere... espere... al menos!...

Rápidamente se dió cuenta de la inutilidad y ridiculez de su gesto y largó el aparato al suelo donde se hizo pedazos.

Tres veces aún la joven corrió de la pieza a la puerta gritando. Tres veces se golpeó con las paredes, tres veces cayó y volvió a levantarse.

la extraña amenaza.

—Jamás conseguiré... ¡es el fin!

Golpeó con el pie y se calló asombrada. Bajó su pie el piso daba un sonido hueco. Se arrodilló y apartó los diarios, restos de vidrios y el polvo acumulado. Una trampa se dibujaba ante sus ojos, tratando de levantar la pesada, tapa, exclamó:

Dios mío! ¡Ayúdame!...

Se clavó astillas en las manos, se lastimó los dedos. Al fin se levantó y registró entre los escombros.

—¡A las diez¡... "Ellos" han dicho: ¡A las diez!".

Bruscamente lanzó un grito de alegría y arrancó del caño de un fusil una bayoneta manchada de sangre. Volvió a arrodillarse, hundió su palanca y lanzó un grito sordo. La trampa oscilaba. Con los dientes apretados, la joven apenas respiraba. Ni los rayos, ni el trueno, ni los murmullos horribles del pueblo la apartaban de su tarea. La trampa se levantó unos centímetros. Natacha metió la mano libre bajo la abertura. La trampa cayó, aplastándole los dedos. Con un grito de dolor, la joven puso de nuevo la bayoneta e hizo un movimiento. Luego, lentamente, levantó la enorme masa que cedió.

Al fin consiguió su objeto de hacer girar la trampa sobre sí mismo. Una escalera se abría ante ella. Natacha apoyó su mano herida en el suelo y palideció. Tenía dos dedos lastimados. Con la frente llena de sudor se hundió en la noche fétida de un subterráneo que se abría a sus pies.

Los escalones estaban resbaladizos. La joven cayó y volvió a levantarse en medio de la oscuridad. La sombra la rodeaba. Sobre su cabeza el pálido rectángulo que recortaba la trampa abierta la iluminaba vagamente. El ruido del trueno llegaba hasta ella, atenuado, menos claro cada vez.

Dió algunos pasos sobre el suelo húmedo y buscó la pared recubierta de liquenes.

Febrilmente,, continuó su camino, resbalando en charcos, despertando animales inmundos que huían bajo sus pies. Ese calvario continuaba interminable. Pensó en volver sobre sus pasos, pero las palabras amenazadoras, reproducidas por el alto parlante le dieron coraje. Avanzó aún, castañeteando los dientes, temblando, creyó que se desvanecía y permaneció inerte un tiempo abominablemente largo. Sobre ella un murmullo horrible la espantó. Pensó desesperada:

—¡Demasiado tarde!

Esperaba morir. Por última vez le vino el recuerdo de Juan María y esperó el último golpe. El ruido sordo continuó sin embargo, Natacha comprendió que pasaba bajo el río. Un grito de alegría escapó de sus labios. Llegaba al fin. Reconfortada continuó su carrera:

—¡Ligero... ligero!

El subterráneo debía conducir a la fortaleza. Era el antiguo camino que tomaba el gobernador. De pronto, las rodillas de la joven chocaron bruscamente.

Extendió los brazos para amortiguar el choque y sus dedos heridos golpearon violentamente contra una escalera semejante a aquella que había dejado un momento antes. Creyó que sus huesos se rompían, trató de aliviarse pero fué en vano, entonces gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro!

Esperó anhelante. Primero no oyó ningún ruido. Luego sintió pasos sobre su cabeza que se alejaban. Natacha sintió que su corazón cesaba de latir. Subió un escalón puso su boca cerca de las maderas y gritó aún:

—¡Socorro!

Esta vez el resultado fué inmediato. Se oyeron pasos. La joven oyó órdenes breves y apareció un débil rayo de luz. Violentamente empujó las dos hojas de la trampa y se halló frente a un fusil que le apuntaba.

Tomó el arma y la apartó sirviéndose al mismo tiempo de ella como de apoyo para los últimos escalones. La joven sintió que salía un tiro. Sin prestarle atención Natacha salió a un galpón donde algunos soldados la miraban surgir.

Un oficial con la gorra con el doble círculo de plata se abrió paso y se dirigió al borde del subterráneo.

Nerviosamente interrogó a ese fantasma que salía de la sombra.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

La joven empujó hacia atrás los bucles castaños que el sudor, la sangre y la angustia habían pegado a su rostro y le preguntó ásperamente:

—¿Qué hora es?

Su interlocutor le apuntó:

—¿Responde antes?

—Cuidado, pues tienes el destino de Stalograd en tus palabras: ¡Soy Natacha Ivanovna secretaria general del Consejo Supremo!

Dijo luego otra vez:

—¿Qué hora es? Repito.

El oficial se había sacado la gorra y la saludaba:

—¿Tú? ¿Natacha Ivanovna?

—¿Qué hora es?

Señaló por toda respuesta su reloj del muro. La joven lanzó un grito.

—¿Nada más que dos minutos? ¿Sólo dos minutos? ¡Ah! ¡Dios mío!...

Sacudió fuertemente al oficial del brazo.

—¿Dónde está reunido el Consejo de influencia?

—Pero... en los subterráneos de la torre Pedro...

—¡Corramos, rápido!

Ella se lanzó hacia adelante, el oficial la miró vacilante. Ella le gritó duramente:

—¿Eres pues un cobarde? ¿Eres entonces un traidor? Escucha bien: Si dentro de dos minutos el Consejo de urgencia no ha capitulado Stalograd saltará hasta sus cimientos.

El oficial se irguió pasó una mano ante sus ojos como para apartar alguna horrible visión.

—Ven pues, Natacha Ivannovna, ven rápido...

Abrió una puerta baja.

—Por aquí, es más corto.

El oficial había empujado una puerta que descubría una escalera de las llamadas de caracol. Natacha y su compañero se hundieron en el suelo y llegaron a un corredor abovedado, guardado por soldados, con una antorcha en la mano, temblorosos y cuchicheando al menor eco que les llegaba de afuera.

Llegaron a una gran sala romana sostenida por un solo pilar contra el que velaban dos Turcomanos, de los cuales uno tenía el brazo en cabestrillo y el otro la mitad del rostro envuelto en vendas. Otros, llevando antorchas iluminaban vagamente una mesa alrededor de la cual, unos sentados y otros de pie los delegados sobrevivientes discutían con voz ininteligible. La mayor parte habían sido heridos en el horrible desastre. Y en medio de esa sórdida decoración, esa última asamblea de los representantes del pueblo eslavo tenía una apariencia de la corte de los Milagros reunida en ocasión de algún aquelarre.

—Habla, Natacha Ivanovna — exclamó el oficial.

Al oír este nombre las dos terceras partes de los asistentes se volvieron y miraron a aquella que acababa de entrar, angustiada, balbuceante.

—Compañeros delegados, hay que ceder... o morir.

En pocas palabras repitió el ultimatum oído por ella. Todos palidecieron y se miraron aterrorizados. Pasó un segundo interminable, pesado. Al fin el de más edad de los delegados hizo un gesto y murmuró:

—Salvemos antes al pueblo eslavo! ¡Procede compañera Natacha Ivanovna!

Como si sólo esperara ésta respuesta la joven volvió precipitadamente sobre sus pasos.

—¡A la torre Pedro, rápido!

Corría como una loca. Al oficial le daba trabajo seguirla. Subieron los escalones que conducían a la plataforma de la torre. Cuando ponía los pies en las grandes losas, Natacha exclamó:

—¿Qué hora es?

—Las diez y un minuto.

—¡Demasiado tarde — gimió ella.

Empapada hasta los huesos, agotada por el sufrimiento, la emoción y el temor, la joven levantó la cabeza para mirar al cielo. Los relámpagos eran menos seguidos, el trueno menos fuerte. Natacha gritó:

—¡Con tal de que "ellos" comprendan! ¡Con tal de que "ellos" me vean!

Se dirigió hacia el mástil que soportaba la bandera gris y roja con el doble círculo de plata bordado. La tela se sacudía empapada, impulsada por el terrible viento. Mientras deshacía el nudo apretado que retenía la cuerda Natacha repetía:

—¡Diez y un minuto... un minuto!

Sobre los muelles, sobre los puentes, sobre la plaza, sobre las calles, el pueblo en masa seguía ensioso sus gestos. Los puños amenazadores se cerraron. El grito de la multitud, subió una vez más:

—¡La paz!...

Las uñas de Natacha sangraban. Al fin, suavemente, la bandera comenzó a descender y cayó dulcemente como un pájaro herido que muere bajo la tormenta. Un "hurra" formidable estalló en el aire y doscientos mil brazos, agitaron gorras y pañuelos empapados de lluvia Natacha agotada cayó entre los pliegues de la bandera, no sintiendo más su dolor. Con los ojos cerrados exclamó:

—¡Ya está! ¡"Ellos" estaban atrasados!

EL RESCATE

Ahora, en la ciudad maldita, la joven oía resonar gritos de júbilo, risas locas del pueblo tranquilizado.

Entonces, como si hubiera esperado esta apoteosis de su victoria, el crucero aéreo enorme mastodonte se hizo oír, grave, potente, invencibley salió de la última de las nubes, resplandeciente de blancura, de fuerza de serenidad. Por primera vez, Natacha y sus compañeros miraban "La amenaza" de frente, mientras que la joven se hacía aún la angustiosa pregunta:

—¿Por qué "ellos" no han hecho saltar la ciudad a las diez?

En la plaza, el viento que hacía batir las puertas de la ciudadela se había detenido y se oyó un largo llamado que hizo estremecer a los delegados, los comisarios, los oficiales, los soldados y a la misma Natacha.

Todos los rostros estaban vueltos hacia el enemigo que planeaba como amo sobre la ciudad destruída. Algunos gritaban:

—La amenaza... La amenaza...

El crucero descendía distintamente los asistentes vieron al cierváptero colocado sobre la torrecilla blindada girar locamente. Los motores se callaron y el enorme pájaro planeando descendía lentamente, pareciendo buscar su presa entre la multitud que se callaba ansiosa.

Todos creyeron que la aeronave iba a aterrizar y se hizo un vacío inmenso; todos buscaban en su loca carrera sustraerse al peligro que sobre ellos pesaba.

El crucero ya no estaba más que a ochenta metros. Parecía querer posarse sobre la fortaleza y destruírla. A pesar suyo, los delegados retrocedieron. Natacha erguida a medias vió un rostro de mujer con una toca blanca, vestida con una blusa inmaculada, que miraba profundamente al grupo aterrorizado. Con los brazos cruzados. la desconocida miró a Natacha fríamente escrutándola hasta el fondo del alma. La joven recordó la voz autoritaria que una hora antes había dictado el ultimatum dirigido al pueblo eslavo por el señor Júpiter.

Natacha quiso gritar, extender las brazos, hacer un gesto pero ya la desconocida había abierto una ventana y con mano segura, lanzado violentamente una especie de cilindro de hierro que cayó con ruido sordo a los pies de Natacha.

La desconocida se alejó luego sin volver la cabeza. La aeronave que la llevaba continuó su carrera y tomó altura. El pueblo lanzó un suspiro de alivio. Los comisarios, pasado el peligro se acercaron a Natacha prudentemente. Rodearon a la joven que miraba desesperadamente al gran pájaro deslumbrante que continuaba su camino hacia el zenit. Poco a poco el ruido tumultuoso de

los motores se apaciguó. Las vociferaciones de la multitud continuaban.

El cilindro blanco reposaba aún por tierra, nadie se atrevía a tender la mano hacia él, a tomarlo; todos temían que de él emanara algún maleficio. Audazmente Natacha lo tomó y consideró la orgullosa divisa del señor Júpiter grabada en él: Un rayo zigzagueando a través de una nube y las seis palabras siguientes: "Pax et bellum ex manibus Jovis". La joven se volvió hacia el delegado.

—¡"Vœ victis", compañero!

Del interior del cilindro sacó un papel escrito a máquina que leyó en alta voz, interrumpiéndose a veces para reprimir un grito de dolor, sufriendo más por su orgullo que por la herida que hacía sangrar su mano.

—"El señor Júpiter a los representantes del pueblo eslavo ¡salud! He aquí las tres condiciones con que "La amenaza" se alejará de Stalograd hasta que quede establecido el plebiscito que el pueblo eslavo, organizará, y eso en el término de un mes. Si aprueba el error cometido por los actuales representantes del pueblo eslavo, imponiéndole una forma de gobierno que no corresponde a sus deseos, el antiguo gobierno imperial volverá al poder. Y el señor Júpiter contribuirá a la ejecución de la voluntad del pueblo.

"Antes y de aquí a doce horas, los detenidos políticos serán puestos en libertad y llevados a las fronteras con autorización para emigrar a donde les parezca conveniente. Por favor especial, los miembros de la familia Iouchkoff retenidos en las prisiones de la fortaleza de Pablo y Pedro, serán libertados y se dirigirán solos, esta noche, al crepúsculo al polígono de ejercicios de Stalograd, donde el señor Júpiter los esperara.

"Por otra parte, un miembro del Consejo supremo de comisarios del pueblo eslavo acompañará, sólo también, hasta el polígono de ejercicios a los miembros de la familia Iouchkoff. La vida de ese representante del pueblo garantizará la ejecución de las condiciones expresadas. Además dicho miembro del Consejo llevará consigo, en el cofre de malaquita que contiene todas las joyas de la corona eslava, que serán entregadas al señor Júpiter como tributo de guerra.

"En caso de que esas condiciones no fueran ejecutadas, el señor Júpiter destruirá, desde esta noche, definitivamente, Stalograd luego Moskow y sucesivamente todos los centros vitales de la Unión de los Pueblos Eslavos. El señor Júpiter sabe que el Consejo supremo se ha reunido en los subterráneos de la ciudadela. Sabe donde están guardados los prisioneros. Sabe donde alcanzar a Stalograd en sus obras vivas. Sabe amenazar una vez y ejecutar enseguida. Lo ha probado y lo probará aún si el Consejo supremo quiere traicionarlo.

"Escrito a bordo de "La amenaza" el primer día de la libertad del pueblo eslavo".

La firma que estaba bajo de este ultimatum pareció a Natacha singularmente infantil y grosera. Temblorosa, vaga, no indicaba ni el hombre terrible que desde hacía treinta y seis horas agobiaba a Stalograd bajo su ley de talión, ni el espíritu formidable que había concebido, realizado, utilizado, la materia misteriosa, dócil a su voluntad.

Por última vez la joven consideró en el cielo azul, el extraño crucero que, inaccesible, giraba en círculos lentamente, sobre la ciudad dolorida. Bajo la torpe firma, dos líneas de una escritura femenina agregaban:

"Para afirmar su deseo de paz los representantes del pueblo eslavo, sacarán inmediatamente la última bandera que flota aún sobre la torre "Pablo".

El delegado superior, Almarov que estaba de pie, la cabeza baja, el rostro entre las manos, escuchando en silencio la terrible lectura, levantó los ojos. Lloraba. A su alrededor, los otros comisarios, aterrados se callaban. Al fin el delegado hizo un gesto.

—¡Hay que obedecer! ¡El pueblo lo quiere!

Dió algunas órdenes al oficial que descendió la escalera, llevando algunos soldados tras de sí. Pocos minutos después la segunda bandera yacía palpitante en el suelo. Entonces Almarov se dirigió hacia el borde de la torre Pedro, se subió allí y gritó con voz dolorida:

—La paz está firmada...

Un inmenso grito de júbilo, más violento, más formidable, más terrible que todas las otras manifestaciones de la multitud, sacudió la atmósfera e hizo temblar las viejas piedras seculares sobre sus cimientos, mientras que todas las manos se levantaban agitando frenéticamente sus gorras grises, en señal de saludo.

Y de pronto, tres detonaciones sordas respondieron al clamor de la tierra. Allí, en el sol incandescente, "La amenaza" acababa también de saludar su victoria arrojando tres cañonazos que se perdieron en el cielo. Luego sobre el inmenso crucero aéreo, una gran bandera se desplegó. El estandarte inmaculado del señor Júpiter sobre el cual estaba bordado, un inmenso rayo de oro.

Penosamente, sostenidas por el delegado superior, Natacha dió unos pasos sobre la plataforma en que el sol secaba los últimos rastros de la lluvia. En el momento en que el grupo silencioso llegaba a la entrada de la escalera de piedra, la joven se detuvo y preguntó:

—¿Cuál es el rescate que usted ha elegido?

Un estremecimiento recorrió a esos hombres que se miraron unos a otros. La menor debilidad, la menor cobardía, la menor traición equivaldría a su condena de muerte. Almarov avanzó, pálido:

—¡Yo iré... si es preciso!

—¿Qué podremos hacer nosotros... sin ti? — murmuraron sus interlocutores.

Cayó un brusco silencio. que Natacha rompió la primera. Fríamente exclamó mirando a sus compañeros:

—¡Yo iré!

Reprimió con el gesto los consejos superfluos y agregó:

—¡No soy más que una mujer! ¡El pueblo eslavo puede pasar sin mí! ¡Además creo que así les seré más útil — añadió con extraña

El delegado superior le tendió la mano. Natacha sacudió la cabeza.

—¡Piensa primero en el pueblo eslavo, compañero! ¡Piensa luego en mí, si tienes tiempo.

Se dirigió la primera a la escalera que bajó vivamente. Cuando llegó al patio se dirigió a Almarov.

—Compañero delegado, estaré a tu disposición a las cuatro. Ahora iré a reposar y a curarme mi herida. Acompañaré luego a los prisioneros libertados y llevaré las joyas. Hemos sido vencidos y debemos ceder. Pero el pueblo eslavo es un gran pueblo! ¡Aun no ha dicho su última palabra!

Una hora más tarde llegaba a su casa. Consideró con muda emoción, los dos divanes donde aun se veían los rastros de los cuerpos que en ellos habían dormido. Luego miró los restos de la frugal comida, la bujía consumida en el candelero, los almohadones y libros desparramados. Entonces, entró en la pieza, cerró cuidadosamente la puerta y, hasta la hora de la partida un humo negro salió de la chimenea en la que, doce horas antes. Juan María se había calentado antes de dormir.

Cuando volvió a la hora fijada por el delegado superior, si no hubiera sido por su brazo puesto en cabestrillo, hubiera dado la impresión de dirigirse a un glorioso sacrificio. Su transformación era profunda. Una débil sonrisa grave, iluminaba su semblante dolorido.

Ante la puerta de la ciudadela había un cordón de tropas, un automóvil blindado, esperaba a los prisioneros que ella debía conducir al polígono. En las calles, alrededor de la plaza, en los bulevares y avenidas, el pueblo, mantenido por la policía montada, miraba, sin decir nada, pasar a aquellos a quienes el señor Júpiter daba libertad. Sobre un banquillo frente a ellos, un pesado cofre, de reflejos de oro, llevando grabadas, las armas milenarias de las dinastías eslavas, reposaba.

Cuando el coche partió la inmensa aeronave que cruzaba sobre la ciudadela se lanzó adelante como un faro. Ni una palabra, ni un gesto, ni un grito, saludó al automóvil que se alejaba. El pueblo sabía que allá arriba "La amenaza", podía traer la muerte sobre sus cabezas. Solo Natacha, sentada en silencio cerca del conductor, oía resonar aún en sus oídos las palabras simples con que el delegado Almarov le había agradecido:

—¡Para el pueblo eslavo, Natacha Ivanovna. tu nombre será imperecedero!

Más bajo, entre dientes, la joven murmuró:

—¡Si él supiera!

El auto corría ahora en medio del campo. El cielo sin nubes, se velaba de sombra y como un ave de presa "La amenaza" giraba acercándose al suelo.

De pronto, desde la torrecilla, se oyó un estampido y un obús abrió la tierra ante el coche que tuvo que detenerse bruscamente. Natacha descendió tomó el cofre con su brazo libre y siguió a los otros ocupantes del auto sin decir una palabra. Detrás de ella el chauffeur del automóvil blindado huía empujado por el miedo.

Los seis prisioneros marchaban hacia adelante, mudos. Tenían aún las ropas miserables que llevaban el día anterior cuando Juan María se había enfrentado con ellos. Pero sus rostros preocupados, desesperados, sin esperanza, irradiaban ahora una secreta seguridad, una serena paz que sucedía a toda esa miseria.

A cien metros de ellos, el crucero gigante había detenido sus motores y planeaba sostenido por el cierváptero. Se abrió una trampa en la parte inferior del puesto de dirección y salió una escala de cuerda que llegó hasta el suelo. Antes de que la aeronave se hubiera estabilizado a una altura media, apareció un oficial vestido con el dolman negro y descendió rápidamente los frágiles escalones. Natacha admiró su audacia.

Los seis prisioneros se apresuraban a pesar de ellos mismos. El de más edad, aquel de quien Natacha recordaba las palabras asombrosas a propósito de Juan María esperaba al pie de la escala, en el momento en que el oficial, encargado de recibirlo saltaba a tierra. Natacha avanzó a su vez. El oficial llevóse la mano a su gorra negra. La joven le tendió el cofre de malaquita:

—¡Le entrego, señor el impuesto de guerra exigido por el señor Júpiter! Aquí están también aquellos cuya libertad su amo ha impuesto. Y en fin yo soy la encargada por el Consejo de acompañarlos según su pedido, hasta que se haga efectivo el referendun eslavo.

Su interlocutor bajó tres veces la cabeza y no respondió. Solamente invitó al más viejo de los prisioneros que subiera la escala de cuerda, cuya extremidad sostenía con su peso. Cuando el que subía hubo desaparecido en el interior del crucero, el oficial invitó con el gesto a otros dos hombres a comenzar la ascención. Sin debilidad, las dos mujeres subieron después. sin ayuda. Al fin, llegó el turno a la niña. El oficial quiso llevarla sobre su hombro, pero la niña se negó y comenzó a subir. El oficial sonrió y se volvió hacia la joven.

—¡Suba usted, si gusta Natacha Ivanovna!

Esta se estremeció: "Ellos sabían hasta su nombre. Con un movimiento se sacó el cabestrillo y apareció su mano herida envuelta en vendas. El oficial se asombró:

—¿Quiere usted que la ayude?

Natacha sacudió violentamente la cabeza y subió a su vez. Sobre ella veía a la pequeña adolescente continuar penosamente su ascención. De pronto, un doble grito partido de la aeronave, hizo estremecer a la joven. Arriba, una mujer enloquecida se inclinaba hacia abajo. La niña perdía el equilibrio. Cayó con un grito de agonía. Natacha con un fuerte impulso se alzó hasta ella y la sostuvo con el brazo libre, empujada por el viento y sostenida a la cuerda con la mano herida, a pesar del dolor. Durante un momento, ambas lucharon contra la oscilación de la escala y el vértigo. Pero la niña se repuso y continuó subiendo sostenida por Natacha.

Cuando llegaron a la trampa, una mano vigorosa levantó a la niña medio aturdida y la subió. Al mismo tiempo, Natacha vió an-

te ella, no ya a la madre de la niña, sino el rostro duro de Irene vestida con el dolman negro que dos rayos de oro iluminaban en los hombros. Ya el oficial había llegado a la cabina con su carga. En un momento, la escala se enrolló y la trampa fué cerrada.

Aturdida, Natacha, miraba la gran cabina donde los oficiales y hombres de "La amenaza" se hallaban reunidos. El navío por una orden muda dada por Dimitri, tomaba altura y se alejaba del polígono envuelto por el crepúsculo. Al fin Natacha oyó a Irene que decía lentamente:

—¡Gracias Natacha Ivanovna! ¡Sin usted Vladimir Iouchkoff se hubiera matado!

—No hice más que pagar una deuda, señora — dijo la joven. — El abuelo de esta niña, el coronel de la guardia Vassili ha salvado a Juan María Iouchkoff sacrificado por usted... anoche, en la sala de sesiones del Consejo, cuando juró que aquel que... yo amo, no era el señor Júpiter...

Un ligero estremecimiento pasó por el semblante de Irene que se mordió los labios. Natacha continuó con rabia:

—¿Ha pensado usted siquiera, señora, lo que le costará al desgraciado que tuvo que representar ese papel?

Por segunda vez, Irene palideció y bajó los ojos. Su interlocutora añadió aún:

—¿Y entre tantos héroes desconocidos, no le parece a usted señora, que Juan María Iouchkoff, culpable sólo de llevar un hombre demasiado pesado, merezca un lugar más quizás que... todos ustedes?

Fríamente Natacha se dió vuelta y se dirigió hacia el capitán Dimitri que esperaba estremeciéndose; la joven estaba aún con el mismo furor:

—¿Qué castigo prevé la señora Júpiter para aquellos que la desafían?

Un pesado silencio pesó sobre los asistentes. Irene lo rompió dirigiéndose hacia la joven:

—¡Venga!

IRENE HABLA...

Empujó la puerta que daba al estrecho corredor y llevó a la joven al interior de la cabina de la tripulación que estaba vacía. Señaló una silla a Natacha se sentó enfrente. Luego, con voz ronca, dolorosa, Irene habló:

—¡Le debo una explicación, Natacha Ivanovna! Esa explicación la dará usted a aquel a quien ama, si vive aún, si ha muerto, exigirá usted de mí lo que le parezca justo.

Respiró largamente y miró sus manos enguantadas de negro.

—¡Escuche, Natacha Ivanovna! El padre de aquel a quien usted ama fué desterrado de Rusia, hace más de cincuenta años, en los primeros movimientos que estallaron en San Petersburgo, después de las manifestaciones de Pedro Kropotkine. Privado de todos sus derechos y de todos sus bienes; desterrado Pedro Iouchkoff huyó a Francia donde se hizo naturalizar. Dejaba en Rusia un hermano gemelo a quien adoraba. Ese hermano fué a París pocos años más tarde, poco tiempo antes de la partida de Pedro Iouchkoff a Stettin donde había sido nombrado cónsul. Los dos hermanos no debían verse más. Sospechoso al gobernador imperial, el hermano de Pedro Iouchkoff que no había entrado en Rusia, fué enviado como deportado al Ural. Mientras tanto, Pedro Iouchkoff tuvo un hijo, a quien llamó Juan María. Un mes más tarde supo que su hermano acababa de bautizar con los mismos nombres, por amistad paternal, un hijo que había tenido.

Ambos primos crecieron lejos uno del otro e ignorándose mutuamente, pues sus padres murieron; ambos en circunstancias misteriosas, antes que les fuera permitido reunirse. El hijo de Pedro Iouchkoff; Juan María volvió a Francia donde su madre vivió de una pensión de funcionario.

Jamás habló a su hijo Juan María que preparaba sus estudios de su primo, de su tío, ni de su tía, a quienes creía muertos, durante su destierro en el Ural.

Nada de eso había ocurrido sin embargo. Mientras el Juan María Iouchkoff nacido en Francia continuaba tranquilamente sus estudios en París, el Johan María Iouchkoff, nacido en Petrogrado escapaba milagrosamente a los asesinos de la policía secreta, era recogido por una buena mjer, su nodriza, Nadege Petrowna que lo educó lo mejor que pudo.

El niño creció y entró en la Escuela de Física de Petrogrado donde cursó sus estudios con grandes éxitos. Ya en esa época, odió a los asesinos de su padre se mezclaba a los movimientos revolucionarios. Amigo del príncipe Livow deseaba una república eslava que fuera calco de las grandes repúblicas del mundo, y saludó a la Revolución con júbilo. Desgraciadamente tuvo que reconocer que el ideal cimentado con sangre no subsiste y tuvo que huir a su vez, cuando los extremistas se apoderaron del poder. A su vez, él también se refugió en Francia donde se casó...

La joven levantó la cabeza y un resplandor de alegría pasó por su cara.

—Johan María Iouchkoff y yo nos casamos en París en 1919. Ya en esa época, mi marido era conocido por sus trabajos científicos incomparables sobre la electricidad atmosférica, en que se revelaba como precursor de los Simptson, de los Nerinder y de los Blavier, Yo misma he hecho amplios estudios de física. Fuí no sólo su esposa, sino también su colaboradora de todo momento. Corresponsal de los diarios científicos del mundo, mi marido tenía la costumbre de firmar sus artículos con el pseudónimo de "señor Júpiter", nombre que le habían dado sus jóvenes primos de Rusia de "Señor Jupiter" que asombró al mundo durante más de quince años. Sin embargo a sus preocupaciones científicas, unía una preocupación política. Ocupar en su país el lugar que le correspondía llevar al pueblo eslavo al camino donde su ideología lo llevaba, haciéndolo un aliado del Mundo, en vez de un enemigo. Ya muy rico, mi marido quiso servirse de sus conocimientos e ideas. Comenzó sus investigaciones sobre la ionización del aire por los rayos ultravioletas. Y, en esa época comenzó a sufrir del mal atroz de que muere.

Irene miró a Natacha con los ojos llenos

de lágrimas. Continuó sofocando un sollozo.

—Sus fuerzas comenzaron a descrecer a medida que se realizaban sus ideas. Fué atacado por una especie de cáncer debido a los rayos ultravioletas que provocó primero un sarcoma, luego una osificación lenta de los músculos.

Por otro lado se torturaba pensando en los sufrimientos de los suyos que habían quedado en tierra eslava. Su salud se alteraba cada vez más. Pronto no pudo moverse. Por otro lado los amos actuales del pueblo eslavo los suyos, Natacha Ivanovna, comenzaron a inquietarse por la actividad desplegada por el señor Júpiter. Tuvimos que irnos de Niza y abandonar los laboratorios del monte Boron, donde yo trabajaba bajo la dirección de mi marido. En esa época por suerte, tuvimos noticias por la nodriza que lo había educado. Nadege Petrowna se había casado en Francia con un buen hombre, Oscar Pachat. Ese hombre acababa de morir y su viuda había conseguido una portería en el pasaje Andre-Giber.

En el curso de esa carta, esa mujer nos hablaba de un homónimo extraño que habitaba su casa, y nos pedía que fuéramos a verla. Fué para nosotros un alivio, sobre todo durante el período de persecución oculta que pasábamos. Alquilamos ostensiblemente, un departamento en un gran hotel de la plaza del Marne y nos ocultamos en un pequeño departamento, situado sobre el de Juan María Iouchkoff... el hombre que usted ama.

Entonces, fué fácil engañar la vigilancia que nos rodeaba y llevar a nuestros perseguidores a establecer una confusión entre el habitante de la plaza del Marne y el del pasaje André-Gide.

Sin embargo, durante ese tiempo, mi marido, definitivamente inmovilizado, no salía más del laboratorio donde lo habíamos instalado con algunos de sus discípulos y alumnos.

Después de poner a punto el descubimiento de la señora Curie sobre la radioactividad del aire, comenzamos, hace tres meses la construcción de "La amenaza".

Eso es todo. Han recibido ustedes el ultimatun que provocó el rapto de Juan María Iouchkoff a quien todo el mundo creía el señor Júpiter. Creo sin embargo, Natacha Ivanovna, que si mi marido hubiera podido dar un paso, un solo paso, no hubiera jamás aceptado sacrificar a un inocente. Pero él defendía a todo un pueblo. El rapto de Juan María nos permitía dirigirnos a la aeronave que nos esperaba cerca de Longroy después de dejar Fumay... Partimos, usted sabe lo demás. Stalograd parcialmente destruído, vuestro partido vencido, y nuestra total y segura victoria. Sin embargo una angustia profunda pesa sobre nuestros corazones...

—Juan María ha sido salvado, señora —balbuceó Natacha.

Irene lanzó un grito de alegría y se precipitó hacia su interlocutora.

—¿Es verdad, Natacha? Habrá pues dos que serán felices y harán mi pena menos amarga. Usted y él.

Una fugitiva serenidad iluminó el rostro de la joven. Se levantó y llevó a su compañera al laboratorio.

—¡He aquí nuestra obra, Natacha. Esas máquinas han producido el rayo que demolió el palacio Stalosky!

¡Ahora nada sirve Natacha! Está mañana a las diez una corriente telúrica de origen desconocido provocada quizá por la electrización de la capa inferior de la atmósfera ha destruído nuestros aparatos.

La voz se hizo salvaje:

—Sí, Natacha Ivanovna, si esta mañana, el Consejo supremo no hubiera sacado la bandera de la torre Pedro, "La Amenaza" no hubiera podido hacer saltar Stalograd y hubiera debido huir a su vez vencida... sin combate... Pero usted ha tenido mie-

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

do; el objeto de "La Amenaza" fué cumplido!

En ese momento alguien tocó a Irene en el hombro. La joven se volvió y miró a Dimitri que palideció horriblemente.

—¡Dios mío!

—El capitán se descubrió:

—¡El señor Júpiter acaba de morir, señora! ¡Al menos ha tenido "su" victoria!

Irene vaciló. Natacha la sostuvo hasta el umbral de la cabina misteriosa.

En la estrecha habitación metálica, el extraño compañero de Irene reposaba, su rostro pálido y amarillento, iluminado por una sonrisa de orgullo. Sollozando la joven se abatió sobre el cuerpo inerte.

—¡Todo lo que yo he amado!

A través del espacio resonaron en el cielo veintiún cañonazos.

EL ADELANTO DE JUAN MARIA

El despertador resonaba. Juan María maestro de octavo grado del liceo Aloysius Petra se sentó sobre la cama:

—¡Yo sueño!

Sin embargo, en la media luz reconoció su velador, la cómoda y el armario. Se mordió los labios, se frotó los ojos.

—¡Ah! ¡Por San Zozyme! ¿es que?...

Una voz aguda le cortó la palabra y lo forzó a acostarse. Aturdido miró a la señora Pachat, digna y austera que se inclinaba hacia él.

¡Esté tranquilo, señor Iouchkoff, el doctor no tardará! Viene todas las mañanas y todas las noches, desde el principio de su gripe.

—¿Mi gripe? ¿qué gripe?

—¡Su gripe! — afirmó la señora Pachat. — Es preciso que yo tenga buen carácter para cuidarlo durante cinco días!

—¿Cinco días? ¿Hace cinco días que estoy enfermo?

Un cuarto de hora después, auscultado Juan María se oía aconsejar por un médico que fuera a dar un paseo del lado del liceo.

Juan María, aturdido se dejó vestir, lavar y alimentar por la diligente y angulosa señora Pachat.

Sin embargo el joven no podía dejar de repetirse:

Estos anteojos que tengo puestos..., ¿De dónde salen?...

Su mirada interrogadora encontró los ojos límpidos de la señora Pachat y Juan María confuso declaró:

—En estas condiciones voy a ir hasta el liceo a presentar mis excusas al director.

En la calle metió la mano en el bolsillo para buscar el pañuelo y encontró un papel que abrió y leyó estupefacto:

"Hasta pronto, N...".

Se encogió de hombros, sonrió, murmuró algo y se calló. Llegaba al gran edificio del bulevar Cambaceres. El portero, cosa extraordinaria, hizo un despliegue de amabilidades para conducirlo hasta el director que lo recibió enseguida. Juan María empujó sus anteojos prestados y comenzó:

—Señor director, vengo...

—¡Ya lo sé señor Iouchkoff, ya lo sé! — declaró su interlocutor. — Ha estado usted enfermo... Sobre eso, permítame que le aconseje que no trate de investigar las causas de su enfermedad. Es lo que me decía ayer el ministro de instrucción público.

—¿El ministro? — exclamó Juan María.

—¡El mismo, señor Iouchkoff, el mismo! al darme el decreto que lo nombra profesor de primera. Insisto para que guarde usted una absoluta discreción.

—¿Discreción absoluta? — exclamó Juan María.

—Sí, señor Iouchkoff. Además quiero anunciarle que no verá ya a dos de sus alumnos. Olivier Matrat y Enrique Samuel titulares de una beca...

—¿Y se van?

—Sí, señor Iouchkoff a la provincia: Y ahora reciba mis más afectuosas felicitaciones.

Palmeándole amigablemente el hombro el director condujo al joven hasta la gran escalera y lo abandonó aturdido por sus reflexiones. Juan María entró en el pasaje Andre-Giber agitando su decreto. Desde su portería la señora Pachat arrojó una ducha sobre su entusiasmo:

—Hay una dama que lo espera...

—¡Una dama! — gritó Juan María.

Corrió hacia su departamento y se detuvo, en el umbral del escritorio con los ojos llenos de lágrimas:

—¿Usted, Natacha?

—¡Yo, mi amigo!

—¿Viene usted a buscar... sus anteojos?

—No. Venía a buscar... ayúdeme.

—¿Qué?

—Su mano...

Dulcemente la joven se acercó a Juan María y le tendió la mano:

—¡Mi gran amigo!... ¡mi único amigo!...

Al día siguiente Juan María Iouchkoff en el liceo Aloysius Petra comenzaba su lección con estas palabras memorables:

—Queridos niños, cuando el complemento directo está colocado delante... escuche bien... cuando el...

Durante ese tiempo Natacha rompía una carta cuya última frase decía:

"Obligada a dejar Francia, Alemania, Italia, España e Inglaterra por haber amado demasiado a mi país, Rusia, parto con el capitán Dimitri y "La Amenaza" para América donde me espera un contrato para las Usinas de la General Electric Cy de Pittsfield. ¡Aún podemos hacer grandes cosas! Perdónenme ustedes y sean felices, que yo lo necesito. Su amiga:

"Irene..."

FIN.

EL TESORO DE SKÉLETON

POR

ERIC W. TOWNSEND

La novela de piratería más interesante que se ha escrito en nuestra época

(Continuación)

VELUNA gruñó. Se había enterado de todo lo que deseaba saber. Tan pronto como Juan Malo estuvo bien atado. Tick indicó a Jimmy que se retirara.

—¡Adiós! — dijo Tick, saludando burlonamente con la mano a Veluna. — Adiós, señor Juan Malo. Vamos a bordo de un botecito descubierto. Ponga usted un letrero en la ventana diciendo que está usted indispuesto. Eso evitará que haya escándalo en la aldea antes de que intervenga la policía. ¡Adiós!

—¡Nos volveremos a ver! — gritó Veluna amenazador.

Después de escribir el aviso y de ponerlo en la ventana. Tick cerró la puerta y sin ocuparse al parecer de lo embarrado que estaba, se quedó de pie mirando hacia donde revoloteaban o paseaban los patos de San Murran.

—¿Es usted rico, muchacho? — preguntó de improviso.

—¡No, señor! — exclamó Jimmy. — Pero tengo algo que decirle a usted... sobre eso del tesoro...

—Usted desea poseer la parte que le corresponde, sin duda. Le aseguro que vale la pena ir a buscarlo. Pero el buscar ese tesoro no será cosa de broma. ¡No por cierto! La atracción de ese tesoro ya ha sido causa de una muerte, de un crimen.

—¿De la muerte de la mujer de Juan Malo, señor? — preguntó Jimmy. — ¿Es cierto que la ha matado?

—Sí. Anoche bastante tarde, salí a recorrer la orilla del río con el propósito de vigilar el buque de Veluna, Pero vi a Juan Malo que se acercaba a la barra con algo en un bote abierto. La marea estaba a la mitad de su altura. Veluna cruzó la barra arenosa hasta donde está la parte de cieno que queda descubierta al bajar la mar y ayudó a Juan Malo a levantar el cuerpo y ponerlo luego en el cieno.

—Pero... ¿por qué? — exclamó Jimmy atónito. — ¡Si la esposa de Juan Malo era la mujer mejor del mundo! ¿Cómo supo usted que el cadáver era el de ella?

—Porque hice averiguaciones y también porque en este momento tengo el cadáver oculto en mi bote. ¿Qué por qué la mató? No lo sé, pero es posible suponerlo. Tal vez oyó a Juan Malo y a Veluna mientras combinaban sus planes para ir en busca del tesoro de Skéleton. Tal vez Juan Malo no tenía confianza en ella y temía que divulgara el secreto. Sea como sea la verdad es que ha sido envenenada.

"¡De modo que usted es el dueño de la granja de Pennapoll! — agregó Tick, pensativo. — Usted tiene que ser descendiente del joven que fué esclavo en la isla de la Tortuga y que luego fué enterrado vivo por los piratas en uno de los edificios de la granja, hace unos doscientos años. ¡Cómo pasa el tiempo!

El muchacho rió.

—¡Cualquiera pensaría que estaba usted vivo en aquellos tiempos, señor! — exclamó. — ¡Y parece que está usted enterado de todo! Estoy por suponer que es usted descendiente de algún pirata. ¿Es así?

—¡La erró, joven! — respondió Tick. — Desciendo de gente altamente respetable, joven. Me he enterado de todo lo relacionado con el tesoro del capitán Skéleton por casualidad. Si usted puede demostrar su identidad y su derecho a la posesión del tesoro aquí me tiene usted decidido a protegerle contra cualquier ladrón degollador y asesino.

A Jimmy le era fácil demostrar inmediatamente que tenía derecho a la cuarta parte del tesoro y además podía decir que tenía en su poder el testamento de Skéleton. Le narró a Tick todo lo que era del caso y le mostró las hojas de pergamino.

—¡Muy bien! — bostezó Tick. — Ha sido una curiosa coincidencia eso de haber encontrado usted los documentos el mismo día en que llegó Veluna, con intenciones de robarle. ¡Muy bien! Se han producido hechos muy extraños y se han de producir cosas más extrañas todavía antes de que termine esta carrera en busca del oro escondido. Pero a mí me encantan las emociones y los sobresaltos y el oro escondido y todas esas cosas. Sin aventuras, emociones y peligros, la vida es un aburrimiento continuo.

"Pero estamos perdiendo el tiempo lastimosamente, joven amigo. Guarde bien esos pergaminos vaya corriendo a su casa y prepare su baúl. No le diga a nadie a dónde va y no diga cuando piensa volver. Después tome el camino más corto y vaya a la había de Towey, embárquese en un yate particular que está anclado del lado del Polruán, mencione mi nombre y si yo no estoy cuando usted llegue, tenga la bondad de esperarme.

"El yate es de mi propiedad, — prosiguió Tick alegre y feliz. — El capitán lo instalará confortablemente. No le diga nada del tesoro a la gente de a bordo. El yate se llama Albatros. ¡Adiós joven!

Dicho esto se retiró con la misma brusquedad con que se había metido de golpe en la existencia de Jimmy. El muchacho vió cómo se alejaba hacia la aldea y no se movió hasta que Tick desapareció volviendo la esquina de un chalet blanqueado que estaba a la orilla del río.

No se le ocurrió a Jimmy, ni un solo instante, negarse a hacer lo que Tick le había dicho aun cuando para hacerlo tenía que dejar la granja en manos de su ama de llaves y de sus labradores.

Aquella misma tarde partió para comenzar la más extraña de las cacerías de tesoros en que pudiera verse envuelto un muchacho de su edad.

Fué al Albatros — un hermoso yate, limpio, reluciente con el casco pintado de blanco y dotado de poderosas máquinas, — y se encontró con que Tick le estaba esperando ya en un camarote que estaba dotado de todo lo que constituye la última palabra en cuestión de lujo y de comodidad.

—¡Bien! — dijo Tick indicando a Jimmy una silla. — No le han detenido a usted en el camino de su granja al yate y es de felicitarse. ¿Ha traído usted el testamento de Skéleton?

Jimmy inclinó afirmativamente la cabeza. Tick bostezó. Después con la mayor indolencia, como adormilado dijo:

—Lamento tener que darle una mala noticia, estimado joven. Después de separarme de usted fuí a la policía y avisé para que fueran a la casa de comercio de Juan Malo. Siento tener que decir que cuando los de la policía llegaron Veluna y Juan Malo ya no estaban allí. De algún modo se habían arreglado para escapar. Lo peor del caso es que han ganado el primer tanto del juego. Porque yo dejé a uno de los herederos de Skéleton a bordo del Albatros y Veluna se lo ha llevado... prisionero.

A BORDO DEL "INLANDER"

Dick agregó, después de una breve pausa:

—Digo eso porque fué raptado durante la segunda guardia y únicamente Veluna o alguno de la gavilla de Veluna puede ser el autor de ese rapto.

Durante un rato reinó en el camarote el silencio más completo; sólo lo interrumpía el ruido del chapoteo del agua contra el casco del yate. Tick Alegre y Feliz miraba pensativo hacia el suelo.

—Escuche, — dijo luego, levantando la cabeza. — A usted le parecerá extraño lo que le digo, así que trataré de explicarlo. En primer lugar debo decirle que el ejemplar del testamento de Skéleton que usted tiene no es único. Existe otro ejemplar auténtico que fué enviado en los antiguos tiempos y entregado por un emisario de confianza al bucanero a quien iba dirigido.

"El capitán Skéleton tenía que comunicar de algún modo a sus hijos las cláusulas de su estamento nuevo. Hay una parte de la historia que alguien puede explicar mejor que yo y ese alguien es el heredero de Skéleton el que ha sido raptado.

"Este mundo es extraño, muy extraño, — continuó Tick con adormilada sonrisa. — Si usted no lo sabía ya, sépalo ahora. Si este mundo no fuese extraño usted no hubiera hallado nunca el testamento del viejo pirata por pura casualidad, el mismo día en que Loco Veluna se atrevía a presentarse en San Murran con el propósito de robárselo a usted de su casa.

"He hecho averiguaciones respecto a Veluna. Ha sido de todo desde recogedor de restos de náufragos en las costas hasta destilador clandestino de alcohol. Es un criminal, pero un criminal peligroso. En su juventud conoció a Juan Malo; los dos estuvieron como marineros en el mismo buque.

"Juan Malo sabía que era descendiente del pirata del mismo nombre que es mencionado en el testamento. Además puede demostrar que desciende del pirata. Veluna le presta su apoyo en parte porque aspira a parte del tesoro y en parte por la vieja amistad que los une. Y yo le presto a usted mi apoyo en primer lugar porque está usted en su derecho y también porque me gusta tener que cruzar el acero con gente de la calaña de Veluna porque proporcionan momentos de excitación y emociones que hacen que la vida valga la molestia de vivirla.

"Pero el punto grave en todo esto, estimado joven, es que Juan Malo, no quiere la cuarta parte del tesoro de Skéleton. ¡Lo quiere todo! Y Veluna se propone ayudarlo a que se apodere de todo. Por desgracia Veluna tie-

ne ya en su poder el otro ejemplar del testamento de Skéleton.

"Se apoderó de él en las Antillas, robándoselo al heredero de Skéleton. Después de haberle robado el documento abandonó al descendiente y heredero de Skéleton en alta mar, en un botecito abierto. Nosotros seguíamos entonces al buque de Veluna sin que él lo supiera. A veces, en mis andanzas por el mar, suelo seguir a tipos como Veluna con la esperanza de que suceda con ellos algo interesante.

"El heredero de Skéleton podrá contarle a usted lo que le sucedió, cuando lo hayamos rescatado de manos de Veluna que lo ha raptado, según creo, porque es un valioso aliado. Sin contar con él no es posible desembarcar en la isla de Skéleton sin correr grandes riesgos. Ni Veluna ni yo conocemos el secreto de la costa de aquella isla.

"Yo recogí al heredero de Skéleton después de haber sido abandonado en el mar. El me contó toda la historia y con él vine a Cornnalla. Es un curtido gigante que ha vivido, como viven todos los que residen, en la isla de Skéleton, con doscientos sesenta años de atraso. La civilización ha seguido su avance dejándose atrás aquella vieja isla de piratas.

"Así es si se ha de creer lo que dice Rolf Mata Ratas, que así se llama el gigante heredero del capitán Skéleton. Es descendiente directo del menor de los hijos de Skéleton y nosotros tenemos que ir a sacarlo de manos de Veluna.

Tick Alegre y Feliz se levantó. Ya empezaba a oscurecer. Obsequió a Jimmy Gold con un hermoso revólver. primero que el muchacho poseía en su vida.

—Iremos río arriba en un bote de remos, — anunció luego Tick. — Veluna ha engañado a los de la aduana manifestando que ha venido a cargar arena. Si carga arena será tan solo como lastre pues el único flete a que se dedica Veluna consiste en robo, homicidio y otras bellezas por el estilo.

Fueron río arriba, llevados por la marea ascendente, avanzando silenciosos como fantasmas, ocultándose todo lo posible a la sombra de los remolcadores y de cuanto buque flotaba en aquellas aguas, remando con los toletes envueltos en trapo. Bajo un cielo sin estrellas llegaron al sitio donde el vapor Inlander estaba amarrado a las cadenas de una boya.

La barra arenosa estaba cubierta de agua en aquellos momentos. Allí era donde el río, — o mejor dicho la ría, — se bifurcaba. Uno de los brazos iba hacia San Murran, y las luces de las casas de la aldea parecían pestañear, distantes unas de otras, en la inclinada ladera ocupada por la población. La mayor parte de las orillas estaban cubiertas de bosques muy frondosos en los que abundaban las lechuzas.

Era una tarea como para impresionar a cualquiera el acercarse al navío del cual esperaban rescatar a Rolfe Mata Ratas. Y más impresionante resultó todavía porque en el momento de aproximarse al buque se oyó en él una detonación de arma de fuego y un grito destemplado.

—¡Abajo! — ordenó en voz que casi no se le oyó Tick Alegre y Feliz.

Pero el tiro no había sido disparado contra ellos, como lo comprobaron después de un rato de espera, Mientras remaban lentamente para evitar que la corriente de la marea arrastrara al bote y miraban hacia lo oscuro tratando de distinguir algo, llegaron a sus oídos nuevos gritos y voces de enojo.

Tick comenzó a remar de nuevo.

—¡Reme un poco, Jimmy amigo mío! — dijo, y se rió entre dientes. — Están peleándose entre ellos y eso es bueno para nosotros.

Llegaron al costado del vapor en momentos en que la gritería había subido de tono y parecía que la reyerta había llegado a su mayor intensidad. Amarraron el bote a una cadena de la boya. En aquel momento reconocieron, entre las airadas voces, la de Veluna.

Pero Veluna no se hallaba allí como iban a saberlo muy pronto. Subieron a la cubierta llevando los revólvers en los dientes se dirigieron, — yendo delante Tick, — por junto a la borda hasta guarecerse en la sombra debajo del puente de mando.

Los gritos procedían de abajo. En la cubierta no se veía centinela ni guardián alguno. De esto pudieron darse cuenta antes de descender a la cubierta inferior.

Brillaba una luz dentro de la cámara y de allí procedían los gritos. Cuando avanzaron cautelosa y silenciosamente vieron a un hombre frente a la puerta y de espaldas a ellos.

Tenía un revólver en la mano y con él evitaba el avance de un grupo de hombres, amenazándoles con el arma.

Uno de los hombres maldecía a gritos mientras se vendaba la ensangrentada frente. Los demás parecían un grupo de lobos enfurecidos.

Formaban un puñado de tipos mal encarados y al parecer capaces de todo, pero les dominaba y asustaba el hombre del revólver.

Pero el hombre del revólver no asustó a Tick Alegre y Feliz. Cuando llegaba el momento oportuno nadie resultaba más rápido que Tick manejando el revólver. Una de sus habilidades más notables consistía en la maestría con que hacía saltar un arma, fuera de la clase que fuera de la mano del que la empuñaba.

Trató al del revólver — que era un oficial, a juzgar por su manera de vestir, — como, estando presente Jimmy, había tratado a Veluna. Ni avisó antes ni vaciló un solo instante. Se oyó una detonación y el revólver voló de la mano del hombre. Tick avanzó y se acercó a la puerta sonriendo muy tranquilo.

—Lamento molestarle con mi entrometimiento, — dijo con la mayor suavidad cuando el que había empuñado el revólver se volvió hacia él. — He venido a ver al capitán Veluna, si es que se halla a bordo.

—Está en tierra, — gruñó un sucio y grasiento fogonero al que le había parecido muy bien que Tick hiciera su disparo. Se adelantó afectando amistad pero recibió en seguida orden de retroceder.

—Prefiero conversar a cierta distancia, si no le parece mal. — dijo Tick con dul-

zura. — Es más conveniente. No voy a quedarme aquí mucho tiempo puesto que no está aquí el capitán Veluna. ¿Puede alguno de ustedes decirme dónde está?

—La policía ha venido a buscarlo, — contestó un marinero. — Por eso esta discusión. No queremos cuestiones. No nos gusta andar en tratos con la policía. El buque está vigilado y el capitán Veluna está en tierra, escondido en alguna parte. Por eso nosotros vamos a hacernos a la mar. Los asuntos del capitán no nos importan.

—¡Leguleyos de mar! — dijo con desprecio el que había tenido el revólver. Se dirigió a Tick con ademán de súplica. — Yo no lo conozco, señor. Soy el primer oficial de este vapor; trataba de dominar a estos brutos y de convencerles que en ausencia del capitán el único que tiene derecho a mandar aquí, soy yo.

—Muy razonable, — asintió Tick. — Yo haría lo mismo en su lugar. Pero tal vez podría usted darme una información que deseo.

El oficial estaba asustado. Creía que Tick era alguno de policía vestido de particular, se llevó la mano a la visera de la gorra, saludando.

—Con mucho gusto, señor; lo que usted quiera. — Miró con suma atención el revólver de Tick. — El capitán Veluna se ha visto envuelto en algún asunto enojoso del que no tengo idea pero probablemente volverá de un momento a otro. Si usted pudiera decirnos qué es lo que le detiene en tierra. Nosotros no le vemos desde anoche...

—Podría decirlo, — contestó Tick, — pero no lo diré. Es muy fácil que después de todo resulte que no es nada, porque la policía también comete errores. — Al expresarse así lo hacía con preconcebido propósito. — Yo, en el lugar de ustedes, me quedaría aquí. La tripulación no haría más que complicar el caso, si se hiciera a la mar. Crean todos ustedes que esa es mi opinión.

Hubo un segundo de pausa y después añadió Tick.

—Ahora deseo saber si Veluna ha visto a bordo a un amigo mío. Se llama Rolf Mata Ratas. ¿Lo conoce usted?

Tales palabras eran como un desafío. El oficial entornó los ojos apretó los labios y en el mismo momento se oyó el ruido de unas fuertes pisadas en la cubierta superior.

—¡Hola! ¿No hay aquí nadie? — se oyó gritar a alguien que parecía estar muy enojado. — ¿No pueden vigilar la cubierta cuando yo estoy en tierra? ¿Y mi segundo? ¡Señor Hunks! ¡Señor Hunks! ¿Dónde diablos está mi segundo? ¡Voy a!...

La frase terminó con una larga serie de maldiciones, juramentos y blasfemias. ¡La voz que así gritaba era la de Loco Veluna en persona!

ROLFE MATA RATAS

La llegada de Loco Veluna daba un giro extraño a los acontecimientos y tenía por inmediato efecto venir a poner a Tick y a Jimmy entre dos fuegos.

Veluna se acercaba con paso lento. Los de la tripulación del Inlander se agruparon detrás de ellos dos, agitándose molestos. El primer oficial se sonrió. Entonces Tick Alegre y Felix se irguió y pareció revivir.

—No podemos quedarnos aquí, — dijo rápidamente dirigiendo una mirada a Jimmy con el rabo del ojo. — Si hemos de entrevistarnos con nuestro querido amigo Veluna debe ser en sitio mucho mejor. ¡Venga por aquí!

Giró sobre sus talones. Los de la tripulación unánimemente amotinados, no intentaron perseguirlos. Pero el oficial, recordando su revólver, corrió a apoderarse del arma en el momento en que los dos aventureros subían ya por la escalera que conducía a la cubierta.

No tenían más que una circunstancia en su favor y no debían perder tiempo si deseaban aprovecharla. Procuraron llegar a la cubierta del pozo central del vapor antes de que Veluna pudiera descender del puente superior. Cuando ellos corrían hacia la proa, Veluna descendía ya y el oficial le gritó, advirtiéndole.

Tick respiraba jadeante.

—¡Al puente! — gritó excitado.

Subieron. Ni a Jimmy ni a Tick les extrañó ver que habían cortado la amarra de su bote y lo habían abandonado a merced de la corriente. El único bote que estaba junto al vapor era aquel en que Veluna había llegado.

No vacilaron ni un instante porque en aquellos momentos toda demora podía resultarles fatal. Tick saltó por la borda con la agilidad de un atleta y Jimmy, antes de poder pensarlo mejor, también se hallaba metido en el agua.

Cuando lanzando resoplidos, volvió a la superficie se vió junto a la oscura mole del casco del Inlander. Más allá de la línea de la sombra del casco resonaban gritos de furror. La voz de Loco Veluna recitaba con vertiginosa rapidez una serie de originales y pintorescas blasfemias.

Tick estaba agarrado a las herrumbradas cadenas del ancla y tenía la cabeza inclinada hacia un lado como si escuchara con atención.

—Prepárese a zambullir, — dijo a Jimmy; — si Veluna se asoma por la borda, Métase en el agua y manténgase debajo de ella todo el mayor tiempo posible. Después diríjase a la costa.

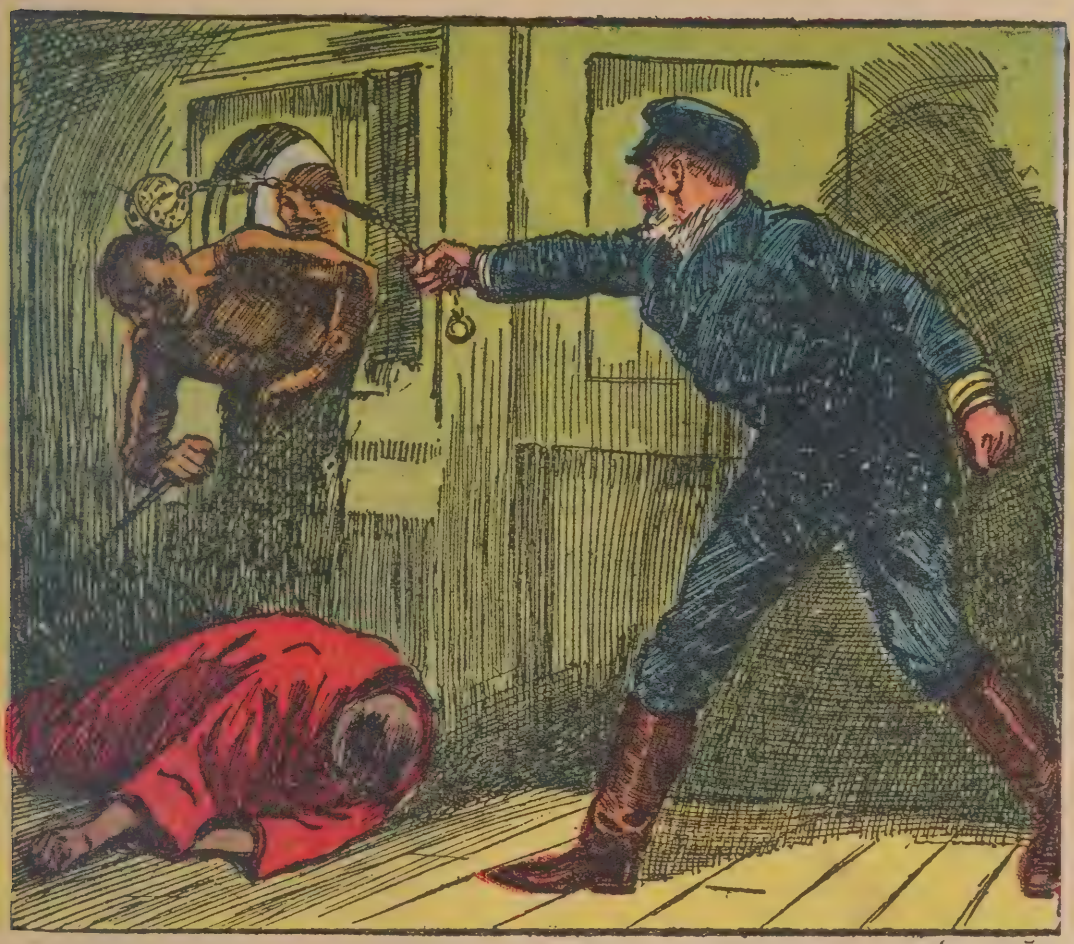
Veluna se presentó muy pronto, pero las blasfemias que salían de sus labios denunciaban todos sus movimientos. Se inclinó por la borda, pero los fugitivos no se habían detenido lo suficiente para poder ver que se había apoderado del revólver del oficial y lo tenía en la mano.

Jimmy Gold fué el primero que se zambulló. Volvió a la superficie del lado de estribor. Vió a Tick de nuevo a su lado y le vió nadar rápidamente hacia la parte más cercana de la costa.

Al muchacho le pareció que les iba a ser difícil escapar a las garras de Veluna. La marea estaba en su plenitud y no había corriente ni en uno ni en otro sentido. Se encontraban aún a treinta yardas de la costa cuando se oyó el primer estampido.

Tick nadaba delante de Jimmy. Un penacho de agua se levantó junto a su cabeza.

Próximamente en PUCKY



Joe Tremorne lucha contra los piratas chinos

(De la novela "El Buda de Oro")

El Buda de Oro

Por MAURICE EVERARD

Novela de extraordinarias aventuras por mar y tierra

Zambulló. Jimmy alarmado al ver que el primer tiro había sido disparado con tan buena puntería, zambulló inmediatamente después.

Cuando por segunda vez salieron a la superficie llegaron a sus oídos unos gritos desaforados. Mirando hacia atrás vieron un bote, — el de Veluna — que se había lanzado en su persecución.

Veluna y su primer oficial habían tomado un remo cada uno y remaban con todas sus fuerzas.

Empezaron a cansarse de nadar; la ropa mojada impedía sus movimientos. Cómo llegaron a la orilla, subieron a tierra y se perdieron entre el oscuro bosque que comenzaba casi en la ribera, es algo que ninguno de los dos pudo explicar jamás. Pero llegaron en realidad, pisando tierra cuando el bote estaba todavía a veinte yardas de la orilla.

—Ahora, — dijo Tick cuando hubieron salido del agua, — es usted, Jimmy, el que debe guiarnos. Usted conoce estos sitios y yo no. Lo mismo da ir a un lado que a otro, lo interesante es dar esquinazo a Veluna.

—¡Al bosque, entonces! — dijo el muchacho. — Conozco un sitio donde... ¿Cree usted que nos siguen?

Veluna se encargó de dar respuesta a esa pregunta. Cuando pisaron tierra después de vadear un trozo del río, les gritó dándoles orden de que se detuvieran. Al ver que no le obedecían, hizo fuego y sus balas dieron en las ramas que se extendían sobre su cabeza. De no haber mediado el balanceo del bote con seguridad les hubiera hecho rodar sin vida.

Pero se internaron bajo la protectora sombra de los árboles del bosque comenzando a ascender por la boscosa ladera cuando la proa del bote de Veluna, arañaba la arena de la costa. Después, abriéndose paso por entre arbustos espinosos, tropezando en las raíces sobresalientes, Tick siguió apresuradamente a Jimmy Gold.

El joven sabía lo que hacía. Pocos días antes había estado cazando tejones y había logrado apoderarse de dos tejones en pleno desarrollo, la cueva donde los animales habían establecido su guarida, — y que tuvo que ser agrandada por los cazadores para poder apresarlos, — ofrecía un escondrijo muy conveniente y con capacidad bastante para dos personas.

Allí se metieron ocultándose entre tierra y arena tan profundamente como les fué posible. Luego, enteramente inmóviles esperaron y oyeron cómo se acercaba el ruido de las pisadas de sus perseguidores.

No habían logrado adelantarse mucho a sus perseguidores y sus revólvers, — que empuñaban desde el primer momento de su fuga, — estaban empapados y hubieran resultado inútiles si hubiesen intentado hacer fuego con ellos. Sin embargo, las probabilidades de que Veluna les encontrara en aquel escondrijo eran sumamente remotas. El ruido de pasos se acercó más y más. Veluna había cesado de maldecir y de blasfemar, pero oían su respiración jadeante a medida que avanzaba. A lo lejos cantó una lechuza en el momento en que Veluna pasaba por delante de ellos.

—Se figuran que hemos seguido adelante, — dijo el muchacho en voz baja. — Opino que debemos permanecer aquí un par de minutos más. Subirán por la colina y entonces...

—Entonces seguiremos hacia la granja de Pennapoll, — dijo Tick. Se rió entre dientes. —Es el único sitio a donde no se les ha de ocurrir buscarnos.

—Pero, — dijo Jimmy Gold perplejo; — ¿qué me dice?...

—¿De Rolfe Mata Ratas? — dijo tranquilamente Tick Alegre y Feliz. — Después lo buscaremos. Hay tiempo de sobra. Ahora que la policía se halla en busca de Loco Veluna su buque no podrá hacerse a la mar. Tendrá que permanecer donde está y si Rolfe se encuentra a su bordo, la policía lo encontrará tarde o temprano. Eso nos ahorrará trabajo.

—Pero... ¿y si no está a bordo?

—¡Ese es el punto grave! — dijo Tick irguiéndose hasta sentarse en tierra. — Tengo la idea de que es Juan Malo quien le tiene prisionero. En estos momentos el caso de Juan Malo debe ser el tema de todos los comentarios en la aldea y en sus inmediaciones. Por lo tanto, estimado Jimmy, vamos en seguida a su granja a ver qué es lo que allí saben y que novedades pueden comunicarnos.

Salieron de su escondrijo y se alejaron cruzando la nocturna oscuridad que les tenía reservadas algunas sorpresas de importancia. Porque ninguno de los dos podía figurarse que ni Juan Malo ni Loco Veluna habían sido los que habían capturado y secuestrado a Rolfe Mata Ratas.

Se aproximaron a la granja siguiendo por sendas de atajo, cruzando un prado y deteniéndose de vez en cuando a escuchar por si Veluna hubiera tenido la idea de seguirles en aquella dirección. Esperaban encontrar la casa de la granja de Pannapoll enteramente desierta y dormida, dado lo avanzado de la hora.

En la casa de la granja reinaba realmente la oscuridad pero a espaldas de la casa vieron el reflejo de una luz. Procedía de la antigua y baja bodega donde se guardaba la sidra. Al mismo tiempo que vieron la luz oyeron ruido de voces.

Aquellas voces cantaban una desentonada canción. Tanto la canción como los cantores eran conocidos para Jimmy Gold. Tomó a Tick de un brazo y se detuvo para escuchar.

—Parece que los labradores de su granja se divierten en grande aprovechando su ausencia, — comentó Tick. — No esperaban verle de regreso tan pronto sin duda.

Pero no eran tan solo los labradores de la granja de Pennapoll los que se hallaban en aqel sótano donde estaban amontonados los cascos llenos de sidra y los vasos llenos de ella habían, sin duda, circulado repetidas veces. Los que cantaban eran labradores de una vecina granja. Jimmy se aproximó para investigar.

Los dos que cantaban eran los únicos que, de un grupo de hombres entregados a la orgía, aun estaban de pie. Los demás, — cerca de veinte, — estaban tirados por todas partes, por el suelo de la bodega, como unos

cerdos. Estaban echados unos, encogidos los otros, en las posturas más extrañas. Algunos se habían quedado dormidos encima de los que antes habían sido vencidos por la embriaguez; otros tendidos boca arriba, roncaban sonoramente entre los toneles alineados junto a la pared.

Jimmy indicó a Tick que contemplara aquel cuadro por la ventana, cubierta de tela de alambre, que estaba al extremo de la bodega. Pero Tick había visto ya algo más que Jimmy y sabía más de lo que sabía el muchacho.

Los dos cantantes, — los labradores de la granja vecina, — tenían, cada uno de ellos, un vaso de sidra en la mano y cantaban riendo alegremente. Mientras cantaban se notaba en sus rostros curtidos por la intemperie, una sonrisa de desprecio dirigida a sus compañeros los que ya habían sido vencidos por la bebida y dormían profundamente.

Pero allí había otro hombre al cual no miraban los cantores. Estaba sentado a un extremo de la bodega, con la espalda apoyada en la pared y no dormía. Hallábase atado de pies y manos. A la mortecina luz de un farol que colgaba del techo casi sobre su cabeza. ofrecía el aspecto de un hombre procedente de otro mundo.

Tenía el cabello tan largo que le colgaba por los hombros. Vestía una casaca tan roja como el fuego, adornada con tela de seda. Estaba vestido igual que los piratas de los tiempos antiguos y miraba con ojos que echaban chispas a los cantores que estaban de pie delante de él.

Jimmy Gold adivinó en seguida la verdad. Aquel hombre era Rolfe Mata Ratas, de la isla de Skéleton, descendiente directo del hijo menor del capitán Skéleton.

TRES FUGITIVOS

Al ver a aquel hombre Jimmy Gold se sintió asombrado y perplejo y se volvió para mirar a Tick.

—¿Qué significará esto? — preguntó. — ¿Rolfe Mata Ratas prisionero en este sitio? ¡No me lo explico!

Tick Alegre y Feliz bostezó como si la pregunta del muchacho lo fastidiara.

—¿Qué significa todo cuanto pasa cuando anda un tesoro en el ambiente? Todo se explica con facilidad, muchacho. Nos hemos empapado inútilmente. Nos equivocamos cuando creímos que había sido Loco Veluna el que había raptado a Rolfe Mata Ratas. ¡Nada más!

Tiritó porque la noche era fría y su mojada ropa le resultaba poco confortable. Pero siguió mirando fijamente hacia el sótano, comprendiendo que los dos labradores que aun estaban despiertos no tardarían en dormir bajo la influencia del alcohol como sus compañeros.

—Esto sí que es una suerte para nosotros — dijo Tick en voz baja al muchacho. — Juan Malo debe estar escondido en alguna parte, pero aquí no está. No fué Juan Malo el que secuestró a Rolfe Mata Ratas; fueron dos hombres de la tripulación del vapor de Loco Veluna.

Eso era verdad. El segundo y el tercer oficial del Inlarder estaban tirados en el suelo entre los labradores de la granja.

—Se conoce que hubo motín, — agregó Tick, — Como la policía anda en busca de Veluna sus propios elementos se le han dado vuelta. Le han hecho traición y seguían traicionándole hasta que llegue a la isla de Skéleton. Creo, muchacho, que podremos considerarnos felices si llegamos con vida a esa isla.

El canto se hizo cada vez menos sonoro y por fin cesó. Uno de los cantantes se acercó al tonel que le quedaba más cerca y trató de llenar de nuevo el vaso que tenía en la mano. El esfuerzo fué demasiado para él, y en cuanto pudo sacar la clavija de la espita de su agujero, rodó por el suelo, quedando debajo del espumoso chorro. Su compañero acudió a auxiliarle. Intentó ayudarle a que se levantara pero no lo consiguió y se desplomó junto con él. Entonces, en forma que resultó realmente cómica, se quedaron echados el uno sobre el otro, sin fuerzas para moverse, mientras el chorro de sidra seguía saliendo del tonel.

Jimmy Gold se rió. Durante cerca de cinco minutos contempló aquel cuadro, esperando. Después Tick se acercó algo más a él y lo tomó de un brazo.

El muchacho tenía una llave con la que abrió la puerta lateral de la bodega. Entraron, Rolfe Mata Ratas lanzó un gruñido de asombro cuando vió a Tick. Pero no pudo hablar porque le habían amordazado.

En la bodega se oían ronquidos por todas partes mientras los recién llegados ponían en libertad a Rolfe Mata Ratas. Algo entumecido y acalambrado, el prisionero se levantó. Miró con furor a los dos oficiales del Inlander.

—Todo va bien, por lo visto — declaró. — Esos canallas dieron un paso en falso cuando me trajeron a la granja de Pennapoll. Hay motín y traición en este pícaro mundo, patrón.

—Lo mismo que hay traición en la isla de Skéleton, amigo mío, — replicó Tick. — Pero eso no se puede evitar cuando aun hombres como Veluna andan vivos y sueltos por el mundo.

Salieron de la bodega tan silenciosamente como habían entrado y no volvieron a hablar hasta que estuvieron fuera de la granja cortando campo, camino del río.

—No tenemos tiempo que perder, — indicó Tick. — Poco falta para que amanezca y deseo estar navegando cuando alumbre el sol del nuevo día. La policía debe haber rodeado el buque de Veluna y es posible que ya le haya apresado. Mientras le tienen preso nosotros gozaremos de unos días de ventaja. Esperemos que no lo sea posible seguirnos hasta la isla de Skéleton.

Rolfe Mata Ratas se rió.

—¡Hay que tenerle miedo a ese Veluna! — dijo. — Es aún peor que los que tienen en el cuerpo sangre de piratas. Fué un día aciago para mí aquel en que se cruzó en mi camino. Sin embargo, el lo pasará tres veces peor que yo lo pasé como llegue a desembarcar en la isla de Skéleton.

Se expresó en un tono que hacía suponer

que existían en la isla de Skéleton cosas muy extrañas y Jimmy Gold sintió excitada su curiosidad. Realmente Rolfe Mata Ratas tenía algo interesante que contar y el muchacho no iba a tardar en conocerlo.

Mientras tanto fueron acercándose al sitio donde relucía en la oscuridad la plácida superficie del río. Tick los guió hacia un cerco de arbustos e indicó a sus camaradas que no hicieran ruido.

—¡Abajo! — dijo luego. — rápidamente. Después, cuando estuvieron echados en el suelo, ocultos entre las ramas de los arbustos, agregó: — ¡Están ahí! ¡Delante de nosotros! ¡No se muevan si en algo aprecian su vida!

Siguió a eso un momento de angustiosa espera. Aun cuando se hallaba medio dormido, Tick había logrado ver la silueta de Veluna y la de su primer oficial que se deslizaban como fantasmas por el cerco del otro extremo del campo. De no haber sido por la prontitud de Tick, hubieran sido descubiertos.

—¡Han logrado dar con nuestra pista! — dijo Jimmy, jadeante. — ¡Como lleguen a venir hacia acá!...

Pero no se dirigieron hacia donde ellos estaban. Por un capricho de la casualidad Veluna cruzó el campo en sentido diagonal mientras los otros lo esperaban. Le vieron luego cruzar por un cerco de arbustos y desaparecer en la parte superior.

—¡Por todos los diablos! — exclamó entonces Tick, volviéndose hacia Rolfe Mata Ratas. — Dígame quién lo raptó. ¿Fué Juan Malo?...

—Fueron los dos oficiales del Inlander, — contestó Rolfe. — Fueron ellos los que me llevaron a la granja de Pennapoli. Hablaban de motín y de traicionar a su capitán. Forzaron la puerta de la bodega y me metieron en ella. Llamaron después a los trabajadores de la granja y a los hombres de otras granjas diciéndoles que en vista de que había sido hallado el testamento de Skéleton en la granja de Pennapoli era de justicia que a cada uno de ellos le tocara una parte del tesoro. Hablaron entonces de formar una tripulación entre todos y apoderarse del Inlander, quitándoselo al capitán Veluna y partiendo sin llevarlo a él. ¡Y bebieron, celebraron el caso, hasta que estuvieron enteramente borrachos!

—¡La bebida será su perdición! — dijo Tick, riendo. — Es mala señal la presencia del capitán Veluna en estos parajes. Tal vez haya venido en busca de nosotros; pero también es posible que haya tenido alguna noticia respecto al plan que contra él se tramaba. Sin embargo, llegará a la granja demasiado tarde para apoderarse de usted una vez más, si esa era su intención.

El haber visto a Veluna tenía inquieto a Tick. Deseoso de no ser descubierto por su enemigo, guió a sus compañeros hacia un nuevo escondrijo. En esta ocasión fué en un chalet ruinoso situado a la orilla del río donde se agazaparon hasta que consideraron pasado el peligro.

A menos de una legua de allí pestañeaban las luces del Inlander. Detrás de ellas veíase la línea oscura de un bosque y más lejos aún pasadas las cumbres de las colinas, las farolas de los malecones del puerto de Fowey.

Jimmy Gold tiritó e hizo votos porque se terminara la aventura, pues todo cuanto le rodeaba le parecía extraño y sobrenatural, empezando por la presencia de Rolfe Mata Ratas. El descendiente del antiguo pirata, de pie junto a Jimmy, parecía un fantasma surgido del testamento de Skéleton, un fantasma moribundo de entrecejo fruncido, relucientes ojos y puños crispados.

—Ha sido el honor lo que me ha metido en todo esto. — dijo Rolfe. — En la isla de mis antepasados yo hubiera vivido enteramente feliz. Pero tuve la idea de conocer esta sociedad, a la que no logro entender, con el propósito de que aquéllos que fueron nombrados herederos de una fortuna no se vieran defraudados y robados por unos canallas.

Reinó el silencio durante un momento. Hubiérase dicho que Rolfe había leído los pensamientos del muchacho. Tick, bostezando de nuevo, fué el que interrumpió aquel silencio.

—¡El honor de un bucanero parece valer diez veces más que el de Loco Veluna y la gente de su cabaña! — dijo Tick. — Cuéntenos lo que le pasó, amigo mío. Así pasaremos mejor el tiempo mientras esperamos. Jimmy Gold, aquí presente, es un aliado y su amigo sea la que sea la suerte que tenga en definitiva este asunto.

—¡Tal vez sea la muerte de nosotros todos! — opinó Rolfe Mata Ratas.

Y a continuación enumeró los peligros futuros y mencionó nombres que Jimmy había leído ya en las hojas de pergamino del relato que Skéleton había escrito después de haber escapado de su isla.

UN INTERESANTE RELATO

En la época en que el capitán Skéleton huyó de su isla fué cuando las montañas vomitaron fuego. Fué un terrible fuego y muchos hombres perecieron víctimas de él. El castillo fué destruído y las señales que indicaban donde estaba escondido el tesoro, desaparecieron.

"Eso sucedió hace muchos años. Mi padre y el padre de mi padre buscaron varias veces el tesoro de Skéleton y muchos han sido los que también lo han buscado con el propósito de apoderarse de él. Año tras año se siguió buscando, hasta nuestros días y hace poco tiempo, por una feliz casualidad se dió con el escondrijo del tesoro.

"La isla de Skéleton ha cambiado una y otra vez desde la época en que el buque Fantasma de Oro zarpó del puerto secreto y un pirata llamado Mantanilla persiguió al capitán Skéleton hasta la granja de Pennapall. El fuego aún vive en la montaña y de vez en cuando corre la lava en tal forma que nos obliga a buscar refugio en el mar.

"Fué mi hermano Juan Peleador, — des-

PUCKY

Se oyó el ruido de numerosas pisadas y un agudo grito de advertencia lanzado por Jimmy Gold. Un instante después Tick y Jimmy se vieron rodeados de hombres que les asaltaban y más de una mano de acero le oprimió el cuello tanto al uno como al otro.

cendiente del Juan Peleador que era hijo del capitán Skéleton, — el que descubrió las riquezas que habían estado escondidas en el pozo de las caimanes. También halló las cuevas secretas del castillo donde aún reina peligro en la actualidad.

"Ustedes han leído el testamento del capitán Skéleton. patrones. Ustedes saben que el oro de las cuevas del castillo y el tesoro del pozo de los caimanes corresponden por derecho a Juan Malo y a nuestro camarada Jimmy Gold, descendiente del joven que fué esclavo en la isla de la Tortuga y se llamó Rodney Gold. Pero ustedes ignoran que Juan Peleador pensó en apoderarse de todas esas riquezas y quedarse él con todo.

"Las ha robado en realidad. Ha de ser difícil quitárselas porque Juan Peleador es poderoso y cuenta con secuaces que saben combatir. No sólo ha robado el tesoro de las cuevas y el del pozo de los caimanes; también se ha apoderado del tesoro de las cavernas de la isla, — que forman la parte que le corresponde, — y de la parte que me corresponde a mí.

"Tal es la situación, patrones. Desde el día de la muerte del capitán Skéleton había reinado la paz en la isla de Skéleton. Pero fué un día maléfico aquel en que se halló el tesoro porque entonces se apoderó la codicia del corazón de los hombres y hasta mi propio hermano aprendió a traicionarme. Yo no soy cobarde, patrones, y le dejé sangrando por varias heridas.

—¿Ha muerto? preguntó emocionado Tick Alegre y Feliz.

—Tay vez. — asintió Rolfe Mata Ratas. — Pero eso importa poco, pues ha ocultado los tesoros en un sitio nuevo y secreto y sus secuaces, pelearán hasta la muerte defendiendo el oro y para evitar que nosotros nos apoderemos de lo que es nuestro. Cuan-

do dejé a mi hermano herido y sangrando, el pánico se apoderó de mi corazón. Me embarqué en un bote y remé mar afuera porque estaba sólo, mis secuaces eran pocos y me hubieran dado muerte los amigos de mi hermano si no me hubiese escapado pronto.

"Pero la providencia estaba de mi parte. Aún cuando me hallaba fuera de la ruta de los buques pasó por allí un extraño navío. Con frecuencia en los pasados tiempos, habíamos visto buques de esa clase y nos habían asustado pues no eran como los que nuestros padres conocían. Tenían fuego a bordo y echaban humo, no dependían ni del viento ni de las mareas y navegaban a través del vendaval y de la tormenta.

"Siempre nos habían asustado, a mis amigos y a mí, esos buques extraños. Algunas veces, entregados a ver el humo que se levantaba de nuestras casas y aparecía por encima de los acantilados que hacen inhabitable, los hombres procedentes de esos buques de fuego trataron de bajar a tierra; pero en todas esas ocasiones hallaron la muerte porque no vestían como nosotros y los atravesamos con nuestras espadas. Los buques extraños zarpaban de nuevo abandonando a sus muertos y preguntándose que clase de gente vivía en aquella isla.

"Pero los secretos de la isla de Skéleton han sido bien guardados. Una vez se acercó un buque grande y gris con cañones, y quiso barrernos de nuestras casas. Pero sus cañones no pudieron hacer nada contra los acantilados que rodean la isla. Los que, procedentes de aquellos buques, intentaron desembarcar, perecieron. Porque nuestras costumbres no eran las de ellos y cayeron fácilmente en las trampas que preparamos para ellos.

"Eso fué hace bastante tiempo. Yo se ahora, pero no lo sabía entonces que el mundo ha progresado rápidamente mientras la isla de Skéleton se quedaba atrás. Nosotros vivíamos felices, muy contentos con las costumbres de nuestros abuelos, pero un día se descubrió el tesoro y la maldición del oro cayó sobre nosotros.

"Cuando huí de la isla, mis buenos camaradas, tuve valor, aún cuando me costó grandísimo esfuerzo, para decidirme a aceptar hospitalidad en aquel buque de fuego. Era el buque del capitán Veluna y yo tuve la debilidad de contarle mi historia a Veluna.

"Al principio se rió de mí, no sólo él sino los de la tripulación, al ver que yo no era como ellos, y me creyeron loco. Pero cuando le mostré una copia del testamento de Skéleton y leyó en él el nombre de Juan Malo, su actitud cambió por completo.

"Ese testamento llegó a manos de mis antepasados porque se lo entregó un pirata que lo llevó de Cayona. Ese pirata era un viejo amigo de confianza del capitán Skéleton, a quien el capitán se lo había enviado por correo. Fué una buena idea la del capitán pues de no haber procedido él de eso modo yo no hubiera sabido nada de todo cuanto me ha traído a las costas de Inglaterra.

"Pero mi corazón no desconfiaba porque no conocía el modo de proceder de esos hombres que navegan en buques de fuego. Traidor fué y es ese capitán Veluna. Me robó el plano de la isla de Skéleton y la historia escrita por el mismo capitán, robándome también el testamento relativo a una cantidad tan grande de oro.

"Procedió así antes de que yo supiera que se trataba de un ladrón. Estando a un día de navegación de los acantilados que rodean la isla que fué mi hogar, ese canalla me abandonó en el mar, en un bote abierto, burlándose de mí y diciéndome que podía regresar remando al sitio de donde había venido, si la marea me favorecía. ¡Y me dejó sin provisiones y sin agua, destinado a morir del modo más horrible.

"Una vez más me favoreció la suerte. Vino otro buque de fuego con mi patrón Tick a bordo. El me recogió en el mar y escuchó con bondadosa atención lo que yo le conté. El sabía ya, como yo acababa de saberlo, que Veluna era un canalla pero que, al abandonarme como lo había hecho, había incurrido en un grave error.

"No es posible desembarcar en la isla de Skéleton si yo no indico el sitio. Veluna ignoraba esto cuando me abandonó en el bote, pues entonces no había leído todavía todo el texto del testamento de Skéleton. Pero después se ha enterado de que sin contar conmigo nada puede hacer.

"Ustedes preguntarán, estimados patrones por qué razón Veluna, en vez de volver en seguida hacia la isla de Skéleton, se dirigió a las costas de Cornualla. Fué por que esperaba obtener mayores datos sobre el tesoro en la granja de Pennapoll. Vino por eso y porque estaba arrepentido de haberme abandonado. Su propósito era, en caso de verme, fingirse amigo mío.

"En vez de lograr eso, — prosiguió Rolfe Mata Ratas, — lo que ha conseguido es que yo me transforme en su más implacable enemigo. ¡Día llegará en que lo vea frente a mí y le castigue con mi cuchillo por embustero y traidor! Si llega el caso responderé con traición a su traición. ¡Y morirá porque yo he jurado ante los viejos dioses de mis antepasados que ha de morir!

Hubo un nuevo momento de pausa. Comenzó a llover y las gotas de la lluvia golpearon suavemente en la tupida capa de hiedra que cubría las paredes del chalet en ruinas. En algún sitio, entre aquel amontonamiento de hojas, algo se movió, pero tan sigilosamente que no lo oyó nadie. La voz de Rolfe Mata Ratas se hizo más agria y más enérgica.

—La muerte reina actualmente en la isla de Skéleton, — dijo. — Allí está Juan Peleador decidido a combatir. También se encuentra allí el hijo de un viejo pirata llamado Grillo Rojo, que es un verdadero demonio para inventar torturas horribles. Peor que lo fué su padre y su abuelo. Porque en la isla de Skéleton no cambiamos de nombre nunca y año tras año hemos vivido igual que se vivía en los años de otros tiempos.

Tick Alegre y Feliz lanzó un profundo suspiro.

—Según parece, — dijo lentamente. — nos espera una importante serie de excitantes aventuras para cuando lleguemos a esa extraña isla. Pero creo que podemos estar seguros de que (a menos que tengan una suerte verdaderamente infernal) ni Veluna ni Juan Malo tendrán probabilidad de salir con vida de la isla ni de apoderarse del tesoro que tanto codician.

"La policía los tiene rodeados. El Inlander no podrá moverse de donde está mientras su capitán y Juan Malo no se hallen en poder de la autoridad. Esto quiere decir que el único que nos puede preocupar es ese caballero que se llama Grillo Rojo cuyo primitivo antepasado se ahogó o así se creía al menos, cuando el naufragio del navío de un pirata llamado Mantanilla.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! — Tick volvió a suspirar. — Los buenos mueren fácilmente y sobreviven los canallas de esa calaña. Pero creo que hemos dado esquinazo a esos dos. A los labradores que habían de formar la tripulación del vapor que iría en busca del tesoro, no hay que tenerlos en cuenta, así que...

Tick se encogió de hombros, se rió un instante y después indicó río abajo, saliendo de entre las ruinas. Jimmy y Rolfe Mata Ratas le siguieron.

—No perderemos más tiempo, — dijo Tick volviendo la cabeza. — Al amanecer levaremos anclas y zarparemos para la isla de Skéleton. Cuanto más tiempo nos quedamos aquí peor será después para nosotros. Y como no hemos vuelto a tener noticias de Juan Malo, podemos suponer que la policía ya lo tiene entre rejas.

Tan pronto como se alejaron un poco los tres amigos, se oyó entre las ruinas una risa de satisfacción. A aquella risa siguió el ruido del golpear en el suelo de una pierna de palo. Juan Malo que había estado oculto entre las ruinas desde que la policía había empezado a buscarle, se alejó de allí lo más rápidamente que le fué posible.

EN EL ALBASTROS

Tardaron más de lo que esperaban en llegar a la ensenada de la boca del río. Ya aparecía la luz de la aurora del otro lado de las colinas cuando llamaron a un botero y se dirigieron al yate de Tick.

El limpio yate pintado de blanco había elevado sus anclas y tenía presión en las calderas. Estaba amarrado a una herrumbrada boya. En su cubierta no se veía a persona alguna y reinaba a su bordo una extraña quietud.

Cuando llegaron al yate. Tick Alegre y Feliz miró en redor, perplejo y preocupado. La noche anterior había dado orden de que el yate tuviera vapor en sus calderas. Pero lo demás, — sobre todo la toldilla desierta. — era algo que no tenía explicación.

—¡Algo anda mal! — pensó Tick. Pero no dijo nada a sus compañeros hasta que después de haberle pagado el viaje al botero comenzaron a subir por la escalera que conducía al puente.

Por el hueco de la escalera de acceso a la cubierta inferior salía un apetitoso olor a comida. Tick saltó a la cubierta y vió que allí no había persona alguna. Retrocedió, cada vez más enojado, hacia el saloncito. En el mismo instante se oyó ruido de pasos y Jimmy lanzó un grito de advertencia.

Todo se produjo con la rapidez de una tormenta tropical. Al volverse Tick fué sujetado por varios pares de manos de acero. Lo levantaron en el aire y luego lo acostaron sobre cubierta.

Allí permaneció un momento, medio aturdido. A sus oídos llegaron roncas carcajadas burlonas. Procuró levantarse pero las manos de antes lo sujetaban de nuevo, le alzaron y llevaron al saloncito.

Se oyó golpear una puerta. Tropezó alguien en el umbral. Los que le habían llevado se retiraron. Aturdido y asombrado, sin aliento, se sentó en el lujosamente tapizado diván y al levantar la cabeza vióse frente al rostro burlón de Loco Veluna en persona.

Veluna tenía un revólver en la mano. En su maligno rostro veíase una sonrisa más maligna aún. Inclinó la cabeza saludando como si la sorpresa de Tick le produjera sombría satisfacción.

—Me alegro de que haya llegado usted a tiempo, — dijo con sequedad. — Cinco minutos más que hubiera tardado y zarpamos sin usted. Sin embargo consideré obligación de cortesía esperarle hasta el último momento.

Tick entornó los ojos. Veluna había procedido, sin duda, con grandísima rapidez. La emboscada en que le había hecho caer había sido bien preparada. Tick se sintió angustiado pero consiguió permanecer en perfecta calma.

—Muchísimas gracias, — dijo, por haberme esperado.

Veluna volvió a sonreír pero con los dientes apretados.

—¡No es necesario andar con cortesías! — dijo bruscamente. — Tenemos que hablar pero sin palabrería inútil. A decir verdad, tenía que esperarle a usted... a usted, al muchacho y a Rolfe Mata Ratas. Los necesito a bordo porque aquí están mejor que en tierra, donde podían avisar a la aduana y a la policía. Me hace falta Rolfe Mata Ratas porque sería peligroso intentar un desembarco en la isla de Skéleton sin contar con él. Y necesito al muchacho porque tiene una copia del testamento de Skéleton.

—La única copia — dijo Tick.

—Porque la que yo tenía me ha sido robada. De nada les servirá a los que la tengan a menos que puedan llegar a la isla antes que yo. Pero yo llegaré primero.

—Salvo caso de accidente — dijo Tick.

Loco Veluna movió negativamente la cabeza y apretó los labios.

—No habrá más accidentes en lo que a mí respecta, — dijo — Ya he corrido su-

ficientes riesgos. He sido débil, negligente... ¡He sido un tonto! Ahora que tengo las cartas en la mano no las soltaré. Voy a ser dueño de su buque durante este viaje.

Tick pensó que eso sería lo que se vería. En el mismo momento el Albatros se estremeció de proa a proa. Por las ventanillas del saloncito Tick vió desfilar las casas de la orilla. El Albatros se dirigía al mar.

En cuanto el yate estuvo en marcha se abrió la puerta del saloncito y entró Juan Malo. Tenía el rostro radiante de contento. Arrojó un manojo de papeles sobre la mesa, frente a Veluna.

—¡Ahí tiene, capitán! — dijo con una maligna sonrisa dirigida a Christopher Tick. — Como principio no está mal. ¡Estos son los papeles! ¡Y hemos logrado burlar a la policía!

Se rió, guiñó un ojo y golpeando en el suelo con su pierna de madera, se dirigió a la puerta.

—La tripulación está perfectamente, — añadió con entusiasmo. — Me refiero a la nuestra, naturalmente. Los otros están engrillados.

—Está bien, — dijo Veluna. Miró rápidamente los documentos que habían sido violentamente arrebatados a Jimmy Gold. Después dijo: — Tan pronto como hayamos salido de la bahía mande dos hombres para atar a este hombre, al muchacho y al pirata y ponerlos todos juntos en la casilla del timón. Hay que evitar que tengan contacto con los de la tripulación en el tiempo que tardemos en arrojarlos por la borda.

Juan Malo saludó y salió. Veluna se apoyó en el tabique con el revólver en la mano.

—Usted sabrá cómo se manejan las cosas a bordo de este buque, — dijo, después de una pausa. — Yo no llevo suficiente tiempo a bordo para saberlo. Pero le advierto que le conviene andar derecho. He traído a mi gente prometiéndole parte del tesoro que se encuentre. Cuando el viaje haya terminado le devolveré a usted su yate, si usted me deja trabajar en paz. Pero como intente la menor picardía, lo arrojaré por la borda con una bolsa de carbón atada a los pies.

No era posible dudar de que Veluna era capaz de hacer lo que decía.

Después de tres horas de navegación Tick fué atado de pies y manos y llevado a la casilla del timón. Junto con Rolfe Mata Ratas y Jimmy Gold.

El viaje a la isla de Skéleton había comenzado.

EL CAPITAN DA ORDENES

Los tres cautivos. — Jimmy Gold, Tick Alegre y Feliz y Rolfe Mata Ratas, — estaban atados de pies y manos, pero no amordazados. Tal vez obedeciera esto a que, como habían sido llevados a la casilla de la rueda, del timón, se hallaba allí constantemente un timonel que cuidaba de la rueda y al mismo tiempo que los vigilaba podía oír todo lo que entre ellos conversaran.

Jimmy Gold fué el primero que habló después de haber sido llevados los tres a aquel sitio del yate.

—Lo que yo quisiera saber, — dijo, — es cómo se ha arreglado Veluna para combinarlo todo. Desde el momento en que lo vimos en el campo hasta aquel en que lo encontramos dueño del yate, casi no transcurrió tiempo alguno.

El timonel terminó su guardia, y otro de los secuaces de Veluna ocupó su puesto. En cuanto se hizo cargo de la rueda del timón. Tick lo reconoció: era el primer oficial de Veluna.

El oficial miró a los tres cautivos con maligno júbilo. Era la primera vez que veía a Tick después de la fuga de éste de a bordo del Inlander. Cuando el oficial se instaló frente a la rueda haciéndose cargo del manejo del buque, volvió la cabeza y miró de nuevo a los presos, por encima del hombro.

—Es para mí un verdadero placer el volver a verle, señor, — dijo mirando a Tick. — Al fin y al cabo, teníamos que prenderle. No hay modo de escapar al capitán Veluna, señor.

—¿No? — preguntó Tick con irónica alegría. — Debe pertener a esa clase de seres privilegiados que ganan siempre, ¿no es así?

—Si no lo es, así lo parece, señor. — replicó el oficial, sonriendo. — ¿No le parece?

Así parecía, en verdad, y Tick no pudo negarlo. Pero consiguió que el oficial dijera que Veluna no había tomado parte, personalmente, en el asalto y captura del Albatros. Después de correr tras de Tick y Jimmy y de fracasar de su persecución, regresó a su buque y tranquilizó a los amotinados, prometiéndoles una parte del tesoro cuando llegaran a la isla de Skéleton. Les dijo que era mejor apoderarse del yate del Tick en vez de quedarse en el Inlander, al que las autoridades no dejarían zarpar. Entonces la tripulación, entusiasmada, habíase acercado al yate y lo había tomado por sorpresa.

La suerte les había favorecido en todos conceptos, y por casualidad habían escogido un momento en que los de la policía estaban distraídos. Mientras tanto, Veluna y su primer oficial habían ido dando un rodeo, en busca de Juan Malo, al sitio donde éste se hallaba escondido.

—Según parece, la fortuna favorece a los pillos! — comentó Tick cuando el oficial hubo terminado su explicación.

Hubiera considerado mejor cimentada aún esa opinión si hubiese sabido que Juan Malo, hallándose escondido, había oído todo lo que Rolfe Mata Ratas había contado a Tick y a Jimmy mientras se encontraban en las ruinas cerca de la orilla del río.

Juan Malo enteró inmediatamente a Veluna de todo lo que había oído. Debido a esto, Veluna decidió libertar a Rolfe cuando ya estaba bastante avanzado el día y ya no se distinguía la costa de Cornnalla. Jimmy y Tick se quedaron, pues, solos, preguntándose qué giro irían a tomar los acontecimientos.

Algo se produjo de modo inesperado, a eso de las doce de la noche. Rolfe Mata Ra-

tas no había regresado porque se hallaba en aquel momento como prisionero en el camarote de Veluna; el capitán le había prometido dejarlo en libertad si le daba su palabra de que le indicaría por dónde era posible desembarcar en la isla de Skéleton. Como Rolfe se había negado. Veluna se amenazó con dejarlo morir de hambre, añadiendo que no volvería a darle de comer hasta que accediera a lo que esperaba de él.

Pero ese procedimiento no llegó a realizarse. Comenzó a mediodía. A las doce de la noche, el timonel de guardia fué sustituído por otro. Esta vez fué un hombre nuevo para ellos el que ocupó el puesto y se encargó de vigilar a Jimmy Gold y a Tick.

Tick, se había quedado dormido. despertó en el momento en que el nuevo timonel se encargó de la rueda: Por su silueta, aún cuando llevaba puesto un grasiento "overall", como todos los hombres de la tripulación del vapor de Veluna a Tick le pareció persona conocida. Se fijó entonces en el rostro de aquel hombre, y luego se inclinó hacia Jimmy Gold.

—Me parece que las cosas han cambiado, muchacho, — dijo. Y alzando un poco la voz, agregó: — ¡Capitán!

El timonel que vestía el sucio "overall" hizo girar un poco la rueda del timón, y luego volvió la cabeza, sonriendo. Hizo al mismo tiempo un ademán indicando silencio. Pero Tick no se había equivocado. ¡Aquel hombre era el capitán del Albatros!

—¡Bravo, capitán! — dijo Tick en voz baja. — ¿Cómo se arregló para conseguir eso?

—Yo estaba atado junto con los demás de la tripulación, — respondió el capitán, en voz baja también. — Pero el hombre que nos ató lo hizo bien, y tardé mucho en desatarme. Hace como una hora estuve en libertad. Desde entonces no hemos perdido el tiempo, por cierto.

—¿Y los demás de la tripulación? ¿Están en libertad también?

El capitán Honeyman, un curtido lobo de mar de la vieja escuela, que se había hecho marino a bordo de un velero en el que había recorrido todo el mundo, movió negativamente la cabeza y apretó los labios.

—¡No! ¡De ningún modo, señor Tick! — contestó. — Usted sería el primero que desearía evitar una poca libertad a bordo del yate. Todos nuestros hombres están furiosos, a tal punto que son capaces de asesinar a cualquiera, así que bien están donde están. Los canallas que tenemos a bordo son más que nosotros, contra cada uno de nuestros hombres hay dos de esos pillastres, lo menos.

—¿Qué idea tiene usted?

En respuesta, el capitán Honeyman arrojó con cuidado una navaja abierta cerca del alcance de Jimmy Gold.

—Vean si pueden soltarse ustedes sin necesidad de que yo los ayude, — aconsejó el capitán. — No sé si me vigilan o no. No me conviene separarme de la rueda del timón. — Movió otra vez la rueda, haciéndola girar en sentido inverso del de antes. — Estoy dirigiendo el yate de modo que regrese al punto de partida!

—¿Para qué? — preguntó Tick.

—Si ha de haber pelea, será cuando el yate esté en la bahía y se encuentren cerca los elementos de auxilio. Marchamos en este momento todo lo más rápidamente posible, y espero que antes de que llegue la hora de relevarme estemos en la bahía de Fowey.

—¿Y Veluna? ¿Dónde está? — preguntó Tick en el momento en que Jimmy empezaba a cortar las sogas que le sujetaban los tobillos:

—Duerme. Ha bebido con exceso. Se ha aprovechado de sus provisiones, señor Tick. Los de su tripulación no se hallan mucho mejor. De no haber sido así yo no hubiera podido presentarme aquí con la facilidad con que lo hice. El hombre que debía tomar la guardia está borracho perdido. Yo atisbé en torno de la escalera de acceso a la cubierta y le oí hablar antes de que subiera a ocupar su puesto.

"Fué un capricho de la suerte lo que me favoreció y me dió la deseada oportunidad Le ataqué por la espalda y lo desmayé de un solo golpe, le até y lo oculté donde no pudiera verle nadie. Después me puse su ropa y lo coloqué a él en mi sitio, con los de nuestra tripulación. Tendrá mucha suerte si recobra los sentidos antes de pasado mañana.

Un momento después Jimmy se había liberado también él. El haber estado largo tiempo inmóvil en una misma postura le había acalambrado los miembros pero esto no le impidió que pusiera a Tick en libertad. Mientras ambos movían las piernas y brazos procurando desentumecerlos, Tick dijo:

—Ahora, capitán, el yate es mío, pero es usted el que está a su frente. Así que es usted quien debe darnos las órdenes que considere convenientes. Dice usted que no va a poner en libertad a la tripulación hasta...

—Señor Tick, — dijo seriamente el capitán; — no me atrevo a soltarlos. Son buena gente pero me maldijeron cuando me liberté dejándolos atados. Nosotros tres solos podemos, en las circunstancias presentes, hacer más que toda la tripulación.

—Vengan, pues, sus órdenes, capitán, — dijo Tick.

El capitán vaciló, indeciso. Durante un rato manejó en silencio la rueda del timón. El Albatros navegaba rápidamente envuelto en las sombras de la noche. A bordo no se oía casi nada más que el acompasado jadear de la máquina y de vez en cuando una que otra risotada de los embriagados miembros de la tripulación de Veluna.

—Usted sabe manejar el telégrafo sin hilos, señor Tick. — dijo el capitán después de una larga pausa. — No sabemos lo que puede suceder antes de que amanezca, claro está, pero debemos estar preparados. ¿Quiere usted trasmitir un mensaje pero sin descubrir el juego?

—Voy a hacerlo, — dijo Tick Alegre y

Feliz. — Dime la exacta posición actual del buque y yo lanzaré el mensaje S. O. S., inmediatamente.

—¡Bien! Pero puede usted hacer aun más. Diga que Veluna y su tripulación están ejerciendo la piratería en alta mar. Eso atraerá a los guardacostas y a los de la aduana al teatro del suceso y nos proporcionará unos elementos con los que ellos no contaron nunca.

—¿Y yo? — dijo Jimmy Gold con nervioso entusiasmo. — ¿Qué voy a hacer? — Pensó en los pergaminos del capitán Skéleton que le habían sido arrebatados por Juan Malo poco después de haber caído ellos en la trampa. — ¿Podré recobrar mis documentos? — preguntó. — Si Veluna los tiene y está dormido...

—Usted, muchacho. — dijo el capitán; — puede hacer algo más importante que eso. Tome este cuchillo y vaya a la bodega. Los de mi tripulación están atados allí y la misión de usted será la de ponerlos en libertad en el comento en que llegue a sus oídos el ruido producido por alguna agitación en el puente. Si el llamado por telégrafo sin hilos fracasara y nos descubren todo el éxito dependerá de usted y de la tripulación. Por lo tanto vaya usted a la bodega y, ¡por amor de Dios! escuche con la mayor atención!

Jimmy fué el primero que salió de la casilla de la rueda del timón. Tick no se detuvo más que el tiempo necesario para orientarse y luego fué lánguidamente pero con la mayor cautela, hacia el pequeño camarote donde su bien equipado yate tenía su excelente y completa estación emisora y receptora de telegrafía sin hilos.

Mientras se dirigía a la estación radiotelegráfica se apoderó de paso, de uno de los toletes de hierro que había metidos en la borda y servían para amarrar las sogas. Blandió su improvisada arma y pensó que tendría que ser muy duro el cráneo que resistiera sin romperse un golpe dado con fuerza con aquel pedazo de hierro pesado, redondo y largo, con un extremo más grueso que el otro, formando casi una especie de pequeña clava.

COMBATE DESESPERADO

Veluna se agitó en su cama. Su amarillento rostro tenía un disgustante tono grisáceo y pálido. El camarote donde se allaba, — era de Tick, — tenía dos camas y su ambiente estaba infiltrado de nauseabundos olores de alcohol.

Veluna despertó del estado comatoso en que le había tenido sumido el alcohol durante más de la mitad de la noche. Gruñó y se agarró luego con sus manos azules, a fuerza de tatuajes, al borde de madera de la cama. Después, tambaleando nerviosamente de pies a cabeza, palpitante de terror, se incorporó rápidamente, sentándose en el lecho.

La débil luz del amanecer se filtraba por el grueso vidrio del ojo de buey que quedaba a su lado. En la otra cama estaba tendido Rolfe Mata Ratas que dormía profundamente. Veluna volvió a gruñir y se llevó la mano al bolsillo para enterarse de si tenía todavía en su poder los documentos de Skéleton.

Estaban allí donde él los había guardado. Pero, a pesar de eso su inquietud no se desvanecía ni mucho menos. Lanzando entre dientes un juramento, saltó, tambaleándose de la cama y dirigió una mirada hacia la cerrada ventanilla.

En cuanto miró a través del vidrio creyó que le engañaban sus ojos. Se pasó la mano por el rostro como para alejar una visión engañadora. Porque entre nieblas pero fácilmente identificable veía frente a él la costa de Corunalia de la que creía hallarse muy lejos.

Pero vió algo más. Frente a una costa cuyas montañas se sabía de memoria vió también la silueta de un buque a vapor que le era sumamente conocido. Navegaba hacia él a toda la mayor velocidad que podían desarrollar sus pobres máquinas y su hélice cansada de girar durante años y más años.

¡Aquel vapor era el Inlander!

Veluna respiró fuerte y ruidosamente. Durante un minuto permaneció de pie mirando fijamente. Después se volvió hacia la puerta y adoptó una actitud de extraordinaria sangre fría.

Cuando se le veía así era cuando aquel hombre resultaba más peligroso. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón para convencerse de que tenía el revólver en su sitio y entró en un oscuro pasadizo. Llegó a una escalera y se dispuso a llamar a todas las fieras del infierno para que castigaran a los de su tripulación. Pero una figura humana encogida, tiesa, tendida boca abajo junto a la abierta escotilla hizo que se parara.

Aquella figura era la del individuo de la tripulación que debía ocupar la guardia media. Le sangraba la parte posterior del cráneo. No hacía mucho que había sido tratado así; pero otro hombre que también debía haber tomado servicio había sido tratado de modo parecido, pues estaba tendido sobre cubierta, boca arriba, con la expresión de la muerte en sus ojos.

Lo demás de la cubierta parecía hallarse desierto. Veluna, mareado por la estupefacción se agarró a la barra de bronce de apoyo en el momento en que el yate se balanceaba a impulso del oleaje.

Sacó lentamente el revólver y lo apretó en su mano durante un momento. No dirigió ni una sola mirada más a sus caídos secuaces. Pero dirigió una significativa mirada al Inlander que se acercaba cada vez más y se encaminó luego hacia la casilla de la rueda del timón.

No se dió cuenta de que el Inlander era a su vez, perseguido por uno de los remolcadores de servicio en la bahía de Fowes.

Una mirada que dirigió a la casilla del timonel le hizo detenerse de nuevo. Vió que estaba de timonel un hombre que vestía un

sucio "overall" y parecía ser uno de los de su tripulación. Pero un momento de observación le bastó para darse cuenta que el que allí estaba era el capitán Heneyman. Al reconocerlo, Veluna se sonrió tétricamente.

Abrió de golpe la puerta de la casilla. El capitán Heneyman se volvió con la rapidz del relámpago. Veluna alzó a medias el revólver. Lanzó una andanada de blasfemias. En el momento en que el capitán se arrojaba sobre él, abandonando al Albastros a merced de las olas. Veluna hizo fuego.

Los que estaban a bordo del Inlander oyeron la detonación. En la bodega, donde estaba, del lado de la proa, también la oyó Jimmy Gold. Tras él se hallaba el oscuro espacio donde estaba encerrada y presa la impaciente tripulación. Cuando se volvió para poner en libertad al primero de los hombres, el yate tocó fondo.

Como navegaba a gran velocidad sufrió un golpe tan fuerte en aquel momento que Jimmy rodó por el suelo. En el camarote de la triplación, uno de los secuaces de Veluna que dormía su borrachera, fué arrojado de la cama al piso.

Se despertó al golpearse. Era el primer oficial. Como antes lo había hecho su capitán miró al Inlander por la ventanilla. Vió al buque aquel como si se tratara de una aparición fantástica, pero se percató en seguida de que era efectivamente real y de que el Inlander se encontraba muy cerca.

En un momento despertó — trató de despertar, — a los tripulantes que dormían en aquel espacioso camarote. Unos casi desnudos y otros a medio vestir. salieron tambaleándose a la cubierta. A mitad de camino entre el camarote salón y la casilla del timonel se toparon con el primer grupo de los furibundos marineros a los que Jimmy Gold acababa de poner en libertad.

Lo que se produjo entonces fué un indescriptible caos. Las dos tripulaciones combatieron con manos y pies y hasta con los dientes. Desde el primer momento en que la pelea se puso seria, el primer oficial se escabuyó porque había visto algo que los demás no habían podido o no habían querido ver.

Una colisión entre el yate y el Inlander estaba por producirse.

El oficial se dirigió a la casilla de la rueda del timón. A bordo del Inlander gritaban aterrorizados pues la mayor parte de los que estaban a bordo de aquel vapor eran ajenos a las tareas del mar. Carecían de experiencia por completo. Eran labradores a quienes la codicia del oro había decidido a partir de Fawey en un vapor robado. Pero se habían atrevido a embarcarse deseosos de apoderarse del tesoro de Skéleton.

Llegó el oficial a la casilla de la rueda del timón y se encontró a Veluna, con la frente cubierta de sudor forcejeando con una rueda que podía más que él. Cuando el oficial llegó hacía su último esfuerzo en el sentido de evitar el choque y dominar el timón del yate.

—¡Está pasando algo grave! — dijo cuando el oficial estuvo a su lado. Porque acababa de ver a un hombre muerto tendido a los pies de Veluna y había sentido como si una mano helada le estrujara el corazón.

A mitad de camino entre el camarote salón y la casilla del timonel toparon con el primer grupo de los furibundos tripulantes a los que Jimmy Gold acababa de libertar. Lo que entonces se produjo fué un indescriptible caos. Las dos tripulaciones pelearon con manos, pies, uñas y dientes.

Aun más; vió que un remolcador pintado de verde y que al avanzar levantaba raudales de espuma mientras su chimenea arrojaba gran cantidad de humo negro, se aproximaba rápidamente al Inlander. Comprendió entonces que todo estaba perdido.

Pero Veluna no dejaba de mirar hacia el Inlander.

—¡Son unos imbéciles los que están a bordo de ese vapor! — exclamó despectivamente. — Van a atropellarme sin intentar una virada a estribor que evitaría todo riesgo. ¡Grandísimos estúpidos! ¡Pronto! ¡Avise al maquinista para que de toda máquina atrás!

El oficial obedeció en seguida, pero ya era tarde. Mucho antes de que Veluna pudiera manejar debidamente la rueda del timón el buque estaba sin gobierno. Y...

—¡Ya avisé una vez! — dijo el oficial a quien Veluna miraba con el rabo de ojo. — ¡Le aseguro capitán, que algo anda mal. O los maquinistas se han vuelto locos o el aparato de señales está descompuesto...

—Lo que hay, — dijo Veluna, — es que no puedo confiar en nadie cuando me echo a dormir.

Saltó la rueda a uno y otro lado y luego miró a la puerta. El oficial, aturdido, muerto de miedo, temeroso de que Veluna, en su furor, hiciera lo mismo que había hecho con el hombre que estaba tendido en el piso de la casilla, volvió a mover la manija del telégrafo que comunicaba con el cuarto de máquinas a pesar de que le temblaban las manos.

Veluna lo empujó brutalmente a un lado. Se rió de modo salvaje. Cuando salió de la casilla, un grito muy fuerte dominó a la gritería.

Los dos buques chocaron el uno con el otro. Se oyó un ruido de crugidos y chirridos. Las planchas de acero de los costados del Inlander, viejas y herrumbradas, se desgarraron como si fueran de papel cuando la proa del pequeño pero sólido yate se metió por uno de sus costados a una rapidez de doce nudos por hora. Se oyó luego un ruido de agua en movimiento y varios golpes consecutivos.

De todos cuantos estaban a bordo de ambos buques, el que menos se sorprendió fué Veluna. Se preparó para resistir el choque agarrándose a una barandilla cuando el Albatros se balanceó, alzándose luego y descendiendo después. Después, cuando el Inlander retrocedió ante la fuerza del golpe. Veluna se deslizó por la cubierta y se escondió en uno de los botes del yate.

Ni aún su primer oficial vió hacia dónde se había ido, ni comprendió por qué se marchaba tan de prisa. Pero Veluna había visto que el remolcador se aproximaba rápidamente a la escena del desastre.

En el interín, la pelea entre ambas tripulaciones había cesado. Todos los tripulantes habían sido arrojados en un montón, hacia una de las bordas, por el sacudimeinto sufrido por el yate. Antes de que pudieran levantarse y ponerse de pie, la máquina del Albatros había cesado de funcionar.

Fué Tick Alegre y Feliz el que la hizo parar. Después de haber enviado su mensaje por telégrafo sin hilos, Tick había bajado a las máquinas con el objeto de adoptar nuevas medidas.

En la cabina de la estación de telégrafos sin hilos había hallado una pistola Colt, de ocho tiros, cargada. Con ella descendió al cuarto de máquinas y conminó a los que allí estaban, apuntándoles con mano que no temblaba. Cuando el telégrafo trasmitió la orden de "máquina atrás". Tick movió el arma en forma significativa.

—¡Tengo mis órdenes! — gritó al hombre que había sido primer maquinista de Velona. — ¡No conteste a esa señal!

Pero el golpe que se produjo en seguida demostró a Tick que había cometido un grandioso error. Como el daño estaba ya hecho y nada podía corregirlo, dió orden de parar la máquina.

EL INLANDER SE HUNDE

El silencio que siguió fué un silencio de terror y de angustia. Tick permaneció inmóvil, sobrecogido, como si estuviese esperando que la muerte descendiera de un momento a otro a la sala de máquinas.

Pero no fué larga la espera. De todas partes llegaron confusos gritos. Después de la colisión el yate retrocedió y flotó tranquilamente cuando las hélices dejaron de funcionar, quedando restablecido el equilibrio.

El Albatros debió su salvación a que su proa se alzó al producirse el choque, en vez de inclinarse hacia abajo de su línea de flotación. El casco del yate era de acero de excelente clase y tenía una forma puntiaguda a propósito para cortar fácilmente las olas. La proa del yate se abrió paso por entre las chapas viejas y desgastadas del Inlander como un abrelatas por la tapa de un tarro de conservas. Habiéndole hecho la herida se retiró, retrocediendo con rapidez y sin haber sufrido desperfecto alguno.

Christopher Tick subió a la cubierta, donde el cuadro había variado por completo. Las tripulaciones que peleaban revueltas y habían sido más revueltas aún por el choque, se habían separado una de otra. Pero no parecían seguir con ganas de combatir.

Tick miró a todos aquellos hombres de pies a cabeza. Tenían la ropa desgarrada, la cara machacada a golpes y sucia de sangre. Entre los que más habían sufrido estaba Jimmy Gold. Tick lo llamó, diciéndole que se acercara a él.

—Ha hecho mal en pelear así, — díjola Tick, reprendiéndole. — Veo, sin embargo, que ha desempeñado bien su misión. Pero la verdad es que no entiendo todo esto. ¿Quiera decirme qué es lo que ha sucedido?

Jimmy le dijo todo cuanto sabía, pero no fué mucho en realidad. Dos eran los hechos de importancia: el Inlander se hundía cada vez más y el remolcador de la bahía de Fowes, lanzando estridentes toques de sirena, se hallaba casi en el teatro de los acontecimientos.

Tick miró durante un rato hacia el Inlander y se fijó detenidamente en los hombres que se hallaban en su toldilla. Dominados por el terror, temblorosos a tal punto que ni hombres parecían trataban de arriar los botes. Porque si ignoraban todo lo relacionado con el manejo de un vapor en marcha, eran en cambio gente que se daba cuenta de que el Inlander se hundía irremisiblemente.

—Más les hubiera valido quedarse en la granja donde trabajaban, querido Jimmy, — dijo lentamente Tick. — Hay dos marinos a bordo de ese vapor y no son mejores que cualquiera de los labriegos a quienes han embarcado para improvisar los marineros. ¡De lo que más entienden es de beber sidra

—¡Se merecerán todo lo que les ha de caer encima! — dijo Jimmy. — ¡Lo que no me explico es qué era lo que estaban haciendo aquí!

Pero ese era un misterio que tuvo rápida explicación. El sol esparció sus rayos de oro y su luz inundó todo el paisaje permitiendo que se viera el cuadro más extraño que allí se había visto durante la marea alta. Porque a bordo del remolcador, cuando estuvo cerca, vieron no sólo los uniformes de los empleados de la aduana sino también los de los representantes de la policía local.

—¡Todo ha terminado! — exclamó Tick. — ¡Todo ha terminado, Jimmy!

Pero en aquel mismo momento se acordó de Loco Veluna.

Las tripulaciones enemigas, que, separadas en dos grupos, se curaban sus heridas estaban mirando hacia el Inlander que se hundía. No se movió ni uno solo de aquellos hombres con el propósito de auxiliar a los náufragos. Casi se hubiera dicho que les divertía ver como corrían a su perdición. Tick se dirigió hacia la casilla de la rueda del timón.

Regresó un momento después con el rostro pálido y los ojos relucientes de furor. Fué inmediatamente al camarote que Veluna había ocupado.

Allí encontró a Rolfe Mata Ratas forcejeando por librarse de las sogas con que le habían atado y temblando de miedo porque creía que el yate iba a hundirse de un momento a otro. Tick lo desató y le dirigió al mismo tiempo una pregunta.

—¿Loco Veluna, patrón? — repitió Rolfe mirando hacia la cama donde se había echado el pillastre y que estaba vacía.—No lo he visto desde anoche cuando me dijo que yo moriría de hambre antes de que llegáramos a la isla de mis antepasados. Primero con promesas y suavidades quiso hacerme su cómplice y me pidió que me comprometiera a indicarle cómo se ha de hacer desembarcar sin riesgo en la isla de Skéleton, pero después, como yo me negué, se puso furioso y me amenazó.

—¿Y Juan Malo? — preguntó Tick. — El de la pata de palo. ¿Lo ha visto usted?

Juan Malo había ocupado otro camarote. Tick lo revisó sin resultado. No le fué posible hallar por parte alguna ni a Veluna ni a Juan Malo.

El Albatros volvió a balancearse y viró en redondo en el momento en que Tick salía a la cubierta. Llegó a tiempo para ver como el maltrecho Inlander se hundía del lado de proa.

Resonaba en el aire gritos, chillidos y maldiciones de todas clases. Veíase a algunos hombres manoteando entre las revueltas aguas. Los labradores de la granja de Pennapoll habían conseguido arriar uno de los botes y el remolcador de la había de Fowes se aproximó para apoderarse de ellos.

El Inlander acabó de hundirse dejando la superficie del agua cubierta de restos flotantes. El remolcador arrió su bote y los de la aduana gritaron indicando a los que no sabían nadar lo que debían hacer para no ahogarse. Pero varios habían perecido ya.

Mientras tanto el yate y el remolcador se habían acercado el uno al otro, costado con costado, a impulso del movimiento de las aguas al hundirse el Inlander. Continuaba el trabajo de salvamento y el oficial que mandaba a los de la aduana se acercó a la borda del Albatros.

—¡Todo esto me parece cosa de locos! — dijo con algo de enojo. — No comprendo ni pretendo comprender lo que significa todo esto. Ese vapor que se ha hundido se hallaba bajo vigilancia y, a pesar de eso, lograron escaparse a media noche. No me imaginé jamás que pudieran tener semejante audacia.

—¡Mire usted! — Tick, el que tenía fama de pasarse la vida medio dormido se hallaba bastante despierto en aquel momento. — Todo esto tiene su origen en la busca de un tesoro. Se trata de un tesoro de piratas, de oro reunido con sangre y que incita a los hombres que andan tras él, a derramar sangre también. Ninguno de ellos tiene un solo momento de cordura.

—Usted perdonará, señor. — dijo, — pero será necesario investigar sí...

—¡No le será a usted posible como no viaje usted hasta las Antillas! — exclamó riendo Tick. — Lamento que se haya producido este choque, pero puede estar usted seguro de que no fué culpa de nosotros.

El oficial hinchó pomposamente el pecho, miró en redor con desconfianza y recelo y permitió que Tick se diera cuenta de lo que de él podía esperar. Pero Tick había llegado ya a un extremo tal que se le había acabado la paciencia.

—¡Permítame que le dé un consejo! — gritó, dirigiéndose al oficial. — ¡Procure detener o vigilar a un marino al que llaman Veluna! Es un hombre movedizo como una rata. ¡Procure prenderle!

El hombre de la aduana estaba convencido de que Veluna se encontraba a bordo del buque hundido pero Tick estaba mejor informado y le explicó que el Inlander había sido robado por una tripulación de labriegos bajo las órdenes de dos oficiales de los amotinados de Veluna.

—El Inlander tenía instalación de telégrafo sin hilos, según creo, — agregó Tick. — Es probable que recibiera el mensaje de pedido de auxilio que yo lancé a los aires.

Salió del puerto con el propósito de hundirnos, si no estoy equivocado. Pero no es posible convertir a unos labriegos en marinos en una hora y...

—¡Y fueron ustedes los que hundieron a él! — dijo irónicamente el de la aduana en un tono que hirió a Tick en carne viva.

Aquel hombre desconfiaba de todos en grado sumo pero Tick no era hombre para dejar pasar sin protesta una acusación semejante.

—Usted me perdonará: — dijo cortésmente, — pero tengo que decirle que yo no estaba en el puente en el momento en que tuvo efecto la colisión. Sin embargo, no me es difícil reconstruir los sucesos. Si usted entra en la casilla de la rueda del timón verá que el hombre que estaba a cargo del manejo del buque ha sido asesinado.

El dato fué más que suficiente para que el oficial de la aduana fuera a investigarlo. En ese momento, Tick se dirigió rápidamente a los de su tripulación.

Estaban en un grupo, separados de los demás. Los hombres de Veluna, aun los que habían estado en las máquinas formaban otro grupo en otra parte del yate. Pero habían perdido sus ganas de pelear y sabían que habían fracasado por completo.

—Las cosas toman mal aspecto para nosotros también, — dijo Tick. Este es un asunto que representa lo menos dos meses en puerto, mientras se realizan las correspondientes investigaciones. ¡Y nosotros no podemos conformarnos con eso! Significaría un adiós definido al tesoro de Skéleton una demora de esa clase.

—Pero... ¿qué podemos hacer? — preguntó Jimmy Gold. — Juan Malo y Loco Veluna...

—¡Han desaparecido! — añadió Tick. — ¿Dónde están? ¡No lo sabemos! Pero los que están a bordo del remolcador siguieron al Inlander convencidos de que Veluna lo manejaba. Debido a eso desconfiarán de nosotros cuando digamos que Veluna estaba aquí a bordo del Albatros.

"¿Comprenden ustedes? — agregó Tick mirando de uno en uno a los hombres de su tripulación. — Mientras nos detienen para averiguar que proporción de verdad hay en nuestras manifestaciones. Veluna, sino logran dar con su paradero, podrá adelantarse a nosotros y llegar a la isla de Skéleton antes de que nos haya sido posible salir de ésta ensenada. Recuerden que se trata de un hombre extremadamente astuto y al que no detienen escrúpulos de clase alguna. ¡Y no ha de vencerme!... ¡Al menos en esta ocasión.

Se notó en el rostro de Tick una extraordinaria expresión de energía y de decisión.

—¿Vayan todos ustedes a ocupar sus puestos? — dijo luego. ¡El capitán Honeyman ha muerto y desde ahora soy yo el que manda! ¡Qué mis órdenes sean puntualmente obedecidas!

Algo había en su tono que dejaba entrever todo un mundo de aventuradas esperanzas. Pero los de la tripulación, — que le conocían bien. — se dispersaron, — aun cuando se hallaban fatigados, maltrechos, con hambre y con sed, — para ir a ocupar sus puestos. En el momento en que así lo hacían apareció el oficial de la aduana.

—Tiene usted razón, señor. — dijo; — será necesario investigar qué es lo que ha pasado aquí. ¿Ha sufrido mucho su yate, señor, en la colisión? ¿Quiere tener usted la bondad de averiguarlo?. Si no puede usted internarlo en el puerto con sus propios medios, nosotros lo remolcaremos.

HOMBRE AL AGUA

El daño sufrido por el yate era aparentemente de muy poca importancia, pero era posible decir hasta qué punto había, el impacto, dañado a la estructura del buque. Además, también podía haber detenido con precipitación el funcionamiento de la máquina.

Pero Tick sabía lo que hacía, y esperó pacientemente a que todos los sobrevivientes del Inlander fueran embarcados en el remolcador. No estaba entre ellos ni Veluna ni Juan Malo. Sin embargo, un oficial de policía aseguraba que había visto a Juan Malo manotear en el agua cuando se hundió el Inlander.

—¡Puede ser! — pensó Tick.

Cuando el remolcador se dispuso a regresar, Tick manifestó que el Albatros podía entrar en el puerto por sus propios medios.

Jimmy Gold había ido a trabajar con los de la tripulación. Tick ocupó su puesto ante la rueda del timón. La presencia allí del capitán Honeyman, muerto, con una bala en la cabeza, le enardecía y le llenaba el corazón de deseos de venganza.

—¡Voy a arriesgarme a sufrir las consecuencias! — dijo entre dientes. — Si algo supongo convencido de que estoy en lo cierto, es que Veluna está escondido en alguna parte, en este mismo buque. Juan Malo se habrá ahogado o no, no me importa. gran cosa. Pero ahora tengo las cartas buenas en la mano y...

Dió orden a la máquina, — mediante el telégrafo especial, — de que las pusiera en marcha a un cuarto de velocidad. El remolcador había virado ya y se dirigía hacia la costa bañada de sol. El yate siguió tras él con reducida velocidad.

Tick se rió suavemente. El remolcador se alejó más y más. Volvió a sonar el timbre del telégrafo en la sala de máquinas.

"¡Adelante! ¡A todo vapor!"

Tick Alegre y Feliz hizo girar la rueda del timón de modo que el Albatros virara en redondo. Describió el elegante casco un perfecto semicírculo y el yate dirigió su proa hacia alta mar.

En el momento en que el Albatros se lanzaba a la carrera como un galgo tras una liebre, Jimmy Gold se acercó a Tick.

—¡Vamos a conquistar la libertad corriendo, muchacho! — dijo Tick, riendo. —

(Continuará)

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

EL alcaide dejó el farol en el suelo. salió, giró de nuevo la puerta rechinando, se oyeron sucesivamente las cerraduras que se cerraban, y después los sordos pasos del alcaide que se alejaban.

A la luz turbia del farol vió el alcalde en un rincón de aquel reducido espacio, sentado en un poyo de piedra, a un hombre inmóvil, con unos enormes grillos en los pies; una cadena que de los grillos iba a terminar en una argolla fija en el muro, de la cual partía otra cadena, cuyo extremo se unía a unas esposas con que el preso tenía sujetas las manos.

Aquel calabozo, más bien aquella sepultura de vivos, era de piedra, y de bóveda tan baja, que casi tocaba a ella con la cabeza el alcalde; se respiraba allí ese ambiente pesado e insoportable de los lugares húmedos sin ventilación, y los muros, la bóveda, el pavimento, todo de piedra, podía deciros literalmente que sudaban, que destilaban agua. Se sentía allí un frío especial, un frío mortífero, un frío que no podía experimentarse al aire libre, ni en los días más crudos del invierno; allí no había más que un hombre cargado de hierro, que miraba de hito en hito, de una manera fija, glacial, indiferente, terrible, al alcalde, y el alcalde que miraba al preso con asombro y con miedo.

—Decidme don Rodrigo — dijo Gabriel de Espinosa, — ¿esto es ya la ejecución de una sentencia?

—¿Qué decís? — preguntó Santillana con semblante y acento severos, acordándose de que era alcalde y de que estaba delante de un preso.

—Digo que este encierro es más a propósito para guardar víboras que para guardar hombres — dijo Gabriel de Espinosa; — esto ya es un suplicio; no lo digo porque a mí me aterre, ni porque no tenga fuerza bastante para sufrirle, sino porque si estoy mucho aquí os vais a quedar sin preso, alcalde Santillana, y no podréis sentenciarme a galeras o a horca, que no sé yo bien de qué suplicio habréis contraído, no ya costumbre, sino vicio.

—Entretanto, señor pastelero, estáis sentado y yo de pie, no como si fuéramos respectivamente juez y reo, sino coom si vos fuerais rey y yo vasallo en audiencia.

—Si yo fuera rey, vive Dios, ni habría alcaldes tan altos de soberbia como vos, ni calabozos tan bajos y tan imposibles como éste en mis reinos.

—Pero tampoco consentiríais la desvergüenza de hombres tales como vos.

—¡Ah! Os punza el que aun no me haya levantado — dijo Gabriel de Espinosa, — y esto os escandaliza, don Rodrigo; pues bien: sabed que para mí sería un alivio al ponerme de pie; pero me es imposible; estoy sujeto por la mitad del cuerpo a un cinto de hierro clavado al muro.

El alcalde fué a la puerta y llamó con el extremo de su vara, quedando vuelto de espaldas a Gabriel de Espinosa.

Poco después la puerta se abrió de nuevo y apareció el alcalde.

—Quitad las prisiones a ese hombre — dijo Santillana.

El alcaide se acercó a Gabriel de Espinosa, y poco después se oyó el ruido del martillo que desarmaba los grilletes, las esposas y el cinto.

Gabriel de Espinosa se levantó de un salto, dando muestras de un vigor increíble en quien hacía tantas horas se hallaba bajo la influencia de aquella humedad y en una inacción forzada, y dijo:

—¡Ah! Esto es ya distinto; os agradezco este momento de descanso, don Rodrigo, porque supongo que después volveremos, es decir, volveré a encontrarme sujeto.

—Seguid tras mí — dijo don Rodrigo.

—¡Ah! Pues mejor; eso más tengo que agradeceros — dijo Gabriel de Espinosa; — por malo que sea el aire de ahí fuera, será mejor que el que aquí se respira.

—¡Callad, vive Dios! — dijo don Rodrigo, irritado por la fría y burlona calma de Gabriel de Espinosa, — u os mando poner una mordaza.

—¿Y cómo diablos os voy a contestar entonces a lo que sin duda tenéis que preguntarme? — dijo Gabriel con desdeñosa impaciencia.

—Guiad al encierro alto de la torre de Santiago — dijo al alcaide don Rodrigo.

—¡Ah! — dijo Gabriel de Espinosa. —

Vamos de extremo a extremo; de lo más bajo a lo más alto.

Don Rodrigo no contestó, y ni él, ni Gabriel de Espinosa, ni el alcaide, hablaron una sola palabra, hasta que, atravesando pasadizos y subiendo escaleras, llegaron a lo alto de una torre y una puerta fuerte, maciza y forrada de hierro como la del calabozo subterráneo.

Cuando se abrió aquella puerta entraron en un calabozo ancho y perfectamente seco y ventilado por dos estrechas rejas, situadas muy alto junto a la bóveda.

—Salid, cerrad y esperad a que yo os llame — dijo don Rodrigo al alcaide, que salió y cerró.

—Os agradezco sinceramente el que me hayáis traído aquí; allá abajo hace un frío tal, que Dios me perdone, pero creo que me iba helando el alma.

—Para criminales como vos todo es poco — dijo don Rodrigo.

—¿Y quien os ha dicho que yo sea criminal? ¿Qué veis en mi semblante que os haga conocer al ladrón o al villano? Aquí se deja hacer a los alcaldes lo que quieren, el rey cierra los ojos a todo, y Dios se lo perdone, que no lo debía hacer.

—¿Y quién sois vos, don perdido, para atreveros a calificar lo que hace o lo que no hace el rey nuestro señor?

—¿Sabéis que me parece una cosa, don Rodrigo?

—¡Qué!

—Que me tenéis miedo y que hacéis de tripas corazón.

—¡Yo! ¿Y por qué he de teneros yo miedo?

—Porque yo soy mucho preso para vos, y vos muy poco alcalde para mí.

No parecía sino que Gabriel de Espinosa se había propuesto que el alcalde perdiese el miedo y le irritaba.

Para el alcalde, aquel hombre, con quien ya sabemos había tenido una larga entrevista en Madrigal, Gabriel de Espinosa era un hombre extraordinario.

No lo veía claro; tenía, como sabemos, la sospecha de que aquel hombre era el rey D. Sebastián, o por lo menos un altísimo personaje, y, sin embargo, tan acostumbrado estaba don Rodrigo a que los más temerarios criminales, los hombres más duros y más protervos temblasen al encontrarse entre sus garras, que su orgullo de alcalde ofendido se sobrepuso a todo al sentirse tratado con tan poco respeto por Gabriel de Espinosa.

—Si fiáis en los papeles que traéis, y en la bula del Papa, en los amores de esa reina o princesa, o cosa que no sabemos qué sea, de que me hablasteis en Madrigal, os equivocáis tanto que tengo a obligación y a caridad el decíroslo, porque antes que juez soy cristiano, y noble, y caballero, y porque os tengo a vos en mucho más que a un hombre vulgar, os aviso.

—Vamos claro: ¿Y cómo entedéis vos que yo no soy un hombre bajo y común? — dijo Gabriel de Espinosa con aquel acento que a un mismo tiempo irritaba la bilis del alcalde y le ponía espanto.

—Vos sois un hombre misterioso — dijo Santillana.

—Protesto — dijo con cierto gracejo Gabriel de Espinosa, — porque por tan misterioso podéis tenerme. que sin otro delito que el que vos no comprendas lo que yo soy, porque os empeñéis en no comprenderme, me llevéis a la horca; lo cual, os lo aseguro, no me parecería bien. Voy a deciros otra vez, aunque creo que no hayáis olvidado lo que yo soy. Se me tiene por hijo de Juan de Espinosa y de su mujer Mari Pérez; pero yo no puedo probar esto ni aun para mí mismo, porque mi partida de bautismo no aparece. Dicen otros que soy expósito, y que mis padres me encontraron una mañana recién nacido en el cajón de la iglesia mayor de Santa María de Toledo. Noble soy si soy Espinosa, y noble si soy expósito, por hijo adoptivo del rey; por consecuencia obedeciendo las leyes, tratarme debéis como noble, y no cargarme de hierros, ni tenerme sin lecho y sin silla, ni permitir que el alcaide me maltrate; continuando en lo que yo soy, voy a repetiros lo que ya os he dicho. Crecí al abrigo de los que se llaman mis padres o lo eran, y cuando pude trabajar, me pusieron a tejedor de terciopelo; pero como yo siempre he tenido el natural altivo que en mí veis, y que os hace creerme principal y misterioso me indispuse con el telar y con la lanzadera, y metíme a soldado. Tantas tierras he corrido, y tantas aventuras han pasado por mí, y yo por ellas, que con su relato, si se escribiera, se llenaría un grueso volumen; hablo cuatro idiomas, casi cinco.

—¿Y qué idiomas habláis, señor Gabriel de Espinosa? — dijo Santillana, a cuyos ojos se hacía a cada momento más temible Gabriel.

—El castellano, como veis; el italiano, como vais a ver.

Y Gabriel de Espinosa dijo en italiano el Credo.

—El dialecto que habláis aunque no bien, es el veneciano — dijo Santillana hablando bastante bien en aquel dialecto; — pero os dejáis entender a las mil maravillas.

—Hablo además el francés — dijo Gabriel de Espinosa, — como podéis juzgar.

Y dijo en francés la Salve.

—No comprendo el francés — dijo Santillana; — pero me parece que le habláis bien.

—Pues ved cómo hablo el árabe.

Y Gabriel de Espinosa soltó en árabe correcto la profesión de fe de los musulmanes, contenida en el Korán.

—¡Habláis el árabe! — exclamó con intención don Rodrigo de Santillana. — Y decidme: ¿por ventura habláis también el portugués?

—¿Quién os lo ha dicho, que habéis acertado? — dijo Gabriel de Espinosa con la mayor naturalidad. — Pues sabed que le hablo como si hubiera nacido en Lisboa.

El alcalde se estremeció y se revolvió más poderosa en su cabeza la idea de que aquel hombre era el rey D. Sebastián.

Aturdíale, sin embargo, el ver que Gabriel de Espinosa representaba más de cincuenta años, y que parecía más viejo que cuando le habló la primera vez en Madrigal. Entonces Gabriel de Espinosa tenía el cabello rubio con algunas canas, y la barba rubia también, y las cejas sin cana alguna. En el mo-

mento en que le estaba mirando, la barba y las cejas eran rubias, sí; pero en su nacimiento completamente blancas, y el cabello completamente entrecano. Recordaba también el alcalde que cuando le prendió la noche anterior no se veían aquellas señales de vejez en Gabriel de Espinosa, y se aturdía y se embrollaba, porque Gabriel, si era el rey D. Sebastián, no podía tener más de treinta años, y el alcalde le veía con la apariencia de mucho más de cincuenta.

Y tan atentamente miraba a Gabriel de Espinosa, que éste le dijo:

—¿Qué halláis de nuevo en mí, señor don Rodrigo, que tan fijo me contempláis?

—Observo que anoche parecíais tener diez años menos.

—¿Y por qué, señor alcalde? — dijo con acento tranquilo y sereno Gabriel de Espinosa.

—Porque ayer teníais la barba toda rubia, y hoy la tenéis en donde nace blanca, y casi canos los cabellos y las cejas, y esto ayer no era así.

—Ved, pues, por lo que no debéis encerrar a nadie en calabozos como en el que he estado diez horas; en los tales calabozos, y mucho más cuando se está acusado de un delito que deshonra, y cuya sola acusación es mil veces más terrible que la de un delito sin deshonra, por el cual pueda sobrevenir pena de muerte, en los tales calabozos, repito, y bajo tales acusaciones, se envejece en pocas horas, los cabellos y la barba encanecen, y empalidece el semblante y se arruga. Vos, que tenéis la experiencia de tantos años de alcalde, ¿no recordáis el caso de haber encerrado a un joven en un calabozo húmedo, frío, sin ventilación, envenenado, en una palabra, y no habéis visto cuando habéis ido a pedirle la confesión, algunas horas después, que el joven se había convertido en viejo, que tenía los cabellos y la barba blanca, y el semblante pálido y arrugado?

—Sí — dijo con acento sordo el alcalde.

—¿No sabéis que una noche, una horrible noche de ansiedad y de angustia, una noche en que se cree haber perdido el fruto de muchos años de trabajo; una noche durante la cual ha desaparecido la esperanza; una noche en que todo ha sido espantoso, basta para encanecer al joven más robusto?

—¿Quién sois? — dijo el alcalde. — Confesádmelo todo; sepamos a qué atenernos, y ved que así libraréis mejor.

—¡Cuántas veces he de deciros que soy Gabriel de Espinosa, natural de Toledo, o expósito en Toledo, tejedor primero, soldado después y ahora pastelero en Madrigal!

—Lo decís de una manera que desmentís vuestras palabras con el acento que las daís.

—Es que tengo mal genio, que no temo a nada, y que estoy de muy mal humor, de un humor de los diablos, porque estoy preso y se me trata muy mal.

—¿Y cómo queréis que se trate a un hombre a quien se prende por indicios de hurto?

—Ya sabéis, Santillana — dijo Gabriel palideciendo de cólera, — que yo puedo haber cometido todos los delitos del mundo; pero que yo no puedo ser ladrón.

—¿Y de dónde os han venido las alhajas que os ocupé, y que por lo ricas y por estar entre ellas prendas de rey no puede poseerlas un pastelero?

—Ya he dicho — contestó con suma impaciencia Gabriel de Espinosa — que esas alhajas no son mías; que me las ha dado para venderlas la señora doña Ana de Austria, que bien puede tener alhajas de rey, a quien sirvo y a quien debo una confianza que me honra.

—Dicen que la servís tanto, y que tanto os honra y con tal confianza os trata la señora doña Ana de Austria que vais secretamente a verla con un fraile, cuando ha pasado la media noche, y no salís hasta poco antes de amanecer.

—¡Vos también creéis en esas murmuraciones de pueblo, y así os atrevéis a la buena fama y al decoro de una dama, que, a más de ser religiosa, es sobrina del rey D. Felipe!

—¿Por qué no decís del rey nuestros señor?

—Porque para que me entendáis basta con que le llame el rey D. Felipe; pero si esto ha de aumetar la manía que tenéis de que yo soy un gran personaje, llamaré desde ahora a boca llena al rey D. Felipe el rey nuestro señor.

—Haréis bien; escuchad ahora una buena noticia: por ladrón os prendí; pero ya sé que no sois ladrón y no os juzgo como ladrón, sino como reo de otro crimen.

—¿De qué crimen? — preguntó siempre sereno, siempre altivo y siempre dominador Gabriel de Espinosa.

—Del crimen de traición.

—¡Traidor yo!

Y el semblante de Gabriel de Espinosa, y sus ojos, y su ser entero, dejaron ver una expresión feroz de amenaza.

—Sí — dijo el alcalde, — traidor, reo de lesa majestad.

—¿Por qué?

—Vós, Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, os fingís el rey D. Sebastián y pretendéis la corona del reino de Portugal.

Gabriel de Espinosa soltó una carcajada franca, pero insolente, agresiva que hizo temblar de cólera al alcalde.

—¡Vive Dios! ¿Por qué os reís? — dijo Santillana.

—¿Por qué he de reírme, sino porque estáis loco? — dijo con desdén Gabriel de Espinosa. — Y ved lo que es el mundo; vos, que por loco debíais estar encerrado en una jaula, me tenéis encerrado a mí que soy un hombre cuerdo y no he cometido delito alguno. ¡El rey D. Sebastián! ¡Que yo me finjo el rey D. Sebastián! Dejadme que me ría, don Rodrigo; ¿pues no sabéis, no lo sabe todo el mundo, que el loco, el temerario, el imprudente rey D. Sebastián, murió en Africa?

—Dicen que el rey D. Sebastián no murió, que se le ha visto en Africa, en Venecia, en Francia.

—Miente quien lo diga; creedme vos a mí, que estuve presente a la muerte del rey D. Sebastián. ¡Cómo que caí cuando él cayó!

—¡Vos estuvisteis en la batalla!

—Creo habéroslo dicho ya.

—¿Y qué erais vos en el ejército portugués?

—Yo peleé como un soldado.

—No es eso lo que os pregunto; ¿qué erais?

—Soldado.

—Soldado se llama el rey que pelea con la bravura de gran soldado. ¿Mandabais u obedecíais?

—Allí no se mandó ni se odebeció, y por eso se lo llevó todo el demonio; yo me peleé por mi cuenta.

—Con vuestras hinchazones parece que afirmáis lo mismo que pretendéis negar.

—De andar entre los portugueses se me ha pegado algo la hinchazón de los naturales de aquel reino.

—En resumen, sepamos: ¿sois español o portugués?

—No acabaremos nunca, don Rodrigo, si me preguntáis y volvéis a preguntarme siempre una misma cosa; pero voy a contestaros de una vez y para siempre. Yo no sé de dónde soy, ni sé adonde voy, ni quiero deciros lo que soy, ni os lo diré nunca.

—En buen hora; buscaremos fuera de vos la prueba de dónde sois, quién sois y adónde intentabas ir; porque lo que es adónde vais es cosa que he de decírosla yo.

—Puede ser — dijo Gabriel de Espinosa — que vos no sepáis adónde vais a parar en este asunto, y que tengáis más miedo que yo a lo que pueda sobrevenir.

—Yo — dijo con energía el alcalde — nada tengo que temer; porque no obraré sino en justicia; y lo que sobreviniere no lo habré hecho yo, sino la ley.

—Pedid a Dios que mi proceso no os envenene la conciencia, y que el veneno de vuestra conciencia no os mate, alcalde don Rodrigo Santillana; ahora, idos; me canso ya de tantas palabras; mandad que me traigan buen lecho, porque a buen lecho estoy acostumbrado; silla, mesa luz por la noche, y que me den de comer como conviene, porque un pastelero sabe comer bien; no importa lo que se gaste, don Rodrigo porque yo os aseguro que el rey... mi señor... pagará con gusto, por alta que sea la cuenta de lo que yo gastare mientras esté preso.

—Tendréis buen lecho, buena comida, silla y luz y no se os cargará de hierros, pero, en cambio tendréis justicia seca; yo os lo aseguro — dijo con suma dignidad don Rodrigo.

—Pues si me hacéis justicia y me sentenciáis en justicia, Santillana, no tengo por qué afligirme; me doy por libre y honrado antes de mucho tiempo; pero ¡ay de vos si obedecéis mandatos injustos, si por una vil cobardía faltáis a la justicia; porque al matarme, Santillana, moriréis conmigo e irán juntas ante Dios la víctima y el verdugo!

—¡Pastelero! — gritó don Rodrigo.

Pero su voz desfalleció, ahogada por la expresión imponente, dominadora, del semblante de Gabriel de Espinosa, y por su mirada serena, valiente, terrible, llena de majestad, que apretaba, que empequeñecía el alma del alcalde.

—Salid — dijo Gabriel de Espinosa, — y que cuanto antes me traigan lecho en que repose.

—¿Y nada tenéis que pedirme? ¿Nada tenéis que suplicarme? — dijo con asombro el alcalde

—¡Yo! ¿Quién pensáis que soy yo? — dijo con cólera Gabriel de Espinosa. — ¿A quién he suplicado yo, a quién he rogado yo más que a Dios?

—¡Voy a prender — dijo sombríamente y como pretendiendo doblegar a Gabriel de Espinosa don Rodrigo — a esa princesa, a esa dama, a esa mujer misteriosa que os acompaña, que cría a una hija vuestra, que lleva en su seno un hijo vuestro!

—¡Bah! — dijo con desprecio Gabriel de Espinosa. — ¡Vos, alcaldillo! El mismo rey D. Felipe, vuestro amo, puede menos que vos, que es cuanto hay que decir, en daño de esa señora.

—¡Lo veremos! — dijo irritado el alcalde.

—Ya lo veréis — dijo sonriendo de una manera despreciativa Gabriel de Espinosa.

—Oíd, pastelero, rey o demonio — exclamó fuera de sí Santillana, adelantando con los puños crispados hacia Gabriel de Espinosa, que sostenía su sonrisa despreciativa: — voy a trataros como a una persona real puesta bajo mi jurisdicción, por órdenes supremas del rey... nuestros señor..., pero sabedlo: ¡yo os ahorco!

—Pues peor para vos, don Rodrigo; porque al ahorcarme a mí os ahorcaréis el alma y moriréis de espanto; ahora, por último, dejadme libre de vos, o me echo a dormir en un rincón; que en peores lechos que el pavimento de este encierro he dormido.

—Quedad con Dios, pastelero, y hasta otro día.

El alcalde se acercó a la puerta y llamó a ella fuertemente con su vara.

El tiempo que tardó en llegar el alcalde don Rodrigo estuvo vuelto de espaldas a Gabriel de Espinosa frente a la puerta.

Gabriel de Espinosa se puso a pasear a lo largo del calabozo como si hubiera estado solo. Cuando la puerta se abrió, el alcalde, salió, sin volver siquiera la cabeza para mirar a Gabriel. El alcaide cerró. Don Rodrigo bajó las estrechas escaleras de caracol murmurando:

—Este hombre no puede ser otro que el rey D. Sebastián, o tiene el diablo en el cuerpo.

Don Rodrigo de Santillana volvió a su casa haciendo correr mucho más a Tribaldos que cuando se trasladó de su casa a la cárcel.

—¡Marta! — dijo a su ama de llaves. — Haced que saquen un lecho con cuatro colchones, cortinas y todo lo necesario.

—¿Para quién, don Rodrigo? — dijo Marta llena de curiosidad.

—Nada os importa saber para quién; buscad también dos sillones ricos y una buena mesa: fuerte para lavarse, con todo lo que se necesita para el aseo y la comodidad de un hombre en su cámara de dormir.

—Muy bien, señor don Rodrigo.

—Y esto al instante, señora Marta.

—A la hora, señor don Rodrigo.

El alcalde se entró en su despacho.

—Señor Pedralva — dijo a su secretario, — en el momento en que mi ama de llaves tenga preparados ciertos muebles y utensilios, los llevaréis con algunos mozos de cuerda y con una orden mía para el alcaide, a la cárcel y al encierro de Gabriel de Espinosa;

PUCKY

os llevaréis con vos al alguacil Lirón y al alguacil Tribaldos, y dejaréis dentro a maese Lirón, para que se quede de guardia junto al preso dentro del calabozo; maese Tribaldos se quedará fuera, de ordenanza, para traer y llevar recados del preso para mí únicamente; relevaréis de cuatro en cuatro horas por vos mismo a los alguaciles Lirón y Tribaldos, con los alguaciles Arendillo y Coscoja, que estarán, respectivamente, de guardia el uno y de ordenanza el otro otras cuatro horas, pasadas las cuales, volverán a entrar de servicio los alguaciles Lirón y Tribaldos. Además de esto, preguntaréis al preso a qué horas quiere desayunarse, comer, merendar y cenar. Os iréis a seguida a la hostería de la Pasiega, la daréis orden de que sirva para Gabriel de Espinosa lo que éste pidiere de comer y beber, y que me pase la cuenta cada seis días. Extender las órdenes necesarias y llevádmelas arriba, a mi cámara, para que las firme.

Apenas había subido a su cámara el alcalde, cuando se le presentó el ministro Arnedillo, que, inclinado como un arco de violín por respeto, le entregó un pliego cerrado, y se retiró.

Don Rodrigo abrió el pliego y vió que era de puño y letra de doña Ana de Austria. Decía así:

"Señor D. Rodrigo de Santillana: Mi muy estimado alcalde: me he enterado de que tenéis preso por sospecha de hurto, por haberle encontrado unas joyuelas que son mías, a Gabriel de Espinosa, pastelero de esta villa, a quien yo se las di para que las vendiese, y en quien tengo una gran confianza, porque me sirve bien. Sírvale, pues, de descargo esta carta mía, y no habiendo ya razón para que esté preso, soltadle, en lo cual me haréis merced, porque él es un buen servidor, a quien aprecio mucho. Devolvedle además las alhajas y no se hable de esto, no sea que se levante algún ruido injusto y malicioso que pueda perjudicar a mi dignidad y a mi buena fama. — Guárdeos Dios. — De este convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de esta villa de Madrigal a siete de Octubre de mil quinientos noventa y cuatro. — Doña Ana de Austria".

Guardó don Rodrigo esta carta, tomó un pliego de papel y escribió lo siguiente:

"Señora doña Ana de Austria: Mi muy respetable señora: Holgárame mucho de poder obedecer lo que vuestra excelencia me manda en una carta suya que tengo a la vista, referente a la soltura de Gabriel de Espinosa, a quien puse en la cárcel, y a quien no puedo hasta que por un proceso se descubra, como espero, su inocencia. — Guarde Dios la preciosa vida de vuestra excelencia muchos años. — De Valladolid a siete de Octubre de mil quinientos noventa y cuatro.— Señora; besa a vuestra excelencia las manos el alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid. Don Rodrigo de Santillana".

—¡Arnedillo! — dijo el alcalde.

Presentóse al momento el corchete.

—¿Está aún ahí — dijo el alcalde — el que ha traído esta carta?

—Sí, señor — dijo Arnedillo, — y espera la contestación.

—Pues dadle este pliego y que se vuelva al momento a Madrigal. . . .

Arnedillo salió.

Cruzóse con él María, que entró en aquel momento en la cámara.

—¿Por qué no me habéis buscado, padre, en el momento en que habéis venido? ¿Traéis malas noticias?

—Muy malas, María, muy malas — contestó don Rodrigo, que estaba del peor humor del mundo; — a cada momento voy creyendo más que ese hombre no es pastelero.

—¡Oh! Ya lo decía yo que era el rey don Sebastián.

—No diré yo tanto; pero si no es el rey don Sebastián, es por lo menos un gran príncipe.

—¿Y qué vais a hacer? — dijo con un ardiente interés María.

—El rey, el rey solo es el que puede hacer o deshacer.

—Entonces, padre, yo tendré que arrepentirme de haber venido a daros parte de lo que vi; entonces, padre, si le acontece una desgracia, yo moriré de desesperación. Ved, vos ahora lo que debéis hacer.

Y María salió lentamente de la cámara.

El alcalde, profundamente pensativo y grayemente preocupado, se quedó paseando a lo largo de la cámara.

Capítulo XXI

Había pasado un mes.

Felipe II mantenía una activa correspondencia con don Rodrigo de Santillana y con el doctor don Juan Llanos de Valdés, que había sido nombrado como juez eclesiástico para entender en el proceso que acerca de estos asuntos se hacía a doña Ana de Austria y a fray Miguel de los Santos, que por ser ambos religiosos, no podían ser encausados como Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana.

El alcalde Portocarrero no entendía en la causa, pero estaba encargado de la custodia de los presos que había en Madrigal, que eran doña Ana de Austria, el padre fray Miguel de los Santos y Sayda Mirian.

Doña Ana estaba en su celda con dos religiosas, que de orden del rey las había puesto de guardas de vista el alcalde Portocarrero; doña Luisa de Grado y doña María Nieto estaban en otra celda del convento, guardadas también por religiosas; el padre fray Miguel de los Santos, en su celda, guardado por alguaciles del tribunal de la nunciatura, que tenían mucho de sacristanes, y Sayda Mirian en la cárcel, en una de las habitaciones del alcaide, y tratada con grandes consideraciones.

A más de esto, entraba y salía libremente en la cárcel y se comunicaba con Sayda Mirian, por órdenes dadas por el alcalde Portocarrero; un personaje muy serie y muy grave, a quien trataba con sumo respeto el alcaide.

Este personaje era Yhaye-ben-Shariar.

Gabriel de Espinosa había sido trasladado de Valladolid a la cárcel de Medina del Campo con el pretexto e que estuviese el preso más cerca de Madrigal; pero en realidad con otro objeto completamente distinto.

Era una mañana bastante fresca del mes de noviembre.

En la puerta de los Príncipes del alcázar de Madrid, y delante de una puertecilla de una escalera excusada, había una pesada carroza negra, a la que estaban enganchadas ocho mulas.

El cochero y los lacayos estaban en la zaga dispuestos a marchar, y al pie de las mulas los zagales, todos con librea de la casa real; a caballo los caballerizos y a caballo un centenar de hidalgos de la guardia española, que debían escoltar la carroza; es decir, el rey en aquella carroza se debía trasladar al Pardo.

A las seis de la mañana, que todavía no era día claro, se abrió la puertecilla de la escalera excusada, y aparecieron envueltos en gabanes de abrigo, y con gorras de abrigo también, dos hombres, que por lo poco que se les veía del semblante, entre lo rebujado de los gabanes y lo calado de las gorras, parecían el uno tan viejo como el otro.

Aquellos dos hombres eran el rey don Felipe II y su ayuda de cámara, su confidente, su amigo, si es que Felipe II podía tener amigos, Sebastián de Santoyo.

Apresuráronse los caballerizos a abrir la portezuela de la carroza, y entraron en ella el rey y Sebastián de Santoyo.

Inmediatamente se pusieron en marcha, y hora y media después entraban en el palacio del Pardo, y Felipe II se encerraba en una cámara con Santoyo.

—Vive Dios, Sebastián, que me humilla el paso que estoy dando, y casi casi estoy por enviar noramala a los venecianos, y a ese monseñor Pietro Mastta, que con tales bríos y tan altos humos me pide una entrevista.

Santoyo, que sabía que lo mejor que tenía que hacer con su real amo cuando estaba de mal humor era no contestarle una palabra, a no ser que directísimamente le preguntase, guardó silencio.

—¡Qué! ¿No se te ocurre nada que decirme, Sebastián? — dijo el rey.

—Nada, absolutamente, señor — dijo Santoyo, — sino que Venecia es siempre la misma.

—Eso es lo mismo que no contestarme nada — dijo acreciendo en mal humor Felipe II; — ya sé yo lo que es Venecia, porque hace muchos años que trato con venecianos, gente a quien es necesario adivinar, porque nunca hablan claro, y de quien es necesario guardarse más cuanto más amigos se muestran. Veamos qué dices tú de esta petición de un senador del Consejo de los Diez que se nos viene encima, pidiendo una audiencia de una manera que, Dios y la Santa Virgen de Loreto me perdonen, me han dado tentaciones de mandar que me le echen mano me le lleven al castillo de Simancas, me le den garrote sin luz y sin moscas y me lo entierren a la sordina en los sótanos. Que me traigan una taza de caldo, Sebastián porque tengo el estómago débil.

Claro se veía, por aquella extraña salida de la taza de caldo del rey, que no había preguntado a Sebastián de Santoyo para que le contestase, sino que estaba irritado, que tenía necesidad de hablar, y que como Santoyo le era fiel en cuerpo y alma, se permitía aquel desahogo.

Muy pocas personas sabían que Felipe II tenía corazón y lágrimas. La una de estas personas hacía ya años que había muerto de una manera misteriosa en el castillo de Pinto. Aquella persona había sido la única mujer a quien Felipe II había amado con toda la violencia de su enérgico y concentrado carácter. Aquella mujer fué de las personas que se habían atrevido a Felipe II; la que más profundamente y de una manera más incurable le había herido en el corazón; la única que le había hecho olvidar su prudencia y cometer los mayores desaciertos que había cometido en su vida. La mujer cuya traición había amargado su alma infinitamente más que las traiciones continuadas de que había sido objeto. Aquella mujer había sido la hermosísima, la seductora, la procaz, la loca princesa de Eboli, doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

La otra persona que había conocido por completo a Felipe II, porque Felipe II le había amado tanto, y había depositado en él tan ciegamente su confianza, que nada para él había tenido oculto, era el hombre que más villanamente había pagado el amor y la confianza del rey. Este hombre había sido su secretario de Estado, Antonio Pérez, a quien había perseguido y se le había escapado, y había ido a vender los secretos de su antiguo señor a Enrique IV de Francia, y que vivía miserablemente en París, porque Enrique IV, además de ser muy poco espléndido, no podía estimar como rey a quien le servía de una manera infame, vendiéndole los secretos de FelipeII. Enrique IV utilizó la traición, pero despreció al traidor y le pagó muy mal, y no se fió de él, en todo lo cual hizo indudablemente muy bien.

La tercera y la única persona para quien el rey don Felipe era un libro abierto, sin que abusase de su confianza ni se prevaliese de su favor, sirviéndole con una lealtad a toda prueba, era su ayuda de cámara, el buen caballero, el buen asturiano Sebastián Santoyo. Por eso el rey se permitía hablar y estar de mal humor y reírse alguna vez y rugir la mayor parte de las veces delante de Sebastián de Santoyo. Este, en cambio, no abusaba jamás ni del buen ni del mal humor de Felipe II. Podía decirse que era el hombre que más había conocido al rey y que menos se había mezclado ni tomado parte en sus asuntos.

Volvió a entrar Sebastián de Santoyo, trayendo el caldo en una taza sobre una salvilla de plata, y se puso a enfriar el caldo con la misma solicitud y la misma paciencia que pudiera haberlo hecho una mujer. Cuando estuvo a punto de ser tomado, presentó al rey la taza, y don Felipe, bebió a pequeños sorbos.

—Pues nos habrá oído llegar ese rey de Venecia, y tan altivos son los diez reyes de aquel noble Estado, no demos lugar, Santoyo, a que su altivez se ofenda. Echámele para acá y déjame solo con él.

—¿Quiere vuestra majestad que ahí, en el camarín inmediato, detrás de la puerta, ponga a uno de esos valientes tudescos que no entienden absolutamente el castellano, pa-

ra que esté pronto a la voz de vuestra majestad?

—Yo no me llamo Luis XI de Francia — dijo el rey friamente; — yo me llamo Felipe II de España, y a nadie tememos, ni nadie se atreve con nos.

—Dicen que los venecianos...

—Los venecianos son noble gente, Santoyo; y sobre todo, la mejor guarda que tiene un rey es el respeto, el temor que causa. Ve, ve, mi buen Sebastián, y échamele para acá.

Santoyo salió, y el rey cambió completamente de semblante, y apareció impenetrable y frío

Poco después entró Aben-Shariar en la cámara y adelantó lentamente hacia el rey, que le miraba impasible y grave.

Aben-Shariar no pasaba de cuarenta y dos años; estaba en toda la fuerza, en todo el vigor de su vida, y era hermoso, blanco, con los cabellos y la barba cortados muy cortos los primeros y bellamente recortada la segunda: Iba magníficamente vestido, en contraposición de Felipe II, que lo estaba muy sencillamente.

Aben-Shariar, con su traje de brocado y seda, parecía el original, en cuanto al traje, de uno de esos hermosos retratos del emperador Carlos V, pintados por el Tiziano.

Al llegar a la parte media de la cámara, Aben-Shariar, que había entrado con el birrete puesto, se le quitó con trabajo, con violencia; pero como si un mismo resorte hubiera puesto en movimiento al rey, éste se levantó lentamente, llevó también con sumo trabajo la mano a su gorra de abrigo, y se la quitó.

El rey y el senador del Consejo de los Diez permanecieron en silencio mirándose algunos instantes; los dos altivos, los dos serios, los dos impenetrables.

Podía decirse que Venecia y España se miraban; es decir, que estaban frente a frente dos enemigos encubiertos, que se respetaban, más bien que se temían mutuamente, y que se trataban con un frío y calculado respeto.

—Guarde Dios a su majestad el rey de España — dijo Aben-Shariar con la entonación fría y grave.

—Guarde Dios al serenísimo Estado de Venecia — contestó el rey con la misma frialdad.

Aben-Shariar sacó un pliego de su escarcela y le entregó a don Felipe, inclinándose levemente.

Don Felipe, al tomar el pliego, se inclinó también, pero ni más ni menos que lo que se había inclinado Aben-Shariar.

El pliego que el rey abrió y leyó decía así:

"El Dux y el Consejo de los Diez de la Serenísima República de Venecia, a su majestad el rey de España: Sabréis que uno de los Diez de nuestro supremo Consejo de Estado va a vuestra presencia a tratar con vos secretamente un asunto del más grave interés. No es un embajador, sino el Dux y los Diez del Consejo, los que van a hablar con vos, en la persona de monseñor Pietro Mastta, uno de los de nuestro Consejo. Lo que él dijere, lo que él afirmare, lo que él negare, lo dice, lo afirma y lo niega Venecia, que va con él, no como en representación, sino resumida en su persona. Venecia saluda a vuestra majestad por su boca, y le afirmará la buena amistad que para vos guarda Venevia, y el vivo deseo de que esta amistad no se rompa por nadie ni por nada. — Venecia 24 de septiembre de 1594. — Por Venecia, y por el Consejo de los Diez, El Dux Antonio Foscarini".

Por bajo se veía el gran sello secreto de la República de Venecia.

El rey puso lentamente el papel sobre la mesa, y dijo a Aben-Shariar, señalándole un sillón que al otro lado de la mesa había:

—Sentaos, monseñor, a fin de que pueda sentarme yo.

—No soy yo, el patricio Pietro Mastta, el que se sienta a par del noble rey de España; quien se sienta es Venecia — dijo gravemente AbenShariar.

—Ciertamente; y por lo mismo que Venecia y España están representadas en dos reyes, porque vos, monseñor, sois uno de los diez reyes de Venecia, y el rey de España está ya viejo, y esta cámara es fría, yo ruego a Venecia que se cubra, para que yo pueda cubrirme.

Aben-Shariar se puso el birrete al mismo tiempo que el rey su gorro de pieles.

A pesar de la violencia de la tremenda violencia que el rey se veía obligado a hacer sobre sus instintos y su costumbre en todo aquello que estaba haciendo, no se reveló ni en su semblante ni en su voz la más leve alteración.

Aben-Shariar, por su parte, miraba de una manera atenta, pero franca y valiente al rey don Felipe.

—Es para mí ciertamente una satisfacción el tratar mano a mano por medio de vos con el noble Estado de Venecia — dijo el rey; — mi aliada es en un asunto que tanto importa a la cristiandad, como la represión del turco; Venecia y ese valiente Estado tiene, no sólo mi amistad, sino mi amor inalterable.

—Venecia por su parte, ama y estima a vuestra majestad, y de seguro el león de San Marcos no puede medir sus fuerzas mientras vuestra majestad viva con el león de España.

—De lamentar sería una desavenencia entre Venecia y yo — dijo Felipe II, — desavenencia por la que quien más ganaría sería el turco.

—Venecia, pues, señor rey, viene en mí a vuestra majestad como amiga, a interponer para con vuestra majestad, y entre el misterio más profundo, sus buenos oficios para con una familia que es hija adoptiva de Venecia.

—¿Y qué nombre tiene esa familia? — dijo con su manera inalterable Felipe II.

—Portugal — contestó Aben-Shariar.

—¿Tenemos aquí algunos vasallos con el apellido Portugal? — dijo Felipe II.

—La familia Portugal a que Venecia se refiere no es vasalla; ha sido imperante, y debe volver a imperar — contestó tranquilamente Aben-Shariar.

—Decid el nombre del cabeza de esa familia, a fin de que podamos entendernos.

—El rey D. Sebastián de Portugal.

—El rey D. Sebastián de Portugal, mi so-

brino, imperó; pero no puede imperar, ni tiene familia; no puede imperar, porque los muertos no imperan, ni, habiendo muerto mozo y sin casar, puede haber familia que impere en Portugal por su derecho.

Felipe II, a pesar de lo grave de estas palabras, las pronunció de la manera más fría e indiferente del mundo.

—El rey don Sebastián vive, y no sólo vive, sino que está preso en los reinos de vuestra majestad; el rey don Sebastián vive y tiene familia; familia que también está presa; el rey don Sebastián, imprudente siempre, como lo fué desoyendo los consejos de vuestra majestad, y obstinándose en su temeraria expedición sobre el Africa, ha desoído también los consejos de Venecia, y se ha venido encubierto a España, buscando el ejercicio de su derecho de una manera oculta, independiente de la voluntad de Venecia, que en este arduo negocio no quiere ni puede tener otra intervención que la de una mediación amistosa, o, mejor dicho, que la de aclaradora de la verdad, que está en tela de juicio en los tribunales de vuestra majestad.

—Os escucho con asombro — dijo Felipe II; — me dais unas noticias que me toman completamente desprevenido; os ruego, pues, aclaréis lo que no puedo comprender bien; Venecia dice, por vuestra boca, que el rey don Sebastián vive. Podrá ser, por más que se tengan las pruebas de que el rey don Sebastián murió en la batalla de los Xerifes: pero si se prueba lo contrario, si se prueba hasta la evidencia que el rey don Sebastián vive, yo le perdonaré el que haya dudado de mi justicia y de mi honor, buscando por medio de conspiraciones un trono que yo le hubiera dado, que yo le daré en el momento en que tenga la certeza de que existe el rey don Sebastián.

—Venecia la tiene, señor; Venecia no dió conocimiento a vuestra majestad de la existencia del rey don Sebastián, porque Venecia no quería intervenir en este asunto; Venecia aconsejó a don Sebastián que preparase una prueba robusta y la presentase a vuestra majestad, seguro de que vuestra majestad siempre cristiano y siempre caballero, le pondría en posesión de su reino. Pero Venecia, al ver que el rey don Sebastián, imprudente siempre, abusando de la hospitalidad que Venecia le daba, deconfiando de la buena fe indudable de vuestra majestad, conspiraba y preparaba proyectos tenebrosos para llegar por la sorpresa y por la fuerza a la posesión de su reino, lanzó fuera de sí al rey don Sebastián, por no hacerse cómplice ni encubridora de una conspiración contra vuestra majestad.

—Venecia obró como era necesario que obrase siendo mi amigo — dijo el rey sonriendo levemente y con muestras de aprecio; — pero me temo mucho que Venecia haya sido sorprendida por un impostor. Venecia está apartada de las cuestiones de este lado de Europa, y no sabe sin duda que los portugueses no creen que su desventurado rey don Sebastián murió en Africa, a pesar de las pruebas indudables que, por desgracia hay de su muerte. Esto puede ser causa de que un impostor, protegido a ciencia cierta

LECTURA EMOCIONANTE, de aventuras, de acción y de misterio, cuidadosamente seleccionada de los mejores autores modernos, es lo que se obtiene comprando todos los viernes PUCKY magazine

por los traidores a quienes me veo obligado a reprimir en Portugal para hacer respetar la santa voluntad de Dios, que ha querido que venga a mí por legítimo derecho de herencia el reino de Portugal; esto ha podido dar ocasión, repito, a que un impostor se atreva a usurpar un nombre ilustre: el nombre de un rey muerto, de quien es de esperar ya habrá tenido Dios misericordia.

—Venecia, señor, ha sabido punto por punto la historia del rey don Sebastián desde que fué recogido del campo de batalla y vuelto a la vida, y adoptado por una familia árabe, a la cual pertenece la que hoy es esposa del rey don Sebastián.

—¿Y por qué, si esa familia protegía a ese que dicen ser el rey de Portugal, ese hombre, en cuanto sanó de sus heridas no se presentó en su reino? ¿Por qué no dijo al cardenal don Enrique: heme aquí: dejad de ser rey porque el rey vive, y no puede haber dos reyes en Portugal?

—Vuestra majestad debe recordar bien lo que era el rey don Sebastián — dijo Aben-Shariar.

—Sí, voluntarioso antojadizo y temerario; su deseo de conquistar el Africa era un deseo santo y noble, que sintieron los señores Reyes Católicos, mis abuelos, el gran emperador Carlos V, mi padre, que tengo yo, que recomendaré eficazmente al príncipe de Asturias mi hijo, cuando, llamándome Dios a sí, llegue la hora de mi muerte ese deseo deben tenerle y le tendrán los reyes de España que me sucedan en lo porvenir porque, a más de debernos los moros una deuda de honor y de sangre, un rey cristiano no puede estar tranquilo, ni llamarse verdaderamente grande, mientras cerca de él, al alcance de su mano, hay una inmensa región habitada por gente bárbara e idólatra; pero no era la ocasión, y yo no quise ni pude ayudar a mi sobrino en aquella temeraria empresa; desgraciadamente, por cuestiones de derecho de religión y de política, estaba yo empeñado en largas y costosas guerras, que con sus inmensos dominios me dejó en herencia el emperador mi padre; yo no podía quitar de Flandes, de Italia, de Francia, los buenos ca-

PUCKY

pitanes y los bravos ejércitos que sostenían mi honor y mi derecho, contra los que se rebelan contra Dios y contra mí; yo no podía despoblar mis reinos y empobrecerlos para arrojar sobre el Africa un ejército bastante y sepultar en aquella región, inhospitalaria y salvaje, capitanes, soldados y tesoros; lo que el rey, señor de inmensos dominios y poseedor de grandes riquezas, no podía hacer, no podía ni aun soñar en hacerlo el rey de Portugal, señor de un reino noble y bravo, pero pequeño y pobre; aconsejé lo que debía, y mis consejos fueron en mal hora desoídos; Portugal se vistió de luto, y la cristiandad entera se llenó de dolor, por el sangriento desastre de la batalla de los Xerifes. El rey don Sebastián, creyendo fácil la conquista del Africa, no hizo otra cosa que ir a encontrar la muerte y a alentar con aquel triunfo, ofrecido casi de balde a los africanos, en su soberbia y su codicia; los resultados de aquella desgracia se hicieron sentir muy pronto, y yo me vi obligado a inventir naves, hombres y dineros, que me eran para otras empresas muy necesarios, en reprimir la piratería de Marruecos, que se venían insolentes encima de mis costas andaluzas, esparciendo en ellas el espanto. Que Dios perdone al rey don Sebastián el daño que hizo, voluntarioso, temerario y sordo a los consejos de la prudencia.

—He ahí la causa de que el rey don Sebastían, una vez curadas sus heridas, no se haya presentado a reclamar su corona — dijo Aben-Shariar; — la desgracia, que le mostró de una manera dura que había caído en un error lamentable; tuvo vergüenza de su derrota, y cometió otra nueva locura, otra nueva imprudencia; se sepultó en el olvido y ni aun siquiera dió noticias de sí, dejando con su desaparición y su silencio se confirmase la idea de su muerte; es más: hizo voto solemne de no reinar en veinte años, contados desde el día de la batalla; de vivir oculto bajo un nombre supuesto, y de no revelarle, ni aun en un peligro de muerte, hasta pasados los veinte años del voto.

—Pues ved ahí; aun no son cumplidos diez y siete desde que sucedió la batalla de Xerifes.

—Otra nueva locura, otra impremeditación del rey don Sebastián, a la que ha unido la imprudencia de conspirar, en vez de presentarse francamente, y sobre todo esto, la temeridad de venir a España a proseguir sus conspiraciones, en vez de reclamar desde tierra extraña.

—Si él fuera el rey don Sebastián, seguro estaría en sus reinos, sin otro peligro que el de una agria reconvención mía, cuando le conociese; líbreme Dios del solo pensamiento de usurpar a un rey su corona y de manchar mis manos con sangre inocente.

—Nadie puede dudar de la virtud y de la grandeza de vuestra majestad.

—Sin embargo, Venecia cree necesario intervenir en este asunto.

—Para ilustrar a vuestra majestad como amiga, como intermediaria de buena voluntad, y con lealtad de corazón; y en esto, señor rey don Felipe, no puede vuestra majestad tener duda; altas razones de Estado militan en pro de la sinceridad de Venecia en este asunto, vuestra majestad lo sabe demasiado; Venecia no quiere, ni está en su política, tener guerras por negocios que nada le interesan; y esto, que es claro como la luz del sol, es indudable para vuestra majestad; si Venecia viene a vos, es por una cuestión de deber y de conciencia; Venecia, por mi medio, ilustrará a vuestra majestad, le prestará una luz para que vea lo más claro posible en este tenebroso negocio. Después, vuestra majestad obrará como le plazca, por ante Dios y su conciencia.

—Ciertamente que Venecia me da una gran muestra de su amistad y de su buena inteligencia conmigo; pero señores, vosotros estáis engañados; todo el que se levante llamándose el rey don Sebastián es un impostor; el rey don Sebastián murió; hay pruebas indudables de ello, pruebas claras como la luz del sol.

—Puesto que Gabriel de Espinosa está bajo la justicia de vuestra majestad, es de esperar que vuestra majestad obrará en este grave asunto con estricta justicia; pero, lo repito, Venecia no interviene en esto; sea cualquiera el fallo de vuestra majestad. Venecia no se sentirá agraviada, aunque vuestra majestad lleve al patíbulo al procesado, ya sea, como vuestra majestad cree, un impostor; ya sea, como lo cree Venecia, el rey don Sebastián.

—Pero las pruebas, caballero, las pruebas — dijo tranquilamente el rey.

—¡Las pruebas! El testimonio unánime de cuantos portugueses conocieron al rey don Sebastián, que le han visto en Africa y en Venecia; el admirable parecido que existe entre Gabriel de Espinosa y el rey don Sebastián, no sólo en la figura sino en el carácter, en el genio, en el valor, en la destreza. ¿Cree vuestra majestad que un pastelero, un villano, puede ser tan buen caballero, es decir, tan buen hombre de armas y tan gran soldado como Gabriel de Espinosa?

—Abundan en Portugal y en España hombres de baja cuna cuyo gran valor, cuya gran destreza, cuyo grande aliento asombra; ya sé que Gabriel de Espinosa es un gran soldado, que cabalga grandemente, que rompe una lanza en el aire, que justa a la perfección, y que espada en mano es terrible; sé que es soberbio, audaz, valiente y temerario, y si no me hubieran dado noticias de ello, me hubiera bastado para conocerlo lo arduo del negocio en que se ha metido. Para venirse a mí, al rey don Felipe, diciendo: "Yo soy el rey don Sebastián, el trono de Portugal es mío, idos de él", son necesarias una gran temeridad o una soberbia más grande aún.

—O un derecho indudable y sagrado.

—Para acreditar ese derecho se necesitan más pruebas que las que me habéis indicado.

—El Consejo de los Diez sabe cómo hablan los reyes y los caballeros, y cuando ha escuchado a Gabriel de Espinosa ha oído en su boca palabras de caballero y de rey.

—Si es portugués, los portugueses son muy inflados; si es castellano, los castella-

nos son muy altivos; un cualquiera, portugués o castellano, sólo con que Dios le haya dotado de audacia, puede parecer un rey en Venecia y en cualquier otra parte donde no se conozcan bien a los portugueses y a los españoles. El Consejo de los Diez ha podido muy bien equivocarse.

—Pero un cualquiera no puede saber secretos del Estado.

—¿Y Gabriel de Espinosa los sabe? — dijo siempre tranquilo don Felipe.

—Sí, y graves; secretos de Estado que la República de Venecia conoce, porque la República de Venecia oye hasta los susurros que versan sobre asuntos de alguna importancia general, sea dondequiera el lugar o el reino donde suenan estos susurros.

—Sí, sí; ya sé que el Consejo de los Diez tieen oídos muy largos.

—Venecia paga a peso de oro a todo el que le revela una sola palabra que tenga alguna gravedad: ella escucha hasta las confesiones de los príncipes; no hay asunto, por secreto que sea, que Venecia no conozca: paga bien, y la sirven bien; y cuando el que se ha comprometido a servirla es traidor, sea cualquiera su nombre, muere de una muerte misteriosa. Así, Venecia por su oro y por su terror, impera en todas partes, como quiere y debe imperar, de una manera oculta, de una manera secreta; y por eso mismo, Venecia duerme tranquila sobre el Adriático; porque aunque Venecia es un Estado pequeño, el mundo la teme y la respeta como el mayor de los Estados.

—Venecia hace muy bien; los que no son robustos por la fuerza, deben hacerse respetables, por la astucia. Pero decíais que Gabriel de Espinosa posee secretos de Estado; podrá ser muy bien que los posea, sin que por esto pueda decirse que es el rey don Sebastián; junto a sí ha tenido un fraile, que también está preso, un fray Miguel de los Santos, varón docto, grave y muy respetado en Portugal, que fué confesor de mi hermana doña Juana de Austria, madre de don Sebastián; confesor después de este rey, y muerto éste, gran partidario de don Antonio, prior de Ocrato, por el cual me alborotaba el reino de Portugal, hasta el punto de que hube de mandar que le prendiesen y le hiciesen proceso, y al que se desterró de Portugal para que no revolviese el reino, trayéndole a Castilla y a la villa de Madrigal, donde, pertinaz en sus rebeldías, ha seducido a mi sobrina doña Ana de Austria, monja profesa en el convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de aquella villa, haciéndola creer que el tal Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastián, y envolviéndola en una traición contra mí, de lo que me pesa harto. Fray Miguel de los Santos es el autor de todo esto, y todo esto lo hace en provecho de don Antonio de Portugal, no del rey don Sebastián, en la iglesia de Belén en Lisboa. Que Gabriel de Espinosa sepa grandes cosas de Estado, lo creo muy bien; y hasta lo que yo hablé con el rey don Sebastián en Guadalupe, porque don Sebastián era un tanto hablador, y fray Miguel de los Santos,, muy su favorito, y a quien nada tenía oculto; y como Gabriel de Espinosa está aleccionado por fray Miguel de los Santos, he aquí que ese hombre, bajo y rebelde, puede decir cosas que maravillen y asombren.

—Siempre queda a vuestra majestad su propio testimonio. Gabriel de Espinosa desea ardientemente que vuestra majestad le permita venir a su presencia.

—Mis jueces, mis jueces bastan — dijo el rey; — no puede la majestad real descender hasta los audaces. Si es un impostor, mis jueces lo verán; y si, por un milagro, que de otra manera no puede ser, fuese el rey don Sebastián, yo me contentaría mucho de ello y le daría de muy buena voluntad su reino; porque Dios me libre, no ya de retener, pero ni aun de codiciar lo que no es mío.

—Ahora bien, señor — dijo Aben-Sharlar levantándose; — dejemos de hablar de Gabriel de Espinosa o del rey D. Sebastián, y permítame vuestra majestad le hable en nombre de Venecia de otra persona.

—Os escucho, señor senador; escucho en vos a Venecia.

—La esposa de Gabriel de Espinosa, que ha venido con un nombre supuesto con el supuesto empleo de nodriza de una hija del pastelero de Madrigal, está presa en la cárcel de aquella villa.

—Dicen que esa que se llama Clara es una alta persona, que, seducida y engañada, no puede ser de otro modo, por Gabriel de Espinosa, le ha seguido en sus aventuras. ¿Es cierto que esa mujer o esa dama es legítimamente esposa del pastelero?

—Sí, señor; esposa legítima.

—Decían que Gabriel de Espinosa había sido secretamente casado por fray Miguel de los Santos con doña Ana de Austria — observó el rey, deslizando, por decirlo así estas palabras.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado . . .	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

JUEGOS INFANTILES

—¡Por Dios, don Romualdo! ¿A su edad con un globo?

—No; si no es para mí. Es para mi abuelito

PARECIDOS

—¿No cree usted que mi hijo se parece a mí?

—En efecto, los ojos, la boca y la barbilla... ¡Es el retrato de su padre!

—Mira, Casimirito; hay que ser bueno para con los pobres, porque el día de mañana pueden ser ricos.

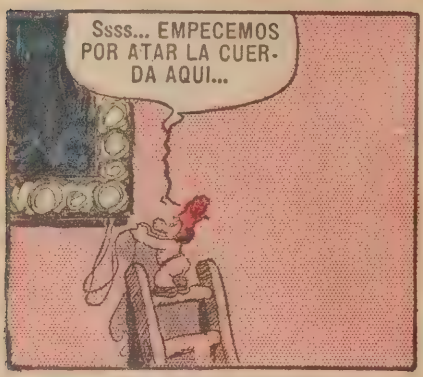
—Yo he tenido más de una docena de hombres a mis pies.

—¿Pretendientes?

—No; pedicuros.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBECK



© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved

PORTE PAGO
PUCKY
No. 429
Año XI
Buenos Aires, Diciembre 18 DE 1931
LA LECTURA PARA TODOS
EL CASO GARSTON
Por BENGE ATLEE
El mayor Burke contra Safad Pachá y su banda de asesinos
20 cts.

No. 429 BUENOS AIRES, DICIEMBRE 18 DE 1931 AÑO XI

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

EL CASO GARSTON

Por BENGE ATLEE

SIR John Garston miró la tarjeta que su secretaria le presentaba.

ENRICO CARDUCCI
Hilanderías de Turín
Turín, Italia.

El presidente de la "Lancanshire Cotton Operatives Association" miró hacia la ventana y frunció el ceño al contemplar la oficina que quedaba en la otra acera de Threadneedle Street. Había tenido ya sus dificultades con aquel gran trust italiano...

¿Qué querían ahora? ¿Y quién diablos era aquel señor Enrico Carducci? Era muy propio de ellos mandar a un cualquiera a hablar con él.

La puerta se abrió.

—El señor Carducci, Sir John —dijo la secretaria y desapareció nuevamente en la oficina exterior.

El presidente de la sociedad algodonera se volvió a su visitante, lo miró de arriba a abajo, frunciendo el ceño. Vió un hombre, vestido con sobretodo claro, cuyas facciones, distintamente extranjeras, lo eran aún más por la barba negra, en punta. Isleño típico, Garston desconfiaba de todos los desconocidos y había en los ojos, obscuros y juntos, de aquél algo que no predisponía en su favor.

—Tome asiento, señor — dijo Sir John, con mal modo, indicando una silla al otro lado del escritorio.

—¡Gracias, Sir John!

El hombre cojeaba al caminar; la suela de su botín izquierdo era como una pulgada más gruesa que la otra para compensar el evidente menor largo de la pierna.

—¿En qué puedo servirlo, señor Carducci?

Una extraña sonrisa se dibujó debajo del bigote negro del desconocido; el brillo de sus ojos aumentó.

—No me llamo Carducci, Sir John. Usé ese nombre para introducirse en este santuario, al que tan difícil es llegar. Vengo a hablar de Egipto y... de lo que ha hecho usted a mi país.

—Que demo...

La cara tosca del rey del algodón enrojeció de ira.

—Usted y su "Lancanshire Cotton Operatives" han bajado el precio del algodón hasta causar la ruina de mi pueblo. ¿Es justo que el "fellahin" de Egipto muera de hambre, mientras usted gana millones?

—¡Váyase al demonio! — estalló el inglés. — No es culpa mía si el precio del algodón ha bajado. Tenga un poco de sentido común. La plaza está abarrotada por la producción de América y de la India, Egipto tiene que vender al mismo precio. Y déjeme decirle esto, sea usted quien sea, antes de indicarle la puerta. Cuando hubo escasez de algodón, hace dos años, sus "fellahin" egipcios nos obligaron a mí y a mis asociados a pagar el producto un ojo de la cara, arruinándonos. El cuchillo tiene que cortar de los dos lados.

—Hoy — dijo el otro hombre sonriendo a su manera extraña y fija, corta solamente de un lado... de un solo lado, Sir John.

Levantó rápidamente el brazo; algo brilló en su mano enguantada... escapó de ella.

Sir John trató de lanzar un grito; pero de sus labios no salió más que un ahogado gemido. El cuchillo se le clavó mismo en el corazón, hundiéndose hasta el mango. Cayó sobre el escritorio. Sobre la pechera blanca empezó a extenderse una mancha de sangre.

El asesino estaba ya de pie, se dirigía a la puerta.

—Muy bien, Sir John; — dijo en voz alta, para que lo oyeran desde la oficina exterior — volveré mañana.

Al llegar a la puerta, dio vuelta el pequeño pestillo de la Yale, abriéndola. Pasó y se inclinó: "Muchas gracias y buenos días, Sir John" dijo. Cerró la puerta, atravesó con paso rápido la oficina exterior, donde había como media docena de empleados. Mientras salía al corredor del gran edificio vió que la secretaria de Sir John estaba en la casilla del teléfono, próxima a la puerta.

Dos minutos más tarde se hallaba en Threadneedle Street, mezclándose con el tráfico de esa calle comercial de Londres. Caminó rápidamente hasta un café de la esquina próxima; en la puerta encontró a un hombre que le dió una pequeña valija y, sin hablar palabra, siguió calle arriba. La cosa ocurrió tan rápidamente que apenas pudo ser notada.

Al entrar al café, el asesino dio vuelta a la izquierda, mismo pasando la puerta Era el guardarropa. El sitio estaba desierto. Cuando volvió a salir, cinco minutos después, no llevaba barba ni el botín de suela alta; tenía puesto un sobretodo obscuro, en vez del gris claro. En resumen, era un hombre enteramente distinto.

Se encaminó tranquilamente por Threadneedle Street de nuevo, manteniéndose cerca de la calzada. Sus perspicaces ojos advirtieron dos cosas: que tres agentes de policía entraban apresuradamente al gran edificio, calle abajo, y que una gran limousine marchaba, arrimada a la acera. La puerta del auto fué abierta. El asesino subió, sentándose en el asiento de atrás, donde estaba ya el hombre que le había entregado la valija.

Este le hizo rápidamente, en lengua extranjera, gutural, una sola pregunta:

—¿Mató al hombre, Excelencia?

—Tiene el puñal clavado en su corazón.

El gran auto siguió rápida y diestramente su camino, rumbo al oeste, en dirección a Cheapside.

Al día siguiente, el coronel Strothard, del Servicio Secreto de Asuntos Extranjeros, mandó buscar al mayor Bure, detective privado, que se especializaba en asuntos del Cercano Oriente; había adquirido práctica en ellos siendo aviador en el ejército árabe, mandado por Lawrence y más tarde empleado del Emir Abdullah de Trans-Jordania, como agente confidencial. Cuando el irlandés, un hombre grandote, de ojos tranquilos, estuvo sentado en la oficina privada del conocido edificio de Dewning Street, el coronel le dijo:

—Quiero que se encargue de la investigación del asesinato de Garston, Burke.

Semejante pedido no sorprendió a Burke. No era la primera vez que lo llamaban para consultarle en la Oficina de Asuntos Extranjeros.

—Muy bien, Coronel — contestó — ¿Qué noticias hay hasta este momento? Nada se, excepto lo que ha salido en los diarios.

—Scotland Yard está en actividad desde ayer por la mañana; pero hasta ahora no ha descubierto gran cosa. La secretaria de Sir John ha descripto al hombre. Dejó una tarjeta, presentándose como Carducci, supuesto representante de las Hilanderías de Turín. La Yard recibió esta mañana un telegrama de Turín donde se le dice que no existe tal nombre entre sus empleados. Y hay un detalle interesante. La secretaria fué llamada por teléfono, después de hacer pasar al asesino a la oficina de Sir John y entretenida cinco minutos enteros contestando a preguntas ociosas, hechas con acento extranjero. Eso supone un cómplice ¿no? La secretaria debía ser la primera persona en entrar a la oficina de Sir John y cuanto más se la mantuviera alejada de ella. más tardaría el crimen en ser descubierto. Lo más curioso es que un hombre con barba y un pie más corto que otro se haya podido esconder tan fácilmente... desaparecer sin dejar rastro.

Una ligera sonrisa curvó los labios de Burke.

—En Scotland Yard siguen la regla del bueno y viejo John Bull, manteniendo sus narices sobre la piedra de afilar Pero piense un poco, Coronel. Un hombre con características que lo hacen resaltar poderosamente comete un asesinato en una oficina de la ciudad, a la hora más activa del día. Sale y no deja rastros. Seguramente eso indica a las claras un disfraz.

—¡Cielos!... es cierto — exclamó el Coronel descargando su puño sobre la mesa de roble. Luego añadió vivamente — Pero... ¿dónde se cambió? Hasta ahora dos personas han dado voluntariamente la información de que vieron al hombre barbudo a unos cien pies de la oficina de Threadneedle Street. Después... nada.

—Es muy difícil decir donde se cambió Pero podemos estar seguro de que lo hizo pocos minutos después de salir del edificio... ciertamente antes de que se descubriera el crimen. ¿Pero por qué me ha llamado para este caso, Coronel? ¿No está un poco fuera de mi línea?

El alto y delgado oficial del Servicio Secreto se inclinó ansiosamente hacia adelante:

—En las dos semanas últimas se han cometido varios actos de sabotage en las hilanderías de algodón de Lancashire. En todos los casos se ha indicado como autor a un hombre de aspecto extranjero, que llegó y desapareció rápidamente. Sir John fué asesinado por un hombre de ese tipo. Su secretaria entretenida en el teléfono por una voz de acento extranjero. Y luego está esa

tarjeta con el nombre italiano y la dirección. Pero — me pregunto a mí mismo — ¿estos atentados provienen de Italia o serán italianos sus autores? ¿O han adoptado la nacionalidad italiana para ocultar la propia? Observe esto: ¿puede la generalidad de las personas distinguir la diferencia que hay entre un italiano educado y un griego... o turco, por lo que al acento y apariencia se refieren?

—Comprendo — dijo Burke.

—Otra cosa. El precio del algodón en bruto ha estado bajando durante dos meses. Egipto es una de las más grandes fuentes de algodón en bruto, de Lancanshire. Los diarios del Cairo y Alejandría, particularmente los árabes, han estado poniendo el grito en el cielo por la baja del algodón, afirmando que la culpa la tienen los magnates del algodón británicos. ¿Está todavía el caso fuera de su línea?

Burke sonrió.

—Me parece más próximo ahora, Coronel. Voy a ir ahora a la oficina de Sir John y...

Sonó el timbre del teléfono. El coronel Strothard levantó el receptor y gruñó: "Sí, habla Strothard ¡Ah!... ¿es usted, Gayford? ¿Cómo dice? Cielos, que me cuenta... Sí... sí... Muy interesante. Lo curioso es que un amigo suyo, Burke, que está ahora conmigo me acaba de sugerir la misma posibilidad hace un minuto. Parece muy probable ¿no? ¿Lo vió salir alguien?.... ¡Malo! Gracias por haberme telefoneado".

Se volvió a Burke riendo.

—Dió usted en la misma cabeza del clavo, viejo. Era el inspector Gayford, de la Yard. Parece que el plomero de cierto establecimiento de Threadneedle Street se ha convertido en detective desde ayer por la tarde. El plomero encontró una barba postiza en los caños. Esta mañana, cuando la cajera que estaba de turno por la tarde oyó la historia dijo al gerente que había visto a un hombre barbudo, que llevaba una valija, bajar al guardarropa, poco tiempo después del crímen. No lo vió subir. El gerente avisó enseguida a la policía y ahora han llevado la barba a todos los principales fabricantes de la ciudad, tratando de hallar al hombre que la hizo. A propósito, estaba usted diciendo algo cuando sonó el teléfono.

—Sí — contestó Burke levantándose — Dije que iba a ir a ver a la secretaria de Sir John. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

—Bueno, si encuentra la buena pista, hágamelo saber.

Media hora más tarde, el detective irlandés estaba sentado en la oficina del difunto magnate del algodón, hablando con la joven secretaria, todavía pálida y conmovida por el acontecimiento.

—Dice usted que ambos hombres tenían acento extranjero, señorita Hutton?

—Sí, mayor Burke.

—Quiero que me escuche atentamente como pronuncio las vocales y también, muy especialmente, las "h's" y "k's"... "Mees Hutton, have you know the clock on the shelf ees stop? How then con you tell the time?" (Estas palabras en inglés imperfecto, significan: Señorita Hutton, ¿sabe que el reloj de encima de la estufa se ha parado? ¿Cómo puede entonces decirme la hora?) — Entiende lo que quiero decir? Esas dos voces — descontando la diferencia que hay entre todas las voces — ¿pronunciaban las letras como acabo yo de hacerlo?

La joven miraba al mayor con los ojos muy abiertos.

—Exactamente, mayor Burke. Claro que no exageraban, como usted lo ha hecho; realmente hablaban muy buen inglés; pero tenían el mismo acento gutural...

El irlandés se levantó.

—Muchas gracias, señorita — dijo — Ha sido usted muy perspicaz. ¿Puedo usar su teléfono?

—Ciertamente.

Inclinado sobre el escritorio, el mayor Burke agarró el receptor y un momento después se comunicaba con la Oficina de Asuntos Extranjeros.

—¿Con el coronel Strothard? Habla Burke. He podido averiguar, con toda certeza, que el asesino de Sir Garston es un semita. Su lengua nativa es, por consiguiente, árabe. Su presentimiento resultó acertado ¡Hasta luego!

Aquella noche, en el living room de su propio departamento, Burke hablaba con un caballero cuyos brillantes ojos obscuros demostraban gran interés en el relato.

Se necesitaba alguna imaginación para creer que este mismo caballero, resplandeciente ahora con un traje a la última moda, de Bond Street, el lacio cabello asentado con gomina, había sido en un tiempo el árabe del desierto Addulla el Zaagi, capitán de los guardias de corps de Lawrence, durante la rebelión en el desierto. Pero tal era el caso. Después que Lawrence dejó el Oriente, Zaggi se unió a Burke. Cuando Burke volvió a Inglaterra, insistió en acompañarlo. Ahora era, oficialmente, su secretario privado, en realidad su mano derecha para todos aquellos casos difíciles que le tocaba investigar. Era un tipo curioso aquel Abdullah, con la larga nariz curva de los árabes, la gran boca que, al sonreir, mostraba dos filas de dientes blancos y perfectos y ojos que siempre bailaban de alegría.

Hablaban en árabe. Cuando Burke terminó su relato, el Zaagi exclamó:

—Por mi tío, que no hay rastro que pueda seguir un camello. Tiene que ser ciego. Y estos de Scotland Yard son peores que ciegos. Dan vuelta en círculo buscando al hombre que ha hecho una barba. Wellah, ¿no hay acaso como una docena de fabricantes de pelucas y barbas en el Cairo y en Damasco?

—Parece, — dijo Burke — que hubieras estado otra vez escuchando en el Club Mahmoud.

El Club Mahmoud era el gran lugar de cita de los mahometanos en Londres.

Pero de pronto Abdullah se dio una palmada en la pantorrilla.

—¡Ahora te tengo, Alí Said!

—Banjan-i-shuma, por su vida y por la mía, "el Bourque", hace seis meses que perdimos a Safad Pashá en el río. ¿Está su mano en esto? ¿Hay más de uno? Quizá ha vuelto para cumplir su amenaza.

Burke se había visto obligado dos veces a combatir con todo su ingenio a Safad Pashá. Este caballero, un árabe-turco, había jurado amarga enemistad a los británicos y era jefe de una extraña sociedad secreta, conocida por la Liga neo-Islámica, la cual apoyaba cualquier causa oriental que creara dificultades al gobierno británico. Aunque dos de sus organizaciones, cuidadosamente construídas, fueron desbaratadas por las hábiles investigaciones de Burke, Safad Pasha siempre había logrado escapar. ¿Tendría razón el Zaagi? Aquel siniestro conspirador habría vuelto con otra banda?

Burke se puso en pie de un salto.

—Vete al Mahmoud y escucha lo que se murmura — ordenó. — Yo daré una vuelta por los hoteles de West End.

Afuera del Berkeley, un canillita gritaba:

"Ultimas noticias sobre el asesinato de Garston. Una nueva pista". Poniendo una moneda de seis peniques en manos del chico, Burke agarró el diario lo puso debajo de su brazo y entró al vestíbulo del hotel. Sentóse allí y recorrió la hoja. No decía nada nuevo el relato, excepto un artículo sobre la barba, que él ya conocía. Iba a dejar el diario cuando un pequeño encabezamiento atrajo su mirada perspicaz: Josiad Holt, Nuevo Jefe de la "Cotton Operatives".

Leyó el artículo. En una reunión realizada esa tarde, en Threadneedle Street, Josiah Holt, jefe de las grandes fábricas de algodón de Oldham, Holt e Hijo, había sido elegido presidente de la "Lancanshire Cotton Operatives Association" para reemplazar al difunto Sir John Garston.

Un minuto después, Burke se encontraba en una de las cabinas telefónicas del hotel,, hablando con la señorita Hutton.

—¿Está en Londres el señor Josiah Holt, señorita Hutton? ¿Estuvo ahí, en la reunión de esta tarde, dice? ¿Puede decirme dónde para? ¿En el Carlton? Gracias... ¿Cómo? No, nada de eso... No hay por qué preocuparse ¡Buenas noches!

Pidió al telefonista del hotel que lo comunicara con el Carlton.

—¿Con el Carlton? Quiero hablar con el señor Josiah Holt.

Poco después una voz que tenía acento muy pronunciado, del norte, resonaba por el alambre.

—Habla Josiah Holt.

—Le habla Burke, señor Holt. Trabajo para Asuntos Extranjeros, con motivo de la muerte del señor Carston.

—¡Ah sí! ¡Qué suceso terrible, señor Burke! — contestó sentenciosamente el hombre de Lancanshire.

—Deseo pedirle un favor y darle un aviso, señor Holt. Su vida está en peligro y...

—Vea, hijo mío. Josiah Holt es muy capaz de cuidar de sí mismo sin necesidad...

—De acuerdo, Sr. Holt — interrumpió Burke suavemente — Ustedes, los hombres del norte saben el terreno que pisan. Al mismo tiempo ¿sería pedirle mucho me avise si algún extranjero le habla por teléfono o le pide una entrevista?

—¿Y cómo voy a saber yo si no es usted extranjero? — preguntó el hombre del norte con desconfianza.

—Lo soy, señor Holt — contestó Burke riendo — De Irlanda. Pero si quiere tranquilizarse, iré ahora al Carlton y podrá usted verme. En realidad yo desearía tener una entrevista con usted. ¿Consiente en verme? Muy bien. Voy enseguida.

Cinco mintos más tarde descendía de un taxi frente al hotel. Tres hombres salían de él cuando él atravesaba la acera, uno de ellos fornido, de cabello rubio pálido, como de cincuenta años, iba en el centro y le dirigió una extraña mirada.

La mirada acompañó a Burke cuando entró al foyer y se acercó al escritorio del empleado. En aquellos ojos azules había un extraño dolor, una casi torturada concentración.

—El señor Josiah Holt me está esperando — dijo al empleado que estaba ante el escritorio.

El hombre lo miró sorprendido.

—El señor Holt acaba de salir con dos caballeros — contestó — Debe usted haber pasado junto a él...

Burke no esperó a oir más. Dándose vuelta atravesó apresuradamente el angosto pasillo en dirección a la puerta. Sabía el significado de aquella mirada de los ojos azules. Josiah Holt había tratado de hacerle una señal — debió también intentarlo con otros en el pasillo del hotel — con aquella mirada angustiosa. Los dos hombres que iban con él — recordó ahora Burke que caminaban muy junto al fabricante de algodon — lo raptaban.

Una gran limousine negra se había separado de la acera y marchaba hacia Trafalgar Square. Señalándola, dijo Burke al portero que examinaba la propina que le había dado:

—¿Vió subir tres hombres a ese auto?

—Sí, señor.

—Consigame un taxi, pronto.

El portero tocó pito.

—¿Los oyó usted dar dirección?

—No, señor. El chauffeur se alejó, no bien cerraron la portezuela. Parece que sabía donde tenía que ir.

Cuando el taxi se acercó a la acera, ya la gran limousine desaparecía hacia el este, alrededor del Haymarket. Saltando al estribo, Burke ordenó al chauffeur del taxi que siguiera al otro auto. El auto bajó la cuesta. Dando vuelta por Cocksupur Street, Burke divisó a su presa, como a cien pies de distancia. Cuando el taxi pasó por el Monumento de Nelson, aquella distancia se había reducido a la mitad. Y luego, de pronto, el oficial de tráfico de Chraing Cross levantó la mano para dejar pasar los vehículos del norte y sur. A los pocos segundos, la limousine se había perdido de vista por la Strand.

—Lléveme a Scotland Yard — gruñó Burke al chauffeur, mientras el agente daba paso.

El inspector Gayford se limpió las guías de su espeso bigote con el dorso de su gorda mano.

—Avisaré enseguida a toda la policía — dijo — ¡Lástima que no sepa el número del auto!

El inspector pronunció aquellas últimas palabras con acento de reproche, como si quisiera significar que, el no haber tomado el número del auto en tales circunstancias, era una negligencia imperdonable. Burke sonrió. No era la primera vez que se sentían más o menos rivales con el inspector y de aquella rivalidad no siempre había salido éste triunfante.

—Es lástima realmente — dijo el gigantesco irlandés con acento burlón — En verdad, traté de hacerlo; pero estaba demasiado lejos. No es que eso hubiera podido servir de mucho. Si Josiah Holt fué secuestrado por la banda que yo sospecho, habrán cambiado ya el número del auto.

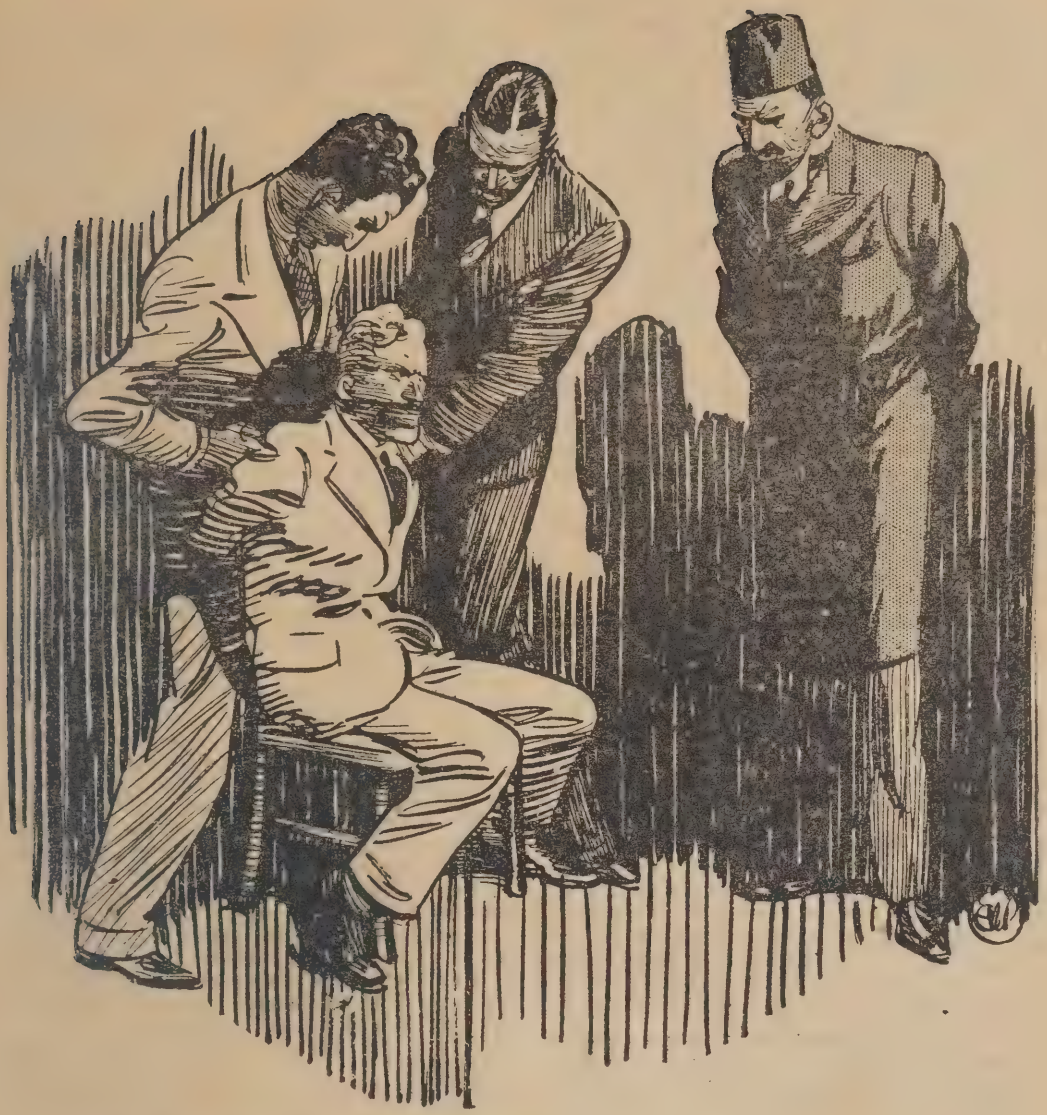
El inspector alzó las cejas.

—¿Sospecha usted de alguien? — exclamó — Eso es nuevo para mí.

—Ustedes constituyen una gran organización, Gayford — exclamó riendo Burke — pero no son la fuente de todos los conocimientos. Busque a Safad Pashá y entretanto, agradables sueños.

De la Yard tomó Burke un taxi que lo llevó a su departamento de Bruton Street. Hasta entonces, tenía que confesarlo, mientras las luces y el tráfico de Londres pasaban por su lado, todos los caminos estaban cerrados y — cuando recordaba cuan cerca había estado de agarrar infraganti a los secuestradores de Holt — parecía que el destino se empeñaba en jugarle malas pasadas.

Los secuestradores debieron entrar al cuarto del fabricante de algodón, casi inmediatamente de terminada la conversación telefónica entre él y Burke. Era inútil ir al Carlton a pedir informes sobre ellos. Probablemente no habían estado allí un cuarto de hora y Burke tenía de ellos una descripción tan buena como la que podía darle cual-



Ataban a la silla a un hombre amordazado.

quiera de los porteros. En todo caso, Scotland Yard se ocuparía de esos detalles.

Eran las veintidos cuando subió la escalera de su departamento e introdujo la llave en la cerradura. La casa estaba desierta. El Zaagi no había regresado todavía. Burke encendió la luz, quitóse el sobretodo y el sombrero, colgándolos en la percha. Luego se dirigió al living-room, que estaba al fondo, y encendió la luz de allí. Y entonces una voz gutural dijo detrás suyo:

—Ha venido usted al fin, mayor Burke.

Se dió vuelta y encontróse ante dos hombres, negligentemente sentados en sillas a cada lado de la mesa, cada uno de ellos con un revólver sobre las rodillas.

—Tenga la bondad de levantar las manos, Mayor.

El hombre que habló tenía el cabello gris en las sienes y voz soñolienta. Luego dijo a su cómplice:

—Regístralo, Rahail.

Este pasó detrás de Burke y apoyándole el caño del revólver en mitad de la espalda, le registró los bolsillos, quitándole su Webley.

—Es todo, Alí Said — dijo, entregando el arma al otro hombre.

—Se están ustedes volviendo muy audaces — dijo Burke fríamente, mirando a los dos hombres entre sus párpados semi-caídos — Uno de estos días les va a costar caro. No es posible que sigan asesinando y secuestrando impunemente a los ciudadanos ingleses.

El llamado Alí Said mostró sus dientes con una sonrisa de lobo.

—Quizá no tendremos que ir más adelante, ahora que lo hemos agarrado a usted. Y

quizá con usted en nuestras manos, podamos hacer más de lo que ya hemos hecho, sin ser molestados. Usted es el hombre que siempre impidió a mi amo, Safad Pashá, cumplir sus proyectos. En adelante no podrá hacerlo, Mayor. Esta noche lo llevaremos ante Safad. Le prepara a usted la bienvenida.

Levantándose de la silla dijo al otro en árabe:

—Ve a ver si ha llegado el auto, Rahail — y luego a Burke en inglés. — Como precaución extra, mientras no esté Rahail, mantenga las manos bien en alto.

El cerebro de Burke funcionaba rápidamente. No tendría más que uno o dos minutos a solas con aquel hombre antes de que el otro regresara. Si quería salvarse de las aventuras desagradables que le esperaban en un encuentro con Safad Pashá, tenía que proceder en aquel tiempo. Oyó abrirse y cerrarse la puerta del frente. De pronto, cuando estaba a punto de arriesgarlo todo saltando hacia el hombre que tenía delante, un ligero movimiento de las cortinas que había entre el living-room y el comedor llamó su atención. ¿Habían apostado un tercer miembro de la banda allí para el caso de que él hiciera el movimiento que proyectaba?

Oía al llamado Rahail volver al hall, cuya luz había apagado.

De pronto las cortinas se separaron.

—Ahora, Alí Said, entrégate.

Era el Zaagi, con traje nativo y una pistola automática en la mano, quien había pronunciado ess palabras.

Alí Said se dio vuelta. Pareció que iba a levantar las manos. Pero de pronto pegó con la derecha en la lámpara de la mesa, que era la única luz que iluminaba la habitación. Y luego, del caño de los dos automáticos salió, en la obscuridad, un fogonazo. Burke había tirado hacia la puerta que comunicaba con el hall; por donde debía entrar el otro árabe. Alí Said no volvió a hacer fuego y el cuarto quedó sumido en silencio mortal. ¿Habría sido el Zaagi alcanzado por la bala?

De pronto el gran irlandés oyó un ligero movimiento cerca, en la puerta de entrada. Extendió la mano y agarró el cuello de un saco, cuyo dueño empezó a forcejear desesperadamente. Se oyó un ruido, un fogonazo iluminó la cara de Burke y una bala incrustóse, detrás suyo, en la pared. Cuando trataba de agarrar al hombre por la muñeca, alguien lo rozó al pasar "¡Alí!" imploró el hombre a quien tenía agarrado. Y de pronto se encontró con que no tenía en sus manos mas que el saco. Se oyó una corrida en el hall. Tirando el saco, Burke corrió hacia la puerta del frente que se abrió y volvió a cerrar de golpe, antes de que llegara a ella.

Pero, detrás suyo, oyó pasos rápidos y cautelosos. Aplastándose contra la pared esperó. Cuando pasaba el fugitivo estiró el pie y el hombre cayó al suelo. Burke saltó. Un momento después había arrebatado el arma de manos del hombre caído, se puso de pie y encendió la luz.

—¡Por mi vida, el "Bourgue"!

Era el Zaagi quien estaba en el suelo, palpándose tiernamente un costado de la cabeza.

—Wellah ¿por qué ha tratado de matarme cuando los otros se han ido? — dijo con acento de reproche.

Lanzando un juramento, Burke corrió hacia la puerta y la abrió. Un gran auto de carrera, llevando dos hombres en el asiento de atrás, corría hacia Grosvenor Square. No llevaba luz posterior. Sí, la tenía. La luz roja brilló de pronto al dar vuelta la Plaza. Tenía algún mecanismo que les permitía encender y apagar la luz a voluntad, imposibilitando que fueran leídos los números de la chapa. Burke miró a su alrededor, buscando un taxi; pero Bruston Street estaba desierta.

Cuando volvió a entrar a la casa halló al Zaagi suficientemente repuesto como para haber levantado el saco que el árabe más joven abandonó en su fuga. Como verdadero beduino, Abdullah estaba viendo lo que contenían los bolsillos.

—¡Mire! — exclamó animadamente, sacando un puñado de cartas — El perro tenía muchos escritos.

—Llévalos a la oficina — dijo Burke precediéndolo hasta el cuarto de la izquierda. Encendiendo la luz de encima del escritorio, tomó los papeles de manos de el Zaagi y los examinó. Eran cartas en árabe, con estampilla del Cairo y dirigidas a Rahail Zelouar, P. R. Londres. Cartas de una esposa a su marido, sin nada de importante. Estaba a punto de tirarlas, disgustado, cuando cayó de entre ellas una tarjeta. La levantó. Ostentaba caracteres que, conociendo el árabe, descifró rápidamente, leyendo de izquierda a derecha y no de derecha a izquierda como se hace en otros idiomas. En inglés leyó: Rahail Zelouar y abajo, en el ángulo izquierdo, escrito con lápiz, 89 qg.

Miró lo escrito con lápiz en aquel ángulo izquierdo ¿Era algo que pudiera proporcionar una pista? 89 qg. Repitió las palabras una y otra vez. Si pudiera...

—¡Wellah! — exclamó el Zaagi que miraba la tarjeta por encima de su hombro — Ha sido mezquino con su dirección.

¿Dirección? ¿El sagaz árabe había dado en el clavo?

—89 Q. G. ¡Cielos! Había un tashdid sobre la letra G., que indicaba repetición. Resultaba entonces 89 Q. G. G.

Dirigiéndose a la biblioteca sacó un plano y una Guía de Londres. Empezó a buscar en el índice de calles. ¿Queen's Gardens? No. ¿Queen's Gate?... Tampoco.

—Ya está: "Queen's Gate Gardens" — se volvió a el Zaagi. — ¡Ven! Vamos a investigar si tu presentimiento fué acertado.

Cinco minutos después iban en un taxi que dobló Hyde Park Corner en dirección a Kensingroon.

Dejando el auto en la esquina de Gloucester y Cronwell Roads, se encontraron en una plaza, con muchos árboles, que era Queen's Gate Gardens. Era un barrio distinguido, habitado por londinenses ricos y respetables. Al mirar las cómodas casas, de líneas tan majestuosas, Burke pensó si habría dado un paso en falso. Su confianza recibió un nuevo golpe cuando vió que el número 89 pertenecía a una casa que tenía el letre-

ro "Se Alquila", en una de las ventanas más bajas.

—Por el destino, — exclamó el Zaagi con la cresta caída — los camellos extraviados no han pasado por aquí.

—Parecemos destinados a no encontrar una pista en este caso — dijo el gran irlandés mientras se dirigían hacia Queen's Gate. — Son gente escurridiza. Safad parece haber adquirido experiencia.

Habían dejado atrás los jardines y paseaban por un terreno que había detrás de las casas, en el costado este de la plaza. De pronto Burke se detuvo y lo miró. La siniestra obscuridad del terreno parecía invitarlo. Dijo a el Zaagi.

—Voy a registrar esa casa, después de todo. No me perdonaría haber abandonado una pista.

El Zaagi, que, antes de regenerarse había pasado mas de una noche en la cárcel de Turquía por violación de domicilio, sonrió encantado. Esa era, Wellah, aventura digna de un hombre animoso.

La puerta del terreno, que quedaba al fondo del número 89, estaba cerrada con llave; pero no les costó mucho saltar el cerco. Estaban ahora en un patio al fondo, pavimentado con asfalto. Manteniéndose a la sombra del cerco, a la derecha, se dirigieron furtivamente hacia la casa. La puerta del fondo. — Burke dió vuelta el pestillo — estaba cerrada con llave. Lo mismo ocurría con todas las ventanas del piso bajo y del subsuelo. Pero, arrodillándose junto a una de las últimas, el irlandés apoyó el caño de su pistola contra el vidrio y apretó firmemente la culata con la palma de la mano. Se oyó un leve ruido. Poco después dejaba Burke en el suelo un pedazo de vidrio trianglar. Metió la mano y abrió la falleba.

Al abrirse la ventana, el Zaagi dijo con envidia.

—Inshallah, cuesta creer que haya sido usted siempre un hombre honrado, "el Bourque".

Con risa baja, Burke ayudó a Abdullah, que se había quitado los zapatos a pasar por la ventana. Luego, dándole una orden en voz baja, sacó su pistola y recostándose contra la pared se quedó en guardia, junto a la ventana abierta, vigilante y alerta, hasta que vió que la vía estaba libre. Luego siguió al árabe.

Estaban en una cocina del subsuelo, completamente vacía. La pequeña antorcha de Burke descubrió la puerta del frente. Pasaron a un hall, al pie de una escalera. Subieron los escalones, en la obscuridad ahora, porque el detective no quería exponerse con la luz y llegaron a un gran hall. No había rastros de seres humanos. El silencio era profundo. De puntillas, se dirigieron a un cuarto cercano. Vacío. A otras habitaciones. Todas vacías. Nada había en el primer piso. Luego revisaron cuarto por cuarto del segundo piso. Vacío, todo vacío. Registraron el altillo. Nada.

—Y bien, — gruñó el detective en voz baja, — ahora estoy satisfecho. Volveremos a casa y mañana será otro día. Con todo, me gustaría saber que quiere decir 89 qgg.

Bajaban la ancha escalera que conducía al gran hall del primer piso cuando el Zaagi, que tenía oído muy fino, agarró a Burke por el brazo.

—¡Escuche, el Bourque!

Un débil "clic" en una puerta de abajo... en alguna parte del fondo.

—¡Atrás! — ordenó Burke.

Abajo se abrió una puerta. Oyeron bajo murmullo de voces... pasos cautelosos. Luego silencio otra vez.

—¡Por mi pescuezo! — dijo con un sibilante murmullo el Zaagi. — Han bajado al subsuelo. Quizá nos vieron y vienen a sorprender un ladrón.

El silencio continuó por espacio de cinco largos minutos. Luego Burke dijo:

—Vamos a bajar al subsuelo nuevamente. Es la única parte de la casa que no hemos registrado bien.

—¿Y si es la policía, pelearefos primero y nos explicaremos después? — preguntó el Zaagi ansiosamente.

Pero ya Burke bajaba, como un fantasma, las escaleras.

Estaban en un cuartito que evidentemente había sido lavadero. En un rincón había un pequeño armario cuadrado. Siguiendo el pequeño círculo de luz de su linterna, Burke se dirigió hacia él. Hasta entonces, habiendo registrado todo el subsuelo, nada habían hallado. Abrió cautelosamente la puerta del armario. Era lo que parecía ser:

Las viejas paredes de tabla ostentaban ganchos.

Cerrando la puerta, Burke dijo al Zaagi.

—Esto es endiabladamente misterioso. Debe haber en algún sitio una habitación que no hemos encontrado. Vamos a revisar otra vez el cuarto de secar.

Apenas habían dado un par de pasos, cuando un ruido los hizo detener. Parecía provenir del mismo armario que acababan de examinar. Empujando al Zaagi delante suyo, Burke se apretó contra la pared.

Se oyó un chirrido... la puerta del armario se abrió.

Un rayo de luz, procedente de una gran linterna iluminó la pared más distante. Siguiéndola dentro del cuarto de secar, que estaba del otro lado descubrió una procesión de figuras obscuras. Una orden fué dada en árabe gutural.

—Por mi pescuezo, — murmuró el Zaagi — Es la voz de Safad.

En aquel otro cuarto se hacía alguna clase de preparativos. Finalmente, Burke se acercó de puntillas, a la puerta. En el círculo de luz proyectado por la linterna vió un hombre amordazado, que ataban a una silla. El hombre era fornido, de cabello color pajizo... el mismo que había visto salir del Cariton entre los dos malhechores... Josiah Holt. Y luego vió otra figura más familiar. Un árabe de barba negra y cara siniestra y dominadora. Safad. Safad que observaba, parado y ceñudo, lo que hacían los otros.

Cuando terminaron de atar al industrial del algodón, arrimaron la silla a la pared. Como a tres pies encima de su cabeza había una canilla. Safad mismo la abrió, dándole

sólo una pequeña vuelta, de modo que apenas goteara; pero... sobre la cabeza de Josiah Holt. ¡La tortura de la gota de agua, esa gota que cae continuamente y termina por volver loco a un hombre!

—Es usted un estúpido — gruñó Safad, retrocediendo y mirando malignamente al prisionero. — No tiene más que prometer que el precio del algodón subirá y quedará libre. Pero es obstinado. Todos los de su raza lo son. De modo que morirá, como murió ese perro de Carston, como han de morir otros antes de que Safad termine.

—Yakh — exclamó Safad, cuyo rostro se obscureció de ira. — Usted aprenderá. — ¡Vamos! Dejemos al perro en la obscuridad.

Un momento después, la banda desapareció por el pasaje secreto que quedaba del otro lado del armario.

Burke vió ahora claras varias cosas. Safad, o algún miembro de la pandilla que trabajaba para él, había alquilado la casa vecina. Hubieran o no alquilado también ésta, habían comunicado las dos casas para que la banda pudiera entrar y salir por la vacía y el terreno del fondo.

A los pocos segundos, habían puesto en libertad a Josiah Holt.

—¿De modo qué fué usted quien me telefoneó? — preguntó Holt cuando Burke le dijo quien era. — Palabra, muchacho, que no bien dejé el teléfono, llamaron a mi puerta. "Adelante" contesté y... entraron ellos. "¿Quienes demonios son ustedes?" — exclamé. Ya lo sabrá más tarde, me contestaron. Pero primero, venga con nosotros. Y callandito. Me apoyaron un revólver en la cabeza. ¿Qué más podía yo hacer? Pero ese perro fanfarrón de Safad no consiguió nada de Josiah Holt. Quería obligarme a hacerle toda clase de promesas. Le dije yo que lo colgarían a él primero.

—¿Lo trajeron a usted a esta casa? — preguntó Burke.

—Sí. Hay un pasaje secreto que comunica con la otra, por el armario.

Cuanto más pronto salgamos de aquí y hagamos rodear las dos casas por la policía mejor — dijo Burke. — ¡Venga, señor!

Luego de pronto, detrás de ellos, en la obscuridad, resonó una voz:

—¡Pero no!... ¡Manos arriba! ¡Pronto!

Un círculo de luz los iluminó y detrás de él vieron una cara obscura, delgada, dos ojos brillantes y el caño de una pistola.

Levantaron las manos.

Se oyeron pasos en el lavadero... un grito agudo.

—Soy yo... Abdul — contestó el hombre de la linterna. — ¡Vengan! He encontrado uno que me parece ese Burke.

Tres árabes entraron corriendo.

—Quiténles las armas — gritó Abdul y cuando se hubo hecho: — Llévenlos a la otra casa... a los tres. Si este Burke ha hallado el sitio, otros pueden encontrarlo.

Cuando los tres prisioneros fueron introducidos en la sala, provista de gruesas cortinas, de la otra casa, dos de los tres hombres que estaban sentados delante de la mesa, jugando a las cartas se levantaron.

Uno de ellos era Alí Said y el más joven, Rahail.

—¡Excelencia! — exclamó Alí, dirigiéndose al hombre de la pistola. — ¿Lo agarró ...a Burke?

—Estaba en la casa de al lado, donde lo encontré tratando de libertar al otro prisionero. Usted y Rahail cometieron una torpeza... dejaron un rastro. ¿Dónde está Safad?

—Se ha ido, Excelencia, — dijo Alí atemorizado — hace apenas un minuto.

Burke observaba atentamente a aquel hombre a quien Abdul había llamado Excelencia y a quien todos parecían tener miedo. Se estrujaba el cerebro para recordar si lo había o no conocido en Oriente. Excelencia es título que sólo se da a las personas de alto rango y en Egipto únicamente a los príncipes. ¿Era un príncipe egipcio?

El hombre le sonreía a Burke a su manera, fría y brillante.

—Ha caído en nuestra trampa, mayor Burke — dijo. — ¡Muy bueno! Demasiado a menudo se le ha escapado a mi amigo Safad Pashá. Pero no se escapará más. Cuando esta noche vuelva, lo obsequiaré con un cadáver... el suyo.

—Y a usted lo ahorcarán algún día, por muy príncipe que sea — contestó Burke.

—¿Usted me conoce? ¿Sabe quién soy?...

—Sé bastante, y la Yard también.

—Pero no saben y usted tampoco sabe, que con mis propias manos, maté a ese perro de Garston y lo mataré a usted... a usted... y a usted — indicó al Zaagi y Josiah Holt con su pistola. — ¡Ahora! Esta noche.

No obstante su calma exterior, Burke sabía que él y sus compañeros se hallaban en una situación desesperada.

Y entonces ocurrió algo extraño. El Zaagi cayó al suelo, retorciéndose como presa de un ataque epiléptico. Echaba espuma por la boca y se retorcía y saltaba sobre el piso de un modo impresionante. Los árabes lo miraban con espanto.

En el mismo instante y en una de sus más violentas contorciones, el Zaagi se puso en pie de un salto. Su puño se extendió, como la cabeza de una cobra que va a morder, y alcanzó a Excelencia en la mandíbula. Lo hizo caer al suelo, donde quedó inmóvil.

La mano derecha de Burke se había bajado con rapidez de relámpago. La pistola que tenía oculta en la axila y que los árabes no le habían encontrado, apareció en su mano.

—¡Manos arriba! — gritó a su vez en árabe. — ¡Arriba o una bala atravesará cada corazón!

Dos minutos más tarde siete revólvers estaban sobra la mesa. Seis hombres... Excelencia se hallaba aún donde había caído — estaban recostados contra la pared; Josiah Holt y el Zaagi les apuntaban con sus armas.

Burke se dirigió al teléfono.

—¿Es usted Gayford? Habla Burke. Es mejor que venga al número 87 de Queen'a Gate Gardens. Le tengo una pequeña sorpresa. Siete sorpresas, incluso al asesino de Sir John Garston y los raptores de Josiah Holt. En cualquier momento podremos apresarlo a Safad ahora. Holt está con nosotros. No, viejo, no es cuento. Venga y convenzáse por sus propios ojos. Pero... ¡pronto!

FIN

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

ENTONCES dividiremos la escuadrilla — dijo el Calvo. — Tú Billjim, Caballo de Guerra y yo nos quedaremos arriba cuando aparezcan los Gothas. El resto bajara a atacarlos para tenerlos entretenidos. Entretanto, nosotros cuatro buscaremos al Zeppelín que viene detrás y cortaremos una buena tajada de salchicha ¿tiene alguien una idea mejor?

Nadie la tenía.

Las tres noches siguientes fueron apacibles. Durante ese tiempo, los "Angeles" se convirtieron en lo que los libros de historia natural llaman "criaturas puramente nocturnas" porque dormían durante el día y se veían solamente de noche. Todos ellos — particularmente el Calvo — se aburrían en la inacción. Era imposible salir a tomar aire y distraerse volando por la costa y bajando sobre las defensas alemanas, como John Henry, porque en cualquier momento podía llegar un mensaje por radio. El único entretenimiento era estar al alcance de la campana de alarma. De modo que los "Angeles" se pasaban el tiempo jugando a la baraja hasta que la sola vista de las cartas los fastidiaba.

La tercera noche de aquella vida, John Henry pareció despabilarse. Jugando al poker con Billjim y Caballo de Guerra, se encontró en posesión de cuatro haces y el "joker", mano que cualquier jugador de poker sabe es prácticamente invencible.

En verdad, sólo existe otra mano, la Escalera Real, es decir cinco cartas altas de un mismo palo, desde el 10 al as, capaz de derrotarla.

Puesto que no hay más que cuatro ases en cada mazo de cartas, John Henry sabía que nadie podía tener mano para ganarle y se relamió de gusto. Su mano temblaba al empujar diez francos hacia adelante como primera apuesta. Aquella era la mayor oportunidad de su vida.

El poker, como saben los que entienden de ese juego, es más cuestión de audacia que de cartas. Los jugadores, después de recibir sus cartas, apuestan unos contra otros. Las apuestas suben hasta que uno se asusta y renuncia. Muchas veces, un jugador que tiene realmente buenas cartas deja porque su adversario apuesta tan fuertemente que es de suponer sea poseedor de un "milagro"... como los cuatro ases y el "joker" de John Henry. Pero el adversario, puede o no hacer "bluff", con cartas sin valor, y habiendo asustado a los otros recoge sus mal adquiridas ganancias que, por otra parte, son lícitas en ese juego.

El poker no se recomienda más que a aquellos que esperan muerte repentina en cualquier momento.

—Diez — dijo John Henry, haciéndose el inocente.

—Veinte — contestó Biljim doblando la apuesta.

Caballo de Guerra sonrió con expresión feliz y dijo:

—Treinta.

La rueda de la apuesta siguió y el joven Dent tenía que contenerse para no chillar

de delicia. Evidentemente los otros tenían buenas manos y creían que él hacía "bluff". Siendo así, apostarían hasta el techo y al final recogería él un buen montón. Su mano era de hierro forjado.

Cuatro veces más dió vuelta la apuesta y cuando se llegó a un total de trescientos francos, Billjim miró a sus compañeros con desconfianza.

—Es una vergüenza robarles el dinero, camaradas — dijo — Yo tengo cartas que valen un millón, de modo que es mejor que se vayan a baraja.

—Cuatrocientos — dijo John Henry traspirando y Caballo de Guerra le aceptó la "parada" con quinientos.

—Como quieran — dijo tristemente Billjim — Hagan "bluf" no más, queridos; pero lo que es a mí no me van a asustar. Tengo una mano que me hará resistir aunque lleguemos a mayor altura que la Deuda Nacional. Seiscientos. Y te advierto, John Henry, que si no puedes pagar tu deuda de honor haré poner un cartel denunciándote como defraudador en todos los clubs de ciclistas de la población.

—Setecientos — replicó sonriendo John Henry — Esta noche se sentará un hombre arruinado en tu aparato, mi lindo. La vieja mansión de los Jameson tendrá que ser vendida y...

En aquel preciso momento llenó la pieza la voz de bronce del gong de alarma. Los hombres se pusieron de pie y corrieron hacia la puerta. Caballo de Guerra llegó entre los primeros, metiéndose las cartas en el bolsillo, mientras corría.

—Terminaremos a la vuelta — gritó por encima de su hombro y John Henry suspiró.

—Tenía que "ocurrir"... tenía que ocurrir "ahora" — murmuró — Realmente Fritz no tiene ningún sentido de la decencia. ¡Interrumpir un partido de baraja! ¡Y qué cartas! Iba yo a hacer mi fortuna.

Salió, con Billjim a su lado, guardando ambos sus preciosas cartas en el bolsillo.

—Si te rompes la crisma en esta aventura me arruinarás el negocio — gritó John Henry — Conque hazme el favor de volver vivo; si no, no volveré a dirigirte la palabra. Te apuesto ochocientos.

—Novecientos — gritó Billjim deteniéndose para descolgar su equipo de aviador de una percha; pero luego el barullo tenía que terminar porque la escuadrilla estaba frente a el Calvo en el hangar.

—Fritz está en camino, hijos míos — dijo el comandante, poniéndose su casco de cuero. — Si algún Zeppelín sigue a los Gothas debe navegar muy alto, porque no ha sido avistado. Pero yo apostaría que viene. De cualquier modo, se calcula que no estaban ni a veinte millas de aquí, cuando recibí el aviso; no hay tiempo que perder, pues. Todos saben el nuevo arreglo. Conque... tomen asiento.

Los "Angeles" se diseminaron. Corrieron a sus aparatos que ya empezaban a funcionar en manos de los activos mecánicos, y un minuto después toda la escuadrilla salía de la obscura caverna. Ya había caído la noche; pero la luna brillaba, entre nubes, sobre el mar agitado y tocaba a los aeroplanos, al subir, con su delicado dedo de plata.

John Henry se instaló más cómodamente en su asiento, le dió a la bomba del aceite un chapuzón extra para tener suerte y luego buscó en su bolsillo. Sacó las arrugadas cartas, las miró y lanzó un suspiro de satisfacción. Los cuatro ases y el "joker". No había error. Las volvió a guardar.

A través del camino vió a Billjim y levantó el brazo para llamarle la atención.

Una pequeña burbuja blanca, que era la cara, envuelta en pieles, se volvió hacia él.

El joven Dent abandonó los controles y alzó ambas manos, extendiendo los dedos enguantados.

Billjim comprendió que la apuesta se elevaba a diez cientos, es decir mil. Contestó levantando las dos manos y los diez dedos se abrieron y cerraron dos veces. Veinte cientos.

—¡Caracoles! — exclamó John Henry y casi termina su vida antes de tiempo al soltar su control en un ambicioso esfuerzo para elevar la apuesta a tres mil francos con quinientos más de contrapeso.

En ese momento, sin embargo, oyó una corta descarga adelante y tuvo que empuñar nuevamente los controles y seguir a el Calvo en una subida vertical. Billjim volaba a nivel de él y Caballo de Guerra a retaguardia, formando un rombo.

Luego, mientras los aparatos volvían a formarse abajo, bajo la dirección del superior, los cuatro que iban a la caza del Zeppelín se elevaron muy alto, en la bóveda obscura y plateada del cielo.

Durante el cuarto de hora siguiente, John Henry se distrajo haciendo mentalmente cálculos aritméticos. Tratába de averiguar cuanto serían tres mil francos en libras y le resultaron unas treinta. Se movió encantado en su asiento y decidió pedir licencia enseguida para ir a París y despilfarrar su nueva fortuna.

Luego divisó, muy abajo, la escuadrilla de Gothas y un movimiento de brillantes flechas, al bajar sobre ellos los Camels.

Era extraño y grotesco estar sentado lejos, en las alturas superiores y observar la salvaje batalla que se libraba abajo, a la luz de la luna. La escuadrilla de Camels peleaba estrictamente de acuerdo a las instrucciones dadas por el Calvo. Se mantenían en formación y bajaban como lo habían hecho la última vez, disparando sólo cuando el enemigo estaba momentáneamente a tiro. Como antes, la táctica dió resultado.

John Henry estirando el cuello, vió una gran llamarada amarilla y que uno de los Gothas se empinaba y descendía. Fué cayendo al vacío como una llameante antorcha de muerte y elevóse un lívido resplandor cuando finalmente tocó la superficie del agua. Después se apagó como un fósforo mojado.

Otro se incendió cuando el primero cayó al agua: pero la batalla se realizaba muy

abajo para que pudiera ser presenciada cómodamente y John Henry se volvió a la tarea que tenía entre manos.

Sintió repentina emoción mientras esforzaba sus ojos en busca del esperado — y ansiado — Zeppelín; emoción que le hizo olvidar hasta aquel importante asunto de los cuatro ases y el "joker".

La luna estaba sombreada por una verdadera barrera de nubes, que formaban una extensión, larga y plana, de luz y de sombra. Varias veces John Henry saltó en su asiento y empuñó los controles de su ametralladora para disparar la señal; pero la obscura masa que llamó su atención resultó ser nada más que otra nube y el corazón de John Henry empezó a desalentarse.

Luego la ametralladora de el Calvo de tonó.

Por unos momentos, después de la señal del jefe, John Henry nada pudo ver, aunque esforzó los ojos hasta que le pareció que se le saltaban de las órbitas. Luego vió un reflejo de luna sobre una superficie larga, plana, medio oculta por las nubes, y comprendió que la hora cero había llegado.

El mismo Calvo sólo había tenido una visión momentánea del Zeppelín; pero fué suficiente. Ahora subió en línea vertical con sus muchachos pegados a los talones y diez segundos más tarde pasaban por una abertura entre las nubes, quedando en plena vista la gran sombra plateada que navegaba abajo.

Era una vista magnífica y siniestra a la vez, dotada de esa belleza que poseen las grandes máquinas inventadas por el hombre. La luz de la luna brillaba temblorosa sobre los lisos flancos del Zeppelín y hacía brillar las hélices como vidrio escarchado. Los cañones asomaban sus siniestros caños por los ojos de buey y uno, montado adelante, en la proa roma, empezó a flamear rápidamente cuando los cuatro Camels se dejaron ver.

El Calvo movió rápidamente su barra de control y su aparato osciló vertiginosamente, dando la señal para romper la formación. Las tres máquinas que estaban detrás suyo se abrieron en abanico, haciendo el loop y volviendo al ataque por su cuenta, mientras el jefe seguía avanzando hasta que pareció que iba a meterse de cabeza dentro del brillante monstruo.

Luego subió a pico y sus ametralladoras respondieron al rojo fogonazo que había brillado en la proa del Zeppelín. En un segundo se elevó fuera de tiro; ileso; pero el artillero alemán quedó caído en su pequeña galería de aluminio y un compañero, lanzando maldiciones, trataba de arrancarlo de su sitio para ocuparlo él.

Billjim, llegó del costado de estribor, disparando violentamente sus ametralladoras a la gris montaña de tela que quedaba en sus miras. Los artilleros de los ojos de buey concentraron sobre él su fuego; pero el pequeño y rápido aparato ofrecía un blanco tan difícil como una tijereta. En la segunda cámara de motores del Zeppelín una fila de diales quedó convertida en polvo de vidrio; el mecánico se agachó y rodó por el suelo, agarrándose a una argolla.

Billjim dió vuelta y bajó en espiral, satisfecho de su hazaña. Luego enderezó y subió para repetirla; pero de pronto dió un brinco al ver la gran forma gris muy cerca.

Su parabrisas desapareció y la lluvia de vidrios le pinchó la cara. Algo como un hierro enrojecido le laceró el brazo, desde la muñeca al codo, y Billjim se inclinó hacia adelante, mientras una nube negra bajaba, como una cortina delante de sus ojos.

John Henry vió el repentino cambio de ruta de Billjim, vió la proa del pequeño aparato moverse sola. Después se enderezó y pareció que iba a subir otra vez; pero fracasó a mitad de camino y cayó como una hoja muerta.

John Henry juró salvajemente y un vapor húmedo le nubló la vista. Había, es cierto, probabilidades de que Billjim estuviera solamente herido y no muerto; pero ¿qué esperanzas de salvación podía tener en el agua, a diez y seis mil pies debajo?

Seguramente no se repetiría la buena suerte que él tuvo al encontrar un destróyer. En eso John Henry se equivocaba. Las autoridades, siempre vigilantes, habían enviado especialmente aquel destróyer para que escuchara todas las noches el ruido de los combates aéreos, después de haber resultado una vez tan útil. Los "Angeles" eran muy necesarios y si les podía pescar y remendar para el futuro las autoridades no dejarían de hacerlo. Valía la pena gastar un poco de carbón.

El Calvo, ahora, molestaba a los artilleros de la cola, haciéndoles su ventilado albergue muy peligroso. Una de sus descargas le acertó a una figura embozada, de abajo arriba, y el infortunado cayó cabeza atrás y pasó por encima de la barandilla circular en un torbellino de brazos y piernas.

El cañón dejó de funcionar, inutilizado, y el Calvo comprendió que el ataque a la cola no ofrecía peligro mientras los artilleros no aprestaran otro cañón.

Entretanto, Caballo de Guerra se portaba varonilmente. Bajó repetidas veces sobre los artilleros del "camino de los gatos", situados en una angosta senda, en lo alto del Zeppelín y su exhibición de eficiencia fué tan completa que podría haber causado envidia hasta a un alemán.

No bien los artilleros cayeron, siendo reemplazados por otros, desde abajo, Caballo de Guerra barrió el nuevo lote. Perdió a su ver una rueda del tren de aterrizaje, la mayor parte de un alón y toda la tela debajo del fuselaje; pero como era hombre de poca imaginación siguió...siguió.

Los caballeros alemanes empezaron a sulfurarse, desertaron de sus puestos ordinarios de artillería y treparon por las vigas, debajo de la tela protectora. Allí hicieron pequeños agujeros en sitios inesperados y esperaron la próxima bajada del aeroplano

Caballo de Guerra volvió a bajar, vió que ninguno de los puestos de artillería estaban ahora ocupados, que las ametralladoras colgaban en sus trípodes y que nada se movía en el camino de los gatos, que ya sus balas habían desgarrado como si un verdadero gato gigantesco hubiera estado jugando allí.

—Han recibido una buena lección — murmuró Caballo de Guerra, siempre bajando. — Ahora seguiré disparando hasta que les haga tirar las balas de gas y el Zeppelín empiece a...

No terminó la frase porque en ese momento le fueron arrancados limpiamente los anteojos por una bala que desgarró el cuero de su casco y le rozó el cabello.

Otras balas, de la misma descarga, resonaron del aparato al mismo tiempo y la barra de control quedó inerte, mientras la hélice volaba en fragmentos y el motor trataba de saltar de sus soportes.

El ala de la parte media se desplomó, lo mismo que las vigas, tapándole la vista a Caballo de Guerra; el aceite del tanque agujereado lo salpicó.

Pero Caballo de Guerra seguía bajando, por la sencilla razón de que no podía hacer otra cosa. Descendía... descendía silenciosamente ahora, con el motor parado, pero gimiendo con la vibración de los alambres. Los caballeros alemanes que habían tenido aquella nueva y brillante idea, temblaron también de pronto. Gritaron y empezaron una verdadera corrida de monos por entre las vigas entrelazadas. Porque podían ver ahora que su propia obra se les volvía en contra... que el aeroplano sin gobierno bajaba a plomo, mismo sobre el medio del Zeppelín y suponían al piloto desvanecido o muerto.

Pero Caballo de Guerra no estaba desmayado. Estaba asustado; pero su naturaleza era tal que en él el miedo siempre estaba contrabalanceado por la curiosidad de lo que sucedería. Adelante suyo nada podía ver y simplemente pensó que caería al mar, esperando que tendría tan buena suerte como John Henry.

Y luego chocó contra el Zeppelín.

Su pequeño y pesado aparato penetró dentro del gran casco gris-plateado con tanta fuerza que le partió el lomo, enviando una lluvia de vigas rotas en todo sentido.

El Zeppelín se inclinó violentamente y un gran extremecimiento lo sacudió de extremo a extremo, mientras las restantes planchas, no pudiendo soportar la tensión, estallaban con ruido de costillas rotas. La proa y la popa del monstruo empezaron a levantarse, mientras que el centro arrugado se doblaba más todavía y caía por el fondo roto del casco una lluvia continuada de objetos.

Caballo de Guerra, daba tumbos y tosía, asfixiado en una atmósfera de gas. Donde estaba o que era la masa blanda que tenía abajo los pies no podía imaginarlo. Afortunadamente para él, su aparato formó un ángulo violento en el mismo instante en que él se había levantado en su asiento para quitar la parte media rota, que le obstruía la vista.

El resultado es que salió de cabeza, despedido como una flecha, en el momento del choque. Había pasado, siempre de cabeza, por entre la fuerte lona que cubría la aeronave, precediendo unas yardas a su aparato. Y había rebotado sobre el gran recipiente de gas de abajo.

Rebotaba todavía, tratando de ponerse de pie y salir por la desgarrada abertura de arriba. El recipiente de gas estaba desgarrado por sus propias balas y el que le seguía abierta completamente por el pasaje del aeroplano.

Un mareo se apoderó de Caballo de Guerra al llenar sus pulmones el gas venenoso; pero luchó contra él y logró salir por la abertura, a la clara luz de la luna.

Apenas podía dar crédito a sus ojos cuando se dió vagamente cuenta de que había chocado contra el Zeppelín mismo. Se agarró a los desgarrados pedazos de tela cuando el mareo se apoderó de él nuevamente.

Luchó para conservar el conocimiento, sin sentir o importársele las sacudidas mortales de la aeronave herida que la arrastraba consigo. Se prendió desesperadamente con las dos manos, comprendiendo que el gas había hecho su obra y que se iba... se iba.

Se fué, en ambos sentidos de la palabra. Con las manos fuertemente asidas a aquel pedazo de tela, perdió el conocimiento; pero no se soltó, como un ahogado que se aferra a una paja. Y en ese momento, el Zeppelín se empinó bruscamente y se hundió, de cola, despidiéndolo Horstead por el costado.

Con el tirón, la tela se desprendió en una gran tira que quedó en las manos, inconscientemente apretadas, como una banda de plata. Aleteaba encima de Caballo de Guerra mientras caía al vacío, dándole la apariencia de un cometa humano, de pesadilla... pero mantuvo su cuerpo recto.

Caballo de Guerra era más pesado que el pedazo de tela que sostenía; su caída era más rápida. La tela actuaba como un ligero freno; pero, sobre todo, mantenía sus pies rectos y su cabeza arriba. Y en esa posición entró al agua, con tanta fuerza que hubiera muerto si cae de plano o encorvado.

Recobró el conocimiento al volver a la superficie y nadó débilmente. Cinco minutos más tarde se había repuesto por la acción del frío, cuando lo encontró un bote del destróyer y brazos poderosos lo sacaron del agua.

En la cubierta de proa del destróyer se encontró con Billjim, que estaba acostado de espaldas, pálido, mientras alguien le vendaba el brazo con habilidad profesional.

Ambos estaban demasiado débiles para saludarse de otro modo que con un movimiento de cabeza al principio. Pero al sentir que otro aparato caía cerca, Caballo de Guerra corrió la ventanilla.

El Zeppelín había flotado y se movía lentamente a menos de doce pies de la superficie. Los hombres se tiraban de él y sentíanse agradecidos de que los botes del des-

El aviador británico fué despedido por el costado del Zeppelín. Cayó arrancando al mónstruo herido un pedazo de tela plateada.

tróyer los recogieran. Pero del Camel que había caído de plano sobre la superficie, hundiéndose inmediatamente no quedaban ni rastros.

Caballo de Guerra estuvo a punto de tirarse por la borda, en busca del desaparecido, pero en eso apareció una cabeza y uno de los marineros agarró un salvavidas y lo tiró, al extremo de una cuerda.

John Henry lo agarró y fué subido a bordo pocos minutos después. Respiraba jadeante

—Los trompetas me llenaron el tanque de agujeros y no me di cuenta hasta que el motor se paró — dijo. — Hola, rostros del viejo y querido hogar!

Se enderezó y dirigióse, chorreando agua, hacia los dos ya salvados e inclinóse solícitamente sobre Billjim.

—¿Qué es eso? ¿Te balearon un ala, viejo? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Un rasguño en el codo — dijo Billjim con un esfuerzo. — Nada grave; pero el dolor y la pérdida de sangre me privaron del conocimiento. ¿Dónde está el Calvo? John Henry señaló el Zeppelín que flotaba a la deriva. Encima de él zumbaba victoriosamente un Camel.

—El Calvo está O. K. — sonrió el joven Dent. — Ha sido el único de nosotros a quien no le pasó nada. Y ahora está jugando a la "rueda rueda", encima de la bolsa de gas desinflada. Pero... bueno, ya que estamos todos aquí...

Sentóse y buscó en el bolsillo de la blusa mojada, sacando un mazo de cartón empapado, que separó cuidadosamente.

—¿Oyeron ustedes mi apuesta de 3.500 francos? — Preguntó John Henry. ¿Es demasiado para tí, Caballo de Guerra, quieres irte a baraja?

Caballo de Guerra también buscó en su bolsillo. Billjim se incorporó penosamente y utilizó su brazo sano para buscar en el bolsillo.

El comandante del destróyer, que estaba en el puente, contemplaba la curiosa escena. Miraba la "mano" de Caballo de Guerra y de pronto bajó al trote la escalera, dejando a su segundo a cargo del puente.

La apuesta había subido alarmantemente cuando él llegó; pero el comandante extendió una mano y dijo con acento alegre:

Aguilas del frente...

—Disculpen, mis queridos pilotos del cielo ¿están ustedes jugando al poker?

—Billjim, — dijo John Henry, — dale a ese caballero una bolsa de nueces ¿o prefiere un cigarro, señor?

—Oígan, muchachos, — sonrió el comandante — en mis tiempos el poker se jugaba con cinco cartas cada uno. De otro modo no era válido. Pero, si ustedes prefieren que uno de los jugadores, tenga seis cartas, yo no me opongo.

Puso una mano en el hombro de Caballo de Guerra y John Henry dió un brinco. El comandante tenía razón, aunque ninguno de ellos se había fijado antes. Tampoco Caballo de Guerra, que no era jugador habitual, lo había notado.

—¡Pero es verdad que tengo seis cartas! — exclamó — Ya me parecía que mi mano era demasiado buena. Las cartas fueron mal dadas, creo.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Tengo que contárselo a mi primo Cicero. Se morirá de risa.

John Henry no se rió... silbó más bien.

París, la licencia, los crugientes billetes de banco, todo se esfumó en el horizante como la nieve ante el sol. ¡Y por haber dado mal las cartas!

Dejó caer la cabeza entre las manos y se puso a gemir.

—¿Qué le pasa, mi valiente? — preguntó sorprendido el comandante. Y John Henry, sin hablar, dió vuelta sus cartas.

El curtido lobo de mar palideció Puso una mano en el hombro de John Henry y, reverentemente, se quitó la gorra.

Hay momento en que todo consuelo está de más.

ORDENES DE LA BASE

El aparato que evolucionaba sobre el aeródromo era un gran Bristol, de dos asientos, visitante desacostumbrado en un escuadrón de Camels, aunque semejante acontecimiento no hubiera producido, en circunstancias ordinarias, mucha excitación.

Sin embargo, este Bristol ostentaba dos banderitas de doble punta en el extremo de las vigas de sus alas y al verlas el aeródromo se convirtió en una colmena de febril actividad. Un mecánico corrió hasta un grupo de oficiales, que jugaba tranquilamente a la baraja en un cajón dado vuelta, dentro del hangar. Al oír las palabras del mecánico recogieron apresuradamente las cartas y echaron a correr como conejos. Un sargento de aviación, con el rostro vuelto color de púrpura, gritó algunas órdenes a unos mecánicos que jugaban al football, cerca de la cocina. Y los mecánicos desaparecieron, llevándose la pelota.

Luego la puerta de la oficina del escuadrón se abrió de golpe y un joven con monóculo entró como un torbellino, abotonándose la chaquetilla con prisa febril.

—¡Pronto, Calvo! — exclamó dirigiéndose al individuo rechoncho, de cara curtida que estaba tranquilamente recostado en una silla, con los pies encima de la mesa. — ¡Ahí viene un general! Levántate y toma aire de patriota, por amor de Dios.

Atlee, el comandante del escuadrón, se puso en pie de un salto y agarró su cinturón Sam-Browne que colgaba detrás de él, en un gancho.

—¿Un general? — repitió. — ¿Dónde... ¿Para qué? John Henry, esta es una de tus acostumbradas bromas.

El teniente John Henry movió negativa y febrilmente la cabeza y lo ayudó a ajustarse el cinturón.

—No es broma... ¡Por favor, muévete! Un general verdadero, vivo, va a aterrizar en el aeródromo. Vimos las banderitas de las alas. Viene en un Bristol de dos asientos. Vamos... o te extrangulará por no salir a recibirlo.

El Calvo completó rápidamente su toilette y corrió a la puerta, seguido por el joven Dent. Llegó justo a tiempo para ver al Bristol aterrizar casi frente a los hangares y advirtió las mencionadas banderitas que sólo los oficiales de alta graduación tenían derecho a usar.

Luego lanzó Atlee una exclamación y se detuvo instintivamente porque el neumático izquierdo del tren rodante estalló con una tremenda detonación casi al tocar el suelo.

—¡Ca... caracoles! ¡Va a aterrizar patas arriba!

Sus palabras resultaron demasiado ciertas. La máquina dió un tremendo barquinazo, el peso del motor la hizo bajar de proa; la hélice voló en pedazos, levantóse violentamente y un instante después el aparato estaba "patas arriba", con sus ocupantes, colgados de sus cinturones en la misma posición.

El Calvo y John Henry corrieron como liebres y hombres y oficiales parecieron brotar de todas partes, dirigiéndose al lugar del desastre. La ambulancia del aeródromo se puso en movimiento y corrió al sitio; pero cuando llegó, ya los dos ocupantes del Bristol habían sido soltados y se recostaban aturdidos contra los brazos de los que los habían ayudado.

El más joven estaba mortalmente pálido y se oprimía la muñeca izquierda de donde brotaba un hilo escarlata. El mayor de los dos no hacía más que maldecir; pero se veía que no había sufrido más que el golpe.

—Mejor es que lo vea el doctor, Patrón General — dijo el Calvo. — Uno nunca sabe...

—¡Déjese de doctor para mí y que vea a ese muchacho! — dijo el general con escasa cortesía. — Está lastimado... Debe haberse dislocado la muñeca. Yo lo vi... ¡Así se le ampollen a usted las orejas!

No comprendió el Calvo que tenían que ver sus orejas con que el joven oficial se hubiera lastimado; pero lo dejó pasar. El médico había acudido y después de un breve examen de la muñeca lastimada hizo una seña a el Calvo y ayudó a la víctima a subir a la ambulancia.

—Se la ha fracturado... limpiamente como si fuera de vidrio — dijo brevemente. — Se puede arreglar; pero el pobre muchacho ve las estrellas en este momento. De cualquier modo no podrá hacer uso de ella lo menos por seis semanas.

(Continuará).

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

¡AL EXTREMO DE LA CUERDA!

LA noche había sido fría, como de costumbre en las llanuras mejicanas, pero con la llegada del día vino el calor. En aquel bosque tropical, lleno de árboles, lianas y plantas de todas clases que crecían amontonadas no penetraban los rayos del sol, pero tampoco llegaba el calor.

Río Kid con el ala de su sombrero Stetson echada sobre los ojos se hallaba recostado contra el tronco de un corpulento árbol. El día había llegado al fin, pero también con el día reanudarían la persecución, don Guzmán y su gente.

Hasta aquel momento no se había notado la presencia de los adversarios en el bosque y las aguas del ría Rojo aparecían desiertas.

El bosque se hallaba en las mismas orillas y las ramas de algunos árboles se tendían sobre el agua. En el fango de la orilla, entre las raíces de las plantas se hallaban tomando el sol grandes lagartos y las ranas y sapos croaban incesantemente.

Río Kid pensó que tal vez la desesperada fuga realizada durante la noche hubiera hecho perder su rastro a los que los seguían con tanto empeño. Pero no tardó en sacudir la cabeza en un gesto de negación.

—No creo que esa gente abandone con tanta facilidad su persecución! Tienen demasiado odio y han sufrido muchas pérdidas en los anteriores ataques para dejarnos escapar.

Y mientras hablaba, acariciaba el cabo de sus revólvers. El conflicto llegaba a su fin y no lograrían salir bien de él, a no ser por un verdadero milagro.

Sus dos compañeros se hallaban durmiendo.

Estrella, envuelta en la manta de Río Kid. Don Antonio, roncaba sobre un montón de pasto. El cansancio le había hecho olvidar todos sus temores. Pero aún dormido, su mano se aferraba convulsivamente a la bolsa de cuero que llevaba colgada al cuello y sujeta por el cinturón. No soltaba los pesos que había robado en Olillo.

El semblante de Río Kid, tenía una expresión de seriedad, cuando miraba al viejo, pero aquella expresión se dulcificaba al posar su mirada en Estrella. Río Kid había dormido también pero se había despertado con las primeras luces de la aurora para observar los movimientos del enemigo. No había despertado a sus compañeros por que lo consideraba innecesario.

Se hallaban en un callejón sin salida y no quedaba más recurso que esperar el desarrollo de los acontecimientos. Y esperaba. Hubiera sido fácil para él tomar su caballo y desaparecer entre la espesura del bosque y salvar la vida de esa manera. Pero aquello repugnaba al noble vaquero de Texas.

Miró atentamente a través de las aguas del río, pero como en las ocasiones anteriores no notó el menor indicio de mejicanos.

Don Antonio se despertó al fin. Se sentó, pasó su huesuda mano por la frente y miró en torno suyo. No sin un gran esfuerzo se puso de pie. Después de observar entre los árboles, dirigió su mirada hacia Río Kid.

—¡Señor! — dijo. — ¿Los hemos burlado?

El muchacho de Frío, sonrió amargamente.

—No lo creo, — respondió.

—¿Viene don Guzmán? — preguntó alarmado el viejo.

—Todavía no. Parece que no tiene mucho apuro hasta... Pero vendrá, yo apostaría hasta mi último dólar.

—¿Y por qué no nos vamos de aquí, señor?

Río Kid se encogió de hombros.

—No conseguiremos nada con ello. Estamos al extremo de la cuerda. Hemos perdido dos caballos y la mula. Mi caballo es el único que se ha salvado, y nos ha salvado. ¡Es un admirable animal! Seguramente el mejor animal que ha habido en todo Texas. Pero, apesar de ello, Coceador no puede cargar con tres personas. Estamos al extremo. No nos queda más recurso que aguardar a que vengan. Tardarán más o menos, pero no hay duda de que vendrán.

Don Antonio temblaba como la hoja de un árbol.

Al rumor de las voces despertó Estrella y se puso de pié, enrojeciendo bajo la mirada de Río Kid. Su cabello se hallaba despeinado, y su encantador rostro sucio por el lodo del río, pero siempre estaba tan hermosa. El corazón de Río Kid poco acostumbrado a experimentar sensaciones de esa especie, latió con rapidez cuando el muchacho miró a la joven.

Estrella dirigió una rápida mirada en torno suyo.

—¿Estamos a salvo aquí, señor? — preguntó.

La respuesta del muchacho fué más gentil que la que había dado a su padre momentos antes.

—Por el momento supongo que sí... pero no aseguraré que no vengan a nuestro encuentro en cuanto hallen la forma de cruzar el río.

—¡Acaso hayan perdido nuestro rastro!

—Esa es la esperanza que tengo señorita. Pero no hay que confiar demasiado en ello.

La muchacha comprendió.

—¿Y nos encontrarán aquí? — dijo en voz baja.

—Ese condenado, don Guzmán, parece un perro de caza para olfatear el rastro. Va buscando los pesos que tiene su padre de usted, y no ha de parar hasta apoderarse de ellos y arrancarle el cuero cabelludo a la usanza de apache. Confío para salvación nuestra, que haya perdido el rastro, mas creo que ello sería una verdadera casualidad.

—¿Y por qué no nos vamos?

—Señorita. Eso no es una cosa tan fácil como parece. No tenemos más que un caballo, este bosque es tan frondoso que únicamente a fuerza de mucho trabajo nos abriremos paso por él. Adelantaríamos muy poco antes de que nos dieran alcance.

La joven mejicana unió sus manos en un ademán de desesperación.

—¿Y vamos a esperar aquí, como la oveja que aguarda resignada a su matador. ¡Oh, señor! ¡Salve a mi padre! ¡Déjeme a mí, pero salve a mi padre!

Río Kid, hizo un gesto de contrariedad. Precisamente lo que él deseaba era lo contrario. Unicamente por la joven hacía todo aquello y se exponía de tal manera.

—Señorita. Si hubiera la menor probabilidad de que don Antonio se salvara yo le daría mi caballo y le dejaría que se marchara, pero no hay ninguna. Si vienen los que nos persiguen trataré de defendernos lo mejor posible, pero eso es todo lo que se puede hacer.

La mirada del muchacho se dirigió hacia el río. A lo lejos, en la opuesta orilla alcanzó a ver un sombrero. Un ginete observaba las aguas y el bosque. Visto a la distancia parecía pequeño, pero se iba aproximando y Río Kid reconoció en él a uno de los hombres de Carrero.

—¡Señor, salve a mi padre! Ellos lo calumnian. Es inocente del delito de que le acusan. Jamás ha traicionado a la junta y el dinero que tiene es de su pertenencia. No lo deje en poder de esos locos. ¡Sálvelo!

—Oíganme. Creo que puede haber una probabilidad aunque muy débil. Esa gente sostiene que los pesos de la junta son los que lleva su padre de usted. Eso es lo que andan buscando, principalmente. No tardarán en venir. Si les dejamos el saco donde puedan hallarlo hay la posibilidad de que no nos sigan persiguiendo. Mientras tanto nosotros trataremos de abrirnos paso entre el bosque.

—¡Sí, señor! — respondió Estrella.

Pero aun cuando la muchacha había encontrado lógico lo manifestado por Río Kid, el viejo lobo oprimía el saco exclamando:

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡Nunca! ¿usted quiere convertirme en un pobre?

—Creo que es preferible vivir siendo pobre, que morir teniendo una fortuna, y usted puede considerarse hombre muerto si se empeña en conservar el dinero.

—¡Son míos, míos!

—Y ellos sostienen que son de ellos, — manifestó Río Kid. — Además, no tiene mucho que elegir. O los deja usted donde ellos puedan tomarlos mientras tratamos de escapar, o los tomarán de su cadáver.

Se oyó un ruido en la parte del río. El ginete, que montaba un soberbio caballo, había logrado llegar a la orilla y lanzó una exclamación. Había descubierto el rastro.

Río Kid sacó un revólver. ¡Bang! El sombrero saltó de la cabeza del mejicano.

—¡Caramba! — exclamó el jinete.

Dió vueltas rápidamente al animal que montaba y partió al galope. Un momento después había desaparecido.

—Ese ginete ha venido de exploración. — dijo Río Kid. — Si hemos de intentar salvarnos no hay tiempo que perder. ¿Se resuelve a dejar los pesos?

—¡Padre mío! — suplicó la muchacha.

El viejo mantenía una lucha feroz. Gruesas gotas de sudor brotaban de sus sienes. Por dos veces llevó la mano al saco de cue-

PUCKY

ro y otras cantas la retiró, pero al fin sus dedos temblorosos pusieron en manos de Río Kid el saco lleno de oro, plata y billetes de Banco.

El muchacho corrió hacia la orilla del río Rojo. Ya se veían muchos ginetes que se disponían a cruzar el río, pronto estarían cerca y marcharían hacia el bosque donde se hallaban los fugitivos. Dejó el saco con el dinero en sitio bien visible. Al llegar a tierra lo verían en seguida. Luego marchó a reunirse con sus compañeros. Había un destello de esperanza en los ojos de Estrella,

A poco llegaban los caballos de don Guzmán y su gente a la orilla y al descubrir el saco, exclamaron:

—¡Los pesos! ¡Traidor, traidor!

Habían recuperado el dinero, pero los gritos de ¡traidor! ¡traidor! denotaban que aquello no les era suficiente y que no abandonarían la persecución.

¡A TIROS!

Río Kid se detuvo para escuchar. Entre la frondosidad del bosque reinaba una se-

—¡Arriba las manos! — gritó Río Kid al aparecer don Guzman Carrero.

pero su padre se retorcía las manos con desesperación.

Río Kid no perdió tiempo. Estrella fué colocada sobre Coceador y el muchacho y don Antonio siguieron detrás a pie. Así penetraron en la oscuridad del frondoso bosque y se alejaron de la orilla del río Rojo. Pero al avanzar dejaban forzosamente un rastro enorme visible hasta para el menor iniciado en aquellos asuntos, por lo que el muchacho suponía que la única salvación estaba en que los otros se dieran por satisfechos con recuperar el dinero y no continuaran la persecución.

miclaridad y tampoco se notaban con la misma fuerza que en la llanura los efectos del calor.

A fuerza de trabajo, el muchacho había logrado abrirse camino para internarse. Pero los ruidos que producían los perseguidores llegaban ya a sus oídos y como el rastro que ellos dejaban era muy visible, el avance de los otros se hacía con rapidez.

Don Guzmán no se había quedado conforme con recuperar los pesos de la junta. Ahora deseaba la vida del traidor y por lo que podía calcular Río Kid, no tardaría en obtener lo que buscaba. Pero en su interior

el muchacho se manifestaba más tranquilo. El dinero había sido restituído y su conciencia podía permanecer en calma si combatía por salvar la vida a don Antonio.

Y no tenía ya duda de que la lucha volvería a reanudarse, pues la gente de Carrero estaba cada vez más cerca. Además, ellos tenían que luchar con el inconveniente de tener que abrirse paso, pues el caballo por sí solo no lo conseguía, en cambio los perseguidores ya encontraban el camino expedito.

Río Kid pensó, por ciertos detalles, que los mejicanos habían dejado sus caballos y continuaban su camino a pie, lo que era más fácil.

Estrella volvió la cabeza cuando Río Kid se detuvo.

—¡Apúrese, señor! — dijo. — ¡Venga, no se quede parado!

—Es que ya están muy cerca, señorita. El hallazgo del dinero no les ha satisfecho; pero creo que mi revó ver nos va a ayudar ahora. Pienso demostrarles nuevamente a esos obstinados que cuando Río Kid toma una resolución lo hace por algún motivo.

—¡Que los santos lo protejan, señor!

Río Kid aceleró el paso de su caballo y ordenó al viejo que se agarrase a la cola del animal y continuara la marcha lo más rápidamente posible; luego volvió a colocar una cantidad de lianas a través de las cuales habían pasado los fugitivos en el mismo lugar en que se hallaban antes y él se ocultó cerca.

No hubo mucho tiempo que esperar.

Primeramente apareció el sombrero y en seguida dos ojos negros, de mirada viva observaron los alrededores. Era Guzmán Carrero el que había aparecido marchando a la cabeza de sus hombres, sin dada más interesado en dar pronto alcance a don Antonio para satisfacer su venganza.

Tras las cortinas de lianas el revólver de Río Kid se hallaba preparado. Cuando el otro se halló a unos seis pasos de distancia, el muchacho gritó:

—¡Párese!

Carrero se detuvo bruscamente. Estaba muy lejos de suponer que los mismos fugitivos le salieran al encuentro. Llevaba un revólver en la mano, pero no pensó en utilizarlo, cuando notó que el de Río Kid lo tenía bien cubierto.

Pero no se notaba terror alguno en la mirada del mejicano. Miraba con tranquilidad el rostro del muchacho de Texas.

—¿Es usted, señor texano?

—Sí, señor. Soy yo. Y me molesta mucho que no haya usted obedecido mi indicación... ¡Ponga las manos arriba!

Don Guzmán Carrero colocó las manos a la altura de la cabeza. Pero en sus labios había una sonrisa llena de ironía.

—Poco puede hacer, señor. El triunfo es mío al fin. Mi gente me sigue muy de cerca.

—No creo que sus mastines muerdan muy fuerte, si no lo tienen a usted para azuzarlos, — respondió Río. — ¡Suelte el revólver!

El revólver de Carrero cayó al suelo. Pero siempre se notaba la sonrisa burlona en sus labios. Se oían cerca los pasos de los hombres.

—Vamos a tomar alguna medida de precaución, — dijo Río Kid. — Dé orden de que se detengan donde están.

Ante la amenaza del revólver el otro obedeció.

—¡No avancen más! ¡Quietos todos! — exclamó.

Los que avanzaban se detuvieron.

—Oígame, señor, — añadió Carrero. — Siempre es un placer para mí cambiar algunas palabras con un perfecto caballero.

Río Kid lanzó un gruñido. No estaba el momento para perder tiempo con inútiles galanterías que podían ocultar una traición.

—Oígame, señor Carrero, — dijo. — Ya se habrá convencido de que por ese lobo de don Antonio no me expondría yo lo más mínimo, pero su hija no tiene culpa de nada y ella confía en la honestidad de su padre. Considero por lo tanto un verdadero crimen convencerla de su error. Usted ha recogido ya el dinero de la junta, por lo tanto lo mejor que puede hacer es abandonar la persecución.

—¿No cree usted que ese dinero lo había robado, señor?

—Tan lo he creído que se lo he hecho devolver, — admitió el muchacho. Pero si ya ha recuperado la plata de la junta de Olillo, ¿qué busca? ¿Persiste en su deseo de apoderarse de él?

—¡Sí, señor!

—En eso es en lo que yo no estoy ya conforme. Usted debe saber ya lo que es ponerse frente a mí cuando tengo mis armas en la mano. Si no cambia de opinión, tendré que hacerle trizas la cabeza, para empezar. Lo tengo al alcance de mis balas. Deje que se aleje el viejo, y con él la señorita, y no atente contra su propia vida...

—Lamento mucho verme en la necesidad de no aceptar su proposición, señor — respondió don Guzmán, sacudiendo negativamente la cabeza. — Créame, señor, admiro su proceder y haré respetar su vida, la de la señorita está bien segura pero la junta ha resuelto que el traidor sufra la pena de muerte... ¡Y lo he de matar!

—¡Váyanse al diablo de una vez, usted y la junta! — exclamó ya cansado Río Kid. — Está usted metiéndose en un callejón sin salida.

—Así lo creo. Pero nada podrá salvar al traidor.

—Lo siento por usted.

—Pero es que usted puede alejarse de este asunto, que, después de todo, nada le interesa. Váyase tranquilamente con la señorita adonde lo crea conveniente y deje que nosotros arreglemos cuentas con el traidor.

—No acepto. Sé que el viejo pícaro se aprovecha de mí, pero no me importa, yo he de cumplir lo que le he prometido a su hija. Después de todo, ya me he metido en este asunto hasta el cuello. Con que, abandone la persecución, o yo le obligaré a ello con mi revólver.

El mejicano se encogió de hombros.

—Un mejicano, no teme a la muerte, — dijo con orgullo. — ¡Máteme, mis hombres me vengarán pronto! — agregó don Guzmán con tranquilidad.

El dedo de Río Kid estaba apoyado en el gatillo, pero la bala no salió del arma. No era capaz de dar muerte a un hombre que afrontaba un peligro semejante con la sonrisa en los labios. El mejicano lo miró lleno de curiosidad.

—¡Señor, No se detenga. Si usted me mata, sepa que cada uno de mis hombres se halla tan resuelto como yo lo estoy a que el traidor no quede con vida. Hay un grupo cerca, otros dos más, nos siguen. ¿Por qué expone su propia vida en un asunto que no le interesa? ¿Lo han hechizado los hermosos ojos de Estrella?

Río Kid enrojeció.

—¡Cállese! — gritó. — ¿No accede a lo que he pedido?

—¡Nunca!

—En ese caso, yo empezaré. Lo voy a dejar tendido por un buen rato entre estas lianas.

¡Bang!

El ruído de una detonación siguió a las palabras de Río Kid.

El mejicano lanzó un grito y cayó. Inmediatamente el muchacho, hechó a correr detrás de sus compañeros, mientras se oían los gritos y el ruído de la carrera de los mejicanos que se acercaban.

El jefe de la junta de Olillo había sido golpeado en la cabeza y yacía sin movimiento en el suelo. Cuatro o cinco hombres permanecieron junto a su jefe, el resto, lanzando gritos de furia, se marcharon en persecución del hombre que lo había herido.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

De entre la espesura se dejó oir la vos del Colt de Río Kid. Y éste tiraba ahora a matar. Tenía que contener el ataque. Un mejicano cayó para no levantarse, otro le siguió casi en seguida, y un tercero se apoyó contra el tronco de un árbol, gravemente herido.

El ataque había sido contenido. Los mejicanos, que ya no estaban animados por el odio de don Guzmán, le tuvieron miedo a la peligrosa puntería del muchacho de Texas.

Río Kid se apresuró a marchar al encuentro de sus compañeros quienes continuaban su camino hacia el interior del espeso bosque.

La persecución no continuaba por el momento y si aquello era una probabilidad de triunfo, Río Kid no era hombre capaz de desperdiciarla.

¡EL RASTRO FALSO!

—¡Dios mío! —exclamó don Antonio. Y sin fuerzas para continuar cayó al suelo.

Río Kid lanzó un profundo suspiro.

El mismo se sentía fatigado y hasta las patas de acero de Coceador daban señales de fatiga. La muchacha, sentada en el caballo, permanecía silenciosa y Río Kid, llegó a pensar que los acontecimientos que se sucedían con una enorme dramaticidad, la tenían semiinconciente.

Don Antonio se encontrab al fin de sus fuerzas, y ni aun el miedo a la muerte lograba hacerlo reanimar. Permanecía donde había caído y sin hacer más que encomendarse a todos los santos del almanaque.

Río Kid detuvo el caballo. Durante horas, largas horas de agobiante calor, había seguido marchando por el bosque, después de que sus revólvers habían contenido a los perseguidores.

La persecución se reanudaría de un momento a otro, todo dependía del tiempo que don Guzmán permaneciera imposibilitado para continuarla. Si por lo menos hubieran podido ellos proseguir la marcha hasta que se hiciera de noche.

El bosque parecía interminable. Cada vez era más difícil avanzar por él, seguramente no había pasado por aquellos sitios ser humano alguno. Había visto varios jaguares que observaron el paso de los fugitivos con ojos llenos de curiosidad, Las serpientes se cruzaron en más de una ocasión en su camino... Pero el peligro que aquello suponía era olvidado ante el otro mayor, que constituía la persecución de los hombres, más encarnizados que las propias fieras, que casi huían asustadas.

Estrella, que permanecía tranquila, demostró alarma al ver caer a su padre. Se deslizó del caballo y arrodillóse junto a él. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y el corazón de Río Kid sufrió enormemente con aquella escena.

Aun cuando no apreciaba al viejo, hubiera dado la vida por salvar la de don Antonio y secar las lágrimas de la muchacha mejicana.

—¡Padre! ¡Padre mío! — gemía la muchacha.

—¡Hija mía! ¡Soy ya un hombre muerto! ¡No puedo resistir más!

—¡Señor! ¡Sálvelo de caer en manos de esos asesinos!

—Señorita, Ya le he prometido a usted que nadie le pondrá la mano encima, mientras me quede un resto de vida. Pero creo que esto es ya el fin de todo. No hay un resto de esperanza.

La confianza que Estrella tenía en Río Kid la hacía creer que acaso se hallara un nuevo recurso para salvarse, pero el muchacho estaba convencido de que tan sólo le quedaba el recurso de morir matando.

—No se les oye, señor, — dijo Estrella, después de estar escuchando durante algunos momentos. Acaso hayan perdido nuestro rastro.

Río Kid sacudió la cabeza. No se les oía era cierto, pero aquello no significaba que se hubieran ido. El retardo era solo causado por el estado de don Guzmán. El fin había sido postergado, pero llegaría fatalmente.

—¡Si pudiéramos esconder a mi padre — dijo Estrella. En el deseo de salvarlo el cerebro de la muchacha trabajaba activamente, mucho más que el del propio Río Kid. — ¡El caballo señor!... Si se le pudiera mandar

Las ramas de los árboles se entremezclaban unas con otras, permitiendo avanzar sobre ellas.

hacia adelante solo, para que dejara un rastro que los engañara.

Río Kid se quedó mirándola asombrado.

—¡Es cierto! —exclamó.

—Esa es una probabilidad... muy débil pero acaso... Así no nos encontrarían por un tiempo y descansaríamos...

Río Kid miraba en silencio.

Ni por un instante se le había ocurrido alejarse de su fiel amigo, Coceador. El caballo gris había sido su compañero en todos los momentos de peligro y la fidelidad e inteligencia del animal lo habían salvado en más de una ocasión. Y separarse ahora de él para salvar la vida del pícaro viejo... Pero se sonrió. Cuando llegara el final tenía por

fuerza que separarse de Coceador... y el final no tardaría en llegar. Era una probabilidad de salvación..., muy pequeña como decía la muchacha, pero merecía la pena intentarla... Si se salvaban, ya buscaría luego al caballo que acudiría a su silbido, como siempre... la muchacha no se explicaba la causa de su vacilación. No comprendía lo que suponía para Río Kid separarse de su caballo.

—¡Señor! ¡Acaso eso nos salve! — repitió.

Río Kid hizo un ademán de asentimiento.

—No me parece mala idea, señorita. Creo que tendremos lo menos una hora de tiempo para aprovecharla y utilizaremos a Coceador para confiar una vez más en el animal nuestra salvación.

Ya resuelto al sacrificio, Río Kid no perdió tiempo. Observó durante un momento los alrededores y luego tomó al viejo entre sus fuertes brazos y lo condujo más hacia el interior, donde lo dejó al pie de un corpulento árbol, un gigantesco árbol que se elevaba hasta una altura de unos cien pies, una montaña de troncos, ramas y hojas.

Luego regresó y condujo a Estrella hasta el mismo sitio, dejando al caballo en el lugar donde ellos se habían detenido.

—Vamos a tratar de subirlo a este árbol señorita. Creo que oculto entre las ramas, no podrán descubrirlo ni un centenar de pillos como esos. Con tal de que nos den tiempo para ello...

No dijo más, pero trepó después de haber atado el extremo de su lazo, bajo los brazos de don Antonio. La muchacha permaneció en silencio mientras actuaba Río Kid. Este tiró luego del lazo y el mejicano fué izado y desapareció entre la cortina de hojas. Después echó el lazo de nuevo para que se agarrara Estrella.

Con aquella ayuda, la muchacha siguió el mismo camino y pronto estuvo instalada en el cruce de varias ramas en un espacio de varios pies cuadrados de base. Allí se sentó junto a su padre, quien había sido atado fuertemente a una rama.

—Manténgase quieta aquí, señorita. Yo no tardaré en volver una vez que haya conseguido que el caballo continúe su camino.

Bajó del árbol y volvió hasta donde permanecía quieto Coceador.

Con el rostro grave le hizo señas de que le siguiera después de cortar en forma bien visible las ramas y las lianas para atraer a los perseguidores. Era necesario que pasaran de largo por el lugar donde se hallaban ocultos ellos. Durante un espacio de más de cien yardas continuó dejando un rastro bien visible en el espeso bosque tropical, pero no podía perder más tiempo. Tomó su rifle y el paquete de la manta de la montura y casi llorando le ordenó:

—¡Caballo mío! ¡Mi noble amigo, sigue la marcha! ¡Engáñalos! Si logro conservar la vida, yo sabré encontrarte otra vez, aun cuando para ello tenga que recorrer todo Méjico, desde Río Grande hasta Yucatán. Sigue la marcha y engáñalos, Coceador. — El caballo lo miraba sin comprender lo que quería su amo. Río Kid se colocó a su lado y señaló. El inteligente animal comprendió, entonces, y echó a andar penetrando en la espesura.

Río Kid se quedó mirándolo con el corazón oprimido.

Coceador volvió en dos o tres ocasiones la cabeza, como dudando, Río Kid le indicó siempre que siguiera. El noble bruto comprendió, ya en forma definitiva y continuó la marcha rompiendo ramas y lianas con su cuerpo, dejando señales de su paso. Así desapareció de la vista de Río Kid, quedando su corazón lleno de amargura y soledad.

Pero el muchacho, al quedarse solo, no recorrió de nuevo el mismo camino que había seguido hasta allí. Trepó a uno de los árboles cercanos y prosiguió su camino marchando de rama en rama, sin tocar el suelo.

Los árboles crecían allí con tal abundancia, que las ramas de unos se entremezclaban con las de los otros, y era cosa no muy difícil seguir avanzando así. No era la primera vez que Río Kid realizaba ese trabajo y lo que le interesaba ahora era no dejar un rastro verdadero visible.

Pocos minutos después de haberse separado de su amigo y fiel compañero Coceador, estaba en las ramas del enorme árbol, donde había dejado a los fugitivos. Los negros ojos de Estrella se fijaron en los suyos con una mirada de agradecimiento.

—¿Partió el caballo, señor? — dijo.

—Sí, señorita — respondió Río Kid. — Seguramente el rastro que va dejando, engañará a nuestros perseguidores. Si caen en la trampa podremos salvarnos. Yo, por mi parte, pienso que ningún sheriff de Texas, ni ninguno de los muchachos del Double Bar Ranch, caería en ella, pero es muy posible que éstos lo hagan, pues pienso que son más hábiles para revoluciones y pronunciamientos que para seguir un rastro en pleno campo. — De pronto se detuvo. — ¡Silencio! — ordenó.

Se había oído un ruido en el bosque. El que producía Coceador al avanzar entre la espesura, había dejado ya de oírse hacía rato. El nuevo ruido se acercaba cada vez más.

Silenciosamente se movió hacia una de las ramas que daban hacia el sitio por donde habían llegado ellos y oculto entre el espeso follaje, observó hacia abajo.

Apareció un hombre y otro, y otro en seguida, de entre las sombras. Visiblemente seguían el rastro dejado por ellos.

Marchaba después un jinete con la cabeza llena de vendas. Río Kid reconoció a don Guzmán Carrero en el herido.

Silenciosamente, acurrucado en la rama del árbol, como un jaguar que acechara su presa, Río Kid observó cómo los hombres pasaban por debajo del árbol. Hasta sus oídos llegaron juramentos y amenazas, luego marcharon por el nuevo rastro dejado en forma visible, y no tardaron en desaparecer.

Siguieron más tarde nuevos grupos de a dos o tres personas hasta pasar más de doce hombres. Hasta el último siguió el camino que llevaban los otros, mientras Río Kid los observaba.

Su atención estaba fija en el ruido que producían sus perseguidores. Calculó que ya don Guzmán y los primeros hombres debían ha-

ber llegado al punto donde él se había separado de Coceador.

Allí residía el peligro. Si se detenían y descubrían el juego, la lucha estaba ya cercana y en forma definitiva. Escuchó. No llegó hasta sus oídos ningún ruido que le hiciera alarmarse. Al parecer, no pensaban en retroceder. Poco a poco fueron desapareciendo, uno tras otro, y el ruido de sus pasos se perdió a la distancia, como antes se había perdido el que hacía el caballo.

Río Kid lanzó un suspiro de alivio.

Los perseguidores habían pasado siguiendo engañados el rastro que dejaba Coceador en el espeso bosque. Habían caído en la trampa del falso rastro y nacía una pequeña esperanza de salvación.

LOS ADVERSARIOS

—¿Oye señor? — murmuró Estrella.

Río Kid, ya hacía rato que estaba oyendo.

Durante las cuatro horas que hacía que se hallaban refugiados en lo alto del árbol los oídos de Río Kid estuvieron bien alerta. No necesitaba por lo tanto el aviso de Estrella.

En el corazón del bosque tropical, se levantaba el corpulento árbol cuyas ramas gruesas habían servido de refugio a los fugitivos, y cuyo espeso follaje los ocultaba a la vista de los que los perseguían.

Las hojas, las lianas y otras plantas trepadoras, formaban una espesa cortina impenetrable para toda mirada. Aquella había servido de refugio a Río Kid y sus compañeros mientras los enfurecidos hombres de don Guzmán siguieron el falso rastro.

Con el transcurrir del tiempo, la esperanza había vuelto a animar al muchacho de Texas. Don Guzmán y su gente habían desaparecido hacía rato siguiendo el rastro que había dejado el caballo gris.

De haberse hallado solo el muchacho, hubiera seguido su marcha por las ramas altas para ver en qué situación se hallaban las cosas. Pero sus dos compañeros se hallaban rendidos por la fatiga. Debido a ello, no les había sido posible avanzar más y se hallaban en las ramas del frondoso árbol, habiendo sido necesario atar a don Antonio a una rama, para que dado su estado, no cayera y pudiera descansar.

Su arrugado semblante denotaba la enorme fatiga que lo vencía y permanecía con los ojos cerrados para no abrirlos más que de vez en cuando, y dirigir en torno suyo una mirada en la que se reflejaba todo el terror que sentía.

Estrella, a la que el ánimo no la había abandonado ni un solo instante, permanecía quieta y silenciosa.

Las horas habían transcurrido y las sombras comenzaban a dominar la espesura del bosque. Pudiera hacer creer que la fortuna volvía a sonreir a Río Kid. Ningún indicio se denotaba desde que desaparecieron siguiendo el rastro hacia el interior del bosque Coceador, había salvado, al parecer una vez más a su amo. El sacrificio hecho por el muchacho de Frío al separarse de su fiel caballo gris, no había sido infructuoso.

Más tarde, cuando la luna iluminase un poco el lugar y sus compañeros hubieran recobrado en parte las fuerzas perdidas, podían intentar salir de la situación que en forma ninguna podía ser prolongada indefinidamente.

Pero, precisamente, cuando las esperanzas de salvación iban tomando cuerpo en el ánimo de Río Kid, llegaba hasta sus oídos ruido de voces, rumor de pasos y el sonido de ramas rotas.

—¿No oye usted, señor?

Río Kid apretó con rabia los labios.

No tardó en aparecer por entre un matorral uno de los grandes y temibles sombreros indicador de la presencia de los mejicanos. Uno de los hombres pasó por debajo del árbol. Río Kid llevó su mano al revólver. Pero aquel hombre no levantó la mirada, pasó de largo y desapareció.

Los ojos de don Antonio se habían dilatado a causa del miedo que aquella aparición le produjo. Iba a hablar pero el muchacho le indicó, llevándose un dedo a los labios, que no pronunciase palabra alguna. El viejo avaro de Olillo permaneció mudo.

Río Kid prestaba atención a todo sonido.

Ya adivinaba lo que había ocurrido. Los mejicanos habían seguido el rastro que iba dejando el caballo, — un rastro falso, — pero al fin habían descubierto que el caballo se hallaba solo. Luego de perder con aquel engaño algunas horas, habían regresado sobre sus pasos para ver si descubrían una nueva huella que les hiciera dar con los fugitivos.

Llegaron así hasta el sitio donde estos se encontraban, y continuaban observando cuidadosamente a los costados del camino hecho. Hasta los oídos del muchacho llegaron las voces de los que buscaban en un amplio radio.

Nuevamente volvió a aparecer el mejicano, quien dió algunas vueltas y se metió por entre unas lianas y matorrales.

El sitio donde Río Kid había abandonado a su caballo para que siguiera su camino solo, se encontraba a un centenar de yardas más adelante. Por allí sería posible hallar, por un experto buscador algunas huellas, apesar de que Río Kid procuró que no fueran muchas las que dejaba tras de sí.

Don Guzmán debía saber ya que podían hallarse ocultos por alguno de aquellos lugares, pero de eso a descubrirlos entre la espesura del bosque tropical, había gran distancia. Río se consideraba seguro entre las ramas del frondoso árbol y confiaba en que cuando llegara la noche los otros abandonarían la búsqueda. Entonces habría llegado la oportunidad de tratar de escapar.

Nuevamente se oyeron pasos al pie del árbol y también llegó hasta él el rumor de palabras. Se pudo oir con claridad la palabra ¡traidor!... Hablaban de don Antonio, el hombre que había traicionado a la junta revolucionaria de Olillo, y la salvaje entonación demostraba que no se hallaban resueltos a abandonar la persecución.

El viejo al oir aquello, temblaba más y más. Unicamente la frondosidad de las ramas del árbol impedía que el cuchillo de aquellos que tan encarnizadamente lo buscaban, fuera hundido en su garganta.

—No deben haber podido ir muy lejos,— exclamó una voz, que Río Kid reconoció ser la de Carrero. Miró a través de las ramas y alcanzó a verlo, notando que llevaba la cabeza vendada. Una mirada fué suficiente para el muchacho quien volvió a ocupar su sitio en la rama. Los brillantes ojos del mejicano lanzaban destellos en los que se reflejaba su furia.

—¡No deben andar muy lejos de aquí! — repitió Carrero, seguramente sin sospechar que sus palabras eran oídas por los que buscaba. — El caballo siguió la marcha solo, de eso no hay duda. Ese texano nos preparó una trampa en la que hemos caído. Felipe siguió el rastro por donde el caballo fué solo. Pero ellos se han escondido en alguna parte.

—Sí señor, — exclamó otra vez.

—Han de estar, entre los matorrales, las lianas, o las ramas de algún árbol — continuó don Guzmán — No hay más remedio que buscar y buscar bien. Ese canalla no puede escapar a nuestra venganza. No hay que tocar a la señorita. Ella es inocente. Y también hay que respetar la vida del texano, siempre que eso sea posible. El respetó la mía, cuando la tuvo en sus manos. Pero hay que dar muerte a don Antonio en cuanto lo encontremos. ¡Un cuchillo o una bala debe arrancar la vida de ese traidor!

Nuevamente se pusieron en marcha para continuar buscando.

Don Guzmán permaneció solo algunos instantes donde se hallaba y Río Kid pudo notar que miraba entre las ramas de los árboles. Pero el escondite que él había elegido era excelente y el mejicano no pudo ver nada y al fin se alejó detrás de su gente.

Estrella lanzó un suspiro.

—¡Señor! ¡Se han ido otra vez! — murmuró.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó don Antonio. — ¡Soy hombre muerto!

Río Kid tuvo la impresión de que el hombre de Olillo decía realmente la verdad en aquella ocasión. Pero dió algunas esperanzas a la joven mejicana.

—¡Todavía podemos salvarnos! — dijo Río Kid. — Si podemos resistir sin que nos descubran hasta la noche creo que podremos realizar alguna tentativa con probabilidades de éxito. No creo que esta gente nos busque durante la noche.

De vez en cuando se oían rumores de voces y órdenes pero a cierta distancia. Al fin, la luz desapareció por completo y con las sombras reinó una completa calma en el bosque.

¡LA LUCHA!

¡Todo era silencio!

Los rayos de la luna se filtraban trabajosamente a través de las hojas de los árboles. Río Kid prestaba atención desde hacía algunos momentos. El enemigo no daba señales de vida. Al parecer, se había alejado de aquel sitio durante la busca. Debía hallarse lejos.

Aquella era la oportunidad que Río Kid estaba aguardando. Realizar la tentativa podía equivaler a caer en las manos del enemigo... pero había que intentar algo, ya que permanecer allí, sin tener ni agua, era condenarse a una muerte lenta.

Con la luz del nuevo día, volverían a comenzar la busca los otros, y sería una verdadera casualidad que no los descubrieran pues buscarían también por las alturas.

Después de haber permanecido descansando en el árbol, tanto el viejo como la muchacha, habían recuperado las fuerzas. Y en cuanto a Río Kid, se había olvidado de que había estado cansado.

La luz de la luna, sin ser mucha, era suficiente para que Río Kid pudiera descubrir el camino. Teniendo un poco de suerte podían hallarse a buena distancia de sus perseguidores y buscar entonces un escondite más seguro durante el día.

Comprendía que había mucho riesgo en la empresa, pero él no era hombre capaz de detenerse por ello.

Manifestó su propósito a sus compañeros, quienes tenían también deseos de alejarse del lugar del peligro. El viejo Antonio no veía la hora de estar ya lejos, con la esperanza de salvar la vida.

Río Kid bajó al viejo Antonio con ayuda del lazo y luego ayudó a descender a la muchacha. Bajó ágilmente tras ellos, empaquetó la manta y el rifle, y permaneció algunos instantes escuchando con atención. Pero todo estaba tranquilo y se resolvió, en vista de ello, a iniciar la marcha por el bosque.

De entre la espesura brillaron los ojos de un jaguar, pero la fiera se alejó al ver brillar en la mano de Río Kid un cuchillo. Un solo disparo hubiera sido suficiente para atraer la atención de los adversarios.

Continuaron la marcha con el muchacho a la cabeza para abrir paso. No era posible dejar por completo oculto el rastro y la salvación residía en el hecho de alejarse lo más posible de los mejicanos durante la noche. Pero Río Kid confiaba en que durante las horas de que disponían lograrían salir del bosque y luego hallar un refugio seguro para pasar en él, ocultos y descansando, las horas de calor.

A poca distancia del sitio en que se hallaban había visto una persona durmiendo envuelta en su manta. Era un mejicano.

Río Kid se hallaba tan solo a dos pasos de distancia cuando lo había visto. El mejicano se despertó en aquel momento. Dos ojos muy negros se abrieron y manifestaron inmediatamente la sorpresa. El hombre trató de dar la voz de alarma, pero el grito no llegó a brotar de sus labios pues Río Kid le dió un fuerte golpe con el mango de su pesado Colt y el mejicano quedó sin sentido sobre el suelo.

—¡Me parece que ese ya no está en condiciones de avisar! — exclamó Río — ¡Siganme!

Pasaron todos por encima del mejicano que fué pronto dejado atrás.

Con redoblada atención Río Kid continuó encabezando el grupo. Pero no vió señales de nuevos enemigos, aún cuando, en una o dos ocasiones, le pareció oir ruido de pasos.

Calculaba que el resto del grupo no debía hallarse muy lejos del sitio donde dormía el

otro y consideraba que ya debían haberlos dejado muy atrás.

Cuando ya habían caminado más de una milla el muchacho de Texas empezó a respirar más libremente. Tenía ya la casi convicción, de que se hallaba lejos del radio en que actuaban don Guzmán y sus hombres. Y tenía casi toda la noche para alejarse... hasta donde alcanzaran las fuerzas a los que lo acompañaban.

De ir él solo hubiera podido acelerar el paso, pero en aquellas condiciones tenía por fuerza, que amoldarse a la marcha del viejo y de la muchacha.

El viejo don Antonio, ahora que suponía hallarse lejos de sus adversarios, se lamentaba en voz alta y al mismo tiempo que lanzaba terribles maldiciones contra Carrero se encomendaba devotamente a todos los santos de la corte celestial. Estrella permanecía en silencio, únicamente sus hermosos ojos tenían una mirada de gratitud, cada vez que Río Kid la ayudaba a salvar alguna dificultad en la marcha.

Era una admirable muchacha aquella joven y Río Kid lamentaba interiormente que llegara el momento de ponerlos a salvo, pues entonces también sería llegado el instante de separarse de ellos y ya no la volvería a ver más. Deseaba perder cuanto antes de vista al viejo lobo y avaro, pero su corazón se dulcificaba cuando el muchacho miraba a Estrella.

Cuando había llegado a Méjico, lo había hecho con intención de permanecer algún tiempo tranquilo y regresar luego a su patria. Pero ahora, después de aquel encuentro había llegado hasta a soñar con una casita aislada en el campo rodeado de alguna hacienda, y cerca de él, en la casa y en los trabajos diarios, una joven de negros cabellos y de ojos negros y vivos que le hiciera cambiar el curso de sus pensamientos y alejara de su mente aquellos momentos de peligro en que había vivido casi desde que tenía uso de razón.

Por eso pensaba con tristeza en que llegara el momento en que fuera necesario separarse, y más aún, cuando la muchacha se apoyaba en su brazo en los momentos de fatiga. Entonces su corazón latía con violencia.

Pero aún cuando tales pensamientos lo preocupaban, no por ello dejaba de prestar atención a los hechos presentes. Notó así que el bosque iba dejando de ser tan denso como hasta entonces, que los matorrales y las lianas se hacían más abordables, y pensó que, posiblemente llegarían pronto al lindero y que la marcha se podría realizar entonces en mejores condiciones. El era hombre de las llanuras y al encontrarse ante una amplia extensión de terreno, al aire libre, se sentía revivir y sus facultades parecían despertarse con mayor fuerza.

Llegaron así hasta ver un profundo arroyo que corría al extremo del bosque señalando su fin. Los rayos de la luna al reflejarse en las aguas lo hacían asemejarse a una larga cinta de plata. Al otro lado del arroyo se divisaba una amplia llanura. Río Kid supuso que aquel arroyo era uno de los tributarios del Río Rojo y con el rostro alegre se volvió hacia sus compañeros.

—¡Me parece que la suerte empieza a inclinarse hacia nuestro lado. Vamos a llegar hasta el arroyo y seguiremos su curso por el agua. Esa es una forma para evitar que nuestro rastro sea seguido. Si esos coyotes no se apresuran a seguirnos creo que al fin los burlaremos, y pueden pensar en volver a su casa sin dar con nosotros.

Don Antonio se había dejado caer en el suelo murmurando:

—¡Señor! — exclamó. — ¡Yo no puedo dar un paso más! ¡Salve mi vida, pero no me haga caminar más!

Los ojos de la muchacha se volvieron suplicantes hacia Río Kid.

—¿Usted cree que podrá seguirme, señorita?

—¡Sí señor!

—En ese caso yo cargaré con su padre y vamos a seguir, porque no es posible detenernos aquí.

Entonces Río Kid se inclinó hacia el viejo y lo cargó sobre sus hombros prosiguiendo la marcha hacia el arroyo, seguido por Estrella. Así descendieron de las alturas donde se hallaba el bosque y entraron en las cristalinas aguas que tenían afortunadamente muy poca profundidad.

Ya en el agua, el muchacho de Texas continuó caminando. Aún cuando el viejo no era un hombre corpulento resultaba siempre una pesada carga para Río Kid, pero el siguió avanzando mientras el agua limpiaba sus botas y borraba la señal que dejaban en la arena del fondo.

Siguieron en esta forma durante más de una milla, y solo se detuvo el muchacho cuando oyó el ruido de una caída tras él. Al volverse vió que Estrella se incorporaba rápidamente.

—¡No es nada, señor! — dijo la animosa muchacha. — ¡Puedo seguir aún!

—¡No señorita! Pero lo malo es que aquí no veo lugar alguno para escondernos. Quédese quieta donde está, y yo buscaré por los alrededores donde refugiarnos.

Río Kid, dejó al viejo en el suelo y Estrella se sentó en una roca mientras el muchacho ponía de nuevo en movimiento sus piernas, que ya le dolían. Era imposible seguir más adelante y ya los separaban de los adversarios varias millas. Todo lo que quedaba por hacer era encontrar un lugar seguro para ocultarse durante el día y, si lo hallaba, la salvación podía considerarse más segura.

El muchacho no tardó en encontrar lo que buscaba. Era una profunda grieta en uno de los costados del arroyo, protegida por una cantidad de peñas de forma irregular.

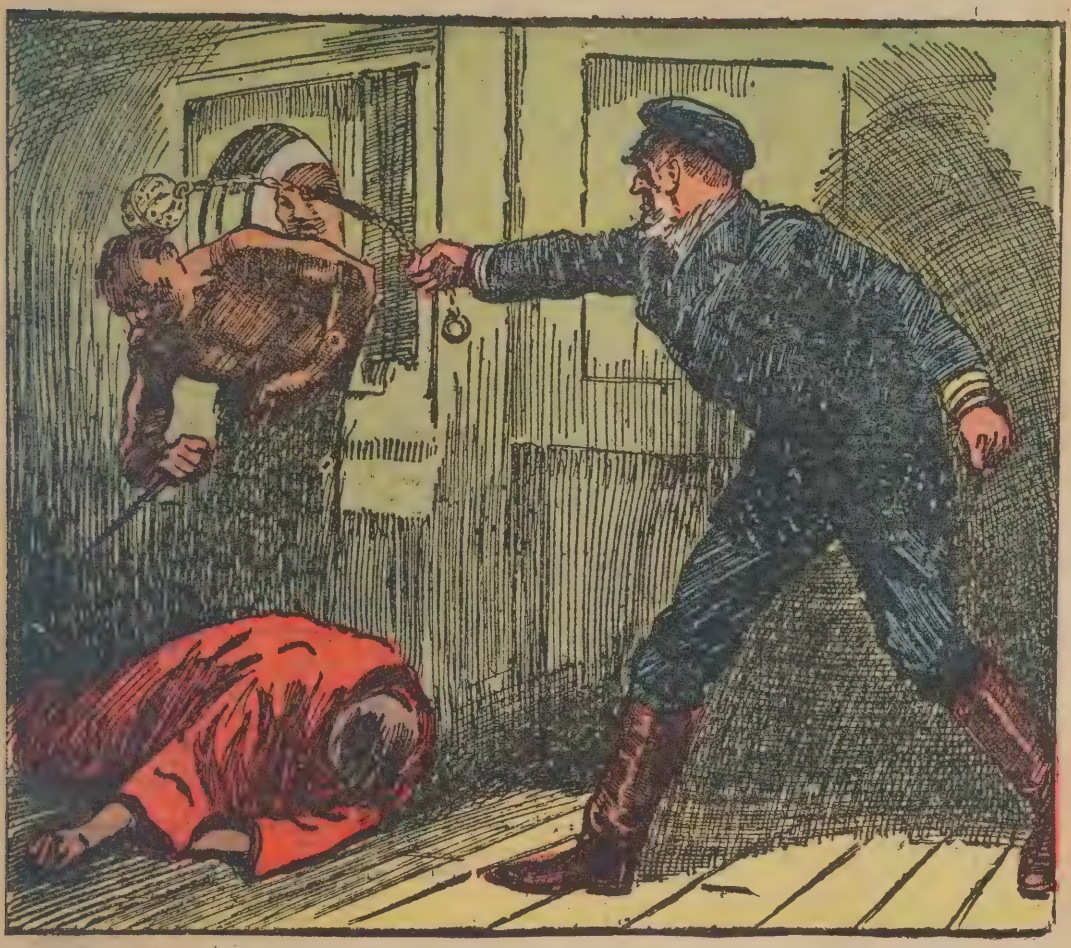
Condujo hasta allí al viejo de Olillo y luego ayudó a Estrella a llegar hasta el escondite. La muchacha miró alrededor una vez que estuvieron juntos los tres. Era aquel un hueco rodeado de rocas por todas partes menos por el lado que daba acceso al arroyo.

—Creo que aquí nos encontramos a salvo, señor! — exclamó.

—¡Así lo creo, señorita! — murmuró Kid.

Don Antonio se había quedado dormido

Próximamente en PUCKY



Joe Tremorne lucha contra los piratas chinos
(De la novela "El Buda de Oro")

El Buda de Oro

Por
MAURICE
EVERARD

Novela de extraordinarias aventuras por mar y tierra

Río Kid cargó al viejo sobre sus hombros y prosiguió la marcha hacia el arroyo, seguido por Estrella.

en el lugar donde el muchacho lo había dejado. En el más profundo sitio de aquella especie de cueva, Río Kid tendió su manta para que la muchacha pudiera descansar y recobrar fuerzas. Luego él marchó hacia la orilla y a la luz de los primeros resplandores de la aurora, borró con cuidado toda señal que pudiera denotar el lugar en que se hallaban.

Satisfecho al fin, trepó por entre las rocas y marchó al refugio donde se tendió en el suelo de roca y se durmió.

LA ULTIMA LUCHA DE RIO KID

El sol brillaba ya en lo alto y sus rayos empezaban a hacer sentir el calor con fuerza. Las aguas del arroyo seguían su curso murmurando entre las piedras.

Entre las rocas apareció un coyote que miró con ojos vigilantes a su alrededor. Olfateó entre las rocas que ocultaban el campamento de los fugitivos y luego llegó hasta el arroyo ladrando. De repente se detuvo, la hambrienta bestia paró las orejas y se alejó a todo correr, desapareciendo de la vista en pocos momentos.

Alguna señal de alarma había llegado hasta sus oídos por el lado del arroyo, alarma que no fué oída por los que se hallabar ocultos allí cerca.

Eran ruidos de voces y de juramentos de algunos hombres que avanzaban bajo los rayos del ardiente sol. El coyote había huido a tiempo, pero los que dormían, no habían oído, nada, a causa, sin duda, del cansancio que los vencía. Y aun cuando se hubieran despertado no había modo ya de huir.

Por el arroyo continuaban acercándose los hombres de don Guzmán, quien con la cabeza vendada dirigía la persecución y observaba detenidamente las dos orillas. Era un mastín humano olfateando el rastro de su enemigo, ansioso de derramar su sangre.

No se daba cuenta de la forma en que Río Kid había podido llevar hasta allí al viejo lobo a quien perseguía pero estaba ya seguro de que se acercaba al momento de la venganza. El muchacho de Texas estaba luchando lo indecible por salvar a Estrella, y con ella, a su padre sentenciado a muerte por la junta revolucionaria.

(Continuará)

EL ASESINATO DE ROGER ACKROYD

Por A. CHRISTIE

Cap. I

EL DOCTOR SHEPPARD TOMA SU DESAYUNO

LA señora Ferrars murió la noche del 16 al 17 de Septiembre, un jueves. Se me mandó buscar el viernes 17, a eso de las ocho de la mañana. Pero ya no había nada que hacer, y la muerte se había producido varias horas antes.

Regresé a mi casa poco después de las nueve. Abrí la puerta con mi llave, y me quedé en el vestíbulo unos minutos mas de lo necesario, para dejar mi sombrero y mi sobretodo. En realidad, estaba trastornado y preocupado. No pretendía ahora, que en ese instante hubiera previsto los acontecimientos que debían producirse en el curso de las semanas siguientes, pues no sería exacto. Pero mi instinto me advertía que iba a sufrir grandes emociones.

Un ruido de tazas, acompañado de la tosecilla seca de mi hermana Carolina, partió del comedor, cuya puerta se abría a la izquierda del vestíbulo.

—¿Eres tú, James? — preguntó mi hermana.

Esta pregunta era inútil pues ¿que otra persona hubiera podido entrar así? Era justamente, a causa de Carolina que yo me retardaba en el vestíbulo.

Mi hermana era una de esas personas que, quedándose apaciblemente en su casa, hacen un número considerable de descubrimientos. No sé como lo consigue, pero el hecho es innegable. Supongo que los sirvientes y los proveedores constituyen su oficina de informes. Cuando sale, no es para recoger noticias, sino al contrario para desparramarlas. En esto, ella es también extraordinariamente experta.

Y era esa particularidad de su carácter lo que me causaba cierta perplejidad.

Cualesquiera que fuesen los detalles que yo diera a Carolina sobre el deceso de la señora Ferrars, el pueblo entero lo conocería al cabo de una hora y media.

Se entiende que yo, como médico, estoy obligado al secreto profesional. Tengo pues, la costumbre de no confiar nada a mi hermana. Generalmente, ella descubre lo que yo le oculto, pero tengo la satisfacción íntima de no ser responsable.

El marido de la Sra. Ferrars ha muerto, hace justamente un año y Carolina, no ha dejado de afirmar, sin tener la menor prueba, qu su mujer lo ha envenenado. Se burla de mí, cuando declaro que el señor Ferrars ha muerto de una gastritis aguda, agrabada por la constante absorción de bebidas alcohólicas. Reconozco que los síntomas de la gastritis y del envenenamiento por arsénico se parecen un poco, pero Carolina basa su acusación en otras consideraciones.

—¡No hay mas que mirarla! — la he oído exclamar varias veces.

Aunque no muy joven, la señora Ferrars era muy seductora y se vestía con gusto, aunque sencillamente. Pero, muchas mujeres hace venir sus trajes de París y no por eso, envenenan a sus maridos.

Mientras yo me retrasaba en el vestíbulo, pensando en todas esas cosas, se oyó, de nuevo la voz de Carolina, pero mas seca que antes.

—¿Qué haces ahí, James? ¿Por qué no vienes a tomar tu desayuno?

—Ya voy — respondí vivamente — Estoy colgando mi sobretodo.

—¡Ya has tenido tiempo de colgar una docena desde que has llegado!

Era verdad.

Penetré en el comedor, besé, como de costumbre a Carolina en la mejilla y me senté ante los huevos y el jamón un poco fríos.

—Has sido llamado temprano — me dijo Carolina.

—Sí — dije — A King's Paddock, para la señora Ferrars.

—Ya lo sé — replicó mi hermana.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Annie.

Annie es nuestra mucama. Una buena muchacha, pero una terrible charlatana.

Hubo un momento de silencio y yo continué comiendo. La nariz larga y delgada de Carolina temblaba ligeramente, lo que indica siempre en ella, que está agitada por la curiosidad.

—¿Y bien? — preguntó ella.

—Triste asunto. Nada que hacer. Ha debido morir durante el sueño.

—Ya lo sé — dijo mi hermana.

Esta vez me dió fastidio.

—No puedes saber — le dije — Yo mismo lo ignoraba antes de llegar allí y no le he dicho nada a nadie. Si Annie está al corriente de eso tiene el don de la doble vista.

—No me lo ha dicho Annie, fué el lechero, que lo supo de la cocinera de la Sra. Ferrars.

Como ya lo dije, Carolina, no tiene necesidad de molestarse para conocer las noticias, que llegan a ella con toda naturalidad. Continuó:

—¿De qué ha muerto? ¿Del corazón?

—¿No te lo ha dicho el lechero? — le pregunté irónicamente.

Pero el sarcasmo no tiene efecto en Carolina, que no lo comprende.

—No lo sabía — me respondió.

En suma, era evidente que tarde o temprano sabría la verdad; y más valía que fuera por mí.

—Ha muerto por haber tomado una dósis demasiado fuerte de veronal. Sufría de insomnío de un tiempo a ésta parte, y ha debido equivocarse.

—Entonces se ha suicidado — exclamó Carolina.

¿No han constatado ustedes que, cuando tienen una convicción de la que no desean hablar, la niegan furiosamente, si es expresada por otra persona? Yo exclamé con indignación.

—¡Eres siempre la misma! ¿Por qué se iba a suicidar la señora Ferrars? ¡Viuda, joven aún, muy rica, teniendo buena salud y pudiendo disfrutar de la vida! Es un absurdo.

—No del todo. Te has dado cuenta como había cambiado desde hace unos seis meses? Además tu mismo reconoce que ya no podía dormir.

—¿Y cual es tu diagnóstico? — pregunté fríamente — ¿Penas del corazón, verdad?

—¡El remordimiento! — dijo con énfasis.

—¿El remordimiento?

—Sí, tu nunca has querido creerme cuando te he afirmado que ella había envenenado a su marido. Ahora estoy mas convencida que nunca.

—Eres ilógica — le objeté — Si una mujer posee bastante sangre fría como para cometer un asesinato, es muy capáz de aprovechar todas sus ventajas sin sentir ningún arrepentimiento.

—Ciertas mujeres, quizás, pero nó la señora Ferrars que era una nerviosa. Un impulso irrazonado la empujó a deshacerse de su marido porque le fastidiaba... Y se comprende, tratándose de un hombre como era Ashley Ferrars.

Hice un gesto afirmativo.

—Pero, después, la persiguió el remordimiento. No puedo dejar de compadecerla.

No creo que Carolina haya pensado jamás en compadecer a la señora Ferrars mientras ésta vivía. Ahora que ella se encontraba en un lugar donde ya no podía — al menos lo supongo — llevar los vestidos con el chic parisien, mi hermana estaba dispuesta a la piedad.

Le declaré con firmeza que sus ideas eran ridículas, y sin embargo yo también tenía la misma opinión que ella. Pero no iba a animar a Carolina a seguir por ese camino, pues contaría sus ideas a todos los habitantes del pueblo quienes la creerían informada por mi. La vida es muy difícil.

—Ya veras — continuó mi hermana — pues estoy segura de que ha escrito su confesión.

—No ha escrito nada — dije secamente, sin pensar en lo que esta afirmación implicaba.

—¡Oh! — dijo Carolina — ¿entonces estás informado? En el fondo, James, tienes la misma impresión que yo y no eres mas que un viejo hipócrita.

—Siempre se puede encarar la hipótesis de un suicidio — respondí.

—¿Habrá sumario?

—Es posible; si declaro que tengo la convicción de que la dosis demasiado fuerte de veronal ha sido absorvida accidentalmente, el sumario podrá evitarse.

—¿Tienes esa convicción? — me preguntó mi hermana.

Me levanté de la mesa sin responder.

Cap. II

LOS HABITANTES DE KING'S ABBOT

Antes de continuar mi relato, quizás fuera útil que diera una idea de lo que llamaría nuestra situación geográfica.

Nuestro pueblo de King's Abbot se parece, según creo, a muchos otros. La ciudad más cercana es Cranchester que se encuentra a nueve kilómetros. Hay una estación importante, una pequeña oficina de correos y dos negocios rivales. Los jovenes se van pronto de ese apacible rincón, que cuenta con algunas señoritas de edad y numerosos oficiales retirados. El pasatiempo principal de los habitantes puede resumirse en una palabra: Chismes: No hay más que dos propiedades importantes en King's. Abbot: una es "King's Paddock" legada a la señora Ferrars por el fallecimiento de su marido; la otra es "Fernly Park" que pertenece a Roger Ackroyd. Ackroyd me ha parecido siempre el prototipo del gentilhombre de pueblo inglés, de rostro iluminado, como se ven en las viejas operetas. Sin embargo, propiamente hablando no es un gentilhombre de pueblo, pues es un gran industrial. Tiene alrededor de cuarenta años, la cara roja y maneras afables. Es muy amigo del pastor

y se inscribe generosamente en las listas de colectas de la parroquia, aunque tenga la reputación de ser sumamente avaro en lo que concierne a sus gastos personales. Patrocina los partidos de cricket, las asociaciones de jovenes y los refugios de soldados heridos. En suma Roger Ackroyd es el alma mas tranquila de nuestro pueblo.

Cuando tenía veintiún años se enamoró de una mujer hermosísima, cinco o seis años mayor que él y se casó con ella. Se llamaba Paton; era viuda y tenía un hijo. Su unión fué corta y dolorsa, pues la señora Ackroyd bebía, y murió presa de una crisis de "delirium tremens", cuatro años después de su casamiento.

Después de ésto Ackroyd se mostró poco inclinado a tentar una segunda prueba de matrimonio. Su hijastro no tenía mas que siete años cuando su madre murió, ahora tiene veinte y cinco. Roger le ha considerado siempre como su propio hijo y lo ha educado como tal; pero es un muchacho terrible que le ha dado muy malos ratos. Sin embargo, en King's Abbot todos queremos mucho a Ralph Paton.

Como ya lo dije, el pueblo está siempre dispuesto a acoger las charlas. En seguida se notó que la señora Ferrars y Roger Ackroyd parecían entenderse muy bien. Su intimidad se hizo mas acentuada después de la muerte del marido; amenudo salían juntos y se suponía que contraerían enlace en cuanto la viuda hubiera dejado el duelo.

¿No era eso, acaso, algo perfectamente normal?

La mujer de Roger Ackroyd había muerto por beber demasiado. Ashley Ferrars había sido un bebedor inveterado Qué mas natural que las dos víctimas se consolasen una a otra!

Los Ferrars no habían venido a habitar el pueblo mas que poco antes de la muerte del marido. Pero Ackroyd siempre había sido el punto de mira de los chismes.

Durante la educación de Ralph Paton, una serie de gobernantas habían presidido los destinos de la casa Ackroyd y cada una de ellas era observada con desconfianza por Carolina y sus amigas. Puedo afirmar, sin exageración que durante quince años, todo el pueblo esperaba ver a Ackroyd casarse con una de las personas que dirigieron su casa.

La última, una mujer terrible, llamada miss Russell, reinaba en la casa desde hacía cinco años y, según la opinión general, sin la aparición de la señora Ferrars, Ackroyd, le hubiera podido, difícilmente huir.

Sin embargo, miss Russel había encontrado otro adversario, en la persona de una cuñada de Roger que había llegado inopinadamente del Canadá con su hija.

La Sra. Cyrille Ackroyd viuda de un hermano bastante poco recomendable del amo de Fernly Park se había instalado definitivamente y según decía Carolina "puesto a miss Russel en su sitio".

No sé exactamente que sentido dá ella a estas palabras, pero estoy seguro de que miss Russell manifiesta, en apariencia la mas profunda simpatía por "esa pobre señora Ackroyd obligada a la caridad de su cuñado... ¡el pan de otro es tan amargo! Yo me sentiría muy desgraciada si no ganara mi vida..."

Ignoro lo que la señora Cyrille Ackroyd pensaba del idilio Ferrars cuando llegó, pues parecía tener interés en que su cuñado no se casara. Cuando encontraba a la señora Ferrars era muy amable con ella... pero Carolina afirma que eso no prueba nada...

Tales han sido las preocupaciones de King's Abbot en estos últmos años. Pero henos aquí bruscamente en pleno drama.

Hice mis visitas profesionales recordando todo esto. No tenía enfermos particularmente interesantes que visitar, lo que era quizá una suerte, pues mi espíritu volvía sin cesar al misterio que rodeaba la muerte de la señora Ferrars.

¿Se había suicidado? Si hubiera tenido la intención de hacerlo ¿no hubiera dejado una carta comunicando su decisión?

Mi experiencia me inclina a creer que, cuando una mujer se ha decidido a atentar contra su vida, desea siempre exponer las razones de su acción.

¿Cuando la había visto viva por última vez? La semana precedente y su actitud había sido normal, dadas... las circunstancias.

De pronto, recordé que la había visto la vispera, pero no le había hablado. Se paseaba con Ralph Paton y me había sorprendido pues ignoraba que el joven se encontrara en King's Abbot; creía que se había disgustado con su padrastro pues no venía a casa de éste último desde hacía diez meses. La señora Ferrars y él parecían conversar con animación.

Creo poder afirmar con toda sinceridad que recordando esto, tuve un presentimiento del porvenir; nada tangible, evidentemente, sino una vaga advertencia del cariz que iban a tomar los acontecimientos.

La entrevista de Ralph Paton y la Sra. Ferrars me desagradó.

Pensaba aún en eso, cuando me encontré de pronto frente a Roger Ackroyd.

—Sheppard! — exclamó — Es usted justamente, el hombre que deseaba encontrar. ¡Qué cosa terrible!

—¿Usted ha sabido?

Inclinó la cabeza. Era evidente que la noticia lo había trastornado. Sus mejillas rubicundas estaban hundidas y su aspecto jovial había desaparecido.

—Mas terrible aún de lo que usted puede creer — me dijo con calma — Es preciso que hablemos Sheppard ¿Puede usted venir a mi casa, ahora?

—Difícilmente, tengo aún tres enfermos que ver y es necesario que enseguida regrese a mi casa para la consulta.

—Esta tarde, entonces...O mejor aún, venga a cenar ésta noche conmigo, a las 7 y media ¿le conviene?

—Si, ya me arregiaré... ¿pero que pasa? ¿Se trata de Ralph?

No sé por qué pronuncié estas palabras... ¡Es cierto que tantas veces se había trata de Ralph!

Ackroyd me miró sin comprender y me di cuenta de que debía, en efecto, haber algo de grave, pues nunca lo había visto tan trastornado.

—¿Ralph? — repitió — ¡Oh! no, no se trata de Ralph; está en Londres... ¡Demonio! ¡Ahí llega esa vieja de miss Ganett! No puedo hablarle de este lamentable asunto. Hasta la noche, Sheppard, a las siete y media.

Saludé y me retiré apresuradamente.

¡Ralph en Londres! Pero seguramente había venido la víspera a King's Abbot; había debido irse por la noche o muy temprano esa misma mañana. Sin embargo Ackroyd hablaba de él como si no lo viera desde hacía varios meses.

No tuve tiempo de reflexionar largo tiempo, pues miss Ganett se precipitaba hacia mi ávida de informarse. Miss Ganett se parecía a mi hermana Carolina, con la diferencia que no llega a tan brillantes resultados. Estaba anhelante y ansiosa.

¿No era una cosa horrible la muerte de la pobre Sra. Ferrars? Varias personas decían que ella se daba a los estupefacientes desde hacía muchos años. La gente son amenudo malas; pero a veces hay algo de verdad en sus declaraciones! No hay humo sin fuego. Se pretende igualmente que Ackroyd había descubierto ese defecto y en consecuencia había roto sus relaciones. Miss Ganett estaba segura de que yo sabía la verdad — ¡los médicos saben siempre, pero son mudos!

Clavaba en mi sus ojos agudos para ver como respondería. Felizmente mi larga intimidad con Carolina me había enseñado a permanecer impasible y a tener siempre lista alguna respuesta evasiva.

Felicité pues a miss Ganett por no tomar parte en la maledicencia lo que no dejó de fastidiarla, y continué mi camino.

Cuando entré en mi casa, encontré a varios clientes; les examiné y creía poder pasar un rato en mi jardín, antes del almuerzo, cuando noté que había aún una persona en mi sala de espera. Se levantó y me asombré al reconocerla, pues miss Russell parecía tan fuerte que jamás debía recurrir a los cuidados de un médico.

La gobernanta de Ackroyd es una mujer grande, bastante bella, pero de aspecto antipático. Tiene ojos severos, una boca grande y me parece que si yo fuera un sirviente a sus ordenes temblaría de la mañana a la noche.

—Buen día, doctor, — me dijo — Le agradecería si quisiera examinar mi rodilla.

La examiné pero no descubrí nada y la exposición de sus sufrimientos, que me hizo miss Russell era tan vaga, que sospeché que había inventado ese mal con el solo objeto de interrogarme sobre la muerte de la señora Ferrars. Me di cuenta de que la había juzgado mal, pues no me hizo mas que una vaga alusión a los acontecimientos. Sin embargo, era evidente que quería conversar conmigo.

—Gracias por haberme dado ese linimento — dijo al fin — Aunque no creo que me dé resultado.

Yo pensaba lo mismo, pero me vi obligado a protestar. No le haría ningún mal y hay que sostener la profesión.

—No creo en las drogas — continuó miss Russell examinando mis frascos con desconfianza — A veces son nefastas. Piense en la cocainomanía. Es muy frecuente en la alta sociedad.

Es probable que miss Russell conociera mejor a los habitantes de la alta sociedad que yo, por eso no traté de discutir con ella.

—Dígame doctor — continuó — ¿puede uno curarse si realmente es esclavo de una costumbre de esa clase?

No puede responderse en pocas palabras a semejante pregunta; hice a miss Russell un pequeño discurso que escuchó atentamente. Sospeché que trataba en esa forma, de informarse sobre la muerte de la Sra. Ferrars.

"El veronal, por ejemplo... — continué. Pero ella no parecía interesarse por el veronal. Cambió de tema y me preguntó si era cierto que algunos venenos engañaran las investigaciones:

—¡Ah! — respondí — ¡Usted ha leído historias de detectives!

Confesó haber leído.

—En toda historia de detective — dije — hay generalmente un veneno raro que viene, casi siempre de la América del Sur y de quien nadie ha oído hablar. La muerte es instantánea y la ciencia es impotente para comprender.

—¿Existen realmente venenos de esa clase?

Yo sacudí la cabeza...

—Creo que no, salvo el curare.

Le hablé largamente del curare, pero su interés pareció extinguirse de nuevo. Me preguntó si yo tenía, y temo haber descendido en su estima cuando le respondí negativamente. Partió y yo la acompañé hasta la puerta, justamente cuando el gong anunciaba el almuerzo.

Nunca hubiera creído a miss Russell capáz de interesarse en historias de detectives.

La evoqué, riéndome, saliendo de su cuarto para retar a una sirvienta indócil y volviendo vivamente a continuar la lectura de "El misterio de la séptima muerte", o cualquier otra obra de esa clase.

Cap. III

EL HOMBRE QUE CULTIVABA CALABAZAS

Durante el almuerzo dije a Carolina que cenaría en Fernly. Ella no hizo ninguna objeción.

—Perfectamente — dijo — así sabrás todo. A propósito ¿qué le habrá pasado a Ralph?

—¿A Ralph? — dije asombrado — Nada que yo sepa.

—Entonces ¿por qué ha ido a los "Tres Pasos" en lugar de ir a Fernly Park?

No puse ni por un momento en duda lo que decía Carolina; desde el momento en que ella afirmaba que Ralph Paton se encontraba en la posada del pueblo, el hecho era exacto.

—¡Pero Ackroyd me ha dicho que estaba en Londres!

El asombro me hizo olvidar mi costumbre de no dar datos.

—¡Oh! — dijo Carolina, cuya nariz se estremeció — ha llegado ayer por la mañana a los "Tres Pavos" y aún está allí. Anoche, se ha paseado con una joven.

Eso no me sorprendió, pues Ralph se pasea, casi todos los días, con alguna muchacha. Pero ¿por qué había elegido King-s Abbot para dedicarse a ese pasatiempo en lugar de quedarse en la gran ciudad?

—¿Una de las sirvientas? — pregunté.

—¡No, y no sé quien era!

Debía ser sumamente doloroso para Carolina hacer esa confesión.

—Pero puedo adivinarlo — continuó mi infatigable hermana.

Yo esperé pacientemente.

—Era su prima.

—¿Flora Ackroyd? — exclamé estupefacto.

Flora y Ralph no tienen en realidad, ningún parentesco; sin embargo este último ha sido considerado desde hace tanto tiempo como hijo de Ackroyd que ya es corriente admitirlos como primos.

—Flora Ackroyd — repitió mi hermana.

—Pero si él deseaba verla ¿porqué no fué a Fernly?

—Porque se han comprometido en secreto — dijo Carolina encantada — Ackroyd no quiere oir hablar de ese casamiento y se ven obligados a verse a escondidas.

La hipótesis emitida por Carolina me parecía presentar bastantes puntos débiles, pero me abstuve de subrayarlos. Una frase sobre nuestro nuevo vecino creó una distracción.

La casa mas cercana a la nuestra "Las Malezas" había sido alquilada recientemente a un extranjero.

Con gran pena, Carolina no había podido descubrir nada que le concerniera, salvo que no era inglés. Su oficina de informes no había estado a la altura de las circunstancias. Es probable que ese desconocido compre leche, carne y pescado, como todo el mundo, pero ninguno de sus proveedores había obtenido el menor informe. Su nombre parecía ser Poirot, nombre extraño. La único cierto es que cultibaba calabazas.

Pero eso no interesaba a Carolina. Lo que hubiera querido saber es de donde venía, cual era su profesión, si estaba casado, como era su mujer, si tenía hijos, el nombre de soltera de su madre, etc

Debe ser una persona de la mentalidad de Carolina la que inventó los pasaportes.

—Querida Carolina — dije — no hay ninguna duda en cuanto a su profesión. Es un peluquero retirado de sus negocios. Mira su bigote.

Pero Carolina no fué de mi opinión. Declaró que si nuestro vecino era peluquero sus cabellos serían ondulados en lugar de ser lacios. Yo le cité varios peluqueros conocidos cuyos cabellos eran completamente lacios, pero ella se negó a dejarse convencer.

—No puedo formarme una opinión — dijo con tono afligido — Le he prestado una herramienta de jardín el otro día; ha sido muy amable, pero no le pude sacar nada. Le pregunté si era francés; me contestó que nó... y no sé porqué, no me atreví a insistir.

Comencé a interesarme en nuestro misterioso vecino, pues un hombre capáz de hacer callar a Carolina debe tener una fuerte personalidad.

—Creo — dijo mi hermana — que posee uno de esos nuevos aspiradores de tierra.

Noté su intención de hacérselo prestar y de entrar así de nuevo en conversación. Dejándola con esa esperanza, me fui al jardín. Me agrada bastante cultivar flores y estaba muy ocupado en extraer algunas yerbas cuando oí un grito cerca mío al mismo tiempo que un cuerpo pesado me rozaba la oreja y caía a mis pies. Era una calabaza.

Levanté la cabeza encolerizado. A mi izquierda, por encima del muro, aparecía un rostro; distinguí de una mirada, una cabeza en forma de pera, recubierta en parte de cabellos de un negro excesivo, un enorme bigote y ojos inquisidores.

Era nuestro enigmático vecino el señor Poirot que se deshacía en excusas.

—Le pido perdón, señor, soy inexcusable. Cultivo calabazas desde hace varios meses, pero de pronto esta mañana, ellas me causaron horror y las mandé a pasear; tomé la mas grande y la tiré por encima de la pared. ¡Señor estoy avergonzado, confuso!

Mi furor no pudo menos de ceder ante la expresión de sus excusas. En suma la calabaza no me había pegado; pero esperé que nuestro nuevo amigo no tomara la costumbre de bombardearnos con sus hortalizas.

El extraño hombre pareció leer mi pensamiento.

—No se inquiete — exclamó — No és esa mi costumbre ¿Puede usted figurarse un hombre que trabaja para conseguir algo, consigue al fin procurarse un retiro y cuando lo logra se dá cuenta de que extraña el trabajo y las ocupaciones que se había creído tan feliz de abandonar?

—Sí — respondí — creo que es bastante corriente y yo mismo soy un ejemplo. Hace un año, recibí una herencia que me hubiera permitido realizar un sueño; siempre he deseado viajar, ver el mundo. Y ya se lo he dicho... hace un año de eso... y aun estoy aquí.

Mi vecina accedió.

—Las cadenas de la costumbre. Proseguimos largo tiempo nuestra tarea con un deseo determinado, cuando lo hemos conseguido, el esfuerzo cotidiano nos falta. Créalo señor, mi trabajo era interesante. Era el trabajo más interesante de la tierra.

—¿Verdad? — dije con voz animadora, pues tenía en ese momento la mentalidad de Carolina.

—Sí, estudiaba la naturaleza humana, señor.

—Ciertamente — dije con bondad.

Realmente estaba en presencia de un peluquero retirado ¿Quién mejor que un peluquero conoce los secretos de la naturaleza humana?

—Yo tenía también un amigo... un amigo que no me había dejado durante muchos años. A veces se mostraba de una estupidez espantosa y sin embargo me era muy querido. Imagínese usted que su misma estupidez me falta. Su ingenuidad, sus ideas honestas, el placer que yo experimentaba en abatirlo con mis dones superiores... todo eso me falta mas de lo que Vd. se imagina.

—¿Ha muerto? — dije con simpatía.

—No, no, vive y prospera, pero del otro lado del globo, habita en la Argentina.

—¡La Argentina! — dije.

Siempre he deseado ir a América del Sur. Suspiré pues, y cuando levanté los ojos me dí cuenta de que el Sr. Poirot me miraba con interés. Ese pequeño hombre pareció dotado de comprensión.

—¿Irá usted allí? — me preguntó.

Sacudí la cabeza tristemente.

—Hubiera podido ir, hace un año, pero he sido insensato, mas que insensato, voraz y he perdido todo.

—Comprendo, — replicó Poirot — usted ha especulado?

Accedí con aire sombrío pero interiormente me divertía ¡Ese hombre era extraordinariamente solemne!

—¿Ha jugado usted sobre los "Poreupino Oil Fields? — preguntó bruscamente.

Lo miré estupefacto.

—Había pensado en ello, pero luego me decidí por una mina de oro al oeste de Australia.

Mi vecino me contemplaba con una expresión extraña que no pude descifrar.

—Es el Destino — dijo al fin.

—¿A qué llama Vd. el Destino? — pregunté un poco irritado.

—El hecho de que yo sea el vecino de un hombre que se preocupa por los "Poreupine Oil Fields" y por las minas de oro del oeste de Australia ¿Dígame tiene usted también una inclinación por el cabello castaño?

Lo miré asombrado y él se rió.

—No, no, no estoy loco, tranquilícese usted. La pregunta que acabo de hacerle es ridícula; el amigo de que yo le hablaba era un hombre que encontraba todas las mujeres buenas, casi todas bellas, en tanto que usted es un hombre de edad madura, un médico que conoce la inanición de la mayor parte de las cosas de nuestra vida. En todo caso, somos vecinos; le suplico que tenga a bien ofrecer a su amable hermana mi mas bella calabaza.

Se agachó y reapareció triunfalmente teniendo una enorme calabaza que yo acepté tan simplemente como él me la ofrecía.

Luego el pequeño hombre continuó alegremente:

—Esta mañana no ha sido perdida por mi. Lo he conocido y por ciertas cosas, se parece usted a mi amigo lejano... A propósito quisiera pedirle un informe: usted conocerá seguramente a todo el mundo en éste pueblo ¿quien es ese joven moreno que camina con la cabeza echada hacia atrás y una sonrisa feliz en los labios?

Esta descripción no dejaba ninguna duda.

—Debe ser el capitán Ralph Paton — respondí lentamente.

—No lo había encontrado hasta ahora.

—Hace tiempo que no venía. Es el hijo, o mas bien el hijo adoptivo del señor Ackroyd de Fernly Park.

Mi vecino hizo un gesto de impaciencia.

—Hubiera debido adivinarlo. Amenudo me ha hablado de él.

—¿Conoce Vd. al señor Ackroyd? — le pregunté asombrado.

—Sí, hemos tenido relación, cuando yo ejercía mi profesión en Londres, pero le he pedido que no diga nada aquí.

—Comprendo — repliqué bastante divertido.

El continuó con énfasis.

—Prefiero guardar el incógnito: no tengo ningún deseo de notoriedad y no quiero tomarme el trabajo de rectificar el nombre bajo el cual se me conoce aquí.

—¡Claro! — dije yo, no sabiendo mas que contestar.

—El capitán Ralph Paton... — murmuró el señor Poirot — es el novio de la sobrina del señor Ackroyd, la encantadora miss Flora.

—¿Quién se lo ha dicho? — le pregunté muy sorprendido.

—El mismo señor Ackroyd hace unos ocho días. Está muy contento pues, según lo que pude comprender deseaba hace tiempo que fuera así. Creo aún, que ha ejercido una cierta presión sobre su hijastro lo que es lamentable. Un joven debe casarse según su gusto y no por agradar a su padrastro cuya herencia espera.

Estaba trastornado. No hubiera creído jamás que Ackroyd pudiera confiarse a un antiguo peluquero y discutir con él, el casamiento de su sobrina y su hijastro. pues si era muy bondadoso hacia las clases inferiores, tenía también una gran reserva personal. Comencé a preguntarme si Pairot sería en realidad un peluquero.

Para ocultar mi fastidio pronuncié las primeras palabras que me vinieron a la boca:

—¿Por qué ha observado usted a Ralph Paton? ¿Porqué es hermoso?

—No solo por eso, aunque tiene un físico particularmente agradable por ser inglés;

podría ser calificado de dios griego. No, había algo, en la actitud de ese joven, que yo no comprendía.

Pronunció ésta última frase, en un tono grave que me produjo una extraña impresión; parecía que estuviera por juzgar a Ralph haciendo un llamado a una ciencia por mí desconocida. Lo dejé con ésta idea, pues fuí llamado por mi hermana.

Volví a la casa. Carolina estaba aún con el sombrero puesto y llegaba, manifiestamente, de la calle. Comenzó sin preámbulo:

—He encontrado al señor Ackroyd.

—¿De veras?

—Sí, quise detenerlo pero parecía muy apurado.

Eso no me sorprendió. Debía haber sentido hacia Carolina la misma impresión que había manifestado cuando se acercó miss Ganett, a la mañana, pero peor quizá, pues es menos fácil desembarazarse de mi hermana.

—Enseguida le hablé de Ralph y se mostró sorprendido; no había que él estuviera aquí. Me dijo que yo debía estar equivocada ¡Yo! ¡equivocarme!

—Es ridículo — le dije — debiera conocerte mejor.

—Luego, me anunció el casamiento de Ralph y de Flora.

—Yo también lo supe — la dije con orgullo.

—¿Quién te lo dijo?

—Nuestro nuevo vecino.

Carolina vaciló durante uno o dos segundos, luego me dijo:

—He prevenido al señor Ackroyd que Ralph ha parado en los "Tres Pavos".

—Carolina ¿no te das cuenta que puedes hacer mucho daño con tu manía de hablar sin discernimiento?

—¡Vamos! ¡vamos! — respondió mi hermana. — Es útil advertir a los interesados. — El señor Ackroyd me quedó muy agradecido. Creo también que ha ido en seguida a los "Tres Pavos", pero no habrá encontrado a Ralph.

—¿Por qué?

—Porque cuando yo volvía, atravesando los bosques...

—¿Has venido por los bosques? — exclamé.

Carolina enrojeció.

—Estaba tan lindo el día que he querido dar un paseo. El otoño es maravilloso aquí.

Pero Carolina no se interesa por los bosques en ninguna estación; considera de ordinario que allí uno se moja los pies y recibe toda especie de cosas desagradables sobre la cabeza. Era el instinto lo que la había guiado a través del bosque, único lugar en Kings Ablott donde un joven puede conversar con una muchacha sin ser visto. Además llega hasta el parque de Fernly.

—Bien — le dije — continúa.

—Atravesaba pues, el bosque, cuando oí voces. — Carolina se detuvo.

—¿Qué más?

—Una era la voz de Ralph Paton que reconocí en seguida; la otra era la de una joven. Naturalmente yo no tenía la intención de escuchar...

—Verdaderamente — exclamé con una ironía que Carolina no notó.

—Pero no pude dejar de oír. La joven pronunció algunas palabras que no oí bien y Ralph le respondió. Parecía enojado: ¿Pero querida, no se da usted cuenta de que él me cortará los víveres? Ya lo he dejado durante algunos años y no lo quiero hacer más porque sino procedería en contra mío. Tenemos necesidad de sus subsidios, querida. Cuando él muera yo seré muy rico. Es muy avaro pero nada en oro y no me gustaría que modificara su testamento. Déjeme hacer y no se atormente". Son exactamente sus palabras, me las recuerdo perfectamente. Desgraciadamente, en ese momento caminé sobre unas ramas secas; ellos bajaron la voz y se alejaron. Se entiende que yo no los podía seguir, de manera que no sé quien era la joven.

—Es fastidioso — dije yo. — Supongo, sin embargo que habrás corrido a los "Tres Pavos", que no te has sentido bien y que has entrado en el bar para ver si estaban las sirvientas.

—No era una sirvienta — dijo Carolina sin vacilar. — En realidad, estoy casi segura de que era Flora Ackroyd, solamente...

—Es incomprensible — confesé.

—Pero, ¿si no era Flora, quién podía ser?

Mi hermana pasó rápidamente revista a todas las jóvenes de la vecindad y encontró numerosas razones para suponer que ninguna de ellas podía ser la que estaba con Ralph en el bosque.

Cuando se detuvo para tomar aliento, yo pretexté una visita a un cliente y salí.

Me proponía dirigirme a los "Tres Pavos" pues era probable que Ralph Paton hubiera vuelto.

Conocía muy bien al joven, mejor quizás que nadie, pues había atendido a su madre y me explicaba, en consecuencia, algunos rasgos de su carácter, incomprensibles para otros Era hasta cierto punto, víctima de la herencia, pues teniendo como su madre inclinación a la bebida era de carácter débil.

Como lo había dicho mi interlocutor de la mañana, era notablemente bello. Tenía seis pies de alto, y su cuerpo, de proporciones perfectas, tenía una gracia atlética. Tenía de su madre, los cabellos negros; y su rostro proporcionado, estaba siempre sonriente. Ralph Paton era uno de esos seres nacidos para agradar. Era perezoso y gastador y nos tenía respeto por nada, pero, sin embargo era simpático y sus amigos lo admiraban. Podía hacer yo algo por él? Creía poder responder afirmativamente.

Cuando me informé en los "Tres Pavos" se me dijo que el capitán Paton acababa justamente de entrar. Subí hasta su cuarto y penetré sin ser anunciado. Dado lo que había visto y oído, me pregunté como sería recibido; fué un error de mi parte atormentarme sobre eso.

—¡Ah, pero es Sheppard!... ¡Encantado de que sea usted!

Vino hacia mí con las manos extendidas, y una alegre sonrisa iluminó su rostro.

—¡Es usted el único ser a quien me agrada ver en éste maldito lugar!

Abrí los ojos.

—¿Qué le han hecho?

Tuvo una amarga sonrisa.

—Es una larga historia; las cosas no se arreglan bien para mí, doctor. ¿Pero no quiere tomar antes algo fresco?

—Se lo agradecería.

Llamó, luego volviendo hacia mí, se dejó caer en un sillón.

—Para llamar las cosas por su nombre — dijo tristemente, me hallo en una situación terrible y no sé, en realidad, como salir de ella.

—¿Pero que es lo que ocurre? — le pregunté con simpatía.

—Es mi condenado padrasto.

—¿Qué ha hecho?

—No se trata de lo que ha hecho, sino de lo que probablemente hará .

Entró un sirviente y Ralph pidió los refrescos. Permaneció silencioso y sombrío hasta que el hombre hubo desaparecido.

—¿Es serio? — interrogué.

El hizo una señal afirmativa.

—Estoy al fin de los expedientes, ésta vez — dijo.

El tono de su voz me indicó que decía la verdad. Debía ser necesario mucho para que Ralph estuviera tan preocupado.

Permaneció silencioso durante un momento; luego dijo, con una inflexión de voz un poco diferente:

—Sí; es necesario que proceda solo.

Capítulo IV

LA CENA EN FERNLY

No habían dado aún las siete de la tarde cuando yo llamaba a la puerta de Fernly Park. En seguida me abrió Parker el mayordomo.

La noche era tan bella que yo hubiera preferido caminar. Penetré en el gran vestíbulo cuadrado y entregué mi sobretodo a Parker.

En ese mismo momento, el secretario de Ackroyd, joven amable, llamado Raimundo, atravesó el vestíbulo, dirigiéndose hacia el escritorio con las manos cargadas de documentos.

—Buenas noches, doctor. ¿Viene usted a cenar o a hacer una visita médica?

Estas palabras se explicaban pues yo acababa de dejar mi balija negra sobre un mueble.

Le respondí que de un momento a otro esperaba ser llamado para un caso urgente y que había tomado mis precauciones. Raimundo continuó su camino, exclamando:

—Vaya usted al salón. Ya conoce el camino. Las señoras van a bajar dentro de un momento. Llevo estos papeles al señor Ackroyd y le diré que usted está aquí.

Parker se había retirado mientras yo hablaba con Raimundo, de manera que me encontraba sólo en el vestíbulo.

Arreglé mi corbata, dirigí una mirada al gran espejo que se hallaba allí y me dirigí hacia la puerta del salón.

Cuando la abría, oí un ruido que provenía del interior. Me pareció que alguien cerraba una ventana y ese pequeño acontecimiento quedó maquinalmente grabado en mi espíritu sin que yo le prestara mayor atención en ese momento.

Abrí la puerta y entré; casi tropecé con miss Russell que salía. Nos excusamos recíprocamente. Noté, por primera vez, que la gobernanta debía haber sido bella, y que aún lo era. Sus cabellos negros no tenían una hebra blanca y cuando, como en ese, momento sus mejillas estaban rosadas, su rostro perdía un poco su aspecto rígido y frío.

Me pregunté si llegaría del jardín, pues su respiración era jadeante como de una persona que ha corrido.

—Temo haber llegado un poco temprano — dije.

—¡Oh! no lo creo, doctor! Ya son más de las siete y media.

Se detuvo un momento antes de pronunciar estas palabras.

—Yo no sabía que cenaba usted aquí esta noche; el señor Ackroyd no me lo había dicho.

Tuve la vaga impresión de que mi llegada no le había sido agradable, pero no pude comprender por qué.

—¿Y su rodilla, cómo va? — le pregunté.

—Lo mismo, gracias doctor. Tengo que irme. — La señora Ackroyd va a bajar. Y... yo no había entrado más que para ver si las flores estaban aún frescas.

Salió rápidamente y yo entré a la habitación tratando de explicarme su deseo evidente de justificar su presencia en el salón. Noté entonces una cosa que hubiera debido recordar; grandes puertas y ventanas daban sobre la terraza. Estaban abiertas: el ruido que yo había oído, no era pues el de una ventana al cerrarse.

Sin reflexionar y más bien por distraer mi espíritu de sus tristes pensamientos que por otra razón, traté de adivinar lo que había podido producirlo. ¿El carbón al ser puesto en la estufa? No; no era esa clase de ruido. ¿Un cajón de la mesa? No. Mi mirada se detuvo en una especie de vitrina, en forma de mesa y con una tapa, a través de la cual se ven los objetos allí contenidos. Había unas cuantas cosas de plata antigua, un zapato de bebé que había pertenecido al rey Carlos I, algunas figuras chinas en jade y una cantidad de curiosidades africanas.

Deseando mirar más de cerca algunas de las figuras, levanté la tapa de vidrio que se me escapó y volvió a caer.

Reconocí inmediatamente el ruido que había oído antes; provenía de esa misma tapa suavemente bajada. Repetí el movimiento una o dos veces para mi propia satisfacción, luego la abrí completamente para mirar al interior de la vitrina y estaba aún inclinado sobre los objetos cuando entró Flora Ackroyd.

Hay muchas personas que no aman a Flora Ackroyd; pero nadie puede dejar de admirarla y ella sabe ser encantadora para sus amigos. Lo primero que llama la atención al verla es su tipo de rubia. Tiene los cabellos de un rubio escandinavo. Sus ojos son del azul de los fjords de Noruega y su piel es blanca y rosada. Sus hombros son anchos

sus caderas estrechas y el ojo de un médico contempla con placer su maravilloso aspecto de salud. Es una verdadera joven; simple y recta, cosa rara y preciosa.

Flora se acercó a la vitrina y expresó sus dudas sobre la autenticidad del zapato del rey Carlos.

—Además — continuó — me parece ridículo extasiarse porque una persona ha llevado o empleado un objeto. La pluma con que Jorge Eliot ha escrito el "Molino sobre Flose" por ejemplo, no es después de todo más que una pluma. Si usted admira a Jorge Eliat, más vale comprar y leer su libro.

—Supongo Flora que no leerá usted algo tan pasado de moda.

—Se equivoca usted, doctor, adoro el "Molino sobre Floss"

Quedé encantado de saberlo pues los libros que leen las jóvenes, de nuestros días, me espantan positivamente.

—¿Todavía no me ha felicitado, doctor— dijo Flora. — ¿No ha sabido usted?...

Extendió la mano izquierda en el anular de la cual se veía un anillo con una bella perla deliciosamente montada.

—Me voy a casar con Ralph — añadió. — Mi tío está muy contento.

Tomé sus manos en las mías y exclamé:

—¡Querida niña, espero que será usted feliz!

—Hace más o menos un mes que somos novios — continuó con su voz tranquila. — pero sólo desde enteayer es oficial. Mi tío va a hacer reparar Cross Etones para dárnosla. En realidad no estaremos en invierno, durante el verano iremos y practicaremos el yachting. Me gusta mucho el mar. Yo me ocuparé también de las obras de la parroquia.

En ese momento éntró la señora Ackroyd, excusándose de su retardo.

Lamento tener que confesar que detesto a la señora Ackroyd. Es un compuesto extraño de huesos de dientes y de alhajas. Tiene los ojos de un color gris acerado que, por amables que sean, permanecen siempre fríos y calculadores.

Dejando a Flora cerca de la ventana me dirigí hacia ella; me tendió una mano cargada de anillos y comenzó a hablar con volubilidad.

¿Había sabido yo el compromiso de Flora? ¿No era una pareja perfecta, el tan moreno y ella tan rubia?

—¡No puedo decirle, doctor, que alivio es para mi corazón de madre!

La señora Ackroyd suspiró, pero sus ojos quedaron fijos en los míos, con interes.

—Me pregunto una cosa... Roger tiene una gran simpatía por usted y sabemos a que punto confía en usted... Para mí, en mi calidad de viuda del pobre Cirilo es muy delicado... Hay asuntos molestos para tratar... el contrato... Creo realmente que Roger piensa dotar a Flora, pero, como usted sabe... él es un poco... cuidadoso... en esas cuestiones de dinero. Me imagino que debe ser frecuente en hombres que se hallan a la cabeza de una industria. ¿No podría usted sondear el terreno sobre ese asunto? Flora siente mucho cariño por usted, y, aunque no lo conocemos más que desde hace dos años, lo consideramos un viejo amigo.

La elocuencia de la señora Ackroyd fué interrumpida: alguien abría la puerta del salón. Me produjo gran alegría pues detesto mezclarme en los asuntos ajenos y no tenía la menor intención de interrogar a Ackroyd sobre el contrato de Flora. Un momento más tarde y me hubiera visto obligado a decírselo a la señora Ackroyd.

—¿Conoce usted al mayor Blunt, verdad doctor?

Naturalmente.

Casi todo el mundo conoce a Héctor Blunt al menos de nombre. Ha matado más animales salvajes que cualquier otro hombre y cuando se pronuncia su nombre se oye esta respuesta: "¿Blunt?, ¿Habla usted del cazador de animales salvajes?"

Siempre me ha sorprendido la amistad que existe entre él y Ackroyd, pues los dos hombres son totalmente distintos. Héctor Blunt tiene alrededor de cinco años menos que Ackroyd. Son amigos de la juventud y aunque hayan seguido distintos caminos, su amistad ha continuado. Una vez cada dos años, Blunt pasa quince días en Fernly. Una enorme cabeza de animal, provista de cuernos con ramificaciones, contempla con sus ojos de vidrio a todo el que atraviesa la puerta del vestíbulo, y es un recuerdo de esa amistad.

Blunt entraba con su paso característico, a la vez decidido y tímido. Es un hombre de talla mediana, más bien grueso. Su rostro bronceado está siempre inexpresivo y sus ojos grises parecen mirar siempre fijamente algún objeto lejano.

Habla poco y de una manera que parece que las palabras salieran con dificultad.

—¿Cómo está usted, Sheppard? — me dijo con su tono rudo, luego se plantó ante la chimena mirando por encima de nuestras cabezas como si contemplara algo interesante que estuviera ocurriendo en Tombuctu.

—Mayor Blunt — dijo Flora — quisiera pedirle algunas explicaciones sobre estos objetos que vienen del Africa y que estoy segura que usted conoce.

Héctor Blunt se dirigió hacia Flora. Ambos se inclinaron sobre la vitrina.

Tuve miedo de que la señora Ackroyd empezara de nuevo a hablarme del contrato y cambié rápidamente de tema hablándole de una nueva variedad de alverjillas; que había leído a la mañana, en un diario, un artículo sobre eso. La señora Ackroyd, no tiene ningún conocimiento de jardinería, pero pertenece a la categoría de mujeres que quiere estar bien informado de todo. Pudimos pues, conversar agradablemente, hasta que llegaron Ackroyd y su secretario.

Poco después Parker anunció la cena.

Mi sitio en la mesa era entre la señora Ackroyd y Flora. Blunt estaba del otro lado de la señora Ackroyd y Geoffroy Raimundo cerca de él. La cena no fué alegre. Ackroyd estaba visiblemente preocupado; parecía triste y no comió casi nada. La señora Ackroyd, Raimundo y yo hicimos todo el gasto de la conversación. Flora parecía entristecida por el estado de su tío y Blunt estaba encerrado en su habitual mutismo. Inmediatamente después de cenar, Ackroyd deslizó su

brazo bajo el mío y me condujo a su escritorio.

—Una vez que hayamos tomado el café, no seremos molestados, — dijo. — He dicho a Raimundo que tome medidas para que no seamos molestados.

Lo estudié sin demostrarlo; estaba evidentemente, bajo el imperio de una gran emoción. Durante uno o dos minutos, se paseó por la habitación, luego, cuando Parker entró, trayendo el café, se dejó caer en un sillón ante el fuego.

El escritorio era una pieza confortable. Una de las paredes estaba cubierta de estantes soportando libros, las sillas estaban tapizadas de cuero azul y, cerca de la ventana, se hallaba un gran escritorio cargado de papeles clasificados cuidadosamente. Sobre una mesa redonda estaban apiladas revistas y diarios deportivos.

—Me ha dolido el estómago después de cenar — dijo Ackroyd mientras servía el café — Es necesario que me de usted algunos sellos.

Comprendí que quería dejar creer al sirviente que nuestra conversación giraría sobre asuntos medicinales y le respondí.

—Lo he pensado y he traído algunos.

—Excelente. Démelos entonces.

—Están en mi valija que he dejado en un mueble del vestíbulo; voy a buscarlos.

Ackroyd me detuvo.

—No se moleste. Parker la va a traer. ¿Quiere usted traer la valija del doctor, Parker?

—Si, señor.

Parker salió y me disponía a hablar, cuando Ackroyd levantó la mano.

—Todavía no. Espere. ¿no ve que estoy en un estado nervioso que no puedo contenerme?

Era cierto, lo veía y me tenía inquieto; toda clase de presentimientos me asaltaban.

Ackroyd añadió:

—¿Quiere usted mirar si esa ventana está cerrada?

Un poco asombrado me levanté y me dirigí hacia el lado que me decía. Era una ventana de las llamadas de guillotina cuyos pesados cortinados de terciopelo azul estaban corridos, pero cuya parte superior había quedado abierta. Parker entró en la pieza con mi valija, mientras yo la examinaba.

—Está bien — dije reapareciendo.

—¿La cerró usted?

—Pero sí. ¿Qué tiene usted Ackroyd?

Parker se fué cerrando la puerta tras de sí, sino yo no hubiera hecho esa pregunta. Ackroyd dejó pasar un minuto antes de responder.

—¡Es un infierno — dijo lentamente. — No; deje esos sellos; he hablado sólo a causa de Parker; los sirvientes son tan curiosos! Venga aquí y siéntese cerca de mí. ¿La puerta también está cerrada, verdad?

—Si, nadie puede oírnos. Tranquilícese usted.

—Sheppard, nadie en el mundo, sospecha mi tormento durante veinte y cuatro horas. Jamás hombre alguno ha visto desmoronarse a su alrededor tantas ruinas por ese asunto de Ralph; es para mí el último golpe. Pero ya hablaremos más tarde. Es el otro... el otro yo no sé que hacer y sin embargo, es preciso que tome una decisión rápida...

—¿Qué ha ocurrido?

Ackroyd se calló durante un momento; parecía no atreverse a hablar. Cuando al fin se decidió su pregunta me bastó completamente, pues era una de las que menos me esperaba.

—Sheppard. ¿Usted ha atendido a Ashley Ferrars durante su última enfermedad, verdad?

—En efecto.

Pareció tener aún más dificultad para formular la siguiente pregunta:

—¿Ha pensado usted alguna vez... sospechado... que hubiera podido morir envenenado?

Me tocó ahora a mí permanecer silencioso. Luego tomé mi resolución. Después de todo Roger Ackroyd no era Carolina.

—Le diré la verdad — contesté. — En esa época yo no tuve ninguna sospecha, pero después... en resumen, fué una simple observación hecha por mi hermana la causa... luego, he tenido la idea y no la pude apartar Pero, créame, no está basada en nada.

—Ha sido envenenado — dijo Ackroyd con voz sombría.

—¿Por quién? — pregunté vivamente.

—Por su mujer.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Ella misma me lo ha confesado!

—¿Cuándo?

—¡Ayer! ¡Dios mío ayer! ¡Me parece que hace diez años!

Esperé un momento y el continuó:

—Comprenda bien Sheppard que yo le confío un secreto y que éste no debe ir más lejos. Tengo necsidad de su opinión, pues yo sólo no puedo soportar ese peso. Como ya le dije antes, yo no sé que hacer.

—¿Puede usted contarme todo? — pregunté. — Aun no comprendo bien. ¿Cómo es que la señora Ferrars le ha hecho esa confesión?

—Así: hace tres meses, le pedí que se casara conmigo. Ella se negó. Poco más tarde, renové mi pedido y esta vez aceptó suplicándome sólo que no anunciara nuestro compromiso antes de que pasara el primer año de su duelo. Ayer he ido a verla, le he hecho notar que esa fecha había pasado hacía tres semanas y que nada nos impedía hacer público nuestro noviazgo. Hacía varios días que la notaba extraña. De pronto sin que nada lo hiciera prever, se dejó llevar completamente y... me lo dijo todo; su odio a su marido, su amor cada vez mayor hacia mí y el... el terrible medio que había empleado ¡el veneno! ¡Dios mío! ¡Fué un asesinato cometido a sangre fría!

Vi la repulsión, el horror que se pintaba en el rostro de Ackroyd y la señora Ferrars también debía haber visto lo mismo. Ackroyd no era del tipo del enamorado ferviente que todo perdona al amor. Es ante todo, un buen ciudadano. Todo lo sano, convencional en el, debía haber sufrido un gran trastorno en el momento en que ella le hacía esa revelación.

—Sí — continuó con voz cansada — ella me confesó su crimen, pero no es todo: pa-

rece que hay una persona que sabe la verdad... que ha ejercido un chantage sobre ella y que le ha sacado grandes sumas de dinero. Eso es lo que la enloquecía.

—¿Quién es?

De pronto la visión de la señora Ferrars conversando con Ralph Paton apareció ante mis ojos y experimenté un sentimiento de angustia. Pero era imposible. Recordé la franqueza de la acogida de Ralph, ese mismo día; la idea era absurda.

—Ella no ha querido decirme su nombre —, continuó lentamente Ackroyd — además ella no ha aclarado que fuera un hombre, sin embargo...

—Evidentemente — dije — debía ser un hombre. ¿No tiene usted ninguna sospecha?

Ackroyd se ocultó el rostro entre las manos.

—No puede ser — dijo — es una locura pensarlo. No, ni siquiera a usted quiero confesarle la horrible idea que me atravesó el espíritu. Sin embargo puedo confiarle esto: cierta cosa que ella me dijo me hace sospechar que la persona en cuestión se hallaba en mi casa; pero no es posible. He debido interpretar mal sus palabras.

—¿Qué le respondió usted? — pregunté.

—¿Qué podía responder? Ella vió el golpe que ha sido para mi su revelación. Otra pregunta se me imponía: ¿Cuál era mi deber? En cierto modo me había hecho cómplice de su acto. Creo que comprendió todo eso, más pronto de lo que yo mismo lo comprendí. Estaba anonadado. Me pidió que le concediera veinte y cuatro horas y que no hiciera nada durante ese tiempo; pero se negó perentoriamente a decirme el nombre del miserable que ejercía sobre ella ese chantage. Temía, según creo, que yo lo fuera a ver, lo que hubiera descubierto todo en seguida. Me dijo que tendría noticias de ella antes de que hubiesen transcurrido las veinte y cuatro horas. ¡Dios mio! ¡Le juro Sheppard que no se me ocurrió la idea de que ella pudiera matarse! ¡Y yo la he impulsado a ello!

—No, no exagere las cosas. No es usted responsable de su muerte.

—¿Qué debo hacer ahora? ¿Si la pobre mujer ya no esta, para que remover las cenizas?

—Soy de su opinión.

—Sin embargo todo no está concluído. ¿Cómo puedo yo descubrir al bandido que la llevó a la tumba tan seguramente como si la hubiera asesinado? Conocía el primer crimen y se abatió sobre su presa como un vampiro. Ella ha expiado. ¿No debe él expiar a su vez?

—Debiera usted buscarlo — dije lentamente — que eso hará ruido.

—Si me doy cuenta, por eso vacilo.

—Comparto su sentimiento; el miserable debiera ser castigado, pero hay que encarar las consecuencias.

Ackroyd se levantó y se paseó a lo largo de la pieza, luego volvió a sentarse.

—Quedaremos ahí, Sheppard — dijo — a menos que yo reciba un aviso contrario.

—¿Qué entiende usted por eso? — exclamé con curiosidad.

—Tengo la impresión de que ella ha debido dejarme una carta... antes de partir. No puedo explicarlo pero es así.

Yo sacudí la cabeza.

—Sé que ella no ha dejado nada.

—Sheppard estoy convencido de lo contrario. Y además, creo que matándose, ella ha querido que todo fuera descubierto, que no ha sido mas que para vengarse del hombre que la llevó a la desesperación. Pienso que si hubiera vuelto a verla, me hubiera dicho su nombre y me hubiera pedido que lo persiguiera hasta que fuera castigado.

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

Me miró:

—¿Cree usted en los presentimientos?

—Sí, hasta cierto punto. Si como usted lo cree, recibe esa carta de ella...

Me interrumpí, la puerta se abría sin ruido y Parker entraba con una bandeja sobre la cual se hallaban algunas cartas.

—El correo de la noche, señor — dijo tendiéndosela a Ackroyd.

Tomó la bandeja del café y se retiró. Mi atención, distraída un momento volvió hacia Ackroyd. Tenía en la mano un gran sobre azul que contemplaba como si se hubiera transformado en estatua. Había dejado caer las otras cartas sobre la alfombra.

—Su letra — dijo en voz baja — Ha debido salir y puesto en el correo, justo antes... antes...

Rasgó el sobre y sacó un papel grueso. Luego levantó la cabeza vivamente.

—¿Está usted seguro de haber cerrado la ventana? — dijo.

—Completamente seguro — dije — ¿Por qué?

—Durante toda la noche he sentido la sensación de ser vigilado, espiado... ¿que es eso?

Nos volvimos ambos, habiendo creído oír que alguien abría la puerta. Me dirigí hacia ella y la abrí. No había nadie del otro lado.

—La nerviosidad — murmuró Ackroyd, hablando consigo mismo.

Desplegó las gruesas hojas de papel y leyó en alta voz:

"Mi querido, mi muy querido Roger:

"Una vida reclama otra vida. Comprendo eso y lo he leído en su rostro, esta tarde. Por eso, voy a tomar el único camino que tengo abierto ante mi. Le dejo el cuidado de castigar a la persona que desde hace un año, ha transformado mi existencia en un infierno. No he querido decirle su nombre hoy, pero me propongo escribírselo ahora. No tengo ni hijos, ni parientes cercanos a quienes pueda perjudicar, de modo que no tema hacer la cosa pública. Si usted puede, Roger, mi Roger, perdóneme el perjuicio que iba a causarle, aunque, llegado el momento, no he tenido el valor...

Ackroyd se interrumpió para dar vuelta a la hoja.

—Perdóneme, Sheppard, no debo continuar esta carta más que cuando esté solo, — dijo con voz temblorosa. — Sus páginas no han sido escritas más que para mí.

Puso la carta en el sobre y lo dejó sobre la mesa.

—Más tarde — repitió — cuando esté solo.

—No, — exclamé vivamente — léala ahora.

Me miró con sorpresa.

—Perdón — dije enrojeciendo. — No le pido que me revele lo que contiene esa carta, pero léala mientras estoy aquí.

Ackroyd meneó la cabeza.

—No, prefiero esperar.

Pero, por una razón que no comprendía continué suplicando.

—Lea al menos, el nombre del hombre.

Ackroyd estaba empeñado en no leerla; todos mis argumentos fueron inútiles. La carta le había sido traída a las nueve menos veinte. Eran justamente las nueve menos diez cuando yo salía sin que el hubiera concluído de leerla.

Con la mano en la puerta, vacilé y miré hacia atrás, preguntándome si no había olvidado nada. No vi nada, salí bajando la cabeza y cerré la puerta detrás mío.

Me sorprendió ver a Parker. Este pareció molesto y yo pensé que había debido escuchar detrás de la puerta. El hombre tenía una mirada falsa.

—El señor Ackroyd desea no ser molestado — dije fríamente. — Me ha pedido que se lo advierta.

—Bien, señor; yo... yo había creído oír llamar.

Era tan inexacto que no me tomé el trabajo de contestar. Parker me precedió hasta el vestíbulo, me ayudó a ponerme el sobretodo y salí.

La luna estaba velada por las nubes; todo parecía sombrío y silencioso. El reloj del pueblo dió las nueve cuando yo franqueaba la verja del parque. Doblé hacia la izquierda en dirección al pueblo y choqué casi, con un hombre que venía en sentido inverso.

—¿Es este el camino de Fernly Park, señor? — me preguntó ansioso.

Lo miré. Su sombrero estaba echado sobre los ojos y el cuello de su sobretodo levantado. Apenas vi su rostro que me pareció joven. Su voz era vulgar.

—Esta es la puerta de la propiedad — dije.

—Gracias señor. — Luego se detuvo y agregó sin necesidad. — Soy extranjero en este país.

Luego penetró en el parque y lo seguí con los ojos. Su voz me pareció una voz conocida, pero no hubiera podido decir cual.

Diez minutos más tarde, estaba de vuelta. Carolina tenía curiosidad por saber por que venía tan tarde. Casi tuve que hacerle un relato fantástico de los acontecimientos de la noche y tuve la impresión desagradable que leía en mi espíritu.

Era un viernes y habitualmente yo doy cuerda a los relojes esa noche. Me dediqué a esa tarea, como siempre, mientras Carolina se aseguraba de que los sirvientes habían cerrado bien las puertas. Eran las diez y cuarto cuando subimos la escalera. Llegaba al piso superior cuando el timbre del teléfono resonó en el vestíbulo.

—Es probablemente para la señora Bates — dijo Carolina.

Bajé corriendo y tomé el receptor.

—¿Qué?... — dije. — ¿Cómo?... Naturalmente voy en seguida.

Subí corriendo tomé mi valija y puse algunas cosas suplementarias.

—¡Parker telefonea de Fernly — grité a Carolina. — ¡Acaban de encontrar a Roger Ackroyd asesinado!

(Continuará)

Pablo Grendon - Maestro Detective

POR

Frank King

EL DIAMANTE DE LA MUERTE

EN el taller del museo "Houseman Memorial", dos hombres se ocupaban en vaciar un gran cajón que había sido entregado por la tarde. Eran ahora las veintidos; pero ninguno de ellos pensaba en dejar el trabajo hasta el día siguiente, porque era una tarea que ambos amaban.

El cajón procedía de Egipto y contenía objetos de la tumba, recientemente excavada, de un antiguo Faraón. Los ojos de los celadores del museo brillaban de emoción mientras iban colocando los objetos, cuidadosamente empaquetados, sobre un banco, bajo las poderosas lámparas con pantalla verde.

—Es una espléndida colección — dijo Kingston Forbes cuando el cajón estuvo vacío.

Forbes era un hombrecillo arrugado, de cincuenta años, que representaba casi setenta. Su largo bigote, manchado de nicotina, no lograba ocultar sus dientes salientesá sus ojos miopes parpadeaban mientras contemplaban, a través de los poderosos espejuelos, la fila de objetos sobre la mesa.

—¡Pobre viejo Aked! — prosiguió tristemente. — ¡Quién iba a decir que sería ésta la últhima consignación que enviaría a la patria. — Parece extraño, pensándolo bien

—Sí... es extraño — convino Henry Drew gravemente. Era un hombre grandote que hubiera podido pasar por atleta si no fuera por su rostro pálido, de estudioso. — El Museo nunca conseguirá otro excavador como él. Menos mal que logró embarcar esto en seguridad, antes de morir.

—Era muy suyo eso. Lo hubiera despachado aunque le costara el último suspiro. Su trabajo era para él primero que nada. Creo que usted nunca lo vió. Era uno de los hombres más laboriosos que he conocido.

—Demasiado laborioso, evidentemente. Halló la muerte trabajando.

—No sé — murmuró el pequeño Forbes. — Por mi alma que no sé. Era un hombre alto, tan fuerte como usted. Y lo mató la picadura de una mosca. Dicen que fué un envenenamiento de la sangre. Supongo que se hallaría en malas condiciones de salud. O si no...

—¿Si no qué?

—Bueno, tanto usted como yo sabemos que ocurren cosas extrañas relacionadas con la apertura de esas tumbas ¿no? Teníamos amigos que han muerto inesperadamente, inexplicablemente, mientras las excavaban. A veces pienso... pienso si no habrá algo de cierto en las viejas leyendas.

—¿Se refiere usted a las maldiciones? — preguntó Drew con indulgente sonrisa.

—Sí. Cuando un hombre fuerte muere tan repentinamente... Después de todo, no sa-

bemos mucho acerca de esos antiguos Faraones y sus poderes. A usted no le gustaría que violaran algún día su tumba y...

—A mí no me desvelaría semejante pensamiento.

—¿No? Bueno, usted es distinto. Es ateo ¿no? Los antiguos egipcios no lo eran. Creían que, al llegar el día de la resurrección, tendrían los mismos cuerpos que en esta vida.

Se tomaron tremendos trabajos para asegurar la conservación de sus cuerpos después de la muerte. Me parece a mí muy razonable que maldijeran a quien los perturbe. Las muertes de que hemos hablado... muertes de hombres sanos, robustos, que han abierto tumbas, pueden ser coincidencias. Probablemente lo son. Pero... no estoy seguro.

Henry Drew encogió sus anchos hombros.

—No vale la pena cavilar sobre eso — dijo ahogando un bostezo. — Puede ser que haya maldiciones o no. No es probable que logremos aclarar el punto. Vamos a darle un vistazo a esto antes de retirarnos.

Como de costumbre, el práctico e impasible Drew salió con la suya. Kingston Forbes abandonó su temporario interés por el ocultismo. Y los dos hombres sentados ante el largo banco, à la luz verdosa de las lámparas, examinaron el tesoro que habían desempacado.

Pronto muchas bellas y valiosas piezas estuvieron sobre la mesa. Kingston Forbes se interesó particularmente por un hermoso vaso de alabastro, de los que los antiguos egipcios usaban para guardar ungüentos. Ostentaba la cartela de los Faraones y para examinarlo mejor el hombrecillo se quitó las antiparras y se colocó en el ojo un vidrio de aumento.

—Tiene forma bastante original este vaso — observó. — Y no sé que es lo que contiene. Es algo duro... parece resina. No se trata de uno de los ungüentos usuales, estoy seguro ¿qué diablos será?

—Veamos — dijo Drew, que acababa de guardar un magnífico peto de filigrana de oro en la caja fuerte.

Forbes se levantó del banco para atravesar la pieza con el vaso. En su excitación, se olvidó de los espejuelos, sin los cuales nada veía. Antes de dar un par de pasos tropezó con un taburete y cayó pesadamente al suelo.

—¡Cielos! exclamó Drew, mirando los pedazos del vaso de alabastro. — ¡Cielos!

—Lo he roto ¿no? — dijo Forbes, temblroso, levantándose.

—Sí, lo ha roto. Y ha sido un buen trabajo también. ¡Mire, hombre, mire!

—No... no veo nada sin los anteojos.

—Aquí están. Póngaselos y mire.

Forbes se colocó los anteojos sobre la delgada nariz y miró los restos del vaso.

—¡Oh! ... — murmuró suavemente. — ¡Oh!...

El vaso se había roto en varios pedazos. La substancia resinosa que contenía también se había partido en dos. E incrustada en ella algo brillaba con todo los colores del arco iris al ser iluminado por la poderosa luz de las lámparas.

—¡Un diamante! — murmuró Forbes

—¡Me sobresaltó! — ex

parpadeando rápidamente. — ¡Y de qué tamaño!

—Vale el rescate de un rey — dijo Drew, con su pálido rostro ansioso y tenso.

Por un rato, los dos hombres permanecieron sumidos en asombrado silencio, mirando le increíble gema brillar en su fondo obscuro. Luego, con un prolongado suspiro, Forbes se agachó y recogió los restos del vaso que puso sobre la mesa.

La substancia resinosa se desprendió fácilmente de la piedra. Forbes puso el diamante, en la palma de su mano, bajo una de las luces. Sus facetas, toscamente talladas, centellearon como si dentro de ellas ardiera una llama multicolor.

—Es magnífico — murmuró moviendo la mano, de modo que su palma parecía contener fuego líquido. — ¡Maravilloso!

—No hay igual en el mundo — dijo Drew respirando agitadamente por encima de su hombro. — No puede haberlo. ¿Cuánto valdrá?

—No sé — Kingston Forbes temblaba de emoción. — No creo que alguien pueda comprarlo. Es... demasiado grande... demasiado imposible.

—Puede ser cortado — la voz de Drew era ronca. — Pongamos en cuatro partes. Y cada una de ella valdría muchos miles.

—Creo que sí. Es... maravilloso ¿no? Riqueza y poder. Todo en la palma de mi mano. ¡Es terrible!

—¿Qué es terrible?

—El poder que puede tener esta piedra. Poder para destrozar la vida de los hombres Poder para destruir sus almas.

—Poder sí... para convertir a su poseedor en un dios. Yo... yo imagino bien al viejo Faraón lanzando una maldición sobre el que lo robó de su tumba.

El pequeño Forbes se estremeció. Sus dedos se cerraron en torno del diamante.

—Yo también puedo imaginarlo — dijo frunciendo el seño. — ¿Qué haremos con él? ¿No le parece mejor telefonearle al señor Gersholm?

—Creo que sí — contestó Drew lentamente, de mala gana.

El gran salón principal del Museo estaba obscuro y silencioso. Los últimos y espaciados ruidos del tráfico en la calle habían cesado hacía tiempo. El reloj de la iglesia cercana dió la media hora.

La débil y oscilante luz de un farol de gas en la esquina de la calle, se filtraba por las rendijas de las celosías, poblando la pieza, alta de techo, de sombras fantásticas que parecían moverse furtivamente en la obscuridad. En un rincón los ojos muertos de las momias parecían brillar con apariencia de vida al recibir los tenues rayos de luz.

En sus ataúdes eran aquellas momias formas vagas, indistintas. Podrían haber sido otros tantos malhechores haciendo planes oscuros de misterio y de muerte.

Se oyó un ligero ruido en un rincón y una de las sombras se movió. No había aquí imaginación, si no terrible realidad. La sombra se deslizó por entre sus vecinas, deteniéndose de figura vaga en figura, como si les murmurara algo.

De pronto, apareció una luz fuera de la puerta de vidrio y la sombra movible se quedó inmóvil, como helada. Un momento después se abrió la puerta, oyóse un "clic" y una lámpara eléctrica, en el cieloraso se encendió.

El sereno nocturno, un viejo de frágil figura y cabellos grises, pasó lentamente a lo largo de los angostos pasillos, entre los objetos, mirando distraídamente a un lado y otro. Cuando llegó al rincón donde estaban los ataúdes de las momias, un brazo salió de atrás de uno de ellos y descargó un golpe violento sobre la cabeza del sereno.

El viejo cayó al suelo sin lanzar un grito. Una vaga figura salió de atrás del cajón y se inclinó sobre él. Cargando la frágil figura, la sacó por la puerta abierta.

La luz se apagó. La obscuridad y el silencio reinaron una vez más en el salón. En el rincón, los ojos de las momias parecían brillar más fieramente que antes a través de la máscara de la muerte.

II

—Antes de entrar en detalles, señor Gersholm, — dijo Pablo Grendon que se desayunaba junto a un alegre fuego en su estudio — desearía saber por qué se ha dirigido a mí, en vez de dar cuenta a la policía.

El señor Rupert Gersholm, presidente de depositarios del Museo Houseman Memorial, se pasó nerviosamente un pañuelo de seda por su lustrosa calva. Era un hombrecillo de aspecto violento, que trataba de vivir de acuerdo a él.

—No queremos publicidad, señor Grendon — dijo con aspereza. — Es un asunto endiablado. Quizá sea una tentativa para ponernos en ridículo. Nadie más que esos dos han visto el diamante. Pero dicen que era una piedra fabulosa... absolutamente fabulosa. Los depositarios no quieren exponerse al ridículo. Y si la piedra era legítima, bueno... Forbes ha sido un empleado fiel. No somos vengativos. Si podemos ir al fondo del asunto, recobrar el diamante....

—Comprendo — interrumpió Pablo, guiñando sus ojos grises. — Es un procedimiento inmoral, señor Gersholm, claro está. Si se ha cometido un robo, usted debería... Bueno, con todo, no es cuenta mía. Terminaré mi desayuno y luego lo acompañaré al Museo.

Gersholm lanzó un suspiro de alivio y guardó su pañuelo.

—Es usted muy amable — dijo secamente. — Le agradezco que haya consentido en recibirme tan temprano. ¿Hay algo más que usted desee saber?

—Mucho más — dijo Pablo sirviéndose otra taza de café. — Lo voy a someter a un interrogatorio, si no tiene inconveniente. Cuando Forbes le telefoneó a usted acerca del hallazgo del diamante anoche ¿le dijo usted que lo guardara en la caja y se fuera a acostar?

—Sí. Eran más de las veintitrés y media y...

—Y el Museo abre temprano. Muy bien. ¿Era segura la caja?

—No es de las de último modelo; pero no ha sido violentada, si eso es lo que quiere decir. Fué abierta por alguien que conoce la combinación.

—Y la combinación la conocían...

—Drew y Forbes.

—¿Nadie más? ¿Usted, por ejemplo?

—Que yo sepa, nadie más.

—Parece lógico pensar entonces que o Forbes o Drew robaron el diamante. Ahora bien: ¿a qué hora le telefoneó Drew esta mañana?

—Como a las seis y media.

—¿Fué usted directamente al Museo?

—Sí. Estaba muy preocupado. Y no bien oí el relato vine a verlo a usted.

—Muy bien. Son ahora las siete y media. No se ha perdido mucho tiempo. ¿Qué clase de pájaro es ese Forbes?

El señor Gersholm buscó en su bolsillo.

—Le he traído una fotografía — dijo encontrando lo que buscaba y dándolo al detective. — Pensé que usted podría desear verla.

Pablo Grendon estudió atentamente el retrato, imprimiendo en su memoria la delgada nariz, el grueso bigote, los dientes salientes y los ojos miopes, con antiparras, de Kingston Forbes.

—No será difícil hallarlo — murmuró. — No es un rostro que se preste al disfraz. ¿Puede decirme algo de él?

—No mucho. Hace veinte años que está en el Museo. Fué siempre un buen empleado yo le hubiera confiado cualquier cosa.

—Precisamente. De los que pueden sucumbir a una repentina tentación. ¿Y Drew?

—De naturaleza parecida. Celoso en su trabajo. Es más joven, naturalmente; pero hace diez años que está con nosotros. Los dos se llevaban muy bien. Parecían no tener intereses, fuera del Museo.

—¿Puedo hablar una palabra con él y con el sereno nocturno?

—Ciertamente.

—Vamos entonces.

Una caminata de cinco minutos condujo a los dos hombres, desde la casa de Pablo Grendon, al Museo. Este era un edificio, grande y sólido construído con un fondo público en memoria del famoso egiptólogo Houseman. A aquella hora temprana no se había abierto aún al público. Gersholm condujo a Pablo a una entrada lateral y abrió la puerta con su llave.

En una repartición de cristales, mismo al entrar, un anciano con la cabeza vendada, esperaba.

—Este es Barker, el sereno nocturno — dijo Gersholm. — ¡Qué cobardía atacar a un anciano! ¿Se siente mejor, Barker?

—Sí, señor. Gracias.

—El señor Grendon quiere hacerle algunas preguntas.

—Muy bien, señor.

Pablo miró las vendas manchadas de sangre.

—Le dieron un fuerte golpe en la cabeza — dijo con acento compasivo. — ¿Quién fué?

Las arrugadas facciones del sereno se distendieron con sonrisa triste.

—¡Ojalá lo supiera!

—¿No reconoció a su asaltante?

—Ni siquiera le vi un pelo. Yo andaba haciendo mi ronda, por el cuarto de las momias un sitio que de noche da miedo, cuando la cosa ocurrió. Fué sin el menor aviso. No oí ruido alguno. Nada más que un repentino golpe en la cabeza que me hizo caer. Cuando recobré el conocimiento, me encontré en esta oficina.

—Entonces eso ocurrió a las...

—A las cuatro y cuarto, por ese reloj. Yo estaba atado, como si fuera una de las momias, y amordazado con mi propio pañuelo.

—El insulto añadido al daño ¿no? — comentó Pablo. — Bueno... ¿qué hizo?

—Nada; me quedé aquí. Me dolía terriblemente la cabeza y por un rato me alegré de permanecer quieto. Luego traté de desatarme. Tardé como una hora; pero al fin lo conseguí. Revisé todo; pero no encontré a nadie. Nada parecía haber sido tocado. Todas las puertas y ventanas estaban aseguradas, menos ésta.

—¿Esta puerta estaba abierta?

—No, señor. Cerrada con pestillo. Pero antes tenía pasadores y estos habían sido descorridos.

—¿Había salido alguien?

—Es lo que yo pensé, señor.

—¿El señor Forbes y el señor Drew duermen en el edificio?

—Tienen habitaciones en el piso alto — intervino Gersholm.

—Comprendo — dijo Pablo pensativo.— ¿Y usted vió que el señor Forbes no estaba en su habitación, Barker?

—Sí, señor; así que desperté al señor Drew. Y él...

—Nada más, por ahora. Voy a hablar unas breves palabras con el señor Drew. Pero ante todo quiero examinar las puertas y ventanas. ¿Nada ha sido tocado, señor Gersholm?

—Nada. Yo lo acompañaré en su ronda, si lo cree necesario.

Dejando a Barker en la oficina, los otros recorrieron el edificio. Pablo examinó cuidadosamente todas las puertas y ventanas, buscando señales de violencia.

—Parece evidente que nadie se ha introducido aquí con violencia — murmuró poco después. — Pero ¿no es posible que alguien se haya escondido dentro del edificio cuando estaba abierto?

—Tal vez no — replicó con impaciencia el señor Gersholm. — Por lo que yo puedo ver, cualquier suposición en ese sentido es pérdida de tiempo. Recuerde que nadie más que Forbes, Drew y... yo conocíamos la existencia del diamante. Uno de ellos tiene que haberlo sacado de la caja. Siento creer semejante cosa de Forbes; pero para mí resulta evidente que es el ladrón.

—Precisamente. Por eso busco yo otras pistas. Economiza tiempo eliminar todas las damás alternativas antes de concentrarse en la probabilidad más fuerte. No queda duda de que Forbes está de algún modo en el asunto. Pero hasta ahora no podemos con justicia acusarle de haber robado el diamante. Es concebible al menos, por ejemplo, que bajara mientras se realizaba el robo y que siguiera al ladrón o ladrones por esa puerta.

—Pero ¿y la caja, señor Grendon? O Forbes o Drew tienen que haberla abierto.

—Quisiera ver ahora la caja, si lo tiene a bien.

III

En el taller, Pablo Grendon examinó atentamente la anticuada caja fuerte.

—Estoy convencido ahora — dijo. — No es de esas que puede abrir un hábil ladrón con dedos sensibles y un estetóscopo. Puesto que nadie más que Drew y Forbes conocían la combinación, nuestra pesquisa queda limitada a ellos. Hablaré con Drew y luego seguiremos la pista de Forbes.

Por orden del señor Gersholm, Henry Drew esperaba en su cuarto la llegada del detective privado. Su cara, grande y carnosa tenía líneas de preocupación. Evidentemente aquel suceso lo había disgustado.

—No puedo creer que el viejo Forbes haya hecho semejante cosa, señor Grendon — dijo después de serle presentado el detective. — No es propio de él. De ninguna manera.

—Desgraciadamente Forbes ha desaparecido — dijo Grendon secamente — y el diamante junto con él. No podemos pasar por alto los hechos. ¿Quiere decirme exactamente lo que ocurrió cuando Barker lo despertó a usted?

Drew frunció el ceño y encogió sus anchos hombros. No ocultaba su disgusto por la actitud del detective hacia el celador desaparecido.

—Eran las cinco y media en punto cuando Barker me despertó — dijo. — Su relato resultó más sorprendente por su cabeza manchada de sangre y su afirmación de que mi colega no estaba en su cuarto.

Salté de la cama y corrí al cuarto de Forbes. No quedaba duda acerca de su ausencia La cama estaba deshecha; pero Forbes no se hallaba en ella. Además, faltaba también su ropa.

Registramos el edificio sin hallar rastros de él. Yo no podía explicarme su desaparición. Luego, repentinamente, recordé el diamante. Abrí la caja. El diamante había desaparecido. Hablé por teléfono al señor Gersholm en seguida.

—¿Sabía alguien, además de usted y Forbes la combinación de la caja? — preguntó Pablo.

—No.

—¿Está seguro?

—Completamente seguro.

—¿No sabe usted si Forbes se hallaba en dificultades, financieras o de otra índole?

—No, que yo sepa. Y trabajamos juntos diez años. Realmente no puedo creer que...

—Ya lo ha dicho usted antes, señor Drew. Sin embargo, al descubrir que Forbes había desaparecido, relacionó usted su ausencia con el diamante. ¿Cómo lo explica?

Henry Drew movió, molesto, los pies.

—Nunca pensé que lo hubiera robado — empezó con acento vacilante. — Fué que... ¡oh! ahora me parece demasiado ridículo...

—Continúe, por favor.

—Bueno, las cosas pasaron así anoche — se volvió Drew a Gersholm, como esperando que él comprendiera. — Estábamos hablando de Aked y su repentina muerte, señor. Re-

cordamos la maldición que se afirma desciende sobre los que violan esas tumbas egipcias. Esto le parecerá a usted infantil, señor Grendon; pero tanto Forbes como yo conocemos varios casos extraños. Luego encontramos el diamante... un acontecimiento sorprendente en sí mismo. Uno de nosotros — creo que fuí yo — sugirió que esa piedra podría atraer una maldición. Ambos estábamos fatigados y nerviosos. Me fuí a acostar pensando en nuestra conversación. Y cuando Forbes no se encontró esta mañana, el tema volvió a mi memoria y pensé si...

—¿Si su colega no habría sido raptado por los poderes de las tinieblas?

—Eso, precisamente, no, señor Grendon. Yo... yo no sé que pensé con exactitud. Pero no veía motivos para que Forbes obrara de modo tan inexplicable. Pensé en nuestra idea de que el diamante fuera portador de una maldición. No puedo dar otro motivo para mi apertura e la caja. Nunca creí que el diamante hubiera desaparecido. Y estoy completamente seguro de que, si Forbes lo agarró, debe haber sido bajo el impulso de una locura momentánea y que lo devolverá.

—Tiene usted una conmovedora fe en su colega — dijo Pablo. — En cuanto a maldiciones, todas las piedras preciosas llevan una consigo: la de la codicia. Parece evidente que Forbes sucumbió a ella anoche. Le fué fácil apoderarse del diamante; le pegó a Barker en la cabeza y salió por la puerta lateral. Creo que tenemos que concentrar nuestra atención sobre Forbes y olvidar el ocultismo. Me gustaría ver su dormitorio.

El dormitorio del celador desaparecido era característico de su ocupante. Ni una cosa fuera de su sitio. Todos los artículos prolijamente ordenados. No había cuadros alegres en las paredes, si no algunos grabados de antigüedades egipcias. En una caja de cristal, reposaba una colección, cuidadosamente rotulada, de escarabajos. Todos los libros de la biblioteca estaban perfectamente alineados.

Mientras los otros se quedaban en la puerta, Pablo Grendon dió vueltas lentamente por la habitación; sus sagaces ojos escudriñaban todos los rincones.

—¿Dijo usted que sus ropas habían desaparecido, señor Drew? — preguntó después de un rato.

—Sí. Siempre las dejaba dobladas en aquella silla, por la noche.

—¿Qué clase de traje usaba?

—Uno viejo, de sarga azul.

Pablo abrió el guardarropa. Había otros trajes, prolijamente colgados; pero ninguno de sarga azul.

—Tuvo tiempo de vestirse de todos modos — murmuró. — Nada lo apuraba. Eso destruye la teoría de que pudo oír ladrones abajo y bajar a investigar, siguiéndolos a la calle.

La cama estaba deshecha; pero no había desorden en las ropas. Pablo hojeó el libro de historia antigua, egipcia, que estaba en la mesita de noche, junto a la cama.

—Absolutamente absorto en su trabajo— murmuró. — Su interés por el diamante ha sido más probablemente científico que material. No me parece probable que...

Vió algo en el suelo, debajo de la mesita y se agachó para recogerlo. Era un par de anteojos en su estuche.

—... pueda haber sido tan repentinamente acometido por el deseo de riquezas — continuó distraídamente, dejando el estuche sobre la mesa. — A menos, naturalmente, que la teoría del señor Drew, sobre una locura repentina, sea correcta. Bueno, aquí no hay nada más que ver, creo. ¿Puedo examinar los restos del vaso de alabastro, señor Drew?

IV

Después de examinar el vaso roto y la substancia resinosa que había contenido y en la cual estaba incrustado el diamante. Pablo Grendon anunció su intención de registrar de arriba a abajo el Museo.

—Sé que usted cree que estoy perdiendo tiempo — dijo a Gersholm, que lo seguía ardiendo de impaciencia. — Pero tengo fe en el viejo adagio; Apúrate lentamente.

Así, pues, mientras el Presidente de Depositarios rabiaba en su interior, hicieron un examen detallado de los pisos superiores del edificio, volviendo finalmente al taller, donde hallaron a Henry Drew ocupado en la tarea de componer el vaso roto.

Aquí Pablo se movió sin objeto un rato, levantando aquí y allá un artículo, haciendo preguntas innecesarias. Poco después abrió una puerta que daba a un cuarto obscuro.

—¿Qué hay ahí? — preguntó. — ¿Algún secreto?

—Es el cuarto de cachivaches — contestó Drew, levantándose del banco de trabajo donde estaba sentado. — La llave de la luz está al entrar. Lo hallará usted todo revuelto y lleno de polvo.

Encedió la luz y acompañó a Pablo dentro del cuarto, Como había dicho, la abigarrada colección de objetos rotos o imperfectos, rechazados del Museo, estaba cubierta de polvo.

Con todo, Pablo revolvió y miró por todos los rincones, hasta que Drew se exasperó.

—¿Seguramente no esperará usted encontrar al señor Forbes escondido aquí, señor Grendon?

—Claro que no — contestó Pablo con acento amable, levantando la tapa de un largo cajón. — Sólo pensaba...

Dejó caer de pronto la tapa de la caja y saltó unos pasos atrás.

—¡Uf! —exclamó. — Eso me sobresaltó. ¿Qué es?

—No es más que una momia — dijo Drew alzando de nuevo la tapa. — No sabemos quien es y tiene un gran agujero en el costado; por eso no está en el Museo.

Pablo miró pensativo la figura marrón y apergaminada del cajón.

—Quizá fué un hombre poderoso en sus tiempos — murmuró. — Ahora es un despojo, en un cuarto de trastos viejos. No me extraña que se hable de maldiciones. ¿Quiere hacer el favor de indicarme donde me puedo lavar las manos?

El incidente lo había impresionado, al parecer. Miró pensativo la hilera de tarros de vidrio etiquetados, encima del lavatorio don-

de se quitó el polvo de las manos. Y cuando se secó en la toalla, sujeta en su rodillo, se paseó varios minutos por el taller, olvidado aparentemente del asunto que tenía entre manos.

—Es tiempo de entrar en acción — dijo por fin bruscamente. Sonrió al indignado Presidente de Depositarios. — Disculpe mi distracción temporaria, señor Gersholm.

He andado vagando por los templos de la antigua Karnak, en compañía de nuestro despreciado amigo del cajón. No perderé más tiempo. Venga, haga el favor. Ayúdeme a terminar mi pesquisa en el edificio.

Condujo apresuradamente a los otros dos a la planta baja, como ansioso de recuperar el tiempo perdido. Pero cuando hubo llamado a Barker de la oficina se dirigieron al salón principal, semiobscuro porque las celosías no habían sido abiertas aún. Al ver en un rincón varias momias volvió de nuevo al incidente del cuarto de cachivaches.

—No me extraña que se hable de maldiciones — repitió examinando la fila de figuras amortajadas, cada una de las cuales tenía su "careta de la muerte". — Todas estas fueron personas de nota y calidad; ahora son objeto de investigaciones científicas o de observación para los curiosos.

Caminó lentamente a lo largo de la fila, leyendo las etiquetas que tenía cada cajón.

—Un rey; un poderoso guerrero; un primer ministro; una princesa; un médico y por último, un hombre desconocido; pero indudablemente de sangre real.

Retrocedió uniéndose a los otros que lo miraban con curiosidad.

—Me gustaría ver a ese hombre desconocido, señor Drew — dijo de pronto. — Anduve hace poco por los templos de Karnak y es posible que lo conozca.

El rostro carnoso de Drew tomó un tinte grisáceo.

—N...no... no puede verlo — tartamudeó. — El aire... podría arruinarse con la exposición.

Pablo apretó algo duro contra la ancha espalda de Drew.

—Pienso verlo, señor Drew — dijo. — Estoy seguro de que lo conoceré.

La pistola oprimió más. Henry Drew trató de hablar; luego cambió de idea. Con un rugido de rabia se lanzó hacia el cajón de la momia. Mientras Gresholm y Barker miraban sorprendidos, arrancó bruscamente la máscara de la muerte, descubriendo las pálidas y familiares facciones de Kingston Forbes.

V

El Presidente de Depositarios, que no había visto la amenazadora pistola, miró estupefacto al celador desaparecido.

—¿Qué significa eso? — balbuceó. — Esta...

—Está muerto — contestó Pablo brevemente. — Víctima de la maldición.

—¿Una maldición? Seguramente no querrá usted decir...

—Me refiero a la vieja, a la eterna maldición de la codicia. La maldición que mordió el alma de Drew anoche cuando vió el diamante.

—¿Drew? — repitió incrédulamente Gersholm. — ¿Drew robó el diamante?

Aventuras de SEXTON BLAKE

EL ESPADA ROJO

¿Qué eslabón de la cadena del destino une las vidas de los hombres a quienes el Espada Rojo se aparece? ¿A quién presagia muerte el dominó? Un hombre resolverá el problema planteado por aquel misterioso asesino y ese hombre es... Sexton Blake, el detective más famoso del mundo

Lea el próximo número de PUCKY

Pablo Grendon.

—Después de matar a su colega — replicó Pablo. — Le diré el curso que, a mi parecer, siguieron los acontecimientos y Drew me corregirá donde me equivoque.

—Fué un plan astuto, concebido en las sombras de la noche. Drew decidió apoderarse del diamante. Pero no quería ser descubierto. Hizo cuidadosamente sus cálculos. El mejor medio de no ser sospechado era arrojar la sospecha sobre otro. Resolvió que Forbes cargara con la culpa del robo.

Muy temprano, esta mañana, entró en el cuarto de su colega y lo mató. Creo que la autopsia revelará que murió por sofocación. Y... no, no intente atacarme, Drew. Me encantará tener una excusa para hacerle fuego.

—¡Dice usted estupideces, pedazo de idiota entrometido?

—No sea grosero. El que sea usted un criminal, bajo y cobarde, no justifica que olvide sus modales. Déjeme seguir el relato.

Cuando Forbes estuvo muerto, nuestro amigo, aquí presente, lo llevó al taller, junto con sus ropas, Tenía que realizar una pequeña operación para impedir que se descompusiera el cuerpo y se descubriera el crimen. En una repisa, encima del laboratorio, hay un tarro que contiene fluido preservador Es un líquido rosado, opaco, de olor débil, pero persistente. Encontrará usted manchas de él en la toalla; las manchas están húmedas todavía. Puede oler mi mano donde tocaron las manchas. Y puede advertir el mismo olor en este cajón de la momia, si lo busca.

—¿Fué así como encontró a Forbes? — preguntó Gersholm. — ¿Olía usted todos los ataúdes mientras leía las etiquetas?

—Exactamente. Pero temo equivocarme en la historia. Sigamos por orden. Drew inyectó el líquido preservador en una arteria de su difunto colega. Es un método que se úsa en las facultades de anatomía. Luego vistió el cuerpo con el traje de sarga azul y lo dejó allí, mientras bajaba a buscar el cajón de esta momia, que contenía un hombre desconocido... probablemente de sangre real.

Tuvo la suerte de no encontrarse con el sereno en esta ocasión y volvió al taller con su carga, sin ser observado. Sacó la momia del cajón, la desenvolvió y le quitó la máscara de la muerte. A la momia la metió en aquella caja del cuarto de cachivaches, sabiendo muy bien que su presencia allí no podía despertar sospechas, con tal que nadie tuviera motivos para imaginar la substitución.

Envolvió muy cuidadosamente al pobre Forbes en la mortaja encerada de la momia y le puso sobre la cara la máscara de la muerte. Una vez que el cajón con su nuevo contenido estuvo en su sitio, sintióse seguro. Las envolturas probablemente no serían quitadas en años; posiblemente nunca. ¿Cómo iba nadie a imaginar lo que había sido de Forbes?

Cuando bajó nuevamente con el cajón, esperó deliberadamente a Barker. Si el sereno era atacado añadiría color a la certidumbre de que Forbes había robado el diamante y huído. De modo que cuando el amigo Barker se presentó, fué golpeado, amordazado y llevado a la oficina. Después de eso, Drew quitó los pasadores de la puerta para dar la impresión de que Forbes había salido por allí.

No quedaba mucho por hacer. Una cuidadosa inspección en el taller para asegurarse de que no quedaban huellas del trabajo de la noche. Luego fué fácil sacar el diamante de la caja y esconderlo en sitio más seguro hasta que se abandonara la búsqueda de Forbes y el diamante se consideraría perdido para siempre. Drew se acostó a esperar que Barker lo despertara cuando volviera en sí.

—¡Qué crimen cobarde — exclamó Gersholm. — ¿Y dónde está el diamante que ha causado tanto daño?

—Tendrá que preguntárselo a Drew — contestó Pablo. — No estoy seguro. Pero, haciendo una suposición al azar, juzgando por lo que ha ocurrido, le apuesto un habano a que lo hallará en ese tarro de líquido preservador.

Un fuerte estremecimiento de su cautivo le probó que no estaba lejos de la verdad.

—Y el caso queda así completo — murmuró. — Ha sido un pequeño problema muy interesante. No puedo menos que pensar que Drew no tuvo suerte. Si no hubiera sido por una ligera distracción, su ingenioso plan pudo tener éxito.

—No comprendo como descubrió todo esto — dijo Gersholm. — Nunca pareció usted hacer nada.

—Fué realmente muy sencillo, señor Gersholm. Una vez convencido de que Forbes no había robado el diamante, era evidente que tenía que ser Drew el culpable. Y si Drew tenía el diamante, había matado a Forbes. El único problema era descubrir que había hecho con el cadáver. Y esto no ofreció mucha dificultad. El cajón, en aquel cuarto lleno de polvo, ostentaba señales de haber sido tocado recientemente. La momia que había adentro me proporcionó una pista, confirmada por las manchas de líquido preservador que hallé en la toalla. Naturalmente que estos detalles no me hubieran despertado sospechas en circunstancias ordinarias; pero yo sabía que Forbes nunca salió del edificio....

—¡Usted no lo sabía! — aulló Drew, dando un salto repentino. — ¡Maldito sea! Lo supuso. Y yo lo...

El final fué una corta lucha que terminó cuando Drew se encontró impotente, con las esposas puestas.

—Lo sabía — repitió enfáticamente Pablo. — Lo sabía sin el menor género de duda. Yo encontré algo que usted olvidó, algo que cayó debajo de la almohada mientras usted lo asfixiaba a Forbes, algo sin lo cual nunca se hubiera él movido de su cuarto.

Los huraños ojos de Drew adquirieron expresión comprensiva.

—Se refiere a...

—Sí — convino Pablo alegremente. — Me refiero a sus antiparras.

F I N

EL TESORO DE SKÉLETON

POR

ERIC W. TOWNSEND

La novela de piratería más interesante que se ha escrito en nuestra época

(Continuación)

TAL vez se enojen mucho en todas las estaciones costaneras de la Gran Bretaña, pero tenemos que correr ese riesgo. Fíjese usted en lo que hace el remolcador cuando nos persigue. ¿Ha notado si tiene aparato de telégrafo sin hilos?

—Tanto mejor para nosotros si nos persigue. No nos alcanzará jamás en cuanto el Albastro desarrolle toda su fuerza.

El remolcador los siguió por cierto. Durante el resto de la mañana perdió el tiempo en una inútil persecución. Era como si una tortuga pretendiese alcanzar a una liebre. A las doce del día, cuando desde el yate no se le distinguía ya más que como un puntito negro en el horizonte, abandonó la persecución.

Eso no significaba que el Albatros estuviera definitivamente libre de peligros. Aun tenía que cruzar el canal.

Además tenía que buscar detenidamente en todo el buque donde estaba escondido Loco Veluna.

Sin embargo eran esos dos puntos que Tick pospuso para ocuparse de algo de mayor importancia en su concepto. Manejó la rueda del timón sin cesar, hasta la caída de la tarde. Durante el día el yate se había cruzado con muy pocos navíos.

—¡La persecución debía haber comenzado ya a estas horas! — observó Tick cuando abandonó el manejo de la rueda del timón. — Los diarios deben haber publicado crónicas sensacionales y es muy fácil que algún buque más rápido que el nuestro haya salido a perseguirnos. Con seguridad hay en este momento miles de personas que se saben de memoria cual es el aspecto del Albastros.

—Por lo tanto, Jimmy, — agregó, — vamos a disfrazarnos lo mejor posible. Vamos a navegar a cuarto de marcha y a dirigirnos al canal para cruzarlo, como si el Albastros fuese el buque más viejo y más lento del mundo.

Este "camouflage" comenzó una hora después. Todos los hombres disponibles, — y no había muchos puesto que la tripulación de Veluna había sido llevada a tierra por el remolcador. — subieron a la cubierta para ayudar a transformar al Albastros de yate nuevo, limpio y lujoso, en un vapor viejo, sucio y del peor aspecto.

A Tick, no le gustaba desarreglar las cosas de la cubierta, pero no había otro recurso. Jimmy fué el que se encargó de ir al depósito en busca de pintura y de otros materiales necesarios.

—Vamos a darle una mano de pintura rápidamente de modo que el trabajo esté terminado antes del amanecer, dijo Tick. — Entonces, si aún no ha cambiado suficientemente de aspecto...

En aquel mismo instante, interrumpiendo la frase que pronunciaba Tick. se oyó gritar con voz muy fuerte:

—¡Hombre al agua!

Tick fué el primero en llegar al sitio de donde parecía proceder el grito. Un marine-

ro, en cuanto lo vió, comenzó a hablar rápidamente.

—¡Es el pirata, señor! ¡Rolfe Mata Ratas, señor! Pasó corriendo junto a mí hace un instante. El y otro. El pirata corría detrás del otro. Al otro yo no lo conozco...

Tick, miró hacia el mar. Vió una cabeza, la de Rolfe Mata Ratas que flotaba en la estela del vapor. Pero junto a aquella veíase otra cabeza.

—El hombre perseguido por el pirata se arrojó al agua de un salto, señor, — prosiguió el marinero. — El pirata se arrojó tras él. Entonces...

Pero Tick se volvió rápidamente hacia el marinero.

—¡Envíen un bote! — ordenó, interrumpiendo su relato. — Hay que pescar a los dos ¿me entiende? ¡A los dos! ¡Por todos los demonios del infierno! ¡El otro es Loco Veluna, y Rolfe Mata Ratas consiguió dar con su escondrijo!

Había sucedido así, efectivamente. Y al mismo tiempo, en el momento en que Jimmy Gold abría la puerta del depósito para sacar la pintura, se vió frente a frente de un par de ojos relucientes y del rostro rollizo de un hombre que tenía una pierna de palo. ¡Era Juan Malo!

CONTRA ATAQUE

Era Juan Malo, a quien buscaba la policía, el que había matado a su mujer porque se había enterado de lo que Veluna había contado sobre el tesoro de Skéleton, un tesoro que había costado ya tanta sangre.

Si le hubiera quedado alguna duda al respecto, Jimmy salió pronto de ella porque con rapidez suma encendió la luz eléctrica.

—¡Hola! — exclamó situándose en el hueco de la puerta.

Juan Malo parpadeó cabizbajo desde el montón de latas, fardos y bultos. Se había ocupado de armar una especie de barricada con cuanto había hallado a mano y con el propósito de ocultrase lo mejor posible.

Reinó el silencio durante un rato. La máquina del yate marchaba a cuarto de fuerza; las hélices giraban lentamente. Jimmy no dejó de mirar al hombre aquel ni un solo segundo, porque el muchacho no llevaba armas.

Juan Malo, por su parte, tenía en su poder un revólver y no tardó en ponerlo en evidencia. Después de situarse de modo que quedó apuntando a la cabeza del muchacho, dijo:

—¡Bueno! Esto hace más confortables nuestras relaciones. Es un placer el volverse a ver así, ¿no es cierto? Nosotros dos somos viejos amigos.

—Este yate ya no se halla en poder de Johnny Veluna su querido compañero y amigo. La tripulación de ustedes ha dejado de estar a bordo... y usted se encuentra cazado o poco menos.

—¡Eso me gusta! ¿Comprende usted? ¡Eso me gusta! — dijo, riendo con sorna.— ¿Así que yo estoy cazado... o poco menos? ¿Y si yo lo matase a usted de un tiro? ¿Eh?

—¡Hágalo si le parece! — replicó Jimmy rápidamente. — ¡La detonación produciría una alarma mucho más rápida que si yo gritase pidiendo auxilio!

Entonces, por primera vez, Juan Malo se percató de que nada le serviría el hacer uso de su revólver en aquellos momentos. Entornó los ojos y miró a Jimmy con furor contenido. Pero al mismo tiempo su cerebro trabajaba con la mayor actividad posible.

—Oiga bien, queridísimo joven, — dijo después. — Tal vez tenga usted razón y tal vez no la tenga. Yo no lo haré si no es enteramente inevitable. Además no deseo pelear ni con el señor Tick ni con usted. Yo puedo resultarle muy útil al señor Tick y así puede usted recírselo en mi nombre. Hay cosas que yo puedo decirle y que con seguridad le gustará saber.

—¿Respecto a Veluna? — preguntó Jimmy rápidamente. — ¿Acaso sabe usted dónde se ha ocultado?

—¡Sí! ¡Lo sé! — contestó Juan Malo inclinando afirmativamente la cabeza. — Me está pareciendo que fué Veluna el que lo echó todo a perder. Cuando lo admití como socio estaba convencido de que era un hombre de valía. En vez de eso he podido comprobar que es un tipo que cuando se presenta una crisis, una situación difícil, no sirve para nada.

"Yo sé muchas cosas verdaderamente útiles sobre esta cacería en procura del tesoro. Hay muchas cosas que me dijo Johnny Veluna reservadamente y que al señor Tick le gustaría y le convendría saber. Son detalles de grandísima importancia y que significa vida o muerte para él.

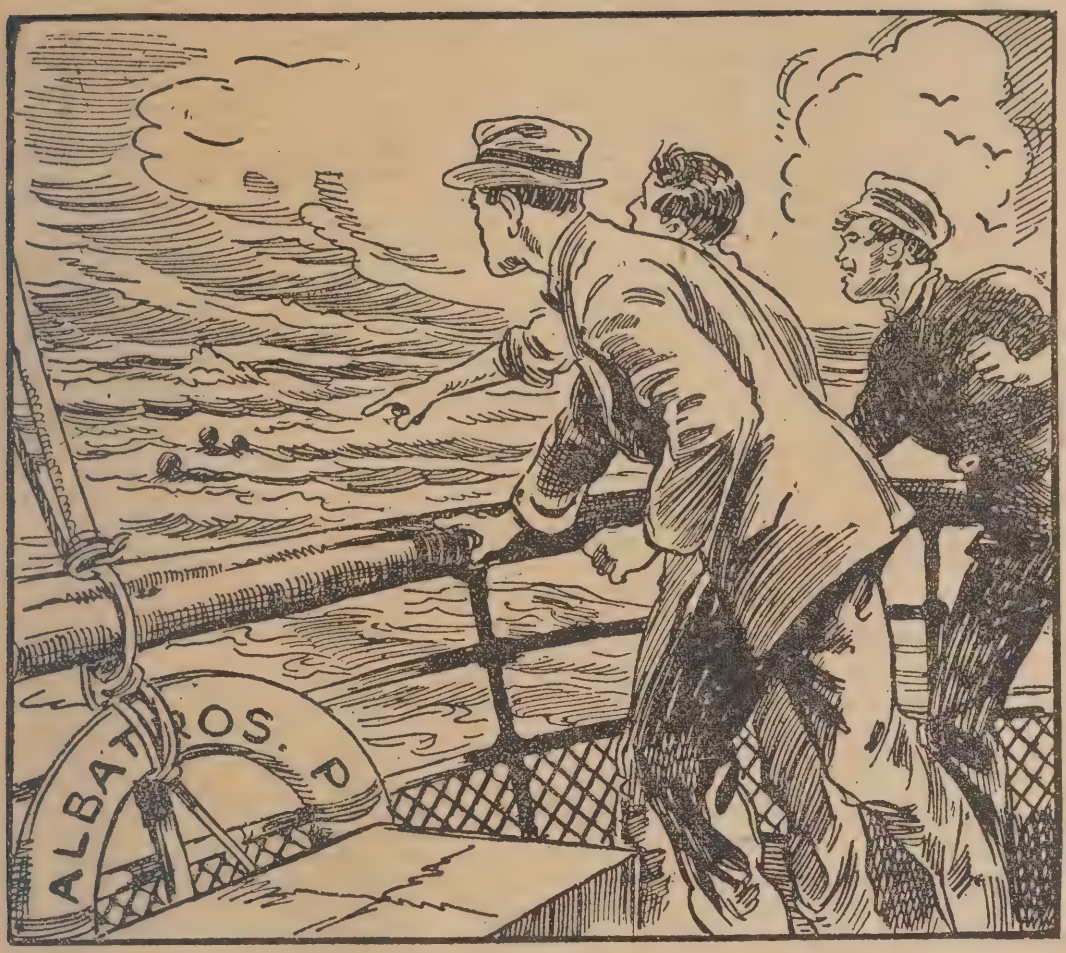
—"¿Va usted a ir a ver al señor Tick y a decirle lo que yo he he dicho? Dígale que Juan Malo desea hablar de negocios con él. Indíquele que le conviene más tener a Juan Malo a su lado y como amigo en lugar de tenerlo como enemigo.

Jimmy inclinó la cabeza en señal de asentimiento y fingió sentirse entusiasmado. Sin embargo estaba convencido de que Tick recibiría como lo merecían, todos aquellos ofrecimientos de colaboración de Juan Malo.

El muchacho pensaba no obstante en Loco Veluna y en la posibilidad de que Juan Malo dijera dónde se había escondido. Existía, sin duda, la posibilidad de que Juan Malo traicionara a su "querido compañero y amigo" y lo pusiera en manos de Tick. Debido a esto se volvió a medias para retirarse del depósito.

Pero el temor de que pudiera ocultarse una traición en todo aquello, hizo que se detuviera en el mismo instante. Volvió a mirar a Juan Malo, dirigiendo la mirada al revólver que empuñaba el pillasre.

—Necesito alguna garantía de que usted juega limpio, Juan Malo, — dijo. — Voy a hacer que el señor Christopher Tick venga a conversar con usted... pero con la condición de que usted me entregue antes su revólver.



Tick miró hacia el mar. Vió una cabeza la de Rolfe Mata Ratas, que flotaba en la estela del vapor. Pero junto a aquella veíase otra cabeza. "¡Arríen un bote! — ordenó. — ¡Es necesario pescarlos vivos a los dos! ¡Rolfe Mata Ratas logró encontrar el escondrijo de Loco Veluna!"

Juan Malo inclinó la cabeza, meditando, durante unos instantes.

—¿Cómo puedo estar seguro de que usted no va a utilizarlo inmediatamente contra mí mismo? — preguntó, frunciendo el ceño.

—Le doy a usted mi palabra de honor de que no lo utilizaré en esa forma, — replicó Jimmy. — Es una cuestión recíproca con fuerza. ¿Cómo puedo saber que usted no va a marcharse de este sitio en cuanto yo haya vuelto la espalda?

—Puede usted cerrar la puerta con llave, — replicó Juan Malo. — ¡Eso es! Usted cierra la puerta con llave y yo me quedo con el revólver. Me parece que el trato no puede ser más leal.

—¡Nada de traiciones entonces! — dijo Jimmy.

—¿De qué podrían servirme las traiciones en las circunstancias en que me hallo? — dijo Juan Malo. — Si no me encontrara arrinconado no haría trato de clase alguna con el señor Tick. Tengo mucho más que perder que cualquiera de ustedes, no se le olvide.

Jimmy se dió cuenta de que así era en verdad. La única alternativa que le quedaba a Juan Malo era la de procurar libertarse peleando y en tal caso tendría, evidentemente más que perder que ganar. En consecuencia el joven retrocedió, cerró la puerta e hizo girar la llave en la cerradura. Corrió luego por el pasadizo y se encaminó al camarote en busca de Tick Alegre y Feliz.

Pero experimentó la sorpresa mayor de su vida cuando llegó al camarote: Tick estaba allí, pero no se encontraba solo. Veluna había sido sacado del agua casi sin conocimiento y junto con él había sido pescado Rolfe Mata Ratas.

Aún cuando parezca extraño. Loco Veluna no sabía nadar. Gracias a que Rolfe Mata Ratas lo había sostenido a flote hasta que los del bote lo habían sacado del agua no había muerto. Lleno de agua, empapado y desmayado a medias, habíanle llevado al camarote

un momento antes de la llegada de Jimmy.

El muchacho presenció aquel cuadro, con los ojos dilatados por el asombro. Tick, inclinado hacia él sonreía. Rolfe Mata Ratas había tendido a Loco Veluna en el piso y se hallaba de pie, mirando hacia abajo mientras el pillastre recobraba lentamente los sentidos.

—¡Muy bien! — dijo Tick a modo de comentario. — No pretendo saber a qué obedece esto, pero me parece bien... ¡muy bien! Es una verdadera satisfacción la que se siente al volver a ver al señor Veluna, ¿no es cierto, Jimmy?

—¡Sin duda! — exclamó el muchacho saliendo del estupor en que lo había envuelto la sorpresa de ver allí al capitán Veluna, en aquel sitio. — ¡Ah! ¡He encontrado a Juan Malo, abajo, escondido en el sitio al que fuí en busca de pintura!

Tick se puso la mano ante la boca para ocultar un bostezo. Veluna se estremeció sobresaltado y se incorporó, sentándose en el suelo con una rapidez tal, que pudo creerse que había recibido una descarga eléctrica.

—¡Eh! ¿Qué es eso? — exclamó con voz ronca.

—Ha dicho el joven Jimmy Gold aquí presente, que ha encontrado escondido en el depósito al señor Juan Malo, — explicó Tick afablemente. — Ese señor Juan Malo es un viejo amigo y compañero de usted; ¿no lo recuerda? La entrevista de ustedes dos será, sin duda, jubilosa.

—Juan Malo ha quedado en el depósito prisionero, con la puerta cerrada con llave, — dijo Jimmy. — Desea hablar con usted, Tick, para tratar "de negocios", según ha manifestado. Desea hacer algún convenio con usted. Creo que se disponía a venderle el secreto del sitio donde Veluna estaba oculto.

—¡Para eso ya es tarde. — exclamó Rolfe Mata Ratas. — Ese secreto lo descubrí yo solo, buscando por mi cuenta. Sentía impulsos de matar en mi corazón, mis buenos patrones, cuando dí con el escondrijo y me proponía dar muerte a ese canalla, haciéndole pagar así todas las maldades que ha hecho. Pero ese hombre tenía el corazón henchido de miedo. Su cobardía le inspiró la idea de huír y no la de pelear. Huyó de mí como un conejo. De no haber sido así, como yo estaba furioso...

—¡Por lo visto se asustó al verle a usted como si hubiera presentado ante el mismísimo demonio! — exclamó Tick mientras Veluna se ponía dificultosamente de pie. — ¡Y yo suponía que Loco Veluna era un hombre que no sabía lo que era miedo ni de día ni de noche! ¡Se arrojó por la borda al mar para no tener que vérselas con usted! ¡Bien, bien, bien!

Loco Veluna, cabizbajo y humillado, se pasó la lengua por los labios.

No había lugar a dudas. Al ver Rolfe Mata Ratas furibundo, el capitán bandolero había sentido un miedo indominable que le había trastornado por completo.

El canalla se encontraba tan débil, que no tenía fuerzas para poder huir. Miró en redor con una expresión como la de "la rata en la trampa" y se vió rodeado por todas partes.

Entonces, bruscamente, con la rapidez asombrosa con que cambia un cuadro en un sueño, aconteció lo menos esperado.

Había anochecido, sin que nadie se fijara en ello. Jimmy Gold estaba de pie, de espaldas a la puerta. Tick fué el único que vió la sombra que cruzó el hueco y vió algo más segundos demasiado tarde.

Dos revólvers aparecieron súbitamente. Tras ellos, en el instante en que Jimmy se volvía alarmado, apareció un rostro que el muchacho conocía muy bien. Una voz muy conocida dejóse oír en el mismo momento.

—¡Tengan la bondad de levantar las manos, señores! — gritó. Según dicen, un juego no está perdido hasta que alguien lo ha ganado. — Después con tono feroz y alzando la voz, agregó: — ¡Vengan ahora! ¡Voy a tirar a matar! ¿Me oyen? ¡A matar!

Hasta Tick, — que era el único que tenía armas, — fué desprevenido. En el momento en que avanzó, Juan Malo, con sus dos revólvers, entró un paso en el camarote.

NUEVOS SUCESOS

Tick, con admirable aplomo, fingiendo una serenidad que no tenía, miró sonriendo a Juan Malo.

—¡Pero yo creí que lo habían dejado encerrado! — exclamó.

—Así lo dejé, — manifestó al punto Jimmy Gold. — Aquí tengo la llave.

—¡Ah! ¿Tiene usted la llave? — exclamó Juan Malo. — Debía tener, además, algo más agudo el entendimiento. No se le ocurrió que yo podía tener otra llave. Tan pronto como usted se fué, abrí la puerta y salí. ¿Creía usted que soy tan tonto que iba a esperar tranquilamente a que ustedes combinasen todo lo necesario para mi captura?

—Parece que le hizo traición Jimmy, amigo mío, — dijo Tick, bostezando.

A Juan Malo no le asombró mucho el ver allí a Veluna. A todo eso Veluna había recobrado por completo los sentidos y se hallaba en pleno uso de sus facultades.

—¡Muy bien, Juan Malo! — exclamó. — ¡Esto sí que es tener suerte!... ¡Buena, excelente, óptima suerte! Y... — Veluna avanzó una mano delgada y como una garra, — ... permítame que me haga cargo de uno de esos dos. ¿Adónde encontró esos revólvers? ¿De dónde los sacó?

—Del depósito, — contestó Juan Malo. — A ese muchacho le mostré uno solo, pero aun quedan más. Conviene solucionar esto pronto. Johnn y Veluna; así que debemos proceder de prisa.

—Difícilmente se nos presentará otra ocasión como esta. — dijo el capitán. — Hay que aprovecharla. Pero...

Veluna se volvió, con una maldición en los labios, hacia donde estaba Tick.

—No creo que hayamos terminado con lo del tesoro de Skéleton, compañero. — dijo.

— Nos veremos las caras de nuevo más de una vez, todavía. — Cuando llegue ese caso, le convendrá a usted estar alerta.

—Entonces sí que trataremos condiciones, — dijo Juan Malo, moviendo sus revólvers. — Envié al muchacho a que le dijera que hablaríamos "de negocios" y no me gusta faltar a mi palabra.

—Gracias por enterarme de eso, — replicó Tick Alegre y Feliz con la mayor frialdad del mundo. Pero aun no nos hemos separado. ¿sabe usted? Además, como usted lo ha dicho, un juego no está perdido hasta que alguno lo ha ganado, y...

Veluna se había deslizado hasta la puerta. Daba muestras de impaciencia.

—¡De prisa, Juan Malo! — gritó. — No hay tiempo que perder. Voy a salir y a ver de qué lado queda la costa y... ¡desgraciado del que se interponga en mi camino!

Tomó uno de los revólvers de la mano de Juan Malo mientras el de la pierna de palo seguía dominando al grupo con el otro. Después, en el momento en que ya iba a salir, Veluna se detuvo.

—El bote que arriaron para sacarme del agua, — dijo en voz baja, — es el bote hacia el cual me dirijo ahora. Probablemente no ha sido puesto sobre cubierta todavía. Si aun lo remolca el yate, sígame a la popa. Allí me encontrará. ¿Por todos los diablos del infierno, encierre a todos estos en el camarote o no podremos escaparnos jamás!

Se palpó el bolsillo con el objeto de comprobar si los documentos firmados por el capitán Skéleton estaban en su sitio. Se irguió, palpó de nuevo el saco, golpeó toda su empapada ropa, escurriendo el agua que la mojaba, y dejó notar, por la expresión de su rostro, que los pergaminos habían desaparecido.

Sin embargo, tardó muy poco en recobrar su aplomo y menos en comprender cómo habían desaparecido. Miró furibundo a Rolfe Mata Ratas.

—Esos papeles — dijo con voz que cortaba como un cuchillo filoso; — los papeles estaban aquí, — se golpeó un lado del pecho, — antes de que me arrojase al agua! ¡Estoy seguro de que estaban! ¡los sujeté mientras corría! ¡Sí! ¡Estaban aquí!

Rolfe Mata Ratas retrocedió un paso. Loco Veluna, transformado en un demonio, avanzó hacia él con los dientes apretados y el rostro lívido.

—¡Necesito esos documentos! — Se inclinó burlonamente con el dedo en el disparador del arma. — ¡Tenga la bondad de dármelos! — Su cortesía era extraña pero la frase constituía una amenaza. — De un modo o de otro, Rolfe Mata Ratas, ha de recobrar esos papeles!

Hubo un momento de horrible silencio. Tick y Jimmy Gold se miraron. Ya había muerto un hombre a bordo del Albatros. Una vez más el homicidio flotaba en el ambiente.

—¡Déselos!... — gritó Tick como advirtiéndole. — ¡Es peligroso!

—Se los quité mientras estábamos en el agua, — dijo Rolfe Mata Ratas. — ¿Pertenecen a él, son de usted, o son míos? ¿Somos todos tan despreciables cobardes que tenemos miedo de un ladrón como ese? ¡No, queridos patrones: yo no entregaré esos documentos mientras tenga vida!

Fueron esas palabras muy atrevidas, muy brutales, y no le agradaron a Veluna. Pero a esas palabras siguió algo más loco y peor aun. Por que acurrucándose de improviso, Rolfe saltó hasta Veluna con el propósito de agarrarlo por el cuello.

Se hallaba a mitad de camino cuando se oyó una detonación. Todo se produjo tan rápidamente, que hasta el mismo Juan Malo fué tomado desprevenido.

Durante un momento dejó de mirar a Tick para observar qué consecuencias había tenido el disparo de Veluna. Vió que Rolfe Mata Ratas levantaba los brazos y echaba hacia atrás la cabeza. En el mismo instante, Jimmy Golf aprovechó la ocasión que se le presentaba y, de un golpe, hizo saltar el revólver de la mano de Juan Malo.

Esto fué como una señal para el comienzo de un entrevero general. Mientras el arma de Juan Malo saltaba por el aire dando vueltas y caía luego ruidosamente al piso, Jimmy se agachó y se abrazó a las piernas del cojo, y Tick se separó de la mesa.

Juan Malo perdió el equilibrio al ser levantado del suelo. Tick fué directamente hacia Veluna y fué una suerte para Veluna que Tick no tuviera arma. Rolfe Mata Ratas cayó de espaldas.

Pero Veluna, — el cobarde matador del capitán Honeyman, — se dió cuenta de que habíase precipitado demasiado. Vió con el rabo del ojo que Tick se acercaba a él. Con la rapidez del relámpago dió media vuelta.

Se olvidó por completo de los papeles de Skéleton. El estampido del tiro de Veluna había alarmado a la gente de a bordo. Alguien, cuyos pasos se oían, venía del lado de proa, por la cubierta. Los tripulantes del Albatros acudían ya en su auxilio.

Veluna solo pensó en escapar. Oprimió una vez más el disparador del arma. Tick se hallaba a una yarda de distancia. Un chorro de humo le dió en los ojos.

Pero la bala na hirió a nadie y se hundió en la madera de un tabique del camarote. El humo impidió que, durante unos momentos, Tick viera con claridad. En ese tiempo Veluna pudo llegar a la puerta. Cuando se disipó el humo ya había desaparecido.

Fué la desaparición más rápida y completa. En el camarote de donde acababa de salir, dejó un verdadero caos. Jimmy Gold estaba sentado sobre el pecho de Juan Malo sujetándolo contra el piso de modo que no podía levantarse.

Tick era el único que podía salir en persecución. Partió tras de Veluna. Pero la suerte estaba contra él, pues dió violentamente contra uno de los de la tripulación, que corría en sentido contrario a poco de salir a la oscura cubierta.

Retrocedió, recobró el equilibrio y lanzó un juramento.

Jimmy Gold hizo saltar el revólver de la mano de Juan Malo. Esa fué la señal para que se produjera un verdadero caos. Cuando el arma de Juan Malo saltó por los aires, Jimmy se agachó y agarró al cojo por ambas piernas, haciendo que cayera de espaldas. Tick corrió hacia Veluna en el momento en que éste hacía fuego, hiriendo a Rolfe Mata Ratas.

—¡Veluna! ¡Se escapó de nuevo! ¡Veluna! — gritó, mirando en redor y viendo a varios de la tripulación que acudían. — ¡Tontos! ¡No se queden boquiabiertos! — les gritó. — ¿No lo han visto? ¡Veluna! ¡Se escapó otra vez! ¡El grandísimo asesino se ha escapado!

Pero no se veía al canalla por parte alguna. Por casualidad más que por cálculo había logrado escabullirse encontrándose entre dos fuegos.

Tick recordó algo en aquel momento de excitación.

—¡El bote! — gritó con estentórea voz. — ¿Está ya en la cubierta?

—No, señor, — dijo una voz en la oscuridad, — lo dejamos a remolque a popa.

—¡Maldición! ¿Por qué no lo izaron? — gritó Tick furioso. — ¡Ustedes no saben lo que hacen! ¡Hacia el bote es hacia donde se ha ido! ¡Corran tras él! — agregó rápidamente demostrando una vibrante actividad.

Corrió antes de terminar de hablar. Los de la tripulación le siguieron vacilantes Avanzaron lo más rápidamente que les fué posible. Llegaron al sitio donde la soga del bote estaba amarrada a la barandilla.

Tick se encontraba de pie junto a la borda en la oscuridad. Su actitud indicó a los de la tripulación cuanto podían desear.

—¡Tarde — gritó. — ¡Se nos escapó! ¿Vió alguno de ustedes hacia dónde se fué el bote? ¿Lo distingue alguno de ustedes?

Miraron hacia la oscuridad. La noche era muy oscura y no se distinguía más que una extensión de tinieblas.

—Se puede encender un reflector, — opinó una voz.

—¿Y descubrirnos nosotros? — replicó Tick en tono de burla. — ¡Jamás! Se fué y ojalá no volvamos a verle nunca más. Si logra llegar a tierra tendrá que ser muy

activo para alcanzarnos y llegar al mismo tiempo o antes que nosotros al sitio adonde vamos.

—Podríamos mandar un bote en su busca, — propuso otra voz.

Tick agitó el extremo cortado de la amarra frente al rostro del que había hablado.

—¡No diga tonterías! — le dijo. — Veluna se ha ido y nosotros nos quedamos a bordo de un buque perseguido. Porque a nosotros se nos considera como bandidos, como fugitivos. No podemos perder tiempo en estas aguas esperando que algún buque nos haga detener. ¡Tenemos que estar en el Atlántico antes de que amanezca aun cuando tengamos que descargar todo el árbol de la hélice!

Con un gruñido de disgusto, dejó caer el extremo de la amarra. Sentíase más fastidiado de lo que lo dejaba notar; sin embargo se consideraba feliz, pensando que Veluna no se llevó los pergaminos de Skéleton, después de todo. Mientras se encaminó al camarote salón dió algunas órdenes por encima del hombro.

—Hay que pintar todo el barco de distinto color antes de que amanezca, — dijo. — Rojo, azul, verde, negro, de cualquier color, con tal de que nos disfracemos un poco. Todos tienen que pintar trabajando como jamás hayan trabajado porque de no ser así tendremos algún disgusto serio.

El Albatros navegó aquella noche por el canal de la Mancha con todas las luces apagadas o semiocultas. Un verdadero bosque de pinceles trabajó con actividad extraordinaria cubriendo de distinto color el casco blanco.

LA CARA EN EL ESPEJO

La luz del nuevo día permitió ver que un buque extraño, cuyo aspecto casi no tenía semejanza alguna con el yate Albatros, navegaba a todo vapor, saliendo del canal de la Mancha e internándose en las inmensidades del Atlántico.

—Creo que ya hemos pasado lo peor — opinó Tick Alegre y Feliz. — He enviado un despacho radiográfico, como procedente de un vapor que no existió nunca más que en mi imaginación, anunciando que el yate a vapor Albatros ha sido avistado navegando con un rumbo bastante distinto al que seguimos nosotros en estos momentos.

Se echó hacia atrás y sonrió pensativo mirando hacia la claraboya que quedaba encima de él, en el techo. Jimmy Gold, que frente a él concluía de desayunarse, se sonrió también.

Tick le miró durante un momento, fijamente.

—No hay, en todo esto, nada que pueda tenernos jubilosos, créame usted — dijo lentamente. — Lo que hemos pasado promete resultar una insignifincia comparado con lo que aún hemos de pasar. Esta es la cacería de tesoro más seria de que he tenido conocimiento en mi vida.

—¿Teme usted que Rolfe Mata Ratas no logre curarse?

Tick movió la cabeza en señal de perplejidad y duda.

Rolfe Mata Ratas estaba tendido en su cama, sin conocimiento. La bala de Veluna le había hecho caer al suelo pero no lo había matado. Sin embargo, se hallaba muy delicado, con una herida en el cráneo e inspirando pocas esperanzas de vida.

—Espero que por lo menos recobre los sentidos — dijo Tick. — Todo depende de eso. Porque he revisado toda su ropa y los documentos de Skéleton no están donde yo los busqué.

Esto constituía el mayor misterio de todos y durante algunos días permaneció sin solución.

En el ínterin, el Albatros, que gracias a su nueva capa de pintura no podía ser reconocido por quienes lo habían visto antes o tenía la filiación esparcida por las autoridades marítimas, navegaba velozmente hacia su destino.

En realidad no tenían mapa para guiarse, porque las diversas copias hechas por Skéleton habían desaparecido. Pero Tick, cuando pasó por última vez por el rocalloso refugio de los viejos piratas había tenido la precaución de anotar con toda exactitud los datos sobre su posición geográfica.

Estos datos resultaron, pues, útiles. Fuera de las veces que tuvieron que cargar carbón o tomar provisiones, no se detuvieron en parte alguna y prosiguieron su viaje sin interrupción.

Llegó un día en que pasaron por las Antillas y se las dejaron atrás. Llegó también un día en que Rolfe Mata Ratas, después de algunas alternativas que le tuvieron muy cerca de la muerte, recobró el conocimiento.

Se comprendió entonces que no había probabilidades de poder salvarle la vida a Rolfe Mata Ratas. En cuanto recobró los sentidos Tick estuvo a su lado, escuchando, junto a su cama, todo cuanto pudiera decir.

Por fortuna habló con sensatez y claridad aún cuando su cerebro parecía hallarse envuelto en las nebulosidades de un ensueño. Habló de la isla de Skéleton, de la que ya se hallaban muy cercanos.

—Hay traición y engaño en tierra, estimados patrones — dijo con voz muy débil.— Tendrán ustedes que buscar y, tal vez que pelear. Pero contando conmigo para guiarlos... Miró en redor con ojos vidriosos, y durante un momento pareció escuchar. Después prosiguió.

Estaba solo con Tick en el camarote que había pertenecido al capitán Honeymann. A un extremo del camarote, detrás del sitio donde reposaba la cabeza de Rolfe sobre un montón de almohadas, estaba la puerta de una alacena. De unas perchas que había en esa puerta descolgó Tick un espejo y lo puso en las manos del pirata isleño.

Rolfe Mata Ratas se miró al espejo con toda atención, y durante un largo rato. Después se sonrió con ironía. Fué como si se hubiera burlado de la muerte, que ya se pintaba en su rostro.

Por fin dejó de mirar al espejo y dirigió la vista hacia Tick.

—No he dicho la verdad, — manifestó lentamente. — No está en mis medios el guiarlos a ustedes al sitio donde están escondidas las riquezas del capitán Skéleton.

Mientras hablaba parecía ir sumiéndose poco a poco en la inconsciencia. Tick se inclinó hacia él y le sostuvo la cabeza, poniendo un brazo para alzarla un poco más.

—Dígame. — preguntó Tick rápidamente: — ¿Recuerda usted el mapa, el testamento, los pergaminos que Veluna pretendía que usted le devolviera cuando le disparó el tiro?

—Esos papeles han sido la causa de mi muerte, — murmuró Rolfe Mata Ratas, que volvió a mirar al espejo fijamente. — Ahora lo veo. Ahora lo veo con toda claridad. ¡Y todo por nada, patrón!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Aún cuando le quité los documentos a Loco Veluna, me pareció imprudente guardármelos en el bolsillo de la casaca. Cuando salté del agua al bote que me salvó, yo tenía los documentos en la mano. Y fué con el propósito de que estuvieran más seguros que yo...

Tick se puso de pie, lanzando un grito salvaje.

—¿Los dejó usted a bordo del bote?

—Los puse en sitio seguro y secreto, en un rincón del cajón del lado de popa.

—Entonces es muy posible que Veluna se haya apoderado de ellos, al fin y al cabo, — gruñó Tick, volviendo a sentarse. — El se embarcó en ese bote, cortó la amarra y se fué en él, a merced de la corriente. Si ha revuelto el bote buscando algo, con seguridad los ha hallado: ¡Y aún cuando no los haya encontrado, los documentos se han perdido! ¡Perdido!...

Rolfe Mata Ratas no replicó. Siguió mirando de modo extraño, la imagen de su rostro, reflejada en el espejo. De pronto se irguió y la cabeza, insegura, se le balanceó de uno a otro lado.

—En las cavernas de fuego, — dijo con voz aguda. — ¡En las cavernas de fuego, donde viven los fantasmas del pasado maldito! ¡En la isla, en las cavernas de fuego! ¡Allí es donde deben ustedes buscar el tesoro da Skéleton!

Se estremeció, como acometido por repentino terror. Tick le arregló las almohadas de modo que estuviera más cómodamente. Rolfe habló luego entre dientes.

—Loco Veluna, — dijo. — El rostro de Veluna. ¡Veluna en el espejo! ¡El reflejo del rostro de Veluna! ¡Voy a morir!

Al expresarse así, el espejo se deslizó de sus manos. Se quedó inmóvil, y Tick le puso una mano en el pecho para sentir cómo le latía el corazón. Latía, pero muy débilmente. Rolfe Mata Ratas volvió a perder los sentidos.

Era dudoso que pudiera volver a hablar. Sin embargo, sus últimas palabras habían despertado la curiosidad de Tick. Mientras iba a colgar el espejo en el sitio de donde lo había tomado, se preguntaba qué razón había podido tener Rolfe Mata Ratas para haberlas pronunciado.

Pero poco tardó en darse cuenta de que las palabras de Rolfe Mata Ratas no le habían sido dictadas por el delirio de la muerte. En el momento en que miraba hacia la puerta de la espaciosa alacena, notó que la puerta se movía. El movimiento podía haber sido causado por una ráfaga de aire que entró por la ventana, que estaba abierta. Y sin embargo...

De improviso, en el hueco oscuro de la abertura, Tick vió una mancha negra y blanca. Se movió. Después se oyó una risa amarga, irónica. Luego, encogiéndose de hombros, "aquello" salió de la alacena, y se sentó, con las piernas colgando, en el borde inferior del hueco de la puerta.

¡Era el capitán Loco Veluna en persona!

LA ISLA DEL TESORO

Veluna se mostró cortés frío, casi afable. Tenía el aspecto y la actitud del que se ha enterado de que le ha sucedido lo peor qué podía sucederle y no le tenía ya miedo a nada de cuanto pudiera sobrevenirle.

Tick, — que estaba convencido de que se había ido en el bote, — retrocedió al verle. Pero pasada la primera impresión de sorpresa, y convencido de que Veluna no tenía armas, recobró su aplomo de siempre.

El canalla miró a Tick sonriendo.

—Iba a salir cuando usted abrió la puerta. Lo he escuchado todo... desde el principio.

—Y se presentó usted al final. — agregó Tick Alegre y Feliz. — No ha procedido usted con la debida cautela, mi estimado amigo.

—El debió oír que yo me movía. Yo empujé un poco la puerta, abriéndola, cuando usted estaba vuelto de espaldas a ella. Eso fué cuando él se miraba al espejo. El truco es viejo, pero yo me hubiera presentado de todos modos.

Tick se sentó en el borde de otra cama que había en el camarote. Miró escudriñadoramente a Veluna y por primera vez interpretó con exactitud su pensamiento. El marino había cesado de serle hostil y quería tomar en broma la caza del tesoro.

—Decidí presentarme, — prosiguió, — tan pronto como oí hablar del bote que estaba atado a popa. En eso cometí una grantontería. ¡Si yo hubiera sabido que el mapa estaba allí!

Calló, y después se encogió de hombros. Se deslizó luego de donde estaba sentado y se quedó de pie, abierto de piernas para mantener el equilibrio y con las manos en las caderas, mirando fijamente a Tick.

—Comprendo cuándo es que estoy vencido, compañero, — dijo. — Desde que huí del salón cambié varias veces de escondrijo, dentro del buque. Me quedé a bordo con el propósito de permanecer a bordo y desembarcar cuando hubiéramos llegado a la isla de Skéleton.

"Pero me engañé a mí mismo. Corté la

En el oscuro hueco de la alacena vió Tick una mancha blanca y negra, que se movió. Un momento después se oyó una amarga risotada. Después, encogiéndose de hombros se deslizó por la abertura, pasando primero las piernas y quedándose sentado en el borde del hueco, el capitán Loco Veluna.

amarra del bote, dejándolo ir por el mar sin gobierno, para que usted creyese que yo me había ido en él. Usted creyó sin duda que yo me había propuesto adelantarme a usted.

—No lo niego. Cuando ví la soga cortada en dos, — admitió Tick. — Supuse que usted había huído con el fin de apresurar su viaje a la isla de Skéleton.

—¡Ojalá hubiese procedido así! — exclamó Veluna fervorosamente. — Si hubiese tenido en mi poder los documentos, tal vez hubiera tomado esa decisión. Pero yo solté el bote y no es posible saber ahora quién ha podido recogerlo, si alguien lo ha recogido.

—Tampoco sabemos a qué mano han llegado los papeles, — dijo Tick, preocupado. — Según quien los recoja puede o no, resultar un nuevo rival que se presente con su tripulación deseoso de apoderarse del tesoro. — Bostezó y se desperezó. — ¿Se da usted cuenta de las consecuencias que puede tener para usted mismo lo que usted ha hecho?

—Me he burlado a mí mismo, — dijo Veluna, maldiciendo entre dientes.

—Aún peor que eso, — dijo Tick con lentitud.

Y girando sobre sus talones, tocó el timbre eléctrica llamando al steward, o sea el camarero encargado de los camarotes

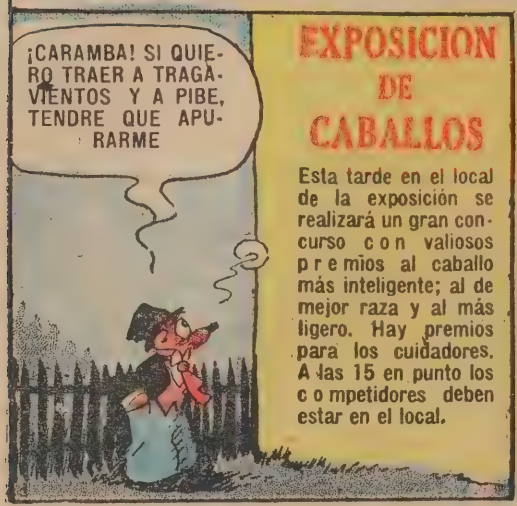
—Usted se ha dado cuenta de que el juego ha terminado para usted. — agregó Tick. — Hace usted bien y procede con sensatez al hacerlo así, porque nos hallamos a pocas horas de la isla de Skéleton. No intentaremos desembarcar a cubierto de la oscuridad ahora que no contamos con el concurso de Rolfe Mata Ratas quien, como usted lo ve, está desmayado nuevamente. Nuestra única esperanza está en abrirnos paso por la bahía en plena luz. Mientras yo procedo en esa forma, usted será mi prisionero.

Veluna se humedeció los labios con la punta de la lengua. Se comprendía que, — al menos por el momento, — se consideraba derrotado.

Se acercó a poner la mano en el pecho de Rolfe Mata Ratas para apreciar si latía o no el corazón.

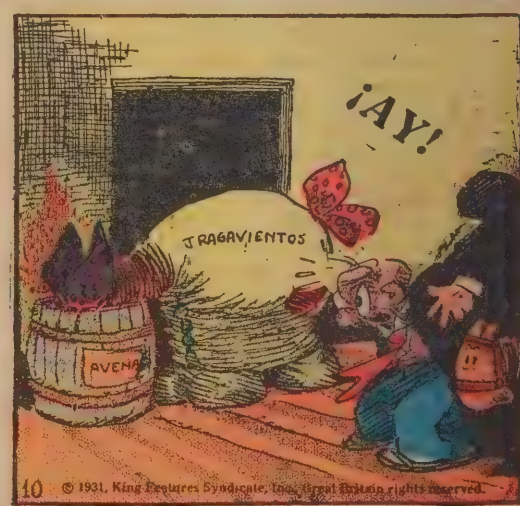
—Está muerto, — dijo.

AVENTURAS DE



EXPOSICION DE CABALLOS

Esta tarde en el local de la exposición se realizará un gran concurso con valiosos premios al caballo más inteligente; al de mejor raza y al más ligero. Hay premios para los cuidadores. A las 15 en punto los competidores deben estar en el local.



© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

BARNIGUGLI por Debeck

Tick se acercó al lecho a comprobar la exactitud de tal afirmación en el momento en que entró el steward. El corazón de Rolfe Mata Ratas había cesado de latir.

Tick se volvió rápidamente y por primera vez — en aquella ocasión, — sacó el revólver.

—¿Dónde está Juan Malo? — preguntó.

—En la barra, con los grillos puestos, — señor, — contestó el steward.

—¡Entonces, que este señor vaya a hacerle compañía! — ordenó Tick, encarándose con Veluna. — ¿Me ha oído usted? Va usted a unirse a Juan Malo, que está prisionero desde que se produjo el alboroto en mi camarote. Si recobran ustedes dos la libertad antes de nuestro regreso a Inglaterra, podrán considerarse afortunados.

—¡Puede ser! — gruñó Veluna. — Pero que conste que yo me he entregado sin resistirme. ¡Recuérdelo usted!

Estas palabras constituían, mas que una verdad, una amenaza. El steward se retiró en aquel momento con orden de enviar a varios de la tripulación para llevar a Veluna a hacer compañía a Juan Malo.

En consecuencia, los dos peores enemigos de Tick estuvieron cautivos y en lugar bien seguro. Por el momento no había que temer nada de parte de ellos.

A través de la cálida niebla de aquella noche, el yate siguió su viaje. Al amanecer se avistó en lontananza la importante mole de piedra de la, por tantas razones, famosa isla de Skéleton.

Mucho antes de que amaneciera habían sabido los del yate que la isla se encontraba cercana. Sobre ella, como un penacho fatídico, se alzaba el humo cárdeno del volcán que, en constante actividad, arrojaba de vez en cuando chorros de lava y chubascos de piedras y de ceniza, y no dejaba de humear y de lanzar un rojo oscuro. El volcán seguía en actividad tal como estaba en los viejos días de los bucaneros.

Algo había en aquella isla, rodeada de altos acantilados, que los buscadores de tesoros no olvidaron. Buscaron en primer lugar el tunel que horadaba las rocas. Cuando lo hubieron encontrado pasaron por él lenta y cautelosamente, llegando a lo que, por todo su aspecto, parecía la entrada a una caverna.

Jimmy Gold, — igual que su antepasado Rodney Gold tantos años antes, — de pie en la proa, contempló maravillado los faroles de luciérnagas que alumbraban el tunel. Miró hacia adelante con atención, sin saber con qué objeto. Pensó en Rolfe Mata Ratas, que había sido sepultado en el mar un par de horas antes y se felicitó de que, hasta aquel momento, los feroces habitantes de la isla no hubieran intentado detenerles el paso de algún modo.

—Hasta ahora nos favorece la suerte. — dijo el muchacho a Tick.

Pero no era así. Cuando se metieron en el túnel buscando la ensenada interior, notaron la presencia de algo nuevo, inesperado y extraño.

Era verdad que por fin habían llegado a la isla de Skéleton. Aquella era sin duda la isla donde el oro ensangrentado del tesoro había cambiado de mano y el hogar de los degolladores descendientes de los antiguos piratas cuyas costumbres no habían olvidado, pero...

Jimmy Gold estrujó de repente, alarmado, la mano de Tick. Se inclinó hacia adelante e indicó algo que quedaba frente a ellos. Respiró jadeante y Tick, compartiendo su emoción, suspiró.

—¡Aquí estamos ya, muchacho! — dijo lentamente. — ¡Hemos llegado a nuestro destino, pero según parece, hemos llegado tarde!

Frente a ellos anclada en el sitio por donde tenían que pasar, destacándose en la media luz del amanecer como un monstruo dormido, con cañones por colmillos, flotaba un destroyer en el que flameaba la bandera llamada Union Jack, por los ingleses, ¡la bandera de la armada británica!

EL DESTROYER ABANDONADO

El yate Albatros detuvo inmediatamente su avance.

El maquinista recibió orden de dar al yate un cuarto de marcha atrás. El buque acababa de entrar en el misterioso túnel y en el mismo túnel empezó a retroceder sin perder un solo instante. Aun cuando se procedió rápidamente y con toda cautela, reinó pronto el pánico a bordo del yate.

Hasta los nervios de acero de Tick Alegre y Feliz parecían hallarse desequilibrados. Había esperado muchos sucesos y no se había producido ninguno de ellos. Pero en cambio habíase presentado aquello... aquello, tan inesperado e inexplicable que sorprendía y sobresaltaba con toda razón.

Tick permaneció de pie junto a la borda, cerca de la proa, mientras su yate retrocedía. Tenía echada hacia atrás su gorra de visera de hule y de su frente brotaban gruesas gotas de sudor, Jimmy Gold estaba a su lado. El muchacho no dejó de mirar a Tick ni un solo momento.

—Eso lo explica todo, — manifestó Tick pasados unos momentos de reflexión — Se nos avisó que no se nos permitiría pasar por este túnel y no nos hemos hallado ni con la menor resistencia. Se nos advirtió que íbamos a encontrarnos con una gavilla numerosa de piratas degolladores, dignos de haber vivido hace dos siglos, y no los hemos visto por parte alguna. En cambio...

Se encogió de hombros y volvió a mirar hacia el destroyer al tope de cuyo mástil ondeaba la bandera de su propio país y cuya silueta gris se destacaba con mayor claridad que antes.

—En cambio, — dijo Jimmy completando la frase que Tick había dejado inconclusa, — nos hallamos ante un enemigo al que no podemos tener esperanzas de vencer. ¡No podemos ni siquiera ponernos a combatir contra ese destroyer, señor Tick!

Podríamos, tal vez, desarrollar algún plan estratégico, — murmuró el millonario aven-

turero. — Aún cuando no tuviésemos muchas esperanzas de ganar, podríamos... ¡Pero es demasiado fuerte para nosotros, estimado muchacho! ¡Demasiado fuerte!

Que el destroyer y los hombres de la tripulación del destroyer habían sometido ya a los terribles habitantes de la isla de Skéleton parecía indubitable. La tranquilidad y el silencio que reinaban allí no podían tener lógicamente otro origen.

Y, sin embargo, la tranquilidad y el silencio parecían envolver también al destroyer. No había centinelas a bordo del buque o, al menos no se le veían por parte alguna.

Si aquel monstruo cejijunto y terrible había avistado al yate, la verdad era que a pesar de todos sus amenazadores cañones no había intentado absolutamente nada en el sentido de evitar que retrocediera esquivándose y huyendo.

Debido a todas estas circunstancias, Tick recobró parte de su acostumbrado aplomo y la confianza en sus propias fuerzas.

—¡Ya se lo que se debe hacer! — exclamó — Hemos perdido los papeles del viejo capitán Skéleton y daría yo cuanto me pidieran por tener a Rolfe Mata Ratas vivo a bordo, en estos momentos, para que nos indicara el camino. Como no lo tenemos no nos queda otro recurso más que adivinar las cosas tal como nuestra imaginación nos lo permita. Adivinando, adivinando, adivino que a bordo de ese destroyer no ha quedado ni un solo hombre con vida.

Jimmy se estremeció sobresaltado. Tick le dió al muchacho unas cariñosas palmadas en la espalda.

—¡Así es la cosa! ¡Así es! — dijo sonriendo. — No me he vuelto loco, muchacho. Vamos a retirarnos de aquí para ir a sitio más seguro. Pero vamos a anclar lo más cerca que nos sea posible de los arrecifes de esta isla. Entonces usted podrá convencerse si tengo o no razón.

—¡Pero ese destroyer!...

—Procede de Inglaterra. Si se lo que estoy diciendo, procede de Portland. Con seguridad fué enviado a estos sitios con la misión de detenernos para demostrarnos que a los representantes del gobierno de sus majestades británicas encargados del ramo de aduanas hay que obedecerles cuando ordenan alguna cosa, sea lo que sea.

—¡Claro que sí! — exclamó Jimmy con una expresión de desagrado indicadora de que no le gustaba que pudiera dudarse de su perspicacia — No crea usted que me había imaginado que el destroyer estaba aquí por casualidad. Debió encontrar el bote que Loco Veluna envió a merced de las holas. Encontraron a bordo los papeles de Skéleton el mapa trazado por Skéleton y gracias a este elemento han podido meterse donde se han metido.

El Albatros había llegado ya a la abertura exterior del túnel. En el momento en que flotó en el mar, Tick dió las órdenes correspondientes para que el yate anclara lo más cerca de la costa de imponentes acantilados que fuera posible y prudente.

—Se muestra usted muy inteligente y astuto, querido Jimmy, — dijo jovialmente Tick. — ¡Muy agudo por cierto, muchacho! Pero me parece que a pesar de toda su astucia no adivina usted por qué razón no ha quedado ni un alma a bordo del imponente y formidable destroyer.

Jimmy Gold frunció el ceño, meditativo.

—Han ido a tierra todos los de la tripulación por que los piratas han resultado un enemigo muy serio y ha exigido el concurso de todos los elementos disponibles a bordo de la nave de guerra.

—¡La erró, joven! La tripulación de un destroyer es suficientemente numerosa para cualquier caso que se presente. Por otra parte, insulta usted a la Armada Británica con semejante suposición. Los marinos ingleses no abandonan un buque sin dejar en él la vigilancia reglamentaria, por muy importantes que sean los enemigos contra los cuales tengan que combatir.

—Eso es verdad. Pero entonces ¿a qué se debe?...

—¡Después lo verá, — respondió Tick que giró sobre sus talones al oír el ruido que hacía la cadena del ancla al rozar descendiendo hacia el mar.

Jimmy Gold se quedó solo haciendo extraordinarias conjeturas, procurando adivinar la causa del abandono del destróyer. Mientras así reflexionaba se preguntó más de una vez si Tick Alegre y Feliz no estaría equivocado al creer que había adivinado con exactitud cuanto había pasado.

Sin embargo, Tick sabía que era lo que pasaba y lo que hacía y no aventuraba afirmación alguna sin haberla basado sólidamente en detalles concretos. En cuanto el yate estuvo anclado a la sombra de los altos e imponentes acantilados hizo arriar un bote, en el que se amontonó todo género de provisiones y cuanto podía ser necesario. En ese bote se embarcó un grupo escogido de tripulantes. Tick se embarcó también en el bote.

Miró a Jimmy, — que estaba asomado a la borda, — desde su asiento de popa.

—¡Si usted cree que no tengo razón, — le gritó, — no venga! Si usted supone que el destróyer va a virar de improviso y a ani-

LECTURA EMOCIONANTE, de aventuras, de acción y de misterio, cuidadosamente seleccionada de los mejores autores modernos, es lo que se obtiene comprando todos los viernes PUCKY magazine

quilar a esta cáscara de nuez, quédese donde está, esperando oír el estampido de los cañonazos. ¡Cuando crea que ya nos han hundido y todos hemos bebido el último trago, dígale al capitán que leve anclas, navegue mar afuera y huya para no perder la vida!

El muchacho, asombrado, se inclinó aún más afuera por la borda del yate.

—¡Su destroyer del demonio no me asusta! — gritó. — Si supone que estoy aquí haciendo girar los pulgares como un fraile gordo, mientras va usted a correr una emocionante aventura porque tengo miedo, se equivoca y...

Pero Tick conocía ya bastante bien a Jimmy para pensar semejante cosa. Se rió aún más y le llamó con la mano.

—¡Venga usted de una vez! — gritó. — ¡Ya sabía yo que usted no iba a querer perder estas andanzas por nada del mundo!

El muchacho descendió por la escala de cuerdas se embarcó en el bote y el bote partió. Siguieron el mismo camino que antes había seguido el yate, procediendo con toda cautela al internarse en el túnel. Tick, constantemente alerta manejaba el timón. Volvieron a pasar por la espaciosa galería de paredes y techo de roca, alumbrada por los originales y curiosos faroles desde dentro de los cuales esparcían su luz centenares — o tal vez miles — de fulgurantes luciérnagas.

Era aquello como vivir materialmente lo que sólo se conocía por haberlo visto descripto en las páginas de los libros de Historia. El muchacho sentíase como transportado a otro mundo y a otra época, a aquellos tiempos en que los buques veleros de los piratas desplegaban su velamen a la mágica luz de aquellos faroles, luz que jugueteaba con las sombras en el techo casi enteramente cubierto de helechos, del espacioso tunel. Pensó en los dos esqueletos hallados entre dos paredes, al demoler una caballeriza antigua y ruinosa en su granja de Cornualla; pensó que dentro de poco se encontraría ante los descendientes de los canallas culpables de que aquellos esqueletos estuvieran donde fueron encontrados.

No eran agradables, por cierto, tales recuerdos y pensamientos que, por suerte se esfumaron de su mente en el instante en que distinguieron una vez más, frente a ellos, la mole imponente del destroyer.

Tick no había adoptado mayores precauciones y ni siquiera había hecho envolver en trapo los toletes para que no hicieran ruido al remar.

Cuando el bote estuvo muy cerca del destroyer, no recomendó a su gente precaución alguna. Si en el primer momento se había sentido enteramente convencido de que el destroyer estaba desierto, sus suposiciones parecían confirmarse en aquellos instantes.

—¡Qué suerte tiene usted! — manifestó Jimmy con voz ronca.

Tick se limitó a sonreir en respuesta.

El bote llegó al pie de la escala que pendía del lado de estribor. Era una escalera de madera con una plataforma arriba y otra abajo, y estaba colgada de un pescante, por el extremo inferior.

Desde ese momento, Tick dejó de tomar a broma la expedición.

Entre la pared del túnel y el costado del destroyer había relativamente poco espacio disponible. Sin embargo, como el agua estaba en calma, no era difícil estar de pie en el bote. Tick indicó al joven que le siguiera y pasó a la plataforma inferior de la escalera.

—Mejor será que usted venga a bordo conmigo. — dijo en voz baja. — Pero observe por su cuenta, siempre alerta y dispuesto a correr si es necesario. ¡Tripulantes del bote! ¡Esperen aquí!

Tick siguió por la escalera, seguido de Jimmy Gold.

—¿Por qué he de observar por mi cuenta? — preguntó el muchacho. — ¡Yo creía que estaba usted seguro de que no había a bordo ni un solo hombre!

—No es a los hombres a los que debemos temer, — le contestó Tick.

Estas fueron las últimos palabras que se cruzaron entre ambos. No volvieron a hablarse en un largo rato.

Llegaron a la cubierta, se dirigieron hacia el lado de popa y descendieron a la cubierta inferior. Tick parecía conocer todos los detalles del buque, y no se le vió vacilar ni un solo instante. Fué directamente a la puerta del camarote del comandante.

—Haga usted lo que haga, — dijo a Jimmy por encima del hombro, — no toque ni agarre nada. Manténgase aislado y con los ojos bien abiertos. Dentro de un minuto, y a menos que sea yo un grandísimo tonto, usted comprenderá el significado de lo que le digo.

Y Jimmy Gold lo comprendió. Todas las luces estaban apagadas, pero Tick había tenido la precaución de proveerse de una buena antorcha eléctrica. El rayo de luz de la antorcha alumbró el camarote, recorriéndolo en todos sentidos, tan pronto como empujó hacia un lado la puerta, abriéndola.

El camarote estaba vacío pero tenía el aspecto de haber sido abandonado a toda prisa Los papeles del buque estaban esparcidos por el piso. Brillaba su blancura entre una capa de suciedad, cuando les hería la luz de la antorcha.

Pero fué algo más lo que detuvo la atención de Tick, que lo indicó con la mano como diciendo: "¿Ve usted? ¿No se lo dije?"

—¿Los ve — Su voz era fría como el acero. — ¿Ve usted esos puntos oscuros?... ¿Esos que se arrastran? ¡Son arañas, Jimmy! ¡Son arañas ponzoñosas de la isla de Ruba, cuya picadura significa demencia y muerte! ¡Esas arañas son las causantes de que no haya quedado ni un solo hombre a bordo de este buque!

LA DOBLE FUGA

Por primera vez en su vida se asustó Jimmy Gold ante algo más pequeño que él. Un sudor frío y pegajoso le cubrió en pocos segundos todo el cuerpo.

Miró a las arañas con los ojos dilatados. Corrían por uno y otro lado, por todas partes. Estaban amontonadas sobre una hoja de papel que el muchacho había visto antes en otro sitio. Mientras pensaba dónde era que había visto aquello, oyó que él mismo hablaba en un tono extraño como si su voz se oyera de lejos.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó. — ¿Quien le ha dicho que estas arañas significan demencia y muerte?

—El capitán Skéleton en persona, — contestó Tick Alegre y Feliz. — ¡Pero muchacho! ¿No leyó usted la historia de la Isla de Skéleton escrita por el capitán? ¿No leyó usted el relato de cuando se embarcó en un velero infestado por las arañas ponzoñosas? ¿No se enteró usted de que la locura se apoderó de la mitad de la tripulación y de que los que estaban locos arrojaron al agua o degollaron a los que aun no lo estaban? Si yo sé algo es porque vi que en el interior del tunel hay arañas de estas a millones, formando como verdaderas mangas de langosta saltona.

—Pero... entonces se habrán metido a bordo del Albatros? — exclamó Jimmy Gold.

—Era necesario correr ese riesgo al meternos en estos sitios. Tenía que venir para cerciorarme de que yo tenía razón. Adiviné la verdad en cuanto ví que, a bordo de este destroyer, las luces estaban apagadas y todo indicaba que las calderas no tenían presión de vapor y las hornillas estaban sin fuego. O toda la gente de a bordo, del comandante al último fogonero se han vuelto locos, o han huido todos, presa del pánico.

—Entonces, ¿dónde estarán ahora? — preguntó Jimmy con voz muy ronca.

—¿Dónde han de estar que no sea en la isla de Skéleton? No es posible decir cuanto tiempo lleva aquí el buque. Lo mismo puede ser un día que una semana. La mayor parte de los tripulantes deben hallarse locos furiosos... ¡Algunos habrán muerto ya! Eso es lo que tenemos que averiguar mientras agradecemos a nuestra buena estrella que las arañas nos hayan librado de caer en una emboscada y de regresar a Inglaterra como presos y con escolta.

Reinó el silencio durante un momento. Permanecieron quietos, el uno junto al otro, mirando como corrían las arañas en verdadero tropel, huyendo del rayo de luz de la antorcha eléctrica. Por fin el muchacho reconoció el montón de papeles — mejor dicho de hojas de pergamino cortadas todas de agual tamaño, — que desde el primer momento le habían llamado la atención.

—¡Son los documentos de Skéleton!—exclamó.

Se rió, — su risa fué extraña, aguda, escalofriante, — mientras Tick miraba hacia el sitio que él indicaba con el dedo. Y tenía razón; los muy manoseados pergaminos, atados juntos formando un rollo, estaban allí frente a sus ojos. Volvían hacia ellos los documentos de Skéleton después de haber sido enviados a vagar por las olas, en un bote, por el capitán Loco Veluna.

—¡Esto es casi un milagro! — dijo Tick en voz baja. Avanzó un poco. — ¡Hasta el mismo Veluna creyó que se habían perdido para siempre, y sin embargo, aquí están! ¡Por mi vida! ¡Es cosa de creer que la suerte se decide, por fin, a favorecernos!

De repente volvió a su ánimo el entusiasmo febril de otros tiempos. Jimmy siguió a Tick. El peligro de las arañas ponzoñosas no significaba absolutamente nada ante el deseo vehemente de apoderarse de aquellos documentos que tanto significaban para ellos.

Tick fué el primero que llegó hasta ellos. Un puntapié bien dirigido hizo que huyeran todas las arañas que se paseaban sobre los pergaminos. Luego, con rapidez asombrosa, se inclinó, tomó el rollo, lo sacudió de nuevo con gesto de asco, y por último se lo guardó en el bolsillo.

—¡No se deje llevar por la fantasía de coleccionar algunas picaduras, Jimmy, — observóle. — Cuanto antes nos vayamos de aquí mejor será. No nos conviene llevar veneno alguno con nosotros, al Albatros.

Dió media vuelta. Sintió un cosquilleo; llegó a creer que estaba cubierto de arañas por todas partes, pero no había tal cosa. Se trataba puramente de un capricho de la imaginación.

Pero había algo más verdaderamente real, y que se presentó ante ellos inesperadamente.

Fué en el momento en que Tick llegaba a la puerta. Jimmy Gold le seguía muy cercano. De repente llegó a los oídos de ambos una aguda y sonora risotada burlona.

Se detuvieron. Aquella risa repercutió de modo extraño en todos los vericuetos del buque, como algo sobrenatural. Sintieron igual que si el corazón cesara de latirles, y se quedaron inmóviles cual si hubiesen echado raíces en aquel sitio.

Se oyó de nuevo, y Jimmy llevó la mano al revólver que tenía en la cintura. Pero sus dedos habían rozado apenas la culata del revólver cuando en el círculo de luz de la antorcha de Tick apareció una figura humana enteramente fantasmagórica.

Pero el hecho de que hubieran trabado conocimiento poco antes con Rolfe Mata Ratas, evitó que les causara una aplastante impresión de sorpresa. En el primer momento se percataron que vestía del mismo modo que Rolfe Mata Ratas. Era un traje de bucanero, rojo, pero con adornos de colores y con galones de oro; un traje procedente de una época pretérica para la humanidad.

Además, el hombre que vestía tan a la antigua era de aspecto imponente y disgustante. Tenía la nariz como el pico de un ave de rapiña y el cuello excesivamente largo, arrugado y delgado. Era una especie de buitre humano y su cuerpo estaba cargado de espaldas. A la luz de la antorcha eléctrica, a la cual el rostro de cualquier otro hombre hubiera parecido pálido, su cara tenía un aspecto rojizo, a consecuencia de innumerables pequeñas heridas rojas que habían formado como un solo conjunto.

Aquel personaje — que no se parecía a casi ningún otro ejemplar de la raza humana de cuantos andaban por el mundo, ni por su aspecto físico ni por su modo de vestir, — se sonrió dejando ver en su boca enorme, cavernosa, dos filas de dientes blanquísimos. Con un dedo indicó significativamente a Tick Alegre y Feliz y a Jimmy Gold. Cuando habló su voz tuvo marcada semejanza con el graznido del buitre.

—¡Yo! — dijo dándose un golpe fuerte y sonoro en el ancho pecho, — soy descendiente de los Grillos! ¡Me llamo Grillo Rojo y soy hijo y biznieto de otros que también se llamaron Grillo Rojo!

Después de haber hecho esa declaración

volvió a reirse. Su risa fué horrible, indescriptible fúnebre y cruel.

Fueron, las risotadas de esta segunda serie aun más impresionantes que las anteriores. Hicieron que Tick recordara algo que le puso inmediatamente furioso, brillándole los ojos de ira.

Sin embargo, logró dominar el impulso de su sistema nervioso y expresarse con relativa calma.

—¡He oído hablar de Grillo Rojo, su antepasado! — dijo con voz clara. — He leído lo que dicen, sobre los documentos dejados por el capitán Skéleton. He sido puesto en guardia contra el descendiente por Rolfe Mata Ratas. ¿Qué tiene usted que decir a eso?

A Tick le costó grandísimo esfuerzo el no ceder al impulso que le incitaba a saltar al cuello de aquel Grillo Rojo y estrangularle sin dejarle dar un solo paso. Pero no sabía si Grillo Rojo estaba solo o no, ni si llevaba poco o mucho tiempo a bordo del destroyer. De lo que no podía dudar era de que todos los puntos rojos que aquel hombre tenía en el rostro eran picaduras que le habían hecho numerosas arañas ponzoñosas.

—¿Por qué están ustedes aquí? — replicó Grillo Rojo.

—Yo le hago a usted la misma pregunta, — dijo Tick inmediatamente.

—Entonces voy a decírselo. — contestó el otro. — En esta isla todos están locos. Durante un tiempo dijeron que yo estaba loco, pero yo no estoy tan loco como los que están en la isla.

Calló mirando furtivamente en redor, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. Después, bajando la voz, prosiguió:

—Las picaduras de las arañas venenosas de Ruba han enloquecido a muchos y los dementes han matado a muchos. Pero yo tengo en las venas sangre de los Grillos Rojos, la sangre de aquel Grillo Rojo que era el hombre que inventó más torturas y el rey de la muerte. Cuando muy joven me picaron estas arañas y ahora me pican también y me pican mucho.

"¿Qué les parece? ¿Suponen que con tantas picaduras yo debiera estar muerto? Pero es que la sangre de los Grillos Rojos no muere! Si la picadura de esas arañas significa locura, loco estoy desde muchacho. Pero ahora las arañas no me asustan por que sé que por más que me piquen no moriré!

Tick y Jimmy se miraron y sin hablar dijéronse el uno al otro que aquellas palabras eran hijas del delirio de un loco. Sin embargo deseaban seguir oyendo al curioso personaje.

—¡Vivo! — exclamó Grillo Rojo alzando nuevamente la voz y golpeándose otra vez en el pecho. — ¡Este buque donde estamos vino no sabemos de dónde y en él hay muchos hombres! Pero las arañas de Ruba...

El descendiente del sanguinario torturador y salvaje Grillo Rojo echó hacia atrás la cabeza y se rió, mejor dicho chilló jubilosamente. Instintivamente miró Tick atrás, hacia el sitio donde había arañas a montones.

—¡Sí! ¡Sí! — exclamó Tick, que se impacientaba cada vez más. — ¿Las arañas los obligaron a irse? ¡Era eso, lo que iba usted a decir! Pero dígame, ¿a dónde se han marchado?

—Era un buque muy orgulloso, este buque, — prosiguió Grillo Rojo. — ¡Era orgulloso porque tiene cañones muy grandes y el casco de planchas de hierro gruesas y muchos hombres a bordo! Pero ¿de qué les sirvió todo eso, señores? ¡De nada! Estas arañitas, siendo tan chicas, son más terribles que los cañones grandes y que las tripulaciones numerosas. Fueron tantos los hombres a quienes picaron las arañas que los demás, presa del pánico más horrible, huyeron despavoridos.

Se fueron a tierra, señores. Aquí en esta mi isla, mueren como moscas. Y los que no mueren tienen que ocultarse o que pelear con los que, a consecuencia de las picaduras están dementes y cuando no tiene con quien pelear, pelean entre ellos y se matan a cuchilladas o a tiros. Se han esparcido yendo unos hacia el Norte y otros hacia el Sur; se han cobijado en las cavernas de fuego y en las ruinas del gran castillo de Skéleton. Porque la muerte reina en la isla de Skéleton, señores, y yo me he visto obligado a salir de ella.

Reinó el silencio durante un momento. Los dos aventureros no dejaron de observar como Grillo Rojo hacía muecas expresando silenciosamente lo que sentía. Aun cuando hubiera dicho que las arañas de Ruba no le asustaban ya, el extraño personaje estaba aterrorizado por los sucesos que se desarrollaban en la isla.

—¡Yo era rey en la isla! — exclamó. — Yo era señor y dueño de todos los piratas que viven en la isla y todos tenían miedo de mí. Pero ahora eso ha pasado ya. El tesoro del capitán Skéleton fué perdido y encontrado y con mis propias manos lo escondí en las cavernas de fuego de modo que pudiera ser mío y sólo mío. En las cavernas de fuego reina también la muerte y todo ha terminado ya... ¡Todo ha terminado! ¡El tesoro está definitivamente perdido! ¡Perdido! ¡Perdido! ¡Perdido!

Gritó esas palabras como en medio de un gemido, en tal forma que repercutieron en la amplitud del túnel. Después, bruscamente, cayó de rodillas y alzó las manos juntas como implorando o rezando.

—Yo no los conozco a ustedes, señores. No sé como han llegado hasta aquí, pero si ustedes dan algún valor a su vida y si se compadecen de mí, váyanse inmediatamente y llévenme con ustedes, — dijo.

Las palabras de súplica no impresionaron a Tick. Recordó las palabras de Rolfe Mata Ratas, según el cual Grillo Rojo, el descendiente del otro Grillo Rojo de terrible memoria, era de cuantos vivían en la isla de Skéleton, el que más era de temer.

—Usted está loco de atar — dijo. — Está tan loco como muchos de los de su calaña. — Se sonrió significativamente. — Sin embargo, le prestaré ayuda. Vendrá usted conmigo desde que se ha puesto usted en mis manos. Tendrá usted un camarote en mi buque, donde encontrará la paz y la protección que busca. ¡Y le tendré encadenado!

Avanzó un paso. Grillo Rojo se puso de pie. Jimmy Gold había sacado el revólver.

En aquel momento se oyó gritar a los nombres que se habían quedado en el bote.

El grito aquel fué más que suficiente para Grillo Rojo. Si se había figurado que estaba solo con Tick y Jimmy, habíase equivocado. Al convencerse de la realidad se sintió acometido por un repentino terror.

Saltó hacia la puerta como un gato montés. Tan rápido fué su movimiento que sorprendió desprevenido a Tick. Pasó por la puerta en el momento en que Jimmy Gold levantó el arma e hizo fuego.

El muchacho disparó sin apuntar. La bala se acható al dar con el umbral metálico de la puerta. Antes de que se hubiera disipado el humo del disparo y de que pudiera lucir la antorcha de Tick, Grillo Rojo había desaparecido.

Se oía aún el rumor de sus pasos. Durante menos de un segundo Tick se quedó perplejo e indeciso. De pronto oyó gritar de nuevo a los del bote.

—¡Veluna! ¡Loco Veluna!

Aquel nombre fué suficiente para hacer que Tick y Jimmy demostraran nueva actividad y dejaran de pensar en Grillo Rojo. Corrieron ambos hacia la cubierta.

Una vez allí se asomaron a la borda y vieron que los tripulantes del bote estaban de pie y miraban, através de la oscuridad del túnel, hacia la ensenada.

—¿Qué pasa? — gritó Tick.

—¡Veluna! — le contestaron. — Le vimos pasar. Pasó con la rapidez del relámpago y no fué posible hacer nada por detenerlo. ¡Debe haberse escapado! ¡Se ha escapado! Pasó nadando. Salió del agua y echó a correr antes de que pudiéramos darnos cuenta de que andaba por ahí.

Había una senda, en forma de cornisa baja, que recorría el costado del canal donde estaba anclado el abandonado destroyer.

Por esa senda se había alejado Veluna corriendo. Se había escapado solo.

Fastidiado lamentablemente ante semejante suceso. Tick Alegre y Feliz apretó los puños y amenazó con ellos, desesperado, a los faroles desde los cuales las luciérnagas esparcían su luz y que pendían sobre la cabeza, del techo de piedra del túnel secreto por donde se entraba a la isla de Skéleton.

EN LAS CAVERNAS DE FUEGO

Tuvieron que regresar a bordo del Albatros para enterarse de cómo había conseguido escaparse Loco Veluna.

Christopher Tick no esperó mucho tiempo.

—Ya nos ocuparemos de Grillo Rojo en otro momento, — dijo —. En el estado de ánimo en que se encuentra ahora es inofensivo. El pánico se ha apoderado de él y no permitirá que se marche. En realidad debe haber algo muy terrible en tierra para que Grillo Rojo se sienta tan aterrorizado.

A bordo del yate la fuga de Loco Veluna había pasado inadvertida. El capitán y la tripulación estaban convencidos de que Veluna se hallaba abajo, prisionero, junto con Juan Malo. Sin embargo se había marchado, pero lo había hecho con grandísima cautela y sin el menor ruido.

—Debió arrojarse por la borda, al agua, — dijo Tick. — ¡Pero las cadenas que lo sujetaban no eran de las que pueden ser miradas con desdén. ¡Y estaban sujetas con un candado!

—Loco Veluna debió ser ladrón en su juventud, — dijo Jimmy.

Descendieron a la bodega a entrevistar a Juan Malo. De sus labios, en el reducido compartimiento donde llevaba ya bastantes días, supieron la verdad.

Juan Malo estaba tan furioso que echaba espumarajos por la boca. No cesaba de jurar y blasfemar anunciando todas las atrocidades que iba a hacer con Veluna en cuanto lo tuviera a mano.

—¿Así que se ha ido, señores? — dijo Juan Malo. — ¡Y ha sido gracias a mí! ¡Gracias a mí! Con un pedacito de alambre que encontramos aquí fué con lo que se hizo todo. Con el alambre hice una ganzúa y con ella abrí el candado de las cadenas que lo tenían sujeto. "Póngame en libertad compañero querido", me dijo Veluna. "Usted que tiene tanta habilidad para abrir cerraduras, póngame en libertad", Y yo trabajé horas y horas con ese pedazo de alambre hasta que abrí el candado y lo solté.

"Se levantó en seguida, tirando a un lado las cadenas. ¡Qué imbécil fuí al creer en su palabra! "Gracias, Juan Malo", dijo, quitándome el alambre. "Ahora usted me esperará aquí mientras yo voy a la isla y busco ese tesoro. Tal vez cuando yo lo haya encontrado, le de a usted una parte para pagarle la molestia que se ha tomado. Cuando volvamos a vernos se la daré. Cuando volvamos a vernos... ¡Si volvemos a vernos!"

"Eso fué todo señores. No pensaba ni pensará ahora, que podamos volver a verlos. Me prometió que me pondría en libertad si yo abría el candado de sus cadenas. Cuando me dí cuenta de que no iba a cumplir su promesa, yo abrí la boca para gritar, dando aviso.

"Pero procede con rapidez ese Johnny Veluna. ¡Püff! Sacó el pañuelo, me lo metió en la boca y se fué, dejándome amordazado, sin poder gritar ni hablar siquiera. ¡Y todavía se rió de mí el muy canalla y traidor, señores!..

Juan Malo calló. Tenía los ojos rebosantes de lágrimas de furor. ¡Traicionado él! ¡El había sido burlado y traicionado! ¡A sus años engañado como un chico! Era tal su angustia y su desesperación, que hasta el mismo Tick estuvo a punto de tenerle lástima.

—¡Pero como yo pueda, me volveré a ver frente a Johnny Veluna! — agregó Juan Malo, rápidamente.

Se retiraron del camarote de Juan Malo, dejando al de la pierna de palo jurando y maldiciendo y a la vez invocando a todos los santos para que hicieran que Veluna volviera a hallarse alguna vez al alcance de sus manos.

Cuando estuvo junto con el muchacho, en su lujoso y confortable camarote, Tick comentó lo sucedido.

—Está visto, muchacho, — dijo, — que se necesita un diamante para rayar otro diamante. Estos canallas acaban siempre por traicionarse los unos a los otros. — Bostezó y se sonrió. —Pero lo sucedido ya no tiene remedio. Veluna se ha escapado y eso significa, para nosotros, un enemigo más contra el cual pelear.

—A menos, dijo Jimmy, — que los horrores de la isla venzan a Veluna. Si todo anda mal como lo dice Grillo Rojo, Veluna tendrá que pasar ratos muy graves, especialmente hallándose solo. ¡Y no tiene ni plano ni mapa para guiarse!

—En eso, — dijo el otro — estamos mejor nosotros.

Tick sacó del bolsillo el rollo del pergamino que había traído del destroyer y los puso en la mesa. Separó del montón el mapa de la isla y lo desplegó.

—Las cavernas de fuego — dijo después, son el sitio a donde debemos dirigirnos y no será fácil que erremos el camino. Pero debemos, sea como sea, llegar a ellas antes de amanecer.

—¡La noche es nuestra excelente aliada! — exclamó Jimmy.

El globe-trotter examinó el mapa de Skéleton, siguiendo con el índice algunas de sus líneas, durante unos momentos. Después se detuvo pensativo y perplejo.

—Tropiezo número uno, — dijo Tick. — Aquí no figuran cavernas de fuego de clase alguna. Del lado del Norte de la isla existen unas nuevas en forma de panal de abejas, pero se encuentran a más de una milla del volcán.

—Es posible que esas cavernas de fuego aparecieran después de la erupción del volcán que hizo huir de la isla al capitán Skéleton, — opinó el muchacho. — ¡Sí! ¡Debe ser eso!

—Es posible — asintió Tick. — El volcán sigue en actividad, así que es fácil ir hacia él y vamos a ir. Si estamos equivocados, esperaremos hasta mañana a la noche. No nos conviene que puedan hallarnos vagando por la isla a la luz del día.

Tick examinó el mapa durante unos minutos más. Después, con su acostumbrada rapidez, decidió qué iba a hacer.

—Trataremos de desembarcar en la costa del otro lado de la isla, — dijo.

El Albatros navegaba ya con todas sus luces apagadas u ocultas. Navegar así, una vez izadas las anclas, no era fácil por cierto. El único detalle que podían utilizar para guiarse era el rojo resplandor del fuego del volcán que se reflejaba en las blancas nubes formadas por el humo del mismo volcán.

Frente a la montaña humeante, a media legua mar afuera ancló de nuevo el Albatros. Allí también fué arriado un bote con provisiones para varios días. Tres horas antes de la del amanecer se dirigieron a la costa donde, muchos años antes, un buque pirata llamado Fiebre Amarilla se estrelló contra los arrecifes.

No fué posible desembarcar. Antes de haber puesto pie en tierra ya estaba empapados y machucados. Pero se consolaron pensando en que se encontraban al pie del volcán y a corta distancia del sitio adonde se dirigía.

La suposición de Jimmy Gold había sido exacta. Buscaron durante un rato en la oscuridad y hallaron un sendero tortuoso que subía por el frente de los arrecifes, volvía bruscamente y descendía luego hacia lo que formaba la concavidad central de la isla.

Era como si se encontraran en un plato hondo de dimensiones colosales. El volcán se unía a la tierra firme, — es decir, a la isla, — por medio de un largo istmo que se levantaba monstruoso ante ellos.

—¡Miren hacia allá! — gritó de improviso Jimmy Gold.

Miraron, tanto Tick como los cuatro hombres de la tripulación que les acompañaban.

Una fila irregular de bocas de fuego relucían muy rojas frentes a ellos. Los fuegos subterráneos arrojaban sus llamaradas y sus destellos por aquellas irregulares aberturas de la pared de la falda del volcán.

—¡Las cavernas de fuego! — exclamó, estupefacto, Tick Alegre y Feliz.

Aquellas efectivamente, debían ser las "cavernas de fuego" de las que les habían hablado. Era necesario avanzar lo más pronto posible y así avanzaron ignorando las condiciones del terreno que pisaban y sin más pensamiento que el de llegar al lugar donde había sido guardado el tesoro de Skéleton.

No dejaron, por eso, de proceder con las mayores precauciones posibles. Ocultaron del mejor modo posible sus movimientos observando con toda atención para no caer en una posible emboscada.

Pero aquel lado de la isla estaba desierto y no tropezaron con aventuras de clase alguna hasta llegar a la entrada de la primera de las cuevas.

Una ola de altísimo calor llegó hasta ellos en aquel momento. Procedentes de algún sitio de las entrañas de la tierra ascendían grandes llamaradas. Las cavernas de fuego eran unas hoquedades enormes, formando galerías que se cruzaban en distintos sentidos.

Entraron. Tick los guió, pensando cautelosamente, temeroso de que en alguna parte el suelo, sin sustancia para sostenerlo, se hundiera bajo su peso. Al final, cuando ya había avanzado como unas cincuenta yardas, se detuvo y respiró con fuerza.

El aire era tan cálido y deletéreo que no era posible soportarlo durante largo rato. En torno de ellos veíanse grandes columnas de piedra y paredes también de roca. Las cavernas de fuego eran unos laberintos donde era fácil extraviarse. Había aberturas por todas partes y pasadizos innumerables. En todas partes brillaba el resplandor del fuego subterráneo.

—¡Curioso sitio, — comentó Jimmy, — para guardar el botín de unos bucaneros! Pero tal vez no lo sea o quizás sean mis nervios excitados los que me hacen pensar así!

Miró en redor. Haciendo contraste con los sitios iluminados por el resplandor del fuego volvánico, los sitios que quedaban en las sombras eran sumamente oscuros.

—No me gustaría quedarme atrapado aquí adentro, — dijo Tick con risa nerviosa. — Además no podemos correr el riesgo de permanecer mucho tiempo aquí dentro. Este

"¡Veluna!" — gritó Jimmy Gold al ver que la rápida silueta corría tras de Tick Alegre y Feliz. — "¡Detrás de usted! ¡Señor Tick! ¡Loco Veluna está aquí!" A la luz del fuego del volcán se vió correr desesperado a Loco Veluna huyendo de la erupción.

es un ambiente que ni la carne ni la sangre pueden soportar largo rato. Esperen un instante.

Dejó el paquete que llevaba, indicó a los que le seguían que esperaran y avanzó hacia donde brillaba más fuerte el fuego. Jimmy que le miraba le vió pasar más allá de una columna de piedra que parecía cristal. Después, como si hubiese llegado al borde de un precipicio, se paró.

En cuanto se detuvo, alzó ambos brazos para protegerse con ellos el rostro. Retrocedió en seguida. En el mismo instante una llamarada surgió del suelo delante de él.

Jimmy Gold le miraba, angustiado. Vió que Tick se volvía, con las manos y los brazos frente al rostro como si se hubiera quemado. Corriendo a tropezones, regresó a donde estaban sus compañeros.

—¡Atrás! ¡Peligro de muerte! ¡Atrás! — gritó. — ¡El volcán va a hacer erupción! ¡Atrás! ¡Pronto! ¡Atrás!

Los otros vacilaron, indecisos, como si no hubiesen oído bien. Mientras permanecían así diéronse cuenta de algo más.

Fué una silueta que surgió de entre las sombras tan pronto como Tick lanzó el primer grito de alarma. Llegó corriendo como si le persiguieran todos los demonios del infierno y en línea recta hacia Jimmy Gold. Y el joven, a su vez, gritó para dar la voz de alarma.

—¡Veluna! — gritó al reconocer a aquel hombre. — ¡Detrás de usted, señor Tick! ¡Loco Veluna está aquí!

El suelo se estremeció y toda la caverna de fuego se tambaleó en el mismo momento en que rugió furioso el volcán.

A la sulfúrea luz de las llamas que avanzaban, en medio del aire caldeado y enrarecido, Loco Veluna corrió desesperado.

LA RETIRADA

Pocos eran los hombres que podían afirmar verazmente que habían visto asustado alguna vez al capitán Veluna. Sin embargo, en aquella ocasión se reflejaba en su rostro el más intenso terror. Corría loco, desesperado, enteramente fuera de sí.

Allí en la caverna de Fuego, — de cuya existencia se había enterado al oír las palabras pronunciadas por el moribundo Rolfe Mata Ratas, — el capitán Loco Veluna, por primera vez en su vida de aventurero, tal vez, demostraba hallarse intensamente aterrado.

Tick Alegre y Feliz, — al oír las voces de Jimmy, — se detuvo, sacó y alzó el revólver y giró sobre sus talones con la rapidez de un trompo. ¿De dónde había salido Veluna? Probablemente debía estar, — cuando ellos llegaron, — en una de las tantas galerías que formaban el laberinto de las cavernas de fuego. Pero ni el mismo Jimmy Gold, que fué el primero en verle y el que dió la voz de alarma, pudo ver de dónde había salido el bandolero varias veces homicida.

De lo que no se podía dudar era de que por ahí anda Loco Veluna, el peor y más terrible de cuantos enemigos tenían los buscadores de tesoros que tenían a Tick Alegre y Feliz, — el millonario aventurero, — como jefe de expedición.

Tick ignoraba si el criminal estaba armado o no lo estaba. Podía estarlo sin duda, pero Tick tenía que correr el riesgo de hacerle frente aún cuando lo estuviera. Lo único que vió, sin embargo, en cuanto se volvió fué la cara de un hombre asustadísimo, que avanzaba hacia él con la rapidez de un toro furioso.

Loco Veluna constituía un extraño tipo visto allí en aquellas cavernas, en medio de los rojos resplandores de las llamaradas del fuego del volcán que brillaban en la superficie de los pilares de piedra vitrificada y reluciente.

Pero los resplandores ígneos desaparecieron en vueltos en enormes mantones de humo espeso que envolvió al fugitivo criminal. Tick y sus compañeros se dieron cuenta entonces de las condiciones verdaderas de aquellas extraordinarias y volcánicas cavernas.

Se componían de pasadizos entrelazados abiertos en la corteza de la montaña del volcán por pasadas erupciones. Conducían todos ellos hasta el borde de un cráter que se encontraba el pié donde se hallaban los expedicionarios. Tenían la salida a un nivel superior. Cuando Tick había avanzado, había llegado a pisar en el mismo borde del enorme crisol lleno de ardiente fuego.

Habíase percatado de eso, pero no había dispuesto de tiempo para decirlo porque se había visto envuelto en un horrendo caos de mortífero fuego. Procuró reunir todas sus energías para hacerle frente a Loco Veluna. Una vez solucionado ese punto, sería necesario salir de allí lo más rápidamente que les fuese posible. El humo espeso y sofocante, avanzaba hacia ellos como una niebla.

Las nubes de humo rodeaban lentamente enormes y opacas, tal como si fueran tras el fugitivo Loco Veluna. Si llegaba a verse atrapado en medio de aquella sulfúrea humareda, perecería sofocado por ella, indudablemente.

Veluna lo sabía. Sebedor de eso Tick no le inspiraba miedo. Vió el amenazante revólver del millonario, pero lo único que hizo fué correr.

Tick tuvo que hacer un disparo con el propósito de conseguir que se detuviera.

—¡No se mueva de donde está! ¡Maldito del demonio! — gritó Tick después de haber hecho el disparo de modo que la bala le pasara zumbando junto a una oreja. — ¡No he de consentir!...

El criminal se paró, quedándose de pie temblando de pies a cabeza. Con los ojos entornados miró hacia atrás por encima del hombro, indicando algo, gesticulando como un demente; movió los labios pero si algún sonido salió de su boca el rugir del volcán impidió que se le oyera.

—¡Muy bien! — dijo Tick expresándose con la tranquilidad de costumbre y con su aire somnoliento de indiferencia completa. — Sé lo que le asusta. Nuestro peligro es también el de usted. Si no debemos darnos prisa no hay razón para que se apure usted. ¡Usted ha de salir por aquí, junto con nosotros!

Loco Veluna tosió y se sofocó en aquel momento porque una ola de calor pasó junto a él arrastrando hacia el exterior una gran cantidad de polvo candente. A sus espaldas brotó del piso otra columna de llamás procedente del cráter ascendió con un ruido como el de un poderoso escape de vapor y se deshizo luego entre su propio humo.

—¡Venga! — gritó Tick moviendo el revólver para indicarle el camino a Veluna. — Usted caminará delante de mi grupo. ¡Como haga un solo movimiento con intención de escapar haya o no erupción volcánica le meteré un bala en la cabeza.

Veluna se apresuró a ir hacia donde Tick le indicaba. Tick siguió tras él.

—¡Corran! — gritó. — ¡No! — agregó mirando hacia atrás por encima del hombro con los ojos llenos de lágrimas a consecuencia del humo. — ¡No abandonen las provisiones! Tal vez las necesitemos antes de haber salido de aquí.

Reinó de pronto una oscuridad aún más intensa que la que había fuera de la caverna. Comenzaba a amanecer pero esto no les importaba mayormente.

—Si el tesoro está aquí — dijo Tick; — podemos considerarlo como perdido.

—¡Perdido! — repitió trágicamente Veluna.

Siguieron caminando.

(Continuará)

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

N, no, señor — respondió Aben-Shariar — entre doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa sólo media una promesa de casamiento que no se realizará jamás.

—¡Jamás! — dijo el rey de una manera singular, y añadió: — Y decid, ¿la República de Venecia protege decididamente a la esposa del pastelero?

—Decididamente, señor; porque esa dama y sus hijos son hijos adoptivos de la República de Venecia; y si a ellos les pasara daño, Venecia reclamaría a todo su poder, hasta el punto de declararos la guerra por el daño que hubiesen recibido.

—¡Ah! ¿Venecia rompería su buena inteligencia conmigo si mis jueces por ejemplo, encontrando méritos para sentenciar a esa mujer, la sentenciasen?

—Con mucho menos, señor, con mucho menos; con que se tocase a uno solo de sus cabellos; menos aun, con que se le hiciesen oír palabras duras u ofensivas.

—Mucha dama debe ser — dijo siempre inalterable Felipe II.

—Es una dama que por Gabriel de Espinosa ha despreciado un trono.

—¿Alguna princesa?

—Más que eso, señor, más que eso; una reina por derecho propio.

—¡Válgame Dios! — dijo el rey con acento místico y suntuoso. — ¡Hasta dónde arrastran los sentidos y las pasiones! ¡Cuánto debe a la divina misericordia el que sabe reprimirse, acallar la voz de la soberbia, ahogar la cólera y no hacer más que lo conveniente!

—Cualidades son esas — dijo con intención Aben-Shariar — que resplandecen en vuestra majestad.

—Pero vos estáis de pie; vos, en quien aquí no miro más que a la República de Venecia, y yo permanezco sentado; perdonad; Venecia es joven y robusta, y yo viejo y valetudinario; sentaos, sentaos, monseñor; yo os lo ruego, a fin de que Venecia esté a par mío.

—Venecia, señor, vale tanto de pie como sentada, y por un antiguo hábito de actividad no puede permanecer mucho tiempo en reposo.

—Y sin embargo, hace mucho tiempo, señor Pietro Mastta, que Venecia está en paz con todo el mundo.

—Eso es verdad, señor; Venecia evita la guerra, porque la guerra es el cáncer de los Estados, y la gloria que la guerra produce es demasiado cara; pero se necesita mucha más actividad, mucha más fuerza para evitar la guerra que para hacerla.

—Gran principio político, de que yo soy muy partidario; porque yo, mejor que otros, sé lo que las guerras cuestan, lo que abruman con incesantes y difíciles cuidados al que impera.

—Pero tratábamos, señor — dijo Aben-Shariar trayendo a la cuestión a Felipe II, que se le escapaba, — de una altísima persona, que bajo un nombre supuesto, y bajo una apariencia humilde, está presa en los dominios de vuestra majestad.

—Sí, eso es; de una alta persona, ahijada de Venecia, para quien, por lo visto se reclama, so pena de una guerra, la más absoluta inviolabilidad.

—Eso es, señor — dijo Aben-Shariar. — Venecia no reclama, sino que declara a vuestra majestad lo inviolable de su ahijada doña María de Souza y Carbalho.

—¡Ah, ah! Pues no conozco ninguna dama que haya podido ser por derecho propio reina y se llame doña María de Souza Carbalho.

—Ese es un segundo nombre, señor.

—¡Ah! Ese nombre es también un nombre supuesto.

—No, no, señor; esa princesa es descendiente en línea recta.

—Confieso que no os comprendo bien.

—Quiero decir que ese es el nombre que tomó al bautizarse la princesa de quien hablo a vuestra majestad.

—¡Ah! ¿Esa princesa no es hija de cristianos?

—No, no señor; esa princesa es descendiente en línea recta del profeta Mahoma.

El rey se puso de pie.

—Habéis pronunciado el nombre del mal-

PUCKY

dito Mahoma con un respeto que me nace también creer que vuestro nombre es falso.

—Rey don Felipe: el que está ante tí vale tanto y puede tanto como tú; pero de una manera doble; como Pietro Mastta, como Patricio de Génova y de Venecia, como uno de los Diez del Consejo supremo del Estado veneciano, valgo tanto y puedo tanto, unido con mis compañeros, como tú y como el monarca más poderoso de la tierra; mis compañeros y yo somos la cabeza, el corazón y la espada de Venecia, y ¡ay del que se atreva a insultar al león de San Marcos, a hacerle tender las garras y encrespar la melena!

Felipe II miraba mudo y sombrío a Aben-Shariar, que, irritado por la calma glacial del rey, estaba pálido y convulso.

—Y oye tú, Felipe de Austria, soberbio hijo de Carlos V, yo aborrezco el nombre cristiano como tú aborreces el nombre musulmán.

—¡Ah! — exclamó el rey. —, ¡Tú eres un impostor!

—Yo soy Pietro Mastta, senador del Consejo de los Diez de Venecia, y al mismo tiempo, Sidi-Yhaye-ben-Shariar, emir, rey, señor de una de las siete provincias del Africa Occidental; y para que lo veas, para que engañado no te atrevas a algo que rompa la paz entre Venecia y España por una ofensa hecha a mi persona mira.

Aben-Shariar sacó de su justillo un tubo de plata y de él un pergamino vitela con un sello de oro pendiente de hilos de seda. El rey desenrolló con mano trémula de cólera el pergamino; porque al saber que tenía delante de sí un moro, a un enemigo de Dios y del nombre cristiano, había perdido todo su aplomo, se había perdido todo su aplomo, se había convertido en el terrible Felipe II que conservaba aun en la vejez toda su terrible energía, y leyó lo siguiente:

"El Dux, en nombre del Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia, a ti, Sidi-Yhaye-ben-Shariar, salud de buena voluntad:

"Teniendo en cuenta los grandes servicios que has prestado a la República de Venecia que por ti nuestras naves ejercen libremente el comercio en el Adriático y en el mar Mediterráneo:

"Considerando que eres el más poderoso y el más bravo de los siete emires del Africa Occidental:

"Considerando que la serenisíma República de Venecia ha inscripto tu nombre como patricio por grandes servicios prestados a aquella República, conociéndote como Pietro Mastta, la serenísima República de Venecia ha inscripto tu nombre en su Libro de Oro y te ha nombrado miembro de su Consejo de los Diez, llenando contigo la vacante que ha resultado por la ejecución como traidor de Bortolomeo Stéfani.

"Por tanto, tú, monseñor Pietro Mastta perteneces desde hoy al Consejo Supremo de los Diez de la serenísima República de Venecia, y tu nombre árabe es desde hoy un alto secreto de Estado.

"En Vencia, en nuestro palacio, a doce días del mes de enero de mil quinientos ochenta y cuatro. — El Dux".

El rey enrolló violentamente este pergamino y lo entregó a Aben-Shariar.

—Concluyamos — dijo con voz trémula el católico rey D. Felipe. — No hablo con el infiel enemigo de Dios, sino con el hombre que representa la República de Venecia; tu mensaje terminante y concluyamos.

—En cuanto al rey D. Sebastián — dijo Yhaye, — le entregamos a tu conciencia; no ponemos mano por él a nuestra espada, porque Venecia no conquista a nadie reinos, pero en cuanto a la sultana Sayda Mirian-ben-Juzef-benal-Hbayzarí, la declaramos inviolable y te haremos cargo de todo lo que en su daño o menosprecio se haga. Entre la guerra que puedes tú hacer a Venecia y el estrago que puedo yo hacer con mis naves corsarias a las naves mercantes venecianas y a las costas del Adriático. Venecia prefiere una guerra contigo, que no puedes hacerla tanto daño como yo.

—¿Y por qué, por qué? — dijo Felipe II con un altivo desprecio, — tú, pirata, tú, infiel, que así dispones de Venecia, porque está dejada de la mano de Dios y caerá un día bajo la cólera divina, no me pides me quite de la cabeza la corona de Portugal para ponerla en las sienes de tu pastelero? ¡Ira de Dios, que yo no sabía hasta dónde llegaba mi paciencia!

—Si yo no te pido en nombre de Venecia la inviolabilidad del rey don Sebastián, es porque tú preferirías a esto la guerra con Venecia; es porque ya en tu poder, en el corazón de tus Estados, ese desdichado rey no puede encontrar salvación sino en un milagro de Dios, que toque tu alma empedernida. La guerra sería inútil; sería una venganza estéril que costaría mucho oro, mucha sangre y muchos desastres. Pero en cuanto a la sultana Sayda Mirian...

—Tienes razón; yo no arrostraré por una mujer una guerra con mi solapada enemiga Venecia. No vale una sultana mora una sola gota de sangre de mis vasallos; llévatela cuando quieras; yo te daré para que te la entreguen una orden mía, escrita y firmada de mi mano y refrendada por mis secretarios. Llévatela en buen hora.

—Ella no querrá apartarse de los lugares donde está preso el rey Don Sebastián; no querrá estar libre mientras su esposo esté en prisiones. Además de esto, puede ayudar mejor que otra persona alguna a los jueces, si es que tú te propones juzgar en justicia al rey don Sebastián. Por lo mismo, que la cárcel sea para ella un lugar de retiro y de custodia; que se le trate y se la respete como a quien es, y que se me entregue cuando esté concluído el proceso del rey don Sebastián, favorable o adversamente.

—Bien — respondió el rey don Felipe. — Esa mujer será inviolable; por una miserable cuestión de soberbia no quiero una guerra, que, sobre las que tengo, afligiría demasiado mis vasallos y si la inviolabilidad de esa mujer ha de tener desarmados a los viles corsarios de Trípoli y de Túnez, sea en buen hora inviolable. Pues ya has dicho cuanto tenías que decirme, vete.

—Un momento; llega un día en que Dios toca al coloso con cabeza de oro, cuerpo de

hierro y pies de barro; llega un día en que Dios demuestra a los poderosos de la tierra que para El todos los hombres son iguales; y en ese día tremendo el espectro de su conciencia se levanta delante del rey moribundo y convierte su agonía en un infierno, mostrándole las cabezas lívidas de sus víctimas. ¿Para qué es la venganza de los hombres, si existe la inevitable venganza de Dios?

—Dios tiene en su mano el corazón de los reyes y a Dios responderé del bien o del mal que haya hecho sobre la tierra. Vete.

—Adiós, rey don Felipe; Venecia te saluda.

Y Aben-Shariar salió en paso lento, grave y altivo de la cámara.

—¡Dios, Venecia, ese hombre, el otro, la guerra amenazándome por todas partes; cada día más tirantes, más duras las riendas del Gobierno! ¡Venecia, la miserable, la impura, la prostituta Venecia! ¡Venecia, república de mercaderes, que todo lo posponen; religión, honor, dignidad, a la vil ganancia! ¡Venecia, que ampara a los piratas y los ennoblece, y los pone a su cabeza, y los envía insolentes y soberbios a un rey cristiano! ¡Y yo, yo, he podido sufrir!... Venecia cubre la mar de naves; una guerra con Venecia me quitaría el Milanesado y pondría en peligro mi reino de Nápoles; la grandeza, el dominio, tienen su precio; los que envidian a los reyes son unos insensatos... y ese hombre, ese perro infiel ha levantado frente a mí su cabeza, se ha atrevido a mí, y yo no le he hecho pedazos... Y es que mi poder se quebranta dividido en una y otra parte... Guerra aquí, guerra allá, guerra al otro lado de los mares, guerra contra el mundo entero... ¡Y los ingleses se me ríen escondidos entre sus rocas, y la indomable Flandes mantiene contra mí una guerra, y Enrique... el hugonote, el falso convertido me acecha, y Portugal muerde rebramando su cadena, y el Africa duerme frente a mí tranquila... Y aquí, en el corazón de mi España, un hombre misterioso, un hombre que hace temblar a mis jueces se levanta delante de mí pidiéndome el trono de Portugal... ¡No! ¡No por Dios vivo! ¡Portugal, no! Antes que perder un solo pedazo de Portugal perdería el corazón. ¡Ah! ¡Ah! Y no es tan fácil arrancar el corazón al rey don Felipe. Pues bien; que se cumpla la voluntad de Dios; que mientras Dios me ayude, no ha de entrar en mi corazón el miedo ni en mi pensamiento la duda. ¡Santoyo!

Poco después apareció el ayuda de cámara del rey. Santoyo vió, por las señales que quedaban en el rostro del rey, que por él había pasado una recia tormenta; pero prudente siempre, no dió muestras ni aun de haberlo notado.

—Que preparen al momento las postas, Sebastián; quiero marchar esta misma tarde.

—¿Adónde, señor?

—A Medina del Campo.

Después de esto el rey volvió la espalda a Santoyo y salió de la cámara por una puertecilla.

LECTURA EMOCIONANTE, de aventuras, de acción y de misterio, cuidadosamente seleccionada de los mejores autores modernos, es lo que se obtiene comprando todos los viernes PUCKY magazine.

Capítulo XXII

Treinta horas después de la partida del rey es decir, a la media noche del siguiente día, don Rodrigo de Santillana, que reposaba como podía, física y moralmente en su posada, en la inmensa villa de Medina del Campo, sintió que llamaban a grandes golpes a la puerta de la calle. Como los sobresaltos no cesaban para Santillana desde que había empezado el terrible proceso de Gabriel de Espinosa, a los primeros golpes empezó a vestirse apresuradamente, y poco después llamaron a la puerta de su cuarto. Abrióla Santillana y se presentó Tribaldos, que le dijo entregándole un pliego:

—Del rey nuestro señor.

Santillana se acercó a la lámpara de noche, abrió precipitadamente el pliego y leyó lo siguiente:

"El rey. — En el momento que recibáis esta orden saldréis de vuestra casa; cerca de ella encontraréis un hombre embozado; llevad a aquel hombre al encierro de Gabriel de Espinosa sin preguntarle quien es, sin hablar con él, sin pretender averiguar quién sea. Una vez solo este hombre con Espinosa le encerraréis con él y esparéis a distancia, hasta que oigáis tres golpes en la puerta del calabozo, a cuya señal acudiréis, saldréis con aquel hombre de la cárcel y, una vez fuera de ella, os volveréis a vuestra casa. A ese hombre acompañarán otros cuatro embozados. No procuréis saber quiénes sean y que nada de esto conste en el proceso; cuando hubiereis leído esta nuestra real orden, quemadla. — En nuestro palacio de Madrid, a ocho del mes de Octubre de mil quinientos noventa y cuatro. — El Rey. — A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid".

Cinco minutos después, el alcalde, después de haber quemado la orden, estaba en la calle y se acercaba a un bulto que se veía entre la sombra a pocos pasos de ella. Santillana pasó junto a aquel bulto sin decirle una palabra y siguió adelante, camino de la cárcel.

El bulto se puso en marcha, pegándose a Santillana y guardando el más profundo silencio. Santillana notaba los pasos de otros cuatro hombres que iban a cierta distancia. Cuando llegaron a la cárcel el alcalde llamó, y se hizo abrir pronunciando su nombre.

—Llevadnos al encierro de Gabriel de Espinosa.

El alcaide echó a andar adelante. A la luz que el alcaide llevaba Santillana vió que quien le había acompañado hasta allí, o más bien, quien le había seguido hasta allí era un fraile completamente vestido de negro;

bajo la capucha que cubría su semblante se veía una larga barba blanca. El alcalde guardó silencio, siguiendo al alcaide y llevando tras sí al fraile hasta la puerta de un encierro que el alcaide abrió. Al abrirse la puerta se vió que el calabozo estaba completamente obscuro.

—Dejad dentro vuestro farol — dijo el alcalde — y salid.

—Encenderé más bien el velón que hay en el calabozo — dijo el alcaide.

—En buen hora — contestó Santillana; — pero hacedlo pronto, y salid cuanto antes.

El velón estuvo encendido en un momento y el alcaide salió.

Entró el fraile y por un mandato de Santillana el alcaide cerró la puerta del calabozo y Santillana y el alcaide se retiraron.

Gabriel de Espinosa, que había despertado al oír el ruido y que no se había dignado hablar cuando el fraile se quedó dentro de su calabozo solo y encerrado con él, se incorporó en el lecho y dijo:

—¿Tanto le pesa al rey mi vida, que ya me envía quien me disponga a bien morir?

—Bien os tratan — dijo el fraile, que se estremeció ligeramente al oír el acento de Gabriel de Espinosa. — Tenéis buen lecho, mesa, sillas, encierro ancho y cómodo y, por lo que veo, no tenéis hierros.

—Pues por ser yo quien soy, debían tratarme mejor en Castilla — coutestó Gabriel de Espinosa.

—¿Y quién sois vos? — dijo el fraile tomando el velón de sobre la mesa y viniendo a iluminar con él el semblante de Gabriel de Espinosa.

—Si me habéis conocido alguna vez, vedlo — respondió Gabriel, levantando su semblante de modo que pudiese iluminarle la luz del velón que el fraile tenía en la mano.

Al ver el semblante del preso, el fraile volvió a estremecerse, pero de una manera casi imperceptible.

—Viejo estáis — exclamó el fraile.

—Vos esperabais encontrarme más joven, ¿no es esto? Así como de cuarenta años; pero he pasado muchos trabajos, padre, y los trabajos y las penas me han envejecido. Especialmente desde que estoy bajo le férula de don Rodrigo de Santillana, aunque no hace mucho tiempo, he envejecido diez años. Si conocéis a don Rodrigo de Santillana decidle que se dé prisa y me despene pronto, porque yo no he nacido para estar encerrado. Me ahogo aquí, y moriré de rabia, como un gorrión viejo cuando le enjaulan. Si conocéis al rey, decidle que para acabar pronto con la pesadilla que debo causarle, me mande ahorcar cuanto antes, y así nos quedaremos en paz, yo en la tumba, y él sin que nadie le pida el reino de Portugal.

—¿Se lo pedís vos?

—Yo no; ni en este lugar se piden tronos; lo que se pide es justicia.

—Dicen que vos pretendéis ser el rey don Sebastián.

—Yo no pretendo pasar por muerto — dijo Gabriel de Espinosa; — yo no he dicho tal; quien lo dice es don Rodrigo de Santillana, porque cree en lo que dicen un fraile y una monja: yo no tengo la culpa de que esos dos estén locos, ni de que don Rodrigo, más loco que ellos, les haga caso; todo se le vuelve al buen alcalde preguntarme quien soy, y yo tengo ya dañada la lengua de responderle: "Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal". Y él replica: "¿Pastelero vos? Como yo; vos sois mucha persona". Y yo digo: "Mucha o poca persona, no sé por qué me tenéis preso y por que me atosigáis a preguntas". "Vos habéis querido parecer al rey don Sebastián de Portugal", torna a decir el alcalde, "y no me lo decís porque teméis que, si me lo decís, yo os ahorque". Y yo niego, y el alcalde afirma, y no nos entendemos, y este es el cuento de nunca acabar, y yo tengo ya hace muchos días perdida la paciencia, y deseando que esto rompa por cualquier parte, para acabar de una vez.

—Don Rodrigo es un caballero — dijo el fraile, — y si tanto pregunta y repregunta y os torna a preguntar, es porque quiere haceros justicia, y os dará la razón que tuviereis sin temor a nadie ni a nada.

—Pues mirad, tengo para mí que don Rodrigo no es muy valiente.

—¿Y qué os mueve a pensar eso?

—Que veo que me teme él a mí más, mucho más, que lo que yo le temo a él. El me tiene a mí el miedo que puede tenerse a ver un fantasma o un muerto resucitado; se pone pálido, con la mirada errante, se le lía la lengua, pronuncia las letras mal, y es necesario que yo me ría para que se irrite y la cólera le haga perder el miedo; yo temo a don Rodrigo como se teme a un abejorro que zumba y zumba siempre del mismo modo que no nos lo podemos quitar de encima y nos causa dolor de cabeza; hay día qe se está diez horas el buen señor pregunta que te pregunta y escribe que te escribe, de tal manera que llego a tener lástima de él, porque si él hace esto es por miedo que tiene al rey don Felipe; y aquí quien se encausa es él; porque llegará un día en que todo le que escribe contra mí se vuelva contra él, y en que sea ante Dios este proceso; no el proceso del pastelero de Madrigal, sino el proceso del rey don Felipe y del alcalde de Santillana.

Volvióse a estremecer el fraile, pero de un modo más visible.

—Me parece qe vos tenéis también miedo — dijo Gabriel de Espinosa; — vos tembláis, don Rodrigo tiembla, el carcelero me trata con tanto respeto como si yo fuera un rey y tanto harán todos que puede ser que yo también me vuelva loco y crea que soy ese pobre rey don Sebastián, que murió por loco y de mala muerte en Africa.

—Dicen hermano, — contestó el fraile, — que en medio de todo eso que decís pretendéis ser ese rey don Sebastián que murió en Africa.

—No parece sino que han partido en dos al alcalde don Rodrigo de Santillana, y que vos sois uno de ellos; os advierto que si empezáis con lo mismo que don Rodrigo, en vez de escucharos me echo, me vuelvo de cara a la pared y me duermo al son de vuestras palabras; estoy ya harto y cansado de escuchar siempre la misma cosa. Pero vos, ¿no os cansáis de tener el velón en la mano, llenándome el rostro de luz? Dejad, dejad el velón, padre, y sentaos, que sois ya viejo, y

el estar tanto tiempo de pie os hará mal.

El fraile dejó el velón sobre la mesa, trajo uno de los sillones cerca de la cama y se sentó en él, de espaldas a la luz. Gabriel de Espinosa, por su parte, se colocó de tal manera que su semblante quedó envuelto en la sombra.

—No creía yo — dijo Espinosa — que don Rodrigo me hiciese tratar tan pronto con frailes.

—Lo necesita vuestra alma — dijo el del hábito.

—Pues mirad, yo creo que lo que mi alma necesita no son frailes, sino que la dejen quieta y tranquila, sin irritarla; porque os juro que con tanto como se me molesta se me va acabando el sufrimiento; y si yo me condeno, no será mía la culpa, sino de los que hayan hecho que yo me desespere.

—Sois tenaz; queréis encubrir una cosa de que hay hartas pruebas; cartas se han dirigido a vos que han caído en poder de la justicia, y otras sin duda habréis recibido en que se os trata de majestad.

—Pues mirad, no me acuerdo de haber recibido carta alguna de nadie en mucho tiempo, y mucho menos carta en que para mí venga majestad, ni nada que a rey se parezca. Desengañaos, padre, que lo que he dicho hasta ahora lo seguiré diciendo siempre, porque lo que he dicho es la verdad, y no puedo decir otra cosa.

—Mirad no se canse don Rodrigo y os dé tormento, y los cordeles os hagan decir lo que no alcanzan que digáis preguntas y razones.

—¡Tormento a mí! A mí no puede nadie darme tormento.

—¿Por qué?

—Porque el rey no consentirá que se rompan las leyes.

—Las leyes mandan que se ponga en el tormento a los que no quieren confesar.

—Pero no puede darse tormento a los nobles.

—¿Y vos lo sois?

—Tan noble como el rey

—¿Noble y pastelero?

—Nunca supe hacer pasteles; si mis padres los hicieron, yo nunca anduve en la masa; que en otros más nobles empleos se han ocupado mis manos y mi pensamiento; llamábanme pastelero, no ya porque hiciese pasteles, sino porque era dueño de una pastelería, y como a la pastelería se la ha llevado ya el diablo, porque mi pariente Gil López está preso, y no se han encontrado en la pastelería más que dos palas y tres o cuatro moldes, y todo esto ha sido embargado por don Rodrigo de Santillana, he aquí que ya no soy pastelero.

—Debierais decir la verdad.

—Vuelta a don Rodrigo de Santillana.

—Vuelta a lo que es conveniente y justo.

—¿Quién os envía, padre?

—La caridad.

—No sé por qué me parece que vuestra caridad ha de hacer más daño que beneficio.

—¿Tan impío sois, que ni aun respetáis el hábito que me cubre?

—Dicen que el diablo se viste con frecuencia de fraile, y como no os veo el rostro...

—Tengo hecho voto de andar con el semblante cubierto.

—Pero, por lo que he visto, no habéis hecho voto de no ver el rostro de los demás; un cuarto de hora habéis estado inundándome de luz el semblante y mirándome por entre el candil de vuestro capuz.

—Quería conoceros.

—¿Y me habéis conocido?

—Puede ser.

—Me parece difícil el que vos me conozcáis.

—Pues mirad; os parecéis mucho al rey don Sebastián.

—¿Sí? — dijo Gabriel de Espinosa con acento grave.

—Pero no sois el rey don Sebastián.

—Y entonces, ¿quién diablos queréis que confiese que yo soy? Que no soy el rey don Sebastián, ya lo he dicho; que soy Gabriel de Espinosa, lo he dicho también mil veces; y, sin embargo, don Rodrigo me aprieta para que haga mi confesión.

—Sí; para que confeséis que no siendo el rey don Sebastián habéis querido que se os crea el rey don Sebastián.

—Eso es precisamente lo que niego; yo no he pretendido tal cosa.

—Hay pruebas contra vos.

—Esas pruebas son nulas. Nadie hay que pueda decir que yo me he vendido por el rey don Sebastián.

—Teméis que el rey os mande ahorcar.

—Si Dios no toca al corazón del rey, lo que no es fácil, porque hace mucho tiempo que Dios ha dejado de su mano al rey don Felipe...

—¡Eh! ¿Qué decís?

—Que el rey don Felipe ha dejado hace mucho tiempo de ser de Dios para ser del diablo; y cuanto más viejo, es más ambicioso y más terrible.

—Calumnias al rey; el rey es justo y cristiano.

—El lo dice.

—Los vasallos deben respetar ciegamente a los reyes; sólo Dios ve su corazón.

—Y el mundo es testigo de sus tiranías.

—Moriréis de mala muerte.

—Bien hacía yo en dudar de vuestra caridad; lo que acabáis de decir es poco caritativo.

—No se puede ser caritativo con los traidores.

—Yo no soy traidor — dijo con violencia Gabriel de Espinosa; — mentís vos y quien tal diga.

El fraile hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Sabéis que me parecéis algo más que fraile? — dijo Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué os parezco?

—Creo que sois un enviado del rey; un hombre que ha debido conocer al rey don Sebastián.

—No soy otra cosa que un religioso que sabe el estado en que os encontráis y viene a ayudaros, a convertiros, a convenceros.

—Padre: o porque sea un hombre misterioso, o porque se me crea el rey don Sebastián, el resultado para mí será el mismo. El rey me hará pedazos; decid al rey que lo sé,

CADENAS del DESTINO

Por PHYLLIPS LEWIS

DESDE sus primeros años no tuvo Larry Hoods una oportunidad favorable en la vida. Obligado por una madre degenerada a fingirse sordo-mudo y a mendigar, su destino estaba trazado de antemano.

Esta es la conmovedora historia de un hijo del bajo fondo de Londres que llegó al crímen por la miseria y los malos ejemplos.

Encargue con tiempo su ejemplar de PUCKY, si desea no perder ningún episodio de esta emocionante novela

PUCKY

y que no es cosa ésta que me ponga en temor, porque estoy acostumbrado a jugar la vida; pero decidle también que preso me desespero, y que cuanto antes se acabe, descansaré más pronto. He visto tantas veces el rostro a la muerte, que la muerte no puede ponerme espanto, y yo quisiera que el rey don Felipe me viera morir, para que pudiera acordarse de cómo muere un hombre como yo.

—Los que se han olvidado de Dios, los que han perdido el temor de Dios, no pueden temer nada — dijo profundamente el fraile; — Por eso se les mata, para que no hagan daño.

—Tenéis una caridad de demonio.

—Antes que la caridad es la justicia.

—Y antes que la justicia, la ambición; decídselo así al rey.

—Creo que tenéis familia — dijo con acento ronco el fraile.

—Sí; y una familia muy querida.

¿Y no teméis por ella?

—No; porque el rey don Felipe no puede hacer nada contra mi familia.

—Tal vez os equivoquéis.

—Ya veréis cómo aunque yo muera el rey no tocará a mi familia ni aun al pelo de la ropa.

Hubo un momento de silencio.

—Aseguran — dijo el fraile — que conocéis secretos de Estado.

—¡Dios de Dios! ¿Y qué secretos de Estado queréis que sepa un pastelero?

—¿Sabemos acaso lo que vos sois?

—Vuelta a don Rodrigo de Santillana; mirad, padre, que así vamos a estar toda la noche, y todo el día de mañana, y sabe Dios cuánto tiempo, si no cortamos la conversación; lo que yo he tenido que decir, ya lo he dicho; y lo que se quiere que diga, no lo diré jamás.

—Pues que os oyude Dios — dijo el fraile, levantándose.

—Si Dios no castiga a mis asesinos en la tierra, los castigará en la otra vida — dijo Gabriel de Espinosa.

El fraile no contestó. Fué a la puerta, y llamó por tres veces: Poco después, se abrió la puerta, y el fraile, en silencio salió. El carcelero entró, apagó la luz, salió y cerró la puerta del calabozo.

—¿Quién será ese hombre? — dijo, envuelto en la obscuridad, Gabriel de Espinosa — ¡El rey!.... No; el rey don Felipe no se hubiera atrevido a encerrarse conmigo; el rey don Felipe me hubiera conocido, me hubiera dejado conocer su turbación, por más que tenga el corazón de hielo. ¡No! El rey don Felipe no hubiera podido reprimirse; y, además, es soberbio; el rey don Felipe no me verá a mí, sino acaso muy adelante, acaso nunca. Se tiene empeño en perderme; para perderme mejor se quiere que diga quien soy yo, y eso no lo conseguirán, yo lo aseguro; que lo adivinen, si pueden; rey o mendigo, mi suerte está decidida; mi suerte se morir a manos del rey don Felipe, si Dios no hace un milagro. Pues bien, muramos con dignidad.

Y Gabriel de Espinosa, dando una vuelta en el lecho, se quedó dormido de una manera tan descuidada como si nada hubiera tenido que temer.

Capítulo XXIII

Pasó mucho tiempo, invertido por el alcalde don Rodrigo de Santillana en preguntar y volver a preguntar a Gabriel de Espinosa a quien no sacaba ninguna palabra que arrojase la más leve claridad sobre el proceso. De Medina del Campo había sido trasladado a Madrigal, para estar más cerca de los otros presos; esto es, de doña Ana de Austria y de fray Miguel de los Santos. Ocupábase de estos dos últimos el doctor don Juan Llanos de Valdés, capellán del rey y comisario general de la Inquisición, como juez eclesiástico, por el carácter eclesiástico del fraile y de la monja. De los otros presos secundarios, tales como Gil López y otros que habían sido presos por sospechas de complicidad en el delito que se perseguía, se ocupaba al alcalde Portocarrero.

Seguir este proceso paso a paso sería anegarse en un mare mágnum, en un caos tenebroso, en que nada se ve claro, en que a veces parece destacarse la indudable figura del rey don Sebastián, a veces la de un impostor insolente. Si queréis que os digamos nuestra opinión, formada después de leído el proceso, os diremos que el pastelero de Madrigal era el rey don Sebastián; pero simplemente como una opinión que no se apoya más que en deducciones, sin una sola prueba terminante; porque la contradicción es el carácter sostenido del proceso de Gabriel de Espinosa. Mientras no sepamos lo que contenían cartas y papeles que nadie leyó más que el rey don Felipe II, y de cuyo contenido nada dijo, el proceso está incompleto; no puede sentenciarse bien. Don Rodrigo de Santillana, que mantenía una correspondencia activa por escrito con el rey, no había sentenciado: había obedecido. El único juez que había juzgado a Gabriel de Espinosa era el rey. Del rey, pues, era y es la responsabilidad de la sentencia de Gabriel de Espinosa.

En la causa aparece una confesión en que Gabriel de Espinosa, después de haberle dado tormento, declara que, imbuído por fray Miguel de los Santos de que se parecía mucho al rey don Sebastián de Portugal, y que podía pasar por él y no habría persona que hubiese conocido al rey don Sebastián que cuando le viese y le hablase no creyese que él era el rey, porque él le instruiría, como quien tanto conoció al rey don Sebastián, y le revelaría cosas y secretos que dichos por él a quien conviniese no dejarían duda de que era el rey don Sebastián; que, decidido al fin por la ambición de una corona, se había prestado a hacer todo lo que fray Miguel quería, fingiéndose rey con algunos portugueses que habían ido a visitarle, y especialmente con doña Ana de Austria.

Fray Miguel de los Santos había confesado lo mismo después de haber sido puesto en el tormento, y don Rodrigo de Santillana creyó que ya bastaba con aquella confesión para sentenciar en justicia. Pero es necesario tener en cuenta que las confesiones arrancadas por el tormento, si entonces hacían fe por ante los jueces, hoy no puede apreciárselas como confesiones verdaderas por ante la filosofía y la razón. El tormento, usado como medio de descubrir la verdad, era una

barbarie absurda, que, por desgracia, ha estado imperando muchos siglos en todos los países, y que ha hecho millones de víctimas. La única confesión que puede condenar a Gabriel de Espinosa como impostor es la que se le arrancó en el tormento; y aun así, al acabar aquella declaración, que no hemos insertado íntegra por lo difusa, dijo que aunque había declarado que era hijo de las piedras, no había tal cosa, y que su casa y su familia eran tan altas como la que más. Y habiéndole dicho Santillana que si tanto sentía el ser tenido por hombre bajo y común, si no lo era, por qué no lo declaraba, dijo: "Porque cuando mucho, servirá de que la muerte sea diferente y de menos deshonra, y aun eso no creo, y quiero más pasar esta ignominia que declarar mis parientes para deshonrarlos; que ni se lo debo ni se lo debe al que así me trata".

Estas solas palabras destruían la declaración, y, sin embargo de esto, Santillana sentenció a muerte de horca a Espinosa, con perdimento de bienes e infamia perpetua, etc., y envió la sentencia al rey para su aprobación.

Era la noche del mismo día en que la sentencia de Gabriel de Espinosa había sido firmada por Santillana; esto es, una de las noches del mes de Julio de 1595. Santillana sufría visiblemente. Su semblante pálido tenía algo de horrible. Parecía que el monstruo del remordimiento devoraba sus entrañas. Porque era el caso que Santillana no sabía qué pensar ni a qué atenerse. Parecíale unas veces que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián y otras, que si no lo era, debía ser un personaje misterioso; pero nunca que fuese Gabriel de Espinosa, el expósito de Toledo, el tejedor, el soldado, el pastelero.

Había tratado demasiadamente a Gabriel de Espinosa, y había comprendido en él tanta grandeza, que no podía creer fuese un hombre bajo y obscuro.

Pero si no era hombre bajo y miserable, ¿quién era Gabriel de Espinosa? ¿Por qué el rey, habiendo manifestado tantas veces Gabriel de Espinosa que el rey le conocía, no había querido nunca que Gabriel de Espinosa le fuese presentado? Recordaba Santillana aquel fraile misterioso que una noche en Medina del Campo había entrado en el calabozo de Gabriel, y no podía Santillana desechar de sí la idea de que Felipe II disfrazado fuese el que aquella noche estuvo largo rato a solas y encerrado hablando con Espinosa.

Recordaba Santillana que, inmediatamente después de la entrevista del fraile con Gabriel, las instrucciones que del rey recibía acerca del proceso eran más extensas, más minuciosas que antes; que había en su fondo algo de terrible. Recordaba que el rey le había mandado le enviase cerradas cuantas cartas dirigidas a Gabriel de Espinosa se agarraran, y que cuando pidió al rey algunas cartas que se habían enviado con un mensajero secreto, para incluírlas en el proceso, el rey le había contestado que bastaba con que él conociese el contenido de aquellas cartas, puesto que el proceso, para la aprobación de la sentencia, debía serle remitido.

Este era un misterio que pesaba sobre la conciencia del alcalde y que pesaba aún sobre la memoria de Felipe II. Porque ¿quién sabe si el contenido de aquellas cartas esclarecían la verdad? ¿Quién sabe si ellas probaban que el pastelero de Madrigal era el rey don Sebastián? Santillana, pues, al firmar la sentencia de muerte y de infamia de Gabriel de Espinosa, había rasgado con su pluma su conciencia. Había sido un servil instrumento del rey con el nombre especioso de juez.

Y por esto don Rodrigo tenía los ojos lúcidos, asombrados, el semblante desencajado y pálido, y los labios lívidos. Por eso se estremecía de tiempo en tiempo en un temblor convulsivo. Por eso le dolía el estómago de una manera horrible y sentía en su cabeza un peso insoportable. Aquello era un remordimiento anticipado. Aquello era el terror de la justicia de Dios.

De improviso, Santillana se levantó por el impulso de un terror frío. Tenía delante de sí a María, a su hija, que le miraba de una manera que la causaba espanto. La mirada de María, fija en la atónita vista del alcalde, quería decir;

—¿Qué habéis hecho de él, del hombre de mi amor?

María se había transformado. Era una dama completa. En la expresión, en las maneras, en el traje. Detrás de María había un hombre, a quien también miraba con espanto el alcalde. Aquel hombre era Yhaye-ben-Shariar. Durante algún tiempo, ni una sola palabra dijeron ninguna de aquellas tres personas. Al fin, Santillana dijo, dirigiéndose a María:

—¿Qué es esto? ¿Cómo has salido de tu convento?

—El oro rompe todas las puertas, don Rodrigo de Santillana; yo he roto para María las puertas de su convento; vengo a traérosla, que os pida cuenta de lo que habéis hecho con el rey don Sebastián.

—Yo no conozco al rey don Sebastián — exclamó, estremeciéndose, Santillana.

—¿Pues quién es, padre — dijo María con voz solemne, — el que tenéis preso en la cárcel de Madrigal?

—Un impostor, un hombre a quien he sentenciado en justicia.

—¡Que le habéis sentenciado! ¿Y a qué? — gritó María.

—¡A qué ha de ser, sino a muerte de horca! — dijo con voz terrible Aben-Shariar.

—¡A muerte de horca! — exclamó María. — ¡Pero eso no puede ser; no, imposible; vos no habéis podido hacer eso!

—Las leyes le han sentenciado — dijo con voz trémula el alcalde.

—No; las leyes, no — dijo Aben-Shariar; — vuestro miedo al rey don Felipe.

—¡Miedo, no; lealtad, obediencia justa y legítima! Un vasallo está obligado a obedecer a su rey, so pena de traición.

—El vasallo, desde el momento en que es juez deja de ser vasallo en todo lo que corresponde a la justicia — dijo Aben-Shariar.

—Los reyes hacen las leyes — dijo Santillana, — y el mandato real es siempre una ley obligatoria, una ley que no puede dejarse de obedecer sin caer en traición.

Don Rodrigo estaba completamente atur-

dido. Su hija le miraba en silencio de una manera tal, que le aterraba. Aben-Shariar continuó, a cada momento más sombrío y más terrible.

—De modo que — dijo — si el rey os manda sentenciar a muerte a un hombre aunque vos no encontréis en él delito que merezca la muerte, le sentenciaréis.

—Si lo manda el rey, sí.

—Pues entonces, don Rodrigo — dijo Aben-Shariar, — no sois juez, sois verdugo.

—¡Qué decís! — exclamó, sintiendo hervir su cólera bajo su turbación don Rodrigo.

—Digo la verdad — dijo Aben-Shariar.

—Pues hay verdades que cuestan muy caras; y tened presente que aunque por vuestra inviolabilidad no pueda yo prenderos ni procesaros, me queda siempre un recurso: el arrojaros, como caballero, un mentís a la cara, y sostener ese mentís con la espada.

María contuvo a su padre.

—No se trata de eso — dijo con desesperación, — ni yo permitiría un duelo entre mi padre y la persona que me acompaña, ni un duelo serviría para nada, no; la situación en que nos encontramos es más grave; vos tembláis, padre; tembláis de remordimiento por esa horrible sentencia, que creéis injusta, más que injusta, criminal, horrible; una sentencia que es un asesinato; más que un asesinato, un regicidio.

—¡María!

—¡Y un parricidio, además! Porque, al firmar la sentencia de Espinosa, habéis firmado la mía.

—¡Ah! ¡No, no! — exclamó Santillana. — ¡Eso no puede ser! ¡Tú no puedes amar tanto a ese hombre!

—El rey don Sebastián — dijo Aben-Shariar — tiene por signo el amor y la desventura.

—¿Quién os ha dicho que ese hombre sea el rey don Sebastián? — dijo desesperado el alcalde.

—Os lo dice vuestra conciencia — exclamó Aben-Shariar.

—¡No, mi conciencia, no! — dijo Santillana. — Ha confesado en el tormento que era un hombre bajo, y que fingiéndose el rey don Sebastián había intentado quitar su corona de Portugal al rey don Felipe; su declaración ha estado conteste con la de fray Miguel de los Santos.

—Porque les habéis preguntado una misma cosa tú y ese clérigo Llanos de Valdés; pero aunque leyes bárbaras determinen que se tengan por prueba lo dicho por un hombre en el tormento, ¿qué fuerza puede tener para la conciencia del juez una confesión arrancada por insoportables dolores? No; si para ti, como juez, es una prueba la declaración arrancada por el tormento al rey don Sebastián, como hombre, tu conciencia no la admite; como hombre, tiemblas y te horrorizas de ti mismo, y en tu frente aparece ya la arruga que señala a los réprobos, esa arruga que no se borra jamás, que responde a una señal negra en el alma, que llevarás ante Dios, cuando Dios te llame a juicio.

—¡Ah! ¡Por piedad! — exclamó Santillana, extendiendo los brazos y dejándose caer sobre el sillón.

—Mira — le dijo Aben-Shariar, acercándose a él y apartando de su semblante las manos con que se lo había cubierto, — mira mi frente, mírala; en ella no está marcada la horrenda señal que estoy viendo sobre la tuya.

Don Rodrigo miraba con una expresión de insensatez a Aben-Shariar. María lloraba.

—Mira, mira mi frente; en ella resplandece la tranquilidad de la conciencia; yo también he sido juez; aún soy juez, porque te estoy juzgando a tí; yo, uno de los diez del Supremo Consejo de Venecia, he arrojado al verdugo muchas cabezas ilustres; pero no le he arrojado ninguna cabeza inocente. En la noche del mismo día en que ha muerto un traidor que he sentenciado yo, he dormido tranquilo, porque no podía aparecer en mi sueño un espectro sangriento que me llamase asesino.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! — exclamó ya con acento de demencia don Rodrigo. — Yo he tenido la desgracia de no ver claro; yo he dudado; yo he vacilado; dudo aún; parecíame, cuando interrogaba a Gabriel de Espinosa, que el rey don Sebastián me respondía desde la eternidad; otras veces, que el infierno había arrojado delante de mí a un impostor maldito, a quien nunca podía tomar en un descuido, que me aturdía, que me embrollaba, que me volvía loco. Y el rey, en una y otra carta me decía: "Apresurad, acabad cuanto antes ese proceso, que está siendo el escándalo de Europa; sentenciad, que ya hay prueba bastante para que arrojéis al verdugo a ese impostor". Y yo temblaba, vacilaba, dudaba.

—Pero no habéis vacilado para firmar una sentencia de muerte que vuestra conciencia resistía.

—¡El rey! ¡El rey! ¡Ella! — exclamó don Rodrigo, extendiendo las manos, como rechazando la responsabilidad de la sentencia; éste no ha sido un proceso común, ha sido un proceso de Estado, que versaba sobre la posesión de una corona; si yo hubiera declarado en mi sentencia lo que mi conciencia me ha dicho, me hubieran tenido por traidor; y yo no he temido a la muerte, he temido a la infamia; no he tenido valor para envilecer mi nombre; porque lo mismo, monseñor, lo mismo que no aparece clara la prueba de que Gabriel de Espinosa sea un impostor, de la misma manera no aparece la prueba clara de que Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastián; porque todo el mundo no ha hablado con él; porque todo el mundo no ha estado durante ocho meses, como yo, pasando horas y horas a su lado luchando con él, esforzándome, por ver la verdad, sin conseguirlo nunca, asombrándome, aterrándome más cada día; porque si Gabriel de Espinosa no es el rey don Sebastián, tiene a Satanás en el cuerpo para volverme loco.

—¿Es decir, que vos creéis que Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastián?

—Yo no sé lo que creo; lo que siento es que estoy loco, y que este proceso me va a quitar la vida.

—Sed valiente — dijo Aben-Shariar; — romped esa sentencia que habéis firmado, y declarad al mundo vuestra incompetencia y vuestra perplejidad en un asunto tan grave;

PUCKY

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.
Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO—(EXTRACTO)
Nombre y apellido . . . . . .
. . . . . .
Domicilio . . . . . .
. . . . . .
Localidad . . . . . .
. . . . . F. C. . . . . .

que una declaración así, de un juez como vos, se escuchará con profunda atención por todo el mundo, y el rey se verá obligado a obrar de una manera más franca y más leal a dar garantías por ante el derecho de gentes al rey don Sebastián, de que por declarar su nombre no se le hará injusticia ni agravio como rey; que vengan careos delante de un tribunal competente para juzgar tan arduo asunto entre el rey don Felipe y el rey don Sebastián; que si el rey don Felipe se pone ante un tribunal frente al rey don Sebastián, la prueba vendrá clara, indudable; en vuestras manos, don Rodrigo, están la vida de un rey y el alma de otro; porque si vos, por cobardía, no interponéis una declaración, que sería tenida en mucho, Felipe II, por su ambición, cometerá un crimen horrendo, que no tendrá perdón ante el tribunal de Dios.

—Mi declaración no vería la luz; sería destruida antes que las gente la leyesen.

—No, porque estoy yo aquí; no, porque si vos hacéis por vos mismo, y las firmáis, algunas copias de esas declaraciones, yo haré que lleguen a manos de todos los monarcas de Europa, que pedirán por el derecho común de todos los reyes, el juicio solemne del rey don Sebastián.

—Es ya tarde — exclamó don Rodrigo; — la sentencia de Gabriel de Espinosa ha sido ya remitida al rey para su aprobación.

—¡Maldito seais vos! ¡Maldita vuestra cobardía! ¡Maldita vuestra necia lealtad!. — dijo, desesperado Aben-Shariar.

—¡Pero eso no puede ser, padre! — exclamó anhelante María que hasta entonces había escuchado ansiosa, alentando una esperanza. — ¡Pero eso no puede ser; porque al sentenciar al rey don Sebastián, me habéis sentenciado a mí; porque si él muere, moriré yo desesperada!

—¡Morir! ¿Por qué has de morir tú si él muere? — exclamó don Rodrigo.

—¡Porque le amo con toda mi alma! — dijo con desesperación María.

—¡Ved cómo Dios castiga vuestro crimen de seducción de Gabriela Prósperi! — exclamó Aben-Shariar. — ¡Vuestra hija! ¡Vuestra misma hija es vuestro suplicio! ¡Dios la ha traído junto a vuestra víctima para que perezca con ella! ¡Para que cuando veais en vuestros sueños la sombra roja del rey don Sebastián, veais junto a ella, asida de su mano, la sombra lívida de vuestra hija!

Don Rodrigo se alzó enloquecido, lívido, centelleantes los ojos.

—¡Pues bien — dijo; — si mi hija, si cien hijas más hubiesen de perecer por mi honor y mi lealtad, aunque el infierno entero me amenazase, yo obedeceré siempre al rey mi señor; él me ha mandado sentenciar a Espinosa, y le he sentenciado; cuando él me devuelva aprobada la sentencia, sea impostor sea rey, le ahorcaré!

María dió un grito y se desmayó.

—¡Vivid! ¡Vivid! dijo con voz ronca Aben Shariar a don Rodrigo de Santillana. — ¡Vivid para apurar el horrible suplicio de vuestra existencia!

Y tras estas palabras, salió.

Capítulo XXIV

No sabemos que anhelaba o qué temía más don Rodrigo: que viniera aprobada por el rey, la sentencia de muerte de Gabriel, o que tardara siglos. Creía don Rodrigo, porque aquéllos tenían sus supersticiones, como las tienen todos, que lo que causaba su terror, el estado penoso, más que penoso horrible, en que se encontraba, eran los sortilegios de Gabriel de Espinosa, a quien creía poseído por el diablo. Porque a don Rodrigo se le hacía duro creer que Gabriel de Espinosa fuese el rey don Sebastián, y, por otra parte, lo que en ocho meses había oído, visto y observando en Gabriel de Espinosa le parecía que no podía provenir de otra persona que de la de un rey. Gabriel de Espinosa tenía esa altivez de raza de los reyes: esa altivez que en otros tiempos, no muy remotos aún, aterraba a los siervos que se llamaban y confesaban vasallos; la mirada de Gabriel era una de esas miradas que dominan y vencen la mirada del más audaz; su palabra era imperativa y dura, y más de una vez el alcalde había temblado ante el preso.

Y hay que tener en cuenta que este alcalde era don Rodrigo de Santillana, cuya nombradía como hombre duro y terrible ha llegado hasta nosotros, sin que, tratándose de jueces, pueda comparársele, dentro del siglo XVI y de la Chancillería de Valladolid, sino con aquel otro tremendísimo alcalde, Ronquillo, de quien hay tradición que se le llevó el diablo de su sepultura, a pesar de que, según la costumbre de aquellos tiempos estaba enterrado en la iglesia. Ronquillo y Santillana son dos alcaldes cuya memoria puede decirse que aún mete miedo.

Don Rodrigo vacilaba, pues, porque de con

tinuo hacía para sí el razonamiento siguiente:

—Si este hombre no tiene al diablo en el cuerpo, no es menos que rey, y gran rey, con todas las señales en cuerpo y en alma de ser el rey don Sebastián; y si no es rey, es que está poseído del diablo, y el diablo le ayuda para decir y hacer como si fuera el rey don Sebastián; ahora bien, si es el rey don Sebastián, con lo mucho y largamente que acerca de él, y de lo que secretamente ha habiado conmigo, una y otra y cien veces he escrito yo largamente al rey don Felipe, el rey don Felipe debía irse más a la mano en este asunto; porque si es el rey don Sebastián, y después de ahorcado se descubre de una manera indudable que lo era, gran mancha caerá sobre el rey don Felipe, porque dirán, y con razón, que le ahorcó por no restituírle su reino, y gran mancha caerá sobre mí, porque sentencié sin prueba bastante; porque ese hombre ha deshecho siempre con sus misteriosas preñeces todas sus confesiones, aun la que hizo en el tormento: ignominia caerá sobre la cabeza del rey y vergüenza sobre la mía, porque no bastará para disculparme el que obedecí al rey como vasallo, porque un juez cuando sentencia, no es vasallo de nadie más que de Dios y de la justicia; si ese hombre es el rey don Sebastián, remordimientos tendremos el rey y yo; el rey, porque me mandó culminar la sentencia, y yo porque la culminé; y si ese hombre no es el rey, si es que el diablo está apoderado de él y le hace decir y hacer cosas espantosas, ¿quién asegura que el diablo no haga con el rey y conmigo una de las suyas, como hizo con el alcalde Ronquillo el diablo que estaba metido en el cuerpo del obispo Antonio de Acuña? (1)

Esto traía al acalde sin sueño, sin apetito, con contínuo dolor de estómago, con contínuo dolor de cabeza, y podía decirse que el juez se encontraba en un estado infinitamente más lamentable que el reo.

Y no era esto sólo. María atormentaba de una manera horrible a Santillana, sin quererlo; porque la pobre joven suplicaba a su padre, pero no le reconvenía; lloraba, pero no se irritaba; empalidecía, enflaquecía, enfermaba de momento en momento y Santillana veía en María la mano de la Providencia. Su seducción sobre Gabriela Prósperi, seducción indigna, porque cuando Santillana la ejerció era casado, había producido terribles consecuencias. Pietro Prósperi había muerto de vergüenza por la deshonra de su hija. María, robada del regazo materno, había dado en tales manos, que la pobre niña había llegado a ser uno de esas despreciables mujeres que constituyen la gran parte del lodo infecto del mundo; y, ¡cosa terrible! María, enamorándose de Gabriel de Espinosa, acusándole celosa e irritada de robo, yendo a llevar aquella acusación ante Santillana, produciendo de esta manera el descubrimiento de una conspiración de Estado; Santillana no podía menos de reconocer en María un instrumento de la Providencia que le castigaba valiéndose para ello de su propia hija, dándosela a conocer por el tremendo parecido con su madre.

Santillana, pues, tenía atormentada la conciencia como hombre, como juez y como padre. La expiación de su falta o, mejor dicho, de su crimen sobre Gabriela Prósperi, no podía ser más terrible, ni jamás ha habido juez más dominado, más espantado por su víctima que don Rodrigo de Santillana.

Por eso Santillana anhelaba y temía a un tiempo que la sentencia viniese aprobada por el rey. Por eso sufría, enfermaba gravemente, se moría, porque todo le causaba terror, y veía enfermar y morir a su hija. Y, sin embargo, como le hemos visto, don Rodrigo era uno de aquellos antiguos vasallos, capaces de arrostrarlo todo antes que desobedecer a su rey. Siervos que no se comprende cómo lo eran. Porque fuera de esto eran hombres de honor, incapaces de una bajeza; realistas sombríos, funestos sostenedores de una tiranía odiosa, que no tiene otra disculpa que el espíritu de su siglo. Bien considerada la situación de don Rodrigo, era más digno de lástima que Gabriel de Espinosa.

Cuando Santillana anhelaba que el rey retardase la aprobación de la sentencia, que la modificase tal vez, haciéndola menos dura, soñaba. No era Felipe II hombre que dejase escapar una víctima, que la soltase antes de matarla. Tardo para resolver todo género de asuntos, cuando se trataba de aprobar la sentencia de un hombre que podía herirle en lo más mínimo, o que le había herido aunque no fuese más que en su amor propio, era el hombre de las resoluciones rápidas.

Era la noche del 27 de julio de 1595, y sólo hacía seis días que Santillana había enviado al rey la sentencia de muerte en horca, como villano y traidor, de Gabriel de Espinosa, y, sin embargo, a las doce de la noche del día cuya fecha hemos estampado, un jinete con uniforme de alférez de la guardia española, que había entrado a rienda suelta en Madrigal, se detuvo delante de la casa de Santillana y llamó a grandes golpes a la puerta. Preguntáronle quién era y qué quería y dijo que iba en nombre del rey con un pliego para don Rodrigo de Santillana, y la puerta se abrió al momento. Santillana abandonó el lecho, recibió a medio vestir al alférez de la guardia, tomó el pliego que le dió éste, y vió que era la sentencia original de Gabriel de Espinosa, que él había escrito y firmado y al margen, escrito de puño y letra del rey, leyó lo siguiente:

"Cúmplase como lo manda el alcalde don Rodrigo de Santillana; ejecútese al sentenciado el martes 1o. de agosto, a las cuatro

(1) El obispo Acuña era uno de los comuneros más terribles, que más hizo en aquella desastrosa revolución, que se llamó guerra de las Comunidades, en los primeros años del reinado de Carlos V, y que costó la cabeza a Juan de Padilla, Juan Bravo, Pedro Maldonado y tantos otros; el alcalde Ronquillo, que por una singular coincidencia se llamaba Rodrigo como Santillana, fué el que instruyó el proceso del obispo Antonio Acuña y le sentenció. Aun se enseña en el viejo castillo de Simancas la almena donde Acuña fué engarrotado.

de la tarde, sin que la ejecución se dilate por ninguna causa; no se admita prueba que pueda dilatar la sentencia; y desde el momento en que don Rodrigo de Santillana recibiere esta nuestra aprobación, hagan que dispongan para bien morir al Espinosa, no sea que como ha perdido su cuerpo pierda su alma. — Del alcázar de Madrid a 25 de julio de 1595. — El rey".

Cubrió un sudor frío el cuerpo del alcalde, y sus ojos quedaron fijos, como si el decreto del rey atrajese de una manera invencible su mirada.

—¿Está vuestra señoría enterado? — dijo de una manera indiferente el alférez de la guardia.

—Sí, sí, señor — contestó de una manera maquinal Santillana.

—Entonces suplico a vuestra señoría extienda recibo de ese pliego a nombre del alférez de la guardia española Felipe de Castañeda, con la fecha del día y la hora en que vuestra señoría ha recibido el pliego.

Santillana extendió el recibo, le firmó y le entregó al alférez.

—Que Dios dé a vuestra señoría muy buenas noches — dijo el alférez, y salió.

—¡Que Dios me dé muy buenas noches! — dijo con ronca voz el alcalde. — Ese hombre no puede ni aun adivinar lo que ha traído en ese pliego. ¡Dios perdone al rey! ¡Dios me perdone a mí!

Y después de un momento de silencio, en que pasó un infierno por la cabeza y por el corazón del alcalde, éste agitó fuertemente la campanilla que estaba sobre su mesa, a cuyo sonido se presentó el alguacil Tribaldos.

—Id al aposento del señor Pedralva, despertadle, y que venga al instante — dijo don Rodrigo.

Tribaldos fué a cumplir el mandato, y don Rodrigo se quedó paseándose a lo largo del aposento, del mismo modo que una fiera se pasea a lo largo de su jaula. Y para que don Rodrigo se pareciese más y más a una fiera enjaulada, continuo y sordo salía de su pecho un hondo rugido. En la mano derecha, crispada y trémula, tenía la sentencia de muerte en horca de Gabriel de Espinosa. Veamos el texto de aquella sentencia:

"En el negocio y causa criminal que ante nos ha pendido y pende por comisión del rey nuestro señor, entre partes, de la una Lucas Pacheco, promotor fiscal, actor acusante, y de otra Gabriel de Espinosa, reo acusado en los autos y méritos de este proceso, y lo demás que en esta parte ver convenía: Fallamos que el dicho Lucas Pacheco, promotor fiscal susodicho, probó su acusación contra el dicho Gabriel de Espinosa como probarla convenía acerca de los delitos de que fué acusado, damos por bien probada y pronunciámosla por tal, de que habiendo sido convencido el dicho Gabriel de Espinosa de traición al rey nuestro señor, porque siendo hombre vil y bajo quiso alzarse a la dignidad de persona real, con usurpación de los legítimos derechos del rey nuestro señor, fingiendo ser el rey don Sebastián de Portugal, que santa gloria haya, concitando personas en estos reinos de Castilla y en los de Portugal para que por tal rey don Sebastián le tuviesen y aclamasen, y de sacrilegio por la seducción de la señora doña Ana de Austria monja profesa en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia la Real de Madrigal, con la cual se dice de pública fama, aunque no está probado, se había casado secretamente, probándose sí, por las declaraciones de la dicha señora doña Ana de Austria, que ésta, por sus engaños, le había creído su primo el rey don Sebastián de Portugal, difunto, ayudándole con dinero y de otros varios modos en su traición, persuadiendo a la dicha religiosa de que él era el rey don Sebastián, qué había andado peregrinando por el mundo, cumpliendo cierto voto, que había de casarse con la dicha monja, fingiendo para ello muchas mentiras, hasta tanto que la dicha monja y otras que lo sabían lo creyeron, haciendo asimismo prevenciones con personas que venían de Portugal para que si la dicha monja les preguntase si el rey don Sebastián era vivo dijesen que sí; y siguiendo en su maraña, siendo hombre vil y bajo, echado a la puerta de una iglesia en Toledo, se fingió como se ha dicho, el rey don Sebastián, haciéndose tratar, y servir, y respetar como a tal, y haciendo que la dicha monja les preguntase si el rey don Sebastián era vivo dijesen que sí; y siguiendo en su maraña, siendo hombre vil y bajo, echado a la puerta de una iglesia en Toledo, se fingió, como se ha dicho, el rey don Sebastián, haciéndose tratar, y servir, y respetar como a tal, y haciendo que la dicha monja le escribiese cartas, estando ausente, como si fuera verdaderamente su rey, y diciendo y manifestando secretos del señor rey don Sebastián que le había revelado su partidario fray Miguel de los Santos, religioso de San Agustín en Portugal, que fué confesor, primero del rey don Sebastián, y después de don Antonio, de cuyos secretos se valió para engañar a la dicha monja, por ser persona de importancia que le servía para su intento de ser tenido por rey de Portugal, haciendo que dicho fray Miguel de los Santos, en presencia de la señora doña Ana de Austria, se postrase delante de él y le besase la mano como a rey, para conseguir que la dicha monja consintiese en casarse con él; dándola cédula de promesa de casamiento con título de forma de rey; habiendo habido entre ambos otras promesas de palabra, con el intento de que a cierto tiempo el dicho Gabriel de Espinosa, con aquella falsa opinión, esforzada con los dichos medios y casamiento, y con otros que iban tomando escribiendo a algunas personas poderosas de el dicho reino de Portugal, cómo era vivo el rey don Sebastián y que estaba casado con la señora doña Ana de Austria, y que no quería manifestarse hasta cierto tiempo, y tratando de ir en persona al reino de Portugal a asentar el dicho trato para conseguir su intento, conmoviendo el reino para ello, y confiando en la mucha opinión y reputación en que estaba en él el rey don Sebastián se alborotasen los dichos reinos de Portugal, para hacerle rey de ellos, a fin de perturbar por este camino al rey nuestro señor la posesión justa que tiene de ellos; en todo

lo cual, siendo traidor el dicho Gabriel de Espinosa contra la majestad del rey nuestro señor, como señor propio y verdadero de los dichos reinos, y contra ellos mismos y su reputación, y contra la obligación que le tenía como a su rey natural; y como en lo expresado y referido el dicho Gabriel de Espinosa, reo acusado, no probó cosa alguna de que se pueda aprovechar para su descargo, dámoslo y pronunciámoslo por no probado, por lo cual y por lo más que de dicho proceso resulta, a que nos referimos, le debemos dar y damos por perpetrador de los dichos delitos sobre que ha sido acusado; y en su consecuencia, le debemos condenar y condenamos al dicho Gabriel de Espinosa a muerte natural de horca, a la que se le llevará arrastrado, y a que sea descuartizado y puesta su cabeza en un palo en el camino de Madrigal a Valladolid, para escarmiento; y otrosí le condenamos en perdimiento de todos sus bienes que en cualquier manera tenga y le pertenezcan, aplicados para la cámara de su majestad y gastos de justicia y costas de este proceso, cuya tasación nos reservamos, mandamos que esta nuestra sentencia sea llevada a pura y debida ejecución con efecto, por cuanto así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de su majestad y aumento de la justicia. Por esta nuestra sentencia definitiva juzgando así, lo pronunciamos y mandamos. — El Licenciado don Rodrigo de Santillana".

Hemos insertado íntegra esta sentencia para que se vea lo que eran las leyes de aquellos tiempos, que no se satisfacían con que un hombre fuere muerto, ni aunque se le descuartizase y se pusiese su cabeza en un camino, sino que llegaban hasta la confiscación, pena absurda, porque alcanzaba a los inocentes; esto es, a los hijos, a los herederos del sentenciado.

Estas leyes han llegado hasta nosotros, porque hasta nosotros han llegado los reyes absolutos, y sólo un sombrío fanatismo podía mantener en ejercicio tales leyes. Tenemos aún la pena de muerte; pero confiamos en que pronto esta pena será abolida, porque los pueblos y los Gobiernos se convencerán de que la conveniencia, 'nica razón que la sostiene, no es razón; porque no se puede llamar razón a lo que es ilusorio. La pena de muerte es un resabio de los tiempos bárbaros. Como que se la llama vindicta pública. Hoy la venganza no se puede sostener como derecho ni ante la religión ni ante la civilización. Y hoy, todo lo que no puede vivir con la vida del derecho, está herido de muerte, y no tardará en morir.

Antes de que apareciese Pedralva, apareció en la puerta del aposento del alcalde una forma negra. Era María de Santillana, que estaba completamente vestido de luto. Traía sobre el vestido un manto, como preparada para salir a la calle. Adelantó lentamente hacia don Rodrigo, sin que don Rodrigo reparase ne ella. Fué necesario que María le hablase.

—Acaba de llegar — dijo un jinete; yo sentí la carrera de su caballo, y como no duermo, me asomé a la ventana; he oído decir a ese jinete que venía de orden del rey a traeros un pliego; yo sé lo que ese pliego es; es la sentencia de muerte de Gabriel de Espinosa, aprobada por el rey.

—Sí — dijo Santillana, que nó había dejado de pasearse, con voz ronca y lúgubre.

—¿Cuándo va a notificarse esa sentencia a Espinosa? — dijo María, con una serenidad tal, que espantó al alcalde.

—Mañana por la mañana — contestó don Rodrigo.

—Quiero ir a la prisión de Gabriel de Espinosa — dijo María.

—¡Tú! — exclamó el alcalde, deteniéndose.

—Sí, quiero verle por última vez; yo he sido quien le ha perdido, y quiero que antes de morir me perdone.

—No — dijo el alcalde.

—Cesemos en esta conversación, padre— dijo María, — porque siento ya los pasos de alguno que se acerca; cuando estemos solos continuaremos.

Mostraba María tal serenidad, tal valor, que dominó a su padre. María se sentó en un sillón en un ángulo retirado, adonde apenas llegaba la luz que ardía sobre la mesa. Poco después entró Pedralva todo soñoliento.

—¿Me llamábais, señor don Rodrigo? — dijo.

—Sí por cierto; acaban de traerme la sentencia de Gabriel de Espinosa aprobada por su majestad.

—Me alegro; ya era tiempo de que esto se acabara y descansásemos; hemos pasado ocho meses de perros, y hemos escrito más que todos los amanuenses juntos desde que se inventó la escritura.

—Ahí tenéis la sentencia para notificarla mañana, a las diez, a Espinosa — dijo el alcalde, bajando la voz para que su hija no oyese sus palabras.

—¿Y cuándo se ha de ejecutar la sentencia? — preguntó Pedralva.

—El próximo martes, 1o. de agosto, a las cuatro de la tarde — dijo el alcalde siempre en voz baja.

—Misericordioso anda el rey con Espinosa — repuso Pedralva, — porque le deja cuatro días para ponerse bien con Dios, y anda también misericordioso con nosotros, porque nos da tiempo para prepararlo todo; porque hay que traer de fuera el patíbulo y el verdugo.

—No tan descansados como creéis — dijo Santillana, — porqe ahora mismo vais a partir a Medina del Campo.

—¡Yo! ¿Y para qué? — dijo Pedralva, a quien sentó muy mal la noticia.

—Vais a traeros de Medina cuatro religiosos graves, que es necesario que estén aquí a las diez del día, para que se entreguen del preso y le auxilien en el momento en que le notifiquéis la sentencia; puesto que el rey le da cuatro días para que salve su alma, nosotros no podemos robarle ni un momento de los que le da la munificencia cristiana de su majestad.

Pedralva movió la cabeza y se le avinagró el rostro, porque bien sabía que cuando don Rodrigo mandaba no admitía ni réplica al mandato, ni dilación para ejecutarle.

—¿Cómo quiere los frailes vuestra señoría? — dijo de muy mal talante.

—No os comprendo, señor Pedralva; ¿cómo he de quererlos sino frailes?

—Quiero decir — contestó Pedralva — que de qué casta los quiere vuestra señoría: blancos, negros, azules o pardos.

—Traeros algún jesuíta, y, si es posible, que venga el padre Chiesa, y los demás, a vuestro gusto.

—Me traeré a dos descalzos y a un capuchino.

—Como queráis; pero id.

—Se entiende que el gasto se pagará del dinero que tenemos de penas de cámara.

—Eso es, con cargo a las costas del proceso.

—Y decidme, don Rodrigo, ¿no podría ir a esto Tribaldos, que es un mozo muy listo?

—No, señor Pedralva, no; éstas no son cosas de alguaciles. Id, id cuanto antes, que ya tardáis.

Dijo esto con tal impaciencia don Rodrigo que Pedralva no se lo hizo repetir dos veces, y salió.

Quedaron de nuevo solos el padre y la hija.

—Puesto que vuestro secretario va por los frailes a Medina, para procurar que Dios perdone a Gabriel de Espinosa, llevadme vos a mí al encierro de Gabriel, para que yo procure que nos perdone a vos y a mí. A mí, porque le delaté; a vos porque le habéis sentenciado.

—No — dijo don Rodrigo, — no irás; yo no puedo permitir esa locura.

—Pues bien — dijo María arreglándose el manto; — iré yo, y diré al alcaide que me abra de orden vuestra; y si no me abre, alborotaré, daré un escándalo, y no me moveré de la puerta de la cárcel hasta que le vea.

—¡Te encerraré!

—Me tiraré por la ventana de mi aposento.

—Eso no puede ser; Gabriel de Espinosa tiene guardias de vista.

—Sí, sí — dijo María; — ya sé que le tenéis rodeado de arcabuceros y de alguaciles para que no pueda escapar; ya sé que los cuadrilleros de la Santa Hermandad andan sin cesar de día y de noche por los caminos alrededor de Madrigal, espesos como los dedos de las manos, y que no dejan pasar a nadie sin reconocerle, para que si, por un milagro escapa de la cárcel, no pueda escaparse sin ser agarrado a poca distancia de la villa. Lo sé todo esto; pero como yo no trato de hacer que se escape Gabriel de Espinosa, sino de pedirle un perdón que necesitamos vos y yo, y sin el cual no podemos vivir tranquilos, es necesario que yo vaya a verle, e iré, o no me tendréis más por hija, y volveré a ser lo que era, y perderéis mi alma.

—¿Lo quieres... estás tan loca que todas mis razones no pueden persuadirte?

—Sí.

—¿Me juras por la salvación de tu alma que no tienes otro móvil al ir a ver a Gabriel de Espinosa que el de que te perdone?

—Sí, lo juro; yo no haré más que lo que sea necesario para que me perdone Gabriel.

—Pues bien; ve con tu dueña y con una orden que voy a escribir.

—No; iré sola, y encubierta con un antifaz.

—¡Sola!

—Sí, sola; no quiero que nadie sepa que la hija del alcalde don Rodrigo de Santillana ha ido a ver en su prisión a Gabriel de Espinosa. Escribid que se deje penetrar en la prisión de Gabriel de Espinosa a una mujer encubierta y que los guardias de vista se retiren a un lugar desde el cual puedan ver, pero no oír.

Don Rodrigo escribió, y cuando hubo escrito entregó el papel a María.

—Consiento en esto — dijo severamente — porque temo, si me opongo que me obligues a hacer algo terrible; tú estás loca, y es fuerza temerlo todo de ti.

—Cuando ese hombre haya muerto — dijo tristemente María, habré dejado de afligiros.

El alcalde se estremeció y no se atrevió a pedir a María explicaciones de sus últimas palabras.

—Dentro de poco habré vuelto — dijo María.

—¡Pero sola!

—La cárcel está a pocos pasos de esta casa y nada me puede acontecer. Adiós, señor, adiós.

Y María salió.

—¡Dios mío, Dios mío! — exclamó Santillana. — ¡Cuándo tendrás piedad de mí!

Y siguió paseándose a lo largo de su aposento.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado . . .	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ
LIMITADA, S. A.

—Usted tiene varias piedrecillas en el riñón.

—No me extraña, doctor. ¡Es la costumbre que tiene mi mujer de no quitarles las piedrecillas a las lentejas!...

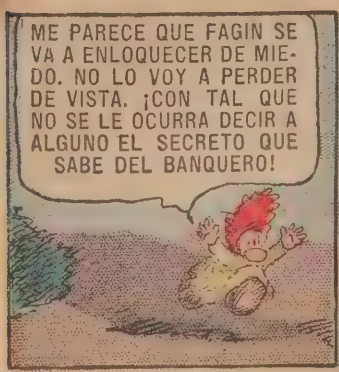
—Chico, el otro día me contaron un chiste graciosísimo; tan gracioso era, que ya me he olvidado del chiste y todavía me estoy riendo.

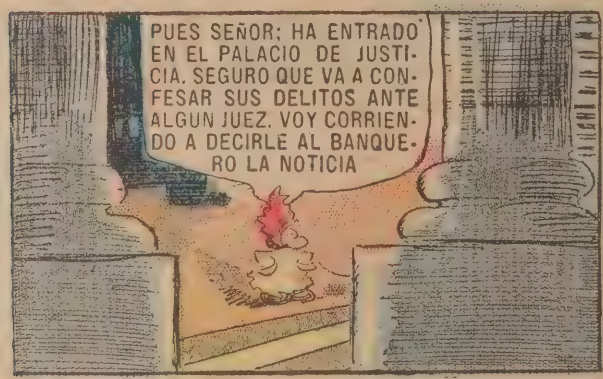
RELACIONES POR CARTA

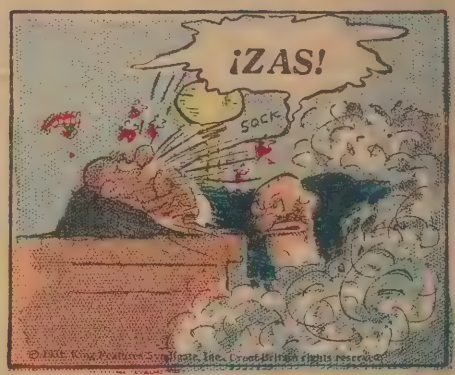
Ella.—Ahora comprendo que no debí regalarte una corbata el día de tu cumpleaños.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBECK







PORTE PAGO
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
No. 430
Año XI
Diciembre 25 de 1931
Buenos Aires
20 cts.
EL ESPADA ROJO, por Robert Murray
AVENTURAS DE SEXTON BLAKE

No. 430 BUENOS AIRES, DICIEMBRE 25 DE 1931 AÑO XI

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

EL ESPADA ROJO

Por ROBERT MURRAY

AVENTURAS DE SEXTON BLAKE

¿Qué eslabón de la cadena del destino une las vidas de los hombres a quienes el Espada Rojo se aparece? ¿A quién presagia muerte el dominó? Un hombre resolverá el problema planteado por aquel misterioso asesino y ese hombre es... Sexton Blake, el detective más famoso del mundo.

I

LA PRIMERA FICHA

ERA el primer partido de golf que jugaba Blake desde hacía varias semanas; pero la falta de práctica no había disminuído su habilidad.

Obscurecía rápidamente cuando él y Tinker volvían hacia la casa del club de golf, en el camino de Bexstead Heath.

—Mi juego — observó Tinker con pesar — parece más bien cricket que golf. ¡Casi anoté cien en el quinto agujero!

—Se dice que el golf es juego de viejos — dijo Blake para alentarlo. — Puedes mejorar con la edad, si perseveras.

Había varias personas en la cómoda galería del club. La mayor parte eran hombres de edad madura, rentistas. El club de Bexstead Heath era caro y contaba socios numerosos y distinguidos.

Sexton Blake tomó tranquilamente un whisky con soda, mientras Tinker iba en busca de la Pantera Gris. Y de un incidente, en apariencia trivial, surgió uno de los misterios más sorprendentes que Blake había hallado en su carrera.

Un hombre de alguna edad, en "plus fours" de aire majestuoso, entró a la galería. Se detuvo para retirar algunas cartas del casillero y sentóse en una silla de tijera, a pocas yardas de donde estaba parado Blake.

Abrió dos cartas, las leyó y las metió descuidadamente en su bolsillo. El tercer sobre pareció intrigarlo. Lo examinó a la luz y finalmente lo abrió con el caño de su pipa.

Un instante después su rostro rubicundo púsose pálido como el de un muerto. Los ojos expresaron horror, sobresaliendo en sus órbitas, mientras contemplaban un pequeño objeto cuadrilongo, que había caído del sobre en la palma de su mano.

Por un momento temió Blake que el hombre se desmayara. En su frente aparecieron gotas de sudor, sus labios se movían sin producir ningún sonido. Luego, con un gigantesco esfuerzo de su voluntad, logró dominar los nervios y se levantó.

El objeto que tenía en la mano podría haber sido un reptil venenoso que lo había mordido, a juzgar por el modo como lo arrojó en la estufa vacía, dándose vuelta para salir de la habitación.

Había algo tan extraño en aquel incidente, que Sexton Blake dejó que la curiosidad venciera ligeramente las leyes impuestas por la corrección.

Nadie lo vió recoger el objeto que el hombre había tirado en la estufa casi con terror. El detective lo examinó en perplejo silencio.

Era un objeto completamente inofensivo... nada más que una ficha de dominó, de hueso y ébano, con siete puntos en su superficie.

—¡Un dominó! El cinco y dos — murmuró Blake moviendo maravillado la cabeza. No podía olvidar la expresión de terrible miedo de la cara del hombre cuando abrió el sobre y descubrió lo que contenía.

¿Por qué la vista de una ficha común, de dominó, lo había afectado así? ¿Qué siniestro significado tenía aquel inofensivo cuadrilongo, blanco y negro, parte de un popular juego de interior?

¿Contenía un mensaje, una prevención o una amenaza? ¿O era sutil recuerdo de algún incidente desagradable del pasado? Blake examinó atentamente la ficha de dominó. Era como la mayoría de las que había tenido en sus manos: dos tablillas separadas, de hueso y ébano, sujetas con un clavito de bronce.

—Es muy extraño — dijo. — Quizá se trate de una broma. Con todo, al tipo le produjo una desagradable sorpresa y no parece hombre de los que se asustan fácilmente.

Blake guardó la ficha en su bolsillo y salió de la casa del club.

Los sonidos impacientes de la bocina indicaban que Tinker había llegado con el auto. Era ya completamente de noche cuando Blake empuñó el volante e hizo marchar la Pantera Gris por la tranquila senda que partía del club de golf.

El viaje de vuelta a Baker Street no debía cumplirse sin accidente ni demora. Habrían hecho un poco más de una milla, cuando una violenta explosión y un barquinazo indicó que uno de los neumáticos había estallado. Blake apretó los frenos e hizo detener el automóvil.

—Encontrarás las herramientas y la rueda de auxilio en su sitio habitual, Tinker — dijo. — Mientras tú te entregas al honrado trabajo, yo me consolaré con un cigarro.

Fué lo que hizo, mientras su ayudante se aplicó, resignadamente, a la tarea de remediar el desperfecto. El accidente había ocurrido en un lugar solitario. Altos árboles flanqueaban el camino y la brisa agitaba sus ramas. Más allá del matorral brillaban algunas luces.

Muchas millas al norte la iluminación de Londres proyectaba un leve resplandor dorado sobre el cielo púrpura.

—¡Al fin! — murmuró Tinker con fervor arrojando ruidosamente la herramienta a la caja. Ni él ni Sexton Blake estaban preparados para lo que ocurrió a continuación.

El silencio fué bruscamente interrumpido por un grito agudo. Luego se oyeron pasos precipitados y ruido, como de alguien que tratara de meterse desesperadamente por entre la maleza.

—¡Demonio! ¿Qué es eso? Me pareció un grito de mujer — exclamó Tinker mirando con ojos dilatados en la obscuridad. — Alguien viene hacia aquí.

Blake se puso en pie de un salto y del extremo de su cigarro cayó una lluvia de chispas. El grito que habían oído denotaba inmenso terror.

Escuchó atentamente, antes de agarrar el farol movible y dirigir su rayo de luz hacia el lado más próximo del camino.

Por un agujero del seto apareció la esbelta figura de una mujer. Parecía a punto de desmayarse, oscilando como un junco mientras estaba parada en la abertura, momentáneamente cegada por la repentina claridad del farol del auto.

Sus ojos aparecían dilatados de terror, su lindo rostro mortalmente pálido. Abrojos y zarzas estaban enganchados en su elegante traje de tweeds y tenía las piernas, bien modeladas en la media de seda, arañadas por su precipitada corrida entre la maleza.

—Venga por aquí... No hay de que asustarse — le gritó Blake con acento tranquilizador. — ¿Por qué gritó?

Jadeante, la joven medio se deslizó, medio cayó por la barranca y atravesó el camino. Temblaba visiblemente cuando se agarró al costado del auto para sostenerse, paseando miradas lastimosas del rostro grave de Blake al curioso y asombrado de Tinker.

—¡Era un hombre... un hombre con una espada! — dijo ella casi histéricamente. — Tropecé con él en el sendero. Estaba todo vestido de rojo. Llevaba una espada.

Tinker lanzó una exclamación consternada. Blake miraba fijamente a la joven, pensando si la sorpresa y el miedo no habrían alterado momentáneamente su razón. Su historia parecía demasiado fantástica para ser cierta.

¡Un hombre vestido de rojo con una espada vagando por Bextead Heath a aquella hora de la noche!

—Es cierto... es cierto — insistió la joven, mordiéndose el labio mientras trataba de serenarse, comprendiendo por el prolongado silencio del detective que no lo creía. — No piense que soy loca. Vi perfectamente al hombre — mostró ella una pequeña linterna de bolsillo en su mano enguantada. — Me asusté tanto cuando lo vi parado delante de mí, con la espada brillando en su mano, que grité y eché a correr.

Se estremeció al recordar el alarmante incidente y dirigió una mirada nerviosa hacia el obscuro y silencioso matorral.

—Todo fué muy claro — añadió, ansiosa por imprimir la verdad de su declaración. — El hombre llevaba pantalón a la rodilla y medias de seda blanca. Tenía una faja alrededor de la cintura y una capa roja, colgando de un hombro. Y un antifaz... un antifaz rojo...

—Claro... Probablemente algún estúpido que iba a un baile de disfraz — sugirió brillantemente Tinker. — Nadie, a menos que esté loco, andaría vagando así vestido.

—Esa sería una plausible explicación — convino Sexton Blake. — Pero, en tal caso, el hombre se hubiera disculpado por el susto que dió a esta señorita.

El detective metió la mano en uno de sus espaciosos bolsilos y sacó una poderosa linterna eléctrica.

—Esperad aquí mientras yo voy a dar un vistazo — dijo brevemente. Subió la barranca y se metió por entre el seto. Abriéndose camino entre zarzas y aulagas, encontró un sendero, apenas marcado, que corría caprichosamente a través de la abierta extensión de Bextead Heath.

El detective iluminó con la linterna en todas direcciones. No había rastros de ser viviente.

Nuevamente empezó a dudar del relato de la joven y estaba a punto de volver al auto, cuando su atención fué solicitada por un objeto obscuro, informe, apenas visible al extremo de su rayo de luz.

Podía ser un grupo de plantas o malezas. Blake avanzó y encontróse con el cuerpo de un hombre.

Estaba tendido de espaldas, el rostro vuelto hacia las obscuras nubes que se amontonaban en el cielo.

El hombre estaba muerto. Blake se estremeció a la vista de las feas manchas de sus ropas y de la horrible herida causada por un arma de punta aguda, que le había atravesado el corazón.

El detective entendía bastante de heridas mortales para comprender que aquella había sido causada por un puñal de hoja ancha o quizá por una espada. En toda su experiencia de criminalista recordaba pocos casos en que la espada se empleara como arma homicida.

Se inclinó más, bañando la figura inerte con la luz de su linterna. El hombre vestía "plus-fours", de modelo llamativo. Su sombrero estaba caído a pocos pies de distancia.

A despecho de la expresión de espanto que desfiguraba sus facciones, Blake reconoció, sin dificultad, al hombre, aunque sólo lo había visto una vez en su vida.

Era la misma persona que estaba sentada en la galería del club, el hombre maduro, algo pomposo, que pareció aterrado a la vista de una ficha de dominó.

II

LA SEGUNDA FICHA

Era evidente que Sexton Blake se encontraba ante una misteriosa tragedia. El sui

Por un agujero del seto apareció una joven, con los ojos dilatados de terror.

cidio quedaba descartado. Nadie podía inferirse a sí mismo semejante herida.

Además, no había ningún arma por allí.

La extraordinaria y casi increíble historia de la joven adquiría ahora un nuevo y siniestro significativo. No quedaba duda de que el hombre asesinado lo había sido con la espada que ella mencionó.

Un misterioso presentimiento de peligro hizo erguirse repentinamente a Blake y mover en círculo la luz de la linterna.

Estaba casi seguro de haber oído un leve crugido entre la maleza que lo rodeaba.

El detective no era cobarde; pero su pulso latía desusadamente mientras sus ojos escudriñaban la obscuridad.

Demasiado tarde divisó la borrosa figura. Por una fracción de segundo el largo rayo de su linterna enfocó un parche movible, escarlata, el frío brillo del acero. Luego la figura desapareció, tragada por la noche, se perdió de vista entre la tupida maleza y los enmarañados grupos de zarzas y aulagas.

Blake corrió un trecho, tropezando en el suelo desigual, antes de comprender la inutilidad de su persecución. Sus nervios estaban todavía vibrantes y tenía la frente húmeda por una transpiración que no era producida por el ejercicio, cuando retrocedió sobre sus pasos, dejando su linterna encendida y señalando hacia arriba, en le sitio donde yacía el cadáver.

Había algo fantástico, de pesadilla, en aquel asunto. Y el relato de la joven era cierto.

—¿Es usted, patrón? — la voz de Tinker, un poco nerviosa, interpeló a Blake, cuando éste pasó por entre el seto y se dejó caer al camino. — ¿Y su linterna? ¿Se le apagó?

El detective contestó vagamente mientras se acercaba a la luz amiga de los faroles del auto.

—Ha ocurrido algo bastante horrible — dijo con acento breve. — Quiero que vayas con el auto a buscar a la policía de Bextead. Yo te esperaré aquí. No pierdas tiempo.

La joven lanzó un grito de alarma.

—La policía — repitió. — No me parece necesario. El... el hombre no hizo más que asustarme y quizá ni siquiera tuvo esa intención.

Blake miró atentamente su bello y pálido rostro. Se había cometido un asesinato y el tenía que obrar con cautela. Aquella joven, tan próxima al lugar del crimen, tenía que ser detenida como sospechosa. Pensaba si le habría dicho toda la verdad, si no tendría un culpable conocimiento del crimen.

—Un hombre ha sido asesinado — dijo con la brutal sinceridad que aconsejaban las circunstancias. — Al parecer, encontró usted a la persona que cometió el crimen. Lamento tener que detenerla hasta que llegue la poli-

cía, a fin de que le cuente usted todo lo que sabe.

O la joven era una perfecta actriz o nada sabía del asesinato. Sus ojos se dilataron de horror, mientras el detective le contaba su descubrimiento. Tinker ya había partido, a toda velocidad, en busca de la policía.

Blake interrogó a la joven insistentemente, pero no sin bondad, mientras esperaban en el obscuro camino, sin más luz que la débil de la linterna de bolsillo de ella y el reflejo rojo del cigarro del detective.

Contestó la joven francamente, sin vacilación. Se llamaba Bárbara Mayne. Vivía con su anciano tutor y una hermana gemela de éste en una casa solitaria, en medio de Bextead Heath.

—Mi tutor es inválido — explicó, mientras estaban sentados el uno junto al otro, sobre la alfombrita del auto que Blake había extendido sobre la barranca. — Escribe mucho y yo le sirvo de dactilógrafa y secretaria. Salí esta noche para echarle al correo algunas cartas. El buzón más próximo está en la encrucijada de los caminos, un poco más adelante de éste.

—¿Eso quiere decir que tuvo usted que cruzar el matorral? Un paseo muy solitario para una joven como usted — observó Blake. — ¿Y esta noche, por primera vez, se encontró con ese misterioso individuo, vestido de pies a cabeza de rojo, que llevaba espada?

—Comprendo que parece ridículo; pero es cierto.

—Sé que es cierto. Divisé yo mismo al hombre — le aseguró el detective. — ¿No vió a nadie más ni oyó ruido de voces o lucha?

—Nada vi, nada oí — declaró Bárbara Mayne sencillamente. — Se cubrió los ojos con las manos. — Pero a ese hombre no lo olvidaré nunca... nunca.

Cayeron en intranquilo silencio, ocasionalmente interrumpido por alguna pregunta de la joven a la que Blake contestaba serenamente. El extremo encendido de su cigarro se amortiguaba y encendía al fumar. Los rumores de la noche les llegaban en el profundo silencio. Estaban completamente solos en aquel camino poco frecuentado, esperando a la policía.

———

Media docena de poderosas linternas iluminaron la escena del crimen, dibujando formas grotescas en el negro matorral.

—Tiene el corazón atravesado de parte a parte — declaró el médico de policía — que formaba parte del grupo oficial, traído por Tinker desde Bextead. — El cuerpo está todavía tibio. Este hombre no hace una hora que ha muerto.

Frunció, pensativo, los labios, mientras examinaba la mortal herida.

—Arma de hoja ancha y doble filo — fué su veredicto. — Un gran puñal o cuchillo de caza.

—¿O tal vez una espada? — sugirió Blake

El doctor convino en ello; pero el inspector Cardish dirigió una mirada ácida al detective. Todos los investigadores privados le inspiraban profundo desdén.

—¿Una espada? ¿De dónde saca semejante idea? Nunca he oído decir que un hombre haya sido asesinado con espada

—Posiblemente hay muchas cosas que no han entrado en la zona de su experiencia — dijo Blake con voz zumbona. — Los asesinos no usan armas reglamentarias. A veces se muestran originales. Todavía no ha oído usted lo que la señorita Bárbara Mayne tiene que contarle.

Bárbara estaba visiblemente nerviosa bajo la mirada del inspector. Contó su historia en voz baja, desfalleciente, entre muchas interrupciones innecesarias. Su descripción del misterioso enmascarado, vestido de rojo y portador de una espada desnuda, dejó al inspector Cardish descortesmente incrédulo.

Quedó un poco más impresionado cuando oyó la versión de Sexton Blake; pero era fácil ver que se inclinaba a creer a la joven más enterada del crimen de lo que aparentaba.

—Registre el cadáver, Tubbs — ordenó a uno de sus subordinados. — Hay que identificar a ese hombre.

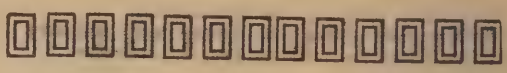
—Eso es fácil de hacer. Conozco bien a este hombre — informó voluntariamente el médico de policía, evidentemente sorprendido de que fuera el único que conocía a la víctima. — Se llama John Pollock y vivía en una de esas grandes casas, del otro lado del matorral. Era corredor de bolsa, retirado. Muy rico, creo. Los papeles hallados en el bolsillo del muerto verificaron su nombre y dirección.

Mientras se atendía a estos detalles, media docena de agentes de policía, provistos de poderosas linternas eléctricas, registraban el matorral en todas direcciones, buscando alguna huella del asesino, tratando de hallar el arma. El inspector mencionó un cuchillo no les habló de la espada.

ser cierta — concedió Cardish agriamente. — Pero no prueba que el hombre que encontró tenga algo que ver con el crimen. ¿Encontrasteis algo, hombres?

El registro había sido infructuoso. Nada habían descubierto que tuviera que ver con el crimen. No había huellas de pisadas, debido a la dureza del suelo y de la densa y enmarañada maleza.

Llegó de Bextead una ambulancia de mano. Fué gentilmente alzado del suelo todo

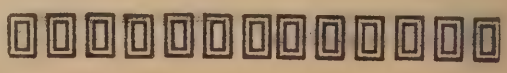


EN EL PROXIMO NUMERO

EL BUDA DE ORO

Una novela de extraordinarias aventuras, por mar y tierra, original de

MAURICE EVERARD



lo que quedaba del señor John Pollock y depositado en la fea camilla.

El doctor Poole, médico de policía, se agachó y levantó algo que había sobre el pasto, aplastado por el peso del cuerpo.

Cardish miró el objeto que tenía el médico en la mano. Se encogió de hombros con indiferencia.

—Nada tiene que ver con el crimen — dijo. — Debe ser una simple coincidencia. Acaso hace días que estaba ahí. Mejor es que se la de al señor Blake. Quizá pueda sugerirle algún cuento de hadas.

Sexton Blake no hizo caso de las sarcásticas palabras y volvió sus ojos al hallazgo.

Era una ficha de dominó. 4-3

¡Cinco - dos. Cuatro - tres! Siete puntos en cada ficha. ¿Significaba algo eso? ¿O nada? ¿Tenían aquellas dos fichas alguna relación vital con la muerte de John Pollock? Pero si la tenían... ¿cuál era?

III

LA TERCERA FICHA

Sexton Blake estaba sentado, desayunándose en su living-room de Baker Street. Apoyado contra la cafetera estaba un diario de la mañana. Junto al plato tenía Blake dos fichas de dominó: el cinco-dos y el cuatro tres.

Repantigado en su sillón, junto a la chimenea, estaba el fornido inspector Coutts, que dividía su atención entre el excelente cigarro que fumaba y el contenido de un vaso que sostenía delicadamente en una mano.

El "Morning Telegram" traía una descripción detallada del misterioso asesinato de John Pollock, el bolsista retirado, a quien se halló con el corazón atravesado por una estocada en Bextead Heath, la noche anterior.

La sensacional historia de Bárbara Mayne sobre el espada rojo, con atifaz escarlata, había sido minuciosamente tratada y estaba el testimonio de Sexton Blake para apoyar la declaración de la joven.

"Hasta ahora la policía no ha descubierto ninguna pista sobre la identidad del asesino" decía el artículo. Ni se ha encontrado motivo para crimen tan atroz. John Pollock no fué robado. Llevaba encima una considerable cantidad de dinero, la que fué hallada intacta.

"El inspector Cardish, de Bextead Heath — que está a cargo de la investigación — cree que el móvil del crimen ha sido la venganza; pero se muestra francamente excéptico respecto a la relación que puede haber entre el asesino y el espada vestido de rojo que se pretende fué visto en las cercanías del sitio donde ocurrió la tragedia. Tampoco cree que una ficha de dominó hallada en donde fué asesinado John Pollock, tenga relación alguna con el crimen".

—Es ahí donde el inspector Cardish y yo no estamos de acuerdo — dijo Sexton Blake. Coutts bebió, pensativo su whisky con soda. Había leído los diarios de la mañana y como mencionaban a Blake se apresuró a ir a Baker Street, para oír de boca del mismo Blake el relato de la tragedia, según dijo, aunque su huésped no dejó de advertir como saboreaba uno de sus exquisitos cigarros.

—¿Cree usted, Blake, — dijo contemplando el cigarro pensativo — que haya alguna relación entre las dos fichas de dominó y la muerte de Pollock?

—Estoy seguro de ello — contestó el detective. — Un dominó fué recibido por Pollock en el club de golf. El hombre se asustó mucho cuando lo encontró en la carta. Se apresuró a retirarse. Menos de media hora más tarde se le halló con el corazón atravesado y una segunda ficha de dominó debajo de su cuerpo.

—Bueno ¿y qué relación hay entre las dos fichas de dominó y el tipo enmascarado, todo vestido de rojo, que llevaba una espada y que usted y la muchacha declaran haber visto bailando por el matorral?

—Cuando sepamos eso, sabremos por qué fué asesinado John Pollock. Pero hay una relación y estoy tratando de descubrirla.

Blake vació su taza, encendió un cigarro y miró, pensativo, las dos fichas.

—Es el crimen más extraño que conozco — dijo Coutts, moviendo perplejo su cabeza roja. — Debe ser obra de un loco. ¿Quién, no siendo loco, se vestirá como para un baile de disfraz y andará vagando con una espada desnuda?

—El asesinato fué, evidentemente, premeditado — indicó Sexton Blake. — La primera ficha le fué enviada como aviso y él sabía lo que significaba. Nunca he visto un hombre más asustado. Cuando salió del club iba a la muerte y quizá lo sabía. La persona que envió la primera ficha dejó la segunda debajo del cuerpo de Pollock.

—Pero... — insistió Coutts obstinadamente — ¿un hombre, en su sano juicio, se tomaría todo ese trabajo de disfrazarse llamativamente y elegir una espada — el arma más visible y molesta de todas — para cometer un crimen?

—Ciertamente parece cosa de locos — convino Blake. — Pero ¿entiende usted algo de dominó, Coutts?

—Durante mi inquieta y alocada juventud, solía jugar en la depravada atmósfera de las casas de te — confesó el inspector.

—Me ha llamado la atención — continuó Blake imperturbable ante la confesión de Coutts — que esos dos dominós son "matadores". Un matador — como usted debe saber, en vista de sus pasadas indiscreciones, es cualquier ficha que tenga un total de siete puntos. La blanca doble va incluída. Los tres matadores restantes son el 6-1, el 5-2 y el 4-3.

Un brillo animado apareció en los ojos del detective mientras su agudo cerebro seguía la línea trazada.

—Matador... la palabra es española — prosiguió. — En su país de origen, el matador es el popular caballero que remata finalmente al toro de una estocada, en una corrida. La palabra misma tiene significado de muerte y...

Blake se puso en pie de un salto.

—¡Matador... asesino o, por lo menos homicida! — exclamó mientras se paseaba agitadamente por la habitación y su descolorida bata roja flotaba en derredor de sus

piernas. — La deducción es obvia. Fué un dominó "matador" el enviado a Pollock como aviso de su próxima muerte. Un segundo matador colocóse deliberadamente debajo de su cuerpo.

—Eso podría explicar la idea de los dominós — admitió Tinker. — Pero... ¿y el asesino? Ese tipo con traje rojo y una...

—Exactamente. Un matador español — dijo Blake ceñudo. — Me pareció que había algo de familiar en la figura descripta por Bárbara Mayne. El hombre estaba vestido de torero, capa roja, espada y todo.

John Pollock fué muerto como se matan los toros en España. Se le atravesó el corazón con una espada de torero.

Coutts y Tinker se miraron. La teoría era sorprendente; pero plausible.

—El hombre que mató a Pollock debe ser una fiera humana — dijo Coutts con voz ronca. — Solamente a un bandido puede ocurrírsele semejante medio de asesinar a un hombre. ¿Cree que sea español?

—No es posible decirlo — contestó prudentemente Blake. — Estamos solamente al borde del misterio. Si pudiéramos investigar la vida pasada de Pollock es probable hallaríamos algún incidente que nos permitiera descubrir el motivo del crimen. Pero Pollock ha muerto y...

El sonido del timbre eléctrico vibró de pronto en la casa. Blake frunció el ceño.

—¡Otro de esos malditos reporters! Me han estado fastidiando desde las siete de la mañana — murmuró irritado. — No estoy en casa para nadie, Tinker.

Anunciada por un golpecito discreto apareció la majestuosa figura de la señora Bardell, precedida por una mano roja que sostenía un tarjetero de plata.

—No quiero ver a nadie esta mañana, señora Bardell — dirigió Blake una breve mirada a la tarjeta que le tendían. — El señor Montague Fennell, que habitaba en alguna parte de Surrey, le era desconocido. — Dígale a ese caballero que estoy ocupado. Dígale lo que le parezca, con tal de que me libre de él.

—Dígale — sugirió brillantemente Tinker — que al señor Blake le ha dado un ataque de hidrofobia y que tres de los visitantes que se atrevieron a molestarlo esta mañana han tenido que ser llevados al Instituto Pasteur.

La insistencia del visitante indicó que la prudente ama de llaves no le había trasmitido el mensaje sugerido por Tinker. Volvió antes de que Blake tuviera tiempo de encender otro cigarro y reanudar la conversación.

—El caballero dice que es "imprudente" (quiso decir prudente) que lo reciba. Me dió esto.

Nuevamente tendió la bandejita.

En el centro del disco de plata había una ficha de dominó.

Era otro matador: el seis-uno.

Sexton Blake no hubiese quedado más sorprendido si la señora Bardell le hubiera presentado el Koh-i-noor.

—¡Cielos, esto si que es raro! — exclamó Tinker.

—¡Otro matador! — balbuceó Coutts. — ¿Quién es el tipo, Blake?

—Un tal Fennel, Montague Fennell — informó el detective, mirando la tarjeta. — Hágalo subir, señora Bardell. Si es una treta de algún reporter para que lo reciba, lo arrojaré por la ventana.

El señor Fennell entró a la habitación con el paso nervioso de un hombre preocupado. Eso descartaba la posibilidad de que fuera repórter. Ningún repórter tendría aire tan tímido.

El obstinado visitante de Blake era hombre de edad, delgado y con aspecto de persona acomodada. Vestía correctamente. Se hallaba en estado de agitación extrema. Sus labios se contraían y movía nerviosamente los ojos al mirar por turno a los tres ocupantes de la habitación.

—¿Cuál de vosotros, caballeros, es el señor Blake? — preguntó.

Blake se indentificó con una inclinación de cabeza y mostró la ficha de dominó.

—¿Qué significa esto, señor Fennell? — preguntó bruscamente. — ¿Por qué me la mandó?

—Habiendo leído esta mañana los diarios juzgué que le interesaría — dijo el hombre cándidamente. — Y pensé que me aseguraría mejor que cualquier otra cosa, una entrevista.

—Alabo su astucia.

El detective indicó, con el gesto, una silla. Presentó también al inspector Coutts y a Tinker.

Montague Fennell pareció aliviado al verse en semejante compañía. Pareció más a sus anchas, cuando estuvo sentado. Se enjugó la frente con un pañuelo de seda.

—Esa ficha de dominó me llegó esta mañana por correo — dijo sencillamente. — Precisamente cuando acababa de leer el relato del crimen cometido en la persona de John Pollock, en Bextead Heath.

—¿Conocía usted a John Pollock? — preguntó interesado Blake.

—Muy bien. Fuímos socios por más de treinta años y continuamos siendo muy amigos después de retirarnos de los negocios. Me conmovió y horrorizó su espantosa muerte.

—Pero no lo sorprendió ¿verdad? — dijo Blake bruscamente, disparando un tiro al azar.

—Sorprenderme, precisamente, no — confesó Fennell. — He venido a verlo, señor Blake, por que tengo motivos para creer que estoy en peligro de sufrir el mismo destino que el pobre Pollock.

El rubicundo rostro de Coutts se iluminó al oír esto. Inclinóse hacia adelante al oír esto.

—¿Sabe por qué fué asesinado? — ¿Conoce al asesino? — dijo. Era más bien una acusación que una pregunta, por el tono con que fué hecha. Pero Fennell movió negativamente la cabeza.

—No sé más que la policía quien asesinó a John Pollock — dijo sin intención. — ¡Ojalá lo supiera! Ni siquiera imagino por qué fué cometido ese crimen.

—O por qué está usted amenazado del mismo destino — dijo Blake secamente — ¿Tie-

ne que contarme alguna historia que arroje luz sobre este asunto, señor Fennell?

—Le diré todo lo que sé —, convino el visitante ansiosamente. — Pollock y yo, como antiguos socios y miembros del mismo club, nos veíamos con frecuencia. Hace una semana él estaba preocupado por una extraña carta que recibió. Era una carta amenazadora, donde se le avisaba que sufriría muerte violenta y estaba firmada por...

—¿El Matador? — aventuró Blake.

Fennell lo miró sorprendido.

—Exactamente. Estaba firmada por un misterioso individuo que se llamaba a sí mismo el Matador. Le decía a Pollock que recibiría cuatro avisos de muerte, tres de los cuales vería. El cuarto señalaría su muerte. Le sería entregado... después.

Fennell se detuvo para enjugar la húmeda frente. Blake esperó con paciencia. La exactitud de sus recientes deducciones se iba comprobando. Cuatro mensajes de muerte... cuatro fichas de dominó, cuatro matadores.

El mismo había visto a Pollock recibir la tercera, la noche antes en el Golf Club de Bextead Heath. La cuerta había sido dejada debajo de su cadáver.

—Al día siguiente, — prosiguió Fennell, jugando nerviosamente con el cigarro que había aceptado, — Pollock encontró una ficha sola en su correo. Lo consideró broma, hasta que se dió cuenta que era un matador: el seis-uno.

Dos días más tarde, recibió el segundo matador, cuando ya no le quedaba duda de que se trataba de un mensaje de muerte, para lo que se le había dicho que se preparara. Llegó impetuosamente al punto culminante de su relato:

—Esta mañana, — dijo con voz ronca — al abrir el diario me encontré con que Pollock había sido asesinado a un tiro de piedra de su casa. Y que una ficha de dominó, el 4-3 se había descubierto junto a su cadáver... huella a la que usted solo, señor Blake, pareció conceder importancia.

—Es muy sencillo — dijo Blake con modestia. — Vi a Pollock recibir la tercera ficha en la casa del club esa noche y noté su expresión de miedo y horror. Su historia no está aún completo, señor Fennell. ¿Cuando recibió el primer aviso del Matador?

—Dos días después que Pollock el suyo. Era una carta parecida que, en un arrebato de cólera, arrojé al fuego — explicó con acento de pesar Fennell. — Cuarenta y ocho horas más tarde llegó el primer dominó por correo. Esta mañana, antes de que me repusiera de la emoción sufrida al saber el asesinato de Pollock, me llegó la segunda ficha.

—De modo que todavía la falta a usted recibir dos fichas — dijo Coutss con una franqueza que ponía los pelos de punta. — La cuarta no le interesará a usted mucho, si ha de aceptarse como correcta la versión sobre el asesinato de su amigo. Ahora... oigamos el resto.

—¿El resto de qué?

—El resto de su historia — dijo con aspereza Coutts. — No nos ha dicho usted todo lo que sabe. ¿Por qué fué asesinado Pollock? ¿Quién es el Matador?

Montague Fennell enrojeció de indignación.

—Me ofende semejante sugestión — protestó con calor. — Siento que mi vida está amenazada y he venido a verlo al señor Blake para pedirle consejo y, posiblemente, protección, ya que él solamente parece haber comprendido algo del misterio que rodea la muerte de mi amigo. Si conociera yo la identidad del Matador, sería el primero en denunciarlo.

—Tome otro cigarro y un trago, señor Fennell — sugirió Blake plácidamente. — En el fondo de su cerebro también existía la idea de que faltaba algo en la historia de su visitante. — No creo que usted conozca la identidad del Matador. Pero... ¿no podrá aventurar algo sobre ella?

—Temo ser algo escaso de imaginación.

—Yo lo guiaré — prosiguió Blake pacientemente. — Por lo que hasta ahora sabemos. Pollock y usted han sido las únicas personas a quienes el Matador envió esos mensajes de muerte. Eso es, en sí mismo, un punto importante. ¿Teníais un enemigo común? ¿No puede pensar en alguien que tuviera razones para desear vuestra muerte?

Fennell vaciló y movió negativamente la cabeza.

—No, no puedo — dijo con acento vacilante. — No puedo pensar en alma viviente que tenga el más mínimo motivo para asesinarme a mí o al pobre Pollock.

Blake entrecerró los ojos. Había advertido la vacilación de Fennell y también su ligero énfasis al decir "alma viviente". Eso sugería que, si había tenido enemigos peligrosos, estos habían muerto.

—Piense bien — insistió — Usted y Pollock eran viejos amigos. Trabajaron juntos y en los negocios es fácil crearse enemigos, sobre todo si se tiene éxito.

—Yo gané mucho dinero y Pollock también — admitió pomposamente Fennell. — Pero no recuerdo que nos creáramos encarnizados enemigos. No puedo ayudarlo, señor Blake. Quiero que usted me ayude a mí. He

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

venido en busca de consejo y protección y estoy dispuesto a pagarlos bien.

Blake frunció el ceño. Las palabras lo hirieron. No era siempre dinero lo que él buscaba con sus servicios. Pensaba todavía que Fennell ocultaba algo; no quedaba la menor duda de que el hombre estaba mortalmente asustado.

—La policía — dijo al fin — puede proporcionarle protección y no le costará a usted un penique. Mi consejo es... que se dirija a la policía. Esto tampoco le costará nada.

Coutts moió aprobando la cabeza. El rostro de Fennell expresó desaliento.

—No quiero recurrir a la policía. — Parece... parece cobardía — prosiguió con inseguro acento. — ¿No puede darme otro consejo, señor Blake? Tiene usted delante a un hombre que puede estar muerto... asesinado, dentro de veinticuatro horas — añadió con tono dramático. — ¡Un hombre que habrá acudido a usted... en vano!

Blake siguió impasible. Miraba pensativo el extremo de su cigarro. Se decía si un tercer aviso del Matador no persuadiría a Fennell a añadir más detalles a la historia que había relatado.

—Hasta ahora no ha recibido usted más que dos fichas — dijo tolerantemente. — Según el procedimiento seguido con Pollock, no se hallará en verdadero peligro hasta que no llegue a sus manos la tercera.

Fennell se extremeció ante aquella sugestión.

—Puede llegarme en cualquier momento — dijo inquieto.

—Cuando llegue, — sugirió Blake, no sin bondad — enciérrese en su casa y mándeme llamar en seguida. Combinaremos nuestros esfuerzos. Usted teme al Mátador y yo deseo... encontrarme con él.

Montague Fennell comprendió que la entrevista podía darse por terminada. Se fué de mala gana; pero evidentemente algo más tranquilo por la promesa del detective de visitarlo si había necesidad.

—Ese hombre — dijo Coutts enfáticamente — oculta algo. Debe tener alguna idea sobre quien asesinó a Pollock y ahora lo amenaza a él con la misma medicina. Pero tiene miedo de decirlo... aun más miedo que del Matador, sea quien fuere éste.

—Por una vez estoy de acuerdo con usted — dijo Blake con una chispa de malicia en sus ojos grises. — Hay algo en el pasado de Fennell, relacionado con este asunto, que él no quiere divulgar, aunque signifique protección para su vida.

Por un rato discutieron el caso y todos sus puntos peculiares. Coutts se aferraba a la idea de que el asesino de Pollock era español. Blake prefería creer que el hombre tenía alguna razón para distrazarse de torero cuando estaba a punto de cometer sus alevosos crimenes.

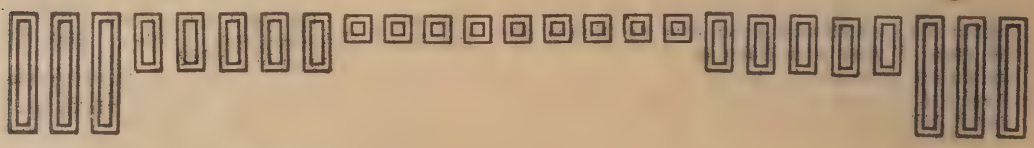
Cuando Coutts se levantó para retirarse apareció la señora Bardell con una carta que había encontrado en el casillero. Sexton Blake la examinó pensativo. Le estaba dirigida; había sido traída personalmente porque no tenía estampilla ni sello del correo.

Al abrir el sobre cayó al suelo un objeto que resonó sobre las baldosas de la estufa.

Era una ficha de dominó.

¡El matador había elegido una tercera víctima!

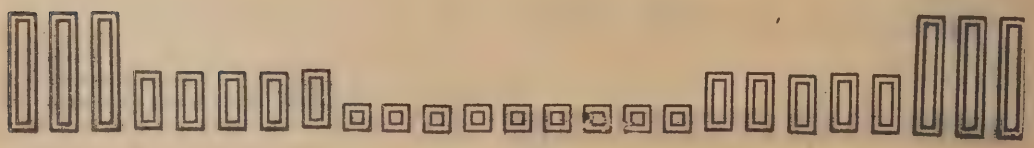
(Continuará)



Aventuras de SEXTON BLAKE

EL ESPADA ROJO

Continuará en el próximo número de Pucky



CADENAS del DESTINO

Por PHYLLIPS LEWIS

I

COMO SE HACE UN LADRON

CUANDO Larry Hoods nació, su linda pero disoluta madre sintió lo que debieron sentir los dueños de esclavos cuando adquirían uno más.

El chico era algo que podía serle útil aún antes de que supiera hablar; alguien a quien, más tarde, obligaría a hacer su voluntad, que por mucho que le pesara su yugo, tendría que soportarlo.

Larry no conoció nunca a su padre. Cuando fué mayor, su madre, en sus momentos de sentimentalismo, solía decir entre lágrimas que había sido madre y padre para él, despertando en el niño un prejuicio hacia los padres, casi tan fuerte como el que sentía contra las madres.

De su madre sólo recibió una cosa favorable: la hermosura. Ciertamente no era más atractiva cuando el niño pudo empezar a apreciarla, porque sus delicadas facciones, a causa de la bebida, parecían pequeñas islas de un mar de carne.

No es propio llamar a esa mujer inmoral, porque esto supondría algún sentido de la moralidad. Y a la señora Hoods le faltaba, no solamente sentido moral, sino sentimientos decentes de cualquier cosa.

Cuando Larry era pequeño, aunque ella no pasaba necesidades — su hermosura la aseguraba contra esto — acostumbraba a vestirse de harapos y utilizaba a su hijo como pretexto para mendigar. Había descubierto que la gente da con más facilidad limosna a la mujer que lleva una criatura en brazos. Creyendo el cuento de viejas que la ginebra impide crecer, acostumbraba a dar a su hijo pequeñas dosis de su misma vaso, esperando así prolongar su primera infancia.

Cuando Larry fué demasiado grande para cargarlo, se le ocurrió la idea de llevarlo por las calles y hacerlo fingirse "sordo-mudo". Lo enseñó a que hiciera como si no oyera, ni pudiera hablar. Si le desobedecía, lo castigaba brutalmente.

El esfuerzo de aquella mente infantil, pues no se atrevía a dar vuelta la cabeza ante ningún sonido — no obstante la natural curiosidad de la infancia, que es su fuente de conocimientos — y al mismo tiempo la prohibición de abrir sus labios, lo dejó moralmente inválido.

Había mucho en favor de la cruel habilidad de su madre que Larry pudiera aumentar de este modo sus recursos. Porque el esfuerzo hubiera sido enorme aún para un adulto. Sólo el miedo más espantoso puede asegurar el silencio anormal de un niño; pero Larry nunca lo quebrantó.

Menos capaz que la mayoría de los niños

de su edad para expresar sus pensamientos con palabras, no por eso dejaba su pequeño cerebro de funcionar activamente, sintiendo un odio mudo, pero apasionado, contra el mundo, deseando llegar a ser grande para hacer sufrir a su vez a las personas, para que le temieran.

Antes de cumplir Larry los seis años intervinieron las autoridades escolares de modo que aquella forma particular de tortura, que tan provechosa resultaba a su desalmada madre, se concluyó. Sin embargo, el daño irreparable ya estaba hecho. La iniciación de Larry en la vida había sido tan brutal que nunca pudo reponerse de ella, nunca se desarrolló en él el sentido normal de la moralidad o el conocimiento de las responsabilidades sociales, que se presenta naturalmente a la mayoría.

La furia de su madre, cuando comprendió que el dinero que su hijo le proporcionaba tan fácilmente se terminaba, no conoció límites. Descargó sus iras contra el mismo niño.

A los nueve años era Larry, en pequeña escala, un ladrón bastante perfecto. Tenía que serlo. Su madre le daba de comer solamente cuando traía con qué. Estaba ella ahora tan dada a la bebida que su humor variaba. A veces lloraba delante del niño, diciendo que era el único consuelo de su pobre madre y que tenía que crecer y ser bueno para ella, que se mataba trabajando para él; otras lo insultaba espantosamente, calificándolo de carga, de estorbo, de hijo ingrato que la arruinaba. La sensible naturaleza de Larry se había endurecido tanto que le hacía temer más los raptos de afecto de su madre que sus iras. No podría haberlo expresado con palabras; pero aquellos modales afectuosos lo asqueaban.

Perversamente, quiso la naturaleza que a pesar de las miserias y malos tratos, creciera Larry erguido y fuerte. Pero la expresión de su cara era dura. Sus ojos, azul obscuro, grandes y rasgados, indicaban en él conocimientos que no eran los de la infancia.

Actualmente, su lucha por la vida era tan severa como la de cualquier adulto y no tenía ni la mentalidad ni la fuerza de éste. Le fué así robada su infancia sin que se le diera nada en cambio.

A los doce años comprendía perfectamente el estado de su madre o, mejor dicho, su falta de estado, aún en su humilde comunidad. La juzgaba con la falta de ternura que merecía por su crueldad con él. Pero no faltaba a Larry capacidad para querer, si alguien hubiese solicitado su afecto. Prueba de esto es que, una vez que un muchacho mayor habló de su madre con descortesía, peleó contra él como un gato salvaje, inspirado por cierta obscura lealtad, no a la mujer que era ella actualmente, si no a la que, en sus secretos pensamientos, hubiera deseado que fuera.

A los catorce años, se produjo en la vida de Larry una crisis. Aunque parezca extraño, su madre se casó. El padrastro era un compañero digno de ella, estúpido, tosco y avaro; pero, cosa más rara aún, honrado.

Por consiguiente, cuando Larry trajo a su casa objetos evidentemente robados, su sorpresa fué sincera y, creyendo obrar en bien del muchacho decidió darle una feroz paliza. Larry se quedó completamente maravillado. Miró con expresión suplicante a su madre seguro — por lo menos tan seguro como podía estar respecto a ella — de que lo defendería, prohibiendo a su marido tocar a quien no hacía más que cumplir sus órdenes por espacio de muchos años.

Pero la madre de Larry comprendió que su marido no la perdonaría al saber que moralmente era ella la ladrona y no Larry.

Por lo tanto se cubrió el rostro con el delantal y declaró que no sabía cómo podía haber caído sobre ella la maldición de semejante hijo.

Larry apenas sintió los golpes que caían sobre él. Su mente era un caos. Quizá de su desconocido padre, junto con muchos defectos, había heredado algunos átomos de caballerosidad y delicadeza. Porque determinó que, no obstante su traición, no delataría a su madre ante aquel extraño.

Soportó silenciosamente la paliza; pero sin apartar un momento los ojos de su madre.

Con el primer golpe, había tomado la resolución de huir de su casa. Pero deseaba primero hablar unas palabras con su madre. No experimentaba más que un ciego deseo de herirla, como ella lo había herido y los balbuceos con que la mujer trató de explicarle su traición, fueron interrumpidos con estas palabras:

—Me voy para siempre. Voy a vivir por mi cuenta. Y antes de irme, quiero decirle que me he callado por cariño a usted la otra noche. Lo hice por que me dió vergüenza revelarle quien es... ¿Comprende?

La señora Hoods era muy capaz de representar la comedia de una mujer ebria, justamente indignada. Con los brazos en jarras, el rostro amoratado de furia, preguntó imprudentemente.

—¿Y qué soy yo, vamos a ver?

Sin acalorarse demasiado, Larry se lo dijo y terminó con un:

—Y ahora que lo sabe, me voy.

—Haces bien — chilló la mujer. — Mejor es que te vayas antes de que te echo, pedazo de...

No prestó él atención a sus palabras. Miró por última vez la cocina que era sala, comedor y su propio dormitorio, combinados.

Estaba en el desorden de costumbre. La loza, saltada y sucia, nadaba en la pileta, en agua grasienta, como siempre. Automáticamente ladeó Larry la cabeza, como lo había hecho desde sus primeros años, para ver los glóbulos de aceite que reflejaban luces multicolores, contemplados desde cierto ángulo.

Miró la mesa, sobre la cual su madre que siempre había creído ser una "dama", por nacimiento y educación, había puesto una carpeta, manchada, de terciopelo granate,

En un tiempo, lo recordaba Larry ociosamente, la carpeta había tenido encaje alrededor. Este encaje era color crema. Ahora, los pocos pingajes que quedaban eran grises, de puro sucios.

El linoleum del piso ostentaba las señales les de muchos platos descuidadamente derramados. La atmósfera era pesada; olía a comida rancia y mal preparada.

El diván roto, en que había dormido tantas noches, siempre vestido en invierno, por que su madre nunca pensó en comprarle sábanas ni mantas, tenía ahora encima una sartén, añadiéndose así una mancha más a las incontables de grasa y tizne que año tras año habían ido contribuyendo a su mugre. Sabía Larry que no tenía más que levantar el almohadón rojo de la cabecera para encontrar un parche obscuro, hecho años atrás, cuando su madre, en un arrebato de cólera, le arrojó un plato de sopa caliente. Recordaba que él lo había esquivado muy bien.

Con todo, aquello era su hogar, el único hogar que había conocido y tan fuerte es la garra de la costumbre, tan poderoso el lazo de la familia que halló sorprendido Larry al dejarlo que algo se desgarraba en él.

Miró a su madre que todavía hablaba, jurando y amenazándolo. Su nariz, pequeña y bien formada, estaba roja, con los poros grandes y abiertos. Su boca caída en los ángulos, castigo de todas las ebrias. Sus ojos, antes grandes y de dulce mirar, parecían, debido a la hinchazón de los párpados y las ojeras casi tan pequeñas como los de los cerdos.

Una prisa repentina por alejarse de aquella horrible mujer reemplazó en Larry la momentánea pena que experimentaba.

Sin decir otra palabra, se dió vuelta y huyó.

Así se separó Larry Hood de su familia.

Y tal fué el preludio de su entrada, como persona independiente, en un mundo compuesto, en su mayoría, por personas felices y normales

---

Al incorporarse a la sociedad, los sentimientos de Larry hacia sus semejantes eran como los de un tigre. La lección de su infancia había sido bien aprendida y podía resumirse en una breve frase "Atacar o ser atacado". Los malos tratos habían despertado necesariamente en su interior todo lo que había de fiero y agresivo.

Estaba sombríamente resuelto a que nadie volviera a explotarlo otra vez. Que si había que explotar, él sería el explotador.

Era una reacción natural y no prueba, en realidad, de instintos criminales. Era aún Larry, en muchos sentidos, un niño, incapaz de fijar sus relaciones con el mundo y a menudo infantilmente asustado de la gente y de lo que podría hacerle, aunque hubiera preferido morir a confesarlo.

En sus sueños, volvía a menudo a aquellos días terribles en que no se le permitía hablar o dar señales de que oía; se despertaba con los nervios en tensión, bañado en sudor frío. Revivía una variedad de episodios en los cuales figuraba su madre y esto sólo era

LECTURA EMOCIONANTE, de aventuras, de acción y de misterio, cuidadosamente seleccionada de los mejores autores modernos, es lo que se obtiene comprando todos los viernes PUCKY magazine.

suficiente para mantener encendida en él la llama de su inarticulado odio a la humanidad.

La reputación de su madre le había impedido asociarse con niños de familias respetables. Los hombres y mujeres, que se preocupaban de sus hijos, sabían que la amistad entre niños significa que estos frecuenten mutuamente sus casas. Y no querían que sus hijos entraran en relación con la señora Hoods. Por consiguiente, Larry no había conocido más que jóvenes granujas, esos infelices chiquillos para quienes sus padres o tutores no temen las "malas compañías" porque no han conocido otras.

Muy naturalmente pensó en aquellos mismos compañeros, cuando se separó de su madre. Había otra razón para esto quizá y era su hábito de pensar que sólo entre el elemento malo se encontraría a sus anchas. Había dentro de su ser una curiosa sensibilidad que le hacía temer el desprecio, otra razón para alejarlo de las personas respetables.

Tenía sinceramente miedo del mal que podría hacerle a cualquiera que lastimara sus sentimientos. Había llegado a un punto en que no podía soportar más. Y deseaba no caer en manos de las autoridades. Lo perseguía aún ese miedo vago de ser enviado a un reformatorio, que obsesiona al niño ignorante. Tenía las ideas más fantásticas acerca de los tratos que reciben los niños al cuidado del Estado y, en cierto modo, era esto un bien porque le impedía dar rienda suelta a sus más salvajes impulsos. Por otra parte lo mantuvo entre muchachos de muy baja estofa.

Trabajando algo y robando la mayor parte de lo que necesitaba, logró mantenerse y vivir. No duraba mucho en una tarea y esto lo ayudaba a eludir a la policía. Trabajaba hoy aquí, mañana allá y nunca cometía robos de importancia suficiente como para que la gente, que echaba de menos las cosas, después de irse él, diera parte a la policía.

Cuando llegó a hombre, mejoró su aspecto. Como siempre le había desagradado la suciedad de su madre, andaba arreglado y limpio. A los veinte años era un muchacho alto, blanco y rubio, cuyos ojos azul obscuro y bien cortadas facciones tenían gran atractivo.

Ante la mirada distraída, no aparecía el joven salvaje que alentaba debajo de aquel agradable exterior, aquel salvaje que nadie trató de domar o civilizar.

Tenía aptitudes naturales para la mecánica y cuando consiguió trabajo en una casa que vendía aparatos eléctricos y donde ganaba un sueldo decente, pensó un momento si no le convendría seguir el camino recto.

Esta idea no tuvo origen en ninguna fuente moral. Es que estaba sencillamente cansado de andar de la Ceca a la Meca y tener siempre miedo de algo. Pero siendo sólo asunto de conveniencia, no podía arraigarse el buen deseo en su corazón y cuando sus compañeros lo tentaban o le reprochaban el abandonarles, renunció a él.

Siguió trabajando porque le gustaba manejar aquellos aparatos eléctricos y usar su habilidad para las composturas o reformas. Pero su labor honrada no le producía ni la cuarta parte de lo que ganaba por otros medios. Y puesto que creía no deber nada a una sociedad que no lo había protegido, nunca se despreció a sí mismo, ni lamentó no ser como la mayoría.

En las obscuras reconditeces de su mente, torcida sin culpa, alentaba todavía su odio y su temor a la humanidad y sentía que cada cosa que le quitaba era en pago por lo que "ella", simbolizada por su madre, lo había hecho sufrir.

Un hombre joven, buen mozo y simpático, que tiene dinero para gastar, no puede pasar inadvertido a las mujeres. Pero Larry sentía hacia las mujeres una secreta aversión, originada en los sentimientos que le había inspirado su propia madre.

Tenía la idea de que eran cortadas todas por el mismo modelo y que si daba a una mujer ocasión de hacerle daño, sin duda se lo haría. Debajo de las dulces palabras que las muchachas le decían, oía siempre la voz odiosa de su madre, cuando lo tocaban, sentía no sus caricias, si no la garra que lo sujetaba antes de descargar el golpe.

De haber seguido su propia inclinación, en aquel período de su vida hubiera alejado de él a las mujeres. Pero en todos los círculos hay convenciones y entre los jóvenes malhechores con quienes se trataba, él no tener con quistas lo hubiera puesto en ridículo, un ridículo que era demasiado sensible para afrontar. Por consiguiente, hizo sus conquistas; pero con amargura, con resentimiento, sin que una chispa de afecto despertaran en él las jóvenes que sucesivamente aparecieron en su vida.

En realidad, las trataba con una crueldad que era fanfarronada; la fanfarronada de los que tienen miedo de demostrar miedo.

Para él el amor era un asunto sombrío y funesto.

Hubiera continuado llevando esa clase de existencia a no ser porque, a la edad de veintitres años, llamó la atención de un hombre muy distinto de aquellos con quienes acostumbraba a asociarse. Este hombre era un americano, que seguía la costumbre americana de "jefe de pandilla". Se llamaba Cyrus Hoad. Cyrus se encaprichó con el muchacho y decidió tomarlo por su cuenta.

Como muchos ladrones americanos, Cyrus era malhechor una parte del tiempo y el resto ciudadano respetable. Por su modo de vivir, era refinado y bastante simpático. A este respecto, para Larry resultó una revelación.

Su trabajo consistía en mezclarse con la gente rica, hacerse invitar a sus casas apreciar el valor de lo que podía ser robado y emplear los hombres que se especializaban en aquel "lado mecánico de la operación", como él decía, es decir abrir las cajas fuertes y llevarse el botín.

Estaba por los métodos progresistas, modernos, y ningún juez experimentaba más desprecio por el ladrón vulgar que Cyrus. Como había simpatizado con Larry, se propuso enseñarle esos puntos de vista y, aunque parezca extraño, fué por motivos puramente filantrópicos que indujo al muchacho a cometer "robos más grandes y mejores", como era su divisa.

La primera cosa que Cirus enseñó a su discípulo fué que era absurdo ser malhechor en lo que él llamaba "vida privada". Enseñóle a vestirse, a hablar, a comer sin apretar demasiado el cuchillo. Y lo instruyó también en lo que llamaba "la ciencia del juego".

—Larry, hijo mío, — le dijo — lo malo de los ingleses en nuestro negocio es que no estudian bien el campo. No pesan la situación, como hacemos en Estados Unidos. Nosotros trabajamos sobre una base económica, como los banqueros o bolsistas de Wall Street La mayor parte de los ladrones ingleses debieran ser conductores de camiones o mendigos. No tienen ni técnica ni fineza.

Larry, sin ninguna ironía, defendió a sus compatriotas, declarando que podían ser tan buenos ladrones como los de cualquier nación; pero Hoad refutó sus palabras y le preguntó con cierto sarcasmo si podía decirle cuantos robos, de la clase que él, Cyrus, realizaba, se habían cometido en los dos últimos años. Larry, asombrado movió la cabeza dudoso.

—¿Un año, entonces? — insistió Hoad y finalmente: — ¿Seis meses... un mes...?

Larry no pudo contestar.

—No sabes absolutamente nada — dijo Hoad con acento compasivo. — No eres más que un niño en el negocio. ¿Puedes decirme cuanto dinero tienes apartado para cuando salgas, si te toca uno, dos, siete años de cárcel?

Larry lo miró interrogadoramente.

—No sé a donde quiere ir a parar — confesó con humildad.

—Y bien, viejo, voy a explicarme — le dijo su amigo.

Sacó de su bolsillo un pedazo de papel. En él estaban anotados veinte delitos. Los nombres se hallaban escritos junto a las sentencias y en la misma línea se mencionaba el valor de lo robado por la persona sentenciada. Debajo de esto, un cálculo demostrando lo que esa suma, bien invertida, podría producir. Y al margen una observación, de puño y letra de Hoad, sobre si el castigo había sido o no proporcionado a las ganancias.

Llamaba a esto su "calendario" e insistió en que Larry lo estudiara cuidadosamente.

—Cada mes, — explicó Hoad — hago un examen para estudiar las condiciones del negocio. Un hombre debe calcular sus ganancias contra el riesgo de ser encarcelado, por si vale la pena ese riesgo. Y si no, debe dejar a un lado el negocio. Ha de averiguar el promedio de sus beneficios y las probabilidades de ser enviado río arriba y emprender el negocio solamente en la convicción de que, aunque le ocurra lo primero, saldrá ganando... ganando fuerte.

—¿Río arriba? — preguntó dudoso Larry.

—Quiero decir a la Casa Grande... a la cárcel — respondió brevemente Hoad.

La fría y deliberada opinión de preferir la cárcel a la pobreza no le chocó a Larry. Cualquier cosa que dijera Cyrus parecíale admirable. Larry, que jamás había tenido un alma que lo ayudara, sintióse agradecido. A su vez tomó cariño a Cyrus, sintió que le debía la lealtad de un niño a un héroe. Por consiguiente estudió más a conciencia los preceptos de su amigo y aceptó sin objecciones su código. Deseaba demostrarle a Cyrus, por la total aceptación de sus ideas, un aprecio que no hubiera podido demostrarle con palabras.

Después de duro trabajo para perfeccionarlo en el delito, creyó Cyrus que había llegado el momento de presentar a sus amigos a Larry Hoods.

Los nuevos asociados de Larry eran muy distintos de los rateros con quienes se había relacionado antes de cambiar bajo la influencia de Cyrus. Eran la aristocracia de su profesión, hombres astutos, inteligentes, que para los no iniciados parecían pertenecer a la clase más respetable.

Larry mismo no era ya más el malhechor de ocasión, el muchacho que había quebrantado las leyes, descuidada e indiferentemente porque lo habían acostumbrado a hacerlo. Se había vuelto pensador y era más peligroso por eso mismo.

Cyrus, que le profesaba cierto humorístico afecto, le dió consejos cuidadosas respecto a su futuro. No le parecían bien las muchachas con quienes Larry se relacionaba e insistió que debía encontrar algo "más distinguido", lo más pronto posible. Se oponía al exhibicionismo, a todo lo que pudiera llamar la atención. Le propuso a Larry que pasara por un electricista bien pago, con negocio propio.

—Múdate a alguna casa de pensión respetable — le aconsejó prudentemente. — Eso de ir por las noches a los cabarets y a los hoteles caros, donde después de todo, lo observan y conocen a uno, es una equivocación. Los pistoleros lo hacen... pero ¿qué puede esperarse de estúpidos como esos?

Larry miró suplicante a su madre, seguro de que prohibiría a su padrastro que lo castigara por cumplir sus órdenes.

Cyrus Hoad sentía por los pistoleros de su país el más alto desdén. Despreciaba en todo tiempo la violencia. Hizo sobre el tema muchas observaciones a su partidario.

—¿Nunca pensaste en lo que significa la huelga decretada por las Asociaciones Obreras, hijo? — le preguntó a Larry, a modo de ilustración. — La amenaza de huelga es cosa muy buena; pero la huelga, propiamente dicha, un error. Prueba debilidad, demuestra que algo lícito sólo pudo obtenerse por la fuerza y por el peligro que va unido a ella. Bueno, lo mismo ocurre en nuestro campo. Un hombre hábil debe conseguir lo que busca, sin recurrir a la violencia. Yo nunca he tenido una pelea después de los diez años.

Larry gozaba con las disertaciones de Hoad e invariablemente le animaba a que continuara. Con este fin le preguntó:

—¿Quiere decir que nunca se ha ido a las manos con nadie?

—Nunca — contestó Hoad enfáticamente. — Aunque una vez sentí la tentación de haberlo. Un cana joven, uno de esos gallardos policías de aquí, me preguntó una vez si llevaba armas. "Yo... ¿por quién me toma?" le pregunté. Casi le dí un puñetazo en la cabeza; pero luego recordé mi buen nombre. Retrocedí a tiempo y le dije: "Debería usted pedirme disculpa. Me ha insultado" "Disculpe" me dijo y yo le repliqué. "Sería lástima que la policía hiciera de mí un hombre violento". Y él: "Chico, no hay quien pueda hacer nada de usted". Esto podía tomarse en dos sentidos; pero yo preferí aceptarlo como una disculpa: "No diga más, dije". La policía siempre está sujeta a malas influencias y no puede ser juzgada tan severamente como la demás gente".

Larry se rió encantado. Con la amistad de Cyrus se había desarrollado en él una propensión al humorismo, poniendo un poco de luz en su vida, hasta entonces gris.

(Continuará)

Esta es la historia, dramáticamente humana, de Larry Hoods, víctima de circunstancias implacables, que aumentará en intensidad a cada capítulo. No pierda ningún episodio de ella.

El marido. — Oye lo que dice este diario: que las ratas son las conductoras de la peste bubónica.

La esposa. — ¿La peste bubónica mata a los que se enferman de ella?

—Sí.

—Y entonces, ¿cómo es que no se mueren las ratas?

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

AL llegar el día habían descubierto el rastro dejado en el bosque por los fugitivos y así llegaron hasta la orilla del arroyo. Luego siguieron el curso de este revisando las orillas con gran cuidado. Unos doce hombres habían sido enviados hacia la parte donde el arroyo se unía con el Río Rojo. Don Guzmán Carrero no dejaba nada a la eventualidad, aun cuando tenía la convicción de que los fugitivos no habían marchado en aquella dirección.

Por eso él, había ido con el grupo que realizaba la busca hacia arriba, contra la corriente de las aguas.

En la parte alta había también un grupo, de otros tantos hombres, revisando las llanuras y vigilando el desierto, por si los fugitivos habían dejado el arroyo y se habían aventurado por allí.

Pero don Guzmán, no confiaba en que los otros encontraran nada. Conocía ya las modalidades del muchacho de Texas y sabía que habría tratado de borrar las huellas caminando por el arroyo. Allí era donde los encontraría.

No pensaba causar el menor daño a la muchacha cuyo cariño filial justificaba su conducta, haciéndola merecedora de elogios, tampoco tenía encono contra el muchacho de Texas, a quien admiraba y respetaba, con la pasión con que un hombre valiente, puede sentir por otro tan valiente como él. Pero en cuanto al traidor... ¡para él sería implacable!

Pero en aquellos lugares había infinidad de sitios donde los fugitivos podían haberse refugiado y por ello el avance se efectuaba en forma lenta. Pero no por ello desmayaba el hombre de la junta de Olillo. Sus hombres exploraban roca por roca, y hendidura por hendidura. El marchaba por el centro del arroyo montado en su caballo. Detrás iba otro hombre conduciendo los caballos de los demás y algunas mulas de carga. Entre el grupo de los animales iba el caballo de Río Kid, que había sido alcanzado al seguir su rastro en el bosque y que había sido enlazado.

La búsqueda continuaba y uno de los hombres que iba más adelante que los otros, se detuvo y agitó en alto su sombrero sin pronunciar una palabra.

Una sonrisa de satisfacción desplegó los labios de don Guzmán. ¡Al fin se había dado con lo que buscaba!

Río Kid había estado durmiendo pesadamente durante las horas de calor mientras sus perseguidores los buscaban sin descanso. Pero de haber estado despierto, no hubiera podido hacer nada más que esperar el desarrollo de los acontecimientos. Los otros podían haber perdido la huella y aun cuando la hubieran encontrado, ya despertaría cuando llegara el momento de peligro, y despertó de pronto.

Una sombra había pasado por su cara. Era la de un jinete que se había detenido en la parte alta de la barranca y miraba hacia el interior de la hendidura. Río Kid, sin moverse pudo ver los negros ojos del mejicano que observaban con detenimiento el lugar. Comprendió que había sido visto y aquello suponía el fin de su aventura...

La detonación y el fogonazo de su revólver dieron señal de su presencia y el mejicano se salvó de una bala por la fracción

de un segundo... Estrella y don Antonio se despertaron alarmados.

—¡Dios mío, se acerca el fin! — gimió el viejo.

—¡Señor, señor! — exclamó Estrella. — ¿Ya están aquí?

Río Kid se hallaba ya de pie y su semblante estaba serio.

—Creo, señorita, que por desgracia ya no hay nada que hacer, — dijo. Don Guzmán ha sabido descubrir el rastro. No han servido de nada nuestros sacrificios. ¡Nos han alcanzado!

—¡Salve a mi padre! — dijo la muchacha con terror. — ¡Señor! ¡No le importe de mí! ¡Salve a mi padre!

—No le pondrán una mano encima mientras yo pueda disparar mi revólver, — dijo con calma el muchacho. — Usted vaya al fondo de la cueva y trate de ampararse para que no le de ninguna bala. ¡No tardarán en atacarnos!

La muchacha estaba serena, pero todo el temor que tenía era por la suerte que podía correr su padre.

No tardaron en oírse por el lado del arroyo gritos de alegría y de ira mezclados con el ruido de pasos y el chapotear de las patas de los caballos en el agua. Por la parte alta, también se oían voces. Los fugitivos estaban cercados y el fin había llegado. La lucha desesperada que Río Kid había temido tantas veces, se hallaba allí, y no tardaría en comenzar. Pero él vendería cara la vida de sus amigos y la suya propia, y para ello tenía en las manos sus dos revólveres de seis tiros.

Una figura avanzó hasta la entrada de la hendidura y cuando Río Kid se disponía a hacer fuego, el otro levantó una mano desarmada. El muchacho de Texas vió entonces que era don Guzmán Carrero.

—Otra vez nos hemos encontrado, caballero, — dijo políticamente el hacendado. — No tengo nada que reprocharle a usted. Ha hecho realmente milagros por salvarlo, pero ya no hay más recurso que ceder. ¡El final ha llegado!

—Usted lo ha dicho, amigo, — respondió serenamente Río Kid. — Ustedes me tienen cercado y creo que no hay más recurso que morir matando.

—Sin duda, señor, — agregó sonriendo don Guzmán. — Pero usted puede convencerse de que de nada le ha de servir exponer la vida contra treinta hombres que le tienen cercado...

—He dado mi palabra a la señorita y la cumpliré, aunque muera. No tocará usted a ese hombre mientras yo pueda mantener en mi mano el revólver. Empiece la lucha tan pronto como quiera.

—Es usted un hombre valiente, señor, — dijo el mejicano. — Sentiría mucho que sufriera usted algún daño. Una vez más le ofrezco una oportunidad. Aquí tengo su caballo, se lo entrego a usted, y también otro para la señorita. Márchense a donde quieran, pero déjenme al viejo lobo. Ahora yo lo tengo en mi poder. Usted ha hecho todo lo que podía hacer, y mucho más de lo que hubieran hecho otros. Pero nada consigue contra lo inevitable. No haga derramar sangre por un capricho.

Río Kid sacudió negativamente la cabeza

—Usted seguramente es un caballero, — dijo. — Pero yo también lo soy, y no faltaré a mi palabra. Nadie pondrá una mano encima del viejo mientras yo maneje mi revólver. Apártese de ahí y deje que empiecen a llover las balas.

El mejicano lo miró en silencio. En su semblante se manifestaba claramente la contrariedad. Hubiera deseado poder convencer al muchacho y evitar la lucha, una lucha desesperada, salvaje, en la que acaso muriera el muchacho.

Pero sus ojos alcanzaron a ver al traidor, toda la ira volvió a dominarlo, y apartándose a un lado exclamó:

—¡Como usted guste, señor!

—¡Vamos a la fiesta! — exclamó Río Kid.

Se oyeron pasos precipitados de los mejicanos. Los revólvers de Río Kid empezaron a sonar. Se oyó un grito de angustia de Estrella y otro de terror del viejo Antonio. Del lado del arroyo se había iniciado el ataque y al mismo tiempo también por la parte alta avanzaban los mejicanos. Río Kid se vió pronto rodeado de hombres que esgrimían revólveres, rifles, machetes y cuchillos. Los gritos eran ensordecedores y se mezclaban con el estampido de las armas.

La muerte rodeaba al muchacho que era atacado por todas partes, pero Río Kid se mantenía defendiéndose desesperadamente hasta que una bala lo sumió en la oscuridad, y le hizo caer entre un grupo de adversarios.

Cuando cayó Río Kid, los mejicanos penetraron en la hendidura y con gritos de triunfo se apoderaron del traidor de Olillo.

¡DE REGRESO!

Río Kid abrió los ojos. Al abrirlos los volvió a cerrar, debido a que los rayos del fuerte sol le molestaban.

No había entrado en sus cáculos que volvería a abrirlos en aquellas soledades del desierto mejicano.

¡Vivía! ¡Y él mismo se hallaba asombrado de hallarse con vida!

La cabeza le dolía enormemente y la tenía cubierta de sangre y de polvo. No tardó en comprender que se hallaba herido. Llevó la mano a la parte dolorida y notó que había sido alcanzado por una bala. Una bala que había estado cerca de dar por terminada su vida. Una pulgada más abajo de donde había tocado y Río Kid hubiera pasado a otro mundo.

Tenía el cabello mojado. Alguien, sin duda, lo estaba curando.

Cuando volvió a abrir los ojos, vió cerca de él a don Guzmán Carrero. El mejicano le sonreía. Era una sonrisa un poco irónica, sin dejar de ser amistosa.

De él, fué la mirada de Río Kid hacia Estrella, que se hallaba arrodillada a cierta distancia. Tenía el rostro cubierto con las manos y los sollozos agitaban convulsivamente su cuerpo.

El muchacho de Texas se dió rápidamente cuenta de lo sucedido y su mano fué con

rapidez en busca de un arma. Pero no tenía ninguno de sus revólveres.

No descubrió rastro alguno de don Antonio y comprendió que mientras él se hallaba desvanecido el traidor había pagado su acción con la vida.

—¡Diablo! — exclamó incorporándose. — Dígame, ¿qué ha sido de don Antonio?

Don Guzmán se encogió de hombros.

—¡No hemos seguido el rastro durante días y noches, ni hemos perdido gente en la empresa, para perdonarle al final! — respondió.

—¿La señorita? — preguntó Río.

—La señorita no ha visto nada. Don Antonio Pascual ha pagado su traición; no hay que hablar más de él, — exclamó Carrero. — No tema nada por la señorita. Nosotros somos unos caballeros y la joven se halla tan a salvo entre nosotros como pueda estarlo en su casa, con su familia. En cuanto a usted, señor... Se detuvo con una extraña sonrisa en los labios.

Río Kid se mordió los labios.

—No crea que voy a pedirle nada. Usted me ha vencido y verá cual es su juego. Es usted un valiente. Prométame que llevará a la señorita a un lugar seguro y yo acataré lo que determine de mi suerte, sin una exclamación. ¡Resuelva lo que quiera!

—¡Ya está resuelto, señor! — exclamó, llevándose la mano a la cabeza vendada.

—Usted respetó mi vida cuando la tuvo a merced suya.

—¡Creo que si le hubiera matado ayer, hubiera sido mejor para todos!

—¡Tal vez no! — agregó Carrero. — Usted me respetó como un hombre valiente y yo le he respetado a usted. Yo también se manejar un revólver y puedo poner la bala donde la ponga un vaquero de Texas. Ha sido una bala mía la que lo ha desmayado porque aun en el calor de la lucha, no quise matarlo. Mis hombres pedían su vida... pero, para algo soy el amo. ¡Vive usted, señor, y vive para que acompañe a la señorita Estrella hasta Olillo.

—¡Cómo! — exclamó asombrado Río Kid.

Después de permanecer largo rato en silencio, preguntó:

—¿Usted me ha perdonado deliberadamente la vida?

—¡Sí, señor! Me hubiera remordido la conciencia matar a un hombre valiente como usted. Entre nosotros no había cuestión alguna; el hombre a quien usted generosamente defendía, ha pagado con la vida su delito, y eso es el final de la cuestión. Aquí está su caballo, en la montura están sus armas. Ahora nos separaremos para siempre. Alejémonos uno del otro, como buenos amigos.

Río Kid se puso de pie. Su caballo su tan querido compañero Coceador, se encontraba allí cerca y junto a él había otro caballo y una mula.

—¡Don Guzmán! He dicho que usted era un hombre de honor y lo confieso nuevamente. Su proceder es digno de admiración. ¡Es usted uno de los buenos!

—¡Y usted no se queda atrás, señor! —

Cuando abrió los ojos vió cerca de él a don Guzman Carrero y algo más lejos a Estrella.

PUCKY

dijo Carrero, y tendió su mano a Río Kid.
— ¡Adiós, señor texano!

—¡Adiós, señor! — respondió Río.

Don Guzmán Carrero montó en su caballo y se dirigió por el arroyo siguiendo a sus hombres que ya se habían alejado por allí.

Río Kid quedó en aquellas soledades con Estrella, a la que dirigió palabras de consuelo por la muerte de su padre.

. . . . . .

Algunos días más tarde el muchacho llegaba a las calles de Olillo con la muchacha mejicana cabalgando a su lado.

La había llevado a salvo, cruzando el desierto hasta su pueblo, sin que durante las muchas ocasiones que tuvo para ello, la expresara cuáles eran los pensamientos que hacían acelerar los latidos de su corazón.

Pero Río Kid, no dejaba de pensar en un ranch en la región ganadera de Méjico, con una mujer de negros ojos que lo acompañara.

Llegaron a la casa del ya desaparecido don Antonio, y la sorpresa de los peones que pertenecían a la hacienda fué mucha al ver a Estrella acompañada de un desconocido. Después de dejar en su casa a la muchacha, él se marchó a una fonda.

Al día siguiente Río Kid fué a visitar a la joven a la que encontró muy pálida, pero ya repuesta de las fatigas del viaje. El muchacho esperaba una oportunidad para manifestarla cual era su sentir respecto a ella, pero vacilaba, enrojecía, y las palabras no salían de sus labios.

Durante la conversación fué pronunciado por la muchacha, en repetidas ocasiones, un nombre que le llamó la atención.

—José, va a quedarse admirado cuando yo le refiera todo lo que ha ocurrido desde que nos fuímos. — y como sin duda notara en los ojos de Río Kid una mirada de interrogación agregó. — ¡José en mi novio!...

Río Kid lanzó un suspiro. Jamás había pasado por su imaginación que Estrella estuviera comprometida con nadie.

La joven insistía en que Río Kid, conociera a José y se hicieran amigos, pues, dijo que ya le había hablado de la generosidad, del valor y de la nobleza del texano, pero el muchacho de Frío no tenía mucho interés en conocer al que hacía que sus pensamientos tuvieran que tomar otro rumbo. El ranch y la muchacha de ojos negros, eran cosa que tenían que ser olvidados por el momento.

—Sí, señorita, — exclamó lentamente. — Ya lo creo que conoceré a su prometido... Debe ser una persona muy agradable cuando usted ha puesto su cariño en él... Pero, el caso es, que yo me he entretenido mucho con sus asuntos y estoy obligado a marchar en seguida.

—¿Y no va a volver, señor? — preguntó Estrella. — ¡Cuando usted vuelva!...

—¡Seguramente! ¡Eso es, cuando yo vuelva!

Claro está que, interiormente, pensaba Río Kid que no volvería por allí. Marchó a la fonda, ensilló su caballo y una hora después salía de Olillo en dirección al Oeste.

EL COMPLOT

La casa de campo aparecía solitaria, cercada por tupidos bosques. Río Kid pensó inmediatamente de verla que el hombre que la había hecho contruir era muy afecto a la soledad.

Durante millas y millas el vaquero de Texas había marchado por estrechos senderos sin pensar a dónde lo conducirían, e indiferente respecto al lugar en que se detendría al seguirlos.

No iba en busca de fonda o posada alguna. Sabía por experiencia lo que aquello significaba y además llevaba consigo cuanto necesitaba para acampar dónde y cuándo quisiera, ya que disponía de todo su tiempo sin apuro por llegar a ninguna parte determinada.

Se hallaba muy lejos de suponer la existencia de una mansión en un lugar tan solitario como aquél, y cuando apareció ante sus ojos la casa, detuvo su caballo y amigo, y permaneció inmóvil observándola.

Era un día muy caluroso, uno de los más calurosos que había pasado en Méjico, y el muchacho se sentía muy a gusto bajo la sombra de los tupidos árboles. Así había llegado al final de una avenida hasta encontrar la casa, rodeada de jardines y de árboles, cuyo color verde brillaba bajo los rayos del fuerte sol.

Evidentemente se trataba de una casa de campo construída por algún rico mejicano. Por su aspecto, el edificio parecía haber sido levantada hacía muchos años, acaso en la época de la dominación española, y sus paredes estaban hechas en forma tal que tenían algo de fortaleza, en previsión de posibles ataques, de quién sabe qué enemigos.

Como la generalidad de esas construcciones, no tenía ventanas que dieran al exterior. Todas debían dar a un patio central, que Río Kid no podía ver. En las cercanías de la entrada se veía durmiendo dos o tres peones.

Río Kid se hallaba acostumbrado a la franca hospitalidad que lograban los viajeros en la región del Oeste, pero temía aventurarse a solicitarla en aquel país donde los procedentes de los Estados del Norte no gozaban de grandes simpatías. Además suponía que no habría peligro alguno en acampar en los bosques que rodeaban el edificio.

En vista de ello, después de permanecer algunos instantes observando la casa, dió vuelta a Coceador y tomó por un estrecho sendero que llevaba al corazón del bosque por donde había llegado hasta allí.

El sendero era muy estrecho y su avance por él se hallaba dificultado por las ramas bajas de los árboles y las abundantes lianas y otras plantas trepadoras. Debido a ello el muchacho de Frío echó pie a tierra y avanzó llevando las riendas de su caballo al brazo. A pesar de la frondosidad del bosque, el calor se hacía sentir con fuerza y Río Kid deseaba hallar un lugar propicio para acam-

Desde lo alto de la rama Río Kid pudo distinguir a los dos hombres que hablaban.

par teniendo abundante y fresca agua cerca.

El murmullo de un arroyo llegó hasta sus oídos y encaminó hasta allí sus pasos. Se detuvo poco a poco y dirigió una mirada a su alrededor.

El ruido de las aguas se oía al otro lado de una pared de plantas muy espesa, y la experiencia le había enseñado lo difícil que era abrirse paso ante un obstáculo de esa naturaleza. Río Kid era un hombre perseguido en su país, pero respetaba la propiedad agena y vaciló antes de abrir un camino con su cuchillo en lo que consideraba perteneciente a algún rico hacendado mejicano.

Mientras permaneció indeciso sin saber qué resolución tomar que no repugnara a su leal modo de pensar, oyó el rumor de voces.

Aquel bosque no estaba tan solo como al principio había podido pensar. Los que hablaban lo hacían en español y al parecer no se hallaban a mucha distancia del sitio en que él se había detenido.

El español era un idioma familiar a Río Kid, quien se había perfeccionado en sus conocimientos durante el tiempo que había estado en Méjico. Pero los que hablanban lo hacían en una forma que Río Kid no podía distinguir con claridad las palabras.

Eran dos personas las que hablaban y por la entonación, una de ellas debía ser el patrón y el otro uno de sus servidores.

Hubo un momento en que uno de ellos levantó la voz y el muchacho de Frío oyó con claridad la palabra ¡muerte!

Río Kid hizo un gesto de asombro. ¿Quién hablaba de muerte en aquel solitario lugar?

La voz del que hablaba en aquella forma era clara y firme, aun cuando el muchacho no había podido sorprender hasta entonces más que la terrible palabra.

Respondió el otro, pero no era posible saber lo que decía. A ello volvió a contestar la voz del patrón, siempre en el mismo tono de entereza e incomprensible.

Río Kid estaba parado delante de su caballo y meditaba acerca de la situación. En algún otro sendero del bosque, ocultos por las ramas y malezas, había dos hombres que hablaban de algún asunto serio. Uno daba órdenes en tono de encono y había llegado hasta a usar la palabra ¡muerte!

Aquello le hizo suponer la existencia de un gran peligro para una tercera persona. Río Kid no tenía deseos de mantener lucha con nadie, y temía caer entre una gavilla de bandoleros o algo por el estilo. Por otra parte deseaba llegar cuanto antes al arroyo para apagar su sed y la de su caballo.

La precaución era una segunda naturaleza en Río Kid, y resolvió tratar de oír algo más para poder orientarse, antes de correr al riesgo de que su presencia fuera descu-

bierta. Dejando al caballo oculto a un lado del sendero, el vaquero de Texas trepó a un árbol y avanzó por una de las gruesas ramas hacia el sitio donde se hallaban los que estaban hablando. Aquella rama era muy gruesa y larga y pudo así deslizarse por ella y con la agilidad de un jaguar.

Pudo listinguir el arroyo que lo había atraído y la desembocadura de un sendero que llegaba hasta su orilla, y por el que sin duda habían llegado allí los dos hombres que hablaban.

Río Kid, oculto entre las ramas del árbol pudo distinguir a los dos hombres. Uno de ellos era joven, bien vestido con rostro de facciones atrayentes pero de expresión rara. En los momentos en que estuviera sobre sí debía ser agradable, pero cuando se abandonara, como entonces, demostraba sus instintos que debían ser perversos y ajenos a todo escrúpulo. Sus labios eran delgados, sus ojos relucían y en general su expresión era amarga, salvaje y de encono.

El otro era de más edad, de rostro moreno medio cubierto por la barba. Llevaba a la cintura un cuchillo y un revólver. Río Kid no necesitó una segunda mirada para comprender que era un tipo de los denominados "valientes", una especie de matón o bandolero de la sierra.

Supuso el muchacho que algo tramaban, para que dos personas, al parecer de tan distinta condición social, tuvieran un encuentro en aquella parte de la sierra y hablaran de muerte. ¿A quién amenazaban? Río Kid, supuso que si oía algo más, podría darse cuenta de ello y acaso tratara de intervenir para evitarlo.

Las voces se oían ya con claridad y el muchacho no perdía ninguna palabra de las que los otros pronunciaban.

—¡Muerto! Le digo. Gómez ¿Para qué cree que le hubiera llamado de no ser así? ¿Será acaso, don Carlos el primer hombre al que ha asesinado por una determinada cantidad?

El valiente asintió.

—No es cuestión de precio, don Pedro... Pero como don Carlos es su primo.

Don Pedro lanzó una especie de rugido, que recordó a Río Kid el de una pantera acorralada.

—¡Eso no le interesa a usted, Gómez!

—¿Etá enfermo el señor Jiménez? —preguntó el llamado Gómez.

—No, está en cama. No se siente bien y eso es todo. Ha cido confiar mi vida en la ciudad, y ha cometido la tontería de ponerse en contra mía. Yo antes era bien recibido en la casa, pero ahora me he encontrado con que Carlos es el favorito. Como le he dicho el pícaro viejo envió a Méjico a un sirviente de confianza quien se habrá informado de mi clase de vida allí... y cuando haya sabido...

Pedro se detuvo.

—¿Cuando haya sabido la verdad? —continuó Gómez.

—Cuando se haya enterado de todo puedo considerarme un hombre arruinado, —agregó don Pedro rechinando los dientes. —Eso no puede tardar en ocurrir y estoy tomando mis medidas por anticipado. Usted se entenderá con Carlos. Ya le he indicado dónde se encontrará dentro de una hora y nadie reparará en un disparo en estos bosques. En cuanto a mi viejo tío, yo me entenderé con él.

Río Kid pudo ver desde su escondite la terrible expresión que alquiría el semblante de don Pedro. Era terrible, siniestra.

—Comprendo, señor — dijo Gomez. — Yo me encargo de don Carlos. Pero.

—¡Mil pesos! — respondió el joven mejicano.

—La palabra de un caballero como usted es oro, señor — continuó el bandido. — Pero yo también he oído algunas historias de las que han llegado a conocimiento del viejo Jiménez. Sus deudas, señor, forman una montaña tan alta como la Sierra Madre. La muerte de don Carlos, no le hará a usted más rico mientras viva su viejo tío y según tengo entendido, y usted mismo me dice, se halla enfermo, pero no para morir.

Don Pedro no respondió. Pero la mirada que dirigió al bandido le hizo retroceder a este un paso y palidecer ligeramente. Evidentemente comprendió lo que quería decir aquella mirada y no habló más al respecto.

—¡Por todos los santos! — murmuró el bandido — usted debe tener alojado al demonio en su corazón, don Pedro.

—¡Eso es asunto que no le interesa a nadie! — rugió el otro. — Haga su trabajo y no dude de que tendrá sus mil pesos.

—Fío en su palabra, señor.

—¡Basta ya!

Hablaron algunas cosas más y luego los dos hombres se separaron. Don Pedro marchó por el sendero y el bandido quedó en el mismo lugar, preparando su revólver.

RIO KID QUEMA POLVORA

—¡El asunto parece que tiene alguna gravedad! — murmuró Río Kid, quien permaneció vigilando.

Por lo que acababa de oír, supuso el muchacho de Texas que la casa de campo que se levantaba cerca de allí, era del señor Jiménez, el viejo tío a quien habían aludido en su conversación los dos canallas, y a quien pertenecía todo aquel terreno. El viejo debía ser también, el tío o el padre de don Carlos desde que éste y don Pedro eran primos.

Ya empezaba a lamentar Río Kid no haber intervenido con su revólver de cabo de nogal en la conversación de los dos infames y consideraba que el peor de ellos era don Pedro.

Suponía también por lo que había oído, que era este un joven calaverá, jugador y cuyos desordenados gastos lo tenían lleno de deudas, al extremo de haberle hecho planear fríamente el crimen y recurrir para que lo ejecutase à un bandido de la sierra. Seguramente que enviaría sin escrúpulos a su primo al lugar donde habría enviado con

anticipación al bandido que había de darle muerte.

Pero don Pedro se había alejado ya y el bandido permanecía en el mismo lugar y aquello era lo que por el momento interesaba a Río Kid, ya que él era el encargado de matar.

Río Kid no pensó ni un momento en volver a donde había dejado su caballo montar en él y alejarse de aquel lugar donde posiblemente, no hallaría más que motivos de disgusto y acaso algún peligro.

La vida de un hombre se hallaba amenazada en una bastarda emboscada y el no podía permitirlo. En consecuencia había resuelto tener bien vigilado, al tal Gómez considerando que él trataría de llevar a cabo la misión que le habían confiado. Desde lo alto del árbol lo observaba con detención.

Según lo que había oído la víctima llegaría a un determinado punto una hora más tarde y Río Kid se hallaba dispuesto a seguir a Gómez cuando este se pusiera en marcha.

Pero el bandido continuaba sin moverse.

Después de examinar su revólver y considerando que se hallaba bien preparado para la odiosa tarea que iba a realizar, dejaba pasar el tiempo ociosamente, liando cigarrillos y fumándolos uno tras otro. Río Kid estaba cada vez más asombrado, aquel hombre parecía no tener prisa por dirigirse al lugar donde había de encontrar al otro.

Pasaron largos minutos y el mejicano, continuaba quieto y fumando. Al fin tiró al suelo el cigarrillo que tenía en los labios y se encaminó hacia un grupo de mesquite donde se ocultó. Así desapareció de la vista de Río Kid dejando solo visible para éste la copa de su sombrero.

Entonces comprendió el muchacho.

La emboscada había sido preparada en aquel mismo lugar. Era por el sendero que conducía hasta el arroyo por donde el llamado don Carlos había de llegar y Gómez, emboscado, donde ahora se hallaba, lo tendría al alcance de su revólver.

Tan pronto como se convenció de esto, Río Kid se dispuso a entrar en acción.

El asesino, esperando la llegada de su víctima no miraba más que el lugar por donde éste había de presentarse. Ni siquiera sospechaba que pudiera haber por allí cerca otra persona. Río Kid se movió con toda precaución. En cualquier momento podía aparecer don Carlos, ya que hacía casi una hora que don Pedro se había marchado, dejando a Gómez preparado.

Río Kid se escurrió hasta la otra rama de un árbol cercano y por él descendió hasta el sendero. Se hallaba no más que a una docena de pasos del punto donde estaba el asesino emboscado. Ya llevaba su revólver Colt en la mano.

Esperó oculto tras el tronco de un árbol.

Pocos instantes después se oyó el ruido de pasos por el sendero que conducía al arroyo. Una vez más alcanzó a distinguir el cañón de un revólver.

De pronto, el que se acercaba apareció, caminando en forma apresurada a lo largo del sendero.

Era un muchacho de agradable presencia, con un parecido al que había visto antes, que denotaba el aire de familia. Pero el aspecto general de este era mucho más atrayente. No dudó ya de que era el llamado don Carlos el que avanzaba por aquel camino, bien ageno a que marchaba hacia una emboscada.

El brazo del bandido se levantó armado con el revólver apuntando hacia el que se aproximada. Los negros ojos del asesino brillaron mientras tomaba puntería.

—¡Bang!

Fué el revólver de Río Kid el que sonó primero.

El bandido lanzó un grito de dolor. En su brazo apareció un reguero de sangre y dejó caer el arma que sostenía.

Furioso por lo que le había ocurrido, abandonó toda precaución y salió de su escondite para avanzar hacia el sendero, mirando alrededor como una fiera para tratar de descubrir quien era la persona que le había atacado.

El joven mejicano se había detenido a algunos pasos de distancia asombrado por la inesperada escena que se había desarrollado ante sus ojos.

Por un instante Río Kid no prestó atención alguna a don Carlos. Solo miraba a Gómez. El bandido al verlo había sacado un largo y afilado cuchillo y manejándolo con la mano izquierda saltó sobre el vaquero de Tezas como un tigre. Dos o tres segundos de descuido y el arma se hubiera hundido en el corazón de Río Kid.

Pero este se hallaba alerta. Sonó nuevamente su revólver y el banido cayó casi a sus pies con el corazón atravesado por el balazo.

Entonces el muchacho bajó el arma El bandido se hallaba inmóvil. No volvería a realizar ninguna canallada más. El muchacho de Frío, se volvió entonces hacia el joven mejicano.

—¡Cuidado! — exclamó. — No se le ocurra sacar arma alguna — dijo al ver que don Carlos había echado mano a su revólver. — ¡Soy amigo!

Entonces el joven avanzó.

—¿Quién es usted? — preguntó, y fijándose en la forma de vestir de Río Kid agregó respondiendo a sí mismo. — ¡Un vaquero de Texas! ¿no es así?

—¡Así es! — respondió Río Kid. — Kid Carfax es mi nombre... y según supongo usted es don Carlos.

—Me llamo Carlos Jiménez. ¿Pero cómo?... — Dirigió la mirada hacia el caído y al parecer lo reconoció, pues dijo en seguida. — Pero si... ¿Usted ha dado muerte a Ricardo Gómez, el bandido de Iquito? — Su rostro adquirió una franca expresión y añadió. — ¡Ha realizado usted una buena obra, señor! Este pícaro era buscado por la policía mejicana para responder a una docena de muertes por lo menos. ¿Ha-

bía atentado contra su vida, señor?

—Creo que es preferible que le encontrara por estos sitios — manifestó Río. — Si usted es realmente don Carlos, a quien esperaba era a usted.

—¿A mí? Pero cómo?...

—No tengo remordimiento alguno por lo que he hecho. Creo que era una mala víbora. Dígame, ¿quién le hizo venir a usted a esta hora a este sitio?

—Mi primo, don Pedro, fué el que me indicó que viniera — y al hablar miró en torno suyo. — Pero él debía hallarse por aquí...

—Me parece que no lo va encontrar, señor. En cambio dejó a este hombre para que lo esperara a usted.

—¡Señor!... ¿Qué quiere usted decir?...

—Creo que es preferible que le manifieste lo que oí hablar a dos canallas contra un tercero, — exclamó Río Kid. — Usted debe ser puesto al corriente de todo, o de lo contrario lo liquidarán antes de mucho tiempo. Ese bandido de Gómez no ha de ser el único canalla capaz de dar muerte a un hombre, por mil pesos.

—¿Quiere decirme que el pícaro se hallaba preparado?...

—¡En efecto!

—Pero, ¿por quién?

—Por el canalla más traidor de Méjico. Por un hombre llamado Pedro.

—¡Señor! ¡Eso no es posible! Don Pedro Jiménez es mi primo, sobrino de mi padre... ¡Es imposible! Usted está sin duda confundido, señor.

—No hay caso de equivocación.

Y entonces Río Kid explicó todo lo que había oído.

Don Carlos lo escuchó en silencio. Su rostro de color aceitunado se había vuelto pálido y sus labios se agitaban convulsivamente. Pero cuando Río Kid dejó de hablar, sacudió la cabeza y repitió.

—¡Señor! Usted debe estar equivocado. Yo no puedo creer que mi primo don Pedro... Usted ha sido engañado... Se cuentan muchas historias negras acerca de mi primo... Yo las conozco. Pero me resisto a creer que sea capaz de llegar hasta el crímen... No señor, debe haber algún error. El hombre a quien usted se refiere no debe ser don Pedro. Tal vez usted no ha comprendido bien lo que hablaban.

Río Kid, se quedó mirándolo con disgusto. Era evidente que don Carlos se negaba a creer tanta villanía en su primo y, precisamente, era el momento de no dudar.

—Haga lo que tenga por conveniente, amigo, — exclamó. — Yo creo haber cumplido con manifestarle la verdad de las cosas para que esté sobre aviso. Y le afirmo que hoy ha estado usted más cerca de la muerte que nunca.

Don Carlos, asintió.

—No tengo la menor duda, señor de que usted me ha salvado la vida y que ese pícaro se hallaba emboscado esperando que yo llegase. Eso es indiscutible, pero... — sacudió nuevamente la cabeza. — El sobrino de mi padre no puede organizar un complot de esa naturaleza contra mi vida. En eso debe haber algún error. No creo a mi primo capaz de un hecho semejante, ni por toda la fortuna de los Jiménez. No hablemos más de ello, señor.

Río Kid se encogió de hombros.

—Yo creo que el que está equivocado es usted, señor. Pero eso ya no es asunto mío. Yo he cumplido con prevenirle. Ahora voy a tomar mi caballo y si me lo permite acamparé por aquí. Dado que usted es el hijo del propietario de todo esto, supongo que puedo pedirle permiso...

—Señor Carfax. Usted me ha salvado la vida. Yo soy su deudor y todo lo que yo tengo es suyo, — agregó extendiendo la mano a su alrededor. — Usted puede acampar por aquí, o si lo prefiere, venir conmigo hasta mi casa como huésped y amigo mío.

—Ya que estamos hablando como amigos, le confesaré que no me disgustaría pasar una noche durmiendo en una buena cama en su casa.

—¿Una noche, sólo? Todos los días que quiera, — respondió el otro sonriendo.

—¿Y qué vamos a hacer con el cuerpo de este canalla — preguntó Río Kid mirando al bandido.

El mejicano se encogió de hombros, sin darle importancia.

—Dejarlo para que lo devoren los coyotes, creo que es lo mejor que se puede hacer con un ser de esa calaña. Venga, señor.

—Voy a buscar mi caballo y lo acompañaré con sumo gusto. Lo dejé oculto cerca de aquí.

—Haga lo que guste...

—Diez minutos más tarde reaparecía Río Kid llevando a Coceador de las riendas, y los dos jóvenes se pusieron en marcha hacia la casa.

LA NEGRA TRAICION

Desde la azotea que coronaba la casa, Río Kid permanecía mirando como se ponía el sol entre nubes de púrpura y oro.

Su imaginación no descansaba. Se hallaba perfectamente instalado en la casa de Jiménez. No le faltaba nada. Se había quitado el polvo del viaje y había visto como era instalado su tan querido Coceador en un buen establo donde tenía abundante comida y agua, y ahora se hallaba sentado allí entre infinidad de macetas enormes que contenían plantas de todas clases cubiertas con flores de todos colores. Había grandes palmas de anchas hojas.

Se sentía cómodo y descansado, pero su imaginación no descansaba.

Don Carlos que había ofrecido una cortés hospitalidad, indiscutiblemente, satisfecho por lo que había hecho por él. Río Kid sentía simpatía por el joven. Desde que se hallaba en Méjico y había tratado con varias personas, había perdido gran parte de los prejuicios que tenía contra los mejica-

El muchacho de Texas aprovechó el momento para cambiar la colocación de las copas.

nos debido a las historias que circulaban en los alrededores de la frontera; y de todos los mejicanos que había tratado, don Carlos le parecía uno de los mejores. Pero aquello no hacía más que aumentar su preocupación.

Don Carlos, apesar de lo que le había ocurrido y de lo que le había manifestado Río Kid, no se resolvía a creer en la culpabilidad de su pariente. No suponía que su vida corriera peligro por parte de su primo.

Y ahí estaba precisamente el peligro, el verdadero peligro. Ese peligro que Río Kid conocía muy bien. Era más. No dudaba después de oír lo que había oído, que la vida del viejo hacendado estuviera también amenazada. El disipador había planeado el golpe completo, y mientras el bandido Gómez debía dar muerte a don Carlos, él trataría de eliminar, como había dicho, al viejo hacendado.

¡Peligro y muerte envolvían la casa de campo! El viejo lo ignoraba todo, y Río Kid se sentía molesto por el giro que tomaban los acontecimientos. Podía marcharse de allí pero ¿cómo iba a marcharse dejando tras él a don Pedro para que realizara sus delictuosos planes?

Generalmente, Río Kid era rápido para resolver lo que debía hacer, pero en esta ocasión se sentía perplejo.

Había sido presentado y había conversado algunos minutos con el padre de don Carlos, que era un hombre anciano, de cabellos blancos y de muy delicada salud. Pero desde que se hallaba en la casa, no había visto a don Pedro. Seguramente que el pícaro se había alejado de aquellos lugares para no hallarse allí cuando se descubriera el asesinato de don Carlos.

Por cierto que se hallaba bien lejos de

suponer que el plan había fracasado y que el que había muerto en la emboscada era el bandido y no su primo ¿Qué haría él cuando regresara el otro? ¿Qué actitud tomaría cuando le fuera presentado como un huésped de la casa? No deseaba ver a don Pedro, pues dudaba de si podía contenerse para no echarle las manos al cuello y ahogarlo.

Don Carlos había marchado a Iquito, pero antes de partir había manifestado a Río Kid que podía disponer de la casa como si fuera la suya propia.

Se oyó un ruido de pasos por la escalera que conducía desde el patio a la azotea. Varios peones llegaban hasta allí para preparar una mesa y colocar sobre ella algunas frutas, dos copas y una botella con vino. La mesa estaba colocada junto a un grupo de grandes macetas y Río Kid pensó que sin duda aquel era el lugar favorito del viejo para tomar el fresco cuando se ponía el sol.

Pocos minutos después oyó la voz de don Pedro, quien se dirigía a la azotea hablando con algunos de los peones.

Río Kid hizo un gesto de disgusto.

Don Pedro estaba ya de regreso y se dirigía al lugar en que él se hallaba. El encuentro se iba a producir. El muchacho se encontraba solo y como no deseaba verse frente a frente con el criminal, se levantó del banco en que se hallaba sentado y se fué a colocar entre las plantas que rodeaban la mesa y el parapeto de la azotea. Por entre las ramas de las plantas podía ver claramente la mesa. Así esperó el desarrollo de los acontecimientos.

Don Pedro, sin sospechar que hubiera nadie en la azotea, subió el primero y después de dirigir en torno suyo algunas miradas de desconfianza, se acercó a la mesa. Había algo de diabólico en su rostro. Se oyeron en aquellos momentos los pasos de uno de los peones y don Pedro se volvió violentamente hacia el que llegaba, lanzándole una maldición. El peón, asustado, se apresuró a desaparecer.

Don Pedro se acercó de nuevo a la mesa. Su rostro estaba muy pálido y Río Kid sospechó que había llegado el momento culminante de la tragedia.

Después de observar bien y de algunos instantes de vacilación, don Pedro sacó del bolsillo un pequeño frasco. En la mesa había dos copas de brillante cristal. En una de ellas derramó don Pedro parte del contenido del frasco y luego se guardó éste con el resto del líquido que quedaba.

La copa que contenía aquello fué colocada en uno de los lados de la mesa, donde se hallaba situado un amplio y cómodo sillón, el asiento que iba a ocupar el viejo hacendado. Don Pedro llenó la copa de vino y también echó vino en la otra copa, que colocó al lado opuesto.

En aquel momento se oyó el rumor de voces y ruido de pasos en la escalera. El señor Jiménez subía a la azotea.

Don Pedro corrió a su encuentro. Ya estaba de nuevo sobre sí. Su voz era reposada y normal cuando se dirigió a su tío para preguntarle:

—¿Se siente mejor, tío? Ya está preparado su vino. Le ayudaré a ir hasta el sillón.

Río Kid estaba maravillado al ver la serenidad de aquel canalla. La terrible palabra "veneno" no se apartaba de su imaginación.

Pero, ¿no estaría equivocado? ¿Sería aquello una medicina que acostumbrara a tomar el viejo para sus males?

Mas como no quería correr riesgo alguno, aprovechó el momento en que don Pedro se había alejado hasta la escalera y volvía la espalda a la mesa mientras ayudaba a su tío a subir y rápidamente cambió de colocación las dos copas. Tuvo apenas el tiempo necesario para volver a esconderse cuando los otros se acercaron a la mesa.

EN SUS PROPIAS REDES

El viejo señor Jiménez se sentó pesadamente en el sillón. El rostro del anciano demostraba, aparte de los efectos de su enfermedad, señales d un profundo disgusto.

Don Pedro se sentó al lado de la mesa. Río Kid observaba. Las dos copas eran exactamente iguales y el rojo vino ocultaba los restos del veneno que contenía una de ellas. Nada dejaba suponer que la colocación de las copas había sido alterada.

—Parece que no se encuentra usted muy bien, tío, — exclamó don Pedro con cariñosa entonación.

—Así es, Pedro, — respondió el anciano. — ¡Tengo un gran disgusto!

—Beba su vino y olvídelo todo...

—El vino no puede alejar de mi ese disgusto, — respondió el anciano hacendado. — He sabido que mi sobrino, el hijo de mi difunto hermano, es un infame, un canalla. El vino no puede borrar eso...

—¡Me calumnian, tío! — manifestó don Pedro.

—¡No! ¡Me han dicho la verdad! Ya te he perdonado muchas veces, pero esta es la última. No puedes permanecer un día más en mi casa. En lo sucesivo, te arreglarás tú solo. Si quieres ir a mi ranch en Sonora, tendrás allí un lugar para trabajar honestamente y ganarte la vida como todos. Si no accedes a eso puedes regresar con tus amigos los disipadores y viciosos de Méjico, y terminar así la triste carrera que han emprendido.

Hizo una pausa y se llevó la copa a los labios. Los ojos de don Pedro no se apartaban de él. También bebió el joven.

—¡A su salud tío! ¡Por que tenga una larga vida!

El viejo bebió lentamente, pero al fin vació todo el contenido de la copa. En los ojos de don Pedro parecía danzar un demonio, mientras observaba como desaparecía el rojo líquido de la copa del anciano. El joven volvió a llenar su copa y la apuró de un solo trago.

Hubo un largo silencio, que fué interrumpido por el ruido de la llegada de un caba-

llo y pocos minutos después don Carlos, con látigo y espuelas, subía la escalera.

El semblante del viejo hacendado se iluminó al ver aparecer a su hijo.

Río Kid notó que Carlos saludaba afablemente a su primo. Evidentemente no abrigaba contra él la menor sospecha. El rostro de don Pedro, expresó la impresión que le produjo la llegada de su primo a quien creía asesinado por el bandido que había emboscado para ello.

—¿Qué te pasa, Pedro? Pareces asombrado de verme — dijo Carlos. — ¿No habíamos quedado en que nos encontraríamos?

—Sí, sí. En efecto... Pero, no me siento bien, Carlos. Acaso el calor, o algunas palabras muy amargas que me ha dicho tu padre...

—Lo siento mucho. ¡Padre mío! ¿Por qué no disculpas una vez más a Pedro, él se corregirá...

—¡No me pidas eso hijo mío! ¡No merece una palabra de ti!...

—Es mi primo, padre. ¡Mi apreciado primo!... ¿Pero qué es esto? ¿Te sientes mal Pedro?

Don Pedro se había levantado de su silla. Se mantenía dificultosamente en pie agarrado con las dos manos de la mesa. Su rostro se hallaba inmensamente pálido y los ojos parecían saltársele de las órbitas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — murmuró.

El anciano hacendado se alarmó.

—Pedro, ¿qué te pasa? ¿Acaso el vino?...

El canalla cayó hacia atrás arrastrando

Antes de que hubiera podido sacar un revólver, la fiera se había echado encima rugiendo.

el mantel que cubría la mesa y con él, los platos y cuanto había encima.

—¡El vino! ¡Me muero! Y ha sido el vino... ¡Claro está! He sido un loco. ¡Me he equivocado de copa!... He echado el veneno en la mía!

—¡El veneno! — repitió el anciano lleno de terror.

—¿Estás loco, Pedro? ¿Qué dices?

Pero Pedro no respondía. Se había desplomado sobre el suelo. Cuando Carlos se inclinó hacia él, ya no vivía. ¡La fatal droga había hecho su efecto!

De su participación en el final de la tragedia, Río Kid no dijo ni una palabra.

Las últimas palabras del infame y el hallazgo, en su bolsillo, del frasco con los restos del mismo veneno que le había causado la muerte, demostraron su culpabilidad y no había necesidad de que el muchacho hablara.

El anciano hacendado y su hijo supusieron lo que era lógico suponer, que el canalla se había equivocado y había echado el veneno en su propia copa y como era lógico no lamentaron gran cosa su muerte.

Un médico, llamado a toda prisa de Iquito, certificó que la muerte había sido natural y se mantuvo en secreto.

Aquella misma noche, Río Kid ensilló su caballo y partió de la casa, sin experimentar el menor remordimiento por lo que había hecho y hasta satisfecho por haber salvado a aquella gente de los dos canallas complotados.

EN EL DESIERTO MEJICANO

Silenciosa, llevando en sí la muerte, con los ojos centelleantes y los dientes apretados la pantera fué avanzando más, para llegar al punto desde donde había de dar el salto y caer sobre Río Kid, bien ajeno al peligro que corría.

No era cosa muy frecuente que Río Kid pudiera ser tomado por sorpresa, por persona o animal alguno. Pero la fiera había salido de su cubil, situado entre las rocas y había avanzado al amparo de éstas, mientras el vaquero de Texas, con el ala de su Stetson sobre los ojos, contemplaba preocupado la vasta extensión de terreno que tenía ante él.

Río Kid, se había perdido. Durante muchas horas había seguido el camino señalado por el paso de varios caballos y mulas que pasaron por él, pocas horas antes. En alguna parte más adelante, en aquel desierto, debía hallarse un grupo de personas y de animales.

Se encontraba a la sazón en Sonora, uno de los departamentos de Méjico y la región era completamente desconocida para él. Había descubierto por casualidad el rastro aquel cuando se puso en marcha al iniciarse el día, y lo había seguido en la creencia de que lo conduciría a algún pueblo o aldea del desierto o al borde de éste. Pero habían pasado las horas y después de su larga marcha se convenció que el rastro que seguía no conducía a ningún punto habitado, sino que iba más bien hacia la frontera de Arizona en el norte.

Los que marchaban delante de él no se habían detenido durante las horas de calor, pues de haberlo hecho así, Río Kid les hubiera dado alcance o por lo menos los hubiera visto a la distancia. Y se hallaba así completamente solo en aquel árido desierto, caldeado por los rayos fuertes del sol. Aquello le preocupaba realmente.

¿Qué clase de gente era aquella que tenía tanto interés en alejarse de aquellos lugares sin detenerse un instante cuando los mismos coyotes habituados a aquellas regiones se mantenían al abrigo del calor durante el día? ¿Por qué avanzaban de aquella manera que tanto se asemejaba a una huída?

De pronto, el rastro que había seguido, desapareció. Al llegar a la región rocosa toda huella de los animales se había borrado en forma tan absoluta que el vaquero de Texas habituado a seguir y descubrir rastros casi invisibles para cualquiera otro, no sabía por donde continuar su camino.

Por eso se había detenido y observaba la vasta extensión de tierra.

No había hallado durante su marcha, río ni arroyo alguno y su provisión de agua escaseaba. Necesitaba conseguir el precioso líquido para él y para su noble amigo. Coceador. Y pensaba que los que le precedían se hallaría en circunstancias parecidas y debían haber cambiado su ruta para buscar algún manantial o pozo.

Parado entre las rocas, trataba de descubrir a la distancia la presencia de los otros viajeros. Casi en el horizonte pudo distinguir una pequeña nube de polvo e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Se figuraba que allí se encontraban los que buscaba, aún cuando no podía verlos.

Y mientras permanecía inmóvil, la pantera avanzaba hacia él, hambrienta, salvaje, ansiosa de sangre. Su sinuoso cuerpo, cubierto de manchas se detuvo al fin, agazapado y encojido. La fiera se disponía a dar el salto, y Río Kid no sospechaba nada. Sus ojos no veían más que la pequeña nube de polvo que se perdía a lo lejos de la llanura.

—Voy a seguirlos, — murmuró el muchacho. — Si esos hombres no están locos al meterse por aquí, sabrán donde van a encontrar agua y eso es lo que necesito yo también Si resultaran ser contrabandistas, creo que yo soy capaz de tener cuidado de mí mismo. ¿Acaso no soy hombre de las llanuras y aun de los desiertos?

Entonces, al oír un ruido se volvió.

—¡Pero ya era tarde!

Tenía ya encima a la fiera y al golpe que recibió cayó de espaldas.

Antes de que hubiera podido sacar un revólver, antes de que se hubiera preparado para la defensa, la fiera se le había echado encima, rugiendo. Antes de que se apresta-se a la defensa, las terribles garras le amenazaban la garganta.

¡Crack!

En aquel instante se oyó la detonación de un rifle.

Río Kid no se dió al pronto cuenta de lo que había sucedido, pues cuando llevó la mano a su cintura para sacar el cuchillo el pesado cuerpo de la fiera cayó sobre él. Más las garras y los temibles colmillos no le amenazaban ya, levantando la tierra al hundirlas

en el suelo, que estaba cubierto de sangre.

Río Kid se puso de pie y miró asombrado a la fiera.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¡Qué peligro he corrido!

Se preparó en previsión de un nuevo ataque. Pero la fiera no tenía ojos para él. Pocos minutos después su cuerpo quedaba tendido en el suelo e inmóvil.

—¡Diablos! Supongo que el que ha metido una bala en ese cuerpo sabía muy bien el punto donde había de colocar el plomo.

Entonces miró en torno suyo.

El que había disparado el tiro, voluntaria o involuntariamente, le había salvado la vida de eso no tenía la menor duda Río Kid.

Se había considerado completamente sólo en aquel desierto, sin más compañeros que aquellos lejanos viajeros cuyo rastro lo había llevado hasta allí. Pero no sólo había aparecido la fiera, sino alguien que providencialmente, estaba lo suficiente cerca como para hacer el disparo en el momento oportuno.

Río Kid, miró detenidamente en torno suyo sin ver a ser alguno cerca .Su asombro iba en aumento.

—¡Oiga amigo! — gritó. — Ya puede dejarse ver. Ha intervenido usted en el momento oportuno en que había de salvarme la vida y tendré gran placer en estrecharle la mano y manifestarle cuanto se lo agradezco.

Entonces apareció de detrás de una peña un hombre que llevaba un rifle en la mano.

El muchacho de Frío se quedó mirándolo.

El que se había presentado era un mejicano. Un hombre alto, delgado, de aspecto simpático, y bajó su gran sombrero se distinguía un rostro de color aceitunado. Estaba cubierto de polvo, pero su aspecto era atrayente. Sus ropas, así como su sombrero, estaban adornadas con cintas, botones y borlas de plata. Su rostro manifestaba cierta ironía.

El muchacho de Texas, continuaba mirándolo.

—¡Vea amigo! Opino que ha aparecido usted en el momento más prociso. Esa fiera me hubiera destrozado seguramente si usted no la da muerte. ¿Por qué no se dejó ver cuando ella cayó?

—Estaba esperando a cargar de nuevo mi rifle, señor. — respondió el otro. — Podría necesitarlo nuevamente contra usted.

Mientras hablaba había levantado el arma y apuntó a Río Kid.

—¡Manos arriba! — ordenó luego.

—¡Diablo! ¡Pero si yo...!

—¡Manos arriba!

La voz del mejicano no admitía discusión y sus ojos brillaban amenazadores sobre el cañón del arma. Río Kid se hallaba desorientado, pero como veía ante él, la amenaza del rifle, no discutió y puso las manos a la altura de la cabeza.

¿AMIGO O ENEMIGO?

—¡Quédese quieto así! — manifestó de nuevo el mejicano.

Río Kid obedeció riendo.

—Seguramente que no voy a discutirle amigo cuando estoy bajo la amenaza de su rifle — manifestó amistosamente. — Pero no deja de extrañarme su manera de proceder. Si tiene interés en matarme pudo dejar a la fiera que terminara su obra. Seguramente lo hubiera conseguido pronto.

El mejicano que continuaba amenazando a Río Kid con el rifle hizo un gesto de asentimiento.

—Ha sido un error por mi parte, señor — dijo. — Si hubiera dejado a la pantera que terminara su obra me hubiera evitado el disgusto de tener que matarlo yo después. Pero nosotros los hispanoamericanos, somos una raza caballeresca. Hice lo que he hecho en una forma instintiva, sin darme cuenta de ello. Al verlo a usted amenazado de esa manera por la pantera, solo pensé en salvarle la vida a pesar de ser usted un enemigo... un gringo.

Río Kid sacudió la cabeza.

—Indiscutiblemente, soy lo que ustedes llaman a los naturales de Texas. Pero en forma alguna soy su enemigo. Porque, o yo estoy muy equivocado, o no lo he visto a usted nunca antes de ahora.

—En Méjico se considera mentirosos a todos los gringos — dijo el mejicano.

—Eso puede ser que sea cierto en lo que se refiere a algunos — dijo Río Kid sin alterarse. — Nadie me ha llamado a mi mentiroso, sin que haya llevado su merecido. Más usted ha salvado mi vida y no tomaré resolución alguna contra usted aun cuando tuviera un revólver de seis tiros en la mano. Puede estar seguro de ello.

El mejicano lo miró con desconfianza.

No podía ser raro que el muchacho lo tomara por un enemigo. Pero si había dado muerte a la fiera salvándolo, parecía lo contrario. Era aquello una acción que el muchacho de Texas sabía apreciar aun cuando después el mismo rifle lo amenazara a él. Un hombre que salvaba de un peligro como aquel a otra persona a quien consideraba enemigo, no era un hombre de malos sentimientos.

—Usted es un gringo — continuó el otro, — Parece usted ser un vaquero en su país. ¿No es así?

—Así es. Yo acostumbraba a trabajar con las vacas cuando me hallaba en el Double Bar Ranch, en Frío, Texas — respondió el muchacho.

—¿Cómo se llama usted?

—Puede usted llamarme Kid Carfax.

Río Kid estaba muy lejos de su país pero no consideraba necesario manifestar a aquel desconocido que era conocido por Río Kid y perseguido por los sheriffs de Texas y otros estados.

—¿Por qué ha venido siguiendo mi rastro?

Río Kid hizo un gesto de extrañeza.

—Me parece que está usted equivocado. Yo no he podido seguir su rastro si usted ha dejado alguno

El rostro del mejicano se ensombreció.

—Dígame — exclamó Río Kid — ¿Usted forma parte de ese grupo que marcha allá a lo lejos por el desierto?

—Sí.

—Entonces sí es cierto que estaba siguiendo su rastro.

—¿Pero, no sabía usted que era yo quien iba delante?

—¿Cómo iba yo a saberlo cuando jamás lo he visto a usted antes de ahora?

—¿Entonces por qué me seguía?

—Para ver si hallaba agua — explicó el muchacho. — He creído que ustedes iban buscando algún punto donde haya agua para acampar... y como eso es lo que yo ando buscando también...

—¿No miente?

—Creo que no me hubiera hecho dos veces esa pregunta si no tuviera en la mano un rifle y yo no hubiera sido sorprendido... Pero en las circunstancias en que nos hallamos, puede decir todo lo que desee, impunemente.

—¿Ha sido en forma casual por lo que ha venido usted siguiéndome la pista?

—Completamente casual.

—¿No sabía que la persona a quien seguía era don Alvaro Alvarado?

—Jamás he oído ese nombre hasta ahora — respondió Río Kid. — Si es así como se llama usted, el nombre es nuevo para mí.

—¿No viene usted de Pajito?

—No. Ignoraba que existiera un pueblo de ese nombre. He llegado a Sonora viniendo del este. No he estado en ningún pueblo que se llame Pajito ni siquiera donde se encuentra.

Don Alvaro lo observó detenidamente.

—¿No ha sido usted enviado por el alcalde de Pajito, para seguirme?

—No sé quien es el alcalde de Pajito... Vea amigo. Me parece que ha ensillado usted el caballo equivocado. Baje esa arma y dejémonos de hablar en chino.

El mejicano permaneció en silencio algunos minutos durante los cuales observó el tostado y franco semblante de Río Kid. Pareció quedar satisfecho pues dejó de apuntar al muchacho con el arma.

—Señor — exclamó luego. — Durante cuatro horas he estado convenciéndome de que usted iba siguiendo mi rastro. He creído que era un adversario al servicio del alcalde de Pajito y que por mil pesos trataba de darme muerte. Di orden a mis hombres de que siguieran el camino mientras yo me he quedado aquí en observación para tener una explicación con usted.

—Comprendo todo, pero me parece que ha estado perdiendo el tiempo, señor Alvarado. Me ha sorprendido por completo, pues como no le seguía no pensé que hubiera nadie por aquí. Pero su gente sigue marchando y usted se ha quedado muy atrás...

—Mi caballo es exclente y pronto los alcanzaré — dijo el mejicano quien lanzó un silbido y no tardó en aparecer de entre las rocas un soberbio caballo negro. — Mi gente no camina muy apresuradamente, pues van con mulas y llevan un coche. En menos de una hora los alcanzaré. Pero usted señor...

Río Kid sonreía.

—Pienso que será necesario que busque agua por otra parte si usted no desea verme en su campamento — respondió el muchacho.

—Mi caballo olfateará agua antes de que se haga de noche.

—¿No piensa seguir más mi camino en el desierto?

—No. ¿Qué interés tengo en ello? Antes iba detrás de ustedes solo con la esperanza de encontrar agua.

—En ese caso sea bienvenido, señor — respondió don Alvaro con toda cortesía. — Ahora que estoy convencido de que no es un enemigo, lo admitiré con sumo placer en mi campamento.

Las palabras habían sido manifestadas con toda amabilidad, pero Río Kid comprendió que no encerraban sólo una cortesía. No era muy difícil adivinar lo que pensaba don Alvarado.

—Comprendo — agregó el muchacho. — Usted teme que yo de vuelta a mi caballo y vaya a encontrar el alcalde de Pajito, de quien me ha hablado y le de cuenta del camino que sigue usted.

—Realmente lo he pensado así — admitió don Alvaro mostrando sus blancos dientes al desplegarse sus labios con una sonrisa.

Río Kid se puso serio.

—¿Y me considera usted capaz de proceder en esa forma con el hombre que me ha salvado de las garras de la pantera? — dijo.

—Es que el alcalde de Pajito representa la ley en esta parte de Méjico señor y la ley, es siempre la ley.

—Es que yo no puedo decir que he estado siempre en buenos términos con la ley, allá en mi país — dijo el muchacho. — Y aún cuando me encontrara con el tal alcalde seguramente que no le daría información alguna.

—Lo creo así señor — respondió el mejicano. —Puede usted tomar la dirección que guste. Yo sé conocer a las personas.

Río Kid reía. Desde el momento en que el mejicano había bajado el rifle su vida se hallaba a merced del muchacho de Frío, quien podía haber sacado su revólver y haberle dado muerte antes de que el otro pudiera defenderse. La décima parte de un segundo bastaba a Río Kid para realizar la tarea.

Don Alvaro parecía intrigado por aquella risa.

—Le repito que confío en usted y que puede hacer lo que tenga por conveniente... ¿Pero qué encuentra de divertido en todo eso?

—¿El qué?... Esto — manifestó Río Kid.

Como por arte de magia había aparecido en la mano del muchacho un revólver y amenazaba al mejicano con él.

Don Alvaro dió un salto.

—¡Caramba! ¡Usted!...

Río Kid se echó a reir de nuevo y guardó el arma.

—No se asuste — dijo. — Era solo para demostrarle mi rapidez en manejar el revólver y que, aun cuando usted me creía tener seguro, el que estuvo realmente en peligro durante todo el tiempo ha sido usted. Así no se le ocurrirá tratar de amenazarme otra vez con el rifle.

El mejicano permaneció serio durante un minuto, luego su rostro se serenó y él también se echó a reír.

—Señor. Si pude abrigar alguna sospecha ahora no dudo en absoluto. Venga conmigo si quiere y me sentiré honrado con su compañía.

—De acuerdo.

Llamó a su caballo gris que llegó trotando. Los dos hombres montaron en sus respectivos caballos y dejando la pantera en el lugar donde había caído echaron a andar por la vasta extensión de tierra que se prolongaba ante sus ojos hasta perderse de vista en el horizonte, de Norte a Oeste.

A la distancia se veía la nube de polvo que demostraba que el grupo principal continuaba su avance. Los dos tomaron aquella dirección poniendo los caballos al galope.

Detrás de ellos, el cielo azul y sin nubes se veía salpicado por pequeñas manchas negras. Buitre tras buitre, fueron avanzando hacia el lugar donde había quedado el cadáver de la pantera. Antes de que los dos jinetes hubieran avanzado una milla, no quedaba de la fiera más que el blanco esqueleto.

Una de las cortinas se abrió y la joven miró hacia fuera.

LA PRISIONERA DE LA LITERA

Río Kid, pensaba mientras iba avanzando al lado del mejicano por el desierto. Más de una vez, desde que había cruzado la frontera de su país había marchado el muchacho de Texas en extraña compañía. Y ahora consideraba que también era un extraño compañero el que llevaba al lado.

Quien era don Alvaro y los hombres que lo acompañaban no podía figurárselo. Pero por lo que había oído, sabía que no estaba muy de acuerdo con la ley.

Pensó que fueran contrabandistas, pero pronto deshechó esa idea. Bastaba con mirar a don Alvaró. Más bien parecía un rico hacendado perseguido por el tal alcalde, por motivos políticos o financieros. El hecho de que fuera en el grupo un vehículo demostraba que debía ir en él una mujer. Y llevar a una mujer por el desierto en aquellas condiciones, parecía a Río Kid una locura.

Don Alvaro no hablaba mientras iban avanzando. ¿Sería aquella mujer su esposa, su hermana? ¿Acaso era una prisionera?

Sus preocupaciones aumentaron cuando llegaron a dar alcance al grupo. En el centro del que formaban los hombres marchaba un carro, especie de litera con ruedas, bien resguardada de los fuertes rayos del sol por medio de cortinas y arrastrado por cuatro mulas cuidadas por un hombre. En torno a él, iban unos doce hombres más, al parecer vaqueros mejicanos, provistos todos ellos de un rifle, revólver y cuchillo.

Aquello lo consideraba lógico Río Kid, pues eran muchos los peligros que podían presentarse en el desierto, por las bandas de contrabandistas, ladrones, las fieras y hasta los indios apaches que acostumbraban a internarse en los momentos de peligro por aquellas soledades.

Pero Río Kid creía que aquellas armas estaban más bien destinadas a defenderse de posibles perseguidores que de todas las demás amenazas.

—¿Esa es su gente, señor?

—Sí. — respondió el mejicano.

—¿Quién va en el carro? — Río hizo la

pregunta en forma rápida y directa.

Don Alvaro lo miró.

—Parece usted un poco curioso, señor?

—Yo no acostumbro a meterme en los asuntos que no me atañen, pero considero que hay algo de locura en llevar en esta forma a una mujer por el desierto. Y como no creo que sea un hombre el que va ahí dentro...

—Realmente existen muchos peligros en el desirto, pero a veces los peligros son mayores en las ciudades y los pueblos.

—Aquí puede encontrarse algún grupo de apaches...

—Es posible. Pero mis hombres llevan buenas armas y no temen a los indios — agregó sonriendo el mejicano. — Y ese será un motivo más, para que me agrade su compañía. Un hombre como usted puede serme muy útil si se presentaran los apaches.

—En efecto. Pero considero que su esposa se hallaría mejor en un pueblo...

—Yo no tengo esposa...

—Entonces su hermana...

—Tampoco tengo hermana.

—Bien. No diré más. Considero que es un caballero y sabrá lo que hace.

—Gracias por el honor que me hace. Soy en efecto un caballero y hombre de honor. Acaso tenga que tenerlo bien presente, pues, encontrará aquí algunas cosas que a simple vista le parecerán extrañas. Un hombre puede ser perseguido para darle la muerte, y ser en absoluto inocente del daño que se le atribuye.

—¡A quién se lo va a decir usted! — respondió Río Kid.

Las palabras del mejicano habían llegado al corazón del perseguido por los sheriffs de Texas. Nadie más bien que él, sabía lo que era eso de andar por los caminos solitarios sin haber cometido en realidad hecho alguno que justificara ampliamente la persecución de que era objeto.

Los hombres que formaban el grupo se habían detenido al ver acercarse a los dos jinetes y se fijaron en Río Kid, pero al ver que marchaba conversando tranquilamente con su jefe, no demostraron hostilidad alguna.

Río Kid alcanzó a ver por entre las cortinas que en la litera iba una mestiza y supuso que debía ser la doncella de la dama.

Don Alvaro habló a uno de los hombres que debía ser el capataz y al que dió el nombre de Ramón. El otro miró a Río Kid con curiosidad.

—Pronto nos detendremos, señor — dijo Ramón. — El guía dice que encontraremos agua en aquel grupo de árboles que se ve allí.

Y al mismo tiempo señaló con su rebnque un pequeño bosque que se distinguía a la distancia, rompiendo la monotonía de la árida llanura. La presencia de árboles denotaba la existencia de agua.

—Creo que llegaremos allí antes de la caída del sol — dijo Río Kid.

—Sí señor. Acamparemos para pasar la noche bajo los árboles.

—¿Y mañana temprano nos pondremos de nuevo en marcha?

—Sí, señor.

Tenía intención Río Kid de preguntar al mejicano cual era el destino que llevaban en aquel viaje a través del desierto, pero se contuvo.

Los caballos y mulas, ya fatigados realizaron aquella última etapa del viaje y al fin llegaron al grupo de ceibos donde personas y animales se sintieron mejor bajo la sombra.

En el centro del pequeño bosque había un manantial, cuyas aguas formaban un estanque, para ir después a perderse en un arroyo que no alcanzaba a muchos metros más allá del lindero de aquel oasis.

Hombres y animales apagaron primeramente su sed. Pero don Alvaro no se cuidó de hacerlo. Acercó su caballo al carro y sin levantar las cortinillas se dirigió a la persona que se hallaba en el interior. Río Kid se hallaba lo suficiente cerca como para oír lo que decía y quedó sorprendido al notar que el mejicano se dirigía a la ocupante de la litera en inglés.

—¡Señorita ! Vamos a acampar aquí.

Nadie respondió.

—¿Está usted descansando, señorita? — repitió don Alvaro con dulzura.

Esta vez se oyó la respuesta.

—No señor, — contestó una voz melodiosa dulce — ¿Me ha traído usted al desierto? ¿Me va a tener prisionera aquí?

—No señorita. Usted no está prisionera. Usted es el huésped de honor de todo un caballero, que está dispuesto a dar su vida por defenderla.

Una de las cortinas se levantó y la joven miró hacia afuera. Los ojos de Río Kid dirigieron hacia ella sus miradas. Tenía el rostro medio oculto por una mantilla, pero el muchacho pudo ver que era rubia y estaba muy pálida.

A pesar de la indignación y la alarma que demostraba, Río notó que era hermosa. La joven se fijó en el mejicano para lanzarle una mirada de ira.

—¿Estamos lejos de Pajito?

—A varias millas de distancia, señorita.

—Aún cuando nos halláramos a miles de ellas, sabrán encontrarme y castigarle por su villanía, — exclamó furiosa la joven. — Mi preceptor...

—Señorita. Ya la he manifestado a usted que esto lo he hecho en beneficio suyo, para salvarla de un peligro que usted ignora. Por eso la he sacdo de la casa de Menderson.

—Usted me ha referido varias cosas que no eran exactas, y no le creo nada más de lo que me diga. Si usted no es un hombre que carece de dignidad y honor, lo que debe hacer es llevarme a mi casa de Pajito

—¡Eso es imposible, doña Juana!

—¿Por qué?

El mejicano no respondió.

—Entonces no me dirija la palabra más y déjeme tranquila.

Y la cortina cayó de nuevo y la joven desapareció.

Don Alvaro se alejó y Río Kid notó que transpiraba copiosamente. La serena indignación de la joven parecía haberlo aplastado.

(Continuará)

EL ASESINATO DE ROGER ACKROYD

Por A. CHRISTIE

(Continuación)

Capítulo V

EL ASESINATO

SAQUE rápidamente mi coche del garage y partí para Fernly. Llamé con impaciencia y como la respuesta se hacía esperar, llamé por segunda vez. Oí ruido de cerrojos y Parker, cuyo impasible rostro no daba ninguna señal de emoción, apareció en el umbral. Lo aparté y entré.

—¿Dónde está? — pregunté.

—¿Quién, señor?

—Su amo, el señor Ackroyd ¡no se quede ahí, mirándome! ¿Ha avisado ya a la policía?

—¿La policía, señor? ¿la policía? — dijo Parker mirándome estupefacto.

—¿Pero, que tiene usted Parker? Si como usted dice, su amo ha sido asesinado...

El mayordomo lanzó un grito.

—¡Mi amo asesinado! ¡Es imposible!

Ahora lo miré yo con estupefacción.

—¿No me ha telefoneado usted hace cinco minutos para avisarme que el señor Ackroyd había sido hallado muerto?

—¿Yo, señor? ¡Verdaderamente, no señor! ¿Por qué habría hecho yo, semejante cosa?

—¿Quiere usted decir que es una mistificación y que nada ha ocurrido al señor Ackroyd?

—Perdón, señor. ¿Se han servido de mi nombre al telefonear?

—Voy a repetirle las palabras exactas que he oído: — ¿Con la casa del doctor Sheppard? — Habla Parker, el mayordomo de Fernly. ¿El doctor puede venir en seguida? ¡El señor Ackroyd ha sido asesinado!

Parker y yo nos miramos en silencio.

—Es una triste broma, señor — dijo al fin con tono horrorizado. — ¿Cómo han podido hacer semejante cosa?

—¿Dónde está el señor Ackroyd? — pregunté bruscamente.

—En su escritorio, señor, las señoras se han retirado; el mayor Blunt y el señor Raimundo están en la sala de billar.

—Voy a entrar un momento a verlo — dije — Sé que no quiere ser molestado, pero esa llamada telefónica me ha inquietado y quiero asegurarme de qué está bien.

—Seguramente, señor, yo mismo no estoy tranquilo y si el señor me permite, lo acompañaré hasta la puerta...

—Con mucho gusto. ¡Venga!

Seguido de Parker, atravesé un pequeño vestíbulo de donde partía la escalera que conducía al dormitorio de Ackroyd y llamé a la puerta de su escritorio.

Nadie respondió, quise abrir pero la puerta estaba cerrada.

—Si el señor me permite... — dijo Parker.

Con mucha agilidad en un hombre de su corpulencia, se dejó caer sobre una rodilla y aplicó su ojo al agujero de la cerradura.

—La llave está puesta en la cerradura, señor —dijo levantándose. — El señor Ackroyd ha debido encerrarse, luego, sin duda se ha dormido.

Me agaché y verifiqué la afirmación de Parker.

—Todo parece normal, y sin embargo, Parker voy a despertar a su amo, pues no estaré tranquilo hasta que no lo oiga decir que está bien.

Diciendo esto sacudí la puerta exclamando — "Ackroyd, Ackroyd, escúcheme".

No oí ninguna respuesta. Miré por sobre mi hombro y dije vacilando:

—No quiero alarmar a los de la casa.

Parker salió al vestíbulo y cerró la puerta que separaba ésta del hall que acabábamos de dejar.

—Creo que no se oirá nada, señor. La sala de billar está del otro lado de la casa lo mismo que los cuartos de las señoras y las cocinas.

Hice un gesto afirmativo, luego golpeé violentamente la puerta y, agachándome aullé literalmente, a través de la cerradura:

—¡Ackroyd! ¡Ackroyd! Es Sheppard. ¡Déjeme entrar!

Siempre el mismo silencio. Ninguna señal de vida se manifestó en la pieza cerrada. Parker y yo cambiamos una mirada.

—Voy a forzar esta puerta — le dije. — Tomo la responsabilidad.

—Si el señor cree... — comenzó el mayordomo.

—Seguramente — interrumpí — pues ahora estoy realmente inquieto con respecto al señor Ackroyd.

Miré a mi alrededor y tomé una pesada silla de roble. Ayudado de Parker golpeamos la cerradura. Esta cedió al tercer golpe y nos precipitamos en la pieza. Ackroyd estaba sentado donde yo lo había dejado en un sillón, cerca del fuego. Su cabeza se inclinaba un poco hacia una lado, y sobre el cuello de su saco se veía un objeto metálico y brillante.

El mayordomo y yo avanzamos inclinándonos sobre el cuerpo.

Parker lanzó un gemido y murmuró:

—Ha sido herido por detrás. ¡Es horrible!

Se secó la frente con el pañuelo, luego extendió el brazo hacia el puñal.

—No hay que tocar — dije vivamente. — Vaya rápido al teléfono y avise a la policía. Luego llame al señor Raimundo y al mayor Blunt.

—Bien señor.

Parker salió rápidamente, siempre secándose la frente y yo hice lo poco que había que hacer. Tuve cuidado de no mover el cuerpo y de no tocar el puñal. Eso no hubiera servido de nada, pues era evidente que el señor Ackroyd había muerto hacía algún tiempo. Luego, oí la voz angustiada pero incrédula del joven Raimundo que exclamaba:

—¿Qué dice usted? ¡Es imposible! ¿Dónde está el doctor?

Apareció en el umbral, luego se detuvo bruscamente, muy pálido, Una mano lo apartó y Héctor Blunt entró.

—¡Dios mío! — dijo Raimundo. — ¡Entonces es cierto!

Blunt se dirigió derecho hacia el cuerpo sobre el que se inclinó. Creí, que como Parker, iba a tratar de retirar el puñal. Le tomé el brazo y, lo alejé.

—No hay que tocar nada — le dije — pues la policía debe encontrar el cuerpo en la misma posición.

Blunt accedió en seguida. Su rostro estaba tan inmóvil como siempre pero creí notar alguna emoción.

Geoffroy Raimundo se había juntado a nosotros y miraba el cadáver por sobre el hombro de Blunt.

—Es terrible — dijo en voz baja.

Había recuperado su sangre fría, pero mientras se sacaba los lentes para limpiarlos noté que su mano temblaba.

—El robo habrá sido el móvil del crimen, supongo — dijo. — ¿Cómo ha entrado el asesino? ¿Por la ventana? ¿Ha robado algo?

Mientras hablaba se dirigió hacia el escritorio.

—¿Cree usted que se trata de un robo! — dije lentamente.

—¿Y como podría explicarse semejante cosa de otra manera? ¿No se tratará de un suicidio?

—Ningún hombre podría herirse a sí mismo de esta manera — dije con calma. — Es un asesinato; pero ¿por qué ha sido cometido?

—Roger no tenía ningún enemigo — declaró Blunt con calma. — No puede ser más que la obra de un ladrón. Pero ¿qué han robado? Nada parece en desorden.

Miró a su alrededor. Raimundo seguía clasificando los papeles que se hallaban sobre el escritorio.

—Parece que nada falta, y ninguno de los cajones ha sido violentado — dijo al fin el secretario. — Es muy misterioso.

Blunt hizo un ligero gesto con la cabeza.

—Hay cartas en el suelo — dijo.

Miré. Tres o cuatro pliegos se hallaban aún donde Ackroyd los había dejado caer al principio de la noche.

Sin embargo el sobre azul que contenía la carta de la señora Ferrars había desaparecido. Abría la boca para hablar, cuando sonó la campanilla de la puerta. Un murmullo confuso de voces se hizo oír en el hall y Parker entró seguido del inspector de la policía local.

—Buenas noches, señores — dijo el inspector. — Estoy desolado. ¡Un hombre tan bueno como el señor Ackroyd! El mayordomo dice que se trata de un asesinato. ¿No hay posibilidad de accidente o suicidio, doctor?

—¡Ninguna! — respondí.

—¡Ah, que desgracia!

Se acercó al cuerpo y preguntó señalándolo:

—¿Ha sido tocado?

—No lo he movido y no he hecho más que constatar la muerte, lo que ha sido fácil.

—¡Ah! Todo lleva a creer que el asesino ha escapado... al menos por el momento. Ahora, cuénteme todo. ¿Quién descubrió el cadáver?

Le expliqué los hechos cuidadosamente.

—¿Ha recibido usted una comunicación telefónica? ¿Del mayordomo?

—Yo no he telefoneado; — dijo Parker vivamente — no me he acercado al teléfono durante toda la noche; los otros sirvientes pueden testimoniarlo.

—Es extraño. — La voz que usted ha oído ¿era parecida a la de Parker?

—No puedo afirmarlo, lo he creído.

—Naturalmente. Bueno, llegó usted aquí, forzó la puerta y encontró al pobre señor Ackroyd en esta posición. ¿Cuanto tiempo cree usted que ha transcurrido desde que murió?

—Una media hora quizá más — dije.

—La puerta estaba cerrada interiormente ha declarado usted... ¿y la ventana?

—Yo mismo la cerré al principio de la noche, a pedido del señor Ackroyd.

El inspector se dirigió hacia ella y corrió las cortinas.

—En todo caso, ahora está abierta — declaró.

En efecto, la ventana estaba abierta. El inspector tomó una linterna y la encendió.

—He aquí el camino por donde ha venido el asesino. ¡Miren!

A la luz de la linterna, se veían varias marcas de pasos. Parecían haber sido dejadas por zapatos cuyas suelas tenían tacos de goma. Una de las pisadas, particularmente

clara, tenía la punta hacia adentro y otra que recubría en parte a la anterior la tenía hacia afuera.

—Es claro como el agua de un manantial. — dijo el inspector. — ¿Faltan objetos de valor?

Geoffroy Raimundo movió la cabeza negativamente.

—No constato nada. El señor Ackroyd jamás guardaba nada de valor en esta pieza.

—¡Hum! — dijo el inspector — el hombre ha encontrado una ventana abierta y la ha escalado, ha visto al señor Ackroyd sentado aquí, donde, sin duda se había dormido, lo hirió por detrás, luego perdió la cabeza y huyó dejando rastros bastante claros. Creo que podremos apoderarnos de él sin gran dificultad. ¿Es que ha sido visto por los alrededores alguna persona sospechosa?

—¡Oh! — dije bruscamente.

—¿Que hay, doctor?

—He encontrado a un hombre, anoche, justo cuando yo salía de la propiedad, me pidió cual era el camino de Fernly Park.

—¿Qué hora era?

—Las nueve, exactamente, he oído dar la hora en el momento que salía del jardín.

—¿Qué clase de hombre era?

Lo describí lo mejor que pude. El inspector se volvió hacia el mayordomo.

—¿Es que alguien, respondiendo a esas señas se ha presentado a la puerta?

—No señor, nadie ha venido.

—¿Y a la puerta de servicio?

—No lo creo, señor; voy a averiguar.

Dió un paso hacia la puerta, pero el inspector levantó la mano.

—No, gracias. Haré yo mismo las averiguaciones; pero antes quiero observar más claramente el detalle de la hora. ¿Cuando ha sido visto el señor Ackroyd vivo por última vez?

—Probablemente he sido yo el último en verle — dije — cuando lo dejé a... veamos. ..alrededor de las nueve menos diez. Me dijo que no quería ser molestado y he repetido sus órdenes a Parker.

—En efecto — respondió éste respetuosamente.

—El señor Ackroyd vivía aún a las nueve y media — interrumpió Raimundo — pues lo he oído hablar.

—¿A quién hablaba?

—Lo ignoro. Creí en ese momento que estaba aún con el doctor Sheppard. Quería hacerle una pregunta sobre un trabajo que me había encargado pero cuando oí las voces, recordé que había dicho que deseaba estar solo con el doctor y me retiré. Sin embargo parece que el doctor ya se había ido.

—Llegué a mi casa a las nueve y cuarto — declaré — y no salí más que después del llamado telefónico.

—¿Quién parecía estar con él a las nueve y media? — preguntó el inspector — ¿no era usted, señor?...

—Mayor Blunt — presenté yo.

—¿Mayor Héctor Blunt? — preguntó el inspector cuya voz tomó un tono de deferencia.

Blunt hizo un gesto afirmativo.

—Creo que ya nos hemos visto aquí, señor — Añadió el inspector. — No lo había reconocido ¿pero no estuvo usted en casa del señor Ackroyd el año pasado en el mes de Mayo?

Junio — corrigió Blunt.

—En efecto era en Junio. Como le pregunté antes. ¿Estaba usted a las nueve y media con el señor Ackroyd?

Blunt sacudió la cabeza.

—No lo he visto desde la cena — dijo.

El inspector se volvió hacia Raimundo.

—¿Ha oído usted la conversación?

—He oído algo — declaró el secretario — y creyendo que el señor Ackroyd estaba con el doctor Sheppard lo hallé extraño. Según lo que puedo recordar, he aquí lo que decía el señor Ackroyd: "Los préstamos que he hecho últimamente son tan numerosos que creo no podré satisfacer su pedido..." Me alejé en seguida y no oí nada más. Pero me sorprendió bastante porque el doctor Sheppard..

—No pide ni para él ni para los demás — añadí.

—Un pedido de dinero — repitió el inspector, pensativo. — Es quizá un indicio muy importante.

Se volvió hacia el mayordomo:

—¿Dice usted. Parker que nadie ha sido introducido por usted aquí esta noche?

—Sí, señor.

—Entonces parece que el mismo señor Ackroyd ha abierto a ese desconocido. — Sin embargo, no veo...

Aquí, el inspector se hundió en una profunda meditación.

—Hay al menos algo de cierto — dijo al cabo de un momento. — El señor Ackroyd estaba bien a la nueve y media y es el último momento en que se está seguro de que vivía.

Parker tosió discretamente, lo que atrajo en seguida la atención del inspector.

—¿Qué? — dijo este vivamente.

—Perdone, señor, pero miss Flora ha visto a su tío después de esa hora.

—¿Miss Flora?

—Sí, señor a las diez menos cuarto, más o menos. Luego me dijo que el señor Ackroyd no quería ser molestado.

—¿El la encargó de transmitir esa orden?

—No, precisamente señor. Yo llevaba una bandeja con el whisky y la soda, cuando miss Flora que salía del escritorio, me detuvo y me dijo que su tío no quería ser molestado.

El inspector miró al mayordomo con más

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

atención de lo que había hecho hasta entonces.

—¿No le habían dicho ya que el señor Ackroyd quería permanecer solo?

Parker comenzó a balbucear y sus manos temblaban.

—Sí, señor... sí, en efecto... señor...

—Sin embargo se proponía usted entrar.

—Me había olvidado... es decir, que como siempre le llevo el whisky a esa hora... en fin como tengo la costumbre, fuí sin reflexionar.

Fué en ese momento que noté la emoción extraordinaria de Parker. El hombre temblaba.

—¡Hum! — dijo el inspector — es necesario que vea en seguida a miss Ackroyd. Por el momento, vamos a dejar esta pieza exactamente como hasta ahora. Volveré cuando haya hablado con miss Flora; y simplemente voy a tomar la precaución de cerrar la ventana.

La cerró, en efecto, luego se dirigió hacia el vestíbulo donde lo seguimos. Se detuvo un momento para mirar la pequeña escalera luego volviéndose dijo al agente que lo acompañaba:

—Jones, es mejor que se quede ahí para impedir que alguien entre en la pieza.

Parker interrumpió con deferencia:

—Perdone, señor. Si usted cierra la puerta que conduce al hall, nadie podrá entrar aquí, pues esta escalera no conduce más que al dormitorio y al baño del señor Ackroyd. No hay comunicación con la otra parte de la casa. Antes hubo una puerta pero el señor Ackroyd la hizo tapiar porque quería sentirse aislado en su departamento.

Para hacer más claro mi relato es necesario que describa el ala derecha de la casa.

La pequeña escalera conducía, como explicó Parker, a una gran habitación que se comunicba con el gran cuarto de baño. El inspector exploró todo con la mirada. Penetramos en el gran hall y cerró la puerta tras de sí cuya llave guardó en el bolsillo. Luego dió en voz baja instrucciones al agente y este se dispuso a partir.

—Después nos ocuparemos de las marcas de pasos — explicó el inspector. — Primero es necesario que hable con miss Flora puesto que ha sido la última persona que vió a su tío vivo. ¿Ha sabido ella la novedad?

Raimundo meneó la cabeza.

—Entonces no le digan nada porque así contestará mejor las preguntas. Díganle que ha habido un robo y pregúntele si quiere vestirse y venir a contestar algunas preguntas.

Raimundo salió y volvió al cabo de un momento.

—Miss Ackroyd desciende dentro de un momento — dijo — le he dicho ya lo que usted encargó.

En menos de cinco minutos apareció Flora envuelta en un kimono de seda rosa pálida. Parecía inquieta. El inspector avanzó hacia ella.

—Buenas noches, señorita — dijo amablemente. — Tememos que haya habido una tentativa de robo y pedimos su ayuda. ¿Qué pieza es esa?... El salón de billar... entre y siéntese.

Flora se sentó en el gran diván que ocupa el largo de una pared y miró al inspector.

—No comprendo bien. ¿Qué ha sido robado? ¿Qué quiere usted que yo diga?

—Simplemente esto, señorita. Parker declara que salió usted del gabinete de su tío más o menos a las diez menos cuarto. ¿Es cierto?

—Es verdad. Fuí a darle las buenas noches.

—¿Era exactamente esa hora?

—Creo que sí, pero no puedo afirmarlo; quizá un poco más tarde.

—¿Su tío estaba solo?

—Sí, el doctor Sheppard había partido.

—¿Notó usted si la ventana estaba abierta o cerrada?

Flora sacudió la cabeza.

—No podría precisarlo pues las cortinas estaban corridas.

—¿Su tío parecía como de costumbre?

—Creo que sí.

—¿Podría decirnos exactamente lo que pasó entre ustedes?

—Flora tomó un tiempo como para recordar bien.

—Entré y le dije: Buenas noches, tío, voy a acostarme pues me siento un poco cansada. El lanzó una especie de gruñido; fuí hacia él y lo besé, me dijo entonces que mi vestido me quedaba muy bien, luego me pidió que me retirara pues se hallaba ocupado. Entonces me fuí.

—¿No insistió en su deseo de no ver a nadie?

—¡Ah sí, me olvidaba! Me dijo: Avisa a Parker que no tengo necesidad de nada más esta noche y que deseo que no se me moleste. Encontré a Parker y le dije lo que mi tío deseaba.

—Muy bien — respondió el inspector.

—¿No quiere usted decirme lo que ha sido robado?

—Nosotros no... no sabemos exactamente — declaró el inspector.

Una mirada de espanto pasó por los ojos de la joven que se levantó de un salto.

—¿Qué pasa? ¡Ustedes me ocultan algo!

Héctor Blunt fué con su aire tranquilo a colocarse entre ella y el inspector. Flora extendió un poco la mano; él la tomó entre las suyas, golpeándola suavemente, lo mismo que hubiera hecho con un niño y ella se volvió hacia él como para buscar apoyo en su serenidad.

—Tenemos que comunicarle una mala noticia, Flora — dijo — mala para todos. Su tío Roger...

—¿Qué?

—Será una gran pena para usted. El pobre Roger ha muerto.

Flora apartó de él sus ojos dilatados de horror.

—¿Cuando? — murmuró — ¿cuando?

—Probablemente poco después de dejarlo usted — dijo Blunt gravemente.

Flora se llevó una mano al cuello, lanzó un pequeño grito y cayó, pero yo me precipité y la tomé en mis brazos. Estaba desvanecida. Blunt y yo la llevamos al primer piso y la colocamos en su cama. Luego le pedí que despertara a la señora Ackroyd y le comunicara lo ocurrido.

Flora volvió pronto en sí, la llevé a su madre a quien expliqué los cuidados que debía tener con ella. Y me apresuré a bajar de nuevo.

Capítulo VI

EL PUÑAL TUNECINO

Encontré al inspector que salía del "office".

—¿Cómo sigue la señorita, doctor?

—Ha vuelto en sí y está con su madre.

—Está bien. He interrogado a los sirvientes; todos declaran que nadie se ha presentado esta noche a la puerta de servicio. La descripción que usted ha hecho de ese extraño es más bien vaga. ¿No puede decir algo más definido?

—No — respondí — la noche era muy oscura, el hombre tenía el cuello levantado y baja el ala del sombrero.

—¡Hum! Parece que ha querido disimular su cara. ¿Está usted seguro de no conocerlo?

Respondí que así era, pero con menos convicción de lo que debía, si no me hubiera acordado de que la voz del hombre me había parecido familiar expliqué eso al inspector, vacilando.

—¿Dice usted que era una voz ruda, como de un hombre sin educación?

Accedí, aunque me parecía que esa vulgaridad era exagerada. Si como pensaba el inspector, el desconocido había querido disimular su rostro, podía igualmente haber tratado de disfrazar su voz.

—¿Quiere venir conmigo al escritorio del señor Ackroyd, doctor? Quisiera hacerle una o dos preguntas.

Acepté. El inspector Davis abrió la puerta del pequeño vestíbulo y después que entramos volvió a cerrar.

—No debemos ser molestados — dijo gravemente, — y nadie debe oírnos. ¿Qué significa esa historia de chantage?

—¿Chantage? — exclamé emocionado.

—¿Ha nacido en la imaginación de Parker o bien hay algo de real?

—Si Parker ha oído hablar de chantage — respondí bruscamente. — ¡Es porque ha escuchado a esta puerta!

Davis hizo un gesto afirmativo

—Parece evidente He hecho una pequeña investigación para saber cuales habían sido las ocupaciones del mayordomo durante la noche A decir verdad sus maneras no me agradan Ese hombre sabe algo; cuando comencé a interrogarlo, el vió de que lado venía el viento y entonces me contó el asunto del chantage

Tomé en seguida una decisión:

—Estoy contento de que haga usted alusión a ello, pues vacilaba sobre el punto de saber si le hablaría de ello o no Estaba poco decidido a decírselo todo, pero esperaba una ocasión favorable; ella se ha presentado

Hice el relato de los acontecimientos de la noche, tal como los he consignado aquí. El inspector me escuchó con atención, interrumpiéndome a veces para hacerme alguna pregunta.

—Es el asunto más extraordinario que he oído contar. ¿Dice usted que la carta ha desaparecido? Eso parece significativo, muy significativo en realidad, y descubriremos así lo que buscamos: el móvil del crimen.

Incliné la cabeza.

—¿Dice usted que el señor Ackroyd ha emitido la hipótesis de que se trataba de una persona que estaba cerca de él? Pero cerca es un término bastante vago.

—¿No cree usted que el mismo Parker podría ser el hombre que buscamos? — sugerí.

—Es posible. Realmente él escuchaba a la puerta cuando usted salió. Luego, más tarde, miss Flora lo encontró a punto de entrar en el gabinete. Supongamos que haya tratado de penetrar de nuevo cuando ella se alejó. Ha podido matar a Ackroyd, cerrar la puerta interiormente, luego abrir la ventana que ha franqueado y deslizarse luego hasta otra puerta de donde seguramente se aseguró que le sería posible salir. ¿Qué opina usted?

—No hay más que un punto oscuro — dije lentamente. — Si Ackroyd ha seguido leyendo la carta después de mi partida, como tenía intención de hacerlo, no creo que haya tenido mucho tiempo para reflexionar. Hubiera hecho venir a Parker inmediatamente y lo hubiera acusado furiosamente. Recuerde usted que Ackroyd tenía un carácter violento.

—Quizá aun no había acabado de leer la carta — sugirió el inspector — puesto que sabemos que hablaba con alguien a las nueve y media. Si ese visitante llegó en seguida después de su partida y si luego miss Ackroyd entró a despedirse de su tío, este no ha podido, sin duda concluir la lectura antes de las diez.

—¿Y la comunicación telefónica?

—Es Parker quien debió llamarlo... quizá se dirigió a usted antes de pensar en la puerta cerrada y la ventana abierta. Luego cambió de opinión o tuvo miedo. — Y se decidió a negar. Puede usted creerme, ha ocurrido así.

—Si... — dije con alguna duda.

—Además por la oficina central, podemos saber de donde venía esa comunicación. Si ella venía de aquí nadie más que Parker podía telefonear. Es realmente nuestro hombre. Pero no hable de esto, pues es inútil asustarlo antes de que tengamos todas las pruebas. Tomaré precauciones para que no se nos escape, mientras en apariencia concentramos nuestras pesquisas sobre el misterioso desconocido.

Estaba sentado delante del escritorio, se levantó y se acercó al cuerpo.

—El arma debía darnos un indicio pues es extraña.

Se agachó y examinó atentamente la empuñadura. Y lo oí lanzar una exclamación de satisfacción. Luego, con precaución, retiró el puñal de la herida tomándolo de la lámina, luego sin tocar la empuñadura lo colocó en un vaso chinesco que decoraba la chimenea.

—Sí — dijo. — es una verdadera obra de arte y no debe haber otra igual.

El arma era en efcto muy bella. Tenía una fina lámina y un puño delicadamente cince-

lado. El inspector hizo una mueca significativa.

—¡Gran Dios! ¡Qué bien afilada! — exclamó. Con un puñal así, un niño podría matar a un hombre sin dificultad. Es un juguete peligroso.

—¿Puedo examinar el cuerpo ahora?

—Hágalo.

Me dediqué a observarlo.

—¿Y bien? — interrogó el inspector cuando hube terminado.

—El golpe ha sido dado por un hombre, que empleó su mano derecha y la muerte ha debido ser instantánea. Según la misma expresión del rostro de la víctima, creo poder agregar que el ataque ha sido inesperado y que Ackroyd, sin duda ha muerto sin saber quien era su agresor.

—Los sirvientes saben caminar con tanta suavidad como los gatos — dijo Davis. — Ese crimen no me parece muy misterioso. Mire el puño del arma.

Yo miré.

—Supongo que no lo ve usted — pero yo lo veo clarmente — añadió bajando la voz — Hay impresiones digitales.

Retrocedió unos pasos para juzgar el efecto que su afirmación me producía.

—Sí — repliqué — me imaginaba. Leo novelas de policía, los diarios y soy un hombre bastante culto.

Creo que al inspector le molestó que no me sorprendiera más. Tomó el vaso y me invitó a acompañarlo a la sala de billar.

—Quiero preguntar al señor Raimundo si conoce este puñal — dijo.

Después de cerrar la puerta con llave nos dirigimos hacia la sala de billar donde hallamos a Geoffroy Raimundo. El inspector le mostró el estileto.

—¿Conoce usted ésto?

—Creo... estoy casi seguro de que esta arma ha sido regalada al señor Ackroyd por el mayor Blunt. Viene de Marruecos... nó, de Túnez. ¿El crimen ha sido cometido pues con ese puñal? ¡Es extraordinario, casi imposible! Sin embargo no debe haber dos armas iguales! ¿Puedo ir a buscar el mayor Blunt?

Sin esperar respuesta partió.

—¡Buen muchacho! — dijo el inspector. — Hay en él algo de honesto y de ingénuo.

Compartí esa opinión. En el curso de los años que Geoffroy había sido secretario de Ackroyd jamás lo había visto de mal humor y sabía que cumplía admirablemente sus funciones. Volvió al cabo de un momento acompañado de Blunt y dijo con voz emocionada:

—Yo tenía razón. Es el puñal tunecino.

—Pero el mayor aún no ha mirado — objetó el inspector.

—Lo ví en cuanto entré en el escritorio — dijo éste tranquilamente.

—¿Y lo reconoció usted?

Blunt hizo una señal afirmativa.

—¿Y por qué no lo dijo? — preguntó el inspector con tono de sospecha.

—Era un mal momento — declaró Blunt — a menudo se ha hecho mucho daño por palabras a la ligera.

Sostuvo con calma la mirada del inspector.

Este gruñó y se volvió, luego tomó el puñal y lo llevó al mayor.

—¿Lo reconoce usted con seguridad, señor?

—Absolutamente, no hay duda al respecto.

—¿Dónde estaba de costumbre este objeto? ¿Puede usted decirme?

Fué el secretario quien contestó.

—En la vitrina de la sala.

—Cómo! — exclamé.

Los otros me miraron.

—¿Qué hay doctor? — exclamó el inspector.

—Nada.

—Sin embargo...

—Es tan insignificante — expliqué como excusándome. — Cuando llegué para cenar oí cerrar la vitrina del salón.

Leí un profundo escepticismo y cierta sospecha en la mirada del inspector.

—¿Cómo sabía usted que era la vitrina?

Me ví obligado a contar el incidente en todos sus detalles; mis explicaciones fueron largas y complicadas y hubiera preferido no darlas. El inspector me oyó en silencio luego preguntó:

—¿El estileto estaba en su sitio cuando usted examinó el contenido de la vitrina.

—No sé, — contesté — no recuerdo haberlo visto, pero podía ser que estuviera.

—Será mejor que llamemos al ama de llaves — dijo el ispector tocando el timbre.

Un momento más tarde, miss Russell, a quien Parker había ido a llamar, entró.

—No creo haberme acercado a la vitrina — dijo esta cuando el inspector le hizo la pregunta. — Miré solo si las flores estaban frescas aún. ¡Ah! sí, me acuerdo. La vitrina estaba abierta y la cerré al pasar.

Miró al inspector.

—Comprendo — dijo este. — ¿Puede usted decir si este puñal estaba en su lugar?

Miss Russell miró el arma con tranquilidad.

—No puedo responderle — dijo tranquilamente — pues no me detuve; las señoras iban a bajar y yo tenía que retirarme.

—Parece irritable — dijo Davis siguiéndola con los ojos. — Veamos: esa vitrina se halla frente a una de las puertas ventanas. ¿Verdad doctor?

Raimundo contestó por mí.

—Sí, delante de la de la izquierda.

—¿Estaba abierta?

—Las dos entreabiertas.

—Creo que es inútil que tratemos de dilucidar más este punto. Alguien podía haber llevado esta arma en un momento cualquiera y el momento en que la tomó no tiene importancia. Volveré a la mañana con el jefe; hasta entonces guardaré la llave de la puerta. Deseo que el coronel Melrose halle todo en el mismo estado. Sé que pasa la tarde y la noche en el otro extremo del condado...

El inspector tomó el vaso de China y declaró:

—Es preciso que envuelva esto con cuidado, pues será una pieza de convicción importante.

Algunos minutos más tarde, yo salía de

PUCKY

la sala de billar con Raimundo, este sonrió y me tomó el brazo. Seguí la dirección de su mirada y ví que Davis parecía consultar a Parker sobre una guía de bolsillo.

—Demasiado claro — murmuró mi compañero. — ¡Sospechan de Parker! ¿Debemos nosotros también enviar nuestras impresiones digitales al inspector Davis?

Tomó dos tarjetas de encima de una bandeja; las limpió con su pañuelo y me dió una, guardándose él la otra. Luego tomándolas ambas, las entregó al inspector diciendo: "Recuerdos: No. 1. Doctor Skeppard; No. 2. su humilde servidor. El mayor Blunt agregará la suya más tarde.

La juventud es digna. Ni aún el asesinato de su patrón y amigo podía ensombrecer mucho rato el espíritu de Geoffroy Raimundo. Quizás es bueno que las cosas se presente así. Yo he perdido hace tiempo la facultad de adaptarme a los acontecimientos.

Era muy tarde cuando llegué a mi casa. Esperaba que Carolina se hallara acostada. ¡Hubiera debido conocerla mejor! Me había preparado chocolate y mientras lo bebía me pidió el relato de todos los acontecimientos de la noche.

No dije nada del chantage y me limité a los detalles concernientes al crimen.

—La policía sospecha de Parker — dije preparándome a subir la escalera. — Parece que tiene contra él pesados cargos.

—¡Parker! — respondió mi hermana — ¡Vamos! ¡Es necesario que ese inspector sea un inbécil! ¡Parker! En verdad, no me lo harán creer.

Después de lo cual nos acostamos

Capítulo VII

SE CUAL ES LA PROFESION DE MI VECINO

A la mañana siguiente hice mis visitas de prisa y puedo decir para excusarme que no tenía ningún enfermo grave. A mi regreso Carolina vino a mi encuentro en el vestíbulo.

—Flora Ackroyd está aquí — me dijo.

—¿Qué?

Oculté mi sorpresa lo mejor posible.

—Desea verte y hace media hora que te espera.

Carolina me precedió a la sala donde Flora estaba sentada en el diván cerca de la ventana. Estaba vestida de negro y se torcía nerviosamente las manos. El aspecto de su pálido semblante me conmovía, pero cuando empezó a hablar fué con gran tranquilidad.

—Doctor Sheppard, he venido a pedirle que me ayude.

—El la ayudará querida — dijo Carolina. — No creo que Flora deseara que Carolina permaneciera durante nuestra entrevista; pero quería ante todo ganar tiempo.

—Quisiera que venga conmigo a "Molezes".

—¿Melezes? — exclamé asombrado.

—¿Para ver a ese hombre raro? excamó Carolina.

—Sí. ¿Sabe usted quién es?

Suponemos dije yo — que es un antiguo peluquero.

Los ojos azules de Flora se abrieron con sorpresa.

—¡Cómo! Pero es Hércules Poirot, el detective. Se dice que ha hecho cosas maravillosas como los policías de novelas.

Se retiró hace un año y ha venido a vivir aquí. Mi tío lo conocía, pero había prometido no decir nada a nadie, porque el señor Poirot no quería que nadie lo molestara.

—¡El misterio revelado! — dije tranquilamente.

—¿Ha oído usted hablar de él?

—Carolina pretende que soy un viejo fósil pero sin embargo he oído hablar de ese hombre.

—¡Es extraordinario! — declaró mi hermana.

No sé a que hacía alusión; sin duda al hecho de que ella no había descubierto la verdad.

—¿Desea usted verlo? — dije lentamente.

—¿Por qué?

—Para pedirle que investigue sobre el asesinato — dijo vivamente Carolina — no seas tan tonto James.

Yo no era tonto, Carolina no comprende los motivos que me hacían proceder así.

—¿No tiene usted confianza en el inspector Davis? — dije.

—Claro que no tiene confianza — dijo mi hermana.

Hubiera podido creerse que la víctima era el propio tío de Carolina.

—¿Cómo sabe usted que él se encargaría del asunto? ¿No abandonó la profesión?

—Ahí está la dificultad — dijo Flora simplemente — Es necesario que lo convenza.

—¿Está usted segura de que proceda bien? — dije gravemente.

—Es claro — dijo Carolina — yo misma la acompañeré si ella desea.

—Perdón, miss Sheppard, — yo preferiría que fuera el doctor.

Flora conocía el valor de los golpes derechos. Una respuesta evasiva no hubiera dado resultado con Carolina.

—Ya ve usted — agregó la joven con tacto — el doctor Sheppard, cómo ha descubierto el cuerpo es el más indicado para dar detalles a Poirot.

—En efecto, — respondió Carolina.

Dí unos pasos.

—Flora—dije tristemente—oiga mi consejo y no solicite la intervención de ese policía.

Flora se puso de pie y enrojeció un poco.

—Ya sé por que me dice usted eso — exclamó — pero es justamente por esa razón que deseo se proceda así. ¡Tiene usted miedo! ¡Yo no! ¡Conozco a Ralph mejor que usted.

—¿Ralph? — preguntó mi hermana.

—¿Qué tiene que ver con Ralph?

Ninguno de los dos la oíamos.

—Ralph puede ser débil — añadió Flora — y hasta haber cometido en el pasado actos malos, pero no sería capaz de asesinar.

—¡No! ¡no! — exclamé — ¡jamás he pensado en él!

—Entonces ¿por qué fué usted a los "Tres Pavos" anoche — preguntó Flora — antes de entrar en su casa, después de encontrar el cuerpo de mi tío?

Quedé un momento confuso pues había creído que mi visita pasaría desapercibida.

—¿Cómo lo sabe usted? — pregunté.

—Fuí esta mañana — respondio Flora — pues sabía que Ralph estaba allí.

La interrumpí.

—¿No sabía usted que estaba en Kings Abbott?

—No, fuí a la posada y lo hice llamar Me respondieron, como han debido responderle a usted; que anoche salió a las nueve y que aun... no había llegado!....

Sus ojos sostuvieron mi mirada con una especie de desafío, y como si contestara a un pensamiento que leía exclamó:

—¿Por qué no podía haber salido? — puede haber ido — no importa dónde... o vuelto a Londres...

—Dejando su equipaje? — dije yo.

Ella golpeó el suelo con el pié.

—¡Qué importa! Debe tener una explicación.

—¿Es para eso que quiere ver a Hércules Poirot? No valdría más dejar las cosas como están ya que la policía no sospecha de Ralph. Tiene otra pista.

—No, y justamente eso me hace obrar así. Sospechas. Esta mañana llegó un policía de Manchester. Se llama el Inspector Raglan; es un hombre pequeño. He sabido que se dirigió a los "Tres Pavos" antes que yo. Se le han repetido las preguntas que he hecho Cree seguramente que Ralph es el autor del crimen.

—Si es así, la opinión se modifica desde anoche — dije lentamente. ¿Ese inspector no comparte entonces la opinión de Davis sobre Parker?

—¡Parker! — dijo irónicamente mi hermana.

Flora puso una mano sobre mi brazo.

—Doctor Sheppard vamos enseguida a ver a ese señor Poirot. El descubrirá la verdad.

—Querida Flora — dije suavemente cubriendo su mano con la mía — ¿cree usted realmente que deseamos conocer la verdad?

Me miró e inclinó gravemente la cabeza.

—Estoy segura en lo que a mí concierne.

—Ralph no ha cometido el crimen — dijo Carolina que con gran trabajo había guardado silencio — es pródigo, sin duda, pero es un muchacho encantador, admirablemente educado.

Hubiera querido decir a Carolina que numerosos asesinos han sido bien educados, pero la presencia de Flora me lo impidió.

La joven estaba resuelta y yo me veía obligado a acceder a su deseo y partimos enseguida.

Una mujer anciana, con una cofia bretona nos abrió la puerta. El señor Poirot estaba en su casa.

Fuimos introducidos a un pequeño saloncito cuyos muebles estaban dispuestos con gusto y donde llegó enseguida mi interlocutor de la víspera.

—Señor doctor — dijo sonriendo — señorita...

Se inclinó ante Flora.

—Sin duda — comencé — ¿Ha tenido usted conocimiento del drama ocurrido ayer?

Su rostro se puso grave.

—En efecto. Es horrible. Ofrezco todas mis simpatías a la señorita. ¿En qué puedo serle útil?

—Miss Ackroyd quisiera que usted... usted...

—¡Descubra al asesino! — dijo Flora con voz clara.

—Comprendo — dijo el hombre — Pero la policía va a ocuparse de eso.

—Puede cometer errores — dipo la joven — Ya ha comenzado a cometerlos. Señor Poirot ¿no quiere usted ayudarnos? Si... si es cuestión de dinero...

Poirot levantó la mano.

Por favor señorita. No detexto el dinero. — sus ojos brillaron — siempre lo he tenido en cuenta; pero si emprendo este asunto. Compréndame bien: iré hasta el fin. Un buen perro no deja jamás una pista y tal vez lamente usted no haber dejado a la policía sola.

—Quiero saber la verdad — dijo Flora mirándolo bien de frente.

—¿Toda la verdad?

—¡Toda la verdad!

—Entonces acepto — declaró mi vecino — y espero que no lamentará usted esas palabras. Ahora deme todos los detalles.

El señor Sheppard lo pondrá al corriente pues sabe más que yo.

Me hundí en un relato de todos los hechos que ya relaté.

Poirot me escuchó atentamente, interrumpiéndome a veces para hacerme alguna pregunta, pero permaneciendo la mayor parte del tiempo silencioso. los ojos fijos en el techo. Detuve mi relato en el momento en que el inspector Davis y yo dejamos Fernly Park el día antes.

—Ahora — dijo Flora cuando yo concluía — dígale lo que concierne a Ralph.

Vacilé, pero su mirada me obligó a hablar.

—¿Ha ido usted a la posada de los "Tres Pavos" anoche al volver? — me preguntó Poirot — ¿con qué objeto?

—No respondí más que al cabo de un

momento para tener tiempo de elegir con cuidado mis palabras.

—Pensé que alguien debía informar al capitán Paton de la terrible muerte de su tío y reflexioné, después de salir de Fernly que sólo yo y el señor Ackroyd conocíamos su presencia en el pueblo.

Poirot accedió.

—En efecto ¿fué el único motivo de la visita?

—El único — dije brevemente.

—¿No trata usted... ¿como diría yo?... de tranquilizarse con respeto a ese hombre?

—¿Tranquilizarme?

—Creo, señor doctor que comprende usted lo que yo pienso, aunque pretende lo contrario y me permito creer que se hubiera sentido usted muy aliviado de ver que el capitán Paton había estado toda la noche en su cuarto.

—No del todo.

El pequeño detective me miró meneando la cabeza.

—No tiene usted en mí, la misma confianza que miss Flora — dijo — pero no importa. Lo que tenemos que ver es esto: el capitán Paton ha desaparecido en circunstancias que sería inútil dilucidar. No le ocultaré que este cargo contra él es serio. Sin embargo admito que puede tener una explicación simple.

—Es lo que yo digo — exclamó vivamente Flora.

Poirot no insistió más sobre eso y ofreció ponerse inmediatamente en contacto con la policía local. Dió a Flora el consejo de regresar a su casa y a mí me pidió, al contrario, que lo acompañara y lo presentara al oficial de policía encargado del asunto.

Partimos pues y encontramos a la puerta de la comisaría, al inspector Davis que parecía derrotado. El coronel Melrose, jefe de policía y otro hombre que no me costó mucho reconocer dada la descripción de Flora, como al inspector Raglan, de Crenchester, se hallaban con él.

Yo conocía bastante bien a Melrose a quien presenté a Poirot explicándole la situación. El jefe pareció molesto y el inspector Raglan se puso sombrío, mientras que Davis se alegraba manifiestamente al verlos tan apurados.

—El asunto va a ser muy simple — declaró Raglan — y no es útil que se mezcle nadie. Cualquier aprendiz lo hubiera comprendido todo ayer y no hubiéramos perdido tanto tiempo.

Dirigió una mirada severa hacia el pobre Davis que la recibió con aire absolutamente plácido.

La familia del señor Ackroyd puede, evidentemente hacer lo que crea útil — dijo el coronel Melrose — pero la pesquisa oficial no debe encontrar trabas de ninguna clase. Sin embargo — añadió con cortesía — conozco la gran reputación del señor Poirot.

—La policía no puede hacer su propia reclamación — dijo Raglan.

Fué Poirot quien salvó la situación.

—Es cierto que me he retirado de mi profesión — declaró y que tenía la intención de no ocuparme ya de ningún asunto. Tengo por sobre todo, horror a la publicidad y les suplico que en caso de que yo contribuya a esclarecer este misterio, no se pronuncie mi nombre.

El rostro del inspector Raglan se aclaró un poco.

—He oído hablar de los notables resultados que usted ha obtenido — dijo el coronel.

—He trabajado mucho — dijo Poirot tranquilamente — pero he debido la mayor parte de mi éxito a la policía inglesa y, si el inspector Raglan quiere autorizarme a que lo ayude, me sentiré a la vez halagado y honrado.

La actitud del inspector se hacía cada vez más amable. El coronel Melrose me llevó aparte.

—Según lo que me ha contado — murmuró — este pequeño hombre ha hecho realmente cosas maravillosas. Se entiende que nosotros no deseamos tener que dirigirnos a Scotland Yard. Raglan parece muy seguro de sus deducciones, pero yo no comparto su manera de ver... Conozco... las personas interesadas mejor que él. Ese detective no parece desear reclame y es probable que trabajará con nosotros sin ostentación ¿verdad-

—Para la mayor gloria del inspector Raglan — dije solemnemente.

—Bien, bien — dijo el coronel en voz alta. — Es necesario que pongamos al señor Poirot al corriente de nuestros últimos descubrimientos.

—Se lo agradezco, mi amigo, el doctor Sheppard, me ha hablado de ciertas sospechas concernientes al mayordomo.

—Es ridículo — exclamó Raglan. — Esos sirvientes de grandes casas se ponen en un estado tal que parecen proceder de manera anormal sin que nada lo justifique.

—Y las impresiones digitales? — insinué.

—Ninguna se parece a las de Parker — sonrió ligeramente y añadió: Tampoco a las suyas, ni a las del señor Raimundo.

—¿Se parecen a las del capitán Paton? — preguntó Poirot con calma.

Sentí cierta admiración al verlo como tomaba al toro por los cuernos y distinguí en los ojos del inspector un cierto respeto.

—Constato que no pierde usted el tiempo señor Poirot; será un placer trabajar con usted. Tomaremos las impresiones del joven en cuanto podamos ponerle la mano encima.

—No puedo dejar de creer que se equivoca usted, inspector — dijo el coronel con calor. — Conozco a Ralph Paton desde su infancia: jamás descendería a cometer un asesinato.

—Es posible — respondió el inspector sin convicción.

—¿Qué tiene usted contra él? — pregunté.

—Salió anoche justo a las nueve y ha sido visto en los alrededores de Fernly Park a eso de las nueve y media; nadie sabe más de él. Parece debatirse en serias dificultades económicas. Tengo aquí un par de zapatos que le pertenecen y que tienen los tacos de goma, los cuales voy a comparar con las pisadas que hay debajo de la ventana. He

puesto un agente de facción para que nadie se acerque y queden intactas.

—Vamos en seguida — dijo el coronel Melrose; — doctor ¿nos acompaña usted verdad?

Respondí afirmativamente y partimos en el automóvil del jefe.

El inspector que quería dirigirse directamente al lugar donde estaban las señales pidió que lo dejaran cerca de la verja, hacia la derecha donde un sendero conducía a la terraza y a la ventana del escritorio del señor Ackroyd.

—¿Prefiere usted ir con el inspector, señor Poirot? — preguntó Melrose — ¿o examinar la pieza?

El detective eligió la segunda alternativa. Parker nos abrió la puerta. Sus maneras eran tranquilas deferentes, y parecía repuesto de su espanto de la víspera.

El coronel tomó la llave de su bolsillo y después de abrir el pequeño vestíbulo, nos introdujo en el gabinete.

—El cuerpo ha sido llevado, pero la pieza está exactamente en el estado en que se hallaba anoche.

—¿Dónde estaba el cadáver? — preguntó Poirot.

Describí su posición tan claramente como pudé. El sillón estaba aún ante la chimenea. Poirot se sentó.

—¿Dónde estaba la carta azul de que me habló?

—El señor Ackroyd la dejó sobre esta mesita, a la derecha.

Poirot interrogó aún:

—Salvo eso, todo lo demás está en el mismo lugar?

—Creo poder afirmarlo.

—Coronel ¿quiere tener la bondad de sentarse un momento allí? Muchas gracias. Ahora, doctor indíqueme la posición exacta del puñal.

Dí el informe al pequeño hombre que se había puesto de pie al lado de la puerta.

— El puño del arma era pues visible desde aquí. Usted y Parker han debido distinguirla en seguida.

—Sí.

Poirot se dirigió a la ventana y preguntó volviendo la cabeza.

—¿La luz eléctrica estaba encendida cuando encontraron el cadáver?

—Sí — respondí, y me acerqué a él mientras examinaba las marcas de pasos visibles en el repecho de la ventana.

—Los tacos de goma son iguales a los de los zapatos del capitán Ralph Paton — dijo suavemente.

Ganó el medio de la pieza y su mirada aguda la recorrió.

—¿Es usted observador, doctor? — me preguntó al fin.

—Creo que sí — respondí asombrado.

—Creo que había fuego encendido en la chimenea cuando forzó usted la puerta del señor Ackroyd. ¿En qué punto se hallaba el fuego? ¿Estaba a punto de apagarse?

Me reí un poco molesto.

—Yo... no puedo informarle, no le prestó atención. Quizá Raimundo o el mayor Blunt...

—Siempre hay que proceder con método y he cometido un error haciéndole esa pregunta. A cada uno sus cosas; usted puede, sin dejar escapar nada, decirme cual era el aspecto del cuerpo. Si yo quisiera tener indicaciones sobre los papeles apilados sobre ese escritorio tendría que interrogar al señor Raimundo; para conocer el estado del fuego, debo dirigirme a aquel que está encargado de vigilarlo. Si usted permite...

—Se dirigió rápidamente hacia la chimenea y llamó.

Uno o dos minutos después entró Parker.

—Han llamado, señor — dijo vacilante.

—Entre Parker — dijo el coronel Melrose — El señor quiere hacerle algunas preguntas.

Parker miró respetuosamente a Poirot. Este le dijo:

—Cuando anoche usted, con ayuda del doctor Sheppard forzó la puerta, y halló a su amo muerto ¿cómo estaba el fuego?

—Muy bajo, señor, casi apagado.

—¡Ah! — exclamó Poirot con aire de triunfador. Luego, añadió:

—Mire a su alrededor, Parker esta pieza ¿está exactamente en el mismo estado que en ese momento?

Los ojos del mayordomo dieron una vuelta recorriéndolo todo, luego se posaron sobre la ventana.

—Las cortinas estaban corridas señor, y la luz encendida.

Poirot inclinó la cabeza.

—¿Hay otra diferencia?

—Sí señor, ese sillón está algo más atrás. Indicaba una gran butaca que se hallaba a la izquierda entre la puerta y la ventana. Añado a mi relato un plano de la pieza, y otro con los muebles.

—Colóquelo como estaba — dijo Poirot. El mayordomo empujó la butaca sesenta centímetros hacia adelante y la volvió de manera que quedó frente a la puerta.

—Es curioso — murmuró Poirot — nadie se sentaría en el sillón así colocado y me pregunto quien lo empujó. ¿Es usted mi amigo?

—No, señor — respondió Parker — estaba demasiado trastornado al ver a mi amo asesinado.

Poirot me miró.

—¿Es usted, doctor?

Sacudí negativamente la cabeza.

—Estaba en su sitio cuando yo vine con la policía, señor — declaró el mayordomo — estoy completamente seguro.

—Raimundo o Blunt pueden haberlo empujado — sugerí — pero eso no tiene gran importancia.

—No tiene ninguna en efecto — dijo Poirot colocando el sillón en su lugar primitivo luego agregó: ¡La cosa es interesante!

—Perdóneme un momento — dijo el coronel Melrose que salió de la pieza con el mayordomo.

—¿Cree usted que Parker dice la verdad? — pregunté.

—Sobre el sillón sí; de lo demás no sé. Descubriría usted, señor doctor si se hallara amenudo en presencia de gente de esa clase que se parecen todos en cierto modo.

—¿Cómo? — interrogué.

—Todos los que están mezclados en un asunto tienen algo que ocultar.

—¿Yo también? — dije sonriendo

Poirot me miró atentamente.

—También usted — declaró.

—Pero...

—¿Me ha dicho usted todo lo que sabe sobre el joven Paton?

Sonrió mientras yo enrojecía.

—¡Oh! No tema nada; no penetro a nadie y lo sabré a su debido tiempo.

—Quisiera que me diera usted algunas indicaciones sobre sus métodos — le dije rápidamente para ocultar mi confusión — por ejemplo la cuestión del fuego.

—¡Oh! Es muy simple. ¿Dejó usted al señor Ackroyd a... las nueve menos diez ¿verdad?

—Sí, exactamente.

—La ventana estaba entonces cerrada y la puerta sin llave. Entre las diez y cuarto y diez y media, cuando el crimen ha sido descubierto, la puerta estaba cerrada y la ventana abierta. ¿Quién pudo abrirla? Solo el señor Ackroyd y eso, debido a las dos razones siguientes: O bien la temperatura de la pieza era insoportable y esta hipótesis no sirve porque el fuego estaba casi apagado y anoche hacía fresco; o bien ha hecho entrar a alguien por allí. Luego, si ha permitido que una persona penetrara por la ventana, esa persona le era bien conocida, puesto que ahtes ya se había mostrado inquieto sobre esa misma ventana.

—Eso parece muy simple — dije.

—Todo es simple si se agrupan metódicamente los hechos. Lo que nos importa ahora, es determinar quien estaba con el señor Ackroyd anoche a las nueve y media. Todo lleva a creer que el hombre con quien hablaba en ese momento, entró por la ventana y, aunque miss Ackroyd vió a su tío vivo un poco más tarde, no podemos resolver este enigma hasta que conozcamos quien era el misterioso visitante.

La ventana puede haber quedado abierta después de su partida y haber dado en seguida paso al asesino; o aun la misma persona puede haber venido una segunda vez. ¡Ah! ¡Aquí viene el coronel!

El coronel Melrose llegaba, en efecto muy animado:

—El lugar de donde fué pedida la comunicación telefónica ha sido precisado — dijo — no es de aquí. Han llamado al doctor Sheppard a las diez y cuarto de anoche, de una cabina pública en la estación de Kings Abbott y a las 10 y 28 el expreso de la noche sale para Liverpool.

Capítulo VIII

EL ISNPECTOR RAGLAN ESTA LLENO DE CONFIANZA

Nos miramos.

—¿Hará usted una investigación en la estación? — dije.

—Naturalmente; pero no tengo mucha fe en el resultado. ¿Conoce usted la estación?

La conocía. King's Aboott no es más que un pueblo, pero es un importante ramal de vías férreas. La mayor parte de los grandes expresos se detienen allí; hay dos o tres cabinas telefónicas. A esa hora, tres trenes locales entran a la estación para cambiar correspondencia con el expreso del Norte que llega a las 10 y 19 y parte a las 10 y 28. Hay un gran movimiento y pocas probabilidades

para que una persona que telefonee o que suba al expreso puede ser notada.

—Pero ¿por qué han telefoneado? — preguntó Melrose — encuentro eso extraordinario e inexplicable.

Poirot levantó con cuidado un bibelot y dijo volviéndose ligeramente.

—Esté seguro de que hay una razón.

—¿Cuál podía ser?

—Cuando la conozcamos lo sabremos todo. Este asunto es curioso e interesante.

La manera como pronunció estas palabras era indescriptible; sentí que examinaba el caso de una manera muy especial y no pude comprender en que pensaba.

Se dirigió hacia la ventana y miró afuera.

—¿Dice usted que eran las nueve, doctor, cuando encontró a ese extraño en el parque?

Me hizo esa pregunta sin darse vuelta.

—Sí — repliqué — oí sonar el reloj.

—¿Cuánto tiempo se necesita para llegar a la casa... a ésta ventana, por ejemplo?

—Cinco minutos lo más; dos o tres solamente si toma el sendero de la derecha y si ha venido aquí directamente.

—Pero para proceder así es preciso que conociera el lugar.

—Es cierto — dijo el coronel Melrose.

—Probablemente descubrir, si el señor Ackroyd ha recibido la visita de un extraño en el curso de la semana.

—El joven Raimundo podrá decirlo — sugerí.

—O Parker — dijo Melrose.

—O ambos —dijo Poirot sonriendo.

El coronel partió en busca de Raimundo y yo llamé a Parker otra vez.

El jefe vino casi en seguida acompañado del joven secretario que presentó a Poirot. Geoffroy Raimundo, era amable, como siempre; pareció encantado de conocer al detective.

—No me imaginaba que vivía usted entre nosotros de incógnito, señor Poirot — dijo. — Será interesante verlo en el trabajo... ¿Qué es lo que ocurre?

Poirot estaba de pie a la izquierda de la puerta. Se apartó de pronto y vi que había debido, mientras yo le daba la espalda, poner la butaca en la posición que el mayordomo había indicado.

—¿Quiere usted que me siente? — dijo Raimundo. — ¿Por qué?

—Ese sillón estaba anoche en esa posición, cuando el señor Ackroyd fué asesinado. Luego alguien lo puso en su sitio ¿fué usted?

El secretario contestó sin vacilar.

—Naturalmente que no. No me acuerdo tampoco haberlo visto allí, pero debía estar puesto ya que usted lo afirma. ¿Han destruído algún indicio haciendo eso? ¡Es una lástima!

—No tiene importancia — dijo el detective — ninguna importancia. Lo que yo quería preguntarle, señor Raimundo era esto: ¿Ha venido algún desconocido a ver al señor Ackroyd durante esta semana?

El secretario reflexionó un momento acariciando sus cejas; en ese momento aparecía Parker.

—No — dijo al fin Raimundo, — no recuerdo haber visto a nadie ¿y usted Parker?

—Perdón señor, ¿de qué se trata?

—¿El señor Ackroyd ha recibido esta semana la visita de algún extraño?

El mayordomo quedó pensativo:

—Unicamente, el joven que vino el miércoles — dijo — creo que lo mandaban de lo de Curtis y Troute.

Raimundo hizo un gesto de impaciencia.

—Es cierto, ahora me acuerdo, pero el señor no hace alusión a una persona de esa clase.

Se volvió hacia el señor Poirot:

—El señor Ackroyd tenía idea de comprar un dictáfono — explicó — lo que nos hubiera permitido trabajar más rápido. La casa en cuestión envió su representante, pero el señor Ackroyd no realizó su proyecto.

—¿Puede usted describirme a ese joven, Parker?

—Era pequeño y rubio, señor; estaba vestido con un buen traje azul; era un joven bastante elegante.

Poirot se volvió hacia mí:

—¿El hombre que encontró usted al salir, era alto, verdad?

—Sí — contesté. — Tenía alrededor de seis pies.

—Esto no concuerda en nada — dijo el detective — gracias, Parker!

Este se volvió hacia Raimundo:

—El señor Hammond acaba de llegar, señor — dijo — desea saber si puede ser útil y quisiera hablarle.

—Voy en seguida — contestó el joven que salió apresuradamente.

Poirot miró al jefe con aire interrogador.

—Es el abogado de la familia — dijo Melrose.

—Ese joven Raimundo va a estar muy ocupado — murmuró Poirot — parece muy al corriente de sus funciones.

—Creo, en efecto que el señor Ackroyd le tenía mucha estima.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

—Dos años.

—Estoy seguro de que trabaja a conciencia. ¿Cuáles son sus distracciones? ¿Hace sport?

—Los secretarios particulares no tienen muchas distracciones — respondió Melrose sonriendo: creo que Raimundo juega al golf y también al tennis en verano.

—¿Va a las carreras?

—No; creo que no le agrada.

Poirot hizo un gesto y pareció desinteresarse del asunto.

Su mirada recorrió todo el escritorio.

—Creo que ya vi todo lo que había que ver aquí.

Yo miré a mi alrededor.

—¡Si estas paredes pudieran hablar! — murmuré.

Poirot meneó la cabeza.

—Precisarían no sólo lengua, sino también ojos y oídos. Sin embargo no crea que estos objetos (señaló una pequeña biblioteca) sean siempre mudos, a menudo me hablan; las sillas y las mesas tienen su manera de expresarse.

Se dirigió a la puerta.

—¿Qué? — exclamé. — ¿Qué le han dicho hoy?

(Continuará)

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

Y Subió junto al paciente, para que lo condujeran a la enfermería.

El Calvo le llevó la noticia al general que se estaba quitando el polvo y el viejo, de aire marcial y blancos bigotes, gruñó.

—Me alegro que no sea algo peor, — dijo. — Es un buen muchacho... Vea que lo cuiden bien. ¿Y mi aparato? Su sargento aviador cree que se podrá arreglar rápidamente. Cambiarle la hélice y la rueda, con un parche aquí y allá. ¿Le parece a usted que se podrá?

—Seguro, Patrón, — sonrió el Calvo. — Cuando el sargento lo dice... puede apostar su camisa que así es.

—Bueno. Lo necesitaré dentro de tres horas y otro piloto. Tendrá que prestarme un hombre. Y ahora, por amor de Dios, tienen algo que tomar aquí?

El Calvo sintióse ligeramente ofendido por aquel sarcasmo. Después de todo, no había él tenido tiempo de ofrecer debidamente hospitalidad. Sin embargo consideró que al general no le faltaba motivo para estar de mal humor y de todos modos admiróle por su valor.

Guió a la pieza del rancho y pronto el gran hombre se encontró instalado en un viejo, pero cómodo, sillón, con un gran vaso a su lado.

El general sonrió.

Era cosa desusada en un general y el Calvo tocó instintivamente madera.

—Este... sea lo que sea lo que lo trajo aquí Patrón General — dijo con acento de incertidumbre — creo que está usted un poco agitado después de semejante voltereta y le conviene descansar. Pero... nadie tuvo la culpa... Uno de los neumáticos estalló...

—¿Cree que no lo comprendí? — dijo ásperamente el general. — Oí muy bien la detonación y sabía la que nos esperaba. El piloto no pudo evitarlo. Usted es americano, ¿no?

—Nacido en Kentucky, Patrón. Estaba en Inglaterra cuando la guerra estalló. Me pareció que la guerra era tanto mía como de ustedes y... aquí estoy.

—Muy bien hecho, — dijo el general, bebiendo. — Yo lo admiro, Atlee. He oído hablar de usted. Por eso estoy hoy aquí. A este escuadrón le suelen llamar "Los Angeles de el Calvo" ¿no?

Atlee contuvo una exclamación de asombro. Era la primera vez que un general había expresado satisfacción y mucho menos admiración ante las acciones de un simple comandante de escuadrilla. El viejo era, ciertamente, buena persona.

—La gente le ha dado ese nombre, Patrón, — contestó. — Yo era segundo jefe de la escuadrilla 21, a la que llamaban "Angeles del Infierno"; pero todos los muchachos murieron, exceptuándome a mí y dos más. Cuando tomé el mando de esta escuadrilla, el nombre me siguió.

Sonrió, indicando su cabeza prematuramente calva.

—Mi brillante pelada hizo el resto.

—Y la materia que está adentro ha hecho mucho más, — replicó el general. — Su

Aguilas del frente...

trabajo ha sido espléndido, Atlee. Yo soy Dwyson y el aeródromo de los Angeles del Infierno quedaba en mi división. Lo observé. Y usted ha continuado la hermosa tradición, Atlee, mejorándola quizá. Ahora quiero que usted y sus muchachos hagan más buen trabajo. Se va a realizar un avance.

El Calvo lanzó una exclamación. ¿Quién no había oído hablar del general O'Hara Dwyson, general en jefe de la mejor parte del Area Occidental de la guerra? La maravillosa carrera del hombre, su valor de hierro, le había conquistado la C. de la V., en Africa.

Nunca se habían visto él y el Calvo y la C. de la V. del viejo estaba oculta debajo del saco de aviador que todavía llevaba puesto.

El Calvo se inclinó ahora, ligeramente.

—Patrón Dwyson, — dijo, — yo no tengo mucha facilidad en la lengua; pero quiero decirle que me siento muy honrado con su presencia en mi rancho.

—Gracias, Atlee, — dijo el general, que sabía apreciar los cumplidos sinceros. — Pero vamos al asunto. Mañana, a las cinco en punto, voy a empujarlo una milla más atrás a Fritz. Después le voy a señalar el área de un mapa. Hace meses que estoy preparando esto. Todo está listo. Se ha mantenido en el mayor secreto para que nada trascienda.

—Y no ha trascendido, Patrón, — dijo el Calvo, sorprendido. — Yo no he oído el menor rumor sobre el particular.

—Naturalmente que no. Hasta mi estado mayor no estaba seguro. Ahora bien, las escuadrillas aéreas de combate tendrán que patrullar detrás de la nueva línea de avance, no bien la barrera haya sido levantada y avancen los nuestros. Impedir a Fritz que traiga reservas, destruir sus nidos de ametralladoras, perseguir sus transportes. En general, trastornar su sistema nervioso lo más posible. Será una tarea muy peligrosa... habrá que volar bajo, entre las balas de cañones y rifles. ¿no lo preocupa, verdad?

—No, según puede ver, — contestó sonriendo el Calvo.

—Bien. He venido personalmente porque he dispuesto operaciones muy especiales en la zona más importante y quiero que usted la ocupe. No podía mandarle instrucciones escritas, porque esa parte de la batalla es un secreto. Sólo el jefe de mi estado mayor y los comandantes de las líneas a quienes concierne están enterados. No diga una palabra.

—Patrón General, — dijo el Calvo, — una ostra muda con un ataque de parálisis a la lengua sería conversadora, comparándola conmigo. Entretanto, el almuerzo está pronto. Si quiere conocer a los muchachos... Claro que puedo hacerlo servir en privado, si lo prefiere; pero ellos se sentirían muy honrados y...

—Y yo también, — replicó el general Dwyson, levantándose. — Quiero verlos. Más tarde le mostraré el mapa.

Después de aquel almuerzo que aumentó inmensamente, la popularidad del general, éste estudió el mapa con el Calvo y arreglaron las cosas hasta su último detalle. Luego se presentó el sargento de aviación anunciando que el aeroplano estaba reparado y el Calvo mandó buscar a John Henry, a quien había elegido como "chauffeur" suplente del general.

El joven Dent se lució al despegar el aparato. En un principio, había manejado Bristols y despegó éste del suelo en la dirección exacta que señalaba, realizando una habilísima maniobra a que pocos pilotos se hubieran atrevido, sobre todo llevando un general a bordo.

Sin embargo, John Henry era así. Teniendo público hubiera hecho un "loop" con una aeronave Handley-Page, por entre una fila de alambres del telégrafo.

Cuando llegaron al campo de aterrizaje del cuartel general, después de una "sentada" igualmente magistral, el general indicó a John Henry que lo siguiera.

—Venga a mi oficina — le dijo, conduciendo a Dent a una casa medio en ruinas, festoneada con alambres de telégrafo y llena de brillantes oficiales. John Henry esperaba fuertes apretones de manos por sus proezas aéreas; pero el general lo condujo a una pieza grande, bien amueblada, y sirvió bebida.

—¿Soda? — preguntó, y John contestó un "Sí" con acento soñador. Esperaba despertarse demasiado pronto. Luego sus ojos se fijaron en un marco de plata, sobre la repisa de la estufa, que encuadraba el retrato de la muchacha más linda que habían visto sus ojos.

—Usted es un loco, un atolondrado, — le dijo el general levantando el vaso; — pero sabe manejar un aeroplano. Me gustan los audaces. Gracias por el paseo. Disfruté mucho en él.

John Henry volvió en sí, haciendo un esfuerzo y apartó sus ojos del retrato. Casi dejó caer el vaso al agarrarlo y tartamudeó incoherencias, queriendo ser cortés.

—¡Ajajá! — dijo el general, advirtiendo el motivo de la distracción de John Henry. — ¿Ya vió eso? ¡Qué buena vista tiene!

Bajó la fotografía, la miró con extraña expresión y luego la puso en la mano temblorosa de John Henry.

—Es mi hija... un pequeño duende. Quería que la dejara venir aquí, a manejar autos o hacer algo por el estilo; pero este no es sitio para mujeres. No la verá usted.

John Henry movió la cabeza.

—Mi querido y viejo señor, — dijo, — puede usted hacerme fusilar al amanecer, si quiere, pero tengo que decirlo fuerte o estallar. Su hija es la criatura más hermosa que he visto. Ya está. ¡Disculpe!

—No hay de qué, — dijo el general. — Betty vale por diez de vosotros. Debió nacer varón. Termine su bebida.

El joven Dent la terminó, derramando parte de ella en su corbata.

—Me alegro que no lo sea, señor, — dijo con audaz sonrisa. — Porque si alguna vez

MISTERIO - INTRIGA - ACCION - DRAMA. ALGO REALMENTE EXTRAORDINARIO. LOS LECTORES AMANTES DE LAS GRANDES OBRAS QUE EMOCIONAN, DISTRAEN Y CULTIVAN EL ESPIRITU, SE DELEITARAN CON LA LECTURA DE UNA ADMIRABLE NOVELA, DE LAS DENOMINADAS DE CAPA Y ESPADA, QUE PRONTO APARECERA EN PUCKY.

HAGASE RESERVAR CON TIEMPO, SU EJEMPLAR, SI DESEA NO PERDER NI UN SOLO EPISODIO DE ESTA NUEVA OBRA

vuelvo a la patria, después de esto, voy a rondar su casa hasta que encuentre alguien que me presente a ella.

—Y yo lo echaré a puntapiés, — dijo el general fieramente. — Mándese mudar de aquí, cachorro. ¡Pronto!

Pero mientras John Henry hacía la venia y salía de la habitación, los ojos del general sonreían. Era muy susceptible a las alabanzas sobre su hija única, como todos los padres y había simpatizado con el atrevido Dent.

EL GRAN AVANCE

Los "Angeles" se fueron a acostar a las diez. Metieron un bochinche cuando, después de comer, el Calvo entró en la antecámara y les dió la orden.

El comandante de la escuadrilla sentóse en el piano y levantó las manos.

—Ahora, mis nenes, se van todos a la catrera, a las diez. Cuidadito con desobedecerme: hablo en serio. Es una orden. Mañana vamos a tener un pequeño entrevero con Fritz, que empezará a las 4 y 30 a. m. Todo el mundo tiene que estar en la pista a esa hora. Entretanto, que duerman bien. Eso es todo. Son ahora las nueve. De modo que tienen una hora para jugar y hacer música antes de que la niñera los lleve a la cama. He dicho.

Fué rodeado por todos los muchachos,

cuando bajaba de su asiento; pero a sus preguntas nada contestó. Y los Angeles, excitados y curiosos por no haber podido obtener ninguna clase de informes, se reunieron fuera de los hangares en las primeras horas del frío crepúsculo matinal.

Luego el Calvo les dijo todo lo que sabía. Los llamó alrededor de un mapa que la brisa agitaba y les mostró el área donde tendrían que hacer su "trabajo".

—Aquí es donde se realizará la mayor parte del avance, — dijo. — Triunfar allí, es triunfar en todas partes. Es la llave de la posición. ¿Comprenden? Así que tenemos que impedir que lleguen ahí reservas de Fritz. Tenemos que correrlo, espolvorear con pimienta sus transportes y armar un bochinche descomunal entre sus baterías. Tendremos que andar por el aire todo el día; volver aquí para llenar los tanques y las cartucheras y seguir el trabajo. Eso es todo. En cualquier momento oirán el baruflo de la artillería. Vuelen sobre ella y, no bien vean que para y nuestros compañeros salen de las trincheras y atacan, bueno... ustedes bajarán mismo adelante de ella y rocían a cualquier puñado de Fritz que aparezca. ¿Entendido?

—Sólo una pregunta, — dijo con acento humilde, John Henry.

—¿Cuál?

—¿Puedo llevarme la red de cazar mariposas por si veo al Káiser? Podríamos hacerlo embalsamar, exhibirlo en Hampstead Heath, en la próxima estación veraniega y...

Se interrumpió y corrió hacia su máquina al ver que el Calvo se dirigía hacia él. Pero mientras trepaba por el costado del aeroplano, completó su viaje con inesperada velocidad, porque la bota del comandante describió la más graciosa curva y dió en el blanco.

Cinco minutos más tarde toda la escuadrilla estaba en los aires y el zumbido de los motores se fué perdiendo a medida que se alejaban en dirección a las líneas, a dos millas de distancia. El Calvo, que iba delante, miró su reloj y luego saltó ligeramente al atronar los aires un siniestro estruendo que dominó el rugido del motor.

Al mismo tiempo, toda la desgarrada línea alemana pareció estallar en llamaradas lívidas. Se levantaron negros montones de tierra, extendiéndose como árboles espectrales y cayeron, para ser reemplazados por otros y otros, nacidos de las llamas y que morían rápidamente dentro del mismo fuego que los había creado.

Las manecillas del reloj señalaban las cinco en punto.

El Calvo miró hacia atrás, la mente y el alma conmovidas por la belleza del cuadro que se extendía abajo, cuadro que podría haber sido pintado por un genio loco, cuyo pincel guiara la mano febril de un fantasma.

Detrás, los fogonazos brillaban sobre el área de guerra, aun envuelta en sombras.

Formando lastimoso contraste, los primeros y rosados rayos del sol atravesaban las altas nubes grises y por la faz del cielo se iba extendiendo un suave fulgor que enviaba su mensaje eterno de esperanza y misericordia a la tierra despedazada, sumida en un espantoso caos de destrucción y muerte.

Los fogonazos perdieron su intensidad a la creciente luz de la aurora; pero grandes masas de humo salían de las sombras que iban desapareciendo.

Y ahora las baterías alemanas, sabiendo lo que significaba aquel bombardeo violento, contestaban con la misma intensidad.

Luego, la barrera fué levantada. La lluvia de acero y fuego avanzó como una ola, destruyendo las líneas de apoyo, encontrando los depósitos de municiones, deslizándose hacia las mismas baterías de cañones.

Pero mientras avanzaba, una alfombra, negra y ondulante, de pequeñas figuras, se extendía, saltaba y... caía, saliendo de las trincheras inglesas y esparciéndose por el área recientemente conquistada.

Al principio del avance, el Calvo dió la señal para romper la formación y bajó.

La escuadrilla se separó en una larga línea y descendió por el cielo plomizo, zumbando sólo a unos cuantos pies encima de la infantería en avance, limpiándoles el camino. Las ametralladoras empezaron a detonar violentamente, mientras grupos aislados de hombres vestidos de gris, restos de las líneas de apoyo, tiraban a los británicos.

Se dispersaron y cayeron al evolucionar encima de ellos los aeroplanos. Aparecieron más y más hordas grises atrás, a donde había logrado retirarse durante aquel terrible bombardeo para reorganizarse y resistir.

Y la marea seguía avanzando.

Llegó hasta la línea de resistencia; fué detenido; y las bayonetas brillaron siniestramente donde los hombres luchaban cuerpo a cuerpo.

Hubo una lucha feroz de balas, bayonetas y puños; los británicos volvieron a avanzar dejando un rastro de figuras inmóviles, grises y color kaki mezcladas, que señalaban la línea rota.

El Calvo evolucionó entre el humo y tosió al sentir las emanaciones acres de la pólvora en su garganta. Vió una masa de hombres grises que avanzaba en doble fila por un camino lleno de pozos y descendió muy bajo, dándose de pronto cuenta de que una máquina con sombrerete blanco estaba junto a él.

John Henry había visto venir a las tropas de apoyo y los dos juntos las atacaron.

Hasta último momento los que iban al frente de la tropa no vieron los pequeños aparatos que salían de entre la mortaja de humo, vomitando fuego. Y cuando los vieron fué... para no verlos más.

El camino se despejó como por obra de magia; dos descargas de plomo barrieron la fila de hombres que tropezaban y caían para no levantarse más.

Ambos aparatos subieron empinadamente al llegar al fin de la columna, evolucionando entre el humo que ahora brillaba a los refle-

jos del sol naciente. John Henry miró al costado y no vió a el Calvo. Esperó que nada le hubiera ocurrido, dió vuelta y voló para encontrar nuevos enemigos que destruir.

La guerra era la cosa más espantosa que John Henry había soñado jamás; su sombra se había proyectado sobre su joven vida y quedaría allí por todo el resto de ella.

Entretanto, cada alemán caído significaba un inglés de pie y había que continuar el siniestro trabajo.

Alguna llamita de clara, ordinaria, conciencia, ardía entre las sombras rojas, de pesadilla, dentro del cerebro de John Henry. Y de pronto elevó su aparato hacia el aire bañado de sol, sobre la oscuridad de la batalla.

Sintió que tenía que respirar los vientos del cielo, aunque sólo fuera por cortos instantes de tregua. Allí abajo se estaba volviendo loco. Si no descansaba, su corazón estallaría. Lágrimas inconscientes había trazado surcos sobre su cara, sucia por el humo de sus ametralladoras.

Sin previo aviso, del abrigo de una nube al parecer inocente, un rojo Fokker se precipitó de pronto sobre el aparato de John Henry. Este subió, en una vuelta vertiginosa, disparando automáticamente en el segundo en que sus miras le mostraron un parche escarlata. El piloto alemán se deslizó hacia abajo, dentro de su cinturón, y el Fokker, ahora sin gobierno, descendió a través de la mortaja de humo. Pero había más alrededor.

El cuartel general alemán, furioso ante aquel ataque imprevisto había ordenado que todos los aeroplanos subieran y en el aire, entre el humo de arriba y de abajo, los halcones de la guerra sostenían un duelo a muerte.

John Henry, al subir, se dió cuenta de que el sol estaba alto. Aquello lo llenó de asombro. ¿Cuánto tiempo había transcurrido ya? Luego, instintivamente, miró su medidor de petróleo, buscó en vano una nueva cartuchera con municiones.

No le quedaba más que un galón de combustible y sus municiones se habían terminado.

John Henry murmuró una plegaria de agradecimiento a la Providencia por haberse fijado a tiemo y dió vuelta, rumbo al aeródromo. Afortunadamente había llegado esta vez cerca de las líneas y sabía que lograría alcanzar el aeródromo antes de que su tanque quedara seco. Tenía que apurarse a llenarlo y volver. Aquí hacía falta.

Como una milla más atrás vió un Bristol de combate, de dos asientos, defendiéndose contra los ataques de un triplano e instintivamente, acudió en su defensa.

El observador yacía caído sobre su arma y el piloto no tenía esperanzas de vencer a un enemigo más rápido sin ayuda.

Pero la aparición del aeroplano de John Henry obligó al alemán a retirarse. John Henry se atragantó al ver al piloto del Bristol levantarse de pronto y luego hundirse en su asiento.

Había una espantosa fascinación en contemplar como el aparato descendía los pocos cientos de pies que lo separaban de la tierra despedazada; pero John Henry lanzó un grito de alegría al ver que el aparato aterrizaba bien; indudablemente el piloto no estaba muerto.

Luego un súbito resplandor que apareció adelante, entre el humo, llamóle la atención y descendió aún más, sabiendo que el aerodromo no estaba lejos.

Apareció, muy claramente un minuto después. Dent lanzó una exclamación de angustia al ver la bien conocida pista de aterrizaje llena de pozos y los hangares ardiendo.

Un tanque de petróleo incendiado lanzaba al cielo una columna de fuego y un aparato que estaba cerca iba cayendo en pedazos, destruídos por las llamas.

Un aeroplano de bombardeo, alemán, había hecho su obra.

John Henry comprendió vagamente que esto tenía que haber pasado aunque no debía enterarse de toda la historia hasta mucho después. En aquel momento quedóse medio aturdido ante el espectáculo y dió vuelta, evolucionando sobre las llamas, pensando en que su tanque se iba vaciando rápidamente y cómo diablos iba a poder llenarlo de nuevo.

De pronto recordó el Bristol de combate que había visto descender y se le ocurrió una idea loca. Era una idea que sólo a la mente de John Henry podía presentarse; pero inclinó su aparato enseguida y bajó, en el preciso momento en que su motor empezaba a toser asmáticamente, con el carburador exhausto.

Vió el Bristol descansando, aparentemente sano, en una extensión nivelada de terreno como media milla más atrás. Una figura se movía trabajosamente tratando de sacar una forma inerte de la cabina de atrás, cuando John Henry se acercaba. Pero los dos cayeron en montón, mientras John Henry aterrizaba a cincuenta yardas de distancia.

El joven Dent desprendió su cinturón y bajó del aeroplano, encontrándose con que le temblaban las piernas y estaba entumecido. Sin embargo, se repuso con un esfuerzo y acercóse tambaleante al Bristol a tiempo que una de las formas del Bristol se levantaba y trataba de quitarse el barro de la cara con manos más embarradas aún. Recién cuando John Henry estuvo cerca vió que el piloto del Bristol todavía yacía inerte en la cabina. La figura embarrada, que estaba junto al aparato, era pequeña y delgada; no vestía el uniforme del C. R. de A. si no uno de corte vagamente extraño. Evidentemente era algún joven oficial que había visto caer el aeroplano y venido a ver que podía hacer por el aviador herido.

—Bien hecho, jovencito — dijo John Henry jadeante. — ¿Cómo está el pájaro? ¿Mal herido? Se inclinó sobre la forma inmóvil del observador y se enderezó rápidamente, haciendo una pequeña mueca.

—¡Pobre diablo! — murmuró. — Pero... murió pronto, que siempre es algo. Vamos a ver al otro tipo.

El joven oficial embarrado nada dijo; recostóse como desfallecido contra el costado del aparato, mientras John Henry subía y pasaba sus brazos por debajo de los hombros del piloto. Con un esfuerzo alzó al herido y luego lo bajó cuidadosamente. Todavía el jo-

ven oficial parecía aturdido. Sólo ante un grito, algo áspero, de John Henry se serenó y ayudó. Luego se quedó parado, tambaleándose, mientras John Henry abría el saco y la blusa del piloto y mostraba una herida

—No es cosa muy seria — dijo. — Lo ha privado del conocimiento; pero en una semana o dos estará bien. Lo acomodaremos aquí lo mejor posible y los camilleros lo encontrarán antes de mucho.

Sacó su mochila de primeros auxilios e improvisó un tosco vendaje en la herida, mientras el joven oficial embarrado se arrodillaba, ayudándolo con manos temblorosas. Luego John Henry sacó tranquilamente su saco al observador muerto y le tapó la cara

—Ya está — dijo — Ahora hay que atender a Fritz. De modo que... manos a la obra. ¿Es usted capaz de tirar?

—¿El... qué?

—TIRAR — dijo John Henry que empezaba a impacientarse. — ¿Qué demonios le pasa? ¿Está herido?

—No — contestó el otro temblando, con voz clara y aguda. John Henry decidió que era uno de esos muchachitos valientes que se incorporaron al ejército a los diez y seis años y empiezan a sentir los nervios desarreglados por la tensión de la guerra. Un buen chico; pero que tendría que aprender a dominarse. La guerra es la guerra.

—Oiga, Tommy, — dijo Dent con bondad — sé que es este un espantoso negocio; pero no tenemos más remedio que seguir todos en él. Si llevamos uniforme, hay que entregar la mercancía ¿no? De modo que yo voy a apoderarme de este aparato y seguir persiguiendo a Fritz. Nuestros camaradas están muriendo como moscas y necesitan toda la ayuda que se les pueda prestar. Venga y acomódese en el asiento de atrás.

Debe usted haber aprendido a manejar una ametralladora. Y a mí ciertamente me matarán, si no tengo a alguien que aparte a Fritz de mi cola.

—Pero... pero... ¿y ese otro aparato en que usted bajó? — preguntó el recientemente bautizado Tommy. — ¿Y... estos pobres hombres? Quiere decir que va...

—El otro ómnibus está vacío — dijo John Henry, suspirando, como si se dirigiera a un niño. — Por eso vine en busca de éste, que tiene los tanques casi llenos y municiones. En cuanto a estos tipos, están bien, Conque hijo mío, va usted a venir conmigo. ¡Qué demonios! Esto es la guerra y no un te de colegialas. ¡Armese de valor!

El joven oficial lanzó una pequeña exclamación y se irguió.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? — preguntó airadamente. — Si quiere saberlo mi padre ostenta la Cruz de la Victoria y en nuestra familia no sabemos lo que es miedo. Si vacilé fué... fué porque no entendí lo que usted quería, grosero. Ciertamente que iré donde usted quiera.

—Así me gusta oírlo hablar — sonrió John Henry. — Comprendí que era usted de buena pasta por la pinta. ¡Muy bien, gallito cantor! Arriba ahora y le enseñaremos a Fritz de que lado del cañón salen las balas.

Agarró a su rabioso compañero por la pretina de los pantalones y lo subió, con impulso varonil por el costado del aparato. Luego el también trepó y brevemente explicó al joven el manejo del arma y de la montura, mientras el anhelante "Tommy" sacaba pedazos y pedazos de barro de su casi invisible cara.

Un par de minutos después, John Henry se acomodaba en el asiento de enfrente y el aparato corría hacia adelante. Una violenta ráfaga de viento lo echó hacia atrás y casi arrancó el kepis de la rubia cabeza del nuevo observador; pero él la agarró frenéticamente y se la encasquetó con más firmeza sobre sus pequeñas y bien formadas orejas.

Se agarró a la metralladora al despegar el aparato del suelo y subir verticalmente y su rostro, ahora libre del barro, palideció considerablemente, al dar John Henry una empinada vuelta. Luego se dirigieron hacia el lugar de la batalla y el joven Henry se metió entre la niebla producida por el humo.

Era difícil ver algo ahora y más difícil aún distinguir la destrozada trinchera alemana. Había empezado un contra ataque por las baterías enemigas, prontamente retiradas y vueltas a armar; y las granadas saltaban y se esparcían por toda la horadada llanura.

John Henry distinguió un grupo de hombres que corrían y descendió sobre ellos; pero vió que llevaban uuniforme kaki y no hizo fuego. Apareció otro grupo; pero advirtió con asombro que eran grises y volvió, bajando otra vez y disparando sus ametralladoras del frente.

El grupo se deshizo y echó a correr, muchos de sus hombres tropezaron y cayeron.

John Henry oyó detrás un pequeño grito. Se dió vuelta, no bien estuvo en posición horizontal y estiró el cuello. Su observador estaba aún de pie, ileso.

—¿No ha sido herido? — gritó el joven Henry porque las balas habían salpicado aquí y allá, mientras las víctimas contestaban al ataque. El observador movió negativamente la cabeza y se acercó más al hacerle señas John Henry.

—Haga girar hacia abajo el arma y esté pronto para disparar cada vez que yo descienda — le gritó. — Así recibirán doble dosis, de mis cañones y los suyos. ¿Comprende?

El observador movió afirmativa y débilmente la cabeza, agachándose sobre el arma mientras John Henry fijaba de nuevo su atención adelante. Francamente no podía decir ahora si estaba sobre territorio inglés o alemán.

Lo peor era que la mayoría de los que peleaban abajo se encontraban en la misma incertidumbre. Se había dado un gran "empujón" y la línea británica se había extendido y adelgazado, cosa natural. Aquí y allá estaba rota por contra ataques dispersos. Sectores de líneas se habían separado del cuerpo principal y luchaban, rodeados de enemigos.

En muchos sitios, ni los británicos, ni los alemanes, sabían exactamente en que dirección se movían sus camaradas. El espantoso ruido y el caos de la batalla los había desorientado.

(Continuará).

EL TESORO DE SKÉLETON

POR

ERIC W. TOWNSEND

La novela de piratería más interesante que se ha escrito en nuestra época

(Conclusión)

LOS cuatro escogidos marineros de la tripulación del yate Albatros iban en primera línea; caminaban a tropezones con los paquetes de las provisiones al hombro. Veluna iba entre ellos; Tick y Jimmy cerraban la marcha.

Lograron salir a tiempo; ennegrecidos por el humo, mirándose unos a otros con inclinación a reírse, tan extraordinariamente cómico resultaba su aspecto. Si no los hubiese amenazado en aquel momento un horrendo peligro, — el de los torrentes de lava y los chubascos de piedras candentes, — hubiesen reído los unos de los otros con el mayor regocijo.

Apresuraron el paso todo lo que les fué posible. Deseaban llegar muy pronto a las rocas tras de las cuales podrían guarecerse, como se guarecieron cuando desembarcaron del bote del yate, empapados hasta la piel por el agua del oleaje. Al sentirse al aire libre se dieron cuenta de la intensidad del calor que habrían sufrido en el interior de las cavernas de fuego, de las que salían con la ropa casi seca.

Siguieron adelante. A la luz del nuevo día el aspecto de la isla de Skéleton resultaba muy extraño. A lo lejos vieron algunos árboles y el brillar del agua al pie de los altos y verdosos acantilados, tan lisos e imponentes como los muros de circunvalación de un presidio. Entre ellos y aquello que veían, extendíase un espacio de terreno intensamente estéril y desolado.

Poco les importaba que aquello presentara tal aspecto de desolación. Lo que le interesaba era alejarse... alejarse lo más rápidamente posible. La muerte estaba agazapada tras ellos; la vida les esperaba delante. Avanzaron a saltos por entre las rocas de lavas solidificadas, pisando una espesa capa de lava en polvo.

Todo era negro, horriblemente negro; parecía un desierto de arena negra. Cuando lo cruzaban salió el sol pero en vez de alegre el paisaje lo hizo aún más tétrico pues se extendieron como fantasmas las sombras proyectadas por las diseminadas rocas. Sintieron, sin embargo, un júbilo extraordinario cuando subieron por un sendero a ambos lados del cual descubrían las paredes casi verticales de los arrecifes.

—¡A la izquierda! — ordenó Tick. — De ese lado queda una especie de ensenada por la que, según recuerdo, pasamos a la venida. Una vez allí podremos dar aviso al yate.

Hasta aquel momento Veluna no había causado molestia alguna. Esto se debía, tal vez, a la amenaza constante del revólver de Tick que seguía todos sus movimientos. Tal vez también, se debiera a que sentía tanto deseo como los demás, de alejarse de la zona de peligro, aun cuando eso le representaba volver a la condición de cautivo a bordo del yate Albatros. En el momento en que descendieron hacia la ensenada de la cual había hablado Tick, Veluna miró por encima del hombro notándose en la boca una sonrisa de malignidad y burla.

—¡Perdido! — dijo, mirando hacia la densa columna de humo que se alejaba hacia el cielo desde el cráter del volcán. — ¡Ahí dentro! ¡En esas cuevas! ¡Ya lo sé! ¡Bien lo he visto!

—Usted se refiere al tesoro, sin duda, ¿no es así? — dijo Tick con burlona suavidad. — ¡Que sorpresa tan agradable la que experimentamos nosotros al encontrarnos con que usted había llegado a las cuevas antes que nosotros!

—¡Llegué mucho antes! — exclamó el pillastre burlándose. — Puede ser que la suerte haya decidido favorecerles a ustedes de nuevo y ha empezado por permitirles que me capturaron otra vez. Sin embargo esto no tiene mayor significación para ustedes desde que tienen que considerar como definitivamente perdido el tesoro de Skéleton.

—Usted, perdone, — dijo el millonario gloge-trotter, indicando algo con el dedo pulgar, por encima de su hombro izquierdo. — Hasta este momento no se ha producido en realidad, la erupción del volcán. Hasta que se haya producido o haya fracasado, no sabremos a qué atenernos. ¡Pueden suceder todavía tantas y tan importantes cosas!

—¡Grandiosísimo tonto! — replicó Veluna empalideciendo de furor. — ¿Se imagina usted que no se lo que digo, inocente joven? ¡Le aseguro que está perdido! ¡Perdido! ¡Perdido!

—¡No necesita usted acalorarse tanto! replicó Tick. — Si lo que usted dice es verdad, ha sido inútil todo cuanto hemos hecho y sufrido. Podemos, sin embargo alegrarnos (puesto que hemos tenido que combatir con unos perros rabiosos de su calaña de usted), de haber salido con vida de esta aventura.

—¡Ya lo creo! — exclamó Jimmy.

—¡Ya lo creo! — dijo Veluna con sorna. — ¡Pensar que lo he tenido todo delante de mí! ¡Que con estas manos he acariciado los montones de piezas de a ocho! ¡Que he oído tintinear los doblones pasándolos de una mano a otra, a puñados! ¡Que lo he visto todo! ¡Que casi me he traído los bolsillos llenos de oro!...

—¡Pero se presentó la erupción! — dijo Tick mirando a Veluna con los ojos picarescamente entornados. — ¡La erupción le asustó y le hizo abandonar el tesoro cuando ya lo tenía en la mano! ¡Ni le dió tiempo para llenarse los bolsillos de monedas de plata, de oro y de piedras preciosas! ¿No es así?

—¡Si ha mentido! ¡Si no ha dicho una palabra de verdad! — exclamó Jimmy. — ¡Si fuera verdad no lo diría! ¡Nos cree más tontos de lo que somos!

—¡Así es! — Llegaban en aquel momento a la parte más profunda de la hondonada. Tras ellos brillaban los rayos del sol matutino. El aire estaba enteramente en calma y la voz de Tick sonaba extraordinariamente fuerte. — ¡Así es, querido Jimmy! Cuenta con la erupción del volcán como cosa segura, Diciendo que ha visto el tesoro pretende despistarnos. Pero, como sucede con las monedas falsas, la voz de nuestro estimado amigo el señor Veluna no suena bien, desafina...

El resto de la frase no se oyó; la ahogó un estampido horrísono procedente de las entrañas del volcán.

El trueno más fuerte podría considerarse como un murmullo comparado con el rugido que les castigó los oídos e hizo estremecer el suelo que pisaban. Instintivamente se detuvieron todos los del grupo y todos miraron hacia atrás.

Hacia lo alto surgió un penacho de llamas envuelto en columnas de fuertísimo vapor. ¡Subió, subió y subió, aquel penacho de fuego! Sintieron los ojos deslumbrados y el cielo desapareció para ellos. Se quedaron como si hubiesen echado raíces en el tembloroso suelo.

Pero todo pasó rápidamente. Tembló el piso y una nube se extendió sobre la cúspide del volcán. Después, con lentitud, perezosamente, comenzó a caer una lluvia de cenizas que duró un rato, después del cual volvió a lucir el sol.

Pasó al mismo tiempo la emoción que les había tenido subrecogidos. En el momento en que se ponían nuevamente en marcha, dijo Veluna:

—No es eso todo, crea lo que digo. Yo conozco esa parte del mundo y he visto volcanes y volcanes. A veces permanecen largo tiempo sin novedad y de pronto se ponen como locos y son causa de muerte y de destrucción.

Se expresó con grandísima satisfacción. Tick no replicó; se limitó a mover el revólver ordenando a Veluna que avanzara ocupando el sitio que se le había indicado y Veluna obedeció.

Pero no caminó mucho. No había avanzado más que unos pocos pasos cuando una voz extraña llegó hasta ellos. Era una voz que ninguno de los del grupo había oído en ocasión anterior. Produjo entre ellos tanto sobresalto como el que había producido el estallido del volcán.

Luego, de detrás de las rocas amontonadas a ambos lados de ellos, surgieron las figuras de algunos hombres de otro mundo que vestían como vestían los hombres de épocas pasadas hacía muy largo tiempo. con largas casacas rojas bordadas y botas altas y de campana, con sombreros chambergos de alas anchas y ribeteadas adornados con escarapelas y plumas.

Aquellos eran los bucaneros de la isla de Skéleton. Eran como unos veinte y apuntaban guiñando un ojo y mirando a lo largo del caño de sus primitivos mosquetes.

UN RELATO INTERESANTE

Pasaron unos momentos sin que Tick y sus acompañantes se dieran cuenta de que era lo que más les convenía hacer. La amenaza de los mosquetes no podía ser más expresiva; en cambio, aun cuando algo gritó alguno de aquellos hombres tan originalmente vestidos, la verdad fué que no se le entendió con suficiente claridad. Pero un poco después volvió a oírse la misma voz de antes.

De detrás de las rocas Tick Alegre y Feliz, Jimmy Gold y los que con ellos iban vieron surgir a unos hombres que apuntaban con sus antiguos mosquetes.

—¡Alto! — gritó con mayor energía que antes. — ¡El que les habla en Juan Peleador! ¡El primero de ustedes que se permita moverse una sola pulgada de donde está, morirá!

Tick Alegre y Feliz se dió cuenta entonces de lo que pasaba. Recordó lo que decía el testamento de Skéleton y recordó que en ese documento se mencionaba también a Juan Peleador, el segundo hijo del viejo pirata. Como aquella era una isla en la que los nombres pasaban sin cambiar de padre a hijos, el Juan Peleador que acababa de hablar debía ser hijo o nieto o biznieto del Juan Peleador hijo del capitán Skéleton.

Miró hacia aquel que había hablado. No se diferenciaba casi nada de Rolfe Mata Ratas, a quien ya había conocido. Juan Peleador tenía la misma apostura arrogante y el mismo inconsciente convencimiento de que, desde la época del capitán Skéleton, el mundo no había cambiado de aspecto no una sino varias y sucesivas veces.

Pero Juan Peleador sabía hacer honor al nombre que llevaba y hacer las cosas bien, de acuerdo con su criterio al respecto. La emboscada había sido preparada en debida forma y tanto Tick como los demás que con él iban, habían sido tomados enteramente de sorpresa. Aun cuando todos los que formaban el grupo del globe-trotter estaban provistos de revólvers, era tal la superioridad numérica del enemigo que, ninguno de ellos dió inmediatas señas de tener ganas de pelear.

Tick fué el que dió el ejemplo. Bajó el arma con la cual había apuntado a Loco Veluna. Después gritó lo más fuerte y claro que le fué posible:

—¡Somos amigos!

—¡Ustedes no son de nuestro mundo! — replicó en seguida Juan Peleador. — Hombres desconocidos y que tenían el mismo aspecto que ustedes han desembarcado varias veces en nuestra isla, especialmente en los últimos tiempos. Todos ellos llegaron jurando amistad pero escondiendo la traición en el fondo de su pecho. ¡Si ustedes han veni-

do ha sido tan sólo con propósito de lucro y de rapiña!

Juan Peleador avanzó, saliendo del sitio de entre las rocas donde estaba guarecido. Cuando dió unos pasos hacia Tick pudo verse que tenía en el cinto y colgando de él todo un arsenal de armas mortíferas.

—¡Vengan! — gritó en el tono del que está acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido. — ¿No vienen con propósito de lucha, de robo y de rapiña? ¿No vienen acaso atraídos por el tesoro del capitán Skéleton? ¿No les hemos visto entrar, acaso en las cavernas de fuego, en busca del oro escondido?

—¡No tenemos intención d robar! — replicó Tick con energía. Llevó la mano a un bolsillo interior de su saco y tomó de él los pergaminos en que estaba trazado el testamento del capitán Skéleton. — ¡La cuarta parte del tesoro del capitán Skéleton nos pertenece!

Juan Peleador puso los brazos en jarras, echó haciaa trás la cabeza y prorrumpió en ruidosas y burlonas carcajadas. Después volvió rápidamente a su anterior seriedad.

—¡En esta isla no hay una sola moneda que no haya costado sangre, terror y lágrimas, mi buen camarada! — exclamó. — Durante años y años no hemos podido gozar de un sólo día de paz debido a ese botín de piratas que ustedes y otros quieren llevarse tranquilamente. Vienen de noche y vienen de día, todos con el mismo propósito, hasta convencernos de que no nos es posible saber quién es amigo y quién es enemigo. Han venido buques extraños, de un aspecto enteramente desconocido para nosotros; se han metido por el túnel secreto del viejo capitán Skéleton. ¡Todos los que han venido han hallado la muerte, todos! ¡Y a pesar de eso, aun vienen más!

"¿Qué tesoro es ese que ustedes, extranjeros, buscan con tanta tenacidad a pesar de todo? Nada significaba para nosotros, puesto que vivíamos en paz. Nada significa para ustedes porque ustedes no se lo llevarán de la isla como lo desean. ¡Y, sin embargo, los atrae a su propia destrucción! ¡Qué locos son todos ustedes!

Tick tenía mucho que decir en contestación. Con sensatez, dándose perfecta cuenta de que Juan Peleador no llegaría jamás a comprender por qué razón les atraía tanto aquel oro, optó por callar toda su argumentación en ese sentido.

—Ese tesoro fué causa de igual atracción en los tiempos en que vivía el capitán Skéleton, — dijo en cambio. — Entonces como ahora el volcán amenazó con destruirlo todo. La locura producida por las picaduras de las ponzoñozas arañas de la isla de Ruba se apoderó de él...

—¡Como se ha apoderado de los camaradas de ustedes, de los que vinieron en el buque de casco de hierro y armado con tantos cañones! — dijo Juan Peleador sonriendo despectivamente. — Entraron con toda cautela por el pasadizo secreto y nosotros les vimos avanzar sabedores de que, tan pronto como hubiesen arriado su ancla las arañas se dejarían caer de la bóveda de piedra sobre la cubierta del navío y la invasión les resultaría terrible.

"¡Así sucedió, señor mío! ¡Ni sus cañones ni sus paredes de hierro servían de defensa contra las arañas de la isla de Ruba! ¡Encontraron arañas en todas partes, hasta en los alimentos! ¡Las encontraron en la cama cuando llegó la noche y quisieron dormir! No sabían qué era aquello, pero no tardaron en convencerse de la importancia que tenía.

"Huyeron de su buque desesperados. Algunos habían sufrido tantas picaduras, que estaban locos y no sabían que hacer ni adónde marcharse. Los que peor estaban fueron guíados por los que se sentían menos mal. Muchos fueron los que llegaron a tierra, a nado casi todos; algunos en botes. No pensaron en combatir con nadie ni se ocuparon de proveerse de armas, fuera de unos pocos.

"Pero eran muchos. Eran muchos más que cuantos habitantes había en toda la isla. Nosotros ni pensamos en combatir con ellos, ni tuvo esa idea Grillo Rojo, el que desciende de toda una familia de degolladores asesinos y sanguinarios y que cuenta con un grupo de secuaces tan asesinos como él y bastante numeroso.

"¡No! ¡Los dejamos entregados a su suerte! Los observamos desde lejos y vimos todo cuanto hicieron. Dirigiéronse a las ruinas del castillo de Skéleton, subieron a ellas y en ellas se escondieron. Desde entonces no han salido de allí. En las ruinas siguen escondidos.

—¿Cómo sabe usted que no han salido todavía de las ruinas? — preguntó Tick.

—Porque se les oye gritar, — contestó Juan Peleador. — Hay momentos en que gritan muy fuerte. Unas veces son gritos de locos los que se oyen. Otras veces son gritos de furor de extranjeros que pelean entre ellos. Se les oye constantemente desde el lado de la isla. Aúllan como lobos, chillan com dementes y, a veces, hasta cantan en coro. Pero nosotros sabemos perfectamente que están todos locos y los dejamos en paz. Después de todo esos morirán sin haber salido de las ruinas del castillo.

Juan Peleador se irguió, cruzando los brazos sobre su ancho pecho, y miró a los del grupo de Tick con satisfacción, con los ojos entornados, como añadiendo: "¡Ya ven ustedes lo que les ha pasado a esos camaradas suyos!"

Pero aquellos no eran camaradas de Tick. Eran tan encarnizados enemigos suyos como podía serlo el mismo Veluna. Eran los tripulantes del destróyer que había sido enviado de Inglaterra para prender a Tick porque había zarpado sin permiso de los empleados de la aduana de su majestad. ¡Pero... pero eran compatriotas suyos!

Este pensamiento giró con la rapidez de una élice de aeroplano en la mente del globetrotter. Eran compatriotas suyos y se encontraban en situación horrible Escondidos allá arriba, entre las ruinas del castillo, debían estar muriendo como moscas. ¡Y todos aquellos salvajes de la isla de Skéleton esperaban la muerte de aquellos marinos ingleses con la misma impavidez con que la esperaba su jefe Juan Peleador!

—¡Oiga! — dijo Tick volviendo los pergaminos al bolsillo de donde los había sacado. — Como le he dicho, hemos venido en busca del tesoro. Si usted se imagina que esos hombres que están en las ruinas son partidarios míos, está usted equivocado. Son marinos, de la marina del gobierno, que han sido enviados para prenderme y no para ayudarme. Por que la sangre de sus venas es igual que la mía, por que su raza es mi raza, voy a suspender mi acción en busca del tesoro, voy a dar una tregua a mis actividades en ese sentido.

Sus palabras electrizaron a sus compañeros, incluso a Jimmy Gold. Veluna hizo una mueca de burla, pero Tick prosiguió:

—¡Hay algo que vale más que el oro, aun en la isla de Skéleton! Si lo que usted ha dicho es verdad, los hombres de la tripulación de un buque, hombres que han dejado a sus esposas, a sus hijos, a sus amigos, en su tierra, necesitan ser socorridos. ¡Son enemigos míos, pero yo no quiero que pueda decirse algún día que no intenté llevar hasta ellos todo el socorro que estuvo en mi mano!

—¡Bravo! — gritó Jimmy Gold, que estaba junto a Tick. — ¡Así es como debe hablar un hombre de corazón! ¡Qué dice usted a esto Johnny Veluna? ¿Eh?

Veluna no pudo contestar a Jimmy. En los ojos de Juan Peleador brillaron destellos furiosos, propios de un lobo deseoso de matar y devorar.

—¡Habla usted como un niño, señor! — exclamó con voz áspera e indicando con el brazo extendido el humeante volcán. — Antes de pensar en prestar socorro a los que están en el castillo, piense en ponernos a salvo de los terribles fuegos del volcán. En tiempos de mi bisabuelo fué cuando despertaron por última vez los fuegos del volcán. No puedo decirle cuándo ha de producirse la catástrofe, pero no es posible dudar de que va a producirse...

—¡Ya se lo dije! — gritó Veluna. — ¡Ese volcán nos hará añicos a todos nosotros! ¡Nos enviará a todos a los mismos infiernos! ¡Lo sé perfectamente! ¡He visto otras erupciones aún peores! ¡Oh!...

El globe-trotter se volvió hacia el criminal haciendo una burlona cortesía y sonriendo.

—Usted perdonará que se lo diga, — manifestó lentamente, — pero para un hombre como usted a quien le cuesta tan poco disponer de la vida ajena, demuestra usted tener un miedo a la muerte realmente extraordinario, mi distinguido amigo. Si se produce lo peor; si tarde o temprano nos ha de tocar morir, propongo que dediquemos las últimas horas de nuestra existencia a hacer algo mejor para la humanidad que correr como unos monos tras de un montón de oro reunido por un pirata. ¿No le parece?

—¡Deje usted que los demás se arreglen como puedan! ¡Esa es mi divisa! ¿Me comprende? — replicó Veluna de mal modo.

Tick hizo una mueca de disgusto.

—¡Juan Peleador! — gritó en seguida. — ¡Soy un camarada de Rolfe Mata Ratas! ¿Yo le ayudé a pelear contra sus enemigos y ahora le pido a usted que me conceda una tregua!... ¡Los hombres del destroyer deben ser socorridos!

—¡No todos, señor! — consignó Juan Peleador. — Habría dos, tal vez más, que no se ocultaron en las ruinas. Con nuestros propios ojos los vimos nosotros; con nuestros propios oídos, oímos el rugir de unas máquinas extrañas que volaban como pájaros, por el aire. Subieron muy alto y muy pronto y se fueron, cruzando el mar, hacia donde soplan las tormentas, hacia donde fué Rolfe Mata Ratas en busca de la muerte.

"¡Cuidado! — agregó. — Usted habla de Rolfe Mata Ratas como de un camarada y sin embargo usted sabe que era mi peor enemigo aun cuando, por su sangre, fuese hermano mío. ¡Si usted fué amigo de Rolfe Mata Ratas, usted no puede ser amigo mío!

Hizo un gesto de impaciencia, se volvió y gritó una breve orden. Sus hombres salieron de los sitios donde estaban emboscados y rodearon más de cerca al grupo de Tick, amenazando siempre con sus mosquetes.

—¡Esos hombres gritarán dentro de las ruinas del castillo hasta que se queden sin voz! — gritó. — Lo que usted ha dicho encierra una traición igual a todas las traiciones de que antes he sido víctima. Lo que usted quiere es escapar pretendiendo socorrer a un grupo de locos. Si se lo consintiera acabarían ustedes por volverse hacia nosotros y matarnos. ¡Todos ustedes, extranjeros, son asesinos de corazón!

—¿Cuándo el tesoro está perdido en medio de las entrañas del fuego del volcán? — replicó el globe-trotter. Hizo esta pregunta como una tentativa de "bluff". — ¿Es eso posible? ¡En el momento en que el volcán haga erupción el tesoro estará perdido definitivamente para todos nosotros!

—¿De veras? — preguntó irónicamente el bucanero. — ¿Pretende usted saber, respecto al tesoro más de lo que sé yo? ¡Lo encondió en las cavernas de fuego el hijo de Grillo Rojo hace ya muchos años! Después, Grillo Rojo huyó temeroso de la muerte y sus secuaces hicieron el papel del gato en el caso de las castañas que se asaban. ¡Se dividieron el tesoro entre ellos y se lo llevaron al lago!

—¿Al lago? — repitió Veluna con expresión de no haber comprendido lo dicho por Juan Peleador.

—¡El lago! — dijo suavemente Tick. — No sabemos dónde queda, pero hacia allí fueron... ¡Ya me figuraba yo que usted mentía, señor Veluna; ya me parecía que usted no había visto tesoro de ninguna clase! Y ahora me está pareciendo que usted no llegará a verlo por mucho que lo intente.

—¡Dice usted mucha verdad! — agregó Juan Peleador. — No acostumbro a llevar por ahí a mis prisioneros. Acompáñenme ahora, que más tarde resolveré lo que he de hacer con ustedes. ¡En marcha!

Rodeados por el corro de gigantescos bucaneros, — más de veinte en total, — no les quedó más recurso que agruparse, volverse hacia el sitio que se les indicaba y dirigirse en línea recta hacia el centro de la isla.

Mientras marchaban, Jimmy Gold pensaba. Le tenía preocupado lo que había oído sobre los aeroplanos que se habían elevado

como pájaros y habíanse alejado volando, mar afuera.

—¿Qué piensa usted, señor Tick' — preguntó al cabo de unos minutos de marcha, — sobre eso de los aeroplanos? Los aeroplanos forman parte del equipo de combate de los destroyers y deben haber ido en procura de socorro. ¿No es así?

—¡Así debe ser, mi estimado Jimmy! ¡Así ha tenido que ser, muchacho! — contestó Tick Alegre y Feliz.

LOS AEROPLANOS

Se dirigieron hacia el centro de la isla sin encontrarse con persona alguna. La gente de Juan Peleador avanzaba con toda tranquilidad como si una emboscada como aquella en que habían caído Tick y sus compañeros, fuera algo imposible.

Así era en verdad. Fuera de las aves marinas que, a veces se elevaban en grupos y chillando, de las rocas a la costa, se hubiera dicho que en la isla no había nada que pudiese dar señales de vida. Frente a ellos, — en el sitio a donde, al parecer se dirigían, — se veía un grupo de árboles y más allá el brillo de una superficie de agua tranquila. A la derecha, en una elevación, quedaban las ruinas del castillo de Skéleton.

Pasaron por la orilla inferior de la base en la que se levantaban las ruinas. El sol les caía en línea recta sobre la cabeza y sus rayos reverberaban en el blanquecino suelo que pisaban. Como Juan Peleador lo había dicho, del castillo brotaban, de vez en cuando, los gritos de los enloquecidos tripulantes del destroyer que allí habían buscado refugio.

Los primeros gritos que se oyeron, procedentes de aquellas ruinas, hicieron que hasta el mismo Veluna, que avanzaba adelante de los demás del grupo, mirase hacia arriba. Porque eran unos gritos que no tenían nada de humano. Eran parecidos a los gemidos de unas fieras heridas y a los gemidos de unos lobos furiosos, todo ello junto. Cesaban un momento pero volvían de nuevo a los pocos instantes, estrujando una vez más, los nervios de aquellos a cuyos oídos llegaban. Y, tal vez, — a tal punto eran horripilantes y estremecedores. — Consiguieron que el corazón tenebroso de Veluna, el corazón más duro que pueda imaginarse, experimentara el sentimiento más parecido a la conmiseración que fuese capaz de sentir.

Pero si se detuvieron al oír aquello no fué más que un breve instante. Juan Peleador se sonrió con desprecio y les ordenó a gritos que siguieran su marcha.

—Lo siento por ellos, — dijo Tick Alegre y Feliz en voz baja. — Como logremos salir de esto voy a pensar en algo antes de ocuparme del tesoro. Debe existir algún modo de socorrer a esos desgraciados.

—No sé cómo va a poder ser eso, — dijo Jimmy. — Si la locura se ha apoderado de ellos, nada se podrá hacer en su favor.

El muchacho tenía razón y así lo comprendió Tick. Además se dió cuenta de la situación en que se hallaban. Si alguien había de ir en socorro de los infelices tripulantes del destroyer no podían ser ellos, al menos por el momento.

Llegaron después a la hondonada donde estaban los árboles y en la que había senderos muy bien marcados aun cuando los árboles estaban muy juntos unos de otros. Al cabo de un rato distinguieron un campamento.

Era una instalación hecha rápidamente, a la ligera, situada casi a la orilla del lago. Unas cuantas cabañas hechas de cañas de bambú y de hojas de palmera, se extendían en un claro en medio del cual veíase los restos de una hoguera apagada o casi apagada.

Pero fué el lago lo que primero le llamó la atención a Tick. No tenía más de media milla en su parte más ancha y terminaba en el lejano acantilado. Se extendía junto a una orilla que formaba como una cornisa y seguía el contorno del bosque.

En medio, construídas sobre cortados troncos de árboles que crecían en el fondo del lago, — lo que indicaba que el lago era muy profundo, — había unas cabañas de bambú. Serían más de una docena en total y Tick las miró como si las reconociese.

—En una ocasión, — dijo; — ví un lago parecido a este en la parte alta del río Amazonas. No esperaba encontrar aquí nada parecido. Son las tribus de caníbales las que viven en habitaciones como esas.

Juan Peleador oyó las palabras de Tick. Se acercó más porque, al llegar al claro había dado orden de alto.

—Aquí es donde han residido siempre nuestros esclavos, — dijo. — En tiempos antiguos los trajo el capitán Skéleton de la isla de la Tortuga. Sus hijos y sus hijas han vivido aquí, año tras año, hasta el presente.

"Pero no eran de nuestra sangre señor. Eran negros y se decretó que viviesen separados de nosotros para que no nos atacaran durante la noche mientras estábamos entregados al sueño. Por eso se construyeron ellos mismas esas cabañas.

—¿Y viven ahí en la actualidad? — exclamó Jimmy en cuyo pecho nació la esperanza de que aquellos negros pudieran ayudarles a escapar.

Pero Juan Peleador movió negativamente la cabeza de un modo que pudo hacer creer que había adivinado el pensamiento de Jimmy.

—Allí están ahora los secuaces de Grillo Rojo, — dijo. — Debido a eso he puesto aquí nuestro campamento, a la orilla del lago. Así vigilamos lo qué hacen y vemos si tratan de escapar. En realidad vienen a estar como si estuviesen presos.

Jimmy miró a la derecha y a la izquierda. Por primera vez se dió cuenta de que no había en todo el lago ni un solo bote o embarcación de ninguna especie.

—¡Ni siquiera una balsa! — reflexionó.

—¿No saben nadar? — preguntó Tick. — ¡Por mi vida! ¡No me dejaría yo atrapar en esa forma!

—Si usted se encontrara en las mismas condiciones que ellos, tendría que someterse, — respondió el bucanero. — Los perse-

guimos por el lago y les quitamos los botes. Hicieron que atacaran los nagos y nos obligaron a retroceder. Pero se encontraron con que no podían perseguirnos.

"Tres días llevan ahí, señor. Nosotros esperamos. Poco tardarán en tener hambre. Entonces gritarán implorando misericordia, y usted verá lo que vamos a hacer. A ustedes los ataremos aquí, a los árboles, para que sean testigos de lo que vamos a hacer con esa gente.

—Pero... ¿no saben nadar? — insistió Tick.

—Cuando empujaron a los negros éstos tuvieron que nadar porque no les quedaba otro recurso. Con la punta de la espada les obligaron a echarse al agua. Era de noche y nosotros oímos sus gritos. Entonces, como no podíamos tomarlos a bordo de nuestros botes nos retiramos dejando a los de Grillo Rojo abandonados igual que si estuviesen en una isla desierta. De los negros no llegó a la orilla, con vida, ni uno solo.

"¡Nadar! — agregó Juan Peleador con siniestra sonrisa. — ¡Nadar! ¡Nadar! ¡Nadar!

Tick y Jommy se miraron. Después miraron a Veluna que tenía la vista fija en el lago y parecía reflexionar.

Siguieron la dirección de su mirada. De las estrechas puertas de las cabañas avanzaban unas angostas plataformas. Se hallaban a unos seis pies sobre el nivel del lago y en ellas estaban algunos hombres que miraban hacia el campamento.

—Deben ser los centinelas puestos por la gente de Grillo Rojo, — opinó Jimmy. — Miran hacia acá esperando que suceda algo nuevo.

—¡Lo que hacen es custodiar el tesoro de Skéleton, muchacho! — exclamó Loco Veluna. — ¡Allí es donde está el tesoro. ¡En esas cabañas! ¡Y nosotros estamos aquí, como unos tontos, casi a un paso de toda esa riqueza y sin hacer nada!

Loco Veluna se expresaba con demasiada confianza y olvidando que los secuaces de Juan Peleador les vigilaban sin cesar. Pero se le olvidaba alque no tardó en presentarse para hacerles presente la gravedad de la situación en que se hallaban.

Se oyó entonces nuevamente el rugir poderoso del volcán. A pesar de que estaban bastante lejos, el rugir del volcán se oyó con una fuerza tal que les hizo temblar a todos. Aun cuando sólo duró unos breves instantes, los dejó abatidos y aterrorizados.

Duró un instante el silencio y después se oyó, de repente, un zumbar parecido al de miles y miles de insectos juntos en medio de un bosque. Se acercó más y más y poco a poco se hizo acompasado y muy fuerte, tal como ya lo habían oído con anterioridad.

Cambió diversas veces de tonalidad aquel zumbar que luego se hizo jadeante y fué subiendo de tono sin cesar.

Juan Peleador, al oírlo, se puso muy pálido y todos ellos, captores y cautivos, miraron hacia el cielo.

—¡Aeroplanos! — exclamó de improviso Jimmy Gold.

—¡No! — corrigió Tick inmediatamente. — ¡Hidroplanos! !Y en número bastante crecido! ¡Mire!

Aparecieron de improviso en el cielo volando casi en formación. Era toda una escuadrilla. Describieron círculos subiendo y bajando. Mientras maniobraban así se vió de qué se trataba.

—¡Hidroplanos de la armada! — exclamó Tick. — ¡De la armada, Jimmy!

—¡Descienden! — dijo tranquilamente el muchacho. — Descienden para socorrer a los dementes que están en las ruinas del castillo!

—¡Y a ocuparse de nosotros también!

—Van a "acuatizar" en el lago.

Miraron fijamente hacia el reluciente cielo. Luego se miraron el uno al otro.

—¡Hola! — gritó de improviso Juan Peleador, lanzando a continuación una larga serie de juramentos. — ¡Hola! — repitió.

Llamó la atención de sus hombres hacia Veluna que volvía a las andadas. Aprovechando la ocasión que se le presentaba, corría desesperado hacia la orilla del lago.

—¡Que no se vaya! — gritó Tick! ¡Ese hombre es!... ¡Lo tienen ustedes merecido! ¿Por qué no lo vigilaron mejor?

Tick gritó lo más fuerte que pudo para que se le oyera a pesar del zumbido de los aviones. El zumbar cesó de pronto. La luz del sol brilló en los caños de los mosquetes que se alzaron todos a la vez.

—¡Diríjanle una descarga! — gritó Juan Peleador.

Pero los mosquetes no llegaron a hacer fuego. Veluna llegó a la orilla del agua. No miró hacia atrás ni una sola vez, aun cuando debió oír las palabras de Juan Peleador.

—¡Qué hombre de sangre fría! — exclamó Jimmy.

Veluna zambulló en el agua del lago. Cuando reapareció estaba a cinco yardas de la ribera y nadaba vigorosacente hasta el centro del lago.

El globo-trotter miró a Juan Peleador. El bucanero agitó los brazos.

—¡No hagan fuego! ¡Economicen su pólvora! — ¡Tirar ahora sería desperdiciar tiros!...

Los piratas bajaron sus mosquetes. Veluna siguió nadando. Aun no había mirado hacia atrás. Nadaba con vigor extraordinario demostrando ser un gran nadador, así que debía haber fingido que no sabía nadar, con algún maligno fin cuando lo salvó Rolfe Mata Ratas.

El primero de los aeroplanos descendió frente a él. Sus relucientes flotadores interrumpieron la tersura de espejo del agua del lago. Otro avión le siguió.

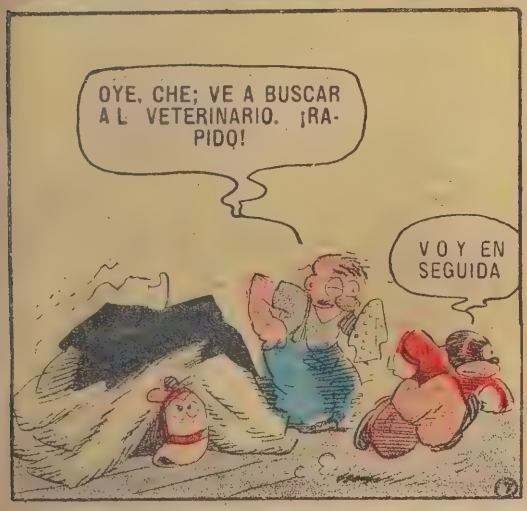
Del agua, junto a Veluna, se elevó un penacho de espuma.

—¡Ganas de desperdiciar pólvora! — exclamó Juan Peleador. — ¡El lago está lleno de caimanes que tienen buenos dientes, señor; de caimanes con buen apetito, que devoran todo lo que se les ofrece!

AVENTURAS DE

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

BARNIGUGLI por Debeck



VELUNA AVISA

Al primer bulto negro siguió otro bulto negro también. La superficie del lago pareció cubrirse de aquellos bultos oscuros y movedizos. De lo profundo de las aguas y de las orillas de barro que rodeaban el lago, avanzaron formando un círculo en redor de Loco Veluna.

El pillastre se dió cuenta del peligro cuando ya era demasiado tarde. Sin embargo, no perdió por completo la serenidad. Comenzó a golpear con las manos en el agua y a lanzar gritos como si pidiera socorro.

Tick observaba el desarrollo de los sucesos como fascinado. A pesar de todo el desprecio que le inspiraba Veluna, no podía dejar de reconocer que era un hombre muy valeroso. Tal vez fuera posible todavía que después de haber burlado, evitado o vencido los ataques de tantos y tan poderosos y tantos enemigos le fuera posible vencer o burlar al que en aquella ocasión se le presentaba. Pero los caimanes se le acercaban más y más.

Juan Peleador y sus bucaneros miraban con maligna sonrisa. Al parecer no era Loco Veluna la primera persona a la que habían visto rodeada de caimanes en las aguas del lago, probablemente no sería, por cierto la última víctima de los voraces caimanes.

En el momento en que el terrible corro de caimanes se había estrechado más y más en redor del nadador, que manoteaba y gritaba con el propósito de espantarlos, el segundo de los hidroplanos terminó su descenso. Su predecesor había descendido ya y flotaba en el agua a un cuarto de milla frente a su compañero. El segundo hidroplano hendió el agua a menos distancia del ancho de una de sus alas, del sitio donde nadaba Veluna.

Adelantóse rápidamente sin detenerse en aquel punto, — llevado por el impulso de su marcha. — Pero al pasar junto al círculo de caimanes le aterrorizó del modo más rápido y más completo. A los tiros de rifle y a las trampas que ponían los hombres ya estaban acostumbrados los caimanes pero nunca habían visto nada como aquello que parecía un pájaro, pero que era de tamaño mucho mayor que todos los demás pájaros y que volaba con una rapidez estupenda.

Fué aquella la primera vez en su vida en que Loco Veluna oyó gritar de miedo a unos caimanes. Pero la verdad era que gritaban aterrorizados al mismo tiempo que se dispersaban y zambullían. La mayor parte de los caimanes zambulló y no reapareció de nuevo. El más lerdo en desaparecer fué golpeado por el flotador del monoplano, que lo alzó por completo fuera del agua. Cuando cayó de nuevo al lago flotó boca arriba, sin sentido o tal vez sin vida.

Loco Veluna, tan vivaz como siempre, aprovechó la ocasión que se le presentaba. Nadó entre dos aguas a medida que el aeroplano menguaba su velocidad, pasando junto a él. Resurgiendo en medio de una estela de blanca espuma, logró agarrarse a la parte de atrás de uno de los flotadores cuando pasó por su lado.

Fué una maniobra tonta y, sin embargo, tuvo buen resultado. Veluna se agarró como pudo para alzarse y salir del agua y acab por ponerse en pie.

Cuando el segundo hidroplano flotaba y casi inmóvil, descendieron los demás apara tos de la escuadrilla.

El lago pareció algo como una base campamento de hidroaviación en pequeño.

Tick Alegre y Feliz contempló aquella es cena con una expresión que demostraba cua disgustado estaba. Se volvió hacia Jimm Gold y movió tristemente la cabeza.

—Me sentí agradablemente impresionad — dijo, disimulando un bostezo, — cuand aparecieron por primera vez esos hidropla nos. Creí que se presentaría ocasión de con versar y tener una explicación con sus piloto Pero ahora no sé qué pensar. ¡Es malo, mu chacho! ¡Es malo, querido Jimmy, que u hombre como Veluna esté en estos momen tos donde está!

—¡Bien lo comprendo! — exclamó el jo ven. — ¿Cómo no he de comprenderlo cono ciendo a Veluna como lo conozco? De fijo h de hacer algo que redunde en perjuicio d nosotros. ¡Y nosotros, prisioneros aquí! ¿N podríamos hacer alguna señal?

—Ya es tarde para eso, — repuso Tick — ¡Mire!

El piloto del segundo hidroplano sentías asombrado al ver que un hombre sucio y em papado, jadeante de cansancio, avanzaba po el fuselaje de su máquina, camino de su asiento.

—¡Todo ya bien! — El hombre era, clar está, Loco Veluna, que procuraba hacers agradable y dar un tono de amistosa bondad a su voz agria y gruesa. — Soy un amigo. estoy de parte de ustedes y siempre lo estaré Hace un momento escapé de manos de aque llos de allá, que me tenían cautivo.

Indicó con el pulgar por encima del hom bro. El piloto miró hacia donde él señalaba Vió a Juan Peleador, a sus secuaces compa ñeros, su vivac, a Tick Alegre y Feliz. Recor dó los datos que le habían dado en Inglate rra y se dió cuenta de que Tick era el hom bre que se había escapado en su yate sin per miso de los empleados de la aduana y al que había orden de prender.

Entonces fué cuando Veluna aguzó el in genio, puso a contribución su fantasía y mintió todo cuanto le dió la gana. Calculó que, ignorándose su verdadera identidad, to das las circunstancias estaban en favor suyo. En Cornualla o en el canal de la Mancha se le creía muerto, como lo había supuesto el mismo Tick.

—¡Sí! ¡Sí! — dijo. — ¡Mire usted que bien puede mirar! ¡Allí esté el hombre a quien usted quiere prender, compañero! En esta isla se ha realizado algo muy tenebro so y yo no soy el único que ha estado a pun to de quedarse sin vida.

El piloto y su acompañante miraron a Ve luna como procurando penetrar sus inten ciones. Eran un par de hombres rectos, hon rados y serios. Poco era lo que sabían respec to a la isla de Skéleton. De lo que estaban en terados era de que tenían que prestar socorro a la tripulación del destroyer Diadem. Su misión era diferente a cuanto habían cum plido hasta entonces. Jamás habían tenido ocasión de tratar con antiguos bucaneros.

Además, no conocían el pasado de Veluna, así que le pidieron que siguiera hablando.

—Ese que está ahí en la orilla es uno que se llama Tick, — dijo Veluna, escurriéndose el agua de la empapada ropa, y mintiendo con todo descaro. — Está enteramente de acuerdo con los bucaneros. Forman, todos ellos juntos, una gavilla de lo peor del mundo y tienen un modo de proceder que por cierto, no es el mío. Pueden ustedes creer que para mí fué una grandísima alegría el ver que ustedes llegaban.

"Yo huí de manos de esa gente para acudir al encuentro de ustedes y enterarles de toda la verdad. Yo vine a la isla junto con Tick, pero me trajeron contra mi voluntad, prisionero, sujeto con cadenas, señores. Así me trajeron! ¡Cómo abusaron de mí en cuanto yo les dije que no quería saber nada con la expedición a la isla!

El grandísimo canalla calló un momento, como si la imaginación le ahogara.

—No pretendo que ustedes crean que yo soy un angelito de Dios, — agregó el pillo. — ¡De ningún modo! Pero cuando se trata de infringir la ley y destruir el orden y ponerse a las órdenes de un grupo de degolladores criminales por temperamento, trazo una raya y de ella no paso de ningún modo. Y si he venido ha sido para darles a ustedes las informaciones que me han parecido dignas de ser conocidas.

—Nosotros sabemos todo cuanto debemos y nos conviene saber. — dijo secamente el piloto. — Se nos ha dicho qué es lo que debemos esperar. Según parece esta isla no es un sitio como otro cualquiera; pero hemos recibido órdenes que hemos de cumplir. Bombardearemos todo cuanto haya aquí, si es necesario: arañas ponzoñosas, piratas locos y todo lo que esté a su favor. Se nos ha autorizado a hacer todo cuanto sea necesario para dejar esta isla en condiciones de ser habitada por gente civilizada.

Loco Veluna sonrió amargamente y se humedeció los labios.

—Usted perdone, capitán, — dijo con una humildad muy ajena a su temperamento, — pero en la isla hay un volcán que puede hacer fracasar los mejores planes. Pero yo puedo ayudarles a ustedes. Conozco la isla como puedo conocer la palma de mi mano; se que el volcán está por hacer alguna de las suyas y que por lo tanto no hay tiempo que perder.

"Si yo me he arriesgado a acudir al encuentro de ustedes ha sido precisamente para informarles y no me atrevo a volver al sitio de donde vine. No tengo ni siquiera un arma para defenderme. Pero puedo ayudarlos a ustedes mucho si es que ustedes quieren creerme. Y el primer consejo que debo darles es que no se muevan de donde están.

—¿Por qué? — preguntó el piloto rápidamente.

—Este es el mejor sitio para acuatizar aeroplanos que hay en toda la isla. Además es mucho mejor que el mar abierto. La costa de la isla es toda muy peligrosa por que siempre corre viento. Desde aquí ustedes podrán atacar a los piratas mejor que de cualquiera otra parte. Hay numerosos bucaneros en torno de este sitio. Algunos están acampados en la costa del lago. Otros están en las cabañas construídas sobre troncos en medio del lago y no disponen ni de un solo bote entre todos ellos. Si disparan contra ustedes sus armas de fuego poco daño podrán hacerles. Ustedes los tienen de modo que les cortan el camino. Les advierto que sería peligrosísimo el ir a tierra antes de que anochezca.

Loco Veluna era tan actor como bandido. Se expresó de un modo que sus oyentes creyeron que, efectivamente, estaba aterrorizado, de tal modo le temblaba la voz. No es de extrañar, pues, que creyeran que decía la verdad.

En consecuencia, después de consultar entre ellos un momento los pilotos decidieron establecer su base en el lago.

Loco Veluna se quedó con ellos pero le vigilaron hasta el menor de sus movimientos. Sin embargo pudo enterarse, antes de que llegara la noche de la verdadera razón de la presencia de los hidroplanos en aquel sitio.

No era el propósito de prender a Tick el que había motivado su presencia. Habían acudido por que se sabía en qué situación se hallaba la tripulación del destroyer, — sabían que los tripulantes estaban aislados en la colina, en las ruinas del castillo de Skéleton, — y se proponían socorrerlos. Para prestar socorro a los hombres enfermos, — habían traído con ellos dos médicos y material de sanidad, — era para lo que iban a proceder sin demora.

—¡Tontos! — pensó Loco Veluna. — ¡Qué tontos! ¡Perder el tiempo en socorrer a un puñado de dementes cuando hay oportunidad de apoderarse de un valiosísimo tesoro!

¡Y el tesoro estaba tan cerca de sus manos! Estaba allí, en las cabañas del lago. No sabía cual tendría que ser su próxima hazaña ni las oportunidades que el tiempo podría presentarle. Pero pensaba solo y comprendía que le era necesario aguzar su astucia todo lo posible para que, a fin de cuentas cuando llegase el momento de dividirse el tesoro, le tocara algo a él.

—Hasta ahora no voy mal, — reflexionó mientras comía en compañía con los aviadores que habían tenido la bondad de invitarle. — Los aeroplanos se quedarán aquí hasta el anochecer. No dejaré que se acerque al tesoro persona alguna. Ni los unos se atreverán a acercarse ni los otros a abandonar las cabañas. Y cuando llegue el momento....

Gruñó satisfecho y sonrió muy contento.

LA LUZ EN EL ARROYO

Pero la oscuridad no reinó aquella noche en la isla de Skéleton.

Hubo, como los demás días el acostumbrado crepúsculo vespertino pero al mismo tiempo que el sol se hundía en el horizonte se oyó un ruido sordo parecido a esos extraños rumores que indican la proximidad de una tormenta y reinó en todas partes una quietud completa.

Entonces, cuando debía haber reinado la oscuridad despertó el volcán. No se oyó ruido alguno pero de su cumbre brotó un resplandor que pintó de reluciente rojo todo el cielo y fijo en el cielo, alumbrando como si fuera de día, la isla y sus cercanías permanecía aquel maravilloso resplandor rojo.

En el campamento de Juan Peleador reinaba un ambiente de fúnebre pesadumbre. Los bucaneros habían perdido su entusiasmo y casi todos habían perdido toda la fe en sí mismos. Como antes les había pasado a los caimanes, sintiéronse asustados ante la presencia del inesperado enemigo que había llegado por el cielo y se había situado en la superficie del lago.

A pesar de todo eso Juan Peleador no quiso que los suyos se retiraran, buscando refugio en otra parte y abandonando su puesto. Juan Peleador era digno del nombre que llevaba. Se había instalado a la orilla del lago para vigilar el tesoro de sus antepasados. Ni aun los hidroplanos conseguían sacarle de su puesto de vigilancia.

Pero resultaba aquello una extraña tarea. Tenía que permanecer entre los árboles del bosquecito, envuelto entre el resplandor fluctuante que movía las sombras de un lado a otro, caprichosamente. El cielo seguía rojo; el lago veíase gris con reflejos de carmín y grana. Las aves nocturnas chillaban asustadas entre las ramas del bosque; de vez en cuando los buitres unían sus gritos a los destemplados aullidos de los infelices locos encerrados en las ruinas del castillo.

El ambiente era tal que hasta Tick, — tan impávido siempre, — empezó a sentirse nervioso. El aire era húmedo, pesado, sofocante; sentía la piel húmeda, pegajosa y algo la hacía estar en constante agitación. Como quien está fascinado, miraba siempre hacia el mismo sitio: hacia el lugar del lago donde estaban los hidroplanos.

—Dos puntos me llaman mucho la atención, Jimmy, — dijo después de haber permanecido largo tiempo en silencio. — Uno de ellos es que no se les haya ocurrido atarnos; el otro que no se haya visto hasta ahora ni el menor rastro de luz en las cabañas que se encuentran en medio del lago.

Jimmy Gold miró en redor. Aun cuando era verdad que estaban solos, — no solo ellos dos sino también los cuatro marinos procedentes de la tripulación del yate "Albatros", — también era verdad que los bucaneros vigilaban constantemente todo cuanto hacían. En uno y otro lado, en el claro del bosquecito, entre los árboles de la orilla del agua, había centinelas apostados por Juan Peleador. Estaban, los seis rodeados por un cordón de vigilancia a través del cual difícilmente podrían pasar, llegado el caso.

—De nada nos serviría escapar a todo correr, — gruñó Jimmy disgustado. — Me parece que estamos en una situación bastante seria.

—¡Y Veluna nos ha tomado la delantera! — dijo el globe-trotter, que se rió sarcásticamente. — Daría parte de mi vida por saber que les ha dicho a esos de los aeroplanos cuando se salvó de los caimanes subiéndose a un avión. Con seguridad ha sido su relación digna de un primer premio en un concurso de mentiras.

—¡Con toda seguridad! — exclamó Jimmy, riendo. — ¡La fantasía embustera de Loco Veluna es extraordinaria e inagotable! Además, miente con una desfachatez...

—¿Y los que están en esas cabañas, Jimmy? — agregó Tick indicando las que estaban en medio del lago. — Me parece que se han asustado tanto que no se atreven ni a encender una sola luz mientras estén los aeroplanos en el lago. Puede ser también, pues en las circunstancias actuales todo es posible, que en esas cabañas del lago no haya en la actualidad una sola persona con vida.

—¡Pero Juan Peleador dijo que allí estaban los secuaces de Grillo Rojo! — contestó Jimmy Gold.

—¡Juan Peleador puede equivocarse como cualquiera de nosotros! ¿Quién puede afirmar que no construyeron una balsa o algo parecido y se marcharon mientras Juan Peleador se ocupaba de nosotros? ¡Eso no es posible saberlo! ¡Es posible, pues, que no haya nada en esas cabañas, nada más que el tesoro!

Pero Jimmy parecía haber abandonado ya toda esperanza.

—¡Me deja usted frío, señor! — gruñó el muchacho. — Ya no me interesa ni poco ni mucho ese maldito tesoro. Si Veluna quiere apoderarse de él, que se lo lleve de una vez. ¡Lo que no me gusta es encontrarme donde me encuentro y en calidad de prisionero!

—¡Con esperanzas de ser libertado! — agregó Tick. — Yo no soy tonto del todo y usted no lo ignora. Antes de salir del yate adopté algo como lo que se ha producido. Si mis órdenes han sido cumplidas ha desembarcado un grupo de hombres con misión de encontrarnos.

—¡Sí! ¡En las cavernas de fuego! — exclamó Jimmy. — ¡Buena suerte han de tener si nos encuentran por aquellos lados! Es usted muy optimista si tiene esperanza de que vengan a buscarnos por este lado de la isla.

—Pues bien — dijo lentamente Tick; — tengo esperanzas de que...

No prosiguió y se quedó inmóvil, de pie, en vez de ir nerviosamente de un lado a otro.

Siguiendo la línea de los hidroplanos se movía un parpareante punto de luz. Una señal pasó de máquina en máquina. Después, de improviso, sus poderosos motores comenzaron a funcionar rasgando el aire su zumbido.

En un instante la tranquilidad de la noche se vió poblada por un estrepitoso pandemonium de ruidos. De las ruinas del castillo de Skéleton llegaban intermitentes los alaridos de los locos; los secuaces de Juan Peleador lanzaban gritos de furor, de miedo, de desesperación.

Las hélices de los aviones relucieron de modo extraño en medio del resplandor reinante. Después como extraordinarios fantasmas los hidroplanos comenzaron a avanzar lanzando por su parte posterior, raudales de chispas que indicaban el sitio por donde habían pasado.

—¿Alzan el vuelo? — preguntó Jimmy. Pero Tick le tomó y le apretó la mano.

—¡Vienen hacia aquí, muchacho! — dijo en voz baja el millonario globe-trotter. — ¡Atención a la fuga! ¡Sígame, si se presenta ocasión de escabullirnos!

Se quedaron acurrucados, quietos, silenciosos, esperando los sucesos y observando. Los aeroplanos avanzaron con lentitud sin

mostrar intenciones de ascender. Pronto pudo comprenderse con toda claridad que a donde se dirigían era al vivac e los bucaneros.

Juan Peleador procedió a congregar en un grupo a sus mejores hombres. Se le vió de pie, erguido como un fantasma del pasado, en medio del claro del bosquecito.

—¡A las armas! — gritó con su estentórea voz. — ¿No tienen ustedes valor para pelear en defensa de todo lo que durante tanto tiempo hemos llamado nuestro? ¡Firmes en sus puestos para rechazar a los que vienen en contra de nosotros! ¡Por el honor de nuestra isla!...

Pero el ataque fué algo que no imaginaban los bucaneros; fué algo que no entendieron. Vacilaron y retrocedieron varios pasos, abandonando sus puestos. Perdieron toda su serenidad cuando cesó el ruido de los motores y comenzó el castañeteo de las ametralladoras.

Los hidroaviones habían abierto el fuego.

El primer chaparrón de balas de las ametralladoras cruzó chillando a través de los árboles. La puntería era demasiado alta, — de intento, pensó Tick. — para no herir a los hombres. Pero las balas cortaron infinidad de ramitas que cayeron como lluvia sobre los piratas que perdieron entonces toda su serenidad.

Dejaron sus puestos de combate, abandonaron sus antiguos mosquetes desgastados por el tiempo y corrieron como locos. El único que se quedó fué Juan Peleador. Permaneció solo, esgrimiendo arrogante su machete de combate en la mano. No demostraba tener miedo aun cuando debía haberse percatado ya de que le habían dejado solo.

Pasó el primer chaparrón de balas. Hubo un instante de silencio. Brilló luego la luz de un reflector que barrió el campamento de un lado a otro.

Pero la luz del reflector no alumbró a Tick Alegre y Feliz. Un momento antes el globe-trotter había aprovechado su oportunidad. Sus hombres habían seguido rápidamente su ejemplo. Antes de que los piratas abandonaran, aterrorizados, sus puestos, sus prisioneros habían emprendido oportuna fuga.

Se detuvieron cuando brilló la luz del reflector, destrás de los troncos de los árboles. Miraron hacia atrás y vieron a Juan Peleador de pie, arrogante y terrible. La luz brilló en su filoso machete. Parecía una estatua puesta allí, en medio del claro donde estuvo el campamento.

Tick lanzó una extraña carcajada al mirar al original pirata.

—¡El orgullo de la antigua sangre nunca muere! — gritó. — ¡Eso es ser valiente! ¡Uno contra todos ellos y los espera firme y arrogante! ¡Si es ese el espíritu que dejaron Skéleton y los suyos como herencia será una lástima que hombres así tengan que morir en el combate!

Aquella fué la última vez que vieron a Juan Peleador. No supieron nunca qué fin tuvo. Pero no lo olvidaron jamás.

No disponían de tiempo que perder ni de mucha tranquilidad para pensar qué era lo que más les convenía hacer. Eran seis, pero les habían quitado las armas.

—No conviene cruzar la isla y regresar al yate, — dijo Tick. — Al menos por el momento. Tenemos que esperar a ver que resultado tiene el ataque del hidroplano. Mejor será dar la vuelta y pasar al otro lado del lago... Si nos es posible.

Así lo decidieron. Así también la Providencia estuvo de su parte.

Siguieron por la orilla del lago, alejándose cautelosamente del vivac alumbrado todavía por la luz del reflector. Cruzaron un pantano, — lo que no mejoró por cierto, su triste apariencia, — hasta que...

Fué como una hora después cuando Tick, que iba delante del grupo, se detuvo de repente. Una masa de arbustos se extendía frente a ellos, Más allá, había un arroyo, desahogo de las aguas del lago. Y en una de las orillas de aquel arroyo distinguió una luz.

—¡Silencio! — dijo en voz muy baja.

—¡Allí veo a un hombre! — murmuró Jimmy. — ¡No! ¡Un momento! ¡Son dos! ¡Los veo bien! Están inclinados hacia algo.

—En un bote — replicó Tick tranquilamente. — ¡Muy bien! — Se volvió hacia los tripulantes del yate. — Ustedes dispérsense un poco. Los asaltaremos, si hace falta. Suceda lo que suceda no se presenten si no ven que Jimmy y yo corremos verdadero peligro. Nosotros nos quedaremos aquí el tiempo necesario para que ustedes se situen rodeando el sitio donde están esos. ¿Comprenden?

Los hombres habían comprendido. Se detuvieron unos a un lado y otros a otro y desaparecieron en la oscuridad. Solamente un leve ruido de ramas removidas indicó de vez en cuando que se movían.

Pasaron algunos minutos sin que Tick y Jimmy se movieran de donde estaban.

—Tenemos que suponer que están armados — dijo el globe-trotter. — Es fácil que sean de los de Grillo Rojo. Lo principal es el hecho de que tienen un bote. Si podemos apoderarnos del bote sin tener contacto con ellos mejor será. Entonces...

Se oyó de repente un golpe detrás de ellos a la izquierda, donde los arbustos llegaban hasta el borde del lago. Fué como si algo hubiera caído con fuerza sobre la arena mojada.

Volviéronse en seguida, mirando hacia el sitio de donde había llegado el ruido. Podían haber sobresaltado a algún animal salvaje y en tal caso...

Temieron durante un momento que alguien les hubiera seguido los pasos.

Un instante después, sin embargo, se enteraron de la verdad. Después del golpe reinó el silencio. Miraron con la mayor atención posible. Entre ellos y el arroyo había un montículo de arena.

Durante un momento no se vió a nadie en aquel espacio de arena iluminado por la rosada luz de los reflejos del volcán. A aquella sombra la seguía un hombre.

—Alguien... alguien... — a Jimmy se le ahogó la voz en la garganta. Quiso decir: — alguien vigila a los que están en el arroyo.

Pero por alguna razón las palabras se negaron a salir de sus labios. El hombre aquel era delgado con rostro de rata. Se movía rápidamente como el que se siente muy seguro

de sí mismo. No dió un solo paso en falso. Se movía tan silenciosamente como un fantasma.

Tick miró rápidamente, de soslayo, a Jimmy. Después indicó el arroyo.

—Vamos a avanzar, — dijo. — Cuando yo lo ordene. ¡Antes no! Saltaremos por sorpresa. ¡No le asombre si nos toca pelear a puño limpio como gatos rabiosos!

Avanzaron a gatas por entre los arbustos hasta que sólo les ocultó una delgada barrera de ramaje.

Los dos hombres a quienes habían visto procuraban echar al agua un bote y la tarea les resultaba en extremo pesada. El tercero, — el de la cara de rata, — se aproximaba cautelosamente al arroyo sin que le vieran. Un viejo farol de asta enviaba su mortecina y amarillenta luz al rostro.

Jimmy contuvo un silbido de asombro.

—Dígame, — preguntó, — ¿por qué milagro han podido llegar esos a este sitio?

—¡Eran Juan Malo y Grillo Rojo los que intentaban echar al agua el bote.

¡Y el tercer hombre era Loco Veluna!

EN EL LAGO

Ha pasado ya, para mí, el tiempo en que algo de cuanto suceda en esta isla pueda parecerme extraño o maravilloso, — dijo Tick en voz sumamente baja. — Me conformo con que estén aquí. Poco me importa como llegaron hasta este sitio. Lo que sí es que habrá un poco de alboroto.

—¡Ya lo creo! — comentó Jimmy.

—¡Escuche! Todo el ancho del mundo, no el de un arroyito, podrá evitar que Juan Malo se lance contra Veluna en cuanto lo vea e intente extrangularlo. Veluna se portó de modo infame con Juan Malo juró vengarse. Es de suponer que haya entre los dos una pelea a muerte.

—A menos que nosotros lo evitemos.

—¡Qué es lo que vamos a hacer! — dijo Tick. — Espero ahora porque deseo ver cuántos de esos hombres están armados. No es agradable ponerse en el camino de una bala por puro gusto.

Observaron. Loco Veluna no se detuvo hasta encontrarse a unos pocos pasos de Juan Malo. Parecía que le asombrara ver allí a su enemigo. Pero la emoción fué rápida. Su voz resonó afable a lo largo del arroyo.

—¡Buenas noches, compañero! Ví la luz que tienen ustedes y me acerqué a averiguar... ¡Nunca me hubiese imaginado tener el gusto de verlos aquí.

Juan Malo se volvió instantáneamente. Grillo Rojo, que tenía sus manos llenas de picaduras de arañas apoyadas en la proa del bote, levantó la cabeza una vez y luego volvió a sus esfuerzos en el sentido de arrastrar la embarcación hacia el agua. Pero Grillo Rojo estaba demente y Loco Veluna no significaba absolutamente nada para él.

Con Juan Malo sucedía algo distinto. Le bastó con oír la voz de Loco Veluna. El verle fué más que suficiente para decidirle. Se llevó las manos a las caderas, golpeó fuertemente en el suelo con su pierna de palo y miró a Veluna con los ojos entornados y el seño fruncido.

—¡Ajajá! — exclamó irónicamente tras una breve pausa. — Johnny Veluna nada menos! ¡Mi viejo compañero y amigo Johnny Veluna! Nosotros navegamos juntos muchas veces, durante nuestra juventud, con tiempo malo y tiempo bueno, entre ciclones y con calma chicha ¿no es cierto? ¡Para mí es una grandiosa alegría volver a ver a mi compañero y amigo Johnny!

—¡Y con el tesoro encerrado en sus baúles! ¿Eh? ¡Con todo un bote cargado de oro hasta arriba! ¿Eh? — dijo Loco Veluna adelantándose un paso más. — ¡Todo un bote cargado de oro!

—Pensando en ello, Johnny, — replicó Juan Malo con la misma fingida cortesía. — ¡Pensando en ello pero sin haberlo cargado aun! ¿Me comprende? Hay tiempo sobrado para todo, una mano que ayude no viene mal. Precisamente estábamos por zarpar. sacó un trozo de madera. Lo sopesó en una de sus grandes manos un momento.

—Cuesta trabajo echar al agua este bote. — dijo después Juan Malo, — y yo con mi pata de palo y menos joven que antes... ¿Es posible que Jonny le haga un favor a su viejo compañero? Nsted tiene los brazos fuertes. Johnny ¿lo recuerda? ¿No querrá ayudarme un poco?

—Con mucho gusto — dijo untuosamente Veluna Miró el trozo de madera con desconfianza. — Pero sería más fácil la tarea si usted pusiera antes ese trozo de madera debajo de la quilla.

—Ya hay unos pedazos de madera debajo de la quilla — dijo Juan Malo, moviendo sugestivamente el trozo de madera que tenía en la mano. — Con este palo, usándolo como palanca, podré hacer fuerza en la parte de popa.

Veluna vacilaba. Sospechaba algo, pero su codicia de oro fué más poderosa que su prudencia. Allí, a su alcance, estaba un bote y se le había dicho que no quedaban botes en el lago.

—¿Nada de trampas, Juan Malo? — preguntó.

—¿No somos viejos compañeros y amigos? — replicó Juan Malo. — ¿No hemos sido siempre buenos compinches? Aquí tengo a un buen amigo que sabe dónde está el tesoro. Vamos a zarpar en su busca. Johnny Veluna... Una tercera parte para usted y completo olvido de todo lo pasado si es que usted me ayuda como es debido.

La tentación era demasiado enérgica para Loco Veluna. Avanzó hacia el bote.

Tick tocó en aquel momento el brazo de Jimmy y se puso de pie.

—¡Ahora! — dijo en voz baja. — No tienen armas, porque en caso de tenerlas Veluna hubiese muerto ya de un balazo.

Cruzaron a través de la barrera de arbustos y llegaron, casi inmediatamente, al arroyo.

Tick había calculado el ataque con la mayor exactitud. En el momento en que él llegaba. Veluna se dirigía hacia el bote. Si-

multáneamente, el palo que Juan Malo tenía en la mano se alzó por el aire. En el rostro de Juan Malo se notaba una expresión homicida. Grillo Rojo miró desde donde estaba y se sonrió.

Pero el golpe no fué dado y Grillo Rojo dejó de sonreír. Porque Tick tomó el palo y lo arrancó de las manos de Juan Malo.

Jimmy, sabedor de que Veluna era el hombre más peligroso del terceto, no le dejó oportunidad de hacer absolutamente nada. Le pegó con el puño derecho con toda la fuerza de un martillo de fragua. Fué un ocultos aparecieron procedentes de distintas direcciones.

Entre dos de los marineros apresaron a Grillo Rojo y le tuvieron sujeto, tendido en el suelo. Otro de los tripulantes acudió en ayuda de Tick y Juan Malo, que no en vano era viejo, se dió cuenta de que no le convenía seguir peleando porque saldría aporeado y vencido.

El cuarto de los tripulantes se sentó con innecesaria fuerza sobre el pecho de Loco Veluna, que aun seguía sin conocimiento.

. . . . . .

Tick se apoderó del trozo de madera en el momento en que Juan Malo iba a pegarle a Veluna. Jimmy Gold avanzó hacia Veluna y le dió tal golpe en la mandíbula que el canalla se desplomó sin lanzar ni un solo gemido.

golpe que le hubiese hecho ganar un combate de campeonato. Le dió a Veluna en la punta de la mandíbula en el mismo momento que el canalla, sobresaltado, se volvía a medias para enterarse de lo que pasaba.

Veluna se desplomó sin lanzar un solo gemido. Grillo Rojo se rió, vió que Tick tomaba a Juan Malo por la cintura y lo alzaba del suelo, y vaciló perplejo entre decidirse a pelear o a escapar.

Pero cuando se decidió a huir y se volvió ya era tarde para escaparse. Jimmy lanzó un grito de aviso al que contestaron los de la tripulación del Albatros. Los que habían

Cuando Veluna recobró los sentidos tenía la mandíbula dolorida, una confusa sensación de mareo y de extrañas voces que susurraban de modo inteligible y la clara y evidente sensación de que tenía las manos atadas y de que alguien bastante pesado estaba sentado encima de él, que se hallaba tendido en el fondo del bote.

El bote era espacioso y dos hombres remaban, haciéndole cruzar el lago. Ya se hallaban lejos de la costa. En la popa Tick manejaba el timón. En la proa entre dos hombres de la tripulación del Albatros, estaban Juan Malo y Grillo Rojo.

Juan Malo gemía pidiendo misericordia. Grillo Rojo, furioso, expresaba su enojo haciendo terribles y amenazantes muecas. Pero ambos habían sido dominados por la fuerza y estaban convencidos de que sería inútil toda resistencia y toda tentativa de fuga.

Loco Veluna rechinó los dientes. Escuchó lo que Tick decía en aquel momento.

—¡Todos en el mismo bote! — exclamaba el globe trotter sonriendo. — ¡Lo mismo que en otros tiempos. ¡Todos en el mismo bote y en la misma dirección! ¡Este es el último viaje y vamos a poderarnos de ese tesoro aún cuando nos cueste la vida! ¡Por lo menos — agregó bostezando, — yo voy a apoderarme del tesoro y ustedes lo verán durante un momentito, antes de que yo me lo lleve. Gracias a eso podrán ustedes contar a sus nietos que aun cuando ustedes nunca llegaron a apoderarse del tesoro de Skéleton, al menos viajaron en el bote que, por último, se los llevó.

—Bien dicho. — murmuró Juan Malo. — bien dicho, pero...

Tick miró entonces a Grillo Rojo.

—¿A qué cabaña hemos de dirigirnos? — preguntó. — El oro ha sido repartido en todas esas viviendas del lago. Creo que una parte está en una, otra en otra... ¿Quiere usted tener la bondad de decirme a qué cabaña iban a dirigirse ustedes?

—A cualquiera de ellas, — contestó Grillo Rojo.

—¡Eso es mentira! Ustedes no iban a dirigirse desarmados, a cualquiera de las cabañas. Si usted no me lo dice y no me indica el camino como es debido, usted sufrirá las consecuencias. Usted no ignora lo que hay en este lago y a sus aguas lo haré arrojar por la borda para que sirva de alimento a los caimanes como no diga, en seguida, la verdad.

Ante esta amenaza, y como en realidad era muy cobarde, Grillo Rojo dijo la verdad.

El bote avanzó por el lago dirigiéndose a la otra orilla. Juan Malo, sentado en la proa, se rió burlonamente.

Del otro lado del lago estaban, junto a la costa los hidroplanos. El resplandor del cielo se había puesto más rojo que antes y faltaba poco para el amanecer.

Llegaron entonces a uno de los troncos que sostenían la plataforma, situado delante de una de las cabañas suspendidas sobre el agua. La cabaña estaba en su interior, muy oscura. De la plataforma o muelle descendía, hasta el agua, una escala de cuerda. La puerta de la cabaña estaba abierta.

—¡Adelante! — exclamó Tick levantándose de su asiento. — ¡Quieto el bote! ¡Si usted Jimmy, quiere ser el primero en subir... arriba!

—¡Con mucho gusto! — dijo el muchacho jubilosamente.

—¡Arriba, pues, pero con precaución! Acérquese a la puerta y sin avanzar más, vea lo que haya que ver. Lleve la luz.

El muchacho tomó el farol de manos de de Tick, subió a la borda y colgó de la escala de cuerda, por la qu ese alzó hasta la plataforma.

Tick le observaba con ansiedad. El muchacho una vez de pie en la plataforma, se acercó a la puerta. Alzó el farol lo más alto que pudo y miró hacia el interior de la cabaña.

—¡Parece que todo va bien! — gritó, dirigiéndose a Tick. — Sólo hay...

Se había apresurado demasiado a hablar. Agudo y horrendo, tétrico como si surgiera de una tumba, se alzó un coro de aullidos y chillidos que nadie hubiera supuesto producido por la voz humana.

Jimmy retrocedió lanzando un grito de sobresalto y el farol se le cayó de la mano girando en el aire en medio de raudales de humo.

"JUGUETES PARA LOS MONOS"

El farol cayó de la mano de Jimmy y se apagó.

—¡Nos quedamos a oscuras! — exclamó Juan Malo. — ¡Y parece que tenemos miedo! — agregó, demostrando el prisionero que se interesaba por el asunto bastante más de lo que correspondía.

Pero los gritos que habían sobresaltado a Jimmy Gold no habían sido ilusión de su mente. El ruido era horrendo y real. Mientras el muchacho se quedó allí parado, inmóvil, sin saber qué decisión adoptar, la gritería se oyó más fuerte todavía que antes llegando a su tono más agudo y cesando luego de repente.

Después se oyó un nuevo conjunto de voces dentro de la cabaña: aullidos y gruñidos y ruido de pisadas suaves. Entonces Jimmy tomó el farol que se le había caído y giró sobre sus talones.

—¡Cuidado! — gritó.

Descendió rápidamente por la escalera. Abajo, en el bote, Christopher Tick miraba hacia arriba porque no acertaba con la causa de aquellos ruidos. Casi estaba decidido a atacar pero no sabía qué clase de ataque adoptar.

Sin embargo, aparecieron unas sombras... unas sombras extrañas. La primera se presentó en el momento en que el joven llegaba al bote. Saltó de la puerta de la cabaña al borde de la plataforma. Allí se detuvo, chilló, se agitó, aulló y agitó unos larguísimos brazos. Después se volvió y saltó con la mayor facilidad al techo de la cabaña.

Detspués aparecieron otras sombras que casi no era posible ver al resplandor rojo oscuro de los fuegos del volcán. Saltaron una y otra vez, rebotando como pelotas y luego una tras otra siguieron el mismo camino de la primera, saltando al techo de la cabaña.

—¡Por todos los diablos! — exclamó Tick. — ¡Si se trata de!... — Pero Veluna que se hallaba tendido en el fondo del bote, le quitó las palabras de la boca.

—¡Son monos! — gritó riendo al mismo tiempo. — ¡Qué tontos son ustedes! ¡No habían oído nunca la gritería de un grupo de monos! ¡Cómo se sobresaltaron! Son monos de los llamados makarís. Yo los he visto en el Amazonas. Casi no tienen rabo.

¡Asustados por un puñado de monos! ¡Pobrecitos tontos!

—¡Muy bien, — gritó Jimmy volviéndose hacia él. — No necesita usted gritar antes de que le haya llegado el turno. Si nosotros no supiéramos que usted es un hombre, aun cuando un mal hombre, lo llamaríamos makarí, por lo que se parece a esos monos.

Juan Malo se rió a carcajadas y Tick se sonrió.

—¡Arriba otra vez, muchacho! — exclamó el globe-trotter tomando el farol de manos de Jimmy y encendiendo de nuevo su luz. — No disponemos de tiempo para conversaciones espirituales. Si el tesoro, o parte de él, está ahí, tendremos que sacarlo con toda la mayor rapidez posible.

Miró con ansiedad hacia el cielo. El fulgor del volcán se había intensificado. Se acercaba el amanecer, uniendo su luz rosada al fulgor del volcán. En el lago reinaba la más completa calma.

El joven puso de nuevo pie en la escalera. Subió prontamente pero lamentando no tener en su poder un buen revólver.

Tenía el rostro cubierto de sudor cuando después de cruzar la plataforma, llegó a la puerta de la cabaña.

El aire era pesado y parecía estar sobrecargado de hálitos de tormenta. Por el techo los monos corrían a saltos, charlando entre ellos.

Una vez más dirigió el muchacho la luz hacia el interior de la cabaña. Abajo, en el bote, Grillo Rojo explicaba que los negros esclavos habían conservado a los monos makarís como animales domésticos. La luz del farol volvió hacia Jimmy Gold reflejados sus rayos por un relucir de oro.

¡Oro! Allí en medio de las sombras, envuelto en el silencio. A Jimmy le latió con fuerza el corazón. Cuando habló lo hizo con voz enronquecida por la emoción

—¡Señor Tick! — gritó. — ¿Quiere usted tener la bondad de subir?

Procuró ocultar su emoción. La escala de

Agudo y horrendo, tétrico como si surgiera de una tumba, se alzó un coro de aullidos y chillidos.

cuerda crujió. El globe-trotter tardó muy poco en hallarse de pie junto al muchacho.

—¡Perdido! ¡Perdido! — gritó Juan Malo con lastimera voz, abajo. — Parece que han visto oro. ¿Me oye, Johnny Veluna? ¡Despidámonos del tesoro de Skéleton tanto yo como usted!

—El perder el tesoro es cosa que les pasa siempre a los de su familia. — gruñó Locó Veluna desconsolado. — Juan Malo, su antepasado, lo perdió en lejanos tiempos... Pero yo no estoy acostumbrado a eso. No soy tan imbécil para dar algo por perdido mientras siga latiéndome el corazón.

Juan Malo se rió sarcásticamente y los hombres que custodiaban a Veluna se sonrieron. Tick, precediendo a Jimmy, había entrado ya en la cabaña. No oyó las palabras que pronunció Veluna aun cuando el canalla no tenía en aquel momento probabilidad alguna de escapar.

—¡Muy bien! — dijo Tick con languidez, indicando al joven que se acercara. — Me hubiera asombrado la presencia de algún ser humano en la cabaña. El hecho de que Juan Malo y Grillo Rojo se dispusieran a venir a este lugar, desprovistos de armas como estaban, indicaba que no había nada que temer.

Permanecieron de pie, el uno junto al otro, en medio de la cabaña. Las paredes eran de estera y el piso estaba cubierto de inmundicias. Debajo de ellos el agua chapoteaba en los palos de sostén. Cerca del techo había unos palos en los cuales debían haber vivido los monos.

El tesoro en cuya busca habían llegado, estaba esparcido por todas partes. El botín del pirata que tanto trabajo y tantas vidas había costado, el que hombres buenos y malos habían buscado durante años y más años, desde la época en que su dueño el bucanero había transformado la isla en una verdadera fortaleza, estaba allí. Estaba tendido a sus pies. Brillaba a la luz del farol que sostenían en alto. Probablemente no era todo lo que allí debía haber; no era más que una parte del total. Pero había oro y piedras preciosas en suficiente cantidad para hacer a más de un hombre muy rico hasta el fin de sus días.

Tick se rió. Su risa fué hueca y casi triste. Al encontrar lo que tanto había buscado, parecíale que el hallazgo resultaba una broma de mal gusto.

—Permítame, — dijo, tomando la luz de manos de Jimmy y sosteniéndola lo más alto que le fué posible. La luz, dándole en el rostro, dejó ver que estaba sonriendo sarcásticamente. — Reflexione respecto a esto mientras le es posible, querido Jimmy. En toda su vida no tendrá usted nunca una ocasión como esta. Como las lecciones que mejor aprovechamos son las que recibimos cuando somos jóvenes, permítame que saque de esta la moraleja del caso.

"El caso es este, mi joven amigo: Entre usted y yo y entre Juan Malo y Loco Veluna, todos los piratas y aun los hombres del destróyer "Diadem" no hay gran diferencia. Y entre todos nosotros y los monos pelirrojos a quienes usted asustó, tampoco hay diferencia muy grande. Porque todos hemos recorrido la mitad del mundo para llegar hasta este sitio. El destróyer, los hidroplanos también vinieron. Y en resumen, todos nos hemos encontrado, al final, con que hemos corrido tras de lo que estaba sirviendo de juguete a un puñado de monos.

"¡Juguetes para monos, querido muchacho exclamó Tick con mayor júbilo que nunca. — Un montón de alhajas, una pila de vajilla de oro procedente de un galeón español, unos cuantos baúles de viejas monedas de oro. Por estas cosas el capitán Montanilla enterrró vivos a su antepasado y al capitán Skéleton. Por estas cosas mató Juan Malo a su mujer y se ha condenado a ser ahorcado por el verdugo. Por esas cosas he gastado yo mucho dinero, he arriesgado la vida y me he dado el gusto de burlar a más de uno más de una vez. ¡Nos hemos saltado al cuello los unos a los otros por conquistar cosas que los monos se arrojaban unos a otros jugando!

Puso el farol en el suelo, se inclinó y alzó del suelo una alhaja que tenía una piedra color anaranjado. La miró un momento a la luz y luego se la guardó en el bolsillo.

—¡De prisa — exclamó después. — Allí hay vajilla en aquel rincón. Tal vez la usaron los monos para mirarse la cara. Veo que las fuentes están bien pulidas todas ellas. Llénese los bolsillos de piezas de a ocho, muchacho. Hay aquí más monedas de oro de las que podemos llevar entre los dos.

Fué una tarea emocionante. El tesoro debía haber sido apilado de algún modo relativamente ordenado pero los monos lo habían revuelto todo.

Había numerosos collares colgados de los palos que estaban cerca del techo. Brillaban los doblones entre la paja del techo. Pero al muchacho le divertió subirse a sacar de donde estaban las monedas del tesoro del capitán Skéleton, tesoro acumulado durante toda su vida de piraterías sanguinarias.

Fuera, la luz había aumentado, apareciendo los primeros rayos del sol. Como podían verlos desde los aeroplanos anclados al otro lado del lago, no había tiempo que perder.

Pero, por alguna razón, la luz del día no avanzó. Al contrario, mientras se llenaban los bolsillos con todo lo más posible del tesoro, como pudieron notarlo cuando se dirigieron hacia la puerta, había oscurecido.

De entre la oscuridad los monos que aún estaban en el techo comenzaron a aullar una vez más. Después reinó el silencio, un silencio tal como nadie lo había conocido antes y no quiso volver a conocerlo ninguno de los que entonces se percataron de él, estremeciéndose horrorizados. Fué un silencio anunciador de una grandísima, poderosa y desconocida catástrofe.

De improviso por última vez, el adormilado volcán despertó. Volvió al cielo el resplandor rojo. Los pájaros que cantaban en los árboles revolotearon aturdidos y dejaron de saludar al nuevo día.

La isla de Skéleton vibró como la cuerda de un arpa, sacudida de un extremo a otro con violencia extraordinaria.

EL DESTINO DE VELUNA

Tanto Jimmy Gold como Christopher Tick permanecieron inmóviles. La cabaña erugió en torno de ellos. Se miraron alarmados. Después, obedeciendo ambos a idéntico impulso, salieron a la plataforma.

—¡Suelten la amarra! — El globe-trotter fué el último en bajar por la escala y dió órdenes a gritos mientras bajaba. — ¡Si queremos salir con vida de todo esto, — agregó, — conviene que nos demos prisa!

Pero el miedo se había apoderado del corazón de los marineros del mismo modo que del de Tick. Porque no era un peligro vulgar y conocido el que se hallaba sobre ellos. Había amenazado a la isla durante muchos días y era más grave que todo lo que le hubiera gustado a Tick, a pesar de su arrojo extraordinario, tener ante sí.

El bote soltó su amarra y se hundieron los remos en el agua casi antes de que Tick se sentara en la popa. Jimmy ya estaba en el bote. Al sentarse miró en redor y vió que todos sus camaradas estaban pálidos y tenían el rostro desencajado.

Juan Malo no parecía compartir sus temores. Notó en seguida lo mucho que abultaban los bolsillos del muchacho. Con voz ronca y aguda, gritó:

—Dieron con el tesoro, ¿eh?

—Hemos traído un montón de juguetes para monos, — repitió Tick, impaciente. — ¡Piense en usted, hombre! ¿Cree usted que éste es el momento de hablar de tesoros?

Había en realidad bastante que ver y una luz roja que lo iluminaba todo. Era esa luz tan fuerte, como la del día y se asemejaba al reflejo de miles de hogueras. El calor reinante era el de muchas hogueras juntas y todos los del bote sudaban a raudales.

—¡Esto no puede durar! — dijo Veluna, que seguía tendido en el fondo del bote. — ¡He presenciado muchas erupciones volcánicas y se cómo son! ¡Eso no puede durar! Me refiero a la luz. Pronto se pondrá todo oscuro. Cuando se ponga oscuro será cuando tengamos que tener cuidado de nosotros. Dígame: ¿a dónde vamos?

En aquel momento Tick sintió admiración ante Loco Veluna. A pesar del pánico que flotaba en el aire, el capitán permanecía enteramente tranquilo. A pesar de que les amenazaba la más completa destrucción, él ni pestañeaba. Sin embargo, sabía aún mejor que los demás los terrores que tenían que producirse.

El aspecto de la isla era el de un país maravilloso envuelto en las luces rojas de un magnífico ocaso. Los árboles del bosquecito se destacaban en negro sobre el fondo carmesí del cielo. No soplaba ni la menor brisa. El cielo parecía estar más bajo que en otras partes. En primer término los hidroplanos parecían hallarse acurrucados como unos informes fantasmas procedentes de otro mundo.

Tick habló lentamente.

—Mi propósito era llegar a tierra, — explicó; — desembarcar, cruzar rápidamente la isla y dirigirnos al yate. Está en eso la única esperanza que vislumbro en estos momentos.

Veluna se rió brutalmente.

—¡Siga mi consejo! — gritó. — ¡Permanezcamos en el agua todo lo más posible! La tierra no podrá sostener a seres humanos como nosotros dentro de poco. El agua será peligrosa y tal vez nos convendría decir ahora nuestras oraciones, pero no es tan peligrosa como la tierra. Claro que los únicos que se salvarán con vida de cuantos estamos en este lago son los que vayan por el aire.

—¿Los de los aeroplanos? — preguntó Jimmy Gold.

—Entablad pacíficas relaciones con ellos si les es posible y tienen talento y habilidad para eso, — gruñó Veluna. — Enarbolen la blanca bandera de parlamento y de rendición mientras dura la luz que hay ahora y que permite que nos veamos las caras. No daría un penique aplastado por la vida de todos nosotros si no se produce de ese modo.

Grillo Rojo, con los ojos tapados con ambas manos, gemía como un niño. Tick miró hacia la fila de hidroaeroplanos alineados junto a la costa. Le pareció ver que algunos hombres se movían en ellos. Le pareció oír voces aun cuando no pudo estar seguro si eran realmente voces o una ilusión de su mente. Porque el aire se había poblado de extraños ruidos que repercutían de manera extraña.

De repente decidió Tick que era lo que había de hacer. Desgarró la camisa de tela blanca que tenía puesta. La agitó rápidamente en torno de su cabeza. Gritó. Tenía la voz ronca, pero gritó hasta que se le secó la garganta. Le pareció que unos hombres indicaban con sus ademanes el sitio donde se hallaba el bote.

—¡Jimmy! — dijo, entregando el blanco trozo de camisa al muchacho. — Siga usted agitándola. Yo ayudaré a remar. Creo... creo que están por partir.

Una horrible soledad pareció apoyar su mano sobre Tick. Le fué agradable la presencia allí de los hidroplanos. La idea de que podían marcharse sin llevarlos le produjo malestar. Se estremeció.

—¡Oiga! — gritó entonces Veluna tan tranquilo como de costumbre. — ¿Por qué no dejamos de hacer tonterías? No tenemos armas. Yo me escapé del aeroplano cuando vi la luz de Juan Malo. Me habían dejado de guardia. Yo estaba en buena relación con ellos y me trataron bien cuando me subí al aeroplano. Aun cuando desaparecí puedo volver sin temor.

"¡Vamos! — y Veluna quiso moverse bajo el peso de los que le tenían sujeto. — Este es un momento en que todos somos necesarios. No puede haber temor a traiciones. Se trata de mi vida al mismo tiempo que la de ustedes. De nada me servirá el tesoro una vez muerto. Déjeme en libertad.

Un ruido que se oyó a lo lejos decidió a Tick a adoptar una decisión e hizo caso de las palabras de Veluna. La hélice del primero de los aeroplanos comenzó a moverse. Una segunda hélice comenzó a girar poco

después. Tick volvió su rostro sudoroso, mirando por encima del hombro.

—¡Está bien! — dijo. El bote era pesado y de movimientos lentos. — ¡Que todos ayuden a remar! Si alguien traiciona se buscará su propia muerte y nada más. ¡Miren!

Desde el bosque llegó hasta ellos un crujido muy fuerte. Entre los árboles se vieron extrañas sombras. Después un lado del bosque se tambaleó y luego se cayeron a tierra todos sus árboles.

Jimmy agitaba pesadamente su improvisada bandera blanca. Juan Malo gritaba pidiendo socorro. Todos ayudaban a remar. Veluna se levantó con dificultad.

—¡Temblores de tierra! — dijo. — Puede ser que borren del mapa toda la isla. ¡Si hubiéramos ido hacia tierra buen negocio hubiéramos hecho!

Apoyó las manos en el remo que le quedaba más cerca. Con su ayuda y la de los marineros que antes le custodiaban, el bote aceleró su marcha. Grillo Rojo fué el único que no prestó ayuda; se quedó tirado en el fondo del bote, sollozando y gimiendo.

Veluna le miró con desprecio y le dió un puntapié diciéndole que callará. Juan Malo estaba junto a Veluna, remando con el mismo remo. Veluna se rió.

—¡Qué cobarde es ese Grillo Rojo! — comentó secamente. — No he estado en buena compañía desde la última vez que estuvimos juntos, Juan Malo.

Juan Malo hizo una mueca de incredulidad.

—Tal vez sea así, — replicó, — Pero me parece que usted no me trató muy bien, Veluna. Usted y yo tendremos que arreglar cuentas algún día.

—Si salimos de esta con vida, — asintió cortésmente Veluna.

Pero del más cercano de los aviones les había visto ya. Dos de los pilotos contestaban a sus señales de auxilio. Cuando los dos aviones más lejanos se movieron saliendo de la fila y se alejaron, los últimos se volvieron lentamente hacia el medio del lago.

—¡Viren el bote! — gritó Tick excitado. — ¡Nos esperan para socorrernos!

El bote viró. En la costa una segunda sección del bosque se tambaleó, enredándose los árboles los unos con los otros. La superficie del lago se onduló formando altas olas. Cuando el avión más cercano estaba tan sólo a unas yardas de distancia, una ola subió hacia su proa, salpicándola.

Tick Alegre y Feliz dejó de remar. Se llevó ambas manos a la boca formando tornavoz.

—¡Somos nueve! — gritó, — ¿Pueden ustedes embarcarnos a todos?

—¡Me parece que tenemos que hacerlo! — contestaron del avión. — ¡Nos hacen ustedes mucha falta y no podemos dejarles escapar! — El que pronunció estas palabras lo hizo con singular ironía. Divídanse entre ambos.

El bote se aproximó a los flotadores del primero de los aviones. Grillo Rojo fué el primero en saltar. Después subieron dos de los hombres de Tick. Los otros aviones se elevaron dejando a los encargados del salvataje.

—¡Atención!—Cuatro hombres habían subido ya en el primer aeroplano. — ¡Los demás de ustedes deben embarcarse en el otro aeroplano! ¡Sepárense!

El bote se retiró, Tick y Jimmy con uno de los marineros del yate quedaron a bordo con Juan Malo y Veluna. Aturdidos por el zumbar de los motores de los aviones, tomaron los remos mientras el aeroplano se elevaba.

Comenzó a oscurecer cuando llegaron al lado de los flotadores del otro aeroplano; fué tan intensa la oscuridad y se presentó con tanta rapidez que les produjo un efecto parecido al que hubiera hecho el quedarse repentinamente ciegos.

—¡Yo les ávisé! — dijo la voz de Veluna en medio de la oscuridad. — ¡Mucho cuidado!

Una ráfaga de viento movió el bote y el aeroplano crugió ruidosamente. Fué un viento cálido como un aliento de fuego. Les caldeó dolorosamente el rostro y les hizo estremecer hasta la médula.

—¡Suban! — ordenó Tick. — ¡Usted primero Jimmy!

El muchacho subió hasta el asiento del observador sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí. El bote de donde había salido se balanceó de modo alarmante. Las aguas del lago parecían haber enloquecido.

Tick dijo a Juan Malo que subiera después. Hubo un momento de pausa. El globe-trotter creyó oír, en medio del ruido de las aguas que algo caía sobre la superficie del lago. Después habló Juan Malo.

—¡Sí! ¡Sí! ¡El caso es que tengo una pierna de palo y que mis fuerzas son como cuando era joven, — dijo. — ¡No estaría de más que me ayudara un poco para poder subir!

Los ojos de Tick comenzaban a acostumbrarse a aquella oscuridad. Ayudó a Juan Malo desde abajo y Jimmy le ayudó desde arriba. Después subió el marinero del Albatros.

—¡Veluna! — gritó el globe-trotter.

El volcán rugió violentamente. Lanzó al aire un alto raudal de mortífero fuego. Cruzaron la oscuridad sucesivos relámpagos brillantísimos.

—¡Veluna! — repitió Tick mientras el bote se balanceaba violentamente y el globe-trotter estaba a punto de perder el equilibrio. — ¡Cuidado!...

—¡Hay que partir! — gritó el piloto del aeroplano. — ¡Tengan ustedes cuidado! — Se expresaba con voz que temblaba de terror — ¡No puedo arriesgarme a permanecer más tiempo aquí!

Se vió un nuevo fuego emitido por el volcán. Tick miró asombrado hacia el bote vacío y después se agarró al borde del ala del avión cuyo motor comenzaba a moverse.

Procedió en el momento decisivo. Se unió a Jimmy, metiéndose en el hueco del observador donde quedaron apretados como sardinas en barril.

—¡Veluna! ¡Se ha ido! — dijo Tick.

—¿Qué se ha ido? ¿Adónde? — preguntó Jimmy.

El avión en el momento en que el piloto movió su palanca se elevó tambaleándose. Era muy difícil volar entre aquellas continuas ráfagas de viento candente.

De pronto una parte del bosque se tambaleó y cayó luego por tierra, Jimmy agitó desesperadamente la blanca improvisada bandera.

—¿A dónde se ha ido Veluna? — preguntó nuevamente Jimmy Gold.

—No lo sé, — contestó Tick estremeciéndose. — Supongo que se cayó al agua. No lo vi pero me pareció oír el ruido de algo que caía al lago. Si ha sido así no tiene esperanza de salvación.

Miró hacia atrás. El cono del volcán ribeteado de lava roja, coronado de un penacho de humo blanco, brillaba abajo, en la isla de Skéleton. Mientras miraba Tick hacia abajo la alta barrera de piedra que formaba como una muralla en torno de la isla, ocultando su interior a los navegantes, se desplomó como si hubiera sido de cartón en varias partes y el mar se metió por los huecos que quedaron abiertos.

Se hallaban a quinientos pies de altura cuando Juan Malo tocó en un hombro de Tick.

—¡Johnny Veluna! — gritó — No está aquí. Cayó al lago sin duda. ¡Fué a alimentar a los cocodrilos! ¡Pobre Veluna!

Dicho esto se humedeció los labios con la punta de la lengua y sonrió con satisfacción.

EL FIN DE TODO

El aeroplano subió más y más, pero el calor no menguó por eso. Tampoco se hicieron más ténues las nubes de vapor, Pronto dejaron de ver tierra.

El piloto se dirigió hacia el Norte, guiándose por la brújula.

Pero el aire caldeado dió que hacer antes de que pasara mucho tiempo. El aeroplano se vió obligado a descender por que el agua del radiador estaba hirviendo y a punto de evaporarse por completo.

De ese modo pasaron de uno a otro peligro. El cansancio de tantos incidentes comenzó a dejarse sentir. Ni uno solo de los que se habían salvado era algo parecido a lo que pretendían ser antes.

Como era indispensable hubo que acuatizar y como no era de suponer que la aguja imantada hubiera mentido no tenían temor de caer de nuevo sobre la isla.

Sin embargo a medida que descendieron les fué posible establecer algo más.

En la extensión del mar que se veía a sus

pies distinguieron las luces de un buque que navegaba lentamente en medio de la oscuridad.

Descendieron hacia aquel buque por que les ofrecía un rayo de esperanza. Tick Alegre y Feliz se preguntaba si no debía considerar como felices las circunstancias que les hacían descender en aquellos momentos.

—¡Si ese buque es el Albatros! — dijo a Jimmy; — esta aventura puede darse por terminada. Volveremos a nuestras casas y no pensaremos en nuevas aventuras en busca de tesoros. ¡Por que, créame usted, estoy harto ya de aventuras y no deseo correr ni una más en todo lo que me queda de vida!

Acababa Tick de pronunciar estas palabras cuando el aeroplano dió con sus flotadores en el agua.

El mar estaba muy agitado. El oleaje era violentísimo. Pero, a través del oleaje, el piloto pudo darse cuenta de que el buque que habían visto antes, navegaba dirigiéndose a ellos.

Avanzaba en línea recta. Sus luces brillaban como antes pero no había indicación alguna que pudiera hacer creer que los habían visto. Unicamente en el último momento, cuando les parecía que iban a ser atropellados por el buque se oyó, procedente de a bordo del buque, una voz que daba órdenes a la tripulación.

El buque navegaba con el ancla colgando. Cuando se detuvo costó gran trabajo arriar un bote y mayor dificultad aun costó acercar el bote al aeroplano.

En cuanto se hizo así, Tick levantó la mano saludando a su tripulación o a la del buque que la Providencia había enviado para salvarles.

—¡Hola! ¡Albatros! — gritó Tick con grandísima alegría.

Reinaba la más tranquila paz en el salón de su yate particular que recorría el mar de las Antillas y esperaba casi inmóvil la llegada del nuevo día.

El día anterior había transcurrido entre tinieblas que habían ocultado tremendas catástrofes y ruidosos cataclismos. Pero en el horizonte ya no se veía reflejo volcánico de ninguna clase ni en el estrellado cielo resto alguno de las nubes oscuras del volcán.

En aquel camarote del yate Albatros cenaba un grupo de gente de lo más variado que se puede imaginar. Todos brindaron por la buena suerte que les había salvado de una muerte que ya les parecía inevitable.

—Malo puede considerarse un volcán que lo destruye todo, — observó un hombre de aspecto cansado que estaba sentado a la cabecera de la mesa. — Lamentamos la triste suerte de los que no tuvieron la ventura de salvarse.

Sus ojos recorrieron la mesa. Se detuvieron un momento en el rostro de Juan Malo, hundido en su asiento. Juan Malo pestañeó.

—¡Pobre Johnny Veluna! — dijo con voz ronca. Y pretendió secarse una lágrima aparecida en sus ojos.

—Fué a servir de alimento a los cocodrilos, — dijo Tick entre dientes. — Nos fué muy útil en los últimos momentos. Recuerde ahora, Juan Malo, que cuando nosotros lo dejemos sano y salvo en Inglaterra, usted tendrá que dar cuenta de un homicidio. Sin embargo nadie le molestará en este mundo para hacerle rendir cuenta respecto a su segundo crimen.

El viejo cojo se movió en su asiento y bajó la vista.

El bote se movía mucho, — dijo sin mucho convencimiento: — tal vez el movimiento hizo que Johnny Veluna perdiera el equilibrio y cayera por la borda. ¡Así debió ser!

—¡Los marinos no caen por la borda de ese modo! — replicó Tick. — ¡Y menos aún los marinos como Veluna! En mi opinión usted aprovechó la oportunidad para vengarse, lo sorprendió desprevenido y lo arrojó al agua.

"Sin embargo — agregó haciendo callar con un ademán a Juan Malo que se disponía a protestar; — si usted quiere mentir al respecto, no hablaremos más del asunto. Tal vez diga usted la verdad cuando le llegue el momento de explicar como fué que salió con vida de su aventura. La tripulación de este buque tiene interés en saber cómo logró usted escapar mientras ellos, ansiosos por mi larga ausencia, fueron a buscarme a tierra, a la isla. Cuando regresaron se encontraron con que usted se había evadido.

—Fué Grillo Rojo, — dijo Juan Malo. — Recorrió el yate, me encontró y me puso en libertad. Estaba asustadísimo pero yo conseguí hacer que hablara. Entonces me contó lo de la cabaña y lo del bote y de cómo era posible ir en busca del tesoro.

—¡De parte del tesoro! — dijo Tick echándose hacia atrás en su asiento y encendiendo un cigarro de hoja. Sonrió mirando al piloto del hidroplano salvador. — ¡Una parte muy pequeña del tesoro! Pero bastante más de lo necesario para pagar los gastos que he hecho y ahorrar las multas que me aplicarán por haberme hecho a la mar sin permiso del resguardo.

"Eso fué, sin duda, una equivocación o mejor dicho una mala interpretación. Cuando me enteré de que había llegado un destróyer a la isla temí algo que no debí temer. Pero acabo de enterarme por lo que me ha dicho mi amigo el aviador que el destróyer vino con un doble propósito. Vino para averiguar todo lo relativo al tesoro y para investigar las condiciones de la isla, hacer de ella un protectorado británico y por último dejar a Christopher Tick a cargo de la isla.

Jimmy Gold se rió a carcajadas.

—Esa es la verdad del caso, si desean ustedes saberla, — dijo. — ¡Nada menos que una orden del gobierno británico! Pero aun cuando estábamos donde debíamos estar el volcán se encargó de ejercer su autoridad en la isla y nos desalojó a todos de ella.

—¡Así ha sido! — dijo Tick. Estaba de pie. Levantó su copa. — Se me ha dicho que otra parte del tesoro fué encontrada en el campamento de Juan Peleador cuando los aviones le pusieron en fuga. ¡Brindo, pues, por el tesoro!

—¡Por el oro de Skéleton! — dijo Juan Malo humildemente.

—¡Por el tesoro! — repitió Tick con enigmática sonrisa. — ¡No por el tesoro de Skéleton sino por el tesoro de salud y de vida con que hemos logrado salir después de tantas y tan crueles aventuras!

Juan Malo se estremeció; se irguió luego y casi involuntariamente se llevó la copa a los labios, recordando el crimen cuyo remordimiento le estrujaba el corazón.

. . . . . .

El amanecer extendió su plácida luz sobre un mar enteramente en calma. Los demás aeroplanos en los cuales se habían salvado los sobrevivientes de la tripulación del destróyer Diadem habían llegado ya a su base, situada en una de las islas del mar de las Antillas, base de la que habían salido para ir a la isla de Skéleton. Al amanecer el Albatros levó sus anclas y el último de los aviones voló hacia su hangar.

Tick Alegre y Feliz había dado su palabra y la cumplió. Había prometido quedarse con su yate en aquellas aguas hasta que regresaran los aviones. Porque aún quedaba algo qué hacer en la isla de Skéleton.

Pero la isla de Skéleton ya no estaba allí cuando los hidroplanos volvieron. Como el ensueño a que había dado origen habíase hundido en el mar con todos sus secretos.

No quedaba allí más que un yate a vapor con un muchacho y un hombre de pie en su cubierta.

. . . . . .

—Comenzó, — dijo Christopher Tick. — hace muchos años cuando un muchacho llamado Rodney Gold estaba en este mundo; un muchacho que se parecía a usted, Jimmy. En su pobreza ambicionó riquezas y se decidió a asociarse con un canalla. Y durante el tiempo transcurrido, de modo que uno no puede comprender, unos y otros canallas han urdido planes para apoderarse del valioso tesoro del pirata, hasta que al fin se ha llegado... ¡a esto!

Tendió las manos indicando en el ancho mar el sitio donde antes estuvo la guarida de los bucaneros.

—¡Jimmy! — dijo luego Tick dando una palmada en la espalda del muchacho y expresándose con tristeza. — Se trata de cosas que le hacen a uno pensar ¿no es cierto?

—Pensar en erupciones volcánicas, en terremotos, eh...

—¡En la granja de Pennapoll, en Corunalla! No hay país como aquel en que se ha nacido, por lo tanto no hay tierra para nosotros como la vieja Inglaterra, aun cuando no encontremos en ella muy emocionantes aventuras. ¡Me alegro muchísimo, señor Tick de que, al fin y al cabo nos dirijamos a casa.

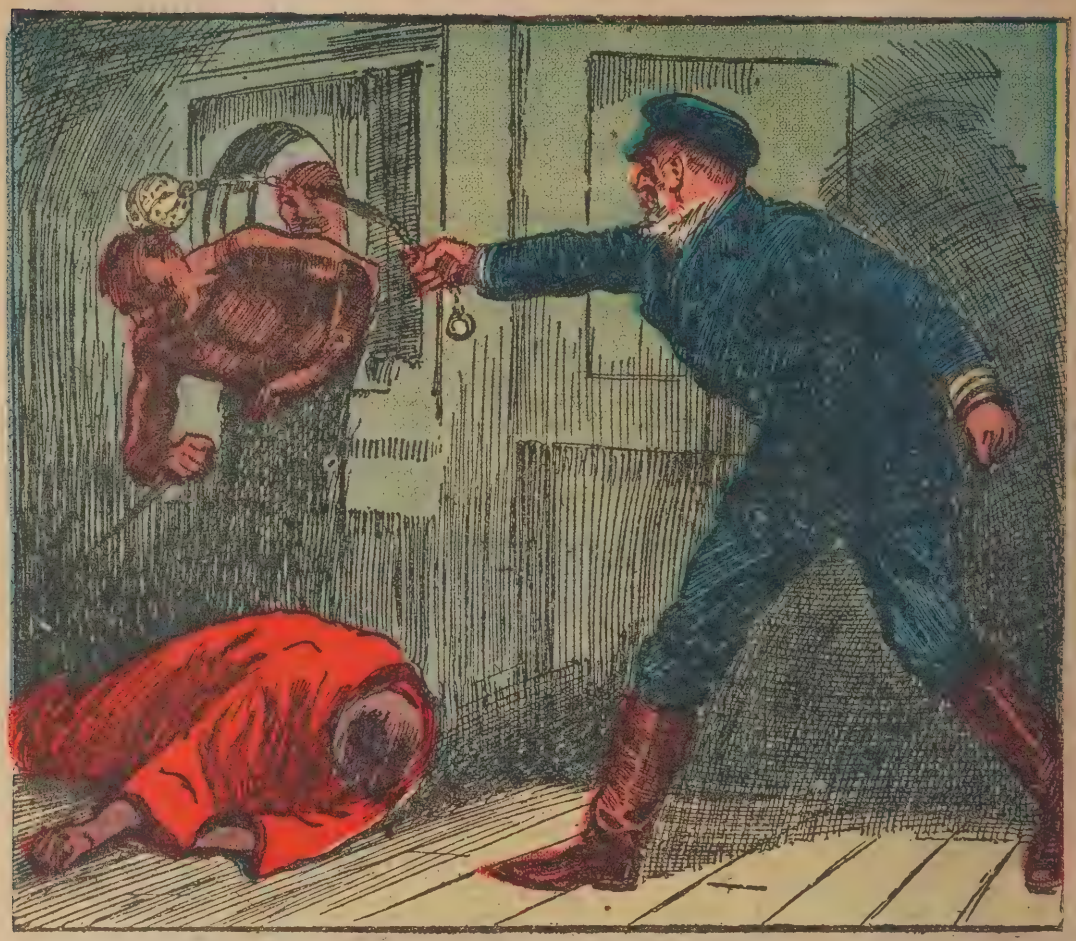
FIN

La joven: — Tía Leonor: ¿sabe lo que dijo el tío esta mañana?... Que no hay en el mundo otra mujer como usted.

—¡Ah! El siempre tan amable. ¿Dijo algo más?

—Sí; agregó: "¡Y es una suerte para el mundo que sea la única!"

En el próximo número de PUCKY



Joe Tremorne lucha contra los piratas chinos
(De la novela "El Buda de Oro")

El Buda de Oro

Por
MAURICE
EVERARD

Novela de extraordinarias aventuras por mar y tierra

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Continuación)

Capítulo XXV

DORMIA tranquilamente Gabriel de Espinosa, harto ajeno de que estaban ya contadas las horas de su vida, cuando el alcaide de la cárcel de Madrigal entró en la gran sala que le servía de encierro. Los guardas de vista, que eran dos alguaciles de la ronda del alcalde Portocarrero, dormían profundamente, descuidados por el sueño de Gabriel. El alcalde se acercó silenciosamente al lecho de Espinosa, le movió y le despertó.

—¿Qué diablos queréis? — dijo de muy mal humor Espinosa. — Don Rodrigo de Santillana se ha propuesto no dejarme ni una hora de descanso.

—No es don Rodrigo quien os busca, sino una dama, que, aunque viene encubierta, parece joven y hermosa.

—¡Una dama! ¿Os han sobornado amigo Lanzuela?

—Guardaríame yo como de ofender a Dios de dar lugar a que don Rodrigo de Santillana me tendiese la vara — dijo el alcalde; — con orden de don Rodrigo viene esa señora, y por eso entra; que si no, por más que yo os estime y os tenga en aprecio, no entraría. Conque vestíos, señor Gabriel, lo más pronto posible, porque esa dama da muestras de ser muy altiva y de tener poca paciencia.

Gabriel de Espinosa se echó fuera de la cama y empezó a vestirse apresuradamente.

—Cuando estuviereis vestido — dijo Lanzuela, — avisadme, que yo espero cerca.

Y Lanzuela se acercó a los alguaciles y les despertó.

—¡Eh! ¿Qué es esto? — dijo uno de los alguaciles, mientras el otro se restregaba los ojos.

—Esto es, maese Rascón, que os habéis dormido como vuestro compañero Picatoste; que si yo diera parte de esto a don Rodrigo de Santillana, ya os daría que rascar, señor Rascón.

—Haréis mal en decírselo — dijo Picatoste, — porque ya conocéis que con lo que se nos hace trabajar y velar, y no reposar, tenemos hambre de sueño y no podemos con él.

—Pues a despabilarse, lebreles, y mucho ojo, porque va a entrar una persona a hablar con el preso, que requiere toda vuestra atención; como que es una dama la tal persona.

—¡Ah! ¡Una dama! — dijeron a un tiempo Rascón y Picatoste, hablando en voz tan baja como el alcaide, que lo había hecho para que no oyese sus palabras Gabriel de Espinosa, que se vestía sentado en su lecho, al otro extremo de la habitación.

—Decid, señor Lanzuela — dijo Picatoste; — si esa dama y el preso hablan muy bajo...

—Eso nada os importa; vosotros os pondréis lo más lejos posible; es decir, os vais a venir conmigo, y os quedaréis mirando por la reja de la puerta del encierro. Conque veniros, que voy a avisar a esa dama de que ya he avisado al preso.

Lanzuela salió con Picatoste y Rascón.

—¿Quién será esa dama? — decía Gabriel de Espinosa acabando de vestirse. — No puede ser ella; todas mis súplicas no han bastado para que don Rodrigo me deje verla; ni aun he podido ver a mi Gabriela, a mi pequeño Sebastián, nacido en una prisión. Esa dama que me busca no puede ser tampoco doña Ana de Austria; que esos alcaldes son incorruptibles y tienen miedo al rey que nada puede vencer. Sin duda es alguna echadiza de que don Rodrigo de Santillana se vale para ver si puede arrancarme con engaños lo que no ha podido arrancarme con rigores y amenazas. El alcaide se ha llevado los guardias de vista; pero no hay que fiarse de ello. Sabe Dios cuántos ojos me miran aun cuando duermo.

Y, acabándose de ajustar las agujetas del jubón, adelantó hacia la puerta, bajó a ella y llamó.

Oyéronse inmediatamente las tres o cuatro llaves de la puerta del encierro y apareció el alcaide.

—Heme aquí dispuesto, hermano Lanzuela — dijo Gabriel de Espinosa.

—Os advierto que aunque me he llevado los alguaciles y puede pareceros que estáis solo, no lo estáis — dijo el alcalde.

—Eso ya lo sabía yo sin que vos me lo dijérais; porque desde que estoy preso, cuando ha podido parecerme que he estado solo es cuando he estado con más compañía.

—Yo cumplo con decíroslo.

—Muchas gracias, señor Lanzuela.

—Entrad, señora, cuando gustéis — dijo el alcalde volviéndose hacia la habitación obscura que estaba antes de la puerta.

Gabriel y María de Santillana estaban en la apariencia completamente solos.

Pero desde detrás de la puerta, por la rejilla de hierro que en ella había, observaban Picatoste y Rascón.

María adelantó en silencio, dirigiéndose al fondo de la habitación.

—¿Adonde vais, señora? — dijo Gabriel de Espinosa.

—Aponerme todo lo lejos que pueda de aquella puerta, a fin de evitar, si es posible, que se oiga ni aun el murmullo de nuestras palabras.

La voz de María temblaba, y por ella se comprendía que estaba vivamente conmovida.

Gabriel de Espinosa la siguió hasta un ángulo de la habitación, al extremo opuesto de aquel donde estaba situada la puerta.

María estaba de espaldas a ella. Tomó una silla y se sentó, siempre de espaldas a la puerta.

—Sentaos de modo — dijo María — que mi cuerpo impida que os vean desde la puerta.

Gabriel se sentó con extrañeza delante de María.

—¿Quién sois, señora? — la preguntó.

—¿No me conocéis? — dijo María.

—No puedo conoceros; tenéis puesto un antifaz y tan echado el manto como si fuérais de aventura.

—¡Y qué! ¿No es esta una aventura, y una aventura terrible, señor? ¿No conocéis mi voz?

—Vuestra voz tiembla.

—¡Ah! ¡Porque os amo, porque os veo perdido, y porque quien os ha perdido soy yo!

—¡Vos!

—¡Sí, yo!

Y María se arrancó el antifáz.

—¡Mari Galana! — exclamó Gabriel de Espinosa.

—¡No! Más alto, más alto: ¡doña María de Santillana!

—¡Santillana! ¡Santillana siempre! ¡Dios ha hecho a los Santillanas para que me sean funestos! ¡Sí! ¡Santillana habíais de ser! ¡Por qué no había pensado hasta ahora en ello! ¡Había atribuido a otras causas mi prisión! ¡Yo no había podido ni aun sospechar que aquella pobre mujer que me amaba, a la que yo no podía amar pero a la que tenía un afecto compasivo, un afecto de padre, había sido la miserable que, viendo en mi aposento, en el aposento de una posada, unas joyas, me delató, como se delata a un ladrón!

—¡Ah! Tenéis razón, señor; ¡yo he sido una miserable, una infame, pero infame y miserable por amor; por un amor despreciado que me enloqueció, que me hizo pensar en la venganza, que me llevó hasta don Rodrigo de Santillana, y me ha costado un mar de lágrimas, y que me costará la vida!

—¿Quién os puso a mi paso, mujer? — exclamó desesperado, Gabriel de Espinosa.

—¡Dios, que ha maldecido sin duda a los Santillanas! ¡Dios, que ha querido que vos seais la noble víctima que castigue algún ignorado delito de nuestra familia! ¡Porque vuestra sangre, señor, nos ahogará después de una agonía horrible!

—¡Mi sangre! — exclamó Gabriel de Espinoza con acento opaco.

—¡Sí, vuestra sangre! ¡Porque la sentencia, señor, vuestra sentencia de muerte, hace una hora ha venido de Madrid, aprobada por el rey!

—El rey no puede haberse atrevido a tanto — dijo Gabriel de Espinosa con asombro, pero sin miedo; — el rey ha debido enloquecer si tal ha hecho; porque si en mí hay culpa, no es una culpa que merezca la afrentosa muerte del patíbulo ¡No, no! ¡Imposible! ¡Eso no puede ser! A vos os envía Santillana no sé a qué, porque lo que él no ha podido arrancarme no me lo arrancaréis vos: pero yo no creía que don Rodrigo apelase a este bajo medio; que diese falsamente su apellido a una mujer tal como vos; ¡ni por quién me ha tomado a mí don Rodrigo de Santillana!

—Yo estoy aquí porque, si no me hubiera permitido venir, si no me hubiera dado ocasión para veros, ¡yo no sé lo que hubiera hecho, porque estoy loca!

—¿Y qué le importa a don Rodrigo, al terrible don Rodrigo, lo que pueda hacer una mujer loca y desesperada, si es que vos lo estáis?

—Ningún padre es terrible para sus hijos.

—No me irritéis, María, no me irritéis sosteniendo esa audaz mentira; ¡hija vos de don Rodrigo de Santillana! ¿Cómo puede ser esto?

—Como puede ser que vos, conocido como Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal, seais el noble rey don Sebastián.

Gabriel de Espinosa soltó una carcajada.

—Idos — dijo, — y manifestad a don Rodrigo de Santillana que el lazo que me tiende es inútil. Dios. Dejadme en paz.

—Oíd; mi padre tuvo hace veinte años, en Venecia, amores con mi madre — dijo María con ese acento caluroso y persuasivo de la verdad, del cual no puede dudarse; — yo fuí el fruto desdichado de aquellos amores; un miserable, un bandido español, me robó siendo niña, para obtener por mi rescate, y por eventualidades imprevistas se vió obligado a huir de Venecia antes de que mi madre pudiera rescatarme, ni aun saber dónde estaba. Aquel hombre me trajo a Castilla, y la madre Martina me crió. He aquí

la razón de mi vida infame; si don Rodrigo de Santillana no hubiera seducido miserablemente a mi madre, yo no hubiera existido; yo no hubiera sido robada; yo no hubiera venido a Castilla; yo no hubiera sido la mujer perdida, amante del bachiller Corchuelos, que murió bajo la mano del verdugo a causa de la riña que tuvo con vos; no hubiera tenido necesidad de vengarle de vos, ni de buscaros para conoceros y amaros con mi primer amor, con mi amor virgen de mujer perdida! ¡Porque yo, antes de veros, tenía el alma virgen! ¡Porque yo no había amado a nadie más que a vos, y os amé y os amo con toda la ternura, con toda la pureza, con todo el delirio de mi alma solitaria, huérfana, desventurada! ¿Por qué habéis despreciado vos un amor tan grande, tan noble, tan puro? Al despreciarme, señor, os habéis arrancado, sin saberlo, vuestra corona de la cabeza; ¡porque cuando aquella noche me despreciásteis, irritada, dolorida, desesperada, pensé mal de vos, pensé que aquellas alhajas que había sobre la mesa eran robadas!... ¡No, no os ofendáis, señor! ¡Yo estaba loca de dolor y de rabia! ¡Yo estaba ciega; os había presentado mi corazón, y vos le habíais arrojado a vuestros pies y le habíais pisado sin compasión, sin caridad! ¡Yo era para vos despreciable! Lo comprendí, sentí una rabiosa sed de venganza, y fuí a buscar a don Rodrigo de Santillana; os delaté..., y oíd: cuando don Rodrigo me vió se puso pálido como un muerto; me reconoció; reconoció en mí a su hija perdida; porque yo soy la semejanza viva de mi madre... ¡Sí, yo soy doña María de Santillana! ¡No tengáis duda de ello, yo soy hija de don Rodrigo, reconocida por él, y llevo públicamente su nombre! ¡Yo soy su remordimiento, su castigo, la expiación anticipada de la dura sentencia de muerte que ha pronunciado contra vos!

—¡El destino! ¡Siempre el terrible destino que se cruza delante de mi paso! — exclamó con voz terrible Gabriel de Espinosa.

—Yo vengo a salvaros, a salvaros como únicamente os puedo salvar — dijo de una manera ardiente María; — si yo pudiera morir en vuestro lugar, si con mi muerte pudiera poneros sobre vuestro trono, yo moriría llena de felicidad; porque al morir sabía que, si no me habíais amado, si no habíais podido amarme, guardaríais siempre mientras viviéseis un dulce y triste recuerdo para la desdichada que os había amado hasta el punto de perecer por vos.

—¡Oh! ¡Hablad! ¡Hablad! Os creo, María; no sé qué tienen vuestras palabras que penetran una a una en mi corazón con otras tantas gotas del rocío del cielo sobre la tierra, seca, sedienta; decís que venís a salvarme de la manera que podéis, y creo adivinar vuestro intento.

—Sí; la muerte os librará del patíbulo; todo es morir; ¡pero morir con la afrenta en la plaza pública a manos del verdugo es morir mil veces!, y ¡ya que no puedo salvaros, quiero que no muráis más que una! Tomad.

Y María dió a Gabriel de Espinosa un pequeño objeto muy envuelto en un papel.

—¿Y qué es esto? — dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa.

—Me lo ha dicho el que me lo ha dado, para que os lo diga a vos, para que tengáis confianza en su eficacia, para que sepáis que mata dulcemente, sin sufrimientos, sin congojas y de una manera muy rápida.

—¡El nombre de la persona que os ha dado este veneno!

—Monseñor Pietro Mastta.

—¡Ah! ¡Mi hermano! ¿Le conocéis vos?

—Sí, él es mi amigo; él me comprende; él sabe cuánto os amo, y desesperado, no pudiendo salvaros, porque para salvaros sería inútil todo el poder de la República de Venecia, se ha valido de mí. ¿Me creéis ahora, señor? ¿Me creéis tan leal a vos como es leal la sangre al corazón?

—Sí, os creo; os creo, y si no puedo amaros de la manera que vos me amáis, porque mi hermano os habrá dicho que yo amo ya, os amaré como os amo ahora, durante el poco espacio que me queda de vida, con un amor puro, triste, doloroso.

—¡Ah, señor! — exclamó María. — ¡Esa palabra me hace la más feliz y la más desventurada de las mujeres! ¡No me despreciáis ya, me comprendéis, me amáis... como un padre, como un hermano!... Pero no importa: me amáis; ¡Y yo, soy la causa de vuestra horrible desventura!

—No, María, no; la causa de mi desventura es mi funesto destino; no lloréis; estoy ya cansado, y para mí la muerte es un beneficio; he visto frente a frente la verdad tal cual es, descarnada, horrible, desnuda,

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO—(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . **F. C.** . . . . . .

PUCKY

y que la vida no merece la pena de afanarse por ella; he visto que la ambición, que la bajeza, que las malas pasiones, lo enlodan todo; he visto al crimen insolente ponerse delante de mí y arrojarme a la cara su inmunda carcajada; he visto que ese reino de Portugal, que me cree su rey, sufre en silencio la larga, la humillante prisión del que por rey tiene; he visto y veo a esos reyes de Europa que también me creen rey contando por los dedos el dinero que puede costarles una guerra sostenida por mí; he visto el egoismo, la bajeza y la cobardía en todas partes, y cuando he mirado en torno mío, me he encontrado solo, abandonado a mis verdugos, sin más personas que me amen que mi hermano Pietro Mastta, que nada puede hacer por mí, porque no puede vencer el agoísmo y la fría política de Venecia; ¡mi esposa, que sufre en silencio y presa la agonía del horror, al verme en la situación en que me encuentro! Y vos, vos, María, que me amáis, y que no pudiendo hacer otra cosa, me decís: "¡Tomad ese veneno! ¡Morid! ¡Robaos al verdugo!"

—¡Oh! ¡Sí, sí! ¡Morid! — exclamó María de una manera suprema. — ¡Morid de la muerte de Aníbal! ¡Morid por vuestra misma mano! ¡Arrojad al semblante del impío rey don Felipe una carcajada igual a la que Aníbal arrojó a la faz del Senado y del pueblo romano! ¡Morid digno de vuestro nombre! ¡Morid como debe morir el rey don Sebastián de Portugal!

—¡Oh, María, María! ¡Vos no sois una mujer vulgar! ¡Vos sois grande!

—engo la inteligencia viva, el corazón noble; he estado muchos años rodeada de estudiantes; la ciencia me ha saludado, y yo lo tengo a buena ventura porque he podido comprenderos.

—Pues bien — dijo Gabriel de Espinosa sonriendo de una manera triste; — ya que por vuestro largo y continuo trato con esos buenos estudiantes castellanos, que han levantado tan alto el renombre de las universidades de Salamanca y de Alcalá, y por vuestra viva inteligencia sois casi una doctora, puedo hablar con vos sin temor de que no me comprendáis.

—Hablad, hablad, señor.

—En primer lugar, María, debo ser sincero con vos; es necesario que al pensar en mí no penséis en el rey don Sebastián ni tampoco en Gabriel de Espinosa, sino en un misterio; ese misterio, sólo lo comprende Dios. ¿Quién soy yo? He aquí un problema que no se resolverá nunca; hoy los portugueses y el rey don Felipe me creen el rey don Sebastián; mañana los portugueses negarán lo que ahora cree, y el rey don Felipe dudará de ello, cuando vean los unos y el otro que he sido ahorcado.

—¡Es que vos no seréis ahorcado, no! ¡Es que vos os mataréis antes! — dijo con ansiedad la joven.

—No, María, no; no me pongáis por delante el ejemplo de Aníbal, ni el de tantos otros que, vencidos y en poder de sus enemigos, hicieron lo que hizo Aníbal; Aníbal debió morir en batalla, como el rey don Sebastián, antes que rendir su espada a los enemigos y de ser insultado por ellos; que siempre hay ocasión de morir cuando se tienen enfrente enemigos armados y alentados por la victoria, y no causa pavor la muerte; pero una vez preso, porque no pueda encontrarse por un acaso el fin de la vida, no debe darse la razón al enemigo huyendo del martirio. ¡No! ¡No debe darse jamás el espectáculo del miedo! Aníbal se olvidó de lo que había sido cuando vió relucir el hacha del lictor, y manchó sus canas con una cobardía! ¡Sí! ¡Aníbal fué cobarde, porque le faltó valor para apurar hasta las heces el cáliz! ¡Yo no le imitaré; si me encontrara en medio de un ejército, me haría matar, como se hizo matar en Africa el rey don Sebastián, como se hace matar el león acosado, rugiente y terrible, matando enemigos; pero estoy preso, sujeto, resignado a la voluntad de Dios, y es poco el suplicio que me preparan para hacerme incurrir en cobardía, ni habría suplicio bastante para ello, aunque supiese que iban a despedazarme lentamente, haciéndome sufrir los más insoportables tormentos; no; yo soy ante todo cristiano y caballero; como cristiano, debo aceptar la copa que Dios ha querido me presenten; como caballero, debo hacer honor al rey don Sebastián, porque se dudará siempre si yo fuí o no fuí el rey don Sebastián de Portugal; y no quiero que ni aun por duda caiga una mancha de cobardía sobre la memoria de aquel noble rey.

María miró pálida, ansiosa, muda, a Gabriel.

—Tomad, tomad — la dijo Espinosa; — yo estoy muy vigilado; no quiero que pueda encontrarse aquí este veneno y supongan lo que no soy capaz de intentar; llevóslo; yo os lo agradezco, María; yo os amo y yo os perdono.

María cayó de rodillas, a los pies de Gabriel de Espinosa, y levantando a él el semblante bañado en lágrimas con las manos juntas, exclamó:

—¡No basta, no basta, señor, con que me perdonéis a mí, que es necesario que perdonéis también a mi padre!

—¿Qué perdone a vuestro padre? ¡Jamás! ¡Yo puedo perdonar un crimen cometido bajo la tiranía de una pasión ciega; pero no puedo perdonar nunca el asesinato lento, la doblez, el deseo voraz de encontrar el crimen en el acusado! ¡La suspicacia, las malas artes, la alevosía, la crueldad, la injusticia! ¡Vuestro padre ha sido conmigo todo lo cruel todo lo terrible, todo lo insolente, todo lo infame que puede ser un hombre! ¡El, no el que ha de quitarme la vida, él ha sido mi verdugo! ¡Me ha atormentado de todas las maneras posibles, me ha hecho trabajar sin descanso, hora tras hora, haciéndome responder siempre a una misma pregunta! ¡Ha venido en medio de la noche a turbar mi sueño, a sorprenderme con el afán de la vigilia! ¡Ha mantenido viva mi cólera, y me ha hecho sufrir más que lo que me ha hecho sufrir mi dura suerte en los diez y siete años que hace ando peregrinando por el

PUCKY

mundo! No hay lengua humana que baste a expresar lo que don Rodrigo me ha hecho sufrir, y con cuánta mala intención, con cuánta sangre fría, sólo por servir, por congratular con él a un tirano. ¡No! ¡Cuando el mal se hace sabiendo que se hace, el que de tal manera hace el mal no merece perdón; sólo la debilidad y la pobreza de espíritu pueden perdonar a un tal hombre; no, no me pidáis el perdón de don Rodrigo de Santillana, porque yo lo he juzgado a mi vez, porque yo llevaré mi acusación hasta el tribunal de Dios!

María estaba sentada sobre sus rodillas, escuchando estremecida la palabra enérgica y solemne de Gabriel de Espinosa.

—¡Vuestro padre es un verdugo! — dijo Gabriel inclinado siempre sobre María, que no se atrevía a hablar, que estaba completamente dominada. — ¡Y los verdugos no pueden esperar el perdón de sus víctimas ni la misericordia de Dios! ¡Porque su conciencia está indeleblemente roja, y no hay nada que pueda lavar las manchas de sangre de su conciencia!

María continuaba doblegada.

—Idos, idos, María — dijo Gabriel de Espinosa; — sufrís demasiado; idos; llevaos con vos ese veneno y mi perdón, perdón sincero que yo os doy con toda mi alma; llevad también con vos la certeza de que os amo como puedo amaros, como amaría a mi hija o a mi hermana.

—¡Ah! Ya veis que cedo, que os comprendo, que no insisto en aconsejaros que os quitéis la vida; pero dejadme que os suplique aún que perdonéis a mi padre.

—Pero no veis que no puede perdonarse un crimen que aun no se ha acabado de cometer, y que se está cometiendo aún, que se está continuando. María, vuestro padre sabe lo que hace; vuestro padre sabe adónde va y de dónde viene; antes que todo es alcalde de casa y corte y vasallo del rey. Dejadle pues, que continué su camino; si al fin de él encuentra el remordimiento, él se ha puesto voluntariamente en el caso de sentirle.

Y alzó a María, cuyo semblante estaba pálido y desolado.

—Venid, venid, poneos el antifaz; voy a llamar a la puerta para que os abran.

—¿Y nada tenéis que decir a los que os aman, señor?

—Sí; decid a Pietro Mastta que tengo todo el valor que se necesita para el trance en que me hallo, y que no pase cuidado por mí, que esta es una cuestión de tiempo, ni más ni menos, y que ya he vivido bastante para saber lo que es la vida. Que no le recomiendo mi mujer y mis hijos porque no hay necesidad de que yo se los recomiende para que él los proteja. En cuanto a mi esposa (y la voz de Gabriel se mojó en lágrimas), en cuanto a mi esposa, decid a Pietro Mastta la diga, porque vos no podéis verla...

—¿Y quién os ha dicho que yo no puedo verla de la misma manera que os estoy viendo a vos?

—No, no — dijo Gabriel de Espinosa — vos no debéis verla; ella no debe conoceros a vos; sed vos mi intermediaria con Pietro Mastta; decidle que ruegue a su hermana, a mi esposa, que me perdone por cuanto la he hecho sufrir; que esté a su lado para sostenerla, para alentarla en el momento terrible y que la salve con mis hijos de la cólera y de los recelos del rey D. Felipe. Ahora, María, separémonos, y sabed que habéis sido para mí como un ángel que hubiese descendido a las tinieblas de mi calabozo.

—Me habéis encontrado sumisa, señor — dijo María; — no os he hecho sufrir la contrariedad de una disputa; espero, pues, una sola gracia.

—¿Cuál?

—Que no me neguéis un abrazo.

Gabriel de Espinosa asió por las manos a María, la atrajo a sí, la abrazó y la besó en la frente, como puede besar un padre a su hija.

María exhaló un grito ahogado, se separó de sus brazos, le besó las manos, mojándoselas en lágrimas y le dijo:

—Adiós, señor; hasta la eternidad, donde espero nos encontraremos pronto.

Y se puso con las manos convulsas el antifaz, y llamó a la puerta del encierro. La puerta se abrió al momento.

María salió, y la puerta volvió a cerrarse, pero después de haber entrado los alguaciles Rascón y Picatoste, cuya presencia vino a ser para Gabriel de Espinosa el despertar de un sueño.

Gabriel se sentó en la cama y se desnudó en silencio. Luego se acostó y volvió el rostro a la pared. Algún tiempo después, Picatoste y Rascón, sentados en sus respectivos sitiales, dormían. No sabemos si Gabriel de Espinosa dormía también.

Capítulo XXVI

Pedralva había cumplido bravamente, aunque no de muy buena gana, con su comisión. Habíase traído de Medina del Campo no menos de ocho frailes; cuatro de misa, cada cual con su correspondiente lego; como si dijéramos, con su correspondiente ayuda de campo.

Otrosí: lo había dejado dispuesto todo para que la horca de la villa de Medina fuese llevada en una carreta a Madrigal, y para que maese Cordelejo, el verdugo de marras, el asesino del pobre bachiller Corchuelos, estuviese en Madrigal el día antes de la ejecución, provisto de sus correspondientes dogales.

A las nueve de la mañana del 28 de julio de 1595 entraba en Madrigal por un extremo de la calle Real el señor Pedralva, montado en un mulo, soñoliento y dando cabezadas, entre aquel pequeño ejército de frailes, con hábitos negros el uno, porque era jesuita; con hábitos negros y blancos, porque eran trinitarios, otros dos, y el cuarto con hábito ceniciento y burdo, porque era capuchino.

Estos cuatro frailes iban en mulas, y detrás de ellos, en burros, iban otros cuatro individuos legos del gremio monacal, fami-

liares, o como si dijéramos, escuderos de los cuatro padres de misa, como en resguardo y en honor de la gente levítica; y para mayor autoridad y representación de la justicia, formaban parte de la caravana cuatro arcabuceros a pie, de la villa de Medina, y dos cuadrilleros de la Santa Hermandad, a caballo.

—Justicia va a haber, que ya aparecen los frailes — decía uno.

—Es que van a ahorcar a Gabriel de Espinosa — decía otro.

—Bien empleado se lo tiene — añadió un tercero.

—¿Por qué ha querido meterse a rey cuando no sabía hacer pasteles? — saltaba alguna vieja.

Y poco después de la llegada de los frailes no se oían por el pueblo más que murmuraciones y comentarios y preguntas de cuándo se hacía la justicia.

Entretanto, Pedralva había dado con los cuatro padres de misa y los cuatro legos en casa de don Rodrigo de Santillana.

Los de misa habían entrado en la habitación del alcalde, y los legos se habían quedado con los cuadrilleros, con los alguaciles con los arcabuceros y con las bestias.

Volvamos a los padres graves.

El padre Chiesa de la Compañía de Jesús, era un señor como de cincuenta años, alto, de semblante severo e inteligente, y llevaba con gran distinción sus hábitos negros, que tenían más de clérigo que de fraile. Parecía por su aspecto determinar una especie de aristocracia del clero regular. No era necesario ser muy sagaz para comprender que existía cierta animadversión disimulada en los otros tres frailes respecto al jesuíta, y en el jesuíta cierto desdén, encubierto bajo la mejor forma del mundo, respecto a los otros tres frailes.

Los dos trinitarios se llamaban: el uno, el padre Regalado, y el otro, el padre Galindo.

En cuanto al capuchino, se llamaba el padre Astudillo.

El padre Regalado era un señor obeso, mofletudo, con los ojos casi escondidos entre la carne, con gran papada y gran cogote, de buena pasta; hombre feliz a todas luces y cuyo abdomen tenía un volumen monstruoso. La tranquilidad, la indiferencia a todo lo que no fuese la pitanza suculenta y la absoluta carencia de cuidados, ,era lo primero que se comprendía a la vista del rosado semblante del padre Regalado. Era un fraile trinitario de raza pura, porque la raza fraile existe desde que el mundo es mundo, ya con esta o la otra denominación, ya bajo esta o la otra forma: bracmanes en la India; coptos en Egipto; augures entre los gentiles; levitas entre los judíos; fakíes entre los árabes; frailes entre los cristianos. La raza, pues, era antigua y tenía razón de ser.

El padre Galindo era también mucho fraile, aunque de género distinto del pobre Regalado. Era de un volumen regular, ni delgado ni grueso, moreno, de fisonomía expresiva, inteligente, un si es o no es astuta,, un tanto burlona y marcada con algo de esa expresión que podría llamarse espíritu de hombre de mundo.

En cuanto al padre Astudillo, había en él toda la soberbia del capuchino mendigante, la severidad del ascetismo, pero no la demacración del ascetismo, porque quien come bien y goza de buena salud no puede estar flaco; por el contrario, el padre Astudillo era una especie de atleta moreno encendido, con gran vigor de musculatura, barba crespa y negra, la cabeza completamente afeitada, a excepción de un estrecho cerquillo; cejas pobladas, ojos negros y penetrantes, de expresión dura; nariz recta, y enérgica, cuello robusto, brazos y piernas fuertemente desarrollados, y manos y pies grandes, pero de buena forma. El padre Astudillo era un buen mozo de treinta y cinco años, en toda la extensión de la palabra, y con una fuerza tal, que de un puñetazo en la cerviz podía matar a un toro.

Pero todos estos frailes tenían trazas de ser buenos señores y hombres de virtud, salvo los defectos de carácter y su soberbia de raza y su competencia de orden a orden.

El padre Chiesa era un varón doctísimo, teólogo, canonista, jurista, escritor de buenos libros; pero no era doctor, le bastaba con ser jesuíta.

Por el contrario, el padre Regalado y el padre Galindo, que sabían mucho menos que el padre Chiesa, tenían todos los grados y campanillas universitarias, y eran doctores "in utroque".

En cuanto al padre Astudillo, no sabía más que ser capuchino, y esto era ya bastante.

Don Rodrigo de Santillana los recibió con las mayores consideraciones del mundo, y les puso por sí mismo sillas. Sentáronse todos, recogiendo cuidadosamente los hábitos de una manera particular, menos el capuchino, que no tenía nada que recogerse, porque su hábito ceniciento, más que hábito era una funda.

Don Rodrigo de Santillana, que sólo se descubría, haciendo el oficio de juez, ante Dios y ante el rey, se quitó su bonete de licenciado, dejando descubiertas sus altivas canas ante los cuatro frailes.

—Padres — dijo Santillana con el mayor comedimiento, — perdonadme si, cumpliendo con mi obligación y en servicio de Dios y del rey nuestro señor y de la justicia, os he sacado de vuestros monasterios de Medina, rogándoos, por medio de mi secretario Pedralva, vinieseis a Madrigal a auxiliar a un hombre que va a morir. Yo supongo que al suplicaros de mi parte mi secretario que vinierais por caridad de Dios, os habrá dado mis más respetuosas excusas.

—Señor don Rodrigo de Santillana — dijo el padre Chiesa tomando la palabra como más viejo, porque no podían hablar los cuatro frailes a un tiempo, mientras los tres restantes se mantenían serios y graves, y el padre Regalado se daba, sin duda por costumbre, golpecitos con la mano en su voluminoso vientre, como acariciando aquella bendición de Dios, — nosotros nos damos por muy contentos, no ya sólo porque Dios nos ofrece la ocasión de ejercer una obra de ca-

ridad, tal como la de conformar con la muerte a un desventurado, sino también porque tenemos la ocasión de conoceros y de ofrecernos a vuestro servicio.

—Yo soy todo de vuestras mercedes, padres — dijo don Rodrigo de Santillana, recibiendo por respuesta una inclinación de cabeza de los cuatro frailes; — y tanto creía de antemano me consideraríais como amigo, que me he atrevido a mandar se disponga a vuestras mercedes en mi casa almuerzo y agasajo.

Volvieron a inclinar la cabeza los cuatro frailes.

El alcalde tocó la campanilla, a cuyo sonido se presentó presto, prestísimo, el alguacil Tribaldos.

—Mandad, maese, que saquen los manjares a la mesa.

Tribaldos salió.

—Espero serán vuestras mercedes servidos — dijo el alcalde levantándose, a cuya invitación los frailes se levantaron también.

Pasaron a otra habitación del piso bajo, en la cual había una gran mesa cubierta con un mantel que caía hasta el suelo, y servida en rica vajilla, que se había procurado el alcalde prestada, por no estar en su casa.

Cuatro garrafas de vino negro, tinto, pardo y blanco, todo de Castilla en donde nunca ha habido malos vinos, flanqueaban fuentes de empanadas, cangrejos, de quesos y de frutas.

Hay que tener en cuenta que aquel día era viernes, y que tratándose de frailes especialmente habiendo entre ellos un capuchino, no podía ser el almuerzo más que de vigilia.

Sentáronse en torno de la mesa los cinco personajes, obligándose a la presidencia el padre Chiesa, después de un tiroteo de cumplimientos y de excusas, debiendo advertir que no se sentaron hasta que el padre Chiesa hubo bendecido el almuerzo y persignándose cada uno de los comensales.

Sobrevino la indispensable olla podrida, no de carne, sino de galápago, salmón y cangrejos, especie de potaje suculento, mal llamado de vigilia, porque era infinitamente de digestión más difícil que una olla podrida de carnes, cerdo y aves, etc.

Siguieron el abadejo en distintos guisos, las truchas fritas de una manera especial, la tierna ensalada con huevos duros, después de lo cual se metió mano a las natillas, al arroz con leche, a las empanadas de dulces, a los quesos, a las frutas, a las mermeladas; todo esto en medio de un silencio respetuoso, interrumpido sólo por algunas medias palabras a boca llena, porque sabido es que el que habla no come, y en aquellos tiempos se comía en regla, especialmente cuando los comedores eran frailes.

Los héroes del almuerzo fueron, en primer lugar, el padre Regalado, que, a no ser tan espléndido don Rodrigo de Santillana, no hubiera almuerzo para él solo; en competencia suya, el capuchino, que comía con la ligereza y voracidad de un tiburón y bebía más que una esponja, y luego el padre Galindo, del que únicamente podía decirse que tenía buen diente.

Pero todo es relativo; decir que un fraile tenía buen diente no es lo mismo que decir que una persona tiene buen diente cuando es seglar. Un fraile de buen diente era un lobo. Así andaban ellos de gordos y relucientes. En cuanto al jesuíta, era un hombre fino, y comió lo que bastaba, y con maneras inmejorables. Don Rodrigo, en cambio, apenas comió, siendo más que comensal de los frailes, su servidor de platos.

Cuatro criados, con la librea de la casa de Santillana habían servido la mesa, y dos alguaciles inmóviles, como guardia de honor, habían permanecido con sus trajes de gala a los dos lados de la puerta, lanzando una mirada envidiosa a los manjares que devoraban los frailes, con una fruición verdaderamente seráfica. Y es necesario convenir en que el que va a hacer una obra de caridad, cuanto mejor comido está mejor la hace.

Don Rodrigo comprendió que de tal manera se habían atracado los buenos frailes, a excepción del jesuíta, que más estaban para acostarse y para abandonarse sin testigos a los diversos resultados de la digestión que para que se les hablase de ajusticiados, y los encomendó a Tribaldos para que los acomodase en los aposentos que se les habían preparado, quedándose de sobremesa con el jesuíta.

Entre paréntesis; entre el almuerzo de don Rodrigo de Santillana y los cuatro frailes, y aquel otro almuerzo de Mari Galana, la tía Martina, el verdugo, el pregonero y el sepulturero, había algo espantosamente semejante. Sólo existía la diferencia de la forma y de la calidad de los comensales; por lo demás, en ambas mesas, el primer plato, el primer manjar, el manjar horrible, aunque fantástico, porque estaba allí sin forma, latente, pero vivo, era un ajusticiado. Aquel almuerzo plebeyo, miserable, había tenido por objeto templar la mano del verdugo. El otro almuerzo entre personas decentes había tenido por objeto templar para el sentenciado el horror de la muerte, haciéndole pensar más en lo eterno, en lo infinito, en lo santo, que en lo material, en lo perecedero, en lo humano. A ambos almuerzos había presidido un mismo pensamiento: la caridad, aunque manifestada de distinto modo.

Pero sobre la mesa de ambos almuerzos se había levantado la figura sombría y fatídica de un ajusticiado. Y luego ¿qué diferencia hay para un ajusticiado entre el juez que le sentencia, el agonizante que le auxilia, el pregonero que vocea su delito, el verdugo qu le estrangula y el sepulturero que le entierra? Ninguna. Todas estas personas no son para el sentenciado más que los miembros que determinan la realidad activa de un ser abstracto: de la ley sombría que sentencia a un hombre a morir, que castiga un crimen individual con un crimen público.

—Padre Chiesa — dijo don Rodrigo de Santillana cuando se hubieron quedado solos el jesuíta y él, — en vos confío; los otros tres religiosos son inmejorables para agoni-

zantes; dejémosles la parte religiosa; yo deseo que vuestra merced se encargue de la parte política.

—He oído decir cosas extraordinarias del pastelero de Madrigal.

—Estamos solos — dijo don Rodrigo de Santillana, aproximando su silla a la del jesuita. — Vos padre, sois hombre de verdadera ciencia, de verdadera virtud; y además de esto sois un hombre de honor.

—Dios me mantenga siempre en mi deber como caballero, como cristiano y como sacerdote, de la misma manera que me ha mantenido hasta ahora. Hablad, don Rodrigo, hblad: os escucho con toda mi atención y os doy gracias por la confianza que depositáis en mí.

—Habéis venido para escuchar la confesión de un sentenciado; pero antes vais a escuchar la confesión del juez que ha pronunciado la sentencia.

Y don Rodrigo de Santillana se deslizó de la silla y quedó arrodillado delante el jesuita.

—No; no demos a esto una solemnidad tal que pase los límites de la conveniencia, porque podría suceder muy bien que si lo que vais a decirme tuviera el carácter de confesión, os pesara de ello. Alzaos y habladme como se habla a un amigo, no a un juez de Dios en el tribunal de la penitencia.

—Parécemo padre — dijo don Rodrigo que ya habéis formado vos algún juicio respecto a este asunto.

—Es él tan grave de suyo, que es necesario tratarle con gran prudencia.

—¡Tengo miedo, padre!

—¡Miedo el juez!

—¡Es un hombre misterioso! ¡Un hombre terrible! Que no es pastelero ni hombre bajo lo prueban su altivez, sus discursos y sus costumbres; no parece cuando habla sino que habla un rey por su boca, y de tal manera obedece, padre Chiesa, que cuando obedece, manda; terror no se halla en él, ni cobardía, ni súplica, ni bajeza. Pero, a pesar de esto es tan duro de creer sea el rey don Sebastián, que es más fácil suponer sea algún príncipe, que por ambición haya dado en el caso que a tal punto le ha traído; que aunque a mi me afirmen frailes franciscanos que el tal Espinosa es hombre común, no podré creerlo, y creería más bien que tiene en el cuerpo familiar maligno, que le hace parecer grandísima persona. ¿No sería bueno probar el exorcismo, padre Chiesa?

El jesuita se sonrió sutilmente.

—El mejor cristiano es aquel — dijo con voz reposada — que sabe dónde termina la Religión y la superstición empieza. ¿No os parece extraño, señor don Rodrigo, que el diablo se entretenga en procurar que vos veáis a un rey, o por lo menos a un príncipe o a una gran persona en un pastelero? ¿Habéis visto alguna vez los efectos que se notan en los endemoniados en ese hombre?

—Yo os diré mucho de Derecho civil, criminal y canónico, porque debo saberlo; pero se me alcanza muy poco acerca de endemoniados.

—Yo os diré. ¿Habéis visto alguna vez a Gabriel de Espinosa entregado a un delirio de furor, pálido como un muerto, desencajado el semblante, echando fuego por los ojos, blasfemando de una manera espantosa de Dios, de la Eucaristía, de los santos? ¿Le habéis visto alguna vez huir del agua bendita como un perro rabioso, y caer sin sentido como muerto al suelo después de uno de estos accesos de furor infernal?

—No; la cólera de Gabriel de Espinosa es la cólera de un hombre acostumbrado a mandar y a quien le irrita ser mandado. Jamás le he oído blasfemar de Dios ni de los santos; por el contrario: sólo ha tomado el nombre de Dios para encomendarle la venganza de la injusticia que, según dice, se comete contra él...

—Pues entonces, don Rodrigo, Gabriel de Espinosa no tiene familiar.

—Si no le tiene — dijo don Rodrigo poniéndose pálido, — aquí para entre nosotros, padre, yo no puedo asegurar quién sea ese hombre.

—Lo que quiere decir que no podéis asegurar que ese hombre no sea el rey D. Sebastián.

—No — dijo con voz cavernosa don Rodrigo, — no puedo jurarlo.

—Entonces he hecho bien en impedir que la revelación que me estáis haciendo tenga el carácter de confesión, porque si confesión fuera, don Rodrigo, os afirmo, "in verbo" de sacerdote, que no podría absolveros.

—¿Y por qué no? — dijo estremeciéndose don Rodrigo.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

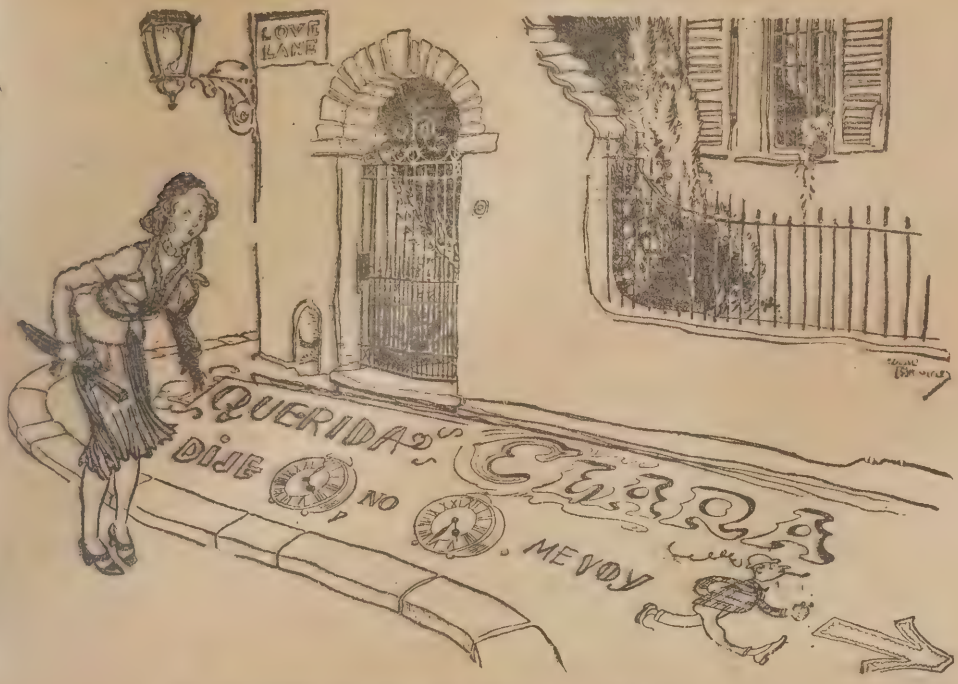
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

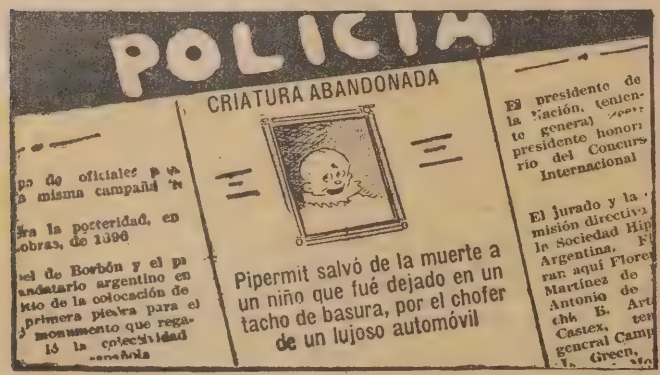


El dibujante que se ha cansado de esperar a su novia

—No se apure, buen hombre. ¿Quiere usted que le ayude?
—Con mucho gusto, caballero.
—Pues ande, ande. Suba usted el equipaje que yo le tendré la gorra.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBECK



© 1931, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

PORTE PAGO
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
No. 431 - Buenos Aires, 1 de Enero de 1932 - Año XII
EL ESPADA ROJO
AVENTURAS de SEXTON BLAKE
20 cts

No. 431 BUENOS AIRES, ENERO 1º DE 193 AÑO XI

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

EL ESPADA ROJO

Por ROBERT MURRAY

AVENTURAS DE SEXTON BLAKE

(Continuación)

IV

EL ESPADA ROJO

EL visitante de Sexton Blake entró a su lujosa "limousine", dando orden al chauffeur uniformado que lo condujera a su residencia. Esta estaba situada en Surrey, a menos de una milla del sitio donde Pollock había sido hallado muerto, con el corazón atravesado por una estocada.

Montague Fennell cerró con llave la puerta y alzó los bastidores de las ventanas. Sus pensamientos no eran agradables mientras se recostaba en un mullido sillón, pensando si su visita a Baker Street había sido fructuosa.

Tanto Blake como Coutts habían resultado demasiado astutos para él. Adivinaron casi instantáneamente que les había contado una historia incompleta. Y así era. Existían en la vida pasada de Fennell ciertos incidentes que no podían resistir inspección. Actualmente no podía Fennell determinar cual de ellos tenía algo que ver con la muerte de John Pollock y con el siniestro aviso que el mismo había recibido del Matador.

¡El Matador! Aquel hombre nada decía a Fennell fuera de su relación con un inofensivo juego de dominó.

Hombre de éxito en los negocios, Fennell era ignorante en otras materias. Sexton Blake no había creído necesario explicarle que el matador era también persona de gran importancia en las plazas de toros de España, un caballero con traje rojo y oro que despachaba finalmente al exhausto toro con hábil estocada.

La casa de campo de Fennell estaba edificada en un gran terreno, rodeado por altos muros, custodiada por un portero y un par de serenos. Fennell poseía colecciones artísticas que valían varios cientos de libras.

La habitación suntuosamente amueblada, donde finalmente entró, estaba llena de costosos libros que nunca leía y de cuadros de mérito que era perfectamente incapaz de apreciar.

Aunque, después de detenerse por el camino en un restaurant de lujo donde comió opíparamente y bebió más champagne del que convenía a un hombre de su edad, se había sentido en disposiciones más alegres de ánimo, ahora su nerviosidad volvía. Revisó la correspondencia acumulada mientras estuvo ausente y sintió alivio al ver que no había más comunicaciones del Matador. Con todo, sentíase inclinado a seguir el consejo de Sexton Blake y pedir protección a la policía. Dormiría más tranquilo sabiendo que un agente recorría los terrenos de su propiedad, además de los dos serenos.

Conocía al inspector Cardish. Era muy sencillo telefonear a la estación de policía, pedir una entrevista personal y hacer al inspector una semiconfidencia, como lo había hecho con Sexton Blake.

Fennell se dirigió a un macizo escritorio de caoba, con patas esculpidas y sólidos herrajes de plata. Encendió la lámpara con pantalla verde, sentóse y luego cayó hacia atrás

—¡Deténgase! ¡Deténgase! — graznó Fennell. — Por amor de Dios ¿quién es usted!

en la silla, lanzando una ahogada exclamación de terror.

¡En el centro del block de papel de cartas, sin estrenar, había una brillante ficha de hueso y ébano!

Era el tercer matador... el tercero y último aviso.

Dentro de pocas horas lo encontrarían como había sido encontrado John Pollock, con el corazón atravesado y el cuarto matador colocado junto a su cadáver.

Grandes gotas de sudor se formaron en la frente del hombre. Su garganta estaba seca de miedo; las piernas se le doblaban mientras echaba a correr alrededor de la habitación como una rata asustada, obedeciendo instintivamente las palabras finales, de consejo, que Blake le había dirigido.

Se aseguró de que todas las ventanas estaban bien cerradas. Dío llave a las dos puertas y corrió los pesados pasadores.

—Estoy bastante seguro — murmuró. — Nadie puede entrar. No me moveré de aquí hasta que Blake llegue.

¡Nunca dijo palabras más ciertas!

Mientras Fennell volvía junto a su escritorio y extendía una mano húmeda hacia el teléfono, un ligero rumor llegó a sus oídos.

Había alguien en la pieza.

Una pesada cortina, que ocultaba una alcoba a un costado de la chimenea, se movía lentamente hacia un costado.

Los ojos de Fennell parecieron salir de sus órbitas y su mandíbula cayó. El corazón le saltaba tanto que se hubiera dicho trataba de abrirse paso a través de las costillas, mientras la cortina de terciopelo se apartaba y una terrible figura aparecía.

¡El Matador!

Fennell creyó haber gritado aquellas palabras con toda la fuerza de su voz; pero ni un sonido salió de sus labios resecos. Estaba enfermo de horror, de miedo ante la muerte inminente. No podía ni moverse, ni hablar.

A pocas yardas de él se hallaba parada una alta figura, con traje escarlata. El hombre llevaba zapatos con hebillas, medias blancas de seda y sombrero de forma extraña. Su rostro estaba cubierto por un antifaz rojo.

Sobre el brazo izquierdo llevaba una capa roja. Y en la mano derecha una espada desnuda, brillante, de hoja corta.

Lentamente, sin ruido, se adelantó, brillándole con frialdad los ojos a través de los agujeros del antifaz rojo.

—¡Deténgase! ¡Deténgase! — graznó Fennell al fin. — Por piedad ¿quién es usted?

El espada rojo dijo un nombre. Fueron las últimas palabras que Fennell oyó. Como un rayo brilló ante sus ojos, cuando la reluciente hoja inmovilizó para siempre los salvajes latidos de su corazón.

Fennell murió de pie, sus rodillas se doblaron y cayó pesadamente al suelo.

El Matador se rió suavemente, envainó la espada y apartó desdeñosamente a su víctima con el pie. Agachóse y colocó un pequeño objeto, blanco y negro, junto al cuerpo sin vida de Montague Fennell.

En su habitación de Baker Street, Sexton Blake miró, ceñudo, la ficha de dominó que había caído de la carta que acababa de recibir.

El significado era evidente. También él — además de Montague Fennell — había sido designado para el mismo espantoso destino que John Pollock.

—¡Truenos! Todavía otro de esos infernales matadores — exclamó Coutts, con los ojos dilatados de asombro. — ¿Qué diablos significa esto, Blake?

—Aparentemente que nuestro misterioso amigo, el Matador, ha resuelto dejarme en el sitio — contestó el detective con calma. — Siete puntos, en verdad. Esta ficha es el cinco-dos

—Esto no es asunto de broma, patrón — intervino Tinker inquieto — Apoya nuestras últimas teorías. No es solamente a Pollock y a Fennell que el Matador ha elegido. Lo ha puesto también a usted en su lista.

Blake no contestó. Estaba examinando una hoja de papel que había encontrado metida en el fondo del sobre en el cual había llegado el dominó.

—¡No! Soy solamente un agregado a la lista — corrigió. — El Matador se ha enterado de la visita de Fennell aquí y no la aprueba. Leed esto:

Coutts y Tinker leyeron el mensaje juntos. Decía lo siguiente:

"Le aviso con tiempo. No juegue con fue-
"go. Nada puede salvarlo a Fennell. Esto
"es un aviso final y espero no será necesa-
"rio que dé un paso más.

El Matador"...

—¡El muy bandido! Tratar de intimidarlo a usted para que lo deje seguir con su sucio trabajo. Tiene miedo de que usted intervenga y le impida matar a Fennell.

—Que es exactamente lo que voy a tratar de hacer — dijo Blake colocando cuidadosamente el papel en su cartera. Podía resultar una pista valiosa o una importante pieza de convicción en el futuro. Más de un hábil criminal había sido convicto por los caracteres distintivos de la máquina de escribir empleada.

La conversación fué interrumpida por el timbre del teléfono. Llamaban a Coutts. La Yard sabía, generalmente, donde encontrarlo y, de diez veces, nueve estaba en Baker Street.

—Voy a Bextead Heath — anunció Coutts colgando el tubo y agarrando su sombrero. — La policía local ha decidido consultar a la Yard sobre el asesinato de Pollock y el jefe me encarga de esa tarea.

—¡Buena suerte! — le dijo Blake. — Probablemente nos veremos pronto, Coutts. Vigile la casa de Fennell mientras esté en el distrito. Aquí tiene su tarjeta con la dirección. Vive muy cerca de donde fué asesinado Pollock.

Blake tenía otro trabajo que hacer y lo emprendió sin pensar más en el Matador.

Pero cuando el teléfono volvió a sonar por la tarde estaba preparado para recibir un mensaje, bien de Coutts, bien de Fennell.

No era ni de uno ni de otro. La voz era de mujer.

—¿El señor Blake? Habla Bárbara Mayne. Ya sabe mi dirección. Tenga la bondad de venir a verme lo más pronto posible. Es... estoy... terriblemente asustada.

—¿Asustada? — intrigó a Blake la cándida confesión. — ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—¡Lo he visto otra vez! — había una débil nota de espanto en la voz de la joven, a pesar de ser tan baja. — El hombre rojo, con la espada. Lo ví anoche... fuera de mi ventana. No puedo explicarme ahora, señor Blake. ¡Por favor, dígame que vendrá a verme!

El detective no vaciló. La noticia de que Bárbara Mayne había tenido un segundo encuentro con el Espada Rojo lo hizo entrar en actividad en seguida.

—Iré — contestó brevemente— Parto en seguida.

Tinker fué a buscar la Pantera Gris, mientras Blake se cambiaba su bata por un traje de tweeds. Pensaba hacer una segunda visita a Bextead Heath. El suplicante mensaje de Bárbara Mayne lo había decidido.

—Llevaremos a Pedro con nosotros — anunció, mientras prendía una correa de cuero al collar del sabueso. — Puede resultar útil en un caso así.

—¿Qué ha pasado ahora? — preguntó Tinker curiosamente, mientras dirigía el auto en la creciente obscuridad. — ¿Por qué lo mandó buscar la señorita Mayne?

—Su mensaje fué algo vago. Pero entendí que había vuelto a ver al Espada Rojo y, naturalmente está un poco asustada.

—Tiene motivos — dijo Tinker con acento comprensivo. — La pobre muchacha sufrió una gran emoción anoche. ¿Cree usted que el Matador piense matarla también a ella?

—Me parece improbable. Pero mejor es aguardar a oír su relato. Espero que Fennell no llame en mi ausencia. Yo le hablaré más tarde.

El detective sabía exactamente donde vivía Bárbara con su tutor y una hermana gemela de éste. "Los Laureles" era una casa grande, alta, en un paraje solitario, al oeste de Bextead Heath.

Las herrumbrosas hojas del portón de entrada colgaban de sus visagras rotas. No prestaban ninguna utilidad porque de la verja de hierro, que en un tiempo rodeaba la propiedad, poco quedaba. El terreno parecía una "jungle". El camino estaba invadido por los yuyos.

Era evidente que al tutor de Bárbara, Humphrey Cranber, no le interesaba el aspecto exterior de su propiedad.

La casa misma tenía aspecto lúgubre y descuidado. El techo y las paredes estaban cubiertos de enredaderas. Las chimeneas torcidas. Había ventanas obscuras, con cortinas en toda la casa, menos en el primer piso. Parecían ojos sin vista.

—Deseo ver a la señorita Bárbara Mayne — dijo Sexton Blake. La mujer no contestó. Lo examinaba silenciosamente.

Tinker sonrió al detener el auto.

—El sitio es como para ponerle a uno carne de gallina — observó. — ¡Vaya un agujero para una muchacha tan linda como la señorita Mayne!

—No es precisamente alegre — convino Blake, mientras subía los derruídos escalones de piedra, despertando luego ecos con un oxidado llamador. — Quédate aquí, Tinker. Creo que no tardaré mucho.

Hubo una espera antes de que se oyeran pasos apagados en el hall y una débil luz brillara a través de la sucia banderola.

Se abrió la puerta. Una figura flaca apareció en el marco. Solo después de una segunda mirada advirtió Blake que se trataba de una mujer.

Vestía una bata manchada y zapatillas; de su cofia se escapaban mechones grises.

—Deseo ver a la señorita Mayne. Mi nombre es Sexton Blake.

La mujer no contestó. Examinaba silenciosamente al detective con ojos castaños, extraordinariamente brillantes.

Después de una pausa, larga y embarazosa, la mujer levantó su flaca mano y se tocó, primero los labios y luego los oídos.

Era sordo-muda

La situación era molesta. Antes de que Blake resolviera lo que convenía hacer, se oyeron pasos rápidos y Bárbara Mayne, en persona, apareció en el sombrío hall.

—¡Señor Blake, ha venido usted! — exclamó, reflejados en su lindo rostro el placer y el alivio. — No lo oí llamar. La pobre señorita Cranber ni oye, ni habla; pero siempre parece adivinar cuando hay alguien en la puerta.

Blake se inclinó cortesmente ante la mujer de edad. Advirtió algo más que interés común en sus ojos castaños, de pájaro, mientras se daba vuelta y desaparecía en la obscuridad de la casa.

—Su tía, — observó Blake secamente. — No me ha mirado con buenos ojos.

—¡Oh! No piense semejante cosa — protestó apresuradamente Bárbara. — Es una pobre vieja inofensiva. Aunque yo no la veo mucho — añadió un poco tristemente. — Ni tampoco al señor Cranber. Esto es bastante solitario.

—Un agujero horrible — sintió tentaciones de decir Blake, mientras seguía a la joven por el hall y a una pequeña pieza, sencillamente amueblada, con unas cuantas sillas, una biblioteca y un escritorio, donde

había una venerable máquina de escribir.

Un fuego escaso ardía en la estufa. La ventana daba a los campos, desolados e incultos del fondo.

La joven señaló una segunda puerta, en el otro extremo de la habitación.

—El estudio del señor Cranber es ahí — explicó. — Pocas veces recibe visitas y no se puede entrar a su cuarto, a menos que él llame. A veces no lo veo en muchos días. Pero quiere que esté siempre aquí, por si llama.

—¿Es una especie de ermitaño? — sugirió el detective.

En su interior había decidido que el señor Cranber debía ser un viejo egoísta gruñón y avaro.

—Creo le dije que el señor Cranber es inválido — informó Bárbara — Paralítico de las dos piernas, pasa su vida en un sillón de ruedas. Está escribiendo un libro sobre fraudes y estafas famosas.

Blake pensó que era tema extraño para un caballero inválido. Miró interrogadoramente a la joven, como para darle a entender que no había venido a discutir con ella la idiosincrasia de su tutor.

Bárbara Mayne hizo una inspiración profunda al recordar su momento de reciente terror.

—No sé exactamente por qué lo he mandado llamar, señor Blake — empezó vacilante. — Quizá creerá usted que soy una necia: pero cuando usted se separó anoche de mí me dijo le avisara si veía u oía algo más del Espada Rojo.

—¿Y lo ha vuelto usted a ver?

La joven asintió con la cabeza, los ojos muy abiertos, entrecruzando nerviosamente los dedos.

—Fué como a la una de la mañana de hoy. Yo no podía dormir, pensando en el horrible suceso ocurrido anoche. Me puse un batón, pensando sentarme un rato junto a la ventana, en espera de que llegara el sueño.

Se detuvo, sin intención de producir efecto dramático.

—El se hallaba parado afuera... mismo debajo de mi ventana. La luna estaba alta y lo vi más claramente que la primera vez. Vestía todo de rojo, excepto las medias y el extraño sombrero. Llevaba el antifaz y la espada en una mano.

—Estaba vestido como un torero español, — dijo Blake tranquilamente.

Bárbara lo miró intrigada.

—¡No sé! Ignoro como visten los toreros españoles — admitió ingenuamente. — Son hombres que matan toros ¿no? Pero... pero... ¿por qué fué asesinado el señor Pollock por un hombre vestido de torero?

—Eso es precisamente lo que tratamos de averiguar — contestó Blake con animadora sonrisa.

No quería asustar más a la joven hablándole de los avisos que Fennell y él habían recibido del Espada Rojo.

—Yo me asusté demasiado para moverme — continuó ella. — Creo que hubiera gritado; pero no pude. No puedo describir mis sentimientos cuando el hombre alzó de pronto la cabeza y me miró fijo. Vi brillar sus ojos a través de los agujeros de su máscara. Supongo que eso sólo duró unos segundos; pero me parecieron horas. Había algo de malvado e inhumano en el hombre. De pronto levantó la espada y me señaló. Luego vi que se daba vuelta y desaparecía entre el matorral.

Señor Blake ¿por qué... por qué cree usted que estaba el hombre parado fuera de mi ventana? ¿No le parece que me habrá seguido... que querrá matarme porque lo vi después que asesinó al señor Pollock?

Blake se apresuró a tranquilizar a la joven, aunque por el momento se encontraba tan a obscuras como ella. Pero de una cosa estaba bastante seguro. El Matador había demostrado ser un despiadado asesino y Bárbara Mayne era la única persona que lo vió en el matorral cuando fué cometido el crimen. Podía resultar testigo peligroso que era necesario destruir para seguridad futura del hombre.

—No se preocupe, señorita Mayne — dijo de un modo que disipó enseguida la alarma de la joven. — Probablemente el hombre estaba escondido en los terrenos de esta casa, mientras la policía lo buscaba en el matorral. Fué una simple coincidencia que lo hizo parar debajo de su ventana, en el momento en que miraba usted hacia afuera. Se alarmó quizá más que usted misma. Por eso desapareció tan rápidamente.

La explicación, tan verosímil, trajo de nuevo color a las pálidas mejillas de Bárbara.

—Ahora me alegro de haberlo mandado llamar, señor Blake — dijo con gratitud. — Me tranquiliza usted. Cuando se lo conté todo al señor Cranber me pareció fastidiado. Me dijo que era una pequeña tonta y que debía haber imaginado todo eso.

Blake frunció el ceño. Cuanto más sabía del señor Cranber y de su actitud hacia su pupila, más antipático le resultaba.

—Seguramente el señor Cranber ha leído los diarios y comprende que su encuentro en el matorral anoche fué algo más que imaginación ¿no?

La joven explicó que no había visto al señor Cranber desde por la mañana temprano y que era muy posible no hubiera leído los diarios.

Acababa de hablar, cuando el áspero vibrar de un timbre eléctrico resonó en la habitación. Una y otra vez sonó, continua, imperiosamente.

Bárbara Mayne se puso en pie de un salto, con expresión alarmada en sus ojos.

—¡Es el señor Cranber que me llama! — exclamó. — Tenga la bondad de disculparme.

Desapareció rápidamente por la puerta que daba al cuarto contiguo.

—¡Pobre niña! — murmuró Blake.—¡Qué vida para una joven tan linda! Sin más compañía que una mujer sordo-muda y un viejo maniático e inválido.

Volvió Bárbara Mayne, con expresión mitad perpleja, mitad de disculpa, en su lindo rostro.

—Mi tutor quisiera verlo a usted, señor Bleke — le anunció inesperadamente. — La señorita Cranber debió avisarle que estaba usted aquí.

PUCKY

¿Cómo, pensó Blake, había podido la señorita Cranber saber su nombre? ¿Leía en los labios? Posiblemente; pero...

—Haga el favor de ir a verlo, señor Blake — dijo la joven. — Parece espantosamente preocupado por algo. No sé que puede haberle ocurrido.

—¿Le molestará mi visita a la casa? — sugirió Blake, con ligera sonrisa; levantóse y pasó a la pieza contigua.

La puerta se cerró con fuerza, debido a un resorte. La primera cosa que llamó la atención a Blake fué la caldeada atmósfera de la pieza del inválido. Le recordó desagradablemente la casa de los reptiles en el Zoo y también el pozo de los osos, no sabía por que.

El señor Cranber no era ni un reptil ni un oso, si no un viejo caballero, amable e inofensivo, con brillantes ojos castaños, mejillas rosadas y cabellos casi blancos, que le crecían profusamente en torno de las orejas y en la nuca, como para hacerse perdonar su ausencia en la parte superior de la cabeza.

Llevaba puesto un casquete negro y un saco de fumar de terciopelo marrón. Sus prendas inferiores eran invisibles, porque estaba sentado en un sillón de ruedas y cubiertas las piernas con una manta de color.

—Señor Blake, perdonará que no me levante — dijo con acento de disculpa. — Sin duda mi pupila lo habrá informado ya de mi invalidez. Sentíase casi a punto de desmayarse, por el calor que había en la habitación La ventana estaba cerrada y cubierta por gruesa cortina. El gran fuego que ardía en la estufa invitaba a compararlo con las pocas brasas que parecían bastar a la comodidad de Bárbara Mayne.

—Es este un inesperado placer, casi debería decir un honor, señor Blake — continuó el señor Cranber, con su voz suave y bien modulada. — Su nombre y fama, como detective privado, me es conocida.

Blake recibió el cumplimiento como acostumbraba: ignorándolo.

Cranber agarró un diario y se ajustó unos lentes sin aro.

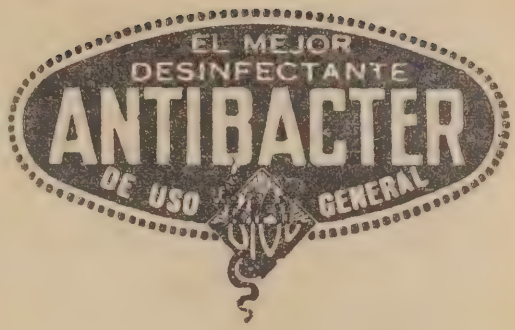
—He estado leyendo ese espantoso crimen ocurrido ayer noche en el matorral — dijo gravemente. — Y me fijé en la relación de usted con el caso. Mi pupila me había ya contado el servicio que le prestó. Supe, por casualidad, que había usted venido a visitarla esta noche y quise aprovechar la oportunidad para pedirle su sincera opinión respecto a la relación que pueden tener esas dos fichas de dominó con la muerte de John Pollock.

Era una pregunta completamente inesperada; pero Blake no dió señales de sorpresa.

—Las dos fichas tiene relación directa con el crimen — contestó bruscamente. — En cierto modo, fueron causa de la muerte de Pollock.

Humphrey Cranber lanzó un profundo suspiro.

—Eso es bastante afligente — dijo con acento patético. — Sin duda explica por qué el Espada Rojo andaba rondando por el terreno de mi casa esta mañana. Soy un viejo inofensivo y no comprendo por qué pueden desear asesinarme. Recibí esto por correo hace diez minutos, señor Blake



Abrió la mano. En su palma había una ficha de dominó: el matador.

V

OTRA VICTIMA

Cranber miró al detective con turbados ojos.

—Dígame, señor Blake — preguntó sencillamente — ¿qué significa este dominó? ¿Por qué me lo han mandado?

Blake le dijo todo lo que sabía, incluyendo los informes que sobre el Matador había vislumbrado en las últimas doce horas. Su anterior prejuicio contra el viejo se había convertido en algo semejante a la simpatía.

—Pollock fué la primera víctima de el Matador; Montague Fennell está evidentemente señalado como la segunda. Y parece señor Cranber que usted y yo somos la tercera y cuarta en la lista del hombre.

—Concibo muy bien que el Matador quiera eliminarlo a usted — dijo Cranber francamente. — Pero ¿por qué a mí? Yo no soy su enemigo. No podría intervenir en sus planes, aunque lo deseara. Soy un inválido inofensivo. Si quiere matarme, sabe donde me encontrará siempre. Pero lo esperaré

Cranber abrió un cajón del escritorio que estaba a su lado y sacó un gran revólver de seis tiros.

—Por si entran ladrones — explicó. — Tengo un certificado de tirador, garantido por la policía.

Blake aprobó con la cabeza. No era difícil que a Cranber le resultara útil el arma en el próximo futuro.

—Imagino — continuó el viejo entrecerrando astutamente sus brillantes ojos castaños — que el hombre que se hace llamar el Matador debe residir por estas cercanías. Pollock, Fennell y yo no distamos más de una milla, el uno del otro, en Bextead Heath. Usted es la única excepción.

—No he descuidado esa posibilidad — observó Blake. — Es evidente que un hombre, que se viste de torero, debe tener un área restringida para moverse, aún en medio de la noche más obscura. Si la policía obra sobre esa base, acortará su campo de sospechas. ¿No se le ocurre a usted pensar en alguien, señor Cranber?

—En nadie — contestó enfáticamente el viejo. — Esta es una vecindad muy respeta-

ble... la mayoría de los residentes son hombres de negocios, retirados, oficiales del ejército y fanáticos del golf.

—Los asesinos — dijo Blake — se mueven en todos los círculos. Enrique VIII tiene mucha afinidad con Smith, el que asesinaba a sus esposas en el baño, sólo que el primero estaba protegido por los divinos derechos de los reyes, que le permitían disponer a su antojo de sus mujeres.

Blake miró su reloj. Pensó en Tinker que lo estaría aguardando con impaciencia afuera. Ya estaba muy obscuro y era tarde.

—Esta es solamente mi primera ficha — murmuró Humphreys Cranber. — Hablando de Montague Fennell ¿no habrá recibido todavía el tercer dominó?

Sexton Blake saltó de su silla. ¡Se había olvidado momentáneamente de Montague Fennell!

—Hay un teléfono sobre el escritorio — dijo Cranber comedidamente. — Quizá quiera usted hablar con Fennell. Naturalmente me interesa el bienestar de un hombre, víctima de la venganza de el Matador. Pero no tengo excusa para llamar yo mismo.

Blake halló el nombre de Montague Fennell en la guía local y pidió comunicación.

Una voz áspera, algo familiar, le contestó:

—¡Hola!

—¡Hola! — replicó Blake, irritado por la brusquedad del que hablaba. — Quiero hablar con el señor Fennell.

—¿Ah sí? Bueno, no puede, a no ser que la compañía telefónica haya añadido otra línea a su sistema.

—¿Dónde diablos quiere ir a parar? — preguntó airadamente el detective. — ¿Ha salido el señor Fennell?

—No; pero ha muerto. Habla la policía. ¿Quién es usted y que quiere con el señor Fennell?

Blake no contestó. Su rostro parecía una máscara de marfil al colgar el receptor.

¡El Matador había herido otra vez! Montague Fennell había recibido su tercera y cuarta ficha de dominó.

Humphrey Cranber se emocionó visiblemente al ver la expresión de la cara del detective. Conmovióse más aun al saber la noticia.

—¡Fennell muerto! ¿Cómo fué asesinado? ¿Lo mismo que Pollock?

—Es más que probable — dijo bruscamente Blake, agarrando su sombrero. — No creo que tenga usted que preocuparse por el momento, señor Cranber. Quédese sentado y tenga a mano el revólver, por si lo necesita. Yo pediré a la policía que custodie su casa y tendrá protección dentro de media hora.

Dejó al viejo abrazando el revólver como un ebrio su última botella de whisky. No vió ni a Bárbara Mayne ni a la sordo muda, mientras salía de la casa y subía precipitadamente al auto que lo esperaba.

—Por amor de Dios... — rezongó Tinker.

—¡Cállate! — le dijo descortesmente Blake, mientras empuñaba el volante y hacía correr la Pantera Gris por el desigual camino. — Fennell ha muerto. El Espada Rojo ha hecho otra víctima.

—Bueno, lo que es yo no me apuraría tanto — observó al fin. — No olvide que es el siguiente en su lista.

La gran casa donde había muerto Montague Fennell resplandecía de luces. Sexton Blake tuvo que discutir con el portero y con un cabo uniformado antes de que se le permitiera entrar por el camino de coches y dirigirse a la casa.

En la puerta había un segundo cabo de centinela. El pedido de entrada del detective fué contestado nada menos que por el inspector Coutts en persona. Atravesó el hall, con el sombrero duro agresivamente ladeado y una expresión grave en su rubicundo rostro.

—¡Hola, Blake! ¿No esperaba verme aquí, verdad?

—Reconocí su voz por teléfono — dijo verídicamente Blake. — ¿De modo que Fennell ha muerto? ¿Asesinado como John Pollock?

Coutts asintió con la cabeza.

—Sí, del mismo modo, Blake — dijo gruñonamente. — La muerte ocurrió hace algunas horas. Yo estaba en la estación de policía local, en consulta con el inspector Cardish, cuando el mayordomo de Fennell telefoneó que había encontrado a su amo muerto en el estudio. Acudimos en seguida y... mejor es que venga y vea con sus propios ojos.

El inspector Cardish saludó a Blake con una malhumorada inclinación de cabeza y el detective entró al cuarto donde el médico de policía, doctor Poole, se inclinaba sobre el cadáver de Fennell.

Las circunstancias eran casi similares a las que rodearon el asesinato de John Pollock. Fennell tenía el corazón atravesado por un arma de hoja ancha. Estaba caído junto al escritorio y tenía estampada en su rostro una expresión de indecible horror.

Sobre su pecho estaba la ficha ganadora, el matador. Una segunda ficha se hallaba sobre el block de papel, en el escritorio.

—Ya le he contado al inspector Cardish la visita que le hizo esta mañana — dijo Coutts. — El está de acuerdo en que las teorías formuladas por usted son correctas.

El asesino es el hombre que se hace llamar el Matador. Las fichas de dominó son nuestra única pista.

Cardish asintió sombríamente.

—Debe ser obra de un loco — declaró — Pollock y Fennell fueron asesinados del mismo modo, con la misma arma. Pero ¿dónde está el motivo? ¡Qué me ahorquen si le encuentro pies ni cabeza a estos asesinatos! — admitió con un repentino estallido de sinceridad.

—El motivo — dijo Blake tranquilamente — se halla de algún modo, en el hecho de que Fennell y Pollock fueron asociados en los negocios por espacio de treinta años.

Todavía se aferraba a aquella opinión, aun que Cranber había recibido también un mensaje de muerte del misterioso Espada Rojo. Y Humphrey Canber, según su propia declaración, nunca había tenido relaciones con los hombres asesinados.

Existía la posibilidad de que Cranber, co-

mo Pollock y Fennell, ocultara algo. La repugnancia de Fennell a contar toda la verdad no lo había salvado de una muerte espantosa. La reticencia de Cranber podía tener el mismo resultado.

Los perspicaces ojos de Blake escudriñaron todos los rincones de la suntuosa habitación, con sus valiosos cuadros, antigüedades y estantes llenos de libros ricamente encuadernados.

No había señales de lucha. Todas las ventanas estaban cerradas y con las cortinas bajas, excepto una.

El mayordomo que descubrió el cadáver fué llamado para repetir su relato ante Sexton Blake.

—El señor Fennell fué esta mañana a la ciudad en auto y llegó en las primeras horas de la tarde — dijo el hombre impasiblemente. — Vino derecho a esta habitación Fué la última vez que le vi vivo. El amo había dado órdenes que no lo molestaran hasta las diez y nueve. A esa hora tenía por costumbre tomar unos sandwiches y un poco de vino.

No obtuve respuesta cuando llamé a la puerta. Estaba cerrada con llave, por consiguiente sabía yo que el amo se hallaba adentro. Temiendo que se hubiera enfermado, di la vuelta por el costado de la casa y probé a entrar por las ventanas. Una estaba abierta de par en par. Apartando las cortinas, vi al señor Fennell caído en el suelo, junto al escritorio.

Estaba muerto... con el corazón atravesado — la voz del mayordomo tembló al llegar a este punto. — Inmediatamente llamé por teléfono a la policía y esperé junto al cadáver la llegada de estos señores.

—Fennell fué asesinado entre las catorce y las quince. No más tarde — dijo el doctor Pool, bajándose los puños y acomodándose los lentes.

—¿Estaba solo Fennell cuando entró a esta habitación? — preguntó Blake, volviéndose al mayordomo. — No había visitantes? ¿No lo esperaba nadie?

—Nadie, señor. El cuarto estaba vacío. Yo encendí el fuego y bajé las cortinas, antes de entrar el señor.

—¿Y la puerta estaba cerrada con llave? Entonces el asesino tiene que haber huído por la ventana que usted encontró abierta.

—Y entró del mismo modo — intervino Coutts — Debe haberlo tomado a Fennell por sorpresa matándolo antes de que pudiera dar la alarma o llegar al teléfono. ¡Dios mío, esto es una cruel carnicería, Blake!

—Obra de un loco — declaró el inspector Cardish por segunda vez.

Sexton Blake se acercó a la ventana abierta y pasó por ella, moviendo el rayo de su linterna en todas direcciones. Hacía días que no llovía. La tierra estaba dura como hierro; no podía conservar huellas de pisadas.

Aparentemente el Matador no había dejado rastros de su entrada y salida. El inspector Cardish indicó bruscamente que él y sus hombres habían ya registrado la localidad, en busca de rastros, sin resultado.

Su rostro expresó fastidio cuando Blake se detuvo de repente, hundió su brazo hasta el hombro entre un grupo de siempre-verde y sacó un pequeño objeto, blanco y arrugado.

Era un pañuelo, lo que tenía en la mano; un pañuelo blanco con manchas inconfundibles. Había sido enrollado, formando una pelota y tirado entre las plantas.

—Sangre... sangre fresca — observó Blake examinando el pedacito de tela con su linterna. — Con este pañuelo limpió el Matador su espada, después de asesinar a Fennell.

—¡Por Dios... que eso puede ser un rastro valioso! — exclamó Coutts, inclinándose ansiosamente por encima del hombre del detective. — ¿Tiene alguna inicial o marca de lavado?

—Desgraciadamente, no — contestó con tristeza Blake. — El pañuelo es evidentemente nuevo y no ha sido marcado. No tiene nada de particular.

Sosteniendo el pedacito de género entre el índice y el pulgar, llamó a Tinker que estaba parado junto a la ventana abierta.

—Ve al auto y trae a Pedro — le dijo brevemente. — Si el pañuelo pertenece al Matador, Pedro puede encontrar su rastro. Por lo menos, vale la pena probar.

—Tiene razón — aprobó con entusiasmo Coutts.

El inspector Cardish se encogió de hombros y lanzó una breve carcajada de desdén.

—Nunca he visto un perro de policía que sirva para algo — dijo con sorna. — Si encuentran un rastro, siempre es equivocado.

Blake no contestó. Su fe en las habilidades de Pedro había resultado triunfante en muchas ocasiones. Si se le daba al perro un rastro fresco y en condiciones favorables, era tan buen rastreador como un negro australiano.

Pedro comprendió lo que se esperaba de él no bien su húmeda nariz fué puesta en contacto con el pañuelo. Tirando de la fuerte correa de cuero que sujetaba Blake, dirigióse sin vacilación hacia la ventana por donde había pasado el asesino de Montague Fennell.

La policía observaba en interesado silencio. Era una escena extraña la que revelaban las luces de las lamparillas eléctricas. Pedro se detuvo de pronto, levantó el hocico y lanzó un ladrido gutural, de excitación.

Un instante después, se lanzó hacia adelante, con una fuerza que casi arrancó la correa de manos de Blake. Con el hocico pegado al suelo, atravesó la extensión de césped, metióse por entre una pared de arbustos y siguió derecho hacia el fondo del largo jardín.

Blake se vió obligado a correr para seguirlo. Agarró más fuertemente la correa, envolviendo el extremo libre alrededor de su muñeca. La noche estaba muy obscura, sin luna, ni estrellas. Una vez que el sabueso se libertara, sería imposible seguir su rumbo.

Tropezando, azotado por ramas y ramillas, el detective era literalmente arrastrado de un extremo del jardín a otro. La casa, con sus ventanas iluminadas, desapareció en la obscuridad. Un poco atrás oía a Tinker y la policía, que se metían por entre las plantas.

Pedro se paró de pronto, detenido por una puerta de madera en la alta pared de ladrillo que cercaba la propiedad. La puerta estaba cerrada; pero sin llave o pasador. Blake la abrió, siendo recibido por una fuerte

ráfaga de viento frío que soplaba sobre la solitaria extensión de Bextead Heath.

El sabueso lanzóse nuevamente hacia adelante. No quedaba duda de que había hallado un rastro. Podía confiarse en que lo seguiría tenazmente, aunque habían pasado dos horas. Lo único que podía hacer Blake era no soltarlo y no caer.

No había necesidad de luz.

Blake apagó su linterna y la guardó en el bolsillo.

—Hola, Blake. ¿Dónde está?

Era la voz de Coutts. La respuesta del detective fué medio ahogada por el ruido del viento. Blake había perdido por completo su sentido de orientación y dependía enteramente del perro.

Los gritos del inspector y sus compañeros se extinguieron a la distancia. Por todas partes se extendía el salvaje matorral, con sus elevaciones y declives, con grupos de zarzas y helechos, donde un hombre podía ocultarse por varios días.

En alguna parte de aquella vasta extensión acechaba un alevoso asesino.

En cualquier momento el detective podía hallarse frente a frente al misterioso Matador. Blake estaba desarmado; pero no pensaba retroceder. El principal inconveniente era la densa obscuridad que por todas partes lo rodeaba. Apenas si veía más allá de la cabeza del perro. En las millas y millas de maleza no brillaba una luz, salvo a la distancia, donde una hilera de puntos brillantes señalaba los focos del camino principal a Londres.

El viento frío hacía lagrimear a Blake, mientras corría ciegamente en la noche, saltando y tropezando al extremo de la correa de Pedro. El perro mandaba. La voz de su amo no tenía poder sobre él.

De pronto, Blake se encontró tendido de espaldas, medio aturdido y sin alientos por un tremendo golpe en el pecho, que lo hizo caer.

Un ruido, como de una cuerda de arpa sonó y se extinguió en sus oídos. La correa se le había escapado de la mano. Pedro desapareció en la obscuridad.

Blake se puso de pie penosamente, buscando a tientas la linterna en su bolsillo. Al atravesar la obscuridad un rayo de luz plateada, no reveló enemigo humano alguno.

Lo que vió Blake fué un cerco de alambre de tres hilos sostenido por fuertes postes de hierro.

Se extendía de derecha a izquierda, hasta donde alcanzaba el rayo de luz.

El detective sonrió tristemente al comprender lo ocurrido. Corriendo en la noche, había tropezado contra el alambrado. Pedro había pesado sin tropiezo por debajo del hilo inferior. Pero el de más arriba le había pegado a Blake en pleno pecho, tirándolo pesadamente al suelo.

Débilmente, a la distancia, oía al sabueso gruñir excitado. Le gritó y silbó en vano. Finalmente metióse Blake por debajo del alambre y marchó sobre el pasto, alto y espeso, iluminando hacia adelante con su linterna.

No habría hecho más de cien yardas cuando lanzó involuntariamente un grito de alarma, cubriéndose los ojos con un brazo al herirlos un deslumbrador rayo de luz, rojo como sangre, que acuchilló la obscuridad y se concentró firmemente sobre él.

(Continuará)

Próximamente en PUCKY:

RAUL DE LANCASTE

MISTERIO - INTRIGA - ACCION - DRAMA

ALGO REALMENTE EXTRAORDINARIO

Los lectores amantes de las grandes obras que emocionan, distraen y cultivan el espíritu, se deleitarán con esta gran novela

HAGASE RESERVAR CON TIEMPO, SU EJEMPLAR, SI DESEA NO PERDER NI UN SOLO EPISODIO DE ESTA NUEVA OBRA

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

ENTRETANTO, el joven Dent seguía volando. Era regla entre los "Angeles" mantenerse todo el tiempo sobre campo enemigo y no creían que "trabajaban" a no ser que las líneas propias quedaran bien atrás.

John Henry no había visto a el Calvo ni a ninguno de los otros hacía una hora o más. De donde habían ido o que hacían, no tenía la menor idea. Entretanto había que hacer y John Henry lo hacía con su acostumbrado vigor.

Había pasado más tiempo del que imaginaba y ya el sol estaba muy bajo. El gran día del avance casi había terminado. La táctica del general O'Hara Dwyson había tenido más éxito de lo que el viejo militar podía haber esperado. La línea británica se extendía una milla más allá de su antigua posición.

El joven Dent descendió dos veces más sobre posiciones enemigas; pero siempre advirtió un extraño silencio en la ametralladora posterior. Juró airadamente, porque pensó que el observador seguía sufriendo de un paralizante ataque de "pies fríos" y no tenía suficiente coraje para disparar su arma.

En lo cual John Henry se equivocaba, como iba a saberlo bien pronto.

Entretanto, decidió subir bien alto, a través de la mortaja de humo, con idea de darse vuelta y decirle a "Tommy" lo que exactamente pensaba de él. No lo hizo en ese momento — aunque debía hacerlo después en términos muy distintos — porque mientras entraba en la atmósfera clara, un Fokker lo vio.

John Henry volvió a jurar y viró para atacarlo al Fokker de frente, porque no confiaba más en su artillero posterior. Descubrió el aparato rojo en sus miras por un instante y oprimió ambos disparadores fieramente; pero el Fokker conocía un movimiento que valía por aquellos dos, dió una voltereta justo un momento antes de que las balas rociaran el camino de aire que él acababa de dejar.

Luego descendió y el Bristol fué "pan comido" para su artillería.

Por lo menos fué eso lo que a John Henry le pareció. Comparado con su rápido y vertiginoso Camel, el Bristol era una carreta. El joven Dent vió al Fokker ponerse fuera de peligro y dió vuelta empinadamente para irle otra vez al encuentro; pero todo el tiempo sabía que el otro estaba "encima" a causa de su superior velocidad. A cada segundo esperaba recibir una descarga de bala por la espalda; pero... no vino.

En vez de eso advirtió un agudo tableteo detrás, que denotaba actividad en la ametralladora posterior, Tres veces fracasó en tomarle otra vez los puntos al enemigo; pero, para ese tiempo, ya el enemigo caía dando vueltas al espacio, brotando humo de su rojo motor.

—¡Bravo! — gritó John Henry saltando en su asiento de sorpresa y de delicia. — ¡Muy bien, Tommy! ¿Por qué no lo hizo antes? ¡Otra vez!... Ahí está otro.

Hizo virar el aparato mientras gritaba, sin mirar hacia atrás, dirigiéndose hacia un segundo Fokker al que había visto descendiendo sobre algo de abajo. Probablemente el alemán había descubierto debajo alguna batería británica e iba a bombardearla. Bueno, sería la última cosa que haría en este mundo.

Sin embargo, esta vez el piloto del Fokker estaba preparado y subió a una velocidad alarmante, en el mismo momento en que John Henry bajaba sobre él haciendo fuego.

Subió más y más el Fokker, bajando luego al compás de sus ametralladoras. John Henry no había previsto aquel movimiento y fué sorprendido "durmiendo" por un segundo. Nunca le hubiera pasado tal cosa con los aparatos a que estaba acostumbrado; pero con el Bristol perdía el cincuenta por ciento de su habilidad. Puso el aparato vertical para esperar la descarga; pero aún así preveía un desastre.

Sintió un vivo escozor en el brazo izquierdo y la sección del centro, mismo encima de su cabeza, se estrelló de luces. Un lado del fuselaje se hizo trizas, el tanque de aceite resonó, brotando un chorro espeso y el vidrio de los diales voló hecho polvo.

Detrás suyo, el observador se tambaleó al alcanzarle una bala en el hombro, pegando milagrosamente en un botón y perdiéndose inofensivamente. La fuerza del golpe fué, sin embargo, paralizadora y "Tommy cayó, medio aturdido al suelo de la cabina posterior. Pero un segundo después estaba de pie y su ametralladora despidió fuego amarillo, mientras el Fokker pasaba por debajo de la cola y subía para terminar su obra.

John Henry dió una vuelta entera y la segunda descarga del Fokker no lo alcanzó; pero ahora estaba en posición superior, desde donde tenía todas las ventajas.

El joven Dent apretó los dientes y "arrastró" literalmente al Bristol con la proa en alto. Hizo fuego en el mismo segundo, esperando lo mejor; pero mientras levantaba las miras de su arma, no vió al Fokker. Oyó un tu-tu-tu mismo encima y... se agachó. Aquello era el fin.

Pero en aquel espantoso segundo oyó detonar una ametralladora que al parecer disparaba a menos de una pulgada de su oído izquierdo. Mantuvo la cabeza agachada instintivamente y le pareció que las balas le rozaban el pelo, cosa que era casi cierta. Pero el tableteo de arriba cesó.

Cuando Dent se juzgó seguro para alzar la mirada, vió al Foker que daba vuelta mismo abajo y volvía al ataque otra vez. El piloto se enjugaba la ensangrentada mejilla y una de las alas estaba hecha trizas. Aun a la distancia se advertía que estaba furioso.

—¡Dale, chico! — gritó John Henry, arriesgando darse vuelta y sonreir a su compañero para animarlo, aunque se sentía débil y el brazo le ardía como el diablo.

—Así son los muchachitos! — gritó John Henry. — Dale otra rociada. Pregúntale si no somos los mejores en esta guerra y sigue llenándolo de plomo hasta que conteste "sí". Yo te ayudaré de tiempo en tiempo.

A despecho de aquellas palabras de aliento, el observador no parecía muy feliz. Daba vuelta el arma para tomarle la puntería al Fokker que subía; pero tenía la boca abierta y, si no hubiera vestido el uniforme de Su Majestad, habría jurado Dent que estaba llorando. Tenía chorreado el imberbe rostro, sucio de barro seco; pero le apuntaba al Fokker sin vacilación.

Fué bien que lo hiciera. El Fokker volvía, resuelto a terminar con ellos.

Pasó por encima, haciendo un "loop" y bajó otra vez, disparando sus ametralladoras violentamente. Las balas silbaban y formaron alrededor del Bristol un dibujo que hizo a John Henry saltar.

Un prolijo agujero se formó de pronto en la visera del kepis del observador y algo resonó sobre el montaje de la ametralladora, mismo delante de la bien formada nariz del joven artillero, para alejarse silbando y hacer una gran desgarradura en una de las alas. Pareció dar un salto el muchacho; pero al mismo tiempo hizo girar el arma en la montura y oprimió el disparador, agachándose para ajustar las miras.

John Henry lo oyó disparar y le gritó que parara porque sabía que tendría él delante al Fokker dentro de un segundo y ya estaba escamado de balas que le rozaran el pelo, por muy bien intencionadas que fueran.

Pero o bien el observador estaba sobreexcitado o no oyó, con el ruido del motor.

Una descarga volvió a rozarle la cabeza a Dent, haciéndolo agacharse más rápidamente que antes, El Fokker, que pasaba, mostró un repentino dibujo de puntos negros alrededor de la cabina del piloto. John Henry volvió a gritar a su observador que cesara el fuego. Pero era demasiado tarde.

La ametralladora del observador había tomado posición hacia adelante y antes de que el joven Dent lanzara un segundo aviso, la hélice del Bristol voló en pedazos. La sección del centro se hundió en el mismo segundo y las alas oscilaron mareadoramente, inclinándose un par de pies a cada lado por la repentina falta de apoyo.

Afortunadamente para todos, el Fokker se inclinó y empezó a caer en vertiginosa espiral, con el piloto desplomado sobre sus instrumentos. Por aquel lado no había nada más que temer. Pero ahora debido a la torpe aunque bien intencionada puntería de "Tommy", que había hecho volar su propia hélice y desarbolado el aeroplano en general, la posición era.... bueno, delicada.

John Henry juró y puso la proa para abajo, mientras cerraba el estremecido motor. Las alas colgaban literalmente, sostenidas, más por favor de la Providencia que por otra cosa; pero si seguirían colgando era algo diferente. Y había aún que recorrer más de dos mil pies, antes de llagar a la madre tierra.

El observador se inclinó hacia adelante, haciendo una pregunta, claramente oída ahora que ya no lo impedía el ruido del motor.

—¿Qué pasa? — llegó su voz, alta y clara. — Yo... yo... he derribado el Fokker. ¡Pobre muchacho! ¿De qué tiene miedo? ¿Por qué baja? Yo creí que había dicho que

ayudaríamos a nuestros hombres haciendo.... estas cosas.

El joven Dent lanzó un sibilante suspiro y contestó con voz perfectamente dominada:

—Acabo de recordar que tengo que mandarle una postal a mi tía Elisa y quiero agarrar el correo — gritó. — Usted no tiene inconveniente ¿verdad? Quiero decir que fué muy acertado de su parte hacer volar nuestra hélice y terminar por un animoso esfuerzo para arrancar las alas y distribuirlas por toda Francia. No crea que estoy indignado... me he divertido. ¿Se ha enterado, barbilampiño, sesos de conejo?

Algo que parecía un chillido de asombro le contestó.

—Grite no más, mi lindo—prosiguió John Henry que no estaba en amable disposición, puesto que el ala derecha daba señales de querer volar por su cuenta. — Llame a un vigilante o a los bomberos, si quiere, Probablemente los necesitaremos pronto. Pero si "vivo" cuando toquemos tierra, le voy a agarrar a usted de los pantalones y darle una zurra de que se acordará toda la vida... si "vive", que espero no será así. Después le voy a acomodar tal trompada en la nariz que podrá balancear un huevo en la cara por todo el resto de su existencia... si le queda alguna. Y ahora, por todos los santos del almanaque, cuídese.

John Henry había ya, para este tiempo enderezado la máquina a menos de veinte pies del suelo, mientras la aventurera ala derecha emprendía viaje por su cuenta, después de un violento y último crugido. El grito de John Henry marcó el punto culminante de la aventura; un segundo después se levantaba en la cabina, mientras lo que quedaba del aparato bajaba rápidamente.

La llegada no fué muy serena y las actividades de John Henry y de su compañero corrieron parejas. Salieron del aparato con un movimiento vestiginoso que los hizo asemejarse a aspas humanas, de molino, y cayeron, uno encima de otro, en un profundo y afortunadamente blando agujero de metralla, que contenía bastante agua.

John Henry quedó dentro del agua: su compañero encima de él.

Después de conseguir librarse del peso que tenía sobre el hombro y volver a la superficie, John Henry descubrió que después de todo, no se había ahogado y se sentó respirando anhelantemente y escupiendo pedazos de barro. Luego, lenta pero firmemente, agarró a Tommy por el cuello del saco y lo tendió sobre sus rodillas.

—¡Ahora!.... — dijo jadeante. — ¡Ahora!...

Pero se detuvo y la mano levantada cayó inerte, mientras los ojos parecían querer saltársele de las órbitas. Abrió tamaña boca.

Porque el kepis de su compañero había caído y, libre de su protección, apareció una masa de rulos rubios. Su propietario contribuyó al asombroso cuadro estallando en histéricos sollozos.

John Henry iba a decir algo; pero no lo dijo. Se atragantó.

Tommy, sí, dijo algo entre sus lágrimas.

—¡Pedazo de bo...bo...rrico Lo... lo.. detesto.

Sólo una linda muchacha inglesa podría haber dicho semejante cosa.

John Henry Dent levantó la extraña y pequeña figura hasta que estuvo sentada en sus rodillas y sacó un pañuelo con el que procedió a limpiarle la cara del barro y de las lágrimas.

En recompensa recibió un bofetón y le fué arrebatado el pañuelo. Lanzó una exclamación y se arregló nerviosamente la corbata. Tentó precipitadamente buscando su monóculo.

—¡Qué... qué... — tratamudeó — demonios... Había sido... quiere decir... que... que... es usted una... una muchacha.

La joven uniformada se atragantó dentro del pañuelo y soltando una mano empezó a hacer cosas curiosas con su despeinado cabello.

—¡Como si no lo hubiera sabido! Es... es...túpido. Me dijo usted que tirara. Si el aeroplano se estrelló, la culpa es suya.

—¡Oh!... — exclamó John Henry rebelándose contra la eterna mujer y encontrándose — como ocurre a todos los hombres — que no tenía respuesta para tan evidente injusticia.

—Pe... pero... vea, mi querida señorita... le juro que nunca sospeché lo que era hasta ahora ¿Cómo lo iba a saber si viste usted uniforme, pantalones y todo? ¿Pero quién es usted? ¿Y qué está haciendo aquí?

Por respuesta tuvo la primera visión de su pequeña y embarrada carita, bajo los rizos. Y una vez más abrió la boca. Frente a sus asombrados ojos flotaba la visión de un retrato, en marco de plata, en la oficina de cierto general. Agarró firmemente los esbeltos hombros y volvió a mirar a la joven.

—Es... — murmuró — ¡Cielos.... es! Peggy O'Hara Dwyson, en nombre de todos los generales rezongones de la guerra ¿qué hace aquí?

Tocó ahora el turno a la señorita O'Hara Dwyson de saltar, cosa que hizo con una prontitud militar que hacía honor a su valiente padre.

—No soy — dijo casi ferozmente y añadió luego, con inconsecuencia y curiosidad verdaderamente femeninas. — ¿Y cómo diablos me conoció?

Jorn Henry se echó a reir repentinamente y sus ojos se llenaron de una extraña luz mientras miraba la sucia, pero radiantemente hermosa carita, tan próxima a la suya.

—Conocí a su viejo—le explicó.—¿Quién dice que no hay destino? Yo le aseguré a su papá que me haría presentar a usted y he aquí que...

—¿Pero cómo supo que era yo? — preguntó la joven. — Me incorporé como conductora de ambulancias, sin que él lo supiera. Estoy aquí con nombre distinto.... porque él me negó su permiso. ¿Cómo me reconoció, repito?

—Vi su retrato en la oficina del general — dijo John Henry — y me... me... este... la reconocí en seguida, no bien la vi sin barro. Pero, oiga, señorita Peggy ¿qué estaba usted haciendo cerca de aquel aparato la primera vez que la vi? No se permiten mujeres conductoras cerca de la pelea.

La muchacha se limpió bien la cara y se arregló el cabello. Había una luz traviesa en sus grandes ojos azules. Evidentemente no se le había escapado el pequeño lapsus linguae de John Henry cuando hablaba de la fotografía. También, aunque no lo hubiera confesado ni en trance de muerte, había ya decidido que John Henry era muy... muy simpático. Fuerte y audaz como un pirata. Buen mozo también... Tenía lindos ojos...

—Bueno, — dijo al fin, después de encontrar que el monóculo le quedaba bien — yo conducía mi ambulancia a un hospital de campaña de la aldea cercana y mientras esperaba que el ordenanza sacara las camillas y las cargara, fuí... fuí... a dar una vuelta. Entonces empezó el tiroteo, cayó una granada y la ambulancia voló en fragmentos. No vi entonces mucha utilidad en volver junto a los restos y seguí caminando, por si encontraba algún pobre herido a quien auxiliar.

—¿Y vió usted aterrizar el Bristol?

La joven asintió con la cabeza.

—Sí. Las cosas se habían puesto feas. Las balas y la metralla silbaban por todas partes. Me metí en un agujero parecido a éste a esperar un rato y vi bajar el aeroplano. Los hombres no salieron de él, por lo que supuse que estaban heridos. Me acerqué para hacer por ellos lo que pudiera y vi que el observador estaba... estaba...

La voz le faltó y John Henry le palmeó prontamente el hombro. Las lágrimas iban a correr otra vez y aquel valiente y lindo diablillo había ya experimentado bastantes emociones.

—Comprendo... comprendo... — dijo John Henry consolándola. — Bueno, señorita Peggy O'Hara Dwyson, permítame decirle que es usted la criatura más valiente y maravillosa que he conocido. Me la imaginé así, no bien vi su retrato. Pero... ¡en qué espantoso lío nos hemos metido! Nos hallamos bien detrás de las líneas de Fritz... y yo estoy aquí con una joven para cuidar.

La señorita Dwyson se levantó de las rodillas de John Henry y se recostó contra la pared del agujero, desviando la cara.

—Usted... usted tiene que dejarme — dijo con dramático acento — y salvarse. Por nada del mundo quiero serle una carga.

—¡Dejarla! — exclamó John Henry poniéndose en pie de un salto y acercándose a ella. — Nunca... Peggy, le juro que mientras la sangre corra por mis venas... — hizo un magnífico gesto... resbaló y cayó de espaldas en el agua. Peggy lo ayudó a salir.

—Pienso que es usted maravilloso — dijo.

John Henry se volvió a caer.

Cuando salió por tercera vez, la señorita Peggy lo sostuvo firmemente y resolvió que no era momento adecuado para hacer observaciones lisonjeras. Producían resultados alarmantes. Verdaderamente hasta que el joven Dent no llegó al borde del agujero no volvieron a hablar. Luego el joven inició la conversación con un ronco murmullo:

—Fritz andará trotando aquí y allá — dijo con voz ronca. — Pero está obscureciendo y no nos verán. Querida, señorita, tenemos que salir de aquí y encontrar mejor escondite para pasar la noche. Así podré dar un vistazo por los alrededores y averiguar qué probabilidades tenemos de llegar a las líneas y deslizarnos hasta nuestro lado, en la obscuridad. ¿Se siente con ánimo?

Parece que Peggy era animosa. Salió del agujero a su vez y siguió, gateando, a John Henry que guió hacia una cabaña, medio arruinada, que había sido parte de un emplazamiento de cañones, antes de la llegada de una poderosa granada explosiva.

El sol había descendido en el humoso horizonte y las largas sombras del crepúsculo envolvían grandes trozos del campo. Ya el período crítico de la batalla había pasado hacía rato. Los cañones seguían tronando de tiempo en tiempo y alguna granada pasaba silbando, como una cerceta retardada, en busca del nido. Pero los alrededores inmediatos estaban tranquilos.

John Henry movió la cabeza y juró entre dientes. Estaba inquieto... mortalmente inquieto porque no encontraba ninguna indicación que le mostrara en que dirección quedaban las líneas. Se veían algunas figuras vagas, moviéndose por el distrito; pero era imposible detallarlas, lo que no dejaba de ser un inconveniente. La vista de una insignia alemana le hubiera dado una ligera idea del sitio donde se hallaba. Entretanto, el riesgo de captura era considerable. ¿Y cómo diablos iba a salvar a Peggy de manos de los alemanes, si ocurría lo peor?

La joven no parecía preocupada por estos pensamientos. Se había acurrucado debajo de la derruída pared de la cabaña, a los pies de John Henry y parecía absorta arreglándose la melena, como si fuera la cosa más importante del mundo.

Lo que, como se dijo interiormente el joven Dent, no estaba mal para una muchacha que había derribado tres aeroplanos, dos alemanes y... el propio en su primer vuelo.

Evidentemente los Dwyson tenían "algo" en la sangre, pensándolo bien.

Pero había otras cosas en que pensar y John Henry se estrujaba el cerebro buscando el medio de salir de tan espantosa situación. Un poco más lejos parecía haber un camino por donde podía ver circular camiones y sabía que las líneas tenían que estar delante o detrás de ellos. ¿Iban o venían? No habían aparecido aún las estrellas, de modo que no tenía la menor cosa para guiarse. Luego vió que todos los camiones eran voluminosos, mientras uno que marchaba en dirección opuesta presentaba una masa menor. Dedujo John Henry por eso que los primeros iban cargados y se dirigían a la línea con víveres o pertrechos de guerra. Decidió que señalaban la dirección y guiarse por ellos.

—Querida señorita, — dijo — creo que ha llegado el momento de emprender una pequeña caminata. Las líneas quedan a la derecha de aquí... por lo menos supongo que

El joven oficial británico giró la ametralladora, oprimió el disparador y... la hélice de su propio aeroplano voló en pedazos.

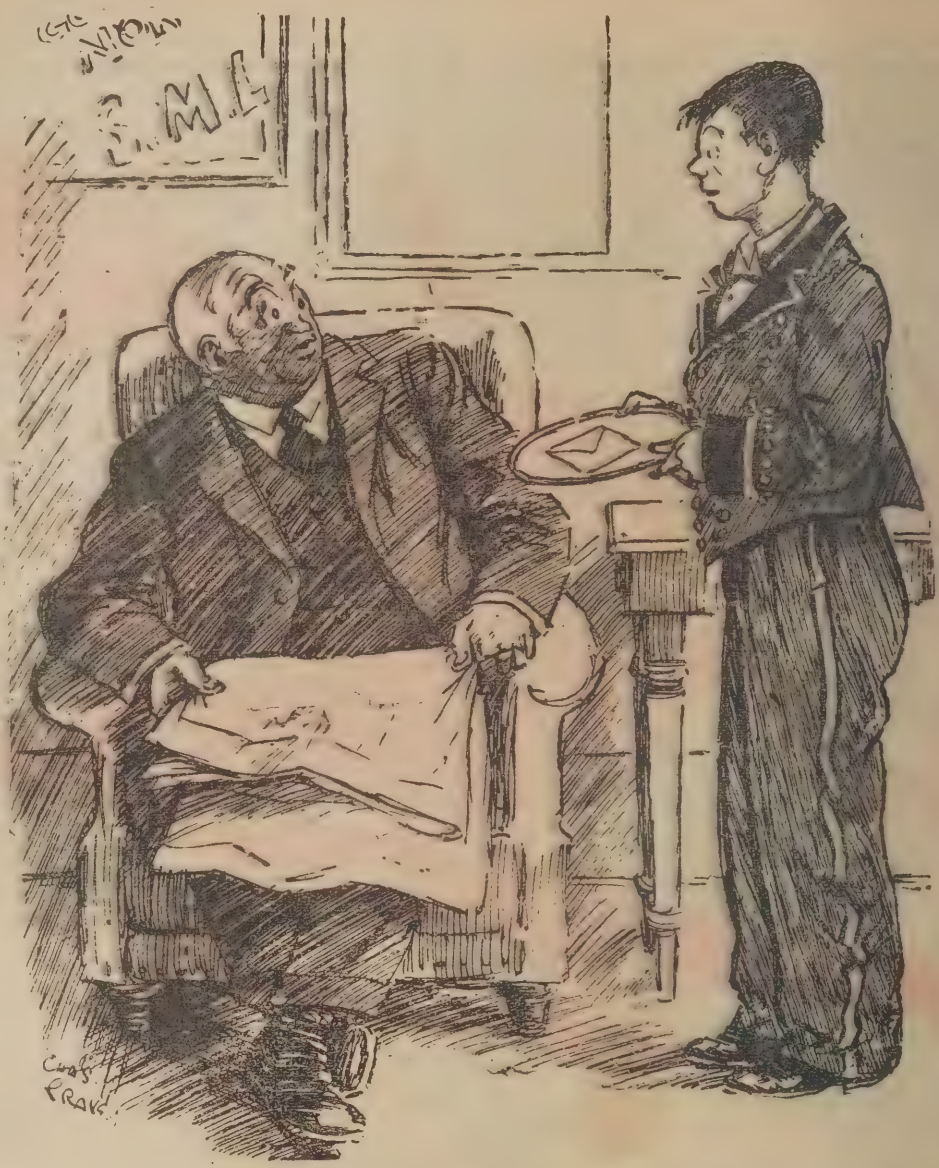
así es, y si logramos llegar hasta ellas nuestras probabilidades pueden ser buenas. Fritz no habrá tenido aun tiempo de consolidar su posición y todo estará revuelto, por lo que quizá podamos pasar. El peor peligro será que nuestros muchachos nos maten cuando empecemos a acercarnos a ellos.

—¡Bah! — dijo la señorita Dwyson levantándose. — Creo que no hay mucha diferencia en las balas, sea cual fuere su nacionalidad. Además, no me importa. Papá dice que no hay más que una bala que mata, de modo que no vale la pena preocuparse por las otras. Guie no más y yo trataré de pensar todo el tiempo en el dicho de papá.

John Henry sonrió en la obscuridad y la tomó del brazo. La sangre irlandesa de los O'Hara Dwyson aparecía con buenos efectos a veces. Aquel audaz diablillo que podía llorar ante un hombre muerto y tirar valientemente para salvar su vida un momento después, era un brillante ejemplo de ello.

En una historia verídica como ésta hay que confesar que el joven Dent estuvo a punto de besar a la joven varias veces. Iban muy próximos y el rostro de ella, en la obscuridad, parecía una flor. Pero se contuvo con un esfuerzo. Ambos lo lamentaron.

(Continuará)



El patrón al muchacho recién venido del campo. — Oye; te vas a la esquina donde hay una cosa de forma cilíndrica y echas esa carta. ¿Sabes que es lo que te digo?

El muchacho. — Sí, señor; es eso que tiene dos ruedas, una tapa y una manija para tirar.

Lea en el próximo número de PUCKY:

El taxi de la luz azul; El Espada Rojo; Aguilas del frente occidental; Cadenas del destino; El asesinato de Roger Ackroyd; Río Kid y El Buda de Oro.

CADENAS del DESTINO

Por PHYLLIPS LEWIS

(Continuación)

CUANDO al fin decidió Cyrus Hoad que ya el recuerdo de sus facciones se abría borrado en la memoria de la policía de Nueva York y era, por consiguiente, tiempo de regresar, Larry sintió profundamente la pérdida de su amigo. Era patético que la primera afección real que sentía fuera inspirada por un hombre de tal clase; pero así fue. Y, en general, había quizá hombres peores que Hoad quien, a despecho de sus faltas, hizo más que nadie por civilizarlo a Larry.

Las instrucciones que le dió Hoad al partir fué que no ofendiera a sus nuevos camaradas y que se uniera a alguna mujer. De otro modo podían los muchachos creer que pretendía pasar por más virtuoso que ellos y tomarle rabia.

Bastante sombríamente pensó Larry que tenía que buscarse una muchacha que estuviera a nivel de la banda. El solo pensamiento lo iritaba. Con todo, su lealtad por las enseñanzas de Hoad lo obligaban a seguirlas.

—Una linda rubia — le había dicho Cyrus sentado con él en el vagón del tren que se dirigía a Tilbury — siempre da tono a un hombre. Pule sus modales, cuida de él, trata de que vista bien y le consigue amigos, por medio de las otras mujeres. Pero el verdadero motivo que me hace desear que tengas mujer es porque, cuando un tipo tiene patrona propia, los otros saben que no codiciará la de ellos.

Aunque puedes ser generoso con ella, vive modestamente. Nunca hagas pensar a la gente de donde sacas el dinero, hasta que tengas bastante para retirarte ¿Me entiendes? Larry, a quien el principio le había costado mucho entenderlo a Hoad, se había acostumbrado ahora tanto a su modo de hablar y pensar que podía terminar la frase que él dejaba inconclusa.

Asintió con la cabeza. Tenía la lengua anudada al despedirse de Cyrus. Deseaba ardientemente darle las gracias por su bondad, sin comprender que, para el hombre de más edad la "educación" de Larry había sido un pasatiempo.

Las palabras, sin embargo, no acudieron a sus labios. Hoad notó, con alguna sorpresa, que la separación apenaba a Larry. Aunque él mismo era demasiado filósofo e indiferente para apegarse a nadie, un impulso bondadoso lo llevó a rodear con su brazo el hombro del muchacho y a decirle:

—Nos volveremos a ver con seguridad, viejo. Si yo no puedo abandonar los "negocios", tú harás un viaje. Te hubiera llevado

conmigo; pero es necesario que adquieras alguna fama, por tus propios medios aquí para presentarte allá con algún prestigio. Así te estimarán más.

Fíjate en los artistas, actores o músicos. Si han tenido éxito aquí, allá se van a las nubes. Y en nuestro negocio como nadie, nos gustan los tipos grandes. Si vas ahora, todos, excepto algunos buenos amigos míos, te tratarán como un extranjero, que pretende quitarles el pan de la boca. Si llegas más tarde, con gran reputación, juzgarán un honor conocerte y se desvivirán por hacerte favores.

Al principio de sus relaciones con Cyrus, Larry se había sorprendido de oirle hablar de sus "negocios" como si estos fueran legítimos. Pero tan adaptable es la mente humana, que había llegado a aceptarlo como muy natural.

Una vez Cyrus en el Atlántico, sólo le quedaba a Larry cumplir sus instrucciones, cosa que consideraba como el pago de una deuda de honor.

Fue así como Marieta Sutton entró en su vida.

Marieta era lo que Cyrus Hoad hubiera justamente llamado una "pequeña dama". Ciertamente poseía las cualidades que Cyrus le había recomendado buscar. Era linda, de un modo artificial, se vestía bien y tenía modales finos. El hallazgo de Marieta fué dolorosamente fácil. Ocurrió en un café. Una sonrisa de parte de Larry, la farsa de dejar caer un pañuelo por la de ella y ya estuvo.

Ella hubiera deseado un departamento. Pero Larry, recordando las recomendaciones de Cyrus, habló de una modesta casa de pensión. Además, no quería tener a Marieta junto a él más de lo necesario. Por consiguiente se mostró firme y encontró una casa de pensión, cómoda, pero obscura, en el distrito de Pimlico.

Hoad le había dicho a Larry algo sobre la ventaja de pasar por casado, sin el inconveniente de serlo en realidad. Pero Larry se limitó a presentar a la patrona, una tal señora Green, a Marieta como una "amiguita", dejando que la buena mujer imaginara lo que le pareciera. A la joven dama misma se presentó él como un hombre misterioso, juzgando eso más seductor que lo que ella había evidentemente esperado, es decir que la hiciera pasar por su esposa.

Larry no tenía por qué avergonzarse de Marieta entre sus nuevos amigos, por lo cual quedóle agradecido. Pero no logró despertar la joven en él la menor ternura o afecto. En sus momentos más íntimos experimentaba la sensación de que era para él una extraña. Secretamente pensaba si lo juzgaría desfavorablemente y sospechaba que era así.

Aquello producía en Larry una timidez con la que luchaba en vano, que le robaba mucho del apasionamiento que de otro modo hubiera demostrado. El refinamiento superficial de Marieta lo hacía sentirse tosco y mientras consideraba que aquellas cualidades de ella eran como una recomendación entre sus asociados, algo le hacía sospechar que la joven no era sincera y resentíase por ello.

—Trata bien a tu mujer — había sido el consejo de Hoad y Larry procuraba conducirse como su amigo hubiese deseado. Procuró que Marieta tuviera trajes más lindos que las "damas" de sus amigos, como le había enseñado Cyrus a llamar a esas informales, pero amables muchachas que formaban el mundo femenino de su "círculo". Como vivía en casa de la señora Green, ocupando la pieza mejor de la casa, Marieta no tenía que hacer ninguna tarea.

En realidad, la joven era tratada mejor que la mayoría de sus amigas. Estas tenían algunas responsabilidades y trabajos. La única tarea de Marieta era divertirse y pasar agradablemente las horas, cuando Larry estaba lejos de ella.

Pero se sentía sola y quería unirlo más a ella; si no aquella extraña sociedad se rompería a la primera prueba.

La prueba iba a presentarse más pronto de lo que Marieta esperaba, trayendo una crisis que convulsionaría la vida de ambos.

Era Marieta una joven bastante astuta para apreciar su suerte y había resuelto que, si era posible, conservaría a Larry para siempre y quizá lo induciría a casarse con ella. Con este pensamiento trató cuidadosamente a adaptarse a sus maneras, de ligarlo a ella por esas mil delicadas e intangibles hebras que van uniendo dos vidas y hacen a dos personas mutuamente indispensables.

Pero en esto estaba destinada a fracasar, porque Larry comprendía muy bien su objeto. Al mismo tiempo, no deseaba reñir con ella; convenía a su actual modo de vida. Y otra muchacha, de la misma clase y tipo haría, exactamente lo mismo, por lo que nada ganaría en el cambio. Así que escuchaba pacientemente, sin comprometerse, las veladas insinuaciones de la joven respecto a un futuro que pasarían juntos. Larry había tenido, naturalmente, cuidado de que Marieta ignorara su verdadera ocupación. Le había dado a entender que se ocupaba de carreras, además de su oficio de electricista, lo que le proporcionaba, de vez en cuando, excusas para ausentarse. Sin embargo, sus ausencias no eran frecuentes; siguiendo el sistema que le había enseñado Hoad, sólo emprendía pocos "trabajos". Estos, naturalmente, tenían que ser grandes y según la escala de Hoad, que ahora era suya, valer el riesgo.

Aquella era ciertamente una manera más inteligente de vivir que la anterior, en que corría de contínuo riesgos, por pocas ganancias.

Larry justificaba las más altas esperanzas de Hoad. Aplicaba lo que aquel caballero de industria llamaba "ciencia" a su trabajo, con resultados tan excelente que, aunque era conocido de la policía, nunca se pudo probar nada contra él. Hoad le había acon-

sejado no descuidar nunca una rama importante de la profesión: el "establecimiento de la coartada" y a esto debía Larry mucho.

Abreviando, a Larry le iba bastante bien.

Y entonces llegó a la casa de pensión Magnolia Barclay.

Su llegada fué seguida por un cambio completo en todas las ideas de Larry, una revolución en su vida, un rápido y penoso desenvolvimiento de aquella rudimentaria y descuidada porción de su ser: el alma.

Magnolia Barclay era hermosa. Pero no fué esa la cualidad que primero llamó la atención a Larry, si no su vitalidad, su dulzura, su candor.

Era hija de labradores y hasta que un accidente la privó de padre y madre, se había criado en la agradable atmósfera de la aldea Dorsethire, rodeada por vecinos que la habían visto nacer.

Para ella, naturalmente, el mundo estaba formado por vecinos y cuando de pronto se vió en la necesidad de ganarse la vida, fué a Londres sin ninguna ansiedad particular.

Había traído una carta de recomendación del clérigo de su localidad y otra de la maestra; pero pronto descubrió ¡ay! que éstas no bastaban para suplir la experiencia en el trabajo que ella quería adquirir; pero nadie estaba dispuesto a facilitarle.

Probó a colocarse de doncella personal. Su propia madre había sido doncella de la esposa del "squire", antes de su matrimonio. Pero era en un tiempo en que todo lo que se exigía a una doncella era hacer vestidos sencillos, remendar y cuidar que los "sachets" de lavanda estuvieran en cada cajón. Hoy día, ese trabajo era más complicado.

Era necesario saber dar masaje facial, hacer la ondulación marcel, atender el teléfono y poseer suficiente tacto para adivinar cuando la patrona deseaba hablar o no y a quien no quería. Magnolia, criada en la granja de Dorsethire, no había tenido oportunidad de aprender esas sutilezas y por consiguiente no estaba calificada. El ser mucama también exigía muchas reglas que ella ignoraba por completo.

Las niñeras, se enteró, debían conocer la psicología del niño, no solamente emplear sentido común y cariño con ellos.

En resúmen, hallóse conque no había sido equipada para ganarse la vida y el convencimiento fué desolador. Poco a poco, su pequeño capital iba desapareciendo y no se hallaba más cerca de encontrar trabajo que cuando llegó a Londres, con ideas tan optimistas.

Cuando se instaló en la casa de la Sra. Green, por ser algo más barata que las otras, produjo en Larry un efecto eléctrico. Olvidó su secreto miedo a la mujer, olvidó recordar — como le ocurría siempre que le presentaban a una mujer — a su madre. Olvidó a Cyrus Hoad, a quien todavía echaba mucho de menos y olvidó también que era un ladrón. Supo solamente que estaba allí la única mujer del mundo para él, la mujer que lo comprendería y para quien no se sentiría extraño, como le ocurría a pesar de todo con Marieta y con las otras que había conocido.

La señora Green, como tenía por costumbre, presentó la nueva pensionista a los demás. Marieta presintió pronto el peligro al ver que Larry miraba a la recién llegada de un modo que ella, a pesar de todos los que llamaba "sus sacrificios" nunca había conseguido. Instantáneamente odió a Magnolia. Sin embargo, todos los demás la querían con ese afecto que se otorga a los niños bien enseñados, que no parecía ella otra cosa.

Magnolia no tenía secretos, no conocía la astucia. La única cosa que ocultaba era su pena y su reciente decepción, no por reserva, si no porque no le gustaba afligir a los demás. No dudaba que sufrirían con ella. Y en verdad, no le faltaba razón. Las personas compartían sus penas y alegrías, porque ella estaba siempre dispuesta a hacer lo mismo con los demás.

A las veinticuatro horas, todos le daban consejos para buscar trabajo y a la semana se preocupaban porque no lo hubiera hallado, incluso la misma Marieta, que deseaba ardientemente alejarla de su camino.

Porque Marieta sabía con la certidumbre de toda mujer, unida a un hombre que no es su marido, que Magnolia absorbía enteramente los pensamientos de Larry. Y sabía también que no era por culpa de su rival.

Si Magnolia hubiese tratado de quitarle a Larry, hubiera ella perdonado eso, porque lo consideraba un derecho femenino. Pero era el conocimiento del inconsciente poder de Magnolia, el poder que obraba como un imán sobre los sentimientos de Larry, lo que la amargaba.

Hizo todo cuanto estaba en su poder para atraer a Larry, le demostró más afecto que antes. El no pareció advertirlo. No había tratado de verla a solas después de la llegada de Magnolia. Eso hirió su orgullo más qe cualquier otra cosa.

De seguir sus deseos, hubiese provocado una escena, usando sus lindas y manicuradas uñas para arañar el rostro de su rival, diciéndole todas las desagradables cosas que pensaba de ella, pero era astuta. Tenía que pensar en el futuro y no malograrlo, cediendo a un arrebato de su genio, por grande que fuera la tentación. Decidió esperar un tiempo, observando los acontecimientos. Si no podía conservarlo a Larry, por lo menos pediría compensaciones.

Soportó, por consiguiente, la indiferencia de Larry sin quejarse.

Por ese tiempo, él apenas si le dedicaba un pensamiento. Nunca había creido que Marieta lo quisiera y entendía muy poco de mujeres para comprender que el orgullo herido pueda morder tan ferozmente como el desamor, acaso más. Sus pensamientos, en todo caso, eran muy confusos.

Porque sabía que Magnolia era distinta de las mujeres que había conocido y que, si se casaba con ella, tendría que renunciar a sus actuales medios de obtener dinero.

Era extraño quizá que un hombre, que jamás había pensado en el matrimonio, le

hiciera ahora, que contemplara la idea de casarse con una joven a la que apenas había hablado. Pero la posibilidad de otra relación entre ellos ni siquiera se le ocurrió. Más curioso aún era que Larry, que había temido siempre la influencia de una mujer en su vida, que pensaba todavía de ellas como cuando era pequeño, meditara en dejar una profesión, que consideraba lucrativa, por una de ellas; pero era así.

Abandonar su "profesión" y depender únicamente de sus ganancias legítimas significaba una vida tan completamente distinta que Larry se tomó mucho tiempo para decidirse. En su interior se realizaba una lucha desesperada que duró unas semanas, turbando su sueño, quitándole el apetito y agriándole el carácter. Marieta, bastante perspicaz para comprender lo que pasaba en su interior, no era lo suficiente inteligente para contrarrestar la inconsciente influencia de Magnolia.

Llegó a la cosoladora conclusión, sin embargo, de que ella lo tenía bastante atado a sí. Reconocía que Magnolia no era mujer capaz de quitar voluntariamente un hombre a otra. Larry debía saberlo tan bien como ella. Por consiguiente se anticipó a darle a entender que, si quería ocultarle a Magnolia el verdadero estado de las relaciones de ambos, tendría que pagar.

Cuando Marieta llegó a esta conclusión, su mente se tranquilizó bastante. Larry nunca había dedicado mucha atención a lo que ella decía o hacía desde que Magnolia llegó a la casa; pero sabía que no simpatizaba con la joven. Fue así con cierta sorpresa que Larry la oyó decir que consideraba a Magnolia como una muchacha de altos principios, que sin duda había sido bien enseñada.

Aquella inesperada declaración despertó vagos sentimientos de ansiedad en Larry. Miró fijamente a Marieta por vez primera en muchas semanas y le preguntó:

—¿Qué quieres decir por "bien enseñada"?

Los delgados y rojos labios de Marieta se curvaron un poco.

—¡Oh!... nada de particular. Sólo que es una muchacha que no miraría a un hombre si supiera que... que... había tenido relaciones con otra. Una chica decente, Larrikins.

—¡No me llames así! — dijo él con repentina irritación.

Pero ella lo había hecho a propósito. Era un apodo afectuoso que no le daba desde hacía muchas semanas. Lo hizo ahora simplemente porque deseaba recordarle la situación que, a pesar de todo existía aún, por muy poco que él la deseara.

El fastidio de Larry complació a Marieta. Le demostró que él se daba cuenta del punto débil de su armadura, que comprendía cual sería la actitud de Magnolia si se llegaba a enterar de las relaciones de ambos.

Esta conversación confirmó a Larry que no se había equivocado al juzgar a Magnolia y provocó la crisis. Le hizo tomar la vital decisión de cambiar de vida, de llevar una existencia modesta con lo que pudiera ganar con su trabajo.

No era una decisión que pudiera ser tomada a la ligera, por alguien que había recibido semejante educación y que hasta que conoció a Magnolia no experimentó la menor influencia moral en su vida.

Se apartó, pues, Larry de la banda que antes absorbía la mayor parte de su tiempo y se dedicó, en cuerpo y alma, al trabajo de electricista. El resultado fué que, al cabo de seis semanas, obtuvo un aumento de sueldo de seis chelines por semana. Su primer impulso, cuando se lo ofrecieron, fue echarse a reir. Cuando salía con Marieta y sus amigos daba más que eso de propina al mozo. Luego recordó que ahora tenía que tomar semejantes sumas en serio. Y aceptó el aumento, dando las gracias a su patrón.

Con la característica prodigalidad de los que viven como él, gastaba todo el dinero que conseguía y al presente se hallaba escaso de fondos. No importaba. Cierta delicadeza de sentimientos, adquirida Dios sabe como o donde, le hacía desear casarse únicamente con sus ganancias legítimas.

El aumento de salario, tan pequeño en sí, produjo en él efecto importante. Le hizo comprender que podría siempre ganar lo suficiente para mantener a Magnolia, puesto que ella era tan sencilla, tan hogareña, y determinó romper con Marieta lo más pronto posible.

Había esperado que eso sería fácil, un asunto de unas cuantas libras como regalo de despedida. Impulsado por su propio deseo de vivir honradamente del trabajo, hasta pensó preguntarle si a ella no le gustaría establecer un pequeño negocio, como modista de sombreros o vendedora de cremas para la cara, algunas de esas cosas tontas en que las mujeres saben ganar dinero. Cuando se lo dijo, Marieta se echó a reir desagradablemente.

—Tú pareces ganar el dinero con mucha facilidad — le dijo — Y yo no soy mujer que se abandona así no más. Quiero mil libras las tendré o no tendrás tú a Magnolia. Asunto concluído.

—¡Debes estar loca! — dijo Larry rabioso y sorprendido — Yo no gano tanto dinero. ¡Estás loca! No soy rico.

—Has gastado mucho más que eso en un año — contestó Marieta tranquilamente — Y esta vez me lo darás en vez de gastarlo. No puedes pretender que lo ceda todo — un hombre a quien quiero, hogar, dinero, ropa, todo... — a otra mujer, por nada.

—Si le dices una palabra a Magnolia — gritó Larry salvajemente — no tendrás un céntimo.

—Y tú no tendrás a Magnolia.

—No estoy seguro.

—¿Quieres probar?

El no contestó. Marieta, con su risita chillona, continuó:

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

SIN mirar a Río Kid, el mejicano se dirigió al grupo de peones y dió orden de que se armara inmediatamente una tienda de campaña en el mejor lugar, bajo los árboles. Sus órdenes empezaron a ser cumplidas inmediatamente. El muchacho de Texas tuvo la impresión de que don Alvaro se había olvidado por completo de su presencia en el campamento.

Estaba recostado contra el tronco de un árbol, mientras su caballo bebía agua en el arroyo, y pensaba Río en lo que acababa de oír. Indiscutiblemente, la joven era una prisionera. Miró hacia la litera y notó que una de las cortinillas se levantaba un poco. Por la posición en que se hallaba no dudó de que era a él a quien observaban, extrañadas, de encontrar a un gringo entre los mejicanos.

La joven era indiscutiblemente americana y por su manera de expresarse y por su pronunciación, Río Kid, dedujo que debía ser de su misma región.

¿Trataría de libertarla? El no estaba vigilado y podía moverse de un lado a otro, sin impedimento alguno... Pero ¿cómo iba a poder burlar a tantos hombres que por las condiciones en que viajaban estaban continuamente alerta? Río Kid sufría al pensar que cerca de él había una mujer retenida contra su voluntad, y no trataba de salvarla.

La tienda de campaña fué levantada al fin, y el suelo subierto con alfombras y dispuesto con todo el confort posible en un lugar como aquel. Luego el carro fué llevado frente a la puerta de la tienda y colocado en forma que la joven pudo descender de él y pasar a su nuevo confinamiento sin que los peones la vieran la cara. La joven mestiza le ayudó a descender. Don Alvaro se mantenía a la distancia.

Habían hecho una gran hoguera en el centrodel campamento y en ella preparaban la comida de la noche. La doncella llevó algunos alimentos al interior de la tienda.

—¿Quiere usted acompañarme? — exclamó don Alvaro dirigiéndose a Río Kid y arrancándole así a sus profundos pensamientos.

—¡Con mucho gusto! — dijo el muchacho.

Se sentó en uno de los troncos de árbol que habían sido colocados en torno del fuego y se dispuso a comer, sin dejar por ello, de pensar en lo que ocurría y lo que él podía hacer por evitarlo.

LA DUDA

¡Una noche en el desierto!

La gran hoguera que había sido encendida con los pedazos de los árboles que los mejicanos habían derribado con sus machetes, ardía en todo su esplendor. El día había sido extremadamente caluroso, pero la noche era fría. Alrededor del fuego y envueltos en sus mantas, dormían los peones. Pero Río Kid notó que habían sido colocados guardianes.

Tres hombres habían sido apostados en diversos puntos para que vigilasen la posible llegada de los elementos de Pajito, que pudieran intentar un rescate, o el ataque de cualquiera otro enemigo. De entre las sombras que cubrían la llanura se oían los aullidos de los hambrientos coyotes.

Todo estaba envuelto en una densa obscuridad con excepción del espacio que iluminaba el resplandor de las llamas.

En torno a Río Kid, dormían muchos de

los peones, pero el muchacho, aunque envuelto en su manta y tendido cerca del fuego, permanecía despierto y pensando. No veía a don Alvaro, pero no dudaba que también estaría alerta.

El muchacho de Frío no se sentía tranquilo. Pensó en ensillar su caballo y marcharse sólo al romper el alba... pero no se resolvía a dejar a una mujer prisionera, sin tratar de ayudarla en alguna forma.

La voz de la joven y su manera de hablar le habían demostrado que pertenecía a su propio país. Era una muchacha texana la que estaba en la tienda de campaña, y prisionera de los mejicanos. Pensaba, no podía conciliar el sueño... pero al fin el cansancio lo rindió.

Despertó, cuando era ya de día y muchos de los peones estaban preparando los efectos para levantar el campamento. Don Alvaro también se hallaba sentado a cierta distancia en el tronco de un árbol, observando la llanura en la dirección que habían seguido hasta llegar allí.

Ramón el capataz, lo llamó cuando el desayuno estuvo listo y la mestiza, que se llamaba Concepción, llevó a la tienda lo necesario para desayunarse. Algunos de los hombres dirigieron a la tienda miradas llenas de curiosidad, pero una mirada de don Alvaro, bastó para que todos volvieran la vista hacia otros lados.

Río Kid, consideraba que aquel debía ser un asunto de amor... pero aún así era uno de los casos más extraños en que se había visto envuelto.

Inmediatamente después de haber terminado el desayuno, se levantó el campamento. Don Alvaro tenía el mayor interés en poner muchas millas de distancias entre sus perseguidores y él.

La litera volvió a ser ocupada por las dos jóvenes, ama y sirvienta, las mulas fueron cargadas, los caballos ensillados y todo pronto para dar la señal de marcha.

Entonces don Alvaro se acercó a Río Kid y le dijo.

—¡Nos vamos, señor!

—¿Siguen la marcha por el desierto?

—Sí, señor.

—Como creo que ese es un camino libre, podré seguir la misma dirección.

El rostro de Alvaro se puso serio.

Hubo una pausa.

—Señor, — dijo. — Yo estaría muy satisfecho de su compañía al seguir las rutas del desierto. Es usted un hombre valiente y no ignoro que son muchos los peligros a que nos exponemos... Pero...

—¿Pero?... — repitió interrogativamente Río Kid.

—¿Me acompañará usted como amigo?— preguntó el mejicano con tranquilidad. — Sé que ha visto usted a la señorita, pero ignoro lo que piensa usted, lo que supone... y yo no puedo decirle nada. Mis labios están sellados. Si me acompaña usted como amigo, sea bienvenido ¡si trata de hacerlo como enemigo, será preferible que nos separemos. Si no está conforme con esta resolución nuestras armas pueden decidir la cuestión.

Río Kid sacudió la cabeza.

—Jamás levantaré uno de mis revólvers contra usted amigo. Le confieso que no comprendo su juego pero le considero un hombre de honor. Hay una mujer en ese carro, que cree hallarse en manos de un enemigo. Ignoro si tiene razón. Pero pienso también que si cayera entre una banda de yaquis o apaches, los indios no serían con ella tan corteses como usted... y en ese caso mis revólvers pueden ser útiles para ella y para usted. Seguiré pues el mismo camino y si llega la ocasión de pelear pelearemos todos.

El mejicano sonrió.

—¡Si viene como amigo, venga!

Río Kid pensó.

—Voy a ir, — dijo lentamente. — Pero si viera algo que no está bien hecho intervendré, no sin darle antes la señal de aviso. En esas condiciones puede contar conmigo como con un amigo.

—¡Estoy satisfecho con eso, señor!...

El magnífico caballo negro se puso en marcha y su jinete dió la señal de partida. Río Kid, marchó detrás de don Alvaro, Las mulas de la litera arrancaron y el grupo reanudó su camino.

EL APACHE

—¡Indios! — exclamó Río Kid.

Amanecía en el desierto mejicano.

El campamento había sido tendido a orillas de un arroyo que iba a desembocar a un río.

Alrededor del campamento, hasta donde alcanzaba la vista sólo se distinguía la soledad del desierto de Sonora. Enormes llanuras salpicadas con pequeñas matas y cactus que señalaban la presencia de manantiales y pequeños cursos de agua, era lo único que rompía aquella monotonía. También, de trecho en trecho, se encontraban enormes barrancos.

Río Kid no hubiera podido decir con exactitud en qué lugar se hallaba, únicamente pensaba que estaba en el enorme desierto, sin saber si era en el centro o en las inmediaciones de su fin.

Desde hacía tres días caminaba en unión de los que formaban el grupo encabezado por don Alvaro Alvarado. El muchacho, ignoraba cuáles eran los propósitos de éste, ni a dónde iban. Pero suponía que al pronto no tenía otra intención que poner entre él y los que le perseguían, la barrera del desierto.

El grupo caminaba durante los calurosos días y acampaba al llegar la noche, durante la cual se hacía sentir un frío que contrastaba con el calor que se notaba mientras brillaba el sol. Se hallaban lejos de las fronteras de la civilización, en pleno desierto. No era fácil que el alcalde de Pajito, si había pensado en seguir a los fugitivos, hubiera continuado su marcha.

Piedras planas y suelo arenoso y duro, eran mal terreno para seguir huella alguna. Pero si se alejaban del peligro de esa persecución, marchaban directamente hacia otros, acaso más terribles, y Río Kid conocedor de eso tenía los ojos bien abiertos.

Cuando las primeras luces de la aurora empezaban a iluminar la llanura y mientras

los peones disponían todo para reiniciar la marcha. Río Kid observaba con atención las llanuras y se había fijado en un lugar distante en el que se destacaba en la árida superficie un grupo de cáctus.

Y no era precisamente los cáctus lo que había llamado su atención. Algo más extraño se notaba allí.

—¿Qué está usted mirando tan atentamente, señor?

El que hablaba era don Alvaro que se había acercado a él desde el campamento.

Río Kid señaló en la dirección que atraía sus miradas y exclamó:

Don Alvaro observó durante un momento y respondió:

—¡Pieles rojas!

En efecto. A la distancia y medio oculto por los cáctus se alcanzaba a ver un ginete que observaba el campamento de los mejicanos, a la distancia. El color de su piel, su cuerpo semidesnudo, cubierto apenas con una manta de colores chillones, y las plumas que adornaban su negra cabellera decía a voces que se trataba de un piel roja.

—Pero no se ve más que uno, — agregó don Alvaro.

—No se fíe de eso, — respondió Río Kid. — Cuando usted ve uno, puede suponer que el desierto está lleno de ellos, como un perro de pulgas. — Ese es solo un espía lanzado de descubierta y por lo visto nos ha encontrado. Posiblemente ya habrá pasado aviso de su hallazgo.

—Se tratará de un grupo de ladrones del desierto que no creo puedan alarmarnos mucho, — dijo el mejicano encogiéndose de hombros.

—No diré que sea ahora como en los antiguos tiempos, cuando estando en el "sendero de la guerra" llegaban hasta las puertas de Arispe, — dijo Río Kid. — Pero opino que pueden darnos todos los disgustos que usted supone... y algunos más. Lo que llevamos aquí, constituye una gran fortuna para esta gente. Los caballos solo nos atraerían todos los ladrones que andan por el desierto si conocieran nuestra presencia en él. Nos hallamos a un centenar de millas de todo lugar civilizado y opino que si nuestras armas no consiguen salvarnos, antes de que se ponga ese sol que está apareciendo, nuestras cabelleras adornarán los cinturones de esos diablos rojos.

El distante ginete se había apartado del grupo de cáctus y había avanzado algo más para observar con mayor facilidad el campamento. El hecho de que pudieran verlo los rostros pálidos no le preocupaba ahora mayormente. Permanecía quieto en su pony mientras sus ojos de águila no perdían detalle.

—Ese coyote piensa en nuestros caballos y armas... sin olvidar nuestro cuero cabelludo... por que no pienso que lo que busque es a la señorita, — dijo Río Kid, quien después de calcular la distancia que los separaba agregó. — Se trata de un disparo un poco largo, pero acaso valga la pena intentarlo...

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

Ramón, el capataz se acercó a ellos y dijo:

—Ese es Cascabel, el apache. Le conozco por que ya lo he visto otra vez.

—¿Es un jefe indio? — preguntó Río Kid.

—Sí, señor. Es jefe de una tribu de desalmados apaches, que viven en el desierto y que jamás han querido someterse al gobierno mejicano.

Río Kid hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces es muy posible que los demás huyan si ven que su jefe ha desaparecido, — exclamó. — ¿Quiere traerme mi rifle mientras yo continúo vigilando al indio?

Ramón regresó al campamento.

El apache, a la distancia, permaneció inmóvil como si fuera una estatua.

Vigilaba el campamento, sin moverse al darse cuenta de que los dos hombres blancos lo vigilaban a él. Sabía que se hallaba fuera del alcance de un rifle y podía partir al galope hacia el lugar donde se hallaba su tribu en cuanto notara un movimiento sospechoso en el campamento mejicano.

Río Kid dirigió una mirada hacia la litera. Concepción llevaba el desayuno a la joven que permanecía en ella.

Desde el primer día, Río Kid no había vuelto a ver a la joven, a quien de tan extraña manera acompañaba en el desierto. Pero su pensamiento había sido dedicado a ella en más de una ocasión.

—¿La señorita texana no está en peligro, amigo — preguntó don Alvaro al notar la dirección de la mirada del muchacho. — Todos los que estamos aquí la defenderemos hasta morir, — agregó el mejicano.

—¡Quien sabe! — respondió Río Kid. — Creo que ha sido una verdadera locura traerla al desierto.

Don Alvaro no dijo nada.

Todo el campamento sabía ya que habían aparecido los indios, y los peones preparaban sus armas.

Ramón regresó con el rifle de Río Kid.

El muchacho lo revisó tranquilamente, luego puso una rodilla en tierra y apuntó con toda calma y cuidado, a su apartado blanco.

Cascabel, lo vió pero no se movió de donde estaba. Impasible como una figura de bronde permaneció quieto con su caballo, esperando el desarrollo de los acontecimientos.

—¡Está muy lejos, señor! — dijo don Alvaro.

—Seguramente, — respondió Río Kid. — No tengo gran confianza en meterle una bala en el cuerpo, pero seguramente que no ha de ir a buscar a su gente como yo pueda impedírselo.

Río Kid, permanecía quieto tomando tranquilamente la puntería, mientras los mejicanos no apartaban los ojos de él. ¡El indio continuaba impasible!

¡Crack!

La detonación del rifle despertó centenares de ecos en el desierto.

—¡Nombre de Dios! — exclamó don Alvaro. — ¡Lo ha tocado!

En efecto, el piel roja había vacilado en su silla.

Por un momento pudo creerse que Cascabel iba e caer al suelo. Evidentemente el disparo lo había alcanzado, a pesar de la distancia. Se llevó una mano al hombro y luego blandió un tomahawk y amenazó a los del grupo, después se alejó a galope y a poco desaparecía entre una nube de polvo.

Río Kid se puso de pie y se encogió de hombros.

—Es necesario estar prevenido ahora. — dijo, y se encaminó hacia el campamento.

UN MAL MOMENTO PARA RIO KID

El látigo del encargado de conducir las mulas del carro sonó repetidas veces y sus chasquitos parecían disparos de revólver. Las patas de los animales levantaron nubes de polvo. El grupo de viajeros reanudaba la marcha.

El campamento había sido levantado y don Alvaro había dispuesto que se reanudara el viaje. El vehículo convertido en silla de viaje de la joven norteamericana marchaba en el centro del grupo formado por los peones, tras él, seguían las mulas de carga.

Ramón, el guía llevaba a los viajeros por un camino muy rocoso y duro que apenas dejaba señal de su paso, más de una mirada se dirigió con desconfianza hacia atrás para ver si en la llanura se notaban señales de peligro.

Todos estaban convencidos de que Cascabel, el jefe apache había partido para prevenir a los hombres de su tribu. y Río Kid estaba convencido de que no sería posible eludir el ataque de los feroces pieles rojas.

Solo había una esperanza para que ello no se produjera. Que Cascabel hubiera caído de su caballo antes de que llegara a su campamento. Pero aquello era algo problemático.

El semblante de Río Kid manifestaba su preocupación.

Una lucha desesperada con los indios, no era cosa nueva para él. Pero pensaba en la joven que iba con el grupo. Acercó su caballo al de don Alvaro, quien trataba de acelerar la marcha todo lo posible.

—¿Hacia dónde vamos, amigo? — preguntó bruscamente.

—Ramón es el que nos guía. — respondió el joven mejicano.

—¿No piensa salir del desierto?

—No.

—Entonces no hay probabilidad alguna de librarnos de los apaches.

No creo que nos dejen marchar sin atacarnos...

—En ese caso, lucharemos, — respondió don Alvaro, sonriendo. — Y esa es una de las razones para que yo esté contento de tenerlo entre nosotros. Un caballero como usted será de gran utilidad cuando la lucha empiece.

—Creo que los pieles rojas oirán como hablan nuestras armas, — dijo el muchacho. — Pero es necesario que pensemos en el peligro que puede ofrecer eso para la dama que va en la litera.

—Nada podemos hacer ahora. Si acaso nos atacan los indios, nos defenderemos, pero antes la defenderemos a ella.

Río Kid permaneció en silencio. No tenía duda de que aquello era la verdad.

—Acaso, el peligro no sea tan inminente, señor. Posiblemente Cascabel me ha encontrado por casualidad y su gente se hallará lejos. Además, por el sitio por donde vamos, apenas les queda rastro que seguir.

Río Kid sacudió la cabeza.

—¡Los indios son capaces de encontrar el rastro de una mosca, cuando al final de él hay un buen número de cabelleras que cortar! ¿No hay por aquí un lugar donde pudiéramos atrincherarnos para rechazar el ataque?

—Ramón conoce un sitio.

—¿Y vamos ahora hacia allí

—Sí, señor.

Río Kid no pronunció ninguna palabra más. Era aquello todo lo que se podía hacer desde que se hallaban en pleno desierto a muchas millas de la civilización.

Durante largas horas de calor el grupo continuó la marcha. Milla tras milla de llanura salpicada por grupo de cáctus fué desapareciendo bajo las patas de los caballos y mulas.

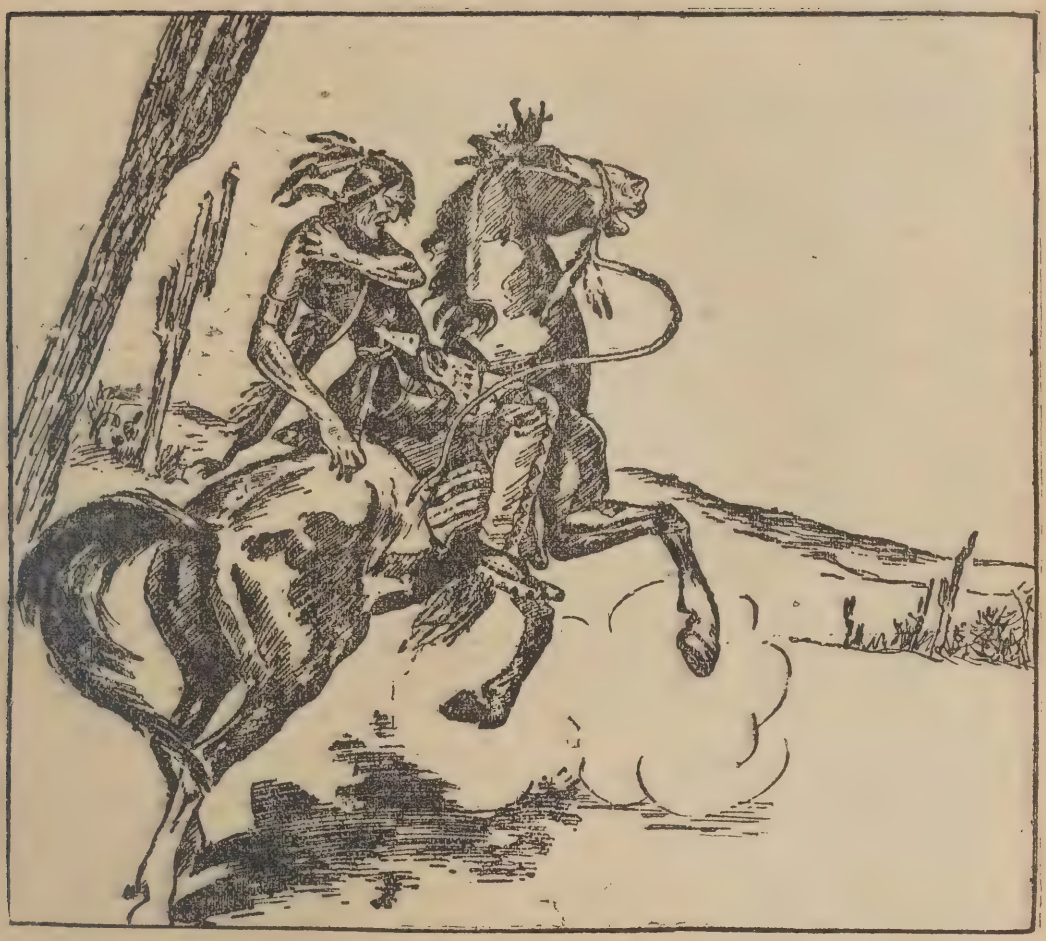
Llegó la tarde. A lo lejos en el centro de aquella árida extensión se levantaba una singular construcción, una especie de pirámide, que era al parecer el objetivo que llevaban los viajeros. Río Kid no necesitó preguntar lo que era. Había visto uno de aquellos monumentos aztecas en el desierto Gila, de Arizona. Al verlo, hizo un gesto de aprobación. Si había que luchar contra los pieles rojas, aquél era un admirable lugar para resistir un asedio.

A la vista del sitio de destino fué apresurada la marcha y en las primeras horas de la tarde el grupo llegó al monumento. Era éste una pirámide de forma circular levantada con piedras y tierra y con unas escaleras de elevados escalones que conducían hasta la altura.

Gran parte del monumento había sufrido la acción del tiempo y los efectos de los fuertes vientos del desierto, pero las terrazas se hallaban casi intactas.

Río Kid contempló con ojos llenos de curiosidad aquel monumento que recordaba el lejano pasado. Acaso marcara en su miste-

PUCKY



Evidentemente el disparo lo había alcanzado a pesar de la distancia.

¿losa marcha desde el Norte antes de llegar a los fértiles valles de Méjico. Si habían existido viviendas en aquel punto había desaparecido todo vestigio de ellas; únicamente quedaba la pirámide, de tierra y piedra, ante la cual habría sacrificado a tantas víctimas el cuchillo del sacerdote.

Los viajeros se detuvieron allí. A pesar del calor que hacía, no se perdió ni un minuto. Las mulas fueron descargadas y los bultos que conducían llevados hasta la altura por la escalera casi destruída. Hasta los mismos animales fueron obligados a trepar por allí.

El vehículo, ya sin mulas, quedó en la llanura. Don Alvaro se acercó a él y llamó a la joven que permanecía en el interior.

Río Kid observaba todo con curiosidad.

—¡Señorita! — exclamó con dulzura don Alvaro. — ¿Tiene la bondad de salir de ahí? Vamos a acampar aquí.

Las cortinas se levantaron y la joven ocultó el rostro por la mantilla y apareció.

—¿No puedo permanecer aquí? — preguntó.

—Señorita. Lo lamento mucho, pero es necesario subir hasta lo alto. Allí instalarán su tienda.

Los ojos de la muchacha, observaron con curiosidad la pirámide.

—¿Qué es eso? — preguntó olvidando por un momento que hablaba con el hombre que la retenía prisionera.

—Un monumento de los aztecas, — dijo don Alvaro. — En lengua azteca se llama un "teocalli".

—¿Y nos vamos a refugiar allí?

—Vamos a acampar, — respondió evasivamente el mejicano.

Los labios de la muchacha hicieron un gesto de duda.

—¡He oído que sus hombres hablaban de que éramos perseguidos por los pieles rojas!

—Es posible que sea así, señorita, — manifestó don Alvaro. — Pero si llegara a producirse tal cosa los rechazaremos. No tenga usted miedo, señorita.

—Yo no tengo miedo. Pero usted será el responsable si me ocurre alguna cosa por haberme traído al desierto, señor Alvarado.

—Ningún peligro correrá usted mientras

quede un solo hombre blanco para defenderla, señorita.

—Ya sé que es usted un valiente, aún cuando sea un canalla, don Alvaro, — dijo con amargura la muchacha. — Cuando yo lo ví en casa de mi tutor en Pajito, lo creía a usted un caballero, pero los hechos me han convencido de lo contrario. ¿Por qué me ha sacado usted de casa de mi tutor Manderson? ¿Acaso ha sido con la idea de conseguir un buen rescate, ya que él es muy rico?

Río Kid notó que aquellas palabras habían causado a don Alvaro el efecto de un latigazo en pleno rostro.

—¡Ira de Dios! — rugió. — ¿Me cree usted capaz de semejante cosa? — exclamó con voz temblorosa.

—¡Entonces!... ¿Cuál ha sido el motivo, si no era ese

—No me es posible manifestarlo, señorita. ¿Tiene la bondad de descender y aceptar mi ayuda para subir a lo alto del "teocalli".

—Estoy a las órdenes de mi carcelero, — dijo la joven. — Pero no necesito la ayuda de ningún pícaro.

Y rápidamente saltó de la litera.

Dejando a don Alvaro indeciso y con el rostro pálido como el de un muerto, la muchacha subió el primero de los escalones que conducían a la cima del monumento. Entonces se volvió hacia Río Kid, quien enrojeciendo se sacó con toda cortesía el sombrero. No había cambiado una sola palabra con ella, pero sabía que lo había visto marchar con los que formaban el grupo.

—¡Usted es también uno de esos pícaros! — dijo con voz tranquila. — Usted es de Texas, lo he oído hablar... No dudo que es de allí...

—Río Carfax, de Texas, señorita, — balbuceó Río Kid.

—¿Y usted, un texano en connivencia con estos mejicanos, que me tienen prisionera para pedir un rescate por mí?

El semblante de Río Kid estaba de un color escarlata.

Don Alvaro dió un paso para intervenir, pero se contuvo.

—Señorita, — empezó a decir Río Kid. — ¡Yo creo que!...

—¡Un vaquero de Texas unido a los secuestradores! — repitió con desprecio la joven.

—Creo que está usted equivocada, señorita. Yo voy con ellos, únicamente por que todos seguimos el mismo camino y debemos protegernos contra los peligros que nos amenazan a todos por igual. Además, ese señor don Alvaro, es una persona honorable, un caballero, y no ha de dar motivo para que se levante un revólver contra él.

—¡Un caballero! ¡Es un secuestrador!

Don Alvaro oía la conversación en silencio.

—Oígame bien, — continuó la joven apresuradamente como si temiera que don Alvaro fuera a intervenir, aún cuando él no hizo ademán alguno que pudiera hacerlo suponer así. — Yo soy Juana Valence. Mi cuidador, Joe Menderson, vive en Pajito y usted debe haber oído hablar de él si conoce estos lugares. Es propietario de yacimientos de petróleo y sumamente rico. Llévele la noticia del lugar en que me encuentro y él le dará un valioso premio.

El rostro de Río Kid estaba de color escarlata, pero al oír aquello se puso más colorado aún.

—Llévele la noticia a él o al alcalde que es muy amigo suyo, — continuó Juana. — Si usted no quiere, o no puede salvarme, avise a mis amigos y déles una oportunidad para que me arranquen del poder de estos hombres.

Y sin esperar una respuesta la joven reanudó su marcha hacia la altura.

Río Kid se volvió hacia don Alvaro. El mejicano avanzó algunos pasos y se detuvo frente a él en silencio.

Río Kid respiró con fuerza.

—Me parece que ha oído usted lo que ha dicho la señorita, — exclamó el muchacho tranquilamente.

—Sí, señor.

—Tiene razón en lo que ha manifestado. Cuando usted me salvó de las garras de la pantera no me dijo nada de todo eso. Es una muchacha de mi propio país y no puedo resignarme a verla prisionera. Es necesario que volvamos hacia atrás, hasta Pajito y la devuelva a los que la buscan o...

—¡Nunca! ¡Jamás!

—Pues uno de los dos tiene que morir, — agregó Río Kid. — Es necesario que devuelva usted al lugar de donde la ha traído a esa joven de Texas...

—Usted me ha dado su aviso, señor, como prometió cuando le pregunté si era mi amigo o mi enemigo, — dijo don Alvaro con toda seriedad. — Estamos de acuerdo, en lo sucesivo seremos enemigos.

—Así es. A menos que lleve usted a la joven a Pajito.

—Me es imposible hacer así.

—En ese caso, es preferible que empiece a hablar el revólver, — agregó Río Kid. — Usted me ha salvado la vida al matar a la pantera, pero le considero un caballero y no pensará en que al declararme ahora su adversario procedo como un ingrato ya que hay poderosas razones para ello. ¡Usted o yo!

Los ojos del mejicano relampaguearon.

—Sentiré mucho tenerle que matar, señor. Pero ya que no me deja usted otra forma de resolver el asunto...

En aquel momento se oyó un grito lanzado por Ramón desde lo alto del "teocalli".

—¡Los indios!

LA LUCHA EN EL "TEOCALLI"

—¡Los indios!

El grito fué repetido por todos los mejicanos.

Los pieles rojas se hallaban ya a la vista. A cierta distancia, envueltos en una nube de polvo y con la punta de las lanzas despidiendo destellos al ser heridas por los

—¿Es también usted uno de estos pícaros? — preguntó la muchacha dirigiéndose a Río Kid.

rayos del sol, había aparecido un grupo de ginetes.

Iban siguiendo el rastro de los mejicanos y se acercaban al monumento en que éstos se habían refugiado. A pesar de ser casi invisibles las huellas, habían servido a Cascabel para dirigir a sus hombres.

Río Kid se quedó mirándolo. El mejicano fué el primero en hablar.

—Señor, dos indios llegan. ¿Podemos retrasar nuestra lucha hasta después? Son necesarias todas las armas y todos los hombres para salvar a doña Juana de los apaches, y si yo lo mato a usted, o usted me mata a mí, eso no hará más que aumentar el peligro que usted parece interesado en alejar.

Río Kid se quedó mirándolo. No podía permanecer mudo al pedido de doña Juana, y aunque estaba resuelto a matar al hombre que le había salvado la vida, comprendía que don Alvaro tenía razón. En aquellas circunstancias se necesitaban armas y hombres para defenderla.

Hizo un ademán de asentimiento.

—Creo que tiene usted razón, compañero! Debemos rechazar a los indios. Cuando ellos se hayan ido podremos arreglar nuestros asuntos. Ahora debemos marchar juntos.

—¡De acuerdo!

No había tiempo que perder. Los indios se hallaban a la distancia, pero se acercaban rápidamente, pues sus ponies salvajes caminaban con mayor rapidez que cualquiera de los caballos que llevaban los mejicanos. La litera fué también izada por la escalera del monumento y tras ella se alzó el equipaje.

La cúspide del monumento era lo suficiente amplia para acampar en ella y en el centro, donde en un tiempo había estado la piedra de los sacrificios, se levantó la tienda para que se refugiara en ella doña Juana Valence. Allí podía estar, por su posición a salvo de las balas, que no había duda habían de ser disparadas en abundancia.

Río Kid dirigió una mirada para ver las medidas de defensa que habían tomado los mejicanos y se manifestó satisfecho. No era una posición muy fácil de atacar. Los costados de la pirámide, cortados en terrazas parecían gigantescos escalones, vistos a la distancia, pero cada uno tenía una altura

de doce pies por lo menos, altura difícil de vencer, aún para el más ágil piel roja. Los hombres desde la altura podían contener un avance por allí.

La escalera que llevaba, con relativa facilidad hasta la altura, se hallaba a un costado y tenía unos tres pies de anchura.

Los que avanzaban podían ser hasta cincuenta indios y entre ellos iba el jefe que había sido herido por la bala de Río Kid. Al pronto todos avanzaron en un grupo, pero cuando llegaron a las cercanías del monumento se dividieron en dos partes y comenzaron a marchar en círculo alrededor de la pirámide, blandiendo sus mázas y lanzando terribles grito.

Los mejicanos empezaron a disparar las armas, pero las balas no lograban hacer blanco, debido a la rapidez de los movimientos de los apaches que no cesaban de girar en torno a la pirámide. Río Kid, conocedor del género de lucha, no gastó balas inútilmente, observaba y sonreía en silencio.

Poco a poco los pieles rojas iban estrechando más y más el círculo en torno al "teocalli", pero realizaban sus movimientos con rapidez tal que era inútil disparar las armas contra ellos. Cada descarga de los blancos era recibida con gritos de alegría al ver que fracasaba en su intento, y esos gritos llegaban hasta los sitiados causándoles temor.

El ataque podía iniciarse en cualquier momento, pues los indio iban poniéndose en un alarmante estado de excitación e ira.

Río Kid lanzó una mirada de cuidado a sus revólvers de seis tiros, que iba a necesitar dentro de poco, como tal vez no los hubiera necesitado antes. Alvaro Alvarado se había provisto de un rifle, que también examinaba fría y serenamente. Pero Río Kid notó que en más de una ocasión su mirada iba hasta la tienda en que se hallaba la joven.

Acaso entonces lamentaría haberla llevado hasta allí.

—¡Cuidado con los indios! — gritó Río Kid. — ¡Ya se acercan!

A una leve señal de Cascabel, los pieles rojas habían dejado de correr en círculos, ahora se dirigían hacia el monumento con intención de asaltarlo por todas partes. Al acercarse a la base del 'teocalli", saltaron de sus ponies e iniciaron la subida blandiendo sus tomahawks y sus lanzas, mientras algunos trataban de iniciar su ascenso desde lo alto de sus cabalgaduras.

—¡Fuego! — gritó Río Kid.

Sus dos revólvers ya habían entrado en funciones. Todas las armas de que disponían los mejicanos descargaban sus balas incesantemente. La escalera, en la que se había concentrado un nutrido tiroteo se mantenía libre de enemigos.

Los salvajes caían unos sobre otros lanzando feroces aullidos. Como fieras hambrientas de sangre, trataban de llegar hasta sus adversarios. Pero el fuego de éstos los mantenía a raya y ni uno solo pudo llegar hasta arriba.

De pronto Río Kid notó algo que lo alarmó. Mientras el ataque principal se realizaba por uno de los frentes, por el lado opuesto cuatro o cinco indios habían logrado trepar desde sus caballos hasta la primera terraza y amparados por los mismos efectos dejados en ella por los mejicanos, y poniéndose entre las piedras que había allí amontonados, consiguieron seguir su ascenso y así llegar hasta la cima. Don Alvaro que los vió también, dió la voz de alarma y avanzó armado de su rifle seguido de algunos hombres que blandían machetes.

Se produjo entonces un furioso combate cuerpo a cuerpo en la esplanada que coronaba el monumento y entretanto por la escalera se efectuaba una nueva tentativo dirigida por Cascabel.

¡Todo fué entonces confusión, pavor!

Pero Río Kid no había perdido la serenidad y se mantenía firme. Acudió primeramente la lado de la escalera y sus revólvers fueron derribando pieles rojas a medida que trataban de avanzar. No pudo evitar, sin embargo que llegaran a lo alto dos o tres acompañando a Cascabel.

Como sus revólvers habían quedado descargados por completo, tomó su rifle y continuó su tarea de tumbar pieles rojas. Ni un tiro le fallaba. Los blancos habían conseguido al fin dominar la situación y de todos los pieles rojas que habían conseguido llegar a la cima del "teocalli" sólo quedaba con vida, Cascabel, quien combatía desesperadamente con don Alvaro.

Nuevamente se produjo un ataque de los indios por el lado de la escalera y aquello requirió la presencia de los mejicanos en el punto de peligro. Río Kid dirigió una mirada hacia el lado donde se hallaba don Alvaro y vió que éste había caído bajo el jefe indio que blandía un cuchillo, cuya punta estaba muy cerca de la garganta del joven mejicano.

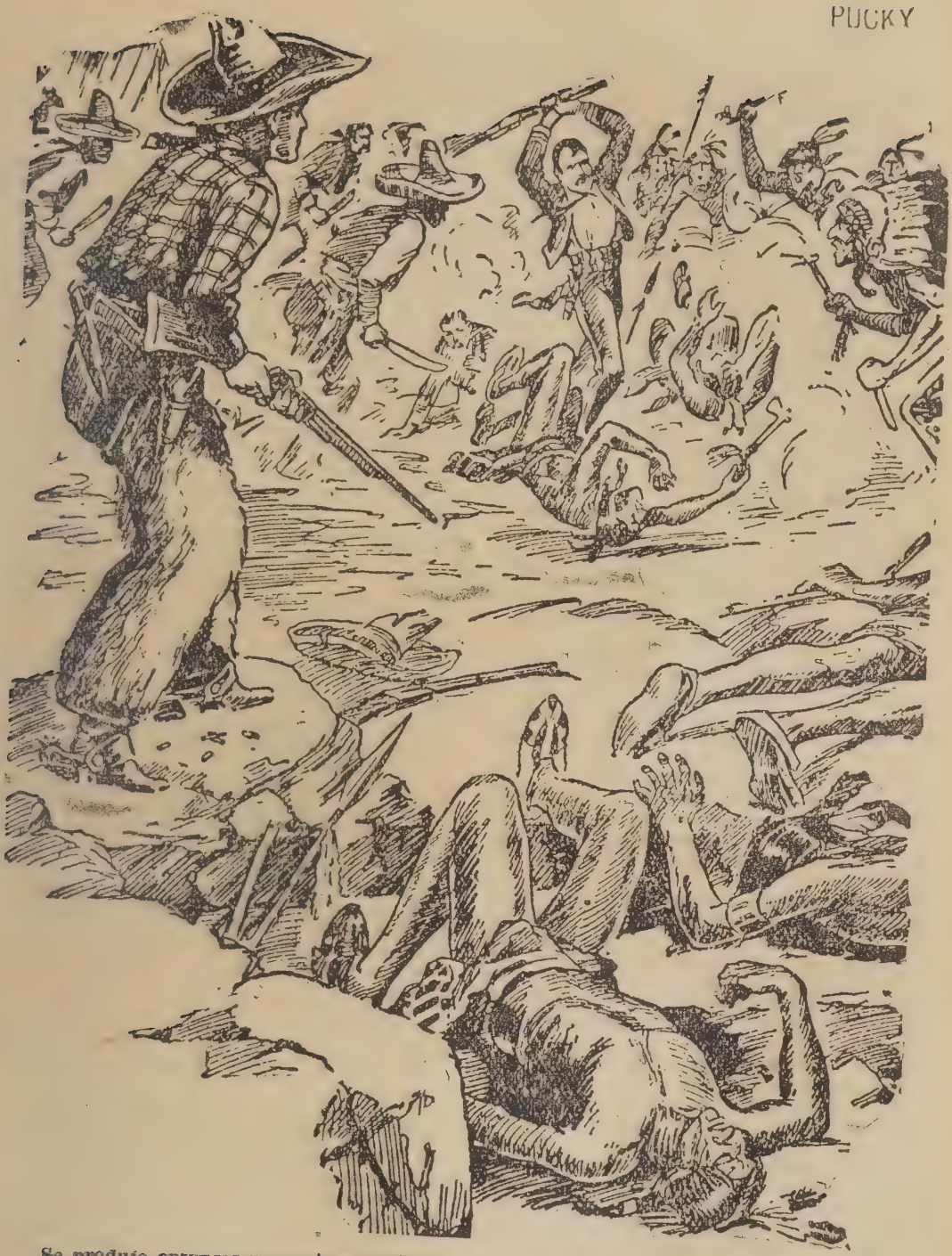
El muchacho de Texas, se echó el rifle a la cara, no le quedaba en él más que una bala, pero, después de tomar rápida puntería, disparó, y el jefe indio cayó con la cabeza atravesada de un balazo. ¡Don Alvaro se había salvado!

Rápidamente echó a un lado el cuerpo de su adversario y se puso en pié, dirigiendo una mirada en torno suyo. Los apaches habían dejado de atacar y corrían hacia sus ponies para huir. Más de la mitad había quedado sin vida y de los restantes pocos eran los que no iban heridos.

La victoria correspondía al grupo de los blancos y éstos, desde la altura de su posición, continuaban disparando sobre los fugitivos, de los que algunos alcanzados en su fuga, caían del caballo para no moverse más.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — murmuraba incesantemente don Alvaro.

La lucha había cesado por completo.



Se produjo entonces un furioso combate cuerpo a cuerpo.

DE AMIGOS A ENEMIGOS

Bajo los rayos del sol, permanecía Río Kid pensativo, mientras limpiaba sus revólvers y su rifle.

Habían pasado algunas horas desde que los indios se habían retirado completamente derrotados. Todo eshtaba tranquilo en torno a la pirámide. Solo se oía el ladrido y los aullidos de los coyotes que acudían de todas partes del desierto olfateando la sangre de los caídos.

El "teocalli" había sido cuidadosamente limpiado de los cuerpos caídos que fueron arrojados a los coyotes. Tres de los mejicanos que habían muerto durante la lucha

fueron enterrados por sus compañeros en lo alto del monumento.

Los sobrevivientes de los indios habían desaparecido a lo lejos y Río Kid tenía la seguridad de que ya no volverían a atacar. Cascabel había caído en la lucha y su tribu había quedado completamente deshecha.

Pero Río Kid no pensaba en nada de lo ocurrido durante el ataque, pensaba en su singular situación y en el llamado que le había dirigido doña Juana. ¡Qué era lo que iba a hacer en aquellas extrañas circunstancias, era cosa que él mismo no sabía!

Don Alvaro se acercó a él. Su rostro tenía una expresión de gravedad. Río Kid lo miró en la misma forma. Había terminado de limpiar sus revólvers y los cargaba lentamente. Durante algunos minutos el mejicano lo estuvo contemplando en silencio.

—Cuando la luna salga, nos volveremos a poner en camino, señor, — dijo rompiendo el silencio, don Alvaro.

—Pienso que es lo mejor que pueden hacer, — respondió Río Kid. — Aun cuando los pieles rojas no tendrán ganas ni hombres para intentar un nuevo ataque, no es un lugar muy saludable el desierto, para los blancos. ¿Piensa dirigirse a alguna ciudad?

—No, señor.

—¿Pero van a quedarse en el desierto?

El mejicano hizo un gesto afirmativo.

—¿Y la señorita?

—La señorita texana, continuará a mi cargo, señor, — respondió don Alvaro gravemente.

Río Kid lanzó un profundo suspiro.

—Yo no comprendo cuál es su juego, pero la señorita texana, como usted la llama, me ha pedido ayuda y ningún muchacho de Texas puede negarse a lo que le solicita una mujer...

—Bien. Pero... — exclamó don Alvaro sonriendo. — Hemos perdido tres hombres durante la lucha con los apaches, más aún mantengo un buen número de hombres. Usted es un valiente. Uno de los hombres más valientes que he conocido, pero no creo que logrará apoderarse de la señorita contra mi voluntad.

—Aparentemente, no, — dijo el muchacho. —Después de lo que hemos pasado juntos me causaría pena tener que derramar su sangre, ni la de cualquiera de los que le acompañan. Usted me ha tratado con toda corrección y yo creo que me he conducido de la misma manera con usted... Pero usted no puede retener a la señorita lejos de sus familiares contra su voluntad... Pero usted no puede obligarla a vivir en el desierto... Yo no puedo permitirle...

—Separémonos en paz, señor, — sugirió don Alvaro. — Yo le salvé a usted la vida cuando lo tenía en su poder la pantera. Usted me ha salvado la mía del cuchillo del apache... Después de eso, no es posible batirnos en duelo...

Río Kid sacudió la cabeza.

—¡Pero yo tengo que ayudar a esa muchacha de Texas! — Insistió con tesón.

—Todo puede arreglarse, — respondió don Alvaro, mientras se disponía a liar un cigarrillo.

Aquello, según pudo comprobar más tarde Río Kid, cuando ya no pudo evitarlo, era una señal.

Se oyó silbar un lazo en el aire y en seguida el muchacho sintió que estaba sujeto por los brazos. Llevó la mano al revólver, pero de un tirón lo derribaron al suelo.

Ramón era el que lo había enlazado y dos o tres mejicanos cayeron sobre Río Kid, quien se vió así sujeto fuertemente.

Don Alvaro tiró el cigarrillo y se le quedó mirando siempre sonriente. El muchacho de Texas, lo contempló a su vez pero con ira.

—¡Maldito coyote! ¡Yo lo he tratado como a un caballero, creyendo que lo era así, pero confieso que me he equivocado!

—He hecho esto para salvarle la vida, señor, — respondió el mejicano tranquilamente. — Yo no quiero darle muerte a usted y... ¡Caramba! Tampoco quiero que me mate usted. Ramón lo ha enlazado a fin de no tener que recurrir a otros medios más violentos..

—¡Déjeme partir! — rugió el muchacho.

—Podrá marcharse tan pronto como lo desee... Pero lo único que exijo es que nos separemos en paz. Tome sus armas y su caballo y marche por donde quiera sin cruzarse de nuevo en mi camino. Lo considero a usted como a un amigo, pero si intenta arrebatarme a la señorita lo mataré como a un coyote. Sólo le pido que marche y que no intente seguir mi camino hasta mañana en cuanto empiece el día...

—¿Y de no hacerlo así?... — preguntó Río Kid.

—Continuará usted la marcha con nosotros pero, en ese caso, como prisionero, atado sobre su caballo.

—En esas condiciones poco podré hacer en favor de la señorita, — respondió Río Kid. —¡Yo le doy mi palabra, maldito coyote, de marcharme y no tratar de seguir sus pasos antes de mañana, pero en cuanto el sol aparezca!...

—Estoy satisfecho con eso...

A una señal de don Alvaro los peones le soltaron y Ramón le quitó también el lazo.

No se habló ninguna palabra.

Río Kid ensilló su caballo, colocó en la montura las mantas y el rifle y llevándolo de la rienda por la escalera, dirigió una mira hacia la tienda de campaña. Pero estaba cerrada y no se veía ni rastro de la prisionera.

Así dejó el teocalli bajo las miradas llenas de curiosidad y admiración de los mejicanos.

Ya en la llanura montó a caballo. Tenía su resolución tomada. En cuanto amaneciera seguiría las huellas de los mejicanos y ya no los abandonaría hasta que hubiera rescatado a la norteamericana, que había solicitado su apoyo, o al menos moriría intentando realizar su plan.

Aquella era la resolución de Río Kid y nada le haría cambiarla.

Desde su caballo se volvió para mirar nuevamente el teocalli. Los mejicanos empezaban a levantar el campamento para ponerse

—¿Me ha mandado usted venir, señorita? — preguntó don Alvaro.

cuanto antes en marcha, aprovechando el fresco de la noche.

En lo más alto se destacaba la figura de don Alvaro, que observaba los movimientos de Río Kid.

El mejicano se quitó el sombrero para saludar al muchacho, y Río Kid levantó su Stetson correspondiendo al saludo. Luego puso su caballo al trote y se alejó por la árida llanura.

EL MIRAJE EN EL DESIERTO

—¿Qué es eso? — Río Kid detuvo de golpe su caballo admirado por lo que veían sus ojos. Su rostro expresaba una gran sorpresa.

Contemplaba con interés la escena que se desarrollaba ante su mirada como un hombre que es víctima de una pesadilla. ¡Pero aquello parecía a Río Kid más bien una realidad que un sueño!

Durante las largas y calurosas horas de la mañana había marchado por las áridas regiones del desierto de Sonora. En el endurecido suelo era difícil, aún para él, acostumbrado como se hallaba, descubrir el rastro de los que marchaban delante penetrando en el corazón del desierto.

Hasta donde alcanzaba a distinguir la vista, sólo se veían llanuras, plantas de cactus, barrancos y pequeños arroyos secos, casi por completo, cuando no mostraban en su lecho

tan solo montones de piedras. No se distinguía alma viviente alguna, con excepción de algún lagarto, o los buitres que volaban a gran altura.

De repente, como a influjo de la varita mágica de algún hechicero se había presentado ante los ojos del muchacho la visión que tanto lo preocupaba.

A un centenar de yardas delante de él, en la parte que momentos antes parecía desierta, marchaba una numerosa cabalgata.

Se componía de unos treinta hombres por lo menos, fuertes y morenos mejicanos provistos de abundantes armas. Parecían hallarse tan cerca que el muchacho distinguía con toda claridad sus facciones, uno de ellos se quitó el sombrero para pasar su pañuelo por la sudorosa frente, otro alejaba con la mano un molesto insecto.

Pero, a pesar de hallarse al parecer, tan cerca, Río Kid no oyó ruido alguno ni del caminar de caballos y mulas, ni las voces de los hombres que los conducían y que, a juzgar por lo que veía, debían ir hablando.

Detuvo su caballo y permaneció quieto presenciando el desfile de aquella procesión de fantasmas.

—¿Qué significa esto? — repitió y maquinalmente llevó la mano al puño del revólver.

Pero no sacó el arma. ¿A qué obedecía aquella procesión silenciosa? Las figuras que pasaban delante de sus ojos no eran reales, aún cuando lo parecían en todos sus detalles.

—¡Ya está! — exclamó después de un momento. —¡Es un miraje! ¡Un espejismo! ¡Claro! Pero me han dado un susto.

En más de una ocasión había oído hablar el muchacho de esos fenómenos, pero nunca había presenciado ninguno.

En alguna parte de aquel desierto, quizá a cinco millas, tal vez a cincuenta se producía la escena que él veía ahora reflejada tan cerca.

Delante del grupo iban dos hombres juntos, uno de los cuales tenía el aspecto de un ciudadano norteamericano, por su mandíbula firme y sus ojos animados bajo sus cejas espesas. El otro era un mejicano, ya de cabello gris y de cuerpo grueso.

Detrás marchaban los peones, montados como ellos a caballo, y conduciendo hasta unas doce mulas cargadas con el equipaje y los víveres. Esas mulas eran animadas continuamente por los muleteros que les gritaban y descargaban sobre ellas sus látigos. Pero ni el ruido de estos ni de las voces llegaba hasta Río Kid. Debían hallarse lejos y silenciosamente pasaban ante los atónitos ojos del vaquero de Texas.

—¡Qué cosa más extraña y magnífica! — murmuró. —Supongo que sé quienes son esas gentes, — continuó siguiendo el curso de sus pensamientos. — Ese hombre gordo debe ser el alcalde de Pajito y el que marcha a su lado el señor Job Manderson, el tutor de la señorita que Alvaro Alvarado ha traído al desierto. Seguramente que van en busca de ellos. Por que, ¿si no son ellos, qué gente se va a aventurar en esta forma en el desierto? ¡Sí, seguramente son ellos! Pero ¿dónde pueden hallarse? Si yo lo supiera... ¡Ya se van!

El fin de la columna había pasado ya y cuando el muchacho intentó dirigir la mirada hacia el comienzo de ella, ya había desaparecido.

Era una visión extraña. Los últimos hombres y animales parecían caminar por el espacio. Durante un momento pudieron verlos los ojos de Río, pero en seguida se desvanecieron en la misma forma en que se habían presentado. ¡Como fantasmas!

Ahora, ya sólo se veía otra vez la árida llanura y las plantas de cactus.

El espejismo se había esfumado en la misma forma en que se había presentado y Río Kid volvió a quedar solo en el desierto. Durante algunos minutos permaneció quieto en el sitio en que se hallaba, pero ya no tenía nada que hacer allí y se puso de nuevo en marcha en la dirección que creía habían seguido don Alvaro y sus hombres.

Pero ya sabía algo más. Don Alvaro huía del alcalde de Pajito y del tutor de la muchacha, y Río Kid sabía ahora que ellos lo habían seguido hasta el desierto y que posiblemente habían de dar con él. Ignoraba si seguían el buen camino para encontrarlo, pero lo buscaban, y aquello podía equivaler a que la intervención suya no fuera necesaria.

Sabía que don Alvaro no permitiría en forma alguna que la señorita Juana Valence fuera llevada de su campamento sin tener antes que lograrlo por medio del revólver, y como había muchos hombres en el grupo, conseguir las cosas por la violencia era acaso perder la partida.

Río Kid sacudió la cabeza con desconfianza.

La petición de la joven le había impresionado. Sabía que estaba en poder de don Alvaro contra su voluntad, y aquello le preocupaba y le hacía que cada vez deseara más cumplir la palabra que había dado.

Entretanto, continuaba su camino. El rastro que seguía podía hasta engañar a un apache. Pero Río Kid no fallaba en aquellos asuntos y el menor indicio bastaba para orientarlo.

Y cuando el sol empezaba a hundirse en el horizonte, y las sombras de la noche iban envolviendo el desierto, Río Kid se convenció de que se hallaba cerca de los que seguía y pensó que acaso las estrellas, con su débil luz, lo ayudaran a recatar a lo joven texana.

¿SECUESTRADOR O CABALLERO ERRANTE?

Ramón, el guía, levantó la mano y exclamó señalando un punto en el desierto.

—¡Mire, señor!

Don Alvaro Alvarado, que marchaba con su caballo negro cerca de la litera, estaba ensimismado en sus pensamientos. Su aceitunado rostro manifestaba su preocupación. Del interior de la litera arrastrada por las mulas y oculto a toda mirada por las cortinillas, constantemente caídas, no salía sonido alguno indicador de que allí iban dos personas.

En una o dos ocasiones el joven mejicano

había dirigido alguna pregunta a través de las cortinas, pero no había obtenido ninguna respuesta. Acaso la joven dormía, pero don Alvaro suponía, tal vez con fundamento que no era así y que el silencio obedecía al deseo de no hablar con él. ¡Juana Valence no quería hablar con su carcelero!

Don Alvaro miró hacia el punto que le indicaba Ramón. A la distancia en dirección al lejano Golfo de California, se distinguían muchos árboles. Todos los hombres que formaban el grupo habían manifestado satisfacción al verlos ya que aquello les significaba descanso, sombra y agua. Pero don Alvaro no demostró nada. Su rostro no dejó traslucir su pensamiento.

—Allí está lo que buscamos, señor, — agregó Ramón. —Agua, sombra y alimento para los animales. Todo eso es lo que necesitamos para acampar en el desierto, señor. Podremos permanecer cuanto tiempo lo desee.

—¿Podremos acampar allí por varios días?

—¡Sí, señor! — Ramón miró asombrado a don Alvaro.

Aquella expedición era un misterio para los hombres que acompañaban al joven mejicano, lo mismo que lo había sido para Río Kid. La presencia de la joven era para ellos cuestión de un amor romántico. Pero luego habían notado que entre los jóvenes solo había un frío respeto, por una parte, y un manifiesto odio y desprecio, por la otra.

¿Cuáles eran las intenciones de don Alvaro? Ninguno lo adivinaba. Allí en el corazón del desierto podían considerarse más o menos seguros de la persecución del alcalde de Pajito y de sus hombres... Podrían permanecer allí algún tiempo... Pero ¿y después?

La pregunta estuvo a punto de salir de los labios de Ramón, pero no fué hecha. El frío rostro del mejicano, su expresión de contrariedad no invitaba a ello.

Don Alvaro miró hacia atrás. En varias oportunidades, durante el día había dirigido la mirada en la misma forma. Pensaba en Río Kid. Ramón siguió la dirección de aquella mirada y exclamó:

—No tema que hayan podido seguir el rastro, señor. Hemos estado por los lugares donde el piso, cuando no era de piedra, era de tierra muy dura, y allí no queda rastro alguno. Un comanche, un apache, un yaqui o un navajo nos seguirían con gran dificultad, pero un hombre blanco, nunca.

—El texano es un vaquero acostumbrado a seguir rastros, — respondió don Alvaro.

—El desierto no es la pradera, señor — agregó Ramón sentenciosamente.

—¡Es cierto!

—El texano no nos podrá encontrar nunca... y ¡caramba! aún cuando nos encontrase, no tiene usted más que hacer una seña para que caiga con el cuerpo atravesado a balazos, — terminó Ramón haciendo un gesto poco tranquilizador para Río Kid.

—El salvó mi vida en la lucha con los apaches, — murmuró don Alvaro. —Y no puedo acostumbrarme a la idea de que nos hemos de volver a encontrar como enemigos.

—No se preocupe por ello, señor. No logrará dsecubrirnos como tampoco lo conseguirán el alcalde Pajito y el viejo yanqui Manderson.

—¿Quiere decirse que al fin los hemos hecho perder nuestro rastro?

—Sin duda alguna, señor.

Don Alvaro volvió a observar la llanura con sus negros ojos, de mirada viva, y se puso de nuevo en marcha.

Unicamente si Río Kid tenía la mirada tan educada como la de un sagaz piel roja podría descubrir las huellas que dejaban a su paso los fugitivos. Era un motivo de tranquilidad para el joven mejicano saber que podría eludir el encuentro con el vaquero en aquellas circunstancias, pues después de haberle salvado la vida y de que el otro le hubiera retribuído el servicio en la misma forma, lo consideraba más como una persona digna de ser amigo, que como a un enemigo.

El sol se ponía ya en el horizonte cuando el grupo llegó al lugar donde se hallaba el bosque. Era este una extensión como de un acre, en cuyo centro había un manantial que prestaba frescura y regaba en forma abundante aquel espacio de tierra en el que crecían en abundancia los árboles, lianas e infinidad de plantas más, aparte de una alta hierba que podía servir de excelente alimento para los caballos y las mulas.

No se notaba el menor rastro que indicara la existencia de persona alguna. Ni siquiera la señal del mocasín de un piel roja, estaba marcada en el suelo. Ningún pie humano había pisado allí desde hacía meses... y acaso años. Más de cien millas de terrible desierto apartaban aquel delicioso oasis, de cualquier lugar habitado. Era aquel el refugio que don Alvaro había soñado para mantenerse al amparo de sus enemigos, reteniendo en su poder a la muchacha.

El joven mejicano dió algunas órdenes y las mulas fueron descargadas y la tienda de campaña colocada entre los árboles. La litera fué colocada delante de la tienda y la primera en salir de ella fué la mestiza Concepción, quien apartó las cortinas para que descendiera doña Juana.

Ya había sido encendida la hoguera y las sombras de la noche reinaban en la llanura extensa y árida. En torno al fuego se instalaron los vaqueros, quienes, después de haber consumido algún alimento, fumaban y conversaban de las peripecias del viaje.

Don Alvaro, alejado del grupo, paseaba de un lado a otro, envuelto en su manta y vigilando. Pensaba. De repente su meditación fué interrumpida por la mestiza que se acercó a él silenciosamente surgiendo de entre los árboles.

—¡Señor! — exclamó.

—¿Qué ocurre?

—¡La señorita texana desea hablar con el señor!

—Voy en seguida

—Muy bien.

Concepción desapareció corriendo por entre los árboles. Lentamente el joven hacendado fué tras ella.

Era la primera vez desde que habían salido de Pajito que la joven texana había manifestado deseos de hablar con él, y aquello parecía causar a don Alvaro más molestia que satisfacción, a juzgar por la expresión de su rostro mientras se dirigía lentamente hacia la tienda.

Concepción levantó la cortina para que pudiera entrar.

Don Alvaro se quitó el sombrero y saludó con un ademán no exento de cierta elegancia. Como la mestiza hiciera ademán de retirarse él lo impidió con un gesto.

—¿Me ha mandado usted a venir, señorita?

—Sí, señor. — respondió doña Juana.

—¿Desea alguna cosa? — preguntó el joven. —Todo cuanto esté en mi hacer por complacerla lo haré, señorita. No tiene más que hablar.

—No tengo que pedir más que una cosa. ¡Mi libertad! — respondió con entereza la joven texana. —Respecto a mi confort, no le negaré que sabe usted tratar bien a sus prisioneros, señor. Pero he oído hablar a los peones y según parece vamos a detenernos aquí...

—Por ahora sí, señorita

—¿Permaneceremos mucho tiempo?

—No puedo decírselo con seguridad.

La joven texana arqueó las cejas.

—¿Usted es el que manda, y no lo sabe?

—No lo sé, señorita, — respondió don Alvaro. — Todavía no tengo formado un plan definitivo. Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido buscar un lugar donde pudiéramos estar seguros. Y eso ya lo he conseguido. ¿Cuánto permaneceré aquí? Lo ignoro aún. Aquí, en este lugar solitario, no tenemos el peligro de los pieles rojas, ni...

—¿De mi tutor, el señor Manderson?

—Ese, jamás nos encontrará aquí.

—Si usted se considera a salvo, yo no. Yo no puedo estar a salvo mientras no vuelva a encontrarme entre las personas que son mis amigos.

—¡Sus amigos!... — repitió don Alvaro

—Sí. Mi tutor y el alcalde de Pajito, que vendrán a rescatarme, — dijo Juana.

—Sin duda, — respondió el mejicano, sonriendo de una manera que preocupó a la muchacha.

—Es que yo tengo la seguridad de que el alcalde de Pajito no dejará piedra sobre piedra hasta encontrarme.

—Ya lo sé, y todo lo hará por quedar bien con su gran amigo el señor Manderson... Pero, tal vez, eso no sería lo mejor para usted, señorita!...

—¿Qué quiere usted decirme con eso, señor? — exclamó la muchacha mirando fijamente a su interlocutor.

—Nada. Pero lo que quiero es convencerla de que, al proceder en la forma en que lo he hecho, la he salvado de peligros que usted misma ignora.

—Es que yo no voy a creer semejantes historias, — manifestó la muchacha frunciendo los labios en un precioso gesto. —Lléveme de huevo a mi casa de Pajito y creeré otra vez que usted es un caballero honorable, como lo creía antes.

—¡Eso es imposible, señorita!

—¿Y qué peligros son esos que dice usted me amenazaban en Pajito? — preguntó Juana mirando con curiosidad al mejicano.

—No puedo manifestárselos a usted... Podrá no creerme pero yo jamás hablaré de una villanía semejante a una señorita.

—¿Y ha considerado mejor traerme hasta el desierto?... Mantenerme prisionera en estas soledades!...

—No había otra forma de proceder, señorita.

La joven hizo un gesto de impaciencia.

—Estamos gastando palabras inútilmente, — dijo. — Le he mandado llamar para saber qué era lo que pensaba hacer. ¿Qué me contesta?

—Permaneceremos aquí, señorita.

—¿Y yo seguiré prisionera, lejos de mis amigos, en el corazón del desierto de Sonora? ¡Empiezo a creer que está usted loco, señor Alvarado!

—Es usted libre de suponer lo que considere conveniente, señorita.

—¿Y el joven texano? Yo creí que me iba a salvar... ¿Se ha ido?

Don Alvaro se sonrió.

—Sí. Ha partido, señorita.

—Es de mi propio país, y me ha abandonado en manos de mis secuestradoras... — exclamó Juana con amargura.

—Nosotros no somos secuestradores, señorita. Todos los que me acompañan son honestos vaqueros de mi hacienda de Pajito. Yo soy todo un caballero, incapaz de realizar una acción censurable, — agregó orgullosamente don Alvaro.

—Pero, a pesar de ello permaneceremos ocultos aquí en el desierto.

—Sí, señorita.

—¿Hasta que usted obtenga la cantidad solicitada para mi rescate?

El rostro de don Alvaro palideció visiblemente.

—¡Señorita! ¡No debe usted insultarme! Usted debe estar convencida de que ese no es el motivo que me ha inducido a proceder así.

—¿Y usted es el hombre que me dijo en tantas ocasiones, en los jardines de Pajito, que me amaba? — agregó la muchacha en voz baja.

—Y le dije la verdad de mis sentimientos. ¡Yo la amo!

Por un momento la joven pareció conmoverse. Su semblante se dulcificó como si las palabras del hacendado hubiera despertado un eco en su corazón. Pero en seguida su rostro volvió a la misma seriedad que antes.

—¡Basta, señor! Yo estoy aquí prisionera y no tengo esperanzas de ser rescatada... Pero me escaparé, me escaparé de sus manos aún cuando me exponga a morir en el desierto. ¡Ahora, puede retirarse!

—¡Sus deseos son órdenes para mí, señorita!

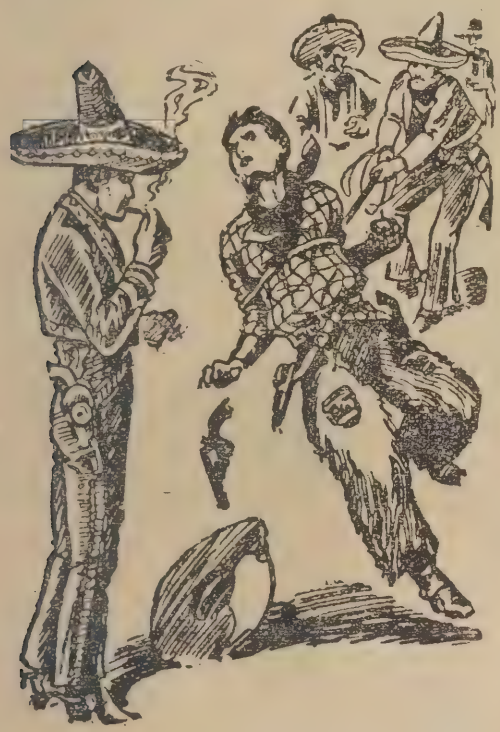
Don Alvaro salió de la tienda y la cortina cayó tras él.

EL RESCATE DE RIO KID

—¡Caballo amigo! ¡Vas a tener que esperarme un buen rato y te vas a quedar bien quieto! — Río Kid habló a sí a su caballo, palmeándole el cuello.

La oscuridad era completa en el desierto. A cierta distancia destacándose del azul oscuro del cielo se distinguía el bosque, donde los mejicanos habían acampado. A veces, se veía entre las ramas y los troncos de los árboles, el resplandor de la hoguera.

Río Kid permaneció algunos instantes quieto junto a su caballo, contemplando el campamento a la distancia.



Se oyó silbar un lazo en el aire...

Era casi media noche y el muchacho se había resuelto a intentar el difícil rescate. Era una empresa desesperada, lo comprendía bien. En cualquier momento podía ser descubierto por cualquiera de los hombres y en cuanto se disparara un tiro, el asunto estaba irremisiblemente perdido. Pero el peligro no era cosa que alarmara, mayormente, a Río Kid, ya que eran viejos conocidos.

Había llevado a su caballo hasta un barranco del desierto, a poca distancia del bosque, en un sitio marcado con una gran planta de cactus, y empezó a marchar hacia el campamento con la agilidad y maestría de un piel roja.

El resplandor de la hoguera era una guía para Río Kid.

Cuando se acercó a cierta distancia, se dejó caer y prosiguió la marcha casi arrastrándose, para no ser visto. Silenciosamente, como una serpiente se escurrió hasta llegar al linderо del bosque. Allí se arrimó a un corpulento árbol y se detuvo a escuchar y observar.

Distinguió el grupo formado por los caballos y las mulas, y a los peones que dormían envueltos en sus mantas junto al fuego. Pero, aparte de los ruidos naturales, no se notaba nada en el campamento que pudiera despertar su alarma.

Avanzó hacia el lado en que quedaba la tienda de campaña, y cambió un poco su dirección a fin de llegar hasta ella por el lado contrario al de la hoguera. Cerca se hallaba un hombre envuelto en una manta y paseando de un lado a otro. Evidentemente era un centinela.

Río Kid lo observó y llevó la mano al revolver, pero un disparo hubiera despertado a todos, haciendo fracasar la tentativa y el muchacho no quería que ocurriera eso.

El vaquero de Texas, reconoció pronto al que vigilaba. Se trataba del propio don Alvaro. Lanzó un suspiro. Aquella era la persona a quien menos deseaba encontrar y por lo tanto permaneció indeciso.

Se oyó entonces el ruido de unos pasos y alguien cruzó cerca del muchacho, sin darse cuenta de su presencia allí. El mejicano se detuvo al notar la llegada del otro y exclamó:

—¡Ramón!

—¡Sí, señor!

—Vete a dormir. Yo no tengo sueño y seguiré vigilando.

—¡Ya es medianoche, señor!

—¿Nunca amanecerá?

—El día llegará más pronto, señor, si se va a dormir algunas horas.

—Es cierto.

—Yo lo llamaré en cuanto amanezca.

—No creo que sea necesario, — respondió tristemente don Alvaro.

Echó a andar y se alejó por el sitio por donde había llegado Ramón, y pasó también junto a Río Kid, quien permanecía agazapado entre unas lianas.

Pronto se perdió el ruido de sus pasos y todo volvió a quedar en silencio.

Ramón se sentó en el tronco de un árbol y encendió un cigarrillo. Río Kid se dispuso a entrar en acción. El mejicano no prestaba mayor atención a la vigilancia, confiado en que no había peligro alguno... y aquella confianza lo perdió.

Silenciosamente avanzó Río Kid hasta colocarse a sus espaldas. El otro fumaba tranquilamente, cantando en voz baja una canción de su país.

El canto se cortó en su garganta cuando una de las manos de Río Kid la apretó con fuerza y la culata del pesado Colt cayó como una maza sobre la cabeza del capataz.

Esto fué realizado sin ruido alguno. Desmayado por el terrible golpe, Ramón quedó tendido a los pies del muchacho.

—¡Creo que ya tiene bastante!

Arrastró el cuerpo del caído hasta unos matorrales y lo ocultó allí. El camino para

—¿Quién habla? — preguntó doña Juana.

Río Kid quedaba libre. Entonces avanzó hacia la tienda.

Con su cortaplumas hizo un tajo en la tela de la lona. Luego se detuvo y escuchó. En la tienda dormían la joven texana y la mestiza. Un grito de alarma de cualquiera de las dos era el nuevo peligro que se presentaba.

Río Kid oyó una respiración fuerte y acompasada; era la de Concepción y con ese ruido llegó hasta él el de un suspiro. Aquello le demostró que la joven no dormía. Tenía que manifestar a Da. Juana su presencia allí y al mismo tiempo evitar que desconfiara o se asustase. Y no podía hablar alto, pues la mestiza podía oirle.

—¡Señorita! ¡Señorita! — exclamó en voz baja y en inglés. — ¡Aquí está un amigo! ¡No haga ruido!

Escuchó un grito ahogado, pero con gran sorpresa no se produjo ningún otro sonido. Durante largos momentos todo quedó en silencio. Entonces se oyó una voz que preguntaba como un murmullo.

—¿Quién habla?

—Kid Carfax, señorita, el vaquero que iba con los mejicanos. Los he vuelto a alcanzar y he venido a buscarla. ¿Duerme la mestiza?

—Como una piedra.

—Muy bien.

—¿Ha venido para salvarme?

—Eso es lo que pienso. Había un hombre vigilando por aquí cerca y lo he dormido de un golpe. Si usted puede reunirse conmigo sin despertar a nadie, creo que cuando amanezca nos podemos encontrar lejos, sin necesidad de andar a tiros.

—¿Me llevará usted a Pajito?

—¡Seguramente! Puede usted confiar en un vaquero de Texas. ¡Es un hombre de honor el que la está hablando!

—Sí. Tengo confianza en usted. Tengo confianza — repitió la joven. . . — Sáqueme de aquí y lléveme a mi casa sin derramar sangre alguna.

—Eso es lo que deseo. — agregó Río Kid. — ¿Está segura de que duerme la muchacha?

—¡Silencio!

En el rincón en que dormía la mestiza se oyó un ruido.

—¡Concepción !— respondió en voz alta doña Juana.

—¡Señorita! — respondió la otra medio dormida.

—Tengo sed. No puedo dormir. ¿Quiere darme agua?

(Continuará)

EL ASESINATO DE ROGER ACKROYD

Por A. CHRISTIE

(Continuación)

ME dirigió una mirada burlona por encima del hombro y luego dijo:

—Una ventana abierta, una puerta cerrada, una butaca que se ha movido sola; he preguntado: "por qué" a esos tres objetos y no he recibido respuesta.

Sacudió la cabeza y nos miró guiñando los ojos. Parecía ridículamente infatuado de sí mismo y me pregunté si sería tan hábil como se decía. Su gran reputación ¿no estaría cimentada en una serie de casualidades felices?

Creo que el coronel Melrose tuvo el mismo pensamiento pues frunció el ceño.

—¿Desea ver algo más, señor Poirot? — preguntó bruscamente.

—¿Quiere tener la bondad de mostrarme la vitrina de donde fué sacada el arma? Luego no abusaré más de su amabilidad.

Nos dirigimos hacia el salón pero, a mitad de camino, el agente detuvo al coronel y le habló en voz baja, después de lo cual Melrose nos dejó solos a Poirot y a mí. Mostré la vitrina a mi vecino que levantó la tapa una o dos veces, luego abrió la puerta ventana y pasó a la terraza. Yo lo seguí. El inspector Raglan daba justamente vuelta a la casa y se dirigía a nosotros. Su rostro tenía una expresión a la vez severa y satisfecha.

—¡Ah! ¿Está usted aquí señor Poirot? — dijo. — Este asunto no va a ser muy complicado.

El rostro de Poirot se ensombreció y respondió suavemente.

—Entonces, temo que no les seré útil.

—Será para otra vez — respondió el inspector como para animarlo. — Aunque en un país tan tranquilo como este no tenemos que ocuparnos amenudo de crímenes.

La mirada de Poirot pareció brillar con admiración.

—Ha investigado con maravillosa rapidez — observó. — ¿Puedo preguntarle que procedimiento ha empleado?

—Es claro — interrumpió el inspector. — Para comenzar, es necesario el método; es lo que yo proclamo, siempre: ¡El método!

—¡Ah! — exclamó su interlocutor. — Esa es también mi divisa. Método, orden y luego poner en actividad las células grises.

—¿Células? — preguntó el inspector sorprendido.

—Sí las pequeñas células grises del cerebro — explicó Poirot.

—¡Ah sí!; pero creo que todos las utilizamos.

—En un grado mas o menos grande — murmuró Poirot — Hay igualmente diferencias de calidad; luego está la psicología de un crímen que hay que estudiar...

—¿Tiene usted esas ideas de psicología? — preguntó el inspector — Yo que soy un hombre vulgar...

—Estoy seguro de que la señora Raglan no pensará lo mismo — dijo Poirot inclinándose.

El inspector Raglan, un poco desconcertado le devolvió su saludo y continuó con una sonrisa:

—Usted no comprende ¡Qué diferencia pueden tener las mismas palabras! Quisiera explicarle como he llegado a un resultado. Primero el método: El señor Ackroyd ha sido visto, vivo por última vez a las 9 y 45 por su sobrina, miss Flora Ackroyd ¿Es un punto, verdad?

—Sí esa es su opinión.

—Es mi opinión. A las 10 y 30, el doctor ha declarado que el Sr. Ackroyd estaba muerto desde hacía una media hora ¿Mantiene usted esta afirmación, doctor?

—Sí; mas o menos media hora.

—Muy bien. Eso da, un cuarto de hora de tiempo para que el criminal cometa el crimen. He hecho una lista de todas las personas que estaban en la casa, lo mismo que su ocupación y el lugar en que se encontraban entre las 9 y 45 y las 10. Tendió a Poirot una hoja de papel que yo leí por sobre su hombro. He aquí lo que decía:

Mayor Blunt: en la sala de billar con el señor Raimundo (confirmado por éste)

Sr. Raimundo: en la sala de billar.

Sra. Ackroyd: a las 9 y 45, mirando el partido de billar; subió a acostarse a las 9 y 55 acompañada hasta la escalera por Raimundo y Blunt.

Miss Ackroyd: fué directamente del escritorio de su tío al primer piso (confirmado por Parker y la mucama, Elsie Dale)

Sirvientes:

Parker: fué directamente al office (confirmado por el ama de llaves, miss Russell que bajó a hablarle a las 9 y 47 y permaneció con él alrededor de diez minutos).

Miss Russell: ver lo anterior. Conversaba en el primer piso con Elsie Dale a las 9 y 45.

Ursula Bourne: mucama. En su cuarto hasta las 9 y 55 luego en la sala de la servidumbre.

Sra. Cooper: cocinera. En la sala de la servidumbre.

Glady Jones: 2a. mucama. En la sala de la servidumbre.

Elsie Dale: arriba, en los departamentos privados (vista por miss Russell y miss Ackroyd).

Mary Thripp: ayudante de la cocinera. Sala de la servidumbre.

La cocinera está en la casa hace siete años. Ursula Bourne, diez y ocho meses. Parker; un año. Los otros sirvientes son nuevos, pero, a excepción de Parker que tiene una actitud extraña, todos parecen irreprochables.

—He aquí una lista bien hecha — dijo Poirot devolviéndola al inspector; — luego agregó: — Estoy absolutamente seguro de que Parker no es culpable.

—Mi hermana también — interrumpí — y ella rara vez se equivoca.

Pero no prestaron atención a mis palabras.

—Mis constataciones excluyen completamente a las personas que se hallaban en la casa — continuó el inspector — pero llegamos a un hecho grave. La portera del parque, Mary Black, al cerrar anoche las cortinas de su cuarto vió a Ralph Paton que se dirigía hacia la casa.

—¿Está bien segura? — dije vivamente.

—Muy segura, pues lo conoce bien. Pasó rápidamente y se dirigió a la derecha, al sendero que conduce a la terraza.

—¿Qué hora era? — interrogó Poirot cuyo rostro permanecía impasible.

—Exactamente las nueve y veinticinco— respondió gravemente el inspector.

Hubo un silencio, luego Raglan tomó la palabra:

—Todo es claro y puede explicarse: A las nueve y veinticinco el capitán Paton ha sido visto cuando entraba en el parque; a las nueve y media, mas o menos, el señor Goofroy Raimundo oyó a alguien que pedía al señor Ackroyd dinero, y a este que lo negaba: El capitán salió como había entrado, por la ventana y se ha paseado furioso por la terraza. Llegó a la puerta ventana del salón; podían ser las diez menos cuarto; Miss Flora Ackroyd había ido a despedirse de su tío; el mayor Blunt, el Sr. Raimundo y la Sra. Ackroyd estaban en la sala de billar. El salón estaba vacío, Paton entró tomó el puñal de la vitrina y volvió a la ventana del escritorio. La escaló y luego... no tengo necesidad de entrar en mas detalles Después salió, se fué, pero no tuvo el valor de volver a la posada. Se dirigió a la estación y de allí telefoneó...

—¿Por qué? — preguntó Poirot.

Yo tuve un sobresalto. El pequeño hombre se inclinó hacia adelante y sus ojos tuvieron un extraño resplandor.

Durante un momento, el inspector Raglan pareció desconcertado: al fin respondió.

—Es difícil explicar exactamente la razón de ese acto; pero los asesinos se conducen a veces de manera tan desconcertante! Sabría usted eso si perteneciera a la policía regular; los más hábiles cometen a veces notables torpezas. Venga conmigo, le mostraré los rastros de los pasos del asesino.

Le seguimos a lo largo de la terraza hasta la ventana del gabinete. A pedido de Raglan, un agente le dió los zapatos hallados en la posada del pueblo. El inspector los pasó sobre las marcas.

—Son iguales — dijo — O mas bien no es este el par que produjo las marcas, pues Paton los tenía sobre si; pero son zapatos idénticos aunque un poco mas viejos... Vea como los tacos estan gastados...

—¡Pero hay muchas personas que llevan zapatos con tacos de goma! — declaró Poirot.

—Evidentemente — dijo el inspector — y yo no daría gran importancia a esas marcas, si no hubiera otros indicios.

—Es preciso que el capitán sea bien liviano para haber dejado tantos rastros de su paso — dijo pensativamente Poirot.

—¿Qué quiere usted — respondió el inspector, — la noche era bella y clara y no se ve ni una marca, ni en el sendero sembrado de hierba, ni en la terraza. Desgraciadamente para él una fuente ha debido abrirse recientemente a la extremidad del sendero. Mire.

Un pequeño camino llegaba a la terraza un poco mas lejos y casi, en el lugar en que terminaba, el suelo estaba embarrado. Varios rastros de pasos aun visibles en ese punto, y entre ellos, se distinguieron las marcas de los tacos de goma.

—Poirot siguió el sendero con el inspector.

—¿Ha visto usted que también hay marcas de mujer? — dijo de pronto.

Raglan se echó a reir.

—Naturalmente, pues varias personas de ambos sexos han pasado por aquí, porque es un sendero que se dirige a la casa y sería imposible identificar todas esas marcas. Además, las únicas realmente importantes son las de la ventana.

Poirot accedió.

—Es inútil ir más lejos — declaró el inspector cuando llegábamos a la avenida prin-

cipal — aquí no hay mas que gransa y está muy dura.

Poirot accedió, pero sus ojos estaban fijos en una pequeña casita de verano, situada hacia la izquierda del sendero y a la que se llegaba por un camino igualmente cubierto de gransa. Esperó a que el inspector nos dejara, para dirigirse hacia la habitación. Me miró:

—Usted ha debido serme enviado por el cielo para reemplazar a mi amigo Hasting — dijo con mirada maliciosa — pues noto que no me deja usted. ¿Qué le parece una visita a ese pabellón? Me interesa.

Poirot se dirigió a la puerta y la abrió. Nos hallamos casi en la oscuridad; había unas sillas rústicas, un juego de croquet y algunos otros objetos.

La actitud de mi nuevo amigo me dejó estupefacto. Se había dejado caer al suelo y lo exploraba caminando sobre las manos y las rodillas. De vez en cuando, sacudía la cabeza como si algo le preocupara y, al fin se sentó sobre los talones murmurando: — Nada... quizás haya que esperar ¡Sin embargo hubiera tenido tanta importancia!...

De pronto se detuvo, extendió la mano hacia una de las sillas y desprendió algo.

—¿Qué hay? — exclamé — ¿Qué descubrió usted?

Sonrió y abrió la mano, a fin de que yo pudiera ver lo que tenía en ella; era un pedazo de tela blanca almidonada. Lo tomé, lo miré con curiosidad y se lo devolví.

—¿Qué cree usted que sea eso, mi amigo? — me preguntó considerándome con una penetrante mirada.

—Un pedazo de pañuelo roto, — sugerí encogiéndome de hombros.

Mi compañero hizo un nuevo gesto y recogió una pequeña pluma que parecía ser de ganso.

—¿Y esto? — dijo triunfalmente — ¿qué piensa usted?

Yo la miré sin comprender.

Guardó la pluma en el bolsillo y examinó aun el pedazo de tela.

—Un pedazo de pañuelo — murmuró, — quizá tenga usted razón; pero sin embargo, recuerde esto: "Una buena planchadora no almidona jamás un pañuelo".

Me miró con gesto triunfal y guardó con cuidado el pedazo de género en su cartera.

EL VIVERO DE PECES ROJOS

Capítulo IX

Volvimos juntos hacia la casa pero no vimos al inspector. Poirot se detuvo en la terraza y volviendo la espalda a la casa, miró a su alrededor.

—Una bella propiedad — dijo al fin — ¿quien la hereda?

Estas palabras me dejaron helado. No se porqué aún no se me había ocurrido la idea de la herencia. Poirot me miró con atención.

—¿No había pensado usted en ello, verdad?

—No — respondí sinceramente — y lo siento.

Me miró con curiosidad.

—Me pregunto que entiende usted por eso — dijo al parecer reflexionando profundamente, luego, como yo fuera a responder.

—¡Ah! no, es inútil! No expresaría usted su idea verdadera.

—¡Todo el mundo tiene algo que ocultar! — exclamé sonriendo.

—Exacto.

—¿Lo cree usted?

—Mas que nunca, amigo, pero no es fácil ocultar algo a Hércules Poirot, pues tiene la costumbre de descubrirlo todo.

Mientras hablaba descendió los escalones que conducían hacia el jardín botánico.

—Caminemos un poco — me dijo — la temperatura es agradable hoy.

Lo seguí y tomó hacia la izquierda por el sendero que conducía hacia un espacio libre donde había un banco, al lado de un vivero que contenía peces rojos; pero, en lugar de seguir ese sendero hasta el fin Poirot tomó otro que subía por una pendiente. Hacia el medio había un pequeño claro desde donde se descubría el paisaje y donde la mirada podía contemplar el banco y el vivero.

Inglaterra es un hermoso país — dijo Poirot contemplando el panorama que se extendía a sus pies. Luego sonrió y agregó en tono más bajo:

—Las jovenes inglesas son también muy bellas. Silencio amigo, mire que cuadro encantador, debajo de nosotros.

Miré hacia donde me indicaba y vi a Flora. Seguía el sendero que acababamos de dejar y caminaba con paso rítmico. A pesar de sus ropas negras, parecía alegre y echando la cabeza hacia atras rió. En el mismo momento, apareció un hombre de entre la sombra de los árboles; era Hector Blunt. La joven se estremeció y la expresión de su rostro cambió un poco.

—¡Me ha asustado usted! ¡No lo había visto!

Blunt no respondió y la miró en silencio durante un momento.

—Lo que mas me gusta en usted — dijo Flora maliciosamente — es su brillante conversación.

Creí ver que Blunt enrojecía. Cuando habló su voz había tomado un tono de humildad que no le era habitual.

—Jamás he sido muy charlatan, ni aún cuando era joven.

—Hace mucho de eso ¿verdad? — dijo Flora gravemente. Yo noté la nota burlona de su voz pero creo que no le ocurrió lo mismo a Blunt.

—Sí — contestó simplemente — mucho tiempo.

—¿Qué impresión tiene uno cuando se siente viejo como Matusalén? — dijo Flora.

Esta vez la ironía fué más sensible pero Blunt seguía su idea.

—¿Recuerda usted al hombre que vendió su alma, a cambio de la juventud? Han hecho una ópera.

—¿Fausto?

—Si. La historia maravillosa. Muchos de entre nosotros harían lo mismo si pudieran.

—Si alguien lo oyera, creería que es usted un anciano — exclamó Flora medio molesta, medio divertida.

Blunt no respondió durante algunos minutos, luego apartó su mirada de la joven y dijo como dirigiendose hacia uno de los árboles que estaban cerca de él, que ya era tiempo de que volviera al Africa.

—¿Va a partir de nuevo para la caza?

—Creo que si; en eso paso la mayor parte de mi vida... en la caza!

—¿Es usted quien mató a ese animal cuya cabeza está en el vestíbulo, verdad?

Blunt hizo un gesto afirmativo, luego dijo con tono vacilante, enrojeciendo un poco:

—¿Le gustaría a usted recibir algunas bellas pieles? Si eso le agradara yo podría enviarle algunas.

—¡Oh! ¡si! — exclamó Flora — ¿pero me mandará de verdad? ¿No se olvidará?

—No me olvidaré — dijo Hector Blunt; luego agregó, en un rápido acceso de confianza: — Es tiempo de que me vaya; no soy para esta clase de vida; no estoy acostumbrado, soy un salvaje, no soy un mundano; nunca digo las cosas que de mi se esperan.

—Pero no se irá usted enseguida — exclamó Flora — Mientras... mientras duren todas estas cosas ¡Oh! ¡yo le suplico! Si usted se va...

Se volvió ligeramente.

—¿Quiere usted que me quede? — preguntó Blunt.

—Todos lo deseamos.

—Pero, usted personalmente — preguntó Blunt mas claramente.

Flora se volvió lentamente y sus ojos se encontraron.

—Si... Si eso es una diferencia para usted, deseo que se quede.

—Es una diferencia enorme — contestó el mayor.

Hubo un momento de silencio. Se sentaron en el banco de piedra, cerca del vivero y parecía que ninguno de ellos supiera lo que debiera decir.

—El día está tan... lindo — dijo Flora — Mire usted, no puedo dejar de estar contenta, a pesar... a pesar... de todo ¿Es horrible, verdad?

—Es natural — dijo Blunt — Usted no había visto a su tío antes de venir aquí, hace dos años ¿verdad? No puede sentir usted mucha pena y mas vale no fingir.

—Hay en usted algo que tranquiliza — dijo Flora — hace usted todo tan simple...

—Las cosas son simples en general, — dijo el cazador de fieras.

—No siempre — dijo Flora.

Había bajado la voz; vi que Blunt se volvía y la contemplaba un momento; su mirada parecía venir de la costa del Africa. Interpretó evidentemente a su modo el cambio de Flora pues dijo, un poco bruscamente, al cabo de unos minutos:

—No se atormente, por favor; quiero decir sobre ese joven. Ese inspector es un tonto. Todo el mundo sabe que es imposible que Paton haya hecho eso. Es la obra de un asaltante venido de afuera. He aquí la única solución posible.

Flora se volvió hacia el.

—¿Realmente es esa su opinión?

—¿No es la suya? — dijo vivamente Blunt.

—Yo... yo quiero decirle por qué me siento feliz esta mañana. Pensará usted que no tengo corazón, pero prefiero que sepa usted lo que pienso. El señor Hammond, el abogado, vino y nos habló del testamento. ¡Mi tío Roger me ha legado veinte mil libras! ¡Veinte mil libras!

Blunt pareció asombrado.

—¿Y eso tiene tanta importancia para usted?

—¡Tanta importancia! Eso representa todo para mi; la libertad, la vida, ya no más cálculos, ni economías, ni engaños...

—¿Engaños? — interrumpió vivamente Blunt.

Flora pareció un momento desconcertada.

—Ya sabe usted lo que yo entiendo por eso — dijo vacilando — Hablo del reconocimiento aparente que hay que testimoniar a los parientes ricos por las cosas viejas que nos dan: los vestidos, los sombreros del año pasado, por ejemplo.

—No entiendo mucho de vestidos, pero me parece que siempre está usted bien vestida.

—¡Bastante me cuesta! — dijo Flora en voz baja. — Pero no hablemos de cosas que me son penosas. Soy tan feliz... soy libre, libre de hacer lo que quiero, libre de no...

Se detuvo bruscamente.

—¿De no... qué? — preguntó vivamente el mayor.

—Ya lo olvidé... nada importante.

Blunt tenía un baston en la mano; parecía querer sacar algo del vivero.

—¿Qué hace usted mayor?

—Hay un objeto brillante adentro — dijo — y me preguntaba lo que sería; parece un broche de oro, pero ahora, he removido el barro del fondo y ya no lo veo.

—Tal vez sea una corona — sugirió Flora — como la que Melisandre hunde en el agua.

—¡Melisandre! — dijo Blunt — ¿Es un personaje de ópera ¿verdad?

—Si... ¡qué bien conoce usted las óperas!

—Mis amigos me han llevado varias veces — respondió el mayor con aire resignado — Es una extraña distración, se oye mas ruido que el que hacen los indígenas con sus tam-tam.

Flora se echó a reir.

—Me acuerdo de Melisandre — continuó Blunt — se había casado con un hombre que podia ser su padre.

Arrojó una piedra en el agua, luego volviéndose hacia Flora, después de cambiar de actitud:

—¿Puedo hacer algo, miss Ackroyd?... quiero decir algo por Paton. Me doy cuenta

hasta que punto debe usted sentirse inquieta.

—Gracias — dijo Flora con frialdad — Realmente nada hay que hacer. Todo irá bien para Ralph. He dado con el mejor detective del mundo y él lo descubrirá todo.

Desde hacía un rato me sentía molesto. Hablando sinceramente no nos ocultabamos para escuchar puesto que las dos personas que hablaban debajo de nosotros, en el jardín, no tenían mas que levantar la cabeza para vernos. Sin embargo yo les hubiera advertido ya nuestra presencia si mi compañero no me hubiera apretado el brazo de manera significativa... Evidentemente deseaba guardar silencio pero de pronto tosió.

—Perdón — exclamó — no puedo permitir que la señorita me haga cumplimientos exagerados sin atraer su atención sobre mi presencia aquí. Se pretende que los que escuchan jamás oyen decir nada bueno de ellos, pero, esta vez, eso no es exacto; para no tener que enrojecer voy con ustedes y me excusaré.

Descendió rápidamente el sendero seguido por mí.

—El señor Hercules Poirot — dijo Flora — pienso que ya se conocen.

Poirot se inclinó.

—Yo conozco al mayor Blunt de reputación — dijo amablemente — Me encanta haberlo encontrado, señor, pues tengo necesidad de algunos datos que puede usted darme, sin dua.

Blunt lo miró con aire interrogador.

—¿Cuando vió usted al señor Ackroyd vivo por última vez?

—En la cena.

—¿Y no lo vió más, ni lo oyó?

—No lo vi, pero oí su voz.

—¿Cómo?

—Me paseaba por la terraza....

—Perdon ¿qué hora era?

—Alrededor de las nueve y media; caminaba por allí fumando, y al pasar ante la puerta del escritorio oí al señor Ackroyd que hablaba.

Poirot se agachó y arrancó una ramita de hierba.

—Seguramente que usted, desde el lugar en que se hallaba no habrá podido oir lo que ocurría en el gabinete.

No miraba ya a Blunt pero yo que tenía los ojos fijos sobre él con gran sorpresa lo vi enrojecer.

—Fuí hasta el ángulo de la casa — dijo como con disgusto.

—¡Ah! — dijo Poirot, cuyo tono indicaba que esperaba otra explicación.

—Creí ver... una mujer que desaparecía entre las plantas... vi sólo un objeto blanco... puedo equivocarme. Fué cuando me hablaba al extremo de la terraza que oí la voz de Ackroyd que hablaba a su secretario.

—¿Al señor Raimundo?

—Sí, al menos es lo que creí en ese momento... Parece que no es exacto.

—¿El Sr. Ackroyd lo llamó por su nombre?

—No lo oí.

—Entonces, ¿puedo preguntarle que le hace suponer?...

Blunt explicó:

—Pensé que debía ser Raimundo por que antes de que yo saliera me había dicho que tenía que llevar unos papeles al escritorio del señor Ackroyd. No se me ocurrió pensar que pudiera ser algún otro.

—¿Puede usted recordar las palabras que él pronunció?

—No lo creo; eran frases banales; además no he oido casi nada, pues pensaba en otra cosa.

—No tiene importancia — dijo Poirot— ¿Colocó usted un sillón contra la pared cuando entró en el escritorio después de descubrirse el cadáver?

—¿Un sillón?... no; ¿por qué lo hubiera hecho?...

Poirot se encogió de hombros pero no respondió. Se volvió hacia Flora.

—Hay algo que quisiera saber por usted señorita ¿Cuando examinó usted los objetos de la vitrina en compañía del doctor Sheppard, estaba allí el puñal?

La joven levantó la cabeza con aire altanero:

—El inspector Raglan me ha hecho ya esa pregunta — dijo — yo le he respondido, y le respondo a usted lo mismo: estoy completamente segura de que el puñal no estaba. El cree que estaba allí y que luego Ralph lo sacó durante la noche... y... ¡y él no me cree! Se imagina que hablo así para... para proteger a Ralph.

—¿Y no es verdad? — le pregunté gravemente.

Flora golpeó el suelo con el pie.

—¡También usted doctor Sheppard! ¡Oh! ¡es demasiado fuerte!

Poirot intervino con tacto:

—Lo que le oí decir, mayor Blunt, es exacto; hay en este vivero, un objeto brillante; veamos si podemos sacarlo.

Se arrodilló cerca del pequeño estanque, se subió la manga hasta el codo y hundió lentamente el brazo dentro del agua de manera de no moverla. Pero, a pesar de todas sus precauciones ésta se movió y tuvo que sacar la mano vacía.

Miró el barro que cubría su brazo; le ofrecí mi pañuelo que aceptó dándome las gracias.

Blunt sacó el reloj.

—Es hora de almorzar — dijo — haríamos bien en dirigirnos a la casa.

—¿Almuerza usted con nosotros, señor Poirot? — preguntó Flora — Quisiera que conozca usted a mi madre. Ella... quiere mucho a Ralph.

El hombre se inclinó.

—Estaré encantado, señorita.

—¿Usted también se queda, verdad, doctor?

—¡Oh! ¡Muchas gracias!

Quería quedarme, así que acepté la invitación sin hacerme rogar. Nos dirigimos a la casa. Flora y el mayor caminaban adelante.

—¡Qué cabellos magníficos! — me dijo Poirot en voz baja señalando a la joven —

¡De oro! Harán una pareja soberbia. Ella y el capitán Ralph tan moreno ¿no le parece?

Lo miré con aire interrogador, pero él comenzó a interesarse con algunas gotas de agua que habían caído sobre su manga. Ese hombre me hacía pensar en un gato. Tenía los ojos verdes y los gestos meticulosos.

—Se ha ensuciado usted de gusto — dije amablemente — me pregunto que puede haber caído en el vivero.

—¿Quiere usted verlo?

Me sorprendí. Hice un gesto afirmativo y me dijo como si se hiciera un reproche:

—Mi buen amigo, Herculec Poirot, no se arriesga a ensuciar sus ropas sin estar antes seguro de encontrar lo que busca. Proceder de otra manera sería ridículo y absurdo; yo no soy jamás ridículo.

—Pero su mano estaba vacía cuando salió del agua — objeté.

—Hay momentos en que es necesario ser discreto ¿Dice usted a sus clientes todo lo que observa? No lo creo. Y que no cuenta tampoco todo a su excelente hermana, estoy seguro. Antes de mostrar mi mano vacía hice caer en la otra lo que encontré.

Abrió la mano izquierda, sobre la palma de la cual reposaba un pequeño círculo de oro... una alianza de mujer. La tomé.

—Mire adentro — ordenó Poirot..

Obedecí. La siguiente inscripción estaba grabada en el interior:

"Dada por R. 13 de Marzo".

Miré a Poirot. Este estaba muy ocupado en mirarse la cara en un pequeño espejo de bolsillo; acordaba especial atención a sus bigotes, pero noté que ya no estaba dispuesto a mostrarse mas comunicativo.

Capítulo X

LA MUCAMA

Encontramos a la señora Ackroyd en el hall en compañía de un hombre pequeño, seco, de mentón puntiagudo y de ojos color gris acerado, que tenía el aspecto de un hombre de ley.

—El señor Hammond almuerza con nosotros — dijo la señora Ackroyd. — ¿Conoce usted al mayor Blunt, verdad, y también al doctor Sheppard que era un amigo íntimo de nuestro pobre Roger? Luego...

Se detuvo y miró perpleja a Hércules Poirot.

—Es el señor Poirot, mamá — dijo Flora — ya te hablé de él esta mañana.

—En efecto — respondió la señora Ackroyd vacilando. — ¿Está encargado de encontrar a Ralph, verdad?

—Está encargado de descubrir al que ha matado a mi tío! — dijo Flora.

—¡Oh querida! — exclamó su madre. — ¡Perdóname! ¡Mis nervios! ¡Es algo horrible! ¡No puedo dejar de pensar que se trata de un accidente. A Roger le gustaba tanto manejar objetos raros. Su mano debió resbalarse.

Estas palabras fueron acogidas por un amable silencio. Vi que Poirot se acercaba al abogado y le hablaba en tono confidencial. Me acerqué, luego vacilé.

—¿Soy indiscreto? — pregunté.

—De ninguna manera — exclamó calurosamente Poirot — seguimos juntos este asunto, señor doctor y sin usted estaría aún en la oscuridad. Deseo sólo pedir algunos informes al excelente señor Hammond.

—Según creo, lo hace usted por cuenta del capitán Ralph Paton — pregunto el abogado con precaución.

Poirot sacudió la cabeza.

—No del todo. Lo hago en interés a la verdad. Miss Ackroyd me ha pedido que haga una investigación sobre la muerte de su tío.

El señor Hammond pareció un poco desconcertado.

—No puedo pensar seriamente que el capitán Paton se halle mezclado a este crimen — dijo, — Aunque los cargos contra él son numerosos. El simple hecho de que necesitaba dinero...

—¿Necesitaba dinero? — interrumpió vivamente Poirot.

El abogado se encogió de hombros:

—Ese es un estado crónico en Ralph Paton — dijo secamente. — El dinero corre entre sus dedos como el agua, y sin cesar le pedía a su padrastro.

—¿Le había pedido recientemente? ¿Durante el último año, por ejemplo?

—No puedo responderle, pues el señor Ackroyd no me ha hablado de ello.

—Comprendo. Supongo señor, que conoce usted los términos del testamento del señor Ackroyd?

—Es verdad y por eso estoy hoy aquí.

—Entonces y desde el momento que yo represento los intereses de miss Ackroyd ¿tendrá usted inconveniente en comunicarme las cláusulas del testamento?

—Son muy simples. Puesta aparte la fraseología legal, después de haber estipulado algunos legados...

—¿A quiénes? — interrumpió Poirot.

El señor Hammond pareció un poco asombrado.

—Mil libras a su gobernanta, miss Russell; cincuenta libras a la cocinera Emma Cooper; quinientas libras a su secretario el señor Geoffroyd Raimundo. Luego a diversos hospitales...

Poirot levantó la mano:

—Los legados de caridad no me interesan.

—Muy bien. La renta de un capital de diez mil libras deberá ser pagado a la señora Cyrille Ackroyd. Mis Flora Ackroyd recibirá veinte y cinco mil libras netas. El resto, comprendida ésta propiedad y los capitales invertidos en la casa Ackroyd e hijos, será legado a su hijo adoptivo Ralph Paton.

—El difunto poseía una gran fortuna.

—Una gran fortuna. El capitán Paton será muy rico.

Hubo un silencio. Poirot y el abogado se miraron.

—¡Señor Hammod! — llamó la señora Ackroyd.

El hombre de ley se dirigió hacia ella. El detective me tomó del brazo y me llevó hacia la ventana.

—Vamos a ser los Iris — dijo en alta voz. — ¿No son magníficos?

Sentí al mismo tiempo que su mano me apretaba el brazo y añadió en voz muy baja:

—¿Realmente, quiere usted ayudarme en esta investigación?

—Naturalmente — exclamé. — Nada puede serme más agradable. ¡No sabe usted qué vida de fósil llevo aquí! Nunca ocurre nada interesante.

—Muy bien; entonces trabajaremos juntos. Creo que el mayor Blunt vendrá dentro de un rato con nosotros, pues se aburre con la buena señora. Deseo saber varias cosas, sin hacerlo notar. ¿Comprende usted? Le dejo pues, la tarea de interrogar.

—¿Qué preguntas desea usted que yo haga? — pregunté no sin cierta aprensión.

—Quiero que introduzca usted en la conversación el nombre de la señora Ferrars.

—¿Cómo?

—Hable de una manera natural. Pregunte al mayor si estaba aquí cuando murió el marido. Ya ve usted lo que quiero decir y mientras él conteste vigile usted la expresión de su fisonomía. ¿Comprende usted.

Pero ya no pudo decirme nada más, pues, como lo había previsto, Blunt dejó, con su brusquedad habitual, al otro grupo y avanzó hacia nosotros.

Sugerí un paseo por la terraza que él aceptó. Poirot se quedó un poco atrás. Me detuve para admirar una rosa.

—¡Cómo cambia todo en el espacio de unos días! — observé. — Recuerdo haberme paseado sobre esta terraza el miércoles último con el señor Ackroyd. ¡Y ahora... tres días más tarde, está muerto!... ¡Y también la señora Ferrars. ¿La conoció usted, verdad?

Blunt hizo un gesto afirmativo.

—¿La vió usted después de su llegada?

—Fuí a visitarla con Ackroyd creo que el martes último. Mujer seductora, pero extraña. Profunda... jamás se sabía lo que estaba pensando.

Lo miré fijamente a los ojos. Seguramente no contenían nada misterioso. Continué:

—Creo que la conocía usted de antes.

—La última vez que vine, ella y su marido acababan de instalarse en el país. — Se detuvo un momento, luego añadió: — Había cambiado mucho desde entonces.

—¿Cambiado? ¿Cómo?

—Parecía diez años más vieja.

—¿Estaba usted aquí cuando murió el marido? — hice la pregunta con el tono más natural posible.

—No. Según lo que he oído decir fué un gran alivio para ella. No es caritativo hablar así, pero es la verdad.

Aprobé.

—Ashley Ferrars no era ciertamente un modelo de marido — dije con reserva — Un hombre que tenía más dinero del que necesitaba.

—¡Oh! ¡el dinero! ¡Todos los tormentos de la tierra vienen de él... o de su ausencia!...

—¿Y a usted que inconvenientes le ha ocasionado? — pregunté.

—Tengo una fortuna suficiente para mis necesidades y me hallo entre los felices.

—¡Es verdad!

—Sin embargo, ahora estoy un poco escaso. Hace un año recibí una herencia y como un imbécil me he dejado llevar de la especulación...

Le expresé mi simpatía y le conté mi propia desventura. Luego se oyó el gong que llamaba y entramos. Poirot me llevó aparte.

—¡Y bien!

—Todo es normal en él — respondí — estoy seguro.

—¿Nada de inquietante?

—Ha recibido una herencia hace un año. ¿Pero eso que tiene de extraordinario? Juraría que ese hombre está por encima de toda sospecha.

—Es verdad — dijo Poirot — no se inquiete.

Me hablaba como si yo fuera un niño miedoso. Penetramos en el comedor. Parecía increíble que aun no hubieran pasado veinte y cuatro horas desde que me senté por última vez ante esa misma mesa. Después del almuerzo la señora Ackroyd me hizo sentar a su lado en un sofá.

—No puedo dejar de sentirme un poco apenada — murmuró — por la falta de confianza que me ha manifestado Roger. Esas veinte mil libras debían haberme sido legadas a mí en lugar de Flora. Una madre no puede ser en esa forma acusada de no saber cuidar los intereses de su hija. Le aseguro que considero eso como una injuria.

—Olvida usted señora que Flora era la propia sobrina de Ackroyd y que estaba unida por la sangre. Las cosas hubieran sido diferentes si hubiera sido usted su hermana en lugar de su cuñada.

—Desde el momento en que yo era la viuda del pobre Cirylle encuentro que hubiera debido fijarse en mis sentimientos — declaró la señora Ackroyd secándose los ojos con el pañuelo. — Pero Roger ha sido siempre muy cuidadoso... por no decir avaro. Cuando se trataba de cuestiones de interés. Nuestra situación, tanto de Flora como mía era muy delicada; ni siquiera daba una renta a la pobre niña. Pagaba sus cuentas, pero rezongando y le preguntaba siempre por qué necesitaba tantas cosas inútiles. ¡Era una idea masculina!... ¡pero!... ¿qué quería decir yo? ¡Ah, sí! No teníamos ni un centavo que nos perteneciera. A Flora le molestaba y a mí más todavía. Ella quería mucho a su tío; pero cualquier muchacha se hubiera sentido humillada. Es cierto que Roger tenía extrañas ideas sobre las cuestiones pecuniarias. No quería comprar servilletas nuevas, aunque yo le había advertido que las viejas estaban hechas pedazos. Y decir — continuó la señora Ackroyd cambiando de idea, lo que en ella era habitual — que ha dejado semejante suma... mil libras... ¿Comprende usted? ¡Mil libras! ¡A esa mujer!

—¿Qué mujer?

—Miss Russell. Siempre he afirmado que había en ella algo raro. Pero Roger no quería escucharme. Pretendía que era una mujer de gran carácter y declaraba admirarla y respetarla. Hablaba sin cesar de su rectitud de juicio, de su desinterés, de su valor moral.

Creo que a ella le hubiera gustado casarse con él, pero yo puse orden. Naturalmente, siempre me ha aborrecido pues la puse en evidencia.

Comencé a preguntarme si tendría la suerte de poder detener la elocuencia de la señora Ackroyd y de irme. El señor Hammond me la proporcionó al venir a despedirse; aproveché la ocasión y me levanté.

—¿Dónde prefiere usted que haga el sumario? — preguntó. — Aquí o en los "Tres Pavos".

La señora Ackroyd me miró consternada.

—¡Sumario! — dijo. — ¿Habrá sumario?

El señor Hammond tosió y murmuró:

—Es inevitable, dadas las circunstancias

—¿Pero el doctor Sheppard no puede arreglar eso?

—Mis poderes son limitados — dije brevemente.

—Si la muerte se debe a un accidente...

—Ha sido asesinado, señora — dije.

La señora Ackroyd lanzó un grito.

—La idea de accidente debe ser rechazada — añadí.

Me miró desolada, pero yo no sentí ninguna lástima.

—Si hay sumario tendré que... que responder preguntas? — preguntó.

—No sé si será necesario. Pienso que el señor Raimundo le evitará tener que hacerlo, pues está al corriente de todo y puede declarar.

El abogado hizo una señal de asentimiento.

—No creo que tenga usted nada que temer, señora — declaró — sus sentimientos serán respetados. En cuanto a lo que concierne a la cuestión pecuniaria ¿tiene usted todo lo necesario por el momento?... quiero decir dinero líquido? — añadió pues ella lo miraba sin comprender. — Si lo necesita puedo procurárselo.

—Debe haber aquí una suma suficiente — dijo Ralmundo, que estaba de pie cerca de nosotros — pues el señor Ackroyd hizo cobrar ayer un cheque de cien libras.

—¿Cien libras?

—Sí; destinadas a pagar algunas cuentas. Esta suma permanece aún intacta.

—¿Dónde está? ¿En su escritorio?

—No; guardaba siempre el dinero en su pieza, en una caja de cuellos. ¿Idea extraña, verdad?

—Creo — insistió el abogado — que debiéramos, antes de mi partida cerciorarnos si esa suma está intacta.

—Es verdad — respondió el secretario — voy a conducirlos... ¡Ah! ¡Me olvidaba! ¡La puerta está cerrada!

Parker, interrogado nos dijo que el inspector Raglan estaba en la parte de la casa destinada a los sirvientes haciendo una nueva investigación. Poco después se nos unió en el hall, trayendo la llave, y nos abrió la puerta. Subimos la pequeña escalera, al extremo de la cual estaba la puerta del dormitorio de Ackroyd.

La pieza estaba oscura, pues las cortinas estaban corridas; y la cama preparada, como la noche antes.

El inspector abrió los cortinados para dejar entrar el sol y Geoffroyd Raimundo se dirigió a un escritorio cuyo cajón superior abrió.

—¡Como! ¿El señor Ackroyd guardaba su dinero en un mueble que no cerraba? — dijo el inspector.

El secretario enrojeció ligeramente.

—El señor Ackroyd tenía absoluta confianza en la probidad de todos sus sirvientes — exclamó con calor.

—¡Oh! realmente — replicó vivamente el inspector.

Raimundo acabó de abrir el cajón y sacó una caja redonda de cuero cuya tapa levantó sacando una gran cartera.

—Aquí está la suma — declaró tomando un paquete de billetes de banco. — Estoy seguro de que está intacta pues el señor Ackroyd la puso en mi presencia en esta caja, anoche, mientras se vestía para la cena y nadie ha tocado después.

El señor Hammond tomó el paquete y contó los billetes, luego levantó bruscamente la cabeza:

—¿Dice usted que había cien libras? ¡No hay más que sesenta!

Raimundo le miró estupefacto.

—¡Imposible! — exclamó precipitándose hacia el abogado a quien sacó los billetes que contó en alta voz.

El señor Hammond tenía razón; el total era de sesenta libras.

—Pero... no comprendo — balbuceó el joven secretario.

Poirot intervino:

—¿Ha visto sted al señor Ackroyd guardar esa suma anoche mientras se vestía para cenar? ¿Está usted seguro de que no pagó nada antes?

—Completamente seguro, él mismo me dijo: "¡No quiero guardar cien libras sobre mí! ¡Es demasiado molesto!"

—Entonces la cosa es simple — dijo Poirot. — ¡O bien ha pagado una suma de cuarenta libras anoche o han sido robadas!

—Perfectamente — opinó el inspector que agregó volviéndose a la señora Ackroyd: — ¿Cuáles son los sirvientes que han podido entrar anoche en esta pieza?

—Creo que la segunda mucama habrá venido a preparar la cama.

—¿Quién es? ¿Qué datos tiene usted sobre ella?

—Hace poco que está aquí — respondió la señora Ackroyd — pero es una buena muchacha del campo.

—Hay que aclarar eso — declaró el inspector — Si el señor Ackroyd ha entregado esas cuarenta libras a alguien puede ser que tenga alguna relación con el crimén. ¿Los otros sirvientes son honrados?

—¡Oh yo creo poder afirmar que sí!

—¿Ha faltado algo antes?

—No.

—¿Alguno de ellos se vá?

—Sí; la mucama que se ocupa del office ha dicho que se va.

—¿Cuándo?

—Creo que mañana.

—¿Se lo dijo a usted?

—¡Oh! ¡no! yo no me ocupo de eso. Es

miss Russell quien se ocupa de la casa.

El inspector reflexionó durante unos minutos, luego bajó la cabeza y dijo:

—Creo que haría bien en ir a conversar un rato con miss Russell y las muchachas del servicio.

Poirot y yo lo acompañamos hacia donde estaba la gobernanta que nos recibió con su habitual sangre fría. Nos dijo que Elsie Dale estaba en Fernly hacía cinco meses y que era una muchacha consciente y honrada. Tenía excelentes referencias y sería la última persona en el mundo que tomara algo que no le perteneciera.

—¿Y se va?

—Es una joven que está por encima de su condición, tranquila y distinguida, y trabaja a maravilla.

—Entonces ¿por qué se va?

—No lo se. Creo que ayer el señor Ackroyd le hizo algunas observaciones. Ella arreglaba el escritorio y según parece tocó algunos papeles que estaban sobre la mesa. El señor Ackroyd se enojó y ella quiso retirarse. Es al menos lo que he comprendido de sus explicaciones ¿quiere hablarle usted mismo?

El inspector respondió afirmativamente.

Yo había observado a la joven mientras servía la mesa. Era alta,, de cabellos castaños y bellos ojos grises. Respondió al llamado de miss Russell y se quedó ante nosotros mirándonos tranquilamente.

—¿Se llama usted Ursula Bourne? — preguntó el inspector.

—Sí, señor.

—He sabido que se va usted.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—He desarreglado algunos papeles que estaban sobre el escritorio del señor Ackroyd. El se enojó y me dijo que haría bien en retirarme lo antes posible.

—¿Fué usted anoche al cuarto del señor Ackroyd para arreglar la cama?

—No, señor es Elsie quien se ocupa de eso yo no voy nunca a ese lado de la casa.

—Debo decirle que ha desaparecido una suma de dinero bastante grande del cuarto del señor Ackroyd.

Esta vez la joven enrojeció.

—No sé nada sobre eso. Si cree usted que yo la tomé y que el señor Ackroyd me despide por eso, se equivoca usted.

—No la acuso de haber robado — dijo el inspector — no se enoje.

La mucama lo miró con frialdad y le dijo desdeñosamente.

—Puede registrar mis valijas, no encontrará nada.

Poirot se interpusó:

—Fué ayer tarde que el señor Ackroyd la despidió... o que usted se quiso retirar ¿verdad?

—Sí, respondió la joven.

—¿Cuánto tiempo duró su entrevista?

—¿Nuestra entrevista?

—Si la conversación que tuvo usted con el señor Ackroyd?

—Yo... yo no sé.

—¿Veinte minutos, media hora?

—Más o menos.

—¿Algo más?

—Más de media hora no.

—Gracias, señorita.

Lo miró con atención; arreglaba con atención varios bibelots sobre la mesa y sus ojos brillaban.

—Está bien — dijo el inspector.

Ursula Bourne salió. Raglan se volvió hacia miss Russell.

—¿Desde cuando está aquí? ¿Tiene usted informes sobre ella?

Sin responder a la primera pregunta, miss Russell se dirigió a un pequeño escritorio, abrió un cajón y sacó un paquete de cartas. Eligió una y la entregó al inspector.

—¡Hum! parece bien. Señora Richard Folliott de Marby Grange; ¿quién es esta dama?

—Pertenece a una buena familia del Condado — declaró miss Russell.

—Bueno — dijo el inspector devolviéndole la carta. — Interroguemos a la otra Elsie Dale.

Elsie Dale era una joven rubia, de rostro agradable, pero poco inteligente. Respondió a las preguntas que se le hicieron y se mostró desolada cuando le anunciaron la desaparición de la suma.

—No creo que tenga nada de sospechosa — dijo el inspector cuando ella salió.

—¿Qué piensa usted de Parker?

La gobernanta apretó los dientes y no respondió.

—Me parece que hay algo de anormal en ese hombre — dijo el inspector pensativamente. — Sin embargo no sé cuando hubiera podido hacerlo, su servicio lo ocupó desde la cena y presenta luego una buena coartada. Estoy seguro pues lo he verificado. Gracias miss Russell. Vamos a dejar las cosas como están, por ahora. Es probable que el señor Ackroyd haya dado a alguien las cuarenta libras.

La gobernanta nos dió secamente las buenas tardes y la dejamos. Salí de la casa con Poirot.

—Me pregunto — dije rompiendo el silencio — cuales podían ser los papeles que la joven ha desarreglado para que el señor Ackroyd se haya enojado tanto. Quizás hay allí un indicio.

El secretario ha declarado que no tenía sobre el escritorio ningún papel importante — dijo tranquilamente Poirot.

—Sí... pero... — Me detuve.

—¿Le parece extraño que el señor Ackroyd se haya enojado por motivo tan fútil?

—Sí, un poco. ..

—Pero ¿estamos seguros de que se trataba de algo insignificante?

—Evidentemente. No sabemos cuales eran esos papeles. Sin embargo Raimundo, nos ha afirmado...

—Dejemos un momento de lado lo que dijo Raimundo. ¿Qué piensa usted de esa joven?

—¿Cuál? ¿Ursula Bourne?

—Sí.

—Me pareció muy bien — dije vacilando.

Poirot repitió mis palabras recalcando el verbo:

—Si "parece" muy bien.

El asesinato de Roger...

Luego, después de un corto silencio, sacó un papel del bolsillo y me lo dió.

—Miré — me dijo — quiero mostrarle algo.

La lista que me dió era lo que el inspector había dado a Poirot a la mañana. Señaló un nombre con el dedo y vi una cruz al lado del de Ursula Bourne.

—Sin duda no ha notado usted, mi querido amigo que hay en esta lista, una persona cuya coartada no está confirmada, y es justamente Ursula Bourne.

—¿Cree usted?...

—Doctor Sheppard, creo todo. Ursula Bourne puede haber matado al señor Ackroyd aunque no comprendo las razones ¿y usted?

Me miró con atención, con tanta atención que me sentí molesto.

—¿Y usted? — repitió.

—No veo ninguna razón — dije firmemente.

Su mirada cambió de dirección, se volvió y frunció el ceño y dijo, hablando para sí:

—Puesto que el chantagista era un hombre no puede tratarse de ella...

—En cuanto a eso... — dije en tono dubitativo.

—¿Qué? ¿Qué quiere usted decir? — dijo volviéndose bruscamente hacia mí.

—Nada... nada... simplemente esto: en su carta la señora Ferrars ha hablado de una persona sin especificar que se tratara de un hombre; hemos pensado solamente, tanto Ackroyd como yo que se trataba de uno.

Pero Poirot no me oía, hablaba consigo mismo.

—Después de todo es posible... si, es claro... ¿pero entonces? Es necesario que ordene mis ideas. ¡Orden y método! Nunca los he necesitado tanto. Todo debe encadenarse... sino estoy en mala pista...

Se detuvo y se volvió bruscamente hacia mí:

—¿Dónde queda Marby?

—Del otro lado de Cranchester.

—¿Qué distancia.

—¡Oh! alrededor de catorce kilómetros.

—¿Podría ir usted hasta allí? ¿Mañana, por ejemplo?

—¿Mañana? Sí, es domingo. Podría arreglarme ¿qué quiere usted que yo haga?

—Ver a esa señora Folliott y tratar de obtener datos sobre Ursula Bourne.

—Muy bien pero... ¡no me gusta esa misión!...

—No es el momento de encontrar dificultades. Se trata de la vida de un hombre.

—¡Pobre Ralph! — dije suspirando. — Sin embargo usted lo cree inocente.

Poirot me miró gravemente.

—¿Quiere saber usted exactamente lo que pienso?

—Evidentemente.

—Entonces oiga: ¡todo lo hace presumir culpable!

—¡Cómo! — exclamé.

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—Si ese estúpido inspector — pues es estúpido — ha descubierto hechos sobre los cuales basa su convición. Yo busco la verdad... y sin cesar me dirijo a Ralph Paton. Los motivos, la ocasión, los medios... Pero no descuidaré nada, lo he prometido a miss Flora... pues ella está segura, muy segura, de su inocencia.

Capítulo VI

POIROT HACE UNA VISITA

Me sentía un poco emocionado al llamar al día siguiente a la puerta de Marby Grange al día siguiente por la tarde. ¿Por qué me había confiado esa misión? ¿Era porque deseaba, como cuando me había encargado de cuestionar al mayor Blunt quedarse atrás Pero, esa idea, muy natural en el primer caso, me parecía incomprensible ahora. Mis meditaciones fueron interrumpidas por la llegada de una sirvienta que me dijo que la señora Folliott estaba en su casa. Fuí introducido a un gran salón y miré a mi alrededor con curiosidad esperando al ama de la casa. Era una gran habitación, con algunas bellas porcelanas y magníficos cuadros.

Admiraba un Bartolozzi suspendido de la pared cuando apareció la señora Folliott. Era alta y tenía una encantadora sonrisa; sus abundantes cabellos castaños estaban mal peinados.

—¿El doctor Sheppard? — preguntó.

—Es, en efecto mi nombre. Le suplico que me perdone, señora, pero deseo obtener informes sobre una mucama que ha estado a su servicio, Ursula Bourne.

Cuando pronuncié ese nombre el rostro de la señora Folliott perdió su expresión amable, pareció molesta.

—¿Ursula Bourne? — respondió con tono vacilante.

—Sí. Quizás no se recuerde usted de ella.

—¡Oh! sí... me acuerdo perfectamente.

—¿Salió de aquí hace un año, verdad?

—Sí, sí... en efecto.

—¿Ha estado usted satisfecha de ella durante el tiempo que estuvo aquí? ¿Cuánto tiempo estuvo?

—¡Oh! un año o dos... — no me acuerdo mucho. Era... muy trabajadora y estoy segura de que estaría usted contento. No sabía que se iba de Fernly.

—Puede usted, señora, darme informes más claros sobre ella?

—¿Más claros?

—Sí. ¿De dónde venía? ¿Quién era su familia

El rostro de la señora Folliott se hizo más frío aún.

—No lo sé.

—¿Con quién estaba antes de entrar a su servicio?

—No lo recuerdo.

Manifiestamente comenzaba a enojarse y levantó la cabeza con un gesto que ya me pareció haber visto.

—¿Es realmente necesario que haga usted esas preguntas?

—Realmente no — dije con asombro y excusándome. — No pensé que le serían desagradables, estoy desolado.

La expresión de cólera que había visto en su cara se borró pero la señora Folliott quedó confusa.

—¡Oh! no me desagrada responder — dijo — se lo aseguro. ¿Por qué iba a ser? solo que me pareció extraño... un poco extraño...

Un médico reconoce siempre una mentira. Me daba cuenta de que la señora Folliott se sentía molesta de tener que contestarme. Estaba trastornada y era evidente que me hallaba frente a un misterio que no quería revelarme. La noté como una de esas mujeres incapaces de disimular y que en consecuencia se sienten mal cuando se ven obligadas. Pero era igualmente seguro que estaba decidida a no decirme nada. Cualquiera que fuese el misterio que rodeaba a Ursula Bourne la señora Folliott no me ayudaría a aclararlo.

Me excusé una vez más de ser inoportuno, tomé mi sombrero y me retiré.

Fuí a ver dos enfermos y volví a mi casa a las seis. Carolina estaba sentada cerca de la mesa del té en desorden y su rostro tenía una expresión de triunfo que yo conocía bien y lo que era en ella señal innegable de que había recibido noticias.

—He pasado una tarde excelente — comenzó, mi hermana mientras yo me dejaba caer sobre un sillón y acercaba mis pies al ardiente calor del fuego.

—¿Ha venido a verte miss Ganett? le dije. — Miss Ganett es una de sus más activas informantes.

—Busca aún — dijo Carolina.

Nombré sucesivamente a todas las personas que formaban parte de su oficina de informaciones pero cada vez movía negativamente la cabeza. Concluyó por decir:

—¡Me vino a visitar el señor Poirot? Qué te parece?

Pensé muchas cosas que me guardé de comunicar a Carolina.

—¿Para qué vino? — pregunté.

—Para verme. Me dijo que, conociendo bien a mi hermano se permitía presentarse a su encantadora hermana.

—¿De qué habló?

—De sí mismo, de los asuntos de que se ha ocupado. Te acuerdas del príncipe Paul de Mauritania, el que acaba de casarse con una bailarina?

—¿Qué?

—He leído un artículo interesante sobre su mujer el otro día; se dice que es en realidad una gran duquesa, una hija del Zar, que ha escapado de los bolcheviques... Y parece que el señor Poirot ha encontrado la llave de un horrible misterio en el que están complicados ella y su marido. El príncipe Paul, le ha quedado tan agradecido...

—¿Y le ha regalado una esmeralda grande como un huevo de paloma? — dije irónicamente.

—No me dijo nada ¿por qué?

—Por nada; ¡creía que era clásico! En todas las novelas policiales, el incomparable detective recibe joyas de parte de sus clientes principescos; llenos de gratitud.

—Es interesante oír hablar de asuntos de esa clase por aquellos que han intervenido — añadió mi hermana satisfecha.

Admiré la habilidad de Hércules Poirot que había elegido al sujeto de conversación más interesante para una solterona que vive en un pueblo retirado.

—¿Te ha dicho si la bailarina es realmente una Gran Duquesa?

—No tiene derecho a revelarlo — dijo Carolina con aire importante.

Me pregunté hasta que punto Poirot había alterado la verdad al hablar con Carolina.

—¡Después de todo eso te has sentido dispuesta a comer con su mano! ¿verdad?

—No seas vulgar, James! No sé realmente donde aprendes semejantes expresiones.

—Probablemente gracias a mi única unión con el mundo exterior, es decir con mis enfermos. Desgraciadamente mi clientela no se compone de príncipes de sangre azul y de interesantes emigradas rusas.

Carolina se colocó bien los anteojos y me miró.

—¡Que gruñón estás James! tu hígado debe ser la causa, debías tomar una píldora esta noche.

Cualquiera que estuviera en mi caso, no creería nunca que soy médico pues mi hermana receta sin cesar remedios, tanto para ella como para mí.

—Vaya al diablo mi hígado — dije irritado — ¿Han hablado del crimen?

—¡Naturalmente! ¿De qué quieres que se hable en este momento? He dado al señor Poirot varios informes y me ha quedado muy agradecido. Me declaró que yo hubiera sido un excelente detective y que tenía un conocimiento profúndo de la naturaleza humana.

Carolina parecía una gata ante un plato de leche.

—Me ha hablado de las pequeñas células grises del cerebro y su función; afirma que las tuyas son de primera.

—No me asombra — dije amargamente — ¡La modestia no es mi principal virtud!

—Yo quisiera que no criticaras tanto, James, el señor Poirot estima que sería importante que Ralph se presentara lo antes posible, pues su desaparición podría producir mala impresión cuando tenga lugar el sumario.

—¿Qué le contestaste a eso?

—Fuí de su opinión — dijo mi hermana con tono sentencioso — pues pude repetirle lo que ya se dice sobre ello en el país.

—Carolina — la dije — ¿has contado al señor Poirot lo qué oíste en el bosque el otro día?

—Pero, claro que sí.

Me levanté y me puse a pasear a lo largo de la pieza, luego exclamé:

—Espero que te darás cuenta de lo que has hecho.

—No del todo — dijo Carolina sin emocionarse — me extraña que tú no se lo hubieras contado.

—Me he guardado bien — dije — yo quiero a ese muchacho.

—Yo también y por eso digo que hablas sin reflexión. Estoy segura de que Ralph no es culpable, entonces la verdad no puede perjudicarle y debemos ayudar al señor Poirot todo lo que podamos. Es probable que Ralph haya salido con esa joven la noche del crimen lo que le proporciona una excelente coartada.

—Si tiene una buena coartada — dije — ¿por qué no viene a informar a la policía?

—Quizás por temor a ocasionar molestias a la joven — dijo Carolina con convicción — pero si el señor Poirot la encuentra y le dice cual es su deber, ella misma se decidirá a disculpar a Ralph.

—Parece haber inventado un cuento de hadas; lees demasiadas novelas, ya te lo he dicho.

Me dejé caer de nuevo en el sillón y continué:

—¿Poirot te ha hechos otras preguntas?

—Me preguntó simplemente que enfermos habías visto tú esa mañana.

—¿Qué enfermos? — dije sin comprender.

—Sí, en tu consultorio; cuántos eran y de dónde venían?

—¿Y le pudiste informar?

Carolina es realmente extraordinaria.

—¿Por qué no? — exclamó — De aquella ventana veo el camino que conduce a tu sala de espera, y yo tengo una excelente memoria, James, mucho mejor que la tuya.

—Estoy seguro — dije.

Mi hermana añadió, contando con los dedos:

—Vino la vieja señora Bennett, y el muchacho de la granja que se lastimó la mano, Dolly Guise a quien tú le has sacado una aguja, el mayordomo americano del barco... Veamos... son cuatro; luego el viejo Georges Evans... en fin — se detuvo un momento.

—¡Y bien!

Entonces Carolina dijo pronunciando todas las eses que podía:

—Miss Russell!

Luego me miró

—Se lo que piensas — dijo entonces — ¿por qué miss Russell no volvió a consultarme sobre su rodilla?

—¡Su rodilla! ¡mentira! Sufre tanto de la rodilla como tú o como yo.

¡Venía por otra cosa!

—¿Cuál

Carolina tuvo que confesar que lo ignoraba.

—Pero puedes estar seguro que es eso lo que quiere descubrir Poirot. Esa mujer es extraña y él lo ha notado.

—La señor Ackroyd me dijo ayer lo mismo, pretende que miss Russell es extraña.

—¡Ah! — exclamó Carolina severamente — ¡La señora Ackroyd! ¡Esa es otra!

—¿Otra qué?

Pero mi hermana no quiso explicarme más. Bajó la cabeza varias veces y subió a su cuarto a ponerse la blusa de seda malva y el medallón de oro que constituyen su tocado en la cena.

Quedé en el mismo lugar reflexionando sobre lo que había oído. ¿Verdaderamente Poirot había venido en busca de informes sobre miss Russell o bien el espíritu complicado de Carolina interpretaba todo según sus ideas?

La actitud de miss Russell no tenía nada que pudiera prestarse a las sospechas, al menos...

Me acordé de golpe las preguntas que me había hecho sobre los soporíferos y los tóxicos pero eso no tenía relación con el crimen.

Ackroyd no había muerto envenenado. Sin embargo era extraño...

Oí que Carolina me llamaba un poco agriamente:

—James vendrás más tarde a cenar.

Puse carbón en el fuego y fuí juiciosamente a prepararme.

Uno nunca compra bastante cara la paz de su casa.

(Continuará)

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO— (EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . **F. C.** . . . . . .

EL BUDA DE ORO

POR

MAURICE EVERARD

EL HOMBRE QUE LLEGO DE NOCHE

EN verano el sitio es excelente. Un edificio antiguo casi tan viejo como mi abuelo, que vivió ciento noventa años o soy yo el embustero más embustero que haya navegado por los mares de las Antillas. Viejos jardines, viejos árboles y el viejo mar que da con sus olas en la costa de piedra que ya estaba ahí antes de que naciera. Todo está bien, lo repito, durante el verano; pero en una noche como ésta la verdad, preferiría estar a muchas millas de distancia de Polruán".

Así era como Joe Tremorne, capitán, en su tiempo, de una media docena de buques en los que había desafiado las tormentas de todos los mares del mundo, anatematizaba las molestias que le proporcionaba un fuerte viento del sudoeste que soplaba con mediana violencia en la parte alta del promontorio de Polruán.

Era verdad que la tormenta había estallado de improviso sorprendiendo a Joe desprevenido y a mitad del trayecto de siete millas que había entre Torpoint y el castillo de Polruán; era verdad que el viento zumbaba en los oídos de Joe y le azotaba con la lluvia fría y punzante el curtido rostro; era verdad que la noche era muy oscura y que el camino era difícil de hallar para quien no lo conocía muy bien. Pero no era verdad que en tiempo alguno del año o en cualquier estado del tiempo, el clima de aquellos parajes mereciera las palabras que le dirigía el viejo marino.

—¡Al diablo el camino y al diablo la zona de la costa! — gruñó con voz que casi no se oyó entre el silbar del viento que le soplaba en la barba. — No vi jamás una lluvia semejante ni un barro como éste ni unos baches parecidos desde la época en que Abraham Lincoln se retiró de Moscú con su ejército derrotado. Y lo peor del caso es que, aun cuando me guste o no me guste, alguien viene siguiéndome los pasos.

Eso de verse o sentirse seguido por alguien en un solitario camino, a altas horas de la noche, con los nervios en tensión y la ropa empapada por la lluvia, no era como para impresionar agradablemente al irascible viejo lobo de mar, cuyo carácter no tenía nada de suave cuando el viento soplaba del sudeste.

—¡Malditos sean mis mejores calcetines colorados si me gusta ni poco ni mucho esto de oir ruido de pasos detrás de mí! — gruñó el viejo marino, volviéndose en redondo. — ¡Cualquiera diría que un fantasma loco está bailando un cakewalk en un charco de barro! ¡Hola! ¡Ah del búque! — gritó poniéndose las manos a manera de bocina y luciendo su estentórea voz. — ¿Quién demonios es usted? ¿Por qué diablos viene siguiéndome?

Entre la oscuridad que reinaba en el camino se movió una sombra y se presentó un hombre que, — como Tremorne, — estaba empapado hasta la piel.

—Usted perdone, — dijo el hombre aquel con cortesía; — ¿podría usted decirme si este es en verdad el camino que va a Trédinnick?

El agua chapoteaba dentro de las botas de Joe Tremorne y su ruido contribuía a ponerle más nervioso.

—¡No; no ese este! — replicó del modo más brusco posible. — Si usted sigue en línea recta irá a caer de cabeza en el mar,

desde una altura de doce mil pies; si vuelve hacia la derecha irá a caer dentro de la cantera de Dan Hawker y si se dirige hacia la izquierda llegará a la vía del ferrocarril donde, si pasa un tren a tiempo, podrá ser cortado en pedazos. Como retroceda podrá ahogarse lo mismo que yo. Eso es lo que puede ofrecer esta bendita tierra de la costa de Cornualla en una noche como ésta.

—¡Oh! — exclamó el desconocido jovialmente. — Este sitio no es tan malo y la presente es una tormenta insignificante si se la compara con los chaparrones que caen en el país de donde vengo.

—¡Ah! ¿De modo que usted ha viajado por el extranjero? — El hecho de que se tratara de un hombre que había viajado le atrajo la simpatía de Joe. — ¡Me alegro de verlo de vuelta! ¡Qué viva usted muchos años para gozar de nuestro hermoso, tibio y límpido sol! Si no le molesta la curiosidad de un viejo marino ¿quiere decirme por qué parte del mundo anduvo de viaje?

—Acabo e regresar de China, — contestó el desconocido. — Pero si usted no tiene inconveniente quisiera saber si de aquí puedo ir al castillo de Tredinnick antes de contestar a sus preguntas. No me considere grosero pero estoy enteramente empapado y quisiera llegar a mi destino lo antes posible, esta noche, si no hay inconveniente. Si por casualidad nuestro camino es el mismo durante algún trecho tendré mucho gusto en responder a todas las preguntas que usted quisiera dirigirme.

—¡El castillo de Tredinnick! — repitió Tremorne. — Siento añadir más humedad a la que usted tiene encima, pero se encuentra usted a miles de leguas de su camino. ¿Por qué ha venido usted por estos lados? Este es un camino particular que conduce al castillo de Polruán.

—¿Castillo de Polruán? Es esta la primera vez que oigo ese nombre, — dijo el desconocido. — Pues siento mucho lo que me pasa... Si usted pudiera indicarme hacia donde debo dirirme.

—No, no se lo voy a indicar, — replicó el viejo marino. — Porque si se lo digo terminará usted su viaje en uno de los sitios que le he dicho. Se encuentra usted a muchas millas de su ruta, viejo compañero; y si usted no quiere helarse de frío o ahogarse con la lluvia, lo que va a hacer es venir conmigo y permitirme que le ofrezca hospitalidad en mi casa.

El otro se rió.

—Es usted muy bondadoso sin duda y me siento muy inclinado a aceptar su oferta. Pero...

—¡Aquí no se admiten "peros" cuando está lloviendo! — dijo Joe Tremorne — Dese prisa y siga a mi lado. Le aseguro que voy a llevarle a buen puerto y a donde verá usted arder la más espléndida pila de troncos que jamás haya ardido en el hogar de una chimenea. Usted se halla sin timón y sin velámen, a merced del viento y de la marea, perdido el rumbo y rota la bitácora. Venga usted, que el viejo Joe Tremorne le hará navegar hasta un seguro punto de amarre.

—Su invitación me parece aceptable siempre que usted me asegure que no puedo tener probabilidad de llegar al castillo de Tredinnick esta noche, — dijo el otro. — Porque, por desgracia, mi amigo me está esperando...

—¡Y su amigo tendrá que seguir esperando! — gruñó Tremorne. — ¿Sabe usted qué hora es ahora? Las siete; la hora de la primera guardia o sea las once y media de la noche. ¡Y está usted a muchas millas de su punto de destino! ¿Cómo ha sido posible que equivocara así el camino?

—Muy fácilmente, — contestó el otro. — Salí de Torpoint a las diez en un coche de alquiler con la esperanza de estar en Tredinnick antes de las once. En el momento de salir de la aldea de Sheviok el automóvil se descompuso y tuvo que ser remolcado hasta una granja vecina. La tormenta no era tan fuerte entonces y como me dijeron que Tredinnick estaba a tres millas de allí, decidí ir a pie. Un labriego me indicó una senda que cruzaba su tierra. Seguí por ella cerca de una hora y llegué a una carretera. Entonces oí los pasos de usted delante de mi, me apresuré para alcanzarle... y aquí me tiene.

Joe Tremorne se rió entre dientes.

—Usted tomó el rumbo contrario, amigo mío. Tredennick está a once millas de este sitio y no hay camino para ir hasta allí; hay que ir cruzando campo. Si usted es sensato vendrá conmigo. Venga: yo vivo allí en aquel edificio que se ve entre los árboles.

Siguieron andando por un camino estrecho que desembocaba en una hermosa avenida flanqueada de olmos, al extremo de la cual se alzaban hacia el cielo las majestuosas torres, los altos techos inclinados y las torrecillas y chimeneas de una mansión magnífica.

—¡Cómo! — exclamó el desconocido — ¿Usted vive ahí? ¿Es usted el mayordomo o el administrador?

—No, — contestó Joe Tremorne, que al verse cerca de su casa sentíase de buen humor. — Soy copropietario. Ese es el castillo de Polruán, el mejor castillo de todo el ducado y pertenece a mi y a un par de jóvenes amigos: los señores Richard y Frank Polruán. Hay un cuarto socio, poseedor de una pequeña parte del sindicato, pero no hay que tenerlo en cuenta, porque tiene la cara negra y se llama Torta. A él le pertenecen las chimeneas y cuando presenta señales de que está por descolorizarse, se sube a una chimenea para ennegrecerse de nuevo. ¿Dijo usted que venía de China?

El compañero de camino de Tremorne inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Bueno: vengo del Oriente en general. He viajado por Asia durante largo tiempo. Acabé por cansarme, ¿sabe usted? y por eso regresé a mi país. Desembarqué en Plymouth esta misma tarde, del vapor "Temistocles".

Joe Tremorne dirigió a su compañero una mirada interrogadora.

PUCKY

Con toda dignidad abrió el negro Torta la puerta, obedeciendo al impaciente llamado de Tremorne.

—¡El "Temistocles"! — repitió — Ese vapor pertenece a la línea "Estrella Blanca" de Aberdeen, y no hace viajes a China, que yo sepa.

—¡Ah! — El otro pareció recordar algo de improviso. — No me dejó usted tiempo para explicarme. Cuando salí de China me fuí al Japón y de allí cruzando el Pacífico, fuí a la Polinesia. Después de estar un par de meses en esas islas me embarque en un buque pescador de perlas, en el cual fuí a Sydney, donde estuve un par de meses.

—¿Conoce usted a Mosman, entonces — preguntó Tremarne con interés. — ¿Cómo está de aspecto?

—¡Mosman! ¡Mosman! No creo haber estado nunca en ese lugar. — dijo el desconocido. — No; pero como no me interne en la isla.

—Entonces usted no ha estado en Sydney, — replicó Tremorne. — Tiene que inventar un relato diferente. Sin embargo, eso no importa, ni poco ni mucho, como dijo el mono, cuando creyó que se le había caído el coco al fondo del pozo y después recordó que se lo había comido. Será usted amablemente recibido, a menos que mis dos jóvenes amigos se opongan. Vendrá usted conmigo y yo lo presentaré a toda la familia.

Le guió, por una ancha gradería de piedra, a un espacioso pórtico de altas columnas; a la luz que reinaba allí, vió por primera vez que su compañero tenía en la mano una pequeña valija.

—Deme su equipaje, — dijo Tremorne bondadosamente. — Mi criado negro lo llevará a su habitación. Usted querrá, sin duda, cambiarse de ropa... ¿o prefiere meterse en seguida en la cama?

—Gracias; puedo llevar yo mismo esta valijita, — replicó el otro mientras Tremorne tocaba la campanilla que resonó con fuerza en el vasto vestíbulo de columnas de mármol. — Pero permítame que me pre-

sente a usted: me llamo Alan Pritchard.

—Con Pritchard tengo bastante, — dijo el marino. — ¡Pero por todos los gatos monteses del mundo! ¿Por qué no acude ese terrón de negrura ambulante a abrir esta puerta? Ya se lo que es. En lugar de pensar en su obligación, — y en aquel instante se oyeron las notas de un banjo diestramente tocado, — está divirtiendo a mis jóvenes amigos. ¡Ah! ¡Ya viene! ¡No me olvidaré de tenerle engrillado lo menos tres semanas sin más alimento que agua sucia y galletas agusanadas, por haber abandonado en forma tan indigna el cumplimiento de su deber!

Pritchard, que por naturaleza era de expresión constantemente seria y que además, parecía estar nervioso pues miraba en redor con inquietud, no pudo dejar de sonreír cuando se encendieron varias luces y en el vestíbulo se presentó la figura más graciosa que había visto en su vida: un joven negro que vestía un traje a rayas rojas y blancas que parecía un pyjama, con el rostro reluciente y negro como el ébano, excepción echa de un rombo blanco pintado sobre un ojo y con un sombrero de copa muy alto, también a rayas rojas y blancas, como su ropa, puesto sobre la abundante mota negra que le cubría la cabeza.

Sin hacer caso de los furiosos tirones que daba el marino a la cuerda de la campanilla, se detuvo en el centro del vestíbulo a ejecutar un paso de baile mientras sus dedos tocaban con suma habilidad las cuerdas de un banjo. Después de un zapateado rapidísimo, terminó la representación, dejó el banjo en un diván, a un lado, y con toda dignidad, acudió a abrir la puerta.

—Es una grosería tocar así la campanilla, — dijo con mucha severidad a Tremorne en cuanto lo vió entrar. — Le advierto, viejo barbudo, que si insiste en quedarse fuera de casa hasta tan tarde con estas noches tan malas, no le voy a abrir la puerta cuando llegue, ni a usted ni a nadie. Usted es bastante viejo para saber cómo debe conducirse...

—¡Cállese! — le ordenó Joe bruscamente. — Acompañe a este caballero a una de las habitaciones para visitantes y proporciónele ropa para cambiarse. Prepare algo de comer para dentro de diez minutos y tan pronto como el señor Pritchard se haya mudado, acompáñelo al comedor.

—¡Sí, señor; sí, señor! ¡Inmediatamente! —dijo el negro, al que llamaban Caradetorta, con una voz aguda y chillona, saludando con tanta exageración que tropezó con la gorra de Joe y la tiró al suelo. — ¡Y si me queda tiempo disponible me ocuparé de la crianza de pollos y de puntear la tierra del jardín! Por aquí, señor, y tenga la bondad de darle a este terrón de carbón de piedra, la valijita que tiene en la mano.

Adelantó una mano para tomar la valijita, pero Pritchard se negó una vez más a separarse de su equipaje.

—Gracias, amigo mío, — dijo. — Estoy tan acostumbrado a llevarla y además pesa tan poco. Me parece. — agregó, volviéndose hacia Joe y sonriendo, — que no comprendí bien su nombre.

Joe, olvidando un repentino impulso de impaciencia, respondió:

—Soy el capitán Joseph Tremorne, ex comandante de la Marina Mercante de Su Majestad y de la Reserva de la Real Armada; poseedor de doble diploma como piloto de navío de vela y capitán de vapor, a la disposición de usted.

Pritchard se inclinó.

—Muy bien, capitán Tremorne; tengo un verdadero placer en aceptar su hospitalidad y, en cuanto pueda, volveré a su lado. Tal vez el muchacho quiera indicarme el camino.

—Muchacho será usted, — dijo entre dientes Caradetorta a quien el visitante no le había sido simpático. — Este joven es el único y primogénito hijo del rey de los Fuzzywuzzis, del Africa Central, y en su tierra no consiente que un cualquiera le dirija la palabra. De todos modos, si usted no se conduce mal...

Pritchard no contestó y subió tras del negro por la ancha escalera a cuyos lados había relucientes armaduras y hermosos retratos al óleo de caballeros antiguos que miraban ceñudos desde las paredes revestidas de tablazón de roble oscurecido por la pátima del tiempo.

A pesar de la suerte que había tenido al encontrar alojamiento en noche tan inclemente, el hombre siguió a Torta, — así llamaban, abreviando su apodo, al negro, — por los corredores y pasadizos mirando con recelo y furtivamente hacia cada rincón oscuro.

Al llegar a una gruesa puerta de caoba tallada, Torta se detuvo y encendió una luz.

—Esta es una de las varias habitaciones para visitantes de las que tenemos varios centenares, — dijo el negro dándose tono. — Usted encontrará, en cuanto entre, un baño caliente y frío, ya preparado. Ahí encontrará armarios con ropa de toda clase y ahí en la mesa, hay lo necesario para escribir, cigarros y cigarrillos. Un toque de campanilla y vendrá el "valet" que soy yo; dos toques y vendrá la mucama, que soy yo también; tres toques y vendrá el lacayo, que soy igualmente yo y cuatro toques para llamar al jefe de cocina y lava-platos, que es también este pobrecito negro.

El huésped entró en la habitación sin haber soltado la valijita como si contuviera algo de inestimable valor y miró rápidamente en redor. Después, con una voz que Torta notó temblorosa, preguntó:

—Ese balcón... Quiere tener usted la bondad de cerrarlo bien y de sujetar los postigos lo mejor posible? Me horroriza el viento que entra por las ventanas durante la noche. Perdone si le molesto...

—¡Para eso estoy!

Torta abrió las dos hojas, adelantó hacia el balcón, y cerró las persianas sujetándolas por dentro. Después cerró los hojas vidrieras. El visitante se lo agradeció con algunas palabras dichas en voz baja y el negro, después de hacer una profunda cortesía, se retiró. Se detuvo un momento afuera, en el pa-

saje y oyó que Pritchard paseaba sin descanso de un lado a otro, abría y cerraba las alacenas y los armarios que había en la habitación. Cuando se alejó escaleras abajo el negro murmuraba entre dientes:

—Este sí que es un tipo misterioso... Por qué lo habrá traído a casa ese viejo loco de Tremorne.

EL RASTRO DE SANGRE

La impresión que el visitante hizo a Torta, el negro fué equivocada pues Pritchard resultó una persona culta y de trato sumamente agradable. Hasta altas horas de la noche estuvo en el espacioso comedor del castillo de Polruán y tanto Joe Tremorne como Dick y Frank escucharon con deleite la narración de sus extraordinarias aventuras, sus peligros y sus correrías en territorio de China.

Abreviando puede decirse que su relato fué el siguiente: Habiéndose incorporado al personal de una compañía de ferrocarriles que había obtenido la concesión de unas líneas que pasagan por el territorio hasta entonces inexplorado de la provincia de Hoang Ho, fué enviado al interior como ingeniero explorador para estudiar el terreno e indicar los sitios por donde había de pasar la nueva línea. Desde aquel momento su vida había sido una no interrumpida serie de aventuras en comparación de las cuales las experiencias de Joe Tremorne y de los jóvenes Polruán en otros rincones del mundo parecían pálidas e insignificantes.

Después de escuchar como hechizados su extraordinario relato, la conclusión a que llegaron los tres amigos fué que Alan Pritchard o era el más asombroso y completo héroe de novela que había existido después del famoso Rougemont o era el mayor y más desvergonzado embustero del mundo.

No tuvo nada de particular, pues, que, cuando el visitante se hubo retirado a dormir, Dick y Frank pidieran a Joe que les enterara en detalle de las curiosas circunstancias en que se había encontrado con aquel hombre en el camino y mientras llovía a cántaros.

—Algo hay, referente a nuestro amigo, que yo no llego a entender bien, — dijo el marino cuando estuvo a solas con los dos muchachos. — Me refiero a su proyectada visita al castillo de Tredinnick.

—¡Bueno! ¿Qué tiene de malo el castillo de Tredinnick? — preguntó Dick, que se mostraba inclinado a recibir con franqueza y confianza a los desconocidos.

—El castillo no tiene nada de malo, — dijo el marino. — Es el hombre que allí vive el que no me gusta.

—¿El que vive allí? — repitió el joven. — No he sabido jamás ni cómo se llama.

Tremorne se inclinó hacia adelante en su silla de alto respaldo. Su curtido rostro expresaba preocupación.

—Pero yo sí, — dijo bajando la voz hasta que fué tan sólo un receloso murmullo. — Se llama Guy Rathbone y es un bien educado y mejor instruído canalla, tal vez el peor que haya pisado estas tierras. ¡Oh! Da la casualidad de que yo estoy bien enterado respecto a las condiciones del señor Rathbone y a sus antecedentes.

—¿De veras? — preguntó Dick.

—Sí. El señor Harvey Rathbone, el padre de Guy, — prosiguió el marino, — era, por su nacimiento, todo un caballero, pero era un canalla hasta lo más profundo y su hijo sale a él. Bien educado, aso sí; casi tan bien como yo; títulos universitarios, honores en los exámenes y, como yo, doble cinta azul. Pero a pesar de todo eso no ha hecho un solo día de trabajo honrado en toda su vida. Ha viajado por todo el mundo sin pagarle nada a nadie y ahora, después de un largo viaje por el extranjero ha regresado a Tredinnick, y se ha instalado en su ancestral mansión sin un penique en la mano. Y ese es el hermoso personaje a quien nuestro amigo Pritchard tiene el propósito de visitar.

—No creo que eso pueda constituir un descrédito para el señor Pritchard, — protestó Dick a quien el forastero le había sido simpático. — Nadie puede hablar mal, por ejemplo de Frank y de mí por que tengamos amistad con usted. Somos honrados y no podemos ser considerados responsables de sus hazañas.

—Mire, joven Dick, — replicó Joe agitando un dedo delante del rostro del muchacho: — en lugar de hablar de sus hazañas podríamos retirarnos a dormir. Nuestro huésped, todo el que pide hospitalidad en Polruán es bien recibido mientras no se sepa que no lo merece, querrá irse por la mañana temprano y habrá que decirle adiós.

Dick bostezó y se desesperezó demostrando cansancio. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba casi las dos. Joe apagó las luces y los tres subieron por la ancha escalera uno al lado del otro.

—¡Buenas noches, querido viejo, y que duerma bien! — dijo Frank al marino, al meterse en su habitación.

Dick se dirigió a otro piso de más arriba. Pensando todavía en Pritchard avanzó lentamente por el alfombrado corredor. Se disponía a subir el último tramo de la escalera cuando una ráfaga de viento, cuya procedencia no se explicó en aquel instante, apagó la bujía que llevaba en la mano.

—¡Qué fastidio! Ya debíamos haber puesto luz eléctrica en el tercer piso, — gruñó. — Mañana mismo me ocuparé de eso. Además voy a castigar a ese imbécil de Caradetorta, que se ha dejado alguna ventana abierta en noche tormentosa. De fijo está entrando la lluvia.

Se acercó a una ventana sobresaliente, y tomó la manija de la falleba, sujetándola al abrir para que no se golpeara la hoja. De pie así, mirando hacia los frondosos jardines que se extendían abajo, rodeando el edificio y después de los cuales se alzaban los árboles del parque, le pareció ver que una sombra pasaba rápidamente, cruzando una extensión de césped.

—Será Franck, que se mueve en su dormitorio, — díjose. — Como viene a quedar entre la luz y el balcón, su sombra proyecta hacia el jardín. No sé por qué, pero, como

el amigo Torta empiezo a desear que ese señor Pritchard no estuviera cobijado en esta casa esta noche.

No había sido, en realidad, Pritchard en persona quien había puesto de punta los nervios de Dick, sino su narración de las cosas que había presenciado en el seno del imperio celestial, relatadas con tal lujo de detalles y tan brillante imaginación que largo rato después de haberse metido entre las sábanas, Dick seguía viendo desfilar ante su mente las caras de los chinos amarillos y fieros, haciendo muecas amenazadoras y los maravillosos templos llenos de incalculables riquezas. Por fin logró dormirse pero tuvo horrendas pesadillas relacionadas con las misteriosas crueldades de los chinos tan bien pintadas por el señor Pritchard durante su relato.

Tan reales fueron en verdad, los sueños que se apoderaron de su imaginación que al cabo de un rato Dick se despertó sobresaltado y, sentándose en la cama, miró hacia la oscura habitación y le pareció que estaba poblada de silenciosas y flotantes siluetas humanas. Se pasó la mano por la frente y la encontró húmeda. Con sorpresa, se percató de que estaba temblando de pies a cabeza lo mismo que si estuviera sufriendo un ataque de alferecía o de baile de San Vito.

—¡Vamos, Dick, amigo mío, esto no está bien! — dijo, poniendo un pie en el suelo. — Lo mejor que puedes hacer es caminar un poco de un lado a otro de la habitación para entrar en calor y serenarte. Porque...

Se detuvo a medio camino en el instante en que se dirigía a la puerta. Dominando el gemir y aullar del viento se oyó algo que le impresionó rápidamente: fué un grito, tras una pausa breve el estampido de un tiro de revólver.

Sin detenerse más tiempo que el necesario para ponerse su "robe de chambre", que estaba a los pies de la cama, Dick se precipitó hacia la puerta, la abrió y salió al rellano. El débil pero inconfundible olor a pólvora quemada que llegó a su olfato en aquel momento le indicó que el tiro había sido disparado dentro de la casa. Sin detenerse a despertar a su primo Frank, cuyo dormitorio quedaba algo alejado, corrió abajo hacia el cuarto de Pritchard..

A lo lejos se oyó el ruido de una puerta que se cerraba y de rápidos pasos, lo que indicaba que además de él alguien se había levantado, alarmado, dentro de la casa. En el rellano inferior el olor a pólvora era más pronunciado y el sitio donde había sido disparado el tiro se hallaba cerca porque vió unas volutas de humo azulado que salían por la hendija de una puerta algo a la derecha.

—¡El cuarto de Pritchard! — exclamó, deteniéndose involuntariamente en el instante en que la puerta se cerraba con terrorífica fuerza casi en su cara. Durante un momento vaciló indeciso, helado y perplejo, de pie en el oscuro corredor. La idea de que se hallaba indefenso contribuía y no poco a recordarle que debía proceder con cautela.

Pero si vaciló fué tan sólo durante un segundo. Esperando encontrar oposición del otro lado se arrojó contra la puerta con una fuerza que hizo saltar la cerradura y le hizo ir a caer de bruces. En su excitación dirigió golpes a diestra y siniestra adelantándose a la posibilidad de un asalto en la oscuridad, pero como no sucedió nada de eso se puso dolorosamente de pie mirando en redor con una expresión de sorpresa que no tardó en cambiarse en expresión de horror.

Frente a él la doble puerta que daba al balcón era sacudida por el violento viento que aun soplaba del lado del mar. Las persianas se golpeaban produciendo ruido constante, de un lado a otro. Del lado del Norte, más allá del cabo y de la ensenada, la tormenta iba muriendo, deshechas las grandes y gruesas nubes en blancos vellones que se esparcían por el cielo, a la luz de la luna. Las nubes al pasar tapaban y destapaban el disco de la luna y en una de esas alternativas de luz y de sombra Dick pudo notar que en aquel dormitorio reinaba grandísimo desorden.

Una valija abierta, — la valija de Pritchard, — había sido arrojada hacia el balcón y había quedado en el suelo, al pie del hueco, del lado de dentro de la barandilla.

Junto al lecho, un montón de ropas, cobijas, frazadas y un edredón había sido arrojado con apresuramiento. En el lecho no estaba quien lo había ocupado pero presentaba señales horribles de lo que había acontecido, pues a un lado veíase una extensa mancha de sangre.

—¡Frank! ¡Joe! ¡Torta! — gritó Dick. — ¡Por acá! ¡Vengan!

Acudieron los tres y encontraron al muchacho tratando de levantar del suelo el cuerpo de un hombre.

—Es el señor Pritchard y creo que está muerto, — dijo Dick en voz baja y ahogada.

Alguno de ellos encendió la luz y entonces pudo verse toda la extensión que había tenido la tragedia. Dick había llevado hasta el borde de la cama al caído. En aquel momento el pesado cuerpo se le deslizó de las manos y se volvió, con sus ojos sin vista fijos en lo alto y vidriosos ya, indicadores de la muerte. Tenía sangre en el cuello y sobre su ropa de noche y en una de sus inertes manos sostenía un pistola browing.

—Parece que se trata de un suicidio, — dijo Frank, inclinándose. — ¡No lo toquen! No cambien de sitio absolutamente nada hasta que llegue la policía! Torta: ve al piso bajo y habla por teléfono con el inspector jefe de Plymouth. Dile que ha sido cometido un crimen en el castillo de Polruán y pídele que envíe en seguida un detective. ¿Estás seguro, Dick, de que se halla muerto?.

Dick levantó la mano con que sostenía el rígido cuerpo.

—Debió morir casi instantáneamente. Pero, miren, antes de morir consiguió disparar un tiro. ¿Qué es lo que hay allá, en el piso del balcón?

Frank se inclinó y tocó algo con la yema del dedo.

—¡Sangre! ¡Un rastro de sangre! Estuvo alguien más que el señor Pritchard esta no-

Frank Polruán caminó cuidadosamente pero con rapidez llevando en brazos al desmayado chino y llegó a la puerta principal del castillo en el momento en que Dick y Joe acudían ya en su ayuda.

che en esta habitación: El hombre que lo mató. Pero se ha marchado. Quédate aquí con Joe. Voy a ir tras él.

Corrió escaleras arriba, se vistió apresuradamente, tomó una pistola automática y una antorcha eléctrica de uno de los cajones de la cómoda y luego, regresando al teatro de la tragedia comenzó a seguir la sangrienta pista desde su comienzo.

Había sangre en las losas de la acera de junto a la pared a las que el matador de Pritchard había saltado desde el balcón después de realizado su delito. Había una serie de manchas oscuras sobre el césped; llegaban hasta donde comenzaban los arbustos del jardín o parque que tenía el aspecto de una selva salvaje.

En ese sitio se detuvo un momento Frank Polruán. Examinando pacientemente el suelo y las plantas, logró hallar, guiándose por una serie de ramitas tronchadas, el sitio por donde había corrido el fugitivo y por último lo encontró cuando ya se hallaba a unas ciento cincuenta yardas del castillo.

El blanco rayo de luz de la antorcha eléctrica sostenida por su temblorosa mano, dió en el cuerpo de un joven chino moribundo.

EL SECRETO DE LA CAJA DE MARFIL

El suelo empapado por la lluvia y el frío y cortante viento de la noche, indicaron a Frank Polruán que era conveniente que llevara al chino herido a sitio donde estuviese resguardado y atendido, lo antes posible.

Se comprendía que su herida era importante. Mientras Frank estaba inclinado hacia él, mirándolo, volvió lentamente la cabeza, tosió convulsivamente y hundió las uñas en la tierra blanda, retorciéndose de dolor.

Para un joven de la estatura y de las fuerzas de Frank, fué relativamente fácil tomar en brazos un cuerpo tan delgado. El joven caminó cuidadosamente pero con rapidez, llevando en brazos al desmayado chino y llegó a la puerta principal del castillo cuando Dick y Tremorne acudían ya en su ayuda.

—La primera parte del misterio está solucionada, — dijo, subiendo los escalones de la gradería de entrada. Este es el hombre que mató al señor Pritchard y el tiro del señor Pritchard le atravesó el cuerpo antes de que pudiera escapar. ¿Habló Torta por teléfono pidiendo un médico?

—Los de policía envían ahora mismo al

médico seccional junto con el superintendente, — dijo Joe. — Déjalo ahí, tendido boca arriba, y trae algún licor fuerte, Dick. Que Torta vaya a mi cuarto a buscar lo necesario para vendarlo. Debemos hacer todo lo posible por este desgraciado.

Pero aun cuando hicieron todo cuanto pudieron durante más de una hora, procurando cortar la hemorragia de la herida de bala que tenía en el pecho, no lo consiguieron. Diez minutos antes de que llegarán los de la policía con el médico, el herido se estiró, se movió convulsivamente y después de una breve agonía, dejó de existir.

Reunidos en torno de la chaiselongue en que estaba tendidos el chino, aturdidos por la rapidez de la horrenda tragedia, Tremorne y los primos Polruán sólo podían hacer conjeturas sobre la causa de los sucesos. El cuarto desordenado, con todo lo que era de propiedad de Pritchard esparcido por el suelo, indicaba, por lo demás, que había sido el robo el objeto de la visita del chino.

—Sin embargo, — dijo el viejo marino mirando fijamente el rostro de cera del chino muerto, — no parece que haya sido robado nada de valor.

El reloj de oro con su gruesa cadena, de propiedad de Pritchard, estaba tirado en el suelo; su portamonedas, en el que había unas veinte libras esterlinas, había sido hallado en la tabla del lavatorio; en uno de los dedos del visitante, brillaba un diamante de considerable valor y algunos objetos de uso personal que contenía la valija y que por su valor hubieran tentado a un ladrón vulgar, estaban intactos.

—¿No encontraste nada en el jardín? — preguntó Joe a Frank Polruán.

Frank movió negativamente la cabeza.

—No he visto nada digno de ser recogido. Pero claro está que no he buscado con la debida atención porque, en cuanto hallé al chino solo, pensé en regresar en seguida a la casa. Además, la noche era muy oscura y si ese hombre hubiera sacado algo de la valija de Pritchard, no me hubiese sido fácil verlo.

—Ahora recuerdo muchachos, que Pritchard observó una conducta muy extraña en lo relacionado con su valija, — dijo Tremorne. — No quiso dármela y no quiso dársela a Torta para que la llevara a la habitación. A juzgar por esa actitud, puede suponerse que en la valija llevaba algo sumamente valioso. En cuanto amanezca podremos revisarlo todo cuidadosamente.

En aquel momento se oyó crugir la grava del camino de entrada bajo los neumáticos "balloon" de un automóvil grande, anunciando la llegada de los de policía.

Tremorne relató rápidamente todo lo sucedido. Se pidió otro automóvil para llevar en él los cadáveres. Era todo lo que, por el momento, podía hacerse. No se conocía, respecto al misterioso suceso, nada más que lo dicho por el marino. No se tenía ninguna clase de antecedentes sobre el misterioso señor Pritchard. La identidad del chino muerto era un misterio y también era un misterio la razón que había tenido para atacar en tal forma al desdichado inglés.

Por la mañana se realizó una sistemática investigación en el jardín, buscando algo que pudiera arrojar luz sobre los sucesos. La gran cantidad de plantas de todas clases, incluso grandes árboles que había en la parte del parque llamada la Selva Salvaje, llena de hoyos y de zanjas que recordaban aun el sitio donde habían estado los cimientos de un castillo que existió antes de construirse el de Polruán, obstaculizaron la búsqueda e hicieron negativos todos los esfuerzos. Después de un tiempo abandonaron la investigación declarándola imposible.

En el interin, los oficiales de policía, procediendo por consejo de Tremorne, interrogaron al propietario del castillo del Tredinnick, Guy Rathbone, muy cumplido, sumamente cortés, manifestó que efectivamente conocía a Alan Pritchard con el cual se había encontrado viajando por China.

—Nos hicimos muy buenos amigos, — dijo al superintendente de policía. — En verdad me fué tan simpático el hombre que le dije que, si alguna vez volvía a Inglaterra, me visitara en mi castillo. Recibí un radiograma que me envió mientras venía en viaje diciéndome que llegaría a Plymouth en determinado día y yo le contesté que tendría mucho gusto en que viniese a pasar a mi lado unos cuantos días. Esto es todo cuanto sé.

Esta escasa información la repitió el señor Guy Rathbone ante el "coroner" y el jurado al celebrarse la audiencia investigadora, pero no contribuyó a proyectar luz sobre el misterioso suceso. Una vez clausurada la sesión, sin embargo, provocó algunas cáusticas réplicas de parte de Dick, de Frank y de Joe.

—No me gusta nada ese señor Rathbone y me gustó menos la forma en que prestó declaración, — dijo el capitán frunciendo el ceño cuando se hubo dictado el veredicto que era de esperar y la concurrencia se había dispersado ya. — Se ve claramente que el señor Pritchard era algo más que un amigo por casualidad y sin importancia, del señor Rathbone.

—¿Por qué lo dices, Joe? — preguntó Frank.

—¡Por la importancia que Pritchard daba a su visita al castillo de Tredinnick cuando yo lo encontré en el camino la otra noche. Aquel mismo día había llegado su vapor a Plymouth. Llovía a cántaros y sin cesar, tronaba y relampagueba y sin embargo el infeliz estaba empeñado en llegar a su destino. Llegó a la estación a las diez de la noche y cuando se descompuso el automóvil que había alquilado se decidió a seguir viaje a pie. No podía decirse que lo hiciera porque no tenía cómo alojarse para pasar la noche, pues llevaba dinero de sobra en el bolsillo para pagar su alojamiento en cualquier parte. Mi humildísima opinión es que tenía en su poder algo muy particular en la valija, algo que tenía grandes deseos de poner en manos de Guy Rathbone, entregándoselo en propias manos, en el castillo de Tredinnick.

—Y el chino mató a Pritchard para apoderarse de "eso" que llevaba en su valija pa-

ra Guy Rathbone ¿no es eso? — dijo Dick.

—Así lo creo yo, — asintió el capitán inclinando su cenicienta cabeza. — Lo que me preocupa es saber donde está "eso", sea lo que sea, por la posesión de lo cual el chino no vaciló en matar a un hombre.

—A ese respecto, — dijo Frank haciendo una mueca decisiva, — estoy decidido a no descansar hasta haberlo encontrado. Estoy convencido de que si no hubiéramos dejado de buscar, hubiésemos terminado por dar con ello entre la vegetación de nuestra Selva Salvaje.

Esta manifestación impresionó a sus amigos, así que inmediatamente se pusieron los tres a buscar detenidamente en cada pulgada cuadrada de terreno del que rodeaba al castillo de Polruán. Pero como la policía había fracasado también ellos fracasaron. El asunto parecía destinado a concluir como había empezado; en pleno misterio. Pritchard y el desconocido chino y Rathbone eran tipos misteriosos; el secreto de la valija resultaba inexplicable; el motivo del doble homicidio, impenetrable.

Entonces fué cuando la casualidad, ese extraordinario factor que suele cambiar de improviso el rumbo de tantas vidas, tomó cartas en el asunto.

Sucedió que una mañana, casi un mes después de acontecidos los ya mencionados sucesos en el castillo de Porluán, Frank llegó a los establos, situados á los fondos de la mansión y se encontró con Caradetorta el negro, ocupado, en el viejo picadero de la antigua escuela de equitación, en enseñar a Bunchi, el elefante pequeño, algunas nuevas habilidades.

Hacía algún tiempo que Torta se ocupaba de eso porque Bunchi, debido a su poca edad era sumamente travieso y los Polruán le habían manifestado al negro que como el no consiguiera educarlo y dominarlo, corrigiéndolo de sus defectos, el elefantito sería donado al zoológico de Londres.

—¡Oye, caja de betún! ¡Esto es ya demasiado! — díjole Frank. — Según veo te pasas la mañana y la tarde en este picadero enseñándole gracias a Bunchi cuando podrías dedicar el tiempo a cosas de mayor utilidad.

Torta bajó la cabeza como arrepentido y miró a Frank poniendo los ojos en blanco.

—El que tiene la culpa es ese pícaro barbudo viejo de capitán Tremorne, — protestó el negro. — Me ha dicho que está por echarme y que en ese caso me convendría trabajar en un circo, con este elefante, y me estoy ensayando.

—No hagas caso de eso que, al menos, no es urgente, — dijo Frank, — y procura utilizar a Bunchi en algo útil. Precisamente hay en esa parte del parque a la que llamamos la Selva Salvaje, una cantidad de bloques de piedra, restos aun del castillo que ahí se levantaba y sería bueno sacarlos y llevarlos al mar. Creo que Bunchi puede hacer eso.

El negro inclinó la cabeza en señal de asentimiento y Frank siguió su paseo.

Diez minutos después vió al negro, montado como un mahut en el elefantito, con su traje blanco y rojo y su sombrero de alta copa, pasando varias veces por delante del castillo antes de dirigirse a cumplir lo que se le había mandado.

—Eso tendrá ocupado a esa calamidad de elefantito revoltoso durante dos o tres meses lo menos, — dijo Joe. — Ya que a pesar de tenerlo todo pronto no puedo salir a navegar, al menos que me sea posible vivir tranquilo, sin temer las travesuras del elefantito.

Menos de una hora después se oyó un ruido muy fuerte en la zona de matorrales situada a continuación del césped y por entre los arbustos de la Selva Salvaje apareció Bunchi a todo correr, apresurado por Torta que le gritaba a voz en cuello:

—¡Señor Dick! ¡Señor Dick! ¡Viejo capitán! — gritó con estentórea voz. — ¡Mirea lo que este negro angelito de la noche, ha encontrado debajo de una de las piedras que estaba sacando de la Selva Salvaje para llevarlas a la orilla del mar!

Hizo que el elefante se aproximara a la entrada del castillo se deslizó hasta el suelo con la agilidad de un gimnasta y se dirigió hacia los tres sosteniendo en una mano algo que, en el primer momento, parecióles una cajita de madera de pino.

—¡Es pesada como si fuera de plomo! — exclamó subiendo por los peldaños de piedra respirando jadeante y entregando a Frank un cofrecillo pequeño de marfil, primorosamente tallado.

Frank lo alzó con ambas manos para que le diera de lleno la luz del sol.

—Es chino, — dijo, — y muy antiguo por cierto. Por fin vamos a saber qué es lo que vino a buscar el chino. Esto fué lo que le quitó al pobre Pritchard, sacándolo de su valija. ¿Dónde dices que estaba, Torta?

—Encajado debajo de una de las viejas paredes, cerca del viejo pozo, — dijo el negrito secándose la transpiración que le cubría la frente. — Ahí hay un agujero y cuando Bunchi se echó contra las piedras para separarlas una de otras y poder llevarlas, yo vi eso.

—¡Hola! ¡Tiene algo dentro! — dijo Frank repentinamente nervioso. — Es necesario que estemos todos presentes en el momento en que procedamos a abrirlo.

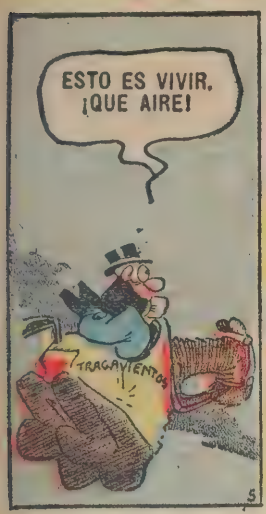
Entraron todos juntos en el espacioso comedor donde el cofrecito de marfil fué colocado en la sólida mesa de roble. A Frank le temblaban los dedos mientras tanteaba el borde de la tapa del cofrecillo detrás de la cual parecía brillar algo.

—¡Ah! ¡Me parece que distingo algo! — exclamó Dick inclinándose hacia la mesa. — Oprime ese botón semiesférico que queda en la parte de arriba de ese muñeco. Hace un instante me pareció que se movía.

Casi antes de que Dick terminara de hablar se oyó un rápido "clic" y la tapa se abrió. Muchas sorpresas habían experimentado en toda su vida los primos Polruán y Joe Tremorne, pero ninguna como aquella. Porque frente a ellos, a la luz de los multicolores rayos del sol que pasaban por las vidrieras de las ventanas del comedor, vieron, dentro del cofrecito de martil, una figura de Buda hecho de oro purísimo en medio de cuya frente relucía una enorme esmeralda de incalculable valor.

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck



DESAPARICION MISTERIOSA

Durante un largo minuto cuatro pares de asombrados ojos miraron fijamente la brillante imagen de oro pulido del antiquísimo ídolo.

Tenía, el personaje acurrucado, admirablemente modelado en el más puro metal, algo extraño, algo como una sobrenatural expresión de la que emanaba una inflencia a la que era inútil resistirse.

Los dorados ojos parecían los de una persona muy inteligente y muy sabia; las delicadas líneas del rostro daban idea de poder y seriedad, pero no, por cierto, de bondad. Lo más imponente del conjunto del ídolo era la enorme esmeralda que tenía en la frente y que parecía mirar como el ojo maléfico de un dragón.

—¡Qué admirable obra de modelado! — exclamó Frank Polruán. — Tiene un aspecto tan natural que parece que estuviese por hablar. — Se acercó a la mesa y tocó el ídolo con la yema del dedo índice. — Creo que es de oro.

Tremorne volvió el cofrecito de modo que la luz le alumbrara mejor y las facetas de las esmeraldas lanzaron maravillosos y relucientes rayos verdes.

—Es del oro más fino y puro que se pueda imaginar. — dijo Joe con seriedad. — En cuanto a esa piedra... vale más que el rescate de un rey, como suele decirse. Vale cien mil libras esterlinas con toda seguridad y...

—¡Y pensar que de toda esa suma va a disponer este negrito para gastarla en diversiones! — exclamó el negro Torta. — Supongo, patrón Joe, que abandonaré desde hoy esta vida de esclavitud y de servidumbre.

Tremorne se volvió hacia él con una rapidez que debió disipar instantáneamente todas las esperanzas del negro.

—Tu encontraste el ídolo, es cierto, muchacho, pero no te pertenece, como no pertenece a Dick ni a Frank, ni a mí. En realidad, — y se pasó, pensativo, la mano por la barba, — es bastante difícil decir a quién pertenece. Los muertos no pueden ser dueños de nada y tanto Pritchard como el chino murieron...

Frank, que había sacado el ídolo de dentro de la caja de marfil se volvió a mitad del camino de la ventana a que se dirigía notándose en su rostro una expresión de fastidio y de preocupación.

—¡Ojalá no hubiese encontrado Torta esta impresionante imagen! — dijo con voz que la emoción enronquecía. — ¡No es agradable pensar que por ella ya han perdido la vida dos hombres!

—¡Dos! — repitió Joe. — ¡No quiero pensar en cuantos más han sido los muertos! Me parece que he adivinado todo lo sucedido, lo que no tiene nada de raro porque no en vano soy hijo de un famoso detective.

—¿Qué quiere usted decir, Joe? — preguntó rápidamente Dick. — Si su padre de usted fué pescador de la costa de Polruán!

—Mi padre, estimado joven, — insistió Tremorne con obstinada expresión en su rostro, — fué el más extraordinario de los sabuesos, que hayan existido en el mundo. No niego que fué pescador en un tiempo; pero un día se encontró por casualidad con el famoso Sherlock Holmes, cara a cara. Se encontraron en esta misma playa y lo puedo probar pues la playa está todavía ahí para atestiguar la verdad de todo lo que yo diga. Mi padre dejó atónito, vencido, aplastado, al señor Holmes con su sagacidad y su genialidad brillantina.

—¡Brillantina! — exclamó Dick.

—¡Sí, señor, brillantina! — insistió Tremorne. — Desde aquel día Sherlock Holmes le tomó simpatía y lo hizo su primer ayudante. ¡Y cuando murió, Dios es testigo, mi padre era el jefe superior de Scotland Yard!

—¡Y usted nos ha contado docenas de veces que su padre murió en los brazos del general Wolfe, en la batalla de Quebec!

—No fué mi padre. En eso estás equivocado. Dick. Eso le pasó a mi tío Sebastián que combatió con Wolfe. Y tampoco fué en la batalla de Quebec; en eso también estás equivocado. El general Wolfe no peleó en esa batalla. La batalla de que hablo fué la de Navarrino que se realizó en una región de Italia. Por esa razón llevamos nosotros, los verdaderos Tremorne, en nuestro escudo dos naranjas de oro peladas porque en latín o en italiano "nava" quiere decir "sin" y "rino" quiere decir "cáscara", así que Navarrino es sin "cáscara", así que Navarrino es sin cáscara. Debes saber, joven Dick, — agregó, agitando un dedo como advirtiendo con gran seriedad, — que será inútil que pretendan corregirme cuando digo algo porque yo tengo respuesta pronta para todo.

—¡Sin duda! — dijo Dick, mirando a Franck y guiñando un ojo. — Pero la historia de su tío Sebastián no nos aclara el misterio de la caja de marfil y de su Buda de oro, que era de lo que hablábamos. Supongamos que Pritchard tenía el ídolo en su poder la noche que entró en nuestra casa y que...

—Par mí los hechos se produjeron en esta forma, dijo Frank, volviendo el ídolo a la caja; — ¿recuerdan ustedes que Pritchard nos dijo que acababa de llegar de China? Yo creo que este ídolo lo encontró Pritchard en China y lo trajo a Inglaterra, pasándolo como contrabando, metido en su valija.

—¡Un momento! — exclamó Dick cuyo cerebro era ágil y sagaz — Se me acaba de ocurrir otra idea y me parece que mi teoría es mejor que cuantas pudo formular el padre detective de nuestro amigo Tremorne. Todo el mundo sabe que antes de regresar hace algunos meses, a su castillo de Tredinnick, el señor Guy Rathbone también estuvo en China. Supongamos que estando en China se hizo amigo de Pritchard y que entre los dos robaron el Buda.

—¿Robaron? ¿A quién? — preguntó Frank Polruán.

—¡ A quién! ¡Lo robaron en un templo! ¡Como otros tantos ídolos que han sido ro-

Se quedaron los tres juntos, inmóviles, asombrados aturdidos, maravillados junto a la puerta, mirando con ojos dilatados hacia la chimenea. Porque allí en la repisa débilmente iluminado por los rayos rojos del sol poniente, estaba el ídolo de oro con su gran esmeralda engarzada en la frente.

bados de otros tantos templos! — contestó Dick. — ¡Claro está que se trata de una idea hipotética!

—¡En China no hay hipopótamos! — dijo Joe irónicamente.

—¡Silencio! — ordenó el muchacho. — Estamos hablando de hombres y no de insectos. Ahora soy yo el detective, Joe y ustedes van a sentarse en la fila del fondo a oír, ver y callar. Pues bien, Pritchard robó el ídolo de oro. Se enteraron y lo persiguieron. Rathbone y Pritchard, que habían trabajado en sociedad, tuvieron que separarse y Rathbone pudo huír a Inglaterra dejando que Pritchard le siguiera cuando pudiese, con el producto del robo. Esto explica probablemente la ansiedad con que deseaba Pritchar llegar aquella misma noche al castillo de Tredinnfck. Pero el Destino en forma de tormenta, lo detuvo. Se quedó aquí a pasar la noche. Durante su viaje y sin cesar un minuto, lo había vigilado un vengativo chino. Y esto me recuerda algo que había olvidado por completo.

"La noche en que sucedió... todo lo que sucedió, — dijo Dick a continuación, — iba yo a acostarme cuando me llamó la atención notar que estaba abierta una ventana, la que da luz al más alto de los rellanos. Me asomé por aquella ventana y me pareció ver que una sombra se escurría por entre los grupos de arbustos. Creo que el chino debió hacer una primera tentativa más temprano, procurando entrar en la casa, pero que tuvo que retirarse porque nos oyó subir por las escaleras. Sin embargo realizó finalmente su propósito.

—Es decir, matar a Pritchard ¿no es eso?

—Sí; matar a Pritchard y, sobre todo, apoderarse del ídolo. Pero, como lo sabemos, Pritchard alcanzó a herirlo de un tiro. Probablemente el infortunado chino se dió cuenta de que iba a morir y poco antes de caer en el sitio donde tú lo hallaste moribundo, pudo esconder el cofrecito de marfil debajo de las piedras de las ruinas.

—Sí; eso me parece que pudo suceder así, — dijo Joe. — Aun cuando, en general no

hago mayor caso de lo que dice el joven Dick. Pero esta vez parece acertado lo que ha dicho. Sea como sea nosotros tenemos ahora en nuestro poder el Buda de oro. Lo que ahora falta saber es qué debemos hacer con este objeto.

—No creo que haya discusión posible a ese respecto, — opinó Frank; — nuestra obligación es entregarlo a la policía y nada más.

—¡Jum! ¡Jum! — tosió Joseph Tremorne frunciendo el ceño. — No tengo mucha fe en la gente de policía. ¿Qué pueden hacer? No averiguaron absolutamente nada respecto al chino muerto; no averiguaron nada a pesar de todas las veces que interrogaron al señor Rathbone... ¡Qué van a hacer cuando tengan en su poder el ídolo de oro? ¡No lo se! Es decir, sí, lo sé. No harán nada.

—Tal vez lo pongan como adorno arriba de alguna puerta, — opinó el negrito. — ¡Con la esmeralda yo me haré un esplendoroso anillo para ponérmelo en un dedo los domingos cuando me visto con lo mejor que tengo! ¿Quiere prestarme un momento su navaja, patroncito Dick?

—¡No! ¡De ningún modo! — exclamó Frank, avanzando y cerrando la tapa del cofrecito de marfil. — ¡Esa piedra vale una estupenda suma de dinero! Creo, Joe, que lo mejor que puede hacerse es llevar el cofrecito a Plymouth y enterar allí el superintendente de policía de cómo y dónde fué encontrado, dejando que él se encargue del asunto y trate de devolverlo a sus verdaderos dueños, si es posible dar con ellos.

—Creo que estamos todos de acuerdo dijo el viejo marino. — ¡Juremos!

Todos adelantaron la mano menos el negro Torta que masculló algunas palabras sobre "derechos legales" o algo así.

—¡No rezongues tanto! — le gritó Frank, disgustado. — Joe, dele usted cuatro peniques para que se compre una cuerda nueva para su "benje" y se quedará satisfecho.

—¡Su generosidad no va a matarme de gusto! — dijo Torta moviendo repetidamente su motosa cabeza. — ¡Sería para mí verlo arruinado, patroncito, así que no acepto su ofrecimiento y me vuelvo a las oscuras regiones de la cocina. ¡Adiós, émulos de Turpín, capaces de robarle la leche de la mamedera a un nenito! Quédense con el viejo monigote y ojalá se hagan muy ricos con él.

—¡Muchas gracias, Torta! — dijo Frank.

—Toma una hoja de papel marrón y envuelve ese cofrecito Dick. Mientras tú y Joe terminan de pasar el rodillo y de alisar la cancha de tennis yo iré a Plymouth a enterarme de lo que tenga que decirme el superintendente de policía. Claro está que si el hombre, tiene sentido común recibirá el ídolo y nos veremos libres de complicaciones.

Cinco minutos después oyeron las explosiones de un motor desde la cancha de tennis y volviendo la cabeza vieron a Frank que montado en su motocicleta corría cuesta arriba hacia la cumbre del cerro por un lado del cual va el camino de Saint Germans a Torpoint.

Interesados en la tarea a que estaban, entregados Dick y el viejo marino pronto olvidaron todo lo relacionado con el hallazgo del Buda de oro.

Torta había vuelto, con el elefantito, a proseguir la tarea de quitar los trozos de ruinas del bosque y el día terminó igual que habían terminado antes otros muchos: en plena paz.

A las siete fué servida la comida en el espacioso comedor del castillo. Cuando daban las campanadas de las siete Dick y Joe Tremorne estaban conversando en la biblioteca.

—Dile a ese cara de betún que deje de tocar el gong llamándonos a comer, — dijo Tremorne al cabo de un momento. — No vamos a sentarnos a la mesa hasta que Frank esté de regreso. Probablemente le ha detenido en la ciudad algo de interés.

Esperaron sin impaciencia casi una hora. A las ocho menos diez minutos los dos se sentaron a la mesa a hacer los honores a la comida fría. Torta estaba disgustado por que con la espera no iban a apreciar sus habilidades culinarias.

—De nada sirve gruñir, Torta, — díjole Joe al cabo de un rato. — Pon las fuentes en el horno para que no se enfríen los manjares. No es posible que tarde mucho más.

Transcurrieron, no obstante, las horas y ya habían dado las diez cuando se oyó llamar a la puerta del frente.

Joe empezaba ya a sentirse molesto y fastidiado de tanto esperar.

—No es él, — dijo, levantándose de su silla. — Frank no hubiera tocado la campanilla ni golpeado con el aldabón.

Un momento después Torta se presentó, con cara de turbación, en la puerta del comedor.

—Perdone, capitán Tremorne. — dijo; — es el policeman Trevythick que trae a casa un lote de maquinaria destrozada.

—¿Maquinaria destrozada? — gruñó el marino irascible. — Dale un par de chelines y dile que aquí no queremos hierro viejo. Y cuando llegue el joven Frank le dices que tendrá que comparecer ante el consejo de guerra que se reunirá al pie del puente de mando. ¡Hay falta de disciplina a bordo de este buque y yo terminaré radicalmente con eso. No se volverá a conceder ninguna licencia para bajar a tierra en los próximos diez años...

—Capitán Tremorne... ¿podría conversar una palabras con usted?

La voz que así se expresó procedía del vestíbulo. Joe salió del comedor y encontró a Trevythick rodeado de un montón de caños de hierro rotos y de unas ruedas deformadas.

—Esta máquina, capitán, según datos recogidos es, me atrevo a afirmar, de propiedad del joven Frank Polruán, — dijo, sacando del bolsillo una abultada libreta.

Dick, que había salido apresuradamente al vestíbulo tomó uno de los trozos de caño

Joe Tremorne, Dick Polruán y el negrito Torta se detuvieron en la puerta de la biblioteca asombradísimos al ver a un chino que estaba de pie al otro extremo de la habitación cerca de la ancha puerta vidriera que daba a la terraza que dominaba el jardín. "¿Qué diablos está usted haciendo aquí señor?" le preguntó Joe balanceando su "cosquillea- costillas", la pesada lámpara morisca en forma de bola y pendiente de una gruesa cadena.

e indicó la doblada placa con el número de la patente, sujeta a él.

—¡Es la motocicleta de Frank! ¡La vieja marca Wouglas en la que partió esta mañana! ¿Dónde la encontró Trevythick?

Detrás de un cerco de arbustos, señor; del que limita la plantación de Trewyn, — dijo el policeman. — Comenzaba yo mi recorrida, nocturna cuando Bill Foster se acercó a mí con una gorra en la mano. Me dijo que le había encontrado al pie del cerco mencionado y que allí había señales de pelea. Fuí en seguida, busqué y del otro lado del cerco encontré la motocicleta destrozada.

—Pero... ¿Y Frank? ¿Dónde está Frank? — interrogó, nervioso, Joe Tremorne.

—¡No vi, señor, por parte alguna rastros del joven Frank! — fué la extraordinaria respuesta del policeman. — Foster y yo recorrimos todo el terreno en todos sentidos. Vimos huellas en profusión, encontramos ramas rotas y señales dejadas por algo pesado que había sido arrastrado por el suelo. Pero cuando pasamos al otro campo de más allá que está arado, sólo vimos algunas huellas de pisadas que allí terminaban. En consecuencia traje la motocicleta.

—¡Está bien! — dijo lacónicamente el marino. — ¿No encontró usted nada, además de la motocicleta rota y la gorra? ¿No encontró un paquete envuelto en papel marrón?

—Nada más señor, — contestó el de policía.

—¡Bien! ¡Basta con eso! — El viejo Tremorne se había transformado instantáneamente en el capitán que sabía mandar y hacerse obedecer. ¡Dick! Habla por teléfono con la oficina de Torpoint y pregúntale a Harris si Frank pasó el río en el ferry-boat. Tal vez haya sido así y en tal caso haya ido al cine-

matógrafo de Devenpost o de Stanehouse. Sin embargo no me imagino que haya podido ir a uno de esos sitios sin gorra.

Cuando Dick volvió al vestíbulo unos momentos después su rostro expresaba grandísima seriedad y preocupación.

—Harris está enteramente seguro de que Frank no pasó ni por el puente ni por el ferry-boat, — dijo. — Estuvo de guardia todo el día y si hubiese pasado con seguridad lo hubiera visto.

—¡Bien! — dijo Tremorne. — Trae algunas antorchas eléctricas, Dick. Policeman: vamos a necesitarlo No me importa qué hora es: voy a revisar todo el terreno de la plantación que usted ha dicho Pero antes hablaremos por teléfono con las oficinas de policía de Antony y Torpoint

La investigación duró casi hasta el amanecer pero no se encontró nada que pudiera contribuir a clarar el misterio de la desaparición de Frank. Cansados y decepcionados regresaron cuando ya se extendía por el cielo la luz grisácea anunciadora del nuevo día, esperando encontrárselo tranquilamente metido en la cama en su habitación del castillo de Polruán. Torta les desengañó en cuanto llegaron moviendo negativamente su lamida cabeza.

—¡Pobre patroncito Frank! ¡Se ha ido por siempre y para siempre! — gimió el negro con los ojos llenos de lágrimas.

La infructuosa investigación de toda la noche tenía nervioso e impaciente a Dick.

—¡No seas imbécil, negro del infierno! — gritó. — ¡Volverá tranquilamente a la hora del desayuno!

Pero llegó la hora del desayuno, — un desayuno muy triste en verdad, — sin que se tuviese noticia alguna del desaparecido muchacho.

Durante la mañana pidieron informes por teléfono a todas las estaciones de policía de ambas riberas del Tamar, pero no obtuvieron dato alguno sobre el paradero de Frank. La plantación de Trewyn, donde terminaban las huellas, parecía habérselo tragado.

Cuando ya habían pasado dos días comenzó a considerarse fundada la creencia de que el desdichado Frank habría encontrado un destino que no se merecía.

Rastrearon los arroyos, buscaron en la playa, recorrieron diez millas en ambas direcciones. Solicitaron y obtuvieron que unos buques de la armada recorrieran la costa. Las estaciones de guarda costas recibieron orden de revisar cada una toda la zona de su vigilancia sin poner en claro el misterio.

Pero pasaron los días, pasaron las semanas, transcurrió todo un mes al fin del cual Dick, Joe y Torta, — así como numerosos amigos de Polruán y de otras partes, — empezaron a abandonar toda esperanza de volver a ver a Frank.

Y entonces fué cuándo un día aconteció algo realmente asombroso.

LA LLEGADA DE WONG Li

Se necesitaba que aconteciera algo extraordinario para que disipara la aplastante nube de tristeza que envolvía el castillo desde el día de la desaparición de Frank Polruán. Con frecuencia, a medida que transcurría un día tras otro día, sin que sucediera algo que lograra aliviar la angustia, la terrible ansiedad reinante, tanto Dick como Joe llegaban a desear que se encontrara el cadáver de Frank, de modo que tuviera fin aquel largo período de dolorosa, punzante incertidumbre.

Y entonces, de improviso, se produjo el inexplicable suceso que pareció hallarse, de modo misterioso relacionado, aún cuando fuese ligeramente, con el desconocido destino del desaparecido muchacho.

Una tarde, cerca del anochecer, cuando la moribunda luz del día era tan débil que ya no era posible ver al aire libre y cuando, como de costumbre, Dick y el viejo marino habían regresado al castillo exhaustos, mental y físicamente después de pasarse horas y horas buscando por todas partes algún rastro que pudiera guiarles a dar con la huella de Franck. Torta el negro, entró en la salita donde los dos, juntos, conversaban en voz baja, como siempre que hablaban de aquel a quien consideraban ya fuera del auxilio de las fuerzas humanas.

—Yo he abandonado ya toda esperanza,— decía Joe con tristeza y amargura. Mirando al anciano furtivamente. Dick vió que los ojos del curtido lobo de mar se llenaban de lágrimas. — La tierra se ha abierto y se ha tragado al pobre muchacho. ¡Y por todos los demonios del infierno, las picaduras de víboras y las coces de potros! .... ¿Por qué vienes, fúnebre Torta, adonde estamos nosotros y te metes aquí como un tornado a cien millas por hora?

Torta no se sentía en condiciones de explicarse. Si un negro se puso gris en alguna ocasión, ese negro fué Torta y en aquel momento abrió mucho los ojos y se comprendió que le dominaba una grandísima impresión.

—¡Patrón Tremorne! ¡Patrón Tremorne! ¡El ídolo ha vuelto y yo lo he visto! — gritó después de un momento. — ¡Venga conmigo y yo se lo mostraré! Está allí, en la biblioteca, en la repisa de la chimenea con la misma piedra verde brillante en la frente. ¡Se lo jura por la salvación de su alma este pobre pecador!

Joe se levantó y se agarró con fuerza a la ropa, — a rayas rojas y blancas, — del negro.

—¡No seas idiota, cara de betún! — gritó zamarreando violentamente a Torta. — ¿Cómo, en nombre de Cristóbal Colón, ha de poder estar el ídolo en la repisa de la chimenea de la biblioteca, cuando desapareció el día que Frank se lo llevó a Pilmouth? He estado cien veces en la biblioteca desde entonces y...

—¡Ahí está seguramente! — insistió Torta, desprendiéndose de las manos del marino.— Yo entré a sacudir los objetos de propiedad de usted que están allí, y especialmente su vieja lámpara de bronce, cuando de repente lancé un grito de terror porque acababa de ver con estos ojos de mi cara el Buda de oro que me estaba mirando. Entonces vine a avisar.

—¡Pongamos en claro este cuento de hadas! — dijo Joe rápidamente. — ¡Frank desaparecido sin que se sepa donde, y aquí en casa este negro que se ha vuelto enteramente loco, según parece! ¡Qué vida! ¡Sepa usted.

grandísimo tonto!... — y al decir así le dio un pellizco a Torta que le hizo saltar. — ¡Sepa usted, grandísimo tonto, que como todo resulte mentira lo mandaré de un puntapié a montarse con su banjo en uno de los cuernos de la luna! Tal vez lo ate con una soga y lo arroje a los tiburones, como hice hace dos siglos con Morgan el pirata y el capitán Kidd, en el mar de las Antillas, Porque...— Abrió la puerta de la biblioteca de un tirón, — ... ese zarandeado Buda... ¡Por todos los diablos del infierno, los tiburones del mar y las víboras de la tierra!... ¡Ahí está el dichoso Buda! ¡Ahí está!

Se quedaron los tres juntos inmóviles, asombrados, aturdidos, maravillados, junto a la puerta, mirando con ojos dilatados hacia la chimenea. Porque allí, en la repisa, débilmente iluminado por los rayos rojos del sol poniente, estaba el ídolo de oro con su enorme esmeralda en la frente... La esmeralda parecía mirarles con un ojo lleno de maldad.

—¡Por el fantasma de Nelson! ¡Esto es más emocionante que una riña de gallos! — exclamó Joe avanzando de puntillas y yendo a tocar el ídolo con temblorosos dedos. — ¡Es el mismo Buda que se llevó Frank, con su cofrecito de marfil y todo! Pero, ¿qué es esto? — agregó al ver algo blanco que había sujeto debajo de las cruzadas piernas del ídolo. — ¡Un mensaje! Mira, Dick, haz el favor de leer lo que dice aquí, en este papel, porque yo, sin mis lentes, no puedo leer cuando hay poca luz.

Dick tomó aquel papel y leyó lo siguiente:

"Cuando empiecen a sonar las campana-
" das de la hora, yo me presentaré aquí. En-
" tonces se pondrá todo enteramente en cla-
" ro — Wong Li".

—¡Cuando empiece a sonar la hora! ¿Qué querró decir esto, Joe? ¿Y quién será ese Wong Li?

El viejo marino recobraba rápidamente la serenidad un momento perdida.

—Parece un nombre chino. — De pronto cambió de actitud, mostrándose jubiloso. — Supongo que Frank no estará dándonos una bromita, ¿eh?

Dick movió negativamente la cabeza.

—Frank no es tan tonto para tenernos por broma en una ansiedad tan grande. Eso lo ha escrito algún chino llamado Wong Li y ese chino es el que vendrá cuando suenen las campanadas de la hora.

—¡Las campanadas de la hora! — replicó Joe. — ¿De qué hora? ¡Víboras de Palestina! ¡Ojalá no hubiese aparecido jamás aquí ese maldito ídolo! Pero, ¿quién lo ha traído de vuelta? ¡Tinta china! — agregó, volviéndose hacia Torta. — ¿No has sido tú el autor de la broma?

—Puede estar seguro, patrón Tremorne, — replicó el negro, — de que cuando este joven de oscura piel estuvo en esta habitación hoy por la tarde no estaba ese objeto en la repisa. ¿Cuándo vino o lo trajeron? ¡No lo sé! Me parece todo obra del diablo en persona y me da tanto miedo que estoy por irme en seguida a mi tierra, al lado de mi padre.

—Bien pensado, — dijo Joe demasiado emocionado para poder tenerle lástima. — Vete inmediatamente. Cruza el océano con rapidez. Dale recuerdos de mi parte al viejo y díle que estoy harto de la mala suerte que nos has traído a casa. ¡Si yo siempre lo dije: cuando se mete un negro en una casa de blancos, no sirve más que para fastidiar!

—¡No sea así, Joe! — dijo Dick. — Ocupémonos de lo que es realmente interesante; ¿qué debemos hacer ahora?

—¡Hacer! — gruñó Joe. — No queda más que hacer que esperar que llegue la hora, sea la que sea. Y créame, jovencito, si ese señor Wong Li o como se llame se presenta por acá, me parece que habrá bochinche de primera calidad y... ¡no se le olvide!... yo le administraré una buena dosis de este medicamento. — Al expresarse así abrió un viejo mueble y sacó de él, metiéndoselo en el bolsillo, un revólver de caño corto.

Sólo había transcurrido un breve momento cuando resonaron dos sonoros golpes de gong que vibraron extendiéndose por toda la vasta amplitud del castillo de Polruán. Después de otra pausa se oyeron tres nuevos golpes de gongo dados con singular energía. No era posible atribuir aquellos toques de gongo al negro Torta, que tenía la misión de anunciar de ese modo las sucesivas horas del día, pues el negro estaba junto a Joe, a cuyo brazo se agarró temblroso.

—¡Es el enviado del diablo! ¡Es el ju-ju de mi tribu que viene a buscarme!

—¡Dick! ¡Ya estoy cansado de tonterías! — exclamó el marino. — Toma tu revólver! ¡Torta! Dame mi "cosquillea-costillas". Voy a enseñarle a ese señor Wong Li que no le conviene a nadie venir a hacer cosas de chino a mi casa. !Eso es! — añadió, tomando con la mano derecha la gruesa cadena como de un metro de largo, de la que colgaba una lámpara morisca en forma de bola. Balanceó la lámpara de tal modo, que silbó al pasar el aire por los intesticios de sus adornos. — ¡Ahora sí que podemos ir a hacer frente a ese señor tocador de gongo!

Pero cuando llegaron al vestíbulo donde estaba colgado el enorme disco de metal, vibrando todavía en su atril, no vieron a más personas que ellos mismos, aun cuando la vibración del gongo indicaba cuán recientemente había sido golpeado.

—Algo parecido a una representación de Maselyne y Devant, los famosos maestros de la magia blanca y negra, — dijo Joe. — Enciende todas las luces, Torta, y trataremos de averiguar el origen del misterio.

—¡Señor, en la biblioteca hay un hombre! — gritó el negrito, volviendo con apresuramiento la llave de la luz eléctrica que estaba en la pared.

El arma terrible que Tremorne tenía en la mano comenzó a balancearse con la regularidad de un péndulo.

—¡Ven acá, Dick! ¡Procuremos terminar de una vez! ¡Hola! — gritó Joe avanzando rápido y parándose en la puerta de la biblioteca. — ¿Qué diablos está usted haciendo aquí, señor?

Al otro extremo de la biblioteca, cerca de la ancha puerta vidriera que daba a la terraza que dominaba el jardín, estaba de pie un chino, cruzado de brazos y con la cabeza algo inclinada hacia el pecho.

La luz de la araña eléctrica hacía resaltar los colores de los bordes del ropaje de seda verde que tenía puesto sobre un grueso abrigo. El ropón amarillo estaba adornado con muchas perlas pequeñas y numerosas esmeraldas.

Cubría su cabeza, — de escaso cabello negro, — un birrete verde coronado por un grueso tobón de color violeta. Tenía puestos unos pantalones de seda azul y calzaba zapatos blancos de suela muy gruesa. Rodeaba su cintura un cordón de oro con borlas también de oro. En la mano izquierda, entre los delgados dedos de afiladas uñas tenía un pequeño abanico de marfil con el que se abanicaba lentamente.

—Permítame que me presente según la costumbre de ustedes, las gentes del Oeste, capitán Tremorne, — dijo, expresándose en excelente inglés. — Soy Wong Li, mandarín de Bolón Violeta. Primera Clase, portador por eherencia ,del ropaje Verde Imperial, lo que demuestra mi cercano parentesco con la dinastía que últimamente reinaba en China. Pero considéreme, mejor, como el jefe supremo de los Bo Tangs.

Si algo existía en el mundo que sacara de sus casillas a Joe Tremorne era el suponer que alguien se permitía tomar en broma su dignidad.

—¡Mire, viejo! — dijo el marino al que le brillaban peligrosamente los ojos. — Usted podrá ser jefe supremo de los Bo Tings, primer cocinero y lavaplatos de la histórica orden de los Chapiros Verdes, pero no consiento a nadie, ya sea mandarín o naranjín o bananín, que se meta en mi casa sin llamar a la puerta. ¿Cómo se metió usted aquí, por qué se permitió dar golpes en el redondel de lata que está colgado ahí y qué se le ofrece ahora que ya está dentro de la casa?

Aun cuando el viejo marino estaba visiblemente enojado, el visitante chino no dió señales de sentirse molesto. Se sonrió sarcásticamente y siguió abanicándose el rostro con su abanico de marfil.

—En cuanto a su primera pregunta, capitán Tremorne, contestaré que entré de acuerdo con mi costumbre y a mi moda. A la segunda responderé que dí los golpes de gongo para dar la hora de nuestra entrevista, de acuerdo con mi aviso previo. Y en cuanto a la tercera, he venido para aconsejarles en bien de los interess de ustedes y también de los míos.

El furor de Joe iba cediendo ante la curiosidad que sentía y sobre todo, ante el deseo de saber algo sobre el destino de Frank. Comprendía instintivamente que, de algún modo misterioso aquel extraño chino estaba relacionado con la desaparición del muchacho. La vuelta del Buda de oro constituía un indicio demasiado significativo para que pudiera despreciarse.

—Si sus propósitos son leales, aun cuando su derecho a entrar como ha entrado es un poco discutible, siéntese y hablemos. Pero la próxima vez que se le ocurra dar golpes a mi gongo avise un poco antes porque soy muy sensible de los nervios.

—Creo haber avisado algunas horas antes, — replicó Wong Li, mirando fijamente a Joe. — Pero el tiempo es ahora tan valioso para ustedes como para mí. En verdad cada día que pasa es uno que se pierde para el arreglo de cuentas. Usted se sorprendió, sin duda, al ver que volvía a su custodia el Buda de oro ¿no es cierto?

Joe dió la cadena con la lámpara a Torta que la tomó y la puso en un cercano rincón. El chino no cambió de expresión mientras Tremorne se dejó caer en una silla y con estudiada lentitud tomó el revólver de la mano de Dick y lo puso en la mesa a su lado.

—Ahora, señor Wang Li, hablemos de nuestros negocios, — dijo el marino. — Usted puede decirme algo sobre mi joven amigo Frank Polruán. Si quiere usted tratar conmigo amistosamente, aproveche la ocasión. Pero si trata de desviarse no se olvide de que puede pasarle algo al jefe supremo de los Bo Tangs.

El chino se rió irónicamente y riguió abanicándose.

—Aquí, el que ha de andar con cuidado es usted, — dijo, — sentándose lentamente en la silla que Dick le ofrecía. — Estoy aquí para darle un aviso de la mayor importancia. Varias personas, tal vez todas las que hay en esta casa, han profanado el Buda sagrado de los Bo Tangsí.

Joe se irguió en su silla.

—No sé lo que usted quiere decir con eso de "profanar". Todo lo que sé, es que ese mamarracho lo trajo a mi casa un desdichado inglés al que costó la vida el tenerlo en su poder. Fué asesinado en una habitación del piso alto por un compatriota de usted y no me extrañaría que usted mismo, señor Wong Li fuera el responsable de ese crimen.

El chino inclinó lenta y afirmativamente la cabeza.

—Como estoy seguro de no correr peligro pues me siento seguro del terreno que piso, acepto esta responsabilidad. ¡Capitán Tremorne, el hombre llamado Pritchard fué asesinado por orden mía!

Joe se sobresaltó.

—Siendo así no debo tardar en entregarle a usted a la policía como incitador a la ejecución de un homicidio.

Pero el chino se limitó a sonreír, con calma imperturbable y a abanicarse lentamente.

—No haga usted nada contra sus propios intereses, advirtió. — Tiene usted ahora que ocuparse mucho de usted mismo. Pritchard murió porque había cometido un grave delito contra la más estricta de las sectas religiosas de China. Pritchard robó ese Buda de oro del sagrado templo de Cheng Shuan y un delito así sólo podía lavarse con sangre.

(Continuará)

ALMAS SOMBRIAS

Emocionante novela histórica de intrigas tenebrosas, de drama y de misterio, en la que se desarrollan estremecedoras escenas de heroísmo, de amor y de odio

(Conclusión)

PORQUE habéis sostenido a oscuras; porque vos habéis vendido la justicia al miedo; porque de juez que sólo obedece a Dios, os habéis convertido en vasallo que obedece al rey.

—¡Padre! ¡Padre! — exclamó levantándose don Rodrigo. — Creéis que he sentenciado injustamente?

—Sí, si no habéis tenido para sentenciar una prueba tan clara como la luz del mediodía, como la luz del sol, según lo ordenan las Partidas del rey D. Alfonso el Sabio.

—Se trata de la tranquilidad de dos reinos; el incontestable derecho del rey nuestro señor a la corona de Portugal.

—¿Y a qué quedaría reducido el derecho del rey D. Felipe, si ese hombre fuera por desgracia el rey D. Sebastián de Portugal?

—¡Padre! — exclamó aterrado don Rodrigo.

—En cuestión tan grave vos habéis debido tener el valor de declararos incompetente.

—No constaba que ese hombre no fuese pastelero.

Pero vuestra conciencia os decía, os dire, que no lo era, que no lo es.

—Yo hubiera sido encarcelado, juzgado, sentenciado por inobediencia, y tal vez por traición, y otro juez se hubiera encargado del proceso.

—Hubierais sido un mártir, y esto es todo.

—Padre Chiesa, vos sólo me podéis sacar de la perturbación en que me hallo; por eso, conociendo yo vuestra sabiduría, vuestra experiencia y vuestra virtud os he buscado, os he suplicado que vengáis, a fin de ver si sois más afortunado que yo con Gabriel de Espinosa, si podéis descubrir la verdad; vais a ser vos el primero que le vea; vais a ser vos el primero que le lleve la funesta noticia.

—¿A qué pena ha sido sentenciado ese hombre? Porque la pena de muerte es de varias maneras.

—A la pena de los reos de alta traición.

—Es decir, arrastrado, ahorcado, descuartizado y a que su cabeza sea puesta en un palo sobre la vía pública.

—Sí, sí, señor.

—Pues bien; dadme al momento un alguacil que me conduzca junto a ese desgraciado, no perdamos tiempo; en estos casos, cuando se trata de salvar el alma de un hombre, los momentos son preciosos.

—Sí, sí, padre. ¡Hola, Tribaldos!

—Presentóse el alguacil.

—Conducid a su merced al encierro de Gabriel de Espinosa y que se le deje solo con él.

—Tribaldos y el jesuíta salieron.

Cuando el padre Chiesa entró en el encierro de Espinosa le encontró con un traje muy galán aterciopelado, y de tal manera, que no parecía preso.

—Aquí me envían a consolaros en el amargo trance en que os encontráis — dijo el jesuíta.

—¿Y qué amargo trance es ese, padre? — dijo Gabriel de Espinosa.

—Pues qué, ¿aún no lo sabéis? — dijo el religioso.

—Dicen — repuso Gabriel de Espinosa — que si me sentencian a muerte o no me sentenciarán; pero yo no lo creo, padre, porque no he cometido delito para tanto.

—Sentenciado estáis, por desgracia — dijo el padre Chiesa, — y yo siento mucho ser el primero que os lo asegure.

—¿Y de qué manera habrán de matarme, padre?

—Ahorcado, después de lo cual seréis descuartizado y puesta vuestra cabeza en un camino; así ha encontrado que es la justicia vuestro juez don Rodrigo de Santillana.

—¿Y sabe don Rodrigo quién soy yo, para que así se atreva a sentenciarme a la muerte de los villanos? Con cuchillo se me ha de matar a mí y en silla, ya que a muerte se me condena, como se ajusticia a los caballeros.

—No es este tiempo de entregarse a esas imaginaciones, y debéis dar gracias a Dios de que a tal os hayan sentenciado, porque cuanto más afrentosa sea vuestra muerte

más provechosa será para vuestra alma.

—Culpas he cometido que bien merecen la muerte a que se me condena — dijo Gabriel de Espinosa; — pero esto no libra de la mancha de injusticia a don Rodrigo de Santillana, porque él no conoce ni me ha hecho cargo de esas otras culpas mías, y de la que me piden estoy tan inocente, que no puedo ser más; porque si otros me han llamado el rey D. Sebastián, yo no me lo he llamado nunca ni por cartas mías lo he afirmado; y si se supiera quién soy, a buen seguro que no me vería en el trance en que me veo ni don Rodrigo de Santillana tendría la satisfacción de ahorcarme.

—¿Y por qué, si podeéis descargaros de la culpa de que se os acusa, no lo hacéis?

—Porque tengo hecho un voto que no puedo romper.

—Mirad que los que afirman que el rey D. Sebastián vive añaden que si no se ha dado a conocer ni ido a su reino es porque tiene hecho voto de no ser rey en veinte años, contados desde el día de la batalla, en que su temeridad fué castigada con un tan ejemplar y merecido desastre en Africa.

—No insultéis la memoria del rey D. Sebastián — padre — dijo palideciendo de cólera Gabriel de Espinosa, — que vos no sabéis lo que el rey D. Sebastián era; y, sobre todo con Dios yendo a combatir con los infieles, y con su honor, peleando como un león hasta caer cubierto de heridas.

—¿Qué os importa a vos de que del rey D. Sebastián se diga que fué temerario y que su temeridad tuvo un merecido castigo en una vergonzosa derrota?

Contúvose a duras penas Gabriel de Espinosa, y con la voz trémula contestó:

—Impórtame, porque he comido el sueldo del rey D. Sebastián; porque peleé con él y caí con él en Africa; porque el rey D. Sebastián y yo nos parecemos mucho y, sobre todo, en el espíritu; y porque no es de hidalgos el consentir que se insulte la memoria del rey bravo por quien por su ministerio no puede juzgar bien en cosas de guerra y caballería. ¿Acaso ha sido el rey D. Sebastián el primer rey vencido? Si por temeraria se tiene su empresa sobre el Africa, ¿por qué no se tiene por temeraria la empresa del prudentísimo rey D. Felipe, de la que resultó la pérdida completa de aquella formidable armada que llamaban la Invencible? ¿Por qué no se tiene por temeraria la guerra de Flandes, que no se acaba nunca, que es el matadero de los españoles y la sepultura donde se encierran los tesoros que vienen de Indias? Pero ya se ve como el rey don Felipe está vivo e imperando, todos le respetan, al paso que todos se atreven con la memoria del rey D. Sebastián; porque a moro muerto, gran lanzada; pero esto no es razón, ni yo lo he oír sin que lo replique; y de otra manera lo replicara si no tuviera las manos sujetas por las prisiones.

—No parece — dijo el pade Chiesa — sino que sois D. Sebastián o don Antonio, según os encolerizáis por lo que de D. Sebastián se dice.

—"Don Sebastián ni don Antonio no soy, ni Dios quiera que yo diga tal; pero sin eso, puede ser que si se supiera quién soy yo, no pasara por esta pena; pero ni se ha de saber por ahora ni puede ser; pasémosla... ¿Y saben por ventura quién yo soy? ¿Piensan que nací en las malvas?

—"Pensamos a lo menos — dijo el padre — que fuisteis hallado a la puerta de una iglesia".

A lo que contestó Gabriel de Espinosa sonriendo:

—"Más me espanto de que gente de entendimiento se persuada de eso.

—"Estamos en lo que vos habéis confesado, y no os tengo yo por tan disparatado y enemigo de vos mismo que si otra cosa hubiera que os pudiera quitar y aliviar la pena no la dijeseis

—"Al fin — replicó Espinosa, — en eso no he de decir yo más de lo dicho y el porqué, yo me lo sé; y gente tan cuerda no ha de conjeturar quién yo soy de mis dichos y confesión, sino de mis cosas y de mis hechos. ¿Son, por ventura — dijo con extraño brío, — cosas las mías de hombre común y bajo? ¿Y habría yo de ser tan desatinado que emprendiera yo cosa tan grande tan sin fundamento? Como digo, mi muerte descubrirá quién soy yo y lo que en esto hay; y lo que o siento más el daño que de mi muerte se ha de seguir; porque con ella clamarán los que ahora callan están a la mira, y no fuera mucho que en diez meses que ha que estoy preso hubiera enviado el rey D. Felipe quien me conociera, habiéndolo yo pedido tantas veces, o que de lo mucho que ha gastado en este negocio gastara algo en saber este punto.

—"Harto bueno fuera — dijo el padre — que anduvieran a buscar los padres a quien decís fuisteis echado a la puerta de una iglesia.

—"¿Qué hiciera el rey — replicó Espinosa — en que aunque fuera echado a la puerta del infierno y fuera hijo de Satanás lo sacara de rastro?

—"Ni a mí ni a nadie — dijo el padre — habéis de persuadir que sois otro que el que habéis confesado; y no os canséis en esto, que es grandísimo desatino, por un poco de vanidad y ser tenido por quien no sois, en tan poco tiempo como os queda de vida, pongáis en peligro vuestra salvación, olvidándoos tanto de ella y gastando este breve tiempo en pláticas tan impertinentes y vanas. Cesen ya del todo las quejas y acábense ya estas pequeñeces, que ni sirven ni han de

PROXIMAMENTE:

RAUL DE LANCASTE

MISTERIO, DRAMA, ACCION

servir sino de gastar el poco tiempo que os queda para procurar algún descanso de los muchos cargos que de todo el discurso de vuestra vida pasada dentro de poco tiempo os han de hacer en el tribunal de Dios.

—"Sea en buen hora, que yo no hablaré más palabra en esto, aunque es cosa muy dificultosa que no salga por la boca lo que está en el corazón (1)".

A seguida, el padre Chiesa, después de haberle echado un largo sermón para disponerle a la muerte, se despidió de él, poco satisfecho de desvanecer con una declaración franca el misterio que le envolvía.

Conocíase, además, que no creía que fuese cierta la sentencia de muerte, sino un medio de que se valía Santillana para aterrarle y obligarle a declarar la verdad.

Pasaron así los tres días, y llegó el primero de agosto de 1595. Gabriel de Espinosa podía dudar de la verdad de la sentencia; ero no podían dudar de ella los vecinos de Madrigal. En medio de la plaza había aparecido alzada una horca, levantada durante la noche. En el pueblo había entrado, entre arcabuceros de Medina, maese Cordelejo el verdugo.

Capítulo XXVII

Antes de que amaneciese el día primero de agosto, don Rodrigo de Santillana, que estaba destinado a no descansar, a no reposar, a no vivir, se había visto obligado a dejar el lecho, aunque no había dormido.

Aben-Shariar había llamado a su puerta, y valiéndose del nombre del rey para lograr que avisasen al alcalde, había llegado a su presencia. Aben-Shariar llevaba traje de camino.

Cuando don Rodrigo de Santillana le vió, su semblante pálido, cadavérico, se puso más pálido, más cadavérico aún.

—No parece — dijo Aben-Shariar — sino que vos, y no Gabriel de Espinosa, habéis de ser ahorcado.

—Monseñor — dijo don Rodrigo de Santillana; — Dios lo quiere, Dios lo ha hecho. Pecados tenía que castigar en mí, y los ha castigado severísimamente trayendo a mis manos este proceso; no he hecho más que lo que he podido hacer; otra cosa hubiera sido faltar a lo que debo a mi hidalguía, poniendo en juicio la potestad del rey para juzgar y para sentenciar, porque sabedlo bien: no he sido yo el juez, lo ha sido el rey; yo no he hecho más que autorizar, como alcalde de casa y corte, lo que el rey me ha mandado; no hay una sola letra en esto proceso que el rey no haya visto; las cartas anónimas que se han echado en mi casa, amenazándome en las unas, aconsejándome en las otras, han sido enviadas por mí al rey.

—Para eso se escribían — dijo Aben-Shariar.

—Ya sabía yo — dijo Santillana, — aunque jamás os lo he dicho, que vos erais el autor de aquellas cartas; lo sabe también el rey, como sabe que estáis en Madrigal.

—Dejaré de estarlo muy pronto; y para salir de él cuanto antes vengo a veros. Clara, y como nodriza primero, y madre después de los hijos del rey don Sebastián, o de Gabriel de Espinosa, habrá sido también sentenciada.

—Se han cubierto las apariencias; y como su sentencia no es realmente sentencia, sino pretexto, no se la ha notificado. En la causa aparece también que se la ha dado tormento; pero vos sabéis que no: esa señora ha sido, de orden del rey, ciegamente respetada; y si ha estado presa en la apariencia, porque no está preso el que puede salir de prisiones cuando quiera, ha sido porque vos y ella lo habéis querido así.

—Pues bien; ahora quiero que me la entreguéis.

—Cabalmente la sentencia que sobre ella ha recaído es la de extrañamiento perpetuo de España y de Portugal. Vedla aquí — dijo el alcalde revolviendo algunos papeles.

—Dejad, dejad, don Rodrigo — dijo Aben- Shariar; — me importa muy poco lo que en el proceso conste, con tal de que mi hermana me sea entregada.

—Antes de entregárosla debo haceros presente un deseo del rey.

—¿Cuál? — dijo profundamente Aben-Shariar.

—Que esa señora no reclame jamás para sus hijos la corona de Portugal.

—Pero entonces, don Rodrigo — dijo con acento terrible Aben-Shariar, — el rey reconoce a Gabriel de Espinosa en el pastelero de Madrigal. ¿Dónde tenéis el escrito en que el rey os ha mandado eso?

—Lo he vuelto a su majestad como todos los escritos importantes que he recibido, como le he enviado, sin leerlas, las cartas que se han dirigido a Gabriel de Espinosa.

—Entonces, don Rodrigo, vos no habéis sido juez, sino instrumento.

—Aquí no ha habido más juez que el rey. Sobre mí no puede caer responsabilidad alguna, ni ante Dios ni ante los hombres.

—Y, sin embargo, don Rodrigo, os devora el remordimiento.

—Porque dudo, porque veo en este asunto un terrible misterio, porque el proceso que yo he instruído, no por culpa mía, sino por determinaciones del rey, adolece de más de una nulidad; porque estoy seguro de que un día causará escándalo ese proceso, y se dirá de mí lo que no debería decirse, porque yo ante todo, como juez y como caballero, estoy obligado a obedecer al rey.

—¡Aun contra vuestra conciencia!

—El que obedece al que legítimamente le manda, no contrae responsabilidad alguna ante Dios.

—Y entonces, don Rodrigo, ¿por qué tem-

(1) Todo lo que está entre comillas, ha sido copiado a la letra de un manuscrito de la época, del que ha sido extractada la historia de Gabriel de Espinosa, impresa en Madrid. Edición de Pantaleón Aznar, sin nombre de autor.

bláis? ¿Por qué os tiene aterrado y enfermo este proceso?

—Porque la Providencia se ha valido de él para castigar delitos de que soy únicamente responsable; porque ese proceso ha venido a mí por mi hija, que a causa de su corrupción pasada ha conocido a ese hombre; porque me ha arrojado sobre la frente la vergüenza que yo imprimí en la frente de su madre devolviéndomela centuplicada; porque a pesar de todo la amo, y ella ama tanto a ese hombre, que al firmar yo esa sentencia he firmado la de mi hijo, la mía propia; y además . . . porque yo no sé si ese hombre es un impostor o un rey; yo no he visto toda la prueba; yo no sé lo que se contenía en las cartas cerradas que he remitido al rey.

—¿De modo que teméis ser cómplice de un asesinato de Estado?

—No diré yo tanto; el rey ha sentenciado y a mí sólo me toca creer que habrá atendido para ello a justísimas razones. Sin embargo, yo hubiera deseado que tal proceso no hubiese venido a mis manos, que el rey no hubiera depositado en mí de tal modo su confianza.

—Os queda un medio — dijo Aben-Shariar.

—¿Cuál? — preguntó con ansiedad don Rodrigo.

Suspended la ejecución.

—Sea lo que quiera — dijo don Ramón de Santillana, — Gabriel de Espinosa será ejecutado esta tarde a las cuatro, si el rey no manda suspender la ejecución.

—Pues bien, que caigan sobre vos la maldición divina y la venganza humana—dijo Aben-Shariar.

Don Rodrigo se estremeció.

—Ahora — dijo Aben-Shariar — venid a entregarme a mi hermana.

—Os daré una orden para que os la entreguen; enviaré con vos a mi secretario Pedralva.

—No, no, venid vos; puede ser que la esposa del sentenciado tenga algo que deciros.

—Sois implacable conmigo, monseñor; pero una vez aceptado el sacrificio, no hay que pararse en hacerle más o menos doloroso. Vamos.

Don Rodrigo de Santillana se ciñó su espada, se puso su bonete y su capa tercianela, tomó su vara y salió de su casa con Yhaye.

La cárcel, como hemos dicho anteriormente, estaba en la plaza, a poca distancia de la casa del alcalde, y llegaron a ella en poco tiempo.

El alcaide, por orden de don Rodrigo, llevó a éste y a Yhaye al encierro de Sayda Mirian, que estaba al extremo opuesto de aquel en que se guardaba a Gabriel de Espinosa.

Las ventanas enrejadas del encierro de Sayda Mirian daban a la plaza.

Cuando entraron el alcalde y Aben-Shariar vieron que a una de aquellas rejas, que estaba abierta, había una mujer completamente vestida de negro, de espaldas a la habitación y mirando a la plaza. A pesar de que había resonado con fuerza la puerta al abrirse y otra vez al cerrarse, la mujer no dió muestras de haberse apercibido de ello.

Llegaron justos hasta en medio de la habitación el alcalde y Yhaye y este último adelantó solo desde allí hasta llegar junto a la mujer. El alcalde se había detenido, pálido y trémulo. A pesar de que Yhaye se había acercado a la mujer hasta tocarla, ésta permaneció inmóvil con la mirada fija en un objeto que se veía en medio de la plaza a la dudosa luz de la noche. Aquel objeto era una horca. Yhaye la vió también y se estremeció. Comprendió cuánto debía sufrir Sayda Mirian, porque era ella la mujer que con una atonía horrible miraba la horca que se destacaba de una manera infame en medio de la plaza.

—¡María! — dijo con voz ronca Yhaye-ben-Shariar.

María se volvió lentamente y miró de una manera profunda a Yhaye. Su palidez era horrible, y una ardiente fiebre lucía en sus ojos. Los diez meses de prisión, de ansiedad, de espanto, que había pasado por ella, la habían envejecido. Estaba flaca, demacrada y sus hermosos cabellos negros habían encanecido en su mayor parte. Y, sin embargo, aun estaba hermosa. Vestía un traje completamente de dama, pero traje de luto.

Al ver a Yhaye vió también a don Rodrigo y se lanzó sobre él. Le miró un momento de una manera inmensamente terrible, y luego le asió de una mano y lo arrastró violentamente consigo hasta la reja de donde había acabado de apartarse.

—¡Mirad! — le dijo. — Aquello es una horca.

—Yo no sabía que las rejas de este encierro correspondían a la plaza — dijo como hablando consigo mismo Santillana y con la voz cavernosa.

—¡Esa horca es para él! ¿No es verdad? — dijo María con una voz y una expresión de que en vano pretenderíamos hacer cargo a nuestros lectores.

Expresaba todo el afán toda la agonía, todo el horror que puede sentir una criatura.

—¡Dios lo quiere, señora! ¡Yo, no! — exclamó aterrado el alcalde.

—¡Qué no lo quieres tú, y tú eres su juez!

—¡Yo, no! ¡Yo, no! ¡El rey!

—¡Pues bien! ¡Malditos seais el rey y tú!

—¡Señora! . . .

—¡Y para esto le arranqué yo como muerto de entre los cadáveres del campo de batalla de Alcazarquivir! ¡Para esto luché yo cuerpo a cuerpo con la muerte que pretendía arrebatármele! ¡Para esto he abandonado yo mi patria, mi religión, mi grandeza! ¡Para esto he sufrido yo un largo martirio de diez y siete años! ¡No! ¡No puede ser! ¡No puede ser que habiéndole yo librado de tantos peligros, venga a morir en manos de un alcaldillo! ¡De un miserable esclavo como tú! ¡No! ¡No puede ser y no será!

—¡El rey! ¡Yo no! ¡El rey! — dijo completamente aturdido don Rodrigo, porque le espantaban el dolor y la cólera de Sayda Mirian.

—María — dijo Yhaye, — sus imprudencias son la verdadera causa de su fin desastroso; tú has cumplido hasta ahora con tu

PUCKY

corazón y con tu deber; pero aun te queda un doloroso deber que cumplir.

—¡Sí, el de vengarle!

—No — dijo Aben-Shariar; — el de vengarle, no, porque Dios se ha encargado ya de la venganza; porque tiene delante de tí al juez que le ha sentenciado estremecido, tembloroso y herido en la frente por la mano de Dios.

—¡Pero le mata! ¡Pero va a morir, y no quiero que muera!

—Tú eres muy valiente, María; tú eres capaz de todas las grandezas y de todos los sacrificios del alma, y no puedo, no debo engañarte: una vez cometida por él la imprudencia de venir a Castilla, una vez en poder del rey don Felipe, es imposible, de todo modo imposible, salvarle. Ni a Venecia interesa tanto el rey don Sebastián que, rompiendo por él su política de sostener la paz a todo trance, declarase la guerra al rey de España; ni, aunque declarase la guerra podría impedir, penetrando en el riñón de Castilla, arrancar al rey don Felipe su víctima, ni el rey don Felipe dejaría que se la arrancasen, aunque para ello le acometiesen todos los reinos de Europa; él les arrojaría a la cara el cadáver del rey don Sebastián.

—¡Conque no hay esperanza! — dijo desesperada Sayda Mirian.

—Pregúntaselo a ese hombre que está delante de nosotros, que siente sobre sí la mano de Dios y que tiene, sin embargo, el horrible valor del esclavo, que lo arrostra todo: la pérdida de la vida, la pérdida del alma, antes que desobedecer a la voluntad de su despótico señor.

—¡No, no hay esperanza—dijo don Rodrigo con la voz entera y terrible; — el rey lo manda, y lo que el rey manda se ha de obedecer, vive Dios!

Y el alcalde, altivo, enérgico, terrible, hirió vivamente el pavimento con el extremo de su vara de justicia.

—Ya lo ves — dijo sombríamente Yhaye; — no me hables más del perdón de la grandeza del alma, del holocausto a la virtud, que predicaba el profeta Jesús (1); este hombre es cristiano, y, sin embargo, su alma es esclava de la tiranía; este hombre no conoce a Dios, porque es idólatra del rey; porque para él, el rey es lo primero; después del rey. Dios. Sabe que comete una injusticia; sabe que prepara a un hombre la corona del martirio; nosotros dudamos de que Gabriel sea el rey don Sebastián, y él no lo duda. Sin embargo, es en su conciencia el regicida de un rey desventurado por servir a la ambición y a las lúgubres propensiones de un rey poderoso; no, no alientes ni la más leve esperanza; porque los castellanos tienen un ídolo que se llama honor, y este ídolo les manda obedecer ciegamente al rey; y como el rey don Felipe rinde culto al ídolo de la ambición y de la soberbia, como Gabriel de Espinosa representa para el rey don Felipe la pérdida del reino de Portugal, no hay esperanza. Gabriel de Espinosa, o el rey don Sebastián, será ahorcado esta tarde a las cuatro.

Sayda Mirian dió un grito.

—¿Para qué me habéis traído aquí? — dijo Santillana.

—¿Y por qué habéis venido vos? — exclamó con acento terrible Yhaye. — ¡Porque todo lo que pertenece a vuestra víctima os atrae, como atrae un abismo al imprudente que se atreve a mirarle desde su borde! ¡Como traga la inmensidad al que la mira desde la gigantesca cortadura de una montaña! ¡Vos, vos, os habéis asomado al borde de la eternidad al tener entre vuestras manos la cabeza de un rey, y la eternidad os traga, la eternidad os devora! ¿Para qué vengarse de vos? ¿Qué más venganza que el terror frío, el terror sobrehumano que sentís? Y luego, ¿qué sois vos más que el miserable instrumento de un tirano horrible?

—¡Yo no sé dónde estoy! ¡Yo sueño! ¡La locura se apodera de mí! — dijo como hablando consigo mismo Santillana.

—¡Míralo, Mirian! ¡El es juez, él, verdugo, y, sin embargo, tiene más miedo que su víctima! Su víctima tiene el perdón y la sonrisa de Dios, y la eterna felicidad, después de un breve martirio; porque el Dios de Abraham y de Ismael es también el Dios de la infinita misericordia; el Dios que premia a sus mártires con las eternas delicias del paraíso, y castiga a los réprobos sumergiéndoles en el eterno fuego que se despeña rugiente por debajo del terrible puente Sirat. ¡Mira, mira al verdugo cómo se retuerce a impulsos del terror; mira, mira cómo su semblante está más lívido que el más lívido semblante de los cadáveres que tú viste cuando buscabas entre ellos a tu infeliz rey don Sebastián, al esposo de tu alma! ¡Partir de una puñalada el corazón de ese hombre sería traer sobre su cabeza la misericordia de Dios! ¡No nuestra venganza y su castigo es dejarle la vida; una vida breve, pero horrible; una vida semejante a la del viejo rey don Felipe: una vida en que durante su breve sueño y su larga y afanosa vigilia, verá continuamente delante de sus ojos, por más que los cierre, el espantoso, el lívido, pero aterrador espectro del rey don Sebastián!

A medida que Aben-Shariar pronunciaba su discurso, el alcalde se iba encorvando. Luego sus rodillas se doblaron, y lentamente cayó sobre ellas, apoyado en su vara de justicia.

—¡Y ese hombre, ese hombre que tiembla y se doblega bajo el peso de su conciencia, ese hombre puede, arrostrando el martirio, salvar a un mártir o perecer con él, logrando la bendición de la eterna justicia! Ese hombre puede derrocar esa horca, romper los hierros del rey don Sebastián, porque ese hombre que ves ahí doblegado por el miedo a la justicia de Dios, está investido de todo el terrible poder del rey don Felipe.

—¡Salvad, salvad a mi esposo! — exclamó Sayda Mirian inclinándose sobre Santillana y dejándole oír su voz ardiente, inmensa, en su mismo oído. ¡Salvad al rey mi esposo! ¡Huid con él! ¡Pedidme mi sangre! ¡Si queréis tesoros, los tendréis! ¡Sal-

---

(1) Téngase presente que habla un musulmán, y que los musulmanes reverencian a Jesucristo a quien llaman el espíritu de Dios, pero al que consideran como un profeta inferior a Mahoma.

vadlo, y esperadlo todo! ¡Vos seréis el primer vasallo, el primer amigo, el hermano, el padre del rey de Portugal!

—¡Y la infamia habrá caído sobre mi cabeza! — exclamó don Rodrigo alzándose prepotente y sobreponiéndose a todo. — Y las gentes, al verme cargado de riquezas, de dignidades, exclamarán señalándome con el dedo: ¡he ahí un traidor! ¡No, no y mil veces no! Mi ascendencia de caballero no tendrá que avergonzarse, yo os lo juro, por su último descendiente, honrada como vivió ha de acabar mi familia; dejad que mi conciencia me atormente como hombre; no pretendáis que yo manche mi fama como hidalgo ni como juez; el rey lo manda; Dios tiene en su mano los corazones de los reyes; el rey dará cuenta a Dios en su juicio del bien o del mal que haya hecho; al vasallo no le toca más que obedecer ciegamente al rey, porque el rey es la sagrada, la inviolable persona que representa a Dios sobre la tierra; porque el rey es el ungido del Señor; peor para el rey, porque le valiera más no haber nacido que quebrantar y torcer la justicia que Dios ha puesto en sus manos, si por su ambición o por sus pasiones falta a ella; peor, un millón de veces peor para el rey; pero al vasallo no le toca usurpar la potestad de Dios, el único que puede juzgar a los reyes; ¡yo me lavo las manos; yo no debiera atormentarme por este negocio; porque no he sido yo, no; yo, sabedlo, y sabedlo vosotros solos, yo he puesto mi alma, mi alma entera en este negocio; yo le he dificultado cuanto he podido, yo, a peligro de que el rey me depusiese, me encarcelase, se ensañase conmigo, me despedazase, he hecho cuanto he podido hacer, trabajando día y noche sin descanso; le he manifestado cuanto encontraba de misterioso en el reo a mi juicio; le he dejado ver, de la manera que me era posible, mi incompetencia y mis vacilaciones; le he expresado una y cien veces, a pesar de que sabía que le desplacía con ello, la continua y enérgica solicitud del acusado de que el rey enviase quien le conociese, ya que el mismo rey no quisiese que le fuese presentado; grandes secretos de Estado revelados a mí por Espinosa han sido puestos por mi en conocimiento del rey, y siempre que yo hacía esto me halagaba la esperanza, siempre ilusoria, de que la mano de Dios tocase la cabeza del rey y le iluminase con un rayo de su eterna sabiduría; porque yo dudaba, porque yo vacilaba; porque mi razón se perdía en las densas tinieblas de la duda. Un día recibí una orden del rey en que sólo se contenían estas palabras: "Dad tormento a Gabriel de Espinosa". Obedecí, y fuerza es confesarlo, por más que os desagrade a vosotros, que tenéis tan grande idea de ese hombre misterioso, a las pocas vueltas de cordel, y eso que yo, de intento, no le trataba con demasiada dureza, confesó lo que le perdía: confesó que era un impostor; él habrá dado grandes muestras de valor, no lo dudo, en campaña, hierro en mano, en medio del cerrado tropel de enemigos victoriosos; pero fué cobarde en el tormento, y se perdió; cobarde, sí, cobarde, monseñor, no arqueeis las cejas; hace treinta años que soy alcalde de casa y corte; en esos treinta años son innumerables los casos en que he sujetado un hombre a la prueba del tormento, y oíd: bandidos infames y vulgares, cuyo delito conocía yo, han resistido como fieras; los cordeles han despedazado sus brazos; la sangre ha reventado por sus dedos; los he tratado a muerte, los he dejado mancos, y no han confesado. ¿Por qué Gabriel de Espinosa confesó? A no confesar, yo me hubiera amparado de las leyes y no hubiera sido sentenciado, yo es lo juro, porque el rey no se hubiera atrevido a decir a don Rodrigo de Santillana y siendo yo quien soy: "Sentenciad contra la ley". No; porque yo no hubiera sentenciado; porque yo, si el rey me hubiera mandado ahorcarle, hubiera hecho una salvedad en la sentencia; no hubiera dicho: don Rodrigo de Santillana falla, si no el rey falla y don Rodrigo de Santillana firma el fallo en nombre y por orden del rey. Pero Gabriel de Espinosa ha confesado; el rey, al comunicarle yo su confesión, me ha dicho: "Pronunciad la sentencia, ahorcadle". He sentenciado y sólo exterminando al rey, obligándole a invalidar la sentencia, dejará de ser ahorcado Gabriel de Espinosa esta tarde a las cuatro. Si yo en mi foro interno, usando de mi libre albedrío, apruebo o no apruebo esta sentencia; si yo... He meditado tanto, que he llegado a vislumbrar un día, que vendrá no sé dentro de cuánto tiempo, en que los reyes no serán lo que hoy son; en que los hombres pedirán al rey cuenta de lo que haga; yo, que vivo en estos tiempos, en que sobre el rey no hay nada más que Dios, cumplo con mi obligación y con mi destino y con mi honra, como caballero, obedeciendo las órdenes del rey. No abuséis, pues, de que yo, porque tengo corazón y alma, me aterro, me espanto, de la desgracia de ese hombre; no pretendáis que yo, porque anego mi vista en el porvenir porque por esta terrible prueba adivino que hay algo en la conciencia del hombre superior a la voluntad del rey, me aterro y sufro y tiemblo por la sentencia que, sin ser mía, he echado yo sobre mi nombre. Yo espero que los que en el porvenir conozcan este proceso, si es que este proceso no se destruye, harán justicia al honor, a la probidad, a la lealtad del desgraciado alcalde de casa y corte don Rodrigo de Santillana. Oíd aún: si el rey me hubiera dejado libremente instruir este proceso, yo hubiera hecho una prueba amplia; yo, levantándome a toda la altura de mi cargo, hubiera sentenciado una de dos: o que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián y debía ser puesto en justicia sobre su trono, o que Gabriel de Espinosa, por falsario, por impostor, debía ser ahorcado como un villano. Pero no se me ha dejado en libertad: el proceso está torturado, constreñido; se ha negado al reo la prueba que ha pedido con insistencia; documentos que han debido constar en el proceso han sido enviados vírgenes al rey sin que nadie los conozca, y han desaparecido, se han perdido en sus manos; yo he tenido el doble carácter de juez y de vasallo, y el vasallo no ha dejado obrar con libertad al juez. Esto os lo digo a vosotros, a vos, señora, que sois la esposa y la madre de los hijos de Gabriel de Espinosa; a vos, monseñor que sois su hermano; pero no lo diré

a nadie más. Yo, tal cual soy, y en los tiempos en que vivo, he cumplido dolorosamente con mi deber; me he visto obligado, mal que me pese, a sostener la honra de mi nombre como hidalgo y español por una parte, y por otra mi fama sin mancha de alcalde incorruptible, sostenida durante treinta años. Si con la ocasión de este proceso he llegado a vislumbrar cosas que traerá el tiempo y que hoy no se comprenderían; cosas que, como la eterna verdad, son de todos los tiempos, ante el alma, ante la conciencia, ante Dios, compadecedme, porque no me he atrevido a luchar con mi tiempo; compadecedme, porque no me he atrevido a manchar entre mis contemporáneos mi nombre; compadecedme, porque, como el señor Antonio Pérez en sus "Relaciones", no me he atrevido a decir que tanto malo harán las monarquías, que Dios se cansará de ellas y las barajará. Hoy no se me comprendería; hoy se me creería vendido al oro y a la ambición, y yo no tengo valor para tan grande sacrificio; perdonadme, y dejadme a solas con mi conciencia.

Había tal grandeza en las palabras, en el aspecto de don Rodrigo; rebosaba de todo ello una verdad tan terrible, que Yhaye y Sayda Mirian, a pesar de la situación terrible en que estaban, se sintieron dominados.

Sin embargo, la situación era tal, tan extrema, tan desesperada, que Sayda Mirian sintió por muy poco tiempo y de una manera muy débil la influencia de las palabras de don Rodrigo.

—¡Conque no hay esperanza! — exclamó.

—Ninguna, señora — respondió el alcalde.

—¡Con qué mis hijos van a quedar huérfanos! — exclamó Mirian volviéndose de una manera suprema a la cuna donde dormían los niños. — ¡Ellos huérfanos y yo desesperada! . . .

—¡Dios lo quiere, señora! — contestó don Rodrigo con la vista fija en el suelo.

—¡No! — gritó con energía Sayda Mirian. — ¡Dios no lo quiere! ¡Dios no puede querer ese horror y esa injusticia! ¡Quien lo quiere, quien lo hace es el infame rey D. Felipe y vos! ¡Vos, que sois su esclavo! ¡Un esclavo miserable y cobarde!

—¡Señora! — exclamó don Rodrigo, a quien todo insulto irritaba.

—Basta, basta ya de palabras inútiles — dijo Yhaye; — lo que está escrito se cumplirá; no es el rey D. Felipe el que mata al rey D. Sebastián; no es don Rodrigo de Santillana quien le lleva de la mano al patíbulo; es su destino, su fatal imprudencia, su locura. En Africa, en Venecia, en Francia ha debido morir mil veces, porque el que siempre va buscando el peligro de una manera insensata, acaba por perecer en él.

¡Pero esa muerte infame! — exclamó ahogada por el llanto Sayda Mirian.

—El es valiente — dijo Yhaye; — para él la muerte no es aterradora; la ha visto muchas veces frente a frente sin temblar, la conoce; te resta un último y doloroso deber que cumplir, hermana, después de haber arrostrado por él tantos sacrificios.

—¿Cuál?

—El de quitar sobre su alma el único temor que pueda amargar su agonía, el pensamiento de tu dolor, de tu desesperación.

—¿Y cómo verle perecer de este modo y no estar loca y desesperada?

—Tú eres hija y nieta de héroes y esposa de un rey muy bravo; tú no puedes entregarte al dolor como una mujer cualquiera; tú debes presentar la frente serena a la adversidad, al horror; tú debes inspirar a tu esposo la certeza de que soportas con valor el golpe para inspirarle el valor que le es tan necesario en sus últimos momentos; tú, aunque mueras después, debes ser una heroína delante de él.

—¡Delante de él! — dijo don Rodrigo.

—Sí — contestó Aben-Shariar con firmeza; — delante de él, porque vos vais a traerle aquí.

—¡Aquí!

—Rodeadle de guardias cuanto queráis; dejad tras de esa puerta todas las guardias que queráis; evitad que se os escape; no temáis que aquí le matemos para salvarle de esa muerte pública, no; no se trata de eso; pero vos no podéis, no debéis impedir que ese desdichado vea por última vez a su esposa y a sus hijos.

—No, no lo impediré — dijo conmovido don Rodrigo; — esperad.

Y fué a la puerta, llamó, le abrieron y salió. La puerta volvió a cerrarse.

—¡Hermana! ¡Hermana! — dijo Aben-Shariar: — ¡Cumple hasta el fin con tu deber como has cumplido hasta ahora! ¡Sé valiente, enjuga tus lágrimas, sé digna de tus bravos antepasados!

—¡Mi corazón es de mujer, de esposa, de madre, y yo no puedo hacer otra cosa que llorar y desesperarme!

—Pero él está loco. Mirian, está loco; la grandeza de su espíritu es ya una locura; él te comprenderá mejor; comprenderá que le amas más y que eres digna de él cuanto más altiva, cuanto más soberbia, cuanto más sobrepuesta a todo te encuentre. Por lo mismo que tanto le amas, Mirian, sostén con una aparente firmeza la fiereza de su alma; no la destruyas con tus lágrimas, con tu dolor de mujer, de esposa, de madre; levántate hasta el heroísmo de la locura, porque él, te lo repito, está loco; pero te ama tanto el desdichado, que tu dolor puede acobardarle; puede hacer que la muerte le espante, y tú entonces, además del dolor de perderle, tendrás el remordimiento de haber amargado su agonía haciéndola con tu dolor más terrible. ¡Luego, hermana, podrás llorar en mi seno, porque yo no estoy loco, porque yo comprendo lo que por tí pasa, porque yo también me estoy ahogando!

—Cumpliré con mi deber — dijo Sayda Mirian; — pero este terrible esfuerzo que voy a hacer sobre mí misma me va a costar la vida. ¡Y qué importa si muere él!

—¡Dios es grande y misericordioso! — dijo Yhaye.

Y no volvieron a hablar más.

Sayda Mirian empezó a transformarse. Se comprendía que luchaba contra sí misma de una manera poderosa. Sus lágrimas se secaron y lentamente su expresión de dolor fué sustituyéndose por una expresión de indómita altivez, de incontrastable fiereza. Más que una mujer doblegada por la desgracia parecía una leona cazada en una trampa, obliga-

da a ver al cazador sin poder ensangrentarse en él. Pero fiera, terrible, rugiente, incontrastable.

Habían pasado algunos minutos desde que había llevado a cabo aquella reacción sobre sí misma, hasta que se oyó fuera el ruido de los pasos de algunos hombres, y luego el ruido de las llaves que se desechaban, y de los cerrojos que se corrían, hasta que la puerta se abrió y entraron Gabriel de Espinosa y don Rodrigo de Santillana.

La puerta volvió a cerrarse.

Aben-Shariar vió antes de que se cerrase la puerta que habían quedado fuera algunos arcabuceros.

Gabriel de Espinosa adelantó de una manera lenta y sombría, se acercó a Aben-Shariar ,le estrechó la mano y le dijo:

—Parece que esto se acaba, ehmano o que a lo menos se nos presenta un fin trágico para obligarnos a que digamos lo que no debemos, lo que no podemos decir.

Aben-Shariar miró con asombro a Gabriel de Espinosa.

—¿Es decir — observó Aben-Shariar — que todo ese formidable aparato que están desplegando a tus ojos no es otra cosa que un medio de que se valen para obligarte a hablar?

—Yo creo a estas gentes capaces de todo — dijo Gabriel de Espinosa volviendo su mirada hacia don Rodrigo de una manera severa; — pero no puedo creer que el rey se atreva a ahorcarme; no puedo creerle tan malvado ni tan valiente que se atreva a sufrir el remordimiento que mi muerte le causaría. María piensa del mismo modo que yo sin duda; está irritada, pero serena.

—Porque los reyes no mueren — dijo Mirian — cuando no mueren en la historia; porque todo el poder de un tirano no puede traer la infamia sobre el mártir a quien despedaza. Ven acá, ven conmigo.

Y le asió de la mano y le llevó a la reja desde donde se veía la plaza.

—¿Ves — le dijo — aquellos dos palos que se levantan sobre aquel tablado, aquellas dos escaleras que se apoyan en aquella viga atravesada sobre los dos palos?

—Sí, una horca — dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa, — un patíbulo infame.

—¿Y no te estremece la vista de este patíbulo? — dijo con voz terrible Sayda Mirian, fijando una mirada candente en la mirada tranquila y altiva de Gabriel de Espinosa.

—No — dijo con una fiera serenidad Gabriel.

—Ni a mí tampoco — contestó con una altivez indómita Sayda Mirian.

—Tu sabes como sé yo que ese patíbulo no será el lugar de mi muerte.

—No, no es eso — dijo de una manera suprema Sayda Mirian; — no alientes ni una sola esperanza; estás entre las garras de un tigre sanguinario y cruel; no, no me ves valiente y fiera porque yo dude de que vas a morir allí dentro de algunas horas; no es eso, es porque yo me creería indigna de ti si sintiese un miedo que tú no sientes; que el hombre que se estremezca ante la muerte es indigno de llevar el nombre que tú llevas; es que los mártires deben marchar a su suplicio mirándole de frente, sin apartar de él los ojos, sobreponiéndose a él, considerándole como el principio de una escala que les ha de llevar a la inmortalidad; espante el patíbulo en buen hora al criminal infame que marcha hacia él precedido por la sangrienta sombra de su víctima; pero un mártir no puede, no debe temblar aunque la muerte se le presente bajo un aspecto infame y rodeaba de tormentos, ni la esposa de ese mártir puede derramar lágrimas cuando sabe que el patíbulo es la puerta de la eterna gloria de su esposo.

Gabriel de Espinosa miró de una manera delirante a Sayda Mirian, la asió de la ma-

Lea en el próximo número de PUCKY

EL TAXI DE LA LUZ AZUL

Por AUBREY TYSON

PUCKY

no, y apartándose de la reja llegó con ella hasta don Rodrigo.

—¡Envidiadme—dijo;— aspirad en vuestra alma algo más de lo terrible que habéis aspirado desde que me conocéis! Yo creí cuando hace poco me dijisteis que Clara, el ama de cría de mi hija Gabriela, la madre de mi hijo Sebastián, quería despedirse de mí, que intentabais quebrantar mi entereza con las lágrimas, con los gemidos de una pobre mujer desesperada. Si yo la hubiera encontrado anegada en lágrimas, amedrentada, la hubiera desconocido, hubiera dejado de amarla; pero es digna de mí, digna de lo que soy, de lo que yo soy, que vos no conocéis sino para aterraros, para arrepentiros de haber nacido; ella y yo, don Rodrigo, os arrojamos a la cara, y lo mismo al rey vuestro amo, una carcajada de desprecio.

—¡Esto es horrible, señor Gabriel de Espinosa! — dijo con entereza Santillana. — Yo no cumpliría con mi obligación, con mi caridad y con mi honra como juez, como cristiano y como caballero, si no os dijese que esa horca que está levantada en la plaza no es un vano simulacro; que vais a morir, que es necesario que os resignéis a la muerte, que os apartéis de las vanidades, de las soberbias y de las flaquezas mundanas.

—Yo creía que sabíais ser juez a vuestra manera como puede ser un juez en negocios tales como éste bajo el dominio del rey don Felipe; pero no sabía que supieseis ser también fraile capuchino agonizante.

—Decid lo que queráis pero yo os digo la verdad — dijo creciendo en entereza don Rodrigo.

—¡Que dices la verdad! — exclamó con desprecio Espinosa. — ¿Cómo puedes tú hacerme creer que voy a morir porque tú lo mandas? ¿Qué eres tú delante de mí más que un miserable gusano de la tierra? ¿Y cuándo un gusano ha podido matar a un león?

—¡El rey — dijo Sayda Mirian, — el rey te mata!

—Sí, el rey te mata! — dijo Aben-Shariar.

—Si el rey fuera capaz de matarme a mí, sería necesario creer que el rey don Felipe estaba loco, que se atrevía a insultar el poder de Dios; que viejo ya y enfermo trocaba por unos pocos años de dominio sobre un pedazo de tierra toda su eternidad. No, esto no puede ser, no me cabe en la cabeza; esto no es más que un medio de que es valen, creyendo aterrarme, como si el terror fuera en mí posible, como si mi valor no creciera a medida que crece el peligro. No, el rey sabe quién yo soy, y no se atreverá a tanto.

—Siempre el mismo; siempre formidable e insensato — exclamó desesperado Aben-Shariar. — Ya lo veis, don Rodrigo; si os quedaba alguna duda, ya no podéis tenerla.

—¡El rey lo manda! — dijo Santillana.

—He aquí la locura de todos — dijo Aben-Shariar. — El rey está loco por ambición; vos estáis loco por lealtad, por una lealtad incomprensible, porque la sostenéis aun a costa de vuestra conciencia; y tú, hermano, estás loco de valor, de altivez, de soberbia. ¿Por qué no hablas? ¿Por qué no dices: Yo soy el rey don Sebastián? ¿Por qué no presentas las mil pruebas que tienes para hacerlo creer?

—¿Quién es el traidor que dice que Gabriel de Espinosa es el rey don Sebastián? — gritó Gabriel asiendo furioso una mano de Aben-Shariar y doblegándola con una fuerza incontrastable. — ¿Puedes tú negar, miserable, que el rey don Sebastián no murió en Africa? ¿Puedes tú creer que si yo fuera el rey don Sebastián me vería en el lugar en que me encuentro? No toques a la noble memoria del rey don Sebastián; no la toquéis, so pena de mi indignación y de mi maldición. ¡El rey don Sebastián en manos de alcaldes! ¡El rey don Sebastián amenazado con la horca! ¿Es eso posible? ¿Puede creerlo eso nadie?

—Ved que cuando negáis así afirmáis que sois el rey don Sebastián — dijo el alcalde con una energía indescribible, con una solemnidad suprema. — Decid de una vez: Yo soy el rey don Sebastián. Ofrecedme una prueba pronta y clara y derribo esa horca, y rajo la sentencia, y me declaro incompetente y os pongo el libertad, y espero tranquilo a que el rey me haga pedazos por haber cumplido con mi honor y con mi conciencia.

—¡Sí, sí! ¡Habla, habla! — exclamó ansiosa Sayda Mirian. — ¡Habla, por Dios, por el reino de Portugal, por tus hijos, que duermen en aquella cama; por mí que te amo y que todo lo he sacrificado por ti!

—El rey sabe quién yo soy — dijo Gabriel de Espinosa. — El rey tiene todas las pruebas, y yo no diré una palabra más de lo que he dicho. ¿Por qué ese hombre (y señalaba a don Rodrigo de Santillana) me pregunta quién soy? Pues qué, ¿no ha visto que soy cosa grande en diez meses que ha estado atormentándome, sin dejarme un momento de sosiego? ¿Me cree tan débil que lo que no he dicho al principio vaya a decirlo ahora? Hagan de mí lo que quisieren; que sea cual fuere mi fin, Dios y el rey saben la verdad, y Dios me premiará, y el rey tendrá un crimen más de que dar cuenta a Dios. Concluyamos; si he de morir dentro de algunas horas, adiós, María; no llores por mi muerte, porque la muerte es para mí el eterno premio de una vida de dolorosos afanes; no llores, porque pronto nos volveremos a ver en la eternidad para no separarnos nunca, porque si yo muero hoy, tú me seguirás muy pronto.

—¡Ah, sí! — exclamó de una manera delirante Mirian, arrojándose en los brazos de Gabriel.

—Hermano — dijo Gabriel tendiendo una mano a Yhaye, — si yo muero, nuestros hijos quedarán muy pronto huérfanos; vela por ellos. Yhaye, pero no les hagas concebir ni la más leve sospecha de que son hijos de un rey desventurado; es decir—añadió precipitadamente Gabriel, — de que tú has creído que su padre era un rey.

—Vuestros hijos, señor Gabriel de Espinosa — dijo conmovido Santillana — quedan bajo el amparo de la corona de España; os lo digo a todos bajo secreto, a que espero no faltaréis; fuera de España vivirán: pero una mano misteriosa velará por ellos. Este es un encargo que yo he recibido del rey nuestro señor, y que cumpliré desde el momento en que hayáis dejado de existir.

—¡La hipocresía al lado del crimen! —

dijo con desprecio Gabriel de Espinosa; — se ahorca al padre y se da un pedazo de pan a los hijos; conozco al rey don Felipe. Acabemos; dejadme llegar adonde están mis hijos.

Sayda Mirian se separó de los brazos de Gabriel y le llevó a un ángulo de la habitación, en donde, en una sencilla cuna, dormidos, había una hermosa niña como de tres años, y un niño de pocos meses. Gabriel de Espinosa contempló en silencio a los dos pequeñuelos.

Sayda Mirian miraba anhelante a Gabriel esperando que la vista de sus hijos operase en él una reacción.

Yhaye, el terrible corsario, sostenía con una mano trémula la luz que iluminaba a los niños dormidos. Don Rodrigo de Santillana estaba detrás a alguna distancia, de pie, apoyado en su vara de justicia y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Gabriel de Espinosa contempló durante algunos segundos a sus hijos, y pasó por su semblante una expresión de agonía infinita. Una sola lágrima brotó de sus ojos, y se deslizó lentamente por su semblante. Mirian alentó una esperanza. Luego Gabriel levantó los ojos con una mirada ansiosa, como buscando a Dios, y extendiendo las manos sobre sus dos hijos dormidos exclamó con acento terrible.

—¡Tú, Señor, sabes la verdad! ¡Tú, Señor, me mandas que calle y callo!

Don Rodrigo de Santillana levantó la cacabeza y dió un paso hacia Gabriel de Espinosa.

Este continuó:

—¡Muero porque debo morir, y tú sabes, Señor, con cuánto valor, con cuánta resignación acepto la muerte! Si se atreven a dármela, acéptala como una expiación; que en ella acabe mi negra desventura; que no herede mi desventura el reino de Portugal; que no la hereden mis hijos.

Calló y miró de nuevo a los niños dormidos, y los bendijo en silencio. Luego se separó de la cuna. Al volverse, encontró delante de sí al alcalde de Santillana pálido y convulso.

—¡Una palabra! ¡Una sola palabra — dijo Santillana — y vivís y sois rey!

—Basta con lo que ya he dicho. Adiós, María, adiós. Adiós, hermano.

Y abrazándolos rápidamente dijo a Santillana:

—Salgamos cuanto antes de aquí.

Un momento después Sayda Mirian y Yhaye habían quedado solos. En aquel momento se oyó el ruido de un carruaje que se detuvo delante de la cárcel.

—¿Qué es eso? — dijo Sayda Mirian pudiendo hablar apenas.

—Eso es que vamos a partir — dijo Yhaye-ben-Shariar.

—¡Partir! — exclamó con acento supremo Sayda Mirian. ¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Yo me quedo aquí! ¡Yo me quedo aquí para morir con él!

Y le faltaron las fuerzas, extendió los brazos hacia Yhaye y se desmayó. Se oyó en aquel momento el ruido de la puerta que se abría, y apareció don Rodrigo de Santillana.

—Antes de que esta desdichada vuelva en sí — dijo Yhaye, — es necesario que esté fuera de Madrigal.

—Podéis partir con ella y con sus hijos cuando queráis. Hacedme la merced, monseñor, de manifestarme el lugar en que han de residir fuera de España, a fin de que yo pueda cumplir con ellos, con la madre y con los hijos, el encargo que me ha cometido el rey.

—Les basta con la protección de Dios y con la de la República de Venecia; el dinero del rey D. Felipe llegaría a sus manos teñido con la sangre de su padre. Haced que avisen a mis servidores y a las doncellas que he traído conmigo para que los trasladen al coche.

Mirian desmayada y sus dos hijos dormidos fueron sacados de la cárcel y puestos en uno de los voluminosos coches de camino de aquel tiempo.

—Adiós, don Rodrigo — dijo Yhaye — El día en que os mate el remordimiento me volveréis a ver; yo vendré para llevar en vuestra hija al Estado veneciano otra hija adoptiva.

Y Yhaye salió, dejando aterrado a Santillana. En la puerta de la cárcel montó a caballo, y el coche se puso en marcha, yendo a su lado Aben-Shariar y detrás diez criados a caballo armados a la jineta. Cuando salían de Madrigal empezaba a amanecer.

Cpítulo XXVIII

Gabriel de Espinosa no había creído fuese cierto se llevase a cabo su sentencia de muerte. Había dudado un momento, pero después se había rehecho y a esto había contribuído fatalmente la terrible serenidad de Sayda Mirian.

—No, no — decía Gabriel de Espinosa. — Si mi muerte fuera cierta, ningún poder humano la hubiera separado de mí; hubieran corrido sus lágrimas; sólo desmayada hubieran podido arrancarme de sus brazos; no, es que han querido probarme de todas maneras, hasta por medio de ella, para aterrarme, para hacerme decir lo que no diré nunca, ni aun en la horca y ya con el dogal a la garganta.

Los frailes se esforzaban en vano por hacer comprender a Espinosa que la sentencia no era una farsa, sino una terrible verdad. Avanzaban las horas, y llegaron las diez de la mañana sin que los religiosos hubieran logrado que Gabriel de Espinosa se preparase como cristiano a una muerte en la cual no creía. Y éste era el mayor misterio que había dejado entrever Gabriel de Espinosa, que ponía a todos espanto cuando les decía:

—Dejen vuestras mercedes esa tenacidad en hacerme creer que el rey ha de mandarme matar, porque el rey no puede atraverse a tanto.

¿Quién era, pues aquel hombre, que decía que el rey no podía atreverse a matarle?

Desde este momento la Historia va a hablar por nosotros; nos repugna ocuparnos de los últimos y terribles momentos de Gabriel de Espinosa, que es para nosotros, como lo fué para sus contemporáneos, un sombrío misterio. He aquí lo que dicen unas memorias anónimas manuscritas de aquel tiempo:

"...Y con esto y traerle el padre otras razones para mejor disponerle y persuadirle que mientras más afrentosa era la muerte era mayor ganancia para su alma, se despidió de él, no descontento y satisfecho, que estaba del todo persuadido que veía de veras el negocio, y que su muerte era cierta para aquel día, y temiendo que con esta engañosa persuasión con que Satanás le tenía embelesado, no habría hecho la confesión como convenía, librando el hacerla para el pie de la horca si fuesen de veras las que él parecía tener por amenazas, después de haberle a él apuntado cuán peligroso era librar nada, y cosa tan importante para aquel trance en que apenas sabía de sí, fuímos el padre y yo al alcalde y le significamos el descontento y temor que traíamos, diciendo que era menester tomar algún buen medio para que aquel hombre acabase de salir de aquel engaño y creer, cuán poco tiempo tenía de vida. Y el medio que el alcalde tomó fué mandar que al punto le llevasen el serón y le pusiesen adonde él le viese. y tras esto le pusiesen la soga a la garganta y atasen las manos con un crucifijo en ellas, como si luego hubieran de sacarle a ajusticiar, con lo cual acabó de abrir los ojos y entender que no eran burlas ni amenazas; y clamando por su confesor y trayéndosele, estuvo un gran rato con él a solas, confesándose y ordenando sus cosas, a lo que por defuera parecía muy de otra manera que hasta allí, porque dió muchas muestras de devoción y de conformarse con la voluntad de Nuestro Señor, aceptando la muerte como de su mano. En esto llegó la hora de comer, lo cual hizo. y durmió muy de sosiego un buen rato después de la comida como si nada hubiera de pasar por él. En despertando volvió a pedir a su confesor y estar con él otro rato a solas, y él y los frailes descalzos le acompañaron, procurando conservar y llevar adelante la buena disposición que parecía tener, hasta que llegó la hora de sacarle a arrastrar, que fué a las cuatro de la tarde, y, poco antes entró a verle un regidor de Medina, en el cual, por verle bien tratado y parecerle cosa desacostumbrada visitarle personas semejantes, reparó en él, mirándole de pies a cabeza y dijo: "Ahora acuerda el rey enviar quien me conozca". Y esto dijo por dos veces, y asegurándole que no había tal ni mención de esto, le llevaron y pusieron en el serón, ayudándole cantidad de religiosos de aquella comarca que se hallaron presentes, y luego comenzó el pregón, que decía cómo se hacía aquella justicia a aquel hombre por traidor al rey nuestro señor y embustero, y porque siendo hombre vil y bajo se había querido hacer persona real Y oyendo él decir que era traidor, dio: "Eso no". Y cuando dijeron ser hombre vil y bajo, dijo: "Dios lo sabe". De esta manera le llevaron por gran parte del lugar, y, llegando al pie de la horca y sacándole del serón, se puso a mirar a todas partes con tanta entereza y señorío que no pudiera hacer más si entrara en alguna justa o torneo. Y poniendo los ojos en la ventana de la cárcel, donde el alcalde estaba (porque si fuese menester algo tocante a la ejecución de la justicia, o por si Espinosa quisiese declarar o decir algo de importancia, como había prometido algunas veces de hacerlo, se quiso hallar allí), acometió a hablarle desde aquel sitio; pero el padre de la Compañía con quien se había confesado se lo estorbó, diciéndole: "Mire hermano, si tiene que reconciliarse, que ahora esto es lo que hace al caso y en lo que debe poner los ojos, y no en otra cosa". El con esto se hincó de rodillas, diciendo: "Razón tiene, padre; reconcílieme". Y habiéndolo hecho fué subiendo la escalera y dando aquellos postreros pasos, subiendo con el padre descalzo por una parte en la misma escalera y por otra escalera el de la Compañía. Y cuando ya le parecía a él que había subido, y quería volver el rostro hacia donde le habían de tener, diciéndole el verdugo:

"Suba otra escalón", dijo con gran solemnidad: "Esto más nos falta". Y subió. Luego, pareciéndole que el cordel que tenía al cuello no estaba bien puesto, levantó la mano y le compuso con el mismo aire que si compusiera una lechuguilla (1), y parecía que hacía burla de la muerte y de quien se la daba. Y hecho esto, se volvió hacia donde estaba el alcalde, y poniendo los ojos en él, le dijo: "¡Ah, señor don Rodrigo!" Y el padre descalzo le apretó el crucifijo en la boca, impidiéndole que no saliese con alguna palabra airada que escandalizase, y diciéndole: "¿Qué es esto, hermano? Dios sea con él. ¿Ahora acuerda con esto? ¿Qué le quería?" Respondió: "Pedirle perdón". Más el padre dijo después que en cuanto a él podía entender, quería citarle para el juicio de Dios, y después de haberle sosegado y hecho hacer algunos actos de contrición, a lo menos dado muestras de ello, hizo su oficio el verdugo, tardando buen rato en ahogarle".

Perdónennos nuestros lectores si no nos hemos atrevido a tomar por nuestra cuenta el relato del desastroso fin de aquel misterioso personaje que se llamó Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal.

Si fué el rey D. Sebastián o no lo fué, cosa es que está envuelta en el misterio, y en un misterio que no puede aclarar la lectura del proceso ni la de infinitos documentos históricos de que nos hemos valido, por lo cual nuestra novela es casi una historia. Nosotros no hemos hecho más que embellecerla, dándola, a más del interés dramático que ella tiene en sí, un interés romancesco. Gabriel de Espinosa es la última figura sombría del reinado de FelipeII, figura gigantesca a la que agranda el misterio que tiene en torno de sí algo que aterra.

Porque ¿quién a la vista del proceso se atreve a afirmar que Gabriel de Espinosa no era el rey D. Sebastián? ¡Y si era el rey D. Sebastián, qué leyenda tan sombría y tan terrible! Es la de Gabriel de Espinosa una historia que no puede leerse sin estremecimiento. La tinta más negra que aparece sobre la terrible y espantosa semblanza del rey Felipe II.

—¡Dios! ¡Sólo Dios sabe la verdad! El misterio que envuelve el nombre de Gabriel de Espinosa no pueden ya desvanecerlo los hombres. Ni aun ha podido saberse lo que dice la firma que este desgraciado puso al pie de sus declaraciones en el proceso. Nada se

(1) Especie de cuello o gola rizada.

lee allí. Y, sin embargo, está escrita con mano firme y de una manera nerviosa. Nosotros pues, dejamos en pie el misterio y no nos atrevemos a decir que Gabriel de Espinosa era el rey D. Sebastián.

EPILOGO

PRIMERA PARTE

Don Rodrigo de Santillana moría devorado por una fiebre lenta. Las terribles palabras del fraile descalzo, que afirmaban que Gabriel de Espinosa había emplazado a su juez ante el tribunal de Dios, mataban a don Rodrigo. Apenas había muerto Gabriel de Espinosa, don Rodrigo se arrepintió de haber sido tan sumiso al rey; parecíale que había exagerado su lealtad, que sin dejar de ser leal, podía haber sido menos severo consigo mismo en el cumplimiento de su deber. Recordaba aquellas cartas cerradas que habían sido tomadas a emisarios secretos y misteriosos, dirigidas a Gabriel de Espinosa, que sin haberlas leído él, habían ido a manos del rey, que no sólo no habían venido al proceso, sino que ni aun tampoco le había dado el rey el más leve conocimiento de su contenido. ¿Quién podía atreverse a asegurar si en aquellas cartas constaban o no la prueba, tal vez clara, de quién era Gabriel de Espinosa? Esto inquietaba, y con razón, la conciencia del alcalde, y la cita por ante Dios que había lanzado hacia él desde el patíbulo Gabriel de Espinosa llenaba su alma de terror.

Por otra parte, como padre agonizaba también don Rodrigo, María de Santillana estaba en un estado horrible. Nada había dicho al alcalde; pero el alcalde comprendía que su vista espantaba a su hija. Muchas veces don Rodrigo la sorprendía llorando y cuando María reparaba en él, cuando le veía, una expresión de horror, que la joven no podía ocultar, aparecía en sus ojos, y se estremecía toda. Don Radrigo, pues, moría lentamente de una enfermedad horrible; de terror y de remordimiento.

Dejemos por ahora a don Rodrigo, y veamos cuál fué la suerte de los otros sentenciados.

Doña Ana de Austria expiaba duramente su delito de haber amado y haber creído el rey D. Sebastián o Gabriel de Espinosa. La verdad era que en doña Ana de Austria había más ambición que amor, que se había creído en un término breve libre del convento, casada y reina, y la decepción de su esperanza, la burla de su destino, la habían herido de una manera cruel. Había, además, perdido por completo la gracia del rey su tío, y estaba sujeta a la dura sentencia siguiente:

"En el negocio y causa criminal" que pende ante Nos en esta villa de Madrigal y en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia la Real de dicha villa, de la orden de San Agustín, en que de oficio de justicia se ha procedido contra doña Ana de Austria, monja profesa de dicho monasterio, y demás cómplices:

Vistas las causas y confesiones, que de todo resulta contra la dicha doña Ana de Austria, que por la calidad de su persona aquí no se declara.

Fallamos que debemos condenar y condenamos a que sea sacada de dicho monasterio a otro que le sea señalado por persona que para ello tenga poder y facultad, sin poner en ello excusa ni dilación alguna; y entre tanto, en el que está y en el que le fuere señalado, desde luego esté reclusa en su celda, sin salir, sólo a oír misa los días de fiesta, acompañada de las monjas más graves y ancianas que por la prelada se la señalare, y habiendo oído misa se vuelva a su celda, sin poder hablar nadie con ella en todo aquel tiempo.

"Y asimismo la condenamos que todos los viernes del año ayune a pan y agua, y que perpetuamente no pueda ser prelada de ninguno donde estuviere, ni la pueda servir ni sirva ninguna monja de él, sino las criadas comunes de tal monasterio. Y asimismo, que sea tratada como una monja particular, así en llamarla, como en todo lo demás. Y mandamos que esta nuestra sentencia se ejecute como en ella se contiene, sin embargo de cualquiera apelación que se interpusiese por justas causas que a ello nos mueven, y porque así conviene al servicio de Nuestro Señor y de su majestad, reservando en Nos el poder proveer cualesquiera mandatos que nos parecieren convenir; y por esta nuestra sentencia así lo pronunciamos y mandamos. — El doctor Juan Llano de Valdés. — Pronuncióse en 24 de julio de 1595 ante Francisco de Santander, escribano de su comisión".

"A doña Luisa de Grado y doña María Nieto, su hermana, religiosas de aquel convento, criadas de la señora doña Ana de Austria, que cooperaron en este negocio, sentenciaron en ocho años de cárcel en sus celdas, y sacadas del monasterio, y privadas para siempre de voz activa y pasiva, y ayunar a pan y agua todos los viernes de los dichos ocho años".

En cuanto a fray Miguel de los Santos, fué condenado a degradación y a horca. El 16 de octubre del mismo año de 1595, fray Miguel de los Santos, que ya había sido trasladado a Madrid, fué sacado de la cárcel en un coche por el juez eclesiástico Llanos de Valdés y por el alcalde de casa y corte Canal y llevado a la iglesia de San Martín, que estaba llena de un gentío inmenso, y donde esperaba ya el arzobispo de Oristán, para degradarle de sus hábitos y de sus órdenes sacerdotales.

Llegado a la iglesia fray Miguel, arrodillado en las gradas del altar mayor, le fué leída por el doctor Llanos de Valdés la sentencia, después de lo cual fué trasladado a la sacristía, donde el arzobispo de Oristán le degradó en forma, quitándole sus hábitos, en cuyo lugar le pusieron un sombrerillo y

un ferreruelo negro, viejo, sacándole luego a la puerta de la iglesia, donde fué entregado al brazo secular de la justica, en manos del alcalde Canal, que le llevó en un coche a la cárcel, donde le notificó la sentencia de muerte en horca, que debía ejecutarse de allí a dos días.

En 19 de octubre de aquel año, fray Miguel de los Santos fué sacado de la cárcel y llevado por las calles más públicas de Madrid, a son de pregonero, que voceaba los delitos por los que se le llevaba a ahorcar, auxiliado por dos frailes franciscanos y otros dos de la Compañía de Jesús, llevado del cuello con una soga por el verdugo y rodeado de arcabuceros y alguaciles, entre los cuales iban el alcalde Canal y su secretario, por entre la inmensa multitud que llenaba las calles del tránsito, hasta la Plaza Mayor, donde estaba alzada la horca.

Dejemos hablar de nuevo a la historia:

"Estuvo al pie de la horca un gran rato encomendándose a Dios, y antes de subir la escalera dijo con voz moderada, que lo oyeron muchos de los circunstantes, que él merecía aquella muerte, y que había confesado por donde justísimamente se le daba; más que para el caso en que estaba, que en las principales cosas que le imponían, no tenía culpa; porque desde que el rey D. Felipe nuestro señor había tomado posesión de los reinos de Portugal, siempre le había tenido por verdadero y legítimo rey, amándole y obedeciéndole como a tal; y que no había pretendido que otro entrase en él, sino que aquel hombre le había engañado, y que le había tenido por el rey D. Sebastián, creyendo que lo era; y no escribió a don Antonio, ni supo nada; que si otra cosa había confesado, había sido por el temor grande q ue había tenido de los tormentos, y que él ofrecía aquella muerte a Nuestro señor y le suplicaba lo recibiese en descuento de sus pecados. Luego fué subiendo la escalera con grande ánimo, y llegó el notario de la causa, de parte de su majestad, a preguntarle algunas cosas, que no se pudieron entender por hablar bajo, y estando un gran rato, a lo cual, al parecer, con grande ánimo y brío; y con esto acabó de subir la escalera, y mientras el verdugo le ponía los cordeles estuvo con grande entereza y valor abrazado de un crucifijo, con muestras de grandísima devoción, hasta que el verdugo le echó de la escalera, y en muy poco tiempo le ahogó".

De nuevo aparece el misterio. Fray Miguel de los Santos, que tantos motivos tenía para conocer al rey D. Sebastián, como que había sido su confesor, declara al pie mismo de la horca que tuvo a Gabriel de Espinosa por el rey D. Sebastián, y que si declaró en contrario fué por temor al tormento: lo que era lo mismo que invalidar la declaración por la cual había sido sentenciado, declaración falsa, arrancada por el temor. Y a más de esto, el secretario de la causa habla por largo rato en secreto, de orden del rey, con el reo, y nadie sabe lo que han hablado. Después fray Miguel de los Santos muere con el valor de un mártir. El misterio, pues, queda en pie sobre un lago de sangre. La verdad aparece ahogada por el dogal del verdugo.

SEGUNDA PARTE

Una cruda noche del mes de diciembre del mismo año, un jinete solo paró delante de la casa que tenía en Valladolid don Rodrigo de Santillana. Echó pie a tierra y llamó a la puerta, preguntando por el alcalde a la persona que abrió.

—Extráñame — dijo el alguacil Tribaldos, que era el que había abierto — pidáis por su señoría; porque todo el mundo sabe en Valladolid que el señor don Rodrigo de Santillana está sacramentado y próximo, según dicen los médicos, a comparecer ante la presencia de Dios.

—Pues llego a tiempo — dijo el jinete,— y no en balde he corrido cuanto he podido para llegar cuanto antes.

—¿Os esperan, pues? — dijo Tribaldos.

—Sí por cierto, y con ansia, según creo.

—Pues os anunciaré a la señora hija de su señoría.

—Pues cuanto antes; y dejadme pasar al zaguán, que el viento y el aguacero, encañonados entre el muro de esa iglesia y estas casas, no se puede resistir.

—Pasad, hidalgo, y decidme vuestro nombre, para que pueda anunciaros.

—Decid que está aquí el que viene de Venecia.

—Muy bien. Rejoncete, tomad las bridas de este caballo; y vos, hidalgo, seguidme; que, por lo que veo, no sois vos persona a quien se pueda hacer esperar en el zaguán como a un lacayo.

—Decís bien — dijo Yhaye-ben-Shariar arrojando las bridas de su caballo al alguacil Rejoncete, que se había acercado al llamamiento de Tribaldos, y siguiendo a éste, que había tomado por una de las anchas galerías del patio.

LECTURA EMOCIONANTE, de aventuras, de acción y de misterio, cuidadosamente seleccionada de los mejores autores modernos, es lo que se obtiene comprando todos los viernes PUCKY magazine

Subieron las escaleras, recorrieron parte de la galería principal, y entraron en una antecámara donde había multitud de gentes amigas del enfermo, que esperaban, cumpliendo con las prescripciones de las costumbres de aquel tiempo, la noticia de su fallecimento. Tribaldos se acercó a un religioso que salía de la cámara, y le dijo:

—Perdóneme vuesa merced, padre, si de él me valgo, porque nos está prohibido a todos entrar en estos momentos; decid, os ruego, a la señora doña María que acaba de llegar la persona que viene de Venecia.

—¡Oh, y con cuánto afán esperaba el señor don Rodrigo a esa persona! — dijo el fraile que era un religioso franciscano de los hábitos azules. — ¿Dónde está ese señor?

—Aquí me tenéis, padre — dijo Aben-Shariar.

—Pues venid, venid al instante, que no parece sino que traéis al moribundo la salvación de su alma, según pregunta con grande afán a cada momento si ha venido el de Venecia.

—Pues entremos cuanto antes, que no son éstos momentos de esperar.

—Entremos.

Entraron.

Era la misma cámara donde, más de un año había, reconoció don Rodrigo de Santillana a su hija, sólo con verla. Al fondo de ella se veía el mismo lecho, entre cuyos cortinajes había ocultado don Rodrigo a María Galana. Sólo había de nuevo en la cámara un altar, y sobre el altar un crucifijo, alumbrado por seis blandones de cera amarilla. Olía fuertemente a enfermo, más que a enfermo, a moribundo.

Junto al lecho había dos frailes: el uno de pie a un extremo de él; el otro sentado en un sillón a la cabecera. En un sillón, a alguna distancia del lecho, con la cabeza inclinada, las manos cruzadas y abandonadas sobre las rodillas, y completamente vestida de negro, había una mujer. No se oía otra cosa que el zumbar del viento desenfrenado, el retumbar del trueno que rugía de tiempo en tiempo, el continuo caer del aguacero sobre la techumbre de plomo y un gemido sordo, ronco, inarticulado, que salía incesantemente de entre los cortinajes del lecho.

El fraile franciscano que servía de introductor a Yhaye se acercó a la mujer que lloraba doblegada sobre el sillón, y habló con ella algunas palabras en voz baja. Apenas la mujer oyó aquellas palabras, se levantó de una manera violenta, miró en torno suyo, vió a Yhaye, y se lanzó a él. Aquella mujer era María de Santillana.

—¡Dios os envía! ¡Dios no ha querido que tardéis! ¡Dios os pague vuestra caridad! — exclamó.

Y separándose de Yhaye, se lanzó rápidamente al lecho, y dijo con voz ardiente:

—¡Padre, padre, volved en vos; aquí está monseñor Pietro Mastta!

Pareció como que una corriente eléctrica galvanizaba al moribundo alcalde Santillana. Se alzó sobre sus brazos, y exclamó, fijando en la cámara la mirada vaga, calenturienta horrible, de sus ojos vidriosos. Don Rodrigo estaba horrible, lívido, demacrado, desencajado, impreso en el semblante un terror infinito.

—Acercaos, acercaos, monseñor — dijo con voz sepulcral, — porque me muero.

Yhaye se acercó rápidamente, sombrero en mano, inclinada la cabeza y profundamente dominado por aquella situación sombría.

—Perdonad, padres — dijo María de Santillana; — pero desearía que nos dejáseis solos.

Los religiosos salieron en silencio.

—¡Hablad, hablad, monseñor! — dijo Santillana. — ¿Me traéis su perdón?

—¿El perdón de quién? — dijo con voz sombría y terrible.

—¡El perdón de ella, de su esposa! ¡Porque él no ha podido perdonarme! ¡Porque él no ha querido perdonarme!

—¿Cuándo habéis visto que la víctima perdone a su verdugo? — dijo con voz más terrible aún Yhaye.

Don Rodrigo lanzó un gemido de dolor y de espanto.

—¡Por caridad, monseñor! — exclamó llorando María — ¿No estáis viendo el tormento de mi infeliz padre?

—¡Estoy viendo al rey don Sebastián pendiente de la horca como un criminal infame! — dijo Yhaye rugiendo ya. — ¡Estoy viendo morir a mi pobre hermana desesperada; estoy viendo a mis desdichados sobrinos huérfanos, y todo por un juez cobarde, que muere devorado por el remordimiento.!

—¡Muerta! — exclamó don Rodrigo con un terror horrible. — ¡Muerta ella también!

—Muerta, sí, de dolor y de desesperación; pues qué, ¿podía vivir sin él, que era la mitad de su alma! ¿Puede vivir una criatura a quien arrancan el corazón?

—¡Yo seré la madre de esos huérfanos!— exclamó María, cayendo de rodillas a los pies de Yhaye. — ¡Yo me consagraré a ellos, yo viviré para ellos; pero mi padre, monseñor, mi padre ved que muere desesperado, ved que desde la eternidad le llama a si la terrible sombra del rey don Sebastián!

—Le estoy viendo... sobre la escalera del patíbulo... volviendo hacia mí sus ardientes ojos... murmurando con acento lúgubre: "¡Ah, don Rodrigo! ¡Don Rodrigo! ¡Yo te emplazo ante el tribunal de Dios!" — exclamó con una ansiedad espantosa el alcalde.

Yhaye se estremeció de compasión, a pesar de que odiaba con toda su alma a don Rodrigo. María lloraba asida a las rodillas de Yhaye, temblando. De repente el semblante del alcalde se iluminó con una expresión de infita alegría.

—¡Ah! ¡Esperad!... ¡Esperad!... — exclamó con un acento apenas perceptible. — Mi vista penetra en la eternidad... No es ya un patíbulo lo que veo... Es un trono de blancas nubes... iluminado por la eter-

PUCKY

na luz de un sol de gloria... No es el hombre que veo un sentenciado que maldice... No son sus ojos unos feroces ojos que amenazan... No... en ellos resplandece la eterna paz... la eterna bienaventuranza... En su frente hay una corona de rey, y en derredor de su cabeza... una sangrienta aureola de mártir... Es él... es él... Gabriel de Espinosa...

Don Rodrigo guardó silencio, y sus ojos permanecieron fijos como en un punto infinito del espacio, dejando ver un brillo extraño, como si en ellos reflejase la luz de una visión de gloria. Yhaye le miraba de una manera inmensa. María seguía llorando asida a las rodillas de Yhaye.

—Esperad... esperad... — dijo, rompiendo de nuevo el silencio, Santillana, pero con la voz más débil. — Las nubes se rasgan y aparece una blanca y purísima figura... una mujer... hermosa como un ángel... que se eleva... que se eleva hasta el lugar donde está Gabriel de Espinosa... Sobre sus negros y ondulantes cabellos se ciñe también una corona de reina... y la sangrienta aureola del martirio rodea también su cabeza... Llega... Llega a él... Mirad... Se unen felices entre los brazos de un ángel... ¡Ah!... ¡Ah!... El rey don Felipe no puede quitarles la corna... la eterna corona que les ha dado Dios. ¡Ah! Me miran y comprenden mi dolor y me perdonan... ¡No fuí yo... fué el rey!... Ellos lo saben y me perdonan... ¡Sí... me perdonan!...

Y don Rodrigo se dejó caer jadeante, moribundo, sobre las almohadas.

Por un momento Yhaye miró de una manera profunda a don Rodrigo de Santillana. Luego alzó a María, la besó en la frente y la retuvo asida con uno de sus brazos, inclinándose con ella sobre el semblante del moribundo.

—¿Oís, Santillana? — dijo con voz solemne Yhaye.

—Sí... — contestó con acento apenas perceptible el alcalde.

—Dicen — prosiguió Yhaye — que el Dios Altísimo, único y misericordioso, deja ver una visión de eternidad al pecador que muere arrepentido de su culpa. ¿Estáis vos arrepentido de la vuestra, don Rodrigo?

—¡Oh!... Sí... sí... — contestó débilmente Santillana.

—Tú, juez, ¿estás seguro de que el dolor de que el terror que has sufrido por tu culpa es tan grande como la culpa misma?

—¡Oh!... ¡Sí... terrible!

—Pues bien, no quiero llevar a mis últimos instantes el remordimiento de haber sido cruel con un hombre a quien ha matado el remordimiento. María, la esposa del rey don Sebastián, grande, magnánima, generosa siempre, te ha perdonado al morir loca de dolor entre mis brazos.

—¡Ah!... — exclamó Santillana — Bendito seais vos, monseñor, que me habéis traído, con el perdón de esa mártir, la confirmación del perdón que Dios me ha dejado ver en una visión de la eternidad. María... hija mía... vive, vive para ser la madre de esos huérfanos... Dios... la eternidad...

Y don Rodrigo calló, para no volver a hablar más. Algunos momentos después, rodeado de los religiosos que le auxiliaban, y asidas ambas manos a las manos de Yhaye y de María, murió.

Al día siguiente fué enterrado con gran pompa en la cercana iglesia de San Pablo, frente a la tumba donde había sido enterrado cuarenta y cinco años antes el otro tremendo alcalde de casa y corte, Rodrigo de Ronquillo.

Hay que tener en cuenta la coincidencia singular de haber muerto don Rodrigo de Santillana pared de por medio con una cámara de la cercana casa donde sesenta y nueve años antes había dado a luz la esposa de Carlos V, la emperatriz doña Isabel, al tremendo rey don Felipe II.

Cuando los de Valladolid se agolpaban en las calles para asistir al entierro del temido alcalde Santillana, decían en voz baja acá y allá éstas o semejantes palabras:

—Debe ser cierto que le emplazó en la horca el pastelero de Madrigal; apenas hace cuatro meses que aquel triste murió, y desde entonces no ha echado luz don Rodrigo de Santillana.

Quince días después de la muerte del alcalde, María de Santillana, de gran luto, desembarcaba en Venecia, y en una cámara del palacio Sforzia abrazaba llorando a los huérfanos de Gabriel de Espinosa y de Savda Mirian.

TERCERA PARTE

Estamos en una cámara del monasterio de El Escorial. El reloj acaba de marcar las cuatro y tres cuartos de la tarde del domingo 13 de septiembre de 1598. Poco más de tres años después de la ejecución de Gabriel de Espinosa, y casi a la misma hora. La cámara es sencilla y sombría. En un ángulo de ella hay un enorme lecho con cortinajes de damasco rojo, en los cuales están bordados los blasones de España y Austria. En el lecho hay un enfermo casi cadáver. Aquel enfermo es el viejo rey don Felipe II. El viejo lobo coronado que muere.

La cámara, en la que hay un altar con reliquias de santos y un Crucifijo alumbrado por cirios amarillos, la cámara, decimos, está llena de todos los dignatarios de corte que asisten a la agonía de los reyes. Porque la vanidad acompaña a los reyes hasta su lecho de muerte.

El rey moría de una enfermedad repugnante: de pituita. Una capa de insectos asquerosos cubría completamente el enflaquecido cuerpo del rey, como si Dios hubiese querido humillar, para ejemplo de los vivos, a aquel soberbio rey, tocándole con su mano y cubriéndole con una úlcera más repugnante y más terrible que la lepra de Job. El

cuerpo del mismo rey ardía, devorado por aquella enfermedad horrible. Y, sin embargo, su terrible firmeza de carácter triunfaba del dolor y de la agonía. El semblante del rey estaba completamente tranquilo.

Reinaba un profundo silencio en la cámara; pero un silencio en que no había dolor; lo más que había era miedo en los que poseían altos cargos, por temor de que el nuevo rey los diese a otros.

De repente, aquel silencio se turbó por una agria disputa tenida a la puerta de la cámara, a los oídos mismos del rey moribundo. Se oía la imperativa voz del estúpido príncipe don Felipe, que muy poco tiempo después fué el débil rey Felipe III, que creyéndolo ya todo acabado, es decir, creyéndose ya rey, por establecer cuanto antes al ambicioso marqués de Denia, su privado, pedía para él a Cristóbal de Moura la llave dorada del salón rojo.

—No ha de ser, señor, mientras el rey viva — contestaba agriamente Cristóbal de Moura.

—Será, porque os lo mando yo — replicaba más agriamente el príncipe.

—En tal asunto no obedecré a nadie mientras viva el rey mi señor — insistía tenazmente Cristóbal de Moura.

Y Felipe II lo oía todo, y su semblante no se alteraba. Sin embargo, aquel era un justiciero castigo de Dios. Felipe II veía que ya no se le temía; que ya no se le respetaba; que ni aun siquiera se esperaba a que diese fin su dolorosa agonía, Felipe II se veía destronado, porque vivo aún él, se levantaba delante de él el nuevo rey. Y los asquerosos insectos seguían devorando el ulcerado cuerpo del rey. ¡Dios! ¡Siempre Dios hiriendo la frente de los soberbios y abatiéndola sobre el inmundo polvo de los sepulcros!

El rey hizo llamar a Cristóbal de Moura le mandó entregar al príncipe la llave dorada y que le pidiese perdón. Después recibió la Extremaunción.

Luego (acaso el dolor moral y físico no le dejaba sostener la fría impasibilidad que había sido durante toda su vida la única expresión de su semblante cuando el mundo podía fijar en él sus ojos) volvió las espaldas a su corte y el rostro a la pared.

No sabemos cuál fué entonces la expresión que se pintó en el semblante de Felipe II. No sabemos si entre la pared y él pasaron terribles y acusadoras las sombras lívidas y macilentas de su hijo el príncipe don Carlos, de su esposa Isabel de Valois, de su hermano don Juan de Austria, de Guillermo de Nassau príncipe de Orange, de la princesa de Eboli, de Juan de Escobedo, de Lanuza, de Montigni, las de otros ciento, y por último, la de Gabriel de Espinosa.

Y así, vuelto a la pared, expiró. Había reinado cuarenta y dos años, siete meses y veintiocho días, y había muerto a los setenta y un años, tres meses y algunos días, poco más de dos años después y a la misma hora que Gabriel de Espinosa.

FIN

El director de PUCKY contesta a los lectores

Amilcar y Nelly Ibarra Encinas, Quilmes. — Los números de PUCKY a que se refieren pueden solicitarlos a la Administración de esta revista. El precio de los números atrasados aparece en el aviso que va al pie de esta sección.

Luis Casco, Mercedes. — El personaje a que usted se refiere ha sido uno de los ases de la aviación alemana en la pasada guerra mundial. Tomamos nota de la novela que usted tiene interés en leer.

Félix Liberal, hijo, Colonia Barón. — Las aventuras de Río Kid comenzamos a publicarlas en el No. 392, de PUCKY. Ya figura la novela a que usted se refiere, entre las que se publicarán.

Un lector de PUCKY, Capital. — Se publicó hasta el final.

Dos montevideadas, Montevideo. — La razón es muy sencilla: solicitan su publicación, millares de lectores. Gracias por los honrosos conceptos que le merece la dirección de esta revista.

Enrique Pepe, Capital. — Le agradecemos mucho sus nobles palabras de simpatía. Es muy reciente la publicación de esas obras.

Wal Cole, Rosario. — Poco a poco vamos publicando las obras que nos solicitan nuestros lectores. Damos preferencia a las que, además de su calidad, reunen mayor número de solicitantes. Apreciamos cordialmente sus palabras de simpatía.

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

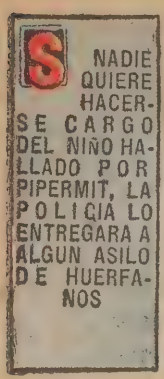
—Pues chico, mi mujer no puede cocinar-
—¿Le sienta mal?
—No, me sienta mal a mí.

—¡Toma, toma, por si eres malo mientras yo estoy fuera!

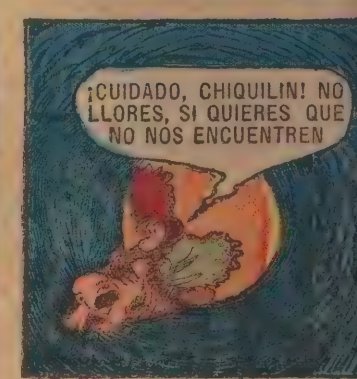
—Los sabios inventan los refranes y los idiotas los repiten.
—¿A qué sabio se lo has oído?

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBEC



© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.



PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

PORTE PAGO

No. 432 AÑO XII

ENERO 8 DE 1932 — Bs. Aires

EL "TAXI" DE LA LUZ AZUL

Por AUBREY TYSON

Poderosa novela de misterio e intriga

20 cts.

Nº 432 BUENOS AIRES, ENERO 8 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

El TAXI de la LUZ AZUL

Por AUBREY TYSON

JAQUE al rey.

La que había hablado era una hermosa joven de cabellos castaños, cuya barba descansaba en la esbelta y bien modelada mano. Tenía las mejillas encendidas y miraba el tablero de ajedrez con expresión de resentimiento en sus brillantes ojos azules.

El conde Gruemberg, secretario de la Embajada de Hunabia, jugaba pensativo con las piezas que habían pasado del tablero a la superficie de ónix de la mesa sin advertir, al parecer, la última jugada de su adversaria.

Después de esperar unos momentos, Helena Croyden alzó los ojos perpleja y dijo con alguna frialdad.

—Su rey está en jaque, conde Gruemberg.

El joven diplomático volvió una mirada semi-indiferente al tablero. La señorita Croyden observaba su rostro moreno, afeitado, hermoso, con curiosidad. Era evidente que el pensamiento del conde no estaba en el juego. Y los ojos de la señorita Croyden brillaron irritadamente.

La encantadora hija de Alan Croyden, un multimillonario, estaba tan acostumbrada a recibir el respeto y las atenciones de todas las personas que admitía a su sociedad, que cualquier falta de interés por lo que ella decía excitaba su asombro.

—¿Lo declaramos tablas? — preguntó el conde tranquilamente.

Ruborizándose ligeramente, la joven miró a su adversario con más curiosidad aún que antes.

—Ciertamente no — declaró con resolución. — Es usted deliciosamente caballero; pero, aunque yo he hecho todo lo posible por ganar, usted me ha derrotado.

Gruemberg alzó las cejas con expresión de sorpresa.

—¿De veras?

—Ciertamente — contestó la señorita Croyden, perdiendo su frialdad. — No puedo hacer nada para impedir el avance de su peón y con dos jugadas más hará usted reina. Eso significará para mí el mate, naturalmente.

Gruemberg asintió con la cabeza.

—Y el rey no podrá desear nada mejor — dijo gravemente.

Intrigada por la singular gravedad de los modales del conde, no menos que por sus obscuras palabras, la señorita Croyden lo miró interrogadoramente.

—Lamento no comprender a usted — dijo.

Gruemberg sonrió.

—Quiere decir que lo que hemos tomado por peón es una mujer — una bella y poderosa mujer — que, en dos jugadas más, como usted ve, puede convertirse en reina, una reina que dará mate al rey.

Todavía perpleja, la señorita Croyden se echó a reir.

—¿Le dará mate convirtiéndose en su esposa? — preguntó.

Gruemberg movió negativamente la cabeza.

—¡Oh no! . . . no. Eso no. Usted olvida que el rey de Hunabia es casado.

Una expresión de sorpresa se extendió por las facciones de la joven.

—Pero ¿qué tiene que ver el rey de Hunabia con nuestro juego de ajedrez? — preguntó.

Gruenberg se encogió de hombros.

—Nada. Pero nuestro juego ilustra perfectamente una situación, la que ahora tiene que afrontar el rey de Hunabia. El tablero representa a Inglaterra, en la cual se han representado ya varias comedias y tragedias internacionales, donde pueden esperarse muchas más para el futuro.

—Es cierto. Pero esas comedias y tragedias diplomáticas me parecen tan extrañas a nuestro juego como el rey de Hunabia.

—Veamos... Este tablero representa a Inglaterra. El rey negro, amenazado por un peón que puede convertirse en reina, es Federico V. de Hunabia.

—¿Y el peón? — preguntó la señorita Croyden, mirando con ojos entornados al conde.

—El peón... la mujer... usted, encantadora criatura.

La joven miraba ahora a su visitante con la expresión de alguien que se da cuenta de pronto que está hablando con un loco.

—Temo estar un poco torpe esta tarde. No comprendo — dijo, recostándose en su silla. — No bromeo, señorita Croyden, créame. Le he dicho que el rey, amenazado por el peón del rey blanco es Federico de Hunabia: No me ha preguntado usted quien puede ser el rey blanco.

La joven se estremeció y miró a su visitante con ojosc dilatados. Empezaba a comprender...

—Se refiere usted a — empezó

—A Leopoldo de Torwardein — dijo el conde.

—¡El príncipe Leopoldo tratará de declararse rey — exclamó la joven.

Gruenberg asintió con la cabeza y sonrió confidencialmente.

—El príncipe Leopoldo será rey — contestó, después de dirigir una mirada cautelosa a la puerta. — Federico V ha llegado casi al fin del lazo que lo sujeta al trono. Y, como esposa de Leopoldo II, puede usted ser reina de Hunabia, con veinte millones de súbditos que le rindan homenaje.

El rostro de Elena Croyden se puso más pálido, mientras la joven se levantaba.

—Respecto a la habilidad del príncipe Leopoldo para apoderarse del trono de Hunabia, nada sé — contestó fríamente. — Que triunfe o no en sus propósitos, me es indiferente. Pero de una cosa estoy segura: nunca seré su esposa.

Gruenberg sonrió, alzó la mano en ademán de protesta e iba a hablar; pero Elena le impuso silencio con un gesto.

—Si hubiese sabido que venía usted aquí esta tarde como representante del príncipe Leopoldo, no lo hubiera recibido — prosiguió. — Todo lo que respecto a este asunto tengo que decir se lo he dicho al mismo príncipe.

—Todo no, señorita Croyden — contestó Gruenberg con calma. — Cuando le pidió a usted su Alteza Real que fuera su esposa, lo rechazó. Pero créame, hay algo más que decir.

—¿Qué significan esas palabras?

El conde Gruenberg se levantó y por unos momentos estuvo silencioso, fija su fría y calculadora mirada en la indignada joven.

—Quiero decir que, aun en Inglaterra, los propósitos del futuro rey de Hunabia no serán obstaculizados por una mujer — contestó tranquilamente.

Aturdida por la audacia de su visitante, la señorita Croyden lo miraba como fascinada.

—Tendré la caridad de suponer que no es usted responsable de las palabras que ha dicho, conde — dijo finalmente Elena. — Respecto al asunto de que ha hablado, el príncipe Leopoldo ya tiene mi respuesta. Nuestro partido de ajedrez ha terminado. Nuestra conversación ha tomado un giro desagradable y es mejor terminarla también. ¡Buenas tardes!

La señorita Croyden se dirigía hacia la puerta, cuando la tranquila voz de Gruenberg la hizo detener.

—Un momento, señorita — dijo el diplomático. — Cuando haya oído un poco más comprenderá que la situación no es como para que una mujer prudente le vuelva la espalda. El honor de los Croyden, así como su fortuna, están en juego.

—No hay duda de eso, señor, si se encuentran en peligro de unirse con el nombre de Leopoldo de Torwardein — contestó la joven.

—Mejor es no pronunciar palabras duras, señorita — replicó él en tono conciliador — Es cierto que los estados del príncipe Leopoldo se hallan ahora algo afectados; pero dentro de seis meses será distinto. Contra el honor de su familia, nadie puede decir nada. Es la más antigua de Europa. El príncipe es primo del actual rey de Hunabia y su padre era el verdadero heredero del trono. Como pretendiente a ese trono, el príncipe Leopoldo cuenta con el apoyo de las masas, así como el de muchos de los miembros más poderosos de la nobleza de Hunabia.

—Como inglesa, poco me interesan los asuntos de Hunabia — dijo la señorita Croyden indiferentemente. — El príncipe comprende bien las causas de mi negativo.

—Es buen mozo, varonil, valiente...

—Su valor lo ha desplegado principalmente en las mesas de juego y desafiando costumbres que caracterizan las relaciones sociales entre hombres y mujeres contestó la inglesa.

Gruenberg enrojeció de enojo.

—Tenga cuidado... no vaya demasiado lejos — ordenó ásperamente. — Ni siquiera en su país de usted serán contrariados sus deseos. Lo que se le niegue como hombre, lo tomará como príncipe.

—¿Quie... quiere usted decir que seré obligada a ser su esposa contra mi voluntad? — balbuceó la sorprendida joven.

—Sí — contestó, ceñudo Gruenberg. — Dentro de un mes la señorita Croyden será princesa de Torwardein.

Se inclinó gravemente, con deferencia, y salió de la habitación.

Completamente aturdida por la audacia de su visitante, Elena se quedó como si se hubiera convertido en piedra. Luego, respirando fuertemente, temblorosa, se dejó caer en una silla.

II

La misma noche de esta entrevista, poco después de la hora 0 y media, Edward Ludgrave entraba a su lujoso departamento de soltero, frente a Hyde Park. Lo acompañaba su amigo Olive Fenwood.

La apariencia de los dos jóvenes ofrecía vivo contraste. Ludgrave tenía como veintiseis años, era de mediana estatura, bien formado, de cabellos obscuros y ojos grises, con rostro pensativo y resuelto.

Fenwood tenía veintinueve o treinta años. Era rubio, alto, de anchos hombros ojos azules y algo pesado en sus movimientos. Ludgrave, hijo único de un banquero, muerto dos años atrás, había estudiado leyes; pero nunca ejerció. La renta de su bien colocada fortuna le permitía satisfacer su afición por los viajes. Al regresar de un corto viaje al extranjero había conocido a Fenwood, como seis meses antes.

Fenwood era el hijo menor de un rico baronet escocés y por algún tiempo había servido en el ejército de la India. Explicaba que, por haber renunciado a su carrera, había incurrido en el enojo de su padre, que le cortó la pensión de mil libras anuales que le pasaba y lo echó de su casa. Ludgrave y Fenwood se veían a menudo, pero aquella aparente intimidad era obra del escocés. Ludgrave pocas veces buscaba a Fenwood, que casi no recibía visitas en su casa; pero apenas pasaba día en que no se vieran juntos a los jóvenes cuando estaban ambos en la ciudad. A veces se encontraban en el club o en el teatro. Otras Fenwood visitaba a Ludgrave en su departamento.

Esa noche Fenwood había estado en la ópera y entró al club cuando Ludgrave salía.

Cuando los dos hombres estuvieron sentados frente a la estufa, Fenwood introdujo tabaco en su pipa y preguntó negligentemente:

—¿Irás a ver la ópera desde el palco de los Croyden mañana, Ned?

—Temo que no, Fen — contestó el otro brevemente.

—Temes que no ¿eh? Pues pensé que...

—La señorita Croyden me lo sugirió la semana pasada; pero... bueno, es posible que se haya olvidado.

Fenwood dió unas chupadas a su pipa y frunció ligeramente el ceño, mirando la estufa.

—No lo ha olvidado — dijo brevemente.

Enrojeciendo ligeramente, Ludgrave miró con fijeza al escocés.

—¡De veras! — exclamó.

—No dijo lentamente Fenwood. Se detuvo y añadió luego: — Ned, sabes que a veces pienso que eres tonto?

—¿Y por qué?

—Naturalmente no sé si desempeñas un papel; pero desde hace largo tiempo yo y otros nos hemos dado cuenta de que la heredera y sus millones serían tuyos, si lo quisieras.

Los ojos de Ludgrave brillaron de enojo.

—¿Tú... y otros han estado entonces discutiendo ese tema?

Fenwood se encogió de hombros.

—Naturalmente — replicó.

—Pero tú no tratas a la señorita Croyden — dijo Ludgrave.

—No; pero gracias a tí conozco a otros que la tratan y todos parecen estar de acuerdo que no hay más que dos candidatos a la mano de la señorita Croyden tú y ese tipo de Hunabia, el príncipe Leopoldo de Towardein.

El color desapareció rápidamente de la cara de Ludgrave.

—Leopoldo corre todo lo que puede; pero tú... tú... Diablos, hombre; me parece que vas a perder deliberadamente la carrera. Estás loco por la muchacha; pero tienes algo de gitano ¿no Ned? Te gusta tu libertad, errar por el mundo. El pensamiento de tener que manejar la enorme fortuna de los Croyden cuando el viejo muera te parece un poco formidable, ¿verdad?

Rojo de ira, Ludgrave se levantó bruscamente.

—Si vas a seguir en ese tono, Fen, lamentaré tener que pedirte te apresures a concluir tu pipa — dijo.

El escocés se echó a reír forzadamente e iba a contestar cuando su atención fué atraída por la entrada de Dodson, el valet que, acercándose presentó a Ludgrave una tarjeta de visita.

Al ver el nombre impreso en ella, se estremeció ligeramente y una expresión de asombro se dibujó en su rostro.

—Dice el caballero que desea ver a usted privadamente, señor — explicó el valet.

Ludgrave miró al impasible escocés que fumaba y vaciló.

—Fen, tengo un visitante que desea hablar unas palabras a solas conmigo. ¿Quieres pasar un momento a mi cuarto?

Fenwood se levantó rápidamente.

—¡Cómo no, viejo! — dijo dirigiéndose a la puerta del cuarto que le había indicado Ludgrave. Al llegar a la puerta se dió vuelta y dijo mirando por encima de su hombro.

—Si tu visitante... — se detuvo bruscamente.

La puerta de la salita se había abierto y entró un hombre delgado, de mediana estatura. Llevaba un grueso sobretodo forrado de piel y el cuello alto ocultaba en parte sus facciones. Al quitarse el sombrero reveló una ancha frente y una masa de cabellos grises. Por un momento sus miradas fueron de Ludgrave al otro visitante y el recién llegado pareció vacilar; luego, con movimientos lentos, se bajó el cuello del sobretodo.

Fenwood se estremeció ligeramente y contuvo una pequeña exclamación. El hombre del sobretodo, de rostro afeitado y palidez enfermiza, con ojos obscuros en los que brillaba una luz salvaje, era nada menos que Alan Croyden, uno de los financistas más poderosos de Inglaterra y acaso del mundo.

Recobrando prontamente su serenidad, el escocés dió vuelta el pestillo y entró al dormitorio de su amigo.

Croyden se desabotonó lentamente el sobretodo mientras el valet salía, cerrando la puerta. Cuando los dos hombres estuvieron solos, el de más edad se dirigió hacia el más joven.

—Me alegro encontrarlo, muchacho — di-

—¿Quiere decir que me veré obligada a ser su esposa contra mi voluntad? — balbuceó la joven

jo con voz que temblaba un poco. — Temía...

El resto de la frase expiró en sus labios, luego, con algo que parecía un gemido, quitóse bruscamente el sobretodo y lo tiró sobre una silla. Ludgrave, sorprendido por aquella visita de media noche y algo alarmado por la palidez y agitación de Croyden, lo observaba ansiosa y curiosamente, en silencio.

Sentándose al fin en la silla que Ludgrave le ofrecía, Croyden volvióse nuevamente a su huésped.

—¿Ese joven que entró a la otra pieza es el escocés que anda a menudo con usted? — le preguntó bruscamente.

—Sí, Olive Fenwood — contestó Ludgrave, volviendo a sentarse en la silla que ocupaba antes de entrar el millonario.

—¿Es... de confianza? — preguntó Croyden gravemente.

—¡Oh sí!... así lo creo — contestó Ludgrave con ligera risa. — Fenwood es un buen muchacho a quien conozco desde hace seis meses. ¿Quiere que se lo presente?

—No — contestó el otro casi ferozmente. — Yo hubiera preferido encontrarlo a usted completamente solo.

Después de buscar en uno de sus bolsillos, Croyden sacó una cigarrera y de ella un largo cigarro negro. Lo encendió y por algunos momentos fumó en silencio. Su voz temblaba ligeramente cuando habló de nuevo, sin partar sus miradas del fuego.

—Ned, hijo mío, yo conocí a su padre...

—Nunca oí a mi padre hablar de esa relación — contestó el joven tranquilamente.

—Nunca tuvimos intereses en común y en los últimos veinte años pocas veces nos vimos — prosiguió el millonario. — Cuando le oí a mi hija hablar de usted, me interesó en seguida. Llegué hasta hacer averiguaciones sobre su carácter y modo de vida. Me alegró saber que tenía bastante para sus necesidades con la herencia que le dejó su padre. Su padre era un hombre prudente; yo un estúpido. La vida del padre de usted fué pacífica y modesta. La mía llena de riqueza superflua y de lucha. Hace cinco años quedé viudo y entonces comprendí que todos mis millones no podrían darme la felicidad perdida. Me quedaba, sin embargo mi hija y ahora... ahora...

Volvió hacia Ludgrave un rostro contraído convulsivamente y dijo con voz que era poco más que un murmullo:

—Ahora, como para castigarme por haber despreciado la felicidad doméstica, el destino parece exigirme el sacrificio de mi hija.

El rostro de Ludgrave se puso tan pálido como el de Croyden.

—¿Qué quiere usted decir, señor? — balbuceó.

—Quiero decir que, por dos veces hoy, he estado a punto de ceder a una de las más crueles tentaciones que pueden ofrecerse a un padre — replicó Croyden con los labios trémulos. — Dos veces he resistido; pero, oh hijo mío, soy más débil de lo que creía. Por eso, en mi última y desesperada lucha para que todo termine honorablemente, he venido a usted.

—¿Pero como... que puedo yo...? — tartamudeó el joven.

—Antes de que salga el sol de un nuevo día. Elena tiene que casarse — dijo Croyden.

Ludgrave miró con ojos desorbitados el pálido rostro del tembloroso millonario.

—¿Tiene que casarse... con quién? — preguntó.

—Con usted — dijo Alan Croyden y se levantó.

Ludgrave se levantó también; respiraba anhelantemente.

—¿Sabe Elena... la señorita Croyden? — preguntó.

—No... no. Pero yo he leído en su corazón y sé que lo ama a usted. Ella no se opondrá a nuestros deseos, Ned... créame. Antes de venir esta noche a verlo, hice los arreglos necesarios para la ceremonia que podrá realizarse por licencia especial.

Elena está en el baile de la señora Gurney y cuando salga irá con nosotros a mi casa de campo, donde os casaréis y quedaréis hasta que llegue el momento de embarcaros en el "Krokonia" que sale el martes. Usted y Elena desembarcarán en Nueva York y se ocultarán en la ciudad, sin revelar vuestro paradero ni a los amigos más íntimos ni a mí. Vuestro casamiento tiene que ser considerado por el mundo como un fuga. Nadie debe saber que yo lo he favorecido... que estaba informado de la ceremonia o de vuestra partida para América.

Croyden, mientras hablaba se acercó a la silla donde había dejado su sobretodo.

—No debe usted llevar equipaje de aquí, Ned — dijo. — Lo que necesite para el viaje será comprado.

Moviéndose como quien obra en sueños, Ludgrave se dirigió en silencio a su dormitorio para cambiar su traje de etiqueta por uno de tweeds. Al llegar a la puerta vió que estaba entornada. Se detuvo de pronto y luego retrocedió.

Cuando Fenwood entró al dormitorio recordaba Ludgrave que había oído cerrar la puerta. Pensaba todavía como era que se había abierto, cuando se cerró suavemente ante sus ojos.

¿Iba el escocés a retirarse sin haber oído las palabras de Croyden o había estado escuchando?

Presa de repentina cólera, Ludgrave abrió bruscamente la puerta. Fenwood, menos colorado que en las primeras horas de la noche se disponía a sentarse en el otro extremo de la habitación.

—¿Qué has estado haciendo, Fen? — preguntó Ludgrave brevemente, cerrando tras sí la puerta.

—Paseando por el cuarto, fumando, leyendo, Ned — contestó el otro descuidadamente. — ¿Se ha retirado tu visitante?

Bajó la mirada ante los ojos escrutadores de Ludgrave.

—No. Yo lo acompañaré cuando salga. He venido a cambiarme de ropa; pero tengo que pedirte te quedes en este cuarto hasta que mi amigo y yo hayamos dejado la casa.

—Como quieras, viejo — contestó Fenwood encogiéndose de hombros.

El cambio de traje fué prontamente efectuado. Cuando Ludgrave se dirigía de nuevo hacia la puerta se volvió a Fenwoood.

—¿Conoces a mi visitante, Fen? — preguntó.

Fenwood reprimió un bostezo.

—No. Miré por encima de mi hombro al entrar aquí y vi que era un caballero de cierta edad, envuelto en un pesado sobretodo. Nada más.

—¿Y no oíste nada de nuestra conversación?

—¿Cómo podía oír con la puerta cerrada? — preguntó el otro con acento de irritación.

Ludgrave palideció más. Había visto cerrar la puerta y sabía que su amigo mentía. Entre los artículos que Fenwood llevaba siempre consigo contábase una navaja combinada. Una de las hojas tenía la curiosa forma de una flecha y con ella en momentos de abstracción, el escocés solía trazar líneas en el cuenco de su pipa.

Esas líneas asumían invariablemente la forma de una cabeza de esfinge. Era una de esas cabezas que Fenwood, lanzando espirales de humo, miraba ahora impasiblemente. Palabras de acusación y denuncia temblaban en los labios de Ludgrave; pero las contuvo

PUCKY

resueltamente. Mientras Croyden esperaba, no tenía que pelearse con Fenwood. Aunque pasaran muchas semanas antes de que volviera a ver al escocés, la pelea se realizaría.

Por consiguiente, sin hablar, el joven se dió vuelta lentamente y salió de la pieza.

III

Croyden lo esperaba pronto para partir.

—¿No le dijo a su amigo quien era yo? — preguntó el millonario ansiosamente.

—No... no se lo dije — contestó sombriamente el joven.

—Hizo bien. Mejor es que le diga a su criado que no lo espere esta noche. Por la mañana puede escribirle una carta dándole instrucciones. Póngase el sombrero y el sobretodo y vamos.

Tres minutos después, los dos hombres entraban a un gran auto que estaba arrimado a la acera. Sin dirigirse al chauffeur que, aparentemente tenía ya instrucciones, Croyden se sentó junto a Ludgrave.

El viaje hasta la casa de Croyden fué silencioso. El millonario tenía la barba caída sobre el pecho y Ludgrave miraba ante sí con asombrados ojos.

Los pensamientos del joven eran tumultuosos. La extraña agitación de Croyden indicaba que algún gran peligro amenazaba a Elena; pero Ludgrave ignoraba cual era ese peligro. Y algo, en el aspecto del millonario, le impedía interrogarlo.

Por espacio de muchos meses su amor por Elena lo había sumido en la tortura de la duda y de la desesperación. Más de una vez había estado a punto de pedirle que fuera su esposa; pero ciertas reflexiones se lo habían impedido. Ella era una mujer de sociedad y él tenía hábitos retraídos. A despecho de su amor por Elena, había pensado si sus gustos distintos no concluirían por separarlos.

Luego también el ardor del joven se había enfriado por las atenciones que el príncipe Leopoldo dedicaba a Elena. Se sabía generalmente que Leopoldo había venido a Inglaterra para casarse con una joven cuya fortuna le permitiera levantar las cargas que pesaban sobre sus estados. El príncipe tenía fama de poco escrupuloso y extravagante; pero su cortesía, su ingenio, sus hermosas facciones y obscuros ojos formaban un conjunto al que pocas mujeres podían resistir.

¿Cuál era el motivo de la extraña conducta de Croyden? ¿Por qué aquel secreto?

¿Cómo no se había pedido el consentimiento de Elena para aquel extraño acto? ¿Por qué tenían que pasar unos cuantos días en el campo y luego irse al extranjero a vivir como un par de fugitivos de la justicia?

Aunque el joven deseaba ardientemente hacer esas preguntas, comprendió que, aunque su compañero estuviera en humor de contestarlas, no podían ser discutidas debidamente en un auto en movimiento.

Cuando llegaron a la casa de Croyden, ambos hombres descendieron rápidamente y a una palabra de Croyden el gran auto se alejó. El millonario condujo a su compañero

a la biblioteca. Allí oprimió un timbre y apareció el mayordomo.

—¿Ha llegado la señorita? — preguntó Croyden.

El mayordomo contestó negativamente.

—Cuando venga dígale que deseo verla inmediatamente. Nada más, Wilken.

El mayordomo se retiró. Croyden se estaba quitando el sobretodo cuando se fijó en un sobre que había sobre su escritorio. Le estaba dirigido y tenía la indicación: "Personal e importante".

Croyden agarró el sobre y lo miró curiosamente. Apenas desdobló la hoja que contenía, brotó de sus labios un grito bajo; una expresión de horror extendióse sobre su pálido rostro y sus manos empezaron a temblar. Línea por línea leyó la carta con nerviosa prisa. Al terminar alzó la cabeza. Sus ojos parecían haberse hundido en las órbitas y su rostro era una máscara de cera. Con voz que era apenas poco más que un murmullo, dijo:

—Es demasiado tarde, hijo mío... ¡demasiado tarde!

Ludgrave sintió como si la tierra faltara bajo sus pies.

—¡Demasiado tarde! — balbuceó.

—Quiero decir que el sacrificio que me proponía hacer esta noche es en vano — contestó Croyden solemnemente. — Que la muerte y el deshonor son mi lote y un matrimonio maldito el de mi hija. Quizá a estas horas es esposa de ese infame bandido, Leopoldo de Towardein.

—Elena... ¿la señorita Croyden ha huído con Leopoldo? — preguntó sin alientos el aterrado Ludgrave.

—No... no... — gritó Croyden con voz estridente. — Ella lo desprecia... lo aborrece. Solamente por la violencia conseguirá sus fines. ¡Mi pobre niña!... mi Elena ha sido raptada. Está en poder de la Halconerá.

Por varios segundos el silencio no se interrumpió. Helado de horror, Ludgrave no podía hablar ni moverse. Lentamente Croyden pareció disminuir de estatura; con un gemido se dejó caer en la silla que estaba delante de su escritorio.

¡"La Halconera"!

El nombre de aquella poderosa sociedad secreta de Hunabia había hecho palidecer las mejillas de muchos hombres valerosos. Más poderosa y siniestra que la Maffia de Italia, inspiraba miedo a los legisladores.

jueces y policía. Sus amenazas nunca eran vanas y descargaba sus golpes tan rápida y misteriosamente que sus agentes nunca eran descubiertos.

—¡Pero la Halconera es una asociación de criminales! — tartamudeó Ludgrave. — Es imposible que Leopoldo, no obstante sus faltas...

—La Halconera apoya la causa de Leopoldo de Towardein como pretendiente al trono de Hunabia.

—¿Y Leopoldo?

—Leopoldo, habiendo sido rechazado dos veces por mi hija, está resuelto a casarse con ella y arruinarme.

—Pero ¿por qué?

—Necesita fondos para la revolución que prepara. En la comunicación que recibí de él esta mañana me exigía no solamente el consentimiento para su inmediato matrimonio con Elena, si no la entrega de dos millones dentro de treinta días. Naturalmente me burlé de ambas proposiciones. Sin embargo, dos horas más tarde, recibí una comunicación de la Halconera.

Ludgrave, respirando anhelantemente, se dejó caer en una silla.

—La Halconera me daba dos días para acceder a la demanda hecha por Leopoldo — prosiguió Croyden. — Se me informaba que si no accedía en el plazo fijado, se me sentenciaría a muerte y que mi ejecución tendría lugar en menos de una semana por precauciones que tomara para evitar a los agentes de la sociedad.

—¿Y bien? — preguntó débilmente Ludgrave al ver que el millonario se detenía.

—La proposición me ofrecía dos caminos: el sacrificio de mi hija y el pago de los dos millones o el de mi vida. Dos millones no se realizan fácilmente, aun siendo tan rico como soy; pero... podía hacerse. Mi hija heredará cuanto tengo y Leopoldo proyectaba hacerla reina de Hunabia. ¿Me reprocha el haber vacilado, hijo mío?

—¡La Halconera... la Halconera! — murmuró Ludgrave con el rostro entre las manos.

Levantando la voz continuó Croyden.

—Sin embargo esta noche, cuando miré el retrato de la madre de Elena, resolví sacrificarme yo. Le entregaría a la Halconera mi vida mejor que mi honor. Por eso fuí a verlo a usted. Usted, lo sabía, no lamentaría la pérdida de mi fortuna si Elena era su esposa. Y una vez que lo fuera, antes de que la Halconera la hubiese amenazado, podría vivir en paz con usted.

—¿Y ahora? — preguntó Ludgrave.

El anciano movió desesperado la cabeza.

—Ahora... ya no puedo elegir. Es demasiado tarde.

—¿Pero la carta... la carta que recibió usted cuando esperaba a Elena, qué dice? ¿Era de la Halconera?

—Sí... Léala, Ned.

Ludgrave tomó la carta que el millonario le daba y leyó:

"Estimado señor:

Enterados de que usted ha hecho arreglos para un matrimonio secreto en Hertfordshire y también comprado pasajes en un vapor que sale el martes, la Halconera cree que tiene usted intenciones de burlar su vigilancia y se niega a aceptar su proposición.

La sociedad ha tenido que obrar de modo que no pueda haber evasión o duplicidad de parte de usted y ha persuadido a su hija a aceptar su protección. A fin de que pueda usted convencerse de que ningún daño le ha ocurrido a la señorita Croyden y de que ella lo persuada de que obra usted en contra de sus intereses, la sociedad le acuerda el privilegio de tres entrevistas con ella, asegurándole a usted un salvo-conducto para ir hasta donde ella está y también para volver a su residencia.

A las dos de la mañana, después de la partida de la señorita Croyden, un taxi, con luz azul pasará tres veces por su puerta. Si quiere visitar a su hija, hágalo parar y suba a él. Si hace usted algo para que arresten o sigan al chauffeur, las consecuencias de ese acto recaerán rápidamente sobre usted y su hija.

Por la Halconera, EL HALCÓN - Jefe"

Ludgrave leyó dos veces la carta, luego la dejó sin hablar sobre el escritorio.

Croyden tenía el rostro oculto entre las manos y no se necesitaba más que una sola mirada para ver que el espíritu del gran financista estaba completamente abatido.

Cuando Alan Croyden levantó la cabeza, vió que estaba solo. Sintió frío y oprimió un timbre eléctrico de su escritorio. Acudió el mayordomo.

—Wilken quiero más luz — dijo. — La señorita no volverá esta noche; pero quizá iré a donde ella está. Ellos me mienten, lo sé. Una vez que me tengan en su poder, no me soltarán. Me han prometido tres oportunidades para visitarla y estoy dejando pasar una. No me atrevo... no me atrevo a ir esta noche.

Se pasó la mano por los ojos y lanzó un gemido. El mayordomo se acercó solicitamente.

—¿Está enfermo, señor? — preguntó.

Croyden se irguió.

—No quiero estar aquí solo — exclamó casi fieramente. — ¿Por qué se ha ido Ludgrave? ¿Cuánto tiempo hace que se fué?

El mayordomo movió dudosamente la cabeza y miró alrededor de la habitación.

—No creo que se haya ido, señor — replicó. — Su sobretodo y su sombrero están todavía sobre esa silla.

—¿Y si no se ha ido, dónde está?

Nuevamente movió el mayordomo la cabeza.

—Usted trajo su sobretodo y su sombrero, ¿no? — preguntó Wilken.

—Sí... sí... los traje.

—Bueno, pues, han desaparecido. Y, sin embargo, son tan distintos de los del señor Ludgrave que éste no puede habérselos llevado por equivocación.

—No... no... no es tan distraído. Y sin embargo.

Croyden se detuvo bruscamente mirando un pequeño reloj que había sobre su escritorio.

—¡Las dos y diez! — exclamó incrédula.

—¡La Halconera! — exclamó el mayordomo.

mente. — El taxi de la luz azul debe haber pasado y yo... Pero no, no debe ser demasiado tarde. Cielos, si todavía hay oportunidad, iré junto a ella. Yo...

Mecánicamente extendió el brazo hacia donde había dejado su sombrero. Nuevamente comprendió que había desaparecido.

—Wilken... — empezó y se detuvo. Sus ojos se dilataron mientras se levantaba lentamente y miraba hacia la puerta.

—Ned... Ned se lo llevó — balbuceó. — Se los ha puesto para poder entrar en el taxi de la luz azul y desafiar a la Halconera.

El mayordomo se sobresaltó al oír a su amo pronunciar el temido nombre.

—¿La Halconera? — exclamó.

Un momento después el sorprendido mayordomo se dirigía rápidamente hacia el millonario.

La barba de Croyden había caído sobre su pecho y sus manos azotaban el aire. Luego se desplomó sin conocimiento sobre la silla de donde se había levantado

IV

La sospecha de Croyden era fundada. Mientras el millonario permanecía abatido por la desesperación, con la cabeza caída sobre el escritorio, Ludgrave se había apoderado del sombrero blando y el sobretodo forrado de piel, saliendo de la habitación. No se puso las prendas hasta que estuvo en el vestíbulo, mirando detrás suyo para convencerse de que su pasaje por el hall no había sido notado. Abrió la puerta de la calle y bajó los escalones.

Faltaban ahora cinco minutos para las dos y en la calle silenciosa no había signos de vida. Soplaba un viento frío y el joven levantó el cuello del sobretodo, poniéndose los guantes que encontró en uno de sus bolsillos.

Por vez primera desde que había visto a Alan Croyden era dueño de sí. Su acción no era obra del impulso, si no que había calculado las circunstancias en favor y en contra.

Estaba desarmado y por consiguiente no

podía responder a la violencia con violencia. Quizá lograra que el raptor de Elena le permitiera verla, haciéndose pasar por representante de Croyden y obtener algún dato que le permitiera hacer arrestar a los infames secuestradores de la joven.

Con mano firme sacó y encendió un cigarro. Apenas había tirado el fósforo cuando vió lo que esperaba.

Un auto se acercaba lentamente, del norte. Al principio no vió más que las dos luces amarillas de los costados; pero luego experimentó repentina emoción. Entre las dos luces amarillas apareció la señal que buscaba.

Fumando más vigorosamente, Ludgrave se acercó a la calzada. El taxi disminuyó la marcha, deteniéndose finalmente frente a él.

—¿Taxi, señor? — preguntó el chauffeur.

—Sí. — contestó el joven, procurando imitar la voz de Croyden.

Ludgrave iba a subir al taxi cuando el hombre habló otra vez.

—¿Dónde quiere ir?

—Creo que usted tiene sus instrucciones — contestó Ludgrave brevemente. — Su taxi tiene una luz azul ¿no?

—¿Es usted la persona que tengo que conducir a Walpole Street?

—Si se refiere a Alan Croyden, sí.

—Está bien, señor — contestó el hombre tocándose respetuosamente la gorra.

Ludgrave subió al taxi y cerró la portezuela. El vehículo se puso en marcha, lentamente al principio como si el chauffeur quisiera asegurarse de que ningún otro auto lo seguía. Pero al rato aceleró la velocidad.

El taxi marchó por las desiertas calles de West End ,llegando a Hyde Park Corner en pocos momentos. Allí aumentó la velocidad, cruzaron Picadilly Circus, dieron vuelta al Palace Theatre, cruzaron Oxford Street y entraron en Tottenham Court Road. Ludgrave había fumado vigorosamente y la atmósfera era pesada. Quiso bajar la ventanilla; pero el vidrio era fijo. Desistió.

—Walpole Street... — murmuró. — Creo que el nombre es nuevo para mí.

El auto había disminuído ahora la marcha y ante el alto y sombrío pórtico de una iglesia se detuvo. Cerca había un patio de baldosas, separado de la calle por una verja de hierro.

El joven miró a su alrededor pensativo y vió al chauffeur saltar al suelo y andar poco después con el mecanismo de abajo del auto. Deseando despejar la atmósfera y saber cuanto faltaba para su destino, Ludgrave quiso abrir la portezuela que daba a la acera. Resistió, como había resistido la ventana. Iba a probar la otra, cuando el chauffeur la abrió desde afuera.

—¿Quería usted bajar, señor? — preguntó.

Ludgrave se embozó más el rostro en el cuello del sobretodo.

—Sí — contestó con impaciencia. — ¿Que tiene esta puerta?

—Es un poco dura a veces... pero tenemos que ir un poco más lejos.

—¿Dónde estamos ahora?

—Frente al Tabernáculo de Whitefield.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Walpole Street?

—Sólo hay un minuto de camino desde aquí — contestó el hombre.

Ludgrave se volvió a sentar. El hombre cerró la portezuela y ocupó su sitio, frente al volante. Un momento después se ponían nuevamente en marcha.

Al fin el joven vió un letrero que decía "Walpole Street". Pasaron frente a cuatro o cinco edificios obscuros; el auto iba tan lentamente que conocíase iba a parar.

Dió vuelta otra esquina y allí vió un letrero que decía "King's Court".

Treinta yardas más adelante el taxi se detuvo. Antes de que Ludgrave hiciera un movimiento para abrir la puerta, el chauffeur se adelantó.

—Ya estamos señor. Suba esos escalones y toque el timbre — dijo el hombre.

Ludgrave bajó con cuidado, como suponía lo hubiera hecho Croyden y subió los escalones de una vieja casa de tres pisos. Tocó el timbre eléctrico.

Al abrirse la puerta vió un pequeño hall, iluminado únicamente por una lamparilla eléctrica.

Aunque Ludgrave miró bien a la persona que había abierto la puerta al principio no pudo distinguir mucho de ella. Sin hablar, dió un paso atrás e indicó al visitante que entrara.

Ludgrave lo hizo. Al cerrarse la puerta, vió que la persona que lo había hecho entrar vestía un largo sobretodo de chauffeur y gorra de golf; tenía el rostro cubierto por una careta de gasa gris.

—Tenga la bondad de entrar a la pieza del frente — indicó el desconocido con voz culta.

El joven obedeció y encontróse en una habitación, grande y cuadrada, que como el hall estaba iluminada por una sola lamparilla. Vió vagamente un antiguo juego con asientos de crin, muebles de caoba, una alfombra obscura, un piano, retratos al oleo de un hombre y una mujer vestidos a la moda de mitad del siglo XIX, algunos grabados en acero, una Biblia de familia y varios albums de fotografías, sobre una mesa de caoba, en el centro de la habitación. Al fondo de la pieza había una gran arcada, de la que colgaban pesadas cortinas.

(Continuará)

LEA EN "PUCKY":

EL BUDA DE ORO

Una novela de extraordinarias aventuras, por mar y tierra, original de

MAURICE EVERARD

EL ESPADA ROJO

Por FRANK KING

AVENTURAS DE SEXTON BLAKE

(Continuación)

VI

LA LUZ ROJA

EL rayo era tan poderoso como un reflector y partía de un punto a varias yardas de distancia. Era semejante a un gran ojo, inyectado de sangre, que brillara en la noche. Lo comparó Blake a uno de los grandes focos coloreados que iluminaban los edificios públicos.

Apartoso el detective rápidamente a un lado. El rayo de luz lo siguió, bañándolo en llamas escarlatas y proyectando grotescamente su sombra en el suelo.

Blake estaba más furioso y perplejo que alarmado. No comprendía el motivo de aquella luz. Le era imposible mirar el rayo deslumbrador. Hasta con los ojos cerrados, parecía inundar su cerebro de agonía escarlata.

Dió la espalda a la deslumbrante órbita. En alguna parte, a la distancia, Pedro ladraba furiosamente. Un nuevo ruido llegó a sus oídos; era como el galope de los cascos de un animal.

Se hizo más y más fuerte. Mirando a lo largo de la senda roja que la luz trazaba delante cuyo, el detective presenció un espectáculo que arrancó un grito de horror a su garganta.

Con la hirsuta cabeza baja, los ojos brillando como rubíes, el toro más grande que había visto en su vida, venía hacia él.

El animal parecía un feroz rinoceronte; sus agudos cuernos brillaban peligrosamente.

—¡Esto es obra del Matador! — fué el pensamiento instantáneo de Blake. — Un toro salvaje y una luz roja para incitar a la fiera.

Tenía poco tiempo para obrar y menos para pensar. Dentro de un momento sería ensartado por los agudos cuernos del toro, que casi lo rozaron al pasar. Tuvo una visión momentanea de su peludo y sudoroso flanco.

Blake se metió en la obscuridad amiga, corriendo de un lado a otro en zig zag, esperando de ese modo escapar al rayo rojo.

Pero fué inútil. No habría hecho más de veinte yardas cuando la deslumbradora banda de luz se movió por el suelo, enfocándolo como a una mosca bajo el microscopio.

En vano alteró su dirección; el rayo lo seguía como una sombra. Con la cabeza baja, los codos hacia atrás, seguía Blake corriendo, esperando a cada momento ver los brillantes hilos del alambrado.

Sólo al oír el ruido de las pezuñas del toro se dió vuelta para hacerle frente.

Una vez más su rápido ingenio y sus pies veloces lo salvaron del desastre.

La tercera vez que esquivó al furioso animal el corazón le latía como un motor y el sudor corría por su rostro. Ya estaba mortalmente fatigado por su viaje a través del matorral y sus pulmones ansiaban aire.

El toro se detuvo, dió vuelta persiguiendo con furia y se preparó para un nuevo ataque. Blake reunió todas sus fuerzas para un último intento de llegar a la seguridad del alambrado.

Dió tres pasos y sus pies se engancharon en una mata; cayó al suelo con una fuerza que le hizo doler todos los huesos.

El detective se dió por perdido, mientras rodaba sobre sí mismo, y levantóse pesadamente sobre una rodilla. El toro estaba a menos de doce yardas de distancia. Había dado vuelta rápidamente para un animal de su enorme peso y se le venía encima. Veía Blake claramente su hocico cubierto de espuma; sus ojos inyectados de sangre.

Desesperadamente se tiró a un lado, sabiendo que no podía escapar a ser pisoteado. En el mismo momento, un objeto obscuro saltó de la obscuridad; pareció suspendido un momento en la luz escarlata.

Descendió sobre la paleta del toro, desviándolo de su curso.

Una pezuña le arrancó a Blake el tacón del zapato, mientras rodaba sobre el pasto húmedo. El corazón latiale tumultuosamente cuando se puso de pie, quitándose la tierra de los ojos. Pedro, el sabueso, había aparecido en escena a tiempo.

El rayo de luz rojo no envolvía más a Sexton Blake. Se movió de un lado a otro y finalmente se detuvo en el sitio donde ahora el toro furioso escarbaba el suelo, mugiendo ferozmente al encontrarse con otro adversario.

A pocas yardas de distancia, se agazapaba Pedro, ladrando con desafiante furia, teniendo entre sus dientes un montón de pelo del toro.

Una y otra vez atacó el toro; pero el perro era demasiado rápido para él. Saltaba de un lado a otro en el camino del animal, clavándole sus afilados colmillos en el hocico cubierto de espuma, cada vez que pasaba. En vano el toro mugía y azotaba el aire con sus cuernos.

El sabueso comenzó a describir círculos, mordiéndole los garrones al toro. Blake sabía que el perro no corría peligro; podía contar con Pedro para que entretuviera al toro, mientras él llegaba a lugar seguro.

Manteniéndose en la obscuridad, el detective jadeante, desaliñado, dirigióse directamente al sitio donde era manipulado el rayo rojo. ¿Quién manejaba éste? ¿El Matador que casi había enviado a la muerte una tercera víctima?

La fuente de la luz estaba a varias yardas de distancia. Antes de que Blake hiciera la mitad, chocó contra los hilos del alambrado, haciéndolos sonar como una campana de alarma.

El vibrante sonido atravesó el aire de la noche. Mientras Blake pasaba por entre el alambrado, la luz se apagó, sumiéndolo en impenetrable obscuridad. Sin embargo, todavía el deslumbrador efecto de la luz roja nublaba los ojos del detective.

Pasaron varios minutos antes de que las verdes ruedas de santa Catalina y los llameantes cometas se borraran de los centros sensibles de su nervio óptico. Ahora había perdido el rumbo y no tenía la menor idea de la dirección del rayo escarlata.

Silbó agudamente. Casi enseguida llegó Pedro a su lado, gimiendo con delicia al tocar con su húmedo hocico la cara de su dueño.

—¡Buen perro! Por Dios que me has salvado la vida — dijo Blake, con voz un poco ronca, rodeando el cuello de Pedro con su brazo — Si no hubiese sido por tí, ese toro infernal estaría ahora revolcando en el suelo mis despojos.

Débiles gritos le llegaron desde la distancia. A lo lejos veía moverse luces, como fuegos fatuos.

—Tinker y la policía me buscan — pensó Blake. Irguiéndose en toda su altura hizo señales con la linterna, las que fueron contestadas.

—Cuidado con el alambrado — previno a sus compañeros cuando estaban a distancia que pudieran oírle. — Manteneos a la derecha de él. Anda por ahí un toro peligroso.

—Por amor de Dios ¿qué le ha ocurrido, Blake? — exclamó Coutts al ver al detective con las ropas rotas, el cabello enmarañado y la cara sucia.

El inspector Cardish arrugó la nariz, en una sonrisa de superioridad.

—Me parece — dijo con sorna — que el perro encontró el rastro de un tejón y lo ha arrastrado tras él al señor Blake. Hay muchos tejones por aquí.

—Es probable — dijo Blake secamente. — Pero si no es usted capaz de distinguir un tejón de un toro, le aconsejo que se aparte de este matorral.

El relato de Blake sobre la misteriosa luz roja y su encuentro con el toro salvaje fué recibido con silencioso asombro por Tinker y Coutts, con mal velada incredulidad por Cardish.

—¡Un reflector rojo y un toro salvaje! — repitió el inspector enarcando las cejas y mirando significativamente a sus subordinados, como si pusiera en duda la razón de Blake — Nunca he oído cosa semejante.

—¿Y dónde tiene usted los ojos? — preguntó Tinker indignado. — Vimos hace un rato brillar una luz roja entre el matorral. Se la mostré a usted a su debido tiempo.

—Y yo le observé — replicó Cardish fríamente — que era probablemente la luz posterior de un auto.

—Yo he visto ganado por estos alrededores, señor — aventuró uno de los cabos — Lo tienen en un sitio cercado y hay entre él un gran toro. Un aviso previene a las personas que no pasen por allí.

—Como no era luminoso, yo no lo ví — dijo Blake ceñudo — ¿De quién es el ganado y el terreno?

El cabo no estaba seguro. Tenía idea que pertenecía a un rico caballero que criaba animales de raza y los exportaba para América.

—Si el asunto le interesa al señor Blake, haremos averiguaciones — aseguró el inspector Cardish irónicamente. — Pero el haberse usted introducido en un campo privado exime de toda responsabilidad al propietario, aunque haya usted sido atacado por uno de sus toros.

Como si quisiera hacer perdonar su tardía aparición, la luna llena salió de pronto de entre las nubes iluminando el campo como si fuera de día.

El terreno alambrado que el cabo había mencionado era ahora claramente visible. El espacio de campo que cercaba era más pequeño de lo que a Blake le había parecido durante su desesperado encuentro con el toro. En un costado había un tanque para agua y un cobertizo, sólidamente construído, donde evidentemente se alojaba el ganado por la noche. Probablemente el toro, después de su encuentro con Pedro, había sido llevado a él.

Una cautelosa visita al cobertizo verificó esas suposiciones. Sus pesebres estaban

PUCKY

ocupados por hermosos animales vacunos, entre los cuales un enorme toro rojo, de pelo encrespado, todavía jadeaba y tenía la boca llena de espuma.

Blake se había propuesto averiguar el misterio de la luz roja, sabiendo que se la había utilizado para enfurecer al toro. Por espacio de una hora él y sus compañeros registraron el matorral, en un espacio de varios cientos de yardas, mientras el inspector Cardish volvía a la residencia de Fennell.

Los buscadores nada descubrieron, excepto las huellas de un auto. Habíase detenido recientemente detrás de un grupo de maleza, no lejos del campo de pastoreo. Las huellas sólo pudieron seguirse hasta el camino más próximo, que cruzaba el matorral. Luego se perdían en el duro macadam.

—El Matador escapó en el auto — decidió Blake — Por eso perdió Pedro el rastro, afortunadamente para mí. Si no hubiera vuelto, yo no estaría vivo a estas horas.

Mirando arriba y abajo el angosto camino que atravesaba el erial, el detective se dió cuenta de que el sitio donde se hallaban no distaba más de un tiro de piedra de Los Laureles, la desolada casa donde Humphrys Cranber vivía con su hermana sordo-

El toro iba a lanzarse sobre Blake cuando Pedro saltó sobre él

mada y Bárbara Magne. Tenían que pasar por ella, para llegar al sitio donde habían dejado el auto. Llevado por repentino impulso, Blake empujó el herrumbroso portón y guió por el sendero lleno de yuyos.

—Sería prudente enterarnos si Cranber ha recibido algún otro aviso del Matador, puesto que éste ha estado esta noche a cien yardas de aquí — observó, explicando su visita — Además quiero hacerle otra pregunta.

Sólo después de repetidos golpes abrió la puerta Bárbara Mayne. La expresión alarmada de su hermoso rostro desapareció al reconocer a Blake.

—Lamento que no pueda verlo al señor Cranber esta noche — dijo seriamente, en respuesta al pedido de Blake — Está muy agitado por lo sucedido. Se encerró con llave en su cuarto, no queriendo ver a nadie.

—Posiblemente a mí me verá — insistió Blake, sabiendo que era por consejo suyo que el inválido se había encerrado.

—Se que no abrirá la puerta — declaró la joven. — Pero voy a hablarle por el teléfono interno.

Humphrey Cranber se obstinó en su decisión. Contestó que estaba demasiado débil para ver a nadie a esa hora de la noche.

Blake estaba igualmente resuelto a conseguir su objeto. Escribió dos preguntas en una hoja de su libreta y pidió que se las repitieran al anciano por teléfono.

—Debe ser un bicho raro — murmuró Coutts mientras esperaban. — Pero tiene razón para sentirse asustado después del aviso del Matador. ¿Qué aspecto tiene, Blake?

—Me parece un viejecito inofensivo y encantador. Pero, como la mayor parte de los inválidos, es egoísta y no se preocupa de la comodidad de los demás.

Las respuestas de Granber a las preguntas de Blake fueron breves y definidas.

No había recibido otro aviso del Espada Rojo y había dado parte enseguida a la policía.

En ningún tiempo tuvo relaciones comerciales con Pollock o Fennell. También le pidió a Blake que lo visitara al día siguiente, a las diez y nueve, diciendo que con mucho placer le concedería una entrevista.

Bárbara Mayne puso su esbelta mano sobre el brazo del detective, cuando éste se daba vuelta para retirarse.

—Dígame, señor Blake, — murmuró nerviosamente — ¿cree que el señor Cranber está en peligro? Después que usted se fué me contó el aviso que había recibido del Matador.

—Hay cierto peligro; pero no es probable que ocurra nada en las próximas veinticuatro horas — dijo Blake, procurando tranquilizar a la joven — Si tiene algún motivo de alarma, durante la noche, telefonee enseguida a la policía.

Las manos de Bárbara Mayne temblaban cuando corrió los pesados pasadores y volvió a su salita, al fondo de la casa. Los dos terribles encuentros con el misterioso Espada Rojo le habían alterado los nervios.

El silencio y la obscuridad de la vieja casa pesaban terriblemente sobre su espíritu. Pensaba que se hallaba completamente sola en ella, con un paralítico y una sordo-muda.

Sobresaltóse al oír sonar un timbre. Cranber deseaba verla.

Bárbara miró perpleja al hombre cuando entró en la caldeada habitación. Nunca había visto a Granber tan furioso. Su amable sonrisa había sido reemplazada por una desagradable mueca y golpeaba los brazos tapizados del sillón con los puños cerrados.

—¡Linda cosa ha hecho pidiéndole a ese maldito detective que viniera aquí! — dijo violentamente a la joven. — Ya le dije que no quiero que venga a molestarme con sus preguntas.

—¡Pero, señor Humphreys! — protestó la joven asombrada. — El señor Blake trabaja en interés de usted.

—Si usted no se hubiese metido en el asunto, la otra noche, Blake no habría venido aquí y no hubiera yo recibido ese aviso. — dijo el viejo rabioso, señalando la ficha que estaba sobre el escritorio — Este imbécil del Espada Rojo cree probablemente que yo lo ayudo a Blake. Es culpa de usted. Si me encuentran con el corazón atravesado, será usted responsable de mi muerte.

Lágrimas de indignación y pena acudieron a los ojos de Bárbara ante aquella ilógica y cruel acusación.

Un instante después, comprendiendo que había sido injusto, la actitud de Cranber cambió por completo. La expresión de cólera de su redondo y sonrosado rostro. Sus ojos se suavizaron y sus manos dejaron de retorcerse nerviosamente.

—Mi querida, no me haga caso — dijo con acento contricto. — Soy débil, inválido y me altero fácilmente. Me repugna verme mezclado en esto. Yo no tengo nada que ver con los crímenes; pero no puedo evitar que los detectives me molesten. Vaya a acostarse, querida, y olvide todo esto. ¡Buenas noches!

Bárbara se dirigió a su dormitorio, que estaba en el otro piso, pero no pudo dormir.

Los incidentes de la noche anterior vivían aún en su memoria. No podía pensar en otra cosa que en el terrible Espada Rojo que había visto, parado y silencioso, debajo de su ventana.

Varias veces se levantó de la cama para mirar hacia afuera. Nada se oía, fuera de el susurro de las hojas de los árboles y el lúgubre grito de alguna lechuza.

Finalmente se puso unas zapatillas y bajó silenciosamente la escalera, con idea de ir a buscar un libro en su salita. No había necesidad de encender luz porque la luna, entrando por la ventana, iluminaba la habitación con resplandor plateado, y ella sabía exactamente donde había dejado el libro que estaba leyendo.

No había nada desusado en el haz de luz que pasaba por debajo de la puerta de

Bárbara apartó la cortina. A una yarda de ella vió al Espada Rojo.

PUCKY

Cranber. Muchas veces el inválido se pasaba toda la noche leyendo y escribiendo, dormitando a ratos en su sillón.

Pero había algo extraño en el ruido que llegó a oídos de la joven. Sentía movimientos, como si un objeto pesado se arrastrara por el piso. Cesó, empezó de nuevo y fué seguido por un golpe, fuerte y distinto.

La joven apenas se atrevía a respirar mientras se acercaba a la puerta, aplicando el oído a la madera. Se le ocurrieron toda clase de ideas terribles.

Pensó que Cranber podía haberse caído del sillón y trataba penosamente de arrastrarse por el suelo para tocar el timbre. Lo único que oía era una respiración fuerte y el crugido de las tablas del piso.

La puerta estaba cerrada con llave. Ella tenía miedo de golpear. Pero su curiosidad exigía ser satisfecha. No podía volver a su cuarto sin enterarse de lo que pasaba. Sorprendida de su propio valor, Bárbara atravesó la pieza, abrió la baja ventana y salió afuera por ella. Contuvo la respiración al ver la puerta del cuarto de Cranber entreabierta. Las gruesas cortinas estaban corridas y por entre ellas pasaba un rayo de luz.

Temiendo que los salvajes latidos de su corazón la delataran, la joven se deslizó a lo largo de la pared, de una ventana a otra. Sus manos temblaban cuando abrió la puerta y apartó las cortinas.

Las luces estaban encendidas y el cuarto en completo desorden. El sillón de ruedas de Humphreys Cranber, caído y vacío, en el suelo.

¡Y a una yarda de la aterrada joven, veíase la alta figura vestida de rojo del Espada, del matador!

Miraba la ventana abierta, las manos colgando a los costados, brillantes los ojos a través de los agujeros del antifaz que ocultaba su rostro. De su cintura colgaba una espada, brillante, de hoja recta.

Bárbara Mayne no supo lo que decía. El miedo que sentía pareció obscurecer su razón.

—¿Quién... quién es usted? — balbuceó — ¿Dónde está el señor Cranber? ¿Qué ha hecho de él?

El Espada Rojo no contestó. Pero la joven veía la espantosa agitación de su pecho, como sobresalían sus músculos debajo de las ajustadas mangas rojas.

Al mirar los ojos brillantes, implacables, movida por un impulso superior a su voluntad, Bárbara extendió repentinamente una mano y arrancó el antifaz rojo de la cara del asesino.

—¡Usted!... ¡usted!... — la joven retrocedió, con agudo grito de sorpresa y de horror.

Manos frías, asesinas, se cerraron como una garra de acero húmedo alrededor de su blanco y suave cuello, ahogando las palabras que podría haber dicho.

Bárbara sintió que la abandonaba el conocimiento, que la muerte venía.

Cayó al suelo al abrir el Espada Rojo sus manos.

VII

BLAKE DESCUBRE ORO

Era cerca de media noche cuando Blake llegó a Baker Street. Dejóse caer pesadamente en una silla y al meter la mano en el bolsillo para sacar su pipa hallóse ante un nuevo problema.

Sus dedos encontraron no solamente la pipa, si no un objeto duro, cuadrilongo que no estaba allí unas horas antes, cuando partió para Bextead Heath... una ficha de dominó.

—¡Hum!... el segundo aviso del Matador — murmuró perplejo el detective. — ¿Cómo diablos llegó a mi bolsillo?

—¿Está seguro que no es el mismo de esta mañana? — preguntó Tinker.

Blake sabía que no era. El primero estaba todavía sobre la repisa de la estufa, donde lo había dejado. Las otras fichas, relacionadas con la muerte de Pollock y Fennell se hallaban en poder de la policía.

No quedaba la menor duda de que aquel emblema de muerte le había sido puesto en el bolsillo mientras estuvo ausente de Baker Street.

Era un pensamiento molesto. El culpable era alguien con quien él estuvo en contacto durante su visita a Bextead Heath.

Los sospechosos podían contarse con los dedos de la mano. Descartando a la policía, que debía estar por encima de toda sospecha, eran por orden de encuentro: la sordo muda, señorita Cranber; Bárbara Mayne, Humprheys Cranber y el majestuoso y tranquilo mayordomo de Montague Fennell.

Parecía ridículo pensar que cualquiera de ellos pudiera ser el Matador o cómplice suyo... si es que lo tenía.

—El mayordomo es el más probable — decidió Blake. — Ciertamente tuvo oportunidad para matarlo a Fennell. Su relato de como encontró a Fennell no ofrece pruebas.

—Cranber es inválido, así que puede descartarlo, lo mismo que a su hermana — dijo Tinker, ahogando un bostezo. — No queda más que Bárbara Mayne y es ella la primera persona de quien sospechó el inspector Cardish, como relacionada con el Espada Rojo.

—Cardish es un burro — dijo descortesmente Blake. — Capaz de sospechar de su abuelo, si lo viera jugando al dominó en un café. La señorita Mayne me telefoneó más o menos a la hora en que fué asesinado Fennell. Con todo, eso no la descarta. Creo que se puede, razonablemente, sospechar de ella, aunque de ningún modo la considero culpable.

—Entonces debe ser el mayordomo — decidió Tinker, mientras salía para irse a la cama. — Mejor es que lo haga arrestar como sospechoso. Quizá así se descubra todo.

Sexton Blake encendió su pipa y estuvo fumando otro par de horas. Siempre se aferraba a su primera teoría: el misterio del doble asesinato tenía algo que ver con la asociación de Fennell y Pollock en los negocios.

(Continuará)

CADENAS del DESTINO

Por PHYLLIPS LEWIS

(Continuación)

NO soy curiosa, Larry. Nunca te he preguntado mucho acerca de tus negocios. Pero sé que puedes conseguir dinero rápidamente, cuando lo necesitas. Y esta vez creeme, lo necesitas realmente.

¿Sospechaba ella la fuente de su dinero? pensó Larry. Si así era y dejaba entrever a Magnolia lo más mínimo... hizo en el fondo de su mente el voto de que la extrangularía. Muy tranquilamente dijo:

—Ya te he dicho que estoy en el Turf. Me he fijado que nunca te repugnó aceptar lo que yo te daba, poco importa como yo lo obtuviera. Hiciste bien. No era asunto tuyo y no lo es ahora. Pero no quiero que Magnolia sepa que me ocupo de otra cosa que de electricidad. Y si se lo haces sospechar, te acostarás una noche y no despertarás más.

—¿Me tratas indignamente y yo no he de vengarme? — preguntó Marieta, alarmada a pesar suyo por el tono de Larry.

—Tardaré algún tiempo para poder darte lo que pides — contestó él — Tendrás que esperar a que lo consiga. Y luego, nos diremos adios.

—¡Oh!... esperaré — dio Marieta — Pero no nos diremos adios hasta entonces, creeme.

Enseguida, Larry volvió a reunirse a la banda. Se excusó de su ausencia, diciendo que había estado enfermo. Pero, al parecer el negocio andaba mal. Había varios trabajos pequeños; pero Larry, recordando los consejos de Hoad, los desdeñó.

Entretanto Larry se impacientaba al ver a Magnolia más preocupada cada día y al oírle decir que todavía no había encontrado trabajo. Le hubiera gustado ofrecerle su ayuda; pero tenía miedo. Recordaba que Marieta le había dicho que la joven había sido "bien educada".

Se aventuró una vez a sugerirle a la señora Green que ella la ayudara y él se lo pagaría privadamente; pero la señora rechazó esa proposición diciéndole, algo indignada que Magnolia no aceptaría caridad de nadie y que le había costado persuadirla se quedara un poco más en su casa, aunque no podía pagarle el alquiler.

Una especie de lealtad de sexo hacia Magnoglia no le permitió en beneficio de ésta la ayuda ofrecida por el joven. Quería a la joven y por nada de este mundo hubiera hecho una cosa que la desmereciera en su estimación.

De modo que Larry se vió obligado a observar, sin hacer nada, y lo que más lo molestaba era que Marieta estuviera siempre

cerca, dándose cuenta de sus verdaderos sentimientos, sentir en él su mirada fija, penetrante, sin ningún afecto que lo escudriñaba.

Su continuo alejamiento tenía aun el poder de herir a Marieta y aunque ésta sabía que todo el pensamiento de Larry estaba fijo en otra mujer, hizo, movida por la vanidad, todos los esfuerzos posibles para restablecer la vieja relación.

No es que tuviera el menor cariño por él, si no que consideraba su actitud un desafío y deseaba ardientemente humillarlo. Era la única venganza que le quedaba, pues sabía ella que el interés de Larry por los bienes materiales había desaparecido.

Ahora sólo veía a Magnolia que vivió siempre cerca de la tierra y sencillamente.

Tan intenso era el deseo de Marieta de herirlo, de descubrir su debilidad, que una noche, a altas horas, rompió el tácito convenio establecido entre ellos y entró en su cuarto. Al oír abrirse la puerta furtivamente, sentose Larry en su lecho y encendió la luz. Marieta apareció, muy atrayente con su vaporoso batón y vistosas zapatillas. Ella creía que él no podría resistírsele y al verlo saltar de la cama, su corazón empezó a latir triunfalmente. Latía aún más cuando llegó a su lado y le rodeó los hombros con su brazo. Luego... rápido como un relámpago, la hizo dar media vuelta, la echó al corredor y cerró la puerta con llave.

A la mañana siguiente quizo ella hacerle reproches. El la interrumpió con un:

—Tuviste suerte de haber salido ilesa de mi cuarto. Nunca me has visto enojado; pero si continúas así, me verás.

Había tanta amenaza en su acento que Marieta abandonó instantáneamente su táctica y volvió a los negocios.

—Un mes más — dijo con incisivo acento — Si para entonces las cosas no están arregladas, Magnolia tendrá que saber.

Por un momento sintió Larry tentaciones de matarla. Luego pensó en Magnolia y el salvaje impulso se calmó.

Mecánicamente, puesto que él no había contestado, repitió Marieta sus palabras, añadiesdo:

—Creo que he sido bastante paciente en esperar tanto. Muchas mujeres, en mi lugar te hubieran delatado — lo miró fijamente y añadió — Quizá, de aquí a entonces, hayas cambiado de parecer. Te prefiero a tí al dinero, como ya te he dicho. Nunca fuí interesada.

Al oír aquello, Larry se echó a reír. Marieta pareció ofendida.

—Una mujer tiene que pensar en su situación — murmuró. — No es humano exigirle que lo de todo por nada.

Eso era cierto, reflexionó Larry. Era contra la naturaleza humana, esa naturaleza que sus primeras lecciones en la vida le habían enseñado a odiar. Nada podía cambiar eso. La joven, por su frase casual, le había hecho recordar tan importante hecho. Y tenía nada más que un mes para aplacar a aquella terrible naturaleza humana. Eso era todo.

Ciertamente tendría que emprender algún gran "trabajo" y pronto.

Hasta que no se librara de Marieta no podría ni siquiera hablarle a solas a Magnolia. No sabía si ella sospechaba o no su amor.

Ella era amable con todos y en vano trató de pensar en alguna palabra que le indicara si lo consideraba distinto a los demás pensionistas de la casa.

Por último. San Morland, uno de la pandilla, le hizo una proposición. En Belgrave Square vivía una tal señora Fenwick, mujer rica y de sociedad. Las joyas de la señora Fenwick podían figurar entre las colecciones más famosas de Europa. Trabajando juntos podrían tal vez dar un buen golpe.

Larry, que necesitaba desesperadamente el dinero, agarró la ocasión por los cabellos.

Sabía que Morland era un hábil ladrón y tenía confianza en él, aunque antes nunca habían trabajado juntos. Morland era conocido entre sus amigos como "pájaro tempranero" porque profesaba una teoría según la cual los robos no debían efectuarse a altas horas de la noche porque la tranquilidad y el silencio de las calles hacían peligrosa la fuga para los ladrones.

Larry, hasta entonces, había operado a horas convencionales, es decir entre las dos y las tres y treinta. Morland, sin embargo, impuso la condición de que el trabajo se hiciera antes de media noche. Y Larry aceptó.

Pero Morland fué demasiado precipitado. Y la tragedia ocurrió por no haber dado tiempo suficiente a la señora Fenwick para dormirse.

Mientras "pájaro tempranero" estaba en el cuarto de vestir de la dama, donde esta había dejado sus joyas para que la criada las guardara a la mañana siguiente, Larry, que abría la pequeña caja fuerte en la pared del dormitorio, donde la señora dormía, la oyó mover. Vió en la obscuridad que la señora Fenwick se sentaba en la cama o que al menos intentaba hacerlo.

En aquel segundo, el tigre que dormía en Larry despertó. Una voz interior parecía decirle. "Si ella grita, perderás a Magnolia". Había vuelto rápida, inconscientemente, a aquel estado mental de sus primeros años, cuando tenía por lema "atacar para no ser atacado". Era una vez más el salvaje que la crueldad de su madre había hecho.

Su mente estaba obscurecida por el miedo y el odio, pensó que así como su madre había enjaulado sus pensamientos durante aquellos espantosos años en que lo obligó a fingirse sordo-mudo, aquella mujer, si la dejaba, haría que lo enjaularan otra vez.

Sus pensamientos no eran, claro está, definidos si no simples impresiones que corrían a velocidad loca por su cerebro, uno después de otro. Pero azotaban y despertaban todo lo que había de feroz dentro de él.

Nunca se había repuesto Larry del sufrimiento de sus primeros años y sólo en apa-

riencia estaba civilizado; bajo el barniz mundano que le había dado Cyrus Hoad, de quien no había comprendido la perversidad de sus ensueñanzas, estaba el niño primitivo y feroz que nunca tuvo oportunidad de convertirse en hombre. El miedo había sido la emoción dominante de su juventud y una vez despertado nuevamente en él, la reacción era inevitable. Todas las sensaciones, tan familiares, de sus primeros años se pusieron en movimiento, el ciego deseo de salvarse a toda costa, el ansia de vengarse por el terror que lo dominaba.

Marieta había contribuído a despertar sus sentimientos peligrosos; pero como la amenaza no era inmediata, pudo dominarse.

La señora Fenwick, al despertarse, significaba el peligro instantaneo. Se trataba de aquella mujer o de él y... no vaciló. El extraño fenómeno que se operaba en su mente a la vista de una mujer, que le era antipática o lo amenazaba de algún modo, se produjo. La infortunada criatura que estaba en la cama, de pronto, tomó para Larry la forma de su madre.

Pero, cuando se acercó a la cama, las enseñanzas de Cyrus todavía imperaban en él. Tenía la infantil idea de que, ir contra los preceptos de su amigo, era traicionarlo.

Aunque una ira violenta lo hacía temblar, sacudiéndolo como si estuviera en contacto con corrientes eléctricas, estaba seguro de que no la mataría. La desmayaría solamente de modo que pudiera él salvarse. Eso tenía absolutamente que hacerlo.

Además subconcientemente, estaba animado por un deseo de venganza de aquella mujer por haberse despertado, por amenazar su destino, por hallarse en situación de poder quitarle lo único que había deseado apasionadamente. Ciertamente no le importaba asustarla o causarle daño.

Cuando le dijo después a Morland que la muerte de la señora Fenwick era resultado de un accidente, es indudable que él mismo lo creía, que pensaba decir la verdad. Había deseado dos cosas, hacerla callar para poder huír y castigarla por haberlo asustado.

Le rodeó el cuello con la mano y la sacudió, en un arrebato de cólera, de cólera que había nacido del miedo. Y con la mano derecha le aplicó lo que pensó fuera un golpe ligero.

Probablemente la emoción contribuyó grande y poderosamente a la muerte de la señora Fenwick. No obstante, Larry había pegado con fuerza suficiente para producirle una profunda decoloración de la piel.

Todo pasó tan rápidamente que él mismo apenas se dió cuenta de lo ocurrido. Menos de dos minutos después de haberse movido, la mujer estaba muerta. Como supo después que había muerto Larry no pudo decirlo. Lo sabía y nada más.

No bien se convenció de ello sufrió mil agonías. Nervios que ignoraba poseer temblaban y se retorcían y algo imposibilitaba a su cerebro de dirigir su cuerpo. Parecíale que de su cuerpo y sus rodillas partían alambres que comunicaban con pilas eléctricas; sentía como si le hubiesen arrancado de la piel, dejándole el interior expuesto al aire.

Sentía las rodillas y los pies intensamente fríos.

De pronto recobró el dominio de sí mismo. Aquella mujer, se dijo a sí mismo, había tenido su buena parte en la vida, más de lo que él tuvo nunca.

La miró más de cerca y a su visión falseada pareció que tenía un parecido físico con la mujer hacia quien su odio se había vuelto obsesión.

No sintió piedad. Sus emociones habían sido puramente una reacción nerviosa. Lo único que ahora le importaba era que podía huir sin ser visto.

—Magnolia no podrá rechazarme después de haber hecho esto por ella — pensó ilógicamente y estaba infantilmente seguro de que no lo haría.

Y, sin embargo, otra parte de su mente, la parte adulta, le decía que, aunque escapara a las garras de la justicia, si Magnolia imaginara que era capaz de semejante cosa, lo rechazaría con horror. Pero naturalmente no comprendería todo lo que él había pasado o por qué no le dolía que la gente muriera o ser él la causa de su muerte. Poco importaba porque nunca lo sabría. Aquel pensamiento le dió fuerzas.

Los preciosos momentos pasaban; era tiempo de irse. Le contaría a Morland lo ocurrido. Estaba completamente seguro que todo había pasado tan rápida y silenciosamente que el hombre, en la otra habitación, no se había dado cuenta de nada. Y así era en efecto. Morland no se enteró hasta que estuvieron en seguridad.

Morland se puso muy pálido cuando lo supo. Observó:

—Si algo se descubre, yo seré juzgado como cómplice tuyo. — pero no le hizo reproches. Observó a su compañero debajo de un farol del alumbrado y comentó. — ¡Y te has quedado muy fresco!

Luego no hablaron más del asunto.

Larry sólo tenía que hacer una corta caminata. No era aún muy tarde y advirtió que, a pesar de eso, había poca gente en la calle. Pensó que dirían si supieran. Casi esperaba que se fijaran en él, que le hallaran algo que llamara su atención. Pero, afortunadamente, nadie lo miró.

Mientras caminaba, sus pensamientos rondaban en torno de las dos jóvenes que dormían bajo el techo de la señora Green. La horrible pregunta que obsesionaba su mente era "Qué pensaría Magnolia si supiera que él era un ladrón?" Se dijo una y otra vez que, cuando estaba con ella, no era ni ladrón ni asesino; pero sabía que nadie entendería lo que quería significar con eso.

Aun los pensamientos de Larry eran bastante inarticulados; — efecto de aquellos días de horrible silencio cuando era niño— pero con todo sabía que Magnolia poseía cierta cualidad intangible, capaz de suavizar el lado cruel de su naturaleza, de curar la he-

rida lacerante de su corazón, de arrojar un velo sobre sus recuerdos, de borrar todos aquellos años desde que dejó el vil hogar de su madre para convertirse en bruto.

Ni siquiera ahora sentía demasiada lástima de la señora Fenwick. Ella hubiera tratado de hacerle daño y su experiencia del dolor que un ser humano podía causar a otro le hacía pensar que esto sólo justificaba su acto.

Tenía también una vaga idea de que estaba a mano con su madre. No podía explicar esto; pero lo consolaba. Ella lo había hecho enemigo de la sociedad. Vagamente pensaba que era su madre y no él la autora de aquello.

Ella lo había obligado a hacerlo; ella y... Marieta.

¡Marieta!

Gracias al cielo se vería ahora libre de ella. Pensó en aquella mujer con disgusto. Aunque más "refinada" que su madre, en el fondo era igual. A su modo era igualmente dura, igualmente codiciosa y despiadada.

¡Al diablos todas las mujeres! ... excepto Magnolia. Ella únicamente era dulce, cariñosa, pura.

Comprendió Larry que le sería difícil modificar sus sentimientos hacia el mundo; pero tenía que hacerlo por Magnolia. Al mismo tiempo temía que, por la misma fuerza de su amor, se ablandara su corazón hasta el punto de sentir remordimientos.

Para evitar esto tenía que dividir su vida, mentalmente, en dos partes: pasado y futuro. Tenía que habituarse a considerar que su desgracia lo había autorizado a tomar cierta venganza de la sociedad, culminada en su acto de esa noche.

Pero ahora estaban en paz. Debía olvidar todo lo que pensó en el pasado, todas las vilezas que cometió y empezar de nuevo. Debía aprender a pensar y sentir como las demás personas. Compartir el cariño de Magnolia por la humanidad, su certidumbre de que todos eran buenos y generosos. ¡Cielos! Sería para él muy difícil porque conocía mucho mejor el otro lado. Pero tenía que probar y triunfar.

Llegó a la puerta de la señora Green y entró. Había llegado el momento de ser práctico. Su coartada era muy importante. Sería perfecta. ¡Qué suerte, reflexionó en vista del giro tomado por los acontecimientos, que hubiera arreglado todos los detalles! Experimentó una sensación de alivio, en medio de su angustia, cuando entró a su cuarto y comprendió que todo había salido bien, como pensaba.

En la mañana del 12 de Abril de 1928, millones de personas leían ávidamente en los diarios la noticia del asesinato de la rica y conocida señora Fenwick, de Belgrave Square.

Los comentarios de los pensionistas de la modesta casa de la señora Green, en Pimlico, fueron probablemente similares a los de los millones de lectores que devoraban el relato del crimen y lo comentaban.

La señora Green, una mujer de mediana edad, gorda y alegre, dividía su atención entre servir el te en las grandes tazas de loza azul y blanca y su deber de interesarse en lo que hablaban los pensionistas. De cuando en cuando murmuraba:

—¡Qué horrible... que horrible! ¿Cómo puede haber gente que haga esas cosas?

Por último se sentó ella también

De un lado tenía a Marieta Sutton y del otro al que consideraba la perla de sus inquilinos, Larry Hoods. Junto a Larry estaba Magnolia Barclay, la joven que amaba, y a quien Marieta detestaba cordialmente por la misma razón.

La señora Green sentíase más interesada en el pequeño drama que se desarrollaba ante su vista que en el crimen que comentaban sus pensionistas. Una dueña de casa de pensión adivina mucho de la comedia humana antes de que se represente y la señora Green había estado suficiente número de años en el negocio para no comprender rápidamente qué clase de relaciones existían entre los que buscaban su hospitalidad.

Pero nunca se había sentido tan interesada. Cuando Larry y su amiga Marieta vinieron a ella, sacó rápidamente sus conclusiones. Pero los tiempos eran malos e hizo la vista gorda. Mientras no dieran escándalo y suscitaran los comentarios de los otros pensionistas...

Como la mayor parte de las mujeres, culpaba a la joven y compadecía al hombre. ¡Marieta! ¿Quién se va a llamar Marieta? María, en todo caso. Esas muchachas de cabellos rubios y ojos azules que parece no matan una mosca... Ella tomó la más cara de las habitaciones; y si la señora Green hubiera podido hacer una sola cuenta — a nombre de Hoods — en vez de dos cada semana, era cosa que nadie podía probar.

Por un tiempo las cosas marcharon bien entre aquellos dos; pero luego vino Magnolia Barclay y la señora Green advirtió una diferencia.

Magnolia era muy distinta de Marieta. Parecía robar a ésta colorido y personalidad. El cabello rubio de Marieta, que ella sospechaba no era tan rubio como parecía, su cutis blanco y rosado, que la señora Green suponía debía costar unos cuantos chelines por semana, sus delgadas aunque bastante lindas facciones, resultaban insípidas ante los ojos de Magnolia, sombreados de ansiedad y sin embargo más llenos de vida que los de Marieta; su cutis moreno, sus labios rojos, su ondeado cabello negro, hacían palidecer la artificial belleza rubia de la otra.

Se había producido una especie de tensión entre Marieta y Larry Hoods y la señora Green observaba ansiosa a la perla de sus inquilinos, inquieto bajo el dominio de Marieta, su deseo de atraer la atención de Magnolia. Con el transcurso del tiempo, se dió cuenta de que Marieta y Larry habían reñido.

La señora Green no dudaba de que Marieta pronto abandonaría la casa de pensión.

Desde el punto de vista de los negocios, era sensible. Y sin embargo, ella no sentiría a su fastuosa pensionista. Se había dado cuenta de que había en ella algo de mal sano a despecho de su hermosura y de sus modales refinados. Magnolia le pagaba menos que Marieta por su habitación: pero prefería quedarse con ella.

(Continuará)

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

BUENO, — dijo John Henry — caminaremos erguidos, querida señorita. Si nos arrastramos, es posible que se fijen en nosotros y nos dejarán secos a bajazos. Pero si vamos caminando tranquilamente, no llamaremos la atención hasta que estemos entre ellos. Luego... tendremos que hacernos humo. Entretanto, no hable... a no ser que sepa hacerlo en alemán.

Parece que la señorita Dwyson no hablaba alemán, así que John Henry y ella marcharon en silencio, tropezando, por el destrozado suelo.

Habrían hecho más de una milla antes que los grupos de figuras que se movían se hicieran tan densos que fué necesario andar con más precaución. Era claro ahora que habían llegado a las líneas de apoyo. Trincheras, recién cavadas, surcaban el terreno y conducían a donde debía estar la línea de fuego. El alambre de púa era enrollado y levantado.

John Henry divisó un edificio medio en ruinas y se deslizó hasta las sombras de su costado. Comprendió que una luz ardía detrás de una ventana, con gruesa cortina de arpillera; escuchó y oyó voces que hablaban en inglés.

—¡Prisioneros! — exclamó. — Cielos, Peggy, esto si que es suerte. Si lograra yo llegar hasta ellos y aturdirlo a un centinela o cosa así, podríamos escapar juntos. Saltar sobre unos cuantos enemigos, quitarles las armas y...

Dejó de hablar y escuchó, porque la conversación de adentro le llegaba claramente y parecía que los hombres qu eestaban allí tramaban algo por el estilo de lo que él pensaba.

—La línea de Fritz se ha establecido mismo frente aquí — decía una voz tranquila y culta. — Pero todo está en desorden y con resolución, podríamos atacarlos. Yo creo que será mejor que intentar el "raid" más al sur. Los nuestros fueron rudamente castigados en ese sector y no son bastante fuertes.

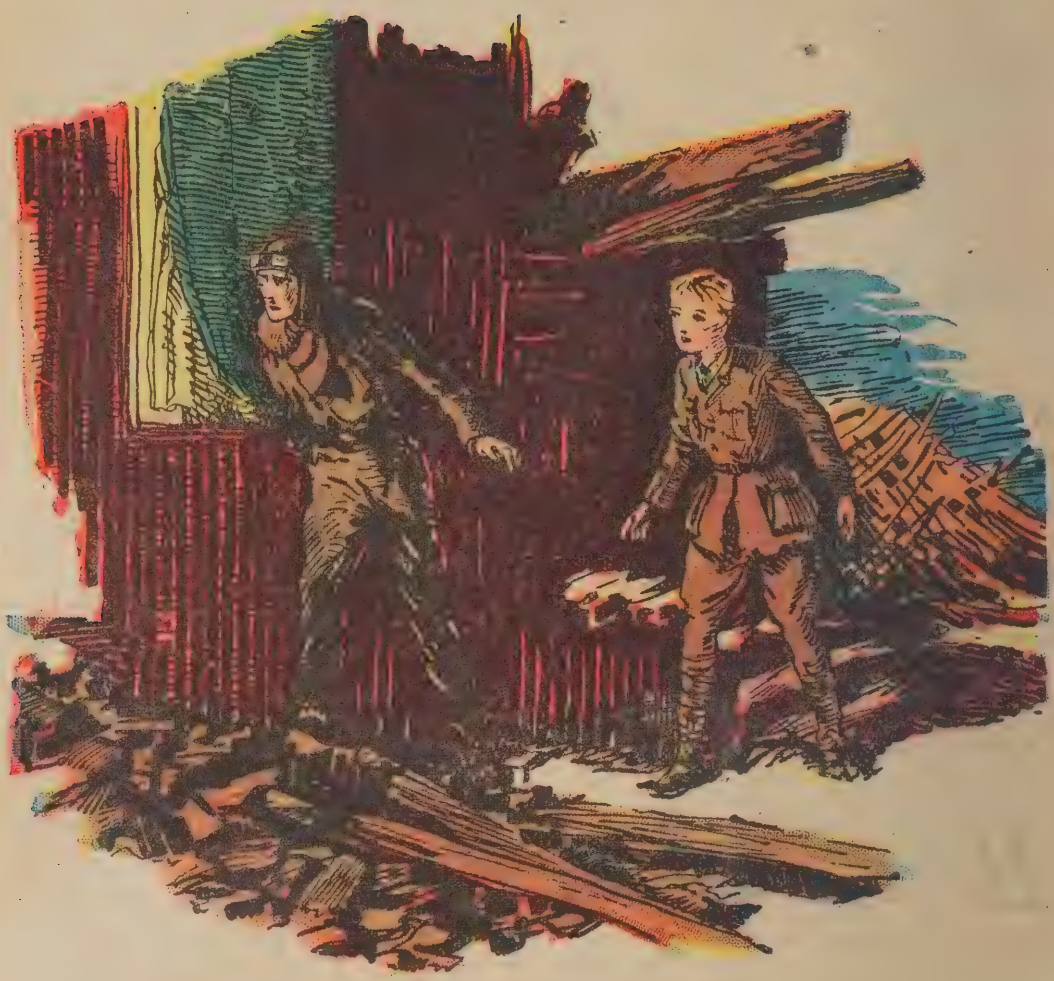
Aquello bastó a John Henry. Ninguna guardia se veía en aquel lado del edificio. De modo que agarró la gruesa arpillera que cubría la ventana y murmuró un ronco mensaje:

—¡Silencio, compañeros! — dijo lo más fuerte que se atrevió. — Apaguen la luz, que vamos a entrar. Si piensan escapar, les prestaremos nuestros fuertes brazos. Apaguen la luz un minuto.

Se oyeron varias exclamaciones de sorpresa; pero luego una voz autoritaria habló con vivo murmullo y la luz se apagó. John Henry apartó la cortina, pasó su brazo por la esbelta cintura de su compañera y trepó por encima del antepecho, llevándola consigo.

—Muy bien — dijo, dejando caer nuevamente la cortina, pero sin soltar a Peggy. — Ahora podemos mirarnos las caras y darnos

Aguilas del frente...



Se acercaron a la ventana del semi-arruinado edificio. Llegaron voces a sus oidos. Estaban perdidos en tierra enemiga y su única probabilidad de salvarse era escuchar lo que se decía allí.

las buenas noches. ¡Qué suerte haberlos encontrado, muchachos!

No hubo contestación; pero un fósforo brilló de pronto en la obscuridad y John Henry lanzó una ahogada exclamación de asombro. Porque a su débil luz se vió rodeado por revólvers, firmemente sostenidos por oficiales de alta graduación.

Un brigadier, que era quien sostenía el fósforo, lo aplicó a la vela que estaba encima de una mesa desvencijada y el joven Dent miró vagamente aquella reunión de hombres condecorados y galones. Luego casi se cae de espaldas al reconocer el erizado bigote blanco y los ojos hundidos del general O'Hara Dwyson en persona, La figura que estaba al lado de John Henry también lanzó una débil exclamación.

—¡Ca... caramba! — tartamudeó el joven Dent. — ¿Cómo diablos?... que espantosa suerte han tenido.... caballeros de ser hechos prisioneros al mismo tiempo! ¿Có... cómo demonios fué? Es horrible... Nuestros compañeros deben haber quedado sin jefes.

Durante este discurso, los ojos del general se habían ido agrandando gradualmente mientras su bigote se erizaba más y más. Ahora dijo una palabra que resonó como una explosión:

—¡PEGGY!

Dió un paso hacia adelante y, extendiendo una mano agarró a su hija por la chaqueta, arrancándola al débil abrazo de John Henry. La gorra de la joven cayó al suelo y los despeinados rizos quedaron sueltos, brillando suavemente a la luz de la vela.

—¡Peggy! — repitió el general con su poderosa voz. — Ahora que ese joven loco ha dejado de decir estupideces, ¿quieres explicarme como te has atrevido a venir aquí?

Brigadier, vea que ese muchacho no se mueva. Y usted, señorita ¿qué ha estado haciendo? ¿Cómo viste ese absurdo uniforme? Y sobre todo ¿cómo se han atrevido los dos a meterse por la ventana de mi cuartel general? Alguien va a ser dado de baja del ejército por esta escapada.

Por un momento, sus fieros ojos parecieron querer comerse a John Henry y éste casi se desmayó. Al oír aquellas palabras "Cuartel general" una espantosa comprensión de lo que había ocurrido pareció helar su mente y detener los latidos de su corazón. Francamente esperaba que lo fusilaran al amanecer y sin que se le permitiera despedirse de Peggy.

La explicación se produjo prontamente; pero no sin que dos pedazos del bloque Dwyson chocaran e hicieran brotar chispas.

Peggy se libró de las manos del viejo y se encaró con él fríamente.

—Papito, modérate — le dijo vivamente y el general se dió vuelta resoplando. — Tú tienes la culpa de todo esto y deberías avergonzarte. No quisiste darme permiso para incorporarme a las conductoras de Ambulancias, obligándome a hacerlo a espaldas tuyas. Y ahora fíjate en que situación nos hallamos todos. ¡Prisioneros!

Y si no hubiese sido por éste valiente joven, yo me hallaría ahora en poder de algún horrible alemán. El me trajo, sana y salva, hasta sus líneas.

—Pero ¿están locos los dos? — preguntó el general golpeando sus manos detrás de la espalda y separando los pies. — ¿Quiere alguno explicarme qué significa esa macana de "prisioneros"? Están ustedes dentro de las líneas británicas... bien adentro. En el cuartel general. Y no hay ni un solo alemán en una milla a la redonda.

John Henry gimió:

—¿Puedo hablar, señor? — preguntó. — Hay un espantoso error. Nosotros caímos a alguna distancia de aquí y creímos que estábamos en territorio alemán... todo se mezcló tanto en la batalla que no pudimos decir donde habíamos caído. Luego esperamos en un pozo de metralla y vinimos hacia aquí, creyendo que nos dirigíamos a la línea. Nos mantuvimos ocultos y evitamos todo lo que se movía, pensando llegar a nuestro lado durante la noche. Luego oí voces que hablaban inglés aquí y pensamos que eran ustedes prisioneros. ¡Dios mío!...

Su voz expiró; pero el general se volvió a Peggy, en demanda de más explicaciones, sobre la caída del aeroplano y lo que la había motivado. Ella le contó todo lo ocurrido, desde que su ambulancia fué destruída hasta que, cubierta de barro, se había encontrado con John Henry. Describió el combate aéreo y atribuyó a Dent todo el mérito de la destrucción de los aparatos alemanes.

El joven protestó con calor.

—¡No es así, señor! Fué su linda y pequeña Peggy... quiero decir, su señorita hija, quien abatió los dos aparatos. Ella me salvó la vida.

—E hizo también pedazos nuestro propio aeroplano — intervino Peggy con adorable sonrisa. — Papito querido... que barbaridad, cometí ¿no? ¡Fué lo más gracioso! Como yo nunca...

—Espera... — gruñó el general, levantando una mano y dándose vuelta. Sus ojos bailaban de delicia ante aquella diablilla de su hija que hallaba gracioso una terrible caída de aeroplano, que podía pelear tan bien como cualquier hombre en un combate aéreo en que la mayor parte de las mujeres se hubieran enloquecido de miedo. Miró las caras de los miembros de su estado mayor y leyó en todas ellas admiración. Pero había que mantener la disciplina y sacar a Peggy de entre las granadas y balas.

Poniendo cara feroz el general se dió vuelta nuevamente.

—¿Supongo comprenderás que eres responsable de haber arruinado la carrera de este joven? — preguntó. — Tu loca desobediencia al venir a Francia, contra mi voluntad, ha puesto a Dent en su presente situación. Cuando sea degradado, pesará sobre su conciencia por todo el resto de tu vida. Un joven deshonrado... expulsado del ejército...

—¡Pero! — balbuceó Peggy. — ¡Pero, papito! no serás tan cruel. No fué culpa suya. El es... una monada. ¡Y tan valiente! No, no puedes hacer eso.

—Y ¿cómo voy a evitarlo? — preguntó el general manteniendo su feroz aspecto con dificultad. — Hay que dar cuenta. Una cosa así sale de mis manos.

—¡Papito! — exclamó Peggy y su voz temblaba por el llanto contenido. — No puedes permitir que eso suceda. Eres general... tienes que ver al mariscal de campo y explicarle...

El general pareció pensar y movió lenta y afirmativamente la cabeza.

—Bueno, — dijo yo no quisiera atraer semejante mancha sobre nuestra familia. Quizá pueda usar mi influencia; pero, por Dios, que si hago esto tendrás que prometerme algo en cambio.

—Todo lo que quieras — dijo Peggy llorosa.

—Entonces dame tu palabra de honor de que saldrás directamente de aquí para tomar un transporte que te lleve a Inglaterra — dijo con severidad el general. — Te mandaré con una escolta hasta el vapor. Y yo me entenderé con tu unidad. Vas a prometerme eso y que no volverás a ofrecerte para el servicio extranjero otra vez.

Peggy prometió, con hondo alivio y sus ojos advirtieron la amorosa mirada de John Henry.

—Entonces espera afuera que te mande buscar — prosiguió el general, siempre ásperamente. — Coronel tenga la bondad de acompañar a mi hija a la otra pieza.

Cuando se hubo cerrado la puerta, el general se volvió a John Henry y le tendió la mano.

—Gracias, hijo mío — le dijo temblando de risa reprimida. — Gracias por haber puesto al fin a ese diablillo de mi hija bajo mi autoridad. Ahora seré feliz, sabiendo que está en seguridad en la patria. Allá hará algo útil en vez de exponerse a volar en pedazos y ser una molestia general aquí. Es una Dwyson y cumplirá su palabra.

—¿En. ..entonces... no... no voy a ser degradado, señor? — tartamudeó John Henry.

—¡Qué degradado ni que niño muerto! — rió el general. — Nunca estuvo en peligro de semejante cosa, hijo mío, así que no se preocupe. Fué una pequeña idea mía para arrancarle su promesa a Peggy. Pero, claro está, que no tiene que decírselo. Y ahora, puesto que parece haber cuidado tan bien de ella hasta hoy, ¿quizá no tendrá inconveniente en acompañarla a Calais, hasta el vapor? Puede tomarse un par de días de licencia en su escuadrilla y el coronel le buscará un auto. ¿Quiere hacerme ese favor?

—¡Cómo no voy a querer, señor! Gra... gracias, señor. Ciertamente que lo haré... con el mayor placer.

El general movió afirmativamente la cabeza.

—Ya me parecía a mi que lo haría. Y ahora, váyase, cachorro. Llévese de aquí su risueña cara.

El joven Dent hizo la venia y se retiró loco de alegría.

El general miró a su sonriente estado mayor.

—Algún día tratará de quitármela para siempre — gruñó.

El estado mayor suprimió su sonrisa por un leve momento.

—¡Ojalá se le ampollen las orejas! — dijo el general.

Y sonrió también.

EL ZORRINO

Calvo Atlee estaba furioso. Era raro que el pequeño comandante de "Los Angeles" perdiera los estribos; pero aquella mañana de sol los perdió realmente cuando, al dirigir una rápida mirada por encima de su hombro, vió a uno de los pequeños 'Camels" bajar de la cola de la formación que dirigía.

John Henry estaba enojado también y lo mismo el teniente William James Jameson. Ambos habían advertido la partida del aparato en cuestión. El joven Dent juró suavemente en ese mismo momento mientras probaba los disparadores de su ametralladora para cerciorarse si estaban en orden.

Sabía que dentro de pocos minutos los necesitaría y eso hacía la repentina partida de Kenneth McNeish muy fastidioso.

Kenneth McNeish, el último miembro incorporado a la famosa escuadrilla de los "Angeles", era un joven raro en muchos sentidos. Como muchos otros, era buen piloto y pocas cosas había que fuera incapaz de hacer con un aeroplano.

Sin embargo, hasta entonces, no había demostrado poseer ese corazón de león que se supone han de tener todos los aviadores de guerra. En varias ocasiones se le había "descompuesto" el motor en el preciso momento en que en la batalla aérea, empezaban a quemar las papas.

Sin embargo, la suerte de Kenneth no era tan mala como esto podía hacer creer. Un pariente cercano suyo era general en jefe de una gran sección del Ejército, en un distrito próximo al aérodromo de "Los Angeles"

McNeish siempre hablaba mucho de ese caballero; pocas veces abría la boca para dar una opinión cualquiera sin nombrar al general.

En aquellas ocasiones la escuadrilla ardía en deseos de caer sobre Kenneth y enseñarle cuando un joven subteniente debe hablar y cuando no. El Calvo, sin embargo, no se los hubiera permitido. Interiormente ardía ante la insolencia del más joven de sus hombres. Pero el Calvo había nacido "creador de hombres" — lo que significa jefe — y había decidido dar tiempo a Kenneth, con la esperanza de que mejorara.

Kenneth McNeith no mejoró.

Era su aparato el que se había apartado ahora de la formación y volvía hacia las trincheras que quedaban algunas millas atrás.

Entretanto "Los Angeles" subieron empinadamente porque una escuadrilla de siete Fokkers había salido de pronto del azul aporcelanado del cielo y todos sabían que iba a empezar una "pelea de perros" dentro de poco.

Bajaron los Fokkers rugiendo, brillando magníficamente sus alas rojas y los caños de sus ametralladoras a la luz del sol.

En el mismo segundo, aquellas ametralladoras empezaron a despedir fuego lívido; pero las balas no dieron en el blanco porque el Calvo había hecho subir en "loop" a su escuadrilla y ahora descendían desde su cresta, a plomo, sobre los Fokkers, que estaban a punto de iniciar la subida.

El Fokker guía osciló inseguramente mientras su piloto se desplomaba sobre los controles y una flor de humo aparecía en su motor al ser agujereado por las balas británicas. Luego su proa se inclinó bruscamente hacia abajo y el aparato dió vuelta, cayendo en tirabuzón y dejando un resto de fragmentos tiznados en el espacio, mientras emprendía su último viaje, envuelto en llamas, de proa a popa.

Entretanto la escuadrilla de los "Angeles" había roto su formación a una señal del jefe y una encarnizada batalla se trababa en el cielo.

Habían sido cinco; pero ahora, con la deserción de Kenneth McNeish, no quedaban más que cuatro y por consiguiente los Fokkers los aventajaban en número. Uno había caído, sin embargo, después del primer descenso de modo que los "muchachos" de el Calvo no tenían más que dos enemigos extras con quienes combatir. Ambos desaparecieron cuando William James Jameson —Billjim, por abreviatura, — trazó un interesante dibujo en el fuselaje de uno y el mismo Calvo atacó a otro, con sus dos ametralladoras escupiendo fuego.

Ahora la pelea era igual; pero los aviadores alemanes estaban desmoralizados. Haber perdido tres de los suyos en el primer minuto o cosa así de la pelea era bastante malo. Pero comprender que sus aparatos no podían rivalizar en velocidad con los Camels era peor aún.

Los restantes pilotos estaban amargamente decepcionados. Aquella mañana habían salido a buscar "camorra" con aparatos que las autoridades alemanas habían diseñado como respuesta a los "B. R. 2" británicos, que eran Camels de líneas mejoradas con mo-

tor Bentley; hacía algunas semanas que el Cuerpo Real de Aviación inglés había conseguido completo dominio del aire en el Frente Occidental.

Era natural, por consiguiente, que se molestara a los inventores alemanes hasta que produjeran un aparato tan bueno o mejor que el del enemigo.

Los aparatos que el Calvo y Cía., afrontaban ahora eran el resultado de aquellos trabajos. No podía negarse que eran buenos, muy buenos realmente. Su velocidad en la vuelta estaba tan cerca de la de los B. R. 2, piloteados por la escuadrilla de los "Angeles", que había poco que escoger entre ellos.

Pero los infortunados pilotos alemanes tenían que habérsela con la mejor escuadrilla que había volado jamás sobre las líneas enemigas y empezaron a darse cuenta de este hecho desolador a los pocos minutos.

El joven Dent se alejó a propósito de la pelea, tentando a un Fokker a seguirlo.

Dejó francamente su cola sin protección y el ansioso alemán de la máquina roja descendió sobre ella, pensando que era pan comido. Pero el joven Dent subió en una vuelta Immelman, espeluznante, y al bajar llenó al alemán de balas Vickers.

Después de eso John Henry subió buscando a otro enemigo que molestara.

Lo encontró con alarmante rapidez.

Un Fokker, perseguido encarnizadamente por el teniente William James Jameson, se le vino encima, con sus ametralladoras vomitando fuego.

John Henry perdió un gran pedazo de carne de su antebrazo derecho, la suela de una bota muy cara y la mejor parte de su barra de control, que se partió y tembló en su mano.

Empuñó lo que de ella quedaba y dió vuelta, sediento de venganza; pero descubrió que el petróleo le rociaba el pecho, porque un tanque estaba agujereado. Por lo que, diciendo una muy fea palabra, no tuvo más remedio que descender y poner rumbo a su línea.

Su acción, sin embargo, sirvió de ejemplo a los tres Fokkers restantes que bajaron de común acuerdo y se dirigieron hacia Berlín.

Billjim y los otros "Angeles" los hubieran perseguido encarnizadamente; pero el Calvo los llamó. Cuatro máquinas abatidas era una buena cosecha para la mañana y no había sentido común en arriesgar valerosas vidas por codicia. Por consiguiente, puso rumbo al aeródromo con el resto de sus guerreros detrás y cuando volvió a las líneas su pensamiento estaba sombríamente fijo en Kenneth McNeish.

Muy lejos, como a 8.000 pies de altura, veía a McNeish evolucionando sobre una parte tranquila de las trincheras alemanas. Algunas nubecillas de humo demostraban que sus cañones funcionaban; pero el genio de El Calvo funcionaba también y ahora empezó literalmente a saltar en su asiento de rabia.

McNeish había roto la formación sin órdenes, frente al ataque del enemigo. Había bajado y ahora realizaba una operación completamente innecesaria por razones que él mismo sabría.

Muy bien. Kenneth tendría que ofrlo dentro de pocos momentos. Había ido demasiado lejos, pasando lo que el Calvo llamaba el helado límite. Por consiguiente con general o sin general ,Kenneth sería humillado hasta besar el polvo.

El Calvo se consoló ante aquella perspectiva y poco después la escuadrilla aterrizaba en el aeródromo de los "Angeles" donde Dent había apenas logrado descender un momento antes.

Los pilotos salieron entumecidos de sus aparatos y se reunieron en grupo, encendiendo cigarrillos y charlando cuatro o cinco minutos. Pero luego se sorprendieron ante la vista de McNeish que se dirigía a los hangares en un opulento auto del estado mayor.

Kenneth parecía extremadamente satisfecho de sí mismo y conservaba aún el cigarrillo encendido en la boca cuando el Calvo se dirigió hacia el auto y lo observó descender.

Los demás habían seguido al jefe y se oyó una risa de sorpresa cuando la mano derecha del el Calvo, como un látigo, hizo volar el cigarrillo de la boca de Kenneth, despidiendo una lluvia de chispas.

—Me alegraría que dejara usted de fumar cuando se encuentra ante un oficial superior, — dijo el Calvo con acento de peligrosa calma. — Entretanto, señor McNeish, deseo hablar con usted. Tenga la bondad de seguirme a la antecámara y ustedes, caballeros, vengan también.

Kenneth McNeish palideció, acariciándose la punta de la nariz contra la cual los dedos de el Calvo habían pegado con fuerza. Tragó saliva y pareció que iba a rehusar.

Pero el resto de los pilotos lo rodeó, ceñudo, y el insolente no tuvo más remedio que seguir a su jefe

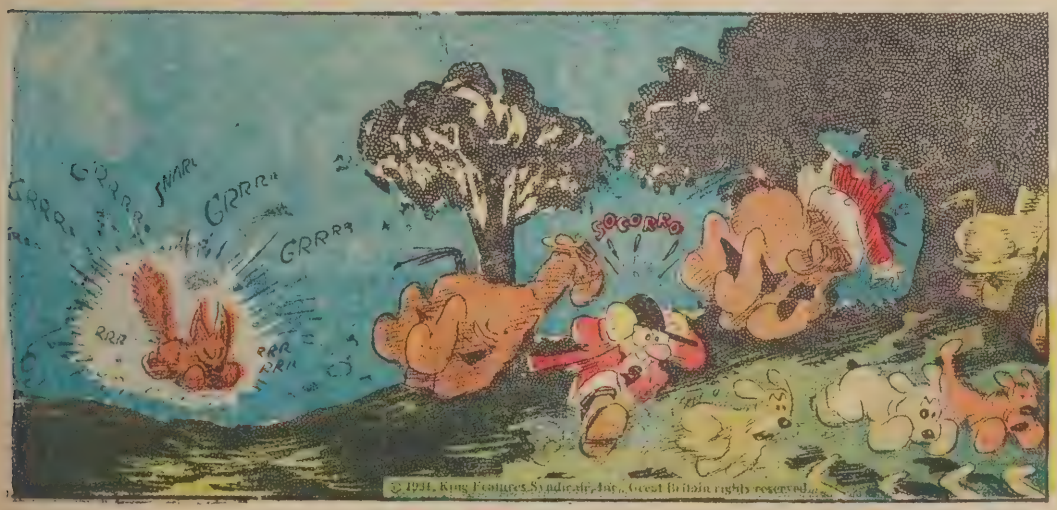
EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.
Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO—(EXTRACTO)
Nombre y apellido . . . . . .
. . . . . .
Domicilio . . . . . .
. . . . . .
Localidad . . . . . .
. . . . . F. C. . . . . .

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck



© 1934, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

Luego, en la antecámara cerrada, el Calvo habló.

—Señor McNeish, — dijo friamente y su acento de Kentucky raspaba por el esfuerzo que hacía al dominar su voz — quizá ha olvidado usted algo, así que se lo voy a recordar. Esta escuadrilla se formó con el resto de la 21, que conquistó el glorioso nombre de "Angeles del Infierno". Y cuando yo me hice cargo de ella decidí conservar la tradición de su antecesora. Soy americano; pero amo a Inglaterra y me uní al ejército a los pocos días de declarada la guerra. Por consiguiente, el honor de Inglaterra y el de esta escuadrilla, son cosas personales mías. Usted ha faltado a ellos.

—No he hecho semejante cosa — murmuró Kenneth, poniéndose de pronto sombriamente encendido ante las miradas despreciativas que se le dirigían. — Si quiere darme oportunidad de hablar...

—Usted hablará y se explicará, si puede, cuando yo haya terminado — dijo el Calvo heladamente. — Entretanto, oiga esto: le he dado a usted todas las oportunidades para mejorar; pero no ha mejorado. Parece creer que su parentesco con un general lo hace distinto a los otros. Y no es así. Esta mañana obró usted enteramente sin órdenes, desobedeció los reglamentos al romper la formación

Se detuvo un segundo para hacer una profunda inspiración.

—Hay una sola pena para él que desobedece órdenes en servicio activo — prosiguió. — Pero no quiero manchar el honor de esta escuadrilla, haciendo colocar a uno de sus miembros de espaldas a la pared. Desde que usted vino aquí, su vuelo no ha sido satisfactorio. Es usted un oficial incapaz e insubordinado.

Voy a hacerlo trasladar por inútil de la mejor escuadrilla de aviación del Frente Occidental. El pedido irá en seguida y usted partirá mañana, a no ser que tenga algo que decir en su defensa.

Los pequeños ojos de Kenneth despidieron chispas.

—Bueno, llega usted demasiado tarde — dijo ásperamente. — Sucede que me voy mañana. Con que ponga eso en su pipa y fúmelo. Sé que esta mañana quebranté los reglamentos; pero observé que aquellas trincheras necesitaban un tiroteo y fuí allá. Más aun: alguien vió que hice bien y usted no cuenta. Tuve que aterrizar forzosamente detrás de nuestras líneas; pero, por suerte, mi pariente, el general estaba cerca y lo vió todo. Quedóse tan complacido por mi acto de valor que me dijo me trasladaría al estado mayor en seguida. Voy a su cuartel general mañana, como edecán. Seré allí muy útil; no ignora usted que sé hablar francés y belga. Y quizá reciba usted órdenes de mí.

—¡Rayos, truenos, bombas y granadas! — exclamó el Calvo y toda la escuadrilla abrió la boca con él. — ¿Con qué esa fué la idea? ¿Sabía usted que su querido pariente andaría husmeando por un sitio tranquilo de la línea esta mañana y fué a hacer su pequeña exhibición debajo de sus narices? Lo comprendo ahora todo. Lo trasladan a usted al estado mayor y ahora llevará una vida de damita, bien lejos de la horrible guerra. ¡Y todo eso por conocer dos idiomas extranjeros y tener un pariente general!

Se dirigió hacia la puerta con risa breve.

—Bueno, me alegro — dijo. — Eso me evita muchas molestias y lo coloca a usted donde debe estar. Aquí necesitamos hombres. Buenos días señor McNeish. No necesita despedirse de mí antes de irse... no dudo que precisará todo su tiempo para visitar a su modisto y hacerse coser presillas rojas en su traje. Dicho sea de paso, quedá usted eximido del servicio desde ahora. Váyase a pasear a la aldea, señor McNeish; llévese allí el almuerzo y coma allá también Y duerma, si le parece. Nosotros nos sentiremos encantados.

Salió riéndose, mientras la escuadrilla lo seguía.

Recién esa noche, en el rancho, el Calvo dió rienda suelta a sus sentimientos, habiendo tenido McNeish el buen sentido de no aparecer.

—Gracias al cielo que ese pequeño zorrino se ha ido — dijo. — Se llevó sus cosas y se largó esta tarde. Bueno, eso les demostrará como se tiran los alambres ¿no? Se consigue una tarea cómoda, teniendo un pariente de alta graduación. Por todos los diablos del infierno, si hay cosa que me revienta es el favoritismo. ¡Sapos y culebras! Todos los que están aquí tienen que cincharla, poco importa quienes sean sus parientes.

Los "Angeles" se mostraron de perfecto acuerdo y cambiaron con tacto la conversación. Cada uno de ellos sabía que Atlee debía su posición únicamente al mérito y ninguno quería otro arreglo. Lo adoraban a el Calvo. Hubieran seguido gustosos al pequeño americano al infierno.

Sin embargo, a la mañana siguiente, el Calvo Atlee estaba recostado en su sillón y lanzó una sarta de inspirados juramentos ante una nota que acababa de sacar de su sobre.

Le anunciaba que vendría un nuevo piloto en lugar de Kenneth ese día al escuadrón.

Era un jovencito, de origen americano, que había venido a Inglaterra incorporándose al C. R. de A., no bien tuvo la edad necesaria. América entró en la guerra mientras él hacía su aprendizaje en un aeródromo inglés; pero prefirió quedarse con las fuerzas británicas.

El apellido del nuevo piloto era Atlee y había solicitado especialmente que se le permitiera incorporarse a la famosa escuadrilla de los "Angeles". El informe de la autoridad decía que había rendido sus exámenes con grandes honores. Y como era nada menos que sobrino del comandante Atlee, la autoridad no vaciló en acceder a su especial pedido.

El Calvo pegó en la mesa con el despacho y se atragantó.

Después de sus observaciones sobre el parentesco y el favoritismo ayer, esta nueva situación era... bueno, delicada.

Trató de encontrar una palabra enteramente nueva y original para expresar la agonía de un alma atormentada.

Se mordió la lengua.

(Continuará)

EL ASESINATO DE ROGER ACKROYD

Por A. CHRISTIE

(Continuación)

Capítulo XII

ALREDEDOR DE LA MESA

EL sumario tuvo lugar el lunes.

No me propongo detallarlo pues no haría más que repetir lo mismo que he dicho hasta aquí.

De acuerdo con la policía nos arreglamos de modo que casi nadie quedara fuera. Yo declaré sobre la manera como había sido muerto el señor Ackroyd y sobre la hora probable del crimen.

La ausencia de Ralph Paton fué notada por el coroner, pero no lo hizo remarcar.

Poirot y yo conversamos un momento con el inspector Raglan. Este parecía sombrío.

—El asunto toma mal aspecto — nos dijo. — Yo trato de ser imparcial. Vivo en este país y he visto varias veces al capitán Paton en Cranchester; no quiriera encontrarlo culpable; pero de cualquier lado que se examine el asunto es inquietante en lo que le concierne. Si es inocente ¿por qué no se deja ver? Han sido formulados varios cargos contra él pero quizá pudieran ser disipados. En ese caso ¿por qué no viene a disculparse?

Las palabras del inspector eran más significativas de lo que yo podía imaginarme en ese momento.

Las señas de Ralph habían sido telegrafiadas a todos los puertos y estaciones inglesas. La policía lo buscaba. Su departamento de Londres era vigilado, lo mismo que todas las casas que tenía costumbre de frecuentar.

Parecía pues imposible que Ralph pudiera escapar. No tenía ni equipajes ni tampoco, según lo que se sabía, ninguna suma de dinero sobre sí.

—No he podido encontrar a nadie que lo haya visto en la estación, esa noche — continuó el inspector. — Sin embargo, es bien conocido por aquí y alguno hubiera tenido que verlo. Tampoco se tienen noticias de Liverpool.

—¿Cree usted que ha ido a Liverpool? — preguntó Poirot.

—Parecía factible a causa del llamado telefónico, desde la estación justo tres minutos antes de la partida del expreso de Liverpool. ¿No puede haber ahí una presunción?

—A menos que esa comunicación no haya sido hecha justamente para alejar las sospechas.

—Es una idea — dijo brevemente el inspector. — ¿Cree usted realmente que ese llamado telefónico debe explicarse así?

—Mi amigo — dijo gravemente Poirot — lo ignoro, pero... quiero que usted lo sepa... creo que cuando hayamos dilucidado ese punto, habremos descubierto la verdad en lo que concierne al crimen.

—Ya me ha dicho usted algo sobre eso — observé yo mirándolo con curiosidad.

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—Vuelvo a ello sin cesar — respondió seriamente.

—Sin embargo, me parece que esos dos hechos no tiene tal relación...

—No soy de esa opinión — murmuró el inspector — pero debo confesar que el señor Poirot le da tal vez demasiada importancia. Tenemos indicios mejores que esos. Por ejemplo las impresiones digitales que se hallan sobre el puñal.

Poirot tomó un acento extraño, como le ocurría cada vez que se apasionaba un poco.

—Señor inspector — dijo — tenga cuidado con... con... ¿como diría?... ¡Con la calle que no tiene fin!

El inspector Raglan lo miró con estupor, pero yo comprendí.

—¿Quiere decir un callejón?

—Eso es, el callejón que no conduce a ninguna parte. Puede ocurrir lo mismo con esas impresiones: tal vez no conduzcan a ningún lado.

—No veo como puede ser posible — dijo el oficial de policía — ¿Cree usted que ellas son falsificadas? He leído historias de esa clase, pero nunca he constatado nada semejante. Además, que sean reales o falsas, llegaremos siempre a alguna conclusión.

Poirot se encogió de hombros apartando los brazos.

El inspector nos mostró entonces varias fotografías ampliadas de las impresiones di-

gitales y se alargó en explicaciones técnicas sobre el tema.

—Veamos — dijo al fin fastidiado ante la actitud de Poirot. — ¿Admitirá usted que las impresiones provienen de alguien que estaba esa noche en la casa?

—Naturalmente — dijo Poirot.

—Bueno pues las he tomado todas, desde las de la señora vieja, hasta las de las muchachas de la cocina.

No creo que a la señora Ackroyd le agradara oírse llamar señora vieja.

—¡Todas! — repitió el inspector.

—Hasta las mías — dije yo secamente.

—Ninguna corresponde a las del puñal, o que nos deja la elección entre dos personas: Ralph Paton o el misterioso visitante de que nos habló el doctor. Cuando hayamos encontrado a ambos...

—Habremos perdido mucho tiempo — dijo Poirot.

—No lo comprendo bien, señor.

—¿Me ha dicho usted que ha tomado las impresiones digitales de todos los habitantes de la casa? — murmuró el detective. — ¿Es bien exacto, señor inspector?

—Ciertamente.

—¿Sin olvidar a nadie?

—Sin olvidar a nadie.

—¿Ni vivos ni muertos?

Durante un momento, el inspector pareció estupefacto; luego dijo:

—¿Quiere usted hablar?...

—Del muerto, sí, señor inspector.

Este necesitó aún unos minutos para comprender.

—Le sugiero — dijo tranquilamente Poirot — que las impresiones que han quedado sobre el puñal son las del señor Ackroyd y puede usted verificarlo cómodamente puesto que el cuerpo aun está aquí.

—¿Pero cómo? ¿Cuál sería la razón? ¿No pensará usted en un suicidio, señor Poirot?

—¡Claro que no! Mi idea es que el asesino llevaba guantes o había envuelto su mano en alguna tela, y después que lo mató, ha debido tomar la mano de su víctima y colocarla sobre la empuñadura del arma.

—¿Pero por qué?

—Poirot se encogió de hombros:

—Para hacer más difícil aún la solución de un problema complicado.

—¡Bien! — dijo el inspector — voy a verificarlo. ¿Qué es lo que le hizo pensar esto?

—He tenido esa idea cuando usted me mostró el puñal, atrayendo mi atención sobre las impresiones. No sé gran cosa sobre las curbas y le confieso francamente mi ignorancia. Sin embargo, me parece que las marcas estaban colocadas de manera extraña y que eran muy diferentes de las que hubiera producido una mano que tuviera un arma para herir. Era evidente, al contrario, que si el asesino hubiera atraído la mano derecha de su víctima, sobre el hombro de ésta, hacia atrás, las impresiones difícilmente podían hallarse en buena posición.

El inspector Raglan miró al hombrecillo. Este se sacudió el polvo de la manga.

—Sea — dijo el inspector — es una idea y voy a ver; pero no quede muy decepcionado si no nos conduce a nada.

Trataba de dar a su voz un tono protector.

Poirot lo miró partir, luego se volvió hacia mí con los ojos brillantes.

—Otra vez — observó. — Tendré que fijarme más en su amor propio. Pero ahora que estamos solos ¿qué le parece una pequeña reunión de familia?

La pequeña reunión como dijo Poirot, se llevó a cabo una media hora después. Nos sentamos alrededor de la mesa, en el comedor de Fernly. Poirot tomó la presidencia de ese fúnebre consejo. Los sirvientes no estaban prsecntes, éramos seis entre todos. La señora Ackroyd, Flora, el mayor Blunt, el joven Raimundo. Poirot y yo. Cuando estuvimos todos reunidos Poirot se levantó y se inclinó:

—Señoras, señores los he hecho reunir con un objeto determinado. — Se detuvo. — Para comenzar voy a dirigir un pedido a la señorita.

—¿A mí? — dijo Flora.

—Señorita, usted es la prometida del capitán Ralph Paton. Luego, si alguien tiene su confianza, debe ser usted. Le suplico, si sabe usted donde se halla, que le persuada de que regrese. ¡Un momento! — exclamó al ver que Flora levantaba la cabeza para hablar — no diga nada sin haberlo reflexionado bien. Señorita, la situación de Raplh Paton se hace cada vez más peligrosa; si él se hubiera presentado enseguida, por graves que hubieran sido los cargos acumulados contra él, hubiera podido, a no dudarlo, disculparse; pero ahora ¿que significan ese silencio y esa fuga? No puede encontrarse más que una sola explicación; la culpabilidad. Señorita, si cree usted realmente en su inocencia, persuádale a que regrese antes de que sea demasiado tarde.

Flora se había puesto muy pálida.

—¡Demasiado tarde! — repitió en voz baja

Poirot se inclinó hacia ella, mirándola.

—Veamos, señorita — dijo suavemente — es el viejo papá Poirot quien le habla, el viejo papá Poirot que tiene mucha experiencia. No trato de hacerla caer en una trampa; ¿no quiere usted tener confianza en mí y decirme donde se oculta Ralph Paton?

La joven se levantó y permaneció de pie ante él.

—Señor Poirot — dijo con voz clara — le juro que no tengo ninguna idea del lugar en que puede hallarse Ralph, que no lo he visto y que nada he recibido de él ni el día del... crimen, ni después.

Volvió a sentarse. Poirot la contempló en silencio durante uno o dos minutos, luego dió sobre la mesa un violento puñetazo.

—Bien — dijo, y su rostro se puso severo. — Ahora me dirijo a todas las personas que se hallan reunidas alrededor de la mesa: señora Ackroyd, mayor Blunt, doctor Sheppard, señor Raimundo, todos ustedes son íntimos amigos del hombre que ha desaparecido; si saben donde se oculta Ralph Paton, hablen.

Hubo un largo silencio. Poirot nos miró uno a uno.

—Les suplico — dijo gravemente — hablen.

El silencio se prolongó, pero fué luego interrumpido por la señora Ackroyd.

—Debo decir — exclamó con voz condolida — que la ausencia de Ralph es muy extraña, demasiado extraña en verdad. ¿Por qué no vuelve en semejante momento? Eso parece ocultar algo y me alegro, querida Flora, que tu compromiso no haya sido oficialmente anunciado.

—¡Mamá! — exclamó Flora disgustada.

—Debemos agradecer a la Providencia — declaró la señora Ackroyd — creo firmemente en la Providencia, de quien sentimos la acción bienhechora hasta las extremidades de nuestro ser, como dijo Shakespeare.

—¿Cree usted señora que el Todopoderoso es directamente responsable de nuestras acciones? — preguntó Geoffroy Raimundo riendo alegremente.

Creo que tenía la intención de distender los espíritus, pero la señora Ackroyd le dirigió una mirada de reproche y tomó su pañuelo.

—Eso ha evitado a Flora una publicidad que sería ahora desagradable. Yo no creo que el pobre Ralph sea responsable de la muerte de Roger. Es verdad que yo he confiado, que jamás he tenido una mala opinión de él. Sin embargo debemos recordar que Ralph ha sufrido el choque de varios bombardeos mientras era niño; se dice que los efectos se hacen sentir durante muchos años y que ciertas personas pierden, en ese caso, todo control sobre sus actos.

—¡Mamá! — exclamó Flora. — ¿Tú no crees que Ralph es el autor del crimen?

—Vamos, señora — dijo Blunt.

—No sé que creer — dijo la señora Ackroyd lloriqueando, todo es tan desconcertante. ¿Qué ocurriría con la fortuna si Ralph fuera reconocido culpable?

Raimundo empujó violentamente su silla y se levantó. El mayor Blunt quedóse muy tranquilo y miró a la señora Ackroyd con aire pensativo.

Esta añadió con obstinación:

—Roger, con las mejores intenciones del mundo evidentemente, no le daba mucho dinero. Veo que todos están contra mí, pero repito que hallo la desesperación de Ralph Paton muy extraña y que me alegro de que el compromiso de Flora no haya sido anunciado oficialmente.

—Mañana lo será — dijo la joven con tono resuelto.

—¡Flora! — exclamó su madre consternada.

Esta se había vuelto hacia el secretario:

—¿Quiere usted hacer el favor de enviar el anuncio de mi compromiso al "Morning Post" y al "Times", señor Raimundo?

—¿Está usted segura de que eso es prudente? — preguntó él gravemente.

Ella se volvió hacia Blunt:

—Usted me comprende ¿verdad? — dijo. — ¿Qué otra cosa puedo hacer? Debo sostener a Ralph ¿no es usted de mi opinión?

Lo miró un rato con su mirada penetrante y al cabo de un momento el hizo un brusco signo de asentimiento. La señora Ackroyd estalló en vehementes protestas, pero Flora permaneció firme.

Raimundo tomó entonces la palabra:

—Aprecio sus motivos, miss Ackroyd pero ¿no cree usted que es un poco prematuro? Espere uno o dos días más.

—Mañana — dijo Flora con voz clara — Es inútil que continúes, mamá, tendré mis defectos, pero soy leal para mis amigos.

—Señor Poirot — suplicó la señora Ackroyd llorando. — ¿No puede usted hacerle comprender?...

—No hay nada que hacer comprender — interrumpió Blunt — ella procede como es su deber hacerlo y yo la sostendré contra todos.

Flora le tendió la mano:

—Gracias, mayor Blunt — dijo.

—Señorita — declaró Poirot — permita que un viejo la felicite por su valor y su fidelidad y no de una falsa interpretación a mis palabras si le pido de la manera más solemne que retrase en dos días, al menos, el anuncio de que habla.

Flora vaciló.

—Se lo pido tanto en beneficio de Ralph Paton como en el suyo propio. Usted no comprende ahora porque yo le hablo así, pero le aseguro que es necesario. Me ha confiado usted este asunto, y ahora no hay que ponerme trabas.

La joven reflexionó algunos minutos antes de contestar.

—No es eso lo que yo hubiera deseado — dijo al fin — pero procederé según su deseo.

Luego, volvió a sentarse.

—Ahora, señoras y señores — añadió Poirot — voy a continuar expresando mi pensamiento. Estén todos bien persuadidos de que busco la verdad y que ésta por horrible que sea, siempre tiene una belleza para aquel que la busca. He envejecido y mis facultades pueden haber disminuído...

Esperó una contradicción.

—Sea como sea — continuó — es probable que sea este el último asunto de que yo me ocupe, pero Hércules Poirot no se detiene jamás por un fracaso! Señoras y señores les he dicho lo que quiero saber y lo sabré a pesar de todos ustedes.

Pronunció estas últimas palabras con tono provocativo y las arrojó por así decirlo a nuestras caras.

Creo que todos pestañeamos un poco, a excepción de Raimundo que permaneció tranquilo y de buen humor como siempre.

—¿Qué quiere decir usted por "a pesar de todos ustedes"? — pregunté.

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

—Pues... lo que digo. Cada uno de los que aquí están, me oculta algo.

Levantó la cabeza y un ligero murmullo de protesta se dejó oír.

—Sí, sí, sé lo que afirmo. Puede tratarse de algo sin importancia, insignificante, que ustedes no lo crean relacionado al crimen pero "cada uno de ustedes me oculta algo". Veamos ¿no tengo razón?

Su mirada parecía desafiarnos y acusarnos a la vez, dió una vuelta alrededor de la mesa y todos los ojos se bajaron ante los suyos si todos, los míos como los de los demás.

—Me han respondido todos — dijo Poirot con sonrisa singular, y se levantó de su silla.

—Me dirijo a todos... a todos, Díganme la verdad, toda la verdad.

Hubo un momento de silencio.

—¿Es que nadie va a hablar?

Sonrió otra vez como antes, luego añadió:

—¡Es una lástima! — dijo y salió.

Capítulo XIII

LA PLUMA DE GANSO

Esa noche, a pedido de Poirot me dirigí a su casa, después de la cena. Carolina me vió partir con visible repugnancia. Creo que hubiera deseado acompañarme.

Poirot me recibió de manera muy hospitalaria. Había colocado sobre una mesita una botella de whisky irlandés (que yo detesto) un sifón y un vaso.

Estaba ocupado en preparar el mismo chocolate. Más tarde descubrí que era su bebida predilecta.

Me preguntó amablemente por mi hermana. Añadió que tenía una conversación muy interesante.

—Temo que haya hecho usted correr su imaginación el domingo a la tarde — dije secamente.

Se puso a reir y guiñó un ojo.

—Siempre estoy dispuesto a recoger la opinión de un experto — dijo. — pero se negó a explicarme esa oscura reflexión.

—En todo caso habrá sabido usted por ella todas las novedades del pueblo, reales o falsas.

—Y he obtenido informes preciosos — añadió tranquilamente.

—¿Cuáles?

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué no haberme dicho la verdad? — dijo. — En un lugar como éste, todo lo que ha hecho Ralph Paton debía seguramente ser conocido; si su hermana no hubiera atravesado el bosque ese día, lo hubiera hecho algún otro.

—Es probable. ¿Pero por qué ha demostrado usted tanto interés hacia mis clientes?

Guiñó otra vez los ojos.

—Hacia uno solo, doctor, hacia uno solo.

—El último — dije.

—Encuentro a miss Russell muy interesante para ser estudiada — dijo evasivamente.

—¿Es usted de la misma opinión que mi hermana y la señora Ackroyd que declaran que tiene algo misterioso?

—¡Ah! ¿Dicen eso?

—¿No le dió mi hermana esa opinión ayer?

—Es posible.

—Sin razón — declaré.

—Las mujeres — reafirmó Poirot — son maravillosas; inventan y por un milagro, tienen razón. En realidad no ocurre siempre eso. Las mujeres observan, sin darse cuenta, miles de detalles que su subconsciente coordina. Llaman en seguida intuición al resultado de las deducciones que ellas mismas ignoran. Soy muy fuerte en psicología y ya lo ve usted, conozco todas esas cosas.

Hinchó el pecho dándose importancia y me pareció tan ridículo que me dió trabajo no reirme. Luego bebió un trago de chocolate y se limpió cuidadosamente el bigote.

—¿No me quiere usted decir — exclamé — qué es lo que realmente piensa sobre el asunto que nos preocupa?

Colocó su taza sobre la mesa.

—¿Lo desea usted realmente?

—Claro está que sí.

—Usted ha visto lo mismo que he visto yo; nuestras ideas, por lo tanto deben ser las mismas.

—Temo que se burle usted de mí — dije secamente. — Yo no tengo ninguna experiencia en esta clase de asuntos.

Poirot sonrió con indulgencia.

—Es usted como el niño que quiere ver el engranaje del motor. Quiere usted considerar el asunto, no como el médico de la familia, sino con los ojos del detective que no siente afecto por nadie y que, en consecuencia, sospecha de todo el mundo.

—Asi es...

—Voy pues a darle un pequeño curso. Primero hay que tratar de reconocer exactamente los hechos que han ocurrido la otra noche, suponiendo siempre que la persona con quien uno habla está mintiendo.

—¡Extraña mentalidad! — exclamé.

—Es necesario, se lo aseguro. Primeramente, el doctor Sheppard deja la casa a las nueve menos diez. ¿Cómo es que yo sé eso?

—Porque yo lo dije.

—Pero usted puede no decir la verdad o bien su reloj podía atrasar. Sólo Parker certifica igualmente que salió usted de la casa a las nueve menos diez; aceptamos esa afirmación y continuamos: a las nueve tropieza usted con un hombre en la verja del parque. Aquí llegamos a lo que podíamos llamar el "cuento del misterioso desconocido". ¿Quién me prueba que eso es cierto?

—Yo lo he asegurado... — comencé, pero Poirot me interrumpió con impaciencia.

—¡Parece que esta noche tiene cierto trabajo para comprender, mi amigo! Usted sabe que es exacto, pero yo ¿cómo puedo saberlo? Sin embargo, debo decirle que su encuentro con el misterioso desconocido no es una alucinación de su espíritu, pues la mucama de miss Ganett se cruzó igualmente con él pocos minutos antes que usted y él le pidió que le indicara el camino de Fernly Park. Entonces pues, admitimos la presencia de ese desconocido y estamos casi seguros de dos hechos que le conciernen: 1o. No conocía la localidad; 2o. Cualquiera que fuese el objeto de su visita a Fernly Park, el no

PUCKY

lo rodeaba de mucho misterio puesto que ha preguntado a varios durante el camino.

—En efecto, en eso estoy de acuerdo con usted.

—Entonces, tenía el deber de completar mis informes sobre ese personaje. Supe que se había detenido a beber en los "Tres Pavos". La sirvienta del bar declara que tenía acento americano y que contó que venía de Estados Unidos. ¿Notó usted su acento?

—Sí — respondí después de reflexionar un momento. — Pero no se notaba mucho.

—Precisamente. Y todavía está esto, que si usted recuerda lo que recogí en el pabellón de verano.

Me tendió la pequeña pluma; yo la miré con curiosidad, luego, de pronto me acordé de un artículo que había leído. Poirot que me miraba hizo un gesto afirmativo y dijo:

—Si el polvo de heroína... es un canuto de pluma, semejante a este en el que se introduce y del que los maníacos se sirven para llevarlo consigo y aspirarlo.

—Hidrocloruro de diamorfina — murmuré maquinalmente.

—Esta manera de tomar la droga es común de los Estados Unidos; eso nos dá, en caso necesario una nueva prueba de que el hombre venía de allí o del Canadá.

—¿Pero cómo se ha dirigido su atención hacia el pabellón? — pregunté con curiosidad.

—Nuestro amigo el inspector ha creído que toda persona que tomaba el sendero, lo utilizaba para llegar más rápido a la casa; pero cuando yo vi la pequeña casita, me di cuenta de que el mismo camino podía ser seguido por alguno que tuviera una cita. Parecería cierto que el extranjero no se ha presentado ni a la puerta de entrada, ni a la de servicio. Alguien de la casa tenía pues que verlo en el pabellón, sitio cómodo para una entrevista; por eso he registrado allí, con esperanza de descubrir algún indicio; he hallado dos, el pedazo de linón y la pluma.

—¿Qué piensa usted del pedazo de linón?

Poirot abrió los ojos:

—No emplea usted sus células grises — me dijo secamente. — La presencia en ese lugar del pedazo de linón almidonado, es sin embargo fácil de explicar.

—No para mí. Ese hombre fué al pabellón a ver a alguien ¿A quién?

—Ese es el punto importante — respondió Poirot. — Recuerde usted que la señora Ackroyd y su hija han venido del Canadá.

—¿Es a eso a lo que usted hacía alusión hoy cuando las acusaba de ocultar algo?

—Quizás... Otra cosa ahora ¿qué pensó usted del relato de la mucama?

—¿Qué relato?

—Ese sobre su incidente. ¿Se necesita media hora para despedir a una sirvienta, y la historia de los papeles es cierta? Recuerde usted además que ella ha declarado que estuvo en su cuarto entre las nueve y treinta y las diez, pero que nadie ha podido confirmar esa declaración.

—Me asombra usted...

—Para mí, al contrario todo se aclara. Comuníqueme ahora, sus propias hipótesis.

Saqué del bolsillo una hoja de papel.

—He anotado algunas ideas — dije a modo de disculpa.

—Perfectamente; tiene usted método ¿A ver?

Leí con voz un poco molesta:

—Para empezar hay que examinar las cosas con lógica...

—He aquí justamente lo que decía mi pobre Hastings, — interrumpió Poirot — Pero ¡desgraciadamente! el no lo ponía nunca en práctica.

—Primer punto: A las nueve y media, se ha oído al señor Ackroyd hablar con alguien. — Segundo punto: En un momento cualquiera, durante la noche Ralph Paton ha debido entrar por la ventana; las pisadas de sus zapatos dan fe de ello. — Tercer punto: El señor Ackroyd estaba nervioso esa noche y no hubiera recibido más que una persona conocida de él. — Cuarto punto: La persona que estaba con el señor Ackroyd a las nueve y media le pedía dinero. Sabemos que Ralph Paton estaba endeudado. Esos cuatro puntos tienden a probar que la persona que estaba con el señor Ackroyd a las 9 y 30 era Ralph Paton. Por otro lado sabemos que el señor Ackroyd estaba aún vivo a las 9 y 45, luego no es Ralph quien lo mató. Este ha dejado la ventana abierta y el asesino se introdujo en la pieza.

—¿Y quién es el asesino — preguntó Poirot.

—El americano; quizá estaba de acuerdo con Parker y es sin duda éste quien ejercía chantage sobre la señora Ferrars. Si es así, ha podido darse cuenta de que todo estaba concluído y avisar a su cómplice quien cometió el crimen sirviéndose del puñal que Parker le dió.

—Es una teoría plausible — dijo Poirot. — Decididamente, sus células grises son bastante activas; pero quedan cosas oscuras.

—¿Cuáles?

—La comunicación telefónica, el movimiento del sillón.

—¿Le parecen realmente importantes esos hechos?

—Quizá no lo sean — reconoció mi amigo — la butaca puede haber sido movida accidentamente por Raimundo o Blunt en su emoción. Luego están tambien las cuarenta libras que faltan.

—Dadas a Ralph por su padrastro; quizás se ha vuelto sobre su negativa.

—Sin duda, pero queda un punto por aclarar.

—¿Cuál?

—¿Por qué Blunt está convencido de que era Ralph Paton quien estaba con el señor Ackroyd a las 9 y 30?

—Lo ha explicado.

—¿Le parece? No quiero insistir sobre ese asunto. Dígame ahora ¿por qué Ralph Paton ha desaparecido?

—Eso es más difícil — dije lentamente.— Es necesario que hable como médico. El sistema nervioso de Ralph ha debido debilitarse si supo que su padrastro había sido asesinado pocos minutos después de dejarlo él, y después de esa entrevista tormentosa, ha podido tener miedo y huír. Se ha visto que muchas personas proceden como culpables cuando son perfectamente inocentes.

PUCKY

—Exacto — dijo Poirot — pero hay algo que no debemos perder de vista.

—Sé lo que quiere usted decir; la razón del asesinato; Raph Paton hereda una gran fortuna a la muerte de su padrastro.

—Quizá es uno de los móviles del crimen — confesó Poirot. . . .

—¿Uno de los móviles?

—Si ¿no se da usted cuenta de que nos hallamos frente a tres razones por las cuales ese crimen ha podido ser cometido? Primero alguien ha robado el sobre azul y su contenido. Primer motivo: chantage. El capitán Paton ha podido ser el autor del que se hacía sobre la señora Ferrars. Recuerde usted que según Hammond hace ya cierto tiempo que Ralph no se dirigía a su padrastro para obtener dinero, lo que nos induciría a creer que lo obtenía por otro lado. Luego, el hecho de que está, como decía usted, endeudado; podía temer que eso llegase a oídos del señor Ackroyd. En fin, la tercera razón, de que usted acaba de hablar.

—¡Dios mío! — dije un poco desconcertado. — Su caso parece muy grave.

—¿Le parece? — No estamos de acuerdo sobre ese punto, mi amigo. Tres motivos... es casi demasiado y me inclino a creer que Ralph Paton es inocente.

Capítulo XIV

LA SEÑORA ACKROYD

Después de la conversación que acabo de referir me pareció que el asunto entraba en una fase enteramente nueva.

Además, puede ser dividida en dos partes distintas una de otra: la primera va desde la muerte de Ackroyd, el viernes a la noche, hasta el lunes siguiente. Durante todo ese tiempo, permanecí sin cesar al lado de Poirot; ví lo que el veía, é hice lo posible por leer en sus pensamientos. Sé ahora que no lo conseguí. Aunque el detective me mostrara todo lo que descubría — la alianza por ejemplo — guardó para sí sus deducciones, a la vez lógicas e importantes.

Como lo supe después, esa discreción era una de las características de su naturaleza. Dejaba escapar datos y sugestiones, pero no iba más lejos.

Hasta el lunes a la noche mi relato hubiera podido ser el mismo de Poirot. Yo era el Watson de ese Sherlok, pero después nuestros caminos se separaron.

El detective trabajaba solo; supe lo que había porque en King's Abboot todo se sabe; pero ya no me hacía partícipe de sus confidencias. Además yo tenía mis propias preocupaciones.

Si miro hacia atrás, lo que más me choca es el carácter confuso de ese período. Cada uno trataba de dilucidar el misterio y hubiérase dicho que todo el mundo trabajaba en un mismo rompecabeza. Pero, sólo Poirot tiene el mérito de haber unido todos los pedazos.

Ciertos incidentes parecieron, en el momento de producirse, no tener ningún sentido, ni ninguna relación con el crimen; el de los zapatos negros, por ejemplo, pero más tarde... Para llevar los acontecimientos en su orden lógico debo hablar primero de la entrevista que tuve con la señora Ackroyd. Ella me mandó buscar muy temprano, el martes a la mañana y de manera tan urgente que partí apresuradamente esperando encontrarla "in extremis".

La señora Ackroyd estaba acostada, había hecho esa concesión a la situación. Me tendió su mano huesuda y me señaló una silla al lado de la cama.

—¿Qué le ocurre? — pregunté.

—Estoy postrada — me dijo — absolutamente postrada, y es a causa del choque que me ha producido la muerte del pobre Roger. Se dice que el efecto de una emoción semejante no se manifiesta en seguida; pero hay una reacción.

Es lamentable que los médicos no puedan expresar lo que piensan realmente, pues yo hubiera dado algo por poder exclamar:

—¡Vamos, señora!...

En lugar de esto propuse a la señora Ackroyd un reconstituyente que ella aceptó sin objeciones.

Los preliminares parecían concluidos, pues ni por un momento pensé que había sido llamado para atenderla por el golpe que le había producido la muerte de Roger Ackroyd; pero ella es absolutamente incapaz de dirigirse francamente al objeto. Siempre se acerca por vías tortuosas.

Me preguntaba por qué me habría enviado buscar.

—¡Y luego esa escena de ayer! — continuó la pretendida enferma.

Se detuvo como esperando una respuesta.

—Cuál escena?

—¿Se ha olvidado usted, doctor? Ese horrible hombre francés o belga, que nos ha dicho esas atrocidades. Eso me ha trastornado, sobre todo después de la emoción que me causó la muerte de Roger.

—Estoy desolado, señora. Yo no me imaginé lo que quiso decir y espero conocer a fondo mis deberes para no disimularle nada; he aportado a la policía toda la ayuda de que fuí capaz.

La señora Ackroyd guardó silencio y yo añadí:

—Verdaderamente.

Comencé a comprender lo que todo eso significaba.

—Nadie puede pretender que no he procedido como yo debía. — dijo al cabo de un rato mi interlocutora. — y estoy segura de que el inspector Raglan está satisfecho. ¿Por qué entonces ese extranjero se agita así? Además es ridículo; parece una de esas caricaturas que se ven en los diarios franceses. No me doy cuenta por qué Flora ha querido introducirlo en este asunto. Ella no me dijo nada y procedió por su cuenta. Además es demasiado independiente. Yo soy una mujer de experiencia y luego soy su madre; hubiera debido consultarme.

Yo escuché, sin decir nada.

—¿Qué cree él? Es lo que yo quisiera saber. ¿Se imagina realmente qué oculto ¿ go? Posiblemente ayer me acusaba.

Me encogí de hombros y respondí:

—Eso no tiene importancia, señora; pues-

PUCKY

to que no oculta usted nada, lo que el dijo no se aplica a usted.

La señora Ackroyd tomó según su costumbre un camino torcido.

—Los sirvientes son tan fastidiosos — dijo — charlan entre ellos. luego eso se desparrama por los alrededores, y a lo mejor lo que ha pasado no tiene ningún significado.

—¿Los sirvientes han charlado? — le dije. — ¿Sobre qué?

La señora Ackroyd me dirigió una mirada tan penetrante que me sentí molesto.

—Creía que lo sabía usted doctor. ¿No ha estado usted siempre con el señor Poirot?

—Efectivamente.

—Entonces usted está al corriente. Ursula Bourne, ¿verdad? Naturalmente, ella se va, en consecuencia tratará de crearnos todas las dificultades que pueda; todas tienen la misma maldad. Entonces, doctor, ya que estaba usted presente debe saber lo que ella dijo. No tengo deseos de que corran rumores erróneos. En suma, no es necesario confiar el menor detalle a la policía. A veces hay asuntos de familia... y no tienen nada que que ver con el crimen. Pero si esa muchacha ha contado toda clase de cosas...

Me daba cuenta de que una verdadera ansiedad se ocultaba bajo ese diluvio de palabras. Poirot tenía razón. Entre las seis personas que la víspera se hallaban alrededor de la mesa, la señora Ackroyd, al menos, tenía algo que ocultar. Yo tenía que descubrirlo.

—En su lugar, señora — dije bruscamente — yo haría una confesión completa.

Lanzó un pequeño grito.

—¡Oh! ¡Doctor! ¿Cómo me puede decir usted eso? Parecería que... que... sin embargo puedo explicarle todo fácilmente.

—¿Entonces, porqué no hacerlo? — sugerí.

La señora Ackroyd exhibió un pañuelo bordado y se puso a llorar.

—Pensaba doctor, que podía usted hacer comprender las cosas al señor Poirot..... ¡Es tan difícil a un extranjero penetrar nuestra mentalidad! Pero usted no sabe, nadie sabe lo que he tenido que soportar; un martirio, un largo martirio, tal ha sido mi vida. Me es desagradable hablar mal de un muerto sin embargo, debo decir la verdad; las más pequeñas facturas eran verificadas con cuidado, como si Roger no hubiera sido, como me dijo ayer Hammond, uno de los hombres más ricos del Condado.

Se detuvo para secarse los ojos con el pañuelo bordado.

—¡Esas facturas horribles! No hubiera querido mostrárselas a Roger: ¡Los hombres comprenden tan mal ciertas cosas! Hubiera dicho que las compras que yo hacía no eran necesarias.

Me miró con aire suplicante como si esperara recibir de mí, mis condolencias.

—A menudo ocurre eso — declaré.

—Las reclamaciones se hacían apremiadoras; le aseguro, doctor que eso me ponía terriblemente nerviosa; ya no podía dormir y tenía terribles palpitaciones. Al fin recibí una carta de un escosés, o más bien dicho dos cartas, pues ambas me eran dirigidas por escoceses una era de Mr. Bruce Mac Pherson y la otra de Colin Mac Dónal. ¡Extraña coincidencia!

—No puede decirse que eso sea una coincidencia — dije secamente. — Son habitualmente escoceses quienes escriben así, aunque les supongo una ascendencia semítica.

—Diez libras por diez mil bajo una simple firma — murmuró la señora Ackroyd — respondí a uno de ellos pero parecieron surgir dificultades.

Se detuvo y comprendí que llegábamos al punto delicado. Jamás he visto persona más difícil para ser conducida al fin.

—Usted comprende — añadió la señora Ackroyd — todo es cuestión de esperanzas... de esperanzas testamentarias. Pensé naturalmente que Roger tomaría disposiciones sobre mí, pero no estaba segura. Pensé entonces que si podía echar una ojeada sobre el testamento, sin ningún sentimiento de vulgar curiosidad, podría arreglar en seguida mis negocios.

Me miró. La situación era embarazosa. Felizmente las palabras utilizadas con discernimiento podían servir para enmascarar ciertas fealdades.

—No podría confiar esto más que a usted, doctor Sheppard — me dijo. — pues estoy segura de que usted no me juzgará mal y que sabrá usted mostrar las cosas al señor Poirot como ellas son realmente. Bueno, el viernes a la tarde...

Hizo una pausa y vaciló. Yo la animé:

—El viernes a la tarde...

—Todos habían salido, al menos yo lo creía. Entré en el escritorio de Roger — tenía realmente necesidad de ir — quiero decir que no lo hacía a escondidas, pero vi todos los papeles apilados sobre el escritorio y mi espíritu fué bruscamente atravesado por este pensamiento: ¿El testamento de Roger estará en un cajón? Soy muy impulsiva siempre lo he sido, y obedecí a mi primer movimiento. El había olvidado, imprudentemente, sus llaves en la cerradura del primer cajón.

—Comprendo — dije para ayudarla. — ¿Registró usted el escritorio y encontró el testamento?

La señora Ackroyd lanzó un nuevo grito y me di cuenta de que no había procedido con diplomacia.

—Sí parece que tuviera que ser así, pero las cosas hon ocurrido en otra forma.

—Realmente — repliqué. — Perdone mi lamentable manera de hablar.

—Usted comprenderá que si yo hubiera estado en lugar de Roger me hubiera sido indiferente dejar conocer las cláusulas de mi testamento; pero los hombres son tan misteriosos que hay que buscar el recurso de pequeños subterfugios para defenderse.

—¿Y cuál fué el resultado del pequeño subterfugio?

—Voy a decírselo: en el momento en que abría el cajón de abajo, entró Ursula Bourne. Fué muy molesto. Cerré el cajón me erguí y atraje su atención sobre un poco de polvo que había sobre el escritorio: pero su actitud me desagradó. Permaneció respetuosa y sin embargo sus ojos tuvieron un resplandor malvado, casi desdeñoso. Nunca me ha gustado esa muchacha; es una buena sirvienta; habla en tercera persona, no se queja

de llevar la cofia y el delantal, lo que es muy raro en estos tiempos, sirve la mesa correctamente... pero ¿por dónde iba?

—Me decía usted que apesar de esas cualidades no le agrada Bourne.

—En efecto, es rara, diferente a las otras; según mi opinión está bien educada; en nuestros días no puede distinguirse una sirvienta de una dama.

—¿Qué pasó entonces?

—Nada o más bien, entró Roger y me preguntó ¿qué ocurre?

Yo le respondí.

—He venido a buscar el "Punch". Tomé el "Punch" y salí. Bourne quedó en la pieza y la oí preguntar a Roger si podía conversar un poco con él. Me fuí a mi cuarto para no oír pues estaba trastornada.

Hubo un silencio.

—¿Explicará usted todo esto al señor Poirot verdad? Además puede usted mismo darse cuenta que insignificante es. Sólo, cuando ese detective se mostró tan severo hablándonos de lo que deseábamos ocultar me acordé de ese incidente. Es posible que Bourne haya hecho alguna historia extraordinaria pero ¿pondrá usted las cosas en claro, verdad?

—¿Es todo? — pregunté. — ¿No me oculta usted algo?

—No... no... — respondió la señora Ackroyd, luego con más firmeza volvió a decir. — ¡No!

Pero yo había notado su vacilación y estaba seguro de que no me decía todo. Fué con una especie de intuición que le hice esta pregunta:

—Señora ¿dejó usted la vitrina abierta?

Enrojeció violentamente.

—¿Cómo sabe usted?

—¿Entonces fué usted.

—Si... yo... había allí algunos objetos interesantes. Acababa de leer un estudio sobre eso, acompañado de la fotografía de un bibelot que había sido pagado muy caro por Christy y que me parecía semejante a uno de los que contenía la vitrina. Tuve idea de llevarlo la primera vez que fuera a Londres y... y hacerlo avaluar. ¿Se imagina usted que agradable sorpresa hubiera sido para Roger si tuviera un gran valor?

Me abstuve de todo comentario y acepté el relato de la señora Ackroyd. Me guarde de preguntarle porque se había creído obligada a tomar así a escondidas el objeto que quería.

—¿Por qué dejó la tapa abierta? ¿Se olvidó de cerrar?

—Me sorprendí — dijo — oí un ruido en la terraza. Salí del salón y llegué al primer piso en el momento en que Parker le abría a usted.

—Debía ser miss Russell — dije pensativamente.

La señora Ackroyd acababa de hacerme una revelación interesante. Sus intenciones reales sobre el bibelot de plata me dejaban indiferente. Lo que importaba era el hecho de que miss Russell había debido entrar al salón por la puerta ventana y no me equivocaba al suponer que estaba jadeante porque había corrido. ¿De dónde venía? Pensé en el pabellón y en el pedazo de linón.

—¿Los pañuelos de miss Russel son almidonados? — exclamé sin reflexionar.

Un sobresalto de la señora Ackroyd me volvió en mí y me levanté.

— ¿Piensa usted que podrá explicar todo al señor Poirot? — me preguntó con ansiedad.

—¡Oh! Completamente — le dije.

Pude al fin escaparme después de oír una nueva justificación de su conducta.

La mucama estaba en el vestíbulo y fué quien me ayudó a ponerme el sobretodo. La miré más atentamente de lo que había hecho hasta entonces y vi claramente que había llorado.

—¿Cómo es que nos dijo usted que había sido llamada el viernes al gabinete del señor Ackroyd? Acabo de saber que fué usted quien le pidió una entrevista.

La mirada de la joven se bajó ante la mía, luego contestó con voz temblorosa:

—De todos modos pensaba irme.

No agregué nada y ella me abrió la puerta pero en el momento que iba a salir me dijo de pronto en voz baja:

—Señor, disculpe... ¿tienen noticias del capitán Paton?

Sacudí negativamente la cabeza, mirándola

—Debiera venir — dijo ella. — Realmente debiera venir.

Clavaba en mí sus ojos suplicantes.

—¿Nadie sabe dónde está? — preguntó.

—¿Y usted? ¿Lo sabe usted? — respondí vivamente.

—No, no sé nada, pero cualquiera que se interesara por él diría lo mismo; debiera venir.

Me detuve pensando que no se detendría allí. Su siguiente pregunta me asombró:

—¿Cuando piensa usted que fué cometido el crímen? ¿Antes de las diez?

—Es lo que se cree — declaré. — Entre diez menos cuarto y diez.

—¿Antes no? ¿No antes de las diez menos cuarto?

La miré atentamente. ¡Deseaba una respuesta afirmativa!

—No hay duda — dije — Miss Ackroyd ha visto a su tío vivo a las diez menos cuarto.

Se dió vuelta y pareció desfallecer.

—Es una bella criatura — pensé mientras me iba.

Carolina estaba en la casa. Había recibido la visita de Poirot y estaba llena de importancia.

—Lo ayudo a aclarar el misterio — me dijo.

Me sentí inquieto. Carolina es ya naturalmente terrible ¿pero cómo se pondría ahora qué tenía quién le animara sus instintos de detective?

—¿Han dado un paseo en busca de la misteriosa muchacha que estaba con Ralph Paton?

—Hubiera podido hacerlo por mi propia iniciativa — dijo Carolina — Pero hay un punto particular que el señor Poirot me pidió que le aclare.

—¿Cuál?

—Desea saber si los zapatos de Ralph Paton eran negros o marrones — declaró Carolina con tono solemne.

La miré. Ahora me doy cuenta que he sido

extraordinariamente poco perspicaz en eso de los zapatos, pues no comprendí.

—Eran marrones — dije, — yo los vi.

No eran zapatos "James", sino botines. El señor Poirot quiere saber si un par de botines que Ralph tiene en el hotel eran marrones o negros. Es de gran importancia.

—Si quieres puedes dudar de mi inteligencia pero. ¿Cómo vas a descubrirlo?

Carolina declaró que no era difícil. La mujer amiga de nuestra sirvienta Annie era Clara, mucama de miss Ganett. El novio de Clara era el lustrador de calzado de los "Tres Pavos", todo era pues muy simple y gracias a la complicidad de miss Ganett que dió permiso a Clara la cosa fué rápidamente resuelta.

Nos sentamos para almorzar cuando Carolina me dijo con falsa indiferencia:

—A propósito de los botines de Ralph Paton...

—¡Bien! ¿Qué?

—El señor Poirot creía que eran marrones, estaba equivocado; eran negros.

Carolina bajó varias veces la cabeza. Estimaba que tenía una ventaja sobre el detective. No le contesté, pues trataba de comprender que relación podía tener con el crímen el color de las zapatos de Ralph Paton.

Capítulo XV

GEOFFROY RAIMUNDO

Ese día debía tener una nueva prueba del éxito de la táctica de Poirot. El desafío que nos sabía hecho, en cierto modo, demostraba el gran conocimiento que tenía del corazón humano. El temor o el sentimiento de su culpabilidad habían arrancado a la señora Ackroyd la verdad.

Cuando volví a la tarde, después de mis visitas médicas, Carolina me dijo que Geoffroy Raimundo acababa de irse.

—¿Deseaba hablarme? — pregunté mientras colgaba mi sobretodo en el vestíbulo.

—Quería ver al señor Poirot — respondió Carolina — y fué a "Meleges" pero el señor Poirot había salido y el señor Raimundo pensó que estaba aquí o que tú sabías donde estaba.

—No tengo la menor idea.

—He querido hacerle esperar, pero me dijo que volvería a "Meleges" dentro de media hora y se fué para el pueblo. Es una lástima pues el señor Poirot ha vuelto cinco minutos después de su partida.

—¿Ha venido aquí?

—No, entró en su casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto por la ventana de la parte de atrás de la casa — respondió brevemente Carolina.

Creía que ya habíamos concluido esa conversación, pero no era esa la opinión de mi hermana.

—¿No vas a ir?

—¿Dónde?

—Pero, a "Meleges".

—¿Para qué?

—El señor Raimundo deseaba ver al señor Poirot podrías averiguar para qué.

—La curiosidad no es mi principal defecto — respondí fríamente, puedo vivir sin saber lo que hacen o piensen mis vecinos.

—Vamos pues, James — dijo mi hermana — tú deseas saberlo tanto como yo, pero no tienes la franqueza de decirlo, eso es todo y por eso tomas esa actitud.

—¡Vamos, Carolina!

Entré en mi escritorio.

Diez minutos más tarde, mi hermana golpeó a la puerta y entró, trayendo en la mano un objeto que parecía un frasco de dulce.

—James — me dijo — ¿no te molestaría llevar esta jalea de níspero al señor Poirot? Se la he prometido; me dijo que nunca ha comido.

—¿No puede ir Annie? — pregunté fríamente.

—Está limpiando y no quiero molestarla Carolina y yo nos miramos.

—Está bien — dije levantándome — pero lo dejaré en la puerta. ¿Comprendes?

Mi hermana hizo una mueca.

—Naturalmente — me dijo — ¿quién te ha propuesto hacer otra cosa?

Carolina quedaba con los honores de la guerra.

—Si por casualidad ves al señor Poirot — añadió cuando yo abría la puerta de calle — podrías hablarle de los botines.

Ese tiro final era hábil pues yo deseaba vivamente comprender el enigma que significaba para mí esa cuestión de los botines, por eso cuando la sirvienta de cofia bretona me abrió la puerta, me sorprendí al oírme preguntar maquinalmente si el señor Poirot estaba en su casa.

Este se levantó para venir a mi encuentro con todas las apariencias de la cordialidad.

—Siéntese amigo — me dijo. — ¿Quiere ese sillón o una silla? ¿Hace demasiado calor aquí?

Encontré que la temperatura era sofocante pero me guardé de decirlo. Las ventanas estaban cerradas y un gran fuego ardía en la chimenea.

—Los ingleses tienen la manía del aire fresco — dijo Poirot. — El aire está en el exterior de la casa. ¿Para qué hacerlo entrar? Pero dejemos estas tonterías. ¿Me tiene que decir algo?

—Sí — dije. — Primero le entregaré esto que mi hermana le envía.

Le tendí el tarro de mermelada de níspero.

—¡Qué amable es la señorita Carolina! Ha recordado su promesa... ¿qué más?

—Un informe.

Le conté mi entrevista con la señora Ackroyd. Escuchó con aire interesado, pero sin parecer dar gran importancia a mi relato.

—Esas revelaciones tienen cierto valor, pues confirman, las declaraciones de la gobernanta. Recordará usted lo que ella nos ha dicho; que encontró la tapa de la vitrina abierta y la cerró al pasar.

Pero afirmó que había ido al salón para ver si las flores estaban bien.

—¡Oh! Nunca hemos tomado eso en serio ¿Verdad mi amigo? Era una excusa inventada en el momento por una mujer que ha juzgado urgente explicar su presencia aunque eso, sin duda no le hubiera parecido

a usted anormal. Había creído que su agitación venía de que había tocado la vitrina pero ahora pienso que había otra causa.

—Sí dije. — ¿Con quién se había visto y por qué?

—¿Cree usted que fué al encuentro de alguien?

—Si lo creo.

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—Yo también — dijo gravemente.

—A propósito, mi hermana me ha encargado una comunicación para usted: los botines de Ralph Paton eran negros y no marrones.

Lo examiné atentamente mientras hablaba y me pareció ver una expresión fugitiva de desazón que pasaba por su semblante, pero duró el tiempo de un relámpago.

—¿Está completamente segura de que no son marrones?

—Absolutamente.

—¡Ah! — dijo Poirot como a disgusto — es extraño — y parecía desolado.

No me dió ninguna explicación y cambió en seguida de conversación.

—¿Es indiscreto preguntarle lo que pasó entre usted y miss Russell cuando ella fué a verlo, el viernes a la mañana, a parte de las cuestiones médicas, naturalmente.

—No. Después de la consulta, hablamos de venenos durante algunos minutos, sobre la forma de reconocerlos, luego de estupefacientes y de aquellos que se suministran.

—¿En particular de la cocaína? — preguntó Poirot.

—¿Cómo sabe usted? — repliqué un poco sorprendido.

Por toda respuesta el pequeño hombre atravesó la habitación y fué hacia una mesa donde se apilaban varios diarios. Me trajo un número del "Daily Budget "con fecha del viernes 16 de Septiembre y me señaló un artículo sobre los reducidores de cocaína. Era un artículo de sensación, escrito en un estilo de mucha imaginación.

—He aquí lo que despertó la idea de la cocaína en el espíritu de miss Russell, amigo — dijo Poirot.

Lo hubiera interrogado más aún, pues no comprendía bien lo que pensaba pero en ese momento, la puerta se abrió y anunciaron a Raimundo.

Entró, cordial como siempre y nos saludó.

—¿Cómo le va, doctor? Señor Poirot, es la segunda vez que vengo esta mañana. Tenía prisa por verlo.

—Haría bien, sin duda, en retirarme — dije bastante torpemente.

—No por mí, doctor. He aquí de que se trata — añadió sentándose a invitación de Poirot — tengo que hacer una confesión.

—¡De verdad! — dijo Poirot con amable interés.

—¡Oh! no tiene gran importancia; pero mi conciencia me atormenta desde ayer. Usted nos acusó a todos de ocultar algo. Yo me declaro culpable, he disimulado un detalle.

—¿Cuál señor Raimundo?

—Como le dije no tiene gran importancia; estaba muy endeudado y ese legado me saca de apuros; esas quinientas libras me liberan y me dejan aún un excedente.

Nos miró sonriendo con su manera tan franca y que tan simpático lo hacía.

—Usted me comprende. Ese policía, que sospecha de todos me impedía confesar que andaba escaso de dinero; temía despertar su desconfianza. Pero es insensato pues Blunt y yo estábamos en la sala de billar a partir de las diez menos cuarto, lo que da una buena coartada. Sin embargo, cuando usted exclamó que todos ocultábamos algo, he sentido un escrúpulo y quise descargar mi conciencia.

Se levantó y sonrió de nuevo.

—Es usted un muchacho muy razonable — díjole Poirot dirigiéndole una mirada de aprobación. — Ya ve usted, cuando una persona no me dice toda la verdad, yo me imagino siempre que oculta un hecho grave. Ha hecho usted bien al proceder así.

—Me siento feliz al saberme disculpado — dijo Raimundo riendo — me voy.

—¡Vaya! — dije yo cuando la puerta se cerró tras el joven secretario.

—Sí — dijo Poirot — una bagatela — pero si no hubiera estado en la sala de billar... ¿quién sabe? Después de todo ¡Qué de crimenes han sido cometidos por menos de quinientas libras! Todo depende de la suma necesaria para tentar a un hombre. Es cuestión de relatividad. ¿Ha reflexionado usted que muchas personas en esa casa, debían aprovechar la muerte del señor Ackroyd: la señora Ackroyd, miss Flora, el joven Raimundo, la gobernanta, miss Russell. El único que no obtiene ningún beneficio es el mayor Blunt.

Su tono, al pronunciar estas palabras, era tan extraño que lo miré intrigado.

—No lo comprendo...

—Dos de los que yo he acusado de no ser absolutamente sinceros ya han dicho la verdad.

—¿Cree usted que el mayor Blunt tiene también algo que ocultar?

—En cuanto a eso — respondió Poirot — ¿no se dice que los ingleses no ocultan más que una cosa; su amor? Debo reconocer que el mayor Blunt disimulaba bastante mal.

—Me pregunto si sobre ese punto no nos habremos apresurado mucho.

—¿Sobre cuál?

—Siempre hemos pensado que la persona que extorsionaba a la señora Ferrars fué la misma que asesinó a Ackroyd. ¿No podríamos estar equivocados?

Poirot hizo un gesto enérgico con la cabeza.

—Muy bien, muy bien. Es posible; ya me había preguntado si a usted no se le ocurriría esto. Puede ser pero hay un hecho que debemos recordar: la carta ha desaparecido. Sin embargo, como usted dice, eso no significa necesariamente que el asesino la haya tomado.

Porque cuando usted descubrió el cuerpo, Parker puede haberla sustraído sin que usted lo notara.

—¿Parker?

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

A la cabecera de la cama tiene una olla con agua, señorita!

—Se volcó.

Río Kid permaneció indeciso. Pensó en apoderarse de la muchacha mestiza y amordazarla. Pero la serenidad de doña Juana fué en su ayuda.

Concepción se levantó de la cama y tomó la olla marchando con ella fuera de la tienda.

Inmediatamente oyó una voz que decía.

—¡Espéreme! ¡Yo saldré antes de que vuelva! Ella tardará lo menos cinco minutos.

—¡Aquí aguardo, señorita!

Río Kid corrió hasta el lugar donde había escondido a Ramón. Pero el mejicano seguía sin moverse. En el campamento no había señal alguna de alarma.

La aparición de la mestiza para llenar de agua la olla, no había extrañado a nadie.

Oyó unos pasos junto a él. Era la muchacha texana. Llevaba un rebozo que le ocultaba casi por completo el rostro. Pero estaba tranquila.

—¡Pronto! — exclamó.

—¡Por aquí, señorita! — dijo Río Kid.

Tomándola de la mano desapareció con ella entre las sombras. Para Río Kid cuyos ojos parecían los de un gato, era cosa fácil orientarse entre las sombras. Así salieron del bosque sin ser oídos.

La alarma se produciría cuando Concepción regresara a la tienda y hallara que la prisionera había desaparecido. No había por lo tanto un segundo que perder.

Ya en la llanura, Río Kid, llevando de la mano a la joven, se encaminó a la carrera hacia el lado donde se veía la gran planta de cactus, que indicaba el lugar en que había dejado su caballo.

Río Kid, lanzó un silbido apagado. Instantáneamente apareció el caballo gris que se detuvo a su lado.

—Vamos a tener que montar los dos en él. Yo hubiera querido poder conseguir otro caballo más, pero no era posible detenerse para no ser sorprendido.

—¡Ya está! — exclamó la joven.

Del lado del bosque se había oído un disparo y a él siguieron varios otros.

—¡Ya han descubierto mi fuga! — murmuró la muchacha.

—Sí, señorita. Y creo que lo mejor es no perder tiempo alguno, — dijo friamente el vaquero. — Montemos.

No creo que lograrán descubrir nuestro camino en la oscuridad y Coceador es un admirable caballo aun cuando lleve carga doble.

—Marchemos en seguida. No quiero que se derrame sangre. Si nos descubre don Alvaro, acaso tenga necesidad de herirlo o darle muerte, y yo no quiero que ni usted ni él sufran daño alguno...

La muchacha estaba deseosa de que el vaquero que se exponía por salvarla no sufriera daño alguno... pero al mismo tiempo, no sin cierto asombro por parte de Río Kid, no quería que don Alvaro pudiera ser herido o muerto.

En el campamento se habían despertado ya todos y se preparaban caballos y armas para iniciar la persecución. Los disparos continuaban en la oscuridad.

Río Kid, levantó a su compañera hasta la silla y luego montó él. Un tirón de riendas demostró al caballo que debía ponerse en marcha y el noble animal partió al galope.

El ruido de sus cascos al chocar contra el duro suelo, debió sin duda ser oído por los mejicanos, pues sonaron detonaciones en

aquella dirección, y luego el galopar de los otros caballos que venían hacia aquel lado.

Pero la oscuridad era una buena protectora para los fugitivos, que montaban además un buen animal, que supo dejar pronto atrás a los que los perseguían.

EL RASTRO

Río Kid marchaba lentamente a la luz de las estrellas que comenzaban a palidecer al acercarse la aurora.

El noble y poderoso animal aun siendo fuerte como era, comenzaba a manifestar señales de cansancio. Hasta el mismo Río Kid, cuyos nervios parecían de acero, se hallaba fatigado. Coceador había manteniido valerosamente su galope, a pesar de ir con carga doble.

Pero Río Kid empezaba a pensar que ya no había motivo para apresurarse.

Hacía varias horas que habían partido del bosque que se hallaba a regular distancia en el desierto. En ese tiempo el noble caballo había recorrido muchas millas. No dudaba Río Kid de que don Alvaro y sus hombres tratarían de encontrarlo, pero en la endurecida arena del desierto eran muy pocas las señales que habían dejado de su paso, y si de día era difícil descubrirlas, de noche resultaba imposible.

Cuando al llegar el día, los mejicanos se pusieran en su persecución, ya se encontrarían a más de veinte millas de distancia, y con esa ventaja y su excelente caballo Río Kid no temía a don Alvaro Alvarado.

Se sentía satisfecho por haber salido con bien en principio de su hazaña, y más satisfecho aún por no haberse visto precisado a emplear las armas. Había rescatado a doña Juana y eso era todo lo que deseaba.

La joven texana estaba dormida.

Fatigada por la larga marcha en la oscuridad, se había dormido, y Río Kid la sostuvo cuidadosamente. Su cabeza estaba apoyada en el hombro del muchacho y éste la sostenía con el brazo izquierdo mientras que con el derecho manejaba las riendas.

Las naturales sacudidas del animal al galopar no la molestaban mayormente. Mientras dormía, sus labios pronunciaron algunas palabras y entre ellas Río Kid oyó claramente el nombre de "Alvaro". ¡El nombre del mejicano que la había sacado de Pajito!

El vaquero de Texas quedó sorprendido al oírlo.

Suponía que la muchacha debía estar resentida con el mejicano que la había sacado de su casa, y sin embargo pronunciaba su nombre con una sonrisa que más bien era de satisfacción.

Río Kid no la comprendía.

Pero es cierto también que comprendía muy poco acerca de las mujeres. Sabía mucho de caballos y de armas y de sierras y llanuras... pero de mujeres, no. ¡Resultaban un misterio para él!

La muchacha de Texas le había pedido auxilio y él la había rescatado del poder del hacendado mejicano, y cuando creía que se debía manifestar satisfecha por ello, la oía pronunciar su nombre casi con cariño.

Se encogió de hombros. Su misión ahora era conducir a la muchacha a su casa de Pajito y entregarla a su tutor, que sabía la andaba buscando por el desierto. Una vez hecho esto, quedaba en libertad de seguir su camino y marchar a donde le pareciera más conveniente, posiblemente hacia el Norte. Río Kid estaba ya cansado de Méjico y pensaba en regresar de nuevo a su país. ¡Sentía la nostalgia de Río Grande!

Hasta que se hiciera de día no podía pensar en tratar de buscar el camino para ir a Pajito. El sabía que ese pueblo se hallaba hacia el Sur y en aquella dirección había marchado al alejarse del bosque. Pero había que recorrrer muchas millas antes de llegar al borde del desierto de Sonora. Lo menos un día y una noche, antes de encontrar a los que iban buscando a doña Juana.

No marcaba dirección alguna al caballo, pues había comprendido que el animal había olfateado agua. El desierto de Sonora era completamente desconocido para el muchacho, y pensaba con razón que el instinto del animal haría en aquel caso mucho más de lo que pudiera hacer él.

Los primeros rayos del sol empezaban a iluminar la desierta extensión cuando Río Kid se convenció de que Coceador había olfateado agua. Allá a la distancia, entre un grupo de cactus, debía encontrarla. Fatigado como estaba, el animal aceleró la marcha. Río Kid tuvo intenciones de desmontar y facilitar la obra del caballo, pero no quería despertar a la joven, que continuaba durmiendo. Hasta que llegaron al manantial no desmontó.

Se hallaba entre un grande y profundo charco lleno de agua cristalina que debía llegar desda algún punto desconocido, cuando no de la profundidad de la misma tierra, Coceador hundió la cabeza en aquel lago y bebió largamente. Río Kid esperó hasta que el animal hubo satisfecho su sed y luego despertó con cuidado a la joven y echaron pie a tierra.

Juana al pronto pareció sorprendida; evidentemente no se daba cuenta exacta de la situación y se creía durmiendo aún en la tienda de don Alvaro.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

Su mirada se volvió hacia Río Kid y con un movimiento instintivo se apartó.

—Hemos encontrado un manantial en el desierto, señorita, — respondió cortesmente Río Kid. — Y nos hallamos como a unas veinte millas de distancia de los mejicanos secuestradores.

—De don Alvaro, querrá usted decir, de don Alvaro.

—Seguramente.

La mirada de doña Juana se dirigió hacia el lado por donde salía el sol. Todavía reinaba en el desierto el frío de la noche. Tenía que pasar aún algún tiempo para que empezara a sentirse su calor.

—¿Nos siguen?

Río Kid sonrió.

—Creo que don Alvaro hará cuanto pueda por encontrarnos... Pero no tema, no le conseguirá. No encontrarán nuestro rastro y aun cuando lo hallaran, no lograrán lo que desean.

Río Kid sacó un jarro y lo llenó de agua fresca y transparente. Luego se lo ofreció a la muchacha. Juana le agradeció la atención con un gracioso movimiento de cabeza y bebió.

—Vamos a acampar aquí por algún tiempo, señorita, — dijo Río Kid. — Considero que usted necesita algún descanso. Después nos pondremos de nuevo en camino hacia Pajito. Si hubiéramos tenido otro caballo hubiéramos marchado más ligero, pero no contamos más que con Coceador y no se ha portado muy mal. No tenga temor alguno que usted quedará pronto en poder de su tutor y del alcalde de Pajito.

—Estoy segura de que me andan buscando, — dijo la joven.

—¡Ya lo creo! ¡Yo también tengo la seguridad de ello!

Juana lo miró.

—¿Acaso los ha visto usted, señor Carfax?

—Si no los he visto a ellos, he visto sus fantasmas, — respondió riendo el muchacho. — Ayer fuí víctima de un espejismo y creo que los que ví son ellos. ¿Su tutor, el señor Handerson, no es un hombre alto, con una gran mandíbula y unos ojos que le relucen como el azabache?

Juana sonrió.

—En efecto. Así es.

—¿Y su amigo, el alcalde de Pajito, es un hombre grueso, con barba negra?

—¡Sí, sí!

—Entonces esos son los que yo he visto. Iban, además como treinta hombres y andan seguramente buscándola. Deben hallarse en alguna parte del desierto y los hemos de encontrar para que se considere usted más segura que a mi lado.

—Sí. Es necesario que los encontremos. Ellos andan buscando a don Alvaro y si lo encuentran pelearán y correrá la sangre. ¡Si yo pudiera evitarlo!...

—¡Ya está! — exclamó de pronto Río Kid, quien estaba observando los alrededores.

—¿Qué?

—Discúlpeme, señorita, que la haya interrumpido. Pero creo que lo que vamos a hacer es buscar en seguida a sus amigos en lugar de dirigirnos a Pajito. Aquí se ve un rastro...

—¿Un rastro?

Río Kid hizo un gesto de asentimiento.

—La gente que la anda buscando ha venido también aquí. Noto huellas que me demuestran la presencia de muchas personas. ¡Quédese aquí un momento que yo voy a ver!...

Dejando a doña Juana junto al caballo, él reconoció los alrededores. Se notaban, en efecto, a poca distancia, las pisadas de varios caballos y mulas que sin duda habían estado apagando su sed, allí en el charco. No menos de cuarenta animales habían estado el día anterior, y luego las pisadas se notaban en dirección del Oeste.

Río Kid reflexionó.

—Creo que aquélla es la dirección que han seguido sus amigos, señorita, — dijo. — Van en dirección del Oeste. Supongo que podremos encontrarlos antes de que se haga de noche.

Juana hizo un gesto de temor.

—¿Están en el camino que sigue don Alvarado? — preguntó con angustia.

Río Kid sacudió la cabeza.

—¡En absoluto, señorita! Creo que no han descubierto el rastro que ha dejado su secuestrador. Ellos han seguido hacia el Norte, y los hombres del alcalde de Pajito van hacia el Oeste. Jamás se encontrarán con don Alvarado siguiendo así.

La joven lanzó un suspiro de alivio.

—¿En ese caso no pelearán, no habrá sangre ni muertos?...

—No, señorita.

—Vamos.

—¿No descansamos un poco?

—¡No, no. ¡Ya descansaré cuando hayamos encontrado a mis amigos, — exclamó la joven. — Vamos en seguida. Quiero que los alcancemos pronto.

—Eso es fácil. No viajan muy de prisa, — explicó el muchacho. — Yo lo pude apreciar así cuando se predujo el miraje.

—¡Entonces, vamos!

Río Kid acarició el cuello de su caballo.

—¡Hay que hacer un nuevo esfuerzo, caballo mío!

Y con la joven texana en la silla y Río Kid caminando a un lado, el caballo se alejó del manantial.

EL CAMPAMENTO EN EL DESIERTO

—¡Caramba! ¡Qué calor hace! — exclamó José Velázquez, el alcalde de Pajito, secándose el sudor que corría por su frente.

En realidad, lo hacía.

Los rayos del sol caían ya con fuerza sobre el duro suelo del desierto. Caballos, mulas y hombres se hallaban inmovilizados. Los semblantes de los mejicanos parecían más sombríos bajo las enormes alas de sus sombreros.

Habían hecho alto al mediodía. A esa hora de mayor calor, ningún mejicano pensaba en seguir la marcha.

El norteamericano Manderson, que no podía resignarse a la inacción, se tenía que contentar con observar el horizonte en todas direcciones provisto de unos gemelos de campaña.

Cada día que había transcurrido desde que se pusieron en persecución de don Alvarado, sin encontrarlo, ponía de peor humor al norteamericano. Pero se desesperaba en vano.

Don Alvaro y sus vaqueros habían desaparecido sin dejar rastro en el desierto, y lo que era peor, se habían llevado con ellos a doña Juana. Y por largos días la busqueda había resultado infructuosa.

Como no había buenos rastreadores en el grupo que iba con el alcalde caminaba a la ventura y en esas condiciones resultaba muy difícil que pudieran hallar a los que buscaban.

—Ya los encontraremos amigo, — decía el grueso alcalde. — Tarde o temprano daremos con ellos. !Caramba! No pienso abandonar la caza hasta que hayamos encontrado a don Alvaro y podamos volver con la señorita a Pajito. ¡Entonces mis hombres colgarán al pícaro de algún árbol!

—¿Por qué no reanudamos la marcha? — exclamó Manderson.

—¿Con este calor?

—No los vamos a encontrar, si nos quedamos quietos aquí.

Don José Velázquez se encogió de hombros.

—¡Vea señor! Yo amo a la señorita que ha de casarse conmigo — dijo. — ¡Pero considero que hace mucho calor!...

Y comenzó a hacerse aire con el sombrero. Manderson murmuró un juramento y volvió a mirar con sus gemelos. Pero el desierto no dejaba ver más que plantas de cactus y yuca.

—¡Yo amo a la señorita Juana! — continuó don José, con ridículo sentimiento. — ¿Acaso no va a ser ella la señora de Velázquez? ¡Pero con este calor!...

El norteamericano volvió a maldecir y a observar el desierto. De repente dió un respingo.

—¿Qué es aquello?

—¿Ha visto algo, señor? — preguntó el alcalde sin moverse.

—¡Sí!

—¿Algún piel roja?

—¡Un jinete! — respondió Manderson, mirando hacia lo lejos. — ¡Viene hacia aquí!

—Algún vagabundo del desierto. Acaso pueda darnos noticias de lo que buscamos. Pero ya le preguntaremos cuando llegue. ¡Hace mucho calor para moverse!

Manderson manifestó de nuevo su impaciencia.

—¿Y es así como espera usted ganar el corazón de la señorita, don José? ¡Ella se encuentra en poder de un canalla!...

—¡El señor Alvarado no es un canalla, señor! — protestó débilmente el alcalde. — Es un loco romántico. Jamás hará daño algu la señorita. Está enamorado de ella, y hace la de un noble caballero que la aleja de mí. Y contado todo lo que ocurre, dudo mucho que ñorita tenga deseos de volver al lado de su

¡Juana! ¡Al fin te h

daño alguno a la parte y si tu

ado! — exclamó Manderson.

Mucho me temo que en ese caso desee ser la esposa de Velázquez. Manderson no dijo palabra alguna. Su rostro manifestaba cada vez más preocupación, y observaba con sus gemelos el desierto.

—¡Es ella! — exclamó al fin.

—¿Quién?

—¡Doña Juana

—¿La señorita?

Don José se sentó debido a la impresión que le produjo la noticia. Pudo haberse puesto de pie, pero hacía mucho calor para hacer tanto desgaste de fuerzas.

—¡Sí, sí! — El rostro de Manderson demostraba gran excitación. Ahora puedo reconocerla bien, gracias a los gemelos. ¡Tome y mire!

—Es cierto. Camina con un hombre que marcha a pie junto al caballo que la conduce... un hombre que seguramente no es mejicano. ¿Qué puede significar esto?

—Ella fué sacada de Pajito por don Alvaro y su gente. Suponíamos que habían tomado el camino del desierto... Ahora estamos seguros de ello... Pero no podremos encontrarlos... ¿Qué puede haber ocurrido? — exclamó Manderson.

—¡En realidad es sorprendente esto! — agregó don José.

—Pero, por lo menos la hemos encontrado, don José.

—¡Hace mucho calor!

—¿Y pretende usted hacer creer que la ama?

—¡Ya lo creo! ¡La amo locamente y si no fuera por el calor!...

—Haga traer su caballo.

—¿Y usted desea que Juana sea la señora de Velázquez? ¿Acaso no me da usted a su pupila en matrimonio, a cambio de las concesiones de petróleo? ¿No es una cosa ya lista?

Manderson lo miró de pies a cabeza.

—Cuando estábamos en Pajito, la señorita se reía de mis pretensiones. Ella no estaba conforme con casarse con un hombre gordo y de cierta edad, aun cuando sea el hombre más rico de Sonora y pueda darle concesiones de petróleo a su tutor. Pero aquí, en el desierto, ya es una cosa diferente. Cuando regresemos a Pajito, doña Juana estará dispuesta a ser mi esposa, pues sabrá que con José Velázquez no se juega impunemente.

—Entonces vamos a buscarla.

—Eso ya es una cosa distinta... ¡El calor!...

Manderson lanzó un nuevo juramento y partió al galope hacia el desierto. Velázquez

se encogió de hombros y cerrando los ojos se dispuso a permanecer tranquilo esperando que regresaran los otros.

EN UNA EXTRAÑA COMPAÑIA

—¡Ahí viene alguien! — dijo Río Kid.

Juana asintió.

Habían divisado ya el campamento y notaron que había salido de él un jinete. Coceador marchaba al paso. A su lado iba Río Kid. Los dos manifestaban señales de cansancio.

—¡Nos han visto! — exclamó Juana.

—¡Seguramente!

—Y me parece que ese es mi tutor, Mr. Manderson, viene a nuestro encuentro. Los ojos del muchacho se habían fijado en el jinete que avanzaba. Indiscutiblemente era el mismo que él había visto en el espejismo. Pero si su rostro no le había sido muy simpático antes, ahora que lo veía más claramente, le resultaba aún más repulsivo. ¡Aquél no podía ser un hombre bueno!

—¿Es ese su tutor? — preguntó Río Kid.

—¡Sí!

—¿Acaso un pariente?

—No. Yo soy de Texas y el señor Manderson es de Nueva York. Pero era amigo de mi difunto padre y por eso fué nombrado tutor mío. Por eso estoy en Méjico. El señor Manderson tiene sus negocios en Sonora. Estamos en Méjico desde hace varios años.

—¿No es hacendado? — preguntó Río Kid, quien no podía suponer que un hombre como aquel pudiera ser ganadero.

—No. Mi tutor se interesa por el petróleo. Se dice que cerca de Pajito hay yacimientos petrolíferos tan valiosos como los de Tampico. Mi tutor espera obtener la concesión del gobierno para explotarlos. Cuando ese asunto quede listo nos marcharemos de Méjico.

Y la muchacha quedó pensativa.

Ya se oían las pisadas del caballo del jinete que se acercaba. Cuando Manderson se halló más cerca gritó.

—¡Juana!

Detuvo su caballo a cierta distancia. Río Kid que lo observaba bien, notó que, aún cuando al parecer, experimentaba alegría por el encuentro, aquella satisfacción debía ser tan sólo superficial. Manderson no se dió por aludido de la presencia del vaquero de Texas, al principio.

—¡Al fin te he encontrado Juana! ¡Cuánta alegría! ¡No puedo creer en lo que ven mis ojos! ¿Dónde está don Alvaro?

—A muchas millas de aquí. El señor Carfax, mi noble amigo, me sacó del campamento anoche...

Manderson miró entonces a Río Kid.

—¡Un vaquero!

—¡Así es! — respondió Carfax.

—¿Qué hace usted en Méjico?

—Por el momento, acompañando a la señorita Valence hasta su campamento.

—Le agradezco mucho señor esa compañía, — dijo secamente Manderson. — Sin duda usted sabrá que esta joven es mi pupila. Ahora volveré a hacerme cargo de ella. ¿Qué cantidad pide usted por sus servicios?

—No hay que pensar en eso, — respondió Río Kid.

—El señor Carfax me ha salvado exponiendo para ello su vida. ¿Es esa la forma que tiene usted de agradecérselo? — dijo Juana indignada.

—Pero si se lo agradezco... — dijo Manderson. — Y si me dice la cantidad que pide por ello...

—No siga señor, — interrumpió el muchacho, — señorita. Siga hasta el campamento y yo seguiré...

—Puede usted acompañarme, señor — agregó de mala gana Manderson. — Allí descansará y refrescará y luego puede seguir su camino... ¿Qué ha pasado desde que saliste de Pajito, Juana?

El magnate del petróleo no prestaba ya atención alguna a Río Kid y este marchó silencioso al lado de Coceador mientras reanudaba su camino.

Pero el muchacho, pensaba, y no se sentía muy satisfecho.

Don Alvaro había sacado a la muchacha de Pajito arrancándola del lado de su guardián, que ahora, al conocerlo, no le resultaba nada agradable. El joven mejicano, sostuvo siempre que había procedido de esa manera para salvar a la muchacha de ciertos peligros y Río Kid pensaba ahora que si había algún lobo en el asunto, más bien era el llamado Manderson.

Llegaron al campamento y Río Kid dió la mano a la joven para que desmontara. Todos los mejicanos, con el alcalde a la cabeza, se habían reunido junto a ellos. Río observaba silenciosamente la escena. Don José condujo a la señorita hasta una tienda de campaña que se hallaba en el centro del campamento. Pero antes de entrar doña Juana, llamó a Río Kid.

—¿Usted no se va a ir en seguida? — le preguntó.

—Tengo que proporcionar a Coceador un poco de descanso, señorita. — respondió el muchacho.

La joven pareció satisfecha con la respuesta.

—Si usted quiere quedarse con nosotros nos acompañará hasta Pajito.

—Como usted disponga, señorita.

—Toda esta gente son mejicanos y el señor alcalde ha sido tan bueno que ha acompañado a mi tutor a buscarme en el desierto... pero usted es de mi propio país, señor Carfax, y si usted quiere acompañarme hasta Pajito...

—Si usted lo desea así, con mucho placer, lo mismo que si quiere que me vaya enseguida...

—Mi tutor también se alegrará mucho. Le está muy agradecido por su apoyo...

—No hay más que hablar señorita. Estos señores no parecen ser lo mismo que los de don Alvaro, pero si usted desea que la acompañe... ¡Cuente conmigo!

La muchacha desapareció en el interior de la tienda, después de saludarle sonriendo.

PUCKY

El alcande había estado observando la escena con sus ojillos de cerdo que apenas se veían en su cara mofletuda.

Cuando la muchacha desapareció, don José dijo algunas palabras en voz baja a Manderson. Río Kid se cuidó entonces de su caballo al que desensilló y dió de beber y comer, luego pensó en descansar él. Mientras hacía todo esto, su imaginación trabajaba sin descanso.

Varios de los mejicanos lo miraban sorprendidos pero ni el alcalde ni Manderson se preocupaban de él. Don José había vuelto a tenderse a la sombra de un árbol frondoso y Manderson paseaba a poca distancia de la tienda de campaña. Parecía hallarse muy preocupado.

Río Kid observaba pensando qué ideas serían las que tenían de aquel modo al antipático tutor.

Cuando el calor aminoró nadie pensó en levantar el campamento para iniciar el viaje de regreso a Pajito y la causa de aquella postergación era cosa que no se explicaba Río Kid. Ni la recepción que le habían hecho era la que lógicamente podía suponerse, ni aquella gente, contra lo que era natural suponer, tenía prisa por regresar a su casa. Su presencia allí parecía haber sido olvidada por todos.

El muchacho de Texas tenía la íntima impresión de que doña Juana necesitaba más su ayuda entre los que llamaba amigos, que en el campamento de don Alvaro.

Era aquella una extraña idea, que el muchacho trató de rechazar en el primer momento, pero que cada vez acudía a su imaginación con más fuerza. Se tendió en el suelo, se cubrió la cara con su Stetson y rendido por la fatiga se quedó dormido.

EN MARCHA

—¡Silencio!

La palabra lanzada junto al oído de Río Kid, lo despertó.

Cuando abrió los ojos no pude contener la ira. La punta de un afilado puñal se hallaba apoyada sobre su corazón y al menor movimiento hubiera desgarrado su carne.

Río Kid miró extrañado en redor.

Era el alcalde de Pajito el que había hablado. Otros dos mejicanos se hallaban arrodillados junto al muchacho y uno de ellos era el que tenía apoyado el puñal.

Detrás, en pie, estaba Manderson, mirando a Río Kid.

—¡Silencio! — repitió.

Río Kid, miró en torno suyo. El sol se ponía en el horizonte y sus rojos rayos teñían todo de un color de sangre. De la joven no se veía ni rastro, seguramente se hallaba durmiendo en su tienda de campaña descansando de las fatigas del viaje. Evidentemente aquellos hombres tenían interés en que ella no se enterara de lo que ocurría.

—No tiene usted por que armarse, Carfax, — exclamó Manderson. — No tratamos de hacerle daño alguno. Usted ha salvado a mi pupila del poder de un canalla, y yo le estoy agradecido. Pero permanezca callado. No deseo que Juana oiga nada.

—Reconozco que usted es el amo aquí — manifestó Río Kid fríamente. — ¿Pero a qué obedece esto?

—Unicamente a que no deseamos que usted siga el viaje con nosotros — continuó Manderson. — Pero esto no supone un peligro para usted. Puede marcharse tranquilamente sin ver ni hablar a doña Juana. Si usted trata de resistirse ese cuchillo llegará inmediatamente a su corazón.

—Yo tenía intención de acompañar a la señorita hasta Pajito.

—No es necesario. Usted no tiene nada que hacer allí, según supongo — dijo Manderson.

—¡En absoluto!

—¿Mi pupila le dijo que la acompañara?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—No lo se. Acaso por la satisfacción que la acompañara una persona que es de su misma región.

—Es que nosotros no queremos gringos en Sonora — intervino el alcalde. — Así es que lo mejor que puede resolver, es irse.

Río Kid suspiró.

Se hallaba en poder de aquellos hombres. Había sospechado en cuanto los vió, pero jamás pensó en una traición tan grande, ni podía suponer que era lo que la motivaba. ¿Por qué no quería Manderson que los acompañara hasta Pajito? Entonces acudieron una vez más a su memoria las palabras de don Alvaro acerca de la existencia de un peligro para la joven en Pajito. ¿Eran el alcalde y Manderson los que lo representaban?

—A pesar de lo que le haya dicho mi pupila usted puede marchar y atender sus asuntos, pues ella se queda segura en mi poder, señor Carfax. Para usted ha terminado ya toda misión aquí.

—Si mi compañía no es agradable, nada hay que decir, yo soy un muchacho que se aviene a todo. Pero les ruego digan a la señorita, si acaso ella preguntara algo, que son ustedes los que han querido que yo me fuera.

—¡Seguramente, — manifestó Manderson. — No tiene que preocuparse por ello. Y, como ya le dije. Si desea usted alguna cantidad por haber salvado a Juana...

—¡Ni qué pensar en ello!

Manderson se encogió de hombros.

—¡Quítenle los revólvers!

—¿Me van a mandar solo por el desierto sin armas? — protestó Río Kid.

—Todo lo que pertenece le será devuelto una vez que se halle usted lejos del campomento — respondió fríamente Manderson. — Levántese y marche en su caballo... y cuidado, como intente llamar la atención de Juana, puede considerarse hombre muerto.

Río Kid se puso de pie. No manifestaba ira alguna y permanecía sereno. Si acaso por alguna causa inesperada las circunstancias llegaran a cambiar ya verían todos aquellos

bandidos como sabía él vengarse. Pero ahora nada había que hacer, los mejicanos se hallaban dispuestos a hundirle el puñal en el corazón en cuanto sospecharan algo... Seguramente que si Manderson hubiera podido adivinar cuales eran los pensamientos del muchacho, no lo hubiera puesto en libertad tan fácilmente.

Uno de los mejicanos llevaba el caballo gris, otro sujetaba a Río Kid por un brazo. Manderson seguía al grupo llevando el cinturón con los revolvers del vaquero, y el alcalde observaba la escena a la distancia apoyado en un árbol. Las miradas del muchacho y de Manderson se dirigeron varias veces hacia la tienda de campaña donde se hallaba Juana, aún cuando los dos pensaben en forma bien distinta acerca de su aparición.

—¡Apúrense! — exclamó Manderson.

Siguieron caminando apresuradamente hasta que a una seña del americano, los dos peones se detuvieron. Río Kid montó a caballo y cuando estaba ya sobre la silla Manderson le entregó los revolvers.

—Puede retirarse — manifestó con un ademán cortés. — Pero no se le ocurra mirar hacia atrás, pues puede alcanzarle alguna bala. Trate de alejarse lo más rápidamente posible y no se le ocurra volver a mi campamento, esté donde esté.

—No tema amigo. Me ha demostrado que no es muy afecto a la hospitalidad... Solo lamento no haber podido despedirme de la señorita...

—¡Marche! — ordenó Manderson.

Río Kid, rozó los costados de su caballo y partió al galope. No pensó en mirar hacia atrás. Tenía la sensación de que los dos mejicanos tenían prontos sus rifles para disparar contra él si lo hacía así... por más, que bien podían hacerlo sin que el mirara. La salvación, al parecer, estaba en alejarse de allí lo más rápidamente posible, y no en línea recta siempre.

Cuando desapareció, Manderson regresó al campamento seguido por dos peones.

—¿Ya se fué? — preguntó el alcalde cuando regresaron los tres hombres.

—Sí. Ya se fué.

—Yo creo que haberle clavado el puñal hubiera sido una cosa más prudente — dijo el gordo mejicano.

Manderson se encogió de hombros en un gesto de impaciencia.

—¡Bah! Un vaquero como ese, no puede representar mucho peligro para nosotros. Pero seguramente no volveremos a verlo. Olvídese usted de él.

El alcalde miró hacia el desierto.

—Sin duda se ha ido, pero ¡caramba!... ¿Y si se le ocurre espiarnos?

—¡No creo!

—Pues yo me voy a convencer de ello — agregó el desconfiado gordo.

—Pedro, toma su caballo y sigue al gringo. Si lo encuentras lo matas sin avisarle.

—¡Sí, señor!

—Es una desconfianza inútil pues se ha ido ya hace rato y quien sabe que rumbo ha tomado — dijo Manderson.

—¡Ya veremos!

Pedro montó en su caballo y se alejó por la llanura en la dirección que había tomado Río Kid.

Manderson y el alcalde miraron hasta que se perdió de vista tras una hondonada. Poco después se oía a la distancia, el eco de una detonación. Todos se pusieron de pie y miraron.

—¡Caramba! ¡Pedro lo ha encontrado. ¿Ve como el vaquero no se había ido, amigo?

—¡Peor para él entonces! — respondió Manderson.

—¡Así es!

—¡Mire, señor! — exclamó uno de los peones.

A la distancia se veía un caballo que galopaba en dirección al campamento. Iba sin jinete. Los estribos colgaban y al golpearle en los costados, aceleraban la marcha del animal. ¡Era el caballo de Pedro!

—¡Cómo! — exclamó Manderson.

El alcalde de Pajito lanzó un juramento.

El caballo llegó al campamento y se detuvo temblroso entre los que conocía. Los que lo rodearon señalaban, mientras calmaban al animal, la sangre que manchaba su montura.

—¡No se ha ido! ¡No se ha ido! ¡Pedro lo encontró y no ha sido el gringo el que ha caído! ¡Ha matado a Pedro! ¡Pronto! — exclamó el alcalde dirigiéndose a los hombres que lo rodeaban. — ¡Monten a caballo, corran a buscarlo y lo matan en cuanto lo vean, dejando su cuerpo en el desierto para que lo coman los coyotes!

Una docena de hombres saltaron sobre las sillas y se alejaron por la llanura que iba siendo cubierta por las sombras. A bastante distancia encontraron el cuerpo de Pedro, donde había caído. Tenía aún el rifle entre las manos y había muerto de una bala en el corazón. Pero de Río Kid, no descubrieron ni el menor rastro.

RIO KID SE RESUELVE A VOLVER

Río Kid se detuvo para escuchar.

Entre la oscuridad del desierto llegó hasta él, el ruido que hacían los caballos y mulas amontonados en un rincón. Pero ningún otro ruido le demostró que se encontraba cerca del campamento del alcalde de Pajito. Ni el menor indicio de fuego, a pesar del frío que hacía a aquellas horas de la noche.

El resplandor de una hoguera, podía atraer la atención de los indios apaches, o yaquis que andaban por el desierto.

Había allí treinta hombres provistos de buenas armas, pero al parecer, no tenían el menor deseo de entablar un combate con los indios. El campamento estaba obscuro y silencioso, y a excepción del ruido que hacían los animales atados en un rincón, se hubiera podido pasar a doce metros de distancia sin sospechar la existencia del alcalde de Palito y de su comitiva.

La punta de un afilado puñal se hallaba apoyada sobre el corazón de Río Kid.

Río Kid continuó su marcha, aprovechando todo accidente del terreno, tronco de árbol o piedra, para ocultarse y deteniéndose a cada momento para escuchar.

La pálida luz de las estrellas permitía distinguir, aunque confusamente, los objetos, pero a cierta distancia no se veía nada, la obscuridad era completa.

Suponía el muchacho que habrían sido centinelas en torno al campamento. Había demasiados peligros en el desierto para que los mejicanos se decidieran a dormir sin tomar precauciones. Río Kid temía caer de pronto en uno de los puntos peligrosos y un disparo de revólver hubiera equivalido a su muerte.

Pero ese peligro, con ser mucho, no detenía a Río Kid. De repente se detuvo, conteniendo hasta el aliento. Había llegado hasta él, el olor de tabaco fuerte, y echándose al suelo permaneció quieto hasta que descubrió el fuego del cigarro.

Acostumbrados sus ojos a la oscuridad, pudo distinguir al que fumaba. Era un mejicano, que se hallaba sentado, con un rifle apoyado en sus rodillas y mirando hacia el lado del desierto. Era un centinela, y Río Kid hubiera tropezado con él de no haber notado el olor del tabaco.

Durante largos minutos el muchacho permaneció quieto observando. Tenía que pasar por donde se hallaba aquel centinela si quería llegar hasta el campamento y se hallaba resuelto a hacerlo amparado por la oscuridad.

El mejicano no vió nada, hasta que una mano le oprimió con fuerza la garganta y la punta de un cuchillo se apoyó en su pecho.

—¡Silencio! — murmuró Río Kid.

El mejicano ahogó un grito. Sentía la punta del cuchillo sobre su pecho y comprendía que aquello significaba un gran peligro, como lanzara la señal de alarma. Permaneció quieto esperando órdenes.

—¡Silencio! — repitió Río Kid. — Como hagas el menor ruido puedes considerarte hombre muerto.

Manteniendo siempre el arma en forma amenazadora tomó el rifle del mejicano y lo tiró lejos. Luego le despojó en la misma

forma del revólver y el cuchillo que llevaba. El hombre temblaba. Aquel inesperado ataque lo había vuelto miedoso. Comprendía que se hallaba a merced del vaquero.

Río Kid ató fuertemente los brazos del sorprendido centinela con su propia faja.

—¡Por todos los santos! ¡No me mate! — murmuró el mejicano.

—Los santos no tienen por que preocuparse de un canalla como tú, — respondió el muchacho.

—¡El gringo! ¡El texano! — exclamó el otro, reconociéndole.

—Eso es. Soy el texano. Y como pienses en anunciar a tus compañeros mi presencia aquí, no tardará en quedar un bandido más tendido para siempre en el desierto. ¿Me comprendes?

—Sí. Sí señor.

—Tú eres uno de los hombres del alcalde de Pajito. Yo te he visto en el campamento y si no estás cansado de vivir, no evises que yo ando por aquí todavía.

—No, señor.

—Me vas a decir todo lo que sepas, o mueres, — una presión del cuchillo acompañó en forma elocuente estas palabras. — Ellos habían venido a buscar a la señorita y Don Alvaro Alvarado... La señorita, la he traído yo sana y salva... ¿Por qué no se van entonces?

—Yo no sé, señor, respondió temblando el otro. — Yo no sé nada. El alcalde es el amo, él, y su amigo el señor Manderson... No nos dicen nada a nosotros...

—No importa, yo trataré de averiguar la razón de esto tan extraño. ¿Hay más hombres vigilando por este lado del campamento?

—No señor. Hay uno en cada lado. Cuatro centinelas en total.

—Los otros no necesitan verme. ¿Duermen todos los demás?

—Sí señor.

—¿Cuándo van a cambiar los centinelas?

—A media noche, señor.

—Falta aún, una hora. Tengo tiempo de sobra, — exclamó Río Kid. — Voy a hablar con la señorita para prevenirla que tiene cerca a un amigo si lo necesita... que supongo que sí... Te voy a dejar aquí, pero como trates de hacerme traición eres hombre muerto... y yo soy hombre de palabra.

—Sí señor.

Río Kid le hizo echarse en el suelo. Le ató los pies y lo amordazó. Luego murmuró a su oído.

—¡Como te muevas, mueres!...

El mejicano permaneció quieto mientras Río Kid continuaba su marcha hacia el campamento.

Conocía el camino. En el centro del campamento se encontraba la tienda de doña Juana. Con toda clase de precauciones el muchacho avanzó entre los hombres que dormían en el suelo envueltos hasta la cabeza en sus mantas. En la tienda había luz, lo que le demostró a Río Kid, que doña Juana se hallaba despierta.

Cuando estuvo muy cerca ovó el rumor de voces y no tardó en reconocer la de la muchacha y la de Manderson.

La muchacha estaba hablando con su tutor y hasta que éste no hubiera abandonado la tienda, nada tenía que hacer Río Kid. Se tendió en el suelo pegado a la lona y esperó, tratando de oír lo que hablaban.

AL FIN SE VE CLARO

—¡Por la mañana, Juana!

—¿Y por qué esperar hasta la mañana.

—Porque ahora es muy tarde — respondió Manderson. — Yo iba a acostarme cuando me mandaste llamar...

—¿Pero, por qué nos hemos de quedar aquí?

Manderson no respondió.

Un pequeño farol iluminaba el interior de la tienda de campaña. La joven se hallaba sentada sobre un montón de mantas y alfombras y sus ojos se fijaban interrogadores en Manderson.

El hombre de cara de lobo, apartaba la mirada de ella. Tenía miedo de que leyera en sus ojos sus pensamientos.

—Déjalo para mañana, Juana — insistía el hombre. — Mañana durante el día habrá tiempo de sobra para todas las explicaciones.

—¿Qué es lo que me oculta usted?

Manderson murmuró algo que no pudo oírse.

—A mediodía me ha traído hasta aquí el muchacho de Texas. El me arrancó del poder de don Alvaro. Encontró su rastro y lo ha seguido hasta traerme al campamento de ustedes. Iba a acompañarme a Pajito... pero se ha ido. ¿Por qué se ha ido?

—Tomó su caballo y se fué — dijo Manderson. — Yo no puedo ser responsable de lo que ha querido hacer el vaquero de Texas.

—El me había prometido acompañarme hasta Pajito. Yo se lo pedí y él me dió su palabra.

—Se habrá olvidado de ella — respondió Manderson.

En la parte exterior de la tienda el muchacho oía todo, y a medida que se iba enterando de la conversación apretaba con fuerza los dientes, pero permanecía inmóvil.

—¿Lo han obligado a marchar? — preguntó Juana.

—¿Quién iba a obligarle? — respondió Manderson. — Tomó su caballo, montó en él y se fué... Yo no soy su patrón para impedirlo.

—Yo dormí desde que llegué pero una detonación me despertó...

—Uno de los mejicanos que disparó contra un coyote...

—¿Le han preparado alguna trampa al muchacho que me trajo?

—No se le preparó trampa alguna. Montó en su caballo y se fué. Ya estará lo menos a cuarenta millas.

Río Kid sonreía.

—Usted sabe que yo conozco el español — agregó la muchacha — y he oído hablar

PUCKY

—Como hagas el menor ruido puedes darte por muerto.

al alcalde y a sus hombres. Varios de ellos han andado buscando a alguien esta noche. Uno de ellos dijo que Pedro había sido muerto. Los otros hablaban del texano, o sea Kid Cartax... ¿Qué ha ocurrido?

Manderson no respondió.

—¿Por qué nos hemos quedado aquí? ¿Por qué no hemos reanudado el viaje hacia Pajito? Si han venido al desierto a buscarme, ya me han encontrado. ¿Por qué no volvemos a casa?

Manderson continuaba callado.

—¿Nos marcharemos al amanecer?

—No.

—¿Vamos a quedarnos en el desierto?

—Sí.

—¿Por qué?

Manderson se sentía molesto. Abrió los labios par decir algo, pero no articuló palabra alguna.

Los ojos de Juana no se apartaban de su rostro.

Uno de los mejicanos llevaba el anoeNo

—Es preferible que me hable con franqueza — dijo con toda calma. — Usted no ignora que yo desconfío de Velázquez y por eso deseaba que el muchacho de Texas permaneciera a mi lado. Usted lo ha hecho marchar. Yo lo sé. De no ser así no se hubiera ido, después de prometerme quedarse. El me rescató del poder de don Alvaro exponiendo su vida y haría siempre lo mismo por mí: me lo había prometido.

—No tienes nada que temer, Juana. Estás cuidada por el alcalde y sus hombres...

—El alcalde es un hombre a quien temo y detesto y sus hombres son lo peor de Pajito.. ¿Y usted? ¿Qué se propone al mantenerme aquí en el desierto. ¿Resultará ahora don Alvaro, mi amigo y no mi enemigo, al sacarme de mi casa de Pajito?

Manderson se limitó a lanzar un profundo suspiro.

—Pero Juana, es necesario que comprendas... Desde que llegamos a Pajito don José Velázquez se enamoró de tí... ¡Te ama!

—¡Basta! No quiero oír hablar de eso.

—Es un hombre repulsivo... pero muy rico... Tu eres huérfana, Juana, y no posees mucha fortuna. Muchas jóvenes mejicanas te envidiarán la dicha de llegar a ser la señora de Velázquez, la esposa del álcalde de Pajito, la dueña de un admirable palacio...

—¡Basta! ya le he dicho que ese viejo gordo me es repulsivo, que lo odio, que jamás accederé a ser su esposa...

—Tendrás que cambiar de opinión...

—¡Nunca!

—Es necesario que me obedezcas. Yo soy tu tutor y debes hacer lo que te ordeno. Solo así puedo conseguir la más valiosa concesión de los yacimientos de petróleo... Son muchos millones... Velázquez puede ayudarme. Si te casas con él, me ayudará de lo contrario no lograré la concesión. Yo no voy a perder una valiosa fortuna por los caprichos de una muchacha. Te casarás con él y yo tendré la concesión. ¡Eso es lo convenido!

—¿Qué usted ha convenido eso?

—¡Sí!

—¿Y ha pensado por un momento que yo voy a acceder a ello?

—No te quedará más remedio — respondió el tutor con toda audacia. — La suerte me favorecerá si te casas. Velázquez me ayudará en todo. Hay muchos que desean obtener las concesiones. Se trata de muchos millones. Valen más que las de Tampico. Piénsalo bien Juana.

—¿De manera que esa es la verdad? ¿Por eso me sacó de casa, don Alvaro? ¡El sabía lo que ocurría!

Manderson se encogió de hombros.

—Sí, lo ha sabido. Ese muchacho enamorado de ti. Me ha seguido y ha descubierto todo.

—¡El lo conoce a usted mejor que yo! — dijo Juana con amargura.

—¿No te dijo nada?

—Nada. Unicamente me manifestó que en Pajito me amenazaba un peligro. ¡Ojalá lo hubiera creído! Yo le llamaba mentiroso y secuestrador. Yo no sabía que usted era un hombre sin cariño por nada, más que por el dinero, pero jamás sospeché tanta villanía.

—Es un buen partido. Serás la mujer más rica de esta parte de Méjico.

—Cuando vuelva a ver a don Alvaro le pediré perdón de rodillas — dijo Juana. — El conocía este complot y quiso salvarme. No me dijo lo que ocurría porque yo no le hubiera creído. Yo no volveré a su casa, Manderson, volveré al convento hasta que pueda salir bajo protección de este país... a menos...

—¿A menos qué? — preguntó con interés Manderson.

—Que don Alvaro quiera casarse conmigo — terminó tranquilamente Juana.

Manderson se echó a reír.

—Te casarás con Velázquez. Ese es el precio de la concesión. Cambia de parecer Juana. No saldremos de aquí hasta que todo esté arreglado.

La muchacha manifestó alarma.

—¿De manera que estoy aquí prisionera?

—Puedes darle el nombre que te parezca. Pero no nos moveremos de aquí hasta que hayas cambiado de opinión — dijo Manderson brutalmente.

—¡Canalla! — exclamó la joven en voz baja.

—¡Basta!

Manderson se levantó y se encaminó hacia la salida de la tienda de campaña. Pero al salir tropezó con una sombra que avanzó a su encuentro.

—¿Qué es esto?

La frase expiró en sus labios cuando el cabo del pesado revólver Colt, le golpeó en la cabeza y le hizo caer sin sentido a los pies de Río Kid.

LA DISPARADA

Río Kid había obrado en forma rápida.

Si Manderson hubiera tenido tiempo para darse cuenta de lo que ocurría, hubiera despertado la alarma en el campamento. Pero habían bastado pocos segundos al muchacho de Texas para derribarlo.

Lo contempló un instante y luego se detuvo a escuchar. Se hallaba entre enemigos ¡de haber sido conocida su presencia allí, infinidad de armas se hubieran levantado contra él. Un grito de Manderson y el muchacho hubiera terminado allí su vida. Pero el infame tutor no podía gritar por el momento.

No llegó hasta Río Kid señal alguna de alarma. Todo había pasado sin que nadie se hubiera dado cuenta de ello.

Empujó al norteamericano a un lugar que quedaba en la sombra a uno de los costados de la tienda de campaña. Luego se acercó a la puerta y exclamó en voz baja:

—¡Señorita! ¡Aquí me tiene por si necesita algo de mí!...

La muchacha había permanecido en el mismo lugar en que la había dejado su tutor aterrorizada al conocer el plan tramado por él y el alcalde de Pajito. Al oír la voz de Río Kid, se incorporó sorprendida.

—¿Usted?

El muchacho entró en la tienda, se sacó cortésmente el sombrero y se quedó mirando a la joven.

—¡Sí! Yo que he dado la vuelta. Me imaginé que podía necesitarme otra vez... Ya he oído lo que la ha dicho ese viejo lobo...

—¡Pero lo van a encontrar a usted y lo motarán entonces!...

—No se imaginan que ando por aquí, señorita...

—Pero mi tutor, el señor Manderson, estaba aquí hace un momento...

—Por un buen rato no nos molestará — respondió Río Kid. — Le he dado un golpe en la cabeza que lo debe haber amansado por una hora por lo menos. Creo que eso no la molestará a usted.

—No. en absoluto; pero si ha logrado dar la voz de alarma, estamos perdidos.

Río Kid se echó a reir.

—Ya le he dicho, señorita, que ese no podrá hablar hasta que amanezca. ¿Supongo que no tendrá mucho interés en quedarse aquí?... el alcalde puede...

—Sin duda don Alvaro sabía lo que habían tramado los dos.

—Ahora lo comprendo, señorita. Por eso la sacó de Pajito. Yo ya sabía que era un caballero y se lo dije a usted, pero no me explicaba a qué obedecía su conducta... tan convencido estaba de lo correcto de su proceder, que no quise usar mi revólver cuando discutimos por causa de usted. Me va a causar gran satisfacción volverlo a ver.

—Alvaro quería salvarme de todo esto,—

PUCKY

Salieron de la tienda, mientras en el campamento todos estaban ocupados con los caballos.

dijo la muchacha afligida—¡Si yo lo hubiera creído cuando me dijo!... Pero ahora, ¿cómo me voy a salvar?... ¡Son tantos!

—Realmente son muchos y hay que pasar entre ellos sin despertarlos, lo cual constituye un gran peligro... Pero yo no me resuelvo a marcharme dejándola sola aquí. ¿Se anima a intentar?

—¡Sí, sí; pero!

—¿Usted podrá manejar un rifle en caso necesario? ¿No se asustará?

—Yo no soy mujer que tenga miedo. ¿Pero qué puedo hacer? Ahora que sé la verdad de lo que hay, bien puedo aceptar la protección de don Alvaro. El me hubiera salvado de mi tutor y del alcalde, pero está muy lejos...

—Unas veinte millas, según cálculo, — dijo Río Kid. — Pero una vez que estemos sobre mi caballo Coceador, veinte millas las hace él en una sonrisa... Más para eso tenemos que pasar por entre estos asesinos y tratar de que no nos persigan... ¡Ya está! Hay un medio si usted se anima...

—Puede confiar en mí. Estoy resuelta a hacer cualquier cosa. con tal de escapar del poder de estos canallas.

—Déjelo por mi cuenta y apague la luz, — exclamó Río Kid, —. que crean que está usted durmiendo, si acaso miran hacia ese lado.

Juana apagó el farol.

—Yo voy a tratar de hacer escapar los caballos, señorita—dijo el muchacho en voz baja. — Cuando los caballos emprendan la fuga, creo que los hombres tratarán de evitarlo y así los distraeremos hacia aquel lado. Entonces no la vigilarán a usted y no les extrañará el ruido de las patas de mi caballo. Espere un poco y esté preparada.

—Bien, — respondió Juana.

Río Kid desapareció de la tienda.

Se movió silenciosamente, como una sombra, a través del campamento y pocos minutos después se hallaba entre el grupo formado por los caballos y las mulas que estaban atados. Los animales dormían y algunos se despertaron al caminar Río Kid entre ellos.

El vaquero, hombre experto en aquella clase de trabajos, cortó las cuerdas y trabas y cuando todos los animales estuvieron suel-

tos, dió un golpe en el anca de uno de los más fogosos.

Un momento después, los animales asustados empezaron a dar vueltas siempre excitados por los golpes en las patas que les daba Río Kid, hasta que dos o tres emprendieron una carrera hacia el desierto y los demás los siguieron en seguida.

Al notar la disparada de los animales, alguien dió la voz de alarma, e inmediatamente se despertaron los que dormían.

—¡Los caballos!... ¡Se han soltado y se escapan!

Los mismos gritos de los mejicanos al tratar de atajarlos, terminaron la obra e inmediatamente se oyó en el desierto el galopar de los caballos que asustados corrían en la oscuridad.

Todo en el campamento era confusión.

Río Kid había llegado nuevamente a la tienda y se introdujo en ella. Habló a la señorita Juana y la dijo que se mantuviera tranquila y esperara. Entre tanto él estaba bien alerta.

Se oyó la voz del alcalde de Pajito que daba órdenes a sus hombres. Los caballos y mulas habían marchado por la parte Norte del campamento y toda la atención estaba concentrada en aquel lado. Las inmediaciones de la tienda quedaron desiertas.

—Señorita, creo que los hemos burlado.

Tomó de un brazo a la muchacha y salió de la tienda. En tres minutos Río Kid se hallaba fuera del campamento por el lado Sur y sostenía a Juana que tropezaba al caminar en la oscuridad.

Se detuvieron para mirar hacia atrás. Todos estaban preocupados con los caballos.

—Decididamente, señorita, nos hemos burlado de ellos. Posiblemente no descubrirán su fuga hasta mañana por la mañana, pero aun cuando la descubrieran antes no podrían perseguirnos porque no tienen caballos y aun cuando consigan pronto uno o dos.. sabremos detenerlos en su camino. Por aquí señorita.

—¡Pronto! ¡Apúrese! — murmuró la muchacha.

Río Kid avanzaba con paso firme. Para Juana todo era oscuridad. Pero no se detuvieron ni un momento. A un cuarto de milla de distancia del campamento, en una hondonada estaba Coceador esperando el regreso de su amo.

Juana fué colocada en la silla y Río Kid montó después y se alejaron al galope.

A la distancia, en el campamento todo era confusión y gritos.

DE VUELTA A CASA

Don Alvaro Alvarado detuvo su caballo y escuchó.

Las primeras luces de la aurora teñían de rosa el cielo.

Inmóvil en su montura don Alvaro escuchaba el ruido de un caballo que se acercaba. En el campamento del joven hacendado, los hombres dormían rendidos de cansancio, después de una noche y un día de andar dando vueltas en el desierto sin poder encontrar a los fugitivos. Pero don Alvaro no descansaba.

Suponía que Juana y el vaquero se habrían dirigido a Pajito y creía que ya debían hallarse en la ciudad. De ser así, Juana se encontraría de nuevo en poder de su tutor y aquella era la desesperación del joven mejicano.

Los dos complotados de Pajito, veían realizarse así sus planes. No podría, seguramente salvarla otra vez, pues lo vigilarían. Por eso, mientras sus hombres, no tan directamente interesados, en el asunto, dormían tranquilos, él pensaba sin poder descansar.

En esas circunstancias fué cuando oyó ruido de los cascos de un caballo en el silencio del desierto de Sonora.

—¿Quién sería? ¿Algún piel rojo? Sabía que todos sus hombres dormían, pues ya no tenían nada que vigilar. Don Alvaro sacó su revólver y se dispuso a esperar los acontecimientos.

Pero en cuanto el que se acercaba estuvo a la vista, casi cae de la silla y suelta el armas, sin creer lo que veían sus ojos.

—¡Doña Juana! — exclamó.

Inmediatamente espoleó furiosamente su caballo. La joven al verlo, hizo lo mismo.

Río Kid, que iba a pie junto a Coceador, lo dejó avanzar solo y esperó a la distancia.

La joven se olvidó de su salvador. No tenía más que ojos para mirar a don Alvaro.

—Pienso que yo estoy de más en esta escena — murmuró el muchacho.

Cuando los dos jóvenes se encontraron, Río Kid se volvió de espaldas y se puso a contemplar el amanecer en el desierto, espectáculo muy interesante.

—Señorita — exclamó don Alvaro cuando estuvieron uno al lado del otro.

Juana desmontó ayudada por el joven y murmuró su nombre.

—¡Alvaro!

Coceador, al quedar sin jinete, regresó junto a Río Kid. Tampoco tenía interés en presenciar la escena del encuentro de los dos enamorados.

—¡Amada mía!

Pero no salía de su asombro. La joven que antes lo trataba con tanto rigor y se había escapado de su campamento, regresaba ahora y no lo miraba ya como a un enemigo...

—Yo no podía comprender — empezó a decir Juana. — No sabía No sospechaba nada. Pero ahora lo sé todo... He hablado con mi tutor y con el alcalde de Pajito y lo sé todo... Si usted me lo hubiera dicho.

—No podía hablar amada mía. No me hubiera creído. No podía creerme si la decía que su tutor trataba de venderla al señor Velázquez por el precio de las concesiones de petróleo.

—¡No! ¡No lo hubiera creído!... Pero ahora lo sé... Y quiero que me salve...

(Continuará)

EL BUDA DE ORO

POR

MAURICE EVERARD

(Continuación)

¿Ve usted? ¡Lo que nosotros dijimos! — exclamó Dick. — Nosotros supusimos que Pritchard había robado el ídolo y que por eso lo había matado el chino.

—Así que, efectivamente, amigo mío, — prosiguió Wong Lí, — Alán Pritchard consiguió llegar a Inglaterra con su mal adquirido bien y el brazo de la venganza china, que es largo, llegó hasta él. Pero otras manos, además de las suyas, han profanado el ídolo, principalmente las de ese joven cuya desaparición les ha causado a ustedes tanta ansiedad.

—¡Cómo! — Tremorne se puso de pie y la expresión de su rostro fué realmente amenazadora. — ¿Se declara usted responsable también de la desaparición de Frank?

Wong Lí inclió la cabeza afirmativamente.

—¡Claro que sí! Frank Polruán fué secuestrado siguiendo instrucciones mías.

—Y usted lo ha hecho matar como hizo matar a Pritchard!

—No — contestó Wong Lí serenamente; — porque su delito no era tan grave. Nosotros, los Bo Tangs, estamos dispuestos a creer que procedió por ignorancia. Pero este detalle no disminuye la gravedad de la profanación que sufrió nuestro ídolo. Las manos que lo han profanado deben realizar la restitución correspondiente, pues de no ser así el castigo tendría que ser muy grave.

—¿Entonces... Frank Polruán vive?

El chino inclinó afirmativamente la cabeza.

—Su amigo vive y se encuentra bien. En este momento está en viaje para China. Dentro de diez días desembarcará en el puerto de Shanghai. Cinco días después estará en Pekín. Allí le espera un largo y dificultoso viaje hasta las entrañas de la gran provincia de Shuan Ho. Noche y día, sin descansar, viajará hasta llegar a las murallas del templo de Cheng Shuan y dentro del recinto formado por esas murallas tendrá que permanecer hasta que se cumpla un año de la muerte de Pritchard. Si al cumplirse ese plazo el Buda no ha sido devuelto a su sitio del altar del templo, el joven morirá. Por otra parte...

—¡Mil diablos! — exclamó Tremorne furioso. — ¡Si usted quiere ese maldito Buda lléveselo! Nosotros no queremos ni hemos querido jamás quedarnos con ese mamarracho. Yo...

—Amigo mío, — dijo Wong Lí adelantando un dedo en señal de advertencia, — hable usted respetuosamente de nuestro sagrado ídolo o le tocará la misma suerte que al otro inglés. Nosotros los Bo Tangs no somos vengativos, pero respetamos y deseamos que las respeten los demás, nuestras creencias religiosas. En mi país, a miles de millas de aquí, millones de personas sufren indescriptible desdicha porque han provocado el enojo de los dioses mediante ese delito. Nosotros deseamos apaciguar el furor de los dioses y esto sólo puede lograrse haciendo que las manos del arrepentido pongan el ídolo de oro en el altar del templo de donde fué robado. Esta misión yo, Wong Lí, en nombre de mis hermanos Bo Tangs, se la confío a usted.

—Pero ¿por qué a mí? — protestó Joe. — ¿Qué hemos hecho nosotros para tener que estar así unidos a los asuntos religiosos de ustedes Nosotros no ambicionamos en ningún momento la posesión del Buda.

—A ese respecto no tengo prueba ningu-

na, — replicó Wong Lí fríamente. — No tengo más prueba que su palabra y la palabra de un inglés tiene muy poco valor para un chino. Lo que sabemos es que Pritchard trajo el ídolo a este castillo y pagó con la vida su sacrilegio. Si ustedes son inocentes del delito querrán demostrar su buena fé devolviendo el Buda al templo donde, a su debido timepo, el joven Frank Polruán les será devuelto.

Joe miró a donde estaba Dick envuelto en las sombras. Los dos se miraron e inclinaron la cabeza.

—Muy bien, — dijo. — La salvación de nuestro amigo significa para nosotros tanto o más de lo que su Buda significa para ustedes. ¿Pero no puede llevar el ídolo usted mismo y ahorrarnos así una gran cantidad de molestias?

—¡No! — replicó enérgicamente el chino. — Los hombres que han ofendido a los dioses manoseando el ídolo, son los que deben devolverlo a su sitio. Son ustedes los que deben llevarlo al templo de Cheng.

—¡Pero nosotros ignoramos dónde está ese templo! — protestó el marino.

El chino llevó sus dedos de largas uñas a un bolsillo interior de sus ropas.

—Aquí están unos papeles gracias a los cuales ustedes podrán encontrar el camino. Uno está escrito en el idioma de ustedes y el otro en chino. Ambos tienen mi sello de jefe supremo de los Bo Tangs, la más poderosa secta religiosa de China. Dondequiera que presenten ustedes estos papeles, nuestras órdenes serán respetadas. Este, capitán Tremorne, es un mapa indicando el camino desde Pekín hacia el interior. El viaje es largo y peligroso. Pero es cuenta de ustedes, no nuestra. Recuerden que deben ustedes llegar al templo de Cheng antes de doce meses y con el Budha en su poder. Dejen de viajar aún cuando sólo sea una hora y el amigo preso lo pagará con su vida. ¡Yo, Wong Lí, he hablado ya!

Dobló los papeles y se los entregó a Joe. Entonces, sin que lo impresionara lo más mínimo su expresión de asombro, se levantó, cruzó silenciosamente y sin ruído la habitación, abrió la puerta vidriera que daba a la terraza que dominaba el jardín y sin dejar de abanicarse, salió por ella y se perdió en la oscuridad de la noche.

UN VISITANTE PARA TREMORNE

Joe Tremorne se echó hacia atrás en su sillón, momentáneamente privado de la facultad de hablar. Aun cuando la ansiedad de las pasadas semanas le había sido muy pesada, acentuando las hondas arrugas de su curtido rostro y añadiendo mayor número de hebras de plata a su espeso cabello gris, era poca cosa en verdad comparada con el golpe que, sacudiéndole brutalmente los nervios, habíale dado el misterioso chino. Se echó hacia atrás con las mejillas tan pálidas que parecían de color ceniza, con los ojos negros nublados por inciertas sombras mientras miraba como un hipnotizado, el sitio donde un momento antes estaba de pie, abanicándose con toda calma, Wong Lí, el mandarín.

En la vasta habitación de artesonado techo de roble ennegrecido, reinaba una aplastante tranquilidad. Afuera, el viento nocturno murmuraba entre los árboles y su murmullo se asemejaba al batir de las alas de la muerte. Dick Polruán y el negro Torta no eran de mente muy imaginativa pero, no obstante sentían como si unas invisibles manos los tuviesen sujetos en tal forma que no les quedaba escapatoria posible.

La puerta vidriera que daba a la terraza se cerró violentamente, impulsada por el viento y el ruido que hizo, tan fuerte como un estampido de arma de fuego, sacó a Dick de su ensimismamiento. Volvió la espalda a Joe y se dirigió decididamente hacia la terraza.

—¡Me tiene harto este misterio asiático. Creo que ya es hora de que demostremos a ese señor Wong Lí que no tenemos miedo ni de él ni de sus amenazas! — dijo, irritado. — Voy a hacer que vuelva y a demostrarle que como no devuelva a Frank sano y salvo, lo colgaremos de lo más alto del castillo por su ridícula coleta.

—¡Dick! ¡Ven acá! — gritó la gruesa voz de Joe Tremorne desde la oscuridad. — Nada se conseguiría con amenazar. Torta, cierra esas puertas vidrieras y cierra también los postigos. ¡Eso es! — Suspiró como aliviado cuando inundó la luz eléctrica la vasta habitación. — El caso no parece tan terrible cuando se le examina un poco con calma. ¡Qué diablos! Pero ese mandarín de estúpido rostro risueño me impresionó. Pocas veces me han visto ustedes tan impresionado.

Miró a sus compañeros encogiéndose de hombros y como si pidiera disculpa, se secó el sudor de la frente con su enorme pañuelo blanco y rojo y luego les indicó que se sentaran.

—El asunto debe ser tratado rápidamente, — dijo con voz más tranquila. — ¿Qué crees tú, Dick Polruán, que debe hacerse?

El muchacho miraba hacia la puerta por donde se había marchado Wong Lí.

—Ya lo he dicho. Tomar del cuello a ese chino y darle un susto mayúsculo, — replicó el muchacho con enojo. — Hay que demostrarle que nosotros los ingleses no damos a sus amenazas más valor que a un botón de pantalón que no se ha caído y está roto por la mitad, y que si no devuelve a Frank...

—Eso es muy lindo cuando se lee en una novela bien escrita, — gruñó Joe, — pero cuando se trata de la realidad, la cosa varía mucho. Es muy hermoso eso de hacer que la banda toque una música marcial y que todos adoptemos actitudes heróicas, gritando a voz de cuello: "Oíga usted, señor Wong Lí, somos ingleses y sus amenazas no nos importan lo que dos patas de cocodrilo! Devuelva a Frank Polruán a su castillo ancestral o le curtiremos a usted la piel hasta hacerla pergamino!". ¿Qué contestaría el

señor Wong Li? Se sonreiría y nos diría que fuésemos a la Manchuria. ¡No! ¡No, hijo mío eso no serviría de nada! Nos hallamos frente a un enemigo mucho más importante de lo que tú te supones.

—Pero la policía... — insistió el muchacho. — Con seguridad ha de poder hacer algo, ¿no es así? Si hablamos por teléfono con el superintendente y si le decimos todo lo que ha pasado ¿no cree usted?...

—No creo que pueda hacer nada, porque no es posible hacerlo, — replicó Tremorne moviendo negativamente la cabeza. — Nuestro deber es hacer frente nosotros mismas a lo que se nos presenta. Ese feísimo Buda de oro... — y se volvió para mirar con ferocidad el reluciente ídolo, — nos ha traído mucha molestia y no tenemos cómo quitárnosla de encima. Lo único que debe preocuparnos es esto, amigos míos: ¡Hay que rescatar a Frank!

—En eso estamos de acuerdo, — dijo Dick. — Pero será necesario hacer un viaje a China.

—Algo más, — agregó el marino; — un viaje al interior de China.

Veamos el aspecto de aquellos sitios y procedamos a estudiar donde tiene que encontrarse el pobre muchacho.

Dick echó atrás su silla, se levantó y se puso a pasear de un lado a otro de la habitación.

—Me parece que está usted mal encaminado, Joe, — dijo con nerviosidad. — Si la civilización británica y las leyes británicas sirven para algo, han de servir para castigar a un bandido como ese Wong Li. ¿Por qué no le ha de prender y tenerlo en rehenes hasta que entreguen como es debido a Frank? ¿Quién ha de impedirlo?

—El mismo Wong Li, — replicó el marino. — El hombre que puede entrar en mi casa, dar golpes de gongo e ir de un lado a otro sin que nadie lo vea, es suficientemente hábil y astuto para escaparse de entre las manos de toda la fuerza policial de Plymouth. Además, si lo metieran en una celda no nos serviría absolutamente de nada. Se encogería de hombros, se sonreiría como de costumbre y diría: "Recuerden ustedes que al cumplirse el año morirá el joven inglés", y Frank moriría. No hay, pues, que discutir ese aspecto del caso.

—¿Qué propone usted, entonces?

—¿Qué propongo yo? — Tremorne acercó su silla a la mesa y extendió los papeles debajo la luz de la araña. — Esto es lo único que se puede proponer: aparejar debidamente el yate y lanzarlo con la mayor velocidad que puedan dar sus máquinas de triple expansión. Podemos reunir una buena tripulación. Toda gente conocida, Pengelley, Harris, Hawkins, Calaghan, Hosken y los demás que estén disponibles.

—¡También está Caradetorta heredero presunto del rey de los Fuzzy Wuzzis! — gritó el negrito palmeándose orgullosamente el pecho. — Si a usted le parece bien, patrón Tremorne, este inocente angelito negro puede darse un paseo por su país y reunir diez mil miles de guerreros de la tribu de los Fuzzy-Wuzzis para aplastar por completo a ese señor Wong Li y a todos sus cómplices de cara amarilla y ojos de almendra.

—¡Gracias! — dijo Joe con impaciencia. — Un ejemplar de raza negra agregado a la expedición es más que suficiente para darle mal olor; no necesitamos más. Puedes considerarte feliz y con suerte si te llevamos solo.

—Entonces, — murmuró Torta poniendo los ojos en blanco. — bien felices podrán considerarse teniéndome como cocinero. ¡Me gustaría verlos si emplearan un cocinero chino, tomando la sopa de tortuga con los dos pollitos!

—Ya hablaremos de esa repartición cuando sea oportuno, — dijo Joe. — Puede ser que lo llevemos y puede ser que no. Lo que necesitaremos en el yate es abundante número de armas de mano y de municiones para pistolas, pistolitas y pistolones, revólvers y otras drogas por el estilo. Necesitamos crédito abundante en bancos de Pekín y de Shanghai y el material apropiado para la expedición al interior. ¿De acuerdo Dick?

—Dick se aproximó a la mesa y miró y volvió pensativo el papel.

—Sí; creo que tiene usted razón; generalmente la tiene usted, — dijo. — Hay que pensar en la libertad y en la seguridad primero que en todo lo demás, sea lo que sea. Supongo que podremos llegar al templo de Cheng.

—¡Por el escarbadientes de Nelson que me regaló Jorge, mi tío segundo que combatió a su lado en Sebastopol, juro que lo encontraremos! — rugió el marino dando un formidable puñetazo en la mesa. — ¡Nos hemos de ver ante una terrible cadena de montañas! Mire usted como están marcadas en el mapa con puntos negros, las altas cumbres y fíjese como son tantas que parecen las pasas de corinto que ponen en fila sobre los "puddings".

—¡Los "puddings" que hace este gracioso joven están siempre enteramente cubiertos de pasas! — dijo Torta. — ¡Algunas veces hay en ellos más pasas que "pudding"!

—¡Cállese! — gruñó Joe. — Mira que tengo el puño cerrado y...

—¡Basta! Me callaré y me quedaré como un perrito, debajo de la mesa. Porque...

—¡Vete! ¡Vete antes de que me exalte y te pulverice! — gritó Joe. — ¡Este no es momento para distraerse en tonterías! Pues bien...

Calló porque en aquel mismo instante sonó con extraordinaria violencia, en el silencio de la noche, la campanilla de la puerta exterior del gran caserón.

—¡Otra vez el chino! — dijo Dick en voz baja y atemorizado. — Probablemente cuando Torta abra la puerta ya no estará allí.

—¡En cuyo caso no podré decirle que pase! — dijo el negrito cruzando la habitación. — Pero antes de todo el chino dará un golpecito en el gongo con la vieja lámapara del señor Joe.

Salió haciendo balancear la pesada lámpara colgada de su fuerte cadena. Un minuto después llegaron, por el hueco de la puerta, fragmentos de conversación.

—Tenga la bondad de saludar en mi nombre al capitán Tremorne y de preguntarle si

no tiene inconveniente en concederme unos minutos de su valioso tiempo, — decía una voz muy cortés que ni Dick ni Joe reconocieron.

Torta contestó.

—Déjese de consideraciones y sirva de una vez el vino. ¿Cómo se llama usted?

—¡Insolente! — replicó el visitante. — Me llamo Rathbone, el señor Guy Rathbone, del castillo de Tredinnick!

—¡Muy bien, señor Ratabon! — se oyó contestar a Torta. — Le avisaré a mi desdichado capitán. — Un instante después estuvo de vuelta sonriendo de oreja a oreja.— Patrón Tremorne: ahí está un caballero que dice llamarse Guy Ratabona. ¿Quiere que lo deje pasar?

Joe Tremorne y Dick Polruán se miraron. Aun cuando no habló ni el uno ni el otro, se dieron cuenta de que estaban de acuerdo y pensaban lo mismo. Ambos recordaron al mismo tiempo que era al castillo de Tredinnick, a casa de Guy Rathbone a donde Pritchard tenía tantas ganas de ir la noche trágica.

—Sí; que pase, — dijo Joe no de muy buena gana, — Dick: mejor será que guardes el ídolo, ¿no te parece?

Pero en el momento en que el joven se levantaba para obedecer se oyó una risotada en la puerta en cuyo hueco apareció Rahtbone que se inclinó con estudiada cortesía.

—Me atreví a suponer que usted me recibiría amistosamente, capitán Tremorne, — dijo avanzando y cojeando un poco al andar. Esta cojera tuvo su explicación poco después cuando notaron que tenía el botín del pie izquierdo con una suela de casi dos pulgadas de grueso. — Usted comprenderá que como buenos vecinos, lo natural es que nos conozcamos y estimemos. Siento muchísimo no haber tenido ocasión, anteriormente, de trabar amistad con usted.

Joe miraba desesperado a Dick tratando de hacerle comprender que debía interponerse entre el ídolo y Rathbone, pero por casualidad, el no invitado intruso había pescado desprevenido al joven. Dick se limitó a retirar su silla, inclinarse saludando y pasar al extremo de la mesa.

La desenvoltura y el desparpajo con que Rathbone se había metido en la casa disgustaba a Joe.

—Lamento, señor que no pueda usted tener la esperanza de encontrar de mi parte y de la del joven Polruán una acogida de acuerdo con las reglas de los tratados de urbanidad, — dijo. — Tenemos mucho que hacer y no podemos desatender nuestros asuntos ni un sólo momento. Dick: ¿Quieres tener la bondad de guardar ese horrible ídolo antes de que se lo coma el gato? Y ahora, señor Rathbone, ¿puedo, acaso, servirle de algún modo?

—En cuanto a eso, — dijo Rathbone con afectada indiferencia, — usted me permitirá, ya que está tan cerca, que yo examine el objeto de mi visita. Creo, capitán Tremorne que el ídolo es de oro puro ¿no es eso?

Sus negros y brillantes ojos dirigieron a Tremorne una mirada de desafío. Avanzó y hubiera agarrado el ídolo si Joe, con un rápido movimiento no hubiera interpuesto su callosa mano.

—¡Un minuto, amigo mío! — exclamó fríamente el marino. — ¡No toque usted eso! Usted se ha metido aquí sin permiso y pretende tocar las cosas que hay aquí sin que se le autorice. Esa imagen es de propiedad particular así que no toque usted eso. ¡No puede tocarla ni usted ni nadie!

—¡Oh! ¡Ya veo! dijo retorciéndose el bigote. — De modo que usted se propone adoptar una actitud así con algo que no le corresponde de modo alguno. Permítame que le informe, capitán Tremorne, antes de que esta discusión prosiga, de que a usted le conviene mucho tratarme de modo muy cortés.

—¿Qué dice? ¡Rayos y truenos! ¡Toros y víboras y cebollas en vinagre! — bramó Joe con una voz que hizo temblar las vigas de roble del techo. — ¿Se atreve a hablarme en mi propio puente de mando de cortesía? ¡Escuche, señor! Voy a hacerle engrillar y encerrar en la bodega número siete. ¡Por el fantasma de Vam Tromp, que era hermano de mi propio tatarabuelo, le aseguro que yo, cuando digo que voy a hacer algo, lo hago!

Apesar del manifiesto enojo de Tremorne el recién llegado siguió maravillosamente sereno, pero sin dejar de mirar al ídolo de oro mientras se retorcía las guías del bigote. Parecía tenerle preocupado algo relacionado con aquella extraordinaria imagen.

—No tiene usted por qué enojarse, capitán, — declaró tranquilamente. — Es éste un asunto que conviene solucionar en forma amistosa. Usted sabrá, sin duda alguna, que ese ídolo me pertenece.

Joe Tremorne frunció el ceño.

—¿Que yo se qué?... repitió lentamente.

—Ratbone indicó el ídolo con la punta del bastón.

—Esa imagen, amigo mío, es de mi indiscutible propiedad. La trajo a Inglaterra una persona que era íntimo amigo mío, a la cual se la robaron mientras estaba alojada en su casa, señor. Uno de sus jóvenes amigos, según parece, logró recobrar el ídolo y como este hecho llegó a mi conocimiento, he venido a reclamar lo que es mío. Me parece que me he explicado con bastante claridad.

—¡Claridad! — exclamó el marino sonriente. — Lo malo del caso es que se exprese usted con demasiada claridad a la vez que con grandísima modestia. Ya que está usted aquí lo mismo podía usted decir que la chimenea es suya, que es suya mi riquísima alfombra de Kairoán, ese estante con libros y algunas otras cositas más que le sean agradables. ¡Torta: di que manden un carro de mudanza de los grandes, para este caballero!

—¡Lo qué hará este muchacho será ir en busca del elefante Bunchi y traerlo frente a la terraza! — declaró. — Cuando quiera que sirva los licores, patrón Joe, no tiene más que avisar.

Guy Rathbone se acercó para apoderarse del Buda de oro, pero Joe Tremorne avanzó rápidamente interponiéndose. "¡Un momento amigo mío! — exclamó mirando friamente al otro. — Esa imagen es de propiedad particular, así que no toque usted eso!"

Dirigió al visitante una mueca humorística y se dirigió a la puerta. Rathbone no hizo caso y siguió indicando al Buda con el bastón.

—Ese ídolo es mío, capitán pero antes de adoptar medidas judiciales para recobrarlo, he pensado que debía ofrecer a ustedes la oportunidad de entregarlo sin más trámite. Supongo que he demostrado suficientemente mis derechos.

—No, amigo mío, — gruñó Joe. — Lo que ha probado usted es que el ídolo es tan de usted como mío.

—Entonces ¿por qué lo retiene usted en su poder?

—Eso es cosa mía.

—Pertenecía al señor Pritchard cuando ese señor se alojó en este castillo.

—Veamos, — dijo Joe echándose hacia atrás en su butaca y apuntando con un dedo, como con una pistola, a su visitante. — Este ídolo, señor nos ha dado ya bastante fastidio para que todavía venga usted a molestarnos aún más. El señor Pritchard fué asesinado; el hombre que lo mató ha muerto también y un joven sobrino... le llamo sobrino mío aun cuando no lo es en verdad... está ahora cautivo en manos de unos chinos que en este momento se lo llevan a China donde permanecerá prisionero en el templo de Cheng hasta que el Buda sea devuelto al altar del cual fué robado. Sea sensato, señor Rathbone y deje en paz al ídolo y no se meta en este triste asunto.

El pálido rostro de Rathbone cambió de expresión. Le brillaron los ojos, sonrió as-

tutamente y se encogió de hombros despreciativamente.

—No me importa absolutamente nada lo que pueda pasarle a su sobrino — replicó groseramente. — Lo que puedo decir es que el ídolo, que me parece de oro puro, me pertenece y que me propongo apoderarme de él. Ahora, capitán Tremorne — y levantó el bastón a la altura de la cabeza del marino, — como usted no me lo entregue pacíficamente yo lo tomaré por la fuerza.

Joe parpadeó mirando el extremo del bastón y de pronto se dió cuenta de que el regatón tenía un agujero. Era un bastón-carabina.

INVIRTIENDO LOS TERMINOS

Rathbone lanzó una carcajada irónica.

—Veo que usted se da cuenta de que hablo en serio y estoy decidido a todo. Muy bien capitán, muy bien. El ídolo representa una fortuna de lo menos ciento cincuenta libras esterlinas, ¿no es así? Por lo menos así me lo parece. Tengo aquí un arma manejable y sencilla que no dispara balas ni hace mucho ruido. Nada más que un zumbido y dispara una flechita cuyo menor pinchazo mata. La flecha hace una herida casi invisible, aun mirando la piel con cristal de aumento. Usted se limitará a estirarse en su silla, a retorcer los pies hacia adentro y yo tomaré el ídolo que me pertenece. Ahora bien... ¿nos entendemos?

Dick, de pie al extremo más alejado de la mesa, se estremeció. En toda su vida jamás había visto una cara que expresara tanta maldad como la de Rathbone. Los dientes largos amarillentos; la piel como pergamino y estirada sobre los prominentes pómulos, le daban semejanza con un lobo. Pero sus movedizos ojos negros sonreían en aquel momento.

Miró Dick en redor, casi desesperado. No tenía arma alguna al alcance de su mano y si Rathbone cumplía su amenaza la vida de Joe pendía de un cabello.

El marino, por su parte, no demostró ni la menor emoción aun cuando comprendía que en aquel momento la muerte revoloteaba en redor. Inclinó la cabeza ,pensativo y dijo lentamente:

—No tengo inconveniente nunca cuando se trata de jugar limpio. sea con quien sea. El ídolo no me pertenece y que yo lo sepa a usted tampoco. Pero si su derecho puede ser demostrado, entonces tendré sumo placer en entregárselo. Pronto podemos verlo. Esta caja, — e indicó una esférica y grande lámpara de metal colado que estaba en el suelo, — me dirá todo lo que necesito saber sobre el verdadero dueño del Buda de oro. No me importa que usted siga apuntándome con su fusil de aire y pueda usted demostrarlo tantas veces como quiera. Pero vamos a dejar solucionado el asunto ahora mismo.

—No sé en qué forma ese globo de metal dorado puede dirimir el caso, — replicó Rathbone, sin bajar su bastón carabina.

Joe Tremorne sonrió suave y dulcemente.

—Los sistemas asiáticos, señor Rathbone son muy, pero muy misteriosos, — dijo, inclinándose y tomando del suelo, por el extremo de la cadena, la pesada lámpara esférica. — Dentro de esto hay maravillosos secretos, documentos y cosas por el estilo, que le demostrarán a usted quien está en su derecho. Pero lo dificultoso es conseguirlos pues no hay más que un modo de sacarlos. Sí; siga apuntándome con su arma, pero deme oportunidad de mostrarle lo que quiero decir. El esférico cuerpo es de fabricación asiática y los documentos a que me refiero están dentro de la pieza central que se cierra mediante un resorte secreto. Ahora usted tal vez no se lo habrá imaginado, pero el único modo de abrirla consiste en hacer que pase aire con fuerza por los agujeros de los calados. El resorte es demasiado delicado para que lo mueva una llave. Ahora verá usted cómo es verdad lo que digo. ¡Sépárate a un lado muchacho, y déjame el sitio que necesito.

Dick, conteniendo la respiración asombrado ante la audacia de Joe, se movió un paso, alejándose más. Le dominaba una grandísima curiosidad mientras Joe, de espalda a la pared, dió un tirón a la cadena de modo que la enorme lámpara esférica comenzara a balancearse como un enorme péndulo de oro. Comenzó a oírse un zumbido producido por el paso del aire a través de los finos calados del metal.

—Cuando se mueva bastante rápidamente oirá usted, de improviso un ¡clic! y entonces sabremos a quien pertenece el Buda, — dijo Joe. — No podrá usted decir que no juego limpio. No aspiro a la posesión de cosas que no me pertenecen pero no estoy dispuesto a entregar ni esto ni ningún otro objeto al primero que es presente diciendo que es su dueño. ¡Vamos, bola de oro, encantadora más, más de prisa. ¡Más de prisa!

Le enorme lámpara subió y bajó como una bola de oro y el zumbido se transformó en un silbido cada vez más fuerte. De improviso, con la rapidez de un rayo, la formidable esfera descendió por el aire, describió una parábola y golpeó en el bastón carabina con una fuerza tal que lo hizo pedazos. Al mismo tiempo se oyó un ruido de vidrios rotos a espaldas de Joe, seguido de los agudos chillidos de Bunchi, el elefantito que hacía pasar su abultado cuerpo por entre vidrios y maderas destrozados. Antes de que alguien pudiera darse cuenta exacta de lo que acontecía, Rathbone era alzado por los aires sujeto por la trompa del elefante, que lo tenía con terrible fuerza.

—¡Estas son las cosas que hace este negro! — gritó Torta avanzando y acariciando una oreja de Bunchi. — ¡Amiguito: llévese a este señor a dar un lindo paseo! ¿No le parece?

No necesitaba Bunchi que se lo mandaran. Con esa sagacidad propia de los elefantes, Bunchi sabía distinguir a los amigos de los enemigos. Se volvió en redondo golpeando la mesa y aplastando una silla — que dejó hecha pedazos en señal de alegría, — siguió gritando con enojo y salió de la habitación por donde había entrado, hundiéndose en la oscuridad seguido del negro Torta.

En el próximo número de PUCKY:

RAUL DE LANCASTE

MISTERIO - INTRIGA - ACCION - DRAMA

ALGO REALMENTE EXTRAORDINARIO

Los lectores amantes de las grandes obras que emocionan, distraen y cultivan el espíritu, se deleitarán con esta gran novela

HAGASE RESERVAR CON TIEMPO, SU EJEMPLAR, SI DESEA NO PERDER NI UN SOLO EPISODIO DE ESTA NUEVA OBRA

Fué Joe Tremorne el que se alarmó en aquel momento.

—¡Torta! ¡Detenga a ese elefante o habrá sangre! — gritó el marino haciendo tornavoz con ambas manos.

Afuera en la oscuridad, resonó una despreciativa carcajada.

—¡No permitiré que me insulte nadie, sea quien sea! — gritó el negro. — Este angelito es el portero. y no permite que ningún forastero se insolente con él. ¡Sacúdele un poco, Bunchi de mi alma!

Se comprendía que Bunchi, el elefantito se divertía inmensamente con aquello. Desde lo alto de la gradería de acceso a la terraza, Dick y Joe vieron que Bunchi corría como loco por la extensión de césped y luego desaparecía en la espesura entre un chubasco de ramitas rotas y de desprendidas hojas secas, internándose en la Selva Salvaje. Se oyó uno y otro grito de terror en el silencio de la tranquila noche y los gritos parecían enfurecer más y más a Bunchi. El elefantito siguió corriendo a pesar de que Torta le ordenaba a gritos lo contrario.

El marinero se volvió para mirar a Dick que estaba detrás de él

—Se va a producir un homicidio como no intervengamos seriamente, — gritó.—Guarde bien encerrado a ese ídolo mientras voy a buscar una antorcha y un lazo. El tipo ha recibido una buena lección.

Así parecía ser, efectivamente, porque seguía oyéndose el ruido de ramas rotas y hojas caídas y de vez en cuando un grito del elefantito, pero sólo de tarde en tarde un grito humano.

Cuando Dick y el marino se encontraron de nuevo frente a la casa, provisto el primero de una antorcha de mano y de un lazo enrollado, Torta había desaparecido en persecución del elefantito. Avanzando, Dick y Joe alcanzaron a ver a Torta cuando salía de la espesura. Agitaba ambos brazos y gritaba lo más fuerte que podía, ordenando a Bunchi que parara.

—¡Me parece que el pícaro paquidermo corre hacia la punta del cabo! — dijo Dick, jadeante, corriendo al lado de Joe. — ¡Quiera Dios que no caigan los dos desde la costa alta al mar!

—¡Sería una lástima que se matara el elefante! — murmuró Joe. — En cuanto á Rathbone, nadie perdería con su muerte; pero nosotros no podemos desear que halle su fin en nuestras manos. ¡Hola! ¡Bunchi! ¡A ver si obedeces o te hago comparecer ante un consejo de guerra!

Pero si Bunchi oyó o entendió no pudo saberse, pues no hizo caso. Avanzaba corriendo y gritando hacia donde estaban Dick y el marino, con la velocidad de un tren rápido. Dick se retiró, preparó el lazo y lo arrojó, pero sin resultado favorable. Lo único que hizo el lazo fué dar un fuerte golpe en el cuerpo de Rathbone.

—¡Esto sí que es horrible, — gritó Joe secándose el abundante sudor que le cubría el rostro. — ¡Bunchi! ha decidido darse el gran paseo nocturno y no hay quien lo pare! ¡Dios mío! ¡Cómo se divierte el animalito!

Había algo de cómico dentro de tan enorme situación, a la vez que había grandísimo riesgo. Porque en cuanto se vió libre de la persecución de Dick y de Joe, Bunchi, con un diabólico deseo de divertirse y de molestar a su cautivo, levantó la cabeza y alzando a Rathbone, saltó de un lado a otro y por último se lanzó en línea recta hacia el borde de la costa alta.

—¡Torta! ¡Hijo de una bola de nieve carbonizada en el infierno! ¡Llámale! ¡Llámale, o lo matará! — gritó Joe al ver que el negro llegaba corriendo.

Torta miró al marino con los ojos en blanco y aterrorizado.

—¡Si ese paquidermo se cae de lo alto al mar, yo me arrojaré detrás de él! — chilló Torta. — ¡Yo le tengo mucho cariño y al pensar que se lo pueden comer los peces se me arruga el corazón!

—¡A mí no me importa el elefante; me importa el dueño del castillo de Tredinnick! — gruñó Joe. — ¡Mira! ¡Mira cómo va ahora a la punta del cabo!

Sobre el oscuro cielo de la noche se destacaba con toda nitidez la silueta del elefantito. Corría de un lado a otro, se detenía, se encabritaba lanzando gritos, saltaba por encima de las piedras que hallaba a su paso como un potro caprichoso y mientras tanto Rathbone chillaba, presa de un delirio de terror.

—¡El elefante baila un "charleston"! — exclamó Torta, respirando más tranquilo. — ¡Ya verá cómo yo consigo dominarlo!

Corrieron, esperando poner fin al peligroso bailoteo de Bunchi; pero en el momento en que volvieron a estar a tiro de lazo del elefantito. Bunchi gritó de nuevo y volvió a correr por la orilla de la costa alta.

—¡Ofrécele un terrón de azúcar, Torta! — gritó Joe, desesperado.

—¡No serviría de nada! — chilló el negro.

—¡Tráele entonces una bolsa entera! ¡Cualquier cosa porque suelte a ese desdichado!

—Bien; voy a intentarlo. — dijo Torta. Separándose de los otros dos corrió por un lado y llegó a acercarse a unos siete pies del elefantito.

Bunchi sacudió las orejas y miró a Torta con recelo. El negro se había llevado la mano al bolsillo y la había sacado cerrada pero vacía.

—¡Ven, amiguito mío! ¡Toma rico, muy rico dulce! — dijo adulonamente.

Bunchi retrocedió y una de sus patas traseras resbaló en el borde de la costa. Rathbone lanzó un grito de angustia mortal. Tenía los labios enteramente blancos.

—¡Sálvenme! ¡Sálvenme o me hará trizas! — gimió.

—¡Sálvese usted como pueda! — replicole Torta. — Yo no me ocupo más que de salvar al elefante. ¡Vamos, nene mío de mi corazón, cuando volvamos a casa te daré una bolsa de azúcar!

Al parecer, entendió Bunchi de qué se trataba, porque dió media vuelta, alzó a Rathbone a gran altura sobre su cabeza y después mediante un terrible latigazo de su trompa, lo envió por los aires como un proyectil humano lanzado por una estupenda catapulta.

Tanto Dick como Joe se detuvieron anonadados en la orilla de la costa alta mientras Rathbone, después de dar una voltereta en el aire, caía. Esperaron sin respirar unos instantes hasta que llegó a sus oídos el ruido característico que hizo el hombre al golpear en la superficie del agua.

—¡Ha caído en aguas profundas! — dijo Dick algo tranquilizado. — Venga, Joe, nos embarcaremos en un bote e iremos en su busca.

Era muy peligroso descender desde aquella altura a la playa donde estaba encallado y amarrado un botecito. Pero cinco minutos después, sin embargo, el bote estaba a flote y metiéndose en él de un salto, Joe tomó los remos y los hundió en las transparentes aguas, dirigiendo la embarcación hacia el sitio donde creían que había caído la infortunada víctima de los infantiles juegos del elefantito. Pero aun cuando buscaron durante una hora o más, no encontraron a Rathbone por parte alguna.

—¡Se fué! — dijo Joe por último. — Un mal hombre que ha tenido un mal fin. Pero lo peor del caso es que tú, Dick y Torta, serán considerados responsables de esa muerte. Rememos hacia la costa, muchacho. — Y agregó luego, cuando la quilla del bote arañaba la arena de la playa: — No nos queda más camino que ir a entregarnos a la policía de Plymouth... ¡Así continuará la serie de calamidades que nos ha traído a casa el maldito Buda de Oro!

A CHINA

No creo que el Buda de Oro tenga tanta culpa como ese estúpido y loco de Bianchi — dijo Dick Polruán frunciendo el ceño, mientras iba por el camino de la costa alta tras de Joe Tremorne que resoplaba como una foca. — Si Rathbone ha muerto y tenemos que pasarnos meses y meses de tribunal en tribunal, declaraciones aquí declaraciones allá, ¿qué será mientras tanto del pobre Frank, cautivo en poder de los Bo Tangs?

Cuando lleguemos lo hallaremos muerto y su cadáver, embalsamado, estará colgando sobre el altar del templo chino. ¡Esto sí que es triste y lamentable! En mi opinión, lo mejor es dejar a Rathbone donde esté aun cuando sea en el fondo del mar. ¿Por qué nos hemos de tomar la molestia de ponernos nosotros mismos en manos de la policía?"

Joe, sin embargo, sentíase inclinado a mirar el asunto seriamente.

—El caso está complicándose mucho. Dick — manifestó en momentos en que llegaban al fin del camino y emprendían el del castillo. — ¡Pritchard y el chino, asesinados, Frank raptado y ahora Rathbone ahogado! Tú y yo seremos los que primero se agregarán a la lista. Si no fuese por Frank yo arrojaría el dichoso Buda de Oro al fondo del mar. ¡Hola! — exclamó al ver que una sombra se movía al borde de la Selva Salvaje. — ¿Es ese Torta?

El joven negro avanzó riéndose y con la cabeza baja.

—Sí, señor; tengo la satisfacción de presentarme como su más humilde servidor. Caradetorta, hijo único y heredero del rey de los Fuzzy wuzzys. Además, tengo que manifestar y que informar que el caballero llamado Rathbone ha salido ileso de las profundidades del proceloso mar y en estos momentos históricos se dirige a su domicilio legal, convencido de que más le hubiera valido no aparecer por aquí y chorreando agua de mar.

Joe se detuvo y suspiró aliviado.

—¿Es eso verdad, Torta? — preguntó.— ¿Has vuelto a ver a se pillastre después de haber caído en el mar desde lo alto del promontorio?

—He dicho la verdad y nada más que la verdad, — contestó el negrito. — Este angelito se hallaba entregado a la tarea de llevar a Bunchi a su alojamiento, después de correr un rato tras él, cuando vió subir de la playa al señor Rathbone con todo el aspecto de una rata ahogada. Al ver al elefantito lanzó un grito terrible y se alejó corriendo con una velocidad estupenda. Este angelito no se había reído nunca tanto como se rió en aquel momento.

—¡Te voy a arreglar! — gruñó Joe. — ¿De modo que has dejado que Dick y yo remáramos durante más de una hora, cruzando la ensenada de Whitsand en busca de un ahogado cuando sabías que el supuesto ahogado había salido a tierra y se dirigía tranquilamente a su castillo de Tredinnick? ¡Ya verás lo que hago contigo! ¡Grandísimo!...

—Todo puede arreglarse, patrón Tremorne, — dijo el negro; — trayendo de nuevo a Bunchi para que corra tras de Rathbone, lo agarre y vuelva a tirarlo al mar para que usted lo pesque si así lo desea. ¡Hola! ¡Bunchi! ¡Elefantito mío!

—Como vuelvas a traer a tu elefante lo hago fusilar en la cubierta, al pie del palo mayor, a la salida del sol. ¡Procederé con él como procedió mi padre con el almirante Byng cuando se negó a combatir contra la flota de Van Tromp en el sitio de Ginegra! — gritó furibundo el marino. — Vuelve a la casa, Moro negro y prepáranos de comer. Dick y yo nos acostaremos bastante tarde esta noche.

Torta desapareció en la obscuridad y Dick se acercó al marino. Se comprendía que Tremorne estaba realmente muy preocupado.

—Bueno, Joe ¿qué piensa usted? — le preguntó cuando ya alcanzaban a ver cómo brillaban en la oscuridad las luces de la casa. — ¿Ha brotado alguna idea luminosa. dentro de esa vieja capa de hueso?

—Pensaba, — dijo Tremorne tranquilamente, — que ese Guy Rathbone no se va a conformar con dejar así las cosas y no soportará un trago tan amargo sin patalear. El y con seguridad algunos más, hicieron desesperados esfuerzos para conseguir no solo robar el ídolo, sino introducirlo en Inglaterra. Uno de los de la gavilla, que nosotros lo sepamos, el llamado Pritchard, perdió la vida...

—¿Cree usted entonces que Pritchard y Rathbone eran cómplices?

—¡Sin la menor duda! Todo debió ser cuidadosamente planeado. Rathbone encontró el ídolo en China y lo robó. Tal vez lo descubrieron y tuvo que huir para que no lo mataran. Para disimular un poco pasó el ídolo a Pritchard y partió para Inglaterra dejando que su cómplice le siguiera con el producto del robo. Nosotros sabemos lo que le pasó a Pritchard. Los chinos le habían seguido y uno de ellos lo mató. Por casualidad el ídolo pasó a manos de Frank. Entonces Wong Li se presenta en Polruán. Rathbone se entera de eso y ronda la casa hasta averiguar donde está el Buda. Por desgracia se presenta en el instante en que el ídolo está sobre una mesa y lo ve. ¿Crees tú que va a abandonar el asunto fácilmente cuando sabe que la imagen vale miles de libras, tal vez un par de centenares de miles?

—¡Cómo! — exclamó el muchacho. — ¡Doscientas mil libras! ¿Casi un cuarto de millón de libras?

El marino inclinó afirmativamente la cabeza.

—Eso mismo, muchacho. He visto muchas piedras preciosas en mis viajes y sí lo que valen. Mi vieja tía Angelina, la que vivía en el camino de Tredossel poseía unos aros de brillantes que, cuando ella se murió, se vendieron en ciento cincuenta mil libras... cada uno. Por desgracia una mañana, paseando por el jardín, se le cayeron y el cerdo de Holman, el labrador, se los comió creyendo que eran de vidrio.

—Es la primera vez que le oigo a usted hablar de esa tía Tremolina que vivía en el camino de Angessel, — dijo Dick disimulando una sonrisa; — ignoraba también que el labrador Holman alimentara a su cerdo con vidrio. Pero no nos ocupemos de eso, Joe, y sigamos con nuestro asunto.

—Pues bien, — dijo Tremorne; — si Rathbone es el tipo de canalla que yo me figuro no nos dejará volver el ídolo a China sin tratar de evitarlo. Mi primera idea fué aparejar el yate. Encantadora y partir para China en él, pero luego pensé que nos conviene hacer el viaje en un buque más útil, que pueda combatir con ventaja en alta mar. llegado el caso. Pero lo primero de todo es encontrar

un buen sitio donde esconder el yate Encantadora y partir para China. No sabrás dónde estará; lo sabré yo sólo y si a alguien se le ocurre la idea de quitármelo, que venga a intentarlo cuando quiera.

Dick no alcanzaba a darse cuenta de la necesidad de la medida ideada por el marino, pero convencido de que no era posible discutir con él le dejó en libertad de hacer lo que mejor le pareciese. Media hora más tarde, cuando volvió a ver a Joe en el momento de sentarse a la mesa para cenar, el viejo marino sonreía con grandísima satisfacción.

—He puesto el ídolo en un sitio donde nadie podrá encontrarlo como no me lo pregunte a mí. No; no voy a decirte dónde está, muchacho, Sigue comiendo tranquilamente y disponía a venir conmigo a Plymouth mañana temprano.

Largo tiempo después de haberse retirado todos a sus habitaciones, de haber cerrado las puertas y apagado las luces, permaneció Dick despierto pensando en qué consistirían los proyectos de Tremorne. Durante las pocas horas transcurridas desde la misteriosa llegada de Wong Li había acariciado la idea de un confortable viaje al lejano Oriente en el yate que él y Frank habían comprado en sustitución de uno que había naufragado y al que le habían puesto el mismo nombre: "Enchantress". Era un bergantín armado de excelente velamen y de un motor a vapor auxiliar. Estaba lujosamente dotado de cuanto podía necesitarse desde su altiva proa a su ancha popa. Pero con sorpresa y no sin disgusto, cuando él y Joe fueron al puerto de Plymouth la mañana siguiente el marino le guió a donde estaba amarrado un buque sucio, un viejo vapor de carga de más de dos mil toneladas que parecía muy poco superior a un lanchón transportador de carbón.

—¡Esa es la clase de buque que necesitamos! — dijo, observando con interés las resistentes y sólidas líneas de su casco. — Es fuerte y valiente y capaz de resistir las furias de uno de los tifones del mar de la China. ¡Y mediante un poco de trabajo podremos ponerlo en las más excelentes condiciones para lo que nos hace falta.

—¿Qué es eso para lo cual nos hace falta? — preguntó el muchacho. — ¿No sería mejor el yate?

Joe lo miró con desprecio.

—¿Sabes tú que en el mar de China crecen unas cosas a las que llaman piratas y que le cortan el cuello a la gente con asombrosa facilidad? Necesito un buque que pueda ser armado que pueda hacer algo en caso de un encuentro con piratas de trenza larga. !Y esto es lo que conviene! Tuve noticia de que estaba disponible la semana pasada. Está en venta, muy barato y podemos arreglarlo a nuestro gusto. Vamos a visitarlo.

Dick siguió gruñendo entre dientes mientras avanzó saltando por encima de numerosos charcos y al fin llegó a una larga planchada, apoyada en unas barcazas y por la que había que pasar saltando de una en otra tabla.

Miró aquel peligroso obstáculo con recelo.

—¡Ven aca! — ordenó bruscamente el marino. — ¡Esto es lo que te hacía falta, muchacho! Un poco de emoción! La vida ha sido demasiado suave y tranquila para tí, en el castillo. Vamos a navegar nuevamente y este barquito es el que conviene.

Era inútil discutir con Tremorne cuando decidía algo, así que Dick procuró soportar de la mejor manera posible, la inspección del vapor. Su rapidez debía ser según le pareció, tan escasa como sus comodidades. Todo estaba sucio, cubierto de una gruesa capa de polvo de carbón y de la proa a la popa se hallaba en lamentable condición.

Joe encendió su pipa para contrarrestar el nauseabundo olor que surgía de las bodegas y tomando de la mano a su compañero bajó a inspeccionar las máquinas.

—En las excelentes condiciones en que puede estar el mecanismo de un reloj nuevo, — dijo cuando hubo observado durante un rato la bien cuidada maquinaria. — Aquí no hay espacio para jugar a los bolos, es verdad, pero a Mactavish le parecería muy bien. ¡Muchacho: he decidido comprar este vapor y transformarlo!

Media hora después descendía por el costado del buque y desde una tabla colgante examinaba el estado de las planchas de acero del casco. Resultaron estar en tan buen estado como la maquinaria.

Mientras tanto Dick se dirigió hacia la popa, descendió por una estrecha escalera puesta en una escotilla a la antigua y llegó a una cámara parecida a las de los buques de vela. Reinaba allí la oscuridad, pero Dick pensó que con muy pocos cambios aquello podía resultar confortable. Pero sus esperanzas se disiparon cuando volvió a hablar con Joe.

—Voy a necesitar todo el espacio disponible para poner los cañones muchacho, — dijo. — Primeramente haré limpiar bien esta bañadera y después llamaré el constructor que ha de instalar las plataformas para los cañones y los depósitos para municiones. Los tanques de agua están en buenas condiciones, pero hay que limpiarlos; hay buen espacio para la despensa y haré que instalen chapas que lo oculten todo de modo que el aspecto del buque sea de lo más inocente del mundo.

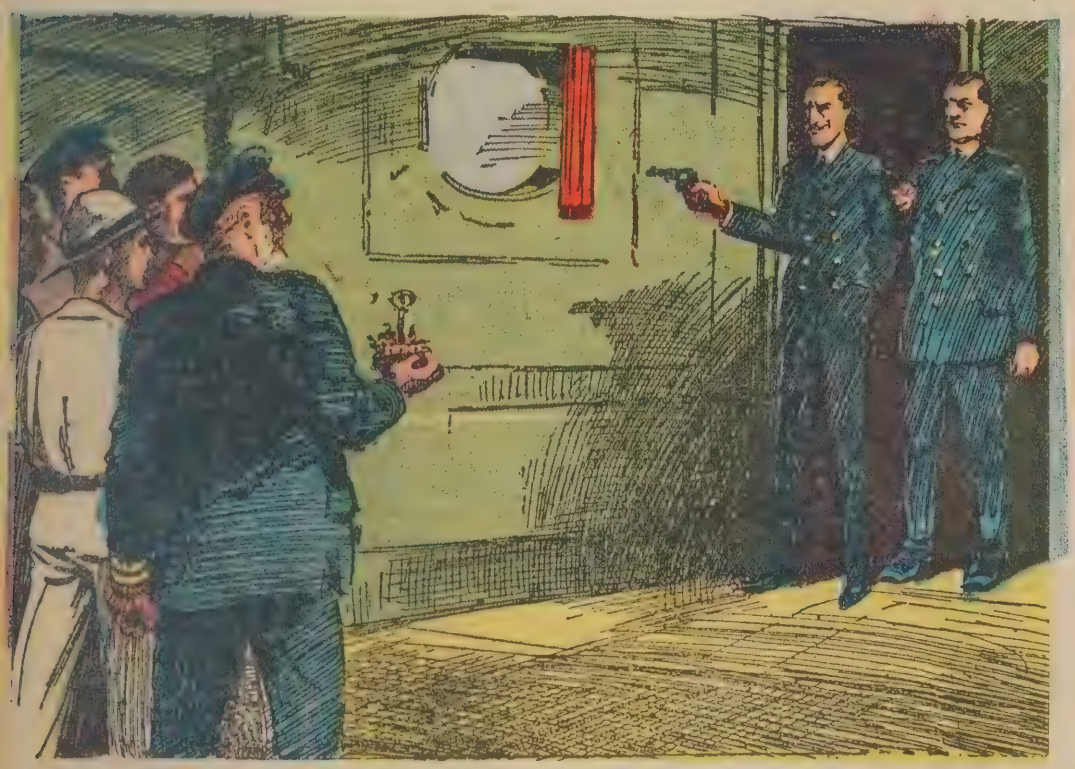
Dick seguía sin participar del entusiasmo de Joe pero decidió ayudarle con alma y vida porque se trataba del bien de Frank.

En una semana quedaron terminadas las formalidades de la compra y desde entonces todo se hizo rápidamente. El buque, al que Joe había rebautizado con el nombre de "Silfo" tal vez porque no tenía parecido alguno con un silfo, fué lavado de un extremo a otro y desinfectado debidamente. Se procedió a instalar los cronómetros y a llevar los mapas de navegación. Se buscó a la vieja tripulación del yate Enchantress y se firmó contrato con toda aquella gente, realizándose al mismo tiempo la mágica transformación ideada por Joe. Se tardó tres semanas en montar los tres cañones, — dos a proa y uno a popa, — y en instalar las chapas-escudos que los ocultarían a los ojos de un observador cualquiera.

El maquinista Mactavish con su escocesa actividad, desarmó, examinó, limpió y volvió a armar toda la maquinaria, de modo que a los veinticinco días de la fecha de la compra el Silfo, transformado en un vapor de excelentes condiciones, seguro y poderoso, estaba pronto para zarpar.

Los miembros de la tripulación fueron congregados en el espacioso salón comedor del castillo de Polruán, donde se les explicó el objeto del viaje con toda claridad. Como todos manifestaron estar de acuerdo, se decidió partir al siguiente día.

En consecuencia un jueves a las doce del día, con el Buda de oro hábilmente escondido por Joe Tremorne en un sitio especialmente escogido y con Dick, Cara de torta el negro y Harry Rawson, — el viejo amigo a quien habían decidido que se agregará a la expedición, — de pie en el puente de mando, el Silfo se deslizó hacia el antepuerto aprovechando la marea alta, volvió la popa a la vieja Inglaterra y navegando hacia alta mar se alejó de unas costas a las que no volvería sino después de muchos meses de variadas y peligrosas aventuras.



"Deje usted eso donde estaba capitán Tremorne", dijo una voz suave desde la puerta del salón, Joe y sus cuatro compañeros miraron y reconocieron a uno de los dos recién llegados: era Guy Rathbone y tanto él como el otro apuntaban con sendos revólvers.

VIAJE INTERRUMPIDO

Sentado en el puente, bajo un toldo formado por la lona de tapar uno de los botes salvavidas puesta en el borde del techo del camarote de la cubierta por un lado y atado a la borda por el otro, estaba Dick Polruán, rodeado de varios de la expedición.

—¡Esto es una delicia! — exclamaba. — ¡Una cubierta para pasearse que no tiene más que doce pies por seis, unos camarotes como cajas de fósforos, un cuarto de comando del tamaño de una mesa de comedor¡. . . ¡Es un encanto este hermoso Silfo!

"Díganme ustedes, ilustres compañeros míos, — agregó volviéndose hacia Torta, el negro y hacia Rawson que estaban tendidos sobre la cubierta achicharrada por el sol, junto a él; — ¿por qué no nos habremos embarcado en nuestro yate Enchantress II? Hubiéramos realizado el viaje con toda comodidad en vez de viajar metidos en este aparato como gallinas en un canasto.

Rawson se alzó un poco apoyándose en un codo y, secándose la frente cubierta de sudor, miró hacia la colina de espesa niebla que flotaba sobre las amarillas aguas del mar.

—El caso será curioso y extraño, Dick. — dijo bostezando aburrido; — pero el comandante no ha dejado ni un momento de pensar en que pueden atacarnos.

—¡Atacarnos? ¡Qué disparate! — gruñó

Dick Polruán. — ¿Quién va a atacarnos de este lado del golfo de Pechili? Hemos transpirado a través del mar Rojo sin ver la sombra de un solo árabe salvaje, y nos hemos cocido cruzando el océano Indiano y no hemos visto más que dos o tres peces voladores; topamos con un sifón en el mar de China y pasamos por él sin perder ni un salvavidas; y ahora llevamos una semana achicharrándonos entre la costa del continente y una interminable fila de islas sin ver señales de vida por parte alguna. ¿Dónde están los juncos, los chinos de ojos de almendra con sus largas coletas, los piratas de los ríos y los bandidos del mar Amarillo? ¿Dónde están los peligros que Joe temía? ¿Dónde están las razones que le decidieron a traernos en esta batea y no en nuestro moderno y cómodo yate? Por segunda o tercera vez, permítanme que exclame: ¡Esto es una delicia!

Un gruñido de aprobación se oyó al lado de Dick Polruán y Torta levantó la cabeza reluciente de sudor.

—No se volvide, sin embargo.—dijo el negro. — de que el día anterior al día en que estamos hoy, se recibieran señales por telégrafo sin hilos pidiendo socorro.

—Desde que se recibió la señal de S. O. S. hemos paseado por el mar amarillo en medio de una niebla espesa como sopa de puré" de arvejas en busca de un buque que no encontramos. Pero no constituye una aventura sino un incidente vulgar... ¡Hola! — exclamó al oír un silbido del contramaestre que rasgó vibrante el silencio. — Me parece que está por suceder algo por fin.

El joven Rawson se rió y levantándose languidamente se dirigió al borde del buque.

—No sea demasiado optimista, Dick. Es que la niebla se levanta. Dentro de unos pocos minutos podremos ver, a través del aire cristalino, las montañas de Corea por un lado y la costa de Welhaiwei por otro. El telégrafo de la sala de máquinas ha ordenado a nuestro motor de triple expansión que amengüe la rapidez de su marcha. ¿Qué sucede, Mactavish? — preguntó al escocés maquinista, que se asomó por una escotilla.

—No haga preguntas que no le van a contestar, — replicó de mala gana Mactavish. En cuestiones de disciplina...

—¡Vaya usted a hacerle cosquillas al carburador! — exclamó Dick. — ¡Harry! — añadió. — Propongo que organicemos un motín exigiéndole al comandante que nos divierta de algún modo, porque estamos muy aburridos! Hasta ahora las diversiones han sido pocas en verdad: dos asesinatos, un rapto, una caída al mar sin ahogarse el sujeto y seis semanas de navegación por un mar que parece un horno o una olla hirviendo... ¡Hola! El viejo Pengelley está arriando un bote. ¿Qué va a suceder ahora?

—Nos encontramos cerca del sitio de donde nos llegó el mensaje pidiendo socorro, — contestó el contramaestre a la pregunta del joven. — Si usted mira con atención, señor Polruán, podrá distinguirlo desde donde está.

Indicó algo del lado del mar, pero Dick no alcanzó a ver más que la cortina de niebla que giraba y revoloteaba deshaciéndose sobre las aguas color de ocre del mar.

—O estoy loco o estoy soñando, — reflexionó pasándose los dedos por entre su cabello castaño ondulado. — ¿Distingue usted algo, Harry?

—Absolutamente nada, — contestó Rawson. — Empiezo a creer que no se recibió el mensaje de S. O. S. Puede sér que todo se redujera a una broma del comandante. Lo que hacen ahora es una maniobra para ejercitarse y nada más.

Acababa de expresarse así cuando la cortina de niebla se desgarró y un pálido rayo de sol iluminó la superficie del mar. De pie en el puente, junto a la borda, miraron los tres con grandísima atención hacia lo que parecía un vapor de grandes dimensiones que flotaba en el mar a unas dos millas de distancia.

Dick le pidió su catalejo al contramaestre y miró hacia aquel desconocido buque con toda atención.

—No parece que sea un buque náufrago, anclado como está, — dijo. — Parece hallarse en buenas condiciones. ¡Hola! Aquí viene el viejo. ¿Qué pasa, Joe? — preguntó a Tremorne que apareció en aquel momento muy jovial, vestido de azul y con la gorra de visera de medio lado, igual que el día en que el Silfo había zarpado del puerto de Plymouth, seis semanas antes.

—Ese es el buque al cual hemos buscado durante las últimas treinta y seis horas, — dijo, frunciendo el ceño. — Le aposté a Mactavish una caja de cigarros contra una semana de licencia en tierra, a pesar de la niebla. El viejo escocés ha perdido los cigarros y la licencia.

—No es extraño que estuviese de mal humor cuando le dirigimos la palabra, — dijo Dick riendo. Pero, ¿qué opina usted sobre ese buque, Joe?

Tremorne contestó sin quitarse los gemelos de los ojos.

—Abandonado. Está de proa al viento como si estuviese anclado y un poco hundido de popa debido a la carga mal estibada. No noto en él signo alguno de vida.

Dió una orden con voz estentórea. La cara de Mactavish desapareció por la escotilla. Un momento después el agua comenzó a moverse bajo la popa del Silfo, revuelta por las hélices. Se oyó el jadear de las máquinas y el ruido que hizo el plomo de la sonda al dar en el agua, seguido de las voces del sondeador situado a proa.

—¡Cuarenta y cinco! ¡Cuarenta y cinco! ¡Cuarenta!

El telégrafo de la sala de máquinarias sonó de nuevo dando los toques indicadores de la orden de "Pare".

Tremorne fué al sitio de la borda donde estaban los pescantes de los cuales colgaba el bote salvavidas. Tenía un aspecto bastan-

te curioso con su lámpara morisca colgando de su cadena, en la mano derecha.

—¡El viejo Joe está loco con su lámpara! — dijo Dick en voz baja. — Cualquiera diría que no puede mandar este buque viejo sino la tiene en la mano. Algún día verepos que lleva en la boca un chupete de bebé en vez de ese grueso, negro y largo cigarro que tiene ahora. ¿Qué es eso, capitán? — preguntó al ver que Tremorne inclinaba a un lado la cabeza rápidamente.

—Vengan, muchachos; métanse en el bote si quieren, y vayan a bordo, — dijo. ¡Sí; Torta también! Se han portado ustedes muy bien en circunstancias muy malas. Merecen una recompensa.

Dick y Rawson se pusieron rojos ante tan inmerecido elogio y se metieron en el bote que colgaba balanceándose. Cinco minutos después la quilla del bote daba en el agua, soltaban los ganchos de los aparejos y con ocho pares de fuertes brazos movieron rítmicamente los remos, la distancia entre el bote y el buque misterioso disminuía rápidamente.

Joe, de pie, fumaba con fruición su cigarro de hoja, mirando con atención el buque. No se veía por parte alguna señales de vida. Los aparejos de unos pescantes de sostener los botes colgaban de la popa.

Cuando estuvieron a media milla de distancia, el capitán tomó una bocina y lanzó un sonoro saludo. Su voz vibró en medio del silencio y se perdió entre la niebla.

—Acerquémonos a la proa. El último mensaje radiotelegráfico que recibimos, procedía de un buque llamado Cassandra. Vamos a ver si se llama así, — dijo.

Así resultó realmente. En cuanto estuvieron más cerca del buque abandonado, vieron el nombre Cassandra en la popa.

—La niebla vuelve a espesarse, — dijo Joe mirando hacia donde un momento antes se veía al Silfo con toda claridad y quedaba ya oculto detrás de un espeso tul. — Vamos hacia la escala, Pengelley.

El bote avanzó con rapidez y Joe, con su preciosa lámpara al hombro, subió por la escala mano tras mano. Le siguieron Rawson, Dick, Torta y Pengelley.

—Ustedes pueden quedarse aquí abajo hasta que se les llame, — gritó el capitán en el momento en que llegaba a la cubierta del buque que con tanta insistencia habíales pedido socorro. Tremorne avanzó por la cubierta, que estaba desierta. La casilla de la rueda del timón estaba vacía pero limpia y en orden. Dick y Rawson miraron a un lado y otro sin encontrar persona alguna. Todo en él se hallaba limpio y bien cuidado.

Al cabo de cinco minutos, Harry que se había adelantado, miró hacia atrás y notó que una cortina oscura le separaba de Dick y Torta. Se estremeció al sentir que la ropa se le pegaba, húmeda, al cuerpo, y lanzó un grito de llamada.

Le pareció que le contestaban de lejos y luego reinó profundo silencio. Entonces, en medio de aquella extraña calma, oyó que Dick gritaba:

—¡Por aquí, Harry! ¡No podemos hallar a Joe!

Se volvió cautelosamente, avanzando como si fuese con los ojos vendados y se encontró con sus dos amigos que miraban hacia abajo por el hueco de la escalera principal.

—¿Ha visto usted a Joe y a Pengelley? — preguntó Dick.

Rawson movió negativamente la cabeza.

—Estaban en el camarote de mando cuando yo pasé. Si no están allí deben haber llegado. Vengan; ahora lo veremos.

Abrieron la puerta del salón principal y se rieron de sus temores por que Tremorne y Reugelle estaban allí, el otro extremo del salón examinando algunos artículos de plata puestos en un aparador cubierto con un paño blanquísimo.

—La gente que abandonó este buque se trataba bien, sin duda. — decía Joe en aquel momento. Se volvió con un aparato de poner los frascos del aceite y el vinagre en la mesa. — Todo esto es bueno está bien cuidado y de estilo muy moderno.

—Puede usted dejar eso donde estaba, capitán Tremorne, — dijo una voz suave desde la puerta del salón.

Cinco pares de ojos se volvieron y vieron algo que les heló la sangre: las figuras de dos hombres que tapaban la puerta de entrada y que tenían sendos revólveres con los que apuntaban. Detrás de aquellos revólveres veíanse dos caras, una de las cuales les era horriblemente conocida: ¡la cara sonriente y burlona de Guy Rathbone!

—¡Usted, canalla! — gritó Joe furioso, retrocediendo un poco. — ¡Así se nos agradece el haber venido en auxilio de Cassandra?

Rathbone, pulcramente vestido y con aire de deselvoltura, se rió.

—Esta es la recompensa que recibe usted por no tener mayor cautela, — replicó. — Ahora levanten ustedes las manos o Felby y yo los mataremos sin que se muevan de donde están.

A una señal del capitán que sabía por experiencia cuándo era la discreción más necesaria que la temeridad, cinco pares de manos tocaron el techo del camarote.

Tanto Dick como Harry vibraban de furor al pensar con cuanta facilidad les habían burlado. A ninguno de los dos le era agradable rendirse de semejante modo. Sus reflexiones fueron interrumpidas por una observación de Joe.

—Felby, — repitió; — muy bien. No olvidaré su nombre, señor Rathbone, y no olvidaré tampoco su rostro. Pero ahora que nos ha atrapado, ¿qué se proponen hacer? ¿Cuál es su jueguito?

—¡Jueguito! — exclamó Rathbone, riéndose irónicamente. — ¿Cree usted que seguirles a ustedes durante seis mil millas de navegación es algo que merece ser llamado jueguito?

—¡Cómo! — exclamó Tremorne. — ¿Nos han seguido ustedes?

El otro dió vuelta un sillón giratorio y se

sentó lánguidamente. Después, apoyando el codo en la mesa del salón y apuntando a Tremorne, dijo con toda suavidad:

—Eso mismo. Casi no los hemos perdido de vista desde el momento en que salieron del puerto de Plymouth. Día y noche hemos seguido al penacho de humo de su buque, a través del mundo. En la oscuridad nos hemos guiado por sus luces de posición; cuando amanecía nos quedábamos atrás hasta que el casco desaparecía del otro lado del horizonte y nos guiábamos por el rastro de humo de su chimenea. Si usted tiene ocasión de visitar las máquinas del Cassandra verá que consume combustible que no produce humo.

—¿Pero el mensaje S. O. S. diciendo que ustedes se hallaban en peligro?

—Una estratagema para entrar en contacto con ustedes. Mi amigo aquí presente, el señor Mark Felby fué quien tuvo tan brillante idea. A él también es le ocurrió lo de darle al buque el aspecto de estar abandonado. Nos limitamos a escondernos y a esperarlos. Ahora, capitán Tremorne, como veo que usted comprende la situación, tendrá usted la molestia de decirme en qué sitio del Silfo está escondido el Buda de oro a fin de que yo pueda ir a buscarlo.

Un brillo de frío furor apareció en los grises azulados ojos del viejo marino. Wick lo miró y vió como comenzaba a hundírsele los músculos de las mandíbulas.

— Así que ese había sido su jueguito, señor Rathbone? — gruñó. — ¡Robarme el Buda de oro! Lo siento mucho pero yo no se lo daré jamás y a mí no me lo sacará usted nunca.

—¿Ni aún al precio de su vida? — dijo Rathbone poniéndose serio.

Joe movió negativamente la cabeza.

—Ni aun a ese precio. El Buda no está en venta. Sangre, aun cuando era mi propia sangre, no es dinero, que pueda comprarlo.

Rathbone se inclinó hacia adelante sonriendo de nuevo malignamente.

—Pero la sangre de sus jóvenes amigos sí. Vamos, capitán Tremorne, ¿qué le parece ese nuevo aspecto del asunto?

Joe se limitó a sonreir.

—No me parece ni bien ni mal. Lo único que pienso en este instante es que usted es un grandísimo imbécil. Nos detiene usted, pierde el tiempo y se toma muchísimo trabajo, todo ello inútilmente. Usted pretende asustarnos...

—¡Vamos, Tremorne! — dijo Rathbone cuya paciencia empezaba a agotarse. — No soy un niño en esta clase de asuntos. El resultado que ha de tener esto es bien claro. Los tengo a ustedes cinco en el hueco de mi mano. Unos cuantos movimientos del disparador de mi revólver y del de Felby y la vida de ustedes se apagará como se apaga de un soplo la luz de una bugía. En tal caso la imagen de oro no solo no los beneficiaría a ustedes, también sería la causa de la muerte de su joven amigo Frank Polruán. Lo que yo propongo es que ustedes me entreguen el ídolo y me permitan que lo devuelva al templo, asegurando así la liberación de su joven amigo.

En el salón del Casandra resonaron bulliciosas las carcajadas de Joe Tremorne.

—¡Dios Todopoderoso! ¡Qué inocente es usted, Rathbone cuando se imagina que puede engañarme de ese modo! ¡No! ¡No, señor Rathbone! ¡Jamás haré ninguna clase de convenio con usted! ¡Jamás!

—¡Muy bien! — Rathbone sacó del bolsillo un silbato y se lo acercó a los labios. — No me queda más recurso que arrestarlos a todos ustedes y tenerlos como rehenes mientras busco en el Silfo lo que deseo. Cuando lo haya encontrado los pondré en libertad... tal vez. Puede ser que los necesite para dar un poco de diversión a mis tripulantes obligándoles a "pasear por la tabla" para ver lo que tardan en devorarlos los tiburones. Sin embargo a ese respecto he de reflexionar aun. Cuando venga a mi llamado el carpintero de a bordo cada uno de ustedes adelantará las dos manos juntas para que se las aten. Después de hecho eso...

Lo que Rathbone había pensado para ser agradable a sus cautivos no llegó a saberse porque sobre su suave voz que se hacía oír en el salón resonó un agudo grito seguido de una descarga de tiros de rifles.

Dick, que era el que estaba más cerca del ojo de buey sacó por él la cabeza en el mismo instante en que una sombra oscurecía el salón. La oscura silueta de un enorme junco pasaba en aquel instante y en la cubierta del junco se veía a una horda de feroces bandidos chinos.

—¡Son piratas chinos! — dijo, volviéndose hacia Joe.

Arriba, en la cubierta, se oyó otra descarga de fusilería.

Rathbone y Felby retrocedieron rápidamente hacia la puerta y al retroceder siguieron apuntando con los revólvers.

—Parece que hay algún pequeño incidente por allá arriba, — dijo Rathbone irónicamente. — Vamos un momento a la cubierta a terminar con eso y volveremos a ocuparnos de ustedes.

—¡Gracias! — dijo Joe en el momento en que se cerraba la puerta del salón. — No creo que usted necesite arreglar nada. Si algo se ha de arreglar ya se encargarán de ello los piratas chinos sin ayuda ajena. Amigos míos. — agregó volviéndose hacia sus amigos, ahora sí que me parece que hemos tomado pasaje muy largo, ¡pero muy largo!

CON LOS PIRATAS CHINOS

El momentáneo pesimismo de Joe Tremorne parecía bien fundado, pues los gemidos que llegaban hasta ellos procedentes de la cubierta del Cassandra, indicaban con toda claridad que el rapidísimo ataque de los piratas chinos obtenía bastante favorables resultados.

La verdad era que Rathbone y sus cómplices, ocupados por completo en atrapar al

comandante del Silfo haciéndole caer en la bien preparada trampa, habían sido pescados desprevenidos y en situación sumamente desventajosa por los astutos chinos que acercándose protegidos por la densa cortina de niebla habían podido meterse en el Cassandra antes de que se disparase un solo tiro contra ellos.

Debe decirse, tratando con justicia a Rathbone, que en cuanto pudo percatarse de la gravedad del peligro que los amenazaba, hizo frente a la desfavorable situación con entereza y sangre fría.

Seguido de Felby llegó a la cubierta en el mismo momento en que un grupo numeroso de chinos armados de largos cuchillos saltaba por la borda atacando a Bevis, el oficial de guardia.

Bevis había sido tomado desprevenido por la rapidez asombrosa con que el más grande de los juncos había aparecido de entre la niebla; no había tenido tiempo más que para lanzar un grito de alarma y dirigirse a la entrada de la escalera de la cámara donde dormían sus camaradas; pero encontrando obstruída la salida por aquel lado, retrocedió hacia el puente, sacó el revólver y comenzó a tirotear a los atacantes.

Sus dos primeros disparos hechos con acierto, no sólo mataron a un par de piratas; alarmaron también al resto de la tripulación del Cassandra. Todos los tripulantes acudieron armados de rifles y todavía a medio despertar.

Chocaron, al llegar a la mitad de la cubierta con una horda de horribles piratas vestidos de azul y armados de largos cuchillos y de pesadas hachas, que llegaban procedentes del junco y avanzaron con una rapidez y una fuerza tales, que los de la tripulación retrocedieron en desorden.

La situación era sumamente crítica cuando Rathbone y Felbay llegaron a la cubierta.

El primero ordenó a su compañero que se encogiera y arrodillándose detrás de una gruesa tapa de escotilla, que uno de los marineros había dejado junto a la entrada de la escalera de la cámara principal, alzó el mismo revólver con el cual había amenazado de muerte un momento antes al capitán Tremorne y disparó a quemarropa contra el chino que le quedaba más cerca.

Casi no se oyeron los gritos de dolor que lanzó aquel chino en medio de las detonaciones de los tiros de los rifles de la tripulación que resonaban en medio de la espesa niebla acrecentados en gran modo debido a las condiciones atmosféricas, que parecían estampidos de tiros de armas de grueso calibre.

Dominado el primer impulso en aquella parte de la cubierta, Rathbone se echó boca abajo y en esa posición, protegido por la barandilla, esperó la próxima oleada de atacantes. Indicó a Felby que le diera su revólver.

—¡Deme también todas las balas que tenga! Vaya después a mi camarote y traiga una caja que hay allí con dos revólvers y más cajas de cartuchos. De paso suelte a Tremorne y a su gente y dígales que si quieren unirse a nosotros para la defensa del buque quedaremos a mano ¡Pronto! ¡No pierda ni un solo momento!

Felby, menos valiente que su jefe, no sentía grandes deseos de meterse en un combate que parecía haber tomado un aspecto tan poco favorable desde el primer momento.

Un segundo junco repleto de piratas se había acercado y había lanzado sus ganchos de abordaje y estaba unido a la popa del Cassandra.

Agiles como gatos, muchos chinos más saltaban a cubierta por la borda, Reuniéndose atacaron a los de la tripulación por retaguardia. Rodeados así, los tripulantes se dividieron en pequeños grupos que fueron rápidamente dispersados. Muchos de los tripulantes rodaron por la cubierta con el pecho atravesado de lado a lado por los filosos y largos cuchillos de los piratas.

El ruido era entonces espantoso. A los gran des lamentos y gritos de dolor de heridos y moribundos, cada vez más numerosos, se unían los gritos y las vociferaciones salvajes de los chinos y las distanciadas detonaciones del revólver de Rathbone.

Tal era la situación en el momento en que Felby descendió por la escalera principal y Joe Tremorne lo saludó con una frase no muy optimista, a su respecto. Oyeron cómo entraba en el contiguo camarote; le oyeron ir de un lado a otro buscando algo; abría un cajón, lo cerraba y salía después al pasadizo. Fué entonces cuando llegó hasta los cautivos la voz de Felby.

—¡Por orden del jefe, — gritó. — voy a abrir esta puerta! — Si ustedes quieren ayudarnos a combatir contra los piratas les prometemos en cambio la libertad.

Joe contestó rápidamente.

—¡Pueden ustedes irse a los mismísimos infiernos! ¡Preferimos quedarnos aquí mientras eso dure! ¡Dick! ¡Ayúdame a poner este aparador delante de la puerta! ¡Con este obstáculo detendremos durante un cuarto de hora a quien pretenda entrar!

Felby lanzó una salvaje y horrenda blasfemia y volvió a la cubierta. En menos de treinta segundos, con la ayuda de Pengelley, arreglaron los tres jóvenes una sólida barricada.

—¡Hubiera sido una imbecilidad haber subido a la cubierta para que nos mataran como a perros! — dijo Joe en voz baja, sacando del bolsillo de atrás del pantalón una imponente pistola Browning de las de reglamento. — Los que tienen armas pueden esperar, en un caso así, ¡Hola! ¿Qué es esto?

Saltó hacia un lado a tiempo para que no lo tocara el extremo astilado de un trozo de madera que golpeó pesadamente contra el cerrado ojo de buey, destrozó el grueso vidrio haciéndolo añicos y pasó a pocas pulgadas de la cabeza del marino. Por el hueco del ojo de buey se había metido un mástil roto del que colgaba la vela latina de un segundo junco que se había deslizado como un maléfico fantasma por entre la niebla y estaba a punto de abordar del lado de babor.

El primer impulso de Joe cuando vió la turba de chinos que se amontonaba junto a la borda del junco, fué dar orden a sus compañeros de que abrieran el fuego, pero en cuanto vió que dos manos amarillas se agarraban al borde de bronce del ojo de buey cambió de opinión.

—¡Quietos y junto a la pared de ese lado ¡Dejen este asunto por mí cuenta! — dijo en voz baja. — ¡Si en algo aprecian su vida, no hagan el menor ruido!

Acostumbrados a obedecer sin chistar, Rawson, Dick, Torta y Pengelley se pusieron de espaldas al tabique y aun cuando tenían apercibidas sus armas no intentaron hacer fuego con ellas, limitándose a mirar asombrados a Tremorne.

El capitán retrocedió unos pasos hacia un lado del salón y se paró irguiéndose y balanceando con la mano derecha su "cosquillea costillas" — como él la llamaba, — la esférica lámpara morisca que colgaba de su pesada cadena.

El chino que se había agarrado al borde del ojo de buey levantó la vista y lo único que vió fué la oscuridad del interior del salón, pues tenía la cabeza y los hombros afuera, donde había luz.

Se alzó con fuerza hercúlea y metió por el hueco la cabeza y la mitad del cuerpo. En el mismo instante la pesada bolsa de metal cruzó el aire y descendió con terrible fuerza sobre la afeitada cabeza del pirata. El cráneo se partió como se rompe una cáscara de huevo; el chino se deslizó hacia adelante y cayó dentro del salón quedando allí encogido e inmóvil.

—El número uno ha sido debidamente atendido con esmero y aseo, — dijo el marino, riendo. — ¡El que sigue! ¡Pase el número dos! ¡Ah, ya viene!

Un segundo pirata había seguido de cerca al primero. Vieron durante un segundo los dedos amarillos de largas uñas, el horrible rostro y los ojos oblícuos inyectados en sangre. Entonces la lámpara morisca se movió en cumplimiento de su misión con la mortífera exactitud de la cuchilla de una guillotina y el segundo pirata fué a unirse a su compañero en el piso del salón.

Dick se estremeció y volvió la cabeza, pero no pensó en tratar de que Joe suspendiera el castigo que había ideado para darles su merecido a aquellos bandidos. El joven se daba cuenta, — como se daba cuenta Tremorne, — de que la situación exigía medidas como aquella si habían de tratar de salir vivos de donde estaban.

Apareció un tercer pirata en el ojo de buey. Era este un tipo aun peor encarado que los otros y traía un puñal entre los dientes.

Miró hacia abajo y llegó a ver algo de los dos cuerpos amontonados uno sobre otro y abrió la boca para volver la cabeza y avisar a los que venían detrás. Pero en el mismo instante en que el cuchillo se le caía de entre los dientes y se clavaba en el hombro de uno de sus insensibles compañeros, la esfera morisca le dió en la nuca, matándolo. Quedó con los brazos colgados hacia dentro hasta que, obedeciendo a una rápida señal de Joe Tremorne. Pengelley, que era el que estaba más cercano lo tomó de las manos y lo hizo caer dentro de un tirón.

Siguieron a estos cuatro piratas más que tuvieron igual suerte. Entonces el junco empujado por la corriente que era más rápida junto al casco del Cassandra se deslizó hacia adelante y fué a quedar debajo de la popa del vapor.

Tremorne dejó caer su "cosquillea costillas" y cerró el postigo de madera del ojo de buey.

—¡Pronto! ¡No pierdan ni un segundo! — ordenó volviéndose hacia sus compañeros.— Que cada uno de ustedes desnude a uno de esos chinos y se vista con su ropa. Creo que esas blusas nos quedarán bien. Quítense el calzado y pónganse esas zapatillas de gruesa suela que tienen los chinos. Vamos a salir de este entrevero vestidos de chinos.

Se echaba de ver, por el tumulto que llegaba desde arriba, que de nada podía servirles ya el continuar encerrados en el salón. Los piratas que se habían metido en el Cassandra debían ser dueños de la situación. Cada vez se oía menor cantidad de detonaciones. Los pocos defensores que aun quedaban habían retrocedido refugiándose en el lado de proa.

—¡Oculten los revólvers en las anchas y largas mangas! — ordenó Joe cuando sus compañeros desfilaron frente a él, vestidos de chino. — Salgan corriendo a la cubierta. ábranse paso entre el amontonamiento. No se fijarán en nosotros en medio de la excitación general.

—Y luego, — dijo Dick Polruán abotonando su amplia blusa azul; — cuando estemos en la cubierta, ¿qué hemos de hacer?

—Dirigirnos a la borda, del lado en que haya agua debajo. Saltaremos y nos dirigiremos nadando a donde está el Silfo que no debe encontrarse a más de media milla. Yo los tendré en contacto mediante toques de silbato. ¿Comprenden?

Retiraron el aparador de delante de la puerta y se dirigieron por el oscuro pasadizo a la escalera principal. La pelea continuaba todavía pero, por suerte, en la parte de proa del vapor donde Rathbone y Felby ambos mal heridos, defendíanse aun en el camarote de mando.

—¿Y esos dos desgraciados? — preguntó Dick. — ¿No podíamos hacer algo por ellos?

Tremorne movió nagativamente la cabeza mientras se ataba a la cintura la cadena de la lámpara morisca.

—¡Por ahora no podemos hacer nada! — replicó. — Tengo que pensar ante todo en ustedes. Cuando estemos a bordo del Silfo y tengamos tres buenos cañones para que hablen por nosotros entonces podremos pensar en eso. Adelante, pues, y maten de un balazo al primer cara de mostaza que se les quiera poner delante.

Indicó a Pengelley que fuese delante y él se quedó último. La niebla se había espesado aún más y flotaba sobre ellos formando húmedas y pegajosas volutas. Cuando llegaron a la cubierta húmeda de sangre y realmente cubierta de cadáveres de piratas. Un pequeño grupo estaba reunido al pie de la chimenea. Se volvieron hablando y gesticulando como locos cuando Pengeller con su flotante blusa subió a la borda y se arrojó lo más lejos posible del vapor. Dió en el agua pocos pies antes que Dick y Joe.

Fué la negra cara de Torta lo que descubrió el juego. Un odioso chino la vió salir

del hueco de la escalera y se lanzó sobre el blandiendo un largo cuchillo. Torta se agachó evitó el golpe y echó a un lado al pirata, al pasar. Entonces gritando algo en tono de desafío a los que estaban al pie de la chimenea, saltó por encima de la obra muerta, y dió estrepitosamente en el agua.

—¡Nada como no has nadado nunca en tu vida! — le gritó Joe. — ¿Dónde está Dick?

—¡Aquí! ¡Aquí está Dick! — Contestó el muchacho riendo y nadando mediante poderosas brazadas.

—Iremos bien mientras esa gente no nos moleste, — dijo el marino.

Sin embargo, fué eso precisamente lo que los piratas hicieron. Suponiendo que se trataba de una traición, uno de ellos se apoderó del revólver de uno de los caídos marineros y comenzó a hacer disparos hacia el agua De no haber sido tan espesa la niebla aquellos tiros hubieran tenido mortífero resultado. Una de las balas atravesó de lado a lado la gorra de Pengelley y le rozó dolorosamente la oreja derecha cerca del cráneo.

El grupo de nadadores se dispersó ante este ataque pero luego lo reunió de nuevo uno serie de toques de silbato del capitán Tremorne. Al cabo de diez minutos el Cassandra y los juncos que lo rodeaban eran tan sólo una confusa masa que se perdía entre la niebla gris que formaba como una frazada.

Joe removió el agua y llamó a los demás al sitio donde él estaba.

—¡Dos minutos para respirar un poco y después, otra vez adelante! — dijo. — El primero que vea al Silfo o al bote del Silfo, que avise.

Este honor correspondió a Rawson, que veinte minutos después vió unos bultos oscuros a veinte yardas delante de él.

—¡Ah, el bote! — dijo. — ¡Socorro!

En respuesta a su llamado, el bote se dirigió hacia él a través de la oscura cortina de niebla y lo tomó a bordo.

Después de un breve paseo en redondo fueron recogidos todos los demás, muy cansados pero sin mayor daño, excepción hecha de Pengelley, que insistió en afirmar que le habían saltado la tapa de la cabeza.

—Una cabeza como la suya no tuvo tapa jamás — le dijo Joe muy serio. — Ustedes los que nacen en la costa de Cormalla, nacen todos con la cabeza sin tapa. Pero, dígame Hosken, usted no ha visto a nuestro vapor? — preguntó al que dirigía el grupo de remeros del bote.

—No, capitán; y eso que hemos girado en torno de este sitio durante mucho tiempo. Me parece que nosotros hicimos bien en no salir del bote y no meternos en ese Cassandra.

—¡Ya lo creo! — opinó Tremorne. — Desarmados como estaban ustedes de poco nos hubieran podido servir. Remen ahora lo más fuerte que puedan y alejémonos lo más pronto posible de la zona peligrosa.

Después se dieron cuenta de la razón, por la cual les había costado tanto dar con la ubicación del vapor. El Silfo, al oír los tiros se había retirado para prepararse a entrar en acción. Se tardó algún tiempo en levantar la presión del vapor de la caldera y en situar junto a las piezas a los que habían de ser sus sirvientes. Como durante todo esto navegó describiendo un círculo de dos millas, no es de extrañar que los que estaban en el bote no dieran con él.

Fué Mactavisch quien, al subir a cubierta de su sala de máquinas para respirar un poco de aire menos caldeado, creyó oír un toque de silbato entre la niebla. Corriendo por la cubierta fué a tomar la soga de la sirena, tiró de ella y lanzó un estentóreo llamado, que, sin duda, se oyó en casi toda la extensión del mar Amarillo. Mactavisch siguió haciendo que sonara la sirena a intervalos, hasta que oyó con toda claridad una respuesta.

El bote salvavidas tocó el casco del vapor le arrojaron un cabo y amarró.

Joe fué el primero en pisar la cubierta y su llegada fué celebrada con grandes risotadas y no poco interés por los de la tripulación que se habían quedado a bordo.

—¡No se queden ahí con la boca abierta y mirándome como lechuzas! — les gritó con enojo. Mactavisch, cuide de que sus máquinas sigan funcionando rápidas. Dígale a Fraser que toque el gongo para que ocupen sus puestos los encargados de las piezas. Me parece que vamos a tener baile.

Cesó al instante toda la bulliciosa alegría. Sonó el gongo y los miembros de la tripulación con el cuerpo desnudo de la cintura arriba fueron a ocupar su sitio a las plataformas de los cañones. Quitaron las planchas que ocultaba los cañones y prepararon los municiones. De los costados del Silfo surgieron los oscuros e imponentes tubos de acero. El Silfo viró en redondo y navegó hacia el Cassandra.

El fogonazo del primer disparo de aviso, cuyo estampido grave y sonoro se extendió por los cuatro puntos cardinales, disipó relativamente parte de la cortina de niebla, y los del Silfo pudieron ver que el Cassandra estaba a unas ochocientas yardas de distancia del lado de estribor. Algo más lejos, como sombras diabólicas, tres extrañas siluetas se deslizaban engolfadas a medias entre la neblina.

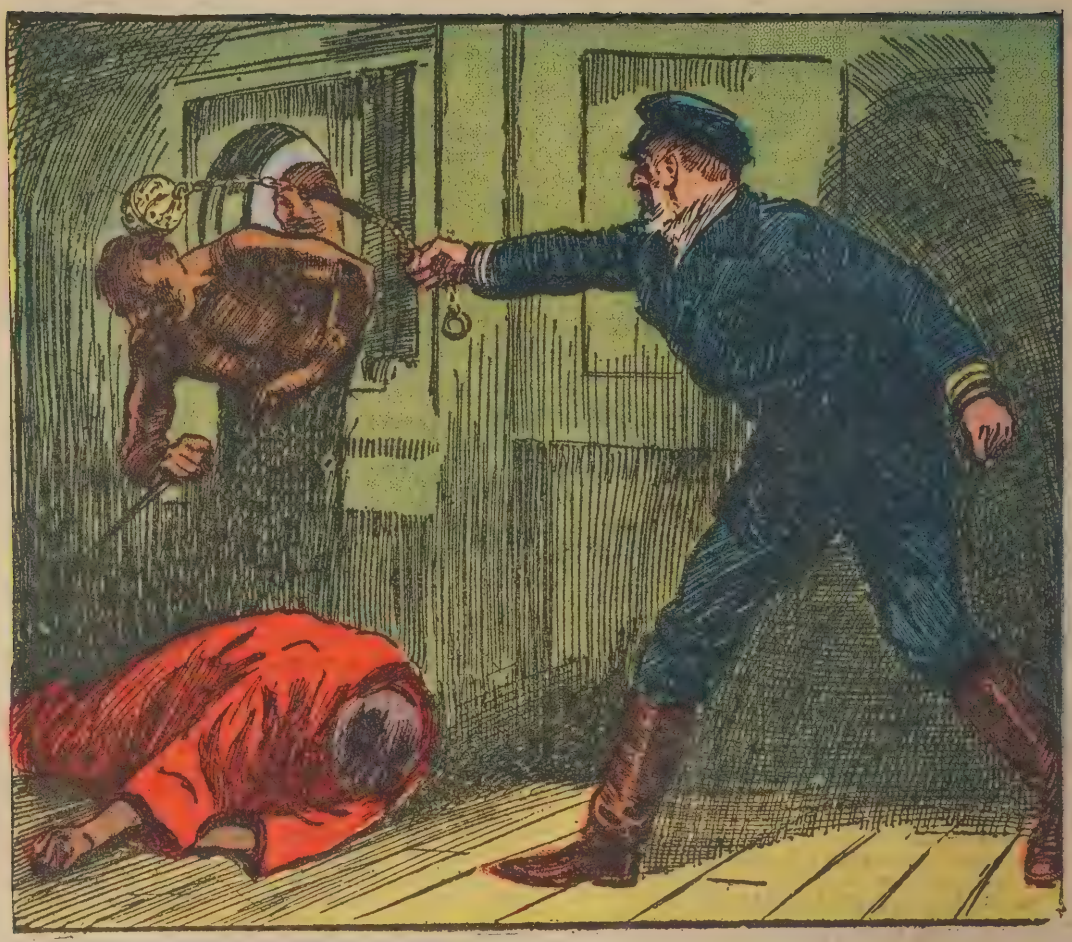
—Los juncos y sus piratas se van, — dijo Joe, de pie en el puente de mando y con unos gemelos en la mano. — Vamos a dirigirles un par de mensajes de despedida.

Apuntaron el cañón de cuatro pulgadas. Hubo un instante de silencio angustioso y después el rugido de la detonación sacudió al Silfo de proa a popa. La larga lengua de fuego del fogonazo se hundió en medio de una enorme nube de humo; a cierta distancia un randal de fuego ascendió hacia el cielo entre trozos de astillada madera.

—¡Esto es darles una buena lección! — dijo Joe oprimiendo un botón eléctrico. — ¡Qué vuelvan a disparar y les den otra lecciencita!

El segundo disparo resultó corto, sin embargo. Pero cuando llegaron a donde estaba el Cassandra todos los juncos habían desaparecido. Un silencio de muerte reinaba en el vapor. Durante cerca de una hora lo observó Joe con los anteojos sin que lograra notar alguna señal de vida a bordo del Cassandra. Entonces envió un grupo explorador a bordo de aquel buque. Regresó cuando sonaba la campana para el cambio de guardia.

PUCKY



Un segundo pirata había seguido de cerca al primero. Vieron durante un segundo sus amarillas manos agarradas al borde del ojo de buey. Después la lámpara morisca que Joe Tremorne tenía en la mano se movió en cumplimiento de su deber con la mortífera exactitud de la cuchilla de una guillotina y el segundo pirata cayó sobre su compañero.

informando que Rathbone y Felby, así como los demás miembros de la tripulación del Cassandra, vivos o muertos habían desaparecido por completo.

—El vapor ha sido saqueado de extremo a extremo. ¡No queda a bordo ni el menor objeto de valor! — dijo Pengelley, frunciendo el ceño.

—¡Se han encontrado con el destino que tenían merecido! — dijo Joe Tremorne como todo comentario.

¡ROBADO!

Los piratas habían preparado la completa destrucción del Cassandra y la desaparición de todo rastro de su infame obra, por un medio muy sencillo: habían dejado abiertas las bocas para la toma de carbón.

Veinte minutos después de haberse retirado del vapor la partida investigadora enviada por Tremorne, el Cassandra debido a la continua e importante entrada de agua comenzó a hundirse del lado de popa y mientras el Silfo navegaba describiendo círculos y alejándose, buscando algún sobreviviente el que había sido tan hermoso vapor seguía hundiéndose cada vez más.

Fué un espectáculo doloroso y horrible para los tripulantes del Silfo el de ver cómo se hundía para siempre un buque tan valioso. Pero no era posible pensar en salvarlo. Cinco minutos después la popa estaba hundida por completo y el agua avanzaba hacia la chimenea.

Permaneció unos momentos en aquella posición. Casi pudo creerse que su poder de flotación podría sostenerlo así durante tiempo indefinido. Pero de improviso, después de balancearse lateralmente se volvió en el agua mostró su quilla da la mitad del casco a la proa y girando sobre sí mismo, se hundió por completo desapareciendo debajo de las aguas.

Al ahogado estampido que produjo el estallido de sus calderas siguió una inmensa columna de agua cargada de despojos, que se elevó a gran altura. Se calmó el mar en breves momentos y minutos espués tan solo un lento remolino indicaba en la superficio el sitio donde él Cassandra habíase hundido en busca de su definitivo descanso.

Joe, que como todo marino de corazón admiraba los buenos buques, se volvió, lanzando un suspiro. Tomando el tubo acústico ordenó a Mactavisch que apresurara todo lo posible la marcha para alejarse lo antes posible del teatro del desastre. Dirigieron hacia el Norte la proa del Silfo y, a pesar de la niebla, siguieron navegando por el golfo de Pechilí.

—¡Esa es la recompensa que obtienen los criminales! — dijo el marino contestando a una observación de Dick cuando estaban sentados a la mesa, aquella noche, a la hora de la cena, en el salón principal y unas tres horas después del combate con los chinos. — Rathbone debió emplear, o encontrar alguien que la empleara por él, una gran fortuna en fletar un vapor como el Cassandra. Pues bien, ya ves lo que han conseguido; perder un hermoso vapor que valía varias decenas de miles de libras y sólo Dios sabe cuántas vidas además. Y si él y Fleby no han muerto no será porque no lo merezcan. Su situación como prisioneros de los piratas es aún peor que la muerte.

Dick dejó que Torta le sacara el plato ya vacío y apoyó los codos en la mesa.

—Lo que me tiene preocupado porque no lo entiendo. Joe — dijo: — es por qué razón ese Guy Rathbone se decidió a fletar un vapor y a seguirnos a través del mundo sin más seguridad que la esperanza...

Joe encendió tranquilamente el cigarro de hoja que fumaba después de la comida, se echó hacia atrás en su silla, se metió los pulganes en las sisas del chaleco y repiqueteó con los demás dedos sobre su ancho pecho.

—¡Lo más sencillo, muchacho, lo más sencillo! Ya sabes que llevamos algo que vale cerca de un cuarto de millón de libras esterlinas. Rathbone sabe lo que tenemos en nuestro poder y sabe que, suceda lo que suceda, intentaremos todo lo posible en el sentido de llevar el ídolo al templo de Cheng. No debió resultarle muy dificultoso encontrar otro canalla como él y poseedor de suficiente capital para que le permitiera organizar una expedición sin más objeto que apresarnos y quitarnos lo que tenemos. Las cosas han pasado al revés. Creo que ya ha desaparecido ese señor de nuestro camino y que no debemos ocuparnos más de él. Esto era lo que yo le decía a Pengelley en el momento en que este muchacha me interrumpió — dijo, volviéndose hacia el contramaestre. — Y le decía también que en cuanto lleguemos a puerto amarraremos el Silfo dejándolo a su cargo y al de algunos hombres más mientras el señor Rawson, el joven Dick, Torta y yo nos dirigimos al mismo corazón del vasto y peligroso territorio del imperio chino.

Pengelley que sufría en aquel momento un terrible dolor de cabeza asintió de la mejor manera que le fué posible.

—Supongo que estarán ustedes ausentes algún tiempo ¿no es así, capitán? — dijo.

Joe fumó durante un momento pensativo.

—Tal vez tres meses, tal vez cerca de un año. Todo depende de cómo nos trate la suerte. Según el convenio hecho con el señor Wong Li, el Buda de Oro debe hallarse en el templo de Cheng al cumplirse los doce meses de la fecha que él indicó. Ya han transcurrido cerca de tres meses. Según los datos que tengo hemos de recorrer dos mil millas de montes y valles, ríos y llanuras, antes de llegar a la ciudad maravillosa donde nuestro querido Frank está prisionero. Puede ser que viajemos con facilidad y puede ser que tropecemos con obstáculos y peligros. Pero suceda que suceda y a falta de instrucciones en sentido contrario usted y los que con usted se queden en el buque, se establecerán en Pekín.

Permanecieron largas horas sentados en torno de la mesa discutiendo sus planes y luego se retiraron a gozar de un descanso al que tenían por cierto pleno derecho después de un día tan agitado.

Dos días después el Silfo entraba en puerto y a mediodía Joe y sus compañeros contemplaban por primera vez el aspecto de la ciudad de Pekín.

Era realmente maravilloso el aspecto de la ciudad imperial encerrada entre sus altas murallas dentro de las cuales se alzaba le Ciudad Prohibida, el conjunto más asombroso de belleza que pueda imaginarse, la antigua residencia de los emperadores de la destronada dinastía manchú.

Contentos ante la oportunidad de estirar las piernas entumecidas por tantas semanas de navegación, pasaron la tarde, después de haber tomado alojamiento en uno de los mejores hoteles, paseando por calles y callejuelas contemplando los magníficos y originales edificios. Las calles tenían el pavimento cubierto de una gruesa capa de polvo por encima de la cual transitaban interminables procesiones de carros y carritos, caballos, mulas y asnos con carga, carruaje de cristales y carricoches con ruedas adornadas con vistosos clavos.

Después de un largo paseo por la ciudad, consideró Joe que había llegado el momento de regresar.

Pasaron por la famosa puerta de Ha Ta Men, en la cual se amontonaban centenares de camellos que llegaban cargados de cereales procedentes de la lejana Mongolia. Miraron con curiosidad las inmensamente altas murallas almenadas con sus torres para los vigías desde las cuales les apuntaban los pintados cañones. Se detuvieron a admirar los varios pequeños templos con sus techos dorados y sus florecidas plantas puestas en recipientes de bronce y les resultó divertido ver cómo los chinos vestidos de blusas azules quemaban incienso ante el altar de la diosa de la Misericordia haciendo innumerables salutaciones. Por último, con los pies doloridos y asombrados y encantados, volvieron a la Ciudad Norte.

Al salir de la ancha puerta se extendía frente a ellos hasta donde podía alcanzar la

vista, un enorme camino blanco de doscientos pies de ancho con lujosas casas de comercio a ambos lados, con anchas aceras para los traseuntes entre las que se extendía la calzada para los vehículos por donde pasaba sin cesar una constante procesión de rodados y de acémilas de todas clases y colores.

—Esto parece copia de las escenas descriptas en "Las mil y una noches", — observó Dick que se acercó al lado de Tremorne. — Pero nos hemos olvidado de una cosa al organizar nuestro viaje.

—¡Yo no me olvido nunca de nada! — exclamó el marino con aire despreciativo. — ¿A qué te refieres?

—Al lenguaje — dijo Dick. — Nos hemos lanzado a realizar un viaje de dos mil millas a través del Celeste Imperio y ni uno solo de nosotros sabe una sola palabra de chino.

—Habla por tu cuenta y deja a los demás — replicó Joe. — Los chinos hablan más de mil idiomas diferentes y debido a la atención que dediqué a mis estudios mientras estuve en el colegio yo los sé todos. Sin embargo, — agregó encogiéndose de hombros: — soy suficientemente modesto para confesar, que he olvidado mucho desde la época en que combatí durante la rebelión de los boxers; cuando estuve en la toma de los fuertes de Takú.

—¡Oh! — replicó el muchacho. — ¡Si la toma de los fuertes de Takú se produjo antes de que naciera usted, Joe.

—Yo digo lo que digo porque sé lo que digo — insistió el marino. — Si no hubiera sido por mí, los fuertes de Takú no hubiesen sido tomados jamás.

Entraron en el espacioso vestíbulo que tenía un aspecto poco de acuerdo con las costumbres asiáticas del resto de la ciudad. Allí se veía a estadounidenses correctamente vestidos y de rostro tostado,a atléticos y curtidos viajeros ingleses, a gente de todas las nacionalidades imaginables reunidas en la Ciudad Eterna a la que habían llegado en ferrocarril en automóvil, carro tirado por mulas, camello o, sencillamente a pie.

—Tenemos que cambiarnos de ropa para presentarnos en el comedor a la hora de la comida, — dijo en voz baja al ver que un grupito de personas se dirigía hacia la escalera ricamente alfombrada y adornada a ambos lados con grandes y hermosos ramos de flores. — Este es un hotel de primer orden, Joe, así que por favor, esconda esa vieja lámpara, que todos, lo están mirando.

Joe se volvió y miró fieramente a los grupos de pasajeros alojados en el hotel, mientras se dirigía escaleras arriba.

—¡Que miren si quieren! ¡Por donde yo voy ha de ir conmigo mi viejo "cosquillea costillas"! — dijo con voz sonora.

Comenzó a reconsiderar su decisión, sin embargo, cuando después de haber tomado un baño tibio se puso ropa interior limpia, vistió un traje nuevo y se miró al espejo.

—¡El viejo no tiene aspecto tan ruinoso! — se dijo mientras se recortaba la barba con unas tijeras después de ponerse una toalla al cuello. — Hay allí abajo muchas señoras y señoritas que tal vez hayan oído hablar de las hazañas del famoso Joe Tremorne. Supongo que Dick tenía razón. ¿Qué papel haría yo, tan elegante, cruzando por el salón con este adminículo colgando de la mano o atado a mi cintura de palmera?

Joe no se había equivocado el suponer que su aparición habría de causar sensación entre los huéspedes del hotel. En cuanto descendió los tramos superiores de la escalera y llegó al ancho y espacioso rellano del primer piso, un centenar de pares de ojos se fijaron en él debido a su extraño aspecto. Tenía los pantalones lo menos tres pulgadas demasiado cortos dejando a la vista unos calcetines de lana gruesa y de color rojo vivo. Su chaqueta de marino era tan estrecha que le quedaba ceñida como un guante; las mangas se le subían hacia los codos; del chaleco blanco cinchado sobre su prominente estómago, no haba podido abotonar el últimó botón. Además, en su nerviosidad había vuelto a ponerse la vieja gorra sobre sus grises cabellos.

Se oyó un murmulló de sorpresa que a él le pareció de legítima admiración. Poniéndose la mano en el corazón, se inclinó saludando con finísima cortesía y sonriendo agradecido.

—Me siento complacidísimo al ver a ustedes, señoras y señores, — dijo con una voz de tonalidad parecida a la de una bocina contra la niebla. — Tengo un placer en presentarme a los de entre ustedes que aun no me conozcan: soy el capitán Joseph Frobesher Hawkins Tremorne, jubilado de la Reserva de la Marina Real, y ahora enteramente al ser... ¡Maldito chino de todos los diablos! ¿Por qué no miras donde pisas?

Un pequeño camarero chino vestido de blusa azul había subido por uno de los tramos de la escalera sosteniendo hábilmente en aquilibrio una bandeja con tazas de café, sobre su afeitada cabeza. Sus zapatillas de suela gruesa no hacían ruido alguno en los alfombrados peldaños. El borde de la bandeja golpeó al capitán Tremorne a la altura del segundo botón de brillantes de la pechera de su camisa y un diluvio de café oscureció en seguida la inmaculada pechera limpia.

—¡Por la sombra de mis antepasados le pido mil millones de disculpas, señor! — chilló el chinito en bastante buen inglés! — Este miserable pecador se siente compungido.

—¡Y haces bien! — gruñó Joe de mal modo. Pero al ver el rostro tristísimo del chino y sobre todo al notar que le miraba tanta gente, sintió aplacados los nervios. Metió la mano en un bolsillo del pantalón y sacó un puñado de monedas.

—¡Toma, muchacho !¡Una fortunita para ti! ¡No, no me des las gracias! Yo me paso la vida realizando estas acciones de caridad y de benevolencia. Pero sea como sea tengo que volver al puerto de arriba en busca de una camisa limpia que ponerme.

Las luces eléctricas empezaban a brillar en lo alto cuando se dirigía a su cuarto y se metió en el oscuro corredor que conducía a su habitación. Llegó a la puerta y se paró un momento para buscar la llave. De dentro llegó a sus oídos el rumor de unos pasos muy suaves y el ruido de la tapa de una ca-

El chinito camarero tropezó con Joe Tremorne en lo alto del tramo de la escalera del lujoso hotel de Pekín y la bandeja con tazas de café dió en la pechera blanquísima del marino oscureciéndola con un diluvio de café

ja que se cerraba así como el ¡click! del resorte del cierre.

—¿Quién está ahí? — gritó empujando furiosamente la puerta. — ¡Hola! ¡Portero! ¡Mozos! ¡Sirvientes! ¡Alguien se ha metido en mi cuarto!

No acudió persona alguna a pesar de los sonoro de sus gritos. Temblando de furor metió llave en el ojo de la cerradura y abrió la puerta de golpe. En la habitación reinaba la obscuridad. El movimiento de las persianas sacudidas por la brisa nocturna le hizo comprender que la puerta del balcón había sido dejada abierta. Dirigió la mano a la pared, movió la llave de la luz eléctrica pero la luz no se encendió. ¡Las lámparas habían sido sacadas de su sitio! Cuando avanzó tropezó con algo abultado que había en el suelo; su baúl de camarote.

Encendió un fósforo con dedos temblorosos. A su danzante luz vió una escena de grandísimo desorden. Los cajones de la cómoda habían sido sacados, los armarios estaban abiertos; había ropas y objetos por todas partes. Levantó la tapa del baúl y un rugido de fiera brotó de sus labios. E inmediatamente llamó con estentórea voz repitiendo el llamado una y otra vez.

—¡Dick! ¡Rawson! ¡Pengelley! ¡Policía! ¡Ladrones! ¡Asesinos! Alguien se ha metido en mi habitación y me ha robado el Buda de Oro.

LA LAMPARA DE BRONCE

Torta, el negrito, que estaba en la vecina habitación cepillando la ropa de su querido patrón, fué el primero que oyó los gritos de Joe Tremorne pidiendo socorro.

Encogiéndose de hombros con impaciencia el joven negro dejó a un lado el cepillo y con la gorra de visera de Joe sobre su lanudo y abundante cabello negro, se dirigió a la puerta.

—¡Vamos a ver! ¿A qué vienen esos gritos equiparables con los berridos de las morsas en la playa? — preguntó. — Estamos en un hotel distinguido y el reglamento prohibe la ejecución de tifones y otras cosas por el estilo. ¿Qué pasa?

Llegó a la puerta del otro cuarto en el momento en que salía por ella el capitán bufando de furor. De tal modo le preocupaba a Joe la périda experimentada que no se dió cuenta de que el fósforo que había encendido seguía consumiéndose así que llegó un momento en que se quemó las yemas de los dedos.

—¿No te has enterado de lo que pasa? — exclamó, indicando el cuarto en desorden. — ¡Algún infame y canalla ladrón chino se ha llevado el Buda de oro!... ¡Y te quedas ahí, riéndote como un chacal harto de castañas! ¡Despierta de una vez! ¡Corre en seguida en busca de la policía!

Torta cerró tranquilamente la puerta y encendió una de las bujías que había, en sus palmatorias, en el cuarto y miró debajo de la cama.

—Tranquilícese un momento, capitán, — dijo después de cerciorarse que allí no estaba escondido el ladrón. — y cuéntele a este angelito negro todo lo que ha pasado.

El viejo marino se calmaba tan rápidamente como se había excitado. Comenzaba a darse cuenta de que nada le serviría gritar y alborotar de tal modo que más se oían sus gritos que los sones de las "jazz-band" que tocaba en aquel momento en el salón comedor del hotel. Comenzó a recoger lo que estaba esparcido por el suelo con la débil esperanza de encontrar el ídolo debajo de alguna prenda de vestir.

—¡Parece que tú no te dieras cuenta de toda la horrible gravedad de la situación, muchacho! — gruñó. — Mientras yo estaba presentándome a la importante concurrencia reunida en el piso bajo del hotel, un grandísimo ladrón se metió en mi camarote, abrió el baúl y me robó mi adorado "cosquillea-costillas', mi lámpara morisca a la que tengo tanto cariño.

—¡Ya comprendo! — exclamó Torta moviendo tristemente la cabeza. — ¡A usted le ha revuelto los sesos el aire de Pekín. ¡Hace uno o dos minutos que usted gritaba diciendo que le habían robado el Buda de oro y ahora resulta que lo robado es la vieja lámpara de bronce!

—¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Mono africano! ¡Payaso carbonífero! ¿No comprendes?

—No; no comprendo, — dijo con dulzura el negro. — De todos modos, esa lámpara no la compran en una casa de compra y venta ni por dos peniques.

—Pero... pero..., — exclamó el marino. — ¡Qué duro tienes el cráneo cuando no alcanzas a comprender! ¡El Buda de oro estaba oculto dentro de la bola de la lámpara morisca ¿entiendes? Y ahora ha desaparecido la lámpara con el Buda dentro.

—¡Ah! — exclamó Torta. — Eso si que altera por completo el aspecto del caso. ¿Por qué no empezó por decirlo? ¡Este es un asunto para gente de gran inteligencia, así que voy a buscar a mi patroncito Dick!

Joe se daba cuenta de que transcurría un tiempo valiosísimo; de que había que recuperar la lámpara y su contenido porque de ello dependía nada menos que la vida de Frank Polruán.

—De nada nos sirve charlar, — dijo. — Sé lo que ha pasado. Uno de los sirvientes del hotel se metió en esta habitación y revolvió mi equipaje, llevándose lo que le pareció más valioso. No puede haber sido de otro modo porque nadie más sabe que nosotros estamos aquí.

—Fuera de nosotros mismos. — observó Torta picarescamente.

—¡Cierra ese agujero que tienes en la cara y vuélvete. — Este es un asunto de estado. Voy a hablar en seguida con el gerente del hotel. ¡Búscale inmediatamente y dile que venga a verme!

Torta se llevó la mano al corazón y se inclinó de la manera más cortesana del mundo.

—¡Así lo haré, noble rey de los peludos castores! ¡Así lo haré! ¡Por aquí, tenga la bondad! — díjose a sí mismo. — El gerente está en el piso bajo, en la sección alimenticia del hotel.

Se dirigió al piso bajo con la gorra de visera del capitán sobre la mota y halló el vestíbulo del hotel lleno de numerosa concurrencia de huéspedes vestidos de frac. Torta no hizo caso de las sonrisas que provocó su llegada y la de su patrón, pues el capitán le había seguido. Se dirigió a un sirviente chino de amplio ropaje y con la cabeza cubierta por un solideo negro, diciéndole:

—Oiga, señor de la coleta, ¿quiere tener la bondad de decirme dónde está el gerente jefe o patrón de este establecimiento? El capitán Tremorne ordena que aparezca ante él con la rapidez del rayo o cuando buenamente pueda.

El chino se inclinó, saludando con toda gravedad.

—¡Gran señor de la oscuridad, hijo de mil generaciones de honrados y nobles antepasados, tu orden será obedecida! — dijo con la más untuosa amabilidad.

Torta movió la cabeza dándose tono y miró a Joe guiñando un ojo.

—¿Qué me dice de esto, señor barbudo? — dijo. — Estos chinos aun cuando infieles, son capaces de entender lo que les dice este primogénito de los reyes de la creación y saben proceder en consecuencia. Eso se deba a la pompa que acompaña a este hijo del rey de los fuzzywuzzies. Si usted le hubiera dicho que avisara al gerente, él lo hubiese mandado a comer coke, pero como se lo dije yo...

Se oyó un murmullo de excitación en el

salón comedor al aparecer el gerente, un asqueroso holandés de pantalón blanco, con un frac de faldones amplios y largos. Cruzó el comedor, llegó hasta donde estaba Tremorne y se inclinó cortésmente.

—A su servicio, "mein kerr" — dijo. — Ya está pronta la comida, pero si el señor tiene alguna orden especial que darme...

—¡Llámeme capitán! — dijo Tremorne. — Pero no se trata de alimentación. Algún chino canalla, ojos de almendra, comedor de lotos, se ha metido en mi cuarto y me ha robado mi lámpara favorita.

—Dispondré que pongan otra luz en seguida, — dijo el holandés.

—¡No es eso! Usted me ha oído pero no ha comprendido la esencia...

—En la peluquería del hotel encontrará usted esencias, extractos y locciones de todas clases.

—Al decir esencia me he referido al sentido de mi frase, señor... ¡El sentido! ¡Daría un penique!

—¿Penique ha dicho? ¿Necesita cambiar dinero el señor inglés. En la oficina del hotel le cambiarán al mejor tipo todo el dinero que pueda desear porque aquí todo está dispuesto...

—¡Por favor! He dicho que de mi cuarto me han robado una lám-pa-ra de valor y a la que tengo mucho cariño. ¡Alguno de sus sirvientes me ha ro-ba-do mi lám-pa-ra.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Por fin comprendo lo que el gran capitán de mar me ha dicho! — manifestó untuosamente el holandés. — Usted quiere una lámpara. ¡Tong! Saque una lámpara del depósito y llévela al dormitorio del señor capitán de mar. Pero usted perdone que se lo pregunte: ¿no hay luz eléctrica en su habitación?

—¡Adoquín! — gritó Joe furioso. — ¡A ver, Dick, procura explicarle a este holandés cabeza de bola, que alguno de sus sirvientes se ha metido en mi cuarto, ha forzado la cerradura de mi baúl y me ha robado mi vieja lámpara morisca, dentro de la cual estaba... pero como aquí hay reunida demasiada gente poco importa lo que estaba dentro de la lámpara. Dile en el mejor lenguaje que puedas que es necesario hacer investigaciones inmediatamente para dar con el ladrón y con lo robado, porque en caso contrario seré capaz de hacer volar todo el buque con pasajeros y tripulación adentro.

Lo que dijo Joe al muchacho no impresionó mucho a Dick porque éste ignoraba que el Buda de oro estaba escondido en la lámpara morisca. Supuso Dick que podía tratarse de una broma y procedió de acuerdo con esa idea.

—Señor, — dijo, volviéndose hacia el gerente, — mi amigo aquí presente, capitán Horacio Nelson, primo hermano del ilustre navegante holandés Van Trompis...

Joe le cortó la palabra con un gesto de furor.

—¡Cállate! ¡No es eso! No tengo parentesco con ningún holandés quesero. Pertenezco a una noble familia de Cormalla, joven Dick, — protestó. — Que llamen a la gente y averiguen que el caso es grave.

Dick, temeroso de que el capitán se enojara de nuevo explicó al gerente lo sucedido.

El holandés llamó a Tong. Un momento después una interminable procesión salió de todos los ámbitos del hotel. Había allí chinos gordos y chinos flacos, chinos altos y chinos bajos, chinos con barba y con bigotes de foca y algunos afeitados. Varios vestían ricamente, otros casi de harapos; había mensajeros, limpiabotas, porteros, mozos de comedor, mucamos, ascensoristas, conductores de vehículos cocineros pinches... El más imponente de todos era el cocinero, un chino tuerto, mal encarado, que vestía un traje de mandarín hecho andrajos. Llenaron el vestíbulo y se desparramaron por las escaleras, obstruyendo la entrada principal.

Joe subió al primer rellano de la escalera; los huéspedes se levantaron de sus mesas para ver qué sucedía. A todo esto, Tremorne había empezado a dirigir la palabra a la asamblea que se componía de doscientas personas.

Dick llamó a Torta y se escondió con él detrás de unas plantas.

—En cuanto el viejo empiece a hablar, grita: "¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva!" — dijo al oído del negro.

Torta inclinó la cabeza afirmativamente y la broma empezó.

—¡Vamos a ver, canallas! — gritó Joe lo más fuerte posible. — ¿Quién de ustedes se metió en mi cuarto y me robó mi lámpara?

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva! — gritó una voz desconocida.

Joe se volvió rápidamente hacia aquel lado.

—¿Dónde está? ¡Traíganlo aquí, y díganle que entregue lo robado! — gritó.

—¡Hurra! — gritó la voz por encima del murmullo de las conversaciones.

—¡Ah! ¡El ladrón se llama Hu Ra! Muy bien. Señor Hu Ra, avance y entregue lo robado y yo lo recompensaré generosamente.

—¡No! ¡No! — se oyó gritar, y a esos gritos siguió un sonoro palmoteo. — ¡Aquí no se trata de repartir premios.

—¿Quién dijo eso? — preguntó Joe, dirigiéndose a Tong.

Tong, se inclinó mirando al gerente.

Tremorne volvió a ponerse furioso.

—¡Ahora verá cómo procedo yo en estos casos! A ver, usted, el que está ahí, conteste: ¿Sacó usted la lámpara de bronce de mi cuarto?

El chino así aludido movió negativamente la cabeza.

—Juro por las sombras de mis antepasados que nada sé de esta lámpara, — dijo.

—No doy una estampilla de un penique usada dos veces por todos sus antepasados! — gruñó el marino. — A ver, pónganse en fila. ¡Oh! — agregó después de un momento y adoptando una actitud digna de Sexton Blake. — ¡Aquí falta uno!

—¡Cómo! — exclamó el gerente.

—¡Sí! ¡Falta el imbécil que me echó encima la bandeja con tazas de café!

—Ya sé. ¡Ah Ling! ¿Dónde está Ah Ling

—¡No está! ¡Bueno, les advierto que si la lámpara no está de vuelta en mi cuarto cuando vuelva a subir después de comer,

¡avisaré a la policía! Se ofrece una recompensa de diez mil millones de dólares en marcos alemanes al primero que me devuelva la lámpara. No se olviden, si no está como y cuando he dicho ¡a la policía!

El enorme importe de la recompensa hizo que los chinos cuchichearan los unos con los otros. Los empleados principales se retiraron mirándose los unos a los otros con desconfianza, y preguntándose si sería posible que alguno diera con el paradero de la lámpara y cobrara.

Joe vió a Dick y a Torta y se acercó a ellos.

—Vengan muchachos. Estoy seguro de que el viejo costillas de bronce está todavía en el hotel. El ladrón entregará la lámpara para ganarse la recompensa. Vamos a comer. Torta, por esta vez le consentimos que vengas con nosotros.

Torta se había olvidado de quitarse la gorra de Joe y Joe, en su excitación se había olvidado de cambiarse la camisa que tenía la pechera manchada de café.

Tremorne se tranquilizó en cuanto hubo tomado un trago de buen vino. Se inclinó hacia la mesa y le dijo confidencialmente a Dick, en voz baja:

—Muchacho; el Buda ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo puede ser eso?

—Lo escondí dentro de mi lámpara morisca. Durante los pocos minutos que yo estuve abajo alguien se metió en mi dormitorio, forzó la cerradura de mi baúl y lo revolvió todo, tomó la lámpara y se la llevó:

Dick se puso muy serio.

—¡Dios mío! ¡Eso es horrible Joe! ¡Cómo vamos a hacer para rescatar a Frank si no tenemos el Buda?

—¡Eso sólo puede saberlo Bucéfalo! — dijo Tremorne, moviendo tristemente la cabeza. — ¡Por eso me enojé tanto! ¡El caso es importante! Pero yo tengo mis facultades detectivescas. ¡El culpable es Ah Ling!

—¿En qué se funda usted? — preguntó Dick.

—En que era el único de los sirvientes que faltaba. La culpa lo alejó. Pero como he ofrecido una gran recompensa, Ah Ling, el ladrón se presentará con la lámpara.

La manifestación de Tremorne era acertada pues, cuando ya estaban en los postres se presentó el gerente del hotel sonriendo placenteramente.

—Valeroso almirante lord Nelson, — dijo: — Tengo el placer de manifestar a usted que el muchacho Ah Ling ha aparecido y que tiene algo que manifestar.

—¡No quiero manifestaciones, yo quiero mi lámpara!

—El joven chino quiere los diez mil millones de dólares de recompensa, — dijo con toda serenidad el gerente.

—¡Ah! ¡Muy bien! — dijo Joe levantándose. — Tendrá su recompensa. ¿Dónde está?

—En el vestíbulo, señor, dijo el gerente.

Joe se dirigió al vestíbulo, seguido de sus amigos.

Al pié de la escalera, el chinito, con cara de sentirse muy molesto, esperaba.

Se acercó a Joe y dijo con voz aguda:

—Este autor de mil delitos tiene algo importante que decir al gran señor marino inglés.

—Bien, — replicó Joe. — ¿De qué se trata? Supongo que piensas confesar tu culpa y devolver lo robado.

—No. — dijo el chinito bajando la voz y cautelosamente. — Yo no he robado el quemador de incienso de bronce con su cadena. Lo sacó de la habitación Hoon Ho, el jefe de los Bo Sings, y por mil millones de dólares este pecador hijo de padre honrado, llevará al señor marino inglés al sitio donde está escondido lo robado

EL DRAGON DE JADE

Si en algo era realmente hábil el viejo Joe Tremorne era en lo relacionado con la lectura de caracteres. En el rostro del sirviente chino que estaba de pie frente a él, leyó una incertidumbre que no podía ser desdeñada.

—¡Hola, Dick!, ¡ven acá! dijo. llamando al joven Pelroán. — Este muchacho dice que sabe donde se encuentra mi adorada lámpara.

Dick miró a uno y otro lado y su actitud se hizo grave y seria.

—¿Es así? Pues entonces cuanto antes la rescatemos mejor será para Franck. ¿Dónde está?

—En casa de los Bo Sings, — dijo el muchacho con voz muy baja y mirando furtivamente en rededor como si temiera que alguien lo espiara desde las sombras de algún rincón. — Es un sitio muy malo, allí le cortan la cabeza pronto con cuchillo bien afilado, al que se mete sin haber sido llamado. ¡Oh, sí!

Tremorne ordenó a Torta y a Rawson que se retiraran. Después, cruzando su mirada con la de Dick, le indicó el tramo de la escalera.

—Subamos a la cubierta de combate, muchacho. Vamos. Comprendo que no te gusta conversar aquí. Además debes querer algo de dinero. Pero antes de pagarte quiero tener los datos.

—Yo no necesito más dinero. El riquísimo marino inglés me dió ya mucho. Ah Ling tiene ahora más dinero que cuanto tuvo en toda su vida. Ah Ling muy agradecido al regalo que le hizo el marino inglés.

Joe sabía cuando convenía ser generoso.

—Está bien, muchacho, — dijo dando unas palmadas en la espalda a Ah Ling. — No me elogies tanto porque yo soy generoso por temperamento. Nací con una cuchara de oro en la boca. No puedo resistir al impulso de hacer que los demás participen de lo que yo tengo de sobra.

—¡Por los muros de Jericó! ¡Qué desfachatado es usted, Joe! — exclamó Dick, escandalizado. — Usted sabe que es incapaz de darle a un niño mendigo lo suficiente para comprarse un caramelo largo sin saber que ha de valerle algo en cambio. De todos modos, creo que no será aquí donde vamos a

er un desesperado esfuerzo por recobrar maldito ídolo.

e no replicó, dirigiéndose escaleras ba.

-Realizaremos la conferencia en su ha- ción, Dick, — observó, mientras llega, al primer rellano.—El ladrón no tuvo la lidad de interrumpir la luz eléctrica de cuarto. Ahora, joven Ah Ling. — mani- ó cuando estuvieron en la habitación de y estuvo bien cerrada la puerta, — dí- s todo lo que sepa sobre el robo de mi cida lamparita, y después yo le entrega- l dinero.

Ling no hizo ruido alguno al acercar- las puertas que daban al balcón, para lorarse de que estaban bien cerradas. ués, hablando lo más bajo posible, dijo: -El señor capitán inglés fué muy bueno el muchacho chino cuando éste le arrojó áfé sobre la pechera de la camisa. Por voy a decir la verdad de lo que sé. Como eñor capitán me había dado dinero en de castigarme, subí corriendo a rezarle buena diosa Cuanyina y entonces vi que hombre malo de los Bo Sings abría la ta del cuarto del capitán inglés. Entró, ó el hilo y todo se puso oscuro. Ah Ling guió y se escondió en un rincón. El pri- verdugo de los Bo Sings sacó un baúl de de debajo de la cama, rompió la ce- ura, sacó la pesada lámpara, la ocultó jo de su ropa, saltó por el balcón y endió a la calle. Ah Ling le siguió de a y vió que el primer verdugo de los Sing entró en la casa de los Bo Sing y nces vino a decírselo al capitán marino ís.

¡El primer verdugo de los Bo Sing! — mó Dick.

chinito extendió el índice y se lo pasó el cuello, estremeciéndose luego.

Usted paga a ese chino malo y él mata enemigo. Se paga dinero al hombre del Sing y él mata. El hombre del Bo Sing ra en una calle oscura con un cuchillo y le corta la cabeza a su enemigo ¡flic! damente. Después se va ligero y nadie ve a verlo más.

h! Eso del Bo Sing viene a ser algo así una sociedad criminal china ¿no es — observó Joe. — Pero, cómo, ¡por la oría de Isaac Newton! sabían esos del ing que yo tenía la lámpara y que valía ena robármela?

Rathbone! — dijo Dick casi involunta- ente.

emorne movió negativamente la cabeza. ¡Pero Rathbone ha muerto o está pri- ero de los piratas chinos!

ck sentíase sumamente preocupado.

Tal vez nos ha seguido hasta Pekín y ha lanzado a uno de esos tipos del Bo en nuestro seguimiento, — dijo. — embargo, no podemos negar que nos quitado lo que más falta nos hace. Te- os que hacer todo cuanto nos sea posible recuperarlo. Dígame, Ah Ling; ¿puede l decirnos qué hicieron con la lámpara do los ladrones la tuvieron en su casa?

Ah Ling inclinó la cabeza afirmativamente.

—Sí, señor; lo sé muy bien, — dijo. — Subí y me metí por una ventana. Había allí muchos chinos que fumaban en pipas cuando llegó el hombre del Bo Sing. El mostró la lámpara y todos se rieron juntos. Entonces un gran mandarín tomó la lámpara, le dió mucho dinero al hombre del Bo Sing y entró en el cuarto del gran dragón de jade. Yo traté de entrar en esa habitación, pero cerraron la puerta y entonces me retiré.

—¿Reconocería usted nuevamente la casa?

—¡Muy bien! — contestó Ah Ling.

—¡Bravo! — Joe insistió en darle un nuevo puñado de monedas al muchacho. — Tome esto y le daré aún mucho más como podamos recuperar la lámpara. Baje ahora al hall y encuéntrese pronto para cuando lo necesitemos para que nos guíe hasta la casa de los Bo Sings.

En cuanto se hubo retirado, Joe se volvió hacia el aparato telefónico de la pared y llamó al gerente. El holandés tardó muy poco en llegar.

—¡Oiga, viejo! — exclamó Tremorne dándole repetidas palmadas en su adiposa espalda, lo que hizo que él holandés corriese al otro lado del cuarto, dolorido. — Mi joven amigo y yo vamos a salir esta noche para asistir a un baile... una especie de baile de máscaras y particular, gymkana, carnaval, kermesse o cosa por el estilo. Lo que necesitamos es... y pagaremos generosamente y al contado, un par de trajes de chino con pantalones de tuyo, blusas flotantes, zapatillas de papel secante y gorritos de los llamados solideos con un botón en lo alto. Necesitamos luego que ese tipo que tiene la cara en forma de sartén... no me refiero a usted, que la tiene en forma de cacerola, sino al llamado Tong, para que venga y nos arregle la cara de modo que nos parezcamos lo más posible a un par de chinos. ¿Comprende? Cutis color de mostaza, bigotes como si los hubiéramos metido en el plato de sopa y no nos hubiésemos limpiado, protectores de uñas de las manos y todos los otros detalles que hacen de los chinos los sujetos más bellos de la tierra. ¿Tiene usted la suerte de entenderme?

—Sí, señor; y tengo disponible todo cuanto usted desea.

—¡Bravo! — exclamó Joe. — Entonces tómese una botella de champagne, por su cuenta, festejando el suceso, y no se olvide de rebajar su importe de nuestra cuenta. Es usted un tipo simpático y cuando yo regrese a la tierra del queso de bola, iré a visitar a su mamá y a decirle que su hijo sigue tan gordo como antes. Ahora retírese o, dicho sea en holandés: ¡váyase!

Tong tardó cerca de una hora en transformar a Dick y al marino en unos chinos bastante presentables. La caracterización resultó tan perfecta, que cuando llegaron al hall de entrada del hotel, Ah Ling no los conoció. Dick le enteró de quiénes eran y luego, salieron del hotel y se dirigieron, cruzando

la ciudad, hacia donde estaba la casa de los Bo Sings.

Fué aquella una extraña marcha por calles interminables, callejuelas sin alumbrado, hasta que por fin llegaron a un camino ancho por el que circulaba mucha gente a pie y en carritos de manos o carros sin elásticos o en los vehículos como cajas de vidrio, tan del gusto de los chinos adinerados. Había allí, como para guardar el orden, algunos soldados de policía, de uniforme amarillo, montados en buenos caballos y con carabinas a la espalda, porque Pekín, durante la noches, es un lugar muy peligroso para quien tiene la ocurrencia de salir al aire libre.

Cruzaron el puente de mármol llamado "de los mendigos", pasaron por el arco de Chien, dejaron a un lado el barrio de las legaciones y siguieron la línea de muro de cuarenta y cuatro pies de altura, llegaron por último a una región de casas grandes rodeadas de bien cultivados jardines.

Ah Ling desapareció durante unos momentos y cuando reapareció era portador de un palo fuerte y largo.

—Ahora miren ustedes, — dijo, enseñando al sonreir sus blancos dientes. Antes de que sus compañeros se dieran cuenta de lo que iba a suceder, puso una punta del palo en el suelo, se agarró casi del otro extremo y dió un salto mediante el cual pasó por encima de la tapia, cayendo sin ruido del otro lado. Un momento después se abría cantelosamente el portón de la casa y Ah Ling se acercaba nuevamente a ellos.

—¡Mucho cuidado o el hombre que corta las cabezas los va a sorprender! — dijo en voz baja. Y cruzó el jardín sin hacer ruido alguno.

Frente a ellos se alzaba en la sombra la silueta de un puente arqueado hacia arriba, de los que allí llaman de "lomo de caballo", — custodiado por dragones de piedra.

Del borde del techo sobresaliente de la casa colgaban canastos de caña de bambú cajones de madera laqueada con plantas de flores olorosas. Arboles y arbustos enanos puestos en tinas de bronce colocadas en la, adornaban los lados y a través de las barandilas de madera cortada, veíase la superficie tranquila del agua en que flotaban florecidas plantas de loto.

—Muy rico debe ser el dueño de esta casa, — dijo Tremorne.

Ah Ling inclinó afirmativamente la cabeza.

—Muy rico, pero también muy malo. Hombre que ha matado a muchos extranjeros. Ustedes no saldrán vivos de ahí dentro si él los encuentra.

Tremorne acarició el revólver que tenía en el bolsillo.

—Condúzcanos usted a la habitación donde está el dragón y nosotros nos ocuparemos de lo demás, — dijo el marino.

Pasaron por una pagoda que tenía el piso cubierto de almohadones de raso y siguiendo la sinuosa línea del enarenado camino llegaron adonde había un espacio bastante grande ocupado por naranjas y limoneros enanos, artísticamente dispersados.

Ah Ling se acercó a Joe Tremorne y le dijo:

—Yo subiré al balcón, con el palo. Desde arriba arrojaré una soga. Ustedes subirán sin hacer ruido. ¿Comprenden? La puerta da a un pasaje largo, largo; la pieza del dragón está al fin del pasadizo.

—Muy bien, — dijo el marino sacando su arma. — Dick; me parece que este es un trance un poco peligroso; así que yo iré primero.

Esperaron unos momentos hasta que en la oscuridad oyeron el zumbar de una soga en el aire, seguido de la aparición de la cabeza de Ah Ling sobre el borde del balcón. El marino subió por la soga a pulso y en cuanto estuvo él arriba, Dick subió del mismo modo.

Una luz débil que ardía en un recipiente opalino les permitió darse cuenta de que estaban en un salón de vastas proporciones decorado hermosa y artísticamente pero cuya belleza se perdía entre sombras. Pudieron apreciar, no obstante la presencia de hermosos cofres laqueados, de bellísimos muebles tallados y de gran número de cojines con valiosos bordados en oro, plata y seda sobre magníficas telas de seda de colores de tonalidades preciosas, esparcidas por el suelo.

Ah Ling avanzó tan silenciosa y suavemente como pudiera hacerlo el más cauteloso gato. Un pestillo se movió a la presión de su mano y el chinito se retiró a un lado indicando un largo pasadizo cuyas paredes estaban recubiertas con madera de cedro y de sándalo formando marcos que encerraban hermosas obras pictóricas.

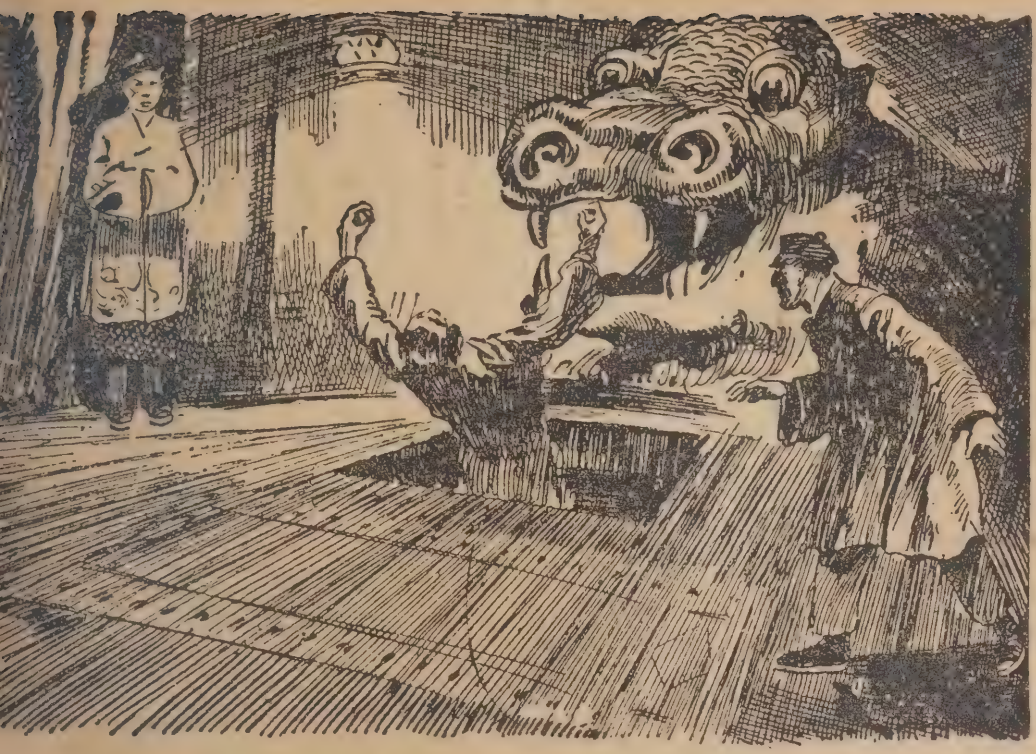
Al extremo de aquel pasadizo veíase una puerta que debía ser muy fuerte y resistente.

De algún lejano sitio de la casa llegaba hasta ellos un murmullo de voces y el am

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY



En el momento en que Dick Polruán desaparecía en la oscuridad del hueco de frente al dragón, se oyó ruido de pasos del lado de la puerta. Joe Tremorne se volvió rápidamente y se vió cara a cara frente a un chino magníficamente vestido.

iente, dentro de aquel corredor estaba sorecargado de olor a humo de incienso.

—Están entregados a sus oraciones, por uerte para nosotros, según parece, — obervó Joe mientras con el revólver apercido avanzó de puntillas por la negra y muida alfombra del corredor.

Con sorpresa vió que la pesada puerta edió en cuanto puso en ella la mano. Se uedó un momento parado en el hueco de a puerta deslumbrado ante el estupendo uadro de magnificencia asiática que tenía nte su vista.

La habitación tenía lo menos cincuenta ies de ancho por otros tantos de largo. Las aredes estaban cubiertas por riquísimas teas de colores vivos y a ambos lados había n fila, varios grandes dragones de porceana vidriada de color turquesa.

En el centro del piso de mármol se alzaba n enorme dragón hecho de jade macizo. ucían más de veinte lámparas de distintos olores cuya luz reverberaba en la pulidísiia superficie del dragón contribuyendo a crecentar su horrible e imponente aspecto.

Dick avanzó tan emocionado que casi no certó a hablar. Miró hacia el suelo, hacia l techo, en todas direcciones y por último Tremorne.

—Si la lámpara fué traída a esta habitación debe estar escondida dentro del dragón, — dijo. — No veo otro sitio donde el hombre del Bo Sing haya podido ocultarla.

—Sí; dentro del dragón, — asintió Joe, acercándose al muchacho. — Pero estos chinos tienen una grandísima habilidad para esconder las cosas. El dragón parece ser enteramente macizo, y a menos que...

Dick avanzó algo más y examinó con atención el enorme dragón de jade.

—¡No estoy tan convencido como usted de que sea enteramente macizo. — dijo. — Hay algunos trozos que cualquiera diría que pueden sacarse y ponerse, — agregó, tocando con las puntas de los dedos unas protuberancias que tenía la escultura.

Al apoyar en él los dedos, el trozo de jade se hundió. Oyóse un fuerte ¡clic! seguido de un grito de alarma.

Antes de que Joe pudiera socorrerlo, Dick habíase deslizado por un plano inclinado cayendo dentro de un oscuro pozo que se había abierto al pie del dragón.

En el mismo momento se oyó ruido de rápidos pasos del lado de la puerta.

Volviéndose rápidamente, Joe Tremorne se vió frente a un chino magníficamente vestido.

(Continuará)

EL SUBMARINO SUMERGIDO

El torpedero submarino Diver, de la marina de los Estados Unidos, había subido a la superficie a cambiar su atmósfera, recargar su batería eléctrica y renovar su provisión de aire comprimido. Las dos primeras operaciones se cumplieron, pero como algo del motor compresor de aire andaba medio mal, la tercera fué pospuesta. Además todavía quedaba aire comprimido en los tanques.

El buque, en condiciones de sumergirse, se puso en marcha movido por un motor de gasolina.

Mientras iba el buque navegando a flor de agua, se oyó un ruido en la parte de arriba de proa. se produjo un choque y de pronto el teniente Breen, comandante del submarino, que estaba junto a la escotilla, se vió cubierto por una ola de agua. Sin perder un momento, se sujetó a la escalera de la torre de mando y gritó: "¡Detengan el motor! ¡Cierren la válvula del gas!" En seguida luchó contra el agua y mediante grandes esfuerzos logró cerrar la escotilla e impedir que entrara más agua. La tapa de la escotilla, empujada por el agua exterior, se cerró con una fuerza colosal, dando un golpe que conmovió a todo el buque.

El "Diver" había chocado con la proa en las hélices de un vapor y por eso se había inclinado rápidamente hacia abajo.

Breen descendió por la escalera hasta el interior del submarino y se dirigió al cuarto de mando, al sitio donde se puede, mediante aparatos adecuados, observar el pulso del sumergible.

—¿Qué sucede? — preguntó mientras se sostenía con dificultad, pues el buque se bamboleaba violentamente. — ¿Nos falta algo?

—Parece que no, teniente, — contestó electricista jefe. — Unicamente el motor xiliar que se ha quemado. Yo tenía la m en la llave cuando entró el agua. Pero estamos hundiendo, señor.

—Hemos embarcado más agua que la consiente el buque, — dijo Breen mirand aparato indicador de profundidades que m caba ya cuarenta pies. La aguja, mient él miraba, marcó cincuenta, sesenta y aun.

—Hay que poner en marcha el otro mo y conectarlo con las bombas, — dijo Br después de haber hecho vaciar, mediante go de la popa la poca provisión de aire c primido, los depósitos de lastre.

—No puedo, señor, — contestó el mag nista desde la proximidad del motor.

—¿Por qué?

—Porque el motor está debajo del ag Parte entró por el tubo del aire y parte arriba.

Breen se puso pensativo. Un submar sumergido y con su motor eléctrico en co circuito a consecuencia del agua, con el m tor auxiliar quemado no podía esperar m que la peor suerte.

—¡Hay que mover las bombas a mano! exclamó el comandante.

¡El aparato de profundidades indicaba cien pies!

Los hombres pusieron todo su esfue en las bombas, pero solo consiguieron sac poca agua debido a la enorme presión ex rior. Miraron a Breen con ansiedad.

—¡Arrojemos los torpedos! — dijo el mandante. — Con esa disminución de pe podremos variar la situación. Quítenles contacto eléctrico y los fulminantes.

La última orden de Breen pareció reanimar a los tripulantes. Con gran rapidez de movimientos cumplieron lo ordenado y sucesivamente dos torpedos salieron del tubo enviados por la fuerza del aire comprimido.

—¡Seguimos hundiéndonos! — gritó el comandante. — Hay que arrojar los otros!

En aquel momento se sintió un estremecimiento. El barco se detuvo en su descenso a los trescientos cincuenta pies de profundidad, máxima de su poder de inmersión.

—Nos movemos con la corriente. — dijo uno. — Tal vez iremos más abajo aun.

—¡Fuera los otros dos torpedos! — ordenó Breen.

Así se hizo. El barco no se hundía ya sino muy lentamente. Breen reunió a su alrededor a todos los hombres.

—Saquen a la suerte, — dijo sacando del bolsillo una caja de fósforos de palo. — Así sabremos quien irá primero.

—¡Primero o último lo mismo da! — dijo el maquinista. — Ya se sabe que salir por el tubo del torpedo es ir a la muerte.

—Yo me quedo, — dijo Breen. — ¡Pronto!

—¿No podríamos hacer funcionar el motor? — dijo el otro maquinista. — Con la inclinación del buque ha quedado descubierta una parte. Podríamos ver...

—¿Quién va primero? — preguntó el jefe.

—Yo iré, — dijo uno de los cuidadores de los tanques. — Se puede nadar conteniendo el aliento durante dos minutos, pero lo malo es saber a donde ir.

—Ya lo llevará el impulso de la salida. Quítese todo lo que tenga de peso, pero abríguese bien.

—Adiós, muchachos, — dijo el hombre, — no tengo tiempo para estrecharles a todos la mano.

Y dicho esto se metió por la abertura del tubo del torpedo. Un camarada estaba a su lado con la mano en la manija de la válvula del aire comprimido. En el aparato de disparar el torpedo estaba Breen en persona.

—Respire todo lo que pueda al sentir que se cierra la tapa — dijo.

Se oyó el ruido de la tapa que se cerraba, se dió entrada al agua, levantóse la tapadera exterior, se produjo el acostumbrado burbujeo y un hombre, bajo cuatro atmósferas de presión, nadó hacia la superficie del mar.

El tubo lanza-torpedos fué librado de agua y otro hombre se despidió y se metió dentro de él. Esto se repitió una y otra vez mientras Breen observaba los cuadrantes que le decían la profundidad y la inclinación y escuchaba el ruido del casco al rozar con el fondo. El ruido había cesado. La inclinación y la profundidad habían aumentado.

El comandante envió fuera del buque mediante el tubo lanza-torpedos al último tripulante y luego se quedó solo en aquel buque sumergible a ciento cuarenta pies debajo de la superficie del mar, con la popa levantada treinta grados de la horizontal, con el motor auxiliar quemado y el motor grande desconectado y metido en agua. No había más que una probabilidad en favor, contra un millón en contra, pero no por eso perdió las esperanzas.

Miró el indicador de profundidades y vió que ya no descendía más el buque. Debía haberse enganchado con algo que lo tenía sujeto contra la corriente, pues el rozar del agua contra el casco se oía claramente.

Así pasó un tiempo, luego volvió el ruido de antes y cuando dos horas después el comandante miró el aparato vió que marcaba trescientos pies.

Pensó en las baterías de acumuladores que había debajo del piso. — Noventa recipientes con gran cantidad de ácido sulfúrico en constante peligro de mezclarse con el agua del mar. Moviendo una de las tapas, observó. Vió que el recipiente más cercano del agua se hallaba a seis pulgadas de ella y que se necesitaría una inclinación de cuarenta y cinco grados para que hubiera peligro inminente. El agua salada y el ácido sulfúrico son una mala mezcla para un sitio cerrado porque desprende muchos y perjudiciales gases.

Después fué hasta donde estaba el motor quemado, colocado en la parte alta del buque. Una rápida revisación le convenció de que el motor no tenía compostura, así que se dispuso a examinar el otro, el mayor, el más potente por lo tanto.

Si funcionara aquel motor no sería difícil sacar el agua y volver a la superficie pero aun quitando el agua ¿cuánto tardaría en secarse y en hallarse en estado de funcionar?

Breen tenía provisiones para quince días y ocho personas o sea ciento veinte días para él solo. No había gran abundancia de aire pero no se muere tan pronto por enrarecimiento de la atmósfera.

Dos semanas después, Breen seguía dentro de su buque, en igual posición. Tenía el uniforme destrozado y sucio, los ojos extraviados. Cuando tendió las manos para conectar el motor, las tenía desgarradas y sangrientas.

Pero Breen tenía esperanzas y su esfuerzo desesperado fué un éxito. El motor en cuanto tuvo relación con la electricidad de la batería de acumuladores en plena carga, empezó a moverse. De pronto se detuvo chisporroteando: no tenía fuerza suficiente para contrarrestar la presión exterior. Breen detuvo el motor. Revisó y limpió los contactos. Fué a la bomba, conectó la transmisión de engranajes y logró hacer correr el aceite de las aceiteras de todos los cojinetes de las bombas. Después volvió a conectar la corriente.

No se movió de junto al motor ni aquel día

EN EL PROXIMO NUMERO:

RAUL DE LANCASTE

MISTERIO, DRAMA, ACCION

ni otro. ¿Quién puede pensar en comer ni en dormir cuando su vida depende de un motor de setenta caballos que está entre si funciona o no, cuando de su funcionamiento depende la renovación del aire y cuando la muerte parece estar acechando?

¡Con qué placer vió que el motor funcionaba a las mil maravillas! Loco de alegría cantó como no había cantado nunca.

Su contento duró varias horas y luego quedó en un estado de extraña quietud y somnolencia. No se pudo dar cuenta del tiempo que permaneció así. Cuando recobró el conocimiento fué poco a poco y lo primero que vió fué que la última luz de a bordo se estaba apagando. ¿Qué sucedía? Que el aparato renovador de aire estaba funcionando, pero que el gas carbónico en vez de salir fuera se esparcía dentro. ¿Cómo y por qué?

Arrastrándose fué hasta el sitio donde estaban las llaves y no tardó en cambiar lo que estaba mal y en enviar al exterior el aire enrarecido.

No sentía ni hambre ni sed, sino sueño. Se había sentado debajo de la escotilla de la torre y sobre unas telas enceradas y allí se quedó dormido de nuevo.

Sus ojos semicerrados percibieron una luz grisácea amarillenta. Abrió los ojos y vió los detalles de la torre de mando por el lado de dentro: la escalera, las ventanas de gruesos cristales y luz ¡luz! ¿De dónde procedía?

Breen se puso dolorosamente de pie, pero volvió a caer en seguida. Volvió a ponerse de pie, tomándose de la escalera. El motor, al que veía mediante aquella luz grisácea, seguía andando rápidamente. Los aparatos del aire funcionaban. Fuera, el agua chapoteaba contra el casco. ¡El "Diver" estaba a flote!

Lentamente subió el oficial la escalera, halló la escotilla sin atornillar, igual a como él la había dejado cuando el agua que penetró en el buque amenazó ahogarle. Ejerciendo toda su fuerza empujó hacia arriba, pero no pudo levantar la tapa.

Por una de los cristales, el de estribor, se veía una luz fuerte: era la del sol.

El submarino se hallaba flotando con solo parte de su torrecilla fuera de la superficie. Si hubiera abierto la escotilla el buque se hubiese inundado y hundido. Breen miró hacia el motor que seguía trabajando. Movió las palancas necesarias y el buque empezó a levantarse más arriba en el agua.

En aquellos momentos el zumbido del motor cesó de oirse y el jadear de las bombas se detuvo de pronto. La batería de tres mil seiscientos amperes estaba exhausta... pero la salvación era un hecho.

Subió Breen una vez más la escalera de la torre y empujó la tapa. Ya estaba por desistir de nuevo cuando la tapa se levantó sola. Miró el comandante hacia el hueco y vió varias caras. Eran los marineros de un buque de guerra que le habían visto y habían enviado un bote a averiguar que pasaba.

Y así el comandante Breen volvió a ver la luz al cabo de mucho tiempo.

Había permanecido dentro del buque hundido exactamente un mes!

F I N

El director de PUCKY contesta a los lectores

Carlos Ruíz, Rosario. — Tomamos nota de la obra que usted indica. Gracias por sus bondadosas manifestaciones de aprecio.

J. R. Tin Kir, Capital. — La obra a que usted se refiere, en primer término se publicará oportunamente. Le agradecemos mucho sus simpáticas palabras de aprecio.

R. K., Tartagal, Salta. — Pronto iniciaremos la publicación de una obra de misterio y de grandes intrigas, superior a "Almas Sombrias". ¿No le parece a usted qué es el mejor elogio que se puede hacer de la nueva novela? Es extraordinariamente interesante: se titula: Raúl de Lancaste.

Un interesado, Lucio V. López. — El autor de esa obra es desconocido.

Shwonch Malhomet, Belgrano. — En el próximo número iniciaremos la publicación de otra novela del mismo género literario de la que a usted le ha agradado. Como la anterior no tiene nombre de autor.

Un antiguo lector, Ciudad. — La obra a que usted se refiere no está en venta. No tiene autor pero por el estilo, creemos sea algún escritor español de mediados del siglo pasado. La publicación de Rodolfo el Valiente, en PUCKY, se inició en el No. 288. No es pues tan reciente como decíamos en nuestra contestación.

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana . . . . $ 0.20
„ atrasado . . . „ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números) . . . . . „ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números) . . . . . „ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números) . . . . . „ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año) $ 9.00
Otros países . . . . „ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

RECORD DE AVIACION

LA VUELTA AL MUNDO EN POCOS MINUTOS

—Buen viaje, hijo. Y que vuelvas sano.

—¿Por que has vuelto tan rápido? ¿Te has olvidado de algo?

En el próximo número de PUCKY:

PABLO GRENDON, Maestro Detective

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBECK

PIPERMIT ESTA PREOCUPADO BUSCANDO UN HOGAR PARA EL NIÑO QUE ENCONTRO ABANDONADO. HA PUBLICADO UN AVISO EN LOS DIARIOS OFRECIENDO LA CRIATURA Y ACABA DE RECIBIR ALGUNAS CARTAS CONTESTANDO A SU OFRECIMIENTO

Señor Pipermit:
Soy una chica de 6 años y no tengo hermanitos. ¿Quiere traer a ese chico a casa? Mi mamá, si yo se lo pido, no va a tener más remedio que recibir al chico.
Traigalo pronto, Pipermit.
Graciana Tinten

Sr. Pipermit:
Si usted me trae el chico lo cuidaré mejor que nadie. Yo soy una señorita que vivo sola desde el 88 en una gran casa y la criatura que usted ofrece sería un entretenimiento para mí. Espero hay en visita con el nene.
Pila A. de Tempes

Sr. PIPERMIT:
LA PROSPERIDAD DE ESA CRIATURA QUE Vd. HA SALVADO ME INTERESA. SOY UN VIEJO SOLTERO CON UNA INMENSA FORTUNA Y ESTOY DISPUESTO A DARLE MI NOMBRE Y MIS BIENES A ESE POBRE DESHEREDADO. TRAIGA AL NIÑO HOY MISMO. ESTOY ANSIOSO ESPERANDOLOS.
DE USTED ATENTAMENTE:
Godofredo Patoso.

PUCKY

LA LECTURA
PARA TODOS

No. 433 AÑO XII
ENERO 15 DE 1932
BUENOS AIRES

PABLO GRENDON
MAESTRO DETECTIVE

Nuevo y emocionante episodio de esta novela en serie.

Nº 433 BUENOS AIRES, ENERO 15 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

Pablo Grendon, Maestro Detective

Por FRANK KING

"NIEVE" Y CALOR

LOS dos hombres estaban muy tranquilamente sentados en el bote, mirando con fijeza hacia el mar.

Alrededor de ellos reinaba la sombría obscuridad de la costa de Essex, una obscuridad de pantanos y canales, obscuridad impregnada de silencio que interrumpía solamente el murmullo de los juncos al ser agitados por la brisa y el grito señolíento de algún ave nocturna.

El jefe inspector Dransfield, de Scotland Yard, se movió impacientemente, haciendo balancear el bote.

—La cosa no estaría tan mal si pudiéramos fumar. — Pero supongo que es mejor no arriesgar luz.

—Así lo creo, Jim — Pablo Grendon, investigador privado, sonrió a la vaga figura de su amigo. — Pero no se queje. Yo sé que usted goza mucho con esto.

Dransfield encogió sus anchos hombros.

—Si que gozo — convino. — Es precisamente mi idea de unas tranquilas vacaciones.

Quedaron nuevamente silenciosos, estremeciéndose un poco en el aire frío de la noche, esforzando sus ojos hacia la invisible distancia, donde un murmullo bajo, inquieto, indicaba la proximidad del mar.

Ostensiblemente, los dos amigos estaban pescando; en realidad su misión era más seria. Se estaban introduciendo al país, en gran cantidad, drogas peligrosas: morfina, heroína y cocaína. Aunque bien segura del hecho, Scotland Yard no había podido descubrir el sitio por donde entraban. Más tarde le había llegado rumores de que se las traía a través de Bélgica, por canales subterráneos y se las desembarcaba en algún punto de la costa de Essex. Por consiguiente, el inspector Dransfield había salido de Londres, para unas vacaciones de quince días, llevándose con él a Pablo Grendon, siempre ansioso de ayudar.

Investigaciones hechas cautelosamente, los llevaron a la conclusión de que el contrabando de drogas se realizaba de noche. Un examen cuidadoso de la costa les había indicado varios sitios como propicios para el desembarque, de los cuales el riacho desolado, donde estaba ahora el bote, era probablemente el mejor. Corría entre pantanos, interceptado por innumerables pequeños canales; una enmarañada red, en la cual un bote a remo podía desaparecer con gran rapidez.

—El tiempo se está poniendo pesado y opresivo — dijo Pablo, mirando la esfera luminosa de su reloj. — Las veintidos. Le apuesto un cigarro gordo a que se levanta una tormenta antes de las veintitrés.

—¡No me hable de cigarros! — gimió Dransfield. — Ni tampoco de tormentas. Si llueve, nos empaparemos en este bote abierto

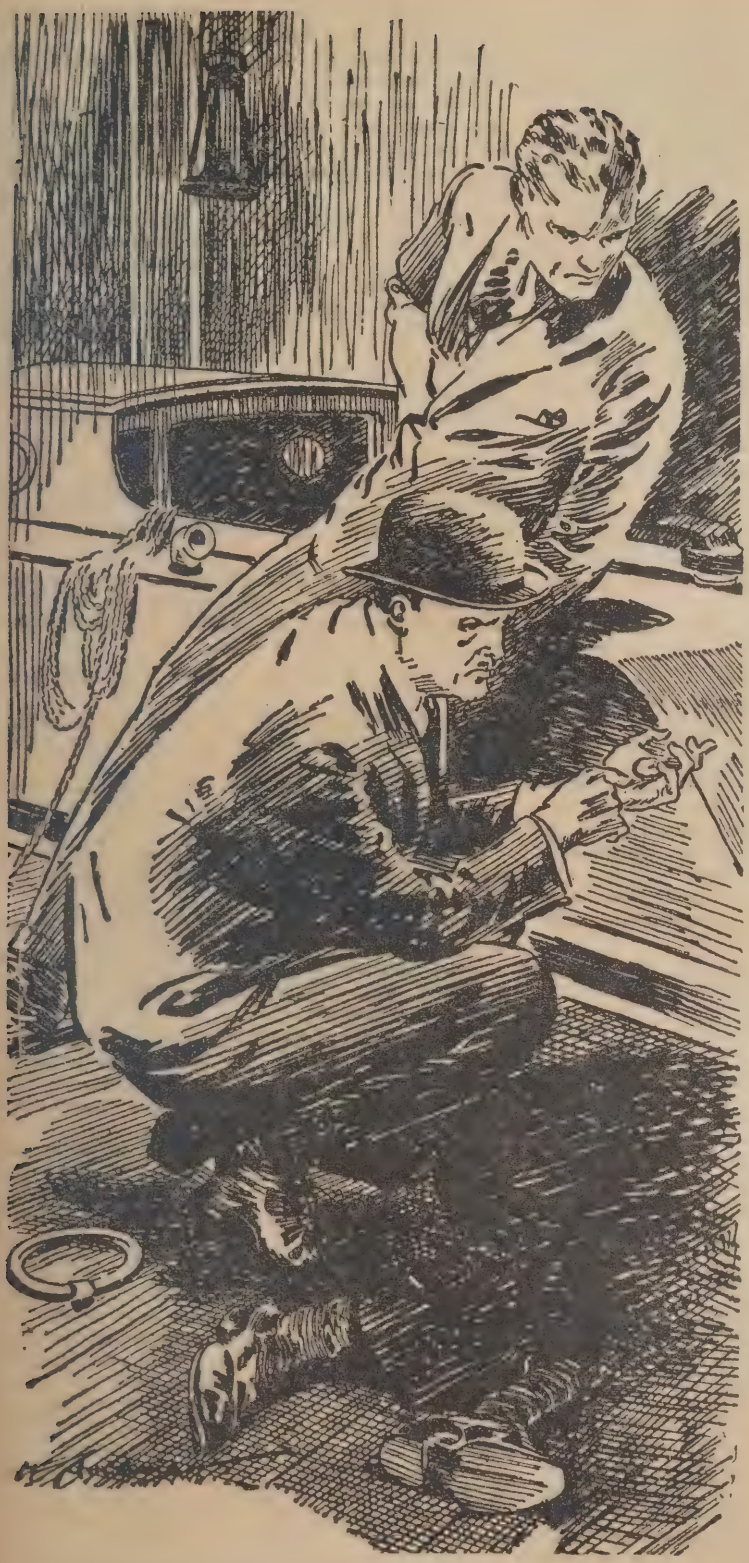
—Quizá será mejor irnos a casa, compañero — sugirió malignamente.

—No sea borrico, Pablo. Tendremos que pasarnos toda la noche sentados aquí y en alguna otra parte todas las noches de una semana, a menos que ocurra algo antes.

Ha sido usted muy bondadoso al venir conmigo. Es un trabajo muy aburrido para usted.

—He visto algunos trabajos aburridos

Pablo Grendon...



El reloj del muerto estaba atravesado por una bala

volverse de pronto interesantes. No se preocupe por mí, Jim. Nunca me fastidio en su compañía.

Dransfield se dió vuelta desconfiado. En la oscuridad no podía distinguir bien la cara de su amigo. Gruñó y volvió a vigilar el mar.

Alrededor, el silencio era intenso. El agua lamía perezosamente los costados del bote. La brisa había cesado ahora y también el murmullo de los juncos.

Pasó media hora sin que hablaran más. De pronto, Pablo oprimió el brazo de Dransfield.

—¿Ve eso, Jim? — murmuró. ¿Allá.

—Sí. Debe ser un bote.

A la distancia, mar afuera, una tenue lucesita había aparecido en la oscuridad. Mientras los dos hombres observaban en silencio, se hizo más fuerte y más brillante.

—Seguramente no puede ser — murmuró Pablo. — Sería demasiada suerte que diéramos con el lugar a la primera tentativa.

—Sea como fuere, es un bote. — dijo Dransfiel. — Y está entrando.

La luz se acercó y se hizo más distinta antes de detenerse. Por un rato permaneció inmóvil. Luego, lenta, deliberadamente guiñó tres veces.

Pablo se paró en el bote y escudriñó los pantanos de alrededor, buscando una contestación a la señal; pero ninguna luz apareció en la obscuridad.

La luz del mar guiñó otra vez... y otra.

—No queda mucha duda que hemos encontrado el sitio — murmuró Dransfield. — Me parece mejor qué...

El repentino estallido de la anunciada tormenta cortó sus palabras. Un fuerte aguacero cayó, silbando, sobre el agua. Los vigilantes estaban rodeados por un velo impenetrable que les ocultaba la luz y hasta los alrededores inmediatos.

—Malo, — dijo Pablo. — ¡Qué suerte del diablo!

Pablo Grendon...

Dransfield se mostró filósofo.

—Poco importa — dijo levantándose el cuello. — Los dos podríamos haber hecho más. Antes de mostrarnos, necesitamos ayuda. Hemos conseguido todo lo posible esta noche, descubrir el sitio donde se desembarca la mercancía. Es inútil el ataque, mientras no les hayamos cortado toda esperanza de retirada.

—Sí, creo que tiene razón. Jim. ¿Qué se propone hacer ahora?

—Volver a casa — contestó Dransfield. — Lo más pronto que podamos.

Buscó la cuerda que ataba el bote a una mata de sauce. Pablo se movió para ayudarlo. Al hacerlo, llegó a sus oídos, desde la obscuridad, el inconfundible crugido de un remo.

—Hay alguien por aquí. Jim. ¿Oyó?

—Sí. No pueden habernos visto. Mejor es quedarnos quietos hasta que se vayan.

Los dos hombres permanecieron inmóviles, mirando la obscuridad que los rodeaba. El crugido del remo no se repitió. Ningún ruido llegó a sus atentos oídos fuera del rumor de la lluvia. A la distancia retumbaba el trueno.

Después de diez minutos de espera, juzgaron seguro moverse. No vieron rastros de seres humanos en el viaje de vuelta al embarcadero. No encontraron a nadie en el camino hasta la posada de la aldea.

La tormenta crecía en violencia. Los truenos se sucedían con menor intervalo y más fuertes y vívidos relámpagos desgarraban el cielo. Tanto Pablo como Dransfield estaban hechos sopa cuando llegaron a la posada. No perdieron tiempo en tomar un baño caliente e irse a la cama.

Parecióle a Pablo que se había dormido recién cuando se despertó, sacudido por Dransfield.

—Bueno, a la verdad que es compañero molesto — rezongó con voz soñolienta. — ¿Qué pasa ahora?

—El sargento Binslake acaba de llegar — contestó Dransfield — Se ha cometido un asesinato en la Casa del Foso.

La tormenta había pasado y la noche estaba fría, brillante de luna. A los pocos momentos los tres hombres marchaban ligeramente por el camino hacia la Casa del Foso.

—¿Conoce algunos detalles particulares, sargento? — preguntó Dransfield.

—Ninguno, señor — contestó Binslake — Sólo he recibido un mensaje telefónico, anunciando que Rufus Potter ha sido asesinado. Me comuniqué con el Departamento y me dijeron era mejor que le avisara a usted enseguida.

El sargento Binslake era un ejemplar típico del policía rural. Aunque quizá más acostumbrado a hacer cumplir las leyes de agricultura que a investigar crímenes, era astuto, reflexivo y poseía gran dosis de buen sentido. Dransfield había considerado conveniente descubrir su identidad a la policía rural por si necesitaba ayuda. Y se felicitaba de haberlo hecho porque así lo habían informado del crimen sin demora.

—Díganos algo de ese Rufus Potter — dijo el inspector.

—No se mucho de él, señor. Sólo hacía seis meses que habitaba la Casa del Foso. Era un hombre de cierta edad. Parecía rico Se hizo prontamente amigo de la gente de aquí.

—¿Tenía algún negocio, sargento?

—Que yo sepa, señor: Iba bastante a menudo a Londres. Y, generalmente, siempre paraba alguien en su casa.

—¿Dónde queda esa Casa del Foso

—Como media milla más arriba, por este camino. Es un sitio solitario, a orillas de los pantanos. Queda en Durwell Creek, si conoce usted ese punto.

¡Si lo conocían! El riacho donde había estado vigilando antes de estallar la tormenta. Pablo y Dransfield cambiaron miradas. El contrabando de drogas duraba desde hacía seis meses. Precisamente el tiempo que hacía habitaba Rufus Potter la Casa del Foso.

Mientras caminaba, pensando en la coincidencia, Dransfield vió algo entre la maleza que bordeaba el camino, algo que brillaba al reflejo de la luna.

—¡Hola! — dijo — ¿Qué hace ahí ese auto?

Se metieron entre las malezas. Medio oculto en el matorral había un gran auto, con las luces apagadas.

—Es el auto de Potter, señor — dijo Binslake, alumbrando la chapa con su linterna.

El auto miraba hacia la Casa del Foso Pablo dió vuelta alrededor de él y puso la mano en el radiador.

—Está frío — observó. — Hace algún tiempo que este auto está aquí.

—Es extraño — murmuró Dransfield — Evidentemente alguien lo ha escondido aquí. ¿Hay algo adentro?

Había un par de alfombritas y un paquete de tamaño mediano. Sin vacilación, rompió Dransfield el papel y la cuerda. Cuando vió su contenido, su rostro, ancho y jovial, se puso ceñudo.

—¡Caliente, Pablo! — dijo, acercando uno de los frascos, llenos de un polvo, a la luz — Esto es "nieve".

Pablo estudió el polvo, blanco y cristalino, del frasco.

—Sí — convino — Es cocaína.

—Y hay una docena de frascos — añadió Dransfield — Bastante para envenenar a medio Londres. ¡Por Dios que quizá es un bien que Rufus Potter haya sido asesinado!

En el auto no había nada más que ver. Volvieron al camino y continuaron andando. Casi inmediatamente llegaron a la Casa del Foso. Era una mansión grande, ruinosa, rodeada por extenso jardín. La mayor parte de las ventanas estaban iluminadas.

—Parece que hubiera una fiesta. — murmuró Dransfield abriendo el portón.

—La gente de la casa debe estar asustada y la luz acompaña, a veces. — replicó Pablo.

Marcharon por el enarenado sendero. Al entrar, el sendero se dividía en dos ramas, una tomaba para el costado de la casa y la otra hacia el frente. Dransfield siguió por la que conducía a la puerta principal y llamó fuertemente.

La puerta fué abierta enseguida por un hombre viejo, todavía fuerte y erguido. Por su porte y vestimenta veíase que era un criado. Sus facciones, bien disciplinadas, no revelaban emoción; pero las manos le temblaban nerviosamente.

—¿De la policía ,caballeros? — preguntó. — ¿Queréis venir por aquí? Las damas y señores están en la antesala.

—Veremos primero a Potter — dijo Dransfield. — ¿Dónde está?

—En el garage, señor.

—¿En el garage? Muy bien. Puede guiarnos a él. Usted, Binslake interrogue entre tanto a la concurrencia y vea que informaciones puede tener. Nos ahorrará tiempo.

—Muy bien, señor.

El viejo mayordomo hizo pasar a Binslake a la antesala; luego volvió junto a Pablo y Dransfield que esperaban en la puerta.

—El garage queda al costado de la casa — dijo — Os lo mostraré.

—¿Cómo se llama usted? — preguntó Dransfield.

—Carlos Franklin señor.

—¿Hacía mucho tiempo que estaba al servicio de Potter?

—Seis meses, señor.

—¿Qué clase de hombre era?

—¡Oh muy simpático, señor! Un buen amo. Este es el garage, señor.

Franklin se detuvo delante de un galpón largo, al costado y al fondo de la casa.

Descorrió la puerta y encendió adentro la luz.

—Encontrará... al señor Potter... ahí. — dijo apartándose para dejar pasar a los otros.

Adentro del garage había espacio para dos o tres autos. Además, una parte era usada como casilla de botes. Había otra gran puerta corrediza en la pared opuesta, que daba acceso al agua.

—¡Qué calor hace aquí! — dijo Pablo al entrar.

—Es cierto — convino Dransfield. — Hay calefacción a vapor — llamó al mayordomo. — ¿Qué objeto tiene aquí este calor? — preguntóle.

—No sé, señor. Nunca hay tanto calor. El garage tiene el mismo sistema de calefacción que el invernáculo contiguo. Quizá el señor Potter...

—¿Dónde está Potter?

—Detrás de aquel bote, señor. Mismo donde lo encontramos. No lo hemos tocado, señor.

Dieron la vuelta a la lancha automóvil. A su sombra estaba caído un hombre. Dransfield encendió su linterna y se agachó para examinar el cadáver.

—Ha recibido un tiro en la cabeza y otro en el vientre. — murmuró — ¿Cuándo lo encontraron. Franklin?

—Poco después de media noche, señor. Todos se habían ido a acostar cuando oímos los tiros.

—¿Poco después de media noche? Sí, tiene razón. — Dransfield examinaba la herida del cuerpo. — Mire, Pablo. Esta bala pegó en el reloj antes de entrarle en el vientre.

Rompió la esfera; pero las manecillas todavía señalan las doce y cinco. Blinslake recibió el aviso telefónico a las doce y quince; de modo que no se ha perdido mucho tiempo.

—Es cierto — convino Pablo. — Miraba con interés la lancha a motor. Este bote ha estado expuesto a la tormenta, Jim.

—Es verdad — trasladó Dransfield su atención a la lancha. — Sé lo que está pensando. que esta lancha pasó cerca nuestro en el riacho. Pero es a motor.

—Hay remos adentro, viejo. Y han sido usados recientemente — dijo Pablo.

Un registro minucioso del garage y de la casilla de botes no dió más informes. Rufus Potter había recibido los tiros a boca de jarro. Como tenía las dos heridas adelante, parecía hubiera recibido los balazos por sorpresa, de alguien que no esperaba lo atacara, a quien no consideraba enemigo. Más que esto no podían deducir los investigadores.

—Es mejor que veamos lo que se puede averiguar ahora en la casa — dijo Dransfield.

—Un momento, Jim. Deseo preguntarle algo a Franklin. — Pablo se volvió al mayordomo.

—¿Oyó usted personalmente los tiros?

—Sí, señor. Creo que en casa todos los oyeron.

—¿Y salistéis para ver lo que ocurría?

—Todos salimos corriendo de nuestras habitaciones, señor. Estábamos seguros de que los tiros habían sido disparados en el jardín de la casa; de modo que juzgamos conveniente registrarlo.

—Comprendo. ¿Y por qué os dirigistéis al garage ¿Vistéis salir de él a alguien?

—No, señor. Nada vimos. Creo que fué el señor Elmswood quien sugirió que registráramos los edificios exteriores, por si había alguien escondido en ellos. Encontramos la puerta del garage sin llave. Y allí... estaba el señor Potter.

—Comprendo. Muy bien. Vamos ahora a la casa.

Esperando ansiosamente en la antesala, cómodamente amueblada, había cinco personas, además del sargento Binslake. Este escribía en su libreta las respuestas que los otros, algo impacientemente, daban a sus preguntas.

Dransfield examinó atentamente al grupo, por debajo de sus pobladas cejas. Todos estaban completamente vestidos, con excepción de un hombre buen mozo, de mediana edad, que llevaba puesta una bata de brillantes colores y zapatillas.

—Todos comprendéis, señoras y caballe-

Pablo Grendon...

ros, que se ha cometido un crimen — dijo enseguida Dransfield — y mi deber es saber quienes sois y cuales son vuestras ocupaciones.

Ahorraremos tiempo Blinslake, si me dice lo que ha averiguado.

—Sí, señor. — el sargento se volvió a su libreta de apuntes. — La señora Elmswood y su hijo Olive son residentes de la localidad. Viven en More Farm, cerca de Westbury, a unas cinco millas de aquí. Dicen que el señor Potter los invitó a la Casa del Foso para reunirse con unos amigos suyos, de Londres.

Pablo observaba atentamente al joven y a su madre, mientras hablaba el sargento. La señora Elmswood era una mujer madura, de ojos vivos e inteligentes. Olive, su hijo, tenía rostro feo, pero agradable, malogrado por una sugestión de debilidad alrededor de la boca. Ninguno de ellos parecía muy afectado por lo ocurrido.

—El señor Gordon Marshall y la señorita Dora Marshall son amigos del señor Standing — continuó el sargento. — El señor Marshall es un procurador de Londres. El y su hija llegaron ayer para pasar el "week end".

Aquel Gordon Marshall era un tipo raro, de rostro afilado, de hurón, y furtivos ojos negros. Al contrario de los Elmswood, parecía muy alterado por la tragedia, lo mismo que su hija, una linda muchacha, con demasiados polvos y pintura.

—Y este es el señor Standing — concluyó Binslake, indicando al hombre de la bata — Le estaba haciendo algunas preguntas cuando entró usted, señor.

—Gracias, sargento. — Dransfield estuvo un momento en silencio, mirando alrededor de la habitación. — La señora Marshall y su hijo son visitantes ocasionales; el señor Marshall y su hija amigos de usted, señor Standing. Me parece que es usted la persona más indicada para decirnos algo de Rufus Potter.

En las hermosas facciones de Roberto Standing se dibujó una agradable sonrisa.

—Supongo que lo conozco mejor que cualquiera de los presentes — convino. — Y, sin embargo, se poco de él. Era un cliente, — soy corredor de bolsa — más bien que amigo personal.

No hacía más que cinco o seis meses que lo conocía. Al principio de nuestra relación le dí un buen consejo respecto a ciertas acciones y quedó agradecido. Repetidas veces me pidió que viniera a la Casa del Foso a pasar unos días. Como la pesca es aquí excelente, me tenté y vine a pasar un "week end". Desde entonces lo visité tres o cuatro veces. Siempre me pedía que trajera amigos que yo estimara y ayer me hice acompañar por el señor y la señorita Marshall.

—Eso no nos ayuda mucho, compañero — le quejó Pablo. — ¿No puede decirnos algo acerca de sus negocios, situación financiera y cosas por el estilo?

—Lamento no poder hacerlo, señor — replicó Standing. — Parecía tener siempre abundancia de dinero. Nunca me mencionó a mí sus negocios... fuera de las inversiones en títulos. En realidad, nunca hablaba de sí mismo. Creo que había pasado mucho tiempo en el Continente. Eso es todo lo que puedo decirle.

Dransfield miró interrogadoramente a su alrededor. Nadie añadió informe alguno.

—Bueno, mejor es concretarnos a lo ocurrido esta noche — dijo. — Deseo saber que hacía Potter en el garage cuando os fuisteis a costar.

—Si supiéramos eso, — dijo Pablo — podríamos tener una idea de quien lo mató.

—¿Sabe alguno de vosotros por qué estaba en el garage? — dijo con acento imperioso Dransfield.

Nadie habló. Olive Elmswood movió vigorosamente la cabeza.

—Quizá alguno de vosotros sabe algo de lo ocurrido — el inspector empezaba a impacientarse — Señaló a la señorita Dora Marshall — Hable usted.

La joven se estremeció. Miró a su alrededor como buscando ayuda, evidentemente disgustada de tener que hablar. Roberto Standing acudió en su auxilio.

—Le diré lo que sepa, inspector — dijo amablemente. — Los otros podrán corregir si me equivoco, aunque realmente no hay mucho que contar.

Esta noche, después de comer, el señor Marshall sugirió un partido de bridge. Se sentaron a la mesa el señor y la señorita Marshall, la señora y el señor Elmswood. Rufus y yo quedamos afuera. El dijo que iría a pescar una hora o dos.

—Creo haberle oído decir que le interesaba la pesca, señor Standing...

—Así es — Standing se encogió de hombros. — Pero también soy muy susceptible. Comprendí que, por una u otra razón, Rufus no deseaba que lo acompañara. De modo que me dispuse a leer un libro.

—¿S fué solo?

—Sí. Volvió después de estallar la tormenta y parecía contrariado por algo. Dijo que tenía que volver a salir por una hora o dos con el auto. Y como no podía llevar a la señora y el señor Elmswood a su casa, insistió en que se quedaran a pasar la noche.

Yo fuí con él al garage, para ayudarle a sacar el auto. Llovía a cántaros y los truenos y relámpagos eran terribles. Traté de persuadirlo que esperara; pero no quiso. Se marchó y...

—¿Está usted seguro de que se marchó?

—Sí, se marchó — dijo inesperadamente la señora Elmswood. — Vimos las luces del auto desde la ventana.

—Sí, se marchó — repitió Standing. — Y eso es todo lo que puedo decirle. Al volver me torcí el tobillo y apenas pude llegar a la casa. Me fuí directamente a la cama.

—Yo le contaré el resto — ofreció tranquilamente Olive Elmswood. — Después que Standing se acostó, todos decidimos seguir su ejemplo. Franklin había preparado habitaciones para mí madre y para mí. La

mia estaba al final del corredor, junto a la de Standing. Apenas había terminado de desnudarme, oí dos tiros. No quedaba duda de que habían sido disparados cerca. Corrí al cuarto de Standing y le pregunté si los había oído. Todo el mundo los oyó. Menos de un minuto después estábamos en el corredor tiritando, pensando que debíamos hacer. Standing sugirió que fuéramos a dar un vistazo afuera, así que yo y Marshall salimos con Franklin.

—¿Miró usted por la ventana al oír los tiros, supongo? — intervino Pablo Grendon

—Sí; pero nada ví. Y tampoco cuando salimos afuera, aunque la luna era muy brillante.

Pensé que pudiera haber alguien escondido en los edificios exteriores. Registramos y.... hallamos a Potter. Telefóneamos en seguida al sargento Binslake. Y..., eso es todo.

—¿Está usted entonces completamente seguro de que todo el mundo estaba dentro de la casa cuando sonaron los tiros?

—Completamente seguro, inspector.

—Bien — Dransfield pareció aliviado — Es mejor que veamos si puede encontrarse algún indicio, afuera, Pablo.

La brillante luna hizo comparativamente fáciles las investigaciones fuera de la casa. Pero, después de una prolongada búsqueda, el inspector tuvo que admitir el fracaso. Ni siquiera había huellas de pisadas en los senderos de grava.

Sin embargo, cuando volvían para hacer otra inspección en el garage, los perspicaces ojos de Dransfield distinguieron algo caído en el pasto, al costado del camino.

Lo iluminó con su linterna; luego, envolviéndose cuidadosamente los dedos en el pañuelo, levantó un revólver.

—Dos cámaras descargadas — dijo, examinándolo a la luz de la linterna. — Evi-

¡Es usted demasiado listo para vivir! — aulló Standing con el dedo en el gatillo.

dentemente es el arma que dió muerte a Potter. Y es de marca extranjera, un Nagant suizo. Creo que el contrabando de drogas ha terminado sin nuestra intervención, Pablo.

—Siempre fué usted optimista, Jim — sonrió Pablo. — ¿Qué le hace pensar eso?

—Es evidente ¿no ¿No está de acuerdo conmigo en que Potter estaba complicado en contrabando?

—Sí, eso es indudable. Continúe.

—Bueno, esta noche no deseaba que Standing fuera con él. ¿Por qué? Porque esperaba una partida de drogas. Salió solo y nos vió, vigilando. No se atrevió a dar la señal para que el cargamento del bote fuera desembarcado. Evidentemente tenían un arreglo para esa alternativa, porque volvió a su casa a buscar el auto. Fué al sitio de emergencia y recogió las drogas. ¿No le parece claro?

—Me parece bastante probable, a juzgar por lo que Standing nos dijo. — Pero ¿qué ocurrió después, Jim?

—De eso no estoy tan seguro — confesó Dransfield. — Pienso que fué necesario, por alguna razón, a uno de los contrabandistas volver a la casa con Potter. Quizá por motivos de pago. Sea como fuere, creo que los dos hombres volvieron en el auto. Potter lo dejó a un costado del camino porque no quería que sus invitados se enteraran de la presencia del nuevo compañero. Caminaron juntos hasta la casa. En el garage discutieron y Potter fué asesinado. El criminal, probablemente un extranjero, tiró su revólver mientras corría.

—Muy bien pensado — asintió Pablo lentamente. — Pero falta explicar un punto importante.

—¿Cuál?

—El desusado calor del garage, viejo.

—¡Oh! no veo que pueda tener eso que ver con el crimen. Bueno, de todos modos voy a hacer vigilar los caminos y detener a cualquier forastero que se encuentre por ahí.

—Ciertamente no hay daño en hacer eso. Yo voy a dar otro vistazo a ese aparato de calefacción.

Dransfield envolvió cuidadosamente el revólver en su pañuelo y se lo guardó en el bolsillo. Luego volvió a la casa para telefonear.

Una profunda arruga surcaba la frente de Pablo cuando volvió lentamente al garage. Encendió la luz y estuvo un rato mirando alrededor. Después de examinar cuidadosamente los dos radiadores, miró las manos del muerto y registró sus bolsillos. No había en ellos nada de interés. Moviendo la cabeza, Pablo apagó la luz y volvió a salir.

Parado en el pasto, al costado del camino, miró hacia la casa. El ceño había desaparecido de su cara, dejándola ansiosa y alerta. Abrió el portón y se alejó por el camino hasta el sitio donde estaba el auto, oculto entre la maleza. Pasó cinco minutos examinando su interior, dedicando su atención particular al volante y palanca de arranque. Luego volvió a la casa.

Dransfield estaba todavía hablando por teléfono. Por la puerta abierta de la antesala, Pablo pudo ver a los otros, discutiendo todavía del crimen. Siguió por el corredor y subió la escalera.

En el corredor de arriba, vaciló un momento, como si hiciera un cálculo mental. Satisfecho de su orientación, dirigióse silenciosamente a uno de los dormitorios y entró.

Su primer cuidado fué cerrar con llave la puerta y asegurarse de que la ventana estaba abierta. Luego, utilizando su linterna eléctrica, empezó un minucioso registro en la habitación.

Pasó mucho tiempo antes de que sus pesquisas dieran resultado. Poco después, sin embargo, descubrió Pablo un doble fondo en una valija de viaje. Había algo en la cavidad inferior... algo que parecía un pedazo de trapo sucio, en el cual estaban envueltos dos pequeños objetos cilíndricos. Metió el hallazgo en su bolsillo y continuó la inspección.

No encontró más nada. Pero parecía contento con lo que había hallado; salió del cuarto y descendió la escalera.

Dransfield daba vueltas, buscándolo. Pablo lo tomó del brazo y se dirigió con él a la antesala.

—Entremos, Jim — le dijo. — Hay algo bastante interesante que deseo oiga.

—¿Por qué no me lo dice ahora?

—No sería de tanto efecto. Además... ¡Venga!

Volvieron a la antesala donde los invitados de Rufus Potter estaban todavía contestando a las preguntas del sargento Binslake.

—No se a que viene tanto misterio — rezongó Dransfield al entrar.

—No hay misterio ahora — contestó Pablo solemnemente. — Solamente quería hablarle a estas personas del calor...

—Que diantres...

—Deseaba decirles, en primer lugar, que el radiador de un auto grande, que ha recorrido cierta distancia, no se enfría como piedra en menos de una hora, aún en una noche fría como ésta.

—¡Caramba! Y ése estaba... — Dransfield se detuvo? — Quiere decir que Potter no se marchó en el auto? — añadió.

—Eso precisamente. En segundo lugar, un cadáver pierde calor rápidamente. Sí, en una noche fría, hallamos el cuerpo de un hombre muerto, pongamos una hora antes, sabremos enseguida que su fallecimiento data de algún tiempo. Pero, naturalmente, si el cuerpo se encuentra en un garage caldeado artificialmente...

Reinó un tenso silencio por algunos instantes, al interrumpir Pablo Grendon su discurso. Los otros lo miraban con sorprendidos ojos.

—¿Sugiere usted, señor Grendon, — preguntó nerviosamente Gordon Marshall que

los tiros que oímos no mataron al señor Potter?

—Sugiero — contestó Pablo — que Rufus Potter fué asesinado una hora antes de que oyerais los tiros. Y que el asesino, deliberadamente, le atravesó el reloj con una bala persiguiendo un hábil plan para escapar al arresto.

Nuevamente hubo una pausa; y los sorprendidos ojos se volvieron a Roberto Standing.

Este caballero se cerró la bata y quiso ponerse de pie. Su tobillo lastimado lo obligó a volverse a sentar con un gemido.

—Hace usted una afirmación muy grave, señor Grendon. — dijo con su agradable sonrisa un poco forzada — Me coloca en situación difícil.

—Fué usted la última persona que vió a Potter vivo — convino Pablo amablemente. — Quizá quiera ampliar su historia algo.

—Realmente no se nada más...

—¿No? — un brillo acerado apareció en los ojos grises de Pablo — Bueno, si no quiere usted hablar, viejo, lo haré yo.

———

A un disimulado gesto de su amigo, Dransfield se acercó sin ostentación a Standing.

—El motivo que lo indujo a usted a matar a Potter lo conoce su conciencia mejor que yo, aunque me lo imagino bastante bien. Sea como fuere, he aquí como cometió usted un crimen, que fué muy hábilmente proyectado, dado el poco tiempo de que disponía.

Cuando salió para ayudarle a Potter con el auto, lo mató usted no bien entraron al garage. No abrigaba temor de que se oyera el tiro porque los truenos eran ensordecedores.

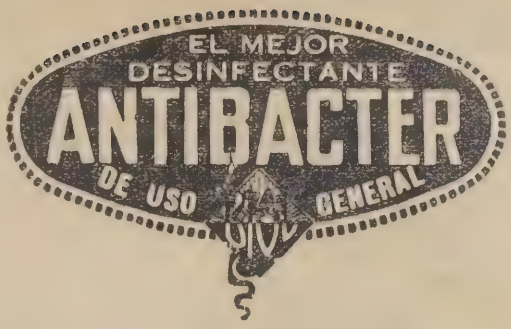
Después de asegurarse de que su víctima estaba muerta, hizo esa bien conocida treta del reloj. Luego abrió la llave de la calefacción del garage, en toda su fuerza, y sacó el auto, teniendo cuidado de cerrar la puerta, sin llave.

—No fué usted muy lejos... sólo un trecho del camino hasta donde escondió el auto en el matorral, dándolo vuelta de manera que pareciera que Potter lo había dejado allí cuando se dirigía de vuelta a la casa. Se apresuró usted a volver a ésta. Y para explicar su ausencia, comparativamente larga, fingió haberse torcido el tobillo.

El resto del plan no le ofreció dificultad. A la hora 0 y cinco disparó usted dos tiros por su ventana abierta y tiró el revólver entre los pastos, al lado del camino. Era muy natural que todos pensaran que Potter había sido muerto por aquellos dos balazos.

—¡Muy natural! — la sonrisa de Roberto Standing no había perdido un punto su amabilidad. — Tan natural que no se como puede ser puesto en duda. Su historia, señor, es una ingeniosa invención. Pero ¿cómo puede nadie creer que es otra cosa que un producto de su imaginación?

—Se necesita alguna prueba — convino



Pablo amablemente. — Yo sospeché de usted desde el principio. El calor del garage y el reloj atravesado por la bala me llamaron fuertemente la atención. Recordé que la tormenta estaba en toda su furia a eso de las veintitrés y cuando me dijo usted que había estado a esa hora con Potter en el garage. Bueno... ya estuvo.

Con todo, como ha dicho, las sospechas no bastan. Tenía que encontrar una prueba. Y no lo he hecho tan mal, señor Standing, dadas las circunstancias.

—Quizá podrá usted mostrarnos esa prueba...

—Ciertamente, viejo. La válvula de control de los radiadores del garage pocas veces se usa, de modo que la parte de bronce está cubierta de verdín. La persona que abrió la llave del radiador se llevó consigo parte de ese verdín.

Además, esta persona dejó, en una proyección de la válvula, enganchada parte de la tela del guante ordinario que llevaba puesto. Y también dejó huellas de verdín en el volante del auto.

—¡Maravilloso! — Standing se echó a reír y metió las manos en el bolsillo de su bata — Si Potter abrió la llave del radiador antes de salir, no puede usted decir que eso sea una prueba de que yo lo haya matado.

—Potter no tenía verdín en las manos — prosiguió Pablo imperturbable. — No llevaba guantes de tela ordinaria. Y además hay otro punto que usted descuidó al hacer sus planes. Cuando se retiró a su habitación, comprendió que era necesario cargar de nuevo el revólver. Evidentemente no podía tirarlo por la ventana para que lo hallaran con cuatro cámaras descargadas. Tenía que cargarlo y el problema era que haría con las dos cápsulas gastadas. Bueno, nadie iba a sospechar de usted. Estarían bastante seguras por el momento en el doble fondo de su valija de viaje. Y aquí están... — las sacó Pablo de su bolsillo — envueltas en un pedazo de guante de tela, bastante manchado de verdín.

Roberto Standing se puso en pie de un salto. No había señales de daño en su tobillo ni sonrisa en su rostro convulso. Pero en su mano brillaba una pistola automática.

—Es usted demasiado listo para vivir! — aulló con el dedo en el gatillo. — No...

Pablo Grendon...

El puño cerrado de Dransfield lo alcanzó en la punta de la mandíbula. Cayó sin lanzar un gemido.

—Y el asunto ha terminado — dijo Pablo más tarde mientras fumaba un cigarro, en compañía de Dransfield, junto al fuego, en la posada de la aldea. — Ya no tendrá que preocuparse más de los contrabandistas de drogas.

—Usted cree que...

—Creo encontrará usted que Standing era el jefe de ellos y Potter un simple subalterno. A juzgar por el modo como Standing arregló las cosas, creo que pasó lo siguiente:

Standing se enteró de algún modo de quiénes éramos y por qué estábamos en el distrito. Mandó a Potter para que nos vigilara. Y cuando éste volvió a informar que nos había visto en Durwell Creek, trazó su plan.

Me guío por lo que nos contó. Está perfectamente claro ¿no? que tuvo intención de complicar a Potter en el asunto de las drogas. Potter tendría que cargar con el perro muerto. Si nosotros nos convencíamos de que Potter era jefe de los contrabandistas y había sido muerto en pelea con alguno de sus cómplices, entonces Standing podría continuar sus actividades sin que se sospechara de él.

Dransfield lanzó un gruñido.

—¡Me engañó como a un niño! — confesó tristemente.

—El plan era hábil — dijo Pablo — Potter ni siquiera se lo imaginó. Yo diría que Standing le hizo creer que había peligro de que se allanara la casa y lo convenció de la necesidad de deshacerse enseguida de la cocaína que había oculta en la valija de doble fondo. Por eso la encontramos en el auto. Standing se resignó a perderla en bien de su plan. No creo que los Marshall tengan que ver en el contrabando de drogas; pero, a juzgar por su nerviosidad, deben estar ligados a Standing por alguna otra actividad ilegal.

—Si es así, pronto lo sabremos — dijo Dransfield — Standing ha perdido la entereza.

Hablará antes de mucho. — se detuvo y miró a su amigo con no disimulada admiración.

¡Cielos, Pablo, pensar que usted descubrió todo eso nada más que porque el tipo abrió la llave del radiador!

Pablo sonrió.

—Yo siempre me distinguí en la clase de física, viejo — confesó modestamente.

FIN.

Lea en este número de PUCKY:

RAUL DE LANCASTE

MISTERIO - INTRIGA - ACCION - DRAMA

ALGO REALMENTE EXTRAORDINARIO

Los lectores amantes de las grandes obras que emocionan, distraen y cultivan el espíritu, se deleitarán con esta gran novela

HAGASE RESERVAR CON TIEMPO, SU EJEMPLAR, SI DESEA NO PERDER NI UN SOLO EPISODIO DE ESTA NUEVA OBRA

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

LA LLEGADA DE BUD ATLEE

LA puerta de la oficina se abrió, al contestar el Calvo al golpe y un joven alto, de rostro fresco, entró. A la luz de las últimas horas de la tarde, su figura, bien formada, erguida, se dibujaba claramente; pero, por un momento, el Calvo no le vió la cara.

—Y bien joven — dijo el Calvo, apartando la vista de los papeles. — ¿En qué puedo serle útil?

El recién llegado saludó marcialmente y puso sobre el escritorio, debajo de la lámpara con pantalla, un fajo de papeles.

—Soy el teniente segundo Atlee, señor — dijo con fuerte acento americano. — Se me ha ordenado presentarme a usted, para servir en su escuadrilla — una sonrisa iluminó su cara, que quedaba algo en la sombra, se quitó la mano de la gorra y la extendió: — ¿Cómo le va, tío Calvo? — pregunto alegremente. — ¡Dios! No he apartado los ojos del mapa, en el sitio de su zona, desde que era así de alto. ¿No se acuerda de mí? Soy Bud... el hijo de su hermano Elmer.

El Calvo se puso lentamente de pie y oprimió un timbre de su escritorio. Un ordenanza asomó la cabeza por la abertura de la puerta, como un muñeco de resorte, y fué a él que se dirigió el Calvo.

—Mis saludos a los subtenientes Jameson, Dent y Horstead y que tengan la bondad de venir aquí enseguida. March...

El ordenanza marchó ruidosamente sobre las tablas desnudas del piso y el Calvo se volvió a sentar lentamente, mirando siempre en silencio a su perplejo sobrino. Luego lanzó un profundo suspiro.

—¿Cómo te va? — dijo friamente. — Espero que Elmer y tu madre estén bien. ¿Saben qué has venido a verme?

—¡Y como no! — contestó riendo el joven, un poco inseguro porque no era aquél el recibimiento que esperaba. — Están bien, tío y saben que vine. Les hice un telegrama anoche, cuando recibí la orden y ahora deben estar lo más orgullosos. Desde que papá me dió permiso para venir a Europa e incorporarme a la guerra, mi ambición fué ser uno de los "Angeles", como usted. Y por eso me estrujé los sesos en la escuela de aviación, a fin de ganar una medalla y poder pedir que me mandaran aquí.

—Bien — contestó el Calvo ceñudo y se dió vuelta al golpear y entrar los tres tenientes.

—Caballeros, — les dijo — los he mandado llamar por dos razones. La primera es que este chico, que acaba de llegar, se llama Atlee — Elmer Drexel Atlee — de South Bend Kentucky E. U. Es mi sobrino.

John Henry sonrió expansivamente y extendió su mano.

—Bienvenido, bienvenido, pequeño extranjero — dijo. — Encantados de conocerlo. Eso prueba que el Calvo tiene, en alguna parte, una familia humana. Nosotros sabíamos que descedía de los monos, como todos; pero temíamos que no hubiera evolucionado mucho. Ahora no tenemos que preocuparnos más.

"Bud" Atlee estrechó algo sorprendido la mano que le tendían, pues no estaba acostumbrado al humorismo del joven Dent; pero cuando los otros dos le palmearon la espalda, empezó a comprender que, por primera vez, se le acogía con sinceridad y cariño.

El Calvo observaba tranquilamente. Luego dijo:

—Estos tres caballeros han olvidado más del arte de volar que lo que aprendiste en tu escuela, Bud. Es bueno comprendas, desde el principio, que nada sabes y no eres más que un estorbo inútil, hasta... que hayas demostrado otra cosa.

—¡Demonios, Calvo! — protestó el joven Dent algo sorprendido. — Yo llamaría a eso una grosería. Mi querido y pequeño jefe, todos nosotros vamos a mirar a tu sobrino como un gran aviador de guerra... a menos que pruebe no serlo. Y apostaría mis botas a que no será así.

—¡Hum! — dijo el Calvo, siempre ceñudo. — Bueno, hablaremos de eso después. Entretanto, hay una segunda razón que me ha hecho llamarlos aquí. Es ésta. Se va a efectuar un gran raid de bombardeo sobre las fábricas de municiones alemanas. Los bomberos pasarán por aquí esta noche a las once. Y nuestra pequeña escuadrilla tiene que ir a escoltarlos. Volaremos sobre la escuadrilla de bombardeo y los acompañaremos a la ida y a la vuelta.

Miró su reloj pulsera.

—Son ahora las siete. Todo el mundo estará en la pista a las once menos cuarto. De modo que es mejor se retiren y descansen lo que puedan. Les hubiera avisado antes; pero la orden recién acaba de llegar. John Henry, es mejor que te encargues del joven Bud y le enseñes donde tiene que dormir. Que vuele entre tú y Billijim cuando estemos en formación, a fin de que puedan vigilarlo y ver como se porta.

Hizo una breve inclinación de cabeza y los tres salieron, llevándose a Bud. John Henry guió al joven hasta el gran galpón dormitorio y llamó a un soldado para que armara una cama. Luego ofreció un cigarrillo a Bud y empezó a charlar.

—Y bien, Buddy, me parece que no has caído con mucha suerte. ¿Qué pasa? ¿Se llevan mal tu tío y tú? Parecía tan ogro.

—¡Dios mío! — dijo el joven Atlee. — No comprendo nada. Mi tío y yo éramos muy camaradas en Kentucky, cuando era yo chico. El mejor amigo que tuve jamas. Me llevaba a pescar y me enseñó la mar de cosas.

Se volvió a John Henry con turbados ojos.

—Desde que empezó la guerra me propuse incorporarme a la escuadrilla de los Angeles, con tío. Vine a Inglaterra, me alisté y he trabajado como un desesperado para obtener el número Uno, sabiendo que de otro modo no me enviarían aquí. Bueno... aquí estoy y tío me recibe ahora con una frialdad aterradora. Mira, hermano, si me hubiera pegado un palo en la cabeza, no me habría sorprendido más. ¡Tratarme como si fuera yo un gato intruso! Seguramente la guerra cambia a la gente.

Sin embargo ahora una luz comprensiva brilló en los ojos de John Henry. Sonrió.

—Hijo mío, la guerra no cambia a la gente y no ha cambiado a el Calvo. Pero pasa esto. Ayer se libró de un idiota insolente que consiguió ascenso debido a la influencia de un pariente. Y después de eso, llegas tú. ¿No comprendes lo que siente el Calvo? Tiene miedo que, si se muestra nada más que amable contigo, nosotros pensemos que es injusto favoritismo. Pero no te preocupes, querido sobrino; pórtate lo mejor que puedas y volverás a encontrar a tu tío Calvo. Estoy seguro de que te quiere mucho, tanto como cuando eras niño; pero ciertamente no te lo demostrará hasta que tú hayas probado que vales como cualquiera de nosotros.

—¡Cielos! Creo que tienes razón — contestó Buddy. — Me parece la única explicación posible y una vez que empiece, le demostraré a tío que no soy un inútil. Eso no es fanfarronada; pero...

—Seguro, seguro, hijo. — sonrió John Henry. — No te preocupés y entretanto descansa. Probablemente bailaremos esta noche en el gran raid; pero Billijim y yo estaremos cerca tuyo. Tira no más a todo lo que veas tiene una cruz negra y no errarás mucho.

Después de eso dejó a Buddy, suspirando, para irse a su cama.

A las once menos cuarto en punto, los Angeles se reunían en torno de el Calvo, para recibir las últimas órdenes, antes de partir. Los aparatos estaban alineados, los motores zumbaban en la obscuridad, después de hacerlos funcionar los mecánicos.

El Calvo, sin embargo, no tenía mucho que decir. Simplemente repitió lo que ya había dicho a sus tres principales oficiales y dió la orden de subir a los aparatos.

El grupo se deshizo y corrió a sus máquinas; pero las rodillas de Buddy Atlee temblaban cuando se metió en su cabina, viendo a John Henry subir al aeroplano que tenía enfrente y a Billijim al de atrás.

El joven Atlee no estaba asustado... más bien era presa de una gran emoción. ¡Iba a hacer su primer vuelo sobre las líneas enemigas! Su ambición se realizaba al fin y era ahora miembro de la famosa escuadrilla de los Angeles. Pero además de eso, sabía que no bastaba portarse bien, tenía que destacarse en su primera aventura. Había que demostrarle a tío Calvo que Bud era un combatiente de primera clase, por consiguiente. Bud estaba tan excitado como un actor al debutar en una ópera nueva.

Como ocurre siempre, la nerviosidad de Bud pareció desaparecer y sus manos y rodillas se serenaron no bien la escuadrilla despegó y sintió su aeroplano elevarse en los aires. Mantuvo la formación fácilmente, porque su aprendizaje en la escuela de aviación no había sido inútil y aunque todavía no sabía nada de combate, era tan buen piloto como cualquiera de los otros que lo rodeaban.

Un cuarto de hora más tarde, cuando el aneroide señalaba 10.000 pies, un rebaño de sombras pareció deslizarse silenciosamente arriba, en la obscuridad y comprendió que se había establecido el "contacto" con los bomberos, como estaba convenido. Luego el vuelo resultó bastante aburrido por algunas horas.

Los "Angeles" subieron todavía más, arriba de los bomberos, que ascendían también.

A los diez y seis mil pies, las dos escuadrillas volaron a nivel; pero era como si navegaran en un mar frío, negro, desierto, porque abajo la tierra estaba obscurecida por nubes brumosas y fuera de los llameantes escapes a su alrededor, Bud nada veía. Al fin se llegó a la meta y los bomberos empezaron a volar en círculo a fin de calcular la dirección y la fuerza del viento.

El jefe dejó caer una granada incendiaria, que floreció como una pequeña estrella de llama, abajo, en el negro vacío. Inmediatamente pequeños fogonazos todo alrededor demostraron que los cañones antiaéreos habían entrado en acción y algunas granadas estallaron en torno de la escuadrilla atacante.

Todo esto, sin embargo, sirvió para guiar la puntería de los aeroplanos de bombardeo. Y pronto los grandes torpedos plateados cayeron hacia tierra, lanzados por los observadores.

El fuego y las llamas se extendieron por toda la obscura población. Nada se oía, debido al rugido de los motores; pero Bud imaginaba que abajo lo estaban pasando mal, muy mal en realidad. Vió que uno de los torpedos había caído en una estación de ferrocarril, al distinguir las líneas a la luz de las llamas. Una fábrica de explosivos vóló al mismo tiempo.

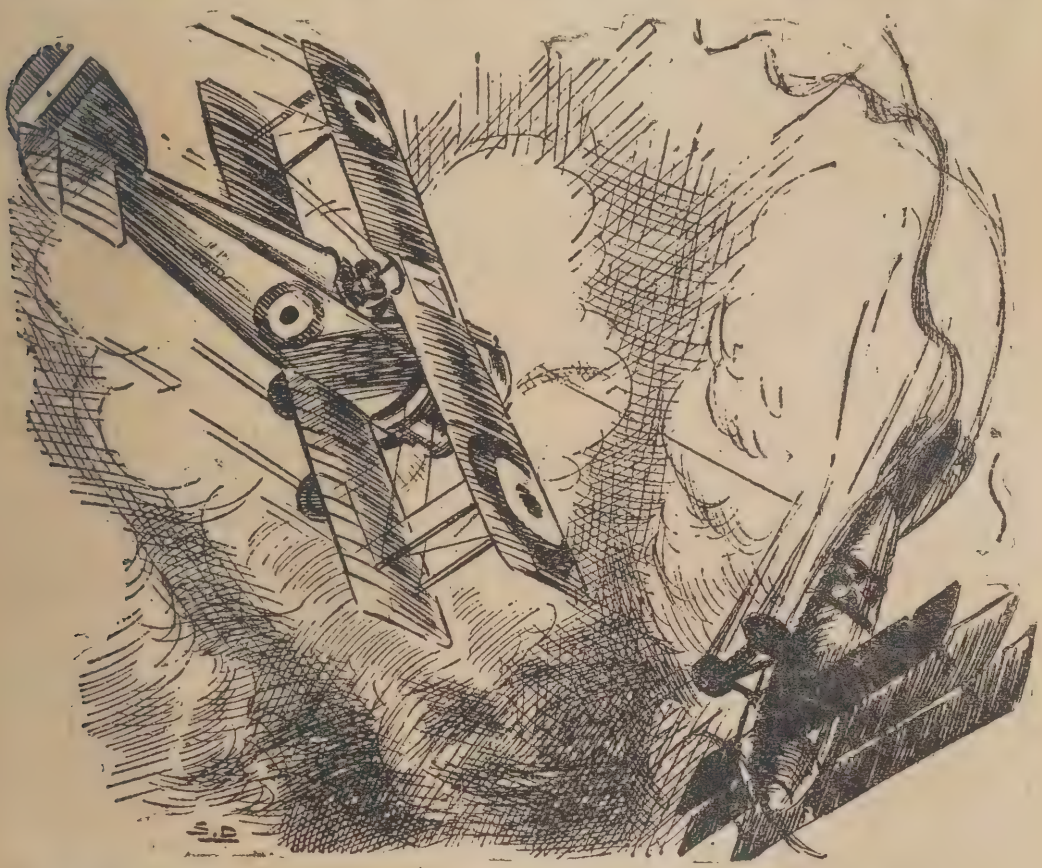
Pero luego la escuadrilla dió vuelta para volver a sus líneas y Bud se afirmó más en su asiento, sabiendo que el verdadero peligro empezaba ahora.

Tenía razón.

El "raid" había tenido éxito completo, tomando al enemigo por sorpresa. Ahora, sin embargo, el guante había sido arrojado porque todos los aeródromos alemanes enviarían sus máquinas para atacar a los "raiders" a su vuelta. Y empezaba a amanecer.

El primer ataque llegó con la luz cuando los aeroplanos ingleses estaban a cuarenta o cincuenta millas de sus propias líneas. Hasta ahora, la suerte y la obscuridad los había favorecido ,pues los aparatos enemigos habían recorrido el cielo sin encontrarlos.

Pero al teñir los primeros rayos de la aurora el cielo, con casi misteriosa belleza, una escuadrilla de siete Fokkers pareció salir de la nada y los Angeles vieron la señal de su jefe, para romper la formación. Se alejaron de los aeroplanos de bombardeo para combatir a los recién llegados. El joven Bud tiró hacia abajo, a dos máquinas rojas que subían, teniendo a cada lado a John Henry y a Billjim.



El piloto alemán se desplomó en su asiento y el aeroplano empezó a caer.

Un segundo más tarde el estampido de las ametralladoras resonaba por todo el cielo. Una llamarada y una nube de humo brotó de uno de los Camels, mientras se precipitaba en espiral a tierra; pero dos Fokkers lo siguieron en el mismo minuto.

Bud Atlee gritó triunfante al subir, porque uno de aquellos Fokkers había sido derribado por él; había bajado encima del aparato enemigo, arriesgándolo todo y le había despedazado la hélice y agujereado el tanque con la misma descarga. Había pagado su tributo. Era ahora uno de los Angeles... y ocurriera lo que ocurriera, por lo menos había descargado un golpe, en favor de aquella escuadrilla que había sido el sueño de su joven vida.

John Henry sonrió encantado al ver lo ocurrido; pero luego movió violentamente su timón y subió, medio en espiral, para evital la descarga de dos Fokers que se le venían, juntos, encima. Sus propias ametralladoras detonaron lúgubremente y una línea de puntos negros apareció en el fuselaje de uno de los aviones enemigos.

Bud, en posición vertical, sobre la cola, esperó al otro y sus dos descargas debieron ser simultáneas casi. El piloto alemán dió un salto convulsivo y se desplomó en su asiento, mientras el aeroplano empezaba a caer. La punta de su ala derecha le erró a Bud solamente por unas pulgadas; pero en el mismo momento, el aparato del joven americano se deslizó absurdamente hacia atrás y Bud cayó sobre los controles.

John Henry juró salvajemente y bajó a plomo para ver mejor. Vió que los anteojos de Bud habían desaparecido y que dos balas habían rozado su casco. La parte central del aeroplano se había doblado y el fuselaje del costado estaba en girones. Lo peor, sin embargo, era una llamarada amarilla que brotó del tanque de petróleo agujereado y que se extendía sobre el ala derecha.

Entretanto, el aparato bajaba en espiral. Pero John Henry también bajó. Vió ahora que Bud se movía débilmente y siguiólo sin pensar. Porque le había tomado gran afecto al muchacho, un afecto aumentado por la injusta aspereza conque el Calvo lo tratara.

Algo como un graznido de júbilo brotó de la garganta de John Henry al ver que la máquina incendiada se enderezaba, tomando mejor nivel. Ahora Bud había recobrado el conocimiento porque las balas no habían hecho más que aturdirlo y desgarrarle dolorosa, profundamente, la piel. El calor de las llamas hizo el resto y ahora Bud intentaba lo único posible. Dejaba su asiento y trepaba sobre el ala izquierda para evitar quemarse vivo en su sitio.

Instintivamente, John Henry voló debajo; una idea loca había cruzado por su mente.

Sabía que el aparato de Bud caería en pedazos incendiados antes de llegar a tierra. Bud, por consiguiente se precipitaría de varios miles de pies, a una muerte segura, a menos que se hiciera algo para salvarlo.

John Henry miró hacia arriba y agitó, frenéticamente, el brazo. Estaba ahora a solo unos pocos pies debajo del aparato incendiado, en terrible peligro por lo tanto. Pero Bud lo vió y comprendió su idea.

El jovencito era, indudablemente, muy valeroso. Es cierto que, en situaciones desesperadas, hasta el hombre más cobarde es capaz de realizar una acción arriesgada, con tal de salvar su vida. Pero Bud obró con tanta serenidad como si manejara un auto en la Strand.

Se agarró de una viga y descolgó sus piernas sin un segundo de vacilación. John Henry subió más a fin de que aquellas piernas colgantes pudieran tocar la parte superior de su aeroplano.

Y luego, la máquina incendiada, dió vuelta sobre sí misma.

Perdió velocidad de vuelo y cayó pesadamente, de modo que su ala incendiada chocó contra la parte superior del aeroplano de John Henry y por un segundo ambos aparatos estuvieron en contacto y Bud entre los dos.

Sin embargo, el joven Atlee no perdió tiempo. Metió sus dedos salvajemente entre la tela de la máquina de abajo para sujetarse y con los pies le pegó al ala incendiada que parecía iba a comunicar su fuego al otro aparato. Sin embargo no había necesidad de eso.

Sólo un segundo estuvieron juntos los dos Camels; pero el peso de Bud hizo bajar al otro aparato violentamente, con su ala incendiada en el punto en que la otra había tocado. Todavía no perdió Bud la cabeza y John Henry lanzó un grito de franca admiración, mientras luchaba con los controles. De rabo de ojo había visto al muchacho tendido encima suyo, sujetándose lo mejor que podía; pero procurando al mismo tiempo, con las manos desnudas, apagar las llamas que brotaban a su lado.

La tarea, sin embargo, era imposible y ambos jóvenes lo comprendieron al mismo tiempo. El aeroplano de John Henry estaba bien incendiado y las llamas se extendían. Enderezó la máquina y bajó suavemente, mientras Bud se alejaba de las llamas, deteniéndose finalmente en la sección del centro, sobre la cabeza de John Henry.

—¡Gracias por haberme prestado el auto, hermano! — dijo sonriendo, convertida en una caricatura siniestra su cara, debido a la sangre y al humo — ¿Vamos a dar un paseíto?

—Puedes estar seguro — contestó John Henry, imitando mal el acento americano. — Pero no creas que iremos lejos. Mi querido yanquito, vamos a llegar a la parte más privada de las líneas de Fritz y, si te fijas un poco, verás que hay bastante alboroto ahí. ¿Tienes paraguas?

Bud no contestó. Al mirar hacia abajo vió la tierra cada vez más cerca. A pocos cientos de pies debajo había un grupo de baterías alemanas, que soportaban fuego mortífero de los distantes cañones británicos, los cuales parecían tener muy buena puntería.

Como sitio para aterrizar, no parecía aquél muy seguro.

JIRA ACCIDENTADA

Los restos incendiados del aparato de Bud tocaron primero el suelo, formando una hoguera en miniatura como a media milla del sitio donde John Henry hizo descender su aparato. No fué esto un acto voluntario de su parte, si no que las llamas le habían inutilizado los controles de la mano derecha y tuvo que dejar que la máquina hiciera su gusto, en lo que a dirección se refería. Cayó en un terreno como a veinte yardas de una batería alemana atendida por un grupo de hombres excitados que descargaron sus rifles y revólveres contra el aparato británico.

En ese momento, el suelo y todo lo que estaba alrededor de ellos pareció levantarse en un montón de llamas, encendido por algo que estaba en su centro. El aparato que acababa de aterrizar fué despedido por la granada y cayó de costado a una docena de pies de distancia. Bud Atlee fué a dar de cabeza en un agujero lleno de agua barrosa. La lluvia de piedras, tierra y de todo lo que componía el distrito duró casi una hora.

John Henry salió de abajo de los restos del aparato y se encontró con el joven Atlee que chapaleaba en su charco, procurando llegar a la orilla.

—¡Se han portado los nuestros! — dijo John Henry en tono de conversación. No creo que hayan quedado muchos Fritz enteros después de ese canto y baile. Con todo, hay que recomendarles a los muchachos que tengan más cuidado al tirar. Un zoquete de barro me pegó en una oreja y me hizo doler la cabeza. ¿Qué tal está hoy el agua? ¿Linda?

—¡Espléndida! — contestó Bud, siguiendo la broma, aunque estaba aturdido y se sentía medio muerto. — Date un baño. Te cuidaré la ropa.

—No — contestó John Henry. — Sufro de reumatismo. Pero ¿qué te parecería dar un paseíto por la rambla para admirar el paisaje? Todo parece tranquilo.

La "rambla" parecía, efectivamente, muy tranquila porque aquella granada británica realizó siniestro trabajo y los alemanes que andaban por allí no volvieron a moverse; pero el cañón estaba intacto y se destacaba el cielo, con un tractor pesado a algunas yardas detrás.

Sin embargo, por el ondulado terreno, se

En ese momento todo lo que estaba alrededor pareció levantarse entre un montón de llamas.

acercaba un oficial a caballo, seguido por un ordenanza. Evidentemente se había dado cuenta de la caída del aeroplano y de la granada fatal y se acercaba a investigar. Así que John Henry se agachó y empezó a correr hacia el cañón, junto al cual había dos figuras inmóviles.

—¡Ven, tío Sam! — murmuró. — Tengo una idea. Nos apresarán de seguro, si ese oficial Fritz ve nuestros uniformes. Escóndete de su vista y sácale el capote a uno de esos finados. Luego párate junto al cañón y ten la boca lo más cerrada que puedas.

El rápido ingenio de Bud comprendió la idea de John Henry y siguió a éste, ocultándose a la vista del oficial, hasta que estuvieron al abrigo del cañón mismo. El trabajo de ponerse los capotes fué macabro; pero la guerra es la guerra. De todos modos, los dueños de las prendas no las necesitaban más.

El joven Dent, sin embargo, tenía mente original, cosa que ya Bud había advertido antes varias veces. Lanzó una exclamación ahogada ahora, al verlo a John Henry agarrar una carga y meterla dentro del cañón.

—Cielos, hijo... ¿qué te propones? — preguntó — No irás a...

—Voy a disparar este cañón para dar más viso de realidad a nuestras personas. No hay granada dentro del cañón, de modo que no puede causar daño. Pero quizá impida a este Fritz gordo hacernos demasiadas preguntas.

Al decir esto tiró de la correa de disparar. El cañón detonó impresionantemente. El oficial alemán detuvo su brioso caballo al llegar a la cima de un montón de tierra.

Ahora bien, John Henry, como la mayor parte de los hombres del frente, chapurreaba el alemán. Sabía decir "Sí" y "No"; pero entendía mucho más de lo que podía decir. Trabajaba febrilmente en la recámara del cañón, colocando algo que el general no podía ver, debido a su posición. Después de poner así una segunda "granada" en el cañón, agarró un segundo cartucho y lo metió en la recámara. Iba a hacer fuego cuando el oficial gritó:

—¡Eh... vosotros!! ¿Sois los únicos artilleros sobrevivientes?

John Henry entendió lo que le decían pero no se atrevió a contestar mucho por temor que su alemán lo delatara. Se cuadró e hizo sonar los talones, movimiento que Bud imitó fielmente.

—"Ja" — contestó John Henry.

—"Ach" dijo el alemán con fastidio — Pero os habéis portado bien. Seguid disparando que yo mandaré refuerzos. Pero ¿y los aviadores ingleses que aterrizaron hace un rato?

Con un gesto indicó John Henry el aparato, que no era ahora más que un montón humeante y sonrió expresivamente, sin decir nada. Luego, como si se hubiera acordado de pronto, volvió a hacer la venia, como pidiendo perdón por aquella falta de disciplina.

El oficial se engañó completamente. Pensó que los aviadores habían perecido en el choque y subsiguiente incendio; se rió brevemente y dió vuelta su caballo.

—Muy bien — dijo — seguid disparando. No podré mandar hombres hasta dentro de unas cuantas horas; pero, haré todo lo posible.

Durante la hora siguiente, ambos siguieron disparando el cañón, a intervalos de cinco minutos y entretanto la respuesta de las baterías británicas era más y más desagradable. Uno por uno, los cañones de alrededor fueron desmantelados o muertos sus artilleros y era probable que los refuerzos tardarían más que nunca en llegar, John Henry desistió de su trabajo unos pocos minutos y sonrió.

—Mi pequeño y sonrosado Bud (pimpollo), si alguno de nuestros cañones no nos hace volar en pedacitos, tendremos probabilidad de llegar a nuestras líneas, cuando sea la noche. Yo creo que deben quedar a cuatro o cinco millas de aquí; de modo que espero tendrás buenas piernas.

Bud sonrió por toda respuesta. Le dolía terriblemente la cabeza y sudaba por el pesado trabajo. Más aún, dos pedazos de metralla le habían hecho heridas superficiales, pero dolorosas. Con todo, a decir verdad, la situación más bien lo regocijaba.

—Te apuesto a que ando más ligero que tú, hermano — le dijo — Siempre suponiendo que algún fragmento de metralla, no me deje manco, pienso poner en movimiento el tractor, que estaba detrás del cañón con su dedo pulgar.

—Siempre será mejor que caminar — dijo.

—¡Bud — exclamó John Henry — eres un genio!

Agarró otro cartucho y se ocupó nuevamente del cañón.

Las granadas británicas continuaban cayendo alrededor de su zona y periódicamente, cuando alguna llegaba demasiado cerca, se guarecían debajo del cañón. Así pasó la larga tarde y cuando el sol se hundió en occidente, el ánimo de ambos subió algunos puntos.

Nadie se había acercado a ellos. Realmente, aunque lo ignoraban, la artillería británica había destrozado todos los caminos, dificultando seriamente el transporte. El oficial que los había visitado yacía, frío e inmóvil, al borde de un agujero de metralla, a una milla de distancia. Y su ordenanza había sido levantado por los camilleros.

Por consiguiente, no recibieron refuerzos y cuando llegó la noche, el joven Atlee subió al tractor y puso el motor en marcha. Pero, cuando el vehículo empezaba a moverse, John Henry se tiró al suelo y gritó:

—Vamos a remolcar el cañón. Estaremos más seguros, Buddy, si lo llevamos. Cualquiera que nos encuentre, creerá que nos trasladamos a otro puesto más ventajoso. Y no es probable que nos hagan preguntas. Pero si vamos en un tractor, quizá nos interroguen.

(Continuará)

EL "TAXI" DE LA LUZ AZUL

Por AUBREY TYSON

(Continuación)

AL oír el ruido de las argollas de la cortina, el joven miró rápidamente hacia la arcada. Entre las cortinas apareció una extraña figura, un hombre más o menos de la altura de Ludgrave.

El recién llegado vestía un largo levitón gris y gorro de piel, metido hasta las orejas. Su rostro estaba oculto por una máscara negra.

Al darse vuelta Ludgrave vió que el otro se estremecía ligeramente. Se había dado cuenta que no era el millonario. Por un momento la mirada de Ludgrave se fijó en la mano que agarraba una de las cortinas. En uno de sus dedos tenía un anillo con una gran esmeralda rodeada de diamantes. En dos ocasiones anteriores aquel anillo había llamado la atención de Ludgrave. Lo había visto en la mano del conde Gruenberg, secretario de la Embajada de Hunabia.

Tranquilamente Ludgrave se bajó el cuello del sobretodo y se quitó el sombrero.

El hombre enmascarado se adelantó, con las manos en los bolsillos de su levitón.

La voz de Gruenberg dijo:

—El criado que lo hizo entrar olvidó darme su tarjeta.

—Tampoco me la pidió — contestó Ludgrave tranquilamente. Me llamo Edward Ludgrave. He venido en representación del señor Croyden.

—¿Y por qué no vino él mismo?

—Porque, aunque ansioso por el bienestar de su hija, se siente responsable ante aquellos cuyos intereses están en sus manos y no quiere correr riesgos.

—Ya que es usted su confidente, sabrá que se le prometió salvo-conducto para venir y regresar.

Ludgrave se encogió ligeramente de hombros.

—¿Prometido por la Halconera?

—La Halconera cumple su palabra.

—Nunca ha dejado de hacerlo cuando se trata de cometer un crimen — asintió Ludgrave.

Los ojos, detrás de la máscara, examinaban atentamente al visitante. Hubo una pausa.

—¿Qué tiene usted que pedir a la Halconera? — preguntó Gruenberg.

—El privilegio de ver a la señorita Croyden y saber de sus labios que no ha recibido ningún ultraje mientras fué raptada por los amigos de Leopoldo de Towardein. Pido también más tiempo para que el señor Croyden considere la demanda del príncipe Leopoldo.

Gruemberg vaciló.

—Tengo que consultar con otros antes de acceder a su pedido — contestó el conde. — Volveré en seguida.

Salió de la habitación y Ludgrave quedó solo. Cinco minutos pasaron antes de que Gruenberg volviera. Dijo:

—La Halconera le concede cinco minutos para ver a la señorita Croyden; pero sólo da al señor Croyden cuarenta y ocho horas para consentir en el matrimonio de su hija con el príncipe Leopoldo y para acceder a pagar dentro de treinta días dos millones al príncipe Leopoldo. La conformidad se hará como parte del contrato matrimonial y de modo que no quede la menor duda acerca de su validez.

Ludgrave se inclinó.

—Informaré al señor Croyden — dijo.

—Muy bien. Voy a conducirlo ante la señorita Croyden.

Apartó las cortinas e hizo señas al joven que lo siguiera. Subieron una escalera hasta el segundo piso y ante una pieza del fondo, Gruenberg se detuvo. Llamó y abrióla sin esperar respuesta.

—La señorita Croyden lo espera — explicó y retrocedió para que el visitante pudiera entrar.

De una silla, al fondo de una gran habitación levantóse prontamente una bellísima mujer. Era Elena Croyden, vestida con el traje de seda blanca que había llevado al baile de la señora Gurney.

Su cabello estaba desarreglado y su rostro pálido como el mármol; pero sus ojos azules tenían mirar sereno. Toda la altivez femenina resplandecía en su rostro al volverse a Ludgrave.

—Y bien ¿qué tiene qué decirme? — preguntóle friamente.

V

Helado por aquel extraño recibimiento, cuando esperaba otra cosa, Edward Ludgrave no supo que contestar a su pregunta. Miró a Elena unos momentos en silencio.

—He venido de parte de su padre — dijo al fin.

La joven miró hacia la cortina que colgaba al fondo de la habitación. Parecióle a Ludgrave que en aquella mirada había un aviso para él.

—Hace menos de una hora que se enteró de que usted había sido raptada por la Halconera — prosiguió el joven.

Nuevamente sintió frío Ludgrave al ver una expresión, mezcla de desdén y duda, en la cara de Elena.

—¿Y mi padre lo buscó a usted y lo mandó a verme? — preguntó tan fríamente como antes.

Ludgrave vaciló. ¿Era posible que Croyden no le hubiera dicho nada a su hija del proyectado matrimonio con él? Si así era ¿se atrevería él a decírselo ahora?

—Sí — contestó enrojeciendo. — Su padre fué a verme a mi casa. Me dijo que se hallaba en situación peligrosa y que era esencial partiera usted en seguida para el extranjero. Me pidió a mí que la acompañara. Fuímos juntos a la casa de usted. Y allí nos enteramos de lo que le había sucedido.

Las mejillas y la frente de Elena se encendieron. Una expresión de asombro se reflejó en sus ojos.

—¿Mi padre le pidió que se fuera al extranjero conmigo?

—Sí.

—Pero... — empezó ella incrédulamente.

—Debíamos casarnos, Elena — dijo él con voz quebrada, mientras dirigiéndose a ella, trataba de tomarle las manos.

—¡Deténgase! — le ordenó Elena, apartándose.

Ludgrave retrocedió.

—No le creo — dijo la joven más tranquilamente. — Si mi padre lo mandó ¿qué mensaje me trae?

—Se le concedió el privilegio de venir a verla aquí esta noche; pero no se atrevió. Yo tengo que llevarle la tranquilidad. ¿Puedo asegurarle de que los que la tienen prisionera la tratan bien?

Elena lo miraba extrañamente.

—Sí — dijo. — Puede asegurarle eso.

—¿Pero no hay algo más que usted quiere le diga? — preguntó Ludgrave.

—No... nada más — contestó ella con calma.

—Me han dicho que quieren obligarla a casarse con el príncipe Leopoldo.

—Así es.

—¿No lo hará usted?

—Esperaré primero lo que tenga que decir mi padre.

—¿No consentirá hasta que vea a su padre?

—No.

Ludgrave le tendió la mano.

—¡Buenas noches! — le dijo.

—Buenas noches — murmuró Elena sin tomar la mano extendida. Un momento después el joven estaba en el hall.

Gruenberg, todavía enmascarado, se le reunió.

—¿Se ha convencido de que la señorita Croyden está segura en manos de la Halconera?

—No. Estoy seguro de que hasta ahora no ha sufrido más injuria que ser secuestrada por una banda de extranjeros que desafían las leyes de Inglaterra. Informaré al señor Croyden sobre lo que usted me ha dicho sobre el matrimonio y la entrega de los dos millones.

—Antes de darle las buenas noches, — dijo Gruenberg — me permito prevenirlo de que cualquier denuncia contra la Halconera resultará desastrosa para usted... y otros. Desde que entró en el taxi está usted en nuestro poder y antes de que transcurra una hora tendrá razones para saber que la garra del Halcón lo tiene sujeto. No habrá hora del día o de la noche en que los agentes de la sociedad no puedan llegar hasta usted. ¿Recordará esto?

Hizo Ludgrave una breve inclinación de cabeza, despidiendo fuego por los ojos.

—Puesto que ha encontrado usted el medio de visitar esta casa, La Halconera ha decidido pedirle que vuelva... mañana a la misma hora. A las dos de la mañana hallará usted el taxi de la luz azul, pasando por el Lyric Theatre. Subirá y traerá a la Halconera la respuesta del señor Croyden. Es esencial que esté aquí mañana por la noche. Entretanto no hablará a nadie, excepto a Croyden de lo que pasa. Eso es todo.

Gruenberg abrió la puerta e indicó al joven que lo siguiera. La puerta de la calle fué abierta por el diplomático.

—¡Buenas noches! — dijo Gruenberg.

Ludgrave no contestó y subió al taxi que lo esperaba. Sin averiguar si el chauffeur tenía o no instrucciones, cerró la portezuela. El auto se puso en marcha.

Toda la tranquilidad de que había hecho gala lo abandonó ahora. La fría e impertinente seguridad del diplomático hunabiano había despertado su cólera y sin hacer caso de las amenazas, decidió pelear.

La visita del joven a la casa donde estaba secuestrada Elena Croyden no había sido inútil; pero apenas podía considerarse satisfactoria. Sabía que la caas estaba en King's Court, cerca de Walpole Street, y que la joven era tratada respetuosamente por sus raptores. En uno de ellos había reconocido al conde Gruenberg.

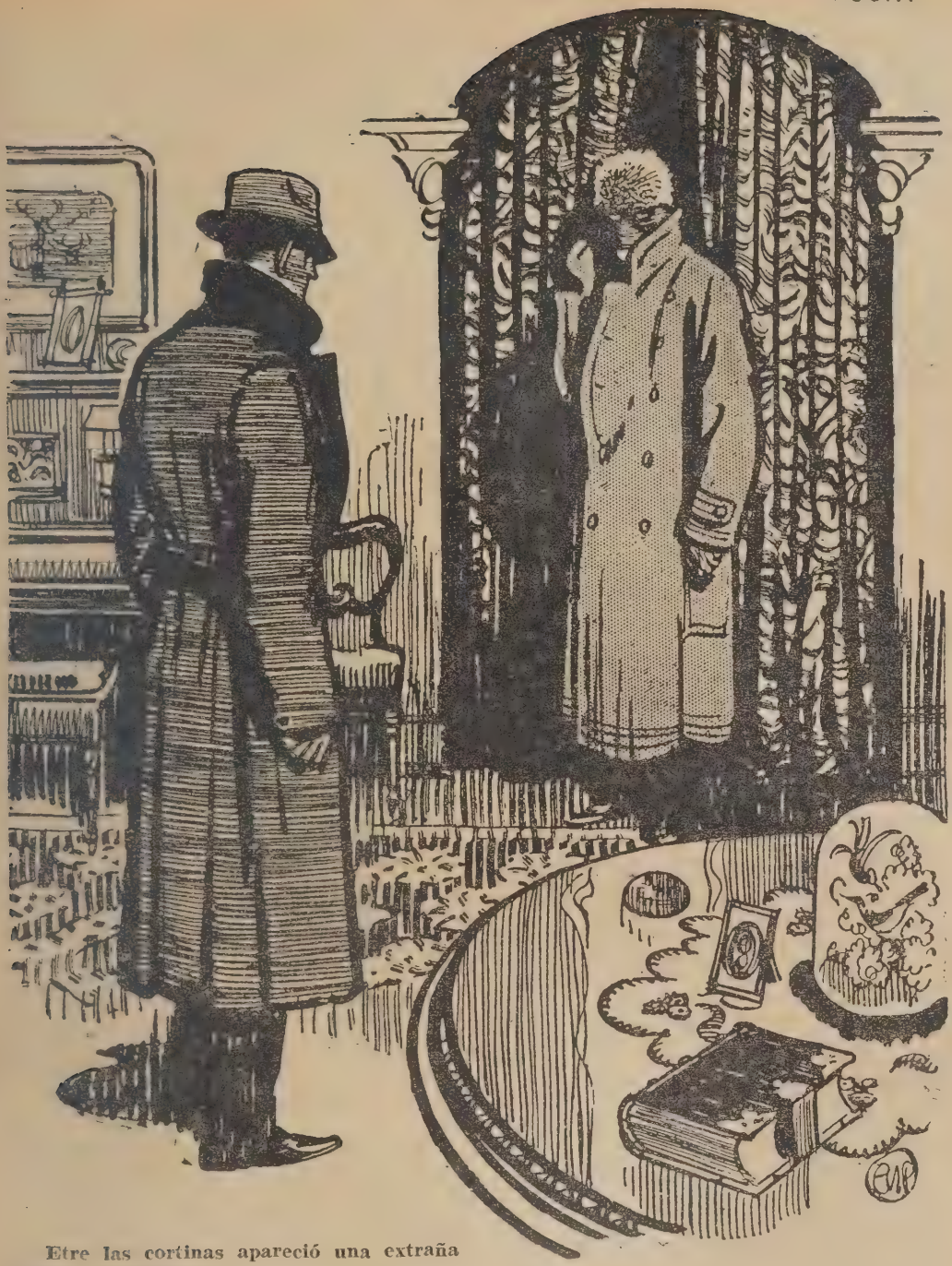
Pero no podía pelear solo contra la Halconera y si no ganaba la batalla, dentro de cuarenta y ocho horas el matrimonio con Leopoldo o la muerte esperaba a Elena.

El primer impulso del joven fué ir a ver a Croyden e informarlo de lo que había sabido. Luego recordó que el millonario le había confesado que, por dos veces, estuvo a punto de ceder a las exigencias de Leopoldo, antes de decidir el matrimonio secreto. ¿No estaría ahora más dispuesto a ceder, dadas las nuevas circunstancias?

Absorto en sus pensamientos, el joven sólo se dió cuenta de que había llegado a su casa cuando el auto se detuvo. El chauffeur abrió la puerta y Ludgrave bajó.

Sin hablar, el hombre volvió prontamente

PUCKY



Etre las cortinas apareció una extraña figura enmascarada.

a su asiento y el auto se alejó. Ludgrave entró rápidamente a la casa y subió en el ascensor al piso en que estaba su departamento. Abrió la puerta con su llave.

Le sorprendió hallar el hall y las habitaciones a obscuras. ¿Por qué se había retirado Dodson sin dejar encendidas la luz del hall y de la salita?

Ludgrave encendió la luz del hall y se dirigió a la salita. Encendió otra luz y... Caído largo a largo, boca arriba, el rostro color ceniza, estaba Dodson, el valet.

Una sola mirada le bastó a Ludgrave para comprender que el hombre estaba muerto.

VI

Dándose vuelta lentamente Ludgrave miró a su alrededor. Todo estaba en silencio

y no había señales de la presencia de un intruso. Luego vió en el suelo, junto al valet muerto, un puñal de hoja angosta que había comprado un año antes en Constantinopla y que tenía sobre su mesa, como cortapapel.

La pechera blanca de la camisa del valet estaba manchada de sangre y, examinándola de más cerca, vió el agujero hecho por el puñal.

¿Se había suicidado Dodson o...?

A la mente de Ludgrave volvieron las palabras de Gruenberg: "'Desde que entró usted al taxi que lo condujo aquí, ha caído en poder de la Halconera. Antes de que transcurra una hora tendrá usted razones para saber que esa garra se ha cerrado más fuertemente sobre usted".

¿Era la muerte de Dodson lo que debía producirse antes de una hora?

La sangre de Dodson se enfrió.

La Halconera le había prevenido que no se confiara a nadie, más que a Croyden: si lo hacía, serían castigados él y otros. Acudiendo a la policía no solamente se exponía a ser asesinado si no que pondría en peligro a Elena y a su padre.

¿Qué motivos tenía Dodson para quitarse la vida? Hacía seis meses que estaba al servicio del joven y parecía, sano y libre de inquietudes. Era razonable suponer que lo habían asesinado. Pero ¿qué objeto perseguía la Halconera al asesinar a un valet inofensivo, que ni siquiera estaba enterado de las relaciones de su amo con Alan Croyden?

Sea como fuere, el hombre estaba muerto. La ley exigía que se explicara la causa y naturaleza de su muerte. ¿Qué había que decir y... hacer?

Ludgrave se paseó unos segundos nerviosamente. ¿Era parte del plan de la Halconera hacerlo aparecer — a él, pretendiente a la mano de Elena — como asesino? Al hacerse esta pregunta el mismo silencio de la casa espantó á Ludgrave.

—Ellos tienen prisionera a Elena. Sólo hay una cosa sensata que hacer y la haré — murmuró; y sentándose ante su escritorio, levantó el receptor.

Pidió comunicación con Scotland Yard. El hombre que atendió primero llamó a otro y fué a éste que contó Ludgrave que había entrado a su departamento y encontrado muerto a su criado.

—Mandaré un hombre en seguida — dijo el otro al fin. — Entretanto, permanezca en sus habitaciones y no deje entrar a nadie. No telefonee a nadie más. Si habla usted a alguien, el suceso saldrá en los diarios y los reporters nos obstaculizarán en nuestro trabajo. Vea primero a nuestro hombre y hable después.

El joven se volvió a sentar y ocultó el rostro entre las manos. De pronto le pareció que el móvil del asesinato de Dodson era aparente. Gruenberg le había dicho que antes de una hora la garra de la Halconera se cerraría sobre él. ¿No era posible que hubieran matado a Dodson porque temían fuera demasiado fiel a su amo?

Pero ¿cómo había entrado el asesino? El departamento estaba en el cuarto piso y para llegar a él había que atravesar el hall de entrada, en el tercer piso, y subir o por el ascensor o por las escaleras. En este caso era más que probable que el asesino hubiese sido visto o por el ascensorista o por alguno de los criados.

Luego recordó de pronto Ludgrave que, cuando salió con Croyden, dejó a Fenwood en su cuarto. Y que había sorprendido a Fenwood espiando. ¿Por qué.

Respirando más aprisa, el joven se levantó y dándose cuenta de que todavía tenía puesto el sobretodo de Croyden se lo quitó. Al hacerlo observó que su reloj estaba salido del bolsillo y colgaba de la cadena. Le pareció singular y guardándolo en el bolsillo recordó en que momento lo había sacado de él por última vez.

Nuevamente los pensamientos del joven volvieron a Fenwood. Recordó como buscaba su compañía, que parecía interesado en las visitas de Ludgrave a la señorita Croyden. Fué para él más y más claro que Fenwood era un espía y que probablemente había tomado parte en la muerte del pobre Dodson, a quien encontró demasiado fiel a su amo para los propósitos de la Halconera.

A los diez minutos de llamar Ludgrave al departamento de policía, sonó el tiembre. El joven se levantó aprensivamente. Sabía que se necesitaría casi veinte minutos para recorrer la distancia entre Scotland Yard y su casa. Abrió la puerta, sin embargo y vió que su visitante era un hombre de mediana edad y altura, moreno, afeitado y de expresión resuelta.

—¿El señor Ludgrave? — preguntó.

Ludgrave contestó afirmativamente.

El otro explicó que era de la Yard y dijo llamarse Boyd, pidiendo que le mostrara el cadáver.

Después de examinar el cuerpo, los dos hombres se sentaron y Ludgrave contó su historia. No ocultó nada, ni sus relaciones con Elena Croyden, ni con Fenwood, ni ninguno de los sucesos ocurridos hasta que llamó a la Yard.

Boyd escuchó impasiblemente, interrumpiendo de cuando en cuando para hacer alguna pregunta. La mayor parte de ésta se referían al taxi de la luz azul y a la casa donde había hablado con Elena Croyden. Luego levantóse y se paseó un rato pensativo. Al fin se detuvo delante de Ludgrave y le dijo, mirándolo con expresión curiosa, escudriñadora.

—Y bien, señor Ludgrave. Nos encontramos ante circunstancias extraordinarias y tenemos que tratarlas extraordinariamente. Es preciso que los Halcones no sepan que sospechamos de ellos. Hay que ocultar que su criado fué asesinado. Para esto lo mejor es no decir a nadie que ha muerto.

Ludgrave miró al detective con la boca abierta.

—Pero... — empezó.

—Lo único que se le pide a usted es silencio — prosiguió el detective. — Deje todo por mi cuenta. Usted ha viajado mucho y es probable que tenga por aquí algún gran baúl.

—¿Se propone usted llevarse el cuerpo en un baúl? — preguntó Ludgrave.

—Sí. Nos ocuparemos, naturalmente, de

que el hombre reciba decente sepultura y sus deudos serán avisados.

La desconfianza de Ludgrave hacia su visitante aumentó.

—Pero ¿cuál es el motivo real de todo este secreto? — preguntó.

—Creo resulta bastante claro. Si alguien se entera del crimen, los diarios hablarán. Fenwood no debe saber que sospechamos él. Por su medio podemos llegar hasta la Halconera, para la cual trabaja. Hasta ahora sólo a él y a Gruenberg podemos seguir. Por ellos trataremos de descubrir la casa donde está secuestrada la señorita Croyden.

—Pero ya le he dicho que es en King's Court, cerca de Walpope Street — protestó Ludgrave. — Desde la esquina puedo indicársela a usted.

Boyd movió negativamente la cabeza. Por primera vez, desde que entrara al departamento, sonrió levemente.

—No — dijo. — Los Halcones son más listos de lo que usted cree. Sólo ellos pueden llevarnos a la casa que buscamos. No hay en el distrito calles que lleven el nombre que usted menciona.

De uno de sus bolsillos sacó el detective un librito forrado en cuero negro.

—Esta es la guía de calles — explicó, dándoselo a Ludgrave. — Examínela y vea si encuentra a Walpole Street y King's Court cerca de donde estuvo usted.

El joven agarró el librito y por algunos segundos registró sus páginas sin hallar los nombres.

—No están — dijo — Sin embargo, no queda duda de que se hallan a un minuto de camino del Tabernáculo de Whitefield.

Nuevamente movió la cabeza Boyd.

—No dijo — No están allí.

VII

Ludgrave frunció el ceño con expresión de incredulidad.

—¿Debo entender que no cree lo que le he contado? ¿Duda que haya visto a la señorita Croyden en la casa que le he descripto? — preguntó.

—No. — contestó Boyd pensativo — Creo todo lo que me dijo; pero considero imposible que vuelva usted a encontrar de nuevo la casa, como no ha podido hallar los nombres de las calles en esta guía. Conozco el distrito de Tottenham Court y estoy convencido de que no existen las calles que ha mencionado ni casa que corresponda a su descripción.

—Pero...

—Las descripciones de usted respecto al viaje de ida y vuelta a Whitefield son bastante fieles. Pero más allá de ese punto falta algo. Parece usted haber observado cada vuelta del taxi hasta que se detuvo, delante de la iglesia, donde el chauffeur se bajó para arreglar algo. Ahora ¿cómo explica usted su vaguedad respecto a los movimientos entre Whitefield y Walpole Street?

—Las calles estaban más oscuras — murmuró pensativo Ludgrave.

—¿Recuerda haber dejado Walpole Street?

—Sí, de un modo general.

—¿Pero no puede recordar que hora era cuando encendió el fósforo y empezó a mirar la esfera?

El joven movió negativamente la cabeza.

—¿Lo que recuerda luego es su proximidad al Tabernáculo?

—Sí.

—Como ve, tanto a la ida como a la venida, sus poderes de observación faltaron en el trecho que media entre Whitefield y Walpole Street. ¿Cómo explica que no se haya dado cuenta de las vueltas del auto?

—No trato de explicarlo — murmuró Ludgrave con el ceño fruncido. — A la ida, me pareció que El Tabernáculo estaba apenas detrás mío cuando entramos en Walpole Street.

A la vuelta habíamos llegado cuando pensaba mirar el reloj que saqué del bolsillo, al salir el auto de Walpole Street.

Con un pequeño encogimiento de hombros Boyd empezó a pasearse. Un minuto después se detuvo delante de Ludgrave.

—¿Piensa concurrir a su cita en la Halconera esta noche? — le preguntó.

Ludgrave se estremeció y sus facciones revelaron aprensión.

—Si es necesario... sí — contestó, después de una pausa.

—De ese modo, yo tendré una oportunidad de seguir el taxi de la luz azul — continuó el detective — Una oportunidad que no hay que descuidar.

—Iré — contestó Ludgrave.

—Sabía que lo haría. Y ahora proceda como si no hubiera encontrado muerto a su valet. Pensaba usted ir a ver al señor Croyden en seguida ¿no? Pues vaya.

—Y ¿lo dejaré a usted aquí?

—Sí, después de mostrarme un gran baúl que no necesite. Cuando baje, dígale al ascensorista que soy un amigo que pasará la noche aquí. Puede también darle instrucciones para que deje entrar al hombre que vendrá a retirar el baúl. Vuelva aquí, si es posible, a mediodía. No encontrará señales de la tragedia. Me comunicaré con usted más tarde. Entretanto no diga ni al señor Croyden ni a nadie que Dodson ha sido asesinado.

Aunque Ludgrave no estaba muy satisfecho con la explicación de Boyd de su motivo para mantener en secreto la muerte de Dodson, decidió hacer lo que le decía. Habiendo dado parte a la policía, su responsabilidad respecto al crimen terminaba.

Después de poner a disposición del detective el baúl, salió. En el ascensor preguntó al ascensorista nocturno a que hora había salido Fenwood del edificio. Se le informó que media hora después de partir él. Aquella información era significativa. ¿Por qué se había quedado Fenwood tanto rato?

Supo además que ninguna otra persona se había dirigido a su departamento, por el ascensor. La prueba de que Fenwood era un espía y un asesino parecía evidente.

Al llegar a casa de Croyden encontró al millonario sentado aún delante de su escritorio, con el rostro color ceniza y los ojos inyectados de sangre, mirando el suelo. Al acercarse Ludgrave, Croyden levantó rápidamente la vista.

—¿La ha visto? — preguntó brevemente.

Ludgrave se dejó caer en una silla y le contó fielmente la aventura, sin decir nada de la muerte de Dodson. Cuando terminó, Croyden movió fatigadamente la cabeza.

—Gracias, Ned — dijo. — Vamos en seguida. Su sobretodo está sobre la silla, donde lo dejó. Deme el mío.

—¿Pero dónde quiere ir? — preguntó Ludgrave.

—A la casa donde tienen a mi hija. Les daré la respuesta que desean — dijo el anciano con voz hueca.

—¿Dará usted su hija a ese bandido hunabiano? — preguntó Ludgrave atónito y angustiado.

—Puesto que es necesario para salvarla de peor destino... sí.

—Ningún destino puede ser peor que ese.

—Sí — contestó Croyden, — con acento irritado. — En sus esfuerzos para conquistar sus derechos en Hunabia, el joven está desesperado. El éxito lo volverá honorable nuevomente. Yo lo ayudaré y él me ayudará. Elena será reina. Hombres y mujeres le rendirán honores. Soy viejo. Mi vida de trabajo casi ha terminado. Lo único que tengo es Elena. La haré feliz.

—¡Cielos! ... ¿Está usted loco? — balbuceó Ludgrave.

—No. He estado pensando. Eso es todo.

Temblando de agitación, Ludgrave se sacó el sobretodo que llevaba puesto y se puso el propio. Sólo cuando Croyden estuvo pronto para salir, rompió el silencio que había caído sobre ellos.

—Será inútil tratar de comunicarse con la Halconera hasta que aparezca el taxi de la luz azul — dijo.

Croyden frunció el ceño.

—No se rehusarán a admitirme en la casa, puesto que estoy dispuesto a acceder a lo que piden — dijo. — Nada tengo que temer en sus manos.

—Me será imposible llevarlo a usted a la casa — replicó el joven.

—¿Quiere decir que se rehusa a acompañarme?

—Quiero decir que desde que salí de la casa que le he descripto he comprendido que, de alguna manera, fuí burlado... que en las inmediaciones de Tottenham Court no hay calles que lleven los nombres de Walpole y King's Court... ninguna que responda a su descripción.

El rostro de Croyden se puso lívido.

—¿Entonces usted me ha mentido? — preguntó con voz temblorosa.

—Pero, señor... — empezó el joven.

—¡Basta! — ordenó irritadamente Croyden. — No quiero oír más. El motivo de su negativa está claro. Comprendiendo que Elena no puede ser su esposa, rehusa ayudarme más. Váyase entonces. Por lo que hizo, gracias. ¡Váyase!

Nuevamente trató Ludgrave de protestar pero las palabras murieron en sus labios.

Acostumbrado a mandar, Cryoden no estaba de humor para discutir. Dominado por el temor que le inspiraba la suerte de su hija y su propio peligro, había tomado la resolución de ceder.

Ludgrave sintió por un momento la tentación de contarle su entrevista con Boyd y lo que el detective le había dicho respecto a esas misteriosas calles; pero decidió que esa revelación sería imprudente.

—¿Quiere usted salir de esta casa primero o lo haré yo? — preguntó Croyden irritadamente al verlo vacilar.

—Me iré yo — contestó Ludgrave con calma.

Sin más tardanza, dejó la casa. Mirando su reloj vió que eran las seis menos cuarto. La idea de volver a sus habitaciones mientras estuvieran allí Boyd y el cadáver de Dodson le inspiró temor. El detective le aseguró que su presencia no era necesaria, de modo que el joven decidió caminar y pensar.

Y ahora hizo un descubrimiento que lo inquietó.

Mientras caminaba a paso vivo por la esquina de Park Lane, vió un rostro que no le era completamente desconocido, algo largo, rubicundo, con ojos verdosos. El desconocido tenía unos treinta años, cabello rojizo y llevaba sombrero obscuro y sobretodo.

Se dió cuenta de que el hombre lo seguía y, después de unos cuantos pasos, volvióse bruscamente hallándose cara a cara con el hombre del cabello rojo.

Los ojos de Ludgrave brillaron de enojo. El desconocido pareció indiferente y siguió su camino, fumando.

Ludgrave lo alcanzó en dos pasos y el desconocido miróle con curiosidad.

—¿Quiere usted algo de mí? — preguntó furioso Ludgrave.

El otro se quitó el cigarro de la boca y miró, pensativo la ceniza.

—Creo que no — contestó después de una pausa.

—¿No está seguro?

El desconocido lo miró fijamente.

—No... todavía no.

—¿Cuánto tiempo necesita para asegurarse?

—No sé, señor Ludgrave — contestó tranquilamente el otro. — Dependerá del tiempo que pase fuera de su casa. Más pronto o más tarde tendré que recordarle que tiene una cita a medio día...

Ludgrave no pudo impedir que sus facciones revelaran sorpresa.

—Quiere usted decir... — empezó.

—Con Boyd.

—¿Es usted amigo de Boyd?

—Sí. Y porque trabajo en el interés de él y en el de usted, le pido que haga mi tarea de seguirlo lo más fácil posible. Sería una desgracia para nosotros que nos vieran hablando juntos aquí.

—Pero ¿por qué me sigue? — preguntó Ludgrave sorprendido.

—Puede ser que sea para vigilar a alguien que lo sigue a usted.

Ludgrave frunció el ceño.

—Comprendo — dijo.

—¿Qué dijo Croyden?

—Se lo diré a Boyd cuando lo vea... quizá — contestó brevemente Ludgrave.

(Continuará)

EL ESPADA ROJO

Por ROBERT MURRAY

AVENTURAS DE SEXTON BLAKE

(Conclusión)

AUNQUE era tarde, Coutts telefoneó de la estación de Bextead.

—Quizá le interese saber que Cardish ha arrestado al mayordomo de Fennell — informóle. — Piensa que el tipo sabe más de lo que aparenta y no vacila en considerarlo, por lo menos, cómplice del crimen.

—Es lo que yo esperaba — dijo tranquilamente Blake. — Cardish es hombre que sólo puede tener en cuenta lo evidente. No me queda duda, encontrará que el mayordomo es persona con referencias excelentes y pasado intachable.

—Creo que tiene razón — convino Coutts — En verdad, el tipo ha declarado que estuvo al servicio del Home Secretary por espacio de diez años, antes de entrar en lo de Fennell. Me parece que este caso nos va a dar mucho trabajo, Blake.

—Si puedo obtener la información que busco, quedará aclarado antes de doce horas — fué la inesperada y sorprendente respuesta de Blake. — Sé que estoy en la buena pista; pero me falta un eslabón de la cadena.

—¿Sabe quién es el Matador?

—No; pero voy a averiguarlo — fué la brusca respuesta.

A despecho de la hora en que se acostó, Blake estaba en pie a las siete de la mañana Tomó de prisa el desayuno y desapareció misteriosamente por espacio de dos horas.

Durante ese tiempo hizo una visita a Somerset House, al salón de lectura del Museo Británico y a cierta oficina de un diario, de Fleet Street.

Volvió a Baker Street con los hombros erguidos y una chispa de triunfo en sus ojos grises.

—Ve a traer la Pantera Gris — dijo a Tinker — Vamos a Bextead Heath. He penetrado debajo de la cáscara del caso; pero creo que pasará tiempo antes de que llegue al carozo.

—¡Dígame! — suplicó Tinker. — No me muevo hasta que no cuente donde estuvo y lo que hizo.

—He estado averiguando la historia de Pollock y Fennell desde veinte años atrás. Empleando términos suaves, diré que fueron dos bribones, suficientemente hábiles para mantenerse dentro de la ley. Hace doce años la firma de Pollock y Fennell fundó una compañía para comprar y explotar una mina de oro en España, conocida con el nombre de "Campos de Oro, el Gran Matador, Limitada".

Tinker abrió tamaña boca.

—¡El Matador!

—Exactamente — dijo el detective introduciendo tabaco en su pipa. — La palabra suena familiar ¿no? Tiene relación directa con nuestro amigo, el Espada Rojo. Abreviando, el asunto fué una gran estafa; pero ellos habían sido demasiado astutos para dejar un hilo suelto, por donde se pudiera desenrollar la madeja y perseguirlos.

Blake prosiguió su narración mientras la Pantera Gris se dirigía a Bextead, en el aire fresco de la mañana.

—La compañía quebró y todos los accionistas, menos Pollock y Fennell, perdieron hasta su último penique. Varias personas se suicidaron. Entre los sobrevivientes está el hombre que se hace llamar irónicamente el Matador y que ha asesinado a Pollock y Fennell para vengarse del daño que ellos le hicieron.

Tinker lanzó un silbido de consternación

—No me queda duda de que sigue usted la buena pista, patrón — convino. — Pero la tarea que le espera es ardua. ¿Cómo encontrar al hombre? Dice usted que hubo cientos de arruinados...

—La mayoría eran pequeños accionistas, que no cuentan — continuó el detective. — He procedido por eliminación, una vez obtenida una lista de los accionistas en Somerset House. Luego interrogué a cierto hombre que fué editor de "Noticias del Mundo Financiero" por espacio de treinta años. Recuerda muy bien la quiebra de la compañía el "Gran Matador". Aquí hay un recorte del diario, de once años atrás.

Tinker leyó ansiosamente el recorte del diario. La lectura no era agradable por que hablaba del suicidio de una tal señora Bir-

kin, cuyo esposo había sido uno de los más perjudicados en la quiebra de la Mina de Oro, el Gran Matador. Henry Birkin había quedado completamente arruinado. Durante la investigación por la muerte de su mujer se produjo una emocionante escena en la que acusó a Pollock y a Fennell de ser directamente responsables del suicidio de su esposa. Declaró que se vengaría de esos dos hombres, aunque para ello tuviera que dedicar toda su vida.

—¿De modo que cree usted que Henry Birkin es el Matador? — preguntó Tinker.

—Me parece bastante lógico. Birkin, completamente arruinado, partió para el extranjero y no volvió a saberse de él. No es improbable que haya cambiado de nombre y vuelto a Inglaterra para cumplir su voto de venganza. Toca a la policía encontrarlo.

—¿Pero qué tiene que ver el viejo Cranber? — dijo lentamente Tinker. — ¿Por qué le ha mandado el Matador la ficha de dominó?

—Eso toca a Cranber explicarlo — contestó ceñudo Blake. — Yo apuesto que no me equivoco al suponer que Cranber ha estado asociado de algún modo con Pollock y Fennell, cuando idearon la estafa de la mina El Gran Matador. Quizá persuadió a Birkin para que pusiera su dinero en ella. Creo que vamos a tener una mañana interesante.

Blake no se equivocaba.

Coutts y Cardish escucharon con creciente sorpresa el resultado de las investigaciones del detective. El inspector Cardish descargó un puñetazo sobre la mesa y volvióse hacia el hombre de quien antes se había burlado.

—Le devuelvo todo el crédito, señor Blake — dijo sinceramente. — Nunca he visto trabajo más hábil. Siguió usted, desde el principio, la buena pista.

—Era la línea que ofrecía menos obstáculos — sonrió Blake. — Pero no cantemos victoria todavía. Tenemos que probar la culpabilidad de Birkin.

—No será fácil — admitió Cardish, fumando con furia. — Los dos hombres que podrían habernos ayudado han muerto.

—Pero Cranber vive aún o, por lo menos, anoche vivía.

Coutts se puso en pie de un salto y dirigió una sorprendida mirada a Cardish.

—Tenemos noticias importantes para usted, Blake — exclamó ansiosamente — Cardish y yo hemos estado haciendo averiguaciones respecto al ganado de ese terreno, donde fué usted casi muerto anoche. Interrogamos al hombre que lo cuida y, después de algún trabajo, nos dijo que pertenecía a... Humphreys Cranber.

Blake guardó silencio unos momentos. Había una extraña luz en sus ojos cuando se levantó y agarró su sombrero.

—Vuestra noticia es muy interesante — dijo. — Creo que cuanto más pronto lo vea a Cranber, mejor. El que sea dueño del ganado, probablemente no significa nada. El Matador es bastante astuto para aprovecharse de ese hecho. Pero estoy seguro de que Cranber nos ayudará a encontrar a Birkin.

Era todavía temprano, poco más de las once de la mañana, cuando los tres hombres se dirigieron, en la Pantera Gris, a Los Laureles.

La vieja casa parecía poco menos sombría a la brillante luz del sol, con sus postigos herméticamente cerrados y la hiedra que cubría las paredes.

Blake entró por el oxidado portón y detuvo el auto bruscamente. Lo que siguió fué tan sorprendente como inesperado. Al llegar la Pantera Gris, como si hubiera habido una señal convenida de antemano, la puerta de la casa se abrió violentamente y una figura flaca, gesticulante, descendió los escalones.

Era la sordo-muda, hermana de Cranber.

Ofrecía un repulsivo espectáculo, agitando frenéticamente sus manos y murmurando sonidos inarticulados. Sus ojos brillaban salvajemente entre los mechones grises, debajo de la cofia.

—Por amor de Dios ¿qué le pasa a esa mujer? — preguntó el inspector Cardish. — ¿Quién demonios es?

—La hermana de Cranber. Es sordo-muda — dijo Blake, saltando del auto. — Algo pasa aquí. La mujer parece medio loca.

—¿Y cómo vamos a obtener de ella informe alguno? — preguntó con acento de impotencia Coutts.

La mujer agarró el brazo de Blake y señaló exicitadamente hacia la casa. Sus esfuerzos vanos para hablar eran lamentables; pero el significado resultaba más o menos claro.

Alguna tragedia había ocurrido en Los Laureles. Les hacía señas que entraran; volvía a subir los escalones, siempre prendida del brazo de Blake.

¿Dónde estaba Bárbara Mayne? Ese era el principal interés de Blake al entrar a la casa, seguido por Coutts y Cardish. Sus pasos resonaron a hueco en el hall, al dirigirse directamente a la pieza donde el día anterior había visto a la joven.

El cuarto estaba frío y desierto. No había fuego en la estufa. Sobre el escritorio se veía una máquina de escribir, con una hoja, sin terminar todavía, en ella.

Blake miró a su alrededor. Lo primero que advirtió fué la puerta del santuario, celosamente guardado de Cranber, que estaba medio abierta.

Los dedos de la mujer se hundieron en su brazo, mientras lo empujaba hacia la pieza murmurando.

Blake no se sorprendió demasiado ante el espectáculo que presenciaron sus ojos, desde el umbral. El cuarto parecía haber sido teatro de una violenta lucha. Las sillas estaban volcadas, las alfombras arrugadas. En un rincón estaban los restos del sillón de inválido de Cranber; junto a él, amontonados, mantas y almohadones.

Pero Humphreys Cranber había desaparecido.

La puerta de vidrio que daba al inculto jardín se hallaba abierta. Las pesadas cortinas arrancadas del barrote.

—¡Llegamos demasiado tarde! — estalló Coutts, sospechando la verdad. — El Matador ha cometido otro crimen.

Señaló el escritorio del desordenado cuar-

to. Sobre una hoja de papel estaban cuidadosamente colocadas dos fichas de dominó. Cranber había recibido el tercero y cuarto aviso

VIII

EL CUERPO

—Falta algo. ¿Dónde está el cuerpo? — preguntó el inspector Cardish, tirándose fuertemente del bigote.

—Probablemente lo hallaremos allí — dijo Coutts señalando fuera de la ventana. — El asesino debe haberlo sacado a Cranber al jardín, matándolo allí. Esta mujer debe saber algo de eso, Blake. ¿No puede hacer algo en vez de estar ahí parada, azotando el aire y chillando como una rata?

Blake tenía en su rostro expresión de incertidumbre. Le intrigaba el aspecto de la habitación. ¿Cómo un inválido podía haber sostenido aquella lucha desesperada? ¿Qué había sido del revólver que tenía en su poder? ¿Por qué no lo había usado a la primera señal de peligro?

—¿Y la joven? — preguntó Tinker ansiosamente? ¿Dónde está la señorita Mayne?

Las palabras hicieron obrar a Blake. No había más que un medio de comunicarse con la sorda-muda. Agarró papel y lápiz del desordenado escritorio y escribió rápidamente estas palabras: "¿Qué ha pasado aquí? Díganos todo lo que sabe".

Débora Cranber asintió con la cabeza, aceptó el lápiz y siguió las instrucciones del detective. Fué un proceso largo y fastidioso. El detective escribió pregunta por pregunta y la mujer escribía las respuestas con penosa lentitud.

Por último reunió Blake las hojas de papel, que la mujer había cubierto con escritura desigual y angulosa.

—Ha aquí todo lo que la mujer sabe. — dijo con tono decepcionado — Ignora lo que ha ocurrido a la joven o a Cranber, excepto que ambos han desaparecido.

Dice que al ver que la señorita Mayne no había bajado a desayunarse subió a su cuarto y no la encontró, pensando que hubiera ido a caminar o a llevar al correo cartas para Cranber.

—¿Es eso usual? — preguntó Coutts.

—Parece que sí. Cranber, a menudo, escribe por la noche y manda las cartas por el primer correo. La señorita Cranber no acostumbra a entrar al cuarto de su hermano, a menos que éste la llame, encendiéndose una luz en la cocina. Esto ocurre, generalmente, después de las diez y media.

Viendo que nada ocurría esa mañana y que Bárbara Mayne no regresaba, golpeó a la puerta de su hermano, para que Cranber soltara el cierre automático. Como no obtuvo respuesta, empezó a pensar que le hubiera pasado algo y se dirigió al jardín, para ver si podía entrar por la puerta de vidrios. Esta estaba abierta. Ella entró, encontrando la habitación como está ahora. Alarmada, conociendo su impotencia, había resuelto correr a la aldea en busca de auxilio cuando llegamos nosotros.

—¿No sabe nada del Matador? — preguntó Coutts, con una compasiva mirada a la mujer, que se había apartado impasible con expresión vaga en su rostro.

—Nunca oyó hablar del hombre. Francamente, es medio idiota y no creo que Cranber se tomara el trabajo de confiarle nada. — Explicó Blake, bajando instintivamente la voz. — Gracias que sabe leer y escribir.

—No queda duda de que el Matador ha estado aquí — dijo Cardish — y lo primero es averiguar que ha sido de Cranber y de la joven. Seguramente ese mostruo humano no los habrá asesinado a los dos.

—¡Qué el cielo no lo permita! — murmuró Blake fervientemente. Temía por la joven y, con el corazón oprimido, dirigióse con sus compañeros hacia el inculto jardín que se extendía como una "jungle" al fondo de la casa.

No se atrevía a pensar en lo que hallaría en aquella maraña. El Matador había probado ser un despiadado asesino y no había motivos para dudar que fuera capaz de matar a un inválido y a una indefensa niña.

Blake se detuvo en el umbral de la puerta e hizo detener a sus compañeros.

¡Pisadas! — dijo — Hay que tener cuidado de no borrarlas.

Estudió unos momentos las huellas del suelo. Paralelas a la casa estaban las pisadas de Débora Cranber, dejadas cuando se acercó al cuarto de su hermano esa mañana. No hizo caso de éstas fijándose en otras de naturaleza más importante.

—Hay dos huellas distintas unas que parten y otras que vienen hacia la puerta — dijo al fin — Supondremos que son del Matador, porque Cranber, no pudiendo caminar, usaba zapatillas blandas, sin tacón. ¿Observáis algo de particular en estos dos caminos de pisadas?

—Las huellas fueron hechas por la misma persona — declaró el inspector Cardinh con sonrisa de entendido.

Coutts asintió con la cabeza.

Tinker, enseñado por Blake, se agachó para observar más de cerca.

—Las impresiones que parten de la casa son casi doble de profundas que las que conducen a ella. — dijo.

—Exactamente — aprobó Blake — ¿Y esto que te indica?

Tinker contestó prontamente.

—Que la persona, al salir, llevaba un peso considerable.

—Llevaba a Humphrey Cranber — dijo Blake solemnemente. — Temo que el Matador haya hecho una tercera víctima, si no una cuarta.

Siguieron todos el rastro de pisadas que iban desde el fondo de la casa al extremo del jardín. Se buscó debajo de cada planta de cada mata; pero llegose al derruído cerco sin hallar rastros del hombre desaparecido.

Las pisadas continuaban por entre un boquete de la pared, atravesaban un espacio

abierto y se internaban bajo un grupo de árboles, entre los que había un sendero tortuoso y poco usado.

—No puede haber llevado a Cranber mucho más lejos a no ser que tenga la fuerza de un caballo — declaró Coutts, moviendo perplejo la cabeza.

—Pero ¿para qué lo llevó? — murmuró Cardish, hundido hasta el tobillo entre las hojas muertas. — Si es el mismo individuo, con sus otras víctimas no se tomó tanto trabajo.

Llegó a oídos de todos rumor de agua. Casi enseguida llegaron a la orilla de una zanja, por donde corría un arroyuelo barroso. Aquí terminaban bruscamente las huellas. Blake saltó la zanja con la agilidad de un atleta y buscó en la orilla opuesta.

—Aquí no hay huellas de pisadas. — Nuestro hombre no cruzó la zanja. Debe haber seguido por adentro de ella.

—¿El qué? ¿Y siempre cargando el cuerpo de Cranber? — exclamó Coutts incrédulamente.

—Lo dudo — fué la significativa respuesta de Blake, que se metió dentro del arroyuelo. El agua le llegaba casi a la pantorrilla y Blake revolvía el fondo fangoso con el bastón que llevaba. Tinker y los otros observaban aquella operación en espantado y nervioso silencio. Sabían demasiado bien lo que el detective buscaba.

De pronto Blake lanzó una exclamación. Agachose y metió los brazos debajo del agua. Después de unos esfuerzos sacó un bulto a la superficie. Era una bolsa pesada.

—¡Cielos!... ¡Humphrey Cranber! — exclamó Coutts.

—Se equivoca — jadeó Blake trayendo la bolsa a la orilla. — Abra esa bolsa y no hallará más que piedras.

—Tiene razón, Blake — exclamó. — No hay más que piedras y muy duras. ¿Qué demonios significa todo esto?

—Es difícil decirlo. — contestó Blake, saliendo del agua y retorciendo sus empapados pantalones. — O bien el Espada Rojo ha querido darnos una broma o hay método en su locura. Tenemos que buscar en otra parte para resolver el misterio de la desaparición de Cranber y Bárbara Mayne. Propongo que empecemos por la casa — añadió inesperadamente. — Tengo el presentimiento que allí está la solución.

Blake iba extrañamente silencioso cuando volvieron al punto de partida, donde Débora Cranber estaba acurrucada en un sillón, murmurando y mirando vagamente el cuarto de donde había desaparecido su hermano tan misteriosamente.

Cardish telefoneó a la estación de policía y a los diez minutos llegaron media docena de cabos, mientras tres veces ese número registraba pulgada por pulgada Bextead Heath.

En Los Laureles nada se encontró. La policía registró cuarto por cuarto, golpeó las paredes, los cielos rasos, los pisos, buscando algún escondite secreto. No se olvidaron ni las estufas ni las chimeneas. Los sombríos sótanos no contenían más que ratas y basuras.

El detective se dejó caer malhumorado en una silla. Más como distracción que por otra causa, empezó a golpear las teclas de la máquina de escribir de Bárbara Mayne, una máquina algo anticuada.

Escribió varias líneas sin sentido, incluso su propio nombre y el del Matador. De pronto irguiose en la silla y sus ojos se abrieron consternados.

Coutts miró atentamente a su amigo, mientras éste metía la mano en el bolsillo y elegía una hoja de papel, cuidadosamente doblada, en su cartera.

Alisola y la colocó junto al papel de la máquina de escribir, examinando por turno las dos hojas con un lente de aumento.

—¡El eslabón que faltaba! — exclamó, poniéndose de pie con un grito de excitación. Se volvió a Coutts y Cardish que lo miraban asombrados y les metió el papel por los ojos.

—¿Véis esa carta? Es la que recibí del Matador, cuando me previno que no interviniera en sus planes.

—Bueno ¿y qué — dijo Coutts, pensando si el detective no se habría vuelto loco de repente.

—¿El qué? — señaló Blake la máquina de escribir — Esta carta fué escrita en esa máquina. Comparad las dos hojas. Tienen los últimos defectos de alineación y a la "f" le falta la mitad. Apuesto diez mil libras que el Matador, Henry Birkin y Humphreys Cranber son una misma persona.

IX

DESCUBIERTO

Pasó un momento antes de que los otros comprendieran bien lo que decía Blake. Cardish lo miró maravillado.

—¡Humphrey Cranber el asesino! No es posible, Blake. El hombre es inválido.

—Es lo que nos ha hecho creer; pero no resulta difícil para un hombre sentarse en un sillón de ruedas y fingir una enfermedad que nadie tiene razones para investigar.

—Entonces yo tuve razón al sospechar de la muchacha — dijo Cardish — Si ella escribía las cartas, gozaba de su confianza. Deben hacer huído juntos, dejando a esta infortunada mujer, sordo-muda, que afronte los acontecimientos.

—No es así — protestó Blake — Prefiero creer a Bárbara Mayne inocente. Cranber — a Birkin — probablemente escribió esa carta, mientras ella iba a echar otras al correo. El fingirse inválido era una excelente coartada y durante el tiempo que se encerraba, sin permitir que entrara nadie sin ser llamado, podía muy bien disfrazarse para cometer sus crímenes. La idea de mandarse fichas a sí mismo fué una fanfarronada. Debió comprender que las cosas se ponían feas y decidió desaparecer de tal modo que se creyera que el Matador había concluído con él.

—Yo no comprendo todavía lo de la bolsa de piedras — declaró Coutts.

—Es muy sencillo — explicó Blake — Tenía cuidadosamente planeado todo, hasta una bolsa de piedras escondida en el jardín. Supuso que seguiríamos las huellas, como lo hicimos, aunque no creyó que hallaríamos tan pronto la bolsa, con su "cadáver".

Volvió a la casa y revolvió toda la habitación para simular una lucha.

Blake sonrió ceñudamente.

—Ahí está donde se equivocó. Se pasó de vivo. A mí me hizo desconfiar que un inválido hubiera podido sostener tan desesperada lucha; pero todavía no se me ocurrió que Cranber fuera el Matador.

—Pero ¿y la muchacha?... si no es cómplice de Cranber ¿por qué ha desaparecido?

El rostro de Blake se nubló.

—Eso me preocupa. No me queda duda de que Cranber es el responsable de su desaparición. Posiblemente la señorita Mayne descubrió su secreto y...

Gritos excitados resonaron en el jardín. Momentos después dos formidos cabos entraban, trayendo tiernamente en sus brazos una figura desmayada.

Era Bárbara Mayne, pálida, desgreñada, con la cara sucia. Tenía atadas las muñecas y los tobillos y una mordaza firmemente sujeta en la boca.

La habían encontrado en un pozo seco, del jardín, cubierto por enredaderas, al pisarlo por casualidad uno de los policías, que cayó en él. De todos modos nunca la hubieran hallado.

Bárbara Mayne se movió de pronto y abrió los ojos. Lanzó un grito de alivio al reconocer a Blake, que se inclinaba sobre ella.

—¡El es el Matador!... — murmuró — ¡El señor Cranber es el Matador!

—Sí, ya lo sabemos — contestó Blake bondadosamente. — No se preocupe, querida. El bandido no se nos escapará.

El inspector Cardish frunció tristemente el ceño.

—Me parece que ya se ha escapado. — declaró. — Y que me ahorquen si sé que señas voy a dar del hombre para que lo busquen. ¿Dónde está la sordo-muda? Traedla aquí. Probablemente ella debe saber donde ha ido su hermano.

—Exactamente — dijo Blake — La señorita Cranber sabe muy bien donde puede encontrarse Humphrey Cranber.

Coutts dirigió una extraña mirada al detective. Había un acento particular en su voz.

Escoltada por un cabo, apareció la señorita Débora. No demostró más que ligera sorpresa al ver a Bárbara, sentada en un sofá, temblorosa y pálida.

—¡Pobre señorita Débora! — dijo la joven compasivamente. — No os alarméis. Ella no puede saber nada de este horrible asunto.

Blake miró duramente a la vieja, con su sucia gorra y su batón informe que le cubría desde la garganta hasta los tobillos.

—Lo dejamos a usted que se encargue de esto, Blake — dijo el inspector Cardish. La mujer no es quizá tan inocente como parece. Dígale que sabemos la verdad y pídale revele donde ha ido Granber.

Sexton Blake no utilizó los materiales de escribir. Permaneció parado en medio de la habitación, con las manos en los bolsillos, una peculiar sonrisa en los labios.

Cuando habló, su voz era baja, poco más que un murmullo, ciertamente no calculada para hacer impresión en oídos sordos.

—Henry Birkin, — dijo lentamente — alias Humphrey Cranber, alias Débora Cranber, su juego ha terminado. Queda usted arrrestado por los asesinatos de John Pollock y de Montague Fennell.

El detective extendió rápidamente el brazo. La cofia y los mechones grises quedaron en sus manos, revelando la cabeza lisa, blanca, la cara de Humphrey Cranber.

Gritos de sorpresa ahogadon el rugido de rabia del hombre descubierto. Rápido como un gato se dió vuelta, corriendo hacia la otra pieza.

—¡Detenedlo!

Coutts dió un salto frenético, agarrando el voluminoso batón que el hombre vestía. Se oyó un ruido de tela desgarrada, más gritos y al caer el batón al suelo, dejó al descubierto el traje rojo del Matador.

Este agarró la corta espada que colgaba de su costado. La brillante hoja silbó en el aire y hubiese dejado sin vida a Blake, si éste no se hubiera protegido con una pesada silla.

La espada se clavó en la madera. Un tiró la arrancó de manos del hombre. Este cayó al suelo, luchando, con Coutts y Cardish encima.

Todo terminó en breves segundos. Con esposas, impotente. Cranber fué alzado del suelo. Su rabia había pasado. Se encogió de hombros resignadamente. Con amarga sonrisa miró a sus apresadores.

—Lo felicito, Blake — dijo tranquilamente — Ha sido usted demasiado listo para mí. Yo tuve el presentimiento de un desastre cuando esa niña entrometida lo invitó a venir a esta casa.

—¿Confiesa usted que es Henry Birkin? ¿Confiesa que mató a Pollock y Fernell? — preguntó Coutts, todavía no repuesto de la sorpresa causada por aquel desenlace.

—Ciertamente — dijo con frialdad el hombre — Y no tengo remordimientos por haber matado a dos bandidos que llevaron a mi mujer al suicidio y me hicieron abandonar, arruinado, mi país.

Se rió ásperamente.

—Podéis mandarme al patíbulo; pero he logrado mi objeto. Esos dos miserables han muerto. No le temo a la horca.

—No lo ahorcarán — dijo Blake en voz baja. — Ese hombre está loco. Terminará sus días en Dartmoor.

Pero no estaba tan loco que no pudiera escribir una confesión donde se vió que todas las deducciones de Blake eran correctas.

FIN

Ella.—No sé como es posible que Jorge se quiera casar con María Esther. Hace tan sólo una semana que la conoce.

El.—Debe ser por eso.

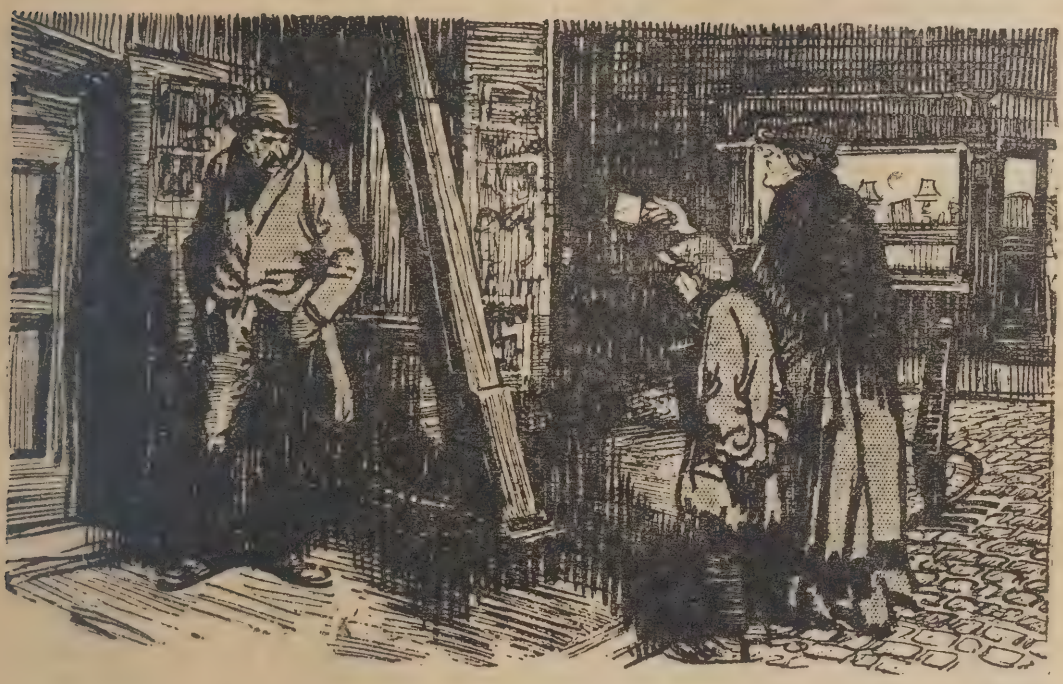
Lea en el próximo número:

LIRIO DE LA LAGUNA

Por MARR MURRAY

Emocionantes y románticas aventuras de un hijo de millonario secuestrado en una isla de los mares del Sud.

CADENAS del DESTINO



Por PHYLLIPS LEWIS

(Continuación)

MIENTRAS estaba sentada a la mesa aquella mañana del 12 de Abril, reflexionaba la señora Green que la pobre niña le debía dos semanas de alquiler y no había perspectivas de que pudiera pagarle la tercera.

Levantó sus ojos de la taza y miró a Magnolia. Se dió cuenta de que Larry y Marieta la miraban también. Los ojos de Larry eran expresivos y la señora Green, mientras pensaba si se le ocurriría a Anita, su mucama, cortar un poco más de pan, se decía también que Marieta debía sentirse herida al pensar que nunca la había Larry mirado así.

Estudió a Marieta y vió que los delgados labios de la joven formaban una línea recta y que sus ojos de porcelana azul brillaban con luz dura. Larry había olvidado evidentemente que Marieta estaba allí.

Marieta, decidida a llamar la atención de Larry, habló a través de la mesa. Como es natural, eligió el tema que preocupaba a todos, el asesinato de la señora Fenwick.

Los dulces ojos de Magnolia se dilataron de horror cuando la señorita Stutton le observó que, en su opinión, era raro que no hubiera más crímenes semejantes.

—¡Qué vieja idiota! — comentó Marieta! ¡Tener joyas en su casa! Me han dicho que las personas ricas mandan hacer imitaciones y guardan las legítimas en el banco.

Ella quería que todo el mundo supiera lo rica que era. No puedo decir que me inspire mucha lástima, ni simpatía.

Magnolia contestó con su voz grave, ligeramente ronca, que hacía aparecer, por contraste, más chillona la de Marieta.

—No estoy de acuerdo con usted. Ella era probablemente una buena mujer, que no hubiera hecho daño a nadie. No podía pensar que alguien quisiera hacérselo. Yo comprendo eso. No puedo imaginarme a un asesino. Quizá es estúpido; pero no concibo que haya quien quite a otro la vida. Claro está que no he conocido a mucha gente y quizá sea ésa la razón. Se que tales cosas suceden; los diarios de esta mañana lo demuestran. Yo compadezco y simpatizo con esa pobre mujer y creo que ella pensaba como yo. Nunca creyó que pudiera sucederle una cosa así. — Se detuvo y dijo un momento después — Pienso a veces como será un asesino. Debe tener aspecto distinto a la demás gente, — se volvió a Larry y le preguntó buscando confirmación. — ¿No lo cree usted también así?

Larry no le contestó. En vez de eso observó irritadamente a Marieta:

—¿Por qué volvió de nuevo a ese tema? Los otros lo habían dejado. Sólo consigue

poner nerviosa a la señorita Barclay.

La señora Green que, por experiencia, sabía cuando las cosas tomaban mal giro, intervino prontamente con un alegre:

—Bueno, yo cuando oigo estas cosas siempre digo: — "Gracias a Dios que no tiene nada que ver con nosotros".

Magnolia se levantaba de la mesa. Se acercó a la señora Green y en voz baja le pidió si podía prestarle el diario. La señora movió afirmativamente la cabeza y se lo pasó con disimulo.

Antes de casarse había sabido ella también lo que era estar sin trabajo. Sentía lástima al mirar a Magnolia, sabiendo que su fresca belleza desaparecería si aquella busca infructuosa de labor se prolongaba demasiado.

Sabía que, no bien Magnolia saliera de la habitación, buscaría ansiosamente la página de "Ocupaciones Vacantes". Trataría nuevamente de hallar trabajo en un mundo que no parecía necesitar de sus servicios.

Al retirarse Magnolia, Marieta, como si se hubiera propuesto irritar a Larry, volvió a hablar del crimen. Los pensionistas se levantaban y salían; pero Marieta ni Larry habían terminado de desayunarse y la señora Green, a quien disgustaba lo que ella llamaba "desagrados" se sirvió pacientemente otra taza del café, ahora tibio y se preparó a observarlos durante aquella comida que, de un modo indefinible, se había hecho molesta.

Marieta, después de hacer algunas observaciones triviales sobre la tragedia de Belgrave Square, llegó por último al verdadero motivo que tenía para volver sobre el mismo tema.

—Nunca he oído — comentó agriamente — ideas más ridículas que las de la señorita Barclay acerca de los asesinos. Habló como... bueno, como una chiquilla.

Larry contestó:

—En ciertos sentidos, es quizá todavía una chiquilla. No comprende ciertas cosas. Por mi parte, prefiero oírla hablar así. Demuestra que su mente ignora el lado feo de la naturaleza humana.

Marieta se puso colorada.

—Supongo que se puede hablar como una tonta o una niña, si usted lo prefiere así, con tal que sea relación nueva y nuestros amigos no se hayan cansado de una.

Por mi parte, yo prefiero decir la verdad y confesar que las cosas de este mundo no me sorprenden.

Al llegar a este punto, la señora Green, que hubiera deseado quedarse, fué avisada por Anita de que se la necesitaba en la cocina. Se levantó de mala gana diciendo, en parte con prevención, que vendría enseguidita.

Así que, por un momento, Larry y Marieta quedaron solos.

Larry habló en voz baja, que sin embargo vibraba de cólera.

—¡Cielos! — dijo — No me sorprende que hables así. Creo bien sabes que la mayoría de las cosas tienen un lado feo. Si así no fuera, tú misma se lo pondrías.

—Siempre no has hablado así — replicó ella.

—No siempre te conocí, como te conozco ahora.

—Y yo siempre supe de tí tanto como ahora se.

Larry apretó los puños.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que creí sabrías portarte decentemente con una mujer, sin que te obligaran a ello. Creí que te casarías conmigo.

—¿Y por qué yo más que otro? — le arrojo brutalmente Larry; pero su ira se había apaciguado y su acento era más tranquilo.

Con pasajera sorpresa se le ocurrió a Marieta que no era esa la respuesta que él había esperado de ella y cuya anticipación lo había enfurecido.

—Bueno, yo te previne que no me ibas a echar así no más cuando tu capricho terminara. Si me voy, no me veré obligada a buscar trabajo, créeme — dijo Marieta.

Larry dejó pasar esa referencia a Magnolia. Simultáneamente él y Marieta vieron aparecer a la señora Green en el umbral. Un segundo antes de que la buena señora volviera a la mesa, Larry dijo a Marieta:

—Iré esta noche a tu cuarto. Visita puramente de negocios. Arreglaremos nuestras cuentas.

La señora Green se volvió a sentar. Larry, fiel a las enseñanzas de Hoods, se había levantado para ayudarla y comprendiendo cuan rara era una atención de esta clase en un pensionista, la señora sonrió agradecida.

—¿Todavía hablando del crimen? — preguntó a falta de mejor tema.

Marieta se preparaba para levantarse.

—Bueno, gracias a Dios, yo estaba bien dormida en mi cama cuando ocurrió — miró a la señora Green que, como sabía, no tenía alta opinión de ella y añadió. — Y con mi puerta cerrada con llave.

Salió y, con sonrisa comprensiva, la señora Green se volvió al embarazado Larry:

—Usted y yo no dormíamos — dijo reflexivamente — Estábamos escuchando la estación alemana ¿no? — se estremeció un poco. — ¿Es horrible, verdad Pensar que mientras usted y yo estábamos aquí, cómodamente instalados oyendo radio, a pocos pasos, por decirlo así, se cometía un asesinato!

Larry la miró duramente. La señora advirtió que estaba pálido y parecía fatigado.

—Debe ser por culpa de esa "María" — se dijo a sí misma — Ha de estar mortalmente preocupado. — Y en voz alta añadió: — Temo haberlo tenido levantado hasta muy tarde anoche, señor Hoods. Pero... — añadió sonriendo — tanto usted como yo somos lo que puede llamarse dos fanáticos de la radio.

—¡Oh!... fué para mí un placer arreglar la de usted — dijo Larry con acento descuidado — Pero tendrá que disculparme ahora. Debo irme al trabajo.

Salió de la habitación el último, mientras la señora Green reflexionaba que era un joven muy simpático. Pensaba con bastante ansiedad si lograría verse libre de "María" y si se casaría con Magnolia. Ella lo deseaba fervientemente.

No sabía mucho de él, era cierto; pero lo estimaba. Y sentía cariño maternal por Magnolia, tan sola en el mundo, tan falta de experiencia, tan deplorablemente pobre.

Entretanto, Larry Hoods iba a visitar a Dan Morland.

—¡Cielos! — dijo Morland mientras Larry se sentaba. — Yo no creí que la cosa iba a resultar así. Si no, me hubiese guardado muy bien de intentarla. Preferiría ir diez años a la cárcel que correr el riesgo que corremos ahora.

—¡Calla! — dijo Larry secamente — Bien sabes que todo fué un accidente. No pensé matarla. Tenía absolutamente que salir bien y no podía exponerme a ser detenido. Apenas la toqué. Debió ser enferma del corazón.

Morland miró al joven con más simpatía en sus ojos.

—¡Lástima — dijo — que los jueces abriguen tantos prejuicios contra el que toca a alguien!

—Te doy mi palabra — replicó Larry — que lo único que quise fué desmayarla mientras huíamos.

—¿Qué fué exactamente, lo que hiciste?

—Le apreté el cuello con la mano; pero no muy fuerte. Fué sólo para asustarla e impedirle gritar. Y luego le dí un golpe; Juro solemnemente que fué un golpe ligero en la sien, nada más que para hacerle perder el sentido.

Morland habló:

—¡Fué una suerte del diablo! — dijo no sin simpatía. — No hiciste más que lo que se hace cada día de la semana. Si fueras cualquier mañana a la sala de policía, encontrarías una docena de mujeres que presentan la misma queja contra sus maridos y todas ellas gozan de perfecta salud, sin nada más que unos chichones. No creo que realmente la lastimaras.

—Ciertamente no pensé que pudiera morirse — dijo Larry estremeciéndose. — Si lo hubiera imaginado...

—Hasta cierto punto — dijo Morland reflexivamente — fué culpa mía. — Tú querías fijar el momento media hora más tarde, cuando ella estuviera profundamente dormida. Pero siempre ha sido mi teoría que esos trabajos deben hacerse lo más temprano posible para poder retirarme como si uno fuera de visita... por la puerta de calle. Mi teoría es...

—Conozco tu teoría — replicó Larry con acento cansado. — ¡Ojalá no la conociera! Hubiera querido que esa infortunada mujer durmiera profundamente antes de que entráramos a la maldita casa. Fué el haberse despertado lo que nos metió en el atolladero.

—Bueno, ¿de qué sirve hablar de ello ahora? — preguntó Morland. — Ya pasó y no hay que hacerle. ¿Arreglaste bien tu coartada?

—Sí. En la comida le dí a la señora Green la cerveza, con tu droga adentro. Ella se había dormido cuando yo salí para reunirme contigo. Cuando volví, atrasé mi reloj media hora. Eran así las veintitrés y media. — La desperté. Antes de salir, había desconectado el alto-parlante de la radio y, por consiguiente, no funcionaba cuando llegué. Le dije a la señora Green: "No funciona la radio, señora". Saqué el reloj y le dije: ¿"Le gustaría oír un poco de música de baile?". "Sí, me gustaría" contestó. "Estaba muy linda la radio cuando me quedé dormida".

Claro que era media noche y las estaciones inglesas habían callado. Yo le dije a la señora Green que iba a ver que le pasaba a la radio y si podía arreglarla. Estuve manipulándola un rato, mientras ella charlaba. Luego adelanté mi reloj, poniéndolo en las 0 y media, que era más o menos la hora justa; conecté el alto-parlante y le dije que había tardado en arreglar el aparato más de lo que pensaba y era demasiado tarde para oír música, a menos que pusiéramos una estación extranjera.

Ella contestó que le parecía mentira hubiéramos estado charlando una hora y se levantó para servirme una copita del oporto que reserva para su amigos, como recompensa de mi trabajo. Nos sentamos y bebimos el oporto, escuchando la música y luego yo le dije que tenía que trabajar por la mañana y era hora de acostarme.

Apagamos la radio y ella subió a su dormitorio. Yo hice lo mismo.

—¿Por lo tanto, si llegara el caso, la señora Green juraría que tú habías vuelto a casa a las once y media?

—Absolutamente. No tienes motivos para dudarlo.

—¡Eso es bueno! — dijo Morland frotándose las manos con satisfacción. — Tu patrona sería el mejor testigo, porque creería decir la verdad.

—¿Y tú — preguntó Larry — ¿Cómo te arreglaste?

—Yo no necesito coartada — dijo Morland jactanciosamente. — Nunca dejo rastros de mi trabajo. Pero, si llegara a precisarla, alguno de los muchachos me ayudará.

Por último llegó la cuestión de los beneficios. Morland, buen juez de las piedras, declaró que sacarían lo menos 1200 libras cada uno. Por un momento, el alivio de saber que tendría esa suma, de lo que significaba para él, fué tan grande, que Larry olvidó las circunstancias y sintióse agradecido. Luego recordó el rostro de la muerta y volvió a estremecerse. Un momento después temblaba de pies a cabeza, como si tuviera fiebre.

—¡Serénate! — le dijo vivamente Morland — Fué todo obra de la fatalidad. No te pasará nada y podrás volver al trabajo pronto.

Larry dominó sus nervios y habló, después de unos instantes.

—¡No! — dijo resueltamente. — Ya te dije antes que sólo porque quería obtener dinero suficiente para poder retirarme acepté ese trabajo. Y lo dije de corazón.

A Morland se le ocurrió un repentino pensamiento.

—Debe haber alguna pollera por medio, para que tú renuncies a tu profesión — le dijo — añadiendo ansiosamente. — ¿No... te confiarás a ella?

—¡No! — contestó Larry violentamente. — Lo que más temo en el mundo es que ella llegara a enterarse de quien soy. Si así fuera, todo terminaría.

—¿Es una muchacha que no querría saber nada con los de nuestra clase, no? — dijo Morland con el tono indulgente que entre ellos acostumbraban para referirse a la idiosincracia de sus amigas. — Comprendo. Vale más así. De ese modo tu boca estará bien cerrada.

—Sólo deseo que tu boca permanezca tan bien cerrada como la mía — dijo Larry vivamente. — Si alguna vez dices a alguien que me has conocido, vivirás el tiempo suficiente para lamentarlo; pero, no más.

Después de hacer arreglos para el reparto del dinero que le tocaba, Larry se despidió de Morland. Mientras caminaba, iba meditando porque se encontraba en tan terrible situación en el momento supremo de su vida, precisamente cuando nunca había deseado tanto la libertad y la existencia tranquila. ¿Por qué le había pegado a la señora Fenwick? Posiblemente pudo hacerla guardar silencio amenazándola,. Era aún, preguntóse, un salvaje en el fondo? ¿A pesar de Magnolia? Contestó a su pregunta interior brutalmente, concluyendo que era un tarado desde su nacimiento y se dijo con ansiedad si habría en él suficiente buena pasta para hacerlo seguir el sendero recto, por amor a Magnolia.

¡Cuánto aborrecía a Marieta! ¡Y ella había elegido precisamente esa mañana para decirle que había esperado se casaran. Bueno, se alegraba de haberle dicho brutalmente la opinión que le merecía.

Las mujeres de la clase de Marieta siempre despertaban el lado malo de la naturaleza de Larry. Si no hubiese sido por Magnolia, hubiera procedido distintamente con Marieta.

Recordó con una especie de nostalgia los métodos primitivos, pero de efecto, con que en sus primeros tiempos, había enseñado a las mujeres a no procurar ir contra sus deseos. Esto era, naturalmente, antes de conocer a Cyrys Hoad, quien se había sentido genuinamente espantado por sus confusiones, que él no consideraba tales si no relatos comunes y a veces divertidos.

Sin embargo, pensó Larry, Hoad no había conocido a Marieta. Si así fuera, comprendería sus sentimientos de ahora. Marieta iba a salir con la suya esta vez, después de todo. Lo enfurecía tener que comprar el silencio de Marieta. Ella sabía bien lo que hacía. Quizá le hubiera perdonado le manifestara francamente que aprovechaba la ocasión para sacarle dinero. Pero lo que más lo irritaba era que se fingiera engañada, que se quejara de haber "confiado" en él y lo acusara de haber traicionado esa confianza.

Por fin, ella lo había puesto en aquella situación desesperada. Por ella había tomado una vida y tendría que pagarla. Arriesgaba su cuello y el amor de Magnolia lo había obligado a dejar que una mujer de la clase de Marieta lo manejara con su dedo pulgar.

Pensaba cantarlo unas cuantas verdades aquella noche, cuando la visitara en su aposento para arreglar los asuntos financieros.

Pero Magnolia había pasado la velada en la sala esa noche y pudo tener con ella una conversación, breve, pero íntima. De modo que se hallaba en suave disposición de espíritu cuando se encontró a solas con Marieta por última vez.

La miró detenidamente, sin la cólera y el resentimiento que esperaba sentir. Ella estaba muy retocada; pero aún así se advertían líneas debajo de sus ojos y que sus mejillas se habían hundido.

Pero ella sabía, seguramente, que no tenía que inquietarse por el futuro. ¿Por qué, pues, aquellas arrugas de ansiedad y aquellos pómulos que asomaban bajo la piel?

Larry era, aunque parezca extraño, muy modesto y se le ocurrió con sorpresa que ella pudiera haberle tomado afecto y sintiera la separación.

Con una dulzura que era efecto de su reciente entrevista con Magnolia, puso Larry su mano sobre el hombro de Marieta. Pensó ella que era esa la primera caricia tierna que le prodigaba y él comprendió la ironía que encerraba.

—Estarás bien — le dijo. — Todo está arreglado. Y ahora — habló con cierto embarazo — encontrarás otro.

Ella se apartó de él y se tiró en la cama. Lloraba débilmente. Y le repetía la misma frase conque lo había hartado desde hacía unas semanas.

—Yo preferiría tenerte a ti, mejor que el dinero.

Sentíase ahora Larry tan próximo a Magnolia que no podía menos que compadecer a una persona solitaria, aunque la piedad era para él un sentimiento completamente nuevo. Trató de decir cosas consoladoras; pero sus frases eran duras y sonaban extrañas en sus propios oídos.

Marieta se sentó de pronto en la cama. No estaba tan bonita como de costumbre, por que tenía la nariz roja y el rimel de las pestañas le formaban un chorrete debajo de los ojos; si la expresión de su rostro no hubiese sido triste, hubiera resultado cómica. Con todo, a pesar del resentimiento que abrigaba contra ella, a Larry le gustó más que le había gustado nunca.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

Capítulo I

ALGUNAS ESCENAS EXTRAÑAS Y CASI INCOMPRENSIBLES

Mi querido lector, si la noche del 3 de Noviembre de 1570, y cerca de las once, te hubieses colocado tras una de las espléndidas cortinas de terciopelo y oro que cubrían las puertas de la cámara que de ordinario ocupaba doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, hubieras podido escuchar lo siguiente.

—Toma — decía una voz dulcísima una de esas voces conmovedoras cuyo timbre parece llegar a lo más profundo del alma, — toma, Margarita; ni un momento, ni un momento pierdas... ¡Quién sabe si de esto depende la vida, y aun más que la vida, de la infeliz!...

—Descuidad, señora — respondió otra voz fresca, argentina y no menos encantadora,— descuidad, que ya sabéis que nos amamos como hermanas.

Y si además de escuchar, lector, hubieses mirado por una rendija, habrías podido ver dos mujeres de singular belleza, pero que en nada se parecían.

La una era doña Isabel de la Paz, esposa del rey, sublime mártir, desdichada víctima que, después de haber sacrificado su corazón por el bien de su patria y de haber devorado silenciosamente dolor tras dolor, siendo espejo de rarísimas virtudes, fué ruin y villanamente calumniada.

Sus negros cabellos, finos y brillantes, y sus ojos negros también, grandes, rasgados, magníficos, velados por largas pestañas y de mirada melancólica, contrastaban admirablemente con los cabellos rubios dorados y los grandes ojos, azules como el cielo, de la otra mujer, cuyo nombre sabemos ya que era el de Margarita.

Ambas parecían estar profundamente tristes y preocupadas.

Doña Margarita, que había recibido un papel de manos de la reina, salió apresuradamente de la cámara, y en pocos momentos se perdió en el laberinto de pasillos y galerías del alcázar.

Entre tanto un hombre había penetrado en un aposento mal alumbrado y peor amueblado, y se había detenido delante de otro que estaba sentado y como aburrido de esperar.

Lo mismo el uno que el otro parecían ser escuderos.

—¿Saldrá por aquí? — preguntó el que había llegado.

—Sí — respondió el otro: — siéntate, Andrés.

—Es urgente el asunto, Nicolás.

—La prisa que traes me prueba que siguen los enredos, los misterios...

Nicolás se interrumpió porque en la habitación inmediata sonó ruido de pasos.

Andrés se quitó el sombrero y aguardó con respetuosa actitud, mientras su compañero se disponía a encender una linterna de que iba prevenido.

Pocos segundos después se presentó un caballero que parecía frisar en los cincuenta años. Era de elevada estatura, flaco, nervioso, de rostro aguileño y regulares facciones. Sus ojos eran negros y aun conservaban sus pupilas el brillo del fuego de la juventud; y su mirada era viva, penetrante, en extremo dura, y tenía, una expresión nada común de desmedida altivez, que estaba muy en armonía con su continente grave, severo, imponente, como de quien está acostumbrado siempre a mandar como un déspota y nunca obedecer. El corazón y las ideas de aquel hombre estaban retratados en su semblante, y para conocerlo a fondo, no era menester emplear mucho tiempo en estudiarlo.

Al ver a Andrés se detuvo, su frente se contrajo, escapáronse dos centellas de sus negros ojos y dijo:

—¿Ha ido?

—Sí, señor.

—¡Oh! — exclamó el caballero con voz reconcentrada y apretando los puños.

Y mientras la ira tornaba lívido su rostro añadió:

—Vamos.

Ni pidió más explicaciones, ni su criado o confidente intentó decirle más, y los tres salieron de la habitación, tomando por una galería y bajando por una escalera excusada con la precipitación del que todo puede perderlo por un minuto, encontrándose en breve fuera de la regia morada.

La atmósfera estaba fría, espesas nubes encapotaban el horizonte y la lluvia amenazaba caer a torrentes.

Las calles estaban tenebrosas y solitarias.

Con las espadas desnudas y alumbrados por la linterna, caminaron con la misma precipitación hasta llegar a la calle de Santiago.

Allí se detuvieron junto a una casa grande. Andrés llamó, abriéndose en seguida la puerta.

En el zaguán había cuatro hombres vestidos de negro, todos de rara, de feísima figura.

Eran alguaciles que esperaban allí para salir a rondar con el señor alcalde, don Roque de Mejía, noble segundón de una ilustre familia y caballero del hábito de Santiago.

El recién llegado, que debía ser conocido de los corchetes, pues todos lo saludaron con muestras de profundo respeto, preguntó:

—¿Está despierto el señor don Roque?

—Como que ahora — respondió uno de los alguaciles — iba a salir para rondar, y a venir cinco minutos después, no lo hubiera encontrado en casa vuestra señoría.

—Bien, pues anunciadme.

Quedaron en el portal los sirvientes y precedido de uno de los corchetes, pasó adelante el caballero hasta penetrar en la habitación donde el alcalde se encontraba disponiéndose para salir.

Saludáronse cordialmente y como hombres unidos por el lazo de una antigua y sincera amistad; pero don Roque hizo un gesto de disgusto que indicaba bien claramente que la inesperada visita, a pesar de hacérsela una persona a quien estimaba en mucho, le desagradaba, le contrariaba, y no poco.

Esto no pudo advertirlo el caballero, sin duda porque estaba muy preocupado con el asunto que le había llevado allí; y si lo advirtió, disimuló fingiendo no apercibirse.

—Sentaos, señor comendador — dijo el alcalde. — Anteanoche a hora bastante avanzada, tuve noticia de vuestro inesperado regreso. Fuí ayer mismo a visitaros...

—Lo sé, y os agradezco mucho la atención.

—Era un deber que nuestra antigua amistad me imponía y un deseo de mi corazón...

—Perdonad que os interrumpa; valen mucho los minutos y no podemos perderlos.

Don Roque hizo un segundo gesto de desagrado y miró atentamente al comendador.

—La noticia de mi regreso — añadió éste — la tuvisteis por su majestad.

—Así es.

—Os habló de un asunto...

—Grave, muy grave, y tuve el honor de hacer a su majestad algunas observaciones que no parece tomó en consideración.

—Ya sabéis — repuso el comendador — que sus resoluciones son irrevocables.

—¿Quién lo ignora?

—Ha llegado el momento.

—¡Oh! — murmuró el alcalde, cuya frente se contrajo.

—Supongo que estáis dispuesto...

—Sí, yo estoy siempre dispuesto a obedecer al rey; pero si he de hablaros con franqueza, para tranquilizarme necesito algunas más explicaciones.

—¿Significa eso que os negáis?

—No, amigo mío, no me niego; pero...

—¿Entonces?...

—Dejadme reflexionar.

—Todo puede perderse por un instante.

Don Roque no trató ya de disimular su disgusto, y lo manifestó bien claramente en la expresión de su rostro.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Qué resolvéis? — preguntó el comendador.

—Mi buen amigo...

—Estamos perdiendo el tiempo lastimosamente — interrumpió el comendador con acento de impaciencia. — A nada quiero obligaros; pero sí os ruego que os decidáis ahora mismo.

—¿Qué haréis si me niego?

—Iré yo solo y obraré por mi cuenta y riesgo: eso haré, don Roque: y en cuanto a su majestad... ¡oh!..., su majestad hará luego lo que tenga por conveniente.

Palideció el rostro del alcalde, que meditó un momento y luego dijo:

—Vamos.

—No os pesará.

—Tranquilo estoy, comendador, porque nada arriesgo al cumplir mi deber y las órdenes de su majestad. En cuanto a vos...

—¿Vais a recordarme que no soy completamente extraño a este delicado asunto?

—No, porque eso no podéis haberlo olvidado; pero soy vuestro verdadero amigo y es mi obligación haceros pensar en todas las consecuencias.

—¿Habrá alguien que ponga en duda mis derechos?

—Puede ponerse en duda otra cosa que os importa más.

—Don Roque...

—No hay poder humano bastante a contener las lenguas murmuradoras.

—¡Oh!...

—Os lo advierto...

—Vamos, vamos — interrumpió el comendador.

No hablaron más.

Pocos segundos después se encontraban en la calle con los dos sirvientes y los cuatro alguaciles.

Caminaron por espacio de veinte minutos, y llegaron a Puerta Cerrada.

En aquel tiempo veíase allí, esquina a la calle de Cuchilleros, una casa grande, fea, destartalada, pero que debía ser la vivienda de algún personaje, según lo demostraba el escudo de armas que había colocado sobre su gran puerta, y las anchurosas cuadras que se veían a través de las fuertes rejas de los sótanos.

Además de la puerta principal tenía por la calle de Cuchilleros, otra pequeña por donde solían entrar y salir algunos criados, y que daba paso a las caballerizas.

Frente a esta casa se detuvieron nuestros hombres.

—Ahora — dijo el comendador después de algunos instantes y con voz más que nunca alterada por la ira — ahora dejo a la justicia que obre, sin perjuicio de auxiliarla si fuera necesario. Solamente os recordaré que hay puerta falsa que da a esa otra calle.

—No lo he olvidado — contestó don Roque.

—Esperaré oculto tras esa otra esquina hasta saber el resultado — repuso el comendador.

Y mandando a los criados que lo siguiesen fué con ellos a situarse donde había indicado.

Si no se hubieran ocultado las luces de las linternas, hubiera podido verse el rostro del alcalde, nerviosamente pálido y contraído como nunca.

—Forzoso es — dijo después de algunos segundos; — he hecho cuanto me ha sido posible y mi conciencia está tranquila.

Luego llamó a los alguaciles, les mandó a dos de ellos situarse frente a la puerta principal, y a los otros frente a la falsa que daba a la calle de Cuchilleros, quedando él en sitio desde donde podía observar en uno y otra lado.

Desde aquel instante no pudo ser el silencio más profundo.

Ya hemos dicho que la oscuridad era absoluta, y por consiguiente, nadie hubiera podido a tres pasos de distancia apercibirse de aquellos hombres que, espada en mano, aguardaban el momento de acometer.

Para ellos transcurrieron los minutos con penosa lentitud.

Empezó a llover: el aire sopló con más fuerza, y bien pronto el agua caía a torrentes y el viento silbaba con amedrentadora furia.

Los alguaciles, a quienes tanto el miedo como el frío les hacía temblar y dar diente con diente, se guarecieron como mejor les fué posible en los huecos de las puertas que tenían cerca de sí, y a media voz murmuraron algunas palabras, que no hubiera oído con mucho agrado el buen alcalde.

Transcurrieron cinco minutos.

—¿No oyes? — preguntó a su compañero uno de los que estaban frente al postigo.

—Nada oigo ni veo — respondió el otro con mal humor; — siento que hasta los huesos se me mojan, que la sangre se me hiela, y...

—Escucha... Otro...

—¿Qué?

—Ya van de

—Pero...

—Dos lamentos... No parece sino que alguien agoniza en un tormento...

—Es verdad... Otro...

—¿Qué diablos sucede aquí?

—Calla...

—Escuchemos.

Efectivamente: un oído atento hubiera percibido entre el ruido de la lluvia y el huracán, y en el interior de la casa que nos ocupa, tres o cuatro ayes destemplados, de horrible angustia, ayes que parecían llevarse tras sí el alma en los momentos de una espantosa agonía.

No podemos decir si también llegaron a los oídos del alcalde, ni mucho menos a los del comendador, que se encontraba a mayor distancia del edificio que los alguaciles.

Empero ni el ruido de pasos ni otro alguno sonó en el interior de la casa.

—¿Es esto algún castillo encantado? — dijo en voz baja uno de los corchetes que antes habían roto el silencio.

—¿Y para qué nos han traído aquí? — añadió el otro.

—Ya lo has oído: nadie debe salir de esa casa sin que le demos la voz de "alto a la justicia".

—Bien puede suceder que ahí se cometa algún crimen, y así parece a juzgar por esos lamentos.

—Cualquiera diría que asesinan a alguien

—Entonces, ¿por qué no entramos?

—Esto es un misterio.

—No estoy nada tranquilo.

—Deja rodar la bola...

—Es que lo misterioso no me gusta...

—¿Te infunde miedo?

—No; pero...

—Silencio, que si nos oye su señoría...

—Es verdad.

Callaron los corchetes.

Arreciaba la lluvia y cada vez soplaba con más fuerza el viento.

El comendador y sus sirvientes permanecían inmóviles en el sitio en que se habían colocado.

Pasó cerca de media hora.

En el interior de la casa y cerca del postigo sonó ruido de pasos.

—Prepárate — dijo uno de los alguaciles, que, según vamos viendo, no podía tener la lengua quieta.

—¿Has oído pasos?

—Por eso te lo digo.

—Alguien va a salir.

—¿Será el que buscamos?

—Ya no se oyen lamentos, habrá expirado la víctima y huirá el asesino.

—Escuchemos.

Nada se oyó entonces.

Sin duda se habían detenido los que se acercaban a la puertecilla.

—No le habrá parecido prudente salir por aquí, de lo cual me alegro mucho.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que esto no me gusta.

—¿Temes que salga algún fantasma?

—Pueden salir tres o cuatro hombres con buenos puños, que es mucho peor.

—Razón tienes.

—Y como los que hayan entrado estarán decididos a todo...

—Parece que andan otra vez.

—Sí, sí...

—Observemos.

Así era; volvieron a sonar los pasos.

Pocos instante después, sonó el ruido metálico de una llave al girar en la cerradura.

Luego rechinaron los goznes de la puertecilla.

Capítulo II

DOS CORAZONES QUE SUFREN

El lector nos permitirá que retrocedamos algunos minutos, entrando en la casa que nos ocupa, para conocer siquiera los últimos detalles de la escena que allí tenía lugar, y viniendo con nosotros a un aposento cuadrado y bastante espacioso, cuyas ventanas o balcones debían dar a la calle de Cuchilleros, les presentaremos dos nuevos personajes, que tienen reservado un papel de mucha importancia en esta historia.

El aposento en cuestión, rica, pero severamente amueblado, era un dormitorio.

En una cama de nogal primorosamente tallada y cubierta por espléndidas colgaduras de finísimo lienzo de Holanda con riquísimos encajes flamencos, había una mujer, que no tendría más de diez y ocho años, y cuya belleza no titubeamos en calificar de maravillosa, porque nada igual hubiera podido encontrarse.

Será en vano que intentemos retratarla; no hay medio de pintar tanta perfección, cuyo prodigioso encanto, sólo viéndolo podría concebirse.

De la blancura mate de su rostro, se destacaba el negro aterciopelado de sus finísimas cejas y de sus grandes y rasgados ojos, de largas pestañas, de brillante pupila, de mirada, ora severa, imponente y dominadora, ya ardiente, arrebatadora, irresistible, que fascinaba que enloquecía o ya tierna, dulcísima y melancólica, hasta el punto de no poder contemplarla sin sentirse profundamente conmovido.

Su tersa y espaciosa frente, que revelaba una inteligencia nada común, estaba rodeada de negros, finísimos y brillantes cabellos de los que algunos mechones se esparcían desordenadamente sobre la blanca almohada.

Era bastante la primera mirada para comprender que aquella mujer, verdaderamente encantadora, estaba dotada de un alma grande, sublime, enérgica, capaz de sostener las más rudas luchas de soportar los más intensos dolores, y de sobreponerse a todas las preocupaciones de aquella desventurada generación, lo mismo que a todas las pequeñeces, miserias y debilidades que esclavizan a la humanidad, sin que por esto queramos decir que no tenía, como criatura al fin, sus debilidades y sus pasiones. Sí, todo esto se adivinaba también que su pecho abrigaba un corazón, que debía ser un tesoro inestimable de ternura, de amor infinito.

La historia de aquella mujer grande y sublime debía ser una serie de dolores y sufrimientos sin igual; pero esos sufrimientos callados que no tienen el desahogo de las quejas, y que todo lo más, encuentran el consuelo de algunas lágrimas, que vierten los ojos en medio de la soledad y el triste silencio de la noche.

¡Desventurada criatura!

Siendo muy niña le arrebató la implacable muerte las tiernas caricias y el amor de su madre, y cuando, en otra edad, nuevas afecciones hicieron palpitar su sensible corazón, vióse contrariada, horriblemente mortificada, y hubo de experimentar toda clase de tormentos, sin que le fuera posible rebelarse ni luchar contra quien era causa de ellos, porque se lo estorbaban los más santos deberes.

Tenía un padre que la amaba; pero el padre había creído que nada tenía que ver su amor de tal con sus ideas, sus principios, sus preocupaciones y su durísima severidad, y de esto había sido víctima la desgraciada joven.

Nadie como ella tenía en el alma el sentimiento innato de todas las virtudes; nadie como ella, estimaba su pureza y su honor; pero como los dolores, cuando son demasiado intensos, y las luchas cuando son tenaces y prolongadas, producen el extravío, la fiebre, la locura, llegó un día en que la infeliz, trastornada tanto por la desesperación como por el fuego de una pasión devoradora, olvidó su conveniencia, los peligros de su situación, sus deberes, y todo en fin, y ciega, verdaderamente loca, como arrastrada por un vértigo irresistible cayó en el abismo de su última y más horrible desventura.

Ocasión tendremos de conocer todos los detalles de la interesante historia de esta mujer, y, por consiguiente, nos contentaremos por ahora con lo dicho, que es suficiente para que pueda comprenderse la escena que vamos a referir.

Su hechicero rostro, pálido y ligeramente contraído, y sus labios, otras veces frescos y rojos, y entonces secos y blanquecinos, hacían comprender que en aquellos momentos el sufrimiento moral de su triste situación se había hecho más horrible por algún dolor físico.

Junto al lecho, e iluminado por la bujía que en un candelero de plata había sobre una mesa, veíase un hombre que no tendría más de veinticinco años, y cuya varonil belleza era también digna de llamar la atención.

Su estatura era regular y sus formas perfectas; sus ojos grandes, negros y expresivos de mirada penetrante, aunque algo dura, quizás por la costumbre de encontrarse constantemente en circunstancias difíciles y en situaciones violentas.

En sus ademanes, que eran distinguidos; en sus gestos y en sus palabras, revelábase una energía nada común, una fuerza de voluntad incontrarrestable.

Su frente era despejada, noble y altiva, y su continente el de un hombre, que si no pertenece a la más elevada clase, ha recibido por lo menos una educación esmerada y frecuenta el trato de la sociedad más escogida. Tal vez era un simple hidalgo o un caballero sin más fortuna que la que pudiera proporcionarle su arrojo y su valor; pero de todos modos, no podía dudarse de que era un hombre que valía mucho.

Vestía muy sencillamente, con botas altas y coleto de piel de gamuza bastante usado. El resto de su traje era de paño fino de color verde oscuro, sin ninguna clase de adorno, y su sombrero de fieltro de color gris, era de ala más ancho de lo que entonces permitía la moda, y estaba adornado con una pluma negra sujeta bajo el rosetón de esmeraldas que servía de broche a la cinta.

La espada que ceñía era sencilla y fuerte.

con empuñadura de hierro no muy bien cuidada, lo mismo que la daga, que llevaba sujeta a su cinturón de cuero negro con hebilla de plata.

Tenía puesta la capa y estaba de pie como si acabase de entrar o fuese a salir, y su mirada se fijaba afanosamente y con inmensa ternura en la joven, mientras decía con voz agradable, pero enérgico acento:

—No; no conseguirá sus criminales propósitos; triunfaré, porque lucho con toda la fuerza de mi desesperación, con toda la fuerza de mi amor, que no tiene igual.

—Te persiguen, Raúl, te persiguen; y tus enemigos son muy poderosos — respondió ella con tristísima y debilitada voz.

—Tranquilízate, Luz mía, tranquilízate...

—Nuestro hijo... ¡Ah, nuestro hijo!... ¿Qué será de él?

—Tiene el brazo de su padre que le defienda, y el amor de su madre que lo haga dichoso.

—¿Y mi padre?

—¡Tu padre... ¡Oh! — exclamó el joven apretando los puños.

—Ya sabes que no sospecha mi desgracia. Dos días hace que volvió, y a no ser por la reina...

—Ya ha pasado el peligro: tu padre te encontró en el lecho, enferma, y lo que ha sucedido esta noche...

—Vete Raúl, vete — interrumpió vivamente doña Luz.

—Aun es temprano...

—Piensa en el aviso de mi tierna amiga, que ya me ha salvado una vez.

—Es verdad — murmuró tristemente el joven.

Y acercándose a la mesa tomó un papel que en ella había y lo acercó a la luz, prendiéndole fuego.

—Es preciso — añadió — que esto desaparezca.

—Sí, sí, evitemos que se comprometa quien tan sinceramente nos ama y nos ha hecho tantos beneficios.

El papel, donde había escrito algunos renglones fué bien pronto devorado por las llamas, y Raúl esparció sus cenizas por la pintada alfombra.

Luego volvió a acercarse a la cama.

Hubo algunos momentos de silencio, solamente interrumpido por el ruido del viento y de la lluvia.

Doña Luz exhaló un penoso suspiro, y de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

—¡Noche horrible! — exclamó con voz ahogada.

—No desmientas tu valor en estos instantes supremos.

—Vas a llevarte mi corazón, mi alma...

—Pero conmigo quedará...

—¡Ah! Un presentimiento horrible, espantoso...

—¿Desde cuándo te muestras débil ante necias supersticiones?

—Raúl...

—Basta, Luz, basta, que el tiempo vuela, y ¡quién sabe si de un sólo minuto depende el porvenir de nuestro hijo, si un sólo instante puede decidir de nuestra suerte!

—¡Dios mío! — exclamó la joven elevando al cielo una mirada del más intenso dolor.

Y luego dobló la cabeza, medio ocultándola bajo la ropa del lecho.

El joven hizo un esfuerzo para dominar su conmoción, y dijo:

—No; no podrías en tu estado soportar el dolor de esta despedida.

Y sus manos, trémulas y crispadas, separaron la ropa, dejando ver una tierna criatura entre los brazos y sobre el palpitante pecho de la desgraciada Luz.

—¡Un momento, siquiera un momento! — exclamó ésta con acento de súplica desgarradora... — ¡Soy madre!...

—Piensa en la salvación de tu hijo...

—¡Ah!

La infeliz no pudo articular una sílaba más.

Sus labios, secos y ardientes, estamparon repetidos y frenéticos besos, besos de madre, en el rostro de la tierna criatura; y no sabemos el tiempo que hubiera durado, ni el término que hubiera tenido aquella triste y conmovedora escena, si Raúl, haciéndose superior a todo con la energía propia de su espíritu ardiente, no hubiera arrancando al niño de los brazos de la dolorida madre, mientras decía:

—No pasarán muchos días sin que vuelvas a verlo... Yo vendré mañana... Adiós, Luz de mi alma, adiós.

Y ocultando bajo la capa a su hijo, salió precipitadamente de la estancia.

La joven exhaló un grito y quedó inmóvil

Capítulo III

LA SORPRESA

—¡Oh! — exclamó Raúl cuando se encontró en el inmediato aposento. — Se me abrasa la cabeza, estoy loco... ¡Ay de los que así provocan mi desesperación! ¡Ay de los que desgarran el alma de la mujer a quien tanto amo!

—Silencio, señor, que alguien puede oíros — replicó un hombre que se había colocado junto al caballero, y que parecía ser un sirviente.

—¿Qué me importa? — replicó el caballero, cuyo iracundo arrebato se aumentaba por instantes.

—¿Por ventura no puede suceder nada peor de lo que ha sucedido?

—No lo sé, Fernán...

—¿Supongo que os vais, a pesar de que está diluviando?

—Sí.

—Dios os proteja — dijo el criado, que parecía estar muy conmovido.

—¿Y Aldonza? — preguntó Raúl.

—Allí la tenéis — respondió Fernán, mientras señalaba a uno de los rincones del aposento adonde apenas alcanzaban los rayos de la luz, — duerme como una santa.

Efectivamente, sentada y con los pies colocados al borde de un brasero, había una vieja feísima y medio contrahecha, toda vestida de negro, y que dormía profundamente, mientras sostenía con su diestra un largo rosario con engaste de plata.

El caballero la despertó.

—¡Ah! — exclamó ella, pasándose las manos por sus ojuelos verdes. — Dios ha es-

cuchado mis súplicas: estaba rezando...

—Tomad — interrumpió Raúl, dejando caer en la falda de Aldonza unas cuantas monedas de oro. — Otro día acabaré de recompensaros.

—Gracias, señor, gracias; lo que me importa es la dicha de mi desgraciada señora...

—Esa dicha depende del cuidado con que se guarde este secreto.

—¿Dudáis de mi discreción?

—Confío en ella.

—Descuidad — repuso la dueña, mientras recogía y guardaba el dinero.

—Adiós.

—Pero, ¿os vais?...

—Sí.

—¡Pobrecito de mi alma!... Dejadme que le dé un beso...

—Ya lo haréis otro día; no puedo detenerme — replicó el joven. — Ahora, cuidad de vuestra señora, que se encuentra en un estado bastante grave.

Y salió del aposento, seguido de Fernán.

Pocos minutos después habían atravesado varias habitaciones, bajando una estrecha escalera y entrando en un largo pasillo.

—Al final de éste, y cerca de una puerta, se detuvieron.

—Creo — dijo Raúl — que nada tengo que recordarte.

—He escuchado, señor.

—¿Y en cuanto a recompensa?...

—Señor...

—No he pensado ofenderte; ya sé que todo lo haces por amor a tu desgraciada señora; pero no por eso he de dejar de mostrarte mi gratitud.

—Siempre que me la mostréis con vuestra estimación nada más, me consideraré honrado y recompensado sobradamente.

Raúl estrechó con cariño la diestra del criado.

—No os detengáis, señor, no os detengáis, porque no sabemos lo que puede suceder. La lluvia cae a torrentes, y parece que el huracán se ha desencadenado. No es este el momento más a propósito para andar por esas calles; pero como aquí corréis mayor peligro...

—Sí, me voy.

—Yo quisiera poder acompañaros, porque si os acontece algún lance no os podréis valer bien para defenderos, embarazado con la carga que lleváis.

—Dios querrá protegerme.

—No hablaron más.

El sirviente abrió la puerta, que no era otra que la que daba a la calle de Cuchilleros.

Raúl se envolvió bien en su ancha capa, desenvainó la espada y se dispuso a salir.

Antes de poner el pie en la calle miró a todos los lados como para convencerse de que nadie pasaba por allí.

Semejante precaución era completamente inútil, porque, según hemos dicho, la obscuridad era tan densa que no permitía ver el bulto de una persona a pocos pasos de distancia.

—A estas horas — murmuró el joven — y con este diluvio, no es probable que nadie aceche ni me salga al encuentro.

Y tranquilo sobre este punto, salió.

Cerróse la puerta.

Empero apenas dió el joven el primer paso para alejarse, pusiéronsele delante dos hombres, diciéndole con destemplada voz.

—¡Alto a la justicia!

Raúl dejó escapar un rugido de cólera, extendió el brazo derecho y volviendo a retroceder y apoyando la espalda en la puertecilla para evitar que le acometiesen por distintos lados, gritó:

—¡Paso, canalla, si estimáis la vida!

Un instante después acudió otro hombre, y tras él otros dos.

En otras circunstancias no hubiera temblado el caballero ante cinco enemigos; pero entonces tuvo miedo, no por él, sino por su hijo, a quien era, no solamente posible, sino probable que hiriesen.

Por muy torpes y cobardes que fuesen los acometedores eran cinco, al fin, y algunos de sus golpes debían forzosamente alcanzar al acometido.

Fácil es comprender lo que pasaría en el alma de Raúl, al pensar que su inocente hijo podía ser la víctima en aquel peligroso lance.

Ni él mismo hubiera podido explicar lo que en aquellos terribles momentos sintió.

Ciego por la ira, trastornado por la desesperación, como arrebatado por un vértigo, se dispuso resultamente a defenderse hasta morir, porque entregarse hubiera sido lo mismo que pronunciar su sentencia de muerte y hacer pública la deshonra de la mujer a quien tanto amaba.

¡Horrible situación!

Uno de los alguaciles sacó la linterna que llevaba.

Raúl ocultó entonces como mejor pudo el semblante bajo el embozo, y con el brazo extendido esperó.

Frente a él relumbraban cinco espadas.

—En nombre del rey nuestro señor — dijo entonces el alcalde, con grave acento.

—Dejadme el paso libre — replicó el joven. — Dejádmelo aunque seáis la justicia, porque en la situación en que me encuentro preferiré morir a entregarme.

—Caballero...

—Mirad que estoy desesperado, que mi razón está en estos momentos trastornada, y por consiguiente, que no respondo de mí.

—El trastorno de vuestra razón no es razón para la justicia...

—¡Oh!

—En nombre del rey...

—Apartaos, ¡vive el cielo! apartaos...

—Que estáis cometiendo una locura.

—Si no habéis de dejarme libre el paso, no perdáis el tiempo y acometedme, porque os juro por mi alma que no seréis dueño de mí sino después de haberme quitado la vida.

—Por última vez...

—¡Atrás, cobardes! ¡Atrás, canallas!...

—Sujetadlo.

Los corchetes, aunque no con mucha decisión dieron la primera acometida.

Raúl movió su espada en todas direcciones, y el estridente chis- chás de los aceros se unió al ruido de la lluvia y al silbido del huracán.

Tanta era la destreza con que el joven manejaba la tizona, tal su valor y tanto el ardi-

PUCKY

miento que su rabiosa ira y su desesperación le prestaban, que en aquel primer choque logró que retrocediesen un paso sus enemigos.

Empero éstos arremetieron por segunda vez con mayor furia.

—Adelante — gritó don Roque, — somos cinco y no podrá sostenerse mucho tiempo.

—Pronto lo vereis — dijo Raúl.

Y un segundo después resonó un ¡ay! de muerte y cayó pesadamente al suelo el que tenía la linterna.

A oscuras era para el joven más peligroso el combate; sin embargo, lo que acababa de suceder llenó de espanto a los alguaciles, que sobre no estar dotados de gran valor, no luchaban por nada que les interesase, lo cual fué causa de que volviesen a retroceder en algún desorden.

Raúl aprovechó esta circunstancia, avanzó un paso y consiguió herir a otro, que también cayó en tierra mientras gritaba:

—¡Soy muerto!

—Pena de la vida al que retroceda — dijo don Roque.

El joven volvió a apoyar la espalda en la puertecilla y empezó a defenderse del tercer ataque.

En aquel momento el recién nacido hizo lo que era extraño que no hubiese hecho antes, es decir, empezó a exhalar lastimeros gemidos que resonaron en toda la calle a pesar del ruido de los aceros y de la lluvia.

Esto fué causa de que cambiase completamente la situación.

El llanto de la tierna criatura fué contestado por un rugido espantable de cólera y un momento después el comendador y sus sirvientes acometieron a Raúl.

—¡Cobardes, asesinos! — exclamó éste.

—Apartaos — gritó el comendador: — dejadme solo con él; ahora es de mi honra de lo que se trata y yo le haré ver lo que cuesta la honra de los Quiñones.

No le obedecieron ni los sirvientes ni los alguaciles, sino que, por el contrario, se dispusieron a ayudarle; pero él, adelantándose a todos, arremetió con tal furia que hacía imposible parar sus repetidos golpes, mucho menos teniendo que ocuparse a la vez de los que asestaban los demás.

El niño dejó de llorar.

Transcurrieron cuatro o cinco segundos, durante los cuales puede decirse que milagrosamente no recibió el joven ninguna herida.

Sin embargo, aquella situación no podía prolongarse mucho; en breve era forzoso que sucumbiese Raúl.

—Muere, villano — gritó el comendador a la vez que dirigía una terrible y certera estocada al joven.

Empero, al mismo tiempo, éste sintió que la puerta cedía a su empuje, sin duda porque para socorrerle, la abría Fernán, y, retrocediendo a la vez que paraba como mejor podía la estocada del comendador, encontróse en el pasillo y a salvo de sus acometedores, porque la puerta volvió a cerrarse instantáneamente.

Puede el lector figurarse la desesperación del ofendido caballero.

A pesar de que aquella era su casa, quedó por algunos momentos inmóvil y sin saber

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

qué determinación debía tomar; pero después, como volviendo en sí, dijo a los alguaciles:

—Quietos aquí para estorbarle que salga.

Y dirigiéndose a don Roque y a sus criados, añadió:

—Venid, entraremos por la puerta principal y la dejaremos también guardada mientras registramos el edificio.

Y haciéndolo así, corrieron y doblaron la esquina, deteniéndose a la puerta grande y llamando con desatentados golpes.

Raúl, como se ve, estaba perdido; no se había salvado, ni su hijo tampoco, más que por algunos minutos que tardarían en registrar toda la casa, de la cual no podía salirse sino por las puertas de que hemos hecho mención.

Por astuto e ingenioso que fuese Fernán, parece imposible que encontrase medio de salvar al perseguido joven, que hasta para huir había de verse dificultado por su hijo.

Capítulo IV

INGENIO CONTRA FUERZA

Apenas hubo cerrado Fernán la puertecilla, acercóse a Raúl y le dijo:

—Por aquí... No hay que perder un instante, porque ahora entrarán para registrar la casa.

El joven no acertó a replicar, y siguió maquinalmente al criado, que lo llevó hasta el anchuroso portal de la casa, colocándolo junto al quicio de la puerta y diciéndole:

—No os mováis... Este es el único medio que nos presenta alguna probabilidad de salvación. El postigo lo habrán dejado bien guardado, y...

—Que sería lo mismo que dejaros morir.

—Al fin me encontrarán, sucumbiré, y vos no podréis negar que me habéis auxiliado.

—Eso es lo que menos importa.

—No; no consentiré que por mí..

—Silencio; ya vienen...

Fernán se alejó, llevándose la luz.

Raúl quedó inmóvil como una estatua.

Resonaron entonces los desaforados golpes dados con el aldabón, los cuales se repitieron con mayor prisa y fuerza cuando, pasado un segundo, nadie había contestado.

Al segundo llamamiento acudió Fernán, con paso perezoso, y mientras decía:

—¿Quién es? No he de perdonarle la descortesía si no es mi señor.

—Abrid, ¡vive el cielo!, abrid — gritó el comendador desde la calle.

—Allá voy, señor; allá voy — repuso Fernán mientras daba vuelta a la llave y descorría el cerrojo y abriendo dejó oculto a Raúl tras la hoja de la puerta.

—Perdone vuestra señoría — dijo, mientras se restregaba los ojos, como si acabase de despertar; — con el ruido del viento y de la lluvia...

—¿Quién ha entrado aquí, quién? — gritó fuera de sí el comendador, lanzándose furioso sobre su criado, asiéndolo por un brazo y sacudiéndolo rudamente.

—¡Señor! — exclamó Fernán, fingiendo la mayor sorpresa y terror.

—¿Quién ha estado aquí? ¿Quién ha vuelto a entrar, después de haber salido, por la puerta falsa? ¿Quién es el cómplice del miserable ladrón de mi honra?

—Pero...

—¿Te atreverás a negar?

—Señor — replicó enérgicamente el criado, — estoy dispuesto a dar mi vida por vos; pero no dejaré que sin razón se me maltrate ni que se me juzque con esa ligereza... ¿De qué se me acusa? No comprendo una palabra de cuanto se me dice.

—Pronto lo comprenderás; ven traidor.

Y el comendador, mientras apretaba con fuerza convulsiva la empuñadura de su espada, entró por la puerta que daba al patio, y llegó al pie de la escalera acompañado de don Roque y de los otros dos criados, que lo habían seguido sin darse cuenta de lo que hacían.

—Aquí, aquí — les dijo Quiñones, deteniéndose. — Yo subiré solo con este traidor, en tanto que vosotros vigiláis en este sitio, por donde necesariamente tendrá que pasar el criminal para salir por la puerta grande.

—Permitidme — replicó don Roque — que os acompañe.. No hay duda que ese hombre está en la casa, puesto que lo hemos visto entrar y no puede salir, y, por consiguiente, habréis de dar con él, y sucederá una desgracia, porque no es posible que al verlo os contengáis dentro de los límites de la prudencia.

—No: no me detendré para castigarlo.

—Eso es precisamente lo que quiero evitar.

—¿Intentaréis estorbarme que cumpla mis deberes de caballero, vengando mi honra manchada?

—Quiero cumplir con mi deber.

—Don Roque...

—Comendador...

—Estoy en mi casa.

—También está la justicia.

—No me hagáis perder el tiempo; ¡oh! no me lo hagáis perder.

—Es vano vuestro empeño—replicó enérgicamente el alcalde; — os acompañaré o no pasaréis de aquí.

—Caballero...

—Cumplo las órdenes del rey nuestro señor.

—¡Oh!...

—Yo no he venido aquí para ser testigo de un duelo, sino para apoderarme de un criminal.

Convencióse el comendador de que no conseguiría otra cosa que perder el tiempo, y cedió al fin.

Empezaron a recorrer la casa, sin que el ofendido caballero dejase un instante de gritar, jurando y amenazando, lo cual fué causa de que despertasen los que estaban dormidos y acudiesen los que no dormían, y que se encontraban en las más apartadas habitaciones, resultando que en pocos minutos todos los criados se encontrasen al lado de su señor y se mirasen sorprendidos y sin acertar a darse cuenta de lo que sucedía.

Cuando llegaron a las habitaciones de doña Luz, mandó el comendador que nadie entrase con él más que el alcalde, y adelantando ambos, encontraron a la vieja Aldonza en el mismo sitio en que la vimos antes, pero arrodillada, rezando y mirando al cielo, como poseída de terror.

—¡Ay, señor! — exclamó al ver a su amo — ¿Qué sucede? Parece que se acaba el mundo. Han sonado voces y cuchilladas...

—¿Quién ha estado aquí? — preguntó el caballero, acercándose a la vieja con ademán de terrible amenaza.

—Señor...

—¿Dónde está ese miserable?

—¡Dios bendito!...

—Responded, traidora bruja.

—Pero...

—No tardaréis en recibir el castigo que merecéis.

Y sin escuchar las exclamaciones y súplicas de la dueña, entró con el alcalde en el dormitorio de doña Luz.

Esta no había recobrado el conocimiento, perdido desde que se apercibió del gravísimo peligro en que se encontraban su hijo y Raúl.

El comendador fijó en el rostro cadavérico de su desdichada hija una centelleante mirada y apretó los puños, exclamando luego con ronca voz:

—¡Oh!... Has deshonrado a tu anciano padre; le has desgarrado el alma... ¿Por qué no has tenido bastante valor para morir antes que olvidar tu nombre y tu honor?

—Mi buen amigo — le dijo don Roque dulcemente, — no es este momento oportuno...

—Es verdad — murmuró el comendador.

Y pasándose las manos por la frente y exhalando un penoso suspiro, hizo un esfuerzo, y añadió después de un instante.

—Vamos.

Luego miró bajo la cama y tras las colgaduras, y convencido de que nadie se ocultaba allí, salió otra vez, continuando el registro, sin dejar desván ni rincón.

Lo dejaremos recorrer la casa, y mientras volveremos al lado de Raúl.

Como si no pensase en ello, Fernán había dejado la puerta abierta.

Los otros dos criados no se ocuparon tampoco de semejante cosa, mucho menos cuando la precaución de cerrar parecía enteramente inútil, una vez que había de guardarse la salida del patio y que no era evitar que nadie entrase lo que se necesitaba.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

No hay más que una forma de salvarla — dijo suavemente don Alvaro. — Su tutor la reclamará y el alcalde lo apoyará por el interés que tiene... Pero si usted es la señora de Alvarado, nadie tendrá poder sobre usted. Mi esposa en mi hacienda se hallará a salvo de todos los pícaros de Méjico. Yo la hubiera mantenido en el desierto para salvarla... Pero ahora lo sabe todo, usted decidirá lo que hacemos.

Río Kid a la distancia acariciaba el cuello de Coceador. Comprendía que aquella era una escena en la que un tercero estaba de más. Pero al cabo de un rato oyó ruidos de pasos y vió a Juana con el rostro cubierto de rubor y a don Alvaro que le tendía la mano.

—Señor. Le debo a usted mucho. Los dos, Juana y yo, le debemos mucho. Cuando supe que usted se había llevado a la señorita, juré tomar venganza, pero si usted no se la hubiera llevado no hubiera sabido nada de lo que se tramaba contra ella. ¡Usted ha sido mi mejor amigo! Hoy emprenderemos viaje de regreso a mi hacienda y usted nos acompañará.

—¡Seguramente! — asintió Río Kid.

Emprendieron el viaje de regreso por el desierto pero no vieron ni al alcalde de Pajito ni a sus hombres. Sin duda, con la fuga de los caballos, muchos de los hombres de la expedición quedaron a pie y una persona a pie en el desierto se podía considerar perdida.

El desierto quedó por fin atrás y ellos llegaron a la estancia de don Alvaro en las cercanías de Pajito.

Allí permaneció por un tiempo Río Kid.

Ni Manderson ni el alcalde habían regresado todavía. Pero, seguramente si al volver deseaban llevar adelante sus propósitos sería ya tarde, pues Juana ya había dejado de ser Juana Valence, para convertirse en señora de Alvarado.

Manderson, no recibió por este motivo la concesión de petróleo que ambicionaba y decepcionado abandonó Méjico.

Río Kid permaneció algún tiempo en la estancia de Alvarado, pero al fin se marchó. El llamado de la pradera, de la libertad, le hizo despedirse de sus amigos, montar en su caballo gris y ponerse de nuevo en camino.

Y esta vez tomó rumbo al Norte.

¡ATADO!

—¡Es Río Kid!

—Sí. ¡Es el bandido, el asaltante Río Kid.

—¡Diablo! ¡La cosa es peligrosa!

—Tengan mucho cuidado, muchachos. — exclamó Cactus Pete. — Viene hacia este lado y creo que ese es nuestro carnero, con lana y todo.

Los cuatro facinerosos que se hallaban ocultos en el bosque observaban a cierta distancia al jinete que avanzaba en aquella dirección.

Su caballo marchaba a un buen trote, evidentemente tratando de buscar el amparo de los árboles; donde Cactus Pete y su banda se encontraban emboscados. Era cosa fácil, conocer a Río Kid, aún a la distancia.

Su risueño rostro, casi oculto por las amplias alas de su sombrero Stetson, con la cinta adornada con pepitas de plata, sus

pantalones cubiertos de piel por la parte delantera, las espuelas de plata, el pañuelo de seda de color azul de su cuello, todo en él, denunciaba en seguida al muchacho de Texas.

Mientras caminaba, iba entonando una canción. No había duda de que por muy precavido que acostumbrara a ser, en aquella ocasión iba completamente confiado. Sin temor alguno.

Su corazón se sentía alegre, tanto por lo hermoso del día como por haber regresado a su país del que había estado ausente bastante tiempo.

Durante su permanencia en Méjico, había tenido muchas y peligrosas aventuras y sus pensamientos fueron, en más de una ocasión, hacia un lugar de Chihuabua o de Sonora, donde se veía con un hogar formado... una estancia que atender, lejos del alcance de los sheriffs de su país.

Pero al fin, el recuerdo de su tierra se había sobrepuesto a todo y despreciando el peligro había regresado a Texas, apesar de que allí tenía que vivir constantemente con sus revólvers de seis tiros en la mano.

—Me parece que vamos a poder apoderarnos de ese vaquero en forma muy fácil, — dijo Cactus Peter hablando en voz baja. — Es necesario que nos apoderemos de él por sorpresa, para evitar el peligro que supondría el que se diera cuenta de nuestras intenciones.

—No creo que sea necesario que andemos a tiros... El muchacho viene directamente hacia nosotros.

—Seguramente — dijo Kansas. — ¿Pero que es lo que te propones, Pete ¡Ese muchacho, es, como nosotros y los lobos no se muerden entre sí.

—Nosotros no somos criminales, — gruñó Cactus Pete. — Si hay una cantidad de personas que suponen que nosotros somos ladrones de caballos, nadie es capaz de probarnos nada.

Kansas se echó a reír.

—Creo que hay por aquí una buena cantidad de vaqueros que no acostumbran a reunir muchas pruebas cuando están convencidos de una cosa, — dijo.

—Lo que tenemos que hacer, — prosiguió Cactus Pete. — Es agarrar y atar a Río Kid, en cuanto caiga en nuestras manos... El que lo entregue ganará 1.000 dólares que hay destinados para su captura. Y esa cantidad la podemos ganar fácilmente.

—¿Y si intentara sacar un revólver? — dijo uno de la banda.

—No sacará revólver alguno, Pawnes Bill. Primeramente lo colocaré yo bajo la amenaza de mi rifle y si tratara de hacerse el malo, nada me costará mandarlo al otro mundo.

Tendido en el suelo, detrás de un árbol, Cactus Pete miraba por encima del cañón de un rifle. Este se hallaba apoyado contra las raíces del árbol y apuntaba directamente al jinete que avanzaba.

Río Kid ofrecía un excelente blanco y el otro no tenía más que apretar el gatillo para derribarlo de su caballo gris.

—Ten preparado tu lazo, Laredo Jim. — exclamó Cactus Pete. — Eres el más hábil de todos los del grupo. Enlázalo cuando yo te avise y no te preocupes de sus revólvers. No llegará a usarlos.

—Comprendido, — respondió el otro, quien preparó su lazo rápidamente.

—Dicen que Río Kid es un hombre que siempre está alerta. Pero en esta ocasión viene directamente a la trampa, sin sospechar nada, al parecer.

—¡Lo capturaremos! — dijo Cactus Pete.

—Cuidado que no vea, ni sospeche nada. Es muy rápido y desconfiado.

La banda quedó callada esperando que Río Kid se pusiera a su alcance.

Avanzaba siempre canturreando al parecer bien ageno al peligro que le amenazaba.

Los ojos de Cactus Pete, brillaban sobre el cañón de su rifle. Laredo Jim se hallaba preparado con su lazo. Kansas y Pawnes Bill, tenían sus revólvers de seis tiros en la mano. Río Kid avanzaba sin sospechar la emboscada.

Se hallaba tan solo a unas yardas de distancia del lindero del bosque cuando detuvo su caballo. Parecía que algún secreto instinto le prevenía del peligro Cactus Pete exclamó de pronto.

—¡Arriba las manos Río Kid! ¡Te tengo bajo la amenaza del rifle!

Y al decir esto levantó un poco el arma, que relució al ser herida por los rayos del sol.

El muchacho de Texas permaneció inmóvil por un momento, y luego levantó lentamente las manos a la altura de su cabeza. Sabía bien que estaba amenazado y que no había posibilidad, por el momento de intentar nada. Valiente, como era no quería exponer la vida inútilmente pues, mientras había vida, había esperanzas.

Levantó pues las manos e hizo un gesto de indiferencia.

—¡Es tuya la partida! — dijo alegremente. — Esta vez has ligado las mejores cartas.

—¡Quieto, Río Kid!

—Seguramente, — respondió sonriendo el muchacho.

Silbó el lazo en el aire. Río se dió cuenta de lo que iba a pasar, pero no podía hacer nada por evitarlo. El lazo cayó sobre sus hombros y se escurrió hasta su cintura, en seguida Laredo Jim, dió un tirón y derribó al muchacho de la silla.

Río Kid cayó pesadamente al suelo. En el mismo momento los cuatro bandidos lo rodearon.

—¡Ha sido una tarea fácil, muchachos! — dijo Río Kid. — Me han tomado y no tienen nada que temer. Ya les he dicho que la partida es suya esta vez.

—Atarlo bien, — exclamó Cactus Pete.

La banda no perdió tiempo y aseguró rápidamente al muchacho. Una cuerda fuerte sujetó sus brazos, a los costados del cuerpo. Le sacaron los revólvers de cabo de

nogal. Río Kid se sentó en el suelo, sonriendo y tranquilo. Pero sus ojos brillaban de un modo poco tranquilizador para los otros. La caída brutal desde la silla le había molestado.

—¡Creo que no era necesario haberme proporcionado ese golpe, muchachos! — dijo con toda calma. — Ya me tenían seguro.

—No hemos querido correr riesgos contigo Río Kid, — respondió Laredo Jim. — Eres tan rápido para hacer uso del revólver...

—Traerlo hasta el bosque, — ordenó Cactus Pete.

perado con impaciencia en la región de San Pedro... ¿Qué es lo que te propones

—¡Mil dólares! — respondió lacónicamente Cactuc Pete.

Los labios de Río Kid, hicieron una mueca.

—¿Me han capturado para ganar la recompensa? — preguntó.

—Eso es.

—Al principio los confundí, al verlos. No pensé nunca lo que buscaban, coyotes. Pero les aseguro que si tuviera uno solo de mis revólvers en la mano no tardaría en presentar a las autoridades el regalo de la banda

Cactus Pete levantó el rebenque y lo dejó caer con fuerza sobre los hombros de Río Kid.

Río Kid fué puesto de pié, Con exclamaciones de júbilo los ladrones se dirigieron hasta los árboles. El caballo gris los siguió. El muchacho fué colocado junto al tronco de un árbol y se sentó allí. Luego miró a los que lo habían capturado.

—Me han sorprendido bien. Pero yo no me explico cual es su juego. Ustedes no son gente del cheriff.

—Seguramente que no, — dijo Kansas.

—Ya los conozco. Son ladrones de caballos, — continuó el muchacho. — Yo te conozco bien de Fría, Cactus Pete, y me parece que han de recibirte muy bien cuando vuelvas por allí. Creo también que eres es-

de canallas más grande que hay por estos sitios.

—No te va a ser cosa muy fácil esa, — dijo Cactus Pete. — Esta tarde vas a venir con nosotros hasta Pino Azul. Creo que allí encontraremos una buena y fuerte cuerda para colgarte, Río Kid.

—¡Malditos coyotes! ¡Cobardes!

Los ojos de Cactus Pete, lanzaron chispas.

—Lo mejor que puedes hacer, es cerrar la boca, Río, — agregó el bandido con tono amenazador. — Tu me hiciste morder el polvo en Frío y en San Pedro. Pero ahora te tengo en mi poder y no voy a andar con contemplaciones contigo

—Eres muy valiente cuando hablas con uno que tiene las manos atadas, — dijo Río Kid, con desprecio. — Desátame y de hombre a hombre, vamos a ver quien vence. Verás si no te hago caer de rodillas y pedirme perdón.

Cactus Pete levantó su rebenque y lo dejó caer con fuerza sobre los hombros del muchacho.

—¡Toma! — rugió.

Los ojos de Río Kid manifestaron su ira.

—¡Creo que te acordarás de esto Cactus Pete! — exclamó.

—No me parece.

—Eso es lo que tu dices, — respondió ya tranquilo el muchacho y no habló más.

EL APACHE

El jefe "Varios Ponies", levantó su cabeza de negros cabellos adornados con una pluma, de entre el lecho de hojas en que se hallaba y prestó atención. Sus ojos brillantes manifestaban su interés.

En lo más profundo del bosque el apache había buscado el refugio durante las horas de calor, no sin haber tomado la precaución de ocultarse.

Había cubierto muchas millas a pié, pues el apache "Varios Ponies" no disponía de caballo. Su manta estaba hecha girones, sus mocasines destrozados y sus polainas rotas.

No olvidaba el jefe apache, la época en que recorría las praderas a la cabeza de un centenar de ginetes guerreros, en busca de caballos que robar y cueros cabelludos que arrancar, para adornar con ellos sus lanzas y sus cinturones.

—¡Pero de eso hacía ya mucho tiempo! El jefe apache era ahora pobre y recorría aquellas regiones, implorando convites de alcohol y robando alguno que otro caballo, cuando se presentaba la ocasión para venderlo, sin despreciar las gallinas que caían al alcance de su mano.

Aquella mañana había huído hasta Pino Azul, perseguido por un grupo de vaqueros que lo había sorprendido demasiado cerca de un caballo que se hallaba atado a la puerta de un establecimiento de bebidas, de uno de los llamados salones.

Una lluvia de balas lo había obligado a huir sin que por fortuna, para él, le hubieran causado más daño que destrozar, algo más de lo que estaban, sus ropas y calzado, y uno de los plomos le hubiera producido una ligera herida en la mejilla.

El jefe "Varios Ponies" había huido tratando de salvar su vida. Y rendido de cansancio y no muy seguro todavía, había ido a ocultarse en el bosque. Allí había permanecido entre un montón de hojas secas, hasta que oyó ruido de voces y el apache levantó la cabeza y escuchó.

Había cerca de allí hombres blancos y temía. Disparar balas de revólver contra él era un juego más común para los hombres blancos, pero a él no le agradaba, pues, aún cuando no le tirasen a matar, podía haber un error...

Transcurrió un buen rato antes de que se determinara a levantarse, pero cuando lo hizo, no produjo ruido alguno. En el bosque había acampados hombres blancos que habían llegado hasta allí montados en caballos, y aquella era una oportunidad que él no poda despreciar. Acaso tuviera que utilizar el cuchillo, única arma de que disponía.. pero si mataba a algún blanco, sería una pequeña parte de la venganza que pensaba siempre en tomar.

Odiaba a los rostros pálidos... A todos, sin más que una excepción: la de uno de Texas que había sido un amigo para él, que lo había ayudado en sus momentos de necesidad, que lo había alimentado, y que le había curado una pierna herida por una bala.

Pero aquel hombre blanco era también un perseguido por la justicia y el jefe "Varios Ponies", no esperaba volverlo a ver.

Desde su escondite, el piel roja observó el campamento de los blancos. Sus ojos leyeron en aquellos rostros cubiertos por espesas barbas, que eran ladrones de caballos, como él. Aquellos cuatro hombres no podían ser vaqueros y si lo descubrían dispararían sus armas... y tirarían a dejarlo tendido en el suelo para siempre.

La vida de un vagabundo piel roja, no tenía importancia alguna para hombres de la condición de Cactus Pete y de su banda.

Pero el apache alcanzó a ver a un quinto personaje que estaba atado y recostado contra el tronco de un árbol. Y la sorpresa que le produjo aquello estuvo a punto de traicionarlo.

Había reconocido a Río Kid. La única cara que veía con satisfacción. Era el hombre blanco a quien tan agradecido estaba por los favores que de él había recibido y entonces olvidó el odio que sentía hacia los demás.

Durante un buen rato permaneció contemplando a Río Kid antes de volver a hundirse en las profundidades del bosque.

Los movimientos de los cuatro bandidos no le preocupaban ahora. Ellos suponían que en aquel punto alejado de toda civilización, no había más ser viviente que ellos y su prisionero. El jefe "Varios Ponies", no había dejado las huellas de su paso, y tampoco hacía ruido como para alarmar a los otros.

Ni los ladrones de caballos ni su prisionero suponían que estaba tan cerca de ellos un indio apache de la categoría de "Varios Ponies".

Los cuatro caballos de los ladrones y el de Río Kid habían sido atados juntos. Habían bebido abundante agua y comido fresca hierba en abundancia y ahora descansaban tendidos sobre el pasto, hasta que volvieran a reanudar su marcha.

Aun cuando hacía mucho calor, allí, bajo los frondosos árboles, se sentía una agradable frescura.

Cactus Pete y sus hombres, sentados a la sombra fumaban y jugaban al poker con un mazo de grasientas cartas, mientras

PUCKY

Cactus Pete se dirigió hacia el árbol disparando su revólver.

aguardaban que cesara el calor para dirigirse a la localidad de Pino Azul.

Río Kid estaba a cierta distancia fuertemente atado. Para tenerlo más seguro sus captores le habían atado también los pies y además lo sujetaron al tronco de un árbol.

Estaba perdido, y el muchacho lo comprendía así. No podía esperar movimiento noble de aquella clase de gente, gente endurecida en el delito y sin escrúpulos de ninguna especie.

Sólo pensaban en obtener la recompensa de los 1.000 dólares por su captura, y Cactus Pete en satisfacer además su venganza.

Río Kid, permanecía sereno: Sabía que al llegar a Pino Azul le esperaba el extremo de una cuerda, pero aquella localidad estaba aun a bastantes millas de distancia, y no llegarían allí antes de la noche, en el mejor de los casos. Entretanto podrían ocurrir muchas cosas.

No tenía esperanzas en nada, pero habituado al peligro esperaba que se presentara alguna oportunidad para hacerla favorable.

Sus oídos escucharon de pronto un pequeño ruido del lado en que se hallaban los caballos a una docena de yardas del árbol en que estaba atado él. Los bandidos, aten-

tos a su juego, no oyeron nada. Como entre los caballos estaba Coceador, el muchacho temeroso de que fueran atacados, por alguna fiera o coyotes hambrientos, volvió la cabeza hacia aquel lado, sin olvidarse de su fiel compañero aun en aquellos momentos difíciles.

Su sorpresa fué grande. Alguien se ocupaba de desatar a los animales. Alguien, que seguramente no era uno de los de la banda. Una mirada y la rápida aparición de una manta de chillones colores le demostraron que se trataba de un indio.

—¿Qué es eso? — murmuró.

Pensó inmediotamente que si algún indio ladrón de caballos realizaba su maniobra, aquello redundaría seguramente en su beneficio, pues los ladrones desmontados no podrían llevarlo a Pino Azul.

Pero inmediatamente sacudió la cabeza con desaliento. Era indudable que allí había un piel roja, pero no podría llevarse los caballos ya que al ponerse los animales de pie serían vistos en seguida por los ladrones. De pronto el relinchar de uno de los caballos hizo levantar a los ladrones.

—¿Qué han visto los caballos para asustarse? — exclamó Kansas.

Cactus Pete se puso de pie con su revólver en la mano. Su mirada fué instantáneamente hacia el lado en que se hallaba Río Kid. Pero en seguida comprobó que el muchacho no se había movido, ni le era posible hacerlo aún cuando lo hubiera deseado.

—No tengas miedo hombre, que no me puedo escapar.

Cactus Pete lanzó un juramento a manera de respuesta, y corrió hacia el lado de los caballos. Entonces lanzó un grito y su revólver se dejó oír.

—¡Indios! — exclamó.

¡AMIGO O ENEMIGO!

Cartas y cigarros fueron olvidados inmediatamente, y cada uno de los hombres sacó su revólver poniéndose alerta. Hasta se olvidaron de Río Kid en aquel momento de alarma.

—¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Cactus Pete disparó su revólver hacia el lado donde había visto aparecer la cabeza adornada con una pluma. Pero aquella aparición había sido repentina. El piel roja desapareció enseguida. Pero él continuaba haciendo disparos a ciegas, contra los árboles y a cada disparo un juramento.

¡Bang! ¡Bang!

Los otros imitarían su ejemplo y, aún cuando no veían, disparaban sin cesar sus armas, contra los montones de lianas, y pasto alto.

El piel roja se había desvanecido. Apesar de ello durante un buen rato las detonaciones despertaron ecos en el bosque.

Los bandidos temían a cada momento que empezara una lluvia de flechas o de balas entre los árboles. Pero no ocurrió nada de eso. Entonces comprendieron que estaban gastando sus municiones inútilmente y cesaron el fuego.

Cactus Pete permaneció mirando hacia el lado en que estaban los caballos.

—¡Muertos! — exclamó Kansas.

—¡Maldito indio!

—¡Ha matado los caballos! — gritó Laredo Jim.

Cactus Pete juraba desesperado

Entre el alto pasto yacían cuatro caballos, el cuchillo del apache había hecho buena obra.

Los bandidos se quedaron mirando aquello lanzando maldiciones. De todos los caballos sólo uno había quedado vivo, y este era el de Río Kid. ¿Por qué había perdonado el piel roja a Coceador? Había tenido tiempo de sobra para dar una puñalada más y degollarlo.

—¡Maldito coyote rojo! — dijo Cactus Pete con voz ronca. — Lo que es como logremos echarte la mano encima...

—Acaso sea una banda de ellos, — dijo Kansas mirando con desconfianza a su alrededor.

Cactus Pete lanzó un nuevo juramento.

—Si se tratara de una banda de apaches, a estas horas ya los tendríamos encima... ¿No ves, además, que sólo se notan unas huellas?

—¿Pero, por qué ha dado muerte a los caballos?

—Porque no podía llevárselos — respondió Pawnee Bill. — Pero, los han matado...

—¡Para que no pudiéramos perseguirlo! Buscarlo por el bosque, y donde lo encontréis le hacéis pedazos.

Claramente se notaba que era una sola persona la que había realizado la obra de dar muerte a todos los caballos, y a buen seguro que de haberse quedado por allí, dada la furia que experimentaban los ladrones, no le hubiera ido muy bien al autor de la hazaña. Al convencerse los ladrones de que era uno sólo el adversario que tenían que buscar, recobraron el perdido valor y se lanzaron al interior del bosque en busca suya.

Cactus Pete, sin embargo, fué más prudente y se encaminó al lugar en que se hallaba Río Kid. Tenía grandes deseos de vengarse del piel roja que había dejado a pié a los del grupo, pero aquello no le hacía alvidar al prisionero que representaba para él la suma de 1.000 dólares.

—¡Qué extraño es todo esto! — murmuró.

Detrás del árbol al que se hallaba atado Río Kid, había agachada una persona que llevaba una manta de colores chillones. Tenía un cuchillo en la mano. ¡Bang!

El jefe "Varios Ponies", escapó para ponerse a cubierto cuando Cactus Pete se dirigió hacia el árbol, disparando su revólver mientras avanzaba.

El canalla se detuvo jadeanee ante Río Kid.

—Me parece que ese piel roja, trataba de hacerle algo desagradable — dijo.

El muchacho de Texas, hizo un gesto de

PUCKY

En el centro de un montón de lianas Cactus Pete descubrió lo que buscaba.

asentimiento. Había oído llegar al piel roja hasta colocarse detrás del árbol y esperaba de un momento a otro que su cuchillo lo hiriese. Pero no había querido llamar a los cuatreros.

Atado, como estaba, no esperaba que el piel roja lo perdonara, pues se hallaba bien ageno a suponer que era un amigo.

—Creo que el piel roja iba detrás de mi cuero cabelludo, amigo, — dijo Río Kid completamente tranquilo. — Era una cosa que consideraba segura y sin peligro.

—Yo le hubiera dejado completar la obra, seguramente de no haber tenido el interés que tengo por llevarlo a Pino Azul, para cobrar los mil dólares, — exclamó Cactus Pete.

—Lo creo, por eso no pensé en pedirles auxilio, — agregó el muchacho definitivamente.

Cactus Pete, había quedado solo, pues los otros bandidos habían partido hacia el interior del bosque en persecución del piel roja. Entonces marchó hacia el lugar en que se hallaban los caballos para asegurar a Coceador.

—¡Eh! — exclamó Río Kid.

Había hecho un extraño descubrimiento. Al tratar de moverse notó que la cuerda que lo sujetaba al tronco del árbol estaba cortada. Durante un momento quedó sorprendido y sin explicarse aquello. Unicamente el piel roja que había estado detrás del árbol

podía haber hecho semejante cosa.

El había considerado un enemigo a aquel hombre y ahora tenía la convicción que si Cactus Pete no hubiera llegado tan pronto lo hubiera libertado por completo. Ahora sus pensamientos tomaban otro giro. Si el piel rojo había cortado la cuerda era por que trataba de protegerlo.

Miró en torno suyo pero no se veía el menor rastro del piel roja, que era perseguido por los otros bandidos.

Tiro tras tiro era disparado y entre unos y otros se oían los juramentos y amenazas de los bandidos. Pero nada indicaba que el piel roja había sido encontrado.

Río Kid trató de ver si el piel roja había podido llevar más adelante su obra. Pero no consiguió nada. Los bandidos habían atado fuertemente las cuerdas y éstas eran resistentes. Cesó de forcejear al convencerse de que con aquello no hacía más que fatigarse inútilmente.

Cactus Pete se hallaba a cierta distancia cuidando el caballo de Río Kid.

Kansas, Pawnee Bill y Laredo Bill, continuaban buscando al fugitivo.

—¡Dejadlo muchachos! — gritó Cactus Pete — Dejadlo y nos pondremos en marcha en cuanto caiga un poco el sol.

Los otros se reunieron, jadeantes a su jefe.

—Creo que ese maldito se ha escapado trepando por los árboles. Sería necesario ser un mono para perseguirlo. — dijo Kansas.

—¡Maldito sea! — Agregó Pete. — Es necesario arreglar las cosas para ponernos en marcha nuevamente.

—¡Con un sólo caballo para todos! — agregó Laredo Bill. — No vamos a poder llegar a Pino Azul hasta mañana, Pete.

—Seguramente.

—¡Maldito coyote! De aquí a Pino Azul, hay lo menos treinta y cinco millas. Pero, ¿dónde se ha metido ese condenado de Pawnee, hace un rato estaba con nosotros?

—¡Pawnee Bill! ¡Ven en seguida! ¡Qué haces por ahí solo? Nos vamos. — gritó Cactus Pete.

Pero Pawnee Bill no respondió al llamado. El bosque estaba silencioso.

Como lo llamaran todos sin obtener respuesta. Cactus Pete ya con desconfianza exclamó.

—¿No habrá encontrado el indio a Pawnee Bill

Los tres canallas se miraron con terror.

—Si se ha separado de nosotros y lo ha sorprendido el otro peor para él. — exclamó Kansas.

—Pero no vamos a marcharnos dejándolo aquí. — exclamó Cactus. — Tú Kansas quédate aquí cuidando a ese otro. Yo voy con Laredo a ver lo que le ha ocurrido a ese idiota. Si ves al indio haz fuego en seguida.

—¡Ya lo creo!

Los dos canallas marcharon nuevamente hacia el interior del bosque en busca de su compañero. No tuvieron mucho que andar.

En el centro de un montón de llanas, Cactus Pete descubrió lo que buscaba.

—¡Pawnee Bill! — exclamó no muy tranquilo y mirando a su alrededor.

—¡Está muerto, Pete! — murmuró Laredo.

Pawnee Bill se hallaba tendido de espaldas con una puñalada en el corazón. Sus ojos abiertos parecían mirar a sus compañeros, pero no veían. Su camisa estaba llena de sangre. El apache había tomado su venganza.

EL CANTO DEL BUHO

—¡Maldito indio! — repitió Cactus Pete en voz baja.

Nadie pensó ya en buscar al matador de los caballos en el bosque. La suerte corrida por Pawnee Bill los hacía ser prudentes. Deseaban verse cuanto antes en la llanura donde no había posibilidad de que acudiera alguno y los atacara por sorpresa. Ahora, cada sombra que se movía entre los árboles los atemorizaba.

El caballo gris fué desatado rápidamente y cargado con todo lo que era posible que llevara. Río Kid fué puesto bruscamente de pié y le cortaron las ligaduras que sujetaban sus piernas para que pudiera andar.

Una vez realizado esto y lanzando miradas hacia atrás, el grupo abandonó el bosque llevando a su prisionero.

Después que se hubieron alejado un poco, se detuvieron para mirar una vez más hacia atrás.

—Creo que daría con gusto todo el dinero que voy a recibir por entregar a Río Kid. Con tal de tener al alcance de mi revólver a ese maldito indio. — rugió Cactus Pete.

—Lo que es yo no volvería al bosque otra vez por todo el oro del mundo. Pero, creo que no volveremos a encontrar a ese maldito.

—¡Lo mismo me parece a mí! — agregó Laredo.

Río Kid se sonrió.

—Me parece que ese indio los ha asustado. ¿Por qué no me dejan en libertad y yo iré a buscarlo? Verán como lo traigo.

Cactus Pete le dirigió una mirada de desconfianza.

—Ese indio cortó las cuerdas que te ataban al árbol... ¿Tú sabes quien es?

Río Kid lanzó una carcajada.

—¡En mi vida le he visto! Pero me hubiera gustado que los hubiera muerto a todos ustedes, aún cuando yo hubiera seguido el mismo camino.

—¡Cállate! — rugió Pete.

—Estoy pensando en que ese indio se ha apoderado del revólver de Pownee y como conozca la forma de manejarlo, todavía puede darnos algún disgusto, — dijo Laredo, no muy tranquilo.

Como si aquellas palabras hubieran sido un conjuro, de entre los árboles partió un disparo y Cactus Pete lanzó un horrible juramento cuando la bala arrancó de su cabeza el sombrero Stetson. Unos milímetros más y lo deja tendido.

—¡Diablos! — exclamó Kansas.

Y dando un tirón de las riendas del ca-

Inicie hoy la lectura de

RAUL DE LANCASTE

Es una verdadera joya literaria

ballo le hicieron apresurar la marcha. Apesar de la carga que llevaba Coceador, Kansas iba sobre él. Laredo y Cactus Pete marchaban detrás y este último llevaba casi a la rastra a Río Kid, quien trataba de dificultar la marcha. Entonces el bandido sacó su revólver y amenazando con él al muchacho exclamó.

—Como no marches ligero te dejo tendido en el camino.

—No te creo capaz de ello. Tienes mucho interés en cobrar los dólares.

Del grupo de árboles partió otro disparo, pero entonces los ladrones se hallaban ya fuera del alcance de las balas. Cactus Pete dió orden de detenerse y rifle en mano esperó a que el piel roja se dejara ver.

Mas pasaron varios minutos y no ocurrió lo que esperaba. Sin duda el indio los observaba y no tenía interés en satisfacer sus deseos.

—¡Vamos! — ordenó de mala gana Cactus Pete.

Y de nuevo se echaron a andar. La tarde avanzaba y no había esperanzas de llegar a Pino Azul, por lo cual se verían obligados a acampar al aire libre.

Río Kid pensó que en esas condiciones las probabilidades de libertarse aumentaban.

Caminaron millas y millas, y el sol ya se ocultaba en el oeste, hacia el lado donde quedaban las montañas de Nuevo Méjico. Cuando los últimos rayos rojos desaparecieron, Cactus Pete dió orden de detenerse.

—No puedo más, — exclamó. — Estoy rendido. Creo que debemos abandonar toda esperanza de llegar a Pino Azul antes de mañana.

—Debemos acampar en cualquier parte. — dijo Kansas.

—Creo lo mismo Pete. — Las piernas se niegan ya a seguir caminando — agregó Laredo.

Las sombras iban cubriendo la pradera. Se dispusieron a acampar. Primeramente aseguraron el caballo gris, luego Cactus se cercioró de que las ligaduras que sujetaban a Río Kid estaban en buen estado y con gran furia le ató también los pies.

—¡Es necesario no correr riesgos contigo, maldito coyote! — gruñó.

—Haces bien, por que te lo confieso, que como me des una oportunidad, has dejado de robar caballos en tu vida.

Con otro trozo de cuerda aseguró el canalla a Río Kid a una piedra y los tres prepararon la comida sin pensar en ofrecerle al prisionero. Los víveres escaseaban y no podían gastar más que los que ellos necesitaban.

Después de comer se liaron en sus mantas, y se dispusieron a dormir. Río se hallaba cerca de su caballo. Poco después reinaba silencio.

Pero mientras los tres bandidos roncaban, Río Kid no podía conciliar el sueño. Estaba dolorido hasta los huesos, pues las ligaduras habían sido hechas en forma tan fuerte que las cuerdas se le clavaban en la carne.

Pensaba y pensaba el muchacho que la única oprtunidad que había tenido para verse libre había desaparecido tal vez para siempre. Cactus Pete y sus compañeros estaban lejos de suponer que el piel roja había seguido sus pasos, pues no lo habían visto durante las quince millas que habían recorrido por la pradera.

Tampoco lo sospechaba Río Kid.

El silencio de la noche se vió turbado de pronto por el canto de un buho, pero aquello no tenía nada de extraño, pues era muy frecuente oírlo durante la noche en las praderas, por ello, al principio no prestó atención. Mas en vista de la insistencia, ya que se repetía en forma muy seguida y cada vez más cerca, Río Kid pensó que aquello era extraño.

Prestó entonces atención y notó que el canto terminaba con una nota singular. Entonces comprendió.

No era un animal el que emitía aquel sonido, y recordó que ya lo había oído exactamente igual en otra ocasión, cuando había acampado en el chaparral con el apache herido, al que había cuidado.

El corazón de Río Kid se sintió entonces animado por la esperanza y su rostro se animó, así como su mirada.

Sabía ya quien era el desconocido piel roja que había dado muerte a los caballos en el bosque y sabía que el indio lo había reconocido y seguía el rastro de Cactus Pete y de sus hombres para tratar de libertarlo. Sabía ya, en fin, que aquel indio no era otro que el jefe "Varios Ponies".

EL CAMPAMENTO EN LA PRADERA

Río Kid permanecía atento.

La obscuridad reinaba en la pradera, únicamente la luz de las estrellas esparcían un débil resplandor en el campamento donde se habían instalado los que conducían prisioneros al muchacho de Texas.

A su alrededor se hallaban tendidos Cactus Pete y los dos hombres que lo acompañaban. Coceador, el caballo gris de Río Kid, estaba atado cerca de allí echado en el pasto verde. Pero Río Kid permanecía despierto mientras los otros dormían.

Se hallaba fuertemente atado de pies y manos. Una fuga era imposible por sus propios medios. Entre el lugar donde habían formado el campamento y la localidad de Pino Azul, había veinte millas de distancia, y los de la banda pensaban reiniciar el camino en cuanto amaneciese.

El muchacho de Texas pensaba en la alegría que iba a tener el sheriff de Pino Azul, cuando lo llevaran a él bien sujeto.

Cactus Pete y sus hombres conocidos como ladrones de caballos no eran muy estimados en Pino Azul, ni en otros muchos puntos de Texas. Pero en aquella ocasión serían bien recibidos, seguramente, ya que llevaban prisionero al muchacho que durante tanto tiempo había hecho fracasar todas las tentativas para capturarlo. Cactus Pete recibiría pues el premio de 1.000 dólares.

Río Kid estaba a merced suya y sin probabilidades de escapar.

Pero oía con atención algo que le interesaba. De entre las sombras de la noche había llegado a sus oídos el canto del buho y aquello llevó algunas esperanzas a su corazón.

La seña era conocida para él y sabía que era la que empleaba el jefe indio "Varios Ponies" para prevenir su presencia a los amigos. El apache estaba cerca dispuesto a ayudarle como había empezado ya a hacer. Aquella señal era la única esperanza del muchacho.

Río Kid gozaba de mala reputación en su propio país. Varios asaltos y muertes le habían sido atribuídos. Había realizado por el contrario muchas buenas acciones, que en más de una ocasión le dieron el merecido resultado.

El canto de buho, volvió a repetirse más cerca. ¿Habría despertado a los bandidos? ¿Cuáles serían las intenciones del indio? No lo sabía, pero aguardaba confiado para ver el giro que tomaban los acontecimientos. Río Kid no respondió por temor a que los ladrones despertaran y se dieran cuenta del peligro que para ellos suponía la presencia del apache. El menor ruido podía despertar la alarma.

Transcurrieron algunos momentos y Cactus Pete se despertó y se sentó, para observar al prisionero. Había pocas probabilidades de que éste lograra escapar, pero con Río Kid todas las precauciones eran pocas.

Sus manos revisaron las cuerdas que sujetaban a su prisionero y lanzó un gruñido de satisfacción.

—Creo que ahora no te me vas a escapar, — murmuró.

—Lo mismo pienso. Atado de esta manera no me es posible hacer nada más que esperar lo que me está destinado. Me parece que puedes contar como seguros los 1.000 dólares.

—Eso es. Por ello no quiero correr riesgos contigo. Creo que nunca me habrán visto con tanta alegría los muchachos de Pino Azul, como cuando me vean aparecer con mi prisionero.

—¡Maldito seas coyote, traidor!

—No conseguirás que me disguste, Río Kid. Ahora no pienso más que en llevarte al cheriff para que me dé la recompensa. Además de esa manera me vengaré de todo lo que me has hecho. Acuérdate de que me trataste en forma bien cruda en Frío.

—Es cierto, y lo que siento es, que en aquella ocasión no te hice colgar de la rama de un árbol.

—En cambio será tu cuello el que recibirá, ahora, la corbata de cáñamo. Kid — respondió Cactus Pete, riendo. — No creo que en Pino Azul, cuando lleguemos mañana, van a perder mucho tiempo en pensar lo que tienen que hacer contigo.

—Es que todavía no hemos llegado allí.

—¿Tienes aún esperanzas de escapar? — dijo Cactus volviendo a revisar las ligaduras para convencerse una vez más de que estaban bien fuertes. Eres una persona de cuidado, y con razón los cheriffs han puesto ese precio a tu captura pero creo que ahora no te valdrán tus mañas, y mañana por la noche te balancearás al extremo de un lazo. Y si no hubiera sido por ese maldito piel roja, ya estarías ahorcado.

Y Cactus Pete comenzó a jurar de nuevo al recordar la muerte de los caballos, causa de su fracaso y de que hubieran tenido que acampañar en la llanura.

Río Kid sonreía en silencio.

Cactus Pete se quedó mirándolo sin dejar de maldecir.

—Ese piel roja te ha favorecido, perro. A no ser por él, ya estarías en Pino Azul y tu suerte estaría decidida. De eso no te quepa la menor duda.

Los otros dos hombres habían sido despertados por las voces. Kansas y Laredo se sentaron envuelto en sus mantas.

—¿Qué pasa? — preguntó Kansas.

—Le estoy informando a este perro de la suerte que le espera mañana, — respondió Cactus Pete.

—¡Ya lo creo, como que va a tener una colocación muy elevada!

—¡Seguramente! — agregó Laredo.

Después de esto los tres ladrones de caballos, se volvieron a acostar y se envolvieron en las mantas para seguir durmiendo el resto de la noche.

Río Kid respiró nuevamente con libertad. No había llegado ningún otro ruido del lado en que se hallaba el piel roja. Ninguno de los del grupo tenía sospechas de su presencia.

Se habían vuelto a dormir y Río Kid continuaba despierto, oyendo y esperando.

LA MANO DEL APACHE

El leve rumor que se había oído entre el pasto de la pradera podía haber sido causado por la brisa que se levantaba al hallarse ya cercana la aurora. Pero Río Kid no lo atribuyó a eso.

El piel roja se encontraba cerca, y ya trabajaba. El corazón de Río Kid latía con fuerza mientras los ladrones de caballos dormían.

El muchacho lanzó un débil sonido, imitación del que había repetido varias veces el apache. Era para indicar a este el sitio en que se hallaba él.

Sin duda el jefe "Varios Ponies" había oído y callaba. El silencio volvió a ser absoluto.

Cuchillo en mano el apache se hallaba ya allí para salvar a su amigo. De haber estado despiertos los ldrones la situación hubiera sido muy diferente, pues, ninguno de ellos hubiera escatimado las balas de su revólver al darse cuenta de lo que ocurría.

Los procedimientos traicioneros eran propios de los apaches, aún cuando no hubieran sido del todo necesarios, y de serle posible, el indio no vacilaría en asesinar uno por uno, a los ladrones.

¿Qué iba a ocurrir en la obscuridad?

Se oyó entre las sombras un débil gemido. Aquello hizo helar la sangre en las venas de Río Kid apesar de ser hombre de nervios fuertes. Pero había comprendido lo que aquel ruido significaba.

Aun cuando el ruido había sido muy débil bastó para despertar a Cactus Pete, quien echando a un lado la manta que le envolvía, se puso de pie.

—¿Qué ocurre? — preguntó con salvaje entonación.

Inmediatamente agregó con furia y terror.

—¡Los indios! ¡Despierten muchachos! ¡Indios!

Y comenzó a disparar su revólver de seis tiros.

—¡Bang! ¡Bang!

Se oyó el ruido de una carrera. El indio se alejaba. Pero a poco desde la distancia y en otra dirección se oía el horrible ruido de guerra de los apaches. Largo y salvaje, lleno de ferocidad, era el aviso del peligro. Despertó otros ecos que fueron alejándose. Todo volvió a quedar en silencio.

Desde el campamento continuaban disparando tiros. Eran dos los que hacían los disparos. Pero el tercero permanecía envuelto en su manta, sin moverse.

—¡Creo que el indio ha vuelto a escapar! — exclamó Cactus Pete.

—¡Maldito! — agregó Kansas.

—Pero, ¿cómo no se ha despertado con todo este barullo ese condenado de Laredo?

—¡Me parece que el indio lo mató antes de que nos despertáramos!

—¡Mil rayos! — rugió Pete.

Kansas, levantó las mantas que envolvían al ladrón y reconoció a su compañero que permanecía inmóvil.

—¡Muerto! — dijo lacónicamente.

—¡El indio lo ultimó!

En la garganta tenía clavado un largo cuchillo. El débil gemido que emitió al morir había salvado a sus compañeros de correr la misma suerte. De no haber sido por él, el cuchillo del apache, hubiera producido otras dos víctimas.

Kansas volvió a sentir miedo y miró en redor.

—¡Lo ha asesinado, Pete! ¡Lo mismo que hizo con Pawnee Bill en el bosque!... ¡Y a este paso nos va a matar a todos!...

—¡Maldito indio! — exclamó Cactus Pete, apretando con furia los dientes... y mirando con desconfianza en torno suyo. — Ese es por lo visto su juego. Debe ser un indio apache, porque el grito de guerra que ha lanzado era el de esa tribu. ¡Ira de Dios! ¿Cómo aparece esa gente por aquí?

Kansas no respondió. Miraba por todas partes temiendo ver por cualquier lado el rostro cobrizo de un indio.

Cactus Pete recordó de pronto a su prisionero, al que había olvidado en los momentos de alarma. Se acercó a Río Kid.

—¡Diablos! ¡Si el indio llega a matar también a Río Kid! ¡Es capaz de llevárselo atado como está... o matarlo, que sería peor.

Río Kid sonreía en la obscuridad.

—¿Ha llegado la hora de marchar? — preguntó tranquilamente. — ¿Qué era todo ese barullo ¿Ha vuelto de nuevo el indio?

—¡Seguramente! — respondió Cactus Pete, satisfecho de encontrar con vida a su prisionero. — Y creo que si yo no me hubiera despertado a tiempo a estas horas todos habríamos emprendido el viaje largo.

—¡Bah! Eso no me interesa mucho... Después de todo, eso es lo que me espera mañana. ¿No es así?

—¡Ya lo creo! — respondió Cactus Pete.

En el resto de la noche no durmió nadie más, y cuando llegaron las primeras luces de la aurora los dos hombres estaban en marcha, vigilando. Del piel roja no se había vuelto a oír ni a saber nada, y pensaron en que se hubiera ido para esperar otra ocasión propicia.

Pero ellos continuaban vigilando.

—¿Por qué los seguía con aquel encarnizamiento el piel roja? Aquello era un misterio para los cuatreros. De que el jefe "Varios Ponies", trataba de protejer a Río Kid, ellos no suponían nada.

—Debe ser algún indio arrojado del trabajo por ladrón y que anda merodeando y satisfaciendo sus feroces instintos, — murmuró Cactus Pete. — No es cosa nueva por aquí... Pero como se deje ver cuando sea de día...

—No creo que lo volvamos a encontrar, — dijo Kansas. — Ahora lo importante es que lleguemos mañana a Pino Azul. No debemos acampar nuevamente en la pradera por que con es indio cerca ya hemos visto el peligro que hay.

—¡Maldito coyote rojo! — rugió otra vez Cactus Pete.

En el horizonte comenzaba ya a verse una estrecha franja de luz.

La llegada del día, significaba seguridad para los dos ladrones de caballos pero no constituía una esperanza para Río Kid.

Cuando el sol lanzara sus rayos sobre la pradera sus captores podrían mancjarse con más facilidad, pues el piel roja no se aventuraría a sufrir las consecuencias de los revolvers de los cuatreros.

La obra quedaría sin terminar. Cuatro caballos y dos hombres, habían caído bajo el cuchillo del apache, pero aún quedaban dos e iban a reanudar la marcha hacia Pino Azul donde pondrían a Río Kid bajo la custodia del sheriff y aquello suponía el fin para el muchacho de Texas.

El semblante de Río Kid se iba ensombre-

ciendo a medida que el sol se iba levantando.

LA EMBOSCADA

Cactus Pete observó detenidamente la llanura en todas direcciones. No esperaba que el apache se hallara cerca del campamento, pero muy bien podía estar emboscado detrás de algún arbusto, piedra, o entre el alto pasto.

Pero por más que trató de descubrir no notó el menor rastro del peligro enemigo.

—Debe haberse ido ya, Pete — exclamó Kansas. — No se atreverá a aventurarse a la luz del día.

Cactus Pete asintió con un gesto y volvió a guardar el revólver.

—¡Maldito apache! ¡Daría un puñado de dólares por tenerlo al alcance de mi revólver...!

Volvió a mirar con desconfianza hacia la pradera. Había allí hondonadas, pequeñas colinas, alto pasto, piedras y arbustos. Era posible que en alguno de aquellos lugares se hallara emboscado observando los movimientos de los dos cuatreros. Tenía además, en su poder un revólver...

—Es necesario que estemos bien alerta,— dio Cactus. — Es muy posible que se haya ido, pero también lo es que esté emboscado. Para llegar a Pino Azul tenemos que recorrer aun veinte millas, y la forma en que ha logrado dar muerte a Laredo me tiene un poco intranquilo.

—Realmente, es un hombre atrevido y hábil! — dijo Kansas.

Tomaron su desayuno antes de ponerse en marcha y luego volvieron a cargar el caballo y se dispusieron a reanudar el viaje. Río Kid fué puesto rudamente de pié.

Cactus Pete le quitó la cuerda que le sujetaba la piernas a fin de que pudiera caminar, en cuanto a los brazos continuaron atados a los costados.

El muchacho que tenía los miembros entumecidos vaciló al ser puesto de pie, pero Pete lo sacudió con violencia.

—¡Quédate parado, perro maldito! — Ahora tendrás ocasión de desentumecer las piernas en el paseo que vas a dar.

Río Kid se mordió los labios, para no lanzar un gemido de dolor. Las piernas lo mismo que los brazos, le dolían horriblemente. Sus ojos lanzaron una mirada llena de ira.

—¡Dale un golpe para que se amanse! — dijo Kansas.

Había conducido hasta el campamento al caballo gris que volvió la cabeza para mirar a su amo. Kansas le dió un furioso tirón de la rienda.

—¡Toma! — rugió Cactus Pete, dándole un golpe a Río. — ¡Vamos!, ¡Camina!

—¡Pega, pega, ahora que puedes hacerlo, perro cuatrero!

—No te importe, hoy a la tarde habrás dejado de sufrir.

—¡Qué loco fuí cuando no te metí una bala en la cabeza allá en San Pedro! — dijo Río Kid

—Pero no lo hiciste y ahora soy yo el que pega... ¡Toma! — y volvió a cruzarle la espalda y los hombros con otro rebencazo.

Río Kid vaciló. Las piernas se negaban a marchar y cayó al suelo.

Kansas miró. Ya se había distanciado un poco con el caballo.

—¿Vienes o no? — exclamó.

Cactus Pete lanzó un juramento.

—Trae acá ese caballo, le ataremos una cuerda y así si este bandido no quiere caminar lo llevaremos arrastrado.

—Es cierto, — respondió Kansas.

Acercaron el caballo y después de atar a la silla un extremo de un lazo arrollaron el otro extremo a la cintura de Río Kid. Luego Cactus puso a éste otra vez de pié.

—¡Ahora, en marcha!

—¡Cactus, pídele a Dios que no me vea libre jamás! — murmuró Río Kid.

—¡Camina y no hagas caso de lo que ocurra, Kansas! — ordenó Cactus.

Montó en Coceador y se puso en marcha. El tirón que dió el lazo puso en movimiento a Río Kid, quien a tropezones siguió la marcha detrás del animal. Cactus Pete marchaba detrás con el rebenque en la mano.

—Nos vas a retrasar la marcha bastante, pero abandona toda esperanza de una nueva intervención del indio, pues llegaremos a Pino Azul antes de que se haga de noche... y allí morirás, si no mueres antes a manos del apache.

Río Kid, seguía torpemente y en silencio. la marcha del caballo. No había un camino marcado, pero los dos hombres conocían bien el terreno por donde iban y marchaban en línea recta hacia Pino Azul.

De vez en cuando el noble caballo volvía la cabeza para mirar a su amo y se detenía un momento perplejo. Pero era tratado lo mismo que Río Kid, y en cada una de estas ocasiones, un fuerte tirón de riendas y un rebencazo lo hacían ponerse de nuevo en marcha.

El muchacho apretaba los dientes cada vez que ocurría tal cosa, pues los golpes dados al animal le dolían a él, tanto como los que recibía.

Así marcharon dos millas. Atrás quedaban los cuerpos de Pawnee y de Laredo para ser devorados por los buitres y coyotes. Llegaron a una hondonada donde corría un arroyo y el caballo trató de dirigirse hacia allí para apagar la sed pero un brusco tirón de las riendas lo hizo cambiar de rumbo.

De pronto el jinete, Kansas se llevó una mano al pecho Río Kid notó el ademán y se quedó mirándolo. Cactus Pete palideció. Un segundo después fué oído el eco de una detonación, la de la bala que había herido a Kansas en pleno corazón.

Pesadamente, sin un grito, el canalla cayó desde lo alto de la silla.

—¡Kansas! — exclamó Cactus Pete.

Sacó su revólver y miró en redor con un ademán de desafío. De un salto se acercó a Coceador y puso el caballo entre él y la dirección de donde había partido el tiro.

—¡Kansas! — volvió a llamar.

PUCKY

Pero el hombre caído no respondió. La bala disparada desde un grupo de mesquite había sido certera y le había partido el corazón.

—¡Por el diablo! — murmuró palideciendo Cactus. — ¡Otro más! — Y con su revólver en la mano trató de descubrir al que había hecho el disparo.

Pero no se veía a nadie.

—¡Ha sido el indio! — murmuró.

Los ojos de Río Kid se habían vuelto a animar.

Tenía pocas esperanzas de volver a encontrar al indio después de abandonar el campamento. Pero el apache no había dejado de protegerlo.

—Ese indio es muy inteligente... — pensó Río. — Ya lo creo. Ha calculado que iban a conducirme a Pino Azul y se ha emboscado, precisamente en el lugar por donde debíamos pasar, y ha atacado, después de darles tiempo para que volvieran a marchar confiados...

Cactus Pete permanecía indeciso. Como Río Kid, también él pensaba que aquello era obra del indio y la manera de atacar lo tenía intranquilo. De todos los que formaban el grupo sólo quedaba él.

—¡Cómo se deje ver ese perro yo le aseguro que...!

Tanto él, como Réo Kid, vigilaban atentamente. En una lucha abierta con revólver comprendía el muchacho que el jefe "Varios Ponies" llevaba las de perder ya que Cactus Pete era considerado un buen tirador. Pero sin duda el indio lo suponía así también por que no se dejó ver.

Tampoco disparó de nuevo el revólver, ya que aquello hubiera atraído la respuesta hacia el lado en que se hallaba.

Río Kid leía en el pensamiento de Cactus Pete. El jefe "Varios Ponies" permanecía silencioso, pero no inactivo. El caballo continuaba sirviendo de defensa a Cactus, pero Río Kid sabía, y Pete adivinaba, que el indio habría cambiado ya de dirección y trataría de atacar por la espalda al cuatrero.

Cada minuto que pasaba, aumentaba el peligro en que se hallaba Cactus Pete.

—Lo mejor es marchar de aquí cuanto antes. — Montaré en el caballo y tú correras la suerte atado al final del lazo. Río Kid.

El caballo arrancó de pronto arrastrando a Río Kid

Muerto o vivo, yo te llevaré a Pino Azul.

Volvió a guardar el revólver, tomó las riendas con mano temblorosa y saltó sobre el caballo gris al que clavó las espuelas salvajemente. El animal arrancó de pronto y el tirón hizo caer al suelo a Río Kid.

Cactus Pete, sin cuidarse de lo que pudiese ocurrir al muchacho, daba rebencazos a Coceador y el animal corría mientras detrás iba Río Kid golpeando contra todo lo que se oponía a su paso, arrastrado por el lazo. No había compasión en el corazón del bandido, y el muchacho hubiera muerto de seguir mucho tiempo más en aquella forma. Pero no tardó en perder el conocimiento al recibir uno de los golpes en la cabeza.

Cuando recobró los sentidos se hallaba tendido en el suelo entre unos arbustos y el noble Coceador le acariciaba con el hocico.

En efecto, el caballo se hallaba a su lado y al levantar la mirada el muchacho notó que la silla estaba vacía. El continuaba atado y no tenía idea de haber oído detonación alguna.

—¡Mi buen amigo! ¡Mi noble amigo! ¿Qué ha ocurrido?

Se sentó en el sitio en que se hallaba y miró a su alrededor. En el mismo momento llegó a él, el grito de guerra del apache. El jefe "Varios Ponies" con su manta de colores chillones, corría hacia él cuchillo en mano. Un instante después las ligaduras habían sido cortadas y Río Kid estaba libre.

EN MARCHA DE NUEVO

—¡Al fin libre! — murmuró el apache.

Río Kid empezó a darse fuertes friegas en las piernas y los brazos, que estaban entumecidos no sólo por las ataduras sino por los golpes recibidos mientras fué llevado a la rastra. Cuando intentó ponerse de pié, la mano del apache se posó con fuerza sobre su hombro.

¡Bang!

Desde una cierta distancia había partido una bala, que pasó rozando la cabeza del muchacho.

—¿Estamos seguros? — exclamó sonriendo.

Comprendió entonces lo que había ocurrido. El apache había derribado de la silla, de un tiro, a Cactus Pete, pero éste no había muerto. Los ojos de Río Kid relampaguearon.

—Amigo indio, me has hecho un gran servicio. Pero deja que me entienda con ese bandido. Yo me basto para darle su merecido.

El jefe "Varios Ponies" asintió.

—Mi hermano ha hablado, — dijo con solemne dignidad, que contrastaba con su aspecto. — ¡Es justo!

¡Bang! ¡Bang!

El revólver volvió a dejar oír su voz. Cactus Pete estaba haciendo desesperadamente disparo tras disparo. Continuaba en el lugar en que había caído del caballo, a unas doce yardas de distancia. En su cara manchada de sangre se notaba la desesperación. La bala del apache, aun cuando le había dado en la cabeza había errado por milímetros un golpe mortal. La herida era leve, pudiendo haber sido fatal.

En su furia, disparaba en la dirección en que se hallaban Río Kid y el apache.

Todavía no comprendía que era la salvación del muchacho lo que buscaba el piel roja y al verlo en el suelo junto a él, creía que trataba de asesinarlo hundiéndole el cuchillo en el corazón.

Cuando llegara su turno únicamente su revólver de seis tiros podía salvarlo y por ello hacía disparos tras disparo, sin pensar, en lo que sucedió, que agotó inútilmente todas las balas.

Se agazapó para volver a cargar de nuevo y esperar.

—¡Eh, amigo! ¡Ahora me ha llegado el turno a mí!

Cactus Pete se sobresaltó, era la voz de Río Kid la que había hablado. El canalla notó entonces que no había caído bajo el cuchillo del apache, quien se hallaba acurrucado entre el pasto cerca de él.

—¡Maldito asesino! — continuó Río Kid. — ¿No me oyes?

Cactus Pete olvidó su ira contra el indio y respondió.

—¡Sal al descubierto. ¿Por qué te proteges en ese grupo de mesquites? ¡Sal y te daré tu merecido!

Río Kid se echó a reír.

—¡Ya lo creo que voy a salir! Pero será para darte muerte de un tiro.

Silenciosamente el indio le alcanzó el revólver. Las armas de Río Kid se hallaban en las cartucheras de la silla de Coceador, pero el revólver que le había alcanzado el apache era un buen Colt. ¡Era nuevamente un hombre libre y con un revólver en la mano! Podía ajustarle las cuentas al canalla que lo había maltratado en aquella forma.

De pronto salió de su escondite y avanzó haciendo fuego en forma tan rápida e imprevista, que Cactus se puso de pie levantando las manos a la altura de la cabeza.

—¡No me mates, Río Kid! — imploró.

El muchacho tenía una horrible expresión en su mirada. Su revólver amenazaba la cara del bandido.

—¡Maldito cobarde! — Sólo te atreves a atacar a un hombre, cuando lo tienes atado. No te voy a dejar una gota de sangre en el cuerpo, lobo maldito.

Cactus Pete permanecía con las manos a la altura de la cabeza. No se atrevía a hacer uso de su arma teniendo enfrente a Río Kid en situación de responderle del mismo modo.

(Continuará)

—¿Cómo ha ido esa primera salida...?

—He atropellado ocho personas, cuatro cerdos...

—Le felicito, joven. Ha hecho usted en un día lo que a otros les cuesta un mes...

EL ASESINATO DE ROGER ACKROYD

Por A. CHRISTIE

(Continuación)

SI, Parker; vuelvo a él, no porque lo considere el asesino, pues no ha cometido el crimen ¿pero quién mejor que él podría encaminar al misterioso bandido que aterrorizaba a la señora Ferrars? Puede haber sabido detalles de la muerte del señor Ferrars por uno de los sirvientes de King's Paddock. En todo caso ha podido conocerlos más fácilmente que otro, que Blunt por ejemplo.

—Parker puede haber sacado la carta, en efecto, pues yo sólo más tarde noté su desaparición.

—¿Cuándo? ¿Cuándo Blunt y Raimundo entraron en la pieza, o más tarde?

—No recuerdo — dije lentamente — creo que fué antes... no, después, sí, estoy casi seguro de que fué después.

—Entonces tres personas pueden ser puestas en causa — dijo Poirot pensativo — pero lo más probable es que sea Parker quien robó la carta. Tengo ganas de hacer una pequeña experiencia sobre él. ¿Quiere usted acompañarme a Fernly?

Acepté y partimos en seguida.

Poirot pidió ver a miss Ackroyd y ella vino en seguida.

—Señorita Flora — dijo el detective — quiero confiarle un secreto. — No estoy muy seguro de la inocencia de Parker y me propongo tentar una pequeña prueba, con su ayuda. Quisiera conocer algunos de sus gestos la noche del crimen, pero hay que pensar en la forma de explicarle... ¡Ah! Ya está. Deseo saber si desde la terraza pueden oírse voces de personas que hablaran en la peñuena entrada. Ahora llame a Parker.

Llamó y el mayordomo apareció obsequioso como siempre.

—¿Ha llamado el señor?

—Sí Parker; quisiera hacer una experiencia. He pedido al mayor Blunt que permanezca en la terraza cerca de la ventana del escritorio para darme cuenta de si una persona colocada en ese lugar pudo oír su conversación con miss Ackroyd, en el vestíbulo, la noche del crimen. Deseo saber como han pasado las cosas. ¿Quiere pues ir a buscar la bandeja que usted llevaba?

Parker desapareció y nosotros nos dirigimos a la entrada que precede al escritorio. Al cabo de un momento oímos un ruido cristalino en el hall y Parker apareció en el umbral llevando una bandeja con un sifón, una botella de whisky y dos vasos.

—Un momento — exclamó Poirot levantando la mano y al parecer agitado. — Hay que proceder con método, exactamente en el orden en que se han sucedido los acontecimientos, es una de mis pequeñas manías.

—Es una extraña costumbre, ¿verdad señor? — dijo Parker. — Creo que se llama a esto la reconstrucción del crimen.

Permaneció imperturbable, esperando amable las órdenes de Poirot.

Este exclamó:

—¡Ah! Este buen Parker está al corriente. Ha leído relatos de esa clase. Ahora, les pido que sean lo más precisos posible; usted venía del vestíbulo exterior. ¿Dónde se hallaba la señorita?

—Aquí — dijo Flora colocándose contra la puerta del escritorio.

—Es así, señor — dijo Parker.

—Acababa de cerrar la puerta — dijo Flora.

—Sí, señorita — añadió el mayordomo — su mano se hallaba aún sobre el pestillo como ahora.

—Vamos — dijo Poirot — continúen.

Flora permaneció de pie, la mano contra la puerta y Parker después de alejarse un momento, reapareció sobre el umbral del hall, trayendo la bandeja. Luego se detuvo. Flora habló:

—Parker, el señor Ackroyd no desea ser molestado esta noche. ¿Está bien? — añadió más bajo.

—Sí, creo que fué así, miss Flora — replicó Parker, pero creo qe en lugar de esta noche, dijo "ahora".

Luego levantando la voz de manera un poco teatral añadió:

—Muy bien, señorita, ¿Debo cerrar las puertas como de costumbre?

—Sí, como guste.

Parker se retiró y Flora lo siguió y comenzó a subir la escalera principal.

—¿Es suficiente? — dijo volviéndose.

—Perfectamente — declaró el pequeño hombre frotándose las manos.

—A propósito Parker ¿está usted bien seguro de que había dos vasos sobre la bandeja esa noche? ¿Para quién era el otro?

—Siempre llevaba dos vasos, señor — dijo Parker. — ¿El señor desea algo más?

—No, nada, gracias.

Parker se fué, siempre digno y Poirot permaneció en medio del hall con el entrecejo fruncido. Flora descendió la escalera y vino hacia nosotros.

—¿Su experiencia ha sido concluyente? — preguntó. — No comprendo bien.

Poirot sonrió.

—No es necesario que usted comprenda — respondió — pero dígame. ¿Había realmente dos vasos en la bandeja?

Flora reflexionó un momento:

—No me acuerdo — dijo — Creo que sí. ¿Era eso lo que usted quería realmente saber?

Poirot le tomó la mano y la palmeo.

—Acepte esta explicación — dijo — yo busco siempre la verdad.

—¿Parker ha dicho la verdad?

—Creo realmente que sí — respondió Poirot gravemente.

Poco más tarde regresábamos al pueblo.

—¿Por qué hizo usted esa pregunta sobre los vasos? — le pregunté con curiosidad.

Poirot se encogió de hombros.

—Hay que decir algo — declaró — y esa pregunta fué lo mismo que cualquiera otra.

Lo miré fijamente.

—En todo caso, mi amigo — dijo con mayor seriedad. — He aclarado un punto que quería dilucidar. Quedémosnos aquí.

Capítulo XVI

UNA VELADA DE MAH-JONG

Esa misma noche, tuvimos una pequeña reunión de Mah-Jong. Esa clase de recepciones está muy de moda en King's Abbot. Los invitados llegan después de la cena. Toman el café y se les ofrece té, sandwiches y pastel. Esta vez nuestros invitados eran: miss Ganett y el coronel Carter que vive cerca de la iglesia. Se habla mucho de los demás durante esas reuniones y eso perjudica un poco el juego.

Antes jugábamos al bridge, a un bridge hablado, de la peor especie, pero encontramos el Mah-Jong más tranquilo. Así no hay discusiones entre compañeros, cuando uno de ellos no ha jugado la carta conveniente y, aunque expresamos aún francamente nuestras críticas, han dejado de ser acerbas.

—¡Qué frío hace esta noche, Sheppard!— dijo el coronel Carter poniéndose de pie y apoyándose contra la chimenea. Carolina había llevado a miss Ganett a su cuarto donde la ayudaba a despojarse de sus numerosos chales. — Eso me recuerda la travesía de Afganistan.

—¿Es verdad? — dije amablemente.

—Misterioso el asunto del pobre Ackroyd — continuó el coronel aceptando una taza de café. — según mi opinión, hay aún muchas cosas ocultas. Entre nosotros, Sheppard he oído pronunciar la palabra "chantage" y me dirigió una mirada que podía ser definida, una mirada de hombre a hombre.

—Hay una mujer en todo esto, — añadió — créame, hay una mujer.

Carolina y miss Ganett aparecieron en ese momento y mientras miss Ganett tomaba su café Carolina tomaba la caja de Mah-Jong y colocaba sobre la mesa los dominós.

—Repartamos los dominós — dijo el coronel con tono jactancioso. — Sí, como en el club de Shangai.

La opinión de Carolina y la mía es que el coronel Carter no ha puesto en su vida los pies en el club de Shangai, creemos también que jamás ha ido más lejos de la India donde ha vivido con cajas de conserva durante la Gran Guerra, pero el coronel es muy militar y las pequeñas manías de cada uno son muy respetadas en King's Abbot.

—¿Comenzamos? — preguntó Carolina.

Nos sentamos alrededor de la mesa y durante diez minutos, reinó el silencio más absoluto pues todos rivalizábamos en velocidad para construir nuestro muro.

—A ti James — dijo al fin Carolina. — Eres viento del Este.

Coloqué un dominó y se jugaron algunos golpes interrumpidos solo por las palabras "tres bambúes", "dos círculos", "pong" y frecuentemente también por "perdón" que pronunciaba miss Ganett siempre dispuesta a apoderarse de dominós sobre los que no tenía ningún derecho.

—He visto esta mañana a Flora Ackroyd — dijo — ¡Pong!

—Cuatro círculos — dijo Carolina. — ¿Dónde la vió?

—Ella no me vió a mí — añadió miss Ganett con ese tono significativo especial de los habitantes de ciudades pequeñas.

—¡Ah! — dijo Carolina con tono interesado — "tcho".

—Creo — dijo miss Ganett abandonando un momento su tema — que ahora se dice "tcheu" en lugar de "tcho".

—Vamos — dijo Carolina — ya siempre he dicho "tcho"

—En el club de Shangai — dijo el coronel Carter — se dice siempre "tcho".

Miss Ganett se calló.

—¿Que decía usted sobre Flora Ackroyd? — preguntó Carolina después de unos instantes consagrados sólo al juego. — ¿Estaba sola?

—Natural que no — replicó miss Ganett.

Las dos damas se miraron y parecieron entenderse.

—Realmente — exclamó Carolina muy agitada. — ¡No me sorprende!

—¡Esperamos que juegue usted miss Carolina! — dijo el coronel Carter que afecta a veces tomar la actitud de un hombre absorto en el juego e indiferente a las charlas.

—Si quiere usted mi opinión... — dijo miss Ganett. — ¿Es un bambú lo que colocó ahí? ¡Ah! no, es un círculo... como le decía, mi opinión es que Flora ha tenido mucha suerte.

—¿Cómo miss Ganett? — preguntó el coronel. — Tomo ese dragón verde... ¿Por

qué cree usted que miss Flora ha tenido suerte? Es una joven encantadora.

—No estoy muy al corriente de lo que concierne a los crímenes — dijo miss Ganett con el tono de alguien que no ignora nada sobre ese tema — pero puedo afirmar una cosa: la primera pregunta que uno se hace es esta: ¿Cuál es la última persona que vió viva a la víctima? y esa persona es siempre sospechosa. Entonces en ese caso particular está Flora Ackroyd y la situación hubiera podido ser muy tirante para ella realmente. Según mi opinión — se la doy por si sirve de algo — Ralph Paton se oculta para atraer las sospechas sobre él.

—Vamos — protesté suavemente. — ¿Creerá usted posible que una joven como Flora Ackroyd sea capaz de apuñalear a su tío a sangre fría?

—No sé nada — respondió miss Ganett. — Acabo de leer un libro sobre los bajos fondos de París donde se dice que los peores criminales son a menudo jóvenes de rostro angelical.

—¡Pero eso es en Alemania — dijo Carolina.

—Es cierto — dijo el coronel — sin embargo les contaré una historia que recorre los bazares de la India.

La historia del coronel era interminable y presentaba poco interés. Un acontecimiento ocurrido en la India, hace una cantidad de años no puede conpararse a un hecho de hace dos días y teniendo a King's Abbot por teatro.

Mi hermana puso felizmente fin a ese relato del coronel declarando "Mad-jong".

Después de la ligera molestia que resulta siempre del hecho de que yo estoy obligado a corregir las operaciones aritméticas de Carolina, siempre un poco defectuosas, recomenzamos un nuevo partido.

—Pasa el viento del Este — declaró mi hermana — Tengo una idea, sobre Ralph Paton. — Tres caracteres, guardo uno para mí.

—Es cierto—dijo miss Ganett—Tcho... quiero decir Pong.

—Sí — respondió mi hermana con firmeza.

—¿Tiene concordancia con los botines?— preguntó miss Ganett — hablo del color.

—Corcordancia perfecta — afirmó Carolina.

—¿Qué tiende a probar? — dijo miss Ganett.

Mi hermana apretó los labios y movió la cabeza como si estuviera muy al corriente.

—Pong — dijo miss Ganett — no, perdón. Supongo que el doctor, que siempre está con el señor Poirot comparte sus secretos.

—De ninguna manera.

—¡James es muy modesto! — dijo Carolina. — ¡Ah! un cuadrado oculto.

El coronel dejó oír un silbido y durante un momento el juego nos absorvió.

—Tiene Ud. también dos dragones—dijo el coronel — Hay que ser prudentes, miss Carolina va a hacer un buen juego.

Jugamos en silencio; luego el coronel añadió:

—Ese señor Poirot. ¿Es realmente un gran detective?

—El más grande que existe — afirmó Carolina. — Vino de incógnito para evitar el ruido que podía hacerse sobre su nombre.

—¡Tcho! — dijo miss Ganett. — ¡Qué gloria para nuestro pueblo! A propósito, mi mucama Clara es amiga de una de las sirvientas de Fernly, llamada Elsie; ésta ha hablado de una gran suma de dinero robada y le ha dicho que una muchacha llamada Ursula Bourne no debe ser extraña a ese robo. Parece que debe partir y que de noche llora mucho. Es probable que esté afiliada a una banda. Además parece que siempre ha sido rara; no se ha relacionado con ninguna de las otras muchachas y sale siempre sola, lo que no es natural. Le he pedido una vez que venga a nuestras reuniones de la Sociedad de jóvenes y se negó. Le hice entonces algunas preguntas sobre su familia y me parecieron sus respuestas muy impertinentes. Exteriormente tenía una actitud respetuosa, pero de cierta manera, me obligó a callarme.

Miss Ganett se detuvo para tomar aliento y el coronel, a quien ese asunto de sirvientes no interesaba nada hizo observar que en el club de Shangai se jugaba más rápido. Pusimos ese precepto en práctica y, luego, después de un rato Carolina dijo:

—Miss Russell ha venido aquí diciendo que va consultar a James, el viernes a la mañana. Según mi opinión quería saber donde guardamos los venenos. "Cinco caracteres".

—Tcho — dijo mis Ganett. — ¡Que cosa extraña. Me pregunto si será así.

—A propósito de venenos — dijo el coronel. — ¿Cómo?... ¿yo no he jugado? ¡Ah! Ocho bambues.

—¡Mah-jong! — exclamó miss Ganett.

Carolina pareció contrariada.

—Si yo hubiera tenido un dragón rojo — dijo — tendría una mano de pares.

—Tuve dos dragones rojos desde el principio — confesé.

—Te reconozco bien en eso, James — exclamó Carolina en tono de reproche — No te preocupas del juego.

Mi opinión era que yo había jugado muy bien pues hubiera tenido que pagarle gran cantidad de puntos si ella hubiera ganado, mientras que el Mah-jong de miss Ganett era más modesto, lo que Carolina se apresuró a hacerle notar.

Pasó el viento del Este y comenzamos otro partido.

—Miren lo que quería decirles — declaró Carolina.

—¿Qué? — preguntó miss Ganett como para animarla.

—Quiero hablar de Ralph Paton.

—Sí, querida. — La voz de miss Ganett la apremiaba más. — ¡"Tcho"!

—Es señal de debilidad anunciar "tcho" tan rápido — dijo severamente Carolina — mejor tratar de hacer una linda partida.

—Ya lo sé. ¿Qué decía usted... sobre Ralph Paton?

—Creo haber adivinado donde está.

Todos nos detuvimos para mirarla.

—Es interesante, miss Carolina — dijo el coronel Carter. — ¿Lo adivinó usted sola?

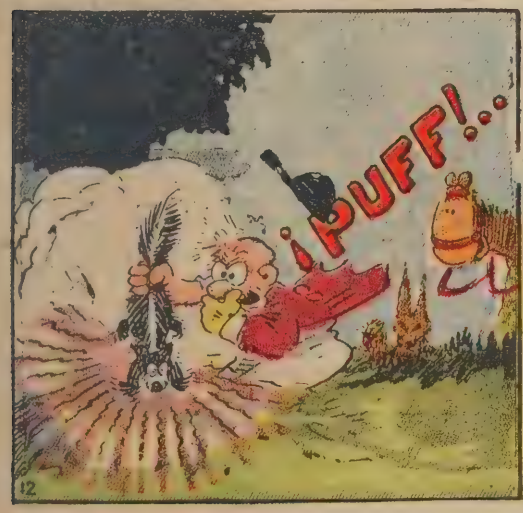
—Voy a explicarles. ¿Conocen ustedes el

AVENTURAS DE

LOS CAZADORES están en plena actividad. Recorren el bosque, ansiosos por dar caza al zorro. Barnigugli, montado en su magnífico pingo quiere ser el héroe de la jornada.

© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

BARNIGUGLI por Debeck



gran mapa del Condado que está colgado en el vestíbulo?

Hicimos todos un gesto afirmativo.

—¡Bien! cuando el señor Poirot salió el otro día se detuvo a mirarlo e hizo una reflexión que recuerdo exactamente: dijo que Cranchester era la única ciudad importante de los alrededores, lo que es evidente. Después que el se fué nació en mí una idea, con toda rapidez.

—¿Qué idea?

—Ralph está en Cranchester.

En ese momento yo tiré la pequeña estantería donde estaban los dominós, mi hermana me reprochó mi torpeza, pero sin convicción pues estaba absorta en sus deducciones.

—¿Cranchester, miss Carolina? Seguramente que no está allí. Es demasiado cerca.

—Pero justamente — exclamó triunfalmente mi hermana — parece seguro ahora que no ha tomado ningún tren; simplemente debe haber ido a pie a Cranchester y suponga que aun está allí. Nadie pensará buscarlo en una ciudad tan próxima!...

Hice varias objeciones a esa hipótesis, pero cuando Carolina tiene una idea nadie se la saca.

—¿Cree usted que el señor Poirot es de su misma opinión? — dijo miss Ganett después de reflexionar.

—Es una coincidencia extraña, pero yo me paseaba esta mañana por el camino de Cranchester y lo vi que venía de esa ciudad en un auto.

Todos nos miramos.

—¡Ah! ¡Dios mío! — dijo de pronto miss Ganett. — tengo Mah-jong y no me había dado cuenta.

La atención de Carolina se distrajo de sus pensamientos precedentes y declaró a miss Ganett que una mano formada de colores mezclados y varios "tcho" no tenía interés. Miss Ganett la escuchó sin pestañear y recogió sus cosas.

—Si, querida — dijo — se lo que quiere usted decir, pero eso depende de los dominios que tenga uno al comenzar.

—Jamás tendrá usted buenas partidas si no trata de hacerlas — insistió Carolina.

—¡Cada uno hace su juego! — dijo miss Ganett. — Además como sea, ya tengo muchos puntos.

Carolina que tenía pocos se calló.

Pasó otra vez el viento del Este. Annie trajo el te. Miss Ganett y Carolina estaban fastidiadas, lo que les ocurre amenudo en el curso de esas pequeñas reuniones.

—Si quiere usted pagar un tanto, sea más rápida — dijo Carolina, mientras miss Ganett vacilaba al colocar un dominó. — Los chinos juegan tan rápido que parecería que uno oye correr pequeños pájaros.

Durante algunos minutos jugamos como los chinos.

—Usted no ha contribuido a iluminarnos, Sheppard — dijo cordialmente el coronel Carter. — Usted sigue todas las pesquisas del gran detective y no nos da la menor indicación.

—James es un ser extraordinario — dijo mi hermana— no puede resolverse a comunicarnos el más pequeño detalle.

Luego me miró con cierto descontento.

—Les aseguro que no sé nada; Poirot guarda sus ideas para sí mismo.

—Es un hombre astuto — declaró el coronel riendo — No dice nada. Esos detectives extranjeros son maravillosos y capaces de toda clase de combinaciones.

—"Pong" — dijo miss Ganett con tono de tranquilo triunfo. — y Mah- jong.

La situación se hizo más tirante. Carolina estaba tan despechada al oír que miss Ganett declaraba Mah-jong por tercera vez que me dijo mientras edificábamos un nuevo muro.

—Eres molesto James, estás ahí como una momia sin decir una palabra.

—Pero querida, no tengo nada que decir, al menos sobre el tema a que ustedes hacen alusión.

—¡Vamos pues! — dijo mi hermana arreglando sus dominós. — Seguro que debes saber algo interesante.

No contesté en seguida pues estaba deslumbrado y estupefacto. Sabía que existía una mano llamada "las gracias del Paraíso", pero no me imaginaba que la vería. Coloqué mis dominós sobre la mesa y dije con tono de modesto triunfo:

—¡Como se dice en el club de Shangai: Las del Paraíso!

Los ojos del coronel parecían querer salírsele de las órbitas.

—¡Diablo! — exclamó. — ¡Qué cosa asombrosa! ¡Jamás he visto producirse eso hasta ahora!

Entonces exitado por los sarcasmos de Carolina y envalentonado por mi éxito dije imprudentemente:

—Ya que quieren saber un hecho importante ¿qué les parece el descubrimiento de una Alianza con una fecha grande dentro y las palabras: "dada por R"?

No describiré la emoción que siguió. Se me hizo contar dondé había sido hallado el anillo y me obligaron a confesar la fecha.

—¡13 de Marzo! — dijo Carolina. — ¡Hace justo seis meses! ¡Ah!

Tres opiniones prevalecieron en medio de una avalancha de suposiciones:

1o.—La del coronel Carter: Ralph se había casado secretamente con Flora. Era la más simple.

2o.—La de miss Ganett. Roger Ackroyd se había casado clandestinamente con la señora Ferrars.

3o.—La de mi hermana: Roger Ackroyd se había caasdo con su ama de llaves, miss Russell.

Un poco más tarde fué emitida una cuarta hipótesis por Carolina, cuando nos disponíamos a retirarnos a nuestras habitaciones.

—Retiene bien mis palbras — dijo bruscamente — no me asombraría si Geoffroy Raimundo y Flora estuvieran casados.

—Pero entonces habría una G. y no una R. en el anillo.

—No es una prueba. Ciertas jóvenes designan a los hombres por su apellido. ¡Ya habrás oído lo que miss Ganett dijo esta noche sobre la ligereza de Flora.

En realidad yo no había oído a miss Ganett hacer ninguna alusión sobre eso, pero respetaba el conocimiento que tiene Carolina de los pensamientos ocultos.

¿Quiere deleitarse con la lectura de una gran novela?

Lea en PUCKY

RAUL DE LANCASTE

—¿Y Héctor Blunt? — sugerí. — Si hay alguien...

—¡Es insensato! Es posible que él la admire... hasta que esté enamorado de ella; pero créeme: una joven no se enamora de un hombre que podría ser su padre, cuando hay cerca un secretario encantador. Flora ha podido animar al mayor: esas jovencillas son muy astutas. Pero hay algo que puedo afirmarte James Sheppard: Flora Ackroyd no se preocupa, ni jamás se ha preocupado de Ralph Paton. Puedes creerme sobre ese punto.

Yo la escuché con humildad.

Capítulo XVII

PARKER

Me di cuenta a la mañana siguiente que, bajo la influencia del entusiasmo que había despertado en mí las "Gracias del Paraíso" había sido indiscreto. Es cierto que Poirot no me había pedido que guardara en secreto el descubrimiento del anillo. Por otro lado él no había dicho una palabra de ello en Fernly y yo creía ser la única persona al corriente de ese incidente. Me sentía culpable, pues actualmente, la historia debía haberse desparramado con la rapidez del relámpago por King's Abbot y a cada momento esperaba oír los reproches de Poirot.

El doble sepelio de la señora Ferrars y Roger Ackroyd había sido fijado para las 11. Fué una imponente y melancólica ceremonia. Todos los habitantes de Fernly estaban presentes. Cuando todo hubo concluído, Poirot me convidó a acompañarlo a "Meleges".

Tenía un aspecto muy grave y temí que mi indiscreción hubiera llegado a sus oídos, pero pronto me di cuenta de que sus preocupaciones tenían otro objeto.

—Debemos proceder — me dijo — con su ayuda me propongo interrogar a un testigo. Le haremos tantas preguntas y lo amedrantaremos tanto que la verdad saldrá.

—¿De qué testigo me habla? — pregunté asombrado.

—De Parker — dijo Poirot. — Le pedí que viniera hoy a mi casa, a mediodía y debe estar esperándonos.

—¿Qué cree usted? — pregunté mirándolo.

—Nada; aun no tengo ninguna seguridad.

—¿Cree usted que era él quien atormentaba a la señora Ferrars?

—Que sea. él... que sea...

—¡Bien! — pregunté después de un momento.

—Mi amigo, esto es todo lo que puedo decirle: espero que sea él.

La gravedad de su tono y algo de indefinible en su voz me redujo al silencio.

A nuestra llegada a "Meleges" fuimos advertidos que Parker ya estaba allí. Cuando entramos al salón el mayordomo se levantó respetuosamente.

—Buen día, Parker — dijo amablemente Poirot. — Un momento.

Se sacó los guantes y el sobretodo.

—Permítame señor — exclamó Parker precipitándose a ayudarlo y colocándolo cuidadosamente sobre una silla cerca de la puerta.

Poirot lo miró aprobando.

—Gracias Parker. ¿No quiere tomar asiento? Lo que debo decirle durará tal vez un rato.

Parker se sentó.

—¿Por qué cree usted que le he pedido de venir hoy?

—He pensado que el señor quería hacerme en particular algunas preguntas relativas a mi difunto amo.

—Precisamente — respondió Poirot. — ¿Sabe usted como se practica el chantage?

—¡Señor!

El mayordomo se puso de pie de un salto.

—No se agite — añadió Poirot plácidamente. Y no tome la actitud de un hombre honrado a quien se insulta. El chantage no tiene secretos para usted ¿verdad?

—Señor yo... yo jamás... he sido...

—Injuriado de tal manera — sugirió Poirot — entonces ¿por qué excelente Parker tenía usted tanto deseo de sorprender la conversación que tenía lugar en el gabinete del señor Ackroyd la otra noche, en el curso de la cual oyó usted la palabra chantage?

—Yo no...

—¿Quién fué su último amo — preguntó bruscamente Poirot.

—¿Mi último amo?

—Sí, la persona a cuyo servicio estaba usted antes de entrar al del señor Ackroyd.

—El mayor Ellerby, señor.

Poirot le arrancaba por así decirlo las palabras de la boca.

—En efecto, el mayor Ellerby. ¿Se daba inyecciones de morfina verdad? Usted viajó con él y mientras estaba en las Bermudas, se vió mezclado a un asunto de asesinato del que en parte fué considerado culpable. La cosa fué sofocada pero usted estaba al corriente. ¿Cuánto le dió el mayor Ellerby para que usted se callara?

Parker lo miró con la boca cerrada. Temblaba.

—Ya ve usted que he hecho mis averiguaciones — añadió Poirot. — Todo lo que digo es absolutamente exacto, usted recibió una fuerte suma, y el mayor Ellerby ha continuado pagándole hasta su muerte. Quiero aho-

ra conocer los detalles de su última empresa.

Parker lo miró sin responder.

—Inútil negar. Héscules Poirot sabe. Ya ve usted que lo que le dije sobre el mayor Ellerby es verdad ¿no es cierto?

Parker inclinó la cabeza. Su rostro estaba lívido.

—Pero yo no he tocado un solo cabello del señor Ackroyd — gimió. — Ante Dios lo juro. Siempre he temido que él supiera los hechos de que acaba usted de hablar, pero le afirmo que yo no lo... que no lo maté...

Casi gritaba.

—Estoy tentado de, crerlo, mi amigo — dijo Poirot.

—No tiene usted bastante coraje. Pero tengo que saber la verdad.

—Le diré señor, todo lo que quiera usted saber. Es verdad que yo traté de escuchar esa noche pues una o dos palabras habían picado mi curiosidad, lo mismo que la actitud del señor Ackroyd que se había encerrado con el doctor y no quería ser molestado; pero lo que dije a la policía es la verdad. He oído la palabra chantage, señor, y...

Se detuvo.

—Y pensó usted que podía hablar de usted — sugirió Poirot.

—¡Y! sí... si, señor; pensé que si alguien ejercía un chantage sobre el señor Ackroyd podría sin duda sacar algún provecho.

Una extraña expresión pasó por el rostro de Poirot.

—¿Tuvo usted ocasión de sospechar antes que el señor Ackroyd estaba sometido a un chantage?

—No, señor; me quedé muy asombrado, un hombre tan regular en sus costumbres.

—¿Qué oyó usted?

—Poco señor, parecía que tenía la suerte contra mí; tenía que hacer mi trabajo en el "office" y cuando pude, una o dos veces acercarme al escritorio no me sirvió de nada. La primera vez, el doctor Sheppard salió y me sorprendió; luego fué el señor Raimundo quien me cruzó en el hall y se dirigió hacia ese lado; en fin, cuando me acerqué con la bandeja fué miss Flora quien me obligó a retirarme.

Poirot contempló al hombre largamente como para probar su sinceridad. Parker sostuvo la mirada.

—Espero que me crea usted, señor. He temido desde el principio que la policía descubriera esa vieja historia del mayor Ellerby y sospechara de mí.

—¡Bien! — dijo Poirot. — Estoy dispuesto a creerlo, pero aun debo preguntarle otra cosa. Enséñeme su libreta del banco, pues creo que tiene usted una.

—Sí señor y sobre mí — Y sin la menor inquietud la sacó del bolsillo.

Poirot tomóla y examinó las entradas.

—¡Ah! ¡Veo que ha comprado 500 libras de bonos nacionales este año!

—Si señor, tengo ya más de 1000 libras de economías que provienen de... de mis.. relaciones con mi antiguo amo Ellerby. Luego, jugué con éxito a las carreras este año.

Poirot le devolvió la libreta.

—¡Bien! Adios Parker. Creo que me dijo la verdad; si me equivoco... tanto peor para usted.

Cuando el mayordomo hubo salido Poirot tomó su sobretodo.

—¿Se va usted? — le pregunté.

—Sí, vamos a ver al excelente señor Hammond.

—¿Cree usted el relato de Parker?

—Es bastante real. Parece evidente al menos que no es un actor de primer orden, que creía realmente que Ackroyd era víctima de un chantage. En ese caso ignora en absoluto todo al asunto de la señora Ferrars.

—¿Pero entonces quién...?

—Precisamente: ¿quién? Nuestra visita al señor Hammond va a permitirnos establecer un punto; pondrá a Parker completamente fuera de causa o...

—¿O qué?

—Tengo la mala costumbre de no terminar mis frases — dijo Poirot a modo de excusa. — No haga caso.

—A propósito — dije tímidamente — tengo que confesar una cosa. Por inadvertencia he hablado del anillo...

—¿Qué anillo?

—El que encontró usted en el estanque de los peces rojos.

—¡Ah, sí! — contestó Poirot.

—Espero que no le contrariará a usted. He procedido con mucha ligereza.

—No del todo, mi amigo, no del todo. Yo no le hice ninguna recomendación sobre eso y usted es libre de contarlo si quiere. ¿Ha interesado a su hermana?

—Creo que mi relato ha hecho sensación y toda clase de hipótesis ha salido a luz.

—¿Sí? — Sin embargo es muy simple. La explicación salta a la vista.

—¿De veras? — dije secamente.

Poirot se rió.

—El hombre astuto jamás se compromete — dijo Pero ya llegamos a lo de Hammond.

El abogado estaba en su escritorio y fuímos introducidos allí. Se levantó del sillón y nos acogió de la manera seca que lo era habitual.

Poirot vino en seguida a los hechos.

—Señor, deseo obtener algunos informes, si tiene usted la bondad de facilitármelos. Según lo que he sabido usted era el abogado de la difunta señora Ferrars de Kings Paddock.

Observé la sorpresa que se reflejó en los ojos del hombre de ley antes que su reserva profesional pusiera una máscara en su rostro.

—Es cierto. Todos sus asuntos pasaban por mis manos.

—Muy bien. Ahora, antes de hacerle ninguna pregunta quiero que escuche el relato que el doctor Sheppard le hará. ¿No tendrá usted ninguna objeción en repetir la conversación que tuvo con el señor Ackroyd la noche del viernes?

—Ninguna — respondí. — Y me puse a relatar los acontecimientos de ese día memorable.

Hammond me escuchó muy atentamente.

—Es todo — dije al fin.

—¡Chantage! — dijo pensativo el abogado.

—¿Le asombra? — preguntó Poirot.

El hombre de ley se quitó los lentes y los limpió con el pañuelo.

—No — replicó — absolutamente. Hace tiempo que se me había ocurrido.

—Eso nos lleva — dijo Poirot. — al dato que yo deseo, pues si alguien puede darnos el monto de las sumas que la señora Ferrars ha pagado, ese alguien debe ser usted.

—No veo ninguna razón para no contestar — dijo Hammond después de un momento de reflexión. En el curso del último año la señora Ferrars vendió diversos valores; el dinero le fué entregado y ella no lo colocó. Como sus rentas eran considerables y como vivía muy modestamente desde el fallecimiento de su marido parece evidente que esas sumas así percibidas, ella las destinaba a algo especial. La interrogué una vez sobre eso y me contestó que tenía a su cargo unos parientes pobres del señor Ferrars. Se entiende que no insistí y he creído hasta ahora que se trataba de alguna mujer que tenía derechos sobre Ashley Ferrars. Jamás hubiera pensado que se trataba de la señora Ferrars.

—¿Cuál era el monto de esas sumas? — preguntó Poirot.

—Creo que en todo, eran unas veinte mil libras.

—¡Veinte mil libras en un año!

—La señora Ferrars era muy rica y las sanciones a que se exponen los criminales no son suaves — dijo Poirot.

—¿Puedo darle otros datos? — preguntó el señor Hammond.

—No, muchas gracias — respondió Poirot levantándose. — Reciba mis excusas por haberlo molestado.

—De ninguna manera.

—Bien — dijo Poirot cuando salimos. — ¿Qué es de Parker en este asunto? Con veinte mil libras a su disposición. ¿Cree usted que hubiera seguido siendo mayordomo? Yo no lo pienso. Es posible que haya colocado el dinero bajo otro nombre pero me parece que no nos ha mentido. Es un pillo, pero un pillo de concepciones modestas. Eso no nos deja más que frente al señor Raimundo... o del mayor Blunt.

—Seguramente no es Raimundo — dije — puesto que sabemos que le faltaban quinientas libras para pagar unas deudas.

—Al menos, eso nos ha dicho.

—En cuanto a Héctor Blunt...

—Voy a revelarle algo sobre ese excelente mayor — interrumpió Poirot. — Mi profesión consiste en investigar y yo investigo. ¡Bien! La herencia de que el habló es, yo lo he descubierto, de unas veinte mil libras ¿que le parece?

Quedé tan estupefacto que no pude hablar.

—Es imposible — dije. — ¡Un hombre tan conocido como Héctor Blunt!

Poirot se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Confieso que veo difícilmente en él a un chantagista; hay otra hipótesis que usted no ha encarado, mi amigo.

—¿Cuál?

—El juego. El mismo Ackroyd puede haber destruído el sobre azul y la carta después de su partida.

—No lo creo probable — dije lentamente. — Y sin embargo... es posible... pudo cambiar de opinión.

Llegamos a mi casa y bajo el imperio de un brusco impulso invité a Poirot a almorzar.

Pensé que Carolina estaría satisfecha; pero es raro contentar a las mujeres. Supe que teníamos dos costillas para almorzar y para los sirvientes había otra comida. Y dos costillas para tres personas es insuficiente.

Pero Carolina no se deja abatir. Con magnífico aplomo explicó al detective que ella seguía un régimen vegetariano, aunque James se burlara. Disertó con entusiasmo sobre el valor de las nueces (jamás ha comido una) y sobre las legumbres, haciendo reflexiones virulentas sobre los peligros de la alimentación con carne.

Al concluir la comida mi hermana llevó un ataque directo hacia Poirot.

—¿Todavía no encontró usted a Ralph Paton — preguntó.

—¿Dónde podría encontrarlo, señorita?

—Pensé que tal vez estuviera en Cranchester.

Poirot pareció estupefacto.

—¿En Cranchester? ¿Por qué?

Yo le dije entonces con malicia:

—Un miembro de nuestro cuerpo de detectives, lo vió a usted, ayer en un automóvil en el camino de Cranchester.

El asombro de Poirot se disipó y rió francamente.

—¡Ah! ¡Muy bien! Una simple visita al dentista. Tenía mal una muela y me la hice sacar. Ya no me hará sufrir.

Carolina pareció descontenta. Luego nos pusimos a hablar de Ralph Paton.

—Tiene una naturaleza débil, pero no viciosa.

—Sí — dijo Poirot. — ¿Pero donde se detiene la debilidad.

—Justamente — terció mi hermana. — Mire a James, sería la debilidad misma si yo no estuviera aquí para ocuparme de él.

—Carolina — dije irritado. — ¿No puedes hablar sin personificar?

—Pero tú eres débil, James — dijo Carolina sin emocionarse — Tengo ocho años más que tú... no me importa que el señor Poirot lo sepa...

—Jamás lo hubiera adivinado, señorita — dijo el detective con un galante saludo.

—Ocho años más y siempre he considerado un deber velar sobre tí. Si hubieras estado mal educado ¡quién sabe que tonterías hubieras hecho!

—Quizá me hubiera casado con una bella aventurera — dije mirando el techo.

—¡Una aventurera! — dijo Carolina. — Si empezamos a hablar de aventuras...

No acabó su frase.

—¿Qué? — dije asombrado.

—Nada. Pero creo que hay una no lejos de aquí — luego agregó dirigiéndose bruscamente a Poirot.

—James dice que persiste usted en creer que el crimen fué cometido por alguien de la casa. Me parece que se equivoca usted.

—Quisiera no equivocarme — dijo el detective — mi oficio es tener razón.

—Conozco bastante bien los detalles del

asunto — continuó mi hermana sin detenerse a la observación de Poirot. — Ya por James, ya por otros. Sin embargo puedo darme cuenta que solo dos personas han tenido tiempo de hacerlo: Ralph Paton y Flora Ackroyd....

—Carolina...

—No interrumpas, James, sé lo que digo. Parker la encontró fuera del escritorio ¿verdad? El no oyó cuando el tío le dijo buenas noches. ¡Ella lo podía haber matado ya!

—¡Carolina!

—No digo que ella lo haya hecho, James, digo simplemente que hubiera podido hacerlo. Evidentemente, aunque Flora sea como todas las muchachas modernas que no profesan ningún respeto a sus mayores y que creen saberlo todo; no creo que sea capaz de matar ni a una gallina. No es menos cierto que las cosas se presentan así: el señor Raimundo el mayor Blunt tienen una coartada. La señora Ackroyd también; esa mujer Russell parece tener una... lo que es una suerte para ella. ¿Entonces quien queda? Sólo Ralph y Flora.

Pero digan lo que digan, jamás creeré que Paton es un asesino. ¡Un muchacho que hemos conocido toda la vida!

Poirot quedó un momento en silencio mirando el humo de su cigarrillo. Cuando habló fué con voz suave y lejana que produjo en nosotros extraña impresión y que era muy distinta de su voz habitual.

—Tomemos un hombre—dijo — un hombre cualquiera por cuyo espíritu jamás haya atravesado la idea del crimen. Hay en el cierta debilidad que no se ha revelado y que quizá nunca tuvo ocasión de manifestarse. Si es así acabará su axistencia respetado y honrado por todos. Pero supongamos que se produce un accidente... pecuniario por ejemplo, o que accidentalmente conozca un secreto importante. Su primer impulso será de hablar. Cumplir su deber de honesto ciudadano... pero, aparece la debilidad.... ve la ocasión de obtener sin esfuerzo una suma de dinero... una gran suma. Necesita dinero, desea tenerlo; y es tan fácil! No tiene más que callar. He aquí el principio. Luego su necesidad de dinero aumenta. Cada vez necesita más. ¡Sus exigencias aumentan y pasa el límite! ¡Se puede presionar eternamente a un hombre, pero no a una mujer! Pues las mujeres guardan en el fondo del corazón un gran deseo de verdad. ¡Cuantos maridos hay que habiendo engañado a su compañera, llevan su secreto a la tumba! ¡Pero cuantas mujeres hay, que habiendo engañado a sus maridos destruyen su felicidad confesando su falta! Ellas sufren mucho con el disimulo y un día, en un momento de desaliento, que enseguida lamentan, proclaman la verdad lo que momentáneamente le da un gran alivio.

Tal ha sido, según creo, el caso que nos ocupa; la prueba ha sido demasiado cruel y aquel que se beneficiaba ha matado la gallina de los huevos de oro. Pero no es todo. El hombre de que hablamos se verá amenazado de ser descubierto. Se ha modificado desde hace... pongamos un año... Su moralidad es otra, está desesperado pues considera la partida perdida y se dispone a emplear todos los medios para evitar ser confundido... Entonces... ¡El puñal hizo su obra!

Poirot se calló. Hubiérase creído que había arrojado un sortilegio a la pieza y no puedo describir la impresión que hizo sobre mi hermana y yo. Su análisis y su potencia de deducción nos llenaba de temor.

—Luego — dijo a media voz — apartado el peligro, el hombre vuelve a lo que era, es decir un ser normal y bueno; pero si la necesidad se hiciera sentir aún, mataría de nuevo.

Carolina se serenó al fin.

—Habla usted de Ralph Paton — dijo. — Yo no sé si tiene usted razón o no pero no tiene usted derecho a condenar a un hombre sin oírlo.

En ese momento se oyó el timbre del teléfono. Yo descolgué el receptor.

—¿Cómo? — dije. — Sí, con el doctor Sheppard.

Escuché durante unos minutos y respondí brevemente, luego volví al salón.

—Poirot — dije han detenido en Liverpool a un hombre llamado Charles Kent que se cree sea el desconocido que encontré el viernes en la verja de Fernly. Me piden que parta enseguida a Liverpool para identificarlo.

Capítulo XVIII

CHARLES KENT

Una media hora más tarde, Poirot, el inspector Raglan y yo, nos hallábamos en el tren camino a Liverpool. El inspector se hallaba muy agitado.

—Sin duda vamos a aclarar al menos lo que concierne al chantage — decía a extremente. — Según lo que se me dijo por teléfono, ese hombre no vale nada; además es aficionado a las drogas. Creo que no nos será difícil hacerle hablar. Si ha tenido el menor motivo para cometer el crimen, es posible que sea él quien ha matado al señor Ackroyd. Pero, en ese caso ¿por qué se oculta el joven Paton? Todo el asunto parece muy embrollado. A propósito, usted tenía razón sobre las impresiones, señor Poirot; eran las de los dedos del mismo señor Ackroyd. Yo había tenido ya la idea, pero la aparté como irreal.

Sonreí. El inspector Raglan volvió la cara.

—Ese hombre no ha sido aún aprisionado ¿verdad? — preguntó Poirot.

—No, está detenido provisoriamente.

—¿Qué dice en su defensa?

—Poca cosa; creo que es muy desconfiado.

Cuando llegamos a Liverpool me asombró al ver la acogida que se le hacía a Poirot.

—El superintendente Hayes que vino a nuestro encuentro, había trabajado con él y manifestaba una exagerada admiración por sus méritos.

—Ahora que el señor Poirot está aquí todo será más fácil. — dijo alegremente — creía que se había usted retirado, señor.

—En efecto, querido Hayes, en efecto. Pero ¡es tan monótona la inactividad! ¡No puede figurarse usted hasta qué punto!

—Lo creo. Han venido ustedes a ver al individuo que hemos descubierto. ¿El señor es sin duda el doctor Sheppard? ¿Piensa usted que podría identificar al hombre?

—No estoy seguro — contesté.

—¿Cómo lo prendieron? — preguntó Poirot.

—Como debe saber usted se enviaron a todos lados sus señas aproximadas. No eran muy claras, pero ese hombre tiene acento americano y no niega haberse hallado en los alrededores de King's Abbot esa noche. Dice qué puede interesarnos eso y declara que antes de contestar a nuestras preguntas nos mandará a todos al diablo.

—¿Me sería permitido verlo? — preguntó Poirot.

—Nos alegra mucho que esté usted aquí — dijo Hayes — y puede proceder usted como guste, señor. El inspector Japp de Scotland Yard me pedía noticias suyas el otro día; me dijo que se ocupaba usted de este asunto... ¿Puede decirme usted dónde se encuentra el capitán Paton?

—No es el momento — respondió Poirot y yo me mordí los labios para ocultar una sonrisa.

Después de algunos preliminares fuimos introducidos a una pieza donde se hallaba el hombre que la policía guardaba a su disposición. No debía tener más de veintidós o veintitrés años. Era alto y delgado; sus manos temblaban visiblemente. Se sentía que su fuerza física estaba debilitada. Sus cabellos eran negros; pero tenía ojos azules vacilantes y que raramente miraban de frente a quien le hablaba. Yo había conservado la idea de que el extranjero me recordaba a alguien que conocía, pero si ese hombre era aquel que había encontrado, había debido equivocarme, pues no le encontraba ningún parecido con nadie.

—Vamos Kent — le dijo el superintendente — póngase de pié. Aquí hay visitas para usted. ¿Reconoce a alguno de estos señores?

Kent nos miró con aire sombrío, pero no contestó; vi que sus ojos se posaban sucesivamente en nosotros tres y volvían a fijarse en mí.

—Bien, señor — me dijo Hayes — ¿Qué piensa usted?

—¿Tiene la talla y el aspecto general del hombre que dije; pero nada más puedo afirmar.

—¿Qué diablo significa todo esto? — exclamó Kent — ¿Qué tienen que reprocharme ustedes? ¡Vamos, hablen! ¿De qué me acusan?

Yo incliné la cabeza.

—Es el hombre — dije — reconozco su voz.

—¡Ah! ¿conoce usted mi voz? ¿Dónde cree usted que la oyó?

—La noche del viernes último, en la verja de Fernly Park me pidió usted que le indicara el camino.

—¡De veras!

—¿Confiesa usted? — preguntó el inspector.

—No confieso nada hasta que no sepa lo que se me reprocha.

—¿No leyó los diarios estos últimos días? — preguntó Poirot tomando por primera vez la palabra.

El hombre pestañeó.

—¡Ah es eso! He leído que un viejo había sido asesinado en Fernly. ¿Quieren saber si yo cometí el crimen?

—Usted estuvo allí la misma noche — dijo tranquilamente Poirot.

—¿Cómo lo sabe, señor?

—Gracias a ésto.

El detective sacó un objeto de su bolsillo y se lo tendió. Era la pluma que había hallado en el pabellón. Al verla el rostro del hombre cambió de expresión y maquinalmente extendió la mano.

—No, amigo, — dijo Poirot. — El canuto de esta pluma está vacío, la recogí en el lugar en que usted la dejó caer en el pabellón, esa noche.

Charles Kent lo miró vacilante:

—Parece que conoce usted muy bien las cosas, pero acuérdese de esto: Los diarios han dicho que el viejo fué asesinado entre las diez menos cuarto y las diez.

—Exacto — dijo Poirot.

—Sí ¿pero es verdad? Eso es lo que quiero saber.

—El señor se lo dirá — contestó Poirot señalando a Raglan.

Este vaciló, miró al superintendente Hayes, luego a Poirot y después, como si hubiera recibido autorización, dijo:

—Es así: entre diez menos cuarto y diez.

—Entonces no hay ninguna razón para que me detengan aquí — afirmó Kent — pues salí de Fernly Park a las 9 y 25 pueden averiguarlo en el "Perro y el Silbido", es una posada que queda a un kilómetro de Fernly Park sobre el camino de Cranchester Recuerdo que hice un poco de ruido en los alrededores a las diez menos cuarto. ¿Qué dicen ustedes?

El inspector Raglan escribió algunas palabras en una libreta.

—¡Y bien! — exclamó Kent.

—Haremos una investigación — respondió el inspector. — Si dijo usted la verdad, no tiene que quejarse de nada. Pero, ¿qué hacía usted en Fernly Park?

—Fuí a visitar a alguien.

—¿A quién?

—Eso no les importa.

—Le convendría ser más educado — le aconsejó el superintendente.

—Al diablo la educación. Fuí a Fernly por mis negocios, eso es todo. Ya que me fui antes de que se cometiera el crimen, lo demás no les concierne a ustedes.

—¿Su perdadero nombre es Charles Kent? — preguntó Poirot. — ¿Dónde nació

El hombre lo miró haciendo una mueca.

—Soy inglés de pura sangre.

—Lo creo — dijo Poirot — También me imagino que nació usted en el condado de Kent.

El desconocido pareció estupefacto.

—¿Por qué? ¿Por mi nombre? ¿Qué relación tiene? ¿Porque un hombre se llame Kent tiene que haber nacido en ese condado?

—Bajo la influencia de ciertas circunstancias, imagino que puede ser así — recalcó Poirot deliberadamente. — Bajo la influencia de ciertas circunstancias ¿me entiende?

Su voz parecía tener una expresión tan significativa que los dos oficiales quedaron asombrados. En cuanto a Charles Kent enrojeció violentamente y creí, durante un momento que iba a arrojarse sobre Poirot. Pero se tranquilizó y se dió vuelta dejando cír una risa extraña.

Poirot inclinó la cabeza como si estuviera satisfecho y salió. Poco después se le unieron los dos policías.

—Verificaremos la declaración de este hombre — dijo Raglan. — Sin embargo creo que no miente, pero tendrá que explicarnos su presencia en Fernly. No me sorprendería que hubiéramos encontrado al chantagista. Por el contrario, si su relato es exacto no ha podido tomar parte en el crimen. Tenía diez libras sobre él cuando fué arrestado; es una suma bastante grande; me imagino que las cuarenta libras le fueron dadas a él; los números de los billetes no corresponden, pero ha podido cambiarlos enseguida. El señor Ackroyd se las dió y él se fué enseguida. ¿Por qué le dijo usted que debía haber nacido en el condado de Kent? ¿Qué relación puede tener eso con el asunto?

—Ninguna — dijo Poirot con suavidad — es una pequeña idea, nada más. Yo soy célebre por mis pequeñas ideas.

—¿Verdad? — preguntó Raglan mirándolo con aire intrigado.

El superintendente se rió.

—A menudo he oído al inspector Japp hablar del señor Poirot y sus pequeñas ideas, como él las llamas. Son fantásticas para mí — dijo — pero corresponden siempre a una verdad.

—Usted se burla de mí — replicó alegremente Poirot — pero no importa. A menudo los viejos se ríen los últimos. Cuando ya los jóvenes no tiene más ganas.

Y bajando la cabeza con aire de entendido salió a la calle.

Almorzamos juntos en el hotel. Sé ahora que desde ese momento ya el asunto no tenía ningún misterio para él.

Acababa de aclarar el último detalle que necesitaba para conocer la verdad. Pero, no me dí cuenta. Lo creía demasiado confiado en sí mismo y pensaba que todo aquello que a mí me intrigaba debía también intrigarlo a él. Sobre todo me preguntaba por qué ese Charles Kent había ido a Fernly Park, pero no encontraba ninguna respuesta satisfactoria.

Al fin me atreví a interrogar a Poirot. Me respondió inmediatamente:

—Mi amigo, yo no hago conjeturas: yo sé.

—¿De verdad? — dije incrédulo.

—Sí, de verdad. Supongo que para usted carecería de sentido, si yo le digo que ese hombre fué a Fernly Park porque ha nacido en el condado de Kent.

Lo miré y respondió secamente:

—En efecto, no tiene ningún sentido para mí.

—¡Ah! — exclamó Poirot con lástima — tanto peor; yo tengo siempre una pequeña idea.

Capítulo XIX

FLORA ACKROYD

Volvía de mis visitas al día siguiente por la mañana, cuando fuí interpelado por el inspector Raglan. Detuve mi auto y éste subió sobre el estribo.

—Buen día — doctor Sheppard — dijo — esa coartada es exacta.

—¿La de Charles Kent?

—Sí. La sirvienta del bar, de la posada del "Perro y el Silbido", lo recuerda perfectamente y lo señaló en seguida en una fotografía mezclada con cinco más. Eran justamente las 9 y 45 cuando entró en ese establecimiento que se halla a un kilómetro de Fernly Park. La muchacha declara que llevaba mucho dinero encima, lo vió tomar paquetes de billetes de su bolsillo, lo que le asombró un poco pues sus zapatos estaban muy gastados. Allí es donde han ido a parar las cuarenta libras.

—¿Es que Kent se niega aún a explicar su visita a Fernley?

—Es testarudo. He conversado con Hayes por teléfono esta mañana.

—Hércules Poirot declara que sabe por qué ese hombre fué a Fernly — dije.

—¡De veras! — exclamó vivamente el inspector.

—Sí — dije maliciosamente — Afirma que es porque nació en el condado de Kent.

Sentía un maligno placer en hacer compartir mi disconformidad. Raglan me miró un momento sin comprender. Luego una sonrisa iluminó su rostro y se golpeó la frente con aire significativo.

—¡Un poco de debilidad aquí! — dijo, ya lo he pensado — ¡pobre, viejo! Por eso se vió obligado a dejar su profesión y retirarse aquí. Eso viene de familia, además, pues tiene un sobrino completamente loco.

—¡No es posible! — exclamé asombrado.

—¿Nunca se lo dije? Creo que es muy dócil pero ha perdido la cabeza.

—¿Quién se lo dijo?

Una nueva sonrisa pasó por el rostro del inspector:

—¡Pero si es su hermana, miss Scheppard.

Carolina es realmente asombrosa. No está satisfecha hasta que conoce en sus menores detalles todos los secretos de familia. Desgraciadamente no he podido jamás inculcarle la idea de que los guarde para ella.

—Suba, inspector — dije abriendo la portezuela. — Iremos juntos a "Melezes" para comunicar las últimas novedades a nuestro amigo.

(Continuará)

EL BUDA DE ORO

POR

MAURICE EVERARD

(Continuación)

EN PODER DE LOS BO SINGS

EL viejo marino reprimió una exclamación de sorpresa cuando su mirada se detuvo en el recién llegado, que había entrado en la sala donde se encontraba el dragón que se supiera por donde.

—¡Bueno! ¡Esto sí que está bien! — exmó mirando al chino y después al agujero ierto en el suelo, por el cual había desarecido Dick Polruán. — Supongo que toesto habrá sido obra suya ¿no?

El chino inclinó afirmativamente la caza y miró sonriendo malignamente, al inés. Después tocó con su calzado de gruesuela un determinado punto del borde inior del plinto en que reposaba el dragón jade. Ante el sorprendido marino el enor bloque de pulido jade se movió sin ruivolviendo a su anterior posición y tado por completo el agujero.

—Los que entran sin ser invitados en la a de los Bo Sings deben sufrir el castigo e su atrevimiento merece, — dijo suaveente el chino. — ¿Por orden de quién y con é propósitos mancillan ustedes la santidad mi hospitalario domicilio?

Joe no se sentía con deseos de utilizar en uel momento de la misma asiática cortesía el corpulento chino cuyo aspecto era enazador y siniestro. De pie con la afeitacabeza ligeramente inclinada abanicánse su amarillo rostro con un pequeño abao de marfil, el chino jugueteaba, con la a mano, con las cuentas del collar que le gaba sobre el pecho.

—Poco importa por qué vinimos a este o, — replicó Tremorne bruscamente entras acariciaba la pistola Browning que ía en el bolsillo. — Mi joven amigo ha desaparecido debajo de su maldito dragón y cuanto más pronto lo haga usted reaparecer de un modo o de otro, tanto mejor para usted.

—¿De veras? — dijo el chino inclinándose y abanicándose con mayor lentitud. — Así que no contento con meterse en mi casa sin haber sido autorizado, tiene usted el atrevimiento de querer dar órdenes. Creo, capitán Tremorne...

Joe retrocedió lanzando una exclamación de asombro.

—¡Ah! ¡Sabe usted mi nombre! — exclamó atónito.

El chino se rió.

—Como jefe de los Bo Sings, yo, Wank Tong, estoy al tanto de todo lo que sucede en la ciudad. Debo estar exactamente informado sobre la identidad de todos cuantos llegan y de las razones que tienen para posar su planta dentro de las fronteras del Celeste Imperio.

Joe, nervioso y preocupado, dirigió la mirada hacia el dragón de jade.

—No hablemos de eso. El tiempo es muy valioso — dijo sacando del bolsillo la pistola de modo que el otro la viera. — Presente a mi amigo tan pronto como se lo llevó o le juro por las siete abuelas de Buda que le dejo el cuerpo como un colador.

Wang Tong sonrió escépticamente, mirando el caño de la Browning y extendiendo un brazo tomó el palo forrado de cuero que colgaba junto a un gongo de plata.

—Que el inglés no se equivoque al juzgar la fuerza de que dispone, — dijo con la mayor suavidad. — No hay más que un sonido que pueda pasar a través de estas paredes: el tañido de este gongo de mandarín. En consecuencia tomo la maza. Si el arma que usted tiene en la mano dispara y la bala me

mata, mi mano caerá y al sonar el gongo más de veinte fieles Bo Sing acudirán para vengarme. La vida de su joven compañero ha pagado ya su culpa. ¿Quiere el extranjero que dos vidas más terminen hoy sus días?

Tremorne sintió que la frente se le cubría de gotas de sudor frío.

—¿Qué ha dicho? — gritó con terrible voz. — ¿Ha dicho usted que Dick Polruán ha muerto?

El chino inclinó la cabeza hasta tocar con la frente el borde de su abanico.

—Con casi completa seguridad, su joven amigo ha muerto ya. Debajo del sitio donde se hallaba de pie se abre el plano inclinado de la muerte. Es una cuesta muy inclinada de piedra tan lustrada y brillante como las cuentas de mi collar. La pendiente no ofrece asidero alguno y cuando termina, al cabo de más de una milla, desemboca en un arroyo que conduce al torrente de Pei Ho. Pero la muerte, aun en China, puede, a veces ser misericordiosa y probablemente en estos instantes el espíritu del desdichado muchacho descansa ya en el seno de sus antepasados.

Joe conocía lo bastante la astucia y la diabólico crueldad de la mente asiática para percatarse de que Wang Tong no mentía. El chino debió adivinar lo que pensaba el marino en aquel momento porque dijo con mayor dulzura aún que antes.

—No es necesario pedir disculpa por lo que le ha sucedido a su joven amigo. Usted, como hombre más viejo, se arriesgó a inducirle a que pisara terreno prohibido. Si el joven ha muerto nadie tiene la culpa más que usted.

—¡Hombre más viejo! — gritó Joe furibundo. — Dick es un muchacho y por su condición de muchacho no debían ustedes haber procedido así con él.

—¡Perdone usted! — dijo Wang Tong.— Los Bo Sings no tienen jamás en cuenta consideraciones de clase alguna. Constituimos una sociedad, cuyas manos están vueltas contra todos aquellos que no pertenecen a nuestra orden y más especialmente contra los extranjeros. No es posible argumentar ya respecto a la muerte del muchacho. ¿Por qué vinieron ustedes?

Durante un momento Joe se sintió tan dolorido por la suerte de Dick, que no acertó a contestar. Era la primera vez que sentía destrozado su sistema nervioso. Miró aterrado el gran dragón de jade. Después, en voz muy baja, preguntó:

—¿No puede hacerse nada por salvarlo?

El chino se rió irónicamente.

—Una o dos oraciones ante el altar de Joss Kwonyin, tal vez logren atenuar los dolores de su muerte. De no ser así, — agregó, encogiéndose de hombros. — pasará, después de una breve resistencia, al reino de los inmortales.

—¡Gracias por el consejo! — replicó el marino. — Si el muchacho ha muerto yo me cuidaré de que usted emprenda el mismo desagradable viaje. Haga usted algo o empiezo a agujerearle el cuerpo.

Wang Tong no dió señales de nerviosidad cuando la pistola le apuntó a la cabeza. Miró impasible a Joe mientras levantaba un poco más la maza del gongo.

—¡Se lo he avisado! Al sonar el gor quedará decretada su muerte! De nada si esperar.

Joe, envejecido en medio de aventu que habían desarrollado su estrategia, re xionó un momento. Ya no dudaba de que era posible auxiliar a Dick, pero aun de pensar en Frank que debía hallarse, — lo creía Tremorne, — cautivo en algún si lejano del interior de China.

Mentalmente se trazó el cuadro de lo sucedería en cuanto sonara el toque de g go en los ámbitos de la enorme casa; se p duciría una irrupción de chinos de mira feroz al cabo de unos pocos segundos, rápida y terrible pelea en la cual lo matar sin remedio y allá lejos, pasadas las ári llanuras y las grandes montañas de Hoa Ho, el último de los Polruán perecería víc ma de la maldición que sobre ellos hal caído junto con el desaparecido Buda Oro.

Aun cuando Tremorne realizara sus n yores esfuerzos no podría escapar con vi Tremorne era suficientemente valeroso ra saber que la batalla que no se ha lleva a cabo no está ganada ni perdida y que a ces, en el momento más tenebroso, la rriente de la desgracia puede cambiar rumbo y presentarse la victoria.

Cuando el recurso de las armas fraca el recurso de la inteligencia humana pue salir victorioso.

Mientras bajaba el arma, su mirada del gorro del mandarín a los pies del cor lento chino y Joe decidió que aun cuan grande y fuerte, era un enemigo al c podía vencer la entereza de un inglés sus condiciones.

—Bueno... ¿qué me contesta, viejo ca de limón? — preguntó haciendo una mue — ¿Qué se propone?

—Empiece usted por dejar la pistola aquella mesa, — dijo el chino con to tranquilidad.

Joe sonrió disimuladamente, inclinó la beza en señal de asentimiento y yendo al ot extremo del salón, dejó el arma en la me

Entonces, a una indicación del chino, vió a donde estaba antes, cerca del pedes del dragón.

Wang Tong inclinó la cabeza afirmativ mente y con paso majestuoso cruzó el p de mármol, pero no hacia la puerta como había esperado Tremorne, sino hacia la me donde el marino acababa de poner la p tola.

Entonces, en el momento en que su n no hubo empuñado el arma, cambió por co pleto su actitud y se volvió hacia Tremor como una pantera, apuntándole a la cabe

El marino vió el dedo del chino apoya en el disparador, se rió con aire de desaf y en la cara del otro porque sabía que hab puesto el arma en posición de secreta guridad antes de dejarla en la mesa. I esa forma era imposible hacer fuego. I rigiéndose hacia donde estaba el gongo arrancó de su sostén y poniéndolo en el su lo pisoteó. Bajo el enorme peso del mart el disco de metal quedó arrugado y roto algunos sitios.

Joe lo echó a un lado de un puntapié

mirando triunfador a su enemigo comenzó a quitarse la blusa que tenía puesta.

—Ahora, amigo mío, — dijo, riendo, — ya no puede usted hacer que suene el gongo por más que lo golpee y no puede hacerme fuego con mi pistola, porque está sujeta en una forma que sólo yo conozco.

Comparado con el corpulento chino. Joe parecía insignificante, pero quitada la blusa y después de arremangarse la camisa, dejó ver un cuello y unos brazos dignos de un atleta.

La expresión de bull-dog del curtido rostro, la fría mirada de sus ojos de acero y la firmesa de la fuerte mandíbula convencieron en la mandíbula, un golpe de boxeo que le hizo temblar de pies a cabeza.

Wang Tong no tuvo tiempo para lanzar un grito. Tremorne volvió a atacarle dándole otro golpe que le hizo ir a dar al otro lado del salón, contra la imagen de jade.

Allí se quedó, balanceando dé un lado a otro, lentamente, la cabeza y echando sangre en forma que formaba un pequeño charco a sus pies. Movía las manos, abriéndolas y cerrándolas convulsivamente.

—¡Venga — gritó Tremorne cuya sangre habíase encendido ya. — Aun no he terminado con usted. ¡ Voy a enseñarle a enviar a morir a un muchacho inocente. ¡Asesino!

Wang Tong tomó el destrozado gong por las cadenas de que había estado colgado y lo enarboló fieramente.

a Wang Tong de que su adversario era un peleador digno de respeto.

Volvió la pistola en la mano y apretando rápidamente la arrojó a la cabeza de Joe.

Pero Tremorne se encogió a tiempo y la pistola golpeó en el dragón cayendo luego al suelo estropeada e inútil.

Se oyeron rápidos pasos. Los dos se acercaron y permanecieron a corta distancia, mirándose cara a cara, De pronto, el chino se precipitó sobre Joe y le abrazó, cruzando las manos a la espalda del marino.

Joe oyó como crujían sus propios huesos. Retrocedió obligado por el otro, resistiéndose con todas las fuerzas. Fingió de pronto que perdía fuerzas y que se deslizaba agotado, pero de repente se volvió y dió al chino

Wang Tong se dejó caer de rodillas como si lo venciera la debilidad, sé rehizo instantáneamente y tomando el destrozado gong por las cadenas de que había estado colgado, lo enorbaló fieramente.

Joe levantó el brazo izquierdo para atajarse el golpe pero no con suficiente rapidez para evitar por completo el terrible impacto. El arrugado disco de metal le dió en el antebrazo haciéndole una herida y dejándole dormido el miembro momentaneamente.

Wang Tong se rió y acurrucándose como una fiera, se dispuso a saltar confiando en que gracias a su peso superior echaría por tierra al inglés.

Tremorne sentíase debilitado. Una niebla danzaba delante de sus ojos. Se tambaleó de

un lado a otro y cayendo de rodillas esperó el ataque del otro. Mugiendo como un toro el chino dió un salto con el propósito de caer sobre el enemigo.

El marino se rió, levantó el brazo derecho y dió con el puño en la sien del chino con una fuerza como para aturdir a un toro. El ruido que hizo el hueso frontal al partirse fué como el que puede producir una tableta al romperse. El chino lanzó un gemido ahogado, dió un salto en el aire y cayó en el suelo boca arriba.

Joe se levantó tambaleándose y se secó el sudor que le cubría el rostro.

Después sin un solo momento de vacilación oprimió un sitio del pie del dragón, se abrió el hueco del suelo y por allí arrojó al chino que acababa de expirar. Wang Tong rodó dos veces sobre sí mismo y luego la inanimada forma, tomando impulso se deslizó por la piedra lustrosa y desapareció.

—¡Una dosis del mismo remedio que le dió usted a Dick! — murmuró con pena el marino. — Supongo sin embargo, que la suerte tiene que haber favorecido al muchacho y que todavía he de volver a verle con vida.

Tendido boca abajo miró por el oscuro hueco llamando una y otra vez.

Pero lo único que oyó fué el ruido de agua que corría lejos y a nivel inferior. Lanzando un suspiro se levantó y volvió la piedra a su sitio dedicándose luego a examinar la sala en que se hallaba cautivo.

Era aquella una prisión en verdad. Las paredes por más que golpeó en ellas no produjeron ruido alguno. La puerta por donde había entrado con Dick poco antes estaba cerrada y desafió todos sus esfuerzos.

En lo alto, sin embargo, a unos quince pies del suelo y del lado del pasillo de entrada, había una abertura circular de ocho o nueve pulgadas de diámetro.

Joe la miró con desesperación. Era en verdad, un pobre medio de comunicación con el exterior y nada más. No era posible ni pensar en pasar por un hueco tan chico. Tomó un par de muebles del otro extremo de la sala, puso el uno encima del otro y subiendo a lo más alto, miró por el agujero redondo.

Faltaba bastante para la media noche. Incontables estrellas brillaban en un cielo de intenso color azul. Por encima de las copas de los árboles suavemente movidas por el viento, se destacaba la enorme mole de la pagoda del jardín y abajo el puente custodiado por los dragones de piedra, que cruzaba el estanque de los lotos.

Joe descendió al piso de mármol y recogió del suelo la pistola Browning. El haber empleado el resorte seguro le había salvado la vida pero el arma no servía ya. El gatillo había sido torcido por el golpe.

—Ya no sirve para nada, — dijo Tremorne arrojando el arma a un rincón. — ¡Linda situación por cierto! ¡Dick muerto, Frank prisionero todavía y el último de los nobles Tremorne pescado como una rata en una jaula. ¡Bueno¡ Como por el momento no puedo hacer absolutamente nada, dormiré un rato, esperando el desarrollo de los acontecimientos.

EL VIAJE TRAGICO

Cuando se movió la losa del piso al ser oprimido el resorte secreto, Dick Polruán sintió que caía a través del espacio. Experimentó la desagradable sensación que produce el descenso de un ascensor que baja con excesiva rapidez.

Giró una o dos veces, pero en la tercera ocasión estiró las piernas y los brazos tratando en vano de detener su descenso. Sintió que las manos frotaban en los costados de aquel plano inclinado. Maquinalmente empujó hacia los lados y se encontró con que así menguaba la rapidez de su descenso.

Durante unos momentos le pareció haber dado con un modo eficaz para detener su descenso. Pudo darse cuenta de que descendía por una especie de tubo de interior muy liso y de unos cuatro pies de diámetro.

Era difícil calcular la profundidad que había descendido y la velocidad del descenso pues a cada momento, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, descendía más y más. El acre ambiente se hacía cálido y fétido. Dick comenzó a traspirar en tal forma que la ropa se le pegó al cuerpo húmedo.

Miró hacia adelante, pero no vislumbró luz alguna en aquella completa osburidad. Gritó lo más fuerte que pudo, pero sólo obtuvo en respuesta el eco burlón, al parecer de sus propios gritos y nada más.

De repente, una de las veces en que gritó y cuando se hubo acallado el eco de su voz llegó a sus oídos, alarmante y fuerte, el ruido de un ingente caudal de agua en rápido movimiento. Lo oyó cada vez más fuerte. Parecióle el ruido de una catarata. Dick se dió por perdido, cerró los ojos y cesó por completo de resistirse.

La vida tenía muy poco significado para él en ese momento. Perdió todo poder de razonamiento cuando se deslizó por la lustrosa superficie de piedra y fué proyectado, por el impulso del descenso, hacia la superficie de un arroyo de corriente rápida haciendo un ruido característico y levantando un penacho de agua y de espuma.

Tanto le sorprendió al muchacho el cambio de su situación, que no acertó a prepararse para la zambullida. Se hundió, tragando algo del agua fría que estuvo a punto de ahogarlo.

Irguió la cabeza y mediante unos rápidos manotones volvió a la superficie.

El convencimiento de que volvía a respirar el aire libre y claro lo revivió como ninguna otra cosa. Echándose de costado nadó mediante vigorosas brazadas, fijándose al mismo tiempo en lo que le rodeaba.

Hasta la distancia que la nocturna oscuridad le permitía alcanzar a ver, estaba rodeado de una superficie de agua que corría rápidamente. En algunos sitios brillaba la luz de un champán — barco de carga chino, — que navegaba lentamente aguas abajo. Pero esas luces parecían hallarse lejanas, tan lejanas, que Dick pensó que no le alcanzarían las fuerzas para nadar hasta una de ellas.

Al cabo de un rato dejó de nadar y decidiendo que lo que más le convenía era reser-

var todo lo posible las fuerzas de que disponía, se echó boca arriba en el agua, y guiándose con manos y pies mediante leves movimientos, se dejó llevar por la corriente aguas abajo. Durante más de una hora "navegó" así rápidamente pero pasado ese tiempo empezó a notar que el frío del agua empezaba a entumecerle el cuerpo y especialmente las piernas.

A pesar de todo lo sufrido conservaba el pleno uso de sus facultades mentales. Pudo darse cuenta, — en consecuencia, — de que se hallaba en las aguas del río Pei Ho el cual, después de describir infinidad de caprichosas curvas, descarga su torrentoso caudal en el golfo de Pe Chi Li.

Al cabo de un rato cuando la intensidad del frío comenzó a acalambrarle, volvió a nadar gritando de vez en cuando, pidiendo socorro. Durante una hora siguió en esa forma unas veces dejándose llevar por la corriente y otras veces nadando hasta que fueron tan intensos los efectos del cansancio que sintió la cabeza fuertemente dolorida y el corazón debilitado.

Comenzó a turbársele la vista y a sentir mareos. Al cabo de un tiempo cerró los ojos dándose por vencido y entregándose por completo al mortífero abrazo de las aguas. Sentía las piernas pesadas como si fueran de plomo. Comenzaba a hundírsele la cabeza y alzó los brazos instintivamente.

Fué entonces, en el momento más peligroso y angustioso de todos cuantos la decisión de pelear hasta el fin brotó en su pecho y le dió renovadas energías. Volvió a la superficie y en aquel mismo instante recibió, en la cabeza, un golpe que lo aturdió durante un momento. Cuando abrió los ojos unos segundos después vió que la obscura mole de un champán pasaba lentamente junto a él. Procuró gritar pidiendo socorro, pero no le fué posible, nadó lo mejor que pudo y asiéndose a un madero que sobresalía del buque se colgó de él, desesperadamente.

Al cabo de un rato se sintió con fuerzas suficientes para alzarse fuera del agua. Arrastrándose boca abajo por el madero llegó a la cubierta del buque y miró en redor. Aquel champán no tenía mástil ni luces de posición. Llevaba sólo una luz que lucía tras de una cortina de bambú, en el centro del buque.

Dick avanzó a tientas en medio de la oscuridad y hallando un montón formado por una vieja vela allí se echó para estudiar su situación y pensar qué era lo que convenía hacer. Debía recordar en primer término que se encontraba en tierra extraña y en un país donde todo extranjero es considerado como enemigo peligroso. Dejar que notaran su presencia a bordo de aquel champán tendría como consecuencia inmediata que lo arrojaran al agua de la que, mediante tan grandes esfuerzos, había logrado salir.

Antes de que pudiera adoptar una determinación respecto a lo que le convenía hacer, cerró involuntariamente los ojos y se durmió, vencido por la fatiga y la debilidad, enteramente exhausto.

Pasó la noche y el sol se alzó en un cielo sin nubes, esplendoroso y brillante. Muchas millas navegó por el río antes de que el muchacho despertase. En cuanto abrió los ojos levantó la pesada tela bajo la cual se había ocultado y se incorporó.

¡Qué completo cambio había experimentado al pasar de la noche al día la extensión de agua por la cual había nadado durante la obscuridad! El champán se había acercado a la orilla del río en cuyas aguas flotaban, en todo cuanto alcanzaba la vista, miles de embarcaciones de todas clases.

Había, en realidad, llegado al puerto situado en la embocadura del río, con el buque desconocido en el cual se había guarecido y que seguía derivando lentamente hacia el mar.

Mirando cautelosamente en redor, después de haber estirado piernas y brazos para desentumecerse, Dick vió que un chino de poco agradable aspecto estaba sentado en medio del buque, fumando tranquilamente en su larga pipa.

Muchas habían sido las caras de bandido que Dick había visto en su vida, pero ninguna tan horrible como aquella.

Dick decidió que no le convenía poner a aquel chino al tanto de lo que le pasaba y con toda cautela se guareció lo mejor que pudo con la tela. Se tapó con ella y tendido cuan largo era, miró hacia la fila de buques de todas clases frente a la cual pasaba el champán, examinándolos uno por uno.

Al cabo de un rato distinguió un arroyo que, como una cinta de plata cruzaba la tierra llana y árida de los lados del río. En su desembocadura, junto a un pequeño muelle de tablones, estaba un pequeño vapor en cuya popa flotaba una bandera inglesa.

Esto fué suficiente para decidir a Dick Polruán. Haciendo el menor ruido posible se dirigió a la borda del champán, saltó por ella y se dejó caer al agua cuya superficie quedaba sólo dos pies más abajo. Después, sonriendo satisfecho, nadó hacia la desembocadura del arroyo.

Después de nadar durante diez minutos llegó al costado del vapor. Leyó el nombre puesto con letras de bronce en el cartel de popa: — "Iolanthe" — Bristol. — y, agarrándose después a la cadena del ancla, subió con ágil facilidad a la cubierta. En el momento en que, chorreando agua, pisaba el puente una voz llamó a alguien en inglés.

—¡El diablo me lleve, Bill, si no acabo de ver a un chino surgiendo como Neptuno, de las ondas del mar! — gritó la voz. — ¿De dónde demonios viene usted y por qué razón se mete en este buque sin que nadie lo haya invitado!

—¡Creo que soy de la misma tierra que usted! — replicó riendo Dick Polruán, escurriendo el agua de su traje chino. — He venido río abajo, durante la noche en un champán chino, — dijo acercándose al marino, que era en realidad el segundo del "Iolanthe", — y consideré oportuno cambiar de buque. Mi deseo es llegar lo más pronto posible a mi buque, el vapor llamado "Silfo".

—El "Silfo", — repitió el oficial mirando a lo lejos con una mano puesta en la frente a modo de visera para atajarse la luz del sol; — ¡allí está, en la ensenada número cuatro y me parece que lo encontrará con to

da facilidad. Siempre hay alguien a bordo. Nosotros hicimos una visita amistosa a su gente anteanoche, precisamente.

Dick le dió las gracias, le estrechó la mano y dirigiéndose a la planchada no tardó en hallarse en el muelle camino del sitio donde el "Silfo" estaba amarrado.

Media milla de terreno pantanoso y plano sobre el cual, durante la estación de las lluvias, extendía sus aguas el río Pei Ho, le separaban del objeto de su marcha. Pero una vez a bordo del vapor ya no estaría al alcance de la sutil astucia de los asiáticos porque en la popa del "Silfo" flameaba la bandera inglesa, símbolo de seguridad y de protección hasta en los más alejados rincones de la tierra.

Dick miró su bandera con una sonrisa de satisfacción en su rostro salpicado de barro.

—Voy a juntarlos a todos, a armarlos hasta los dientes y a guiarlos hasta la casa de los Bo Sings para averiguar allí qué ha sido del viejo Joe, — se dijo, apresurando el paso.

Casi sin aliento llegó a la orilla del río y miró hacia el abultado casco del amarrado vapor.

No se notaba, a bordo señal alguna de vida. Supuso que tendría que salir humo de la chimenea pero recordó que el vapor tenía que estar amarrado durante nueve meses y que sus fuegos debían estar apagados.

—¡Hola! ¡Polruán está aquí! — gritó poniéndose ambas manos junto a la boca, a manera de portavoz.

Pero la única respuesta que tuvieron sus gritos fué el aletear de algunos asustados patos del cercano pantano.

No había planchada pero era fácil subir a bordo por la cadena del ancla. Una vez a bordo fué Dick al centro de la cubierta y volvió a gritar, asomándose al hueco de la escalera principal.

Como no recibiera contestación, descendió a la cubierta inferior. No estaba ocupada ni una sola de las camas pero todo se hallaba en el más completo orden. En la enfermería estaba encendida una lamparilla de aceite.

Aquello parecía sospechoso. Dick miró en redor. Reinaba en todo el vapor un silencio de muerte cuando el joven había esperado encontrar ruido y alegría al volver a ver a sus compañeros y amigos.

Volvió a la cubierta donde todo estaba en el orden más completo. Todo estaba limpio y reluciente que daba gusto verlo.

—¡Walters! ¡Mactavish! ¡Hosken! ¿Dónde demonios están ustedes? — gritó. — Y como no obtuviera respuesta se dirigió a la otra escalera que conducía a la cubierta inferior.

El salón y los camarotes principales estaban en medio del buque. Las claraboyas del salón estaban abiertas. Dick miró por ellas y lanzó una exclamación de sorpresa al ver que la mesa estaba servida como para una comida. Pero las sillas giratorias estaban desocupados. Todo parecía indicar que el vapor había sido abandonado precipitadamente. Pero esto era imposible. Tremorne había dejado a la tripulación con orden de no abandonar nunca el buque. Era inconcebible que se hubieran marchado todos a alguna excursión sin haber dejado a bordo una guardia.

Siguió Dick por el pasadizo del costado hasta llegar al ojo de buey que daba al camarote principal. Estaba cerrado el vidrio pero la luz de la mañana que entraba por los huecos del otro lado permitía ver en el interior.

En el primer momento no pudo discernirlo todo con claridad, pero, acostumbrándose rápidamente a aquella luz, distinguió varios bultos tirados por el suelo, siluetas de hombres con el rostro hacia arriba y los ojos vidriosos, mirando sin ver hacia lo alto.

Un grito de horror se escapó de sus labios y retrocedió. ¡El buque donde había buscado refugio era un buque donde reinaba la muerte!

EL INCIENSO DE LA MUERTE

El cuadro que Dick Polruán tenía ante sus ojos era como para atemorizar al más fuerte de los corazones. La tranquilidad y el silencio que reinaban en el buque contribuían a acrecentar la sensación de intranquilidad que daba la idea de que la cámara estaba llena de hombres sin vida. La sombra proyectada por un pájaro que pasó volando rápidamente por encima de la cubierta inundada de sol, le hizo volver la cabeza. En toda la extensión de la cubierta del "Silfo" no se veía ni la menor señal de vida.

Los buques que flotaban en el Pei Ho tenían un aspecto fantástico vistos a lo lejos, navegando rápidamente llevados por la torrentosa correntada y con las enormes velas colgadas de los mástiles e infladas por el viento cálido.

Dick se estremeció y acercóse aún más al vidrio del cerrado ojo de buey. Cuando sus ojos fueron acostumbrándose a la semioscuridad reinante en el salón pudo alcanzar a reconocer a algunos de los que allí estaban. Peugelly, usualmente delgado y huesoso tenía entonces el rostro hinchado y blanquecino y los labios azulados; Hosken ya no parecía moreno y saludable, tenía las mejillas de color de tiza y sus ojos, habitualmente azules y claros tenían el mismo aspecto que hubieran tenido si fuesen de vidrio turbio. Callaghan con el cabello en desorden y el rostro muy desencajado tenía las manos al cuello como si hubiera muerto sofocado.

Lo más extraño de todo era que allí no había señal de desorden alguno; no había sangre en el suelo ni manchas de clase alguna en las ropas de aquellos hombres. Parecía que la muerte hubiese entrado allí sin que nadie lo notara y hubiera posado su mano en cada uno de aquellos hombres, por turno, haciéndoles morir casi sin lucha alguna.

De pronto, en el tibio ambiente matutino llegó a la nariz del muchacho un extraño y dulzón perfume. Aquel perfume obró de inmediato como un narótico sobre sus delicados nervios. Aspiró con fuerza aquel aire perfumado y en consecuencia sintió un mareo y tuvo que apoyar los dedos en el pasamano del tabique.

Retrocedió hacia la borda del vapor y el

PUCKY

Tendidos en el suelo estaban varios hombres, inmóviles, con los ojos vidriosos. Dick retrocedió alarmado. El buque donde había buscado refugio era un buque donde reinaba la muerte!

aire fresco y puro le aclaró la mente.

Aquello hizo que Dick empezara a comprender; se dirigió hacia la escotilla de la escalera principal e inmediatamente sintió como una ráfaga del insidioso perfume. El menor movimiento del vapor que se balanceaba en su fondeadero movía la sombra proyectado por la alta chimenea y, mirando hacia abajo vió muy cerca de la puerta del salón una caja laqueada de la cual salía un largo tubo de goma elástica. El otro extremo del tubo pasaba por el hueco que había entre la puerta y el suelo.

Visto aquello resultaba fácil comprender cómo se habían producido las cosas. La caja laqueada contenía fuego en el que se quemaba alguna droga que producía un humo narcótico que entraba en el salón por medio del tubo de goma.

Cuando Dick descendió hacia donde estaban los demás sintió que también era víctima de los efectos de aquel incienso narcótico. Cada vez que respiraba aumentaba su aturdimiento quitándole fuerzas para moverse y dándole deseos de echarse y dormir. Le parecía que los tabiques de ambos lados de la escalera eran de oro y de brillantes

colores y que oía el agradabilísimo canto de muchísimos pajarillos.

Mediante un grandísimo esfuerzo logró retroceder y descender por la cadena del timón al agua del río. La rápida inmersión en el agua fresca le aclaró la mente y volvió a la superficie lleno de nuevas energías y respiró con satisfacción el aire puro.

Adoptando una rápida resolución subió de nuevo a la cubierta del vapor. Se quitó su amplia blusa de chino, desgarró su tela en tiras e hizo con ellas unas compresas que se puso cubriéndose la boca. Descendió entonces al salón sin la menor dificultad, tomó en sus manos la caja laqueada y corriendo a uno de los lados del vapor, la arrojó al agua.

La facilidad y la rapidez con los ocupantes del salón habían caído víctimas del humo narcótico, se explicaba viendo que ni siquiera estaba cerrada la puerta por el lado de afuera. La entrada de la insidiosa droga debió causar a los marinos del "Silfo", una casi instantánea insensibilidad, pues Dick pudo percatarse, — cuando entró, — de que uno de los marineros había intentado abrir el ojo de buey pero se había desplomado casi en el mismo momento de poner la mano en la manija del mecanismo. Estaba encogido con el mentón en el pecho y los brazos caídos a ambos costados.

A pesar de las compresas que lo protegían el rostro, Dick no alcanzó a realizar su propósito de sacar a sus compañeros de donde estaban y tuvo que volver al aire libre.

Pero al cabo de muy pocos minutos lo revivió el aire puro y continuó su tarea. Sacó primero a Pengelley, luego a Hosken y después a Callaghan, tendiéndolos uno junto a otro en la cubierta. Allí los dejó, después de haber descansado y de haber respirado de nuevo el aire vivificante cuando fué en busca de los otros.

Al cabo de diez minutos había puesto a nueve hombres narcotizados en la cubierta, a la sombra de la cabina de mando.

Tomó de la enfermería una jarra con pico, le ató una soga y descendiéndola por el costado del "Silfo" la levantó llena de agua fría. Una y otra vez vació el contenido de la jarra en el rostro de cada uno de los hombres y al cabo de un rato vió premiado su esfuerzo, pues oyó que Pengelley suspiraba.

Abandonando el tratamiento mediante al agua. Dick se arrodilló y procedió a aplicar el de la respiración artificial. Diez minutos de riguroso bombear moviendo los brazos del contramaestre lograron por fin que abriera los ojos y tratara de incorporarse.

—¡La verdad es que he tenido el ensueño más delicioso de toda mi vida! — dijo, pasándose la mano por la mojada frente. — Pero si es usted Dick, cómo me parece que lo es, ¿qué hace a bordo del "Silfo"?

—Lo que estoy haciendo es un desesperado esfuerzo procurando que ustedes recobren los sentidos, — contestó el muchacho contentísimo al pensar que había salvado de la muerte a toda la tripulación del vapor. — Alguien les ha jugado una mala partida. Los durmió mediante un narcótico mortífero y cuando yo llegué estaban ustedes con toda la apariencia de encontrarse inertes. Si se siente usted mejor, amigo mío, ayúdeme a despertar a los demás.

Pengelley se levantó como adormilado y miró atónito a sus compañeros tendidos en la cubierta como otros tantos muertos.

—¡Dios mío! — exclamó después de una breve pausa. — Pero señor Dick ¿quién ha sido el autor de esto?

—¡No lo sé! — replicó el muchacho. — Lo único que puedo decir es que encontré una caja que contenía algo que estaba echando humo y que ese humo, por medio de un tubo de goma, entraba en el salón donde estaban ustedes sin conocimiento.

—Nos dormimos en un instante, créalo. — dijo el contramaestre. — Lo único que recuerdo es que estábamos sentados conversando tranquilamente y comentando lo del robo de la lámpara del capitán, cuando de pronto empecé a sentir sueño. Si fué una broma fué de mal gusto sin duda, de gusto tan malo como el que tengo en la boca en este momento.

Dick, que trataba en aquel momento de hacer que reviviera Callaghan, movió negativamente la cabeza.

—No; no creo que se trate de una broma, — dijo. — Lo que creo es que es todo eso ande la mano de Guy Rathbone.

—¡Pero Rathbone ha sido asesinado por los piratas chinos!

—¡Nada de eso! — replicó Dick. — Escapó de algún modo porque Joe y yo hemos tenido ocasión de apreciar algo que ha sido inspirado por él. Debió llegar a Pekín y ponerse en seguida en contacto con la sociedad secreta de los Bo Sings y estos no sólo le robaron a Joe el Buda de Oro sino que lo han hecho prisionero. El y yo estuvimos en casa de un tipo llamado Hoang Ho. Mientras yo buscaba el ídolo se hundió el suelo que pisaba y caí por un largo tubo a las aguas del río. Me salvé de morir por milagro. En el momento en que comenzaba a caer ví que frente a Joe había aparecido un malencarado chino. ¿Qué le habrá sucedido al capitán? No lo sé, ni puedo imaginarlo.

Pengelley permaneció un momento silencioso.

—¡Ese ídolo chino no hace más que meternos en dificultades! — observó luego. — Pero veo que otro de los dormidos está despertando. ¿Qué conviene hacer en estas circunstancias, señor Dick?

—Es necesario que algunos de ustedes me acompañen a Pekín a ver qué podemos hacer en favor de Joe. Los que quedan a bordo se turnarán para que siempre esté uno de guardia. Se comprende que Rathbone y sus secuaces están en acción y que han realizado una tentativa cuya finalidad era apoderarse de este buque. Narcotizados ustedes sin que nadie lo supiera, les hubiese sido muy fácil presentarse tranquilamente y tomar posesión del "Silfo".

—Pero ¿para qué puede querer Rathbone

Invite a sus amigos a leer la gran novela de misterio, intriga, acción y drama que se publica en PUCKY, titulada

Raúl de Lancaste

apoderarse del "Silfo"? — preguntó Pengelley.

—¡Para regresar a Inglaterra en él! — contestó en seguida Dick. — Supongo que habrá recibido el Buda de oro de manos de Hoang Ho, a quien ha debido pagarle bien caro el que se lo robara a Joe. Con el Buda en su poder y el "Silfo" a su disposición, Rathbone triunfaría por completo. Ahora, lo difícil es acertar si debemos ir en socorro de Joe o esperar aquí a Rathbone y a su gente.

Dick consideraba que era muy difícil decidir a ese respecto.

—Nada me importa el valor del ídolo, — explicó el muchacho. — Pero el caso es que si no entregamos el Buda no podremos sacar a Franck del templo de Cheng. Si realmente Hoang Ho robó el ídolo para entregárselo a Rathbone, lo que debemos hacer es tratar de apoderarnos de Rathbone antes de ir a Pekín.

Pengelley, por su parte, se empecinó en sus ideas.

—Con todo el respeto que usted merece, señor Dick, su educación universitaria y su natural inteligencia permítame que le diga que el capitán es el jefe de esta expedición. Por lo tanto yo voto porque tratemos, en primer lugar, de librarle a él de su cautiverio.

El muchacho estaba convencido hacía tiempo de que la sabiduría es hija de la experiencia y por lo tanto de los años de vida, así que sin insistir en su primitiva opinión, aceptó el modo de pensar del contramaestre.

—Está bien, Bill, iremos en busca de Joe. Pero antes tenemos que atender a esos y luego insistir en que quede a bordo una guardia armada y constante. Pondremos esa guardia bajo el mando de Mactavish; es ese hombre cauto y digno de toda confianza. ¡Ah! Osken está despertando ya. Atienda usted a Callaghan. Después tomaremos un par de revólveres de la armería de a bordo e iremos a la casa del jefe de los Bo Sings a probar nuevamente nuestra suerte.

Faltaba poco para las doce del día cuando después de un serio consejo de guerra en el que fué consultado el escocés Mactavish, — maquinista del "Silfo", — se resolvió la forma en que debía quedar vigilado el vapor.

Dick y Pengelley se despidieron de sus compañeros y se encaminaron, cruzando la llanura seca hacia la tierra firme. Una vez en las calles del puerto tuvieron la suerte de encontrar un automóvil en el cual fueron a la ciudad imperial a la que llegaron por la tarde.

Rawson, con gesto de aburrido y preocupado, estaba a la puerta del "Wagons-Lits-Hotel" cuando ellos llegaron en el automóvil.

—¿Dónde está Joe? — preguntó Rawson al estrechar la mano de Dick. — He esperado su regreso toda la noche y...

Se reunieron en un rincón del vestíbulo.

—Joe se encuentra cautivo en casa de Hoang Ho, la casa a la cual nos dirigíamos la otra noche. Yo pude escapar con vida por capricho de la suerte. Llegué hasta el "Silfo" y he venido con Pengelley para que vayamos en busca de Joe.

Rawson miró pensativo hacia la franja de luz del sol que aun se veía en el pavimento de la frecuentada calle.

—He pasado los peores momentos de mi vida, — dijo Rawson con pena; — ustedes no regresaban y yo no sabía qué hacer ni a dónde dirigirme. Pensé poner el asunto en manos de la policía, pero recordé luego que yo no tenía ni la menor idea de dónde está situada la casa de Hoang Ho.

—Ah Ling podía habérselo dicho. Nosotros lo dejamos en libertad de volver al hotel.

—Tal vez, — asintió Harry Rawson. — Pero el caso es que Ah Ling no ha vuelto. No he vuelto a verle desde que se marchó de aquí con ustedes hace casi veinticuatro horas. Esta mañana, a las diez, el negrito Torta salió en busca de Joe y él tampoco ha regresado.

—¡Cómo! — exclamó Dick asustado. — ¡También falta Torta!

—Así es, — dijo Rawson. — Desde que se fué no hemos tenido de él ni la más mínima noticia. Se marchó con el propósito de dar con la pista de Ah Ling y mediante esa pista llegar hasta ustedes. Yo pensaba en ir a conversar sobre el caso con el cónsul británico cuando llegaron ustedes.

—La verdad es que uno no sabe qué es lo que más conviene hacer, — dijo Dick. — Ya era de noche cuando salimos del hotel y aun cuando pasamos por la puerta de Chie Men, estoy seguro de que no podré dar fácilmente con la casa de Hoang Ho. Se encuentra en el corazón de la ciudad manchú, pero no sé dónde. ¡Qué situación más triste! Frank y Joe cautivos, y Torta desaparecido. Yo creo que lo mejor que puede hacerse es poner el asunto en manos de la policía.

TORTA SE CONCEDE A SI MISMO LA CRUZ DE LA VICTORIA

No estaba Joe Tremorne acostumbrado a esperar en la inacción el desarrollo de los acontecimientos. Hombre de decisión y de acción rápida prefería obligar a los acontecimientos a que se produjeran y no esperar

tranquilamente a que acaeciesen. Se encontraba, pues, en una situación en la que, en cualquier sentido que fuera tenía qe hacer algo que cambiase el aspecto del ambiente.

El mismo, al destruir el gongo, había inutilizado el único modo de hacerse oír, desde dentro de las sólidas paredes de aquella sala.

No había más que un modo de salir de ahí Era el hueco del piso por donde habían desaparecido, primero Dick Polruán y después el chino arrojado por Tremorne.

Durante casi dos horas el marino se dedicó a examinar con la mayor atención todo cuanto lo rodeaba. Examinó las paredes y comprobó que, como Hoang Ho le había dicho, eran tan gruesas que no dejaban pasar a través de ellas sonido alguno. Las paredes estaban como acolchadas por el lado de dentro y después de ese tapizado grueso se hallaba la mampostería, que no era posible romper.

La puerta por donde él y Dick habían entrado fué entonces objeto de la atención de Joe. Tampoco era posible abrirse paso por ella. Estaba sujeta por tres pestillos de resorte secretos y ninguno de los tres podía ser movido del lado de adentro. Y el hueco que había encima de la puerta era tan chico que casi no alcanzaba a dejarle pasar juntas las dos manos.

Joe volvió a examinar el dragón de jade. Oprimió cuanta protuberancia notó en la superficie y hasta trató de tirar de sus enormes colmillos con la esperanza de que se movieran y produjeran algo maravilloso. Lo único que consiguió fué que volviera a abrirse el agujero del suelo; el túnel descendente por el cual había ido a su último sitio de reposo uno de los jefes de la criminal asociación de los Bo Sings.

Del dragón — que se negó obstinadamente a facilitarle un medio de salida, — Joe se dirigió hacia un templete elevado y puesto debajo de un lujoso dosel, formando un altar en el cual veíase una imagen bastante grande, del Kuán-Yin, la diosa de la misericordia a cuyo pie humeaba un incensario puesto en medio de una fila de altos floreros octagonales de Lange Lison.

—Al menos uno de estos floreros puede constituir un arma defensiva si vienen los simpáticos amigos de Hoang Ho a enterarse de que su jefe ha fallecido y ha sido enviado por el tubo. Tienen la misma forma de las claves de hacer gimnasia y deben pesar bastante, — dijo el marino tomando por el gollete el florero que le quedaba más cerca.

Notó con extrañeza, cuando trató de moverlo, que no era posible sacarlo de donde estaba pues se hallaba unido al altar, por su base, por medio de una bisagra o algo parecido.

—Esto viene a ser algo como una palanca de las que hay en las cabinas de señales de los ferrocarriles para mover los brazos de los semáforos.

En el mismo momento retrocedió como si hubiera estallado un petardo en el altar de la diosa Kuan-yin porque el frente del cuerpo de la imagen se abrió dejando visible un hueco profundo dentro del cual reposaba su adorada lámpara morisca.

No tardó el marino ni cinco segundos en sacar la lámpara de donde estaba, en mover el resorte que la abría y en ver que el Buda de oro estaba allí dentro.

—¡Esto es maravilloso! — exclamó Tremorne sonriendo contentísimo. — ¡Ya decía yo que era imposible que yo perdiera mi querida lámpara, mi precioso "cosquillea-costillas" que tan útil me ha sido tantas veces! Lo que ha sido una lástima grande, — añadió acariciando la lámpara — es no haber podido acariciar con ella la caja craneana de Hoang Ho, mi encantador amigo.

Puso la lámpara con su cadena en el suelo y se acercó al altar mirando por el abierto hueco, hacia el interior de la imagen. La estatua era maciza; no tenía más hueco que aquel donde había sido encontrada la lámpara morisca. Exteriormente estaba cubierta de esmalte de varios colores. Empujando el alto jarrón de modo que volviese a su anterior posición, la puerta del secreto escondrijo se cerró.

—Es usted una dama muy simpática y agradable, — dijo el marino contemplando el sonriente rostro de la imagen; — y no haría mal en completar el servicio que me ha hecho indicándome un sitio por donde salir de este encierro, — agregó mirando suplicante a la diosa.

Pero Kuan-yin, siguió sonriendo con la misma dulzura con que sonreía hacía más de mil años, pero mostrándose tan sorda ante la súplica de Joe Tremorne como se había mostrado ante las de los miles y miles de chinos que habían orado al pie de su altar.

—¡Bueno! — exclamó Joe pasado un momento. — ¡Siempre dije que de nada sirve implorar a estos dioses de los infieles! Voy a revisar de nuevo todo esto y por si encuentro algo nuevo.

Pero la nueva recorrida del marino lo único que hizo fué llevarle por tercera vez al hueco del suelo y, a falta de otra cosa que examinar, resolvió explorar aquello.

Aun tenía enrollada al cuerpo la soga que había utilizado para franquear la alta tapia del jardín y para subir al balcón. La desenrolló, ató un extremo a la cabeza del dragón y, colgado de la soga, comenzó a descender. Al cabo de cuarenta pies la soga terminó.

Joe gritó una y otra vez, en medio de la oscuridad del túnel, con la vana esperanza de que Dick pudiera contestarle, pero como no obtuvo respuesta, regresó al cuarto del dragón. Llegó enteramente sin aliento, porque la subida había sido larga y penosa. Encontrando que nada mejor podía hacer, se echó en el suelo y se dispuso a dormir.

Ya había amanecido de nuevo cuando despertó. Un brillante rayo de sol entraba por el orificio de arriba de la puerta. La lámpara morisca estaba a su lado en el suelo. También estaban ahí la estropeada pistola Browning, el rollo de soga y el destrozado gongo.

En el altar brillaban las luces votivas dentro de sus lámparas de vidrios de colores y la imagen de la diosa Kuan-yin seguía sonriendo enigmáticamente.

—Me parece que voy a enojarme con usted, señora, si su rostro no cambia de expresión, — dijo Tremorne, dirigiéndose a la

diosa. — ¡No me inspiran confianza los que siempre sonríen, porque generalmente son unos hipócritas.

—¡Chitón! ¡A ver si se callan ahí abajo! — le interrumpió una voz que rasgó sibilante el silencio de la sala del dragón.

Tremorne se volvió, reluciéndole sus azules ojos.

—¡Por la sombra de Belcebú! ¿Habló el alma de Hoang Ho o la de alguno de sus antepasados? — preguntó.

—¡Señor Tremorne! ¿Quiere decirme si le agradan las aventuras por que está pasando? — dijo la misma voz de antes.

Joe miró hacia arriba y vió por el hueco de encima de la puerta el rostro negro y sonriente del negrito Torta.

—¡Negro pícaro! — exclamó Joe riendo. — Siempre dije que tu cara de carbón no servía más que para espantar a los pájaros en un trigal, pero en este momento, me parece el rostro más bello del mundo.

El negro sonrió.

—Señor Joe; si este angelito tuviera una cara como la de usted, la pondría debajo de una aplanadora de caminos para que se la enderezara. — agregó el negrito. — Pero ¿qué ha sido del patroncito Dick?

—¿Dick ¡Ha muerto! — exclamó con tristeza el marino. — Desapareció anoche del mundo de los vivos y yo he quedado para contar el triste suceso. Pero dime, Torta, ¿no puedes hacer algo por sacarme de este encierro?

—Poder puedo, — contestó el negrito; — pero no hay nada que hacer. He recorrido toda la casa y está rodeada de chinos con cara feroz y con unos cuchillos largos y curvos. Algunos llevan al hombro unas hachas que da miedo verlas. Si el señor marino sale y lo ven, lo matarán de fijo. Me encontré con Ah Ling y él me indicó la casa. En agradecimiento yo le regalé el traje nuevo del señor marino, el saco con botones dorados y todo lo demás, incluso la gorra. Ahora el chino anda paseándose con todo el aspecto de un marino de verdad.

—¡Pero, grandísimo... negro! — rugió Tremorne. — ¿Le has dado el mejor de mis uniformes de capitán de la reserva? ¡En cuanto salga de aquí te haré hervir vivo en una olla!

—No salga, entonces, no salga, — suplicó el negro, riendo. — Si quiere voy ahora mismo y le quito la ropa al chino.

—¡No! ¡No vayas! Te lo perdono todo si encuentras un modo de sacarme de aquí, — dijo Tremorne.

—Traté de abrir la puerta, pero no pude, — dijo Torta. — Puede ser que haya otro sitio por donde salir y cuando esté todo oscuro yo lo buscaré. Pero oigo ruido. Alguien viene. Voy a esconderme en el jardín en clase de rama de árbol. Adiós señor Joe Hasta la vista.

Dicho esto el negro desapareció tan misteriosamente como había aparecido y aun cuando pasaron horas y horas, el marino no volvió a verlo.

Cuando empezó a anochecer, Tremorne comenzó a sentirse furiosamente desesperado La tortura del hambre comenzó a molestarle agregándose a la de la sed que le tenía nervioso desde la mañana. En la sala del dragón reinó durante el día un calor sofocante. El aroma del incienso del altar empezó a turbarle los sentidos y por último le hizo buscar alivio en el sueño.

Se tendió en el suelo, con la cabeza apoyada en un brazo y en sus ensueños, de una realidad sobrenatural, tuvo la visión de Dick que capitaneando un numeroso grupo acudía a salvarle de las garras de Kuan-yin, que había bajado del altar y con sus suaves manos trataba de estrangularle.

Se despertó sobresaltado. Había anochecido ya. La luz de la luna enviaba sus plateados rayos hacia el piso de mármol blanco. En lo alto el hueco de la pared permitíale ver un trozo de cielo tachonado de estrellas.

Joe estiró sus entumecidos miembros y se sentó.

La visita de Torta le parecía irreal. El negro no se había asomado por el hueco de encima de la puerta. Todo eso formaba parte de sus ensueños.

Durante más de una hora caminó de un lado a otro de su prisión parándose más de una vez al borde del abismo del suelo.

—¡China no es país a propósito para un cristiano! — gruñó de improviso. — Aquí todo es sobrenatural! ¡Todo! ¡Desde la cara de ese ídolo!... ¡Hola! Eres tú Torta?

Retrocedió por que algo cruzó por el espacio y pasó a pocas pulgadas de su cabeza. El proyectil era un paquete de sandwiches y había sido arrojado por muy experimentada mano.

Joe lo levantó del suelo, desgarró el papel que lo envolvía y se puso a comer los sandwiches con verdadera voracidad. Un momento después descendió de lo alto, sostenida por un cordel, una voluminosa cantimplora Tomó un largo trago y retrocedió viendo, al mirar hacia donde antes se veía un espacio de cielo, la negra cabeza de Torta.

—Me parece que este negro se ha ganado la Cruz de la Victoria mediante esta hazaña de heroismo, — dijo el negro mostrando sus blancos dientes. — Y ahora usted va a tener que hacer lo que yo le mande.

—¡Yo no tengo que recibir órdenes tuyas! — gritó el marino. — ¡No se te olvide que soy el capitán de esta expedición!

—Hoy puede ser el día de mi entierro pero también puede ser el del suyo. Oiga bien lo que digo y entienda que cuando suene un estampido grande y la puerta se abra usted debe salir corriendo por ella.

—Explícate mejor — dijo Tremorne.

Torta adelantó el brazo derecho por el hueco.

—Oiga, señor Tremorne y tenga en cuenta que estoy en una posición muy molesta hasta para un negro. No puedo perder tiempo conversando. O usted se compromete a hacer lo que digo...

—¡Bueno! ¡Está bien! ¡Habla de una vez! — gritó Joe. —¿Qué quieres que haga?

—Póngase atrás del dragón acostado en el suelo y quédese quieto allí. Cuando la puerta se abra corra hacia ella y venga a caer en mis amantes brazos. ¿Comprende?

—Bien, — contestó el marino, — haré lo que dices.

Torta no tenía intención de discutir más

con el marino por que cuando Joe alzó de nuevo la vista ya había desaparecido.

Tomando su lámpara el marino fué a situarse detrás del enorme dragón y se echó en el suelo, esperando los sucesos con impaciencia.

—¿Qué combinación será la del negro?—pensó en alta voz. — La verdad es que no me encuentro aquí como el ratón dentro del queso por que estoy con grandes deseos de escaparme. ¡Hola! ¡Torta! ¡Que estoy cansado de esperar aquí! ¡A ver si!...

No terminó la frase. En aquel mismo momento se oyó un horroroso estampido. La oscuridad circundante se iluminó brillantemente, Joe levantó la cabeza y vió el aire lleno de escombros y de polvo y el salón repleto de humo acre.

Una figura humana avanzó por entre el humo, se acercó a Joe y lo tomó de un brazo.

—¡Venga, capitán! La puerta saltó hecha trizas gracias a dos petardos de dinamita, — dijo Torta en voz baja. — Tome esta pistola y mate a todo chino que se presente. ¡Vamos!

Medio aturdido por la fuerza de la explosión, Tremorne siguió al negrito y no tardó en encontrarse afuera. El aire libre obró maravilosamente refrescándole y aclarándole el cerebro en un instante. Joe miró en redor y se dió cuenta inmediata de donde estaba. A sus espaldas salían grandes nubes de humo de la destruída entrada del palacio de Hoang Ho. En algunos sitios se veían encendido las acolchadas paredes y sus ricas colgaduras de seda.

Al estampido que produjo el estallar de los petardos de dinamita y que fué tan fuerte como la detonación de un tiro de pieza de artillería gruesa, siguió un momento de completo silencio y después se oyó el ruído de numerosos pasos en los enarenados caminos del jardín.

Tremorne se volvió y alzó la pistola automática que Torta habíale dado al oír un grito de furor causado por un corpulento chino que apareció por entre unos árboles, blandiendo un largo cuchillo curvo.

Le seguían, a distintas distancias uno y otro, en total unos doce a catorce celestiales armados por el estilo.. Todos ellos se reunieron formando grupo, en el camino enarenado.

—Lo único que podemos hacer es abrirnos paso peleando, — dijo en voz baja. — Pero no hay que hacer fuego si no nos vemos abligados a ello, no vayan a ahorcarnos por matar chinos.

—¿Le parece? — dijo Torta, retrocediendo por que el primero de los chinos avanzaba hacia él con el cuchillo preparado.

—Sí, — dijo el marino guardándose el arma de fuego y tomando la lámpara morisca con la mano derecha. Debemos de tratar de salir de aquí sin disparar un solo tiro o nos prenderán por homicidas. Ahora Torta, es cuando vamos a ver si tienes derecho o no a la Cruz de la Victoria que te has otorgado tú mismo.

LA HAZAÑA DE TORTA

La cautela hija de largos años de aventuras de todas clases en muy diversos países del mundo y las circunstancias más extrañas, aconsejan a Joe Tremorne, aun hallándose frente a una seria amenaza de muerte de parte de los furibundos chinos, que le convenía proceder con la mayor prudencia.

Se daba cuenta de que si del entrevero que se producía en el jardín de la casa de Hoang Ho resultaba la muerte de uno o más de sus compatriotas y ellos, por otra parte, eran capturados, la investigación judicial les detendría durante meses y meses, ante las autoridades de Pekín y esto sería la condena de muerte de Frank Poiruán en aquellos momentos cautivos en el centro del Celeste Imperio.

En consecuencia Joe indicó a Torta que se separara un poco de él y arremangándose su blusa china, tomó con fuerza a la cadena de la pesada lámpara y comenzó a hacer con ella peligrosos molinetes.

—Ese viejo entiende bien las cosas, — díjose el negrito. — Pero lo peor del caso es que yo no se qué van a hacer los otros. Me parece que están decididos a proceder como unos grandísimos canallas en este hermoso jardín.

Así se expresó Torta al notar un inesperado movimiento de parte de sus adversarios.

Obedeciendo a una orden dada en voz alta por uno de los jefes de los Bo Sings varios de sus miembros se volvieron rápidamente, corrieron un poco para tomar distancia y ocupar posiciones en el estrecho puente que pasaba por encima del lago.

—¡Así nos cortan la retirada! — exclamó Joe, irritado. — Me parece, negro pícaro, que debes escabullirte en cuanto puedas y así, al menos, salvarás tú la vida.

—Mil gracias, capitán, — replicó Torta, — pero este angelito negro prefiere que le corten la retirada al mismo tiempo que se la corten a usted y si han de cortar algo más, que nos lo corten a los dos al mismo tiempo. Usted puede seguir haciendo remolinos con su lamparita que Torta va a tratar de entretenerse en algo útil, por su parte.

No pudieron volver a conversar en aquellos momentos porque nuevas nubes de humo acre surgieron de la puerta del pabellón incendiado.

El humo envolvió a Joe en una nube espesa y acre en medio de la cual avanzaron los chinos rodeando al marino blandiendo sus largos cuchillos y lanzando agudos gritos de furor.

Joe vió confusamente unos rostros amarillos y feroces y el brillar de algunas hojas de acero. Después la pesada lámpara zumbó en el aire como una bola de fuego y golpeó con ruido sordo en el cráneo afeitado que más cerca estaba del capitán. Fué tan inesperado el golpe que el desdichado chino no tuvo tiempo ni de agacharse para evitarlo. No hizo más que levantar los brazos, dejar el cuchillo y rodar luego por el enarenado

camino como una bolsa llena de pedruscos.

Joe no deseaba pelear de cerca. Remolineó de nuevo su lámpara con tal fuerza que el aire, al pasar por entre los arabescos de la lámpara producía un ruido semejante al de un escape de vapor. El círculo de chinos comenzó a deshacerse pero no sin que antes hubiera el marino echado por tierra con un pómulo fracturado a otro de sus atacantes y hubiese fracturado el antebrazo de otro de los Bo Sings que intentó darle una puñalada en el vientre.

La pelaa no debía limitarse a que uno solo de los bandos sufriera sus consecuencias. Un chino más astuto que los demás se dirigió a la puerta de donde salía el humo del incendio con creciente intensidad y oculto por una cortina de humo calculó el sitio donde estaba el marino y arrojó hacia él su cuchillo.

Por suerte para Joe, éste se movió en aquel momento hacia un lado para atajarse un sablazo. De no haber sido así el cuchillo se le hubiera hundido en medio de la espalda.

La hoja del cuchillo rasgó la manga del ropaje del marino y después de atravesarla fué a herir en el rostro al chino que estaba del otro lado de Tremorne.

Joe se volvió y gritó llamando a Torta. La situación se hacía desesperada. El humo que le rodeaba no le permitía localizar a los enemigos con quienes tenía que pelear.

—¡Vámonos, negro! — gritó Joe. — Voy a tratar de salir corriendo, — gritó. Pero notó con sorpresa que no le contestaba el negro.

Por alguna razón Torta había adoptado la decisión de retirarse.

—¡Así son todos! — ¡Cuando las papas queman, desaparecen! — gruñó. — ¡De todos modos, la vas a pasar muy mal, muchacho!

En aquel momento uno de los Bo Sings apareció de repente entre el humo y encogiéndose para burlar la guardia del marino, intentó herirle en el pecho. Joe, con la mano izquierda, tomó al chino por la muñeca y se la retorció de tal modo que le fracturó el hueso. El chino cayó de rodillas aullando de dolor y Joe, tomando en brazos a su caído enemigo, lo utilizó a manera de ariete y se lanzó hacia el grupo de chinos. El desgraciado amarillo recibió lo menos veinte heridas antes de que Joe lo arrojara con terrorífica fuerza en medio del grupo atacante.

Pero su avance hizo que el marino se acercara más y más peligrosamente a sus enemigos. Estaban reunidos formando una sólida falange entre Joe y el puente, que era el único sitio por donde se podía salir.

Cuando tres chinos más habían mordido el polvo, los demás corrieron hacia el puente.

Joe, de pie, inmóvil, respirando jadeante, con el brazo derecho cansado de tanto golpear con la lámpara que, pendiente de su mano, chorreaba sangre en el camino, a sus pies.

Hasta aquel momento, la pelea le había favorecido. El ruido del combate no había traspuesto las altas tapias del vasto jardín.

Pero existía el peligro de que en cualquier momento el incendio, — que tomaba rápido incremento, — llamara la atención de alguien del exterior y acudieran a centenares los furibundos chinos en defensa de sus compatriotas.

—Ha llegado el momento de escapar... ¿pero cómo? — pensó el marino. — ¡Esos demonios de chinos ocupan el puente!

—¡Señor capitán, venga para este lado inmediatamente! ¡Lo más pronto que pueda! — chilló cerca de él una conocida voz.

Volviéndose, el marino vió a Torta indicándole que se acercara a él, entre volutas de humo.

—¡Negro imbécil, si no hay más salida que el puente! — replicó el marino furibundo. — Toma uno de esos cuchillos y ayúdame a abrirnos paso.

Tomó el negro de una manga y empezó a llevarlo hacia la cabeza del puente.

Pero Torta se separó de él e indicó el lago.

—Tenemos que pasar nadando, capitán, — gritó. — Dentro de unos momentos no habrá puente, porque se habrá ido a pasear por el cielo.

—¡Por lo visto te has vuelto loco! — gruñó el marino.

A pesar de eso, dejó que el negro lo llevara hacia la orilla del lago y un momento después estaban los dos metidos hasta el cuello en el agua.

—¡Meta su cabeza dentro del agua! — le ordenó Torta. — Si no lo hace, toda el agua que tiene dentro de la cabeza saltará y...

Joe Tremorne comprendió que el negro era dueño de la situación . Obedeció y zambulló. No logró enterarse de la profundidad que tenía el lago, pero cuando sacó la cabeza del agua cuarenta segundos después vió algo, al lado de lo cual una erupción del Etna parecería cosa sin importancia.

Un terrible ruido como un trueno mil veces multiplicado rasgó el silencio y hacia el cielo de la noche ascendió una columna de fuego de setenta pies de altura, lo ménos. La torre de la pagoda, coronada por un dragón, se balanceó como un barco en mar agitado, las parades se abrieron de modo que pasó por entre ellas la luz. Un instante después toda la construcción, junto con la estructura del puente, saltaba por los aires hecha trizas.

—¡Vuelva a zambullir! — gritó Torta.

Joe vió durante un momento los pies del negro. También él se hundió en el agua agitada y poco después caían en el sitio donde antes estaban los dos nadadores grandes pedazos de mampostería y de madera chamuscada, levantando raudales de espuma.

Respirando jadeantes volvieron a la superficie a setenta yardas de donde habían zambullido y cerca de la otra costa del lago. Lo que pocos minutos antes era un bellísimo cuadro, presentaba en aquel momento un deplorable aspesto de destrucción.

La base de la pagoda estaba envuelta en

llamas; un extremo del puente había desaparecido y el otro retorcido, desfigurado, estaba en posición vertical, apuntando al cielo el que se llenaba de nubes de humo negro que cubriendo la superficie del lago ocultaron momentáneamente aquel espectáculo horrible.

—¡Venga! — dijo Torta, limpiándose el rostro sucio de cieno. — Estos dos muchachos deben retirarse inmediatamente de aquí camino de su casa.

Utilizando la soga que Joe llevaba a la cintura, subieron a tierra, saliendo del lago y después de correr por un camino se encontraron en un laberinto de calles de aspecto mísero.

Su aparición no causó extrañeza ni llamó mayormente la atención, porque los habitantes del barrio estaban preocupados tratando de averiguar dónde y cómo se había producido el terrible ruido que habían oído un momento antes.

Mientras los chinos corrían hacia el sitio de donde ellos se alejaban, Joe y Torta caminaron de prisa y unos minutos después estaban cerca del camino de la puerta de Chien Men y de la Gran Muralla.

—Vamos hacia el barrio de las legaciones para prevenirnos contra lo que pudiera suceder, — dijo Tremorne. — Los norteamericanos nos darán abrigo en uno de sus cuartelitos, en caso de que lo necesitemos.

Pero el movimiento de transeuntes era tan intenso en aquellas calles que no se fijó nadie en ellos.

Joe se abrió paso a golpes de hombro por entre la gente y por último se retiró con Torta a un lado del camino, junto a la Gran Muralla, a una milla de la puerta de Chien Men.

—Me parece que hemos mejorado bastante el aspecto del castillo de Hoang Ho, — dijo el marino, limpiándose las manchas de sangre que tenía en el rostro y en las manos. — ¿Cuántos chinos cara de limón habrán caído en la contienda

—Eso no les interesa más que a ellos, — dijo Torta. — En el último momento, cuando todo parecía enteramente perdido, este angelito tuvo una idea luminosa. Aun me quedaba un cartucho de dinamita de los que había traído. Me dirigí nadando hacia el puente, puse el cartucho con su fulminante y un pedazo de mecha que no podía durar más que cinco o seis minutos. Después busqué a mi capitán que estaba pasando el rato muy entretenido con los chinos y le dije: "¡A ver, viejo patilludo, déjese de distracciones y métase en seguida en el lago para que no le pesque la explosión!" ¿Se da cuenta ahora de lo que pasó, señor capitán?

—¡Sí! ¡Vaya si me doy cuenta! — gruñó Joe. — Pero hace un momento estaba pensando que has hecho una porción de cosas: la casa de Hoang Ho incendiada, la pagoda y el puente destruídos y un montón de simpáticos Bo Sings murmurando sus últimas plegarias en un lejano mundo. Has logrado dominar la situación pero con mano muy pesada, ¿no te parece?

—No lo sé, — murmuró Torta, pensativo. — Pero creo que usted no trató a Hoang Ho, el dueño de casa, con muchas más atenciones.

—¡Negro! — dijo Joe con energía y tomando la lámpara que había dejado un momento en el suelo. — ¡Ese es un asunto de clase muy distinta! ¿Sabes? Y cuanto menos se hable de eso, mejor será. Es mucho mejor que Hoang Ho haya desaparecido y nosotros estemos los dos aquí. El chino fué a parar al mismo sitio adonde él mandó a Dick.

—¿Cómo? — exclamó Torta angustiado. — ¿Ha muerto el patroncito Dick?

—No; muerto no, — replicó Joe con tristeza; — está durmiendo un largo sueño del que no despertará hasta dentro de diez mil años. ¡Y todo eso se lo debemos a este maldito Buda, al que Dios confunda!

—¿Qué Buda? — preguntó el negro, mirando en redor.

—El que está aquí dentro. — dijo el marino acariciando la lámpara. — Está dentro del "cosquillea - costillas". Veamos! ciento noventa, ciento noventa y seis, ciento noventa y nueve. Oye, negro, como pasemos en China una semana más, esta querida lámpara festejará su cumple-años número doscientos.

Pero Torta no estaba con ánimos para pensar en tales cosas. Grandes lágrimas corrían por sus mejillas y a cada paso que daba camino del hotel sollozaba y sorbía en silencio, transido de pena.

—¡Muerto el patroncito Dick! ¡Muerto! ¡Cuánto mejor hubiera sido que se hubiese muerto este negro en vez de él!

Joe avanzaba con el ceño fruncido, entregado a sus reflexiones y ajeno a cuanto le rodeaba. Por último, abriéndose paso por entre la muchedumbre que iba y venía por la calle, llegaron al Hotel des Wagons Lits.

—Rathbone ha sido vencido una vez más y yo he recobrado el ídolo gracias al cual Frank Polruán podrá ser rescatado. — murmuró Tremorne. — ¡Pero Dick ha muerto! ¡Y esto es muy triste, caja de betún!

—¡No tiene usted que decírmelo! — sollozó Torta. — Usted no le es útil a nadie, este negro no vale un puñado de porotos negros... ¡Pero el patroncito Dick!...

Joe se llevó una mano a la frente poniéndosela a modo de visera para atajarse el resplandor de la luz y miró hacia la fachada del Hotel des Wagons Lits.

—¡Negro imbécil, idiota y sinvergüenza! ¿Qué estás diciendo? ¡Mira hacia allá! ¡Que el diablo me lleve si aquel no es Dick Polruán en persona! — exclamó. — ¡Sí! ¡Es Dick que está de pie en la escalinata de entrada del hotel, junto con el joven Rawson!

LO QUE SUCEDIO A FRANK POLRUAN

Cuando Frank Pouruán salió del castillo para ir a Plymouth, en lo que menos pensaba era en que pudiera amenazarle algún peligro.

Durante la pasada semana se habían pro-

ducido algunos misteriosos acontecimientos y habían estado en actividad algunos extraños tipos. Se había producido la muerte de Pritchard y la del chino intruso. Además se había encontrado en el parque del castillo de Polruán el Buda de Oro.

Pero todo parecía haber terminado ya; el período de grandísima ansiedad parecía haber concluido por completo.

Con el valioso Buda de oro envuelto en un papel de embalaje y colgado del cuadro de su motocicleta, Frank Polruán se dirigió con rapidez vertiginosa por el camiso uqe lleva a la altura de San Germán y comenzó a descender por la empinada pendiente al pie de la cual se encuentra Polbathick.

Frank sentíase contento, satisfecho de que hubiera terminado un período de tanta ansiedad.

Las sombras proyectadas por el doble crimen que había entenebrecido el ambiente de su casa comenzaban a disiparse y lo único que le quedaba por hacer para terminar con todo era entregar el ídolo, — causante de cuanto había pasado, — a la policía de Plymouth, dejando a ésta la misión de hacer con él lo que mejor le pareciera.

Dos horas faltaban tan sólo, — reflexionaba mientras corría velozmente en su motocicleta para que el ídolo pasara a otras manos y él pudiera regresar a Polruán a vivir tranquilamente gozando de la paz que los recientes sucesos habían tan inoportunamente interrumpido.

Tuvo que tocar de repente su bocina porque, al volver una rápida curva vió en el camino un inesperado y extraño peligro. Veinte yardas delante de él cruzaba el camino de lado a lado una gruesa soga de color oscuro.

Frank se dió cuenta del peligro que aquello representaba. Si chocaba con la soga el golpe sería tan fuerte que la motocicleta quedaría destruída y él saltaría, sin duda, del sillón para ir a caer en tierra algunas yardas después. En consecuencia y sin la menor vacilación, movió la dirección hacia un lado, volviendo la motocicleta hacia el cerco de arbustos situado a uno de los lados de la carretera.

Tan fuerte fué el impacto que Frank fué despedido del asiento como una piedra es despedida por una catapulta y después de dar una vuelta completa en el aire cayó de espaldas en mitad del camino. En el momento en que dió con la cabeza en el macadam del suelo perdió el conocimiento.

En el mismo momento sonó un toque de silbato en la cercana altura de la cuesta y un joven chino, vestido a la europea y que durante las dos últimas horas había vigilado el terreno adyacente con unos grandes gemelos de campaña, salió de entre unos árboles y se unió a otro chino que apareció por el lado opuesto.

—Quite en seguida la soga y oculte la motocicleta detrás del cerco, — dijo en su idioma mientras se inclinaba hacia el desmayado joven y lo tomaba en brazos. — Apoderándonos de uno de ellos hemos cumplido nuestra misión, — agregó. — Pero ¿qué es eso que hay allí, en mitad del camino?

Dejó su carga en el suelo y corrió hacia donde estaba lo que había visto. Lo examinó, arrodillándose y examinó el contenido del envoltorio cuyo papel de embalaje se había desgarrado con el golpe. En cuanto quitó el papel brilló a la luz del sol el Buda de oro.

—¡Muy bien! Nuestro amo Teng Loo quedará satisfecho, — dijo envolviendo el ídolo lo mejor que pudo en lo que quedaba del papel de embalaje y guardándolo. —Vámonos pues,—Miró la hora en su reloj de pulsera. — No hay tiempo que perder. Conviene que nos marchemos antes de que aparezca algún viandante.

Después de arrojar la motocicleta destruída por encima del cerco tomaron entre ambos a Frank Polruán y se internaron en el solitario bosque. Cruzaron el bosque de lado a lado, — unas trescientas yardas, — y llegaron a otro camino real. Allí a un lado de la carretera esperaba un automóvil cerrado en el que pusieron a Frank no sin antes atarlo y ponerle una mordaza, además de tapar el rostro del desmayado joven Polruán con un pañuelo de seda. El automóvil se puso en seguida en marcha, camino de Plymouth.

Veinte minutos después el automóvil, — manejado por un chino con librea de chauffeur, — llegó a Torpoint. El puente levadizo que estaba alzado fué descendido en aquel momento así que al cabo de pocos minutos el coche y sus ocupantes iban por el costado de Devenport, lo más rápidamente posible.

Después de recorrer algunas millas describiendo una amplia curva volvió el coche hacia Laiva y allí entró en el parque de una casa rodeada de extenso terreno.

El joven chino que había estado durante tanto tiempo vigilando el castillo de Polruán saltó del coche y entró en la casa, dirigiéndose a uno de sus espaciosos salones. Encontró la puerta cerrada pero llamó de cierto modo, — dando una serie de golpes suaves, —la puerta se abrió y el recién llegado se encontró frente a un hombre de extraordinaria estatura y lujosamente vestido a la usansa asiática.

—Ilustrísimo señor, su miserable sirviente tiene el honor de anunciar a su magnífico amo que uno de los que han violentado nuestros sagrados misterios ha sido capturado y se halla en estos momentos prisionero en nuestras manos. Pero lo más maravilloso de todo es que este descendiente de cien despreciables antepasados tiene el honor de manifestar que el Buda de oro ha sido recobrado. — Y acercándose a una mesa puso en ella el ídolo.

Al ver al Buda de oro el alto chino se estremeció de pies a cabeza.

—Entonces nuestra misión ha terminado, Wu Tang — dijo. — Hemos recobrado la

imagen que nosotros los Bo Tangs veneramos en su altar. Pero esa imagen que ha sido objeto de un sacrilegio, no debe ser tocada por nuestras manos. Los autores del sacrilegio deben devolverla al templo de donde fué robada. Esta noche, tan pronto como reine la oscuridad, lleven al cautivo a bordo. Mañana decidiré qué es lo que debe hacerse.

En consecuencia, cuando Frank Polruán recobró los sentidos al cabo de bastante tiempo, se encontró no como lo esperaba maltrecho y ensangrentado a un lado del camino sino en una confortable y blanca cama a bordo de un navío que se balanceaba suavemente. En el techo pintado de esmalte blanco del camarote en que se encontraba lucía suavemente una lámpara eléctrica de luz incandescente detrás de una cortina de seda amarilla. Bajó del lecho y acercándose a uno de los costados del camarote, miró hacia afuera por el ojo de buey.

Había anochecido y el cielo sin nubes estaba constelado de estrellas. Abajo, el agua de la ensenada de Plymouth chapoteaba armoniosamente junto al casco del buque. A lo lejos se veía la isla de Drake y la línea negra del largo rompeolas y más allá aún la parpadeante luz del faro de Eddiystone.

Durante algunos momentos permaneció inmóvil, de pie en el centro del camarote procurando darse cuenta del por qué de lo que le pasaba y tratando de adivinar por que razón había despertado a bordo de un buque cuando esperaba despertar en medio de una carretera y en mitad del campo.

El camarote era lujoso y amplio. Frank se dirigió a la puerta, trató de abrirla y se encontró con que estaba cerrada con llave. Se acercó a la ventanilla y constató que estaba tan cerrada como la puerta. El ojo de buey estaba sujeto por el lado de afuera.

—Es extraño, — dijo, oprimiéndose con la mano la dolorida frente. — No estoy a bordo del yate Enchantress, el buque del capitán Tremorne, y no conozco a nadie que posea un palacio flotante como éste. Supongo que alguna persona de buen corazón me encontró en el camino y me trajo a este buque hasta que recobrara los sentidos. Pero... ¿y la soga que cruzaba de lado a lado el camino?

Sentíase todavía aturdido y conturbado. Volvió a acostarse y procuró acertar con la explicación de todo lo que le pasaba. El esfuerzo mental fué superior a las energías de que disponía así que el joven Polruán no tardó en ser rendido por el sueño.

Cuando despertó había amanecido ya y el buque se balanceaba pesadamente. Se acercó a la ventanilla y miró por ella. Esta vez no vió las plácidas aguas de la bahía de Plymouth sino una ilimitada llanura de agua verde, salpicada de blancas espumas. El sol brillaba con fuerza pero soplaba un viento rápido que hacía cabecear con bastante violencia al buque en que estaba.

Como la noche anterior la puerta y la ventanilla estaban cerradas. Pero mientras él dormía alguien había entrado en el camarote porque en una mesita plegadiza estaba servido un apetitoso y abundante desayuno.

—¡Perdido por cinco, perdido por veinticinco! — decidió Frank Polruán. Acercándose a la mesita comió con hambre devoradora.

Después de comer procedió a lavarse, se mojó con agua fresca los sitios de la cabeza en que había recibido golpes y esto le calmó algo la molestia que sentía.

Después se acercó a la puerta y golpeó en ella con los nudillos.

Con grandísima sorpresa vió que la puerta se abría y aparecía por ella un chino.

—Yo me llamo Ping To y estoy enteramente a sus órdenes, — dijo el chino saludando con toda cortesía.

Frank abrió mucho los ojos sintiéndose tan sorprendido que casi no acertaba a hablar.

—¡Esto sí que es extraño! — exclamó.— ¿De quién es este buque y por qué se me ha tenido encerrado toda la noche?

—Yo nada sé, — contestó el sirviente. — Sólo tengo orden de obedecer y servir al señor extranjero en lo que el señor desee.

—¡Muy bien! — exclamó Frank, decidido a admitir filosóficamente la situación. — Entonces tráigame usted mi ropa. No puedo salir del camarote a la cubierta vestido de pyjama y si hay señoras a bordo...

—Señoras no hay, — dijo el chino. — Hay sólo señores chinos. El señor Teng Loo, gran mandarín de Botón Púrpura. Dentro de poco volveré.

Poco tardó en regresar, realmente con la ropa de Frank, prolijamente cepillada, zurcida y planchada. Frank se vistió inmediatamente y como Ping To no hizo observación alguna, salió del camarote y subió a la cubierta.

En torno de él todo tenía la apariencia de la cubierta de un yate de lujo admirablemente limpio y ordenado.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SÚSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 5 meses (18 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

UN ATAQUE AL CORAZON

—¿Como dice?
—Se trata de algo de vida o muerte. Un caso muy urgente, doctor.

—Muy bien. Venga en seguida. Veremos que puede hacerse.

—¿El corazón dice, joven? Bueno, ya lo curaremos.

—Si es un ataque al corazón doctor. y aquí tiene usted el remedio.

Su hija Maruja, doctor. No podemos vivir el uno sin el otro

Nº 434 BUENOS AIRES, ENERO 22 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

LIRIO de la LAGUNA

Por MARR MURRAY

LOS doce hombres que formaban el total de población blanca en la isla de Saroa, en las Saramans, están reunidos en el almacén de Dan Leary. El aire estaba azulado por el humo del tabaco. Algunos hombres, sentados sobre cajones, jugaban al poker. Otros charlaban. Todos bebían whisky en jarros esmaltados.

Dan Leary estaba sentado sobre un cajón de whisky, precaución necesaria cuando tenía que vigilar a sus parroquianos. Tenía extendido delante el diario, con fecha de seis meses atrás, que acababa de llegarle de Tahiti.

Sacó su pipa del bolsillo y la llenó lentamente.

—Es maravilloso — dijo sentenciosamente — como algunos tipos acaparan la suerte.

Spike Rawson asintió con la cabeza.

—Y algunos nunca la conocen — dijo.

—Así es — convino Rusty Kemp. — Lo que es yo y Spike maldita la suerte que hemos tenido últimamente.

Hacía como un año que Spike y Rusty habían llegado junto a las Saramans. Nadie sabía quienes eran ni se les preguntó. Pero, por su conversación, se dedujo que la cárcel de alguna parte del mundo no les era desconocida. Eran muy amigos, quizá porque uno se sabía tan gran bribón como el otro. Y aquella amistad databa de muchos años.

Spike era alto y cadavérico. Parecía el más astuto de los dos. Rusty, de cabello castaño rojizo, era más bajo y más fornido. Tenía facciones brutales y el faltarle el ojo izquierdo contribuía a hacerlo más repulsivo.

Dan Leary encendió su pipa.

—Estaba leyendo — explicó — lo que dice del honorable John Bent, el hijo de Lord Wrotham. El viejo hizo millones, fabricando jabón. Y ahora el hijo se ha comprometido con la hija del duque de Essex, la muchacha más linda de Escocia. Aquí está el retrato de los dos. El honorable John no me parece gran cosa; pero la chica es una papa. Un poco fría y altanera quizá; pero para, a pesar de eso.

Spike y Rusty examinaron la fotografía.

—Es fácil ver lo que ocurre ahí — dijo Spike. — Ella se casa con él por la plata.

—Es muy probable — convino Dan. — Fíjense en la suerte del tipo. Si el honorable John fuera un pobre diablo cualquiera, no habría una muchacha que lo mirara. Pero como su padre ha ganado una docena o más millones fabricando jabón, se casa con la joven más linda de la sociedad escosesa.

Continuó leyendo el diario unos momentos y de pronto alzó los ojos.

—Oigan, vienen hacia aquí. Escuchen esto: "La pareja, recientemente comprometida, se encuentra entre los invitados a un gran crucero en el yacht a vapor "Iris". Piensan visitar las islas del Pacífico del Sur, incluso las Marquesas, las Paumotus y las Saramans". Que cosa.

—¿Que ocurre, Dan? — preguntó uno de los jugadores de poker.

El otro se lo dijo.

—¿Y a qué demonios vienen a Saroa?

—Si vienen, espero tener ocasión de jugar un partido de cartas con el mozo. Lo voy a despellejar.

—Spike Rawson sería el indicado para eso. No hay trampa que no conozca.

Por algún tiempo, los hombres charlaron y rieron.

De pronto el sonido de una sirena de barco llegó por la puerta abierta.

—Muchachos. Ahí están.

Salieron corriendo del almacén.

Un yacht entraba lentamente en la bahía.

—Es el "Iris" — anunció Dan Leary, haciendo pantalla a sus ojos con la mano. — El honorable John en persona y la muchacha más linda de Escocia.

—A ver si se portan bien.

—Si hubiera sabido que llegaban, me hubiese puesto traje de etiqueta y galera.

Siguieron riendo y bromeando. Sólo Spike Rawson permanecía silencioso. De pronto tocó con el codo a Rusty Kemp y le hizo señas que lo siguiera.

—¿Qué hay? — preguntó Rusty cuando iban caminando por la playa.

—Tengo una idea, Rusty — dijo Spike.

II

Todo el mundo envidiaba al Honorable John Bent; pero lo cierto es que debía ser más bien compadecido que envidiado. Los millones de su padre habían convertido para él la vida en una limousine de lujo, en la que no tenía más que sentarse graciosamente y bostezar.

Los millones lo arreglan todo... hasta el matrimonio. Lady Viola era la joven más bella, elegante y solicitada de su círculo. Cientos de hombres habían pretendido su mano, hombres de alto rango y mérito. Pero los millones de los Wrotham decidieron el problema de la elección para Lady Viola. Su casamiento con John Bent sería el acontecimiento del año.

Dadas las circunstancias, quizá no podía reprochársele a John Bent que creyera pertenecer a una raza de seres superiores.

Vestido con inmaculado traje de franela blanca, en la cubierta del "Iris", contemplaba indolentemente a Saroa, sus rústicas cabañas y bungalows, los bosques de palmeras y las altas arboladas montañas.

Llevaba a un grupo de amigos en viaje de placer y Lady Viola y su hermana se contaban entre los invitados.

La apariencia de John sugería debilidad mental y física y sin embargo había en ella cierta hombría latente. Quizá hubiera sido hombre distinto, si el destino no lo hubiese hecho nacer hijo del primer Barón Wrotham, multimillonario.

—No tiene mal aspecto la isla — dijo volviéndose con un bostezo a su prometida.

Lady Viola se encogió de hombros.

Era una mujer perfecta, fría y estatuaria. Evidentemente no se hacía ilusiones respecto a su prometido.

Por algunos momentos, reinó el silencio; luego Fred Ponsomby, uno de los invitados del yacht, se acercó apresuradamente a ellos.

—¿Qué les parecería un pequeño pic-nic en la isla? ¿Allá arriba, en las montañas? ¿Juntar nosotros mismos bananas, etc?

Miró alegre e interrogadoramente a unos y a otros.

—No es mala idea — convino Bent lánguidamente.

—Sería un cambio de vida de yacht — dijo Lady Viola.

—Tiene razón — exclamó Ponsomby con entusiasmo y se alejó apresuradamente para hacer los arreglos necesarios.

III

Rusty Kemp se rascó la cabeza y guiñó su único ojo.

—Yo he oído hablar de raptos de pibes de millonarios para exigir por ellos rescate — dijo con acento dudoso — Pero éste es un hombre. Se va a casar.

—¿Y qué importa? — preguntó Spike Rawson — Ya has visto lo que parece en el retrato del diario de Leary. Un idiota. Será tan fácil secuestrarlo como a un niño de cinco años. Supongo que no le tendrás miedo...

—Claro que no — gruñó Rusty — Pero con todo...

Spike dijo desdeñosamente.

—No tienes imaginación, Rusty. Ese es tu mal. Cuando no has oído hablar de una cosa, tienes miedo de ella.

—Yo no tengo miedo de nada.

—Entonces ¿por qué estás rezongando? Es un modo de ganar dinero fácilmente. Cien mil libras creo; cincuenta mil para cada uno. Y gruñes...

—Yo no gruño; pensaba no más...

—Es lo más grande que hemos intentado hasta ahora... y lo más seguro. Lo único que tenemos que hacer es llevarlo al honorable Jim tranquilamente a Neropi, que está a cientos de millas de cualquier parte y donde no hay ni un kanaka por compañía. Aun que busquen por varios años no pensarán en Neropi. Y lo único que hay que decirle al viejo es: "¿Cuánto vale para usted su muchacho de ojos azules?"' Y pagará como un Cristo lo que le pidamos.

Rusty asintió.

—Pero ¿y cómo lo vas a secuestrar? — preguntó mirando hacia el yacht.

—Es seguro que bajará a tierra a estirar un poco las piernas. Y podemos apostar cincuenta contra uno que harán un paseo por los bosques. Querrán ver un hibisco y un kanaka para tener algo que contar cuando regresen a su país. Se presentará la oportunidad y, si no somos un par de imbéciles, hemos de aprovecharla.

Nuevamente asintió Rusty.

—¿Y cómo lo vamos a llevar a Neropi, una vez que nos hayamos apoderado de él?

—Es fácil. La goleta de Sam Holton está anclada del otro lado de la isla. Lo llevaremos hasta la Bahía de los Traidores y le tomaremos "prestada" su goleta a Holton.

—¿Y si nos descubren y el yacht nos persigue?

—No nos verán, porque esperaremos hasta que sea obscuro. Y cuando Sam descubra que le falta la goleta y aten cabos, no sabrán si hemos ido hacia el norte, sur, este u oeste. ¿Tienes algo que objetar?

Rusty movió negativamente la cabeza.

—Entonces, arreglado. — dijo Spike. — Deja todo por mi cuenta y el año próximo, para esta época, estaremos fumando cigarros de hoja en Montecarlo.

Riendo volvieron a la playa.

IV

Freddy Ponsonby era uno de esos seres que sólo son felices organizando algo. Todos sus proyectos los llevaba a cabo con entusiasmo.

Así que, acompañado de dos mozos de abordo, bajó a tierra; compró bebidas en el almacén de Dan Leary y le preguntó cual era el sitio más poético para realizar el picnic.

Remordiéndole un poco la conciencia por lo que le había cobrado por la bebida, Leary no solamente le mostró la Laguna de Tanya, si no que le indicó el camino para llegar a ella.

Ponsonby, después de inspeccionar el sitio y oír la leyenda que lo acompañaba, se mostró tan entusiasta que pagó una cantidad exorbitante por fruta, pan, fiambre algarrobas y nueces verdes. Lo llevó todo al chef de su anfitrión, con instrucciones para que preparara algo extra y especial.

Debido a la actividad de Ponsomby, el pic-nic fué un éxito. Todo el mundo convino en que el chef se había portado y que la laguna de Tanya era un sitio ideal.

La laguna estaba entre las montañas, como a una milla de la playa. La rodeaban bosques sombríos y era tan pequeña que las hojas entrelazadas de las palmeras le formaban un toldo, por el cual filtraban los rayos del sol. A un extremo de la montaña un espumoso torrente; al otro, las aguas caían formando una pequeña cascada. Sus rocosas orillas estaban cubiertas por helechos y flores. Flotaban pétalos en la superficie del agua y las algas, de brillantes colores, se ensortijaban en su corriente.

La comida había terminado, los sirvientes vuelto al yacht con los canastos y el grupo estaba sentado a orillas de la laguna.

Hubo un coro de alabanzas para Freddy, que sonrió contento, recostado contra el tronco de una palmera, mientras lanzaba nubes de humo de su cigarro.

—Y todavía no he terminado — dijo. — Les reservo otra sorpresa

—¿Qué es Freddy? ¡Dígalo!

Por un momento contempló Freddy sonriendo a su auditorio.

—Les voy a mostrar a Tanya — anunció al fin.

—¡Tanya! ¡Y quién es Tanya!

—Esta es la laguna de Tanya. Se trata de una leyenda y hela aquí. Tanya era una muchacha nativa, que vivió en esta isla hace muchos años. Una de esas bellezas de piel dorada y ojos obscuros de que hablan las novelas. Un día, un comerciante blanco se estableció en la isla. Tanya y él se amaron, viviendo un par de años como dos tórtolos. Tanya tenía algunos hábitos, alegres y útiles. Uno de ellos era coleccionar perlas. Poseía bolsas de ellas, de todas formas y tamaños. Luego un día, el comerciante las encontró y se las guardó. Embarcóse dejando a Tanya llorando en la playa.

Tan grande fué su dolor que se suicidó, arrojándose a esta laguna. Conmovedor ¿no?

Dicen que si se mira mucho esta laguna se ve su fantasma entre las algas.

Reinó un momento de silencio.

—¿Dónde oyó ese cuento, Freddy?

—Me lo contó el dueño del almacén, un tal Dan Leary que vende un whisky atroz a precios abominables. Pero es buen sujeto. Fué él quien me indicó este sitio.

—Pero, naturalmente, — dijo Lady Viola, — todo eso del fantasma son paparrucnas.

—No sé — contestó Freddy — Hay que mirar. Uno nunca conoce su suerte... quiero decir que sería muy emocionante ver un fantasma ¿verdad?

—Yo no veo más que hierbajos. — dijo John Bent con un bostezo de aburrimiento.

—Hay que mirar fijo concentrarse — replicó Freddy Ponsonby.

Por algunos momentos, todos contemplaron en silencio sus propias imágenes, reflejadas en el agua.

De pronto se oyó un grito y Freddy Pensonby cayó de cabeza al agua.

Hubo un momento de consternación; luego todo el mundo se adelantó a ayudarle a salir del agua.

—¡Qué broma estúpida! — dijo Freddy, enojado, escupiendo agua.

—¡Broma! ¿Qué quiere decir?

—Que alguien me empujó. Sentí una espantoso pulgar entre los hombros. No me disgustan las bromas; pero...

Empezó a torcer sus ropas empapadas.

—Usted quería ver el fantasma y se inclinó demasiado — dijo uno de los presentes.

—¡No sea estúpido! — estalló Freddy — Se que me empujaron. Le digo que sentí un pulgar entre los hombros. Me empujaron de intento.

—Bueno, yo estaba parado al lado suyo y sé que no lo empujé. ¿Quién estaba del otro lado?

—John.

—¿Usted lo empujó, John?

Hubo un momento de silencio.

Ya no miraban más a Freddy; se contemplaban unos a otros.

—¿Dónde está John?

Fué una pregunta que nadie pudo contestar. El honorable John había desaparecido como por arte de magia.

—El debe haberlo empujado, Freddy —

—¡Camine! — gruñó Rusty, recalcando su afirmación con un salvaje puñetazo.

dijo al fin lady Viola — Y luego se ha escondido en el bosque.

Pero ni siquiera el empapado y resentido Freddy pudo aceptar aquella teoría.

John Bent nunca daba bromas; aún la más simple e infantil, hubiera exigido más iniciativa de la que él poseía.

—No fué John — contestó Freddy — No, no; es imposible.

—Pero sino fué algún otro, tuvo que ser él. Además ¿por qué se ha escondido en el bosque?

—Creo que tienen razón — admitió Freddy. — Pero no es propio de John una cosa así. Y si cree que lo voy a buscar por el bosque, está fresco. Me vuelvo al yacht a cambiarme de ropa.

—Creo es mejor que volvamos todos al yacht — dijo fríamente Lady Viola — Así aprenderá a no dar bromas necias.

Todos acompañaron a Freddy hasta el yacht. Era opinión general que John Bent iba mejorando. Aquella broma era tonta, infantil; pero demostraba que al menos poseía cierta originalidad. Era la primera vez que demostraba disposición para algo que no fuera gastar los millones de su padre.

Pasaron las horas y el honorable John no apareció.

El sol había descendido en el horizonte cuando Freddy Ponsonby organizó un grupo de exploración y dirigióse a lo de Dan Leary.

—¿Había bebido mucho? — preguntó el almacenero.

—¡Oh, no!... — contestó Freddy.

—Algún ataque de insolación, quizá. — sugirió Dan.

—Sea como fuere, tenemos que encontrarlo — dijo Freddy. — Es una persona importante, hijo de Lord Whotham y heredero de sus millones. Hay que encontrarlo

V

—¡Camine!—gruñó Rusty, recalcando su afirmación con un salvaje puñetazo.

Con un gemido, mezcla de dolor y de miedo, el honorable John Bent siguió marchando, a tropezones, a través del bosque.

—Eso es. Hazlo marchar, Rusty — dijo Spike. — No podemos perder tiempo.

Fué Rusty Kemp quien se deslizó detrás de Ponsonby y lo hizo caer a la Laguna de Tanya. Y fué Spike Rawson que, aprovechando la confusión, había arrastrado a John al matorral. Antes de que la víctima tuviera tiempo de darse cuenta de lo que le pasaba estaba amordazada y atada. Luego Rusty lo había agarrado de las piernas y Spike de los brazos. Menos de un minuto después se habían internado en el bosque.

Como a cien metros de distancia pusieron de pie a su víctima.

—Siga a Spike — gruñó Rusty — Y si trata de hacer alguna jugarreta, que Dios lo ayude.

Paralizado de asombro, John Bent marchó a tropezones detrás de Spike. No comprendía. Ni aún podía pensar. Iba a ciegas, como un hombre víctima de una pesadilla.

Por primera vez en su vida se encontraba sin la protección de los millones de su padre, sin nadie que pensara u obrara por él. Sentíase indefenso como un niño.

Cada vez que se quedaba una yarda, o cosa así, atrás de Spike, el pesado puño de Rusty lo empujaba hacia adelante. Estaba bañado en sudor. La mordaza lo ahogaba.

Sentía el corazón como si le fuera a estallar.

Seguían apresuradamente por entre la obscuridad del bosque. Tan pronto subían una empinada cuesta como bajaban un rocoso barranco.

Al cabo de una hora, Spike se detuvo.

—¿Qué te parece si descansáramos, Rusty? Estamos bastante seguros.

Spike asintió.

—Quítale la mordaza. Puede ahora gritar hasta que se quede ronco. Nadie lo oirá.

—Yo le voy a dar, si grita — gruñó Rusty sacando la mordaza al honorable John.

Aspirando el aire con fuerza, John Bent se dejó caer desfallecido al suelo.

—Es el primer trabajo rudo que ha hecho en su vida — dijo Spike.

—El ojo único de Rusty relució.

—Pero no será el último. Le haré ganar sus millones, antes de que termine con él. Se sentaron a la sombra de una palmera y por un momento contemplaron a su víctima.

—No es capaz de resistencia — dijo Spike — Parece un chico asustado.

Rusty asintió desdeñosamente.

—¡Cómo gritó aquel tipo cuando lo tiré a la laguna! Lo menos que pensó fué que el fantasma se había apoderado de él.

Spike sonrió.

Por algunos momentos consideraron complacientemente el porvenir.

—¿Qué te parece si comiéramos algo y luego siguiéramos hasta el otro lado de la isla? — sugirió Spike al fin. — Cuando más pronto tengamos al honorable en Neropi mejor. Y tenemos que estar del otro lado del horizonte antes de que amanezca.

Rusty asintió y se puso de pie.

—¡Eh!... — gruñó dándole un puntapié a John Bent. — ¡Levántese!

La víctima se puso de pie con un gemido y se quedó acobardada ante el malhechor.

—¿Ve esa palmera? — dijo Rusty. — Arriba hay cocos. Vaya a buscarlos. ¡Rápido!

John Bent miró la palmera.

—Pero... — tartamudeó — nunca he trepado a un árbol en mi vida.

—¡Suba! — gruñó Rusty. — No vamos a estar aquí toda la tarde, esperando que se decida...

El honorable John hizo un par de tentativas inútiles para subir a la palmera. Luego se dejó caer, sollozando, al suelo.

Los dos conspiradores lo contemplaron.

—¿Llora por su papito y los millones? — dijo burlonamente Rusty, levantando el pie.

—Déjalo — dijo Spike — Hay que andar diez millas todavía — Y no tengo ganas de cargar a este tiñoso.

Rusty escupió despreciativamente.

—Bueno — gruñó — Pero te aseguro que tendrá por qué hacer pucheros, antes de que yo termine con él.

Dejando a su víctima sollozando al pie de la palmera, los dos bribones juntaron fruta de pan y cocos y se sentaron a comer.

Después de beber en un torrente se inclinaron sobre la postrada figura de John Bent.

—¡Vamos! Levántese — dijo Spike.

—¡Muévase! — gruñó Rusty...

John Bent se levantó tambaleándose y continuaron el viaje a través de la isla. Era casi media noche cuando llegaron a la pequeña ensenada donde estaba anclada la goleta de Sam Holton.

—¡Qué buena idea tuvo el viejo Sam de ir a visitar a Lan Leary cuando necesitábamos tomarle prestada su vieja tinaja! — observó Spike sonriendo, cuando salieron del bosque.

Se enjugó con la manga el sudor de la frente.

—¡Hola! — exclamó Rusty de pronto — ¿Qué le pasa al honorable John?

El rostro de John Bent estaba color ceniza; tenía los ojos desorbitados, la boca abierta. Caminó unos cuantos pasos y luego se desplomó en la arena.

—¡Cuernos! — exclamó Rusty — Este roñoso se ha muerto.

Pensando si las cien mil libras que se proponían ganar se les escurrirían de entre los dedos, examinaron la postrada figura.

Está desmayado solamente — anunció Spike — Creo que el viaje a través de la isla ha sido demasiado para él. No está acostumbrado más que a andar en auto. Llevémoslo a la goleta.

Cargaron con el inanimado cuerpo de John y lo dejaron en el suelo del camarote de la goleta. Luego, volviendo a los bosques, juntaron una buena cantidad de fruta de pan y cocos para el viaje.

Al ponerse el sol, la goleta de Sam Holton salió de la ensenada e, impulsada por la brisa, entró en la Bahía de los Traidores.

VI

Gradualmente la isla de Neropi surgió de la dorada niebla del horizonte. Al principio no era más que una manchita; luego, gradualmente, sus líneas se hicieron más distintas.

Se veían las altas palmeras, los densos bosques y la angosta playa. Un arrecife, con sus blancas rompientes, rodeaba la isla.

—No es mal sitio ¿verdad? — dijo Spike Rawson — A cientos de millas de cualquier parte. No hay muchos que hayan oído hablar de ella.

Rusty Kemp observó la isla con su único ojo.

—¿Y no vive nadie ahí?

—Ni un alma. He oído decir que hace quince años había en la isla un negociante blanco llamado Haines. Pero pronto se aburrió. No hay de que vivir. La isla es demasiado pequeña para producir mucha copra. Está

muy distante y no hay kanakas para cultivarla o comerciar.

Rusty asintió.

—Creo que el honorable John estará aquí bien seguro mientras juntamos las cien mil.

Spike miró a su compañero. Una sonrisa vagó en sus delgados labios.

—Estará seguro y cómodo — contestó todavía con la misma astuta sonrisa en su cadavérico rostro.

—¿De qué te ríes, Spike?

—De nada. Estaba pensando.

Dándose vuelta bruscamente, Spike se dirigió a popa, donde John Bent estaba al timón.

El hijo del millonario no era más el aristócrata elegante que había bajado a tierra para un pic-nic en los bosques. en Saroa. Tenía los pantalones de franela rotos y manchados, las manos ampolladas por el trabajo que sus raptores le habían obligado a hacer. Su actitud era de profunda desesperación.

Lo habían arrancado de su suave vida para arrojarlo bruscamente a otra durísima. Sentíase impotente como un niño ante la fuerza brutal de Rusty o la astucia de Spike. Estaba completamente a merced de ellos. Su cerebro se había obscurecido de terror. Otro hubiera intentado alguna resistencia; pero los millones de su padre habían minado las energías de John Bent.

—Arrice la vela mayor — le gritó Spike, empuñando el timón.

Sin decir palabra, John Bent fué a cumplir la orden.

Pocos minutos más tarde, la goleta fondeaba en la playa de arena.

—¡Vamos, vivo! — gruñó Rusty dándole a John un puñetazo en la oreja — ¿Tiene miedo de mojarse los pies?

Saltaron a tierra.

—Creo que esto es más lindo que Park Lane ¿no John?—dijo Rusty, mirando los espesos bosques que los rodeaban — Y no tiene el problema de los criados para atormentar su pobre cabeza.

John Bent miraba indiferentemente a su alrededor. No sabía ni le importaba lo que iba a ser de él. Spike Rawson miró a sus dos compañeros. Todavía jugaba en sus labios la sonrisa cínica.

—Lo primero que tenemos que asegurarnos, Rusty — dijo — es que la isla no está habitada. Uno nunca sabe. En un par de horas se la puede explorar. Ve tú por un lado y yo iré por el otro. Nos encontraremos a mitad de camino.

—Es mejor que uno de nosotros se lleve al honorable John. Podría apoderarse de la goleta y escapar.

—Yo lo llevaré — dijo Spike. — Creo que no sentirá estar un rato lejos de tus puños.

—Tú lo echarás a perder. Bueno, hasta luego. Nos encontraremos en mitad de la isla. Rusty se alejó por la playa.

—Hasta luego — contestó Spike, tomando en dirección opuesta, seguido por John.

Después de unos momentos, Spike miró por encima de su hombro.

Rusty había desaparecido detrás de un risco.

Spike se rió.

—Venga — dijo a John — Vamos a trabajar.

Se internó en el bosque y John lo siguió con indiferencia. Por espacio de más de una hora juntaron ñames, fruta de pan, cocos y los llevaron a la goleta. Fueron llenados los barriles de agua en un arroyo. Por último Spike se declaró satisfecho.

—Esto bastará — dijo, mirando si venía Rusty — —Ayúdeme a botar al agua la goleta — dijo.

La pusieron a flote.

—Quédese aquí y espérelo a Rusty — dijo Spike.

Subió abordo y anduvo dando vuelta por la ensenada. John Bent, sentado en la playa, lo observaba.

Al fin, después de un par de horas, Rusty dió toda la vuelta a la isla.

—¡Eh!... ¿no dijiste que me ibas a alcanzar a mitad de camino de esta maldita isla? — gritó a Spike — Qúe demonios...

—¿Qué haces, Spike? — preguntó de pronto, desconfiado. Spike acercó la goleta.

—Yo voy a buscar nuestras cien mil — dijo, sonriendo amablemente.

Rusty apretó los puños.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás a vigilarlo al honorable John; No podemos dejarlo solo. Además, el sacarle la plata al millonario no es cosa para ti, Rusty. No tienes inteligencia, como yo. Así que, quédate y no le pierdas ojo al honorable John.

Naturalmente aquello era razonable; pero Rusty no estaba convencido. Por espacio de muchos años habían sido muy buenos amigos, compañeros de infortunio. Y evidentemente era necesario que uno se quedara en la isla con John, mientras el otro iba en busca del dinero.

Pero eso no quería decir, que presentándose la oportunidad, Rusty no le hubiera estafado a Spike su parte. Cien mil libras era una suma más deseable que cincuenta mil:

—¡Hasta luego, Rusty! — continuó suavemente Spike desde la popa de la goleta— No se cuando volveré. Estas cosas no se hacen en un día, naturalmente. Pero cuando venga, verás mis bolsillos abultados de billetes.

Rusty Kemp lo miró irse con el ceño fruncido, incapaz de decidir si lo estafaban

VII

El tiempo diría si Spike Rawson lo traicionaba o no. Entretanto, Rusty quedaba en Nepori, tan prisionero como el mismo John Bent.

Con una maldición salvaje, se volvió, buscando alguien en quien descargar su rabia. John Bent se había quedado dormido a la sombra de un árbol.

Acercándose a él, Rusty le dió un puntapié que lo hizo rodar sobre la arena.

—¿Quién le dijo que durmiera? ¡Levántese, haragán! Le voy a dar, honorable John.

John Bent se puso de pie y miró acobardado a su atormentador. Temblaba de pies a cabeza. La poca virilidad que en él había estaba aplastada.

—¡Venga! — gruñó Rusty — Tengo un trabajo para usted.

Se alejó por la playa, seguido por el vacilante John.

Como a media milla de donde habían desembarcado había una cabaña, habilmente construída, veinte años antes, por Tom Haines, el anterior habitante de la isla.

—¿Ve esa cabaña? — gruñó Rusty — Hace diez años que está deshabitada. Va usted a limpiar y convertirla en una mansión digna de un personaje tan importante como su señoría ¿Me entiende? Y si no quedo satisfecho, le romperé los huesos. ¡Andando!

Después de darle a su víctima un puntapie, Rusty se puso a pensar en la venganza que tomaría de Spike, si lo traicionaba. Luego empezó a cabecear y al fin se quedó dormido.

John Bent se dirigió a la cabaña.

Tom Haine se había convertido en una figura legendaria de las islas. Pocos lo habían visto; pero todos tenían algo que contar de él.

Unos decían que se había escapado con la esposa de otro hombre y que ella era de rango social más alto que Haines; otros aseguraban lo contrario. Lo único que todo el mundo sabía era que se trataba de una mujer excepcionalmente hermosa... aunque nadie podía alabarse de haberla visto.

Sea como fuere, los amantes culpables habían elegido bien su escondite. En la remota Neropi estaban aislados del mundo. Nadie se acordaba de ella, a no ser alguna goleta, desviada de su ruta natural, que necesitara fruta o agua.

Naturalmente Haines no alentaba esas visitas de ocasión, de modo que pocas veces llegaban a las otras islas noticias de la pareja fugitiva.

Se decía que dos años después o cosa así, la mujer murió. Seis o siete años después se supo que Haines había desaparecido; muerto quizá; quizá vuelto al mundo del que huyó. Lo único que se sabía era que la cabaña de Neropi estaba abandonada y no se veían rastros de Haines.

Un angosto sendero conducía, entre el matorral a la cabaña, medio escondida por las viñas y enredaderas.

Con la indiferencia de la desesperación, se dirigió a ella John Bent. Vagamente comprendía le sería imposible cumplir las órdenes de Rusty. Hacía más de diez años que la cabaña estaba abandonada y la naturaleza se había encargado de borrar el trabajo del hombre. El sitio estaría obstruído de ruyos y viñas; las maderas podridas. Habría suciedad y polvo de muchos años. Y Rusty le había dado una hora para dejar el sitio "como un espejo".

Sabía que estaba condenado a sufrir más golpes de aquellos terribles puños; pero no le importaba. Hiciera lo que hiciese su atormentador, no podía sacarlo de su apatía.

Abrió la puerta de la desierta cabaña y dió un paso hacia adelante. Luego se detuvo bruscamente y miró sorprendido a su alrededor. La mirada de desesperación borróse de sus ojos sin brillo.

Porque, lejos de estar deshabitado, la cabaña daba señales de haber estado ocupada hasta hacía pocas horas. El piso y la ventana estaban limpios. Sobre la tosca mesa había una calabaza con flores frescas y algunas frutas.

Al principio parpadeó John Bent, mirando una y otra cosa, sin poder dar crédito a sus ojos. Pero gradualmente se convenció que no era cosa de magia o de sueño. Alguien vivía en la cabaña, alguien cuya existencia no sospechaban ni Rusty Kemp, ni Spike Rawson.

Mientras miraba a su alrededor, perdió un poco de aquella sensación de desamparo que había sentido desde que cayó en poder de los dos malhechores; algo de su sombría desesperación. Vagas esperanzas empezaron a brillar en su adormecido cerebro.

Abrió la puerta que daba al cuarto contiguo y miró adentro.

Sobre un viejo cajón, había otra calabaza con vistosas flores; en un rincón, un lecho de hojas recién recogidas.

Por algún tiempo se estuvo allí John pensando quien viviría en la cabaña, si volvería pronto, que diría Rusty Kemp.

Luego miró por casualidad a la ventana Se encontró ante dos grandes ojos azules mitad curiosos, mitad asustados ante unos labios entreabiertos de asombro y una masa de cabellos rubios, cayendo sobre dos hombros blancos.

La visión desapareció.

John Bent llegó a la ventana a tiempo para ver una esbelta figura desaparecer en el bosque. La ocupante de la cabaña era una mujer, joven y bella. Y no moreno y salvaje, como las que había visto en Saroa, si no tan blanca como él. Seguía mirando hacia la ventana, tratando en vano de comprender.

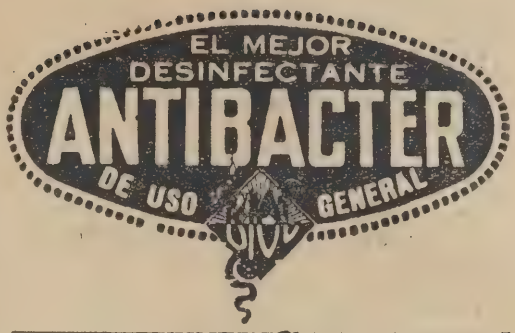
——¡Pues ya ha andado usted listo! No lo hubiera creído capaz.

Rusty Kemp, que se había despertado, vino a ver com estaba su "mansión".

—Eso prueba que sabe hacer las cosas cuando quiere — continuó, mirando a su alrededor con aprobación gruñona. De pronto se fijó en la calabaza llena de flores.

—¿Y esto para qué? — gruñó, dándole un puñetazo a la calabaza — ¡Ni que fuera yo una muchacha!

John Bent no contestó.



VIII

Rusty Kemp no tenía mas que una ocupación: atormentarlo a John Bent. La partida de Spike Rawson, la idea de que pudiera traicionarlo, no había mejorado su genio. No era agradable la perspectiva de tener que pasar algunos meses en aquella isla sin nada que beber, fuera de leche de coco. Si Rusty lo hubiese sospechado, ciertamente habría robado un par de cajones de whisky de lo de Dan Leary. Nada lo irritaba más que verse obligado a la sobriedad.

Si hubiese tenido bebido, lo más probable era que hubiera asesinado a John Bent. Era hijo de un lord, nunca había conocido necesidades; era heredero de muchos millones. Estas cosas lo enfurecían a Rusty.

Y John Bent parecía invitar sus puñetazos y puntapies. Desde su llanto, al pie de la palmera, no había dado señales de emoción. Ni se resistía, ni imploraba misericordia. Simplemente lo aceptaba todo con indiferente desesperación. Aquella impasibilidad irritaba a Rusty tanto como la resistencia y nada deseaba más que sacar a su víctima de su estupor, hacerlo gritar de agonía.

La mañana después de la partida de Spike, advirtió Rusty un cambio en John Bent. Rusty dormía en la cabaña y había ordenado a John que lo hiciera al aire libre por que era "más sano".

Durante el desayuno de fruta de pan, Rusty mantuvo su único ojo fijo sobre su víctima.

—Oiga... —— le preguntó — ¿qué se propone?

John Bent lo miró como si no comprendiera.

—¡Vamos! — gruñó Rusty levantando el puño — Largue el rollo. Lo he estado observando y a mí no me engaña. Usted ha cambiado. Hay una luz en sus ojos como si se le hubiera ocurrido alguna idea. Y no hace más que mirar hacia el bosque ¿Qué le pasa?

John Bent permaneció mudo. Rusty le dió un salvaje puñetazo en las costillas.

—¡No se me empaque, maldito! Yo le voy a quitar esos humos ¿Qué ha pasado? ¿Qué piensa? No tengo más que un ojo; pero veo las cosas. Usted trama algo y tengo que saberlo. Si no, lo mataré — levantó el puño. el ojo brillaba de furia — Vamos, ¿va a contestar o no?

John Bent permanecía ante él acobardado. Sabía que no podía esperar misericordia de Rusty Kemp y que el único modo de escapar a la furia de sus puños era decirle la verdad, esto es, que había encontrado la cabaña habitada y por una joven que, en aquellos momentos, se hallaba oculta en los bosques.

Rusty Kemp no lo atormentaría más si tenía algo más agradable en que pasar el tiempo; si podía atrapar a aquella esbelta y delicada figura de mujer, no se preocuparía por John Bent ni por la probable traición de Spike. Y no se necesitaba mucha imaginación para saber el destino que tendría aquella ninfa de los bosques en las garras de Rusty Kemp.

John Bent, con la cabeza caída entre los hombros encorvados, miró furtivamente hacia el bosque.

La vió. Ella los espiaba detrás de una mata, con aquella mirada, mitad de curiosidad, mitad de miedo.

Luego miró John a Rusty, con sus brutales facciones y su único ojo inyectado de sangre. Sabía que, diciendo una palabra, Rusty se lanzaría al bosque en persecución de la joven. Y no pararía hasta capturarla.

—Nada tengo que decir — murmuró John Bent con sombría obstinación.

Un instante después, el puño de Rusty le pegó en la mandíbula y lo hizo caer sin sentido.

IX

John Bent se movió ligeramente y un gemido bajo se escapó de sus labios.

La cabeza le dolía y le zumbaba. El sol parecía penetrarle a través de la piel, mientras yacía allí, tirado en la arena ardiente.

Lentamente le volvió la memoria y, como temiendo que estuviera allí Rusty para darle un puntapié, miró a su alrededor. Pero no vió a su atormentador. La playa estaba desierta y la cabaña silenciosa, frente al bosque rumoroso y denso. Distante, a la derecha se veía la ilimitada extensión del océano, cuyas olas bailaban y brillaban a la luz del sol.

Al mirar a su alrededor, los ojos de John Bent brillaron. La expresión de desesperanza había desaparecido de sus facciones. Su mandíbula parecía más firme. Una sombra de sonrisa aleteó en sus labios.

Ella estaba en alguna parte del bosque, aquella delicada y fugitiva figura, a quien había visto un instante ¿Quién era? ¿Cómo había llegado a la isla ¿Era de carne y hueso o se trataba de alguna ninfa, semidivina, extraviada de su reino de fábula? El honorable John Bent se había despertado al fin de su letargo. Ya no se contentaba con dejarse llevar por la vida, aceptando plácidamente las sonrisas y puntapiés de la fortuna. La virilidad que dormía en él habíase revelado al fin a la vista de un lindo rostro y de un cuerpo blanco y esbelto.

Con furtiva ansiedad miró a su alrededor. No se veían rastros de Rusty Kemp. Quizá

dormía en la cabaña; quizá erraba por la playa.

Cautelosamente, John se levantó. Sus miembros temblaban; apenas se atrevía a respirar. Con los ojos fijos en el bosque dió un paso... otro.

A cada momento esperaba oír la voz feroz de Rusty; pero no escuchaba más que el murmullo de la brisa en el bosque. Echó a correr, metiéndose ciegamente entre la maleza. Las ramas le azotaban el rostro; tropezaba en las raíces; pero luchaba, internándose más y más.

Como un animal perseguido, John Bent se agachó debajo de una mata, en la profundidad del bosque. A la distancia oyó a Rusty que lo llamaba, amenazándole con romperle todos los huesos; a veces la voz feroz parecía acercarse y John miraba a su alrededor, como buscando algún sendero por donde huir. Luego la voz se alejaba y él permanecía allí, temblando y escuchando.

Por fin reinó el silencio, interrumpido sólo por los ruidos de la naturaleza. Por largo tiempo permaneció John quieto, escuchando; luego, convencido de que su atormentador había abandonado, por el momento, su búsqueda, se puso de pie y miró a su alrededor, Pensaba donde hallaría a su ninfa de los bosques.

X

Había pasado una hora del mediodía cuando la encontró. Oyó el murmullo de un arroyo y se dirigió a él para apagar su sed.

Ella dormía sobre la orilla, cubierta de pasto, del arroyo. Una de sus manos descansaba debajo de la barba, con la otra apretaba un ramo de flores que había juntado.

Era muy joven, diez y ocho o diez y nueve años quizá. Y, si no inglesa, de raza europea. No había rastro de la Polinesia en sus delicadas facciones.

Después de un momento, la joven se movió y abrió los ojos. Con un grito de sorpresa se puso en pie de un salto y echó a correr hacia el bosque.

—¡Oiga! — gritó John siguiéndola con la vista. — ¡No se asuste! ¡No se vaya!

Quizá el tono de su voz o el ver que no la perseguía, la tranquilizó. Sea como fuere se detuvo y volvió lentamente junto al arroyo.

—Este... buenos días — dijo John Bent.

No era frase brillante; pero no se le ocurrió otra cosa.

—¿Quién es usted? — preguntó ella al fin Hablaba lentamente, con voz suave y algo balbuceante, resultados de sus largos años de soledad en la isla.

—Me llamo John Bent y soy hijo de Bord Whotham, aunque supongo que usted no habrá oído hablar de él.

Movió ella negativamente la cabeza.

—¿Y de dónde vino?

—De Londres.

—¿Y qué es eso? ¿Una isla como ésta?

El la miró; pero no había duda de que la pregunta era sincera.

—Igual no... — contestó al fin. — Pero es una isla.

—¿Usted vino en un barco, no?

—Sí — contestó él algo secamente, porque sus recuerdos de la goleta no eran agradables.

—Mi papito tenía un barco igual.

—¿Quiere que nos sentemos — dijo John. — Me contará usted su historia. No puedo comprender como está aquí.

Se sentaron a la orilla del arroyo. La niña jugaba con los pies en el agua. John la contemplaba.

—A propósito, ¿cómo se llama? — le preguntó.

—Lirio.

—¿Lirio de qué?

—Papito me llamaba Lirio de la Laguna, porque supe nadar antes que caminar.

—¿Se acuerda del nombre de su padre?

—Creo que era Haines; pero no estoy segura.

Estuvieron unos momentos silenciosos.

—¿No me va a contar su historia?

Ella sonrió y le dijo:

—No tengo mucho que contar. Papito construyó esa cabaña y vivía ahí con mi madre. Pero cuando yo nací, mamá murió. El y yo éramos muy felices y decía que alguna vez me llevaría a una isla que se llamaba Inglaterra. ¿Hay una isla de ese nombre?

—Sí; yo vengo de allí.

Ella lo miró intrigada.

—Pero dijo usted que venía de Lon...

—Londres está en Inglaterra — le explicó.

—¡Qué curioso! Viene de la misma isla que papá — por un momento pensó en aquella maravillosa coincidencia. — ¿Va usted a volver a Inglaterra? — le preguntó de pronto.

—Así lo espero.

—¿Y puede llevarme con usted?

—Naturalmente

Batió palmas encantada

—¿Cómo se alegraría papá si lo supiera?

—¿Ha muerto? — preguntó John, después de un corto silencio

Asintió ella

—Sí. Un día salió solo en el barco. Y de pronto se levantó una tormenta. El barco se estrelló contra el arrecife Cuando se calmó la tormenta, yo nadé. Vi el barco hundido; pero no encontré a mi papito. LLoré muchos días. Estaba yo muy sola sin él.

—¿Fué hace mucho tiempo eso?

—¡Oh sí!... Yo era alta así.

Extendió la mano e indicó una altura de cuatro pies.

—¿Y desde entonces ha vivido sola?

—Sí; al principio no me gustaba. Pensaba en papito. Pero después me acostumbré. No estaba sola. Me hice amiga de los pájaros, de las flores y de los árboles. Y conversaba con ellos.

John la miró asombrado, tratando de entender el significado de sus sencillas palabras. ¡Por diez años o más había vivido en aquella isla sola, con los árboles, las flores y los pájaros por amigos!...

—Pero ¿no llegan barcos a esta isla? — le preguntó.

(Continuará)

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

TE has apuntado un poroto, John Henry — rió Bud. — Muy bien. Llevaremos el cañoncito.

Dió la vuelta al montículo y John Henry enganchó el cañón al tractor. Este tenía compartimientos llenos de granadas y cartuchos de carga, de modo que el equipo parecía lo que debía ser. Luego John Henry subió al tractor, junto a Bud y la "jira" empezó.

Como viaje de turismo era realmente interesante. Ninguno de los dos viajeros tenía más que vagas nociones acerca de la dirección; pero tomaron hacia el sudoeste, guiándose por el sol y pronto hallaron un camino bastante bueno.

Este estaba muy transitado, ahora que la luz del día había desaparecido. Camiones cargados, con sus compañías de hombres a pie, se dirigían hacia las líneas. Una o dos veces, un oficial a caballo, al pasar junto al cañón, les gritó una pregunta, que John Henry entendía vagamente. "¿Llevaban el cañón a tal y tal posición?". El sitio era distinto cada vez, a medida que avanzaban; pero John Henry, para más seguridad, contestaba siempre "Ja". Y él y Bud hacían febrilmente la venia, mientras el oficial se alejaba.

Pasaron columnas de tropas, que marchaban por el camino. Una vez llegaron junto a un camión de raciones que se había metido en un pozo y bajaron temblorosos, ante la orden de un oficial para que desengancharan el tractor y ayudaran al vehículo empantanado a volver al camino.

Todo fué bien, sin embargo, porque Bud mantuvo prudentemente la boca cerrada y dejó que John Henry dijera todos los "jas" y "neins". Luego siguieron viaje; pero ambos comprendían que su progreso era muy lento.

El tractor no era rápido, apenas un poco más que el paso. Habían pasado ya unas cuantas horas y ahora se apartaron del camino principal, en un recodo conveniente, esperando poder seguir más ligero, sin las innumerables paradas a que los obligaba constantemente el tráfico. Y fué así que perdieron completamente el sentido de dirección.

John Henry suspiró y le dijo al fatigado Bud que manejara a derecha e izquierda por caminos desiguales y despedazados, en un esfuerzo de acercarse a las líneas.

El cielo estaba cubierto de nubes y la obscuridad agravaba las cosas. La depresión había substituído al ánimo en ambos jóvenes y luego... las nubes empezaron a adquirir ese extraño tono transparente que anuncia un nuevo día.

Después se abrieron y las últimas estrellas parpadearon claramente. Vieron la Osa Mayor, con la Estrella del Norte inmediatamente frente a ella. John Henry agarró el brazo de Bud, jurando con artística furia.

—¡Media vuelta! — gritó — Avívate, hijo, y da vuelta este cachivache en otra

sentido. Nos hemos confundido en la obscuridad y la mayor parte del tiempo avanzamos hacia Berlín. Precisamente en sentido contrario al que debíamos ir. ¿No te da risa?

Pero Bud lanzó un gemido y gradualmente volvió el tractor y el cañón en dirección opuesta.

Luego empezó el viaje de vuelta; pero ambos aventureros sabían que la aurora estaba próxima y ellos muy lejos todavía de la línea. Ahora ambos estaban completamente exhaustos y sólo por un poderoso esfuerzo de la voluntad lograban mantenerse despiertos. Hacía como cuarenta y ocho horas que no dormían y la depresión los envolvió como una nube pegajosa.

Un poco antes del alba, John Henry se despabiló a la vista de un pequeño aeródromo alemán, que quedaba como quinientas yardas a la izquierda. Lo miró unos cuantos segundos estúpidamente; pero de pronto, sus ojos cargados de sueño se aclararon y sacudió el brazo de Bud.

—¡Oye, chico... tengo una idea! — dijo.

—¡Lárgala! — dijo Bud con indiferencia. Tenía gran respeto a John Henry; pero ahora estaba tan fatigado que casi deseaba lo capturaran para tener oportunidad de echarse en alguna parte y dormir. Como primera excursión sobre las líneas, había sido la suya bastante dura; cualquier hombre, más acostumbrado que él a la guerra, se hubiera visto reducido a su mismo estado en aquellas circunstancias.

John Henry, sin embargo, sintióse aguijoneado por el entusiasmo ante la idea que se le acababa de ocurrir; sacudió a su compañero para despertarlo.

—Escucha, Bud! — le dijo — Tenemos que aprovechar la oportunidad. ¡Por amor de Dios, avívate! Todo está desierto ahora que el alba se aproxima; no se ve un alma por parte alguna. Pronto, da vuelta el cañón, de manera que apunte a uno de los tanques de petróleo de ese aeródromo. ¡Rápido! Ese seto roto nos ofrecerá refugio.

Bud hizo un valeroso esfuerzo para vencer su cansancio lo suficiente para dar vuelta el tractor y el cañón en la dirección indicada. Luego bajóse, tambaleándose y encontró a Dent que desenganchaba el cañón para poder apuntar mejor. Hablaba, mientras se movía, cosa no desusada en el joven Dent.

—Voy a tirarle a ese tanque de petróleo — murmuró febrilmente. — Eso atraerá la atención de todos los del aeródromo. Correrán a extinguir el fuego antes de que se propague y mientras están ocupados les robaremos un aeroplano. ¿Comprendes mi idea, pimpollo de rosa?

Bud comprendió vagamente. Con varonil esfuerzo movió sus entumecidos miembros y sacó una granada y un cartucho del tractor, mientras John Henry tomaba la puntería.

Rápidamente fueron introducidos el proyectil y la carga. Luego John Henry disparó.

El tanque de petróleo era grande y la primera luz suficiente para que John Henry acertara a tan corta distancia. La granada dió en el blanco y explotó con un gran estruendo, menos de medio segundo después del estampido del cañón. Luego el fuego pareció extenderse por todas partes. El tanque de petróleo se había incendiado y subía el combustible como un gran chorro de fuego, que incendió dos de los tres hangares, mientras hombres, sorprendidos y frenéticos, corrían medio vestidos de un lado a otro.

Todos creyeron que habían sido bombardeados. El cañón estaba escondido detrás del destrozado seto y la posibilidad de su existencia no se presentó, ni por un segundo, a sus imaginaciones. Todo lo que el personal del aeródromo pensaba era extinguir el fuego, que amenazaba destruir completamente el aeródromo. Febrilmente tendieron mangueras y sacaron los aeroplanos del tercer hangar, alejándolos todo lo posible del fuego.

Entretanto, John Henry y Bud corrían también. Abandonaron el cañón no bien vieron que la granada había dado en el blanco y se metieron entre los hombres que corrían. Nadie les prestó la menor atención y los capotes alemanes los protegían de cualquier interrogatorio. Se metieron en el tercer hangar y se unieron a un grupo de hombres sudorosos que trataban de alzar la cola de un gran Fokker de un asiento y sacarlo a la pista.

John Henry y Bud ayudaron varonilmente. Hicieron fuerzas y sudaron con los demás, hasta que el Fokker estuvo bien lejos del fuego. Luego los alemanes fueron a salvar otro aeroplano.

Los dos aventureros no iban con ellos.

—Ahora — murmuró John Henry. — ¡Vivo, hijo! Pon en movimiento la hélice y luego sube o siéntate en mis rodillas. A propósito, quítate el capote. Podría ocasionarte dificultades cuando aterricemos en nuestras líneas. Y es preciso que no nos tiren a primera vista.

Se despojó de su propio capote y Bud lo imitó, corriendo hacia la hélice. A los dos segundos el motor zumbaba y John Henry se situó ante los controles.

El aeroplano se movía ya cuando Bud se metió debajo del ala y trepó por el fuselaje. Cuidadosamente bajó sus piernas dentro de la cabina, de manera que no tocaran la barra del timón; y luego se sentó en el regazo de John Henry con un suspiro de alivio.

Es dudoso que los alemanes se fijaran en la partida del aeroplano o que hubieran sospechado algo turbio si lo notaron. Sea como fuere, no dispararon ni un solo tiro, y ahora el incendio era imposible de dominar; el aeroplano estaba condenado.

John Henry gruñó, incómodo, y le dió un codazo en las costillas a Bud.

—¡Eh! — le dijo. — En este tren no hay coche dormitorio, amiguito. Tienes que permanecer despierto hasta que lleguemos a casa. ¿Quieres mover un poco su sitio de

— El gran Fokker alemán aterrizó, con la cola en alto y los dos aviadores fueron despedidos dentro de la trinchera.

guerra? Está demasiado cerca de mi cuartel general.

Bud se movió lo mejor que pudo en el reducido espacio; pero ahora estaba bien despierto. La fría ráfaga producida por la hélice le espantó el sueño.

—Si tienes algo sobre tu pecho tendrás que aguantarlo hasta que lleguemos — rio. — Adelante está la línea de trincheras y parece que hay una peleíta matinal. Si este hermoso ómnibus volador marcha bien podremos estar en el Dulce Hogar dentro de pocos minutos. No faltan más que diez millas, me parece. ¡Uy!.. cómo vuelan las granadas.

John Henry hizo lo posible por conservar la altura del aparato sobrecargado. Pero — como decía Bud — el viejito de la Suerte que los había acompañado hasta entonces debió resbalar en una cáscara de banana y quedarse atrás. Porque los artilleros de la línea propia empezaron a dedicar molestas atenciones al aeroplano.

Una granada de diez y ocho libras atravesó límpidamente el fuselaje y se llevó todos los alambres de control de la cola. La mayor parte de los refuerzos de la máquina quedaron hechos trizas y el aeroplano se inclinó violentamente, mientras John Henry luchaba, desesperado, con los controles.

Sin embargo no pudo enderezar el aparato; este siguió cayendo de costado con vertiginosa rapidez. Un grupo de hombres uniformados, hizo girar un cañón en loco ángulo y empezó a tirarle al aeroplano, de modo que las balas silbaban como avispas en torno de las cabezas de los aviadores.

Luego una ráfaga de viento enderezó un segundo al Fokker e impidió que la caída fuera mortal; pero todavía siguió viaje inclinado sobre un ala. El ala más baja estaba a menos de tres pies del suelo y se acercaba al cañón con la velocidad de un tren expreso.

Los hombres gritaron y se apartaron; pero demasiado tarde. El ala pegó en el cañón barrió un grupo de figuras que corrían y luego se dobló y partió, en medio de un coro de gritos.

La proa del aparato bajó vertical; la hélice chocó contra un montículo y voló en pedazos.

Se oyó un ruido terrible y finalmente el Fokker descansó con la destrozada cola al aire y sus dos ocupantes cayeron, en una confusión de brazos y piernas, en las sombras de la trinchera de comunicación.

SENTENCIADOS A MUERTE

John Henry y Bud se pusieron trabajosamente de pie. Ambos estaban aturdidos por la fuerza del golpe y Bud sangraba abundantemente de una cortadura encima de la ceja derecha. Parecían dos espantapájaros con los ojos huraños de cansancio y las caras sucias. Quizá se comprenderá que se encontraran ante revólveres firmemente sostenidos. John Henry estudió lentamente a los caballeros que les apuntaban.

—¡Cielos! — murmuró luego — ¡Son belgas! Bud. ¿sabes tu hablar su lengua?

—¡Y como no! — contestó Bud limpiándose la cara con un pañuelo roto. — Se hablar el belga como recitar el alfabeto griego de atrás para adelante, con un par de almejas en la boca. Pero ¿qué importa, después de todo? Estamos entre amigos.

Los amigos, sin embargo, no lo parecían. Los dos caballeros de los revólvers eran de fornido aspecto y lucían feroces mostachos. Estaban maravillosamente condecorados con medallas; pero... debía faltar jabón en la localidad. Sin embargo, actividad no les faltaba.

Ambos dieron enseguida órdenes en un idioma que era enteramente desconocido a los aventureros y salieron de las trincheras hombres que agarraron a Bud y a John Henry por los brazos. Luego se gritó otra orden y el grupo empezó a marchar hacia la retaguardia.

John Henry recurrió a todo el francés que sabía — que no era mucho — tratando de explicarse. Dijo que eran oficiales británicos del universalmente famoso escuadrón de los "Angeles", que habían huído del campo enemigo en aeroplano alemán robado.

Los belgas, sin embargo, se limitaron a sonreir ampliamente y les ordenaron que siguieran marchando.

—¡Ah!... — dijo uno de ellos en muy mal inglés. — Lindo cuento ¿no? Pero nosotros estamos quizá mejor enterados. Sí, algunos espías han aterrizado y han estado dentro de nuestras líneas desde el gran bombardeo de la semana pasada. ¿Sois vosotros quizá? Claro que no lo diréis. Nuestro comandante hablará con vosotros. Sí, sin duda alguna.

John Henry y Bud consideraron entre sí aquella información, hallándola poco agradable. Bien sabían que había espías dentro de las líneas belgas. Ellos mismos eran tomados por tales, debido a que vestían uniformes británicos, pero volaban en un aparato alemán. Era un necio error que podría ser aclarado pronto. Entretanto, se alegraban de hallarse dentro de las líneas aliadas, un sitio al que no esperaban llegar a despecho de todos sus esfuerzos.

Después de una larga y fatigosa caminata llegaron a un sitio que era, evidentemente, el cuartel general. Aquí los encerraron en un calabozo, incómodo y húmedo.

De común acuerdo los dos aventureros se tiraron al suelo y durmieron, no bien la puerta cerróse tras ellos. A decir verdad durmieron casi seis horas antes de que fueran sacudidos, para que se despertaran, por un par de ordenanzas.

Sin embargo a John Henry y a Bud les pareció que habían dormido sólo seis minutos. Se pusieron penosamente de pie y subieron la escalera, pensando que ya habrían telefoneado haciendo averiguaciones y que les iban a proporcionar medios de transporte para llegar a su aeródromo.

Sin embargo, fueron llevados a presencia de un robusto general belga, junto al cual había un joven delgado, evidentemente el intérprete. Era él quien empezó el interrogatorio en inglés sorprendentemente perfecto.

Los dos le contestaron, dándole las informaciones que pedía. Dijeron sus nombres y el nombre y la posisión de la escuadrilla de "Los Angeles"; en verdad, no había razón alguna para que no les pusieran en libertad enseguida. Pero el general resopló fuertemente y dijo algunas frases en su idioma. El intérprete tradujo:

—Dice el general que se pondrá en comunicación con el Estado Mayor inglés. Si vuestra historia es verídica, seréis puestos en libertad. Si no, se os fusilará.

Entretanto esperaréis abajo, en el calabozo.

Hizo una seña a los guardias que inmediatamente tocaron a los aventureros en el hombro, haciéndolos salir de la habitación. Nuevamente fueron conducidos al calabozo, donde se volvieron a acostar, resueltos a dormir. Ninguno de los dos se preocupaba en lo más mínimo. Sólo deseaban descansar lo más posible antes de emprender el viaje de vuelta al aeródromo. Porque si el general se comunicaba con el Estado Mayor pronto la farsa terminaría.

(Continuará)

CADENAS del DESTINO

Por PHYLLIPS LEWIS

(Continuación)

SE la opinión que de mí tienes — dijo ella con voz débil — Pero, puesto que entre nosotros todo ha concluído, quiero decirte algo que te hará pensar menos mal de mí cuando me haya ido. Siempre fuíste generoso conmigo y me siento avergonzada por haberte pedido este último dinero. Es la primera vez en mi vida que hago eso con alguien. Supongo que, en cierto modo, es un "chantage", aunque hasta este momento no se me ocurrió. Pero la verdad es que soy madre. Tengo una niña. Y quiero dejarle algo y que no tenga que parecerse a mí. Será una dama. Se está educando en un convento. Ni siquiera sabe que soy su madre.

Mientras hablaba, el rostro de Marieta se dulcificó. Ahora que estaban a punto de separarse y que no trataba de atraerlo a Larry, que el afeite formaba líneas ridículas en su rostro, el joven le encontró por vez primera algún encanto, cierta feminidad.

Lamentó haberla juzgado mal. Sentía que hubieran sido siempre extraños hasta aquel momento. Hubiera preferido ser amigo de aquella mujer, bastante fea y no de aspecto muy joven, que amante de la hermosa y artificial Marieta, a la que había exhibido orgullosamente delante de sus compañeros.

—¿Por qué nunca me dijiste eso? — le preguntó.

—Por diversas razones... razones de negocios, supongo — contestó ella tristemente — Pensé que me envejecería a tus ojos. Además, yo no te interesaba. Nunca me quisiste. Nunca... ni siquiera simpatizaste conmigo.

Larry no negó la verdad de aquellas palabras.

—Hubiera simpatizado más, si te hubiera conocido — le dijo.

—Creo que sí — comentó ella pensativa — Pero hiciera lo que hiciera, no me hubieras amado ¿verdad?

—No...

—Bueno, del otro modo, yo lo esperaba.

—De todos modos, tú y la niña estarán bien ahora — dijo él después de una pausa molesta.

—La niña sí. — contestó ella cansadamente.

—Yo nunca fuí contigo muy afectuoso — dijo Larry con una rigidez que era causada por su turbación. — ¡No es posible que tú me tengas cariño!

Ella lo miró lamentablemente.

—Te echaré de menos. Aunque siempre me demostrastes que no me querías y que me despreciabas, me había habituado a ti.

En cierto modo, fuiste siempre muy duro y yo tenía un poco de miedo. Nunca pude conocerte bien. Pero, ahora que todo ha concluído, comprendo que has procedido lealmente conmigo, que es más de lo que puedo decir.

Larry se sentía mucho peor que la noche antes, cuando miró la cara de la muerta señora Penwick, por lo menos, aquella nada sentía. Pero esta mujer estaba sufriendo y por su culpa. Se daba cuenta de que la había juzgado mal, que la había herido, que seguía hiriéndola, él de quien ella y la mayor parte de las personas se hubieran retirado con horror si conocieran su verdadero ser.

Por primera vez en su vida sintió vergüenza.

Torpemente trató de consolar a Marieta.

—Nunca te desprecié. — le dijo tranquilamente. — Soy la última persona en el mundo que tendría derecho a semejante cosa. Siento no haberte hecho más feliz, mientras fuiste... mientras estuvimos juntos.

Ella sonrió débilmente.

—Espero que una vez que me vaya, tú serás feliz. — dijo, tomando la mano que él le tendía.

—Yo también lo espero — contestó él fervientemente, sintiendo la garra del miedo oprimir su corazón de pronto. Por un instante su resentimiento volvió. Aquella mujer lo había obligado, después de todo, a un acto que podría quitarle la felicidad, pero dominó una amargura que sentía era injusta, desde que Marieta ignoraba los extremos a que le había obligado. Y suavemente añadió: — Espero que también tú serás feliz, Marieta.

—No te veré más — dijo ella con los ojos llenos de lágrimas. — Me iré mañana, a primera hora. Conque... adiós!

Nunca olvidó Larry a Marieta, tal como la vió por última vez; el cabello despeinado, la nariz enrojecida, las mejillas chorreadas de rouge, que la hacían casi asemejarse a un clown y, sin embargo, irradiando una dignidad que nunca había conseguido en sus mejores momentos.

Ya de vuelta en su habitación, ocurrióseles a Larry que, si Marieta a quien en el fondo de su corazón había despreciado, era distinta de lo que él imaginaba, lo mismo podría decirse de la señora Fenwick, la mujer a quien había asesinado. Hasta entonces había logrado mantener en su mente la visión de la señora Fenwick como una reproducción de su madre, más rica y más elegante quizá, pero con todo esencialmente igual a ella.

Esto era, principalmente, porque así lo deseaba; pero también porque se le ocurría naturalmente colocar a todas las mujeres que no conocía en el mismo rango que aquella odiada criatura.

Era su excusa de haberse convertido en lo que era, su "coartada" moral, lo que los psicólogos llaman "racialismo".

Pero ahora... ahora no estaba tan seguro de que la señora Fenwick fuera la detestable criatura que había tomado el hábito de imaginar, como lo hacía con todas las personas que conocía, hasta que no le probaban lo contrario.

Lo torturaba la idea de que ella podía haber deseado vivir, como él mismo lo deseaba, que podía haber amado a alguien como él amaba a Magnolia, que podría haber deseado proteger a alguien, como Marieta a su niña. Y él le había arrebatado cruelmente la vida.

—¡Si ella hubiera podido hablarle! Pero, aunque así hubiese sido, no le hubiera dicho nada importante; la gente no confía en un ladrón que encuentra junto a su cama; con todo, si ella hubiera hablado, si le hubiese asegurado que se quedaría quieta, no habría él hecho lo que hizo. Se decía eso a sí mismo, deseoso de encontrar en la conducta de la víctima alguna justificación para su acto.

Pero recordando el rabioso miedo que lo acometió cuando la sintió moverse; era suficientemente sincero consigo mismo para no confesar que nada podría haberla salvado de su destino, aunque él no pensó matarla.

Pero... ¿por qué era él así, sin los sentimientos normales que animaban a las demás personas? Morland, su compañero, por ejemplo, nunca hubiese tocado a la mujer; hubiera preferido la cárcel al riesgo corrido por Larry. Pero a él sólo le había parecido que el peligro no era mayor que el de matar un animal peligroso. Las emociones que siguieron se debían sólo al terror de lo que podría ocurrirle, no a que experimentara alguna lástima por su víctima.

Larry se dijo estas cosas a sí mismo; pero no pudo hallarles explicación. Tantas de las circunstancias que lo habían moldeado estaban profundamente hundidas en su subconciencia que no podía recordarlas aunque lo intentara. Y no lo intentó porque no se le había enseñado a buscar la causa en el efecto.

Supuso que había alguna deficiencia fatal en su naturaleza y por vez primera experimentó ese ardiente tormento de odiarse a sí mismo, de despreciarse. Se vió asesino. Vió con implacable luz la verdad horrible.

El nacimiento de la conciencia en Larry — un hombre hecho y derecho — fué un proceso tan penoso que lo hizo pensar muy seriamente en el suicidio. Pero su carne se estremeció y su cuerpo rebelóse ante el pensamiento de la muerte, de la muerte cuyo significado comprendía por vez primera.

Pero era demasiado humano para permanecer indefinidamente en aquel infierno que su conciencia, recién nacida, le creaba.

Sufrió torturas toda esa noche, sin embargo. Su dureza había cedido, su ser primitivo se desvanecía en el pasado, sentía piedad por otro que no era él y la mordedura, casi insoportable, del auto-reproche.

Por último, rendido por la fuerza de sus emociones, se quedó dormido.

Por la mañana estaba más tranquilo. Sintió como si, en la angustia de la noche anterior hubiera expiado sus culpas.

Muy temprano oyó que arrastraban los baúles de Marieta por el corredor. Miró por la ventana y pensó que el baúl cuadrado

que subían a un taxi se parecía extrañamente a un ataúd.

¡Cielos! No tenía que entregarse a esa clase de fantasías. Esa sería su ruina. Se volvería loco. No simpatizaba con el sentimiento que hacía a un hombre delatarse. Lo que debía recordar era que estaba libre.

Nadie se interponía ahora entre él y Magnolia. Nadie... juraba, ni vivo ni muerto.

Magnolia había cambiado un poco durante la temporada que había pasado en Londres. Sus duros esfuerzos por encontrar trabajo habían dejado rastros en ella.

Los ojos obscuros eran quizá más expresivos que antes; pero ella estaba más silenciosa; sonreía menos a menudo.

Era Magnolia tan distinta a todas las mujeres que Larry había conocido que lo llenaba de constante asombro. No poseía ni un poquito de la astucia de las jóvenes criadas en la ciudad con las cuales se había relacionado; pero si esa extraña y penetrante sabiduría de los sencillos; aunque ella y Larry apenas tenían experiencia o ideas en común, le sorprendió a él que su mente estuviera casi a tono con la de la joven.

Era la única persona, de las que había conocido, con la que podía sentarse en silencio y ser feliz. Ella calmaba sus nervios y lo libraba de sí mismo. Una de las principales diferencias que hay entre la infancia y la madurez es que para el niño el mundo se concentra en sí mismo, mientras que para el adulto se extiende y está compuesto de él y de los demás, de muchas otras personas.

Larry nunca había salido del primer estado hasta que conoció a Magnolia. El efecto de ella sobre él fué causar un rápido desarrollo mental y espiritual, que le hizo comprender sus propias relaciones con sus semejantes. El proceso no era penoso.

Sin Magnolia, probablemente no hubiera comprendido nunca que Marieta, como la mayoría de las personas, no era ni villana ni heroína, ni se hubiera dado cuenta de que el asesinato de la señora Fenwick era un negro pecado.

Pero, aunque hubiese podido elegir, no hubiera querido Larry volver a su primitivo estado de obscuridad y confusión. Prefería el dolor de la iluminación porque Magnolia estaba unida a él y porque comprendía que, de un modo indefinible, lo acercaba a ella. El despertar de la conciencia no era agradable; pero sabía instintivamente que, sin ella, no podía poseer una parte del espíritu de su amada.

Y muy profundamente deseaba que algo del espíritu de Magnolia se infiltrara en el suyo, substituyendo al salvajismo y la violencia que siempre habían sido parte de su ser y que tan prontamente adquirían el poder de alarmarlo y atormentarlo.

¡Si hubiera aparecido más temprano Magnolia en su vida!

Incesantemente se decía que, en tal caso, la peor acción cometida nunca se hubiera realizado. Pero era demasiado tarde ahora para reflexionar sobre eso. Había hecho en ese tiempo lo que creyó debía hacer y a la luz de su nueva comprensión veía ahora que hubiese sido infinitamente mejor confesarle a Magnolia la verdad acerca de sus relaciones con Marieta. Y ese pensamiento añadió amargura a la que ya había en él.

Lo sabía bien ahora. Tuvo la repentina certidumbre mientras miraba, por la ventana, alejarse a Marieta. Pensó, en aquel espantoso momento de la iluminación, como había sido tan estúpido para no comprender que Magnolia no era mezquina, ni estaba atada por convencionalismos. Ella había pasado toda su vida muy cerca de la naturaleza para tener la rigidez que él había temido y que le hizo arriesgar su vida antes que ponerla a prueba.

Bueno, no había sentido común en revolver el pasado. Había ganado el derecho de amar a Magnolia, pagando un alto precio. Una y otra vez se juró que nada en el mundo impediría su triunfo.

Se alegraba de poder mantenerla honradamente. El haberle proporcionado otra clase de recursos, hubiera sido degradarla. Quería persuadirla que se casara con él en seguida.

A intervalos había encontrado Magnolia pequeñas tareas, temporarias y mal pagadas. Larry sufría al verla llegar a la casa, cansada y deprimida, después de pasar largas horas trabajando en casas desconocidas. Sabía que ella echaba de menos el campo, las flores, los animales que, en vida de sus padres siempre había tenido a su alrededor.

Ansiaba sacarla de Londres, llevarla a una casita sola, proporcionarle un jardín. La mañana que partió Marieta, la ausencia de ésta del comedor pareció unir a Larry y a Magnolia en una mayor atmósfera de intimidad. Y mientras los otros pensionistas discutían, como de costumbre, las noticias de la mañana, él le dijo:

—¿Por qué no sale esta tarde conmigo? Vamos a algún sitio, lejos de esta gente. Busquemos altura, amplitud y belleza.

Esta última frase era de Cyrus Hoad. Divirtió a la joven. Y su risa fué un alegre consentimiento.

Fué esa la primera de muchas tardes alegres que pasaron juntos.

Ninguna de las muchachas que conocieron a Larry lo hubieran reconocido cuando estaba en compañía de Magnolia. No tenía ese aire desdeñoso que afectaba con ellas, actitud provocada por su miedo a la crítica y que simultáneamente la provocaba y desafiaba.

Le interesaba más Magnolia que sí mismo y por lo tanto la dureza que antes había señalado sus relaciones con las mujeres estaba ausente esta vez. Por vez primera en su vida sentíase generoso, consagrado a otro ser; por vez primera experimentaba ternura.

Magnolia comprendía más de su carácter de lo que él imaginaba. En la granja le había a ella tocado lidiar con animales maltratados por sus primitivos dueños y, como la mayoría de los que han tratado mucho con animales, no establecía entre ellos y los seres humanos línea de separación tan marcada como lo hacen las gentes de la ciudad. Podía Magnolia decir a primera vista si una criatura viviente, humana o no, había sufrido.

No bien vió a Larry, comprendió que, en alguna época de su vida, había sido maltratado. Su actitud dominante con Marieta le pareció a ella fanfarronería de chico: miedo de tener miedo y sobre todo de que crean que tiene miedo.

La intuición le dijo también que, como la mayoría de las criaturas jóvenes e incomprensivas, mal adaptadas a su medio, podía ser cruel. Pero por esto sentía ella piedad y no disgusto. Estaba segura de que lo cambiaría, de que lo volvería más dulce, que sólo necesitaba le enseñaran lo que el afecto, generosamente dado, puede conseguir. Y descubría bajo aquel duro exterior, ciertas cualidades que la emocionaban; lealtad, capacidad para la abnegación, una conmovedora dosis de modestia.

Estaba tan segura Magnolia del pasado infeliz de Larry que nunca pensó en hacerle preguntas sobre su persona. Y él, temiendo decir más de lo que pensaba, una vez en el terreno de las confidencias, nunca le habló de sí mismo.

En cuanto a Magnolia, no tenía secretos. Su vida había sido como un libro abierto y, hasta que perdió a sus padres, útil y feliz. Larry, fascinado por su voz dulce, con aquel acento ligeramente ronquillo, escuchaba horas y horas los cuentos que ella le hacía de su vida en la granja, de este y aquel vecino; hasta que por fin, aquellas buenas gentes a las que no había conocido, pero que eran amigos de Magnolia, poblaron su imaginación.

Su deseo de asociarse lo más posible a la vida de ella, le hacía sentir más reales a aquellos campesinos que a todos los hombres y mujeres que había conocido y muy pocas veces recordaba — si es que lo recordaba — a la "banda". Había terminado con sus antiguos compañeros. Era otro hombre creado por Magnolia, el hombre que ella deseaba fuera.

Magnolia no tenía nada de coqueta y Larry se alegraba de ello; pronto comprendió que, si no hubiese pensado casarse con él, no habría aceptado aquellas benditas horas que pasaban juntos.

Sólo cuando se lo preguntó y ella alzó su rostro para que la besara, se dió cuenta Larry de que nunca le había hecho el amor.

—Comprendió que besar a Magnolia era comprometerse con ella. La joven ignoraba el flirt. Para ella el amor era el matrimonio y la vida juntos y felices.

Bueno, para él también... ahora.

¡Era la joven tan sencilla y natural en todo! No se ruborizó ni balbuceó cuando le comunicó la noticia a la señora Green y a los otros pensionistas. A Magnolia le parecía una cosa enteramente normal que la gente se enamorara y casara. No había ciertamente por que turbarse ni ponerse colorada.

Su adorable personalidad le había ganado el afecto de todos sus compañeros de pensión. Con su llegada habíase establecido entre ellos una sincera familiaridad, de la cual Magnolia era centro. Ella era la niña de todos, el lazo de unión. La actitud de la señora Green hacia la joven, era la de una tía afectuosa y algo inquieta. Magnolia, cuyos trabajos temporarios y penosos, le habían proporcionado dinero suficiente para pagar su deuda, tuvo grandes dificultades para obligar a la buena mujer a que aceptara toda la suma. Este animado acontecimiento — animado desde el punto de vista de Magnolia — había ocurrido quince días antes de que Larry la pidiera en matrimonio. Entretanto, la joven había quedado sin trabajo otra vez.

—No podré comprarme ajuar — dijo una noche, riendo, a la hora de la comida, con su acostumbrada franqueza. — Siempre se confiaba a sus compañeros y estos apreciaban la distinción. — No me quedan más que cinco libras y no me atrevo a desprenderme de ellas.

—No se preocupe por su ajuar — dijo la bondadosa señora Green. — En esta casa no se realizan a menudo casamientos; éste es, en realidad, el primero y tiene que ser un gran acontecimiento, con trusseau (pronunciaba ella "trusseau" tal como se escribe) y todo. Yo me ocuparé de eso.

Magnolia estrechó impulsivamente la mano de la señora Green que estaba sentada

—Después de perder a papá y mamá, nunca creí ser tan feliz de nuevo — dijo sencillamente.

Larry había escuchado aquella conversación en silencio. Le había servido para aprender una buena lección. Magnolia tenía amigos porque ella sabía ser amiga a su vez.

El nunca había sido amigo de nadie. Por eso fué tan estúpido como criminal. En su corazón se levantó para los criminales un amargo desdén. Parecióle que podía perdonarse mejor a sí mismo lo que llamaba su "maldad" más bien que su estupidez.

Larry había suplicado a Magnolia que apresuraran lo más posible el casamiento por que deseaba ansiosamente alejarse de Londres y de todo lo que le recordaba su vida anterior.

Había decidido trasladarse a alguna población rural y trabajar de electricista.

En las tres semanas que mediaron entre el compromiso y el matrimonio, la casa de pensión parecía una colmena. La señora Green se convirtió en jefe de un pequeño ejército de costureras, formado por las pensionistas.

Magnolia era demasiado sincera para no demostrar su alegría y parecía una niña encantada al recibir los regalos, siendo por lo tanto una fuente de verdadero placer para los que la obsequiaban.

Los sentimientos de Larry ante el altar fueron confusos. Cuando el ministro pronunció las palabras: "El que sepa de alguna causa o impedimento para que este matrimonio no se realice, tiene la grave obligación de manifestarlo" su corazón dió un gran salto; luego casi se inmovilizó.

Por un espantoso momento pensó que, si había un Dios justiciero, como decía la Biblia, seguramente le mandaría la muerte en ese momento. Pero no se produjo la intervención divina y la voz del ministro, agradable y precisa, continuó con las palabras rituales del matrimonio.

(Continuará).

Raúl de Lancaste

(Continuación)

EN medio de las densas tinieblas del portal, y a la distancia en que Raúl se encontraba de la escalera, no era posible que lo viesen, aun cuando los criados miraran hacia la puerta de la calle.

Esto lo pensó el perseguido joven después de algunos minutos, así como también que no debía permanecer allí, porque el más leve gemido de su hijo podía delatarlo.

Ignoraba si en la calle había quedado alguien que vigilara la puerta; pero, en último caso, todo lo que podía suceder era que se viera obligado a emprender nuevamente la lucha, con la ventaja de que ya no debían ser tantos los enemigos a quienes tuviese que combatir, puesto que unos estaban junto al postigo y otros seguían al comendador y al alcalde.

Después de pensar así, no vaciló un instante, y saliendo de su escondite y escuchando, sin percibir el más leve ruido por la parte de afuera, dejó el portal, sin que nadie le estorbara el paso.

—¡Gracias, Dios mío! — murmuró elevando al cielo una mirada.

Y procurando hacer el menor ruido posible, tomó por la izquierda hacia la calle de Toledo, desapareciendo en pocos segundos.

Capítulo V

DESPUES DE ESCRUPULOSO REGISTRO

No hay que decir que fué completamente inútil el escrupuloso registro que se hizo en la casa, sin dejar rincón ni mueble donde no se buscase al supuesto criminal.

A nadie le ocurrió sospechar la verdad de lo sucedido, y a la ira que encendía todos los pechos, sucedió la sorpresa, la admiración y el aturdimiento consiguiente de quien ve lo que no puede explicarse.

¿Qué había sido de aquel hombre?

No podía dudarse de que había estado en la casa y que de ella había salido; esto no era una ilusión, puesto que todos habían cruzado su espada con él, y así lo probaban los dos alguaciles que se encontraban en la calle mortalmente heridos.

Tampoco podía dudarse de que el perseguido había vuelto a entrar en la casa y no filtrándose por las paredes como un ser sobrenatural, sino por la puerta, que si bien se abrió silenciosamente, cerróse con violencia y ruido.

Era, pues, imposible acertar como había conseguido salir; pero fuese cualquiera el medio de que se hubiese valido, ello es que debía tener quien lo protegiese entre la servidumbre del comendador.

¿Era Fernán el traidor?

Así parecía ,puesto que él solo estaba de noche encargado de vigilar las entradas de la casa hasta la hora en que se recogía su señor; sin embargo, se había encontrado al lado de éste durante el registro, y, por consiguiente, no había podido en aquellos momentos ocuparse del joven seductor.

En cuanto a la vieja Aldonza, por más que ella jurase que era inocente, poniendo a Dios por testigo, estaba bien clara su culpabilidad, Raúl había entrado en el dormitorio de doña Luz, de allí había salido con su hijo, y esto no era posible que lo hubiese hecho sin ser visto de la persona que se encontraba en el inmediato aposento. Además, los dos o tres gritos de dolor involuntariamente exhalados por la joven, y que habían llegado hasta los corchetes, a pesar de los muros y de la distancia, debieron forzosamente ser oídos por Aldonza.

No cabía, pues, duda alguna: la traición de la dueña estaba probada, y como el comendador necesitaba de algún modo desahogar su cólera y la justicia veía claramente un delito, más o menos grave, decidiéronse a proceder contra Fernán y Aldonza sin ningún género de compasión, mucho más cuando el criado si acababa por declarar, podía dar mucha luz sobre el paradero de Raúl, que, aparte su amoroso desliz, era acusado, no sabemos si con razón, de otros graves delitos y buscado con afán, lo mismo

por los agentes del rey que por los del Santo Oficio.

Cuando se le dijo a Fernán que se le llevaría preso si no daba explicaciones, aclarando el suceso en que parecía haber representado un importante papel, se concretó a responder, con admirable serenidad:

—No he cometido ningún crimen, Dios lo sabe, y mi conciencia está tranquila; por el contrario he hecho, en todas ocasiones, cuanto me ha sido posible en bien de mi señor, y he mirado por su honra aun mucho más que por la mía. Haced lo que os plazca: si algo merezco es recompensa por mi lealtad; pero si me atormentáis injustamente, sufriré con resignación y sin exhalar una queja, y nada más sabréis de mí, porque nada más puedo deciros, aunque me descoyuntéis.

No mentía Fernán, porque ninguna parte tenía en la desgracia de doña Luz. Aldonza era la que había favorecido aquellos amores y facilitado largas entrevistas, y sólo cuando la desgracia no tenía remedio, se apeló a Fernán, no para que protegiese los amores, sino para que prestase su ayuda, a fin de que el honor de su señora se salvara en cuanto fuese posible.

Fernán no podía deshacer lo hecho, y, por consiguiente, no tenía más que dos caminos que seguir: o dar parte de todo a su señor, que se encontraba ausente de Madrid un año hacía, o prestar el auxilio que se le demandaba.

Con lo primero nada hubiera adelantado, sino desgarrar el alma del padre sin aliviar el dolor de la hija, y lo segundo le presentaba la ventaja de evitar al anciano una horrible amargura y salvar para el mundo el honor de la joven.

He ahí porqué había dicho, con mucha razón, que, en lugar de castigo, merecía recompensa: porque su primer afán había sido la honra de su señor.

Para acabar de tranquilizar su conciencia no había querido aceptar recompensa alguna, con lo cual probaba, que al decidirse en la alternativa en que se le puso, no le había movido otro interés que el bien de los demás.

No podía ser más noble su proceder, y estaba en perfecta armonía con sus antecedentes.

Fernán, que tenía cuarenta años, hacía veinte que se encontraba al servicio del comendador, dando repetidas pruebas de una lealtad sin ejemplo.

Había visto nacer a Luz y la amaba con una ternura verdaderamente paternal, así como a su señor le profesaba un cariño verdaderamente filial.

A no estar ciego y loco por la ira y el dolor el ofendido padre, habría comprendido que era imposible que aquel hombre honrado y de noble corazón hubiese cometido, por un puñado de oro, una traición después de veinte años de fidelidad a toda prueba.

Empero, el comendador no miró en aquellos momentos más que su honra manchada y en su hogar no vió por todas partes más que traidores,

¿No lo había engañado su hija?

Si así había sucedido, ¿por qué tener mas confianza en la lealtad de un cri[illegible]

No fué posible hacer que Fernán diese más explicaciones.

En cuanto a la vieja, sucedió lo contrario: habló mucho, pero ni confesó su delito ni dió luz alguna sobre el misterioso suceso.

—Soy inocente — decía, arrodillada y con los brazos extendidos ante don Roque. — Ni siquiera comprendo lo que me preguntáis.

—¿No habéis pasado aquí la noche?

—Sin moverme de aquel sillón.

—Entonces...

—Pero hablais de un hombre... ¡Dios mío!... ¡Un hombre en el dormitorio de mi señora, y de noche, y estando ella en el lecho...! ¡Santísima Virgen!... ¿Sabéis lo que decís?

—Sí; digo que ha entrado aquí un hombre, porque todos lo hemos visto; que ese hombre ha vuelto a salir, pasando junto a vos, y después de haber permanecido más de una hora en el dormitorio de doña Luz.

—Visiones, señor, visiones no más; sin duda, Lucifer, tomando la forma humana, se os ha presentado...

—No es un fantasma el que ha dejado de dos estocadas sin vida a dos hombres.

—¡Qué horror! — exclamó la vieja, cubriéndose el rostro con las manos. — ¡Qué horror!

—Ya veis, pues...

—Pero si alguien se ha introducido en la casa, no ha llegado a este aposento.

—Mentís.

—Os juro...

—¿No aseguráis que habéis pasado aquí la noche?

—Es la verdad.

—¿Y es posible que estando aquí no hayáis oído, hace media hora o poco más, los gritos exhalados por vuestra señora, y que todos hemos oído desde la calle?

—¡Gritos!...

—Sí; gritos de agonía que ella procuraba ahogar.

—¡Ah!...

—¿Qué tenéis que responder a eso?

—Confesaré mi delito, señor; lo confesaré, porque diciendo la verdad quedaré más tranquila y no se dudará de mi inocencia. He faltado a mi deber...

—¿Al fin declaráis vuestra culpabilidad?

—Sí; declaro, y repito, que he faltado a mi deber; pero ¿cómo sospechar siquiera que mi falta había de dar lugar a lo que aseguráis que ha sucedido?

—Explicaos.

—Como mi señora lleva ya algunos días de estar enferma y pasa muy malas noches, me he visto obligada a permanecer a su lado en constante vigilia, y no es extraño que esta noche me haya vencido el sueño, y...

—Pero...

—Me puse a rezar y me quedé profundamente dormida, despertándome asustada el espantoso ruido de cuchilladas y voces.

—Basta — interrumpió el comendador, sin poder contenerse.

—Señor...

—Basta, don Roque; esta bruja miserable quiere añadir la burla a la traición. Llevadla con el otro criminal, que lo que calla aquí lo dirá en el tormento.

Poseída del terror más profundo, y mientras invocaba el nombre de Dios y de todos los santos, suplicó la vieja, con desgarrador acento; pero no fué escuchada y los alguaciles se apoderaron de ella.

Recogiéronse a los heridos y lleváronse a los presos, despidiéndose don Roque, a quien dijo el comendador:

—Mi buen amigo, nada hagáis hasta después que hayamos hablado mañana. Está de por medio mi honra...

—Siento que se hayan realizado mis temores.

—¡Oh!...

—El escándalo está dado, y no sé hasta qué punto nos será posible evitar que cunda la noticia de lo sucedido.

El comendador inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho y estrechó la diestra de su amigo.

Algunos minutos después reinaba en la casa el más profundo silencio.

Una doncella cuidaba de doña Luz, y el comendador, con los brazos cruzados, cadavéricamente pálido, contraído y desfigurado el rostro y la mirada sombría se paseaba lentamente de un extremo a otro de su aposento.

Así permaneció hasta el amanecer, que, rendido y sin saber darse cuenta de lo que sentía, se dejó caer en el lecho, sin cuidar de desnudarse.

Lo que pasaba en el alma de aquel hombre era horrible.

Capítulo VI

ANTECEDENTES

Debemos dar algunos antecedentes sobre los personajes que ocupan nuestra atención, porque de otro modo no se comprendería la importancia de los sucesos que referimos.

Raúl es para nuestros lectores todavía un hombre poco menos que misterioso, y, por consiguiente, daremos principio por él.

Miembro de una ilustre familia flamenca, pero cuyos escasos bienes de fortuna apenas le permitían vivir con mediano decoro, su importancia consistía solamente en el brillante papel que sus antecesores habían, desde muy antiguo, representado en los negocios públicos, y por esta razón se le miraba y consideraba como a quien vale mucho.

Raúl de Lancaste no había desmentido los antecedentes de sus ilustres predecesores: había probado que su sangre era la misma, abrigaba un corazón grande y noble, como su padre, y podía estarse seguro de que no sería él quien rebajase la importancia del nombre que tanto valía.

Cuando la mano de hierro del tirano de dos mundos comenzó a pesar más duramente que nunca sobre el desdichado pueblo flamenco, y éste, empezando a comprender que se le engañaba y se le iba a convertir en mísero esclavo, se lanzó abiertamente en el camino de la fuerza. Raúl, de acuerdo con los importantes personajes qe se habían puesto al lado da la causa de la independencia, tomó parte muy activa en la lucha, arriesgando su vida, hasta que las vagas promess de Felipe II y los nobles deseos de la princesa gobernadora dieron por resultado una tregua que, como sucedió, no debía servir más que para que los unos y los otros recuperasen las perdidas fuerzas, acreciesen los medios de ataque y emprendiesen nueva y más encarnizada guerra.

Creemos, y así lo justifica la historia, que el principal móvil, el único, puede decirse, de aquella guerra, que tanto costó a dos pueblos, fué el sentimiento noble de independencia y de libertad, la justa defensa de sus antiguas y sabias leyes, tan respetadas, tan veneradas por nobles y plebeyos, y despreciadas, holladas y borradas, al fin, por la fría mano de Felipe II.

Hecha esta advertencia, que para nosotros es de mucha importancia, proseguiremos diciendo que durante el curso de los primeros acontecimientos borrascosos, Raúl había demostrado un valor verdaderamente heroico y una inteligencia nada común, por lo cual adquirió doble importancia a los ojos de sus protectores y amigos, y a él acudieron para confiarle las más delicadas misiones cuando por segunda vez empezaron los flamencos a recibir desengaños y a convencerse de que nada adelantarían por el camino de la justicia y la razón, y que lo que se quería era que el tiempo pasase, para gastar sus fuerzas, dividirlos e inutilizarlos completamente.

Una de las ocasiones en que el príncipe de Orange se valió de Raúl fué después de la venida a España de los desdichados marqués de Bergen y barón de Montigny.

La vida de éstos llegó a peligrar, y el príncipe creyó oportuno enviarles la ayuda de nuestro joven.

Raúl aceptó sin vacilar la peligrosa comisión, y, tomando un nombre supuesto, se encaminó a Madrid.

Cuando llegó era tarde: el marqués de Bergen acababa de morir, porque según se aseguraba, su médico había cometido el error de darle un medicamento por otro, o el boticario, no entendiendo la receta, había dado un veneno en lugar de un calmante, y la muerte del barón de Montigny estaba ya decretada, debiendo ejecutarse lo que bien pudiéramos llamar un asesinato jurídico, ya que otro nombre no le demos, en la oscuridad de un calabozo, sin más testigos que Dios, y sin que al reo le hubiese sido permitida la defensa.

Además de esto, debía tener lugar un acontecimiento no menos horrible, debía darse el ejemplo de un padre que firma la sentencia de muerte de su único hijo, debía verse a un gran rey decir que iba a castigar graves delitos y abusar de su ilimitado poder para vengar particulares ofensas, para satisfacer rencores mezquinos de ruines celos. Eso debía verse muy pronto, y la víctima debía ser el desdichado príncipe don Carlos, cuyo tristísimo fin, y sobre todo, las causas que dieron lugar a su muerte, no han podido aún ponerse satisfactoriamente en claro, si bien los documentos que se conservan son suficientes para que se comprenda lo que sucedió.

En tal estado había encontrado Raúl los públicos negocios, o lo que es lo mismo, los

había encontrado mal hasta el punto de no poder estar peor.

Sin embargo, no retrocedió.

Ya le era imposible salvar a sus nobles amigos; pero ¿quien sabe si le era dado hacer algo en favor de su patria?

A pesar del peligro que corría en la corte, permaneció en ella trabajando, uniéndole para ello a algunos amigos del príncipe, y ganando como mejor pudo las simpatías de la bondadosa reina doña Isabel de la Paz, que si no era favorable a los rebeldes flamencos porque no podía favorecer la causa de los que se declaraban enemigos de su esposo, trabajaba mucho para que en los Países Bajos se estableciese un régimen conciliador para evitar así la efusión de sangre y la ruina y la pérdida de aquellos ricos y florecientes estados.

Todo cuanto, a riesgo de su vida, había hecho Raúl había sido completamente inútil.

¿Qué había de suceder?

Cuando no habían conseguido nada los elevados personajes que tanta influencia tenían y eran mirados hasta con temor por el rey, era imposible que consiguiera el joven, sin otros medios que su valor, sin influencia de ninguna clase y teniendo que vivir oculto y pensar en librarse de la activa persecución de los agentes del monarca, de la justicia y hasta de la Inquisición, pues a pesar de ser buen católico por educación, bastaba que fuese flamenco y que hubiese trabajado en favor de la causa de su patria para que se le acusase de hereje.

A pesar del secreto con que había emprendido su viaje a España, cuando llegó a Madrid hacía cuarenta y ocho horas que de su venida habían llevado un aviso al rey.

Se le buscó bastante tiempo, y no encontrándolo, acabó por creerse que habría regresado a su país en vista de las circunstancias, o que se habían equivocado los que habían dado la noticia de aquel viaje.

Así transcurrieron algunos meses y ya había pasado un año, cuando desde Bruselas avisaron a Raúl, dándole parte del malísimo aspecto que allí presentaba la situación y diciéndole que se preparase a emprender su marcha.

Esto pareció contrariarlo, a pesar de que cualquiera hubiese creído que deseaba volver al lado de sus amigos, siquiera fuese por los servicios que podía prestar a la causa que defendía.

¿Qué motivos tenía para pensar con disgusto en su salida de Madrid?

El lector los conoce.

Raúl estaba enamorado y la mujer a quien tanto amaba, encontrábase en la más crítica situación.

Esperando con temor órdenes más terminantes que lo pusiesen en la horrible alternativa de elegir entre su amor y su patria, entre las más tiernas afecciones de su corazón y sus deberes de ciudadano y caballero, fué cuando tuvieron lugar los sucesos que hemos referido.

He aquí cuanto por ahora tenemos que decir de Raúl de Lancaste.

Con respecto al comendador, no hay necesidad de que demos muchas explicaciones; su carácter, lo mismo que sus ideas, es cosa ya bien conocida por el lector.

Apegado a sus principios y a sus preocupaciones, era severo hasta la exageración, duro, inflexible, intransigente y tenaz hasta el punto de que se hubiera dejado morir cien veces antes que retroceder ni hacer el sacrificio de ninguna de sus ideas.

Anque amaba a su hija, era más el amor que tenía a lo que él llamaba sus deberes, y antes que ceder en este punto, estaba dispuesto a perder para siempre a la heredera de su nombre.

Cuando Raúl llegó a la corte, se encontraba el comendador en Italia, desempeñando una comisión importantísima confiada por el rey.

No pudo guardarse tanta reserva en los amores de doña Luz, que no se murmurase de ellos en la villa, aunque nadie acertaba a decir quien era el hombre dichoso que había logrado conquistar el corazón de tan rarísima hermosura y semejante murmuración fué causa de que algún amigo, por verdadero interés o por mera oficiosidad, escribiese al comendador repitiéndole lo que se decía, y añadiendo que el hombre amado, aunque desconocido, no podía ser, por su cuna o por otras circunstancias, digno de la joven, puesto que de otro modo no hubiera ésta puesto cuidado tan grande en hacer de su amor un misterio.

Estas reflexiones hicieron surgir otras muchas y muy desagradables en la mente del comendador, que no obteniendo de su hija satisfactorias explicaciones, escribió al rey participándole sus temores y suplicándole que le concediese licencia para volver a su casa siquiera por algunos días.

Felipe II negó la licencia; pero tranquilizó a su fiel vasallo, asegurándole que aclararía el misterio, y que si efectivamente amenazaba a doña Luz algún peligro, lo evitaría.

Al rey le era más fácil hacerlo que a otro cualquiera.

Las averigaciones no dieron el resultado completo que se deseaba; pero sí arrojaron bastante luz para que se pudiera sospechar que el misterioso amante de la hija del comendador, era el joven flamenco a quien se había buscado en vano tantos meses.

Esto presentaba ya para el rey un doble interés; pero no queriendo tomar la iniciativa en aquel asunto, determinó obrar con la prudente astucia que lo caracterizaba, y concedió al caballero la licencia, diciéndole a la vez, que no estaba completamente tranquilo con respecto a doña Luz.

El efecto que esto produjo en el comendador, se comprende fácilmente, una vez conocido su carácter.

Sin perder un momento y sin dar aviso alguno a su hija, emprendió su viaje; pero afortuadamente la reina, conociendo la gravedad de la situación de la joven, a quien amaba mucho, y las consecuencias que debía tener la repentina aparición del padre, dió a la hija un salvador aviso.

El comendador encontró, pues, a doña Luz enferma y en el lecho.

No pidió el anciano explicación alguna; excusó lo repentino de su viaje con el cum-

plimiento de apremiantes órdenes del rey, y se dispuso a observar y averiguar.

Ya sabemos lo que sucedió dos días después de su llegada a Madrid.

Ahora debemos tomar nuevamente el hilo de la narración de estos sucesos, que serán perfectamente comprendidos con las explicaciones que hemos dado.

Y como vamos a presentar a uno de los personajes de más importancia de esta historia, nos vemos obligados a comenzar nuevo capítulo que no ha de ser menos interesante que los anteriores.

Capítulo VII

FELIPE II

A las diez de la mañana del siguiente día, Felipe II estaba solo en su despacho, sentado junto a una mesa grande, donde se veían muchos papeles y algunos libros, y como absorto en la lectura de uno de éstos.

El aposento, a pesar de que tenía dos balcones por donde entraba abundante luz, parecía lóbrego y triste lo cual debía ser efecto de las severas formas y color oscuro de todos los muebles y adornos.

Lo mismo que éstos era el vestido del monarca, negro, sencillo, sin el más ligero adorno.

Cuando lo presentamos a nuestros lectores tenía cuarenta años, lo cual no era inconveniente para que sus cabellos, muy cortos según entonces era moda, hubiesen empezado a blanquear.

Su continente era grave, altivo y majestuoso, verdadero continente regio, el que cuadraba al señor de dos mundos, el que debía tener el hombre que era dueño absoluto de un gran pueblo.

Verdadero esclavo de su dignidad, celoso hasta la exageración de su autoridad sin límites, no dispensaba a nadie, absolutamente a nadie, la más pequeña libertad, ni él se la tomaba en ninguna ocasión.

Su mirada, aunque dura era tranquila, y la expresión de glacial indiferencia de su rostro, no permitían adivinar si estaba contento o disgustado. Su sonrisa era tan leve, que nada significaba, y nunca demostró su enojo, por grande que fuese, sino pronunciando algunas palabras con pausado tono y a media voz; pero que helaban la sangre de la persona a quien las dirigía, como sucedió a su secretario Santoyo cuando, por equivocación, echó sobre la firma real la tinta en vez de los polvos. "Este, le dijo el monarca sin alterarse y señalando la escribanía, este es el tintero y esta la salvadera". Empero algo inexplicable tenía el acento de Felipe II, cuando el secretario se sintió impresionado de tal suerte, que perdió el sentido antes de salir de palacio, y murió pocas horas después. El monarca rezó por el alma de su secretario con la misma tranquilidad con que le había dirigido la fatal advertencia.

Cuando le llevaron la feliz nueva de la gloriosísima victoria de Lepanto, pronunció algunas palabras para dar gracias al Omnipotente, y cuando le comunicaron el horrible desastre de la Invencible, diciéndole que en pocas horas había destrozado una tempestad los centenares de buques de aquella nunca vista armada, se concretó a responder con acento reposado: "Yo no envié mis navíos a pelear con los elementos". Y no se contrajo un solo músculo de su rostro.

Tal era el carácter de Felipe II, apellidado por unos el Prudente y el Grande, mientras que otros lo califican de hipócrita, ambicioso y cruel; tal era el hombre que en fuerza de tener cabeza no tenía corazón; tal era el rey que firmó la sentencia de muerte de su hijo único, sin que ni ligeramente temblase su mano ni palideciese su rostro, según aseguran sus mismos defensores y panegiristas.

Con lo dicho basta para que el lector empiece a formar una idea de lo que era este personaje.

Nada más añadimos por ahora, porque en la presente parte no ha de figurar mucho, sino más adelante cuando le hagamos aparecer nuevamente con más edad, más experiencia y más recuerdos de la tenebrosa historia de su época y de su vida.

La lectura en que parecía tan absorto la interrumpió para recibir al comendador, que se presentó con la frente inclinada, la mirada sombría y el rostro cadavéricamente pálido y desfigurado, dejando ver claramente la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.

Al monarca le bastó una ojeada para comprender lo que pasaba en el interior de aquel hombre.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Anoche mismo — dijo, al fin, el rey — vino don Roque a participarme lo sucedido.

—¡Oh! — murmuró el padre de doña Luz, con voz rugiente y sorda, apretando los puños sin que le fuera posible contenerse.

—Aún no podemos asegurar — repuso tranquilamente el monarca — que fuese el mismo Raúl de Lancaste el atrevido que resistió a la justicia, y, por consiguiente, debéis tranquilizaros hasta que haya más seguras pruebas.

—¡Tranquilizarme! — dijo el comendador, mirando con profunda sorpresa a Felipe II. — ¿Qué me importa que sea el traidor flamenco o cualquier otro? ¿Acaso el nombre o la calidad de la persona pueden quitar nada al borrón que sobre mi honra ha caído?

El rey miró un momento al caballero, y replicó con calma:

—¿Pero tenéis completa seguridad de que doña Luz ha olvidado sus deberes y empañado vuestro honor?

—¡Que si la tengo! — exclamó el cortesano, cuya agitación iba en aumento. — ¿No llevaba consigo el miserable seductor la prueba del crimen? Y no dejó de apercibirse de ello ninguno de los que allí estaban; todos comprendieron lo que había sucedido, a nadie se ocultó mi situación horrible y hoy mi honra destrozada andará de boca en boca.

—Si efectivamente se os ha ofendido...

—No puede dudarse, señor, no puede dudarse...

—Entonces....

Interrumpióse Felipe II, meditó, y después de algunos momentos dijo:

—Hay esperanzas de que el criminal caiga en manos de la justicia que lo sigue muy de cerca según las últimas noticias que he recibido.

—Se castigarán sus crímenes; pero, ¿y mi honra?

—Mi buen comendador, ya sabéis que vuestra honra es para mí una prenda que tengo en grande estima.

—Pero no hay remedio, señor, no hay remedio — repuso desesperadamente el comendador.

—A otro que no fueseis vos le propondría que, una vez que estuviese en vuestro poder ese hombre, lo obligásemos a casarse con doña Luz antes de que explara sus graves delitos en manos del verdugo; pero os conozco y estoy seguro de que esto, en vez de considerarlo vos un remedio, lo tendríais por una segunda desgracia no menos horrible que la primera.

—Gracias, señor, porque hacéis justicia a mis sentimientos.

—¿Qué pensáis, pues, hacer?

—No lo sé; estoy trastornado, loco por el dolor y por la ira.

—Contad con mi ayuda para lo que determinéis. La inocente criatura, fruto de ese extravío...

—Es preciso evitar que jamás sepa quién fué su madre.

—Fácil sería conseguirlo así, si el criminal cayese en nuestro poder; pero, de otro modo, el padre revelará al hijo el misterio de su nacimiento y ¿quién sabe si podrá darle alguna prueba?

—Dice vuestra majestad que hay esperanza...

—Esperanza no más, y eso contando con que vos haréis por lo menos tanto como la justicia.

—Siquiera por cumplir mi deber de fiel vasallo...

—Pero si esa esperanza no llega a realizarse...

—Entonces, oh! — exclamó el caballero, cuya mirada se hizo más sombría. — Entonces...

—¿Qué haréis?

—Mi hija morirá...

—¡Comendador!

—Morirá para el mundo y yo me ocultaré a los ojos de todos.

—Morirá para el mundo — murmuró Felipe como si hablase para sí, — morirá y vos os ocultaréis...

—De tal modo, que nadie que me conozca vuelva a verme ni a saber de mí.

El rey apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Reinó un silencio profundo, solamente interrumpido por el ruido leve de la violenta respiración del caballero.

Este, inmóvil como una estatua, esperó con temor y afán.

—Bien — dijo al fin el monarca después de algunos segundos, — eso significa que voy a tener la desgracia de perder a uno de mis más leales servidores.

—Señor...

—No os pertenecéis — replicó Felipe II, — o lo que es lo mismo, no sois de vos tan absoluto dueño como habéis pensado.

—Pido a vuestra majestad perdón...

—Tranquilizaos: yo os autorizo para que llevéis a cabo vuestro plan.

—Pero si vuestra majestad no se digna protegerme...

——Os protegeré.

—Es que será necesario...

—¿No os dije antes que contáseis con mi ayuda? ¿Desde cuándo creéis que mis promesas necesitan repetirse?

—Considerad, señor, que estoy trastornado, ya lo dije...

—¿Y si fuese habido el criminal?

—En ese caso...

—¿Qué haréis de doña Luz?

—¡Oh! Morirá también.

—No os aconsejo; quiero limitarme a prestaros ayuda.

—El plan que he concebido en mi desesperación...

—No me lo expliquéis lo comprendo y... dejad que pasen algunos días; meditad y lo que al fin resolváis, ejecutadlo con calma, con mucha calma, aunque para ello tengáis que destrozaros el corazón, porque lo que una vez se hace, hecho queda, y vale más atormentarse y dilatar la ejecución que arrepentirse después de haberlo hecho.

—Esto, señor...

—Es un secreto.

El comendador, como si sus fuerzas se hubiesen agotado, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y mudo.

¿Qué iba a ser de doña Luz?

La suerte que le estaba reservada era mil veces peor que la muerte; como mujer y como madre le esperaban horribles sufrimientos.

En cuanto a su inocente hijo, no podía ser más negro el horizonte de su porvenir.

El plan del comendador, no explicado, pero perfectamente comprendido por el rey, era espantoso.

A gran fortuna debieran haber tenido las víctimas que decretasen su muerte.

Y no había esperanzas de perdón, porque era imposible que el ofendido caballero se aviniese jamás con la idea de la deshonra de su hija; era imposible que su corazón de padre se conmoviese, ni por el amor, ni por la compasión tampoco, cuando se trataba de castigar una ofensa contra el honor, cuando llegaba el momento de cumplir deberes que él hubiera cumplido a costa de todos los tormentos imaginables y de su misma existencia.

No era menos penosa la situación de Raúl: iban a arrebatarle al hijo de su amor, no podía volver a ver a la infeliz a quien idolatraba, corría su vida inminente riesgo y no tenía medio alguno de defenderse, ni le era permitido huir para salvarse.

—Volved a vuestra casa — dijo el rey, después de algunos momentos — y no vengáis a verme sino de noche.

—Señor, las bondades de vuestra majestad...

—Procurad tranquilizaros y no os ocupéis estos días sino en hacer lo que bien os parezca para el mejor servicio de Dios.

—Cumpliré mis deberes...

—Si no se tratara de un hereje...

—Y de un ladrón que me ha robado el inestimable tesoro de la honra.

—Será castigado, y honrado vos

—Señor...

—Guárdeos el cielo — repuso el monarca con dulzura

Salió el caballero de la regia cámara.

Felipe II volvió a fijar la mirada en el libro.

¿Leía o meditaba sobre lo que acababa de hablar con el comendador?

Hubiera sido imposible adivinarlo, porque su rostro no cambió de expresión.

Entre tanto, el padre de Luz, con pasos vacilantes, como un hombre que está embriagado, se dirigió a su morada sin apercibirse siquiera de los que pasaban por su lado y le saludaban con cariño o con respeto

Tampoco entonces entró en el aposento de su hija: ya había dado órdenes convenientes para que se cuidase de ella, y ni siquiera preguntó por la infeliz, ni nadie se atrevió a nombrársela.

Media hora pasó encerrado en su habitación.

Luego llamó a su criado y confidente Andrés.

Entre tanto, se murmuraba en toda la villa sobre el misterioso suceso de la noche anterior, refiriéndolo de mil distintos modos y comentándolo cada cual a su placer; de suerte que la narración de lo acontecido llegó a estar lejísima de la verdad y a parecer, más que otra cosa, un cuento de brujas y duendes, un suceso en el que Satanás había empleado todas sus malas artes y había desempeñado el principal papel.

Los dejaremos que murmuren, puesto que nos es imposible hacer a doña Luz el favor de sellar todos los labios maldicientes, y con permiso del lector retrocederemos algunas horas e iremos en busca de Raúl.

Capítulo VIII

NUEVAS DESGRACIAS

En la época a que nos referimos, veíanse en la calle de Bordadores, y cerca de la iglesia de San Ginés, unas cuantas casas pequeñas y de aspecto miserable, con sólo uno o dos cuerpos, donde se albergaba gente muy pobre.

En una de éstas, que no presentaba en su exterior más que el piso bajo, habitaba una mujer de más de cincuenta años, y que, al decir de los vecinos, vivía con los socorros de algunas caritativas personas que desde muy antiguo la favorecían

Nunca se había ocupado nadie de ella, porque ella no incomodaba a nadie, ni era entrometida, ni murmuradora, sino, al contrario, hablaba bien de todos y para todos tenía palabras agradables. Tampoco había en su vida ningún misterio, ni hacía nada que pudiese llamar la atención, y como además, aunque sin ser beata, cumplía con exactitud sus deberes de cristiana vieja y de honrada vecina, era imposible que diese lugar a comentarios.

Nada valía, nada representaba, nada suponía en el mundo, y, por consiguiente, la miraban con una indiferecia que para ella debía ser la mayor de todas las fortunas.

Empero ya hacía algunos meses que las miradas de la vecindad habían empezado a fijarse en la pobre mujer, porque se aseguraba que muchos habían observado cosas que no se explicaban fácilmente, o que tenían una explicación nada favorable para la interesada.

Decían algunos que a ciertas horas de la noche solía llegar a la puerta de la casa en cuestión un hombre que llamaba como con temor, y que la puerta se abría sin que se viera volver a salir al que había entrado, mientras que otros aseguraban que el personaje misterioso salía muchas noches a deshora y se recogía muy cerca del amanecer, entrando sin necesidad de llamar, porque iba provisto de una llave.

Se habían hecho algunas indicaciones disimuladamente a la vieja Nicasia; pero ella no las había entendido o había fingido no entenderlas, y continuaba co su inalterable método de vida.

La curiosidad de los vecinos se había aumentado tanto cuanto era mayor la dificultad de averiguar el misterio, y llegó a tal punto el afán de descubrirlo, que no faltó alguno que se pusiese en acecho por convencerse de que era cierto y muy cierto que un hombre entraba y salía en la vivienda de Nicasia como si fuese la suya, puesto que llevaba una llave con que abrir.

Nada más supo el curioso vecino; pero esto lo refirió a toda la vecindad.

La curiosidad, en vez de satisfacerse, avivose más desde que tuvo la prueba de que algo había, porque ese algo era menester conocerlo en todas sus partes.

—¿Quién será el entrante y saliente?

He ahí lo que todos se preguntaron.

Nadie acertó a responder.

Empero, a falta de pruebas, se recurrió a las deducciones.

El que nada debe, nada teme, o lo que es lo mismo, el que no ha cometido ningún crimen, no tiene miedo de que lo vean, y, por consiguiente, el hombre que se oculta, no puede ser más que un criminal.

Este razonamiento fué el primero que se les ocurrió a los vecinos, sin pensar que el más santo puede tener graves motivos para ocultarse.

Admitido que el personaje misterioso era un criminal, no faltaba que averiguar más de lo que ya sabían. No consiguieron ver otra cosa sino que el hombre en cuestión

salía y entraba en la casa de la vieja.

Diciendo que solamente le movía un celo plausible por la justicia y la moralidad, ocurriósele a un vecino la diabólica idea de proponer que se diese parte de lo observado al señor alcalde, para que con su ronda estuviese al cuidado, y echando el guante al supuesto criminal, se aclarase de una vez la clase de hombre que era.

La proposición pareció bien, pero algunos creyeron que sería más acertado dar el aviso a la Inquisición para que ésta obligase a Nicasia a declarar.

Afortunadamente, el asunto se había tomado como cuestión que interesaba a toda la vecindad, y, por consiguiente, todos tuvieron el derecho de discutir sobre el caso y dar su parecer sobre lo que hacerse debía.

De esto resultó lo que era consiguiente: pasáronse algunos días antes de que lograran ponerse de acuerdo, y al fin determinaron hablar al señor cura de la parroquia para que éste les aconsejase o tomase la iniciativa como persona de mayor respeto y sabiduría.

Hicieronlo así y el sacerdote tomó en consideración el asunto y prometió a sus feligreses que él haría sin perder tiempo lo que fuese más acertado, porque, según todas las apariencias, el personaje en cuestión debía, más que otra cosa, ser un hereje, lo cual se deducía de que, no saliendo de su escondite más que de noche, no era posible que oyese misa ni cumpliese ninguno de los deberes de buen católico.

Esto sucedió precisamente el día en que dió principio la presente historia, y aquella noche, o la siguiente, mañana, debía el buen cura dar los primeros pasos para que se aclarase el misterio.

He aquí como al personaje en cuestión le amenazaba un gran peligro, y cómo inocentemente le habían hecho el mayor de los daños los que no eran sus enemigos.

El lector habrá comprendido fácilmente que era Raúl el hombre que entraba y salía en casa de la vieja.

La determinación que acababan de poner en práctica los curiosos vecinos era una coincidencia fatal en aquellos momentos.

Cuando no había corchetes, esbirros ni secreto agente que no se hubiese puesto en movimiento para averiguar dónde se ocultaba nuestro joven, el aviso de la vecindad era bastante para que no se perdiese un momento en convencerse de si eran uno mismo Raúl y el misterioso huésped de Nicasia, lo cual nadie hubiera encontrado raro.

El joven flamenco llegó a su albergue dos horas después de haber salido de la morada del comendador.

Como siempre hacía, se detuvo algunos momentos para mirar y escuchar por si alguien observaba, y luego sacó una llave, envainó la espada que aún llevaba en la diestra, y, abriendo con cuanto cuidado pudo, penetró en la casa, siguiendo a tientas por un oscuro pasillo y entrando después en un reducido y casi desamueblado aposento, apenas iluminado por la rojiza y moribunda luz de un candil.

Una vez allí, volvió a escuchar, y como ningún ruido percibiese, tomó la luz y entró en la habitación inmediata.

Allí había una mujer pobremente vestida, y que no era otra que Nicasia.

El joven la miró sorprendido, diciéndole:

—¿Cómo es que os encuentro despierta

—Os esperaba — respondió ella, fijando en el caballero una mirada de inquietud.

—¿Que me esperabais? — murmuró Raúl mientras dejaba la luz y arrojaba sobre una silla su capa y su sombrero, que estaban empapados en agua.

Y luego se sentó con muestras de estar muy fatigado.

Nicasia contempló por algunos instantes el hermoso rostro del mancebo, que entonces estaba nerviosamente pálido y contraído, revelándose en su mirada, profundamente sombría, el estado de horrible agitación en que se encontraba su espíritu.

—Supongo — dijo Raúl, desplegando una amarga sonrisa,—supongo que me aguardaréis para darme alguna noticia desagradable. Así debe suceder; nunca una desgracia es más que el anuncio de otras muchas. Explicaos, pues, sin temor, que no habéis de sorprenderme, porque nada bueno espero.

—Estáis fatigado y...

—No importa.

—Descansad.

—Me sería imposible abrigando un nuevo temor, y, además, ya que esta noche se han conjurado contra mí todas las desdichas, quiero de una vez apurarlas.

—Si os empeñáis...

—Sí, hablad.

—Posible es que mis temores no se realicen; pero...

—Acabad — replicó con impaciencia el joven.

—Para no robaros la tranquilidad — repuso la anciana — no os he dicho que hace ya bastantes días supe que en la vecindad se murmuraba de mí, diciéndose que a deshora de la noche entra y sale un hombre en mi casa. Ningún valor he dado a semejantes hablillas; pero los que murmuran han llegado a tomar el asunto muy por lo serio y, temerosos de que séais un criminal han decidido dar parte de sus observaciones, como esta misma tarde lo han hecho acudiendo al señor cura de la parroquia para que éste se dirija a la Inquisición o a la justicia.

—¡Ah! — exclamó Raúl, fijando en Nicasia una mirada de afán y de terror. — ¿Estáis segura de lo que decís?

—Como que el hecho me lo ha referido persona que ha presenciado la entrevista de los vecinos murmuradores con el señor cura.

—¿De modo que teméis?...

—Yo nada temo por mí, sino por vos.

Raúl cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguna de aquellas dos personas pronunciase una palabra.

—Bien — dijo, al fin, el amante de doña Luz; — antes que salga el sol dejaré esta casa, y...

Interrumpióse, volvió a sonreír con amargura y quedó otra vez meditabundo.

—¿Tenéis a dónde ir?

—Sí — respondió el joven, sin saber lo que decía.

—Le pregunto porque tal vez yo pudiera proporcionaros seguro albergue.

—No estará de más; pero, entre tanto, es preciso que yo salga de aquí, llevándome cuanto me pertenece para no dejar huella alguna, porque es probable que en las primeras horas de la mañana vengan a buscarme.

Iba a replicar la anciana; pero no lo hizo porque en la calle sonó un silbido leve, y pasado un segundo otros dos.

—¡Oh! — exclamó Raúl, apretando los puños. — ¿Me traerán la nueva de otra desgracia tan horrible como las anteriores?

Y escuchó afanosamente.

Sonaron nuevos silbidos, luego una tos seca y forzada y en seguida tres golpecitos dados a las hojas de una de las ventanas con reja que tenía la casa.

—Ya no podemos dudar: me buscan; y debe ser muy urgente el asunto cuando no esperan a que llegue el día.

Nicasia se levantó, acercóse a la ventana donde habían sonado los golpes y, entre, abriéndola cuidadosamente, preguntó:

—¿Quién es?

—Nadie — le respondieron

—¿Qué buscáis?

—Lo que sólo yo puedo encontrar.

Estas palabras, que, como se comprenue, eran señales, borraron toda duda, y sin vacilar salió la anciana del aposento y fué a abrir la puerta de la casa.

Pocos instantes después se presentó un hombre, cuyo traje parecía ser el de un hidalgo; pero que iba todo mojado y manchado de lodo.

—¡Esteban! — exclamó Raúl.

Y se abrazaron como dos buenos amigos.

—Tenemos que hablar mucho y de mucha importancia — dijo el recién llegado, en un idioma incomprensible para Nicasia.

—¡Oh! — exclamó el amante de doña Luz, desprendiéndose de los brazos de su amigo y apretando los puños — Temo escucharte...

—No en vano temes

—Siéntate; descansa...

—Sí, me sentaré; pero me falta el tiempo para descansar, porque antes que el sol alumbre habremos de partir.

—¡Partir! — exclamó Raúl, con acento que parecía de profundo terror.

Y fijando en su amigo una mirada de angustioso afán, quedó inmóvil y mudo como una estatua.

A pesar de que la anciana no entendía lo que hablaban los otros, salió del aposento para dejarlos en mayor libertad.

La escena que iba a seguirse debía desgarrar más y más el alma de Raúl, colocándolo en la más horrible de las situaciones.

Capítulo IX

LUCHAS

Había cesado la lluvia y no silbaba ya el viento.

Reinó un profundo silencio por espacio de algunos segundos, durante los cuales aquellos dos hombres se contemplaron triste y afanosamente sin pronunciar una palabra.

—Mi querido Raúl — dijo, al fin, el llamado Esteban: — Somos amigos desde la niñez, y más que amigos, hermanos, y nos comprenderemos fácilmente.

—Sí, somos hermanos; no hemos tenido secretos el uno para el otro, y antes que engañarnos, preferiríamos morir.

—Vengo a España con el alma transida de dolor...

—¡Oh!...

—Quizás voy a desgarrar la tuya...

—Basta, amigo mío; no necesito más explicaciones.

—¿Temes?

—¡Oh! — exclamó Raúl, con acento que parecía llevarse tras sí el alma y elevando al cielo una mirada, que lo mismo podía ser de dolor que de desesperación. — Vienes a decirme que es preciso partir...

—Sosiégate y escúchame, porque antes de entrar en explicaciones sobre el objeto de mi viaje, debemos recordar algunos antecedentes.

—¡Recuerdos horribles!

—Sí, muy horribles — repuso Esteban; — pero muchos de ellos deben llenarte de satisfacción y orgullo y supongo que los guardarás en tu alma, como se guarda un tesoro.

—Nada he olvidado.

—Así lo creo; pero, repito, que es conveniente que hablemos de lo pasado para dar a lo presente todo su valor, para evitar fatales consecuencias en lo por venir y abreviar el tiempo que has de emplear en decidirte.

—Si pudieras comprender lo que en estos momentos sufro, si conocieras los sucesos de esta horrible noche...

—Los conoceré, porque tú nada me ocultas, porque necesitas un pecho amigo donde depositar el secreto de tus dolores, y ese pecho es el mío...

—¡Esteban, hermano mío! — exclamó el, desgraciado amante de doña Luz, arrojándose en los brazos de su amigo.

—Sosiégate...

—¡Ah! — repuso el joven Lancaste, con voz ahogada — Si ves que el llanto brota de mis ojos, no me llames cobarde ni débil

—Raúl...

—Hace pocos minutos, estos mismos ojos que ahora vierten llanto como los de una mujer, lanzaban centellas de rabiosa ira, y mis brazos, que en este momento no tienen fuerza más que para estrecharte contra mi dolorido corazón, eran de hierro y llevaban la muerte adondequiera que se dirigían. No, no soy cobarde ni débil: no me hace llorar el miedo, no me hace temblar el terror...

—Amigo mío, escúchame...

—¡Soy padre!...,

—¡Ah!

—Hay una criatura inocente, débil, desamparada, indefensa...

—¡Dios mío!

—Una criatura a quien yo he dado el ser, que necesita de mí, que antes que nadie tiene derecho a mi cariño y protección...

—¡Pobre amigo mío! — murmuró Esteban, con acento de profunda conmoción.

—Sí — repuso Lancaste, — debes tenerme lástima; soy muy desdichado...

—Raúl, eres padre, eres amante; pero también eres hombre y caballero.

—¡Oh!...

—Tienes un hijo a quien has dado el ser, pero también tienes una madre: la madre patria, que te lo ha dado a ti; hay una mujer que todo lo ha sacrificado por ti, y que tiene derecho a recordarte tus juramentos de amor; pero también la santa causa de la libertad y la independencia, también tus hermanos, que cargados de duras cadenas gimen en oscuros calabozos, pueden recordarte otros juramentos no menos sagrados; juramentos hechos por Dios y por el nombre sin mancha que te legó tu virtuoso y noble padre.

Raúl, violentamente agitado, levantóse y empezó a recorrer de un extremo a otro y con desiguales pasos la habitación.

Su rostro, más y más pálido y contraído cada instante, estaba desfigurado.

Por su espaciosa frente se veían correr algunas gotas de frío sudor, y su mirada era cada vez más sombría y terrible.

Transcurrieron algunos segundos.

Esteban hizo un esfuerzo para aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir y, después de algunos instantes, dijo:

—Es preciso que me escuches, porque así no acaberemos nunca.

—¿Qué tienes que decirme?

—Aun ignoras lo que pasa en nuestra desdichada tierra y el objeto de mi viaje.

—Lo adivino.

—No importa.

—Ya me has dicho que es necesario partir...

—Siéntate, Raúl.

—Estoy loco...

—Siéntate y escúchame: así lo exige nuestra amistad y te lo mandan tus deberes de caballero y de buen ciudadano.

—Si me decido a marchar, me darás explicaciones mientras caminamos, porque entonces habré recobrado alguna calma; y si he de quedarme, nada quiero saber ni nada debes decirme, porque no podrás mirar como amigo al que abandona su patria y sus hermanos por sus particulares afecciones.

—Sí; es preciso que me escuches para que resuelvas con perfecto conocimiento de causa.

—¡Oh! — murmuró Raúl, oprimiéndose las sienes. — Se me abrasa la cabeza.

—Perdona si me esfuerzo para desoír las quejas de tu intenso dolor; pero así lo quiere nuestra desventura.

—Mi fiel amigo...

—En nombre de nuestra amistad vuelvo a pedirte atención.

—Sea — dijo el amante de doña Luz, con acento de forzada resignación.

Y dejándose caer en una silla, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y se dispuso a escuchar.

—Tu permanencia en Madrid — dijo Esteban — no tiene ya objeto alguno, no hay razón que la justifique.

—Es verdad.

—El desdichado marqués de Bergen ha muerto envenenado; el noble barón de Montigny ha sido ahorcado secretamente en su calabozo, y el desventurado príncipe don Carlos, único protector con que contábamos, no tardará en sufrir la misma suerte, si las noticias que nos has enviado no son exageradas.

—Aunque todavía no se ha dado paso alguno contra el príncipe, puede asegurarse que su prisión, y su muerte quizás, está decretada por la intención del rey.

—Nada puedes tú hacer para salvarlo.

—Nada — repuso Raúl, moviendo tristemente la cabeza.

—Sin que te sea posible ayudar a nuestros amigos ni favorecer nuestra causa te arriesgas a morir.

—¿Qué me importa?

—Mucho.

—Tal vez la muerte es la única dicha a que puedo aspirar.

—No te pertenece tu vida.

—Amigo mío...

—Es de tu patria, de tus hermanos.

—Por eso la conservo, porque no me pertenece; porque es de mi patria, de mis hermanos, de la santa causa de la libertad, de la mujer que me ha sacrificado su honra, de la inocente criatura a quien he dado el ser para satisfacer mi pasión. Lo sé, y por eso conservo esta existencia horrible, que es para mí una carga insoportable.

—Pues bien: tu brazo, que vale mucho, y tu inteligencia, que no vale menos, pueden ser muy útil a nuestra causa. Ha llegado el día de las grandes pruebas, el día de los grandes sacrificios, y la lucha que en este momento destroza tu alma cesará, acabará toda vacilación cuando conozcas las últimas desgracias.

—¿Qué más puede suceder de lo que ha sucedido?

—El noble Egmont ha sido preso.

—¡Preso!

—Sí; está en un calabozo como el último criminal.

—¡Vive el cielo! — exclamó Raúl, como si repentinamente hubiese recobrado toda su energía.

Y sus negras pupilas relumbraron como dos ascuas.

—¿Y quién — añadió — ha osado atentar contra el hombre más virtuoso y noble que se ha conocido?

—El que puede tanto como el rey, más que el rey quizás.

—No es para tanto bastante el rey...

—Pero lo ha sido el feroz duque de Alba.

—¡Oh!...

(Continuará)

EL "TAXI" DE LA LUZ AZUL

Por AUBREY TYSON

(Continuación)

¡QUIZA, eh! — murmuró el desconocido, después de una pausa añadió: — Bueno nada más por ahora. Le aconsejo que vuelva lo más pronto posible a su casa. Si ve que alguien lo sigue, no haga caso. No le perjudicará que uno o dos de nuestros hombres lo hagan. ¡Adiós!

Al dirigirse hacia la estación, no sabía Ludgrave si considerar aquella entrevista satisfactoria o alarmante. Ya le había inspirado sospechas Boyd y ahora aquel desconocido decía ser amigo de Boyd.

Con el corazón oprimido llegó el joven a la casa de departamentos que ocupaba. El ascensorista no era el que estaba cuando Ludgrave salió; pero el joven le preguntó si no habían sacado un baúl. El hombre le contestó que lo habían sacado antes de las ocho y también que el "amigo" de Ludgrave había salido poco después.

—Y creo que su criado debe haber salido también, señor — agregó — porque no abrió cuando vino la lavandera.

Ludgrave se estremeció e introdujo la llave en la cerradura. Adentro todo estaba silencioso. El cuerpo había desaparecido y en el cuarto no quedaban rastros de la tragedia.

Ludgrave se dejó caer en un sofá y ocultó el rostro entre los almohadones. Había pasado casi treinta horas sin dormir y la fatiga y tensión nerviosa a que había estado sujeto empezaban a obrar sobre él. Al fin se quedó dormido.

Despertóse sobresaltado al oír tocar el timbre. Miró su reloj y vió que eran las doce y media. Aunque no le quedaba duda que era Boyd, abrió con mano temblorosa la puerta. Experimentó una sensación de alivio al ver un mensajero, que le entregó un sobre. Ludgrave lo abrió y leyó:

"Estimado señor:

Me es imposible asistir a la cita que le di para las doce. Probablemente, no lo veré hasta mañana. Es esencial, sin embargo, que vea usted esta noche a las personas con quienes quedó en encontrarse, pues si no se vería usted en seria dificultad. En cuanto al otro asunto, todo va bien. B".

Ludgrave se paseó varios minutos por la salita, pensando que sería mejor hacer. Al fin decidió tratar de verlo otra vez a Croyden, para disuadirlo de su propósito. Pero primero tenía que saber hasta que punto podía confiar en Boyd, si era realmente miembro de la policía.

Se dirigió a Scotland Yard y pidió ser conducido al departamento de detectives.

—Quiero ver al detective inspector Boyd — dijo a un hombre de uniforme, que estaba sentado fuera de la puerta de la pieza del inspector.

El policía lo miró vivamente; luego movió la cabeza.

—En la Yard no hay ningún detective con ese nombre — replicó.

VIII

El corazón de Ludgrave se oprimió.

—¿Está usted seguro? — insistió.

—¿Seguro? —repitió el policía frunciendo el ceño. — Claro que estoy seguro.

—Anoche pedí que me enviaran un hombre — explicó Ludgrave. — Y poco después un detective que dijo llamarse Boyd se presentó en mi casa.

—¿Cuál era el caso?

Ludgrave vaciló. ¿Lo diría?

—Aquí está mi tarjeta — dijo.

El policía la miró y pasó al cuarto contiguo. Apareció pronto de nuevo.

—El superintendente desea verlo — dijo — Tenga la bondad de pasar.

Ante el escritorio había un hombre de cabellos grises y bigote, que lo invitó a sentarse.

Ludgrave lo miró con vacilación.

—Y bien, señor Ludgrave ¿qué hay? — preguntó el superintendente.

—Vine aquí a ver a un hombre llamado Boyd que me dijo pertenecer a la policía — explicó Ludgrave.

—En nuestra lista no está ese nombre —

hubo una pausa y luego dijo el superintendente. — ¿Es eso todo?

Ludgrave vaciló, concluyendo por explicar el motivo de haber llamado a la policía. El superintendente parecía escucharlo con escaso interés. Al fin dijo:

—¿Qué señas tenía el hombre que usted vió?

Ludgrave se lo describió, mientras el jefe hacía dibujos con su lápiz en un block de papel.

—Me ocuparé del asunto, señor Ludgrave — dijo con indiferencia. — Más tarde, esta noche, tal vez, le hablaré a usted por teléfono. Pero ¿por qué vino a buscarlo a ese hombre que dijo llamarse Boyd?

—Deseaba asegurarme que era de la policía.

Por primera vez desde que Ludgrave había entrado, el superintendente lo miró a los ojos. Dijo:

—Me ha descripto usted un hombre que no me es desconocido; pero no pertenece a la policía. Sin embargo creo que puede usted confiar en él y le aconsejo que se deje guiar por sus instrucciones. Sígalas al pie de la letra. Si le dijo que mantenga el secreto, no hable del asunto a nadie... ni aún a mí.

—¿Responde usted por él entonces?

—Yo no respondo por nadie que no pertenezca a este departamento — contestó enrojeciendo el superintendente.

—¿Su departamento va a ignorar el hecho de que haya sido asesinado mi valet?

—No — replicó el superintendente dirigiendo una mirada desaprobadora a su interlocutor. — Pero encuentra conveniente no armar demasiado barullo por el asunto en estos momentos.

Ludgrave se levantó.

—¿Debo entender que mi responsabilidad por la muerte de mi criado termina, habiendo dado cuenta a las autoriades correspondientes? — preguntó.

—Por el momento... sí — contestó el superintendente.

Ludgrave salió de Scotland Yard tan intrigado como cuando entró. La falta de curiosidad del superintendente por los detalles del crimen indicaban que ya los conocía.

Subió al taxi que lo había traído y el chauffeur, observando su distracción le dijo:

—¿A dónde va, señor?

El joven vaciló.

—Al Tabernáculo de Whitefields, en Tottenham Court Road — dijo al fin ceñudo.

Llegó allí en quince minutos. Después de despedir al chauffeur miró su reloj. Faltaba un cuarto para las catorce. Hasta cerca de las diez y siete estuvo buscando en vano las calles a donde había sido llevado por el taxi de la luz azul. Al fin renunció y tomando un taxi en Oxford Street se hizo llevar a lo de Croyden. Se le informó que el millonario no había vuelto. Ludgrave regresó a su casa y después de quitarse el sombrero y el sobretodo, sus sensaciones podían compararse con las de un animal salvaje en su primer día de encierro en una jaula.

Al sentarse en el sofá experimentó un sentimiento de soledad que se convirtió gradualmente en aprensión. Mientras estaba en actividad, no sentía temor; pero ahora se daba cuenta de que sus nervios estaban alterados. No quería ser tomado por sorpresa como Dodson.

Levantándose rápidamente se dirigió a un baúl sacó de él un revólver y lo guardó en uno de los bolsillos de su sobretodo. Hecho eso llamó al asecensorista; le dijo que su valet lo había dejado y que le hiciera traer la comida del restaurant de abajo.

Cuando terminó de comer eran las veinte. A las veintiuna, no pudiendo soportar más su ansiedad, llamó por teléfono a lo de Croyden. Wilken le contestó.

—¿No ha regresado el señor todavía?

—No, señor — contestó el mayordomo.

—¿Y no ha sabido usted de él?

—Nada señor.

—¿Quiere llamarme no bien regrese? Pasaré la noche en casa.

—Así lo haré, sin falta, señor.

Pasaron las horas; pero el timbre del teléfono no sonó. Ludgrave se paseaba nervioso, con el rostro huraño y los ojos inyectados de sangre por la habitación, cada vez más convencido de que Croyden era prisionero de los Halcones.

A la una y media, dejando la luz de su departamento encendida, salió a esperar el taxi de la luz azul.

Dirigióse a pie al Lyric Theatre. Mientras caminaba miró de tiempo en tiempo por encima de su hombro y observó sombras que lo seguían a la distancia. Poco antes de que llegara a su destino, desaparecieron. Cuando se detuvo frente al teatro la única persona que vió fué un agente de policía que pasó junto a él dos veces, lo miró con indiferencia y finalmente desapareció a la vuelta de la esquina.

Un par de minutos después de las dos, el corazón de Ludgrave dió un brinco al ver una luz azul brillando débilmente entre dos amarillas, en un auto. Cuando se arrimó a la acera vió que era un taxi.

—¿Auto, señor?

Vió Ludgrave que el hombre era el mismo que lo había conducido la noche anterior.

—Sí — contestó.

—¿Qué dirección?

—La misma a que me llevó usted anoche. King's Court.

El chauffeur bajó prontamente y abrió la portezuela. Ludgrave subió y metió su mano en el bolsillo del sobretodo. Sus dedos se cerraron sobre la culata del revólver.

El joven resolvió que esta vez no lo agarrarían dormido cuando estuviera cerca de Walpole Street. Desde su entrevista con Boyd había estado pensando como lo habían podido engañar respecto a la situación de las misteriosas calles.

No dudaba que lo habían hecho dormir por medio de alguna droga o de otro modo. Eso explicaba el fracaso de su poder de observación, su falta de memoria y el reloj colgando.

Como en la ocasión anterior, el auto se dirigió rápidamente hacia el norte. Al entrar en Tottenham Road. Ludgrave sacó el reloj y lo miró a la luz de un fósforo. Eran las dos y veinte. Volvió a guardar el reloj.

Se estremeció y su corazón empezó a palpitar como la noche anterior. El auto dió

vuelta una esquina. Ludgrave miró por una de las ventanillas y un letrero llemó su atención. Leyó:

"WALPOLE STREET"

Nuevamente se dió cuenta de un entumecimiento en los pies y en las manos. Sus miembros temblaban ligeramente. Le faltaba aire.

Dentro de un par de minutos se hallaría en presencia de Gruenberg o de algún otro miembro de la Halconera. ¿Fallaba su valor?

Sabía que había perdido el conocimiento. Y necesitaba reponerse para lo que le esperaba. Un momento después el auto se detuvo frente a la casa de la noche anterior y el chauffeur se bajó y abrió la portezuela.

—Ya estamos, señor.

Ludgrave bajó lentamente. Pensaba detenerse al borde de la acera y, mientras trataba de serenarse, examinar cuidadosamente las casas vecinas para poder describirlas después. Pero comprendió que su acción sería observada por los que lo tenían a su merced.

El joven subió lentamente los escalones y tocó el timbre. La puerta se abrió silenciosamente; el hall estaba obscuro; pero una débil luz indicaba suficientemente la posición de la puerta de la sala.

—Ya sabe usted el camino — dijo una voz áspera.

Pocos momentos después, Ludgrave estaba en la habitación donde había sido recibido por Gruenberg. A los pocos momentos las cortinas se apartaron y apareció una figura con careta negra, dominó igual y un gorro que le cubría el cabello y las orejas.

—Por aquí — dijo el enmascarado.

Nuevamente reconoció la voz de Gruenberg.

El cuarto de donde había salido el diplomático estaba obscuro la noche anterior; pero ahora, al apartar Gruenberg la cortina, el visitante vió que se hallaba débilmente iluminado y era un comedor, con muebles antiguos.

En un sillón, cerca de la mesa, había un hombre sin máscara, con la cabeza inclinada.

Al mirarlo Ludgrave, su primer pensamiento fué que el hombre dormía.

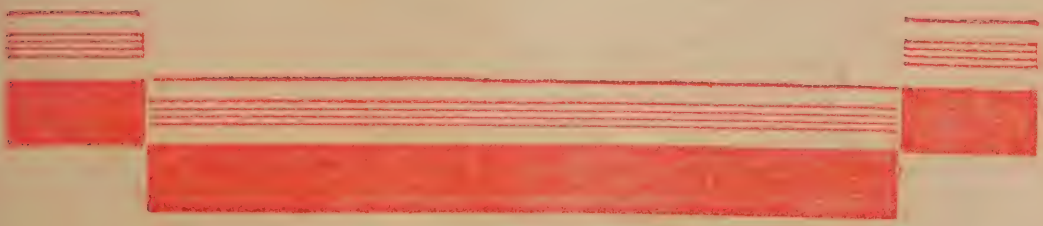
Un momento después, sin embargo, el joven retrocedió vivamente y la sangre se le subió a la cabeza.

—En nombre del cielo ¿qué es esto? — murmuró.

En el próximo número:

LA BANDA TRAGICA EN LIBERTAD

AVENTURAS DE SEXTON BLAKE



—Es el precio de fracaso — replicó Gruenberg solemnemente.

El hombre era... Boyd y su cara y sus manos tenían el tinte de la muerte.

IX

Por algunos momentos reinó el silencio en la habitación.

—Se le previno a usted debidamente — dijo Gruenberg. Por haberse comunicado con la policía, ha muerto este hombre. Su propia vida está también amenazada; pero que la Halconera la tome o no dependerá del mensaje que traiga de Alan Croyden.

—¿No se ha comunicado ya con vosotros el señor Croyden? — preguntó con voz insegura Ludgrave.

—No. La Halconera espera la respuesta que debe usted traer.

Ludgrave vaciló. Si Croyden no se había comunicado con la Halconera ¿no era posible que existiera aún una esperanza de derrotarla? El no haber regresado el millonario a su casa indicaba, de dos cosas, una. O bien era prisionero de los Halcones o bien esperaba, oculto, la oportunidad de descargarles un golpe.

El joven comprendió que lo mejor era usar el equívoco. A despecho de su emoción, procedió audazmente:

—Informé antes del amanecer al señor Croyden de todo lo ocurrido anoche — explicó. — Pero estaba demasiado conmovido para poder considerar tranquilamente el asunto. Yo debía visitarlo más tarde para saber su respuesta. Pero salió de su casa a hora temprana y aún no ha regresado a ella.

—¿No sabe dónde fué?

—No.

—¿No tiene idea de dónde se halla en estos momentos?

—Ni la más mínima.

—¿Entonces no puede dar informes a la Halconera?

—No puedo decir cual es la decisión del señor Croyden, aunque he hecho lo posible por saberla.

—Entretanto se ha confiado usted a la policía.

—Era preciso avisar a la policía que mi valet apareció asesinado en mis habitaciones.

El repentino sobresalto de Gruenberg no escapó a Ludgrave.

—¡Su valet fué asesinado! — exclamó el conde en voz baja.

—Encontré a Dodson muerto al llegar a casa. Quien lo mató no sé. Tenía que informar a la policía y lo hice.

Ludgrave se sobresaltó un poco al oír detrás suyo una voz que preguntaba:

—¿No habló usted a la policía de sus experiencias con la Halconera?

Volviéndose rápidamente, Ludgrave se encontró ante una figura alta, que llevaba careta gris y dominó. El joven reflexionó rápidamente que sólo a Boyd había contado la historia y que el superintendente lo informó de que Boyd no era miembro de la policía.

—No — contestó. — No hablé a la policía de la Halconera.

Hubo una pausa, interrumpida por el hombre de gris.

—¿Por qué entonces ese hombre, Boyd, seguía está noche nuestro taxi de la luz azul?

—No lo sé... a no ser que...

Se detuvo.

—A no ser... — insistió el hombre de gris.

—A no ser que me creyera a mí culpable del crimen — concluyó Ludgrave.

—¿Cree posible sospechen que usted asesinó a su valet?

—Es posible... naturalmente— contestó Ludgrave pensativo.

—¿Lo hizo usted?

Ludgrave palideció.

—¡No! — contestó vivamente.

—¿Sospecha de alguien? — preguntó el hombre de gris.

—La única persona que estaba en mi departamento, además de Dodson, es el hombre que desde hace seis meses me ha impuesto su amistad.

—¿Fenwood? — preguntó el hombre de gris.

—Sí — contestó Ludgrave sombríamente.

—¿Y que motivo podía tener para cometer ese acto?

Ludgrave se encogió de hombros.

—No lo sé.

Del otro lado de la cortina se oyó una voz. El hombre de gris pasó a la salita, dejando a Ludgrave y a Gruenberg con el cadáver de Boyd. A los dos minutos el hombre de gris reapareció.

—La Halconera le da plazo hasta mañana por la noche para encontrar al señor Croyden — dijo dirigiéndose a Ludgrave. — Encontrará el taxi de la luz frente a la Catedral de San Pablo, a media noche. Damos al señor Croyden veinticuatro horas más para acceder a nuestro pedido. Inútil es repetirle que sólo a él debe hablar de estos asuntos. Entretanto, sepa que la señorita Croyden no ha sufrido el menor ultraje en nuestras manos. Eso es todo. ¡Buenas noches!

Al quedar solo, parecióle a Ludgrave que una atmósfera helada invadía la habitación. El rostro de Boyd desapareció de su vista y reinó la obscuridad.

Cuando volvió en sí estaba en un taxi en marcha e iban por Picadilly.

Sacó su reloj y lo miró a la luz de un fósforo. Eran las cuatro y cuarto. Su poder de observación había desaparecido por espacio de dos horas.

Cuando llegaron a casa de Ludgrave, el chauffeur se bajó y abrió la portezuela.

Luego volvió rápidamente a su asiento.

Ludgrave se volvió a él. Algo en la actitud del hombre había despertado su curiosidad. Era más alto que los otros dos que habían conducido el taxi y su perfil le pareció vagamente familiar.

Ya en su casa, Ludgrave decidió descansar, pasando la noche en el sofá de la sala, donde no podría menos de oír el timbre del teléfono.

Se quitó la ropa exterior y trajo sábanas y una manta de su dormitorio. Ates de acostarse se le ocurrió colocar junto a él, en una silla el revólver que tenía en el bolsillo de

—Si se niega usted a acceder a esta demanda ese hombre será sentenciado a muerte — dijo el enmascarado

su sobretodo. Al meter la mano en el bolsillo advirtió que le faltaba y en su lugar tenía una pipa. Sacándola la miró con curiosidad.

Era de agavanzo y tenía gravada una cabeza de esfinge.

¡Era de Fenwood!

Recordó en seguida el aspecto familiar del chauffeur. Y su sospecha se convirtió en certidumbre.

¡El chauffeur de la Halconera era Fenwood, el asesino de Dodson!

Ludgrave se despertó cerca de las once y su primer cuidado fué llamar al superintendente de Scotland Yard por teléfono.

—¿Ha sido usted informado de la muerte de Boyd? — le preguntó.

Hubo una pausa y el superintendente contestó:

—Sí.

—¿Qué debo hacer? — preguntó el joven.

—Lo menos que pueda. Es un asunto en que la policía nada tiene que ver por el momento. Hasta que yo me comunique con usted, no puedo darle informes, de modo que es inútil que me llame otra vez.

Ludgrave iba a contestar; pero cortaron la comunicación.

Ludgrave no supo nada en todo el día. El señor Croyden no había vuelto. Nadie lo llamó por teléfono.

A la hora convenida estaba esperando el taxi frente a la Catedral de San Pablo. Llevaba otro revólver en el bolsillo del sobretodo.

Cuando el chauffeur se inclinó hacia él, Ludgrave lo miró atentamente.

No era ni Fenwood ni el que lo había conducido en las otras dos ocasiones.

Después de dar la dirección como otras veces, subió al vehículo; pero cuando trató Ludgrave de abrir las ventanillas o portezuelas no lo consiguió.

Cuando llegaron a Trafalgar Square, el auto dió vuelta una esquina y Ludgrave, le

vantándose rápidamente, rompió con la culata del revólver el vidrio de la ventanilla posterior. El ruido del vidrio, al caer, no llegó a oídos del chauffeur. Quitó los fragmentos y notó satisfecho que, desde su asiento, no podía el chauffeur advertir la falta del vidrio. Si introducían algún gas, sutil e inodoro, escaparía por el vidrio roto, aunque quedara bastante para privarlo de conocimiento al fin.

Cuando llegaron a Tottenham Court comprendió Ludgrave que su respiración se iba acelerando y que el momento de la lucha había llegado. Sacando rápidamente el revólver pegó en el ángulo inferior de la ventanilla izquierda.

El vidrio se partió, cayendo a la calle un pedazo de diez pulgadas cuadradas.

Ludgrave sintió que respiraba mejor. Cuando el vidrio cayó, el chauffeur pareció no haber oído, un momento después, sin embargo miró por encima de su hombro. Ludgrave se inclinó hacia adelante, tapando el vidrio roto.

Cuando el chauffeur miró de nuevo delante de sí, Ludgrave extendió un brazo a lo largo de la parte inferior de la ventanilla y colocó su cuerpo de un modo que, mientras escondía el espacio abierto, podía respirar aire puro por encima de su hombro. Su actitud ahora, era la de un hombre que ha perdido el conocimiento. Con los ojos semi-abiertos, sin embargo, continuaba observando al chauffeur.

La velocidad del auto empezó ahora a aumentar. Pasaron el Tabernáculo y el vehículo tomó por Hampstead Road. Cuando llegaron a la Brittania, el chauffeur miró nuevamente hacia atrás. Aparentemente la actitud del pasajero era satisfactoria porque el hombre no volvió a darse vuelta hasta que llegaron a Haverstock Hill. El joven, siempre consciente, respiraba con facilidad.

Ahora el taxi dió vuelta hacia la izquierda, hasta que llegaron al Jardín Zoológico. Luego tomaron por una calle estrecha, que Ludgrave no conocía. Siguieron muchas otras similares.

Observando al chauffeur, Ludgrave trataba de seguir el rumbo del auto. Aunque las calles le eran desconocidas ,la localidad le parecía familiar. Al fin su vista halló una esquina conocida: Walpole Street.

Desde entonces todo pasó como siempre. El chauffeur se alejó sin darse cuenta al parecer de los vidrios rotos.

Cuando Ludgrave entró a la salita de otras veces un hombre con dominó negro estaba parado en medio de ella.

—¿Trae la respuesta de Croyden? — preguntó la voz de Gruenberg.

—No he podido verlo. porque no ha vuelto a su casa — replicó Ludgrave.

Hubo una larga pausa.

—Venga conmigo — dijo Gruenberg guiando a un cuarto del fondo.

Siguiendo a su guía, pasó Ludgrave por la habitación donde la noche antes había visto el cadáver de Boyd. Sin detenerse continuó Gruenberg hasta que llegaron a un pequeño patio, al fondo del edificio.

Cruzaron éste y entraron a un segundo edificio y, mirando por encima de su hombro vió Ludgrave que cinco enmascarados los seguían. Al fin Gruenberg se detuvo ante una gran habitación que parecía el taller de un pintor o carpintero.

En medio de ésta había una mesa larga, sin pintar a cuya cabecera se hallaba el enmascarado de gris, a quien había hablado la noche anterior.

—¿No hay respuesta entonces? — preguntó el hombre gris a Gruenberg.

—Ninguna — contestó el diplomático.

—Bueno, no la esperábamos — replicó sombriamente el hombre gris.

Por tres puertas entraron ahora hombres enmascarados, llenando la gran habitación. Habían entrado treinta cuando Ludgrave vió algo que hizo latir tumultuosamente su corazón. Elena Croyden, pálida, abatida, era conducida hacia la mesa. Las puertas se cerraron y el hombre gris rompió el silencio.

—Miembros de la Halconera, — empezó — el hombre aquí presente vino a nosotros por su voluntad, provocó nuestras confidencias y luego trató de entregarnos a nuestros enemigos. Merece la muerte; pero yo voy a pediros su vida. Si ciertas condiciones que nombraré son aceptadas, os pediré que lo pongáis en libertad. Si se rechazan, pronunciaré la sentencia de muerte. Dominó Rojo, prepara la copa.

Un hombre bajo, fornido, avanzó lentamente y colocó delante de Ludgrave una copa grande, de plata.

El hombre gris se volvió a Elena.

—Señorita Croyden, no pudiendo obtener respuesta del padre de usted, nos vemos obligados a tratar este asunto directamente. La vida de Ludgrave está en sus manos. Si a las doce del día de hoy es usted esposa de Leopoldo de Towardein y se ha casado con él en un sitio público para dar a entender que obra por su libre voluntad. Edward Ludgrave será puesto en libertad y nada más tendrá que temer de la Halconera. Si rehusa usted, el hombre que tiene delante será sentenciado a muerte. ¿Qué contesta?

Temblando tan violentamente que se veía estaba a punto de desmayarse, la joven volvió su horrorizado rostro al hombre a quien tan friamente había tratado cuando lo llevaron a su presencia, la noche anterior. Por espacio de varios minutos, ambos se contemplaron. El alma de Elena parecía arder en sus ojos. Ludgrave estaba pálido como si hubiera bebido ya el veneno. Su vida estaba en la balanza, contra el honor de los Croyden.

Los labios de Elena temblaron y comprendió Ludgrave que la joven iba a hablar. Habló él primero:

—¡No! — gritó con voz hueca. — Antes de que ella hable es bueno que todos me oigáis. El brutal sacrificio que le pedís será inútil. El bandido que queréis darle por esposo no se atreverá a ponerme en libertad, porque si lo hace, yo me uniré a todos los enemigos que tiene en la tierra. He venido con los ojos abiertos a buscaros aquí y, si recobro mi libertad, la Halconera no podrá sellar mis labios.

—Ha dicho usted bastante — interrumpió el hombre gris, mirando al hombre que lo

desafiaba. — Aunque Elena Croyden consentirá al fin en ser esposa de Leopoldo, su consentimiento llegará tarde para salvar a usted la vida. Beberá usted esta copa o se someterá a la ejecución que reservamos para los que dan muestras de cobardía.

—El suicidio es el último recurso del cobarde — contestó Ludgrave. — Los que quieren mi vida, que la tomen.

Saltando rápidamente a un lado para impedir que lo agarraran por detrás, sacó el revólver y apuntó al hombre que le había hablado.

Apretó el gatillo; pero le falló la puntería y la bala pasó lejos. Un momento después, fuertes manos lo agarraron, quitándole el arma.

—No hay peligro. ¡Espere!

Las palabras fueron pronunciadas por alguien que lo tenía agarrado de los hombros.

Dándose vuelta rápidamente se encontró Ludgrave con dos ojos verdosos. Eran los del hombre a quien había hablado en Hyde Park.

Las manos que lo habían agarrado lo soltaron. Se encontró libre. Nuevamente miró en dirección al hombre gris.

Pero todas las figuras de dominó parecían haber perdido su interés en los prisioneros de la Halconera. Miraban al hombre desenmascarado que había entrado a la habitación por la misma puerta que Ludgrave y Gruenberg.

¡Era Fenwood!

El hombre de gris se sobresaltó de pronto y miró al intruso.

—¿Quién es usted? — preguntó temblroso.

—Un miembro del Departamento de Inteligencia Secreta de su Majestad, por consiguiente autorizado para arrestar a Leopoldo de Towardein, el Halcón, y jefe de la Halconera — contestó tranquilamente el joven escosés.

El hombre de gris dirigió una rápida mirada en torno de la habitación.

Fenwood sonrió ceñudamente.

—De los hombres presente, sólo seis son adictos a vuestra alteza — dijo. — Los otros son representantes del Servicio Secreto y de la policía. Ante estos tendrá usted que responder por los crímenes cometidos en este país por la Halconera. No es probable que le permitan a usted ser llevado a Hunabia para contestar a los cargos que se le pueden hacer allá. Varios de sus partidarios han confesado y...

—Detenedlo! — gritó uno de los enmascarados. — El veneno de la copa...

Pero el hombre de gris había ya llevado la copa a sus labios.

Al correr hacia él Fenwood, cayó al suelo.

El escosés, le quitó la máscara gris. Aparecieron las facciones, contorsionadas, del príncipe Leopoldo de Towardein.

Todas las máscaras y dominós fueron cayendo, mientras Fenwood se acercaba al sitio donde Elena Croyden estaba apoyada en el brazo de Ludgrave.

—Su padre está en un auto, en la puerta — dijo el escosés tranquilamente a la joven — Se siente muy inquieto; así que es mejor que vaya junto a él en seguida.

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

Sonrió debilmente al mirar a Ludgrave.

—Nuestros hombres lo convencieron de que se ocultara hasta que nuestro trabajo estuviera terminado. Te veré más tarde, Ned.

Ludgrave y Elena se dirigieron juntos hacia la puerta.

—¿No viene con nosotros? — le preguntó Elena débilmente.

—Tengo que verlo primero a Fenwood. Más tarde... quizá.

Los dedos de Elena oprimieron su brazo.

—Cuando usted vino la otra noche, Ned me dijeron que era amigo de Leopoldo y que había atravesado el Continente para ponerme en sus manos — dijo. — No lo creí hasta que me dijeron que estaba usted en la casa y dispuesto a servir de mensajero entre la Halconera y mi padre. Cuando usted se presentó a mí, todavía dudaba; pero cuando me dijo que mi padre había arreglado un casamiento entre nosotros, la cosa me pareció tan absurda que empecé a creer que Gruenberg tenía razón.

Nunca me había usted pedido que me casara con usted, ni aun dicho que me amaba. Sólo después que se fué, vi más claramente las cosas. Mi padre había proyectado nuestro casamiento para salvarme de Leopoldo. Siento haber dudado de usted, Ned.

En la obscuridad del hall, sus labios se encontraron. Ludgrave la acompañó al auto donde la esperaba el señor Croyden y volvió a entrar en la casa.

Al fin del hall se encontró con Fenwood.

—Ven, Ned — le dijo. — Nuestra presencia no es más necesaria aquí. Los hombres del Servicio Secreto y la policía harán lo que haya que hacer.

Los taxis de la Halconera están todos ocupados, así que tenemos que buscar otro

Cuando estuvieron en el auto, Ludgrave no pudo resistir su curiosidad.

—Cuéntame como ocurrió todo Fen — le pidió.

—La historia es demasiado larga para contarla de un tirón. Hace dos años que pertenezco al Servicio de Inteligencia Secreta. Se sospechaba que Leopoldo tenía pretenciones al trono de Hunabia y estaba en el interés de Inglaterra impedir que lo obtuviera. Leopoldo llegó a este país hace seis meses. Había conocido a los Croyden en el extranjero y quería el dinero del viejo, para una revolución, Yo, sabiendo que eras amigo de Elena Croyden, decidí estar lo más cerca tuyo posible. Lo conseguí hasta que me sorprendiste escuchando.

Fenwood se detuvo bruscamente y rumo furiosamente su pipa.

—¿Quién mató a Dodson, Fen? — le preguntó.

Fenwodd se encogió de hombros.

—Lo oí informar a la Halconera por teléfono de lo que ibais a hacer tú y Croyden. El creyó que yo había salido de la casa; cuando traté de escabullirme, me vió. El sabía que yo había descubierto su juego; pero no lo demostró. Yo sabía que, para salvarse, me denunciaría a la Halconera. ¿Qué iba a hacer?

Hubo otra pausa.

—Por eso lo maté. Cuando salí de tu departamento fuí a verlo a Boyd, del Servicio Secreto, que trabajaba conmigo para descubrir a los miembros de la Halconera. Se dió cuenta entonces de lo ocurrido a la Scotland Yard, instruyéndola de que todo lo que se refiriera al departamento de Ludgrave fuera dejado en manos de Boyd. La policía estaba un poco intimidada por la Halconera y pronta a dejarlo todo por cuenta del Servicio Secreto.

Al seguirte anoche, Boyd tuvo desgracia. Detrás suyo iba un grupo de Halcones, cuyo deber era impedir que te siguieran. Mataron a Boyd, a su compañero y al chauffeur. Pero detrás de los Halcones iba un auto y en él Bradlaw y yo.

—¿Bradlaw? — exclamó Ludgrave.

—Sí, el compañero de Boyd, el hombre con quien hablaste en Hyde Park.

Ludgrave asintió con la cabeza.

—Llegamos demasiado tarde para salvarlo a Boyd y seguimos el auto que conducía a los asesinos y a los muertos hasta Walpole Street — continuó Fenwood. — Y ahora debo decirte que la vecindad donde está situada esa misteriosa casa se halla habitada por muchos Halcones. Sólo cuando se espera un taxi con luz azul, aparecen los letreros de "Walpole Stree" y "King's Court".

El misterio quedaba aclarado. Fenwood prosiguió:

—Anoche, cuando volvías a tu casa y mientras estabas bajo la influencia del gas que el chauffeur introducía en el auto de tiempo en tiempo, nosotros lo atacamos. Le presentamos las pruebas que teníamos contra la Halconera y confesó.

Lo persuadimos que llevara el auto de vuelta, después de dejarte en Park Lane. Pero a la mañana siguiente no se presentó en la Halconera, lo que explica que tuvieras esta noche otro chauffeur. Aprovechando la confesión del chauffeur arrestamos esta noche a varios miembros del consejo y con sus máscaras y dominós, los hombres de la policía y del Servicio Secreto entraron al sitio de reunión.

Lo demás lo sabes. La muerte de Leopoldo, el Halcón, jefe y organizador de la sociedad, y el arresto de sus principales miembros termina con la temible asociación. Yo volveré al ejército, empiezo a sentirme un poco cansado de este juego al escondite a que me he visto obligado últimamente.

Por algunos momentos los jóvenes permanecieron silenciosos.

—¿A qué hora irás a lo de Croyden? — preguntó al fin Ludgrave.

—Esta tarde — contestó Ned.

—Bueno, a menos que quieras dormir cuando llegues a tu casa, te acompañaré y terminaré la pipa que empecé esta noche — dijo el joven escocés bostezando. — El asunto de Dodson tiene que permanecer en el secreto. Ya sabes. Hola, estamos ya en Piccadilly Circus y apunta el día.

Ahogó otro bostezo y añadió:

—Con que, después de todo, tendrás que administrar los millones de Croyden, Ned. Ya tenía yo el presentimiento de que el príncipe no podía ponerse en tu camino.

FIN

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

¡CHARDE! — Bien sabes que yo no soy capaz de dar muerte a un hombre que no se atreve a hacerme frente como tal. ¡Vengan tus armas!

Quitó el revólver y el cuchillo que llevaba Cactus y los arrojó al arroyo.

El jefe "Varios Ponies" se había acercado cuchillo en mano y en sus ojos se notaban las siniestras intenciones que lo animaban.

Cactus Pete lanzó un grito de terror.

—¡Quieto indio — ordenó Río Kid—¡No voy a dejar que mates a sangre fría a un hombre! ¡Guárdate ese cuchillo para otra ocasión! ¿No me oyes? — y avanzó hacia el piel rojo rechazándolo con fuerza.

—¡Merece que lo mates! — dijo tranquilamente el apache.

—¡Tal vez tengas razón, indio, pero no se puede dar muerte a un hombre blanco que pide perdón.

El jefe "Varios Ponies" se separó de mala gana.

Río Kid se apoderó del rebenque.

—¡Ahora vas a recibir cien golpes por cada uno de los que me has dado! ¡Maldito lobo! ¡Te considerabas fuerte mientras me tenías atado y sin poder moverme, pero yo ahora te voy a dar lo que mereces, estando tú en libertad.

Durante más de diez minutos, hasta que ya le dolía el brazo de tanto golpear. Río Kid estuvo descargando rebencazos sobre Cactus Pete quien se revolcaba por el suelo dominado por la ira y por el dolor.

El apache observaba la escena en silencio, y con semblante adusto. Para él, lo mejor hubiera sido clavarle de una vez el cuchillo en el corazón. No merecía otra cosa.

—¡Agradece a Dios que no te ha inspirado la idea de defenderte, maldito lobo sanguinario, pues de haberlo hecho, ahora estarías ya haciendo compañía a tus condenados camaradas!... Pero creo que esto te servirá de lección para lo sucesivo.

Y volviendo la espalda al cuatrero que se retorcía de dolor se dirigió hacia donde estaba esperando el caballo gris.

. . . . . .

Horas después un jinete montado en un caballo gris, marchaba por la pradera y a su lado caminaba un apache que cubría sus hombros con una manta de colores chillones y que seguía al incansable trotecito indio, la marcha del caballo.

Río Kid y el jefe apache "Varios Ponies" iban juntos. ¡Los había unido, como en otro tiempo, la maldad de los hombres!

Al caer la tarde llegaba a Pino Azul un hombre que apenas podía caminar, rendido por la marcha hecha a pie y dolorido por los rebencazos que habían sido descargados con tanta abundancia, como fuerza, sobre todo su cuerpo.

Era Cactus Pete quien tenía mucho que contar respecto al regreso de Río Kid, y lo que dijo, originó la inmediata salida de un grupo de jinetes en su busca.

¡Pero todo era ya inútil! La noche y la pradera, protegían al muchacho de Texas, quien se había desvanecido entre las sombras.

PERSEGUIDO

Río Kid continuaba su marcha por el Mal Paso, debido a diversas razones, a cual más justificada. Pero su espíritu se hallaba contrariado y su corazón sufría cierta angustia.

Era aquella una región de rocas, pinos, barrancos, cañones y arroyos que estaban secos casi todo el año, habitada casi solo por los coyotes. jaguares y serpientes. En fin, tan poco propicia a recibir a un ser humano y tan llena de peligros, que con razón recibía el nombre de "País del Infierno".

Pero Río Kid tenía bien poco que elegir.

Caminaba en compañía del jefe apache "Varios Ponies" y había ido hacia aquel lado del Mal Paso, porque allí se encontraban algunos indios apaches que, como el muchacho, iban huyendo de las fuerzas de policía montada.

El "País del Infierno" ofrecía un buen refugio al muchacho, quien era perseguido encarnizadamente.

Había permanecido un largo tiempo en Méjico y cuando al sentir la nostalgia de su país había cruzado la frontera, se encontró con que el odio que se sentía hacia él no se había apaciguado, como suponía, y que no podía vivir tranquilamente, como tenía la esperanza.

El nombre y la fama de Río Kid no eran cosa que se pudieran olvidar tan fácilmente; por eso, de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo y de estancia en estancia, había corrido la noticia de que el muchacho de Texas se encontraba ya de vuelta. A consecuencia de ello los que le odiaban, que no eran pocos, y los que obedecían las órdenes de los sheriffs, habían marchado en su persecución por praderas y montañas, todos aguzados por el deseo de encontrarlo y obtener los mil dólares de recompensa.

Había escapado, a duras penas, de ser conducido al sheriff de Pino Azul, en cuanto hubo traspasado la frontera, y ahora en aquella parte de Texas era perseguido muy de cerca por las fuerzas de policía montada.

Era una figura muy popular en las regiones de Río Grande y el Pecos, y sabía que debía estar contra todos, ya que todos estaban contra él.

—¡Quieto indio! — ordenó Río Kid.

Algunas personas, pero pocas, conocían bien quién era el muchacho del ranch Double Bar. En general se le consideraba como un desalmado, y sus buenas acciones, que eran más que las malas, se desconocían. En cambio, se le atribuían infinidad de hechos delictuosos en los que no había tenido participación alguna.

En una pequeña localidad llamada Trail End, había estado para proveerse de proyectiles, pero permaneció poco y no se dió a conocer. Partió casi inmediatamente en compañía del jefe apache, con rumbo al Mal Paso, donde tenía intención de permanecer durante algún tiempo.

FUCKY

Bajo los rayos de un sol abrasador, el muchacho seguía la dirección del cañón, en compañía del indio, que montaba un "broncho". De dónde había sacado el apache aquel caballo, era cosa que no adivinaba Río Kid, y no quería ni pensar en ello. El jefe "Varios Ponies" se encontraba a pie cuando había salvado a Río Kid, y de pronto había aparecido montado. Era indiscutible que no había comprado el animal y lo había conseguido mientras el muchacho compraba las municiones en Trail End.

Como buen vaquero, Río Kid odiaba profundamente a los ladrones de caballos. Pero el apache había sido un buen amigo para él y en aquella ocasión era el único amigo con quien contaba, y aunque a disgusto, resolvió no preguntarle la forma en que había llegado a su poder aquel broncho. Seguramente que lo habría robado a algún blanco y aquellas acciones eran consideradas por los pieles rojas como actos de guerra.

Las circunstancias en que se hallaba, justificaban, también por su parte, ciertas condescendencias. Claro está que hubiera preferido ir rodeado de un grupo de vaqueros y vivir en paz. Pero, injustamente, era perseguido por el grupo más peligroso de la policía montada, al mando del capitán Hall.

Aquellos hombres estaban acostumbrados a los peligros y a los sufrimientos, y se habían propuesto no dar descanso al muchacho y apresarlo vivo o muerto.

En el Mal Paso había infinidad de lugares en los que pudiera ocultarse una persona y mantener desde su escondite a raya a un buen grupo de hombres, y el muchacho tenía la intención de dejar de andarse con miramientos y golpear fuerte, a fin de ver si conseguía con el terror que lo dejaran tranquilo. Si no procedía de aquel modo, podía preparar, según la frase usual en aquellos lugares, su propio funeral.

Mientras seguían la dirección del cañón había oído el ruido de las pisadas de los caballos de la policía montada y notaron así que no se hallaban muy distantes.

Río Kid pensó entonces en emboscarse y en hacer frente a sus perseguidores. Si triunfaba, aquello le daría la tranquilidad, pues el hecho de desaparecer veinte hombres de la policía que perseguían a uno solo, haría mucho más prudente a los que confiaban en detenerlo solos, o casi solos.

El jefe apache se había vuelto hacia Río Kid, al oír el ruido de las pisadas y le dijo:—

—Los rostros pálidos nos siguen.

Río Kid hizo un gesto. No le agradaba oír hablar al piel roja llamando rostros pálidos a los policías, lo que indicaba que lo consideraba a él como a un piel roja, y se enfurecía al pensar que aquella persecución le había hecho tolerar la cooperación de los indios.

Miró hacia atrás y llevó la mano al cabo de su revólver.

El jefe "Varios Ponies" detuvo su montura y se llevó el dedo a los labios.

—Usted dispone, — exclamó Río Kid. — Este es su país... ¿Qué hay que hacer?

Con un ademán se lo dijo el indio, que era hombre de muy pocas palabras.

Los dos hombres echaron pie a tierra y ocultaron los caballos tras una pared de arbustos y maleza. Luego, volvieron sobre sus pasos y desde un lugar estratégico observaron el cañón.

Entonces vieron que el que avanzaba era sólo un hombre. Sin duda había sido enviado de descubierta por el capitán Hall, y el jinete se hallaba bien lejos de pensar que el que perseguían, estuviera tan cerca.

"Varios Ponies" escuchó, levantó un dedo y Río Kid respondió con un gesto de asentimiento. Solo se acercaba un hombre. En los negros ojos del indio se notó una expresión de ferocidad. Su mano bronceada descendió hasta la cintura en busca del cuchillo.

Río Kid apretó los dientes. El policía volvería en seguida a dar parte a sus compañeros si descubría algo por aquel lado. El ruido de los cascos del caballo cesó y Río Kid vió que el soldado había desmontado y observaba el suelo.

Pocas eran las señales que habían quedado, pero los ojos del policía estaban educados para seguir rastros. Se detuvo y levantó la cabeza para mirar hacia lo alto de las elevadas paredes del cañón. Pero no logró descubrir la presencia de Río Kid, ni del indio apache.

Dejando su caballo avanzó a pie y pasó a muy corta distancia del sitio de donde se hallaban emboscados los dos hombres.

El salto de un jaguar hambriento no hubiera sido más rápido ni terrible que el que dió el jefe apacho. Casi simultáneamente se le vió acurrucado junto a Río Kid, como encima del policía, al que derribó con el impulso y sujetó impidiéndole, debido a lo inesperado del ataque, hacer uso de sus armas.

El rostro del policía palideció cuando vió inclinado sobre él, el cobrizo semblante de un piel roja, y un cuchillo que descendía amenazador hacia la garganta.

Río Kid contempló la escena indeciso. El policía era su enemigo y lo buscaba para darle muerte. Era un hombre blanco que estaba a punto de morir herido por el cuchillo de un piel roja. ¿Qué debía hacer? La resolución no tardó en ser tomada, y tan rápidamente como había saltado el piel roja, lo hizo el muchacho y detuvo con mano firme el brazo que sostenía el cuchillo, cuando casi llegaba a la garganta del que se hallaba en el suelo.

EL AVISO DE RIO KID

El jefe "Varios Ponies" lanzó un rugido de sorpresa e ira. Hizo un esfuerzo para librarse de la presión de la mano de Río Kid, y trató de clavar el cuchillo en la garganta del policía caído. Pero el muchacho, disgustado, lo rechazó, esta vez con tanta fuerza, que fué a dar contra las rocas y cayó al suelo.

Rápidamente dió un puntapié en la mu-

ñeca al policía, quien al quedar libre había sacado su revólver. El arma saltó de la mano que la sostenía. Al caer se escapó un tiro que despertó muchos ecos en el estrecho cañón.

Uno de los revólvers de seis tiros de Río Kid apuntó al rostro tostado del policía.

—No piense en eso, — dijo el muchacho clavando su mirada en el caído. — ¿De manera que agradece el hecho mío de interponerme entre el apache y usted, sacando un revólver para atacarme?

—Yo iba a tirar contra el indio, — respondió el otro. — Luego, fijándose en su interlocutor, agregó: — ¿Usted es Río Kid?

—Sí. Yo soy Río Kid.

—Lo reconocí, aún cuando no lo había visto antes, — dijo el policía. — Bien, me tiene en su poder, Río. Haga fuego de una vez.

—¿Usted me iba rastreando? Bien. Aquí me tiene, ya me ha encontrado.

—De haber sabido que se hallaba tan cerca, hubiera llevado mi revólver en la mano, — dijo el otro tranquilamente. — Ese indio no se hubiera escapado con vida... Pero las cosas se han presentado de un modo distinto. Haga fuego de una vez, y máteme, que lo tengo bien merecido por haberme confiado.

Río Kid lo miró por encima del cañón de su arma.

Un hombre fornido y valiente, que miraba en forma tan serena la muerte, no merecía que su revólver lo matara. Era más bien uno de esos seres que el muchacho hubiera deseado tener a su lado para acompañarlo en el peligroso camino que le obligaban a seguir.

Río Kid lo miró durante us largo rato y luego guardó tranquilamente su revólver.

—¿Cómo se llama? — preguntó bruscamente.

—Pecos Pete.

—Bien, Pecos Pete, trate de marcharse y hacerlo cuanto antes, — exclamó Río. — Y si es posible, — trate de no permanecer mucho tiempo por estos lados. No es lugar muy sano para ustedes.

El hombre de Pecos lo miró sorprendido.

—¡Déjese de hablar en forma que no lo entiendo!

—Pues hablo bien claro... ¡Que se marche en seguida!

—Vea. Yo no estoy más cansado de la vida que pueda estarlo hombre alguno, — exclamó el policía incorporándose. — Pero no quiero engañarlo. Si me voy de aquí con vida, no tardaré en ir en busca del capitán Hall y darle un informe completo de lo ocurrido. El capitán Hall, "Coz de Mula", como lo llaman, es el que lo persigue y supongo que usted sabrá bien lo que eso significa. Así es que lo mejor para usted, es utilizar el revólver y aprovechar la oportunidad para quitarse de en medio a un enemigo. Si las cosas estuvieran en forma contraria, yo no daría ni un céntimo por su piel. Piénselo bien, Kid.

El muchacho se echó a reír.

—No todo es bondad al dejarlo marchar, — respondió. — Voy a darle un mensaje para su capitán. ¿Se lo llevará

—¡Ya lo creo!

—Bien. Dígale al capitán "Coz de Mula", que yo me encuentro aquí en el Mal Paso, y dispuesto a sacar de en medio a todo el que trate de apresarme. Dígale que no deseo, lo más mínimo, luchar contra la policía montada, y que daría todo lo que poseo porque me dejaran en libertad de marchar adonde quisiera, sin que nadie me molestara. Sé que le llaman "Coz de Mula", porque es obstinado, como uno de esos animales cuando anda siguiendo un rastro, y además tiene un temible puñetazo. Dígale que será preferible que me deje solo en el Mal Paso. Si quiere trabajar, hay por ahí infinidad de cuatreros y asaltantes que realizan sus delitos en Río Grande y que se arreglan para que luego me los atribuyan a mí.

—Seguramente le diré todo eso, — dijo Pecos Pete.

—¿Usted cree que eso le hará cambiar de modo de pensar?

—¡En absoluto!

—Dígale, entonces,—agregó lentamente el muchacho. — Que ahora que he regresado a Texas no deseo mantener disputa ni discusión alguna con nadie. Sólo pido que me dejen solo y tranquilo. Si persiste en enviar sus hombres a perseguirme, ninguno de los que sigan el camino de Mal Paso saldrá de esta región vivo. No quiero disgustos. Pero si no lo hacen así, usted será el último que después de verme, quedará con vida para contarlo, y menos, después de haberlo tenido al alcance de mi revólver. Váyase antes de que me arrepienta.

—El capitán Hall, sabrá todo lo que me ha dicho, — exclamó Pecos Pete levantándose y mirando de reojo a Río Kid, no sin cierta simpatía.

—Pero no se confíe mucho. Río Kid. Los muchachos lo andan persiguiendo y lo encontrarán antes de que se oculte el sol hoy mismo, aún cuando se esconda en el más profundo agujero del País del Infierno.

—Ya le he dicho todo lo que tengo que decirle. Adiós y no trate de preparar su propio funeral.

Pecos Pete marchó hasta dónde había quedado su caballo. Río Kid le había perdonado la vida. Al marcharse dirigió una mirada hacia el apache, que había observado la escena decepcionado y que al verlo partir con vida, apretó convulsivamente su cuchillo.

—¡Cuidado, indio! — exclamó Río Kid. — No debes tocar ahora a ese hombre. Va a avisar a los policías que vengan todos por nosotros.

—Mi hermano blanco habla como una mujer. — dijo el jefe "Varios Ponies". — Es mejor matar al rostro pálido...

Río Kid sonrió amargamente. El indio tenía razón. Estaba hablando como una miedosa mujer. Había enviado un mensaje al corazón del capitán Hall, sabiendo bien que aquel hombre era el último capaz de escucharle en todo Texas. Sabía bien, como

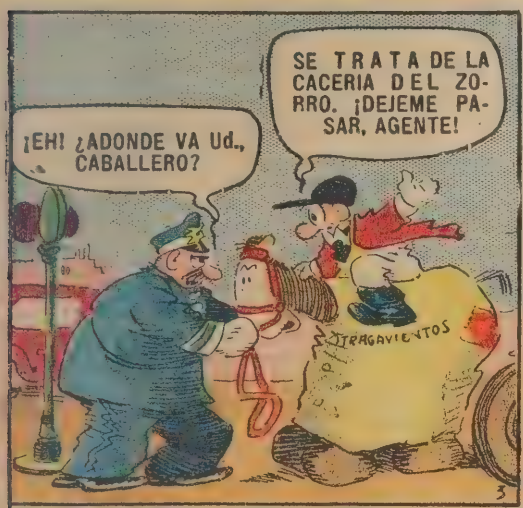
El de la policía montada disparó su arma, pero Río Kid había sido más rápido.

le sabía el indio, que había perdonado la vida del policía, poniendo aún en riesgo mayor la suya. Si Pecos Pete moría bajo el cuchillo del indio, sería posible ocultar el rastro y escapar a la caza. Pero habiendo dejado escapar al soldado, el rastro estaba descubierto y la fuga era más difícil.

Un cuarto de hora más tarde, Río Kid tendría allí mismo a todos los policías que formaban el grupo. En todo Texas se le consideraba como un desalmado y él había tenido bajo la amenaza de su revólver al

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck



policía y no había apretado el gatillo.

Sí. El piel roja tenía razón, estaba procediendo como una mujer, no como un guerrero cuya vida corriera peligro.

—Es preferible matar, — insistía el apache descontento.

Río Kid lanzó una carcajada ronca.

—Usted ha oído mi mensaje. Bien, si no lo entienden y vienen en mi busca, todos morirán en el Mal Paso. Yo le aseguro, indio, que verán entonces al Río Kid sin entrañas que dicen que soy. ¡Qué sigan mi rastro y ni uno sólo quedará vivo...!

Los ojos del indio se animaron al oírlo hablar.

—¡Ahora habla mi hermano blanco como un guerrero! — exclamó entusiasmado.

Y su rostro cobrizo se animó al pensar en la masacre que iba a terminar con el numeroso grupo de policías de la región en el Mal Paso.

Montaron a caballo y marcharon por un estrecho camino, un arroyo seco, que seguía por entre altas montañas y por donde no podía pasar más que un jinete a la vez.

El indio que dominaba aquellos lugares iba delante. Ascendían en forma lenta y difícil. Antes de que hubieran llegado a la parte alta del lecho del arroyo se oyeron en el cañón, situado más abajo, las pisadas de los caballos de la policía montada. El indio miró.

—¡Ya están ahí los rostros pálidos!

Río Kid hizo un gesto de contrariedad.

—¡Sean bien venidos, entonces! No los dejaremos pasar, aún cuando viniera todo Texas con ellos. Indio, los mataremos, o los haremos retroceder!

—¡Hum! Así me gusta

El apache siguió la marcha, después de haber desmontado y conduciendo de la rienda a su broncho. Río Kid hizo lo mismo. A poco se detuvo, dejó seguir al caballo y se parapetó detrás de una roca con los revólvers de seis tiros en la mano.

Esperó.

La policía había seguido fácilmente el rastro. Oyó el ruido de las patas de los caballos en el arroyo seco y algunas piedras desprendidas que cayeron rodando les indicaron el sitio en que se hallaban los que los iban persiguiendo.

¡Río Kid sabía que se acercaban y los esperaba!

De pronto apareció en una vuelta un hombre que marchaba a pie y llevaba un revólver en la mano y observaba con atención todos los alrededores. Se hallaba a menos de diez pies de distancia de Río Kid cuando éste se dejó ver.

—¡Río Kid! — exclamó el otro.

Disparó su arma en seguida, pero por muy ligero que fué más lo había sido el muchacho.

¡Bang!

—El policía lanzó un grito de dolor, y su brazo cayó a lo largo del cuerpo mientras su revólver caía al suelo. Luego el hombre se desplomó entre las rocas.

Se oyó el ruido de pasos de cuatro o cinco hombres que acudieron revólver en mano.

—¡Bang! ¡Bang!

Todos retrocedieron ligeramente, como habían llegado, para ponerse a cubierto. Entonces sonó burlona la risa del muchacho.

—¿No querían saber dónde estaba Río Kid, muchachos? Bien. Aquí me tienen. Aquí está su carnero con lana y todo... ¡Vengan a tomarlo!...

Y de nuevo se echó a reír burlándose.

—Estoy en casa, vengan a visitarme. ¿Tienen deseos de oler a pólvora?

Pero aquellas provocaciones no dieron el resultado que deseaba. Que los policías salieran a descubierto. Unicamente había quedado delante de él el herido, que gemía y pedía que el muchacho lo ultimara de un balazo. Pero aquella bala solicitada no llegó.

El muchacho esperaba, teniendo a raya al adversario, que el jefe "Varios Ponies" le avisara de que en la parada alta del arroyo estaban emboscados varios indios prontos a barrer con los atacantes. Cuando llegó el momento siguió al indio, dejando así libre el avance a los otros si es que deseaban continuar la persecución.

Habían vuelto a montar a caballo y habían llegado así hasta el corazón del Mal Paso, donde era imposible que ningún ser humano pudiera descubrir la pista. Pero "Coz de Mula" era obstinado y se empeñó en continuar subiendo.

El rostro del muchacho manifestó una gran contrariedad. Por segunda vez había perdonado la vida a un enemigo. Había colocado la bala de su revólver en el brazo en lugar de hacerlo en el corazón. Seguramente que aquel hombre, si se le presentaba la oportunidad, no haría lo mismo con él...

Trataba de convencerse a sí mismo que aquel sería el último gesto de piedad que tendría, y que los que iban tras de él hallarían la muerte allí.

EN LA TRAMPA

—¡Qué región maldita! — exclamó el capitán Hall. Se había detenido y observaba desde su silla los alrededores. Su rostro denotaba preocupación.

Diez y ocho hombres iban con el capitán "Coz de Mula". Un hombre herido había sido enviado en unión de un compañero hasta Trail Eud para que fuera atendido por un médico y dar la noticia de que Río Kid estaba cercado y que al fin no tardarían en poder colgarlo de un árbol.

Eran diez y ocho hombres rudos, curtidos y valientes, mandados por un jefe que no les iba en zaga.

El capitán "Coz de Mula" Hall era un hombre de corta estatura, firme como el acero, con piernas combadas, a causa de permanecer casi constantemente a caballo y ojos que relucían como chispas.

No era un hombre capaz de sentir compasión, sus instintos podían compararse a los de un lobo hambriento, o un oso gris. Su propia vida era así. Había hecho una

— El capitán Hall, levantó la cabeza y vió a Río Kid.

esclavitud de su misión. El hombre más desalmado, el de peores instintos, bajaba los ojos ante él y obedecía sus órdenes como un cordero. En más de una ocasión había iniciado la persecución de Río Kid y esta vez se había propuesto terminar de una vez con el muchacho aventurero...

En realidad Río Kid, se hallaba en una situación bastante comprometida en aquel rincón de Mal Paso. Los caminos estaban todos vigilados y el cerco se estrechaba cada vez más. Durante tres días habían ido siguiéndole, en más de una ocasión estuvo a punto de producirse el encuentro, pero ahora parecía ya inevitable.

Pero Río Kid, no se preocupaba por ello. Al acercarse los de la policía montada, el muchacho se había dejado ver agitando su sombrero Stetson, pero siempre desaparecía antes de que pudiera alcanzarle una bala.

El capitán "Coz de Mula", estaba furioso por aquellas burlas, y sin reconocer fatiga alguna continuaba la persecución. Cuando había recibido el mensaje del muchacho se echó a reír y decidió reanudar inmediatamente la persecución.

Pero al llegar allí se había detenido. Era un lugar propicio para que se ocultaran lo menos cien individuos sin que se pudiera sospechar su presencia. El muchacho lo había elegido por que así podría defender en él, bien cara su vida. El capitán Hall se dió cuenta en seguida del peligro que aquello ofrecía para él y para sus hombres.

Por aquel desfiladero, cada uno de los jinetes que avanzara iría cayendo de la silla, muerto o herido. Todos sabían que Río Kid era considerado uno de los más hábiles tiradores de Texas.

—¡Qué región maldita! — repitió el capitán. Se quitó el sombrero y secó el sudor que corría por su frente. — Este condenado muchacho, nos está llevando a lugares propicios para él, pero, a pesar de ello, lo prenderé.

—¡No piense en tal cosa, amigo! — exclamó una voz reposada.

El capitán "Coz de Mula" dió un salto en su montura. Era la voz de Río Kid la que había respondido.

—¡Maldito bandido!... ¡Déjate ver y...!

—Mire bien, condenado perseguidor de hombres. Mire bien y no hable sin saber lo que dice.

Jim Hall levantó la cabeza siguiendo la dirección de la voz y vió en lo más alto de aquella muralla de piedra, a Río Kid, bien visible. Los soldados miraron también.

Todos llevaron la mano a sus armas, pero nadie disparó un tiro. Se limitaron a obser-

var atentamente. El muchacho se hallaba a veinte pies de altura sobre su cabeza en la parte superior de la pared de roca que era casi perpendicular. Una bala podía llegar hasta él, pero aquella bala no salió de ninguna arma.

—Ahora, oígame bien, capitán. Si alguno de los muchachos trata de aventurarse por aquí, puede despedirse de la vida.

Hall se echó a reír salvajemente.

—¿Y usted se figura, bandido, que sus palabras van a atemorizar a todo un piquete de soldados de la policía montada?

—Seguramente, — respondió con tranquilidad el muchacho.

—Pues está en un error, al creer tal cosa, — respondió Hall. — Podrán caer algunos pero los que queden con vida, serán suficientes para apoderarse de usted.

—No sea obstinado, capitán. Le queda aún algo importante que conocer. Tengo aquí treinta rifles bien colocados, que les amenazan ahora mismo y a la primer señal dejarán tendidos a todos ustedes de una sola descarga.

"Coz de Mula" rechinó los dientes.

No veía a nadie más que al muchacho, pero la forma en que había hablado Río Kid era convincente. Los soldados miraron en torno suyo intranquilos. Se encontraban en un estrecho desfiladero, sin posibilidad alguna para evolucionar, y no era lo mismo saber donde se hallaba el enemigo que había que combatir, que tener que esperar a que llegara la bala fatal sin conocer la dirección de que procedía.

Siguió un silencio. Distribuídos en lugares estratégicos, detrás de las peñas, de los troncos de los árboles, había treinta rostros de color bronce que sobresalían por encima de otros tantos caños de rifles. Treinta indios apaches, refugiados en aquella región acechaban la llegada de los policías y era Río Kid el que había preparado aquella emboscada, para que cayeran en ella, el capitán Hall y sus hombres.

El jefe "Varios Ponies" esperaba impaciente, con un rifle, tomahawk y un cuchillo, el momento de entrar en acción. Y la impaciencia que se reflejaba en su semblante se notaba también en los de los demás indios.

Jim Hall, se dió cuenta de que había llegado para él, el momento final de su vida, y no solo de la suya sino de la de todos los hombres que estaban a sus órdenes. Una descarga hecha desde arriba terminaría con todos antes de que pudieran iniciar una defensa eficaz.

Inicie hoy la lectura de

RAUL DE LANCASTE

Es una verdadera joya literaria

La posición en que veían los caños de las armas lo demostraba ampliamente así. Todos los soldados estaban pálidos y nerviosos. Habían seguido a Río Kid en forma encarnizada y llenos de rencor, para caer en una emboscada que iba a terminar con todos ellos... y lo que era peor, sin probabilidades de defenderse y morir matando.

EL MODO DE PROCEDER DE RIO KID

Río Kid miraba sonriendo a todos. Dominaba la situación.

Los había llevado adonde le había parecido oportuno. Era la hora del triunfo del muchacho, y con ella la de la derrota del capitán Jim Hall, "Coz de Mula", quien no había sido vencido hasta entonces.

La banda de apaches esperaba con impaciencia la voz de ataque para iniciar la matanza de los odiados rostros pálidos. Hasta los oídos de Río Kid llegaba el rumor de sus voces. Hizo un ademán y todos callaron. pero sus miradas denotaban lo disgustados que se hallaban con el giro que tomaban los acontecimientos. ¿A qué tanto miramiento? ¡Ya debían haber muerto todos sin mayores explicaciones! Las manos acariciaban los gatillos de los rifles.

—Nos ha hecho caer en una emboscada Río Kid, — exclamó el capitán Hall. — Como su misión es matar, ya puede dar comienzo a su obra y terminarla cuanto antes. ¡Perro maldito! ¡Traidor de su raza! ¡Confabulado con los pieles rojas!

El rostro de Río Kid enrojeció.

—¿Y qué otra cosa puede hacer, un hombre que es perseguido con encono por otros veinte Que no encuentra más que enemigos en todas partes. Ha de buscar amigos donde los encuentre. Pero, yo voy a hacer que no hable más en esa forma imprudente...

—No nos ha matado aún, Río Kid, y creo que alguno de ustedes quedará con vida cuando lleguemos allá arriba.

Hizo ademán de sacar el arma. El revólver de Río Kid hizo fuego y el arma del capitán fué a dar contra las rocas. Jim Hall lanzó un gemido y su mano se tiñó de sangre. Los indios se prepararon como si esperaran la señal de iniciar también ellos la lucha. Se oyó entonces la voz del muchacho.

—¡Quietos vosotros indios! ¡Quietos digo, malditos!

Los apaches protestaron por aquella orden, pero la voz del jefe "Varios Ponies" reforzó las palabras del muchacho.

—¿A qué espera? — exclamó el capitán Hall. — Nos tiene a su disposición. Queme pólvora, mal perro, a menos que aguarde a que sus compañeros los indios pongan en práctica su costumbre de martirizar a sus adversarios.

El rostro de Río Kid se ensombreció.

—Capitán Hall, sea prudente, — exclamó con seriedad. — Yo no deseo que estos indios cometan ninguna de las fechorías a que están habituados, pero con su manera de proceder se está preparando su propio funeral y el de sus hombres. A lo menos por

—¿Qué es lo que está haciendo mi hermano blanco, — preguntó el jefe "Varios Ponies"...

ellos, sea prudente y no me haga perder la paciencia. ¿Me da la palabra de volver sobre sus pasos y regresar a Trail End?...

El capitán Hall le interrumpió.

—¡Yo avanzaré hasta cruzar esa línea de fuego y ni uno solo de mis hombres retrocederá ni un paso ante la amenaza de muerte, — dijo. — ¡Hagan fuego cuando quieran!

—Es usted un valiente capitán, y yo no soy partidario de dar muerte a los hombres de sus condiciones. No sé si podré impedir que los indios hagan fuego, pero trataré de hacerlo así y espero lograrlo. Váyanse de aquí tan rápidamente como puedan, ya que en ello está su salvación.

Se volvió de espaldas a los soldados y se dirigió a los indios.

—¡Yo soy el que da las órdenes aquí, indios! — exclamó. — ¡Abajo los rifles, pronto!

El jefe "Varios Ponies" sostuvo con firmeza la mirada de Río Kid durante algunos momentos. Pero el muchacho se impuso, y al fin el apache bajó el arma.

En el fondo del barranco se oyó un preci-

pitado ruido de cascos de caballos. Los soldados de la policía no desperdiciaron la oportunidad de ponerse a salvo. Si el muchacho lograba mantener quietos a los indios aún cuando solo fuera por un momento, aquello les bastaba al capitán Hall y a sus hombres.

El capitán "Coz de Mula" lanzó una mirada llena de amargura a la arrogante figura que se destacaba limpiamente en lo alto de una peña. Ya fuera del lugar peligroso los de la policía echaron a correr. Tres o cuatro apaches, no obstante las órdenes de Río Kid, habían disparado sus armas.

Luego con feroces aullidos y sin atender al muchacho todos los indios corrieron hacia otro lugar para tratar de hacer efectivos sus disparos contra los que se alejaban.

Mas la tregua conseguida había sido suficiente. Algunos de los soldados vacilaron en sus monturas al ser alcanzados por los disparos que los pieles rojas les hacían, pero ninguno cayó. Todo el pelotón se alejó. Se habían salvado y era Río Kid el que les había perdonado la vida.

Los indios sabían muy bien que en el barranco los tenían a su merced. Cuando abandonada la persecución volvieron al lado del muchacho, sus rostros denotaban odio y más de un tomahawk se levantó amenazador contra él. Río Kid los miró sereno y desdeñado.

El jefe "Varios Ponies" se plantó frente al muchacho. Su rostro manifestaba su profundo descontento y su ira.

—¿Qué es lo que está haciendo mi hermano blanco? — preguntó. — ¿Su sangre se ha vuelto agua y su corazón ha tenido miedo al verse frente a sus enemigos? ¿Es un cobarde que teme la vista de la sangre? Buscó la ayuda de los indios para entregárseles a los enemigos, y los ha mentido...

—¿Qué quieres que haga, indio? Creo que no me podrías comprender aun cuando te estuviera hablando el tiempo suficiente como para completar un mes de domingos, por eso es preferible que calle. Esos hombres me estaban persiguiendo y creo que continuarán lo mismo, a pesar de lo cual, no he querido matarlos. Sí no estás satisfecho puedes marcharte. Has perdido la ocasión de dar muerte a un puñado de hombres blancos, y eso para tí es una lástima. Pero si no estás conforme con ello, puedes marcharte y dejarme. He hablado.

Los ojos de "Varios Ponies" se fijaron en Río Kid y su mano fué a su cuchillo, pero lentamente se apartó del arma.

—Mi hermano ha seguido muchos rastros con el jefe "Varios Ponies" — dijo. — El salvó al jefe apache de la muerte y el jefe no lo olvida. Por eso lo deja vivir ahora. Pero, jamás volverá a seguir el rastro con el jefe "Varios Ponies".

El apache hizo una seña a sus hombres y todos se encaminaron hacia lo más profundo de la sierra. Caminaban obedeciendo la orden, pero muchos ojos dirigieron miradas de odio al muchacho. El último ruido de las pisadas de mocasines se extinguió y Río Kid quedó solo. Lentamente tomó los revolvere: que había colocado sobre la peña y los guardó en las cartucheras.

Acaso algunas horas más tarde la persecución volviera a iniciarse, y entonces el muchacho estaría solo frente al peligro.

Pero sonrió sin pensar en ello. Su corazón latía satisfecho por su manera de proceder mientras seguía, montado en su fiel Coceador, uno de los caminos que llevaban hacia el interior del Mal Paso.

EL ENEMIGO ESTRECHA EL CERCO

Dado el número de personas que lo perseguían, la situación de Río Kid podía considerarse desesperada. Poco a poco, las mallas de la red que le habían tendido, se iban estrechando, y, aún cuando, los que lo perseguían suponían lo que era acercarse al joven vaquero pues corrían el riesgo de caer bajo el fuego de sus revólvers, avanzaban, si bien adoptando todo género de precauciones.

El mismo Río Kid, durante las largas horas de calor en las noches casi sin descanso y mientras buscaba un refugio más o menos seguro entré los árboles de las regiones boscosas del Mal Paso, comprendía que tenía muy pocas probabilidades de salir de aquel trance con vida.

En aquel "País del Diablo" había unas veinte o treinta millas cuadradas de amontonamientos recosos, peñas sobre peñas, precipicios con profundos cañones, arroyos y barrancas. Cinturones de árboles aislados y en bosques, matorrales tupidos y chaparrales espacios áridos y salitrosos, y torrentes cuyas aguas caían formando cascada, de peña en peña, y levantando montañas de blanca espuma.

Era una región ideal para todo el que deseara permanecer oculto y a ella acudían los perseguidos por los sheriffs, y los indios apaches y yaquis.

Río Kid había considerado hallarse a salvo cuando penetró allí. Pero su persecución había continuado y cada vez se hacía más peligrosa. Durante días enteros había marchado por peligrosas sendas, pero sin lograr despistar a los adversarios.

Por todos los pueblos y aldeas de Río Grande y Pecos había corrido la voz de que Río Kid estaba cercado en el Mal Paso, y de todas partes habían acudido jinetes que se habían unido a los representantes de la justicia. Nadie quería perder la oportunidad de presenciar la lucha que presentaría el valiente muchacho al verse acorralado.

Debido a ello, en aquella región, en todos los caminos, senderos y cañones, había jinetes que permanecían acampados o caminaban de un lado para otro buscando al muchacho.

El capitán "Coz de Mula", Hall marchaba a la cabeza de sus hombres sin darse un momento de descanso. En numerosas ocasiones había estado a punto de echarle la mano encima, pero la buena suerte había favorecido siempre al fugitivo.

Varias veces había visto a Río Kid, en algún punto del Mal Paso, buscando la forma de dar el salto hasta las praderas, pero es-

mo hallaba adversarios en todas partes, desaparecía en seguida.

Abundaban por aquellos sitios, cuatreros, asaltantes de caminos, indios ladrones, pero para ninguno tenía ojos la policía, que tan solo ambicionaba apoderarse del vaquero de Texas.

El tema de conversación era el mismo, en las estancias, en los salones y en los poblados. Río Kid iba al fin a ser detenido, pues no tenía probabilidad alguna de escapar.

Pero la esperanza era una parte de la naturaleza de Río Kid. Con su fiel caballo gris, sus revólvers de cabo de nogal y su conocimiento de aquellas regiones, tenía bastante para permanecer tranquilo en espera de una oportunidad que aprovechar. Muchas veces habían pasado los que lo perseguían a muy poca distancia del punto en que se hallaba oculto, sin verlo. Otras se había visto obligado a emprender una carrera desesperada y entonces las patas de acero de Coceador lo habían salvado.

Días y días pasaron, y el muchacho contra toda previsión y esperanza de sus perseguidores, continuaba en libertad. Pero cada vez se consideraba más cercano el momento de su caída.

No podía tener la esperanza de que el capitán Hall y sus hombres, fatigados por lo rudo de aquella existencia, abandonaran la caza. Sólo había una cosa que pudiera detener a "Coz de Mula", y era una bala en la cabeza.

El calor era sofocante y el cielo se iba cubriendo de nubes negras. Aquello podía ser la salvación del muchacho, pues, cuando llovía en abundancia el Mal Paso se convertía en un infierno de rocas que caían, de torrentes de agua y todo cañón y arroyo se llanaba de rugientes aguas, cubiertas de espuma. Aquello podía cambiar por completo la situación de los dos bandos, del perseguido y los perseguidores.

El punto en que se hallaba era una especie de altura cortada a pico por tres de sus costados. La elevada meseta sólo era accesible por uno de sus lados, y esto, después de recorrer un barranco de altas paredes y de una anchura de tan sólo seis o siete pies.

¡No era aquel realmente un paso fácil si Río Kid se hallaba bien emboscado en uno de sus extremos!

Río Kid esperaba que los policías avanzaran por allí, desmontados y de uno en uno, ya que no podían hacerlo de otra manera. Veía de vez en cuando la copa de sus sombreros Stetson pero no se dejaba ver ninguno. Sabían bien lo que suponía avanzar en aquellas condiciones bajo la amenaza del rifle del muchacho.

La meseta estaba cubierta por un espeso chaparral y Río Kid, cercado por completo pensaba que aquello sería su última esperanza. A pesar de todo, su rostro permanecía sereno, casi sonriente. El enemigo avanzaba, pero no le sería fácil llegar hasta él.

El caballo de Río Kid permanecía oculto en el chaparral, bien a cubierto de las balas, pues el muchacho en los momentos de peligro pensaba primeramente en su fiel amigo

En más de una ocasion se habían dejado oír las armas por una y otra parte, y si bien el muchacho había salido ileso en esas escaramuzas, no había ocurrido lo mismo con los otros y eran ya varios los que habían sido conducidos hasta Trail End, para que los atendiera el médico.

Río Kid estaba oculto y esperaba. Calculaba que por lo menos habría veinticinco o treinta hombres al mando del capitán Hall. Este había distrubuído sus fuerzas de modo que una parte de ellas permanecía emboscada en las alturas que rodeaban la aislada meseta y el muchacho tenía el peligro de que cuanto se dejara ver, lloverían sobre él las balas desde todas direcciones.

Pero el ataque no era posible más que por el lado donde se encontraba él emboscado y esperaba sereno. De pronto se oyó una voz.

—¡Eh! ¡Muchacho! — Era el capitán Hall el que hablaba.

—¿Qué ocurre, coyote? — respondió Río Kid. — Si quiere decirme algo salga de su escondite, Jim Hall. ¿Tiene miedo de dejarse ver?

La respuesta fué una maldición.

—¿Teme que le meta una bala en la cabeza mientras habla para entretenerme?

—No necesito exponerme ya que muy pronto ha de caer en mis manos.

—¡No lo piense siquiera!... — respondió riendo Río Kid. — Si tiene ganas de que hablemos nosotros en lugar de las armas, no tengo, inconveniente, de orden a sus muchachos de que no hagan fuego a traición y yo me dejaré ver.

—Puede confiar en mi palabra. Lo haré así,— respondió el capitán Hall.

—¡Perfectamente!

Y sin preocupación alguna, sereno y rápido se presentó bien a descubierto, a plena vista de los que lo observaban desde abajo. Del otro lado del barranco, el capitán Hall salió de detrás de unas rocas. Así permanecieron el perseguido y perseguidor contemplándose casi a la misma altura sin más que un profundo barranco que los separara.

LA CONFERENCIA

Cortésmente, el muchacho se quitó su Stetson e hizo un saludo al capitán "Coz de Mula". Sabía muy bien que una veintena de rifles lo apuntaban desde diversos puntos, pero no manifestó hallarse preocupado por ello.

Hall se quedó mirándolo sin que al parecer hubiera notado el saludo hecho.

Fornido, con nervios de acero, el capitán Hall, no ofrecía un aspecto muy atrayente después de varios días de vida activa, por barrancos y montañas y cubierto de barro. Su semblante, generalmente poco amistoso estaba ahora menos agradable aun, debido a la ira que le causaba su estéril persecución y el hecho de que un muchacho como aquél le burlara con tanta facilidad, cuando malhechores más avezados habían caído en su poder con muchos menos esfuerzos.

Río Kid, le había perdonado la vida, y aquello era una humillación para el capitán.

—Vamos a ver que tiene que decirme, capitán — exclamó risueño el muchacho. —

¿Quiere anunciarme que no se encuentra a gusto en el Mal Paso y piensa retirarse con todos sus hombres?

Hubo una carcajada en el lado donde se encontraban ocultos los de la policía montada. El capitán Hall lanzó una mirada en torno suyo, y las risas cesaron.

—¡Quiero decirle, que no se obstine en luchar por que está perdido, Río Kid!

—¡Qué idea!

—Está cercado por todas partes, — agregó Hall. — Usted está tan convencido de ello, como lo estoy yo. No podrá salir de esa meseta, pues lo tenemos cercado y vigilado por todas partes. Observe en todos direcciones y verá que no le engaño.

—Realmente es un acto de nobleza por su parte, el avisarme de ello, — dijo el muchacho gravemente. — Usted es el amigo que yo necesito en estas circunstancias, Jim Hall.

—Conozco de sobra lo que es usted con las armas en la mano, podrá darnos mucho trabajo, caerán varios, estoy seguro, pero al final si no cae usted también, lo apresaremos. ¿Para qué gastar pólvora entonces?

—Yo no tengo el menor interés en quemar pólvora. Sólo pido que me dejen un camino libre y me iré a otra parte de Texas donde tengo empleados un buen puñado de dólares y quiero ver que ha sido de ellos. Allí viviré tranquilo si ustedes me dejan en paz.

Se oyó otra carcajada.

—Este muchacho es en realidad un hombre que no conoce el miedo, — exclamó con cierta admiración Pecos Pete.

—Hable seriamente, Río Kid, — respondió el capitán.—Usted es, nuestro prisionero. Entréguenos sus armas y marcharemos a la ciudad donde será sometido a un juicio leal.... ¿No es preferible eso, a caer muerto de un tiro en el Mal Paso?

—No opino lo mismo, capitán, — respondió Río Kid sacudiendo la cabeza. — No he tirado a matar a nadie todavía, pero no respondo de hacerlo cuando lo considere oportuno. ¿Qué vaya a la ciudad para que me sometan a un juicio leal? Estoy convencido de que los muchachos me quieren tan mal, que no esperarán a que hable siquiera, para condenarme a muerte. Todos me consideran culpable. El asalto de la diligencia en Sassafrás, me lo atribuyen a mí. Eso es suficiente para condenar a muerte a un hombre... y yo no tuve conocimiento de ese hecho hasta una semana después de haberlo realizado otros. Pero aun cuando tratara de demostrar mi inocencia al juez, nadie me creería.

—¡Esas son excusas! También lo acusan de otros varios hechos no menos graves.

—Es cierto, — respondió Río Kid. — Pero de esos soy tan inocente como del otro. Así, pues, resuelvo quedarme en el Mal Paso, aun cuando me quede para siempre.

Hall manifestó su contrariedad.

—Entonces va a morir, Río Kid. Le he ofrecido la mejor oportunidad de salvarse acaso. Pero si no acepta y se resuelve a quemar pólvora, será peor para usted. No diré que no tumbe a alguno antes de caer, pero esa es nuestra profesión.

—Perfectamente, — manifestó sereno el muchacho. — Es para mí un honor que haya empleado todos los hombres de que dispone en mi persecución; eso me demuestra el alto aprecio en que me tiene. — Y el muchacho se rió tranquilamente. — Pero no crea que la tarea va a ser cosa tan fácil, y hasta es muy posible que usted mismo no vuelva a su casa a gozar de su obra. Hemos terminado. Mantenga su promesa, y permítame que me retire con libertad.

El capitán rechinó los dientes con ira. Pero antes de que se diera cuenta de ello, el muchacho había desaparecido y se hallaba de nuevo a cubierto de las armas en otro lugar. Se oyó una descarga cerrada, pero el muchacho no respondió a ella. Tenía interés en no desperdiciar balas. Esperaba que aparecieran los soldados para asegurar los tiros.

Pero pasó el tiempo y todos permanecieron ocultos. ¡Le temían!

De tiempo en tiempo, llegaban hasta sus oídos algunas voces y juramentos como si los que lo cercaban estuvieran cansados de aquella prolongada situación.

Cada uno de los hombres, se hallaba más dispuesto a afrontar de una vez la muerte, que a permanecer allí en aquella agotadora inmovilidad.

Pero la palabra de Jim Hall, era una orden y allí representaba la ley.

Río Kid no dejaba de admirar su paciencia y estrategia, pues comprendía que lo que esperaba era que llegara la noche, y entre las sombras sería más fácil recorrer el peligroso barranco, En la obscuidad, los revólvers o el rifle de Río Kid, no tendrían tan mortífero efecto.

—¡Maldito capitán! — murmuró el muchacho comprendiendo su situación.

El sol fué desapareciendo en el horizonte y las sombras empezaban a adueñarse de los barrancos.

Río Kid, no cesaba en su vigilancia, ahora más que nunca, pero no eran sus ojos los que tenían mayor eficacia entonces, sino sus oídos. La oscuridad era el mayor enemigo que podía temer el muchacho.

Oyó el ruido de los pesados cascos del caballo de uno de los soldados que trataban de avanzar por el barranco. Del cañón del rifle de Río Kid partió una lengua de fuego y el ruido de los pasos cesó, para dejar oír un gemido. Los soldados hicieron eco al grito de dolor de su compañero que había caído muerto.

A TRAVES DEL BARRANCO

El capitán Hall lanzó una serie de maldiciones, a las que contestó una carcajada de Río Kid.

¡Crack! ¡Crack!

Los disparos de las armas siguieron a la carcajada. Uno de los soldados se puso al descubierto en el borde del barranco y retrocedió llevándose una mano a la cabeza de la que había sido arrancada media oreja.

Parecía que Río Kid veía en la oscuridad pero el hecho era que cuando oprimía el gatillo de sus armas sabía justamente adonde iba a dar la bala.

—Oigan muchachos, no se expongan in-

útilmente. Capitán Hall, usted ha sido siempre el hombre que ha detenido a cualquier hombre cuando le ha parecido conveniente. ¿Por qué no viene a buscarme?

Hall juraba enfurecido.

Pero cuando su voz calló, el muchacho prestó mayor atención, y los soldados tenían la ventaja de que Río Kid no iría a atacarlos, en cambio éste tenía que temer un ataque en cualquier momento, y por cualquiera de los lados.

El muchacho permanecía pues, bien alerta y hombre que se aventuraba por el barranco, a pesar de la oscuridad, retrocedía herido o caía muerto.

Aquel silencio entre los policías y un rumor de voces que llegaba hasta sus oídos, pero cuyas palabras no podía distinguir tenían al muchacho preocupado.

Sabía que el capitán Hall era astuto como un indio apache, y al no realizar como él temía su ataque en la oscuridad, debía tener pensado algún movimiento inesperado. ¿Qué sería? Oyó un rumor de pisadas de caballo y prestó atención.

Simultáneamente se inició un tiroteo por el lado del barranco. Pero aquello no engañó a Río Kid, quien se dió cuenta de que sólo era para llamar su atención hacia otro punto y por ello siguió atentamente el ruido de las pisadas del caballo.

No tardó en darse cuenta de lo que aquello significaba.

Mientras llamaban su atención hacia el barranco, un jinete se había dirigido a una de las alturas que rodeban la meseta de la que estaba separada por un barranco muy profundo, pero no de una anchura exagerada. Iba a intentar dar el salto de un lado a otro.

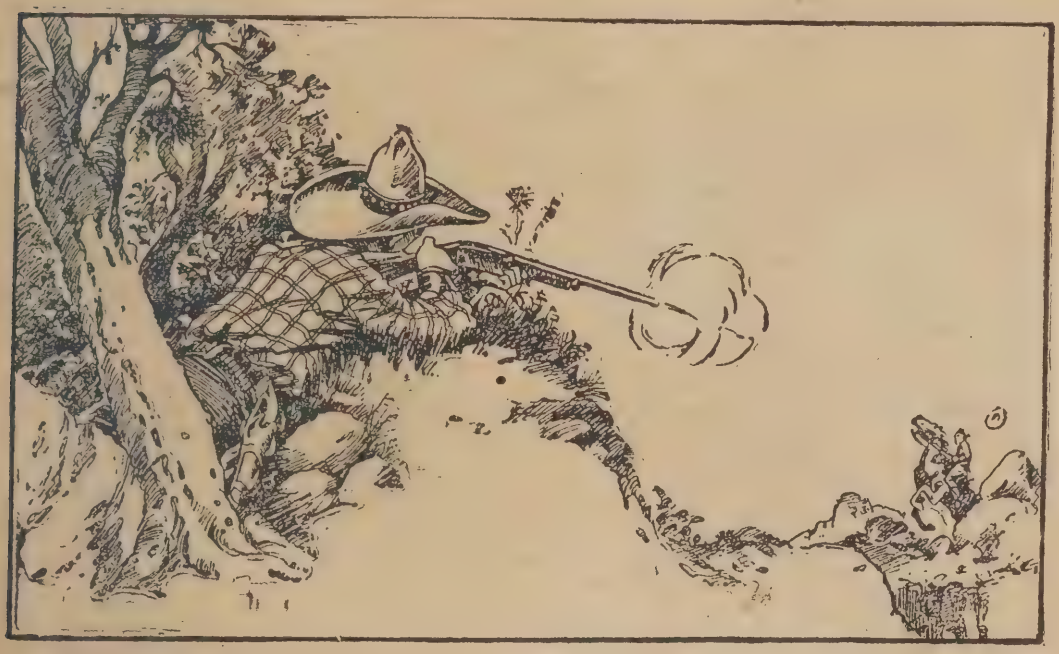
De día, el jinete no hubiera llegado nunca a lo alto, pues lo hubiera detenido en su camino una bala del rifle de Río Kid, pero de noche no era posible verlo, aún cuando se le oía avanzar.

Aquel salto en la oscuridad podía ser fatal y pocos hombres había que fueran capaces de intentarlo de día, y por lo tanto menos de noche. Las probabilidades de éxito estaban en una proporción de una en cada mil.

No dudaba pues, quien fuera el arriesgado jinete. En todo Texas no había más que dos hombres capaces de realizar la peligrosa tentativa. Uno era el mismo Río Kid, el otro, el capitán Hall.

Era aquella una tentativa desesperada, pues había grave peligro de muerte.

Río Kid esperaba pues oír de un instante a otro el ruido que produjera la caída de caballo y jinete al fondo del barranco. Unicamente un capricho de la suerte podía hacer que el salto tuviera éxito.



Río Kid hizo fuego.

Pero si ocurría esto, Río Kid tendría a la espalda un peligroso adversario, que lo atacaría furioso en su último refugio, mientras los demás acudirían en su ayuda al desaparecer el peligro en el lado del barranco.

Por eso el capitán Hall arriesgaba su vida.

—¡No hay duda que es un hombre hábil y valiente! — murmuró Río Kid, demostrando que era generoso, aún con sus más encarnizados adversarios.

Los de la policía dejaron de hacer fuego Como Río Kid, escuchaban llenos de angustia el ruido de las patas del caballo del capitán Hall, que se acercaba al borde del barranco para saltar al otro lado, que en la oscuridad era invisible desde el opuesto.

¿Lograría triunfar el capitán? De la res-

puesta que el destino iba a dar a esta pregunta, dependía la suerte del muchacho de Texas.

¡Crack! ¡Crack!

Hubo unos segundos de profundo silencio. Nadie podía seguir con la vista la dirección que tomó el jinete.

¡Crack!

Después del silencio se había oído la caída del caballo en la tierra... pero no en la del fondo del barranco, sino en la misma meseta en que se encontraba Río Kid. Siguió a aquello un desesperado pataleo, como si el animal se hubiera escurrido y tratara, desesperadamente, de hacer pie en piso firme. A esto siguió la caída del caballo al fondo del barranco... ¿Pero había caído solo? ¿Habría tenido el jinete tiempo para saltar de la silla y ponerse a salvo?

Los soldados habían oído los ruidos lo mismo que Río Kid. De pronto Pecos Pete gritó:

—¡Muchachos! ¡El capitán se ha salvado, yo he visto que el caballo ha caído solo! El capitán está en la meseta.

Un grito de triunfo acogió estas palabras.

Era aquella la verdad. El capitán Hall se había salvado, gracias a su agilidad. Sólo tenía una probabilidad para salvarse y la había aprovechado. Al tocar el caballo tierra con las patas delanteras únicamente, había saltado por el pescuezo yendo a caer a varias yardas de distancia del borde. El animal en sus esfuerzos arrancó las piedras y cayó en unión de ellas, para encontrar la muerte en la profundidad del barranco.

—¡Qué hombre! — murmuró Río Kid.

Pero en aquellas circunstancias no tenía tiempo para detenerse en admirar el acto realizado por su enemigo. El capitán Hall avanzaba ya hacia él, en forma sumamente peligrosa, pues lo amparaba la oscuridad y no perdía tiempo para dirigirse hacia el lugar en que se hallaba oculto Río Kid.

Si se encontraban los dos, la lucha sería de hombre a hombre. Si no lo esperaba, todos aguardarían a que llegara el día, y entonces la persecución se haría más segura.

La situación para Río Kid era sumamente desesperada.

Pero el muchacho no aguardó la llegada del capitán. La noche y el chaparral habían ocultado sus movimientos.

Hall se acercó a la desembocadura del barranco y exclamó dirigiéndose hacia sus soldados:

—¡Arriba muchachos! Ahora estoy yo en la salida de ese túnel de muerte.

Uno por uno, los soldados fueron trepando y a poco se encontraban junto a su jefe. Eran veinticinco hombres los que se hallaban reunidos allí, para reanudar la persecución en cuanto el sol apareciera, iluminando su luz las obscuridades del chaparral.

EN LAS GARRAS DE LA MUERTE

Río Kid observó cuando aparecieron los primeros resplandores de una aurora, que acaso sería la última que viera.

Había efectuado una rápida carrera con su fiel Coceador, y se encontraba en lo más espeso del chaparral, resuelto a quemar hasta el último cartucho y a defenderse luego con el cuchillo, hasta morir.

Su único orgullo, era que al caer, caería ante un numeroso grupo de adversarios y luego de haber llevado por delante a un buen número de ellos. Y cuando en las ciudades y pueblos de Río Grande y Pecos, se hablara de su fin se admiraría su valentía.

El cielo, que durante tantos días había permanecido sin una nube, brillando en él un sol que lanzaba sus abrasadores rayos sobre la tierra, empezaba a cubrirse de unos negros nubarrones hacia el lado del sur. Esos nubarrones avanzaban rápidamente hacia el Mal Paso.

Pero Río Kid no se cuidaba de ello. Tenía mayores preocupaciones. Con la aurora se había iniciado la persecución.

Por toda la extensión de la meseta, los soldados de la policía recorrían cuidadosamente el terreno, disparando sus armas contra todo lo que consideraban sospechoso. Pero el muchacho era una presa muy difícil y más de uno de sus perseguidores cayó sin tiempo para arrepentirse de haber iniciado la persecución Por que el muchacho, ya en aquel trance, se veía obligado a eliminar a cuanto adversario le fuera posible.

Era una lucha a muerte, y tiraba a matar.

El capitán Hall lanzaba maldición tras maldición, y sus hombres le hacían coro.

Sin descanso continuaba la persecución y ya habían llegado hasta el bosque donde se encontraba Río Kid, parapetado tras su caballo con un revólver de seis tiros en cada mano y la desesperación reflejada en el semblante.

De repente empezó a oírse algo así como una serie de descargas de artillería. Río Kid, recordó entonces lo que tanto había esperado y pensó una vez más, que mientras hubiera un resto de vida, había esperanza.

A los truenos y relámpagos siguió una copiosa lluvia y Mal Paso se vió envuelto en un manto de agua.

Con rugidos y despeñamiento de piedras, los barrancos, arroyos y las pendientes se vieron envueltas por espumosos torrentes y la meseta se convirtió en una isla rodeada por agitadas y turbulentas aguas.

Allá, en la llanura, los que habían acudido para contemplar las alternativas de la persecución, huían a todo lo que daban sus caballos para no ser alcanzados por los ríos que se desbordaban y arrastraban árboles y ramas.

Cuerpos de hombres y caballos no tardaron en flotar sobre aquel torrente que avanzaba y se extendía.

Río Kid, respiró. Aquella era su última esperanza. En el bosque se oía el silbido del viento huracanado, que arrancaba las ramas cuando no los árboles enteros.

De haber llegado aquello cinco minutos más tarde, el fin del muchacho era una cosa segura; pero ahora se habían dejado de oír los juramentos y los disparos. ¿Dónde se encontraban los hombres del capitán Hall y su jefe?

Empapados y enceguecidos por la lluvia y los relámpagos, se refugieban donde podían. Uno de ellos pasó rozando a Río Kid sin dar-

se cuenta de su presencia. Entre aquella lucha de desenfrenados elementos, la guerra entre los hombres era una cosa secundaria. Río Kid no pensó ya en ello. Guardó sus armas y apoyado en su caballo, buscó una salida. Llegó así al comienzo del barranco convertido ahora en peligroso torrente, y se aventuró por él.

Aquel camino presentaba miles de peligros pero era el único que podía seguir Río Kid para salvarse, por lo menos de morir a manos de los hombres.

La oscuridad había vuelto a ser casi tan completa como por la noche, y solamente alumbraban su camino los relámpagos que se sucedían con mucha frecuencia.

Luchando con los troncos de árboles, con los caballos de sus perseguidores, que iban a la deriva llevados por las aguas, Río Kid, fué alejándose de las alturas del Mal Paso, nadando con su caballo, que como siempre se portaba con toda valentía.

En más de una ocasión, Río Kid vió varios cuerpos que aparecían y desaparecían en la superficie, pero eran hombres muertos y nada había que hacer por ellos. No ocurrió así cuando el muchacho vió flotar cerca de su caballo a un hombre que pedía auxilio con desesperación. ¿De quién se trataba? No podía decirlo. Unicamente podía asegurar que era un enemigo, puesto que por allí no tenía amigo alguno. El muchacho lo tomó y lo ayudó a mantenerse apoyado en su caballo.

Coceador, a pesar de su doble carga, nadó vigorosamente. Así, pasando momentos de gran peligro, y otros arrastrados por la fuerza de las aguas fueron alejándose de la región montañosa del Mal Paso, Hasta que al fin, al desembocar de un cañón se encontraban en la pradera, más muertos que vivos... ¡pero vivos!

¡Cómo pudo realizarse el milagro era cosa que Río Kid no se explicaba!

El agua continuaba cayendo a torrentes, y el viento soplaba con violencia, pero Coceador hacía ya pie y su amo lo condujo hasta una altura donde no alcanzaba el nivel de las aguas.

—¡Creo que aquí podremos tomar un poco de aliento, compañero! — dijo Río Kid. — Sus amigos lo encontrarán aquí cuando pase la tempestad, yo no puedo detenerme y debo seguir todo lo más rápidamente posible para alejarme antes de que se encuentren en condiciones de volverme a encontrar...

Pero al fijarse en el rostro del hombre, a la luz de un relámpago, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué miro?

El capitán Hall, que iba recobrando poco a poco los sentidos, miró al hombre que le había salvado la vida.

—¿Usted? — exclamó el muchacho lanzando una carcajada.

—¿Con qué era usted? ¡Bah! ¡Es lo mismo! Aun cuando hubiera sabido antes de quien se trataba, lo hubiera salvado lo mismo. Nadie podrá decir en todo Texas que Río Kid, es un hombre de mal corazón. Pero si yo no fuera tan loco como soy, no le

El muchacho vió flotar cerca de su caballo a un hombre que pedía auxilio.

perdonaría por tercera vez la vida.

—¡Mátame! — exclamó el capitán.

Río Kid sacudió negativamente la cabeza.

—¡No! Yo me marcho, y usted puede quedarse aquí hasta que lo encuentren sus hombres. Cuando regrese al pueblo, diga que Río Kid no ha querido matarlo, y cuando al perseguir a alguien asegure que no se le puede escapar ninguno al capitán "Coz de Mula", recuerde el Mal Paso y a Río Kid.

El muchacho montó a caballo y se alejó desapareciendo entre la cortina de agua, mientras el capitán Hall lo miraba con amargura.

EL PERSEGUIDO

El eco de repetidas detonaciones que se oyeron en la pradera despertó a Río Kid que dormía tranquilamente su siesta. El muchacho perseguido por los sheriffs de Río Grande y Pecos, estaba descansando mientras el calor sofocaba. Se había refugiado en las profundidades del chaparral donde se hallaba a cubierto de toda mirada indiscreta y donde se gozaba de una sombra agradable.

Se había echado a dormir sobre la alta hierba y tenía la cabeza apoyada en la montura. Cerca de allí su caballo Coceador pacía tranquilamente.

Con excepción del ruido que hacía el animal y el canto de los pájaros, todo estaba silencioso y tranquilo.

Antes de dormirse Río Kid había estado pensando en los pasados días en que formaba parte del ranch Double Bar, antes de andar a salto de mata y ser puesta a precio su cabeza. Pero su sueño había sido interrumpido por el eco de varias detonaciones.

Al oírlas el caballo había levantado la cabeza y paró las orejas mientras miraba a su amo, quien se puso rápidamente en pie, llevando sus revólvers en la mano.

A la distancia se oía el galopar de algunos caballos y algo más cerca el de otro animal que al parecer huía de los demás.

—¡Diablos! Lo que es el jinete que monta el caballo que va delante no quiere hacerse alcanzar.

Después de avanzar con precaución algunas docenas de yardas, Río Kid observó lo que pasaba. Parapetado detrás de una verdadera muralla de verde miró en dirección del Pecos, río que se alcanzaba a divisar a la distancia.

Un jinete corría a todo lo que daba su caballo, hacia el chaparral. El animal iba cubierto de polvo y espuma y claramente se notaba que estaba al fin de sus fuerzas. Unicamente el salvaje castigo del rebenque y de las espuelas le hacía seguir avanzando.

Las cejas de Río Kid se fruncieron cuando vió tal cosa. Jamás, ni aun en momentos en que tenía que tratar de salvar la vida, era él capaz de castigar de aquella manera a su caballo.

Y no había duda de que el jinete corría para buscar en ello su salvación. Detrás de él, a cierta distancia avanzaban por la pradera tres jinetes que iban ganando terreno y estaban muy cerca de dar alcance al fugitivo.

Río Kid observaba la escena con curiosidad.

El jinete que iba delante había perdido su sombrero durante la huída. Los rayos del sol caían sobre su cabeza y su rostro. El muchacho lo reconoció en seguida, por su espesa barba negra y sus ojos de mirada salvaje.

—¡Quinientos Dólares Smith! — exclamó. — Ahora me explico el interés de los otros en alcanzarlo. Andan detrás de la recompensa de los quinientos dólares.

El caballo que corría delante tropezó y estuvo a punto de caer. Un salvaje tirón de las bridas le hizo levantar y seguir la carrera hacia el chaparral.

Los jinetes que iban detrás no cesaban de disparar sus revólvers. Todos estaban ya bien visibles. Río Kid no hizo movimiento alguno.

Quinientos Dólares Smith realizaba un supremo esfuerzo para llegar al chaparral. Aun cuando sus perseguidores se encontraban cerca, tenía así probabilidad de escapar ocultándose entre el matorral o los árboles. Pero no llegaría. Río Kid lo comprendió en seguida. A cada paso que daba, veía que el caballo que lo conducía caía al suelo para no levantarse más.

¿Qué haría él si eso sucedía? Para Río Kid un hombre perseguido era siempre digno de que se le ayudara. El mismo se hallaba en aquellas condiciones y sabía de sobra lo que tal hecho significaba para el que se consideraba perdido.

Pero no tenía simpatía alguna por el criminal a quien perseguían los otros en aquella situación.

En todo lo largo de la frontera Rube Smith era conocido como un hombre de malos instintos, jugador, pendenciero, ladrón de ganado y asesino, sin escrúpulo alguno. Por eso su cabeza estaba puesta a precio. Quinientos dólares era el premio de su captura. Todos los vaqueros de Texas experimentarían una gran satisfacción al ver colgado de la rama de un árbol a Rube Smith y el mismo Río Kid se hubiera manifestado satisfecho en la seguridad de que tal vez, algunos de los delitos que le atribuían a él hubieran sido cometidos por el que se acercaba al chaparral.

Como a una docena de yardas de distancia del punto en que se hallaba oculto el muchacho, cayó el caballo de Smith arrastrando a su jinete en la caída.

Río Kid lo vió luchar por levantarse, pero no logró realizar su propósito y se tendió de espaldas. Una de las piernas había quedado debajo del caballo. Quinientos Dólares Smith se hallaba a merced de sus perseguidores.

Estos lo comprendieron así y lanzaron un grito de triunfo. Entonces fué cuando entró Río Kid rápidamente en acción.

El que podía considerarse perdido, era un mal hombre, uno de los peores de Texas, pero el hecho de que no se pudiera defender contra un número mayor de adversarios, bastaba para que despertara sus simpatías. No podía consentir que se apoderaran de él en aquella forma.

(Continuará)

EL ASESINATO DE ROGER ACKROYD

Por A. CHRISTIE

(Continuación)

DESPUES de todo haremos, quizás bien, pues, aunque admitiendo que esté un poco tocado, me ha dado una información útil sobre las impresiones. Puede equivocarse en lo que concierne al de Kent pero ¿quién sabe?... lo que dijo, oculta quizás algo interesante.

Poirot nos recibió con su afabilidad acostumbrada y nos escuchó moviendo de vez en cuando la cabeza.

—¿Parece inexplicable, verdad? — dijo el inspector con aire sombrío. — Un hombre no puede asesinar a otro mientras bebe en un bar a un kilómetro de distancia.

—¿Van a libertarlo?

—Creo que no podemos hacer otra cosa, pues sin pruebas es difícil acusarlo del robo.

El inspector arrojó con desánimo un fósforo a la chimenea. Poirot lo recogió y lo puso con cuidado en un recipiente destinado a ese uso. Su gesto había sido maquinal y me dí cuenta que sus pensamientos estaban lejos.

—En su lugar, yo no libertaría aún a Charles Kent.

—¿Qué quiere usted decir?

—Esto sólo: aún no le libertaría.

—¿Cree usted que tiene algo que ver con el crimen?

—No lo creo, pero no estoy completamente seguro.

—Sin embargo acabo de decirle...

Poirot levantó la mano en señal de protesta.

—Pero sí; he oído, no soy sordo, ni idiota, gracias al cielo.

Pero mire usted toma el asunto por un lado malo.

El inspector lo miró sin entender.

—No comprendo lo que quiere usted decir. Veamos. Sabemos que el señor Ackroyd vivía a las 9 y 45. Pienso que usted admite eso.

Poirot lo miró un momento, luego meneó la cabeza y una sonrisa iluminó su rostro.

—¡No admito nada que no sea probado!

—¡Pero tenemos la prueba de la declaración de miss Ackroyd!

—Que ha dicho que fué a darle las buenas noches a su tío. Pero... no creo todo lo que dice esa joven...; menos aún porque es bella y encantadora!

—¡Vamos pues! Parker la vió salir del escritorio.

—¡No! — La voz de Poirot se hizo brusca — Justamente, él no la vió; me ha asegurado, el otro día, gracias a una pequeña experiencia. ¿Recuerda usted? — doctor. Parker la vió fuera de la pieza, la mano sobre el picaporte; pero él no constató que ella salía del gabinete.

—Pero... ¿de dónde podía venir?

—De la escalera, quizás.

—¿De la escalera?

—Sí; he ahí una de mis pequeñas ideas.

—¡Pero esa escalera no conduce más que al cuarto del señor Ackroyd!

—Precisamente.

El inspector estaba cada vez más estupefacto.

—¿Dice usted que ella fué al cuarto de su tío? Es posible; ¿pero por qué habrá mentido sobre eso

—¡Ah! esa es justamente la cuestión. Todo depende de lo que hacía allí arriba.

—¿Quiere usted hablar de... del dinero? ¿Insinúa usted que miss Ackroyd ha tomado las cuarenta libras?

—No insinúo nada — dijo Poirot — pero le recuerdo esto: la vida no era fácil a la madre ni a la hija. Tenían deudas y estaban siempre preocupadas sobre pequeñas sumas. Por otro lado Ackroyd tenía ideas especiales sobre ese asunto y es posible que miss Flora se haya visto enloquecida por la necesidad de encontrar un poco de dinero. Imagine lo que pudo pasar; toma los billetes y baja la escalera; no había llegado aún al último escalón cuando oye en el hall el ruido de los vasos. Sabe lo que eso significa, Parker llega. Ella no quiere que él la vea en la escalera pues le asombraría y la recordará al descubrirse el robo. Tiene justo el tiempo

de correr hacia la puerta del gabinete y tomar el picaporte como si saliera de allí, cuando Parker la vea.

Aparece en el umbral. Le dice entonces lo primero que se le ocurre; repite las órdenes dadas por el señor Ackroyd al principio de la noche, luego sube a su cuarto.

—Admitamos eso — respondió el inspector — pero luego tiene que haberse dado cuenta de la importancia considerable que presentaba la verdad. ¡Todo el asunto reposa en ese detalle!

—Luego — declaró secamente Poirot — Las cosas se han hecho más difíciles para miss Flora. Primero se le dijo que había ocurrido un robo y que la policía acababa de llegar. Naturalmente ella sacó la conclusión de que las cuarenta libras habían sido hurtadas y no tuvo más que un pensamiento: mantenerse en su primer relato; pero cuando supo el fallecimiento de su tío quedó aterrorizada. En estos tiempos las jóvenes no se desvanecen sin haber sentido una violenta emoción. Entonces, como comprenderán ustedes, se vió colocada en el siguiente dilema: mantener su versión o confesarlo todo. Pero a una muchacha linda no le agrada reconocer que no es más que una ladrona... ¡Sobre todo ante aquellos cuya estima desea conservar!

Raglan golpeó la mesa con el puño.

—¡No puedo creerlo! Eso... no es verdad ¿Ha tenido usted la idea desde el principio?

—La tuve enseguida pues desde el principio estoy convencido de que miss Flora no dice la verdad — confesó Poirot. Para darme cuenta he tentado la pequeña prueba de que le hablé. El doctor Sheppard me acompañaba.

—Usted me dijo que esa experiencia se aplicaba a Parker — dije amargamente.

—Mi amigo — respondió Poirot a modo de excusa — como le dije esa noche, siempre hay que decir alguna cosa.

El inspector se levantó.

—No hay más que un procedimiento: interrogar inmediatamente a miss Flora. ¿Viene usted conmigo a Fernley — señor Poirot?

—Naturalmente. El doctor Sheppard nos llevará en su coche.

Acepté con agrado. Pedimos ver a miss Ackroyd y fuimos introducidos al salón de billar donde Flora y el mayor Blunt se hallaban sentados ante la ventana.

—Buenos días, miss Ackroyd — dijo el inspector. — ¿Podremos conversar un momento a solas con usted?

Blunt se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué pasa? — dijo Flora con nerviosidad — no salga usted, mayor. Puede quedarse ¿verdad? — Añadió volviéndose hacia Raglan.

—Como guste — respondió éste secamente. — Es mi deber hacerle algunas preguntas, señorita, pero preferiría hacerlas en la intimidad y creo que también usted lo preferirá.

Flora lo miró atentamente y palideció. Luego se volvió hacia Blunt:

—Deseo que usted se quede. Cualquiera que sea la cosa que el inspector debe preguntarme prefiero que usted la oiga.

Raglan se encogió de hombros.

—Como guste, señorita. El señor Poirot me ha comunicado algunas ideas que tiene, cree que usted no ha entrado en el escritorio el viernes por la noche, que no fué usted a dar las buenas noches a su tío. Y que estaba usted, al contrario, en la escalera que conduce al dormitorio del señor Ackroyd cuando oyó a Parker atravesar el hall.

La mirada de Flora se dirigió hacia Poirot que hizo una señal de asentimiento y dijo:

—Señorita, el otro día, cuando todos nos hallábamos reunidos en el comedor, le supliqué que fuera franca conmigo. Cuando no se le dice una cosa a Poirot él la descubre. Es exacto ¿verdad? Quiero facilitarle todo. ¿Tomó usted los billetes?

—¡Los billetes! — exclamó Blunt.

Hubo un momento de silencio. Luego Flora se irguió y dijo:

—El señor Poirot tiene razón. He tomado ese dinero, lo he robado, no soy más que una vulgar ladrona. ¡Ahora usted sabe todo y yo estoy contenta! ¡Todos estos días han sido para mí una pesadilla!

Se sentó bruscamente. Ocultó el rostro entre las manos y continuó con voz entrecortada:

—Ustedes no pueden figurarse lo que ha sido mi vida desde mi llegada aquí. Desear objetos, hacer combinaciones para obtenerlos, mentir, acumular deudas — prometer pagarés... ¡oh! me avergüenza pensarlo! Eso es lo que nos acercó a Ralph y a mí. Ambos somos débiles. Lo comprendí... porque me parezco a él no somos bastante fuertes para estar solos... Somos seres desgraciados... miserables.

Miró a Blunt y golpeó el suelo con el pie.

—¿Por qué me mira así... como si no pudiera creerme. Soy quizá una ladrona pero en este momento soy sincera, no miento, y no pretendo parecerme a las muchachas que les gustan a ustedes,... inocentes y simples. Si usted no quiere verme más, me es indiferente. No siento más que odio y desprecio hacia mí misma... pero al menos, sepan esto: si yo hubiera podido disculpar a Ralph diciendo la verdad, lo hubiera hecho. Solo que comprendí que Ralph no ganaría nada, al contrario. Entonces, no le causaba ningún perjuicio con mi mentira.

—¡Ralph!... murmuró Blunt — ¡Siempre Ralph!...

—Usted no comprende — dijo tristemente Flora — Jamás comprenderá.

—Se volvió hacia el inspector.

—Lo confieso todo. Tenía urgente necesidad de dinero. No volví a ver mi tío esa noche, desde que salió del comedor. En cuanto al robo pueden tomar las medidas que juzguen convenientes. Las cosas no pueden ser peores de lo que están actualmente.

—¡Bien! — dijo el inspector con voz cansada — ¡era eso, entonces! ¡Parecía inde-

PUCKY

ciso, sin saber que hacer! Blunt se le acercó.

—Inspector Raglan, esa suma me fué confiada por el señor Ackroyd con un objeto determinado y su sobrina no la ha tocado; miente con la esperanza de ayudar al capitán Paton. Yo le digo la verdad y estoy dispuesto a jurarlo ante los jueces.

Hizo un seco saludo, nos volvió bruscamente la espalda y salió, pero Poirot corrió tras suyo y lo alcanzó en el hall.

—Señor ¿quiere usted escucharme un momento?

—¿Qué hay, señor?

El mayor estaba visiblemente enervado y contemplaba a Poirot con aire amenazador.

—Este — dijo vivamente el detective — su explicación no me engaña. Es realmente miss Flora quien tomó los billetes, pero lo que usted acaba de hacer me agrada; es una buena acción. Es usted un hombre de decisión rápida.

—Se lo agradezco — pero su opinión me es indiferente — respondió fríamente Blunt que quiso continuar su camino.

Poirot lo tomó del brazo.

—Es necesario que usted me escuche, pues tengo algo más que decirle. El otro día, hablé de disimulos. Ahora sé lo que usted me oculta. Usted ama a la señorita Flora con toda su alma desde la primera vez que la vió ¿verdad? ¡oh! no vacilemos en abordar ese tema ¿por qué en Inglaterra no se hace alusión al amor más que como un vergonzoso secreto? Usted ama á Flora y lo disimula; está muy bien. Pero escuche el consejo de Hércules Poirot: ¡no se lo oculte a ella!

Blunt había manifestado impaciencia mientras Poirot hablaba, pero sus últimas palabras parecían atraer su atención.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó vivamente.

—¿Cree usted que ella ama al capitán Ralph Paton?

—Yo le dije que no. La señorita Flora ha aceptado casarse con el capitán para darle gusto a su tío y también por que veía en ese casamiento, un medio de poner fin a la existencia que llevaba y que se le hacía insoportable. El le agradaba, se comprendían y sentían simpatía uno hacia el otro... Pero amor... ¡ninguno! ¡no es al capitán Paton a quien ella ema!

—¿Qué diablos quiere usted insinuar? — preguntó Blunt que enrojeció bajo su piel tostada.

—¡Usted ha estado ciego, señor, ciego! Esa niña es leal. Ha visto que se sospechaba de Ralph, se creyó obligada en no demostrar que lo abandonaba.

Juzgué el momento oportuno para acudir en ayuda de Poirot y dije con tono amigable:

—Mi hermana me dijo la otra noche que Flora jamás se ha preocupado de Ralph y que no se preocupará nunca. Y mi hermana generalmente vé claro en esos asuntos.

Pero Blunt despreció mi intervención y dirigiéndose hacia Poirot:

—¿Cree usted realmente?... — comenzó. Luego se detuvo, pues es de esos hombres que tienen dificultad para expresar sus sentimientos.

—Si lo duda usted, interróguela usted mismo, señor — dijo Poirot — pero quizá ya no quiera usted... a causa de ese asunto de dinero...

Blunt hizo oír una risa furiosa.

—¿Cree usted que puedo reprochárselo? Roger se ha mostrado siempre raro sobre eso. Ella se había endeudado, y no se atrevía a decírselo. ¡Pobre niña! ¡Pobre niña solitaria!

Poirot miró la dirección en la puerta.

—Creo que la señorita Flora está en el jardín — murmuró.

—He sido insensato — dijo Blunt bruscamente — ¡Extraña conversación la nuestra! Se diría una comedia... Pero es usted un hombre de corazón, señor Poirot. ¡Gracias!

Tomó la mano del detective y la apretó hasta producirle dolor. Luego se dirigió hacia la puerta y salió al jardín.

—No del todo insensato — murmuró Poirot acariciando suavemente sus dedos apretados... salvo sobre un punto... ¡El amor!

Capítulo XX

MISS RUSSELL

El inspector Raglan estaba fastidiado, pues no había creído, lo mismo que nosotros, la heróica mentira de Blunt. Nuestro regreso al pueblo estuvo lleno de sus lamentos.

—He aquí que todo cambia. ¿Se dió usted cuenta, señor Poirot?

—Ya lo creo; en efecto, pero, mire usted, yo hace tiempo me he familiarizado con la idea de que todo debía ocurrir así.

El inspector, a quien esto no se le había ocurrido antes, miró a Poirot con aire contricto y continuó exponiendo sus descubrimientos.

—Ahora todas las coartadas, carecen de valor, completamente. Hay que recomenzar y tratar de saber que es lo que cada uno ha hecho desde las nueve y media.

Es a esa hora que debemos detenernos. Tiene usted razón sobre el llamado Kent, aún no podemos libertarlo. Veamos, estaba en la posada del "Perro y el Silbido" a las nueve y cuarenta y cinco. Ha podido llegar en quince minutos si corrió. Quizá es a él a quien el señor Raimundo oyó hablar con el señor Ackroyd. Pero hay una cosa segura; no es él quien telefoneó pues la estación está a más de un kilómetro y medio de la posada donde él permaneció hasta las diez más o menos. El diablo sabe lo de esa comunicación telefónica: siempre la encontramos en nuestro camino.

—En efecto — dijo Poirot — Es curioso.

—Quizá el capitán entró en el gabinete de su tío, lo encontró asesinado y llamó por teléfono; luego, quizá temió ser acusado y huyó. ¿No le parece posible?

—¿Por qué habrá telefoneado?

—Ha podido creer que su padrastro estaba solo herido y quería llamar rápidamente al doctor sin descubrirse. ¿Qué piensa usted de esta hipótesis?

—Creo que es plausible.

El inspector hinchó su pecho con importancia. Manifiestamente, se hallaba tan encantado de sí mismo que todo lo que nosotros pudiésemos decir le parecería superfluo.

Llegamos a mi casa y me apresuré a dirigirme al consultorio pues mis clientes ya me esperaban hacía rato.

Poirot se dirigió hacia la comisaría con el inspector.

Cuando despedí a mi último enfermo, me dirigí al fondo de mi casa, a la pequeña habitación que llamo mi taller. Estoy bastante orgulloso de la estación de radio que he instalado.

Carolina detesta mi taller; guardo yo mismo mis herramientas y no permito que nadie venga a hacer algún desquicio con el plumero o la escoba.

Estaba en tren de reparar el interior de un despertador declarado fuera de uso, cuando se abrió la puerta y dejó pasar la cabeza de Carolina.

—¡Ah! ¿Estás aquí, James? — dijo con tono desaprobador — El señor Poirot quiere verte.

—¡Bien! — dije un poco irritado pues su repentina llegada me había hecho estremecer y había dejado caer una ruedita — si quiere verme que entre aquí.

—¿Aquí? — exclamó Carolina.

—Naturalmente.

Carolina sopló para demostrar su disgusto y salió. Luego volvió, al cabo de un momento, introdujo a Poirot y se fué dando un portazo.

—¡Ah! ¡ah! mi amigo — exclamó Poirot frotándose las manos. Ya ve usted que no se libra tan fácilmente de mí.

—¿Terminó usted con el inspector?

—Sí, por el momento. ¿Y usted vió a todos sus enfermos?

—Sí.

Poirot se sentó y me miró, inclinando de costado su cabeza, con el aspecto de aquel que saborea una buena broma.

—Está usted equivocado, aún le falta ver otro cliente.

—¿Es usted? — exclamé sorprendido.

—¡Ah, no! Yo no; tengo una salud completa. Debo confesarle que se trata de un pequeño complot que he organizado. Deseo ver a una persona y no es necesario que todo el pueblo se entere, lo que no dejaría de producirse si la dama en cuestión viene a mi casa, pues se trata de una dama, y además que ya vino a consultarlo.

—¡Miss Russell! — exclamé.

—Precisamente. Quiero hablarle y le envié unas líneas para darle cita en su consultorio. ¿No le molesta verdad?

—Al contrario — contesté — siempre que usted me permita asistir a su entrevista.

—Naturalmente, en su propia sala.

—¿Sabe usted que todo ese asunto es extraordinariamente interesante? Cada nuevo incidente lo hace cambiar completamente de aspecto... ¿por qué desea usted ver a miss Russell?

Poirot levantó las cejas.

—Vamos, es claro — murmuró.

—Usted es siempre el mismo — gruñí — siempre me deja en la incertidumbre.

El detective sacudió cordialmente la cabeza.

—Se burla usted de mí. Tenemos el asunto de miss Flora; el inspector quedó asombrado, pero usted, usted no.

—Jamás la consideré una ladrona — exclamé.

—Quizá no, pero yo lo miraba y no manifestó usted sorpresa ni incredulidad como el inspector Raglan.

Reflexioné un momento.

—Quizá tenga usted razón — dije al fin — He tenido desde el principio la impresión de que Flora nos ocultaba algo, de manera que, inconscientemente esperaba ver que se manifestara la realidad. Es verdad que Raglan quedó trastornado.

—¡Ah eso sí! El pobre hombre se ve obligado a revisar todas sus ideas y yo aproveché el caos en que se encuentra para obtener de él un pequeño favor.

—¿Cuál?

Poirot sacó de su bolsillo una hoja de papel sobre la que había escritas algunas palabras que leyó en alta voz:

"La policía, ha buscado desde hace varios días al capitán Ralph Paton, hijastro del señor Ackroyd de Ferney Park, cuya muerte rodeada de tan trágicas circunstancias, ocurrió el viernes último. El capitán Paton fué hallado en Liverpool en momentos en que se disponía a embarcarse para América".

Dobló la hoja.

—Esto aparecerá en los diarios de mañana.

Lo miré sorprendido

—¡Pero... eso no es cierto! ¡No esta en Liverpool!

Poirot me miró con satisfacción.

—¡Tiene usted una inteligencia viva! ¡No, él no ha estado en Liverpool. El inspector Raglan vaciló mucho para dejarme enviar este suelto a la prensa, tanto más cuanto que yo no podía hacerle mis confidencias, pero le afirmé solemnemente que obtendríamos así, interesantes resultados y cedió estipulando que no tomaba ninguna responsabilidad.

Miré aún a Poirot. Este sonrió.

—No comprendo le dije al fin — lo que espera usted dejando publicar esa noticia.

—Pongo en acción sus cédulas grises. — dijo gravemente.

Luego se levantó y se acercó a mi mesa.

—Tiene usted el amor al mecanismo — dijo inspeccionando los vestigios de mis trabajos.

Cada hombre tiene su manía. Atraje enseguida la atención de Poirot hacia mi puesto de Radio y hallando en él un auditor atento le mostré algunas pequeñas invenciones:

dispositivos simples, pero muy útiles en la casa.

—Decididamente — declaró — usted debía ser ingeniero más bien que médico. Pero oigo el timbre, debe de ser su clienta. Vamos al consultorio.

Ya había observado yo que el ama de gobierno — debía haber sido muy bella y de nuevo lo noté. Vestida sencillamente de negro, alta, delgada, tenía ojos brillantes y sus mejillas, habitualmente pálidas, tenían un hermoso brillo, me dí cuenta que en su juventud debía haber sido de una gran belleza.

—Buen día señorita — dijo Poirot — ¿quiere usted sentarse? El doctor Sheppard ha tenido la gentileza de autirizarnos a disponer de esta habitación para que pueda tener con usted una pequeña entrevista.

Miss Russell se sentó con su aire tranquilo. Si sintió alguna emoción interior no lo demostraba.

—Permítame que le diga que esta manera de proceder me parece extraña — dijo ella.

—Tengo noticias para usted, señorita.

—¡De veras!

—¡Charles Kent fué detenido en Liverpool!

Ni un músculo de su cara se conmovió. Alzó simplemente los ojos un poco más grandes y preguntó con cierta despreocupación:

—¡Bien! ¿Qué importancia tiene?

En ese momento, túve una revelación sobre el parecido que me perseguía y comprendí qué recuerdo había evocado en mí la actitud de Charles Kent. Las dos voces, una vulgar, la otra exageradamente refinada, tenían el mismo timbre. ¡Era en mis Russell en quien yo había pensado la otra noche al encontrar al desconocido frente a Fernley Park!

Emocionado por ese descubrimiento, miré a Poirot que me hizo un imperceptible gesto afirmativo.

En respuesta a la pregunta de miss Russell hizo un gesto con la mano.

—Creía que esa noticia pudiera interesarle, he ahí todo — dijo.

—Particularmente, no — respondió la gobernanta — ¿Quién es ese Charles Kent?

—Un hombre que estuvo en Fernley la noche misma del crimen, señorita.

—¿Sí?

—Felizmente para él tiene una coartada. A las diez menos cuarto se hallaba en una posada a un kilómetro de aquí.

—Es una suerte para él — dijo miss Russell.

—Sin embargo, aún no sabemos por qué fué a Fernley ni a quién vió.

—Temo no poderle dar ningún informe sobre eso, dijo amablemente. — No he sabido nada. Si eso es todo...

Hizo un movimiento como para levantarse, pero Poirot la detuvo.

—No es absolutamente todo — dijo suavemente — Nuevos acontecimientos se han producido esta mañana. Parece seguro que el señor Ackroyd fué asesinado antes de las diez menos cuarto. Es decir entre las nueve menos diez que es cuando salió el doctor y las diez menos cuarto.

Ví palidecer a la gobernanta que se inclinó hacia adelante toda temblorosa.

—Pero, miss Ackroyd ha dicho... Miss Ackroyd ha dicho...

—Miss Ackroyd confiesa que ella ha mentido. Ella no entró en toda la noche en el escritorio de su tío.

—¿Entonces?

—Entonces, es evidente que Charles Kent es el hombre que buscamos. Ha venido a Fernly y no pudo explicar para qué...

—¡Yo puedo decirlo! El no ha tocado un cabello del señor Ackroyd... él no se acercó al escritorio... ¡lo afirmo!

Su impasibilidad había al fin desaparecido y en su rostro se veía el terror y la desesperación.

—¡Señor Poirot! ¡Le suplico que me crea!

El detective se puso de pié se acercó a ella y le puso la mano sobre el hombro para tranquilizarla.

—Pero sí... ¡Yo la creo! Era necesario que usted hablara.

Ella fué presa de sospechas.

—¿Lo que me dice usted es cierto?

—¿Sobre la presunción que pesa sobre Charles Kent? Sí, es exacto. Sólo usted puede salvarlo haciéndome conocer la razón por qué ha ido a Fernly.

—Para verme... — contestó ella en voz baja y precipitada — Yo fuí a su encuentro.

—Al pabellón, sí, ya lo sé.

—¿Cómo lo sabe, usted?

—Señorita, el oficio de Hércules Poirot consiste en saber lo que pasó. Se que salió usted al comienzo de la noche para dejar un papel en el pabellón indicando la hora en que se encontrarían.

—En efecto, había recibido una carta suya anunciándome su llegada y no me atreví a dejarlo venir hasta la casa. Le escribí pues, a la dirección que él me daba para decirle que me esperara en el pabellón que le describí a fin de que le fuera fácil ir. Luego, temiendo que no me esperara, corrí y dejé un mensaje, diciéndole que estaría allí a las nueve menos diez. Para que los sirvientes no me vieran, salí por la puerta ventana de la sala. Cuando entré, me encontré con el doctor Sheppard y me figuré que se asombraría pues, habiendo corrido, estaba sofocada. No pensaba que esa noche estaba invitado a cenar.

Se detuvo.

—Continúe — dijo Poirot — Usted fué a verlo a las nueve menos diez. ¿Qué le dijo?

—Me es difícil explicarlo...

—Señorita — interrumpió el detective, es preciso que yo conozca la verdad. Y lo que usted cuente, no saldrá de aquí. El doctor Sheppard será discreto y yo también.

Yo la ayudaré ¿Charles Kent, es su hijo verdad?

Ella hizo una señal afirmativa y la sangre subió a sus mejillas.

—Jamás lo supo nadie. Hace mucho... mucho tiempo en el condado de Kent. Yo no estaba casada...

De modo que le dió usted el nombre de Kent. Comprendo.

—Encontré trabajo y pude pagar su educación; pero no le dije que era su madre. Desgraciadamente, él se abandonó, bebió, se dió a las drogas. Yo me arreglé para pagar su pasaje a fin de que pudiera ir al Canadá y durante uno o dos años no oí hablar más de él. Entonces él supo, no sé cómo, el secreto de su nacimiento y me escribió para pedirme dinero. Al fin me anunció su regreso a Inglaterra y su visita. Yo no quería que se le viera pues siempre he sido considerada como... como muy respetable. Si alguien hubiera sabido la verdad yo perdía mi situación. Le escribí pues en el sentido que le dije.

—Y al día siguiente fué usted a ver al doctor Sheppard.

—Sí. Me preguntaba qué podía hacer a fin de curarlo; no era un mal muchacho antes de que comenzara a tomar drogas.

—Me doy cuenta — respondió Poirot — continúe su relato.

—¿El fué, pues, esa noche al pabellón?

—Sí, me esperaba cuando yo llegué y se mostró muy brusco, muy insolente. Yo había llevado el dinero que poseía y se lo dí. Conversamos un momento luego él partió.

—¿Qué hora era?

—Debían ser entre nueve y veinte y nueve y veinticinco, pues aún no eran las nueve y media cuando yo llegué a la casa.

—¿De qué lado se fué?

—Por el mismo camino que tomó al venir, es decir por el sendero que se une al camino grande, hasta la verja del parque.

Poirot bajó la cabeza afirmativamente.

—Y usted que hizo.

—Entré, El mayor Blunt se paseaba por la terraza fumando, y dí una vuelta para entrar por la puerta del costado. Como le dije, eran las nueve y media.

Poirot inclinó de nuevo la cabeza y tomó unas notas en una microscópica libreta.

—Creo que es todo — dijo pensativo.

—¿Debo?... — miss Russell vacilando — ¿debo contar todo al inspector Raglan?

—Podrá ser necesario pero no nos apresuremos. Procedamos lentamente, con orden y método. Charles Kent no es aún oficialmente acusado de asesinato y pueden producirse ciertas circunstancias que hagan inútil su relato.

La gobernante se levantó.

—Gracias, señor Poirot, ha sido usted muy bueno, muy bueno, realmente. Me cree usted ¿verdad? Está usted convencido de que Charles no tiene nada que ver en ese horrible asesinato?

—Un punto parece aclarado; el hombre que a las nueve y media hablaba con el señor Ackroyd no puede ser su hijo. Tenga valor, señorita, todo puede arreglarse.

Miss Russell partió. Poirot y yo quedamos juntos.

—He aquí que todo es claro — todo nos lleva hacia Ralph Paton. ¿Cómo adivinó usted que miss Russell era la persona a quien Charles Kent quería ver? ¿Había notado usted el parecido?

—Había establecido una relación entre ella y el desconocido antes de haberlo visto, desde el momento en que encontré la pluma de ganso. Al descubrirlo, pensé en la cocaína y me acordé del relato que me había hecho usted de su conversación con miss Russell. Luego, leí en el diario de ese mismo día, un artículo sobre los traficantes de drogas y todo me pareció claro. Ella había tenido esa mañana, noticias de alguien que se entregaba a los estupefacientes, había leído el artículo y vino a verlo a usted para hacerle varias preguntas. Habló de cocaína porque el artículo en cuestión trataba sobre todo de la cocaína. Luego, cuando usted pareció demasiado interesado en ese asunto, desvió el tema hacia historia de detectives y de venenos que no dejan rastros. Pensé en un hijo, en un hermano, o en cualquier pariente indeseable. ¡Ah! me tengo que ir; es hora de almorzar.

—Quédese a comer con nosotros.

Poirot sacudió la cabeza y un débil resplandor brilló en sus ojos.

—No, hoy no. No quisiera forzar a la señorita Carolina a adoptar dos días seguidos un régimen vegetariano.

Esto me hizo pensar que pocas cosas escapan a Hércules Poirot.

Capítulo XXI

EL ARTICULO DEL DIARIO

Se entiende que Carolina había visto llegar a miss Russell. Yo la había prevenido y había preparado un relato detallado concerniente a la rodilla enferma de la gobernanta. Pero Carolina no estaba dispuesta a interrogarme. Me declaró que sabía por qué miss Russell había venido, y que yo no lo sabía.

—Para hacerte hablar, James — me dijo — para interrogarte de la manera más desvergonzada, estoy segura. Es inútil que me interrumpas, estoy segura de que no te has dado cuenta. ¡Los hombres son tan ingenuos! Ella sabe que tu tienes la confianza de Poirot y quiere obtener informes. ¿Sabes lo que creo, James?

—No me tomo el trabajo de pensarlo. ¡Sabes tantas cosas extraordinarias!

—Deja los sarcasmos de lado; estoy persuadida de que miss Russell sabe más sobre la muerte del señor Ackroyd, de lo que quiere confesar.

Carolina se sentó triunfalmente en su silla.

—¿Crees... realmente? — le pregunté pensando en otra cosa.

—Estás sombrío hoy, James; debe ser del hígado.

Nuestra conversación tomó entonces un giro personal.

El artículo redactado por Poirot apareció en nuestro diario a la mañana siguiente. Yo no comprendía cual era su objeto pero produjo un efecto enorme sobre Carolina. Comenzó por declarar que siempre había visto el acontecimiento que había sido anunciado, lo que no era exacto. Me encogí de

hombros pero no discutí. Mi hermana debió sentir un escrúpulo de conciencia pues añadió:

—Yo no he indicado Liverpool quizá, pero sabía que Ralph trataría de partir para América. Eso es lo que hizo Crippen.

—Sin gran éxito — le recordé.

—¡Pobre muchacho! ¿Entonces lo han prendido? James me parece que es tu deber evitar que lo condenen.

—¿Qué quieres tú que yo haga?

—¿No eres médico? Lo conoces desde niño; no tienes más que declarar que es irresponsable. He ahí lo que debes hacer. He leído en un diario, el otro día, que los enfermos son completamente felices en Broadmoor. El establecimiento parece un círculo muy cerrado.

Las palabras de Carolina despertaron en mí un recuerdo.

—No sabía que Poirot tuviera un sobrino que está loco — dije.

—El me lo contó todo. Su estado causa gran pena en toda la familia. Lo han tenido con ellos hasta ahora, pero su locura toma tales proporciones que se van a ver obligados a internarlo.

—Supongo que estás al corriente de todos los detalles concernientes a la familia Poirot, — observé exasperado.

—En efecto — respondió mi hermana complaciente. — Es un gran alivio para la gente, poder confiar sus preocupaciones a alguien.

—Sí — declaré — a condición de que lo hagan espontáneamente; pero cuando se les saca sus confidencias a la fuerza, ya no es lo mismo.

Carolina se limitó a mirarme con aire de mártir cristiano.

—Tú eres muy reservado, James — dijo. — detestas hablar y comunicar lo que sabes, y crees que todos son iguales. Espero no haberte jamás forzado a que me hagas confidencias. Por ejemplo, si el señor Poirot viene a verme esta tarde, como me dijo, no le preguntaré quien es la persona que llegó con él esta mañana muy temprano.

—¿Esta mañana? — pregunté.

—Muy temprano — respondió Carolina.— Antes de que pasara el lechero. Yo miraba por la ventana porque la cortina se movió y vi llegar en un coche cerrado, un hombre cuyo rostro no vi. Pero te diré lo que creo y verás que tengo razón.

—¿Qué crees?

Mi hermana bajó misteriosamente la voz.

—Creo que es un experto del laboratorio municipal — murmuró.

—¡Un experto del laboratorio! — respondí. — ¡Pero Carolina!...

—¡Ya verás James, ya verás! Esa mujer Russell ha venido ha consultarte sobre tres venenos. Es posible que el señor Roger haya sido envenenado esa noche con la cena!..

Me puse a reír.

—Vamos — exclamé — ha sido apuñaleado en el cuello. Lo sabes tan bien como yo.

—Después de su muerte James — declaró ella. — para crear una falsa pista.

—Pero he examinado el cuerpo y sé lo que digo — La herida no fué hecha después de la muerte, y no debes buscar más lejos.

Carolina no perdió su aire convencido y me molestó en tal forma que continué:

—¿Quieres decirme si soy o no médico?

—Evidentemente, eres médico, pero no tienes imaginación.

—Como tú tienes por tres, no quedó nada para mí — dije secamente.

Cuando Poirot llegó esa tarde, las maniobras de Carolina me divirtieron. Sin hacerle preguntas directas, mi hermana hizo alusión en todas las formas imaginables sobre la llegada del hombre, de que ya me había hablado. Comprendí, por el brillo malicioso de los ojos de Poirot que se daba cuenta; pero permaneció impasible y eludió astutamente todas las tentativas que ella hizo para obtener el informe; hasta que se dió por vencida.

Cuando terminó esa pequeña comedia, se levantó y propuso un paseo.

—Tengo que adelgazar un poco — dijo. — ¿Viene usted doctor?... Quizá la señorita Carolina nos ofrezca té después.

—Con mucho gusto — contestó ella. — Su... amigo, ¿no quisiera venir también?

—Es usted muy amable, está descansando pero pronto vendrá.

—Es un antiguo amigo suyo ¿verdad? — preguntó Carolina haciendo un último esfuerzo — al menos eso es lo que me han dicho.

—¿Sí? — murmuró Poirot. — Vamos.

Nuestro paseo nos llevó hacia Fernly. Yo había adivinado que sería así pues comencé a conocer los métodos empleados por Poirot. Cada detalle tenía su importancia.

—Quiero pedirle una cosa — díjome. — Deseo que una pequeña conferencia tenga lugar en mi casa, esta noche. ¿Vendrá usted, verdad?

—Seguramente — respondí.

—Muy bien; es necesario que tenga a todos los huéspedes de Fernly: la señora Ackroyd, miss Flora, el mayor Blunt, el señor Raimundo; le pido que sea mi embajador hacia ellos y que les suplique que a las nueve estén en la reunión ¿quiere usted?

—Con mucho gusto ¿pero por qué no se lo pide usted mismo?

—Porque me harían preguntas. ¿por que? ¿Para qué servirá eso? ¿Cuál es mi intención? Y como usted sabe, mi amigo detesto explicar mis pequeñas ideas antes de que llegue el momento de hacerlo.

Sonreí.

—Mi amigo Hastings, de quien le hablé, pretendía que yo me parezco a una ostra, lo que es injusto. No guardo para mí lo que sé; comunico a cada uno lo que le interesa.

—¿Cuando quiere usted que lleve a cabo su encargo?

—Ahora. Estamos cerca de la casa.

—¿Usted no entra?

—No; voy a pasearme por el parque, y lo espero en la verja dentro de un cuarto de hora.

Hice un gesto afirmativo y lo dejé para cumplir mi misión. No encontré más que a la señora Ackroyd que tomaba el té y me recibió amablemente.

—Le estoy muy reconocida, doctor — me dijo — de haber explicado al señor Poirot el pequeño incidente que usted conoce. ¡La

vida no trae más que inconvenientes! ¿Ha sabido usted la novedad de Flora?

—¿Cuál? — dije con precaución.

—Su reciente compromiso con el mayor Blunt. No es un casamiento tan brillante como lo hubiera sido con Ralph, pero, después de todo, la felicidad es lo esencial. Es necesario para Flora, un hombre de más edad que ella, serio y seguro. Además Héctor es notable en su género... ¿vió usted esta mañana en el diario el anuncio del arresto de Ralph?

—Sí — contesté — lo vi.

—¡Es horrible! — la señora Ackroyd continuó—Geoffroyd Raimundo se puso en un estado espantoso y telefoneó en seguida a Liverpool; pero la policía no quiso decir nada y afirmó que allí no se había arrestado a Ralph El señor Raimundo dice que debe ser un error, un... ¿cómo se dice? una mentira de los diarios. Le he prohibido que hable de eso ante los sirvientes. Sería una vergüenza Ya ve usted que terrible sería si Flora se hubiera casado con él.

La señora Ackroyd parecía trastornada y yo comenzaba a preguntarme cuando me sería posible comunicarle la invitación de Poirot. Pero antes de que tuviera tiempo de hablar la señora Ackroyd dijo:

—¿Usted estaba ayer, verdad con ese horrible inspector Raglan? Es un bruto: atemorizó a Flora acusándola de haber tomado una suma de dinero del cuarto del pobre Roger. La cosa es sin embargo simple. Ella quería pedir prestado algún dinero a su tío y no se atrevió a molestarlo, dado su orden estricta en ese sentido; pero, sabiendo donde guardaba el dinero, fué a tomar el que necesitaba.

—¿Así lo cuenta Flora? — le pregunté.

—Querido doctor, usted sabe lo que son las jóvenes de nuestros días, obedecen muy fácilmente a la sugestión. Usted conoce el hipnotismo y todos los fenómenos de esa clase. El inspector la aterrorizó, él repitió la palabra "robo" hasta el momento en que la pobre niña se encontró... ¿cómo dice usted? autosugestionada y se figuró que había robado esa suma. En seguida yo comprendí que era así. Pero por otro lado, estoy contenta de lo que ocurrió, pues eso parece haberlos reunido... Quiero decir Héctor y Flora. Le aseguro que a menudo me he atormentado por esa niña, pues en cierto momento he temido que hubiera alguna noviería entre ella y Raimundo. ¡Imagínese eso!

La voz de la señora Ackroyd se elevó haciéndose aguda.

—¡Un secretario sin fortuna!

—Hubiera sido terrible para usted — respondí. — Señora tengo que hacerle un pedido de parte de Hércules Poirot.

—¿A mí?

La señora Ackroyd pareció espantada; me apresuré a tranquilizarla explicándole lo que deseaba Poirot.

—Realmente — dijo la señora Ackroyd vacilando — estimo que debemos asistir a esa reunión puesto que el señor Poirot lo pide ¿pero de qué se trata? Quisiera saberlo antes.

Afirmé con toda sinceridad que yo no sabía más que ella.

—Muy bien — respondió al fin — le diré a los demás y a las nueve estaremos allí.

Después de eso me despedí y me uní a Poirot en el lugar indicado.

—Temo llegar tarde. ¡Cuando esa excelente dama comienza a hablar, es difícil detenerla!

Nos pusimos en camino y cuando llegamos vimos con gran sorpresa que Carolina, que seguramente nos estaba espiando venía a abrirnos la puerta.

Tenía un aspecto importante y agitado, se llevó un dedo a los labios y dijo:

—Ursula Bourne, la mucama de Fernly está aquí. La hice pasar al comedor. La pobre muchacha está en un estado horrible y pide ver al señor Poirot en seguida. He hecho lo que pude para calmarla y le di una taza de te bien caliente. Da lástima verla como está.

—¿Dónde está el comedor? — dijo Poirot.

—Por aquí — le dije abriendo la puerta.

La joven estaba sentada cerca de la mesa sobre la cual tenía los brazos; acababa evidentemente de levantar la cabeza y sus ojos estaban rojos.

—Ursula Bourne — murmuré.

Pero Poirot con las manos extendidas pasó ante mí.

—No — dijo — no es ese el nombre exacto, según creo. Usted no es Ursula Bourne ¿verdad? Sino Ursula Paton.

Capítulo XXII

EL RELATO DE URSULA

Durante algunos minutos la joven miró a Poirot sin hablar. Luego inclinó la cabeza estallando violentamente en sollozos.

Carolina se precipitó hacia ella y rodeándola con su brazo le pasaba la mano por la espalda.

—¡Vamos, vamos! — le dijo suavemente. — Todo se arreglará bien. Ya lo verá usted. todo se arreglará bien.

Carolina es muy buena, a pesar de su curiosidad, y su deseo de saber noticias y durante un momento, la revelación que Poirot acababa de hacer, perdió su interés ante la pena de la joven.

Al cabo de un minuto Ursula se irguió y se secó los ojos.

—Es una tontería de mi parte — dijo.

—No, no — dijo Poirot bondadosamente. — Todos nos damos cuenta cual ha debido ser su tensión nerviosa durante esta última semana.

—Ha debido ser muy penoso — dije yo.

—Y descubrir al fin que usted lo sabe todo — continuó Ursula. — ¿Quién se lo dijo? ¿Fué Ralph?

Poirot sacudió la cabeza negativamente.

—¿Sabe usted lo que hoy me trajo hacia aquí? Este.

Y le tendió un pedazo de diario arrugado, en el que yo reconocí la noticia que Poirot había hecho publicar.

—Se dice que Ralph ha sido detenido. Todo es pues inútil y nada tengo que disimular.

—Los diarios no dicen siempre la verdad, señora — dijo Poirot que parecía un poco avergonzado. — Sin embargo usted haría

bien confesándolo todo. pues necesitamos saber la verdad.

La joven vaciló y lo miró con cierta aprensión.

—No tiene usted confianza en mí — añadió suavemente el detective — sin embargo ha venido a buscarme ¿por qué?

—Porque no creo que Raplh haya matado — dijo con voz muy baja. — y por qué lo sé hábil y capaz de descubrir al asesino. Y también...

—¿Qué?

—Porque creo que es usted muy bueno.

Poirot inclinó varias veces la cabeza.

—Es cierto — dijo — Oigame; pienso, en efecto, que su marido es inocente... pero las cosas van bastante mal. Para poder salvarlo es necesario que yo lo sepa todo, aunque en apariencia eso haga más difícil su situación.

—¡Qué bien comprende usted todo! — dijo Ursula.

—Entonces, hágame usted un relato completo, desde el principio ¿quiere?

—No me dirán que me vaya — dijo Carolina instalándose confortablemente en su sillón — Lo que quisiera saber es por qué esta niña se hacía pasar por mucama.

—¿Se hacía pasar? — interrogué.

—Para ganarme la vida — declaró secamente Ursula. — Luego sintiéndose ayudada, comenzó el relato que reproduzco aquí:

Ursula Bourne pertenecía a una buena familia irlandesa arruinada, de siete hijos. A la muerte de su padre, las hijas se vieron obligadas a trabajar. La hermana mayor de Ursula estaba casada con el capitán Foliott, y era a ella a quien yo vi el domingo. Deseando valerse por sí misma y no queriendo ser gobernanta de niños única profesión abierta a la joven que no se prepara una carrera, Ursula prefirió el oficio de mucama. Desdeñó contar su origen y quiso pasar por una verdadera mucama, pidiendo a su hermana que le diera referencias. Había sido muy apreciada en Fernly a pesar de cierta frialdad que, como ya hemos constatado daba lugar a ciertos comentarios, pues era viva, lista y consciente.

—Ese trabajo me divertía — dijo. — Y tenía mucho tiempo libre.

Vino luego su encuentro con Ralph Paton y su mutuo afecto, que tuvo como resultado un casamiento clandestino. Fué él quien la impulsó a ello a disgusto de la joven, pues le dijo que su padrastro no consentiría jamás que se casara con una mujer sin fortuna. Más valía proceder secretamente y elegir el momento favorable para confesarle la verdad. Así se hizo y Ursula Bourne fué Ursula Paton. Ralph le había prometido que trataría de pagar sus deudas, de encontrar trabajo a fin de que ella pudiera vivir y cuando fuera independiente de su padre adoptivo, hacer reconocer su casamiento.

Pero, para seres del temperamento de Ralph Paton es más fácil librarse de las deudas en teoría que en práctica. Esperaba que el señor Ackroyd pagaría sus deudas. Solo que cuando éste conoció a cuanto ascendían se disgustó y opuso un rechazo absoluto. Varios meses pasaron, luego Roger Ackroyd hizo ir a Ralph a Fernly y le declaró netamente sus intenciones: deseaba que se casara con Flora. Fué en ese momento cuando se notó particularmente la debilidad de carácter del joven. Como siempre se contentó con la solución más fácil. Ni el ni Flora representaron la comedia del amor y ambos consideraban la proposición como un negocio. Roger Ackroyd les expresó su deseo y ellos acataron. Flora veía en ese matrimonio la libertad, la fortuna, un horizonte más amplio. Para Ralph, evidentemente, las cosas no se presentaban del mismo modo, pero estaba en una difícil situación pecuniaria y consideraba que allí tendría una esperanza de cancelar sus deudas, lo que le permitiría recomenzar la existencia con una nueva base. No era capaz de pensar lo que ocurriría en el porvenir pero parece que había encarado la posibilidad de una ruptura con Flora, después de un lapso de tiempo conveniente. Ambos pidieron que su compromiso no fuese oficial inmediatamente. Ralph deseaba ocultarlo a Ursula pues se daba cuenta de que a la naturaleza franca y resuelta de ésta, le repugnaría esa combinación.

Luego vino el momento crítico en que Roger Ackroyd, siempre enérgico se decidió a hacer público el compromiso, no dijo nada a Ralph y solo habló a Flora que siempre apática no hizo objeción ninguna. Pero la noticia hirió a Ursula como un rayo y escribió a su marido que llegó en seguida de Londres. Se encontraron en el bosque donde mi hermana sorprendió parte de su conversación.

Ralph suplicó a su mujer que guardara silencio un tiempo más, pero Ursula estaba cansada de todas sus mentiras y anunció su intención de revelarle la verdad al señor Ackroyd.

Los dos jóvenes se separaron fríamente.

Ursula, firme en su resolución pidió una entrevista al señor Ackroyd; su conversación fué tormentosa y lo hubiera sido más quizá si Ackroyd no hubiera tenido graves preocupaciones personales.

Pero no era hombre de perdonar un engaño; su cólera fué sobre todo contra Ralph. Sin embargo, Ursula no se libró y el la acusó de haber seducido voluntariamente al hijo adoptivo de un hombre rico. Palabras hirientes se cambiaron de una y otra parte.

Esa misma noche, Ursula salió por la pequeña puerta y fué a buscar a Ralph al pabellón. Se hicieron mutuamente reproches. Ralph declaró que Ursula había comprometido irremediablemente su porvenir por su intempestiva revelación y Ursula tachó a Ralph de duplicidad, luego se separaron y media hora más tarde era descubierto el cuerpo de Roger Ackroyd. Desde esa noche, Ursula no había vuelto a ver a su marido ni recibido noticias suyas.

A medida que el relato se desarrollaba me daba cuenta de la manera como todo se encadenaba extraordinariamente.

Si Ackroyd hubiera vivido, no hubiera dejado de cambiar las disposiciones que había tomado en su testamento. Yo lo conocía bastante para saber que se hubiera apresurado a cambiarlas. Su muerte había venido a punto para el joven matrimonio. No era pues sorprendente que Ursula, hubiera tenido la

fuerza de callarse y representar su papel con tanta constancia.

Mis meditaciones fueron interrumpidas por la voz de Poirot cuyo tono me probaba igualmente que se daba cuenta de la gravedad de la situación.

—Señora — dijo. — Es necesario que le haga una pregunta a la cual, le pido, me conteste con franqueza pues todo puede depender de ella. ¿Qué hora era cuando dejó usted al capitán Paton en el pabellón? Reflexione bien a fin de que su respuesta sea exacta.

La joven sonrió amargamente.

—¿Cree usted que yo no he pensado ya veinte veces en todo eso? Eran las nueve y media en punto cuando fuí a su encuentro. El mayor Blunt se paseaba por la terraza, de manera que tuve que pasar entre unas plantas para evitarlo. Necesité más o menos tres minutos para ir hasta el pabellón, de manera que debían ser más o menos las diez menos ventisiete cuando llegué. Ralph me esperaba y estuvimos juntos diez minutos, nomás, pues eran justo las diez menos cuarto, cuando llegaba a la casa.

Comprendí entonces porque ella había preguntado con tanta insistencia si se había probado que Ackroyd había sido asesinado antes de las diez menos cuarto. La pregunta hecha en seguida por Poirot me probó que él tenía la misma idea.

—¿Quién de los dos dejó primero el pabellón?

—Yo.

—¿Dejando a Ralph Paton?

—Sí... pero usted no creerá?...

—Señora lo que yo creo no tiene ninguna importancia. ¿Qué hizo usted al regresar a la casa?

—Subí a mi cuarto.

—¿Y se quedó allí?

—Hasta las diez más o menos.

—¿Alguien puede certificarlo?

—Certificar que estaba en mi cuarto. ¡Oh! no. Pero... ¡Ah, comprendo! Puede suponerse...

Y vi que sus ojos se agrandaban de horror.

Poirot acabó su frase por ella.

—Que sea usted quien penetró por la ventana e hirió al señor Ackroyd sentado en su sillón. Sí, podía creerse.

—Habría que ser insensato — dijo Carolina con tono indignado acariciando a Ursula.

Esta tenía el rostro oculto entre las manos.

—¡Es horrible! — murmuró. — ¡horrible!

Mi hermana la sacudió suavemente.

—No se atormente usted. El señor Poirot no cree realmente eso. En cuanto a su marido, no tengo muy buena opinión de él, se lo confieso francamente, pues ha procedido mal huyendo y dejándola que se arregle sola.

Ursula sacudió enérgicamente la cabeza.

—No — exclamó — No hay que decir eso. Ralph no se hubiera ido; pero me pregunto ahora si al saber la muerte de su padrastro no pensó él también que yo la había ocasionado.

—No puede haber tenido semejante idea — declaró mi hermana.

—He sido tan cruel para con él era noche, tan dura, tan amarga. No he querido ofr sus explicaciones, no quise creer que me amaba realmente. Le expresé lo que pensaba de él y he dicho todo para herirlo.

—Eso no le habrá hecho mal — afirmó Carolina. — No se inquiete jamás por lo que dice a un hombre; el no lo creerá si no es halagador. ¡Son todos tan vanidosos!

Ursula continuó torciéndose las manos.

—Cuando se descubrió el crimen y vi que Ralph no aparecía, quedé trastornada. Durante un momento me pregunté.... pero estaba segura de que no hubiera podido... podido... Sin embargo deseaba vivamente verlo volver y declárar que nada tenía que ver con el crimen. Sabía que él quería mucho al doctor Sheppard y creí que éste conocía el secreto de su retiro.

Se volvió hacia mí.

—Por eso le hablé como lo hice el otro día. Pensaba que usted le trasmitiría un mensaje si sabía donde estaba.

—¿Yo? — exclamé.

—¿Y por qué James lo hubiera sabido? — preguntó vivamente mi hermana.

—Confieso que era improbable — advirtió Ursula — Pero Ralph me había hablado amenudo del doctor y yo estaba segura de que lo consideraba su mejor amigo en King's Abbot.

—Querida niña — dije — no tengo la menor idea del lugar en que se halla en este momento Ralph Paton.

—Eso si que es verdad — dijo Poirot.

—¿Pero?... — Ursula nos tendió el diario con aire asombrado.

—¡Ah! — exclamó Poirot un poco molesto — es una bagatela; estoy convencido de que Ralph Paton no fué detenido.

—Entonces... — comenzó lentamente la joven.

Poirot la interrumpió.

—Hay un detalle que me gustaría conocer. El capitán Paton, ¿Llevaba zapatos o botines esa noche?

Ursula sacudió la cabeza.

—No me acuerdo.

—¡Qué lástima! ¿Pero cómo iba a recordarlo? Ahora, señora — dijo sonriendo — no haga preguntas y no se atormente. Tenga valor y confianza en Hércules Poirot.

(Continuará)

¿Quiere deleitarse con la lectura de una gran novela?

Lea en PUCKY

RAUL DE LANCASTE

EL BUDA DE ORO

POR

MAURICE EVERARD

(Continuación)

ALGUNOS marineros chinos, vestidos de blanco y con gorra redonda estaban ocupados en sus faenas; en el puente de mando se hallaba un chino joven, de traje azul, cruzado, botones dorados, gorra de visera y galones de oro.

Había llegado Frank a esta altura de sus investigaciones cuando una agradable voz lo llamó y volviendo la cabeza vióse frente a un chino de mediana edad lujosamente vestido con ropajes asiáticos de tela tornasolada cubierta de grandes y hermosos bordados.

—Así que mi joven amigo vuelve a estar en contacto con el mundo, nuevamente... ¿eh? — dijo el chino con suma amabilidad pero sin dejar de observarle con los ojos entornados.

Frank no se sintió con deseos de retribuir aquella cortesía.

—¡Oígame, señor! — exclamó. — Toda su amabilidad y su cortesía están fuera de lugar en este momento, — agregó, fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. — ¿Por qué razón se me ha capturado y se me conduce de este modo. Su yate es hermoso y de gran lujo sin duda y a mí me gusta navegar como al primero, pero cuando yo lo deseo, no a la fuerza.

—Señor Polruán, no es usted quien puede discutir la sensatez de mi conducta, — replicó el otro. — Se halla usted en alta mar y su país se encuentra ya bastante lejos.

—¡No tardará usted en ser detenido por un cañonero británico como no vire inmediatamente y me ponga en tierra! — dijo Frank con indignación. — No quiero reñir con usted pero insisto en querer saber por qué han hecho esto conmigo. ¡Supongo que usted se da cuenta de que raptar y secuestrar a un ciudadano británico en un grave delito!

—Muchas cosas graves pueden acontecer en este mundo, — replicó el chino. — He decretado que usted sea conducido a China y tenido allí como prisionero hasta que las manos de los profanos borren la maldición que ha caído sobre nosotros, hasta que el Buda de oro sea puesto nuevamente en el altar donde lo venerábamos.

—¿Yo? — exclamó el muchacho. — ¿Pero qué tengo yo que ver con eso? ¡Yo no robé del altar su maldito Buda!

—No, pero sus manos sacrílegas lo manosearon, ensuciándolo en nuestro concepto — contestó el chino. — Por eso he decretado que sea usted llevado a China y permanezca prisionero allí hasta que las manos de los profanadores limpien por completo a la imagen colocándola de nuevo en su altar, en el sagrado recinto del templo.

—Pero el Buda de oro debe hallarse en su poder, Al menos yo lo llevaba cuando salté de la motocicleta en el camino de Torpoint

—No, — dijo Tong Lo, moviendo negativamente su afeitada cabeza, — Mi emisario Wong Li se ha quedado en Inglaterra. A su debido tiempo, cuando este buque se encuentre lejos de las costas de su país, llevará el ídolo al castillo del Polruán y allí presentará sus condiciones a los que cometieron la imprudencia de dar asilo a Pritchard, el infame ladrón inglés.

Frank empezaba a perder la paciencia.

—Mire, señor chino, — dijo. — Nosotros no robamos el Buda de su templo y nosotros no sabíamos nada absolutamente a su respecto.

—Pero ustedes dieron albergue al llamado Pritchard, — insistió el chino.

Frank hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Qué quiere usted decir con lo de "dieron albergue" al llamado Pritchard? Nosotros no teníamos nada que ver con él. Uno de mis amigos, el capitán Tremorne, lo invitó a pasar la noche en casa porque se había extraviado, era tarde y llovía a cántaros. Durante la noche uno de sus satélites lo mató de una puñalada pero él, por casualidad, pudo herir de muerte mediante un tiro de pistola, al que lo había apuñaleado. Sabedor de esto, el señor Tong Loo ¿qué es lo que se propone hacer?

—Lo que me propongo es llevarlo a usted conmigo a China, — contestó Tong Loo.

—¡A China! ¡Pero se trata de un viaje muy largo!

—¡Al mismo corazón de China! — dijo el otro. — A la provincia de Shang Tng de la cual es gobernador un hermano mío. Dentro de ocho semanas usted desembarcará en tierra china y comenzará su viaje a través del más grande de los imperios que ha conocido el mundo. Muchos peligros le esperan pero usted pasará a través de todos ellos hasta que, por último llegue al templo de Cheng, más conocido por nosotros los Bo Tangs por el nombre de "Templo de los Nueve Dragones" y allí quedará prisionero hasta que el Buda de oro haya vuelto a su altar.

—¿Y si el Buda no vuelve a su altar? — preguntó Frank con emoción, — ¿Qué sucederá en tal caso?

—En tal caso, — contestó lentamente el chino; — el sacrilegio será lavado con la sangre del sacrificio, con la sangre de usted. Si dentro de doce meses el Buda de oro no lanza sus místicos destellos desde su altar; la vida de usted será sacrificada. Ahí he hablado yo, Teng Loo y mi palabra es inconmovible. Le conviene a usted reflexionar sobre lo que le he manifestado. He dicho.

Se levantó de repente y en medio del murmullo de un rozar de gruesas telas de seda recamadas, desapareció por la escalera que conducía al lujoso, comedor del yate.

EN EL CORAZON DE CHINA

Durante largo rato después de haberse retirado el chino, Frank Polruán permaneció sentado revolviendo en la mente cuanto le había manifestado el chino.

En el primer momento todo le pareció casi absurdo. No podía imaginarse que pudiera encontrarse en peligro en manos de Teng Loo.

El brazo de la fuerza británica es fuerte y largo y podría alcanzar a protegerlo en cualquier parte del mundo donde se hallara.

Durante toda su vida había pensado así y en aquellos momentos en medio de la tranquila y serena mañana de sol, mientras soplaba una suave brisa que a penas rizaba las aguas del canal de la Mancha, con las costas de Inglaterra a pocas millas de distancia, el joven Frank Polruán comenzó a aplicar la opinión que tenía sobre la eficacia y el alcance de las fuerzas de su país aplicadas a su situación individual.

Pero lo curioso del caso era que cuanto más examinaba los hechos desde un punto de vista imparcial, más se convencía de que su posición era realmente precaria y dificultosa.

En primer lugar, aun cuando hasta entonces nadie le había hecho objeto de violencias físicas, no podía dudar de que se hallaba cautivo y no veía modo de comunicarse con sus amigos o con quienes pudieran interesarse por la situación en que él se encontraba.

Había un modo de conquistar la libertad, librándose de las manos de sus captores. Bastaba con correr hacia la borda del yate, saltar por ella y zambullir en las aguas del canal de la Mancha, desapareciendo para siempre.

Pero no es posible que un muchacho joven, fuerte, de buena salud y de mente equilibrada piense en quitarse la vida. Porque aun cuando era un execelente nadador no había grandes probabilidades de que pudiera recogerlo algún buque porque el yate chino navegaba siguiendo un rumbo apartado de las rutas habituales de los buques que navegan por esa región.

Transcurrido un cuarto de hora Frank Polruán se sintió enteramente convencido de que el señor Teng Loo debía ser mirado con respeto y de que el chino lo había combinado todo con mucha habilidad.

Desde el primer momento el astuto asiático había jugado sus cartas con grandísima y certera astucia. Debió tener estrictamente vigilado el castillo de Polruán desde el misterioso asesinato de Alan Pritchard. Debido a esa vigilancia se enteraron los chinos de que el Buda de oro había sido encontrado y en seguida combinaron su plan para apoderarse de uno de los "diablos extranjeros" del castillo de Polruán y retenerlo en sus garras.

Frank miró en redor y poco a poco se fué convenciendo de que se encontraba en situación enteramente desemparada.

De la proa a la popa del espléndido y lujoso yate particular, todo estaba en el orden más perfecto. El buque era cuidadosamente atendido y navegaba en una forma digna del más experto de los marinos británicos; los tripulantes, limpios, activos, silenciosos, realizaban su trabajo con admirable orden y exactitud; los oficiales cumplían sus obligaciones igual que si se hallaran en un buque perteneciente a la marina de guerra de una nación poderosa, en un buque perteneciente a una escuadra mandada por un enérgico y hábil almirante.

Frank Polruán no podía saber si el buque pertenecía personalmente a Teng Loo como particular o a Teng Loo como jefe de los misteriosos a la vez que poderosos Bo Tangs. Lo que se echaba de ver era que el yate era veloz, de potentes máquinas en perfectas condiciones de funcionamiento y que podía llevar sin dificultad alguna a su desdichado cautivo hasta las costas de China sin que ninguno de sus compañeros se enterasen de su paradero.

Esto era lo que más molestaba a Frank Polruán; el pensar que Joe, Dick y Torta pudieran — ignorando su verdadera situación — hallarse angustiados pensando que podía haberle sucedido después de su misteriosa desaparición.

Miró lo alto de los palos y vió que el yate estaba dotado de antena radiotelegráfica,

pero no vió que en la cubierta hubiese cabina para los aparatos ni vió, entre la gente que había a bordo, a ninguno que ostentara las conocidas insignias de los radiotelegrafistas.

Pero aun cuando hubiese encontrado los aparatos de nada le hubiere servido porque no conocía el modo de manejarlos ni se encontraba en situación de conseguir que de grado o por fuerza, el operador se decidiera a enviar el mensaje que él le ordenara trasmitir.

—De todos modos mis amigos tienen derecho a suponer a mi respecto lo peor que se les ocurra. Mi vieja motocicleta debe haber sido encontrada hecha pedazos y Dick y Joe sabrán que he desaparecido... pero nada más, — se dijo Frank.

Como ignoraba por completo los eslabones de que se componía la cadena de hechos entre los cuales figuraba su conducción a aquel yate, no podía tener esperanza alguna de que sus amigos supieran su paradera. A medida que el yate avanzaba veloz más lejos se hallaba de las costas de su país, a mayor distancia de sus amigos y de su hipotético auxilio: En cambio se aproximaba más a China donde no sabía qué iba a sucederle.

Había leído mucho sobre el modo de proceder de los chinos y de como tratan a sus prisioneros. Pero en realidad todo lo que le rodeaba hasta entonces y todo cuanto le había sucedido estaba en completa contradicción con lo que había leído.

Ni lo habían tratado mal ni lo habían encerrado en sitio incómodo ni había visto nada que significara amenaza de un peligro inmediato.

Cuando dirigió la palabra a un marinero chino que estaba lustrando las partes de bronce de la rueda del timón de popa, el marinero le contestó con toda cortesía y en el inglés propio de todos los chinos. Cuando manifestó que tenía apetito y deseaba algo de comer, un stewart, — camarero, — acudió a ponerse a sus órdenes. El stewart indicó a Frank que le siguiera a un saloncito desde donde le pidió lo que deseaba, siendo sus órdenes prontamente cumplidas.

Muy poco después le sirvieron pescado asado, muy bien condimentado, huevos fritos con tocino y delicioso café. El pan era crugiente y fresco. La mesa presentaba el más agradable aspecto con su mantel blanquísimo, su reluciente cristalería y sus pulidos cubiertos de plata. A su alcance halló varios magazines ingleses de reciente fecha. Frank Polruán se sentó a la mesa y comió con verdadera satisfacción.

Sin embargo, de vez en cuando volvían a su imaginación las palabras que Teng Loo le había dirigido al separarse de él.

"Al cabo de doce meses, — había dicho, — si las manos que profanaron el ídolo no lo han devuelto al sitio del altar del templo de Cheng, donde debe estar, usted pagará con su vida el sacrilegio cometido". Tal fué su manifestación sino fueron esas exactamente las palabras que pronunció.

¿Cómo iba a saber Joe Tremorne dónde se encontraba el dichoso templo de Cheng? Mientras tanto, pasarían los meses acercando cada vez más el día fatal. Joe estaría paseándose en su bote por las brillantes aguas de Whitsand y Dick gozaría de tranquila y muelle existencia en la hermosa propiedad de la costa de Cornwall.

Frank miró pensativo las dos botellas vacías, que habían contenido soda y que estaban en la mesa, junto a su plato.

Había oído hablar de botellas con mensajes dentro, arrojadas al mar por viejos marinos en peligro. Según los libros que había leído, tales mensajes eran invariablemente recogidos y el que los había arrojado recibía el esperado y ansiado socorro.

Breves instante de reflexión le convencieron, sin embargo, de que si eso sucedía, siempre en las novelas, tenía muy pocas probabilidades de suceder en la vida real.

El yate navegaba, sin duda alguna, lejos de la ruta seguida por los buques que iban hacia Inglaterra, así que no tendría ni una probabilidad contra mil de que, si arrojaba un mensaje, fuera éste recogido por algún navegante. Mientras pensaba en todo esto, entró el steward y se llevó las botellas vacías.

—El gran mandarín desea que yo diga al señor que todo el buque está a la disposición del señor, — dijo el steward inclinándose después de cruzar los brazos, escondiendo las manos en las anchas mangas de su ropaje chino.

Frank agradeció el privilegio con una inclinación de cabeza y se levantó con el propósito de recorrer su prisión flotante.

La prisión resultó ser en extremo lujosa. Junto al saloncito comedor halló un pequeño pero muy bien dotado saloncito de lectura con estantes llenos de libros, una mesita de juego con varios mazos de cartas en una cajita laqueada, un juego de ajedrez de marfil y ébano y algunas cosas más, propias de tal sitio.

Del otro lado de la escalera que conducía a la cubierta, estaba el salón de música con los tabiques adornados con vistosos paneles pintados al estilo chino. En un ricón había un piano de cola de tamaño pequeño. A falta de algo mejor que hacer, Frank, que era excelente músico, se sentó frente al piano y durante cerca de una hora resonaron en el saloncito los alegres compases de algunas canciones populares y las delicadas melodías de algunos exquisitos trozos de música clásica.

Cuando se levantó y después de cerrar el piano se volvió para salir, encontróse con que Teng Loo había entrado sin que él lo notara y se hallaba de pie, inmóvil como una estatua y mirándole con sonrientes ojos.

—Es una dicha que posea usted la facultad de entretenerse solo, — dijo con cortesía bondadosa. — El viaje hasta China tiene que resultarle largo y monótono. Yo procuraré, sin embargo, si no le molesta, ofrecerle algunas veces mi modesta y poco atrayente compañía.

Se expresó con estudiada cortesía. Frank estuvo a punto de preguntarse si estaba allí como cautivo o como huésped de honor.

—Eso constituye de su parte, señor Teng Loo, una atención que agradezco muchísimo, — contestó, — pero yo le agradecería mucho más que desistiera usted de esa con-

tería de llevarme a China y me desembarcara en el primer puerto de escala.

El chino sonrió y movió negativamente la cabeza.

—Mi joven amigo, parece que usted no se ha percatado todavía de que este es un asunto muy serio. Personalmente, no tenemos ningún resentimiento con usted. Usted es pura y sencillamente, víctima de unas desdichadas circunstancias. Pero eso no puede hacer que varíe el curso de nuestras acciones. Nosotros los que pertenecemos a la secta de los Bo Tangs, la secta más estricta de China, tenemos un deber que cumplir. Ese deber me obliga a mí, como jefe de la secta, más que a cualquiera de los demás adictos. Es necesario aplacar el enojo de los dioses o caerá una terrible maldición sobre millones y millones de compatriotas míos. Epocas de sequía, de pestes, de hambre, de inaudita miseria, martirizarán sin duda, a mis amados compatriotas si no se restituye la imagen a su altar, borrando así la terrible afrenta sufrida por nuestros dioses inmortales. El robo de la imagen de Buda del templo, ha sido un sacrilegio que solo puede repararse o devolviendo la imagen a su sitio o mediante un sacrificio de sangre. Usted comprenderá, pues, que yo sólo soy instrumento de la fe que he heredado de mis antepasados, cuya memoria venero; de la fe a la que mis compatriotas han sido fieles durante incontables generaciones.

—Pero creo, — protestó entonces Frank, — que no está bien que se me tenga cautivo y condenado sin dar a mis amigos una oportunidad para que puedan realizar lo que deben realizar, dentro del plazo establecido.

Teng Loo inclinó gravemente la cabeza.

—Ha dicho usted una verdad. Los Bo Tangs se conducen siempre caballerescamente con aquellos que caballerescamente se conducen con ellos. A su debido tiempo sus amigos tendrán esa oportunidad que usted dice y podrán demostrar su buena fe. Uno de los nuestros, llamado Wong Li, se ha quedado en Inglaterra, y en día determinado enterará a sus amigos de usted de todo lo que ha sucedido. Les informará de que usted está en viaje y les dará oportunidad de hacer lo que deben hacer. El Buda de oro será puesto en manos de sus amigos y si ellos desean realmente hacer lo que se debe hacer, procurarán la salvación de usted llevando el Buda a China y poniéndolo en el altar de donde fué robado. Como he dicho, si proceden así dentro del lapso de tiempo que se ha indicado usted no tendrá que temer por su vida. De otro modo... Pero más vale no hablar de eso por que el tema tiene que resultar desagradable para usted, así que no necesitamos mencionarlo de nuevo.

—¡Todo eso está muy bien de su parte, estimado mandarín! — dijo Frank con tranquilidad porque no es usted el que ha de perder en caso de que algo salga may. Sin embargo, creo que debo compartir sus esperanzas y suponer qe todo ha de salir del mejor modo posible.

Eso fué todo lo que Frank logró hacerle decir a Teng Loo ya fuese en aquella entrevista en el salón de música ya en otras que tuvieron después y, en realidad, la situación llenó a Frank de bien justificada intranquilidad.

Sentíase enteramente desamparado. El convencimiento de que, separado como se hallaba de todo el mundo, no podía hacer nada más que someterse a permanecer inactivo semanas y más semanas, le ponía en un estado de nerviosidad muy difícil de soportar.

Se encontraba a bordo de aquel lujoso yate en la misma situación que un náufrago perdido y solo en un islote del océano Pacífico.

Día tras día navegaron sin distinguir ni un solo buque en lontananza, sin que se presentara ocasión de que Frank pudiera pedir socorro a persona alguna.

El yate se detuvo a tomar carbón en Durban primero y luego en Singapur, pero en ambas ocasiones taparon con chapas de hierro las salidas a la cubierta y durante la estadía en puerto, Frank permaneció preso, encerrado en su camarote.

Pero a pesar de tantas largas semanas de dudas y de tristeza, no se debilitó ni poco ni mucho la confianza que Frank tenía depositada en sus amigos. Sentía que aun cuando los siete mares del globo terráqueo lo separaran de Joe y de Dick, éstos no se detendrían ante obstáculo alguno y tratarían de cuantos modos pudieran de efectuar a tiempo su rescate.

Con frecuencia, durante largas horas de soledad, sentado bajo el toldo de la cubierta mientras los rayos de candente sol derretían la brea de las junturas de las tablas del puente y el aire parecía el hálito de una hoguera, se presentaba a la imaginación de Frank el cuadro de lo que él suponía que estaba pasando lejos, muy lejos, en Inglaterra. Veía cómo preparaban el yate Enchantress para hacer el viaje a China. Veía a sus viejos y fieles amigos de la tripulación: Hosken, Pengelley, Fraser, Callaghan, Mactavish, el negro Torta... Los veía luego navegando hacia China, apresurándose para llegar a tiempo en su socorro.

Transcurrieron las semanas y ya habían pasado casi dos meses cuando una hermosa mañana, Frank se despertó y no oyó el jadear de las máquinas de triple expansión del yate. El buque se balanceaba suavemente sin que se oyera más ruido que el chapotear del agua contra el casco.

Saltó de la cama y descorriendo la cortina que tapaba el ojo de buey, miró hacia afuera.

El yate estaba anclado a la entrada de un río ancho y de corriente lenta, en cada una de cuyas riberas se veía una fila de casitas bajas, de paredes blancas y techo gris.

A lo lejos distinguíase confusamente la silueta de una alta cordillera que se destacaba sobre el cielo del lado del Oeste. La tierra que se extendía de la costa hasta las montañas era ondulada y parecía hallarse bien cultivada.

Las esperanzas que Frank había fundado en las oportunidades que podría darle, de comunicarse con alguien, la llegada a un puerto de gran movimiento, como el de Shanghai, se disiparon en aquel momento. En el sitio donde se hallaban no había, con seguridad, ni un solo europeo. Allí no había ni

El mandarín indicó a Frank que descendiera al bote que esperaba.

rastro de vida que no fuese china. El yate era el único buque de vapor anclado en el puerto; al muelle, de aspecto primitivo, sólo estaban amarrados juncos, sampans y buques-casas de los utilizados por los chinos como viviendas.

En cuanto Frank terminó de desayunarse se presentó Teng Loo en su camarote, sonriendo como siempre.

—La primera parte de su viaje ha terminado — dijo con su voz aguda y bien timbrada. — Pero ahora comienza una parte breve pero más fastidiosa. Tenemos que dirinos al interior utilizando los pocos confortables vehículos de Pekín.

Frank no replicó. Subió a la cubierta y miró pensativo los preparativos que se hacían para desembarcar.

Al cabo de un rato volvieron a funcionar las máquinas y el yate se acercó más a tierra. Descendieron hasta uno de los botes. lo cargaron hasta que la borda estuvo a punto de tocar con la superficie del agua de ropas, provisiones y equipos de viaje y el bote se dirigió a un desvencijado embarcadero.

Lo primero que Frank veía en China no era en realidad, como para entusiasmarlo.

El río era ancho, cenagoso y poco profundo, con riberas bajas de arena, a ambos lados. Soplaba un viento fuerte y molesto. Nubes de polvo rojizo se levantaban del piso de las calles cercanas al puerto y lo envolvían todo en una niebla sucia y desagradable.

Cerca del desembarcadero había algunas casuchas de miserable aspecto donde vendían mal olientes cosas de comer.

Una larga fila de vehículos de ruedas gruesas y sólidas hechas con bastos tablones, estaba esperando en el camino. En esos carros cargaron todo cuanto había llevado el bote.

—El astuto Teng Loo me ha traído a este sitio porque si desembarcábamos en un puerto de importancia yo tendría ocasión de hablar con algún europeo, cosa que a él, por lo visto, no le conviene, — díjose Frank.

Un momento después el mandarín indicó a Frank que descendiera hacia el bote que esperaba y que se dirigió al muelle al que se acercó, siendo amarrado a las crujientes vigas enclavadas en el cieno del fondo.

Numerosos wupans, — barcos largos y de fondo chato, — navegaban lentamente río abajo, hacia el mar. Todos ellos eran manejados por chinos de larga blusa azul.

Frank se vió envuelto en una nube de polvo durante un momento. En seguida ocupó uno de los vehículos en el que subieron cuatro de los secuaces de Teng Loo qué debían haber sido encargados de custodiarlo porque notó que cada uno tenía en la mano una buena pistola automática.

La idea de quitarla el arma de un manotón a uno de aquellos tipos y hacer algunos disparos con fatales consecuencias para ellos y huir después o para el árido interior a hacia el río, acudió a la mente de Frank que la desechó de inmediato. Se limitó a echar-

se en un montón de mantas y a someterse a las torturas de un horrible viaje.

Los pesados carros rodaron a saltos por desiguales caminos donde los hoyos alternaban con montones de arena. Después de una hora de camino cruzaron un desvencijado puente de madera.

Frente a los viajeros se extendía un territorio escuálido y cultivado sólo a trechos y más allá se alzaban las azuladas siluetas de las altas montañas.

Cuando Frank tuvo los ojos irritados por el polvo del camino y por el resplandor del sol y después de mirar en redor no vió más que aridez y desolación, opinó que China no era un país digno de atraer a los viajeros amigos de ver paisajes hermosos y de gozar de comodidades.

Después de haber leído muchos libros con descripciones de China, Frank se había imaginado que era un país de floridos vergeles entre los que se alzaban asombrosos palacios rodeados de paradisiacos jardines por los que se paseaba la gente vestida de ricas telas de seda de colores vistosos y bordadas de oro como la del traje de Teng Loo. Pero en cambio solo veía una extensión árida y solitaria con tan poca vida como el desierto de Gobi, con muy pocas casas de aspecto primitivo, sucias y ruinosas. Los habitantes, de ojos hundidos, míseros, sucios, estaban casi todos vestidos de andrajos.

Después de haber recorrido algunas millas de aquel territorio inhospitalario, Frank abandonó por completo toda idea de fuga.

No sabía más palabras en chino que las pocas que había logrado aprender conversando con el personal del yate, no tenía ropa de la que usaba en aquel país y todo tenía que ser dificultoso para él, empezando por perjudicarle su aspecto de europeo y su falta de coleta. No tenía, pues, probabilidad alguna de poder escabullirse librándose de las garras de sus captores. Se hallaba en la misma situación en que se hallaría un ratón que, encerrado en una caja de hierro pretendiera salir royendo las paredes de hierro.

Aun cuando Frank era un joven de carácter alegre y amigo de las aventuras comprendía que aquel país no le ofrecía perspectivas de buen éxito, así que toda tentativa de fuga, además de resultarle penosa. — lo que no le importaría gran cosa, — tendría que terminar en un lamentable fracaso.

Siguió sentado en el carro con los ojos entornados y doloridos sin fijarse en el tiempo que pasaba ni en la distancia que recorría mientras sus captores se divertían jugando a las cartas y el carro continuaba a tumbos su pesada jornada.

Poco antes del anochecer hicieron alto en una pequeña aldea montañosa a donde debían esperar su llegada, porque aun cuando la nativa hostería era una casucha vieja con patio pequeño, rodeado por una decrépita tapia de adobes, todo estaba en ella escrupulosamente limpio. La puerta tenía cortinas de tela de algodón color de naranja, alfombras nuevas cubrían el piso y en las ventanas habían pegado sobre las persianas, hojas nuevas de papel de seda.

Frank, con el cuerpo dolorido y acalambradas las piernas, descendió del carro. Tras el pisó Teng Loo el suelo de tierra apisonada de la sala de la hostería. Sentado ante una mesita, Frank comió con bastante gusto el pollo con arroz que le sirvieron.

Terminada la comida el posadero le indicó una habitación del piso alto que hacía las veces de dormitorio. El piso, como el de abajo, era de barro puesto sobre troncos y paja formando una capa gruesa y resistente.

Por las persianas de las ventanas miró Frank hacia el campo oscuro, bañado por la luz dorada del crespúsculo y pensó que aun cuando huir de allí era cosa muy fácil no podía haber en el mundo un hombre que resistiera tan solo unas pocas horas de calor, de sed y de hambre en aquel desierto y que tendría que rendirse si antes no le mataban las crueldades del clima.

Mientras miraba por la ventana en medio del aplastante silencio del ocaso, mientras las estrellas aparecían una tras otra en el cielo del más puro azul de cobalto y el viento había cesado soplando tan solo algunas ráfagas que levantaban del camino rojizas nubes de polvo, el pensamiento de Frank Polruán voló hacia Inglaterra y el joven se preguntó qué esfuerzos estarían haciendo Dick y Joe para conseguir su rescate, para sacarlo de la triste situación en que se hallaba.

EN EL TEMPLO DE LA MONTAÑA SAGRADA

El tedioso y molesto viaje llevaba ya diez y siete días. El único alivio experimentado lo proporcionaban los cambios de aspecto del país porque tras de las extensiones áridas y desiertas se presentaban fértiles valles poblados de hermosos árboles y donde se alzaban bellísimos templos de reluciente techumbre, muchas veces de oro pulido, en cuya superficie relucía el sol. El descanso en aquellas zonas resultaba más reparador que en las casuchas del llano.

En esas zonas veíanse también hermosas flores. El viaje ofrecía más variedad a la vez que incidentes que distraían al viajero. Tuvieron que vadear varios arroyos algunos de los cuales estaban crecidos y arrastraban un caudal de agua que puso en peligro la estabilidad de los vehículos. Otros arroyos tuvieron que pasarlos en balsas lo que fué lento pero pintoresco y entretenido.

De sus compañeros de viaje, que lo sufrían todo con la estóica serenidad de los asiáticos recibió Frank una maravillosa lección de paciencia que había de serle útil más adelante.

El vigésimo día llegaron a una ciudad donde al parecer sólo habían quedado los más pobres de los pobres. En un tiempo aquella ciudad debió ser una de las maravillas del mundo. La rodeaba una muralla de más de sesenta pies de altura con torres de vigilancia y con una puerta central que casi era digna rival de la famosa de Chien Men de Pekín.

Un caballero solemne, con relucientes vestiduras de sedas y con la cabeza tan bien afeitada que parecía una bola de marfil los recibió cordialmente y les ofreció alojamiento para pasar la noche en lo que en otro tiempo había sido un magnífico templo. En la habitación en que alojaron a Frank se veía la estatua de un dios de tamaño muy grande

y cubierta de riquísimos esmaltes multicolores. La estatua estaba mirando hacia la puerta de entrada. Había allí enormes riquezas. El pedestal del ídolo estaba cubierto de planchas de oro puro. Había numerosos jarrones de fabricación muy antigua. Pero ni uno solo de los nativos podía pensar en despojar al dios de aquello que había sido suyo durante tantos años, así que aquellos tesoros permanecían allí sin que nadie los tocara.

Teng Loo no demostró deseos de permanecer en sitio tan agradable y los viajeros partieron al amencer del día siguiente.

A eso de las doce del día el jefe de los Bo Tangs a quien el dueño del ruinoso templo había prestado una mula cabalgó hasta acercarse al carro en que iba Frank y señalando con su bastón de bambú indicó una raya azul oscuro que se veía en el cielo del lado del Oeste.

—Aquellas son las grandes montañas de Cheng en cuya cumbre se encuentra el templo que ha de recibirle a usted entre sus murallas, — dijo tranquilamente.

A todo esto Frank había aprendido bastantes palabras de chino y hablaba el idioma asiático con bastante facilidad. Asombró a Teng Loo contestándole en su propio idioma.

—¿Está usted enteramente seguro de que no saldré de allí si el Buda de oro no vuelve a su altar?

Teng Loo inclinó solemnemente la cabeza.

—No nos queda más recurso que obedecer el mandato de los dioses. Los que devuelvan el Budo de oro borrarán con esa acción el sacrilegio cometido por que tendrán que hacer frente a grandes dificultades para llegar hasta el templo. El viajar por el corazón de China no será para unos extranjeros, tan sencillo como para nosotros.

Esta manifestación no tenía nada de consoladora para Frank pero este tenía plena confianza en Joe y Dick y sabía que eran capaces de pasar por todas partes. Lo único que le preocupaba era el pensar que tal vez no les alcanzaría el año de plazo para llegar a su destino.

Hicieron alto a mediodía y sobre el fresco césped, al pie de unos frondosos árboles, les sirvieron un te delicioso acompañado de unos bollos de excelente sabor.

El calor se hacía intenso, pero lo atenuaba el nivel cada vez más superior a que se encontraban, aun cuando sólo estaban en los primeros contrafuentes de las altas montañas.

A eso de las tres de la tarde, — calculada la hora por la altura del sol, — volvieron a hacer alto.

Mirando hacia adelante, a las montañas cuyos picos se perdían entre nubes, Frank se dió cuenta de que no era posible seguir adelante haciendo uso de los rodados.

Se sentó a un lado y esperó mientras descargaban de uno de los carros unas cuantas tablas y armaban con ellas una silla de manos, a la que pusieron dos palos muy largos. Frank fué colocado en aquella silla y un forzudo servidor tomó cada uno de las cuatro extremos, apoyándoselo en el hombro desnudo. Entonces fué cuando comenzó la parte verdaderamente impresionante del extraño viaje.

Frank había tenido más de una ocasión de ver puesta a prueba la resistencia y el equilibrio de su sistema nervioso, en toda su vida de aventuras, pero ninguna como aquélla. Los cuatro hombres, pisaban con la seguridad con que pisan las cabras en la montaña. Así subieron por el sendero escarpado a ambos lados del cual se elevaban altísimas paredes de roca.

En una ocasión se aventuró a mirar para atrás y vió a todos los viajeros tendidos en línea, destacándose sobre el verde fondo de la cadena de la montaña.

—Se ha necesitado el trabajo de miles y miles de hombres durante seis siglos para construir el camino por donde vamos, — dijo Teng Loo.

Frank se dió cuenta del significado de lo que decía el mandarín cuando miró en redor y vió grandes cantidades de esqueletos humanos, blanqueados por el rayo del sol, tendidos a ambos lados del camino.

Con la imaginación veía a los crueles capataces mandando a latigazos a sus hombres mientras éstos trabajaban al rayo del candente sol con el propósito de construir lo que era, sin duda, un homenaje a algún poderoso dios. Pensó en las pirámides de Egipto y en las gigantescas construcciones de Babilonia, en el templo de Filae, y se dió cuenta de que durante muchos siglos la vida humana de los individuos de los pueblos vencidos y esclavizados había sido muy barata para los pueblos vencedores.

—Estoy pensando que su dios debe ser implacable y poco misericordioso — opinó Frank.

Teng Loo se sonrió y movió con aire indiferente la mano.

—Cuando los dioses mandan, nosotros debemos obedecer, — replicó. — No es un deseo de venganza lo que nos hace que le traigamos a usted a estos sitios; es el propósito de aplacar la ira de los dioses y el de propiciarnos su buena voluntad, a la vez que evitar que ante el no castigado sacrilegio, se enfurezcan los adoradores del dios.

Desde el punto de vista de Teng Loo, su argumento era irrebatible. Frank guardó silencio y no trató de reanudar la conversación.

Lo que hizo fué maldecir repetidas veces la improvisada silla de mano, en la que habían resuelto el problema de proporcionar al viajero el menor espacio posible con la mayor incomodidad imaginable.

A cada paso de los portadores de la silla, Frank era echado hacia adelante, o hacia atrás.

Al cabo de un tiempo, la mole de la montaña se cortó. La cruzaba una enorme cortadura central; el suelo se inclinaba en extremo a ambos lados y una depresión de dos mil pies de profundidad y otros tantos de ancho se presentó ante los viajeros.

A lo lejos se veían nuevas alturas destacándose la tonalidad violeta, rojizo claro sobre el azul del cielo. Eran unas montañas desoladas, sin árboles, pobremente espolvoreadas de verde vegetación.

El ambiente era fresco, puro, vigorizador

y entre la hierba y los arbustos crecían rojas plantas de azafrán silvestre, de olorosos jazmines y de unas campanillitas azules.

El camino construído con piedra amontonada, sin argamasa, se elevaba a increíble altura del fondo de aquella cortadura. De vez en cuando se detenían al llegar a unas plataformas anchas, pavimentadas con grandes losas de mármol cortado de la misma montaña, para dar descanso a los portadores.

Cada pocos centenares de yardas había un templo ruinoso. Eran templos pequeños, pero de líneas admirablemente artísticas, con techos con aleros encurvados hacia arriba y con dragones maravillosamente esculpidos y esmaltados, en cada esquina.

Cuando estuvieron cerca de la cumbre numerosos viajeros, casi todos ellos descalzos se cruzaron con ellos. Eran peregrinos que habían subido hasta más de cuatro millas sobre el nivel del mar para dirigir sus plegarias a un ídolo de piedra. Miraron con recelo al forastero. Algunos mascullaron salvajes exclamaciones; pero casi todos pasaron en silencio y saludando sumisos al mandarín Teng Loo.

Los portadores sudaban de tal modo que la humedad les pegaba a la piel su ropa de tela de algodón, a tal punto que parecían acabar de salir de bañarse vestidos en un río. Luego, cuando ya parecía que los infelices iban a desplomarse exhaustos. Describieron una curva y frente a Frank se presentó el espectáculo más maravilloso que se pueda imaginar. Era el estupendo templo que iba a ser su prisión hasta que la muerte o el socorro de parte del viejo Joe Tremorne, vinieran a libertarlo.

FRANK LLEGA A SU PRISION

Razón de sobra tenía Frank para abrir mucho los ojos, asombrado ante la estupenda transición que sufrió cuanto le rodeaba al salir de la agreste y árida región montañosa y verse de improviso frente al maravilloso espectáculo que ofrecía el magnífico templo de los Nueve Dragones.

La senda estrecha y empinada se transformó en un camino ancho, liso, enlosado, con balaustradas de mármol blanco a los dos lados. De vez en cuando, ya a la derecha, ya a la izquierda, se alzaban pabellones de seda color de naranja destindos a dar albergue a los innumerables miles de peregrinos piadosos que allí acudían, procedentes de todos los rumbos del vasto imperio, a ofrecer sus plegarias ante el altar donde era venerado el Buda de oro.

Cansado, balanceándose a uno y otro lado en la silla transformada en palanquín y llevada por varios peones nativos, el asombrado muchacho no pudo reprimir un estremecimiento de terror cuando se vió ante un verdadero mar de cabezas amarillas y se dió cuenta de que para cada uno de aquellos fanáticos adoradores del Buda, la pérdida, mejor dicho la sustracción de la imagen, era algo de una gravedad grandiosa.

No era de extrañar que se hubiera buscado la ayuda de la secta de los Bo Tangs, la más poderosa de las organizaciones religiosas de China para que vengara la horrenda ofensa cometida por Pritchard y Rathbone; no era de extrañar que el gran Teng Leo, el más poderoso de todos los mandarines pertenecientes a la secta de los Bo Tangs, hubiera recibido el encargo de cruzar los siete mares y de volver con un rehén que debía permanecer cautivo hasta que la imagen de Buda hubiese sido devuelta a su sagrado altar.

Sin embargo, al mirar desde lo alto de su palanquín las filas y más filas de peregrinos que pasaban unas veces por la oscuridad de un túnel cortado en la roca viva de la montaña y otras veces bajo la blanca y reluciente claridad del sol. Frank veía en cada uno de aquellos rostros una expresión de dolor heroico; todos aceptaban con resignación el horrendo desastre que sobre ellos había desplomado el robo de su imagen de oro.

Frank miró hacia donde estaba el poderoso Teng Loo y por la expresión de su rostro pudo leer casi el mensaje que, a su regreso de Europa, traía para sus compatriotas.

"¡Paciencia, oh pueblo mío! He traído conmigo un prisionero, cuya vida será sacrificada para aplacar la ira de los dioses si se diera el caso de que el Buda de oro no fuese devuelto a su amo.

Tras del desdichado muchacho, los picos cubiertos de nieve de la cordillera de Yang Tung se hundían detrás de las altas murallas de circunvalación.

Frente a él se extendía el primero de los patios cruzados por un camino pavimentado con enormes losas de piedra tallada trabajada por esclavos. Allí, miles y miles de devotos inclinaban la cabeza, enviando sus preces hacia el reverenciado altar del Sol de los Cielos.

El paso de la procesión se hizo más lento a medida que se acercó al primero de los templos cuyas hermosas paredes de color de rosa tenían nichos verdes y azules. Piso tras piso se alzaba, destacándose sobre el cielo color de turquesa, con múltiples ventanas demasiado pequeñas para permitir por ellas la entrada o la salida de un hombre.

Casi antes de que Frank se percatara de ello, pasaron por un enorme arco y se detuvieron a la entrada del segundo templo.

Invite a sus amigos a leer la gran novela de misterio, intriga, acción y drama que se publica en PUCKY, titulada

Raúl de Lancaste

—Hay aquí muchas construcciones dignas de ser tenidas en cuenta, — pensó Frank. — Bien podíamos edificar en las tierras de Pelruán algún pabellón parecido a estos templos.

La estupenda magnificencia de todo cuanto allí se veía era causa de que Frank mirara en redor boquiabierto. Aquel sitio estaba casi lleno de grandes y brillantemente coloreados jarrones, de estatuas de tamaño natural con vestidos sobrecargados de oro y de riquísima seda. Del techo colgaban muchos y magníficos faroles y grandes incensarios de oro cincelado. A un lado estaban agrupados numerosos muebles maqueados con finísimas incrustaciones de oro, carey y nácar.

El ambiente era pesado y Frank sentíase no sólo sofocado sino en un estado de extraña opresión. Le rodeaban unas murallas gruesas de más de ciento cincuenta pies de altura, enteramente inescalables.

Teng Loo se apeó de su mula y se acercó al palanquín en que estaba sentado Frank.

—Lo que falta del viaje debe hacerse a pie, — dijo, indicando con su bastón de pulo de marfil una serie de escalones que ascendían en forma de zig-zag por el frente de la muralla.

Frank miró y se quedó atónito una vez más.

—¡Demonio! ¿No pretenderá usted que yo suba por esa escalera medio destruída? — exclamó.

Teng Loo inclinó su rasurada cabeza.

—Aun estamos lejos del Templo del Cielo. Esto es sólo el comienzo.

Frank descendió de su silla y se secó las gotas de sudor que le cubrían la frente.

—Confieso que debe usted tener un sistema nervioso a prueba de bomba si es capaz de subir tranquilamente por ahí, — dijo. — De todos modos, supongo que lo que puede hacer un chino también puedo hacerlo yo. Pero de lo que estoy plenamente convencido es de que usted se propone impedir que yo me pueda escapar.

Teng Loo se rió enigmáticamente.

—No es posible ni pensar en una fuga. Las altas murallas y las extensas calzadas impedirían toda fuga. Además, están los centenares de millas de montañas por donde hemos cruzado. No podría usted vivir en ellas una semana sin que fuese descubierto su paradero, sin contar con que en las montañas abundan los lobos y otros animales feroces. Conviene que esté usted bien enterado de todos esos detalles.

Frank volvió la cabeza, encogiéndose de hombros. Teng Loo no le daba, en verdad, ocasión de olvidar lo desamparado de su posición.

Miró hacia la deteriorada escalera y comenzó la peligrosa subida.

En algunos sitios los escalones estaban tan rotos, que se veía obligado a meter las manos en las hendijas de la pared para seguir subiendo.

Miró hacia abajo en una ocasión y vió que una larga fila de chinos colgaban como moscas del frente de la pared y sintió tentaciones de poner fin a su triste desamparo soltándose y dejándose caer de cien pies de altura para desnucarse y solucionarlo todo con la muerte.

Ese mal momento pasó, sin embargo, cuando, al cabo de veinte minutos se vió en lo alto de la pared y vió una vez más, el espléndido paisaje de los arbolados y fértiles valles rodeados por altas montañas de picos cubiertos de nieve.

A su derecha quedaba un segundo templo, imponente mole color marrón, oro y verde con techo de teja en cuyas esquinas había enormes dragones y de cuyos aleros colgaban numerosas campanillas de plata que, movidas por la brisa producían una extraña y suave melodía.

—Este es el Ta Fo Hu o templo del Buda de oro, — dijo Teng Loo acercándose al muchacho. — De ahí fué de donde robaron sus compatriotas la sagrada imagen.

Durante un momento observó Frank lo que le rodeaba y pensó cuánto valor y qué estupenda temeridad tuvo que ser la de Rathbone y Pritchard, los que consiguieron llegar hasta aquel templo, para robar el ídolo y desaparecer con él.

Descendieron por el otro lado de la muralla y llegaron a otro extenso patio con piso de piedra cuidadosamente barrido y limpio.

Había allí numerosos sacerdotes de cabeza afeitada y de ropajes amarillos o rojos, de color muy fuerte. Algunos, sentados en bancos de piedras sorbían tazas de té y otros se paseaban en silencio meditando o leyendo sus sagrados manuscritos.

Todos ellos, en cuanto apareció Teng Loo abandonaron lo que estaban haciendo y se inclinaron saludando.

—Entrará usted en el sagrado edificio pero le estará prohibido tocar lo que hay en él, — dijo Teng Loo a su cautivo.

Frank sintió deseos de decir que prefería quedarse afuera donde el aire era suave y limpio; pero obedeciendo a una indicación de su carcelero le siguió y entró en una habitación vasta en la que olía a humedad, y donde todo tenía un aspecto tal que parecía que nadie lo había tocado lo menos en dos mil años. En algunos sitios había grandes esculturas representando seres humanos enteros; otras representaban una horrible bestia comiéndose un sacerdote y en un rincón se veía otro grupo en el cual un hombre puesto entre dos tablones era serruchado por mitad del pecho al mismo tiempo que una enorme sierra serruchaba los tablones.

—¡Qué grupos encantadores! ¡La verdad es que son como para alegrar el espíritu! — dijo Frank. — Me siento tan bien aquí que me parece que he vivido años y años en este sitio.

Teng Loo no pareció percatarse de la ironía de las palabras de Frank.

—Siento manifestarle que no va a poder tener el placer de quedarse aquí, — dijo. — Al menos nuestra permanencia no llegará a un [illegible] de la época de las primeras

PUCKY

Una depresión de dos mil pies de profundidad y otros tantos de ancho se presentó ante los viajeros.

lluvias, a menos que el Buda de oro brille en el altar del templo, usted habrá muerto.

—¡Mil gracias mil veces! — exclamó Frank. — Pero ahora, si no hay inconveniente, yo desearía comer algo y descansar.

Teng Loo inclinó la cabeza en señal de asentimiento y ambos salieron del templo donde, como Tremorne no presentara el Buda de oro a su debido tiempo, Frank sería sacrificado a los dioses. Llegaron a un pequeño espacio de muy bonito aspecto, que parecía una pagoda y estaba rodeado de árboles.

Frank notó son sorpresa que allí debía haber llegado con anticipación la noticia de su viaje porque encontró, preparadas para él, dos habitaciones escrupulosamente limpias, amueblada la una como dormitorio y

la otra como salita y comedor a la vez.

Se sintió inclinado a reir ante la incongruencia de todo aquello. A pesar del aspecto exterior que tenía el edificio, por dentro estaba admirablemente preparado todo a la usanza europea y con lujo.

En un rincón del dormitorio estaba instalado una tina de baño hecha de un solo trozo de jade y en fila, a un lado, varios recipientes con agua fresca y limpia. Frank se desvistió en seguida y se hundió en la deliciosa frescura del baño. Después se vistió con ropa interior limpia y pasó a la otra habitación en la que hizo los debidos honores a la suculenta comida que le sirvieron.

Terminada la comida se dedicó a examinar cuidadosamente su prisión pues era una prisión a pesar de todas las comodidades que pudiera ofrecer.

Aquello constaba del templo principal y de gran número de secundarios templos que ocupaban en conjunto varios acres de terreno. Cada templo estaba rodeado de un espacio pavimentado que, en el templo principal tenía un largo de trescientas yardas.

Calzadas y viaductos de varios largos unían esos patios y culminaban en una muralla exterior inmensamente alta, que del otro lado seguía la línea de la escarpada montaña en la cual estaba construída.

Desde el más alto de los patios se alcanzaba a ver los diferentes valles formando una línea en zigzag entre las alturas puntiagudas de la cordillera que, en muchos casos, estaban cubiertas de nieve. En algunos sitios, adosados a la montaña altísima como nidos de águila, veíanse grupos de cabañas de armazón de madera y paredes y techo de barro amasado.

Después de examinarlo todo. Frank Polruán llegó a la consecuencia de que Teng Loo tenía razón al afirmar que era imposible escaparse de allí.

Centenares de millas de tirras salvajes, bárbaras, se extendían entre el templo de Cheng Shuan y la costa. A un europeo le sería imposible hacer semejante viaje luchando con los innumerables enemigos que le cortarían el paso y que, sin duda alguna, le harían perecer por valiente y temerario que fuese.

En consecuencia pensó Frank que no debía tener grandes esperanzas. Teng Loo le trataba bien, no porque le inspirase ningún sentimiento bueno sino porque, cuando llegase el momento consideraría que era su deber apaciguar la cólera de los dioses ofreciéndoles un aceptable sacrificio.

Frank no podía imaginarse siquiera en qué forma se realizaría el sacrificio o de qué modo le darían muerte.

Sin embargo, los cuadros y las esculturas que en el templo ofrecían distintos ejemplos de muerte eran todos horrendos y hacían suponer que se trataría de una muerte muy dolorosa.

Había leído hacía mucho tiempo que en la ciencia de la crueldad aplicada a sus cautivos eran los chinos consumados maestros, utilizándo medios tan dolorosos como el de meter cuñas pequeñas de madera dura, debajo de las úñas de los dedos, haciendo caer agua gota a gota sobre la cabeza del cautivo hasta que la víctima perdía la razón o haciendo tragar el desdichado preso manjares mezclados con vidrio en polvo que producían desgarramientos e inflamaciones internas que lo hacían morir en medio de los más tremendos dolores.

En el templo veíanse representados otros ejemplos de diabólica crueldad, pero Frank no quiso fijarse mayormente en ellos. Lo único agradable por el momento era que aún había tiempo disponible, que Joe, Dick y Harry tenían tiempo para acudir, — acompañados por algunos otros amigos, — en su socorro, sucediera lo que sucediera.

—Me parece que lo mejor que puedo hacer, — pensó Frank cuando se aproximó la noche, — es esperar lo más serenamente a que llegue el fin del terrible plazo. Entonces, o poco antes, intentaré una fuga y tal vez me favorezca la suerte. Mientras tanto nada me costará estudiar lo que me rodea y preparar lo que pueda preparar para mi escapatoria.

Sus conocimientos de geografía universal le permitían calcular que del lado sudoeste de donde él se encontraba, quedaba la mística región del Tibet y que como pudiera cruzar ese salvaje y misterioso país llegaría a la parte Norte de la India Inglesa donde encontraría gentes de su raza y de su sangre deseosas de auxiliarle en cuanto pudiera necesitar.

Era una tarea agradable la de trazarse planes por fantásticos e irrealizables que fueran. Pensando en esos planes dejaba, al menos, de pensar en su lamentable posición del momento.

El grave y vibrante tañido de un enorme gongo, resonando de uno en otro templo anunciaba que había llegado la hora de cerrar los diversos portones y de retirarse los peregrinos a sus propios alojamientos.

Cuando los peregrinos abandonaron los patios y los centinelas y vigías ocuparon las torres de las murallas, volvió Frank a su confortable alojamiento y trató de descansar.

Pero ya fuera debido a la fatiga excesiva del larguísimo viaje, ya fuese lo sofocante de la atmósfera, la verdad fué que Frank no pudo conciliar el sueño.

Hasta después de la media noche se volvió una y otra vez en su lecho de seda y por último, cansado de estar acostado con los ojos abiertos en la oscuridad, se decidió a encender una lámpara de petróleo y entretenerse leyendo.

Se encontraba ya en medio de la habitación cuando oyó de improviso un ruido extraño que vibró suave e insistentemente en medio del aplastante silencio de la noche.

En el primer momento le pareció que era el insistente zumbido que se produce en una usina eléctrica en funcionamiento, pero cuando transcurrieron unos minutos se

transformó en un zumbar acompasado cuyo volúmen aumentaba por momentos.

—¡Es un aeroplano! — decidió Frank y vistiéndose de nuevo abrió cautelosamente la puerta y salió.

El cielo azul de cobalto de la noche estaba tachonado de estrellas; en los valles lejanos el movimiento del follaje de los árboles producía un murmullo suave parecido al que produce el oleaje en una playa extensa y lisa.

Pero no era ese el rumor que había hecho que Frank saliera de su habitación. Un instante después oyó el ruido de antes; era el acompasado jadear de unos motores a explosión y procedía de algunos miles de pies de altura, en el cielo limpio de nubes.

Recordó entonces los días de la guerra en los cuales volaban sobre Londres los Gothas alemanes, dejando caer de vez en cuando, sobre los indefensos habitantes de la ciudad, sus mensajes de muerte y de destrucción. Parpadeando, procurando vèr mejor en la oscuridad así esperó ver el rastro del fuego indicador de la caída de una bomba con la espoleta encendida.

Pero esto era sólo un sueño. Era verdad que por el límpido cielo volaba un aeroplano; pero su misión no podía ser la de arrojar bombas. Tampoco podía ser que llegara en su socorro porque mientras se hallaba a la intemperie, con la cabeza descubierta, mirando hacia arriba, el ruido menguó poco a poco hasta desaparecer por completo.

Con un gruñido de desengaño el muchacho se volvió y entró en su habitación nuevamente.

Cuando por fin la luz del nuevo día tiñó de gris las lejanías del horizonte del lado del este, Frank, que se había dormido por fin, despertó. El suceso de la noche anterior, el hecho que había despertado en él grandes esperanzas, acudió a su mente pero lo creyó un sueño que había pasado para nunca más volver.

No le quedaba, pues, más recurso que someterse a la situación en que se hallaba y esperar.

EL PLAN DE TREMORNE

Una sorpresa muy grata fué la que experimentó Joe Tremorne, cuando, después de su asombrosa fuga de la casa de los Bo Sings se encontró con Dick Polruán al que creía muerto, de pie, conversando animadamente con el joven Rawson, en la escalinata de entrada del hotel de Pekín en que se habían alojado.

—¡Supongo que no estoy hablando con un aparecido! — exclamó el marino estrechando cordialmente la mano del muchacho.

Dick se rió de buena gana.

—¡Está visto, Joe! Se necesitaría algo más que todo un ejército de chinos para matarme! ¡He pasado por las más maravillosas aventuras! ya se lo contaré todo después de haber comido. Pero vamos a ver... — y miró de pies a cabeza al marino y al negro Torta cuya aspecto no podía ser más deplorable; — me parece que la expedición de ustedes ha sido algo accidentada también. ¿Qué ha pasado Han estado ustedes dos en algún cinematógrafo donde había aglomeración de público?

Joe Tremorne frunció la nariz con aire despreciativo.

—¿Cinematógrafo? ¡Hemos pasado unos momentos en él mismísimo infierno! ¡De todo he probado! Hambre, rayos y centellas, asesinatos y muerte repentina. Y además toda la malicia y el odio de los chinos, su implacable crueldad y su tendencia a abrirle el vientre al prójimo. Salimos por fin de aquella casa y ojalá hubiéramos podido salir antes. Vengan a mi cuarto, muchachos, y les contaré todo mientras me quito esta ropa, me lave y me visto de persona. En cuanto a usted, — y se volvió hacia Torta, cuyo aspecto empezaba a llamar la atención de la gente, que se paraba a mirarlo, — hágame el favor de meterse en el hotel y no volver a salir a la calle hasta que yo le consienta que vuelva a hacer ostentación de su tenebrosa y carbonífera belleza física. ¿Me ha comprendido?

Torta se inclinó ante el enérgico mandato del marino y desapareció, metiéndose en el hotel.

Cuando estuvieron en el cuarto de Joe éste cerró la puerta por dentro y comenzó a quitarse su empapada ropa. Al mismo tiempo explicó a Dick lo que le había sucedido desde su desaparición de la sala del Dragón de Jade.

Joe terminaba de bañarse cuando Dick concluyó su relato. La voz del marino, en la que se notaba algo de emoción, se oyó por la abierta puerta del contiguo cuarto de baño.

—Entre nosotros, hijo mío, hemos hecho bastante daño. Torta y yo hemos destruido parte si no toda la casa de los Bo Sings. Sólo Dios sabe cuántos de esos tipos de cara de color de limón han ido a unirse con sus antepasados. Creo que cuanto más pronto nos vayamos de Pekín, camino del interior, mejor será.

—Y del Silfo, ¿qué me dice? — preguntó Dick, pensativo. — ¿Será prudente dejarlo cómo y dónde está hallándose Rathbone paseándose por las cercanías?

—No, — contestó Tremorne. — Lo que Rathbone se proponía era apoderarse del vapor y quedarse con él como compensación si no podía apoderarse del Buda de oro. El Silfo costó cuarenta mil libras y si eso nos costó a nosotros eso vale para él. Supongo que tiene el plan de embarcar en el Silfo una tripulación de facinerosos de nacionalidades surtidas y dedicarse a la piratería a la moderna. En vista de eso, he decidido que Pengelley y Mac se llevan el vapor al puerto de Hong Kong y allí lo dejen bajo la custodia de las autoridades navales hasta que hayamos rescatado a Frank y podamos regresar a Inglaterra.

—Encontraremos a Frank sin dificultad si seguimos las instrucciones que por escrito

En medio de la multitud varios hombres llevaban en brazos a un joven aviador vestido de cuero y con las orejas del casco levantadas.

nos dió Wong Li, — dijo Dick. — Pero ¿dónde está el Buda de oro?

Joe, que se había puesto camisa con pechera planchada y un traje flamante, avanzó, cepillándose vigorosamente su cabellera gris.

—El Buda de oro está aquí, joven, dentro de mi querido cosquillea-costillas. ¡Dios mío! ¡Qué hermosa es mi morisca lámpara! — exclamó, mirándola con orgullo. — No es un encanto? La quiero tanto que cuando vuelva a Europa creo que voy a donarla al Museo Británico, que fué fundado por mi abuelo, como el más terrible mecanismo para destruir cabezas que se ha inventado hasta nuestros días.

Dick tomó la terrible arma y la limpió un poco, pues estaba sucia a consecuencia de lo mucho que la había utilizado el marino aquel día.

—Haga caso de mi consejo, cuanto menos hable de eso mejor será, no sea que sin saber cómo vaya a encontrarse colgado de una soga con un nudo corredizo en la parte de abajo.

—¡Eso jamás, joven! — replicó Joe enfáticamente. — Ese destino sólo está reservado al último de los Pelruán. Nosotros, los Tremorne, marinos todos de espaldas a la pared y haciendo frente al enemigo. Recuerdo en este momento que cuando el hijo del hermano de mi tío segundo fué fusilado en la cubierta de la nave Victoria, por haber querido convencer a lord Nelson de que no debía pelear con sus enemigos, superiores en número...

—No nos importa ahora lo que le pasó a la tía de su tío segundo. — replicó Dick. — Lo que ahora me interesa es saber a qué obedece toda esa gritería.

De la calle principal, en la que se hallaba el hotel y a la que daban los balcones de los cuartos en que se encontraba, subía en confusa gritería, el ruido de miles de voces. De vez en cuando se distinguían algunos ¡hurras! lanzados por sonoros conjuntos de voces, rasgando el suave aire de la tarde.

—¡Ya sé que es eso! Es la muchedumbre que quiere saludar a los héroes que le han dado un buen golpe a los temidos y airados Bo Sings! — exclamó Joe con orgullo. Dick: deje paso. El gran Tremorne avanza para saludar al pueblo agradecido que lo ovaciona.

—¡Vaya usted si quiere! — exclamó Dick — ¡Esa gente no se ocupa de usted ni poco ni mucho!

—¿No?

—¡No! Un grupo de europeos lleva en brazos a uno que viste uniforme de aviador. ¡Y vienen hacia el hotel!

Rawson se unió a Dick y a Joe, que salieron al balcón y mirando hacia abajo vieron

la calle lena de gente. En medio de la multitud varios hombres llevaban en brazos, como Dick lo había dicho, a un joven aviador vestido de cuero y con las orejas del casco levantadas. Tenía las manos y el rostro sucias de aceite y los ojos irritados. Sonreía saludando a los que lo vitoreaban, inclinando la cabeza para agradecer los aplausos.

Entre la muchedumbre un chinito de larga blusa se abrió paso desplegando un cartel grande y amarillo en el que se leía en grandes letras negras.

"Primer aviador que cruza China. Llegó a Pekín".

Dick abrió la boca, atónito y asombrado.

—¡Esto sí que es magnífico! — exclamó

- ¡Ese sí que es un raid más grandioso que el de Londres a Nueva York! ¿No le parece Joe?

—¡Ya lo creo! — dijo el marino, dándole a Dick una palmada en el hombro tan fuerte que casi lo arroja a la calle desde lo alto del balcón. — ¡Con seguridad a la hora de comer, se reunirá todo lo mejor de Pekín en el hotel!

Pero a la hora de comer no sucedió lo que había supuesto el viejo marino.

El joven aviador, que correctamente vestido de etiqueta parecía casi un muchacho, se sentó a la mesa sin más compañía que la de su mecánico, su observador y un par de amigos. Fuera de levantarse dos ó tres veces para estrechar la mano de algún entusiasta admirador soportó muy tranquilamente los honores que le brindaron.

Tremorne parecía hallarse sumamente preocupado. Casi no pronunció una sola palabra durante la comida aun cuando Dick y Rawson lo bombardearon a preguntas. Por último, sin embargo, cuando ya habían terminado de comer, se levantó e inclinándose hacia Dick, dijo muy tranquilamente.

—Ustedes dos, muchachos, pueden divertirse jugando a la bolita mientras yo voy a conversar dos o tres palabras con el aviador.

—¡Déjese de tonterías Joe! — replicó Dick. — ¡El aviador no le va a hacer caso a un viejo fósil como usted!

—Ocúpese de jugar a la bolita y cállese, chico atrevido, — replicó . — Yo sé lo qué voy a hacer.

Dicho eso avanzó decididamente hacia la mesa del joven aviador y le tendió la mano, sonriendo.

—¿Me permite usted que me presente yo mismo, teniente Abbs — dijo. — Soy el capitán Joe Tremorne de la Real Reserva. ¿No oyó hablar nunca de mí? Pues bien; poco importa. Yo he oído hablar de usted y hablar muy bien y basta. ¿Quieren usted y sus amigos admitir mi invitación a una copa y un cigarro?

Abbs sonrió amablemente e indicó a uno de los mozos que acercara una silla.

—Es usted muy amable, capitán Tremorne, — dijo, tomando la caja de cigarros que le era ofrecida y pasándola luego a su compañero. — ¿Puedo serle útil en algo, capitán?

Joe apoyó ambos codos en la mesa y comenzó a hablar como quien trata de negocios.

—Tal vez diga usted, después de oírme que soy un viejo atrevido, pero el que no se arriesga no pasa la mar y el que nada pide, nada obtiene, — comenzó: — Voy a comenzar por dirigirle una pregunta muy sencilla. Si usted la juzga impertinente, no la conteste. Esta hazaña suya, la de cruzar la China en aeroplano ¿la hace usted por la gloria o por dinero?

El teniente Abbs abrió tamaños ojos.

—¡Bendita sea la hélice! ¡Claro que por dinero! — contestó. — Nosotros, — e indicó a sus compañeros, — saldamos cuentas con la gloria cuando se terminó la guerra, Harkness y yo construímos este nuevo aeroplano en la India. Pretendemos que es la mejor máquina para largas distancias que existe, pero el gobierno de la India no ha querido reconocerlo. Para demostrar que era verdad lo que decíamos, decidimos hacer un vuelo de Peshawar, que esté cerca de la frontera del Noroeste, a Pekín, Realizamos el viaje en ciento veinticuatro horas de vuelo.

Tremorne se mostró entusiasmado.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! Y ahora que usted ha realizado la hazaña supongo que el gobierno de la India le comprará varios aeroplanos.

—Así lo espero, — capitán Tremorne, — dijo Abbs. — Bartram, Harkness y yo hemos sufrido inconvenientes por la escasez de capital y aun nos hallamos en dificultades. Necesitamos cincuenta mil libras para instalar la fábrica y producir los aeroplanos en buenas condiciones comerciales. Supongo que usted no podrá ayudarnos a ese respecto.

La pregunta parecía inútil. Un capitán de marina no es generalmente hombre que posee cientos de miles de libras.

Joe cerró el puño y golpeó en la mesa.

—¡Señores, han hallado ustedes al hombre a quien necesitaban: Da la casualidad que más por buena suerte que por otra causa, el dinero es algo que no me preocupa Tengo mucho más de cuanto puedo gastar. Voy a darle a usted las cincuenta mil libras que necesita en pago de algunos días de servicio. No; no quiero acciones de su empresa ni nada por el estilo. Quiero que haga usted algo, que usted y su aparato se pongan a mis órdenes durante un par de semanas y salga bien o mal nuestra empresa, usted tendrá sus cincuenta mil libras.

El teniente Abbs miró detenidamente a Joe. El marino no tenía aspecto de ser un vicioso del alcohol pero...

—Me parece que ya es hora de que nos retiremos a dormir, — dijo Abbs a Harknes.

Joe se interpuso.

—Señores: hablo en serio. El Banco Británico de Pekín tiene un crédito a mi favor de ciento veinte mil libras. Tengo un vapor anclado en el puerto, que vale cuarenta y cinco mil. Estos son mis documentos. Aquí está la carta de crédito contra el Banco Británico de Pekín, a que me he referido. Examinen ustedes estos papeles y díganme si estoy o no en condiciones de pagar lo ofrecido. Si se declaran satisfechos, expicaré mi plan.

Joe Tremorne avanzó decididamente hacia la mesa del joven aviador y le tendió la mano, sonriendo.

Abbs examinó los documentos que le dió el marino, los pasó luego a sus amigos y manifestó después en tono muy serio.

—Supongo que usted no exigirá de mí que le entere de los detalles de construcción de mi motor, que constituyen la base de mi invento y de la superioridad de mi aparato.

—¡No! — exclamó Joe. — Yo lo único que deseo es poder utilizar el aeroplano durante... Supongamos dos semanas. ¿Cuántas personas pueden ir en su aparato además de usted y del mecánico?

—Tres, — contestó el aviador.

—¡Muy bien! — dijo el marino. — Es suficiente. He aquí los hechos. Un joven pariente mío, primo del jovencito que estaba conmigo... el que está allí, — e indicó a Dick. — se halla cautivo en un templo de la provincia de Cheng. La distancia que hay entre Pekín y ese templo es algo así como dos mil millas. El viaje nos ocuparía de quince a diez y seis semanas. No hay ferrocarril más que en las primeras cuatrocientas millas. Si usted puede llevarnos en su máquina podremos llegar a nuestro destino después de cinco o seis días de vuelo. Si usted puede llevarme a mí y a uno de mis amigos aun nos quedaría un sitio disponible para la persona a quien vamos a buscar.

— ¿Y el dinero? — preguntó Abbs, que aun

no se atrevía a creer que fuese verdad tan asombrosa oferta.

—El dinero, — dijo Tremorne, — le será entregado a usted antes de su partida, en dólares o en libras esterlinas, como usted lo prefiera, acreditándoselo en cuenta en el Banco Británico de Pekín o entregándoselo en monedas o billetes de banco a su elección. Y ahora veamos: ¿qué me contesta? ¿Trato hecho o no?

Abbs miró a Harkness y Harkness a Bartram y ambos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Trato hecho! — exclamó el aviador.

—Perfectamente, — dijo Joe levantándose. — Mañana a las diez de la mañana lo esperaré en el vestíbulo para que vayamos juntos al Banco Británico de Pekín y lo dejemos todo arreglado, Partiremos, si usted no dispone otra cosa, antes de que hayan transcurrido cuarenta y ocho horas.

A TIROS EN EL AIRE

Joe Tremorne regresó a la mesa donde Dick y Rawson lo esperaban con creciente impaciencia, con una sonrisa de satisfacción y de contento en el curtido rostro.

—Todo ha quedado arreglado satisfactoriamente, — dijo, sentándose en su silla y encendiendo un nuevo cigarro. — He combinado con mi amigo el aviador todo lo necesario para hacer un lindo viaje de placer en aeroplano, por el interior de China.

—¿Qué dice que ha hecho ?— exclamó Dick volviendo la cabeza para mirar al teniente Abbs que en aquel momento hablaba con sus amigos de la buena suerte que de improviso se le había presentado.

—Partiré de Pekín mañana antes de medio día y usted tiene que firmar en el rol de la tripulación como oficial, — dijo Tremorne, dirigiéndose a Dick. — Rathbone y su gente se han mostrado demasiado activos en los últimos tiempos. A consecuencia del robo del Buda de este hotel los dos estuvimos a punto de perecer en la casa de los Bo sings después estuvieron a punto de apoderarse del Silfo sin contar con que casi mataron a todos los de la tripulación. No me encanta la idea de viajar durante dos meses por el interior de este país, así que he convenido con el teniente Abbs que nos lleve a los dos, volando, hasta el templo de Cheng.

—¡Demonio! ¡Esa sí que ha sido una excelente idea! — exclamó. — Pero es una lástima dejar aquí a Harry. Podía yo quemarme...

Tremorne movió negativamente la cabeza.

—Usted debe dejar en mis manos la distribución de las fuerzas, joven. Usted joven Dick, ya estuvo antes en China, cuando andábamos en busca del tesoro de Amós Polruán, así que conoce bastante de su idioma y eso es "cinema qua non", como decíamos cuando estábamos estudiando latín en la universidad de Oxford. Harry se quedará encargado de las cosas de aquí, de cerrar nuestro equipaje y volverlo a bordo del Silfo. Pengelley y Mactavish recibirán orden para renovar las provisiones y tener el vapor en condiciones de lanzarse a la mar inmediatamente. Creo que antes de que termine la próxima semana Frank estará en Pekín junto con nosotros que estaremos de regreso, en condiciones de tomar un cepillo, quitarnos del calzado el polvo de las calles de esta capital y embarcar.

—¿En menos de dos semanas? — preguntó Rawson con incredulidad. — Es asombroso!

—Sin duda, — afirmó Joe Tremorne. — ¿Y por qué no? El aeroplano puede hacer el viaje de ida y vuelta en menos de una semana. Solo hace falta llegar al templo, ver donde queda el altar del Buda y poner su ídolo en él, no sin antes haber solicitado la entrega del joven Frank Polruán, cautivo de aquellos fanáticos chinos. Una vez hecho eso nos instalaremos de nuevo en el aparato junto con Frank, volveremos la espalda a China y el rostro a nuestra casa.

Joe Tremorne había tenido razón al decidir para lo más pronto posible su salida de Pekín, en aeroplano,, para el interior del país.

Si las alas de los terribles Bo Sings habían sido chasmuscadas debido a la muerte de su jefe y de varios de los miembros de la cofradía y al incendio y destrucción de parte de su palacio, esto no quería decir que no hubieran quedado los bríos necesarios para vengarse y para tratar de apoderarse una vez más del valioso Buda. Era de suponer, pues,, que los aventureros serían atacados en el momento menos esperado, por una de las bandas de facinerosos más peligrosos de toda China.

Mactavish y Pengelley recibieron las correspondientes órdenes; Tremorne pagó la cuenta del hotel; Rawson se quedó para regresar con Torta a bordo del vapor y a las diez de la mañana del siguiente día Dick y Joe, bien abrigados con sus trajes de cuero, estuvieron prontos para emprender el largo vuelo.

Cuando llegaron al campo de aviación de la Compañía Internacional de Transportes Aéreos, Joe, — cuyo equipaje se componía tan sólo de una pequeña valija de mano y de su adorada lámpara morisca dentro de la cual llevaba el Buda de oro, — encontró al teniente Abbs y a su mecánico prontos ya para emprender el vuelo.

—Está en perfectas condiciones y revisado de extremo a extremo en todos sentidos, — dijo al marino, indicando el aeroplano al que varios hombres rodeaban en aquel momento, sacándolo de uno de los grandes galpones. — El tiempo se presenta excelente para volar y nos conviene partir lo más pronto que nos sea posible.

Joe inclinó afirmativamente la cabeza y seguido de Dick, se dirigió a donde estaba el aeroplano.

Subió, mediante una escalera de madera y fué a sentarse en uno de los sitios delanteros, a espaldas del piloto. Dick siguió inmediatamente su ejemplo.

Aun cuando no era aquella la primera vez que viajaba en aeroplano. Dick sintió un es-

calofrío de emoción cuando el teniente Abbs tomó el extremo de la palanca de manejo y después de mirar el indicador, gritó: — "¡Contacto!" y luego: "¡Fuera contacto!" Harkness, desnudo de medio cuerpo arriba hizo girar la soberbia hélice.

Después de varias fracasadas tentativas, el poderoso motor comentó a funcionar y el tranquilo silencio de la apacible mañana fué rasgado por una serie de sonoros estallidos; nubes de humo blanco brotaron del tubo del escape y casi antes de que Harkness se hubiera puesto el saco y hubiese ocupado su asiento, el aeroplano había empezado a rodar suavemente por el alisado piso de la playa del aeródromo.

Después de recorrer así un centenar de yardas el aparato se inclinó, alzando la proa, obediente a una maniobra de Abbs, y comenzó a ascender, realizando un magnífico "decollage".

Dick se inclinó hacia atrás en su asiento, gozando de la agradable sensación que experimentaba en aquel instante. Le parecía que el aparato se deslizara por un plano ascendente interminable y liso. Joe Tremorne dijo que le parecía que encontraba sentado en un automóvil Rolls-Royce.

La extensión oscura de la tierra se fué alejando como si se hundiera corriendo hacia atrás; las personas disminuyeron de tamaño hasta que no las vieron más grandes que hormigas. El ruido del escape se transformó en un acompasado rugido y el aeroplano, situándose horizontalmente en la atmósfera, avanzó por el espacio a razón de más de cien millas por hora, o sea más de ciento sesenta y seis kilómetros.

Al poco rato la ciudad de Pekín, con su al parecer interminable extensión de tejados rojos y de relucientes pagodas, con sus extensas murallas de circunvalación que ondulaban por valles y colinas, se perdió en medio de una niebla grisácea, en el remoto horizonte.

Al cabo de una hora de vuelo, Abbs tomó como guía el tortuoso curso del río Pet Ho y lo siguió durante toda la mañana. A unas cuatrocientas millas de la desembocadura de ese río, el aspecto del terreno comenzó a cambiar visiblemente. A la agreste y salvaje llanura seguía una región de valles fértiles y de suaves colinas cubiertas de verde vegetación.

A la una de la tarde, el teniente Abbs hizo que el aparato se elevara a una altura de cuatro mil pies (1219 metros). Frente a ellos se alzaba una línea irregular de montañas y apareció el caldeado aire que los envolvía.

Cruzaron aquella barrera de montañas a las dos y media y volaron luego sobre una extensión de tierra salvaje en la que sólo se veía una que otra aldea y una que otra casa, baja y extensa, de las construídas con adobes de barro amasado y secado al sol, y blanqueadas con cal.

Abbs escribió unas líneas con lápiz en una hoja de un block que llevaba para eso y le dió la hojita a Tremorne, que se la pasó a Dick. El muchacho leyó en ella lo siguiente:

"Es imposible descender en sitios como estos. Es una región de bandidos de lo más peligrosos y agresivos. Nos detendremos para almorzar unas doscientas millas más adelante".

Dick empezaba a sentirse somnoliento, lo que no tenía nada de extraño, pués era el lógico efecto del aire puro y del ruido constante y realmente adormecedor del motor.

Sintió, pues, una natural alegría cuando llegaron a verse sobre un territorio diferente y, después de efectuar un detenido reconocimiento, el teniente Abbs maniobró de manera que el aeroplano aterrizó con toda felicidad en medio de un extenso plantío de arroz.

En cuanto el aparato tocó tierra saltaron al suelo los pasajeros, moviendo piernas y brazos, para desentumecerlos y restregándose luego los doloridos ojos.

—¡Magnífico! ¡Esplendoroso! — exclamó el marino, danzando un aire extravagante para dar agilidad a sus acalambradas piernas. — ¡Lo felicito, teniente Abbs! ¡No hubiese podido realizar un vuelo mejor ni aún yo mismo, a pesar de que durante la gran guerra yo fuí considerado como el "as" de los aviadores británicos!

—¡El as de los británicos embusteros! — le interrumpió Dick, pues sabía que en toda la duración de la guerra Joe Tremorne no había subido ni una sola vez en aeroplano.

—¡Pues es un hecho! ¡Un hecho innegable! — insistió Joe Tremorne. — ¿No fuí yo el elegido por las autoridades supremas para subir al cielo y tomar el mando de la escuadra aérea que se lanzó contra los Gothas alemanes que se proponían dejar el terreno donde ahora está Londres igual que un campo para sembrar papas? ¿Y no es cierto que entonces yo?...

—No es cierto que entonces usted hiciese absolutamente nada, — dijo Dick suavemente. — No le crea usted ni una sola palabra de cuanto diga a ese respecto, señor Abbs. Probablemente no querrá probar nada de comer porque se alimenta de embustes y las mentiras lo engordan.

Abbs miró a Harkness y luego dirigió una interrogadora mirada al marino. El joven aviador empezó a preguntarse si los créditos que Joe le había traspasado frente al gerente del Banco de Pekín no resultaría embustes.

—El hecho es, — dijo entonces el viejo marino, — que mi joven sobrino, aquí presente, tiene celos de mis proezas. Si ustedes fueran a creerle resultaría que no combatí al lado de Nelson en el Nilo ni estuve con el general Grant en Sebastopol. Pero si usted va ahora a cualquiera de esos sitios, verá usted mi nombre en las lápidas mortuorias del cementerio. ¿Qué mejor prueba pueden exigirme?

—Hubo en un tiempo, — observó Dick, sentándose en el suelo dispuesto a gozar del almuerzo campestre cuyas provisiones había sacado Harkness del depósito situado en el

"fuselage" del aeroplano, — cierto verídico caballero que se llamaba Ananías y que dejó gran número de descendientes. Mi estimado amigo el capitán Joseph Tremorne, aquí presente, se aloja bajo la misma divisa del mencionado Ananías y su buena esposa Safira. Cómase este huevo cocido, Joe, y recuerde las famosos palabras de su tío abuelo segundo, el gran Jorge Washington.

Esto tuvo por efecto hacer que Joe Tremorne permaneciera en silencio durante el resto de la comida.

A eso de las tres de la tarde el aeroplano "soltó sus amarras" volando luego más de seiscientas millas antes de que la creciente oscuridad hiciera que Abbs pensara en aterrizar.

No era problema de fácil solución el decidir dónde convenía aterrizar, porque la vasta llanura de Quan Lien está muy poblada y en cualquier parte donde descendiera el aparato se vería rodeado a los pocos minutos de gente hostil. Cada vez que Abbs hizo que el aeroplano se acercara un poco a tierra, en seguida se reunió gente cuyos ademanes indicaban que los aviadores no serían recibidos con grandes manifestaciones de simpatía.

Todos aquellos chinos estaban armados de hachas y de largos cuchillos y algunos tenían escopetas de modelo antiguo, recuerdo de la última rebelión de los "boxers" y con ellas hicieron algunos disparos hacia "el pájaro de los diablos extranjeros" en cuanto consideraron que lo tenían a tiro.

Después de tres tentativas que tuvieron igual resultado, Abbs se convenció de que no le quedaba más recurso que alejarse algo más hacia el oeste y acrecentando la rapidez del aparato cruzó la cordillera de Lien Nien y aterrizó sin inconveniente en un espacioso claro a un lado de un bosque de pinos.

—No tenemos por qué preocuparnos, — dijo Joe, cuando ya estaba encendida la hoguera del campamento, pues las noches eran frías y además era necesario precaverse contra las fieras del bosque. — Disponemos de sobrado tiempo. Antes de que termine la próxima semana tendremos a Frank a bordo del Silfo y el Buda de oro estará tranquilamente instalado en el altar del templo de Cheng Shuan.

—No me importará ni poco ni mucho saber que Frank se encuentra en seguridad, — dijo Dick, con toda seriedad. — Me parece que hace ya un siglo que desapareció del castillo de Polruán y no es posible saber lo que habrá sufrido en manos de esos infames chinos, que son capaces de todo. Y no me hago grandes ilusiones sobre el resultado final de nuestra misión. No estoy seguro de que, después de haber colocado el Buda de oro en el altar, los señores Bo Tangs pongan en libertad a Frank, entregándolo.

—¡Por todos los diablos! — exclamó Tremorne. — No pensé jamás en que eso era posible. Los altos mandarines con quienes hemos tenido ocasión de tratar, se han mostrado siempre los más perfectos caballeros y sería muy extraordinario e inesperado que después de haber entregado nosotros la mercancía exigida, no nos dieran lo que deben darnos en cambio.

Dick lamentó más adelante haber sembrado la idea de esa duda en la mente del viejo marino, pues se dió cuenta, a medida que iban acercándose a su destino, de que Joe Tremorne se sentía cada vez más y más intranquilo.

La verdad es que constituían un grupo muy reducido e inadecuadamente armado y en condiciones de ofrecer muy poca resistencia a una furiosa horda de chinos homicidas. Bien podía resultar, — y Joe Tremorne pensó en ello repetidas veces, — que aun cuando hubieran puesto el Buda de oro en el altar del templo de Cheng, los adoradores del ídolo, siempre inclinados a los desbordes del fanatismo, decidieran vengarse, en ellos, de todo cuanto suponían o sabían que les habían hecho los blancos.

—Lo mejor en este caso, es proceder con la mayor rapidez posible, Abbs, — dijo al aviador poco antes de entrar el aparato en el último trozo de su viaje. — Según los planos que me facilitó el mandarín, el templo está rodeado por una explanada y en ella debemos hacer entrega del ídolo, tan pronto como Frank no sea presentado. Conviene que usted no pare el motor, de modo que tan pronto como Frank haya puesto pie en el aeroplano, pueda usted lanzar su aparato hacia las alturas antes de que esos tipos de rostro color de limón, tengan tiempo para darse cuenta de lo que está sucediendo.

Abbs tomó nota mentalmente de las instrucciones del marino y después de subir hasta una buena altura, viró hacia el sudoeste a gran velocidad.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	**$ 9.00**
Otros países	**„ 12.00**

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

El viejo.—Tengo un perro que después de dos horas de haber salido yo de casa, me encuentra por el olor de mis huellas. ¿Qué le parece a usted?

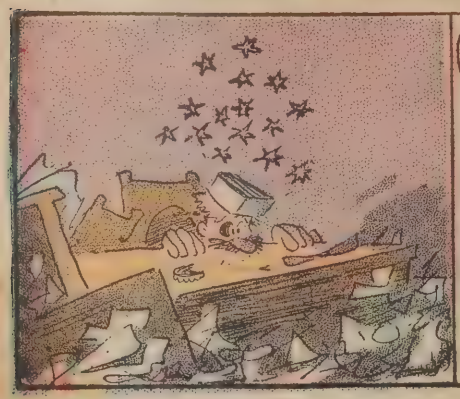
El joven.—Me parece que debiera usted tomar un baño.

En el próximo número de PUCKY:

LA BANDA TRÁGICA EN LIBERTAD - Aventuras de Sexton Blake

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT POR BILLY DEBECK

Sr. Pipermit:
Si usted quiere traerme al niño que ofrece, yo me haré cargo de él. Soy la esposa de un hombre de negocios que posee una gran fortuna. No tenemos hijos y todo nuestro cariño y nuestro dinero serán para él. Lo espero esta tarde sin falta. Atte. le saluda.
Brunilda Secante de Grupo



SE OFRECE UNA CRIATURA

¿NO HABRA UN RINCONCITO EN ALGUN HOGAR PARA ESTE POBRE NIÑO QUE OFRECE PIPERMIT?

PORTE PAGO
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
No. 435 AÑO XII
ENERO 29 DE 1932
BUENOS AIRES
20 cts.
La BANDA TRAGICA en LIBERTAD
Aventuras de SEXTON BLAKE

Nº 435 BUENOS AIRES, ENERO 29 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

AVENTURAS DE SEXTON BLAKE

La BANDA en LIBERTAD

Por G. H. TEED

I

LA FUGA

LA sublevación se produjo en la Cárcel de Alconquin County a las diez y ocho y cuatro minutos.

No pudo elegirse mejor momento para los que conspiraban afuera o para sus cómplices dentro de las paredes de la prisión.

Empezaba a obscurecer. Los guardias se cambiaban a las diez y ocho. El primer relevo de la noche no tenía tiempo en aquellos cuatro minutos de acomodarse. Era pues un instante de momentánea confusión en la rutina, que sólo podía ocurrir cuatro veces, durante las veinticuatro horas. Y aquel período particular era por muchas razones, más favorable para cualquier tentativa de evasión que los otros tres.

La señal de la sublevación fué un tumulto que se produjo en el anexo o ala nueva de la prisión, donde estaba la enfermería, lo mismo que la hilera de celdas para los presos que no cabían en la otra parte de la cárcel.

¡Fuego!

Doscientos penados que se hallaban en aquella ala repitieron el grito. De la enfermería salían grandes nubes de humo que eran arrastradas por el viento hacia el corredor pavimentado de piedra y llegaba hasta la gran galería, cerrada por alambre tejido, que formaba el rectángulo interior.

Piso por piso, el espacio estaba cerrado con tejido de alambre, para que ningún preso desesperado pudiera precipitarse sobre las piedras del patio inferior. Pero las mallas dejaban pasar el humo, que empezaba a formar una intensa niebla.

Salía de la enfermería, donde los hombres gritaban, maldecían y trataban de abrirse paso, a través de las puertas de acero que los detenían.

Aquel tumulto espantó a los guardias; los confundió y desorientó un breve momento la conmoción repentina que alteraba el orden habitual de la cárcel.

Era con esta breve alteración de la disciplina que contaban para triunfar los complotados.

Pero había algo más que el humo, gritos y maldiciones de la enfermería. A través de la niebla, aparecieron figuras borrosas, rostros cubiertos con trapos mojados, ojos feroces en que la intención de matar asomaba sobre las vendas, manos que empuñaban pistolas automáticas, escopetas y, en dos casos, rifles automáticos el arma más mortal que puede ser manejada a mano.

El tumulto era cada vez mayor. El ruido de los golpes en las puertas de acero ensordecía, extendiéndose ahora al edificio principal, a todos los pisos.

Los guardias corrían de acá para allá, todavía presas del pánico, todavía sin escucharse la voz autoritaria que los volviera a la ordenada disciplina.

El relevo que se había despedido fué llamado; un jefe de guardianes, aturdido, corría hacia la oficina de guardia; alguien

tuvo sangre fría suficiente para tocar la campana de alarma, que resonó a través del gran edificio, como acompañamiento discordante del tumulto.

Luego, en la espantosa confusión, se oyeron las detonaciones siniestras de las armas, las agudas e intermitentes de los automáticos; las más roncas de las escopetas, las penetrantes y mortales de los rifles.

Un guardián, el que estaba más próximo a la entrada de la enfermería, levantó los brazos y cayó de boca, el cuerpo atravesado por una descarga de escopeta; un segundo guardián, usando su propia arma afrontó valerosamente las descargas de los amotinados por una fracción de segundo, antes de entrar en la eternidad.

Otros tres guardianes corrieron en línea convergente por la galería, con ojos desesperados, pero en valoroso cumplimiento de su deber. Nunca se encontraron. La mortal descarga de los rifles automáticos abatió a dos de ellos. El tercero cayó también, acribillado de balas.

Ahora que la primera humareda había pasado, un observador sereno hubiera notado que no salían más nubes de humo de la enfermería; a las primeras llamas no habían seguido otras.

Pero detrás o mejor dicho, más allá de la todavía remolineante cortina de humo, otros hombres trabajaban con febril actividad, doblemente protegidos ahora que se disparaban tiros.

Dos de ellos habían salido también de la enfermería. Un tercero llevaba todavía su uniforme de guardia; pero el cuarto, que se movía rápidamente e iba de puerta en puerta, con un gran manojo de llaves, se había quitado el saco y gorra de uniforme; en su camisa gris, de lana, aparecían obscuros parches de sudor, mientras trabajaba con la llave maestra, abriendo celda tras celda y permitiendo que un grupo de presidiarios, desesperados, fuera a unirse, a través de la cortina de humo, con los cabecillas del motín.

Este hombre, con cabeza de bola, tipo de criminal él mismo, había llevado hasta diez minutos antes las insignias de capataz de guardias. Ahora, si no hubiese sido por los pantalones azules con franja marrón, se le podría haber tomado por el jefe de los presidiarios amotinados.

Una y otra vez dirigía una mirada, furtiva y temerosa, al hombre que le seguía de cerca, dándole prisa, un hombre que vestía aún la ropa de los pacientes de la enfermería.

Ahora, en la planta baja, el jefe de guardianes, había entrado en escena. En su oficina, el director de la prisión hablaba por teléfono, pidiendo refuerzos urgentes al pueblo de Algonquín, situado a unas tres millas de distancia. Había estacionada allí una compañía de milicia provincial.

Los guardias, que habían dejado el servicio a las diez y ocho, se habían organizado en la pieza del rancho. Los del relevo iban recobrando la serenidad, bajo las frías órdenes del jefe de guardias.

Durante todo este tiempo, los presos del piso alto del anexo se dirigían en masa hacia la escalera, aumentando su número a cada momento por los nuevos reclutas, procedentes de las celdas que se iban abriendo.

¿Cómo había estallado tan oportunamente aquel motín? ¿Cómo se habían provisto los presos de la enfermería de aquel arsenal de armas mortíferas? ¿Cómo se había producido, en el momento crítico, aquella densa nube de humo para aumentar la confusión y ayudar a los amotinados?

La respuesta estaba en la traición de aquel hombre con camisa de franela gris que poco antes recorría los corredores con uniforme de capataz de guardias.

En realidad, por espacio de muchos días se habían estado introduciendo en la prisión armas de contrabando y municiones, con la complicidad del capataz infiel y de otros dos guardias que habían vendido su honor por una gran suma de dinero. Media docena de bombas de humo, lo mismo que las armas y municiones, habían sido escondidas debajo de los colchones y en otros sitios de la enfermería.

No había fuego real. Pero sí un ansia de asesinato que todos los guardianes eran impotentes para dominar

---

Cuando el jefe de guardias logró dominar el pánico de sus hombres y estuvieron prontos para ascender la escalera, los presidiarios, en lo alto del cuarto tramo de escalera, a las órdenes de un gran individuo que llevaba un rifle automático, se disponían a bajar.

Ya las celdas del anexo superior estaban vacías. El ex capataz de guardianes y sus compañeros habían bajado por una segunda escalera y abrían las celdas del siguiente piso.

Estos nuevos reclutas se unieron a los primeros en la escalera principal. Dos guardianes hicieron un fútil esfuerzo para detener aquel torrente. Una descarga los derribó y, lanzando gritos salvajes, los amotinados pasaron sobre sus cuerpos.

Llegaron más presos a incorporarse a la refriega, mientras los de los pisos restantes seguían dando gritos y golpes para que les abrieran.

Como en un buque que choca y donde se ha roto el control central, el pánico se extendió con mágica rapidez. Sólo algunos de los que bajaban la escalera siguiendo a los cabecillas sabían la verdad de lo que ocurría, no más de media docena estaba en el secreto de como habían sido introducidas las armas.

Pero no era necesario que lo supieran. Aquella libertad era suficiente. La oportunidad de poder escaparse bastaba. Y como la mayor parte de los presos eran grandes criminales, el matar les parecía un precio barato por su libertad.

Los que no tenían armas se habían apoderado de lo que más a mano encontraron, bancos de sus celdas, sillas, las armas de los guardias asesinados. Los que ni eso tenían estaban dispuestos a usar sus puños y sus pies.

Entre el tercer piso y el segundo, los amotinados se encontraron frente a frente al jefe de guardias.

Aun frente a aquella turba enloquecida,

aunque vió las armas mortíferas de los que venían adelante, conservó la calma. Su voz resonó fuerte, fría autoritaria.

Ordenó a los presidiarios que se detuvieran, que volvieran a sus celdas; les prometió que si obedecían y entregaban las armas, sólo los cabecillas sufrirían un castigo disciplinario.

Un coro de carcajadas brutales le contestó. ¡Entregar las armas! ¡Volver a aquellas celdas infernales!

Apenas terminaron las risas y burlas, dispararon sus armas. El jefe de guardias no tuvo oportunidad de salvación. Se desplomó atravesado por las balas de los rifles automáticos. Tres guardianes cayeron junto con él. Luego, ante las súplicas de un capataz leal, bajaron uno a uno los escalones de piedra, devolviendo el fuego que se les hacía, mientras los presidiarios se precipitaban en masa contra ellos, sin importárseles el resultado con tal de dar un paso más hacia la libertad.

Los presidiarios no resultaron ilesos. Media docena de ellos cayó bajo el fuego de los guardianes; pero desaparecieron rápidamente debajo de los pies de los que les seguían.

Sin embargo, contra el fuego de los rifles automáticos, las armas de los guardias no podían triunfar. Tuvieron que retroceder hasta que los de la retaguardia llegaron al piso siguiente, donde se diseminaron, presas de pánico, sólo dominado al oír la voz del gobernador de la prisión, que subió el primer tramo de escalera, de a dos peldaños a la vez.

—¡Resistid! — gritó, dominando con su fuerte voz el tumulto. — No cedáis, hombres. Los soldados están en camino. Llegarán dentro de pocos momentos. ¡Hacedles otra descarga!

Era hombre de acción, tanto como de palabra. Se abrió paso entre los guardias, llegó a la fila del frente, descargando su automático rápidamente al mismo tiempo. Tiraba todavía cuando uno de los presidiarios se adelantó, con una escopeta en la mano.

Gritaba como un loco, maldiciendo al gobernador y quejándose de daños imaginarios. El gobernador le apuntó y tiró fríamente. El penado recibió la bala en pleno corazón; pero en el mismo momento en que la bala lo hería su dedo apretaba el gatillo de la escopeta. Las dos armas detonaron si-

La banda trágica...

Bajo el fuego mortífero de los rifles automáticos, los guardianes eran impotentes. En la prisión de Algonquin parecían haberse desencadenado los demonios del infierno.

multaneamente. El oficial cayó sobre la piedra.

Era el último desastre que se necesitaba para producir entre los guardianes un pánico salvaje. Ni siquiera el pensamiento de que se aproximaban los soldados en rápidos camiones pudo detenerlos. Se dispersaron y bajaron a tropezones el último tramo de escalera, seguidos por una lluvia de balas, gritos, maldiciones y el tumulto de los presos al bajar los escalones.

Desde el cuarto piso del edificio principal desde el tercero del mismo y de los segundos de ambos, salían nuevos torrentes de presos, ansiosos de vengarse de los guardianes, llenos de salvaje alegría ante el pensamiento de la libertad y atraídos de un modo misterioso por el gran presidiario que los dirigía y llevaba las llaves.

Los corredores de la planta baja se llenaron. Alguien encontró otra llave maestra en el bolsillo del jefe de guardias asesinado. Los que todavía estaban encerrados salían a medida que se iba abriendo celda tras celda. Una turba de más de doscientos hombres se hallaba ahora en libertad y prontos para cualquier fechoría.

Cuando las puertas, al fin del corredor principal, fueron abiertas, los presos desarmados se precipitaron hacia la salida; pero de pronto se encontraron ante los caños de los rifles automáticos, revólvers y escopetas. Los cabecillas del motín no iban a permitir que los revoltosos se les escaparan de las manos, los cabecillas marchaban, por cuidadoso cálculo, a cierto fin; los otros no eran más que simples instrumentos para ayudar a ese fin. El individuo grandote gritó sus órdenes:

—El primero que trate de adelantarse recibirá una carga de plomo — le oyeron rugir, obligando a escucharlo — Si atropelláis la puerta, obstruiréis la salida. Formaos de dos en dos y marchad en orden. Esos tipos de la milicia estarán aquí en cualquier momento y no nos será posible resistirles ¿entendéis? Rápidos, hijos de sapos con cuernos, y seguidme a la libertad.

Los contuvo. Los dominó. Lo obedecieron en cierto orden. El hombre y sus compañe-

ros los vigilaban atentamente, prontos a nacer fuego en cualquier momento.

Cuando el cabecilla estuvo satisfecho, hizo una seña a sus cómplices. Se dirigieron por un corredor más corto hacia las puertas principales. Allí se detuvieron, mientras uno de ellos introducía en la cerradura la enorme llave; luego los presos bajaron los anchos escalones y entraron al gran patio, gritando, maldiciendo como una turba de condenados del infierno.

A los pocos segundos, el patio estaba lleno de penados. Detrás quedaba el gran edificio. En los otros tres lados había altas paredes y más allá de dos de ellas, espesos bosques de pinos; detrás de la otra las extensas aguas del Lago Ontario, que mide doscientas o más millas de largo por cincuenta o sesenta de ancho

Arriba, en un extremo del edificio, el humo salía aún por una de las ventanas de la enfermería. Apenas se distinguía ahora que la obscuridad había arrojado su manto sobre la escena.

Unas pocas luces brillaban en el extremo de la prisión que ocupaban los guardianes; el resto del edificio aparecía obscuro, negro, siniestro.

Antes de que los fugitivos pudieran darse cuenta de lo que les esperaba, su atención fué solicitada por un poderoso reflector que iluminó la obscuridad, encima de sus cabezas. Un segundo y tercer rayo cayeron sobre ellos luego, por encima de la pared, saltaron los hombres de la milicia.

Lo que había ocurrido en la prisión era nada, comparándolo con lo que pasó ahora.

Una mirada fué suficiente a los milicianos para darse cuenta hasta que punto había triunfado la sublevación. Y aquella vista los hizo entrar rápidamente en acción.

Apenas fué necesaria una breve orden para que levantaran los rifles y empezara la primera de las terribles descargas que se sucedieron.

Los penados que habían matado a los guardias y a los dos jefes, se hallaron ahora ante una terrible fusilería. Los que habían llegado al límite de la desesperación y preferían la muerte a volver a encerrarse dentro de aquellos muros y afrontar la investigación que seguiría, se lanzaron contra el fuego mortífero de los rifles.

Otros acobardados ahora, temerosos de los resultados de su hora de locura, corrían aquí y allá, esperando vagamente que el gran cabecilla, con su terrible rifle automático volvería todavía la balanza en favor de ellos.

Pero Némesis pasaba por encima de la pared, a medida que iban llegando los camiones llenos de milicianos. No había modo de escapar a las balas. No podían volver a entrar a la prisión, porque un escuadrón de soldados, a las órdenes de un sargento, que había comprendido rápidamente eran las puertas un punto vulnerable, estaba ya delante de ellas, pronto a tirar sobre el primero que intentara atropellarlas. No podían hacer otra cosa que rendirse incondicionalmente.

Y mientras esta convicción se apoderaba de la turba, que tan fácilmente se había dejado seducir, los cabecillas ya habían pasado por encima de la pared, por medio de una escalera apoyada contra ella y corrían hacia el pequeño muelle de la prisión, donde un largo bote a motor los esperaba, con la proa apuntando hacia el medio del lago.

Uno por uno subieron abordo y desaparecieron dentro de la cabina. Sólo cuando el último estuvo a bordo, se dieron cuenta los soldados de su fuga; pero el bote ya estaba doscientas millas lago adentro y surcaba las aguas a la velocidad de casi cincuenta millas por hora. Doscientas millas más adelante, en sentido diagonal, estaba la multitud de islas conocidas por las Mil Islas y sólo tenían los fugitivos que burlar la persecución de cutters canadienses, de menor velocidad que la lancha a motor.

La banda, en cuyo beneficio fué planeada la sublevación de penados, había escapado espléndidamente. En la prisión quedaba, como recuerdo, una gran tragedia.

II

DECISION

Mademoiselle Roxane Harfield, sentada en el pequeño salón de su gran yate La Brise, contemplaba algunos de los testimonios de la ruina que había caído sobre ella. La magnitud del desastre de todos sus intereses financieros eran tal que ni siquiera un derrumbe general del mercado del mundo podía explicarla. La mala situación de todos los países, la desocupación en todas partes del globo, había naturalmente ayudado a la "debacle", si es que no había sido causa principal.

Pero el desastre mundial, aunque fuera causa de la baja de materias primas tales como el trigo, el cobre, el plomo, estaño, caucho y aún el oro, no podía traer consigo el sabotage a las dos minas de oro que eran la principal fuente de recursos de Roxane.

Ni tampoco la naturaleza podía estar de tal mal humor que enviara cataclismos, primero inundando la mina principal de Arroyos Gemelos y, segundo, haciendo volar e inundar la aún más rica de Arroyos Gemelos "Junior".

Aquellos desastres habían sido obra de hombres criminales determinados a arruinar a la joven que ahora estaba sentada, examinando papeles.

Entre los muchos que había esparcidos sobre el ancho escritorio de nogal, uno, de forma irregular, un recorte de diario, llamó más especialmente la atención de Roxane que los otros, los cuales eran simplemente fríos avisos de diferentes bancos y de sus agentes en Montreal.

El recorte tenía fecha de seis meses atrás y era, en sus líneas generales, idéntico a otros que ella poseía, narrando el mismo acontecimiento.

Era el relato de una de las sublevaciones de penados más sorprendes en la historia del Canadá. Se refería al motín en la prisión de Algonquin County, en la provincia del Lago Ontario, en el cual, gracias a la traición de un capataz de guardias y dos guardianes, una pandilla de malhechores había logrado escaparse. Otros, que habían sido sacados

de sus celdas, sin saber el verdadero plan que escondía el motín, habían tomado parte en él con fatales consecuencias.

Las pérdidas, tanto de parte de los presos como de los guardianes, habían sido graves. El jefe de guardias y el director de la prisión habían sido asesinados mientras intentaban volver a los presos a sus celdas.

Se sabía ahora que, gracias a la complicidad de los guardianes traidores, se habían introducido en la prisión bombas de humo, escopetas, rifles automáticos y municiones, ocultándolos en la enfermería, donde dos de los cabecillas habían conseguido hacerse instalar, fingiéndose enfermos.

El motín había sido sofocado con la llegada de los milicianos de Algonquin, pueblo que distaba tres millas de la prisión, situada en un sitio desolado, cubierto por espesos bosques, en la orilla del Lago Ontario.

Murieron más penados con la llegada de los milicianos. No hubo más remedio que matarlos. Y aun así, sólo después de llevar la severidad hasta el límite, se logró intimidar a los penados sobrevivientes lo bastante como para que se dejaran conducir a sus celdas.

Pero los cabecillas habían escapado. Eran seis, además del capataz de guardias traidor. Los otros dos guardianes infieles habían sido muertos en la refriega.

La identidad de los fugitivos añadió sensación al suceso, en Canadá y más allá de sus amplias fronteras. Porque sólo un año antes o cosa así, aquellos hombres habían sido sentenciados en un solo juicio, después de perpetrar estafas colosales y aun asesinatos, aunque, desgraciadamente, estos no pudieron probarse.

Había algunas personas — Sexton Blake el detective inglés entre ellas — que antes del juicio sabían algo de la historia de Roxane Harfield y de esos hombres que junto con otro más, ahora muerto, habían despojado a la joven y a su madre de un campo de maderas en la provincia de Brunswick, única herencia dejada por John Harfield al morir. Sabían que el pesar quitó la vida a la madre de Roxane y que la joven, casi sin un penique; pero llena de indomable valor, había resuelto vengarse de los ocho hombres.

Unos pocos más sabían como había triunfado. En el juicio salió a luz la historia. Había ella arruinado a Harold Carruthers, trabajando como secretaria privada suya, por espacio de tres años; enterándose de los más íntimos secretos de sus operaciones en la Bolsa de Montreal, había especulado por cuenta propia hasta que consiguió un buen capital y luego, cuando Carruthers puso hasta su último penique para una gran jugada, lo arruinó, dejándolo perdido, medio idiota, por la administración de una droga, en las calles de Londres.

Sabían como había ido vengándose gradualmente de Chris Henley, Digby Farren, y Stilman Pearse, a quien envolvió más fácilmente en sus redes, haciéndolo enamorar de su gran belleza.

Siguió luego la busca de Mario Lagran, que ostensiblemente vendía cigarros en Piccadilly y en realidad realizaba grandes estafas en diamantes. Lagran murió durante una terrible lucha con Sexton Blake y un hombre a quien había arruinado. Después vino la titánica lucha con Luis Martinel, otro de los miembros de la banda. Lo mismo que con los otros, Roxane quedó victoriosa.

Por último le había sido relativamente fácil arruinar a Gus Hovey, en Londres, algo más reñida que su lucha con Félix Dupont, que se había establecido en París y tenía como ayudante a una muchacha tan capaz, tan bella y, en cierto sentido, más astuta que Roxane: Sofía Beautemps.

En todos estos asuntos, Sexton Blake había intervenido, en una u otra forma. Hacia el final, como Félix Dupont unió su nombre por medio de un escándalo con el de Roxane, Blake se declaró abiertamente en favor de la joven y ésta era la primera en reconocer que realmente se debía a los esfuerzos del detective que seis de los siete miembros de la pandilla hubieran sido puestos entre rejas.

Cuando las grandes puertas de la prisión de Algonquin se cerraron tras ellos, pareció que sus actividades delictuosas habían terminado.

Félix Dupont había sido sentenciado a quince años de cárcel, Harold Carruthers, Chris Henley y Gus Hovey a diez; Stillman Pearce a siete y Digby Farren a cinco. Pero Luis Martinel estaba todavía en libertad, en alguna parte de los salvajes montes del norte. Luis Martinel, que poseía grandes extenciones de campo y tenía a su servicio mestizos, franco - canadienses, dispuestos a cumplir ilimitadamente sus órdenes.

Se decía que había muerto entre las desgarradas rocas de la catarata, a donde se tiró cuando lo perseguía Sexton Blake; pero éste mismo lo dudaba.

Luego se produjo el motín de la prisión. Roxane, en su yate, y Sexton Blake, en Londres, comprendieron sin que se les dijera que aquel complot había sido tramado fuera de la cárcel por Martinel, por nadie más que él.

Sea como fuere, era más que curioso que los únicos presidarios que lograron escaparse fueran aquellos seis y el capataz de guardias que se había vendido. Después que subieron abordo de la lancha a motor que les esperaba, se había perdido todo rastro de ellos.

Sin embargo, desde ese momento, los desastres empezaron a llover sobre Roxane. El que las distintas catástrofes coincideran con la baja general de valores del mundo, no alteró sus definidas sospechas de que alguien libraba contra ella una fuerte batalla y que ese alguien era la banda, ahora en libertad y nuevamente reunida. Parecía increíble que en el comparativamente corto espacio de seis meses la joven hubiera experimentado pérdidas tan enormes como para llevarla casi al borde de la ruina.

Sin embargo, era así. Las minas nada producían ni era posible volver a hacerlas producir sin gastar en ellas por lo menos un cuarto millón de libras. La destrucción había sido muy bien preparada y demasiado salvajemente ejecutada. Hacer cargos contra Martinel y su pandilla hubiera sido inútil.

La banda trágica...

No tenía Roxane pruebas definidas. Los vastos montes de la comarca del norte ocultaban ese secreto.

Su situación en los tres bancos, cuyas cuentas tenía delante, era crítica. En uno tenía un documento que sólo podía ser pagado con promesas; en los otros dos, podría considerarse afortunada si las acciones y títulos que allí tenía bastaban para saldar su crédito. Porque a Roxane le gustaba especular con su dinero, hacerlo producir. Y había arriesgado demasiado.

Sus corredores de bolsa le pedían más dinero para hacer frente a la situación. Había ciertas obligaciones de honor que tenía que cumplir; deudas que se llevarían los restantes miles de libras que pudiera obtener vendiendo acciones en Montreal y Londres. La banda había hecho bien su trabajo; maquinó contra ella una demanda, técnicamente legal; pero en el fondo fraudulenta. Y todas sus posesiones personales, así como el yate, le habían sido embargadas. En verdad, aquel día, cuando la joven encaró sinceramente su posición, sabía que a menos que tomara medidas enérgicas, se vería obligada a abandonar el yate en su actual ancladero y alejarse únicamente con lo puesto.

Entre los papeles había un feo documento amarillo que exigía la entrega del yate y todo lo que contenía, como garantía de la demanda hecha por un mítico personaje de Montreal que era naturalmente, un testaferro puesto por la banda.

Aquél era el último día del plazo; tendría, o bien que pagar la suma total en el juzgado de Montreal — la friolera de unos doscientos mil dólares — o recibir un alguacil a bordo de La Brise.

Un alguacil a cargo de La Brise, que invadiría sus dominios privados como si fuera el dueño, que mancharía sus inmaculadas cubiertas con salivazos, negros de nicotina, que se pavonearía delante del capitán Foster y de Cameron, el piloto, como patrón legítimo!

El solo pensamiento de semejante profanación enfermaba a Roxane. Sin embargo ¿qué podía hacer? Se hizo una y otra vez aquella pregunta hasta que le dolió su pobre cabeza.

Una vez que le quitaran La Brise sería Roxane como un pajarito a quien hubieran cortado las alas. El yate era para ella más su hogar que cualquier otro sitio. Lo había llevado a través de los Siete Mares, en persecución de los bandidos contra quienes había peleado sola, hasta que Sexton Blake apareció en escena.

¡Y perderlo ahora! Era un desastre que no podía soportar. En la caja de hierro, detrás suyo, guardaba cincuenta mil dólares en billetes de banco, diez mil libras, suma que tenía siempre a mano para sus necesidades, las del yate y la tripulación. Había que hacer reparaciones cuando eran necesarias, comprar provisiones, combustible, pagar a los oficiales y a la tripulación, todas esas mil menudencias que exige el sostenimiento de un yate de lujo.

Ciertamente era lujoso La Brise, en tamaño y equipo. Pero había servido bien como cuartel general a Roxane. ¡Y perderlo ahora!

El rostro de la joven estaba muy pálido cuando dejó aquel odioso recorte de diario sobre el escritorio y abrió un cajón. De él sacó un marco de cuero plegadizo que encerraba una fotografía y lo abrió.

Sus ojos parecieron adquirir un color violeta más obscuro al contemplar aquella cara que parecía mirarla, algo severamente, a su vez. Era el rostro de un hombre de facciones fuertes y bien cortadas, de ojos serenos y resueltos, de boca y barba firmes y que, no obstante, revelaban bondad.

El rostro era largo y delgado, bajo la frente amplia que revelaba al pensador; sin embargo, aquel indicio de intelectualidad no chocaba contra la resolución que revelaban sus demás facciones. Era un semblante que miles de personas conocían bien, aunque pocos habían visto aquella fotografía particular.

Era el retrato de Sexton Blake.

Roxane lo colocó, abierto, sobre el escritorio, delante de ella, e inclinándose hacia adelante, recostó la barba en la palma de la mano. Mientras lo miraba, empezó a apostrofarlo en tono bajo, lleno de tristeza.

—No contestó usted a mi carta, amigo mío. Sólo se interesó un poco de tiempo por mis cosas. Sin embargo, no puede ser enteramente de hierro. Ha habido momentos... ¿No consentirá usted en ser humano? Una vez pensé... no, esperé... Pero, después del último asunto, creí que íbamos a ser algo más que... Creo que fuí una tonta. Bueno, no volveré a incurrir en semejante tontería. No tema que me acerque a usted, ni le haga reproches. He aprendido muchas lecciones, amargas lecciones, en los últimos seis meses. Yo me arreglaba sola antes de conocerlo a usted y seguiré haciéndolo. Ningún otro hombre... Pero ¿por qué no ha de haber otro hombre... muchos otros hombres? Los diarios de Londres han unido el nombre de usted con el de una dama de la sociedad. Quizá por eso dejó sin contestación mi carta. Bueno ¡Qué le vamos a hacer!

Cerró el marco plegadizo resueltamente y lo volvió a guardar en el cajón. Era como si diera vuelta una página final de su vida. Si pensó eso, se equivocaba. El destino estaba a punto de empezar un nuevo capítulo y decretaría si incluiría en él a Sexton Blake o no.

Abrió otro cajón y sacó una pequeña pistola, incrustada en plata. Parecía un juguete; pero era arma eficiente. Roxane la contempló unos instantes, con las cejas juntas. Había en sus ojos una expresión extraña; pero eso no disminuía su hermosura; sin embargo Roxane estaba cerca, muy cerca, del desaliento.

Por fin, con otro brusco ademán, alejó de sí la tentación. Dejó caer la pistola en el cajón abierto, apoyó la cabeza entre las manos y empezó a llorar en silencio, hasta que gradualmente estalló en sollozos.

Era un triste espectáculo. Roxane, experimentaba una honda desesperación ante la idea de que la única persona que la hubiera sostenido con su amistad y sus consejos estaban tan distante en aquella hora de crisis. Sentía amarga cólera al pensar que aquellos que la habían arruinado a su madre y a

PUCKY

ella, se levantaban de las cenizas de su venganza para arruinarla una segunda vez. El hermoso valor que la había sostenido en tantas circunstancias difíciles, se vino al suelo de golpe.

En aquellos momentos no era más que una niña solitaria, angustiada, abatida.

Con un poderoso esfuerzo, se serenó. Se hizo reproches a sí misma mientras se enjugaba los ojos y obligaba a erguirse a sus hombros. Luego, con gesto de cansancio, empezó a juntar los papeles diseminados por el escritorio.

Mientras esto hacía sus ojos se fijaron en un párrafo de uno de los recortes de diario, que ya había visto antes; pero sin dedicarle especial atención. Ahora, sin embargo, lo volvió a leer, antes de guardarlo con los demás. Estaba al dorso del recorte más grande. Y decía:

"Misterio en las Indias Occidentales"

Informan de Kingston (Jamaica) que ciertos acontecimientos misteriosos ocurridos en las islas, parecen tener su origen en Haití. Corren rumores de que la famosa mulata María Galante se ocupa una vez más de desmoralizar a los negros. Sin duda... Era todo. El resto había sido mutilado por las tijeras. Pero fué suficiente para que Roxane apartara todos los papeles con nerviosa rapidez de movimientos que indicaban había tomado una decisión repentina.

Una vez que hubo cerrado los cajones del escritorio, dirigióse a las puertas de cristales, giratorias, y subió la escalera, con caminero de caucho, que conducía a cubierta.

Aquí se encontraron sus ojos con una hermosa escena, iluminada por el sol de las últimas horas de la tarde. El yate anclado en una pequeña bahía, casi cerrada por tierra, al extremo de una de las islas de Passa Maquoddy Bay, que está al sudoeste de la Provincia de New Brunswick y recibe las aguas del río. St. Croix. Este río sirve de límite entre esa provincia y el estado del Maine, vertiéndose en la Bahía de Fundy.

Por entre las copas de los abetos, divisaba la extensión de agua, bañada de sol, que mediaba entre esta isla y la costa americana, plácida ahora, en Setiembre; pero tempestuosa cuanto los temporales de invierno azotaban el Atlántico.

La bahía en sí era casi de color verde esmeralda y tan maravillosamente límpida que, no obstante su profundidad, se podían imaginar las sombras, en la profundidad del fondo de rocas.

Al final, en el nido de la ensenada, se hallaba la pequeña aldea de pescadores, donde pocos visitantes habían sido tan populares como Mademoiselle Roxane, sus oficiales y la tripulación.

Por espacio de casi un mes, Roxane había permanecido en aquel oculto retiro, entregada a sus sueños; pero si dejaba que el alguacil subiera abordo de su yate, tendría que despedirse de todo aquello.

Achicó un poco los ojos al observar la línea verde que señalaba la costa americana: luego se encaminó resueltamente a proa

y viendo allí a Cameron, el piloto, lo mandó buscar al capitán Foster.

Cuando apareció el viejo lobo de mar, saludando ceremoniosamente, Roxane le dirigió una breve sonrisa. Pero era demasiado perspicaz el anciano marino para no ver que los hermosos ojos violetas habían llorado hacía poco rato.

—¿Conoce la exacta situación, capitán Foster? — preguntó ella sin preámbulos.

—Sí, señorita — contestó él lentamente. — Y deseo repetir a la señorita lo que ya le dije antes. He economizado algo y está a su entera disposición.

Los labios de Roxane temblaron.

—Es usted un verdadero amigo — replicó dulcemente. — Pero sería inútil, capitán. El alguacil vendrá aquí esta tarde.

—Nunca pondrá los pies en cubierta, si dice usted una palabra, señorita — replicó el viejo, ceñudamente. — No hay uno de los oficiales o de la tripulación que no esté dispuesto a impedirlo.

—Voy a someteros a todos a una prueba mayor que esa, capitán. No esperaré al alguacil. Ni pienso pagar esa suma que no debo. Le he dicho a usted lo que nadie más sabe: estoy al borde de la ruina.

Pero poseo cincuenta mil dólares en caja. Tenemos provisión de combustible y alimentos. Voy a salir de aguas del Canadá y empezar una campaña enteramente nueva.

Le demostraré a esos malandrines que no estoy derrotada todavía. Pero esos cincuenta mil dólares no son más que una gota en un balde. Yo... necesitaremos más dinero y hay que conseguirlo pronto. ¿Están usted y los otros oficiales, así como la tripulación resueltos a venir conmigo? A vosotros toca decidir. Yo no os haré reproches si vacilá is. No habrá más que entregar el yate al alguacil y dispersaros.

—Señorita, — dijo el marino con cierta dificultad — es precisamente lo que estábamos esperando que usted nos dijera. Estamos prontos, desde yo mismo hasta el pinche de cocina, a seguirla hasta el fin del mundo.

¿—Cuándo podríamos partir?

—¿Dentro de un cuarto de hora?

—Entonces... vamos, lo más pronto posible.

La última palabra de Roxane se ahogó. Frente a la lealtad de sus hombres no pu-

do decir más. Huyó a la soledad de su salón.

Y cuando el alguacil llegó a la bahía, un poco más tarde, en una lancha a motor del continente, encontróse con que el pájaro había volado. La Brise iba ya por la costa del Maine, a una velocidad de diez y siete nudos, rumbo a un punto que sólo el capitán Foster, Roxane y Cameron sabían.

III

EL DELFIN DE PLATA

Sexton Blake estaba asomado a la ventana de su cuarto en el Myrtile Bank Hotel de Kingston, Jamaica, mirando con interés algo sorprendido, un grupo que se había reunido, aparentemente para tomar el té de la tarde, en un rincón aislado del jardín.

Más de una persona, fuera del famoso detective, hubiera encontrado aquel grupo interesante; o al menos a tres de los miembros de él. Dos de aquel trío hubiesen sido recibidos con los brazos abiertos por las autoridades de cierta prisión del Canadá.

Al principio se quedó Blake tan sorprendido ante la audacia de aquella aparición en público y en semejante lugar que se frotó los ojos, dudoso; pero un momento después se convenció de que no se había equivocado.

El trío componíase de dos hombres y una mujer. En uno de los hombres reconoció a Flix Dupont, inmaculado en su Palm Beash de seda, tan bien vestido y de aspecto tan próspero como la primera vez que cruzó Blake sus armas con él, en París.

El segundo hombre, grande, rubio, un poco más gordo que la última vez que lo vió, era Carruthers, miembro igualmente de la pandilla que tanto que hacer había dado a Blake antes de capturarla, solo, en las soledades del Ontario y entregarla a la justicia del Canadá.

La mujer no era otra que Sofía Beautemps, la elegante parisiense, compañera de Dupont, que, después de la captura de aquél, había desaparecido del campo de Blake.

Los otros dos miembros del grupo eran un niño y una niña, como de catorce años, tan parecidos en altura, cuerpo y facciones que se advertía enseguida debían ser gemelos. Efectivamente lo eran.

Blake se retiró prudentemente de la ventana cuando los cinco se sentaron ante una blanca mesita de mimbre. Esperó hasta que vió a un mozo de Jamaica, con saco blanco como la nieve, acercarse a la mesa, para pedir órdenes, antes de atravesar silenciosamente la habitación y abrir la puerta que comunicaba con la contigua.

Su ayudante, Tinker, estaba muy ocupado desempacando una de las valijas, porque él y Blake habían desembarcado de un vapor correo hacía apenas una hora. Levantó el joven la vista al ver que Blake le hacía señas y dejó caer las ropas que tenía en la mano.

—¿Qué hay patrón?

—¡Ven aquí!

Intrigado, Tinker obedeció. Siguió [illegible] su jefe al cuarto de éste y se acercó con él a la ventana, donde Blake tuvo cuidado de situarse detrás de una delgada cortina de muselina. Hizo señas con la cabeza al muchacho que mirara y Tinker formó, asombrado, con la boca, una O al reconocer a los tres criminales.

Blake retrocedió hasta el centro de la habitación, seguido por Tinker.

—Baja en seguida y busca al gerente o al subgerente, chico. Salúdalo de mi parte y dile si quiere tener la bondad de subir aquí un momento.

Tinker desapareció. Blake encendió un cigarrillo. Poco después se abrió la puerta y apareció Chittenden, el subgerente, un joven americano. El y Blake no se habían visto nunca, porque era Chittenden nuevo en su puesto. Pero el joven sabía quien era Blake y la amistad que lo ligaba con el gerente, capitán Gibson. Blake se explicó rápidamente porque no quería que el otro fuera a imaginar que estaba a punto de provocar algún escándalo en el hotel.

—Me interesa ese grupo que está en el jardín, señor Chittenden — dijo amablemente — ¿Quiere tener la bondad de decirme quiénes son? No me gustaba preguntar donde pudieran oírme. Puede verlos desde la ventana.

Un poco intrigado, el otro se acercó a la ventana. Blake indicó por encima de su hombro las cinco personas que estaban sentadas delante de la mesita. El subgerente miró un momento y luego se dió vuelta.

—¡Pero, señor Blake, esos son los mellizos Calmont! No ha oído hablar del viejo Pierpont Calmont, el multimillonario norteamericano? Estos son sus nietos. Sus padres murieron en un accidente de aviación, hace cosa de dos años.

—Naturalmente que he oído hablar de Calmont. Y recuerdo la ocasión en que murieron Perry Calmont y su esposa. ¿Y los otros?

—A otra persona no contestaría a esa pregunta, señor Blake. Mientras la identidad de los niños no es un secreto, tenemos órdenes estrictas de no correr la voz de que paran aquí. No se les permite juntarse con nadie. Los mellizos son muy delicados. Se les envió a pasar aquí el invierno. Vinieron a principios de Octubre. La dama que les acompaña es la institutriz francesa; el hombre moreno es el tutor y el grandote, rubio, una especie de guardia de corps particular. El viejo Pierpont no quiere correr riesgos con esos niños. Son los únicos herederos de su fortuna y los ha dotado. Creo que es la primera vez que están lejos de su vista; pero él no podía venir. Lo hará más tarde. ¿Puedo preguntarle por qué le interesan?

Blake se encogió de hombros.

—A uno siempre le interesan niños como esos.

Chittenden lo miró encontrando extraño que a Blake le hubiesen interesado los niños antes de saber su identidad. Pero conocía demasiado bien su oficio para demostrar curiosidad respecto a los caprichos de

Oculto detrás de la cortina, Blake le indicó a Tinker que mirara el grupo.

un huésped del hotel. Antes de que tuviera tiempo de pensar mucho, Blake cambió de tema.

—No he podido ver al capitán Gibson —dijo algo bruscamente. — Pero debo confiarle a usted que he venido a Kingston por un caso privado, que espero terminar antes de que el próximo vapor correo parta para Inglatera. Procuré llegar al hotel a una hora de la tarde en que hubiera pocas personas; pero quiero estar seguro de que mi presencia no sea conocida. ¿Puede evitar que el empleado de recepción hable?

—Naturalmente, señor Blake. Nadie verá su nombre porque, como usted sabe, no tenemos registro de pasajeros, como la mayoría de los hoteles. Su nombre y el de su ayudante están anotados en una tarjeta y ésta en el fichero del gabinete del empleado

—Lo se. Pero tendré que disfrazarme y

lo mismo Tinker. En verdad, vamos a cambiar nuestro aspecto enseguida. Quise advertirle para que no se extrañe viendo dos desconocidos, entrar y salir.

El otro se rió.

—Le haré la advertencia al empleado de recepción, señor Blake. Espero que no irá usted a arrestar a ninguno de los huéspedes del hotel. Cuando vosotros, los sabuesos del crimen, andais sobre una pista, nada os detiene.

—Mi asunto no tiene nada que ver con las personas que se hospedan en el hotel. — le aseguró Blake. — El capitán Gibson sabe que no causó ningún alboroto. Si tuviera que arrestar a alguien lo haría discretamente. Puede estar tranquilo respecto a ese punto.

—Lo estoy, señor Blake. Me gustaría verlo trabajar. Si quiere otro ayudante, cuando no esté yo de servicio, ya sabe donde acudir.

Se separaron amablemente. Chittenden prometió mandarles el té a la salita privada que Blake y Tinker compartían. No bien salió, Tinker se volvió a Blake.

—¿Qué piensa de esto patrón? ¿Cómo es que están los mellizos Calmont al cuidado de estos bandidos?

—Es para mí un misterio. — contestó gravemente Blake — No puedo comprenderlo. Pierpont Calmont no es tonto. Sin embargo, confía sus dos nietos, sus únicos herederos, las niñas de sus ojos, a tres criminales de los más peligrosos, dos de ellos escapados de presidio. No debe sospechar lo más mínimo.

—¿Va a intervenir, patrón? Lo único que tenemos que hacer es informar a la policía de Kingston que esos hombres están aquí y pronto los arrestará.

—Si llega a tiempo, muchacho. Si Caruthers y Dupont llegan a sospechar que se les ha reconocido, pueden dar algún paso desesperado y usar los niños como rehén Tengo que pensar el asunto, chico. Pero conforme hayas tomado el té y te cambies quiero que vayas a la oficina de telégrafos y le hagas un telegrama a Bryant Kennedy.

Bryant Kennedy era un ciudadano de Nueva York a quien Blake empleaba a veces como agente.

—Muy bien, patrón. — Tinker se dispuso a dirigirse a su cuarto; luego se dió vuelta y miró extrañamente a Blake.

—¿No recibió respuesta de Mademoiselle Roxane, patrón?

—No.

—Es raro ¿no? — insistió Tinker. — Ella le escribió enseguida cuando la fuga de la banda, de la cárcel de Algonquín y cuando la agarraron, sin perros, financieramente.

¿Por qué guardará silencio ahora? ¿No cree que le haya ocurrido algo?

—No sé. — la voz era aún más brusca que antes. — Ve si traen el té y despacha.

Tinker sabía cuando debía callar. No era la primera vez que había mencionado a Blake el mismo tema, con igual escaso resultado. Sabía que, cuando llegaron a Londres, después de estar ausentes por un caso, algunas semanas antes, habían encontrado una carta de Roxane, sobre el escritorio, con fecha de más de un mes atrás.

Blake dijo a Tinker que el contenido de la carta era de suma importancia y el joven sabía que el detectivo escribió enseguida una larga respuesta. Pero, desde entonces, nada más habían sabido de Roxane. Y mientras ellos ignoraban que la joven no había recibido la carta, ella, por su parte, partió de Passamaquoddy Bay sin saber que el mismo bote que traía al alguacil en su inútil misión, era portador de una valija de correspondencia, donde reposaba una carta de Sexton Blake...

¡La carta había llegado una hora o dos demasiado tarde!

Así, pues, ella se había dirigido al sur en el yate a vapor, ignorando que él le había escrito con profunda simpatía, ofreciéndole toda la ayuda financiera que pudiera necesitar.

Terminado el té, no tardaron en disfrazarse. Blake eligió un disfraz que lo hacía parecer un inglés anciano, de cabellos y bigote blancos, cejas hirsutas, canosas y monóculo. Caminaba ligeramente encorvado y hablaba con el acento colérico de un militar retirado, un anglo-hindú cuyo hígado estuviese arruinado por demasiado abuso del whisky y del curry de la India.

Tinker figuró ser sobrino del otro: un joven demasiado bien vestido, de modales y gustos exagerados. Su rostro era insípido, su voz descolorida. Aparentemente sufría de la vista, porque usaba grandes anteojos de carey, de tinte azulado. Fueran vistos juntos o separados, seguramente nadie adivinaría en ellos lo que Chittenden llamaba "sabuesos del crimen".

Mientras Tinker iba a despachar el telegrama, Blake siguió vigilando al grupo del jardín. No había mentido al decirle a Chittenden que había venido a Kingston por un caso.

El asunto, sin embargo, no se apartaba de la rutina general. Unos meses antes Blake había logrado descubrir a una de las bandas de estafadores más poderosas de Londres. Cinco de los seis fueron juzgados y sentenciados a varios años de cárcel. El sexto logró escapar rumbo al Continente y sólo pocos días antes de la última vuelta de Blake a Londres, recibió el detective un aviso de Scotland Yard donde se le decía que una persona, respondiendo a las señas del fugitivo, había sido arrestada en Kingston.

Como este miembro de la banda se había mantenido la mayor parte del tiempo en la sombra (aunque se creía que era el verdadero jefe de la asociación) y como sólo Blake podía identificarlo positivamente, se le pidió al detective que fuera a Kingston y una vez hecha la identificación y llenadas las formalidades legales, condujera el preso a Londres. Como Jamaica era suelo británico, Blake pensaba terminar su asunto en dos o tres días.

(Continuará)

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

PASARON unas tres horas antes de que Bud se moviera, al sentir que lo tocaban en un hombro. Se levantó.

—¿You come? — dijo el ordenanza haciendo un valeroso esfuerzo para hablar lo que él imaginaba era inglés. — El caballero del Estado Mayor ha llegado y el señor general desea hablar con uno de vosotros. ¿Viene usted o él? — y señaló al dormido John Henry.

—Seguro. Iré yo — contestó Bud, no viendo motivo para molestar innecesariamente a Dent. — Guíe, Alfonso, y yo tocaré toda la música necesaria.

El ordenanza se encogió de hombros y cerró la puerta después de salir el prisionero. Luego Bud fué conducido nuevamente a la oficina del general, encontrándose allí con un joven oficial del estado mayor inglés, con uniforme muy elegante.

—¡Hola, hermano! — dijo Bud alegremente — Ha sido usted muy amable de haber venido a sacarnos de este embrollo. Creo que no le costará mucho convencer a ese viejo sapo que somos lo que decimos.

—¡Ejem!... — dijo el joven oficial con dignidad. — Tengo entendido que uno de vosotros ha dicho llamarse Atlee... ¿Atlee de la escuadrilla de "Los Angeles".

—Seguro — contestó Bud — Ese soy yo, mi amigo. Elmer Drexel Atlee, comunmente llamado Bud. ¿Necesito decirle algo más?

El joven lo miró con evidente sorpresa; pero luego se volvió al general y se encogió de hombros.

—Señor, — dijo en francés — me parece que, después de todo, ha tenido usted la suerte de apresar a dos espías. Este hombre pretende ser el mayor Atlee, de la escuadrilla 303. Pero yo se que miente. El mayor Atlee es amigo personal mío. Lo conozco perfectamente. Este tipo ni siquiera sabe bien su nombre. Yo creo que no vale más la pena perder su tiempo o el mío.

El general se puso encarnado de contento y sus bigotes se erizaron aún más fieramente que antes.

—Gracias, monsieur McNeish — dijo. — Desde el primer momento estuve seguro de que eran espías. ¿Haré traer al otro hombre para interrogarlo?

—No creo que haya necesidad — contestó Kenneth McNeish, todavía en francés.

Naturalmente, nunca había oído hablar en su vida de "Bud" Atlee.

—No hay necesidad, Monsieur le General — prosiguió — Este hombre es un impostor y por consiguiente su compañero debe serlo también. ¿Creo que puedo dejarlos en sus manos, no?

—¡Pero sí! — contestó el general levantándose. — Serán fusilados sin demora, Monsieur McNeish. Entretanto, le doy las gracias en nombre de los gloriosos ejércitos de Bélgica. — Y se inclinó profundamente.

Kenneth McNeith devolvió la reverencia y Bud, creyendo que era costumbre del país, se inclinó también. No había entendido jota de lo que se habló. Sólo el nombre de Mc

Neish y el Calvo. Creyó que todo había sido satisfactoriamente explicado y se dispuso a seguir a Kenneth, cuando el elegante joven saludó y salió de la habitación.

El general gritó, frenético, una orden. Los dos guardias saltaron hacia adelante y agarraron a Bud por los brazos. Luchó el joven un segundo y luego se sometió, porque el intérprete había corrido hacia él y le hablaba.

—Serénese, amigo, y no luche — le dijo. — Es inútil. Vuestra astucia ha fracasado y usted y su compañero han sido reconocidos como espías — se encogió de hombros. — Lo siento. — dijo. — pero seréis fusilados. Conque emplead el tiempo en preparar vuestras almas para el gran viaje. Su amigo será hecho subir inmediatamente. ¿Deseais un sacerdote?

Bud sólo pudo mirarlo con la boca abierta. Luego empezó a balbucear una sarta de preguntas incoherentes, debido a la sorpresa, y el otro no entendió una palabra.

Luego, los que habían bajado a buscar a John Henry aparecieron trayendo al valiente aviador. Se formó un escuadrón de hombres y los dos prisioneros marcharon en medio de ellos, mientras Bud trataba de explicarle lo mejor posible a John Henry lo que ocurría.

—Escucha — jadeó — aquí pasa algo raro; pero maldito si se qué. Vino un oficial del Estado Mayor y me preguntó mi nombre. Se lo dije. Luego, por alguna razón extraordinaria, el muy zorrino le ha dicho al general que somos unos impostores y nos van a fusilar. ¿Entiendes esto? El oficial se llama McNeish — es lo único que entendí — un joven algo gordo, de cara rosada y con un capote todo cubierto por presillas rojas. No me gustó su tipo, de todos modos.

Los ojos de John Henry cambiaron, de una manera alarmante, de expresión.

—¿McNeish? — repitió — Ese pequeño cobarde! ¿Y dijo que éramos impostores? Cielos, apenas puedo creerlo. ¡El miserable! Me parece imposible que quiera vengarse de la escuadrilla haciéndonos asesinar a sangre fría.

—Bueno, — dijo sombríamente Bud — yo no se que clase de rencor abriga contra nosotros; pero el caso es que nos van a pegar cuatro tiros.

John Henry estuvo callado un minuto o dos. Ahora el grupo se acercaba a un puente de pontones, sobre un ancho río. No había nadie y era claro que los prisioneros eran llevados a un sitio solitario de la línea para fusilarlos alborotando lo menos posible.

El puente sonaba hueco bajo los pies del pelotón; los ojos de John Henry brillaron de pronto más que nunca. Siguió andando tranquilamente hasta que llegaron a la mitad y entonces hizo un repentino movimiento que tomó a Bud, así como a los soldados, de sorpresa. Agarró a Bud del brazo y saltó de costado, empujando al hombre armado que iba junto a él, con toda su fuerza. El soldado tropezó y cayó, con John Henry encima y Bud arriba de los dos.

Los tres habían caído a la orilla del puente y el resultado fué que los tres estuvieron en el agua antes de que los demás pudieran hacer algo. Enseguida se oyeron órdenes y gritos; pero Bud apenas se dió cuenta de lo ocurrido porque volvió a la superficie, debajo del puente y se encontró conque John Henry lo tenía agarrado todavía.

El joven Dent tenía también un rifle en la mano, el rifle que le había quitado al soldado al caer sobre él. Ahora habló, escupiendo agua.

—¡No te muevas! — dijo en un murmullo — Era un intento loco; pero valía la pena. Estamos aquí al abrigo de las miradas, entre los pontones. Y la corriente arrastra lejos de nosotros al soldado. ¿No lo ves pataleando río abajo? Ellos nos buscarán en el mismo sitio y, si tenemos un poco de suerte, creerán que nos hemos ahogado. Si no, bueno, tenemos el rifle y podemos darles un poco de trabajo.

Bud asintió con la cabeza, sin hablar. Muy abajo, entre las sombras del puente, los dos quedaban fuera de la vista de los soldados que ahora corrían por la orilla del río, con los rifles prontos para tirarles a los dos "espías" no bien asomaran a la superficie. El soldado que estaba en el agua logró llegar a la altura y luego, por espacio de media hora se les buscó activamente.

Al fin el oficial del pelotón conferenció con sus subordinados. Resultaba claro para él que los dos "espías" habían muerto ahogados, en su intento por recobrar la libertad. Si se le decía eso a Monsieur le General se pondría furioso. ¿Y si no se le decía? ¿Para qué hacerlo, si de todos modos el objeto se había conseguido, en una u otra forma? Los subordinados asintieron enseguida, pues no tenían deseos de incurrir en el enojo del general.

Por consiguiente, los soldados fueron llamados y volvieron al cuartel general donde informaron que habían cumplido su lúgubre misión.

John Henry respiró más libremente cuando se fueron. Una vez que los soldados se perdieron de vista, ganaron la orilla.

—Y bien, — dijo — ya estamos en salvo. Es contra mis reglamentos ser fusilado en una mañana de sol, entre las siete y las once. ¿Que te parece si nos dirigimos a casa, pimpollo? Por aquí debe haber alguna clase de transporte y quizá podamos apoderarnos de un auto o una bicicleta.

—Me parece muy bien — contestó Bud; pero, aunque era extraño en él, no añadió nada más. Sentíase muy emocionado.

Pasaron cuatro horas antes de que los dos aviadores, muertos de cansancio y cubiertos de barro, llegaran al aeródromo de "Los Angeles". Llegaron a los hangares pilotean- do una bicicleta belga, con sidecar, de la que tranquilamente se apropiaron, cuando estaba estacionada frente a una de las divisiones del cuartel general.

El Calvo salió al encuentro de ambos; pero no pudo entender mucho de lo que le contaban, excepto la sorprendente noticia

de que McNeish había, aparentemente, ...tado de hacerlos fusilar por un pelotón de tiradores belga.

Después de dar ese informe incompleto, ambos se fueron a dormir, tal como estaban. Ni siquiera se despertaron cuando dos ordenanzas les quitaron las ropas empapadas. Entretanto, el Calvo se puso en movimiento. Telefoneó al Cuartel General pintando la historia y pidiendo informes acerca de la parte desempeñada en ella por McNeish. El resultado fué qu, cuando todo se explicó McNeish pasó un mal cuarto de hora con su tío, el general.

Aquel caballero no había alcanzado porque si su grado de general y aunque se engañó debido a la habilidad de manejo de su sobrino, no cayó por segunda vez. En esta ocasión McNeish había obrado con evidente atolondramiento y sacado conclusiones sin enterarse, como era debido, de los detalles del caso.

Sólo por un milagro dos valientes no habían perdido sus vidas por culpa de él y su castigo tenía que ser rápido.

A la mañana siguiente, un joven oficial muy pálido, con la cabeza gacha, era conducido en sidecar y se dirigía a un aeródromo de la línea del frente. Habían desaparecido los alamares rojos sobre su lujosa chaquetilla y la sonrosada expresión de su algo tosco rostro.

Kenneth McNeish volvía al trabajo. El Estado Mayor no lo quería más.

"Los Angeles" tampoco lo hubieran aceptado a ningún precio.

De modo que iba a un aeródromo común, como un piloto cualquiera y experimentaba la molesta sensación de que iba a estar cerca... demasiado cerca de la guerra.

POR LA GLORIA DE SU NACION

Todo el mundo sabía que se preparaba algo. John Henry regresó de una patrulla matinal sobre las líneas, informando que había tremenda actividad del lado británico. Los camiones llenaban los caminos. Trenes cargados marchaban hacia el frente. La infantería se reunía, dirigiéndose a las líneas de apoyo, en número sorprendente.

Los "Angeles" encontraron mucho motivo para hablar y hablaron hasta que, a la hora del te, el Calvo les explicó el motivo. Escucharon sus palabras con desusada atención.

—Va a haber un empuje de padre y señor mío, — dijo el comandante de la pequeña escuadrilla. — Como todos ustedes saben, muchachos, Fritz ocupa la mejor parte de la costa belga y los puertos. Bueno, se ha descubierto que su mayor base de submarinos está en Kneup. El ejército se está reuniendo para tratar de sacarlo de allí, de modo que podamos tomar Kneup, con submarinos y todo. Si logramos hacer esto, romperemos el bloqueo de Inglaterra, porque nos habremos apoderado de la mitad de las latas de pescado de Fritz. Esta es una acción muy importante, compañeros, porque el bloqueo de los submarinos alemanes ha sido tan activo que en Inglaterra empiezan a carecer de

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

alimentos. Si se prolonga, vendrá el hambre. Por eso se reunen tropas y material bélico para el gran avance.

—¡Cielos! — exclamó el joven Dent. — Ahora lo comprendo todo. Cuando salí esta mañana vi camiones conduciendo el arsenal más poderoso que puede soñarse, salir del norte de Ypres, hacia Dunquerque. Un depósito de pólvora para la gran función ¿no?

—Seguro — contestó el Calvo levantándose. — Es el depósito de municiones más colosal que se ha reunido en toda la guerra. Todas las tropas que vayan al norte se surtirán allí. No me sorprendería, compañeros, que pronto tengamos el tiempo muy ocupado. Fritz se enterará de ese arsenal y tratará de bombardearlo. De modo que no duerman con sueño muy profundo y estén prontos para saltar al primer aviso.

Salió de la pieza del rancho y fué a su oficina, donde había estado muy ocupado en esos días en que las tropas se concentraban para el gran ataque. Los otros se dirigieron al dormitorio, con idea de descansar mientras tuvieran ocasión.

Pero los hombres, jóvenes y sanos, no duermen hasta que no sienten cansancio y los "Angeles" anduvieron dando vueltas ociosos, charlando, pero aburridos.

Después de obscurecer, un mecánico llegó apurado, golpeó a la puerta del dormitorio y la abrió al mismo tiempo de un puntapié. Con la misteriosa habilidad de los de su clase, hizo la venia y se cuadró en pleno "vuelo", sin caerse de narices.

Comunicó su mensaje al grupo disperso de oficiales que conversaba, cantaba o jugaba a la baraja, bajo una única y sucia lámpara a kerosene.

—Saludos del comandante, caballeros, y órdenes de prepararse inmediatamente para una patrulla ofensiva. Se ha recibido informe de que una aeronave enemiga está cerca y se dirige hacia aquí.

Después de decir apresuradamente su mensaje, el mecánico se dió vuelta y desapareció en la noche.

Siguió un gran barullo; por eso quizá salió el mecánico tan ligero. Conocía los modales de los "Angeles". Estos saltaron de sus sitios, pasaron por encima de las camas hasta la puerta y se reunieron allí en una confusión de cuerpos, gritos y risas.

John Henry Dent, el mejor vestido y más alegre miembro de la escuadrilla, agarró al fornido oficial que tenía más cerca y empezó a hacerle cosquillas en los costados.

—¡Paso al teniente Wharton Horstead, el pulpo humano! — gritó. — Entren a ver el fenómeno, señoras y caballeros.

El robusto teniente chilló y empezó a luchar con brazos y piernas, de un modo que le daba cierta semejanza con un pulpo. Pero el grupo lo tenía apretado y no podía alcanzar a su atormentador. Sus salvajes esfuerzos para soltarse de aquellos dedos de acero que le hacían cosquillas tuvieron, sin embargo, el efecto que John Henry deseaba: los hombres gritando para librarse de los furiosos puntapiés de Caballo de Guerra, dejaron libre la puerta.

Luego un pequeño grupo de oficiales del Cuerpo Real de Aviación salió en tropel y cayó sobre el barro endurecido.

John Henry tenía genio para hacer lo preciso en casos de emergencia.

Saltó ahora por encima del grupo y corrió hacia los hangares, mientras los otros se levantaban como podían insultándolo a Wharton Horstead.

—¿Qué modales son esos, Caballo de Guerra? — preguntó uno. — Está bien que desees llegar hasta Fritz y ganarte un montón de medallas; pero no necesitas morder como un gato rabioso ni patear como una mula. Casi me has arrancado la piel.

Saltó en una pierna y se acarició la otra, mientras Caballo de Guerra se levantaba, jadeante, murmurando:

—¡Pero mi querido Billjim, yo no tuve la culpa! — dijo con acento de dignidad ofendida. — En verdad Wharton Hortead no se distinguía por su brillante inteligencia, aunque era uno de los mejores pilotos de guerra de Francia y un buen muchacho.

John Henry empezó a hacerme cosquillas — explicó. — El condenado me agarró de modo que no podía defenderme y no tuve más remedio que retorcerme así. Una traición llamo yo a esto. Como decía mi primo Cicero de Lieghton Buzzard.

Como por obra de magia, Billjim y los demás se hicieron humo al oír el nombre de Cicero. Estaban hartos de oír hablar de él.

De pronto el valiente Caballo de Guerra se halló conque le estaba hablando al aire. Recordó el motivo de la corrida y se dirigió a los hangares. Allí bajó su equipo de aviador de una percha, corrió a la pista y halló a el Calvo Atlee que daba órdenes.

—Seis aviones de bombardeo vienen, volando alto — dijo el Calvo, brillante su pequeña cara ruda a la luz del hangar. — El cuartel general cree que se dirigen hacia el gran arsenal de Dunquerque. Tenemos que alcanzarlos antes de que dejen caer los huevos. Pero, como probablemente habrá aeroplanos de combate escoltándolos es mejor preparar las orejas. Manténganse en formación hasta que dispare una luz verley verde. ¡Arriba!

Dirigióse a su aparato, que ya los mecánicos habían corrido hasta la cabeza de flecha formada por la escuadrilla, frente a los hangares.

Con gritos y risas lo imitaron los "Angeles". Los mecánicos hicieron girar las hélices y cada piloto gritó: "Contacto".

Un par de minutos después, el sargento mecánico agitó ambos brazos en señal de que todo estaba listo y el aparato de el Calvo escupió fuego. Se oyó un poderoso rugido, una fuerte ráfaga de viento barrió la pista, sacudiendo las lonas contra los postes.

Los "Bentley-Camels" se elevaron en graciosa y larga curva. La obscuridad se los tragó; pero por un segundo las estrellas amarillas de las llamas de los motores señalaron su ruta.

Luego eso también desapareció y sólo un zumbido profundo indicaba el sitio donde volaban los "Angeles".

El cielo estaba muy claro; pero no había luna y la desgarrada y obscura superficie de la zona de guerra se divisaba vagamente á ocho mil pies de las rugientes máquinas. Ahora, por la noche, la actividad era más notable que a la luz del día. Los caminos de las líneas de apoyo estaban llenos de negras filas de transportes. Columnas de hombres marchaban formando masas negras y ondulantes que brillaban aquí y allá, donde una bayoneta recibía la luz de la velada luna.

Salían chispas de las locomotoras y las granadas enemigas caían incesantemente en aquel camino de hormigas, porque las baterías alemanas trataban de obstaculizar el avance lo más posible. Desde el último y victorioso empuje británico, los alemanes se habían debilitado y desorganizado tanto que no podían esperar resistir otro ataque. Su única esperanza era el bloqueo de Inglaterra por los submarinos.

Y ahora sabían que se preparaba un nuevo ataque; pero ignoraban en que dirección se realizaría.

Y sentíanse muy inquietos.

El Calvo también lo estaba.

El frío era terrible y la perspectiva de una larga patrulla, desagradable. Porque todos sabían que sólo la suerte podía ponerlos en en camino de los aviones de bombardeo, que cambiarían de ruta de tiempo en tiempo para despistar a los que informaban de su avance.

John Henry, que volaba en la posición número 3, junto al jefe y ligeramente atrás trataba de cantar una canción alegre, al compás del motor. Pero el viento cortante se le entraba en la boca medio abierta y le hizo doler una muela; juró y renunció a su canto.

El Calvo ascendió firmemente hasta catorce mil pies antes de enderezar el aparato; luego se golpeó las manos entumecidas. La depresión es contagiosa y hasta su alegre naturaleza estaba como nublada por el presentimiento de que las cosas iban a salir mal.

¡No se equivocaba!

Pasó media hora y los "Angeles" estaban cerca del depósito de municiones, cuando el Calvo se inclinó de pronto hacia adelante, en su asiento y tocó nerviosamente los disparadores con sus pulgares. Abajo, muy abajo, había distinguido un débil brillo, como de tela. Esforzó los ojos e hizo dar a la escuadrilla una empinada vuelta. Juró.

De pronto, la proa de su aparato bajó rápidamente y sus dos Vickers dieron la señal, largamente esperada por los hombres, medio helados, que venían detrás. La escuadrilla de bombardeo había sido avistada al fin; pero

cada piloto hacía conjeturas solamente sobre la posición del enemigo.

Los bomberos volaban, generalmente, a la mayor altura posible para evitar los cañones anti-aéreos y los atacantes de arriba. Pero estos estaban apenas a cinco mil pies del suelo y la mente perspicaz de el Calvo sospechó una trampa. No iba a tardar en convencerse de ello.

Los bomberos subieron vivamente, cuando la escuadrilla inglesa bajaba. Su movimiento fué bien calculado y las balas de los "Angeles" pasaron lejos.

Los británicos volvieron otra vez, guiados por el Calvo, que volaba debajo de los aparatos enemigos, pensando rociarlos de balas desde esa posición; pero al hacerlo, el bombero guía bajó empinadamente y los otros lo siguieron.

Tan cerca de los atacantes llegaron que la puntería de estos falló otra vez y subieron detrás de el Calvo, que volvió en una empinada vuelta.

Pero los bomberos continuaban bajando.

El Calvo sentíase intrigado mientras los seguía. Ahora las escuadrillas estaban bien sobre Dunquerque y el acto de los bomberos parecía un suicidio.

Se hallaban a menos de tres mil pies del suelo y bajaban siempre. El Calvo sacó una pistola Verley y disparó una señal a los cañones anti-aéreos de abajo. Si se trataba de alguna trampa, era mejor que retirara a los suyos y dejara que los artilleros de tierra aprovecharan ese blanco fácil, porque hasta entonces los cañones habían permanecido silenciosos, sabiendo que había una escuadrilla británica, además de la enemiga.

Al hacer eso y desviarse, los bomberos siguieron bajando. Zumbando los alambres, la escuadrilla bajaba a tierra con la rapidez de una piedra. Era sorprendente, increíble. Bajar con aparatos tan grandes, a semejante ángulo, significaba nada menos que muerte repentina. No podrían enderezar. Se estrellarían.

Pero los pilotos alemanes no hicieron esfuerzos para enderezar. Bajaron siempre, mientras las granadas estallaban a su paso. Vagos objetos parecían saltar fuera de los grandes aparatos, como arrancados por la poderosa rapidez, disolverse y desapacer en la nebulosa obscuridad.

Luego se produjo el choque.

Las seis máquinas alemanas, cargadas de bombas, tocaron el suelo de cabeza, casi en el mismo segundo y todo el cielo, en muchas millas a la redonda fué iluminado por las llamaradas de la erupción, a la vez que se oía un estrépito ensordecedor al explotar las bombas.

Pero otra explosión siguió a la primera. Pareció haber una pausa entre ambas; pero en realidad no debió mediar más que la quinta parte de un segundo. Y la segunda explosión fué algo que no se puede describir porque los bomberos se habían estrellado de cabeza sobre el gran arsenal de Dunquerque, que era el objeto del "raid".

La noche se convirtió en día, y el día en una espantosa y volcánica pesadilla de hierro ardiente y acero que volaba. Una luz amarillo-verdosa, de suficiente poder como para cegar los ojos de los "Angeles", iluminaba el cielo, formando sombras siniestras y diabólicas en las nubes. La tierra era un hirviente mar de fuego.

Y el aire parecía azotado por una poderosa tempestad. Como un aliento caliente, furioso, elevábase del suelo donde cientos de toneladas de explosivos almacenados se convertían en átomos y dejaban un agujero suficientemente grande como para construir una población.

El aparato de el Calvo fué sacudido, como un fragmento de papel en un temporal, y toda la escuadrilla se desparramó en aquella poderosa ráfaga. Había allí un peligro que no se podía descuidar, porque los aparatos, perdidos en la obscuridad, estaban expuestos a chocar unos con otros.

—Es tiempo de volver a casa — murmuró el Calvo, levantando su pistola Verley y disparando la señal — Fritz ha ganado esta vez y, por Dios, que admiro a los valientes que han sacrificado sus vidas para hacer volar el arsenal. Han conseguido su objeto, a toda costa. El gran ataque, el avance no podrá efectuarse. Todas las municiones han desaparecido en esa pequeña función de fuegos artificiales y pasarán muchos meses antes de que puedan reunirse otra vez. ¡Cielos! ¡Qué contratiempo! Ahora no podemos tomar la base de Kneup y los submarinos continuarán alegremente su obra.

Los "Angeles" vieron las señales y las siguieron hasta que se formaron una vez más. Todos estaban de acuerdo y sus corazones latían al unísono.

Era ciertamente tiempo de volver a casa.

UNA OPORTUNIDAD PARA LOS AUDACES

John Henry movió tristemente la cabeza y buscó consuelo en su taza de café. Por las ventanas del comedor entrada un sol alegre y radiante. Alrededor de la mesa reinaba el silencio, mientras el Calvo leía un informe recién abierto. Por la casaquilla kaki de John Henry corría un hilo de café.

—Parece cosa segura — leyó el Calvo, inclinado sobre el informe, a la cabecera de la mesa — que los pilotos de los aviones alemanes saltaran en peracaídas, no bien pusieron sus aparatos verticales para el descenso. El paracaídas de uno no se abrió y su cuerpo fué hallado a dos millas de distancia, probando que la treta fué realizada con felicidad. Se cree que los demás han aterrizado en territorio belga y llevan uniforme de los Aliados. Se encontraron en los bolsillos del piloto muerto notas que indican esto.

Alzó la vista y miró a su alrededor.

—¿Comprendéis esto? Los tiñosos llegaron hasta encima del arsenal, pusieron verticales sus aparatos, atrancaron los controles y saltaron en sus paracaídas. Probablemente hablan francés y escaparán. ¡Qué idea! Trabajo fácil, en la obscuridad naturalmente. Pero el gran avance se ha detenido. Los submarinos continuarán haciendo de las suyas.

John Henry dejó su taza y suspiró:

—Eso es lo peor en Fritz — dijo. — No puede dominar su genio. Sólo porque los nuestros le han empujado una milla o dos

su línea se porta groseramente. ¡Y yo que había desperdiciado toneladas de admiración y simpatía por los que se habían sacrificado alegremente por la madre tierra! Eso demuestra hasta que punto se puede confiar en un alemán. Un poco más de café, por favor.

El teniente William James Jameson miró espantado a John Henry.

—Quiere más café — anunció a los otros. — ¡Miren a ese buen mozo a punto de volverse obscuro del todo! John Henry, hijo mío, admiro tu idea de llenarte el pecho de café para protegerte contra el frío del invierno. Pero ¿qué vas a hacer ahora? ¿Untarte con él la cara para fascinar a las chicas con tu tinte moreno? ¿O pretendes asustarlo a Fritz haciéndole creer que China ha entrado al fin en la guerra?

John Henry le contestó tirándole una pelotilla de pan con considerable fuerza y pésima puntería. Le erró a Billjim por un pie y se le entró a el Calvo en un oído, en momentos en que el comandante levantaba la vista de un segundo sobre que había abierto.

El mayor Atlee saltó de la silla y luego cayó hacia atrás, dándole un puntapié a la mesa y haciendo volar una fuente con mermelada hasta la espalda de Billjim. El Calvo chilló y dijo varias cosas que debieron aflojar los clavos del piso. Levantóse con la cara escarlata y le metió el puño por las narices a Billjim que estaba frenéticamente empeñado en sacar la mermelada de los más inaccesibles sitios de su chaquetilla nueva.

John Henry se metió debajo de la mesa. Comprendió que era imprudente intervenir cuando dos "angeles" discutían. Y se divirtió atando los cordones sueltos de algún botín a la pata de la silla, mientras el Calvo y Billjim se decían unas cuantas cosas.

Era una conversación en que no se entendían; porque Billjim no había visto la pelotilla y acusaba a Atlee de hacerse el gracioso. Por otra parte Atlee estaba convencido que su segundo, ahora todo untado de mermelada, le había pinchado la oreja con un arma que ahora no se veía y eso era ir demasiado lejos.

Realmente la discusión llegó a un punto pocas veces oído entre los "angeles".

El Calvo terminó por salir de la habitación ordenando a Billjim que lo siguiera a la oficina. John Henry salió de abajo de la mesa, para dar explicaciones antes de que las cosas se pusieran demasiado serias. Pero de pronto oyó pronunciar su nombre y se quedó frío.

El Calvo lo miró mientras salía de su refugio.

—Quiero hablar con usted, joven. Venga en seguida, rápido.

John Henry se cuadró y siguió a su superior. Pero el corazón se le había ido a los pies Nunca había visto, hasta entonces, a el Calvo enojado, y francamente, temblaba.

Una vez en la oficina, sin embargo, el comandante se sentó y miró a sus oficiales con inesperada sonrisa.

—Fué uno de ustedes dos que me pinchó la oreja — rió — Y creo que los he hecho saltar un segundo. No se pongan tan pálidos. Me he vengado ¿no?

Estalló en carcajadas que John Henry y Billjim corearon. Luego el Calvo agitó el papel que tenía en la mano y habló normalmente.

—Ahora, escuchen, — dijo. — He venido aquí para darles un buen jabón y en parte porque tengo que hablarles reservadamente Esta nota vino con el informe de la farra de anoche. Es una orden pidiéndome que vaya con mi mejor piloto a Calais mañana, para un servicio especial en la flota. Lo ha enviado el mismo comandante en jefe, de modo que no se trata de una broma. Tengo que dear a mi segundo a cargo de esto... es decir a ti Billjim. Y ahora... ¿cuál es mi mejor piloto?

John Henry tosió modestamente, mientras jugaba con su monóculo.

—Mi querido y pequeño jefe... no me gusta cantar mis propias alabanzas — dijo ligeramente confuso. — Pero si se trata de trabajo... trabajo especial, sobre el mar. Si tienes que elegir realmente un buen aviador... ¡Qué demonios!... quiero decir...

—¿Quieres decir que tienes experiencia en el mar? — preguntó el Calvo con acento de negocios; pero chispeantes los ojos.

—Este... bueno... del mar precisamente no — dijo John Henry vacilando. — Pero si has entendido lo que quiero decir...

—Quieres decir, — intervino Billjim que todavía estaba pensando en la mermelada — que una vez te caíste en un charco de Margate y tienes un amigo íntimo cuya hermana está comprometida con un tipo, cuyo abuelo resbaló en una cáscara de banana frente al Almirantazgo de Londres ¿no?

—¡Oh!... ¡Váyanse todos al diablo! — dijo John Henry.

—Vámonos al diablo y empaqueta tu coraje, hijo — dijo el Calvo. — Te llevo conmigo para ese asunto, sea cual fuere, porque nunca he visto a nadie con monóculo mareado y deseo saber que cara pone. Ahora... lárgate de aquí y dile a mi ordenanza que arregle las cosas. Vuelve dentro de un cuarto de hora y no digas nada a nadie, si no los muchachos se pelearán por el trabajo.

John Henry se marchó, dando las gracias y tropezó con el felpudo por querer hablar y mirar hacia atrás al mismo tiempo. Al cuarto de hora volvió cargado de mochilas y valijas, mientras el ordenanza de el Calvo aparecía junto a él.

Jhon Henry pensó que su suerte era demasiado buena para resultar cierta; pero eso se debía a su modestia. Le hubiera sorprendido oír las instrucciones que daba el Calvo antes de partir a su segundo, el teniente Jameson.

—Bueno, creo que puedo dejar esto seguro en tus manos — dijo el jefe de la escuadrilla. — Espero volver pronto. Entretanto me llevo a este pibe porque es el más loco entre todos los jóvenes y no tiene miedo a nada, sobre las alas o piernas. Se hará popular en la marina.

Jameson estaba todavía algo "pegajoso".

—Lo que es yo no voy a llorar lágrimas de sangre si no vuelve. ¡Y pensar que en la patria hay quien rece por su joven vida! ¡Bah!

(Continuará)

CADENAS del DESTINO

Por PHYLLIPS LEWIS

(Conclusión)

SINTIO Larry otro momento de aterradora angustia: cuando colocó el anillo en el dedo de Magnolia Por un momento experimentó la espantosa ilusión de que el anillo no era dorado si no rojo. Un pensamiento atravesó su cerebro: "¡Cielos! Es porque se casa con un asesino". Lanzó un suspiro de alivio al darse cuenta que su ilusión era producida por el reflejo del sol, al pasar por un vidrio rojo de la ventana.

Hacía seis meses que Larry y Magnolia vivían en Leicester. La limpia ciudad, con su fondo de granjas que parecían robar al distrito comercial su monotonía, les agradaba a ambos.

Larry había encontrado una casita con jardín, como pensaba; y Magnolia, con esa capacidad de las personas que han vivido lejos de las ciudades y tienen que valerse por sí mismas, pronto arregló su hogar como lo quería.

Era muy lindo y muy sencillo, con paredes color crema y cretonas de brillantes tonos.

Al fin conocía Larry la paz.

En aquella modesta casita, con Magnolia a su lado, era completamente feliz.

En verdad, era otro hombre. Su naturaleza torcida se había enderezado. La tara mental desaparecido. La vida había dejado de ser una batalla en la que sólo la fuerza bruta podía librar del dolor y en aquella atmósfera de serenidad que Magnolia tenía el don de crear, sentíase Larry transformado.

Le era imposible desechar enteramente el pensamiento del pasado. De vez en cuando, algún incidente le recordaba los años miserables que había pasado junto a su madre. Volvía a verse a sí mismo como había sido; pero era como si estudiara la curiosa conducta de algún conocido suyo, no la propia. No podía encontrar ahora ferocidad en su naturaleza, ninguno de los odios que ferozmente lo habían animado en otro tiempo. Había arrojado lejos una cubierta que le impusieron las circunstancias, encontrándose a sí mismo.

En la difunta señora Fenwick pensaba, aunque procuraba no hacerlo. Se daba perfectamente cuenta de la responsabilidad que le cabía en su muerte, y sin embargo, no podía mirarse así mismo como asesino. Por una parte, sólo la vió moverse una vez, de modo que, a sus ojos, nunca fué una personalidad dotada de vida. No había escuchado nunca su voz, nunca vió su expresión cambiar, no la oyó llorar ni reir. Le había parecido muy real la noche que Marieta y él se dieron el último adiós; pero su concepto, como un ser individual, se había borrado de su mente.

Magnolia ocupaba todos sus pensamientos. Deseaba vivir como lo hacía ella, encontrando interés y encanto en todo, placer en el trabajo, diversión en todos los incidentes de la vida. Magnolia irradiaba calor y simpatía y, copiándola, empezó Larry a hacerse de amigos.

No le costó mucho encontrar trabajo. Como técnico electricista, era solicitado y cada vez que recibía su salario semanal pensaba que locura se había apoderado de él, por qué había sentido esa fiebre de dinero, que nunca había deseado realmente y que tan poca felicidad le había dado.

El amor y la alegría habían convertido a Magnolia, de delicado pimpollo en magnífica flor. El matrimonio era el estado natural para una mujer de su temperamento.

Apasionada, comprensiva, tierna, tenía verdadero talento para ser esposa. Tareas que muchas mujeres hubieran hallado enfadosas, ella no las economizaba porque contribuían al bienestar de su amado. Las cosas más elegantes no despertaban su envidia, porque sabía que Larry era feliz en su pequeño hogar.

Los diarios que, cuando la muerte de la señora Fenwick pusieron el grito en el cielo, ocupándose del alevoso crimen por bastante tiempo después, habían abandonado al fin el tema. Larry no tenía ningún motivo para temer ser descubierto y con el pasar del tiempo su ansiedad era menor cada vez. A veces pasaban semanas sin que se acordara siquiera del espantoso hecho, que aun debía temer.

Y luego...

Atravesando el pequeño jardín que era el orgullo de Magnolia, vió una tarde acercarse a Dan Morland.

No se habían vuelto a ver después de la muerte de la señora Fenwick y Larry no sabía que Morland tuviera su dirección. Luego recordó que la "banda" nunca dejaba que ninguno de sus miembros se perdiera enteramente de vista.

Pero sabía que Morland no vendría a hacerle una visita social y por consiguiente el corazón se le cayó a los pies cuando se levantó para recibirlo. ¿Recordaría, pensó Larry, que Magnolia nada sabía, que no era de su mundo? Aparentemente así era, porque Morland dió un cortés "buenas tardes" a Magnolia y dijo que quería hablar de un pequeño negocio con Larry.

—Me han dicho que no hay nada que él no sepa de electricidad — añadió amablemente, ganándose la gratitud de Larry.

—Pase usted a la sala — dijo Magnolia, sonriendo.

—No, no, señora, gracias. Me gusta disfrutar del aire libre cuando estoy en el campo. ¿No querrá Larry acompañarme a dar un paseo?

Larry aprovechó prontamente la sugestión. Con dificultad consiguió caminar, lenta y tranquilamente, mientras Magnolia los miraba, desde la puerta del jardín, hasta que se perdieron de vista.

—¿Qué hay? — preguntó ansiosamente Larry cuando no podían ser oídos.

—Malas noticias.

—Ya me lo imaginé. ¡Habla, Morland!

—Van Gessen ha sido arrestado en Amsterdan. Le encontraron el "gato". Dios sabe si mantendrá su boca cerrada. Su situación es tan comprometida que, si cree que puede aplacar a la policía haciendo "importantes revelaciones", no me sorprenderá que cante.

Larry palideció al oír aquellas noticias.

—¿Qué vas a hacer? — preguntó.

—Partir para París mañana por la mañana. De París a Madrid. Me ocultaré en algún sitio de España.

—Mala idea — dijo Larry — Te harás notar más que si permanecieras aquí.

Morland lo miró.

—Cada uno sabe donde le aprieta el zapato.

Hubo una pausa. Y luego Dan preguntó.

—¿Y tú ¿qué harás?

Larry miró a su alrededor. La visión era de paz. No podía, no quería abandonar aquello a menos que le obligaran, decidió. Si lo querían, tendrían que arrancarlo de allí. La calma de la campiña hacía la fea realidad que estaban discutiendo con Morland más fantástica.

—Yo me quedo. — dijo brevemente.

—Bueno, si deseas quedarte, es mejor que vuelvas a la ciudad, con los muchachos. Me atrevo a decir que entre ellos arreglarán las cosas para tí. Hubiese sido más fácil si tu esposa fuera de nuestra clase. Pero no creo que eso tenga mucha importancia, después de todo.

—¿Llevar a Magnolia entre la banda — exclamó Larry con acento de incredulidad. ¿Dejarla que se mezcle con ellos? Debes haber perdido la cabeza, Morland, para pensar semejante cosa. ¡Si ella supiera!... Prefiero que me ahorquen.

—Te ahorcarán, ni no andas con cuidado — dijo Morland impacientemente. — ¿No comprendes que es mejor que ella lo sepa ahora que más tarde? Y, de todos modos, no puede andarse con esos escrúpulos en tu situación. Sigue mi conseo. Vete a la ciudad inmediatamente. Y, si no quieres dirigirte al Continente, que alguno de los muchachos se ocupe de tí.

—No. — contestó con obstinación Larry.

—¿No puedes enviar a tu mujer a alguna parte? Si es eso todo lo que te preocupa... Permíteme decirte que obras como un idiota. Seguramente podrás inventar algún pretexto y arreglar tus cosas.

—No. — repitió Larry.

Mientras hablaba con Larry experimentaba la sensación de que estaba perdido. Lo sabía con tanta seguridad como si ya hubiera ocurrido; aquellos días de paz y felicidad tocaban a su fin. Por consiguiente, cada hora que pudiera pasar con Magnolia era cien veces más preciosa que antes. No podía malograr la felicidad de ambos un minuto antes de lo preciso. No podía renunciar a lo que le quedaba de aquel ideal por la sepa-

ración. Y menos confiarle la verdad a su esposa o humillar su delicado orgullo obligándola a un contacto con la banda.

Porque a su sencilla manera, ella era orgullosa. Estaba orgullosa de su marido, de su linda casita, tan bien cuidada, del lugar que ocupaban ambos en aquella pequeña comunidad que le recordaba los días de su infancia. Era el orgullo de la propia estimación y Larry, que tanto tiempo había carecido de ella, lo estimaba en todo su valor.

Escuchó mecánicamente las exhortaciones de Morland, sus súplicas para que, en bien de ambos, cuidara de su seguridad. Todo le hizo poca impresión. Algo, en su interior, le decía que no había esperanza de escapar. Era sólo cuestión de tiempo ahora.

Cuando Morland se fué y Larry quedó solo, no volvió inmediatamente a la casita. Caminó un rato por las tranquilas sendas, tratando de pensar lo que haría para proteger a Magnolia. Había sufrido mucho antes, cuando su conciencia lo acusaba de cometer un gran pecado casándose con Magnolia; pero, aunque parezca extraño, sus temores eran de orden ético y moral, no porque temiera el arresto y las consecuencias que para ella pudiera tener.

Había pensado si cambiaría él lo suficiente para tratarla bien, para vivir la vida que ella deseaba. Había comprendido que no era bastante bueno para su esposa. Pero la idea del castigo nunca le pareció grande ni amenazadora. ¡Estaba tan seguro de la impunidad... tan perfectamente seguro hasta ese día!

Con una amargura tan intensa que lo hizo sufrir inmensamente, comprendió la ironía de que fuera su nuevo ser regenerado quien tendría que pagar las acciones del antiguo Larry, de aquel Larry con quien no tenía ya ningún punto de contacto y del que no podía sentirse moralmente responsable.

Vagamente pensó que era una injusticia, porque si le hubieran dado amor en su juventud, si su lucha por la vida hubiera sido menos cruel, él habría sido siempre lo que era ahora. Sabía que el mundo no creería en su transformación, que no podría hacérsela entender a nadie, excepto, posibiemente, a Magnolia.

¿Comprendería ella?

Un frío terror lo hizo temblar al decirse que ella podría estar de parte del respetable mundo, que podría condenarlo, aborrecerlo.

No; algo le haría ver a su esposa que no era la bestia salvaje que había sido; que, en vez, se había transformado en el hombre que ella imaginaba y deseaba que fuera.

Con todo, las inocentes cavilaciones de Magnolia, sobre el aspecto que podría tener un asesino, aquella mañana en la mesa de la señora Green, volvieron como un relámpago a la memoria de Larry.

"Yo pienso que debe ser distinto a todas las demás personas".

Las palabras resonaron en su cerebro. Había dicho ella que no podía concebir un asesino y pronto...

¿Se lo confesaría enseguida? ¡No! Sería cruel destruir los días de felicidad o quizá horas que les quedaban. Habría tiempo de sobra. Trataría de concentrar en cada momento que pasaba con ella toda una vida, intensificar cada expresión de amor, de modo que, más tarde, lo recordara con ternura.

Necesitó de toda su fortaleza para mostrarse como si nada hubiera pasado cuando llegó a su casa. A despecho de su fuerza de voluntad, que era considerable, Magnolia le halló aspecto de cansancio y le preguntó si le dolía algo.

—Me parece que tengo un resfrío — contestó Larry rápidamente. — Si mañana no me siento mejor, no iré al trabajo.

Eso al menos, le permitiría estar unas horas más con su esposa. Le costaba dejarla aunque fuera un momento.

Un día le preguntó

—¿Has sido perfectamente feliz desde que estamos juntos?

Ella estaba haciendo el te en ese momento. Impulsivamente dejó la pava sobre el fogón, acercóse donde estaba Larry sentado y lo besó.

—¡La mujer más feliz del mundo! — le dijo dulcemente, con los ojos brillantes.

—¡Entonces no he vivido en vano! — exclamó él.

Magnolia lo miró sorprendida. La vehemencia de su tono la sobresaltó.

—¿Por qué hablas así? — le dijo.

—Por nada, vidita — contestó él evasivamente. — Pensaba que el haberte hecho feliz justificaría cualquier cosa... toda mi vida, quiero decir.

Antes de que Magnolia pudiera hacerle más preguntas, la pava, afortunadamente para Larry, hirvió y se derramó. Magnolia corrió junto al fogón. Cuando el te estuvo hecho había olvidado aquella frase extraña de su marido.

La noche era el peor tiempo para Larry. Deseaba despertar a Magnolia, oír su voz, no desperdiciar aquellos preciosos momentos. Y cuando todo estaba en silencia, imaginaba que traería el futuro, quizá el día siguiente, la próxima mañana.

Más que la muerte, temía el espantoso momento en que tendría que decirle la verdad a Magnolia. Si leía en sus ojos el horror que le inspiraba, bueno... se volvería loco, seguramente no podría retener su razón. Y sin embargo ¿qué otra cosa que horror o repulsión podía esperar. ¿Cómo iba a comprender ella que él no tenía enteramente la culpa de su pasado y que lo borraría si pudiera?

Luego, una mañana, los temores de Larry se materializaron.

Van Gessen había hablado. Y la policía británica, obrando "por informes recibidos" dictó orden de arresto contra Larry y su compañero.

Los detectives fueron muy considerados con Magnolia, preguntándole si podían hablar a solas con su marido. Pero le había dicho que eran detectives y tuvo miedo por Larry. Estaba segura ella de que era inocente de cualquier cosa que pudieran atribuirle;

pero el amor que le tenía la hacía abrigar temores.

—Diles que se retiren, Larry — dijo infantilmente. — Explícales que tú no puedes ser hombre que busque la policía.

A los hombres, Larry les dijo:

—¿Puedo hablar unas palabras con mi esposa?

El sargento le contestó:

—Ciertamente.

Con toda calma, Larry se volvió a Magnolia.

—Me buscan por un asesinato, Magnolia.

Un pequeño grito brotó de los labios de Magnolia, que palidecieron súbitamente.

—Pero diles, Larry... — empezó. Un gesto de él le impuso silencio.

—Trata de comprender y creer lo que te digo, amor mío — dijo dulcemente. — El crimen fué cometido por Larry Hoods, el hombre que ellos buscan. No soy el mismo hombre ahora. Por favor, entiende bien esto, Magnolia. El Larry Hoods que mató a la señora Fenwick...

—¿No será la mujer de quien hablábamos en casa de la señora Green?

—Esa misma. Bueno, el hombre que la mató fuí yo, como era en ese tiempo. No como soy ahora. Tú me cambiaste. Mis ideas y sentimientos fueron muy distintos, desde que te conocí. Quisiera comprendieras que tu marido nunca hubiera hecho las cosas que hizo aquel Larry Hoods, vagabundo y ratero.

Se volvió a los policías que lo esperaban.

—Es todo lo que tenía que decir. Gracias por haberme dado la oportunidad.

El sargento a cargo del asunto, llamado Marsh, había escuchado las palabras del preso con interés. El acento de Larry era sincero. Y Magnolia una mujer muy hermosa.

El sargento era humano.

Y cuando Larry dijo:

—No puedo dejar aquí sola a mi esposa — asintió comprensivamente y se volvió a Magnolia.

—¿Quiere que mande buscar a alguna vecina? — le preguntó; pero añadió antes de que ella pudiera contestar. — Pero, si quiere seguir mi consejo, no haga eso. Venga a Londres. Nosotros cuidaremos un poco de usted.

—¿Puedo viajar con Larry? — preguntó ella en voz baja.

—Sí — dijo el inspector. — No veo inconveniente en ello.

—No — dijo Larry rápidamente. — Deje que yo vaya con su ayudante hasta el tren. Usted encárguese de mi esposa; pero llévela en otra parte. No podría soportar que fuera conmigo.

Así se arregló. Los dos oficiales vieron que Larry no pensaba resistirse y no tenían deseos de hacerle más angustiosa su ya terrible situación.

—¿Cuando lo volveré a ver a Larry? — preguntó Magnolia con temor.

—Si el pide verla, con seguridad le será permitido — dijo Marsh con tono tranquilizador. — Yo puedo ayudarla a usted en ese sentido.

En medio de su angustia comprendió Magnolia que tenía allí un buen amigo y le dijo:

—Es usted muy bondadoso.

El hombre movía sus dedos embarazado y murmuró:

—El deber es el deber; pero no tenemos nada contra usted, señora.

Por el camino a Londres, Marsh le preguntó a Magnolia si había algún sitio a donde quisiera especialmente ir. Magnolia se acordó de la buena señora Green; pero comprendió que no podría resistir la compasión de las personas que la habían conocido. Prefería estar entre extraños, indiferentes a su pena.

—A cualquier parte — contestó. — No quiero ver a nadie que me haya conocidod.

—Tengo unos amigos, gente decente, que la recibirán. No tienen por qué enterarse de su asunto. Yo nada les diré.

Los ojos negros de Magnolia, no menos bellos porque estuvieran orlados de sombras moradas y cubriera su semblante una palidez mortal, se encontraron con los del sargento.

—¡Muchas gracias! — le dijo. — Le quedo muy agradecida.

Y así, durante las terribles semanas que siguieron, Magnolia estuvo instalada en casa de un honrado matrimonio, en un modesto suburbio de Londres.

Larry no experimentaba resentimiento contra Marsh por haberlo arrestado. Y, como suele ocurrir entre los policías y los criminales, una curiosa amistad se estableció entre los dos hombres. Cierto que Marsh hizo lo posible por sonsacarle a Larry donde estaba Morland. Larry contestó a sus preguntas con miradas vagas y afirmando que no tenía la menor idea del sitio donde podía encontrarse su ex cómplice. Aparte de ese punto, en el cual peleaban, los dos hombres se tenían mutua simpatía.

—Me da mucha lástima su esposa — le dijo un día Marsh a Larry. — Está como atontada por el golpe.

—¿La ha visto usted? — preguntóle Larry rápidamente.

—No fuí especialmente a verla — contestó el sargento. — Estuve a visitar a Tom Watkins, donde ella se hospeda, y sucedió que estaba en la salita, conversando con la señora Watkins. Parece que les ha costado mucho hacerla hablar. Pero yo les dije que no la dejaran mucho tiempo abandonada a sus pensamientos.

Los ojos de los dos hombres se encontraron. Una mirada comprensiva se cambió entre ellos.

—Oiga, Marsh — dijo Larry — yo le quedo muy agradecido. Mi posición es espantosa. Y lo único que pienso, día y noche, es lo que será de esa pobre muchacha, sin nadie que vele por ella. Y cuando... todo... haya... concluído... Bueno, el pensamiento de lo que será de mi desdichada esposa es mi pesadilla.

—No se preocupe por eso — dijo lentamente Marsh. — Yo cuidaré de que nada malo le ocurra.

Y mientras miraba el rostro abatido del hombre que tenía delante, Marsh se encontró deseando que un milagro de último momen-

to, alguna coartada o algo inesperado, pudiera salvar a Larry.

Larry se quedó pensativo. El mundo nunca comprendería que su nuevo ser era inocente. ¿Hallaría su esposa, Magnolia, la diferencia?

De pronto decidió con franqueza:

—Usted debe comprender mejor que otros — dijo a Marsh — que un hombre, en mi situación, ve las cosas de un modo distinto que la demás gente. Puedo considerarme ya muerto, dadas las circunstancias. Comprendo que hice a mi mujer un daño imperdonable casándome con ella. Me parece mucho peor que... que lo de la señora Fenwick. Lo único que me aportaría ahora algún consuelo sería saber que ella no sufrirá toda la vida por mi culpa.

—Yo sé que ella... nunca ha pensado mal de usted — contestó algo embarazado el sargento. — La señora Hoods y yo nos hemos hecho amigos. O por lo menos creo que lo seremos con el tiempo. Ella no se ocupa mucho de mí ahora y tampoco deseo que lo haga.

Más tarde...

—Yo afrontaría con más calma mi destino si supiera que usted ha de ser algo más que un amigo para ella — dijo Larry en un arranque de sinceridad.

—Yo no hubiera mencionado eso — dijo Marsh, con la cara enrojecida. — Pero, si ella consiente, yo...

—¡Gracias al cielo que tendrá alguien decente que vele por ella! — dijo Larry. — Por mi parte prefiero que sea usted y no otro. Una persona común podría pensar que ella supo algo de este horrible asunto; pero usted no es así. Tiene experiencia de la gente, es buen juez y... — miró al sargento — no cometerá semejante error.

Larry consideraba tan desesperada su situación que ni siquiera ayudó a su defensor en los esfuerzos que hacía para salvarlo. Luego ocurrió un incidente inesperado.

La señora Green recordó de pronto la noche del 12 de Abril de 1928.

Ofreció informes espontáneamente. Y declaró ante la asombrada policía que Larry había estado esa noche en su casa a las once y media. Se sabía definitivamente que la señora Fenwick estaba viva a las doce menos cuarto. Uno de los sirvientes la había visto a esa hora subir a su cuarto. El crimen, por lo tanto, no pudo ser, cometido hasta pasados unos minutos de esa hora. Y fuera cual fuese el medio de locomoción empleado por Larry, tuvo que tardar algunos minutos para volver a casa de la señora Green.

Tenía la mejor de las defensas... una coartada.

Su abogado le comunicó la buena noticia con acento de triunfo.

—Es una coartada indestructible — dijo — La policía no ha podido hacerle cambiar un detalle de su historia. — Miró perplejo a su cliente. — No comprendo, Hoods, — dijo — por qué me ha ocultado usted la verdad. Debe tener algún motivo. Salta a la vista que es usted inocente.

La tentación de inventar alguna historia y sacar ventaja de aquella coartada que preparó tan hábilmente, fué casi irresistible. El vivo cerebro de Larry podía encontrar pronto una excusa, una serie de circunstancias que explicaran aquella extraña ocultación de la prueba de su inocencia.

Luego pensó en Magnolia.

¿Cuál sería la vida de ella, si él salía en libertad? ¿Podía continuar amando a un asesino? ¿Podía vivir junto a él, dejar que la besara, hablarle, como si nada hubiese ocurrido? Eso era seguramente más de lo que podía hacer un ser humano, ¿Y si ella cambiaba para con él? Tembló ante aquel pensamiento. ¿Suponiendo que alguna vez leyera en sus ojos que le tenía miedo... que le inspiraba repulsión cuando se le acercara? Cierto, ella era heróica, maravillosa ahora. Pero las cosas son distintas cuando los días de un hombre están contados, cuando se vive en una atmósfera de tragedia. Continuar exigiendo a su mujer esas cosas era arruinar su vida. Ella siempre se portaría espléndidamente... estaba seguro. Pero sabía también que el entregarse a un asesino rompería su ya lacerado corazón.

El abogado continuaba hablando. Larry escuchó una vez más.

—Esa joven que usted conoció... la señorita Sutton — dijo. — Se ha sabido que le dió usted una suma de dinero, poco después de la muerte de la señora Fenwick. Eso tendrá que ser explicado satisfactoriamente. Si no fuera por eso, yo lo haría poner a usted en libertad en seguida. Pero, en vista de las circunstancias y puesto que tiene una coartada indestructible, es mejor

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO—(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

afrontar el juicio, de manera que nunca más pueda ser usted acusado.

—Voy a luchar contra la tentación — se dijo a sí mismo Larry. — Quiero vivir. Necesito vivir. Pero debo morir.

El abogado advirtió que su expresión era dura, que no había en sus ojos el alivio que esperaba ver. El pobre diablo estaba, probablemente, tan aturdido por su buena fortuna que no la comprendía.

Como Larry nada decía, sin embargo, se impacientó un tanto.

—Parece que usted no ha comprendido, Hoods — empezó y Larry lo interrumpió:

—La coartada no es indestructible — dijo con esfuerzo. — Se trata de algo preparado.

—No querrá usted decir que la anciana señora Green...

Larry sonrió.

—No, ella cree decir la verdad. Pero no la permita que vaya al tribunal con su historia.

—¿Qué no la permita cuando puede salvarle a usted la vida? Habla usted como si estuviera loco. Además, creo que miente, Hoods. Una historia como la suya debe ser verdadera. Y confiesa usted que ella la cree así.

El abogado se interrumpió y miró con ojos penetrantes a su cliente.

—¿De qué tiene miedo? — le preguntó con aspereza.

—De la absolución.

—¿Le ha dicho usted eso al médico de la prisión?

—¿Piensa en hacerme aparecer como loco? — dijo Larry. — Si es así, renuncie a su idea, doctor. No estoy loco. Sé perfectamente lo que hago — se detuvo y añadió dulcemente — Y por qué.

El abogado se encogió de hombros. Naturalmente había que consultar el caso e informar al médico de las declaraciones de Larry, a pesar del deseo en contra de éste. Luego se vería lo que había que hacer.

•

Magnolia, entretanto, pasaba por una prueba terrible. Cambiar sus ideas, mirarlo a Larry como un asesino, le era imposible. Falta de mundo y de experiencia como era, comprendía, por intuición, algo del cambio operado en él, sabía también que a ella debía su transformación. Pero no podía imaginar al hombre que había sido, ni asociarlo en su pensamiento con la violencia, con el crimen.

Había comprendido las relaciones de Larry con Marieta Sutton; pero, como otras mujeres, criadas más artificialmente, no se había sorprendido ni disgustado.

La revelación más amarga fué la que le hizo Larry en la primera entrevista que con él tuvo en la prisión, de que, para comprar el silencio de Marieta, había cometido el robo que lo trajo a situación semejante.

—Eso me hace sentir como si tuviera yo la culpa — dijo llorando.

—¡Por amor de Dios, no digas eso! — repitió obstinada y desesperadamente Larry:

—Es que es así.

Cuando oyó hablar de la declaración hecha por la señora Green, el espíritu de Magnolia se levantó. En su siguiente entrevista con Larry estaba más tranquila, más esperanzada. Pero Larry, con sorpresa de su mujer, rehusó discutir el cambio de situación y aun admitir que hubiera sido alterada. Desesperada, ella le preguntó al fin:

—Pero... ¿es qué quieres morir y dejarme?

Larry la miró pensativo y por un rato no le contestó. Al fin le dijo:

—Sí. No lo comprendes ahora; pero serás más feliz, al final, sin mí. Te has obligado a seguirme queriendo porque estoy en una situación desesperada, porque todos tus instintos son leales y me has amado mucho. Pero, si recobro la libertad, habrá momentos en que lo recordarías todo — o por lo menos, yo lo imaginaría así — y eso sería más terrible que esto. Prefiero que las cosas terminen mientras me amas todavía y antes de que tengas tiempo de comprender bien lo que he sido.

Magnolia era siempre sincera. Comprendió que había mucho de verdad en las palabras de Larry.

—Quizá tienes razón — le dijo valientemente. — Quizá las cosas no podrían volver a ser como antes. Así, sólo te recordaré como te he conocido.

Antes del juicio, Larry trató de hablar con Magnolia de Marsh.

—Siempre ha sido bueno contigo — le dijo, observándola cuidadosamente. — Y conmigo se ha portado muy bien. Es para mí un alivio saber que no careces de amigos.

—Sí, ha sido bondadoso — contestó Magnolia con indiferencia. — Le estoy muy agradecida.

—Me prometió que siempre velaría por ti, si se lo permitías — añadió Larry vacilante.

—No necesito que nadie vele por mí — dijo Magnolia. — Me arreglaré sola.

—¿No recuerdas cuanto te costó encontrar trabajo en otro tiempo? Si pensara yo que vas a pasar otra vez lo mismo...

—No será así — contestó Magnolia tristemente.

—Magnolia, no debes dejarme ir con esa pena — suplicó Larry. — Tú no eres como las muchachas de la ciudad, enseñadas a ganarse la vida. Estás hecho para tener un hogar, hijos. Si no hubiese yo cometido el imperdonable pecado de casarme contigo, seguramente hubieras hallado un hombre digno de ti. Existe todavía esa probabilidad. Y por mí, aprovéchala, si puedes. Digo por "mí" porque el pensamiento de haber arruinado tu vida es lo que me convierte estos días en un infierno. Si yo pensara que estabas protegida y contenta, podría reconciliarme con lo que me espera.

Magnolia guardó silencio. Deseaba tiempo para pensar en aquellas palabras. Pero más tarde, aquella noche, le escribió una carta. Decía:

"He comprendido muy bien lo que quisiste decirme. No estoy segura de que aun para hacer menos triste tu situación, pueda prometerte nada todavía. Pero trataré de pensar en lo que deseas para mí, aunque has-

ta que me hablaste hoy nunca pensé permitir que otro hombre interviniera de nuevo en mi vida. Me esforzaré en cambiar, si puedo"

Esta carta confortó a Larry y cuando se presentó ante el tribunal la siguiente mañana estaba tan sereno que sus jueces se sorprendieron.

Dan Morland había sido hallado y fué entregado por las autoridades de España, como se lo pronosticó Larry. Este, que comprendía la difícil situación de su ex cómplice, estaba determinado a protegerlo cuanto pudiera. Para su propio abogado era Larry una triste carga, por que no había permitido el alegato de insanía e insistió en decir la verdad.

Con hábil maniobra, el abogado sugirió que su cliente tenía razones para preferir la muerte a revelar la verdad y, a despecho de la oposición de Larry, hizo comparecer a la señora Green para probar su coartada. Esto hizo impresión sobre el jurado, porque era evidente que la buena mujer decía la verdad.

Si Larry hubiese querido, pudo salvarse con su testimonio solamente. Mientras escuchaba la declaración de su ex patrona recordó con amargura cuan importante le pareció en aquel tiempo preparar cada detalle de la coartada, aunque nunca supuso que podría necesitarla. Pero las cosas habían cambiado tanto que era ahora un estorbo en vez de ayuda, como lo hubiese sido en circunstancias diferentes.

Tan pronto como fué interrogado, contó al tribunal, sorprendido, toda la historia. Explicó al jurado como se las arregló y como había engañado a la señora Green.

Su defensor estaba desesperado. Sabía que Larry, por alguna razón impenetrable, había destruído su única probabilidad de salvación. No comprendía que Larry deseara salvar su alma. Le interesaba únicamente salvar su cuerpo de la horca.

Desde el "dock" hizo resaltar Larry que su cómplice sólo se enteró de la tragedia cuando estuvieron en la calle. Más tarde tuvo la satisfacción de saber que la sentencia de muerte de Morland había sido conmutada.

Su propia condena era inevitable. Y la oyó pronunciar con un extraño sentimiento, mezcla de paz, resignación y alivio. Su primer pensamiento fué que significaba la libertad para Magnolia y con él vino la esperanza de que, con aquel último gesto al negarse a sí mismo la salvación, muchas de sus culpas quedarían expiadas.

Magnolia quedó abrumada al comprender que el fin estaba tan próximo. Aunque desde el principio supo la verdad, sólo se convenció de ella al oír pronunciar la sentencia de muerte. Luego cayó sobre ella, en todo horror y ni siquiera su fuerza moral bastó para calmarla.

Se volvió, airada, a Marsh, puesto que era él quien había detenido a Larry y sólo porque la simpatía del sargento se había convertido en algo más hondo pudo perdonarle la dureza y la amargura de los reproches que le dirigió. Su cólera, sin embargo, fué breve. Estaba demasiado triste para que pudiera durar. Y luego se volvió a Marsh, en busca de consuelo, porque era la única persona que sabía toda la verdad y podía comprender la magnitud de su dolor.

Cuando llegó la hora de dar a Larry el último adiós, fué Marsh quien la acompañó hasta las puertas de la prisión.

Larry se mostró muy tranquilo. Le preguntó varias veces si estaba segura de que había sido feliz con él y pareció sacar fuerzas del convencimiento de que así era. Por primera vez mencionó a su esposa algo de los días de su infancia.

—No trato de buscar excusas — le dijo. — Sabía lo que hacía y, porque pensé entonces que era necesario hacerlo si no quería perderte, lo hice. En cierto modo era yo un niño. No puedo explicar bien eso; pero, si puedes entender lo que quiere decir, comprenderás que sólo vi la vida, desde el punto de vista de todas las personas normales, después que tú me la mostraste. Siempre pensé que el mundo estaba en contra mía y creí que tenía derecho a hacer lo que quisiera, con tal de obtener lo que deseaba. Me equivocaba, naturalmente. Pero cuando lo comprendí, era demasiado tarde.

—Lo comprendo y nada te reprocho, Larry — contestó Magnolia con voz quebrada.

—Me pesa sobre la conciencia el terrible pecado de haberme casado contigo, — continuó el joven — de haber traído sobre tí todo esto. Mi error fué creerme tan seguro ¡Siempre había tenido tanta suerte en mis aventuras! Y en verdad, esto hubiera sido siempre un crimen misterioso, como lo llamaron los diarios, si el holandés no se hubiese dejado agarrar, delatándonos a la policía para salvarse él.

—Por malo que haya sido todo, — dijo Magnolia lentamente — prefiero haberme casado contigo y haber gozado la felicidad que compartimos unos meses juntos que no haberla conocido o no haber sido tuya.

El rostro de Larry se iluminó.

—Pensaré en eso — exclamó — Será mi último pensamiento sobre la tierra.

Luego empezó a hablar del futuro de Magnolia. Muy discretamente le dijo que había discutido el tema con Marsh.

De pronto, Magnolia estalló en llanto.

—¡Es horrible hablar así! — exclamó. — No estás muerto todavía, Larry. ¡Es todo... tan extraño!... Parece una pesadilla.

—Puede ser extraño — convino tranquilamente Larry. — Pero también lo es el crimen. Y por consiguiente lo que se relaciona con él tiene que parecerlo. Un hombre que no ha cumplido treinta años, en perfecta salud, no debería pensar en la muerte y, en circunstancias normales, no lo hace. Pero yo estoy en una situación excepcional.

Sé que tengo veinticuatro horas, nada más de vida. Y las cosas parecen distintas cuando un hombre sabe una cosa así. Yo me siento... — se detuvo y buscó las palabras — me siento como si estuviera ya muerto, como si mirara desde otro mundo. Este no existe más para mí. Y eso me ayuda a ver claramente los asuntos de las personas que que

dan en él. Quiero decir que nada de lo que ellas puedan hacer me afectará directamente, ni tomaré parte en sus planes.

Durante aquel discurso, el rostro de Magnolia estaba blanco como un copo de nieve. Sus ojos eran pozos de sombra en el semblante mortalmente pálido.

—¿Qué es lo que deseas que haga, Larry? — le preguntó por fin.

—Yo prefiero confiar tu futuro a un hombre como Marsh, honrado, bueno, que dejarte abandonada a tus propias fuerzas — dijo el condenado francamente. — Quisiera me prometieras que lo dejarás arreglar las cosas como él quiera.

Magnolia ignoraba las sutilezas. Sus pensamientos eran directos, sinceros.

—¿Quieres darme a entender que te sentirías más contento si supieras que él se casará conmigo? — le preguntó.

Incapaz de hablar, asintió Larry con la cabeza.

—Muy bien — dijo Magnolia. — Si es eso lo que realmente deseas, yo se lo preguntaré y te lo haré saber antes... antes de mañana.

Por un segundo luchó Larry contra un loco deseo de reirse. Reflexionó que después de todo, Magnolia era todavía una niña en muchos sentidos. No veía nada de crudo en aquella sugestión. Y sabía Larry, que una vez que lo hubiera dicho, cumpliría su palabra. Pensó si debía evitarlo.

Luego decidió que había algo de adorable y espléndido en la honestidad y candor de Magnolia, que era parte de su encanto y que sin duda alguna conmovería al otro hombre, como lo había conmovido a él. Mejor era dejarla hacer las cosas a su manera. Sus instintos eran siempre seguros. Marsh no vería en la acción de Magnolia inmodestia, porque en realidad no la había.

La despedida de los esposos fué tranquila y rápida. Magnolia había pasado con el condenado mucho tiempo y Larry se había arreglado con el guardián para que, a una señal suya, se la llevara, invocando reglamentos de la prisión. No quería emocionarla más de lo absolutamente necesario.

Cuando ella lo dejó, estuvo Larry entregado a sus pensamientos mucho tiempo.

Inevitablemente recordó a su madre y le sorprendió hallar que su odio hacia ella no se había suavizado. Le había mordido demasiado profundamente el alma. No podía perdonar.

Y luego trató de imaginar como le hablaría Magnolia a Marsh. Qué palabras elegiría y lo que le contestaría él. Unos celos dolorosos se apoderaron de él repentinamente, haciéndolo temblar de pies a cabeza. Luchó contra aquella emoción. Era su deber, se dijo implacablemente, desear, rogar, que Marsh comprendiera a Magnolia y le contestara honradamente. Sólo ocurriendo así podría estar seguro de que la joven tendría quien velara por ella cuando él no existiera más.

Magnolia era sensible como una niña y muy fácil de lastimar. Si Marsh se mostraba chocado o demasiado sorprendido, sería fatal para sus esperanzas. Quizá debió impedir a Magnolia que le hablara... No, no. Era mejor así. De este modo sus pensamientos se dividían entre la esperanza y la desesperación, entre el alivio y la angustia.

Por la mañana muy temprano, le entregaron un billete.

"Hice lo que te prometí haría" escribía Magnolia" y todo será como tú lo deseas, Walter — aquí Larry tuvo un extremecimiento de sorpresa, porque nunca había imaginado que Marsh poseyera nombre de pila — fué muy bueno. Estoy segura que será para mí muy bueno, un buen marido — Larry contempló las frases patéticas, la repetición de palabras inadecuadas. ¡Qué joven era Magnolia! Siguió leyendo:

"De modo que no tienes por que preocuparte más de mí — eso era cierto, pensó no sin ligera amargura, Magnolia siempre iba al fondo de las cosas. La carta terminaba:

"¡Oh Larry, Larry, querido, eres tan valeroso! Aunque nadie más en el mundo lo comprenda, yo sé que cuando hiciste aquella cosa tan horrible, no sabías lo que hacías, como ahora. Si no fuera por eso, estallaría mi corazón de dolor. Pero siendo así, estoy tranquila por tí. He pensado y vuelto a pensar en las palabras que me dijiste la mañana que Walter vino en busca tuya. Comprendo cuan verdaderas fueron.

"Todos los días de mi vida pensaré en tí, Larry; seguiré amándote y recordaré que cuando tu propia vida estaba en la balanza, no pensaste más que en mí.

"Pero seré feliz, trataré de serlo, Larry, porque tú lo deseas y porque es lo último que por tí puedo hacer. Y lo haré, querido, hasta la muerte".

Según los relatos de los diarios, el reo fué a la horca valerosamente y sonrió al final.

F I N

En el próximo número:

EN TIEMPO DE LOS GLADIADORES

Pida con tiempo al vendedor que le reserve su ejemplar, si no quiere perder la lectura de tan emocionante obra

Raúl de Lancaste

(Continuación)

No pasará mucho tiempo sí que se decrete la muerte de Egmont, y su noble cabeza ruede en el cadalso. Sí, Raúl, se derramará su sangre si no conseguimos salvarlo.

Nunca como entonces fué ruda, espantosa, horrible, la lucha sostenida en el alma de Raúl por sus deberes de caballero y amigo y de amante y padre.

Más agitado que nunca, volvió a levantarse y a pasear por la habitación, mientras apretaba los puños o se oprimía la cabeza con fuerza convulsiva.

—No has olvidado — añadió Esteban — lo que debes al noble Egmont.

—Ha sido, más que mi protector, mi padre: le debo cuanto soy, cuanto valgo... ¡Oh!...

—Pues bien; ese hombre a quien tanto debes te llama y te espera. Ya no es solamente tu patria y la causa que has jurado defender hasta morir, es también la vida de tu mejor amigo, de tu segundo padre; no es solamente el deber de ciudadano el que te llama, sino el de la gratitud el que te obliga.

Raúl elevó al cielo una mirada, que lo mismo podía ser una sacrílega reconvención que una desgarradora súplica.

—¿Vacilarás ahora? — preguntó Esteban.

El amante de Luz guardó silencio.

—Hay más — añadió su amigo. — Hay más, por si no es bastante aun para decidirte lo que acabas de oír. Tu buen padre tenía un hermano no menos virtuoso que él.

—Sí; mi noble tío, que murió luchando por nuestra independencia.

—Y que dejó huérfana a una hija...

—María, tan virtuosa como su padre, sin rival en belleza, sin igual en grandeza de corazón y en fortaleza de espíritu; María, la mujer a quien tanto amas y de quien tanto eres amado.

—Sí, la mujer a quien amo tanto por lo menos como tú a la desgraciada hija del comendador.

—¿Qué ha sido de ella? — preguntó afanosamente Raúl.

—Juan de vargas...

—¡Oh!...

—Creo que muy pronto la verás también acusada ante el Tribunal.

—Basta, basta — interrumpió Raúl, impetuosamente; — no más vacilaciones, no más dudas...

—Te reconozco.

—A Bruselas, amigo mío; a Bruselas, a salvar a esas inocentes víctimas, o a vengarlas si llegamos tarde.

—Para cumplir mis deberes de ciudadano y caballero he abandonado a María en poder de nuestros enemigos...

—No haré menos que tú.

—Bien; partiremos hoy mismo, antes que salga el sol.

—Tan pronto...

—¿Vacilas otra vez?

—No; pero... Luz, mi hijo... ¡Oh!... ¿Qué será de ellos?

—Dios los protegerá.

—Ignoras lo que ha sucedido esta noche...

—No hay nada que deba detenerte.

—La desgracia de Luz no es ya un secreto para su padre, y hace dos horas que frente a éste y a la gente de justicia he tenido que abrirme paso con la espada, llevando en brazos a mi hijo acabado de nacer, para entregarlo a una mujer casi desconocida, que me ha ofrecido criarlo.

—Iremos a ver a esa mujer; le dirás que tienes que ausentarte, y le darás las instrucciones convenientes para la seguridad de tu hijo y para que te envíen noticias de él.

—¿Y Luz?

—¿No puedes despedirte de ella?

—No, porque los criados que me ayudaban para introducirme en su vivienda habrán sido presos, y aunque no, se habrán tomado toda clase de precauciones.

—Escríbele y deja la carta a quien, tarde o temprano, pueda hacerla llegar hasta ella.

Raúl meditó, y después de algunos segundos se sentó junto a una mesa donde había tintero y papel, y tomando una pluma dejó

correr su convulsa diestra, trazando letras desiguales.

Volvió a reinar un silencio absoluto, interrumpido solamente por el leve ruido de la pluma y por la respiración violenta de aquellos dos hombres.

Diez minutos pasaron.

Raúl cerró la carta que acababa de escribir a la hija del comendador.

—oN tengo — dijo — persona de mayor confianza que la buena mujer que habita aquí, y a ella confiaré este encargo, seguro que no habrá nada que no sea capaz de hacer para cumplirlo.

Y sin detenerse llamó a Nicasia, que se presentó inmediatamente y con muestras de tristeza profunda, porque comprendía que un nuevo peligro amenazaba al hombre a quien había dado albergue y protección.

—¿Estás seguro de la fidelidad de esta mujer? — preguntó Esteban a su amigo en el idioma de su país.

—Sí.

—Entonces...

—A no ser por ella habrían dado ya conmigo mis perseguidores.

——Bien; puesto que la conoces entrégale la carta; dale las instruciones que te parezcan convenientes, y vamos, porque el tiempo vuela, y cada minuto que se pierde es un tesoro inestimable.

Capítulo X

LA DESPEDIDA

Raúl meditó por espacio de algunos segundos, dirigiéndose a la anciana, la dijo:

—Merecéis mi cariño y mi confianza.

—Gracis, señor.

—Me habéis dado muchas pruebas del interés que os inspiro, y tengo que pagaros una deuda de gratitud.

—Nada me debéis — respondió sencillamente Nicasia, — porque no he hecho otra cosa que cumplir lo estipulado entre nosotros; por el contrario, yo os debo mucho, porque me habéis dado más de lo ofrecido.

—¡Más, decís, cuando sólo algún mezquino socorro habéis querido recibir de mi mano!

——Os confié un secreto....

—Me favorecisteis haciendo conmigo lo que con nadie habíais hecho.

—Y vos...

—Me proporcionasteis además la ocasión de hacer un beneficio...

—Mayor para mí que el de haberme devuelto la vida.

—No hablemos de eso...

—Sí, sí; vamos a separarnos, y quiero haceros comprender...

—Escuchadme, que tengo contados los minutos.

—Como gustéis.

—Podéis hacer por mi mucho más de lo que yo he hecho por vos; podéis tranquilizar mi espíritu, llevar el consuelo a una mujer muy desgraciada y salvar quizás de un provenir espantoso a una criatura inocente que queda desamparada apenas ha nacido.

El rostro de la anciana cambió de expresión, y de sus ojos brotaron dos lágrimas.

—La mujer de quien os hablo ha tenido un momento de debilidad: es madre...

—Disponed de mí — replicó vivamente la anciana.

—La critura cuyo porvenir se presenta tan negro es mi hijo...

—¡Ah!

—Hace pocas horas que vió la luz del mundo, y que arrancado inmediatamente de los brazos de su madre, ha sido entregado a una buena mujer, que se compromete a criarlo sigilosamente, sin conocer mi clase ni mi nombre.

—Una historia como la mía — murmuró Nicasia.

—Sí.

—¿Qué queréis de mí?

—Ya no es solamente de vuestra casa de donde tengo que salir, sino de España; y como ésta determinación ha sido tan repentina y he de ponerme en camino antes del amanecer, necesito que la desgraciada que tanto sufre reciba noticias mías.

—Las recibirá.

—Esta carta...

—Comprendo... Decidme sin cuidado quién es esa madre infeliz, que antes me arrancarían la vida que el secreto...

—En mi patria me amenazarán mayores peligros que aquí, y, por consiguiente, es lo más probable que mi vida sea poco duradera...

—Velaré por vuestro hijo.

—¡Ah!...

—Decidme dónde se encuentra y cómo he de hacer para que la mujer que lo cría reconozca en mí a la persona que os representa.

—Sí; todo lo sabréis.

—Os escucho.

—A cualquiera que preguntéis en Puerta Cerrada por el comendador Quiñones, os señalará una casa grande, que hace esquina a la calle de Cuchilleros.

—No olvidaré su nombre.

—Es posible que al contestaros, si dáis con un vecino hablador, os refiera un lance de cuchilladas que debe haber costado la vida a dos corchetes la pasada noche.

—Comprendo.

—La hija del comendador...

—Que se llama doña Luz...

—¿La conocéis?

—He oído hablar de su hermosura.

—Entonces...

—No necesito más explicaciones

—Esta carta...

—Llegará a sus manos.

—Gracias, mi buena amiga...

—Proseguid.

—Conviene, además, que averiguéis lo que el padre, que está enterado de todo hace con la hija.

—Lo averiguaré.

—Y lo que ha sido de una dueña que se llama Aldonza y otro criado que se llama

Fernán, cuya culpabilidad por ayudarme no habrán podido ocultar.

—Fácil me será saberlo.

—¿Esperáis conseguir?...

—Cuanto deseáis.

—¿Con qué medios contáis?

—Con todos y con ninguno.

—Pero...

—Un mendigo puede entrar en todas partes.

—Ciertamente.

—Veré a doña Luz, le hablaré y le entregaré la carta.

—Dios os proteja.

—Me protejerá, siquiera para que yo pueda pagaros una parte de lo mucho que os debo.

—Empezáis a tranquilizarme.

—Hablemos de vuestro hijo.

—Intentaré verlo antes de irme; pero no sé si lo conseguiré.

—Si la nodriza no os espera...

—No.

—Será difícil.

—Tal creo.

—¿Dónde la encontraré

—En una casa de vecindad, la tercera a la derecha de la calle de Santa María.

—Bien.

—Al terminar un patio, hay un pasillo estrecho y oscuro, y al final de éste, se encuentra el aposento de una viuda, conocida por el nombre de Tomasa.

—Entendido.

—Decidle: "Vengo de parte de quien no puede venir: me envía el hijo de la noche". Esto bastará.

—Idos descuidado.

—Os advierto que la viuda no permanecerá en aquella casa más que el tiempo necesario para buscar otra vivienda más independiente.

—No tardaré muchas horas en verla.

Raúl, profundamente conmovido, estrechó entre las suyas las manos de la anciana, y estampó en ellas un beso de filial ternura.

—No — dijo luego con voz ahogada, — no tengo derecho a quejarme de mi destino, porque no puede quejarse quien como yo encuentra corazones como el vuestro ¡Ah!... Dios me dé vida para probaros algún día mi gratitud, no con la mezquina recompensa del oro, sino con el cariño que merecéis.

El amante de Luz se dejó caer en una silla, como si por segunda vez se hubiesen agotado sus fuerzas.

Estas alternativas de excitación y languidez eran en él muy frecuentes, lo cual se explica, teniendo en cuenta su temperamento nervioso.

No quiere esto decir que fuera inconsecuente, sino que su delicadísima sensibilidad podía conducirle hasta el último grado de la violenta excitación, lo mismo que al de la más dulce ternura.

—¿Qué esperáis? — preguntó la anciana después de algunos momentos. — Ya sabéis que vuestra vida peligra aquí...

—Es verdad... vamos — dijo Raúl, poniéndose de pie.

—Me falta saber una cosa.

—¿Cuál?

—¿Que he de hacer después de cumplidos vuestros encargos?

—Enviarme noticias con cuanta frecuencia os sea posible. No ignoráis mi nombre...

—¿He de dirigiros las cartas a Bruselas?

—Sí.

Cruzaron algunas palabras más de tierna despedida.

Raúl tomó una pequeña maleta que contenía todo su equipaje y sus papeles, y que siempre tenía preparada, tomó su capa y su sombrero, y salió con su amigo.

Silenciosamente subieron la calle de Bordadores y salieron a la de la Almudena, y avanzando a buen paso, encontráronse después de diez minutos a la puerta de la casa de la nodriza.

Raúl llamó y volvió a llamar, repitiendo con más fuerza cada vez los golpes, que sobre la puerta descargaba con el aldabón.

Empero fué en vano.

—¡Oh! — exclamó con iracundo acento.

Y golpeó más y más la puerta.

Nadie le respondió.

—Según me has explicado — dijo Esteban, — el aposento de esa mujer está al otro lado de la casa: ella dormirá y es imposible que te oiga. Vamos, pues, porque perderemos el tiempo sin conseguir más que llamar la atención, lo cual es para nosotros un peligro.

El amante de Luz, mal que a su impaciencia pesase, hubo de convencerse de que su amigo tenía razón, y exhalando un suspiro, se alejó de la casa, mientras decía:

—Oh!... Aquí me dejo el alma!....

¡Desdichado!

Cuando los primeros rayos del sol doraban las cumbres, Raúl y Esteban, en sendos caballos, se alejaban al trote, perdiendo de vista los torreones y murallas de la coronada villa.

Capítulo XI

PRIMEROS EFECTOS DE LA CURIOSIDAD DE LOS VECINOS

Despues de haberlo meditado bien, el cura, aquella mañana, había ido a comunicar a don Roque, que era su amigo, las observaciones y sospechas de la vecindad, y el buen alcalde, pensando que era posible que el criminal perseguido y el misterioso personaje fuese un mismo hombre, antes de proceder a nada, dió al rey parte de lo que sucedía, lo cual explica el por qué Felipe II dijo al comendador que había esperanzas de apoderarse del personaje seductor.

Así las cosas, y en tanto el comendador, según hemos dicho, regresaba a su vivienda, a la puerta de la de Nicasia se detenían el alcalde, un escribano y cuatro alguaciles.

Por casualidad, la anciana, que había salido temprano para ir a ver a la nodriza, había vuelto a su casa con intención de almorzar y dedicarse luego a cumplir la parte de encargo que a doña Luz se refería, de

modo que, sin temor alguno, puesto que Raúl ya no se encontraba allí, abrió en cuanto los otros llamaron, diciendo al alcalde:

—¿Qué se os ofrece, caballero?

Don Roque mostró la vara, distintivo de su autoridad, y luego respondió con grave tono:

—Paso a la justicia.

—¡La justicia en mi casa!...

—Ya lo veis.

—¿Y por qué, señor?

—Pronto lo sabréis.

—Entre vuestra señoría, que honrada me consideraré.

Quedaron a la puerta dos alguaciles con orden de impedir que no saliese nadie, y los otros, con el alcalde y el escribano, penetraron en la casa y se detuvieron en la habitación donde pocas horas antes vimos a Raúl con su amigo.

Sentóse don Roque, y miró a su alrededor detenidamente, como si examinase uno por uno los objetos que en el aposento había.

El escribano aprovechó aquellos momentos para colocarse junto a la mesa, donde puso papel y un tintero de asta de que iba prevenido, a pesar de que no se le había ocultado el que tenía cerca de sí y había servido al enamorado joven.

Los alguaciles quedaron inmóviles a ambos lados de la anciana.

Algunos segundos transcurrieron sin que nadie hablase.

Al fin el alcalde tosió, fijó en la vieja una mirada escudriñadora y le dijo:

—¿Cómo os llamáis?

Nicasia Pulido — respondió ella, — para servir a Dios y a vuestra señoría.

—¿Con qué recursos contáis para vivir?

—Con la caridad de algunas pobres almas que hace bastantes años me socorren.

—Bien; luego diréis quiénes son esas personas benéficas.

—Me alegraré, porque así haré pública su generosidad.

—Lo que ahora deseo saber es vuestro estado y si tenéis parientes.

—Soy soltera, y en cuanto a parientes — respondió Nicasia con ligera turbación, — en cuanto a parientes... ninguno tengo.

—Señor Juan Garra — dijo don Roque al escribano, — no olvidéis hacer constar la circunstancia de que la declarante no ha respondido con seguridad completa a mi pregunta sobre sus parientes, según hemos podido observar por la inflexión de su voz.

—Señor — replicó Nicasia, — esa observación...

—Concretaos a responder, que ya tendréis ocasión de defenderos ampliamente.

—Ya escucho.

—¿Vivís sola en esta casa?

—Enteramente sola.

—¿Hace mucho tiempo?

—Más de diez años.

—¿Quién os visita?

—Nadie.

—¿No viene a esta casa nadie, absolutamente nadie, a ninguna hora?

—Absolutamente nadie, señor.

—Tened cuidado con lo que decís.

—La verdad.

—Podreis equivocaros, puede vuestra memoria seros infiel, y semejante error os costaría muy caro.

—No me equivoco.

Don Roque fijó una mirada en el tintero y luego repuso:

—¿Sabéis escribir?

—Sí, señor — respondió Nicasia.

—¡Extraña cosa!

—¿Por qué, señor alcalde?

—Son pocas las mujeres que saben escribir, y de vuestra clase, ninguna.

—¿Quiere la prueba vuestra señoría?

—Sí; porque aun lo dudo.

La anciana tomó la pluma, y con pulso firme escribió algunas palabras.

—Entonces — dijo don Roque, mirando con más atención que nunca a Nicasia — no debe haber sido siempre vuestra situación la triste en que ahora os encontráis.

—Aunque mi padre, a quien Dios haya dado gloria, no tenía bienes de fortuna, ganaba para vivir holgadamente y me educó con bastante esmero; pero cuando quedé huérfana, quedé pobre y sin más recursos que mis manos, y trabajé hasta que los años y la falta de salud me obligaron a mendigar el sustento.

La explicación no podía ser más sencilla, y nada pudo replicar don Roque; sin embargo, fué para él un motivo de graves sospechas la circunstancia de no ser aquella mujer lo que parecía.

—Está bien — repuso el buen alcalde después de algunos momentos, — está bien cuanto decís; pero como hay testigos que aseguran haber visto entrar todas las noches a un hombre en esta casa...

—Se equivocan.

—Quiérale Dios por vuestro bien; pero son muchos y no es probable que todos hayan padecido el mismo error.

—Y aun cuando eso se probase, ¿qué significaría? Supongamos que en mi vida privada hay algo que a nadie quiero descubrir, y que todo el mundo debe respetar...

—Según.

—No comprendo...

—¿Y si ese algo es criminal?

—He ahí — repuso con firmeza Nicasia — lo que no podrá probarse.

—Me alegraré, porque tanto como sufro al condenar, me complazco al declarar la inocencia de un acusado.

—Mi conciencia está tranquila...

—Continuemos.

—Vuelvo a escuchar.

—Uno de vosotros — dijo don Roque a los alguaciles — registre a la interrogada, y si nada se le encontrase, haced que venga una mujer de la vecindad para que la desnude y examine bien el interior de la ropa.

Nicasia palideció y se estremeció.

Su perdición era segura, porque en un bolsillo tenía la carta de Raúl.

¿Qué hacer en semejante situación?

Las consecuencias serían horribles.

PUCKY

No era solamente ella la que sufriría, sino doña Luz, cuya deshonra acabaría de hacerse pública, y Raúl, a quien fácilmente podrían dar alcance, y quizás el inocente hijo de éste, porque era probable que en la carta se hablase de la mujer que se había encargado del recién nacido.

Todo esto lo pensó en un segundo la noble anciana, y decidiéndose a salvar a los demás, ya que ella no pudiera salvarse, dijo:

—No es menester que me toquéis: yo pondré de manifiesto cuanto lleva la faltriquera, y si satisfechos no quedarais, que se me desnude.

—Concedido — respondió don Roque.

Entonces Nicasia, sin perder un instante, sacó la carta y la llevó a la boca con intención de comérsela, lo cual creía posible hacer durante los momentos que emplearan en luchar con ella para estorbárselo.

Empero apenas había tocado a los labios el peligroso papel, asió la débil mano de Nicasia uno de los alguaciles, sin que las escasas fuerzas de ella fueran bastantes para desasirse, aunque resistió desesperadamente.

—No es una prueba de vuestra voracidad, sino de vuestra inocencia, la que se os pide — dijo el alcalde.

Y luego añadió, dirigiéndose a los corchetes:

—Cuidad de que ese papel no se rompa.

Eran demasiado desiguales las fuerzas para que la lucha fuese larga; por lo cual, a los pocos segundos exhaló la anciana un grito de desesperación, y la carta se vió en manos de los corchetes, pasando en seguida a las del alcalde.

Sintió desfallecer Nicasia y tuvo que dejarse caer en una silla.

Todos guardaron silencio.

Don Roque meditó como si dudase, y, al fin, decidiéndose, abrió la carta y empezó a leerla para sí.

Cuando concluyó, su rostro estaba pálido como el de un cadáver.

Raúl hablaba de su hijo; pero no decía dónde éste se encontraba, sino que Nicasia había quedado encargada de verlo y vigilar a la nodriza, así como de enviarle noticias de todo lo que tanto interesaba a su corazón.

—Ya lo véis — dijo el alcalde, después de algunos momentos, — estáis en relaciones con el criminal y lo protegéis.

La anciana no respondió.

—¿Quién es — añadió don Roque — la ama encargada de criar al niño de que se trata?

—Jamás lo diré

—Peor para vos.

—Antes prefiero morir

—¿Conocéis bastante al nombre que firma esta carta?

—Sí.

—Entonces no ignoráis que es un hereje y un conspirador.

—¡Hereje! — murmuró la anciana con amargura

—Sí, un hereje flamenco, y, por consiguiente, no corresponde este asunto a mi jurisdicción, sino a la del Santo Oficio.

—¡La Inquisición! — exclamó horrorizada y temblando la anciana.

—Ante cuyo tribunal daréis cuenta de vuestra conducta y diréis lo que ahora os obstináis en callar.

—¡Ah!

—Si ya que habéis cometido el delito, se viese en vos el buen deseo de ayudar a la justicia, dando las explicaciones que se os piden, mejoraría mucho vuestra situación.

Nicasia hizo un gesto doloroso y elevó al cielo una mirada de súplica.

—¿Qué decidís?

—No diré más de lo que he dicho.

—Pensadlo bien.

—Lo he pensado.

—No olvidéis que hay tormentos...

—Me dejaré matar — replicó con firmeza la anciana.

—Basta, pues — dijo don Roque.

Y se puso en pie, añadiendo:

—Vamos y tened en cuenta que esta mujer es reo de mucha consideración.

—¿No escribimos? — preguntó el señor Juan Garra.

—No.

—¿Y esa carta?

—La guardo.

—Bien.

—Lo que hemos de hacer es dejar sellada la puerta de esta casa.

Hízose así a presencia de los vecinos, que habían acudido para enterarse del resultado de la visita del alcalde.

A pesar de que Nicasia era débil y no opuso resistencia alguna, maniatáronla y así se la llevaron, con gran contento de los vecinos, que no perdieron aquella buena ocasión de llamarla encubridora, criminal y bruja.

¿Tendría la infeliz valor y fuerzas para soportar los dolores del tormento sin revelar el importante secreto que se le había confiado?

Dudoso es, y mucho tememos que el inocente hijo de Raúl sea también víctima del furor de los enemigos de su padre.

Capítulo XII

UN MISTERIO

Apenas el alcalde dejó encerrada y bien guardada a la protectora de Raúl, encaminóse a palacio.

Felipe II lo recibió inmediatamente y, sin darle tiempo para hablar, le dijo:

—Supongo que me traeréis buenas noticias.

—No tanto como yo deseo, señor — respondió don Roque.

—¿Qué habéis adelantado?

—Ya tenemos la seguridad de que el flamenco se albergaba en la casita de la calle de Bordadores, según sospeché.

—¿Se albergaba...

—Ahora, no

—Explicaos.

—Hoy ha salido de Madrid, y debe presumirse que se dirija a Bruselas, así como supongo que habrá partido al amanecer.

El monarca hizo un gesto de disgusto.

—Continuad — dijo.

—La mujer que habita la casa es algo más de lo que parece.

—¿Por qué?

—No tendrá tal vez cincuenta años, quizá no pase de los cuarenta y cinco, si bien representa sesenta.

—Eso nada significa.

—Vive de la caridad y, sin embargo, sabe escribir correctamente.

—¿Cómo se llama?

—Nicasia Pulido.

El rey no pudo contener un ligero estremecimiento y su rostro se cubrió, por algunos instantes, de nerviosa palidez.

¿Qué podía recordarle semejante nombre?

¿Qué relación podía existir entre la oscura mendiga y el gran monarca?

Para que éste palideciese al oír un nombre, era menester que la persona nombrada le recordase algún secreto verdaderamente espantoso.

—María Nicasia — murmuró sin darse cuenta de lo que decía.

Y quedó pensativo.

Don Roque lo miró con extrañeza, y, sorprendido, dijo para sí:

—¿Qué significa esto?... El rey debe conocerla... Repite su nombre, anteponiendo el de María... ¡Oh!... Un misterio... No me conviene entender en este asunto, y era acertada mi repugnancia a tomar parte en él.

—Bien — dijo el rey después de meditar algunos segundos, — tenemos una mujer que debe haber recibido una distinguida educación y que ahora es una mendiga.

—Así es.

—Que ha dado albergue y protección a Raúl de Lancaste.

—Exactamente.

—¿Y una mujer de esas condiciones ha tenido la debilidad de revelar todo eso?

—Ha negado con una firmeza admirable y creo que negará aunque se la ponga en el tormento, cumpliendo así el propósito que manifiesta de morir antes que dar explicaciones.

—Entonces, ¿cómo sabéis que protege al flamenco?

—Porque no me contenté con interrogarla, sino que dispuse que se la registrase, encontrándola una carta que ella intentó comerse, pero de la cual conseguí apoderarme.

Y don Roque sacó el escrito de Raúl, presentándolo al rey, mientras añadía:

—Como no es para mí un secreto la desgracia de doña Luz, he leído...

—Está bien — replicó Felipe II.

Y desdoblando la carta comenzó a enterarse de su contenido.

Cuando hubo terminado, levantóse y, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, dió algunos paseos por la cámara.

Don Roque esperó, no sin alguna intranquilidad, porque temía que le pusiese en grave compromiso la resolución del monarca.

Según iba viendo el buen alcalde, y como había sospechado, el asunto de que se ocupaban no era lo que parecía; no se trataba simplemente de perseguir con más o menos razón a un presunto criminal.

Había de por medio la honra de una dama, la suerte de la critura que había nacido la noche anterior y, últimamente, otra cosa que no podía don Roque adivinar, pero que debía ser de mucha importancia cuando había hecho que palideciese el inalterable rostro de Felipe II.

Pasaron algunos minutos en silencio.

—¿Qué habéis hecho? — preguntó al fin el rey.

—Encerrar a la mujer, disponiendo que nadie absolutamente la vea.

—¿Y qué pensáis que debe hacerse con ella?

—Opino, señor, que este es asunto del Santo Oficio.

—¿En qué os fundáis?

—Se acusa de hereje a Raúl de Lancaste? la anciana le ha dado albergue y protección, y, por consiguiente, ella es también reo de delito contra nuestra santa religión, delito cuyo conocimiento no compete a la jurisdicción ordinaria.

—Creo que os equivocáis — replicó Felipe sin interrumpir su paseo ni levantar la cabeza. — Otro es el carácter de este negocio.

—Entonces — repuso el alcalde, a quien desagradaba mucho tener que seguir entendiendo en aquel espinoso asunto, — entonces no podemos considerar al flamenco como reformista, sino simplemente como un seductor que ha deshonrado a una mujer, y que ha resistido con las armas a la justicia, hiriendo gravemente a dos auxiliares de ella.

—¿Y en cuanto a la anciana?

—Nada, señor, porque mientras ella ignorase que él había cometido semejante delito, bien podía darle albergue, aunque puede acusársela de haber ayudado a la seducción.

—Tampoco opino como vos.

—Entonces...

—De la seducción no tenéis noticia alguna, puesto que nadie os ha dado parte de ella — dijo el monarca, deteniéndose al fin y volviendo a sentarse.

—Si volvemos a la herejía...

—No.

—Perdone vuestra majestad; pero en mi torpeza no comprendo...

—Os lo explicaré.

—Gracias, señor.

—Raúl de Lancaste, aunque sea hereje no puede ahora ser acusado sino de conspirador, porque ha venido a Madrid para ayudar a los enemigos de mi autoridad soberana, que son también enemigos de la religión

y de la patria, y, por consiguiente, es un reo de Estado.

Don Roque miró sorprendido al rey.

—En tal concepto, y no en otro — añadió Felipe, — habéis intentado prender a Raúl, aprovechando el aviso que se os dió, diciéndoos dónde se encontraba anoche.

—Comprendo.

—En cuanto á esa mujer, es también un reo de Estado, porque está en relaciones con los conspiradores, lo cual es ni más ni menos que conspirador.

—Entonces...

—El conocimiento del sumario corresponde a la autoridad civil.

—Ciertamente.

—Pero como con los reos de Estado hay que tomar precauciones excepcionales...

—Sigo entendiendo.

—La cómplice de Raúl de Lancaste será encerrada en el alcázar de Segovia.

—¿De modo?...

—Allá iréis vos cuando sea menester.

Don Roque inclinó la cabeza.

—En cuanto al flamenco, daré las órdenes convenientes para ver si se logra alcanzarlo, y si no para que se le prenda en Flandes.

—Entonces no me ocuparé de él sino para hacer cargos a la acusada.

—Sobre ese punto no forméis gran empeño.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Lo más interesante es averiguar dónde se encuentra el hijo de Raúl.

—Haré lo posible.

—Ese niño no debe conocer a su padre, ya porque sería educado en la herejía, ya porque con el tiempo sería un enemigo de mi trono.

El plan era horrible.

Ya no dudó el alcalde, que hubiera hecho cualquier sacrificio por no tomar parte alguna en el asunto.

—Señor — dijo, — la mujer en cuestión, aunque débil de cuerpo, es fuerte de espíritu.

—Lo sé.

—Puesto que vuestra majestad la conoce...

—No, no la conozco — se apresuró a decir el rey; — pero lo presumo por lo que de ella me habéis referido.

—Temo que no declare...

—¡Oh!...

—Apelaremos al tormento...

—No lo hagáis sin consultarme.

—Como vuestra majestad disponga — dijo don Roque inclinándose.

—Por ahora concretaos a interrogarla sin que nadie esté presente.

—No saldrá de su reserva.

—Decidle que ella tampoco saldrá de su encierro mientras no se explique.

—Vuestra majestad dispone que nadie esté presente a los interogatorios.

—Nadie.

—¿Y el escribano?

—Tampoco.

—¿Quién dará fe?

—No ha de escribirse nada.

El alcalde palideció.

Su conciencia se rebelaba contra aquel espantoso abuso.

Había comprendido el plan; pero no había sospechado este detalle horrible.

Nicasia debía ser encerrada y morir olvidada en su calabozo sí no entregaba a los enemigos de Raúl la inocente criatura.

A Felipe II no se le podía replicar, y don Roque hizo demasiado con mostrar su disgusto guardando silencio.

—¿Me habéis comprendido bien? — preguntó el rey después de algunos momentos.

—Sí, señor — contestó el alcalde; — he comprendido perfectamente.

—Lo que esa mujer diga, todo lo que diga, aunque no se refiera al hijo de doña Luz, debe considerarse secreto de Estado...

—Bien.

—Un secreto peligroso...

—No lo olvidaré.

—Y me daréis cuenta hasta de sus más insignificantes palabras.

—Procuraré servir cumplidamente a vuestra majestad.

—Vos mismo, en un coche y con buena escolta, la llevaréis al alcázar.

—¿He de dar algunas instrucciones al alcaide de la fortaleza?

—Además de las que llevaréis por escrito, le diréis que la prisionera no ha de comunicarse con nadie absolutamente, ni con él, y que haga de modo que no la vean ni la hablen para darle el alimento; vos seréis el único exceptuado de esta disposición.

—¿Y en cuanto a lo demás?

—Que se la trate con las consideraciones posibles, dándole buena cama y buena comida.

—¿Cuándo hemos de salir de Madrid

—Hoy mismo.

—¿Las instrucciones escritas?...

—Volved a buscarlas a las dos de la tarde.

—Señor...

—Estimo en lo que valen vuestra lealtad y vuestros servicios.

—Vuestra majestad me honra.

—Retiraos y no os ocupéis más que de preparar vuestro viaje.

Don Roque, meditando y triste, salió de la regia cámara.

—¡Oh! — murmuró Felipe, cuya frente se contrajo. — Rara coincidencia.

Y apoyando en la mesa los codos y la frente en las manos, quedó inmóvil.

Capítulo XIII

EL COMENDADOR PONE EN PRACTICA SU HORRIBLE PLAN

Diez días pasaron.

Raúl no había sido alcanzado por los que, en virtud de las órdenes del rey, habían salido en su seguimiento.

Nicasia había sido conducida a Segovia, donde permanecía, sin que hasta entonces se hubiese conseguido que revelase el secreto que tan fielmente guardaba; y cuando el al-

calde le amenazó con el tormento, sonrió la infeliz con amargura, y respondió:

—No hagáis tal sin la licencia del rey.

—¿Acaso — replicó don Roque, sorprendido — creéis que su majestad...?

—Sí, creo que no se atreverá a tanto.

—¿No se hace con todos los delincuentes que se obstinan en no decir la verdad?

—Sí.

—Además estoy autorizado para ello, y lo haré sin dar parte al rey, porque nunca la doy.

—Ya véis que no me trata como a todos los criminales: se me trae a una prisión de Estado, y...

—Pero yo soy vuestro juez.

—Haced lo que bien os parezca; pero os lo advierto por vuestro bien. Supongo que conocéis a su majestad...

—Creo que sí.

—Bien: pero no conocéis sus secretos, y es posible que os pese no escuchar mis advertencias.

Puede figurarse el lector cómo don Roque quedaría de pensativo y admirado.

Las palabras de la anciana estaban en perfecto acuerdo con las de Felipe II, y si sobre la existencia de algún misterio, horrible quizás, había el buen alcalde abrigado dudas, disipáronse éstas por completo.

Conocía don Roque demasiado bien al monarca, y se guardó de repetirle todo lo que Nicasia había dicho; pero, como se comprende, esto le colocaba en una situación muy crítica y peligrosa, y podía proporcionarle serios disgustos que le hiciesen pagar injustamente ajenas culpas.

El severo comendador no había cambiado en nada su nuevo sistema de vida: encerrado en su aposento, no salía sino a las diez de la noche para ir al palacio, volviendo una o dos horas después. Con nadie hablaba sino con su criado y confidente Andrés, y ni una sola vez había entrado en la habitación de su hija.

Esta, sin ver más que al médico y a la mujer que la cuidaba, había preguntado con bastante frecuencia por su padre; pero no le habían respondido otra cosa sino que se encontraba bueno.

La infeliz había intentado adquirir noticias sobre la suerte que había cabido a su amante y a su hijo; pero su afán nada consiguió, porque la mujer que la cuidaba, o más bien la guardaba como carcelera y vigilaba como Argos, se había concretado a responder fríamente:

—Es inútil que me preguntéis, porque nada sé que pueda interesaros. Antes de encargarme de vos, no os conocía, ni siquiera tenía noticia de vuestra existencia, y no me han dicho otra cosa sino que os llamáis doña Luz y que os cuide con mucho esmero. Con nadie me comunico, ni aun para lo que atañe a vuestra salud, más que con uno de vuestros criados que se llama Andrés, y que es poco menos que mudo y muy adicto a vuestro padre. Es cuanto puedo deciros, y os lo advierto, porque así os evitaréis la molestia de preguntarme.

Apeló doña Luz a conmover con sus dolores a su vigilante; pero en vano, porque ésta escuchó con calma glacial lo que hubiera hecho llorar al más duro de corazón, diciendo solamente:

—No habléis mucho: el médico os lo ha prohibido.

Y tomó su rosario, sin cuidarse de escuchar siquiera lo que se le decía.

Era demasiado horrible la situación de la joven, y no desistió de su empeño.

Aquella mujer debía tener, como todas las criaturas, alguna debilidad. Su corazón era duro y no podía responder a la ternura.

¿Sería la avaricia su debilidad?

Era muy probable.

Doña Luz acudió a las promesas, ofreciendo el oro a manos llenas.

La guardiana sonrió, como burlándose de la candidez de la joven, y dijo:

—Por mucho que me dieseis, no podríais darme tanto como vuestro padre.

—¡Oh! — exclamó entonces doña Luz, despechada. — ¿No contáis con mi odio? ¿No pensáis que algún día podrán tomar venganza espantosa los que hoy son vuestras víctimas?

—Hay — respondió tranquilamente la mujer — quien, si falto a lo ofrecido, puede vengarse más fácil y terriblemente que vos, y entre dos peligros, me guardo del mayor y más cercano.

—¡El rey! — murmuró la joven, con voz sorda. — ¡El rey!...

—Padre nuestro — dijo la mujer, empezando a rezar y tomando sus camándulas.

Y no volvió a responder a ninguna pregunta.

La desdichada Luz comprendió perfectamente su situación, y guardó también silencio, resignándose a esperar.

Ya hemos dicho que Andrés era el único que entraba en el aposento del comendador, permaneciendo allí algunas veces más de una hora, como si conferenciase con él sobre graves negocios.

También se le veía entrar y salir en la casa, estando fuera algunas veces cuatro y cinco horas, sin que se supiese adónde iba ni en qué se ocupaba.

Y como además de esto se había prohibido a los criados, no solamente que se acercasen a las habitaciones de doña Luz, sino que preguntasen por ella, la admiración y la curiosidad crecieron hasta donde puede concebirse.

Tal era el estado en que se encontraban los personajes que vamos dando a conocer, y nada decimos de Fernán ni de Aldonza, porque éstos seguían presos e incomunicados, sin que se les hubiese tomado declaración.

Eran las diez de la mañana.

El comendador, pálido y sombrío se encontraba sentado en un ancho sillón, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Andrés, que hacía más de dos horas que había salido, se presentó, esperando respetuosamente a que su señor le hablase.

—¿Has adelantado algo? — preguntó el caballero, mirando afanosamente al criado.

—Mucho, señor.

—¡Ah!

—Creo que muy pronto se verán cumplidos vuestros deseos.

—Explícate.

—En fuerza de andar y de averiguar, he encontrado lo que al fin había de encontrarse, aunque sin saber cuándo.

—¿De modo que podemos contar?...

—Creo que sí.

—Eso no es más que una esperanza.

—Pero tan fundada, señor, que me atrevo desde ahora a deciros que podéis contar como terminado el asunto.

—Bien: sepamos todas las circunstancias — dijo el comendador.

Y cambiando de postura, fijó la mirada en Andrés, y pareció dispuesto a prestar toda su atención a lo que debía decírsele.

—Figuraos — repuso el sirviente — una mujer de diez y nueve años.

—La diferencia es poca.

—Blanca como la nieve y con ojos negros como el azabache.

—El color de los ojos no importa.

—El pelo es negro.

—La enfermedad, la enfermedad — replicó vivamente el comendador.

—Nos ha favorecido la casualidad...

—¿Acaso?...

—Hace tres días que fué madre.

—¿Y su hijo?

—Murió al nacer.

—Prosigue — dijo el caballero con voz alterada, no sabemos por qué clase de conmoción.

—No tiene padres.

—¿Pero algún pariente?...

—Ninguno.

—¿Vive sola?

—Casi sola — dijo Andrés, — porque hace muy pocos meses que la tomó en su compañía una vieja de no muy buenos antecedentes, y que la ha mantenido poco menos que de balde, sin duda, con la criminal esperanza...

—Entiendo.

—Ahora, aunque no sea más que por resarcirse de lo gastado...

—Se resarcirá con creces.

—Hay que vencer todavía un resto de temor o escrúpulo; pero la vista del oro hace prodigios.

El comendador volvió a inclinar la cabeza, y pareció meditar.

—Hay que pensar en algo más — dijo después de algunos momentos.

—No acierto, señor.

—Supongo que habrá un amante...

—Así es...

—¿Y ese hombre?...

—Es un pobre diablo, que llorará la pérdida de su amada, y que se consolará cuando lo tenga por conveniente.

—Pero...

—No se le ocurrirá ir al cementerio a tener pláticas amorosas con un cadáver.

—Debemos ponernos en lo peor.

—Supongamos que ese hombre ama verdaderamente a esa mujer.

—Supuesto.

—Y que quiere acompañarla hasta la última morada...

—Cuando acuerde — repuso Andrés — será tarde. Se enfadará y... nada más, señor, porque no puede ir a desenterrarla.

—Nos queda el médico.

—¡Médico! ¿Por ventura, señor, creéis que esa clase de gente necesita médico para morirse?

—Es incomprensible semejante abandono

—Tampoco podéis comprender cierta clase de miseria, y sin embargo, existe.

—¿Estás seguro de que ningún médico asiste a esa desgraciada?

—Segurísimo, señor: es lo primero que he preguntado.

El comendador volvió a guardar silencio y a meditar.

Su frente se contrajo más de lo que estaba

Andrés calló también y esperó.

Transcurrieron algunos segundos.

—Bien — dijo al fin el caballero, poniéndose en pie: — no me ocurre otra cosa.

—Me felicito, señor, porque eso prueba que...

—Sí, que tú has pensado en todo.

—Que deseo serviros.

—¿Cuándo podrá quedar todo arreglado?

—Hoy mismo.

—¿Cuándo crees que esa infeliz muera?

—No pasará de esta noche.

—Entonces no debes perder un instante

—He venido por dinero, porque la vista y el sonido del oro es más tentador que la promesa.

—No te equivocas.

—Por consiguiente...

—Toma — dijo el comendador.

Y abriendo uno de los cajones de una preciosa gaveta con incrustaciones de marfil, sacó un puñado de monedas de oro, y sin contarlas las alargó al sirviente.

Este las tomó y guardó.

—¿Tendrás bastante? — preguntó el caballero.

—Creo que sí.

—No quiero que economices...

—Descuidad...

—Espera: bueno será que te lleves más — repuso el comendador.

Y tomó y entregó otro puñado de oro al criado.

—Como mejor os parezca.

—Déjame.

—Volveré en cuanto esté todo terminado.

—Sí, sí... ¡Ah!... se me olvidaba... ¿Dónde vive esa mujer?

—En la calle del Olivar

—Bien.

Andrés salió.

El caballero volvió a sentarse.

La expresión de su rostro era más sombría que nunca, y sus negros ojos brillaban como encendidos por el ardor de la fiebre.

No podía ser más horrible el plan que había meditado, y que tan atrevida y bárbaramente ponía en ejecución.

¡Pobre Luz, pobre Luz!

Capítulo XIV

NUEVOS PERSONAJES

Mientras el comendador y Andrés hablaban, otra escena de muy distinto género tenía lugar en una de las seis o siete pobres y medio ruinosas casas de un solo cuerpo, que por entonces había en la calle de Olivar, haciendo esquina a la del Olmo y la Cabe-

za, y que ya hace bastantes años que desaparecieron.

En un reducido y casi desamueblado aposento, había una mujer que debía frisar en los sesenta años, y cuya aspecto no podía ser más feo ni repulsivo.

Era de escasa estatura y muy flaca.

No nos detendremos a pintar una por una sus facciones; solamente diremos, que sus ojos eran pequeños, redondos, de un color azul muy claro con pupila negra, cuya circunstancia tal vez era la que hacía que su mirada tuviese una expresión verdaderamente extraña, indefinible, produciendo en quien se fijaba una impresión desagradable, de malestar, que hubiese sido muy difícil explicarse.

Nadie hubiera podido decir si aquel rostro moreno tostado, surcado de arrugas, estrecho, prolongado y de salientes pómulos, sonreía constantemente, aunque con una sonrisa irónica y que hacía estremecer, verdadera sonrisa de condenado, que más que la expresión del contento, era una burla sangrienta.

Su ropa, lo mismo que cuanto la rodeaba, revelaba la mayor miseria.

Estaba sentada y a sus pies, o más bien entre sus piernas, veíase no sabemos qué clase de vasija de barro, muy parecida a una cazuela, donde brillaban algunas ascuas entre un montón de ceniza.

Cuando la presentamos a nuestros lectores hacía pocos momentos que Andrés había salido de allí.

Sin duda por esto, la vieja, cuyo nombre era el de Prudencia, estaba como pensativa, lo cual se comprende, si se tiene en cuenta que era muy grave el negocio que la ocupaba.

Del aposento en que ella se encontraba se pasaba a otro, donde había en el suelo una miserable cama, y abriendo una puertecilla medio desvencijada, podía entrarse en una tercera habitación, donde no se veían más muebles que una silla vieja, un arcón de nogal con aldabón y cerradura de hierro, y en un rincón otra cama tan pobre como la primera, aunque más limpia y arreglada.

Este último lecho estaba ocupado por una mujer joven, de rara belleza, con magníficos ojos negros; pero cuyo rostro, pálido, contraído y casi desfigurado, hacía comprender al primer golpe de vista que la mano fría de la muerte se había colocado sobre el corazón de aquella infeliz.

Sus labios estaban secos y pálidos, viéndose en ellos algunas manchas negras; sus ojos habían perdido el brillo y la expresión, y su respiración era desigual, violenta y precipitada.

Tan horrible y repulsivo como era el aspecto de la vieja, era de interesante y conmovedor el de la joven.

Devorábala una espantosa fiebre, y no podía mirarse con indiferencia cómo desaparecía por instantes tanta belleza en lo más florido de su juventud.

Era absoluto el silencio que reinaba en toda la casa, y cuando más absorta se encontraba la vieja en su meditación, sonaron tres o cuatro golpes dados a la puerta.

—¿Será él? — murmuró Prudencia. — Sí, él será... Hoy nos hará veinte visitas, y si el negocio se arregla, voy a encontrarme muy apurada, porque Dios sabe qué clase de tonterías intentará.

Levantóse, tomó un rosario que había sobre una mesa, como si quisiese aparentar que la habían sorprendido rezando, y saliendo del aposento, atravesó un pasillo, llegó a la puerta y abrió.

Dos hombres se la presentaron.

El uno era obeso, de cincuenta años, decentemente vestido de paño negro, y de rostro cuya fría expresión nada de particular ofrecía.

El otro era joven, tanto, que quizás no habría cumplido los veinte años, y cuyo aspecto ofrecía singularidades dignas de mención.

Era de regular estatura y enjuto de carnes.

Su rostro moreno, aguileño, expresivo, de músculos impacientes, permítasenos la frase, sin ser un tipo de belleza, tenía la suficiente para ser muy agradable.

Su frente era espaciosa, y sus ojos, grandes, negros, de ardiente pupila y penetrante mirada.

Casi siempre se dilataba aquel rostro por una sonrisa de contento verdaderamente infantil; pero cuando esto no sucedía, el enojo que expresaba era demasiado terrible y que cuadraba mal a sus pocos años, así como en ciertos momentos levantaba la cabeza con un si es no es de orgullo, de altivo desdén, que tampoco estaba en armonía con lo humilde de su clase.

Con el vestido sucedía lo mismo que con su persona: era raro.

Llevaba un sombrero de fieltro negro muy usado, de escasa copa y ala muy ancha, que se cimbraba, subiendo y bajando, al compás de los movimientos de la cabeza o del cuerpo, al andar.

Contra la moda, la capa era también larga tanto, que le ocultaba casi toda la pantorrilla, y lo mismo que el sombrero, negro, de paño, no solamente raído, sino en algunas partes agujereado y con remiendos en otras.

Usaba gregüescos y éstos, así como el coleto y las calzas, eran negros o más bien pardos, porque el tiempo les había hecho perder el color primitivo.

Los zapatos, de piel de vaca, no estaban en mejor estado que la ropa.

Casi es innecesario decir que no llevaba espada, porque no se lo permitía, ni su clase, ni su posición social.

En tal guisa, puede comprenderse que desaparecía la belleza del mancebo, y que era imposible que nadie fijara su atención en él, ni mucho menos que a nadie interesase, como no le hablaran largo rato y lo miraran detenidamente.

En cuanto al papel que representaba en el mundo, sucedía lo mismo que con su persona, era bastante raro.

He aquí lo que de él se sabía.

Huérfano desde muy niño, fué amparado por el cura de San Justo, virtuoso varón de severísima conciencia, que hacía reservadamente cuantas obras de caridad podía, y que no pensaba ni se ocupaba de otra cosa que del culto en el templo que estaba a su cuidado.

Martín, porque así se llamaba el mancebo, había sido, pues, educado por el sacerdote, y desde el primer día procuró agradar y servir a su protector en cuanto le fué posible.

Cuando tuvo ocho años ya ayudaba a misa, compartía con el sacristán las faenas consiguientes al cuidado del templo, de lo cual resultó que andando el tiempo, como para todo mostraba disposición y todo lo hacía igualmente bien, sin ser sacristán, ni acólito, ni criado del cura, lo era todo a la vez y muy conocido y estimado por los feligreses, a quienes él complacía con muestras del mayor desinterés en cuantas ocasiones se presentaban.

Era bastante travieso, y más de una vez hubo de sufrir penosos ayunos como castigo por sus diabluras; pero esto en nada menguó el cariño que todos le profesaban, porque jamás se vió que sus travesuras de niño fuesen hijas de una intención perversa, sino al contrario, en muchas ocasiones probó generosidad, grandeza de alma y bondad de corazón, cuyas estimables prendas no se oponían a que su carácter fuese alegre y bullicioso.

No hay que hablar de su pobreza: el alimento no le faltaba; pero en cuanto a dinero, no podía disponer de otras cantidades que las mezquinas que le producían los percances propios de su oficio.

Así se explica lo extraño de su vestimenta, pues el mancebo tenía que arreglarla al gusto de su protector.

En situación semejante, bien triste por cierto, cometió la locura de enamorarse de una mujer, también huérfana, y más pobre que él, y su locura se convirtió en inmensa desgracia desde el momento en que ella lo amó también.

Ambos tenían un espíritu ardiente; ambos estaban afanosos de ternura y de emociones, y como ningún incoveniente encontraban, sucedió lo que era natural que sucediese, y casi con sorpresa de ambos, se encontraron hechos padres cuando menos lo pensaban.

Martín se hubiera casado desde el primer día con la mujer a quien adoraba, y que no era otra que la que hemos visto moribunda, se hubiera casado aunque no tenía un pedazo de pan para darle; pero de seguro, si de matrimonio hubiese hablado a su protector y amo, éste, horrorizado, le habría impuesto perpetuo ayuno, poniéndolo en la calle, sin darle más que un buen consejo y la bendición.

La vieja no esperaba más que a Martín, y quedó sorprendida al ver al otro; pero no dijo una palabra.

—Entrad, señor doctor, entrad — dijo el mancebo a su acompañante.

Y ambos entraron, y seguidos de Prudencia, llegaron al aposento donde ésta se encontraba antes.

Allí se detuvieron.

—¿Cómo está? — preguntó afanosamente Martín.

—Más sosegadita, pero...

—¡Oh!... He perdido la esperanza...

—Yo también, hijo.

—Sin embargo, no quiero que se muera en el abandono en que está, y por eso he rogado al señor que venga a verla, por si aún la ciencia encuentra remedio para salvarla.

—¿Conque este caballero?...

—Es médico.

—Me alegro — repuso la vieja, — me alegro muchísimo... Yo no podía hacer más que lo que estaba haciendo cuando habéis venido, rezar y pedir a Dios por la pobrecita.

—Os lo repito — dijo Martín, digiéndose al galeno, — soy pobre, muy pobre; pero si conseguís salvarla, haré cuanto es imaginable para recompensaros.

—No hablemos de eso ahora; veamos a la enferma.

—Venid.

Un segundo después rodeaban el pobre lecho de la joven.

Los ojos de Martín brillaron entonces más que nunca, y en su rostro se pintó el afán y el miedo.

Iba a escuchar un fallo, probablemente horrible, y se sintió poseído de terror.

Por más que él dijese otra cosa, la verdad era que conservaba un rayo de esperanza, porque todo el que ama mucho, no quiere convencerse de que es posible que la muerte le arrebate, particularmente en la juventud, al objeto de su amor.

Al médico le bastó la primera ojeada para conocer el estado de la enferma, y aunque no necesitaba más para fallar, la pulsó, haciéndole algunas preguntas, a que ella respondió con voz débil.

La ansiedad del mancebo duró cinco o seis minutos que tardó el hombre de ciencia en el reconocimiento.

—Bien — dijo el doctor disponiéndose a salir; — ya he terminado y voy a recetar.

—Caballero — dijo entonces la enferma, — no me ocultéis la verdad... Conozco que voy a morir, quizás hoy mismo...

—Desechad esas ideas.

—No puedo ni debo desecharlas... Puesto que no hay salvación para mi cuerpo, he de pensar en mi alma... ¿No es prudente?

—Hija — repuso con dulzura el médico, — un buen cristiano no ha de esperar la hora de la muerte para limpiar su conciencia. Si es que deseáis...

—Gracias... No necesito saber más.

Y mirando afanosamente a Martín, añadió la joven:

—Vuelve en cuanto despidas a este caballero.

El mancebo se sintió ahogado y no pudo contestar: todas sus fuerzas tuvo que emplearlas para evitar que el llanto se escapase de sus ojos.

—Explicaos, señor doctor — dijo apenas llegaron al otro aposento.

—Nada, absolutamente nada pueden hacer los hombres... Es ya un cadáver...

—¡Ah! — exclamó Martín con desgarrador acento.

—Debo deciros la verdad, porque los momentos son preciosos.

—Pero...

—Lo único que puede serle provechoso es lo que ella pide para salvar el alma.

Martín se dejó caer en una silla.

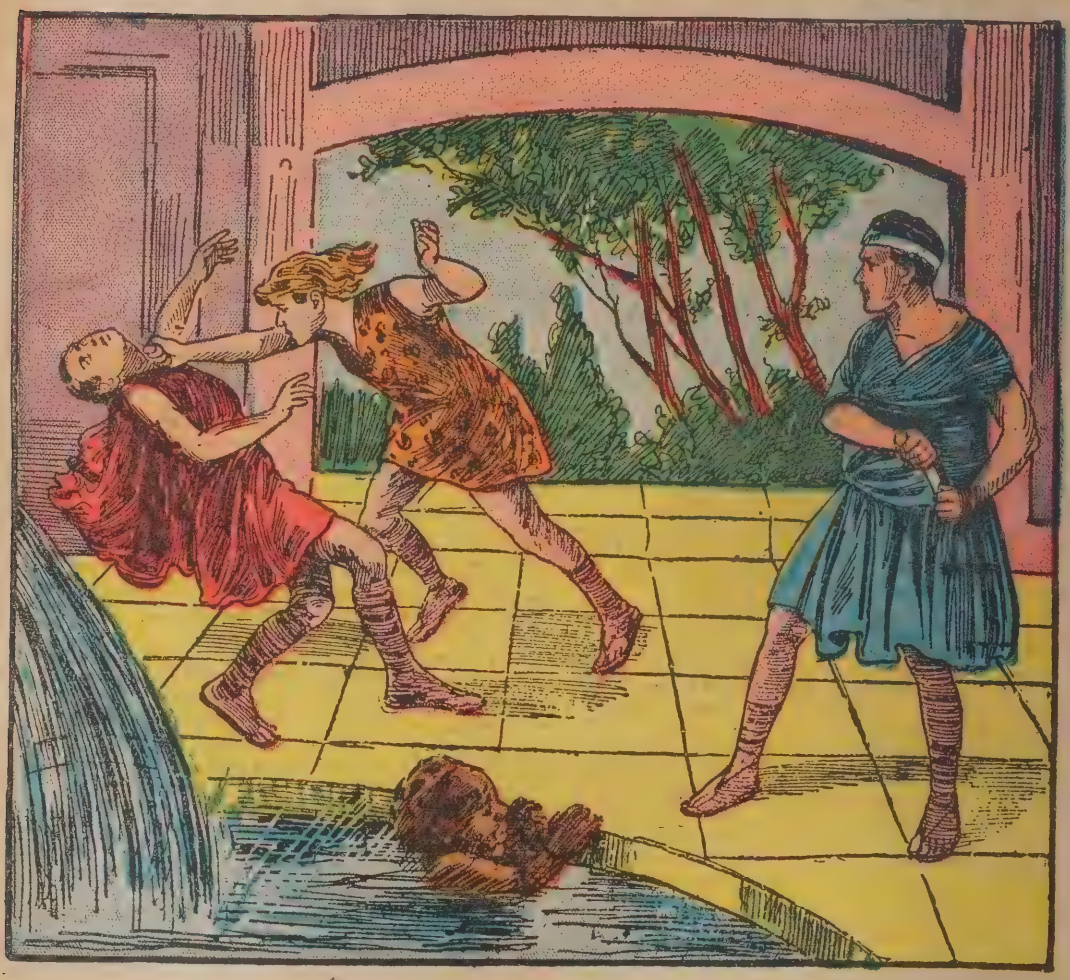
El doctor, después de decir algunas frases de consuelo, salió seguido de Prudencia.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

LA EXTRAORDINARIA NOVELA QUE PUBLICARA "PUCKY"

En TIEMPO de los GLADIADORES



Una interesantísima ilustración de la notable obra, cuya publicación iniciará PUCKY en el próximo número.

Si desea no perder ningún episodio de esta emocionante obra, haga reservar con tiempo su ejemplar de **PUCKY**

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

DESDE el escondite en que se hallaba empezaron a surgir balas.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

El sheriff de Plug Hat, que marchaba a pocas yardas de distancia delante de sus hombres dió un grito cuando uno de los plomos le quitó el sombrero que llevaba. Los otros dos refrenaron sus caballos al oír silbar las balas cerca del oído.

Durante algunos segundos los tres permanecieron quietos observando el chaparral desde donde los recibían en forma tan peligrosa. Luego a una, volvieron sus monturas y echaron a correr por la pradera buscando en la distancia la salvación.

Río Kid sonrió mientras les enviaba más balas que les iban tan cerca que cuando no las oían junto a la cabeza, les rozaban los brazos. Ni el sheriff ni sus hombres fueron alcanzados, pero los tres suponían que solo por milagro habían escapado a la muerte.

Con los dos revólvers aún humeando, salió el muchacho de su escondite y se acercó al bandido, quien había agotado todos sus esfuerzos por salir de la difícil situación en que se hallaba.

El caballo no se movía. Había quedado reventado y su peso hundía en la tierra la pierna del bandido. A pesar de su situación, Smith sacó su revólver y apuntó con él al muchacho que se acercaba desde el chaparral.

—¿Qué va a hacer? — ecxlamó Río. — ¡Maldito coyote! ¿Con qué le salvo el pescuezo y todavía intenta disparar contra mí? ¡Quieto o lo mato!

Uno de los revólvers de Río Kid apuntó a la cabeza del bandido.

—¡Río Kid! — exclamó con asombro, Smith.

—¡El mismo!

Aun cuando no había dejado de apuntar con su arma sabía muy bien que nada conseguiría, pues conocía de sobra que Río Kid era muy rápido y antes de que saliera una bala de su revólver podía considerarse hombre muerto.

—¡Baja el arma, coyote, traidor!

El revólver del otro fué a dar al suelo.

—¡Ya está, Río! — respondió roncamente.

—¡Muy bien! — agregó Río Kid.

Y agachándose tomó el revólver de Smith y lo arrojó con fuerza en dirección del chaparral.

EN EL CAMPAMENTO

La cabaña aquella estaba construída en el centro del chaparral, junto a un arroyo que corría entre hileras de mesquite y árboles. No tenía nada de confortable pero en la situación en que se hallaba Río Kid bastaba para albergarle.

Desde que el muchacho había regresado a su país desde Méjico los enemigos le perseguían con encarnizamiento. Lo habían tenido acorralado en el Mal Paso y solamente debido a su buena suerte había logrado escapar con vida, de la policía montada de Texas.

Se hallaba a bastantes millas de distancia del País del Infierno y oculto en el Chaparral del valle del Pecos. Había hecho perder su pista a los que iban tras él.

Se sentía fatigado, y por algún tiempo deseaba que nadie lo molestara ni hablaran

siquiera de él. El encuentro con el sheriff de Plug Hat, no le satisfacía por esas razones.

Ignoraba si lo habrían visto cuando disparó sus armas desde el chaparral o cuando había salido para socorrer a Smith. Consideraba que no había procedido bien al salvar e un canalla tan grande como el bandido que ahora se hallaba con él.

Quinientos Dólares Smith, no poseía caballo, y con una pierna dolorida y sin armas poco peligro podía representar. Lo había conducido hasta la cabaña y lo había acostado sobre un lecho de ramas y hojas secas.

La noche iba tendiendo sus sombras sobre el chaparral. La oscuridad era allí más completa pues el espeso ramaje no dejaba filtrar rayo de luz alguno. Frente a la puerta de la cabaña ardía una hoguera en la que el muchacho había hecho la cena para los dos.

Aun cuando no tenía simpatía por Rube, y aun cuando se consideraba culpable por haberlo salvado de la muerte, procedía facilitándole una leal hospitalidad.

Sabía bien que no podía esperar agradecimiento ni gesto noble alguno, y que mientras permaneciera a su lado tenía que estar bien alerta para impedir una traición... pero era un hombre perseguido y condenado a muerte, y aquello era suficiente para Río Kid.

—¡Levántese y venga a comer! — exclamó Río Kid.

Rube Smith, se levantó de su lecho de hojas. Al caer bajo el caballo se había lastimado la pierna, pero Río Kid, al examinarla para curársela había visto que no estaba rota. Es más, consideraba que la lastimadura no tenía importancia, para un ser rudo y habituado a la mala vida como Rube.

El bandido se instaló cerca de la hoguera y empezó a comer. Mientras tanto observaba a Río Kid.

—¡No cree que es peligroso encender fuego aquí? — exclamó.

—No. Nadie puede ver el resplandor ni el humo desde la pradera, — respondió el muchacho. — Pero además, antes de que nos hayamos envuelto en las mantas para dormir ya se habrá apagado.

—No creí que me iba a encontrar con usted, — continuó el bandido — La última vez que oí hablar de usted, se hallaba cercado en el Mal Paso, allá en Río Grande.

El muchacho hizo un gesto.

—Yo tampoco suponía que iba a salir con vida de allí, — dije.

—Ha sido para mí una suerte que se salvara, — dijo Dólares Smith. A no haber sido por su ayuda, los muchachos me hubieran llevado, y a estas horas...

—Seguramente estaría colgado — agregó Río Kid completando el pensamiento.

—Le estoy profundamente agradecido, Río, — dijo Rube Smith. — ¿Pero qué idea le dió de ampararme? ¿Qué piensa hacer conmigo?

—No se preocupe. Tengo la seguridad de que si tuviera usted un revólver no estaría yo muy tranquilo... pero, también cualquier tentativa en ese sentido sería causa de su muerte.

Rube Smith, lanzó una carcajada.

—¿Cómo quiere que me atreva a levantar un arma contra usted, después de haberme salvado? — dijo. — Puede tener confianza en mí.

Río Kid sonrió sin responder. Tenía tanta confianza en la nobleza de Rube Smith, como podía tenerla en una serpiente.

—Además creo que no dispondré de arma alguna mientras estemos acampados aquí, — continuó Rube. — Usted es un hombre noble y no tengo por qué preocuparme por tal cosa. ¿Qué andá haciendo de nuevo por aquí?

—Descansando. Hay una cantidad de personas que tendrían mucha alegría por verme, pero yo no tengo interés alguno por verlos a ellos. ¿Y usted que hacía por el Pecos?

Rube Smith pareció o haber oído la pregunta, por que no respondió a ella. Seguía comiendo en silencio. Una vez que hubo terminado se levantó y arrastrando la pierna se dirigió hacia la cama.

—Mi pierna está bastante mal, — dijo. — ¿Quiere acompañarme hasta la cama?

—Seguramente.

Río Kid lo ayudó a caminar y el bandido se dejó caer en el lecho lanzando un quejido.

El muchacho lo miró en la oscuridad. Cada vez se aferraba más en él la idea de que Rube exageraba la importancia de la lastimadura. Aquello le hizo recordar la clase de individuo que era, y que debía estar prevenido contra cualquier traición, muy posible. No disponía de caballo, y aunque solo fuera por robarle el suyo, era capáz de jugarle una mala pasada y matarlo.

No dudaba de que el bandido exageraba lo de la pierna para inspirarle confianza y poderle sorprender mientras dormía. Sonrió y pensó en la forma de hacer que si pensaba sorprenderlo así, fuera él el sorprendido.

—¿Se encuentra así mejor? — preguntó una vez que el otro estuvo acostado.

—Sí, mucho mejor.

—Bien. Entonces aquí se queda dueño de la cabaña. Yo me voy a dormir afuera.

—¿Qué? ¿No confía en mí?

—No, — respondió el otro secamente, y tomando sus mantas y efectos salió de la cabaña.

Los ojos de Rube Smith relampaguearon en la oscuridad.

Río Kid preparó su cama en el chaparral cerca de su caballo. Pero no pensaba en dormir.

La hoguera se fué apagando hasta que al fin todo quedó en la oscuridad. Así permaneció todo tranquilo durante una hora, hasta que Río Kid oyó un leve rumor que partía del lado de la cabaña. Aquello le hizo sonreír.

En su mano brilló el revólver de seis tiros. Había prestado ayuda y lugar de refu-

PUCKY

gio a Rube Smith, y éste le iba a pagar con una tración, seguramente.

Río Kid prestó atención. Oyó que el bandido salía de la cabaña sin que la pierna, que momentos antes le molestaba tanto, le impidiera ahora moverse con tanta facilidad. Volvió a sonreír. Sus cálculos habían sido certeros. El bandido había estado fingiendo.

Con el revólver de seis tiros preparado, quedó esperando lo que iba a suceder. Pero su sorpresa fué grande cuando se convenció de que el bandido no se acercaba al lado en que él se encontraba. Durante algunos minutos todo permaneció en el silencio. El bandido se orientaba y escuchaba a su vez.

El bandido se instaló cerca de la hoguera y empezó a comer.

Luego, echó a andar alejándose del campamento.

Río Kid estaba intrigado con aquel modo de proceder. ¿Por qué se iba el otro de aquella manera? No había razón alguna para que no la abandonara a la luz del día en el momento en que lo considera oportuno. ¿Qué se le había ocurrido de pronto, y adonde iba?

Río Kid reflexionó durante algunos instantes. No sabía cual era la explicación de todo aquello... pero no dudaba de que encerraba una traición.

Se levantó y sin hacer ruido, en la misma forma en que marchaba Rube Smith, siguió tras él, deslizándose los dos como fantasmas en las sombras de la noche.

NEGRA TRAICION

—¡Rube!

—Sí. Soy yo, Jake Saunders.

—Al fin llegas, pero te has retrasado mucho.

—¿Estuviste esperando?

—Desde que se hizo de noche — respondió el otro que se hallaba arrimado a un corpulento árbol sin que se notara de su presencia, más que el resplandor del fuego del cigarrillo que fumaba.

Rube Smith, se detuvo también y se colocó debajo de las frondosas ramas del árbol bajo el cual se encontraba su camarada, a media milla de distancia del punto en que estaba la cabaña donde se albergaba Río Kid.

—He estado esperando desde que se hizo de noche — repitió Jake. — Y ya estaba resuelto marcharme. Me dijiste que estarías aquí en cuanto oscureciera, Rube.

—Y puedo darme por muy satisfecho por haber podido venir, aunque con retraso — murmuró el bandido. — El sheriff de Plug Hat me persiguió y tuve que huir hasta reventar mi caballo.

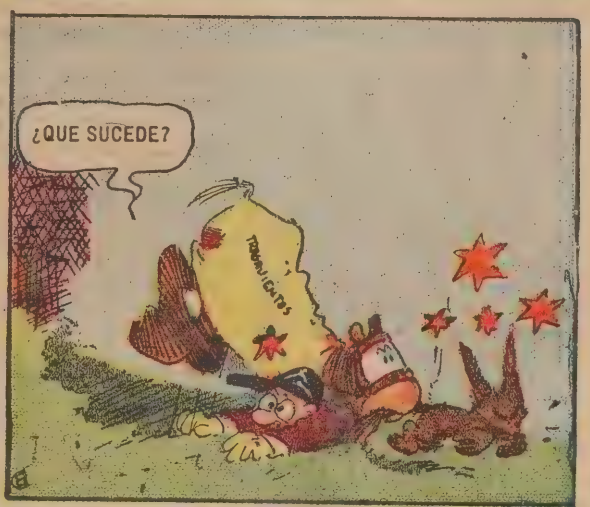
Jake, lanzó una exclamación.

—Y creo que me hubiera dado alcance y se hubiera apoderado de mí a no haber sido por Río Kid...

—¿Río Kid? — preguntó el otro admirado por semejaste intervención.

Aventuras de Bar

ugli, por Debeck



© 1931, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved

—Sí. Río Kid.

—Pero yo creía que había terminado en el Mal Paso donde lo tienen cercado los hombres del capitán Hall...

—Pues está aquí. Y contuvo a tiros a los hombres de sheriff de Plug Hat cuando éste me iba a echar mano. Está refugiado en una cabaña que está en el centro de este chaparral. Dice que hasta aquí no se va a aventurar ninguno para tratar de ganarse los mil dólares que dan por su captura.

—¡Bah! — exclamó el otro.

—Por eso me alegra haberte encontrado aquí — continuó el bandido. — No quisiera que Río Kid sospechara que yo tengo un amigo tan cerca.

—¿Y no se dará cuenta de que has venido?

—No. Lo dejé durmiendo entre sus mantas y me parece que no se ha de despertar hasta que amanezca.

—Mira que es muchacho muy vivo ese Río Kid. Si llegara a sospechar que has venido a verme...

—No hay miedo — manifestó convencido Rube Smith. — Tomó sus mantas y se fué a dormir bajo los árboles. Me dijo que no estaba seguro durmiendo cerca de mí en la oscuridad... y creo que tiene razón. No le tengo mucho cariño y si me hubiera dejado el revólver...

—¿Y qué es lo que piensas hacer? — preguntó Jake. — Yo podría darte el revólver, pero no te aconsejo que te pongas a pelear con Río Kid... Es peligroso cuando tratan de hacerle frente.

—Es cierto — respondió el bandido, quien permaneció un instante en silencio meditando. — Pero el caso es que su captura representa mil dólares... Yo no puedo ir a Plug Hat ni a ninguna otra población para dar la noticia de donde se encuentra, porque en cuanto me vean me metarán sin darme tiempo para que hable.

Jake se echó a reír.

—Seguramente. Se darían por satisfechos con apoderarse de tí, aún cuando perdieran a Río Kid, Rube.

—Es cierto. Por eso he pensado en tí. Nadie de por aquí sabe que estás trabajando de acuerdo conmigo. Puedes ir hasta la localidad de Pecos. Todos saben que trabajas en el Sunset Ranch y no van a sospechar de lo que les digas. No tienes necesidad alguna de nombrarme para nada.

—Eso no es necesario prevenírmelo. En cuanto se supiera que estoy en combinación contigo dejaría de estar en libertad. Tengo que parecer tan inocente como un cordero.

—Oyeme y no pierdas el tiempo en bromas — interrumpió Rube Smith. — Vas a ir a Plug Hat y a decir al sheriff que sabes el lugar en que se encuentra Río Kid. Seguramente que él no desperdiciará la ocasión de echarle la mano encima a ese canalla. Traete al sheriff y a sus hombres hasta aquí al amanecer, y seguramente encontrará al muchacho en la cabaña. Que vengan y rodeen la choza y seguramente que no le será tan fácil escapar de esta encerrona como pudo hacerlo en el Mal Paso. ¿Me has comprendido?

—Seguramente.

—Se trata de mil dólares, Jake. Mil dólares de los que te vas a apoderar sin trabajo ni peligro alguno. Luego nos los dividimos.

—Tú consideras la cosa muy segura...

—Es que no hay más que alargar la mano para recibir la plata — respondió Quinientos Dólares, Smith. — El muchacho no ha sospechado nada. No me tiene mucha confianza, pero como no sabe que estás tan cerca un compañero mío, y un compañero que puede ir a cualquier pueblo sin temor a la justicia... ¡Te digo que es una cosa muy fácil!

—Siendo así, realmente lo es.

Siguieron a estas palabras otras en las que el bandido traidor hizo a su cómplice una detallada descripción del punto en que se encontraba la cabaña donde habían de encontrar a Río Kid.

—Ya se donde está — exclamó al fin Jake Saunders. — Cerca del arroyo. Conozco palmo a palmo el chaparral... Pero estás seguro de que Río Kid se encontrará aún allí cuando vengamos?

—Seguro. Yo no pienso separarme de él hasta poco antes de que ustedes vengan, y luego ya será tarde para huir. El sabe de sobra que yo no puedo presentarme para denunciarlo en ningún pueblo de todo Texas, y por eso no puede sospechar nada.

—¿Tú no te vas a quedar cerca?

—No. Quiero mucho a mi pellejo y tengo la seguridad de que cuando se diera cuenta de que venían a buscarlo, la primera bala de su revólver sería para mí. Además no estoy muy seguro de que los muchachos al verme junto a Río no pensarán en asegurar a los dos, sin considerar que lo van a detener gracias a mí. Con que toma tu caballo y corre todo lo que puedas a fin de que llegues aquí con el sheriff y su gente antes de que se haga día.

—¡De acuerdo! — respondió Jake Saunders.

—Déjame un revólver y vete.

Pocos minutos después, se oía el galopar de un caballo que se alejaba rápidamente en dirección del pueblo. Era el de Jake Saunders que marchaba para poner en ejecución el traicionero plan.

Quinientos Dólares Smith, permaneció junto al árbol fumando un cigarrillo y conservando en la mano el revólver que le acababa de entregar su compinche. Un siniestro resplandor brillaba en sus ojos. Pensaba en Río Kid, y sentía el deseo de marchar antes ya provisto de un arma y darle al muchacho "su merecido".

Su odio contra Río Kid era viejo y el hecho de que hubiera impedido que cayera en poder de los que lo perseguían no tenía importancia alguna para un canalla como él.

—Vivo o muerto — repetía. — Vivo a muerto, dan mil dólares por él. Y lo mismo cobrará Jake la recompensa aún cuando lo encuentren muerto al llegar. Y es más seguro que lo encuentren y no pueda escapar

si tiene una bala en el corazón. ¡Sí, es más seguro y voy...!

Pero el bandido sacudió la cabeza. En la forma en que había preparado todo, claro era que no se podría escapar y los hombres del sheriff de Plug Hat se apoderarían de él... Había un gran peligro en intentar andar a tiros con el muchacho pues si fallaba el primer disparo no tendría tiempo para hacer el segundo.

Quinientos Dólares Smith, volvió a sacudir la cabeza y se guardó el revólver en la cintura. No se resolvía a volver ahora a la cabaña. Después de la traición que había cometido tenía miedo de que el muchacho sospechara algo en su mirada y tomara venganza rápida. Estaba más seguro allí oculto lejos de él hasta que los otros lo hubieran atacado y llevado a Plug Hat.

Tenía que ganar su participación sin peligros.

Algo que oyó hizo sobresaltarse al bandido y llevar de nuevo la mano al revólver. Pero antes de que pudiera hacer el movimiento deseado una mano de acero le oprimía la garganta y una voz le dijo en tono bajo, pero lleno de energía.

—¡No intentes resistirte, por que eres muerto enseguida!

El bandido estuvo a punto de caer desmayado al reconocer la voz de Río Kid

EN SUS PROPIAS REDES

Río Kid sonreía en la oscuridad mientras miraba al bandido que le había hecho traición.

Rube Smith, lo miraba también, asustado.

¿Cómo el muchacho, a quien había dejado durmiendo a media milla de distancia, aparecía de repente allí? ¿Lo había seguido cuando salió de la cabaña? ¿qué era lo que había oído de la conversación que había sostenido con Jake Saunders?

La mano de Quinientos Dólares Smith, se apoyó nerviosamente en el puño del revólver. Pero no se atrevió a sacarlo por temor al otro.

Tranquilamente el muchacho lo despojó del arma y la arrojó a la distancia entre la hierba. Sonreía, pero su sonrisa era una amenaza.

—¿Me has seguido? — exclamó con desesperación Rube Smith.

—Así es, — respondió sonriendo el muchacho. — Y sospeché siempre que eres un canalla, Rube Smith. Estaba arrepentido de haberte arrancado del poder del sheriff de Plug Hat... Vamos al campamento y allí hablaremos más tranquilamente...

—¿Para qué? — preguntó alarmado Rube Smith.

—Es que yo no estoy tan cansado de tu compañía como tú lo estás de la mía. Creo que podremos echar algunos interesantes párrafos antes de que nos separemos. Y como se te ocurra hacerme objecciones te recordaré que mi revólver es rápido y tiene argumentos convincentes.

El canalla permanecía callado mientras Río Kid le ataba las manos a la espalda. El muchacho le hablaba en tono irónico, como si fuera su mejor amigo. Pero el miedo se había apoderado de Rube.

Tomando a su prisionero por un brazo lo condujo hacia la cabaña. Rube Smith caminaba penosamente.

—¿Por qué caminas así? Tu pierna está seguramente tan bien como estaba cuando has venido aquí, — exclamó sarcásticamente Río Kid. — ¡Qué loco fuí al salvarte, Rube! Pero no hay que apurarse por que aun estamos a tiempo de deshacer lo hecho.

El bandido lanzó una maldición.

—Estoy ya convencido de que has oído todo lo que hemos hablado Jake y yo, Río.

—Palabra por palabra, — respondió el muchacho. — Yo me hallaba a seis pies de distancia de ustedes dos.

—¿Y que vas a hacer conmigo?

—Eso es cuenta mía.

—¿Para que me llevas a la cabaña? — ¿Me vas a matar?

—¿A matarte? No digas tonterías, — dijo Río Kid en tono de sorpresa por la pregunta.

—Entonces... ¿Cuál es tu juego?

—Pronto lo vas a conocer.

Río Kid y Rube Smith, marcharon hasta la cabaña. El bandido ya no se resistía, estaba resignado a su suerte. En cuanto supo que Río Kid conocía su negra traición pensó que lo iba a matar de un tiro. Pero el muchacho, como le había dicho no tenía la menor intención de hacer uso de su revólver. ¿Qué haría entonces con él?

Río Kid no se hallaba dispuesto a decírselo por el momento. Siguieron en dirección de la cabaña y al pasar cerca de Coceador, el caballo levantó la cabeza para ver a su amo. Río se detuvo le palmeó en el cuello y le dijo:

—Pronto vamos a tener que dar una buena carrera, estate preparado. Tú Rube Smith entra y echate en el suelo.

Quinientos Dólares Smith, se detuvo y lanzó al muchacho una mirada en la que se reflejaba la desesperación.

—¡Pero Río!...

—¡Que entrés en la cabaña y te eches en el suelo te digo!

—¡Maldito seas!

—No tengo mucho tiempo que perder contigo. Rube Smith, aun cuando no desearía separarme tan pronto de un amigo tan bueno y noble. Pero tengo que estar lejos de aquí cuando al amanecer llegue el sheriff de Plug Hat y sus hombres.

Dió un empujón al bandido y lo hizo entrar. Luego lo hizo tenderse en el suelo y con un trozo de cuerda que tomó de la montura, le sujetó fuertemente los pies para que no pudiera moverse.

Rube Smith observaba los movimientos del muchacho, maldiciendo y lanzándole miradas de profundo odio.

Una vez terminada la tarea, y luego de haberse cerciorado de que estaba bien sujeto, Río Kid salló de la cabaña y cerró la puerta. Miró al cielo y exclamó.

—Tengo aun dos horas de tiempo. Coceador ha de recorrer una buena distancia antes de que amanezca.

Volvió a entrar en la cabaña y dirigiéndose a Rube agregó.

—Me parece que tu camarada va a tener una gran sorpresa cuando llegue con el sheriff de Plug Hat, y dile que si tiene interés en que tengan que nombrar un nuevo sheriff para Plug Hat que venga a buscarme. ¿Me has comprendido ahora?

Quinientos Dólares Smith, lanzó un juramento.

¡Ya lo creo que había comprendido cuales eran las intenciones del muchacho! Río Kid se disponía a marchar. Un torrente de juramentos y maldiciones le acompañó mientras se alejaba. El muchacho volvió la cabeza sonriente.

—Tienes tiempo para decir todo lo que quieras, Rube. Lamento no poder quedarme para ver la cara de sorpresa de los otros cuando lleguen y se encuentren contigo... Pero reprímete un poco. Tengo aquí a mi caballo Coceador, ya listo y para marchar y como no está acostumbrado a oír ese lenguaje, puede ruborizarse. Ahora cuando te quedes solo puedes maldecir todo lo que quieras.

En cuanto terminó de ensillar su fiel caballo, Río Kid montó y se alejó a través del chaparral. El ruido del galopar de Coceador se perdió a la distancia. Cuando salió al campo libre Río Kid se alejó bajo la luz de las estrellas y al brillar los primeros resplandores de la aurora se encontraba ya lejos y sonreía satisfecho al pensar en la sorpresa que esperaba a los que iban por él.

EL PRISIONERO DEL SHERIFF

—¡Ni una palabra, muchachos! — exclamó Long Bill Haines, sheriff de Plug Hat.

Los primeros destellos de la aurora empezaban a iluminar el chaparral y las orillas del río Pecos. Entre las frondosas ramas de los árboles se filtraba una débil claridad mientras el sheriff y los hombres que lo habían acompañado avanzaban con todo género de precauciones por el estrecho sendero.

Eran diez hombres, que con los rifles y revólvers en la mano se acercaban a la cabaña en busca de Río Kid. Con ellos marchaba Jake Saunders, el vaquero de Sunset Ranch, que estaba en combinación para realizar sus delitos con Quinientos Dólares Smith.

Silenciosos y resueltos, todos avanzaban tratando de sorprender al muchacho de Texas y evitar que éste pudiera defenderse y hacer caer a algunos.

Long Bill había dejado gustoso la cama al informarse de la agradable noticia que le llevaba Jake Saunders. El día anterior se le había escapado Rube Smith, pero el muchacho de Río Grande era una presa de mayor importancia.

Todos los que lo acompañaban sentían grandes deseos de apoderarse del muchacho que durante tanto tiempo había sabido burlar a los sheriffs de varios estados y que acababa de escapar del Mal Paso donde lo tenían acorralado hombres decididos y en número muy superior.

—¡Ni una palabra! — repitió el cheriff.

Todos avanzaron en silencio, sin hacer el menor ruido, ya que en ello estaba el éxito de su empresa y acaso su propia salvación.

Pero no se oía rumor alguna. Al parecer, no había nadie en la cabaña o dormía tranquilamente el que en ella estaba.

La cabaña fué cercada antes de que el sheriff se resolviera a llamar a la puerta en nombre de la ley. Se oyó adentro una especie de rugido. ¡El hombre que buscaban estaba allí y se había dejado sorprender!

Jake Saunders le había dicho el sheriff que Río Kid estaba durmiendo fuera de la cabaña, pero no lo habían visto antes de avanzar hasta ella. Sin duda el relente de la noche lo había obligado a entrar.

Long Bill Haines esperó un momento teniendo su revólver de seis tiros en la mano. Pero ninguna arma respondió desde el interior de la cabaña al hacerse el llamado.

Después de hacer una señal a sus hombres, el sheriff avanzó resueltamente y abriendo la puerta penetró en la cabaña, con el dedo en el gatillo de su revólver.

—¡Date preso, Río Kid! — exclamó en voz alta.

Reinaba una gran oscuridad en el interior y con no poca sorpresa, vieron los que habían entrado que en el suelo había una persona tendida. Estaba atada de pies y manos. Al acercarse notaron que no era Río Kid.

Revisaron todo, pero en el interior de la cabaña no había nadie más.

—Oye, Jake Saunders. ¿No me habías dicho que aquí íbamos a encontrar a Río Kid? — preguntó el sheriff. — ¿Te has burlado de mí? Este no es Río Kid.

Jake Sanders entró entonces en la cabaña y su boca se abrió a causa de la sorpresa que experimentó. Por un momento quedó como atontado frente al hombre que se hallaba atado en el suelo. Luego echó a correr y desapareció entre los árboles. Si el sorprendido era Quinientos Dólares Smith, acaso se vengaría de su compinche, aun cuando él no había hecho más que obedecer sus órdenes.

—No me explico que es lo que pasa aquí. Debíamos haber encontrado a Río Kid y hallamos a este hombre atado de pies y manos... No es el muchacho de Texas, pero tampoco puede haberse atado él solo... Sacarle a la luz y veamos quien es.

Dos o tres hombres levantaron en vilo a Rube Smith y lo sacaron de la oscuridad de la cabaña para dejarlo afuera en el suelo.

Entonces el sheriff de Plug Hat lanzó una exclamación.

—¡Pero si es Quinientos Dólares Smith!

Un juramento respondió a sus palabras. El bandido, imposibilitado para hacer cualquier movimiento y exausto por los esfuerzos realizados por tratar de libertarse mi-

PUCKY

Dió un empujón al bandido y le hizo entrar en la cabaña; luego con un trozo de cuerda le sujetó los pies.

raba con desesperación a los hombres de Plug Hat.

—¡Quinientos Dólares Smith! —repitió. —El bandido que se nos escapó ayer. ¡Tiene gracia! Ese idiota de Jake Saunders me afirmaba que íbamos a hacer prisionero a Río Kid, pero por aquí no hay rastro alguno de él. ¡Menos mal que nos hemos molestado por algo!

El sheriff de Plug Hat y los que con él habían llegado hasta allí iniciaron el viaje de regreso sin llevar el prisionero que esperaban encontrar, pero no dejaron de experimentar cierta satisfacción al conducir a Rube Smith bien atado sobre uno de los caballos.

Si habían fracasado en la captura del muchacho de Texas, habían realizado en cambio la de uno de los más peligrosos bandidos del Pecos y ya era bastante.

RED HARRIS

Los golpes del rebenque llegaban hasta los oídos de Río Kid, como detonación de una pistola, y a cada uno de ellos su semblante se oscurecía más, y su mirada adquiría más brillo.

Pero no intervino.

Entrometerse entre un hombre de las praderas, y su caballo, era una cosa que estaba contra el código de la región ganadera. Pero el muchacho, que amaba a los caballos como a seres nobles y fieles, sentía pesar por lo que estaba oyendo.

En más de una ocasión, cuando había domado a un potro salvaje, Río Kid había sabido dar golpes con mano firme. Era rígido cuando había que serlo, pero únicamente en esas ocasiones.

Mas el ruido de golpes dados a un caba-

llo, era muy común en aquellas regiones, y no llamaba particularmente la atención.

Pero sus nervios no podían resistir más. Castigar cruelmente a un animal sin que existiera una necesidad forzosa de hacerlo, era una cosa que él repudiaba... Pero las leyes de la pradera impedían que nadie interviniera en esos casos...

La ira de Río Kid iba en aumento, y comprendía que había de llegar el momento en que no podría contenerse y sabría dar al hombre que procedía en aquella forma inhumana, el merecido que le correspondía.

El muchacho se encontraba a la sombra de una cabaña de leñador en un punto de las solitarias regiones del río Pecos. Su caballo estaba en el corral atado.

Habían caminado apresuradamente durante toda la mañana, y al llegar a aquel lugar y ver que la cabaña estaba desocupada, se instaló en ella de acuerdo con las costumbres del lugar.

Según suponía, la cabaña aquella pertenecía al Blue Bird Ranch, cuyos edificios principales se encontraban lo menos a veinte millas de allí. Sin duda había sido construída para que sirviera de refugio a los que iban a cortar la leña al bosque, o a los vaqueros que se alejaban cuando iban a recoger la hacienda que se extraviaba.

Podía permanecer días y noches sólo allí, recorriendo las solitarias praderas durante el día y descansando en la cabaña por la noche, hasta que pasado el plazo que habían fijado al que andaba por allí fuera relevado por otro compañero.

Era aquella una vida solitaria y aburrida por eso el hombre que la llevaba recibía siempre con alegría al que aparecía, y Río Kid suponía que aún cuando llegara alguno de los vaqueros del ranch, admitiría gustoso su compañía. Claro está que sin decir quien era para no despertar en él el deseo de denunciarlo con el propósito de cobrar los mil dólares que su captura significaba.

Pero no había aparecido nadie y el muchacho se instaló, hizo su comida y se echó a dormir la siesta a la sombra de una pared de troncos de árbol.

El ruido de unos pasos que se aproximaban fué bastante para que Río Kid se despertara. Al abrir los ojos distinguió a un hombre de barba roja. Supuso que era el que vivía en la cabaña y no se movió. Pero lo observaba con interés. El caballo que montaba el otro, no era muy tranquilo, sin duda se trataba de un animal que no estaba domesticado aún por completo.

A cierta distancia de la cabaña el de la barba roja desmontó y ató al animal.

Tan preocupado se hallaba con el inquieto caballo que ni se dió cuenta de la presencia de Río Kid. Después de tener bien sujeto al caballo, fué cuando empezó a castigarlo en forma brutal. Su rostro denotaba su maldad y su ira.

Los golpes de rebenque llegaban hasta los oídos de Río Kid como detonaciones de una pistola. El caballo trataba de evitarlos y se agitaba de un lado a otro, pero había sido bien asegurado al tronco de un árbol y el hombre continuaba su castigo tratando de impedir que las patadas del animal le alcanzasen.

Río Kid se contenía a duras penas. Reconocía que había momentos en que un caballo caprichoso necesitaba sentir el látigo, pero en aquella circunstancia estaba convencido de que lo que hacía el hombre era aplacar la ira que sentía por cualquier otro motivo.

Aquello debía tener un límite y Río Kid no era hombre de permanecer sentado tranquilamente mientras castigaban a un caballo cerca de él.

Al fin se resolvió ponerse de pie y luego de asegurar el cinturón y colocarlo en forma de que estuviera su revólver al alcance de la mano por si era necesario, avanzó:

—¡Oiga compañero! — exclamó levantando la voz.

Los golpes cesaron de repente. El hombre de la barba roja se volvió hacia el muchacho e instintivamente llevó la mano a su revólver.

Fué un movimiento rápido, pero por muy rápido que fuera era sabido que el muchacho de Texas no podía ser tomado por sorpresa y su revólver apuntaba a la cara del hombre de la barba roja antes de que éste hubiera podido sacar el arma que llevaba a la cintura.

—¡No se moleste! — exclamó lacónicamente Río Kid.

El otro no terminó el movimiento. Sus ojos estaban fijos en Río Kid. Lo que vieron fué a un muchacho de cara sonriente, con pañuelo de seda al cuello, pantalones con delanteros de piel, sombrero Stetson, con cinta adornada con pepitas de plata y altas botas de montar con espuelas del mismo metal. Río Kid ofrecía un singular contraste plantado allí frente a aquel hombre sucio, con barba descuidada, camisa azul y pantalones también con delanteros de piel.

Lanzó un juramento, cuando el muchacho tranquilamente lo despojó de su Colt.

—¡Así estaremos más tranquilos! — dijo Río quien guardó enseguida su revólver.

—Dígame, — exclamó luego. — ¿Usted sabe a quien pertenece esta cabaña?

—Seguramente, — respondió el otro después de una pausa.

—Estaba usted castigando demasiado a ese caballo.

—Pienso que yo puedo tratar a mi caballo como me parece, — respondió el otro en tono airado.

—¡Hasta cierto punto! ¡Hasta cierto punto! — agregó el muchacho con amabilidad. — Y creo que se ha excedido de lo que es natural.

—¡Métase en sus asuntos!

—Ha castigado ya demasiado al pobre bruto. Si lo dejo va a seguir castigándolo más aun... pero yo se lo voy a impedir.

El de la barba roja intentó recoger su revólver. Río Kid pareció no darse cuenta de ello, pero tenía fijos los ojos en los de su adversario. Era muy ducho en aquellas

cuestiones y comprendía por la expresión de la mirada la intención del que se le oponía.

—Hablo por hablar, — prosiguió Río Kid siempre en tono amistoso. — Ya se que no tengo ningún derecho a impedir lo que está haciendo... Pero no puedo permitirlo. No tengo carácter para ello. Por eso he resuelto darle lo que valga el caballo y llevármelo para que no lo vuelva usted a ver más... ¿Me ha oído?

El hombre de la barba roja tenía ya en la mano el revólver que había recogido del suelo.

¡Crack!

Era Río Kid el que había hecho fuego, sin sacar el revólver de la funda. El de la barba roja, soltó el arma que tenía en la mano, y de esta brotó sang

Río Kid sonreía.

—¡Ya le había prevenido, compañero! Le dije bien claro que no intentara usar su revólver porque conozco el juego, aunque no es usted muy torpe para él. ¿Tiene ya bastante?

Una sarta de juramentos fué la única respuesta del otro, mientras observaba la herida de su mano. Que era superficial, ya que no perseguía más fin que hacerle soltar el arma.

—Me parece que eso habrá podido demostrarle cuál debe ser su conducta, testarudo, — exclamó Río Kid, apoderándose del rebenque que había servido para castigar al caballo.

—¡Maldito sea, coyote! ¡Maldito sea! — rugió el herido. — Yo le voy a enseñar...

¡Crack! ¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!

El rebenque comenzó a caer sobre las espaldas del hombre con la misma furia con que él lo había descargado sobre el animal que estaba atado. Río Kid golpeaba y golpeaba fuerte, sin lástima para el hombre que había manifestado tan malos instintos.

El canalla rugía y suplicaba para que cesara el castigo. En una ocasión atacó a Río Kid con un cuchillo en la meno, pero el muchacho respondió al ataque con un fuerte rebencazo en la muñeca y otro en pleno rostro, haciendo retroceder, acobardado, a su adversario.

Así costinuó el castigo hasta que el otro echó a correr y desapareció por la pradera. Entonces Río Kid arrojó al suelo el rebenque.

Después se dirigió hacia el caballo, que permanecía atado en el árbol. El pobre animal estaba cubierto de espuma y sangre y temblaba lleno de miedo, más Río Kid tenía su manera de tratar a los animales, y en pocos minutos logró tranquilizar al pobre bruto, lo desató y lo condujo al corral. Allí permaneció más de una hora, lavando las heridas y curándolo. Después lo soltó para que fuera a comer a la pradera.

En cuanto el animal estuvo en libertad, echó a correr en la dirección que había seguido el hombre de la barba roja y desapareció.

UN BUEN SAMARITANO

—¿Qu es eso? — exclamó Río Kid.

Continuaba tendido a la sombra, observando las praderas que se extendían hasta perderse de vista y había visto algo que le había producido sorpresa.

Hacía mucho tiempo que el hombre de la barba roja había desaparecido a lo lejos, y tras él su caballo. En las cercanías de la cabaña no se veía a nadie y no tenía él allí más compañero que su caballo, que se encontraba en el corral.

Pero en el azulado cielo habían empezado a aparecer unos puntos negros que se hacían cada vez más numerosos y mayores. Comprendió en seguida que se trataba de zopilotes, los buitres que abundan en aquellas regiones. Todos se dirigían hacia el mismo punto y se dejaban caer al suelo unos tras otros.

Río Kid, sabía bien lo que aquello significaba. En aquel lugar debía haber una persona o animal, herido o muerto, y los buitres caían sobre él para devorar sus despojos.

Aquello era lo que le había llamado la atención.

Al principio había tomado al canalla de la camisa azul por el hombre que habitaba la cabaña. Por su manera de vestir parecía un vaquero, pero luego se había convencido de que más bien debía ser un canalla que un hombre honesto.

Los malos instintos que había demostrado poseer, eran una prueba de que aquel hombre no podía vivir entre animales. Podía ser un cuatrero. Y esta idea parecía confirmarla el hecho de que el caballo castigado al quedar en libertad, había tomado la misma dirección que había seguido el fugitivo, pero seguramente no iría en busca del hombre que lo había tratado tan mal, sino al encuentro de su legítimo dueño.

¿Sería él la persona que había caído herida o muerta y el caballo corría a su lado? Aquella idea parecía hacer tomar una resolución a Río Kid, quien se puso de pie de un salto. El sol empezaba a ceder y ya era hora de ponerse en marcha, pues como se recordará, lo perseguían de cerca y toda pérdida de tiempo podía resultar peligrosa.

Si instinto le guiaba a ir hacia el Norte, huyendo del peligro, pero el muchacho tenía ahora la impresión de que no iba a seguir lo que la prudencia le dictaba.

En la pradera había seguramente un vaquero herido o muerto. Si estaba sin vida, Río Kid nada podía hacer por él, a no ser enterrarlo para evitar que fuera comido por los buitres. Pero si conservaba la vida aún, podía ayudarlo y posiblemente el hombre no podría esperar otra ayuda.

El ir hacia el Norte significaba la salvación del muchacho, pero hacia el Sur estaba el punto adonde acudían los zopilotes. Donde había alguien que podía necesitar su ayuda. Llamó a su caballo que salió del corral, montó en él y emprendió la marcha hacia el Sur.

El camino que había seguido el hombre

de la barba roja se notaba claramente en la pradera, pero Río Kid no necesitaba seguirlo, pues el vuelo de los buitres le indicaba la dirección conveniente.

Después de caminar algún tiempo alcanzó a distinguir al caballo que él había salvado del castigo parado entre el alto pasto, y los buitres volaban describiendo círculos que cada vez eran más cercanos a la tierra. Eso le demostró al muchacho que la codiciada presa se hallaba aún viva. Mientras tuviera un resto de vida, los buitres no la tocarían, pero en cuanto muriera, se lanzarían sobre ella... ¡Y esperaban!

Se acercó al galope sacudiendo el rebenque para espantar a las asquerosas aves de rapiña, y salió de la silla.

Entonces pudo convencerse de que su idea de que el caballo había vuelto al lado de su legítimo dueño era correcta.

En el suelo había un hombre vestido como los vaqueros y su cara estaba cubierta por su sombrero Stetson. En una de sus manos conservaba un revólver de seis tiros. No había perdido el conocimiento y sus ojos se movieron cuando se acercó Río Kid. Pero al verlo intentó oprimir el gatillo del arma.

—¡Río Kid! — exclamó.

Evidentemente aquel hombre conocía al muchacho. Este retiró de la mano del herido el revólver.

—Creo que no lo va a necesitar, — dijo. — No piense en esas cosas. Dígame. ¿qué le ha pasado?

El otro lo miró.

—¿Me va a matar? — exclamó.

—¡Qué dice! ¿Por qué voy a matarlo?; lo que deseo es saber lo que le ha pasado para atenderlo...

—¿Pero, no es usted Río Kid? ¿Ese hombre tan feroz a quien la policía anda persiguiendo?

—Sí, yo soy... pero no me crea tan malo como dicen... ¡Tenga! ¡Beba un poco de agua!...

Colocó un recipiente con agua fresca junto a los labios del vaquero herido, y el otro bebió con ansia. Luego volvió a mirar a Río Kid, asombrado.

—¿No ha encontrado a ese canalla que me ha herido

—¡No piense en él ahora!

Sin perder tiempo se dispuso a examinar la herida que tenía el caído. Estaba en uno de los hombros y la bala había producido un agujero bien marcado. Era de cierta gravedad y el herido había perdido mucha sangre. No había duda que de permanecer allí algunas horas más sin que nadie lo socorriera, los zopilotes hubieran podido darse un banquete.

La vida en la pradera y en la sierra había hecho que Río Kid adquiriera algunos conocimientos de cirugía y lavó y curó la herida con mano experta. El herido permanecía silencioso.

—Me parece que así se encontrará mejor — dijo. — Ahora trataré de llevarlo hasta la cabaña. Dígame, ¿era un hombre de barba roja el que lo ha atacado?

El vaquero asintió.

—Así es. Es Red Harris, el matrero. Me atacó. Me derribó del caballo y luego montó en él. Yo creí que me iba a ultimar y tenía mi revólver preparado. Pero escapó a todo correr, dejándome solo. Yo creo que él pensó que no tardaría mucho en morir.

—¿Usted habita la cabaña que está allá hacia el Norte?

—Eso es. Yo soy vaquero del Blue Bird Ranch y creo que ese hombre lo que ha querido ha sido quitarme de en medio para intentar realizar algún robo de ganado por esta parte.

Río Kid se había puesto serio.

—Sin duda se dirigía para ello a la cabaña, pero llegó después que yo y mientras se hallaba castigando en forma brutal al caballo yo intervine y lo castigué haciéndole huír. Luego desaté a su caballo y después de curarlo lo puse en libertad para que pastara por la pradera, más el animal se vino directamente aquí y eso me llamó la atención, al fijarme ví a los buitres y supuse que debía haber aquí algún herido.

—Es muy noble mi caballo. Sin duda se negaba a conducir al que me había herido y por eso lo castigaba.

—Acaso hubiera sido mejor que en lugar de darle de rebencazos le hubiera metido una bala en la cabeza... ¿Podrá usted mantenerse sobre el caballo?

—Creo que sí.

Río Kid levantó con sus fuertes brazos al vaquero herido y lo colocó sobre la silla, luego montó en su caballo y tomó las riendas de los dos animales, a los que guió hacia la cabaña.

El vaquero se mantenía en la silla aun cuando cada sacudida le causaba un gran dolor. No podía avanzar muy rápidamente pues la herida había sido vendada en forma defectuosa y podía brotar de nuevo la sangre. En más de una ocasión Río Kid tuvo que sujetar con un brazo al vaquero, quien vacilaba, a riesgo de caer. Pero al fin llegaron a la cabaña.

Una vez allí, Río Kid, desmontó al herido y lo colocó en un camastro, llevó a los dos caballos al corral y regresó para acomodar mejor al vaquero. Este lo miraba sorprendido.

—¡Dígame! — exclamó. — ¿Usted es de veras Río Kid?

—Sí.

—Pero usted es un hombre bueno y compasivo. Está muy lejos de ser lo que dicen por ahí... Usted me ha salvado la vida y los muchachos del Blue Bird Ranch conocerán toda la verdad para que cambien de modo de pensar. Yo me llamo Rube Wilkins. Nos habían contado infinidad de hechos suyos que nos tenían a todos enconados contra usted y desde meses lo andamos buscando para colgarlo... ¡pero veo que la verdad es otra!

Su voz se calló de pronto. El vaquero cayó de espalda desmayado.

Se acercó al galope para espantar a las aves de rapiña que rodeaban a un hombre herido, que empuñaba un revólver.

LA VENGANZA DE RED HARRIS

—¡Qué complicación! — exclamó Río Kid. Se encontraba a la puerta de la cabaña contemplando la pradera. Hacía dos días que estaba en la cabaña, y no se resolvía a marchar.

Debía haberse marchado lo antes posible y galopar lo más que pudiera a fin de ponerse a salvo... pero tenía a su cuidado a un hombre herido y si lo abandonaba lo condenaba, posiblemente, a muerte, ya que el solo no podía atenderse.

Rube Wilkins, el herido, había estado delirando durante toda la noche anterior y el muchacho lo había atendido con la solicitud de un hermano. Era un hombre a quien no conocía, a quien no había visto hasta el momento de recogerlo del suelo, pero aquello no importaba. Era la ley de la pradera, que entre los hombres buenos se ayudaran unos a los otros en los momentos difíciles de aquella ruda existencia.

Las policías del capitán Hall y los sheriffs con sus hombres, recorrían toda la región buscándolo y permanecer quieto allí era un enorme peligro, pero ¿cómo se iba y dejaba solo a aquel hombre?

Río Kid maldecía contra su suerte, pero lo hacía cuando no se hallaba cerca de Rube Wilkins, quien se sonreía lleno de agradecimiento al oír su voz que lo trataba con dulzura.

Ya habían pasado los momentos más difíciles, pero el herido, si bien no deliraba ya, necesitaba que le lavaran la herida y le humedecieran los labios resecos por la fiebre. Y los cuidados que necesitaba se los daba Río Kid.

En algunas ocasiones había pensado Río Kid partir de la cabaña y marchar en busca de algunos de los compañeros de Rube Wilkins para comunicarle donde se encontraba éste y lo que había ocurrido, pero aquello, entre ida y vuelta, suponía un largo recorrido y no se resolvía a dejar solo al herido.

—¡Qué complicación! — volvió a repetir. La policía buscándome por todas partes y yo sin poder marchar de aquí... En cualquier momento pueden llegar hasta la cabaña y estoy perdido...

—¡Kid! — era la voz del herido que lo llamaba débilmente.

El muchacho fué al interior de la cabaña.

—¿Ya despertó, compañero?

—Sí, muchacho. Me siento mucho mejor. Creo que pronto estaré en condiciones de poder marchar de aquí.

Río Kid ayudó al herido a sentarse y le sirvió algo de comer. Rube lo miró con cariño.

—¡Quién iba a decirme que cuando encontrara a Río Kid había de tener necesidad de que me atendiera en esta forma... Y qué distinta es su manera de proceder a la que todos creen. Los muchachos han oído tantas y tan malas cosas de usted, que lo odian, pero yo me encargaré de hacerles saber cual es la verdad.

—¡Gracias! — respondió el muchacho.

—Ahora. Dígame una cosa, ¿ese bandido de la barba roja, sabe que es usted Río Kid?

—Supongo que sí.

—¿Y no teme que vuelva a la cabaña acompañando al sheriff y su gente?

—Quien sabe. Lo más probable es que, después de lo que ha hecho con usted se haya apresurado a alejarse de estos lugares...

—No lo creo, — dijo Rube. — El cree que me ha dado muerte y si usted lo ha castigado en la forma que dice, es muy posible que por venganza lo denuncie y hasta aproveche para acusarle del delito que ha cometido él conmigo.

—¡No creo! — contestó Río Kid, tratando de engañar a su compañero, aun cuando él temía eso mismo también.

Colocó de nuevo al herido en su cama y lo preparó para que durmiera, luego salió al exterior de la cabaña y se sentó a la sombra junto al corral.

Pensaba en lo que había hablado con Rube Wilkins. Claro estaba que él pensaba lo mismo. Si el bandido de la barba roja lo había reconocido, no habría vacilado, creyéndolo muerto al vaquero, en buscar al sheriff y denunciarle la presencia del muchacho en aquel lugar y hasta acusarle de la muerte de Rube. Así se salvaba y cobraba los mil dólares de la indemnización.

Al cabo de algunos momentos, cansado como estaba, pues no había podido dormir durante la noche cuidando al herido, se quedó dormido.

Lo despertaron bruscamente algunas veces. Llevó la mano a sus revólvers, pero no llegó a sacarlos. Cuatro vaqueros se hallaban en torno suyo y todos tenían un arma en la mano.

—¡Manos arriba, Río Kid! — ordenó uno de ellos.

—¡Diablo! ¡Qué modo de despertar a una persona! — dijo sonriendo el muchacho.

Levantó las manos a la altura de la cabeza mientras miraba a los que le rodeaban.

Eran cuatro vaqueros y detrás de ellos estaba también el bandido de la barba roja, quien sonreía satisfecho de su venganza.

LA SUERTE DE RIO KID

Río Kid, conservaba su tranquilidad. Esperaba, lo que al fin había ocurrido, pero su conciencia estaba más tranquila que si por salvarse hubiera abandonado al herido. Sabía que al quedarse allí corría un gran riesgo... y no había pensado huir.

La muerte lo amenazaba. Cualquiera de los hombres que mantenían un revólver en la mano con el dedo en el gatillo del arma, podía terminar de una vez con su vida. Se hallaba en sus manos como un corderito. Pero observaba a todos tratando de aprovechar una oportunidad para sacar sus armas y defenderse. Eran muchos más que él, pero en otras ocasiones había luchado en condiciones tan desventajosas y había salido triunfante.

—¡Es Río Kid! — repitió el vaquero. — Este Harris no nos ha mentido cuando nos avisó.

—Sí. ¡Soy Río Kid! No pienso en negarlo. Pueden dar gracias a Dios que me han encontrado durmiendo, de lo contrario más de uno de ustedes ya habría dejado de ver el sol.

—Atale las manos, Harris, — dijo el que hacía de jefe del grupo, y al que los otros llamaban Buck Williams.

El bandido de la barba roja, tomó una cuerda que le alcanzaron y luego que los otros hubieron sacado al muchacho los dos revólvers de cabo de nogal, se acercó para sujetarle las manos.

—¡Ahora me llegó la ocasión a mí! ¿Creía que yo me iba a quedar con los golpes que me dió? Y ahora me ha llegado la hora de golpear a mí.

Levantó el puño cerrado para castigar al muchacho, pero Buck Williams que comprendió su intención se interpuso.

—¡No! — dijo, y sujetó la mano del otro.

—El me castigó — agregó.

—Y nosotros haremos lo mismo si te atreves a ponerle la mano encima a un hombre que no puede defenderse, — exclamó Buck.

—Oigan muchachos. Es un mal hombre. Para vengarse de mí me ha denunciado, pero seguramente no les ha dicho que yo le golpée con un rebenque porque estaba castigando en forma cruel a un caballo que tenía atado a un árbol!...

Red Harris rió salvajemente.

—Por cierto que no van ustedes a dar más crédito a la palabra de un bandido, que a la mía.

—No se preocupe Harris. En todo Pecos se le conoce bien y se sabe de todo lo que es usted capaz, Río Kid. Es usted nuestro hombre y lo vamos a entregar al sheriff.

—No espero otra cosa. Pero les aconsejo que no dejen escapar a ese hombre por haber robado un caballo, y haber herido a uno de sus compañeros de ustedes.

—¿A quién ha herido? — preguntó Buck mirando fijamente al Río Kid.

—Al hombre que vive en esa cabaña. — respondió el muchacho.

—Eso no es cierto, — rugió Red Harris. — Si Rube Wilkins ha sido herido o muerto, será él el que lo ha atacado

(Continuará)

EL ASESINATO DE ROGER ACKROYD

Por A. CHRISTIE

(Continuación)

Capítulo XXIII

LA PEQUEÑA REUNION DE POIROT

AHORA — dijo Carolina levantándose — esta niña va a subir conmigo y se acostará un rato. No se inquiete querida y esté segura de que el señor Poirot hará todo lo que pueda por usted.

—Tendría que regresar a Fernly — dijo Ursula vacilando.

Pero mi hermana puso fin a su incertidumbre.

—Realmente, no. Usted me ha sido confiada por el momento y se quedará aquí. ¿Verdad señor Poirot?

—Eso es lo mejor — declaró el pequeño belga. — Esta noche tendré necesidad de la señora para la pequeña reunión que tendrá lugar en mi casa a las 9, su presencia será muy importante.

Carolina hizo un gesto afirmativo y salió de la habitación con Ursula. La puerta se cerró detrás de ellas y Poirot se dejó caer sobre una silla.

—Esto va bien hasta ahora — dijo — y la situación se aclara.

—Pero parece cada vez más sombría para Ralph Paton — observé melancólicamente.

Poirot hizo una señal afirmativa.

—Es verdad. ¿Pero ya estaba previsto, verdad?

Sorprendido por esa pregunta, lo miré. Se recostó contra el respaldo de su sillón con los ojos medio entornados.

De pronto suspiró y movió la cabeza.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—Hay momentos en que deseo ver volver a mi amigo Hastings, el amigo de quien ya le hablé y que reside ahora en la Argentina. Cada vez que he tenido un caso serio, él estaba a mi lado y me ayudaba; sí, me ha ayudado mucho. Tenía el don de descubrir la verdad sin darse cuenta él mismo, se entiende. A veces hacía alguna reflexión... que me traía enseguida una revelación. Luego, tenía la costumbre de hacer un relato escrito de todos los asuntos interesantes.

Tosí un poco molesto.

—Si no es más que eso... — comencé. Luego me detuve.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Bien! He leído algunos relatos del capitán Hastings y he querido imitarlo. Me parecía una tontería no hacerlo. Era la única ocasión... probablemente la única vez que me veía mezclado a un asunto de esta clase.

Hablaba cada vez con mayor incoherencia. Poirot saltó de su silla. Temí que me agradeciera a la manera francesa, pero felizmente se contuvo.

—Es magnífico. Entonces ha relatado usted sus impresiones a medida que se iba desarrollando el asunto.

Hice un gesto afirmativo.

—¡Maravilloso! — exclamó Poirot. — Muéstreme su trabajo en seguida.

Yo no estaba preparado para semejante pedido y traté de recordar ciertos detalles.

—Espero que le será lo mismo — balbuceé — yo... de vez en cuando... he hecho algunas reflexiones...

—¡Oh! Comprendo perfectamente. usted me señala bajo un aspecto cómico, tal vez a veces un poco ridículo. Eso no tiene importancia. Tampoco Hastings era siempre del todo amable; estoy por encima de esos detalles.

Aun un poco inquieto abrí un cajón de mi escritorio y tomé un montón de hojas manuscritas que le di. En vista de una posible publicación, yo había dividido mi relato en capítulos y, la noche anterior había narrado la visita de miss Russell. Poirot tenía pues, veinte capítulos. Se los dejé.

Me vi obligado a ir a visitar a un cliente a cierta distancia y eran más de las ocho cuando regresé. Encontré mi cena preparada sobre una bandeja. Supe que Poirot y mi hermana habían cenado juntos a las siete y media y que el detective se había dirigido a mi taller para terminar la lectura de mi manuscrito.

—Espero James, que habrás sido prudente en tus apreciaciones respecto a mí.

Me sentí inquieto, pues no había sido del todo prudente.

—Eso no tiene gran importancia — dijo Carolina, que interpretó con exactitud la expresión de mi rostro. — El señor Poirot se hará una opinión por sí mismo pues me comprende mejor que tú.

Me dirigí al taller. Poirot estaba sentado cerca de la ventana y el manuscrito apilado cuidadosamente sobre una silla a su lado. Puso la mano encima y exclamó:

—Lo felicito por su modestia.

—¡Oh! — exclamé un poco asombrado.

—Y... por su discreción — añadió.

Repetí: ¡Oh!

—Hastings no escribía en esta forma, — continuó mi amigo — en todas las páginas se hallaba la palabra "yo" y una exposición de "sus" pensamientos y "sus" acciones; mientras que usted se coloca en segundo plano y no se pone en escena más que una o dos veces en cuadros de su vida doméstica, diríamos.

Enrojecí un poco al notar en sus ojos un resplandor malicioso.

—¿Qué piensa usted realmente de este trabajo? — le pregunté con nerviosidad.

—¿Quiere usted mi opinión sincera?

—Naturalmente.

Poirot abandonó su tono burlón y respondió bondadosamente.

—Es un relato muy preciso y detallado. Usted ha relatado todos los hechos fiel y exactamente, aunque se haya demostrado muy modesto en lo que concierne a la parte que usted ha tomado.

—¿Y le puede ser útil?

—Sí, puedo decir que me ayudará considerablemente. Ahora venga, es preciso que vayamos a mi casa para preparar la conferencia.

Carolina estaba en el hall. Creo que esperaba ser invitada para acompañarnos. Poirot hizo uso de su tacto.

—Me hubiera agradado mucho que estuviera usted también entre mis invitados — dijo con tono apenado — pero en este momento, no sería prudente, pues ya ve usted, todas las personas que reúno esta noche me son sospechosas y entre ellas he de descubrir al asesino del señor Ackroyd.

—¿Está usted realmente seguro? — pregunté con tono escéptico.

—Siento que no lo crea usted — respondió secamente el hombrecillo. — Aun no ha visto usted a Hércules Poirot realmente en trabajo.

En ese momento Ursula bajaba la escalera.

—¿Está usted lista? — interrogó Poirot — Muy bien nos iremos todos juntos. Crea, señorita Carolina que haré todo lo posible por serle útil, buenas noches.

Salimos, y mi hermana, como un perro a quien se le niega salir, se quedó sobre el umbral mirándonos partir.

En "Melezes" el salón había sido preparado. Varias botellas y copas habían sido colocadas sobre la mesa, lo mismo que una bandeja con bizcochos. Algunas sillas habían sido traídas igualmente de otra habitación.

Poirot corría hacia todos lados trayendo una silla aquí, colocando una lámpara allí, deteniéndose varias veces para estirar la alfombra que cubría el piso. Se ocupó especialmente de la iluminación y agrupó las luces de modo de concentrarla toda sobre el lado de la pieza donde estaban agrupadas las sillas y dejar en la penumbra el otro extremo donde yo pensé que tendría intención de sentarse.

Ursula y yo lo mirábamos. De pronto sonó el timbre.

—Ya llegan — dijo Poirot. — Perfectamente; todo está listo.

La puerta se abrió y todos los huéspedes de Fernly entraron, Poirot avanzó para saludar a la señora Ackroyd y a Flora.

—Son ustedes muy amables al haber venido, lo que les agradezco, lo mismo que al mayor Blunt y al señor Raimundo.

Este último estaba tan contento como siempre.

—¿Cuál es su gran proyecto? — dijo riendo. — ¿Una experiencia científica? ¿Va a colocar usted alrededor de nuestras muñecas una cinta sobre la cual quedarán registrados los latidos de los corazones culpables. A veces se opera así ¿no es cierto?

—Sí, lo he oído decir — respondió Poirot — Pero yo ya soy viejo; no empleo los nuevos métodos y no trabajo más que con las células grises de mi cerebro. Comencemos. Pero antes debo anunciarles una noticia.

Tomó a Ursula de la mano y la atrajo hacia adelante:

—Les presento a la señora de Ralph Paton — dijo. — Se ha casado con el capitán Paton en el mes de Marzo.

La señora Ackroyd lanzó un grito:

—¡Ralph! ¡Casado! ¡En Marzo! Es un absurdo. ¿Cómo puede ser?

Miró a Ursula como si jamás la hubiera visto antes.

—¡Casado! — repitió. — ¡Señor Poirot yo no lo creo!

Ursula enrojeció e iba a hablar cuando Flora se adelantó. Se dirigió vivamente hacia ella y pasó su mano bajo su brazo.

—No se inquiete por nuestra sorpresa — dijo. — Nosotros no nos imaginábamos eso. Usted y Ralph han sabido guardar bien el secreto. Estoy muy contenta.

—Es usted muy buena, miss Flora — respondió Ursula en voz baja — y sin embargo tiene todos los derechos para estar enojada, pues Ralph se ha conducido muy mal, sobre todo con usted.

—No se atormente por eso — dijo Flora — Ralph estaba en un mal momento y adoptó el único medio que tal vez lo conduciría a la salida de ese callejón; sin duda yo hubiera hecho lo mismo en su lugar. Pero hubiera debido confiarme su secreto, yo no lo hubiera traicionado.

Poirot golpeó ligeramente sobre la mesa y tosió de manera significativa.

—El consejo va a entrar en sesión — dijo Flora — y el señor Poirot nos hace comprender que no debemos hablar. Permítame sólo una pregunta: ¿Dónde está Ralph? Usted debe saberlo.

—No, yo no lo sé — dijo Ursula sollozando.

—¿No fué detenido en Liverpool? — preguntó Raimundo. — Eso es lo que anunciaba el diario

—No está en Liverpool — declaró brevemente Poirot.

—En realidad — observé yo. — Nadie sabe dónde está.

—Salvo Hércules Poirot ¿verdad? — interrogó Raimundo.

El detective respondió seriamente a su broma:

—Yo lo sé todo. Recuerde esto.

Geoffroyd Raimundo levantó las cejas.

—¡Todo! — murmuró — ¡Es mucho!

—¿Pretende usted realmente que puede adivinar donde se oculta Ralph Paton? — pregunté con incredulidad.

—¿Adivinar, dice usted? Yo le contesto: Lo sé mi amigo.

—¿En Cranchester? — me atreví a preguntar.

—No — replicó gravemente Poirot. — no está en Cranchester.

Se calló pero hizo un gesto para que todos tomaran asiento. Al mismo tiempo se abrió la puerta; dos nuevas personas entraron y se sentaron. Parker y miss Russell.

—Ya estamos todos — dijo Poirot.

Su voz tenía un acento de triunfo y vi una vaga inquietud pasar por todos los rostros agrupados al otro lado de la mesa. Cada uno tenía la impresión de que una trampa acababa de cerrarse..

Poirot tomó una lista y leyó con aire de importancia:

—Señora Ackroyd, miss Flora Ackroyd, mayor Blunt, señor Geoffroy Raimundo, señora Paton, John Parker, Elisabeth Russell.

Colocó el papel sobre la mesa.

—¿Que significa eso?... — comenzó Raimundo.

—La lista que acabo de leer es la de las personas sospechosas. Cada uno de ustedes ha podido matar al señor Ackroyd.

La señora Ackroyd lanzó un grito y se puso de pie.

—No me gusta esto — dijo. — ¡No! y prefiero irme.

—Usted no podrá irse, señora — dijo severamente Poirot, — hasta que haya oído lo que debo decirle.

Se detuvo un momento y tosió para aclarar la voz.

—Voy a comenzar por el principio: Cuando miss Ackroyd me pidió que me ocupara del asunto, me dirigí a Fernly Park, en compañía del doctor Sheppard. Iba con el por la terraza y se me mostraron las marcas de pasos en el repecho de la ventana. Luego, el inspector Raglan me condujo al sendero que lleva a la avenida principal. Mi mirada fué atraída por el pabellón de verano, que registré a conciencia. Allí encontré dos objetos: un pedazo de linón almidonado y una pluma de ganso con el canuto vacío. El pedazo de linón me sugirió en seguida la idea de un delantal de mucama, luego, cuando el inspector Raglan me mostró la lista de las personas que se encontraban en la casa, constaté que una de las mucamas, Ursula Bourne, no presentaba una coartada verdadera.

Según su declaración había permanecido en su cuarto de las nueve y media a las diez pero ¿quién sabe si en realidad no estaba en el pabellón? En ese caso debía haberse dirigido al encuentro de alguien. Sabemos por el doctor Sheppard que una persona extranjera había venido a Fernly esa noche, el desconocido que había encontrado en la verja. A primera vista parecería que nuestro problema estaba resuelto y que ese hombre había ido al pabellón a ver a Ursula Bourne. El hecho de que había estado allí parecía casi demostrado por el descubrimiento de la pluma de ganso; eso me dió en seguida la idea de alguien que se da a los estupefacientes. El desconocido debía haber adquirido esa costumbre del otro lado del atlántico donde el uso de la heroína es más corriente que aquí. Además el hombre encontrado por el doctor Sheppard tenía acento americano. Todo parecía pues, confirmar mi suposición.

Pero un detalle me detuvo: las horas no concordaban. Ursula Bourne no hubiera podido dirigirse al pabellón antes de las nueve y media, mientras que el hombre había llegado sólo pocos minutos después de las nueve. Evidentemente yo podía suponer que había esperado durante media hora, pero podía encararse otra hipótesis: esa noche hubieran podido haber dos citas en el pabellón. En cuanto tuve esta idea, varios hechos se me presentaron. Descubrí que miss Russell, la gobernanta había hecho por la mañana una visita al doctor Sheppard y demostrado gran interés por todo lo que concernía a la cura de las víctimas de las drogas. Uniendo este hecho al de la pluma de ganso encontrada en el pabellón pensé que el extranjero en cuestión había ido a Fernly para tener una entrevista con Miss Russell y no con Ursula Bourne.

¿A quién fué a ver entonces Ursula Bourne? No estuve mucho rato en dudas. Primero encontré una alianza con las palabras: dada por R, y una fecha grabada en el interior; luego supe que Ralph Paton había sido visto en el sendero que conduce al pabellón, a las nueve y veinticinco. Se me relató igualmente una conversación que había tenido lugar en el bosque, cerca del pueblo, durante la tarde del mismo día, entre Ralph y una mujer desconocida. De manera que los hechos se encadenaban ordenadamente: un matrimonio clandestino, el compromiso anunciado el día mismo del drama, una entrevista tormentosa en el bosque y al fin una cita para la noche en el pabellón. Eso me probó incidentalmente que Ralph Paton y Ursula Bourne o más bien Ursula Paton, tenían gran interés en librarse del señor Ackroyd.

Pero otro detalle se hizo evidente para mí; era imposible que Ralph Paton estuviera a las nueve y media con el señor Ackroyd en el escritorio, y aquí, aparece un nuevo e interesante aspecto del crimen. ¿Quién estaba con la víctima a las nueve y treinta? No era Ralph Paton pues él estaba en el pabellón con su esposa; no era Charles Kent, pues ya había partido. Fué entonces que llegué a mi más hábil, a mi más audaz deducción y me hice la pregunta siguiente: ¿Había alguien con él?

Poirot se inclinó hacia adelante y nos arrojó triunfalmente esas palabras, luego se irguió con el aire de un hombre que ha dado un golpe certero.

Sin embargo Raimundo no parecía impresionado y protestó:

—Yo no sé si quiere usted hacerme pasar por un mentiroso, señor Poirot; sobre ese punto hay otra declaración que confirma la mía salvo quizá las palabras pronunciadas. Recuerde usted que el mayor Blunt ha oído igualmente al señor Ackroyd hablando con alguien. Estaba fuera, en la terraza y no pudo distinguir claramente las palabras, pero reconoció la voz.

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—No he olvidado eso — dijo tranquilamente — pero el mayor Blunt tenía la impresión de que era a usted a quien hablaba Ackroyd.

Raimundo pareció un momento desconcertado, luego se repuso.

—Blunt sabe ahora que estaba equivocado.

—En efecto — admitió el mayor.

—Sin embargo — añadió Poirot — debía tener un motivo para creerlo. Ah, no! — dijo levantando la mano, como en señal de protesta — sé la razón que usted va a darme, pero no es suficiente; hay que buscar otra y he aquí mi opinión: desde el primer momento me intrigaron las palabras que el señor Raimundo había oído: Me asombra que nadie les haya dado importancia y no las haya juzgado extrañas.

Se detuvo un momento y recitó suavemente: — "Los pedidos que se me han hecho recientemente fueron tan frecuentes que temo no poder acceder a su demanda".

—¿No notan ustedes nada?

—No — dijo Raimundo — a menudo me ha dictado cartas empleando los mismos términos.

—Es ahí donde yo quería llegar. La frase que acabo de repetir no es de aquellas que uno emplearía en una conversación, mientras que dictando una carta...

—¿Piensa usted que él leía una en alta voz? — dijo lentamente Raimundo — pero en ese caso debía leérsela a alguien.

—¿Por qué? Nada nos prueba que había otra persona en la pieza. Recuerde usted que sólo se oyó la voz de Ackroyd.

—¡Pero un hombre no leería una carta en voz alta a menos de estar loco!

—Todos ustedes han olvidado algo — añadió Poirot — la visita de la persona que vino el miércoles pasado.

Todos miraron al detective con estupor.

—Sí — continuó éste — el miércoles. Ese joven no ofrecía ningún interés por sí mismo, pero la casa que representa atrajo mi atención.

—!La compañía de dictáfonos! — exclamó Raimundo. — Comprendo ahora. Ya sé lo que usted piensa.

Poirot dijo que si con un gesto.

—El señor Ackroyd había prometido, si usted recuerda, comprar un dictáfono; he tenido la curiosidad de hacer una investigación en la casa en cuestión. Se me contestó que el señor Ackroyd había comprado, en efecto, un instrumento al representante que fué a verlo.

Ignoro por qué le ocultó a usted ese hecho

—Sin duda, pensó darme una sorpresa — murmuró Raimundo — Tenía un deseo infantil de sorprender a la gente y es posible que haya querido guardar su pequeño secreto durante un día o dos Debía divertirse con ese aparato como con un juguete nuevo Sí, todo eso concuerda y tiene usted razón señor Poirot Nadie hablaría así en lenguaje corriente

—Eso explica igualmente — dijo Poirot — por qué el mayor Blunt creyó que usted se hallaba en el escritorio Las frases que oyó, parecían ser dictadas y ha debido tener, inconscientemente, la idea de que el señor Ackroyd se hallaba con usted. Su pensamiento estaba evidentemente en otra parte: pensaba en la forma blanca que acababa de ver y que había tomado por miss Ackroyd. En realidad lo que había visto en la sombra era el delantal blanco de Ursula Bourne, en el momento en que ella se dirigía al pabellón.

Raimundo se había repuesto de su sorpresa.

—Sin embargo, — añadió — por brillante que sea su descubrimiento no cambia nada el estado de las cosas. El señor Ackroyd estaba vivo a las nueve y media, puesto que hablaba en el dictáfono; parece que Charles Kent había partido a esa hora, y en cuanto a Ralph Paton ... — vaciló mirando a Ursula.

Esta enrojeció, pero respondió enseguida:

—Ralph y yo nos separamos exactamente a las diez menos cuarto y estoy absolutamente segura de que él no se acercó a la casa. No tenía la menor intención, al contrario, deseaba ante todo no encontrarse frente a frente con su padrastro. La situación hubiera sido demasiado crítica para él.

—No pongo su relato en duda ni un solo momento — dijo Raimundo. — Siempre he estado convencido de que el capitán Paton es inocente; pero hay que pensar en el proceso y en las preguntas que serán hechas. Su situación será bastante incómoda. Sin embargo... si viniera...

Poirot lo interrumpió:

—¿Es esa su opinión, verdad? ¿Debe mostrarse?

—Realmente; si conoce usted el lugar donde se halla...

—Me doy cuenta de que usted no cree que lo sé,... sin embargo ¿no le dije que yo lo sé todo?... todo: la verdad, sobre el llamado telefónico, sobre las marcas de pasos en la ventana, sobre el lugar donde está Ralph Paton....

—¿Dónde está? — preguntó vivamente Blunt.

—No está muy lejos — respondió Poirot

—¿En Cranchester? — pregunté.

Poirot me miró de frente.

—Usted me hace siempre la misma pregunta: ¿En Cranchester? Es una idea fija que tiene usted. No, no está en Cranchester... está aquí.

Y extendió la mano con gesto melodramático. Todo el mundo se dió vuelta.

Ralph Paton estaba de pie en el umbral.

PUCKY

Capítulo XXIV

EL RELATO DE RALPH PATON

Me sentí tan incómodo que apenas recuerdo lo que ocurrió después. Se oyeron exclamaciones y gritos de sorpresa. Cuando me sentí lo bastante dueño de mí, para darme cuenta de lo que pasaba, Ralph Paton estaba al lado de su esposa, una de cuyas manos tenía entre las suyas y me miraba sonriendo a través de la pieza.

Poirot sonreía también y me señalaba.

—¿No le dije, lo menos treinta veces que es inútil ocultar algo a Hércules Poirot? — preguntó — y que en caso semejante lo descubre todo.

Se volvió en seguida hacia los demás:

—Si ustedes recuerdan, un día, hemos tenido ya otra reunión alrededor de una mesa, los seis y he acusado a los otros cinco de ocultarme algo. Cuatro de entre ellos me contaron su secreto, pero el doctor Sheppard no me confesó el suyo. Sin embargo he tenido sospechas; la noche del crimen fué a los "Tres Pavos" esperando encontrar a Ralph; no le encontró pero yo pensé que podían haberse cruzado en la calle. El doctor Sheppard era el amigo del capitán Paton y venía del lugar del crimen; sabía pues que las apariencias estaban contra él. Quizás sabía más que los otros...

—En efecto — dije con voz sombría — y creo que ahora vale más que lo confiese todo. Fuí a ver a Ralph esa tarde. Primero se negó a hacerme sus confidencias, pero luego me habló de su matrimonio y del apuro en que estaba. En cuanto fué descubierto el asesinato me dí cuenta de que si los hechos que él me había revelado eran conocidos, se sospecharía seguramente de él... o sino de Ralph directamente, de aquella que él amaba. Esa noche se lo declaré netamente y el temor de hacer una declaración que podría perjudicar a su esposa lo decidió a... a...

Vacilé y Ralph vino en mi ayuda:

—A dar el cambio — continuó — Ursula me había dejado para volver a la casa y me pareció posible que hubiera tratado de obtener una nueva entrevista con mi padrastro. Este se había mostrado ya muy brusco con ella a la tarde. Temí que la hubiera insultado de nuevo de manera tan imperdonable que ella sin saber lo que hacía...

Se detuvo. Ursula retiró su mano y dió un paso hacia atrás.

—¿Has creído eso, Ralph? ¿Has pensado realmente que yo podía proceder así?...

—Volvamos al doctor Sheppard — interrumpió secamente Poirot. — Consintió en hacer lo que pudiera para ayudar al capitán Paton y consiguió sustraerlo a la policía.

—¿Cómo? — exclamó Raimundo. — ¿Lo recogió en su casa?

—No — dijo Poirot — se hace usted la misma pregunta que yo. Si el doctor hubiera ocultado al joven ¿qué lugar hubiera elegido? Evidentemente un lugar vecino. Pensé en Cranchester. ¿En un hotel? No. ¿En un alojamiento amueblado? Tuve la idea de que podía estar en una casa de salud, y de preferencia en un asilo de alienados. Quise asegurarme de que mi suposición era exacta; creé para eso un sobrino atacado de males mentales y pedí a miss Sheppard que me indicara los establecimientos donde se curan estos enfermos. Me indicó dos cerca de Cranchester a los cuales su hermano había enviado algunos enfermos. Hice una pequeña investigación y supe que el mismo doctor había llevado un cliente el sábado a la mañana, muy temprano. Aunque hubiera dado otro nombre, no tuve dificultad ninguna en reconocer en ese enfermo al capitán Paton y después de llenar algunas formalidades, fuí autorizado a sacarlo; llegó a mi casa ayer de mañana muy temprano.

Miré melancólicamente a Poirot.

—¡El experto de Carolina! — murmuré. — ¡Y decir que no adiviné!

—¿Comprende usted ahora por qué he hecho alusión a las reticencias de su manuscrito? — me dijo Poirot. — Es sincero en la exposición de los hechos que cuenta... pero no cuenta todo, ¿verdad amigo?

Yo estaba demasiado aturdido aún para discutir.

—El doctor Sheppard ha sido muy leal — dijo Ralph — y se ha conducido como un fiel amigo. Ha hecho lo que creyó mejor. Veo ahora que, según lo que me dijo el señor Poirot, él se equivocaba. Hubiera debido venir y aceptar todas las consecuencias de la situación en que me hallaba; pero como ustedes comprenderán en el sanatorio uno no ve nunca un diario y yo no sabía nada de lo que ocurría.

—El doctor Sheppard se ha demostrado un modelo de discreción — dijo fríamente Poirot — pero yo, descubro los pequeños secretos, es mi oficio.

—Ahora cuéntenos lo que pasó esa noche — dijo impacientemente Raimundo dirigiéndose a Ralph.

—Ya lo sabe usted — dijo éste — no tengo gran cosa que añadir. Salí del pabellón a las nueve cuarenta y cinco más o menos y di un paseo por el bosque tratando de decidir el mejor partido a tomar. Tengo que confesar que no tengo ninguna coartada, pero les doy mi palabra de honor de que no fuí al escritorio y no vi a mi padrastro ni vivo, ni muerto. Cualquier cosa que piensen los demás quiero al menos que ustedes me crean.

—Ninguna coartada — dijo Raimundo. — Es terrible. Naturalmente que yo lo creo — pero el asunto se presenta tan mal...

—Al contrario, eso hace las cosas más simples — dijo Poirot — muy simples en realidad.

Lo miramos con estupor.

—¿Comprenden lo que eso significa?... ¿No?... Simplemente esto: para salvar al capitán Ralph es necesario que el verdadero criminal confiese...

Nos miró sonriendo:

—Sí; sé lo que quiero decir. Habrán notado ustedes que no he pedido al inspector Raglan que viniero aquí ésta noche. Tengo una razón para ello. No quise revelarle todo lo que sé, al menos ahora.

Se inclinó hacia adelante y de pronto, su voz, su persona toda entera se modificaron. Se hizo amenazante.

—Yo que les hablo... tengo la seguri-

dad de que el asesino del señor Ackroyd se encuentra en este momento aquí, en esta misma habitación! Es a él a quien me dirijo ahora! Mañana el inspector Raglan sabrá la verdad... ¿Comprende usted?

Hubo un pesado silencio que fué interrumpido por la entrada de la vieja bretona, qué traía sobre una bandeja un telegrama. Poirot lo abrió, pero se oyó la voz de Blunt:

—¿Dice usted que el asesino está entre nosotros? ¿Lo conoce usted?

Poirot había leído el despacho; lo arrugó y respondió señalándolo:

—Lo conozco... ahora.

—¿Que es eso? — preguntó Raimundo.

—Un mensaje procedente de un buque que está en viaje a los Estados Unidos.

El silencio volvió a caer sobre todos. Poirot se puso de pie y dijo:

—Señores y señoras, nuestra reunión ya no tiene objeto, pero recuerden esto: mañana por la mañana el inspector Raglan sabrá la verdad.

Capítulo XXV

LA VERDAD

Un ademán de Poirot me retuvo después de la partida de las otras personas. Obedecí, y dirigiéndome hacia la chimenea, comencé maquinalmente a empujar las brasas con la punta de mi zapato.

Estaba muy intrigado y por primera vez, renuncié a comprender las intenciones de Poirot. Creí durante un momento que la escena a que acababa de asistir era solo una comedia, imaginada por el detective para darse importancia. Pero, a pesar mío, me vi obligado a creer que tenía una significación oculta. Las palabras de Poirot habían expresado una verdadera amenaza y tenían un innegable acierto de sinceridad. Sin embargo, continué creyéndolo sobre una falsa pista.

Cuando la puerta se cerró tras sus huéspedes, se dirigió hacia la chimenea y dijo tranquilamente:

—¡Bien, amigo! ¿Qué opina usted?

—No sé que creer — dije con franqueza. ¿Cuál es su objeto? ¿Por qué no fué usted a buscar al inspector Raglan directamente, en lugar de prevenir al culpable de manera tan complicada?

Poirot tomó asiento y sacó su cigarrera. Fumó en silencio durante un momento, luego dijo:

—Haga un llamado a sus células grises. Mis actos tienen siempre una razón.

Vacilé un momento, luego dije lentamente:

—Lo primero que se me ocurre es que no sabe usted quien es el culpable aunque está persuadido de que él se hallaba entre las personas reunidas aquí esta noche. Sus palabras han tenido por objeto obligarlo a descubrirse.

Poirot hizo un gesto de aprobación.

—Idea ingeniosa, pero inexacta.

—He creído que tenía usted idea de obligarlo a confesar, haciéndole suponer que lo conocía... Sin embargo, podría tener la idea de querer reducirlo a usted al silencio, como hizo con el señor Ackroyd... antes de que proceda mañana.

—¡Una trampa a mí! ¡Gracias! ¡Soy demasiado valiente para eso!...

—Entonces renuncio a comprender. Corre usted el riesgo de que el asesino se escape poniéndolo en guardia de esa manera.

—Poirot sacudió la cabeza.

—No puede escaparse — dijo gravemente — No hay más que un medio de evasión... que no conduce a la libertad.

—¿Realmente cree usted que una de las personas que se hallaban aquí reunidas esta noche, cometió el asesinato?

—Así es, mi amigo.

—¿Cuál?

Hubo un silencio que duró varios minutos. Luego, Poirot arrojó la colilla de su cigarrillo a la chimenea y comenzó a hablar en tono mesurado y reflexivo:

—Le haré seguir el mismo camino que yo he seguido; usted me acompañará paso a paso y se dará cuenta que todos los hechos conducen, indiscutiblemente hacia la misma persona.

Para comenzar, dos incidentes, y una ligera diferencia de hora atrajeron mi atención. El primero de los incidentes fué el llamado telfónico. Si Ralph Paton era realmente el asesino, esa comunicación no tenía ninguna razón de ser. Me convencí pues de que Ralph Paton no era el asesino. Luego me aseguré de que ese llamado no había sido hecho por ninguna de las personas que se hallaban en la casa; sin embargo estaba seguro de que había que buscar al criminal entre aquellos que estaban reunidos la noche fatal. Saqué la conclusión de que el llamado telefónico había sido hecho por un cómplice. Esa deducción no me agradaba mucho, pero provisoriamente me mantuve en ella.

Examiné luego la razón de ese llamado. Era difícil de precisar y no la penetré más que axaminando cual había sido el resultado de la comunicación de que hablamos, el descubrimiento inemediato del crimen, que, según todas las probabilidades no hubiera sido constatado hasta el día siguiente. ¿Es usted de mi opinión?

—Sí... Como usted dice el señor Ackroyd había dado órdenes para no ser molestado y sin duda nadie entraría en el escritorio esa noche.

—Muy bien. El asunto toma interés ¿verdad? Sin embargo aún está oscuro. ¿Cuál era la ventaja de provocar el descubrimiento del crimen esa noche de preferencia a la mañana siguiente La única razón que puedo encontrar es que sabiendo que el crimen debía ser descubierto en un momento cualquiera, el asesino quería tener la probabilidad de asistir uno de los primeros al abrirse la puerta... o al menos dirigirse enseguida al lugar.

Sin embargo — llegamos al segundo incidente: La butaca movida. El inspector Raglan no le dió ninguna importancia, en tan-

to que yo desde el primer momento, consideré ese punto como capital.

Usted dibujó un pequeño plano del escritorio. Si lo tuviera usted en este momento vería que el sillón, colocado en la posición que indicó el mayordomo, se hallaba justo entre la puerta y la ventana.

—¡La ventana! — dije vivamente.

—Comparte Vd. mi primera idea ¿verdad? Pensé primero que el sillón había sido colocado así para ocultar a alguien que trajera por la puerta alguna cosa; luego abandoné rápidamente la idea, pues aunque el sillón tuviera un alto respaldo, no ocultaba más que una pequeña porción de la abertura y solo la parte superior. No, mi amigo... Pero recuerde que justo delante de la ventana se hallaba una mesa cargada de libros y diarios. Esta queda completamente oculta por el sillón... eso fué lo que me dió una vaga intuición de la verdad.

Supongamos que hubiera, sobre la mesa, un objeto que quisiera sustraerse a las miradas y que hubiera sido colocado por el asesino. Al principio no tuve la más pequeña idea de lo que podía ser ese objeto, pero recogí diversos indicios interesantes sobre eso.

Primero, el culpable no había podido llevárselo en el momento que cometió el crimen,... de ahí, la necesidad del llamado telefónico, que le daba la ocasión de estar presente cuando el cuerpo se descubriera. Cuatro personas se encontraban en el lugar antes de la llegada de la policía. Usted, Parker, el mayor Blunt, y el señor Raimundo. Eliminé enseguida a Parker, pues estaba seguro de encontrarse allí cuando el crimen fuera constatado. Además era él quien había hablado del sillón movido. Lo consideré pues, como inocente — en lo que concernía al crimen, al menos — pues continué creyendo posible que el era quien extorsionaba a la señora Ferrars. Pero Raimundo y Blunt me fueron sospechosos por que, si el crimen hubiera sido descubierto muy temprano podían correr el peligro de llegar demasiado tarde para impedir que el objeto colocado sobre la mesa, fuera visto.

—¿Cuál era su objeto? Usted oyó esta noche mis argumentos sobre la conversación oída por Raimundo. Desde que supe que un representante de la sociedad de dictáfonos había estado con el señor Ackroyd la idea de que se trataba de un aparato de esa clase tomó raíces en mi espíritu. ¿Recuerda usted lo que yo dije, aquí mismo, hace una hora?

Todos han aceptado mi hipótesis pero un punto de importancia capital parece haber escapado a aquellos que me escuchaban; admitiendo que el señor Ackroyd se haya servido esa noche de un dictáfono ¿por qué no se encontró?

—No se me ocurrió — le dije.

—Sabemos que un dictáfono fué vendido al señor Ackroyd. Pero, lo repito, no se encontró en su casa. Luego, si algo fué sacado de esa mesa ¿por qué no sería justamente ese dictáfono. ¡Sin embargo había tantas dificultades! Evidentemente la atención de todos los que se hallaban en la pieza estaba concentrado, cuando el crimen fué descubierto, sobre el hombre asesinado y creo que cualquiera podía dirigirse a la mesa sin ser notado. Pero un dictáfono tiene cierto volúmen y no puede ser ocultado en un bolsillo. Ha sido necesario pues que aquel que lo llevara tuviera un objeto donde encerrarlo Ya ve usted a donde quiero llegar. La silueta del asesino se dibuja.

Era una persona que se encontraba en el lugar del crimen pero que no hubiera podido estar si éste no hubiera sido constatado hasta el día siguiente, una persona que había tomado las medidas necesarias para ocultar el dictáfono y hacerlo desaparecer.

Lo interrumpí.

—¿Pero, por qué llevarlo? ¿Con qué objeto?

—Es usted como el señor Raimundo: admite "a priori" que la voz oída a las nueve era la del señor Ackroyd hablando al dictáfono. ¿Quiere pensar un momento cual es la utilidad de ese aparato? Se dicta ante él ¿verdad? Luego, más tarde, un secretario o un empleado lo pone en movimiento y la voz se deja oír de nuevo.

—¿Quiere usted decir?... — exclamé anhelante.

Poirot hizo una señal afirmativa.

—Efectivamente; a las nueve y treinta, el señor Ackroyd ya estaba muerto. Era el dictáfono quien hablaba, no era él.

Entonces ¿el asesino puso el aparato en marcha? ¿Estaba pues en la pieza en ese momento?

—Quizás. Sin embargo no debemos excluir la hipótesis de un mecanismo como el de una cerradura automática o mejor aún como el de un despertador. Pero, en ese caso, debemos agregar dos rasgos más a nuestro retrato del criminal; era necesario primero que supiera que el señor Ackroyd había comprado un dictáfono y luego que poseía ciertos conocimientos de mecánica.

Estaba ahí en mis deducciones cuando descrubrimos las marcas de pasos en el apoyo de la ventana. Aquí se me ofrecieron tres hipótesis: primero: esas marcas podían ser realmente las de Ralph Paton. Esa noche hubiera podido venir a Fernley dirigirse al escritorio y encontrar a su padrastro muerto. Segundo: podían ser de otra persona cuyos botines tuvieran la misma clase de tacos. Pero todos los habitantes de Fernly tenían zapatos con suela de caucho; y me negué en la sorprendente casualidad de un extraño cuyos zapatos fueran exactamente iguales a los que llevaba Ralph Paton. Recuerdo además, que siguiendo las declaraciones de la sirvienta de la posada "El Perro y el Silbido" Charles Kent tenía los zapatos hechos girones. Tercero: esas marcas podían haber sido hechas por alguien que tratara de echar las sospechas sobre Ralph Paton.

A fin de verificar esta última hipótesis tenía que controlar varios hechos. La policía había encontrado en los "Tres Pavos"

un par de zapatos pertenecientes a Ralph. Ni éste, ni ningún otro podía habérselos puesto esa noche, pues los sirvientes de la posada los habían llevado para limpiar.

Según lo que suponía la policía, Ralph se había puesto otro par de zapatos iguales y descubrí que efectivamente tenía otros. Para que mi deducción fuera exacta, era indispensable que el asesino se hubiera puesto esa noche los zapatos de Paton. Era necesario pues que este tuviera otro par puesto. Puede admitir fácilmente que tenía tres pares iguales; era pues probable que ese tercer par fueran botines. Hice una pequeña investigación a la que me ayudó su hermana, insistiendo sobre el color, de manera — lo confieso francamente — de disimular la verdadera razón de mi pregunta.

Conoce usted el resultado de esas investigaciones: Ralph Paton había llevado un par de botines.

Lo primero que le pregunté ayer cuando llegó a mi casa fué, que me dijera la clase de calzado que tenía la noche fatal. Me dijo enseguida que llevaba botines; aún los tiene, pues no tenía otros para ponerse.

Nuestra descripción del asesino aumenta pues: era una persona que había tenido ocasión de apoderarse en los "Tres Pavos", durante el día, de unos zapatos de Ralph Paton.

Se detuvo, luego añadió levantando la voz:

—Otro detalle; era necesario que el criminal hubiera tenido la posibilidad de sacar el puñal de la víctima.

Usted puede contestar que cualquiera de los habitantes de la casa hubiera podido hacerlo, pero le recuerdo que miss Ackroyd declaró perentoriamente que ella no vió el puñal cuando examinó el contenido de la víctima.

Se detuvo aún.

—Recapitulemos ahora que todo es claro: el culpable es un hombre que fué a los "Tres Pavos" ese día, que conocía lo suficiente al señor Ackroyd para saber que había comprado un dictáfono y que poseía ciertas nociones de mecánica; un hombre que tuvo la ocasión de retirar el puñal de la vitrina antes de la llegada de miss Flora y que consiguió el medio de disimular y llevarse luego el dictáfono... en una valija, por ejemplo, un hombre que estuvo solo en el gabinete, pocos minutos después del descubrimiento del crimen, mientras Parker telefoneaba para llamar a la policía... en una palabra: ¡El doctor Sheppard!

Capítulo XXVI

...Y NADA MAS QUE LA VERDAD...

Durante un minuto hubo un silencio mortal.

Luego me reí:

—Usted está loco — dijo.

—No — respondió Poirot con calma — no estoy loco. Fué una pequeña diferencia de hora lo que desde el principio atrajo mi atención sobre usted.

—¿Qué diferencia de hora? — pregunté intrigado.

—Sí. Recuerde que todos, usted también, han estado de acuerdo para declarar que se necesitaban cinco minutos para ir de la casa a la verja y hasta un poco menos tomando el sendero que conduce a la terraza. Usted salió de la casa a las nueve menos diez, según declaración suya, corroborada por Parker, y sin embargo, eran las nueve cuando franqueó usted la verja del parque. La noche era fría y la temperatura no debía incitar a nadie para retrasarse. ¿Por qué pues, habían sido necesarios diez minutos para hacer un trayecto que no ocupaba más que cinco, lo más? Desde el principio me di cuenta de que solo su afirmación nos hacía pensar que la ventana del escritorio estaba bien cerrada. Ackroyd se lo pidió, pero no fué a verificarlo.

Supongamos que estuviera abierta. Hubiera tenido usted en diez minutos, el tiempo de salir de la casa, cambiar de zapatos, entrar por la ventana, matar a Ackroyd y llegar a la verja.

Esa hipótesis no me pareció exacta, pues nervioso como estaba esa noche el amo de Fernly, lo hubiera oído llegar y hubiese habido una lucha.

Pero ¿no lo había matado usted antes, de salir, cuando estaba de pie detrás de su sillón? Luego habrá salido por la puerta principal, habrá corrido hasta el pabellón y tomado los zapatos de Ralph Paton de la valija que usted llevaba, se los habrá puesto y después de atravesar un lugar embarrado a fin de dejar marcas sobre la ventana, habrá escalado ésta, cerrando con llave la puerta interiormente; luego habrá vuelto al pabellón y después de ponerse sus propios zapatos corrió hasta la puerta.

He tratado de repetir estos diversos actos, el otro día, mientras conversaba usted con la señora Ackroyd y entre todo ocupé justo diez minutos. Después de esto fué usted a su casa, lo que le dió una coartada puesto que tomó sus medidas para que el dictáfono hablara a las nueve y treinta.

—Querido Poirot — dije con una voz que resonó extraña y forzada a mis propios oídos — ¡Hace mucho que trabaja usted en este asunto!... ¿Por qué habría yo matado al señor Ackroyd?

Para asegurarse. Es Vd. quien extorsionaba a la señora Ferrars. — ¿Quién mejor que el médico que atendió al marido podía saber como éste había muerto? El día en que usted me habló por primera vez en el jardín, hizo alusión a una herencia que recibió hace un año. He hecho una investigación y descubrí que no es exacto; pero era necesario que inventara usted esa explicación en lo que concierne a las veinte mil libras de la señora Ferrars.

Esa suma no le fué beneficiosa, pues la mayor parte la perdió en especulaciones. Entonces usted exageró y la señora Ferrars eligió un medio de evasión que usted no

había previsto. Si Ackroyd hubiera sabido la verdad no hubiera tenido piedad, y usted se hubiera perdido completamente.

—¿Y el llamado telefónico? — pregunté tratando de serenarme.—Supongo que habrá encontrado una explicación satisfactoria.

—Le confieso que es lo que más me despistó, cuando constaté que realmente habían telefoneado de la estación de Kink's Abbot. Al principio había creído que usted había inventado esa historia. Fué, muy hábil de su parte. Necesitaba usted una razón para ir a Fernly, encontrar el cuerpo y tener una ocasión para sacar el dictáfono gracias al cual podía invocar una coartada. Yo no tenía más que una idea muy vaga de la manera como pudo usted operar y vine, por primera vez, a ver a su hermana y le pregunté cuales eran los enfermos que había recibido usted el viernes a la mañana. No pensé en miss Russell y su visita fué una feliz casualidad, pues apartó su espíritu del objeto real de la pregunta. Descubrí lo que buscaba: entre sus clientes se encontraba ese día el stewart de un buque americano. ¿No era posible que fuera él quien partió para Liverpool la noche misma del crimen? Luego, debía estar en alta mar. Supe que el "Orion" había partido el sábado y procurándome el nombre del "steward" le hice una pregunta por telégrafo. Es su respuesta lo que recibí hace un rato.

Poirot me tendió el telegrama que estaba concebido así:

"Exacto. El doctor Sheppard me pidió que le llavara una carta a uno de sus clientes y que le tefoneara la respuesta desde la estación. Le telefoneé: "No hay respuesta".

—Ha tenido usted ahí una idea genial — declaró Poirot. — La comunicación telefónica había existido y su hermana lo vió recibirla. Pero solo una persona en el mundo podía repetir sus términos. Usted.

Bostecé.

—Todo eso es muy interesante — dije — pero no veo la conclusión.

—¿De verdad? Recuerde lo que le he dicho. El inspector Raglan sabrá la verdad mañana bien temprano. Pero, a causa de su excelente hermana, quiero abrirle una puerta de salida. Una dosis demasiado fuerte de narcótico, por ejemplo... ¿Me comprende usted? El capitán Ralph Paton debe ser disculpado, eso va sin decir, y le propongo que termine usted su manuscrito... renunciando a las reticencias.

—No parece usted corto para las sugestiones — le dije — ¿Concluyó?

—Ya que me hace usted pensar, tengo aún una palabra que decirle. Sería torpe de su parte tratar de reducirme al silencio por el mismo medio que empleó con el señor Ackroyd. Comprenda bien que esa clase de operaciones no tiene éxito con Hércules Poirot.

—Querido Poirot — respondí sonriendo un poco — cualquiera que sea su opinión sobre mí hágame el favor de no creer que soy un imbécil.

Me levanté.

—Debo irme. Gracias por su interesante e instructiva noche.

Poirot se puso igualmente de pié y se inclinó con su amabilidad acostumbrada, mientras yo salía.

Capítulo XXVII

APOLOGIA

Cinco de la mañana: Estoy muy cansado,... pero mi tarea ha concluído, mi mano ya no puede escribir.

Extraño fin del relato que yo quería publicar algún día para relatar un fracaso de Poirot. Los acontecimientos se arreglan de extraña manera: He tenido el presentimiento de un desastre cuando ví a la señora Ferrars y a Ralph Paton, convensando:

Creí que ella se confiaba a él; me equivoqué, pero, aún tenía esa idea en mi espíritu cuando me dirigí con Ackroyd a su escritorio y hasta el momento en que me comunicó lo que sabía. ¡Pobre Ackroyd! Me alegro de haberle dado una esperanza de salvarse suplicándole que leyera esa carta antes de que fuera demasiado tarde.

Pero no... seamos honestos... No me daba cuenta de que era el mejor medio a emplear con un hombre tan testarudo como él, para que no la leyera. ¡Su nerviosidad, esa noche, era demasiado interesante para ser estudiada desde el punto de vista psicológico. Sabía que un peligro lo amenazaba ¡sin embargo no sospechó de mí!

Al principio no pensé en el puñal. Había llevado un arma, pero cuando lo ví allí en la vitrina pensé que valía más emplearlo, pues ese no podía acusarme.

Supongo que tuve la intención de matar a Ackroyd desde el momento en que conocí la muerte de la señora Ferrars pues tuve la convicción de que antes de morir se había confiado a él. Cuando lo encontré y lo ví tan emocionado, creí que sabía la verdad, pero que se negaba a admitirla queriendo darme una ocasión de disculparme. Volví pues a mi casa y tomé mis precauciones. Si lo que preocupaba a Ackroyd hubiera concernido

¿Quiere deleitarse con la lectura de una gran novela?

Lea en PUCKY

RAUL DE LANCASTE

PUCKY

sólo a Ralph... nada se hubiera producido. Me había dado el dictáfono para que lo arreglase, dos días antes. El instrumento tenía un desperfecto y se lo pedí para examinarlo antes de que lo devolviera. Lo arreglé como me conveía y lo guardé en la valija.

Estoy satisfecho de mí, como escritor.

La frase siguiente ¿no es perfecta? "La carta le había sido llevada a las nueve menos veinte. Eran justo las nueve menos diez cuando yo salía sin que él hubiera concluído de leerla. Con la mano en la puerta, vacilé y miré hacia adentro, preguntándome. Si no había olvidado algo".

Todo era exacto. Pero supongamos que yo haya puesto una línea de puntos después de la primera frase. ¿Alguien se hubiera preguntado jamás qué había ocurrido durante esos diez minutos?

Cuando llegué a la puerta me volví, y quedé satisfecho. Todo había sido previsto. El dictáfono estaba dispuesto sobre la mesa, cerca de la ventana, debía funcionar a las nueve y media (el mecanismo de mi invención, basado sobre el principio del despertador, era bastante ingenioso) y quedaba oculto tras el respaldo del sillón que yo había corrido.

Debo confesar que mi encuentro con Parker al salir me emocionó un poco. Además he registrado esto fielmente. Más tarde, cuando conté como fué descubierto el cuerpo y cómo envié al mayordomo a telefonear a la policía ¡cómo he elegido cuidadosamente las palabras! Hice lo poco que podía hacer. Muy poco en realidad; simplemente, guardar el dictáfono en mi valija y volver a colocar la butaca en su lugar entre la pared. Jamás hubiera creído que Parker lo notaría, pues, lógicamente hubiera debido estar muy espantado al ver el cuerpo para notar algo más. Lamento no haber sabido que Flora declararía haber visto a su tío vivo a las diez menos cuarto. Pero me intrigó más de lo que puedo explicar. Además, en todo el asunto muchos detalles me han dejado perplejo. Parecería como que cada uno hubiera tomado su parte.

Carolina me espantaba, pues me imaginaba que ella podía adivinar. Su frase sobre "mi debilidad" era extraña.

¡Jamás sabrá la verdad! Como dice Poirot hay un medio de evasión...

Puedo confiar en él; sofocará el asunto con la ayuda del inspector Raglan. No quisiera que Carolina sepa la menor cosa. Ella me quiere y está orgullosa de mí... mi muerte la apenará, pero el dolor se atenúa...

Cuando haya concluído de escribir, pondré el manuscrito en un sobre y lo dirigiré a Poirot.

Luego... ¿qué elegiré? ¿Veronal? Hay ahí como una especie de justicia poética. No porque me sienta responsable de la muerte de la señora Ferrars, esa muerte fué la consecuencia directo de su acción. No siento lástima por ella.

Tampoco siento piedad por mí...

Decididamente, elegiré el veronal...

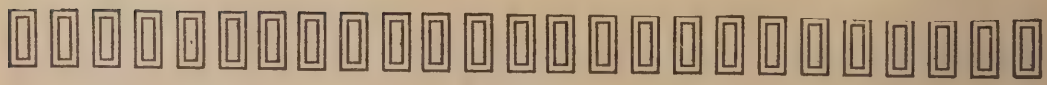
Pero ¡cómo me hubiera agradado que Hércules Poirot no se hubiera retirado y que no se le hubiera ocurrido venir aquí a cultivar calabazas!

FIN

EN EL PROXIMO NUMERO INICIAREMOS LA PUBLICACION DE

LA CASA DEL MISTERIO

estremecedora novela de género policial del gran escritor HERMAN LAUDOU



LIRIO DE LA LAGUNA

Por MARR MURRAY

(Conclusión)

XI

JOHN Bent, recostado contra la pared de la cueva a la que Lirio lo había conducido, miró el agujero del techo.

Lirio había ido a juntar la cena. No quiso que él la acompañara; no sabía trepar a las palmeras; no distinguía la fruta del pan de los flames. Y era tan torpe que podía caerse en el barranco. Lirio decidió que era mejor permaneciera en la cueva.

A decir verdad, John se sentía bastante exhausto. Había pasado tres horas tratando de describirle Inglaterra a Lirio. Ella le había hecho mil preguntas y el cerebro de John había trabajado más que en toda su vida.

Su aspecto revelaba el cambio que en él se había efectuado. Sus ojos no eran ya opacos, no había en ellos desesperación ni aburrimiento. Brillaban interesados, felices. Sus ropas estaban rotas y sucias; pero su porte era erguido. Parecía más un hombre.

—¡Agarre!

Lirio de la Laguna le sonreía desde el agujero del techo.

Se puso de pie de un salto y ella le tiró las nueces y la fruta de pan que había recogido.

—Creo que alcanzará ¿no? — preguntó al fin.

—Hay de sobra — dijo él, mirando la pila que había amontonado contra la pared.

—Bueno, ahora, agárreme a mí.

—Se dió vuelta y la vió con los pies colgando del agujero.

—¿Pronto? — gritó ella

—Sí

Lirio se soltó y él la recibió en sus brazos. Por un instante retuvo junto a sí el suave y tibio cuerpo. Luego ella se escapó, riendo de su abrazo.

—La última vez que hice esto — dijo no había nadie que me agarrara y me lastimé el tobillo. Tuve que quedarme dos días en la cueva.

Mientras comían, ella le hacía un sin fin de preguntas y sus ojos brillaban. De pronto le preguntó.

—Cuando estemos en Inglaterra ¿se quedará siempre conmigo?

—Naturalmente.

—¿Nunca me dejará?

—Nunca.

Ella movió la cabeza satisfecha y por un rato reinó el silencio. La noche se acercaba; por el agujero del techo se veía el cielo teñido de púrpura y oro. Un silencio dulce y misterioso reinaba en el aire.

Lirio bostezó.

—Me voy a dormir — dijo.

John asintió.

—¡Buenas noches! — dijo.

Ella se acostó en su cama de hojas y a los cinco minutos estaba profundamente dormida.

A través de la abertura del techo se veían brillar las estrellas. El viento de la noche cantaba entre los árboles.

John Bent estaba recostado contra la pared de la cueva, los brazos cruzados sobre el pecho. En la obscuridad, su mirada estaba fija en la vaga figura blanca, tendida a su lado. Comprendió que ella confiaba en él y que la suya era la fé de la perfecto inocencia

Tocaba a él, que siempre había vivido a la sombra de los millones de su padre, protegerla, ser hombre.

XII

Maldiciendo salvajemente, Rusty volvió a la cabaña, abrió la puerta de un puntapié y se tiró, gruñendo en su lecho de hojas.

Había pasado varias horas registrando en vano el bosque. Y todo ese tiempo John Bent habría estado escondido a pocas yardas de él, riéndose de sus amenazas.

Era bastante malo ser burlado por Spike; pero, que se riera de él el heredero de Wrotham, era el colmo. Además, John Brent constituía su único entretenimiento en Neropi.

Al huir su víctima se quedaba sin nada que hacer.

Por un rato estuvo tirado en la cama. Luego se puso en pie de un salto y se dirigió una vez más a los bosques. Estaba resuelto a encontrarlo a John.

No podría descansar hasta que hubiera desahogado su rabia. Esta vez lo iba a torturar hasta que pidiera clemencia.

Hora tras hora registró el bosque; pero John Bent permaneció invisible. Rusty empezó a pensar si no habría atravesado la isla y partido en algún barco. Era imposible; pero había que explicar de algún modo la completa desaparición de John.

La otra explicación era que en John Bent se hubieran desarrollado de pronto valor e iniciativa; pero eso parecía aun más imposible porque, hasta su fuga a los bosques, tenía el coraje de un ratón y ni una chispa de iniciativa.

Por último llegó la noche y completamente exhausto, Rusty se acostó en la orilla de un arroyo, quedándose al fin dormido.

Poco después de amanecer, despertó. Y de pronto prestó oídos. Cerca, mezclado al murmullo del arroyo, oía una voz juvenil, cantando una sencilla y alegre melodía.

Rusty escuchó, incapaz de dar crédito a sus oídos. Luego comprendió que no soñaba y arrastrándose cautelosamente por la orilla del arroyo, llegó a una curva y miró por entre las ramas.

A una docena de yardas estaba la cantora... Lirio de la Laguna.

El ojo único de Rusty brilló malignamente. Sus labios gruesos y brutales dibujaron una sonrisa. Se había olvidado de John Bent y de Spike. La vida en Neropi se había vuelto interesante de pronto.

XIII

El heredero de los Wrotham se ocupaba del arreglo de su persona. En otros tiempos, confiaba ese cuidado a su valet y tenía fama de ser el hombre mejor vestido de la ciudad; pero desde que lo secuestraron, tanta había sido su desesperación que no se había cuidado de su aspecto.

Pero ahora era distinto. Lirio de la Laguna le había devuelto el respeto de sí mismo. Confiaba en él, lo consideraba una especie de héroe y tenía que demostrar apreciaba aquel honor.

Cierto que su ropa estaba a la miseria; pero no tenía por qué parecer un atorrante. Había lavado sus pantalones y su camisa, lo mejor que lo permitió la falta de jabón. Había remendado los desgarrones con fibra de coco. El resultado no era una maravilla; pero podía pasar.

Ahora, con ayuda de pulpa de coco y una navaja, se estaba afeitando por vez primera en su vida. Fué la afeitada más dolorosa que recordaba, pero lo dejó satisfecho, al probarle que no era un inútil.

Con risa alegre se pasó la mano por la barba que le ardía y fué en busca de Lirio de la Laguna.

La descubrió juntando cocos tiernos.

—¡Hola! — le gritó ella.

—¡Cuidado! No se vaya a caer — replicó él.

Se rió ella de sus temores. Porque desde que podía recordar había trepado a los árboles en busca de fruta.

Luego, advirtiendo el cambio en él, le dijo:

—Está usted muy bien; mucho mejor que antes. Casi tan buen mozo como papá.

—Me alegro saberlo — dijo él — Por lo menos no me mirará como un extraño.

Se abotonó el saco y cuadró los hombros. Era un hombre distinto, lleno de vida.

—¿No le parece mejor que empiece a juntar las nueces?

—Sí; yo bajaré y lo ayudaré.

Empezó a juntar las nueces que ella había tirado. De pronto, mientras estaba agachado, un golpe terrible en la nuca lo hizo caer largo a largo.

Por un momento rodó entre las ramas, pensando que le había ocurrido.

Oyó un alarido de triunfo, seguido por un grito de terror.

Poniéndose de pie, John Bent vió a Rusty Kemps, con Lirio de la Laguna en sus brazos. Ella se retorcía para escapar, pegándole en la cara con sus puños.

John Kent quedó paralizado de horror; era aquello tan imprevisto que la había privado del sentido. No atinaba a hacer otra cosa que quedarse parado, con la boca abierta.

Con ronca risa de triunfo, Rusty oprimió contra sí a la delicada figura y corrió con ella hacia la cabaña.

XIV

John Bent se quedó escuchando el ruido que hacía Rusty Kemp abriéndose paso entre la maleza. Lentamente comprendió lo ocurrido.

Lirio de la Laguna, la bella hada de los bosques, cuya inocencia era tal que ni siquiera sospechaba la existencia de la tentación, era llevada hacia la cabaña por aquella bestia cuyos puños lo habían acobardado a él.

Y era él, John Bent, que le había prome-

:ido llevarla a Inglaterra, quien tenía que portarse como un hombre.

Rusty lo mataría probablemente, si intervenía; conocía el poder de sus terribles puños; pero acaso daría tiempo a Lirio de la Laguna a escapar, quizá en la cueva del barranco podría salvarse de él.

Era una esperanza remota; pero la única. Extremeciéndose, John se irguió en toda su altura. Miró hacia la cabaña y... hacia la salvación. Había en sus ojos una expresión de agonía. Luego echó a correr hacia la cabaña.

—¡Huya! ¡Huya! — gritó, mientras se lanzaba ciegamente contra Rusty.

Con la salvaje energía de la desesperación descargó sobre el hombre una lluvia de golpes.

Tomado completamente por sorpresa,

Paralizado de horror, John no pudo hacer otra cosa que gritar

Rusty se tambaleó ante la ferocidad del ataque.

Luego, con un rugido de rabia, tiró un golpe a las costillas de su atacante.

Era el principio del fin y John lo sabía.

Al retroceder, trastabillando, miró a su alrededor. Liro de la Laguna había desaparecido. Había aprovechado la oportunidad. Unos momentos más estaría en salvo en la cueva. Siguió golpeando, débilmente, para ganar tiempo, lo único que podía hacer.

Luego recibió un golpe entre los ojos y no supo más.

Rusty, lo vió caer y pensó en la mucha.

Corría como si fuera perseguido, más bien que el perseguidor. No se detuvo, no se atrevía a pensar. Sólo sabía que tenía que salvarla.

Al fin legó a la cabaña. Se lanzó contra la puerta y la hizo saltar en astillas. Penetró en la pieza.

PUCKY

cha. Miró a su alrededor y vió que había huído.

La pelea había durado muy poco y no podía estar lejos. En todo caso supuso que la encontraría en la parte del bosque donde la había visto.

XV

Loca de terror, Lirio de la Laguna había huído de la cabaña. Su único pensamiento era llegar a la cueva del barranco y esconderse, lejos de aquel horror.

Estaba a mitad de camino, cuando oyó acercarse a alguien. Prestó atención. Luego, comprendiendo que era el "otro hombre" se metió en la maleza, se escondió detrás de una planta hasta que Rusty pasó.

Por un momento permaneció allí temblando, luego echó a correr hacia la cabaña.

John estaba caído en el suelo; un hilo de sangre brotaba de su boca.

—¡John! — gritó ella angustiada. — ¡John!

Se movió ligeramente. Sus párpados hinchados aletearon.

—¡Corre, Lirio! ¡Huye! — murmuró débilmente.

Comprendiendo que estaba vivo, ella lo abrazó llena de alegría. Apretó contra la suya su mejilla, lo besó en los labios manchados de sangre.

Luego se acordó de Rusty Kemp. En cualquier momento podía volver, después de haberla buscado infructuosamente.

Miró temblorosa la figura inerte que tenía en sus brazos. El la había salvado y ahora tenía ella que salvarlo. No había más que un medio, llevarlo a la cueva del barranco. Levantándose agarró a John por los hombros. Pesaba; pero ella tenía mucha fuerza.

Lo sacó de la cabaña. El se levantó entonces, medio aturdido y ella lo guió, medio arrastrándolo, lo más pronto posible.

XVI

Para Rusty no había más que un problema y era encontrar a Lirio.

Registró todo el bosque, sabiendo que más pronto o más tarde la hallaría. Neropi era pequeña, no siempre podría ella escapársele. Llegaría el momento en que saltaría sobre ella como una fiera sobre su presa.

Estaba ahora en lo más espeso del bosque, se arrastraba entre la maleza, escuchando atentamente. Luego avanzaba, sin hacer ruido.

De pronto, mientras miraba a su alrededor, vió a John Bent acostado al pie de una palmera, como a doce yardas de distancia.

Por un momento lo contempló con ceñuda satisfacción; después se adelantó, la mirada fija sobre su víctima. Lo que es esta vez no le erraría. Se había olvidado de Spike Rawson y del rescate de cien mil libras. Lo que quería era agarrar a John Bent por el cuello y extrangularlo.

Pulgada por pulgada se fué acercando. Luego se detuvo otra vez. Nuevamente oía el canto de mujer. Venía de su derecha. A pocas yardas de distancia, había una grieta en el suelo. El canto sonaba allí.

Acercándose, miró por la abertura de la cueva. Sentada en un montón de hojas estaba Lirio de la Laguna, haciendo ropa del fuerte material que servía para cortinas de la cabaña.

Saltó dentro del agujero.

El grito de terror de Lirio arrancó a John Bent a su discusión mental con un problema que no podía resolver.

Se puso de pie y por un momento miró salvajemente a su alrededor. Luego corrió al agujero.

Abajo, en la cueva, Rusty había agarrado a Lirio en sus brazos.

John Bent saltó. No se trataba ahora de sacrificar su vida por ella; tenía que ganar. La vista de la joven, en brazos de Rusty, lo llenó de una furia loca. Olvidó la fuerza brutal de su adversario. Lo olvidó todo, excepto que Lirio estaba en brazos de Rusty. No se trataba ahora de salvarla, si no de disputarla. Era la lucha primitiva del varón, lucha a muerte por la mujer deseada.

Saltó sobre Rusty desde atrás. Lo rodeó con sus brazos. Sus manos le oprimieron la garganta. Sorprendido por la furia del ataque, Rusty soltó a Lirio y ella cayó al suelo. Luego, con una maldición salvaje, se libró de las manos del joven.

Pero, antes de que pudiera pegarle, John Bent estaba encima de él con renovada furia, abrazándolo como si quisiera estrujarlo hasta dejarlo sin vida. Cayeron trenzados al suelo, lucharon como dos animales salvajes; pero, gradualmente, la fuerza superior de Rusty empezó a obrar. Aplicó golpe tras golpe y luego, con rápido movimiento, tiró a su contrario de espaldas. Un instante después estaba arrodillado a su lado y le oprimía la ganganta con los dedos.

John Bent luchó desesperadameste; pero no podía librar su garganta de aquella garra. Parecíale que sus pulmones iban a estallar. Mil martillos golpeaban su cabeza.

Lirio de la Laguna, acurrucada contra la pared de la cueva, observaba la pelea. Confusamente comprendía que la lucha decidiría de su destino.

No se le ocurrió huir a los bosques. Ahora no había escapatoria. Observaba cada movimiento de los combatientes.

De pronto comprendió que John estaba perdido. Vió debilitarse sus fuerzas; sus ojos salían de las órbitas, un lívido color se extendía por sus mejillas.

Involuntariamente dió un paso hacia adelante y al hacerlo tropezó con la navaja que John había dejado caer.

Oyó la risa de triunfo brutal de Rusty y temblando se agachó, recogió el cortaplumas y lo puso en la mano de John. Con un acceso de repentina energía, John se puso

en pie de un salto y hundió la navaja en el cuerpo de Rusty.

El alarido de triunfo del hombre terminó en un gorgoteo ahogado. Todo su cuerpo pareció quedarse rígido. Luego cayó hacia adelante...de boca.

Lirio se quedó mirando la figura inmóvil, sin vida. Respirando penosamente John se dirigió a ciegas hacia la joven.

—¡Lirio! ¡Lirio!

Sus brazos la rodearon, la estrechó contra sí. Luego ella, dando un pequeño grito, le echó los brazos al cuello y ocultó su rostro en el hombro del joven.

XVII

Freddy Ponsonby, la tripulación del yacht, Dan Leary y todo el pueblo de Saroa se pasaron una semana buscando a John Bent; pero no encontraron rastros de él.

Luego se descubrió que faltaba la goleta de Sam Holton y también que Rusty y Spike habían desaparecido.

Fué Freddy el primero que sospechó la verdad.

—Esos dos tunantes lo han secuestrado para exigir su rescate — dijo. — Lo mejor es avisarle al viejo. El sabe siempre lo que debe hacer.

Spike Rawson, después de dejar al honorable John al cuidado de Kemp, en Neropi, se dirigió a Tahití para tener noticias del yacht a vapor de Lord Wrotham.

Con gran satisfacción se enteró de que estaba el yacht en el puerto. Descubrió, por discretas pesquisas, que Lord Wrotham se dirigía apresuradamente al sur. Suponiendo que el millonario poseyera la misma mentalidad que su hijo, no habría dificultad en sacarle las cien mil libras.

Al fin llegó Lord Wrotham y Spike empezó las negociaciones por medio de una carta.

"Estimado, señor: — decía:

"Si quiere encontrarme al fondo del Bar de Mullaney esta noche, a las doce, le daré informes sobre el paradero de su hijo. Es necesario el mayor secreto porque estoy señalado y mi vida corre peligro. También hay un gran complot. Venga y no despierte las sospechas de la banda que vigila el yacht. Suyo. respetuosamente.

UN AMIGO DE LA JUSTICIA"

A media noche, puntualmente, Spike, después de ensayar su papel, se dirigió al fondo del bar de Mullaney.

—Supongo que es usted el amigo de la justicia — dijo una voz áspera.

Spike dió un salto y se encontró ante Lord Wrotham, en la oscuridad.

Le desconcertó algo la voz. Era muy distinta de la del honorable John. Revelaba la energía y fuerza de voluntad del hombre que había ganado por medio de ellas una de las fortunas mayores del mundo.

—Este...sí, — contestó Spike.

—Entonces, oigamos lo que tiene que decirme.

No era ciertamente eso lo que Spike esperaba, sí no ansiedad de Lord Wrotham por su hijo. En cambio había hablado con un acento que recordaba desagradablemente el de un juez al dirigirse a un preso.

Spike se aclaró el pecho y contó su historia. Con patético fervor dijo que su infortunio y no su voluntad lo habían asociado con una banda de malhechores. Estos habían decidido secuestrar al honorable John y pedían una suma fabulosa. El honrado Spike, espantado ante crimen tan bastardo, había decidido dar vuelta una nueva hoja. A riesgo de su vida había abandonado a sus compañeros; pero en cualquier momento podían descubrirlo y acribillarlo a balazos. Sin embargo....

—Muy bien — interumpió Lord Wrotham — Le doy un minuto para decir la verdad o ser arrestado.

Nunca hubiera creído Spike que un padre pudiera ser tan distinto de su hijo.

Pero Lord Wrotham pensaba hacer, evidentemente, lo que decía

XVIII

Los días pasaban felices en Neropi para John y Lirio. Todas las mañanas nadaban en la laguna; luego erraban por la playa. Recorrían los bosques, en busca de alimento y flores. Hacían mil arreglos en su morada.

—Siempre será así ¿no? dijo ella con un pequeño suspiro de contento, estrechándose contra él.

—Seguramente — le contestó, rodeándola con su brazo.

—¡Nunca creí que se pudiera ser tan feliz! — dijo Lirio gravemente.

—Y yo no conocí la felicidad hasta que te encontré — contestó él. Y decía la verdad.

Las semanas pasaron. Ya no miraba John aprensivamente hacia el horizonte. Había olvidado el pesado y el futuro y vivía en el presente.

Luego, una mañana que estaba trenzando juncos, Lirio llegó corriendo de la playa, Sus ojos brillaban de animación.

—¡Un buque! — exclamó agarrándolo de la mano y arrastrándolo hacia la puerta — ¡Un gran buque! Viene hacia aquí. Ven a ver.

Sin decir palabra, John la siguió a la playa. Reconoció enseguida al "Iris", el yacht de su padre.

Temblando de emoción, Lirio lo tenía agarrado de la mano.

—¿No es maravilloso? — exclamó. — Ahora podrás llevarme a Inglaterra.

Rígido como una estatua, John miraba aproximarse el barco. El momento temido había llegado.

Fué Freddy el primero que vió a John, con sus anteojos.

—Allí está el querido John — exclamó — Un poco arruinado, pero vivo...

Se detuvo bruscamente con un gesto de

asombro y miró primero a Lord Wrotham y luego a Lady Viola.

—Exactamente — dijo con sequedad Lord Wrotham.

Lady Viola encogió sus elegantes hombros.

—Al parecer ha encontrado una amiga — dijo — Aunque es algo difícil imaginarlo a John héroe de novela.

Freddy se acariciaba la barba y se decía que John había tenido suerte al encontrar alguna muchacha kanaka con quien distraerse en su encierro. Y lo mejor que podía hacer Lady Viola era no darse por ofendida. No debía olvidar los millones del viejo. Y, después de todo, no tenía John la culpa si se había visto obligado a pasar varios meses en una isla remota, en compañía de una beldad indígena.

—Creo que sólo tres necesitamos bajar a tierra — dijo Lady Viola — No es necesario que todo el mundo se entere de... esa amiga.

—Exactamente. — convino Lord Wrotham.

Se bajó un bote y los tres se embarcaron en él.

—El viejo y querido John no parece muy alegre al vernos — observó Freddy ayudando a desembarcar a Lady Viola — Quiero decir que no grita ni baila de júbilo.

—¡Hum! — gruñó Lord Wrotham.

Viola se encogió de hombros.

Se dirigieron hacia la pareja, que estaba parada delante de la cabaña. Lirio miraba con los ojos muy abiertos a la elegante Lady Viola, la primer mujer que había visto en su vida.

John Bent estaba rígido, los puños apretados y la mandíbula firme. Había en sus ojos un brillo de resolución. Los recién llegados quedaron sorprendidos por la fría acogida y también por el cambio operado en el joven. Ahora se parecía a su padre, el hombre que había amasado con sus esfuerzos la colosal fortuna.

—Y bien, — dijo Freddy con forzada alegría — aquí estamos de nuevo, viejo.

Una ligera inclinación de hombros fué la única señal de que John Bent había oído.

—¿Quién es esta joven — preguntó el millonario.

Había comprendido enseguida el motivo de la extraña conducta de su hijo. Una mirada le reveló que Lirio no era una muchacha kanaka, a pesar de su extraordinario atavío. Y con su habitual franqueza fué derecho al grano.

—Es la hija de un hombre llamado Tom Haines que vivió aquí hace años — contestó John con igual sinceridad — Su madre murió al nacer ella y su padre cuando era todavía una niñita. Durante diez o más años ha vivido aquí completamente sola. Soy el primer ser humano a quien ha hablado desde la muerte de su padre. Me contó que sus únicos amigos eran los árboles y los pájaros.

—¿Entonces es inglesa? — preguntó Lady Viola.

—Lo es.

—¿Y, naturalmente, te has enamorado de ella?

—Me he enamorado — contestó mirándola francamente. — Y nunca sospeché lo que era el amor hasta que la conocí.

—Me parece — dijo Lord Wrotham que es mejor discutir este asunto sin que estén presentes las damas.

—Nada hay que discutir — contestó firmemente su hijo — Me quedo aquí con ella.

Nuevamente reinó el silencio. Hasta Freddy no quería hacer otra cosa que mirar a su amigo y decirse si estaba soñando.

Entonces Lady Viola se adelantó y tomó a Lirio por la mano.

—¿No quiere mostrarme su casa? — le dijo.

La muchacha retrocedió tímidamente agarrada con fuerza a la mano de John.

—Además, prosiguió Lady Viola, estaba pensando si no le gustaría a usted que yo le regalara algunos vestidos.

—¿Cómo ése? — preguntó Lirio, mirando fascinado el elegante traje de la otra.

—Sí.

Con los ojos brillantes, Lirio soltó la mano de John.

—Me gustaría mucho — dijo ansiosamente. — Es maravilloso. Y quisiera parecerme a usted.

—Venga entonces — dijo Lady Viola.

Con tímida ansiedad, Lirio tomó su mano y ambas se dirigieron a la cabaña.

Lord Wrotham se volvió a su hijo.

—Cuanto más pronto pongas término a esta necedad, mejor — dijo con su tono frío y resuelto. Un momento de consideración te demostrará cuán absurdas e impracticables son tus ideas. Ibas a casarte con una encantadora muchacha, de las mejores familias de Inglaterra. Eres heredero de un título y de mi fortuna. No puedes rehuir así tus responsabilidades.

—No tengo más responsabilidad que ella — contestó John — Su felicidad significa más para mí que todos los títulos y riquezas del mundo.

—¡Tonterías! — Esos incidentes románticos están muy bien; pero no son serios. Nunca duran. Dentro de pocas semanas estarás harto de esa muchacha. Su hijo se encogió de hombros.

—Nunca supe lo que significaba la vida hasta que la encontré. Ella me salvó de mí mismo, me hizo hombre Preferiría matarme que abandonarla. He roto con el pasado y no pienso volver.

Por un momento, el millonario miró a su hijo. Comprendió que la discusión era inútil. Chocaba contra una voluntad tan fuerte como la suya.

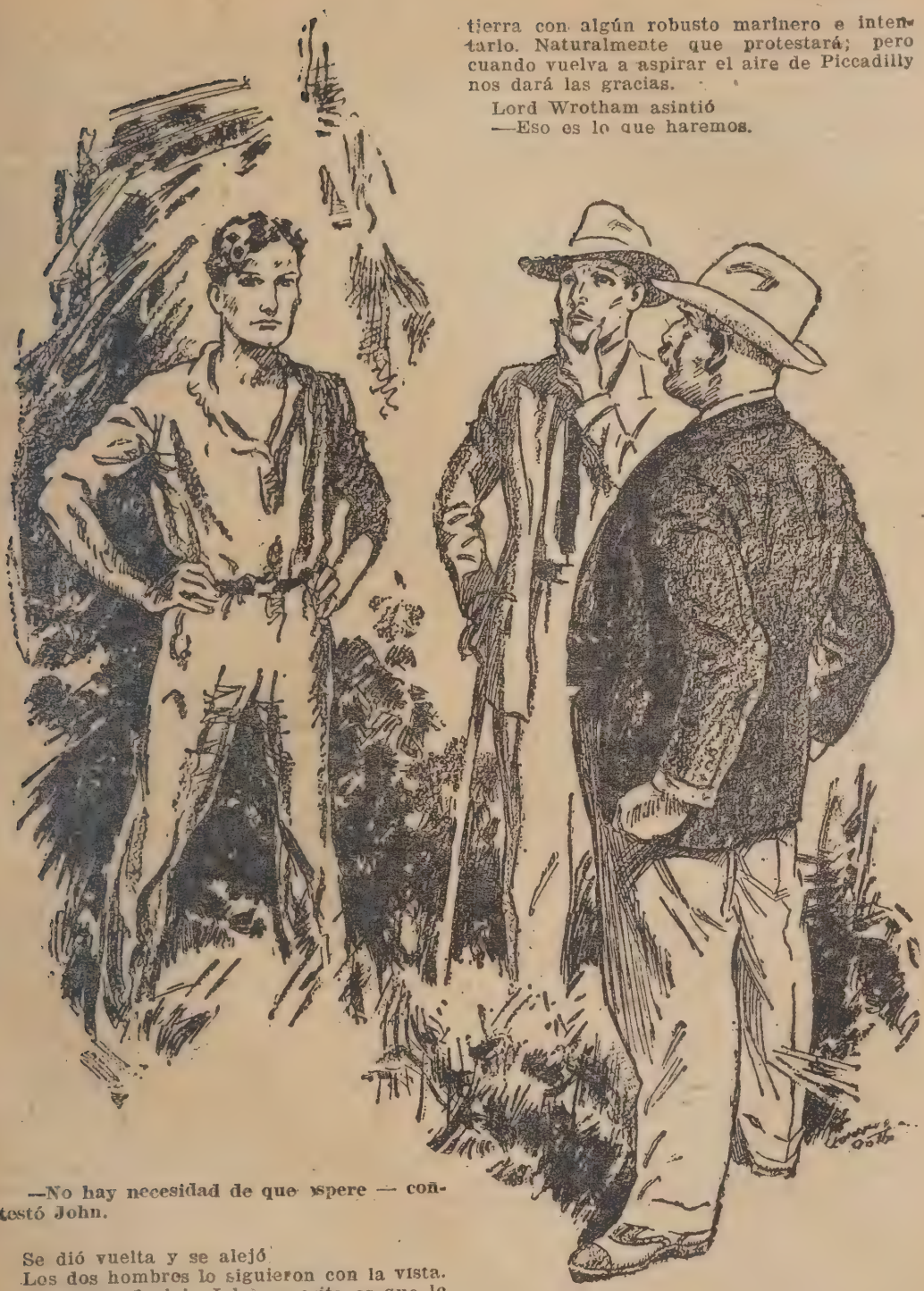
—Muy bien — Te dejo hasta mañana para que reflexiones. Pero quiero que entiendas que, si persistes en esta locura, he terminado contigo. Es inútil que vuelvas a mí dentro de un año, reconociendo tu error. No te escucharé. Tienes plazo hasta mañana para decidir.

—No hay necesidad de que esperé — contestó John — Puede volverse y decirle al mundo que he muerto

tierra con algún robusto marinero e intentarlo. Naturalmente que protestará; pero cuando vuelva a aspirar el aire de Piccadilly nos dará las gracias.

Lord Wrotham asintió

—Eso es lo que haremos.



—No hay necesidad de que espere — contestó John.

Se dió vuelta y se alejó

Los dos hombres lo siguieron con la vista.

—Lo que el viejo John necesita es que lo lleven otra vez a Bond Street — dijo Freddy. — Así recobrará la razón — pensó un momento y luego se dió una palmada en la frente. Ya se lo que conviene hacer — dijo. — No podemos dejarlo aquí ni obligarlo a seguirnos. Lo raptaron una vez ¿por qué no raptarlo una segunda? Yo puedo venir a

XIX

—¿Naturalmente — dijo Viola a Lirio — que usted comprende que voy a ser su esposa?

Lirio de la Laguna la miró interrogadoramente.

—¿Su esposa?— repitió.

—Sí; él me pertenece. Me ama. Me amaba aates de venir nquí.

Lirio se apartó de ella; sus ojos se llenaron de dolor.

Por un momento miró suplicante a su rival. Luego se estremeció.

—Pero él dijo que... — murmuró.

Lady Viola se encogió de hombros.

—Claro, dijo muchas cosas para complacerla a usted; pero no las pensaba seriamente. El me quiere a mí.

Estaba sentada, mirando a la dolorida figura que tenía delante. Comprendía la tortura que experimentada la joven; le daba pena, pero tenía que pensar en los millones de Wrotham. Encogiéndose de hombros salió de la cabaña.

Cuando John entró, halló a Lirio, mirando vagamente la pared.

—Lirio ¿qué te dijo? — preguntó a la joven, tomándola en sus brazos.

Ella tembló y levantó su cara hasta él.

—Tienes que irte con ella. Yo me quedaré aquí.

—No haré semejante cosa. Les dije que cuanto más pronto se fueran mejor. Me quedo aquí contigo. Estaremos juntos... siempre.

Brilló la esperanza en los ojos de Lirio. Luego recordó las palabras de Lady Viola. "Lo dijo por complacerla".

Naturalmente que él no podía preferirla a la otra mujer. John Bent había estado a punto de sacrificar su vida por salvarla de las garras de Rusty Kemp. Ahora se sacrificaría por no causarle pena. Su héroe era así. Eso era lo que pensaba Lirio en su inocencia y su sencillez.

Le sonrió. Ella también sería valerosa y fingiría.

La noche había caído. Los buques estaban silenciosos. Brillaba la luna derramando su pálida luz sobre la tierra dormida.

Un bote atracó a la orilla y de él saltaron dos hombres que se dirigieron cautelosamente a la cabaña.

Ni un ruido interrumpía el silencio.

En la cabaña, Lirio de la Laguna estaba acostada en su cama de hojas, mirando por la ventana. Ella tenía que ser valerosa como su héroe; él había querido sacrificar su vida por ella, quería sacrificarlo todo por verla feliz.

Se levantó. Por un momento contempló a John. Se agachó, besólo ligeramente en los labios y salió de la cabaña.

XX

John Bent estaba dormido; pero aquel beso, aunqnue ligero, lo despertó.

Por horas había tratado de sacarle a Lirio lo que pensaba; pero ella sonreía y le aseguraba que nunca había sido más feliz.

Se dió vuelta y vió que Lirio había desaparecido. Corrió a la puerta y la encontró abierta. La vió. Estaba a pocas yardas, a la orilla del agua.

Comprendió rápidamente su intención. Iba a suicidarse para que él pudiera volver a su antigua vida. En su inocencia, en su sencillez, había decidido hacer el sacrificio supremo... por él.

Luego, mientras corría, dos figuras saltaron sobre él, en la obscuridad. Lo agarraron y empezaron a arrastrarlo hacia el bote, que estaba en la orilla.

Pero no era más el John que había sido secuestrado por Rusty y Spike. Extendió el puño y Freddy cayó contra su compañero, lanzando un grito de dolor. Antes de que ninguno de los dos hubiera recobrado el equilibrio, John Bent dió un paso hacia adelante. Con una fuerza digna de Rusty Kemp pegó primero en las costillas y luego en la barba. Al caer Freddy al suelo, John echó a correr hacia la laguna.

Vió a Lirio a la luz de la luna. Nadaba hacia el arrecife.

—¡Lirio! ¡Lirio!

Se lanzó al agua. Nadó con fuertes brazadas. Pareció tener la fuerza de diez hombres. La iba alcanzando. Doce yardas... seis... tres.

Zambullóse, la tomó en sus brazos; luchó para volverla a la superficie

—Suéltame. Yo...

—Si tú mueres, moriré yo también — le dijo.

—Pero ella dijo:

—¡Mentiras!

—¿Quieres decir qué...?

—Quiero decir que te amo más que a la vida misma. Que nunca te dejaré. Que vamos a volver nadando juntos y nos esconderemos en los bosques hasta que se vayan. Creerán que nos hemos ahogado.

Al día siguiente el "Iris" se alejaba, lentamente, hacia el noroeste.

Con el ojo, negro e hinchado y una cortadura en el labio, Freddy Ponsomby contemplaba la isla desde su silla de tierra.

—¿Saben lo que creo? — dijo — que el viejo John sufrió un golpe de sol. Quiero decir que cambió completamente. ¡Vieran como me atacó! Como un boxeador de profesión. Nunca recibí mayor sorpresa en mi vida. ¡Y luego se tiró al agua! Debe haber sufrido un golpe de sol, porque no era hombre para hacer esas cosas

FIN.

Invite a sus amigos a leer la gran novela de misterio, intriga, acción y drama que se publica en PUCKY, titulada

Raúl de Lancaste

EL BUDA DE ORO

POR

MAURICE EVERARD

(Conclusión)

SE encontraron, al cabo de unos momentos, sobre las altas montañas cuyas cumbres cubiertas de nieve parecían extenderse millas y millas en todas direcciones.

El aeroplano funcionaba admirablemente, el motor marchaba sin el menor defecto y mantenía una rapidez de marcha muy apreciable.

A eso de las tres de la tarde, Abbs escribió algo en una hojita de su block y le pasó éste a Joe. Decía así lo escrito:

"Un aeroplano más grande y más rápido que el nuestro viene tras de nosotros. Aterrizaré después de cruzar la última cordillera. ¿Debo hacer señas al otro aparato para que se una a nosotros?".

Tremorne pasó el extraño mensaje a Dick y a través de sus gafas de aviador, se cruzaron las miradas de ambos.

Dick movió negativamente la cabeza. El marino inclinó la suya en señal de asentimiento y escribió en el block:

"Es necesario proceder con suma prudencia, por lo que pudiera suceder. Amengüe la marcha y no aterrice antes de que el otro aeroplano se haya alejado después de alcanzarnos".

Cinco segundos después de recibir la respuesta de Joe Tremorne, el teniente Abbs hizo que el aeroplano volviera a ganar altura. Llegaron a unos ocho mil pies de elevación. El aire era notablemente claro y puro lo que facilitaba de modo admirable la contemplación de todo cuanto rodeaba al aparato. Pudieron ver que, después de la última de las cordilleras, se extendía una, al parecer interminable, extensión de llanuras cruzadas por un río muy ancho que tenía una franja de tierra pantanosa a cada lado.

Joe Tremorne observó el mapa que Wong Li le había facilitado pocas semanas antes. En aquel mapa pudo ver que a la cabecera de aquel río, unas doscientas cincuenta millas más allá, se encontraba el grupo de montañas en las que tenía su nido el gran templo de Cheng. Siguiendo la línea ondulada del río podrían llegar al final de aquella etapa algunas horas antes de que se pusiera el sol.

Una vez fuera de las montañas el teniente Abbs hizo que el aparato descendiera unos tres mil pies y, siguiendo las indicaciones de Joe que le señalaba el rumbo con el dedo, dirigió el aeroplano hacia el río.

Una o dos veces miró el piloto hacia atrás y vió que el otro aparato se hallaba bastante más cerca de ellos que antes pero volaba a tanta altura que solo se le veía como una manchita negra en la extensión del cielo.

Después de avanzar treinta millas estaba precisamente encima de ellos y a una altura de ocho mil pies.

Un momento de observación con los gemelos permitió apreciar que se trataba de un avión de alas muy grandes y de doble motor, pues se alcanzaban a ver las dos hélices.

"Desciende, probablemente por falta de nafta, — escribió Abbs. — ¿Cree usted que debemos pararnos y auxiliarlo?".

Pero en el momento en que iba a dar el papel a Joe, el aeroplano grande descendió como una piedra que cae, pasó a menos de quinientos pies de ellos. En el mismo momento con toda claridad a pesar del rugir de los motores se overon detonaciones de

arma de fuego y vieron que el observador movía el disco de una ametralladora Lewis.

Joe se lenvantó de su asiento pero volvió a sentarse en cuanto un chubasco de balas silbó cerca de él. Oyó el ruido que hicieron los proyectiles al atravesar la tela de las alas y el golpe seco al dar en un travesaño a poca distancia de donde él estaba.

—¡Atáquelo! — gritó lo más fuerte que pudo, dirigiéndose al teniente Abbs, pero el teniente no le oyó sin duda. En el mismo momento se oyó otra descarga de la ametralladora Lewis. El aeroplano grande volvía hacia ellos.

Se oyó un ruido parecido a una detonación de tiro de revólver y un trozo de una de las palas de la hélice cayó hacia tierra girando como un pájaro herido hasta que se perdió de vista, hundiéndose en el cieno de la orilla del río.

El aeroplano más chico avanzó sin rumbo y giró luego. Abbs hizo un esfuerzo desesperado, procurando que no perdiera el equilibrio pero se inclinó hacia adelante con demasiada violencia y casi sin gobierno, se dirigió hacia los árboles de la ribera del río. Mediante una hábil maniobra, Abbs consiguió dominar hasta cierto punto el descenso de su aparato que sigzagueando levantó un poco la proa y casi logró ascender. Pero la tentativa no pasó de ahí. Seguido por el aparato grande, el aeroplano pequeño comenzó a descender volando en espiral con la proa hacia el agua.

—¡Prepárese para saltar! — gritó Joe aun cuando Dick no podía oírle. Desató rápidamente la correa que lo tenía sujeto a su asiento.

Manejado con asombrosa habilidad por el teniente Abbs, el aeroplano descendió con relativa lentitud. Cuando estaba a ochocientos pies de la superficie del agua, el aeroplano interrumpió su descenso vertical y planeó hacia la orilla del río.

El aeroplano grande seguía persiguiéndolo implacablemente. Un par de balas perforaron el tanque del combustible y la marcha del motor se hizo más lenta. A los sesenta pies el aeroplano comenzó a descender como una pluma que cae; una de las alas dió en las ramas de un árbol que crecía junto al borde del agua.

El herido aeroplano se invirtió; oyóse un chasquido muy fuerte cuando las ramas rompieron al armazón de las alas y rasgaron las telas que las formaban. Los cuatro ocupantes cayeron en diferentes rumbos. Dick y Joe perdieron el conocimiento al sentir el fuerte impacto.

Al cabo de una hora despertó Dick y se vió envuelto en sombras. Forcejeando por incorporarse se pasó la mano por la frente manchada de sangre.

Aun se reflejaba en el cielo algo de luz del sol poniente aun cuando hacía ya rato que el disco del sol había desaparecido del otro lado de las lejanas montañas y un resplandor rojo sangre se veía en el horizonte del Oeste.

Sobre él, el destrozado aeroplano estaba tendido, como un albatros muerto, sobre el ramaje del árbol.

El acompasado gotear de la nafta que caía del agujereado tanque, se oía con toda claridad en medio del silencio reinante.

Se levantó y una vez de pie miró en redor. No vió ni la menor señal del teniente Abbs ni de su compañero el mecánico. Tampoco se veía por parte alguna al otro aeroplano, al causante de tan trágico suceso. Entre la alta hierba que cubría el suelo vió algo que se movía convulsivamente y dirigiéndose hacia aquello el muchacho se percató de inmediato de que se trataba del ensangrentado Joe Tremorne.

Se inclinó hacia él se dió cuenta de que el marino se hallaba privado del conocimiento. Una herida desde el pómulo derecho a la punta del mentón; tenía un brazo doblado debajo del cuerpo.

Dick lo movió y acercándose a un árbol, lo puso sentado en el suelo y con la espalda apoyada al tronco. Después, quitándose su gorra de cuero la llenó de agua y bañó con el líquido el rostro de Joe. A la tercera aplicación abrió el marino los ojos y miró en redor, parpadeando como encandilado.

—He pasado un largo rato dormido, muchacho, y no me ha gustado la prueba, — gruñó llevándose la mano al rostro. — ¿Qué fué lo que me hirió?

—Una rama del árbol, — le contestó bondadosamente, Dick. — No he visto ni al teniente Abbs ni al mecánico Harkness. Quédese usted aquí mientras busco en el "fuselage" del aeroplano la caja de las medicinas.

—¡Cuidado con la nafta que está goteando! — le advirtió el marino.

Pero Dick no se paró a oírle. Subió dificultosamente por el tronco del árbol y se metió en el "fuselage" del aeroplano. Le bastó una mirada para convencerse de que de ahí se habían llevado todo cuanto habían podido.

—Y, — lo que era peor de todo, — comprobó en el mismo instante que la lámpara morisca dentro de la cual estaba el Buda de oro, no se hallaba en su sitio.

EXTRAVIADOS EN EL CORAZON DE CHINA

Cuando Dick volvió al sitio donde había dejado al herido marino, encontró a Joe Tremorne de pie, inseguro aún, apoyado de espaldas, en el tronco de un árbol.

—¿Qué tal muchacho? — le preguntó el marino todo lo más jovialmente que le fué posible.

—Mal, — contestó el joven Dick. Nos han desvalijado. Se han llevado ropas, utensilios y provisiones, y se han marchado. Esos canallas, fueran quienes fueran.

—¡Fueran quienes fueran! — exclamó Tremorne, interrumpiéndole. — A ese respecto no cabe ni la más mínima partícula de duda. ¡Hemos sido derrotados cuando estábamos por llegar al poste final por Rathbone y su gavilla!

PUCKY

Joe, a quien el ataque despertó del más plácido de los sueños, se levantó y empezó a dar golpes a diestra y siniestra.

—¿Rathbone — exclamó Dick. — Pero si seguramente...

—¿Quién ha podido ser sino ellos? — dijo Tremorne. — ¿Qué aeroplano que no fuera uno suyo podía habernos seguido hasta el corazón de China y atacarnos en esa forma? ¿Con seguridad se han llevado el Buda?

Dick inclinó la cabeza con expresión de grandísima pena.

—El Buda y también la lámpara morisca, — contestó.

Joe Tremorne se encogió de hombros.

—¡Bueno! ¡Se ha terminado todo! Sin la lámpara, que me ha acompañado durante tantos años, yo no podré volver a tener suerte nunca. ¿Pero de veras?...

—¡No cabe duda! La lámpara ha sido arrancada del sitio donde estaba colgada; la caja de las medicinas ha desaparecido; la división de las provisiones está vacía y el motor, despojado de una gran parte de sus piezas esenciales, de nada puede servir. Pero estamos olvidándonos de Abbs y de Harkners. ¿Ha visto usted algo de ellos por aquí?

—Ni la menor señal, — gruñó el marino. — Deben hallarse en mejor situación que nosotros, porque debe habérselos tragado el

río. Dame una mano, hijo mío, y ayúdame a moverme. ¡Ah! ¡Puedo caminar mejor de lo que suponía! Voy a tratar de beber un poco de agua de ese río y a lavarme en él al menos la cara y las manos. Después decidiremos qué es lo que vamos a hacer.

Se quitaron ambos la ropa necesaria para quedar desnudos de medio cuerpo arriba y se lavaron y refrescaron en las límpidas aguas del río.

Después de haberse vestido de nuevo, volvieron al aeroplano y lo examinaron detenidamente.

—¡Esto no volverá a volar jamás! — dijo Tremorne. — ¡Por vida de Satanás, que entrevero! ¡No ha quedado nada, ni medio entero! ¿Qué habrá sido de Abbs y de su compañero?

—¡Precisamente, ahí vienen los dos! — exclamó Dick, e indicó, por un hueco que había entre el follaje de los árboles, al teniente Abbs, que se acercaba con paso lento, sosteniendo a Harkness en sus brazos.

Dick descendió del árbol y corrió hacia el teniente, ayudándole a sostener al mecánico.

Harkness presentaba un deplorable aspecto. Estaba cubierto de cieno, de pies a cabeza. Tenía un lado del rostro hinchado y descolorido y para colmo de molestias no caminaba.

—Mi compañero consiguió salir del cieno y deslizarse hacia mí para socorrerme en el momento en que yo me hundía ya, — explicó Abbs. — La correntada del río era muy fuerte y tuvimos que dejarnos llevar por ella durante unas tres millas antes de poder cruzarla y dirigirnos a la orilla. Pero, ¿dónde está nuestro viejo amigo el capitán, y en que estado se encuentra el ómnibus?

—El ómnibus ha perecido, pero el capitán está bastante bien, — contestó Dick. — ¿Vió usted a los canallas que nos jugaron esta mala partida?

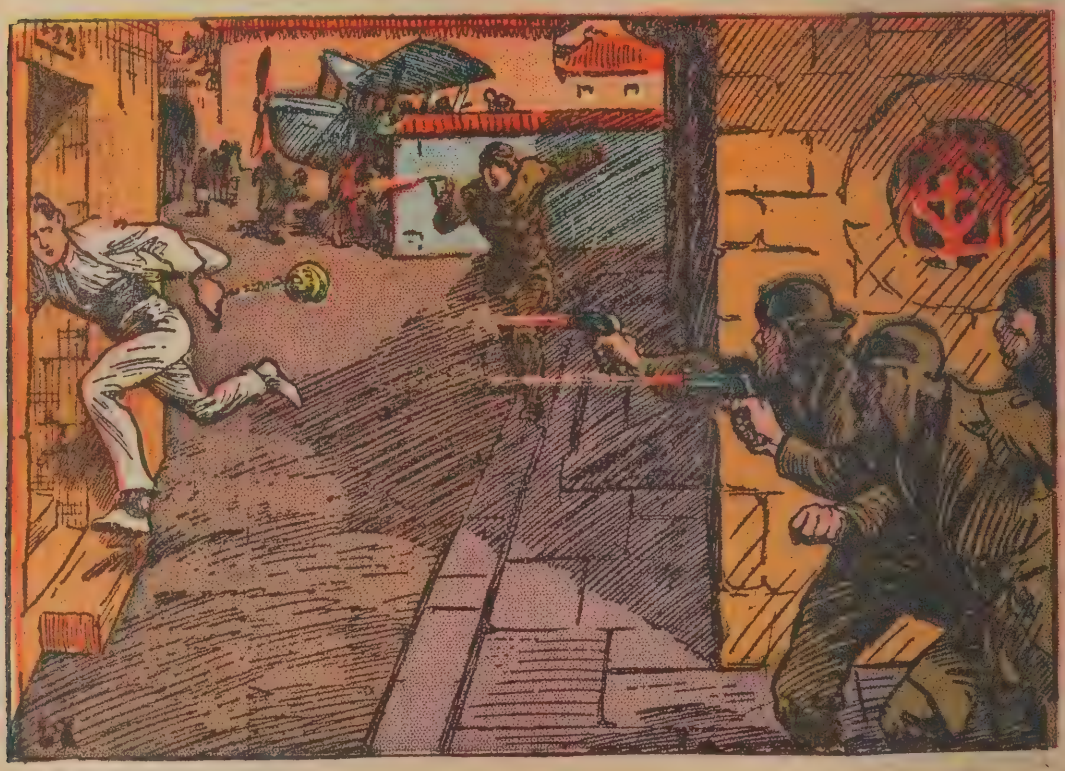
—¡Ni la sombra! — dijo Abbs en respuesta. — Pero, ¿quiénes eran?

—Un canalla llamado Rathbone y un par de bandidos de su calaña los llamados Bevis y Felby. Vi a los dos en el aeroplano grande. Felby era el que manejaba la ametralladora Lewis. Siento mucho lo que le ha pasado a su ómnibus, pero puede estar usted seguro de que, como lleguemos a salir de esta situación, el capitán y yo, sabremos cumplir debidamente con usted.

Abbs sonrió, mirando cara a cara, con franqueza, al muchacho.

—¡Ya lo sé! — dijo. — ¡Ya he podido darme cuenta de la clase de personas con quien trato. Pero no es eso lo que me preocupa. Estaba pensando en el cautivo compañero de ustedes dos; ¿cómo van a hacer ahora para rescatarlo de donde está?

Dick miró en redor. El campo presentaba el aspecto menos hospitalario que se pue-



Un chubasco de balas silbó junto a Frank que sin soltar la lámpara, se metió en la más cercana pagoda y subió escaleras arriba.

da imaginar. El río era ancho y tenía una franja pantanosa a cada lado. El paisaje que se alcanzaba a ver desde donde ellos estaban no podía tener aspecto más desolador. Parecía hallarse todo enteramente deshabitada.

Encontraron a Joe mirando con tristeza los restos del detenido y desvalijado aeroplano.

—He buscado por todas partes con la esperanza de encontrar mi vieja lámpara, — dijo en tono melancólico — porque si tuviese yo mi lámpara de fijo me acompañaría la buena suerte.

—¡Al diablo, la lámpara! — exclamó Dick — Lo que necesitamos es comer y descansar.

—La comida no está servida y en cuanto a descansar, no podemos pensar en ello si no encendemos una hoguera para espantar a los lobos y a los chacales, — gruñó Joe. — Ayuda, pues, que la noche se acerca.

Encontraron apropiado lugar para establecer el campamento a corta distancia del sitio donde estaban los restos del aeroplano. Juntaron unas cuantas brazadas de ramas secas y poco tardó en chisporrotear un alegre fuego.

Por suerte sus enemigos habían dejado abandonadas varias latas de nafta vacías; las limpiaron lo mejor posible y las llenaron de agua limpia.

—No nos moriremos de sed y esta es una circunstancias favorable de grandísimo valor, — dijo el marino cuando una hora después estaban todos sentados en torno de la hoguera, fumando en sus pipas. — Por fortuna tengo en mi poder mis papeles y entre ellos están los mapas y las instrucciones del mandarín Wong Li. Gracias a esos planos he podido darme cuenta de que nos encontramos a 187 millas de nuestro punto de destino. Ahora lo importante es saber cómo hemos de hacer para recorrerlas.

—Por lo pronto sabemos que hemos de recorrerlas — dijo Dick. — No sé, si es posible saberlo, qué nos sucederá cuando lleguemos sin el Buda de oro. Tal vez pensemos que más nos valdría haber perdido la vida en la caída del aeroplano, cuando esos chinos fanáticos y sanguinarios comiencen a someternos a sus torturas infinitamente crueles.

Las perspectivas no eran, en verdad, muy agradables. Sin embargo, eso no les quitó el sueño. Descansaron toda la noche y al amanecer se pusieron en marcha siguiendo la tortuosa línea de la costa del río.

Durante tres días siguieron avanzando lo más rápidamente posible, sufriendo las torturas del hambre pero sin sufrir, felizmente, las de la sed.

A mediados del cuarto día el aspecto del territorio comenzó a cambiar. A la llanura lisa y sin accidentes sucedió un terreno ondulado que anunciaba la proximidad de los primeros contrafuertes de las montañas.

El marino, deseoso de evitar que el hambre pudiera vencerlos y ansiando llegar cuanto antes a algún sitio donde pudieran darles de comer, decidió que siguieran caminando de noche, guiándose por las estrellas. Pero tan debilitados estaban que el avance con que había soñado resultó imposible. A eso de las doce de la noche el mecánico Harkness anunció que la condición en que tenía la pierna lastimada no le permitía seguir adelante. Debido a esto acamparon y se echaron a dormir.

No tenían en la mente idea alguna de peligro, pues el territorio por donde viajaban parecía estar enteramente desierto. Por eso se sobresaltó Dick cuando, a eso de las tres de la mañana le despertó el rumor que producía algo que se movía cautelosamente entre las altas hierbas.

Permaneció un instante completamente inmóvil, conteniendo la respiración para escuchar mejor, procurando distinguir si eran hombres o animales los que hacían aquel leve ruido.

Joe habíale dicho antes que en aquellos bosques había chacales, panteras, lobos y hienas en abundancia, así que Dick, cada vez que volvía a oír el ruido esperaba ver lucir en la oscuridad, de repente, algunos pares de ojos luminosos y terribles y temía que alguna bestia feroz, después de encogerse, saltase hacia él con el rápido impulso de un resorte en espiral soltado de pronto.

Al cabo de un momento, sin embargo, el misterioso rumor cesó por completo. Dick se preguntaba si había sido realidad o ensueño lo que había oído, cuando el silencio de la noche fué interrumpido por un coro de agudos alaridos y antes de que los compañeros de Dick hubieran despertado y aún antes de que el mismo Dick hubiera podido ponerse en pie, una cantidad de chinos se precipitó contra ellos.

Joe, a quien el ataque despertó del más plácido de los sueños, se levantó y empezó a dar golpes a diestra y siniestra pero un golpe que le dieron en la cabeza con el revés de un hacha lo redujo rápidamente a silencio. Se desplomó como un tablón. Poco después Harkness fué desmayado de igual modo por un golpe que recibió en el entrecejo.

Varios faroles aparecieron entre la oscuridad y a su luz fueron atados los cuatro prisioneros.

Con las manos bien atadas a la espalda y con una soga con un nudo corredizo al cuello, los arrearon brutalmente haciéndoles avanzar lo más rápidamente posible. Cuando alumbró la luz del nuevo día pasaban por la puerta de la muralla de extraordinario espesor, de una aldea china.

En realidad parecía que todas sus esperanzas de rescatar a Frank, cautivo en el templo de Cheng, se habían desvanecido por completo.

EN BUSCA DE COMBUSTIBLE

En una árida extensión de tierra calcinada por un sol de fuego, a unas ciento veinte millas del lugar donde había sido echado a tierra a tiros el aeroplano del teniente Abbs, tres hombres estaban sentados en torno a las cenizas de una hoguera del campamento mientras el cuarto, — el que

habría hecho posible su viaje al interior de China, — estaba ocupado en limpiar y poner a punto su aparato, unas trescientas yardas más allá.

Hubiera sido difícil reconocer, en aquellos tres tipos de lamentable aspecto, al habitualmente muy bien vestido dueño del castillo de Tredinninck y a sus igualmente elegantes compinches Bevis y Felby. Llevaban la barba crecida, — hacía setenta y tantas horas que no se afeitaban, — tenían los ojos enrojecidos e inflamados a consecuencia de su largo y apresurado vuelo y tenían las piernas cubiertas de una gruesa capa de lodo de la orilla del río Shen-Su, por cuya parte pantanosa habían cruzado para ir en busca del Buda de oro al caído aeroplano del teniente Abbs.

Sin embargo, a pesar de su deplorable aspecto, los tres pillastres estaban de excelente humor, joviales y contentos. Hasta aquel momento todo les había salido bien. Lo único que les preocupaba era el hombre que en aquel momento limpiaba, golpeaba, ajustaba y ponía en las mejores condiciones posibles el aeroplano y que les había prestado tan maravilloso servicio.

—Wycherby es un tonto; eso es lo que yo pienso de él, — observó Rathbone después de un largo silencio.

—¡Bah! — exclamó Bevis, moviéndose sobre su lecho de arena caliente y dirigiendo una fatigada mirada hacia donde estaba el joven aviador.

—¿Qué tiene usted que observar a su respecto?

Rathbone se quitó lentamente el extremo de la pipa de entre sus bien cuidados dientes y luego golpeó el hornillo en la palma de la mano para volcar la ceniza.

—Pienso, — dijo con toda calma — que no debió interponerse cuando Tremorne y sus compañeros estaban a merced de nosotros. Estaban allí, esparcidos, uno en el barro, otro en el agua y los otros dos en el suelo, al pie de los árboles. En realidad, lo sensato de nuestra parte, hubiera sido liquidarlos sin la menor vacilación. Nada hubiera costado hurdirles la cabeza con una llave inglesa o con la culata de un revólver. Eso hubiese sido una misericordiosa liberación para esos infelices que con seguridad van a sufrir mucho. En vez de dejarnos proceder así, ese tonto de Wycherly se interpuso y nos amenazó con no llevarnos de regreso de Pekín si despachábamos a los cuatro náufragos. ¿Qué diferencia puede haber entre tirotear hasta echarlo a tierra, a un aeroplano a tres mil pies de altura y saldarles la cuenta a los caídos cuando ya los tiene uno a su merced?

—Una diferencia muy pequeña, por cierto, — gruñó Felby. — Wycherly no se opuso a que se tiroteara a un aeroplano desarmado hasta hacerlo caer en tierra, y en cambio se niega a consentir que se mate a sangre fría a los que lo ocupaban. De todos modos, no creo que eso pueda ser motivo de preocupación de ninguna clase. Supongamos que Tremorne y el joven Polruán y hasta Abbs y su mecánico han logrado recobrar los sentidos. Su aeroplano ha quedado en tal forma, que no es posible utilizarlo. Antes de que ellos puedan llegar a tierra civilizada, si es que llegan alguna vez, nosotros estaremos ya de regreso en Inglaterra. A pesar de todo lo sucedido, opino que nos ha ido espléndidamente bien. Tenemos en nuestro poder el Buda de oro, con su valiosísima esmeralda, guardado en la vieja lámpara morisca del capitán Tremorne, y si tenemos eso no podemos negar que hemos conseguido apoderarnos de lo que motivó nuestra salida de Inglaterra. Por lo tanto, ¿por qué preocuparnos pensando en pequeñeces que en realidad carecen de verdadera importancia?

Rothbone encogió las piernas y, pensativo, cargó lentamente su pipa.

—Tal vez sea yo un tonto alarmista, — opinó después de una breve pausa. — De todos modos, me sentiría más tranquilo y conforme si tuviera la seguridad de que Tremorne y sus amigos se encontraran en el otro mundo. Son gente audaz y que posee condiciones extraordinarias para salir con bien de las situaciones más comprometidas y difíciles, y...

Felby le interrumpió riéndose ruidosamente a carcajadas, con acento de desprecio.

—¡Me gustaría verlos salir de la situación en que nosotros los dejamos! El paisaje que nos rodea, — y miró hacia la llanura levemente ondulada, árida y casi sin vegetación que se extendía en todas direcciones,—es una muestra de como es esta parte del interior de China que se extiende millas y millas a la redonda. Cuatro individuos, bastante maltrechos, sin medios de transporte difícilmente podrán encontrar el modo de llegar a sitios mejores. Si llegan a intentarlo... lo único que puede deseárseles es que la Providencia tarde lo menos posible en despeñarlos. A ver, déme usted esa vieja lámpara Rarthbone y contemplemos un momento la hermosura que contiene, el Buda de oro...

Rathbone tendió rápidamente la mano y sujetó con ella la cadena de la lámpara morisca.

—¡Nada de locuras! ¿Por qué hemos de enterar de nuestro juego a Wycherly? El no sabe por qué queríamos echar a tierra al otro aeroplano ni por qué sacamos esa lámpara vieja del destrozado aparato. Si llega a ver que contiene un lingote de oro que pesa cerca de treinta libras...

Pero Felby tenía deseos de salirse con la suya.

—¡Déjese usted de escrúpulos tontos! — gruñó, inclinándose y arrastrando la lámpara hacia su lado. — Wycherly no puede ver a través de mi cuerpo aun cuando tuviera intención de mirar hacia aquí, que no la tiene. Parece que el aeroplano le está dando bastante trabajo. Pero díganme, amigos míos — agregó abriendo la lámpara y presentando a Rathbone y Bevis la imagen de oro que brilló a la luz del sol con destellos asombro-

sos: — ¿No es esto una verdadera hermosura?

Los rayos del sol de la tarde herían de lado la pulida superficie de oro del ídolo y hacía brotar rayos de todos colores de la enorme esmeralda que adornaba la frente de Buda.

Rathbone movió la cabeza, entusiasmado.

—Casi da lástima tener que echarlo al crisol para fundir el oro en lingotes después de haber sacado las piedras preciosas. El oro de ese ídolo vale más de diez mil libras sin contar lo que valen las piedras. — Entonces su avaricia pudo más que su cautela y agregó: — Veamos un momento más esa piedra.

Tomó el Buda en la mano, volviéndolo de costado de modo que la fuerte luz del sol diera de lleno en las abultadas facetas de la enorme esmeralda.

—No sé calcular lo que puede valer, — dijo con entusiasmo. — Cincuenta.. sesenta.. cien... ¡Dios mío! Mucho más! Vamos a tener que cortarla, claro está y aun así no me sorprendería si sacáramos ciento cincuenta mil libras esterlinas después de pagar todos los gastos. ¡Chitón! ¡Tápenlo! ¡Métanlo en la lámpara otra vez! ¡Ahí viene Wycherly!

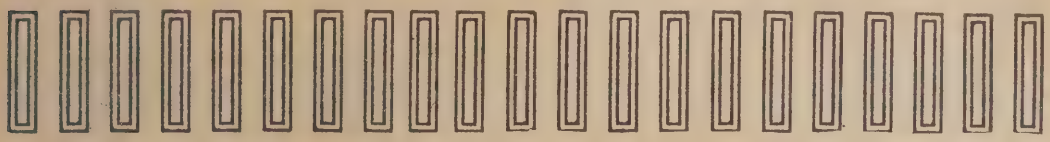
El aviador se acercaba caminando lentamente por la tierra agrietada por el sol, con el rostro sucio de tizne y de aceite y con los ojos inflamados, el aspecto del aviador resultaba aún más siniestro que de costumbre Sin embargo no pensaba en lo que pensaban los que estaban sentados en torno de los restos de la hoguera ni tampoco en la misteriosa misión que le había hecho llegar hasta un sitio tan lejano de toda civilización. En lo que pensaba era en su propia salvación.

Cuando estuvo cerca, Rathbone tapó con su saco de cuero la preciosa lámpara de Tremorne y ofreció al aviador su bolsa de tabaco.

—Concédase usted y conceda a la máquina un poco de descanso, amigo mío, — dijo, fingiendo jovialidad. — Se ha pasado usted horas y más horas trabajando, así que es lógico que descanse un poco. Deje sitio para Wycherly, Bevis.

El piloto sacó una pipa del bolsillo de su chaqueta y cargó del tabaco que le ofreció Rathbone su espacioso hornillo.

—Tengo que decirles que, en realidad, me siento bastante preocupado, — dijo, ocupando su sitio en el corro. — Hemos gastado mucha nafta, mucha más de la que habíamos calculado y cuando abrí el tanque grande encontré que contiene arena. Algún imbécil lo



En el próximo número

EN TIEMPO DE LOS GLADIADORES

Por ALFRED ARMITAGE

Aventuras de dos príncipes de la antigua Britania en la época de la invasión romana

llenó con nafta de un tambor sucio y no tuvo la precaución de filtrarla. He intentado filtrarla aquí, pero con los medios de que dispongo no he podido limpiarla del todo así que no es posible utilizar esa nafta. En tal caso, ¿qué podemos hacer?

El rostro de Rathbone se puso tan pálido que se le notó en seguida a pesar de tener el cutis muy tostado por el sol.

—¿Así que no tenemos nafta suficiente para regresar?

Wycherly inclinó lentamente la cabeza.

—Me parece que si no es así, estamos cerca de que lo sea. Por primera vez en mi vida he cometido un error y he calculado mal. Debí cargar lo menos veinte galones más. El motor está sucio y yo, como un tonto, vacié las cañerías antes de ver la nafta que quedaba y cuando abrí el depósito lo encontré sucio.

—¿Por qué no la filtra otra vez? — dijo Felby.

—Ya lo he hecho más de una vez, pero resulta inútil. El líquido está muy sucio. En la lata que saqué del otro aparato hay nafta suficiente para volar algo más de doscientas millas, pero nada más. No me importaría eso gran cosa, si hubiera aquí alguna aldea. Los chinos usan petróleo, un petróleo natural de muy buena calidad que sustituye admirablemente a la nafta. Pero ¿dónde conseguirlo? He observado este mapa. — y sacó del bolsillo del saco un manoseado plano. — y el único sitio de regular importancia que queda cerca es el llamado Cheng y que precisamente está marcado por usted con una cruz azul.

Rathbone tomó el mapa y lo examinó con mucha atención. Después miró a sus compañeros como si les pidiera que aprobaran lo que iba a manifestarles.

—Mire, Wycherly, — exclamó de repente; — es un caso en el cual hay que amoldarse a las circunstancias. No quisiera ir a Cheng, como sea posible evitarlo, aún cuando en un principio era ahí donde pensábamos ir. Pero si usted cree que es el único sitio donde nos ha de ser posible solucionar las dificultades...

Bevis lo interrumpió bruscamente.

—¡Algo grave tiene que pasar si lo ven a usted en Cheng, Rathbone! — exclamó. — Hemos cumplido nuestra misión. ¿No hay otro sitio en este maldito país donde pueda conseguirse ese combustible del demonio?

Rathbone volvió a estudiar el mapa durante unos momentos.

—Cheng, que es una población en la que hay un gran templo, se encuentra a ciento treinta millas de aquí, en línea recta. Allí podremos encontrar suficiente petróleo para hacer flotar con él un acorazado, por que los chinos lo almacenan lo mismo que el trigo y el arroz. No hay que asustarse porque en verdad, no creo que puedan reconocerme. Recuerde usted, — agregó dirigiendo a Bevis una significativa mirada, — que no fuí yo el que anduvo en aventuras por aquellos sitios. Fué Pritchard.

—Siendo así, — manifestó Bevis; — nada tengo que decir. Por lo tanto, si el señor Wycherly está convencido de que únicamente en Cheng podemos obtener el combustible que necesitamos para nuestro regreso, partamos para Cheng lo más pronto posible.

—¿Qué clase de sitio es? — preguntó el aviador. — Me refiero a las condiciones del suelo para aterrizar.

Rathbone desató una pequeña mochila en que llevaba infinidad de cosas y sacó de ella un plano en escala más grande que el mapa que tenía el aviador.

—Aquí tiene usted el plano de Cheng, — dijo. — Es una ciudad de templos y templos y más templos, edificados en la cumbre de la montaña.

—¡Pero en la cumbre de una montaña no voy a poder aterrizar! — dijo el aviador.

—Tal vez no, — replicó Rathbone, riendo. — Pero si examina usted este plano, amigo mío, verá usted que hay allí varias grandes plazas, algunas de ellas de un cuarto de milla por cada lado, con excelente pavimento de piedra. Me parece que en una de esas plazas le será posible descender con toda felicidad.

—¡Sí! En esas condiciones, sí. — dijo el aviador. — Un espacio liso que tenga un par de cientos de yardas de largo, me es suficiente, siempre que la atmósfera no esté turbia. — Me parece, — añadió observando el aspecto del cielo, — que cuanto antes partamos mejor será.

Rathbone inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Bien! ¡En marcha, entonces! Yo hablo en chino mejor que ustedes, así que cuando lleguemos, Felby y Bevis se quedarán en segundo término mientras yo me encargo de hablar lo que sea necesario. Inventaré una historia diciendo que somos exploradores que vamos camino del Tibet; adularé todo cuanto pueda al gran socerdote del templo tratándolo generosamente y pagando sin regatear lo que pidan por el combustible. Llenaremos los tanques todo lo más posible y en cuanto tengamos a bordo lo necesario, partiremos.

Veinte minutos después, Wycherly, con sus compañeros a bordo, puso el motor en marcha y el aeroplano se elevó por los aires hasta una altura de siete mil pies.

No llevaba ni un cuarto de hora de vuelo, cuando se produjo algo inesperado.

El motor dió algunos resoplidos y dejó de funcionar. Volvió a moverse un momento después pero siguió funcionando sólo espasmódicamente.

Descendió Wycherly el aparato hasta la falda de la montaña, examinó el carburador y el tanque, puso el motor en marcha nuevamente y pareció funcionar satisfactoriamente. El aviador deseaba llegar al templo de Cheng antes de que oscureciera, así que elevó el aparato otra vez a una gran altura.

Sin embargo, al cabo de un rato, un ruido anormal del motor le advirtió que volvía a producirse la misma perturbación que antes debido a la inferioridad del combustible. Desesperado ya, Wycherly, aprovechando el tiempo que funcionara el motor, se elevó cuanto pudo llegando a doce mil pies de altura. A esa altura, aun cuando débilmente, el motor siguió funcionando.

Volaron así a la mayor velocidad posible durante una hora. Después, por un hueco que había entre las nubes, pudo distinguir la

Abrazados, el muchacho y el hombre cayeron de lo alto, arrastrando la lámpara con ellos.

cumbre de la cordillera y a un extremo del lado del Oeste, sobre el pico más alto, el templo de Cheng.

Rathbone miró con los gemelos y le indicó la dirección al aviador. Poco tiempo tardó Wycherly en realizar un descenso admirablemente planeado, llevando el aeroplano a aterrizar en el centro del mayor de los patios de Cheng, frente al templo del cual, hacía menos de un año, el infortunado Pritchard había tenido la audacia de robar el Buda de oro logrando escapar de allí llevándose el producto de su criminal hazaña.

DE SORPRESA EN SORPRESA

No es realmente inexacto el refrán que dice a quien no tiene nada que hacer, el diablo le inspira alguna diablura. Hubo ocasiones numerosísimas durante su largo y monótono cautiverio entre las murallas del sagrado templo para que Frank Polruán deseara de todo corazón poder hacer alguna travesura que diera algo de amenidad a su vida siempre igual, día tras día.

La verdad era que no había acontecido nada particular desde aquella noche, lejana

ya, en que el aeroplano, de Abbs, en viaje de la India a Pekín, había pasado por encima de la montaña en cuya cumbre estaba construído el templo.

A pesar de todo, Frank soportaba aquella vida con maravillosa paciencia sin perder, ni por un solo momento, la fe que tenía puesta en sus amigos. Esperaba que tarde o temprano, Joe llegaría con su primo a sacarlo de donde estaba.

Los chinos lo trataban muy bien. No le molestaban absolutamente nada; le dejaban pasear por el templo a su placer sin más restricción que la de no salir del recinto formado por las murallas del templo.

Una tarde, el mandarín Teng Loo, sentado en un lujoso palanquín, fué conducido montaña abajo, acompañado por un cortejo de servidores, a visitar a un sacerdote muy respetado y muy anciano, que se hallaba a punto de morir.

Calculando que pasarían algunas horas antes que Teng Loo estuviera de regreso, Frank para ocuparse en algo, decidió inspeccionar las ricamente amuebladas habitaciones del mandarín.

Había en ellas, indudablemente, mucho que podía atraer la atención del joven cautivo.

En medio de la habitación había una mesa antigua de bronce, de incalculable valor, y sobre la cual había una hermosa imagen de la Diosa de la Misericordia. Kuan Ko.

En un rincón veíase un pavo real de lápiz azul tan brillantemente azul y tan delicadamente esculpido, que durante un momento creyó Frank que se trataba de una de las aves sagradas que paseaban por entre los lotos del estanque situado del otro lado de la muralla. Pero cuando se acercó a examinarlo vió que cada una de las plumas del ave estaba adornada con pequeñas esmeraldas puestas entre hilos de reluciente oro y plata.

Sobre almohadones de seda había varias instrumentos musicales con incrustaciones de carey, marfil y nácar. En un marco grande de madera de alcanforero veía un cuadro que cubría toda una pared. Sobre artísticos sostenes veíase gran cantidad de cofrecitos laqueados, todos ellos de colores vivos: rojos, amarillos, azules, verdes...

Estos cofrecitos llamaron especialmente la atención de Frank, que había visto algunos en Inglaterra y que hacía tiempo deseaba tener uno para ponerlo en la biblioteca del castillo de Polruán.

Sin propósito de enterarse de los asuntos particulares de Teng Loo, Frank pasó la mano por uno de aquellos mueblecitos y probablemente por casualidad oprimió el botón de un resorte secreto, se levantó la tapa y Frank vió algo que le llamó mucho la atención.

Aquello era nada menos que una caja chata forrada de cuero, con letras doradas y las palabras "Smith Wesson, Connecticut, E. U. A." Frank movió el resorte de la tapa y a la luz del sol poniente brillaron ante él los cilindros niquelados de dos magníficos revólvers.

—Uno de estos puede serme útil si algún día decido escaparme de aquí — dijo Frank. Y sin vacilación alguna, tomó el arma de la caja. Debajo del sitio donde había descansado el revólver, había una caja con balas para el mismo. Frank tomó un puñado de ellas. Cerró la puerta del mueble y se volvió rápidamente a su alojamiento.

En aquel mismo momento llegó a sus oídos un ruido inconfundible.

—Un aeroplano — díjose.

Dirigiéndose a la ventana miró hacia lo alto por uno de los agujeros de la cortina de madera recortada.

Vió que como un enorme buitre, describiendo espirales, descendía un aeroplano de gran tamaño que se proponía sin duda aterrizar en la plazoleta de frente al templo.

Inmediatamente se notó una excitación grandísima en los alrededores del templo. De las pagodas y los templos pequeños salieron chinos a docenas, gesticulando y gritando excitados, corriendo de un lado a otro como si no supieran qué partido adoptar.

A Frank le latió apresuradamente el corazón. ¿Era posible que se tratara de Dick, Joe y Harry? ¿Acudían en su auxilio?

Con grandísima sorpresa, vió sin embargo, cuando el aeroplano estuvo en tierra y descendieron de él cuatro personas, que se trataba de alguien a quien él no conocía. Vestían todos ellos el traje de los aviadores, con gorro de cuero y orejeras bajas de modo que casi no se les veía el rostro.

El más alto de todos fué el primero en saltar a tierra, avanzó unos pasos y dirigió la palabra a los asombrados chinos allí reunidos hablándoles en su propia lengua. Pidió, después de saludar, que le indicaran dónde se encontraba el gran sacerdote de aquel templo. Lo condujeron a uno de las alas del templo, en la que entró, saliendo un cuarto de hora después con cara de sentirse satisfecho. Después se dirigió, acompañado por un sacerdote anciano de flotante vestidura amarilla, afuera de aquel sitio y durante un rato Frank no volvió a verlos.

—¡Esto sí que no me lo esperaba yo! — exclamó Frank Polruán mirando hacia el aeroplano en torno del cual se había reunido un grupo de más de cien intrigados y curiosos chinos. — Como no me conviene que me encuentren curioseando por las habitaciones de Teng Loo puedo unirme a esos chinos que examinan el aeroplano. Y me parece que si esos recién llegados no vigilan como es debido lo que les pertenece se van a encontrar a su regreso con que les falta algunas cosas de su propiedad.

Un muchacho chino después de dirigir una mirada en redor para ver si alguien le observaba, se había subido al "fuselage" de la máquina y después de revisar el hueco del asiento delantero sacó un par de gemelos que desaparecieron en seguida en la ancha manga de uno de sus compañeros.

Un momento después dos pares de guantes y una valija pequeña hicieron el mismo recorrido. Desaparecieron con la misma rapidez con que habían desaparecido los gemelos.

—Estos chinos son capaces de robar la lápida de la tumba de su propia madre, — díjose Frank, riendo. — A lo mejor se apoderarán de la hélice del aeroplano. ¡Oh! ¡Dios mío!

Sintió como si todo girara en torno de

él, tal fué la impresión que sintió pues uno de los chinos ladrones había abierto uno de los cajones del aeroplano, empezando a sacar lo que había dentro y una de las primeras cosas que sacó fué la lámpara morisca del capitán Tremorne.

En el mismo instante corrió Frank hacia donde sucedía eso. La lámpara pasaba de mano en mano, examinándola los chinos con grandísima atención y expresando su sorpresa al sentir lo mucho que pesaba.

Frank avanzó corriendo y en cuanto se halló cerca de los que tenían la lámpara les gritó:

—¡Cuidado! ¡Eso es mío! — Mediante buenos golpes a derecha e izquierda se abrió paso pues los chinos intentaban detenerle. —¡No me importa saber de quien es el aeroplano, pero esa lámpara es de Joe Tremorne y yo me apodero de ella! — gritó.

Antes de que hubiera transcurrido un minuto la lámpara estaba en manos de Frank que tuvo que dar algunos buenos golpes para apoderarse de ella. Frank no sabía como había ido a parar aquella lámpara a aquel aeroplano, pero se dirigió a su residencia, utilizando alguna vez el "cosquillea-costillas" como llamaba el capitán Tremorne a su lámpara, cuando se abrió la puerta de la casa del socerdote anciano y salió por ella uno de los recién llegados vestidos de cuero.

—¡Hola! ¿Adónde va usted con eso que es mío? ¡Eso me pertenece! — gritó.

Frank volvió la cabeza y lo comprendió todo con la rapidez del rayo. Reconoció la voz antes que el rostro. ¡El hombre vestido de cuero era Guy Rathbone!

—Siento decirle que se equivoca usted señor Rathbone, — gritó en respuesta. — Pertenece esta lámpara al capitán Tremorne y yo la tendré en mi poder hasta que llegue el capitán.

Rathbone no se detuvo para contestar. Llevó la mano al bolsillo, sacó un pesado revólver y sin un solo instante de vacilación descargó dos tiros apuntando al muchacho. Las balas pasaron zumbando cerca de Frank que buscó refugio tras de la esquina de la casa de Teng Loo pero allí se encontró con que le cortaba el paso otro hombre vestido del mismo modo que Rathbone.

—¡Tire! ¡Tire! ¡Mátelo! — gritó Rathbone.

A esa orden aparecieron dos revólvers más y comenzó un verdadero tiroteo. Un chubasco de balas silbó junto a Frank que sin soltar la lámpara, se metió en la más cercana pagoda y subió escaleras arriba. Llegó así a la trama por la cual se pasaba al techo y pronto se vió a cuarenta pies sobre el nivel del jardín particular de Teng Loo.

Su aparición en el techo provocó un grito de Rathbone que lo vió casi en seguida. La mano que Frank tenía libre sacó del bolsillo el revólver Smith Wesson de que se había apoderado hacía poco y disparó dos tiros hacia el patio.

El tercero le quebró a Felby la muñeca izquierda y le hizo que cesara de hacer fuego. Se tambaleó, retorciéndose de dolor, Rathbone se cobijó en un portal.

—¡Suba y préndalo! — le gritó a Bevis. — ¡Atáquele por la espalda!

Frank, acurrucado, dirigió una mirada a la trampa por la cual había salido al techo. Un momento después oyó los pasos de alguien que subía por la escalera y comprendió que había llegado el final. Si Rathbone no lo ancanzaba, lo alcanzaría Bevis.

Sin vacilar un solo momento se arrojó boca abajo en el inclinado techo y comenzó a avanzar con el revólver en una mano y la lámpara de Tremorne en la otra. Al llegar al borde del techo vió a Rathbone, acurrucado en la sombra, sesenta pies más abajo.

—¡Si caigo yo, también caerá él! — murmuró el muchacho y apuntando durante un momento oprimió luego el disparador dos veces, una inmediatamente después de la otra.

Después de oírse la segunda detonación se oyó un grito de dolor lanzado por Rathbone; rodó su revólver por el suelo y después se desplomó, convulsivamente, de bruces.

En el mismo momento, Bevis, demasiado nervioso para tener en cuenta el peligro que pudiera amenazarle, salió por el hueco de la trampa, tropezó y cayó en el inclinado techo. Rodó una y otra vez y lanzando gritos de desesperación, fué a caer encima de Frank. Las tejas sobresalientes se hicieron añicos y abrazados, el muchacho y el hombre cayeron de lo alto, arrastrando la lámpara con ellos.

Bevis se encontraba debajo cuando golpearon contra el suelo y el golpe fué tan recio que terminó con la existencia terrenal de Bevis. Frank rodó varias veces y después se quedó inmóvil, tendido en el suelo. A corta distancia de él la lámpara de Tremorne dió en el piso y se abrió. A la luz del sol poniente el Buda de oro lanzó en todos sentidos los fulgurantes reflejos de la enorme esmeralda que tenía en la frente.

. . . . . .

Pasó casi una semana antes de que Frank estuviera en condiciones de darse cuenta de lo que le rodeaba. Se encontró entonces en una cama entre almohadones de seda y vió a su lado nada menos que al poderoso mandarín Teng Loo en persona, inclinado hacia él.

Las primeras palabras que pronunció el chino llenaron a Frank Polruán de satisfacción y de sorpresa.

—Muy bondadosos han sido los dioses que han querido conservarle la vida a mi joven y honorable amigo, — dijo el chino, acercando un recipiente de marfil con un líquido, a los labios del joven.

Frank tomó aquello, que era una poción calmante, y se incorporó en su lecho.

—Pero ¿a qué obedece esto y cómo estoy aquí? — preguntó Frank mirando en redor y viéndose en una habitación lujosamente amueblada.

Teng Loo sonrió e hizo un enigmático movimiento con su amarilla mano.

—¿Acaso no es usted de todos los hombres el que más merece ser respetado y glorificado puesto que ha vuelto al sagrado templo su imagen de oro?

—Supongo que así será, — dijo el muchacho. — Pero no esperaba que se me tratara así. ¿Dónde está ahora el Buda de Oro?

—En el altar del cual lo habían arrebatado unas manos sacrílegas hace tantos meses, — contestó el mandarín. — Por voluntad de los dioses, usted mi honorable amigo, fué elegido para realizar la restitución.

—Entonces no van a sacrificarme, — dijo Frank.

Al oírle hablar así, el chino se rió.

—¡Claro que no! Nosotros los mandarines sabemos ser misericordiosos cuando las circunstancias lo ordenan. Dos de los hombres que llegaron en el aeroplano nos dijeron la verdad respecto a los que ya dejaron de existir en este mundo.

—¡Cómo! ¿Bevis y Rathbone han muerto? — preguntó el joven Frank.

—Sus espíritus descansan con los que se fueron, — dijo Teng Loo juntando las manos e inclinando la cabeza hacia atrás.

—Recibieron el castigo que merecía su maldad, — dijo Frank. — Pero ¿cuánto tiempo llevo yo en este lecho?

—Seis días, — contestó Teng Loo. — El séptimo día que es nuestro día sagrado, le espera a usted una grande y maravillosa sorpresa. Le será permitido ver entonces a sus amigos.

—¿Amigos? — repitió Frank, pasándose la mano por la frente. — ¿Qué amigos?

—El capitán Joe Tremorne, Dick Polruán, el teniente Abbs y otro más cuyo nombre no recuerdo. — fué la asombrosa respuesta del mandarín.

—Los trajeron prisioneros de la ciudad de Lien Foo. Cuando el famoso capitán inglés contó la historia de cómo había venido a China, pudimos comprobar sus palabras por que ¿no teníamos nosotros en nuestro poder el Buda de Oro que le había sido robado? Por lo tanto cuando el sol alumbre mañana la cumbre de las montañas y toda la tierra se vea inundada por el fulgor de sus dorados rayos, ellos vendrán a verle a usted y usted comprenderá que un chino puede cumplir su palabra tan caballerescamente como un blanco. Pero oiga: el gongo del templo avisa que es hora de recogerse a descansar.

. . . . . .

La bebida que Teng Loo administró a Frank debía contener algún narcótico porque el joven durmió mientras las agujas del reloj dieron dos vueltas a la esfera. Y cuando por último despertó, su habitación estaba envuelta en sombras que a medida que su vista fué aclarándose se transformaron en las para él tan conocidas figuras de Joe Tremorne, que se encontraba junto a su cabecera y de Dick Polruán, que estaba apoyado en los pies de la cama. Además estaban el teniente Abbs y el mecánico Harknes a los que no conocía.

—¡Dios mío! ¡Esto sí que es una sorpresa! ¡Mi viejo patillas grises — dijo tendiendo la mano y estrechando las del marino. — A juzgar por lo que me dijo Teng Loo ayer me parece que por fin nos favorece la suerte.

—No andan las cosas del todo mal—dijo Joe sonriendo. — Rescatando el Buda de oro nos salvaste la vida además de salvarte tú mismo.

—Supongo que así es, Joe, — murmuró Frank. — ¿No estoy soñando?

Las sonoras carcajadas de Joe Tremorne llenaron la habitación.

—¿Soñando? ¡Claro que no! Hemos cumplido con lo que debíamos cumplir y esta mañana Dick y yo asistimos a las grandes ceremonias celebradas en el templo de Chong y oímos al sacerdote chino que dió las gracias porque el Buda de oro había sido devuelto al altar.

—Pero ¿cómo vamos a irnos de aquí cuando nos llegue el momento de retirarnos?

—¿Irnos? — dijo Tremorne, sonriendo. — Con la mayor facilidad. Rathbone y Bevis han fallecido y Felby está en curación con una mano muy enferma. Wycherly, el aviador que los trajo, ha sido condenado a cinco años de trabajos forzados por haber contribuído a la ejecución del delito y Felby se quedará para acompañarle. El teniente Abbs aquí presente, nos llevará a Pekín en el aeroplano de los otros. Pero ahora recuerdo que no los he presentado. Venga Abbs, y usted también, Harkness haré la presentación como es debido.

Las horas transcurrieron contándose los unos a los otros sus respectivas aventuras. Cuando Tremorne descorrió las cortinas de seda de las ventanas, los primeros rayos del sol alumbraban los picos de las montañas cubriéndolos de tonalidades de oro y envolvieron en su luminosidad los multicolores techos de templos y pagodas.

—El nuevo día nos llama—dijo Tremorne, acercándose a la ventana y contemplando el magnífico panorama de las montañas y del valle. — ¡Levántate muchacho! ¡Quiero estar en Pekín antes de fin de mes!

FIN

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

El inquilino.—Celebro encontrarle. El pi-
que le alquilé a usted está lleno de goteras
El casero.—Ya le advertí que tenía agua
rriente en todas las habitaciones.

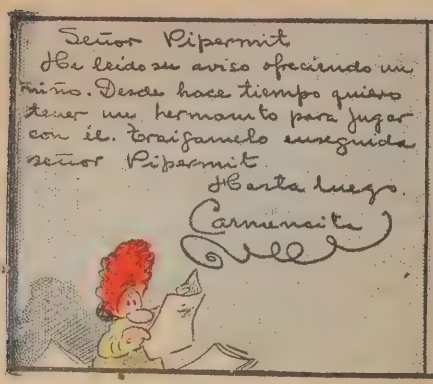
LA VUELTA A CASA DEL ALPINISTA

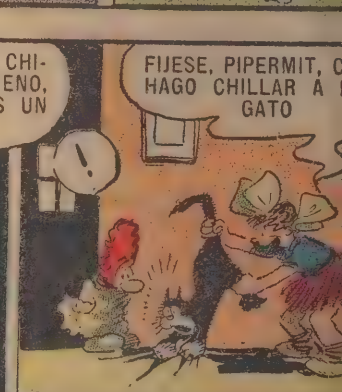
—Ahora sí que me he lucido. No funciona el ascensor.

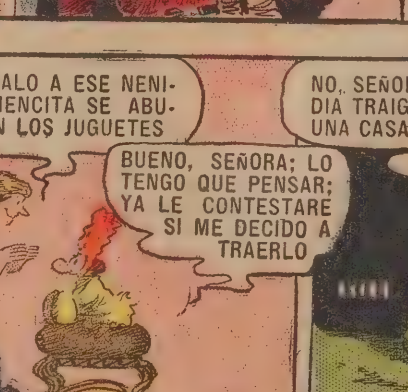
—¿Cómo es que me cobran alumbrado
éctrico, si no hay electricidad en la casa?
—Es para poderla instalar.

El reo. — Haga el favor de hacer bien los nudos. No se vayan a soltar y me caiga y me mate.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT POR BILLY DEB







PORTE PAGO
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
No. 436 AÑO XII
Febrero 5 de 1932
Buenos Aires
20 cts.
LA CASA DE LAS MIL DELICIAS
Por STEPHEN A. REYNOLDS
Dramáticas aventuras de un inglés en Shanghai

Nº 436 BUENOS AIRES, FEBRERO 5 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

LA CASA DE LAS MIL DELICIAS

Por STEPHEN A. REYNOLDS

ABSORTO en un problema menor de la vida, cansado de su soledad en sus habitaciones del Astor, Burton Shea hizo sonar un timbre para llamar a Lee Kee, su valet y factotum.

Como ningún hombre blanco en Shanghai poseía la mitad de los conocimientos de su amo, en dialectos y asuntos chinos, el valet, un criado de suave andar y modales eficientes, acudió en seguida y esperó con tranquilidad.

—Tráeme el sombrero y el bastón. Voy a ir al centro — gruñó lánguidamente Shea en "pidgin", como tenía por costumbre cuando estaba de mal humor.

Frente al hotel había una larga fila de cocheros ociosos; pero con un movimiento de su bastón rechazó Shea a los más importunos y echó a andar.

Burton Shea había comido bien; tenía en el banco de Hon-Kong y Shanghai Corporation un saldo a su favor de mil libras más o menos y era, como de costumbre, uno de los extranjeros mejor vestidos de las Colonias. Gozaba de salario mensual generoso, suficiente a las necesidades de su vida de soltero. Su posición social había sido establecida desde largo tiempo atrás, porque no solamente pertenecía al Shanghai Club, el más exclusivo de la costa de China, si no que su nombre figuraba siempre en las listas de invitación de las misiones locales diplomáticas de tres grandes poderes.

Sin embargo, Burton Shea sentíase desgraciado.

Llegó al centro del Puente del Jardín y contempló ceñudo, las barrosas aguas del Riachuelo de Soochow.

No se fijó en la esbelta, aunque fuerte, forma de un nativo que lo había seguido desde el hotel. A treinta yardas de distancia, el chino se detuvo y se ocultó en las sombras, vigilando, los brazos metidos dentro de las mangas de su túnica de seda, el rostro inescrutable.

Pasaron unos minutos. Una brisa errante flotaba sobre el Riachuelo, cargada con el perfume de los lirios que crecían más allá, en la zona florida. Shea olfateó el aire. El perfume del lirio consiguió lo que no había logrado ninguna vista ni ruido; volverlo a la realidad del sitio en que se hallaba, hacerle comprender que estaba en la misma ciudad que la muchacha de sus sueños.

Era, sin embargo, como si la mitad de la circunferencia del mundo los hubiera separado. Evelina Post, la joven de cabellos castaños y ojos violeta no era, "no podía" ser para él.

La mitad de su salario anual apenas hubiese bastado para pagar el traje que había lucido en un baile reciente, dado por el Club de Cazadores.

Rezongando en voz alta, Shea enganchó en su brazo el mango de su bastón y encendió un cigarrillo. Parecía que para él no podía haber esperanza, a menos que hiciera fortuna rápidamente.

—Nada mejor que un largo paseo para inspirarme — murmuró para sí. Sabía donde podría encontrar un taxi y ahora se dirigió rápidamente en esa dirección.

Había pocos autos en Shanghai; pero recientemente se había producido una invasión de taxis, con envidia y perjuicio de los "rickshaws" o cocheros chinos.

Su principal parada queda en el camino Foochow, el Picadilly del Lejano Oriente.

Saliendo de la tranquilidad relativa del puente, el camino era, después de las primeras cien yardas, un centro de bullicio. Con la llegada de la noche, empezaba la vida nocturna y, atravesando el Camino de Shantung, entró Shea en una avenida llena de luz y de color. Los frentes esculpidos de las casas de te estaban iluminados por faroles esféricos u octogonales. Caracteres dorados chinos, en tablillas adornadas con borlas, invitaban a leer, comer, beber o divertirse.

Dos líneas de "ricksshaws" marchaban a cada lado del camino y cuando más avanzaba Shea hacia el oeste, más densa era la muchedumbre. Así el hombre pudo acercarse más y más al inglés sin ser visto.

En la esquina de Fokien Road, Shea se detuvo unos momentos, mientras una procesión de literas y sillas de mano pasaba por delante de él, en dirección al Dan Quay Theatre. Por fin cruzó.

—Oiga, Lake, —dijo dirigiéndose al primer chauffeur de Shanghai — quiero hacer un largo paseo. Lléveme hasta Bubbling Well vuelva luego por Avenue Paul y atraviese la Colonia Francesa.

—Muy bien, señor Shea — replicó el conductor. Sonrió recordando otros viajes y abultadas propinas.

El chino que seguía a Shea, al comprender sus intenciones, se detuvo. Le era prácticamente imposible continuar ahora. No había calculado aquel procedimiento. Mientras el amarillo se detenía indeciso, un nuevo factor entró en escena.

Claramente audible sobre los rumores de la calle, llegó un grito de mujer.

Siguió ruido de chinelas, al correr; los cocheros y coolies se empujaban asustados y cuando Shea bajó del auto, del lado de la acera, para mirar, una mujer joven, vestida con flotante túnica de seda amarilla, se arrojó en sus brazos y se quedó allí, temblando como un pájaro herido.

—¡Sálveme... por favor! — jadeó y luego quedó desmayada en brazos del inglés.

La voz tenía acento extranjero; pero Shea tuvo apenas tiempo de darse cuenta de ello, de percibir un suave aroma de jazmín y fijarse en la profusión de brillantes cabellos castaños de la mujer; los perseguidores de la joven estaban frente a él y una multitud de chinos los rodeó.

Un amarillo, fornido y feo, como un luchador japonés, parecía el jefe. Se acercó a Shea y dijo en cantonés las palabras equivalentes a:

—Entrégueme a mi mujer. Corre peligro, si no lo hace.

La hoja de un cuchillo brilló entre la multitud, detrás del que había hablado. La gente se apretó más.

—¿Quién es usted? — preguntó Shea en el dialecto empleado por el hombre corpulento.

Simultáneamente trasladó la mayor parte de su carga al brazo izquierdo. Su mano derecha se acercó al bolsillo de su cadera.

—Soy Kou Chang — tronó el otro. — El socio principal de la Casa de las Mil Delicias. La mujer es de mi propiedad.

—Es un viejo y villano asesino — gruñó Lake. El chauffeur estaba parado junto al auto, con una llave inglesa en su callosa mano. — Súbala al auto, señor y la llevaremos a dar el paseo. Conozco a la muchacha. Es honesta y buena. Kou Chang es un gran embustero.

Burton Shea era hombre de decisiones rápidas y procedió de acuerdo a sus cualidades. Tardó menos de una fracción de segundo en instalar a la joven sobre los almohadones del auto abierto. Y durante esa fracción de segundo levantó el bastón y le pegó a Kou Chang.

El chino cayó hacia atrás con un gruñido y una blasfemia. Algún proyectil pegó contra la roja capota del auto. Lake, héroe de muchas peleas a puñetazos, olvidó ahora sus cualidades de deportista, blandiendo a derecha e izquierda la pesada llave.

—¡Sigue! — gruñó Shea friamente. Tenía ahora el bastón en la mano izquierda y en la derecha apareció un brillo opaco, de metal.

Lake saltó a su asiento y sus manos empuñaron el volante. El temor de ser arrollados por el auto, la amenaza de la pistola levantada, intimidaron a la turba; pero uno de los secuaces de Kou Chang se deslizó por detrás de Shea y le tiró una puñalada. El cuchillo desgarró la tela del saco de Shea; pero antes de que el inglés pudiera darse vuelta y hacer fuego, antes de que su asaltante lograra levantar el brazo para otro ataque, el chino que había estado siguiendo a Shea dió un paso hacia adelante. Un salto de tigre lo colocó frente al hombre que tenía el cuchillo, a quien hizo rodar de un puntapié de su chinela de madera.

Una expresión de agradecimiento apareció en los ojos de Shea, al ver a Lee Kee, su valet, que lo había seguido. Interviniendo tan oportunamente.

—¡Gracias, Lee! — le dijo, mientras el criado saltaba detrás de él al auto. Una lluvia de proyectiles siguió al vehículo que emprendió rápidamente la marcha. El ruido de vidrios indicó que habían roto el farol de atrás; pero no sufrieron otro daño. Los transeuntes y "rickshaws" se apartaban al paso del auto y cuando llegaron a Thibet Road los perseguidores quedaban muy atrás.

—Da vuelta a la derecha, Lake, — ordenó Shea. — Luego toma hacia el muelle y para allí.

El taxi disminuyó la marcha para dar vuelta. Lake tocó su bocina y tomó por el ancho Nanking Road. En el muelle que estaba desierto, el auto se detuvo bajo luz conveniente.

—¿Qué sabes tú de esto? — preguntó Shea al chauffeur.

Lake paró el motor y se dió vuelta en su asiento.

—Yo conozco a toda esa gente de Foochow Road — dijo. — Esta muchacha es Georgette, la cantora. Mestiza de china y blanco. Dicen que su padre era relojero en la colonia francesa. La educó y mandó a la escuela eurasiana. Allí aprendió inglés y música. Y desde que el viejo murió, ha cantado en las casas de te. No sé como se apoderó de ella Kou Chang; pero hace unas cuantas semanas que canta en su restaurante. Me dió

lástima verla allí, porque conozco a esa vieja serpiente.

Shea asintió. Conocía la reputación de la Casa de las Mil Delicias. Sabía que, aunque el restaurante era similar a otras excelentes casas de comida que había en el lugar, servía principalmente de máscara para ocultar otras cosas.

En el edificio, que tenía muchas entradas, había un salón exterior y otro interior donde se fumaba opio; en el exterior se servía al público amarillo y blanco; al interior sólo entraban chinos de tierra adentro, hombres ricos, dispuestos a gastar una pequeña fortuna antes de abandonar Shanghai para dirigirse a sus ciudades.

Muchachas cantoras, pintadas, estaban al alcance de aquellos Lotarios color azafrán, mientras fumaban y jugaban; se susurraba en las Colonias que más de una muchacha blanca había hallado un triste destino detrás de las puertas doradas, donde ardían, noche y día, las lámparas.

Así pensaba Shea; luego sus pensamientos fueron interrumpidos porque la joven se sentó de pronto y le agarró nerviosamente el brazo.

—No deje que me vuelvan a llevar — murmuró conmovedoramente. — Preferiría morir.

Burton Shea palmeó a la joven ligeramente en el hombro.

—Tranquilícese — le dijo. — Nosotros no la abandonaremos hasta que esté en seguridad. No se preocupe.

—¡Al hotel Astor, Lake! — ordenó y el auto se puso en marcha, a lo largo del muelle, en dirección a Garden Bridge.

II

No era un espectáculo común ver damas eurosianas, vestidas con flotantes sedas, en el hotel más caro y exclusivo de Shanghai; pero Shea era una persona privilegiada y tuvo pocas dificultades para esquivar a los curiosos huéspedes y encontrar al administrador.

—Quisiéramos — dijo indicando a sus

acompañantes con la mano — una salita privada. Tengo que arreglar un asunto con esta dama.

Las cejas del gerente se arqueran un poco al ver al chauffeur uniformado y a la asustada joven; pero conocía a Shea y sabía que los actos del inglés siempre respondían a algún motivo razonable.

hombres blancos, como de común acuerdo, se volvieron para mirar a Georgette. En plena luz vió Shea que la joven era linda, con belleza picante y poco común.

No tendría más de veinte años; era esbelta y delicada como una flor; sus límpidos ojos obscuros tenían el encanto y la timidez de los de la gacela; su cabello era abundante

Una joven vestida con flotante túnica de seda amarilla se arrojó en los brazos de Shea.

—Lo siento, señor Shea — dijo — pero hay esta noche un gran partido de bridge y las señoras se han posesionado de todas las habitaciones de este piso. ¿Por qué no lleva estas personas a su departamento?

Shea asintió, dió las gracias y guió al ascensor. Todos lo siguieron y pronto estuvieron convenientemente solos.

—Te he traído, Lake, — empezó Shea cuando estuvieron sentados — porque es necesario que conduzcas a esta señorita a alguna parte.

Mientras el valet servía sherry, los dos

lustroso, color castaño subido. El blanco de la raza europea y el amarillo de la oriental se habían combinado para dar a su cutis perfecto una belleza rara y exótica.

Sin embargo, aparte de la ligera oblicuidad de sus delicadas cejas, el tinte de su cutis era lo que la señalaba como eurasiana, esa raza indefinida de oriente, que tiene la belleza y virtudes de las dos razas y, sin embargo, está socialmente proscripta de ambas.

Shea suspiró mentalmente al contemplar a la joven y comprender cuanto tendría que

luchar en la vida. Su corazón sintióse atraído hacia ella, mientras Georgette le sonreía confiadamente.

—Cuénteme su historia — le pidió Shea dulcemente. — ¿Qué derechos tiene sobre usted Kou Chang?

Un temblor recorrió la esbelta forma de la joven al oír mencionar ese nombre.

—Le debo dinero — dijo al fin, después de una mirada tranquilizadora de su salvador — Más de trescientos taels.

Era difícil hacer hablar a la joven porque estaba nerviosa y turbada; pero, después de muchas preguntas, hechas con delicadeza, Shea se hizo cargo de su situación. A la muerte de su padre, el relojero francés Georgette se había encontrado sola en el mundo. La faltaba dinero para pagar el entierro y le firmó un pagaré al encargado de las pompas fúnebres, un portugués que era quien hacía la mayor parte de esos trabajos en la Colonia francesa.

Más tarde dió Georgette dos conciertos y llamó la atención de un agente que a veces proporcionaba danzarinas y cantoras europeas para los mejores restaurantes de Foochow Road. Fielmente abonó Georgette los intereses del pagaré y en parte había amortizado su deuda; pero un ataque de fiebre la tuvo recluída en sus habitaciones muchas semanas. Al recobrar la salud, dispuesta a seguir cantando, supo que Kou Chang, de la Casa de las Mil Delicias, se había hecho cargo del pagaré y era ahora su acreedor.

Comprendió Shea el juego del chino. Siguió fumando mientras la joven le contaba cuan bondadoso había sido al principio el chino con ella. Le había proporcionado costosos trajes y adornos, "añadiéndolos, simplemente, a la cuenta".

Tenía a cualquier hora del día o de la noche los alimentos que quisiera. Una princesa de sangre real, no hubiera recibido de parte del chino, más atenciones que Georgette... durante las primeras semanas.

Luego, una noche, Kou Chang la invitó a fijar su residencia permanente en la casa de te. Ella se negó, pues prefería sus habitaciones particulares en la Colonia francesa, donde podía retirarse y hallar paz y tranquilidad. Desde aquella noche comprendió que sus relaciones con Kou Chang se habían puesto tirantes El chino empezó a mostrar las uñas que hasta entonces había escondido cuidadosamente.

Poco después de eso, Kou Chang insistió en que Georgette cantara y entretuviera a un decrépito mandarín, en el salón interior del opio. Ella se negó terminantemente. Kou Chang exigió obediencia. Georgette pidió arreglo de cuentas y, sorprendida se halló con que lo que debía era más de lo que había ganado con su canto. Necesitaba trescientos taels para rescatar el pagaré y los extras añadidos a él.

Ignorante de las leyes, sin amigos entre las razas que frecuentaban el restaurante, aquella flor del dorado suburbio había consentido en quedarse, como una prisionera, en aparente libertad. Creía la declaración de Kou Chang de que ella le pertenecía hasta que saldara su cuenta, cantando y bailando.

Desde entonces había sufrido mucho. Quebrantado su espíritu, había cedido a los deseos de Kou Chang, cantando en el salón exterior o fumadero de opio semi público, donde, acostados en finas esteras y las cabezas apoyadas sobre almohadas de teca, con incrustaciones de nácar, los fumadores, blancos y amarillos, soñaban con un paraíso en la tierra.

Con sorpresa de Georgette ninguno la había tocado ni con un dedo, ni tampoco pronunciado palabras que pudieran ofenderla. Una canción de cuna, cantada en el dialecto cantonés, le había conquistado el corazón de todos los amarillos presentes y desde entonces Shew Hing, el chino viejo y desdentado que mezclaba y cocía el opio, se había convertido en su más devoto esclavo.

Así pasaron las noches hasta que apareció en escena cierto mercader de ganado de la Manchuria que puso sus ojos en la belleza de Georgette. No bien la vió y oyó cantar determinó que sería suya.

Pero tuvo que luchar contra dos obstáculos: la misma joven y el viejo "chef" del opio.

Con dificultad, entre sollozos, contó la joven a Shea que se había intentado contra ella la fuerza física. Ahora se fijó el inglés que una de las flotantes mangas de la túnica de Georgette estaba desgarrada. Un largo arañazo en el torneado antebrazo era significativo .El relato de la muchacha, fragmentario e incompleto, terminó en una serie de temblorosas incoherencias, suficientes para dar al hombre idea cabal de la situación.

Por un tiempo estuvo Shea sentado, con el ceño fruncido, sin hacer otro movimiento que voltear, de tiempo en tiempo, la ceniza de su cigarrillo. Pero al fin se enderezó e hizo una pregunta:

—¿No se consideraría usted segura en sus habitaciones de la Colonia francesa, si se le adelantara dinero para pagarle su deuda a Kou Chang?

—No, nunca volveré a vivir allí — la joven cruzó y descruzó sus esbeltos dedos — No sé donde ir.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus hermosos ojos y corrieron por sus mejillas. Una vez más pensó Shea en aquel embarazoso problema. Tenía algunos amigos casados, con establecimientos donde una joven del tipo de Georgette podía hallar refugio.

Pero mientras pasaba revista a uno por uno, los fué desechando sucesivamente.

Y luego, cuando el sol atravesó las amenazadoras nubes e inundó la tierra con su gloriosa claridad, pensó Shea en Sheng Kung Pao "el hombre más rico de China", el viejo adorador de Confucio, que había tomado maestro e institutriz ingleses para los nietos que vivían con él en su estucado palacio de Bubbling Well Road.

A la vez hombre de ciencia y mercader retirado, el bondadoso viejecito poseía numerosos criados y muchos descendientes. Era la persona que podía ayudar a Georgette en aquella hora de angustia. Allí encontraría la joven buenos amigos, blancos y amarillos. Poseía el palacio un salón de música, con piano y arpa, y una vasta biblioteca con cientos de volúmenes en francés e inglés.

Recordó complacido Shea a Loo Sheng, una de las nietas mayores de Sheng, que era eurasiana y comprendería la posición de Georgette. Loo Sheng hablaba perfectamente el inglés y el francés. Se había graduado en Vassar y vuelto a Shanghai el año anterior a reunirse con su madre, viuda de un teniente de navío británico.

—Ya le encontré casa — dijo Shea, sonriendo a Georgette. — Estoy seguro de que Sheng Kung Pao la recibirá con mucho gusto y cuidará de usted mientras quiera quedarse allí. ¿Naturalmente habrá oído hablar de él?

La joven asintió, pensativa.

—Mi padre fué misionero — prosiguió Shea. — Una vez tuvo ocasión de prestarle un gran servicio a Sheng Kung Pao y el viejo es para mí una especie de abuelo chino. A menudo voy a contarle mis dificultades y siempre me ayuda. Iremos a verlo ahora.

Al decir estas palabras, hizo señas Shea a su valet que le alcanzara el sombrero y el bastón. Pronto el grupo se instaló en el taxi y estando ahora las calles despejadas, llegaron rápidamente a Namking Road, apareciendo los edificios del hipódromo algo más adelante.

Bien retirado del camino de Bubbling Well Sheng Kung Pao había hecho construir un gran edificio de estuco y yeso. Estaba casi rodeado por un estanque, poblado de nenúfares, que atravesaba un puente en zig-zag. La casa se hallaba casi oculta en un bosque de sauces de Babilonia.

Al detenerse el auto, oyóse sonar un gong e inmediatamente los visitantes fueron bañados por una luz amarilla. Se les hizo una pregunta, que Shea contestó. Diciéndoles a Lake y al valet que esperaran, Shea ayudó a descender a la muchacha y la hizo pasar por una angosta puerta y atravesar un limpio patio de piedra.

Los ojos de Georgette se dilataron al ver las rosas ornamentales, los árboles enanos, las paredes esculpidas en relieve, los largos corredores que se extendían ante ellos. Pasaron por delante de un santuario, entraron a un gran salón de recibo, cuyas paredes estaban cubiertas por medallones azules y dorados y allí esperaron, mientras un criado chino llevaba adentro la tarjeta de Shea.

Pero la espera fué corta. El muchacho volvió en seguida, se inclinó casi hasta tocar el suelo, dió la bienvenida a los visitantes y les dijo que lo siguieran a donde los esperaba su amo.

Atravesaron un largo corredor, cubierto por fina estera y vagamente iluminado. Shea sonrió al oír el chillido de un gramófono y la voz gangosa de un conocido cantante; eso probaba que el viejo estaba de buen humor y se distraía con la música.

—Este es el salón de música — murmuró Shea a la joven cuando dieron vuelta a la derecha y entraron a una gran pieza.

Atravesaron el piso encerado, con alfombras al estilo europeo. Georgette vió en un rincón un armonium, un gran piano y un arpa. Un momento después, Shea la tomó de la mano y la presentó al hombre más anciano que había visto en su vida.

Sentado en un viejo sillón de hamaca, pelando gravemente un mango y escuchando las palabras sin sentido del estridente gramófono, estaba un viejecito chino, muy arrugado: Sheng Kung Pao. A sus pies se hallaba, en cuclillas, un sirviente chino, sosteniendo una bandeja de plata para las cáscaras. Otro estaba de pie junto a su amo y, a una señal de éste, hizo parar el gramófono.

—Bien venido, hijo de mi amigo — dijo el viejo cuando cesó la música.

Georgette experimentó una gran sorpresa. Al ver aquel cutis apergaminado, extendido sobre la huesosa cara, esperó oír una voz chillona y débil. Pero la voz del viejo era rica, vibrante, como la campana de San José en la Colonia Francesa.

El viejo ordenó que trajeran te y nuevamente la joven quedó sorprendida al ver bien los ojos de Sheng Kung Pao. Armonizaban con la voz. Profundos, perspicaces, escudriñaban su alma y leían todos sus secretos. La joven miró a cualquier parte para evitarlos. Como si leyera sus pensamientos, el anciano sonrió y habló:

—¿No he de estar cómodo en mi propia casa? — dijo con su voz maravillosa. — Mis hijos siempre me piden que tire este viejo sillón en que me siento. Es de madera común. No tiene adornos de nácar que lo embellezcan; pero mis viejos huesos se sienten muy a gusto en él. Y en él me quedaré hasta que vaya a reunirme con mis antepasados.

—Que tarde mucho ese día — murmuró Shea.

—Y este viejo gramófono... — prosiguió el dueño de casa, dirigiendo una mirada burlona a Shea. — Lo guardo y me gusta oírlo. Sé que desagrada su música a los oídos del hijo de mi amigo y que no entiendo las palabras. Sin embargo, me recuerda el canturreo de mi abuelo, el mercader de maderas que fundó la fortuna de mi casa.

La bondadosa luz de los ojos del anciano, el acento simpático de su voz, tranquilizaron a Georgette. Sonrió al viejo filósofo y su sonrisa duró hasta que Burton Shea empezó a explicar el motivo de la visita.

Sin hacer comentarios, sin interrupciones, Sheng Kung Pao escuchó hasta el fin. Luego, en voz baja, dió una orden a uno de sus criados. Este salió silenciosamente de la habitación y pronto volvió, separando las colgaduras de seda para dejar paso a una joven, extraordinariamente parecida a Georgette en altura, cutis y aspecto general.

Sabía Shea que era Loo Shang, la nieta mayor, eurasiana, de Sheng Kunk Pao. Se acercó al pequeño grupo y, si quedó sorprendida al ver el semblante de la joven, sucio por el llanto, y sus ropas desgarradas, no dió señales de ello.

—Loo — dijo Sheng Kung Pao con una nota de ternura en su maravillosa voz — tenemos una nueva hija en nuestro hogar. Es de sangre mezclada; pero, como tú, no eligió ella a sus padres. Ha sufrido mucho; pero no por su culpa. He mirado dentro de su corazón y lo he hallado puro como el lirio y fragante como el pimpollo del espino blanco. Prepárale una habitación y mírala como si fuera hermana de tu propia sangre.

III

Burton Shea, hijo del difunto y amado misionero Gordon Shea, poseía un alma peculiarmente altiva y sensible. Nacido en China, por deseo de su padre había sido educado en una de las mejores universidades británicas e ido a Oxford. La madre vivió hasta el regreso de su hijo a Shanghai y el padre la sobrevivió lo suficiente para ver a Burton bien establecido, en su presente posición.

Pero, antes de abandonar Burton la China dominaba, hasta el "slang", tres dialectos, además del oficial mandarín. Y gracias a su costumbre democrática de mezclarse con toda clase de gente, desde coolies hasta mercaderes chinos, sus dialectos no tenían acento extranjero. Conocía bien el interior de China, sus costumbres y su historia. Ningún hombre blanco del norte de la China estaba mejor informado que Shea.

Tan odiado y temido en China, como respetado y honrado en Inglaterra, se le pagaba un salario máximo como "agente especial".

Sin embargo Shea, parado en el Garden Bridge, a la mañana siguiente de haber salvado a Georgette hallaba, su salario ridículo cuando pensaba en el matrimonio con la mujer que ahora estaba a su lado y le hacía infinidad de preguntas.

—Usted parece saberlo todo aquí en China, — dijo ella, tocando con sus arqueados dedos el codo de él. — Así que dígame el origen de este Festival Náutico del Dragón.

Shea se volvió y miró los ojos, violetas y profundos, de Everlyn Post. El padre de la joven, de cabello gris y majestuoso aspecto, fumaba incesantemente y se volvió para escuchar.

—Es una fiesta nacional — explicó Shea — y siempre cae el quinto día de la quinta luna. Y como en la China, los meses o las lunas se retrasan, con respecto a los nuestros, el festival se realiza a principios de Junio. Se celebra desde el año 450 A. de C. Cuenta la historia que un fiel y querido ministro de estado, fué despedido por su príncipe y, de pesar, se tiró al río. El pueblo, temeroso de que su cuerpo fuera devorado por los peces, envió botes a buscarlo. En cada bote se puso alimento para los peces y tortas y arroz para el hombre de estado muerto. El cuerpo nunca se encontró; pero, desde entonces, en el aniversario de la muerte del ministro, botes-dragones recorren todos los ríos de China y las actividades y negocios se suspenden enteramente por un día.

—Muy interesante — gruñó Franklin Post

Su hija aumentó la presión en el brazo de Shea y lo miró admirativamente. Si el inglés hubiera sido suficientemente perspicaz para leer en el alma de las mujeres, como lo hacía en la de los hombres, aquella mirada le hubiera producido gran consuelo.

La joven de los cabellos leonados y ojos violetas pensó:

—¡Qué modesto es! ¡Qué buen mozo e inteligente! ¿Se me declarará?

En voz alta dijo a su padre.

—Es curioso que el señor Shea tenga tantos conocimientos acerca de la China. El otro día, cuando íbamos por el muello no tuve más que señalarle uno de los cien juncos y en seguida me dijo de que puerto de China procedía. Y estábamos demasiado lejos para leer letreros en el bote, si es que los tenía.

—Fué muy sencillo — declaró Shea. — En un ancladero de juncos enseguida se conocen los que son de Shanghai por la popa lisa y la madera obscura, aceitada. Los juncos de Foochow tienen popas altas y trabajadas; los de Ningpo cascos negros con pinturas verdes y rojas, en la obra de arriba. Y así sucesivamente. Se les puede reconocer a todos después de algunas horas de observación.

Alrededor del grupo de ingleses se oyó un murmullo excitado. Se acercaba otro bote-dragón. Pasó, relucientes al sol los remos, por entre el arco que estaba debajo de los ingleses. Las mejillas de Everlyn estaban encarnadas de animación.

—Terminaremos el día, papá, — declaró con entusiasmo — tomando te en la Casa del Sauce y luego iremos a oír el concierto de banda en los Jardines Públicos.

—Tomaréis el te solos — dijo el capitalista, con una mirada comprensiva a la pareja. — Tengo que despachar algunos telegramas. Me reuniré con vosotros a la hora de la comida.

Everlyn hizo un puchero; pero, interiormente, estaba complacida. Deseaba encontrarse a solas con aquel hombre que la atraía tan extrañamente.

Shea se dejó conducir como un cordero al sacrificio. No tenía ocupaciones urgentes aquel día y en su triple papel de guía, intérprete y compañero, procuraría que la tarde fuera para ambos feliz y memorable.

Cuando el último bote pasó por debajo del puente y la gente se hubo dispersado un poco, Shea llamó un "rickshaw" y estrechó la mano del padre de la joven.

—La cuidaré lo mejor posible — le aseguró.

Y lo hizo. Despidió el "rickshaw" a la entrada del puente en zig-zag que conducía a la curiosa casa de te Woo Sing Ding y pasaron una maravillosa tarde juntos.

La comida fué ceremoniosa y Shea sintió alivio cuando terminó y Franklin Post se alejó para presidir una conferencia de propietarios de vapores. Nuevamente pensó el joven que estaría solo con Everlyn hasta que terminara el concierto de banda.

El dulce aire de Junio estaba perfumado por las flores de las innumerables matas y arbustos que los rodeaban. Se sentaron el uno junto al otro y hablaron poco. La luna, cerca de su primer cuarto levantaba sus dorados cuernos sobre el horizonte y añadía embrujo a la noche.

Hubo un momento, sin embargo, en que el silencio fué interrumpido. Shea había tirado el cigarrillo y su mano, volviendo al borde del asiento encontró los dedos fríos y esbeltos de su compañera. Con sorpresa de Shea, ella no retiró la mano. En vez, se arrimó más y con los mismos dedos le tocó el dorso de la mano intrusa.

—Cuénteme una historia — le suplicó ella infantilmente. — Una de esas maravi-

llosas historias de fumaderos de opio y bandidos chinos. Pero que figure una mujer. En las suyas no las hay. ¿No corren aventuras las muchachas en China? Quizá ese antro de opio de que me habló tiene su reina.

Por algunos minutos estuvo Burton Shea silencioso, latiéndole fuertemente el corazón al tener tan cerca a aquella criatura a quien adoraba. Luego, envalentonándose, le tomó la suave mano y contóle las aventuras de Georgette.

No figuró él en la historia. El héroe fué un amigo suyo, empleado en la Aduana británica. Suprimió muchos sórdidos detalles, cuando el buen gusto lo exigía. Lake, el chauffeur, desempeñó una gran parte en la versión de Shea sobre la pelea de Foochow Road. Y con el relato de su visita a casa de Sheng Kung Pao terminó la historia.

Por algunos minutos, Everlyn pareció sumida en profundos pensamientos. Su mano descansaba pasiva en la de Shea. Luego, de pronto, le preguntó.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió eso?

—No mucho — contestó Shea.

—En verdad, ocurrió anoche ¿no? — prosiguió Everlyn con desconcertante seguridad.

—S...i — admitió él.

—¿Y no es verdad también que fué "usted" quien salvó a la joven y la colocó bajo el amparo de Sheng Kung Pao?

Tomado de sorpresa, confundido, Shea se refugió en el silencio. ¿Cómo diablos lo había ella adivinado? pensó. Era un idota por haberle contado semejante historia. No tenía deseos de pasar por héroe a los ojos de Evelyn.

—¿Cómo puedo amar a un hombre así? — se preguntaba a sí misma la joven, mientras él suavemente le soltaba los dedos y se levantaba. — ¿Por qué no tiene valor para declarárseme? ¿O es que no me quiere bastante?

Vivían en el mismo hotel. Shea la dejó en el ascensor y se dirigió al bar, donde con sorpresa del mozo pidió una bebida fuerte.

Más tarde, bastante mareado, probó la suerte en el billar. Y aquella noche durmió peso. De vez en cuando se movía, entre las almohadas preguntándose. ¿De dónde voy a sacar suficiente dinero para igualarme a ella?

IV

Burton Shea casi confesó su amor a Elelyn. Los Post estaban de pasada en Oriente y el término de su visita se aproximaba. Muy pronto partirían para el Japón. Era enloquecedor permitir que aquella mujer desapareciera de su vida; sin embargo, Shea comprendiendo que sus pretensiones serían inútiles, contuvo las palabras que estaban por brotar de sus labios.

Franklin Post apreciaba al joven y le habló de negocios una noche, a la hora de la comida.

—Supongamos, — dijo el anciano, — que entrara usted al servicio de la T. P. M. por un año. Como comisionista, pongamos: viajar entre los puertos y adquirir experiencia. Somos rivales de las dos líneas de la Jap Kaisha, tanto en vapores de carga como de pasajeros, y el conocimiento que tiene usted de los idiomas y del país sería valioso. Al terminar el año podríamos darle un buen salario y hacerle un contrato para el puesto de ayudante de nuestro agente general en Oriente.

Los ojos obscuros de Shea chispearon. Dirigió una mirada de disculpa a Evelyn, por discutir negocios en su presencia y se dirigió al capitalista.

—En caso de que acepte, trabajando duro y parejo, consiguiendo negocios para la compañía, ¿qué salario podría ganar? ¿Y hasta dónde podría subir?

Post frunció los labios y pensó un poco.

—Creo que, en estos tiempos, no es posible llegar a los primeros puestos. Los jefes de departamentos, agentes generales, etc., son todos fuertes accionistas. Somos un huerto cerrado. Si economiza usted dinero unos años y compra algunas acciones, podría llegar a ser agente general nuestro en China y Japón. El hombre que desempeña actualmente ese puesto gana cinco mil libras al año.

Shea pensó cuantos años habría trabajado el oficial para llegar a ese punto.

Pero Franklin Post, con los ojos semi cerrados, en actitud calculadora, hablaba otra vez.

—Creo que, después de un año de prueba con salario nominal y, naturalmente, con tal que usted trabaje bien, puedo prometerle mil libras de sueldo al año; después de eso no pasará mucho tiempo sin que llegue usted a las dos mil.

Si Shea nunca hubiese conocido a Evelyn, hubiera aceptado, enseguida, bendiciendo la oportunidad. Pero sabiendo que ni siquiera dos mil libras al año igualarían su posición a la de la joven, se quedó mudo.

Post lo observó con curiosidad y poco después le preguntó:

—Y bien ¿qué piensa de mi proposición?

—Si no tiene usted inconveniente, — contestó Shea en voz baja, — pensaré el asunto y le daré mi respuesta dentro de un día o dos. Y un millón de gracias por su confianza en mí y su bondadoso ofrecimiento.

A la siguiente tarde, Shea se dirigió a casa de Sheng Kung Pao. Fué hecho pasar a la biblioteca, donde halló al anciano sumido en la lectura de un voluminoso libro.

—Bien venido, hijo mío — dijo con su voz profunda y le tendió la arrugada mano.

—He venido a hablar con usted, si puede concederme unos momentos, señor — explicó Shea.

Había una nota grave en la voz del inglés. El viejo lo advirtió y miró a Shea con ojos pensativos.

—Habla, hijo — dijo en florido mandarín. — Mi tiempo es tuyo, lo mismo que mi casa y todo lo que ella contiene.

Shea fué derecho al asunto.

—Amo a una joven — dijo — y creo que ella se interesa bastante por mí. Pero es muy rica y no puedo decidirme a hablarle. Puedo trabajar para su padre con un buen salario; pero pasarán muchos años antes de que logre economizar lo suficiente para hacerla mi esposa, sin privarla de lo que ahora está acostumbrada. Para esa época yo ya tendré

canas y, probablemente, ella se habrá casado con otro.

Se detuvo y miró los ojos penetrantes de Sheng Kung Pao. Se le ocurrió que el anciano podía interpretar mal su visita y se apresuró a añadir.

—No he venido a pedirle dinero, sí no consejo. Usted conoce la China y sabe mejor que nadie las posibilidades que tiene un hombre de mi raza. Si yo estuviera seguro de que podría ganar, rápida y legítimamente un buen pasar, me atrevería a hablarle a la joven y pedirle que esperara. Dígame si le ocurre algo que yo pueda hacer, por que estoy seguro de mi amor y de lo que vale la mujer que amo.

Sheng Kung Pao estaba inmóvil, con las manos entrecruzadas y los ojos cerrados, como una imagen de Buda. Por espacio de varios minutos permaneció así sumido en sus pensamientos y luego abrió los ojos y sus labios se movieron.

—Yo te ayudaré, hijo mío — le dijo. — Pero primero quiero explicarte por qué quiero ayudarte. Voy a contarte una pequeña historia.

Tan baja era la voz del anciano que Shea se vió obligado a sentarse más cerca.

—Hace muchos, muchos años, que yo encontré por vez primera a tu padre. No era yo tan rico como hoy; pero, aún entonces, pocos hombres en el norte de la China poseían lo que yo. Entonces era mercader en maderas, como siempre, e iba de cuando en cuando a las montañas, a recorrer mis tierras y vigilar el corte de los bosques. En esos viajes me vestía con ropa tosca, adecuada para el viaje, y llevaba poco dinero encima.

En el viaje en que conocí a tu padre, yo viajaba con dos compañeros cuando nos encontramos con una banda de ladrones. Peleamos. Uno de mis hombres fué muerto, el otro quedó gravemente herido. A mí me llevaron a una cueva, me robaron la ropa y el dinero y me agobiaron a preguntas acerca del rico Sheng Kung Pao, de quien me creían criado.

De un modo general, los ladrones conocían las visitas del mercader a sus tierras y proyectaban secuestrarlo y exigir por él un fuerte rescate. Yo fingí entrar en sus planes; pero, desgraciadamente, llegó uno que me conocía. Negué mi identidad; pero fué inútil. Me torturaron.

Y cuando todavía negaba ser Sheng Kung Pao y rehusaba firmarles una orden para uno de mis banqueros ,me ataron para pasar la noche, cubriéndome con unos trapos. Estuve horas tiritando de frío y oyendo a los bandidos que discutían lo que debía hacerse conmigo. Logré desatarme y huir.

Creía conocer bastante bien la comarca; pero me extravié y erré todo un día y una noche antes de encontrar una aldea, donde conocía a un posadero. Sólo un sucio trapo me cubría desde la cintura para abajo cuando entré, rengueando, en la aldea.

Los perros me ladraban y los chiquillos me seguían. Porque, aparte de mi falta de ropa, tenía el cuerpo picado por los insectos y arañado por las espinas.

Pero mis tribulaciones no iban a terminar, porque el posadero no era más el mismo. Un extraño ocupaba su lugar y no me conocía. No bien le dije que era Sheng Kunk Pao, que me había escapado de manos de los ladrones que me torturaron, se echó a reír en mi cara y me trató de loco.

Insistí; pero me trató rudamente y me echó de la casa. Los perros me lanzaban tarascones a las piernas. Los muchachos se burlaban de mí y me tiraban piedras, cuando apareció tu padre en escena. Espantó a los perros y amenazó a los chiquillos con su bastón. Luego llamó a unos cargadores y me trasladó al "cottage" que había alquilado para pasar sus vacaciones en la montaña. Tú estabas allí, eras un niño de dos o tres años, que traveseaba y hacía enojar a su niñera.

El resto de la historia es breve. Ni tu padre ni tu madre me conocían ni habían oído lo que yo le dije al posadero. Pero si hubiese sido el hijo del emperador, no me hubieran cuidado mejor. Me bañaron y curaron mis heridas. Me acostaron en una cama limpia y llamaron a un médico inglés, que vivía en una aldea cercana. El cosió mis heridas, que sanaron perfectamente; me curó y vendó los pies quemados.

Por espacio de dos semanas o más estuve en cama, pensando como me vengaría de los ladrones y en el modo de recompensar a tus bondadosos padres.

Puedes adivinar el resto. Los ladrones fueron perseguidos, arrestados y azotados sin piedad. Tus padres no quisieron aceptar nada por su obra de caridad. Pero indirectamente, hallé los medios de contribuir al sostenimiento de la misión cristiana que ellos representaban. Se construyó una iglesia y...

El anciano sonrió benignamente y movió las manos como diciendo: "No voy a ocuparme de mis beneficios".

Burton Shea pensaba tiernamente en sus padres. Nunca, hasta entonces, había conocido los detalles de aquella extraña amistad entre su padre y el capitalista chino. Pero nuevamente se oyó la voz de Sheng Kung

—La primera vez que te vi, después que fuí llevado a casa de tu padre, te acercaste a mí con dos ciruelas en la mano. Insististe en que tomara, por lo menos una de ella. Me juré a mí mismo que algún día te pagaría aquella ciruela. Desde entonces, nunca te perdí de vista. A veces, de un modo que no puedo explicarte ahora, te he sido un poco útil. Desde que tus padres murieron has marchado por el camino recto y no has perdido los generosos impulsos de tu infancia. Testigo el haber salvado a la cantante. Según el lenguaje de la Biblia: "has arrojado tu pan sobre las aguas y éste vuelve a tí ahora".

Sin comprender bien las intenciones del anciano, Shea permanecía silencioso. El otro golpeó las manos y al aparecer su secretario le dió una orden. El hombre salió de la biblioteca y volvió pronto trayendo una especie de carpeta dentro de la cual había grandes hojas de papel de seda amarillo. Agarrando un pincel puntiagudo y frotándolo en la almohadilla de tinta, Sheng Kung Pao estuvo unos momentos ocupado antes de ordenar a su secretario que se retirara.

(Continuará)

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

CINCO minutos más tarde se despedían y Billjim estrechó calurosamente la mano de John Henry.

—Buena suerte, hijo mío — le dijo. — Cuídate y no vayas a mojarte los pies. Eres aquí una gran molestia; pero me alegraré de verte volver.

—Gracias, Billjim — contestó John Henry. — Te traeré un tarro de mermelada, en recuerdo de los viejos tiempos.

Y saltó al ténder que lo esperaba.

En Calais, los dos aventureros se presentaron a bordo de un destroyer, amarrado a uno de los muelles y fueron conducidos a presencia de un almirante de cara curtida, que jugaba al bridge con dos capitanes y un teniente, muy sonrosado. En un ángulo del camarote se hallaba un oficial del Cuerpo Real de Aviación, poseedor del rostro más feo que los recién llegados habían visto jamás. De tan feo, resultaba encantador. Tenía ojos azules, chispeantes, boca humorística y una barba que parecía un saco de trigo.

El Calvo saludó, al levantarse el almirante y pronunciar unas palabras de bienvenida. Después hubo apretones de manos y presentación general.

—El capitán Cardew y el capitán Boyd — dijo el almirante señalando a los dos caballeros que estaban a su lado. — Y el teniente Flack. Vuestro compañero de arma es el teniente Punson, perito en hidroplanos. Yo me llamo Broke. Pero, sentaos, caballeros y conversemos. Sólo esperábamos vuestra llegada para discutir plenamente todos los arreglos.

Tanto el Calvo como John Henry contuvieron una exclamación, cuando el almirante se nombró, porque todo el mundo había oído hablar del almirante Sir Keevil Broke, que había atacado con su crucero una estación carbonera enemiga, en las Islas Faroes, y hundido dos buques de guerra y un cañonero amarrados allí. Se le llamaba "Broke de las Faroes" y ganó su ascenso por aquella acción, al principio de la guerra. Desde entonces su renombre había continuado.

Los "arreglos" que ahora procedió a discutir debían hacer aún más grande su fama. Extendió un gran mapa sobre la mesa, de la cual habían sido retiradas las cartas, y encendió un cigarrillo.

—Como sabéis, caballeros, — dijo — el ejército ha hecho una tentiva para avanzar hacia el norte y capturar el puerto de Kneup hace dos días. El intento fracasó por haber volado nuestro gran arsenal, cerca de Dunquerke. Dadas las circunstancias, no será posible capturar Kneup hasta dentro de unos meses y entretanto, los submarinos alemanes están llevando a Inglaterra al borde del hambre. Aquí es donde vamos a intervenir nosotros.

Miró alrededor de la mesa.

—Vamos a atacar Kneup por mar — continuó—Cardew, aquí presente, va a conducir el viejo crucero Titán mismo dentro del puerto una noche de la semana próxima. Entrará, favorecido por la obscuridad, atropella-

Aguilas del frente...

rá las grandes puertas del muelle de submarinos y hundirá allí su barco. Los submarinos no podrán salir. Y nada en el mundo logrará sacar de allí al viejo Titán, una vez que se haya ido a pique.

El Calvo lanzó una larga exclamación admirativa ante la audacia del plan, porque los alemanes habían fortificado su base de submarinos con innumerables baterías de cañones y el puerto estaba rodeado de minas. Sin embargo, el almirante Broke había previsto hasta el último detalle.

Había provisto a su propio barco de grandes "guarda minas" a fin de que pudieran abrir camino, librándolos de las minas, a los otros buques.

El capitán Boyd, en otro buque, el Ajax, debía ir a lo largo de una de las paredes del puerto y desembarcar partidas de asalto. Estos hombres atacarían las baterías, que se sabía había allí, para impedirles abrir fuego sobre el Titán.

—La cosa va a ser brava, mientras dure — concluyó el almirante. — Pero no se puede pretender tapar la principal "lata de pescado" de Fritz sin algunos desagrados. Flack andará por los alrededores con una lancha a motor para recoger a Cardew y a sus hombres cuando se lancen a nado, después de hundir el Titán en el muelle roto.

—Y nosotros ¿qué papel desempeñaremos, señor? — preguntó el Calvo.

—Vosotros pilotearéis tres aparatos Fokker que he capturado — dijo. — Voy a hacerlos cargar con cuanto explosivo puedan resistir. Vuestro trabajo será aterrizar en una faja de arena, dentro del puerto, y carretearlos hasta junto las paredes. Luego saltaréis fuera de ellos, correréis hasta distancia segura y, empleando un alambre de contacto, los haréis volar. Eso impedirá a cualquiera correr a lo largo de las paredes para atacar las partidas de asalto del Ajax.

El Calvo sonrió alegremente. Era un trabajo como a él le gustaba, locamente peligroso y audaz. Debía ser muy divertido. Entretanto todo el grupo se había puesto a discutir los detalles y el Calvo se volvió al teniente Punson.

—¿Supongo que esa idea de volar las paredes del puerto será suya? — preguntó.

—No — sonrió Punson. — Yo soy piloto de hidroplanos; pero he inventado una catapulta que despide aeroplanos desde la cubierto de un navío. Por eso el almirante me mandó llamar. Vamos a proyectar los Fokkers, con mi pequeño invento, desde la cubierta de la nave almirante, el Devon, la noche de la función.

—¡Caramba, mi querido inventor! — dijo John Henry alegremente. — Espero que su pequeño invento funcione bien. Realmente me disgustaría que algo se descompusiera mientras estoy dentro de un aeroplano cargado de explosivos. No tenemos mucha plata; pero nos gusta ver la vida.

Estaba destinado a ver mucho de la vida, antes de que transcurriera una semana. De la vida y. de la muerte también.

LA HORA O

Sobre la cubierta del buque de Guerra Devon, se veía un aeroplano Fokker, con sus cruces negras, al principio de unos carriles, que iban desde la torrecilla blandada hasta la proa. Había garfios enganchados a la barra de hierro del tren de aterrizaje y estos garfios se hallaban unidos a cuerdas que se enrollaban en un par de poderosos monta cargas.

En otras palabras, el teniente Punson había arreglado, con ayuda del jefe de máquinas, una catapulta gigantesca; y aquel tosco aparato fué precursor de los que se usan hoy día. Los flotadores son cosas que entorpecen la velocidad de un aparato, por lo que Jack Punson, comunmente conocido por Pato de Charco había determinado prescindir de ellos.

Puso en marcha el motor, dió la señal a los marineros que colgaban atrás y dió una orden, con la mano, a los hombres de los montacargas.

El motor tosió, parándose en el preciso momento en que los montacargas empezaban a funcionar. El resultado fué alarmante.

Sin el impulso del motor para facilitar las cosas, la tensión de la catapulta en la parte inferior del aparato fué terrible. Se oyó un fuerte crugido y el Fokker fué proyectado violentamente hacia adelante, la proa en alto y la cola contra los carriles.

Uno de los hombres del montacargas paró vivamente la fuerza motriz; pero el otro, en su nerviosidad, no hizo lo mismo. Aquello complicó, si era posible, más las cosas, porque la tensión desigual dio vuelta de costado al Fokker, que se deslizó como un cangrejo gigantesco que busca el lecho del mar.

Se oyó otro nuevo y más alarmante crugido y el tren de aterrizaje fué arrancado limpito. El Fokker chocó pesadamente contra la barandilla y se detuvo, suspendido sobre el agua.

Entretanto, el tren de aterrizaje y una parte de la cabina, llevando dentro al desdichado tenente Punsón, siguieron viaje sobre la proa, siendo proyectados a cincuenta varas de distancia y hundiéndose en el agua con gran ruido.

El teniente Punson también desapareció; se lo tragaron las aguas, ahogando un torrente de palabras, indignas de un oficial y de un caballero. Sin demora enviose en su auxilio un bote y fué traido de nuevo abordo, donde se encontró con la sarcástica admiración de el Calvo.

—Es la mejor prueba de circo que he presenciado en mi vida — díjole sonriendo Me gustaría hacer arreglos para que pueda usted repetirla delante de todas las testas coronadas de Europa y ante el presidente de los E. U. ¿Quién es el siguiente que se va a zambullir con la salsa?

Si alguna vez estuvo el Calvo expuesto a ser asesinado fue en ese momento.

John Henry temblaba de risa, junto a los dos.

—¡Querido Pato de Charco! — exclamó — Le daremos una medalla de cuero para

recompensar su hazaña. Entretanto, es mejor que alguien intente algo a menos que se quiera mandar a un pobre marinero, con traje de buzo, a buscar el tren rodante del Fokker al fondo del mar ¡Linda cosa! No nos quedan más que dos aparatos buenos ahora.

Ocurrió que el lanchón que había traído los Fokkers estaba todavía por allí, por que su capitán se había quedado para presenciar el espectáculo. El Calvo corrió a la cabina del almirante y a los pocos momentos se le hizo señales al lanchón que volviera a su base y trajera otro aparato, que el almirante pidió al cuartel general por radio telegrafía.

El segundo lanzamiento se realizó a la mañana siguiente cuando la chata de transporte apareció en el horizonte. Esta vez iba el Calvo en los controles del Fokker y la catapulta funcionó como era debido.

La pequeña máquina de las cruces negras corrió por los carriles con su motor rugiendo, pasó por encima de la proa, como una piedra lanzada por una honda, y levantó inmediatamente el vuelo, mientras las expertas manos del piloto maniobraba en los controles. Luego los otros dos aparatos practicaron el despegue, cuando llegó el nuevo Fokker y acuatizaron al costado, donde se había arreglado un montacargas para subirlos.

El almirante Borke observó las operaciones, desde el puente, con gran interés. Al pedir oficiales aviadores al ejército, había solicitado que le mandaran "lo mejor" del escuadrón de los "Angeles" y estaba satisfecho de su elección. En cuanto al teniente Punson lo conocía por sus trabajos en hidroplanos, que le habían mantenido en contacto constante con la flota.

—Son buenos muchachos — murmuró el almirante, observando como los tres vigilaban la subida abordo del último Fokker — Todos de la misma pasta, audaces, valientes y con gran dosis de inteligencia. Si el éxito de esta pequeña aventura dependiera de ellos, no me preocuparía.

En realidad, aunque no lo imaginó entonces, las palabras del almirante fueron proféticas. Mientras los aviadores practicaban, el almirante había estado perfeccionando los detalles del "raid" con sus dos capitanes y, por lo que él podía ver, nada quedaba librado al azar.

No bien los tres aparatos pasaran sobre Kneup y aterrizaron, la nave almirante iba a despedir una espesa cortina de humo para ocultar las operaciones del barco que debía obstruir el puerto y de las partidas de asalto. Realmente, todo parecía factible. No se necesitaba más que mar tranquilo, una noche bien obscura y... las cosas marcharían de acuerdo al plan. El puerto Kneup quedaría obstruído y la mitad de la campaña submarina contra Inglaterra imposibilitada.

Media hora más tarde, en el puente, el Calvo informó que, por lo que a él concernía, todo estaba dispuesto. El jefe de máquinas y el teniente de artillería se ocupaban de cargar los aparatos con todos los explosivos que pudieran llevar, además del piloto. Para poder lograr mejor esto, había reducido la cantidad de petróleo, de manera que los aeroplanos sólo tenían la cantidad de combustible necesaria para media hora de vuelo.

—Sin embargo, patrón almirante, eso basta y sobra — dijo el Calvo como conclusión — Siempre es mejor tener algo de reserva; pero, con diez minutos de vuelo será suficiente para lo que proyectamos. Entretanto, los electricistas están instalando corto-circuitos eléctricos a fin de que no tengamos que incendiar los ómnibus y llamar la atención conforme aterricemos, debajo del rompeolas. Saltaremos, nos alejaremos a prudente distancia, llevando un cable de largo suficiente, estableceremos el contacto y... ¡bum!

—Bien — dijo el almirante — Cardew lo tiene también todo pronto en el viejo Titán. Boyd y Flack se hallan dispuestos a partir en cualquier momento. El Titán ha sido bien lastrado, con cemento, para que se hunda con más rapidez. El Ajax lleva escalas especiales a fin de que las partidas de desembarco puedan trepar rápidamente por el rompeolas cuando atraque a él. No se me ocurre nada más, Atlee. He estudiado el plan hasta el último detalle; pero he vivido demasiado en el mar para estar seguro de su éxito. Es curioso; pero siento como si se me hubiese olvidado algo.

Miró hacia adelante, por encima del puente de acero, y una extraña expresión apareció en el rostro de el Calvo.

—Patrón almirante, — dijo — se lo que le pasa. No es la primera vez que yo he ideado un pequeño plan para darle a Fritz un puntapié en las asentaderas y se lo que se siente. Se pone uno hecho una pila de nervios al llegar el momento. Pero no se preocupe. No creo que se le haya olvidado a usted nada. Los otros se lo hubieran, en tal caso, recordado.

—Así es — replicó el almirante que, evidentemente hacía esfuerzos para vencer su depresión. Sabía que la operación era enormemente peligrosa y aunque no se preocupaba por sí mismo, no podía menos de mirar alrededor de sus cubiertas y pensar cuantos de aquellos valientes muchachos vivirían después de terminado el raid.

El almirante era un marino duro y aguerrido; toda su vida había contemplado de frente a la muerte. Sin embargo, le parecía una lástima que la flor de la Armada fuera así al sacrificio. Con todo, cuando se trataba de un trabajo importante, no había más remedio que emplear buen material.

Sacó de su bolsillo un papel doblado y lo sostuvo contra el viento.

—Es un informe del almirantazgo respecto al tiempo — dijo brevemente — Las señales de esta mañana anuncian que las condiciones de la noche serán buenas. ¿Estarán prontas sus máquinas para entonces?

—Prontas dentro de un par de horas, señor — contestó el Calvo.

—Muy bien. Prepárese para esta noche, a menos que yo de órdenes en contra. Y permítame que le dé las gracias, Atlee, por su cooperación. Puede ser que ni yo ni usted podamos hablar mañana.

El Calvo estrechó la mano que le tendían, sonrió y volvióse hacia la escalera.

—Gracias, almirante — contestó. — Sin embargo, creo que podemos decirnos "hasta mañana".

Agarrándose a la barandilla, bajó perdiéndose de vista.

Ocho horas más tarde, la obscuridad, espesa e impenetrable, había caído sobre el mar tranquilo y un viento ligero soplaba del noroeste. La gran nave almirante se estremeció al empezar a dar vuelta sus turbinas. Todas las luces de arriba fueron apagadas; las luces de abajo amortiguadas. Una excitación contenida reinaba en todos los compartimientos del gran casco de acero.

El raid había empezado.

LA OBSTRUCCION DEL PUERTO

Reinaba el silencio por todas partes, interrumpido solamente por el rumor de la proa al cortar el agua y la vibración de las turbinas de la nave almirante. Hasta los aparatos telegráficos funcionaban apagadamente y no se oían timbres metálicos.

Las voces de los hombres eran un murmullo, mientras corrían descalzos por la cubierta de proa, colocando el primer Fokker en su sitio, al principio del carril.

A menos de media milla de estribor, el mar ostentaba una sombra más obscura. Era la costa de Bélgica, con su base de submarinos en Kneup y su puerto perfectamente fortificado. Ninguna luz la señalaba; pero el almirante hizo dar vuelta lentamente su nave, de modo que mirara hacia los escondidos rompeolas, dejando caer un par de compases de división sobre un gran mapa extendido sobre la mesa del cuarto de marear.

Junto a él, el piloto y el primer teniente anotaban cifras y consultaban escalas. Luego el piloto levantó la vista; gotas de sudor brillaban en su prominente nariz.

—Yo calculo dos puntos al nordeste — dijo y miró a su compañero. — ¿Y usted, Número Uno?

—Dos puntos al noroeste — repitió el otro cerrando la escala de corredera de golpe. El almirante levantó la voz ligeramente al pasar junto al hombre impasible uniformado, que estaba al timón.

—Ahora empieza el baile — dijo. — Hemos tenido hasta el momento suerte de no encontrar minas; pero es posible que las hallemos aquí. ¿No hay señales del Ajax o el Titán?

—El vigía de popa informó que venían a cien yardas detrás y conservándose en posición, hace cinco minutos — contestó el comandante. — ¿Le diré a "Cañonazo" que se sitúe a las calderas de humo, señor?

—Sí, sí — contestó el almirante. Pero cuando el otro se movía para obedecer, se oyó un repentino estallido y vióse un resplandor lívido algo más adelante.

El comandante terminó su viaje de espaldas y desapareció escalera abajo. El almirante chocó contra el piloto y ambos cayeron, en montón, al suelo, porque el buque había dado un repentino barquinazo.

—Número Uno — murmuró el comandante — ahora viene el temporal.

El "temporal", como él lo llamaba, llegó en seguida. Explosión tras explosión sacudieron la nave y las llamas se elevaron hasta el cielo, mientras el guarda minas chocaba contra las minas flotantes y las iba haciendo estallar una por una.

Ahora marchaban a toda velocidad; los buques que venían detrás también aceleraron y los cañones alemanes de la costa entraron rápidamente en acción.

Ciertamente el ataque, que supusieron por el ruido repentino, los tomaba de sorpresa. Pero recibido el aviso, no perdieron tiempo. Un reflector encendióse en el principal rompeolas, revelando que estaba sorprendentemente cerca. El gran rayo blanco viajó por el aire, se estacionó y enfocó luego directamente la proa de la nave almirante, revelándola en todos sus detalles.

En aquel momento, sin embargo, detonó un cañón del lado de las barbetas y el reflector voló en una llama roja de metal destrozado.

John Henry, que había estado parado junto a aquella barbeta y que saltó a casi un pie de distancia ante el inesperado ruido, sonrió a la cara sucia que lo miraba desde la cubierta de acero.

—¿Quiere un coco o una bolsa de nueces, señor? — preguntó; pero, mientras hablaba, una llamarada brotó delante de él y fué despedido a doce yardas de distancia por la explosión de una granada que pegó a proa de la neve almirante, mismo encima de la línea de flotación, y la desvió cinco puntos de su curso.

John Henry se levantó aturdido y luego corrió hacia donde oía gritar a el Calvo. Llamaradas y chorros de aguas se levantaban de todos lados, porque los artilleros alemanes, durante la breve vida del reflector, habían conseguido blanco a un pie de distancia apenas.

Fueron disparados dos cañonazos más, certeros, contra el Devon; uno de ellos le arrebató la chimenea de popa y puso la torrecilla del mismo lado fuera de acción.

Resonó estridentemente un cuerno, cortando los otros ruidos como una hoja de bronce y los enfermeros empezaron a correr activamente.

El Calvo agarró, el brazo de John Henry para afirmar su marcha y le gritó en el oído:

—¿Estás herido, hijo? — y al mover John Henry negativamente la cabeza. — ¡Gracias a Dios por ello! Bueno, prepárate. Ahora entramos nosotros. Yo iré primero. Tú me seguirás. Y Pato de Charco será el tercero. Nos veremos en la playa.

Corrió a los aparatos que esperaban y cuyos motores funcionaban ya. Subió a la pequeña cabina. Cinco minutos después el Fokker se lanzaba a la obscuridad y su zumbido se perdía en el cañoneo ensordecedor.

John Henry, sudoroso, ayudó a los hombres a colocar el segundo aparato en el carril. Luego él también se instaló en los controles, dió al motor toda la fuerza y sintió que el asiento le pegaba en la espalda. El viento silbaba en sus oídos y el lívido resplandor de una granada, que estalló en el mar, levantando un chorro de agua, apareció delante suyo. Instintivamente, movió John

Los dos audaces aviadores británicos volaban en los Fokkers capturados, sobre el puerto, mientras abajo reinaba la muerte y la destrucción

Henry el timón y el aparato subió empinadamente.

El chorro de agua le empapó la cara y cayó sobre la hélice, porque había pasado por entre él. Luego no hubo nada más que obscuridad arriba suyo; dió vuelta a la derecha y vió aparecer los fogonazos de los cañones y un segundo reflector. Ahora, la luz intermitente de la batalla le mostraba detalles vagos y pudo ver la nave almirante que daba vuelta, en el mismo momento en que una pequeña y rápida sombra negra pasaba por encima de su proa y se perdía en la niebla. Evidentemente Pato de Charco había partido.

Ya el Ajax estaba cerca del principal rompeolas; pero las granadas estallaban alrededor de sus cubiertas superiores y John Henry admiraba el sereno valor de aquellos hombres que soportaban aquel fuego mortífero sin cejar en su empresa.

Mientras miraba, el gran palo mayor partióse y cayó al mar.

En aquel segundo el valiente capitán Cardew y la mayor parte de su estado mayor murieron, según la hermosa tradición de su

raza; pero el Ajax continuó navegando. Se deslizó a lo largo del alto rompeolas y a despecho de los cañones, las partidas de asalto desembarcaron con sus escalas y los marineros, a proa y a popa, lanzaron los garfios para amarrar.

Aquí, sin embargo, apareció el primer error de toda la maniobra.

Sin que lo supiera el almirante, las autoridades alemanas de Kneup habían levantado el rompeolas en más de treinta pies. Aunque no se había hecho esto para prevenir posibles ataques, si no simplemente para fortificar el puerto contra las olas, ahora servía a las mil maravillas.

Las escalas eran demasiado cortas y realmente el ataque parecía imposible hasta que un joven guardiamarina, trepó por un pescante de bote, con una cuerda, hasta lo alto del muro de piedra. Rápidamente ató ésta a una argolla de hierro y... cayó acribillado de balas, entregando así alegremente su vida para auxiliar a sus compañeros.

Aquella cuerda colgante impidió que el Ajax se hallara completamente indefenso, de modo que el joven guardia marina no murió en vano.

Un hombre se echó al hombro la escala de Jacob y trepó, mano sobre mano, por la cuerda con el revólver en la boca. Vivió la suficiente para colocar la escala en su sitio y un minuto después subía por ella la primera partida de asalto, destruyendo tres baterías alemanas, pagadas con la vida de las tres cuartas partes de sus hombres.

Más y más hombres acudieron a ayudarlos porque ahora el fuego no era tan vivo. Con todo, los artilleros alemanes habían hecho blanco a un pie de distancia del Ajax y cada parte de su cubierta superior iba disolviéndose gradualmente, bajo la lluvia de granadas que caía en la obscuridad.

Entretanto, el Titán había llegado casi a la angosta abertura del rompeolas y daba vuelta dificultosamente.

La nave almirante, a quinientos pies detrás, se estremecía mientras sus grandes cañones despedían incesante fuego. Las granadas estallaban en medio de la ciudad, detrás del puerto, buscando las baterías que causaban a los asaltantes tanto daño. El fuego parecía brotar de todas partes; el fuego y grandes masas de humo acre que salían de las cubiertas del Devon y eran llevadas por la brisa.

El almirante Broke estuvo algunos minutos contemplando las operaciones en sombrío silencio; pero luego juró sin poderlo remediar. Un hilo de sangre le corrió por el costado de la cara, ablandándole el inmaculado cuello porque una granada acababa de caer sobre cubierta y uno de sus trozos de acero casi lo privó del conocimiento.

—Vaya a decirle al teniente artillero que no envíe más humo — gritó a un ordenanza, mientras se apoyaba mareado contra el comandante. — Tenemos una suerte del diablo — gruñó. — El viento ha cambiado y el humo sólo sirve para obstaculizar nuestra acción. Cardew debe haber perecido y no sé como sus hombres han conseguido subir al rompeolas. Merecen la Cruz de la Victoria. ¡Cielos! Mire el Titán.

El comandante volvió su cara, sudorosa y sucia, hacia donde señalaba el almirante y juró violentamente. Adentro del puerto, iluminado por un reflector de la costa, el Titán muy hundido de proa, era barrido por el fuego mortal de una batería que, evidentemente le había tomado bien los puntos.

Sus dos viejos y desusados cañones de la cubierta de proa miraban hacia el cielo, en ángulo absurdo, porque la torrecilla había sido casi arrancada por las granadas enemigas. A su alrededor las granadas caían. Era evidente que el timón había sido destruído y que el Titán marchaba a la deriva y se hundía sin remedio, antes de llegar a las puertas del muelle.

John Henry también vió esto, porque ahora volaba sobre el puerto iluminado por los resplandores de las granadas y se dirigía a la faja de arena que aparecía más allá, de la marea alta. Pudo ver que el Calvo había aterrizado ya y carreteado su aparato hasta dejarlo contra el lado izquierdo del rompeolas.

Vió su pequeña figura correr, llevando el alambre de contacto. Cincuenta yardas más adelante, se puso de rodillas, juntó las manos y... una llamarada brotó en el sitio donde había dejado el aeroplano, seguida de su estrépito ensordecedor.

John Henry aterrizó cerca de la pared opuesta y arrimó bien a ella su aparato antes de descender. Era éste el rompeolas más fuerte de los dos y tenía orden de esperar la llegada de Punson para que los dos aparatos dieran más fuerza a la explosión. Vió que Punson hacía evoluciones encima del sitio y le pareció advertir algo extraño en su modo de volar. Luego el pequeño Fokker bajó rápidamente y aterrizó a cincuenta yardas, deteniéndose en la blanca arena, con la hélice inmóvil.

John Henry y el Calvo corrieron hacia el aparato, comprendiendo que algo grave había ocurrido. El aparato de Atlee había hecho su obra demasiado bien y cincuenta pies del rompeolas de la izquierda habían desaparecido, de manera que nadie podía atravesar la brecha. Punson, sin embargo, juraba entusiastamente cuando llegaron junto a él.

—¡Qué suerte perra! — exclamó trabajando febrilmente con el motor. — Esos cañones alemanes no parecieron simpatizar conmigo.. No es más que un pequeño desperfecto; pero no puedo seguir. ¡Maldición!

(Continuará)

Inicie hoy la lectura de

RAUL DE LANCASTE

Es una verdadera joya literaria

LA BANDA EN LIBERTAD

Por G. H. TEED

(Continuación)

PERO no pensaba presentarse a la policía de Kingston hasta el día siguiente. Primeramente iría a la Casa de Gobierno, presentaría sus credenciales, firmaría su nombre en el libro y luego iría a ver al jefe de policía.

Aquel misterioso espectáculo del jardín, sin embargo, le dió que pensar. Sus instintos de detective tenían que inspirarle algo más que curiosidad al saber que los dos nietos del multimillonario Pierpont Calmont estaban al cuidado de tres criminales.

Blake siguió fumando en su discreto refugio, detrás de la transparente cortina, a través de la cual podía ver cuanto ocurría. Antes de media hora, el sol se ocultaría detrás de las Montañas Azules, que se veían a poca distancia. Sofía Beautemps hizo un movimiento para levantarse.

Los niños se levantaron también, obedientemente, a una indicación suya. Blake vió que Dupont y Carruthers los seguían. Si la visita de aquel trío hizo pensar a Blake en Roxane, no dió señales de ello.

Tenía el ceño fruncido, la expresión concentrada, mientras miraba a los cinco dar la vuelta al espeso seto, al final del jardín y desaparecer.

Blake se levantó, y dió algunos pasos, indeciso. No quería estar ausente cuando viniera Tinker y deseaba seguir al grupo. Volvió varias veces a la ventana; pero al ver que el mozo negro retiraba las cosas del té comprendió que los cinco no regresarían.

El sol dibujaba una faja de oro a través del puerto, encerrado entre los verdes brazos de Pont Royal; su moribunda caricia desaparecería cuando la ardiente órbita se ocultara tras la cresta púrpura de las montañas. Dentro de tres cuartos de hora, el crepúsculo se convertiría en noche. El puerto centellearía de luces; la noche tropical extendería sobre todo su cálido manto. ¿Qué haría aquélla banda criminal bajo la obscuridad protectora

¿Seguirían conduciéndose correctamente, como en apariencia habían hecho en las tres semanas que llevaban en el hotel? ¿Podría ocurrir algo tan increíble como que dos niños indefensos estuvieran seguros al cuidado de semejantes tiburones? Mil veces, no, se dijo, Blake salvajemente.

El no tenía nada que ver. Si Pierpont Calmont había sido tan idiota como para confiar sus nietos a semejantes ogros, allá él. Blake se repitió esto. ¡Pero... los niños! Todo el tiempo estuvo pensando en las indefensas criaturas, si los bandidos intentaban alguna traición. ¿Y por qué otro motivo iban a traerlos allí? ¿Por qué los habían guardado tanto tiempo si no había llegado aún el momento de obrar?

Si era así ¿qué destino esperaba a esos niños? ¿Hasta qué punto estaban en peligro? ¿Cuándo se presentaría éste? En cualquier momento; acaso esa misma noche.

Blake estaba tan inquieto que determinó no esperar a Tinker. Se dirigía a la puerta, cuando se abrió ésta, entrando el muchacho. Apenas esperó a cerrar la puerta para decirle con jadeante murmullo:

—El grupo ha subido a un gran auto de turismo, patrón. Dupont maneja. Carruthers va con él, en el pescante. Sofía Beautemps

atrás, con los niños. Tengo un auto esperando.

Podemos seguirlos. Le oí a uno de los mellizos preguntar cuanto tardarían en llegar al Delfín de Plata.

—¡El Delfín de Plata! Es el club de la playa, en Puerto Viejo. ¿A qué demonios llevan allí a esos niños delicados, a esta hora de la noche, cuando se levanta la niebla? No me gusta esto, Tinker. A cada momento que pasa, me gusta menos. ¡El Delfín del Plata! Hay más de un Delfín de Plata allá.

Y con aquella enigmática observación, Blake se dirigió a la puerta.

IV

EL RIACHO SINIESTRO

No podía suscitar comentarios especiales que los huéspedes del Myrtile Bank hicieran una visita al Delfín de Plata, en Puerto Viejo, a unas doce millas de Kingston.

Era, en verdad, una de las cosas que se acostumbraba a hacer, lo mismo que un viaje a las Montañas Azules, a la Ciudad Española y a tantos otros sitios históricos interesantes que hay en Jamaica, desde los emocionantes tiempos de los filibusteros.

Era posible, reflexionó Blake, que Dupont; Sofía Beautemps y Carruthers hubiesen llevado muchas veces a los mellizos a la playa, desde que estaban en Kingston.

Sabía que no había allí más que un club, pero decente y que los baños eran deliciosos. Por lo tanto no había motivos para presentimientos siniestros.

Blake no los hubiese tenido, si hubiera sido la excursión por la mañana o aún por la tarde. Había mucha gente a esas horas en el club o en la playa.

Pero si los mellizos Calmont eran delicados como decía Chittenden, si los habían traído a aquel clima cálido, soleado, para escapar al riguroso frío del norte, si estaban en manos de personas competentes para cuidar de ellos, parecía a cualquier persona que conociera el clima, el colmo de la locura llevarlos, cuando se levantaban las nieblas de la noche, a un lugar desabrigado como el Puerto Viejo.

Además ¿qué interés podía haber a esa hora allí para los niños? El club estaría desierto o poco menos. Las pocas personas que se hallaran en él serían adultos, bebiendo el último cocktail antes de irse a sus casas. La playa también estaría solitaria. ¿Por qué entonces?

Pensó elogiosamente en la previsión de Tinker al buscar un auto antes de subir a avisarle. Y también en su habilidad para acechar hasta que oyó la observación del niño. Si el otro auto se dirigía realmente al Delfín de Plata, no había por qué apurar la persecución. Podían recorrer la distancia a un paso que los conservaría bien a retaguardia.

Pero la extraña observación de Blake tenía un significado que pocas personas hubieran entendido. Dijo que había más de un "Delfín de Plata" allá. Su declaración hubiera provocado miradas de incredulidad aun en antiguos residentes de Jamaica, si la hubiesen oído.

Sin embargo, era cierto, como Blake descubrió una vez a su costa. El otro Delfín de Plata, no era un club, a la moda, de la playa. Se trataba de algo muy distinto, aunque se hallaba a menos de media milla de distancia de su homónimo.

En un extremo de la playa de puerto Viejo, había un espeso bosque de mangles, cuyas raíces se hundían en el agua. Entre aquellos troncos viscosos corría un riacho negro, silencioso, infectado de cocodrilos, conocido por el Riacho Negro. Prácticamente escondida en la jungle, habitaba sus orillas una pequeña comunidad de negros que criaban tortugas en el riachuelo para venderlas en los grandes hoteles durante la temporada de invierno. Estos negros eran gente sencilla, inofensiva, que podía saber lo que existía cerca de ellos; pero que tenían demasiado miedo al poder misterioso del "voodoo' para hablar de lo que sabían.

Sin embargo, un poco más arriba del riachuelo, arrojada allí ciento cincuenta años antes de que los mangles arraigaran tan profundamente, había una vieja fragata. Un temporal la hizo penetrar por la boca del Riacho Negro y la abandonó allí, náufraga.

Esta fragata, el Defín de Plata, permaneció así muchos años. Nadie sabía que terremoto la llevó más adentro de la jungle, donde quedó olvidada hasta que un día unos filibusteros errantes la encontraron.

Desde entonces había sido más o menos constantemente, refugio de gente indeseable y el haber penetrado en una ocasión al lugar hacía que Blake lo tuviera tan presente.

Es dudoso que alguien recordara todavía la leyenda del Delfín de Plata. Nadie parecía saber exactamente por qué el elegante club de la playa había recibido ese nombre; pero así lo bautizaron y así quedó, sin que sus distinguidos socios conocieran la existencia del siniestro y viejo casco, escondido a menos de media milla más allá.

Blake no podía decir por qué el recuerdo de aquel antro, riacho arriba, había venido a su memoria al mencionar Tinker el nombre del club. Era uno de esos presentimientos que entraban en su mente vivaz, donde la asociación de ideas o los nombres, a veces, le abrían un camino directo.

No es que realmente pensara que Harold Carruthers y Félix Dupont, aunque eran criminales desalmados, estuvieran a punto de cometer algún atentado contra los gemelos Calmont, tan abiertamente al menos.

Si Tinker había oído la dirección, también podía haberse enterado de ella alguno de los empleados del hotel. Podían ser malhechores pero no de tipo tan vulgar como Bill Sikes.

Eran hombres cultos, de mundo, y cuando ellos y Sofía Beautemps se hallaban a cargo de dos de los niños más ricos del mundo, prueba que había engañado muy hábilmente

al viejo Pierpont Calmont. Hombres capaces de esto, no serían tan torpes de dejar cabos sueltos por todo el lugar, a menos que su situación fuera realmente muy desesperada.

A juzgar por su tranquilidad en el jardín, Blake no veía que el tiempo les urgiera en modo alguno. En verdad, si estaban tramando algún complot, como firmemente creía Blake, parecían tenerlo muy seguro, en las palmas de sus manos.

¿Pero cuál era el complot?

Cuando salieron del camino principal y dieron vuelta en dirección a Puerto Viejo, vió Blake que Tinker no se había equivocado. A cierta distancia, cerca del borde de la blanca y arenosa playa, había un gran auto de turismo, vacío.

Detrás del escabroso lomo de las Montañas Azules, el sol había desaparecido ahora. El cielo, a los últimos destellos del día, se teñía violentamente de oro y escarlata. Allá en el mar, las sombras iban invadiendo el horizonte este. Pronto, muy pronto, porque estaban en el trópico, aquella ala violeta se extendería hasta el cénit y caería, como una suave cortina de púrpura, detrás de las montañas. Y antes de eso empezarían a brillar las estrellas, primero tímidamente y luego en toda su gloria.

Aquella luz moribunda reveló con toda claridad a las cinco figuras que iban por la playa. No caminaban lentamente si no que saltaban y hacían zig zags, como si jugaran una carrera.

Cincuenta yardas más allá, a la izquierda, estaba el mar y tan suaves eran sus movimientos que sólo un leve murmullo de las olas llegaba hasta el sitio donde estaban Blake y Tinker.

A la orilla del mar distinguieron un bote abierto, internado en la arena; afuera, en la bahía, como a trescientas yardas de la costa, había una lancha a motor, larga, con cabina, que parecía a la vez sólida y veloz.

Un poco más adelante de las cinco personas que Blake y Tinker observaban, hallábase el Delfín de Plata, el club de la playa, un pequeño "bungalow" construído a orillas de la arena; a través de una ventana abierta, se veía luz.

Observando las cinco personas, cuya marcha era tan caprichosa que no podía saberse si iban a la orilla del agua o al club, Blake advirtió que dos de ellas eran muy pequeñas.

Debían ser el niño y la niña Calmont. La tercera se diseñaba claramente como una mujer; los otros dos eran hombres de tamaño superior al común.

—Son ellos, patrón — dijo Tinker en voz baja.

—Indudablemente. Y quiero recordarte, joven, que tengas más cuidado. Las voces se oyen en una noche como ésta.

Blake guió a la arena; pero manteniéndose cerca del escaso pasto que crecía a sus orillas. Mientras caminaban, los ojos del detective iban de un punto a otro y de éste a un tercero.

Estos puntos incluían el bote, a orillas del agua, donde podían verse tres hombres, inclinados junto a la borda, como si estuvieran arreglando algo adentro; el club de la playa y, finalmente, la mancha obscura de los mangles, más lejos y entre los otros dos, formando una cortina que ocultaba el Riacho Negro.

Ahora el aire se había puesto imperceptiblemente frío y una niebla, delgada y blanca, se extendía sobre la superficie del mar, como si pronto fuera a espesarse. Dentro del bosque de mangles, lo sabía Blake, habría miasmas, peligrosos para cualquier persona blanca y mucho más para niños delicados como los mellizos Calmont.

Sin embargo, el grupo parecía acercarse más y más a aquel sitio sombrío de la playa. Tenían tiempo de sobra, naturalmente, para dar vuelta y dirigirse al club, cosa que Blake esperaba hicieran en cualquier momento.

Fuera de aquellas cinco personas, los tres hombres del bote, Blake y Tinker, no parecía haber nadie más en la playa. Los bañistas se habían retirado hacía rato. Sin embargo, sabía Blake que posiblemente habría varias personas en la galería del club, las cuales verían muy bien a los cinco de la playa.

No le encontró gracia Blake al alto Carruthers y al amplio Dupont tratando de jugar al "salto de sapo". Y cuando poco después los mellizos empezaron el mismo juego, el detective frunció el ceño.

Las voces de los niños llegaban claramente a Blake y a Tinker. Se reían y llamaban el uno al otro. Al parecer no era aquel más que un grupo, alegre e inofensivo, que se divertía en la blanda arena.

Sin embargo, el detective no podía apartar de su mente el pensamiento de que era una extraña hora para traer niños a la playa a jugar al "salto del sapo". Si tal era el objeto, bien podrían haber venido cuando el sol tibio acariciaba las arenas y el mar.

Como la niebla se iba levantando lentamente sobre el agua, una ansiedad siniestra se fué apoderando de Blake, ansiedad que aumentó al ver que los cinco pasaban del punto en que hubiera sido muy natural dieran vuelta para dirigirse al club.

—¿Absortos en el juego, no se habían fijado? Si era así, pronto se encontraría con la valla de mangles, cien yardas más adelante. Seguramente allí se darían vuelta.

Pero parecían olvidados de todo lo que no fuera el salto y cuando Blake vió que se metían entre la obscura sombra de los árboles, de modo que ya no podía divisarlos claramente, agarró a Tinker por el brazo y lo hizo meterse con él por entre el pasto.

No fué necesario que pronunciaran palabra alguna. Tinker había observado lo que hacía el grupo, tan atentamente como Blake y adivinó el propósito de éste.

Echaron a andar rápidamente por entre el pasto, siguiendo un curso tangente a la playa, que los llevaría detrás del club. Pasaron por éste, oyendo solamente la charla de los criados negros. Luego, de pronto,

se encontraron entre hierbas, altas y ásperas, que les llegaban hasta las rodillas.

Un grupo de palmeras formaba cinturón entre ellos y los mangles; pero Blake avanzó con tanta seguridad como si hubiera sido de día. En realidad, seguía el mismo camino que en otra ocasión, cuando visitó el Delfín de Plata del bosque.

Las palmeras se terminaron repentinamente; el pasto cedió paso a un suelo duro y resbaladizo. Adelante de ellos se veía una gran sombra obscura que sabía Blake era el bosque de mangles.

Pero en vez de verlos encima de sus cabezas, los árboles estaban casi a sus pies; las copas no les llegaban a más altura que las rodillas. Cuando los ojos se acostumbraban a la incierta luz se vería que era por que, en aquel sitio, el terreno descendía hacia las mefíticas aguas del arroyo.

Parecía un sitio malo, peligroso, un agujero siniestro. Lo era.

En el claro luchaban varias figuras. Una mujer rodeaba con sus brazos a dos niños y sobre ellos se inclinaba un gran negro.

Blake se detuvo al borde de la cuesta. Otro paso lo hubiera hecho caer resbalando. hacia la hedionda ciénaga de abajo. Tinker chocó contra él violentamente. Se agarraron el uno al otro para guardar el equilibrio. Luego sintió Tinker que los dedos de Blake se hundían en el brazo.

En alguna parte de aquel fétido pantano un grito que cualquiera hubiera tomado por el de la chacalaca, pero que Blake comprendió era humano.

V

FURIA NEGRA

Se extinguió de pronto, como si alguien lo sofocara.

Blake tomó hacia la izquierda, seguido de cerca por Tinker. Pudieron castear la orilla irregular de la alta barranca, conservando siempre las copas de los mangles a la derecha.

Más de una vez sus pies estuvieron a punto de resbalar en el borde; pero uno estaba siempre pronto a yudar al otro. Ahora habían perdido enteramente de vista la casa del club. No se veía ninguna luz a través del espeso matorral.

Blake sabía que en alguna parte de aquella mefítica ciénaga, abajo, estaba el riacho, que entre los arcos de las raíces sumergidas de los mangles, nadaban, vigilantes, silenciosos, horribles caimanes.

Detrás de ellos ahora; pero en la orilla del riacho estaban las rústicas cabañas, cuyos habitantes criaban tortugas

Y arriba de eso, en la tupida "jungle" el Delfín de Plata.

Pero ¿qué había más adelante? ¿De qué garganta había salido aquel grito ahogado?

Tenía la nota aguda de un grito de niño. ¿Lo había lanzado uno de los mellizos Calmont? Si así era, ¿qué maldad se estaba por cometer?

Blake se confundió de pronto. Parecíale ahora que debían estar cerca del sitio en que la arenosa playa, frente al club, terminaba en los mangles. Sin embargo, todo parecía tan denso como siempre. No podía distinguir abertura por donde apareciera la playa o el mar.

Se detuvo y escuchó. Por unos momentos todo estuvo casi espantosamente silencioso. Luego en el departamento de los criados del club resonó la música de un banjo y una voz de negro que cantaba.

Había llegado a cierta parte del compás, cuando sin prevención, oyose un ruido de lucha terrible, más adelante de donde estaban Tinker y Blake. Era espantoso en su repentina violencia. Golpes, maldiciones, como si alguien pegara contra un cuerpo humano. Luego un solo grito, agudo, de terror infantil.

Blake y Tinker no trataron de seguir ocultándose. Se metieron por entre las matezas para salir a un pequeño claro, a donde en la obscuridad se veían luchar gigantescas figuras.

Al principio fué imposible distinguir entre los combatientes; pero, mientras vacilaban indecisos sobre de que parte se pondrían, vieron la figura de una mujer, aparentemente muy asustada. Rodeaba con su brazo a los dos niños que tenía junto a sí y sobre ellos se inclinaba, lo que a Blake le pareció un negro gigantesco.

Luego las miradas del detective se dirigieron al centro de la pelea. ¡Pudo ver ahora la gran figura de Harold Carruthers, oscilando entre cinco o seis negros que trataban, al parecer, de arrojarlo al suelo! En otro grupo estaba Félix Dupont, luchando contra otros tantos negros, perdiendo terreno, lenta pero seguramente.

Al parecer era aquella una verdadera pelea de Carruthers y Dupont para proteger a sus jóvenes pupilos le aquellos bandidos que los habían estado acechando al borde de la playa y habían caído sobre ellos cuando su juego los llevó cerca de donde se hallaban.

Pero Sexton Blaqe no se dejó engañar. Comprendió que todo aquello había sido preparado cuidadosamente, por si algunos de los que estaban en el club oían algo. Los mismos niños podían servir de testigos, si las cosas salían mal y se hacía una investigación. Sabía también que, si aquellos miserables podían salir con la suya, los mellizos Calmont no volverían aquella noche al Myrtlée Bank Hotel.

Pero Blake ignoraba que el club estaba desierto de europeos aquella noche, debido a una fiesta que se daba en la Casa de Gobierno. Si hubiese sabido esto, hubiera comprendido por que se había elegido aquella noche para realizar tan salvaje farsa.

Comprendía el detective que él y Tinker no tenían muchas probabilidades de triunfo contra quella pandilla de bandidos negros. No le quedaba la menor duda de que todas las manos se volverían contra él y Tinker para aniquilarlos. Pero le era imposible quedarse ahí y contemplar el atentado contra dos indefensos niños. Por lo menos harían lo posible.

De modo que, sacando su revólver para usarlo como cachiporra (no se atrevía a tirar por miedo de herir a las criaturas) se metió entre el grupo que tenía más cerca, pegando con todas sus fuerzas, rápidamente, tomándolos completamente por sorpresa.

En verdad fué Sofía Beautemps quien vió primero a Blake y al muchacho, comprendiendo que un nuevo elemento aparecía en escena. Su grito pudo parecer una nueva manifestación de miedo; pero era un aviso para Carruthers y Dupont.

Blake vió a Dupont darse vuelta y quedarse rígido de asombro a la vista del europeo que atacaba a los negros. Carruthers tuvo una sorpresa similar al ver a Tinker salir de la obscuridad. Luego, como había previsto Blake, en vista de este nuevo incidente, todo subterfugio fué abandonado. Carruthers y Dupont eran suficientemente astutos para comprender que, de algún modo, dos blancos que pasaban habían acudido al lugar de la escena. Pero su propósito era demasiado desesperado y siniestro para correr riesgos de comprometerlo. Cada uno de ellos gruñó una palabra al grupo de negros y Blake y Tinker se encontraron pegando contra una muralla humana.

La sorpresa y la furia del ataque de Blake lo llevó contra el cuerpo sudoroso del negro que tenía más próximo. El hombre resistió como una roca el terrible choque, con sus grandes piernas separadas, los brazos levantados, pronto

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

Capítulo XV

LA DESPEDIDA

MARTIN sin saber lo que hacía, se inclinó sobre el lecho y estampó un beso de inmensa ternura en la abrasadora frente de la joven, mientras exclamaba con acento que parecía llevarse tras sí el alma.

—¡Rosa, Rosa mía!

—Martín...

—Tu amor ha sido tu muerte...

—No.

—¡Ah!...

—Sosiégate y escúchame — dijo ella, extendiendo un brazo y tomando una de las manos convulsas de su amante, — escúchame, no porque tenga nada de particular que decirte, puesto que no he guardado secretos para ti, sino porque quiero darte el adiós último, decirte por última vez que te amo... Dentro de algunos minutos ya no podré pensar en el mundo...

—Perdóname — replicó el mancebo, de cuyos ojos volvió a escapar el llanto, — perdóname si en estos momentos soy débil...

—Llora, sí, llora... Eso no es debilidad, es dolor, ternura... No sabes el bien que me haces; no puedes comprender el valor que tus lágrimas tienen para mí... ¡Ah¡... Yo también quisiera llorar; pero no puedo... Mira, Martín, mira mis ojos secos... se me abrasan; pero... ¡ni una sola lágrima siquiera!...

La joven tuvo que interrumpirse para recobrar el aliento.

Martín no acertó a pronunciar una sola palabra.

¿Qué había de decir?

Su dolor no era posible expresarlo.

Transcurrieron algunos instantes de silencio, interrumpidos solamente por el ruido de la respiración violenta de aquellas dos infelices criaturas.

Al contemplarlos, no hubiera podido pensarse sino con amargo desdén en la vida, en esta vida tan dichosa para los unos y tan desdichada para los más.

Aquellos dos infelices habían perdido a sus padres poco tiempo después de nacer, debían la vida a la caridad, se habían visto privados de los consuelos del cariño y la ternura que pueden hacer llevadera la pesada carga de los sufrimientos, y cuando en el negro horizonte de su tristísimo porvenir vieron brillar una sola estrella, la estrella de su amor, que podía haberlos hecho felices en medio de su misma miseria, la mano de la muerte los separaba, robándoles así, no la dicha, sino hasta la esperanza de ella.

—Si Dios — dijo Rosa — tiene misericordia de mí, y me concede un lugar en su santa gloria, yo le rogaré para que calme tu dolor, y como tú eres bueno y también conseguirás salvarte, pasado algún tiempo, que por mucho que sea no es nada comparado con la eternidad, tu alma se reunirá con la mía...

—¡Triste esperanza!...

—¡Triste!... La más risueña.

—La esperanza de la muerte...

—¿No tienes fe?

—Sí.

—Entonces...

—Rosa mía...

—Voy a pedirte la última prueba de ternura, una prueba demasiado dura tal vez...

—Sí, no una, sino ciento, mil, porque mi amor no puede considerarlas como sacrificios...

—Se agotan mis fuerzas — replicó la joven haciendo un gesto doloroso; — me quedan pocas horas de vida y...

—No, no es posible que la fatalidad se muestre conmigo tan cruel...

—Quiero aprovechar estos momentos...

—¡Ah!...

—Lo que voy a pedirte es quizás un pecado de que tendré que arrepentirme dentro de algunos minutos; pero...

—Sea lo que quiera, aunque exigieses de mí un crimen, tu voluntad sería fielmente cumplida; sí, la cumpliría aunque tuviera que luchar con el infierno.

—Lo sé.

—Habla; dí lo qe deseas...

—No dejes que la tierra cubra mi cuerpo

sin que hayas estampado en mi frente un beso de ternura y una lágrima haya caído sobre mi helado rostro...

—¡Uno!...

—Nada más, y... piensa que no te pido una repugnante profanación... lo que deseo para mi cadáver es un ósculo de dolor y de ternura fraternal...

—¡Rosa! — exclamó el mancebo con el acento de un loco, y mientras cubría de besos las manos de la moribunda. — Ha muerto nuestro hijo, que en vez de una carga sería para mí un recuerdo de ternura y un consuelo a mi dolor... ¡Ha muerto, y no tendré a quien amar, no habrá quien me ame!

—Cálmate...

—¡Dios mío, Dios mío! — exclamó desesperadamente Martín.

Y elevando al cielo una mirada de mortal angustia, y oprimiéndose las sienes, que sentía latir como si fuesen a romperse las arterias, añadió luego:

—¡Qué horrible va a ser mi existencia!... ¿Tendré fuerzas y valor para soportarla?

—Sí, tendrás fuerzas y valor por que tienes fe en la justicia y en la misericordia divina; sufre tu dolor y te resignarás, porque eres buen cristiano y porque yo te lo ruego; sí, te lo ruego y... ¡tú no desoirás mi última súplica!...

—¡Oh!

—Basta, Martín, basta — dijo la enferma, cuya voz se debilitaba por momentos; — me siento morir..., déjame y... que que venga un sacerdote... No quiero que se pierda mi alma como se ha perdido mi cuerpo... Adiós... el último pecado, el último beso...

Uniéronse sus labios secos y ardientes y resonó el último beso...

—¡Ah! — exclamó inmediatamente la joven, y como horrorizada de lo que acababa de hacer.

Y extendiendo sus rígidos brazos para separar a su amante, añadió:

—Vete, vete... Mi alma, mi alma...

Martín, sin darse cuenta de lo que hacía, lanzóse como un loco fuera del aposento.

—¿Adónde vais? — le preguntó la vieja deteniéndolo.

—No sé... Sí... Vendrá un sacerdote y.. yo volveré más tarde...

—No no volváis hasta mañana, porque la queréis demasiado y no podréis resistir... Nada le faltará: sé lo que he de hacer... Por fortuna me encuentro hoy con algún dinero...

—Volveré, sí...

—Os digo que no; sería una imprudencia...

Martín, sin escuchar más, salió de la casa.

¡Desdichado!

Es imposible hacer comprender lo que en aquellos momentos sufría.

Diez minutos después se presentó un sacerdote, y mientras Rosa confesaba, llegó Andrés.

—Acabemos pronto — dijo a media voz Prudencia al sirviente.

—Acabemos.

—No conviene que permanezcáis ahora aquí...

—¿Esperáis al amante?

—Sí.

—Podréis decirle que soy un amigo vuestro, y así...

—Mejor será que no os vea.

—Tampoco lo deseo, por si da la maldita casualidad de que me conozca.

—¿Quién sabe?

—¿Y la enferma?

—Se muere.

—¿Tan de prisa va?

—Ha dicho el médico que no hay remedio posible.

—¡El médico! — repitió, sorprendido, Andrés.

—Sí.

—¿Pues no decíais que ningún médico la asistía?

—Y dije la verdad.

—Entonces, no comprendo...

—Pues es muy sencillo.

—Explicaos.

—El amante, que ya os he dicho es un mozalbete loco, se presentó con el doctor, que, según entiendo, vino por caridad.

—Cambia de aspecto el asunto.

—¿Por qué?

—Ese médico es un peligro un inconveniente con que no contábamos

—No es inconveniente, porque no volverá ¿lo entendéis?

Andrés reflexionó

—¿Estáis segura — dijo — de que no volverá?

—Segurísima

—Bien.

—Mandó que se la confesase...

—¿No recetó?

—Dijo que era inútil y no se detuvo más que el tiempo preciso para ver a la enferma.

—¿Se fué solo?

—Sí, y es muy probable que ya no se acuerde de ella ni que tampoco acierte a dar razón de la casa.

—Decís que el amante la quiere mucho...

—Con locura.

—Entonces — repuso Andrés — no querrá separarse del lado del cadáver de ella hasta que la deje en la sepultura.

—Eso es lo que a mí me toca evitar.

—¿Y lo conseguiréis?

—Sí, porque fingiendo que lo hago para evitarle un nuevo dolor, la muerta saldrá de aquí cuando él no esté.

—¿Y si va a buscarla?

—No la encontrará.

—Volverá...

—Tampoco me encontrará a mí.

—Veo con gusto que ahora no os parece el negocio tan difícil como antes...

—¿No me habéis prometido ser liberal?

—Voy a probarlo — repuso Andrés.

Y sacó un puñado de monedas de oro, que no llegaban a la mitad de las recibidas de su señor.

Los ojuelos de Prudencia relumbraron como dos ascuas.

—¡Ah! — exclamó.

—¿Os parece bastante?

—No soy codiciosa.

—Tomad.

La vieja tomó el oro y dijo:

—Por supuesto, ¿me dais vuestra palabra

de que no se trata de nada malo?.

—Al contrario un bien a la Humanidad, porque el cadáver ha de servir para que mi amo, que es médico, haga en él ciertos experimentos y estudios.

—Quedo tranquila.

—Desde este momento será vigilada esta casa y vuestra persona por uno de mi confianza.

—Me alegro.

—Por consiguiente...

—Idos tranquilo.

Andrés salió.

La moribunda seguía confesando.

La ejecución del plan no era tan fácil como la vieja creía.

¿Conseguirían llevarlo a cabo?

Veremos.

Capítulo XVI

DE COMO ROSA EXPIRO Y LO QUE HICIERON LOS DEMAS

El sacerdote que había confesado a Rosa era uno a quien Martín había encontrado en la calle, rogándole que fuese; así que, cuando hubo terminado, se despidió, encargando a Prudencia que se avisase a la parroquia para que llevasen a la joven la comunión.

Guardóse muy bien la vieja de cumplir este encargo, porque todo lo que fuese dar publicidad a la muerte de Rosa era comprometerse y crear dificultades para llevar a cabo el plan convenido con Andrés.

Martín había pasado tres horas en un estado de agitación horrible, sin saber darse cuenta de lo que le sucedía.

Cuando llegó a su vivienda, que era la misma de su protector, dejóse caer en el lecho, y allí pudo, a solas, dejar que corriese su llanto, entregándose a los transportes de su dolor y desesperación.

Negóse a comer, diciendo que estaba enfermo, y se vió apurado para satisfacer las cariñosas preguntas del buen cura, que entró en el dormitorio del joven para enterarse de lo que a éste sucedía.

Al fin, sino tranquilo, algo más sosegado, pudo dejar el lecho y volvió a la morada de la vieja.

—No entréis — le dijo ésta al ver que el joven se dirigía a la habitación donde agonizaba Rosa.

—¿Y por qué?

—Ha confesado y comulgado; el señor cura dice que la pobrecita muere como una santa, según es de cristiano su arrepentimiento y contrición y si os ve sucederá que su pensamiento, apartándose de Dios, se fije en el mundo, lo cual pondría en grandísimo peligro la salvación de su alma. Por lo mismo que la amáis mucho, no la privéis del bien único a que puede aspirar. Además, ¿qué adelantaréis con verla? Atormentarla y atormentaros.

Esto no podía ser más razonable, y Martín, sacrificando los deseos de su corazón al bien eterno de Rosa, se dejó caer en una silla y dijo a Prudencia:

—Entrad y no os mováis de su lado sino para venir a decirme cómo se encuentra.

—Voy al instante.

—Y si os preguntara por mí...

—Apenas habla.

—Puede suceder.

—Si me pregunta...

—Respondedle que aquí estoy descansando; pero que... ¡no piense en mí!... ¡Ah!...

—Voy viendo — dijo para sí la vieja — que todo se arreglará como deseo.

Y entró en el aposento de Rosa.

Martín apoyó los brazos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil.

Reinó en toda la casa un silencio profundo.

Transcurrió más de una hora, durante la cual Prudencia salió varias veces para decir cómo se encontraba la enferma.

El mancebo no se había movido de allí; pero no podía justificar su ausencia de casa de su protector, doblemente cuando antes había dicho que estaba enfermo, y por este motivo, mal que le pesase, tuvo que irse, no sin haber antes asomado cuidadosamente la cabeza al aposento de Rosa y contemplándola sin que ella se apercibiese.

Aunque tardase tres o cuatro horas en volver, llegaría a tiempo de cerrar los ojos a la joven, que según parecía no expiraría hasta la siguiente madrugada.

Prudencia respiró como si se sintiese libre de un peso enorme.

Poco después amaneció.

Llamaron a la puerta de la casa.

La vieja encendió un candil, abrió y se encontró con Andrés.

—¿Cómo está? — preguntó éste.

—Hace un rato que no la he visto.

—Pues vamos a verla.

Y ambos penetraron en la habitación de la joven, acercándose al lecho.

A la rojiza luz del candil vieron lo que a cualquiera hubiese producido un efecto doloroso, pero que ellos contemplaron con indiferencia, ya que no con alegría.

Al ocultarse el último rayo de sol, Rosa había exhalado el último suspiro.

¡Qué tristes debieron ser en su soledad los postreros instantes de su agonía!

La miserable vieja sacudió rudamente el cuerpo rígido y helado de la infeliz, le puso una mano sobre el pecho para convencerse de que el corazón no latía, y luego dijo con frialdad:

—Esto ha concluído... Pero lo cortés no quita lo valiente: ya que no otra cosa buena haré una obra de caridad.

Y cerró los ojos de Rosa, añadiendo luego:

—Ya podéis llevárosla.

—Hay que esperar a más tarde.

—¿Y si viene el otro?

—¿Teméis que se quede aquí esta noche?

—No, pero...

—Entonces no debemos tener cuidado.

—Sin embargo, puede suceder que todo lo olvide y no quiera marcharse sino cuando a ella se la lleven, porque los enamorados suelen cometer semejantes locuras, y ya he dicho que el mozo la adora con frenesí.

—Salgamos de aquí, porque delante del cadáver...

—¿Tenéis escrúpulos?

—Es que la cosa me desagrada.

Volvieron al aposento que ocupaba la vieja.

Andrés reflexionó.

—¿Qué determináis? — preguntó Prudencia después de algunos segundos.

—Me voy — respondió el sirviente.

—Pero...

—Volveré dentro de una hora o lo más dos.

—¿Para llevárosla?

—No sé.

—Pensad que si el otro se queda toda la noche...

—¿Y si ha venido cuando yo vuelva?

—Entonces...

—¡Oh!... Ese hombre es un estorbo...

—Yo cumplo lo prometido: ahí tenéis la muerta, y si no os la lleváis es porque no queréis o no pedéis.

—No os culpo...

—Determinad.

—Si se empeña en quedarse...

—¿Qué hareis?

—Lo ignoro; pero...

Andrés se interrumpió, su mirada se tornó sombría y murmuró:

—Peor para él.

—En último apuro, me iré, quedaréis dueño de la casa y...

—Yo quitaré el estorbo.

Encogióse de hombros la vieja.

Andrés salió y diez minutos después entraba en el aposento de su señor, que le aguardaba con impaciencia y le dijo al verlo:

—¿Qué noticias me traes?

—Ha muerto...

—¡Ah!...

—Pero la vieja teme que el amante se empeñe en acompañar al cadáver hasta que se le dé sepultura, y sería preciso traerlo en seguida...

—¿Acaso no lo tienes preparado todo desde esta tarde?

—Sí, señor — repuso Andrés; — tan preparado como que he de hacerlo yo solo, porque no quiero que nadie me acompañe.

—Eres leal...

—De nadie me fío.

—Gracias, Andrés.

—No hay, por consiguiente, otra dificultad sino la hora. El bulto no puede ocultarse, y si llamo la atención de algún curioso...

—Busca un medio.

—Un medio...

—Mi cabeza está trastornada...

—Señor...

—Te sobra ingenio.

—Un plan tracé; pero...

—No pierdas el tiempo en explicármelo: pónlo en ejecución.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Quedamos en que vos...

—Para cuando vuelvas, todo estará dispuesto, y yo mismo te esperaré junto al postigo.

—Dios me ayude.

—Dí a esa mujer que venga.

Salió Andrés.

A los pocos momentos se presentó la guardiana de doña Luz.

—¿Y mi hija? — le preguntó el comendador.

—Ya sabéis que se levantó esta tarde, aunque contra la opinión del médico.

—¿No ha vuelto a acostarse?

—No, señor.

—¿Cómo se encuentra?

—Dice que bien.

—Es necesario que venga.

—Vendrá.

—No estaré aquí; pero le diréis que ha de esperarme, aunque sea toda la noche.

—¿He de acompañarla?

—No ós separaréis de su lado, y la vigilaréis más que nunca.

—Así lo haré.

—Idos ya.

Cuando el comendador quedó solo, tomó su espada, su capa y su sombrero y, encendiendo una linterna sorda y ocultándola, se apresuró a salir.

Pocos segundos después llegó doña Luz acompañada de su vigilante.

El rostro de la joven estaba pálido como el de un cadáver.

Su bellísima cabeza se inclinaba lánguidamente sobre el pecho, y sus manos, colocadas sobre el corazón, parecían intentar contener los violentos latidos de éste.

Creía encontrar allí a su padre, y puede comprenderse cuál sería en aquellos momentos la agitación de la infeliz.

Empero se detuvo sorprendida al mirar a todos lados y no ver la severa figura del comendador.

—¿Y mi padre? — preguntó después de algunos momentos.

—Manda que le esperéis aquí; pero os advierto que tal vez tardará en venir.

—¿Y por qué no he de aguardar en mi aposento?

—Lo ignoro.

—Más misterios... ¡Oh!

La joven exhaló un suspiro doloroso y se dejó caer en un sillón.

—También tengo orden de permanecer aquí.

—Sí — repuso doña Luz con amargura, — ya he supuesto que os habrán mandado no perderme de vista... Sentaos.

—Gracias.

No hablaron una palabra más.

Entre tanto, Andrés salía de la casa llevando de la rienda una mula.

El comendador no había salido, sino que andaba de un lado para otro dando órdenes a fin de que nadie permaneciese en ciertos aposentos o pasillos, precisamente en los que tenían que atravesar para ir desde la puerta falsa, que ya conocemos, a las habitaciones de doña Luz.

No dejó esto de llamar la atención, así como el que Andrés aparejase y se llevase una mula a semejantes horas; pero nadie adivinó el motivo, ni era posible que lo adivinaran, porque el horrible plan del comendador era inconcebible, tratándose de un padre.

PUCKY

Murmuraron los sirvientes más que nunca; pero esto nada importaba, puesto que la murmuración no se fundaba más que en suposiciones.

Cuando el comendador tuvo la seguridad de que nadie podía observarlo, fué a situarse junto a la puerta falsa.

Allí ocultó la luz de la linterna, permaneciendo inmóvil y con el oído atento al más leve ruido que sonara.

Capítulo XVII

SIGUE ANDRES EJECUTANDO SU PLAN

Muy oscura estaba la noche, lo cual era una fortuna para los autores de la intriga que referimos, y como en aquella época no se conocía el alumbrado público, el sirviente adelantó entre tinieblas hasta llegar a la calle del Olivar.

Una vez allí, ató la mula a una reja de una de las casas contiguas a la de Prudencia, y luego llamó a la de ésta.

No tardaron en abrirle, lo cual tuvo con razón a buena señal, y encontrándose frente a la vieja, le preguntó:

—¿Ha venido?

—No.

—¡Ah!...

—No podéis quejaros de vuestra estrella.

—Vamos...

—¿Os la llevaréis ahora?

—Sin perder un minuto.

—Respiro.

Entraron en el aposento donde estaba el cadáver.

—Asomaos a la ventana y mirad — dijo Andrés, — no solamente para observar si alguno viene, sino para evitar que se lleven una mula que he dejado en la calle.

A pesar de su depravación, se estremeció el sirviente al contemplar el inanimado cuerpo de Rosa.

No tenía miedo ni tenía el menor escrúpulo por lo que hacía; pero la muerte no puede mirarse con entera tranquilidad.

—No sé por qué tiemblo — murmuró. — puesto que no voy a cometer ningún crimen. Si yo la hubiese matado, comprendería que me remordiese la conciencia; pero se ha muerto naturalmente y sin que yo haya podido evitar la desgracia, y se trata únicamente de dar sepultura a su cuerpo con un nombre que no la pertenece. No tiene hijos ni pariente alguno a quien se perjudique por esto en sus derechos, caso de herencia... ¿Qué mal hago?... Ninguno... En todo caso, el daño será para doña Luz; pero en eso nada tengo que ver; lo dispone su padre, que tiene el derecho de mandar en ella.

Dicho esto como para tranquilizar su conciencia, preparó un saco grande que llevaba bajo la capa, y con una calma verdaderamente horrible, empezó a meter en él como mejor pudo el cadáver de la joven.

Terminada esta operación, que por lo repugnantemente criminal no describimos con detalles, dijo a la vieja:

—¿Se acerca alguien?

—No pasa un alma ni se oye ruido alguno.

—Puesto que la fortuna me protege, aprovecharé la ocasión.

La vieja cerró la ventana y tomó el candil.

Nadie, al verlos, hubiera dicho que estaban cometiendo una profanación espantosa.

—¿Lo habéis atado bien? — preguntó Prudencia con la misma sencillez que si se tratase de lo más indiferente.

—Sí.

—Aunque mis fuerzas son pocas, si queréis que os ayude a cargar...

—No es menester — respondió el sirviente.

Y se inclinó sobre el lecho, abrazó el pesado bulto y lo levantó, dejándolo colocado sobre uno de sus hombros, con lo cual probó que sus músculos eran todavía más duros que su corazón.

Luego salió precedido de la vieja, que llevaba la luz, y pocos segundos después se encontraba en la calle.

La puerta de la casa se cerró sin que ni las buenas noches se hubiesen dado el uno ni la otra.

¿Para qué habían de tomarse el trabajo de cruzar un saludo?

¿Qué le importaba al uno del otro?

Ni siquiera sabía Prudencia cómo se llamaba aquel hombre, ni tal vez lo hubiera reconocido a encontrarlo al día siguiente.

Andrés miró a todos lados y, convencido de que nadie lo veía, colocó el saco sobre la mula.

Luego respiró con más libertad, porque nada tenía que temer.

¿Quién había de sospechar lo que contenía la carga del cuadrúpedo

No perdió un solo instante; tomó la rienda y se alejó.

Al salir a la calle de la Magdalena, un embozado entró aceleradamente en la del Olivar.

Era Martín, que volvía a casa de la vieja, y que tuvo que arrimarse a la pared para que pudiera pasar la mula, rozando el saco con su capa.

¿Cómo había de sospechar siquiera que allí llevaban el cuerpo de la mujer a quien había amado con tanta ternura, que allí iba lo que para él era más que un tesoro?

Andrés, con la brida en la siniestra mano

y la espada desnuda en la derecha, siguió sin encontrar alma viviente.

Cuando llegó junto a la puerta falsa se detuvo y silbó.

La puerta se abrió silenciosamente, apareciendo en el umbral el comendador.

Ni uno ni otro pronunciaron una palabra, sin duda para evitar que los oyesen.

El criado volvió a cargar con el cadáver, y entrando en la casa, lo colocó en el más apartado rincón del pasillo.

En seguida fué por la mula, haciéndola también entrar.

Entonces el caballero cerró la puertecilla, guardó la llave y sacó la linterna de que iba prevenido.

Ambos fueron a la caballeriza.

El criado, con la misma tranquilidad que antes, desaparejó la mula.

Volvieron donde estaba el cadáver.

Tampoco entonces hablaron.

Era absoluto el silencio que reinaba en todo el edificio.

No se percibía más que el ruido de los pasos de aquellos dos hombres, y el que producían sus movimientos o el roce de su ropa contra las paredes al atravesar algún pasillo estrecho.

El rostro del comendador estaba pálido como nunca, contraído y desfigurado, y su mirada era entonces sombría.

Andrés echó sobre sus hombros el cadáver, y al cabo de algunos segundos llegaron al dormitorio de doña Luz, dejándolo caer en el lecho de ésta.

La frente del criado, tal vez por efecto de la fatiga, estaba inundada de sudor.

Cuando el cuerpo de Rosa estuvo fuera del saco y bien colocado en la cama, se contemplaron aquellos dos hombres por espacio de un segundo.

—¿Qué más he de hacer? — preguntó, al fin, el sirviente.

—Guardar otra vez ese saco, quedarte aquí para estorbar que nadie entre y... nada más. Yo saldré, y estaré de vuelta antes de una hora.

—Bien, señor.

—Tu lealtad será largamente recompensada.

Andrés inclinó respetuosamente la cabeza.

Cinco minutos después se dirigió el comendador al alcázar real.

Felipe II no hizo esperar un instante al caballero, y lo recibió, hablando con él por espacio de un cuarto de hora.

Nadie pudo saber el objeto de aquella conversación; sin embargo, fácil es de adivinar por el resultado que dió.

Tan meditabundo y sombrío como había entrado, salió del alcázar el comendador, y en seguida el rey ordenó que fuesen a buscar al doctor Olivares, que era el médico encargado de la curación del príncipe.

Esto no sorprendió a nadie: cada alteración de don Carlos daba por resultado que el monarca consultase inmediatamente con su médico y con el cardenal Espinosa, inquisidor general.

Nunca daban las consultas fruto alguno, o, más bien, no tenían otras consecuencias que las de divorciar más y más al padre del hijo, haciéndose más reservadas sus relaciones de familia.

El doctor decía que la ciencia no contaba con recursos para combatir la rara dolencia del heredero del trono, mientras que el inquisidor aseguraba que el mal consistía, única y exclusivamente, en la diabólica inclinación que el príncipe sentía hacia los herejes flamencos.

Y, sin embargo, nunca el solícito padre dispuso que hubiese una junta de médicos, y el desdichado príncipe sucumbió, al fin, casi abandonado, o, por lo menos, sin que se apelase a los recursos que apela el último particular que puede disponer de algún dinero.

Aquel día el príncipe había estado de muy mal humor, no había querido apenas comer, y por la tarde había salido, a caballo, con uno de sus amigos, volviendo a la regia morada cubierto de polvo y muy fatigado.

No debía, pues, llamar la atención que el monarca enviase por Olivares; lo que sí se extrañó fué que no hiciese lo mismo con el cardenal, según costumbre.

Volvió a su casa el comendador, entrando por la puerta falsa.

Andrés permanecía en el aposento de doña Luz guardando el cadáver.

—¿Ha ocurrido novedad? — preguntó el caballero.

—Ninguna.

—Supongo que lo demás quedó arreglado como conviene.

—Cuando yo fuí no había vuelto el amante, y aproveché la ocasión.

—¿Y la vieja?

—Habrá abandonado su casa.

—¿Qué más?

—Nada, señor.

—Ese amante...

—Habrá vuelto o volverá; se encontrará con la casa vacía; se desesperará, y...

—Si da parte a la justicia...

—Se armará un escándalo; pero no sucederá otra cosa.

El comendador guardó silencio; dió algunos paseos en la habitación, y luego dijo:

—Permanece aquí hasta que venga la criada de doña Luz.

Y pronunciadas estas palabras, el caballero salió, dirigiéndose al aposento donde le esperaba su hija.

Nunca había sido su mirada tan dura, ni tan violenta su agitación.

La escena que iba a tener lugar entre el severo padre y la desgraciada hija debía ser en extremo interesante y conmovedora; pero antes de ocuparnos de ella, tenemos que ir en busca de Prudencia y del dolorido mancebo.

Ya hemos dicho que éste se había cruzado con Andrés en la calle de Olivar, y que, por consiguiente, debió llegar a la morada de la vieja pocos minutos después de haber salido el sirviente.

PUCKY

Capítulo XVIII

DE COMO PRUDENCIA TEMBLO DE MIEDO Y MARTIN DE DESESPERACION

Apenas la vieja había quedado sola, ocupóse en recoger apresuradamente algunas de las prendas de su pobre equipaje, con intento de abandonar en seguida la casa y evitar encontrarse con el enamorado mancebo; empero, quiso su desgracia que antes de terminar la operación llamaran a la puerta.

—¡Ah! — exclamó, palideciendo y temblando — Será él...

Y dudó entre callar y responder y abrir.

Pero, muy acertadamente, pensó que Martín, ciego por el dolor, como estaba, y además impaciente, como era por naturaleza, no tendría reparo alguno en forzar la endeble cerradura de la puerta, lo cual conseguiría sin gran dificultad, poniéndola este en situación más crítica, porque el haberse negado a abrir era sobradamente sospechoso y bastante para que no se creyera nada de cuanto dijese.

Esto pensado, tomó la luz, y empezando a llorar y exhalar tristísimos gemidos, encaminóse a la puerta, donde sonaron nuevos y más recios golpes.

Martín dejó escapar un grito de dolor al oír el llanto de la vieja.

No necesitaba preguntar lo que había sucedido.

Su primer impulso fué correr en busca del cuerpo de la que tanto había amado; empero, le faltaron las fuerzas, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo.

—¡Dios mío! — exclamó Prudencia, con voz ahogada por los sollozos. — ¡Pobrecita de mi alma!... En seguida que os fuisteis... ¡Ah!... No encontraréis otra como ella... Venid, descansad y sosegaos..., y perdonadme si no os consuelo, porque no sé lo que me sucede...

Martín no entendió una sola palabra.

Es imposible hacer comprender lo que el desdichado sufría en aquellos terribles momentos.

Transcurrieron algunos segundos.

Al fin, haciendo un esfuerzo, pudo el infeliz separarse de la pared, y con vacilantes pasos se dirigió al que había sido aposento de Rosa.

Prudencia lo siguió, temblando.

¿Cómo pintar la sorpresa del mancebo al ver que el cadáver no estaba allí?

Un nuevo grito se escapó de su pecho.

La vieja retrocedió un paso.

—¿Dónde está? — preguntó Martín, con el acento de un loco.

—¿Dónde queréis que esté?

El mancebo, apretando los puños y con los ojos chispeantes, se acercó a la vieja.

—¿Qué habéis hecho — dijo, — qué habéis hecho del cuerpo de Rosa?

—¿Pero estáis loco?... ¡Dios bendito!...

—Responded.

—Sosegaos...

—¡Oh!... Decid dónde está.

—Por la Virgen Santísima, calmaos, que estáis fuera de juicio...

—Pronto, miserable...

—El cadáver está en la parroquia...

—¡Ah!...

—¿Qué había yo de hacer?

—Es decir, que apenas ha expirado...

—Allí estará mejor guardado; y ya que no otra cosa, esta noche estará su cuerpo en sitio sagrado.

—Sin licencia mía y sin que podáis tampoco responder de no haber confundido la muerte con un desmayo... ¡Oh!...

—Ved cómo me pagáis — replicó la vieja, volviendo a sollozar; — he gastado el poco dinero que tenía, porque no pasaseis el grandísimo dolor de verla muerta...

—¿No comprendéis que ese dolor me proporcionaría un consuelo?

—Pues bien; ya que os empeñáis, haced lo que os parezca, puesto que no se enterrará hasta mañana y está en la parroquia...

—Iré a verla.

—El sacristán debe ser vuestro amigo...

—Sí.

—Pero os aconsejo...

—Dejadme — replicó Martín.

Y, sin escuchar más, salió de la casa.

Pocos minutos tardó en llegar a San Sebastián y ver a uno de los dependientes de la parroquia, que era amigo suyo, y que le preguntó:

¿Qué traes por aquí a estas horas y con esa cara de difunto?

—Quiero ver un cadáver que han traído hace poco...

—¡Un cadáver!...

—Sí; el de una mujer.

—Ni de mujer ni de hombre.

—Pero...

—No hay ninguno.

—¿Qué no hay ninguno?

—Hace tres días que la muerte no nos da que hacer.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Dí Martín: ¿te has vuelto loco?

—Pero ¿estás seguro?...

—Segurísimo.

—¡Oh!...

—¿Qué te sucede?

El desdichado mancebo no respondió, y con grandísima sorpresa de su compañero salió precipitadamente de la iglesia.

Trastornado como nunca, verdaderamente loco, echó a correr hacia la calle del Olivar, llegó a casa de la vieja y llamó con descompasados y recios golpes.

Nadie respondió.

Sin esperar más que un segundo, volvió a llamar con mayor furia.

Empero, tampoco recibió otra respuesta que el eco de los golpes que él mismo descargaba.

Ya no podía dudar; había sido víctima de un engaño.

Pero ¿con qué fin?

Esto era muy difícil de adivinar, y enteramente imposible en aquellos momentos de trastorno.

—¡Oh! — exclamó el dolorido mancebo, con voz ahogada por el coraje.

Y sin detenerse a pensar lo que hacía, apoyó la espalda en la endeble puertecilla y empujó con toda la fuerza de su desesperación.

No fué menester más.

Saltó la cerradura, se abrió la puerta y quedó el paso libre.

Fuese intencionadamente o por olvido, la vieja había dejado encendida la luz.

Martín se lanzó en el interior de la casa, profiriendo amenazas terribles, juramentos y maldiciones.

Todo en vano, porque a nadie encontró.

Su desesperación llegó al último grado, y, como era consiguiente, se aumentó su trastorno hasta el punto de que ni hubiera acertado a dar cuenta de lo que sentía, ni siquiera a decir dónde se encontraba.

Después de un largo rato de ir y venir de uno en otro aposento y de llamar, ya con destemplados gritos o con voz lastimera a la infeliz que había expirado, dejóse caer en una silla.

Sus fuerzas se habían agotado.

Apenas podía respirar, y su corazón latía con tal violencia, que no parecía sino que en mil pedazos iba a saltar del pecho.

Empero, ni una lágrima salió de sus ojos, cuyas negras pupilas relumbraban con extraño fuego.

Imposible, le fué coordinar sus ideas.

Largo rato pasó.

Al fin, el desdichado mancebo se pasó las manos por la frente, que sentía abrasada, y murmuró:

—¿Qué espero?... ¡Ah!... ¡Dios mío!... ¿Qué debo hacer?

Luego sonrió con amargura, y añadió:

—Nada, no puedo hacer nada... Pobre y desvalido, teniendo forzosamente que guardar el secreto de mis deberes... Sin embargo, no hay duda de que se ha cometido una profanación de las más horribles... Necesito meditar; pero ahora no puedo, porque hasta mis recuerdos son confusos... ¿Hace mucho que estoy aquí?... No lo sé... Vamos.

Hizo un esfuerzo, púsose en pie y con vacilantes pasos salió de la casa, encaminándose a su vivienda.

Lo dejaremos, para volver al lado del comendador y doña Luz.

Capítulo XIX

EL PADRE Y LA HIJA

Al ver a su padre doña Luz, levantóse, cruzó las manos, extendió los brazos y exclamó, con acento doloroso y conmovedor:

—¡Padre mío!...

Empero, el anciano, extendiendo también un brazo, como para detener a su hija, replicó severamente:

—Sentaos, que después hablaremos, señora

Y volviéndose a la guardiana añadió:

—Andrés os espera.

Un momento después estaban solos el padre y la hija.

—Esta, como agobiada por la vergüenza y el dolor, permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada sobre su agitado pecho y fija en el suelo la mirada.

El caballero se sentó frente a la joven y la contempló por espacio de algunos instantes mientras su mirada tomaba una expresión más sombría, contraíase más y más su frente y se hacía más densa la palidez de su rostro.

—Doña Luz — dijo, al fin, el anciano, con grave y frío tono, — escusad quejas, lágrimas y ruegos y concretaos a responderme con claridad, porque no he venido más que a comunicaros mi última resolución, que es irrevocable, como todas las mías.

La joven exhaló un tristísimo gemido.

—Ya me conocéis, y no dudaréis de que todo será en vano para hacerme desistir de mis propósitos y, por consiguiente, con entrar en cierta cliase de explicaciones, con rogar vos y yo con negarme, no conseguiríamos más que atormentarnos, aumentar nuestros sufrimientos, que ya son harto crueles, para que al soportarlos alcancen el valor ni las fuerzas que Dios ha concedido a la criatura.

Tampoco respondió doña Luz.

De sus magníficos ojos se escaparon dos lágrimas, que rodaron por sus pálidas mejillas.

—Llorad — dijo el anciano, esforzándose para que no se alterase su voz, — sí, llorad, que motivo os sobra; llorad, que aunque vuestros ojos no cesen de verter lágrimas noche y día, serán pocas en el espacio de un siglo para dar muestras de vuestro dolor y arrepentimiento, que debe ser tan profundo como grande vuestra culpa... Sin embargo, os repito que será muy conveniente, lo mismo para vos que para mí, que déis tregua a vuestro llanto, que por algunos momentos ahoguéis vuestro dolor, porque así quedará más despejado vuestro entendimiento, para decidiros con la calma y el acierto que requiere la gravedad del asunto. Ya lo véis: diez días han pasado...

—¡Diez días! — murmuró la joven, con sorda voz.

—¿Os han parecido diez siglos?... Lo comprendo... A mí también; pero, a pesar de que las horas han sido para mí interminables y de horrible tormento, me habéis visto sufrir y esperar sólo por vos, no más que por vos, doña Luz, porque he querido que recobréis siquiera algún tanto la calma para que jamás podáis decir que obrasteis de uno o de otro modo, porque os obligaron a deciros en momentos de exaltación y trastorno, porque no os dejaron tiempo para meditar. Soy severo, muy severo, y en esta ocasión más que nunca; pero no quiero pecar de injusto ni menos de cruel, ni tampoco me perdonaría el haber procedido con ligereza cuando se trata de mi honra y de vuestro porvenir.

—Padre mío...

—Escuchadme algunos instantes y respondedme luego con franqueza ,sin reparo alguno, sin tener siquiera en cuenta el res-

peto que me debeis como hija, porque yo os prometo no tomar como ofensa vuestra contestación, sea cual fuere; pero consultad bien antes vuestra conciencia, no atendáis a vuestros intereses ni escuchéis a vuestras pasiones.

Doña Luz limpió sus ojos y levantó la cabeza.

—Ya puedo responderos — dijo.

—Siendo niña — repuso el anciano — perdistéis a vuestra madre, cuyas virtudes no tenían comparación; vuestra madre, a quien yo amaba con una ternura sin igual. ¡Dios sabe lo que tan terrible golpe me hizo sufrir... Vos, que sois un vivo retrato de la que os llevó en sus entrañas, fuisteis la única afección que me quedó en el mundo, y, por consiguiente, mi cariño de padre creció hasta lo infinito. ¿No lo habéis comprendido así? ¿Estoy tal vez equivocado? ¿No os he amado como ningún padre ama?

—Sí — respondió la joven, con voz conmovida.

Y otra vez el llanto volvió a salir de sus ojos, mientras añadía:

—Perdonad, padre mío; pero me es imposible contener estas lágrimas, que son de ternura.

—Gracias — murmuró con voz anogada el caballero, que era padre al fin.

Y esforzándose para disimular lo que sentía, dijo, después de algunos momentos:

—No he olvidado cuidado alguno, y he hecho todo lo posible para inculcaros los principios de virtud que tanto ennoblecieron a vuestra madre. Si alguna vez me he separado largo tiempo de vos, no ha sido por voluntad sino para cumplir mis deberes; no ha sido para satisfacer ambiciones, que bien sabéis no siento, sino para pagar la deuda que como ciudadano debo a mi patria, para obedecer como vasallo leal, para hacer los sacrificios a que estoy obligado como caballero; pero he procurado que durante mi ausencia nada os falte más que las muestras de mi ternura a todas horas. Si en vuestra niñez habéis cometido alguna ligereza, lo cual reconozco que ha sucedido muy pocas veces, no os he reprendido ni castigado como padre, sino que os he aconsejado como amigo, y bien sabéis que si la vida hubiera sido menester darla cien veces por vuestra felicidad, yo no habría vacilado para sacrificarla.

—Es verdad; me amáis mucho más de lo que yo os amo, más de lo que jamás os amaré, porque sois padre...

—Si no vuestra madre — repuso el comendador, — porque la perdisteis cuando apenas teníais uso de razón, yo os he dado constantemente el ejemplo de una honradez sin tacha, y siempre me habéis oído decir que antes que manchar mi honra, me quitaría yo mismo la vida; sí, lo he dicho, y ya sabéis que no hablo jamás en vano.

—Lo sé.

—No tenéis pues, queja alguna de mí...

—¡Ah!

—Responded.

—Os debo mucho; he sido ingrata...

—¿Hay alguna razón que justifique vuestro pecado?

—Ninguna, padre mío; ninguna más que el extravío de una pasión; ninguna más que

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

el olvido de todo en un momento fatal de verdadera locura...

—Entonces, el castigo será justo por duro que sea...

—Sí.

—Bien; eso me faltaba que lo reconocieseis así para tranquilizar mi conciencia.

—Todo lo merezco...

—Basta... Escuchadme con la misma atención que lo habéis hecho.

—Perdonad — replicó doña Luz, cuyo rostro cambió de expresión.

Y volviendo a limpiar sus ojos, añadió, con voz más segura que antes:

—Me habéis dado licencia para decir lo que siento, con tal que hable mi conciencia, y no mis pasiones, con tal que me coloque dentro de la razón fría y olvide mis particulares conveniencias

—Sí.

—Entonces...

—¿Qué queréis?

—Algunos momentos de atención

—Hablad.

—Contestaciones también; pero dictadas por la conciencia...

—Las tendréis.

—Gracias, padre y señor.

—Ya os escucho.

La joven se colocaba en una situación bastante difícil y aun peligrosa; pero su afán único era salvar a su hijo y al hombre a quien amaba; todo lo demás no tenía para ella importancia alguna.

—Padre mío — dijo, después de algunos instantes, y con una firmeza que nadie hubiera esperado en aquellos críticos momentos; — ¿me hubiéseis dado licencia para ser esposa de Raúl de Lancaste?

—No — respondió sin vacilar el caballero

—¿Y si yo os hubiese dicho que de semejante unión dependía mi vida, y de ello os hubiera dado pruebas que os convenciesen?

—Yo, a pesar de lo mucho que os amo, os habría dejado morir; porque ya sabéis que la vida no es, en mi opinión, lo que más debe estimar la criatura, sobre todo cuando por sus venas corre una sangre ilustre.

—Acabáis de justificar la reserva de que me acusáis por haberos ocultado mi amor.

—¿Y por qué dejastéis encender en vuestro pecho esa pasión fatal?

—La voluntad, padre mío, no es para eso dueña del corazón...

—La voluntad es bastante para morir cuando se quiere.

—¡Morir!...

—Sois cobarde.

—¡Cobarde! — replicó la joven, con amargura. — Yo os probaré que me sobra el valor.

—Entonces — replicó severamente el anciano, — si no han sido los alientos, ha sido la virtud lo que os ha faltado.

—El amor, cuando es verdadero, crece más cuando más se pierde la esperanza...

—Y como vos la teníais perdida desde el primer momento...

—Yo — repuso la desgraciada doña Luz, inclinando la cabeza — no tenía miedo a la muerte; pero me faltaba el valor para renunciar a las ilusiones de mi amor... Luché una vez; pero en vano, porque la lucha parecía encender más y más mi pasión; que acabó por trastornarme, enloquecerme, y en uno de esos momentos de fatal olvido...

—Sí — replicó el anciano, empezando a dejarse arrebatar por la cólera, — sí; de olvido de vuestros deberes, de vuestro nombre, que es el mío; de vuestra honra, que es mía también...

—Padre mío...

—¡Oh!... sacrificasteis nombre y honra a los impuros goces de vuestra pasión; disteis satisfacción a vuestros deseos, manchando vuestra frente con el sello de la infamia; no temísteis a Dios y despreciásteis al mundo; no respetásteis siquiera mis canas; no os importó desgarrar el alma del padre que os amaba tanto, darle la muerte, una muerte espantosa, con una agonía lenta y horrible, pagándole los desvelos, los cuidados, los sacrificios de toda la vida, y...

—¡Padre mío, padre mío!

—No me déis ese nombre — replicó el comendador, convulso de ira y en tanto que sus negros ojos relumbraban como dos centellas, — no me déis ese nombre, que se mancha en vuestros labios... Mi hija no existe, ha muerto para mí; no me queda de ella más que un amargo recuerdo... No, no sois mi hija.

Y, levantándose, empezó a recorrer la estancia como un loco, sin escuchar ni oír las tiernas y conmovedoras súplicas de la joven, que estaba poseída de terror.

Transcurrieron algunos segundos.

El anciano, cuya pálida y contraída frente estaba inundada de frío sudor, detúvose, al fin, y dijo:

—Ya lo veis, señora; las explicaciones no sirven más que para atormentaros, porque no he de cambiar de resolución. Ya estáis muerta para mí, y ahora debéis morir para el mundo...

—Padre mío — replicó doña Luz, fijando en el caballero una mirada de espanto.

—Sí — repuso el comendador; — esta misma noche moriréis para el mundo...

—Pero...

—No tembléis, que no pienso derramar vuestra sangre.

—¡Ah!...

—Tranquilizáos — repuso el comendador con irónico acento — la muerte de que hablo...

—Señor — replicó la joven como si instantáneamente hubiera recobrado las fuerzas, — la vida es hoy para mí un tormento espantoso...

—¿Y las gratas ilusiones de vuestro amor? — dijo el caballero con la misma ironía.

—¡Oh!... Sed justiciero, implacable si queréis; pero no cruel...

—Hace un momento — replicó el comendador — me hablábais de esas ilusiones, de vuestra falta de valor para renunciar a ellas.

—Entonces os hablaba la mujer...

—¿Y ahora?

—La madre — repuso doña Luz con admirable firmeza.

—¡Oh!...

—Entonces la mujer sin honra inclinaba la frente con vergüenza; pero la madre no se arredra para cumplir sus deberes; la mujer espera con ansia que termine su vida; pero la madre anhela conservarla para su hijo...

—Basta — replicó el comendador, cuyo iracundo arrebato iba en aumento; — basta señora!

Doña Luz guardó silencio; inclinó la cabeza, y quedó inmóvil.

—¿Donde está el hijo de vuestra deshonra? — preguntó el anciano después de algunos instantes.

—¡Ah!.. — exclamó la joven con acento que expresaba una alegría sin igual.

Y cruzando las manos y elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud, añadió:

—¡Gracias, Dios mío, gracias!...

El comendador, en el colmo de la sorpresa, miró a su hija, preguntándole:

—¿Qué significan vuestras palabras?

—Me preguntáis por mi hijo, lo cual significa que ignoráis su paradero...

—Ciertamente.

—Eso es lo mismo que decir que se ha salvado.

El caballero rugió como un león y apretó los puños con fuerza convulsiva.

Acababa de cometer una torpeza.

En su poder debía estar el recién nacido si Raúl hubiese muerto cuando fué sorprendido al salir de la casa.

Desde aquel momento doña Luz, segura de que su amante y su hijo habían logrado salvarse, se mostraba valerosa como nunca, y no habría medio de vencer su resistencia.

—Señora — dijo el comendador fuera de sí, — tengo el derecho de saber dónde se encuentra el testimonio vivo de mi deshonra.

—Y yo tengo el derecho de saber dónde se encuentra el padre de mi hijo, porque a pesar de mi falta...

—Doña Luz...

—Sí Raul de Lancaste es criminal, que se le castigue; si yo he sido débil, si he manchado mi honra, que es la vuestra, hacedme expiar mi falta; pero esto nada tiene que ver con nuestros derechos de padres...

—Olvidáis los míos...

—¿Para qué queréis saber dónde se en-

cuentra la inocente criatura que he llevado en mis entrañas?

—¿Os atreveís a interrogarme?

—No es menester que contestéis — replicó la joven con más firmeza cada vez, — no necesito explicaciones... ¡Oh!!! Lo que meditáis es horrible..

—Señora...

—Queréis castigar un crimen cometiendo otro mayor...

—¡Silencio!...

—Arrancadme la lengua y no hablaré.

—¡Oh!...

—Queréis que mi hijo, que es inocente, expíe mi falta... ¡Y os llamáis justiciero!...

—Que habláis a vuestro padre...

—Ya os he dicho, señor, que como mujer soy débil, pero como madre me sobra el valor.

La conversación no podía dar más resultado que el que había dado ya.

El comendador volvió a pasearse por la anchurosa estancia.

Doña Luz permaneció inmóvil y muda.

Largo rato pasó sin que se percibiese otro ruido que el de la agitada y violenta respiración de aquellas dos personas.

En el terreno en que se habían colocado, era imposible que se conmoviesen y llegasen a un acuerdo, empleando la ternura.

Doña Luz había comprendido que se intentaba cometer el abuso de hacer pagar sus faltas a su hijo, y se olvidó de todo para pensar solamente que era madre.

Como había dicho, su amor y sus deberes de madre le daban valor para todo.

Por su parte, el comendador era también imposible que cediese; ni se lo permitía su carácter, ni su dignidad de padre, tan profundamente herida.

—Señora — dijo al fin el anciano, volviendo a detenerse; — por última vez...

—¿Qué queréis

—¿Dónde está vuestro hijo?

—¿Y Raúl?

—¿Os atreveréis?...

—A todo me atreveré como madre.

—Responded.

—Jamás sabréis dónde se encuentra mi hijo.

—¿Es esa vuestra última resolución?

—Sí.

—Pensadlo bien...

—Lo he pensado.

—Os arrepentiréis...

—No, porque soy vuestra hija.

—Bien; pues vos tampoco volveréis a ver ni a tener noticias del miserable que os ha deshonrado, ni del fruto de vuestro amor criminal.

—Pero habré cumplido mi deber...

—Raúl de Lancaste morirá.

La joven exhaló un grito desgarrador, pero reponiéndose un momento después, dijo:

—Mi hijo se salvará.

No encontró el comendador ya palabras con que expresar lo que sentía.

Ciego, loco por el dolor y la ira, acercóse a una puerta que estaba cerrada con llave, y abriendo, dijo con voz ronca y reconcentrada:

—Entrad.

Doña Luz, sin pronunciar tampoco una palabra, se puso en pie, atravesó con paso firme el aposento, y entró en el inmediato.

El caballero cerró y guardó la llave.

Luego se dejó caer en un sillón y se oprimió las sienes. El silencio que entonces reinó fué absoluto, imponente, casi amedrentador.

La luz de la lámpara, que ardía sobre una mesa, dió de lleno sobre la cabeza encanecida de aquel hombre, cuyos sufrimientos no pueden explicarse.

Más de cinco minutos permaneció inmóvil.

Al fin exhaló un penoso suspiro y levantó la cabeza, mirando a su alrededor como si quisiera reconocer el sitio donde se encontraba.

—Es preciso — murmuró, — la debilidad sería un crimen en estos momentos.

Hizo un esfuerzo y su rostro volvió a tomar la expresión dura y sombría de siempre; pero nadie hubiera conocido en él otra cosa.

Luego salió del aposento y fué al que siempre había ocupado doña Luz.

Allí estaba Andrés.

—Ya es hora — le dijo el comendador.

—¿Volveréis a vuestra cámara? — preguntó el sirviente.

—Sí.

—Aguardaré, pues.

—¿Has dado a esta mujer las instrucciones oportunas?

—Pocas necesitaba...

—Sin embargo...

—He aprovechado el tiempo que estamos aquí, y nada debéis temer.

El caballero, sin hacer más observaciones, volvió a su habitación.

—Colocáos junto a la cama — dijo entonces Andrés a la guardiana.

Esta obedeció.

—Creo — añadió el sirviente, — que es más natural que estéis en pie mirando el cadáver...

—Idos y descuidad — replicó ella, — que todo se hará como desea vuestro señor.

—Descuidado voy, porque os sobra entendimiento y voluntad...

—No perdáis el tiempo.

Andrés salió sin hacer más observaciones.

Ya no debía encontrar el comendador inconveniente alguna para terminar la ejecución de su plan.

Volvió a reinar en toda la casa un silencio profundo.

Capítulo XX

UNA COINCIDENCIA

Quince minutos después de la escena que acabamos de referir, a la completa aunque aparente calma y al silencio que reinaba en la espaciosa vivienda del comendador, sucedió el ruido, el movimiento, una agitación verdaderamente extraña allí.

Todos los criados, que eran bastantes, iban y venían apresuradamente, cumpliendo repetidas órdenes, y hablaban sin cesar.

Algunos habían salido a la calle con gran prisa, otros se preparaban a salir, y todos se movían, aunque la verdad es que hacían bien poco.

El alma, puede decirse, de semejante agitación, era Andrés, que cada segundo entraba en el aposento de su señor y salía, para comunicar nuevos mandatos.

—¿Qué sucede? — preguntaban algunos.

—Doña Luz se ha desmayado y temen que se muera antes de recobrar el sentido — respondían otros.

—No está mal desmayo.

—¿Pues qué es ello?

—Que se ha muerto...

—¡Ah!...

—Exageras...

—Me lo ha dicho Julián, que la ha visto.

—Pero si a nadie se le permite entrar en el aposento de nuestra pobre señora.

—Se ha levantado la prohibición.

—No lo creo.

—Anda y te convencerás.

—Claro es que dejarán entrar, porque en casos como éste...

—¿Y el médico?

—Han ido por él.

—Es un animal.

—¿Qué sabes lo que dices?

—Porque ha tenido la fortuna de ser médico del rey...

—Todos son lo mismo.

—¿Pero no decían que doña Luz estaba mucho mejor?

—Y aseguraban que hoy se había levantado.

—Mentiras.

—Nadie la ha visto.

—Ni esa bruja que la cuida dice a nadie nada.

—Ni se permitía llegar siquiera a la puerta de la habitación.

—¿Y por qué?

—Pregúnteselo al señor...

—No me gustan estos misterios.

—Cuidado con lo que se habla.

—Es verdad, nuestro señor no juega.

—Acordáos del pobre Fernán...

—Dicen que está en la Inquisición...

—Basta, basta.

Y mientras los unos hablaban así, en otro lado se oía lo siguiente:

—¿Qué te parece, Antón?

—Silencio.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Pero qué sucede?

—Lo ignoro.

—¡Lo ignoras, cuando ahora sales del aposento de doña Luz!...

—Es verdad; pero como no soy médico...

—Sin embargo...

—Dicen que está desmayada.

—¿Y tú que opinas?

—Yo...

—Con claridad.

—En la cama de doña Luz...

El sirviente que esto decía miró recelosamente a todos lados.

—Nadie nos oye — replicaron los que le preguntaban.

—Es que...

—Eres un bribón sin igual.

—Dices que en el lecho de doña Luz has visto...

—Habrá visto a doña Luz.

—No lo sé.

—¡Que no lo sabes!

—¿Pues qué es lo que has visto?

—Lo que pienses...

—¡Oh!...

—Vamos, vamos...

—Sí, que diga lo que se le ocurre.

—Pues bien; no se me ocurre otra cosa más sino que parece imposible que una persona se desfigure tanto cuando muere.

—¿Tan fea se ha puesto

—No.

—Entonces...

—Que ha cambiado su cara hasta el punto de que parece otra.

—Pues tú bien la conocías.

—¡Ya lo creo!

—Y aunque la muerte desfigura...

—Lo único que os diré es que si no estuviera donde está, y me llamaran para reconocer el cadáver, juraría cien veces que en mi vida había yo visto semejante mujer.

—Exageras.

—Puede ser.

—Estarías turbado...

—Ya sabes que no me turbo.

—Es extraño lo que dices...

—Silencio...

—Pero...

—Ni sé más, ni se me ocurre otra cosa.

—Escucha...

—Hablaremos después.

Esto fué bastante para que la murmuración tomase nuevo giro.

Un cuarto de hora después, el criado que había ido en busca del doctor Olivares, volvió diciendo que éste no se encontraba en su vivienda.

—Corriendo — gritó el comendador. — Otro médico.

—¿Cuál?

—El que más cerca viva.

—En la calle del Sacramento tenemos uno — dijo Andrés.

—¿Quién es?

—El doctor Extremera, que también goza de mucha fama.

—Id a buscarlo.

A los diez minutos se presentó el médico.

Era el mismo que por la mañana había visitado a Rosa.

El caballero le dió algunas explicaciones, concluyendo por decirle que cuando se esperaba una mejoría, su hija doña Luz había quedado sin sentido y hasta parecía muerta.

El médico escuchó atentamente y luego preguntó:

—¿Quién la asistía?

—El doctor Olivares.

—Respetable sabio.

—Pero no se encuentra en su casa en este

momento, y como el caso parece urgente...

—Veamos a la enferma.

Apenas se acercó el doctor al lecho, se contrajo su frente, y si no se le escapó una exclamación de sorpresa fué porque la contuvo muy trabajosamente.

Era imposible que no hubiera reconocido a Rosa, cuyo rostro había examinado tan cuidadosa y detenidamente aquella mañana.

Sin embargo, quiso asegurarse de que no se equivocaba, y haciendo que acercasen una luz, buscó en los labios del cadáver las señales que forzosamente debían tener por efecto de la enfermedad, si la persona era la misma.

Un segundo después ya no dudó.

Su frente se contrajo.

Sin embargo no pronunció una palabra, y continuó el reconocimiento con aparente calma.

Cuando hubo terminado, se volvió al comendador, preguntándole:

—¿Me habéis dicho que es vuestra hija?

—Sí — respondió el caballero, estremeciéndose.

—Lo siento mucho.

—¿Acaso?...

—Esperad a que venga Olivares..

—Pero...

—Nada puedo hacer.

—¡Ah! — exclamó el anciano.

Y se dejó caer en una silla, murmurando tristemente:

—Lo temía... Su rostro me pareció el de un cadáver.

—Sí — repuso el doctor, — un cadáver ya frío, de algunas horas...

—¡De algunas horas!...

—Sí, de cuatro o cinco lo menos.

—Señor — dijo entonces la mujer que cuidaba de doña Luz, — no hace más de una hora que me pareció de que no respiraba...

—Decís que su mejoría la permitió dejar hoy el lecho...

—Por breve rato...

—Cosa extraña.

—¿Por qué?

—La enfermedad de que ha muerto no debía interrumpirse si no se curaba... He aquí un fenómeno de estudio.

Nadie acertó a responder.

—He concluído — dijo el médico, disponiéndose a salir.

—¿No certificáis de su muerte?

—Lo hará mi compañero Olivares.

—Está de consulta en palacio — repuso el caballero — y quizás no concluya en toda la noche, como suele sucederle.

—¿Se va a conducir inmediatamente el cadáver a la iglesia?

—Sí — respondió el comendador; — quiero que esté en lugar sagrado hasta que se le dé sepultura.

Extremera meditó.

—Bien — dijo, — certificaré.

Y así lo hizo; pero declarando solamente que había reconocido un cadáver que, según aseguraba el comendador Quiñones, era el de doña Luz, hija de éste, y que, según todas las apariencias, la joven debía haber muerto al anochecer a consecuencia de u fiebre de carácter tifoideo.

El anciano, que no servía para fingir, que por consiguiente representaba muy m su papel, leyó el escrito y preguntó:

—¿Y por qué no decís determinantemen que es el cadáver de doña Luz de Quiñone

—Es la fórmula que usamos cuando conocemos a la persona, y como yo nun he visto a vuestra hija...

—Bien, bien.

—Señor comendador, ved en qué pue serviros...

—Esperad un momento y os pagaré.

—No lo intentéis siquiera.

—¿Por qué?

—Porque nada recibiré.

—Os habéis molestado, y...

—Es inútil que insistáis... Dios os co suele.

Y sin escuchar más, salió.

La noticia de la muerte de doña Luz cu dió rápidamente entre los criados.

Capítulo XXI

OTRA COINCIDENCIA

La necesidad aumenta prodigiosamente l fuerzas, el valor y a veces también el ente dimiento. En ciertas situaciones y circun tancias, el más débil de espíritu y de cuer resiste lo que parece imposible que resis nadie y se le ve hacer hasta lo que es i creíble.

Así le sucedió a Martín: tenía necesid absoluta de ocultar su sufrimiento, porq si llegaba a ser conocida la causa de és las consecuencias serían horribles para infeliz, y obligado por esta necesidad, hi su voluntad esfuerzos tales, que cuando l gó a su vivienda nadie hubiera adivinado dolor mortal.

Su rostro estaba pálido como el de cadáver, contraída su frente y sombría mirada; pero esto podía muy bien ser efe to de una dolencia física, lo cual a nad debía sorprender, puesto que el mancebo había quejado todo el día.

Figuraos un aposento de regular exte sión, amueblado, más que modesta, hum demente; un velón de cobre, cuya luz roji parecía esparcirse con pereza; un hombre cincuenta años, de aspecto venerable, mirada dulce, de fisonomía simpática y q revelaba una candidez y una benevolenc encantadora, y de cabellos blancos y escas que contrastaban con el negro color de u larga sotana de bayeta, bastante raída; guraos que este hombre, sentado junto una antiquísima mesa de nogal, donde h bía dejado su bonete, estaba absorto en lectura de un breviario; figuraos todo est repetimos, y conoceréis al caritativo prote tor de Martín, al que le había servido padre y de maestro, al que lo amaba, p más que constantemente se hubiese mostr do rígido, severo hasta el último grado, s permitir ciertas libertades al mancebo, s transigir con ciertas ideas.

Ya hemos dicho que el buen sacerdote, si no era un santo, estaba muy cerca de serlo, y por esto precisamente, Martín, que era mozo de gran corazón y de muy noble alma, quería evitar a toda costa un rompimiento con su protector.

No le arredraba al mancebo la idea de perder el pan que se le daba, pues le quedaba en último caso el recurso de ser soldado y hacer quizás su fortuna; pero sí le espantaba mostrarse ingrato con el que ocupaba el lugar de su padre, con el hombre generoso a quien todo lo debía.

No solamente esto, sino el hacer experimentar una contrariedad cualquiera a su protector lo hubiera considerado el mancebo un crimen o, por lo menos, una ruíndad, y él podía ser todo lo travieso o malo que se quisiese, pero ruín, jamás.

De ningún modo era, pues, un miedo pueril, sino un sentimiento, el más noble y generoso el que obligaba a Martín a ocultar su verdadera y triste situación.

Así se explican los esfuerzos que hizo, y se comprenderán las escenas que hemos de referir.

Martín se acercó lentamente a su protector, le besó con respeto la diestra y le dijo:

—Buenas noches.

—Bien venido — respondió el anciano con dulzura.

Y cerrando el libro volvióse hacia el mancebo y lo miró atentamente, añadiendo:

—Estás bastante pálido y agitado.

—He andado muy de prisa — repuso Martín, — porque ya es tarde y...

—Sabes que no me gusta que de noche andes por las calles; pero no te reconvengo, porque estoy seguro de que estas horas las habrás empleado bien o, por lo menos, no te habrás ocupado en nada malo; pero lo que terminantemente te prohibo es que hagas la locura de irte cuando tu salud está quebrantada.

—Me siento mejor.

—Los pocos años todo lo resisten; pero luego, cuando se llega a otra edad...

—No espero ser viejo.

—¿Por qué?

Martín se encogió de hombros.

—Siéntate y descansa — repuso el cura

—Si nada tenéis que mandarme...

—¿Qué piensas hacer?

—Acostarme.

—¿No cenas?

—No tengo apetito.

—Todas las noches — repuso el cura — te acuestas lo más tarde posible, porque parece que tienes horror a la cama, y hoy...

—Ya sabéis que no me siento completamente bien.

—Decías que estabas mejor...

—Sí.

—Entonces...

—No sabiendo qué hacer...

—Puedes acostarte.

—Aunque no tome alimento, os acompañaré a la mesa...

—Te dejo en completa libertad...

—Me quedaré.

Martín se sentó.

El cura mandó que dispusiesen la cena, y mientras así lo hacían, volvió a ocuparse de la lectura.

Pasó un cuarto de hora.

La cena, que consistía sólo en un plato de judías cocidas y aderezadas con aceite y vinagre, fué colocada sobre la mesa.

Empero antes que el anciano diese principio a comer, avisaronle de que lo buscaban con toda urgencia de parte del comendador Quiñones.

—¡El comendador! — murmuró el cura — Bastante se ha murmurado estos días del buen caballero; su hija estaba enferma... ¿Amenazará alguna desgracia?

Y salió del aposento para recibir el recado, volviendo algunos minutos después con el semblante triste.

—Lo que se temía — dijo al entrar; — la hija del comendador ha muerto repentinamente y sin que pueda recibir los auxilios espirituales... ¡Dios tenga piedad de su alma... ¡Pobre joven!... Hermosa, rica, virtuosa, sí, virtuosa, a pesar de que la murmuración...

Interrumpióse, y dirigiéndose a Martín, que parecía no haber oído lo que su protector decía, añadió:

—Quieren que el cadáver quede esta noche en el templo, con el cuidado y decoro que merece persona tan ilustre. Avisa, pues, al sacristán para que todo lo disponga, porque tú no estás en disposición de pasar una noche en vela.

—Yo cuidaré de todo, me siento bien, ya os lo he dicho...

—No, hijo, no; la salud...

—Dejadme; no tengo más que un dolor de cabeza que nada significa...

—Como quieras.

—Nada quedará por hacer — repuso Martín.

—Entonces yo estaré con más descuido, porque en tí tengo mayor confianza. Ninguna advertencia necesito hacerte, ya sabes de qué clase de personas se trata y por consiguiente...

—Cenad tranquilo, que yo cuidaré de todo — repuso Martín levantándose.

—No, no puedo cenar; quiero ir ahora mismo a ver al comendador. Ya que no he podido auxiliar a la hija en sus últimos momentos, procuraré fortificar el espíritu del padre y consolarlo. El golpe ha sido terrible.

Y el buen cura tomó su sombrero y su manteo y salió, mientras que Martín se encaminaba a la sacristía.

Omitiremos detalles que no servirían más que para cansar al lector, y sólo diremos que dos horas después el cura se encontraba en la sacristía y el cadáver de Rosa en un rico ataúd, sobre un magnífico catafalco, cubierto de terciopelo negro con bordados de oro, que se levantaba en medio del templo.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

Los vaqueros miraron en forma amenazadora a Río Kid. Uno de ellos desató el lazo que llevaba en la silla de su caballo.

—Si le ha pasado algo a Rube no vamos a esperar seguramente a llevar a este pícaro al sheriff, Buck, — dijo el del lazo. — Lo colgaremos aquí mismo.

—¿Es Rube compañero de ustedes? — preguntó Río Kid.

—Sí. Todos somos vaqueros del Blue Bird Ranch.

—¿Ustedes son vaqueros entonces?

—Sí. Y si usted ha herido o muerto a Rube, será colgado en seguida. ¿Dónde está Rube?

—Pregúntenle a Red Harris donde lo dejó él. — respondió tranquilamente Río Kid.

—No trate de ponernos nerviosos, Río. Harris llegó a pie al ranch y nos dijo que usted se encontraba en esta cabaña. El caballo de Rube está en el corral y creo que él no andará por la pradera sin su caballo... ¿Dónde está?

Todos los rostros expresaban una gran animosidad contra el muchacho. Este sonreía tranquilo.

—¡Miren en la cabaña! — dijo.

—Si Rube estuviera en la cabaña ya habría salido a nuestro encuentro, — dijo Buck.

—¿Pero no les he dicho que ha sido herido, muchachos!

—A ver. Llevarlo hasta el corral y prepararlo todo allí.

Un nudo corredizo fué pasado en torno al cuello de Río Kid, pero éste no abandonó por ello su sonrisa.

—Pero, ¿por qué están perdiendo el tiempo Yo les digo que Rube ha sido herido y que está en esa cabaña. ¿Por qué no entran y le preguntan a él qué es lo que ha ocurrido?

—Vamos a la cabaña, Pete, — dijo Buck

La mirada de Río Kid se había clavado en el rostro de Ted Harris, quien se había puesto horriblemente pálido.

—¡Miren muchachos! Parece que a Harris no le hace mucha gracia que Rube esté vivo.

El bandido de la barba roja, lanzó una mirada de odio al muchacho, luego se acercó a la cabaña. Si Rube Wilkins estaba con vida, diría la verdad de lo que había ocurrido. Rápidamente sacó su revólver de la cintura y trató de disparar contra Río Kid, pero éste, aún cuando tenía las manos atadas podía manejar los pies y el rápido puntapie que le dió en el estómago le hizo soltar el arma. Al caer salió un tiro que estuvo a punto de alcanzar a uno de los vaqueros.

Inmediatamente dos o tres de los hombres, se apoderaron del bandido, quien luchaba por libertarse, sin poder conseguirlo.

—¡Vea amigo! Las cosas se van a poner en claro muy pronto y creo que los dos seremos llevados al sheriff aún cuando no me voy a sentir realmente orgulloso de ir en su compañía.

—¡Suelten a Río Kid! — exclamó Buck, saliendo de la cabaña. Avanzó con la mano en alto mirando extrañado al muchacho. Los vaqueros murmuraron algunas protestas pero Buck prosiguió.

—Rube se encuentra ahí adentro. Le han herido de un tiro en el hombro pero ha sido curado y atendido debidamente... Ha sido

Río Kid dió un golpe en la mandíbula de su adversario.

Red Harris el que lo atacó en la pradera y le robó el caballo.

—¿Y cómo se encuentra en la cabaña entonces? — preguntó uno de los hombres.

—Ha ocurrido que este condenado de Río Kid, fué en su busca y lo trajo hasta aquí, le curó y lo ha atendido como a un hermano. Por eso lo hemos encontrado todavía aquí.

Todos los vaqueros corrieron a la vez hacia la cabaña para ver y oír a su compañero. Buck Williams y Río Kid, quedaron solos un momento. El capataz se quedó un instante indeciso, como si dudara, luego sacó el cuchillo y cortó las ligaduras que sujetaban las manos del muchacho.

—Creo que si no se hubiera quedado aquí cuidando a Rube, estaría ya muy lejos de estos lugares.

—Seguramente — respondió Río Kid.

—Su caballo está en el corral, monte en él y márchese en seguida.

—Compañero. Es usted un hombre y me siento orgulloso de haberlo encontrado.

Ni una mano ni una voz se levantó contra Río Kid cuando, después de haber ensillado su caballo, se acercó a la puerta de la cabaña para decir adiós al herido.

—¡Adiós amigo! Ya no corre peligro alguno, pues está junto a sus compañeros. Y ha sido para mí una suerte que a Harris no se le ocurriera dar aviso al sheriff y se contentara con traer a los muchachos del Blue Bird Ranch.

—¡Seguramente! Ellos miran las cosas de distinta manera y ya saben quién es usted en realidad. — respondió Rube.

Un minuto después se oía el galopar de un

PUCKY

caballo que se alejaba, Río Kid saludó con su Stetson y los muchachos le respondieron de la misma forma.

Pero Red Harris, no volvió a la estancia.

Cuando Río Kid lanzó una última mirada desde una loma al sitio donde había dejado a los vaqueros y al herido, vió que algo se balanceaba en el extremo de un lazo en la puerta del corral. La justicia de los vaqueros había sacado de en medio a un cuatrero asesino.

EL NUEVO PATRON DEL LAZY - O.

La pequeña diligencia, arrastrada por dos caballos, que realizaba periódicamente el recorrido de Pecos Bend a Packsaddle conducía en aquel viaje un sólo pasajero.

Jimmy Dace, el conductor, podía haber dicho a cualquiera que le preguntara al respecto, quién era aquel pasajero, o por lo menos quién se imaginaba él que era.

Sabía que se llamaba el señor Fairfax, la persona que había adquirido el Lazy - O Ranch en Packsaddle y que iba a tomar posesión de su nueva propiedad.

Y el mismo Jim Dace, se hubiera quedado tan sorprendido como los demás, de haber sabido que el verdadero nombre de aquella persona era Carfax y que era conocido en todo Texas, por Río Kid.

Pocos o ninguno hubieran podido reconocer en el pasajero a tal persona. Y el mismo Río Kid, se reconocía apenas cuando se miraba en su espejo de bolsillo. La transformación había sido tan completa como era necesario para impedir que todas las personas interesadas supieran quien era.

Su aspecto había cambiado mucho.

Llevaba siempre su sombrero Stetson, pero ahora estaba desprovisto de la cinta adornada con pepitas de plata, que tan conocida era. Las espuelas de plata y los chaparejos, habían desaparecido. Los dos revólveres de cabo de nogal, no se encontraban ya pendientes del cinturón descansando a los costados, sobre las piernas.

Nadie que mirara al señor Fairfax, podía suponer que era Río Kid, como nadie que conociera anteriormente a Río Kid, podía adivinar en aquel elegante joven al perseguido por todos.

Su aspecto era el de un rico hacendado, lo que en verdad había ocurrido al fin. Y era también raro que el muchacho se aviniera a viajar en una diligencia, sin su querido Coceador, ya que el joven vaquero y su fiel compañero eran inseparables.

En este punto era donde realmente el muchacho había sufrido más. El tener que separarse de su caballo aun cuando fuera por pocos días, ir a pie y viajar en una diligencia, no le agradaba lo más mínimo. Pero había que seguir el juego hasta el final.

Jimmy Dace, el conductor, no era hombre de modales muy finos, pero había tratado a su pasajero con todo respecto. El nuevo propietario del Lazy - O Ranch, se hacía respetar, en efecto, por varias razones.

La estancia era la mayor y más importante de la zona de Packsaddle, en el Pecos, y su excelente y numeroso ganado pacía en grandes extensiones cubiertas de ricos pastos.

Los muchachos empleados en el mencionado ranch, eran los más tumultuosos de la región, y cuando marchaban a Packsaddle, para pasar algunos días de fiesta lo hacían en forma tan ruidosa, que las puertas y ventanas de las casas por cuyo frente pasaban, se cerraban hasta que ellos se habían alejado.

Jim Dace, miraba sorprendido y con desconfianza a aquel muchacho que tenía la pretensión de dominar a semejante elemento. Fairfax parecía ser muy rico y el hecho de haber adquirido por 40.000 dólares — pagando la suma de 10.000 al contado, — aquel establecimiento ganadero lo demostraba así.

La estancia había sido manejada durante muchos años, por un capataz llamado Barney Baker, sin que los anteriores propietarios se hubieran cuidado mucho de lo que hacía su empleado y Jim Dace pensaba en qué forma recibiría Baker la ingerencia del nuevo propietario, quien por su aspecto parecía un muchacho y no dudaba de que podían ocurrir cosas extrañas y no pocos disgustos.

Dace hubiera podido decir mucho al pasajero que conducía, acerca de su estancia y de las personas que había empleadas en ella, pero prefirió callar por el momento.

Le podía haber contado que el capataz Baker acostumbraba a vender ganado de la estancia con bastante frecuencia y que las sumas que obtenía iban a parar a su bolsillo particular, la mayor parte de las veces, cosa que se sabía de sobra en Packsaddle.

Le podía haber prevenido, que el capataz consideraba aquella propiedad más como suya que de los amos que le pagaban el sueldo por atenderla. Le podía haber dicho, también, que la ley de Packsaddle estaba más en favor del que manejaba con mayor rapidez un revólver, ya que ningún sheriff, en veinte millas a la redonda, quería intervenir en los asuntos que se refirieran al ranch Lazy - O.

Podía haber dicho, en fin, que al adquirir aquella estancia y dirigirse a ella para ponerse al frente de la explotación, había procurado, según la expresión corriente, su propio funeral.

Pero el conductor Jim Dace, no le dijo al señor Fairfax ni una sola palabra a este respecto. No era asunto suyo, y como la generalidad de los habitantes de aquel lugar, pensaba que el que deseara saber lo que allí pasaba lo averiguara personalmente.

Sentía curiosidad por saber cuanto tiempo duraría allí el tal señor Fairfax. Ninguna compañía le hubiera asegurado la vida sabiendo adonde iba, y Jim Dace calculaba lo que tardarían en eliminarlo los muchachos de la estancia.

Mas el muchacho, parecía ignorar todo y se manifestaba sonriente y satisfecho. Y realmente era así. Aparte del disgusto de tener que haberse separado de Coceador. Río Kid se hallaba encantado de su nueva aventura.

Estancieros y sheriffs habían estado durante años buscándolo por todas partes para hacerle pagar con la vida delitos que no había cometido. Pero no habían logrado darse esa satisfacción. Por las llanuras y las sierras lo habían perseguido y cuando creían tenerlo más seguro se les había escapado sin que supieran como.

La fortuna que Río Kid había obtenido en las minas de oro de Arizona, había permanecido en lugar seguro. Gran parte de ella había desaparecido durante sus andanzas y viajes, pero siempre le había quedado lo suficiente para iniciar con una parte de ella la nueva aventura y ver si lograba al fin permanecer tranquilo y que lo dejaran de perseguir, para llevar una vida honesta y respetable.

Y había en todo ello algo que hacía sonreír satisfecho al muchacho. La idea de que mientras todos los anduvieran buscando por otras regiones el permanecería tranquilo en su estancia, en Packsaddle.

Se había separado por un tiempo de Coceador, había cambiado su indumentaria y vestía como un rico hacendado y no como un vaquero, se había dejado el bigote y eso al transformarle le hacía parecer más respetable y más difícil de reconocer.

Packsaddle se hallaba a bastante distancia de Río Frío, donde lo conocían mucho. Y el hecho de que fuera una región en la que los sheriffs no querían intervenir la hacían más recomendable a Río Kid.

Por eso sonreía satisfecho cuando se instaló en la diligencia. Desde la ventanilla de la portezuela, observaba la región y notaba como hombre conocedor las ventajas que reunía. Los pastos eran abundantes y buenos, el agua no escaseaba y pensaba que el ganado no padecería de sed, aún cuando en el resto de Texas se hiciera sentir la sequía.

Ser dueño de todo aquello, hacía sonreír al muchacho que recordaba con cariño los tiempos en que cuidaba vacas en el Double Bar Ranch, en Frío.

En algunas ocasiones, durante el viaje, había podido ver a algún vaquero que montado en su broncho perseguía un grupo de animales y comparaba su situación actual con aquella en que se encontraba en el Mal Paso, cercado por los soldados de la policía montada.

Cuando el conductor fustigó a los caballos para acelerar la marcha, Río dijo a Jimmy.

—Diga. ¿Todavía no hemos llegado a Packsaddle.

—Aún no.

—¿Entonces por qué acelera la marcha de los caballos

Jim Dace hizo un ademán con su látigo.

—Porque noto allí la presencia de dos jinetes, que no se lo que desearán.

Río Kid miró en la dirección indicada y vió que dos jinetes habían salido de la llanura hasta el camino por donde había de pasar la diligencia. Río pensó que eran vaqueros. Por lo menos así lo hacía suponer su traje y sus rostros tostados por el sol. No llevaban armas en la mano, pero se comprendía que lo que trataban era de detener la diligencia, y Río Kid olfateando el peligro llevó la mano a su revólver.

Pero se sonrió pues la costumbre le había hecho palpar el sitio donde habitualmente los llevaba. Luego llevó la mano algo más hacia atrás para cerciorarse de que el revólver, que ahora no se veía, estaba allí.

—¿Es un asalto? — preguntó.

—No me parece — dijo el conductor.

—¿De qué se trata entonces? — agregó Río Kid, intrigado.

El conductor miró hacia la cara que asomaba por la ventanilla con compasión. Después de todo, aquel muchacho no era más que una criatura que jugaba haciendo el papel de dueño de una estancia y no era cosa de dejarle ir con los ojos cerrados por completo.

—Señor Fairfax — dijo — Esos tipos pertenecen al Lazy - O Ranch.

—¿A mi estancia?

—Sí. Parece que son los compañeros del capataz Barney Baker — dijo Jim bajando la voz, aun cuando la diligencia no se hallaba aun cerca de los dos jinetes. — Uno de ellos es Panhandle Pete...

—¡Qué tipo!

—El otro, el de la cicatriz en la madíbula, es conocido por "Coyote"...

—Realmente lo parece — dijo Río Kid.

—Creo que lo que esperan es de detener la diligencia para conocerlo a usted, señor Fairfax.

—¿Van a darme la bienvenida?

—No le daría yo precisamente ese nombre — dijo Dace. — Señor. Esos muchachos no me inspiran gran confianza y siempre es triste ver que pueda pasarle algo a una persona nueva en estos asuntos...

Río Kid sonrió.

—¡No crea que yo soy tan nuevo en circunstancias como ésta! — manifestó con todo convencimiento.

—¡Quien sabe! — respondió el otro dudando. — Para tratar con esta clase de pillos es necesario haber vivido entre vacas, y usted, señor Fairfax no parece que...

—En la estancia saben que yo vengo en esta diligencia y dos los muchachos han salido a mi encuentro para saludarme. Yo se lo agradezco mucho...

Jim Dace lo miró sorprendido.

—Que han salido a su encuentro, no puede negarse, señor; pero me parece que no han de haberle puesto a usted en antecedentes cuando le vendieron el ranch.

—Sí, me han dicho todo. ¿Acaso quiere usted decir que no es bueno el terreno?...

—El mejor de toda la región... Pero ¿no le dijeron nada respecto a la gente que está empleada en él?

—No me han dicho nada... Pero yo supongo que si no se avienen a lo que yo dis-

pongo, con obligarlos a ser prudentes y echarlos...

Jim le volvió a mirar con lástima.

—¿Y usted se imagina que va a dominar a los muchachos del Lazy-O Ranch?

—Seguramente, si no hacen lo que a mí me agrade...

Jim Dace abrió la boca y la volvió a cerrar sin decir nada. Siguió la marcha hacia los dos jinetes y se creyó que había cumplido con poner, en parte, en antecedentes de la situación a su pasajero. Lo demás que lo averiguara él después de haber despertado sospechas.

COMO RESUELVE RIO KID EL ASUNTO

Río Kid miraba con curiosidad por la ventanilla de la puerta de la diligencia. Jimmy Dace detuvo el vehículo obedeciendo a un ademán de uno de los jinetes, de Panhandle Pete, como lo había designado. Adoptara el señor Fairfax, la actitud que quisiera para el conductor era lo mismo, pues su único interés era no tener discusiones con los hombres del Lazy-O Ranch

—¡Buenas tardes, muchachos! — dijo Jimmy cortesmente.

—¿Trae un pasajero?

—Eso es.

—¿Se llama Fairfax?

—Eso es.

—Dígale que baje.

Jimmy se apresuró a trasmitir la orden.

—Señor Fairfax — dijo. — ¿Quiere bajar para hablar con esos muchachos?

—No tengo interés alguno en ello — respondió Río Kid.

—¡Por el amor de Dios, señor Fairfax! Ya le he dicho a usted que es un joven inexperto, y por un capricho lamentaría tener que ver que le metan una bala en el cuerpo...

—Si es eso, yo también lo lamentaría. Pero será mejor que le diga a esos dos, que si tienen algo que decirme que se acerquen a la ventanilla y hablaremos.

Jimmy hizo un gesto de desaliento.

—¿Qué dice ese tipo? — exclamó el apodado Coyote.

—Sí. Ya viene. Hay que darle tiempo... — exclamó el conductor tratando de dar oportunidad a Río Kid para que reflexionara. — Señor Fairfax, — agregó en voz baja. — Mire que si no les obedece va a ocurrirle algo desagradable. ¿No le han dicho en Pecos Bend lo que le ocurrió al que compró la estancia antes de usted?

—No.

—Bien. Pues lo encontraron muerto en la pradera.

—¡Caramba! — exclamó Río Kid. — ¡No me habían dicho que pasaban aquí estas cosas!

—Desde hace mucho tiempo está ocurriendo eso. Se busca con interés un comprador... pero ese comprador jamás llega a tomar posesión de la estancia, o si se instala en ella, dura pocos días.

El muchacho sonrió.

—Bien. En ese caso diga a esos tipos que se acerquen aquí, que es una orden que les da su patrón.

Jimmy se quedó mirando a su pasajero, y luego encogiéndose de hombros exclamó.

—¡Oigan! Dice su patrón que si quieren hablar con él que se acerquen aquí.

Los dos vaqueros se miraron sorprendidos, luego se acercaron hasta el coche y miraron el rostro, casi infantil, que aparecía en la ventanilla.

Río Kid los recibió con una amable sonrisa.

—¿Ustedes son los del Lazy-O ranch, muchachos?

—Sí, — respondió Panhandle Pete.

—Entonces me alegro mucho de encontrarles. ¿Ustedes querían saber quien era el que ha comprado el ranch... En realidad aún no lo he pagado del todo. He dado una cantidad en seña y abonaré el resto después de ver lo que ocurre por estos sitios y si me gusta lo que hay en él. Muy bien. Ya que han venido a mi encuentro, seguiremos viaje hasta la estancia, juntos.

—No piense en semejante cosa, — exclamó Panhandle. — Ahora baje de la diligencia.

—Estoy muy bien.

—¿No ha oído lo que le he dicho?

—Ya lo creo. Afortunadamente no soy sordo. Pero me parece que ha equivocado el camino. Usted no es el patrón. El patrón soy yo. Así que lo mejor que puede hacer, es sacarse el sombrero y pedirme disculpas por la forma en que me ha hablado.

Panhandle Pete, se quedó atónito al oír aquello.

—¿Qué dice ese tipo?

—¡Qué pretensión! — agregó Coyote Jenson.

—¿Quiere bajar de una vez de la diligencia? — repitió en tono de mando Panhandle Pete.

—Me habían dicho que Packsaddle era una región de gente infernal... ¿Es así como los vaqueros tratan aquí a sus patrones? En ese caso me veré obligado a hacer que cambien las costumbres en el Lazy-O ranch.

—¡Qué pretensión!

—Lo mismo me parece, — agregó Coyote.

Río Kid los contemplaba sonriente. Su rostro no manifestaba contrariedad, pero su mirada denotaba la ira que experimentaba ante el descaro de aquella gente.

—¡Muy bien! ¡Los dos quedan despedidos desde este momento! Vuelvan a la estancia y le dicen al capataz que yo les he despedido y que les pague lo que se les deba.

—¡Qué loco! — exclamó riendo Panhandle Pete.

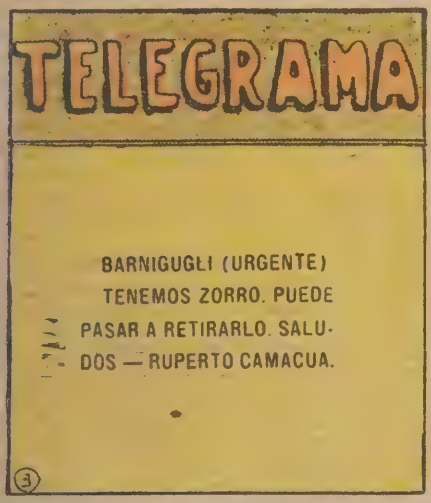
Echó pie a tierra y se acercó a la diligencia. Jimmy Dace permaneció quieto en el pescante sin intención de intervenir. Había advertido con tiempo al joven.

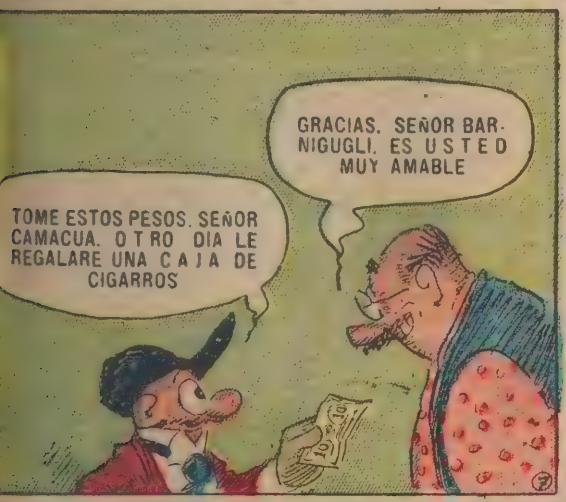
—¿Va a bajar o no — exclamó Panhandle.

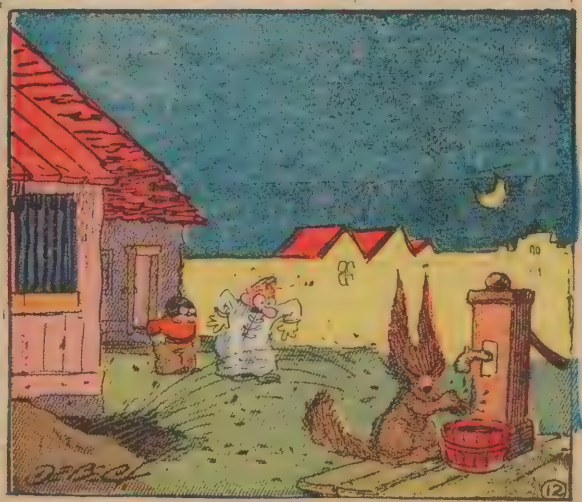
Río comprendió que el peligro aumentaba por momentos y no trató de evitarlo, pero

Aventuras de Ba

igugli, por Debeck







conceptuó que se hallaría más a su gusto en campo libre cuando llegara el momento de los tiros.

—Lo pide usted de una manera tan cortés, que no hay forma de negarse. — dijo el muchacho.

—¡Pronto! — agregó Pete.

Río bajó al camino. Los dos vaqueros habían desmontado y se hallaban con su rebenque en la mano.

El muchacho comprendió entonces lo que había ocurrido con la venta de la estancia. El notario Lucas, de Pecos Bend, no le había advertido nada, pero por lo que le habían dicho y por lo que veía se daba cuenta de su situación.

—¡Muy bien, muchachos! — dijo. — Ya estoy aquí. Ahora si quieren arrepentirse de lo que han hecho, les doy unos minutos para que lo mediten. Pero no olviden que han sido despedidos de la estancia.

—¡No creo que sea usted el hombre capaz de hacer cosa semejante! — exclamó irónicamente, Pete. — Usted es el que debe meditar lo que va a hacer; la gente de Lazy-O no quiere verlo por allí.

—¿No quiere verme?

—Y lo mejor que puede hacer es regresar a Pecos Bend, mientras conserva la vida. Yo le facilitaré un caballo, si es que sabe montar...

—¿Con qué debo regresar a Pecos Bend? — dijo Río fingiendo una inocente sorpresa. — No me parece. Voy a seguir viaje hacia Packsaddle y mañana tomaré posesión de Lazy-O.

—¿Usted no ha estado nunca en Packsandle?

—¡Nunca!

—Pues, aun cuando vaya no conseguirá nada. El sheriff no le dará seguramente posesión de nada...

—¿Y no es su deber ese?

—Seguramente. Pero no es posible encontrar un sheriff que quiera hacerse cargo del puesto en Packsaddle y el mismo sheriff de Pecos Bend, no se resolverá a mezclarse en los asunto del Lazy-O. Aquí hemos tenido varios sheriffs pero ninguno se ha mezclado en nuestros asuntos. Barney Baker es el que gobierna en Lazy-O y los muchachos estamos muy conformes con él. No queremos que ni patrones, ni justicia, se mezclen en lo que hacemos allí.

Río Kid sonrió.

—¿De manera que me han estafado? ¡He pagado ya 10.000 dólares como seña y debo abonar 30.000 más!

—Bien, pues lo que debe hacer es marcharse y dar por perdido lo que ha entregado como seña del negocio.

—¿El notario Lucas no me devolverá la plata?

—¡Ni piense en ello!— — dijo riendo el Coyote.

—Entonces no hay más remedio, muchachos...

—¿Regresar a Pecos Bend?

—¡Qué esperanza ¡Seguiré mi camino!

—Si quiere recibir unos cuantos rebencazos que le hagan cambiar de opinion...

—¿Van a castigar a su patrón? — preguntó Río Kid, sonriendo.

—¡Seguramente, si no se marcha en seguida.

—Es la primera vez que veo una cosa semejante... Bueno, yo pienso seguir mi viaje, ¿qué piensan hacer?

Panhandle no necesitó más para caer sobre Río Kid, con el rebenque en alto. Pero el muchacho, con un rápido movimiento se apartó para evitar el rebenque y antes de que fuera posible repetir el golpe, dió uno con el puño en la mandíbula de su adversario, quien lo sintió como si hubiera sido dado con una cachiporra.

—¡Diablos! — exclamó el Coyote, quien presenciaba la escena a cierta distancia. Inmediatamente llevó la mano al revólver.

¡Crac!

¡Cómo apareció el Colt en la mano de Río Kid y cómo hizo fuego contra el que intentaba atacarlo, fué cosa que los que lo presenciaron no pudieron explicarse! Pero el caso es que el muchacho disparó antes de que pudiera hacerlo el Coyote.

Se oyó un rugido y el revólver de Jenson cayó al suelo mientras el brazo del vaquero permanecía sin movimiento pegado al costado. El coyote no pronunció palabra alguna y permaneció durante algunos momentos mirando estúpidamente como corría la sangre que brotaba de la herida que había recibido.

Jimmy Dace, no salía de su asombro.

RIO KID LLEGA A PACKSADDLE

Río Kid permaneció sonriente y con el Colt humeante aun, en la mano. Panhandle Pete se hallaba tendido en el suelo y Coyote Jenson, pálido y con las piernas temblorosas se había arrimado a la diligencia para no caer.

Pete se incorporó al fin y se llevó la mano a la mandíbula como si tratara de cerciorarse de que aun estaba allí.

—¡Malos perros! — rugió.

—¿Desea algo más, amigo? — preguntó Río Kid con toda amabilidad.

El vaquero llevó la mano al revólver.

—¡No lo saque! ¡Es un consejo que le doy! — exclamó Río Kid. — Mire a su amigo.

El otro retiró lentamente la mano de la cintura. La voz del muchacho era tranquila y sonreía, pero en sus ojos se notaba una decisión que imponía.

—¡Maldito lobo! — rugió Pete.

A una seña de Río Kid, sacó el revólver y lo arrojó a la distancia.

—Así estamos mejor para hablar, — dijo el muchacho. — Veo que ya ha aprendido a obedecer las órdenes y acaso me pueda ser útil en el Lazy-O. No creo que tendré necesidad de andar a tiros con todos los muchachos de la estancia y confío en que se unirán a mí en cuanto me conozcan, con la misma facilidad con que acuden las moscas a un perro untado de miel. Ahora no con

Todas las miradas se volvieron hacia Río Kid.

vencerá de que sé ser no sólo patrón, sino tan hábil como ustedes en el manejo de un revólver.

—¿Y piensa aún ir al Lazy-O?

—¡Seguramente!

—Los muchachos se van a alegrar mucho de verlo por allí, — agregó con ironía el vaquero.

—Lo celebraré. Ahora va a volver y a decirles que mañana voy a tomar posesión de todo aquello y le dice a Barney que lo espero en el hotel de Packsaddle esta noche. Ahora, ni una palabra más. Monte en su caballo y en marcha.

Panhandle lo miró y miró el revólver que estaba en el suelo.

—No se preocupe por él, amigo. Yo lo recogeré. Ahora ayude a su compañero a montar en su broncho y llévele a la estancia. Necesita que lo atiendan.

Después de lanzar en voz baja un juramento, Pete se cuidó de ayudar al Coyote a subir a su caballo. Luego, en silencio los hombres iniciaron su marcha.

Río Kid guardó el revólver que aún conservaba en la mano. Sonriendo miró a Jimmy Dace.

—Hemos perdido mucho tiempo, amigo. Pero estoy satisfecho, pues ya conozco a dos de mis hombres. Creo que será mejor ponernos en marcha.

—Le declaro con toda franqueza, señor Fairfax que considero que es usted el primer hombre que ha llegado aquí en condiciones de hacerse dueño del Lazy-O.

El muchacho subió al coche; el conductor hizo sonar el látigo y la diligencia marchó rápidamente en dirección del distante pueblo. Río Kid se había echado hacia atrás en su asiento y con los ojos cerrados pensaba en la situación que se le había creado.

No dudaba ya del juego de los personajes que intervenían en el asunto.

El notario Lucas estaba de acuerdo con el capataz, Barney Baker. Ofrecía en venta la estancia, cobraba adelantado una parte del precio, y como el que compraba no lograba entrar en posesión de lo adquirido, huía asustado ante el peligro que corría y abandonaba la cantidad dejada en seña y a la que no tenía derecho ya, pues la venta no se efectuaba por su culpa.

¡Ese era el juego!

La ciudad de Packsaddle apareció al fin. El muchacho miró a la distancia lo que al parecer era un verdadero infierno. Su aspecto era como el de infinidad de ciudades de la pradera. Una calle tortuosa en el

centro, con casas, cabañas y "salones" a los dos lados.

La diligencia se detuvo delante del hotel, en cuya puerta había infinidad de caballos atados a un riel que se extendía a lo largo del frente del edificio.

Como en todos los demás pueblos la llegada del vehículo había reunido a una buecantidad de curiosos que esperaban el arribo del correo y de algún accidental pasajero.

En aquella ocasión, el interés era mayor que de costumbre porque todos los habitantes de Packsaddle sabían que había de llegar el nuevo propietario del Lazy-O. Por eso, al acercarse Jimmy Dace, varias voces le preguntaron:

—¿Traes un pasajero?

—¡Seguramente! — respondió el conductor, sonriendo.

Un bajo y corpulento vaquero, con las piernas combadas a fuerza de andar a caballo, se adelantó. Río Kid, desde el interior del coche notó que los demás le abrían paso con cierto respeto, y ciertamente no necesitó que nadie le dijera que aquel hombre era un asesino. Uno de esos hombres que abundaban en los pueblos donde la justicia no se hacía sentir con fuerza, y que rápidos en el manejo del revólver mataban sin escrúpulos.

—¿Dices que traes un pasajero? — preguntó a Jimmy.

—Seguramente que lo traigo. Lariat.

—¿No has encontrado a nadie en el camino? Creía que algunos de los muchachos iban a salirles al encuentro.

Aquello demostró a Río Kid que el hombre de las piernas torcidas era también del Lazy-O.

—Sí, los hemos encontrado. Eran Panhandle y Coyote Jenson.

—¿Entonces? ¿No le han dicho al pasajero que no lo queríamos ver por aquí?

—¡Seguramente que se lo dijeron!

—¿Y por qué ha venido?

En aquel momento Río Kid bajó de la diligencia. Todas las miradas se volvieron hacia él. El muchacho temió por un instante que alguno de los foragidos que le rodeaban pudiera reconocerlo. Pero no notó nada que hiciera suponerlo así. Unicamente se notaba en aquellos rostros curiosidad e ironía. Para la gente de Pocksaddle todo comprador del Lazy-O. era motivo de burla.

Río miró en torno suyo para ver dónde se hallaba la entrada del hotel y al echar a andar hacia ella, se le interpuso el hombre de las piernas torcidas.

—¡Eh, señor Fairfax!

—¿Deseaba algo? ¿Creo que es usted uno de los hombres del Lazi-O?

—Sí.

—¿Es uno de mis empleados, entonces? ¡Bien! Mire si quiere a su patrón, y termine pronto, que me voy a comer.

Los ojos del otro lo contemplaron con extrañeza y curiosidad, pero no hizo nada por dejar el paso libre.

—Creo que su comida puede esperar, señor Fairfax — respondió con frialdad. Quiero saber antes una cosa. ¿No le han dicho ya que no queremos verlo por aquí? ¿Qué este no es un lugar muy saludable para usted?

—Así les parecía también a los muchachos que salieron a esperarme... Pero han cambiado de idea al ver que estoy bien de salud y fuerte.

El bandido aquel lo miró realmente sin comprender qué clase de persona era la que tenía delante. Todos los que presenciaban la escena conocían las intenciones de Lariat. El mismo Río Kid no dejaba de adivinarlas... pero, como siempre, sonreía sereno.

Barney Baker iba llevando, por lo visto, el asunto con bastante habilidad. Si los dos hombres que le había enviado al encuentro no lograban asustar al patrón y éste continuase su viaje, le esperaba en Packsaddle otro hombre sin escrúpulos, hábil en el manejo del revólver para conseguir lo que los otros no habían logrado. De todos modos, lo que no podía dudarse en forma alguna, era que todo encuentro con un hombre de Lazy-O., suponía un peligro.

—Creo que Panhandle Pete le ha dicho ya que la gente no tiene deseos de verlo por Lazy-O, — exclamó al fin Lairat.

—Algo de eso me han indicado y por lo que deduzco, la gente le Lazy-O no es muy partidaria de tener un patrón, — dijo con calma Río Kid. — Más yo tengo la seguridad de que una vez que me conozcan y que me traten, han de cambiar de parecer. Yo soy muy buena persona...

El llamado Lariat se echó a reir y sus ojos relampaguearon.

—¡Tiene gracia! ¡No sé cómo va a hacer para amansar de esa manera a los muchachos! — dijo. — Usted...

—Es que yo tengo mi secreto. cuando no lo consigo por las buenas, los baleo.

—¿Qué los balea? — dijo sorprendido el hombre de las piernas torcidas.

—Sí. Disparo contra ellos mi revólver... Tiro al montón y caiga el que caiga... Yo creo que un patrón puede hacer eso, cuando sus hombres se insubordinan, — dijo Río Kid con una entonación de inocencia.

—No está mal, — dijo con ironía el otro.

—Y la prueba está bien reciente — continuó el muchacho siempre con el mismo tono de candidez. — Cuando Panhandle Pete y Coyote Jensen se han separado de mí en el camino, estaban tan mansos como corderitos. ¡Creo que se han dado cuenta de mi manera de proceder!

—¿Qué usted ha dominado a Panhandle Pete y a Coyote Jensen? — preguntó el otro. — ¿Pero qué les ha hecho?

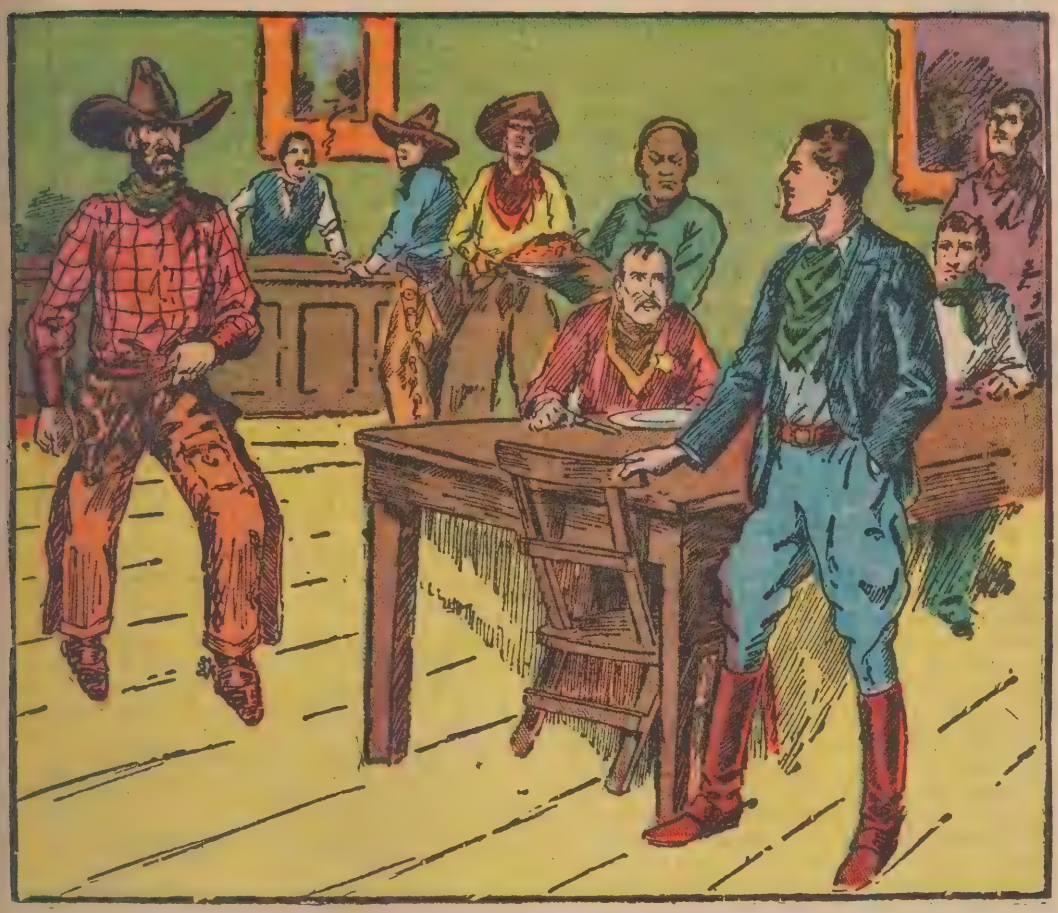
—Tratarlos como se merecían... Jimmy Dace le puede contar, si es que tiene interés en saberlo. Yo voy a comer que tengo apetito.

—Usted no ha de ir a comer, señor Fairfax, hasta que hayamos arreglado nosotros nuestros asuntos.

—¡Vea! ¡Le digo que tengo apetito después de un viaje como el que he hecho. El que manda aquí soy yo... Conque, salga de enmedio.

—¡No se haga ilusiones! — rugió Larit.

—Estoy convenciéndome de que los hombres de Lazy-O tienen que aprender educación, — dijo sonriendo Río Kid. —Pero ahora van a tener un patrón que va a saber enseñársela. Y como no quiero que nadie levan-



El capataz del Lazy-O, Ranch, se acercó a Río Kid.

te la voz donde está el patrón, queda usted despedido, Lariat.

—¿Qué me despide a mí?

—¡Sí, a usted! Eso quiere decir que no deseo verlo aparecer por el Lazy-O. Si mañana cuando vaya allí lo veo le aplicaré mi bota en cualquier parte del cuerpo.

Los que presenciaban la escena, experimentaron una sensación de sorpreso y de lástima por el joven, al oír la forma en que éste se expresaba. Por mucho menos de lo que había dicho. Lariat había dejado tendido a más de un hombre en Packsaddle, y todos sabían que no había llegado hasta entonces nadie capaz de dominar la gente del Lazy-O.

Lariat al oír aquello, lanzó un suspiro que pareció un rugido.

—¿Y usted supone, mocito, que va a poder castigarme de esa manera? ¿Supone que va a poder despedirme como a un sirviente cualquiera? ¡No me haga reir!

—¡Ya le he dicho que salga de en medio, compañero! ¡No me obligue a tener que pasar por encima de usted!

—¡Quisiera verlo!

—Apártese pronto.

—¡Avance! — rugió Lariat.

El pequeño y fuerte hombre estaba firmemente parado en el camino que había de seguir el muchacho, y sus manos estaban cerca de la empuñadura de sus revólvers.

Todos los que estaban presentes no dudaban de que las armas saldrían a relucir en cuanto el muchacho diera un paso y eso suponía tener que buscarse un nuevo patrón para el Lazy-O ranch. Pero los que así pensaban no conocían a Río Kid.

—Le he dado oportunidad para pensar como procedía. Lo he despedido de mi servicio, pero no tengo el menor interés en andar con discuciones con usted. ¡Salga de mi camino, sapo voceador, coyote!

Con la velocidad del relámpago, Lariat había sacado el revólver. Pero por muy ligero que hubiera sido en sus movimientos, más lo había sido el muchacho, y tomándole de la muñeca se la retorció y le hizo caer de rodillas, manteniendo en alto el arma que esgrimía.

Lariat quiso sacar con la mano izquierda el otro revólver, pero Río Kid le dió un fuerte puntapié en la muñeca y el arma saltó por el aire, mientras el hombre de las pier-

las torcidas lanzabo un grito de dolor.

Río Kid seguía sonriendo y tranquilo.

Se inclinó hacia su adversario y tomándolo por el cuello y por los fundillos, lo puso de espaldas y le dió un fuerte puntapié, a impulsos del cual Lariat fué a dar casi a los pies de las caballos de la diligencia.

Después de lanzarle una mirada de desprecio, Río Kid siguió su camino hacia el hotel. Tenía, como había dicho, mucho apetito después de un viaje tan largo como accidentado, y quería comer y recuperar fuerzas.

La multitud reunida afuera del hotel lo miró extrañada, y murmurando con exitación Habían presenciado infinidad de escenas en Packsaddle, pero jamás una, como la que acababan de ver.

Como siempre, la llegada de un nuevo propietario para el Lazy-O ranch había despertado curiosidad, pero en ninguna ocasión tanta como entonces.

BARNEY BAKER, DEL LAZY-O.

El capataz del Lazy-O Ranch, Barney Baker, se dirigió hacia el hotel de Packsaddle. Saludó al pasar a uno o dos conocidos y se dirigió hacia el mostrador del bar, donde el que servía le preparó una copa de su acostumbrado veneno, antes de que el otro hubiera podido hablar.

Pero el capataz no tocó el alcohol. En su semblante se notaba una ruda expresión, sus ojos grises miraban de un modo singular y sus labios temblaban ligeramente.

Barney no era precisamente un hombre de agradable aspecto en general, pero en aquellos momentos se notaba que su temperamento era peor que de costumbre.

Algunos de los que se hallaban en el salón sabían bien cual era la causa de todo ello y hubieran gastado con placer alguna broma al capataz del Lazy-O, pero no se atrevieron a hacerlo temiendo las consecuencias que pudiera tener.

Parado delante del mostrador del bar, apoyado sobre un codo, Barney dirigió una mirada a su alrededor, como si tratara de provocar una agresión. Muchos de los que lo vieron dirigieron la mirada hacia otra parte. Nadie quería dar el menor pretexto para despertar las iras del capataz del Lazy-O, pues era considerado uno de los más peligrosos individuos que había en la región.

El polvo de una larga caminata se notaba en las ropas y botas de Barney. El sudor corría bajo su sombrero Stetson y se deslizaba por sus barbudas mejillas. Había realizado un rápido viaje, como lo demostraba, tanto su estado como el de su negro caballo, que jadeaba atado al riel que había en la puerta del establecimiento.

Pero aun cuando hiciera pocos minutos que había llegado a la ciudad, ya se había informado de todo lo ocurrido. Todo Packsaddle estaba excitado por lo que pasaba. Todos los habitantes lo comentaban, y no había faltado quien informara en seguida al capataz.

Muchos eran los que deseaban saber el giro que tomarían los acontecimientos al verse frente a frente el capataz Barney Baker y el nuevo propietario de la estancia que había ido a tomar posesión de su propiedad.

Después de aquella provocativa mirada que impuso silencio a todos, Barney se volvió hacia el que atendía el bar.

—Me han informado de que han ocurrido cosas curiosas aquí, en la ciudad — exclamó tratando de dar a su voz una entonación de suavidad que contrastaba con la expresión de su mirada.

—Es cierto — respondió el suministrador de venenos. — Toda la ciudad está alerta esperando ver el desenlace de este asunto.

—¿El señor Fairfax se encuentra aquí?

—Seguramente.

—¿Dónde está?

—Ha subido a su habitación según creo. Pero de un momento a otro ha de bajar.

—¡Parece ser que ha entrado en esta ciudad como conquistador...! — dijo Barney.

—¿Le han dicho ya que ha castigado con un puntapié a Lariat, lo mismo que si fuera un perro piel roja?

—Sí. Y me parece que Lariat ha de volver a conversar con él — dijo el capataz. — Lo he visto en la calle y no parecía muy tranquilo...

—Ese Lariat tiene ya hechas nueve marcas en el puño de sus devólvers. Tal vez logre hacer una más.

—No "tal vez". Puede decir "seguramente".

—No digo que no. Su nuevo patrón tiene el aspecto de un muchacho, pero no es torpe. Ha sabido contener a los dos hombres del Lazy-O que le salieron al encuentro en el camino y ha castigado a Lariat como si fuera un chino... ¡Es admirable!

El capataz del Lazy-O frunció las cejas y miró al del mostrador.

—¿Mi nuevo patrón? — exclamó.

—Creo que ese es el nombre que se debe dar al que ha comprado la estancia en Pecos Bend — respondió el otro. — Pero no creo que pueda imponerse a un hombre como usted, Barney.

En aquel momento se oyó un murmullo.

—¡Ahí está!

—¿Ese es el hombre que ha castigado a Lariat?

Barney Baker se volvió otra vez para observar. A uno de los costados del amplio salón, que ocupaba todo el frente del edificio, había una escalera de madera que conducía a las habitaciones que se hallaban en el piso superior. En esa escalera no muy cómoda ciertamente, pues más parecía una escalera de mano, había aparecido una figura. Todas las miradas se dirigieron hacia ella y después hacia el capataz del Lazy-O Ranch.

Lo que Barney vió fué un joven de aspecto casi infantil, vestido con elegancia, desde las altas botas de cuero de color, hasta su sombrero Stetson. Parecía tener muy pocos años y experiencia, pero el capataz se dió cuenta inmediatamente de que se trataba de un hombre enérgico.

Miró su rostro fino, adornado por un pequeño bigote y notó su mandíbula llena de energía.

Era un muchacho admirable, como había dicho el del mostrador y a Barney le pareció que había algo que le era familiar en aquel rostro. El lo había visto antes en otra parte, pero no podía adivinar donde. De lo único que estaba seguro era de que nunca había visto al señor Fairfax ni había oído hablar de él hasta que había comprado el Lazy-O Ranch.

Pero como los nombres no tenían gran valor en aquellas regiones, pensó que bien podía haberlo conocido cuando llevaba otro.

Claro está que no pensó siquiera en que pudiera tratarse de Río Kid, el muchacho perseguido por los sheriffs de Río Grande. Había hecho muchas conjeturas acerca de la persona que había adquirido la estancia y ahora que miraba a su nuevo patrón, notaba que su semblante tenía algo que le era familiar, sin caer en la cuenta de que la última vez que lo había visto se llamaba Río Kid y pasaba a todo galope por las calles de Pino Blanco, con un revólver en cada mano y perseguido por policías y vaqueros.

El patrón del Lazy-O no llevaba revólver a la vista y aquello era bien extraño en un punto donde todos llevaban uno, cuando no dos. Sabía, sin embargo, que era aquella una de las regiones más temibles y que tenía que habérselas con un capataz de la categoría de Barney Baker y con hombres tan temibles como él. Sin darse al parecer, cuenta de la espectativa, el muchacho terminó de bajar la escalera y avanzó por entre los concurrentes.

A uno de los lados del salón había una larga mesa donde un chino servía la comida. Aquel era el comedor del hotel. Media docena de voces saludaron a Río Kid cuando apareció. Entre todas se destaba la voz de Buck Sidgers, el agente de policía de Packsaddle, de la localidad donde no había más ley que la del revólver. Al saber que había llegado un nuevo patrón del Lazy-O, y que al parecer era capaz de meter en un puño a sus hombres, temidos por todos, Buck se había sentido dispuesto a darle una acogida tan cordial como pudiera dársela a un hermano.

—Oiga, señor Fairfax. Allí está su capataz, junto al mostrador, — dijo Buck a Río Kid.

Ya el muchacho se había dado cuenta del tipo mal encarado que lo observaba con manifiesto interés. Pocas cosas escapaban a los ojos de Río, principalmente cuando olfateaba el peligro.

—¡Muy bien! Le dije a Panhadle que me lo mandara aquí para que conversaramos. ¿Aquél es Barney Baker?

—¡El mismo!

El capataz del Lazy-O Ranch se apartó del mostrador y se acercó a Río Kid en forma lenta y haciendo sonar las espuelas.

Todos los que se hallaban en el salón se apartaron prudentemente, haciéndole paso, para que avanzara.

A TIROS

El muchacho tenía su acostumbrada sonrisa.

Todos estaban esperando de un momento a otro que empezaran los tiros, menos Río Kid, quien no esperaba tal cosa, por lo menos de parte de Barney Baker.

Lo que había ocurrido antes de su llegada a Packsanddle, y lo que había averiguado al llegar a la ciudad le había manifestado claramente cuál era la situación del Lazy-O.

Seis o siete veces, por lo menos, había sido vendida la estancia por el notario Lucas de Pecos Band, y en todas las ocasiones le había ocurrido algo al comprador impidiéndole tomar posesión de lo que había comprado.

Uno de los hombres había sido apaleado y obligado a partir, otro había sido embreado y cubierto de plumas por un grupo de vaqueros, otro, había sido llevado a un desierto y abandonado allí, otro, en fin, había sido muerto de un tiro. Y la estancia aparecía, una y otra vez, en venta en el mercado de Pecos Bend como sebo para nuevas víctimas.

Pero en ninguno de los delitos se veía nunca aparecer al capataz Barney Baker. Estaba en el ánimo de todos, que él era el que gozaba de aquella situación y adquiría la parte del león en cada una de las maniobras... pero ningún sheriff, en caso de haberlos habido en Packsaddle, hubiera encontrado una prueba para acusar, o juzgar a Barney Baker.

Sabía mantenerse en la sombra y mover desde allí los títeres.

Sus hombres, habilmente instruídos, eran los que ejecutaban sus ideas y en caso de peligro los que se exponían o iban al banquillo de los acusados, Barney estaba bien seguro. Era ambicioso. Tarde o temprano sus ganancias permitirían adquirir la estancia. Cada vez que era puesta en venta su precio bajaba, gracias a su fama, y así se acercaba más a lo que él podía pagar. Entretanto vendía el ganado, depositaba sus ganancias en un banco de San Antonio, y enviaba a sus lejanos patrones cartas dando cuenta de pestes y robos.

Río Kid sabía ahora todo lo que ocurría y no esperaba que Baker se comprometiera en público. Suponía que habría tiros, y estaba preparado. Pero el peligro directo no estaba en Barney. El no había atacado directamente a sus patrones.

Al fin, bajo las miradas llenas de curiosidad de todos, Barney Baker cruzó el salón y se acercó a su patrón. Los dos se hallaron así frente a frente. ¿Quién era el que primero iba a sacar el revólver? Era lo que todos se preguntaban. Pero Río Kid había comprendido muy bien a Barney. Este no quería que la gente pudiera tomarlo por un desesperado para andar a tiros con su patrón.

—¿Es usted el señor Fairfax, señor

—En efecto — asintió contesmente Río Kid.

—He recibido el mensaje que me envió con Panhanddle Pete, y he venido enseguida a la ciudad para verlo a usted, señor — dijo Barney. — Supongo que usted habrá reconocido en mí a su capataz del Lazy-O.

—Seguramente — respondió Río Kid. —

Y tengo una gran satisfacción en conocerlo. Supongo que no tendrá inconveniente en comer conmigo. Tenemos bastante que hablar respecto a la estancia. Deseo irme mañana por la mañana.

—¡Muy bien, señor Fairfax! — respondió el capataz.

Muchos rostros manifestaron su desagrado, pero que los tiros iban a empezar de un momento a otro, estaba en el ánimo de todos. Buck Sidgers, se acercó al mostrador.

—Barney está hablando, como un manso corderito. — dijo.

—Sí. Y eso me hace sonreír — agregó el del mostrador. — Así fué como empezó a tratar al comprador de Austin.

—¿El comprador de Austin? — repitió Buck.

—¡Sí, hombre! Aquel que fué encontrado muerto pocos días después — agregó el otro.

—¡Ya recuerdo!

—Barney no es menos peligroso cuando trata con dulzura. Yo creo que si el señor Fairfax tiene algún amigo aquí, ese amigo debe aconsejarle que mañana mismo regrese a Pecos Bend.

Buck hizo un gesto de asentimiento.

—Generalmente los vaqueros del Lazy-O, tratan de asustar a los compradores, pero si no lo consiguen recurren a otros medios, y cuando Barney habla con dulzura es necesario estar bien alerta.

Back asintió nuevamente.

Entretanto Río Kid y su capataz se habían instalado frente a la mesa. Muchos ojos se volvían hacia ellos extrañados de aquella supuesta tranquilidad. Algunos notaron que el señor Fairfax se había sentado apoyando la espalda en la pared, en una forma que le permitía dominar todo el salón, y desde donde no había más modo de atacarlo, que de frente. El muchacho, como parecía ser el nuevo propietario del Lazy-O, no demostraba ser tonto.

Pero comía con buen apetito y hablaba tranquilamente como si no tuviera preocupación alguna. Todo demostraba que estaba alegre y resuelto a tomar posesión de su propiedad al día siguiente.

Río Kid se había criado entre el ganado y lo que él no supiera de aquellas cosas, difícilmente lo sabría nadie. Al fin llegó el momento de hablar del personal.

—Me han dicho que el elemento que hay allí no es del todo deseable, — dijo con su habitual sonrisa. — Yo me he encontrado con dos de los muchachos en el camino y no parecían muy satisfechos de tener un nuevo patrón. He castigado con el puño a uno de ellos y he baleado al otro.

Barney le lanzó una mirada.

—Me han contado lo que ha ocurrido, cuando volvieron al ranch. — dijo. — Seguramente que estaban sorprendidos por la forma en que los ha tratado usted, señor Fairfax.

—También he tropezado con otro que estaba allí... un tipo llamado Lariat, — contestó el muchacho. — También me he visto obligado a enseñarle que no es conveniente conducirse en la forma en que lo ha hecho. No estoy satisfecho con él y lo va usted a despedir, señor Baker.

—Eso depende de lo que usted dispongas, señor Fairfax. Si usted dice que lo despida, queda despedido, — respondió el capataz, volviéndolo a mirar.

—Seguramente, — asintió Río Kid.

—Pero hay algo que me tiene intranquilo respecto a ese hombre, — continuó Barney. — Me han informado de que usted le dio un puntapié.

—¡Es cierto!

—No lo apruebo, señor Fairfax. Lariat es un hombre peligroso y seguramente lo ha de buscar a usted.

—Lo supongo, y no me extrañaría que en cualquier momento apareciera con intención de meterme una bala en la cabeza, si le es posible hacerlo. Pero apesar de ello, quedo despedido del Lazy-O. ¿Estamos de acuerdo?

Se oyó un murmullo en el salón y la mirada de Río Kid se dirigió hacia la puerta. Esta se había abierto y por ella se veía el resplandor de las lámparas a nafta que lucían en el exterior. En el hueco iluminado se destacó la figura de un vaquero, con las piernas combadas, pantalones de cuero, amplio cinturón del que colgaban unas fundas con dos revolvers. Un semblante hosco y dos ojos curiosos, buscaron entre la concurrencia hasta descubrir a Río Kid.

—¡Ahí está! — exclamó Barney mirando al que llegaba. — ¡Mucho me temo que esto suponga alguna molestia para usted, señor Fairfax!

—Es posible. Suponía que la forma en que he tratado a ese tipo de piernas torcidas, podría tener este resultado, — respondió tranquilamente Río Kid.

Lariat avanzó hacia el interior, con la idea de matar, reflejada en sus ojillos.

Río Kid se puso de pie. No se notaba intranquilidad alguna en su manera de respirar ni en su rostro. Tenía las manos en los bolsillos de sus breeches y no retrocedió ni un paso, cuando el otro avanzó hacia él. Reinaba en el salón un profundo silencio.

Lariat se detuvo al fin, delante de Río Kid y se quedó mirándolo. El nuevo patrón del Lazy-O continuaba con las manos en el bolsillo, y si tenía arma, ésta no era visible. Su rostro estaba animado por una sonrisa.

—¿Ha venido en busca de mayores disgustos, Lariat? — preguntó tranquilamente Río. — ¿No ha quedado satisfecho con haber conocido la punta de mi bota?

Las manos de Lariat se hallaban cerca de la funda de sus revolvers y su mirada manifestaba un profundo odio.

Su adversario no tenía ahora posibilidades de escapar. Lariat sospechaba que había un revólver en el bolsillo del pantalón de Río, pero antes de que este tuviera tiempo de sacar las manos y llevar la derecha hasta el arma, él podía meterle media docena de balas en el cuerpo.

Aquello tenía más aspecto de asesinato que de lucha a tiros, y muchos semblantes expresaban su descontento, pero nadie habló

Río Kid había disparado su revólver, sin sacar el arma del bolsillo.

El mismo Buck Sidgers, hizo un gesto de contrariedad desde su sitio en el mostrador, mas, también, permaneció en silencio.

El revólver imperaba en Packsaddle, y si una persona desperdiciaba la oportunidad de precaverse, como hacía el señor Fairfax, preparaba su propio funeral.

Un profundo silencio siguió a las palabras de Río Kid. Luego habló Lariat.

—Sí. — dijo — ¡Usted me ha castigado con su bota, perro maldito! Como me tomó por sorpresa pudo salir vivo, pero ahora he venido a que arreglemos esa cuestión.

—¡Vamos!... ¿Quiere que le vuelva a castigar de la misma forma?, — respondió el muchacho. — Lo haré seguramente si me obliga a ello, y de fijo que en esta ocasión no podrá decir que ha sido por sorpresa. Al parecer, es usted uno de los peores elementos de Packssaddle y quiere asustarme, pero debo prevenirle que antes de conocerlo a usted, he tratado con hombres tan malos, o peores. Si anda usted buscando pendencia, yo soy su carnero, con lana y todo.

El canalla lanzó un rugido.

—Usted se ha pensado conejo de las praderas, que va a meter en un puño a los hombres del Lazy-O. ¡No me dijo que me despedía de la estancia!

—Se lo dije y se lo repito. Ya no forma usted parte del personal que tengo allí a mis órdenes. No parezca por allí por que si lo veo, no me contentaré con castigarlo con mi bota, sino que emplearé un rebenque.

En forma inesperada, con un movimiento repentino, tan rápido que apenos lo alcanzaron a distinguir los ojos de los que presenciaban la escena, el canalla llevó las manos a los revolvers que llevaba en la cintura.

¡Crack!

Las manos de Río Kid continuaban en los bolsillos, pero Lariat no dispararía ya sus armas. Dió un paso atrás y cayó pesadamente al suelo.

Un segundo de retraso y Río Kid hubiera recibido varias balas en el cuerpo, pero en aquel segundo, Río Kid había disparado sin sacar la mano del bolsillo y el bandido, más bandido de Packsaddle, había caído para no levantarse más.

EN SUS REDES

Aquella mañana brillaba un sol ardiente que llenaba de luz las calles de la ciudad de Packsaddle.

El señor Fairfax, alias Río Kid, se desayunó en el hotel Pack y tenía un semblante tan atrayente y alegre como la mañana.

Barney Baker, tomó el desayuno con él, pero aún cuando permanecía tranquilo, su semblante manifestaba su preocupación. Mientras el muchacho se hallaba en el comedor, numerosas personas se asomaban a la puerta para observarlo.

Río Kid no se daba por entendido, pero interiormente estaba satisfecho de la impresión que había producido a las gentes de Packsaddle.

En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la lucha de la noche anterior. El señor Fairfax, el nuevo patrón de la estancia Lazy-O, había dado muerte al mayor bandido que paseaba por las calles y salones de Packsaddle.

La noticia de la muerte de Lariat había circulado por todas partes con la rapidez con que se enciende un reguero de pólvora. El que había muerto, era un malvado que tenía atemorizados a los vaqueros de todos los establecimientos vecinos, tanto por la rapidez y habilidad en el manejo del revólver, como por sus procedimientos, y ahora que había desaparecido eran muchos los que respiraban con mayor libertad.

Buck Sidgers, demostraba aquella mañana estar más alegre y tuvo unas amistosas palabras con el señor Fairfax. Aun cuando se sabía que los hombres de Lazy-O eran unos canallas y traidores, después de las pruebas de lo que era capaz de hacer el nuevo patrón, no se dudaba ya, de que lograría dominarlos a todos y se haría respetar.

Barney Baker, no se preocupaba en lo más mínimo por la suerte que había corrido Lariat. Era un elemento del que se servía cuando lo consideraba necesario, y contaba con que no le faltaría ahora otro que ocupara su puesto. Pero según el giro que iban tomando los acontecimientos, temía que la estancia no iba a poder ser vendida nuevamente, que el nuevo patrón se daría cuenta rápidamente de lo que pasaba en ella... y que él llevaba también las de perder.

¡Por primera vez desde que era capataz del Lazy-O. Barney admitía la posibilidad de una derrota! Si en la ciudad, el nuevo patrón había logrado fama y popularidad, también entre los elementos de la estancia empezaba a tener algunas simpatías, después de la forma en que había tratado a dos de los tenientes de Baker.

Varios de los muchachos consideraban que era preferible ponerse del lado del hombre que no atacaba hasta que le obligaban a defenderse, que de parte del grupo de asesinos profesionales, que todo lo querían para ellos.

Flotaba ya en el ambiente un espíritu de simpatía hacia el nuevo patrón y de venganza contra los anteriores dominadores.

Pero Barney, sonrió satisfecho mientras seguía, mentalmente, el curso de sus pensamientos. Se había mantenido neutral en la lucha de Río y Lariat, sin que su actitud hubiera sido desaprobada por el patrón. Y como era hombre de recursos, tenía dispuesto lo necesario para vencer al fin, aún cuando el muchacho hubiera salido triunfando de las emboscadas anteriores. ¡Todo era cuestión de días, sino de horas!

La muerte de Lariat había venido a favorecerlo indirectamente. No era aquel un tipo con el que Barney le hubiera agradado andar a tiros, y el otro, que lo comprendía así, iba teniendo cada vez mayores exigencias.

Cuando hubo terminado de desayunarse Río Kid, se dedicó a procurarse un caballo para ir hasta la estancia. Su fiel compañero Coceador había quedado en otro lugar. Era demasiado conocido para que se aventurase a presentarse con él. Más adelante, cuando las cosas hubieran tomado un giro más favorable, vería la forma de hacerlo conducir a la estancia. Pero, por el momento, era necesario proceder con toda prudencia.

Era su intención, si la suerte lo favorecía, hacer que Río Kid muriera para el mundo y vivir una vida tranquila, dejando descansar en sus fundas los revólvers de cabo de nogal. Aquella región apartada y temida por los hombres de justicia, se prestaba muy bien para que realizara sus propósitos.

Cuando se supo en Packsaddle, que el señor Fairfax deseaba adquirir un caballo abundaron las ofertas. No habían allí quien no tuviera un caballo que vender y la esperanza nació en el ánimo de todos.

Pero pasada una hora, ya se sabía que el señor Fairfax era tan experto en el conocimiento de los caballos como en el de los revolvers. No fueron pocos los que se alejaron decepcionados y sacudiendo la cabeza, después de haberle presentado infinidad de elementos de locomoción, con cuatro patas.

El conocimiento demostrado por el muchacho aumentó las simpatías que hacia él se experimentaba desde el día anterior. Al fin, el nuevo patrón del Lazy-O, entró en arreglos con el propietario de un caballo pinto, que todos manifestaron era el mejor animal de Packsaddle.

Y cuando el muchacho montó en él y se alejó de la ciudad seguido por Barney Baker todos elogiaron su maestría y elegancia y no pocos sacudieron la cabeza, con algo de pena en la seguridad de que no volverían a verlo otra vez. ¡Por lo menos con vida!

—Ese muchacho, — exclamó el dueño del hotel. — es valiente, hábil para las armas y un gran conocedor de caballos. Tiene todas las condiciones para triunfar... ¡Lástima que el elemento que tiene en su estancia no le de tiempo para ello! Apuesto lo que quieran a que no lo volvemos a ver aparecer por aquí.

Pero nadie se sintió animado a aceptar el ofrecimiento. Nadie dudaba que el mucha-

cho marchaba hacia una muerte segura. Si él no era capaz de defenderse la ley, aunque reconociéndole toda la razón, no hallaría hombres capaces de imponerse a los elementos de Lazy-O... Pero Río Kid estaba alerta y resuelto a luchar hasta el fin.

Aun cuando no manifestase haberse dado cuenta de ello, había notado que Barney regresaba a la estancia montado en un caballo blanco, cuando el que había traído para ir a la ciudad era un bello animal de pelo negro. Aquel caballo blanco era un animal de cualidades comunes y de poco caminar, al extremo de que el muchacho tenía necesidad de contener al que él montaba, para que su capataz no se quedara rezagado.

Durante las dos primeras millas que hicieron, el capataz permaneció silencioso mientras el patrón silbaba satisfecho una canción mejicana. Iban cruzando la pradera en dirección al establecimiento, que se encontraba a diez millas de distancia.

—¡Oiga! — dijo al fin el muchacho. — ¿Cómo es que tiene usted un caballo tan poco de acuerdo con el que suelen usar los capataces? ¡Seguramente que no es el suyo!

—¡En efecto! — respondió Baker. — Este me lo han prestado. Yo dejé en la ciudad el mío para que le pusieran unas herraduras nuevas.

—¡Ah! ¡Y, seguramente que dada su blancura cualquier muchacho puede reconocerlo aún a una gran distancia!

Barney Baker, se quedó mirando al muchacho con ojos que denotaban su sorpresa por lo que acababa de oír.

—¿Qué quiere decirme, señor Fairfax? — exclamó después de una pausa.

—Unicamente lo que le he dicho. Que cualquier tipo de la categoría de Lariat, pudiera esperar mi paso por aquí sabiendo que yo voy a ir a esta hora hacia el Lazy-O y meterme con un rifle una bala en el cuerpo desde una buena distancia. Claro está que, como no sería muy fácil distinguir al patrón del capataz, el asunto se simplifica si este monta un caballo muy blanco... ¡No hay así forma de equivocarse y mandar al uno por el otro a realizar el viaje largo!

Barney suspiró.

—No he pensado en semejante cosa, señor Fairfax, — dijo lentamente.

—¡Usted! Claro que no. ¿Acaso no es mi fiel capataz y está a mi lado para defenderme en caso necesario? Pero, ¿quién le dice que no hay algún pícaro de los del Lazy-O que se le ha ocurrido emboscarse por algún punto del camino para meterme una bala en la cabeza?

El capataz, no muy tranquilo, miraba a Río Kid.

—Lo que me imagino, puesto que está en lo posible, es que el detalle del caballo blanco no es muy favorable para mí. Usted no lo habrá pensado, pero es muy posible que haya alguien que...

—¿Y quién puede ser, señor Fairfax? — interrumpió el capataz.

—Cualquiera de esos muchachos que me salieron al encuentro cuando llegaba. ¿Los mandó usted? ¡No, seguramente! Y sin embargo, fueron a mi encuentro. Yo no soy muy amigo de tener que proceder siempre en la misma forma en que lo he hecho con ellos ni con Lariat. ¿Qué opina usted?

—¡Que la gente del Lazy-O no son tan perversos como usted los juzga!

—Es muy posible, aun cuando no son esos los informes que yo tengo... Pero a pesar de todo, mucho me extrañaría que llegáramos a la estancia, sin haber oído un disparo de rifle...

Baker apretó los dientes bajo su espesa barba. Su juego había sido descubierto, y temía que, como en los casos anteriores, fracasara.

CAMBIO DE CABALLOS

—¡Si tiene usted miedo, señor Fairfax, será mejor que regresemos a Packsaddle!

Río Kid arqueó las cejas.

—¿Miedo? Yo no sé lo que es eso. Pero jamás olvido que se debe ser prudente cuando se ha de tratar con cierta clase de elementos.

Detuvo el caballo, se levantó sobre los estribos y miró hacia la llanura. Se veían a la distancia muchos animales que pastaban tranquilamente, pero no se distinguía el menor rastro de persona alguna.

Allá, a lo lejos, delante del camino que seguían los dos jinetes, se distinguía un bosque, y el lugar por donde iban pasaba como a una distancia de setecientos u ochocientas yardas de él. A esa distancia una persona oculta en el bosque no podía distinguir con claridad cuál era uno ú otro jinete, pues los dos vestían más o menos igual... pero sí se podía notar la diferencia de los caballos.

—¡Creo que están en un error los muchachos! — exclamó el nuevo patrón. Tengo la seguridad de que en cuanto me conozcan y me traten un poco, han de quedar encantados conmigo. ¿Cree usted que no haya sido capaz ninguno de ellos de salir a nuestro paso y emboscarse para tumbarme de un tiro de rifle?

—¡Segurísimo! — respondió Barney tratando de infundir confianza en el muchacho.

—¿De veras? ¿Respondería usted con su vida de ello?

—¡Sin vacilar! — manifestó Barney viendo que Río Kid se mostraba cada vez más confiado.

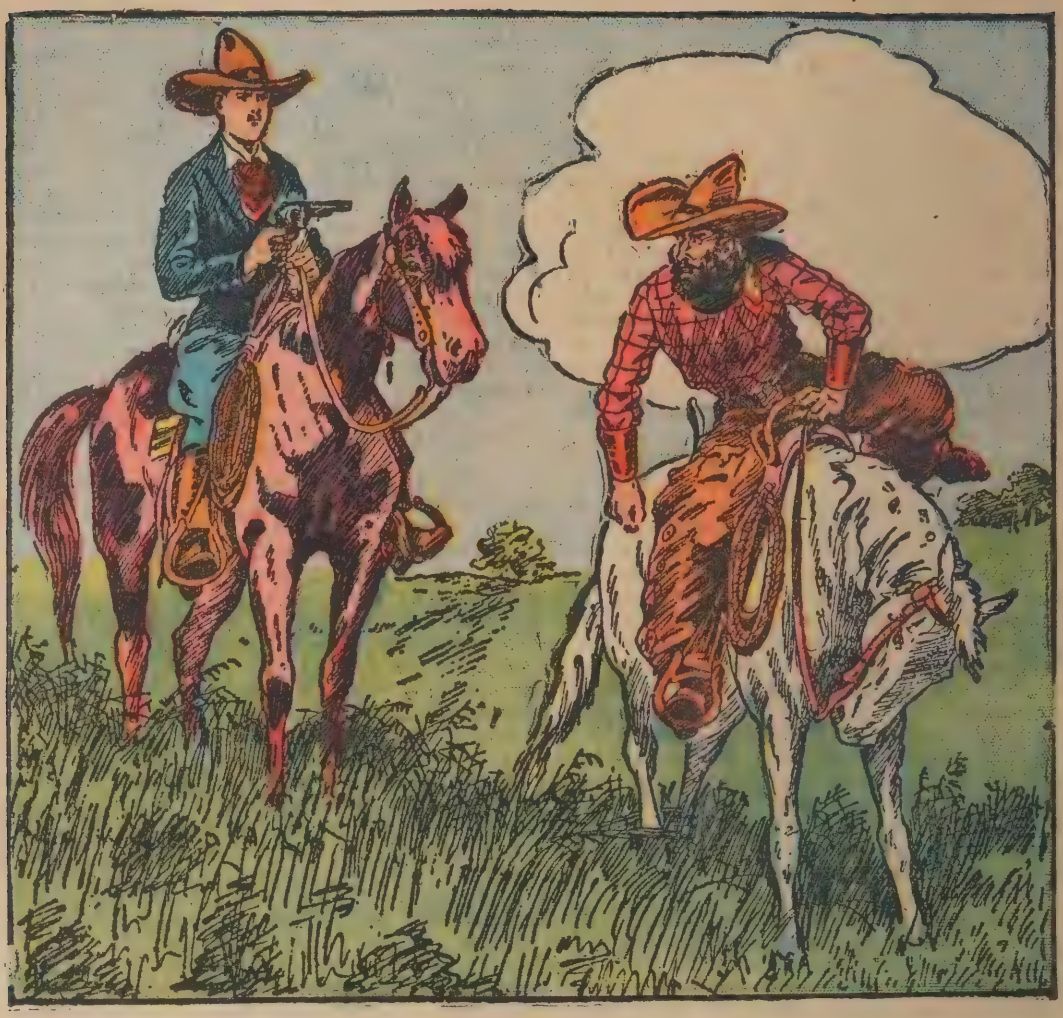
—Lo celebro mucho, porque así me sentiré más tranquilo; no me remorderá la conciencia si ocurriera algo... ¿Tiene usted inconveniente en que cambiemos de caballo?

—¿Que cambiemos de caballo?

—¡Sí! ¡Hasta que hayamos pasado el bosque!

—Es que

—¡Ya ve usted como su confianza no es tanta como trata de demostrarme! — agregó el muchacho sonriendo. — Usted me niega que hay una persona emboscada para



—¡Baje de ese caballo! — ordenó Río Kid a su capataz.

disparar su rifle contra el que va en el otro caballo, y usted se considera tan seguro en ese blanco como si paseara por las calles de San Antonio.

Barney había palidecido.

—¿Ha enloquecido usted, señor Fairfax?

—¡No tal! Y usted sabe de sobra mejor que yo lo que puede pasar.

—¡Pero no cambiaremos de caballos! — exclamó Barney con resolución.

—¡Me parece que usted se ha olvidado de que el patrón soy yo!

—¡Patrón o no; yo no le daré este caballo! — protestó Barney.

—¡Pues, cambiaremos! Le confieso que me será costoso disparar el revólver contra mi capataz, pero lo haré si es necesario. — Y como por arte de magia apareció en la mano de Río Kid el Colt. — ¡Baje de ese caballo! — ordenó.

—¿Usted sospecha de mí?

—¿Sospechar de usted? En la vida, señor Barner! ¿Acaso no es usted mi capataz?...

Lo único que deseo es que en mi estancia se obedezcan mis órdenes, sea por parte del capataz o del último peón. No quiero hacer derramar su sangre, pero deseo que monte usted el caballo en que voy yo y me dé ese a mí. ¡Pronto porque ya me estoy cansando!

El capataz, más muerto que vivo, obedeció y Río Kid subió al caballo blanco. Barney no manifestaba deseos de subir al pinto.

—¿Qué hace? ¡Estoy esperando amigo!

Lanzando un juramento, Barney montó en la forma en que le ordenaban, y luego los dos jinetes se dirigieron hacia el bosque. Cuando se iban acercando, Barney intentó realizar una maniobra que podía ser su salvación. Lentamente, se fué saliendo del camino y acercándose a la línea de árboles para que al acortar la distancia los jinetes pudieran ser reconocidos por el que esperaba su paso. Pero Río Kid se dió cuenta del juego en seguida y gritó al capataz:

—¡Vuelva al camino inmediatamente!

(Continuará)

LA CASA DEL MISTERIO

Por HERMAN LANDON

Capítulo I

LLEGA Mr. CHADMORE

CON los ojos tristes y aire tímido, un joven entró en el hall de columnas de mármol del Splendid Hotel. Sus ropas parecían usadas y mal hechas, avanzaba pesadamente. En el hall, algunos concurrentes elegantes lo miraron con asombro y lo siguieron con mirada divertida. Detrás del recien llegado, un empleado, llevaba negligentemente una valija. La llevaba con desdén porque era ordinaria y usada, lo que no le debía hacer esperar grandes propinas.

Sin fijarse en la diversión, ni en el desdén que suscitaba, el joven de los ojos tristes dejó virar su mirada desde las guirnaldas de oro del techo, hasta el follage exótico colocado alrededor de una fuente. Así preocupado, tropezó al pasar, con un corpulento gentleman de rostro enrojecido.

—Perdón — dijo humildemente.

—¡Podría tener más cuidado! — gruñó el majestuoso personaje.

El empleado sonrió lo mismo que algunos de los que allí estaban. El correcto empleado encargado de la recepción, cuyos ojos alertas habían observado ese encuentro, frunció el ceño. Ya tenía lista una frase, anunciando que no había habitaciones.

Sin embargo no la pronunció. La experiencia adquirida detrás del mostrador de caoba le había dado una capacidad de observación a la vez rápida y penetrante. Miró más atentamente al propietario de la valija usada y de las ropas gastadas. La perplegidad arrugó su frente. Su conocimiento de la naturaleza humana, aunque profundo, no se extendía a una individualidad de esa clase.

A juzgar por las apariencias y dado el nivel elevado del Splendid, ese joven grave, de aspecto desconocido, era claramente un huésped indeseable. Sin embargo, para ojos acostumbrados a una rápida observación había cierta distinción en ese hombre

El empleado vacilaba. Y mientras vacilaba, el joven había tomado el registro, mojado la pluma y procedido a la inscripción de su nombre. El otro pudo leer al revés el nombre garabateado rápidamente y al leerlo le pestañearon los ojos...

DONALD V. CHADMORE

El empleado se refugió detrás de una tosesilla discreta, como si encontrara una cualidad mágica a ese nombre. Estaba escrito con mano firme, letra segura, bien diferente de la tímida apariencia de aquel que lo había escrito.

Sus ojos se encontraron. El joven Chadmore, con su aspecto serio aún, pero guiñando ligeramente los ojos como diciendo que la vida es bella, dirigió una mirada hacia las magnificencias del hall. Sus labios se contrajeron en una mueca burlona, apenas perceptible. Luego, de nuevo, se inclinó hacia el registro y escribió una dirección después de su nombre.

El empleado se sobresaltó de nuevo, pero esta vez fué un sobresalto de asombro no disfrazado. La inscripción era completa:

DONALD V. CHADMORE. CARCEL DE MAIDSTONE

Habiendo determinado así su identidad, el joven Chadmore suspiró inocentemente y levantó con aire indiferente sus ojos grises hacia el rostro anonadado que lo miraba del otro lado del mostrador. Durante un momento, su mirada se detuvo, luego bajó algunos centímetros para clavarse en la decorativa corbata del empleado.

—Linda corbata, murmuró — ¿Puede decirme dónde podría conseguir una semejante?

El empleado parecía intranquilo, sus ojos reflejaban la turbación de su espíritu. ¿Se

hallaba frente a un farsante o a un loco? Pero no, algo le decía que ese joven asombroso no era, ni lo uno, ni lo otro.

—Un momento, Mr. Chadmore — terminó por decir. Y tomando el registro preparado franqueó una puerta que se hallaba detrás suyo.

El joven Chadmore se dió vuelta y, apoyándose sobre el escritorio, paseó sus ojos melancólicos sobre el lujo que le rodeaba. Al fin se posaron sobre la maltrecha valija que reposaba a los pies del muchacho. Con una mirada de curiosidad, estudió las dos hileras de botones que ornaban el saco de éste.

—¿No le molesta eso? — preguntóle con simpatía.

—Señor...

El mozo ensanchó el pecho y lo miró con arrogancia. Pero apareció el empleado y suplicó a Mr. Chadmore que lo acompañara, Dando vuelta al mostrador, se dirigieron hacia una puerta, sobre la cual, una brillante chapa de bronce anunciaba que allí se encontraba Mr. Greyling, Director. Entraron, y después de algunas palabras de presentación, el empleado se retiró.

Mr. Greyling se levantó. Era un hombre alto, envuelto en una impresionante levita, con ojos vivos, y una sospecha de barba, en forma de V sobre el mentón. Sus manos eran delgadas y algo rojas, como si fueran sometidas a una continua frotación.

—¿Usted es... es... Mr. Chadmore — interrogó dirigiendo una sombría mirada al registro que el empleado había dejado sobre su escritorio.

El joven hizo negligentemente una señal de asentimiento. Estudiaba el corte y la forma del chaleco de Mr. Greyling.

—Mr. Donald Chadmore? — insistió el director.

El joven Chadmore, inclinó afirmativamente la cabeza. Pensaba que Mr. Greyling tenía un magnífico ópalo en su corbata.

—¿Es usted el hijo de Mr. Andrew Chadmore? — prosiguió el director.

Por tercera vez y con expresión de profunda tristeza en su pálido semblante, el joven inclinó la cabeza.

El director hizo otras preguntas, todas destinadas a establecer la identidad del nuevo cliente, quien respondía con aire fastidiado e indiferente. Los ojos acerados del director se dulcificaron un poco.

—Yo conocía a su padre — murmuró — En cierto momento, tuvo intereses en este hotel.

—Ya lo se, por eso vengo aquí.

—¿Ha estado usted alejado de Londres durante mucho tiempo, Mr. Chadmore?

—Alrededor de diez años.

—Era usted muy joven cuando partió.

—Tenía solamente diez y ocho años.

—Y... Mr. Greyling agitó su largo cuerpo — Partió usted repentinamente.

—Es verdad — El joven Chadmore examinaba el juego de luces del ópalo del director. — Sí, creo que fué un poco rápido.

—Realmente lo fué. Todos se han preguntado donde ha estado durante estos diez años.

—¿Realmente se han preguntado eso? — dijo el joven con aire distraído.

Las luces, pasando del escarlata al verde más brillante, eran maravillosos.

Realmente, — su desaparición, como los diarios han dicho, causaron sensación.

—¡Sensación!...

El joven pareció a la vez divertido e incrédulo. Con las piernas cruzadas se había sentado pesadamente sobre una silla. Su pantalón estaba arrugado y sus cabellos rubios reclamaban con urgencia un peluquero.

—Bien; no se necesita mucho para excitar a la gente!...

—¡Oh! Les dió usted un amplio motivo de excitación. Un joven con sus esperanzas y relaciones no puede desaparecer sin que cause sensación.

El joven Chadmore suspiró y miró pensativamente el ópalo.

—Esperanzas y relaciones, de nada sirven en la cárcel.

—¡La cárcel! ¿Bromea usted?

—No, señor.

—¿Realmente estuvo usted en la cárcel?

—Realmente. Tiene usted un hermoso ópalo ¿dónde venden iguales?

Mr. Greyling pareció confuso, ante esa súbita transición de las prisiones a los ópalos.

—Hay un negocio de joyería después del hall en el corredor del sur, es allí donde lo compré... Desde cuando... usted fué... puesto en libertad, si puedo preguntarlo.

—Hace dos semanas.

—¿Y cuándo llegó a Londres?

—No hace una hora — Con los ojos siempre fijos en el ópalo, el joven Chadmore agitaba algunas monedas en el bolsillo. — He venido directamente a este hotel.

—¿No se ha comunicado aún con su familia?

—Aún no. ¿Es muy caro un ópalo como ese?

—¡Oh! No muy caro. Diez o doce libras, no me acuerdo exactamente.

Mr. Greyling se hundió en su sillón de cuero. Era una curiosa entrevista y más particular aún de parte del joven.

—Es extraño que nada se haya dicho en los diarios sobre mi experiencia de la cárcel.

—Y ya ve usted, he partido tranquilamente, sin ruido de ninguna especie.

—Naturalmente. Sin embargo, es usted el futuro heredero de una de las más importantes propiedades de Londres. Es usted miembro de una de las más antiguas e ilustres familias de Inglaterra.

Todo lo que concierne a un joven de su importancia es generalmente publicado en los diarios.

—Sí, creo que sí. Pero usted comprenderá que cuando me detuvieron, me olvidé de contar que pertenecía a una familia ilustre.

El director lo miró:

—Si no es impertinente ¿quiere decirme usted por qué fué detenido?

—Asesinato — dijo simplemente el joven Chadmore.

—¡Asesinato! — Mr. Greyling agitó la cabeza y su cuerpo se puso rígido.

—Fué un error — explicó el joven.

—¿Un... error?

—Sí. Al principio creyeron que el hombre estaba muerto. Luego, se dieron cuenta de que tenía solamente una conmoción cerebral. Entonces cambiaron la acusación, en ataque con intención de matar.

—¡Oh! Ya veo.

El tono de Mr. Greyling era un poco agitado.

—¿Tenía usted intención de matar?

—No, exactamente. Sólo que vi rojo...

—¡Oh!

El director lo miró aún dudando.

—Sí, mis puños se fueron solos y fué antes de que me diera cuenta de lo que hacía.

—¡Verdaderamente!...

Mr. Greyling contempló las manos de aspecto inofensivo como si traicionaran una disposición a redoblar la fuerza de sus puños. Sonrió con indulgencia.

—A veces perdemos la cabeza. Quizás sus puños se porten mejor en el futuro.

—En todo caso, otra vez, trataré de no hacerme amigo de un juez con peluca.

—¿Un juez? — Las cejas de Mr. Greyling se levantaron — ¿Usted se buscó querella?

—No, él me la buscó a mí. Me llamó con un nombre que no me agrada. Siento haber sido tan loco. Pero era una clase de nombre que se dirigía a mis antepasados. ¿Comprende usted

—¡Oh! — dijo Mr. Greyling — no crea que le hago esas preguntas por impertinencia. Y ahora, vamos a arreglarnos. ¿Qué desea usted?

—Una buena habitación con cuarto de baño — dijo el joven — será un cambio agradable. El confort de Maidstone no es muy notable.

—En efecto — así lo creo. Usted estará bien aquí. Solamente hay un pequeño detalle Mr. Chadmore. Es a propósito de su manera excéntrica de inscribirse.

Una dirección de cárcel sobre el registro del Splendid Hotel, no queda muy bien.

—Pero si es mi última y única dirección.

—Usted quiere bromear. Su dirección es conocida en Londres. El hotel de la familia Chadmore será suyo al morir su tío.

—¡Esa tumba! Bien, me inscribiré como usted desea. Pero el hombre del mostrador tenía un aspecto de tan ridícula conveniencia que no pude resistir a la tentación de ponerlo un poco fuera de sí.

—Comprendo, Mr. Chadmore.

El director se puso de pié sonriendo.

El empleado arreglará todo lo que se refiere a su cuerto. Dígame si desea algo.

Abrió la puerta al joven Chadmore. Con una expresión un poco alterada, lo vió acercarse al mostrador y después de cerrar la puerta permaneció, con el espíritu ausente, ante su escritorio, su frente estrecha surcada por una profunda arruga. Tironeaba su pequeña barba y finalmente, pidió un número en el teléfono.

—Donald Chadmore está en Londres — anunció en voz baja que resonó como si comunicara una noticia aterradora. — Es-tá...

Se detuvo y, con muda irritación dirigió una mirada hacia atrás. La puerta se había abierto suavemente.

—Disculpe — dijo Donald Chadmore, — me olvidé algo.

Con aire desenvuelto tomó su gorra y salió.

Las pupilas de sus sombríos ojos grises se contrajeron, pero una débil sonrisa apareció en sus labois.

—¡Que viejo zorro, ese Greyling! — se dijo mientras iba hacia el escritorio a escribir una dirección más conveniente sobre el registro.

Capítulo I.

QUIROMANCIA DE PETERKIN

Una hora más tarde, después de un baño y una visita del peluquero, Donald Chadmore estudiaba la noticia pegada a una de las puertas del guardarropa de su cuarto. Una bella habitación decorada de azul y amarillo y amueblada en estilo Luis XVI. Esta noticia era interesante para quien había ocupado una celda de la prisión de Maidstone.

Anunciaba que, diciendo una simple palabra por teléfono podía obtenerse todo lo que se deseaba, desde una estampilla postal hasta un traje de noche.

Donald, leyó con mirada excéptica, y para hacer una experiencia llamó para pedir cinco estampillas. Tenía la intención de escribir algunas cartas esa noche.

Las estampillas llegaron sobre una bandeja de plata llevada por un empleado cubierto de oro. Donald las tomó, las contó y dió las gracias; luego, viendo una mirada del muchacho le dió unas monedas lo que no le dejaba más que pocos pesos.

Luego pidió cigarrillos. Esto le costó otras monedas. Su pequeño capital se evaporaba en propinas, pero se daba así sensaciones nuevas y agradables.

Al fin, habiéndose probado a sí mismo que la noticia decía la verdad dió unos pasos hacia la ventana, miró la multitud que circulaba por la calle y el movimiento de lujosos automóviles.

Esto le trajo otra divertida observación. La calle había cambiado mucho durante su ausencia. Allí donde antes había majestuosas residencias, se hallaban ahora espléndidos negocios y grandes casas consagradas únicamente a negocios. Recordaba que justo enfrente, había un venerable edificio de piedra ocupado por una antigua y rica familia, el cual había desaparecido, reemplazado por un gran hotel. La calle parecía en carnaval debido al ruido y al movimiento.

Se apoyó contra la ventana y miró lejos Allí estaba el inmenso edificio deteriorado que los Chadmore habían ocupado desde va-

rias generaciones. Situado en un ángulo, parecía que evitara desdeñosamente todo contacto con el progreso moderno. Parecía olvidado allí por el tiempo y por los hombres. Nada había cambiado, parecía sólo, un poco más frío, un poco más somnoliento, como hundido en el sueño de Rip Van Winkle.

Los obscuros ojos de Donald se posaron sobre la fachada, tratando de penetrar el secreto que guardaba desde tanto tiempo y cuyo vago recuerdo le volvía a la memoria. De niño, había vivido en esas salas semejantes a claustros y siempre su espíritu había estado un poco oprimido, las sombras profundas habían sido siempre un dique a su infantil vivacidad.

La noche descendía sobre la ciudad. Largos rayos y globos de luz blanca desparramaban su luz brillante; los pisos de los negocios llameaban, una mirada de puntos luminosos atravesaban el terciopelo de la noche.

Donald miraba. Toda la calle estaba iluminada ahora, sólo la gran casa antigua permanecía oscura. Su tío y su tía, constituían con él, los últimos Chadmore que ocupaban ahora, ese viejo edificio. Eran viejos, no tenían ningún contacto con el mundo, y él se acordaba poco de ellos, si no es que eran tan misteriosos y reconcentrados como la misma casa. Mañana quizá iría a verlos y a presentarles su respeto. Considerando cuanto tiempo había estado ausente, le pareció que era conveniente hacerlo, aunque no tuviera culto por esa clase de visitas.

El timbre del teléfono resonó. El cuarto estaba oscuro, porque aún no había encendido la luz y necesitó varios minutos para llegar al aparato.

Llegó hasta él una fresca y juvenil voz...

—¡Hola, vagabundo!...

—¿Quién? ¿quién habla?— balbuceó, llena aun la imaginación del recuerdo de la triste casa que acababa de contemplar.

—¿No conoce mi voz?

—No, no recuerdo.

—¡Oh! ¡Don que olvidadizo es usted!

—¡Estoy desolado! No me...

—Sin embargo me decía usted que mi voz era la más deliciosa del mundo.

—¡Oh! ¿Yo he dicho eso?

—Usted lo ha dicho. Creo que ya no le pensará más, pero usted lo ha dicho.

—Su voz me gusta, sea de quien sea.

—¡Sea de quien sea! — La voz imitaba la suya — Me gusta eso. También me dijo usted que yo era la primera muchacha a quien besaba...

—¡Oh!

La melancólica y vieja casa de piedra gris volvió al espíritu de Donald y al mismo tiempo encontró el recuerdo de su amor infantil y de Gloria Westcott.

—¡Gloria!

—¡Al fin! ¿Ha mejorado sus modales, Don?

Todo esto terminó con el pedido que él le hizo de que cenaran juntos. Después que cortó, él se preguntó cómo Gloria sabía que estaba en Londres. Pero no se detuvo, preocupado por el problema que representaba el traje. Entonces recordó la noticia del guardarropa. Era el momento de juzgar de su veracidad. Encendió la luz y pidió por teléfono que le enviaran un "valet". El hombre hizo maravillas. En un momento hizo surgir un smoking, una camisa deslumbrante, cuello, corbata, zapatos de charol, etc. Luego lo ayudó a vestirse. Donald se examinó en el gran espejo del baño.

—Muy bien — constató estirando satisfecho sus seis pies de altura.

—Un gentleman siempre lleva bien el traje — declaró el valet. Aún cuando llevaba usted esas cosas. — Y señaló con gesto de horror las ropas que el joven acababa de sacarse. — Ya sabía que era usted un gentleman, señor.

Donald tomó esas palabras como un llamado a otra propina y tomó el resto de su dinero que estaba sobre la mesa. Pero él, hombre sacudió la cabeza.

—Pienso lo que he dicho, señor — dijo — es usted un verdadero gentleman, y no se lo dije para que me dé propina.

Fué hacia la puerta. Donald lo miró; era alto, muy delgado, con una cara parecida a la de un conejo y un color que no anunciaba muy buena salud.

—Espere un momento.

El hombre se volvió.

—¿Cuál es su nombre?

—Peterkin, señor, Samuel Peterkin.

—¿Qué pensaría usted Peterkin si yo le dijera que no soy un gentleman?

—Diría que usted bromea, señor.

—¿Y si le dijera que acabo de salir de la cárcel?

—Muchos gentlemens se ven en ese caso, señor. ¿Quiere usted permitirme que mire su mano, señor? No, la derecha.

Inclinó respetuosamente su cabeza sobre la mano de Donald.

—Buena línea de vida, señor, noto que el soporte de Marte está muy claramente marcado. Tiene usted una gran voluntad, señor. También es usted batallador sin tener el aspecto, y muy porfiado. Usted puede ser dirigido con dulzura y paciencia, sí, señor; puedo creer que ha estado en la cárcel. Pero, por todo eso, es usted un gentleman.

—Gracias, Peterkin. ¿Es usted quiromántico?

—Sólo aficionado, señor. Divierto así a mis amigos algunas veces. ¿Nada más, señor?

—Sí...

Donald guardó un momento de silencio, mirando el rostro pálido del valet.

—¿Dice usted que yo puedo ser dirigido por la dulzura y la paciencia?

—Debe ser conducido así, señor.

Donald lo miró.

—Escuche, Peterkin, mañana iré a adquirir ropas. Me gustaría conocer su opinión, pero quiero pagárselo.

—Muy bien señor, mis opiniones las vendo — mis cumplimientos no. Empiezo mi

servicio a las once y media. Eso nos dejara algunas horas después de que se abran las tiendas.

—Perfectamente. Si no podemos acabar en un día continuarémos al siguiente. Entendido Peterkin. Me agrada usted.

—Gracias, señor.

El valet quiromántico saludó y se fué.

Media hora después Donald veía a Mr. Greyling en su escritorio particular. El director parecía molesto. Quizá la entrada de Donald, precedido esta vez de un discreto golpe a la puerta, le recordaba una conversación telefónica interrumpida. Sin embargo se repuso.

—Voy a pasear un poco — dijo Donald — y no tengo ni un céntimo; ¿puede usted prestarme algún dinero hasta que mi notario haya hecho lo necesario mañana temprano?

—Realmente ¿Cuánto necesita?

—¡Oh! Una o dos libras.

—Tiene usted mucho que ver, amigo — dijo Mr. Greyling indulgente. — No puede ver gran cosa de la vida nocturna con esa suma. Venga conmigo.

Fueron a la caja y allí Donald firmó un recibo de diez libras. Una vez con el dinero agradeció al director y se hizo llamar un taxi por el portero que pronto lo llevó a través de las calles al hotel donde Gloria le había dicho que vivía.

Capítulo III

EL HOMBRE SIN CEJAS

Era un hotel modesto pero limpio y agradable. Desde su entrada, Donald sintió una mirada inquisitiva fija sobre él. Se volvió y vió un par de ojos oscuros y brillantes en el óvalo estrecho de un semblante.

Este estaba rodeado de bucles rubios. Bajo esta casa, había una pequeña silueta envuelta en una nube de muselina celeste. Unos labios rojos le sonreían. Avanzó.

—¡Oh! — dijo Gloria — ¡Cómo ha crecido!

Parándose muy derecho — apenas le llegaba al hombro. El la miraba un poco molesto. Le parecía imposible creer que una vez había besado esos labios, marcados ahora con una línea de lápiz. Ella era entonces una chiquilla con las mejillas rosadas y los cabellos sueltos. Ahora una radiante jojoven estaba a su lado.

—Está usted mucho más linda — le dijo.

—¿De verdad? — respondió ella haciendo una mueca. — No me anonade con sus cumplimientos.

—Quiero decir que es usted... más linda.

——¡Oh, Don! — ella rió alegremente — usted es el mismo muchacho grande y tímido de siempre y por eso me gusta.

Y levantando su cara hacia él:

—¿Pero, donde adquirió esa romántica palidez?

—Más tarde se lo diré — dijo Donald, que pensaba que uno de sus mayores encantos era su naricita respingada.

—Ahora vamos a comer algo.

—Bueno, tengo un apetito atroz.

Salieron juntos y decidiendo ir a pie se dirigieron hacia Sako donde entraron a un restaurant que, aunque pequeño, era renombrado por su servicio y se sentaron ante una mesa de un rincón. Donald estudió el menú.

—Elija algo — recomendó ella — ¿recuerda usted algo que yo prefería?

Donald permaneció pensativo.

—¿No era su soufflé? Nuestro viejo cocinero francés, Gustavo lo hacía a menudo sobre todo cuando venía usted.

—¿Y qué clase de soufflé, Don?

Clavaba en él sus alegres ojos negros.

—Espere... me parece... ¡Ah, sí!...; soufflé marasquin!

—¡Maravilloso, Don! Pero no trate de encontrar esa cosa celestial en el menú. Solamente he querido probar su memoria. Tengo hambre como para una cena más terrestre.

Después de mirarla rápidamente, el joven pidió la comida. Hubo que esperar mucho entre el primer plato y un pollo asado. La rubia cabeza se inclinaba hacia él, clavándole una mirada medio divertida, medio escrutadora.

—¿Qué hace usted ahora? — preguntó él.

—Soy artista o casi artista. Van a darme un pequeño papel en "The Vinsome Widows". Y dígame Don, ¿recuerda usted una noche que usted y yo nos escapamos de la sofocante reunión que los Sanderson daban para la juventud? ¿Dónde fuimos?

—¿No nos fuimos fuera, a la luz de la luna?

—Sí. Al jardín. Yo tuve que tironearlo, era usted difícil para ponerlo en movimiento. ¿Recuerda lo que pasó después?

——Yo... yo creo que le robé un beso...

Balbuceaba mirando la ardiente boca. Ella se puso a reír.

—¿Piensa usted que lo robó?... Yo me moría de ganas de que me besara, pero usted tardó una enormidad para decidirse. Me alegro que no lo haya olvidado...

—No, no podía olvidarlo...

Una vaga sonrisa atravesó su pálido rostro.

—¿Está usted convencida ahora?

—¿Convencida? ¿De qué?

—De que soy Donald Chadmore.

Pestañeó guiñando sus ojos grises.

—¿Es para estar segura que puso a prueba mi memoria? ¿Verdad?

Los grandes ojos oscuros de la joven se bajaron un momento, luego se levantaron de nuevo con un relámpago de alegría.

—Usted es siempre el mismo Don. El alro dormido y dispuesto a hacerse el loco... Sí, quería estar segura. Casi lo estuve desde que llegó usted a mi hotel, pero quería estarlo positivamente.

—¿Por qué?

Sus ojos estaban tímidamente burlones.

—Simplemente "por que sí". Es lo que contesta una mujer y ahora soy una mujer.

El aprobó. Había aún en sus ojos un brillo medio burlón.

—Dígame ¿Es Greyling?

—¿Qué?

—¿Es Greyling quien lo dió esa idea?

Una especie de fastidio se dibujó en su rostro.

—¿Por qué, Don? ¡Está usted positivamente loco!

—¡Oh! no es simple. Usted no podía saber que yo estaba en Londres a menos que Greyling se lo dijera. Supongo que él le telefoneó y le sugirió que arreglara un encuentro con el objeto de verificar mi memoria. Sin embargo no veo por qué Greyling tiene que inquietarse por mi identidad y si tenía dudas sobre mí ¿por qué me prestó dinero?

—No, no fué Mr. Greyling. Apenas lo conozco. Fué... y bien fué otro.

Mr. Greyling puede haber dado indicaciones a... a ese otro.

—Es usted terriblemente curioso Don. Bueno, voy a decírselo. Ya que es usted realmente Donald Chadmore, eso no tiene ninguna importancia. Cierto señor que se ocupa de "The Vinsome Widows" me telefoneó bastante tarde hoy. Me dijo que acababa de saber que alguien que se decía Donald Chadmore estaba en Londres. Estaba ancioso por saber si no era usted un impostor.

A Donald eso le pareció divertid

—Y Don, ese señor supo que hace años hubo un flirt entre nosotros. Dado eso, ninguna imitación de Donald Chadmore podía subsistir conmigo.

El rió incrédulo.

—¿Una imitación? ¿Para qué?

—No es extraño. Usted estuvo alejado... espere... nueve o diez años. A la muerte de su tío heredará la gran casa Chadmore. Algún individuo hábil podía haber imaginado hacerse pasar por usted...

—¿Pero, para qué?

—¿Para qué? Recuerde que la casa ocupa una superficie que representa una fortuna.

—¡Bah!... lo creo. ¿Es así que explica la verificación de los recuerdos?

—¿Está enojado conmigo, Don?

—¿Enojado? Naturalmente que no. Pero... yo... yo..

La miró a los ojos. La luz atenuada era alentadora. La deliciosa cabeza rubia se inclinaba hacia él. Pero sólo acarició los cabellos.

—Tiene usted un imitador, Gloria — dijo a media voz. Sus ojos se habían clavado con intensidad en un punto del lado opuesto.

—¿Un imitador?

Su lindo rostro demostraba perplejidad.

—Sí, parece realmente que alguien estuviera ansioso de saber si yo soy falsificación. Allí hay un hombre que nos vigila.

El mozo traía el café. Los ojos de Gloria se abrieron con curiosidad.

—¿Quien es, Don?

—Un muchacho rechoncho, sin cejas. Creeríase que está tallado en un bloque de caoba.

Ella bebía el café.

—Es más misterioso de lo que yo pensaba. ¿Grueso... sin cejas?... Estoy segura de no conocerlo... ¿No se equivoca usted?

El sonrió y buscó cigarrillos en sus bolsillos, pero no encontró. De un elegante saco Gloria sacó una cigarrera. Después de encender sus cigarrillos, él se sentó y siguió con la mirada las espirales de humo que subía en círculo sobre sus cabezas.

—Vamos a ver un espectáculo cualquiera — dijo bruscamente.

—¿Está usted decidido a derrochar el dinero que pidió prestado? Bueno tenemos que apurarnos.

Pagó la adición y salieron. Antes Don dando una vuelta se acercó a la mesa de hombre sin cejas.

—Hola — dijo mirando de frente el rostro del hombre. ¿Qué hizo usted de sus cejas?

El hombre apretó los labios en una mueca.

—¿Y qué le importa a usted? — gruñó

—Simple curiosidad. ¿Dónde las dejó? Usted las tenía la última vez que lo vi.

Luego exclamó:

—Trate de parecer raro.... no tendrá éxito...

Sonriendo, Don se alejó y se dirigió hacia Gloria que lo esperaba en la puerta, oyendo con asombro.

—¿Qué hay Don?

—Simplemente, he observado que tener cejas o no tenerlas, cambia por completo el aspecto de un hombre.

Fué toda la explicación que ella obtuvo.

Salieron del teatro entre una masa de brillantes camisas blancas y deslumbradores vestidos femeninos.

—Si no estuviera usted fatigada — sugirió Donald — me gustaría ir a uno de esos extraños lugares de que he oído hablar. Una ojeada, nada más...

—Vamos — dijo ella sonriendo. — Pero esa ojeada hará adelgazar considerablemente su cartera —añadió. Vamos si quiere a Gomorrhe. Es de los mejores.

No había ni un auto, recorrieron a pie la corta distancia. Para ser admitido en Gomorrhe que era una cueva, recientemente arreglada sobre un lado de la calle, había que hablar un rato con el majestuoso portero que se ocultaba en un misterioso hall de entrada. Gloria esperó el fin de esa formalidad.

En el interior, cuyas luces estaban bajas se hallaron entre el humo de cigarrillos y los vapores de alcohol. Un montón de rostros se agitaban en la oscuridad. Espaldas y brazos desnudos brillaban en la oscuridad. Aquí y allá se veía el fuego suave de las perlas y la fría luz de los brillantes. Un incesante zumbido a medias sofocado aturdía en ese Babel. Un mozo de pasos apagados los llevó hasta una mesa alejada y les tendió un enorme menú.

Donald trató de estudiarlo a la insuficiente luz de la sala.

—Atención Don — dijo Gloria — se paga una libra por cubierto y el precio de cada sandwich de jamón alimentaría a una modista durante una semana.

Donald dejó la lista y se volvió hacia el mozo.

—"Souffié al marrasquin" — dijo.

—Bien señor — respondió el mozo vacilando un poco y se alejó.

—¡Pero — dijo Gloria — es un plato especial! Si no tiene cuidado tendrá que volver a pie.

Donald se encogió de hombros.

—He pedido también un claro de luna. Será delicioso caminar... con usted... — añadió con dulzura.

Los ojos brillantes de Gloria fueron hacia él a través de la sombra.

—Ha hecho usted progresos — dijo ella.

Ahora, un rayo de luz blanca caía a través del espacio libre al centro. Cesaron las charlas. La orquesta atacó un aire nuevo. A la luz de los reflectores apareció una silueta femenina, vestida con una malla blanca cargada de joyas. En sus cabellos brillaban una cantidad de gemas resplandecientes.

—Es Corina — explicó Gloria — una de las bailarinas más caras de Londres.

Miraron los giros y ondulaciones de la bailarina que fué aplaudida con entusiasmo. Corina desapareció en seguida, arrojando besos en todas direcciones. El círculo luminoso quedó vacío y en ese momento trajeron el plato pedido.

—Delicioso — declaró Gloria — es casi tan bueno como cuando lo hacía su viejo cocinero francés.

Sobre la inmensa sala brilló la luz, la orquesta atacó un número de jazz ensordecedor. Las parejas se lanzaron a su vez y fué una masa de cuerpos que se agitaba en el lugar de la bailarina. Se balanceaban, se apretaban.

Donald contemplaba esa escena con alegría y reía, quizá demasiado alto, olvidando la realidad. Gloria parecía divertida.

—¿No tiene ninguna aventura para contarme?

El volvió hacia ella sus ojos brillantes:

—¡Oh! Nada de interesante.

—¿Por qué se fué usted?

—Tenía necesidad de un poco de soledad después de la muerte de mis padres y cuando usted fué enviada al pensionado. Quizá me hice un poco salvaje.

—Parece usted normal ahora, Don. ¿Por qué no dijo a nadie donde estaba?

—No creía que nadie se preocupara.

—¿Ni yo?

—Mire usted...

—No trate de explicarse, Don. Jamás ha sido hábil para explicar las cosas. ¿Qué hizo desde su partida?

—He viajado al azar y he encontrado una cantidad de diversiones y distracciones. De vez en cuando tenía un pequeño negocio... y...

—¿Nunca escribió a sus tíos?

—Jamás se han preocupado. Una vez después de dos o tres años les escribí una carta.

—Pero usted no les dió nunca ningún detalle, Don.

—Les dí bastantes. Les dije que no se inquietaran por mí que estaba en un negocio de fabricación de valijas y que todo iba bien.

—La fabricación de valijas es una broma ¿verdad Don?

—No, es verdad. He hecho valijas. A ellos les pareció que yo era capaz de hacer valijas y me pusieron a ello.

—¿Ellos?... ¿quiénes son "ellos"?

—Los funcionarios de la prisión.

El rostro de Gloria palideció un poco.

—Don usted estuvo... ¿usted no ha hecho?...

—He estado, he hecho. He visto rojo y le rompí la mandíbula a un tipo. Cayó, se rompió la cabeza contra el suelo. Resultó que su padre era un gran personaje político con amigos influyentes. Se colocaron las cosas de la manera peor. A mí me tocó el máximum.

—¡Pobre Don! — Los ojos de la joven estaban llenos de simpatía. ¿Y no escribió usted a su tío o a su tía pidiéndoles ayuda?

—¿Para qué? No podían sacarme de la prisión. Además yo había dado un nombre falso cuando me detuvieron. No quería decorar el registro de la cárcel con mi nombre verdadero.

—¡Ah! Eso explica por qué está tan pálido.

—Después de todo, no fué malo para mí. Yo tenía necesidad de ser domado. Ya ve usted si lo he sido...

Sus ojos grises que erraban por la sala inmensa se detuvieron en un punto, de un ángulo alejado.

—¡Toma! — exclamó. — Ya tiene de nuevo sus cejas.

—¿Qué? No es él...

—Sí, el mismo. Llega ahora mismo. Se ha puesto traje de noche. Tiene lentes, un bigote, y una nueva cabellera. Mírelo.

—Sí, pero jamás lo hubiera reconocido. ¿Quiere usted que tratemos de bailar ese fox-trot?

—Yo no estoy familiarizado más que con la marcha de la cárcel. Sin embargo ensayemos esto.

No lo hizo del todo mal, sin embargo en la atmósfera sofocante, el ejercicio no era fácil y después de bailar quisieron irse.

—Caminemos — sugirió Gloria. — Me agradaría respirar un poco de aire fresco.

Después de doblar la esquina, avanzaron por la avenida Shaftesbury y continuaron lentamente su camino hacia Piccadilly Circus.

—¿Cuáles son ahora sus proyectos? — preguntó ella deslizando su mano bajo el brazo de él.

—Mi padre me ha dejado algún dinero que aun no he tocado. No es una gran suma, pero será bastante como punto de partida.

—Y no olvide el hotel Chadmore. Algún día será suyo. Entonces será usted millonario.

Caminaron algún tiempo hacia el oeste charlando sobre lo que el porvenir podía traerles.

De pronto Donald lanzó una mirada por sobre su hombro.

—El tipo de las cejas aun nos sigue. No puedo imaginarme porque se me espía.

—¿No puede? — Ella le apretó el brazo con alegría. — A eso le llamaría yo modes-

tía. ¿No sabe usted que es uno de los hombres más interesantes de Londres?

—¿Cree usted?

—¿Si lo creo? ¿Y cómo? Miles de personas y entre ellos su amigo el de las cejas, piensan lo mismo. Mire usted, Don, es usted la figura central del misterio.

—¿Qué? ¿Qué misterio?

—Ese.

Ella señalaba una casa sobre el lado opuesto de la calzada, un enorme y antiguo edificio cuyas ventanas de arriba estaban herméticamente cerradas sin que ninguna luz brillara en ellas.

Movidos por un mismo impulso, atravesaron la calle y contemplaron de más cerca la residencia arruinada de las Chadmore.

—No sabía que hubiera allí ningún misterio.

—¿No tiene aspecto misterioso?

Donald examinaba la fachada gris, las ventanas sombrías como ojos muertos, que alumbraban el farol de la esquina.

—¿Qué le parece? — La pequeña mano apretaba su brazo. — ¡Qué aspecto sombrío y siniestro! ¿No le parece que tiene aspecto de melodrama?

—La encuentro abandonada, triste. ¿Pero dónde está el misterio?

—¿Nunca oyó hablar de el?

—Me parece recordar una cantidad de charlas estúpidas.

—¿Por qué cree ustel que los Chadmore lo han guardado durante tanto tiempo?

—Sólo Dios lo sabe.

—Es lo que todo el mundo se pregunta. De vez en cuando los diarios publican largos artículos sobre esa vieja casa. La llaman la "Casa del misterio".

—¿Pero que se dice?

—¡Oh! Cada uno tiene su teoría personal sobre ese misterio. Que hay algo, Don eso es seguro. ¡He oído decir que su padre, Don, había heredado una fortuna y la perdió, luego hizo otra y la perdió en su mayor parte. Se dice que murió en una situación mediocre. Si hubiera querido podía haber vendido esta casa por una fortuna pero se negó a todas las ofertas. ¿Se imagina usted por qué?

—Quizá por sentimentalismo.

—Sí, pero eso no es todo. Si el sentimiento bastara para esto, todo Londres estaría lleno de viejas casas. No, aquí hay algo más.. algo más fuerte que el sentimiento. Se dice que estando en su lecho de muerte, han venido personas a hacer ofertas a su padre por esta propiedad, pero, que no quiso oírlas. Quería que su hermano tuviera la casa hasta su muerte y que luego le perteneciera a usted. Todo Londres se pregunta lo que va usted a hacer, Don.

Los ojos del joven recorrieron las hileras de ventanas cerradas.

—¡Oh! Yo dejaré todo en el mismo estado.

—Pero nadie puede imaginar que la dejará usted en pie. Mire alrededor...

Ella extendió la mano hacia los grandes negocios y casas de comercio.

—El mayor número de estos edificios se levantó desde el tiempo en que ambos éramos niños. Las casas particulares han sido echadas abajo para hacer grandes casas de negocio. Ya no quedan residencias antiguas. Pero "La casa del Misterio" aun está en pie. Las agencias, una después de otra han hecho ofertas más elevadas, pero todas fueron rechazadas. Esta casa medio en ruinas vuelve obstinadamente la cara al progreso. ¿Por qué cree usted que ocurre eso?

—¿Alguien ha emitido una suposición sobre eso?

—¡Oh! sí miles de suposiciones. Una de ellas se ha hecho popular. Usted sabe que detrás de la casa hay un jardín inmenso; bien, según esa suposición los Chadmore se ven obligados a guardar ese jardín como terreno de juego para los perros.

—¿Los perros? No me acuerdo de ningún perro en la casa.

—Quizá hay en la leyenda del pasado. Es lo que dice la historia. Los perros de Chadmore siempre han tenido ese terreno para ellos y deben tenerlo hasta el fin del mundo, o los Chadmore tendrán que arrepentirse. Es una buena historia.

—Demasiado buena para ser cierta. Mi tío debe pagar sumas enormes en impuestos todos los años.

—Es lo que he oído decir. Se dice que podría comprar una casa nueva cada seis meses con lo que le cuesta esta. ¿No hace eso el misterio más grande? En fin Don, quizá algún día me dé usted la verdadera explicación.

Donald contempló aún los viejos muros y el techo estropeado. Una débil vida parecía emanar del viejo edificio.

—Quizá lo quiera, quizá no — dijo. — Eso depende de muchas cosas.

—¡Oh! lo fastidiaré hasta que quiera. Yo sé como tomarle.

—Debo ser tomado con paciencia y dulzura. Peterkin me lo dijo y él lo sabe.

Ella no le preguntó quien era Peterkin.

La vieja casa parecía haberla envuelto en una impresión deprimente. Ella se estremeció.

—Caminemos, tengo un poco de frío.

Después de unos pasos, él miró hacia atrás

—Ese chico de las cejas me está fastidiando. Si no tiene cuidado voy a ver rojo y otra mandíbula.

—¿Romper "otra" mandíbula? — Se detuvo bruscamente. — ¿Otra vez, Don?

—Sí — dijo tranquilamente Donald Chadmore dirigiendo, por sobre su hombro, una última mirada a "La Casa del Misterio".

Capítulo IV

LAS DOS VOCES

Donald acompañó a Gloria hasta su hotel y se dirigió lentamente hacia el "Splendid". Eran las tres de la mañana. Una apacible calma se extendía sobre las largas cintas luminosas trazadas por el asfalto desierto, rota sólo por vagos ruidos que tomaban un carácter curiosamente furtivo. De vez en cuando, un taxi desembocaba de una sombría calle trasversal y se deslizaba sobre la avenida, que parecía una mística nave con su iluminación velada.

Estaba perfectamente despejado y lúcido. La calma y el vivo sabor del otoño en el aire activaba sus pensamientos. Vagas remi-

niscencias acudían a él, atraídas en parte por las alusiones de Gloria.

Apresuró el paso, su silueta elegante se irguió un poco en las ropas procuradas por Peterkin, la sangre vibraba en sus venas, tenía la agradable sensación de que algo estaba por suceder.

Se detuvo ostensiblemente en la esquina para atarse la cinta del zapato, y constató que el individuo de las cejas estaba aún en su persecución. Tuvo una risa interior. Ya era bastante ¿qué papel representaba ese astuto Marc Jarrow? ¿Por qué después de haber sido el instrumento principal de su encarcelamiento, se introducía nuevamente en su vida?

Muy ostensiblemente, Donald penetró en el Splendid, cuyo vestíbulo, a esa hora tenía una iluminación velada. Ostensiblemente pidió la llave y se dirigió hacia el ascensor al fondo de un largo corredor. Pero, en lugar de entrar en el ascensor, continuó en la dirección de una entrada del costado y se halló de nuevo en la calle donde avanzó con precaución. Algunos autos de alquiler, estaban estacionados y vió a Marc Jarrow que subía en uno de ellos y se alejaba. Oculto por la sombra de la casa, le dejó ponerse en camino y se acercó a otro vehículo.

—¿Dónde vamos, señor? — preguntó el chauffeur.

—Siga por esta calle y luego le diré — contestó Donald, siguiendo con la mirada la luz trasera del primer coche.

Siguieron al auto de Marc Jarrow hacia el Este, llegando pronto a Piccadilly Circus. El chauffeur volvió la cabeza interrogativamente:

—Siga derecho — indicó Donald, con los ojos fijos en la linterna roja que brillaba a cincuenta metros. Atravesaron el Circus y siguieron hacia Charing Cross Road, doblaron hacia la derecha en el Strand, luego a la izquierda y el viaje continuó hacia el Este. Cuando Llegaron a Abgate la luz roja se detuvo. Donald golpeó en el vidrio.

—Ya está — dijo. — Haré el resto a pie.

El otro taxi, después de dejar a su cliente, dobló en medio de la calle y Donald vió la camisa blanca de una silueta rechoncha y se puso a perseguirla guardando una distancia discreta.

Jarrow avanzaba oblicuamente, doblando a cada esquina y varias veces lo perdió de vista. Sin embargo después de media hora de dar vueltas, le vió doblar rápidamente y descender los escalones de un subsuelo.

Donald se detuvo y se disimuló con cuidado contra la verja que guardaba la entrada de ese subsuelo. Era una construcción de ladrillos de cuatro pisos de bastante mala apariencia, no diferenciándose en mucho de las otras casas del barrio. Una maceta de flores en la ventana del frente ponía una extraña nota en el conjunto. Las ventanas estaban oscuras, pero a la claridad del farol vecino, pudo ver que tenían postigos pintados de verde.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Donald puso el pie en el primer escalón... descendió otro, luego otro. El demonio de la aventura parecía llamarlo desde abajo. Las vueltas de Jarrow habían atraído su curiosidad.

Descendió otros escalones y llegó contra una puerta.

Aquí, aunque estuviera muy oscuro para ver, su sentido del tacto le demostró que la puerta tenía una cerradura de resorte. Sus investigaciones parecían pues conducir allí. Pero, habiendo descubierto con la punta del dedo un pedazo de género preso entre la puerta y el marco, empujó suavemente y se abrió.

Encantado de esto, avanzó. Lo que había retenido la puerta era un impermeable de goma colgado de una percha y que había sido empujado por la corriente de aire. Jarrow, demasiado ocupado, no lo había notado.

Donald avanzó silenciosamente a lo largo de un corredor cuyas paredes las tocaba a cada lado. A lo lejos la espesa masa de sombra estaba rota por un débil rayo de luz que salía de una puerta mal cerrada. Avanzó paso a paso, reteniendo el aliento.

Una voz hablaba más allá de la pequeña línea de luz, y la reconoció enseguida. Era la voz de Marc Jarrow. Le llegaba claramente y comprendió que la puerta había quedado abierta. Se acercó con el pulso acelerado, y una sonrisa en los labios. Marc Jarrow con su voz ronca, daba cuenta, al parecer de hechos de gran importancia...

—...Me vió en el restaurant... Vino hacia mi y me dió algunas bromas sobre mis cejas. El y la joven fueron a Clarion, luego a Gomorrhe. Allí, los dejé un momento, seguro de encontrarlos. Fuí hasta mi casa y cambié mi aspecto. Ya no me reconoció más.

Donald sonrió. ¡De modo que Jarrow pensaba haberlo despistado!

—Una vez en Gomorrhe me miró de frente pero sin detenerse—añadió Jarrow con satisfacción. Es inteligente, seguro, pero encontró a alguien tan inteligente como él. Un par de anteojos verdes, un bigote, una peluca y ya está. Naturalmente he procedido como si fuera...

—Bien Jarrow — interrumpió una voz débil. — Ya sé que es usted hábil. Ahora, deje de arrojarse flores y dígame lo que pasó.

Esta voz producía un singular efecto sobre Donald. Era suave aunque cortante como la hoja de un puñal. Después de los acentos fuertes de Jarrow daba una impresión de refinada y sutil perversidad.

—No pasó nada Mr. Staglawn — dijo más humildemente el petulante Jarrow. Se quedaron un rato, sin duda recordando viejos recuerdos.

—¿Oyó lo que decían?

—Imposible, estaba demasiado lejos.

—¡Oh! — dijo la voz sarcástica. — Usted no tenía bastante confianza en su nueva apariencia para acercarse.

—He preferido no arriesgarme.

—Bien.

En las pocas sílabas pronunciadas por el hombre llamado Staglawn, Donald creía oir algo así como el roce de la seda o el silbido de una serpiente y esa voz lo fascinaba por su siniestra cadencia.

—Es todo — añadió Jarrow. — Partieron a pie. Al pasar ante el hotel Chadmore se detuvieron un momento.

—¿Y creo que habrá sido usted demasiado discreto para oír?

—No quería que me reconocieran.

—¿Y luego?

—Nada más, Chadmore la llevó. Y luego lo vi entrar en el Splendid, y pedir su llave en el escritorio. Entonces tomé un taxi.

—Excelente Jarrow, excelente. Tiene usted el genio de sorprender las cosas importantes, pero no se le habrá ocurrido que con un hombre como Chadmore no es lo que hace lo que tiene más importancia, sino lo que piensa.

—¿Quiere usted que lea sus pensamientos? — gruñó Jarrow.

—Temo que el joven Chadmore haya leído los suyos ésta noche.

Donald sonrió al cumplido. Hubiera deseado vivamente ver el rostro de esa curiosa voz, pero la abertura de la puerta era demasiado estrecha.

—En fin — murmuró Staglawn — Tiene usted su utilidad.

Y luego de una pausa:

—Vigile mañana al joven Chadmore, quiero saber dónde va y cómo ocupa su tiempo. Mañana a la noche, entre siete y ocho, es necesario que venga aquí. Arréglese usted.

—¿Aquí? ¿A la casa?

—Perfectamente, Jarrow. Y quiero que venga de tal manera que no le sea posible explicarlo luego.

Donald permaneció alerta oyendo esas singulares instrucciones.

—¿Es para su asunto? — preguntó Jarrow.

—No use esas expresiones, Jarrow. El joven Chadmore no debe morir. Pero esté tranquilo, alguien tomará el camino del infierno mañana por la noche.

—Bueno, ya sé lo que quiere usted decir. ¿Entonces el asunto importante será mañana a la noche?

—Es por eso que quiero a Chadmore aquí. ¿Comprende Jarrow?

Donald sintió un estremecimiento que le recorría la espalda. No comprendía aún, pero se daba cuenta de que en esa pieza se tramaba alguna canallada horrible.

Jarrow rió con risa diabólica:

—Lo comprendo Mr. Staglawn. ¡Es maravilloso! ¡Realmente maravilloso!

—Es una suerte — dijo el otro. — Ahora me voy a acostar y probablemente me levante tarde. Buenas noches Jarrow, y mucha suerte mañana.

Hubo un ruido de pasos, una puerta que se abrió y se cerró. Donald, sacudiendo el sentimiento de horror que se había apoderado de él, comprendió que Jarrow estaba solo. Empujó la puerta.

—¡Hola Jarrow! — dijo con calma.

Jarrow dió un salto.

—¿De dónde diablos sale usted? — preguntó.

Donald sonrió languidamente:

—No tan alto Jarrow, Staglawn quiere dormir. ¿Me permite que me siente?

Se sentó sin esperar respuesta. Era una pieza miserablemente amueblada con dos sillas en mal estado, una mesa, de carpeta sucia y grasienta y un sillón hundido. Un pico de gas la alumbraba. Donald se sentó de espaldas a la puerta.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo vino?

—Silencio. No hay que despertar a Staglawn. Dígame ¿quién es su sastre? Las ropas lo cambian mucho, lo mismo que los anteojos, los bigotes y la peluca.

Jarrow que comenzaba a reponerse de su sorpresa se sentó.

—¿Qué quiere usted?

—Conversar un poco. Trataré de no enojarme, aunque es una buena ocasión para romperle otra vez la mandíbula, pero no la aprovecharé si usted no me obliga.

—Bien ¿cuál es su idea?

—Esta, Jarrow. Quiero saber dos cosas... o tres. Lo que hace usted en Londres, quien es Staglawn y quien es el hombre, o la mujer que deben ustedes asesinar mañana.

—¡Imaginaciones! — dijo Jarrow. — ¡Son muchas cosas! Bien... yo...

Donald sonreía con serenidad vigilando los movimientos del otro. Sin embargo dirigió una rápida mirada sobre su hombro. Acababa de oír un ligero ruido y vió que la puerta que había dejado abierta se cerraba. Una llave giró en la cerradura. Tuvo una mirada de asombro.

—Es extraño — murmuró — creo que Staglawn...

—¡Arriba las manos! — gritó Jarrow.

Durante ese momento un revólver había aparecido en la mano de Jarrow.

—¿Y ahora que decimos? — dijo. — ¿Se cree usted muy hábil, verdad?

—No. Soy un imbécil siempre reflexiono demasiado tarde.

—En todo caso es seguro que no reflexionó bastante rápido esta noche o no se hubiera metido aquí la cabeza. Para nosotros es una gran cosa. No puede usted sernos más útil.

Donald era de esa opinión. Recordaba las misteriosas palabras de Staglawn.

—No le comprendo — dijo al cabo de una pausa.

—Ya comprenderá. Tiene tiempo para reflexionar. ¿Ha oído hablar de un lugar llamado Dartmoor?

—¿Dartmoor? Sí, ya lo creo... cuidado Jarrow no apoye tan fuerte el revólver, hay peligro...

Extendió la mano y en un momento, algo se produjo. Un simple movimiento de puño una vuelta de jiu-jitsu enseñada por un japonés y Jarrow que retrecedió con un aullido de agonía. Antes de que se diera cuenta, su mandíbula crujió bajo un golpe aplicado con el puño de Donald. Girando sobre sí manoteó en el aire y se acercó al borde de la mesa.

Un segundo más tarde, Donald notó que la puerta del costado se abría, oyó pasos que se deslizaban sobre el piso. Se puso a la defensiva, pero un formidable golpe lo alcanzó en la cabeza. La pieza giró a su alrededor y cayó en un océano de oscuridad

(Continuará)

EN TIEMPO DE LOS GLADIADORES

Por ALFRED ARMITAGE

Aventuras maravillosas de dos príncipes britanos en la época de los gladiadores

HARL Y HAMO CAZANDO JABALIES

¡Ni el mismo Júpiter vió jamás una tierra tan hermosa como ésta! ¡Ah! ¡Qué clima para que en él se eríen los más valerosos guerreros! ¡Y lo son sin duda, los rudos bárbaros que nacen aquí, como bien lo sabe por lamentable experiencia más de una legión de soldados romanos".

El que así hablaba era un soldado romano y hablaba para oírse él mismo pues se encontraba enteramente solo. Era un hombre alto, fornido, de rostro afeitado y de ojos de mirada penetrante. Un momento antes había subido a la copa de un frondoso y alto roble y desde aquel punto de observación tan bien situado contemplaba el vasto campo que le rodeaba.

Lógico era que la belleza del paisaje hubiera emocionado al soldado. Lo que se extendía ante él era la Inglaterra de los tiempos primitivos en un día hermoso de verano en el cual el sol parecía dorar todo cuanto distinguía la vista. Aquel era el extraño y desconocido país cuyo pueblo bárbaro peleaba de modo salvaje contra las legiones romanas desde la época de la primera invasión realizada por Julio César, un centenar de años antes. Corría entonces el año 61 de nuestra Era y la parte Norte de Britania aun no había sido conquistada y era casi desconocida aún cuando en el Sur las águilas romanas dominaban y una colonia romana llamada Londres empezaba a transformarse en una hermosa ciudad que se levantaba a orillas del río Támesis.

El roble se alzaba en la cresta de una cuchilla y la cuchilla formaba parte del Noroeste de Britania. Se hallaba, pues, en territorio extraño y hostil aquel soldado que contemplaba con emoción una zona de la tierra no conquistada aún.

Del lado del Sur alcanzaba a ver un bosque denso y casi podía calcular dónde quedaba el sitio en que un centurión romano y sus hombres estaban escondidos entre los altos helechos esperando el regreso del espía que había avanzado en busca de datos y debía volver con nuevas informaciones. Al lado del Este, contra el naciente sol, elevábanse las colinas y extendíanse los pantanos y los rocosos bosques. Millas hacia el Oeste el mar azul se extendía brillante partiendo de la verde línea de la costa y se perdía en la plateada lejanía del horizonte.

La mirada del soldado recorrió rápidamente esos diversos puntos, pero cuando miró hacia el lado del Norte, sus ojos se detuvieron con grande admiración y contento Vió, a menos de media milla de distancia de donde estaba, una aldea de los bárbaros levantada en una hondonada y entre un semicírculo de colinas cubiertas de bosques. La claridad de la atmósfera era tal que permitía

distinguir la zanja que la rodeaba, la muralla de troncos de árbol y, tras ella, los techos de paja de innumerables cabañas.

Altas figuras cubiertas de pieles iban de un lado a otro dentro y fuera de la aldea. En los verdes prados de las cercanías laderas, grupos de terneros y novillos de pelo rojizo y abundante y rebaños de carneros, pacían tranquilamente. Flotaba en la brisa el rumor del zumbar de los insectos, los ladridos de los perros y todos los ruidos correspondientes a una vida doméstica, activa y feliz. A un lado de la aldea se elevaban, sobresaliendo por encima de las copas de un bosque de roble, las grandes construcciones de piedras que constituían el sagrado sitio de devoción de los terribles y fanáticos ordidas.

El lector podrá ahora ver más de cerca el hogar de aquellos bárbaros donde, en aquella tranquila mañana de verano no se tenía ni la menor idea de que pudiese haber alguna razón para que tuvieran algo que temer. ¿Por qué habían de tener miedo? hubieran contestado, si alguien se lo hubiese preguntado. Londres quedaba a grandísima distancia del lado del Sur y en todo el espacio que les separaba de Londres no había flameado jamás, insolentemente, a merced de la brisa, ningún estandarte romano.

Así, pues, felices en su peligrosa ignorancia, los aldeanos se habían levantado y habían salido de sus cabañas al cantar el gallo y se hallaban entragados al placer de la labor del día. Las mujeres lavaban la vacija y platos de barro cocido en que habían tomado el desayuno, los muchachos cuidaban o arreaban ganado, los hombres hacían canastos o tejían telas, o revestían de cuero sus escudos o fabricaban espadas con una aleación de cobre y estaño.

En el mismo centro de la aldea se levantaba una cabaña de mayor tamaño y construída con mayores pretensiones que las demás. A su puerta, en un asta, flameaba una bandera que presentaba el grosero dibujo de un caballo blanco. Dentro de la cabaña había profusión de buenas y suaves mantas y gran cantidad de armas, tanto de guerra como de caza. Como la bandera de la puerta lo indicaba, aquella era la casa de Gerfar, el rey de aquella y media docena más de aldeas, situadas en las inmediaciones.

Más o menos al mismo tiempo en que el soldado romano se subía al árbol, dos jovencitos salían de la cabaña del rey y llamaban, silbando a tres perros, sabuesos delgados y largos de patas, que acudieron saltando evidentemente jubilosos. Los muchachos, que eran hijos gemelos de Gerfar, merecen algo más que una mención al pasar, pues constituían un tipo de atletas tal como no existe ejemplo alguno en la actualidad.

Aun cuando no contaban más que diez y seis años, eran altos y de formas perfectas con miembros de acero y músculos que podían soportar grandísimo cansancio y ahogar con toda tranquilidad a un lobo, estrujándole el cuello.

Unicamente los amantes ojos de la madre podían distinguir la diferencia que había entre Harl y Hamo. Ambos eran bellos y gallardos como el legendario Dios griego, con su gracia de movimientos, su frente ancha y alta, sus rizos de oro y sus grandes ojos azules que miraban imperiosamente y sin temblar.

No hubieran podido vestir de modo que mejor pusiera en evidencia su admirable aspecto. Llevaban la cabeza descubierta y calzaban sandalias. Vestían túnicas cortas y de tela blanca. Franjas de piel de lobo sin curtir pero bien sobadas y cubiertas de su rudo pelaje, se cruzaban al busto, sujetas en un hombro y luego sobre la cadera del lado contrario. Cada uno de ellos empuñaba una lanza corta, de hoja ancha y muy puntiaguda, que esperaban teñir, antes de que se hubiera puesto el sol, en la sangre de algún peludo y fiero habitante de las selvas.

—¡Buena suerte, Harl y Hamo! — gritó el rey Gerfar, un gigante velloso y barbudo, que se asomó a la puerta de su cabaña.

—¡Qué los dioses de Britania los traigan de regreso sanos y salvos, hijos míos! — añadió la hermosa reina que se hallaba un paso atrás de su esposo, ostentado sus blancas vestiduras. — ¡No sé por qué pero una sombra de inexplicable recelo oprime hoy mi corazón!

Pero no les pasaba lo mismo a los dos jóvenes príncipes cuyo corazón latía jovialmente mientras se alejaban por la calle central de la aldea, seguidos por los sabuesos que saltaban lanzando ladridos de contento y saludados con cariño y deferencia por todos aquellos con quienes se encontraban. Cuando llegaron a la muralla volvieron la cabeza por última vez y desde ese momento no se olvidaron ni un instante de la figura de su adorado padre que seguía mirándoles desde la puerta de su cabaña. Después traspusieron la puerta y corrieron alegremente por los ondulados prados, gritando para asustarlos, al pasar junto a los animales, novillos, carnenos y caballos de crines cortas, pero fuertes y casi incansables, que pacían por allí.

Silenciosamente y con rápido paso cruzaron junto a una de las esquinas del sagrado bosque de robles mirando temerosamente hacia los altares druídicos manchados por la sangre de las víctimas sacrificadas en ellos. Pero su espíritu volvió a sentir nuevamente la alegría de la juventud en cuanto se alejaron del temido sitio de devoción y corrieron contentos hacia la densa floresta rodeados de los sabuesos que saltaban alegres en redor de ellos.

La vida era toda placer y felicidad para aquellos dos jóvenes britanos. Poco o mejor dicho casi nada sabían respecto a las amarguras y pesares de la vida y menos, tal vez, conocían respecto al mundo de cultura y de refinamiento que se extendía del otro lado de los mares. Sabían que los romanos invasores habían conquistado lenta pero seguramente la parte Sur de Britania durante los últimos cien años y odiaban con odio amargo e intenso a aquellos invasores. Pero la sombra del incendio, del pillaje y del crimen no había llegado aún hasta ellos. Hasta entonces las legiones romanas no se habían atrevido a internarse en las leguas de pantanos y de selvas que se extendían entre Londres y el pequeño reino del rey Gerfar.

Habían oído relatos sobre una antigua in-

vasión y narraciones que describían la fuerza de los romanos y, sobre todo, su implacable crueldad. Tal vez los más viejos de la aldea recordaban algo y temían los males que pudieran traerles una guerra, pero Harl y Hamo cuando pensaban en eso lo veían como entre las nieblas de un indefinido ensueño. El presente era más que bastante para ellos, así que vivían libres y felices con la despreocupación y el orgullo propios del carácter de su altiva raza.

Sin embargo, aun cuando ellos no se lo imaginaban, la época de su juventud pacífica y libre de cuidados tocaba a su fin y antes de que terminara aquel día iba a tocarles saber de cuan amargo sabor son el dolor y la pena.

Avanzaron más y más los muchachos dirigiéndose, por entre los árboles, hacia el lado del Este cuando el soldado romano seguía, subido en el roble, espiando y observando con toda atención. Los perros a medida que correteaban saltando alegres se metían en cuanto rincón oscuro y misterioso de la selva veían y se paraban a veces, a satisfacer la sed bebiendo en algún arroyuelo. En una ocasión hicieron que un lobo saltara de en medio de un grupo de avellanos, lanzando un gruñido de furor. Los perros le persiguieron en seguida ladrando, pero sus jóvenes patrones les llamaron prontamente para que volviera hacia ellos.

Pasó una y otra hora y el sol llegó a brillar desde el cenit enviando su luz a través del espeso follaje. Pero los perros no lograban aún dar con el rastro de un colmilludo y feroz monarca de la selva.

—La caza ya no divierte como antes, hermano, — dijo Hamo con descontento. — En otros tiempos abundaban los jabalíes pero hoy es difícil hallar uno solo.

—Es que se les ha cazado con exceso, — dijo Harl. — Si yo fuese rey daría orden terminante de suspender la caza de jabalíes. Voy a pedirle a mi padre para que lo disponga así. Además este rumbo debía ser exclusivamente para que cazáramos sólo nosotros. Así tendríamos un cazadero donde no nos sería tan difícil encontrar algo que cazar.

—Espera, hermano, a que tú y yo seamos reyes conjuntamente, — dijo Hamo. — Entonces podremos hacer lo que se nos antoje.

—¡Ojalá se halle aún muy lejos ese tiempo! — manifestó suavemente Harl. — ¡No hubo jamás en Britania un padre mejor y más bondadoso que el nuestro. Pero necesitamos encontrar un jabalí. Hamo antes de regresar a casa. Si no encontramos por aquí la pista de alguno iremos más allá, hasta el Pantano Grande, donde abundan todavía.

—¡Eso queda muy lejos, hermano mío! — replicó Hamo mirando hacia el sol, — Sin embargo, si nos damos prisa podremos ir hasta allá y estar de regreso antes de que se ponga el sol. Prefiero dormir una noche bajo las estrellas y no presentarme ante nuestros padres con las manos vacías, así que... — El joven cayó de pronto y escuchó. — ¡Ah! ¡Atención! — agregó. — ¿No oyes?

¡Sí, oía! Nunca pudo la más dulce de las músicas acariciar el oído de los dos jóvenes britanos con mayor satisfacción que les producía aquel ruido. La sangre les hirvió en las venas.

Precisamente delante de ellos oyeron un agudo gruñido y el chasquido de las ramas de unos arbustos al romperse. Después aparecieron el jabalí y los perros que lo perseguían y se oyó el imponente tumulto de la persecución.

—¡Ven hermano! — gritó Harl. — ¡Aquí sí que tenemos algo que hacer!

—El jabalí corre velozmente. — replicó Hamo. — Nos hará correr largo rato y nos proporcionará un recio combate cuando lo alcancemos.

Los dos jovencitos corrieron en persecución del jabalí avanzando a grandes y elásticos saltos por el terreno desigual y salvando los obstáculos con singular pericia. Ponían en aquella carrera toda su maravillosa energía procurando adelantarse a los sabuesos que a cierta distancia delante de ellos corrían ladrando sin cesar.

Harl, uno de los hijos del rey Gerfar

Nunca habían desarrollado Harl y Hamo una velocidad tan extraordinaria como la que desarrollaron en aquella ocasión. Parecía que supieran que era aquella la última vez que habían de perseguir a un fiero jabalí por las verdes tierras de Britania y estuvieran decididos a gozar todo cuanto les fuera posible de aquella embriagadora cacería. Los ladridos de los perros llegaban sin cesar a sus oídos incitándoles a avanzar cada vez con mayor ímpetu.

Como un vendaval y gritando excitados, corrían sin cesar, mientras el ruido de la persecución invadía el llano y el bosque y llevaba el eco de la cacería en todas direcciones.

Y así corrían unas veces entre el bosque, otras por verdes claros llenos de sol, vadeando murmuradores arroyitos de plata, cruzando pantanos donde era peligroso apoyar los pies.

MEREWOLFF EL CAMORRISTA

Larga y pesada fué la persecución, pero al cabo de una hora los jóvenes ni habían ganado, ni habían perdido. Vieron de pronto ante ellos la desolada extensión del Pantano Grande y siguieron corriendo tan rápidos y frescos como al principio.

De repente los ladridos de los perros va-

riaron por completo de tono. Los sabuesos, en vez de ladrar gruñían y gruñían furiosos y, sobre todo el ruido que hacían se oyeron unos gritos agudos.

—¡El jabalí está rodeado por los perros, hermano! — exclamó Hamo. — ¡Cuidado, qué puede atacarnos!

—¡Los perros sufrirán mucho si nosotros no intervenimos pronto! — manifestó Harl. — Corramos lo más rápidamente posible y llevemos prevenida la lanza.

Uno junto al otro los dos muchachos cruzaron un espacio de suelo pantanoso, sembrado de piedras en las que había que pisar para no hundirse en el cieno. Con habilidad suma Harl y Hamo avanzaron sin pisar en falso ni una sola vez. De pronto se vieron ante una cañada alumbrada pro el fuerte sol y una escena estremecedora se presentó antes ellos.

Al pie de un roble de tronco muy grueso el monarca del bosque se había vuelto. Era un jabalí grande y forzudo y se proponía, sin duda, vender cara su vida. Su negro cuerpo, con la pelambre erizada por el furor, vibraba de excitación y sus ojos relucían como brasas. Echaba espuma por sus fauces mientras atacaba a los sabuesos con sus terribles colmillos. Al ver a sus jóvenes patrones los sabuesos atacaron con mayor ferocidad que antes mientras el furor del jabalí se hacía más y más intenso.

Los muchachos se dirigieron a uno y otro lado, buscando ocasión de intervenir con sus lanzas.

—¡Atrás, perros! ¡Perros! ¡Perros! ¡Atrás! — gritó Harl. — Ustedes ya han cumplido su misión; ahora nos toca a nosotros terminar la cacería!

—¡Cuidado, hermano! — le gritó Hamo. — ¡El jabalí ataca!

En aquel instante el jabalí se lanzó como una flecha y Harl hubiese pasado un mal momento si los perros no hubieran atacado de nuevo al jabalí por ambos flancos. El pesado cuerpo de la fiera se retorció instantáneamente, se oyó un gruñido de dolor y el más valeroso de los sabuesos quedó tendido, sin vida, destrozado por los colmillos del jabalí.

—¡Pobre Lort! — exclamó Harl con pena. — ¡Vamos a vengarle en seguida, hermano!

Llevaron a los dos perros que quedaban a un lado y volvieron luego hacia el jabalí que se hallaba de nuevo en su puesto, al pie del grueso tronco del roble.

Pero en el mismo instante una emocionante interrupción hizo que los jóvenes vacilaran perplejos y se quedaran inmóviles. De un sitio cercano llegaba a sus oídos al ladrido de unos perros y el ruido de alguien que avanzaba pisoteando y rompiendo ramas. Después aparecieron en el claro de la cañada cuatro perros flacos y fieros, que se arrojaron contra el jabalí.

Enojados por aquella intromisión, Harl y Hamo tomaron unos palos y procuraron, en vano, espantar a los intrusos perros. Pero estos no hicieron caso de los golpes y siguieron atacando al jabalí.

En medio de todo el ruido que armaba aquello se oyó una voz burlona que gritaba:

—¡No se metan con mis perros, hijos de Gerfar! ¡Cuando yo lo quiera, ya los llamaré!

Los muchachos se volvieron rápidamente hacia el sitio de donde procedía la voz y vieron, — con desagradable impresión por cierto — a un alto y fornido mancebo, más o menos de la misma edad que ellos, que estaba de pie al borde de la cañada. Su rostro era hermoso y altivo pero le quitaba atractivos una constante expresión de astucia y de crueldad. Aquel joven era Merewolff, el hijo de Bludwin, el alto sacerdote de los druidas. Por todos era conocida su condición de presuntuoso, camorrista y peleador.

—¡No tienes derecho a intervenir, Merewolff — le gritó Hamo. — ¡Este jabalí es nuestro y somos capaces de dar cuenta de él!

—¡Llama de una vez a tus perros! — agregó Harl. — ¡Si no los llamas los echaremos nosotros!

—¿Es de ustedes ese jabalí? — exclamó Merewolff en tono de burla. — Me parece que es el mismo que mis perros persiguen desde esta mañana temprano. ¡Miren ustedes cómo le doy el golpe de muerte! ¡Será una buena lección para los dos!

—¡Si te atreves! — gritó Harl avanzando con los ojos relucientes.

—¡No necesitamos lecciones tuyas—agregó Hamo. — ¡Cada uno de nosotros ha cazado diez jabalíes por cada uno que hayas cazado tú!

Merewolff no era cobarde si se le ha de tratar con justicia. Con ojos en los que se reflejaba su furor y su audacia, hizo frente a los dos jóvenes.

—¡Fuera de mi paso! — ordenó furioso.

Sin embargo no llegó a realizarse un combate que hubiera sido terrible porque en el mismo momento se oyó una gritería muy fuerte procedente del pie del roble y todos volvieron la cabeza. Los perros de Merewolff habían tenido peor suerte que los otros. Dos de ellos estaban tendidos en el suelo moribundos, destrozados por los colmillos del jabalí. Daba pena oír sus gemidos de angustia.

—¡Ustedes tienen la culpa de eso! — gritó Merewolff, que se hallaba fuera de sí.

Avanzó bruscamente por entre los dos hermanos, empuñó su lanza y se dirigió hacia el jabalí.

La fiera se hallaba ocupada con los ataques de los otros perros y no vió que el joven se acercaba. Sin embargo se dió inmediata cuenta del peligro y se volvió en el mismo momento en que la lanza le amenazaba. El arma se hundió rápidamente en el costado del jabalí infiriéndole una herida dolorosa pero no mortal. Merewolff evitó que el enloquecido animal le atacara, saltando rápidamente hacia un lado.

Los cuatro perros le atacaron en aquel momento y el jabalí se paró un instante. Hamo aprovechó la oportunidad; pero no tuvo mejor suerte que Merewolff. El jabalí atacó en el momento en que iba a herirle, y la lanza se rompió al dar en uno de los duros colmillos.

El joven se volvió para escapar pero se enganchó un pie en una raíz y cayó pesada-

mente poca abajo. Quedó tendido precisamente al paso de la furiosa fiera, y se dio cuenta de su peligro.

—¡Socorro, hermano! — gritó.

Pero Harl se hallaba a corta distancia y Merewolff, que era el único que podría haber socorrido al caído, se limitó a cruzarse de brazos y a mirar con aire irónico.

Harl avanzó corriendo con la lanza en la mano en cuanto oyó el grito de su hermano y vió el peligro en que se hallaba. Parecía que nada podría salvar a Hamo, pero precisamente en el instante en que el jabalí iba a destrozar con sus colmillos el cuerpo del joven, llegó el socorro de un origen inesperado. Los cuatro perros que quedaban atacaron a un tiempo de tal modo a la fiera por la parte de atrás que el jabalí se volvió, gruñendo para librarse de sus ataques.

—¡Jamas me encontré en tan inminente peligro de muerte! — exclamó el joven. — Ya me parecía que se hundían en mis carnes los puntiagudos colmillos. ¡Te debo la vida, querido hermano!

—La debes a los perros — dijo Harl, mirando orgulloso su obra, — pues ellos detuvieron a la fiera y me dieron ocasión de intervenir Merewolff, — añadió, — ¿Por qué te quedaste inmóvil coom un imbécil y dejaste que el jabalí avanzara? Te hallabas más cerca que yo y podías haber salvado a Hamo. !O eres un cobarde o tienes corazón de asesino!

Merewolff se puso rojo de furor al oír aquella acusación, pero después se rió burlonamente.

—No soy cobarde, — dijo, — y tú lo sabes. No tenía por qué intervenir después de

—¡Socorro, hermano! — gritó.

Se presentó así una oportunidad para que Harl pudiera hacer algo y Harl lo comprendió así. Sin pensar en su propia seguridad, se metió entre el jabalí y los perros. La fiera, al ver a Harl, se arrojó sobre él furibundo. Pero el joven dió un salto y se precipitó hacia el jabalí.

Su corta lanza brilló a la luz del sol y descendió con rapidez. Con ruido breve hundióse en el pecho del jabalí penetrando profundamente a través de los tejidos. Se rompió el palo de la lanza, tan grande fué la fuerza del golpe, y la fiera rodó, moribunda, por la hierba. Fué todo cuestión de unos pocos segundos. Los perros, jadeantes, se quedaron mirando y olfateando al caído animal.

Hamo se levantó en seguida y se sacudió y saltó para darse cuenta de que no tenía lastimado ninguno de sus miembros.

haberse ustedes negado a aceptar mi ofrecimiento cuando dije que mataría al jabalí. Me limité a mirar cómo ejercían ustedes las habilidades de que se habían jactado.

—¡Sí así era, pudiste convencerte de nuestra habilidad! — exclamó Harl indignado. — ¡Y me siento inclinado a demostrarte algo más! ¡Eres vil como un asesino, Merewolff porque deseaste que mi hermano pereciera víctima del jabalí!

—Se sonreía burlona y malignamente mientras yo me hallaba en riesgo de muerte, — declaró Hamo; — lo digo por que desde el suelo, podía verle el rostro con toda claridad.

—¡No he de soportarles más tanta insolencia, aun cuando ustedes sean **príncipes!** — gritó Merewolff acalorado. — Sangre más que real corre por mis venas, porque los druidas han sido siempre reyes y en la actualidad

son ellos los verdaderos monarcas del pueblo. ¡Fíjense en lo que he sufrido por culpa de ustedes, Harl y Hamo. Mis dos mejores perros han muerto tan sólo por haberse entrometido ustedes. Saldré perdiendo aún cuando me llevaré el jabalí.

—¿Llevarte el jabalí? — exclamó Harl. — ¡Me gustaría verlo! Tus perros se llevaron su merecido y nada más. ¿Por qué se metieron a disputarles la victoria a nuestros sabuesos?

—No tienes derecho a considerar como tuyo el jabalí, — dijo Hamo. — Nosotros llevábamos presiguiéndole varias horas cuando apareciste tú. ¿Has creído que somos niños que vamos a asustarnos ante tus mentirosas palabras?

—¡El jabalí es mío! — afirmó tozudamente Merewolff. Yo fuí quien primero lo hirió y hubiese muerto víctima de esa herida, al cabo de poco rato.

—Hubiera vivido lo suficiente para matar a buen número de sabuesos, de no haberlo matado yo, — dijo Harl. — Tú no le hiciste más que un rasguño.

—¡El jabalí es mío! — repitió Merewolff. — Pueden ustedes hablar hasta que sea de noche pero yo me llevaré a casa el trofeo.

Dicho esto se dirigió hacia el animal caído y tomando con ambas manos la rota lanza de Harl la arrancó de un tirón de la herida. Su propia lanza estaba todavía hundida en el sitio donde él la había clavado pero tenía al cinto su cuchillo de monte y desenvainándolo comenzó a cortar en el cuello del jabalí.

—¡Alto! — gritaron Harl y Hamo a la vez, avanzando a un tiempo.

—¡No se burlarán de mí! — gritó Merewolff irguiéndose y blandiendo el cuchillo. — ¡Atrás! ¡Toquénme si se atreven!

UN ENEMIGO VENCIDO Y OTROS DESCUBIERTOS

Ni el arma de Merewolff ni su criminal amenaza pudieron amedrentar a Harl y Hamo. Como dos jóvenes panteras se arrojaron temerariamente contra su enemigo y durante un minuto los tres muchachos rodaron abrazados por el suelo cubriendo sus gritos de furor, los ladridos de los perros.

Pelearon retrocediendo hacia donde estaba el cuerpo del jabalí y cayeron sobre él con tanta fuerza que se separaron en diferentes direcciones. Cuando se levantaron permanecieron un momento separados, respirando jadeantes y dirigiéndose miradas de desafío.

El cuchillo de Merewolff había caído al suelo, en el pasto, del otro lado del jabalí, pero el uso que de él se había hecho en la pelea notábase en un tajo que Hamo tenía en un brazo y una herida superficial que tenía Harl en el pecho.

Harl restañó despreciativamente la sangre de su herida y se chupó durante un momento el tajo. De pronto se dió cuenta de que Merewolff iba a correr a levantar el cuchillo del suelo para volver a atacar. Se inclinó entonces, tomó el cuchillo y le blandió tan ferozmente que Merewolff retrocedió varios pasos repentinamente aterrorizado.

—¡Cobarde! — gritole con desprecio. — ¿Te figuras que voy a hacer uso de esto como tú? ¡Me basta con mis brazos! — Arrojó el cuchillo hacia donde había unas matas de arbustos y avanzó. — Ya estamos iguales Merewolff, pelearé contigo mano a mano. Del que venza será el jabalí.

Merewolff sonrió burlonamente y se ciñó el cinturón de su túnica. Era algo más pesado que Harl y esperaba, sin duda vencerle con toda facilidad.

—Déjame que sea yo quien pelee con él hermano, — dijo Hamo. — El rasguño que yo tengo carece de importancia pero tu brazo sigue sangrando, la herida debe ser profunda.

—No; es una herida superficial, — replicó Harl. — Además es a mi a quien corresponde pelear con él. Hamo, porque fuí yo quien hirió al jabalí. Quédate, pues a mi lado y déjanos espacio hermano.

—Si así lo deseas...

—¡Vamos! ¡Estoy pronto, Merewolff, — dijo Harl. Si no eres cobarde pelearás conmigo... ¿O quieres retirarte como un perro que ha recibido una paliza?

—¡Así te retirarás tú cuando te dejen mis manos jactancioso! — gritó Medewolff perdiendo toda la poca serenidad que aún le quedaba. — ¡Voy a castigarles a ustedes dos a mano limpia, hasta dejarlos deshechos!

Dicho esto bajó la cabeza como un toro y atacó a Harl que se esquivó a un lado y dió a Merewolff un pesado golpe al pasar. Le dió dos golpes más y él, por su parte recibió dos golpes también.

Los combatientes se golpearon uno a otro casi por turno, yendo de un lado para otro dando y recibiendo golpes, Harl, era sereno y ágil pero el más impetuoso, Merewolff desperdiciaba constantemente sus fuerzas atacando a ciegas y, la mitad de las veces dando sus golpes al aire.

Hamo se veía reducido a ser testigo de la pelea y a contener a los cuatro perros. Se vió obligado a tomar un palo pues tanto los de uno como los del otro ladraban amenazando al adversario de su patrón del modo más salvaje.

Fué largo y pesado aquel desafío realizado en aquella cañada junto a la extensión del Pantano Grande y a la vista del enorme jabalí que los dos combatientes se disputaban. Durante algún tiempo pudo creerse que Merewolff iba a salir vencedor y Hamo sintió una gran angustia en su corazón.

Pero por último Harl vió que su enemigo respiraba dolorosamente y atacándolo de repente y con todas sus energías, le hizo caer de rodillas mediante dos pesados golpes. Merewolff se puso de pie antes de que pudiera ser echado a tierra pero se convenció en aquel momento de que no tenía condiciones para poder vencer al joven príncipe más sereno y más conocedor de los golpes de boxeo que él. En consecuencia, lanzando un rugido de furor se precipitó contra Harl logró, con su ímpetu, burlar su guardia y le tomó por la cintura.

Merewolff estaba, sin duda, convencido de que iba a vencer a su adversario con la superioridad de su fuerza; pero se vió ante la habilidad que para la lucha tenía el otro y

—¡No se burlarán de mí! — gritó Merewolff irguiéndose y blandiendo el cuchillo

por lo cual gozaba de mucha fama en su aldea.

Harl se agarró bien a su contrario y los dos muchachos se balancearon hacia adelante y hacia atrás, con los dientes apretados y respirando tan ruidosamente que se les oía a pesar de los ladridos de los perros. Dos veces cayeron separándose pero volvieron a agarrarse de nuevo.

De pronto llegó el final porque una zancadilla hizo que Merewolff cayera al suelo con Harl, que le sujetaba los brazos, encima.

—¡Sujétalo en el suelo, hermano! — gritó Hamo, saltando de contento. — ¡No dejes que se levante!

Pero Harl no necesitaba tal advertencia. Merewolff no podía levantarse; ni siquiera podía libertarse los brazos por más que forcejeaba como un loco furioso, echando espumarajos por la boca. Por último se quedó tendido, tembloroso y exhausto con una expresión de indescriptible odio replegada en sus ojos inyectados en sangre.

—¿Estás satisfecho ya? — le preguntó Harl. — La pelea fué leal y el jabalí es más mío que nunca. ¿Puedo dejar que te levantes?

Merewolff no contestó. En vista de esto, Harl soltó a su adversario y se puso de pie de un salto. Merewolff se levantó lenta y dolorosamente y llamando a sus perros se dirigió, cojeando, al borde de la cañada. Al llegar a un peñasco grande se volvió encarándose con los dos muchachos.

—¿Seremos nuevamente amigos? — exclamó Harl, avanzando un paso. — Te he vencido en lucha leal. Merewolff y no me siento resentido contigo aun cuando la culpa fué tuya desde el principio.

—Mientras viva los odiaré a ustedes dos, — replicó Merewolff con amargura. — Porque son hijos del rey se figuran que estas selvas y la caza que hay en ellas les pertenecen. Pero algún día sabrán que están equivocados y que los demás también tenemos nuestros derechos. Yo seré vengado, Harl y Hamo y tal vez se presente muy pronto la ocasión. Gerfar es poderoso, pero no podrán ustedes negar que Bludwin, mi padre, es aún más poderoso. ¡Ya se arrepentirán de lo que hoy han hecho!

Las últimas palabras fueron pronunciadas con tanto furor que casi no se entendieron. Merewolff amenazó con el puño cerrado y desapareció detrás de la roca, seguido de sus perros. El ruido de sus pisadas se perdió a lo lejos, en la espesura.

—¿Por qué le hablaste? — dijo Hamo. — Estaba demasiado furioso para poder pensar serenamente en su derrota y no sabía lo que estaba diciendo. ¡Acusarnos a nosotros de tal injusticia! ¿Cuándo hemos pedido nosotros que se nos conceda mayor derecho que a los demás de las tribus, a cazar en la selva?

—Merewolff debía sentirse de mal humor a consecuencia del mal resultado de su persecución, — manifestó Harl. — Además, creo que nunca fué tan golpeado como hoy. Tenía, pues, razones, para sentirse apasionado. En lo futuro procuraremos estar en guardia contra él Hamo.

—Pero tú no temes sus amenazas, ¿no es cierto, hermano? Es un pendenciero y un

El soldado romano blandió su espada

tatuo, pero con el tiempo olvidará lo sucedido y acabaremos por volver a ser amigos.

Harl movió la cabeza súbitamente.

—Me parece que es también rencoroso, — dijo, — y buscará el modo de vengarse como pueda. Pero no será mediante Bludwin, el gran sacerdote, pues sobre que el pueblo ama al rey y no consentirá que se le haga daño alguno, ni a él ni a ninguno de nosotros.

—No creo que Medewolff sea suficientemente tonto para guardar un rencor, — opinó Hamo. — Pero si intenta algo yo le castigaré aun peor de lo que tú le has castigado. No diremos en casa nada de lo sucedido.

—No; no vale la pena, — asintió Harl. — Ven, preparémosnos para el regreso. El camino es largo y el día se acerca a su fin.

—Llevaremos la cabeza del jabalí y parte de su carne, — dijo Hamo. — Lo que quede lo recogeremos mañana si los lobos no se lo comen antes. ¡Pobre Lart! ¿Dejaremos aquí su cuerpo para que lo devoren? ¡Era un perro valiente!

—¡Y lo enterraremos tal como lo merece! — replicó Harl. — Debajo de aquella roca hay una caverna a propósito para eso.

Los dos muchachos llevaron al sabueso muerto a aquel agujero y en él lo depositaron. Sobre la boca de la cavidad pusieron una piedra que la tapaba por completo y que las fieras no podrían mover.

Después se pusieron a despedazar con sus cuchillos de caza, al jabalí. En un momento le cortaron la cabeza y después sacaron varias largas lonjas de la parte más sabrosa y tierna del animal.

Consintieron que los perros saciaran el hambre con algunos trozos de carne de jabalí y cuando el sol comenzaba a acercarse al horizonte, los muchachos volvieron la espalda a la cañada dejando los cuerpos de los dos sabuesos de Merewolff como custodiando los restos de la fiera que les había dado muerte.

Harl llevaba la cabeza del jabalí y Hamo las lonjas de carne. Dejaron abandonadas sus lanzas rotas pero Harl se apoderó del cuchillo de caza de Merewolff.

Con los perros trotando a su lado, los jóvenes cazadores se encaminaron a su aldea por el mismo camino por el cual habían venido. La oscuridad se acentuó cuando entraron en la espesa selva y no fué de extrañar que, al cabo de un rato, se extraviaran.

Pero después de dar vueltas en una y otra dirección durante más de una hora encontraron detalles conocidos gracias a los cuales se dieron cuenta de que se hallaban a varias millas al Sur de su aldea. Siguieron, pues avanzando entre la oscuridad sin miedo de perderse de nuevo y esperando poder recuperar el tiempo perdido.

La idea de que iban a comer y después a descansar en su millido lecho les daba ánimos haciéndoles olvidar el cansancio. También se figuraban la alegría con que los recibiría el rey Gerfar y la reina cuando vieran la cabeza del jabalí y se enteraran de sus aventuras de caza.

Al llegar a una elevación del terreno a donde llegaba todavía algo de luz grisácea los muchachos se sobresaltaron al oír cru-

El noble animal se interpuso entre los dos jóvenes y su enemigo.

gir una rama encima de ellos. Se detuvieron para escuchar y oyeron unas pisadas y un ruido de metal que chocaba contra metal. Después una voz gruesa gritó algo brutalmente y muy fuerte, en un idioma para ellos desconocido.

Inmediatamente se metieron los perros por entre la espesura y un instante después se oyó un golpe y un ruido fuerte. Harl y Hamo dejaron en el suelo su carga y corrieron hacia el sitio donde llegaba el ruido, poco preparados en verdad para presenciar el cuadro que se desarrolló ante sus ojos.

En un claro que había entre los arbustos estaba de pie un hombre alto y de bronceado rostro, vestido de color púrpura y de cuero, con un peto con reluciente casco, ambos de bronce, y al brazo, un resistente escudo. En cuanto los muchachos le vieron comprendieron que se trataba de un soldado romano, aun cuando era el primero que veían en su vida.

Había dejado caer en el suelo un bulto envuelto en una piel de lobo por cuyos extremos aparecían unas cadenas de oro batido y pulseras de perlas y mariscos como las que llevaban entonces las mujeres de Britania. En una mano tenía una espada corta y manchada de sangre y dando tajos con ella a uno y otro lado evitaba que le mordieran furiosos los perros a los que él gritaba en idioma extranjero.

Durante un momento los muchachos se limitaron a mirar. El extranjero les parecía algo maravilloso. Tanta fué su sorpresa que se quedaron atónitos sin que sintiesen miedo ni les impresionara el bulto que estaba en el suelo y contenía, sin duda, objetos robados.

—Este perro romano debe tener compañeros cerca de aquí, — murmuró Hamo. — Creo que ya ha estado peleando con gente de la nuestra.

—¡Más que peleando! — exclamó Harl con voz ronca. — ¡La aldea ha sido desvastada! ¡Mira: aquellos adornos son como los que usa nuestra madre! ¡Tenemos que matar a este ladrón, Hamo!

El muchacho alzó la voz, indignado, y el romano, que acababa de herir en el cuello a uno de los perros, levantó la vista al notar que se acercaba un nuevo peligro.

A la media luz crepuscular creyó, sin duda, que Harl y Hamo eran hombres en todo su desarrollo y lanzando un grito dió un salto y corrió hacia ellos haciendo brillar la hoja de su espada ante sus ojos.

UN ASOMBROSO COMBATE

El romano no se fijó en el otro sabueso y esto fué lo que salvó a los jóvenes britanos de una muerte segura. El noble animal se interpuso entre los dos jóvenes y su enemigo, y recibió en la cabeza con toda su fuerza el golpe de la espada. Se oyó un gruñido de agonía y un golpe seco cuando el sabueso cayó con la cabeza partida.

Esto dió tiempo a los dos muchachos para cenerarse a derecha e izquierda y desnu-

Harl, agachándose hundió la lanza en el cuerpo del soldado romano...

uar sus armas. Hubieran podido escapar, si lo hubiesen deseado, pero sentían deseos de venganza así que, cada uno por su lado, atacaron al romano. Harl blandía una lanza y Hamo un cuchillo de monte.

Lanzando fuertes gritos, el romano hizo molinetes con su espada procurando hacer frente al doble ataque. Harl evitó un terrible golpe y dió otro en cambio. Pero la hoja de su lanza fué rechazada por la coraza del romano en una forma que le dejó vibrando el brazo y le hizo retroceder más de una yarda.

Hamo, muy alerta, sorprendió al enemigo fuera de su guardia, avanzó hacia él y le hirió en el costado izquierdo. Tan profunda fué la herida que el cuchillo se hundió hasta el mango y se quedó clavado a pesar de que el joven quiso sacarlo.

El romanno se tambaleó un instante, rugiendo furibundo. Después se irguió y dejando caer el escudo corrió hacia Hamo, al que tomó por el cuello. Le sujetó así con una mano mientras con la otra levantaba la espada para darle un golpe que le partiera la cabeza.

Con un grito de terror, Hamo levantó el brazo derecho a tiempo para sujetar el brazo del romano en el momento en que descendía. Evitó así que la espada diera en la cabeza, pero no pudo evitar que le hiciera un tajo en el brazo, con relativa fuerza, tajo del que salió en seguida mucha sagre, Sintió un breve mareo y retrocedió sin soltar el puño de su enemigo.

En el momento en que la espada del romano se alzaba para dar un segundo golpe, Harl, agachándose y burlando la defensa del romano, logró alcanzarlo con la lanza debajo del peto y hundírsela en el cuerpo hasta el final de la hoja.

Era aquella una herida terrible y mortal. La espada se le cayó de la mano, el cuerpo atlético se tambaleó durante un momento y después, con un grito estentóreo el romano se desplomó sobre los helechos manchados con su sangre. Abrió y cerró los ojos varias veces, se estremeció convulsivamente y luego se quedó tendido, inmóvil: estaba muerto.

Hamo se arrodilló apoyándose en el cuerpo de uno de los perros y trató de restañar la sangre que le salía de la herida del brazo. Harl retiró su lanza y le limpió la ensangrentada hoja. Después se quedó inmóvil de pie, mirando al romano muerto.

Tanto el uno como el otro, los dos jóvenes sentíanse impresionados. Les parecía que en aquel día hubiese terminado su niñez y comenzara para ellos las responsabilidades de la madurez.

—¡Me alegro de que lo hayamos matado! —dijo Harl.

Hamo no dijo nada. Se tambaleó y terminó por sentarse en el suelo cerca del muerto.

—¿Qué te pasa? — exclamó Harl. — ¡Oh! ¡Me había olvidado de que estabas herido!

—Es un tajo nada más, — murmuró Hamo. — Pero sangra mucho y no puedo evitar que siga saliendo sangre.

Harl examinó un momento la herida. Tomó después el casco de metal del romano y fué corriendo a donde estaba el arroyo. Ya había oscurecido del todo y como avanzaba corriendo tropezó más de una vez, pero al fin estuvo a la orilla del arroyo.

Llenó el casco de agua, juntó unos puña-

dos de musgo de la orilla del arroyo y regresó en seguida.

Hizo que Hamo tomara un buen trago de agua, que le refrescó y le reanimó. Después le lavó la herida y la vendó poniendo el absorbente musgo sobre el tajo. Lo sujetó todo con unas tiras de tela que sacó del traje del romano.

—¿Te sientes mejor ahora? — preguntó a su hermano con ansiedad.

—Sí, Eres maravilloso, curando heridas, hermano.

—Eso es efecto del musgo, no de mi habilidad, — dijo Harl. — El viejo Dhuwal me indicó para lo que sirve, hace ya mucho tiempo. Si estás en condiciones de caminar emprenderemos en seguida el regreso. Ahí tenemos bastante carga para los dos, así que dejaremos la cabeza y la carne del jabalí.

—Sí, — dijo Hamo, — ese paquete de cosas robadas y las armas del romano constituyen mejores trofeos. Pero ¿crees qué nuestra aldea y nuestros padres han sufrido algo?

—Así lo temo, — dijo Harl, — pues es de suponer que ese hombre no andaba solo.

Calló bruscamente y, de pronto, se puso muy pálido.

—¡Agáchate! ¡Pronto! ¡Al suelo! — dijo rápidamente en voz baja. — ¡No nos queda más recurso que permanecer enteramente inmóviles!

Con repentina e inesperada rapidez, una roja ola de luz había brillado entre los arbustos y, del lado del Norte, llegó a ellos el ruido de las pisadas de muchos hombres.

TERRIBLE REGRESO

El claro del bosque aquel no tenía ni un solo árbol y sólo estaba salpicado por algunos espaciados grupos de arbustos, así que Harl se dió cuenta en seguida de que les era imposible huir sin que les vieran y les capturaran.

Pero igualmente peligroso parecía permanecer en aquel hórrido sitio y, sin embargo, era, dadas las circunstancias, lo mejor que podía hacerse. Uno junto al otro los dos muchachos se tendieron entre un grupo de altos helechos tan cerca del romano muerto y de los cuerpos de los perros, que hubieran podido tocarlos con sólo extender un brazo.

El resplandor que les había alarmado fué haciéndose cada vez más fuerte a la vez que se hizo más sonoro el ruido de los pasos de pies calzados el entrechocar del metal, de las armas y las risotadas groseras unidas a las frases de fanfarronería y orgullo de los soldados.

En el primer momento los dos muchacho se dieron por perdidos, considerando que se encontraban precisamente en el camino de la banda que avanzaba. Pero no era así, aun cuando solo un montón de arbustos les separaba de la línea de marcha.

Del lado más alto del claro y cerca de la orilla derecha apareció un grupo de tambaleantes y vociferadores portadores de antorcha. Después se vió a dos soldados que sostenían las águilas doradas de Roma, y luego un centurión alto y ceñudo de reluciente vestimenta con grandes adornos de bronce lustrado, de tela carmesí y de cuero curtido.

Les seguía una banda de combatientes. Al verles pasar por el claro se notaba que todos ellos estaban embriagados por el triunfo y por las crueles satisfacciones del pillaje. Sus espadas, colgadas al costado, golpeaban contra sus manchadas túnicas. Avanzaban agachados bajo el peso de montones de cadenas y pulseras de oro, de collares de perlas y de envoltorios de finísimas mantas.

Algunos tenían vendados los brazos y las piernas y caminaban cojeando entre sus camaradas.

Sin pensar en el peligro que corrían, Harl y Hamo miraban enteramente maravillados a través de las ramas de los arbustos. La sangre parecía hervirles en las venas tal era su indignación y el deseo de venganza que les animaba mientras se veían obligados a la mayor inmovilidad.

Por suerte, los romanos que avanzaban no pensaron en mirar ni a derecha ni a izquierda. De haberlo hecho hubiesen visto el cadáver de su extraviado compañero y a los dos jóvenes acurrucados allí, detrás de él. Con ademanes brutales, riendo a carcajadas, avanzaron en línea recta y luego desaparecieron hacia el lado del Sur del claro del bosque.

Entonces Harl y Hamo se levantaron y casi no se reconocieron al mirarse a la luz de las antorchas de los romanos que se retiraban. Un miedo horrible les estrujaba el corazón; durante un momento no hablaron pues no necesitaron palabras para comunicarse lo que pensaban.

Como aturdidos todavía por lo sucedido, recogieron el casco y el escudo del caído romano, así como su espada el peto de bronce y la piel de lobo con su contenido. Después se retiraron de aquel claro.

Pasó una y otra hora. Los muchachos seguían deslizándose de árbol en árbol, de roca en roca, guiados por un instinto de orientación más que por la vista. Los lobos aullaban cerca y lejos y las serpientes se deslizaban a sus pies.

Un conocido detalle del paisaje apareció entre la niebla y los muchachos apresuraron la marcha. De repente notaron en el aire un característico olor a quemado y el viento les envolvió en hálitos de calor y de humo. Cuando salieron de la selva al borde del claro donde se elevaba su aldea, pareció apoderarse de sus piernas una extraña y fuerte debilidad inexplicable.

Uno junto a otro subieron por la cuesta hacia el sitio donde en medio de la oscuridad de la noche, se veía un resplandor rojo. No vieron ganado de ninguna clase por parte alguna, lo que les pareció bastante extraño. Cuando sus temblorosas piernas les habían hecho llegar a lo más alto de la colina dos amargos gritos de angustia y de dolor rasgaron el aire.

La muralla de troncos de roble y los postes laterales de la puerta de entrada habían sido echados al suelo, como pisoteados. Donde la aldea feliz se alzaba aquella mañana no se veía más que un montón de ardientes y humeantes restos. Esparcidos por todas partes veíanse como separadas hogueras que aun ardían, Reinaba por todas partes la ruina y la desolación y se veían numerosos ca-

dáveres tendidos entre restos chamuscados y medio quemados algunos de ellos.

Después de la primera horrenda impresión, Harl y Hamo se quedaron inmóviles y mudos mirando aquella hórrida escena. No vieron que una figura blanca se había acercado a ellos; pero cuando los brazos de la reina, su querida madre, les estrecharon, lanzando la infeliz un grito de alegría, la oyeron sollozar apoyada en ellos. Después oyeron de labios de la reina como el rey había muerto mientras peleaba valerosamente contra los romanos invasores.

Estas fueron las tristes impresiones de Harl y Hamo cuando regresaron de su cacería de jabalíes y así fué como terminó para ellos su feliz y despreocupada juventud.

LAS NOTICIAS DEL PESCADOR

Los britanos no reconstruyeron su aldea, destruída por el fuego. Los que habían logrado escapar a las espadas de los romanos — y no eran muchos, en verdad—se refugiaron en una ciudad más grande, situada hacia el Noroeste. Allí la viuda de Gerfar fué proclamada por las tribus como reina regente, porque sus hijos aun no tenían edad suficiente para poder ser reyes.

Harl y Hamo lamentaron mucho la muerte de su amado padre. Sin embargo la vida no había perdido por completo, para ellos, todos sus atractivos. El relato de su victoria sobre el soldado romano corría de boca en boca. Todos consideraban que los muchachos habían llegado ya a la edad de combatir y serían dignos sucesores del valeroso Gerfar.

A veces salían a cazar jabalíes y mediante este duro y constante ejercicio, adquirieron una asombrosa habilidad para todo lo que a la guerra se refería, de modo que se encontrarían en condiciones de desempeñar bien su misión cuando les llegara el momento.

A Merewolff no volvieron a verle, porque se quedó con su padre, en el alojamiento de los druidas, cercano de la incendiada aldea, y procuraba no encontrarse con ellos cuando los príncipes acudían allí para cumplir con sus deberes religiosos.

La reina madre estaba siempre cejijunta, aun cuando hacía grandes esfuerzos por parecer jovial, contenta y feliz. Más triste y más inquieta hubiérase sentido si los muchachos le hubieran hablado de su riña con Merewolff y de las amenazas de éste, la causa de su tristeza — que le era comunicada de vez en cuando por sus fieles espías — la guardaba en secreto, sin enterar a Harl y Hamo de que un primo de su difunto padre conspiraba con el propósito de llegar a ser rey y tenía de su parte al astuto, intrigante y poderoso Bludwin, el gran sacerdote de los druidas.

Era verdad, como Merewolff se lo había dicho a los muchachos en un momento de enojo, que los sacerdotes druidas mediante sus malignos ritos y sus terribles leyes ejercían sobre el pueblo una influencia mayor de la que pudiera ejercer el más poderoso de los reyes que hubiera reinado en Britania. La reina madre no ignoraba esto y día tras día pensaba en algún modo de lograr que no estallara la tormenta que, poco a poco iba preparándose.

Así pasó el verano sin que los romanos se movieran de sus ciudades del Sud donde les era posible conservarse inconmovibles en las posiciones conquistadas.

Pero con los suaves días del otoño llegaron del Norte emocionantes noticias. La reina Boadicea, la viuda del rey de las tribus de Norfolk y Suffolk había encabezado una importante insurreción a causa del proceder condenable de que la había hecho víctima un oficial romano llamado Catus.

Decíase que todos los britanos del Sur se habían rebelado, que habían hecho que Catus se marchara a las Galias y que se dirigían contra Londres. Decíase además que el emperador Nerón había enviado numerosas legiones romanas dirigidas por un famoso general llamado Suetocio.

Reinaba grandísima excitación entre los habitantes de todas las aldeas del Norte. El primo de Gerfar olvidó su conspiración y la reina madre esperó que, al tener ocasión de mostrar su valor sus hijos lograrían conquistarse por completo la adhesión de su pueblo y la buena voluntad de Bludwin, el gran sacerdote de los druidas.

Día tras día llegaban nuevas noticias, Suetonio había llegado con sus legiones, había invadido la sagrada isla de Anglesey y había quemado a los druidas dentro de sus mismas cestas de mimbre. Los romanos de Londres se apercibían para la defensa. El campamento de Boadicea, situado a corta distancia de Londres recibía diariamente centenares y hasta millares de reclutas.

Tribu tras tribu envió su cuota de hombres en condiciones de combatir hacia el lado del Sur para que ayudaran a los que pelearían por la libertad de su tierra. La viuda del rey Gerfar, después de conferenciar con sus consejeros, decidió hacer otro tanto. Harl y Hamo figurarían en el séquito, pero cuando ya estaban prontos para partir estalló una terrible tormenta que duró furiosamente tres días.

Se aclaró el cielo la cuarta mañana y a mediodía llegó a la ciudad, muy de prisa, un pescador con la noticia de que una flota de galeras romanas había sido arrastrada fuera de su rumbo por el vendaval y los tripulantes estaban por desembarcar en la costa a pocas millas de distancia de la población.

No debía perderse una ocasión semejante de aplastar, mediante un severo golpe, a los odiados invasores. Los hombres de armas que estaban preparados para partir para el Sur, — doscientos en total, — se dirigieron al sitio indicado por el pescador al que tomaron como guía.

Varias horas después Harl y Hamo regresaron de un cercano altar de los druidas al que iban todos los días a ofrecer libaciones a los dioses pidiéndoles que hicieran triunfar a los ejércitos de la reina Boadice. En cuanto se enteraron, de lo que durante su ausencia había sucedido, prepararon sus armas, se despidieron afectuosamente de la reina y partieron en seguimiento de los hombres de armas.

Harl y Hamo se quedaron inmóviles y mudos mirando aquella hórrida escena.

Era una fresca tarde de Setiembre, soplaba una suave brisa y un sol de rayos de oro brillaba en las hojas, de diversos y vistosos colores del bosque. Aquella tarde debía resultar memorable para Harl y Hamo. Si el velo que oculta el futuro se hubiera descorrido un momento, los jóvenes príncipes no hubieran avanzado con tanto entusiasmo y tan jubilosamente como avanzaban en busca del enemigo.

Habían transcurrido más de tres meses desde el día de la memorable cacería de jabalíes. Una cicatriz grisacea indicaba, en el brazo de Hamo el sitio donde le había herido la espada del romano hundiéndose casi hasta tocar hueso.

Los dos muchachos habían crecido algo y estaban más robustos. Vestían ropas livianas a propósito para la marcha y la pelea y cada uno de ellos estaba armado con una espada de bronce, un escudo de cuero de poco peso pero muy resistente y una daga de hoja corta.

Durante una hora corrieron, siguiendo las huellas del grupo de hombres al que procuraban alcanzar, deteniéndose de vez en cuando para cerciorarse de que seguían el buen rumbo por que en los sitios donde había muchos helechos y arbustos, las huellas no se veían claramente. No disponían de más indicaciones. que las huellas porque en la aldea nadie había podido explicarles con claridad el sitio que el pescador había descripto. Lo único que sabían era que estaba a ocho o diez millas de distancia.

—Si hemos de tomar intervención en la pelea debemos apresurarnos todo lo posible, — dijo Hamo. — Y aun apresurándonos tal vez no logremos llegar a tiempo porque los que salieron antes nos llevan nada menos que dos horas de ventaja. Sentiría que no pudiéramos estar en ese combate por que si consiguiéramos llevarle la noticia de cómo aniquilamos a los enemigos desviados por la tormenta. Boadice nos lo agradecería mucho y nos colmaría de honores.

—Debíamos estar al frente de nuestros hombres y no a una milla detrás de ellos, si no hubiésemos ido al templo de los druídas esta mañana, — manifestó Harl. — Pero ¿quién puede decir si ese tiempo fué o no, perdido? Cuando veo al viejo Bludwin con su vara de madera sagrada y con el huevo de serpiente en su estuche de oro, colgado al cuello, siento deseos de transpasarle el cuerpo con mi lanza. ¿Por qué eligen los dioses a semejantes hombres para que les sirvan?

—¡Calla! — dijo Hamo en voz baja. — Si te expresas en esa forma es posible que nos caigan encima algún daño, hermano mío. Los druídas lo saben todo. Eran sagrados para nuestros antepasados y lo fueron para nuestro padre. Bludwin no tiene la culpa de que su aspecto sea tan poco grato.

—¡Es un viejo canalla! — dijo Harl. — ¡Estoy seguro de que lo es! Nuestra madre tampoco le quiere. ¡Pero no volveremos a

hablar de él si tú no lo deseas!

—¡Eso es! — asintió Hamo, tranquilizándose. — ¡Vamos, hermano, tenemos que apresurar más el paso! Hace una hora que los hombres pisotearon, al pasar, estos helechos. La verdad es que debían haber esperado a que nosotros volviéramos del templo.

—No me atrevo a criticarles por no haber esperado, — manifestó Harl: — por que se proponían sorprender a los romanos en cuanto pisaran tierra.

—Ahorraríamos tiempo dirigiéndonos en línea recta hacia el mar y siguiendo luego por la costa, — opinó Hamo. — Allí veo un sendero que conduce al sitio donde, en el verano, pescamos tan hermosos peces. Casi no tiene una milla de largo.

—¡Y las rocas son tan altas que desde ellas se puede distinguir una gran extensión de costa! — exclamó Harl. — ¿Recuerdas que allí dejamos escondida nuestra barca de pesca? ¡Vamos, pues! ¡Es una excelente idea!

Los dos muchachos se separaron de las huellas de los guerreros y siguieron por el estrecho y serpenteante sendero que se dirigía hacia el Oeste, cruzando bosques e interrumpido, en un sitio por un arroyuelo fácilmente vadeable.

Después de haber avanzado media milla llegaron a un punto donde el sendero cruzaba por entre hierbas muy altas y muy crecidos helechos. De improviso Harl tomó del brazo a su hermano y le obligó a que se echara a tierra de bruces junto a una peña cubierta por completa de musgo.

—¡Mira! — dijo en voz baja, indicando con la mano unas plantas de helechos que, a corta distancia delante de ellos dos, se agitaba violentamente. — ¡Mira con atención, Hamo! ¡El hombre se escondió rápido como una flecha, pero no antes de que yo hubiera podido verle!

EL NAUFRAGO

Mirando cada uno de ellos por un costado de la roca tras de la cual se habían guarecido, Harl y Hamo siguieron, con la vista fija en aquel sitio. Vieron relucir un casco de metal y después distinguieron la cabeza y los hombros de un soldado romano.

Después de mirar con mucha atención delante de él, sin que le fuese posible ver a los dos que le miraban escondidos, el romano se puso de pié. Era sin duda un explorador o un espía que realizaba una expedición de reconocimiento por aquel lado. Su aspecto permitía apreciar que se trataba de un hombre que había sufrido las penalidades de la tormenta y del naufragio. Tenía empapado el cabello y el rostro, curtido y bronceado, estaba pálido y desencajado. No llevaba ni escudo ni coraza y no tenía más armas que una espada corta.

—¡Arriba, hermano! — dijo Harl en voz baja. — ¡Vamos a abreviar todo lo posible la misión de ese infame espía!

Los jóvenes se levantaron y avanzaron corriendo, lanzando un grito y blandiendo sus espadas. El romano se asustó tanto ante tan repentino ataque y por el formidable aspecto de sus enemigos, que perdió toda su entereza. Se volvió y corrió luego por el sendero a saltos, como un gamo asustado.

Le persiguieron los jóvenes con el propósito de alcanzarlo antes de que pudiese llegar a dónde estaban los suyos. Fué una desesperada carrera que durante un cuarto de hora no dió ventaja ni a perseguido ni a perseguidores. El romano parecía ser un corredor muy ejercitado por que cruzaba por el campo desigual con la misma facilidad que los dos jóvenes británicos.

Llegaron a una descendente ladera en la que había un bosque de robles entre grandes peñas y a derecha y a izquierda del sendero, grandes grupos de arbustos. Allí los muchachos aceleraron su paso y ganaron.

Se hallaban a menos de una docena de pies del fugitivo cuando una corpulenta osa de las cavernas, con dos oseznos a su lado apareció delante de él, surgiendo del agujero que había entre las rocas.

La osa gruñó ferozmente y se alzó, apoyándose sólo en sus patas traseras, suponiendo con seguridad, que la presencia de seres humanos significaba peligro para sus hijos. Se detuvo precisamente en mitad del sendero.

El romano corría con tanto ímpetu que le fué imposible detenerse a tiempo. Además no le quedaba sitio para pasar ni de un lado ni del otro. Lo único que pudo hacer fué lanzar un grito y levantar la espada cuando fué a dar entre los brazos de la osa y los dos cayeron, rodando, al suelo.

Harl y Hamo, permanecieron inmóviles un momento observando aquel cuadro con grandísimo interés. Se disponían ya a intervenir en el combate cuando el romano logró soltarse de los brazos de la fiera mediante un furioso esfuerzo. Tenía aun la espada en la mano y en cuanto estuvo de pié lanzó un golpe tan terrible a uno de los ositos que casi le partió en dos.

Un instante después el hombre, desgarradas las ropas y sangrando, se hallaba luchando en el sendero y la osa se defendía sin dejar de lamer el cuerpo de su hijo muerto.

Los muchachos se sintieron perplejos un momento, sin saber qué hacer y sin decidirse a atacar al romano o a la osa.

—¡Atención! ¡La osa viene hacia aquí! — gritó Hamo. — ¿La atacaremos con las dagas?

—¡No! — replicó Harl, gritando. — Ya volveremos para matarla cuando hayamos terminado con ese romano. Corre pesadamente y debe estar herido. ¡Sígueme, Hamo! ¡Por aquí!

Al expresarse así saltó Harl, por un lado de la osa que avanzaba y corriendo unos cuantos pasos se subió luego de un salto en una roca que tenía lisa la superficie superior. Después se dejó caer de nuevo en el sendero y corrió, seguido de Hamo, en persecución del fugitivo.

La situación fué entonces nueva y emo-

Vieron relucir un casco de metal y después distinguieron la cabeza y los hombros de un soldado romano.

cionante. Mientras los jóvenes corrían con todas sus energías tratando de alcanzar al romano, la enfurecida osa procuraba capturarlos a los tres. Miraron hacia atrás, sin dejar de correr y vieron que la fiera avanzaba hacia ellos con relativa lentitud, pero sin cesar.

El romano no miró hacia atrás ni una sola vez. A pesar de sus heridas corría rápidamente, aún cuando en más o menos tiempo sus perseguidores tenían que alcanzarle. Pero el punto importante era éste: ¿tendrían los jóvenes británicos ocasión de alcanzarle?

Por una hondonada estrecha, oscura y escarpada seguía el sendero y en ella se metió el romano seguido de los dos jóvenes y detrás de todos, la osa. Corrieron y corrieron ganando terreno los jóvenes lentamente y acercándose la osa con rapidez.

Llegaron luego a una meseta cubierta de avellanos y salpicada de rocas, al otro lado de la cual se veía la extensión del mar en la que se reflejaba los rayos del sol. Pareció que el romano conocía el sitio. Se detuvo casi, poniéndose una mano a modo de visera para atajarse la luz del Sol. Después se volvió hacia la izquierda, salió del sendero y corrió por entre las avellanos, perdiéndose de vista.

Los dos muchachos hubieran deseado correr tras él, pero no se atrevieron. A sus espaldas oían el ruido de los pasos de la osa que se hallaba tan cerca que casi sentían su aliento.

—¡Vuelta! — gritó Harl.

Instantáneamente los dos se dieron vuelta en el sendero. Pero lo hicieron tarde porque la osa ya estaba sobre ellos y antes de que les fuera posible darle un tajo o salirse de su paso fueron atropellados y echados al suelo, el uno sobre el otro.

Hamo, que había caído encima logró librarse rodando hacia un costado. Harl, menos afortunado, fué golpeado por la osa mientras se hallaba en el suelo, tendido boca arriba. Con su escudo, que era muy resistente. Harl aplicó unos golpes hacia arriba, dando en el hocico del plantigrado. Con la otra mano intentó inútilmente sacar algún arma. Al mismo tiempo gritó pidiendo socorro.

Le faltaba aire porque la osa le oprimía sin cesar. El osito a su lado, gemía. A todo esto Hamo, que había logrado ponerse de pie, estaba pronto para entrar en acción. Fué algo valeroso y temerario lo que hizo entonces. Con la daga en una mano se precipitó hacia la osa por detrás y se agarró a ella por el cuello.

Enfurecida y sobresaltada por tan extraordinario asalto, la osa retrocedió varios pies, separándose de su víctima y procurando quitarse de encima al muchacho. Pero el valiente Hamo se agarró cada vez con más fuerza con un solo brazo mientras que con el otro hundía la daga una y otra vez en el peludo cuello.

Sintió que la cálida sangre le caía por los dedos y oyó que los gruñidos de furor se trocaban en gemidos de angustia. No se soltó a pesar de los esfuerzos que hizo la osa y siguió hundiendo una y otra vez, la daga en el cuerpo del animal.

Harl se acercaba ya para auxiliar a su hermano, pero su ayuda no fué necesaria. De improviso la osa rodó por tierra lanzando un gruñido. La daga de Hamo había alcanzado a pincharle el corazón. El joven tuvo que saltar a un lado para no rodar junto con el animal agonizante.

La osa expiró en el momento en que los dos jóvenes se acercaban a ella y se inclinaban para mirarla. Intentaron apoderarse del osito pero éste se escabulló, alejándose gimiendo por entre la espesura de los arbustos.

La pelea había sido arriesgada, muy peligrosa y por suerte los dos jóvenes no habían sufrido mayormente. Tenían más de una docena de rasguños cada uno y Harl tenía una mordedura en su muslo. Después de dejar que saliera un poco de sangre se vendó la herida con una tira de tela que desgarró de su túnica.

Ya no había que pensar en reanudar la persecución tras del fugitivo romano.

—¡De no haberse presentado el oso hubiéramos castigado como se lo merecía, a ese espía romano! — gruñó Harl, dándole un puntapié a la osa muerta. — ¡A estas horas ya se ha reunido con los suyos y tal vez los guíe hacia aquí en busca de nosotros!

—¡Si se encuentran tan cerca los romanos, nuestros compañeros han equivocado el rumbo y buscarán en vano al enemigo! — exclamó Hamo, alarmado.

—¡Parece que hoy todo tuviera que salir mal! — murmuró Harl. — De lo que estoy convencido es de que esas galeras náufragas se encuentran bastante cerca de aquí. En consecuencia nosotros estaremos en peligro mientras nos quedemos en estos sitios.

—¡Hay mucha distancia de aquí a la huella dejada por nuestros compañeros en su avance! — dijo Hamo.

—Sin embargo, nos conviene correr hacia ella inmediatamente, — opinó Harl. — ¡No! Primero nos deslizaremos hasta las rocas altas, las rocas de la pesca, y desde allí miraremos hacia la costa. Con toda seguridad nos enteraremos de donde están las galeras romanas.

Hamo aprobó la idea y los dos jóvenes se apresuraron a cruzar la meseta corriendo luego por una extensión arenosa donde crecía escasa hierba. Llegaron así a la orilla alta. A sus pies el oleaje rompía contra los arrecifes de la costa con ruido atronador y lanzando al aire altos raudales de blanca espuma.

El mar, agitado recientemente por una tormenta terrorífica. presentaba aún una superficie de olas cubiertas de blanca espuma bajo un cielo por el que aún corrían grandes nubarrones arrastrados por el viento. Hacia el lado del Norte un desigual y abrupto promontorio avanzaba de la costa hacia el mar.

Fueron los dos muchachos en aquella dirección y cuando estuvieron escondidos entre las protectoras rocas respiraron con mayor tranquilidad. Después de frecuentes resbalones llegaron a la punta extrema del alto promontorio y, poniéndose las manos en la frente a manera de visera, para atajarse los rayos de sol, miraron con atención hacia el lado del Sur.

Todo lo que vieron por aquel lado fué la costa verde, y amarilla que formaba un semicírculo desde bastante alto. No se veía por parte alguna a las galeras romanas, ni se veían soldados romanos por ninguna parte.

Sintiéronse los dos jóvenes decepcionados a la vez que asombrados. No comprendían de donde había salido el ojeador romano ni se daban cuenta de cómo había podido alejarse tanto en sus compañeros. Miraron hacia el Norte y vieron tan solo un paisaje de idéntico aspecto desolado e igualmente desierto.

—El pescador tenía razón, por lo visto, — dijo Harl, — cuando manifestó que se trataba de un sitio muy lejano. Hemos perdido toda probabilidad de poder hallarnos presentes en el momento de la pelea.

—¡Hola! — exclamó de improviso Hamo. — ¿Has oído eso?

Volvió a oírse un grito agudo, vibrante, quejumbroso que parecía brotar de las olas, cerca de la costa.

Los dos muchachos se volvieron y miraron hacia el mar.

En el primer momento nada vieron, pero poco después apareció en la cresta de una ola la punta de un trozo de madera arrastrado por la corriente. Luego se vió una cabeza y unos brazos extendidos. La corriente se dirigía hacia el Sur y en esa dirección era llevada la persona aquella, sacudida por las furiosas olas y forcejeando desesperadamente por salvarse.

Unas veces se hallaba en lo más hondo del espacio que quedaba entre dos olas otras veces era elevado a lo más alto de una espumosa cresta. Se hallaba a escasamente sesenta yardas de las rocas y sus gritos pidiendo socorro se oían con toda claridad. Además los movimientos de sus brazos indicaban que solicitaba que alguien acudiese en su socorro.

—Es un romano canalla, — dijo Hamo, — que de alguna de las galeras se ha caído al agua. ¡Que se muera! ¡No merece mejor destino!

Una vez más se oyó el agudo lamento en un momento en que se vió el trozo de madera flotando y girando vertiginosamente en lo alto de una enorme ola.

—¡Mira! ¡Es un muchacho de nuestra edad! — exclamó nerviosamente Harl. — ¡Salvémosle, Hamo!

Ante aquel inesperado descubrimiento, los dos jóvenes britanos sintieron conmiseración. Un impulso de simpatía hacia el náufrago les inspiró la idea de salvarle la vida, aun cuando se tratase de uno de los aborrecidos invasores.

Hasta entonces el corazón de los muchachos no había sido endurecido por la fiera e implacable crueldad que era la herencia de su raza, aun cuando en los pocos últimos meses habían avanzado rápidamente hacia ella.

Obedeciendo a un mismo impulso, corrieron hacia una grieta que había cerca de la costa del promontorio, entre las rocas, y sacaron de allí un botecito de forma ovalada. Era del tipo usado para pescar por los primitivos britanos, que le llamaban "coracle". Estaba construído de muy tupido tejido de mimbre y forrado de cueros cosidos unos con otros y bien estirados sobre el armazón.

En tan primitiva y frágil embarcación los muchachos habían realizado muchas expediciones de pesca y sabían manejar muy bien aquel esquife mediante unas paletas, de las que había dos guardadas en la grieta de la costa.

Lo más rápidamente que les fué posible, arrastraron el coracle hasta una cercana caleta donde el oleaje era menos fuerte que en otros sitios y esperando a un intervalo entre dos altas olas, se lanzaron a la mar en su embarcación.

—¡Atención! — gritó Hamo. — ¡Adelante! ¡Atención a la próxima ola!

—¡Ya viene! — exclamó Harl. — Dejémosla pasar un poco.

Con furioso ímpetu y horrendo rugido, la imponente ola pasó camino de las rompientes, pero el coracle flotó liviano en la cabeza de la ola y descendió luego al espumoso abismo abierto detrás de ella. Lo peor había pasado ya o, al menos así lo pensaron los temerarios jóvenes. Remaron con todas sus fuerzas y se alejaron mar afuera, moviéndose con habilidad y de acuerdo con lo que las circunstancias exigían.

Se necesitaba en verdad poseer todo el sereno valor de aquellos dos muchachos para hacer frente a los peligros que les rodeaban en aquellos momentos. Una embarcación más pesada hubiese zozobrado veinte veces, pero el liviano botecito de mimbres y cuero avanzaba tesoneramente por encima de las aguas verdes e hirvientes que unas veces presentaban el aspecto de un abismo líquido y otras el de una montaña coronada de espumas y de vertiginosa altura.

Sin hacer caso de los raudales de agua que les empapaban y enceguecidos por las gotas que les daban en el rostro, los muchachos seguían remando sin cesar, alerta, vigilantes. Más y más cerca se veían poco a poco del infeliz náufrago que ya no gritaba ni agitaba los brazos. Su cabeza, con los negros cabellos aplastados por el agua subía y bajaba a merced del movimiento de las aguas.

Pero la hazaña era difícil y ardua y no se podía avanzar más que con impacientadora lentitud. La poderosa corriente llevaba tanto el madero a que estaba agarrado el náufrago, como al coracle, hacia el Sur y a una distancia de más o menos cien yardas de la costa.

—¿Qué diría Bludwin si nos viese tratando de salvarle la vida a un perro romano? — exclamó Hamo riéndose.

—Es algo que no se me ocurriría hacer en su favor — replicó Harl.

Al expresarse así miró hacia la costa y al mismo tiempo lanzó un agudo grito de terror.

EL SOCORRO

Hamo dejó de remar y miró hacia donde miraba su hermano. Su rostro se puso tan pálido como se había puesto el de Harl.

—¡La mina de estaño! — exclamó con voz ronca. — ¡Nos habíamos olvidado de ella!

—¡Y la corriente transversal que lleva a ella está ahí delante de nosotros! — replicó Harl rápidamente. — No sé dónde, pero el madero debe hallarse ya cerca del borde de esa corriente. Aun podemos salvarnos nosotros, Hamo, pero si intentamos alcanzar a ese joven romano, seríamos arrastrados los tres por la corriente subterránea.

—¡Y allí quedarían para siempre nuestros huesos! — murmuró Hamo, — pues de todos cuantos fueron arrastrados por la corriente del mar hacia la galería de la mina no regresó jamás ni uno solo.

Los dos muchachos se miraron cara a cara, aterrorizados y perplejos. No habían exagerado el peligro que les amenazaba. Era un riesgo conocido y temido por todas las

---

Nuevos capítulos emocionantes de esta obra cuyo interés crece por momentos, aparecerán en el próximo número de PUCKY. Son asombrosamente atractivos los cuadros que presenta esta novela al describir las costumbres de una época tan poco conocida como digna de serlo. Más adelante la acción lleva a los protagonistas a la Roma de Nerón donde, en el Circo Máximo, — el Coliseo, — se realizan los estupendos combates de gladiadores y donde se presencian los cuadros más electrizantes y arrebatadores. Encargue su número al vendedor para no perder ni un capítulo de esta gran novela.

tribus de la costa de Britania cuyas tradiciones hablaban de más de un caso en el cual el subterráneo de la mina de estaño se había tragado a más de una persona que no había reaparecido nunca.

El sitio de peligro se distinguía con toda claridad a media milla de distancia, en diagonal. Allí la línea arenosa de la playa veíase interrumpida por una elevación de terreno cretáceo que se levantaba desde la orilla del agua y se extendía varios centenares de Hyandas sobre la línea de la costa. De vez en cuando había un boquete entre las rompientes y por él se veía un agujero grande y negro que se desecaba al pie de la grisácea base de la costa.

Esos agujeros eran las traicioneras bocas de la mina de estaño que extendía sus galerías que habían sido socavadas durante años y más años por los fenicios.

A varios centenares de yardas mar afuera se formaba una corriente que se dirigía hacia la mina como impelida por una poderosa succión de procedencia subterránea. Decíase que no había salvación posible para el bote que fuera tomado por esa corriente y los britanos tenían razón para creerlo porque en los últimos años más de un desdichado pescador había sido arrastrado hacia el abismo de la mina y no se le había vuelto a ver.

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago por la mente de Hari y Hamo, mientras permanecían con las paletas fuera del agua, dejando que su coracle fuese arrastrado por el oleaje. Aun cuando eran valerosos y temerarios, los muchachos se estremecieron ante la perspectiva de tan terrible destino. Un cuarto de milla más les llevaría directamente hacia un sitio que quedaba frente a la costa alta donde, según lo sabían cruzaba la terrible corriente. En verdad nunca se habían aproximado tanto como entonces a la parte Sur del promontorio.

—¿Regresamos? — preguntó Hamo, disponiéndose a volver a remar. — La corriente nos arrastra rápidamente y el madero está a veinte yardas de nosotros. Tratar de alcanzarle es ir a morir.

—Aún cuando lográramos alcanzarle sería inútil, — replicó Harl, — porque el joven romano tiene aspecto de hallarse sin vida. Sus huesos, pues, descansarán donde descansan los de tantos britanos. ¡Atrás pues, Hamo, antes que sea tarde!

La mina había sido abierta demasiado cerca del mar de modo que, con el tiempo, las olas habían desmoronado y horadado la costa.

Pero precisamente en el instante en que las paletas habían empezado a poner en movimiento la embarcación, el trozo de madera fué levantado en la cresta de una ola y el joven náufrago levantó un brazo lanzando un débil grito.

—¡Mira! ¡No está muerto! — exclamó Hamo. — Aún cuando sea un enemigo, hermano, no podemos dejar que muera de modo tan horrible.

(Continuará)

El director de PUCKY contesta a los lectores

Coca Copello, Cañuelas. — Son varios los escritores que tienen a su cargo las aventuras de Sexton Blake. G. H. Teed, R. Murray, Gilbert Chester, entre ellos. La obra de S. S. Van Dine a que usted se refiere ya la hemos publicado en PUCKY. Tomamos nota de las novelas que usted desea leer. Muchas gracias por sus gentiles manifestaciones de simpatía.

Lectores icañenses (los Fadel), Icañó, Catamarca. — Tenemos en cuenta los pedidos de nuestros lectores, para satisfacerlos en la medida de lo posible y siguiendo un orden que no puede alterarse. Agradecemos sus expresiones de aprecio para PUCKY.

Río Kid, Las Palmas, Chaco. — La publicación de las aventuras de Río Kid, durará varios meses más.

Conrado R. Kiewan (h.) Capital. — La obra a que usted se refiere no ha sido editada en libro.

Ramón Herrera, Tucumán. — Tomamos nota de su pedido.

Oslam y Carpan, Capital. — Es una edición agotada de la que difícilmente podría conseguir ningún ejemplar. Está incluída para ser publicada la obra que usted indica. Gracias por sus felicitaciones.

Juan A. Caprile, Capital. — Las obras a que usted se refiere, se traducen especialmente de revistas inglesas y hasta ahora no han sido editadas en libro.

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

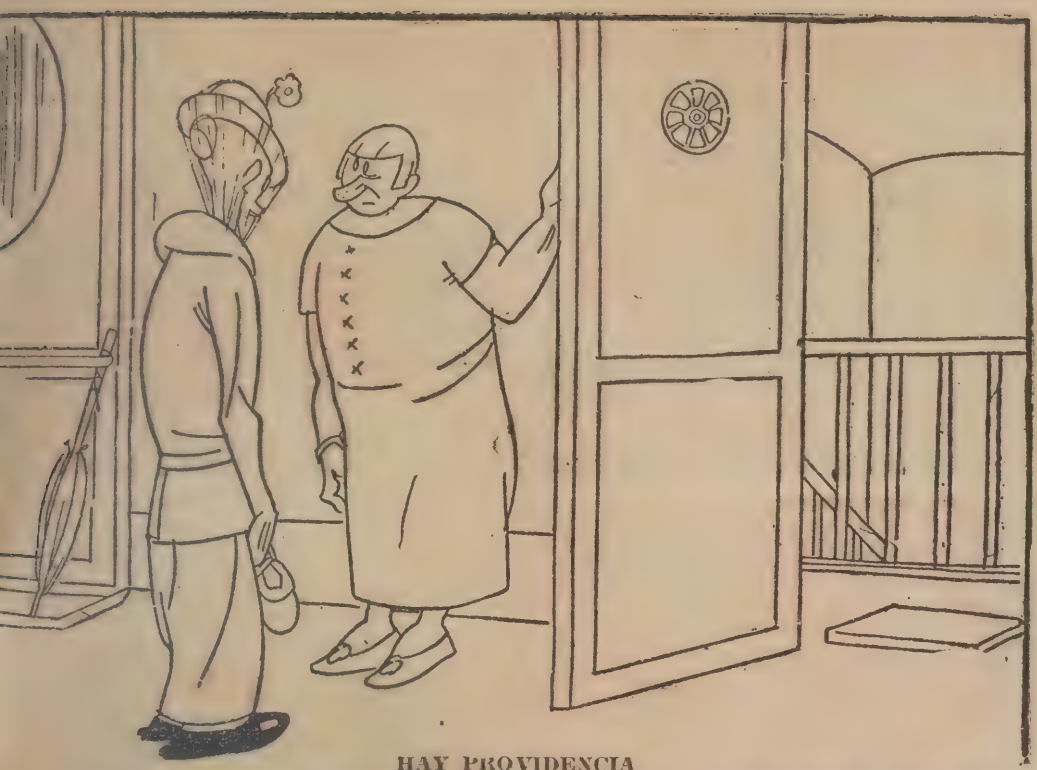
Capital e Interior

Número de la semana	**$ 0.20**
„ atrasado	**„ 0.40**
Suscripción por 3 meses (13 números)	**„ 2.50**
Suscripción por 6 meses (26 números)	**„ 4.80**
Suscripción por 1 año (52 números)	**„ 9.00**

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	**$ 9.00**
Otros países	**„ 12.00**

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



HAY PROVIDENCIA

—¡Ah! Pues los malditos ratones salieron esta noche y se han comido medio queso y un trozo de alfombra.

—¿No tiene usted gato?

—Si; gracias a que no lo encontraron.

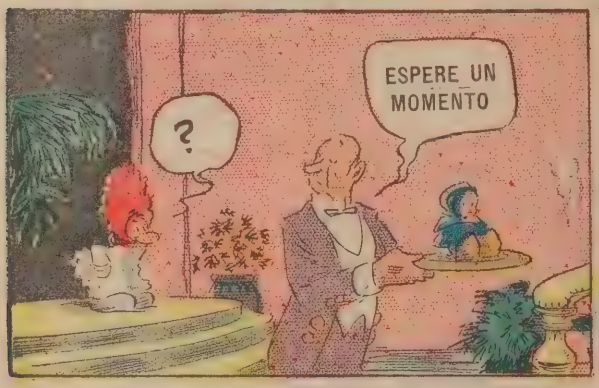
—Mamá..

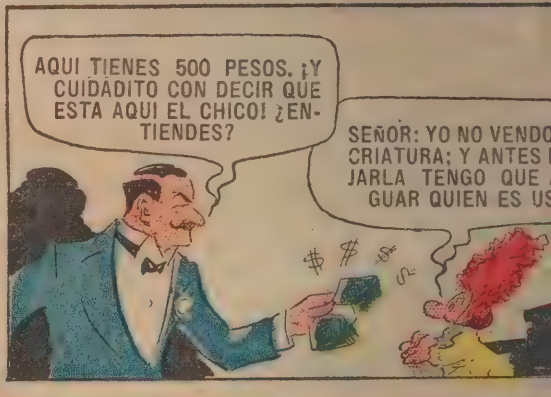
—¿Qué te pasa?

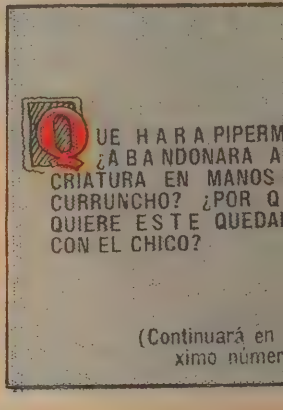
—Que quiero que me arregles un poco, porque estamos jugando al "cine" y yo soy Rodolfo Valentino.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT POR BILLY DE

Sr. Pipermit.
El señor S. Curruncho, desea ver el niño que Vd. ofrece. Si le agrada, se quedará con él y le dará todas las comodidades de un hijo de rico.
J. Secante
Secretario del Sr.
S. Curruncho







PORTE PAGO
PUCK
LA LECTURA PARA TODOS
No. 437
FEBRERO 12-1932
Buenos Aires
Año XII
El enigma de la Casa Roja
Sólo el agudo cerebro de un maestro detective pudo penetrar el sorprendente misterio que rodeaba el crímen de la Casa Roja
20 cts.

Nº 437 BUENOS AIRES, FEBRERO 12 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

El Enigma de la Casa Roja

Por T. C. Hanshew

EL doce de Diciembre, un poco después de las diez y seis, el vehículo cerrado que todos los de la policía sabían era la limousine azul del Superintendente Narkom, salió de Scotland Yard. Bajo la hábil dirección del chauffeur Lennard se alejó en dirección de Kew, tan rápidamente como las circunstancias lo permitían.

Al principio no lo permitieron mucho, hay que confesarlo, porque la congestión del tráfico era abrumadora en esa área de la metrópoli; pero, felizmente, Lennard conocía todos los atajos y calles despejadas, desde el Embankment al Támesis; de modo que ganó tiempo y, una vez afuera de los límites de la ciudad propiamente dicha, aumentó la velocidad sin remordimientos, a tal punto que faltaban dos minutos para las diez y siete cuando se detuvo finalmente ante el patio del "Violín y la Caña de Pescar", que se halla como a tres millas más allá de Kew.

El señor Maverick Narkom, con sombrero de copa y saco de mañana, guantes grises y zapatos de charol — porque los jefes de la Yard visten como caballeros — saltó de la limousine apenas ésta se detuvo, dió la vuelta al edificio a toda la velocidad que le permitían sus piernas, cortas y gordas, y un momento después entraba, jadeante, al tranquilo salón del bar.

Al final del salón había una mesa cubierta con mantel blanco donde un hombre con traje de franela estaba sentado, inclinada hacia atrás la silla, cruzadas las piernas y las manos entrelazadas a la nuca, esperando.

—¡Bien venido sea! — exclamó risueño al abrirse la puerta y aparecer Narkom. Retiró ruidosamente la silla y se puso de pie, extendiendo la mano con expresión de contento. — Menos mal que su tocino o, mejor dicho su te se ha salvado. Media hora más y, hubiera cedido a la tentación de comérmelo yo todo. Tengo un hambre canina.

—¡Qué alivio, compañero! — exclamó Narkom. — ¿Recibió entonces mi telegrama? Como me había dicho que partiría de vacaciones, temía no encontrarlo.

—Me encontró por pura suerte, señor Narkom. Nos levantamos temprano esta mañana y ya habíamos hecho un buen trozo de camino cuando descubrí que, no obstante haber preparado Dixon con todo cuidado mis valijas, había dejado en casa las llaves. No tuve, pues más remedio que detenerme y mandar a ese joven aturdido a buscarlo. Su telegrama llegó cuando él estaba a punto de salir para reunirse conmigo y dando pruebas de ingenio, lo abrió leyó que usted deseaba urgentemente que aplazara mi viaje y regresé en seguida. Durante cuatro horas he estado paseando por el río al encantado Dixon y he aprendido algunas cosas maravillosas acerca de los cisnes reales...

—¿Sobre qué...? ¡Qué extraordinario! ¡Cuatro horas en el río en Diciembre! ¿Habrase visto hombre igual?

—Por lo menos nunca hubo uno tan hambriento. No hay como el aire libre para abrir el apetito. Y nada como la naturaleza para consolar. Me ha hecho aplazar mis vacaciones mi querido amigo; pero, de todos modos, he gozado diez horas de descanso, lejos de los sórdidos asuntos de los hombres, y pasado un día espléndido en Arcadia, a pesar de usted. Ha sido para mí como si el mundo estuviera a millones de millas de distancia, por lo que de él sé.

—¡Caráspita! ¿De modo que no se ha enterado? ¿No tiene idea de por qué le he pedido que me esperara aquí? ¿Nadie le ha dicho nada desde que llegó?

—Ni una palabra.

—¿Y usted vino... renunció a sus vacaciones nada más que porque yo lo necesitaba, Cleek ¿Nada más que por eso?

—¿Y por qué no? — dijo Cleek alzando sus ojos claros con afecto y sonriendo con unas de sus extrañas sonrisas. Yo soy así de nacimiento. La herencia influye mucho en la vida del hombre y en lo que hace. Cierto que las circunstancias pueden cambiarlo a uno como en el caso de Connie Montressor, por ejemplo; pero aun así...

—¿Connie Montressor? — dijo. — ¡Vamos, hombre!... ¿que sabe de ella?

—Nada más que lo que todo el mundo, en Inglaterra, ha oído una u otra vez. Por ejemplo, que fué en otro tiempo lo que podría llamarse el "furor", la más bella y popular de las artistas de opereta y que su recuerdo vivía de tal modo en la memoria del público que pudo volver a la escena después de un retiro — nadie sabe a donde ni por qué — de diez años. Tan poca mella había hecho el tiempo en su aspecto y condiciones que hubiera recobrado su antigua popularidad; pero tuvo la desgracia de confundir un frasco de vitriolo con loción para la cara y en diez segundos se volvió horrible para siempre. Triste fin de tanta gracia y belleza, ¿no? Ahí la tiene, detrás suyo. ¡Contémplela!

—¡Dios misericordioso! — Narkon saltó como si su silla se hubiera, de pronto, calentado al rojo. Agarróse al borde de la mesa y miró, con ojos desorbitados, en la dirección indicada. Delante suyo, en la pared cubierta de cuadros, había una fotografía, en marco. Era el retrato de una hermosa mujer, divinamente formada, en traje de paje de opereta y al pie de la fotografía estaba escrito con tinta borrosa el nombre: "Connie Montressor".

—¡Ah!... ¡es la fotografía! — dijo Narkon riendo tontamente y enjugándose la frente con el pañuelo, mientras se dejaba caer de nuevo en su silla. — Me dió usted un susto, viejo... ¡Palabra que me lo dió! Pero qué tipo original es usted! ¡Habérsele ocurrido pensar precisamente en ella para ilustrar un punto con él que nada tenía que ver! Es positivamente misterioso.

—¿Por qué, si puedo preguntarlo? Tiene la dama de que hablamos alguna relación con el caso de que usted se ocupa?

—¿Si tiene alguna relación?... ¡Pero hombre de Dios, si es el caso mismo! Ha desaparecido para siempre... ha muerto. Entre las doce de la noche de ayer y las seis de la mañana de hoy, la pobre criatura fué cobardemente asesinada... a un tiro de pistola de este lugar. El criminal o criminales son desconocidos.

—¡Oh!... — exclamó Cleek. — ¿Por eso quería usted que viniera aquí? Comprendo.

—No, por eso no; al menos, no es por eso solamente. Lo hice venir a esta posada por que alguien, que se relaciona con el asunto, se reunirá aquí conmigo. Pero esa es otra historia...

—¿Sí? Empecemos entonces por la primera, si gusta. Hábleme del crimen. Soy todo orejas, como dijo el burro al ver su fotografía. ¿Cuando y cómo se descubrió el asunto?

—Esta mañana a las diez, cuando la mucama fué a llevarle el te, como acostumbraba siempre a esa hora.

—¡Ah!... ¿Entonces el asesinato se cometió en la casa?

—Sí, en la propia casa de Connie... la propiedad que compró después que el vitriolo la imposibilitó de volver otra vez al teatro. Escuche, Cleek; es un caso endemoniado por el misterio que lo rodea. Como la tela de una araña, los hilos se extienden en todas direcciones y llegan hasta cosas que, a primera vista, nada tienen que ver. Así que... Disculpe. Tiene razón. Me atendré a los hechos, conocidos. Bueno, helos aquí. Anoche la dama se retiró a su dormitorio, como lo hacía siempre, y las personas de la casa la oyeron cerrar la puerta con llave. La habitación está en el segundo piso, tiene dos puertas y cuatro ventanas, las cuales se hallan provistas de barrotes verticales de hierro (parece que Connie tenía un miedo terrible a los ladrones). Los barrotes distan apenas tres pulgadas y media entre sí y sería imposible que alguien pudiera entrar por la ventana, a no ser arrancando los barrotes de su sólido encaje, en la pared de piedra del edificio. Esta mañana, los barrotes se hallaron intactos, ambas puertas cerradas con llave por el lado de adentro...

—¡Un momento!.. ¡Estaban las llaves en la cerradura?

—Una de ellas, sí. La otra estaba en el suelo, donde indudablemente cayó cuando la puerta fué echada abajo por los descubridores de la tragedia. Pero, volviendo a lo anterior... las rejas de las ventanas se hallaron intactas, las puertas cerradas del lado de adentro y no había la menor señal de que un ser viviente hubiera penetrado a la habitación, desde que la infortunada mujer se retiró a las doce hasta que la encontraron caída en el suelo, con un nudo corredizo apretado en derredor del cuello, una cuerda de tripa anudada a la espalda.

El asesino, fuera quien fuese — y debe haber sido el mismo diablo para entrar y salir de aquella habitación con las ventanas provistas de reja y las puertas cerradas con llave — ha venido, hizo su obra y se retiró, sin dejar nada más que aquel pedazo de cuerda de tripa. Y aunque cuatro personas estuvieron cerca del sitio del crimen toda la noche (y todas afirman poseer sueño liviano) ninguna oyó el menor grito o rumor de lucha. Pero todas ellas se durmieron más que de costumbre, esta mañana y se despertaron con una sensación de nausea, por lo que sospechan, no sin buena razón, que fueron narcotizadas.

—¡Hum! Es claro — comentó Cleek y se quedó unos instantes silencioso, mirando la taza y acariciándose la barba. — Siempre, naturalmente, que digan la verdad. ¿Quiénes son esas cuatro personas? ¿O no lo sabe?

—Lo sé. Una es la mucama de quien hablé una mujer de edad, llamada Marcela, que estaba al servicio de la infortunada dama desde hace más de veinticinco años. Otra el

chauffeur, un joven excelente, llamado Wentworth, que entró en la casa de la difunta Connie cuando ella volvió al teatro, después de la larga ausencia a que usted aludió. Me han dicho que es un buen mozo, de veinticinco años más o menos, y era muy adicto a su patrona, que también lo distinguía mucho.

—Y los otros dos... ¿quiénes son?

—La sobrina y el sobrino de la infortunada dama, hijos de su única hermana que se casó con el señor James Fulgarney, en un tiempo rector de St. Mark. Tanto el rector como su esposa, han muerto.

—¡Fulgarney! — repitió Cleek irguiéndose bruscamente en la silla. — ¡El Rev. James Fulgarney! Ese era el nombre de... Bueno, estoy asombrado. No querrá usted decir que esos dos...

—Son hermanos del joven John Fulgarney, cuya singular desaparición hace siete meses fué explicada luego al hallársele abogado en las cercanías de Boulter Lock y cuya hermana Ethel, fué derribada poco tiempo después por un motociclista desconocido y murió de resultas del accidente. Imaginé que a usted le interesaría, después de un rato, esta historia. Sé que fué usted siempre de opinión que esas dos muertes eran puramente accidentales; pero después de este último acontecimiento, el trágico fin de un tercer miembro de la misma familia, quien sabe... Parece que los hilos, que forman la tela de araña, estuvieran unidos a los jóvenes muertos y que hubiera un plan para exterminar a toda la familia.

—¿Pero por qué? ¿Con qué fin? — preguntó Cleek, sonriendo indulgentemente.

—¡Y que se yo! — Narkon se encogió de hombros. — Lo único que se me ocurre es que todo esto es extraño. Para empezar ahí está la misma "Connie Montressor" — o Cornelia Munsen, como realmente se llamaba. ¿Quién iba a imaginar que era hija de un clérigo y cuñada de otro? Pues lo era. Pero parece que la familia había roto con ella, debido a su modo de ser. Connie se convierte en el ídolo de Londres, gana el dinero a montones, vive lujosamente, mientras sus padres y hermana luchan en la pobreza y mueren sin que ella les dedique un pensamiento y menos les ofrezca ayuda. Pasa el tiempo y, de pronto, la dama desaparece, sin que nadie sepa donde o con quien está. Vuelve después de diez años, tan hermosa, alocada y sin corazón como siempre; probablemente hubiera seguido así hasta el fin, a no ocurrir el desdichado accidente. ¿Qué pasa cuando no puede más presentarse en la escena sin provocar un estremecimiento de horror? Busca a los huérfanos de su hermana, a quien había olvidado en otro tiempo; compra una casa en estas inmediaciones, se traslada a ella, bajo el nombre de señora Munsen, demostrando que tiene motivos para usar todavía su nombre de soltera, porque probablemente nunca se casó. Trae a los cinco huérfanos (eran cinco al principio, Cleek, dos mujeres y tres varones) y a los tres meses de dorles asilo en su casa, John se ahoga, Ethel es atropellada por la motocicleta y empieza el exterminio de la familia. ¿Accidentes ¡No me lo diga! Todo es parte de un plan lizado por alguna obscura razón que n nocemos todavía. Puede, como no pued una herencia el motivo. Alguna herenc la cual esos Fulgarney nada sabían, p niente del viejo Munsen, su abuelo. Ap ría mi vida que cuando se sepa la v descubriremos que la misma Connie Mo ssor tiene culpa en todo esto.

—Me parece que su ingeniosa teor es consistente — replicó Cleek. — S fuera la solución del enigma, la misma no se contaría ciertamente entre las víct Morir para triunfar, bien sabe usted, q es juego satisfactorio.

—¡Hum! Sí, naturalmente. Pero, ve jo, si esa dama no tramaba algo ¿cómo ca su repentino cambio de táctica al ha cargo de los huérfanos de su herman quienes nunca se acordó?

Cleek se encogió de hombros.

——Puede ser que los acontecimient hagan cambiar de idea respecto a la m de esos dos jóvenes; pero por el mo me inclino a creer que...

Se detuvo y levantó de pronto la ma modo que su codo descansara sobre la y le ocultara el perfil. La puerta del b había abierto silenciosamente; mirand entre sus dedos, vió Cleek entrar a un de aspecto fornido, cuello grueso y ca color pajizo, con ojos juntos, de zorr acompañaba una muchacha alta, pálida tida de negro, en tal estado de nervio y miedo que parecía a punto de desma

Narkon también los había visto y se inmediatamente de pie.

—Mi querido señor, llega usted a tiempo — dijo avanzando hacia el jo cambiando con él un apretón de mano Veo que ha obligado usted a su novia a pañarlo, contra su voluntad. No se a señorita Fulgarney. En estos tiempos n que evitar la publicidad. Además quiz ted pueda decirnos algo respecto a s funta tía; algo que nos resulte útil pa gar al fondo de este espantoso asunt Aquí, siempre teniendo de la mano al se volvió y miró a Cleek. — Mi querido pañero, — dijo — permítame presenta la señorita Mary Fulgarney y su prom el señor Amos McTavish. Señorita F ney, señor Tavish, mi amigo y colega, ñor...

—Georges Headland — interrumpió quitándole a Narkon la palabra de la y levantándose instantáneamente. — A tras órdenes.

Avanzó al encuentro de ambos jóvene una caída de párpados y un gesto de ca que le daba expresión más bien est muy distinta de la que tenía el cab sentado en el bar cuando llegó Narko

II

Fuera de un ligero alzamiento de — la cosa lo había tomado tan de imp — no dió Narkon la menor señal de s sa.

—Siento confesar mi fracaso, seño Tavish; — dijo — pero fuí un poco p

tuoso esta mañana al decirle con tanta seguridad que podría llamarlo a Cleek y encargarlo del asunto. Parece que el caso no le interesa, según declara, y no vendrá. Tuve que llamar, en su lugar, al señor Headland. Pero él ya ha hecho algunos buenos trabajos y lo hallará usted bastante capaz.

Era un caso de "hacer daño, elogiando" y su resultado se advirtió en seguida.

—Espero que será usted más hábil de lo que parece, señor Headland — dijo McTavish, con nerviosa sinceridad. — Mientras se acariciaba las solapas del saco y esperaba que le llenaran la taza, parecía tan molesto como un sapo en un barril de harina — Porque cuanto más pronto se aclare este misterio, mejor. No tengo inconveniente en decirlo que es una cuestión de dinero... de varios miles, en realidad y que tiene importancia suprema para la señorita Fulgarney y para mí.

—¿De veras? ¿Puedo preguntar cómo y por qué?

—Por lo siguiente. Mary y yo somos novios desde que éramos niños. Pero he tenido tan mala suerte, desde que mi padre murió, que nunca hubiéramos tenido dinero suficiente para casarnos si la señorita Connie Montressor o como queráis llamarla, por un acto de súbita generosidad, no hubiese hecho más brillantes nuestras perspectivas.

—¡Oh!... ¿Hizo eso la buena señorita? ¿Y cómo?

—Pues testando en favor de sus sobrinos y sobrinas, por partes iguales, al día siguiente de traerlos a su lado.

—¡Hum! Comprendo. ¿Tenía mucho que dejar la dama, entonces? — preguntó Cleek.

—¡Oh!... miles y miles de su legítima propiedad.

—¿Ganados en el teatro?

—Precisamente, no — replicó McTavish, mirando nerviosamente a su novia, como si le costara mencionar el asunto en su presencia. — Parece que... en esos años en que... estuvo retirada del teatro, se encontró con un tipo turco que tenía... este... intereses en minas o cosa así. Y ella obtuvo ese dinero de él.

—Lo obtuvo por medio de él — corrigió dulcemente la señorita Fulgarney. — Tu frase puede ser mal interpretada, Amos Sepa, señor Headland. — alzó la vista y afrontó la mirada interrogadora de Cleek con otra que era de pura inocencia juvenil o de hábil simulación — que mi tía me contó ella misma los hechos; de modo que puedo hablar con conocimiento de causa. Su dinero no prevenía ni de un regalo, ni de una herencia, como podría usted suponer por las ambiguas palabras del señor Tavish, si no de especulaciones afortunadas. El príncipe Ahmed ben Ulla era amigo suyo y le aconsejó el modo de invertir su dinero, con grandes beneficios.

—¡El príncipe Ahmed ben Ulla! — repitió Cleek, frunciendo los labios como si fuera a silbar pero lo pensó mejor y se acarició la barba. — ¿Será ese joven potentado de Oriente que hizo furor en la sociedad británica, hace cosa de doce años, después de la muerte de su padre, y enseñó a nuestra "sangre azul" el significado de la palabra extravagancia?

—El mismo — contestó McTavish. — Naturalmente soy demasiado joven para recordar su visita; pero me han contado que gastó un cuarto de millón en tres meses y que la esplendidez de sus fiestas tenía algo de bárbara. Creo que fué entonces — se volvió a Mary — que tu tía lo conoció ¿no?

—Sí. Cantaba ella entonces en "La Reina de los Brillantes", según me contó, y él, encantado por su voz, fué muchas veces a oírla, haciéndose al fin presentar. Pero, aun que partió de Inglaterra cuando "La Reina de los Brillantes" se daba aún, por lo que mi tía me dijo, creo que fué por él que mi tía se retiró de la opereta en el apogeo de su popularidad y fué a Turquía, para cantar allá.

—¡Ah!... ¿hizo eso? — preguntó Cleek con aire de perfecta inocencia.

—Sí, señor Headland. En realidad, fué allí donde estuvo esos diez años en que faltó de la escena inglesa. Parece que el príncipe Ahmed ben Ulla le aconsejó que visitara Turquía con la opereta, asegurándole que ganaría mucho más que en Inglaterra.

—¡Hum! Sí, debe haber tenido mucho éxito — comentó suavemente Cleek. — Aunque es extraño que el eco de él no llegara a Inglaterra. Porque Turquía no es tierra tan incógnita. Van allí turistas y hay diarios. Y cuando aparece una estrella de opereta por espacio de diez años seguidos...

—No apareció allí más de diez minutos sucesivos — interrumpió la señorita Fulgarney — En realidad, la opereta no se representó. Mi tía me contó que, antes del primer ensayo, descubrió que el clima no le sentaba, que producía un efecto desatroso sobre su voz y se encontró con que no podía cantar una nota. Por consiguiente canceló todos sus contratos y desistió.

—¿Y sin embargo permaneció diez años en un clima que no le sentaba y donde no podía emplear su voz, único medio que tenía de vida? ¿Por qué? ¿Lo sabe?

—Sí. Mi tía me lo explicó muy claramente El príncipe, sintiendo remordimientos por haberle aconsejado viaje tan perjudicial, la dirigió en las inversiones que he mencionado. Estas tuvieron un éxito fenomenal y como los rendimientos eran tan grandes, mi tía, en vez de volver a la escena, prefirió tomarse un largo descanso. Pero con el tiempo, sintió la nostalgia del teatro y volvió — bajó un poco la voz la señorita Fulgarney — con el resultado que todos saben.

—Cuando ocurrió la desgracia — interrumpió McTavish, tomando el hilo de la historia, antes de que otro pudiera hacerlo — inmediatamente buscó ella a los hijos de su difunta hermana e hizo el testamento que he mencionado. Si se me pregunta mi opinión particular sobre por qué hizo eso, después de haber ignorado tanto tiempo la existencia de sus sobrinos, diré que creyó iba a morir y quiso hacerlo en paz con su conciencia. Pero, sea por lo que fuere, el hecho existe. ¡Hay que ver las promesas que les hizo a sus sobrinos, el cariño que les demostró! Eran las niñas de sus ojos y consideró que le hacían un inmenso favor viviendo con ella.

—Así fué, efectivamente — interrumpió

la señorita Fulgarney. — Mi tía creyó que el vitriolo había destruído para siempre su vista y quería tener a su alrededor quien la cuidara y quisiera. Por eso nos prometió tanto.

—¡Hum! Comprendo. ¿Prometió mucho entonces?

—Bastante — intervino McTavish. — A Len, que heredó el gusto de su padre y de su abuelo por la iglesia, le prometió pagarle los estudios teológicos. El joven Stan, que es loco por la música y se pasa el tiempo aporreando el piano y rascando el violín, hasta que le pone a uno los nervios de punta, creyéndose un sucesor de Wagner...

—¿No le gusta la música de Wagner, señor Tavish? — murmuró Cleek.

—No. Por eso Stan y yo no nos llevamos bien. Pero, volviendo al punto. La tía le compró un nuevo piano y un violín de cincuenta guineas y le prometió un curso de cinco años, con los mejores maestros del Continente para el otoño. Luego estaba el pobre John (el joven que se ahogó hace siete meses) Era loco por la historia natural y quería poseer un pequeño zoo. No bien se enteró su tía, le regaló ochenta libras para que se comprara un "Feliz Hogar", cuya venta estaba anunciada.

—¡Un "Feliz Hogar"! ¿Y qué es eso?

—¡Oh!... el nombre que los titiriteros dan a una jaula que contiene ejemplares vivos de pájaros, fieras y reptiles, seres enemigos; pero que se han amaestrado para que vivan juntos y amistosamente. Como le decía, le compró la cosa y el pobre tipo casi se volvió loco de alegría cuando le trajeron la jaula y la colocaron en los establos de la Casa Roja...

—¡Un momento, por favor! — intervino suavemente Cleek, — ¿La Casa Roja es el nombre de la propiedad donde se retiró la infortunada señorita después del accidente?

—Sí. Compró la propiedad, no bien sus sobrinos consintieron en vivir con ella y ellos vinieron cuando se hicieron las reparaciones necesarias.

—¿Muchas reparaciones?

—Sí. Y costosas. Antes los terrenos estaban rodeados simplemente por un alto seto. Pero ella lo hizo cortar y construir, en su lugar un muro de ladrillo de doce pies de altura. Luego puso rejas en todas las ventanas y cerraduras, nuevas y sólidas, en todas las puertas. Tenía un miedo enfermizo a los ladrones y no se acostaba hasta que el chauffeur y sus sobrinos registraban toda la casa. A veces hasta los acompañaba, aunque era una tontería, por su estado. Aunque no había quedado del todo ciega, él vitriolo le había destruído completamente un ojo y amortiguado considerablemente la visión del otro. Por eso hacía siempre que personas de buena vista se aseguraran de que no había ladrones en la casa. Les tenía un terror mortal.

—¿Por qué? ¿Poseía joyas por cuya seguridad temiera?

—Que yo sepa, no. ¿Las tenía, Mary?

—Creo que no. Me hubiera hablado de ellas contestó la señorita Fulgarney. — Casi estoy segura de que no las poseía. Aunque la belleza del rostro de mi tía había desaparecido para siempre, conservaba la de sus formas y estaba orgullosa de ellas. Se vestía de fiesta para la comida y sus hermosos hombros desnudos parecían de mármol. Si hubiese tenido joyas, las hubiera usado, porque había momentos en que sentía hambre de admiración. Tan celosa era de su belleza que, hasta delante de nosotros usaba un ceñido antifaz de terciopelo negro. Pero nunca llevó joyas, ni anillos, ni brazaletes, ni un broche de pedrería en los cabellos. Todo el adorno que la vi lucir a veces fué una ancha cinta de terciopelo alrededor del cuello y...

—¿Cómo... cómo? — interrumpió Cleek con ansiosa viveza. — ¡Terciopelo negro! Repita otra vez eso, por favor. ¿Hombros perfectos y una ancha cinta de terciopelo en torno de la garganta? ¡Hable! ¿Cómo estaba sujeta esa banda? ¿Por un broche o atada con ojales y cordones que...

—Le caían hasta la mitad de la cintura y estaban sujetos al vestido con pequeños alfileres de oro que les impedían flotar cuando caminaba — terminó la señorita Fulgarney. — Creo que era una moda que adoptó en tiempos de su reaparición en la escena; en verdad, así me lo dijo. Sólo que la banda no era siempre de terciopelo negro. La cambiaba para hacer juego con el vestido que usaba.

—¡Hum! Es extraño — dijo Cleek. — Bueno, sigamos con el miedo que la dama tenía a los ladrones. Me intriga un poco, lo confieso. Si no poseía joyas que le pudieran robar, ¿qué era entonces? ¿Tenía costumbre de guardar dinero en la casa? ¿Era una de esas personas que desconfían tontamente de los bancos?

—No. Todo su dinero estaba depositado en el banco y pagaba sus cuentas con cheques.. hasta las más pequeñas, de los proveedores. En la vecindad se había hecho notar por eso.

—¡Hum! Comprendo. De ese modo no corría la voz de que guardara dinero en casa. Bueno, eso descarta la idea de que el asesino haya sido un ladrón, como pensé a primera vista.

—¡Qué necedad! — exclamó Mc Tavish impaciente. — Haga memoria, hombre de Dios. ¿No le dije que todas las ventanas tienen reja? ¿Cómo diablos iba a entrar alguien a robar, suponiendo que quisiera hacerlo?

—Un hombre no podría quizá — replicó Cleek. — Pero ¿y un pájaro o un animal? Tales cosas han ocurrido antes. Y está ese "Feliz Hogar" de que usted habló. Si uno de los pájaros o animales, acaso las serpientes, se hubieran soltado y hecho el trabajo?

—Pero, hombre...

—¿No se le ocurrió eso?

—¡Qué se me va a ocurrir! — declaró con disgusto McTavish. — Y tampoco se le ocurriría a usted, si usara un poco su cerebro para estudiar los hechos. Por una parte, casi todos los miembros del "Feliz Hogar" han muerto, después que el pobre John se ahogó. No queda más que una mísera ardilla y un papagayo africano. Por lo tanto...

—¿Y no es bastante? — dijo Cleek con aire de satisfacción. — Un papagayo puede volar y una ardilla trepar. Cualquiera de ellos penetrar r entre los barrotes de las ven-

tanas y ¡oh Dios... mío, sí! Y una vez dentro del dormitorio de la dama...

—¡Dejese de estupideces! — interrumpió McTavish, sin dejarlo proseguir. — Vea, señor Teadlong o como se llame...

—Headland, señor.

—Bueno, Headland, entonces. Oiga, usted está muy enterado de lo que pueden hacer un papagayo o una ardilla; pero olvida lo que no pueden hacer. Por amor de Dios, recuerde eso. La señorita Montressor fué extrangulada con una cuerda de tripa. ¿Ha oído usted decir alguna vez que un papagayo o una ardilla puedan hacer semejante cosa? Usted ha demostrado claramente como dos únicas criaturas vivientes pudieran penetrar en el cuarto de la señorita Montressor; pero no como una criatura humana — la única, entiéndalo bien, que puede haber cometido el crimen — logró hacerlo.

—Tiene razón — Cleek se rascó la cabeza — No lo había pensado .Usted sería buen detective. ¿No es cierto, Narkon? Comprendo a donde quiere ir a parar. Nadie más que un ser humano pudo hacer semejante cosa y puesto que no le fué posible penetrar desde afuera, el crimen tuvo que ser cometido por alguien que estaba ya dentro ¿no?

—Exactamente — convino McTavish. — Ahí está bien, mi amigo. Debe haber sido alguien que estaba ya adentro. Y lo que es más ese "alguien" no cometió el crimen para apoderarse de joyas ni dinero. Hay algo más hondo en este crimen. Lo dije en cuanto me enteré y lo repito. Hombre o mujer, el propósito del criminal...

La cuchara de la señorita Fulgarney pegó de pronto en el platillo y su voz se alzó, delgada, suplicante, sobre la de su novio.

—¡Amos! No, por favor. Hazlo por mí, querido.

—No te preocupes, Mary. Es inútil que me supliques más. Déjame seguir mi inspiración. Te dije desde el principio que no era el momento de permitir que razones sentimentales se interpusieran en el camino de la justicia.

—¡Pero, Amos, por favor! ¡Oh!... si me quisieras...

—¿Si te quisiera? — se volvió hacia ella al hablar y Cleek que, aparentando no ver, lo observaba atentamente, se sorprendió al ver cuan tierna se había vuelto su voz, cuanta adoración podían expresar aquellos ojillos juntos, de zorro. — ¿Si te amara, Mary? No merezco que me digas eso. ¡Cielos! Porque te amo es que no quiero que tengas el mismo fin que los otros, que tu vida sea destruída por el demonio que dirige esta infernal maquinación, que estoy resuelto a hablar a pesar tuyo.

—¡Pero, querido, mi vida no está amenazada! No corro peligro alguno.

—¿Qué no? ¿Y John? ¿Y Ethel? Las partes debían ser iguales. Hay dos menos ahora. Recuerda eso.

—¡Hola... hola... hola...! — pensó Cleek. — Parece que al fin vamos tocando fondo.

III

Por un instante o dos, siguió agitándose la pequeña tempestad en el vaso de agua.

La señorita Fulgarney, llorosa, suplicante, trataba de contener a su impetuoso novio; pero McTavish había llegado a un alto grado de excitación nerviosa y no quiso atender razones.

—Oiga, — dijo dándose vuelta en su silla y fijando en Cleek sus pequeños y brillantes ojos — este asunto no ha empezado anoche, señor Headland. — Comenzó con el asesinato de John Fulgarney hace siete meses.

—¡Asesinato, señor McTavish! Yo creía que la muerte del joven y la de su hermana eran puramente accidentales.

—Yo también, al principio; pero el asunto de anoche me ha abierto los ojos. Si los sobrinos y sobrinas de la señorita Montressor tenían que heredar su fortuna ¿no serán mayores las partes mientras menos sean los herederos? Y si, finalmente, el último muere soltero y antes de que él o ella pueda hacer testamento, ¿quién lo hereda todo? Contésteme a eso.

—El pariente más próximo, por línea directa, naturalmente.

—Pre-ci-sa-men-te, ¿Y cuál es en este caso? ¿A quién iría toda la fortuna, si los Fulgarney mueren? Pues a la esposa de Jim Sparhawk, claro está.

—¿La esposa de Jim Sparhawk? Y quien es ella?

—Hija de un difunto tío de la difunta madre de los Fulgarney y el más próximo pariente que ahora tienen. Ella sería la heredera. Ella y su yankee y listo marido. Ese es el juego de ellos. Para eso vinieron aquí

—¡Amos! — exclamó la señorita Fulgarney. — ¡Qué terrible! ¡Qué injusto! No debes decir tales cosas sin tener pruebas. Ni a Grace ni a su marido se les importa tres pitos de la fortuna de tía. Tienen suficiente con la propia.

—Yo sé lo que digo. — replicó prontamente McTavish. — Sé muy bien que Jim Sparhawk pretende haber hecho fortuna en América y que sólo vino aquí porque su esposa deseaba volver a ver su patria y buscar a sus parientes. Pero hay mucha diferencia entre ser rico y decir que se es. ¿Qué piensa de eso, señor Headland?

—¡Oh, no haga caso de sus palabras, señor Headland! Está diciendo disparates — intervino la señorita Fulgarney. —Créame: ellos nada tienen que ver en este horrible asunto.

—¿Qué no? — exclamó McTavish, con risita desagradable. — Es extraño, no, que nada haya ocurrido mientras ellos no vinieron. Es extraño que esta precioa Grace se haya sentido de pronto poseída por el deseo de ver a su "querida prima", a su "querida Mary", cuando por espacio de quince años nunca le escribió una carta ni se molestó a enviarle una participación de su casamiento.

—¿Y por qué lo iba a hacer? — preguntó Mary. — Sabes que era una niñita cuando sus padres emigraron a América y como los míos se mudaron poco después del viejo distrito, no supimos más la una de la otra. Sólo cuando los diarios hablaron de la vuelta al teatro de tía Connie y del horrible accidente que sufrió, halló un débil rastro. Entonces, co-

mo le has oído decir, insistió que su marido la trajera a Inglaterra y la dejara buscarnos.

—No tuvo mucho apuro en estrecharte contra su pecho ¿verdad? — replicó McTavish — Desembarcó en Liverpool el veintiseis de Octubre del año pasado y no se presentó en la Casa Roja hasta el once de Junio de este año.

—Bien conoces la razón.

—Conozco la razón que ella dió. Dice que no estaba bien cuando se embarcaron, que se empeoró durante el viaje y fué atacada de fiebre tifoidea a las tres horas de llegar. Estuvo a la muerte muchas semanas y no bien se restableció, su marido la llevó a Niza para evitar los rigores del invierno inglés. Un cuento plausible ¿no? Pero vale más una pobre excusa que nada. De todos modos, cubre sus huellas perfectamente, porque fué durante el tiempo, en qe se supone que la mujer estaba enferma y el marido desesperado, que murieron John y Ethel Fulgarney, quedando dos herederos menos de la señorita Montressor.

—¡Qué cruel eres! Esas dos muertes fueron espantosos accidentes.

—¡Accidentes! — replicó McTavish con calor. — Por favor, Mary, ten sentido común. ¿Fué un accidente que esos dos llegaran a la Casa Roja ayer e hicieran lo que hicieron? ¿Fué accidente que Jim Sparhawk recibiera un telegrama, dirigido aquí, a una casa donde sólo había venido por una hora, llamándolo diez minutos después de su llegada y que no haya vuelto desde entonces? Y sobre todo ¿fué casualidad que la gata astuta de su mujer dijera en presencia de tu tía: "Oh, no necesita presentarme al señor Amos Mc Tavish. Hace tiempo que lo conozco. Desde antes que el viejo Sandy MsTavish lo adoptara y le diera su nombre, cuando era Amos Kathaway, hijo del pastor de St. Asaph".

—Ello no sabía. No tienes que culparla por eso. Amos, ¿Cómo iba a comprender más que yo? Ambas éramos demasiado jóvenes en ese tiempo para saber nada. Y lo que dijo fué inocentemente.

—¡Oh!.... que se lo cuente a otro — replicó Amos con salvaje risa y luego se volvió a Cleek. — Puesto que ha oído tanto, mejor es que lo sepa todo. Hasta que la esposa de Jim Sparhawk dijo eso, la señorita Montressor me quería mucho. Quería a Mary y había consentido en nuestro matrimonio, prometiendo darle a mi novia bastante para que pudiéramos vivir bien. Bueno, las palabras de Grace Sparhawk, lo malograron todo.

Yo no sabía mucho de mi historia entonces: pero parece que mi padre, mi verdadero padre, — no el adoptivo — el Rev. Arthur Hathaway, había sido el único y verdadero amor de Connie Montressor. Hombre piadoso, creía a las mujeres — y a esta mujer en particular — poco menos que ángeles. Hubiera dado su vida por ella. Pero cuando supo la vida que llevaba, no quiso saber más nada. En vano ella le suplicó y lloró. No la volvió a ver. Usted sabe lo que es una mujer despechada. No hay demonio en el infierno que odie como ella. Cuando Grace Sparhawk la enteró de que era yo hijo de ese hombre, ordenó que me echaran de la casa y juró que no volvería a poner los pies en ella. Ordenó a Mary que me dejara y cuando ella, la querida niña, se negó y los otros, Leonard, Stanley y hasta la Sparhawk le suplicaron, poniéndose de parte de Mary, demostrándole cuan injusto era castigarme por algo de lo que no tenía yo la culpa, se volvió furiosa a ellos y les dijo: "Que hagan lo que quieran, entonces; pero la pagarán. Le doy plazo a Mary hasta mañana por la mañana para pensarlo.

Si no está dispuesta a dejar a ese hombre, romperé mi testamento y no dejaré un céntimo a ninguno de vosotros. ¡Ni una palabra más!

—¡Hu....m...m! — contestó Cleek acariciando su barba. — Y antes de que pudiera romper el testamento fué asesinada. Comprendo... comprendo.

—Claro que comprende. Cualquiera que no esté ciego como Mary, lo comprenderá — estalló Amos. — Ella no ve porque no quiere.

—¡Amos!

—Lo repito, Mary. No quieres ver. Sabes también como yo que Sparhawk y su mujer son los culpables de todo; pero, porque quieres a Grace, cierras los ojos a la evidencia.

—No, no los cierro. ¡Ojalá pudiera! Quiero decir... que no considero esos vagos cargos tuyos, evidencia. Si como quieres hacer creer, Grace y su marido deseaban que el dinero de tía Connie viniera a nosotros...

—Lo digo y lo sostengo.

—Entonces ¿por qué iba a decir Grace a mi tía una cosa que la irritaría contra nosotros?

—Ella no creyó que sería así. Sólo quiso que se volviera contra mí, esperando impedir tu matrimonio, porque tu marido sería un nuevo obstáculo en su camino. No contó que tu tía se volviera contra todos vosotros. Creo que fué para ella un bombazo el giro que tomaron las cosas

—Pero ¿cuando lo tomaron ¡Oh! seguramente tu sentido común te demostrará cuan absurdo es acusar a Grace o a su marido del crimen

—¿Lo es? No tanto Ella tenía que ser asesinada antes de que destruyera el testamento De otro modo se les daba vuelta el pastel Mary, no seas ciega Piensa no solamente cuando fué asesinada la señorita Montressor, si no cómo

—Lo sé — gimió la joven. — La ahorcaron con una cuerda de tripa.

—Muy bien. No te detengas ahí. Sigue y piensa en que se ocupa Jim Sparhawk. Es fabricante de artículos de sport ¿no? Hacen en su fábrica según dijo, más de mil raquetas de tennis. Bueno, las raquetas de tennis tienen cuerdas de tripa ¿no?

Narkon, silencioso, bebía su te, recostado en la silla y dejó oír un silbido suave.

—Y bien, parece señor McTavish que usted acusa a los Sparhawk. ¿Qué dice señor Headland?

—¡Sorprendente! — replicó Cleek. — Eso de las raquetas de tennis es un indicio. Se usan cuerdas de tripa en su fabricación. Se usan también para otras cosas, cuerdas de arpa, de violín, hasta de... arcos. Pero los arcos no los usán más que los pieles rojas. Y

PUCKY

¡Qué hagan lo que quieran entonces! — exclamó ella. — Pero lo pagarán. Ahora salid de aquí y dejadme. ¡Todos!

o creo que haya ningún piel roja en esta olsa de sorpresas.

Narkon lo miró viva, interrogadoramen-e, con perpleja expresión en sus ojos. Com-rendió que aquel discurso, aparentemente in sentido, ocultaba algo. Pero al mismo iempo no sabía a donde quería ir a parar leek y por qué había recalcado aquel "cuer-as de arco". Abría los labios para decir algo, cuando ocurrió un incidente que se lo hizo olvidar.

Sin que se le viera ni oyera, un auto había llegado a la posada; de pronto resonaron pasos apresurados en el corredor y se oyó una voz masculina, emocionada, que decía:

—¡Por amor de Dios, señora Bodstone! Díganie donde podré hallar a mi hermana. Se ha descubierto algo "espantoso". Tengo que verla en seguida.

La señorita Fulgarney se levantó de su asiento y se apoyó con las dos manos en el borde de la mesa. Estaba pálida e inmóvil, con los ojos agrandados, llenos de temor, las mejillas y labios como cera. Luego, al oír otra vez la voz del hombre y al abrirse la puerta del bar, lanzó un curioso grito inarticulado y se dejó caer de nuevo en la silla.

MsTavish y Narkon saltaron de sus asientos y corrieron junto a ella. Cleek no se movió. Se limitó a quedarse sentado, mirando a la joven de rabo de ojo y con su curiosa sonrisa habitual. Luego se dió vuelta de pronto y miró al reción llegado.

IV

Era un joven pálido, como de veinte años, de cabellos rubios y ojos azules, que parecía muy emocionado. Tenía facciones delicadas, de mujer, hombros encorvados y esa deplorable combinación de nervios y escasa vitalidad que se llama "temperamento artístico". Su peinado a lo "Paderewski" decía claro el arte a que el joven se dedicaba.

Cleek estaba preparado a encontrarse con uno de los dos hermanos Fulgarney y comprendió que aquel era Stanley, el músico. Corrió el joven junto a su hermana y fué recibido por un petulante. ¿"Por Dios Stanley, no la moleste! ¿No ve que se ha desmayado"?

Entre los dos jóvenes se cambiaron algunas palabras irritadas. Al fin Cleek intervino diciendo:

—Por Dios, caballeros, es mejor que dejéis de arrojaros barro y vayamos a lo que interesa.

El señor Stanley Fulgarney ¿no? Encantado de conocerlo. Soy George Headland, a cargo de este pequeño asunto del asesinato de la señorita Montressor. De modo que, si no tiene inconveniente, quiero hacerle una o dos preguntas. Le oí decir hace un minuto o cosa así que había venido aquí porque se había descubierto algo importante que su hermana debía saber ¿no es eso?

—Sí — contestó el excitado joven. — Ella debe saberlo; todos tienen que enterarse y particularmente usted, que está a cargo del asunto. Se trata de un vagabundo, señor, que ha detenido la policía local. Un vagabundo que recién se enteró del crimen esta tarde, mientras estaba en Chatterwater Bridge, a unas buenas doce millas de distancia; y voluntariamente volvió aquí y se presentó a la policía, Pretende que no sólo estuvo en las inmediaciones, si no muy cerca de la Casa Roja anoche, en el que él cree ahora exacto momento de la perpetración del crimen. Oyó y vió cosas que creyó debía saber la policía.

—¿Oyó cosas? — preguntó Cleek. — ¿El qué? ¿Usted lo sabe?

—Si, señor Headland, lo sé. Está convencido ahora de que, lo que oyó, era la voz del asesino, gritándole a su víctima, dentro de la casa y en el mismo momento en que el crimen se consumaba.

—¿Gritando? ¿Gritándole? Pues yo había entendido que nadie, en la casa, oyó el menor sonido.

—Yo, por mi parte, nada oí, señor Headland. Y los otros, mi hermana, Wentworth, el chauffeur y Marcela la mucama, juran lo mismo. En realidad nos dormimos tanto y nos sentimos tan mal esta mañana que llegamos a la conclusión de que habíamos sido narcotizados.

—Sí, sí, ya oí decir todo eso — dijo Cleek impaciente. — Haga el favor de volver al punto de partida . Hablábamos del grito. ¿Cómo sabe el vagabundo en cuestión que era la voz del asesino lo que oyó? ¿Qué excusas da el tipo por no haber provocado una alarma en vez de escurrirse, sin decir palabra, hasta una aldea distante doce millas?

—Contestaré primero a la segunda pregunta, hará más clara la primera. El hombre no trata de excusarse. Dice que anoche — las veintidos y cuarto, saltó la baja pared de un "cotagge", como a milla y media de distancia de la Casa Roja. (Estoy seguro que es el "cotagge" del cabo Brunner, por la descripción que de él hace), se introdujo en el gallinero y robó dos gallinas gordas, torciéndoles el pescuezo para poder escapar con ellas, debajo del saco. Pero dice que al penetrar en el gallinero, las gallinas armaron tal alboroto que alarmaron a los habitantes del "cotagge" y él tuvo apenas tiempo de llegar hasta la pared, saltarla y echar a correr, cuando se abrió la puerta del "cotagge" y oyó que alguien salía al huerto, a investigar. El vagabundo estaba seguro de que, a los pocos instantes, el robo sería descubierto y no quiso arriesgar el encuentro de algún policía o gente que viniera por el camino. De modo que se metió por los terrenos de las granjas vecinas, cruzando campos y saltando cercos hasta que llegó al abrigo de un trecho de bosque, a una buena milla de distancia; metióse dentro de una zanja, encendió fuego, desplumó y asó una de las aves y se la comió. Mientras se asaba una de las gallinas, preparaba él la otra para el día siguiente. Ahora, como no le importaba quedarse hasta la mañana en las inmediaciones cuando terminó su banquete se puso a caminar, buscando un sitio seguro donde pasar la noche y siguió la primera senda que encontró, la cual no conducía al camino público. A eso de las veinticuatro se encontró parado en un espacio abierto, a la sombra de un muro de ladrillo que cercaba un edificio aislado, la Casa Roja.

La gran altura del muro y la posición en que estaba, impedíale ver algo de la casa misma, fuera del techo inclinado y las negras siluetas de las chimeneas, proyectadas contra el cielo bañado de luna, de modo que no sabe si alguna ventana estaba iluminada en ese momento o alguna cortina corrida; pero de pronto oyó ruido, como de algo o alguien que cayera pesadamente, acompañado por el más espantoso grito de terror, un grito de mujer; y menos de veinte segundos después oyó otra voz que gritaba, como si su dueño estuviera poseído de gran furia; algo que él entendió así: "¡El infierno para los embusteros! ¡El infierno para los corrompidos! ¡Quieres retractarte o continuar y sufrir el castigo!" Luego oyó como ruido de lucha y después un profundo silencio, durante el cual declara el vagabundo oía latir su corazón.

—¡Hum! — dijo Cleek, frunciendo las cejas; luego oprimió fuertemente su barba entre el índice y el pulgar.

—Asustado, medio enloquecido por aquello — continuó el joven sin hacer caso de Cleek — se dió vuelta, dice, y corrió hasta una distancia de treinta pies, esperando poder ver las ventanas de la casa, por encima del muro, cuando ocurrió algo igualmente extraño. El vagabundo había logrado, trepando a la rama baja de un árbol, para ver lo que había detrás de la pared, divisar la parte superior de una ventana iluminada, en el segundo piso de la casa — la ventana de mi tía, seguramente, porque ella se reservaba todo ese piso — cuando vió algo que

describe exactamente como "un gran brazo y mano de tiza" alzarse y luego ¡zas! la luz se apagó. Pero en aquel mismo instante, como si las dos luces fueran manejadas por la misma mano, otra ventana del fondo del último piso se iluminó de pronto y el hombre vió delante de la ventana con reja la figura de una mujer, toda vestida de blanco, con el cabello en desorden, caído sobre la espalda.

—Grace Sparhawk, lo apostaría — dijo Mc Tavish, alzando la vista de los cuidados que prestaba a su desmayada novia. — Ya dije yo que estaba metida en esto.

—Ha dicho usted muchas otras cosas sin pie ni cabeza — replicó Stanley indignado— Grace Sparhawk no se quedó anoche en la Casa Roja y bien lo sabe usted. Además, la mujer que vió el vagabundo, estaba en camisón, señor Headland, y el hombre la tomó por un fantasma. Porque de pronto, dice, mientras la luz la iluminaba todavía, agitó los brazos y desapareció, como si se hubiera hecho humo — así lo expresa el tipo. — Luego, saliendo quien sabe de donde, flotando aparentemente en el aire, sin medios visibles de apoyo, vió aparecer una vela encendida, la que se movió a través de la habitación y de pronto desapareció, dejando la ventana tan negra como la de abajo.

Asustado, convencido de que la casa estaba embrujada, el hombre saltó al suelo y echó a correr como un gamo. Aquella mujer que se esfumó antes sus ojos y el candelero flotando en el aire eran el tiro de gracia.

—De acuerdo — dijo Cleek, con una de sus torcidas sonrisas. — Sin embargo, la explicación, me atrevo a decirlo, es muy sencilla. La vela estaría sobre una silla o banco, tan bajos que fué invisible para nuestro amigo el vagabundo, cuando la encendieron. Esto, naturalmente, hizo que el traje blanco de la mujer se destacara claramente cuando ella se enderezó y la intervención de su cuerpo dejaría al cuarto mismo en profunda sombra. Cuando "se hizo humo" debe haber sido porque echó encima de su cabeza y cuerpo alguna manta, chal o abrigo obscuro. Y cuando la vela apareció y flotó sola, desapareciendo luego, fué cuando la mujer la levantó de la silla y salió de la habitación para averiguar el motivo del barullo, que la había despertado.

McTavish dirigió a su alrededor una mirada de asombro. Era como si hubiera oído cantar un caballo, el que un individuo, aparentemente tan estúpido como George Headland, dijera esas cosas.

—¡Por los cuernos de la luna! — exclamó impulsivamente. — ¡Pensar que se le haya podido ocurrir a usted eso! — Luego se interrumpió, volviendo a los cuidados que prodigaba a su novia; pero fuera debido a inquietud por el prolongado desmayo de ésta o por otra causa, sus labios habían palidecido y había una expresión de temor en sus ojillos juntos.

Por una milésima fracción de segundo los ojos de Cleek se echicaron hasta quedar convertidos en rayitas, brillando como si fueran de plata bajo los párpados bajos, mientras descansaban sobre McTavish y tomaban nota del cambio operado en su rostro. De pronto un pensamiento luminoso acudió a su mente y la extraña sonrisa torcida se acentuó.

—Importa menos el motivo de la desaparición de la mujer que su identidad — dijo — La posición de la ventana donde la vió el vagabundo debe decidir este punto porque ella dormía allí. Dígame, señor Fulgarney ¿pudo ser la mucama, Marcela, la mujer que vió el vagabundo?

Vió encorvarse los hombres de McTavish y acentuarse su palidez cuando el joven dió la respuesta y comprendió que el "pensamiento luminoso" era acertado.

—No — contestó prontamente Stanley — Marcela no duerme allí. Su cuarto está en el ala que da al camino real.

—¡Hum! Eso descarta a Marcela y usted ha eliminado ya a la señora Sparhawk. ¿Podría la mujer ser la cocinera o la mucana general?

—No las tenemos. Es decir, no duermen en la casa por la noche. Mi tía era muy severa en ese punto. No quería que nadie, fuera de nosotros, quedara en la casa por la noche. Hasta Wentworth, el chauffeur, en quien tenía absoluta confianza, debía dormir en una pieza sobre los establos. La señora Lipworth y su hija Julia, que hacen la comida y demás quehaceres generales, son de la aldea y, terminado su trabajo, se retiran. Y Marcelo es quien cierra la puerta y quien les abre por la mañana.

—Entonces ¿quién duerme en ese piso alto donde el vagabundo vió encenderse la segunda luz?

—En primer lugar mi hermano Leonard; en segundo yo...

—No pregunto por los "hombres". ¿Duerme allí alguna mujer?

—Pues si... es claro. Mi hermana. Por eso vine corriendo aquí, cuando supe la noticia. El vagabundo dice que era la segunda ventana, viniendo del fondo y esa pertenece al cuarto de Mary.

Siguió un corto silencio y luego la voz de McTavish lo interrumpió, como el aullido de un lobo acosado.

—¡Pequeño demonio! ¡Judas! — gritó dirigiendo al muchacho una mirada, mezcla de horror y odio — ¡Atreverse a acusarla! ¡A "ella"!

El muchacho se dió vuelta vivamente con enojado desprecio en sus ojos y en su voz.

—¿Qué diablos quiere decir? — preguntó — No ha hecho usted más que hablar estupideces, McTavish. Demuestre que tiene un poco de sentido común, si puede. Mary no tiene nada que ver con este asunto, así que no la utilice para desahogar su rabia contra mi Cualquiera, que no haya nacido idiota, debe saber que no era "ella', la mujer que el vagabundo vió. Estaba narcotizada, como el resto de nosotros y nada oyó anoche ni se movió de su lecho. Nada supo hasta que se despertó esta mañana. Ella lo dijo así ¿no es cierto? Y me parece bastante.

—"Ella lo dice así". ¡Pequeño perro, hablar de ese modo! — gritó McTavish, pasándose la temblorosa mano por la frente y mirando al muchacho con horror y casi odio — ¿Lo oís, caballeros? El pequeño monstruo es una hebra de candor entre una red de maldades. — Dió vuelta la cabeza y fijó sus mo-

vibles ojos en el rostro, sin expresión de Cleek. — ¿Qué dice, señor Headland? — prosiguió con voz temblorosa. — Yo sostengo que no me equivoqué respecto a la muerte de John y Ethel; tengo razón sobre los motivos que hay en el fondo de todo esto. Pero me equivoqué al señalar la mano que ha dirigido esta diabólica combinación. No solamente se usan cuerdas de tripa para las raquetas de tennis. Ahora sé algo. ¡Por Júpiter, sí! Sé algo 'ahora".

V

O bien el joven Stanley no entendía la alusión a las cuerdas de tripa o era un actor maravilloso.

—Me alegro de oírlo — dijo. — Ya era tiempo; pero si quiere saber mi opinión, McTavish, sospecho que, realmente, sabe usted menos que los demás hombres de estas islas. Pero quizá, si tiene usted suficiente inteligencia y vive lo bastante, aprenderá que la cornamuza no es el primer instrumento ni "Tú eres la Delicia de mi Corazón" representa la última palabra en obras musicales.

Sea cual fuere la respuesta que McTavish hubiese podido dar a esto, no llegó a formularla porque su atención fué solicitada por un débil suspiro de Mary, que volvía al fin en sí.

—¡No se lo digáis! Ella quiere a esta pequeña bestia y por nada del mundo desearía yo que lo supiera — dijo suplicante a Cleek y Narkon, que se habían acercado a ayudarlo con la joven. — Luego su voz fué una especie de gemido. — ¡Mary, querida mía, queridísima! El acento debió tener poder de arrancarla a su obscuridad, porque abrió los ojos y lo miró con débil sonrisa.

—¿Me desmayé, Amos? ¡Qué tonta fuí!— murmuró con voz cansada.

—Es muy probable — contestó Cleek con acento de simpatía. — Me han dicho que nada oyó usted, ni se movió, ni se despertó. ¿Es cierto eso?

—Sí. Me quedé dormida, no bien puse la cabeza en la almohada. Dormí como un tronco toda la noche; tuvieron que sacudirme para que me despertara, por la mañana, cuando vinieron a darme la noticia de la muerte de tía.

—Ahí tiene. ¿No se lo dije? — intervino el joven Stanley, abriéndose paso hacia la joven al oír eso. — Pero hacerle entrar algo en la dura cabeza de McTavish es como horadar una pared de ladrillo. ¿Estás mejor, querida?

Al primer sonido de la voz de su hermano, la joven se había incorporado en el sillón como espantada; sus ojos le dirigieron una mirada de horror y miedo que nunca vió antes Cleek en ojos humanos. Luego se serenó

—¿Qué... qué... dijiste? — tartamudeó. — Sí, estoy mejor. ¿Cuando viniste, Stan? No tenía la menor idea de que estuvieras aquí. Señor Headland, éste es mi hermano Stanley.

—Ya conozco al caballero, señorita. El mismo se presentó a mí. Y hemos estado hablando un rato.

—¿Cree que hay necesidad de que estemos más aquí, señor Headland? — dijo Mary al fin, bruscamente. — Ya sabe usted todo lo que podemos decirle y quisiera volver a casa y acostarme.

—¡Oh!... vaya no más, señorita. Es lo mejor que puede hacer. Lo veré más tarde, señor Fulgarney.

Como esto era una despedida o por lo menos una insinuación para que acompañara a los otros, Stanley se volvió a su hermana, que se había levantado y se apoyaba pesadamente en el brazo de McTavish y la tomó del otro brazo para ayudarla a llegar hasta el auto.

Pero al sentir que su hermano la tocaba, Mary extendió la mano y se recostó contra su novio, como poseída de una especie de pánico... los ojos dilatados de terror. Acababa de abrir los labios para lanzar lo que si — se hubiese formulado — hubiera sido un grito de violenta protesta, cuando se encontró con la mirada interrogadora de Narkon, que la observaba con curiosa intensidad e inmediatamente se repuso y cambió de táctica.

—No... no debes agarrarme tan de improviso, Stan; ya sabes como tengo los nervios.

—¡Qué hermoso es un jardín en Diciembre! Mire estos arbustos Narkon—exclamó Cleek cuando éste oyendo el zumbido del motor del auto se dió vuelta y lo vió junto a la ventana. — No puedo resistir al encanto que me produce la contemplación de las flores. ¿Cree que la señora Bodstone tomará a mal mi curiosidad?

—¡Al diablo la señora Bodstone! — exclamó Narkon con impaciencia. — ¿Usted vió, no? ¿Vió que la joven trató de rechazar la ayuda de su hermano, quiero decir?

—Claramente. Fué un error. Lo comprendió en seguida e hizo lo posible por remediarlo.

—¿Y qué deduce de eso?

—Lo que pensé no bien entró ella aquí. — La señorita Fulgarney podría contarnos algo... si quisiera.

—¿Cree entonces, que sabe algo del asesinato?

—Indudablemente, si nuestro amigo el vagabundo, dice verdad. Y juraría yo que así es. Apostaría cualquier cosa que la mujer que vió fué la señorita Fulgarney y el motivo de que la vela y ella desaparecieran tan misteriosamente es que oyó aquel horrible grito y bajó para investigar.

Tres minutos más tarde, arreglada la cuenta, el auto en la puerta, la señora Bodstone daba vueltas entre sus manos un billete para un joven llamado Dixon, que debía venir más tarde. Los dos agradables clientes se despidieron y el trabajo de descifrar el enigma de la Casa Roja empezó al fin.

—Narkon, — dijo Cleek, tomando asiento junto al superintendente — he hecho un importante descubrimiento.

—¡Canastos! ¿Ya? ¿Qué diablos es, viejo?

—Que la señora Bodstone no usa botines con tacones cuadrados — contestó alegremente Cleek. — ¡Un fósforo, por favor!... Estoy rabiando por fumar.

(Continuará)

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

¡DEJELO! — El Calvo al hablar le tiraba del brazo. — Déjelo! Se acerca gente al rompeolas y nunca tendremos tiempo de llegar al aeroplano hasta allí. ¡Venga! Incendiaremos el que tenemos. Buscad el alambre de contacto y cuando lo encontréis estableced la comunicación.

Sin un segundo de vacilación los dos echaron a correr detrás de Atlee. John Henry había dejado caer el alambre de contacto en la arena cuando corrió hacia el aeroplano de Punson y sabía que ahora, en la obscuridad tendría dificultad para hallarlo. El Calvo lo encontró, sin embargo, a los pocos segundos; unió los dos alambres con manos temblorosas. Se produjo una llamarada, una explosión y el rompeolas se partió formándose una brecha de veinte pies de anchura, en el mismo instante en que una partida de hombres armados, de la costa, llegaba junto a él.

—Ahora, a hacernos humo — dijo el Calvo. — Lo mejor es dirigirnos al aparato de Punson y sacar los explosivos. Luego podremos subir a él los tres.

John Henry, sin embargo, señaló al Titán que se hundía y movió negativamente la cabeza.

—Tengo una idea — dijo rápidamente.— El raid es un fracaso. El viejo barco no ha llegado a las puertas del muelle y no causará daño alguno, hundiéndose donde está. Pero ¿véis ese casco arrumbado, allí? La corriente es fuerte ahora y, si pudiéramos soltarlo, sería llevado por ella contra las puertas y las abriría. El golpe lo hundiría. Y la obstrucción se conseguiría igualmente.

El Calvo no perdió tiempo en aprobar la idea. Simplemente sentóse en la arena y empezó a quitarse los botines mientras John Henry y Punson lo imitaban. Luego los tres echaron a correr, se metieron en el agua y nadaron hacia el barco arrumbado que estaba como a cien yardas de distancia.

El Calvo fué el primero en encontrar la cuerda de proa y se detuvo jadeante.

—El mejor nadador de vosotros dos que vaya a popa y vea si puede hallar la amarra de allí. El otro que venga conmigo. Si hay alguien a bordo, distraeremos su atención.

—Yo iré — dijo Punson. — Mi otro apodo es Arenque. ¡Arriba, compañeros! Hasta luego. — Y se perdió en la obscuridad.

Naturalmente no había a bordo un alma, ni nadie vió o sospechó lo que intentaban hacer. El combate era encarnizado y la destrozada proa del Titán se hallaba ya bien debajo de la superficie del agua.

Flack, en la ancha a motor, recogía los sobrevivientes a sotanvento del barco náufrago, mientras que el Ajax, semi hundido también, arrojaba sus cuerdas de enganche contra el rompeolas exterior.

El Calvo trepó por la cuerda de proa, como un mono blanco, en la obscuridad intermitente. John Henry lo siguió y los dos llegaron a cubierta, correando agua, sin hallar a nadie.

—Baja al castillo de proa — jadeó el Cal-

vo. — Si hay alguien estará ahí, para protegerse de las granadas. Además, encontraremos algún hacha en el depósito del contramaestre.

Sus palabras resultaron ciertas, porque mientras John Henry bajaba chorreando agua la escalera, un marinero alemán saltó sorprendido de su litera y extendió su mano hacia un revólver que estaba sobre la mesa.

Cayó hacia atrás, al saltar sobre él John Henry y no volvió a moverse.

El Calvo corrió por un angosto pasillo, abrió una puerta con el hombro y encontró el depósito como esperaba. En su sitio, colgaba una hacha brillante; el Calvo la bajó y volvió a cubierta, seguido por John Henry que arrastraba al marinero desmayado por los hombros. Si tenían la suerte de poder hundir el viejo casco, no era justo dejar a bordo de él un hombre sin sentido.

Arriba, el Calvo estaba ya trabajando. Con poderoso esfuerzo de sus pequeños y vigorosos músculos pasó el filo del hacha por la fuerte amarra hasta que se partió. Luego corrió a popa y llegó a tiempo para ayudarlo a subir a Punson que trepaba por la popa. El cortar la amarra de allí fué cosa de segundos e inmediatamente el casco empezó a moverse. La fuerte corriente lo había agarrado y lo llevaba velozmente contra las puertas del muelle.

El Calvo y Pato de Charco lanzaron un hurra, con voz ronca, y fueron a proa a buscar a John Henry. Este estaba ya ocupado. En el depósito del contramaestre había hallado un par de tambores de parafina, los había abierto y la desperramaba sobre cubierta.

—¿Qué se propone? — preguntó Pato de Charco? — ¿Qué demonios está haciendo?

John Henry se volvió a él, brillante su monóculo. Era, dicho sea de paso, la única prenda que tenía puesta y el efecto resultaba sorprendente.

—Viejito querido, — contestó. — El sereno tenía un fuego de coke en el castillo de proa. Dormía como un buen asno y lo he traído aquí. Podemos desparramar el coke encendido sobre la parafina y cuando este viejo casco choque contra las puertas del muelle estará ardiendo tan fieramente que iluminará la escena. ¿No le parece una idea brillante?

El Calvo se echó a reir; corrió abajo inmediatamente y con ayuda de Punson trajeron el brasero a cubierta. Luego se retiraron a distancia prudente, arrastrando al marinero desmayado con ellos y tiraron el brasero encendido en medio de la parafina.

La llamarada se extendió prontamente y los tres aventureros se corrieron lo más posible lejos del fuego, apoyándose contra la barandilla de popa para contemplar la hoguera.

Como veinte galones de parafina ardían fieramente y la vieja madera de cubierta añadía combustible a la fogata. Ahora empezaban a llover balas sobre la cubierta y una granada estalló desagradablemente cuando los de la costa vieron aquel repentino e inesperado peligro. Pero era demasiado tarde.

—¡Bueno! — dijo el Calvo, inclinándose hacia abajo y agarrando al desmayado sereno por los hombros. — Todo ha salido espléndidamente. — Agarrad a este tipo por las piernas. El agua lo hará volver, probablemente, en sí y, de todos modos, hay que darle la oportunidad para que se salve. ¡Vamos! Tenemos que llevarlo.

El marinero fué descolgado por la barandilla de popa, mientras los tres lo sostenían; pero, cuando volvió a la superficie del agua, después de una poderosa zambullida, se movía débilmente. Para este tiempo ya los tres aventureros pataleban también en el agua y llegaron uno por uno a la superficie, mientras el casco era arrastrado por la corriente, lejos de ellos hasta que chocó con estrépito contra las puertas del muelle. Su peso las echó abajo, como si hubieran sido de papel.

Se quedó allí atascado, ardiendo furiosamente y extendiendo el fuego todo alrededor. El choque le había abierto un gran rumbo, debajo de la línea de flotación y grandes nubes de vapor se levantaron cuando se hundió, a los pocos momentos. Por fin la base de Kneup quedaba obstruída.

Inglaterra se había librado de perecer de hambre.

El Calvo guió hacia la playa, sin perder de vista a los otros dos, agachándose instintivamente cuando las balas de cañón trazaban un surco rojizo, porque los furiosos artilleros buscaban en la obscuridad a los tres hombres que habían convertido el fracaso en éxito. Pero objetos tan pequeños, como tres cabezas en la obscuridad, no son fáciles de encontrar y por último llegó el Calvo, tambaleándose, a la playa; vió que los otros dos lo seguían a la arena.

—¡Seguid! — gritó Agachaos, hijos míos. Mirad, allí, está todavía el aparato. No se han apoderado aún de él y tenemos una esperanza.

Corrió, haciendo eses, por la arena, hasta el único Fokker que quedaba, con sus dos compañeros pegados a los talones. El Calvo saltó al aeroplano, buscó a tientas dentro de él.

—Ocúpate del motor, Pato de Charco. Establece el contacto mientras yo saco esto. Eh, John Henry, agárralo, mientras yo te lo voy pasando y, por amor de Dios, no se te vaya a caer.

Sacó, mientras hablaba, un tarro cuadrado y se lo alcanzó cuidadosamente a John Henry que lo tomó con las mismas precauciones y lo dejó a unas yardas de distancia. Extrajo el Calvo como dos docenas de aquellos paquetes, de entre los recovecos de la cola y de abajo del asiento del piloto. Luego situose ante los controles.

—Creo que eso es todo — dijo jadeante — De cualquier modo, no puede quedar mucho y es el peso lo que más me preocupa. ¿Estás listo, Pato de Charco?

Punson se bajó del motor y agarró las hélices.

—¡Larga el gas! — gritó — Ahora va a toser y si no parte... juro que nunca más volveré en un Fokker.

Pero entonces el motor funcionó con un rugido y Punson trepó, sentándose sobre el

Apenas el aeroplano fugitivo se elevó sobre el mar, una explosión lo partió en dos.

fuselaje y metió sus pies por detrás de la espalda de el Calvo.

Luego cayó en el regazo de el Calvo cuando éste se achicaba para hacerle sitio.

¡Cielos! — exclamó — Este coche no fué hecho para levantar tres. Si lo hace, nunca lo creeré.

El Calvo y John Henry pensaban lo mismo.

El motor rugía con toda su fuerza y la pesada máquina empezó a dar, lentamente, barquinazos sobre el barro. El Calvo dirigió en línea recta por la faja de arena hasta encontrar suelo más duro y mientras lo hacía la velocidad aumentó. Con el corazón en la boca, el Calvo extendió la mano por detrás de la pesada forma del teniente Punson y movió la barra atrás. Lanzó un suspiro de alivio, al sentir que despegaban.

No se atrevió a subir verticalmente. La playa se empinaba con brusquedad y él sabía que las ruedas del tren de aterrizaje no distaban más de cuatro o cinco pies del suelo, de modo que dió una vuelta, casi plana, hasta que estuvo sobre las aguas del puerto.

Gradualmente, por pulgada casi, ganó altura hasta que estuvo en la abertura del rompeolas, mientras las balas pegaban furiosamente en las alas y vigas.

Luego salió al mar y la obscura forma de la nave almirante apareció cercana.

En su lancha a motor. Flack recogía a los sobrevientes del inundado Ajax.

El plan original había fracasado, doscientos valientes oficiales y tripulantes habían perdido la vida; pero, a pesar de todo, Kneup quedaba obstruído gracias a la audacia de tres hombres que ahora volaban en un aparato absurdamente cargado hacia el Devon. Ya había sonado la llamada para volver y cuando Flack hubiera traído abordo al último sobreviviente, la nave almirante partiría hacia donde la esperaba la flota cincuenta millas al sur.

El Calvo suspiró acomodándose lo mejor que pudo.

—Pato de Charco, — dijo — no me gustan los malentendidos; de modo que vamos a aclarar una cosa. ¿Quién maneja este aeroplano, yo o tú?

—No sé — rió el teniente Punson, moviéndose para dejar al otro más libertad en el manejo de los controles. Pero ¿qué importa? Todo va lo más bien.

—¡Nunca lo hubiera dicho!

Porque, de pronto, el aeroplano se partió en dos, envuelto en una llamarada. Había quedado un tarro de explosivos sin que lo

advirtiera el Calvo y Funson, al moverse empujó con el codo el alambre de contacto.

La explosión se realizó bien en la cola, como a dos pies de la espalda de John Henry. Este describió una graciosa curva sobre el aparato y cayó con un tremendo "¡plaf!" al mar.

Afortunadamente para los dos que quedaban, todo el fuselaje había sido destrozado y el asiento cayó hacia atrás, mientras lo que quedaba de la proa del Fokker caía de cabeza al agua.

Cuando el Calvo volvió a la superficie, miró aturdido a su alrededor, buscando a sus amigos. Vió salir a Punson a diez pies de distancia. John Henry apareció casi inmediatamente y el Calvo se tragó un buche de agua salada, porque la vista del monóculo lo hizo reír.

Los de la nave almirante habían visto, sin embargo, la espectacular explosión y se envió un bote para recoger a los aventureros. Uno por uno fueron llevados abordo.

EL RAID

El Mayor Calvo Atlee estaba parado en el umbral de la puerta de su oficina y se dirigía a sus alegres muchachos. Era poco después de la puesta del sol, en el famoso aeródromo de los "Angeles", al norte de Francia, año 1917.

Treinta y ocho meses y un día habían pasado desde que la guerra estalló en el mundo. Habían muerto miles de hombres en las destrozadas llanuras de Francia y Bélgica. Algunos, como el Calvo, podían contar el cuento, aunque habían estado desde el principio en los sitios más peligrosos de la contienda. Pero pocos se habían formado por sí mismos un nombre tan famoso como el Calvo Atlee.

Americano de nacimiento, estaba en Inglaterra al declararse la guerra y se incorporó enseguida al Cuerpo Real de Aviación. Poco después fué nombrado segundo jefe de la vieja escuadrilla 21, que había recibido, debido a sus gloriosas hazañas, el apodo de "Angeles del Infierno".

Toda esa escuadrilla había, sin embargo, desaparecido, con excepción de tres de sus miembros, durante un audaz raid sobre las líneas alemanas. Luego el Calvo Atlee fué ascendido al grado de mayor y se le dió el mando de una nueva escuadrilla.

El viejo nombre lo siguió y ahora se llamaba a la escuadrilla de Atlee "Angeles de el Calvo".

Ese anochecer de Noviembre, los "Angeles" estaban agrupados alrededor de el Calvo, escuchando lo que éste tenía que decirles. Todos vestían trajes gruesos de cuero, de aviadores, y sus once Camels, de un asiento, estaban reunidos en el aeródromo.

—El nuevo número de "Comic Cuts" acaba de llegar — decía el Calvo en esos momentos. "Comic Cuts" era el apoyo dado a las órdenes que tenían que circular por todo el aeródromo.

—Desde hoy — prosiguió el jefe de los Angeles — tenemos que volar bajo y darle a Fritz la vida difícil, detrás de las líneas. Empezaremos esta noche. Pasa esto. Hace algunas semanas, como sabéis todos, los nuestros realizaron un gran ataque e hicieron retroceder a Fritz más de una milla. Esto nos ha dado un trozo de terreno alemán que tenemos que asegurar para nuestros muchachos. Pero pasará otra semana antes de que podamos fortificarnos en la posición que hemos conquistado. Y Fritz sabe eso.

—¡Inteligente Fritzito! — dijo el joven Johan Henry Dent, empañando con el aliento su monóculo y limpiándolo con un pañuelo de seda que tranquilamente sacó del bolsillo de un joven oficial que estaba junto a él. Siempre tiene ideas brillantes; pero se excita con frecuencia y se vuelve molesto, si no se le sujeta con mano firme.

Dió un paso rápido a un costado, cuando el dueño del pañuelo intentó recobrar su propiedad y el Calvo miró a los dos algo fastidiado. Le dijo ásperamente al dueño del pañuelo de seda, que no era otro que su propio sobrino.

—Ya tienes bastante edad para saber cuando es hora de jugar y cuando no. Cuádrate, Bud, amigo mío y déjate de hacer tonterías cuando estoy hablando.

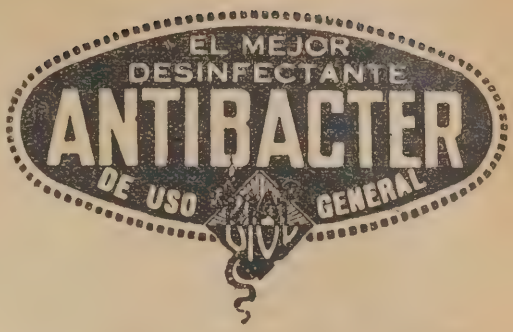
Bud Atlee hizó una profunda inspiración y miró, frunciendo el ceño, a John Henry, quien le devolvió el pañuelo. Ambos se pusieron malhumorados porque era bien conocida la severidad de el Calvo con Bud. El pequeño comandante del escuadrón era el jefe más bueno y justo del mundo; pero se creía obligado a mostrarse áspero con Bud para que los otros no fueran a creer que Atlee hacía distinciones con su joven pariente. Atlee odiaba el favoritismo en todas sus formas.

—Ahora, bien, — prosiguió — si las payasadas han terminado, continuaré. Como dije, Fritz sabe que no estamos en una posición fuerte, aunque hayamos hecho un gran avance.

Así que proyecta un gran contra-ataque, mientras las cosas están embarulladas de nuestro lado. Si logra realizarlo, nuestros muchachos se exponen a perder el terreno ganado. De modo que el ataque de Fritz no tiene que producirse ¿comprendéis? Nuestra artillería los va a espolvorear, desde atrás de las líneas, todo el día y toda la noche. Por nuestra parte, tenemos que trabajar en la obscuridad, porque es lo más probable que Fritz aproveche las sombras para operar. Hay que volar bajo y tirar contra todo lo que veamos. Tenemos que obstaculizar sus transportes, incendiar sus arsenales etc., etc. Ahora que he largado el rollo, arriba. Manteneos en formación, a menos que yo dispare una estrella roja O. K.

Saltó del umbral y el grupo se dispersó, dirigiéndose a donde aguardaban los aeroplanos, cuyos mecánicos calentaban los motores.

John Henry y Bud marchaban juntos... el último ligeramente sombrío; Dent con un



poco de remordimiento. Los dos eran muy amigos y habían sufrido juntos muchas aventuras. En aquel momento, le pesaba a John Henry haber sido causa de que reprendieran a Bud; pero el tema era delicado y prefirió no tocarlo.

Bud lo hizo, sin embargo y habló con voz sombría, en la cual se advertía el acento de Kentucky.

—Decididamente tengo mala pata. No pasa nada aquí, en la escuadrilla, que tío no me haga pagar a mí el pato. Sé que no lo hace con mala intención; pero a veces me da rabia. ¡Mirá! Preferiría recibir un bayonetazo en un ojo que oírlo hablarme como me habló.

—Oye, pimpollito, yo tuve la culpa de todo. Y lo siento mucho. Le hablaré a el Calvo cuando volvamos.

Bud llegó a su aeroplano y se detuvo con un pie en el escalón.

—Escucha, hermano, — le dijo — si haces semejante cosa, te daré tal puñetazo en el hocico que irás a parar a una distancia como para que haya que gastar un dólar, si se desea enviarte una postal. No quiero pedirle favores a tío Calvo y menos que crea que me quejo. No, hijo, seguiré aguantando y cuando tío vea que me lo he tragado todo sin protestar, comprenderá que no pretendo me distinga con sus favores. Entonces quizá me tratará como un ser humano y no como si fuera yo un asaltante escapado de Sing Sing.

Bud sonrió.

—Eso mismo. Puedo añadir también que, si lo haces, te encontrarás rodeado por seis abrazaderas de metal y una placa donde estará escrito tu nombre, es decir un ataúd. ¡Me explico claro!

—Naturalmente — contestó John Henry — ya me lo habías hecho entender tan bien que no había necesidad del añadido. Adios, mi sonrosado Bud, y manten en alto la cola. Recuerda que piedra que rueda no junta moho.

Con aquella enigmática observación. Dent llegó a su propio aparato y se instaló ante los controles en momentos en que el Calvo daba la señal de partida.

Inmediatamente once de los motores más grandes que se habían fabricado hasta entonces lanzaron su poderoso rugido y los mecánicos se dispersaron en la obscuridad, mientras la corriente de aire producida por las hélices hacían aletear las lonas de los hangares. Lentamente al principio, pero aumentando su velocidad, las once máquinas, chatas, siniestras, se perdieron en la sombra, brillando sus escapes como una batería de cometas.

Luego, repentinamente, la obscuridad se los tragó, mientras se elevaban y subían, ampliamente, entre la ligera brisa. El zumbido de los motores se fué debilitando.

¡Los Angeles se dirigían a pelear con el enemigo!

El Calvo llevó su escuadrilla hasta una altura de 500 pies en las cinco millas que separaban el aeródromo de la línea de trincheras. Era peligroso volar tan bajo, sin una luz que diera idea de los contornos del suelo; pero a el Calvo no le preocupaba. Conocía aquella comarca como la palma de su mano y hubiera podido volar sobre ella con los ojos vendados. Las líneas británicas y alemanas se distinguían claramente por el estallido ocasional de una granada o por la blanca luz de alguna bomba luminosa. El único peligro que había que evitar era confundir las trincheras propias por las del enemigo y castigar las primeras, en vez de las segundas.

El Calvo sonrió ligeramente, para sí, y bajó más aún. Una de las estrellas de las bombas luminosas le había mostrado un brillo de acero bruñido, como a una milla o cosa así de las trincheras alemanas. Aquello significaba que tropas o cañones estaban en movimiento y el Calvo pensaba hacerlos moverse más a prisa dentro de poco.

Descendió como a cincuenta pies del suelo y enderezó, seguido por su escuadrilla en formación perfecta, semejantes a fantasmas que escupían llamas. Luego abrió el fuego y, mientras sus dos ametralladoras disparaban, oyó a su alrededor un tableteo, indicador de que sus muchachos tiraban también. Abajo, una larga columna de hombres se interrumpió y dispersó en la obscuridad, metiéndose en los pozos de metralla, a cada lado del destrozado camino, en un desesperado intento de librarse de aquella lluvia de plomo.

Con rugido estremecedor, la escuadrilla siguió su camino, dejando un rastro siniestro de figuras inmóviles abajo. Pero, mientras los Angeles subían empinadamente, el Calvo sintió de pronto que su ala derecha sonaba e hizo un vertiginoso viraje, con los nervios en tensión.

Alguien le había tirado y no desde el suelo, si no desde el aire. En alguna parte de la obscuridad había un aparato alemán, el que acababa de lanzar una lluvia de plomo que casi estuvo a punto de terminar la carrera del mayor Atlee.

El Calvo miró a su alrededor, mientras su escuadrilla viraba con él; pero nada pudo ver. El cielo estaba muy nebuloso y el aeroplano alemán se había perdido, como la clásica aguja en el pajar.

Luego reapareció de pronto y con él varios otros. Una pequeña y doble estrella brilló en la obscuridad, cincuenta metros a la derecha del Calvo. Media docena de estrellas

más aparecieron en el mismo segundo y tanto Bud como John Henry saltaron convulsivamente en sus asientos.

Las balas silbaban en derredor de sus aparatos con rapidez alarmante e imprevista y mientras John Henry movía la barra del timón, sabía que los alambres de control habían sido destrozados. La parte posterior del fuselaje de Bud estaba también destrozada y la tela aleteaba, hecha tiras.

Entretanto, el Calvo tenía sus ojos fijos en aquella escuadrilla alemana y viró, lanzándose sobre ella como un gato salvaje. En el mismo instante agarró la pistola Verey, que estaba sujeta con una abrazadera a su lado.

—¡Merecería que me cortaran las orejas por idiota! — murmuró. — Debí esperar esto. Fritz es demasiado astuto para dejarnos seguir adelante en un raid como éste. Sabía demasiado bien que íbamos a volar bajo y mandó sus pájaros a nuestro encuentro. Sólo espero que ninguno de mis muchachos haya sido alcanzado.

No se atrevía a mirar detrás suyo para cerciorarse, porque sabía que una vez que apartara sus ojos de la escuadrilla alemana la perdería de vista. Luego el enemigo tendría la ventaja y él no sabría de que punto llegaría el próximo ataque.

El Calvo levantó la pistola por encima de su cabeza y disparó una estrella roja en la obscuridad, como señal para que los suyos rompieran la formación.

Si Fritz buscaba camorra... bueno, la hallaría.

Con todo, pensándolo bien, era lástima que las cosas tomaran ese giro. Los "Angeles" debían estar ocupados en molestar a la infantería alemana en vez de trabarse en "pelea de perros" con los aeroplanos enemigos.

Bud y John Henry vieron la señal; pero siguieron detrás de el Calvo por unos segundos. Ambos sabían que el jefe, con su habitual arrojo, se dirigiría directamente al centro de la escuadrilla alemana, para tratar de dispersarla. Y querían estar a su lado cuando lo hiciera.

—Hoy es cinco de Noviembre, día de los Fuegos Artificiales — murmuró John Henry para sí — de modo que hay que lanzarle a Fritz algunos busca-pies. Y yo tengo que cuidarlo al joven Bud. El idiota anda buscando la oportunidad de lucirse en las mismas narices de el Calvo. Se romperá el cuello o recibirá una bala en un ojo. ¿Qué molestos son estos líos de familia!

John Henry tenía razón. Bud siguió a su tío, mientras éste volaba sobre la escuadrilla alemana y luego bajó sobre ella, cuando dieron vuelta. Pero después, con horror de John Henry, el muchacho, en vez de hacer fuego y subir, como lo hizo el Calvo, siguió bajando y se metió en el mismo medio de la escuadrilla enemiga.

John Henry siguió a su amigo tan de cerca como pudo. Le sorprendió sentirse incapaz de hacer otra cosa, por un lado; por otro estaba resuelto a mantenerse cerca de Bud, hiciera éste lo que hiciera.

Es difícil saber que habrán pensado el comandante alemán y sus pilotos al ver aquellos dos aeroplanos británicos que se metían entre ellos, escupiendo balas. Uno de ellos dejó de pensar en seguida, desplomándose sobre sus controles, mientras el motor despedía una llamarada y el pequeño Fokker rojo bajaba vertiginosamente en espiral. Dos de los otros Fokkers dieron media vuelta y luego bajaron, resueltos a dar a los intrusos una lección.

En ese momento, John Henry y Bud subían uno junto al otro, y ahora los cuatro aparatos se encontraron frente a frente. Cuatro pares de ametralladoras dispararon y cuatro descargas se cruzaron en la obscuridad.

John Henry sintió caer una viga de la derecha y la barra de control moverse convulsivamente en su mano. Bud siguió subiendo, ileso; en cambio el aparato a quien había tirado, perdió la hélice en una lluvia de fragmentos y poco después se precipitaba a tierra.

El otro aeroplano alemán bajó en tirabuzón unos cien pies o cosa así, mientras su piloto trataba de recobrar los sentidos, aturdido por una bala de la ametralladora de John Henry. Cerca del suelo enderezó; pero Bud había hecho el loop y descendía sobre él como un halcón. Menos de un minuto después, el aeroplano alemán era un montón incendiado, en el suelo.

Entretanto, John Henry se las veía negras. Su aparato estaba casi fuera de control y sólo podía volar con gran dificultad. Y lo peor era que había perdido de vista a Bud. Pero como su motor y su tanque de nafta estaban intactos y sus cajas de municiones bien cargadas, siguió en el combate, porque era ley no escrita entre los "Angeles" no retirarse mientras la hélice funcionara y hubiera con qué tirar.

John Henry ganó altura con dificultad; subió unos mil pies y vió que a su alrededor, en la obscuridad, se libraba una encarnizada batalla aérea. Abajo, tres máquinas incendiadas, demostraban que los fuegos artificiales continuaban. Pero, en la obscuridad era imposible distinguir si se trataba de amigos o enemigos.

Para ese tiempo empezaban también a funcionar los cañones anti-aéreos alemanes.

La guerra es negocio despiadado y las autoridades enemigas sabían que era necesario despejar el cielo a toda costa, para proteger las operaciones de tierra. Por consiguiente hacían fuego a ciegas, en la esperanza de que fueran los británicos y no sus propios hombres las sacrificados.

Más aun, lanzaban unas granadas muy conocidas por los aviadores británicos y bastante aborrecidas también. Una de ellas estalló a cincuenta pies de distancia de John Henry y formóse un cordón de llamitas verdes, que colgaban de un alambre, y fueron bajando gradualmente. Al bajar, las llamitas oscilaban como bujías romanas, enviando una lluvia de fósforo verde, destinado a incendiar cualquier aparato que tocaran.

—¡Cebollas ardientes! — exclamó John Henry y movió hacia atrás su barra de control para poner su aparato vertical y subir, alejándose de aquellos peligrosos fuegos de artificio.

(Continuará)

LA CASA DE LAS MIL DELICIAS

Por STEPHEN A. REYNOLDS

(Continuación)

AQUI tienes, hijo — dijo tendiendo a Shea el papel que había cubierto en parte con signos, — el pago de la fruta que me ofreciste. Lleva este papel al banco de Hen Tee Tsong, en Ningpo Road. Pagarán al ver mi firma.

Coloca el dinero que te den con uno de los banqueros de tu raza. Y luego haz con él lo que quieras. Compra a tu muchacha, la mejor de la tierra, conquista su corazón rápidamente. Y cuando necesites más dinero, acude a mí. Porque hasta mi última moneda la compartiré con el hijo de mi amigo.

Con dedos torpes, de mala gana, sin saber casi lo que hacía, Burton Shea agarró el papel y examinó las signos pintados en él.

—¡Cielos! — exclamó. — ¡Un cheque a mi favor por un millón de taels!

Un tsel de plata, en ese tiempo, valía algo más que dos chelines y seis peniques.

Comprendió rápidamente Burton Shea que tenía en su mano una fortuna superior a ciento veinte mil libras. Esta suma, aunque no se aproximaba a la riqueza de Franklin Post podría, con el conocimiento que tenía Shea de la China, ponerlo en el camino de ganar mucho dinero.

Había campos de petróleo para explotar, minas; muchos importadores habían, lo sabía Shea, doblado el capital en menos de un año.

Luego su clara concepción de lo que era correcto y lo que no, se sobrepuso en sus pensamientos. No podía recibir dinero por el favor que su difunto padre había hecho en un tiempo a aquel chino. Su padre no hubiera aceptado paga por un acto de caridad. Y ¿cómo podía él, su hijo, hacerlo?

—Temo — balbuceó — que usted no me comprenda; pero no puedo aceptar este dinero. No fué eso lo que vine a buscar.

Shea devolvió el papel amarillo y puso un instante su mano en el brazo de Sheng Kung Pao, cubierto por la flotante seda de su túnica.

—Quiero que sepa cuanto se lo agradezco — continuó — y que no vaya a ofenderse por mi rechazo. No puedo aceptar. Eso es todo. Si mi padre viviera, no aceptaría dinero de usted en su beneficio personal. Yo tampoco debo hacerlo.

Extrañamente conmovido, Sheng Kung Pao agarró la mano que descansaba en su brazo.

—No es nada, hijo mío — declaró — Hablando con franqueza, no conozco mi propia fortuna.

Tengo almacenes llenos de sedas y maderas finas. Inmemorables campos en las montañas y en el valle. Tengo también oro y plata en todos los bancos de confianza de esta tierra.

Ese millón de tsels no es nada para mí. Siempre he dado a otros parte de esa riqueza, que se me acumula antes de que tenga tiempo para gastarla. Y ahora quiero que tú goces de ella. Y más puedo darte, si necesitas. No lo hago en pago de la caridad de tu padre. Todo lo que en el mundo poseo no podría saldar esa deuda. No es un pago, hijo mío. Tómalo como un recuerdo, como un regalo.

Nuevamente tendió Sheng Kung Pao el papel amarillo a Shea y nuevamente lo rehusó éste.

—No puedo — dijo con firmeza. — Y es mi última palabra sobre el asunto.

Con gran pesar comprendió el anciano que por más que dijera, no lograría hacerle aceptar el dinero. Aún cuando se lo ofreció en calidad de préstamo, Shea se mantuvo firme.

—Quiero su amistad, señor, su amistad y su consejo. Si es posible, trate de pensar en algún medio legítimo de que pueda yo ganar dinero rápidamente. Nada entiendo de finanzas o compra de valores. Pero para ganar el amor de la mujer que amo, tengo que aprenderlo. Volveré, señor y le agradezco en el alma el...

—¡Quédate! — dijo el anciano levantando la mano — Tengo un plan.

Shea se volvió a sentar y observó a Sheng Kung Pao que cavilaba, dando vueltas y más vueltas en su mano al cheque amarillo. Al

oír ruido de pies calzados con sandalias, ambos hombres se dieron vuelta y vieron entrar a la nieta eurasiana. La seguía Georgette, una Georgette sonriente, en paz con el mundo, y Shea se puso de pie.

—Déjame hablarte, hijo, de las arenas negras, cargadas de oro, de Kai-feng — dijo bruscamente Sheng Kung Pao.

Shea aguzó el oído al oír mencionar las arenas de oro, porque su historia, la aparente imposibilidad de trabajarlas, había circulado por la colonia por espacio de muchos años. Al extremo de la biblioteca, las jóvenes desaparecieron en un rincón donde sabía Shea había estantes, llenos de revistas ilustradas.

—¿Conoces la historia de la compañía británica que quería dominar el recodo del río? — prosiguió Sheng Kung Pao.

Shea asintió.

—De un modo general. Es el sencillo caso del taotai feudal, que domina el distrito rehusando absolutamente permitir a ningún extranjero que trabaje las arenas. Y, o bien los chinos no son emprendedores para organizar el trabajo y dragar el rico recodo del río o bien el taotai de Kai-feng tiene más oro del que necesita. Odia las razas blancas, sus religiones, sus ferrocarriles y todo lo que con ellas se relaciona.

Eso es todo lo que he oído y también que un sindicato británico ofreció al taotai una fortuna por un año de concesión para trabajar el depósito.

—Tu información es cierta — concedió Kung Pao — El taotai es inmensamente rico, no es avaro y no desea explotar en su provecho las arenas. Prefiere que el oro permanezca allí hasta el fin de los tiempos con tal de provocar y fastidiar a los británicos.

Hay que considerar ahora la riqueza del depósito y su extensión.

Se ha calculado que, con aparatos modernos, el primer año podría sacarse no menos de cuarenta "piculs" de polvo, de oro limpio, por mes.

Burton Shea casi gritó al hacer un cálculo mental. Un "picul", de aproximadamente ciento treinta y tres libras, valdría casi diez mil libras esterlinas. Cuarenta "piculs" serían cuatrocientas mil libras por mes. Doce meses de explotación de las arenas de aquel río de oro significarían cuatro millones y medio de libras para los afortunados concesionarios. No era extraño que el sindicato británico se mostrara tan ansioso por obtener la concesión.

—Año tras año, — continuó tranquilamente Sheng Kung Pao — la producción iría disminuyendo, a medida que se explotaran las arenas más ricas. Pero dos de los principales ingenieros de minas han afirmado, por su honor, que había trabajo por lo menos para diez años. Y que podría extraerse oro por un valor de veinte millones de libras esterlinas.

Sheng Kung Pao cesó de hablar y cerró los ojos, pensativo. Shea estaba profundamente interesado; pero no sabía a que conduciría todo aquello. ¿Qué tenía que ver su anciano amigo con las arenas de Kai-feng? ¿Y como podría relacionarse él mismo con el asunto?

Pero ahora el anciano había abierto nuevamente los ojos y sonreía. Pensativo, torcía entre sus dedos el bordo azul de su túnica y, después de un instante, miró á Shea.

—Mi joven amigo, — dijo — cada hombre tiene en la vida algo que valora sobre todo lo demás. Para conseguir eso, sea una mujer, una joya, un libro y hasta una flor rara, sacrificará lo que desea menos. De modo que no es necesario ser filósofo para saber que podría conseguirse una concesión de mi amigo Tien Jing, el taotai de Kai-fang, si encontráramos, para él, algo que valga más que su odio por los hombres de tu color.

Y se me ocurre que se de algo que ha perdido y que daría su sangre por recobrar.

Shea era todo oído, lo dominaba una gran nerviosidad. Comprendió que uno de los hombres más sabios de Oriente estaba por indicarle el camino de la fortuna. Y podía confiar en cada palabra que saliera de aquellos labios venerables.

—Tien Jing fué, en un tiempo, íntimo amigo mío — prosiguió Sheng Kung Pao — últimamente, como no me siento bastante fuerte para viajar, lo he visto poco. Pero el antiguo lazo siempre existe y aunque no miramos por el mismo cristal a los hombres de distinta raza, seguimos siendo amigos. Y yo se que, desde el año — vuestro año — de 1903, por lo menos veinte hombres recorren la China para recuperar el jóo-i de Long Tung Ping, que fué robado del santuario particular del taotai, durante las revueltas de los boxers.

Al ser pronunciada la palabra "joo-i" Shea oyó un pequeño ruido en el rincón. Miró y vió que Georgette estaba sentada fuera de la alcoba, como a veinte pies de distancia, erguida, tensa, los labios separados, estrujando con sus dedos los almohadones que tenía debajo, la mirada fija en Sheng Kung Pao.

Shea la hubiese interrogado, hubiera llamado la atención del anciano sobre la actitud de la muchacha; pero Sheng Kung Pao lo interrogaba directamente a él.

—¿Sabes, naturalmente, lo que es un joo-i para los que profesan la religión de Gautama Buda?

—Es un cetro, — complementó — emblema de la amistad, cuya forma se parece a la de una letra "S" inglesa, abierta. Tiene particular valor cuando es de jade y lleva en su base, esculpido, el loto sagrado.

—Has dicho bien — Sonrió Shen Kung Pao y luego levantó sus pulgares sosteniéndolos separados a una distancia como de doce pulgadas. — Más o menos así de largo y de medio catty (una libra y un tercio) de peso, hecho del más hermoso jade verde era el joo-i de Lon Tung Ping. Y en el disco roto, al extremo de su mango, estaba grabada la flor de loto.

Mientras el anciano se detenía para hu-

medecerse los labios, se le ocurrió a Shea observar a la cantora. Georgette miraba con avidez a Shang Kung Pao, esperando sus siguientes palabras.

nea arrojó al suelo a su robusto enemigo

Shea la observaba a ella atentamente y ubo un momento en que los ojos de Georgette se encontraron con los suyos. Le dirigió una mirada amistosa; coloreáronse delicadamente sus mejillas y pareció absorberse en la lectura de su libro.

—Tien Jing — continuó el anciano — es hijo de un creyente de la fe de los Taoísta. En el jardín que rodea el palacio, su padre había hecho construir un santuario privado, cuya deidad era Long Tung Ping, uno de los doce inmortales que vencieron las diez tentaciones y que estaba armado de una espada mágica para librar al mundo de los demonios. Aunque el hijo honraba a su padre y creía en la leyenda de la espada, se convirtió, en su juventud, al budismo.

Un anciano sacerdote le dió el joo-i de jade y al envejecer, aumentados su poder y su riqueza, llegó a creer que aquel emblema de amistad era protector de su salud y de su paz doméstica.

Y luego se le ocurrió colocar el joo-i en la mano del ídolo Taoist. Se hizo. Así que, con la espada mágica en una mano y el emblema de la amistad en la otra, el ídolo se convirtió en un dios doble, representante a la vez de la fe del padre y de la del hijo.

Todo fué bien par el taotai durante esos años y luego vino el levantamiento de los boxers y una batalla en Kai-feng. Algunos dicen que un soldado inglés saqueó el santuario, robando la espada mágica y el cetro de manos del ídolo. Otros que el hecho fué cometido por un criado ladrón. Pero el caso es que la prenda más valiosa del taotai había desaparecido y nunca, desde la desaparición del joo-i, ha gozado de buena salud.

La espada se encontró más tarde en un campo de arroz, río abajo. Era pesada, de cobre, difícil de llevar y de ocultar. El joo-i nunca fué hallado. Y yo estoy seguro de que, por recobrarlo, Tien Jing daría voluntariamente largo permiso para trabajar las arenas de oro, protegiendo a los obreros. Yo puedo recibir su respuesta dentro de cinco días y, una vez dada su palabra, garanto que valdrá tanto como un documento.

Siguió un largo silencio. Shea, pensando como podría hallar el pequeño objeto robado hacía tantos años, tenía las cejas juntas.

—Si tantos hombres al servicio de taotai han registrado la China por espacio de varios años, sin resultado ¿cómo puedo esperar yo recobrar el joo-i? — preguntó — Usted tiene algún plan, algún dato...

—Lo tengo—interrumpió Sheng Kung Pao —Una vez que consiga la promesa de Tien-Jing, respecto a la concesión, irás a Europa y a América. Buscarás en los museos y colecciones hasta que halles el joo-i. Es de hermoso jade e intrínsecamente valioso. No lo habrán tirado, como la espada.

Los hombres amarillos, al servicio del taotai han limitado su busca a China y sus ciudades. Tú, con tu conocimiento de Europa y América, triunfarás. Soy jefe de una hermandad con muchos tongs y compañías. Miles de mis compatriotas, con un papel firmado por mí, se pondrán a tus órdenes. En todas las ciudades del mundo hallarás miembros de mi hermandad. Triunfarás dentro de un año. Te lo profetizo.

Era, cuando más, una proposición vaga y Shea la escuchó sin entusiasmo. Seguramente Sheng Kung Pao se mostraba demasiado optimista respecto a los resultados. Y, además, para esa jira por el mundo tendría que renunciar a su actual empleo.

Sin embargo, la misma índole de la tarea lo seducía. Cuanto más pensaba en la proposición, más se entusiasmaba.

—Supongamos, señor, — dijo poco después — que usted se pusiera en comunicación con el taotai y obtuviera de él una promesa definida. Entretanto, yo procuraría encontrar algún agente autorizado u oficial del sindicato británico.

—Vuelve dentro de cinco días — contestó el anciano chino — Ven, si lo prefieres, la noche del cuarto día. Y no te desanimes, hijo.

Sumido en profundos pensamientos, salió Shea de la habitación. No vió a Georgette dejar el libro, acercarse al anciano y solicitar su atención.

VI

La suerte o lo que fuera, acompañó a Burton Shea porque una hora después de salir de casa de Sheng Kung se entrevistaba con Henry Butterfields, de la firma local, Butterfields y Swire, director-gerente y principal accionista de la East Asia Development Company Limited, de Londres, Shanghai y Rangoon.

Sí, — admitió el hombre de negocios — después que Shea expuso el objeto de su visita, — mi compañía sigue interesada en el dragado del río en Kai-feng. Hace veinte años que perseguimos ese fin. Pero no parece haber esperanza. El taota-i, es un viejo pájaro testarudo y no existen probabilidades de obtener la concesión mientras él viva.

—¿Cuánto le pagaría usted por la concesión a un agente que le consiguera diez años de permiso? — preguntó Shea bruscamente.

Tan sorprendido se quedó Henry Butterfields que su dignidad se perturbó hasta el punto de tartamudear.

—¿Se... se... seguramente... bro... bromea usted, señor Shea? — preguntó — No ten... tengo tiempo que perder.

—Nunca hablé más seriamente en mi vida. Me he adelantado quizá cinco días al tiempo en que debería tratar este asunto con usted; pero quiero que telegrafíe al directorio de la compañía, pidiendo autorización para hacer un contrato conmigo. Los términos del contrato son, abreviando, los siguientes. Si yo consigo una autorización de diez años para explotar el depósito de aluvión del recodo del Gow Ho, junto con la buena voluntad y protección del "taotai", en recompensa por tales servicios, si triunfo dentro de un año en mi propósito, se me garantizará la suma de doscientas mil libras esterlinas, en el acto y el cinco por ciento anual de la producción total de oro.

Butterfield se había quedado mudo y jugaba con sus pulgares.

—No es broma, señor — prosiguió Shea ansiosamente. — Usted me conoce de vista, como miembro del club de Shanghai. Yo se que es usted consignatario de vapores, que posee campos de caucho en Birmania e intereses en minas de estaño en la península Malaya. Pero no supe hasta hace media hora que un sindicato inglés, ansioso por obtener la concesión de las arenas de Kai-feng, tenía su director-gerente aquí, en Shanghai, y que era usted esa persona. De modo que, si su compañía tiene fondos, me gustaría hiciera usted una tentativa de contrato conmigo y telegrafíe para obtener la autorización necesaria.

Gradualmente empezó a insinuarse en la mente comercial de Butterfields que aquel joven hablaba en serio. Y sin ahondar mucho sus motivos para creer que él pudiera conseguir la anhelada concesión dentro de un año, cuando Shea se separó del asombrado director-gerente, se habían entendido.

—Ahora, a verlo a Franklin Post — murmuró Shea, llamando un rickshaw.

En las oficinas locales de la T. P. M. no tuvo éxito. Nadie sabía donde podría hallarse al armador. Tampoco pudieron informarlo en el hotel Astor. Pero, al cabo de una hora, Shea encontró a su hombre en un pequeño embarcadero, debajo del club de Shanghai, contemplando los muelles de Whangpoo y Pootung.

—Señor Post — dijo Shea después de cambiados los saludos de práctica — amo a su hija demasiado para pedirle que se case con un hombre en mis condiciones. No puedo darle las comodidades a que está acostumbrada. No le pediré que comparta mi relativa pobreza. Tengo razones para creer que no le soy del todo indiferente; pero nunca le he dicho una palabra de amor.

Franklin Post miró al joven, de franca expresión, que le hablaba tan ansiosamente. Se quitó el cigarro de la boca e iba a decir algo, cuando Shea continuó:

—Pertenezco a una buena familia y, aparte de mi falta de dinero, no creo ser mal candidato. Ahora se me presenta la oportunidad de ganar una gran suma de dinero y puedo conseguirlo dentro de pocos meses. De modo que le pido, señor, su autorización para hablarle a Evelyn. Si ella me quiere, como "creo", consentirá en esperar un año. Si yo no vuelvo con fortuna suficiente para darle la posición que merece, al cabo de ese tiempo, quedará libre. Usted parte para el Japón dentro de pocos días y me gustaría tener un permiso para hablarle a Evelyn antes de partir.

—Lo tiene, hijo mío — contestó Post estrechando la mano del joven y sacudiéndola. — Pero... ¿de dónde va a sacar ese dinero? A mi me costó bastantes años reunir mi pequeño montón.

Shea no supo que contestar. El cuento del "joo-i" robado y de la concesión que podía depender de él era demasiado largo y podía parecer fantástico a aquel hombre práctico, de negocios.

—Todo lo que puedo decir por el momento, señor Post, — logró contestar al fin — es que mis proyectos son absolutamente honrados, en todo sentido. Tengo ante mí una ruda tarea; pero cuento con triunfar.

—Entonces vamos en busca de Evelyn — dijo el magnate de la compañía de vapores.

En el departamento del hotel Astor, encontró Shea a la joven. Con raro buen sentido, Franklin Post pretextó tener un asunto en la oficina y mandó a Shea solo.

Evelyn se adelantó sonriente al encuentro de Shea; la criada le tomó el sombrero y el bastón y se retiró.

—Vengo aquí con una misión bastante delicada, señorita Post — dijo Shea gravemente mientras retenía entre sus manos los esbeltos dedos, algo más de lo necesario.

Algo en sus ojos obscuros, tan cerca de los suyos penetró a Evelyn hasta lo más íntimo de su ser. Sus labios se separaron y, conteniendo el aliento, esperó lo que iba a seguir.

—Hace tres días había renunciado a mi esperanza y resuelto no volverla a ver a usted — prosiguió Shea. — Pero ha ocurrido recientemente algo, algo que ha alterado todos mis planes y me ha dado la audacia suficiente para declararle mi amor.

Shea ni tomó la mano de la joven, ni se arrodilló a sus pies. En vez de eso, le colocó una mano en cada hombro y la mantuvo a la distancia de sus brazos.

—Hay una posibilidad — continuó — de que muy pronto esté en condiciones de casarme con usted y cuidarla como merece, si me quiere como yo la quiero. Si fracaso, no la volveré a ver, Evelyn. Pero... — el rico timbre de su voz pareció pasar a través de los brazos de Shea, emocionando con su ansiedad a la joven — quiero me prometa esperarme un año, querida, porque la amo locamente y...

Los labios de Evelyn le impidieron decir más. Sus brazos le rodearon el cuello. Y así los encontró Franklin Post al entrar en la habitación. Ni uno ni otro lo vieron ni oyeron porque la gruesa alfombra ahogaba el rumor de sus pasos y sólo se veían mutuamente. Sin ser visto, ni oído, volvió a salir Franklin Post y estuvo una hora ausente.

Afortunadamente para Burton Shea, la mayor parte de los cuatro días que siguieron estuvo ocupado en cierto trabajo para su cónsul general. Si no, apenas hubiera sabido como pasar el tiempo, porque ardía de impaciencia, esperando la respuesta de Tien Jing.

Henry Butterfield le había telefoneado la respuesta a su telegrama y era favorable. La junta de directores, apresuradamente convocada, lo había autorizado a Butterfield a extender un contrato, sin multas por ninguna parte. El contrato duraría un año. Pero un párrafo del largo mensaje instruía a Butterfield que no incurriera en más gastos que los necesarios para el papel sellado, porque la mayoría de los directores creía que ninguna concesión sería posible mientras viviera el "taotai" actual.

Shea sonrió ceñudamente al oír la opinión de los hombres de Londres. Luego encontró tiempo para redactar, en términos generales, su conformidad. Mandó a Lee Kee con el mensaje y antes de que volviera el valet se sumió en el estudio de una factura fraudulenta hallada en el consulado.

En la noche del cuarto día, se dirigió a la casa de Sheng Kung Pao.

Un poco nerviosamente siguió al criado por el largo corredor porque había probabilidades de que se encontrara con una negativa. Pero recobró el ánimo al ver a su anciano amigo, porque la cara de Sheng Kung Pao era todo sonrisas cuando le estrechó la mano y ordenó a sus criados que salieran de la habitación.

—Tengo una extraña buena noticia para tí, hijo mío — dijo, abandonando el grave mandarín por el dialecto cantonés. — Buenas noticias de dos fuentes.

Sheng Kung Pao estaba en su habitación privada, fumando su pipa, después de la comida. Los arrugados dedos agarraron una cajita cuadrada, de laca roja y oro.

—Aquí — dijo — están los papeles que Tien Jing me mandó. Llegaron hace menos de una hora por el vapor correo de Hangchow.

El anciano levantó la tapa, decorada con un dragón, de la cajita y entregó a Shea un gran sobre cuadrado, de hilo. Rápidamente lo abrió el inglés y sacó los papeles. Había cinco adentro. Una amistosa carta a Sheng Kung Pao, en la cual el firmante pedíale prestara toda la ayuda posible para la búsqueda del "joo-i" robado y papeles, firmados por duplicado, por el "taotai" en le que éste consentía en una concesión por diez años en cambio de la devolución del tesoro robado; además, con asombro de Shea, encontró traducciones en inglés, prolijamente escritas a máquina y debidamente certificadas, registradas y selladas con los triples sellos de los consulados británicos y americanos y el "taotai" de Shanghai.

—He obtenido estas copias por medio de mi secretario — explicó Sheng Kunk Pao. — Mucho puede hacerse cuando se tienen siervos obedientes, buenos amigos y... un poco de oro para engrasar las ruedas.

—Esto es una buena cuña... ¡De primera! — dijo Shea en inglés.

Las arrugas de la frente del anciano se profundizaron. Inmediatamente comprendió su error Shea y se apresuró a manifestar su entusiasmo con frases al alcance de su amigo.

—Estos papeles son una de las fuentes de buenas noticias — dijo Sheng Kung Pao, mientras introducía un poco de tabaco en el cuenco de su pipa. Luego, dejando la pipa a un lado, procedió a dar a su joven amigo la segunda buena nueva.

—Esta proviene del interior de mi casa, hijo mío, y la recibí poco después que tú te fuiste, hace cuatro días. La gentil cantora se acercó a mí y me contó lo que podemos considerar buenas noticias respecto al "joo-i" robado de Lon Tung Ping. Si estuviera ella aquí, preferiría oyeras la historia de sus propios labios; pero ha ido con mi nieta a oír el concierto de banda al Jardín Público. De modo que te daré los datos lo mejor que pueda recordarlos.

Nuevamente se detuvo Sheng Kung Pao y encendió su pipa, de cuenco ridículamente pequeño. Le dió dos chupadas y la dejó.

—Parece — prosiguió que en La Casa de las Mil Delicias hay un viejo de mi raza que protegió a la joven cantora hasta donde se atrevió. Este anciano, llamado Shew Hing, es cocinero y mezclador de opio en lo de Kou Chang y muy hábil en su oficio. Pero es esclavo del maldito hábito, a su vez, y pocas veces pone sus pies fuera de la casa de te. Hasta muy raramente entra a la parte del establecimiento dedicado a restaurante.

De modo que tenemos que hallar un medio de llegar hasta ese viejo y arrancarle su secreto, porque más de una vez, la joven cantora lo oyó, cuando estaba medio narcotizado por la droga, canturrear una canción referente al "joo-" de Kai-feng, por un "hoopto" lleno del mejor opio del Li-Hyoons.

—¿Será acaso el "joo-i" que buscamo — preguntó Shea, casi conteniendo el alie to mientras esperaba la respuesta.

Con lentitud casi enloquecedora, She Kung Pao llenó su pipa y la terminó ant de contestar:

—Dudo que todos los santuarios y te plos de Kai-feng tengan más de seis "joo-i Y estos, como sabes, son de metal comú Los acontecimientos cantados por Shew Hi ocurrieron hace más de veinte años, po después de la revuelta de los Boxers y "joo-i" que vendió por el opio tan raro q debía traer sol a su alma obscurecida, "e del más hermoso jade y tenía el loto sagra esculpido en el disco roto de un extremo"

VII

Burton Shea estaba ante la mesa tocad en sus habitaciones del hotel Astor, disfr zándose cuidadosamente de chino. Una go o dos de colodión transparente aplicado ángulo exterior de cada ceja, un ligero e tiramiento del cutis con tira emplástica d a sus facciones marcado aspecto oriental. S había afeitado la parte anterior y los cost dos de la cabeza y ahora Lee Kee le entret jía entre un mechón sin tocar del cabell una trenza.

Con diestros dedos terminó el valet es parte de su tarea y luego enrolló la brilla te trenza en la coronilla de la cabeza de amo.

Desde las medias blancas de seda, hasta lustrosa coleta era Shea un chino de la cl se media, que hacía algunos días no visital a su barbero. Naturalmente moreno de c tis, su tinte fué acentuado con jugo de v llorita, exprimido y hervido, del cual s había aplicado una espesa capa a la car cuello y brazos.

—¿Qué tal estoy? — preguntó en pidgi

Gravemente, Lee Kee trajo un espejo mano a su amo y Shea, de espaldas al esp jo más grande, se examinó por los cuatr costados.

—¿Qué dices, Lee? — continuó pregu tando, mientras metía sus pies en unos ch pines con capellada de seda.

—No habrá ojos bastantes perspicaces p ra descubrir el engaño, señor — contestó valet — Pero sería mucho más prudente qu me llevara usted consigo.

—No, Lee — contestó Shea. — Tiene que seguir el plan. Lake, el chauffeur, ve drá a buscarte dentro de media hora. Tú los tres robustos criados chinos entrarán su auto y se dirigirán hasta un sitio frent a la casa de te. Para ese tiempo, yo habr tomado unas cuantas tazas de te en el resta rante y entrado al salón exterior de opio.

Ahora escucha cuidadosamente: Observa rás las ventanas, con cortinas que dan a callejuela del costado oeste. Si ves rompe un vidrio, es señal de que estoy en peligr En ese caso, toca pito para llamar a la p licía y sigue a Lake y a los otros hombres los salones de opio. Que nada os detenga pero no hagáis fuego a no ser que se os at que con cuchillos o pistolas.

—Muy bien, señor — asintió Lee Kee.

—Y recuerda — prosiguió Shea que tendrás que prestarme ese mismo servicio cuando el reloj de la Torre de la Aduana dé las doce. Si no me has visto ni sabido de mí entretanto toca el pito y entra, registrando la casa, desde el sótano al techo. No espero grandes dificultades; pero hay que preveerlo todo.

—Allí estaremos, señor — dijo Lee Kee gravemente. — Hasta que den las doce, mis ojos no se apartaran de las ventanas del costado oeste. Pero mejor es que me lleve con...

—¡Déjate de pavadas! — lo interrumpió Shea. — Yo podría entrar con una docena de agentes de policía, si quisiera; pero eso asustaría a Shew Hing y no me contaría algo que deseo saber. Y quizá de ese mismo cuento depende nuestro bienestar y felicidad futuros. Con que vete y consígueme un rickshaw.

Shea dirigió una mirada de despedida a sus habitaciones y se tocó el lado interior de la manga izquierda de su túnica. Allí estaba su pistola, enfundada y pronta para servirle instantáneamente.

Miradas curiosas lo siguieron al entrar en el ascensor y salir del hotel por la puerta lateral; pero Shea se rió para sí al ver que los criados del hotel que lo veían a diario, no lo habían reconocido. Era improbable que los de la banda de Kou Chang descubrieran bajo su disfraz a Shea de Shanghai, el enemigo de los esclavos y contrabandistas de opio.

Siempre riéndose, pasó por el frente del hotel y allí se encontró a Kee Lee, con un cochero de confianza.

—Chin-chin — dijo Shea a su valet.

—San-maloo — ordenó al hombre del rickshaw. Y prontamente éste se alejó en dirección hacia Garden Bridge, la primera parada, en el camino de Hankow.

Un edificio antes de la casa de te, a una señal de Shea, el coolie se detuvo y el inglés descendió del vehículo. Al fondo de un negocio, después de una conferencia en voz baja con un magestuoso amarillo, éste último lo llevó aparte y casi lanzó una exclamación de asombro. El mercader, viejo amigo de Shea, no tenía a mano más que una cantidad limitada de ciertos artículos y era uno de estos que Shea quería y rápidamente.

Se le entregó un pequeño tarro y el mercader recibió en cambio una moneda de oro.

—"San-maloo" — dijo Shea al cochero que aguardaba y el coolie levantó las varas y se dirigió a la Piccadilly de Shanghai.

El trayecto era corto y, frente a la Casa de las Mil Delicias, Shea pagó al coolie y éste se alejó muy contento, por el doble precio del viaje.

Nadie se fijó en Shea, que se sentó en una mesa del rincón, en el restaurante exterior.

En el centro, sobre una elevada plataforma un par de cantadoras estaban sentadas en almohadones de seda, tocando instrumentos de cuerda y cantando y balanceándose a los acordes de la música.

Un mozo se acercó a pedir órdenes a Shea. Este solicitó una taza de te y una ración de arroz. A los cinco minutos se había bebido el te y dejado los palillos.

—Quisiera fumar amapola, hermano mío — dijo al mozo, después de pagarle.

El criado indicó una puerta con cortinas al fondo del salón, e inmediatamente se dirigió Shea hacia ella. Al apartar la cortina se encontró frente a frente con Kou Chang, el propietario.

—¿Viene a fumar o a jugar? — preguntó el chino con desagradable sonrisa.

—A fumar, hermano — replicó Shea. — Y quiero estar un buen rato, porque vengo desde lejos... de Choysand.

A propósito habló Shea en cantonés, el dialecto del distrito de donde afirmaba ser.

—Póngase cómodo, amigo mío — dijo Kou Chang. — Y cuando haya fumado y dormido podra jugar por oro y hallar más placeres en los salones interiores.

Shea miró alrededor de la habitación, vagamente alumbrada, y vió la fila regular de mullidas literas.

Aquí y allá se oía un gorgoteo, cuando un fumador acercaba el cuenco chato de la pipa a la llama e inhalaba el humo acre de la "píldora" cocida.

El aire estaba pesado por el olor dulzón del opio quemado y Shea hizo cuanto pudo por vencer su repugnancia. Atravesó lentamente la habitación, acercándose a las ventanas que daban a la callejuela y pronto encontró una litera desocupada.

Apareció un joven chino y preguntó a Shea lo que deseaba. Decepcionado el inglés dijo:

—La última vez que estuve aquí me atendió un viejo que preparó mi opio deliciosamente. Creo que se llamaba Shew Hing. ¿No puede servirme él, hermano?

El joven ayudante miró la moneda que Shea le puso en la mano. Luego, muy respetuosamente, le dijo:

—Shew Hing no sirve más en el salón exterior. Es viejo y débil y sólo atiende el salón interior, donde sólo son admitidos nuestros compatriotas ricos. Pero... — nuevamente miró el joven la moneda — hay poca concurrencia esta noche allí y le hablaré a Shew Hing.

—¡Espera! — ordenó Shea y el criado, que iba a alejarse, se encontró con otra moneda de plata en la mano.

Pasaron un minuto o dos y el joven volvió e hizo señas a Shea de que lo siguiera. Condújole a una puerta corrediza y detrás de ella encontró Shea un salón, grande y lujoso.

De una mirada descubrió Shea que sólo había cuatro literas ocupadas. A través de una puerta abierta, a su izquierda, llegaban sonidos de voces apagadas y el chocar de las fichas de marfil.

Pero no tuvo tiempo de observar más, porque un viejo encorvado se acercó a él.

El joven del salón exterior se retiró y Shea se inclinó hacia el viejo y le dijo:

—Tal vez no me recuerdes, padre mío. Hace tres años que estuve aquí, procedente de Choysand. Fumé tu opio cocido y conversamos del Li-Hyoong, que sólo fuman los príncipes.

Shew Hing se frotó las arrugadas manos. Sus ojos, opacos como ópalo ahumado, brillaron un instante y la voz cascada murmuró:

—¡Ay! No tengo más Li Hyoong. Hace seis lunas que no aspiro su perfume celes-

tial. La poca cantidad que existe no se vende en plaza.

—Pero esta noche fumaremos — dijo Shea. — Mira varias "pfun" del precioso Li Hyoong. Hay bastante para tí y para mí.

Y en la mano extendida del viejo puso Shea la pequeña lata cuadrada que había obtenido en Hankow Road.

Con celeridad inesperada, Shew Hing se acercó a uno de los faroles colgantes y sacó de adentro de su blusa un par de antiparras. Un graznido de alegría brotó de su garganta después de inspeccionar la marca de la lata y darla vueltas y más vueltas para cerciorarse de que no habían tocado su primitivo contenido Shea aprovechó ese momento para elegirse su tarima, mismo debajo de la ventana con cortinas que daba a la callejuela y poco después se acercó Shew Hing y arregló la mecha de la lamparita de plata.

—¿Cómo lo quiere, amigo mío? — preguntó mientras encendía la lámpara y cortaba la parte de arriba de la lata.

—Acerca un banco para tí, padre mío — dijo el pseudo hombre de Choysand. — Luego cuece ocho píldoras doradas para empezar, cuatro para tí y cuatro para mí. Tuéstalas bien y "chi" (amásalas) para quitarles el veneno que daña el estómago.

—Muy bien — contestó Shew Hing.

Trajo un taburete bajo y se sentó. Metió un "yen-hok" de plata dentro del contenido, semejante a melaza, de la lata y con la punta de la brocheta sacó una cantidad de opio del tamaño de un grano de arroz; sostuvo esto a la llama de la lámpara e inmediatamente el glóbulo se infló, alcanzando el tamaño de una cereza. La brocheta daba vueltas y vueltas rápidamente entre los expertos dedos del viejo y la cereza se redujo a la mitad de su tamaño. Ahora el viejo empezó a "chi" la droga.

Burton Shea conocía bien los peligros del opio y sabía que se necesitaban algunas pipas seguidas para incurrir en el hábito. Más de una vez, por exigencias de su profesión, había aparentado fumar la droga y no vaciló ahora. Agarró la pipa y sostuvo la píldora sobresaliente sobre la llama de la lámpara.

En vez de inhalar el humo lo introdujo simplemente en la boca. Dos veces aspiró y la píldora hizo burbujas y desapareció.

—Está muy bueno, padre mío — dijo exhalando profundamente. Pasó la pipa a Shew Hing y lo observó preparar su píldora inicial.

Debido a sus largos años de fumador, Shew Hing era inmune, hasta cierto punto, a los efectos del opio. Apurado por gozar de la marca exclusiva, no perdió mucho tiempo en tostar ni amasar su píldora. Fumó la primera "verde" y se relamió los labios ante su fragancia.

—Es legítimo, amigo mío — dijo y se dispuso a preparar la tercera píldora.

—Sírvete, padre mío — lo invitó Shea. — Yo no tengo apuro. Fuma tus cuatro "gotas de delicia", antes de ocuparte de mí.

Shew Hing obedeció ansiosamente y cuando la última de las cuatro píldoras se extinguió sobre la lámpara, vió Shea que la droga pura comenzaba a producir su efecto.

—Fuma otra, padre mío — urgió Shea — y repíteme lo que me contaste cuando vine aquí desde Croysand. Me hablaste de un "joo-i" de jade que vendiste por un "hop-toi" (tarro de opio) lleno de Li Hyoong

Una mirada lejana apareció en los ojos, nublados por la edad, del viejo. Medio los cerró y continuó tostando. Y poco después, en una especie de canturreo, relató su asunto con el "diablo extranjero" un soldado que entró a fumar al antro y a quien mientras estaba ebrio de "sam-shu" y de opio le robó el "joo-i".

Roncaba como un cerdo — cantó el viejo — Su uniforme era azul y dorado y, cuando colgué su túnica en la percha, noté dentro un objeto duro. Lo saqué. Era un "joo-i" del más hermoso jade, de la mitad del largo de mi brazo. En el disco roto tenía grabado el emblema del Loto Sagrado.

El soldado se despertó y se alejó tambaleándose — prosiguió el viejo. — Y más tarde, aquella misma noche vino un compatriota amigo. Le mostré el "joo-i" y manifestó deseos de poseerlo. Así que le vendí el inútil "joo-i" por una gran "hoy-toi" lleno de real Li Hyoong. Eran tan delicioso como...

—Dime, padre mío, — interrumpió Shea, inclinándose fuera de la litera y poniendo su mano sobre el brazo del mezclador de opio. — ¿Quién era el hombre a quien vendiste el "joo-i"? Dime si todavía vive, donde está y te conseguiré doce tarros de Li Hyoong.

—Está vivo — gruñó Shew Hing — porque lo vi anoche mismo. Habla en ingles y el "fa-lanzi" (francés) y es un hombre muy inteligente, aunque viejo y gastado como yo.

—¿Quién es? — preguntó Shea, apretando más el brazo del viejo. — ¿Cómo se llama?

—Se llama... — empezó el viejo.

—¿Quién es este espía de la coleta artificial? —dijo la voz de Kou Chang.

Shea llevó su mano rápidamente a la cabeza; pero, por ligero que anduvo, no pudo evitar que la trenza de seda se desprendiera y colgara del borde de la litera.

—¿Qué significa este insulto? — tronó. — ¿No puedo ponerme una coleta artificial y venir aquí a fumar en paz mi pipa?

Shea hizo su pregunta en cantonés; esperaba poder continuar su engaño.

Y, Por el momento, su personificación de chino tenía éxito. Su "maquillage" era tan perfecto que el dueño del restaurant se engañó. Pero había otro inconveniente.

Kou Chang creyó al intruso un policía chino, enviado para investigar los juegos prohibidos. Silbó agudamente y avanzó sobre Shea.

Este último tuvo apenas tiempo de lanzar un pote de opio contra el vidrio antes de que Kou Chang cayera sobre él.

Oyó Shea ruido de pasos mientras peleaba contra su adversario. Hábil luchador, pronto logró dominar a su fornido enemigo y arrojarlo al suelo.

Pero otras figuras cayeron sobre él Le aplicó al primero un puntapié en el diafragma y buscó su pistola. Pero antes de que pudiera sacarla e intimidar a sus enemigos, una forma ágil dió detrás suyo un salto de tigre y le descargó un objeto pesado sobre la cabeza.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

PERO, señor Fairfax!...

El muchacho tomó de la rienda al caballo pinto y lo llevó al camino. Barney trató de sacar un revólver, pero la mano de acero de Río Kid se lo impidió.

—¡Está usted loco, señor Fairfax!

—¡Nunca he estado más cuerdo! Y le prevengo que siga sin hacer señal alguna que me parezca sospechosa, porque seré yo el que le meta una bala en el cuerpo y caerá usted en lugar de ser yo.

Barney Barker estaba furioso. El nuevo patrón se había dado cuenta de los manejos y él correría la suerte de los otros que se le habían interpuesto en el camino. Pero no podía hacer nada. Amenazado por el revólver de Río Kid, se puso en marcha siguiendo la línea de árboles desde donde en cualquier momento partiría el tiro que había de darle muerte o herirlo... pero si no avanzaba el revólver del nuevo patrón realizaría la misma obra.

Se vió una pequeña nube de humo. La bala silbó antes de que se escuchase el ruido de la detonación, y Barney, después de lanzar un grito, se inclinó sobre el pescuezo del caballo.

El hombre oculto había disparado y el que montaba en el caballo, que no era blanco, había caído a causa de la bala salida del rifle.

Inmediatamente, el muchacho dirigió los dos caballos hacia el lado de donde había partido el disparo. Barney se mantenía a duras penas en la silla y Río se inclinó hacia él para sostenerlo con un brazo.

—¡Me ha ganado el juego! — exclamó el capataz mirándolo con ira. — ¡Me ha ganado de mano, perro maldito; ¡pero no m vencido todavía a los muchachos y ellos m vengarán!...

La voz se extinguió y al apartar Río Ki el brazo, el cuerpo del traicionero capata cayó pesadamente al suelo.

LOS VAQUEROS DEL LAZI-O

Panhandle Pete se hallaba en la puerta d uno de los edificios del Lazy-O Ranch, mi rando a través de la pradera. Coyote Jen son, llevando un brazo colocado en cabes trillo observaba en la misma dirección junt a él. Había además seis o siete muchacho cerca de ellos y como los demás, mirabar hacia un punto de la pradera.

A la distancia se veía un ginete que avan zaba rápidamente en dirección a la estancia. No se le podía ver el rostro, únicamente s adivinaba que era un vaquero a juzgar po las ropas que vestía.

—Debe ser Kansas Jake, — dijo Pan handle Pete, después de permanecer un lar go rato contemplando al que se acercaba.

—Lo mismo me parece a mí — agregó Coyote Jenson.

El hombre que cuidaba los caballos en el establecimiento, llegó desde el corral y después de informarse de lo que ocurría, exclamó:

—Es Jake. ¿Pero qué le pasa para que venga corriendo de esa manera? ¡Algo debe haber ocurrido en Packsaddle!

—Debe traer alguna noticia para nosotros — agregó Panhandle Pete sonriendo.

El otro hizo un gesto.

—¡Quién sabe! — dijo — Pero seguramente ha sucedido algo extraño, para que

él se resuelva a venir a todo correr hasta el Lazy-O.

—En Packsaddle no sé si habrá ocurrido algo, pero en el camino desde allí hasta el ranch, es muy posible.

—Yo creía que había ido hasta la ciudad en compañía de Barney Baker...

—Y fué, en efecto.

—Pero Barney no lo dejaría venir de esa manera solo, si no hubiera sucedido algo extraño. Todo es de temer con ese señor Fairfax, el nuevo patrón. Ya sabemos que ayer dió muerte de un tiro a Lariat, que era indudablemente el hombre más temible de esta región. Barney no se ha de haber metido en forma directa con un hombre semejante, pues de hacerlo así, no me extrañaría que nos trajesen la noticia de que el capataz había dejado de hacer travesuras.

—No nos metamos en lo que hace Barney — gruñó Panhandle Pete. — Lo que yo te digo, Long Bill, es que se había resuelto que Kansas los esperara cuando vinieran por el camino... y ya saben ustedes lo que significa el que Kansas espere a alguien emboscado y con un rifle en la mano.

—¡Ya lo creo! — agregó Long Bill el cuidador de los caballos.

Todos los vaqueros lanzaron murmullos de protesta al oír aquellas palabras. Lo que eran aquellos vaqueros, se sabía muy bien en toda la región del río Pecos. Todos tenían fe y obedecían ciegamente a su capataz, Barney Barker como si fueran un solo hombre, y todos estaban en el juego que allí se realizaba y por lo tanto interesados en que el nuevo patrón no tomara posesión de la propiedad que había adquirido.

Pero foragidos como eran, y despreocupados por lo que suponían respeto hacia la ley, también su modo de proceder tenía un límite. Tratarían por todos los medios posibles de dificultar que el nuevo propietario se hiciera cargo del ranch. Pero había muchos entre ellos que no eran partidarios de llegar hasta el asesinato, como querían los que eran considerados como jefes. Dar muerte a un hombre en una pelea y teniendo los dos las armas en la mano, era una cosa, pero matarlo a larga distancia, estando emboscado, con un rifle en la mano, a traición ya era otra cosa.

¿De modo que Kansas estaba escondido esperando que pasara el señor Fairfax para matarlo de un tiro de rifle? — preguntó lentamente Long Bill.

—¡Seguramente!

—¿Y no han dado al muchacho oportunidad para defenderse? — agregó. — Ese es un modo de proceder que varios de los que estamos aquí no aprobamos en modo alguno. Nosotros no somos un grupo de asesinos... Y yo le voy a decir a Barney algo al respecto, cuando llegue.

—Lo mismo digo — agregó un vaquero de poca estatura, por lo cual era conocido por "Pequeño". Nosotros no somos partidarios de asesinar a traición a la gente. Ese no es el método de los de Texas, aun cuando no nos tiemble el pulso cuando nos hallamos delante de otro con un revólver en la mano.

—Ustedes tendrán que cambiar de parecer con ese muchacho — exclamó furioso Panhandle Pete. — Yo y Coyote, lo encontramos en el camino cuando se dirigía a Packsaddle y ya les he dicho que a mí me dió un puñetazo que parecía la coz de una mula y a Coyote le inutilizó el brazo de un balazo. Lariat, que también trató de detenerlo en la ciudad, recibió lo suyo... y hay que tratar por todos los medios posibles que ese hombre no llegue hasta aquí.

—Ya veremos lo que resolveremos, — manifestó Coyote. — Jake Kansas se acerca y él nos dirá lo que ha pasado.

—De todos modos, el juego me parece muy sucio... — terminó Bill sacudiendo la cabeza.

—¿Pero tú te crees, testarudo del diablo, que Barney Barker va a dejar que la estancia pase a poder de otra persona? Ya se ha vendido lo menos siete veces y jamás ha llegado hasta aquí el nuevo propietario. De lo que le ocurra a éste, él tan solo será responsable. Nosotros le advertimos bien claro que no lo queríamos ver por aquí, que se volviera a Pecos Bend... Pero él no quiso hacernos caso y siguió su camino sabiendo lo que podía pasarle...

—Pero yo no estoy conforme con esa manera de proceder... a traición... — insistió el Pequeño.

—Barney no tiene que consultarte para saber lo que te gusta, — respondió Panhandle Pete. — Barney es el que lo dispone todo y él ha de saber lo que debe hacer. Nadie suponía que ese Fairfax iba a salir con vida cuando se le mandó a Lariat, pero el otro murió y Barney tenía que entrar en juego. Ahora todo lo que nos queda que hacer es esperar las órdenes y cerrar la boca.

El jinete se encontraba ya cerca de la estancia.

Todas las miradas estaban fijas en él y podía notarse claramente que a excepción de Panhandle Pete y de Coyote, todos los muchachos se hallaban disgustados. Si Barney hubiera muerto a Fairfax, cara a cara, con las armas en la mano, ninguno lo hubiera encontrado mal. Pero asesinarlo a traición, mientras el otro iba confiado por un camino que no conocía, era otro asunto.

Kansas llegó y después de saludar a los que lo esperaban echó pie a tierra con el rostro sonriente.

—¿Ya lo arreglaste? — preguntó Panhandle Pete.

—De una manera tan fácil como si hubiera sido una sonrisa, — respondió Jake.

Barney me había hecho prevenir que montaría un caballo blanco cuando volviera de Packsaddle, por cuya razón yo no tenía más que tirar a matar al tipo que montaba el caballo de otro color.

—¿Y lo conseguiste? — exclamó.

—¡Ya lo creo! Un hermoso tiro a unas ochocientas yardas. En seguida monté en mi caballo y me apresuré a venir aquí a todo correr. Creo que Barney se arreglará

ahora para dar la noticia. Seguramente que no es la primera vez que muere en forma misteriosa, un nuevo patrón del Lazy-O.

Panhandle Pete y el Coyote lanzaron una carcajada al oír las palabras de Jake Kansas, pero el resto de los hombres permaneció serio y manifiestamente contrariados.

—Les repito que se está procediendo en una forma desleal y que no estoy conforme con ello — dijo seriamente Long Bill.

—Díselo entonces a Barney Baker, en cuanto llegue, — respondió Jake Kansas. — Yo no he hecho más que obedecer sus órdenes.

—Tú eres un cobarde coyote al dar muerte a un hombre en esa forma traicionera, — dijo Long Bill. — Tan sólo eres un cobarde de mala peste y yo quisiera que sacaras tu revólver y me demostraras que eres capaz de dar muerte a un hombre cuando no estás escondido a mucha distancia.

—Yo no hago más que obedecer las órdenes del capataz, y lo que tengas que censurarle se lo dices a él en cuanto vuelva. A ver si te atreves.

Long Bill miró en forma despreciativa y luego sin agregar una palabra se alejó en dirección al corral.

Las cosas iban tomando un mal giro allí. Todos los hombres se habían manifestado de acuerdo en secundar al capataz para que no llegara allí nadie que pudiera perjudicarlos en sus manejos dolosos, pero los procedimientos de Barney les disgutaban ahora, por lo traicioneros.

—Digan muchachos. ¿No es Barney el que viene allí con otra persona? — exclamó de repente el Pequeño.

Y la discusión que iba tomando caracteres de pelea cesó inmediatamente al ver aparecer en la pradera a dos jinetes.

EL SEÑOR FAIRFAX SE REUNE CON SUS EMPLEADOS

Río Kid se hallaba ya cerca del Lazy-O.

Montaba el caballo en que había salido de Packsanddle su capataz Barney Blaker. Llevaba de las riendas a su propio caballo sobre el cual iba colocado Barney, semi inconsciente, horriblemente pálido y herido. De no haber sido atendido debidamente por el muchacho no hubiera llegado con vida al ranch.

Río Kid lo había cuidado, procediendo de la manera generosa a que acostumbraba, con aquel hombre que le había preparado una emboscada traicionera.

Cuando se encontraban cerca, Río Kid dijo a Baker.

—Trate de mantenerse en la silla, compañero. Ya estamos cerca de su gente.

El capataz miró a Fairfax. No dijo una palabra, pero en su mirada se notaba todo el odio que sentía contra él.

Durante años había permanecido allí como dueño y señor y si alguna vez había de esperar una derrota, jamás suponía que pudiera llegar por parte de un muchacho como aquél. No podía explicarse quién era y seguramente no se lo explicaría porque no recordaba en qué circunstancias lo había visto antes.

Río Kid estaba un poco preocupado. No podía adivinar la clase de recepción que le harían allí y menos al verlo aparecer con el capataz herido y sosteniéndose a duras penas en el caballo pinto.

Todo el que estaba en antecedentes hubiera esperado que las cosas hubieran ocurrido de diversa manera, pero Río Kid tenía sus ideas al respecto...

Ya no era un hombre que vivía al margen de la ley, sino un propietario de estancias. Ya no tenía que temer la persecución de los hombres de la policía montada, más por lo que le habían dicho en Packsaddle, los muchachos del Lazy-O eran mucho más temibles para él, que los otros.

Cuando estuvieron cerca de la estancia Río Kid vió el grupo de vaqueros que esperaban su llegada, dirigió hacia ellos su caballo. Pronto reconoció entre los del grupo a Panhanddle Pete y a Coyote. Esos dos, por lo menos, conocían la forma que tenía él de proceder.

El rumor de voces dejó de sentirse y una expresión de verdadero asombro se notó en todos los semblantes.

Al principio habían tomado a Barney Baker por el que montaba en el caballo blanco y pensaban que traía a Fairfax, herido o muerto, al ranch. Pero al hallarse más cerca vieron que el que venía en esas condiciones era el propio Baker y dos del grupo deconocieron en el otro, al nuevo propietario.

Jake Kansas no salía de su asombro. El había cumplido las instrucciones recibidas, al pie de la letra. Se había emboscado con el rifle entre las filas de árboles que bordeaban el camino a unas ochocientas yardas de distancia y había disparado contra el jinete que no iba en el caballo blanco.

Sin duda había habido un cambio de caballos, puesto que el que llegaba herido era el propio Barney Baker, que iba en el caballo pinto.

—¿Pero qué es esto — murmuró. — Yo hice lo que me ordenaron... ¿Por qué han cambiado de caballos? ¿Cómo accedió Baker a montar en el pinto, si sabía de sobra que yo había de disparar contra él?

—Ha sido Barney el que ha recibido la bala — exclamó a su vez Panhandle Pete.

—¡Qué hombre! — exclamó el Coyote. — ¡Si yo pudiera usar mis revólvers!...

Long Bill, que observaba la escena desde el corral murmuró.

—¡Me parece que no les ha salido muy bien el juego!

Luego, todos esperaron en silencia a que los jinetes llegaran y las cosas se explicaran.

Río Kid soltó las riendas del caballo pinto cuando estuvieron cerca y algunos de los que esperaban podían ayudar al capataz. Luego se sacó el sombrero Stetson para saludar con toda cortesía. Pero los muchachos estaban demasiado sorprendidos para contestar al saludo.

—¡Digan, muchachos! ¿No estoy en el Lazy-O?

—Sí, — respondió el Pequeño.

—Confiaba en que llegaría a él, aun cuando soy nuevo en la región. Muy bien. Sepan que yo soy el nuevo patrón y ustedes supongo que serán mis empleados...

—¿Es usted el señor Fairfax? — preguntó Long Bill.

—¡El mismo!

Pankandle Pete se adelantó. Dos o tres vaqueros bajaron al capataz del caballo y lo colocaron en un banco, delante de la casa. Barney se encontraba mal, indiscutiblemente y no podía hablar. Sus ojos de mirada vaga observaban estúpidamente la escena.

Pete dirigió la mirada hacia el señor Fairfax, quien se había desmontado del caballo blanco y al ver al vaquero le hizo un saludo.

—¿Usted es Panhandle Pete, uno de los que salieron ayer a recibirme al camino, según creo? ¡Ya ve que lo conozco!

—¿Qué le ha ocurrido a Barney Baker? — preguntó Pete. — Eso es lo que los muchachos desean saber antes de todo.

—No creo que haya en esto un secreto. — respondió Río Kid. — Barney Baker salió esta mañana conmigo de Packsaddle montado en un caballo blanco. A mí se me metió en la cabeza que aquel caballo era demasiado llamativo y que el que lo montara se hallaba a salvo de algún peligro y se me ocurrió cambiar con él. Y se lo dije así.

—¿Qué usted se lo dijo a él? — preguntó Long Bill.

—¡Eso es!

—¿Y él que hizo? — preguntó Jake Kansas. — ¿No estaba en su sano juicio?

—Jamás he visto un hombre más en su juicio que lo que estaba él. No quería cambiar el caballo conmigo y menos, cuando yo le dije que tenía la certeza de que habría emboscado en el camino algún cobarde coyote, algún hombre rastrero y traidor como una serpiente, que no atreviéndose a atacar cara cara, lo hacía de esa manera... Como no quería cambiar tuve que convencerlo a que me obedeciese con ayuda de mi revólver de seis tiros. ¿Han comprendido ahora?

—¡Ya lo creo! — respondió Long Bill.

—Es una cosa curiosa — agregó Río Kid, sacudiendo la cabeza. — pero, parece ser que este capataz mío no se muestra muy satisfecho con tener un patrón. Sin duda para salir de ese trance colocó al cobarde en el camino... y él fué el que cayó en la trampa. El cambio de caballos hizo equivocarse al traidor.

En aquel momento, Baker lanzó un rugido.

—¡Ha sido una traición! — continuó el muchacho. — Una verdadera traición creo que este Barney es un gran pillo pero yo no esperaba una acción semejante de mis hombres de aquí.

—¿De sus hombres? — repitió con un gesto Panhandle Pete.

—Sí, de mis hombres — insistió el muchacho. — Y prefiero que el que no se halle conforme con seguir en el ranch, lo diga claramente y se le liquidarán sus cuentas.

Se sintió un murmullo. Varios de los vaqueros habían manifestado momentos antes su disconformidad con los traicioneros procedimientos que utilizaba el capataz, pero la presencia de éste, mal herido, y la forma de hablar del nuevo patrón les hizo cambiar de opinión. No eran gente que admitiera estar a las órdenes de un amo, y menos de un muchacho como aquél.

—Yo creo — prosiguió Río Kid, sin que al parecer se diera cuenta del efecto que estaban causando sus palabras — que si trabajamos todos unidos y en buena armonía, lograremos hacer progresar esta estancia. Tan solo hay que esperar que nos vayamos conociendo bien unos a otros.

Ustedes deben olvidar que yo soy aquí el amo, pero yo a mi vez no podré olvidar que he sido vaquero como ustedes y que he vivido como viven todos los que practican la profesión. Si alguno tiene algo que decir, no debe proceder en otra forma que adelantándose y hablándome con claridad, y creo que todo podrá arreglarse. ¿No están conformes con esa manera de proceder?

Hubo un completo silencio.

—Barney Baker ha estado realizando un juego sucio con este establecimiento durante muchos años — continuó el muchacho. — Pero eso ha de terminar ahora. Primeramente, me envió a Panhandle Pete y al Coyote para que me detuvieran en el camino con sus rebenques... y ellos pueden contarles a los demás como les fué. Después, puso delante de mí a Lariat para que me provocara y lucháramos con los revólvers... Bien, para nadie es un secreto que Lariat descansa ahora de todo lo malo que hizo en el mundo, en el cementerio de Packsaddle. Por último, me preparó la emboscada en el camino cuando nos dirigíamos hacia aquí. Preparó a un coyote, traicionero, para que me asesinara... pero él fué la víctima de sus propios manejos.

Creo que después de todo esto y de la forma en que he sabido salir de todas las trampas que me han preparado, tendrán ustedes la convicción de que no están tratando con un novicio en estos asuntos. Yo no deseo tener discusiones con el grupo de mis vaqueros, pero si las cosas llegaran a un punto extremo, tampoco se retroceder mientras pueda sostener en la mano un revólver. ¡Piensen bien en esto! Yo podré caer al fin, pero antes me llevaré a varios por delante para que me hagan compañía en el viaje largo.

El silencio tampoco fué interrumpido esta vez.

—Usted, Panhandle Pete, y usted Coyote Ya les he dicho que estaban despedidos de mi casa — agregó Río Kid. — Pero como antes no me conocían, quiero que ahora que va saben de lo que soy capaz, tengan una oportunidad para quedarse si es que se amoldan a las condiciones. Formen en línea con todos los muchachos y sepan todos, que ahora tienen un patrón que va a organizar las cosas aquí en la forma correcta en que deben ir.

—¿Usted lo cree así? — exclamó Panhandle Pete con insolencia.

—Seguramente. Ya hemos hablado bastante del asunto. Lleven a Baker a su cama y cuídenlo, que bien lo necesita. Es un canalla, traidor, pero no deseo que muera sin atenciones como un perro. Cúrenlo del mejor modo que les sea posible.

Los vaqueros se miraron unos a los otros Más de uno sentía deseos de echar mano al revólver y terminar allí de una vez el asunto. Long Bill fué el único que decidió realizar sus intenciones, pero antes de que su mano llegara al revólver, Río Kid tenía en la suya su arma.

—¡Cuidado, amigo! — exclamó el muchacho.

Long Bill levantó la vista y notó su situación por lo que se apresuró a retirar, con cómica precipitación, las manos de la cintura.

—Oiga, señor Fairfax — dijo. — No nos confunda con todos. El juego está descubierto pero no todos aquí somos capaces de atacar a un hombre por la espalda ni matarlo a la distancia en una emboscada, Hay dos o tres capaces de hacerlo, pero todos no procederán de esa manera. Sáquese de la cabeza la idea de que está tratando con un grupo de asesinos cuatreros.

Río Kid sonrió.

—Su manera de hablar me demuestra que conozco la forma de tratar a elementos como ustedes. Ya se que no voy a engañarlos con caramelos... pero exijo, en cambio, que sean nobles y que digan de frente, con toda franqueza lo que desean. No quiero creer que todos son partidarios de los procedimientos de ese canalla de Baker. Me encontrarán siempre, uno por uno, en el terreno en que me busquen, pero crean que no soy un hombre tan malo como pueda haberles dicho su capataz y jefe.

Y después de saludar a los del grupo, Río Kid dió vuelta y se dirigió hacia el edificio.

RIO KID VA DOMINANDO LA SITUACION

—Esto parece que marcha mejor que en el Mal Paso... y también que en el Huecas, donde ví la muerte muy de cerca.

Río Kid, el muchacho perseguido de Texas y ahora transformado en el señor Fairfax, propietario del Lazy-O, paseaba por el interior de la casa y se manifestaba satisfecho con lo que veía.

El edificio era de grandes proporciones y estaba construído de madera. Tenía una amplia galería todo alrededor y las habitaciones estaban bien amuebladas y eran cómodas. Pensaba que conseguiría pasarlo muy bien en aquella casa si le deban tiempa para que encarrilara los asuntos. dentro y fuera de ella. Había corrido muchas y peligrosas aventuras y consideraba que tenía derecho a vivir en paz. Más había dos cosas allí que le disgustaban. La primera que todo se hallaba descuidado y sucio, y la segunda que no había personal de servicio.

Río Kid saludo a los muchachos.

No cabía duda de que Baker había vivido en la casa, pero en forma descuidada. Tenía apetito y después de revisarlo todo no halló que comer. Entonces llamó pero nadie respondió a su llamado.

Salió al exterior, y gritó a uno de los vaqueros que andaban por allí.

—¡Eh, muchacho! ¿Quién hace la comida en esta casa?

El Pequeño, que era quien había sido llamado, respondió:

—Hay un grasiento cocinero. Pero me parece que es del grupo de los de Baker. Se llama Diego.

—¿Con qué el cocinero es del capataz? Bien. ¿Dónde está ese Diego?

—Creo que si lo busca por ahí, lo va a encontrar, — respondió el otro echando a andar para alejarse.

—¡Eh, amigo! Venga aquí que no he terminado aún de hablar.

Pero el otro siguió su camino. Se dió rápidamente vuelta, con la mano en uno de sus revólvers, al sentir que una bala le daba en el tacón de la bota.

El revólver de Río Kid le apuntó a la cabeza.

—¡Suelte esa arma ,amigo! — ordenó. — Y tenga presente que yo estoy resuelto a enseñarle la forma de hablar con su patrón. ¡Venga aqu!

El Pequeño, dejó el revólver pero no se movió. Miraba sorprendido, al muchacho.

—¿Va a acercarse hasta aquí para hablar conmigo?

—¡No me parece!

¡Bang!

El Pequeño, dió un salto, pues la bala le había rosado el tobillo.

—¿No quieres obedecerme? ¡Ahora vas a bailar hasta que yo te diga basta.

¡Bang! ¡Bang!

—Yo te voy a enseñar, o te rompo los tobillos para que no puedas correr en tu vida.

El vaquero había realizado más de una vez aquel juego con algún chino y ahora saltaba pesadamente para evitar que las balas le tocasen. ya que corría el peligro de que, por una desobediencia, pudiera quedar con un pie o una pierna lastimada.

Al ruido de los disparos habían acudido dos o tres vaqueros, quienes al darse cuenta de la escena lanzaron la carcajada.

—¡Salta, salta, Pequeño! — exclamó Long Bill. — ¡Saltas muy bien! ¡Pareces una vizcacha!

Había disparado Río Kid los seis tiros y conservaba aún en la mano el revólver humeante. El Pequeño, jadeaba, rendido por el forzado baile. Había olvidado que tenía que habérselas con el hombre que había dado muerte a Lariat.

Al calcular que el otro había disparado por completo la carga del arma sacó la suya y se dispuso a aprovechar la circunstancia. Pero ya tenía Río Kid el segundo revólver en la mano.

¡Bang!

El Pequeño soltó el revólver y se llevó a la boca la mano que había recibido una quemadura. Quedó inmóvil y paralizado por el terror.

—¡No te asustes, que la herida no tiene importancia ninguna. Yo no deseo matar a un muchacho tan simpático. Lo que deseo es demostrarle que conmigo no se debe hacer el papel de traidor.

Luego mirando a los vaqueros que se habían reunido, agregó.

—¡Yo no les he llamado a ustedes! ¡Estoy hablando tranquilamente con este muchacho!

Los otros se miraron en silencio y se retiraron. Luego Río Kid se acercó al Pequeño, quien seguía gritando y soplándose los dedos.

—Basta ya de gritar como un cobarde — le dijo con dulzura Río Kid. — La herida no tiene importancia. Me parece que eres un buen muchacho y creo que vamos a ser buenos amigos. ¿Dónde está ese Diego?

—Debe andar por ahí.

—Bien. Vas a ir a buscarlo y a decirle que venga aquí en seguida. o se arrepentirá si no me obedece.

El Pequeño se alejó corriendo, y Río Kid volvió a su casa. El vaquero no tenía intención de buscar al cocinero; lo único que quería era alejarse del peligro lo antes posible, y dejar que el nuevo patrón buscara a Diego, si quería algo de él. Pero cuando se hubo alejado, cambió de idea, acaso el dolor que aún sentía en los dedos, o en las piernas, le hizo pensar en las consecuencias que podía tener semejante actitud. El caso fué que diez minutos más tarde llegaba a la casa un grasiento mejicano.

Río Kid lo saludó amablemente:

—¿Usted es Diego? — le preguntó.

—¡Sí!

El aspecto del hombre era insolente, como la forma en que había contestado.

Río Kid pareció decepcionado un momento. Todos allí, desde el capataz hasta el último peón, parecían ser hostiles a él. Pero con un gesto reaccionó y pensó en terminar su obra con la misma energía con que la había iniciado.

—Esa palabra "sí" acostumbra a ir acompañada de otra.

El cocinero se encogió de hombros. Era un hombre grandote, casi una torre, en comparación con Río Kid.

—Puede hablarme en su idioma, Diego, — exclamó con dulzura. — Yo he estado mucho tiempo en su país y lo conozco a la perfección. Pero siempre que me responda, debe hacerlo añadiendo la palabra "señor". ¿Me comprende?

—Yo estoy aquí sirviendo al señor Baker y sólo recibo órdenes de él.

—Pero ocurre que el "señor" Baker ya ha dejado de dar órdenes aquí. El "señor" Baker irá a la calle en cuanto esté en condiciones de poder marcharse. Ahora vivirá en su cabaña en lugar de vivir aquí en la casa. El único patrón que hay aquí soy yo. Ahora me va a hacer una comida buena y limpia y cuando termine barrerá todo esto y lo

Río Kid lo enlazó con su rebenque haciéndolo caer al suelo.

ejará bien limpio, en forma que pueda vi-
r aquí una persona, no un cerdo... ¿Me
a comprendido

El mejicano gruñó algo.

—¿No me obedece? En ese caso se va del
anch en seguida...

Diego no se movió y su rostro reflejaba
arla.

—¿No obedece las órdenes?

—Las suyas, no. Antes de que sea de no-
be, puede usted haber sido matado por
alquiera de los muchachos. Lo que es yo
o doy un céntimo por su pellejo.

Sin responder palabra, Río Kid tomó el
ebenque y empezó a darle golpes al coci-
ero, quien, a pesar de ser tan grande, no
ado dominar a aquel manojo de nervios y
yó al suelo donde los golpes continuaron
oviendo sobre sus costillas con una rapidez
otadora.

En una ocasión, sacó un cuchillo y atacó a Río Kid, pero el arma saltó por el aire y el muchacho le puso el pie encima.

—Yo te voy a enseñar a aprender a obedecer mis órdenes en lo sucesivo, sin acordarte de ese canalla de Barney. Me sobran energías para enseñarte a ti y a todos.

Diego, enfurecido y ciego de dolor por los golpes, se levantó para huir, pero Río Kid le preparó un lazo con el rebenque y el otro cayó todo lo largo que era.

—¡Señor, señor! ¡Perdón! — exclamó. — ¡Por todos los santos no me castigue más!

—¿Creo que ya ha aprendido bastante? — preguntó Río Kid.

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!

—Bueno. Ahora procure que no se salga de su testaturada cabeza, que el único que manda aquí soy yo. Ahora a hacer lo que le he mandado y a procurarme una buena co-

mida y a limpiar bien todo esto, y trate de que siempre esté sonriendo, porque de lo contrario, el rebenque volverá a recorrer sus costillas.

Poco tiempo después, Río Kid se sentaba delante de una mesa en la que había una apetitosa comida, bien servida y con manteles, platos y copas limpias. Diego había sabido hacer bien las cosas y atendía a su patrón con toda amabilidad.

Terminada la comida, lavó todos los platos y cacerolas y luego, tomando un balde y una escoba, se dispuso a limpiar las habitaciones. El muchacho lo contempló durante algunos instantes, en silencio; luego, haciendo un gesto de aprobación, se alejó. Por aquel otro lado las cosas iban tomando un buen aspecto y Diego parecía no olvidar la lección.

Salió de la casa y se dirigió hacia el corral, pues tenía la costumbre de dar un paseo a caballo después de almorzar. Al llegar, encontró en la puerta a Long Bill, quien lo miró en una forma mezcla de respeto y de hostilidad.

—¿Quiere ensillarme mi pinto, amigo? — dijo el muchacho en forma amable.

—¡Creo que sabrá usted ensillarlo solo, señor Fairfax!

—Seguramente que sé. Y lo hago así cuando no tengo a mis órdenes un tipo audaz y mal educado, que pueda hacerlo cuando se lo mando. Y le advierto, ya que es necesario ir diciéndolo uno por uno a todos los de aquí, que el que no esté conforme con lo que yo ordeno, puede marcharse a otra parte.

El hombre permaneció un momento silencioso, mirando fijamente al muchacho, sin que éste bajara la vista; luego, suspiró, bajó la cabeza y entró al corral, donde enlazó al pinto. Lentamente lo ensilló y Fairfax le dió las gracias y montó a caballo.

—Yo esperaba que fuera mi capataz Barney Baker el que me enseñara mis dominios; pero me parece que no estará por mucho tiempo en disposición de montar a caballo... Y necesito un hombre que me acompañe para verlo todo antes de pagar lo que falta... ¿Dónde está Panhandle Pete?

—Está al lado de Barney.

—Dígale que venga.

Long Bill vaciló un instante y luego, como tomando una resolución, se encaminó resueltamente hacia el lugar donde había sido colocado el capataz.

Al poco rato apareció Panhandle Pete, pálido y con la mano cerca del revólver. Río Kid lo saludó sonriendo.

—Me han informado que usted era el brazo derecho de Barney en el Lazy-O, — dijo. — Bien. En ese caso, es usted la persona que está en condiciones de acompañarme a dar la vuelta del propietario a mi establecimiento. Pete. Saque su caballo del corral.

Panhandle Pete, sin pronunciar palabra alguna, entró en el corral en busca de su caballo. Long Bill se acercó a Río Kid.

—Oiga, señor Fairfax, — dijo.

—¡Hable!

—Ya sabe usted que los muchachos no quieren un nuevo patrón... — empezó a decir lentamente Long Bill. — Barney está mal herido, sin duda, pero todos desean que sea él el que dé las órdenes y...

—Siga... ¿Qué quiere decirme?

—Usted va a salir a dar una vuelta acompañado de Panhandle Pete, — exclamó el otro de pronto. — Bien. Entre los muchachos, tan sólo hay dos o tres que sean capaces de atacar a un hombre por la espalda y a traición. Usted no es persona grata a todos los del Lazy-O... pero yo le aconsejo que no vaya con Panhandle Pete...

—Ya decía yo que usted era un hombre de sentimientos nobles... — exclamó Río Kid, mirando fijamente al otro — Seguramente que usted ha de ser uno de los que más aprecien a su nuevo patrón. Lo único que tiene que hacer, es meterse en la cabeza que Barney Baker ha muerto y que ha venido otro capataz a la estancia para hacerse cargo del puesto. Entonces, acostumbrándose a esa idea, todo irá bien.

Pocos minutos más tarde, Río Kid y Panhandle Pete caminaban por la pradera.

El cuidador de caballos y varios vaqueros los miraban cuando se alejaban. Long Bill, lanzó un profundo suspiro.

—Yo lo he prevenido — exclamó. — Pero me parece que no era necesario. El conoce el juego de Pete, mejor que Pete mismo. Si alguno no vuelve, tengo la seguridad de que no será el señor Fairfax el que quede tendido para pasto de los coyotes. Hizo una pausa y luego agregó, dirigiéndose a los otros. Muchachos tenemos un nuevo patrón al que no queríamos... pero si hay una persona capaz de llegar a dominar aquí, en el Lazy-O, esa persona es el señor Fairfax... ¡Yo ya he dado mi opinión!

A REBENCAZOS EN LA PRADERA

Río Kid sonreía. Se sentía alegre, aun cuando la situación en que se hallaba no era la más indicada par estar contento. Durante tres horas enteras había estado recorriendo la pradera en compañía de un canalla que sólo esperaba una ocasión para meterle una bala en el cuerpo. Pero el muchacho, aunque no lo demostrara, estaba bien alerta, y en más de una ocasión su mano fué hasta su revólver, considerando que había llegado el momento de utilizarlo.

En varias oportunidades, Panhandle Pete había procurado quedarse detrás de su patrón, pero el nuevo propietario del Lazy-O era demasiado vivo para dejarse sorprender de esa manera.

Una y otra vez, Panhandle Pete había considerado llegado el momento de utilizar el revólver... pero siempre se había contenido. Temía darle oportunidad al muchacho para defenderse. El hombre que había matado a Lariat, el mejor revólver de Packsaddle no se dejaba sorprender fácilmente y un error en ese sentido, suponía pagarlo con la vida.

Panhandle Pete lo sabía muy bien. A medida que el tiempo pasaba, y la idea del ase

sinato iba tomando más cuerpo en su imaginación, aumentaba el mal humor en Panhandle Pete, su rabia era mayor, y más grandes sus deseos de matar.

Pero Río Kid, que leía con claridad las ideas de su empleado, sonreía. Ni por un segundo estuvo fuera de guardia, sin dejar por ello de darse cuenta de lo que veía.

El muchacho de Texas vigilaba a su adversario mientras observaba con atención lo que valía la estancia y cuánto había en ella.

A medida que avanzaba la tarde, Río Kid esperaba que el atentado contra él se produjera de un momento a otro.

—En realidad, la posesión vale el precio que por ella me han pedido, — exclamó Río Kid, cuando, terminado el recorrido, se dirigían nuevamente hacia las casas. — Es la mejor tierra que he visto en la región del Pecos y estoy resuelto a comprar el Lazy-O Ya me había dicho el notario Lukas de Pecos Bend, que era un exquisito bocado para cualquier inteligente en esta clase de negocios. Pero yo suponía que aquello no era más que una manera de hablar para interesarme en la compra. Esto era lo que yo soñaba, y creo que me voy a instalar aquí por mucho tiempo.

—No es usted el primero que ha visto el Lazy-O, que le ha gustado y que lo ha comprado, — respondió Panhandle Pete, mirándole en forma significativa. — Pero no todos han podido disfrutar de su compra...

—Es cierto, — respondió el muchacho. — Ya me han referido todo lo que les ha ocurrido a los otros compradores. No ignoro tampoco cuáles eran los manejos... pero yo no soy de esa clase de personas a las que se engaña con facilidad, Barney Baker lo sabe bien.

Panhandle Pete murmuró un juramento.

—Y es necesario que todos los que son partidarios suyos lo tengan bien presente. ¿Qué ha sacado con preparar emboscadas a los que venían confiados, sin temer una traición? Aquéllos se han visto obligados a huir, o han sido muertos. ¿Y qué le ha ocurrido a él en cambio? Que ahora se encuentra en cama peligrosamente herido. ¿Dónde está el hombre que me mandó a Packsaddle para matarme? En el sitio de donde no se vuelve jamás. ¿Y usted mismo? ¿Acaso no fué enviado a mi encuentro para proceder conmigo como con los otros? Bien. Ahora me acompaña a recorrer la estancia. Durante todo el tiempo que hemos marchado juntos, no ha hecho más que acechar una oportunidad para sacar su revólver y ultimarme de un traicionero balazo. ¿No es así? — Y el muchacho se echó a reir al notar la expresión de la cara del otro. — Yo, en cambio, no daría ni un céntimo por su vida, ni por su revólver pues tengo la seguridad de que si se le ocurre sacarlo, no tardará en hacer compañía a su camarada Lariat. ¿Por qué no abandona esa idea y trata de proceder en forma correcta con su indiscutible patrón?

Panhandle no respondió a estas palabras. Había comprendido que el muchacho no se dejaría sorprender. Pero no esperó jamás que manifestara sus ideas de aquella manera clara.

—Usted es, y yo no tengo duda de ello.

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

de esa clase de hombres que matan a un hombre por la espalda... Ha estado esperando una oportunidad para hacerlo... ¿Y qué ha conseguido? ¡Diga!

—¿Usted cree?...

Río Kid lanzó una franca carcajada.

—Sí lo creo. Y ahora piensa en la forma de lograr sus propósitos antes de que regresemos a las casas. Pero eso no me preocupa, por que sé que el hombre que piensa proceder de esa manera, es un cobarde y siempre ha de tener el suficiente momento de vacilación, antes de apretar el gatillo de su revólver, para que yo tenga tiempo de matarlo de un certero balazo... Por lo tanto, si le queda un resto de sentido común, lo mejor que puede hacer es dejar el arma donde está y no tratar de sacarla, porque eso le puede ser muy perjudicial.

Aquellas palabras, lejos de alejar de la imaginación del otro la idea del asesinato, hicieron que esta adquiera más fuerza.

Durante algún tiempo siguieron caminando los dos en silencio hasta que Río Kid volvió a hablar en la misma forma amistosa que lo había hecho antes.

—Sí, amigo. Yo he comprado el Lezy-O y estoy muy resuelto a quedarme aquí; con que no conseguirá nada. Hasta me he olvidado de la infamia de Barney Baker... Esa es la mayor prueba de mis intenciones que puedo darle.

Panhandle Pete lenzó un profundo suspiro

—Creo que tiene usted razón, señor Fairfax — exclamó Pete con una entonación de franqueza. — Los muchachos no nos acostumbramos a la idea de que tenemos un nuevo patrón. Nos basta estar a los órdenes de un capataz, con el que nos entendemos mejor. Pero si los acontecimientos nos hacen cambiar de idea, crea que nos acostumbraremos a la nueva situación.

—Me alegro oirle hablar así — agregó Río Kid animándole a que siguiera hablando. — Creo que al fin hemos de ser todos muy buenos amigos.

Y como si las palabras del vaquero le hubieran inspirado confianza, el muchacho se adelantó un poco y hasta se volvió algo en su silla para observar un grupo de animales que pacían a cierta distancia.

Los ojos de Panhandle Pete relampaguearon. ¡Al fin había llegado la tan esperada oportunidad! Sus palabras habían inspirado confianza al patrón. Su mano fué rápidamente a su revólver. Pero el muchacho parecía

tener ojos en la espalda, pues sacó con mayor rapidez aun el arma que tenía bien al alcance de la mano y el traicionero Pete lanzó un grito de dolor al sentirse herido en la mano y saltar su revólver a lo lejos. Río Kid sonreía.

—¿No le había dicho, amigo, que no intentara hacerme traición? Usted creía que sus palabras me iban a engañar; en realidad no han hecho más que prevenirme de que el peligro estaba más cercano, y al darme vuelta lo he hecho para sacar el revólver y estar más dispuesto a rechazar el ataque inminente.

Panhandle juraba como un condenado, Río Kid se le acercó.

—Creo que ya no podrá usar un revólver con esa mano y no he tirado a meterle una bala en la cabeza porque comprendo que la tiene demasiado dura y que es un animal con figura de persona y no se da cuenta de lo que hace.

El vaquero no respondió más que con nuevos juramentos. Río Kid se sacó el pañuelo de seda que llevaba al cuello y vendó la mano herida y puso el brazo del otro en cabestrillo.

—Ahora, creo que lo mejor que puede hacer es marchar inmediatamente a Packsaddle y hacerse atender por un médico.

—¿Qué yo vaya a Packsaddle? — repitió Pete.

—Es lo mejor que puede hacer, porque usted no va a Lazy-O ya más. Está despedido de mi personal. Y si lo vuelvo a ver por allí lo echaré a rebencazos. Marche para la ciudad pronto, o lo de los rebencazos empezará ya.

Y Río Kid agitó su pesado rebenque en el aire. Pete lo miró con ira, pero su mano estaba herida y el revolver se hallaba en el suelo a buena distancia.

—¡Maldito coyote! — rugió.

—Cállese, no haga que me enoje del todo porque no va a ser nada bueno para usted. Ya le he dicho que se vaya a Packsaddle

El rebenque cayó sobre el anca del caballo del vaquero y el animal se puso en marcha. El vaquero dominado por la ira, le tiró de las riendas para hacerlo detener, más el pesado rebenque cayó de nuevo, y esta vez sobre las espaldas de Pete y éste puso en marcha al caballo.

—¡Váyase pronto! — ordenó Río Kid. — Si antes de tres minutos no se ha alejado con rumbo a la ciudad empezará a hablar mi revólver y ese es bien seguro.

Y el traicionero Panhandle Pete se alejó con tanta rapidez como podía hacerlo su broncho. Río Kid permaneció quieto mirando alejarse al que había querido asesinarlo.

Luego, sonriendo, dirigió su caballo pinto hacia las casas de la estancia.

LA IDEA DE LONG BILL

Barney Baker, el captaz del Lazy-O, se encontraba tendido en su cama cubierto de vendajes, pálido y con el ceño fruncido, como reflejo del curso que seguían sus pensamientos.

Coyote Jenson estaba a su lado, fumando. En la parte exterior brillaba un sol ardiente que derramaba sus fuertes rayos sobre la pradera. Barney Bake miraba hacia el exterior por la puerta abierta y de vez en cuando pasaba por delante de ésta, un vaquero que dirigía una mirada llena de curiosidad hacia el herido.

Barney Baker, estaba dominado por una ira y un rencor que no podía disimular. Había sido despedido del rancho y en cuanto se encontrara en condiciones de montar a caballo, según había manifestado el señor Fairfax debía alejarse del Lazy-O y no aparecer nunca más por allí.

Pero tenía que pasar aún mucho tiempo antes de que Barney se encontrara en condiciones de montar a caballo, y Río Kid no era hombre capaz de permitir que se marchara en condiciones que no le permitieran dirigirse con seguridad a cualquier punto.

El capataz pensaba la forma en que podría vengarse de todas las derrotas sufridas y no había perdido por completo las esperanzas de triunfar. En el estado en que se encontraba, nada podía hacer directamente, pero el hecho de continuar en el Lazy-O le permitía hablar con sus aliados y tramar un nuevo complot.

Tenía confianza en sus hombres y como se hallaba alejado de ellos ahora, no sabía que el grupo de vaqueros de más malos instintos de toda la región, estaba aprendiendo a fuerza de golpes, a respetar al nuevo propietario.

—¿No han vuelto todavía, Coyote? — exclamó Barney.

—Yo no creo que él vuelva. Ha ido con Panhandle Pete, y ese no ha de dejar escapar una oportunidad como la presente

—No confío mucho en ello. Coyote. Es un hombre muy vivo. Yo que lo vi en acción cuando mató a Lariat, puedo decirte que ese muchacho es de los más rápidos que he visto en el manejo del revólver. Para triunfar, Pete tiene que ser rápido, y no darle oportunidad alguna.

—Yo tampoco tengo gran confianza en Pete — exclamó el otro en tono de confidencia. — Y te digo que ese muchacho no viviría ya, si yo pudiera manejar un arma.

Y el coyote miró su brazo, que continuaba colocado en un pañuelo.

—No te hagas ilusiones — manifestó Barney. — Tu no eres hombre para el señor Fairfax, como no lo es Panhandle Pete.

El Coyote lanzó un gruñido y siguió fumando en silencio.

—¿Dónde está Jake?

—Anda por ahí afuera.

—Ve a llamarlo.

Poco después llegaba Kansas Jake a la choza, y dirigía una mirada al que estaba acostado. Barney lo miró con rencor.

—¡Acércate, maldito! ¿Te das cuenta de todo lo que has hecho, con tu error?

—¡Yo creí que te había matado! — respondió el otro. — Tu me avisaste de que irías montado en un caballo blanco... ¿Cómo iba yo a suponer que habías cambiado de montura? ¿Por qué accediste a ello?

—Porque me amenazó con un revólver — rugió Barney. — Pero no hay por que lamentarse ahora. Todo es cuestión de volver a empezar.

—¡Claro está!

El pesado rebenque cayó de nuevo sobre las espaldas de Panhandle Pete.

—El debe regresar al ranch antes de que se haga de noche. Le vas a esperar otra vez, bien emboscado.

Kansas Jake lo miró indeciso.

—Los muchachos no están muy conformes con que se hagan las cosas de esa manera. Ya he tenido varios altercados con ellos a causa de lo ocurrido antes.

—No tienes porque preocuparte de lo que digan. Además, tampoco tienes necesidad de que te vean cuando te vas. Es necesario que lo esperes cuando vuelva. ¿Vamos a dejar que ese muchacho domine a la gente del Lazy-O? ¡Qué dirán de nosotros en Packsaddle!

—Es que ninguno de los muchachos parece ahora muy dispuesto a sacar su revólver contra él, después de haber dado muerte a Lariat.

—¡Y yo tendido aquí sin poder levantarme! Si yo estuviera de pie ya había arreglado este asunto. Te digo que debes ir Jake. de lo contrario, dentro de algunos días habrá dominado por completo a los muchachos y entonces tendríamos que luchar contra varios. ¡Hemos reinado como amos aquí durante tan lo tiempo, y ahora nos va a dominar un muchacho!

—Bien. Lo intentaré de nuevo — respondió Jake y salió de la choza.

Barney Baker, logró incorporarse en su cama, no sin lanzar algunos quejidos y juramentos. Como pasara por delante de la puerta Long Bill lo llamó.

—¿Tú también estás aceptando caramelos del nuevo patrón, como el resto de los muchachos?

—No — respondió el otro. — Yo tengo tantos deseos como pueda tener el que más, de que se vaya de aquí. Pero no quiero que se trate de asesinarlo por la espalda, como han hecho ustedes, y los muchachos piensan como yo. Los muchachos hablan ya de arrojar a Kansas Jake del ranch. No quieren entre ellos ningún traidor.

—Los muchachos se aprovechan de que yo estoy en la cama para hablar, pero si yo estuviera levantado sería otra cosa.

—Lo que yo digo, Barney...

—Cállate. No ha habido entre todos uno capaz de sacar su revólver...

—Yo traté de hacerlo pero me amenazaba con el suyo antes de que yo hubiera logrado sacar el arma — respondió Long Bill. — Ni tú mismo hubieras conseguido nada, la prueba es, que pensaste en colocar a Kansas Jake emboscado en los árboles y el supo salvarse y que tú fueras el que cayera herido.

Un juramente fué la única respuesta.

—Pero tengo una idea, Barney. — Continuó Long Bill. Apache está ahora en el corral. Es el caballo más bravo y salvaje en toda la región de Packsaddle. Creo que ese muchacho sabe andar a caballo. pero uno que tenga las intenciones de Apache, no tardará en derribarlo. si no lo mata...

Los ojos de Barney relampaguearon.

—Ahora estás hablando como debes hablar. Hay que hacer que monte ese caballo y

PUCKY

Río Kid saltó ágil y rápido cuando Apache se echó al suelo.

si no lo mata, es porque tiene un Dios aparte. No hay un hombre en todo el valle del Pecos que sea capaz de dominar a Apache. Ese caballo puede resolver el asunto y el Lazy-O aparecerá de nuevo en el mercado de Pencos Bend para que el notario Lukas se lo venda a alguien.

—Yo me arreglaré para que lo monte, y si lo hace, ya está todo tranquilo de nuevo.

Long Bill salió de la habitación sonriendo, y Barney Baker quedó un poco más reconfortado. Coyote se levantó de su asiento, se asomó a la puerta y al hacerlo lanzó un juramento. A lo lejos, en la pradera se veía un jinete que se acercaba a las casas.

—¡Ahí viene! — exclamó Coyote.

—¿El señor Fairfax?

—Sí.

—¿Y Pete?

—Pete no viene con él.

—¿Qué te había dicho? — exclamó Barney Baker. — Es demasiado hombre para Pete, como lo ha sido para tí. Pero si Long Bill consigue que monte en Apache el animal logrará lo que no hemos podido hacer nosotros.

TIRO POR TIRO

Río Kid galopaba en su pinto en dirección a Lazy-O, a la caída de la tarde luego de haber recorrido todo el establecimiento y haberse dado cuenta cabal de lo que representaba todo. Entonaba entre dientes una de las canciones mejicanas que había aprendido durante su permanencia en aquella república.

Pero su mirada no perdía detalle. Bajo el ala de su Stetson sus ojos permanecían alerta. Río Kid tenía la vida en peligro día y noche desde que había llegado al ranch. Y cuando se acercaba a él, no se sentiría sorprendido de oír una detonación.

Había entre el elemento que trataba de dominar varios hombres capaces de asesinarle a traición, y el muchacho estaba seguro de que Barney Baker, desde su cama, no dejaría de pensar y prepararle emboscadas como la que tan mal resultado había tenido para el capataz.

Los muchachos, con menor o mayor voluntad le manifestaban respeto, pero había dos o tres que mientras él sonreía eran capaces de asestarle una puñalada por la espalda

Como a un cuarto de milla de la tranquera que daba acceso al camino que conducía a los edificios de la estancia había un bosque y Río Kid estaba más atento cuando se acercaba a él, pues consideraba que allí podía existir un nuevo peligro. Si había salido alguien dispuesto a esperar su regreso, era aquel el lugar indicado para emboscarse, ya que el camino seguía por entre dos filas de árboles.

Río Kid se sonrió al notar que algunos pájaros levantaban el vuelo, de pronto en un lugar determinado. Aquello le demostró que alguien había avanzado, por allí asustando a las aves, ya que era hora de que éstas permanecieran en las ramas para pasar la noche.

—¡Vaya! Seguramente han mandado a alguien que me espere... con el rifle. Sin duda me han visto acercarme y van a repetir el juego...

Cuando se acercó algo más al camino, cambió rápidamente de dirección y en lugar de seguir por entre las filas de árboles, dió vuelta hacia el lado del norte por la parte de afuera. Aceleró la marcha del caballo pinto y el animal casi tocaba el suelo en su rápido galope. Al llegar junto a los árboles echó pie a tierra y se metió entre ellos.

Había alcanzado a ver a la distancia la copa de un sombrero Stetson, y eso le confirmó lo que suponía. El que estaba emboscado lo esperaba por el lado del sur y al ver que llegaba por el norte, había cambiado rápidamente de lugar.

Pero no había contado con que Río Kid era justamente desconfiado. Al avanzar a pie llevaba ya el revólver en la mano y cuando el rifle despertó infinidad de ecos al hacer el disparo, el sombrero del que lo manejaba saltó de su cabeza.

—¡Aquí estoy coyote! ¡Y ya que quieres que andemos a tiros, habrá para todos! — exclamó el muchacho.

La bala del rifle había silbado cerca de su cabeza y como el no lograba ver al que había disparado, oprimió seguido el gatillo, guiado por el humo del rifle. Hojas de árbol y ramas, saltaron al ser rozadas por las balas de su revólver, pero no hubo contestación a sus disparos.

—Me parece que ese canallá tiene ya lo que se merecía.

Avanzó con precaución y no tardó en encontrar a Kansas Jake tendido en el suelo y con el rifle al lado. Tenía listo el revólver, por si le hacía falta, pero Kansas no podía moverse. Dos de las balas le habían penetrado en el cuerpo y había caído entre un charco de su propia sangre.

—¡Me ha herido! — exclamó Kansas.

—Es cierto, y con eso no he hecho más que pagarle en la misma moneda con que quería cobrar su vida. Es la segunda vez que me hace este juego traidor.

Creo que ya tiene todo lo que necesita. ¿Ha sido Barney Baker el que le ha ordenado que procediera así?

—¡Maldito sea! — rugió el herido. — Yo no me resolvía, y el fué el que me convenció.

Río Kid permaneció un momento allí luego marchó hasta donde había dejado el caballo y se alejó a todo galope.

Mientras se acercaba, Coyote Jenson lo miraba desde la puerta de la choza donde se encontraba Barney. Al acercarse, Río Kid le salieron al encuentro dos o tres de los muchachos.

—¿Dónde está Panhandle Pete, patrón — preguntó el Pequeño.

—¿Pete? Ha dejado desde hoy de pertenecer al personal de la estancia. Quiso matarme a traición, y ha llevado lo que merecía. Creo qu está camino de Packsaddle. No volverá por aquí mientras yo sea el amo de todo esto.

—Lo que supongo que no será por mucho tiempo. — murmuró Coyote.

Río Kid lo miró.

—¿Qué dice? — Hable más alto si quiere que yo lo oiga.

Pero el Coyote se libró bien de hacerlo así. Dió vuelta la espalda y desapareció.

—A ver, Pequeño, — continuó Río Kid. — Vete con otro hombre hasta el camino que cruza el bosque.

—¿Qué vamos a hacer allí, patrón?

—Allí encontrarán a ese canalla a quien llaman Kansas Jake; quiso repetir el juguito del rifle y ha quedado tendido. ¡No se si vivirá todavía!

—¡Otro! — exclamó el Pequeño.

—Si otro. Y a ese le seguirán todos los traidores que hay aquí. Lleven lo necesario y háganle una sepultura decente.

Los que presenciaron la escena se miraron unos a otros, en silencio.

—¡Long Bill! — llamó Río al cuidador de caballos, mientras echaba pie a tierra.

La cabeza del otro asomó por encima de la tapia del corral.

—Toma mi caballo y cuídalo bien. Es un excelente animal, y quiero tenerlo bien atendido. ¿Me entiendes?

—Sí, patrón, — respondió Long Bill tomando el pinto y llevándolo al corral.

Río Kid marchó hacia el edificio y penetró en la casa sin preocuparse de los que lo miraban y murmuraban. El Pequeño y otro, fueron a cumplir lo que les había ordenado.

El Coyote se acercó a la cama de Barney.

—Jake, ha caído también, — dijo lacónicamente.

Barney Baker rechinó los dientes.

—¡Empiezo a creer, Barney, que ese señor Fairfax es el hombre que ha de dominar a los muchachos del Lazy-O. Si ese caballo, no logra reventarlo, ya podemos emigrar de aquí, o someternos.

Un juramento fué la única respuesta de Baker.

—¡Señor Fairfax!

Río Kid se encontraba tomando el sol en la galería del ranch, después de almorzar cuando Long Bill se acercó a él.

Desde donde se hallaba el muchacho, podía ver una gran extensión de la estancia y gran parte del ganado que pacía tranquilamente en la pradera. Aquello le producía más alegría que andar a salto de mata huyendo de la policía. El muchacho estaba más

que satisfecho de la compra que había hecho.

Mientras la desgracia no hiciera que alguien reconociera en él a Río Kid, las cosas irían bien.

Cuando el cuidador de los caballos se acercó a la galería donde se hallaba, Río volvió la cabeza y lo recibió con una sonrisa y un saludo. De todos los hombres que había allí, era a Long Bill al que más estimaba, porque éste al menos había tenido la valentía de tratar de sacar su revólver frente a frente. Eso demostraba que no era traidor.

Río Kid no despreciaba realmente a todos los muchachos del Lazy-O. Los sabía rudos y resueltos y eso no le disgustaba! Confiaba en que le tomarían cariño y su valentía le era simpática. Lo que quería era limpiar el grupo de los malos elementos... y lo iba consiguiendo.

—Señor Fairfax — exclamó Long Bill. En la entonación de su voz había un dejo de respeto y admiración.

—¡Habla! — respondió Río.

—Quería decirle una cosa, señor. En el corral hay un potro al que llamamos Apache y tenemos necesidad de apartarlo para que no muerda ni cocee a los demás animales. No hay muchacho en el Lazy-O que sea capaz de montarlo, pero yo les decía a mis compañeros que tenía la seguridad de que lo que no había conseguido nadie hasta ahora, era usted capaz de lograrlo. Seguramente que si ese potro llega a ser domado y a obedecer a la rienda, valdrá lo menos mil dólares. Es un animal espléndido. Ahora no puede ser utilizado para nada y más bien constituye un peligro.

Los ojos de Río Kid relampaguearon un momento, mientras se fijaban en Long Bill. Luego sonrió.

—Ya he notado la presencia de ese animal — dijo. — Es verdaderamente un bandido.

—En efecto. Los muchachos dicen que no hoy en todo Texas más persona capaz de dominarlo que Río Kid.

Aquellas palabras sobresaltaron un poco al muchacho.

—¿Río Kid? — exclamó fingiendo sorpresa. — ¿Quién es ese?

—Si usted hubiera vivido más tiempo por estos sitios, seguramente que sabría quien es — respondió Long Bill. — Es la más mala cabeza y el individuo más temible por sus fechorías que existe en el Río Grande y el Colorado. Yo no lo he visto jamás por estos lados, pero en Packsaddle hay quien lo conoce y cuenta cosas que horrorizan.

Río Kid sonrió.

—Pero yo no opino como los muchachos. Yo le he visto a usted montar en su pinto y comprendo que sabe usted mucho de caballos, por eso sostenía a los muchachos que usted es capaz de montar en Apache y dominarlo. He llegado hasta apostarle diez dólares a que es cierto lo que sostengo. ¿Qué me dice, señor Fairfax?

—Que no tengo inconveniente en intentar a prueba. En mis tiempos me gustaba montar en caballos salvajes aun cuando ese Apache me parece de condición más peligrosa que los caballos que he visto hasta ahora.. Pero si ha apostado diez dólares en mi favor... es lógico que trate de hacérselos ganar. Enlace a ese caballo.

—¿Lo va usted a montar, señor Fairfax?

—Seguramente. En cuanto me lo hayan ensillado.

Long Bill no manifestó la emoción que sentía hasta que se hubo alejado de allí. Pero cuando se dirigía hacia el corral iba bailando de contento. El Pequeño lo esperaba en la puerta del corral y al recibir la noticia no experimentó menos satisfacción.

Una docena de vaqueros que se estaban desayunando acudieron corriendo al enterarse de la noticia. El nuevo patrón iba a montar a Apache. Hasta el cocinero salió con una sartén en la mano para presenciar la impresionante escena. Coyote Jenso se asomó a la puerta para ir informando a Barney Baker de como se iba desarrollando la cuestión.

Entre los gritos de excitación y la alegría de todos, apareció el señor Fairfax.

Long Bill enlazó el potro más arisco y salvaje de todo Texas. Se utilizaron dos lazos, manejado el uno por Long Bill y el otro por el Pequeño. El animal se resistía, echaba espuma por la boca y mostraba los dientes tratando de morder y alcanzar con sus coces a los que, a duras penas lo sujetaban.

El propio Long Bill, a pesar de su conocimiento de los caballos, no se hubiera resuelto nunca a saltar sobre la silla que estaba colocada. En realidad hacía ya tiempo que habían pensado en darle muerte ante la imposibilidad de domarlo y por el peligro que representaba en la estancia. Pero Barney Baker con la esperanza de obtener un buen precio, se había negado a ello.

Nadie confiaba en el éxito de la tentativa y todos esperaban que tan pronto como el señor Fairfax subiera sobre Apache, saltaría por los aires y se desnucaría al caer.

Ya arreglado Apache ofrecía un admirable aspecto y Río Kid sonrió.

No dejaba de comprender el muchacho, ahora que notaba la satisfacción de todos que le había sido tendido hábilmente una nueva celada y lo que todos esperaban de ella.

—Ya está listo para que usted suba, señor Fairfax — exclamó Long Bill.

Tomó la bridas y se aseguró a la crin y a la silla.

—¡Soltarlo! — gritó el muchacho.

Los lazos fueron sacados.

Lanzando espuma por la boca, relinchando furioso, volviendo la cabeza para morder, Apache procuraba aliviarse del peso que sentía sobre el lomo.

En algunas ocasiones se echó al suelo. Pero el muchacho, ágil y rápido saltó siempre a tiempo para volver a montar en cuanto el animal trataba de ponerse nuevamente sobre sus cuatro patas.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

MUCHOS cirios de blanca cera, puestos en candelabros de plata, ardían alrededor y sobre las gradas del catafalco.

Martín lo había dispuesto todo; pero no había tenido la curiosidad de mirar el cadáver.

¡Cuán ajeno estaba de que tan cerca tenía el cuerpo de la mujer a quien había amado!

Cuando el mancebo hubo encendido el último cirio, volvió a la sacristía.

El cura lo esperaba para extender en el libro mortuorio la partida correspondiente, y que Martín debía escribir, porque hacía bastante tiempo que el pulso del anciano no le permitía más que firmar.

—Terrible golpe para un padre — dijo el sacerdote mientras desdoblaba el papel que contenía la declaración de Extremera. — ¡Cuántas desgracias en pocos días!

—Sí — respondió maquinalmente el mancebo; — se ha murmurado mucho...

—¡Oh!... ¡La murmuración!... Todo mentira.

—No lo es lo de las cuchilladas.

—Pero...

—Ni tampoco lo de que un niño...

—Martín...

—Repito lo que se asegura.

—¿Tienes pruebas?

—No; pero como doña Luz era una mujer como todas, y lo mismo que otras muchas, era posible que...

—¿No la conocías?

—Mucho. Era hermosísima...

—Eso dicen.

—¿Acaso no la visteis nunca?

—La habré visto cien veces, pero sin saber quién era.

—Otras he conocido tan hermosas como ella y, por lo menos, tan virtuosas...

—No es nada extraño.

—Doña Luz — repuso Martín con alguna amargura — ha tenido al menos la suerte, mientras ha vivido, de ser rica y de tener un padre que la ame y la proteja, y aun después de muerta, su cuerpo es honrado...

—Como todos.

—¡Quién sabe!...

—Martín, esta noche estás incomprensible.

—Será efecto del estado de mi cabeza.

—Vamos a extender la partida... Antes da una vuelta a la iglesia, mira si arden bien las luces, y...

—Sí, sí... También veré los estragos que la muerte hace en la hermosura... No he mirado el cadáver.

—Cosa también muy extraña en ti, mucho más tratándose de una mujer joven, hermosa y que por su elevada clase es natural que llame la atención. No viene a la iglesia cadáver que tú no mires y remires... Te repito que esta noche estás desconocido.

El mancebo, sin responder, se dirigió a la iglesia.

—Este es el mundo — murmuró con voz sorda y acento de profunda amargura; — el cadáver de ésta, que ha sido dichosa en vida, se encuentra aquí entre lujo y respetado, y el cuerpo de la infeliz Rosa, que tanto ha sufrido, ha sido profanado... ¡Oh!...

De los ojos de Martín se escaparon dos centellas, y sus miembros se agitaron convulsivamente.

—Veamos — añadió; — quiero buscar la diferencia que existe entre el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, porque alguna habrá.

Y subió las gradas del lecho mortuorio.

Su mirada se fijó en el cadáver.

La mucha luz le permitió reconocer al primer golpe de vista a Rosa.

No puede explicarse lo que sintió.

Exhaló un grito que lo mismo podía ser de sorpresa que de terror o ira.

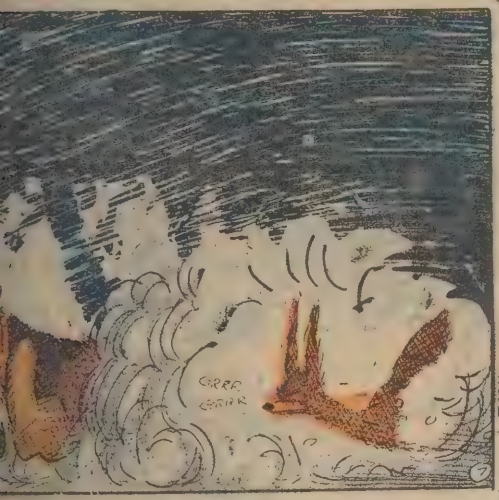
El desdichado quedó por un momento inmóvil con los brazos extendidos, los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en el cadáver.

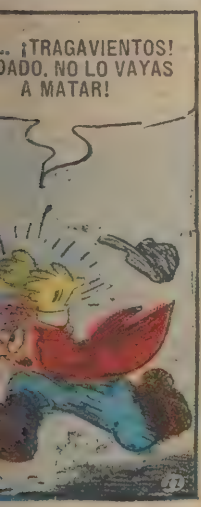
Su rostro se había tornado lívido y se había contraído hasta desfigurarse.

Apenas podía respirar.

Aventuras de Bar

ugli, por Debeck





Su corazón latía con desigual violencia.

—¡Ah! — exclamó con voz ahogada. — Esto debe ser una horrible pesadilla... Pero, no, no..., yo estoy despierto y... ¿Es posible que el dolor me haya trastornado hasta este punto?... ¡Dios mío!...

Se pasó las manos por la frente, inclinó más la cabeza y volvió a mirar el cadáver con indescriptible afán.

—No — dijo, — no estoy soñando ni me he vuelto loco... Esto es una realidad... ¡Oh!...

Sus manos crispadas se pusieron sobre el cuerpo inerte de la joven.

—Es ella, sí; es Rosa...

Interrumpióse, porque su agitación apenas le permitía pronunciar una palabra.

Sus negras pupilas se dilataron, se encendieron más y más, brillaron como dos luces fosfóricas.

Un sudor copioso y frío bañó su frente.

En un estado más tranquilo hubiera adivinado en seguida lo que aquello significaba; pero entonces era imposible, y sólo pudo pensar para convencerse de que aquel cadáver era el de Rosa.

—La mano de Dios — dijo con voz destemplada, — he aquí la mano de Dios... ¡Ah!... No, Rosa mía, no cubrirá la tierra tu cuerpo sin que se cumpla tu postrer deseo de que lleve en su frente helada el sello de un beso de inmensa ternura, estampado por mis labios.

Y, haciéndolo así, besó la frente pálida del cadáver.

Luego levantó la cabeza.

Estaba desconocido; hasta tal punto se había desfigurado su rostro.

Oprimióse el pecho y miró a su alrededor.

—¡Cuánta luz! — murmuró. — Y, sin embargo... apenas veo...

Efectivamente, a sus ojos, abiertos como si fuesen a saltar de las órbitas, los cirios lanzaban torrentes de luz y los objetos no los veía sino como sombras vagas, informes, verdaderamente fantásticas...

—¡Dios mío, Dios mío!... ¡Rosa, Rosa! — gritó el infeliz.

Y el eco de su ronca voz se repitió dos o tres veces en la bóveda del templo, yendo a expirar en lo más elevado de la cúpula.

Sin saber lo que hacía intentó dar un paso para separarse del ataúd, sin pensar en los escalones del catafalco, ni en los candeleros, por entre los cuales apenas le quedaba sitio para pasar.

De esto resultó lo que era consiguiente: faltó a su pie el apoyo, perdió su cuerpo el equilibrio y cayó sobre el duro pavimento de la iglesia, haciendo también rodar algunos cirios que, chocando en la gradería, produjeron gran ruido.

Martín quedó inmóvil.

—¿Qué sucede? — —dijo alarmado el cura, que por tercera vez, y con extrañeza, leía la declaración del médico.

Y dejando sobre la mesa el papel, acudió presurosamente al sitio de la desgracia.

—¡Dios mío! — exclamó al ver inmóvil y en tierra a su protegido.

No perdió un instante y puso una mano sobre el corazón del joven, para convencerse de que no había muerto.

Explicaciones no las necesitaba el buen cura, porque fácilmente se comprendía lo que había sucedido, aunque no se adivinaba la verdadera causa.

—¡Gracias, Señor,, gracias! — exclamó profundamente conmovido.

Empero al levantar hacia el cielo las manos, vió que las tenía manchadas de sangre.

—¡Ah!... Está herido.

Efectivamente, de la cabeza del mancebo brotaba en abundancia la sangre.

No se detuvo el sacerdote a pedir auxilio, sino que él mismo fué a la sacristía, tomó vino, lavó la herida y la vendó con un pañuelo, logrando, al fin, restañar la sangre, no sin que ya hubiese salido una buena cantidad.

Semejante desgracia fué quizás una fortuna, porque el cerebro de Martín se despejó, y volviendo en sí, a pesar del dolor producido por el golpe, sintióse aliviado de su trastorno.

—¿Qué me ha sucedido? — preguntó.

—Has caído, no sé cómo, te has herido la cabeza y...

—Todo lo recuerdo menos mi caída...

—Apóyate en mí, levántate con cuidado, si puedes, y si no yo te levantaré...

—Ya estoy bien...

—Es posible...

—Tranquilizaos — repuso Martín, empezando a levantarse sin la ayuda del sacerdote.

—Debes acostarte...

—No, no me acostaré...

—Hijo, te ruego que no hagas locuras. Sabes que te amo...

—Nada temáis, creedme — dijo el mancebo, acabando de levantarse. — A mi edad esto no vale la pena de tomarlo en consideración. Otra cosa debe ocuparnos... ¡Oh!... Tal vez, padre mío, se ha cometido un crimen horrendo y vos, inocentemente, protegéis al criminal.

—¡Martín! — exclamó el sacerdote, fijando en el mancebo una mirada de profunda sorpresa.

—Sí, se ha cometido un abuso, del que tengo la prueba, y en cuanto al crimen...

—Pero...

—No estoy loco... Esperad y todo lo sabréis... Venid; ayudadme a recoger estos cirios, porque así acabaremos más pronto y podremos hablar.

Ya no trató Martín de ocultar el estado de su espíritu, y aunque su trastorno había cesado, su agitación era la misma que antes.

Olvidándose completamente de su herida, y sin pensar que por efecto de la falta de sangre podían abandonarlo las fuerzas en el momento en que más las necesitara, empezó a recoger y colocar los candeleros.

El buen cura, aturdido por la sorpresa y por el doloroso temor de que el golpe hubiese transtornado la razón de su protegido, no acertó a replicar.

El rostro de Martín continuaba pálido como antes, y su mirada, sombría; pero no se veía ya en sus ojos el brillo extraño que antes los animaba.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno hablase.

Los cirios volvieron a quedar en su puesto.

—Ya se quitará esta sangre y se purificará este sitio — dijo el mancebo. — Venid, padre mío, venid; los momentos son preciosos.

El cura siguió maquinalmente a Martín.

Cuando estuvieron en la sacristía se sentaron junto a la mesa, donde el sacerdote había dejado la certificación del médico.

Capítulo XXII

LE TOCA AL BUEN CURA DUDAR SI ESTA SOÑANDO

El sacerdote volvió a mirar a Martín, porque seguía temiendo que éste hubiera perdido la razón.

—Antes de entrar en explicaciones — dijo el mancebo, — permitidme que lea esta declaración y me entere de quién la firma.

—Sí, toma; es posible que te llame la atención, lo mismo que a mí.

Apenas el joven vió la firma, dejó escapar una exclamación.

—¿Qué te sucede? — preguntó el cura.

—La mano del Omnipotente... ¡Ah!...

—Pero...

—El cadáver que hay en la iglesia no es el de la hija del comendador.

—¡Martín, Martín! — exclamó el anciano, con acento de terror. — ¿Qué dices?... ¿Sabes lo que dices?... ¡Ah!

—Ojalá no pudiera asegurarlo...

—¡Dios mío!...

—La mujer cuyo cadáver tenemos aquí ha muerto esta tarde, no sé a qué hora; yo la conocía, como os conozco a vos, como puede conocerse a una hermana, y... No lo dudéis, padre mío — añadió Martín, sin poder ya disimular ni contenerse; — es imposible que me equivoque, porque yo amaba a esa infeliz... ¡Oh!... Perdonadme... Ya no existe... Su amor, tan intenso como el mío, le ha costado la vida, porque las consecuencias del extravío de nuestra pasión han producido su muerte... Pero Dios la habrá juzgado ya... Era huérfana y pobre como yo; ha sufrido mucho...

Martín no pudo continuar.

El llanto se escapó de sus ojos, lo cual fué para el desdichado un inmenso beneficio en aquellos momentos.

El sacerdote, completamente aturdido, ocultó el rostro entre las manos, sin pronunciar una palabra.

Buen rato pasó sin que se percibiese otro ruido que el de la violenta repiración de aquellos dos hombres.

Al fin, el anciano levantó la cabeza.

Su venerable rostro expresaba una conmoción profunda.

—Preciso es — dijo — hacer un esfuerzo y dominar nuestra agitación para que podamos entrar en explicaciones y meditar.

—Ya estoy tranquilo — repuso Martín, limpiando sus ojos; — me parece que he recobrado la vida desde que he llorado..

—Lo que dices es muy grave.

—Mucho, padre, mucho; pero es muy cierto, por desgracia.

—Luego hablaremos de ese amor fatal que te ha hecho desgraciado, y reconocerás que, al ocultármelo, has sido injusto conmigo. Ahora, trataremos de lo que más importa en este instante.

—Vais a comprender por qué el doctor Extremera ha hecho esa declaración en términos tan vagos que nada dice: es hombre de conciencia muy escrupulosa ya lo sabéis.

—Explícate.

—Viendo que esa infeliz se moría, acudí al doctor, confiándole el secreto de mis amores y hablando a sus caritativos sentimientos.

—Le haces justicia.

—Me dió una prueba más de su buen corazón, y esta mañana fué conmigo a visitar a la enferma.

—¿Recetó?

—Dijo que no había remedio humano; que a la desgraciada no le quedaban más que algunas horas de vida, y que debía emplearlas en confesarse.

—Prosigue.

—Así lo hizo, y cuando esta tarde me separé de ella se quedó en la agonía.

—¿Y después?

—Volví esta noche, y me encontré solamente con la anciana, en cuya vivienda estaba la joven desde hace cuatro meses. Pregunté, y...

—Comprendo: te contestaron que la enferma había entregado su alma a Dios...

—Y que el cadáver había sido conducido a la parroquia.

—¿Y qué hiciste?

—Trastornado por el dolor y por la ira, corrí a San Sebastián, y... ¡No había cadáver alguno!

—¿Y luego? — preguntó afanosamente el sacerdote.

—Volví en busca de la infame vieja; llamé, no me respondieron, rompí la cerradura y entré en la casa. ¡Ya había desaparecido¡..

—¡Dios mío!...

—Ya lo veis, no puedo equivocarme...

—El cadáver de aquella desgraciada fué, sin duda, colocado en el lecho de doña Luz...

—Y Dios ha querido que sea el doctor Extremera, y no otro, el que vaya... Y que yo, precisamente, haya sido el encargado de cuidar ese cadáver, que me es tan conocido y que he buscado loco de desesperación...

—¡Señor Omnipotente! — exclamó el sacerdote, elevando al cielo una mirada dolorosa — ¿Y aun hay quien dude de tu justicia?

—Se ha cometido, pues, un crimen, o va a cometerse...

—¡Ah!...

Raúl de Lancaste

—El comendador es el asesino de su hija...

—¡Horror, horror!...

—Doña Luz había pecado, había manchado su honra, y su padre, abusando de su autoridad, ha sido tan cruel para castigarla...

—imposible — interrumpió el anciano, cuya frente estaba inundada de frío sudor, — es imposible tanta maldad; no creeré que haya un hombre peor que un tigre.

—¿Cómo os explicáis entonces lo que sucede?

—No lo sé...

—Dicen que ese cadáver es el de la hija del comendador; no puede tener otro fin que ocultar el verdadero de doña Luz.

—Preciso es aclarar este misterio. Debe haber algún error.

—¿Aun dudáis?

—No dudo de que ese cadáver es el de la mujer a quien amabas.

—¿Entonces?...

—Pero tus sospechas con respecto al comendador...

—¿Qué haréis?

—Déjame pensar... estoy aturdido — repuso el anciano.

Y apoyó otra vez en las manos la frente.

Martín guardó silencio.

Después de algunos segundos levantó el sacerdote la cabeza.

—¿Qué habéis decidido? — preguntó el mancebo.

—Voy a ver al comendador.

—¿No sería más acertado que habláseis antes con el doctor?

—Ante todo quiero convencerme de que el padre, por severo y cruel que sea, no es asesino.

—Pronto veréis desvanecida una ilusión.

—Además, la presumida debilidad de doña Luz.....

—Está bien clara, padre.

—Se necesitan muchas pruebas para fallar sobre la honra de una mujer.

—La sangrienta escena que tuvo lugar hace algunas noches...

—Dos alguaciles quedaron mortalmente heridos por el hombre que de la vivienda del comendador salía; pero bien pudo ser un ladrón.

—Sí, un ladrón a quien los de la casa protegían; un ladrón que había estado allí muchas noches, y que se arriesgaba para hacer el gran negocio de llevarse un niño, sin contar con que nadie conocía la existencia de semejante criatura...

—Basta, hijo, basta; estás cometiendo un gran pecado...

—Necesito convenceros...

—Voy a buscar pruebas, no para satisfacer mi curiosidad, sino para cumplir mi deber.

—Vamos, pues...

—Tú has de quedarte.

—¿He de dejaros ir solo a estas horas?

—Así es preciso.

—Pero...

—¿Quién ha de quedarse aquí?

—Padre mío...

—No debemos llamar al sacristán...

—No, no sería prudente.

—Y como no sé el tiempo que tardaré en volver ni lo que puede suceder, entre tanto aquí...

—Tenéis razón: esta noche todo es extraordinario.

—Por supuesto, me iré con una condición.

—¿Cuál?

——No te has de acercar otra vez al cadáver, ni has de entrar en la iglesia.

—¿Y quién cuidará de las luces?

—Para eso bastará que te acerques a la puerta y mires.

—Así lo haré.

—Y sólo en caso de necesidad...

—Comprendo.

—¿Me prometes?...

—Idos tranquilo.

—Haré lo posible para volver pronto.

—Dios os ilumine...

—Y a tí te consuele, hijo.

Cuando Martín quedó solo, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Hasta entonces no había podido entregarse con entera libertad a sus tristes pensamientos.

Empero, nada consiguió con meditar sobre la conducta que debía seguir, porque la verdad es, que lo que a él más le importaba era que se encontrase el cadáver de Rosa y que ésta tuviese cristiana sepultura.

Esto lo había conseguido ya, y en cuanto al comendador, no era ciertamente el mancebo el llamado a defender los fueros de la justicia en tan delicado asunto.

Capítulo XXIII

UNA ESCENA HORRIBLE

Perdona, lector, si te hago retroceder por lo menos, una hora; así es preciso, porque debes conocer la escena que tuvo lugar en casa del comendador cuando sacaron el cadáver de Rosa; escena que no hemos podido referir porque, como has visto, teníamos que ocuparnos de otras que no son menos interesantes.

Doña Luz, dando libre curso a su llanto, permaneció en el aposento donde le había hecho entrar su padre.

Aun no había comprendido la infeliz otra cosa sino que quería separársela del mundo, encerrándola en un convento; pero no sospechó que iba a representarse una indigna comedia para hacer creer al mundo que ella había dejado realmente de existir.

A entender semejante intento, su desesperación no habría tenido igual, porque las consecuencias habían de ser las más horribles.

Dada por cierta su muerte, justificada en caso necesario, Raúl no intentaría buscarla, y si él también sucumbía, lo cual era de temer en su peligrosa situación, ¿qué sería de su hijo?

Jamás volvería a verlo, porque él, en la

creencia de que su madre no existía, lloraría su desgracia, pero no la buscaría, y aun cuando alguna vez llegase a encontrarle, no podía convencerle de que ella era su madre, no tendría una sola prueba de la intriga, una prueba contra la fehaciente que presentaba el libro mortuorio de la parroquia San Justo y de la de cien testigos que habían visto dar sepultura al cadáver.

Le aguardaba, pues, a la infeliz una nueva desgracia.

Cansada de llorar, había limpiado sus ojos y meditaba sobre su situación horrible, cuando se abrió la puerta y entró el comendador.

La joven se dispuso a una nueva lucha; pero estaba resuelta a no ceder, y apelando a todo su valor y a todas sus fuerzas, sostuvo con firmeza admirable la mirada dura y sombría del anciano.

—¿Habéis meditado? — preguntó éste después de algunos momentos — ¿Habéis pensado bien en vuestros deberes y conveniencia?

—Sí, señor — respondió doña Luz sin vacilar un instante.

—¿Y qué habéis resuelto?

—Nada tenía que resolver.

—Eso significa...

—Que os imito en esta ocasión, ya que en otras no he sido bastante virtuosa para hacerlo.

—No comprendo...

—Es muy claro, padre mío.

—Explicaos con brevedad.

—Cuando hay que cumplir un deber la vacilación es una cobardía criminal...

—Sí.

—Pues bien: yo no vacilaré para cumplir mis deberes de madre.

—¡Oh!...

—¿Para qué queréis saber dónde se encuentra mi hijo?

—Tengo derecho a conocerlo...

—¿Pensáis ampararlo?

—No estoy obligado a daros cuenta de lo que pienso hacer.

—Antes que vuestros derechos de abuelo son los míos de madre...

—¡Doña Luz!...

—No os enoje la verdad...

—Respetadme...

—Perdón...

—Acabemos, señora.

—He concluído.

—¿Estáis resuelta?...

—A todo.

—No sabéis lo que os espera

—Aunque sea la muerte.

—Peor.

—Todo lo arrostraré, todo lo sufriré; absolutamente todo.

—Y si algún día — repuso el anciano — lo que no es posible, encontráis a vuestro hijo, ¿sufriréis también que no os reconozca por su madre, que os pruebe que no lo sois?

—¡Ah!...

—¿Lo sufriréis?

—Un hijo no rechaza en ningún caso a su madre.

—Ya os he dicho que vais a morir para el mundo, que el mundo creerá que habéis muerto...

—Yo le haré ver su error...

—¡Loca obstinación!..

—Padre mío...

—¿No desistís?

—No, y cien veces no — respondió la joven con firmeza.

—Venid — dijo el comendador, — venid, que antes de pocos minutos os habréis arrepentido de vuestra resolución.

Doña Luz siguió a su padre.

Salieron del aposento, atravesaron el inmediato y entraron en otro enteramente obscuro.

A pesar de esta circunstancia, pudieron adelantar, guiados por la escasísima claridad que se veía por una ventana que había en la habitación y que estaba abierta.

—¿Adónde me lleváis — preguntó doña Luz, estremeciéndose.

—Silencio — replicó, a media voz y con dureza, el anciano; — si en algo estimáis la vida, siquiera para cumplir lo que llamáis vuestros deberes de madre, callad.

Y asiendo de un brazo a su hija, la obligó a acercarse a la ventana, añadiendo:

—Mirad, escuchadme si os hablo y no pronunciésis una palabra.

La joven guardó silencio y miró; pero la ventana daba al patio, donde no había luz, y nada pudo ver.

Transcurrieron algunos minutos.

Oyóse paso de ruido de otros aposentos.

Luego en la escalera principal.

En seguida algunos rayos de luz se espar-

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO— (EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

cieron en el patio, y un segundo después aparecieron dos hombres con sendos cirios ardiendo.

Ni aun entonces comprendió doña Luz lo que aquello significaba.

Sin embargo, sintióse poseída de terror, y sus miembros temblaron convulsivamente.

Tras los dos hombres salieron otros cuatro, llevando en hombros un blanco ataúd, y después otros dos, también con cirios, y algunos más con linternas.

Todos caminaban lentamente.

Todos iban vestidos de negro.

La rojiza y vacilante luz de los blandones daba un tinte extraño a sus rostros, que expresaban una tristeza profunda.

Ninguno hablaba.

No se percibía más ruido que el de sus pasos, dados al mismo tiempo por todos, con la misma exactitud que si fuesen impulsados por un solo resorte.

La misma era la actitud de todos ellos.

Hubiérase dicho que aquello era una procesión de fantasmas.

La claridad de las luces apenas llegaba a las paredes del anchuroso patio.

Nada más imponente, más lúgubre, más aterrador.

Doña Luz miró con espantados ojos aquel cuadro, y no pudo contener un grito desgarrador, que, desgraciadamente, fué apagado por la diestra del caballero, puesta en la boca de la infeliz.

A pesar de esto, algo oyeron los de abajo, y como autómatas, levantaron todos la cabeza al mismo tiempo.

Empero, nada vieron, porque el anciano separó a su hija de la ventana y no le permitió asomarse hasta pasados algunos momentos.

El fúnebre cortejo se detuvo.

El ataúd fué colocado en el suelo

Andrés, que iba entre los de la comitiva, dijo, con voz clara y sonora:

—Compañeros: nuestra muy noble y virtuosa señora, doña Luz de Quiñones, ha dejado de existir; su alma voló al cielo y su cuerpo va a salir para siempre de esta casa... Hagamos por ella lo único que podemos hacer.

Doña Luz oyó estas palabras

Todo lo comprendió entonces.

Horrorizada y poseída de terror como nunca, quiso gritar otra vez, pero no pudo.

Sintió la infeliz una sensación extraña; parecióle que la sangre se helaba en sus venas y que el frío de la muerte paralizaba su corazón.

Sus ojos, extremadamente abiertos, tenían fija la mirada en los del patio.

Estos, con la cabeza descubierta pusiéronse de hinojos en torno del ataúd, y con voz grave y solemne empezaron a rezar.

Entre tanto, el comendador, teniendo fuertemente asida por un brazo a su desdichada hija, le dijo, con voz reconcentrada:

—Ya lo veis; para el mundo, ese cadáver es el de doña Luz de Quiñones Guevara Maldonado y Téllez de Quirós. Negros debieran ser los galones de oro que hay sobre el blanco terciopelo de ese ataúd; negros, para significar la mancha de la honra; pero vuestra falta es un secreto para todos; nadie la conoce más que Dios, el rey, vuestros cómplices, que no hablarán, y yo... Dentro de una hora vuestro nombre estará inscrito en el libro mortuorio de la parroquia y antes de ocho días, el que se tiene por vuestro cadáver no podrá ser reconocido. ¡Oh!... Cuando transcurran algunos años decid a vuestro hijo que sois su madre, y vuestro hijo os llamará impostora, y os lo probará con un documento irrecusable, y os volverá la espalda con desdén, sin que os valga apelar a los que ahora os conocen; porque el tiempo, que todo lo destruye habrá cambiado vuestras facciones... Y el tiempo también calmará el dolor de Raúl de Lancaste y el tiempo y la idea de que no existís, extinguirá su amor, y como criatura al fin, con todas sus debilidades y sus pasiones... ¿quién sabe lo que puede suceder? ¿quién sabe si Raúl habrá dado su corazón y su nombre a otra mujer, será padre de otros hijos y también os rechazará, tampoco querra ni podrá reconoceros.

El frío desconsolador de la fiebre hacía temblar a la infeliz joven, cuyos dientes castañeaban.

Ni una sílaba articul

No hizo ningún movimiento que indicase la intención de separarse de allí ni de desasirse de la dura mano del comendador, que con más fuerza cada vez oprimía el mórbido brazo de la desdichada.

Nada más espantoso, más horrible que aquella situación.

Era imposible que el anciano comprendiese lo que sufría en aquellos momentos su hija, así como también parecía imposible que ella soportase sin morir en pocos minutos aquel sufrimiento.

Los que componían el fúnebre cortejo terminaron su oración.

Pusiéronse de pie y volvieron a levantar el ataúd.

—Aun es tiempo — dijo el comendador; — decidíos, señora.

Doña Luz no respondió.

—¿No me oís? — añadió el anciano, sacudiendo rudamente el brazo de la joven. — Aun es tiempo.

—No — dijo al fin la desdichada con breve acento.

Un rugido sordo y espantable resonó en el interior del pecho del anciano.

La comitiva se puso en movimient

No tardaron en desaparecer.

Perdióse el último rayo de luz

Dejó de oírse el ruido de los pasos.

Volvió a reinar un silencio profundo y amedrentador.

Doña Luz permaneció inmóvil como una estatua.

Transcurrieron algunos minutos.

—Hemos concluído — dijo el comendador.

La arrastró, puede decirse, a su hija, llevándola al aposento de donde la había sacado.

PUCKY

La infeliz se dejó caer en un sillón.
Su rostro estaba lívido y descompuesto.
Su respiración era violenta y desigual.
Aun temblaban sus miembros con el frío
la fiebre.
El comendador estaba también nerviosa-
ente pálido.
Su mirada era sombría como nunca, dando
su semblante una expresión, no severa,
no verdaderamente terrible.
La ira y la desesperación lo habían cega-
, trastornado, hasta el punto de que le era
posible apreciar toda la gravedad de la
tuación; no podía comprende que estaba
atando a su hija, que apenas convaleciendo
de una peligrosa enfermedad, no podría
sistir las rudas y espantosas conmociones
ie en pocos minutos se le hacían experi-
entar.
Frente a su hija, en pie, y también inmó-
, quedó el anciano.
Ni éste ni aquélla pronunciaron una pa-
bra en el espacio de algunos segundos.
Al fin el comendador, acercándose a doña
iz, dijo:
—Por si aún dudáis, por si habéis llegado
sospechar que he dispuesto lo que habéis
sto para infundiros terror y arrancaros el
creto que os obstináis en guardar, os daré
ra prueba.
Y sacando un papel, que no era otra que
declaración del médico, lo puso delante
los ojos de su hija.
—Leed — dijo.
La joven leyó maquinalmente algunas lí-
as, y luego volvió a inclinar la cabeza.
—¿Estáis convencida? — preguntó el an-
ano.
—Sí.
—Voy a enviar este documento a la pa-
oquia... Decidíos.
—Estoy decidida.
—Si os arrepentís...
—No.
—Dentro de una hora será tarde...
—¡Oh! — murmuró la joven con acento
mortal dolor, y oprimiéndose el pecho.
—Doña Luz...
—Me estáis matando...
—Señora...
—No puedo más, padre mío, no puedo
ás...
—¿Os obstináis?...
—Jamás — replicó doña Luz, haciendo
último esfuerzo, — jamás sabréis dónde
tá mi hijo.
—Vos lo queréis, sea.
—¡Dios mío!...
—Esta misma noche saldréis para siem-
e de esta casa, y para siempre os separa-
is de mí.
El comendador salió.
Cuando la joven quedó sola, hizo un es-
erzo, se pasó las manos por la frente y
irmuró con voz sorda:
—Necesito defenderme... Es mi deber...
Luego miró a su alrededor y exhaló un
ito de alegría.
Este cambio lo habían producido algunas
jas de papel y un tintero que había sobre
una mesa, y cuyos objetos no había pensado quitar de allí el comendador.
Doña Luz tomó la pluma.
Su convulsa diestra se movió rápidamente sobre el papel, trazando letras y líneas desiguales.
A los pocos minutos dejó aquel papel y tomó otro.
Un cuarto de hora después dobló las dos hojas y las guardó en el pecho, bajo su vestido.
—Sólo una casualidad puede protegerme — dijo; — débil es esta esperanza; pero esperanza al fin...
—Volvió a oprimirse el pecho y a pasarse las manos por la frente, que empezaba a inundarse de sudor.

Capítulo XXIV

EL CURA VA DE SORPRESA EN SORPRESA

Envuelto en su manteo y sin llevar en la cabeza más que su bonete, llegó el protector de Martín a la morada del comendador, siendo recibido por Andrés, que a todas partes acudía, receloso de que cualquiera circunstancia casual o una imprudencia cualquiera descubriese el secreto que tanto importaba guardar.
—¿Qué tenéis que mandar? — preguntó el sirviente con respeto al sacerdote.
—Necesito — respondió éste — hablar con vuestro señor.
—Si no me equivoco, sois el señor cura de la parroquia...
—Sí.
—Entonces no ignoráis la desgracia que lloramos, y comprenderéis que mi señor...
—Sí, sí — replicó el anciano; — comprendo bien que vuestro señor se encuentra en el estado más doloroso.
—Dudo que soporte el golpe...
—Es terrible; su hija única...
—Y a la que amaba con delirio.
—Amor de padre, que es el que más se acerca al amor divino.
—Por consiguiente...
—Decidle que he venido.
—¿No podríais dejar para mañana vuestra visita?
—No.
—Según se encuentra...
—No importa.
La frente de Andrés se contrajo.
—Os advierto — dijo, fijando una mirada escudriñadora en el cura, — os advierto que mi señor se encerró en su aposento, ordenando que le dejasen tranquilo.
—A pesar de eso...
—Y quebrantar una orden suya...
—Tranquilizaos, que no se enojará con vos.
—Francamente, padre...
—Me iré — replicó el sacerdote, — me iré, no para volver mañana, sino para no volver jamás; pero os advierto que el asunto que me trae es de grandísimo interés, y que puede costar muy caro a vuestro señor

el exagerado celo que mostráis para cumplir sus órdenes.

—No, no os vayáis — dijo Andrés, empezando a perder la tranquilidad; — si de asunto tan grave se trata, le avisaré, porque no quiero ser responsable de una nueva desgracia.

—Obráis cuerdamente.

—Entrad, tomaréis asiento y aguardaréis algunos instantes.

Andrés condujo al sacerdote a uno de los aposentos inmediatos al de su señor, y dejándolo allí, entró en el de éste.

—¿Qué quieres? — preguntó el comendador. — No he llamado...

—Lo sé; pero me he visto obligado a entrar.

—¿Pues qué ocurre?

—Nada agradable, según entiendo.

—¡Oh!... ¿Acaso alguna nueva desgracia?...

—Lo veremos.

—Explícate.

—Acaba de llegar el cura de la parroquia.

—¡El cura!...

—Y quiere hablaros ahora mismo.

—¿Para qué?

—Lo ignoro.

La frente del comendador, como poco antes la del criado, se contrajo más de lo que estaba.

—Me pones en cuidado — dijo.

—Asegura que le trae un asunto del mayor interés.

—¿Habrá sospechado?...

—Tal vez.

—¡Oh!

—Me dijo que si ahora no le recibíais, no volvería jamás; pero que a nadie os quejáseis si sobrevenía una desgracia.

—No hay duda, se trata de mi hija...

—Parece imposible que...

—¿Estás seguro de que el cura no conocía a doña Luz?

—Segurísimo, porque la señora confesaba en Capuchinos, acostumbraba a oír misa en Santa María; y como no salía de casa para otra cosa, y para eso iba bien tapada, ya que no en la litera...

—Sin embargo...

—Tiemblo, señor, tiemblo.

—En último caso...

El caballero se interrumpió, meditó y luego dijo:

—Que entre.

No tenía que esforzarse para fingir tranquilidad, puesto que nada de extraño tenía que estuviese alterado cuando acababa de experimentar una desgracia horrible.

Por lo demás, se trataba de un sacerdote y se veía en la necesidad de recibirlo bien y tratarlo con respeto.

—Caballero — dijo el cura con sencillez y dejando, por un exceso de consideración, sobre una mesa su bonete, que no estaba obligado a quitarse, — me dispensaréis la exigencia de veros ahora mismo, pero el asunto que me trae no admite dilación.

El comendador besó respetuosamente la diestra del sacerdote, y mientras le indicaba con un ademán que se sentase, respondió:

—Para vos, padre, están siempre abiertas de par en par las puertas de esta casa, y en vez de dispensaros, tengo que agradeceros la honra que me dispensáis.

—Gracias — dijo el cura con la misma sencillez que antes.

—Según parece — repuso el caballero, sentándose junto al sacerdote, — es de mucha gravedad el asunto que os trae...

—De mucha.

—Si lo tenéis a bien, explicaos.

—Lo haré con brevedad.

—Como gustéis.

—De vuestra parte me han entregado una declaración del doctor Extremera.

—Sí, se la pedí, no porque fuera preciso...

—Era indispensable.

—¡Indispensable!...

—Sí, caballero.

—Tengo entendido que en los libros de las parroquias se extienden muchas partidas sin esas declaraciones del médico.

—Eso, señor comendador, podrá ser el abuso, que yo no quiero cometer, y tal vez el uso, la costumbre, pero no la ley no el cumplimiento de los deberes del párroco. Lo que sí hago yo sin excepciones que forzosamente han de hacerse...

—Las excepciones son tantas, que han llegado a formar la regla.

—Os equivocáis, por lo menos con respecto a mí.

—No sé...

—Cuando uno de esos infelices que viven en la miseria muere sin que lo haya visto un médico, no puede exigírsele la certificación; pero entonces, antes de dar sepultura al cadáver, doy conocimiento a la autoridad, y ésta se encarga de hacer las averiguaciones que tiene por conveniente, para que no quede duda de que no se ha cometido un crimen.

—Entiendo; pero...

—Si la autoridad cumple o no con escrupulosidad sus deberes, lo ignoro, y a mí no me toca juzgarla; pero yo cubro mi responsabilidad y tranquilizo mi conciencia.

—Que es muy exigente...

—Recta no más — dijo severamente el sacerdote.

—Perdonad...

—Hay además otra circunstancia en casi todos los casos de la gente pobre: los moribundos se confiesan, el cura de la parroquia los auxilia y los ve agonizar; es notorio su género de muerte.

—Mi pobre hija no confesó...

—Ya me lo dijisteis; murió repentinamente y cuando menos se esperaba, cuando parecía estar mejor, lo cual debe haber sorprendido al médico, teniendo en cuenta la clase de enfermedad.

—No he estudiado medicina.

—Yo tampoco, ni esto debe ocuparnos.

—Tenéis razón.

—Por consiguiente...

—Sea de ello lo que quiera, indispensable o no el certificado, puesto que ya lo tenéis...

—No está en debida forma.

—He ahí — repuso con indiferencia el comendador — otra cosa de que tampoco entiendo.

—Yo, sí.

—Entonces.

—No es bastante el documento que me habéis enviado.

—¿Por qué?

—Porque — repuso tranquilamente el cura — la declaración no es terminante.

—¡Qué no es terminante! — dijo el caballero con fingida sorpresa.

—No es afirmación aceptable la que se hace cin conocimiento y convencimiento de lo que se afirma, sino bajo la fe de lo que otro asegura.

—Perdonad mi torpeza...

—Dice el médico que ha reconocido el cadáver de la que, según vos declaráis, es doña Luz de Quiñones...

—El doctor Extremera no conocía a mi hija.

—Lo supongo.

—Pero creo que nadie mejor que yo puede asegurar...

—Ciertamente.

—A menos — replicó el comendador con alguna acritud y no poco altivez, — a menos que me hagáis la ofensa...

—A nadie ofendo con deliberada intención; si lo hago es por ignorancia.

—Os hablaré con franqueza.

—Os lo agradeceré.

—No acabo de comprender el motivo por qué me habláis de ese documento, ni adivino lo que queréis.

—Es muy sencillo.

—Sepamos.

—Os dije que la declaración no está en debida forma, lo cual significa que es absolutamente preciso subsanar el vicio que contiene.

—Eso se hace muy fácilmente

—Poniendo otra...

—Poniendo yo al pie de la certificación que efectivamente el cadáver es de mi hija, y añadiendo lo que bien os parezca.

—No, caballero.

El comendador hizo un gesto de impaciencia.

—¿Conocéis a doña Luz? — preguntó.

—Otro tal vez os diría que sí; pero yo os diré la verdad: no he conocido a vuestra hija.

—Sin embargo, parece que dudáis...

—Dudo — replicó sin vacilar el cura.

—¡Padre!...

—Ni sé mentir, ni debo pagar con fingimiento vuestra franqueza.

—Me ofendéis...

—Si mi duda es infundada, reconoceré la ofensa y os pediré perdón; pero es preciso que me probéis el error en que estoy.

—Cualquiera diría que vuestras palabras significan la creencia de que el cadáver no es de mi hija...

—Exactamente, eso significa — dijo el sacerdote, con firmeza.

El rostro del comendador se tiñó de vivo carmín.

—Pues bien — replicó, dominando trabajosamente su iracundo arrebato, — puesto que vos sois quien eso afirma, a vos os toca probarlo.

—No os alteréis, que estoy dispuesto a complaceros. ¿Queréis que lo pruebe? Así lo haré y nos sacarán de dudas las personas que conocieron y trataron a vuestra hija.

—¡Un escándalo!...

—¿Qué os importa? A mí solamente se me acusará por mi ligereza; las consecuencias las sufriré yo solo.

—A pesar de eso no puedo permitir...

—No tengo otra prueba, no hay otra.

—Concluyamos.

—He concluído — repuso el cura poniéndose de pie.

—¿Qué determináis?

—Cumplir mi deber.

—¡Oh!...

—He perdido un tiempo precioso...

—Sentaos, sentaos y escuchadme, puesto que es preciso...

—Como gustéis.

El comendador guardó silencio por algunos instantes y luego dijo:

—Voy a confiaros un secreto y no os encareceré lo que importa guardarlo, porque vos lo comprenderéis sobradamente.

—Os advierto que no he venido a satisfacer una curiosidad impertinente, sino a tranquilizar mi conciencia y a cumplir mi deber...

—Os hago justicia.

—Por consiguiente, no quiero que me digáis lo que no os convenga revelar o lo que por cualquier motivo tengáis empeño en callar.

—Es preciso que todo lo sepáis.

—Entonces, escucho.

—Antes — dijo el comendador, señalando a uno de los cuadros que había en la habitación — mirad...

—El retrato de una mujer.

—El de mi hija.

—No es, pues, suyo el cadáver.

—No.

La frente del sacerdote se contrajo.

—Espero vuestras revelaciones — dijo.

—Se ha manchado mi honra... ¡Oh!...

—Doña Luz ha sido débil, porque es una criatura.

—La debilidad debe castigarse y, además, para evitar nuevos males, es preciso que desaparezca mi hija, pero de tal modo, que el mundo crea que ha muerto.

—¿No sería más oportuno remediar la desgracia, en cuanto es posible, legitimando el fruto de ese amor?

Conocido el carácter del comendador, se comprende fácilmente el efecto que le producirían las observaciones del cura.

—Basta de contemplaciones — dijo para sí: — este buen hombre, cándido y débil, no puede apreciar mi situación ni conocer la importancia de cierta clase de cuestiones.

Y luego añadió en voz alta:

—Por cortesanía os responderé, diciéndoos que es imposible un matrimonio, porque el seductor es uno de los que en Flandes se han rebelado contra la autoridad del rey, y sobre ser casi seguro que profesa la religión reformada, está declarado reo de alta traición y no tardará en morir a manos del verdugo más tiempo que el que se

tarde en apoderarse de él, lo cual será pronto, puesto que se le sigue muy de cerca. ¿Creéis que puedo consentir que mi hija se case con un hombre que pertenece al verdugo, que mis nietos lleven un nombre deshonrado?... ¡Oh!... No hablemos de esto, porque será inútil.

—Bien, caballero, — repuso con calma el sacerdote; — consentid o no ese matrimonio, que asunto es ese de vuestra conciencia y de vuestra conveniencia. Hablemos del extraño castigo que imponéis a vuestra hija...

—Es cuestión de honor...

—Ciertamente.

—Y en las cuestiones de mi honra, nadie más que yo puede ser juez...

—No prosigáis — interrumpió el cura, desplegando una dulce sonrisa: — nos separamos de la cuestión principal... En lo que toca a vuestra honra, ni he pretendido ser juez, ni quiero serlo; así como no me importan las circunstancias del seductor de doña Luz, ni los motivos que tengáis para no consentir un matrimonio exigido por todas las conveniencias morales. No, caballero; nada de eso me importa, ni para eso he venido, y, por consiguiente, están demás vuestras revelaciones, podéis guardar vuestros razonamientos para cuando sean necesarios, debéis hablar de vuestra honra sólo a quien os hable de ella...

—Entonces, ¿qué queréis?

—Ya os lo he dicho: otra certificación.

—Imposible.

—Pero — repuso el buen sacerdote — me habíais prometido convencerme de que era preciso pasar por todo, dar sepultura al cadáver y guardar el secreto. Nada me habéis dicho que me convenza, y no sé cómo habéis podido imaginar que sólo porque lo deseáis, porque os conviene, he de ser vuestro cómplice en semejante intriga.

—¿No es razón bastante mi honra?

—No se limpia así.

—¿Y el escándalo?

—La culpa no será mía. ¿Por qué no contásteis antes conmigo?

—¿Hubiéseis consentido?

—No.

—Por eso he buscado el consentimiento, la autorización de quien puede más que vos.

—No os comprendo.

—Me explicaré, puesto que a ello me obligáis... Sabedlo de una vez: este no es un secreto mío solamente... Mirad.

El caballero sacó un papel manuscrito y lo mostró al sacerdote, mientras añadía:

—Si así ha de entrar en el convento doña Luz, claro es que está probado lo del cadáver.

El protector de Martín fijó la mirada en el escrito y, a medida que leía, temblaban sus manos y palidecía su rostro.

—¡Ah! — exclamó, al fin. — ¡El rey!...

—Silencio...

—¡Dios mío!...

—Volved la hoja y concluid.

Hízolo así el sacerdote.

Su rostro pálido se tornó lívido.

—¡Su eminencia! — murmuró.

—Las dos potestades.

—Pero...

—¿Queréis más?

—Aquí — balbuceó el cura, — aquí...

—No se habla de la supuesta muerte, ni del cadáver...

—No.

—Si lo exigís — repuso el comendador, — daré parte a su majestad, y de acuerdo con nuestro piadoso inquisidor...

—Basta, caballero, basta — replicó el sacerdote, cuya frente estaba inundada de sudor.

Y devolvió el escrito al caballero.

—No basta para mí — dijo éste.

—Cualquiera otra explicación no tendría ya fuerza alguna...

—Pero deseo evitar que tras una sospecha venga otra.

—Nada puede sospecharse cuando se conoce la verdad.

—¿Quién sabe si al salir de aquí os ocurrirá dudar de si doña Luz existe?

—En cuanto a eso...

—Puede suceder.

—No, puesto que debe entrar en el convento y he visto la prueba.

—Sin embargo...

—No necesito más.

—Yo, sí.

—No, no — repuso el cura, volviendo a levantarse.

—Lo exige mi tranquilidad y os lo ruego como un señalado favor.

—Permitidme...

—Un momento, no es mas que un momento lo que perderéis.

—Pero, ¿qué he de hacer?

—Quiero que veáis a doña Luz.

—¡Oh!...

—Venid, padre, venid.

El sacerdote pareció dudar un instante; pero, decidiéndose al fin, siguió al comendador.

La agitación del buen cura era mayor cada vez.

Estaba profundamente conmovido.

Bien hubiera querido excusarse de conocer a doña Luz; pero por lo mismo que ésta era desgraciada y sufría, decidióse a verla con la esperanza de poder dirigirle alguna palabra de consuelo.

El caballero sacó de uno de sus bolsillos una llave, acercóse a la puerta del aposento donde estaba su hija, y abrió.

Capítulo XXV

LA CONFESION

El comendador cedió el paso al cura.

Este penetró en el aposento y se detuvo a poca distancia de la joven, que aun permanecía sentada junto a la mesa.

Doña Luz no podía comprender lo que significaba aquella visita, ni tampoco se ocupó en intentar adivinarlo; pero su mirada se fijó afanosa en el rostro venerable y de dulcísima expresión del virtuoso sacerdote.

Hubo algunos momentos de absoluta quie-

PUCK

tud y de un silencio verdaderamente solemne.

Aquellos tres corazones, agitados por sentimientos bien distintos, palpitaron con violencia.

La desdichada joven, sin darse cuenta de lo que pasaba ni de lo que hacía, y como impulsada por una fuerza misteriosa, púsose repentinamente en pie, cruzó las manos, extendió los brazos y se dejó caer de rodillas a los pies del sacerdote, mientras exclamaba con desgarrador acento:

—¡Vuestra bendicion padre mío!... No neguéis vuestra bendicion a una infeliz mujer cuyos sufrimientos no tienen igual... He sido débil, he pecado; pero Dios no es como los hombres, Dios perdona cuando el pecador se arrepiente...

—¡Desgraciada! — murmuró el cura con voz ahogada por la dolorosa emoción que le había producido la presencia y el acento de doña Luz.

—¿Qué hacéis? — preguntó el caballero dando un paso hacia su hija.

Entonces el cura extendió un brazo para detener al comendador, y fijando en él una mirada severa, le dijo:

—Ahora no podéis vos ser juez...

—Soy padre...

—Vuestra autoridad no es bastante para estorbar a vuestra hija que implora el perdón de sus pecados...

—¡Oh! — exclamó Quiñones, apretando los puños con ira.

—¡Atrás, caballero, atrás! — replicó el sacerdote con acento de una energía que nadie hubiera supuesto en él.

Y luego irguió la cabeza y su rostro tomó una expresión de imponente severidad, que no hubiera sido fácil resistir.

—Estoy en mi casa — dijo el comendador con altivez.

—Atrás, caballero, atrás, en nombre de Dios, y si no queréis, venid, cometed el sacrilegio de poner vuestra mano sobre mí...

El caballero, ahogado por el enojo y turbado por la imponente tranquilidad del sacerdote, balbuceó algunas palabras que no pudieron comprenderse.

—No miro quién sois — añadió el cura, — y como a vos haría también, retroceder al mismo rey... Apartaos.

Efectivamente, el comendador retrocedió hasta la puerta, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil como una estatua.

Era en aquellos momentos digna de contemplarse su severa figura, envuelta en la sombra, porque de la luz no llegaba allí más que una escasísima claridad.

—No puedo bendeciros — dijo entonces el sacerdote a doña Luz; — no puedo sin apreciar vuestros pecados y vuestro arrepentimiento...

—Escuchad mi confesión.

Sentóse tranquilamente el buen cura en el mismo sillón que había ocupado la joven, y ésta se colocó a su lado, de rodillas.

Absoluto fué el silencio por algunos instantes.

Luego doña Luz, en voz baja, dió principio a su confesión, en tanto que por su pálido rostro corrían abundantes lágrimas.

Transcurrió muy cerca de un cuarto de hora, que fué un siglo de horrible tormento para el comendador, porque comprendía bien que su hija, aprovechando aquella ocasión, podía ocuparse de algo más que de confesar sus pecados.

Esto podía ser muy peligroso, porque no debía dudarse que el cura se mostraría dispuesto a favorecer a la joven, por cuya suerte se había interesado.

Terminó la confesión.

El sacerdote extendió la diestra y bendijo a doña Luz.

En seguida se levantó y, acercándose al caballero, le dijo:

—Nada tengo ya que hacer aquí.

—Salgamos y os haré una pregunta, cuya respuesta es indispensable.

—Vamos.

Salieron sin que el comendador mirase a su hija, que permanecía arrodillada.

Quedó cerrada con llave la puerta.

Cuando estuvieron en la habitación donde antes habían hablado, dijo el caballero.

—Aun ignoro cuál es vuestra resolución.

—¿No la adivináis?

—No basta, debo saberla por vos, expresada clara y terminantemente

—No habrá escándalo.

—¿Y el cadáver?...

—Será sepultado como si fuese el de vuestra hija.

—¿Y este secreto?..

—Lo guardaré

—Está bien.

—Sin embargo, pensad que no soy yo sólo quien lo conoce...

—No importa.

—Dios ilumine vuestro entendimiento — dijo el sacerdote.

Y, tomando su bonete, salió.

Lo único que nos resta añadir es que el buen cura llevaba las dos hojas de papel escritas poco antes por doña Luz.

Capítulo XXVI

LO QUE HIZO EL BUEN CURA

Puede comprenderse la impaciencia con que esperaría Martín la vuelta de su protector; así fué que apenas entró en la sacristía aquél, sin darle tiempo para descansar, ni siquiera sentarse, le preguntó afanosamente:

—¿Qué habéis adelantado

Empero nada consiguió, porque el sacerdote, cuyo semblante revelaba, no solamente su dolorosa conmoción, sino la preocupación más completa, guardó silencio, y dejándose caer en una silla, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos y quedó inmóvil.

Martín lo miró con sorpresa.

Gravísimo debía ser lo que había sucedido al anciano para que estuviese de tal modo.

Esto, como era consiguiente, aumentó la curiosidad y ansiedad del mancebo, que, sin poder contenerse, volvió a decir:

—¿Qué tenéis?... Vuestra palidez, vuestra agitación y más que todo vuestro silencio, revelan claramente...

—Espera, hijo, espera — interrumpió el sacerdote, — necesito reflexionar: no he podido hacerlo en la calle, porque salí aturdido de aquella casa.

Martín se resignó y calló.

Algunos segundos después, el anciano sacó los papeles que había recibido de doña Luz.

Leyó uno de ellos y lo guardó.

El otro lo leyó dos veces, lo dobló y, poniéndolo sobre la mesa, dijo:

—Mi querido Martín, la situación es más grave, mucho más grave de lo que tú has creído ni yo pude sospechar.

—Ya lo era mucho.

—Ante todo, dime cómo sientes la cabeza...

—Bien, muy bien.

—Quiero saber la verdad.

—Os aseguro que, aparte el dolor que destroza mi alma, nunca me he sentido mejor.

—Has perdido bastante sangre...

—A pesar de eso, he recobrado completamente mis fuerzas, lo cual os probaré fácilmente; me siento ágil, dispuesto a todo... Tranquilizaos y olvidad mi herida, que si no me he quitado ya este vendaje, ha sido por no disgustaros.

—Me alegro, porque necesito una persona de entera confianza, de ingenio y de valor, y no cuento con nadie más que contigo.

—Entonces, descuidad; pero antes de decirme lo que he de hacer, si a mal no lo lleváais...

—Comprendo: deseas que yo satisfaga tu curiosidad... Nada más justo, porque a no ser por tí, la criminal intriga del comendador me hubiera pasado desapercibida, y no me sería posible hacer nada en favor de una infeliz mujer, que por más que haya pecado, no es por eso menos digna de lástima y aun de protección. No falto a mi promesa de guardar el secreto, porque tú lo conoces...

—¿Vive doña Luz?

—Sí.

—¿Le ha confesado el comendador que ese cadáver no es el de su hija?

—Sí.

—Ahora sabrá el mundo...

—Nada, Martín — replicó el sacerdote, — nada sabrá por nosotros.

—¡Que nada sabrá! — dijo el mancebo, sorprendido. — ¿Acaso pensáis ayudar al comendador, dando sepultura al cadáver de Rosa, como si no supieseis de quién es?

—Sí.

—Pero vos, a quien no se puede intimidar con amenazas, ni seducir con halagos...

—No, no se me intimida ni se me seduce, porque no tengo miedo a nada, ni nada ambiciono, pero obedezco cuando me manda quien tiene derecho a ello.

Como era natural aumentóse la sorpresa de Martín.

—¡Que se os manda! — dijo.

—Sí, se me manda callar, no más que callar o, lo que es lo mismo, se me presenta una prueba de que la intriga se ha trazado de acuerdo y con autorización de...

Interrumpióse el anciano y miró a su alrededor, como si tuviese miedo de ser oído.

—¡Ah! — exclamó Martín — Sospecho...

—Cuidado, hijo, cuidado...

—Pero...

—Escucha — repuso el sacerdote.

Y acercando su cabeza a la del mancebo, le dijo al oído algunas palabras, añadiendo inmediatamente después en alta voz:

—Por Dios, hijo, por Dios, no repitas esos nombres, y si puedes olvidar lo que te he dicho, olvídalo.

—No me sorprendéis...

—Hay secretos peligrosos, muy peligrosos, y este es uno... Sí, Martín; este secreto amenaza la vida del que lo conoce, es un veneno que puede matar...

—El comendador tendrá cómplices...

—No les envidies la suerte.

—¡Oh!...

—Tengo más experiencia que tú...

—Descuidad.

—Afortunadamente — repuso el anciano — nadie sabe que eres tú quien me ha descubierto la intriga; de otro modo, te daría cuanto poseo y te diría: "Huye, hijo, huye y ocúltate muy lejos de aquí, y que nadie sepa dónde estás".

—Esto es horrible...

—Pero demasiado cierto, por desgracia. Tampoco el doctor Extremera ha dado siquiera a entender que había visitado a Rosa; se le mirará con recelo por las dudas que ha mostrado, y las cuales parecen más que otra cosa un exceso de escrupulosidad que en último caso debe respetarse.

—Ya lo veis, padre mío; cuando me habéis reprendido severamente por lo que llamáis mis criminales murmuraciones...

—Calla, Martín, calla...

—Callaré y esperaré el día de la justicia..

—Sí, la justicia de Dios, porque la de los hombres... ¡Oh!...

—Llegará también.

—No la esperes — repuso tristemente el anciano.

—Olvidamos nuestro asunto...

—Es verdad.

—¿Queréis explicarme el objeto que se propone el comendador, y las razones que puede haber para que el rey apruebe semejante intriga?

—El rey no dice que aprueba nada. ¿Cómo ha de decirlo?

—Sin embargo...

—Lo único que hace su majestad es facilitar al comendador el camino para que doña Luz entre en un convento con tal sigilo que nadie pueda jamás saber dónde se encuentra.

—Pero su muerte...

(Continuará)

LA CASA DEL MISTERIO

Por HERMAN LANDON

(Continuación)

Capítulo V

EL PUÑAL DEL PIRATA

DONALD se sentó en el suelo. Le dolía la cabeza. Se sentía mal y con náuseas.

A la débil luz del gas, miró a su alrededor. Estaba aún en la pequeña habitación del subsuelo, sus impresiones eran aún un poco borrosas.

Un imperceptible tic-tac atrajo su atención hacia un punto de la pared donde estaba colgado un despertador. Marcaba las ocho. ¿De la noche o de la mañana? Sin duda de la mañana. Aunque el tiempo transcurrido le pareció largo, no podía haber permanecido muchas horas tirado en el suelo. A pesar del agudo dolor de cabeza, trató de ponerse de pie sosteniéndose del borde de la mesa y dió algunos pasos vacilantes. El ejercicio aclaró su cerebro, aunque tuviera la impresión de sentirlo apretado como en un estuche.

Esa habitación tenía el aspecto de una celda. El cierre de las puertas y ventanas era hermético, y no podían abrirse del interior.

—Otra vez en la cárcel — pensó — y ésta vez se lo debo a Staglawn.

Se sentó y maquinalmente extendió la mano hacia un paquete de cigarrillos. Si, eran las diabólicas maquinaciones de Staglawn las que le habían traído allí, pero ¿qué querían de él? Todo lo que había sabido es que había un plan para asesinar a alguien.

Esas palabras sonaban en su cabeza: muerte... asesinato... Y le parecía que él, Donald Chadmore debía representar un papel en el cumplimiento de esos deseos criminales. ¿Pero cómo?

Encendió un cigarrillo y comenzó a fumar. ¿Cómo? De pronto una visión de la Casa del Misterio apareció en su espíritu. Eso no parecía tener ninguna relación, pero algo le decía sin embargo que la respuesta de sus perplejidades se hallaba entre los secretos que le concernían.

En el estado de lasitud en que lo había dejado el sufrimiento no estaba en estado de reflexionar útilmente quizá un sueño de una o dos horas, haría sus ideas más claras. Bajó un poco la llama del gas y se extendió sobre el miserable sofá. Casi inmediatamente se durmió, pero fué un sueño agitado, poblado de extraños sueños. Veía una vieja casa sombría, oía una voz, cuya siniestra dulzura dominaba sus sentidos adormecidos. A veces pasaban como una nube, el fresco semblante de Gloria o la cara amarillenta de Peterkin. Veía también a Mr. Greyling tirándose de su ridícula barba, siempre digno con su bella levita y su pantalón de rayas grises.

Una corriente de aire fresco en la habitación lo despertó. Había sentido que alguien caminaba furtivamente.

El chasquido de un fósforo al encenderse lo despertó completamente. Vió una mano pequeña que mantenía la llama y la acercaba al gas.

En el aire flotaba olor a café y vió sobre la mesa una bandeja. Una joven se hallaba frente a él.

—Le he traído el desayuno — dijo.

Era alta y delgada, sus cortos cabellos castaños rodeaban graciosamente su cabeza bien dibujada. Sus facciones eran un poco duras y sus ojos negros miraban con atrevimiento, el conjunto era un poco vulgar, pero sin embargo atrayente. Le miraba con intensidad como para hacerle entender algo.

—¿Quién es usted? — preguntóle él.

Ella se puso un dedo en los labios. Su mano buscó entre los pliegues del pobre vestido y sacó un paquete alargado envuelto en papel de diario que le puso sobre las rodillas, con una mirada de advertencia. El la miró asombrado.

—¿Cuál es su nombre? — cuchicheó.

—Patsy Gale — respondió ella con el mismo tono — soy sirvienta de aquí.

Su asombro creció, pero empezó a comer en silencio, convencido de que alguien acechaba del otro lado de la puerta. Estaba ansioso por saber lo que contenía el paquete pero se notaba visiblemente que ella no de-

seaba que lo abriera en su presencia. Cuando él terminó el desayuno ella recogió la bandeja, su cabeza se acercó un poco a la de él.

—Esta noche... — murmuró.

Luego salió de la pieza y él oyó el ruido de los cerrojos.

—¿Esta noche? — repitió. — ¿Qué quiso decir?

Recordó que según las alusiones de Staglawn y de Jarrow un asesinato debía efectuarse esa noche. ¿Había una relación entre esos proyectos y el cuchicheo de Patsy Gale? Sin contestar a esta pregunta deshizo el paquete y quedó asombrado ante lo que vió.

Era un extraño cuchillo de mango cilíndrico de cuerno, con una larga lámina de punta acerada. Lo dió vueltas entre las manos. Realmente era un puñal y se notaba que era muy antiguo. El puño de cuerno terminaba por un adorno de oro ricamente cincelado al cual estaba sujeto un aro de cuero por donde su dueño podía colgarlo de la muñeca.

La conducta de Patsy Gale se explicaba; era una amiga y le traía el puñal para ayudarlo a su evasión. ¿Pero por qué precisamente ese viejo puñal?

Examinó cuidadosamente la placa de oro a la luz del gas. En el oro la letra C. estaba claramente grabada. No se había equivocado. Era el mismo puñal que durante generaciones había pertenecido a la familia Chadmore pasando de mano en mano desde la época en que uno de los más antiguos Chadmore había descendido de su rango para hacerse pirata. Durante toda su infancia había visto ese puñal colgado en la biblioteca de la Casa del Misterio y había fascinado su adolescencia. Cuando dejó la casa, por un potente impulso había guardado el puñal entre sus últimos equipajes.

Lo había guardado hasta el momento en que su mala suerte lo había llevado a la cárcel. Y cuando salió ya no lo encontró entre las ropas que le habían devuelto, Supuso que Jarrow había logrado apoderarse de él y lo había llevado a Londres. ¿Por qué? Misterio. En todo caso Patsy Gale se lo había robado para devolverlo a Donald.

No eran más que suposiciones, pero no podía imaginar nada mejor. Y, pensando que quizá alguien lo espiaba por el agujero de la cerradura, dejó caer el puñal en el cajón de la mesa de donde fácilmente podía sacarlo.

Las horas pasaban lentas y él trataba de que fueran lo mejor posibles. Para matar el tiempo se extendió de nuevo en el sofá y trató de dormir un rato.

Más o menos a las siete Patsy Gale le trajo la cena que le sorprendió pues era buena. Patsy estaba muy animada.

—Vamos a estar tranquilos — le advirtió ella. — Mr. Staglawn va a salir dentro de pocos minutos y entonces será el momento de tratar de escapar.

Donald hubiera dado algo por ver a Staglawn antes de su partida, pero pensó en la seguridad de Patsy.

—¿Dónde está Marc Jarrow?

—Duerme. No se siente bien. Ayer le dió usted un golpe terrible.

—Eso me gusta.

Ella se dirigió hacia la puerta escuchando un momento.

—Todavía no — dijo volviendo hacia él — Realmente Donald Chadmore, ha sido una locura venir aquí.

—Es lo que yo pienso.

—Tiene usted necesidad de ser vigilado y no es prudente dejarlo en libertad.

—Ya ve usted que no me duró mucho.

—Sí, y es imprudente libertarlo.

—Eso es lo que piensa Jarrow. Me propuso llevarme a Dartmoor ¿qué le parece, Patsy Gale?

—Quiero llevarle fuera de aquí antes de que ellos cometan un crimen.

—¿Es en serio que la gente de esta casa tienen decidido cometer un crimen?

—Puede usted creerlo. Lo harán esta noche poco después de media noche.

—¿Usted hablará naturalmente de Staglawn y de Marc Jarrow?

—Si Staglawn y Jarrow. Son unos asesinos.

—Sin embargo, Patsy Gale, les he oído decir que mi muerte no estaba en el programa.

—Es posible. Pero está la muerte de alguien. Esta noche habrá un crimen, yo se lo afirmo y usted se hallará comprometido en el seguramente.

—¿Yo?

—Sí usted. Se servirán de usted, en el plan que se han trazado y usted ha venido aquí inocentemente. Es por eso que lo han encerrado.

Donald sacudió la cabeza.

—Eso es demasiado profundo Patsy Gale. Un hombre bajo llave no puede ayudar a un crimen.

—¿Quién sabe? Y comprenda esto: en cuanto Staglawn no lo necesite más lo matará a usted también.

—Será una bella matanza. Un hombre con la voz de Staglawn no puede hacer otra cosa. Pero yo digo, Patsy...

—Miss Gale — corrigió ella con frío desdén. — Sólo mis amigos me llaman Patsy y usted no lo es.

—Sin embargo, quiere usted salvarme la vida.

—No, quiero impedir un crimen, eso es todo.

—Yo me beneficio de esa buena intención Pero escuche Pat... mis Gale, no quiero ocasionarle ninguna molestia. Si Staglawn la sorprendiera...

—¡Oh! no hable de eso, no sea loco todavía. Silencio...

Escuchó junto a la puerta.

—Ya se fué — cuchicheó. — Abrió tranquilamente la puerta y lo condujo afuera.

—Atraviese la antecámara — le aconsejó — no sería prudente pasar delante de la casa. Jarrow no duerme más que con un ojo.

Silenciosamente, él atravesó la antecámara sumida en la obscuridad y abrió una puerta. Ella lo siguió cerrando luego que hubieron pasado y encendió el gas. Estaban en una gran cocina. Ella inspeccionó el traje de noche con que él había dormido.

—Arregle su corbata — dijo secamente — será mejor. Ahora, apúrese. No espere un minuto. Escriba primero unas palabras a la-

rrow diciéndole que agradece su hospitalidad.

—¿Eh? ¿escribir a Jarrow?

—A Jarrow o a Staglawn, es lo mismo.

Puso sobre la mesa, una hoja de papel y un lápiz cerca de los cuales colocó una larga llave.

—¿Para qué quiere usted que yo escriba?

—¿Todavía no lo hizo? Escriba lo que le dije. Agregue que devuelve la llave que le sacó a Jarrow del bolsillo después de pegarle. Es necesario pues siempre lleva sobre sí el doble de todas las llaves.

Después de un momento de vacilación Donald sonrió. Era una buena idea. Se preguntarían como se había evadido y sospecharían de Patsy Gale; el billete que ella le sugería prevendría el peligro. Comenzó a escribir un billete sarcástico. Cuando terminó, Patsy lo leyó y sonrió. ¿Ironía o diversión? Luego lo puso sobre la mesa con la llave encima.

—Ahora, rápido — dijo indicándole una puerta al fondo.

El dió algunos pasos y se detuvo, contemplando la puerta con desconfianza.

—No me gusta eso — dijo.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—¿No le gusta, qué?

—La idea de dejarla aquí. No es amable.

—¿Amable?

Rió irónicamente.

—¿Eso lo inquieta? Precisamente, su billete me pone al abrigo...

—Temo que eso no baste. Staglawn no es un tonto. Son más de las siete de la noche y hace más de doce o catorce horas que coloqué mi puño sobre la mandíbula de Jarrow, se preguntará por qué he esperado tanto.

Ella apretó los labios y sus ojos burlones pestañearon.

—No se inquiete. Staglawn pensará que esperó usted la oscuridad.

—Quizá — dijo él con aire de duda. — Pero no me gusta eso. Dígame por qué hace eso por mí.

—¿Por qué? — sus ojos negros estaban llenos de sarcasmo. — Porque estoy loca por usted. Jamás haré bastante por usted. ¿No se dió cuenta de que estoy enamorada de usted?

El rió y le tomó la mano.

—La veré de nuevo, Patsy Gale — le dijo.

Algunos pasos lo llevaron ante la puerta, pero se detuvo de nuevo.

—¿Dónde conduce?

—Afuera, naturalmente. ¿Dónde quiere que lleve?

—Es lo que me preguntaba.

Tenía aspecto desconfiado.

—¡Ah! ¡Por amor de Dios! Decídase usted. Vamos a caer los dos si no se apura. Cuando esté fuera doble a la izquierda. Luego hay un camino entre las dos casas. Rápido.

Pero él parecía aún vacilante.

—El cuchillo — exclamó de pronto — me olvidé el cuchillo.

Corrió vivamente hacia la puerta por donde había penetrado en la cocina, pero muy rápido ella lo precedió.

—¿Dónde va?

—A buscar mi cuchillo.

—¡Imposible!

Le cerraba el paso con su delgada y felina persona. Sus ojos negros brillaban con desafío.

—¿Quiere usted que Jarrow lo atrape de nuevo?

—Corro el riesgo.

—Váyase. ¡Está usted loco!

Se apretaba fuertemente contra la puerta, la respiración anhelante.

—Quiero ese cuchillo. Es mío. Es un misterio para mí que usted haya podido tenerlo, ahora que lo tengo... Déjeme pasar, Patsy.

—No quiero. Ahora no necesita ese cuchillo.

Fácilmente hubiera podido apartarla de la puerta, pero no hizo ningún movimiento. Miró larga y pensativamente al fondo de los ojos ardientes.

—Es usted una muchacha extraña, Patsy Gale. No veo por qué hace todo eso a propósito del cuchillo.

—Es usted quien lo hace ¿Qué quiere hacer con un cuchillo?

—Muchas cosas, Patsy Gale.... siento que... ¡Oh! yo no sé si es extraño...

Dió un paso hacia ella. Su mirada se clavó en el rostro de la joven, luego sobre un punto de su bata.

—¿Sabe lo que voy a hacer, Patsy Gale? La voy a besar. Un solo beso...

Riéndose la atrajo hacia sí, sofocando el grito furioso que partía de sus labios y tomando las dos manos que querían arañarlo en una de las suyas las mantuvo cautivas. Ella estaba reducida a la impotencia, sin embargo, el beso con que él la amenazara no llegó. Con gesto ágil de su mano libre, el sacó la entre un pliegue del vestido un pequeño revólver.

—Patsy Gale — dijo tranquilamente — es usted una mentirosa. Y por un momento me convenció...

Poniendo lo que le sacó a la luz

—Lindo revólver de dama.

Capítulo VI

UN EXTRAÑO LAVADERO

La lucha había sido breve y casi silenciosa. Donald dudaba que el ruido hubiera atravesado los viejos muros. Su sonrisa era una mezcla de perplejidad y divertimiento, mientras examinaba la pequeña arma.

—Es usted una gran artista Pasty. Una de las mejores. Su nombre debía brillar en letras luminosas. Si es usted una hábil comediante, Patsy.

Una admiración involuntaria brilló en los ojos de la joven.

—Pensé encerrarlo. ¿Cómo notó el peligro?

—Difícilmente Patsy. Representa usted su papel muy bien. Pero la ilusión se disipó cuando hizo esa historia porque quise buscar el puñal. En ese momento olvidó su papel. Será una lección para mí. Una dama no debe inspirar confianza cuando acude en ayuda de un gentleman en desgracia. Pero no veo lo que hay en el fondo de esto.

Con las manos en las caderas, ella inclinó su delgado cuerpo.

—Tiene usted un espíritu brillante. Sírvase de su imaginación.

—Trataré de hacerlo. — Su frente se surcó por una arruga.

—Usted me mintió magníficamente. Patsy. La más hábil mentirosa es aquella que mezcla la verdad con la mentira en cantidades iguales. Es lo que usted hizo. Me ha dicho que alguien debía ser asesinado esta noche. Lo creo. Luego me dijo que no quería usted que se sospechara de mí. Eso no lo creo. Usted lo pretendía solamente. ¿Por qué?

—Es usted cada vez más brillante...

—¿Por qué? — preguntóse de nuevo Donald con los ojos fijos en la puerta que ella le había indicado como un camino de evasión. Quiere usted sacarme de una pieza y luego de otra... No veo el sentido de todo esto. Y luego, el cuchillo... Si no quiere usted que lo tenga ¿por qué me lo dió antes? ¿Y de dónde lo sacó usted, Patsy? ¿Se lo quitó a Jarrow?

—Donald Chadmore, se quema usted. Sí, lo obtuve de Jarrow. Me imagino que el conoce gente de la cárcel y...

—¿Y lo guardó hasta ahora?

—Naturalmente.

Dió vuelta la pequeña pistola que le había quitado:

—Demasiado profundo para mí — dijo. — de todos modos, quiero ver lo que hay detrás de esa puerta.

Cuando avanzaba balanceando el revólver en la mano, un ruido que le pareció una señal, le hizo volverse. Una mirada sobre Patsy le hizo reflexionar.

—Atención — cuchicheó ella.

Ya no representaba la comedia. La ironía y la hostilidad habían desaparecido de sus grandes ojos negros.

—Es usted una muchacha rara, Patsy — dijo él a media voz.

Luego avanzó, teniendo firmemente el revólver y caminó a paso de lobo hacia la puerta. En precaución la abrió y notó en el espacio obscuro un ruido furtivo y algo que se movía. Detrás suyo oía la respiración precipitada de Patsy.

—¿Qué es eso?

—Un gato, quizá — sugirió ella, tomando a medias su anterior gesto.

Encendió un fósforo y prendió un pico de gas que vió en la pared. La pieza era un lavadero, conteniendo todos los aparatos apropiados, hasta un enorme caldero colocado contra la pared. Dirigió una mirada al interior como si hubiera sospechado que había un hombre escondido. El espacio era suficiente, pero el caldero estaba vacío. Notó que no había más puerta que aquella por donde había entrado que daban a la pieza.

—Ninguna salida — dijo al fin. — Recién había alguien aquí. ¿Quién era? ¿Jarrow

—¡Jarrow!

Ella sacudió la cabeza y el no supo si continuaba su papel.

—¿Piensa usted que Jarrow escaparía ante el pequeño juguete que lleva en la mano?

—Puede ser. Pero no fué muy lejos. No hay más que una puerta y las ventanas están bloqueadas. Me figuro...

—¡Usted está loco! — exclamó ella.

Pero su voz tembló un poco y sonó a falso, con paso tranquilo él se acercó a un armario colocado contra el muro opuesto; no había llave en la cerradura, con rapidez inusitada, abrió una hoja. Patsy lanzó un grito y del interior salió un gruñido.

En un momento, él introdujo el brazo por la abertura y sacó un brazo vigoroso.

—Deje su máquina de seis tiros. Jarrow — ordenó con calma. — Déjela rápido. Ya conoce usted mi jiu-jitsu.

Tomó expertamente el brazo. Se oyó un gemido seguido del ruido metálico de un objeto al caer sobre el suelo. Después sacó a Jarrow fuera.

—¿Por qué tan modesto? — dijo bromeando. ¿Sensible a causa de la mandíbula, eh?

Jarrow gruñó arrojando sobre él miradas de odio. Su rostro cuadrado estaba lleno de cólera y de rabia.

—Otra vez perdió sus cejas — continuó Donald — y se quitó el bigote y la peluca. He aquí que está al natural, salvo su mandíbula. Usted me molesta Jarrow y no sé que hacer de usted. Déjeme reflexionar.

Sin dejar de apretarle el brazo, miró alrededor del lavadero. Patsy atenta y sin moverse, contemplaba la escena, una singular sonrisa apareció en sus labios. Los ojos de Donald se fijaron en el caldero.

—Voy a encerrarlo para mayor seguridad Jarrow, — dijo — entre en el caldero.

—No creo... — comenzó Jarrow.

Se interrumpió lanzando un gemido. Donald había manipulado su brazo sobre el codo y su rudo rostro hizo una mueca de dolor.

—¡Rápido! Suba en seguida o...

Otro gemido salió de labios del hombre y con una mirada salvaje hacia su atormentador saltó dentro del caldero.

—Me pagará eso... — gruñó:

—Siéntese — aconsejó Donald — será más cómodo.

Bajó rápidamente la tapa sobre la cabeza del hombre. Luego, mientras el prisionero juraba y lo llenaba de maldiciones, descolgó unas sábanas que se secaban contra la pared y las ató de la tapa al pie del caldero. Tomó la precaución de no apretar mucho.

—Si se ahoga — dijo — puede levantar la tapa dos o tres centímetros.

Un horrible juramente le respondió.

Con la conciencia del deber cumplido, Donald se volvió hacia la joven:

—Espero haber detenido el juego, al menos por el momento.

—Está usted loco. ¿Qué juego?

—No lo sé exactamente, el de Staglawn y Jarrow. Debía haber un crimen ¿verdad? ¡Es difícil cometer un crimen estando dentro de un caldero!... Vamos.

La llevó. Involuntariamente ella lo siguió hasta la pieza donde había sido encerrado.

—¡Quiero mi cuchillo! — explicó.

Encendió el gas y abrió el cajón donde había dejado el puñal. Palideció:

—¡No está — exclamó mirando a Pathy.

Esta se encogió de hombros.

—Naturalmente. Llegó usted muy tarde. Staglawn vino antes que usted.

—Usted me dijo que había salido.

Ella tuvo una risa burlona.

—Comprendo, aún miente. Veo claro. Todo eso debía permitir a Staglawn sacar el cuchillo sin que yo me enterara. Es claro... pero lo demás... lo demás es imposible comprenderlo.

—Sí, Staglawn es demasiado hábil para usted.

—¿Dónde está ahora? — preguntó mirando el cuadrante del reloj que marcaba las nueve y media.

—Se fué.

El le dirigió una larga y grave mirada.

—¿Para cometer un crimen?

Ella se encogió de hombros.

—Es una linda noche para un crimen. Escuche el viento y la lluvia como pegan en las persianas.

Reflexionó un momento, contemplándola. Veía un cierto temor a través de su tono burlón.

—Usted vendrá conmigo Patsy Gale.

Había tomado una resolución.

Antes de que ella pudidera lanzar un grito la había llevado a la puerta que abrió con una sola mano. Después de algunas dificultades se encontraron en la calle donde soplaba el viento y la lluvia. Ella luchaba desesperadamente pero sus esfuerzos fueron en vano.

—No haga tanto barullo, Patsy. ¡Ah! que suerte.

Un auto estaba en la esquina y lo llamó. Rápidamente rodeó a la joven con sus brazos y apretó su cara contra el pecho. El chofer lo miró con un poco de desconfianza.

—La señorita no está bien — le explicó apretando más fuerte la cabeza entre su brazo y su pecho. Llévenos a la Casa del Misterio lo más rápido que pueda. ¿Sabe dónde es?

El hombre abrió la portezuela y se apartó:

—Sí, señor la Casa del Misterio, perfectamente.

Con su fardo en los brazos Donald saltó dentró del auto.

—Cuando el taxi comenzó a andar dejó caer a la joven sobre los almohadones.

Reía tranquilamente. Era una locura pero él lo hacía con cierto método.

Una criminal conspiración había sido tramada para esa noche. Con dos conspiradores en su poder, el tercero debía sentirse incómodo.

Patsy Gale estaba tranquila ahora. Apoyada contra los almohadones ella lo miraba, una singular expresión transformaba su cara sombría.

—Corre usted — dijo al fin — pero sabe lo que hace.

Capítulo VII

AS DE PICA

La cena de la Casa del Misterio había sido tan tranquila como miles de otras cenas servidas por el excelente Groody desde que estaba al servicio de los Chadmore.

Groody, que nunca había sido un hombre alto había perdido gradualmente su estatudurante los diez últimos años. Trataba de erguir su cabeza y sus hombros como debe hacerlo el mayordomo de una de las casas más antiguas de Londres, pero no lo conseguía.

Un hombre no puede vivir tantos años en una casa como el hotel Chadmore sin sentir los efectos maléficos y deprimentes de su atmósfera. Había en la Casa del Misterio una cualidad que ordenaba el silencio. Groody no hablaba más que en caso de absoluta necesidad y su voz se elevaba apenas de un cuchicheo.

El frío que reinaba en los viejos halls obscuros había paralizado su garganta y sus ojos.

Sus amos, sentados a la mesa de la cena permanecían silenciosos como de costumbre. La inexpresable regla de contínua reticencia parecía ser impuesta por algo invisible que flotaba en el aire de la Casa del Misterio. Sus rostros no parecían preocupados más que de los movimientos de los cuchillos y tenedores y sus miradas permanecían vagas entre la luz de las altas bujías en sus candelabros de plata.

Bujías y lámparas de aceite eran el único medio de iluminación. Bujías de todos colores y candeleros de todas formas, lámparas magníficas de antigua moda, candelabros y lámparas de pared admirablemente cinceladas. Muchas habían desaparecido en el curso de los últimos años pasa satisfacer las exigencias del insaciable perceptor, pero aun había en gran cantidad.

Teodoro detestaba las innovaciones de toda clase y lo mismo había caracterizado a su hermano durante sus últimos días. Era un sentimiento apasionado, fundado en consideraciones prácticas. Teléfono, gas, electricidad, tenían necesidad de visitas de inspectores y examenes. Y sus visitas no eran deseadas en la casa.

—La luz de las altas bujías, una amarilla y una azul, brillaba sobre los dos rostros soñadores que se miraban. Teodoro que llegaba ya a los sesenta años, llevaba un traje de noche de forma un poco antigua. Había sido fuerte y alto pero una especie de reumatismo lo había deformado y casi encorvado. Tenía una boca de labios delgados, cabellos grises rígidamente partidos al medio; una vida encerrada, apenas y raramente variada por paseos en el jardín, le habían dado un aspecto triste. Sus ojos eran grises, los ojos grises de los Chadmore, y en lo profundo de ellos pasaba amenudo una singular visión de embrujamiento.

Elizabeth, su esposa, era una dama anémica con una expresión siempre triste. Había tenido antes, los dedos cubiertos de anillos y el cuello y los brazos llenos de joyas. La mayoría de ellas habían partido ahora, pero en sus momentos de distracción, había conservado la costumbre de pasear sus dedos por los sitios donde antes estaban. Esa noche, tenía un vestido oscuro que había sido penosamente arreglado para conservar la moda actual. Sentados ambos bajo la luz de las bujías parecían estar en la vida, bajo la influencia de un mágico encanto del pasado.

—Temo, señor — dijo Groody rompiendo el silencio — que esta tarde se haya mojado.

—¿Mojado? — repitió Teodoro mirando al sirviente a través de sus anteojos ahuma-

dos que llevaba para proteger su debilitada vista.

—Llovía, señor, y usted no tenía paraguas.

—¿Para qué hubiera querido un paraguas en la biblioteca? El techo no se llueve.

—¿No salió usted, señor? — preguntó Groody asombrado.

—No.

—Es extraño señor — sacudió su cabeza calva. — La campana de la gran puerta de entrada sonó y usted estaba fuera. Me dijo que había olvidado la llave.

Teodoro lo miró atentamente. Había notado que Groody no estaba muy bien. Dijo solamente:

—Fué ayer mi amigo. Hoy no he salido.

Groody no añadió nada, pero pareció contrariado. Tenía de su amo, la misma opinión que este tenía de él.

La cena llegaba a su fin. Elizabeth tomaba te después de comer y lo bebía siempre en la misma taza, una taza donde estaba pintado un juego de cartas en miniatura. Cuando no quedó en el fondo más que una cucharada de te, con los ojos entornados y aire de inspirada, dió vuelta ésta e hizo caer el contenida en el plato. Teodoro la miraba con indiferencia. Hacía años que cada noche, la había visto practicar ese rito oculto siempre con seriedad y sin desanimarse cuando las hojas del te quedaban mudas o se contradecían.

Estudiaba la posición de las hojas sobre las cartas, de pronto su mano tembló:

—¿Qué hay? — preguntó Teodoro.

Permaneció un momento sin contestar.

—El as de pica — dijo al fin con voz sin timbre.

—¿Y qué?

Teodoro conocía bien el significado de las cartas y las hojas de te. Contemplaba de ordinario el gesto de su mujer con divertido excepticismo. Antes de hablar vió la mirada de Groody atenta, de pie detrás del asiento de su amo. Cerró la boca sin contestar. Poco después fueron a la biblioteca como de costumbre.

Era la pieza más grande de la casa, de treinta pies de largo y veinticinco de ancho. Obscura con sus paneles de roble y sus antiguos retratos de familia, tenía aspecto frío y húmedo, a pesar del fuego cuidadosamente preparado por Groody en la gran chimenea de piedra. Ni un fuego llameante, ni el más brillante sol conseguían disipar ese aspecto.

Teodoro, de pie ante la ventana escuchó el ruido de la lluvia y el viento entre las ramas de un enorme roble. Su silueta parecía grotesca con su cuerpo deformado y sus largas piernas.

—¡Qué noche! — exclamó.

Y caminó a lo largo de la vasta pieza mirando, a través de sus anteojos los muebles antiguos, las colgaduras descoloridas y las sombrías tapicerías. La mayor parte estaba sumido en la sombra sobre todo, los ángulos formados por las paredes alejadas y parecía que hubiera sido sacrilegio dispersar esas sombras, hechas para durar siempre.

—Bien — dijo como avergonzado de su pregunta. — ¿Qué significa el as de pica?

—Significa la muerte — replicó ella.

—Es una locura — murmuró.

—El as de pica no es lo único que vi en la taza

—¿Qué más había?

—El valet de corazón.

—¿Sí?

El sonreía divertido.

—¿Qué significa eso?

—Un joven rubio.

—¡Oh! ¿de veras? ¿Y ese joven, debe morir?

—No, necesariamente no.

Acariciaba con el dedo su cuello en el lugar donde antes habían brillado magníficos collares.

—Eso quiere decir que alguien morirá aquí cerca nuestro y que un joven de cabellos rubios se introducirá en nuestra vida.

—Si esas tonterías te divierten querida, tanto mejor, Pero no creo que des importancia a esas cosas.

—Donald es un joven rubio — dijo ella.

—Y sobre todo un pillo.

—Es tu sobrino y algún día esta casa será suya.

—Probablemente lo arruinará como a nosotros.

El viejo reloj, del fondo de sombras, dió siete campanadas.

—¿Qué habrá sido de él? — murmuró Elizabeth.

—¡Oh! nada bueno, sin duda. Algún día oiremos hablar de el pidiéndonos dinero, pero no tendrá nada de mí.

—¿No tiene una suma en el banco de cuando arreglaron la sucesión?

—Quizá unas mil libras. Me imagino que no le queda nada.

Ella levantó la cabeza:

—Algún día tendrás que decirle...

—Sí, lo sé, tendré que decirle... Después de...

La voz se perdió en un cuchicheo. Luego, Teodoro tomando un diario, comenzó a leer, en tanto que Elizabeth tomaba su labor. Durante una hora permanecieron silenciosos.

Cuando el reloj dió las ocho, Elizabeth se levantó. Se dieron las buenas noches y haciendo girar en sus dedos los ausentes anillos, dejó la habitación murmurando aún:

—As de pica... muerte... Donald...

El hombre quedó solo en la habitación.

Sobre su rostro apareció una impenetrable sonrisa. Cerca de él un diario yacía sobre el piso. En primera página un subtítulo muy destacado, anunciaba el misterioso regreso, después de la precedente desaparición del heredero de la Casa del Misterio. Teodoro había leído todos los detalles y el empleo de la noche de Donald. Su actitud indicaba una censura a la conducta de su sobrino.

Ignoraba completamente todo lo que concernía a teatros, cabarets y artistas pero desaprobaba todo por principio y juzgaba que Donald no se había conducido como convenía a un Chadmore. Comprendía a Gloria Westcott en su desaprobación recordándola vagamente como la hija de un antiguo vecino.

Dejando el diario Teodoro erró un momento por la pieza. Parecía incómodo. Quizá a pesar de sus sarcasmos se sentía impresionado por las fúnebres predicciones de Elizabeth. Después de pasearse a lo largo de las

sombrías paredes se detuvo, y como clavado por una fuerza exterior se detuvo en un ángulo alejado, donde se hallaba el piano, un pequeño y antiguo instrumento sin duda fuera de uso, pues desde hacía tres o cuatro generaciones, nadie lo utilizaba. A decir verdad, lo más lejos que remontaba el recuerdo los dedos del señor Amicus habían sido los últimos en tocar sus notas.

El señor Amicus (un sobrenombre que le había sido dado en virtud de su predilección por el preberbio latino: "Alter ipse amicus", un amigo es un otro yo). El señor Amicus era el bisabuelo del actual propietario de la Casa del Misterio. Su busto de bronce estaba colocado sobre el viejo piano. Era una bella figura teniendo en los ojos una expresión soñadora, que se atribuía a que el señor Amicus era conocido como versado en las ciencias ocultas.

A la débil luz de las bujías Teodoro contempló un momento el busto. Algo del misticismo que había quedado en los ojos del señor Amicus pareció pasar a los suyos. Hubiérase creído que escuchaba una armonía que venía del viejo piano... Pero realmente no se oía más que el ruido del viento y el golpe de las ramas sobre las ventanas. El viejo piano estaba muerto. Sin embargo, entre la sombra que lo rodeaba, podía imaginarse al señor Amicus sentado ante el piano, ejecutando el "Diable aux béquilles" que había sido su ópera favorita y que según la leyenda de la familia, acababa de tocar cuando fué asesinado.

En el rostro que Teodoro estudiaba en ese momento había una expresión a la vez mórbida y mística que sugería una idea de tragedia. Ese hombre no podía haber muerto más que violentamente, una muerte tranquila no era para él.

Una ligera corriente de aire se produjo y una débil voz rompió el silencio.

—¡Teodoro!

Elizabeth, vestida con un largo peinador, sus cabellos grises sueltos sobre sus delgados hombros, estaba de pie en la puerta torciendo nerviosamente un dedo que antes llevaba un anillo.

—¿Qué hay?

—Estoy nerviosa y no puedo dormir. Me parece oír ruidos, ruidos sofocados, como roces...

—Las hojas del te, querida — contestó él pensando en sus reflexiones.

Y más seriamente:

—Es una noche de tormenta. La tormenta produce toda clase de ruidos.

—No, no es eso. Es otra cosa. Yo no puedo decir lo que era, ni de dónde venía, pero era algo... Teodoro ¿me crees?...

—¿Creer qué? — interrumpió él, impaciente.

—¡Hay un extraño en la casa!

—¡Qué locura! ¿Cómo podía entrar?

Ella reflexionó un momento.

—Esa observación hecha por Groddy durante la cena fué curiosa.

—¿Qué observación?

—Que tu habías salido, olvidando la llave.

—Groddy pierde la memoria. Confundió hoy con ayer.

—Pero ayer, no llovió... No importa, me siento rara. Me parece que algo malo va a ocurrir.

—Es absurdo. Resultado de tu superstición sobre las hojas de te.

Se rió, pero su risa sonó a falso.

—Sin duda, oíste a Groddy haciendo su ronda, como todas las noches, para ver si todo estaba bien cerrado.

Ella se dejó caer en una silla, temblorosa.

—¿Sabes que fecha es hoy?

—Sí — él retenía extrañamente su voz, — el 7 de Octubre.

—El aniversario de la muerte del señor Amicus — aclaró ella.

Capítulo VIII

MUSICA DIABOLICA

Se miraron un momento en silencio. Luego él sacudió sus hombros deformes.

—Ya han pasado cien aniversarios y nada ha ocurrido. No hay razón para que hoy pase nada.

—Pero ya sabes que ha dicho que volvería y que tocaría al piano el "Diable aux béquilles" para hacerse reconocer.

—¡Tonterías, los muertos son muertos!

—No siempre. Cuando sus descendientes no cumplen su voluntad, ellos vuelven.

Su voz se hizo persuasiva.

—Yo sé que hay algo, aquí... en ese busto... algo que no tienes el derecho de tocar. Yo te he visto.

Teodoro palideció. La tomó del brazo brutalmente.

—¡Me has espiado!...

—Y qué — dijo como desafiándolo. — Aunque lo haya hecho. Lo que tú haces es mil veces peor. Cuidado mi amigo. Es peligroso violar los deseos de un muerto. El piano...

—Eres absurda, querida. No hay ninguna relación entre el... objeto que usted se imagina... ¿qué he hecho?

—Lo que me asusta es lo que piensas hacer.

Teodoro tuvo un estremecimiento y dirigió una mirada hacia el lado del piano donde estaba el busto. Sin embargo, haciendo un esfuerzo se serenó. Los ojos enrojecidos de Elizabeth iban del busto al rostro de su marido. Un golpe de viento, barrió esa parte de la casa, una rama seca golpeó en la ventana, la llama de la bujía vaciló en la mano de la pastora griega. En la pieza, el aire estaba cargado de electricidad.

—La otra noche — dijo ella, hablando con dificultad. — he... he... creído oír los últimos acordes del "Diable aux béquilles", repetidos varias veces. Venía de aquí... Era terrible. Tuve la impresión de que el señor Amicus volvía.

—Es curioso — dijo Teodoro. — Yo también he creído oír lo mismo. Es la imaginación, evidentemente. Hemos respirado durante demasiado tiempo la atmósfera malsana de esta casa. Está en los muros. No olvidemos que el señor Amicus estaba medio loco. Su espíritu se hallaba turbado por toda clase de supersticiones cuyo efecto místico parece prolongarse a su casa. Pero no

debemos dejar que tenga poder sobre nosotros.

Ella exclamó:

—¡Querido, tú también crees!

—¡Oh! no, sólo que por el momento sufro la influencia de esta casa, es inevitable.

—Comprendo, es esta maldita casa lo que envenena nuestra vida. A veces siento que me volvería loca si no me fuera. Quisiera gritar... a menudo me despierto en medio de la noche oyendo voces, viendo figuras...

—Voces... figuras. ..— repitió él.

—Sí, voces... figuras... ¡su cara!...

Señalaba con el dedo el busto de bronce.

—Sí, veo casi todas las noches. Los ojos... los terribles ojos... parece que brillan en la obscuridad Y las voces... voces bajas que cuchichean... ¡Oh Dios mío!

—Ten cuidado, querida! Es sólo tu imaginación.

Apartando los ojos del rostro contraído de Elizabeth, los dirigió hacia el busto.

—Sí, es raro, es cierto, pero es natural porque en el parecido con el señor Amicus debe haber algún toque mórbido que supo darle el escultor...

Ella ya no lo oía. Hubiérase dicho que el busto había arrojado sobre ella un encantamiento.

—Siento que vive — murmuró ella. — Tiene un alma. No podía sonreir así si no fuera cierto. Vive... respira... El...

Su voz se elevó en un grito.

—Siento que vuelve... ¡Vuelve esta noche!...

Se fué hacia adelante frenéticamente, amenazando al busto con la mano.

—¡Quiero matarlo! ¡Quiero romperlo en pedazos!...

—¡Vamos querida!

Teodoro hablaba con firmeza, aunque algo de la extraña pasión que brillaba en los ojos de su esposa se reflejaba también en los suyos.

—Estás histérica, no es más que un pedazo de metal, querida. Ven.

—¡Metal! — Ella reía sordamente. —No no, ¡vive! Jamás tendré reposo hasta que...

Las palabras se helaron en sus labios. En un delirio más intenso se abrazó a su marido. Y Teodoro, la mano sobre el pestillo, listo para abrir la puerta, y acompañarla a su cuarto, quedó inmóvil como si su cuerpo se hubiera transformado en piedra.

Del fondo de la pieza venía una música, cuyos sones roncos y discordantes, tocaba con ardor intenso, llenaban la vasta biblioteca de sus disonancias y llenaban de un espanto sin nombre a los dos auditores detenidos en la puerta.

Eso concluyó bruscamente en un silencio de horror.

Una risa de loca brotó de labios de Elizabeth.

—¿Oyes? Los últimos compases del "Diable aux béquilles". Eso quiere decir que va a venir... que regresa esta noche...

Con otra carcajada cayó en los brazos de su marido. El hombre dirigió una mirada de espanto al rincón sombrío del piano. El taburete estaba vacío, luego llamó para que viniera la señora Groody. Cuando el desvanecimiento pasó despidió a la gobernanta.

—¿Qué hay? — preguntó Elizabeth con voz sonriente paseando sus ojos a su alrededor.

Teodoro estaba pálido.

—Creo — dijo — que nuestra imaginación no ha jugado una mala pasada, querida.

Elizabeth se sentó, sondando el espacio con una mirada atemorizada, sus manos frotaban su garganta en el lugar donde faltaba la sensación familiar de un adorno desaparecido. En ese momento, se oyó un toque de campana, luego, otro.

Teodoro se irguió un poco.

—La campana de la puerta — murmuró — es raro.

Era realmente extraño. Esa campana no se oía más que para anunciar la llegada del cartero o los proveedores.

—¿Quién será? — murmuró débilmente Elizabeth.

Alguno que pasaba, sin duda.

Miró su reloj, cuya cadena torció nerviosamente.

El rostro de Groddy apareció en la puerta. Durante un momento este que parecía confundido no consiguió hablar. Luego, anunció bruscamente:

—Es Mr. Donald Chadmore.

Teodoro se estremeció. Elizabeth respiró convulsivamente.

—Y viene una dama con él — agregó el doméstico.

—¿Una dama? — repitió Elizabeth — aquí nunca vienen damas, Groddy.

—Hay una ahora, señora. Parece... un poco indispuesta...

Elizabeth acarició con el dedo su delgado puño. Lo extraño de esa noticia había alejado de su espíritu el horror que la llenaba.

—¿Oyes Teodoro Una dama y parece indispuesta — ¿Qué haremos? Creo que dejaremos la mujer afuera y entrará sólo Donald.

—Haga entrar aquí a los dos Groddy — ordenó él.

Y una vez que se alejó el sirviente:

—Y tú querida, ponte algo más conveniente que ese peinador.

Después de una última mirada al piano, obedeció. La puerta se abrió dando paso a la pareja más extraña que jamás hubieron acogido los muros sagrados de la Casa del Misterio. Un joven en traje de noche que parecía que acababa de sostener un combate, una joven delgada de ojos negros, pobremente vestida, de aspecto obstinado.

—Estoy fastidiado tío Ted, — excusóse el recén llegado, con voz tímida y anhelante. No lo he visto desde hace años, pero creo que es usted mi tío Ted. Estoy disgustado por molestarlo en horas tan inconvenientes, pero no pude hacer de otra manera.

Teodoro recobraba su calma. La impresión del misterio había desaparecido ante algo más tangible. Viendo a Groddy en la puerta, le dijo:

—Puede usted retirarse.

(Continuará)

LA BANDA EN LIBERTAD

Por G. H. TEED

(Continuación)

SABIA Blake que no había tiempo para usar métodos ortodoxos. El y Tinker probablemente sucumbirían al número de adversarios. Y si no hubiese sidopor aquel grito aterrador de niño, Blake hubiera pensado dos veces antes de meterse.

Pero intervino casi antes de darse cuenta de lo que él y Tinker tendrían que afrontar. Sabía que su única esperanza era poner a algunos negros fuera de combate, lo más rápidamente posible. Para conseguir esto le pegó al negro un puntapié en la canilla, con todas sus fuerzas. El individuo bajó los brazos, retorciéndose ante el agudo dolor. Blake vió otro par de brazos que venían hacia él. Pegó con la culata del revólver en la cara del primer negro y se volvió para afrontar al segundo.

Su golpe dió en un antebrazo y el caño de metal hizo un desgarrón en la carne. No habían pasado más que pocos segundos desde el ataque de Blake y hasta entonces, Félix Dupont había permanecido indeciso.

Pero, al ver un claro entre él y el extraño europeo, sacó su revólver y tiró cuidadosamente.

Si la bala no hubiese sido interceptada, nada hubiera podido salvar a Blake; pero en el momento en que Dupont levantaba el brazo, otro negro se lanzaba sobre el detective y su gran torso recibió el balazo, mismo debajo de las costillas.

Blake saltó sobre su cuerpo caído, descargó el caño de su pistola en la cabeza de otro negro, encontró una vez más el camino libre hacia Dupont y pasó por encima del cuerpo postrado a sus pies.

Dupont hizo fuego nuevamente. Tan cerca estaba el caño de su arma que el fogonazo rozó la mejilla de Blake. El había esperado ese tiro, sin embargo, y se hizo a tiempo a un lado.

Antes de que Dupont pudiera disparar por tercera vez, Blake estaba encima de él y bajó la pistola como si fuera un martillo. Su blanco era el cráneo de Dupont; pero un salto atrás del hombre lo salvó y antes de que Blake pudiera pegar de nuevo recibió un golpe en su propia nuca.

Trastabilló y un millón de estrellas bailaron ante sus ojos. Luchó desesperadamente para no perder el sentido y a través de sus nublados ojos pudo divisar a un Dupont que parecía un titere bailarín, saltar hacia él.

Blake puso un brazo, delante de la cara. Pegó a Dupont con el otro y sintió que el caño de la pistola había dado en el blanco. Pero el golpe fué demasiado débil para conseguir otra cosa que detener a Dupont un momento.

Volvió otra vez y Blake, cuyos ojos se habían aclarado, saltó de costado y chocó violentamente con el grupo que atacaba a Tinker.

Vió al muchacho literalmente rodeado por los negros y cerca de él, bien visible, el gran cuerpo de Carruthers. Luego, de pronto, notó que Tinker no estaba más. Había desaparecido, sencillamente, de la escena.

Pero Blake sabía que estaba caído, aplastado bajo una avalancha de negros. El pensamiento del peligro que corría el joven le dió nuevas fuerzas. La extraordinaria furia de su ataque obligó a abrirse al círculo de

negros. Pudo llegar Blake hasta donde estaba Carruthers, golpeando al pasar.

El caño de su pistola alcanzó a Carruthers en el costado de la cabeza y lo hizo caer; tropezó Blake contra su cuerpo y el ímpetu de su carrera lo hizo pasar por encima del otro y caer de boca. Conforme tocó el suelo trató de levantarse; pero sintió sobre su espalda un gran peso y comprendió que Dupont o uno de los negros había saltado sobre él.

Aflojó sus músculos y el otro resbaló, con una rodilla a cada lado de él y buscó su garganta. Blake movió la mano a su alrededor y encontró una muñeca. La agarró con todas sus fuerzas, trató de torcerla hacia atrás.

Por un espacio que le pareció eterno, luchó para romper aquella muñeca, con la carga encima, oprimiéndolo con todo su peso. Era cuestión de quien cedería primero. Ni uno ni otro podían resistir aquella presión mucho tiempo.

Blake sintió un temblor en la muñeca que oprimía. Hizo un último esfuerzo y libertó su espalda; luego logró ponerse de rodillas, un pie tocando el suelo y el otro luchando para imitarlo. Todo ese tiempo seguía torciendo el brazo de su enemigo, sin ceder ni una pulgada, a pesar del violento empuje del negro que ahora usaba las piernas de Blake como palanca.

Luego, lentamente, muy lentamente sintió Blake que el peso se movía algo. Mantuvo su posición, mientras apelaba a cada onza de su reserva de energía y, con gigantesco impulso, lanzó al gran cuerpo por encima de su cabeza. Lo vió caer entre las malezas y oyó un grito lleno de repentino y salvaje terror. Luego el negro desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

Blake se puso de pie, tambaleante. Hubiera dado cualquier cosa por un momento de respiro; pero al darse vuelta vió que venían hacia él dos negros más, mientras Félix Dupont, lanzaba al viento sus imprecaciones, los seguía gritando, maldiciendo, urgiéndoles que terminaran con el hombre blanco.

Blake recibió el choque lo mejor que pudo. Pero estaba todavía demasiado desfallecido por la lucha anterior para ofrecer otra cosa que una débil resistencia.

Abrieron brecha en su guardia, lo hicieron retroceder, golpe sobre golpe. Trastabillaba, enceguecido. Trataba de devolver los golpes; pero sus brazos parecían paralizados. Apeló a toda su voluntad para vencer la lasitud que se iba apoderando de él. Pero estaba agotado. Luego, dando la espalda al matorral, tuvo que hacer frente a un nuevo ataque; fué empujado por entre la maleza.

Y entonces ocurrió una cosa sorprendente. Su pie encontró el vacío. Se tambaleó al borde de lo que parecía un vasto pozo negro, luego cayó hacia atrás y hacia abajo, pasando por entre ramas y hojas, rebotando contra raíces y troncos, descendiendo siempre hacia un abismo cuya profundidad era imposible preveer.

Después su cuerpo chocó contra algo, con violencia aun mayor y los asuntos de este planeta dejaron de existir para él.

VI

TERROR

Blake volvió en sí lentamente.

En las profundidades de aquel fétido pozo donde había caído, no había nada que ayudara a sus errantes sentidos a concentrarse. Ni luz, ni una línea definida que lo guiara. Sentíase Blake como si fuera un átomo, a la deriva por el infinito. Su cuerpo funcionaba perezosamente; su espíritu iba recobrando el temple.

Pero todavía no lograba coordinar sus ideas. No tenía deseo de hacerlo. Sentíase tan soñoliento como un oso en invierno. Sin embargo, estaba tan próximo a un peligro mortal que, si sus sentidos hubiesen funcionado normalmente, hubiera tratado de salir de aquel sitio, con uñas y dientes.

Gradualmente las percepciones exteriores aclararon las interiores. Se dió cuenta Blake de que existía. Se encontró pensando donde estaba y que le había pasado. Abrió los pesados párpados y miró la obscuridad abismal. Ni el menor destello que pudiera guiarlo. Penosamente, recobrando poco a poco su fuerza de voluntad, hizo revisar a su mente los rincones de la memoria. Un insoportable dolor en la espalda, al hacer inconscientemente un movimiento, apresuró la vuelta de la memoria. Recordó como se había enfurecido al ver desaparecer a Tinker. Sintió de nuevo la satisfacción del golpe que le pegó a Carruthers. Pensó débilmente qué debió romperle el cráneo.

Vió otra vez, vívidamente su lucha con el negro, al que había despedido por encima de su cabeza y reflexionó como el hombre pudo desaparecer tan repentina y misteriosamente.

Ahora sabía; detrás de la cortina de arbustos y malezas, la barranca debía estar cortada a pico.

El negro había pasado por entre las copas de los mangles y caído... ¿dónde?

Con precaución trató Blake de descubrir cómo y dónde estaba tendido. Se daba ahora por vez primera cuenta de una extraña sensación que experimentaba de pies a cabeza. Pensó si se habría roto algunos huesos al caer.

Logró apoyar las manos sobre algo duro entre lo cual su cuerpo estaba acuñado. Tentó a su alrededor, sorprendido y de pronto su mano encontró agua. Entonces comprendió que estaba aprisionado entre dos raíces de mangles. Haciendo fuerza con los codos, logró incorporarse un poco, comprendiendo ahora que la extraña sensación que experimentaba en sus miembros inferiores debíase a que estaban sumergidos.

Trataba aún de incorporarse más, en un intento de ver si podía alcanzar suelo firme, cuando ocurrió algo que paralizó todos sus movimientos y le enfrió la sangre. Algo, en el agua, se había movido contra su pierna. Blake sabía ahora, demasiado bien, que había caído entre los mangles del Riacho Negro. Sabía igualmente bien que aquellas

aguas, negras, como tinta, silenciosas, estaban infestadas de caimanes. Y cada caimán, de regular tamaño, puede devorar a un hombre, si se le presenta la ocasión.

Se quedó tan inmóvil como la curva raíz sobre la que se recliñaba. No es que pudiera convencer a cualquier caimán en acecho de que no era bocado humano y por consiguiente escogido. Los caimanes tienen el sentido del olfato tan desarrollado como un sabueso. Si era un caimán, en cualquier momento, sus grandes y erizadas quijadas, podrían cerrarse sobre su pierna.

Brotó el sudor de la frente de Blake. Recordó haber cruzado muchas veces a pie aguas infestadas de caimanes y que, agitando violentamente el agua, había logrado generalmente espantarlos.

Revivió en su mente las ocasiones en que, armado de un rifle, había salido a cazar a las peligrosas bestias en la India y el Lejano Oriente, a sus primos hermanos los cocodrilos.

Trató de tranquilizarse por una fría reflexión; pero todo el tiempo sabía que un hocico, largo y chato, podía asomar a la superficie, donde arrastraba su pierna. En cualquier momento... en aquel instante. Era insoportable.

No podía resistir más el suspenso. Comprendió que, ocurriera lo que ocurriera tenía que zambullirse violentamente y patalear, con la esperanza de alejar al reptil.

Estaba a punto de hacerlo, cuando oyó algo que hizo, si era esto posible, helar más aun la sangre de sus venas. Era un sonido lento, salvaje, de mandíbulas que masticaban algo. Y Blake pensó en el negro que había caído al vacío antes que él. Aunque tuviera que caminar por encima del escamoso lomo de los monstruos, Blake huiría de aquel horrible sitio. Nunca supo decir como se paró. Casi cayó desmayado cuando su pie salió de entre la raíz y entró en el agua. Cesó entonces el siniestro masticar.

Levantó Blake las manos y encontró una rama. Sus dedos se cerraron sobre ella y alzóse lo más que pudo, latiéndole el corazón contra las doloridas costillas. De algún modo pudo pasar la pierna por encima de una rama. Luego siguió trepando hasta que calculó que estaría a unos cinco pies encima del agua. Estuvo un rato inmóvil sobre una rama, descansando, recobrando las fuerzas, escudriñando el impenetrable vacío donde existían tales horrores.

Pulgada por pulgada, siguió trepando hasta que encontró otra rama. Se detuvo al oír abajo un ruido infernal. El agua se agitaba violentamente. Comprendió que los otros reptiles habían sido atraídos por el festín e imaginó la horrible batalla que se libraba. Casi veía ahora las grandes mandíbulas abiertas aparecer un momento fuera del agua, cerrarse violentamente y desaparecer debajo de la superficie cuando los grandes reptiles se dirigían lentamente al fondo.

Blake comprendió de pronto que todo su cuerpo temblaba violentamente. Era una reacción física, después del golpe y la insensibilidad, que ningún hombre hubiera podido impedir.

Con un severo ejercicio de la voluntad, calmó Blake sus alterados nervios. Sabía bien en que dirección acechaba el desastre. Encontró más y más difícil ascender por las ramas. El esfuerzo que hasta entonces había hecho para trepar había casi agotado las escasas energías que logró reunir. Sin embargo sabía que la muerte amenazaba a cualquiera que permaneciera toda la noche con las ropas mojadas, tiritando en aquel agujero infectado de fiebres.

Su única esperanza era llegar arriba o, por lo menos, a suelo firme. Trató de recordar la configuración de la gran barranca en aquella parte; pero sus recuerdos eran vagos.

Descansó unos minutos, esforzándose por tranquilizar su mente. No podía, sin embargo, desechar su preocupación por Tinker, puesto que ignoraba lo que había ocurrido arriba, desués de su desaparición de la escena. ¿Creerían que él había muerto? ¿Lo pensaría Tinker?

Suponía que habrían hecho prisionero al muchacho. Recordó haberlo visto desaparecer bajo la avalancha de negros. Pero quizá no habían descubierto su identidad y si así era, pensarían que se trataba de dos europeos que, pasando por casualidad habían intervenido en la pelea. Por otra parte, si sabían que el joven era Tinker, comprenderían el peligro que los amenazaba. Obrarían con más rapidez de lo que habían pensado y Tinker estaría expuesto a un riesgo mayor.

Blake hizo una nueva tentativa para pasar por entre las ramas. Sabía que no era improbable su encuentro con alguna serpiente negra de los árboles y todavía se asombraba no haber sido atacado por alguna serpiente de agua, cuando estaba inmóvil e indefenso entre las raíces de los mangles.

No fué, sin embargo, una serpiente lo que lo hizo detenerse, si no el roce de algo blando, cubierto por largo pelo, un objeto que se movió perezosamente al tocarlo él.

Blake retrocedió, dándose cuenta de que nuevas gotas de sudor aparecían en su frente. Le costó más y más dominar el pánico que la asaltaba, el pánico a lo desconocido, que es la forma peor.

Pero, gradualmente, recobró su fría razón y sabiendo que sólo un limitado número de criaturas de la selva se hallarían así en un árbol, halló una explicación posible a aquel encuentro. Y al sospechar la verdad, lanzó un largo suspiro de alivio.

—Es un perezoso que cuelga cabeza abajo — murmuró. — Bastante inofensivo. Debí comprenderlo.

Avanzó una vez más, confirmándose su creencia de que el objeto peludo era un perezoso. Le dedicó poca atención, absorto por su lento progreso sobre la rama.

Blake encontró más allá otro árbol y pasó a él. Logró colocarse en posición firme y extendiendo una pierna tocó algo que parecióle suelo duro; pero de pronto, cerca de sus oídos, un estallido de risas burlonas, obscenas, interrumpió el silencio de la noche.

Fué tanta la sorpresa de Blake que casi se cayó del árbol al riacho. Pero agarróse desesperadamente a la rama y se sostuvo, sabiendo que aquello no era más que el gri-

PUCKY

to de una pequeña ave, parecida a la gallina conocida por el nombre de chacalaca.

Recordó la pequeña colección de cabañas que había un poco más arriba del riachuelo donde los negros criaban tortugas en un estanque común. Y pensó que había hallado un sendero usado por ellos.

Encontró que era posible avanzar, aunque tentando a cada paso, a su izquierda, vió que el sendero se interrumpía bruscamente. Un paso más y hubiera caído de nuevo.

A su derecha había barro, una pared de barro pegajoso que utilizó como guía. De este modo, tropezando, poco a poco, dió vuelta un recodo y vió una luz entre los árboles.

Comprendió ahora que estaba en la buena senda. Era la aldea de negros. Y más allá estaba el Delfín de Plata.

VII

EL COMPLOT

Un poderoso reflector atravesó la obscuridad.

Sexton Blake se escondió detrás del tronco de un árbol un momento antes de que la luz iluminara el sitio donde él había estado antes.

El rayo fué dirigido hacia arriba, luego de un lado a otro, finalmente descansó en un largo tunel, cerca del agua del Riacho Negro. Blake asomó con precaución la cabeza.

Ahora veía, brillantemente iluminada, la colección de cabañas de negros, que había él pasado, guiándose únicamente por la humeante fogata que le señaló la dirección.

Sabía que se hallaba junto al sitio donde estaba el Delfín de Plata. Pero hasta que apareció aquella luz repentina no había podido descubrir la posición de la vieja fragata y menos saber si había alguien dentro de ella.

Al principio pensó que el reflector estaba montado en la fragata. No veía forma alguna distinta detrás de su luz; pero, calculando que su posición no era más que de dos pies o cosa así encima del agua, se dió cuenta de que estaba instalado en la orilla o en alguna otra parte, separado del Delfín de Plata.

El rayo de luz se extinguió tan rápidamente como se había encendido. ¿Significaba eso que habían hecho algún descubrimiento?

Habían Carruthers, Dupont, Sofía Beautemps y sus cómplices negros llegado a la fragata y sospechaban que eran seguidos? ¿Estaba Tinker en poder de ellos y habían descubierto su identidad? Si era así, no tenía que cavilar mucho para saber lo que le ocurriría a Tinker. Pero había un punto aun más importante: ¿Creían los malhechores que él (Blake) había muerto? Si así era ¿para qué el reflector?

Blake se arriesgó a seguir avanzando. Encontró que el camino barroso, paralelo a la barranca, continuaba con el curso del riachuelo y ahora empezaba a recordar la configuración del sitio que había estudiado en una visita anterior.

Su meta era el Delfín de Plata. Sabía donde estaba; sabía que, fuera de la plancha-da que daba acceso al barco, éste estaba casi oculto por la "jungle". Había o debía haber un árbol. ¡Si pudiera llegar Blake hasta él!

Gradualmente fué surgiendo de la obscuridad una gran masa. Reconoció al barco arrumbado y cuando estuvo más cerca vió una luz. Sabía que procedía del salón principal.

No oyó ruido ni jarana. Si había negros bebiendo dentro del barco, estaban muy callados. Pero tuvo el presentimiento Blake de que la fragata se utilizaba aquella noche para un solo fin.

Encontró una rama y avanzó a lo largo de ella, mano sobre mano. Esperaba a cada momento que le dieran la voz de alto; pero nadie lo interpeló. La rama, angostándose al extremo , se doblaba más y más bajo el peso de Blake hasta que al fin sintió que tocaba el techo del salón con sus zapatos provistos de suelas de goma. Soltó suavemente la rama. Cuando escapó de sus manos, azotando la obscuridad, el último eslabón de Blake con la retirada desapareció.

Se agachó sobre cubierta, escuchando. De alguna parte venía murmullo de voces y supuso que era del gran salón de abajo. No había tragaluz por el que pudiera mirar; pero recordó los ojos de buey, a los cuales podía llegar descolgándose por el costado del barco.

Se deslizó por la cubierta superior, encima del salón y bajó a la cubierta principal. La atravesó y pasó por encima de la borda. Mismo debajo de él había una ventanilla iluminada; a poca distancia otra y luego una tercera, en la obscuridad. Más allá estaba la amplia curva de la galería de popa, que recordaba perfectamente desde su visita anterior.

Se descolgó hasta que sus pies hallaron apoyo. Sus manos encontraron otra barandilla, de modo que podía colgarse de ella, junto al ojo de buey abierto. Luego, con infinitas precauciones, torció la cabeza para poder mirar dentro del salón. Fuera lo que fuere que esperara ver Blake nunca imaginó el sorprendente espectáculo que descubrieron sus ojos.

Sentadas delante de la vieja y maciza mesa de roble, había dos mujeres; una vestía un vaporoso traje blanco; la otra uno rojo, muy ceñido a su flexible cuerpo.

No le hubiera parecido a Blake increíble hallar a la más morena en aquel mismo sitio y en compañía de Sofía Beautemps. Pero la blanca no era otra que Mademoiselle Roxane; y su compañera la famosa y bella mulata María Galante.

¡Roxane y María Galante! Era la última combinación que se le hubiera ocurrido a Blake en este amplio mundo. ¡Roxane a quien creía en aguas del norte, se hallaba en aquel fétido rincón, sentada y departiendo con la mulata María Galante!

¿Qué significaba aquello? ¿Qué "podía" significar?

¿Estaban asociadas con Carruthers, Dupont y Sofía Beautemps en el complot contra los mellizos Calmont?

(Continuará)

EN TIEMPO DE LOS GLADIADORES

Por ALFRED ARMITAGE

Aventuras maravillosas de dos príncipes britanos en la época de los gladiadores

(Continuación)

¡CORRAMOS el riesgo! — gritó Harl con fiera decisión. — ¡Es un muchacho como nosotros; no sería lo mismo si se tratara de un hombre! ¡Pronto, Hamo! enemos que alcanzar el madero antes de que egue a la corriente. ¡Los dioses reconoce- n nuestra buena intención y nos protejerán esta aventura!

—¡Si no nos envían a la muerte por inten- r que un invasor romano se salve de mo- r! — murmuró Hamo, entre dientes.

Los muchachos remaron con todas sus ierzas. Sus brazos, cuyos fuertes músculos arecían de acero, impulsaron con enorme ierza su frágil embarcación. No miraron i una sola vez hacia la costa. Cada segun- o que pasaba temían sentir de repente el npulso invencible de la corriente que lle- aba a la mina de estaño.

SALVANDO A SU ENEMIGO

Con toda rapidez el coracle navegaba so- re las imponentes olas. Pasaba de una cres- a otra sin que se sintiera la fuerza de cción de la corriente transversal que podía evarle al abismo de la mina. El madero otante estuvo a treinta pies de distancia, veinte, a diez. Surgió un raudal de agua y espuma, se sacudió el coracle bruscamen- y luego se encontró junto al náufrago.

—¡Pronto! ¡disponte a levantarlo cuando yo te lo diga!

Con la filosa arma que su hermano le dió, Harl se inclinó hacia adelante y cortó las tiras de cuero que sujetaban al joven roma- no al trozo de madera. El joven se hallaba desmayado a medias, no podía hablar y te- nía los miembros azulados y duros de frío.

—¡Pronto!—dijo Harl.—¡Arriba con él!

Fué algo difícil debido a la violencia de la agitación del mar. Pero por último, los jóvenes britanos alzaron al rescatado mu- chacho por encima de la borda del coracle y le tendieron en el fondo de la embarca- ción. Después ocuparon sus sitios, uno a ca- da lado, tomaron las paletas y comenzaron a remar con loca y desesperada rapidez.

Los primeros golpes de paleta separaron al coracle del madero y los ocho o diez que siguieron obligaron a la embarcación a des- cribir una curva, dirigiéndose hacia el Nor- te, camino del promontorio.

Cada minuto que pasaba acrecentaba las esperanzas de los dos muchachos. Movieron las paletas con una actividad tal como nun- ca la habían desarrollado hasta entonces. Constituía un hermoso cuadro el ver cómo remaban aquellos dos jóvenes sobresalientes los músculos de los brazos, sudorosa la fren- te, respirando jadeantes. De vez en cuando dejaban de mirar hacia la costa para fijarse maravillados en el joven romano.

Seguía tendido a sus pies con los miembros inmóviles y los ojos entornados. Su apariencia indicaba que valía la pena haberlo salvado aun cuando en aquellos momentos se encontraba en situación desventajosa. Pero era de contextura atlética casi igual a la de los dos jóvenes britanos y hubiese sido un serio adversario para cualquiera de los dos.

Tenía el rostro ligeramente curtido; su cutis era blanco como el mármol y sus facciones eran de un tipo que los jóvenes no habían visto nunca hasta entonces, más bien hermosas en su juventud pero con expresión de valor y de altivo orgullo. Sus ojos eran negros como el azabache y su cabello, corto pero ondulado era también negro.

Era patricio de nacimiento y se notaba en su modo de vestir su alta condición social. La parte de sus ropas que no le había sido arrebatada por el furor de las aguas era de rica tela de color púrpura y de cuero muy pulido. Anillos con piedras preciosas brillaban en sus dedos; de su cuello colgaba una gruesa y pesada cadena de oro.

—Debe ser un importante hombre de guerra, — murmuró Harl. — No sabía que en Roma se criaran jóvenes como este.

—Yo lo había oído decir — manifestó Hamo. — Pero no lo creí nunca. ¿Qué crees que debemos hacer con él, hermano? Si no se le cuida bien perdería la vida que le hemos salvado.

Harl no contestó. Miraba hacia adelante con expresión de duda y de perplejidad en su rostro.

—Las rocas no se acercan, — dijo, — ¿o es que me engaña la vista!

—¡Hemos retrocedido! — exclamó Hame con voz que la alarma hacía temblorosa y mirando hacia tierra. — ¡Mira! ¡Estamos más cerca de la costa! ¡La corriente transversal nos ha pescado, hermano, y nos sorbe llevándonos hacia la mina de estaño.

Sí; así precía ser. ¿Dnde les hab´a asido la peligrosa corriente? No era posible decirlo. Pero lo indudable era que el coracle se hallaba en sus garras y era arrastrado implacablemente hacia las abiertas bocas de la mina.

En el primer momento los jóvenes no se desalentaron por completo. Remaron desesperadamente, fieramente, hasta que comenzaron a faltarles las fuerzas y a faltarles, aliento. ¡Todo era en vano! La embarcación giraba y giraba y no se seperaba ni un sólo instante de la línea que iba hacia los negros agujeros que se veían en la base de la costa alta. Parecía que una fuerza titánica les impulsara hacia el peligro.

Era horrible darse cuenta de que la distancia disminuída por momentos. La pared alta de piedra gris se alzaba cada vez más imponente sobre las verdes aguas que parecían hervir a ambos lados del coracle. Ya no les faltaban más que veinte pies para llegar al sitio donde las olas espumosas rompían frente a las bocas de la mina.

Lanzando ahogados gritos de desesperación, Harl y Hamo dejaron caer las paletas y se agarraron tembloros a la borda. El joven romano abrió los ojos y se inco apoyándose en un codo. En aquel ins el coracle subió a la cresta de una e ola, se deslizó entre una bondonada a ca y fué lanzado como una flecha haci de los más grandes agujeros de entra la mina.

Durante más de un minuto el liger quife se hundió en la más completa ridad. Después sintieron un tremendo y los tres muchachos fueron proyec hacia el espacio. Cayeron sobre una su cie dura con tanta fuerza que los tres dieron instantáneamente los sentidos.

RUFO METULO SE PRESENTA

Harl fué el primero que recobró los tidos. Se estremeció al darse cuenta d estaba tendido sobre arena fría y hú y que le rodeaba la más densa obscu Recordó rápidamente cuanto había suc y de pronto oyó el incesante sonar del je y sintió que le salpicaba las pierr espuma de la playa.

Se sentó, asombrado, temblando de Movió los brazos, tanteando y logró algunos trozos de madera mojada. Est cubrimiento le reanimó un poco.

—¡Hamo! ¡Hamo! — gritó lo más que pudo. — ¿Dónde estás hermano ¿Vives aun?

Oyó cerca el ruido de algo que se y luego una bienvenida respuesta.

—¿Eres tú, Harl Creía que habías to. ¿Estás herido?

—No estoy enteramente bien, — co Harl, moviendo las piernas y los braz aun cuando bastante maltrecho y golp

—Lo mismo me pasa a mí, — dijo — Por suerte no tengo roto ningún aun cuando en realidad poco importa encontramos en el fondo de esta mi estaño y aquí tendremos que quedar morir de inanición. Hubiese preferid me hubiera tocado la suerte que al romano. Los dioses están enojados co otros, hermano, y esto que nos pasa es tro castigo.

—¡Si es así lo sufriremos como hom — replicó Harl. — No lo sentiría ta la reina nuestra madre pudiese sabe ha sido de nosotros. Pero nos espera vano... — Calló, ahogada su voz p sollozo ' — ¿Dónde está el joven roma preguntó un instante después, con vo segura.

—No lo se, hermano, — contestó — No alcanzo a tocarlo con los brazo estuviese vivo algo hubiese dicho. O por aquí, sin vida o se lo han llevad aguas hacia afuera. Prefería hallarme to yo también porque el frío pincha crueldad y cuando empiece a sentir h peor será la situación.

—Tenemos probabilidad de poder frente al frío, — dijo Harl, — porq tocado algunos trozos de madera m Si nos internamos algo más en la mi contraremos, tal vez, madera seca c

—¡Pronto! ¡Disponte a levantarlo cuando yo te lo diga!»

ıal encender una hoguera siguiendo las ıseñanzas del viejo Dhuwal. Acércate Hamo nos deslizaremos juntos. Cuando hayamos ıcendido fuego y nos hayamos quitado el ío, volveremos hacia atrás en busca del ven romano.

Hamo accedió de buen grado y se arrastró ıcia donde estaba su hermano. Después, lviendo la espalda al lejano resplandor de z, avanzaron andando a gatas. Al princi- o hallaron un terreno ascendente, arenoso húmedo pero pronto se vieron en terreno ıro y seco.

Avanzaron hasta que el ruido del oleaje ɜgó muy débil a sus oídos. Allí encontra- n montones de trozos de madera de todos maños llevados hasta aquel sitio por la area alta o cuando el mar, agitado por un erte temporal, entraba más que de cos- mbre en la mina. En pocos momentos reu- eron bastante cantidad de madera.

Por suerte Harl tenía aun su daga al cin- y con su filosa hoja rascó algunos de los ɔzos de madera más secos hasta reunir a cantidad de finísimo serrín que puso bre la arena formando un montoncito. ɜspués tomó dos palos y los hizo girar jun- ɜ con ambas manos con tanta habilidad e la fricción hizo, al cabo de unos instan- ɜ, brotar numerosas chispas.

En cuanto las chispas dieron en el montoncito de polvo de madera, Hamo sopló suavemente y no tardó en verse una masa de fuego como de una pulgada de diámetro. Sobre este fuego pusieron astillas de madera que no tardaron en encenderse y llamear. Pusieron entonces trozos más grandes de madera y el fuego creció por momentos. Cada vez más altas subieron las llamas chisporroteando y enviando su rojo resplandor hacia las paredes de piedra y el techo, también de piedra, de la galería de la mina.

Los muchachos se ocurrucaron cerca del fuego y casi olvidaron sus pasadas dificultades cuando, al calor de la hoguera hubieron reconfortado su cuerpo, volviendo la sangre a circularles cálida por las venas.

Cuando ya habían entrado en calor echaron más leña al fuego, tomaron un palo encendido para que les sirviese de antorcha y se alejaron hacia el lado del mar.

La distancia era de unas cincuenta yardas y durante más de la mitad, el pasaje no tenía más de treinta pies de ancho y la misma distancia del piso al techo. Después se ensanchaba de improviso hasta unos sesenta pies y los muchachos descendieron lentamente por la cuesta hasta el sitio donde los dos estaban tendidos cuando recobraron el conocimiento después de haber saltado de su coracle con violencia grandísima.

La luz de la antorcha les permitió ver al joven romano tendido en el suelo a corta dis

Se oyó un grito que dominó el ronco rugir del oleaje. El romano se había incorporado y miraba con asombro. Cuando se acercaron a él con la antorcha pronunció en su idioma varias palabras ininteligibles para los jóvenes britanos.

tancia de ellos. Poca atención le dedicaron pues parecía hallarse sin vida. Además algo más extraordinario y terrorífico les había dejado mudos, fríos e inmóviles de estupefacción.

A pocos pasos delante de ellos morían las olas salpicándolo todo con su espuma que saltaba a gran altura. Más allá, a través del agujero de entrada, veíanse las olas que continuaban con violencia. A ambos lados las húmedas y resbaladizas paredes perdíanse en la oscuridad que reinaba sobre aquel pequeño espacio del mar subterráneo.

La línea de la costa, compuesta de rocas desiguales, con un hueco de ocho pies de ancho en el medio, veíase claramente. Por ese hueco habían pasado los muchachos debido a un capricho de la suerte así que habían caído en la arena sin chocar con ninguna de las rocas que, en caso de haberse interpuesto en su camino, les hubiera costado la vida.

El coracle estaba junto a las rocas de la izquierda destrozado de tal manera que había perdido por completo su forma. Esto importaba poco en realidad porque aun cuando dispusieran del coracle y de las paletas no les hubiera sido posible remar mar afuera porque la impetuosa corriente no lo hubiera permitido.

—¡Mira! — exclamó Hamo, sobresaltado. — ¡Eso nos explica por qué no ha vuelto salir ninguno de los que entraron a la fue za en la mina de estaño!

E indicó, en lo alto de las rocas del lad de la derecha, algunos sitios donde, entr las grietas y hendijas veíanse, blancas com la cal, numerosas osamentas humanas.

—Eso debe darnos esperanzas, — dij Harl, después de mirar un momento haci donde señalaba su hermano. — Esos desd chados que fueron atraídos por la corrient a esta parte de la mina murieron al dar e las rocas, en vez de escapar con vida com nosotros. Es posible que ninguno de ello tuviese vida en el cuerpo después de golpea con las rocas de este hueco o de cualquier de los otros que hay en la playa, así que n tuvieron ocasión de buscar un sitio por don de salir al aire libre.

—¡Tienes razón! ¡Eso nos permite tene alguna esperanza, hermano! — exclamó en tusiasmado el príncipe Hamo. — ¡Los dio ses no nos castigarán con la muerte! Si lo gro volver a ver la luz del sol, Harl, daré to do cuanto tenga como ofrenda a los altare de los druidas.

En aquel momento se oyó un grito qu dominó el ronco rugir del oleaje, El roman se había incorporado y miraba con ason bro a los dos jóvenes britanos. Cuando s acercaron a él con la antorcha pronunció e

su idioma varias palabras ininteligibles para los britanos.

—Indícale por señas que nos siga, — dijo Hamo. — Le llevaremos a donde arde el fuego.

—Tal vez se encuentre mal herido y no pueda caminar, — replicó Harl. — Ven conmigo; procuraremos hacernos entender.

Los dos muchachos subieron por la cuesta saludando con las manos e indicando el sitio de donde llegaba, con toda claridad, el resplandor del fuego. Con grandísima satisfacción vieron que el romano se levantaba sacudía piernas y brazos y luego les seguía.

Después de los primeros pasos, que fueron algo inseguros, el romano pisó con más firmeza y ya caminaba con toda desenvoltura cuando llegó al sitio donde llameaba y chisporroteaba el fuego.

Se tendió junto a la lumbre, acercando los pies a la hoguera y restregándose las manos, ateridas de frío, con evidente satisfacción. Parecía no hacer ni el menor caso de Harl y de Hamo que, de pie, a un lado mirábanle con curiosidad.

Por fin accedió a mirarlos y, con admiración de parte de los muchachos les habló en su propia lengua.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo estoy aquí? — preguntó. — ¿Es esta una caverna que está debajo del mar?

Durante unos momentos los jóvenes, de puro asombrados, no pudieron hablar.

—¡Habla usted el mismo idioma que nosotros! — exclamó Harl. — ¿Es usted, acaso britano?

—¿Britano? ¡No! — respondió con insolente orgullo. — ¿Tengo yo el aspecto de un bárbaro? Soy Rufo Métulo, hijo de Julio Métulo, el gran general romano. Dos veces, antes de esta, he estado en esta isla con mi padre. En la ciudad de Londres aprendí a hablar la grosera lengua de ustedes.

"¡Y allí hundí mi espada más de una vez en el cuerpo semidesnudo de un bárbaro! — agregó para sí en latín y haciendo un ademán que los muchachos interpretaron con bastante exactitud.

—¿Somos cobardes para quedarnos aquí, inmóviles, oyendo las insultantes palabras de este romano como si nosotros fuésemos sus esclavos? — exclamó Hamo llevando la mano a la daga. — ¡Y esto después de habernos lanzado a desafiar a la muerte para salvarte la vida! ¡Cuánto más nos valiera haber dejado que se lo llevase el mar atado a un trozo de madera!

—¡Cuidado, perro romano! — agregó Harl. — Puede ser que de acuerdo con la manera de pensar de ustedes seamos bárbaros; pero al menos no ignoramos el modo de tratar a la gente con cultura y sabemos tratar con piedad al enemigo a quien vemos en peligro. ¡Si quiere usted hablar hágalo fijándose bien en lo que diga!

Al oír las palabras del joven Harl, al romano le relucieron los ojos un instante, pero la expresión de su rostro se suavizó en seguida.

—¿Qué dicen ustedes? — preguntó, pasándose la mano por la frente pensativo. — ¿Es verdad que me salvaron la vida? ¡Ah! ¡Poco a poco voy recordando lo sucedido! Ustedes son los jóvenes a quiénes vi en lo alto de las rocas cuando la corriente me arrastraba junto con el madero. Yo grité, pidiendo socorro...

—Y nosotros, desdeñando el peligro, acudimos en su auxilio en aquella embarcación, — le interrumpió Harl, indicando los restos del coracle que estaban entre las peñas. Después contestando a las preguntas del joven romano, le contó todo lo que había sucedido y le explicó el peligro en que se hallaban en aquel momento.

—¡Me he mostrado poco cortés y muy desagradecido con ustedes! — dijo Rufo Métulo. — ¡Les pido a ustedes que me perdonen valerosos jóvenes britanos, a los que no volveré a llamar bárbaros jamás!

Los dos príncipes sintiéronse emocionados ante la actitud del romano y poco después se hallaban los tres en los más amistosos términos. El joven Rufo, que sólo tenía unos pocos meses más que sus salvadores, les contó cómo había llegado a verse en el agua y atado al madero.

—Navegábamos de los Galias a Britania con veinte galeras cargadas de soldados, — dijo. — Se hallaban bajo el mando de mi padre e iban a unirse al ejército de Suetonio. Cuando estalló la terrible tormenta, el viento dispersó en todos los rumbos a la flota y la galera en que yo viajaba se estrelló esta mañana contra las rocas de una costa. Se deshizo en pocos momentos, y todos se perdieron; sólo nos salvamos yo y un soldado llamado Antonio. El me ató al madero y se agarró al trozo flotante. Así nos llevó la corriente durante varias horas. De pronto una ola más fuerte que las demás hizo que Antonio se soltara. Nadó hacia la costa. La última vez que lo vi avanzaba tierra adentro arrastrándose por la arena de la playa.

—Entonces debió ser Antonio el soldado a quien vimos — exclamó Harl, mirando rápidamente a su hermano. Después narró el encuentro con el oso, la terrible pelea y la huída del soldado romano.

—Sí: ese era Antonio, sin duda, — declaró Rufo. — Me alegro de que ustedes no le alcanzaran y lo mataran. ¿Se habrán salvado los de las demás embarcaciones?

—A nuestra aldea llegó la noticia de que habían desembarcado, — dijo Hamo, — y un grupo de nuestros guerreros se dirigió al sitio donde se dijo que estaban. Nosotros tratábamos de unirnos a esos guerreros, que salieron de la aldea dos horas antes que nosotros cuando le vimos a usted atado al madero y flotando a merced de las olas.

—Ha sido mejor que no pudieran ustedes llegar, — replicó Rufo, — porque en la flota venían muchos hombres y aun cuando solo hubiesen desembarcado la mitad, hubieran, fácilmente, dado muerte a todos los guerreros de la aldea.

—¡Pero de fijo no se encontrarán! — agregó apresuradamente al notar la expresión de naciente enojo que se pintó en el rostro de sus compañeros. — Además no debemos hablar, en la situación en que estamos de cosas que nos recuerden que somos enemigos y que puedan producir rozamientos. Por ahora debemos ser amigos

puesto que ustedes me salvaron de la muerte y yo les estoy agradecido. Pero tal vez ustedes me consideren como prisionero...

Los muchachos no contestaron en seguida. La expresión de su rostro demostró que aun no había tomado decisión alguna a ese respecto.

—Los dioses ya nos han castigado por haber procurado salvarle, — dijo Hamo, — y peor aun nos tratarán si le ponemos a usted en libertad. Supóngase que después de haberle dejado marchar nos enteramos de que los soldados de su padre han dado muerte a nuestros amigos. Lo sentiríamos mucho, sin duda y clamaríamos pidiendo venganza.

—No me explico por qué decidieron ustedes salvarme, en primer lugar, — murmuró el joven romano. — Mejor hubiera sido que no se hubieran ocupado de mí. Pero eso poco importa. Si ustedes así lo desean seré su cautivo, al menos mientras nos encontremos en este cavernoso encierro. No es este un sitio que me agrade y si ustedes creen que es posible encontrar un hueco por dónde salir, lo mejor que puede hacerse es empezar en seguida a buscarlo.

—No estoy seguro de que nos sea posible dar con una salida, — replicó Hamo. — Como ahora debe ser de noche, fuera de aquí, lo mejor que podemos hacer es dormir hasta que amanezca. Después recorreremos la mina con antorchas y si pasamos por cerca de alguna salida la luz del día nos la hará, sin duda, distinguir en seguida.

—Mientras nos encontramos juntos, compartiendo los mismos peligros no le consideramos a usted como prisionero, — agregó Harl. — Cuando salgamos de la mina, si llegamos a salir algún día, entonces habrá llegado el momento de decidir qué hacemos con usted.

Rufo Métulo no hizo observación ni comentario alguno.

Después de echar mucha leña al fuego y de juntar bastante combustible de reserva, los tres se tendieron junto a la hoguera y durmieron profundamente.

EL DESAFIO EN EL SUBTERRANEO

Harl se levantó varias veces durante la noche para arreglar y alimentar el fuego de la hoguera, pero cuando se aproximaba la mañana cayó en un profundo sueño del que despertó para encontrarse con que sus compañeros no se hallaban ya junto al fuego. Pero antes de que pudiera manifestarse alarmado con ese motivo los vió que regresaban los dos del lado del mar, con sendas antorchas en la diestra.

—Afuera ya es de día — gritó Hamo. — Se ve luz por el agujero de la playa. Hemos ido hasta allá y regresamos ahora.

—Esto es lo que hemos hallado en un hueco de las rocas, — agregó el joven romano mostrando un pescado de gran tamaño. Debió dejarlo allí la marea, al descender.

—¡Los dioses nos lo han enviado a manera de desayuno! — exclamó Harl.

Con su daga limpió rápidamente el pescado y lo asó luego al fuego de la hoguera. Se sentaron los tres jóvenes a comer y poco tardaron en consumir aquel pescado que, co tenían mucho apetito, les pareció el más licioso que habían comido en su vida.

—¡Ahora me encuentro con fuerzas p caminar una porción de millas! — dijo H levantándose. — ¡Cómo reconforta el su y la comida!

—Yo estoy tan fresco como si acabara saltar de mi lecho en el camarote de la lera, — manifestó Rufo Métulo, ejercita sus musculosos miembros. — Me gusta darme un baño y que me dieran fricciones todo el cuerpo y me gustaría beber agua la hubiese. ¡En mi vida me he sentido sediento como me siento ahora!

—Habrá que sufrir sed hasta que sal mos de la mina, — dijo Hamo, — que oj sea pronto.

—No conviene hacerse ilusiones enga sas, — replicó Harl. — Tal vez no podar salir nunca. Creo, sin embargo que pu haber una buena probabilidad y me par que debemos ir a verlo en seguida. He d decir, que hay millas y más millas de pa jes subterráneos.

Pusiéronse en marcha provisto cada de una llameante antorcha y con un par palos de madera resinosa al cinto para enc derlos cuando se apagaran los otros. De ron el fuego en debidas condiciones para no se apagara y se encaminaron hacia las notas y tenebrosas profundidades de la na.

Durante varias horas siguieron por estrecha galería que tenía muchas vuelta de pronto vieron que a derecha é izquie se abrían numerosas pequeñas galerías. muchachos se percataron entonces de era enorme la tarea que se habían impue si era que habían de recorrer toda la mi

Decidieron que les convenía limitarse la galería principal y así lo hicieron. El cho de que las antorchas ardieran con t fuerza era una buena señal, así como la que les fuera posible respirar con toda fa lidad, pues todo eso indicaba que en la na entraba el aire exterior en grandes c tidades y constantemente.

Avanzaron mirando siempre con atenc alumbrándose con sus antorchas y examin do las paredes y el techo de piedra y el p de tierra en el cual veían, de vez en cuan primitivas herramientas abandonadas por los fenicios que habían explotado la na muchísimos años atrás. También trope ron con montones de huesos resecos, de que no era posible decir si eran de homb o de animales, y de los que se apartaron natural disgusto.

Pero lo que con más ansiedad buscab no lograban hallarlo. En vano miraban la mayor atención en busca de algún ray de sol procedente del mundo exterior. F ra del espacio alumbrado por las antorch todo era oscuridad densa e impenetrable.

A eso de mediodía, — según lo calcu ban los infelices muchachos, — encont ron un arroyito que cruzaba la galería. A bebieron los tres de aquel agua que resu ser dulce y fresca y realmente deliciosa tales circunstancias.

Detuviéronse el tiempo necesario para tisfacer su sed y encender nuevas antorch

Después siguieron adelante más animosos, refrescado por el líquido. Pasó una hora y otra más. Las vueltas de la galería parecían interminables; la oscuridad seguía siempre.

—Debe estar cercano el ocaso del día, — dijo Hamo. — Tendremos que pasar aquí otra noche.

—¡Quizás nos toque vagar toda una semana sin hallar la salida! — dijo Harl lúgubremente. — ¡Pero antes nos habremos muerto! ¡No tenemos qué comer y tal vez no hallemos agua nuevamente!

—El morir de hambre es un verdadero tormento, — dijo el muchacho romano. —

—¡Un lobo! — agregó Harl — Los dioses nos han salvado, hermano, porque esto prueba que hay un sitio por donde salir en la mina

—¡Hay que encontrarlo pronto! — agregó Hamo — Tal vez no resulte tarea dificultosa

—¿Hacia dónde se dirigía el animal? — preguntó Rufo

—¡En línea recta hacia allá! — contestó Harl — ¡La huella se ve con toda claridad, porque es reciente! ¡Vamos! ¡Al extremo de este pasadizo encontraremos seguramente la boca de la mina!

El romano indicó una huella que había en el suelo. "¿qué es esto?" dijo. "¡Es la huella de la pisada de un animal salvaje!", exclamó Hamo. "¡De un lobo!, dijo Harl. ¡Esto prueba que hay un sitio por donde salir de esta mina!"

Yo preferiría morir peleando. — ¡Pensar que nuestros huesos se consuman en estos subterráneos sin que nuestros amigos sepan absolutamente nada de nosotros!... — Calló en mitad de la frase y se inclinó hacia el suelo, alumbrando con la antorcha. — ¡Miren! ¿Qué es esto? — preguntó nerviosamente.

Harl y Hamo se inclinaron también y con asombro y contento vieron la huella dejada por una garra grande en un espacio de piso de tierra bastante blando.

—¡Es la huella de la pisada de algún animal salvaje! — exclamó el joven Hamo

Los jóvenes apresuraron el paso con impaciencia, deseosos de respirar cuanto antes el aire libre. Les parecía que llevaban encerrados toda una eternidad.

Observando los sitios del piso que estaban más húmedos, vieron las sucesivas huellas del lobo, huellas que les convencían de que iban por el buen camino. Durante la mayor parte del trayecto las pisadas del lobo no habían dejado señales visibles por que el piso del pasadizo era demasiado duro.

A medida que Rufo Métulo caminaba entre sus dos compañeros, los observaba con mayor atención que antes y en su rostro no-

tábase la expresión de una admiración grandísima.

—¡Por Júpiter! — exclamó de improviso. — He visto muchos britanos pero ninguno tan fuerte ni tan bien desarrollado como ustedes, muchachos, para la edad de ustedes, se entiende. Creo que soy digno adversario de cualquiera de ustedes pero debe tenerse en cuenta que nosotros los romanos hacemos un culto de la fuerza atlética. ¿Cómo podríamos vencer a nuestros enemigos si así no fuera?

—Yo desearía probar que soy también digno adversario o algo más, para usted, — dijo Harl, al que habían dejado resentido las petulantes palabras del romano. — Además usted ha afirmado algo que no es exacto porque el pueblo de Britania no será nunca vencido.

—Las águilas de Roma flotarán sobre toda esta tierra antes de que hayan transcurrido muchos meses. — replicó el romano. — Nuestras legiones son invencibles. El emperador Nerón enviará todos los elementos que sean necesarios. ¡Oh! ¡Cómo le gustaría tenerles a ustedes dos entre sus guardias, él, que tanto admira a los hombres fuertes! Pero ustedes. donde mejor estarían sería entre los gladiadores.

—¿Qué son los gladiadores? — preguntó Harl cuya curiosidad era más poderosa que el enojo que sentía.

—Los gladiadores son unos hombres fuertes y hábiles que pelean entre ellos y se matan para proporcionar diversión al pueblo, — contestó el romano. — y algunas veces luchan en la arena del circo con bestias feroces. Todo el pueblo de Roma concurre a presenciar esos espectáculos que son muy hermosos en realidad. El emperador no deja de asistir a una sola de las fiestas del circo.

—¿Hacen eso por puro placer? — preguntó Hamo.

—No. Los gladiadores son, en su mayoría esclavos, — contestó Rufo, — aun cuando a veces hombres que han nacido libres concurren a las escuelas especiales que hay para esa enseñanza y se dedican a gladiadores por oficio o sea por dinero. Además están los cristianos. Nerón odia a todos los que son cristianos y los hace arrojar a la arena del circo para que se defiendan como puedan, contra las fieras. Como es natural, los cristianos resultan muertos casi siempre.

—Roma debe ser una ciudad muy cruel, — dijo Harl. — Sin embargo me gustaría verla.

—¡Cómo abriría usted los ojos si se viese allí! — exclamó Rufo, riendo. — Es una ciudad suficientemente grande para tragarse varios centenares de aldeas de las de ustedes, una ciudad donde hay muchos palacios de piedra berroqueña y de mármol y casas llenas de valiosísimos tesoros y baños y jardines y circos. En las calles, por donde siempre circula mucha gente, se ven esclavos procedentes de todas las partes del mundo.

"Si ustedes desean ver todas esas maravillas, — agregó astutamente, — vengan conmigo cuando salgamos de la mina. Yo les llevaré a los dos a Roma cuando regrese con mi padre y allí podrán ustedes ganar riquezas y honores combatiendo en la arena.

—Nosotros no abandonaremos nunca a nuestro pueblo, — replicó Harl despectivamente. — La cabaña de nuestra aldea es, para nosotros, mucho mejor que toda Roma.

—¡Y los romanos son nuestros implacables enemigos! — dijo Hamo echando chispas por los ojos. — En los días futuros hemos de matar a muchos de ellos.

Rufo volvió un momento la cabeza para disimular su enojo y su decepción.

—Yo no les pido a ustedes que vayan, — dijo. — Me limito a invitarles a ir conmigo cuando yo me vaya por que me han sido ustedes simpáticos. Si yo voy como prisionero, a la aldea de ustedes ¿seré tan bien tratado como mi padre los hubiese tratado a ustedes en idéntico caso?

—¡La reina madre sería su protectora! — replicó, admitiendo algo que el joven romano le parecía más que improbable. — Ella haría todo cuanto nosotros le pidiéramos.

—¿Y los de la tribu? ¿No querrían matarme? — preguntó Rufo.

—Sí, — admitió Harl; — y los druidas querrían quemarle vivo, dentro de una jaula de mimbre, sacrificándolo así a los dioses. Pero no tiene usted nada que temer. Como prisionero de la reina madre estará usted en completa seguridad y cuando los romanos sean arrojados de Britania nosotros le prometemos devolverle a su país.

—¡Entonces moriré de viejo como prisionero de ustedes! — exclamó Rufo. — Lo que usted dice no podrá acontecer jamás. Un romano vale por diez bárbaros y yo, por mi parte soy superior a cualquiera de ustedes. Hagamos la prueba ahora mismo. Si gano quedaré en libertad y si pierdo iré como convidado de ustedes, a su aldea.

La actitud de atrevido desafío tuvo el efecto que Rufo había esperado. Harl le hizo callar mediante un enérgico ademán.

—¡Fanfarrón! — gritó. — ¡Voy a hacerle saber cual de nosotros dos es el más fuerte! ¡Será una lección que no le vendrá mal!

¡BUENA SEÑAL!

Los dos muchachos se separaron un poco mirándose en silencio mientras se disponían para el encuentro en que habían de mostrar su fuerza y su habilidad. Rufo Métulo echó a un lado su túnica y se desnudó los brazos. Harl se quitó las sandalias, arrojándolas a un lado y clavó su daga en el suelo.

—¡Alto, hermano! — exclamó Hamo. — Deja que sea yo quien venza a este altanero joven romano. Ahora me toca a mí puesto que yo quedé de lado cuando tú combatiste con Merewolff.

—Por mi parte, lo mismo me da combatir con el uno que con el otro, — dijo Rufo. — Pero decidan pronto porque estoy harto de estar encerrado en esta caverna tenebrosa.

Harl vaciló un momento. Sabía que el pedido tenía razón de ser pero no le gustaba renunciar a la satisfacción de darle al arrogante romano una lección de modestia. Pero su generosa naturaleza dominó en aquel momento y, retirándose a un lado, cedió su sitio a Hamo.

—Tú eres tan fuerte como yo, hermano,

— dijo, — y podrás obtener una fácil victoria. Recuerda lo que nos enseñó el anciano Dhuwal y procura no perder ni un solo momento la serenidad.

Hamo inclinó confiadamente la cabeza mientras se quitaba el cuero de lobo que le cubría, para tener más libertad de movimientos. Harl tomó las tres antorchas y las puso en diversas grietas de la piedra de la pared, dos a un lado y una del otro. Como ardían muy bien esparcían una claridad suficientemente intensa a ambos lados.

El lugar, aun cuando extraño era a propósito para el encuentro. El pasadizo tenía unos treinta pies de ancho y el piso era tan igual y tan duro como podía serlo el de la arena de un circo romano. Había luz más que suficiente y el ambiente era puro y fresco.

—¿Están ustedes prontos? — preguntó Harl.

—¡Sí! — respondieron al mismo tiempo Hamo y Rufo. Y dicho eso avanzaron el uno hacia el otro.

En los primeros momentos vacilaron sin atacarse deseando, cada uno por su parte, lograr la ventaja del primer golpe.

Por fin se cansaron de eso y mediante un simultáneo impulso corrieron el uno hacia el otro abrazándose con fiereza. Comenzó entonces la parte habilidosa de la pelea y durante algún tiempo pudo creerse que estaban equilibradas las fuerzas.

Moviéronse de un lado a otro del pasaje, inclinándose ya el uno ya el otro, hacia el suelo, intentando todos los recursos hábiles sin éxito alguno.

Harl miraba con interés y con ansiedad porque empezaba a darse cuenta de que la petulancia del joven romano no carecía por completo de base. Aun cuando sus simpatías estaban de parte de Hamo veíase obligado a admirar la grandísima habilidad de ambos.

Los combatientes conservaban bien su respiración y cuando llegó el desenlace fué con una rapidez enteramente inesperada. Hamo intentó el mejor de los golpes que le había enseñado el viejo Dhuwal y fracasó. Instantáneamente Rufo atrajo hacia su pecho a su contrario y con grandísima rápidez lo arrojó de sí mediante un esfuerzo en el que hizo uso de su pie derecho y de su rodilla izquierda. Hamo se tambaleó y luego cayó pesadamente de espaldas con Rufo encima de él.

El victorioso se levantó en seguida y se quedó de pie a un lado, con los brazos cruzados, sonriendo triunfador.

Hamo se levantó lentamente y con el ceño fruncido, tomando la daga que estaba en el suelo cerca del sitio donde él había caído. La empuñó con furor y la hubiera hundido en el pecho de Rufo si Harl no hubiese acudido a interponerse rápidamente entre los dos.

—¡Fuiste arrojado al suelo en debida forma, hermano! — gritó con acento de amarga decepción. — ¡Recuerda que eres hijo de Gerfar!

Hamo dejó caer la daga y bajó la cabeza avergonzado.

—Fué una caída muy extraña, — dijo, — y no me explico como pudo realizarse.

—Ni podría yo mostrárselo si acaso lo deseara alguna vez, — dijo Rufo, — porque se trata de un golpe muy astuto y, sin embargo, leal. Me lo enseñó uno de los maestros de los gladiadores de Roma. Su derrota no encierra deshonor alguno pues jamás luché con un adversario que fuese tan fuerte como usted. Mi golpe dió buen resultado por pura casualidad; de no haber sido así, nuestras fuerzas estaban tan equilibradas que, a la larga nada hubiera tenido de raro que usted me hubiese vencido.

La actitud y el modo de expresarse del joven romano habían variado por completo repentinamente. Mostróbase amistoso y conciliador, sin que se le notara ni aún el menor rastro de su ya pasada grosera altanería.

Los sencillos y nobles britanos no se daban cuenta de como el astuto romano iba doblegándoles del modo que a él mejor podía convenirle.

—Viviendo en la forma en que usted nos ha dicho que viven ustedes los romanos, no debe faltarles tiempo para ocuparse de hacerse fuertes y hábiles, — dijo Harl mirando a Rufo con franca admiración. — Es cierto que es usted un adversario digno de cualquiera de nosotros dos. Ese golpe, mediante el cual consiguió usted echar a tierra a Hamo, me gustaría aprenderlo.

—Tal vez el futuro vuelva a reunirnos, — observó Rufo, — y entonces tenga yo ocasión y tiempo de enseñárselo. Ahora en lo único en que debemos pensar es en salir de la mina pues nuestras antorchas están a punto de apagarse.

—¿Están ustedes convencidos de que gané en buena ley? — agregó — ¿Puedo, entonces, irme a donde se me antoje?

—¡Somos britanos! — contestó Harl con orgullo. — ¡La palabra y el honor de un britano no fallan jamás! ¡Está usted en libertad de ir en busca de los suyos!

—Nuestro padre nos enseñó a decir la verdad y a ser fieles a nuestra palabra, — dijo Hamo. — Nuestro padre era el valeroso rey Gerfar, y los invasores romanos lo asesinaron a traición.

—Lo siento, — dijo Rufo. — La guerra es amarga. Tuve yo un tío a quien mataron aquí en Britania y que dejó a su esposa y sus hijos en Roma. Si ha muerto el rey Gerfar, padre de ustedes dos, ¿quién gobierna ahora sus tribus? ¿He peleado quizás con un rey? — y se rió jovialmente.

—Somos mellizos, — contestó Harl. — y algún día seremos reyes los dos a la vez. Ahora es la reina nuestra madre quien gobierna.

Al llegar a este punto la fluctuante luz de las antorchas puso fin a la conversación y advirtió a los muchachos que les convenía seguir avanzando en seguida. Recogieron a toda prisa sus armas y corrieron por el pasaje llameando con fuerza las antorchas a medida que corrían.

EL CAMINO DE SALIDA

De vez en cuando, en los sitios en que el piso estaba húmedo, se veían con toda claridad las huellas del paso del lobo cada vez

más frescas, más recientes. Poco caso hicieron de estas circunstancias hasta que un ruido extraño y cercano hizo que se detuvieran.

Entonces, de una hendidura de la pared de la derecha del pasadizo, salió un animal grande y de pelo gris, con ojos relucientes y lengua larga y colgante. Se volvió y se acurrucó, mirando a los muchachos durante un momento con aire de desafío, aullando amenazador. Volvióse luego y se alejó rápidamente perdiéndose en la oscuridad.

—¡Hay que cazarlo! — gritó Harl, corriendo en persecución del animal. — ¡Corran, Hamo y Rufo! El lobo nos indicará el sitio por donde hemos de salir!

Los otros corrieron tras de Harl, agitando sus antorchas y poniendo cuantas fuerzas tenían en aquella desesperada carrera. Fué tan precipitada que recordó a los jóvenes britanos la vez que persiguieron al viejo jabalí hasta el borde del Pantano Grande. Sin embargo, el premio era distinto, pues en esta ocasión se trataba de la vida y de la libertad y no de un trofeo de caza y un buen trozo de sabrosa carne.

Corrieron sin ganar ni perder. ¿No iba a tener fin aquella carrera? Empezaban a respirar jadeantes, y una extraña debilidad parecía apoderarse de sus piernas. No era esto de extrañar, pues llevaban muchas horas sin más alimento que un trozo de pescado asado.

¡Ah! El lobo se había detenido y parecía tener deseos de pelear. Era necesario hacer que siguiera corriendo. No; había desaparecido repentinamente del mundo más misterioso ¿Por dónde?

Sin vacilar los tres muchachos avanzaron hacia el sitio donde había desaparecido el lobo. A la luz de las antorchas vieron un estrecho pasadizo que se abría al lado izquierdo, y por él se metieron sin esperar más.

Vieron de nuevo al lobo delante de ellos y corrieron uno detrás de otro debido a lo angosto del pasadizo y medio encogidos porque el techo era bajo.

Fué un terrible momento aquel en el cual el tunel se presentó en forma de un embudo al extremo del cual vieron al lobo haciendo desesperados esfuerzos par pasar por un agujero abierto en la tierra debajo de una roca.

Harl se echó al suelo lanzando un grito, tiró a un lado la antorcha y avanzó arrastrándose a gatas. Llegó a tiempo al agujero y alcanzó a agarrarse con ambas manos de la cola del lobo.

Procedió así obedeciendo a un impulso del momento, pero el muchacho era demasiado valiente para soltarse una vez agarrado. A pesar de los amenazadores aullidos del lobo, no se soltó. Sintió que era arrastrado por un estrecho conducto: las piedras le lastimaban el cuerpo y el polvo era tanto que casi no podía respirar.

Cerró los ojos y apretó aún más. Por último sintió un tirón más fuerte y decisivo, un chubasco de tierra y piedras le cayó encima, y después rodó una y otra vez, con las manos vacías y sintiendo que un aire cálido le daba en el rostro.

Cuando dejó de rodar se quedó un momento inmóvil. Abrió los ojos y los tuvo que cerrar en seguida ante el fuerte brillar de la luz del sol y sus reflejos en las hierbas y en los árboles. La obscuridad de la mina de estaño le pareció entonces parte de un horrendo ensueño.

Tan pronto como pudo ver con claridad, Harl se sentó en el suelo y miró en redor. Se hallaba en el fondo de una hondonada vasta y en forma de palangana, cubierta de alta hierba y rodeada, en su parte superior, de grandes robles y corpulentas hayas. Vió que el aterrorizado lobo huía y desaparecía en aquel instante por el borde de la hondonada. En aquel mismo momento, un grito de alegría le hizo volver la cabeza.

A una docena de pies hacia arriba, en la cuesta de la hondonada, había una estrecha grieta situada debajo de unas piedras y entre tierra suelta. Por aquel agujero asomaba en aquel momento la cabeza de Hamo. Gritó de nuevo y acabó de salir por el agujero. Rodó por la cuesta cubierta de césped hasta el fondo y poco después le siguió rápidamente Rufo Métulo.

—¡Por Júpiter! — exclamó el joven romano. — ¡Una loba amamantando a Rómulo y Remo, los fundadores de Roma y un lobo me ha salvado a mí ahora ¡De aquí en adelante amaré aun más el emblema de la ciudad donde nací!

Uno junto al otro, los tres libertados muchachos se quedaron tendidos en la blanda hierba sintiéndose enteramente felices a pesar de los rasguños que les cubrían el cuerpo y les habían manchado de sangre de pies a cabeza. Se olvidaron por completo de lo que el futuro podía reservarles. Sólo pensaron en gozar del aire libre del vivificante sol extasiándose oyendo el canto de los pájaros.

El sol empezaba a declinar y por eso se dieron cuenta de que habían estado encerrados en la mina más de veinticuatro horas.

¿Qué había sucedido durante todo ese tiempo?

LA AMENAZA DE MEREWOLFF

Se levantó Hamo y después de mirarse él y de mirar a su hermano, exclamó sonriendo:

—Con seguridad ni aun la reina nuestra madre nos reconocería en el primer momento si nos viera como estamos ahora. ¿Recuerdas el caso aquel de cuando un toro furioso atropelló a Caróc y le arrojó sobre unas plantas espinosas de las que salió para meterse a ciegas en un enorme hormiguero? Pues bien, nuestro aspecto es igual al que Caróc presentaba después de su aventura.

—¿Estoy yo tan sucio como tú? — preguntó Harl.

—¡Más sucio, aun! — contestó Hamo. — ¡Y más arañado y ensangrentado que yo! Pero tú te viste en la necesidad de seguir al mismo paso que iba el lobo, mientras nosotros pasamos por el agujero sin darnos prisa. ¡Qué modo de correr el tuyo! ¡Fué una suerte que se te ocurriera agarrarte de la cola del lobo!

—Fué algo que a mí no me hubiera ocurrido — dijo Rufo mientras se frotaba las

PUCKY

De un hueco de la pared de la derecha salió un lobo grande y gris con ojos relucientes y lengua colgante. Miró un instante a los muchachos y después se volvió...

mejillas y se reía al ver cómo se le ponían rojas de sangre y negras de tierra las palmas de las manos. — Si me presentase en un campamento romano con este aspecto me harían trizas a tajos sin darme tiempo a explicar quién soy. ¿Hay cerca de este sitio agua para lavarse?

—No lo sé — contestó Harl. — Este es un sitio enteramente desconocido para mí; lo veo por primera vez. El sol empieza a declinar y nos convendría subir a un árbol para mirar en redor y orientarnos.

La idea fué considerada conveniente por los muchachos ,cuya animación decayó de improviso mientras ascendían por la ladera para salir de la hondonada. Fué larga y penosa la subida y cuando estuvieron arriba se sentaron jadeantes, a descansar, en un tronco caído. Se encontraban en un lugar bastante elevado y por entre la arboleda distinguieron, al mirar hacia el Oeste, a lo lejos, después de una extensión de bosque, el brillo del mar.

—¡Ya sé dónde estamos! — exclamó Hamo indicando una roca alta que quedaba a cincuenta pies a la derecha de ellos. — Allí fué donde matamos los dos venados rojos el verano pasado. Si hubiésemos subido por el lado de allá hubiéramos visto en seguida ese paraje.

—Sí; esa es la misma roca, — manifestó Harl, — así que ya no podemos considerarnos como extraviados. Nuestra ciudad queda del lado del Norte y si apresuramos el paso podremos llegar allá a la puesta del sol.

—¿Qué voy a hacer yo? — exclamó Rufo. — Mi situación no es mucho mejor de lo que lo era dentro de la mina. Verdad es que el mar queda del lado de allá...

—No le será difícil guiarse, — le interrumpió Harl. — Vaya en línea recta, aproveche la luz del día mientras dura y siga por la costa hasta encontrar a sus amigos... si es cierto que han desembarcado.

—Es posible que ya no se encuentren por ahí, — replicó Rufo. — Hemos estado encerrados en la mina un día y una noche y en ese tiempo pueden haber acontecido muchísimas cosas.

Miró fijamente a sus compañeros y ellos se dieron cuenta de lo que significaban las palabras del joven romano.

—Sí; es posible que se haya producido un combate, — dijo Hamo, — y espero que usted, cuando llegue a donde están los suyos, encuentre a su padre sano y en seguridad.

Rufo se encogió de hombros y sonrió altivamente.

—Si nada más que la mitad de las galeras hubiesen podido desembarcar a los soldados que en ellas venían, — dijo entre dientes, — hubiérase constituído casi una legión completa. Doscientos britanos fueron a atacarlos... No es difícil adivinar quién tuvo que salir victorioso.

—En caso de que eso pudiese ser verdad, — exclamó Harl. — Pero no debe haber sucedido así. El pescador llegó con la noticia de que sólo habían naufragado algunos buques. Suerte tendrá usted, pues, si logra encontrar a sus amigos, Rufo Mètulo.

"De todos modos no nos separaremos como enemigos, — agregó, — desde que hemos sufrido juntos tantos peligros de los que hemos salido, por suerte. Diferente ha de

ser nuestra conducta, si, en lo futuro, volvemos a vernos, pero ahora...

Calló al oír ruido de pasos de alguien que se aproximaba a ellos cruzando el bosque, del lado de la derecha.

—¡Tal vez sea Antonio! — exclamó en seguida Rufo Mêtulo.

Esto era posible. Harl y Hamo empuñaron sus dagas que, por suerte, aun tenían en su poder.

Los pasos, rápidos aun cuando cautelosos, se acercaban más y más a cada instante que pasaba. Hubo un momento de silencio y después, de improviso el recién llegado apareció saliendo de entre unos grupos de árboles. Era nada menos que Merewolff, cargado de armas y con una expresión de sorpresa y de maligna alegría en el rostro.

—¡Ah! ¡Con razón me había parecido reconocer el timbre de voz de ustedes! — exclamó. — ¡De modo que se encuentran ustedes vivos cuando en la ciudad todos los lloran por muertos! Se cree allí que cayeron en poder de algunos romanos dispersos y que entonces...

Calló, repentinamente asombrado, al notar la presencia de Rufo.

—¡Han capturado ustedes a un perro romano! — exclamó con envidia. — Han hecho mal en respetar su vida y esto les atraerá muchos males si llega a saberse. Vamos a matarle inmediatamente y llevaremos su cabeza como trofeo.

Merewolff había desenvainado ya su espada pero antes de que pudiese realizar su propósito Harl y Hamo se interpusieron amenazándole con sus dagas y obligándole a retroceder.

—¡Ese romano está en libertad y usted no ha de tocarle! — gritó Harl. — Le hemos dado palabra de que le dejaríamos volver en paz a unirse con los suyos.

—¡Libre! — exclamó Merewolff, atónito y escandalizado. — ¿Pero se han vuelto ustedes locos, hijos de Gerfar?

—No estamos locos, — replicó Hamo tozudamente. En pocas palabras relató lo sucedido durante los últimas veinticuatro horas. — ¡Hemos jurado! — agregó por último. — ¡Y nuestra palabra de honor debe ser cumplida!

—¡La palabra de ustedes no puede ser tenida en cuenta! — gritó Merewolff, vibrando de enojo. — Hicieron ustedes mal cuando intentaron salvar a un enemigo. Debieron verle morir con grandísimo júbilo, ante ustedes mismos... ¡Así qué ustedes han ocultado a un canalla como éste, en la mina de estaño, mientras nuestros valerosos hombres eran asesinado por los enemigos! ¡Se han ocultado como traidores defendiendo a un enemigo de toda nuestra raza!

—¿Qué dice usted? — preguntó Harl con voz ronca, pero empezando a comprender el verdadero significado de lo que él y su hermano habían hecho.

—¡Digo que de los doscientos hombres que salieron de la ciudad para ir a combatir contra los romanos no queda casi ni uno sólo con vida! — gritó Merewolff furioso. — ¡Cobardes! ¡Con qué astucia y qué habilidad supieron evitar todo contácto con ellos! En vez de un puñado de enemigos se encontraron con una legión que los hizo trizas en un momento. Sólo tres lograron huír y llevar la triste noticia a la ciudad.

Durante un momento Hamo y Harl se quedaron abatidos, sin ánimo para hablar. Después, con el rostro muy pálido se miraron el uno al otro con los ojos llenos de horror. Rufo también se puso muy pálido pero permaneció erguido y altivo sin hacer movimiento alguno que indicase intención de escapar. No tenía armas, y sin duda, pensaba que Merewolff le perseguiría para matarle.

—¿Es eso verdad? — tartamudeó Harl, después de un breve momento de perplejidad.

—¿Por qué había de mentirles? — exclamó Merewolff. — Ha sucedido lo que he contado. Después de saberlo, ¿dejarán ustedes en libertad a este romano?

—¡Debemos cumplir la palabra que dimos! — contestó Harl, dolorosa pero decididamente. — Hicimos mal en salvarle, tal vez, pero ya es tarde para evitar el mal. Si no hubiésemos prometido, Merewolff yo hundiría con placer mi daga en su corazón una docena de veces. Pero hemos dado nuestra palabra y Gerfar, nuestro padre nos aconsejó siempre que no olvidásemos el honor y la verdad. El romano debe pues, retirarse en libertad. ¿Qué dice a esto, hermano?

—Soy de la misma opinión, — dijo Hamo. — ¡Pero le mataré si vuelvo a encontrarle!

—¡Eso no sucederá jamás. — exclamó Merewolff, — por qué yo le mataré ahora mismo! ¡Fuera de mi paso, traidores! — Y blandió furiosamente la espada.

—No había tiempo para vacilar, y aun cuando Harl y Hamo, sentían en aquel instante un intenso odio contra Rufo, decidieron al punto que era necesario que le protegieran. Con fuerte impulso se precipitaron bajo la alzada espada de Merewolff y se echaron sobre él arrojándolo al suelo a pesar de que forcejeaba desesperadamente. Le sujetaron y al mismo tiempo le quitaron todas sus armas.

—¡Ahora, váyase usted de una vez! — gritó Harl volviendo la cabeza hacia Rufo. — ¡Ya ve usted lo que nos cuesta respetar nuestra palabra! ¡Corra lo más rápidamente que pueda y escape, si le es posible, a la muerte que tan merecida tiene!

—No ttardará en hallarla, — agregó Hamo. — Britania logrará verse libre algún día de ustedes crueles y criminales invasores.

Rufo vaciló perplejo y se acercó algo más a los jóvenes. En su orgulloso rostro se veía una expresión de extraña suavidad.

—Son ustedes dos unos enemigos valientes y generosos, — dijo. — pero los romanos saben ser así también, cuando lo desean. No olvidaré nada de lo sucedido y tal vez algún día pueda pagarles lo que por mí han hecho, así que ahora: ¡hasta la vista!

PUCKY

Dicho eso se volvió y se alejó por el bosque de robles. Corrió apresuradamente y poco tardó en perderse de vista.

Durante largo rato Harl y Hamo sujetaron a Merewolff a pesar de que éste forcejeaba desesperadamente por soltarse y les insultaba con el lenguaje más vil... Por último se levantaron y le dijeron que podía ponerse de pie. Decidieron, no obstante, no devolverle sus armas.

—Pero Merewolff no las pidió ni mostró nuevos deseos de pelear. Aun cuando parezca extraño pudo creerse que se había olvidado por completo del fugitivo romano. Miró a los dos hermanos durante un momento, con el rostro pálido como la ceniza.

—¡Les odio, hijos de Gerfar! — dijo con voz que vibraba de emoción. — ¡Les odio desde el día de nuestro encuentro a la orilla del Pantano Grande! ¡Pero ahora me he de vengar de ustedes!

Sonriendo malignamente se alejó camino de la aldea. Volvió una vez para mirar hacia atrás y después desapareció entre la espesura del bosque.

EL SACRIFICIO AL DIOS BAAL

Cuando eso sucedía el borde inferior del disco del sol empezaba a hundirse en el horizonte del mar. En cuanto desapareciera por completo reinaría una noche enteramente oscura pues no había luna y el cielo nublado interceptaría el brillar de las estrellas. Después de haber visto desaparecer a Merewolff los dos muchachos se miraron perplejos y alarmados. Sentiánse intranquilos y desorientados y la llegada de la noche parecía inundarles el cuerpo de un frío molesto que les hacía tiritar.

—Nunca ví tan enojado a Merewolff como hace un momento — dijo Hamo. — La expresión de su rostro me atemorizó. Verdad es que ya nos amenazó con vengarse en otra ocasión y que no hizo nada...

—Ahora las circunstancias son distintas, — replicó Harl, — y creo que en esta ocasión hará lo que ha dicho que va a hacer. Dirá que nosotros salvamos al joven romano y que le dejamos en libertad. Cuando los druídas lo sepan se enojarán mucho y tratarán que el pueblo se alce contra nosotros.

—Pero la reina madre tiene más influencia, — dijo Hamo. Debemos volver lo más pronto que nos sea posible a nuestra casa y contarle todo lo que ha sucedido. Ella, sin duda intercederá en favor nuestro.

—¡Si le es posible! — murmuró Harl. — En nuestra ciudad tienen que estar tristes y apenados a consecuencia de los lamentables acontecimientos de ayer y poco se necesitará para que estalle imponente el enojo del pueblo. Tal vez lo entiendan mejor si vamos nosotros mismos a contar lo que hicimos. Nos convendría en consecuencia, tratar de llegar a la ciudad antes que Merewolff.

Sin perder un solo minuto los dos jóvenes se pusieron en marcha después de repartirse los dos las armas que le habían quitado a su enemigo. Sentían, sin poder evitarlo, que les esperaban momentos muy difíciles y muy graves. En silencio y rodeados de semi oscuridad siguieron por los senderos del bosque subiendo y descendiendo, cruzando grandes prados y vadeando algunos arroyos.

Pero en aquellas condiciones no les era posible avanzar velozmente. Además, las privaciones sufridas durante las últimas veinticuatro horas les tenían abatidos y debilitados. Sentían hambre y la debilidad consecuente a la falta de alimentos; tenían

La vociferante turba de britanos se amontonó en torno de los dos príncipes Harl y Hamo y los dos jóvenes comprendieron que su propio pueblo se había rebelado contra ellos. Antes de que pudiesen escapar unas manos brutales les sujetaron y no tardaron en atarles los brazos a la espalda con sogas de cáñamo.

sueño... Todo parecía confabularse para restarles fuerzas.

Se vieron obligados a detenerse y descansar un momento y mientras tanto anocheció. Aun se hallaban lejos de su aldea. Más por la casualidad que por conocimiento del terreno no equivocaron el camino. Sintieron contento y temor a la vez cuando, por fin distinguieron el resplandor de las luces de la población.

Cuando estuvieron más cerca de la aldea oyeron tales gritos, tal clamoreo de furor y de indignación que la sangre pareció helárseles en las venas. Pero dominando su emoción comenzaron a ascender con paso lento por la cuesta que conducía a la altura donde estaba edificada la aldea y pasaron por la puerta de la muralla de circunvalación encontrándola desierta.

Por un oscuro pasadizo lateral, por entre las filas de cabañas, se dirigieron a la plazoleta donde se hallaba la construcción de troncos de roble que era su casa.

La plazoleta estaba en aquel momento alumbrada por el rojo resplandor de hogueras y antorchas. Hallábase reunida allí mucha gente: mujeres, niños, guerreros y sacerdotes. Todos gritaban o gemían, todos pedían venganza contra los crueles e implacables invasores romanos.

Ojos perspicaces vieron a los jóvenes en el momento en que se deslizaban junto a las cabañas y cuando ellos se dieron cuenta de que les habían visto la sangre del valiente Gerfar que corría por sus venas les dió valor para avanzar decididamente, con toda arrogancia.

Fué la reina madre la primera que acudió a su encuentro y cuando los estrechó en sus brazos como si quisiera defenderlos y no como amorosa salutación al ver vivos a aquellos a quienes se creía muertos, los dos jóvenes notaron en sus ojos una expresión de grandísima angustia.

Comprendieron a medias lo que pasaba cuando vieron que la vociferante multitud les rodeaba y reconocieron la alta figura de Bludwin, el anciano de largas barbas blancas, el gran sacerdote de los druidas; cuando vieron el sonriente rostro de Merewolff y la atlética figura de Almérico, el primo del difunto rey Gerfar.

Un momento después varias rudas manos sujetaron a Harl y a Hamo y, a pesar de que se resistieron, fueron brutalmente arrancados de los brazos de su afligida madre. Forcejearon y pelearon pero eran tantos los que les habían atacado que al cabo de unos momentos estuvieron con los brazos atados a la espalda con sogas de cáñamo.

La que se realizó luego fué una ridícula parodia de un juicio en el que Harl y Hamo figuraron como acusados. Los grandes sacerdotes lograron, no sin grandes dificultades, pacificar al pueblo. Entonces los dos jóvenes, de pie frente a su propia casa, tuvieron que contestar a la acusación de haberle salvado la vida a un romano y de haber dejado en libertad a un odiado enemigo. Los dos jóvenes contaron con toda claridad cuanto les había pasado y con plena conciencia de haber cumplido como hombres. Algunos de los que les oyeron dándose cuenta de la rectitud del modo de proceder de los dos jóvenes príncipes les miraron con pena y misericordia.

Cuando terminaron su explicación se produjo una escena que estuvo a punto de transformarse en una sangrienta matanza. La reina madre iba de un lado a otro llorando y gimiendo, suplicando que respetaran la vida de sus hijos. Conquistó en su favor a los que en un tiempo habían sido amigos del rey Gerfar, pero estos fueron inmediatamente designados como traidores por los sacerdotes que dieron orden de que les quitaran las armas y los llevaran fuera de allí.

Después de ese procedimiento la multitud sólo podía inclinarse en un sentido y el infame Bludwin salió vencedor. Se subió en un carro que habían colocado a manera de tribuna en medio de la plazoleta y levantó ambos brazos.

—¡Pueblo mío! — gritó con voz fuerte y vibrante. — ¡Oigan todos ustedes mis palabras para que el furor de los dioses no caiga sobre todos ustedes! La noche pasada, mientras yo realizaba un sacrificio ante los altares, e dios Baal se presentó ante mí, envuelto en una nube, y me dijo: "¡Oh Bludwin! En este día los hijos mellizos de Gerfar han cometido una traición y como consecuencia de eso enviaré sobre tu pueblo un ejemplar castigo. De los guerreros que fueron enviados a pelear contra los invasores romanos sólo tres regresarán con vida". "¡Poderoso Baal, — dije yo, cayendo de rodillas, — ¡Te suplico que levantes esa maldición que pesa sobre mi pueblo!". Y Baal me contestó: "Eso no es posible. Bludwin, porque los dioses están furiosos. Sin embargo te pido que me sacrifiques los dos hijos de Gerfar y pongas en su sitio al sabio y valeroso Almérico. Cuando hayas hecho eso es fácil que se calme el furor de los dioses y que Almérico les lleve a combatir y vencer a los romanos.

"Dicho esto Baal desapareció, envuelto en su nuebe y yo me ví solo delante del altar.

"He dicho ya, ¡oh pueblo mío! lo que escuché y ya ven todos que cuanto anunció Baal ha resultado cierto. He hecho detener a los dos jóvenes desde que así me lo ordenó el dios. ¿Hay alguien que opine contra lo que he manifestado? ¿Se atreverán ustedes a desafiar el furor de los dioses o están dispuestos a obedecer su mandato?

Cuando el astuto Bludwin calló un terrible grito de dolor brotó de los labios de la reina madre, pero fué inmediatamente ahogado por las roncas vociferaciones del pueblo, que hicieron retemblar el ambiente.

—¡Mátenlos! ¡Mátenlos! — gritó la turba. — ¡Que se cumpla el deseo de Baal! ¡Que mueran los hijos de Gerfar! ¡A los altares! ¡A los altares!

Después, a medida que se acercaban más

a los dos muchachos, empezaron a gritar el nombre de Almerico y a vivarle como rey. Si alguno de aquella turba sedienta de sangre sentíase aún leal partidario de los mellizos, no se atrevió a manifestarlo y gritó tan decididamente como los demás.

En vano Harl y Hamo intentaron hablar; en vano procuraron acercarse a su desventurada madre. El último grito de la infeliz reina les había lacerado el corazón. Después vieron que varios hombres se apoderaban de ella y la alejaban de allí a tirones. El furor que sintieron en aquel momento les trasformó en fieras y no sólo se resistieron, sino que dieron de puntapiés y mordieron a los implacables captores.

Peleando así, desesperadamente les hicieron cruzar por entre la muchedumbre. Al pasar pudieron ver un momento la venenosa sonrisa de Merewolff y la expresión de triunfo del rostro de Almerico, el conspirador. Una vez fuera de la población tuvieron que recorrer una larga distancia entre bosques y prados, alumbrados durante todo el trayecto por llameantes antorchas y guiados por Bludwin, que blandía su dorada vara.

Poco después llegó el término de la jornada. La procesión entró en el sagrado recinto, rodeado de altos robles, de los druídas. Llegaron al centro de aquel recinto y los dos jóvenes, que se hallaban más muertos que vivos, fueron metidos a empujones en una jaula grande de mimbre. Cerraron la puerta y tanto los sacerdotes como el pueblo se retiraron de allí, quedando de guardia dos hombres.

Rodeada de la oscuridad y del frío de la noche, Harl y Hamo temblaron escalofriados durante unos momentos. Estaban exhaustos y débiles y casi no llegaban a darse perfecta cuenta de la terrible calamidad que les había caído encima. Uno muy junto al otro, encerrados en la jaula de mimbre, los desdichados jóvenes, vencidos al fin por la fatiga, se durmieron y el sueño compasivo les hizo olvidar momentáneamente todas las amarguras y todos los dolores.

Durante toda aquella noche de otoño los dos jóvenes durmieron. Fué su sueño profundo; no le turbó pesadilla alguna; cualquiera, al verlos, les hubiera creído muertos en el primer momento. Fuera de la jaula los guardianes, acurrucados, vigilaban. Pero en el solitario bosque de robles no se oía nada más que el rozar de las hojas movidas por la brisa y, de vez en cuando, el canto de alguna lechuza.

Por último Hamo se movió, estiró las piernas y se sentó. Al no sentir ya el calor del cuerpo de su hermano a su lado, Harl se despertó. Primero miraron en redor con extrañeza procurando explicarse qué era lo que, a la grisácea luz del alba, distinguían dificultosamente. Se restregaron los ojos para ver mejor. Al meterlos en la jaula, los habían desatado.

Entonces acudieron en montón, a su memoria, los tristes recuerdos de lo acontecido la pasada noche y se dieron cuenta de la horrible verdad. Sabían que la salida del sol era el momento elegido por los druídas para realizar sus sacrificios y con una loca esperanza de poder huir antes, se arrojaron una y otra vez contra las fuertes maderas de roble que formaban el armazón de la jaula. Los guardianes que estaban acostados cerca de la jaula, sobre unas plantas de helechos, les miraron riéndose al ver lo inútil de sus tentativas.

Los dos muchachos se dejaron caer lanzando gritos de desesperación y al mirarse el uno al otro y al ver cada uno la expresión de terror de los ojos del otro, temblaron. Permanecieron un momento inmóviles y después vieron el agua y los alimentos que les habían puesto dentro de la jaula.

Llevaban un día y una noche sin probar bocado y la sombra de una horrenda muerte de hambre ya les había estremecido. Así que en cuanto vieron aquello comieron con verdadera voracidad y luego bebieron a grandes tragos. Mientras comían y bebían oyeron voces y el ruido de los pasos de personas que debían hallarse en un sitio cercano, pero al que no alcanzaban a ver a causa de los árboles, cuyos gruesos troncos se interponían.

—¿Dónde estaremos dentro de una hora? — dijo Hamo. — Duro es morir, hermano. ¿Tal vez no se atrevan a matarnos! ¿Es posible que olviden que somos los hijos del rey Gerfar?

—¡Nos matarán! — dijo Harl. — ¡No esperes poder escapar! El momento se acerca, así que hemos de prepararnos valerosamente. ¡La reina, nuestra madre, sentiría mucho saber que hemos demostrado tener miedo a la muerte!

—¡No volveremos a verla nunca más! — gimió Hamo. — ¡Ojalá hubiéramos dejado que el romano pereciera en el mar! ¡Por darle a él la vida hemos hallado la muerte! ¡Hicimos mal en salvarle, hermano mío!

—¡Pero hemos hecho bien en cumplir la palabra dada ante todo, — replicó Harl. — Yo volvería a hacerlo si el caso volviese a presentarse. No vamos a morir porque salvamos y libertamos al pobre romano, querido Hamo. Somos víctimas de una infame conspiración. ¡Con qué placer pondría el cuello en la piedra del altar si antes pudiese destrozar a Merawolff y a Bludwin, miembro por miembro y también a nuestro infame primo Almerico. Siempre quiso reinar en lugar nuestro. En una ocasión, hallándonos nosotros dormidos, oí que la reina madre decía al fiel y anciano Dhuwal...

—¡Ya vienen, hermano! — exclamó interrumpiéndole Hamo hacia allá! ¡Atención! ¿No les oyes entonar el cántico de la muerte?

ANTE EL ALTAR DE BAAL

La vista y el oído no habían engañado al joven Hamo. El triste, estremecedor cántico de la muerte resonaba en el tranquilo ambiente de la mañana. Por el ondulante sendero que cruzaba el bosque, acercábase un grupo de britanos. No les acompañaba sa-

cerdote alguno, pero a su cabeza marchaba el anciano Dhuwal, el de los níveos cabellos, con una expresión, en su rostro, tan dura e implacable como la de todos los demás que la acompañaban.

Los temblorosos muchachos miraban tan atentos la temida procesión y tan pasmados sentíanse al verla que no oyeron que se abría, crujiendo la puerta de la jaula donde estaban encerrados. Se sobresaltaron cuando los guardianes les tomaron bruscamente por los hombros y les dieron orden de salir en seguida.

—¡Valor, hermano! — dijo Harl en voz baja. — ¡Por nuestra madre, Hamo! ¡Valor!

Hamo inclinó la cabeza, asintiendo, en respuesta: y la advertencia de su hermano hizo más firme su paso cuando, tras de Harl, salió de la jaula. Fuera, pisando la hierba y los helechos cubiertos aún de rocío, esperaba la lúgubre procesión. Después de situar entre ellos a los prisioneros, comenzó la solemne marcha hacia la muerte.

Los muchachos condenados avanzaban erguidos, con arrogante expresión de desafío en sus ojos. Tan sólo la intensa palidez de su rostro indicaba el terror que les infundía la idea de la muerte.

En el más completo silencia avanzaron por el ondulante sendero que cruzaba aquella parte del bosque. Llegaron luego a una ancha y clara avenida y al volver una curva de esa venida se presentó ante los muchachos toda la horrenda escena.

El cuadro era frecuente en Britania en aquellos días y constituía algo que no podía ser aventajado en ningún sentido por cuantas escenas de horror pudieran presenciarse en toda la extensión del mundo. Al extremo de la avenida veíase un ancho círculo abierto en el mismo corazón de la selva. La hierba estaba allí recortada y siguiendo la línea del círculo alzábase una fila de grandes columnas de piedra coronada cada una por una lámina grande y gruesa, de piedra, puesta horizontalmente. Aquel día las piedras grises estaban, en parte, ocultas por las pieles, las ropas y las armas de los británicos allí reunidos.

En el centro del círculo había una piedra cuadrilonga de ocho piés de largo. Tenía en el medio y a lo largo tallada una canaleta y a un extremo había un pozo cavado en la tierra. Sentados en el suelo o de pie junto a las columnas de piedra estaban los entusiastas espectadores, formando círculo. Se habían vestido todos como para asistir a una alegre fiesta, con pieles de lobo y de oso y adornos de pulido bronce o reluciente oro. Algunos ostentaban en los hombros o en los brazos desnudos variados dibujos hechos con tiza y azul.

Toda la gente allí reunida se hallaba en el más completo silencio. Cada uno tenía un escudo de bronce y un garrote con punta de metal, que empuñaban, todos con fiereza mientras observaban a cada uno de los jóvenes condenados.

(Continuará)

El director de PUCKY contesta a los lectores

Américo Buttazzani, Villa Devoto. — Puede dirigirse a la administración de PUCKY, Avenida de Mayo 662, Capital. Anotamos la obra que usted pide entre las que se publicarán oportunamente.

Francisco Macario, Morteros. — Coincide esta respuesta con la publicación de la obra a que usted se refiere. Le agradecemos mucho sus nobles palabras de aprecio.

José A. Rodríguez, Añatuya. — Contestamos: 1, 4, 6,no. El resto queda incluído entre las obras a publicarse, salvo el 10, que ya se publica, como podrá comprobar en este número. Tomamos, además, nota de la otra obra para estudiar su publicación. Muchas gracias por sus felicitaciones.

Estudiantes, Capital. — La Casa del Misterio, la estamos traduciendo del francés. Creemos que ha sido publicada en inglés. Las aventuras de Sexton Blake, las publica PUCKY desde hace ya bastante tiempo. Aguilas del frente occidental, es la continuación de Angeles del Infierno.

Lector de Pucky, Casilda. — Tomamos nota de las obras que usted desea leer para publicarlas a su debido tiempo. Estimamos mucho sus manifestaciones de simpatía.

Víctor Delucci, Capital. — En la Escuela de artes decorativas, podrán informarlo sobre los requisitos que son necesarios para el ingreso en la misma.

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado . . .	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

—¿Cuántos terrones?
—Dos...

—Aquí tiene usted el tarro de tomate.
—¿Y cómo se abre?
—Dentro del tarro lleva un prospecto en el cual indica la forma de abrirlo.

—¿Es de usted este gato?
—¿Ha arañado a alguien?
—Sí, señor; a mi hijo.
—Pues entonces, no es mío.

—¿Por qué no quisiste comprarme aquel juego de te tan bonito?
—¡Hija! ¿Pero no sabes que hace la mar de tiempo que han prohibido el juego?

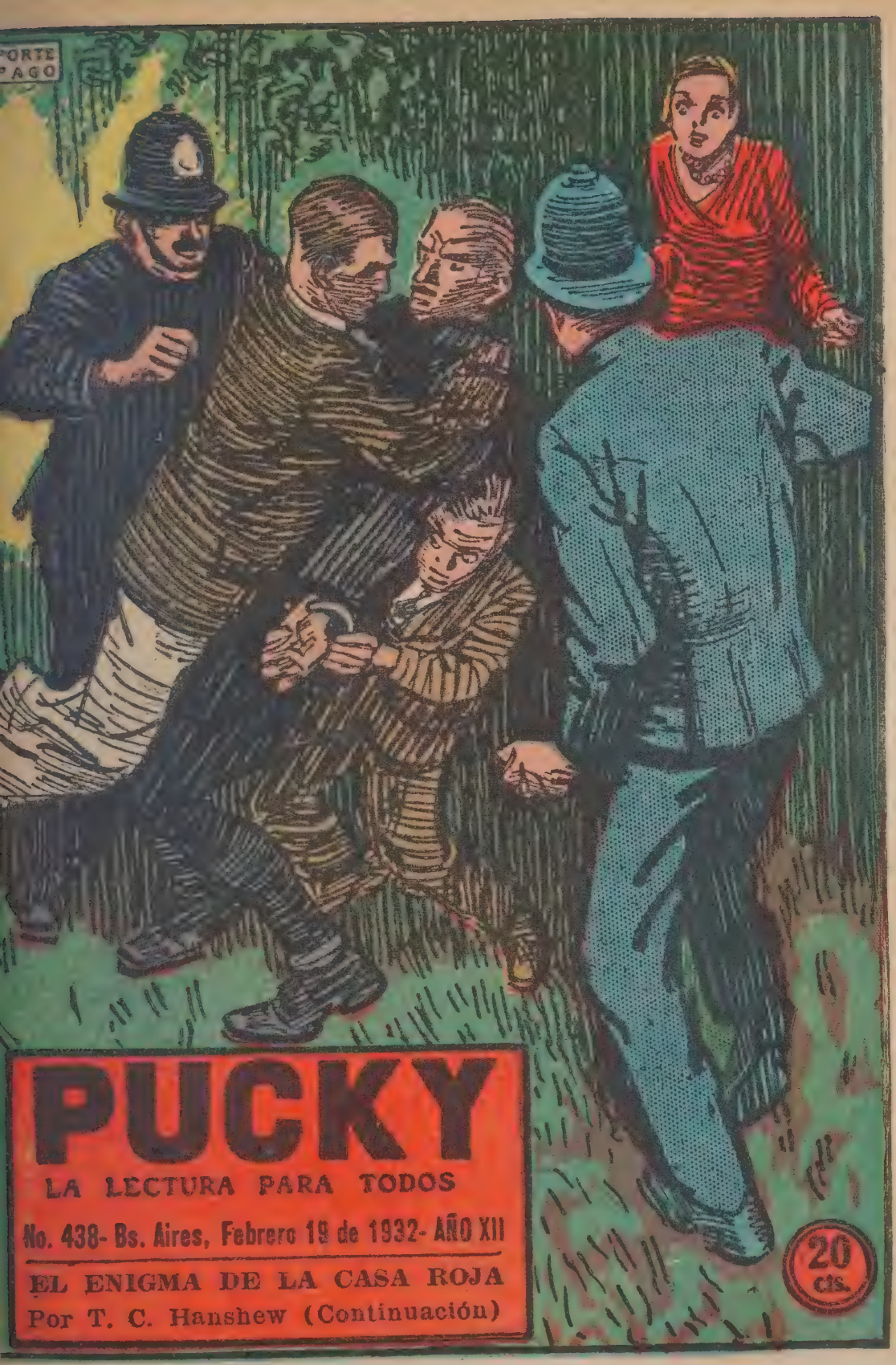
MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBE

Cuando Curruncho le ofreció $ 500 a Pipermit, para que le dejara el chico y le advirtió que nadie debia saber donde se hallaba éste, el simpático muchacho rechazó indignado el ofrecimiento y resolvió alejarse de allí con el niño; pero Curruncho le ordenó a uno de sus secuaces que lo encerrara

Mientras tanto el duque Bum Bum reprocha a su hijo que lo haya engañado diciéndole que tiene un heredero que perpetuará el nombre de los BUM BUM

PIPER
se encuent
un grave
El duque de
Bum está p
prender un
Europa den
pocas horas
sa llevarse
co que le h
cho pasar
nieto. ¿Podr
permit impe
engaño


PORTE
PAGO
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
No. 438- Bs. Aires, Febrero 19 de 1932- AÑO XII
EL ENIGMA DE LA CASA ROJA
Por T. C. Hanshew (Continuación)
20
cts.

Nº 436 BUENOS AIRES, FEBRERO 19 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

El Enigma de la Casa Roja

Por T. C. Hanshew

(Continuación)

VI

ANOCHECIA cuando el auto ascendió la cuesta que quedaba entre la cárcel del lugar y el bosque, en medio del cual se levantaba la Casa Roja. Cleek y el superintendente Narkom divisaron por primera vez la aislada mansión.

—Parece más bien una prisión que la morada de lo que fué estrella de teatro en un tiempo, Narkom — observó Cleek, después que se detuvieron, siendo interpelados por el cabo que estaba de guardia delante del portón. — Ni un árbol, ni una planta suficientemente alta como para ocultar a un gato; fíjese. Evidentemente el miedo de la dama a los ladrones la indujo a arreglar estos terrenos de manera que no ofrezcan el menor encondite y que cada pie de ellos pueda ser visto de todas las ventanas de la casa. Y observe también que las ventanas tienen barrotes de hierro; además no hay enredaderas que puedan ofrecer puntos de apoyo para trepar. Hum. Para una dama que no guarda ni dinero ni valores, como Connie Montressor, me parecen demasiadas precauciones Pienso si no... ¡Hola! ¿Quién es ese espantapájaros que viene a nuestro encuentro? ¿Y quien la vistosa pajarita que lo sigue?

La llegada del auto a la casa había sido vista u oída por las dos personas en cuestión y el resultado fué que aquella mal combinada pareja salió al encuentro de los visitantes.

Ciertamente no podía la pareja ofrecer más curioso contraste. El hombre, a quien Cleek había calificado de "espantapájaros", era un tipo alto, con quijadas de farol, vestido como un agente de pompas fúnebres, de traje negro y cuello clerical; en cambio, la dama que lo acompañaba, era una personita de aspecto vivo, como de treinta años, vestida a la última moda.

Medio minuto después de su encuentro con la curiosa pareja. Cleek estaba parado en la puerta de la casa, conversando con ella. Descubrió que el hombre era Leonard Fulgarney y la dama Grace Sparhawk, esposa de un rico fabricante de raquetas de tennis, de la que había oído hablar con frecuencia.

—No puede imaginarse, señor Headland, con cuanta ansiedad esperaba su llegada desde que mi hermano y mi hermana regresaron anunciando que usted vendría — dijo con voz suave el lúgubre señor Fulgarney.— Entre los dos tristes deberes de atender a los últimos ritos sobre los despojos mortales de mi infortunada tía y los arreglos para su entierro y mi obligación de estar aquí, por ser el hombre mayor de la familia para recibirlo a usted, no sabía que hacer.

—Comprendo su dilema, señor Fulgarney — dijo Cleek. — Pero si cree usted realmente que algún hombre de la familia tiene que acompañarme mientras realizo mis investigaciones ¿por qué no lo hace su primo el señor James Sparhawk? Puesto que su esposa está aquí, es prueba de que el horrible asunto que ocurrió después que ellos partieron anoche, ha llegado a su conocimiento.

La misma Grace Sparhawk contestó a esto:

—Desgraciadamente, mi marido no está enterado del asesinato, señor Headland — declaró. — Ni se halla aquí conmigo. En realidad, ni siquiera está en Inglaterra. Partió anoche para Turín. Y mientras no sepa donde va a parar y me telegrafíe su dirección,

PUCKY

—Precisamente... Precisamente — dijo Cleek — No veo qué relación puede tener su marido con el caso; pero uno nunca sabe, señora... nunca sabe.

—Lo que es una admisión tácita — replicó ella alegremente — de que mi marido y yo entramos en la lista de sospechosos. ¿No es así, señor Headland? ¡Qué cosa más absurda!

—Sí, señora. Admito, ahora que me he enterado de los hechos, que así es. Pero cuando ocurre un asunto de esta naturaleza hay que sospechar de alguien ¿no? Además resulta claro que un hombre, de alguna clase, está mezclado en el caso y cuando un caballero desaparece tan repentinamente como el señor Sparhawks y no regresa...

Fué Leonard Fulgarney que lo interrumpió esta vez.

—¿Por qué dice "resulta claro que un hombre, de alguna clase está mezclado en el caso" — dijo — cuando podemos estar absolutamente seguros de que ningún hombre pudo entrar en la habitación con las puertas cerradas con llave y las ventanas con rejas?

—Vea, señor... está la historia del vagabundo... esa voz y ese gran brazo blanco.

—¿Se ha enterado de eso entonces?

—Sí, señor. Estuvo en la cárcel y habló con el tipo, en la pieza de detenidos. Está perfectamente seguro de que era una voz de hombre; y jura por todos los santos que parecía un brazo de hombre lo que vió.

—Ambas declaraciones son el colmo de la absurdo, señor Headland — declaró Leonard Fulgarney — A mí no me gusta pensar mal de nadie; pero estoy convencido o de que el hombre estaba borracho e imaginó esas cosas o que miente deliberadamente, ya para que le paguen por su testimonio o por instigación de alguien que tiene interés en desviar el curso de la justicia.

—Pero ¿por qué posible razón? ¿Y quién puede ser?

—No lo se; no tengo la menor idea. Todo lo que pienso es que no es razonable aceptar como cierta la declaración del vagabundo. La ventana, donde pretendo haber visto la visión, es la del cuarto de mi hermana. Y ella declara que no se movió en toda la noche de su cama. Tampoco es posible que haya entrado alguien a su cuarto, mientras dormía porque ella corría los pasadores al retirarse y así los encontramos esta mañana, cuando fuímos a despertarla. Yo también dormí toda la noche y no oí el menor ruido. Y lo mismo mi hermano. Y en cuanto a que una criatura humana haya podido entrar al cuarto de mi tía por las puertas o la ventana...

—Tal vez no entró por ahí — intervino Cleek — Puede existir otro medio que usted ignora, señor Fulgarney. ¿Tiene inconveniente en llevarnos arriba a mí y a mi compañero para que podamos examinar un poco la habitación? No lo entretendremos a usted mucho, sólo el tiempo necesario para hacerle una o dos preguntas que alguien de la casa tiene que contestar. De modo que si quiere tener la bondad de indicarnos el camino...

Al llegar a la puerta del cuarto mortuorio, Narkom — que había tenido la precaución de procurarse un permiso del coroner local — se detuvo para mostrar sus credenciales al cabo de guardia. Y para ganar su gratitud, le concedió una hora de permiso y el privilegio de pasarla junto con su compañero, en la puerta de abajo. Luego, adelantándose, empujó suavemente la puerta y los tres hombres entraron, caminando despacio y con la cabeza descubierta, hallándose en presencia de la silenciosa forma que hasta el día anterior había sido una mujer llena de vida.

VII

Como la indagación no debía realizarse hasta el día siguiente, la mujer asesinada yacía donde se la encontró al echar la puerta abajo, por la mañana. Es decir, en el suelo de la pieza central, de las tres que formaban el departamento, y como a mitad de camino entre la estufa y la ventana provista de reja; pero el cuerpo estaba ahora cubierto con una sábana. Cerca del cadáver había una mesita, que evidentemente fué volcada en la lucha, de tal modo que el montón de libros y músicas que primitivamente estaban sobre ella, había ido a parar junto a la pared, en el ángulo formado por la ventana y el frente de la estufa. Fuera de eso, nada en la habitación sugería que se acabara de cometer un acto de violencia o que hubiera sido teatro de cualquier disturbio.

Los vivos ojos de Cleek, que se fijaban en todo, vieron que en la rica alfombra no había mancha ni suciedad de ninguna clase; las suntuosas colgaduras caían perfectamente; los muebles se hallaban en orden. No había señales en las paredes, ni cuadros torcidos, ni indicios que otro ser, fuera de aquel cadáver sobre el piso, hubiera tomado parte en el espantoso drama de la noche. Al fijarse en todo esto, Cleek agarró su barba entre el índice y el pulgar, empezando a acariciarlo de aquel modo, lento y silencioso, que Narkom conocía tan bien.

—¿Lo preocupa algo, compañero? — se aventuró a murmurar.

—Un poco — confesó Cleek — Veo que lo que se me ha dicho respecto a las ventanas es cierto; ningún ser humano puede penetrar por ahí. Y, si quiere tomarse usted la molestia de mirar, Narkom, notará que las puertas están provistas de cerraduras Yale — dos por falta de una — y de un sistema particular. Es decir que, mientras una de ellas pasa al exterior, del modo común y asegura automáticamente la puerta al cerrarse, la otra está sencillamente sobre el lado interior y no hay medio de llegar a ella por la parte de afuera. De modo que la persona que entre en esta habitación y de vuelta la llave en la segunda cerradura quedará tan inmune a una intrusión exterior como si se encerrara en una caja fuerte. Pero, a propósito he dicho "las puertas" sin

ningún motivo de seguridad, porque sólo he visto ésta. Vamos a darle un vistazo a las otras.

No había más que "otra" más, porque el dormitorio de la infortunada dama — que estaba al fondo de la casa — no se comunicaba con el corredor exterior; una simple arcada, con cortina, lo separaba de la pieza central (donde había sido asesinada) — la cual parecía era usada como salita particular de recibo, aunque su arreglo indicaba que fué hecha para biblioteca y cuarto de música a la vez. Había varios bustos de mármol, estantes con libros, un gran piano en una especie de estrado, un arpa, entre las ventanas; y en una alcoba con colgaduras, frente al piano, sobre un pedestal, había un Apolo de tamaño natural.

—¡Hum...m...m! — dijo Cleek, viendo el Apolo, después de haber examinado la puerta que daba al pasaje y cuyo mecanismo era idéntico al de la otra — Linda figura de hombre ¿verdad? Apostaría mi cabeza que ha costado mucho dinero, Narkom. Estas estatuas de mármol valen un disparate. Diga, señor Fulgarney ¿no cree que pueda haber sido éste el gran brazo blanco que vió el vagabundo? Como ve, lo tiene extendido.

—¡Cielos! No se me había ocurrido, señor Headland. Puede ser... realmente puede. — exclamó Leonard, súbitamente emocionado: luego, de pronto, recordó algo y lanzó una exclamación decepcionada. — Pero ¡qué disparate, mi querido señor! — añadió — El vagabundo no pudo ser esta estatua por la ventana del cuarto central, como usted se dará cuenta. Es absolutamente imposible. Considere la distancia, el ángulo...

—Sí; seguramente. No había pensado en eso — convino Cleek — Ni siquiera se puede ver la ventana del cuarto central desde aquí. Por lo tanto a menos que... Diga, señor, ¿no cree posible que la dama hubiera tenido la ocurrencia de querer la estatua, con ella, anoche y la haya llevado por sus propias manos?

La pregunta era tan sorprendentemente estúpida que Fulgarney no pudo reprimir una sonrisa.

—Considere, por su parte, el peso de la estatua, señor Headland, y luego pregúntese quien iba a volverla a su sitio, después que mi tía fué asesinada. — dijo con indulgencia compasiva, abandonando definitivamente el asunto.

—Es claro — convino Cleek; pero con todo, parecía un santo Tomás, que hubiera necesitado más que simples palabras para dejarse convencer. Por que pasó a la alcoba, probó el peso de la estatua, tratando de moverla; luego, como absorto en su admiración, dió la vuelta a ella, la tocó aquí y allá, acarició los pliegues de la colgadura, pasó sus dedos sobre el pedestal. Narkom que lo observaba atentamente, sabiendo, por experiencia, que Cleek no hacía nada, ni lo más trivial, sin propósito definido, lo vió de pronto apretar los labios y achicar los ojos hasta el punto que las pupilas parecían cabezas de alfiler.

Aquella expresión curiosa desapareció con la misma rapidez con que había aparecido. Antes de que el superintendente pudiera tener la sospecha más vaga respecto a su origen, el hombre había vuelto al lado de Fulgarney y le decía con su voz tosca, inculta de "Georges Headland":

—Creo que tiene razón, señor. Una mujer no puede levantar esta estatua. Ahora, si se tratara de una cosa pequeña como ésta. — atravesó la habitación y bajó un busto de mármol de uno de los estantes de libros, cubierto de polvo — podía ser tan fácil como rodar un tronco, según dicen los yankees. Pero lo otro es distinto. La estatua debe pesar ochenta o noventa libras; y a menos que la señorita Connie Montressor tuviera la fuerza de un hombre... Bueno, vamos a darle un vistazo al cadáver, Narkom; no lo hemos examinado todavía. Venga, señor Fulgarney; parece usted un poco emocionado y aquí no hay más nada que ver. Terminemos con la parte que le corresponde lo más pronto posible.

Sin esperar respuesta, Cleek volvió a su sitio, se limpió las palmas de las manos del polvo, golpeándolas una con la otra y, dándose vuelta bruscamente, guió a la pieza mortuoria. Hizo señas a Narkom que lo siguiera y se acercó al cadáver, quitando la mortaja de sábana. Si esperaba ver algo espantoso, no fué así porque la muerta parecía dormir, tan apasible era su postura. No había señales de fiera lucha en la plácida actitud del cuerpo, que estaba boca arriba con los manos que descansaban tranquilamente a los costados, en los pliegues de la bata de seda rosa, que caían ininterrumpidos hasta la punta de las chinelas de raso.

Ni siquiera la desfiguración que había obligado a Connie a retirarse de las tablas era visible Porque, como si hasta en el santuario e intimidad de sus habitaciones hubiera temido que cualquier espejo le devolvería una imagen horrible, llevaba puesta la mascarilla de terciopelo negro que ocultaba su rostro, desde la frente hasta la barba. Realmente, nada en el aspecto de la muerta revelaba violencia y menos crimen. Sólo la parte superior del "deshabillée" estaba algo arrugada y entre el encaje y chiffon que cubrían el pecho se advertía que los otales habían sido rotos, como si una mano ansiosa hubiera querido abrir la bata, sin perder tiempo en desabrocharla. La demás parte de la ropa no revelaba el menor desorden.

Pero aquel "sitio" estaba desordenado Por un momento se inclinó Cleek sobre el cadáver y miró aquello con curiosa intensidad, sin hablar, sin moverse, sin dejar oír el menor sonido. Luego, de pronto, sus labios se torcieron con la extraña sonrisa que le era peculiar; dejó oír algo que era como una risa y un grito a la vez y, tirando de las dos partes arrugadas, las separó. Se abrieron tanto que se vió enseguida que el vestido de la mujer estaba desgarrado, por la parte de atrás, hasta la cintura. En el espacio que mediaba entre ellas aparecieron el cuello y los hombros desnudos de la

muerta, con un dogal de tripa enterrado profundamente en la carne de la garganta; como a seis pulgadas debajo de eso había una línea curva, horriblemente sugestiva, formada por siete magulladuras, hundidas, azuladas, de singular forma y curiosa regularidad.

Tanto Fulgarney como el superintendente lanzaron un grito de sorpresa y de horror al ver aquellas terribles marcas. Pero fué Narkom quien expresó en voz alta las sospechas de ambos.

—¡Cielos! ¿Quién puede dudar que entró aquí anoche un hombre después de esta vista horrible? — exclamó — La infeliz mujer no fué sólo extrangulada si no... brutalmente marcada.

—¡Oh no, amigo mío, no! — replicó Cleek con sorprendente tranquilidad — No ha sido marcada, en ninguna forma, Narkom.

—Entoces golpeada con algún diabólico instrumento que no solamente magulló la carne, si no que la ha hundido.

—Tampoco es eso, créame. Soy de opinión que estas señales no sólo son de larga data si no que...

—¡De larga data! Cielos, hombre, no diga disparates. ¿No le ha oído decir a la señorita Fulgarney que la pobre criatura tenía costumbre de usar trajes escotados para la comida ¿No le oyó ponderar la hermosura impecable de sus hombros?

—Seguro. Pero yo no estoy conforme con esa calificación. ¿Y usted? Considerando la edad de la dama, son buenos hombros, ciertamente; pero yo no los llamaría "perfectos".

Y no sugieren ni la suavidad ni la firmeza del mármol. Si así fuere, amigo mío, parte de mi arrogancia se hubiera venido al suelo, estaría menos seguro de mi teoría de lo que lo estoy.

—¿Teoría? ¿Teoría? Hombre de Dios ¿quiere usted decir que "esperaba" encontrar estas cosas cuando entró aquí? ¿Lo esperaba?

—Hasta cierto punto, sí. No las marcas azuladas, sin embargo. Estas han abierto una pista enteramente nueva en mis deducciones, arrojan nueva luz sobre el motivo del crimen. Y si cuando examinemos mejor el cuerpo, hallamos que la espalda de la dama está cruzada por una o dos líneas oblícuas y que tiene manchones que indican descuido en el uso de los polvos de toilette, entonces estaré muy cerca del éxito. ¡Qué... ¿Se va, señor Fulgarney? ¿Es esto demasiado para sus nervios

—Sí — contestó Leonard extremeciéndose. — ¿Cómo puede usted soportarlo? A mí me enfría la sangre.

—¿Ah sí? Pues retírese cuando quiera y arregle los detalles del entierro, que tanto lo preocupaban cuando llegamos.

Fulgarney vaciló un instante, incierto sobre si debía o no dejarlos; luego, al ver que Narkom pasaba su mano por debajo de los hombros de la muerta y empezaba a levantarla del suelo, se extremeció, dió vuelta la cabeza y salió apresuradamente de la habitación.

—¿Qué piensa de este individuo, viejo? — murmuró el superintendente cuando el hombre hubo desaparecido.

—No se — replicó Cleek — Puede ser un hipócrita y puede ser absolutamente sincero. Esto hay que descubrirlo. Es lástima, sin embargo, que use botines con tacón cuadrado.

Eso complica el asunto considerablemente.

VIII

Narkom miró a Cleek con la boca abierta de asombro.

—Es la segunda vez, hoy, que se refiere a tacones cuadrados — observó — Ahora, bien, compañero, en nombre de todos los santos del cielo ¿qué tienen que ver los tacones cuadrados con el caso y que...?

No siguió. De pronto, Cleek, que tenía baja la mirada, vió una mancha blanca en la manga del saco que Narkom había puesto en contacto con el hombro de la muerta, al pasarle el brazo por debajo. Llamóle a su compañero la atención sobre ella.

—Aparentemente la buena señorita era descuidada en el uso de los polvos, Narkom. Mire la manga de su saco... — se interrumpió, exclamando vivamente. — ¡Hola! Mire aquí ¿quiere? Tiene polvos hasta en el frente del vestido y hay rastros de ellos en su cabello. Ahora, si encontramos en su espalda esas señales de que hablé... No me mire así, por amor de Dios. Levántela y veamos si está lo que busco.

Estaba. Una sola mirada fué suficiente para eliminar toda duda. Atravesando oblícuamente la espalda, desde el hombro derecho hasta la quinta costilla izquierda, había cuatro cicatrices angostas, profundamente definidas, que se cruzaban formando una especie de enrejado irregular cuya significación no podía confundirse.

—¡Cielos! ¡Cicatrices de latigazos! — exclamó agitadamente Narkom.

—Precisamente — convino Cleek — Creo que nuestro amigo Moravish tiene alguna idea del sitio donde fueron hechas estas cicatrices, aunque puedo ignorar su existencia. En verdad, fué él quien me dió la primera idea de la cosa. Y si hubiera algo escrito... una nota... un diario... una carta antigua, cualquier cosa para reforzar la prueba. ¡Hum! Sí. Seguro.... Busque ¿quiere? Vea si encuentra algo así. Registre esta habitación y yo me ocuparé de las otras.

Mientras hablaba, Cleek se levantó bruscamente, volvió a cubrir el cuerpo con la sábana, pasó al dormitorio contiguo y por dos o tres minutos se oyó el ruido inconfundible de cajones que se abrían y cerraban, de armarios y cajas registrados, de una ansiosa pesquisa, hasta que un grito excitado de Narkon lo hizo volver a la pieza del medio, donde halló al superintedente arrodillado en el suelo, junto al montón de papeles y libros, caídos al darse vuelta la mesita.

—¿Encontró, Narkon? ¿Encontró lo que ando buscando? — dijo excitadamente Cleek, llegando presuroso a su lado.

—No. No puede llamarse una carta — contestó Narkon. — Véala ¿quiere? Es de la Compañía Británica de Gramófonos. Como la Montressor no podía presentarse más en público; pero su voz era todavía incomparable, estaba imprimiendo discos para la compañía. Y parece que no tuvieron éxito. Vea lo que dice, viejo.

Cleek agarró la carta y la leyó rápidamente. Era breve y decía simplemente:

"Estimada señorita:

Los discos de cera que nos envía son, lamentamos decirlo, inútiles para nuestro propósito. Somos de opinión que no es posible imprimir buenos discos con esas pequeñas máquinas que usted ha comprado. Y si no puede usted honrarnos visitando nuestro establecimiento y haciendo uso de nuestros operadores y aparatos, capaces de producir buenos discos, lamentamos vernos obligados a desistir de nuestro contrato".

Narkon, que observaba atentamente a Cleek, comprendió cuando terminó de leer la carta. Y no sin cierto orgullo, ladeó la cabeza y se dispuso a darle una pequeña "sorpresa" particular.

—¡Mire! — dijo extendiendo la mano y sacando algo de entre la pila de papeles y libros. — Encontré esto debajo, compañero. Sabe lo que es ¿no? Es la máquina impresora de discos de que habla el tipo de la carta. La que ella compró. Y vea. Hay en ella un disco de cera y está todo cubierto de rayas, donde lo ha recorrido la púa.

—¡Bueno! — dijo Cleek vivamente. — Cierre las ventanas. Que no se oiga ruido desde afuera. Y si hay algo en el disco que valga la pena saber, lo sabremos. — Páseme la bocina. Mientras usted cierra la ventana, yo la colocaré. Ya está — añadió ajustando la púa. Vamos a ver.

Hizo funcionar el gramófono y contuvo el aliento para escuchar.

Por un momento o dos sólo se oyó un débil chirrido: luego el sonido de movimiento humano, el rápido rumor de pasos, el rumor de seda desgarrada; después un curioso aleteo, parecido al de las hojas agitadas por el viento. Y, en medio de todo esto, una voz delgada, nasal, que chillaba con acento humano "¡El infierno para los embusteros! ¡El infierno para los corrompidos! ¿Quieres retratactarte y obtener el perdón o continuar y sufrir el castigo"?

—¡Cielos! — exclamó Narkon. — ¿Oye? ¿No lo reconoce hombre? Es la voz del músico, de Stanley. El más idiota la reconocería. No me extraña que la infeliz fuera estrangulada con una cuerda de tripa.

Pero Cleek guardó silencio. Se limitó a ponerse de rodillas y a mirar el instrumento, acariciándose la barba entre el índice y el pulgar. De pronto entró en actividad. Agarró el aparato, lo detuvo y lo ocultó detrás de una silla. Porque aquellos gritos salvajes habían repercutido en la casa y se oían pasos en la escalera, de gente que subía para ver que había. Veinte segundos más tarde, la puerta fué empujada por manos ansiosas y entraron en la habitación Mary Fulgarney, su prima Grace, Amos McTavish y una mujer anciana, de aspecto extranjero, cuyo vestido y modales indicaban era Marcela, la mucama.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Dónde? ¿Dónde? — gritó Mary con voz llena de angustia y alarma, al mirar a su alrededor y ver que allí no había nadie más que Cleek y Narkon.

—¿Qué habéis hecho los dos de él? Stan, Stan ¿dónde estás, querido? ¿Qué te han hecho estos malditos, pobre muchacho?

—Nosotros nada le hemos hecho, querida señorita y por la mejor de las razones: no está aquí — contestó Cleek.

—¿No está aquí? ¿No está? — la señorita Fulgarney miró a Cleek mientras hablaba y aquella mirada llegó hasta el fondo del corazón del detective. — ¿Cómo puede decirme que no está ,cuando yo lo oí... cuando todos oímos su voz gritando esas palabras espantosas, en este mismo cuarto... no hace un minuto?

—Sí, todos lo oímos y... lo reconocimos — dijo McTavish excitadamente.

—¿De veras? — dijo Cleek, con sus ojos fijos en Mary Fulgarney. — ¿Fué porque reconoció la voz y la identidad del que hablaba que subió corriendo, señorita Fulgarney? Entonces, dígame algo, fué por la misma razón que se levantó usted de la cama y vino aquí anoche, cuando resonó ese grito? O fué... ¡Sostenedla! Se ha desmayado.

Era cierto. Comprendiendo quizá la trampa en que había caído, Mary se alejó de Cleek lanzando un tembloroso grito y de pronto se desplomó como si la vida la hubiera abandonado, en brazos de McTavish.

—¡Bruto! — exclamó McTavish, apretándola fuerte y mirando furioso a Cleek. — Quisiera tenerlo al alcance de mis puños cinco minutos. ¡Atreverse a sugerir que ella... que ella! ¡Pero! ¡Aprovecharse así de su posición!

—No diga pavadas, amigo — replicó Cleek — No gaste sus energías tan tontamente Atienda a la señorita Fulgarney, es mejor Haga lo que pueda por aliviarla. Dejaré al señor Narkon para que os explique a todos el motivo de ese "grito" misterioso que acabáis de oír, mientras yo me ocupo de otro asunto igualmente importante. Señora Sparhawk, una palabra ¿Será esta buena mujer la mucama Marcela?... ¡Gracias! Me lo imaginaba.

Se dió vuelta de pronto hacia la mucama y le sonrió bondadosamente.

—Y bien, Marcela ¿cómo se siente hoy? — dijo con una especie de arrullo en la voz.

—¿Yo, m'sieur? — alzó la vista sorprendida. — A decir verdad me siento bien de cuerpo; pero enferma del espíritu pero no sé por qué m'sieur se toma la molestia de interesarse...

—Cuando uno anda buscando datos tiene que aprovechar las fuentes más increíbles contestó serenamente Cleek. — Así que... Dígame una cosa, por favor. ¿Tiene tres o cuatro vueltas la Escalera del Cielo?

Ella retrocedió como si le hubiera pegado; su rostro se puso mortalmente pálido desde la frente a la barba; hasta sus labios

—¡Mi hermano... mi hermano! ¿Dónde está mi hermano? — gritó Mary Fulgarney.

estaban blancos y en sus ojos había una expresión de incredulidad y horror, mientras, lentamente, se apartaba de Cleek. Y luego ocurrió una cosa curiosa.

Sin darle tiempo a que se recobrara de la sorpresa, Cleek volvió a hablar a Marcela rápida, vivamente, en una lengua que ni Narkon ni los demás entendieron; pero apenas pronunció una docena de palabras, la mujer se volvió, lazando un espantoso alarido y salió corriendo, como enloquecida, de la habitación. Cleek corrió tras ella, con la rapidez del rayo.

—¡Quedaos donde estáis! ¡Dejad a esa mujer por mi cuenta! — gritó por encima del hombro a Narkon y a Grace Sparhawk que se disponían a perseguirla también.

Un momento después, la mujer, siempre gritando, había subido las escaleras y entrado en un cuarto que había al final de ellas; los que miraban, vieron a Cleek dar un salto de tigre y oyeron el golpazo de la puerta y el girar de la llave en la cerradura, al entrar el detective detrás de la mujer...

Habían transcurrido diez minutos. Se había contado lo del gramófono y el cabo fué llamado una vez más y puesto de guardia en la habitación de la muerta.

Narkon y Grace Sparhawk se paseaban agitadamente, en una fiebre de nerviosidad y espectativa, cuando ambos se dieron vuelta y vieron a Cleek descender las escaleras.

—Señor Narkon, — dijo mientras bajaba — voy a privarlo a usted unos minutos de la sociedad de la señora Sparhawk... si ella quiere tener la amabilidad de llevarme a dar una vuelta por los terrenos y mostrarme — si sabe — donde puedo hallar algo que necesito. Entretanto...

—¿Es culpable, Marcela, señor Headland? — interrumpió la señora Sparhawk. — ¿Fué esa mujer extranjera que asesinó a mi pobre tía? ¿Ha sido cómplice o qué?

—¿Quién? ¿Marcela? — replicó Cleek con un alzamiento de cejas e indulgente sonrisa — Mi querida señora, quítese tan absurda idea de la cabeza. Marcela era la devoción misma para con su patrona y no tiene más culpa en lo ocurrido anoche que un bebé recién nacido. Por lo menos, tal es mi opinión. Pero como necesitamos algo más fuerte que "opiniones" en esta etapa del juego... Venga ¿quiere, señora Sparhawk? Y enséñeme, si sabe, donde puedo hallar una escalera.

—¡Cómo no! — contestó la señora siguiéndolo.

IX

La señora Sparhawk alcanzó a Cleek antes de que hiciera veinte pasos en el jardín y lo miró con ojos brillantes.

—¿Sabe una cosa, señor Headland? — le dijo. — He llegado a la conclusión de que es usted mucho más inteligente de lo que creíamos, mucho menos estúpido de lo que aparenta. ¿Por qué trata de complicarnos a todos?

—Al contrario, señora, estoy tratando de eliminaros a todos — contestó Cleek evasivamente. — Y cuando más pronto me indique usted donde hay una escalera, más pronto lo conseguiré — aquí se detuvo bruscamente y echando hacia atrás la cabeza empezó a olfatear. — ¡Puf!... ¡Qué olor repugnante! — exclamó de pronto. — ¿Quién demonios está quemando goma? No siente el olor, señora?

—Sí — contestó ella. — ¡Qué olor atroz! No se... Ah, sí, naturalmente. Stan me lo dijo. Debe ser el chauffeur que está haciendo reparaciones en los neumáticos. Alguien cortó las gomas del auto de mi tía, creo, y Wenworth las está componiendo.

Así era, como lo vieron al dar vuelta la esquina del edificio y divisar el garage con su doble puerta abierta de par en par. Una poderosa lámpara brillaba a través del vidrio polvoriento de un desmantelado invernáculo, contiguo al garage en plena vista, estaba un brasero de carbón y sobre el fuego, que ardía alegremente veíase un pote donde hervía una substancia mal oliente. Un joven estaba inclinado sobre un caballete de madera, donde había una gran goma de auto, desinflada. Era un joven extremadamente buen mozo, con el bigote cuidadosamente tusado y cabello lacio, de ese tono particular que tira a castaño rojizo.

Los había oído venir y levantó la cabeza, tocándose respetuosamente la gorra cuando entraron; inmediatamente volvió a su tarea de hacer algo a una gran cortadura que tenía la goma, untándola con la substancia mal oliente que hervía en el pote.

—Tarea desagradable, chauffeur — comentó Cleek, después que Grace se lo presentó, — diciendo: — Wentworth, éste es el señor Headland, el detective oficial a cargo del caso.

—Sí señor, es desagradable este olor — convino Wentworth. — Pero ¿alguien tiene que hacer las tareas desagradables en el mundo, verdad? Y los que no tienen dinero, no pueden escoger. Además, yo me comprometí a hacer las reparaciones cuanto me hice cargo del puesto. No me hubiera preocupado de esto hoy; pero resulta que al examinar el daño vi que el mal intencionado que cortó las gomas no las había inutilizado tanto como creí al principio; así que, para pasar el tiempo, me puse a componerlas.

—Comprendo — dijo Cleek, inclinándose para examinar la cortadura. — ¡Hum!... Tajo de cuchillo, si no me equivoco. Fué hecho anoche ¿no? No sabe más o menos a qué hora?

—No, señor; no tengo la menor idea. Lo supe recién esta mañana, cuando fuí despertado por el barullo y bajé corriendo la escalera — mi cuarto está ahí arriba, como puede ver, señor. — Encontré las puertas abiertas, la rueda de emergencia sacada de su funda y acuchillada y las gomas del auto tajeadas como ve. Habían andado también con el arranque y no era posible mover una pulgada el auto.

—¡Hum...m...m! Claro. Evidentemente para impedir que este vehículo fuera empleado en la persecución del asesino, en caso de que fuera descubierto antes de que pudiera huir.

—Palabra que no había pensado en eso, señor — declaró Wentworth. — No se me ocurrió relacionar lo ocurrido aquí con el crimen. — Creí que alguien había entrado, haciendo esto por pura maldad, por fastidiarme a mí quizá...

—¿Por fastidiarlo a usted? ¿Por qué motivo? ¿Tiene enemigos en la localidad?

—Vea, señor, quizá no debería decirlo — replicó de mala gana el chauffeur — pero Julia Lipworth me tiene un poco de rabia. Julia es la hija de la cocinera. Al principio éramos... bueno, bastante amigos; salíamos juntos y cosas por el estilo. Pero entonces no conocía yo a Maggie Brunner; en realidad no la conocí hasta que el cabo Brunner me invitó a ir a su casa, una noche del mes pasado, para celebrar el cumpleaños de su patrona. Pero, desde entonces, Julia y yo rompimos. Y ella ya me ha jugado una o dos malas pasadas.

—Comprendo — dijo Cleek. — ¿No podría darme una idea, Wentworth, de cuando fué cometido el daño? Piense bien.

—No, señor. No puedo. No oí el menor ruido después que me acosté. Dormí como un topo toda la noche, señor Headland.

—¡Hombre feliz! — dijo Cleek. — ¿Está seguro de haber cerrado con llave la puerta del garage, antes de acostarse?

(Continuará)

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

AL mismo tiempo trató de dar vuelta porque sabía que la luz de las cebollas" lo mostraba claramente a los artilleros de abajo.

Pero era día fatal para John Henry.

Inutilizados la mayor parte de sus controles, el aparato no le respondió como deseaba. Lo único que hizo fué inclinarse torpemente de costado y caer al nivel normal. Hiciera lo que hiciera, no podría alejarse del camino de las lívidas llamas. Y sintió súbitamente frío, porque comprendió que la muerte estaba muy próxima.

Un segundo más tarde estaba más cerca aun. Como lo había supuesto, los artilleros alemanes lo habían visto y alterado su puntería. De pronto otra granada incendiaria estalló a menos de diez pies de su ala izquierda y brilló otra sarta de "cebollas" enviando su lluvia de fósforo en todas direcciones.

Tres de las bolitas fosforescentes cayeron sobre el ala derecha del aeroplano de John Henry y allí se quedaron, mientras los girones de tela se incendiaban con el fuerte viento. Con un estremecimiento de horror, John Henry puso el aeroplano cabeza abajo, bajando rápidamente, a la vez que intentaba inclinarlo de costado, único modo de impedir que las llamas llegaran a la cabina e incendiaran el tanque.

Pero el aeroplano rehusó inclinarse. Siguió bajando derecho y el rostro de John Henry se contrajo al sentir el calor del fuego en sus mejillas.

LA RECOMPENSA DE JOHN HENRY

A John Henry le quedaban todavía los controles de proa y popa. Sabía que podría enderezar el aparato cuando quisiera; pero no lo deseaba aún. Siguió verticalmente hasta que de pronto apareció el suelo, como una gran alfombra marrón, a cien pies de distancia. Puso el aeroplano horizontal y una fatal ráfaga de viento de costado extendió el fuego del ala a través de la cabina.

Con desesperada velocidad, desabrochó John Henry su cinturón de seguridad, se paró en su asiento y pasó una pierna por el costado. Bajando lo más posible la cabeza, podía aún manejar la barra de control y luego se arrodilló en el ala, al lado de la cabina, manejando como podía.

Era difícil calcular bien el ángulo correcto para hacer el aterrizaje; en su nueva posición, lo único que podía hacer John Henry era empuñar la barra de control y encomendarse a Dios. Observaba cuidadosamente el terreno y empezó a planear cuando calculó que sólo distaba diez pies del suelo.

Luego el tanque de petróleo, recalentado por las llamas, estalló y una lluvia de fuego cubrió el aeroplano, de la cabeza a la cola.

John Henry apretó los dientes y empujó la barra hacia adelante. Sintió una sacudida y trató de bajar la cola, a fin de aterrizar plano. Luego fué despedido de su sitio, mientras el aeroplano incendiado se detenía de pronto. Por un segundo atravesó, cabeza abajo la obscuridad y luego cayó entre una masa de alambre de púa, cuyos pinchos le des-

garraron la piel como las uñas de un gato rabioso.

Tan grande fué la fuerza del golpe, que aplastó el alambrado, arrancando los postes que lo sostenían. Luego se deslizó más adelante, rodó dentro de un pozo seco, de granadas, y descansó en el fondo, más muerto que vivo.

Realmente su aterrizaje había sido afortunado. Y, mientras trataba de ponerse de rodillas, lo reconoció así. El aeroplano estaba ahora parado sobre la proa, en la arena, y ardía como una enorme hoguera. La luz amarillenta le reveló a John Henry que estaba en medio de la Tierra de Nadie y había caído sobre el alambrado de púa, frente a las trincheras alemanas. Fué la elasticidad del alambre que le impidió romperse los huesos, aunque las púas le habían desgarrado desde los tobillos hasta la cara. Su casco de cuero lo salvó de sufrir daño más grave.

El resplandor del aeroplano incendiado reveló cosas inesperadas a los ojos de John Henry. Porque a cien yardas alrededor, la línea de fuego del frente alemán y las trincheras de comunicación se mostraban en todos sus detalles. Un oficial británico, metido dentro de una asfixiante cabina de Cemento, en un puesto de observación, hablaba animadamente por teléfono. En las trincheras alemanas y en los pasajes de comunicación, veía hombres que se movían dirigiéndose a la línea del frente. Iban agachados, la bayoneta calada. Algunos de ellos empujaban ametralladoras, mientras otros llevaban festones de bombas colgados de los hombros. Eso sólo quería decir una cosa: que los alemanes iniciarían dentro de pocos minutos un poderoso ataque.

Realmente, John Henry había caído sólo pocos segundos antes de que una masa de soldados alemanes saltara por encima de sus trincheras para atacar las posiciones enemigas.

Las palabras del oficial del puesto de observación produjeron, sin embargo, un efecto eléctrico. El oficial casi bailaba de excitación mientras daba sus informes y los alambres debieron calentarse mientras él se comunicaba con media docena de baterías británicas.

Luego los cañones entraron en acción; mientras la primera ola de figuras grises pasaba por encima de las trincheras alemanas y corría, gritando, por espacio de cincuenta yardas, las granadas empezaron a llover en medio de ellos.

John Henry se hallaba también entre ellos y cuando estaba por trepar al borde de su agujero, para observar mejor lo que ocurría a su alrededor, vió media docena de hombres vestidos de gris, que corrían hacia él. Sólo los vió un instante; al siguiente, caía graciosamente de espaldas al fondo del agujero, porque una granada británica había abierto uno aun mayor. No quedaron rastros de los hombres que corrían.

Otros los siguieron, sin embargo, porque el ataque había sido preparado y tres "olas" debían pasar una tras otra sobre las trincheras, con un minuto de intervalo. Ninguno de los comandantes alemanes pensó que sus intenciones habían sido adivinadas y atribuían el bombardeo a casualidad y mala suerte. Por consiguiente continuaron el ataque, de acuerdo al plan. Pero el ataque era inútil, frente al intenso fuego británico, que ahora partía de todas las fuentes posibles.

Los breves segundos de aviso fueron suficientes y los cañones británicos barrían la Tierra de Nadie; las granadas caían como lluvia infernal de acero y fuego, convirtiendo en una pared lívida aquel pequeño espacio entre los dos ejércitos enemigos.

John Henry trató de levantarse, pensando si no se habría vuelto loco y metiéndose los dedos en los oídos. El miedo a la muerte se había alejado de él, siendo reemplazado por aquel estruendo infernal.

Era tan fuerte el ruido que no recordaba haber oído otro semejante. Aun con los oídos tapados, los estallidos de las granadas parecían atravesarle la cabeza y la conmoción era tan violenta que se sentía completamente mareado.

Nunca supo cuanto duró aquel espantoso bombardeo. Parecíale que el mundo se detenía, perdiéndose en el ruido ensordecedor. Más de una vez estallaron granadas a pocos pies del escondite de John Henry y fué cubierto de barro y fragmentos. El joven aviador estaba atontado, medio enceguecido por el fuego lívido de las explosiones. Sintió que un cuerpo pesado caía a su lado, en el agujero; pero se hallaba demasiado desfallecido para defenderse, si era necesario.

No lo era, porque el hombre que cayó dentro del agujero estaba muerto. John Henry y el cadáver estuvieron juntos en el fondo del pozo hasta que el cañoneo empezó a oírse más lejos, en las líneas alemanas de apoyo.

Comprendiendo que lo peor había pesado, John Henry se incorporó trabajosamente y miró por el borde del agujero. Las líneas británicas distaban de él menos de treinta yardas y a través del humo y de la obscuridad pudo ver que las granadas también las había afectado. Probablemente los hombres que las ocupaban se habían retirado más atrás durante el intenso bombardeo. Sea como fuere, la lluvia de explosiones había arrancado grandes masas de alambre de púa y el camino estaba abierto.

John Henry respiró profundamente; pero volvió a meterse en el pozo para mirar a su compañero. Si aquel hombre estaba sólo mal herido, su deber era llevarlo a las líneas británicas para que recibiera asistencia médica. Pero una mirada a la cara del hombre, lo convenció de que su rasgo caballeresco sería inútil. Algo brillaba en el barro, junto al muerto, algo que atrajo la atención del joven Dent.

Levantólo y lo limpió un poco con el brazo, viendo que era un casco alemán, negro y bronceado, de lindo diseño, un "pickel hauber", con un águila de bronce sobre la bola, del mismo metal, de la parte superior.

John Henry se colgó el casco del brazo por el barbijo y salió del pozo. Esta vez se puso de barriga y se arrastró por entre los alambres de púa hasta que llegó al parapeto de la trinchera británica.

Todavía caían las granadas, aquí y allá, y retumbaban los cañones. Las baterías ale-

El aviador británico miró desesperadamente a su alrededor. A través de la Tierra de Nadie, un grupo de alemanes venía hacia él.

manas de retaguardia habían entrado en acción y las líneas de apoyo británicas soportaban un vivo fuego. Pero el frente, propiamente dicho, estaba tranquilo. El joven Dent se dejó caer dentro de la trinchera y empezó a luchar para ponerse de pie; pero luego una mano lo agarró rudamente del hombro y se encontró ante el azulado caño de un revólver de servicio.

—¡No tire!... — tartamudeó John Henry — Vea, viejo, soy uno de los nuestros. Quiero decir que me estrellé y...

El oficial cubierto de barro, que lo había detenido bajó el revólver y se echó a reir.

—Es usted un Judas ¿no? — dijo comprendiendo que John Henry decía verdad. Porque ningún alemán podría haber imitado el elegante inglés de John Henry. Además había reconocido, a pesar de las tiras y desgarrones, el uniforme del Cuerpo Real de Aviación y adivinó la identidad del recién llegado.

—¿Es usted el tipo que inició estos fuegos artificiales, no? — continuó. — ¿Cómo diablos se arregló para salir vivo del aeroplano incendiado?

—¡Oh!... mi buena suerte — sonrió John Henry, sentándose y enjugándose la frente. — Es todo en estos casos. Pero ahora que estoy aquí, ¿quiere decirme por qué lado tengo que tomar para alejarme lo más posible de la guerra? Los fuegos artificiales, como usted los llama, me han puesto nervioso. ¡Demonios! No comprendo por qué habéis tenido que tirarme con todos vuestros cañones, no bien bajé. Me parece desleal.

El oficial se echó a reir. Le gustaba John Henry. Condujo al embarrado y maltrecho aviador a una trinchera de comunicación y finalmente a una excavación, donde le ofreció un trago.

John Henry se tragó, agradecido, un vaso de whisky. Lo necesitaba mucho. Luego sentóse mientras el oficial le explicaba lo ocurrido. Terminó ofreciéndole cincuenta francos por el vistoso casco, que llevaba todavía puesto John Henry.

—Es el único que he visto en mi vida — le dijo. — Y no creo volver a ver otro. Ese casco ya no está de moda, en las líneas alemanas del frente. El pobre boche que lo llevaba fué probablemente hecho venir del área posterior con sus hombres y no tuvo tiempo de ponerse uno de los nuevos modelos. Yo soy muy aficionado a los recuerdos. Le doy sesenta francos.

—¡Cualquier día se lo cedo! — dijo John Henry. — Nosotros no tenemos muchas oportunidades de coleccionar recuerdos; si alguna vez llegamos tan cerca de un Fritz, como para poder quitarle el sombrero, es porque estamos muertos. Le agradezco mucho la oferta, naturalmente ¡pero vaya usted a dar

se vuelta alrededor de la manzana y búsquese otro. Lo que es éste no lo vendo.

El otro, sin embargo, insistió, llegando hasta ofrecerle ochenta francos. Subió hasta ciento diez. Pero el deseo de guardar su recuerdo crecía en John Henry a medida que la oferta subía de precio. Si un soldado de las líneas del frente era capaz de ofrecer más de una semana de sueldo por un casco como aquel, valía la pena guardarlo. Y lo guardó. Rehusó todas las ofertas y cuando finalmente hubo descansado y se desinfectó lor arañones, ayudado por el equipo de primeros auxilios del oficial, se dirigió a las líneas de apoyo, llevándose el precioso casco.

Como hora y media después, John Henry consiguió hacerse levantar por un camión de transporte y llegó al aeródromo de los "Angeles" pasada la media noche.

Sonreía mientras caminaba por delante de los obscuros lugares; solemnemente se puso el casco en la cabeza y luego abrió de un puntapié la puerta de la antecámara, donde todavía había luz. Entré cantando a voz en cuello un aire que él imaginaba sería el "Die Wacht am Rhine".

Al verlo, Bud Atlee saltó de su sillón, lanzando un grito de alegría. Media docena más de oficiales se levantaron también y se armó tal barullo que cuando el mayor Atlee asomó la cabeza creyó que se estaban peleando.

Un grupo de compañeros, que habían creído muerto a John Henry, lo rodearon, le daban palmadas en la espalda y le estrechaban cariñosamente las manos. El Calvo parpadeó sorprendido, porque lo único que alcanzaba a ver era un magnífico casco, coronado por un águila, que se balanceaba hacia atrás y hacia adelante, mientras su portador era zarandeado por el afectuoso y bien intencionado grupo. Luego oyó la voz de John Henry, levantada en son de protesta y el mayor Atlee saltó casi cuatro pies y lanzó un alarido que parecía la sirena de un remolcador de Nueva York.

Atravesó la pieza, empezó a abrirse paso a codazos, mientras John Henry seguía gritando y protestando:

—¡Por amor de Dios, que me deshacen? ¡No me hundan el hombro! ¡Bud... pedazo de animal! ¡Qué alguien llame o los perros! Estoy todo lastimado y ustedes me van a matar, borricos.

El Calvo agarró a su sobrino por la pretina de los pantalones y lo separó. Le dió un empujón a su segundo, el teniente Williams James Jameson. Manejando los codos y las rodillas, como si fueran pistones, se abrió paso hasta John Henry y lo abrazó cariñosamente.

—¡Cielos! — exclamaba sacudiéndolo — ¡Eres tú! No puede ser. ¡Tú, de veras, hijo! Te ví caer, despidiendo fuego por todos los poros, te creí muerto. ¡Y estás aquí... aquí! Pero ¿y esos harañazos? ¿Caíste en alguna gatera o cosa así.

John Henry consiguió libertarse de sus amigos y se dejó caer en una silla, llevaba puesto todavía el casco alemán. Jadeante contó su historia, desde el principio al fin y cuando hubo terminado se sacó el sombrero y lo exhibió con orgullo.

—Y aquí está — concluyó — Apuesto que nadie tiene un recuerdo como éste. Y lo que es más, queridos amigos, yo voy a hacer una colección. Cuando la guerra termine, abriré un museo o cosa así y ganaré bastante plata, cobrando seis peniques la entrada.

Bud agarró el casco y lo miró con envidia.

—¿Han visto la suerte que tiene este fenómeno? — preguntó — No solamente vivo, cuando debería estar asado al "spieddo" si no que todavía se trae un recuerdo. Mi gente se volvería loca, si tuviera esto. Lo colgaría en el porche y le plantaría dentro helechos. Te doy por él veinte francos.

John Henry se echó a reir.

—¡Qué generoso eres! Me ofreces veinte francos cuando rehusé ciento cincuenta que me daba un oficial del frente de la línea. No, no, pimpollito; si quieres un gorro de carnaval como éste, ve a buscarlo. No lo vendo ni por todo el dinero que le debo a mi sastre. Lo siento mucho; pero... no hay caso.

Bud contestó:

—No se lo que daría por un sombrero como ese; los amigos de mi pueblo rabiarían si me vieran llegar con él. Pero, tienes razón, muchacho. Estoy perdiendo el tiempo. Desde ahora me voy a dedicar a coleccionar recuerdos y te voy a sacar la oreja.

Miró sonriendo a su alrededor.

—¡No lo olviden! — dijo — Los de Estados Unidos tenemos la manía de la colección en la sangre.

—Muy bien — replicó John Henry — Te apuesto cien francos a quien consigue una colección mejor.

—¡Aceptado! — gritó Bud, poniéndose en pie de un salto. — Más aún, voy a empezar desde ahora. Está ese viejo Fokker que encontramos en este aeródromo cuando avanzamos y tomamos el lugar. Le voy a sacar la hélice y creo que es tan buen recuerdo como tu vieja lata, con ese pollo encima.

John Henry no estaba de acuerdo y así lo dijo; pero los demás intervinieron, decidiendo que Bud podía guardarse la hélice del Fokker. El aeroplano había sido de propiedad alemana y la vieja máquina no prestaba utilidad a nadie.

Por consiguiente, Bud salió riéndose y se pasó media hora sacando la hélice del aeroplano. Se la llevó al dormitorio, y la colgó a la cabecera de la cama.

John Henry había llegado antes y su casco colgaba ya en sitio de honor sobre el lecho. Los aviadores reían mientras se desnudaban, porque esperaban que resultaría divertida aquella rivalidad en coleccionar recuerdos entre Bud y John Henry.

LA SUERTE DEL COLECCIONISTA

Durante la semana que siguió, los coleccionistas de recuerdos trabajaron con tesón. La primera mañana John Henry volvió de la aldea próxima trayendo una Cruz de Hie-

rro que le había comprado al posadero y una bomba alemana, sin explotar, que encontró en un campo.

Bud no se quedó atrás. Y como la escuadrilla no entraba en servicio hasta después de la puesta del sol, se pasó la tarde explorando en una motocicleta, que consiguió diciéndole al oficial de la oficina de transportes que era muy buen mozo.

Cuando volvió, declarósele vencedor en el torneo del día, porque traía las cápsulas de bronce de cuatro granadas alemanas, media docena de botones de la túnica de un Húsar de la Muerte y una rata. La rata estaba en una jaula de madera, recién hecha, y Bud se la compró a Tommy que la había domesticado. Esto demostraba que, de algún modo, había logrado introducirse en las trincheras. La rata era ciertamente domesticada y según Bud se llamaba Rodolfo - Mary-Pickford - Hindenburg.

Bud explicó a los "Angeles" que ni él ni el anterior propietario de Rodolfo eran peritos en ratas, de modo que le habían dado nombres de los dos sexos para más seguridad. Rodolfo - Mary, entretanto, contemplaba al grupo con sus ojos de cuentas, por detrás de los barrotes de la jaula y se comió un terrón de azúcar que le ofreció el Calvo.

—Es una buena rata — explicó Bud — Soportó un bombardeo, según me contó el Tommy, y la apellidamos Hindenburg, porque debe ser alemana, puesto que fué capturada en una trinchera de Fritz. Valdrá muy bien un millón de dólares después de la guerra.

John Henry contempló con envidia a la rata, porque era realmente un buen recuerdo. Entretanto, nada podía hacer hasta el día siguiente, porque después de la comida, la escuadrilla tenía que salir para su patrulla nocturna.

Bud introdujo un platillo de leche condensada y un par de sardinas dentro de la jaula de Rodolfo-Mary y la metió cuidadosamente debajo de su cama, antes de salir. Alineó también en la pared el resto de sus trofeos y el casco de John Henry parecía muy poca cosa comparado con los otros recuerdos.

Aquella noche la patrulla pasó sin consecuencias. No se enviaron aeroplanos contra los británicos y detrás de la línea alemana se advirtió poco movimiento. Desde que el ataque había fracasado tan completamente, era probable que los alemanes no se hallarían en condiciones de intentar otro.

Los aeroplanos de los Angeles regresaron al aeródromo sin haber disparado un solo tiro. Y todo el mundo se fué inmediatamente a la cama. John Henry, sin embargo, se levantó temprano y se vistió silenciosamente en el dormitorio, mirando a Rodolfo-Mary, que también lo miraba por detrás de los barrotes y fruncía el hocico marrón, como burlándose de él.

—Muy bien, hijo o hija mía — murmuró John Henry amenazando a la rata con el pulgar. — No tienes por qué darte tantos

aires. Hoy traeré algo que te va a hacer reventar de envidia o dejaré de llamarme John Henry Dent. Si eres "él" te portas bastante mal y si eres "ella" eres bastante fea.

—Rodolfo-Mary bostezó, dió vuelta cuatro veces a la jaula y luego se acostó, con el hocico entre las manos y la cola enrollada. Por lo menos es así como John Henry hubiera descripto los movimientos del animal. Lo mismo que Bud ignoraba si era "él" o "ella"

Después de vestirse y desayunarse en la solitaria mesa de la cocina, salió John Henry en una desvencijada bicicleta que estaba afuera de la oficina del escuadrón y de la que, tranquilamente, se apropió. Como una hora más tarde, cuando llegó a un camino bastante nivelado como para andar en bicicleta, montó en ella y empezó su caza de recuerdos.

No bien en el escuadrón se reunieron para el desayuno, advirtieron la ausencia de John Henry. Y antes de mucho se formaron dos bandos, los que estaban por John Henry y los que sostenían a Bud.

La cacería de recuerdos se convirtió en el asunto del día y se cruzaron apuestas por ambas partes.

Bud dió su desayuno a Rodolfo-Mary, el cual, por consejo de el Calvo, consistió en dos velas y un poco de aceite de uno de los motores. Luego él también se puso en camino para aumentar su colección. A ninguno de los dos cazadores se les volvió a ver en todo el día; pero, poco antes de la comida, Bud entró a la antecámara con radiante sonrisa. En sus brazos traía una bota alemana de campaña, bastante deteriorada, un revólver Mauser al que le faltaban la mayor parte de las piezas, una bomba hecha de una lata de jamón y una espuela herrumbrosa, que aseguró era de un caballo alemán.

La escuadrilla disputó acerca de la espuela, porque nada probaba que lo dicho por Bud fuera cierto; la herrumbre había borrado cualquier marca que pudiera probar era la espuela de fabricación alemana. Los partidarios de John Henry negaron que la espuela pudiera considerarse un recuerdo; pero la banda de Bud replicó que nada probaba que fuera británica y añadieron que estaban dispuestos o irse a las manos con

cualquier que pusiera en duda la palabra de su campeón. Afortunadamente apareció el Calvo cuando las cosas empezaban a ponerse feas; pero le costó bastante tranquilizar a sus muchachos.

Prudentemente decretó que el asunto debía aplazarse hasta que volviera John Henry; entonces él y Bud tirarían a cara o cruz. Si era cara, la espuela era alemana; si cruz, británica.

Cuando se acababan de resolver por ese método, apareció John Henry, con misteriosa expresión en sus ojos. Acercóse a la mesa y sacó de su bolsillo varios objetos, nombrándolos a medida que aparecían.

—Uno — dijo mostrando un pedazo de paño gris — Es una tira del pantalón de un guardia imperial. Dos: un reloj alemán, al que no le falta más que el vidrio, las manecillas y la esfera... pero que tiene el "Made in Germany" estampado, como pueden verlo. Tres:

Desenvolvió un papel y colocó sobre la mesa una gran salchicha negra.

—Una parte del desayuno del Kaiser, que abandonó cuando el general Ludendorf lo llamó por la ventana y le pidió que saliera y se bañara.. Esto es cierto porque la salchicha fué dada a un cabo de artillería — a quien yo se la compré — por un prisionero alemán. El prisionero había sido ordenanza del Kaiser y lo presenció todo.

Bud lanzó un bufido.

—John Henry... eres un cara dura. ¿Crees que nos vas a hacer semejante cuento? Sostengo que esa pulpa de perro machacada no es alemana. Ni esa tela es tela de pantalones tampoco.

—¡Vete al diablo! — dijo John Henry colocándose el monóculo. — Puedo probarlo. Puedo citar a los testigos a quienes compré estas cosas. Y tengo más aún.

Sacó del bolsillo del pecho una maraña de pelos y empezó a alisarlos cuidadosamente sobre el blanco mantel de la mesa.

—¡Ríanse ahora! — dijo con calor. — Aquí hay seis pulgadas del costado de estribor de las patillas del almirante von Tirpitz. Obtuve esto de un contramaestre de la armada, por veinte francos. Conoció a un alemán prisionero que el era el barbero del viejo Tirpitz y él mismo se los dirá.

Risas y burlas, acaloradas discusiones, llenaron la pieza del rancho. Los ánimos empezaron a irritarse y nuevamente parecía que las partes rivales se irían a las manos. Pero volvió a aparecer el Calvo y después de oír a ambos bandos, repitió lo que había dicho pocos momentos antes sobre la espuela.

La identidad de la espuela de Bud, del paño, las patillas y la salchicha de John Henry serían decididas por una moneda lanzada al vuelo. Fué elegido el teniente Williams James Jameson para tirarla.

Bud no tuvo suerte. Ganó, en las cuatro tiradas, su propia espuela; pero también ganó John Henry su tela, su salchicha y su barba. No podía discutir, porque lo que era bueno para un lado lo era también para el otro.

John Henry juntó sus recuerdos, sonriendo. Se los llevó al dormitorio y los colgó con el resto de la colección, antes de irse a comer.

Los muchachos entraron juntos al comedor, cuando el mozo anunció que la comida estaba servida. Pero, al parecer, Bud estaba ese día en la mala. El Calvo lanzó un grito al entrar al comedor y tiró, con todas sus fuerzas, un tarro de mostaza a un extremo de la mesa. Por que allí estaba Rodolfo-Mary, muy contenta, comiéndose el único pan de manteca que había.

Por el aspecto del alimento que estaba sobre la mesa, veíase que Rodolfo-Mary, el super-recuerdo de Bud, no había perdido tiempo en ausencia del mozo de servicio. Una pierna de carnero tenía señales de haber sido mordida, el pan estaba en iguales condiciones, una lata de sardinas había sido volcada y devoradas las tres cuartas partes de su contenido.

Cuando el tarro de mostaza cayó a dos pulgadas de su oreja, Rodolfo-Mary, dió un pequeño salto y luego atravesó tranquilamente la mesa, en direción a las sardinas. El Calvo se lanzó sobre ella y detrás suyo la mitad de la escuadrilla; pero en precipitación dieron vuelta la mesa. La pierna de carnero, las sardinas, la manteca y Rodolfo-Mary rodaron por el suelo juntas.

Aunque era mansa, Rodolfo-Mary debió comprender que había ido demasiado lejos y por lo tanto se escurrió por entre el bosque de piernas, en dirección a la puerta.

El teniente Jameson la vió cuando iba a salir e intentó detenerla, pisándole la cola; pero no lo consiguió. Sus alaridos atrajeron a la escuadrilla y, gritando todos como locos, siguieron a Rodolfo-Mary hasta el dormitorio.

Cuando los "Angeles" penetraron por la puerta abierta, John Henry lanzó un grito de angustia, porque el desayuno del Kaiser corría por la pieza con alarmante velocidad. Rodolfo-Mary había decidido despedirse del aeródromo y se llevaba la salchicha, como recuerdo, en la boca.

Nunca más se volvió a ver a la rata. Se perdió en la obscuridad y el apenado Bud encontró la jaula roída, lo que explicó bien como se había escapado Rodolfo-Mary.

Tuvo que oír unas cuantas de la escuadrilla, en general, esa noche; y especialmente del oficial encargado del rancho, que debió hacer preparar otra comida rápidamente, porque ahora quedaba poco tiempo.

Luego los Angeles salieron del aeródromo y subieron a sus aparatos, que estaban alineados para la patrulla de la noche. El rostro de Bud estaba tan sombrío como un cielo cubierto de nubes, mientras se acomodaba en su asiento y se ceñía el cinturón de seguridad.

—Tengo tanta suerte, como caderas una víbora — murmuró, disponiéndose a partir.

(Continuará).

LA BANDA EN LIBERTAD

Por G. H. TEED

(Conclusión)

¡IMPOSIBLE! Roxane nunca hubiera olvidado su odio contra la pandilla hasta el punto de trabajar con ella, por grande que fuera su necesidad. Y ahora, al arriesgar el asombrado Blake otra mirada, vió que aquel asunto tenía muchas complicaciones.

Vió dos negros gigantescos, desnudos hasta la cintura, parados junto a la puerta que daba a la escalera de cámara; estaban armados con grandes machetes.

Vió dos del mismo tipo, hombres de María Galante, sabía él que estaban junto a la puerta que daba al salón de popa y... entre ellos a Harold Carruthers y a Félix Dupont. Sentada a un extremo de la mesa, con expresión sarcástica en su rostro, se hallaba Sofía Beautemps. De Tinker y los mellizos Calmont, ni rastros.

Si Blake pudo sospechar una posible unión entre Roxane y sus antiguos enemigos, ahora desechó semejante idea. Carruthers y Dupont estaban fuertemente atados. A Sofía Beautemps no se la había sometido a eso; pero dos pistolas automáticas, sobre la mesa, una frente a Roxane y otra frente a María Galante imposibilitaban cualquier tentativa de resistencia de su parte.

La ventana estaba abierta o, mejor dicho, carecía de vidrio. Cuando Blake miró por primera vez, las voces habían cesado. Pero ahora oyó hablar a Roxane y entendió algunas partes de su discurso.

—Habéis cometido un pequeño error de cálculo — la oyó decir con acento burlón. — Reconozco que era un lindo plan y todo parecía marchar sobre ruedas engrasadas. Sé lo bastante para imaginar todos los detalles. Mademoiselle Beautemps empleó bien su tiempo mientras vosotros y el resto de la banda estuvistéis en la prisión. Confieso que hizo un papel difícil, con suma habilidad, al conseguir el puesto de institutriz francesa de los niños Calmont y ganarse la confianza del viejo Pierpont Calmont. Pero la señorita Beautemps tiene cierto modo de conseguir esas cosas.

Blake oyó a Sofía reírse burlonamente, sin contestar.

—Fué una obra maestra de habilidad conseguir que Dupont se convirtiera en cuidador de los niños y Carruthers en su guardia de corps. Teníais a los niños a vuestra merced. Pero cometisteis un gran error, como podéis comprenderlo ahora. Al concertar aquel fingido ataque de los negros, no supusisteis que la noticia de él iba a llegar a oídos de María Galante.

Si hubieráis conocido su posición entre los isleños de las Indias Occidentales, hubieséis sido más circunspectos. Convenía a los propósitos de ella que siguiera adelante vuestro plan, hasta llegar al punto del ataque y secuestro. Fué una desgracia para vosotros también que yo me presentara en escena en el momento crítico. Jugásteis fuerte contra mi en Canadá. Me llevásteis nuevamente al borde de la ruina.

Pero los mellizos Calmont valen más de lo que yo he perdido. Los millones nada significan para Pierpont Calmont, comparándolos con la seguridad de sus nietos. Así, pues, resolvimos intervenir, malhechores de pacotilla. En cuanto a vosotros, veremos que tal os sienta el trabajo en el interior de las plantaciones de Haití. Con respecto a Mademoiselle Sofía...

Blake no esperó a oír más. Volviendo a

cubierta, dirigióse a la popa del barco. Debajo estaba la galería y ésta se comunicaba con un gran camarote, detalle de los barcos de aquella época.

Comprendía ahora Blake bastante de lo ocurrido para no saber lo que debía hacer. Intervenir abiertamente, hubiera sido una locura. No había tiempo para buscar refuerzos. Tenía que vencer por la rápidez y la astucia. Pero ¿cómo?

Se descolgó hasta que agarró la baranda de la galería. Hizo apenas ruido al pisar las viejas y apolilladas tablas de teca y dirigirse hacia la ventana del gran camarote de popa.

Se metió por la ventana, pasando a la obscuridad de la cámara. No sabía que le esperaba allí. Si Tinker y los mellizos estaban cerca ¿no habrían más negros de guardia? Se quedó escuchando. Del lado opuesto entraba por debajo de la puerta un pequeño rayo de luz. La puerta comunicaba con la cámara principal, donde se oía aún murmullo de voces.

Blake avanzó unos pasos y dijo con un murmullo:

—¡Tinker!

—¡Patrón!

La respuesta le llegó de tan cerca que Blake se sorprendió. Se puso de rodillas en seguida y tentó a su alrededor. Sus manos tocaron un cuerpo humano. El muchacho estaba bien atado; pero Blake pronto encontró los nudos: desató sus piernas y Tinker terminó de desatarse las manos.

—Estoy libre ahora. ¿Qué ha ocurrido? Pensé que usted había muerto, patrón.

—No hay tiempo para hablar ahora. Ellos vendrán aquí en cualquier momento. ¿Dónde están los niños?

—Muy cerca de aquí. Yo rodé para interponerme entre ellos y la pared.

—Vamos a soltarlos entonces. ¡Rápido!

Trabajaron desesperadamente. Su tarea era tanto más difícil, cuanto que los niños aterrados por los acontecimientos que habían visto, luchaban contra aquel nuevo y desconocido terror y hubieran gritado si Blake no los hubiese calmado con urgentes y suaves murmullos.

Tinker tomó a uno de los niños debajo de cada brazo y se dispuso a seguir a Blake. Los mellizos parecían haberse tranquilizado al verse en aquella posición. Sin duda porque sus pocos años tenían afinidad con la juventud de Tinker y porque sabían que él también había estado prisionero. Además, el chico había presenciado la terrible lucha de Tinker y lo consideraba un héroe. Sin embargo, no comprendía que significaba todo aquello.

Blake guió al pequeño grupo a la galería. Mientras ponía en libertad a los prisioneros, su mente trabajaba, buscando algún medio de escapar.

Hacer pasar a Tinker y a los niños por la borda y guiarlos hacia un terreno más alto por entre la enmarañada jungle pareciale imposible.

Sin embargo había que moverse en alguna dirección y pronto. El complot del salón tenía que fracasar. Había oído bastante para comprender qué juego tenían entre manos Roxane y María Galante. Era el mismo que los otros, con el agregado que la casualidad había puesto en manos de Roxane a dos de sus enemigos.

Comprendía como se había enterado María Galante del proyectado secuestro. Poco ocurría en las islas que ella no supiera. Y dominando, como dominaba a los negros por la temida superstición de Voodoo, de cuyo terrible culto era ella la más alta sacerdotisa, le fué muy sencillo entenderse con ellos para que traicionaran a Carruthers y a Dupont.

Todavía no podía comprender como Roxane se había asociado a la mulata. Nada sabía de la desesperación de la joven, en Canadá, cuando tuvo que huir de la red que se cerraba sobre ella. Pero comprendía que si se había unido a María Galante, no tendría influencia sobre ella ahora. Aunque era mujer muy distinta a la mulata, llegaría hasta el límite para conseguir sus fines. ¿Qué fin más provechoso que conseguir un fuerte rescate por los mellizos Calmont?

Entre Blake y Tinker hicieron pasar á los niños por encima de la barandilla de popa. Desde allí, guió Blake hacia la proa. Recordaba el reflector que había brillado tan repentinamente y estaba casi seguro de que estaba colocado en la fragata. Recordaba también que Roxane y María Galante debían tener algún medio de llegar al Delfín de Plata por el riacho.

Sospechó que el bote que había visto en la playa de Puerto Viejo debía estar esperando a Carruthers y a Dupont. ¿Dónde estaba entonces la embarcación en que habían venido las dos jóvenes?

Pasaron el combés sin novedad. Se arrastraron a lo largo del declive del castillo de proa; luego fueron detenidos por el extremo romo de la roda.

Blake se puso de pie con precaución. Sabía que tenían poco tiempo que perder ahora, porque oía muy claramente voces a popa, lo que quería decir que alguien salía a cubierta

Miró hacia abajo, el agua de tinta. En aquel momento se encendió el foco de nuevo, a menos de media docena de yardas de Blake. Distinguió el detective una larga lancha a motor y una figura que se movía alrededor de ella, detrás del reflector.

Luego, antes de que tuviera tiempo de proyectar algo más, una figura colosal apareció encima de la roda, tan cerca que casi tropezó con Blake.

VIII

RETIRADA

Blake le pegó al hombre con todas sus fuerzas. Lo alcanzó en la punta de la mandíbula y lo hizo caer hacia atrás; pegó en la borda de la lancha automóvil y fué a parar al agua. Nunca supo realmente que le había pasado.

La caída de su cuerpo sobresaltó al hombre que estaba a proa. Blake vió desaparecer la luz y comprendió que el hombre venía a popa. Ayudó a bajar a Tinker. Le pasó los

El golpe de Blake alcanzó al negro en la punta de la mandíbula. Cayó hacia atrás pegó en la borda de la lancha y desapareció en el agua.

mellizos, uno por uno; luego saltó, corriendo a proa, al encuentro del negro, mientras daba una orden a Tinker.

—¡Corta la amarra! Deja derivar la lancha. Cualquier cosa que ponga agua entre nosotros. Manda a los niños a la cabina y pon en marcha el motor. Yo me encargo del resto.

Tinker no oyó las últimas palabras. Se perdieron entre el ruido que hacían los mellizos al correr a la cámara. Tinker les gritó que no salieran de allí.

El saltó a donde estaba la amarra que sujetaba la lancha automóvil a la fragata. No tenía cuchillo; pero logró desatar el nudo; dejó caer el extremo de la cuerda en el agua.

Caminó a tientas, buscando la cabina del motor. Parecíale hallar algo de conocido en aquella embarcación y, muy naturalmente, se metió debajo del escotillón adecuado.

Encontró una llave y encendió la luz. El motor le era conocido y funcionó perfectamente. Lo dejó a poca fuerza y, agarrando una llave inglesa, corrió a proa, por si Blake lo necesitaba.

Se realizaba una pelea terrible. Vió a Blake y a una gran figura que lo sobrepasaba en varias pulgadas, balanceándose peligrosamente cerca de la borda. Se dió cuenta de que había también movimiento en la cubierta del Delfín de Plata. Probó que la evasión había sido descubierta una bala que pasó silbando junto a la oreja de Tinker y se perdió en el agua.

Blake vió a Tinker y le gritó que empuñara el timón. Tinker no vaciló. Estaba acostumbrado a obedecer. Corrió otra vez a popa, encontró allí el timón, aunque ahora que la embarcación le parecía más y más familiar, pensó que debía tener también un volante en la pequeña casilla contigua al saloncito.

El tiro de la fragata se convirtió en fusilería, aunque era evidentemente que nadie sabía bien lo que pasaba.

Luego Tinker oyó una voz de mujer, fuerte y clara.

—¡Se han llevado los niños! Sus hombres tienen que buscarlos, María. No tenemos otro bote. Que dejen de tirar hasta que veamos que ha ocurrido.

Un poderoso reflector eléctrico brilló en la obscuridad. Fué lo suficientemente fuerte para llegar hasta la lancha automóvil y revelar a Tinker, al timón. Y también para iluminar las dos figuras que luchaban a proa y, como si el espectáculo los hubiese sorprendido a todos, ni una voz se levantó hasta que Blake se libertó del poderoso negro. Luego vieron al detective agacharse, salvar el espacio y aplicar una directa izquierda que hizo trastabillar a su adversario, seguida por un golpe al plexo solar que arrojó al otro por el costado del barco. Luego Sexton Blake hizo una cosa sorprendente. Saltó a donde estaba el reflextor, lo encendió, lo hizo girar y enfocó el grupo reunido en lo alto del castillo de proa.

Consiguió dos objetos, que eran de vital importancia para él y para Tinker en esos momentos. Les mostró si intentaban perseguirlos por agua y su cruda luz hizo imposible la puntería del enemigo.

Por espacio de diez segundos o cosa así, vió Blake el dramático cuadro. María Galante y Roxane, paradas una junto a otra, cubriéndose la cara para proteger sus ojos de la enceguecedora luz. Las rodeaba como una docena de negros. Se veían salir otros de sitios escondidos.

Fué como si la luz hubiera lanzado un hechizo sobre la noche de la jungle, porque fuera del bajo murmullo del motor, ningún otro ruido turbaba el silencio.

Luego, desde donde estaba, Blake le gritó a Roxane. No fué mucho lo que le dijo; pero sí lo suficiente para que ella reconociera la voz que le llegaba por aquel túnel deslumbrador.

—Es mejor que se separe de esta gente — fué todo lo que dijo.

Sus palabras fueron como la llave que pusiera en movimiento una maquinaria complicada.

Vió a Roxane levantar la cabeza y hacerse sombra a los ojos con la mano, como si quisiera penetrar con la mirada aquella cortina deslumbradora. Vió a María Galante, exótica en su traje rojo, dar media vuelta y gritar una orden a los negros. Vió a los negros saltar a tierra, uno tras otro, formando una línea siniestra que desapareció entre espeso matorral y reapareció, avanzando por el mismo camino que él había seguido. Y antes de girar el reflector, para iluminar camino adelante, vió a María Galante levantar el rifle y empezar a tirar, al centro de la luz.

Blake no hizo caso de las balas. Sabía que el bote llegaría ahora dentro de pocos minutos a la pequeña aldea de negros y sabía también que el canal era muy angosto, entre la barrera que cerraba el estanque de las tortugas y la otra orilla. Costaría un poco hacer pasar por él a la lancha, aunque sabía Blake era posible, puesto que por allí había venido. Lo más difícil sería cuando llegaran a la masa de raíces de mangles, riacho abajo.

Ya había reconocido Blake la lancha como perteneciente al equipo del yate La Brise, propiedad de Roxane. Por esta razón la había encontrado Tinker tan extrañamente familiar, no bien puso el pie en su cubierta.

Tinker estaba agachado sobre el timón cuando Blake llegó a popa.

—Tendrás que poner mucha atención cuando lleguemos a la aldea, chico. Voy a dejar el reflector encendido y darle a la lancha velocidad media. Debe haber algunos rifles y pistolas en la cabina. Voy a mirar.

Entró al pequeño salón, hallando a los mellizos Calmont sentados en uno de los cofres, cubiertos de almohadones. El chico tenía apretada en sus brazos a la niña.

A pesar de lo crítico del momento, Blake se detuvo y puso una mano en el hombro de cada niño.

—Quiero que sean valientes los dos — les dijo tranquilamente — Somos amigos vuestros y os sacaremos de este lugar cuanto antes. Podéis ayudarnos, obedeciendo en todo lo que se os pida. ¿Puedo confiar en que así lo haréis?

—Sí, señor — contestó resueltamente el niño — Confiamos en usted y haremos lo que nos diga.

—Muy bien, hijo mío. Ahora todo terminará pronto. Si oís tiros, no os asustéis; pero acostaos en el suelo, entre los cofres.

Encendió una luz y vió casi enseguida lo que recordaba había allí. En un extremo del salón había un pequeño armero, con media docena de rifles de repetición. Encima de esto una caja de vidrio que contenía varias pistolas automóticas.

Blake no perdió tiempo buscando las llaves. Rompió el vidrio, agarró cuatro pistolas y encontró dos cajas de cartuchos. Luego apagó la luz y salió de nuevo a cubierta, en momentos en que Tinker lanzaba un grito.

La lancha había dado vuelta una especie de recodo y el reflector iluminó una fila de negros que corrían por el sendero. Se movían con propósito definido y cuando la lancha entró una vez más en la parte recta del riacho, el reflector iluminó al grupo de cabañas de la pequeña aldea.

Blake advirtió cual era la intención de los negros.

Llegar al sitio donde, a causa de la poca anchura del canal, entre el estanque de las tortugas y la otra orilla, la lancha tendría que disminuir su velocidad y atacar antes de que pasaran.

Blake corrió a popa y le alcanzó un par de pistolas a Tinker. Mientras observaba lo que la luz iba revelando, Blake había cargado maquinalmente las cuatro pistolas.

Estaba indeciso sobre si empuñaría el volante, a proa, y mandaría a Tirker al motor, si se atrevería a dar toda marcha al pasar por el canal; pero pensaba que sería peligroso.

Dijo una palabra al muchacho y corrió hacia el reflector. Haciéndolo girar una vez más, divisó la fila de negros, marchando por el sendero. Eran tipos de fuerte musculatura. Debían proceder de Haití, la Martinica o

Santo Domingo, porque los negros de Jamaica son de tipo más débil.

Movió una vez más la luz hacia atrás y ahora apareció distintamente la barrera de las tortugas. Estaba hecha de esteras, fuertemente tejidas, sujetas a postes hundidos en el barro y reforzada con ramas, de modo que, aunque de frágil apariencia, la barrera bastaba para impedir salir a las tortugas y entrar al estanque a los caimanes.

Los que venían a la cabeza de los negros perseguidores, corrían ya por entre las cabañas de la aldea, aunque Blake no podía ver a ninguno de sus legítimos habitantes. Pensó que habrían huido al bosque, para no ver ni oír nada.

Tinker daba vuelta la curva de la barrera del estanque con mano maestra. Si no chocaban contra ningún obstáculo podrían pasar, con cuidado, por el sitio más estrecho y llegar a la parte ancha antes de que los alcanzaran sus perseguidores.

Esto era lo que Blake se decía a sí mismo; pero no había contado con una eventualidad. En el momento en que Tinker penetraba en el angosto canal, cuyas aguas tenían aspecto siniestro, vió Blake aparecer una pequeña canoa. Los negros se habían apropiado de una embarcación perteneciente a los habitantes de la aldea.

Le gritó a Tinker:

—Sigue adelante. Atropéllalos. Yo me entenderé con el que intente subir a bordo.

Determinó arriesgarse a mayor velocidad. El motor lanzó un poderoso rugido y la larga y esbelta embarcación pareció saltar en el agua.

¡Crac!

Estaban encima de una de las canoas y pasaron sobre ella. El negro que manejaba la pala, saltó hacia atrás y cayó entre las otras canoas, unas seis, en total.

Se atravesaron en el camino que debía seguir la lancha, sin acobardarse por el primer desastre. La lancha pasó por entre ellas, atropellando, rompiendo, mientras varios objetos pasaban cerca de la cabeza de Blake y sobre el costado.

Parecía imposible que alguno de aquellos negros, desesperadamente resueltos, pudiera agarrarse de la lancha a motor, cuando pasaba por entre las canoas; pero mientras estaban todavía entre un caos de astillas, Blake vió a un negro trepar por la borda, a menos de tres pies de donde estaba él agachado.

Saltó rápidamente sobre el hombre. El caño de su pistola pegó en el duro cráneo, con tanta fuerza que lo partió. No eran momentos para andar con contemplaciones.

A despecho de lo que Roxane pudiera sentirse inclinada a hacer personalmente, Blake sabía que María Galante daría por bien perdido el precio del rescate, si podía matarlos a él y a Tinker. Y cada uno de los negros, armados de machetes, tenía orden de matar.

El hombre cayó y Blake saltó hacia el reflector. Llegó a tiempo para atacar a otro negro que subía por la barandilla de babor.

¡Sigue adelante! ¡Atropéllalos! — gritó Blake a Tinker. — Yo me encargo del que trate de subir a bordo.

Un nuevo golpe de la pistola y el hombre cayó en las aguas de tinta.

Si el ruido protege contra los caimanes, aquellos negros poco tenían que temer de los monstruos en esos momentos, se dijo Blake.

Volvió junto al reflector, pensando hacerlo girar e iluminar las caras de los negros para enceguecerlos; pero un grito agudo de Tinker le hizo volver la luz a popa.

Lo que vió fué suficiente para hacerlo saltar hacia aquel sitio, olvidando todo lo demás. Porque Tinker era arrastrado audazmente al riacho por un negro grotesco, enorme.

IX

TRIUNFADORES

Un tremendo barquinazo de la lancha arrojó a Blake de la cabina. Logró alcanzar la válvula y cerrarla de un puñetazo. Cuando volvió a cubierta, halló que el desastre había caído sobre ellos.

La lancha a motor, sin dirección, se había desviado de su curso y metido, de proa, entre una masa de ramas y esteras que formaban parte de la barrera del estanque de las tortugas. Era, por el momento, una circunstancia afortunada que Blake hubiera sido precipitado dentro de la cabina.

El reflejo del foco, al dar en las esteras mojadas, lo enceguecía. Pero la iluminación general producida por aquel inesperado reflector, le permitía a Blake ver toda la lancha y buena parte del agua, detrás de ella.

Adelante, la visión no era tan extensa.

Pero la vista no tenía interés para Blake. Dos cosas atraían sus miradas, una la cabina de manejar, vacía; la otra una pequeña extensión de agua violentamente agitada, como si se luchara en ella.

Blake no vaciló más. Corriendo a popa, se descolgó por el costado. No trató de saltar o zambullirse por temor a los troncos sumergidos. Luego empezó a nadar hacia el sitio donde el agua se agitaba y, mientras lo hacía, vió que Tinker luchaba desesperadamente contra el negro gigantesco que lo había arrastrado por encima de la borda.

No tenía Blake medios de saber lo que pasaba ahora a bordo de la lancha. Si llegaban más negros en canoas, poca dificultad tendrían en subir a bordo. Una vez allí, los mellizos Calmont, Blake y Tinker estarían a merced de ellos.

Vió Blake levantarse y bajarse el brazo de Tinker con rápida precisión. Distinguió el brillo opaco del metal y comprendió que el joven había pegado con la pistola. El negro se hundió debajo del agua; pero Tinker no pareció quedar libre; aunque creía Blake que el golpe debió, por lo menos, aturdir a su contrario. Luego, de pronto, oyó lanzar a Tinker un gemido. Su cabeza desapareció y Blake se levantó literalmente fuera del agua para hacer las tres o cuatro últimas yardas que lo separaban del sitio de la lancha.

Sabía lo que debió ocurrir. Aunque atontado, el adversario de Tinker había tenido fuerza suficiente para pegarle al muchacho con la rodilla en el bajo vientre. Un golpe que, en aquellas circunstancias, era todo lo que se necesitaba para terminar con las fuerzas del joven.

Blake se zambulló, buscando a tientas a Tinker. Sus dedos encontraron ropa. Agarró y tiró de lo que era, sacándolo a la superficie. Una mirada le dijo que se trataba de su ayudante. El muchacho escupía ag[illegible] trataba de hablar. Pero la situación era demasiado desesperada, hasta para desperdiciar una palabra.

El negro apareció a un pie de distancia, en el mismo momento en que Blake se daba vuelta para nadar hasta la lancha. Con repentina y salvaje determinación de hacerlo acordarse de su traidor golpe, Blake le pegó en plena cara con la culata de la pistola. Experimentó satisfacción al sentir que tocaba carne y hueso. Logró dar vuelta la cabeza y vió que la lancha estaba todavía sujeta dentro de la barrera. Vió también una gran sombra, color ébano, a punto de trepar por la borda. Sosteniendo a Tinker y levantando su brazo armado fuera del agua, Blake hizo fuego. El negro giró sobre sus talones y, pasando por encima de la barrera, cayó en el estanque de las tortugas.

Tinker iba recobrando las fuerzas y pudo ayudarse algo. Pero Blake le tenía aún pasado el brazo por debajo del hombro y así llegaron hasta la popa de la lancha que, por frágil que pudiera ser, parecíales una fortaleza en aquellos contornos, tan deseable como un castillo de piedra.

Blake trepó por el costado y ayudó a subir a Tinker. Juntos, tambaleándose, llegaron a la cabina del motor.

—Ocúpate del motor — dijo Blake jadeante. — Dale fuerza atrás y ve si podemos salir de esta trampa. Si lo logramos, pon lo a toda velocidad hasta que te dé nuevas órdenes. Yo me encargaré del volante. Si logramos partir, saldremos de aquí como un rayo o dejaremos la lancha entre los mangles.

Blake atravesó corriendo la cámara y subió los tres escalones planos que conducían a la casilla del volante. Dió una vuelta a la rueda hasta que sintió extremecerse el casco, ante la vibración del motor; éste no había sido, felizmente, dañado por el choque.

La luz, camino adelante, era casi desorientadora. Sin embargo, tenía Blake que mantener la vista fija en un punto de ella para progresar. Sintió que la lancha daba una serie de rápidos barquinazos. Comprendió que Tinker trataba de dar máquina atrás.

A cada momento tenía Blake que dirigir rápidas miradas a un lado y a otro. Las ventanas de la casilla de la rueda estaban abiertas, de manera que podía tirar por ellas, si era necesario. Pero los negros parecían haberse retirado, por el momento, después de sus graves pérdidas.

De pronto, la lancha se extremeció más violentamente que antes. Tinker daba plena marcha atrás y mientras miraba hacia afuera, vió Blake que el muchacho trataba de ayudarse con una pértiga para hacer salir a la embarcación de su atolladero.

Dos veces se deslizó la pértiga a través de las esteras; pero la tercera quedó sujeta y

tan fuerte que el impulso de palanca que pegaron con la popa contra la otra orilla antes de que Tinker tuviera tiempo a volver junto al motor.

Pero Blake estabilizó la lancha lo mejor posible y cuando el motor cesó de funcionar, esperó que se renovara su zumbido. Lo oyó un momento después, muy despacio al principio; pero aumentando su fuerza con agradable cadencia. Blake experimentó una deliciosa sensación de energía debajo de sus pies.

Luego la lancha respondió a la rueda. Hizo virar Blake su proa hasta que miró nuevamente hacia el fin del canal que había estado a punto de derrotarlos. Al fin salieron de su parte más angosta.

Pero, con aquel primer destello de victoria, llegó otra amenaza.

Aunque los negros habían desaparecido momentáneamente, no quería decir que hubieran renunciado al ataque. Blake temía nuevos esfuerzos porque conocía demasiado a la cabecilla de los negros, María Galante, para creer que ella lo permitiría escapar mientras hubiera una posibilidad de derrotarlo. Además, si Blake sabía mucho acerca del tormentoso pasado de la mulata, ahora sabía más, después de los acontecimientos de aquella noche.

No tenía Blake deseos de ser conducido al interior de Haití. Una vez, cuando la exótica y terrible mulata, se había convertido en serio peligro en las Antillas, Blake y Tinker habían penetrado hasta el mismo centro de la comarca "Voodoo" donde se realizaban terribles ritos.

Allí, en el cuartel general de la mulata, durante uno de sus ritos más salvajes a la luz de la luna, Blake la había desenmascarado.

Sólo milagro tras milagro permitieron a Blake y a Tinker salir con vida de Haití. No era muy agradable pensar en el destino que tendrían si eran llevados a aquel lugar prisioneros. Blake sentía hasta lástima de Harold Carruthers y de Félix Dupont, al pensar en lo que les esperaba, a no ser que él pudiera sacarlos del Delfín de Plata y entregarlos a las autoridades canadienses.

Luego estaba la cuestión de Roxane. Comprendía, hasta cierto punto, porque se había aliado a María Galante. Roxane quería conseguir dinero, mucho dinero, y la otra sería una socia audaz y ágil.

Blake rechazó luego ese pensamiento. Lo encontró desagradable. Le dejaba un gusto amargo en la boca. Además necesitaba de toda su energía para vencer el nuevo obstáculo que se le presentaba, porque en la orilla, cerca de un extremo de la colección de cabañas, estaban María Galante y Roxane. La mulata urgía a una veintena o cosa así de negros para que botaran al agua una embarcación de tosco y extraño aspecto, hecha de pedazos de coco y bambú, mientras Roxane, los ojos fijos en el agua, observaba su propia lancha balanceando una pistola automática en la mano.

Aparentemente, Tinker había sacado la cabeza fuera de la cabina para mirar lo que pasaba. Ahora llegó corriendo a cubierta.

—¿Sigo como vamos, patrón?

—Sí; tenemos que tratar de pasar.

—¿Qué va a hacer?

—Imagino que, cuando lleguemos junto a la balsa, habrá todavía una angosta faja de agua por donde podremos pasar.

Tinker miraba hacia adelante ansiosamente. Se iban acercando cada vez más hacia la balsa y, desde donde estaba, parecía que les cerraba completamente el camino.

—¿Cree que podremos pasar? — le oyó murmurar Blake.

—Si no, saltaremos por encima — dijo Blake sombríamente. — Prepara la pistola, Tinker y no les pierdas ojo. Yo me ocuparé de la rueda.

El extremo de la balsa, que medía sus buenos cuarenta pies de largo por la mitad de ese ancho — medio que usaban los aldeanos para transportar sus tortugas — parecía saltar literalmente hacia ellos.

Blake achicó los ojos en intensa concentración, mientras marchaban a terrible velocidad, porque la lancha, del equipo de La Brise, había sido hecha expresamente para navegar rápido por razones personales de Roxane.

La línea de agua, entre el extremo de la balsa y el verde matorral que parecía llegar hasta el mismo borde del riacho, se le antojó a Blake tan angosta como un cuchillo.

Vió que los negros se amontonaban en el extremo de la balsa, dispuestos a saltar a la lancha conforme ésta chocara o quisiera pasar. De rabo de ojo divisó a María Galante que agitada los brazos y gritaba algo; pero su voz fué ahogada por el ruido del motor.

Luego...

Por un momento, la lancha pareció atropellar un montón de cuerpos negros, subir literalmente sobre la balsa. Un segundo después pasaba, oyéndose un sonido desgarrante, como si le hubieran arrancado el alma misma.

La lancha se encabritó, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados, la proa al aire. Blake vió a Tinker, haciendo fuego todavía, desaparecer repentinamente. Luego lo volvió a ver, en cuatro pies, tratando de hallar algo a que agarrarse.

Después la lancha recobró su nivel y se alejó por aguas más tranquilas, mientras Blake se daba cuenta de que estaba todo bañado en sudor, aunque no era debido al calor de la noche.

Llamó a Tinker. El muchacho, con ojos desorbitados todavía, metió la cabeza por la ventana de la cabina de la rueda.

—Pon a media velocidad, luego a un cuarto — gritó Blake. — Tenemos todavía que pasar por entre los mangles.

La cabeza de Tinker desapareció. Pocos momentos después se extinguió el ruido del escape, mientras el motor disminuía, primero a media y luego a un cuarto de velocidad.

Blake esperó hasta que el muchacho volvió a aparecer; le hizo luego señas de que se acercara.

—Vigila el reflector, chico. Si chocamos ahora, estamos fritos. ¿Nos persiguen?

—No veo un alma, patrón — dijo Tinker con acento de profunda alegría. — Apostaría

que ese puñado de chimeneas tiznadas nunca imaginó cosa semejante.

—Eso no quiere decir que no sigan por la orilla, muchacho. El sendero se prolonga más allá, lo sé. Mantén los ojos bien abiertos y mételes plomo, no bien aparezcan.

—Lo haré — prometió Tinker con decisión. Y dirigióse junto al reflector.

Poco a poco, Blake fué manejando la embarcación, hasta que empezaron a aparecer las feas y leprosas raíces de los mangles. Sintió náuseas al recordar su experiencia entre ellas. ¿Cuánto tiempo hacía? ¡Años al parecer!

Sacó ventaja de cada trecho libre de agua. Luego oyó un grito de júbilo de Tinker, cuando pasando una densa cortina de verde siniestro apareció, en plena vista, el mar abierto.

Pero no habían pasado el último peligro. Un momento antes de entrar en aguas que parecían puras y vigorizantes, comparadas con las negras y pestilentes del riacho, sintieron una terrible sacudida. La lancha se levantó, avanzó un poco más y luego tocó nuevamente fondo.

Blake y Tinker se miraron alarmados. ¿Iban a encontrarse con eso al final? Una vez más la pequeña embarcación y, por tercera vez, se quedó quieta. Esta vez, sin embargo, logró deslizarse a aguas más profundas y Blake indicó a Tinker que diera toda velocidad.

Había decidido llevar la lancha a Kingston como estaba. Hubiera preferido desembarcar, a no correr el riesgo de no poder partir nuevamente, porque cuando pasaron por Puerto Viejo, a toda velocidad, vieron el largo bote, todavía inmóvil a la orilla del agua.

¿Qué esperaba? ¿A Carruthers y a Dupont? Podía esperar...

Cuando pasaron el cabo norte de Puerto Viejo, divisaron el poderoso faro de Port Royal y una hora después de salir de la boca del riacho Negro, Blake atracaba la lancha al muelle de la Compañía Nacional de Vapores.

Fueron necesarias algunas explicaciones detalladas, hasta que Blake reveló su identidad y envió un telegrama al comandante en jefe, solicitando una entrevista urgente para esa noche.

Mientras Blake estaba así ocupado, Tinker se dirigió a la cámara. Encontró a los mellizos profundamente dormidos, tanto que fueron transportados a un auto cerrado y de allí a casa del Cónsul Americano sin que se despertaran.

La aparición de Blake en la Casa de Gobierno fue, necesariamente, privada. En verdad, tan desaliñado era su aspecto y el de Tinker que hasta la última traza de sus disfraces había desaparecido.

Lo que Blake contó al comandante en jefe bastó para poner cierta maquinaria en movimiento. Blake esperaba que, por la mañana recibiría noticias de que toda la banda del Delfín de Plata, hasta Mademoiselle Roxane, había sido capturada. Si alguien tenía derecho a pedir clemencia era Blake y ejercitaría ese privilegio, cosa que pocas veces hacía. Pero se dijo a sí mismo que tenía que sacar a Roxane de las garras de María Galante, hablar con ella y darle oportunidad de remediar aquel paso en falso que había dado.

Pero la oportunidad no se le iba a presentar. Aunque la policía penetró por el Riacho Negro y el Delfín de Plata fué revisado de un extremo a otro, no se hallaron rastros ni de la mulata, ni de Roxane, ni de Dupont, Carruthers o Sofía Beautemps. Tampoco se encontró el bote que Blake y Tinker creían tuviera algo que ver con el asunto.

En cuanto a los negros heridos y, posiblemente, algo peor que eso, habían desaparecido de una manera igualmente misteriosa. Y los negros del estanque de las tortugas, a todas las preguntas que pacientemente se les hizo, contestaron que no sabían nada de nada.

Pero Sexton Blake sabía que se trataba de otra demostración del poder de la terrible mulata, María Galante. Y aunque se dijo una y otra vez que no podía imaginarse a Roxane asociada con ella, no lograba apartar de su mente la visión de la última vez que vió a la joven, vestida de blanco, hermosa y frágil, en el siniestro marco de la jungle. Esta había extendido su brazo para apoderarse de ella: ¿La dejaría en libertad otra vez?

En el Myrtle Bank Hotel encontró Blake un telegrama de su agente en Nueva York, Briand Kennedy, que decía así:

"P. C. está casi loco de ansiedad. Le ruega se haga usted inmediatamente cargo del asunto, tenga lo que tenga que hacer. Sus poderes son ilimitados. Parte por vía aérea a Kingston en seguida. Trate de comunicarse con él en ruta, en Bermuda y en la Habana".

El viejo Pierpont Calmont llegó tres días después, en aeroplano, lo que era un acto de valor, dada su edad. Su alivio al recibir un telegrama de Blake, en la Habana, había sido inmenso y trató de expresarlo por medio de un abultado cheque, después que tuvo la alegría de ver a sus nietos, sanos y salvos.

Blake se guardó filosóficamente el dinero. Después de todo, se lo había ganado y el viejo hubiera tenido que pagar millones, si Tinker y él no intervienen tan a tiempo.

Después de identificar al hombre, a quien había venido a ver, y convencerse de que estaba seguro a bordo del vapor correo, Blake se quedó en cubierta, mientras navegaban por los canales que hay entre Jamaica y Haití y esta isla y Cuba.

Hacia el este quedaban las nebulosas montañas azules de la república de negros.

—¿Está allí Roxane? — se preguntó a sí mismo.

Pero el sólo murmullo de su pregunta hizo aparecer en su rostro una expresión sombría. Apresuróse a bajar al salón de fumar.

FIN

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

PASARON largos minutos en aquella lucha el animal salvaje que se defiende contra la habilidad y fortaleza del jinete. Los muchachos del Lazy-O, admiraban sinceramente la lucha y por un momento llegaron a olvidar el odio que sentían contra el muchacho. Habían presenciado domas interesantes, pero una como aquella, nunca.

—Lo va dominando, muchachos. — decía excitado Long Bill. — ¿Qué les decía yo?

—¡Qué hombre! — decía el Pequeño. recordando sin duda cuando lo había hecho bailar a fuerza de tiros.

Apache se arrojó al suelo negándose a levantarse y revolcándose. Pero el rebenque de Río Kid empezó a hacerle sentir con más fuerza el castigo. El animal se levantó entonces, y el jinete saltó con rapidez sobre la silla antes de que Apache emprendiera una carrera desesperada amenanzando estrellarse contra la pared del corral primeramente, y luego contra la tranquera.

Salvado el primer peligro, Río Kid esperó el momento oportuno, y cuando lo consideró llegado, con un fuerte tirón de la rienda levantó la cabeza del animal que saltó con limpieza el obstáculo, para seguir a todo galope por el camino en dirección a los árboles.

No tardaron en desaparecer de la vista de los vaqueros, entre nubes de polvo.

—¡Lo domina! — decían admirados.

—¡Ha logrado domar a Apache! — agregaban otros sorprendidos, sin ocultar su respeto por el que había logrado lo que ninguno de ellos se había siquiera atrevido a intentarlo.

El ruido de los cascos de Apache volvió a sentirse cada vez más cercano y al llegar a la tranquera volvió a saltarla con limpieza y elegancia. Era ya un caballo vencido, que obedecía a la rienda. Estaba cubierto de espuma y polvo, y cuando llegó cerca del corral, se detuvo obedeciendo a la mano de acero del jinete.

—Creo que ya puede llevar de nuevo ese caballo al corral, — exclamó Río Kid, mientras desmontaba. — Mañana volveré a montarlo, Long Bill, pero creo que por hoy ya tiene bastante. Es realmente un caballo de unas condiciones sorprendentes y será mi favorito.

—Señor Fairfax, — exclamó Long Bill.— Me saco admirado el sombrero ante usted. Nó negaré que todos esperábamos que el caballo lograra hacer lo que los hombres no han podido conseguir... pero usted lo ha vencido también a él, y yo lo saludo con respeto. El hombre capaz de domar a Apache, podrá conseguir dominar en el Lazy-O, y sus hombres no se sentirán humillados al obedecerle.

—¡Así es! — afirmó el Pequeño.

Y los vaqueros que formaban grupo en torno a ellos asintieron con un murmullo lo que se decía.

Río Kid saludó a todos sonriendo sacándose el sombrero, y se alejó hacia la casa.

Se había ganado el corazón de los más temibles vaqueros de Packsanddle. Entre tanto Barney Baker, juraba enfurecido en su cama al ver que los hombres que le obedecían ciegamente días antes, huían satisfechos de su dominio y se sometían al que era el causante de su ruina.

EL PATRON DEL LAZY-O

—¡Buen día, patrón!

—¡Buenos días! — respondió Río Kid.

No podía haber persona más respetuosa que el cuidador de caballos del Lazy-O, cuando se acercó alegremente a la casa.

Media docena de vaqueros, alineados frente a la galería, hicieron eco al saludo con un ¡buen día! dicho a coro.

Río Kid, sonreía como de costumbre. Sonreía ahora, no sólo por el hábito que tenía de hacerlo, sino al ver el giro que iban tomando las cosas en la estancia.

Hacía poco más de una semana, que se había instalado allí y sólo un par de días que había hecho entrega de la última parte del precio convenido con el notario Lukas. Podía decirse ya con justicia, que era el dueño del ranch.

La cantidad empleada en la compra, había hecho una buena mella en la suma que el muchacho había reunido en otro tiempo en las minas de oro de Arizona. Pero la compra era excelente, no solo por la calidad y cantidad del terreno, sino por el ganado que se encontraba en él, todo de buena raza y numeroso.

Había pagado 40.000 dólares y estaba convencido de que por lo menos valía el doble siempre que se la administrase bien.

El recuerdo de Río Kid, el muchacho perseguido en Texas, Río Grande y el Pecos, parecía haberse borrado de la imaginación de todos, y el señor Fairfax podría disfrutar de una vida tranquila.

Los habitantes de la localidad de Packaddle supusieron al verlo, que no lograría dominar al elemento que se había apoderado del Lazy-O, y que correría la misma suerte que habían tenido los otros que habían comprado la estancia antes que él.

Pero eso no había ocurrido así. Río Kid había dominado a casi todos los muchachos del ranch, y sólo algunos, como el Coyote y Baker, seguían manifestándole hostilidad. Pero, en general, el señor Fairfax era popular entre su gente, tanto como pudiera serlo cualquier dueño de un establecimiento semejante.

El muchacho saludó a sus hombres desde la galería. Estaba encantado con su propiedad y con los vaqueros, aun cuando reconocía que eran los más peligrosos de toda la región.

Recorrer su posesión, comprar y vender ganado, cortar la alfalfa y montar a caballo para asistir al rodeo, eran las atenciones preferidas del muchacho; en su nueva vida, lejos de la anterior en que tenía que recorrer los caminos más solitarios, siempre en peligro y contrariamente a lo que era su deseo.

Río Kid había muerto y en cambio había aparecido el señor Fairfax, joven inteligente y fino.

—¡Diga, amigo! — exclamó Río Kid dirigiéndose desde la casa a la cabaña en que vivía ahora el que en un tiempo había sido dueño de todo aquello, aun cuando en realidad no era más que el capataz.

Barney Baker, todo vendado, iba curando de sus heridas y se hallaba sentado almorzando, y tenía a su lado a Coyote Jenson.

Este saludó con desgano al patrón y se apartó cuando le dirigió la palabra a Barney.

—Creo que ya se encuentra lo suficiente bien, como para emprender la marcha de aquí. No hay lugar suficiente en el Lazy-O para dos patrones. ¿Me ha oído

Barney Baker no respondió.

—No quiero que vuelvan a empezar las intrigas, como antes. Usted tiene por costumbre hacer las cosas en manera traidora, y a manejar los hombres como se le antoja. Yo tengo otros procedimientos para llegar a los mismos resultados, y como no quiero que en mi casa haya disputas, lo mejor será cortar el mal de raíz. Usted está despedido de aquí hace ya tiempo, pero como no podía marcharse he dejado que permaneciera hasta que mejorara de salud, lo que ha sido aprovechado por usted para seguir haciéndome la guerra traicionera. Ya me he cansado y ha llegado la hora de marchar.

Barney Baker no hablaba. Sus ojos lanzaban miradas llenas de odio al señor Fairfax La misma idea que había acudido a su imaginación cuando vió por primera vez en Packsaddle al nuevo patrón acudía ahora. ¿Dónde había visto antes aquella cara?

Tenía la seguridad de que no era nueva para él. Aquel rostro simpático, aquellos ojos claros, de mirada serena y penetrante, aquella mandíbula signo de energía.... ¿Dónde la había visto antes? No dudaba de que lo conocía, pero no adivinaba con qué nombre.

La mirada de curiosidad de Barney, no escapó a la sagacidad de Río Kid. Se dió cuenta del peligro que corría y la sonrisa se borró de sus labios.

Comprendía el muchacho que había muchas más personas que lo conocían a él, que las que él conocía. No recordaba haber visto nunca el rostro de Barney, hasta que había llegado a Packsaddle, pero ya no dudaba de que el ex capataz dudaba de él.

El rostro de Río Kid adquirió una expresión de seriedad.

—¿No tiene usted lengua? — preguntó bruscamente.

—¡Ya lo creo! — respondió el otro.

—Creo que entonces puede usarla. Le estoy diciendo que ya es tiempo de que se vaya del Lazy-O.

—No creo que estoy aún en condiciones de montar a caballo, pero si usted lo desea, usted es el amo ahora, y manda en los muchachos. Dígales que me echen de este ranch, que he gobernado durante tantos años.... ¡Me ha vencido usted y puede hacer lo que quiera!

Río Kid pareció compadecerse de aquel hombre. Lo había vencido, bien es cierto que lo había hecho en forma noble, pagando así la conducta canallesca que había empleado para con él. Pero, el mismo muchacho tenía algo de que acusarse interiormente en lo que se refería a no respetar por ejemplo las leyes y le daba lástima.

—Yo no soy un hombre sin corazón — exclamó. — Claro está que usted no ha procedido bien desde que me ha visto y aun antes de conocerme. Ha hecho de la estancia lo que ha querido, vendiendo el ganado, y quedándose con el dinero, cosa que no le ha-

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

co muy recomendable para ninguno que cuide sus intereses. Pero, sobre todo, está el hecho de que mientras yo dejé que permaneciera aquí atendiendo sus heridas, en lugar de denunciarle a la autoridad por lo que había hecho conmigo al prepararme una emboscada usted ha pagado mi manera de proceder intrigando, enviándome a ese Kansas Jake, para que me asesinara y enconando al Coyote para que trate de hacerlo cuando esté en condiciones de manejar un revólver. Como yo estoy resuelto a ser mi propio capataz, le digo que no hay aquí lugar para dos. Pero si no puede aún, montar a caballo, la daré un nuevo plazo para que pueda hacerlo. No es que me engañe. Estoy seguro de que su insistencia en quedarse aquí no tiene otras miras que ver si puede hallar una ocasión para traicionarme una vez más. Le doy tres días de plazo, Barney, si para entonces no puede montar a caballo, se irá en la diligencia que lo llevará a Packsaddle.

—¿Es esa su resolución? — exclamó Barney.

—Esa misma — manifestó Río Kid.

Y salió de la cabaña para dirigirse al corral, a fin de dar el paseo acostumbrado con su pinto. Feliz y contento, como se sentía, tenía, no obstante, una pena. Estaba separado de su fiel Coceador.

El caballo gris con hocico negro, era muy conocido como de su propiedad, para llevarlo a Packsaddle cuando el era designado allí con otro nombre. Pero, confiaba en que las cosas tomarían ahora un giro más conveniente, y que no faltaría un pretexto para llevarlo junto a él.

Cuando Río Kid dejó al ex capataz, éste no continuó su almuerzo. Se tendió sobre la cama y se quedó mirando fijamente hacia la puerta por donde el muchacho había desaparecido. El Coyote se le acercó.

—No es posible dejar las cosas así, Barney, — le dijo. — Este Fairfax tiene una manera serena de mirar las cosas...

—¡Seguramente! — manifestó Barney.

—Yo opino que aquí no hay nada que hacer. Los muchachos han decidido todos, y no hay probabilidades de que se levanten contra él. Creo que soy el único capaz de levantar un revólver contra ese hombre que mató a Lariat y a Kansas Jake. No estoy aún bien. Pero eso no importa Barney. Esperaremos y aprovecharemos la ocasión en cuanto se presente.

—¡Es que yo he visto a este muchacho en otra parte. En un lugar que no es Packsaddle, — dijo lentamente Barney, siguiendo el curso de sus ideas. — No puedo recordar en qué circunstancias, ni dónde lo he visto. Dime Coyote, ¿quién puede ser este señor Faifax que ha aparecido de pronto en Packsaddle, que monta a caballo como un indio comarche; que maneja el Colt mejor que ninguno de los hombres de aquí; que dice ser vaquero y dispone de 40.000 dólares para adquirir un establecimiento de la importancia de Lazy-O; que no ha dicho a nadie ni de dónde viene, ni quién lo conoce?

—No lo se, realmente, aun cuando reconozco que tienes razón Barney... Pero quieres decir que pueda ser alguien que tiene un pasado negro?

—¡Seguramente!

—Es que en ese caso se encuentran la mayoría de los que viven en Packsaddle, a quienes no les agrada mucho ver aparecer por aquí algún sheriff.

El Coyote salió de la cabaña y dejó a Barney Baker a solas con sus negros pensamientos, y su rencor hacia el muchacho, aumentó un poco más al verlo pasar a lo lejos montado en su pinto para dirigirse hacia la pradera. Río Kid montaba a caballo con elegancia y fácilidad, parecía que jinete y animal eran de una sola pieza.

Aquello contribuyó a aferrar más al cerebro del ex capataz, la idea de que él había visto antes a aquel hombre en alguna otra parte y con otro nombre.

PELIGRO

El corazón de Río Kid empezó a latir con violencia.

Era la caída de la tarde y el nuevo patrón del Lazy-O, ranch, se hallaban sentado en la galería de la casa. Había pasado la mayor parte del día en la pradera recorriéndola a caballo. Nunca se sentía cansado e incesantemente vigilaba todos los rincones de la estancia, observaba el ganado y veía la forma en que se realizaban sus órdenes.

Los muchachos sabían ya muy bien que el señor Fairfax, conocía a la perfección aquella clase de trabajo y procuraban complacerle. A pesar de las maniobras de Barney Baker, Río Kid iba adquiriendo cada día más popularidad entre el personal empleado en la estancia, aun cuando ellos siempre habían manifestado que nunca se someterían a la voluntad de un patrón.

Pero los hechos habían demostrado lo contrario, y el señor Fairfax, que parecía un muchacho había probado ser un hombre, en todos los terrenos. La vida parecía un encanto a Río Kid, y sentado en la galería de su casa observaba al ganado que pastaba a la distancia y a los muchachos que iban regresando después de terminadas las tareas del día.

De pronto apareció lejos un grupo de jinetes que avanzaban en dirección del La-

zy-O. El muchahco los observó durante algunos instantes, creyendo al pronto que eran algunos de los vaqueros del Lazy-O. Pero cuando se fueron acercando fué notando que no eran tales vaqueros y vió también algo que le hizo fruncir el entrecejo.

Río Kid había notado que se trataba de un grupo de agentes de la policía montada, y sus ojos, de mirada excelente, no tardaron en reconocer al que mandaba aquella fuerza, que era un hombre de regular estatura y cubría su rostro con el ala del sombrero.

—¡Diablo! — murmuró y su corazón comenzó a latir aceleradamente.

Soldados de la policía montada, recorriendo la región de Packsaddle, mandados por un hombre al que Río Kid no había visto la cara pero que no dudaba en forma alguna quien era. Se trataba de Jim Hall "Cos de Mula", el capitán que con tanto encarnizamiento le había perseguido en el Mal Paso.

No se movió de donde estaba. Pero la sonrisa se borró de sus labios, y sus ojos miraron con tristeza todo lo que le rodeaba y que quien sabía si tendría que abandonar para no volverlo a ver.

Ninguno de los que lo había visto lo habían reconocido, pero Río Kid tenía la sospecha de que Barney Baker no se hallaba en la situación de todos. Claro era que su aspecto había cambiado bastante y que para una persona no muy acostumbrada a verlo podía pasar desapercibido. Pero no confiaba en engañar al experto capitán "Coz de Mula", si este llegaba a enfrentarse con el señor Fairfax.

—¡Diablos! — repitó Kid intranquilo.

Nunca había sido aficionado a la vida que llevaba antes, y ahora pensaba terminar sus días tranquilo en su establecimiento. Pero siempre que había intentado hacer lo mismo, se había producido algún acontecimiento que le había obligado a abandonar tal idea y a volver a su accidentada existencia.

Ahora volvía a encontrarse frente a aquel encarnizado perseguidor de hombres.

Los jinetes avanzaban hacia la estancia marchando al frente el hombre que había jurado apoderarse de Río Kid, vivo o muerto.

Realmente la suerte no favorecía al muchacho de Texas. Su mano fué hasta el mango del revólver y su rostro adquirió una exresión de disgusto. Posiblemente los hombres de la estancia se pondrían de su parte al saber quién era. Ellos mismos no estaban muy bien con la justicia y se defenderían todos juntos. Seguramente, que si se producía un tiroteo, las consecuencias serían funestas para muchos.

Pero aquello, de todos modos, suponía que había llegado al fin de la vida tranquila que ambicionaba. Acompañado de los muchachos, o solo, lucharía y si se salvaba tendría que huir, y todos se pondrían en su persecución al saber que el señor Fairfax no era otro que Río Kid, el perseguido por varios sheriffs y cuya captura suponía una recompensa de mil dólares.

El muchacho reflexionó. Coz de Mula, seguramente iba por allí en busca de Río Kid y no debía saber quién era el señor Fairfax. Estaba lejos de suponer que el dueño del Lazy-O era la persona a quien buscaba.

Si lo veía, seguramente lo reconocería; pero si no llegaba a verlo, seguiría su camino sin sospechar nada. Era, pues, una cosa prudente no dejarse ver, siempre que aquello fuera posible.

Fingirse enfermo fué la primera idea que tuvo. Los de la policía no pasarían allí más que aquella noche. Nunca se detenían más tiempo que el necesario en ninguna parte. Si él se quedaba en la cama, el capitán Hall no insistiría en verlo y como el nombre de Fairfax no le diría nada, seguiría su camino. Comerían y pasarían la noche allí, aceptando la hospitalidad que les haría ofrecer y al día siguiente temprano seguirían su camino. Fingirse enfermo, no era una idea muy apropiada para su manera de ser, pero no quería andar a tiros en su establecimiento.

Marchó a su dormitorio y desde la ventana observó cuando se acercaron los de la policía. Notó en seguida que conducían a un caballo sin jinete, y no tardó en reconocer en él a su fiel Coceador. ¡La policía conducía con ella a su noble caballo!

—¡Diablo! — exclamó por tercera vez.

Había dejado al animal al cuidado de un mestizo mejicano, en el Pecos, cuando marchó para iniciar su nueva vida. El mestizo había sido pgado expléndidamente para que cuidara el caballo... y éste había caído en manos del capitán Hall.

Aun cuando aquello suponía un aumento de peligro, sus ojos se animaron y sus labios sonrieron al ver a Coceador. El capitán, al salir de nuevo en su persecución, había llevado al caballo. ¿Con qué intenciones? Era lo que Río Kid no tardó en adivinar Si el caballo llegaba a ver al muchacho, no tardaría en reconocerlo, y aquello significaba la perdición.

Coz de Mula había llevado al caballo para que olfateara a su amo. La idea era muy propia de él.

—¡Perro maldito! — murmuró Río Kid. Y de nuevo su mano fué al revólver. Sentía un incontenible deseo de empezar a tiros, aun cuando no fuera más que para reconquistar su caballo.

Pero la prudencia dominó sobre todas sus malas ideas. Entonces llamó a Diego.

El cocinero acudió inmediatamente. Al principio había sido bastante insolente con el nuevo patrón del Lazy-O, pero, después, se había convertido en un fiel servidor. El muchacho se metió en la cama.

—Oye, Diego, — exclamó. — Créo que algo me ha hecho daño. Estoy algo enfermo.

—¡Oh, señor — respondió el mejicano.

—Voy a quedarme aquí tranquilo y no quiero que se me moleste por nada. Puedes decírselo así a todos. ¿Me has oído?

—¡Sí, señor!

—Si necesitara alguna cosa, te llamaré.

Pero creo que un buen sueño me arreglará. ¡Cierra la puerta!

Diego se retiró y el muchacho aseguró la entrada. Luego se sentó en la cama y esperó los acontecimientos.

Diez minutos más tarde se oía el pisar de los caballos del grupo. ¡La policía se encontraba ya en la estancia!

El capitán Hall echó pie a tierra. Diego se acercó a la puerta y miró a los recién llegados. Coz de Mula lo miró.

—¿Está el patrón en casa? — preguntó.

—Sí, señor.

—Dígale que el capitán Hall, de la policía montada, desea verlo

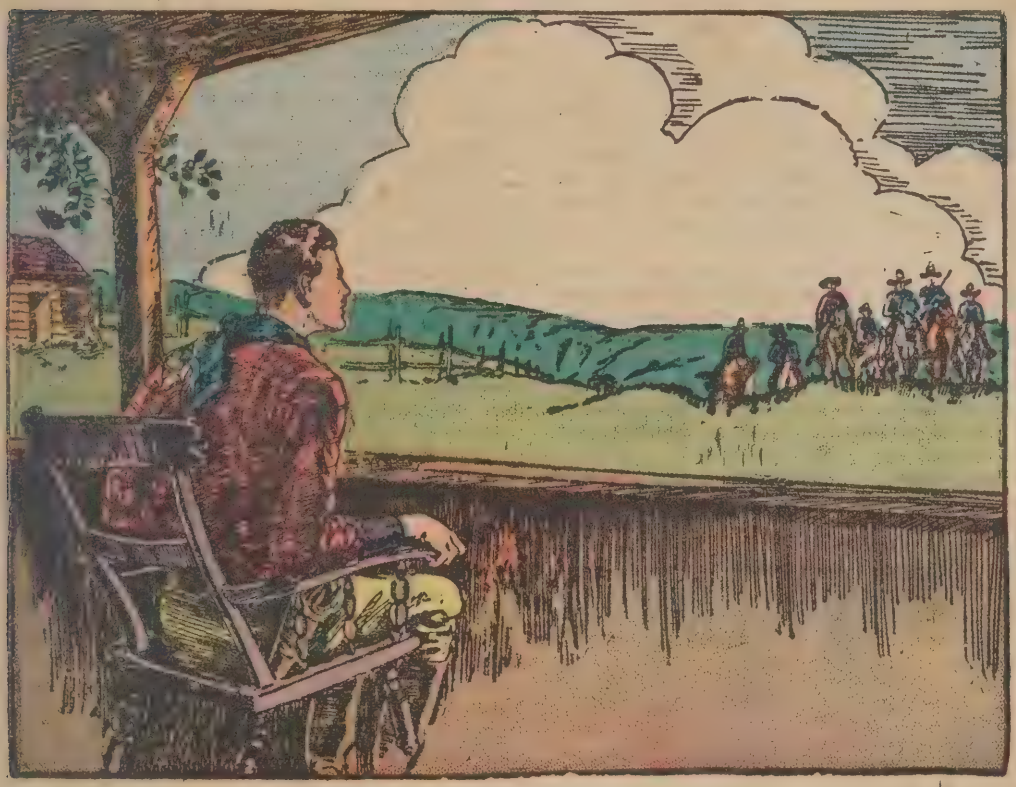
Diego repitió el mensaje que le había dado el capitán.

Río Kid lo oyó sonriendo al pensar qué diría Coz de Mula si hubiera sabido que era él el que recibía el mensaje.

—Está bien. Que los traten con toda amabilidad. Diego. Que se les dé todo lo que desean, y dígale al señor Hall que siento mucho no poder verlo, pero que no me resuelvo a levantarme de la cama.

—¡Está bien, señor!

Desde la habitación en que se hallaba, con la puerta bien asegurada, Río Kid estaba atento a todos los ruidos de la casa. Los caballos fueron atados al riel que había a



Río Kid vió aparecer un grupo de jinetes. ¡Eran soldados de la policía montada!

—Si señor está en cama, enfermo, — respondió Diego. — El señor Fairfax tuvo que acostarse, pues no se sentía bien.

—Eso no importa. Dígale que un grupo de soldados de la policía montada de Texas desea pasar aquí la noche.

—Sí, señor.

Diego volvió a entrar en la casa y llamó a la puerta de la habitación del patrón. Como la puerta no se abriera, volvió a llamar.

—¿No he dicho que no deseo que se me moleste — exclamó desde adentro el muchacho.

—¡Sí, señor! ¡Pero es que!...

—¡Hable! — gruñó Río Kid.

la entrada y los soldados pasaron a una espaciosa habitación donde Diego, atento a las intrucciones de su amo, les proporcionó todo lo que quisieron.

El ruido de pisadas y de voces en el corredor de la casa llegó hasta los oídos del muchacho.

No había nada que pudiera despertar sospechas. El patrón del Lazy-O se hallaba enfermo y permanecía en su habitación, pero la hospitalidad solicitada había sido concedida ampliamente. Posiblemente, el capitán Hall no tendría el menor interés en ver al dueño. Lo que deseaba era pasar la noche bajo techo y comer, y lo había conseguido.

A la mañana siguiente reanudaría su marcha.

La conversación de los soldados llegaba hasta los oídos de Río Kid y pudo así conocer éste que el motivo principal era él mismo. La presencia de Coceador le había hecho suponer que iban en su busca, y ahora, al oirles hablar, sus sospechas se confirmaban.

Pero suponía que, aún cuando el capitán Hall se hubiera dirigido a Packsaddle en busca suyo no debía tener indicio alguno respecto a su presencia allí.

Sin duda había ido por ser una región en la que los sheriffs no se aventuraban, y que por lo mismo era un buen refugio para los perseguidos.

Al anochecer salieron los soldados a tomar el fresco frente a la casa y varios de los muchachos entablaron conversación con ellos. Río Kid, oía lo que hablaban y esperaba. Su vida accidentada le había hecho adquirir la paciencia de un apache. En más de una ocasión, había pasado horas enteras sin moverse en un escondite, entre los árboles, o entre rocas, mientras los que lo perseguían pasaban y volvían a pasar cerca de él.

—¡Hermoso caballo! — exclamó Long Bill observando a Coceador. El fiel amigo de Río Kid había despertado siempre la admiración de cuantos entendidos lo contemplaban.

—Seguramente que lo es — respondió uno de los soldados. — Es uno de los caballos más ligeros y resistentes que se conocen por estos sitios.

—¿Lo venden? — preguntó Long Bill interesado. — Nuestro patrón es muy inteligente en caballos, y creo que tendría una gran alegría en montar a ese animal.

Río Kid sonrió al oír aquello. ¡Ya lo creo que adquiriría con gusto el caballo, aún cuando lo tuviera que pagar a buen precio!

—Ese caballo no está en venta. — No nos pertenece — dijo Jim Hall.

—¿Y cómo llevan un caballo que no es suyo? — preguntó asombrado Long Bill.

—Andamos buscando a su amo — respondió riendo uno de los soldados. — Si no conoce al caballo, seguramente que no sabe quien es su amo.

—¿Quién es?

—¡Río Kid!

Todos los vaqueros que tomaban parte en la conversación lanzaron una exclamación de asombro. El nombre fué repetido por todos los labios.

—¡Río Kid!

—Seguramente — agregó el capitán Hall. — Y llevamos el caballo para que nos descubra donde está el amo.

—¿Suponen acaso que Río Kid se encuentra por Packsaddle? — preguntó el Pequeño.

—Todo es posible. Nadie lo ha visto desde que desapareció del Mal Paso hace ya algún tiempo de esto, y ahora debe andar en algún nuevo asunto, pues dejó abandonado su caballo.

—¡Quién sabe adónde se ha ido! Yo no lo he visto nunca, pero he oído hablar mucho de él. Más tengo entendido que no quería separarse nunca de este caballo.

—¿Cómo llegó a su poder?

—Se lo hemos sacado a un mestizo mejicano, que lo tenía a su cuidado — respondió el capitán Hall. — El no sabía quién era el amo. Es un hombre que en viendo dinero, no se preocupa de nada más. Pero nosotros lo encontraremos, hay mil dólares de premio para el que lo capture. Conque si saben algo de él, ya pueden decirlo y cobrarán. Río Kid ha enviado plata al mestizo para que continuara cuidando su caballo, y eso demuestra que no ha salido del país.

—Yo no se nada — manifestó Long Bill. — Pero creo que con el cariño que parece tener a ese animal, en cuanto se entere de que está en su poder procurará hacer algo para recuperarlo.

—Esa es una de mis esperanzas — agregó el capitán Hall.

Long Bill se había acercado a Coceador y lo admiraba de cerca. Todos los vaqueros manifestaban también interés ya que el que hubiera oído hablar de Río Kid, conocía las condiciones de su caballo que lo había salvado con frecuencia de situaciones comprometedoras.

Río Kid y su caballo gris, eran figuras legendarias en el Pecos y en Río Grande del Norte.

—Verdaderamente es un gran caballo y creo que el patrón estaría muy satisfecho con que fuera suyo... Si lo hubieran visto ustedes cuando domó a Apache, el potro más salvaje de Packsaddle. El señor Fairfax, es un admirable jinete.

—¿Hace tiempo que está enfermo el patrón?

—¿Enfermo? Yo no había oído que estuviera enfermo hasta que hace diez minutos nos lo dijo el cocinero. Ha debido ser algo repentino...

—¿Acaso el alcohol?... — insinuó el capitán.

—No. El señor Fairfax no prueba el alcohol.

—¿Entonces, qué es lo que tiene, Diego?

—Parece ser que le ha hecho mal la comida...

—¡Ah, vamos! El que tiene entonces la culpa es el que la ha hecho... ¿Qué le has echado en ella?

Una carcajada general, acogió la pregunta, y la conversación volvió de nuevo a Coceador y a Río Kid.

TRAICION

—¡Puede hablar! — dijo en forma cortés el capitán Hall.

Se hallaba junto a la cama de Barney Baker, y miraba al hombre aquel con un gesto de disgusto. El rostro que contemplaba tenía tal expresión de odio y de maldad que predisponía en contra suya. El capitán Hall no ignoraba al marchar a Packsaddle, la clase de personas que había en el Lazy-O, y sabía quien era el capataz

—¿Ha visto usted al señor Fairfax? —preguntó Barney Baker, al capitán Hall.

Pero, como Barney tenía deseos, de manifestarle algo, se hallaba dispuesto a oírlo. No confiaba mucho en lo que pudiera manifestarle, pero el capitán Hall no desatendía jamás, una indicación de la que pudiera aprovechar alguna cosa. Sus hombres se hallaban durmiendo cuando se le había presentado Coyote, llevándole el mensaje de Barney. El capitán lo había seguido hasta el lugar donde se hallaba el ex capataz, y ahora esperaba que este le manifestara lo que tenía que decirle.

Barney empezó a hablar al capitán en voz baja.

—¿Ha visto usted ya al señor Fairfax?

—No.

—¿Y por qué?

—Por que me han informado que se halla enfermo.

Barney sonrió en forma salvaje.

—Sí. Se ha enfermado en cuanto ha visto que ustedes se dirigían a la estancia. Por lo menos, eso es lo que me ha dicho Coyote. Seguramente que ustedes se marcharán, antes de que él recobre por completo su salud.

Hall lo contemplaba con fría curiosidad.

—¿Usted cree entonces que él no desea verme?

—Lo que yo creo es, que no desea ver a nadie que represente a la justicia de toda Texas, — agregó Barney entre dientes. — Yo tengo la convicción de que se encuentra en Packsaddle por que aquí no acostumbra a venir con mucha frecuencia la policía, ni ningún sheriff, por eso insisto en que permanecerá en su cueva hasta que usted haya desaparecido de aquí.

—¿Pero, por qué?

—Por que lo teme. Yo he visto a ese muchacho en otra parte antes de que apareciera por aquí... pero no puedo recordar donde. Es un hombre que maneja el revólver en una forma desconcertante. Monta a caballo, mejor que un indio comanche. Es un muchacho, en la apariencia, pero tiene una energía feroz y conoce las faenas del campo, mejor que ningún viejo vaquero.

Los ojos del capitán Hall brillaron en forma extraña.

La descripción que del dueño del Lazy-O, le había hecho Barney no era exactamente la de Río Kid... pero tenía muchos puntos de contacto con la del muchacho de Texas. Mas, a pesar de ello, consideraba imposible que fuera el hombre que él andaba buscando.

—Usted tiene demasiado odio contra el señor Fairfax, por que su presencia aquí ha desbaratado todos sus planes, — respondió con calma el capitán. — Por lo que he

podido averiguar, acerca de usted ha estado muchos años disponiendo de esta estancia como si fuera propia y Fairfax ha sido el primer hombre que ha conseguido hacer que las cosas tomaran aquí otro giro.

—Usted pensará lo que le parezca. Pero yo le aseguro que ese hombre tiene algo que temer de la justicia y que se ha fingido enfermo para no verse frente a usted.

Hall quedó en silencio. La idea de que fuera Río Kid, acudió de nuevo a su imaginación. Pero de nuevo volvió a rechazarla. ¡Tal cosa era imposible! ¡Y sin embargo... un muchacho experto en el manejo de las armas, valiente, enérgico, excelente jinete, conocedor de las faenas ganaderas...! Además, se había presentado en Packsaddle pocas semanas después de su desaparición en el Mal Paso.

¿No sería todo aquello un deseo de venganza de Barney? Este no creía seguramente que el señor Fairfax fuera Río Kid, pero sospechaba que se tratara de cualquier otra persona que tenía cuentas con la justicia... Uno de los tantos que acudían a Packsaddle, creyéndole seguro.

—Yo creo que de todos modos usted no debiera marcharse del Lazy-O, sin tratar de verlo y hablar con él. Finge, y eso es sospechoso. No está más enfermo que pueda estarlo usted. Se lo repito, no perderá nada con verlo.

El entrecejo del capitán Hall se había fruncido.

El odio guiaba las palabras de Barney. Aquella era la última esperanza de que el muchacho desaparecería de la estancia y volviera a quedar él como dueño y señor. Pero,, aún cuando el capitán Hall lo comprendía así, no por ello estaba completamente seguro de que pudiera tener alguna razón en lo que decía.

—Bueno. Trataré de verlo antes de marchar, — exclamó de pronto, más bien como si monologara siguiendo en voz alta el curso de sus ideas, que como si tratara de responder a las palabras del ex capataz.

Después salió de la cabaña dejando a Barney un poco esperanzado.

Lentamente el capitán de la policía montada regresó hasta la casa. Pensaba en lo que acababa de oír, y luchaba al considerar que era imposible que se tratara de Río Kid. Había una probabilidad contra mil. Pero el testarudo del capitán, no era hombre como para desperdiciarla.

Llegó así a la habitación que les había sido destinada. Sus hombres dormían profundamente. Diego andaba dando vueltas de un lado a otro en el interior de la casa.

Hall salió al corredor iluminado por una lámpara alimentada con kerosene y avanzó hasta la puerta del dormitorio del señor Fairfax. Una vez allí se detuvo para escuchar.

No se oía nada. Era ya media noche y el dueño de la casa debía estar durmiendo... o trataba de aprovechar la tranquilidad para huír. Después de algunos momentos de vacilación, llevó la mano al picaporte y trató de abrir. Pero la puerta se hallaba cerrada por dentro.

Por un momento, aquello confirmó sus sospechas, pero luego pensó que como se encontraba rodeado de adversarios y traidores era natural que adoptara precauciones cuando se disponía a dormir.

Permaneció algún tiempo más indeciso, y pensando lo que haría, luego saltó hacia la ventana del dormitorio. Tenía esta unos postigos de madera, llenos de agujeros para que entrara el aire por ellos. Con un cuchillo, el capitán Hall trabajó durante un buen rato hasta que consiguió levantar el trozo de madera que aseguraba los postigos por la parte interior. Así pudo abrir la ventana.

Saltó hacia la habitación donde todo estaba tranquilo, y a obscuras. El capitán Hall se detuvo. Si se trataba de una persona lo arreglaría todo.. pero si era el hombre que andaba buscando...

Avanzó a tientas en busca de la cama, y después de recorrer con las manos la superficie y el lugar de la cabecera se convenció de que no había nadie acostado allí.

Pero en seguida supo "Coz de Mula" Hall quién era e señor Fairfax cuando una mano de acero le sujetó por un brazo y el cañón de un revólver se apoyó sobre su corazón. Una voz pronunció en voz baja algunas palabras.

—¡Quieto, maldito cazador de hombres! ¡Arriba las manos! ¡Ni una voz, que pueda despertar a sus hombres...! ¡No me ha encontrado usted, pero yo lo he encontrado a usted!

El capitán Hall permaneció callado. La sorpresa lo había dejado inmóvil como si fuera de piedra. Había encontrado a Río Kid, y Río Kid lo había encontrado a él.

¡Los dos adversarios volvían a estar frente a frente!

UNA CONVERSACION

La voz de Río Kid había sonado únicamente lo suficiente fuerte, como para no ser inteligible... pero en la entonación se notaba una amenaza.

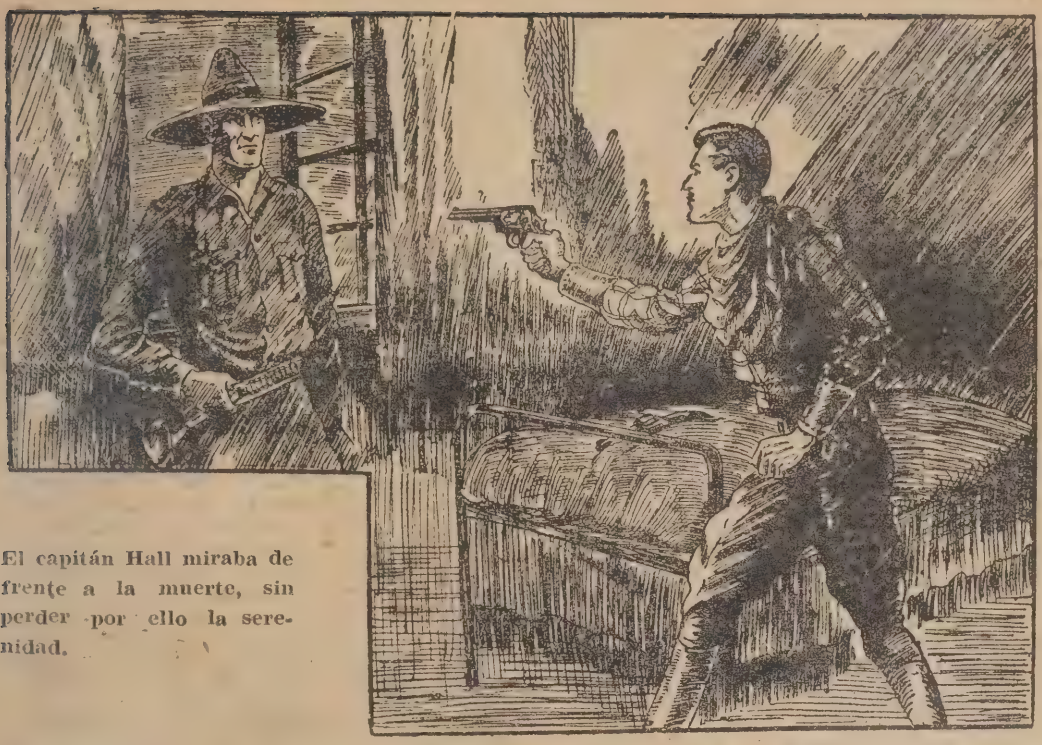
Era media noche, y el silencio era absoluto en el Lazy-O.

En la casa de la estancia dormían seis soldados de la policía montada. Envueltos en sus mantas, esperaban la hora de iniciar de nuevo la marcha. En algún lugar cercano, dentro de la casa, se encontraba Diego, el cocinero, cuyos sonoros ronquidos se oían claramente.

La habitación ocupada por el señor Fairfax, el nuevo propietario del Lazy-O ranch se encontraba a oscuras, sin que se viera en ella más luz que la que penetraba por la ventana abierta.

Dentro de la habitación, se hallaba el señor Fairfax, — Río Kid, — pero no dormía. No se hallaba dispuesto, ni en condiciones de hacerlo, mientras los de la policía se encontraran en la casa.

Había esperado en silencio, atento a todos los ruidos que se producían, indeciso respecto a la forma en que terminaría aquello y



El capitán Hall miraba de frente a la muerte, sin perder por ello la serenidad.

saldría él del grave aprieto en que estaba.

La situación era singular. En su propia casa se hallaban acampados los de la policía de Texas, bien agenos, por cierto, a que el dueño de todo aquello era el propio Río Kid a quien con tanto empeño buscaban.

A la mañana siguiente se pondrían de nuevo en marcha, sin que, siempre que la suerte lo ayudara, supieran quién era el patrón de la estancia.

Pero Río Kid no era hombre que dejara las cosas para que siguieran su curso natural, sin tratar de cambiarlo si éste no le era favorable. El capitán Coz de Mula, Hall, había violentado la ventana para penetrar en la habitación y aquella conducta era sospechosa.

Por lo visto, sabía o sospechaba algo, respecto a la personalidad del nuevo propietario, y aun cuando Río Kid estaba desfigurado comprendía que en cuanto él lo viera reconocería inmediatamente quién era. Por eso entró en acción en forma rápida.

El cañón del revólver de Río Kid se hallaba colocado sobre el pecho del policía a la altura del corazón y el dedo del muchacho estaba sobre el gatillo del arma. El capitán Hall, aun cuando se encontrara más cerca de la muerte que lo había estado jamás, permanecía tranquilo, mirando en la semioscuridad al hombre que estaba frente a él, Río Kid habló en voz baja:

—¡Arriba las manos! ¡Como de una voz para llamar la atención a sus hombres, todo ha terminado para usted! Permanezca callado si estima en algo su vida.—¿Me ha comprendido?

Lentamente, el policía levantó las manos a la altura de su cabeza. La menor presión del dedo de Río Kid en el gatillo del revólver, le arrancaría la vida. Un grito hubiera atraído a los soldados, quienes hubieran acudido corriendo y con el revólver en la mano hasta la habitación. Río Kid se hubiera visto cercado por los adversarios... pero éstos no hubieran hallado a su jefe con vida.

No era que el capitán Hall temiera la muerte. Había afrontado grandes peligros durante su carrera, pero comprendía que aquello suponía un sacrificio inútil, ya que acaso antes de que llegaran sus hombres el muchacho habría saltado por la ventana y huído, siendo entonces muy difícil su captura.

—¡Así estaremos mejor, — agregó Río Kid, sacando el revólver del capitán y arrojándolo sobre la cama. — Creo que no tratará de hacerme ninguna mala pasada, amigo. — Rápidamente revisó a su prisionero y no halló sobre él ninguna otra arma. — Ahora puede bajar las manos, si desea hacerlo, pero no trate de llamar a su gente, porque entonces, muere sin remedio.

El capitán bajó las manos en silencio.

—¡Creo que no es necesario que le pregunte si me conoce! — exclamó Río Kid.

—¡En absoluto! — manifestó el capitán, tratando de bajar la voz. No quería ni favorecer ni perjudicar a Río Kid, y por el momento esperaba el desarrollo de los acontecimientos.

—¿Cómo ha sospechado usted?

—Yo no tenía sospecha alguna y la prueba de ello es que de haberla tenido hubiera procedido en otra forma. — dijo Hall. — Deseaba tan sólo ver quien era el que se halla-

ba aquí. Lejos de mi imaginación estaba la idea de que fuera Río Kid el que está haciendo el papel de propietario de esta estancia. No creía que fuera ese su juego, Kid Carfax.

—Siéntese en esa cama y vamos a hablar con toda sinceridad. Voy a serle franco, Jim Hall, — exclamó Río Kid.

El capitán obedeció la indicación.

Río se sentó en un banco frente al capitán. Su revólver había dejado de amenazarlo. Estaba sobre sus rodillas. Pero aquello no tenía mucha importancia, pues Hall sabía muy bien que rápidamente se hallaría en condición de disparar y matarlo.

El semblante del muchacho denotaba su preocupación cuando levantó la vista hasta la cara del otro.

Hubo algunos instantes de silencio antes de que empezara a hablar.

—¡Creo que los dos nos encontramos en un mal momento, Hall! — dijo. — Usted tiene cerca séis hombres y yo no sé si los muchachos del Lazy-O se pondrían de mi parte si supieran que yo soy Río Kid. Tampoco sé la actitud que asumiría la gente de Packsaddle, al saber que el que ellos conocen como el señor Fairfax es el muchacho de Texas, perseguido por la justicia... Pero lo que hay de seguro es que yo lo tengo en mi poder a usted.

—¡Así es! — respondió el capitán con toda calma.

—Creo que la ocasión de que hablemos noblemente ha llegado. Yo lo considero a usted un hombre noble, Hall. Hace algún tiempo que me está persiguiendo, y sé que jamás se le ha escapado el que usted ha buscado. Me tuvo en grave aprieto en el Mal Paso, pero logré salir del trance, Fué suerte el que pudiera salir de allí... pero también hay que reconocer que no vacilé en aprovechar la primera conyuntura que se presentó, aun a riesgo de morir en la tentativa.

—¡Así es!

—Usted es un hombre decidido Hall. Se parece usted al bulldog en que difícilmente suelta la presa cuando le clava los dientes. Pero es un hombre sano, noble. Anda detrás de mí porque me considera criminal, porque he disparado mis armas contra los que han tratado de apoderarse de mí, porque...

—Porque usted es Río Kid, el delincuente buscado por todos los sheriffs de Texas, — terminó el capitán.

—Así es. Pero yo voy a tratar de ponerle a usted en antecedentes de la verdad, — agregó Río Kid y se notaba en su voz un dejo de amargura. — Yo nunca tuve intención de ponerme contra la ley y ser un vagabundo perseguido, Hall. A mí me obligaron las circunstancias a hacer esa vida que aborrezco Yo vivía contento entre los muchachos del viejo Double Bar Ranch, en Frío, hasta que el viejo Dawney sospechó de mí, me persiguió y me obligó a refugiarme en los montes. Al cabo de un tiempo, comprendí que había cometido un error y que pude tratar de demostrar que lo que se sospechaba de mí no era cierto... ¡Pero ya era tarde! Ya era un fugitivo, y entonces empezaron a achacarme infinidad de delitos de los que yo no tenía la menor noticia. Yo no los cometí jamás, se lo aseguro a usted. No negaré que en varias ocasiones he disparado mi revólver para tratar de no caer en manos de la justicia y salvar mi cuello. Pero también reconocerá usted que pude matar y no lo hice.

—¡Muy bien! ¡Usted puede decirle todo eso al juez que ha de juzgarlo! — respondió Hall.

El muchacho se sonrió.

—Yo soy un sencillo vaquero y jamás he entendido nada de leyes. Pero sé muy bien lo que sucedería si yo dejara que las cosas llegaran a ese extremo. Me condenarían a muerte, y no creerían ni una palabra de lo que yo dijera. No me someteré a ningún juez mientras pueda sostener un revólver en la mano. ¡No piense en tal cosa, Hall!

El capitán permaneció silencioso y atento.

—Usted me ha encontrado aquí. ¿En qué condiciones me ha visto? ¿Me ha hallado asaltando a la gente en los caminos del Pecos, andando a tiros con los de Packsaddle? ¿Robando ganado? ¡Creo que no! Me ha encontrado tranquilamente en una estancia que he adquirido con mi legítimo dinero.

El capitán lanzó una especie de gruñido.

—¿No me cree? Yo le he dicho a usted que esa plata la adquirí trabajando en las minas de Arizona y ahorrando hasta el último céntimo.

—¡Tal vez! ¡Después de todo, ese no es asunto mío!

—Estoy aquí ahora haciendo trabajar este establecimiento, — continuó el muchacho.— Lo he comprado con mi legítimo dinero. He tenido bastante que luchar contra los muchachos que están empleados en él. Ese maldito capataz, Barney Baker, manejaba esto en provecho propio y creía que iba a poder hacer desaparecer al nuevo propietario, como había hecho con los otros. Pero se ha equivocado de medio a medio. He logrado mantenerme, imponerme aquí, Hall. Pienso permanecer tranquilamente en este sitio, sin volver al monte, ni a los caminos. ¿Usted va persiguiendo a un delincuente? ¡Bien! ¡Río Kid no es ningún fugitivo! Es el señor Fairfax, el patrón de todo esto. No desea otra cosa que permanecer tranquilo criando su ganado y al amparo de la ley. ¿Me comprende?

El capitán no dijo nada.

—Le estoy hablando con toda sinceridad. Si no deseo volver a llevar la vida de antes, es, precisamente, por no matarlo a usted, saltar luego por esa ventana, montar en mi caballo y desaparecer de estos sitios antes de que puedan seguirme.

—¡Quién sabe! — respondió el capitán.

—¿No cree usted en mi palabra? Déjeme tranquilo, Río Kid habrá muerto, lo mismo que si lo hubieran alcanzado las balas de la policía, o se hubiera balanceado al extremo de un lazo en la rama de un árbol... Río Kid está muerto y enterrado, Jim Hall. En su lugar existe con vida, el señor Fairfax, un estanciero amparado por la ley, que cría su ganado, y que se halla dispuesto a ayudar a todo el elemento honrado.

—Creo, — respondió el capitán, — que si no fuera por la ley, lo que me ha dicho me bastaría a mí. Pero eso no puede ser su-

ficiente para el capitán Hall de la policía montada de Texas, y especialmente encargado de apresarlo.

Siguió un profundo silencio a estas palabras.

—¿No me da la oportunidad de salvarme entonces? — preguntó el muchacho.

—¡No puedo! — respondió el capitán Hall.

El semblante de Río Kid se oscureció.

—¿Qué desea entonces? ¿No piensa que está bajo la amenaza directa de mi revólver.

—Máteme, si lo cree oportuno, — respondió Hall tranquilamente. — Creo que mis hombres me vengarán.

Hizo una pausa y luego agregó:

—No hay nada que hacer Río Kid. Yo cumpliré con mi deber respecto a usted. En el Mal Paso, estuve cerca de apoderarme de usted, pero la suerte no me fué favorable. No negaré que me salvó la vida cuando la inundación, y que pudo darme muerte de un tiro antes de marcharse. Pero eso no influye en nada. Ya lo tengo, le he estado persiguiendo por todo Texas, y al fin lo encontré.

Nunca pude sospechar que se hubiera protegido bajo el disfraz de estanciero pero sospeché que realizaba un nuevo juego, cuando se separó de su caballo.

Al encontrarlo en poder del mestizo tuve alguna esperanza y lo traje para que el animal me fuera indicando algún rastro. Me hubiera marchado de aquí sin verlo, cuando hizo la extratagema de fingirse enfermo.

—Yo también creo que si Coceador, hubiera visto al señor Fairfax, me hubiera traicionado, aún cuando de saberlo no fuera esa su voluntad...

—Vine hasta aquí sin pensar en que tuviera buen resultado... pero había una probabilidad, y no era cosa de desperdiciarla. Uno no puede dejar nada por ver cuando se trata de Río Kid.

—¡Seguramente!

—Ahora estoy en su poder. Puede matarme y luego huir, si le parece conveniente eso. Pero el ruido de la detonación despertará a mis hombres y los traerá hasta aquí, e inmediatamente iniciarán su persecución. ¡Eso me basta, aún cuando yo no pueda verlo!

El revólver de Río Kid se volvió a levantar amenazador.

—¡No! ¡Usted es un hombre demasiado bueno para que yo proceda de esta manera! — dijo el muchacho.

—¡Dispare! — exclamó el capitán.

Los ojos de Río Kid relampaguearon por encima del cañón del revólver. El capitán Hall, miraba de frente la muerte, sin perder por ello su serenidad. En aquellos momentos experimentaba toda la dolorosa sensación de partir para siempre del mundo. Pero su rostro no dejaba adivinar sus impresiones.

—¡No puedo!—exclamó, después de algunos instantes de vacilación, — Jamás he dado muerte a nadie sin dejarle oportunidad de defenderse. Usted es un valiente Jim Hall. Un canalla, perseguidor de hombres..., pero un hombre valiente y noble. ¡Yo no puedo matarlo!

Río Kid se puso de pie y guardó su revólver en el cinto. Luego, después de contemplar un instante al capitán Hall, se adelantó hacia la puerta, sacó la madera que la aseguraba y la abrió por completo.

—¡Salga! — dijo con toda calma y cortesía.

El capitán Hall, se levantó y lo observó admirado.

—¡Hace mal! ¡Yo creo.!

Río Kid, señaló la puerta abierta.

—¡Salga! le repito. Le he tenido en mi poder y lo dejo marchar, Hall. Vaya a buscar a sus hombres y dígales que el dueño de Lazy-O, es Río Kid al que andan buscado, y que empiece la lucha en cuanto a usted le parezca. ¡Salga antes de que cambie de modo de pensar, lobo maldito!

El capitán lo miró durante un largo rato. Luego, en silencio, salió de la habitación. ¡Estada libre, pero sin armas!

NADA QUE HACER

Barney Baker, el traidor capataz veía como avanzaba el día, por la ventana. No había pegado los ojos en toda la noche.

Se revolvía en su lecho, apesar de las vendas. En torno suyo dormían con toda calma los vaqueros. El era el único que estaba despierto. Negros pensamientos, de esperanza y miedo, se revolvían en su mente.

Poco a poco los muchachos, se fueron despertando, Barney los miraba cuando se levantaban, con ojos llenos de odio. Durante muchos años, aquellos hombres y el establecimiento, habían estado en su poder pero ahora perdía una y otra cosa debido al modo de proceder del señor Fairfax. Jenson, con su brazo vendado era el único que permanecía fiel.

La llegada de la policía montada, a la estancia, le había hecho concebir nuevas esperanzas. Pero si llegaban sin haber descubierto nada, podía considerarse derrotado por completo. Su juego en el Lazy-O había dejado de serle favorable, a menos de que las cosas cambiaran en forma inesperada. Algunos de los vaqueros, al pasar frente a él, le dieron un ¡Buenos días, Barney! Otros ni siquiera lo saludaron.

Era ya un hombre caído y ninguno participaba de sus ideas respecto al nuevo patrón, a quien servían orgullosos de hacerlo por sus cualidades que ya reconocían. Unicamente Coyote, se acercó a su cama.

—¿No ha ocurrido nada? — preguntó Barney.

—¡Nada!

—Yo le advertí lo que ocurría a Jim Hall anoche, — murmuró Barney. — Le dije que estaba convencido de que el señor Fairfax era una persona a la que los sheriffs tenían interés por ver.

El Coyote hizo una mueca.

—No tengo mucha confianza en el resultado, — dijo. — Jim Hall no ha de tener seguramente interés alguno en saber quien es el señor Fairfax, Ha venido a Packsaddle para ver únicamente, si encuentra a ese Río Kid que anda buscando por todo Río Grande. Pero no se ha de distraer con otra clase de juego.

—Yo le he convencido de que debe entrevistarse con el señor Fairfax antes de marcharse.

—Es que Fairfax se encuentra enfermo en su habitación — manifestó Coyote. No creo que le sea posible verlo.

Barney rechinó los dientes.

—Sí. Se enfermó cuando aparecieron por aquí los de la policía montada. ¿Qué es lo que significa eso?

—Que acaso el señor Fairfax es un tipo que no tiene interés en encontrarse con los de la policía montada, — admitió Coyote. — Pero en Packsaddle hay una buena cantidad de personas a las que les sucede lo mismo. Pero debo advertirte una cosa. Los muchachos no han de manifestarse muy contentos si en realidad el señor Fairfax resultara ser una persona que tiene cuentas con la justicia y se le originara una contrariedad por una delación tuya.

Barney hizo un gesto de indiferencia.

—¿Y qué puede importarme a mí la opinión de los muchachos? — dijo. — Yo lo que sigo sosteniendo es que Fairfax tiene cuentas con la justicia. Apostaría mi esqueleto. Yo lo he visto en alguna parte antes de que viniera a Packsaddle, pero no me es posible saber donde. Sin duda se ha refugiado aquí para evitarse males peores, y tengo la seguridad de que en cuanto Jim Hall se ponga frente a él ha de saber de quien se trata.

—¡Tal vez! — respondió Coyote. — Yo sé que hay muchos sheriffs que tendrían deseos de verse ante mí, como también tengo la convicción de que ha de haber muchos puntos de Texas donde te buscarán a ti, Barney... Por eso dudo que medio Packsaddle no vacilará en lincharte si llegan a saber que has denunciado al muchacho.

Y el Coyote salió de la cabaña manifiestamente disgustado.

Barney Baker quedó solo con sus negros pensamientos. Buscaba en sus recuerdos sin lograr identificar a Río Kid. Pero no dudaba de que lo había visto cuando no se llamaba señor Fairfax.

Se levantó de la cama y se vistió trabajosamente, luego se dirigió hacia la puerta de la cabaña para distraerse. La vida de la estancia empezaba entonces. Los vaqueros estaban tomando su desayuno y algunos de ellos se disponían ya a montar a caballo para ir a recorrer las praderas y revisar el ganado. Long Bill se encontraba en el corral donde iban llegando los muchachos para recoger sus caballos.

Los soldados de la policía montada se preparaban para reanudar su camino. Pero Barney no pudo ver entre ellos al capitán Hall.

Hall era un hombre de palabra y seguramente no partiría sin ver al señor Fairfax. ¿Estarían hablando? No se notaba nada de anormal.

Barney Baker apretaba los labios disgustado. ¿Sería aquella una nueva esperanza que se desvanecía? Para convencerse llamó a uno de los soldados que estaba ensillando su caballo cerca de él.

—Dígame. ¿Dónde está Jim Hall?

—No lo he visto hoy.

—¿No está en la casa?

—¡Creo que no! Tengo entendido que salió esta mañana temprano, antes de que amaneciera, pero no ha regresado aun. Lo estamos esperando para marchar.

El hombre se alejó dejando intrigado a Barney. ¿Qué Jim Hall había salido de la estancia al amanecer? ¿Por qué? ¿Si iba a hablar con Fairfax según le había manifestado, por qué no lo había visto?

La ausencia de Jim Hall intrigaba a muchos, como intrigaba a Barney. Los soldados, con sus caballos ya listos para marchar lo esperaban, sin saber donde estaba ni por que se había ido. Barney llamó a Long Bill.

—Bill. ¿No has visto tú tampoco a Jim Hall.

—No.

—¿Dónde está el señor Fairfax?

—Creo que está en su habitación, Barney, — respondió. — Anoche estaba enfermo. Parece ser que ese Diego le dió de comer algo que le hizo daño.

—¿Pero está todavía aquí?

—¡Seguramente! — manifestó Long Bill extrañado por aquellas preguntas de Barney. — ¿Por qué no había de estar?

—¿Lo ha visto Hall?

—Creo que no, pues estaba enfermo. El capitán ha salido solo para dar una vuelta. Sus hombres lo están esperando para marcharse. No creo que tenga ningún interés en ver al patrón si está enfermo.

—¿Enfermo? Dí más bien que finge estarlo. Ese lo que tiene es que no desea que los representantes de la ley lo vean!

Long Bill miró con creciente asombro al ex capataz.

—¿Tú crees eso?

—¡E más! ¡Estoy seguro!

Long Bill se acercó a Barney le puso una mano sobre el hombro.

—Tal vez, — dijo — sea cierto lo que dices y no me extrañaría saber que el señor Fairfax, tiene cuentas con la justicia. Tal vez. Hay en Packsaddle muchos muchachos que están en esas condiciones. Pero tú, Baker no debes poner en aviso a la policía, aun cuando estuvieras seguro de ello. ¿Me comprendes? Los muchachos de este ranch, no vacilarían en colgarte de la puerta del corral como hicieras algo así.

Barney lo miró con fiereza.

—¡Lo que te digo! — empezó.

—¡No pienses en semejante cosa! — le interrumpió Long Bill. — Yo mismo me he visto bastante apurado antes de venir a Packsaddle y al que más y al que menos le ocurre lo mismo. Ninguno somos angelitos. Y acaso tú eres peor que todos. Con que te prevengo que como al señor Fairfax le ocurra algo desagradable, por lo que hayas dicho a la policía, tendrás que vértelas con todos nosotros, Barney Baker.

Barney abrió los labios y los volvió a cerrar sin decir palabra. Long Bill lo observaba con seriedad y ya había llevado la mano al revólver. Jamás pudo convencerse con tanta claridad, como en aquel momento, Barney Baker, que había perdido todo ascendiente sobre los muchachos del Lazy-O.

Se alejó en silencio y Long Bill retiró la mano del revólver. Ya había prevenido a Barney de que no debía traicionar al dueño del ranch. En aquel momento apareció en una de las ventanas de la casa un rostro tostado por el sol. Era el señor Fairfax. El

—¿Pero no has escarmentado aún de hacerme traición, Barney? — dijo el muchacho.

muchacho lo vió y el ex capataz saludó fríamente.

—¡Oiga Baker! ¿Se encuentra algo mejor? Me alegro mucho verlo de pie. ¿Puede marchar de la estancia hoy mismo?

Barney se quedó mirándolo. El muchacho estaba asomado a la ventana como si no tuviera nada que temer, si acaso era visto por los de la policía. En un acceso de odio llevó la mano al revólver. Como por arte de magia, apareció el Colt en la mano de Fairfax.

—¿Pero no has escarmentado aun de hacerme traiciones, Barney? ¡Perro maldito! ¡No quiero matarte, pero jamás vas a molestarme de nuevo!

¡Bang!

El revólver de Baker saltó por el aire y el ex capataz lanzó un grito de dolor al ser herido en el brazo.

—Y puedes agradecerme todavía el que no haya matado de inmediato a un ser dañino como tú.

Barney se alejó lanzando maldiciones en circunstancias en que se acercaba un jinete.

Era el capitán Jim Hall. Desmontó al llegar a la puerta de la estancia y avanzó hacia la casa. Barney lo miró y miró luego al muchacho. El capitán de los policías se dirigió hacia la ventana donde se hallaba el señor Fairfax, quien sonrió al verlo acercarse.

Y con un rugido de rabia y de dolor, Barney Baker volvió a tenderse en su cama descorazonado.

COMO PROCEDE UN SER NOBLE

El capitán Jim Hall se detuvo delante de Río Kid. La expresión de su rostro era de seriedad. Río Kid lo miraba tranquilamente. Desde donde se hallaba había observado como los soldados de la policía montada preparaban sus caballos para partir. Por lo que veía el capitán no había dicho a su gente nada de lo que había ocurrido la noche anterior. ¿Qué habría resuelto hacer? ¿Esperar a que fuera de día para hacer más difícil su salvación? El muchacho lo esperaba impaciente.

—¿Todavía está usted aquí? — preguntó secamente Hall.

—¡Claro está! — respondió el muchacho.

—¡Yo creía que iba usted a escapar!

—¡Ni he pensado en tal cosa! Yo soy el amo de todo esto y me quedo aquí como amo — manifestó tranquilamente Río.

Hall se mordió los labios.

—Usted me perdonó la vida, y yo le he dado oportunidad para que se salvara huyendo, Kid. Creí que iba a tomar su caballo que está en el corral y que se iba a ir...

—No me gustó semejante programa — respondió Río. — Ya le he dicho con toda sinceridad, Hall, que estaba cansado de andar por los caminos siempre huyendo. No haré semejante cosa, a menos de que me obliguen a ello. Llame usted a su gente, si le parece, y que de comienzo el combate. Creo que algunos de ellos no conseguirán volver a su casa para contar lo que ha ocurrido. Si por causa suya tengo que volver a la vida que llevé antes, el primero que sufrirá las consecuencias será usted mismo. No pienso moverme de aquí mientras pueda sostener en la mano un revólver.

—Si usted se hubiera escapado, ya estaría yo sobre su pista — dijo.

—Sí. ¡Pero como no lo he hecho!...

—Jamás he hablado tanto con un hombre cuando he ido en su persecución. Nunca creí que discutiría en esa forma con Río Kid... Pero...

Se detuvo otra vez y Río lo miró a la cara para ver si adivinaba sus pensamientos. No le fué posible. Aquel rostro, parecía de piedra.

—¡Estoy pensando en lo que me dijo anoche, Río! Creo que me habló usted con toda sinceridad. Me ha llegado a impresionar. Pudo usted matarme de un tiro y luego huir...

—Nada más fácil para mí.

—Mi deber, apesar de todo, es tomarlo preso y colgarlo de un árbol. Pero voy a correr el riesgo de que me engañen sus palabras. Voy a partir de aquí sin decir nada de lo ocurrido

Río Kid lanzó un suspiro de alivio.

—Comprendo el riesgo que corre usted con ello, Hall.

—Pero deseo advertirle una cosa. Mientras siga usted siendo estanciero honesto, no me acordaré de que existe en el mundo. Pero si, por alguna circunstancia, el viejo Río Kid volviera a hacer alguna de las suyas... entonces tenga cuidado. Le doy una oportunidad y mientras se porte bien no volverá a ver al capitán Hall... ¡Ahora me voy a perseguirlo por la parte de Alaska!

—¡Eso es portarse como un hombre noble!

—Hemos terminado de hablar — dijo Hall, dando vuelta a la espalda y empezando a alejarse. Pero de pronto, con un movimiento que no pudo reprimir, se volvió y tendiendo su tostada mano exclamó. — ¡Deseo que nos separemos como amigos en la seguridad de que si volvemos a vernos de nuevo, lo haremos como enemigos!

Río Kid estrechó conmovido la mano que le tendían.

—¡Es usted un hombre! — exclamó.

El capitán Hall se alejó. Cinco minutos más tarde estaba a caballo y se alejaba del Lazy-O a la cabeza de sus hombres. Río Kid los miraba alejarse. Su rostro manifestaba preocupación. En aquel momento apareció en la puerta del corral Long Bill llevando de la brida a Coceador.

—¡Señor Fairfaix!... — exclamó Long Bill en circunstancias en que el caballo gris al ver a su amo lanzaba un alegre relincho y frotaba su hocico contra la manga de su camisa. — ¡Pero este animal parece conocerle! — agregó admirado el cuidador de caballos.

—¡Realmente! — respondió Río Kid. — ¡Parece que me hubiera visto alguna vez!

—El capitán de los de la policía montada me lo entregó y me dijo que se lo trajera a usted. Agregó que ya no lo necesitaba y que le parecía mejor regalárselo.

—¡El capitán Hall es un hombre admirable... — manifestó Río Kid con agradecimiento. — Sabe que yo había de apreciar bien ese gesto que ha tenido.

Long Bill, parecía no salir de su asombro.

—¡Este caballo es de Río Kid, patrón! Por lo menos eso me manifestó el capitán. Creo que si llega a conocimiento de Río Kid que su caballo está en su poder puede usted tener algún disgusto.

—¡No importa! ¡Correré el riesgo!

—Según dicen Río Kid aprecia a este caballo más que a su propia vida.

—Yo también opino que Río Kid ha muerto — murmuró Fairfax. — ¿Dime caballito, no piensas volver a ver a tu anterior amo? Me parece que la vista se te alegra al pasar a mi poder... Yo y tú, creo que vamos a ser muy buenos amigos, y pasearemos felices y alegres por esta estancia...

El rostro de Río Kid manifestaba su satisfacción.

El capitán Jim Hall y sus hombres habían desaparecido ya en el horizonte y Coceador se hallaba junto a su amo, para recorrer, con toda tranquilidad, los caminos del Lazy-O.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

Si al rey — repuso el sacerdote — le dicen que algunas horas antes de encerrarse en la celda ha muerto repentinamente doña Luz, lo creerá como todo el mundo, porque no es extraño que muera quien está gravemente enfermo.

—Bien; pero comprenderá...

—¿A qué discurrir sobre lo que el monarca comprende o sabe? ¿No comprendes tú también la situación?...

—Sí, sí...

—Nada te diré sobre las razones que en concepto del comendador justifican su proceder y tranquilizan su conciencia, porque son razones que no puedo apreciar, razones de esas que se fundan en lo que el mundo llama leyes y exigencias del honor.

—El honor no exige crímenes...

—Los exige, y la prueba la tienes en que cuando un hombre recibe una ofensa se cree deshonrado si no provoca un duelo con el ofensor, y el más cristiano encuentra bien entonces el homicidio.

—Ciertamente.

—Ya lo ves, esto se llama honor por el mundo, y yo, con la doctrina de Dios, le llamo crimen... ¿Puedo acaso apreciar estas cuestiones?

—Es decir, que el comendador, para levantar la mancha que en la honra ha echado su hija, para castigar el extravío de ésta...

—Hace lo que ves.

—Eso es un abuso...

—Escúchame, hijo, que estamos gastando el tiempo en inútiles reflexiones.

—Sí, explicádmelo todo.

El anciano, con la brevedad que le fué posible, aunque sin omitir nada, refirió cuanto había sucedido en casa del comendador.

Martín escuchó con atención religiosa.

Terminó el relato.

—He aquí — dijo el sacerdote, sacando el escrito que había guardado, y dándolo con el otro al mancebo — he aquí los dos papeles que me ha entregado doña Luz. Esto lo escribió para suplicar a la persona en cuyas manos cayese, que hiciera llegar el otro a manos de la reina, único protector con que cuenta la infeliz.

—Y llegará.

—No habla en él del lugar donde se encuentra su hijo, porque este secreto no podía confiarlo a la casualidad.

—Pero a vos...

—Me lo ha dicho todo.

—¡Ah!

—Y yo he prometido velar por la suerte de esa inocente criatura, cuyo porvenir es tan negro.

—¡Sois un santo!...

—Cumplo mi deber.

—Nada valgo, nada puedo — repuso Martín, con acento de tierna emoción; — pero ese niño tendrá en mi un padre; ocupará en mi corazón el vacío que ha dejado la muerte de mi hijo y de Rosa... ¡Ah!...

—Te ayudaré a protegerlo.

—Y a devolvérselo a su madre.

—Ya ves, pues, que tienes mucho de qué ocuparte.

—No perderé un minuto — dijo Martín, poniéndose de pies.

—¿Adónde vas?

—A empezar a cumplir los encargos de doña Luz. Si han de llevarla al convento esta misma noche, conviene que en seguida su carta llegue a poder de la reina.

—Siempre arrebatado; poco reflexivo...

—El tiempo es precioso.

—¿Cómo has de hacer para que el papel llegue a manos de la reina? Ni siquiera lo has pensado... Ten calma y escúchame...

—Os sobra razón.

—Hay en palacio una doncella que se llama doña Margarita...

—Comprendo... No necesito más — dijo vivamente Martín.

—En cuanto al niño, nada podemos hacer hasta mañana.

—Ahora estoy seguro de que se cumplan los deseos de doña Luz.

—Mucha prudencia.

—Descuidad.

—Te será difícil entrar en palacio a estas horas.

—Pero no imposible.

—Doña Margarita...

—Sí — repuso Martín, — puede tener un pariente o un amigo que, repentinamente, se ponga enfermo, hasta el punto de morirse por instantes. y no han de negarle la entrada en palacio a quien va con asunto tan grave y urgente.

—Perfectamente, hijo.

—¿Aprobáis mi plan?

—Me quedo tranquilo.

—¡Ah!... Se me olvidaba... ¿Y en cuanto a la partida de defunción?

—No se pondrá.

—Cuando el comendador lo sepa...

—No le he prometido más que callar, para que se evite el escándalo; callar solamente, ¿lo entiendes:? pero no mentir ni hacerme cómplice del crimen de separar para siempre a una madre de su hijo.

—¿No teméis?...

—Nada temo — replicó con firmeza el anciano.

—En último caso... ¡oh!... en último caso, mientras yo viva...

—No te detengas... Que Dios te guíe.

—Adiós, padre mío — dijo el mancebo.

Y tomando el papel que debía entregarse a la reina salió.

Capítulo XXVII

DE COMO MARTIN COMETIO UNA IMPRUDENCIA QUE PODIA COSTARLE MUY CARA

El comendador no debía volver a palacio aquella noche; pero después de lo sucedido con el cura le pareció conveniente no perder tiempo en dar parte al rey de lo ocurrido, y llamando a su criado Andrés, salió con éste por la puerta falsa sin ser visto de nadie, porque los sirvientes se habían retirado ya a sus habitaciones; de modo que el caballero hablaba con Felipe II mientras que el sacerdote lo hacía con su protegido.

Doña Luz y su hijo habían perdido los servicios eficaces de Nicasia; pero, en cambio, tendrían la ayuda y protección del sacerdote y de Martín, sin contar con la reina.

¿Conseguiría salvarse la desdichada joven?

Si esto no sucedía, porque era muy peligroso luchar con el monarca, y casi imposible triunfar, al menos la inocente criatura tendría quien velase por ella y quien le revelara el secreto de su nacimiento, dándole a conocer la existencia de su madre, lo cual era importantísimo, porque, como saben nuestros lectores, todas las probabilidades hacían creer que Raúl moriría bien pronto sin ver otra vez a su hijo.

La idea de que su existencia podría ser útil a un ser débil, inocente y desdichado; la viva satisfacción que le hacía experimentar su mismo generoso impulso de practicar una acción noble, pareció animar un tanto su dolor, tranquilizar su espíritu y hacerle recobrar toda su energía, todo el poder de su voluntad.

Si Martín hubiera sido un hombre de más experiencia, y como experimentado más reflexivo y prudente, con su privilegiada inteligencia y su valor, habría podido hacer mucho en favor de doña Luz; pero su falta de juicio era natural consecuencia de sus pocos años, y solamente la edad o los reveses de la fortuna debían hacerlo más reflexivo.

Mientras se encaminaba al alcázar empezó por meditar sobre el modo más conveniente de cumplir su propósito; pero en seguida pensó en la situación apurada de doña Luz y en la suerte del hijo de ésta, y acabando por ocuparse en trazar proyectos para lo por venir, llegó a la regia morada sin que se hubiese decidido a nada con seguridad ni hubiese podido apreciar los inconvenientes y peligros que probablemente habían de presentársele.

Por fortuna, no encontró al principio tantas dificultades como había creído: abriéronle paso el nombre de doña Margarita y la indicación de que iba a llevarle un recado urgentísimo de parte de un pariente que repentinamente se había puesto enfermo de gravedad, y para que no se perdiese en las vueltas y revueltas de los pasillos y galerías del alcázar, un criado lo guió, mientras le decía:

—Por casualidad podéis cumplir al momento vuestro encargo: doña Margarita estará en su habitación, aunque tal vez acostada, pues hoy, según entiendo, no le toca hacer servicio en la cámara de su majestad.

—Si está acostada — dijo el mancebo — la despertarán, porque es demasiado grave el asunto.

—Eso es ya cuenta vuestra...

—¿Cuándo acabamos de andar? — preguntó Martín, después de haber atravesado muchos aposentos y galerías y subido algunas escaleras.

—Poco nos falta.

—De seguro que me pierdo si no hubiérais tenido la bondad de acompañarme.

Atravesaron un pasillo, en su mayor parte oscuro, porque no había más luz que la moribunda de un farol colocado a larga distancia, y volviendo a la derecha penetraron en otro no mejor iluminado.

—Aquí — dijo el guía, deteniéndose a los pocos pasos. — Llamad a esa puerta, aunque es dudoso que os abran...

—En fuerza de dar golpes...

—No muy recios, porque está prohibido a estas horas... Dios os guarde.

—Antes de llamar pensaré — dijo el mancebo cuando estuvo solo, — seré reflexivo como me aconseja mi buen protector... Si doña Margarita está acostada, ¿cómo haré para que la despierten y me reciba?... ¡Oh! He aquí que ahora pienso que he cometido una torpeza en no cerrar este papel en otro, sellándolo y poniéndole el sobrescrito para

doña Margarita, porque así podía entregarlo a un sirviente para que se lo diera, lo cual era facilísimo hacer; pero abierto es imposible, necesito verla... ¿Qué diré?... Lo del pariente enfermo ha servido para los demás pero no servirá para ella... Empiezo a tocar los inconvenientes de mi aturdimiento, de mi falta de juicio... No me sucederá otra vez, no haré nada sin haberlo pensado mucho... En fin, ya no tiene remedio, y... ¡Ah!... Daré el recado de parte de doña Luz.

Y resuelto a cometer la misma falta que antes, es decir, una imprudencia más, llamó, dando algunos golpecitos en la puerta que el guía le había señalado.

Nadie respondió.

Martín volvió a llamar con más fuerza, y puso un oído junto al ojo de la cerradura, escuchando con tal atención, fijó allí de tal modo el pensamiento, que no oyó el ruido de pasos en la inmediata galería, por donde avanzaban lentamente dos hombres.

Entonces se oyó decir al otro lado de la puerta, y con soñolienta voz:

—¿Quién llama?

—Abrid — respondió el mancebo.

—¿A quién he de abrir y para qué?

Y al hacer esta nueva pregunta, cesó a la entrada del pasillo, es decir, muy cerca de Martín, el ruido de pasos de que hemos hablado.

—Traigo — respondió el joven, en voz bastante alta, para hacerse entender. — traigo un recado muy urgente para doña Margarita.

—Mi señora duerme ya — replicó el de adentro, levantando también la voz, que era de mujer, y entonces se hizo chillona.

—No importa, despertadla.

—Por nada del mundo.

—Repito...

—Es en vano... Que Dios os guarde.

—Escuchad una palabra, escuchad...

—¿Qué queréis?

—Os diré el nombre de la persona que me envía, y si así tampoco queréis avisar a vuestra señora...

—Bien; decidlo y lo sabrá mañana.

—Pues sabed que para lo que importa más en la vida, vengo de parte de doña Luz de Quiñones, la hija del comendador...

—¡Ah!...

—¿Queréis abrir?

—Esperad.

No habían pasado tres minutos cuando la puerta se abrió, encontrándose Martín con una mujer, que le dijo:

—Entrad...

—Gracias — respondió él, pasando delante.

—Si hubieséis empezado por donde habéis concluído...

—Tenéis razón.

—Venid... por aquí...

La sirviente llevó al mancebo a un gabinete, donde se encontraba doña Margarita, mal envuelta en una ancha bata, porque para recibirlo había dejado la cama apresuradamente.

—¿Decís que os envía doña Luz? — preguntó la hechicera joven, con acento de profunda sorpresa — ¿Habéis dicho eso?

—Eso he dicho, señora.

—Pero, mi buen amiga...

—Si la noticia de su muerte ha llegado aquí, comprendo vuestra sorpresa pero como doña Luz ,aunque muerta, según la creencia de todos, está, a Dios gracias, viva...

—¡Ah!...

—Perdonadme, señora, si no os doy más detalles: el tiempo que pasa vale mucho...

—Explicaos.

—Preciso es — repuso Martín, sacando el escrito de la hija del comendador, — preciso es que este papel llegue inmediatamente a manos de la reina.

—Pero...

—Es una carta de doña Luz, y sabe Dios los males que pueden sobrevenir si no lo recibe su majestad en seguida.

—¡Dios mío! — exclamó la joven, a cuyos magníficos ojos asomaron dos lágrimas. — Pero esa noticia sobre la muerte inexplicable de mi amiga...

—Dejadla correr.

—Esto es un misterio horrible...

—Un secreto muy peligroso para cuantos lo conocemos.

—¡Ah!...

—En la iglesia de San Justo, sobre un magnífico catafalco, entre multitud de cirios y un rico atafid forrado de terciopelo blanco y galonado de oro, hay un cadáver...

—¡Un cadáver! — murmuró doña Margarita, estremeciéndose.

—Sí, un cadáver que todos creen que es el de doña Luz de Quiñones... No saquéis a nadie de su error; cuidado con decir a nadie que aquel cuerpo sin vida se ha comprado para consumar un crimen espantoso, repugnante... Cuidado, señora...

Interrumpióse el mancebo, y después de algunos instantes, añadió:

—Señora, que Dios os proteja...

—Decid a mi desgraciada amiga...

—No podré verla.

—Entonces no me resta más que daros las gracias en su nombre y en el mío.

—Cumplo mi deber y satisfago además los deseos de mi corazón.

—Antes de media hora estará este papel en manos de la reina.

—Guárdeos el cielo, señora — dijo Martín.

Y, acompañado de la sirviente, salió.

Capítulo XXVIII

RESULTADO DE LA IMPRUDENCIA DE MARTIN

Martín dió las buenas noches a la sirviente y salió.

Cerróse la puerta.

—¿Acertaré con la salida? — se preguntó el joven. — Sí... eso es... por aquí...

Y, volviendo a la izquierda, se dirigió a la galería inmediata.

No tenía que dar más que algunos pasos

para encontrarse con ella; pero antes de llegar saliéronle al encuentro dos hombres, diciéndole:

—Deteneos.

—¿No voy bien por aquí? — preguntó, sencillamente y sin sospechar lo que aquello significaba.

—Os llevaremos por donde debéis ir.

—Mucho os lo agradeceré, porque no conozco el interior del alcázar, y a no haberme guiado, de seguro me hubiera perdido antes.

—Ahora — replicó uno de aquellos hombres, descubriendo una linterna sorda y sonriendo maliciosamente — no os perderéis... Venid.

Martín los siguió, sin que tampoco entonces le ocurriera sospechar que iba preso; pues, además de su preocupación, no era posible que esperara semejante contratiempo.

Cuando estuvieron en la galería, otros dos hombres que aguardaban allí, y que eran el comendador y Andrés, echaron a andar, siguiendo muy de cerca al mancebo y sus guardianes.

Tampoco esta circunstancia era para infundir sospechas, porque muy bien podía suceder que aquellos dos fuesen palaciegos que casualmente llevaban el mismo camino.

Ni una palabra pronunciaron.

Martín tenía demasiado en qué pensar para ocuparse en dar conversación a los desconocidos.

Anduvieron por espacio de seis o siete minutos, bajando más escaleras de las que antes había subido el mancebo, y atravesando distintas habitaciones, y siguiendo así entráronse bien pronto en uno de los patios del alcázar.

—Me parece — dijo entonces el mancebo, mirando a uno y otro lado, — me parece que no he venido por aquí...

—No importa — respondió uno de los otros.

—¿Pero sabéis que lo que quiero es salir de palacio?

—Sí, lo sabemos.

—Entonces...

—Vamos, vamos — replicó uno de los hombres, con tono imperioso y más duro de lo que permitía la buena educación.

Esto no podía pasar ya desapercibido para Martín; sin embargo, aun no comprendió perfectamente su verdadera situación, y aunque se detuvo fué más bien para mostrar su enojo por el tono desatento con que se le hablaba que para pedir explicaciones.

Ya hemos dicho que el mancebo, a pesar de su humildísima condición, era orgulloso y aun altivo por naturaleza, y bastaba que le mandasen adelantar para que él se sintiese herido y creyese que se deshonraba obedeciendo.

—Os advertiré — dijo uno de los hombres — que no podemos aguardar.

—Pues bien — replicó Martín; — idos que yo buscaré la salida.

—Eso no...

—Si es vuestra obligación guiarme, lo cual ignoro, hacedlo con buenos modos, y si es que me dispensáis un favor, no lo acepto.

—Cumplimos nuestro deber.

—Siendo así...

—Está visto que no habéis llegado a comprender que vais preso...

—¡Preso! — exclamó Martín, retrocediendo un paso y fijando una mirada de profunda sorpresa en sus acompañantes.

—Sí, preso de orden del rey nuestro señor...

—¡Imposible! — replicó Martín estremeciéndose de terror y de ira.

—Es tan posible como que está sucediendo.

—¡Oh!... Esto es un abuso... ¿Pensáis que dejaré sorprenderme así, ni que me intimidará el que seais cuatro?... ¡Atrás, miserables, atrás!...

Y el joven, con los ojos chispeantes por el fuego de la ira, llevó la diestra a su daga, única arma con que podía defenderse.

Entonces el comendador bajó el embozo de su capa, y aproximándose a Martín, le dijo:

—Loco mancebo, no agravéis vuestra situación. Estáis en la morada real y se os habla en nombre del rey... ¿No se os alcanza que la resistencia en este lugar sería vuestra sentencia de muerte?

A favor de la luz de la linterna que llevaba uno de los hombres, según dijimos, pues otra claridad no había en el patio, pudo Martín examinar el rostro del caballero a quien sobradamente conocía.

—¡El comendador Quiñones! — exclamó el huérfano.

No necesitó más: todo se lo explicó clara y perfectamente: lo habían escuchado cuando pronunció el nombre de doña Luz.

Era, pues inútil resistirse, y demasiado cierto que se le aprisionaba de orden del rey.

Sin embargo, como si aun no quisiera convencerse de la desgracia que en aquellos momentos era la peor que podía sucederle, dijo:

—Habrá orden de prender a alguien; pero no a mí...

—A vos.

—Me tomaréis por otro...

No.

—¿Sabéis quien soy?

—Ni nunca os he visto ni sé vuestro nombre.

—Entonces, ¿cómo podéis asegurar que no os equivocáis?

—Su majestad ha mandado detener al hombre que aun no hace un cuarto de hora llamó a la puerta de la habitación de doña Margarita, diciendo que iba de parte de doña Luz de Quiñones, a quien Dios tenga en su gloria.

—Mentís — replicó el mancebo sin poder contenerse; — vuestra hija no ha muerto...

—¡Infeliz! — dijo el comendador. — Está loco, y...

—¡Oh! — exclamó Martín ciego por la ira.

Y volvió a llevar la mano a la daga.

Empero sus guardianes cayeron sobre él y lo sujetaron fuertemente.

—Si grita, si habla siquiera — dijo el comendador, — tapadle la boca, y si se resiste, atadlo.

Rugió como un tigre el joven.

Quitáronle la daga y le dijeron:

—Adelante y aprisa, si no queréis que os llevemos de peor manera...

—Dejadme — dijo el desdichado; — dejadme, que no haré resistencia; pero no quiero que se pongan sobre mí las manos de canalla como vosotros.

El que llevaba la linterna miró de pies a cabeza a Martín, y sonriendo luego burlonamente le dijo con ironía:

—Plebeyos somos... Perdonad, que no habíamos reparado en que erais un caballero de muy noble alcurnia.

El joven sintió afluir a su cabeza toda su sangre.

Nunca como entonces sintió llena de amargura su alma.

Aquellos hombres, aunque plebeyos, debían tener un nombre heredado de sus padres; pero él no tenía ninguno, ni siquiera podía asegurar que no era hijo del criminal más despreciable.

Tras estas tristísimas consideraciones, sintió un abatimiento profundo.

Su cabeza se inclinó lánguidamente sobre el pecho, y sin pronunciar una palabra más, siguió a sus guardianes.

Cuando hubieron dejado el patio, bajaron otra escalera de piedra, bastante pendiente, húmeda y resbaladiza, encontrándose en un espacioso sótano.

En un extremo de éste había una puertecilla forrada de hierro.

Detuviéronse allí.

El comendador sacó una llave y abrió.

—Entrad — dijo a Martín.

Este obedeció maquinalmente; pero apenas hubo entrado, la puerta volvió a cerrarse, quedando solo y a obscuras.

Le era imposible reconocer la habitación, y no sabía a qué lado dirigirse por si encontraba donde sentarse.

Largo rato permaneció Martín parado y aturdido.

Al fin se pasó las manos por la frente y se restregó los ojos volviendo a uno y otro lado la cabeza como si quisiera convencerse más y más de que las tinieblas lo rodeaban.

—¿No es esto un sueño? — se preguntó — ¿Es una realidad cuanto me sucede esta noche?... ¡Oh! También dudé si soñaba cuando ví el cadáver de Rosa... Mi desgracia es ciertísima, y me lo explico sin dificultad... Cometí una imprudente ligereza al pronunciar en alta voz el nombre de doña Luz... No, no tengo bastante experiencia para luchar en el terreno de la intriga con quien se ha educado en ella... Reconozco mi inferioridad; pero... ¿no soy un hombre como todos? ¿No valgo, por lo menos, tanto como cualquiera de esos cortesanos hipócritas?... Si no valgo—añadió el mancebo con energía, — no quiero reconocerlo, no lo reconoceré, y por quien soy que no me daré por vencido. Mi torpeza, o más bien mi inexperiencia, puede costar muy cara a la infeliz doña Luz, y aun a su inocente hijo... ¡Vive el cielo!... No cometeré otra, no, lo juro... En pocos minutos he aprendido bastante, y antes que mis labios pronuncien una palabra, habré meditado tanto, que ninguna consecuencia dejaré de conocer Joven, soy, pero obraré como viejo: mis enemigos son muy poderosos y astutos; pero ni su astucia ni su poder ha de servirles contra la fuerza de mi voluntad... ¡Oh!... Valor, serenidad, pobre desvalido... Supongo que vendrán a interrogarme... Debo meditar... ¿Habrá por aquí siquiera una piedra donde pueda sentarme?

Martín extendió los brazos y empezó a andar lentamente, mientras decía:

—Este aposento tendrá límite, y al fin lo encontraré.

No debía ser muy grande la habitación, porque a los pocos segundos de estar andando, el joven encontró una pared húmeda y fría como el suelo.

—Bien — murmuró; — esto es algo en mi situación.

Y sin separarse del muro siguió andando hasta que sus pies encontraron un obstáculo, que reconocido, resultó ser una piedra de forma cúbica y bastante grande.

—Ya tengo asiento y cama también, si no me dan otra.

Sentóse, cruzó los brazos y se entregó a las reflexiones que tan necesarias le eran.

—¿Cuál debe ser mi conducta? — dijo. — Lo primero que me preguntarán será mi nombre... No, no lo diré, porque mi nombre, aunque no diga más, puede servirles para averiguar quién es mi protector, lo cual puede comprometerlo.

En esto pensó Martín acertadamente, porque sabiendo que era persona tan allegada al cura, hubiérase comprendido que éste era quien obraba por encargo de doña Luz y porque estaba decidido a protegerla, lo cual era lo mismo que declararse en abierta lucha, no solamente contra el comendador, sino contra el monarca.

—Me preguntarán también si he visto a doña Luz, cuándo y qué encargo me dió para doña Margarita...

Interrumpióse Martín, meditó y dijo después de algunos momentos.

—Hasta ver el giro que toma este asunto, lo más acertado es callar, no responder a nada, concretarme a decir que no quiero dar ninguna explicación, absolutamente ninguna.

Y firmemente resuelto a cumplir este propósito, fiado en la fuerza de su voluntad, esperó.

Lo dejaremos para ir en busca del comendador y saber lo que hizo el rey.

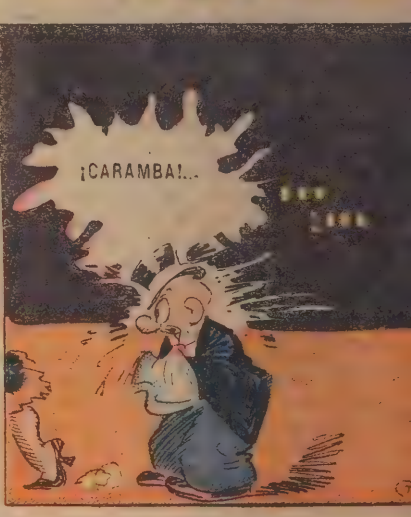
Capítulo XXIX

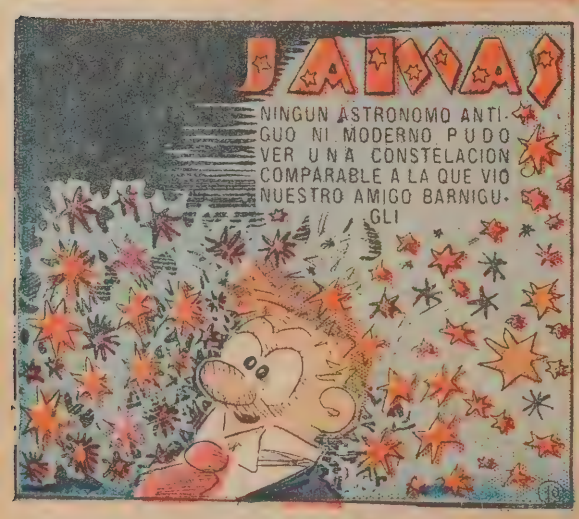
LO QUE DETERMINO FELIPE II

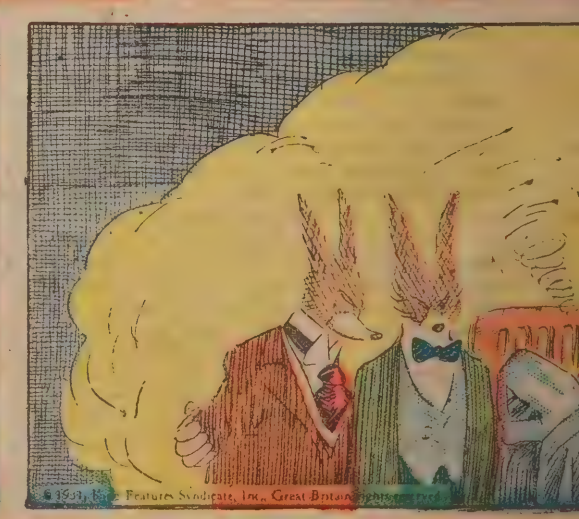
No necesitamos decir cuál sería la agitación del padre de doña Luz cuando se separó de Martín.

Para que su exasperación llegase al último

Aventuras de Barn







ugli, por Debeck

grado, no faltaba más que lo que acababa de suceder.

Poco a poco y por una serie de circunstancias verdaderamente providenciales y que habría sido imposible prever, el secreto que tanto importaba guardar, iba pasando de unos en otros y debía temerse que pronto llegara a ser de todos conocido.

El comendador tenía ciega fe en la discreción del cura, y después que éste prometió guardar silencio, aquél había quedado hasta cierto punto tranquilo, porque bien pensado, no importaba gran cosa que uno conociese la intriga, si era persona que a nadie había de darla a conocer.

Empero el asunto había cambiado en pocos minutos de aspecto, y la situación presentaba inconvenientes y peligros como nunca, desde que el mancebo había ido a ver a doña Margarita. Aparecía en la escena un nuevo personaje, tan perfectamente enterado de todo, como se pudo comprender al oírle asegurar sin vacilaciones y con la mayor firmeza, que doña Luz de Quiñones no había muerto; y como ésto, afirmado sin miramiento alguno en presencia de desconocidos, habría sido con más razón dicho a doña Margarita, resultaba otra persona más conocedora del secreto, y persona que, no solamente a la reina, sino a cuantos se le antojase, contaría lo que pasaba, puesto que no había prometido callar.

Era, pues, casi seguro que al día siguiente, y aun antes de sepultar el cadáver de Rosa, la noticia corriese y se esparciese en la corte, murmurando con más o menos acierto y más o menos exageración sobre el suceso, que debía ocupar más la atención, por ser muy extraño y por tratarse de personas muy conocidas y de posición elevada.

—¿Cómo contener tanta lengua?

Aunque difícil, posible era hacer callar a unos cuantos; pero a muchos era imposible.

Así apreciaba la situación el caballero, y no podía mirarse de otro modo.

¿Qué haría el monarca cuando a su vez apreciase del mismo modo los sucesos?

¿Qué haría cuando comprendiese que las primeras consecuencias serían las de acusarlo de injusto y cruel?

Parecía que la severa gravedad de Felipe II, había de rechazar el papel de intrigante que tenía que representar a los ojos de todo el mundo, y, por consiguiente, el comendador empezó a temer que el monarca le retirase su protección en aquel asunto, y tal vez que le mandase deshacer lo hecho.

Sin embargo, a pesar de toda su severidad y de su afán por parecer justo, prudente y magnánimo, Felipe II no debía ceder con facilidad. No encerrar a doña Luz en un convento ni hacerle pronunciar votos que para siempre la separase del mundo, era lo mismo que dejarle medios con que luchar y exponerse a que más o menos tarde realizara su matrimonio con Raúl.

¿Y podía consentir el rey que uno de los más ardientes enemigos de su autoridad, se casase con la hija del comendador?

Además, el gran tirano de dos mundos, que bien pudiera haberse llamado, si no de derecho, de hecho, rey de muchos reyes, abrigaba la convicción de que por ser suyos, los actos de su voluntad eran actos de justicia; tenía arraigada en el alma la creencia de que todos debían someterse a sus resoluciones, acatarlas cumplirlas ciegamente; aquel gran autócrata, sin primero ni segundo entre todos cuantos los pueblos han registrado en la tristísima historia de sus desdichas y su esclavitud, profesaba el principio de que el rey tiene todos los derechos y ningún deber, mientras que el vasallo tiene todos los deberes y ningún derecho, no podía retroceder ante ningún obstáculo, ni podía tolerar que nadie contrariase sus deseos.

Ya había quien supiese que él, no solamente aprobaba los planes del comendador, sino que ayudaba a realizarlos, habiéndolos hecho, puede decirse, causa propia, y retroceder porque se presentaban dificultades o peligros, hubiera sido para Felipe II lo mismo que reconocer que nada valía, que nada podía, reconocer que su autoridad tenía límites.

Empero, a pesar de que todo esto lo comprendía perfectamente el comendador, no estaba tranquilo. En muchas ocasiones adoptaba Felipe II resoluciones las más inesperadas, inexplicables, incomprensibles y que parecían ser enteramente opuestas a su carácter y a sus principios, y bien podía ser que entonces sucediese así, y abandonando a su suerte al caballero lo dejase solo para luchar, lo cual era lo mismo que obligarlo a que deshiciese todo lo hecho.

Poco menos que temblando entró, pues, el comendador en la regia cámara, y esperó con tanto temor como afán a que el monarca se explicase.

—¿Qué clase de hombre es? — preguntó Felipe II, dando por hecho que ya estaba encerrado el desconocido, porque en su concepto no podía suceder otra cosa, habiéndolo mandado así.

—Señor — respondió el caballero, — si él preso no está disfrazado, es un plebeyo, y a más de plebeyo, pobre, muy pobre, según infiero por su ropaje, que está en el peor estado.

—¿Es joven

—Diríase que no tiene más de veinte años; pero a pesar de su juventud y su pobreza, es audaz, orgulloso y habla con altivez.

—¿Sospecháis que no sea lo que parece?

—Mucho lo temo, señor. Su rostro no es nada vulgar, le he mirado muy bien y le encuentro...

—¿Qué?

—No acierto a explicarlo... La mirada es ardiente, viva, penetrante... No, no creo equivocarme: a pesar de su ropa, no solamente pobre, sino hasta cierto punto extraña, su aspecto tiene un no sé qué de distinción inexplicable.

—¿Hizo resistencia?

—Ninguna, porque no comprendió que iba preso. Tanta era su preocupación al dejar el aposento de doña Margarita, que al de-

cirle que nos siguiera, creyó que queríamos enseñarle la salida del alcázar, puesto que nunca ha entrado en él, y cuando vino esta noche, también hubieron de guiarlo; pero cuando se apercibió de la verdad, intentó resistirse y tuve que hacerle comprender que nuestras fuerzas eran superiores.

—¿Ha dicho algo que pueda traer un nuevo compromiso?

El comendador vaciló un instante: bien hubiera querido ocultar lo que el joven había dicho en presencia de todos; pero no se atrevió porque sabía que era peligroso ocultar nada a Felipe II, y respondió:

—Sin que nadie le preguntase, probablemente con la intención de hacerlo público, dijo que doña Luz no había muerto; pero afortunadamente...

—¿No lo oyeron los demás?

—Sí lo oyeron...

—Entonces... Tenéis razón, ha sido una fortuna, no para el preso, sino para los otros.

El comendador no acertó a comprender lo que quería decir el monarca.

Este inclinó la cabeza sobre el pecho y meditó.

—Necesito ver a ese hombre — dijo después de algunos instantes.

—Señor...

—¿No decís que debe ser lo que no parece?

—Es mi opinión...

—Probablemente no os equivocaréis.

—Pero dispensarle vuestra majestad tanta honra...

—Si no es un hombre vulgar, podrá servirme de mucho. No lo veré ahora, porque necesito más datos, más pruebas, no de su clase, sino de su inteligencia.

El padre de doña Luz empezó a tranquilizarse.

—Comendador — añadió el monarca después de volver a reflexionar, — lo que debía ser un secreto para todo el mundo, no lo es ya.

El anciano se estremeció y palideció más de lo que estaba, sin que acertase a responder.

—Todo lo sabrá ya la reina.

—Es posible, señor.

—Los que favorecen a vuestra hija ganan terreno, mientras vos lo perdéis. El secreto se descubre, a cada paso se encuentra un enemigo y una dificultad, y entretanto nosotros nada conseguiremos, porque ni se han apoderado del flamenco, ni vos habéis podido averiguar el paradero de vuestro nieto...

—¡Mi nieto! — murmuró el anciano con voz sorda.

Y sus mejillas, antes pálidas, se tiñeron un instante con el carmín de la ira.

—Sí, vuestro nieto — repuso el monarca; — lo es, por más que os desagrade.

—Ciertamente.

—He aquí un secreto bien guardado: para que lo revelen los que lo guardan, ha sido todo inútil, y hay que reconocer que los que sirven a doña Luz son más discretos y leales que los que a vos os sirven. ...

—¡Oh!...

—Pero tranquilizaos.

—Señor...

—Os ofrecí mi protección...

—Se trata de mi honra, ¡ay!, de mi honra.

—No os abandonaré.

—¡Gracias, señor, gracias! — exclamó el caballero, respirando luego como si se hubiese sentido libre de una mano que le ahogase.

—No perdamos tiempo.

—Aguardo las órdenes de vuestra majestad.

—¿Estáis seguro de que nadie ha visto a doña Luz después de haberse dicho que había muerto?

—Seguríssimo, señor.

—Entonces no se comprende cómo de su parte ha venido ese hombre, ni cómo afirman que la muerte es una mentira.

Esta observación no tenía réplica.

—Señor — dijo el anciano, — no intentaré dar a vuestra majestad explicación ninguna; lo que sucede es un misterio.

—Se aclarará.

—Puede también haber sucedido que el recado que ese hombre ha traído de parte de doña Luz, lo haya recibido esta mañana, ayer, otro cualquier día, y...

—Lo dudo.

—Aunque mi hija ha estado tan guardada ayer como hoy...

—¿Esperáis que declare el preso?

—Temo que no: ya he tenido la honra de decir a vuestra majestad que el mancebo parece valiente, dotado de clara inteligencia...

—No importa.

—Intentaremos...

—Sí, vedlo, interrogadle, amenazadle con el tormento, con una prisión para toda la vida... ¡Oh! — añadió Felipe, cuya frente se contrajo. — Si nada conseguís, yo lo veré para convencerme de que su audacia llega hasta el punto de desconocer mi autoridad y despreciar mi poder.

El comendador inclinó la cabeza.

El rey guardó silencio por algunos segundos.

—No deis lugar a que medite — dijo al fin: — id ahora mismo y volved luego a darme cuenta del resultado.

—¿Es decir, que vuestra majestad me autoriza?...

—Para todo.

—Gracias, señor.

—Vais en mi nombre... Entretanto yo hablaré con mi esposa, haré que llamen a doña Margarita, y comprobaremos después las explicaciones de ésta con las del preso, pudiendo así deducir si alguno de ellos miente.

—De este modo será imposible que nos engañen...

—Yo les haré comprender lo que soy: no les quedará duda de lo peligroso que es oponerse a mi voluntad.

—Me voy tranquilo — dijo el caballero.

Y salió de la regia cámara.

—¡Oh! — murmuró Felipe II con sorda voz. — Las personas más allegadas a mí son

las que más ayudan a mis enemigos... Esto es una desgracia horrible. Mi hijo de parte de los herejes flamencos de parte de los que se levantan contra mi trono que es el trono que él debiera ocupar un día si yo no tuviese valor para cumplir mis deberes y evitar que lo ocupe... Mi esposa, de parte de mi hijo, de parte de los que intrigan por contrariarme, favoreciendo a una mujer que ha olvidado su honra y luchado contra un padre... ¡Ah!... Necesito muchas fuerzas, mucha energía y tanto cuidado, que no será difícil que por atender a combatir a muchos a la vez, me olvide de alguno que aproveche la ocasión para herirme por la espalda.

El monarca dió algunos pasos por la habitación.

—Mi esposa — dijo, — mi esposa... He aquí mi enemigo más temible, porque con ella no puedo hacer lo que con los demás.., Posible es que la sorprenda conferenciando con doña Margarita... Tampoco puedo hacer con ésta lo que con todos... Veremos, veremos... No hay que dejarlas pensar y ponerse de acuerdo.

Y salió de la cámara mientras decía:

—¿Y quién será ese misterioso mancebo que tanto llama la atención del comendador, y a tal punto lleva su audacia ... Misterios; lo que más me mortifica son los misterios, y, por lo mismo, se me presentan a cada paso... Por fortuna me sobra poder.

Capítulo XXX

EL COMENDADOR SE DESESPERA MAS

Antes de que pasara media hora, Martín había empezado a impacientarse, lo cual hubiera sucedido al hombre de más calma en medio de la obscuridad, de una atmósfera húmeda y fría, que parecía penetrar hasta la médula de los huesos, sin más que una piedra, húmeda también, donde descansar, y con la incertidumbre de lo que podría suceder.

—¿Cuándo — dijo — pensarán volver? Porque ello es que alguien vendrá a interrogarme, siquiera porque así les conviene, y ya que otra cosa no sea, me distraeré hablando.

Como para responderle, rechinó la llave en la cerradura.

Martín no pudo contener un grito de alegría.

Ya había recobrado la tranquilidad, en cuanto era posible, y había tomado una resolución, de modo que, en lugar de temer, alegróse de que fuesen a interrogarlo.

La puerta se abrió, entrando el comendador con una linterna, que dejó en el suelo, de modo que la luz diese de lleno en el rostro del joven.

Este no intentó levantarse, sino que fijó en el caballero una mirada atrevida, casi insolente, y esperó a que se le hablase.

El disgusto que experimentó el anciano hizo que se marcasen más las arrugas de su entrecejo, y que brillara en sus negros ojos un relámpago de la ira que contenía trabajosamente.

Antes de pronunciar una palabra examinó muy atentamente el rostro del mancebo, y cuando se hubo convencido de que, efectivamente, no era un rostro vulgar, sino bello, expresivo y que revelaba una inteligencia no común, dijo:

—Vengo en nombre de su majestad...

—Lo supongo — replicó Martín — Bien venido seáis, señor comendador.

—No necesitaré advertiros...

—Perdonad si os interrumpo — replicó el mancebo; — pero me parece oportuno...

—¿Qué queréis?

—¿No estaríais mejor sentado? Esta piedra no está limpia ni es muy cómoda; pero aun así hablaremos más sosegadamente.

—¿Y no sería más oportuno que os levantáseis vos?

—Así — replicó tranquilamente el joven — estaríamos incómodos los dos, y, además, aun no hace dos horas que dí una caída, me herí la cabeza y perdí bastante sangre, por lo cual veis que la tengo vendada con este pañuelo, y no me siento bien.

Esto hizo comprender al anciano que el preso no estaba dispuesto a guardarle consideración alguna ni a respetarlo; y como en aquellos momentos le era imposible obligarlo a otra cosa, decidió disimular, haciendo que no comprendía la ofensa, porque así no se veía en el caso de tolerarla sin extinguirla inmediatamente.

—Tanto atrevimiento — dijo para sí el comendador — no es propio de un plebeyo miserable, así como no lo es su lenguaje culto y su acento delicado. No, no hay duda de que se oculta un noble bajo ese haraposo disfraz.

Y sentándose junto a Martín, añadió en voz alta:

—Sois muy joven y no extraño que os hayáis metido en una intriga cuya importancia no podéis apreciar y cuyas consecuencias no podíais prever.

—Caballero — replicó Martín con acento de profundo desagrado, — supongo que el rey no ha cometido la torpeza de mandaros venir para otra cosa que para interrogarme.

—Ciertamente.

—Entonces no comprendo por qué os tomáis la libertad de hacerme observaciones sobre mi inexperiencia, mi torpeza...

—Cuidado, cuidado — interrumpió el caballero; — no olvidéis con quién habláis.

—No olvidéis vos — repuso Martín enérgicamente, — no olvidéis que no hay nada más inoportuno que dar consejos cuando no se piden.

—¡Joven! — exclamó el anciano con voz reconcentrada.

Y clavó en el huérfano una mirada amenazadora.

—Os lo repito — dijo el mancebo con la misma firmeza que antes, — guardad vuestros consejos. Si he cometido torpezas, peor para mí, dejadme, que vos no habéis de pagarlas.

—¡Oh!...

—No os alteréis, comendador; sosegaos y pensad que la razón me sobra. ¡Habláis de

mis torpezas cuando vos habéis cometido tantas en tan pocos días!... Me acusáis cuando no podéis responder a las acusaciones de vuestra conciencia, cuando estáis cometiendo un abuso horriblemente criminal...

—Basta...

—No hago más que responderos.

—Si seguís ofendiéndome...

—No os ofendo, me defiendo.

—Os hablo en nombre del rey...

—Es la segunda vez que me lo decís.

—Parece que lo olvidáis...

—Vos sois, caballero, quien se olvida de que su majestad no os ha mandado más que para interrogarme.

El anciano se mordió los labios con despecho.

Estaba visto, el mancebo valía más que muchos hombres, y sería perder el tiempo el intentar intimidarlo.

¿Qué resultado daría la conferencia?

Probablemente ninguno bueno para el comendador.

—Ya lo veis — añadió Martín, después de algunos instante, — estoy en mi derecho.

—Bien, bien...

—En ningún terreno conseguiréis de mí lo que deseáis; pero ya que esto no sea, evitaos el disgusto de escuchar lo que ha de desagradaros, lo cual conseguiréis si tenéis más calma y hablamos sosegadamente.

—No he venido a conferenciar con vos — replicó desdeñosamente el caballero.

—Es verdad — replicó Martín con irónica amargura: — no debéis rebajaros a tanto: soy un mísero plebeyo, vos un noble, yo un criminal, vos un hombre virtuoso...

—Disponeos a responderme — interrumpió el comendador.

—Preguntadme, ya os escucho — dijo el mancebo.

Y se cruzó de brazos y fijó su expresiva y ardiente mirada en el caballero.

—¿Quién sois? — preguntó éste.

—Ya lo véis, un cualquiera, un pobre diablo...

—Vuestro nombre...

—¡Ah!... Eso es otra cosa...

—Decid...

—Perdonad.

—¿Tenéis que pensarlo?

—No, porque lo he pensado ya y he resuelto ocultaros mi nombre.

—Volvéis a olvidar que el rey...

—Por tercera vez me lo advertís.

—Así no lo olvidaréis.

—Pues bien, decid al rey que soy huérfano, que nunca conocí a mis padres, que no tengo otro nombre que el que me pusieron en la pila del bautismo, y...

—¡Oh!... Siempre la audacia de vuestra inexperiencia...

—¿Qué queréis?... Sol muy joven — replicó Martín, encogiéndose de hombros.

—Os perdéis...

—Ya os he dicho que no quiero consejos.

—Estáis loco.

—Por eso me habéis acusado.

—No pensáis que...

—Pienso en todo, caballero. Ya sé que hay tormentos y verdugos para hacer hablar a los que se obstinan en guardar silencio, o para hacer que los inocentes reconozcan crímenes que no han cometido, y que suelen reconocer para que les dejen en paz aunque les quiten la vida.

—Entonces...

—Pero vos debéis saber también que hay muchos que tienen sobrado valor para soportar esos tormentos sin hablar.

—Los hay; pero...

—¿Dudáis que yo valga tanto como ellos? — replicó vivamente Martín.

Y sus negros ojos relumbraron como dos centellas, lanzando al caballero una mirada de atrevida provocación.

—¡Oh! — exclamó, apretando los puños. — Si llegara el día de la prueba...

—Si el tormento no os hace hablar, os castigará el verdugo.

—¡Me amenazáis con la muerte!... ¡Ah!... Voy viendo que tenéis el alma muy mezquina...

—¿Qué decís, miserable?

—Sí, mezquina debe ser, porque no comprendéis que haya quien pueda despreciar la vida como yo la desprecio... ¡Vana amenaza!... Si conocieseis mi historia no me hablaríais del verdugo. ¿Sabéis lo que es para mí la existencia? Una carga insoportable... ¿Sabéis como considero yo la muerte? Como la única dicha del pobre y del justo, porque es el término de todos los dolores. No sois cobarde, no lo sois, señor comendador, por más que hayáis cometido la criminal cobardía de entablar una lucha desigual y cruel con vuestra hija, débil, indefensa y desgraciada; vuestras hazañas como soldado prueban que para vos la vida no ha sido lo primero, que la habéis mirado con desdén en muchas ocasiones... ¿Por qué tenéis la pretensión de valer más que otro hombre; por qué cometéis no solamente la injusticia, sino la necedad de creer que yo no valgo en ese concepto tanto como vos? Que os pongan en un tormento para que confeséis la debilidad de vuestra hija, y decidme lo que haríais; que os amenacen con el verdugo si no reconocéis a vuestro nieto, y yo respondo de que sin vacilar pondréis vuestra cabeza en el tajo. ¿Me equivoco, caballero?

—No.

—Entonces...

—Sois casi un niño...

—Mientras mi proceder sea de hombre...

—No divaguemos...

—Vuelvo a escuchar... Preguntadme.

—Os negáis a decir vuestro nombre...

—No lo sabréis.

—Alguien os conocerá.

—¿Quién ha de conocer a un huérfano sin nombre y sin fortuna?

—A pesar de eso...

—No tengo amigos, ni familia, ni hogar...

—¿Negaréis que se os ha educado mejor que se educa a muchos que tienen padres?

—No cometeré la torpeza de negarlo, porque la educación no se oculta.

—Ya lo veis, pues.

—Pero no pensáis que bien puede haber muerto la persona que me ha hecho el inapreciable beneficio, de cultivar mi inteligencia o que puedo haber recibido mi educación muy lejos de la corte.

—Eso no es probable...

—No me esforzaré para convenceros: so-

PUCKY

bre ese punto, creed lo que os plazca; en vuestra mano está hacer la prueba: pero reconoced que la idea es peregrina, porque tendríais que encerrarme en una jaula y exponerme al público para si algún curioso pronunciara mi nombre, lo cual no haría el más íntimo de mis amigos, siquiera fuese por el temor de que lo tomasen por cómplice del enjaulado criminal.

—¿Os burláis? — replicó el caballero, sintiéndose vivamente herido al verse rediculizado.

—No me burlo, respondo a vuestras observaciones y nada más.

—Es decir, que os negáis resueltamente a decir quién sois...

—Resueltamente.

—No negaréis también que habéis venido a ver a doña Margarita.

—¿Cómo he de negarlo si lo habéis visto?

—Y que la habéis traído un recado de parte de mi hija...

—En cuanto a eso no os diré si he tomado el nombre de doña Luz, porque así estaba convenido para no pronunciar otro nombre, o sí, efectivamente, de doña Luz era el recado.

—Pronto se descubrirá la verdad...

—Preguntádselo a ella...

—Es inútil que continuemos — dijo el comendador poniéndose en pie.

—Sí, enteramente inútil, porque nada, absolutamente nada diré.

—Os pesará.

—Mi suerte está decidida; no puede sucederme más de lo que me ha sucedido. Conozco un secreto peligroso...

—Muy peligroso.

—Y para que ese secreto no se divulgue, se me tendrá encerrado... ¡Oh!... Sois torpes, reconocedlo: hay muchos que saben tanto como yo...

—Basta, basta...

—Por mi parte, he concluído.

El comendador había tenido más paciencia de la que podía esperarse de él.

Despechado y sin poder ya dominar su arrebato, lanzó al joven una mirada terrible y amenazadora.

Martín sostuvo aquella mirada sin alterarse.

—Puesto que tan obstinadamente — dijo el anciano — buscáis vuestra perdición, la encontraréis.

Y tomando la linterna, salió del aposento y cerró la puerta, guardando la llave mientras murmuraba:

—¿Quién será este hombre?... ¡Oh!... No, no es lo que dice, no es lo que parece... ¡Y le sobra corazón para dejarse atormentar y matar sin hacer revelación alguno!...

Dió la linterna a su leal sirviente, que lo esperaba, y se alejó con acelerados pasos para volver a la cámara de Felipe II.

Capítulo XXXI

LO QUE ADELANTO FELIPE II

El rey preguntó si su esposa se había acostado, y cuando le respondieron negativamente, mandó que le pidiesen permiso para verla, lo cual, con rarísimas excepciones, hacía siempre.

La desgraciada doña Isabel había leído ya la conmovedora carta de la hija del comendador y hablaba con doña Margarita.

Como ambas conocían perfectamente las intrigas de la corte, al simple anuncio de la visita del monarca comprendieron que algún grave suceso había tenido lugar, y sospecharon que fuese el haber observado al mensajero de doña Luz.

No tenían tiempo para ponerse de acuerdo ni meditar, de modo que sólo pudieron cruzar una mirada de temor mientras la reina decía:

—Mucha prudencia, mucha desconfianza y mucha habilidad.

Doña Margarita guardó silencio: tomó una actitud más respetuosa que la que tenía y esperó con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho y revelando en el rostro una tristeza profunda.

La reina desplegó una sonrisa leve, muy leve, cuando su esposo entró en la cámara, y luego dijo a su doncella.

—Retiraos.

—No — replicó el monarca, haciendo un ademán para que la doncella se quedase, — no os vayáis, porque quizá vos, mejor que nadie, pueda aclarar mis dudas sobre el asunto que me ocupa en estos momentos.

Doña Margarita hizo una profunda reverencia y luego quedó inmóvil.

Felipe II se sentó cerca de su esposa.

—Señor — dijo ésta, sin aguardar un instante para que no se creyese que había meditado plan alguna en vista de la situación, — vuestra visita me sorprende agradablemente.

—Lo supongo, porque no debíais esperarme a estas horas; pero ya lo veis...

—Sí — dijo doña Isabel, — os habéis anticipado a mis deseos.

—¡A vuestros deseos! — repuso el monarca un tanto sorprendido.

—Precisamente.

—¿Acaso — preguntó Felipe — queríais verme esta misma noche?

—Ahora — dijo la reina, con la mayor naturalidad del mundo — daba orden a doña Margarita para que hiciese que os avisasen...

—Aquí me tenéis, pues.

—Doy gracias a la casualidad...

—Y yo a mi fortuna — dijo el rey, desplegando una sonrisa tan dulce como en él era posible y como se lo permitía su callado enojo.

—Estáis galante...

—Como debo, como merecéis...

—Me felicito, porque a más de halagarme esas muestras de cariñosa ternura, aumenta mi esperanza de conseguir lo que deseo.

Felipe II volvió a sonreir, lo cual no era la mejor señal, y fijando una mirada escudriñadora en el bellísimo rostro de doña Isabel, dijo:

—¿Teníais que pedirme algo?

—Una señalada merced, que bien podría llamarse acto de justicia.

—Señora, me hacéis una grave ofensa...

—¿Por qué?

—Justicia encuentra en mí el último de

mis vasallos... ¿Es posible que dudéis de obtenerla vos?

—No, si se tratara de otro asunto; pero hay cosas, señor...

—Explicaos, mi querida Isabel — repuso Felipe, acercándose a su esposa.

Y, con pretexto de evitar el calor de la chimenea, puso una mano delante de su rostro, de modo que apenas era posible verlo, mientras que él miraba mejor el de su esposa.

Esta comprendió el ardid, y sonriendo con un sí es no es de ironía, tomó un abanico que había sobre la chimenea, y alargándolo al monarca le dijo:

—Tomad, señor; con esto os defenderéis mejor del fuego...

—Gracias; ya no es menester — replicó el rey, bajando la mano.

—Como gustéis...

—¿Con que decíais?...

—Mi asunto no es de tal naturaleza, que una hora ni dos importe nada; decidme vos el objeto de vuestra visita.

—No es tampoco urgente.

—Sin embargo, cuando habéis venido ahora...

—He podido dejarlo para mañana; pero la satisfacción de veros.

—¡Ah!... Gracias, señor, gracias...

—Sepamos, señora...

—Permitidme...

—Lo deseo.

—Yo también...

—Dejo de ser galante — repuso el monarca — y empiezo a ser exigente.

—Si lo mandáis...

—Os ruego, mi querida esposa; os ruego que os expliquéis.

—Entonces...

—No os negaréis a complacerme...

—No.

—Ya os escucho.

Hubo algunos momentos de silencio.

Al rey no pudo ocultarse que, a pesar de la aparente calma de su esposa, encontrábase ésta profundamente conmovida y agitada.

Doña Margarita permanecía inmóvil como una estatua.

—Ya sabéis — dijo Isabel de Valois — lo mucho que amo a doña Luz de Quiñones...

—Sí — respondió el monarca, — le habéis dado pruebas de un cariño verdaderamente fraternal, lo cual no es extraño, porque esa familia merece mucho en todos conceptos; yo también, según sabéis, amo al comendador.

—Doña Luz, sobre tener un alma grande y noble, es muy desgraciada.

—Ciertamente; cualquiera diría que en esa familia se hereda todo: lo mismo la nobleza de alma que la mala ventura; el comendador es también hombre de gran corazón y desgraciado hasta donde lo son pocos hombres o ninguno.

El rostro de la reina palideció ligeramente y se anubló por un instante.

Doña Margarita se estremeció y miró de reojo y con disimulo al monarca.

Ambas comprendieron lo que el rey se proponía, y temblaron, porque no solamente no había de conseguirse nada en favor de doña Luz, sino que debía agravarse la situación de ésta.

Sin embargo, doña Isabel disimuló y siguió diciendo:

—Hay otra razón para que yo le profese mucho cariño: al partir su padre la dejó a nuestro cuidado; me suplicó que la mirase como se mira a una hija...

—Sí, que velásemos por ella, porque se quedaba sola y en medio de todos los peligros que constantemente amenazan a una mujer joven, hermosa y que está además dotada de un corazón extremadamente sensible. Ha ahí otra de las razones que también yo tengo para querer más al comendador: esa confianza que depositó en nosotros, confianza cuyo valor sólo puede apreciar un padre que tenga una hija y sea celoso de su honra.

La reina se estremeció; pero tampoco entonces dió muestra de haber comprendido la intención de su esposo.

—Por mi parte — repuso doña Isabel, después de algunos momentos, — he cumplido los deberes que me impuse como mejor he podido.

—Yo también por la mía.

—Supongo que el comendador..

—Ni de vos ni de mí tiene queja alguna.

—Me tranquilizo.

—Se queja únicamente de las circunstancias de su mala estrella... Tiene razón, y vos lo habéis reconocido así. Lo mismo el padre que la hija son muy desgraciados...

—Si lo son, lo son — dijo la reina, acentuando esta última palabra, — lo son...

—Y sus desdichas — repuso Felipe II, mirando como distraídamente el fuego — han tenido un término bien triste...

—No os comprendo...

—Hablo de la muerte de doña Luz.

—¡De la muerte!...

—Sí... ¿Qué os admira? ¿Acaso es alguna cosa por voz ignorada

—Como no os he visto después que me dieron la noticia...

—¿Dudabais?...

—Siempre nos resistimos a creer lo que nos desagrada.

—No ha sido un rumor vago: sabéis que el dolorido padre, en lugar de enviar un aviso, ha venido a traerme la triste nueva.

—Bien, señor; hablaremos después de esa muerte, porque siendo la última que ha sucedido, es también lo último que debe tratarse.

—Al contrario, siendo esa muerte como el resumen de todas las desgracias del padre y la hija, siendo un suceso que cambia completamente la situación, es lo que debe ocuparnos antes que nada.

—Como os parezca.

—Sin embargo, continuad según os habíais propuesto, porque, de todos modos, peréceme que estamos fuera del asunto.

—¡Fuera del asunto!...

—Sí.

—Mi propósito era ocuparme de doña Luz, y de ella os habla...

—Me dijisteis que ibais a pedirme una

merced, o más bien a reclamar un acto de justicia...

—Precisamente.

—¿Era acaso en favor de doña Luz?

—Sí.

—Ya no existe.

—También a los muertos se les hace justicia.

—En verdad; pero en esta ocasión...

—¿No adivináis?... Es extraño.

—¿Acaso hay quien ofenda la memoria de doña Luz? ¿La ofendieron en vida? ¿Tuvo alguien parte en su muerte? ¿Le negaron en su agonía lo que a nadie se puede negar No se me alcanza otra cosa...

—Sí, señor; le han negado lo que nadie tuvo derecho a negarle.

—Me sorprendéis...

—Le negaron que tranquilizara su conciencia.

—Os han engañado; la muerte de doña Luz ha sido repentina, sin que nadie se apercibiese de semejante desgracia, y por eso no pudo confesarse...

—No me habéis comprendido...

—Explicaos más claramente.

—Hablo de su casamiento.

—¡Ah!...

—Su casamiento, que habla de legitimar, en cuanto era posible, su falta y la existencia de su hijo...

—Comprendo, comprendo...

—¿Con qué derecho — repuso enérgicamente doña Isabel, — con qué derecho se le niega a una madre el medio de asegurar el porvenir de su inocente hijo?

—Con ninguno — respondió tranquilamente el rey.

—Entonces...

—Doña Luz quería un imposible.

—¿Por qué, señor?

—Primero, porque hay fundadas sospechas de que su amante no es católico...

—Sospechas no más.

—Y prescindiendo de eso, ¿cómo había de casarse con un hombre que no existe?

—¡Que no existe! — exclamó doña Isabel, fijando en su esposo una mirada de profunda extrañeza.

—¿Sabéis lo contrario?

—Sí.

—Me explico mal...

—O tal vez mi torpeza...

—Digo que no existe, no porque haya muerto, sino porque salió de España, y nada se sabe de él.

—Le perseguían y le fué forzoso huir.

—Señora — dijo gravemente el monarca, — Raúl de Lancaste es un delincuente, ¿lo ignorabais?

—Ya sé que se le acusa...

—De un gravísimo delito, y nada más justo sino que se le persiga para castigarlo. ¿No amáis tanto la justicia?

—Señor...

—No puede la justicia dejar impune el crimen, porque el criminal, cometiendo un abuso, ha seducido a una mujer y necesita casarse: si semejante principio se estableciera, no habría delincuente que no se librase del castigo, puesto que le bastaba poner en práctica tan sencillo medio. ¿Qué diréis de los hijos del que paga con la vida sus crímines? Inocentes son, y, sin embargo, sufren las consecuencias de faltas que no cometieron. ¿Puede esto remediarse? ¿Debe hacerse una excepción porque se trata de doña Luz? Ya lo veis, señora; la hija del comendador pedía un imposible, y, sobre todo, aunque quisiéramos cometer una injusticia, nada conseguiríamos, porque doña Luz ha muerto.

La frente de la reina se contrajo.

¿Qué era conveniente hacer en aquella situación?

Convencida estaba de que nada había de conseguirse con respecto al casamiento de su protegida, porque ni el comendador había de ceder ni el rey perdonaría tampoco a Raúl de Lancaste.

Lo único en que había que pensar era evitar que se llevase a término la horrible farsa de la muerte de doña Luz y que a ésta se la encerrase en un convento, separándola para siempre de su hijo.

¿Era posible conseguir esto?

Desde luego, opinamos que no, porque Felipe II, una vez decidido, no retrocedía.

Poca o ninguna era la esperanza de doña Isabel, porque conocía perfectamente a su esposo; sin embargo, quería cumplir lo que consideraba un deber de conciencia: pagar a la infeliz víctima una deuda de corazón, y por eso entablaba la lucha.

En esta ocasión, como en todas, Isabel de Valois demostraba su nobleza de alma con pruebas que tenían tanto más valor cuanto era peligroso contrariar a Felipe II.

—Bien — dijo la reina, después de algunos momentos; — no hablemos más de la honra ni de la conciencia de la mujer y ocupémonos solamente de los derechos y del corazón de madre.

—Es decir, que abandonáis lo que vos llamábais el terreno de la estricta justicia...

—No, por el contrario, estoy como nunca en él; ya os he dicho que iba a ocuparme de los derechos de la madre, y al decir derechos...

—Entendido; pero os advertiré que yo soy el primero en reconocer que a una madre debe dejársele en libertad de hacer uso de sus derechos, si bien en tanto cuanto no ataque los derechos de otro ni las leyes de la moral.

—Señor, no pienso discurrir como un abogado...

—Ya lo veo: no es la cabeza, sino el corazón lo que en vos habla, y como vuestro corazón es, por dicha mía, todo ternura, nada de extraño tiene que os salgáis de la esfera de lo posible o de lo razonable...

—Señor...

(Continuará)

LA CASA DEL MISTERIO

Por HERMAN LANDON

(Continuación)

UNA vez que el sirviente se hubo ido se volvió hacia la pareja. Todo lo que pudo decir fué:

—Groddy me dijo que la señora estaba indispuesta. Pero no parece — reanímala.

—En efecto, tío Ted. En la puerta tuvo la idea de escapar, yo la traje en mis brazos con una mano sobre la boca para que no gritara. Por eso Groddy pensó que no estaba bien.

Teodoro hizo un gran esfuerzo para hablar tranquilamente.

—Quizá quieran explicarme esa extraña conducta.

—Le dará trabajo explicar — declaró la joven con risa burlona.

Teodoro parecía sufrir. Donald pareció recordar de pronto algo que había olvidado.

—Tío, Ted, me olvidaba; los voy a presentar, Patsy Gale, miss Gale, Mr. Chadmore. Ya está, ahora tío, creo que miss Gale desea retirarse a descansar.

—¿Retirarse? ¿en esta casa? — balbuceó Teodoro.

—Quiere decir irse a la cama — explicó Patsy con seria ironía — Pero yo no quiero y lo desafío a llevarme a la cama a la fuerza.

Donald frotó su barba mal afeitada. Miró alrededor de la pieza cuya disposición le era tan familiar. se dirigió hacia el cordón de la campanilla. Groddy no debía estar lejos pues acudió enseguida.

—Groddy ¿recuerda usted donde tenía yo costumbre de jugar cuando era chico?

—Sí, master Donald. En una pieza de las bohardillas. Usted se subía siempre a las ventanas y como en esa pieza la ventana está en el techo, sus padres pensaron que allí no había peligro.

—Bien. ¿Sería mucha molestia llevar una cama?

—¡Oh! señor, precisamente hay una. Una de las mucamas que fué despedida. dormía allí.

—Perfectamente. ¿Quiere traer una bujía para alumbrarme?

—Sí, señor — balbuceó el sirviente, y con mano temblorosa encendió una bujía de la chimenea.

Teodoro miraba esos preparativos estupefacto. Vió a su sobrino acercarse a la joven y tomarla en sus brazos. Vió como se debatía, oyó sus violentas protestas y la risa divertida de Donald cuando la llevaba y no encontró nada que decir. Todas las antiguas tradiciones de la Casa del Misterio habían caído y su golpe lo dejaba anonadado.

Elizabeth que volvía, después de ponerse su vestido negro, pareció estupefacta.

—¿Qué ocurre Teodoro?

El humedeció sus labios delgados.

—¿No has visto lo que hace ese loco?

—Sí, ¿pero qué significa?

—Donald fué a llevar a esa mujer a la cama.

—¡A la cama!... exclamó ella.

Sí. Y Groddy fué a ayudarlo.

Capítulo IX

DONALD SE INSTALA

Elizabeth se dejó caer sobre una silla, lanzando un profundo suspiro. ¡Las incongruencias iban demasiado lejos!

Donald reapareció, con los cabellos revueltos, el cuello y la corbata casi arrancados, y sonriendo satisfecho.

—¡Tía Elizabeth!...

Se precipitó hacia ella y la besó en la frente.

—Hace años que no la veo. Parece usted más joven que nunca. Tío Ted, ahora que me libré de esa salvaje ¿quiere darme la mano?

Teodoro le tendió una mano floja y fría. Elizabeth se limpió la frente en el lugar en que él la había besado. Siguió un silencio molesto.

—Parecen ustedes un poco disgustados— observó Donald. — ¿Ha ocurrido algo?

—Bastante — dijo Teodoro. — ¿Qué piensas hacer con esa joven?

—Acostarla en la bohardilla. — Allí puede gritar y nadie le oirá. No hay peligro de que se vaya, he cerrado la puerta y aquí tengo la llave.

Hacía saltar una llave en su mano. Los otros dos lo miraban como si hubiera sido el símbolo de la profanación que había caído sobre la Casa del Misterio.

Teodoro hizo un llamado a un resto de autoridad que aun poseía.

—Ya que has impuesto tus escándalos en mi casa... (porque aun es mi casa ¿sabes?) quizás quieras explicarnos lo que eso significa.

—Se trata de un crimen — dijo Donald brevemente. — Hubiera debido decirlo desde el principio.

—¡Un crimen!... — gimió Elizabeth.

Y volviéndose a su marido:

—¡Las hojas de te! ¡Ya te lo dije!

Teodoro se encogió de hombros.

—¿De veras? ¿Y quién debe cometer el crimen?

—Según lo que pude averiguar eran tres. Staglawn, Marc Jarrow y Patsy Gale. Jarrow está encerrado en un caldero.

—¿Un caldero? — repitió Teodoro con voz que parecía dudar de la razón de su sobrino.

—Si lo puse dentro del caldero de un lavadero. Pasará un rato antes de que alguien lo saque.

—¿Dónde está... ese caldero?

—En una guarida de asesinos, en cierto lugar del East-End Jarrow en un caldero, Patsy Gale encerrada en la bohardilla, no queda más que uno de los asesinos en libertad Me figuro que eso estorbará sus proyectos, al menos por ahora.

Teodoro estaba mudo. Elizabeth pasando sus dedos por su cuello delgado, clavaba en su sobrino una mirada vidriosa.

—¿A quién iban a... asesinar? — preguntó ella vacilante.

—No tengo la menor idea, pero oí que deben asesinar a alguien.

Los ojos de Elizabeth fueron hacia el piano y el busto del señor Amicus, los de su marido hicieron la mismo: El asalto feroz del viento y la lluvia decía que la tormenta crecía en furia.

—¿Te das cuenta — exclamó Teodoro — de que lo que dices es un absurdo? Además parece que tu has cometido uno o dos graves delitos. Según lo que puedo darme cuenta has raptado dos personas, aprisionando a una de ellas en mi casa y a la otra en... un caldero.

—Sí, parece ridículo. Debo explicarme mejor.

—El rapto es una falta que cae bajo el peso de la ley.

—Es cierto. Pero esa no es gente que pueda ser manejada por la dulzura y la paciencia.

Reía y sus ojos permanecían graves.

—Si usted lo permite, tío Ted, pasaré la noche aquí.

—¡Oh! Haz lo que quieras.

Teodoro hablaba, con el espíritu ausente, como perseguido por una idea inquietante.

—Groddy te preparará una habitación. Voy a llamar.

Tomó el cordón de la campanilla.

—No — dijo Donald — me acostaré en ese sillón. He dormido durante una parte del día y ahora sólo quiero acostarme para reflexionar.

Mientras hablaba tanteaba maquinalmente su bolsillo... el bolsillo donde había guardado el absurdo revólver de Patsy Gale.

Elizabeth se retiró, declarando que iba a tomar un sello para dormir y que haría pasar la noche con ella a la señora Groody. Teodoro quedó junto a su sobrino. Parecía agitado y molesto y no prestó atención al relato que Donald le hizo de los acontecimientos que habían ocurrido en su vida desde que dejó la casa familiar.

El horror que lo absorbía parecía haber suprimido toda otra impresión.

Ambos quedaron silenciosos cuando concluyó el relato.

El viejo reloj dió las diez y media. Donald se levantó del canapé.

—Voy a ver si Patsy no cometió alguna imprudencia. Vengo en seguida, tío Ted.

—Iré contigo — decidió Teodoro, cuyos ojos traicionaban su horror a la soledad.

Subieron los tres pisos. Arriba el aire tenía olor a moho y Donald recordó las ventanas herméticamente cerradas que había visto desde la calle. La sombra retrocedía ante la bujía que él llevaba. Ante la puerta, acercó el oído al agujero de la cerradura.

—Patsy duerme el sueño de la inocencia — dijo.

Volviendo a la biblioteca, Teodoro se hundió en la profundidad de su gran sillón. De pie cerca de él, Donald se balanceaba sobre un pie y el otro.

—¿Qué pasa tío? ¿Han visto ustedes un fantasma?

—¿Eh? ¿Por qué?

—Cuando llegué con Patsy, parecían ustedes tan aterrados como si algo hubiera trastornado la casa.

—Es verdad — dijo Teodoro mirando hacia el piano del señor Amicus.

Donald trató de leer en sus ojos, pero los anteojos ahumados se lo impidieron.

—¿Cuando me dirá usted el gran secreto, tío Ted?

—¿Secreto? ¡Oh!

Trataba de reir.

—Hay algo que debo decirte, pero no ahora. No estoy en condiciones esta noche. Mañana, quizá.

Donald no insistió. El fuego había bajado. Puso algunos leños en la chimenea y los hizo arder, luego sus ojos erraron por las decoraciones de la pieza. Durante un momento se clavaron en los sombríos retratos de familia.

—Estos — dijo — son mis ilustres antepasados. ¡Oh! ¡Que correctos y majestuosos! No puede creerse que alguno de ellos haya estado en la cárcel.

Un murmullo indignado llegó del sillón donde el alto respaldo ponía fuera de la vista el cuerpo deformado de Teodoro. Los ojos de Donald se detuvieron sobre un retrato suyo de cuando era niño. Luego sin comentario volvieron a los otros retratos.

—¡Oh! ¡Aquí está el pirata! Contempla-

PUCKY

ba ahora una alta figura de rostro orgulloso, con un traje extraño.

—Me gusta este, al menos tiene aspecto humano, los otros son demasiado aristocráticos para mí.

Cuando volvió al lado del fuego, su tío tenía la cabeza baja, los ojos fijos en la alfombra.

—Donald — preguntó visiblemente molesto — ¿Qué has querido decir con toda esa historia de asesinato?

—Justamente lo que dije, tío.

—¿Realmente no tienes idea de los detalles? ¿La víctima, por ejemplo?

—¿Por qué me pregunta eso?

Se acercó al sillón. Vió sobre el rostro de Teodoro algo que lo asombró.

—¿Qué hay tío Ted?

—No des vuelta a la pregunta — interrumpió su tío. — Es bueno calmar las inquietudes de tu tía, pero, conmigo debes ser franco ¿que has querido decir?

Había un singular resplandor detrás de los cristales adornados que obscurecían la expresión de los ojos.

—Quiero decir solamente lo que ya dije — declaró Donald — y he dicho todo lo que sabía. ¿Pero tío Ted que es lo que le turba?

—Me lo pregunto a mí mismo.

Las palabras salían difícilmente.

—Donald ¿tienes muchos deseos de heredar esta casa?

—¡No! Sería para mí como un elefante blanco, del que nada podría sacar y no es un lugar divertido para habitar.

—Es cierto. Sin embargo, la propiedad podrá ser ventajosa, destruyendo este viejo edificio y edificando una casa con el producto de la venta de una parte del terreno.

—Lo creo, pero jamás he pensado en ello. ¿Cuál es su pensamiento, tío Ted? Usted está asustado a propósito de algo; no imaginará que...

—No — interrumpió Teodoro con risa forzada — no me imagino que tú puedas desear apresurar mi muerte para entrar en posesión más pronto de tu herencia Aunque ese sea un motivo aparente ¿No te parece?

Donald lo miró fijamente Su pálido rostro fué durante un momento, todo consternación

—¡Cielo!... — exclamó

El otro inclinó la cabeza

—¿Comprendes? Podrían servirse de ese motivo para suprimirme y arrojar las sospechas sobre ti...

Capítulo X

EL CLUB MISTERIOSO

Donald permaneció mudo, sus ojos buscaban el rostro atormentado de su tío De pronto tuvo una incompleta pero rápida revelación Su pensamiento volvió hacia las últimas veinticuatro horas con sus complicaciones hasta aquí inexplicables

—Jamás me imaginé nada semejante Es solo una confusión de coincidencias y en el fondo probablemente no hay nada

—Tengo razones para pensar todo lo contrario

Estas palabras dichas con voz asustada, decían elocuentemente del espanto sentido. Donald miró a su tío y se preguntó qué secretos ocultaba la aristocrática cabeza gris.

—Aun en ese caso — dijo afectando un optimismo que no sentía — no hay motivo para asustarse. He desenmascarado a tres personas complotadas en el crimen. Dos se hallan bajo llave. Eso molestará a Staglawn.

—¿Staglawn?...

Teodoro pronunció el nombre como buscando un recuerdo pero sacudió la cabeza.

—Quizás tengas razón pero ¿dónde está Staglawn?

—No lo sé. No lo he visto. Pienso que es la cabeza de la banda. He oído su voz: la voz más malvada que he escuchado hasta ahora. Pero, dejemos eso, tío Ted, no son más que suposiciones. Hay algo mórbido en esta vieja casa, lo he sentido desde que entré. Es

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

No deje de comprarlo si quiere convencerse de que su información insuperable abarca diariamente todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas.

Administración
Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

como yo he imaginado siempre una casa encantada.

Teodoro aprobó. Se sentía algo más tranquilo. Para cambiar sus ideas Donald se puso a caminar por la pieza silbando para alejar la depresión que sentía.

Teodoro se puso de pie, con el rostro contraído.

—No... no... no silbes eso — dijo con voz ronca.

Donald se detuvo.

—Bien tío Ted. ¿Pero por qué no quiere que silbe esto? ¿No es un fragmento del "Diablee aux béquilles"? Lo oí tocar mucho cuando era niño.

Teodoro se tranquilizaba.

—Es que... estoy nervioso esta noche — dijo.

Vigilaba el viejo reloj.

—Bueno — dijo — la campana de la puerta debe sonar esta noche. Si eso ocurre, no prestaremos atención.

—¿La campana?

—Sí. Esperaba algunas visitas.

—¿Visitas? ¿En esta casa? Creía que nunca venía nadie tío Ted.

—Ordinariamente, no. Pero hoy es diferente. Es la noche del 7 de Octubre. Recibo siempre algunos visitantes esta noche, un pequeño club de amigos. Es un club íntimo formado por una media docena de gentlemans. Nos sentamos aquí y conversamos durante una hora o más.

Donald había abierto los ojos con asombro. La idea de una reunión secreta en la biblioteca de la Casa del Misterio era algo asombroso.

—Nadie conoce estas reuniones — se apresuró a explicar Teodoro — nadie salvo los miembros. Tu tía las conoce naturalmente pero jamás interviene en ellas. Como llegan a la una de la mañana tocan brevemente la campana, lo que produce un sonido muy leve. Yo mismo los hago pasar. Ni Groody ni su mujer son jamás molestados.

Los ojos de Donald se abrieron más aun. ¡Qué misterio esas llegadas secretas!

—¿Y ese club se reúne sólo una vez al año?

—Pronto sabrás todo esto, querido Donald.

Sus ojos espantados iban al reloj.

—Dentro de una hora y media, más o menos la campana comenzará a sonar. No tendremos más que hacer como que no oímos. No recibiendo respuesta, los miembros volverán a sus casas. Mañana les escribiré unas líneas, diciéndoles que no pude recibirlos.

Su voz desfalleció.

—No puedo tener visitantes esta noche aquí. Hay entre ellos uno en quien no tengo confianza.

La última frase no fué más que un cuchicheo acompañado de una mirada de horror a los lados. Donald no dijo nada más. Tocó con gesto maquinal el bolsillo donde guardaba el revólver de Patsy Gale. Atravesaron la pieza y se encontraron ante el busto de bronce.

—Me acuerdo de este viejo — dijo. — Tenía costumbre de colocarme frente a él tratando de comprender la extraña expresión de sus ojos y su boca. ¡Qué extraña sonrisa! La sonrisa de Mona Lisa en masculino si fuera posible. ¿Quién es, tío Ted? Ya no me acuerdo.

—El señor Amicus — dijo Teodoro. — Su verdadero nombre era Jacobo Hamilton Chadmore. Era tu bisabuelo.

—¡Oh! — respondió Donald. — La genealogía no me interesa, pero la cara sí.

Estudiaba intensamente la expresión.

—Algo de fatal en la sonrisa. Apostaría a que el señor Amicus murió de muerte violenta.

—Sí.

Teodoro se agitaba nervioso.

—Fué asesinado, aquí mismo.

Donald se acercó más.

—Asesinado aquí — repitió.

—Casi donde estás tu ahora.

Donald miró aterrorizado el lugar en que tenía los pies.

—Tú no has oído nunca hablar de la historia. Eras muy joven. Además es poco lo que hay que contar. Eso ocurrió una noche, hace cien años. Fué herido de muerte con un puñal.

Donald se estremeció. Las tinieblas y la débil luz de la bujía añadían horror al relato.

—¿Es todo, tío Ted?

—No todo. Se imaginaron sobre el crimen una cantidad de suposiciones estúpidas. Algún día te lo diré todo.

—¿Fué encontrado el asesino?

—No, pero...

Teodoro vaciló.

—El señor Amicus era versado en las ciencias ocultas... Lo comprenderás cuando te diga lo demás. Hay aún algo curioso de que quiero hablarte. El crimen fué cometido con un cuchillo, un viejo puñal que el asesino dejó en la herida. Ese puñal estuvo durante largos años prendido de ese gancho.

—¡El cuchillo del pirata! — exclamó Donald. — Un cuchillo de lujo, con puño de cuerno adornado de oro.

—Sí — respondió Teodoro.

Donald recordó bruscamente el puñal que le había dado Patsy Gale.

—Lo recuerdo — dijo. — Pero no sabía que tuviera tan terrible historia.

—Se produjo algo curioso — dijo su tío mirándolo con suspicacia. — El cuchillo considerado desde mucho tiempo como formando parte de la herencia había sido colocado de nuevo en su gancho. Mucho después desapareció. Desapareció al mismo tiempo que tú.

Donald se echó a reir.

—Tío Ted, le confieso que lo llevé yo. No sé porque. Un simple capricho, según creo.

—¡Oh! ¡Un capricho!..., ¿Dónde está ahora?

Donald vaciló. Pensamientos vagos comenzaban a inquietarlo. No quiso comunicar sus ansiedades a su tío confiándole eso.

—Lo perdí — dijo — si hubiera sabido su historia lo hubiera cuidado más. Quizá lo encuentre.

Teodoro frunció el ceño, pero no dijo nada. Donald se sentó ante el piano.

—Que raro y viejo es — observó. — Me gustaría saber si puedo tocar algo.

Pasó sus dedos sobre el teclado, pero Teodoro le empujó el brazo.

—No hagas eso — ordenó con voz ronca. De pronto, mirando el busto exclamó:

—Míralo se dió vuelta — gritó con espanto — cambió de lugar.

A Donald le pareció que esa agitación no tenía motivo de ser.

—Groody puede haberlo movido — dijo.

—No, no, Groody jamás lo toca. Recién estaba de otra manera. Debe haber ocurrido mientras subimos. Alguien... en una prueba... No podía creer cuando el piano... ¡Dios mío!

Donald no comprendía semejante excitación.

—¿Qué hay sobre el piano, tío Ted? ¿La prueba de qué?

Teodoro gimió, su rostro tenía el color de la ceniza.

—Eso prueba — dijo — que un extraño ha estado aquí... que quizá está aún.

Donald pensó que su tío no era razonable Aunque el busto hubiera cambiado de lugar ¿era eso tan importante?

—¿Está usted seguro tío Ted que ha cambiado?

—Positivamente, y hace menos de una hora.

Miraba con terror a todos lados, como si en la sombra se ocultara un enemigo.

—¿Quién vino aquí? — murmuró. — ¿Quién?

Se dejó caer en el sillón. Su angustia era lamentable y casi grotesca.

—Voy a mirar por allí — dijo Donald dirigiéndose hacia la puerta del hall.

—No, no quédate. No te vayas. Cierra la puerta con llave.

Después de mirar asombrado a su tío, Donald le obedeció. Su tío parecía haber envejecido diez años después de una hora. Un horrible terror pesaba sobre él. Había una razón más profunda que aquella de que hablaba o era sólo la mórbida influencia de la vieja casa.

Sus propios nervios estaban excitados. El temor de Teodoro era contagioso, la misma pieza con sus muros tan lejanos unos de otros perdidos en la sombra, y la enigmática sonrisa del señor Amicus en la media luz parecían emitir sobrenaturales vibraciones.

Antes de cerrar las puertas, las abrió y miró hacia afuera. Una daba sobre el hall, otra sobre el corredor. Ni en una dirección, ni en otra no oyó nada, no sorprendió más movimiento que el latido de sus sienes.

Las dos puertas tenían cerraduras y cerrojos, éstos no podían ser abiertos del exterior. Una vez cerradas las pesadas puertas, con las tres ventanas con rejas de hierro, la pieza era inaccesible.

—Ahora podemos estar tranquilos — dijo Donald echando otro leño al fuego. — El que quiera entrar aquí, tendrá que usar dinamita ó un hacha.

Teodoro aprobó gravemente. Sus manos delgadas se deslizaban por los adornos de cuero del sillón. Sus ojos brillaban detrás de los cristales ahumados. Tendía sus músculos y apretaba las mandíbulas tratando de sobreponerse al temor.

Donald sufría por él, sin comprender sus aprensiones. De espaldas al fuego, veía las miradas de su tío yendo de un lado a otro. Había cerca del sillón una estatua de bronce, representando una pastora griega que tenía en la mano un candelabro cuyas bujías daban una brillante luz, pero esa claridad no podía ir muy lejos. Pensó que su tío se sentiría más cómodo si había más luz y como en los candeleros a lo largo de las paredes las velas estaban gastadas se dirigió hacia una puerta.

—¿Dónde vas? — exclamó ansioso Teodoro.

—Necesitamos más luz, eso hará la pieza más alegre.

—No, quédate aquí — dijo él secamente.

—Entonces llamaré a Groody.

—Es inútil Groody no te oirá. Es duro de oídos y duerme profundamente. Está bien así, Donald, la luz es suficiente.

—¡Oh! está bien. Voy a encender sin embargo los pedazos de bugías que quedan. Durarán al menos un momento.

Después de encender todo lo que encontró en los candelabros volvió hacia su tío.

—¿Le gustaría que le lea, tío Ted?

—No, gracias, Donald... No podría fijar mi atención sobre nada, esta noche.

Los ojos de Teodoro volvían irremediablemente a posarse en el busto de bronce. Luego, miró los otros objetos; el canapé, las sillas antiguas de altos respaldos, la maciza chimenea de piedra, las largas y sombrías hileras de libros, el viejo reloj... y sus ojos volvieron de nuevo al señor Amicus.

Donald pudo leer el espanto que se avergonzaba de dejar ver. A pesar de las puertas y ventanas cerradas y atrancadas que hacían la pieza inaccesible, ese espanto no se disipaba.

Sus ojos vacilantes decían su pensamiento. Si realmente alguien había entrado mientras él estaba arriba, podía aún estar allí. En esa pieza inmensa había muchos lugares donde un intruso podía ocultarse.

Era una idea fastástica, pero Donald se dijo que debía hacer algo para tranquilizar a su tío. Empezó una metódica inspección a lo largo de las paredes, mirando los rincones, bajo los muebles y en todos los lugares, que un hombre de talla mediana podía ocultarse. No encontró rastros de ningún ser humano. Fiándose de sus sentidos su tío y él eran los únicos que ocupaban la biblioteca.

Capítulo XI

EL BUSTO... VEO ALGO...

La investigación concluyó en el rincón donde el busto de bronce se hallaba sobre el piano. Durante largo tiempo lo contempló, maravillado de la extraña fascinación que ejercía sobre él y de lo hipnótico de su sonrisa. Le impresionó esa sonrisa por su morbidez y por una nota de demencia. Se preguntó si el señor Amicus había sonreído así realmente o si era, una expresión agregada por el escultor.

Una especie de embotamiento le penetró mientras estaba contemplando el busto, pero la rechazó bruscamente. Dando un salto hacia atrás, dirigió a través de la pieza una

mirada hacia el sillón donde estaba su tío; algo no sabía qué, salía de pronto, extendido como una mano helada sobre sus nervios. Debía haber sido un vago ruido o una luz o una sombra ante sus ojos. Estremeciéndose, miró el sillón en que su tío había estado sentado algunos minutos antes. Ahora le parecía extrañamente vacío.

Un grito tembló en sus labios pero enseguida vió la jugada que le hacían sus nervios y su imaginación. Desde el piano, no veía más que el respaldo y los lados de la butaca. Era un sillón profundo y su asombro momentáneo era debido a que desde ese ángulo su tío quedaba fuera de la vista. Oía la voz temblorosa de Teodoro.

—¿Has mirado bajo el canapé, Donald?

—¡Sí, tío Ted, pero miraré de nuevo!

Le parecía que ese canapé era el lugar más indicado para ocultar a alguien. Estaba colocado en el otro extremo de la habitación, en ángulo contra las dos paredes. Examinó los lados, luego debajo. El lugar estaba vacío.

—¿No ves nada, Donald?

—Absolutamente nada, tío Ted.

—Aquí hay algo... en esta pieza... — afirmó la voz de Teodoro, temblorosa por la certidumbre. — ¡Lo siento!

Donald sentía lo mismo. Era una extraña sensación nerviosa. Tanto como lo evidenciaban las pruebas materiales, sabía que estaban solos en la habitación. Sin embargo, había en el ambiente algo como una vibración desconocida, la impresión de algo ocultándose bajo un manto de fantasma.

Se levantó. La pieza parecía burlarse de él con su inmensidad y sus secretos ocultos. Teodoro, evidentemente torturado por la inacción, se puso de pie y fué hacia él.

—...Lo siento... — gemía aún.

—Entonces busquemos juntos — sugirió Donald — Es posible que si alguien anda aquí, se burle de mí, manteniéndose siempre a corta distancia. En este caso, siendo dos vamos a acorralarlo.

Teodoro accedió. Los rincones se hacían cada vez más oscuros, los pedazos de bujías acababan de arder. Después de tantear el bolsillo donde guardaba el pequeño revólver de Patsy Gale,, Donald recomenzó la busqueda.

—Mire atentamente, tío Ted. No puede deslizársenos de entre los dedos, dos veces seguidas.

Siguiéndose a corta distancia, escrutaron cada pie cuadrado, mirando detrás y debajo de cada mueble. Esta vez, pensaba Donald, la investigación será concluyente; ningún intruso, podría escapar.

De pronto Donald se detuvo con los nervios en tensión, tenía la impresión de que algo impreciso lo cortaba. Tembló de la cabeza a los pies, un estremecimiento le corrió por la espalda. Cuando se detuvo bruscamente, oyó un ruido, una especie de suspiro sofocado. Entonces el horror se apoderó de él, permaneció inmóvil helado de estupor. Un soplo de viento había penetrado en la pieza y las ramas muertas del roble golpeaban la ventana. Volvió a oír el mismo ruido inexplicable. Pareció que la luz de las bugías se oscurecía y, como mirara a su alrededor no vió más a Teodoro, pero un gemido atrajo su atención hacia el canapé. Su tío estaba apoyado contra el diván, grotescamente contraído, el rostro blanco, los ojos fuera de las órbitas detrás de sus cristales ahumados como si estuvieran fijos en alguna horrible visión.

Donald dió un suspiro de alivio. Durante un momento, después de haber oído esos horribles gemidos tuvo la impresión de que algo horrible había sido consumado en esa penosa atmósfera. Pero veía a Teodoro que solo había sido atacado de nuevo por el horror.

Se hallaba en ese momento ante el gran reloj y hubiera querido precipitarse al lado de su tío. Algo lo retenía en ese lugar; la sensación de que un visitante invisible a quien no veía pero que sentía a su lado, muy cerca, a penas a pocos pies, quizás detrás del reloj.

—¿Qué hay, tío Ted? — gritó.

—El busto... el señor Amicus...

Teodoro señalaba con dedo temblorosa el busto.

—Lo he visto aquí... lo he visto...

En un espanto de horror levantó sus hombros desviados hasta casi tocar las orejas. Donald miró el busto y no vió nada de particular. Teodoro había visto realmente la caja del reloj, nadie en el interior. Cuando lo cerraba un grito desgarrador llegó hasta él.

—Allí, allí — gritó con voz ronca... — lo he visto otra vez...

En un salto Donald estuvo de nuevo al lado del piano registrando el ángulo oscuro. Un momento antes, había encendido allí unos pedazos de bugías en los brazos de la pared, pero se habían extinguido. El rincón oscuro estaba vacío, si su tío había visto a alguien allí, éste se había desvanecido sin ruido y sin dejar rastros. Donald miró entonces el busto de bronce.

Un destello particular, que caía de las bujías de enfrente, lo iluminaba. Una mágica fascinación lo mantuvo durante un momento allí, pero el encanto quedó rápidamente roto por una serie de ligeros ruidos que llegó a sus oídos; al mismo tiempo creyó ver algo que flotaba. Eso pasó y desapareció, mientras que en el silencio que continuó oía el roce de una rama contra la ventana.

—¡Tío Ted!... — gritó.

Luego rió de su error. El hombre que había pasado tan cerca suyo, no podía ser Teodoro pues éste se hallaba aún inclinado contra el sofá. Se dió cuenta entonces de que veía detrás del piano un gran espejo con un marco de oro oscuro. Sin duda, de allí venía su enloquecedora impresión de haber visto a su tío en dos lugares al mismo tiempo.

Desde el canapé llegó un gemido de agonía. Las manos del anciano estaban apreta-

PUCKY

das al cuello, su rostro descompuesto decía su horrible sufrimiento...

—Mi corazón — gemía... — Remedio... en el cajón de la mesa... rápido... Donald...

Donald corrió hacia la maciza mesa, tiró del cajón y volcó el contenido.

—...Una botellita... etiqueta roja... — dijo desde el canapé la voz que gemía.

—Voy a encontrarlo...

La búsqueda de Donald era frenética. Evidentemente su tío tendría un ataque pero la botellita no se veía. Abrió el cajón, tiró los papeles y pequeños objetos en todos sentidos sin encontrar lo que buscaba.

—¿Está seguro, tío Ted? ¿Está seguro de que se halla aquí?

Ninguna respuesta. Sus manos dejaron de buscar. Levantó la cabeza. El canapé estaba vacío ahora, Teodoro ya no estaba más en él. Quedó un momento como anonadado, y se detuvo sin aliento escrutando la sombra. Un gemido atrajo sus ojos hacia el canapé; se inclinó y tropezó con algo, en el suelo. Un brazo estaba extendido, una rodilla levantada, un rostro contraído lo miraba. Sobre el blanco plastrón de la camisa, vió una mancha purpúrea y en el centro de esta mancha vió...

El horror llenó su cerebro. Se inclinó más bajo, luego más, mientras el círculo rojo se extendía... Un grito salió de sus labios a la vista de ese diabólico objeto en el centro de la mancha roja.

Era el puñal del pirata.

Combatió la locura, llamando a la razon. Su tío estaba muerto, precipitado a la muerte por el monstruo cuya presencia había sentido sin verlo... ¡Sí, muerto!... Pero no, los labios se movían, las pupilas se extremecían, la mano extendida temblaba, hacía un movimiento, como tratando de señalar algo. Quizá había esperanza.

Un médico. — Buscó el teléfono pero se acordó que en la Casa del Misterio no existía... Corrió a la puerta, tiró del cerrojo, volvió la llave, y abrió:

—¡Groddy! — gritó ¡Groddy!...

Había que hacer levantar a Groddy que sabía donde hallar enseguida un médico.

Al fin respondió la voz dormida del sirviente.

—Corra a buscar un médico, Groddy... rápido!...

Una exclamación, una puerta cerrada arriba, Donald se apretaba la frente, dudando de su razón, a la sombra de la escalera.

Todo estaba oscuro, salvo una débil línea de luz que salía de la puerta abierta. De pronto sus dedos, se agarraron a la baranda.

Armonías discordantes salían de la biblioteca.

Del piano del señor Amicus salía una música ronca, algunos compaces... luego el silencio.

Una carcajada de misterio sacudió al joven:

—El "Diable aux bequilles!...

Capítulo XII

PRIMERA PESQUISA

La ley había invadido sin piedad el sagrado terreno de la Casa del Misterio.

—El detective — inspector Ripple, no veneraba las antiguas tradiciones. Para él un crimen era un crimen, que se produjera en un palacio o en una cabaña. Era un hombre pequeño con un bigote de guías colgantes y voz gruesa.

Su apariencia era más bien lúgubre, a excepción de un pequeño pañuelo de seda de color que le salía del bolsillo.

La falta de teléfono había puesto al inspector de mal humor, al obligarlo a mandar continuamente un agente a enviar mensajes a una cabina telefónica que quedaba cerca. De donde se perdía tiempo.

Acariciando distraídamente el pedazo de seda de su bolsillo llevó su atención al trabajo del cirujano legista, un hombre jovial, de cara redonda y ojos azules siempre asombrados. El examen del cuerpo había sido poco complicado, pues el cuchillo que estaba en la herida del pecho decía por sí mismo su propia historia.

Después de esto el doctor tomando su valija se dispuso a retirarse.

—¿Ya no tienen necesidad de mí? — preguntó al inspector,

—No... sí...

Ripple clavaba su mirada sobre Donald que había hecho un relato abreviado e incoherente de lo que había ocurrido.

—¿Ningún síntoma de enfermedad al corazón?

—¿Enfermedad al corazón?

Los ojos del doctor se abrieron más grandes.

—Sí, la clase de enfermedad al corazón que puede producir un cuchillo

—¿Es todo?

Positivamente todo. Solo el puñal causó la muerte.

Partió saludando amablemente a los asistentes. La pesquisa continuó. A la puerta, Groddy y su mujer, uno al lado del otro estaban horrorizados. Donald no parecía repuesto aún del choque recibido. Su tía agobiada por lo que acababa de ocurrir, estaba ahora en su cuarto recibiendo los cuidados del médico que Groddy había ido a buscar.

Todo se hacía metódicamente. Manos expertas, profanaban a su contacto todos los objetos que habían sido sagrados a los Chadmore.

Lefferth, el experto estaba apenado alrededor de un pequeño instrumento que parecía hecho para los átomos. Recogía sobre diversos puntos un polvo amarillento, soplaba y hacía una atenta inspección con la suya. Luego, el fotógrafo ajustaba su aparato y hacía brillar la luz del magnesio.

Ripple pasó detrás del canapé, se inclinó sobre el cuerpo y sacó el cuchillo de la herida, tan tranquilamente como hubiera arrancado una yerba del suelo. Tocó el

mango muy ligeramente y lo pasó a Lefferth.

—Ponga aquí su ojo de águila — dijo.

Donald miraba, fascinado. El profundo horror conque lo había dejado el crimen, lo tenía en un horrible estado de excitación. Aun no había contado a Ripple todo lo que había visto y oído. Quería dar a su espíritu el tiempo de reponerse. Y Ripple, que reclamaba hechos precisos, probablemente hubiera reído si se le hablaba de un criminal que se podía sentir pero no ver y de un piano que tocaba solo.

Lefferth, después de haberse hecho traer por Groddy las bujías suplementarias, examinaba con gran cuidado el puñal, especialmente el puño.

Un ligero murmullo de satisfacción escapó de labios del experto que llenaba el manojo del polvo amarillo. El fotógrafo procedió luego con particular atención. El inspector Ripple se acercó, Donald también. Sabía lo que eso significaba. El asesino, era después de todo un ser humano, negligente por añadidura. Había dejado la impresión de sus dedos sobre el puño del cuchillo.

—Corra a revelar las pruebas — dijo Ripple.

Lefferth y el fotógrafo salieron. Hacía apenas un minuto que habían salido cuando otros dos hombres entraron en la pieza. Uno de ellos de notable altura se presentó como el Comisario principal, Mott de Scotland Yard. No era más que en ocasiones de gran interés que Mott visitaba el lugar del crimen y el asesinato de la Casa del Misterio le había parecido de esa clase.

Mott era realmente un hombre impresionante, alto y fuerte, vestido de manera que aumentaba su dignidad y tenía una fisonomía inteligente. Cada uno de sus movimientos, ya para sacarse el sombrero, o los guantes estaba estudiado de manera de producir cierto efecto. Sin embargo tenía una imperfección: su ojo izquierdo era de cristal, pero tan ingeniosamente imitado y jamás miraba bien de frente a la persona con quien hablaba.

Al llegar, quedó un momento al lado del piano, hablando con el inspector Ripple y mirando hacia donde estaba Donald. Durante ese tiempo, el hombre que había llegado con el se dedicaba a sus ocupaciones particulares que consistían en circular lentamente alrededor de la pieza, examinándolo todo como si fuera objeto de la más grave desconfianza.

Este era Milliken, un miembro muy apreciado del estado mayor personal del comisario principal. Era un hombre anormalmente fuerte y provisto de un largo cuello que balanceaba hacia adelante, de manera que su gran cabeza no parecía posada enteramente sobre los hombros. Sus orejas se separaban de su cara rojiza pareciendo querer abandonarla. Su nariz era muy larga y parecía que siempre se caía de sueño. Sus movimientos eran tan descuidados como su aspecto.

Miró el cuchillo que había quedado sobre la mesa, después de la partida del experto en impresiones digitales. Tomándolo por la lámina y haciéndolo girar lentamente, consideró cuidadosamente la empuñadura.

Donald lo oyó murmurar:

—No es natural...

En ese momento el inspector Ripple, llamaba al joven.

—He aquí a Mr. Donald Chadmore, señor — dijo a Mott.

—Estaba en ésta pieza con su tío cuando sucedió eso.

—¡Oh! El heredero fugitivo — dijo Mr. Mott tratando de bromear — Bien. ¿Qué puede decirnos usted, Mr. Chadmore? Comencemos desde el momento en que usted desapareció anoche.

Donald contó todo, desde la persecución de Max Jarrow, hasta el momento en que halló a su tío muriéndose detrás del canapé. Algunos incidentes parecían demasiado turbados para un relato tranquilo y de otros no hizo mención. Pasó rápidamente sobre lo de Patsy Gale y terminó con bastante confusión. Ripple acariciaba su pañuelo sonriendo. Mott con su ojo de vidrio era un interlocutor desconcertante mirando siempre más allá. Y luego se dió cuenta de que el imponente Milliksen estaba de pie detrás suyo escuchándolo.

—Mr. Chadmore — dijo Mott al cabo de un momento — dice usted que su tío parecía esperar lo que ocurrió?

—He tenido esa impresión. Primero estaba my nervioso y luego se puso muy asustado. Parecía completamente seguro de que aquí había alguien oculto.

—¿De veras? Pero, según lo que acaba usted de declarar eso era imposible.

—Si era imposible, pero...

Donald vaciló aún; las contradicciones y cosas increíbles turbaban su espíritu.

—Una o dos veces, gritó que veía a alguien.

—¿Pero usted, vió a alguien?

—No... — dijo Donald de manera insegura.

Sombras flotantes y emanaciones inciertas llenaban su espíritu, pero eran cosas demasiado vagas para ser incluídas en la declaración. Milliken se fué más lejos torciendo su cabeza de todos lados como si estuviera poco sujeta a su largo cuello.

—En fin — añadió Mott con su aire tranquilo — estaba usted solo con su tío cuando fué cometido el crimen.

Donald se estremeció. La inculpación era clara y le era dirigido un golpe derecho. La sonrisa de Ripple se acentuó, Milliken parecía distraído. Por una vez y un solo momento Mott clavó su ojo en Donald.

—Nadie puede haberse ocultado aquí — insistió — también hubiera sido imposible entrar. Su propia declaración lo afirma.

—He mandado llamar al viejo "Cerradura", señor — dijo el inspector Ripple.

(Continuará)

LA CASA DE LAS MIL DELICIAS

Por STEPHEN A. REYNOLDS

(Conclusión)

VIII

LENTA, muy lentamente, sintiendo gran dolor a cada movimiento, Burton Shea se sentó y miró a su alrededor.

A su izquierda tenía una maciza puerta, indudablemente con barra y cerrojo. La luz que penetraba en la pieza era a través de las rendijas de sólidos postigos.

Recordó los acontecimientos de la noche anterior. Pensaba por qué Lee Kee y el chauffeur no habían entrado como estaba convenido. Pensó vagamente en su despedida de los Posts, dos días antes, y en la promesa que le había hecho Evelyn de escribirle desde el Japón. Estaban bien lejos ya y Shea se alegraba de no haberles explicado por qué medios pensaba hacer fortuna rápidamente.

Sus secuestradores lo habían reconocido como hombre blanco; de eso estaba seguro, porque el tinte de vellorita de sus manos y brazos estaba manchado como si le hubiesen pasado una esponja mojada.

Buscó su pistola, esperando apenas encontrarla. No la tenía. Pero si unas cuantas monedas dentro del bolsillo izquierdo de la blusa y entre ellas dos soberanos de oro. El dinero abultaba poco y había escapado al registro.

Shea se puso de pie, Trastabilló un momento o dos y luego se dirigió hacia la puerta. Estaba cerrada con pasador o barra del otro lado y era tan firme que sus esfuerzos más poderosos no consiguieron moverla. Miró a su alrededor, el piso pero no vió nada importante. Había pedazos de cal, paja, cáscaras de huevo y algunos pedazos de bambú mohosos, que parecían haber formado la varilla inferior de algún biombo o cortina. Ahora se acercó a la ventana y miró por la rendija más grande.

Un pequeño gruñido de satisfacción pasó por sus labios, porque vió por aquella rendija lo suficiente para convencerlo de que estaba prisionero en una de las callejuelas laterales de la Ciudad Nativa. A la distancia, bien alta sobre el horizonte, distinguía la silueta del elefante, esculpida sobre el templo de Dien Zung. Siéndole familiar a Shea las tortuosas calles y los terribles olores de la parte china de Shanghai, separada por murallas de las colonias europeas, comprendió que no estaba lejos de la puerta sur.

Frente a él había una calle angosta. En un patio sucio trabajaba un fabricante de sillas de bambú.

Pero, fuera cual fuere la situación exacta de su prisión, Shea decidió que estaba en un patio o pasaje poco frecuentado, porque durante los diez minutos o cosa así que aplicó sus ojos a la rendija sólo pasaron dos chinos. Los llamó a gritos. El primero miró indiferente en su dirección y luego siguió. El segundo, un coolie, que llevaba una jarra de agua colgada del hombro era, aparentemente sordo.

Pero los gritos dieron, sin embargo, resultado. Porque al segundo oyó Shea ruido detrás suyo y, dándose vuelta, vió que la puerta se abría. Un coolie gigantesco, de malvada cara, apareció en la abertura e inmediatamente comprendió el inglés que era su guardián.

—"Ho sak kai" — le dijo Shea cortesmente.

El chino no contestó e hizo como si fuera a cerrar la puerta otra vez.

—¡Un momento! — dijo Shea en cantonés. — Si quiere oro, le pagaré una buena suma por ponerme en libertad o llevar un mensaje mío. — Buscó dentro de su blusa y le tendió una moneda de oro. — Tome esto, como anticipo — concluyó.

Pero el chino se limitó a mirarlo, frunciendo el ceño. Luego escupió en el suelo y cerró la puerta.

—Este es uno de los que odian a los blancos — pensó Shea. — Y sabe que yo lo soy.

Nuevamente miró Shea a su alrededor buscando un arma, algún objeto que pudiera servirle. Agarró uno de los pedazos de bambú y vió que estaba completamente podridos. Luego se le ocurrió un plan.

—Si consiguiera recado de escribir — pensó — podría garabatear una nota para el Cónsul General y darle una idea de donde estoy. Podría enrollar el papel y meterlo dentro de uno de esos pedazos de bambú, atándole del lado de afuera una nota escrita en chino y pidiendo al que lo encuentre que lleve el pedazo de bambú al Cónsul General, donde se lo pagarán bien.

Luego se fijó Shea que había un agujero, producido por un nudo de la madera, en la parte alta del postigo y se dijo que si el pedazo de bambú no podía pasar por la rendija lo haría, seguramente, por el agujero.

—Y con una moneda de oro añadida a él, como pago adelantado — se dijo — ningún coolie que lo encuentre resistirá a la tentación de llevarlo al Consulado General, para recibir el resto de la recompensa.

Hasta entonces todo iba bien; pero ¿cuáles eran los planes de sus secuestradores? ¿Lo tenían prisionero únicamente para hablar con él? ¿Para torturarlo antes de asesinarlo?

Nuevamente cerró los ojos y al recordar cuan cerca había estado de saber el nombre del que poseía el "joo-i", sus pensamientos fueron naturalmente, a la cantora y a Sheng Kung Pao.

—Si Sheng Kung Pao supiera que estoy aquí — pensó — seguramente rompería la Muralla de la Ciudad para abrirme paso.

Luego la sonrisa desapareció de su cara y apareció en ella una extraña expresión.

—¡La maldición de Gow Loom! — murmuró.

Años atrás, Sheng Kung Pao le había aconsejado que si alguna vez se encontraba en peligro y sus agresores eran budistas tendría probabilidad de aplazar la hora de su muerte y elegir la que prefería si tenía tiempo de pronunciar contra ellos aquella maldición. Ahora trataba Shea de recordar las palabras exactas, la parte olvidada, cuando un ruido afuera lo hizo ponerse de pie; la puerta se abrió y entró Kou Chang con tres chinos más.

Shea conocía de vista a dos de ellos; eran asesinos a sueldo que hacía poco habían salido de la cárcel. El tercer chino le era desconocido, pero una mirada a su malvado rostro le dijo que nada bueno podría esperar de él Ahora el gigantesco coolie lo miraba también con odio, desde la puerta.

—¿De modo, dijo Kou Chang, avanzando y mirándole de soslayo — que es usted el que me robó mi pájaro cantor? ¿El blanco llamado Tsich (Shea)? Dígame por qué vino a espiar a mi casa. Dígamelo a mí y a mi socio.

—Yo no tengo nada que ver con su casa de te — dijo sombriamente Shea. — Me disfracé porque estoy trabajando en un caso particular. Poco me importa de su juego y otros planes. No estoy en relaciones con la policía de Shanghai. Es cierto que le quité la cantora; pero si me pone en libertad, le pagaré en oro, todo el importe de su deuda.

Pero Kou Chang sonrió malvadamente y sacó una pistola. Estaba seguro el prisionero de que era su propia pistola automática.

—Le doy el espacio de tiempo que se tarda en preparar una píldora de las que fingió fumar — fué su respuesta. — Si no me dice la verdad sobre el motivo que lo trajo a la Casa de las Mil Delicias, lo mataré con su misma pistola.

—¡Ahora o nunca! — se dijo Burton Shea. Se irguió en toda su estatura y cruzó los brazos.

—¡Que la maldición de Buda caiga sobre ti! — dijo con acento impresionante. — Que el rayo salga del cielo obscurecido, estalle sobre la tumba de tu padre y del padre de tu padre, que las abra y sus huesos sean violados por los animales domésticos y las aves de rapiña, que se conviertan en polvo, deshonrados por toda la eternidad a menos que — se acordó ahora Shea de las palabras y las recitó con terrible acento — yo, tu enemigo, obtenga el privilegio de elegir entre las Tres Muertes y tenga tiempo para prepararme a morir.

El rostro de Kou Chang se volvió color ceniza. La pistola osciló en su mano y el brazo cayó al costado.

—La maldición de Gow Loom! — murmuró.

Su socio estaba igualmente impresionado. Los dos asesinos y el hombre de la puerta parecían convertidos en estatuas.

El socio de Kou Chang fué el primero en recobrar su equilibrio mental. Se inclinó hacia el propietario del establecimiento y le dijo:

—No importa. El diablo extranjero morirá de todos modos. ¿Qué más da que su muerte se retarde un poco y él mismo elija la manera de morir?

Shea entendió las palabras murmuradas y permaneció firme.

—¿Cuál de las tres muertes elige? — le preguntó Kou Chang.

—Puedo ser o bien decapitado por un hombre de su elección — replicó Shea — o dejarme caer sobre la punta de una espada o tragarme la Oblea de Oro.

Un movimiento afirmativo de cabeza fué la respuesta.

Rápidamente examinó Burton Shea los tres puntos.

La muerte por la Oblea de Oro quedó descartada inmediatamente. Shea no tenía la menor idea de colocar sobre su lengua un disco de oro batido y tragárselo hasta que la muerte sobreviniera por asfixia. Ni tampoco lo seducía ser descabezado por el monstruo que estaba parado en la puerta.

Espada en mano, podría violar las disposiciones de la tregua y, si la muerte llegaba, morir peleando.

—Elijo la espada — declaró.

—¿Y cuánto tiempo pide para prepararse? — preguntó Kou Chang, con cierto respeto en sus maneras.

—Necesito, por lo menos, cuatro horas — contestó Shea. — Solo y con materiales para escribir un mensaje de despedida a cierta persona, de allende los mares, que me es muy querida. Usted puede hacer leer el mensaje antes de echarlo al correo, después de

mi muerte, porque en el no mencionaré su nombre ni como hallé la muerte. ¿Se me concede la tregua para esa preparación?

Kou Chang se volvió a su socio; este último movió afirmativa y casi imperceptiblemente la cabeza.

—Está bien — accedió Chang. — Tendrá papel, tinta y cuatro horas de tiempo. Luego recibirá la muerte por su propia mano y la maldición no producirá efecto.

delgado y un pincel de punta fina. Rápidamente empezó Shea a trabajar.

Pronto había garabateado sobre una hoja de papel, en visibles signos chinos:

"Al hombre que recoja esto:

Hay una moneda de oro envuelta en un pedazo de papel atado a este escrito. Lleve el pedazo de bambú al Consulado General, Whangpoo Road, No. 36. Guárdese la moneda y si va en seguida a ver al Cónsul General,

¡La maldición de Buda caiga sobre ti! — dijo Shea.

En febril expectativa, Shea se paseó por la pieza unos diez minutos. Luego apareció el gigantesco coolie. Entró a la pieza un banquito y una pequeña mesa, puso algunos materiales de escribir sobre esta última y desapareció, sin decir palabra.

—Se han portado bien — gruñó el prisionero, porque sobre la mesa había un número de hojas de papel amarillo, un sobre largo y

recibirá otra moneda de igual valor. Puede estar seguro de su recompensa".

Un segundo pensamiento hizo añadir a Shea con caracteres subrayados:

"Si las oficinas estuvieran cerradas por cualquier razón, lleve el pedazo de bambú y su contenido a la casa de Sheng Kung Pao, en Bubbling Well Road. Insista en que sea entregado inmediatamente a su amo".

Tomó otra hoja de papel y escribió en inglés:

"Estoy prisionero en el primer piso de una casa, probablemente vacía, en la Ciudad China. No puedo hallarme lejos de la Puerta Sur porque distingo el elefante del Templo de Dien Zung. Vengo a quedar a la derecha del elefante y más o menos a un cuarto de milla de distancia. Cerca de mí hay un gallinero y frente a la callejuela que distingo desde mi ventana, dos sillas de bambú, una encima de la otra. Debe ser ahora cerca de mediodía y no me quedan más que cuatro horas de vida. Si llegáis aquí demasiado tarde, Kou Chang, de la Casa de las Mil Delicias, será el responsable de mi muerte. Avisad por teléfono a mi criado, en el hotel Astor y tratad de detener al hombre que envíe este mensaje a fin de que pueda guiaros al sitio donde lo recogió.

¡Daos prisa!

SHEA"

El mensaje en inglés fué enrollado en un pequeño compás y metido en el hueco de uno de los pedazos de bambú. Ahora Shea desgarró el borde de su blusa e hizo una especie de cordón. Envolvió una de las monedas en un pedazo de papel en blanco. Dobló el mensaje escrito en chino, formando una larga tira y lo ató a la circunferencia exterior del pedazo de bambú, de manera que se viera bien lo escrito: "Al hombre que recoja esto".

Ahora ató al paquete la moneda envuelta y se situó junto a la rendija del postigo. Pocos minutos después pasó un coolie de la clase más baja, el cual caminaba por el centro de la calzada. Inmediatamente metió Shea el paquete por el agujero del nudo y oyó que caía sobre las piedras. No pudo ver Shea si el Coolie lo advertía y dirigía sus pasos hacia el sitio donde había caído. La rendija era demasiado estrecha y no permitía una visión directa del pavimento que quedaba debajo de la ventana.

Ahora Shea trepó sobre la mesa y trató de mirar por el agujero. Pero el ángulo era malo. El agujero abarcaba sólo una parte del cielo azul.

¡El mensaje estaba en manos de los dioses!

Lentamente pasaron los minutos y de pronto saltó Shea ante este pensamiento. ¡Qué estúpido soy! Seguramente tengo "dos" soberanos y sobra de papel y tinta.

Era muy difícil escribir inglés legible con el pincel; pero lo hizo lo más rápidamente que pudo y pronto tuvo un duplicado de los dos primeros mensajes. Envolvió la moneda de oro y la ató, como había hecho con la anterior. Luego se apostó nuevamente ante la rendija y esperó que pasara alguien.

Esta vez fué un digno chino, de la clase culta. A juzgar por sus ropas y porte, la breve mirada de Shea se lo hizo clasificar como un "shroff", cambista o jefe de empleados.

Por segunda vez el preso dejó caer el cilindro por el agujero.

—Y bien — pensó Burton Shea en voz alta — he hecho lo que he podido. Escribiré unos cuantos mensajes más y los meteré por el agujero, mientras tenga bambú. Tendrán que conformarse con la promesa del dinero, porque Burton Shea está arruinado.

Por espacio de una hora más, Shea pintó papeles amarillos con caracteres negros y los metió por el agujero, cada vez que se acercaba un transeunte. Luego se le ocurrió que todo ese trabajo podía resultar inútil y sus pensamientos se dirigieron tiernamente al objeto más caro de su vida.

—Si muero, — dijo sombríamente — ella tiene que saberlo. No sería justo hacerla esperar un año a un hombre que nunca volverá.

Sentóse y escribió la dirección del sobre.

Luego se puso a escribir una larga carta.

Escribía aún y había casi renunciado a la esperanza cuando oyó ruido en la puerta. Apresuradamente agregó las líneas: "Mi última hora ha, probablemente, sonado. Adiós". Luego, con un nudo en la garganta, pronto para lo que pudiera sobrevenir, se puso en pie de un salto.

Se movió la barra, abrióse la puerta y entraron Kou Chang y sus hombres. Uno de estos traía una caja, larga y fina, de laca. Sabía Shea que contenía la espada.

—La hora ha llegado — dijo Kou Chang sin preámbulos.

Shea dobló las hojas que acababa de escribir y las metió en el sobre, que dejó sin cerrar.

—Este es — dijo — mi mensaje de despedida. Está escrito en el idioma de mis padres. Hágalo leer y traducir para estar seguro de que no encierra peligro para usted. Luego póngale una estampilla y écheló al correo. Estoy pronto.

Shea entregó el sobre a Kou Chang. Este último dirigió una mirada de odio maligno al hombre blanco; pero, intimidado por la temida maldición recibió la misiva e hizo una seña al hombre de la caja.

El se arrodilló para desabrochar la correa que la sujetaba y Shea vió con angustia que Kou Chang había guardado la carta dirigida a Evelyn y sacado una pistola.

—Desconfía de mí — pensó; pero antes de que pudiera proyectar una ofensiva o tregua, oyó golpes abajo.

¡La ayuda había llegado!

Su sólo pensamiento electrizó a Shea, haciéndolo entrar en acción. Saltó de donde estaba y agarró la mano armada de Kou Chang. Siguió una fuerte detonación; pero la bala, forrada de nikel, sacó chispas en el pavimento de piedra.

Se oyó un ruido y alguien descorrió los pasadores de la puerta, entrando el sol de la tarde en la pieza. Mientras Kou Chang agarraba a Shea por la garganta, el joven vió la cara de su valet, Lee Kee a menos de tres pies de distancia.

Resonaron en ese momento dos detonaciones de pistola en la habitación. La poderosa figura de Kou Chang quedó inerte en brazos de Shea. La espantosa presión de sus dedos, en la garganta del inglés, cesó.

IX

Burton Shea entró en la casa de Sheng Kung Pao y fué recibido por Georgette y el

viejo capitalista como si volviera de la tumba.

—Siento, hijo mío — dijo el anciano — que hayas corrido tan terrible riespo. Si no hubieras resuelto entrar personalmente en la Casa de las Mil Delicias, yo habría hallado medios de hacer venir al mezclador de opio a mi casa. En realidad lo hice, después que tus hombres entraron por el fondo. Los otros te sacaron por una puerta secreta y no fué posible hallarte.

—¿Está aquí Shew Hing? — preguntó sorprendido Shea.

—Sí, hijo mío, y aquí permanecerá hasta el fin de sus días. Porque fué bueno con la cantora no conocerá necesidad en su vejez Y he obtenido de él toda la verdad.

—Vendió el "joo-i" a un chino que hablaba inglés y francés — interrumpió Shea.

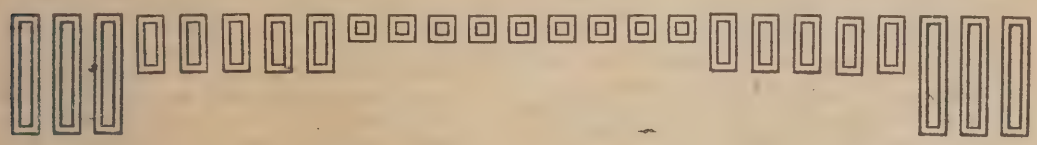
—Sí, a Luen Wo, por muchos años intérprete oficial del Tribunal Mixto

océano y tienes que alcanzarlo. Yo veré de que no se te moleste por las dos muertes ocurridas en la Ciudad China. Llévate a tu valet y toma el vapor que sale mañana. Tus contratos están seguros; son válidos por un año. Apúrate, hijo mío, y que mi Dios y el tuyo te acompañen.

Pocos minutos después, Shea salía de la casa de Sheng Kung Pao, con un nudo en la garganta y los ojos nublados.

Fué Lee Kee que más tarde, en Nueva York y después de una larga sesión telefónica pidiendo direcciones, dió a Shea la noticia de que el juez Taylor había muerto en el mar. Shea había venido por vía de Vancouver y nada sabía.

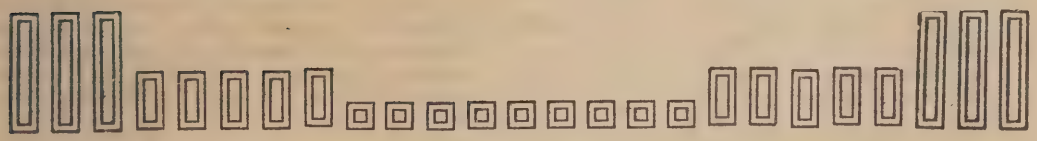
Pasó una semana y algo más antes de que Shea pudiera ser recibido por la atribulada viuda. Luego, un día, fué a ver a la dulce y simpática viejecita, en el hogar de los Taylor, en Nontucket Island. Por todas partes



PROXIMAMENTE

LATIGO NEGRO

Por CHARLES HUTCHINSON



—Conozco a Luen Wo — dijo Shea entusiasmado.

—Acaba de salir de aquí hace menos de media hora — replicó el anciano sonriendo.

Burton Shea alzó ambas manos.

—Usted parece habérseme anticipado en todo — dijo de buen humor.

—Sí, — prosiguió el anciano — he sabido por él que, hace varios años obsequió con el "joo-i" a su amigo y superior, el juez Taylor, acesor americano del Tribunal Mixto.

—¡Y el juez Taylor y su esposa se embarcaron la semana pasada para Estados Unidos! — dijo Shea, con la cresta un poco caída.

—Llevándose muchos cajones con curiosidades y reliquias — dijo el viejo significativamente. — El juez se ha jubilado y no volverá a Shanghai. Indudablemente se ha llevado el "joo-i". Ahora debe estar en el

se advertía el gusto oriental de su difunto propietario.

Shea esperó en la biblioteca que llegara la señora Taylor.

—Posiblemente — pensó emocionado — el "joo-i" está en esta misma habitación.

Pero resueltamente se abstuvo de buscarlo con los ojos y esperó la llegada de la dama.

Era una ancianita de suaves modales y blancos cabellos, vestida de negro. No bien le hubo presentado Shea sus condolencias, expuso el objeto de su visita y ella le dijo:

—Recuerdo perfectamente el "joo-i" — dijo. — Luen Wo, el intérprete de mi marido se lo regaló hace varios años El lo conservó en el tribunal, usándolo para abrir las cartas por mucho tiempo Temo que no le diera el valor que tenía, por el disco roto del mango, porque nunca lo trajo a casa para guar-

darlo en el gabinete destinado a los objetos de jade Yo lo vi a menudo y me pareció único y muy hermoso Pero el juez era perito en jade y yo no

La señora Taylor sonrió dulce, pero tristemente

—¿Y no recuerda usted que puede haber sido del "joo-i"? — preguntó Shea. — Tiene para mí una importancia suprema.

—Recuerdo vagamente que el juez vino un día a merendar a casa y me contó que le había regalado el abre-cartas a un amigo que lo admiró, un americano, creo. No recuerdo que me mencionara su nombre. Pero estoy segura de que el objeto no estaba en nuestro poder cuando nos embarcamos, rumbo a la patria, porque yo lo empaqué todo con mis propias manos.

Shea se tragó su decepción y despidióse de la dama.

Siguieron meses de infructuosas pesquisas. Gastó Shea muchos cientos de libras en avisos inútiles. La búsqueda entre los amigos del difunto juez disminuyó sensiblemente el pequeño capital que tenía Shea en el banco, haciéndole cruzar el continente tres veces.

Todos los comerciantes en artículos de jade y objetos chinos de treinta ciudades americanas fueron visitados por turno. Y el resultado... nulo.

Los papeles y cartas que Sheng Kung Pao le dió antes de partir, resultaron muy útiles a Shea, haciendo que miles de chinos se pusieran a buscar el "joo-i". Pero nada se consiguió y la desesperación empezó a apoderarse de Burton Shea.

De pronto decidió ver a Evelyn por última vez y contarle su fracaso.

La encontró en la biblioteca de la casa de su padre, en Westchester, a una hora de camino de Londres. Era la época de la recolección de las manzanas y la dulzura y paz del campo parecían burlarse de Shea.

La joven misma tenía aspecto tan fresco, como las flores de los huertos.

—¿Por qué no ha venido antes? — le preguntó. — ¿Por qué no me escribió más a menudo?

—He venido, Evelyn, — replicó él gravemente — simplemente a anunciarle mi fracaso. Tengo que renunciar a usted. Fuí un loco visionario.

—¡Cállese! — le dijo ella dulcemente y le puso una mano sobre el hombro.

Shea hubiera querido escapar a la dulce presión y huir; pero ella lo detuvo y, como buena mujer, trató de arrancarle el secreto de aquellos diez meses largos, de viajes errantes.

Burton Shea contó algunos de los detalles. Todo le parecía ahora tan estúpido que le daba casi vergüenza hablar del "joo-i". Pero cuando contó la conformidad del taotai en otorgar la concesión, si le devolvían el 'joo-i', los ojos de Evelyn se dilataron y algo en su expresión detuvo la lengua de Shea.

—¡Siga! — dijo ella. — Descríbame ese... "joo-i". ¿Cómo era? Quizá pueda oyudarlo.

—¿Qué quiere decir? — preguntó Shea, sorprendido a su vez.

—Usted sólo me ha explicado que el objeto era de jade verde — dijo — y tenía la forma algo parecida a una "S" abierta. Y hace varios años, cuando papá fué a Shanghai, en viaje de negocios, un caballero americano — no recuerdo su nombre — le regaló esto, como abre-cartas. ¿No podría ser el "joo-i"?

Y de la mesa, cargada de revistas que tenía ante ella, agarró la joven un objeto que había servido a los de la casa para abrir cartas y cortar hojas de revistas.

Era un "joo-i", del más hermoso jade, como de diez pulgadas de largo, con el disco roto en un extremo, donde tenía grabada la flor del Loto Sagrado.

Un instante después Evelyn estaba en brazos de Shea y el "joo-i" yacía olvidado sobre la mesa, donde había caído.

Cuando pudo hablar, la joven balbuceó.

—Y aunque no lo hubieses encontrado, para mí tanto daba. Te hubiera buscado al terminar el año, "obligándote" a casarte conmigo. No creas que no sé limpiar ventanas y cocinar, querido, porque estuve tomando lecciones desde que salimos de Shanghai.

—Y bien, mujercita, — replicó Shea — el limpiar ventanas no hace daño a nadie; pero comer tus tortas... ya sería distinto. Conque espero...

Pero el resto de su frase fué ahogado con un beso y lo demás de la conversación sólo la oyó un papagayo que estaba parado en su percha.

F I N

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO— (EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

EN TIEMPO DE LOS GLADIADORES

Por ALFRED ARMITAGE

Aventuras maravillosas de dos príncipes britanos en la época de los gladiadores

(Continuación)

NI uno solo de todos los presentes expresaba sentir ni la más mínima conmiseración. Comprendía que todos estaban como abyectamente dominados por los fanáticos druidas que no recordaban al valeroso y queridísimo rey Gerfar cuya sangre corría por las venas de aquellos dos jóvenes.

A Harl y Hamo dejáronlos de pié a un lado de la piedra de los sacrificios junto con un pobre infeliz convicto de asesinato, que debía morir al mismo tiempo que ellos. De pronto el grupo de guardianes retrocedió unos pasos. El silencio reinante pareció hacerse aún más intenso en aquel momento de expectación.

Los muchachos sabían lo que significaba aquel torturante intervalo y deseaban que el fin se presentase lo antes posible. Miraron con ansiedad hacia la avenida que seguía desierta. Después recorrieron con la vista el círculo de espectadores de rostro hostil y se fijaron con altiva expresión de desafío en Merewolff, que sonreía triunfante y en el recién coronado rey Almérico. Este era de su misma sangre y sin embargo su expresión era tan cruel como la de todos los demás.

El silencio continuaba y la avenida seguía desierta. Los condenados sentían una extraña emoción ante la belleza de aquella mañana que sería la última que verían en este mundo. Nunca, por cierto, pudo verse un amanecer más hermoso en tierras de Britanía.

El bosque aquel se hallaba en un terreno alto y por entre los troncos de los robles y de los avellanos la suave niebla matutina de setiembre ondulaba formando encajes. Los dorados rayos del sol relucían en los valles y en las alturas cubiertas aún de rocío y, a lo lejos, veíase una franja de mar, brillante y verdosa. Cuando Harl y Hamo contemplaron aquel espléndido paisaje más apego aún sintieron por la vida, y se les llenaron los ojos de lágrimas.

¡Atención! Un extraño grito, semejante a un gemido, rasgó los aires. Se oyó luego más fuerte y más cercano y de todos los que esperaban se levantó un murmullo de comentarios. Un momento después el grupo de los verdugos apareció en el extremo lejano de la avenida y se aproximó cantando, al círculo donde la concurrencia esperaba.

Resultaba imponente el ver a aquellos diez ancianos druidas avanzando por el césped con acompasado paso. Tenían todos ellos el cabello blanco como la nieve y también era blanco el largo ropaje que vestían. Sobre sus blancos cabellos llevaban adornos hechos con hojas de roble. Mientras cantaban los ojos les relucían con extraordinaria fiereza.

Avanzaban de dos en dos, encabezados por el viejo Bludwin, el gran sacerdote que, con

ambas manos, sostenía una hacha grande y de oro. El grupo entró en el circular recinto, lo recorrió tres veces en redondo dando vueltas en torno de la piedra central y luego se detuvo formando en semicírculo.

Una vez allí el viejo Bludwin dió cuenta de los delitos de las tres personas condenadas y cuando terminó su discurso entonó con recia y sonora voz uno de sus cánticos místicos.

Mientras resonaban los cánticos, los guardianes fueron a situarse a espaldas de los prisioneros esperando una bien conocida señal para proceder a cumplir con su horrible cometido. El viejo Dhuwal fué a situarse también a espaldas de Hamo y de Harl, tan cerca de ellos que casi los rozaba. Era de la misma estatura y, al inclinarse, venían a quedar sus labios a la altura de los oídos de los jóvenes.

—¡Atención, hijos de Gerfar! — dijo sin que se le viese mover los labios y sin embargo suficientemente fuerte para que le oyeran los jóvenes a pesar del canto de los sacerdotes druidas. — Se hace algo para salvarles. Escuchen con toda atención y no den muestras de haberme oído.

¡Qué estremecimiento más intenso el que éstas palabras produjeron en el corazón de los dos jóvenes! Cambiaron de color y les costó grandísimo esfuerzo ocultar su agitación.

—Las sogas que les atan son débiles, — prosiguió el anciano Dhuwal, — y mediante un tirón fuerte podrán ustedes romperlas. Elijan un momento favorable y después corran hacia la parte espesa del bosque, la que queda del otro lado de esas dos grandes columnas. Allí estarán reunidos algunos amigos de ustedes que finjirán tratar de detenerlos pero nada más. Ustedes podrán escurrirse fácilmente de sus manos.

Calló un momento porque en aquel instante los cantores entonaban en voz muy baja una parte de su cántico. Después, cuando el canto sonó tan fuerte como antes, agregó:

—Huyan hacia el lado del Sur. Si logran alcanzar a un árbol caído, un tejo, que queda poco después del límite del bosque, allí encontrarán ustedes dos caballos con armas y provisiones en la montura. Cabalguen día y noche hasta que lleguen al campamento de Boadicea a quién pedirán protección pues está emparentado con el difunto rey Gerfar. Allí se reunirá con ustedes la reina madre tan pronto como le sea posible irse de aquí sin correr peligro.

—Se ha hecho todo cuanto ha sido posible — agregó Dhuwal después de una breve pausa. — Las probabilidades de éxito favorable son bastantes. Hay sin embargo mucho peligro pero no desistan por eso y pongan en juego toda su astucia, su habilidad y su valentía.

—¿Pero qué será de usted? — preguntó Harl en voz baja. — Será descubierta la combinación y sabiendo que usted ha sido siempre amigo nuestro, es de suponer que lo acusen.

—Los años me han dado experiencia y astucia, — dijo el fiel anciano. — Y si me toca morir, pronto estoy para ello. Además no desearía vivir bajo el reinado de Almerico.

En aquel momento cesó el cántico. Después de un breve momento de descanso los druidas entonaron a toda voz un himno melancólico en honor del dios Baal. Esta fué la señal. En el mismo momento el anciano Dhuwal y los otros guardianes se apoderaron del infeliz homicida que estaba con los muchachos y lo arrojaron sobre la piedra del altar.

Entonces avanzó Bludwin empuñando su enorme hacha de oro.

UN MOMENTO DECISIVO

Horrorizados ante la escena de que eran testigos, los dos jóvenes estuvieron a punto de perder su serenidad y casi desperdiciaron la oportunidad más favorable para seguir las indicaciones que el anciano Dhuwal les había dado. Permanecieron inmóviles, estupefactos y tan cerca del infame gran sacerdote que casi le tocaban con la espalda.

Oyeron que la víctima lanzaba un agudo grito. Los dos gritos que siguieron fueron ahogados por los sonoros cánticos de los druidas y por el ruido que hicieron todos los britanos del corro golpeando en sus escudos de bronce con la punta cubierta de metal de sus bastones. Bludwin dejó caer con fuerza su hacha de oro y primero una cabeza y luego un cuerpo rodaron hacia el pozo situado al pie del altar que estaba ya chorreando sangre.

Una penetrante mirada del viejo Dhuwal sacó a los jóvenes de su estupor, pero tarde ya. Antes de que pudieran volverse y romper sus ligaduras, Hamo fué agarrado por los guardianes y arrojado al altar. Los cánticos y el golpear de los escudos comenzaron de nuevo.

Bludwin se inclinó hacia adelante y levantó su hacha. Ya vibraba en lo alto para caer sobre la víctima cuando Hamo, librando sus brazos de las sogas que le sujetaban dió un convulsivo salto que le llevó al otro extremo de la piedra. El filo del hacha no le alcanzó por muy pequeña distancia y dió un golpe tan fuerte en la piedra que el anciano Bludwin gritó de dolor y dejó caer el arma.

Pero antes de esto Harl había logrado soltarse los brazos sin que lo notaran los que le rodeaban, tan atentos miraban lo que pasaba en el altar. En seguida dió a Bludwin un tremendo empellón que le hizo perder el equilibrio y le envió a caer de cabeza en el pozo ensangrentado. Mediante un salto evitó que le sujetaran los brazos los guardianes y llegó al otro extremo del altar.

A todo esto Hamo se hallaba de pie y sin un segundo de demora los dos muchachos saltaron por encima del extremo de la piedra que quedaba más lejano de donde estaban los druidas y corrieron veloces por el espacio de césped hacia las dos columnas que el anciano Dhuwal habíales indicado.

Aun cuando el temerario asalto y la fuga habíanse realizado en menos tiempo del que se necesita para contarlo, todos los britanos del corro estuvieron en seguida de pie y espectadores, guardianes y sacerdotes, emprendieron la persecución. El espacioso círcu-

PUCKY

lo de los druidas retumbó ante la gritería que estalló en aquel instante.

A no haberse reunido oportunamente el pequeño grupo de amigos, los fugitivos hubiéranse visto perdidos. Sus fieles amigos rodearon a los muchachos en el momento en que emprendieron la fuga por entre las dos columnas de piedra y mientras fingían tratar de detenerles, lo que hicieron en realidad fué favorecerles el paso. Algunos se echaron al suelo simulando haber tropezado o haber sido desmayados por algún golpe y de ese modo lo que consiguieron fué que los perseguidores tropezaran con ellos, rodaran a su vez por el césped y tuvieran que suspender su persecución.

Tan admirablemente fingida resistencia fué de poca duración Harl y Hamo salieron de entre aquel grupo, pasaron por entre las columnas y corrieron hacia donde la espesura del bosque de robles les ofrecía oportuno asilo.

PERSECUCION ENCARNIZADA

Hasta entonces todo había salido bien, pero mucho era lo que tenía que hacerse antes de que los dos jóvenes pudieran considerarse en seguridad. La persecución de que eran objeto sería activísima. Además estaban muy fatigados a consecuencia de sus recientes sufrimientos mientras que sus perseguidores estaban enteramente descansados y frescos.

No desesperaron por eso al ver que se hallaban en libertad y fuera de las garras de Bludwin y los demás druidas. La excitación prestábales fuerza y dábales resistencia así que corrieron veloces por entre los árboles de gruesos troncos.

Si sucedía lo peor estaban decididos a que no les prendieran vivos. Más les valdría morir peleando que perecer en el horrible altar.

Corrieron cada vez más rápidamente. Al mirar hacia atrás vieron varias veces que un número de sus salvajes enemigos corrían rápidamente tras ellos. Los gritos indicaban que varios de los perseguidores se habían dispersado a la derecha y a la izquierda con la esperanza de interceptarles el paso a los dos fugitivos si volvían hacia alguno de esos lados.

En el momento en que el brillo de la luz del día delante de ellos les indicaba que se acercaban al límite del bosque, los muchachos oyeron ruido de pasos tras de ellos y al mirar rápidamente hacia atrás vieron a Merewolff a una docena de pasos de distancia. No llevaba más arma que un escudo de bronce y un bastón con punta de metal.

—¡Corre! — dijo Harl en voz baja a su hermano. — Sigue siempre un poco más delante que yo. Tengo un plan para darle su merecido a ese canalla.

Hamo obedeció a las instrucciones de Harl éste menguó un poco la rapidez de su carrera a propósito sin dejar de observar de vez en cuando a su enemigo que se acercaba más y más.

Merewolff, al verse cada vez más cerca del fugitivo lanzó gritos de triunfal alegría y en el momento en qué se levantaba su bastón para golpear a Harl, éste se dejó caer de bruces a través del sendero. Merewolff no pudo detener a tiempo el impulso de su carrera o desviarse a un lado, así que tropezó con el muchacho y cayó cuan largo era lanzando un agudo grito de dolor.

Harl se puso de pie en seguida. Le quitó el palo y el escudo a Merewolff que ya se había arrodillado, y le dió tan formidable golpe en la frente que le hizo rodar por el suelo. Allí se quedó, desmayado y sangrando.

Tan furioso estaba Harl que le hubiera dado otro golpe a su enemigo pero desistió de tal cosa porque miró hacia atrás y vió que el grupo principal de sus perseguidores se hallaba peligrosamente cerca.

Arrojó pues el escudo, que de nada podía servirle y mediante unos pasos rápidos y largos estuvo de nuevo al lado de su hermano. Corrieron los dos nuevamente a todo correr haciendo désesperados esfuerzos para que sus vociferantes enemigos no pudieran alcanzarlos.

—¡Se han detenido para ver si Merewolff está muerto! — exclamó Harl después de mirar hacia atrás. — Le dí un golpe con toda la fuerza de mi brazo derecho y si mi brazo no ha perdido sus energías... ¡Ah! ¡Vuelven a correr! Corramos nosotros también Hamo pues vienen ahí los hombres más veloces de la tribu.

—¡Les venceremos! — replicó Hamo. — Ya llegamos al límite del bosque y poco es ya lo que tenemos que correr.

Un momento después los dos muchachos descendían por un espacio de terreno sin árboles, en cuesta abajo y durante media milla, dirigiéronse hacia el Sur, donde comenzaba un extenso bosque. A poca distancia del borde de aquel bosque distinguieron el caído tejo que por el blanco color de sus hojas se destacaba entre los demás árboles.

La vista de aquel árbol les dió nuevos bríos y la mitad de la fatiga que sentían pareció desvanecerse como por arte de magia en el momento en que comenzaron a correr por la inclinada ladera donde el sol brillaba con todo su esplendor.

Hasta que estuvieron a mitad del camino no miraron hacia atrás. Comprendieron entonces que aun se encontraban en grave peligro porque sus perseguidores se hallaban a sólo treinta yardas de distancia de ellos.

El grupo de los perseguidores se componía de más de un centenar y todos ellos eran hombres fuertes y buenos corredores. Avanzaban silenciosamente y a la luz del sol se veía que antes de comenzar la persecución habían tomado sus armas de las columnas que rodeaban al altar.

Almerico, que era el primero del grupo blandía una larga lanza, guiando a sus secuaces. No figuraba ningún druida entre los perseguidores; los sacerdotes eran demasiado ancianos para correr y además demasiado orgullosos para mezclarse así con su pueblo.

La persecución se hizo más y más terrible sin que fuera posible vaticinar que resultado final iba a tener. En el primer momento los fugitivos perdieron terreno y la sanguinaria horda se les acercó tanto que algunos arrojaron sus lanzas.

Estas, felizmente, o no llegaron a ellos o les pasaron por encima pero asustaron de tal

modo a los muchachos que Almerico y los que con él iban corrieron a mayor velocidad aun. La orilla de la selva se hallaba ya a trescientos pies de distancia y su repentino miedo hizo avanzar de tal modo a los muchachos que Almerico y los que con él corrían trataron en vano de acercarse más.

En medio de un estallido de salvajes vociferaciones, los fugitivos se internaron entre los arbustos y árboles del bosque y durante un momento se perdieron de vista para sus perseguidores. Conocían muy bien el sitio así que después de haber corrido veinte pasos más estuvieron junto al tejo.

Allí mismo estaban atados a un tronco los dos caballos, dos animales pequeños y peludos, pero de probada fuerza y resistencia. Atado al lomo de cada uno se hallaba una bolsa con provisiones, una daga y una lanza corta.

Pocos segundos necesitaron para desatar las sogas de cáñamo con que el viejo Dhuwal había atado a los caballos. Pero ese retardo casi resultó fatal para los muchachos. En el momento en que montaban de un salto en sus caballos, Almerico y una docena de sus secuaces, aparecieron por entre unos arbustos situados a veinte pies de distancia.

Los caballos se encabritaron primero y luego se lanzaron a la carrera. Se oyó un grito de terrible furor y el zumbar de varias lanzas al pasar por entre las ramas. El caballo de Hamo se desplomó con una lanza clavada profundamente en un costado. El joven fué arrojado sobre un macizo de helechos del cual se levantó sin haber sufrido daño alguno pero frente a frente de sus enemigos.

Harl había adelantado ya algunas yardas. Tiró de las riendas de su caballo y llamó a grandes voces a su hermano.

Hamo, agachándose para evitar que le alcanzaran las lanzas que le arrojaban, corrió rápidamente hacia su hermano. Llegó al caballo y de un salto estuvo en ancas, detrás de Harl. El sagaz animal, como si se diera cuenta del peligro galopó rápidamente metiéndose en lo más espeso del bosque. Los gritos de furor y de desesperación de Almerico y los de su banda se perdieron pronto a lo lejos.

Pero la pérdida de un caballo constituía una desventaja para los dos muchachos, que todavía podían considerarse en peligro.

Después de haber recorrido unas cuantas millas el caballo comenzó a dar señales de cansancio. Su doble carga le pesaba con exceso. Para empeorar la situación los jóvenes oyeron de nuevo los gritos de los perseguidores.

—¿Qué hacemos? — exclamó Harl. — En vez de abandonar la persecución han seguido corriendo tras de nosotros. Son buenos corredores y de fijo correrán hasta que la oscuridad de la noche se lo impida.

—A menos que nos alcancen antes de que anochezca — replicó Hamo. — Saben que no podemos correr con ventaja contra ellos con un solo caballo. Si no hubiesen matado al otro, podríamos desafiarles tranquilamente.

—El caballo no necesita cargar con los dos — dijo Harl. — Mejor será que nos separemos. Sigue tú, hermano, a caballo y yo buscaré un encondrijo en la selva. Si los dioses son misericordiosos nos volveremos a ver en el campamento de Boadicea.

—¡No! ¡Sigue tú en el caballo! — protestó Hamo. — Fué al mío al que mataron y yo no debo quitarte el tuyo.

Los dos insistieron en lo mismo y antes de que tomaran una determinación al respecto, desapareció toda esperanza de poder hallar en el bosque un sitio donde esconderse. A los gritos salvajes de los perseguidores se unió de repente un ladrido vibrante y sonoro.

Los jóvenes comprendieron en seguida de qué se trataba. Los druidas habían soltado a su jauría de feroces sabuesos lanzándola sobre la pista de los fugitivos. Aquellos perros estaban especialmente amaestrados para dar caza a seres humanos.

—¡Agárrate bien! — gritó Harl mientras taloneaba al caballo. — ¡Tenemos que correr si hemos de salir con vida!

—¡Pero el caballo va a caer aplastado! — exclamó Hamo.

—¡Si eso sucede estaremos perdidos! — dijo Harl, inclinándose hacia adelante y encogiendo las piernas.

Pero por suerte, el fiel animalito tenía aún bastantes fuerzas y bajo la dirección de los que iban en él galopó cada vez más veloz. Fué aquella una estremecedora carrera cruzando valles, prados, bosques, hasta vadeando un arroyo ancho pero de poco caudal.

Duró una hora después de la cual el jadeante y exhausto caballo dejó de galopar y siguió avanzando al trote. Ya no podía más. Todos los esfuerzos que se hicieron para que desarrollara más velocidad fracasaron.

Durante las dos horas siguientes los jóvenes perdieron toda la ventaja que habían ganado y volvieron a oír los gritos de los perseguidores y los ladridos de los feroces sabuesos.

Se comprendió que Almerico y los suyos habían interceptado el paso de los perros y los habían dirigido por la pista del caballo desde el punto donde los fugitivos habían montado. Tenían en aquellos momentos a los sabuesos sujetos por sus sogas y corrían tras ellos por la pista que los perros seguían sin dificultad.

El caballo siguió trotando y los jóvenes oyeron cada vez más cerca los gritos de los britanos y los ladridos de los perros. Los dos muchachos abandonaron toda esperanza. Lo único que les quedaba por hacer era pelear. Mientras seguían avanzando buscaban un sitio apropiado para detenerse por última vez. Pero de pronto, oyeron, delante de ellos, el ruido del movimiento de una corriente de agua.

Un momento después el bosque terminaba bruscamente y el caballo se detenía instintivamente al borde de una cuesta cubierta de rocas y de arbustos. Al pie de aquella cuesta corría un río de varias centenares de yardas de ancho. Parecía enteramente infranqueable tanto para hombres como para animales. La corriente era muy impetuosa y altas olas y espumosos remolinos veíanse entre las semisumergidas rocas que salpicaban toda la anchura del cauce.

Este río era, probablemente, la parte

superior de lo que en la actualidad es el río Mersey y la impetuosidad de su corriente se debía a torrenciales y recientes lluvias.

LA DESESPERADA LUCHA EN EL RIO

Los fugitivos se hallaban en situación más difícil que nunca. La seguridad de la muerte les amenazaba corriendo tras ellos y si avanzaban sólo podían tener la seguridad de morir entre las aguas. Caballo y jinetes permanecieron un momento inmóviles, perplejos, a la orilla de la ribera, mirando hacia la turbia corriente que rugía más abajo.

¡Estamos atrapados como un viejo jabalí! — murmuró Hamo. — Bajemos del caballo, hagamos frente al enemigo y muramos como moriría el jabalí acorralado, matando. Eso será siempre mejor que perecer en medio de las frías aguas del río.

Mientras así hablaba los gritos de los hombres y los ladridos de los sabuesos se oían en la selva aun más cerca y cuando los muchachos volvieron la cabeza pudieron ver que varias personas se acercaban por entre los árboles. Almerico, que era quien los guiaba, miró primero a los fugitivos que se habían parado y luego gritó con júbilo, dirigiéndose a sus amigos.

—¡Vamos a tratar de cruzar el río! — exclamó Harl adoptando una última y desesperada decisión. — Tal vez el caballo pueda nadar hasta la otra orilla. Una vez allí nada tendremos que temer de nuestros perseguidores.

—Agárrate bien a mí con los dos brazos — agregó, mientras azuzaba el caballo a talonazos y gritos.

Lo decidió a tiempo pues en aquel mismo momento el primero de los ladradores sabuesos y el primero de los britanos perseguidores se encontraban ya a veinte pies de su presa y tan seguros de alcanzarlos que menguaron la rapidez de su marcha.

Pero sus gritos se transformaron en aullidos de furor y desepción cuando vieron que el caballo y los dos jinetes desaparecían por el borde de la altura y avanzaban mediante un desesperado impulso.

Galopando rápidamente el valeroso caballito descendió por la empinada cuesta con Harl agarrado a sus crines y Hamo fuertemente abrazado a su hermano. Fué un descenso breve pero temible y mientras duró los dos muchachos no pensaron absolutamente en nada más.

El viento frío les azotaba el rostro cuando por primera vez vieron de nuevo los árboles y los peñascos por entre los cuales pasaron. Las ramas espinosas les lastimaban los desnudos hombro pero no por eso soltaban aun cuando temieran rodar por el suelo en el momento menos esperado.

Sin embargo el caballo no se desplomó por verdadero milagro y después de un intervalo cuya duración pareció diez veces más larga debido al terror que experimentaban, los jóvenes vieron que llegaba la terminación. Un salto por los aires, el ruido del agua sacudida, una rápida zambullida y los jinetes y el caballo desaparecieron bajo las amarillentas aguas.

Los muchachos no se soltaron a pesar de todo y aun estaban bien agarrados a su caballo cuando éste aparecía en la superficie a más de doce pies de la orilla y comenzó a nadar río abajo, a merced de la corriente. Máquinalmente los dos muchachos se deslizaron de encima del caballo, colgándose cada uno de ellos a un lado agarrándose bien a las largas crines del animal. Tuvieron que abandonar sus armas pero Harl consiguió conservar una de las alforjas con provisiones.

Respiraron a sus anchas y se quitaron el agua que les caía por la cara. Sobre el rugir de las aguas oían los gritos de los perseguidores. Algunas lanzas surcaron el aire y dieron en el agua cerca de ellos. Durante un momento muy breve el caballo se vió detenido por un remolino y cuando miraron hacia atrás los jóvenes vieron una fila de burlados y desesperados britanos en la orilla de donde habían saltado ellos y su caballo un momento antes.

Entonces el agua reclamó de nuevo a sus víctimas y fueron arrastrados hacia adelante por la furiosa corriente. El infeliz caballito subía y bajaba a merced del movimiento del agua y con él los dos jóvenes que tan pronto tenían la cabeza dentro del agua como fuera de ella.

Fué un trayecto terrible; en el primer momento creyeron Harl y Hamo que terminaría con la muerte. Giraron en los remolinos, recorrieron a veces grandes distancias con la rapidez de una flecha, viéronse sumergidos más de una vez, pasaron entre amenazadoras rocas en varias ocasiones...

En medio de las angustias y de los peligros que les rodeaban se olvidaban ya del peligro a que habían escapado. Sabían que los britanos seguían arrojando lanzas cada vez que los veían surgir de las aguas. Los britanos corrían por la orilla siguiendo el avance de los dos jóvenes río abajo. Almerico los guiaba gritando sin cesar. Los perros ladraban con ferocidad. Dos se aventuraron a meterse en el agua y fueron envueltos por los torbellinos que los ahogaron. Uno de los britanos perseguidores se resbaló en una roca, cayó al agua y sufrió idéntica suerte.

Las lanzas cayeron con menos frecuencia porque los britanos no se atrevían ya a acercarse a la orilla tanto como antes. Por último una curva del río hizo que dejaran de poder verles.

Llegaron entonces a una parte aun más turbulenta del río y Harl y Hamo tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no soltarse de las crines del caballo mientras pasaban por entre grandes peñascos. Fué tal la fatiga que les produjo ese momento de prueba, que ya estaban por soltarse, desesperados y exhaustos, cuando la violencia de las aguas se calmó de improviso y se vieron en un tranquilo remanso del río, donde la corriente era casi imperceptible.

Durante unos momentos flotaron reconquistando aliento y fuerzas. Después vieron, a lo lejos, río abajo, una línea blanca sobre las amarillentas aguas.

—¡Allí el río se estrecha de nuevo! — dijo Harl. — Como no nos acerquemos pronto a la costa, estaremos perdidos! ¿Te sientes con fuerzas para nadar?

Harl le dió un golpe terrible a Merewolff que le hizo caer de espaldas sobre unos arbustos.

—Al menos me encuentro con deseos de probar si puedo. — dijo Hamo. — La distancia parece corta.

No había tiempo que perder y los muchachos se soltaron en seguida del caballo que estaba demasiado cansado para poder llevarlos a través de la corriente. Uno junto al otro nadaron hacia la orilla con todo el mayor vigor que sus fuerzas les permitían.

Fué aquel un esfuerzo que les resultó largo y penoso pero por fin llegaron a un pequeño remanso situado poco antes de la catarata inferior del río. Subieron por una ribera cubierta de hierba y tuvieron el sentimiento de ver que su fiel caballo, agotadas las fuerzas era arrastrado por la corriente hacia las cataratas y desaparecía en ellas.

Pero ni aun en aquellos momentos los fugitivos se consideraron en salvo puesto que sus perseguidores eran tan tenaces que podían tener la idea de proseguir la persecución hasta encontrar algún vado

Por suerte Harl no había soltado la bolsa de provisiones y aun cuando el contenido estaba empapado, los dos jóvenes devoraron hasta el último trozo. A todo eso ya habían llegado las doce del día y con la esperanza de poder recorrer algunas millas antes de que se pusiera el sol, emprendieron en seguida la marcha con rumbo Sudeste.

El cálido sol poco tardó en secarles por completo las ropas. A medida que se alejaban más y más del río fueron recobrando la tranquilidad y la fe en el porvenir.

Boadicea les prestaría apoyo, sin duda alguna y la reina, su adorada madre, no tardaría en unirse a ellos y tal vez fuese también el fiel anciano Duwhal que con tanta habilidad les había preparado la fuga. Ayudarían a rechazar a los romanos invasores y más adelante derrocarían a Almerico de su usurpado trono y volverían a reinar como por herencia les correspondía.

Eran todos estos muy bellos ensueños que les llenaban el alma de júbilo después de haber pasado por tantas y tan tenebrosas realidades y contribuyeron, por cierto a alegrar y animar a los muchachos mientras seguían andando. Sus juveniles esperanzas mantenían se firmes sin que ni aun la menor sombra de temor o de duda las menguara con su oscuridad.

Aquella primera noche descansaron sobre un improvisado lecho de hojas en un hueco que quedaba entre dos peñascos y en cuanto amaneció el siguiente día reanudaron la marcha guiándose por el curso del sol.

No sufrieron por falta de alimentos, porque encontraron en abundancia exquisitas raíces comestibles. Evitaron seguir por los senderos que encontraban y continuaban su marcha por lo más denso de la selva, de modo que no vieron por ninguna parte ni la menor habitación humana.

El día terminó nublado y con una llovizna suave y fría. Mientras hubo algo de luz los muchachos siguieron andando y se detuvieron en un bosque de pinos en el que había gran cantidad de helechos. Debajo de los corpulentos árboles y entre los frondosos helechos encontraron un abrigo todo lo mejor que podía hallarse en tales condiciones y circunstancias.

Se aventuraron a encender fuego y después de cerca de una hora de trabajo, consiguieron que chisporroteara una hoguera. La alimentaron con abundante leña y poco después dormían tranquila y profundamente junto a las danzantes llamas en medio de la tibia atmósfera esparcida por la hoguera.

Algunas horas después su sueño fué bruscamente interrumpido por un ruido muy fuerte que les despertó sobresaltados e hizo que se incorporaran, sentándose en el suelo inmediatamente. Restregándose los ojos miraron hacia el sitio de donde llegaba el ruido y lo que vieron en aquel momento hizo que los dos jovencitos se abrazaran, temblando de terror.

LA MARCHA HACIA LONDRES

Fué un extraño y estremecedor despertar el de Harl y Hamo y no es de sorprenderse si durante unos momentos creyeron casi encontrarse bajo la misteriosa acción de algún sobrenatural encantamiento. En la parte del extenso bosque que quedaba más allá de la quebrada en que se encontraban, veían brillar docenas de llameantes antorchas en medio de la oscuridad y grupos de hombres peludos y semidesnudos, hormigueando a la roja luz de las antorchas. Oyeron el rumor de numerosas voces y el ruido de los pasos además del entrechocar de armas y de escudos.

Pasado el primer estremecimiento de sorpresa, los jóvenes se sintieron mucho menos alarmados. Miraron con curiosidad desde el sitio en que estaban escondidos y se tranquilizaron al darse cuenta de que no se trataba de Almerico y los que le seguían, aún cuando no pudieron conjeturar de quién se trataba.

En realidad se trataba de un numeroso grupo de hombres que había hecho alto en medio del bosque, pues sus antorchas brillaban en cuantas direcciones miraron los muchachos y hasta donde podía alcanzar su vista. Las intenciones de aquellos hombres eran acampar en aquel sitio para pasar la noche o tal vez detenerse sólo un rato para descansar y comer.

Tanto interesó a los dos muchachos lo que sucedía cerca de ellos en tales momentos, que se olvidaron por completo de las ascuas de fuego que aun ardía, aún cuando algo mortecino, a sus pies. Pero más de unos ojos perspicaces distinguieron el brillo de las ascuas y de improviso cinco hombres altos y corpulentos, se presentaron en la hondonada donde estaban Harl y Hamo, apartando, para poder pasar, las ramas bajas de los frondosos pinos.

Los jóvenes príncipes no tuvieron tiempo para pensar en huír ni en intentar resistirse. Unas manos rudas y fuertes agarraron con brusquedad a los muchachos, levantándolos de su suave lecho de hojarasca y los llevaron hacia el sitio donde flameaban las más cercanas antorchas. Resonaron en la noche unos gritos salvajes y el sitio se vió inmediatamente rodeado por docenas de guerreros britanos de feroz aspecto y terrible mirar.

Todos aquellos hombres eran desconocidos para los dos jóvenes príncipes así que éstos los miraron con extrañeza y asombro. Sus captores creyeron, al verles así que lo que expresaban era temor por que ocultaban alguna culpa.

—Son britanos, — dijo uno de los que les habían sacado del sitio donde descansaban, — pero deben ser de una tribu que tiene sus poblaciones en tierras situadas muy hacia el lado del Norte.

—¿Cómo es que se hallan aquí, entonces? — preguntó otro de los guerreros. — ¡Miren que musculatura! ¡Qué espléndido desarrollo! ¡Y a juzgar por su rostro solo son unos muchachos! ¡Cualquiera de estos dos cuando llegue a todo su desarrollo será un adversario digno hasta de Prasago, el atleta, nuestro jefe!

—¡Son unos espías al servicio de los romanos! — gritó un tercero. — ¡Deben ser cobardes por eso mismo! ¡Fíjense como un miedo mortal brilla en sus ojos!

La acusación fué inmediatamente repetida y corrió de boca en boca. Los guerreros se acercaron más aun para ver más de cerca a sus cautivos. No faltó quien pidiera que se les matara en seguida, y hasta hubo algunos que les amenazaron con armas.

—¡No somos espías! — gritó Hamo indignado, avanzando un brazo para atajarse los golpes que le amenazaban a él y a su hermano.

—¡Queremos ver al jefe de todos ustedes! ¡Qué se nos lleve a su presencia, — agregó Harl, — y pronto le demostraremos que es infundada la acusación que se nos hace!

En aquel mismo momento callaron todos los que gritaban y hablaban, y el grupo se dividió para dejar pasar a alguien. Por el hueco abierto en el carro se acercó un hombre alto, corpulento, musculoso, que debía ser sin duda, el jefe de todos aquellos britanos. La luz de las antorchas le iluminó su hermoso rostro y su cabellera rubia como el oro.

—¿Quiénes son ustedes — preguntó enérgicamente a los dos muchachos. — ¡Si acaso son espías de los romanos no esperen misericordia alguna!

—¿Tenemos aspecto de serlo? — exclamó Harl. — Somos los hijos mellizos de Gerfar, rey de las tribus del Norte, que fué cobarde y traidoramente asesinado por los invasores romanos la pasada primavera. Hemos recorrido una distancia muy larga y nos dirigimos al campamento de la reina Boadicea. Estábamos durmiendo en aquella hondonada y se nos sacó de allí acusándonos de ser espías.

—He oído hablar del rey Gerfar — dijo el jefe con voz relativamente baja, — y de la invasión de los romanos en la que pereció. Así que ustedes son jefes de sus tribus y sin embargo les encontramos aquí solos y sin armas. En un momento como este ustedes deberían hallarse al frente de sus guerreros camino de donde están los romanos para arrojarles de nuestras tierras. ¿Qué significa este?

Al expresarse así el rubio jefe frunció el ceño como si le dominara una duda cruel.

—Hemos dicho la verdad, — replicó Harl. — Y por el momento no me atrevo a decir nada más. El resto de nuestro relato debe oírlo primeramente, antes de que sea conocido por los demás la reina Boadicea.

El jefe no manifestó enojo al oír las audaces palabras de Harl, aun cuando sus mejillas se colorearon. Miró duramente a los muchachos durante un momento y lo que leyó en sus rostros pareció satisfacerle hasta cierto punto. Los dos muchachos no serían tratados como espías.

—Soy Prasago, soy jefe a las órdenes de Boadicea, — dijo en tono casi bondadoso, — y ante ella los llevaré a ustedes dos en calidad de prisioneros. Si lo que ustedes le digan la satisface, tanto mejor. Mientras tanto, les aconsejo que no intenten escapar.

—No lo intentaremos — dijo Hamo, asintiendo su hermano con una inclinación de cabeza.

—¿Se encuentran ustedes en condiciones de realizar una larga marcha? — preguntó en seguida Prasago. — No nos detendremos aquí más que el tiempo necesario para descansar un poco y comer. Después marcharemos durante toda la noche y gran parte del día de mañana.

—Hemos dormido unas horas y nos hallamos frescos y descansados, — contestó Harl. — No se cansarán nuestros pies hasta el fin de la jornada.

—Contribuiría a darnos más fuerza algo de alimento — agregó Hamo. — Desde ayer de mañana no hemos comido más que bellotas y raíces.

—Tendrán ustedes todo el alimento que deseen — dijo Prasago.

Llevó inmediatamente a los muchachos, pasando por entre los amontonados guerreros al sitio donde su antorcha alumbraba junto a un añoso roble. Se sentó, y ellos también, en el césped y de unas alforjas de piel de oso sacó gran cantidad de trozos de carne seca, varios bollos y un recipiente de metal con vino del que entonces hacían los britanos.

Comió al mismo tiempo que los muchachos y los tres comieron y bebieron apresuradamente, como lo hacían los centenares de guerreros que les rodeaban. Había cesado de llover pero el cielo estaba enteramente cubierto de negras nubes.

Los muchachos observaron con atención todo cuanto les rodeaba y notaron algunas cosas que despertaron su curiosidad. Todos los britanos que les rodeaban presentaban el aspecto de haberse hallado en una reciente batalla. Tenían el cuerpo y las ropas con manchas de sangre y estaban sucios de humo. Muchos de ellos tenían vendajes en distintas partes del cuerpo.

Varios de los guerreros allí sentados sobre la hierba tenían escudos y armas de fabricación romana y, ademas, algunas ricas telas y valiosos ornamentos de oro colgando de sus cintos. Todo aquello debía ser botín de guerra. Prasago tenía en su poder una espada romana con el puño casi cubierto de piedras preciosas. El brazo izquierdo del jefe estaba envuelto en un vendaje.

—¿Qué acontecimientos favorables se han producido últimamente, señor? — se atrevió a preguntar Harl. — Nosotros hace cuatro días que no tenemos noticias de lo que ha sucedido.

—Se han producido muchos acontecimientos, — contestó Prasago. — Ustedes sabrán, sin duda, que todas las tribus de Suffolk y Norfolk se han rebelado con motivo del proceder de que fué víctima Boadicea, la que fué azotada por orden de Cato, el general romano, y a la que le robaron su hija.

—Sí, señor — dijo Harl, — eso ya lo sabíamos.

—Pues bien, los dioses nos han favorecido mucho desde el principio, — prosiguó Prasago, — y actualmente el ejército de la reina cuenta con más de doscientos mil guerreros procedentes de las distintas tribus. Hemos obligado a Cato a huir a las Galias y hace pocos días destruímos la colonia romana de Vedulamio. Ayer atacamos la colonia de Camaloduno quemándola por completo y matando a miles de invasores romanos. ¡Oh! ¡Fué aquel un cuadro que con seguridad fué mirado complacientemente por los dioses! ¡La

sangre corría como agua! ¡El caudal de los arroyos se puso rojo!

—¡Cómo me hubiese gustado poder estar allí! — exclamó Harl, cuyos ojos echaban chispas.

—¡Bien puede desearlo, pues fué digno de verse! — dijo Prasago dirigiendo al muchacho una mirada de aprobación. — ¡Pero tal vez le espere todavía poder ver la destrucción de Londres! ¡Hacia Londres marcha ahora Boadicea!

—¡Entonces podremos ayudar a exterminar a los invasores de la libre Britania! — exclamó Hamo, tan excitado que se olvidaba de comer.

—La reina y su ejército se pusieron en marcha a la caída de la tarde — agregó Prasago, — dejándome con dos mil hombres pa-

En medio de un estallido de salvajes vociferaciones, los fugitivos se internaron entre los árboles del bosque.

ra incendiar la colonia, dejarla reducida a cenizas y buscar a algunos romanos fugitivos que se habían escondido en diversas partes. Terminamos rápidamente nuestra misión y ahora vamos a marchas forzadas al encuentro de Boadicea, que nos espera en un sitio previamente convenido. Su propósito es destruir Londres antes de que llegue el general romano Suetonio a presentarnos combate.

Estas emocionantes noticias pusieron excitadas y febriles a los muchachos y Prasago pudo darse cuenta de la sinceridad de sus sentimientos cuando oían hablar de los éxitos britanos. Debido a esto varió su actitud hacia ellos en seguida y le trató con marcada amistad.

—Ya hemos permanecido aquí el tiempo suficiente, — dijo. — Ahora que mis soldados han comido y han descansado, debemos ponernos nuevamente en marcha.

Hizo que la orden se extendiera por todo el campamento y no tardó en ser conocida por todos.

Pocos momentos después toda la banda se hallaba en movimiento marchando con paso rápido a través del bosque y a la luz de numerosas antorchas. Prasago y algunos pocos más indicaban el camino. Harl y Hamo iban cerca del jefe.

El resto de la noche les pareció breve. Cuando empezaba a amanecer se hallaron frente a un bien trazado camino por el que siguieron. El campo que se extendía a ambos lados del camino era menos desolado, estaba más poblado que la región por donde habían pasado antes. Los muchachos miraron con atención y curiosidad cuanto se presentaba a su vista.

Del camino por el cual avanzaban salían otros caminos que conducían a los sitios donde se veían las carbonizadas ruinas de poblaciones recientemente incendiadas por los romanos; sitios que habían sido teatro de los más terribles combates y donde aún quedaban muchos cuerpos insepultos, especialmente en los sagrados bosques de robles donde los sacerdotes druidas tenían instalados los altares en que realizaban sus cruentos sacrificios al dios Baal. Al mirar aquellos círculos de altos robles y de columnas de piedra, los dos jóvenes se estremecieron involuntariamente y Prasago observó con extrañeza su repentina agitación.

A lo largo del campo vieron también aldeas

y villorrios donde solo había mujeres, niños y algunos pocos ancianos achacosos. En varias de esas poblaciones se detuvieron unos momentos los britanos para reunir cuantos caballos y carros pudieron encontrar, cargando aquellos vehículos con cereales y con vacas y ovejas carneadas poco antes de cargarlas.

Hamo y Harl soportaron la fatiga de la larga y penosa marcha con tan incansable resistencia que Prasago les miraba maravillado. Sin embargo cuando supieron que el fin de la marcha se hallaba cercano sintieron grandísimo júbilo.

A eso de las doce del día la cabeza de la columna salió de entre la arboleda de una selva en la cumbre de una colina cubierta de hierba, del otro lado de la cual se extendía una zona de desierto terreno pantanoso. Contemplaron allí los muchachos un cuadro maravilloso tal como nunca se había visto hasta entonces en Britania, y tal como jamás volvería a verse.

Al Sur, al Este y al este, hasta donde podía alcanzar la mirada, la llanura estaba cubierta de hombres armados, de grupos de ganado vacuno, de carros cargados de carne y de cereales, de centenares de caballos peludos y de carros de guerra con relucientes espadas y hoces a los lados.

Aquí y allá veíase a uno que otro druida, — a los que se reconocía en seguida por sus flotantes vestiduras blancas — entonando sus cánticos en medio del conjunto de diferentes ruidos que se elevaba de aquella numerosísima reunión de hombres y de animales.

A lo lejos la tienda de campaña de Boadicea. Era una tienda espaciosa hecha de cueros suaves y se alzaba en el centro de un espacio libre. En redor de la tienda flameaban las banderas de muchos poderosos jefes de tribu que habían acudido con todos sus elementos de guerra a ponerse a las órdenes de la reina.

LA ENTREVISTA CON BOADICEA

La columna de Prasago, seguida de los carros cargados de trigo y de carne, descendió por la falda de la colina, dirigiéndose a la llanura. Los secuaces del rubio jefe no tardaron en mezclarse con los hombres allí reunidos, pero Prasago avanzó rapidamente sin más compañía que Harl y Hamo.

El ejército habíase detenido allí sólo temporariamente y todo parecía hallarse dispuesto para emprender de nuevo la marcha en cuanto se diera orden de hacerlo, La mayor parte de los hombres o estaban comiendo o limpiando y lustrando sus armas. A los muchachos interesaba mucho todo cuanto veían en torno de ellos. En sus lejanas aldeas del Norte se habían hallado fuera del alcance de la influencia de los conquistadores romanos así que les sorprendía ver a muchos britanos vestidos con ropas semi civilizadas y provistos de armas de modelos perfeccionados.

Notaron también el orden y la disciplina militares que reinaba allí y observaron maravillados las filas de carros de guerra a cuyas mortíferas ruedas habían aprendido a temer hacía ya tiempo los soldados romanos.

Debido a todo esto el trayecto les pareció muy corto y se sintieron sorprendidos al percatarse de que ya habían llegado a la tienda de campaña de la reina Boadicea. Estaba custodiada por unos diez jefes britanos que se retiraron a un lado, para dejarlos pasar, cuando llegó Prasago con sus dos compañeros.

Al llegar el instante supremo Harl y Hamo sintiéronse vacilantes y perplejos dudando del éxito de su entrevista con la reina. No se sentían seguros de que su relato iba a ser bien recibido. Pero no se les notaba nada de esto en la expresión de su rostro o en su actitud cuando, erguidos y orgullosos pasaron con toda calma por la puerta de la tienda.

El interior de la tienda de campaña de la reina Boadicea estaba sencillamente adornado pero los muchachos no se fijaron en esos detalles. Con admiración, muy emocionados, miraron a la majestuosa dama que se levantó de su asiento para recibirles.

No basta decir que era una dama majestuosa para describir Boadicea. Era alta de formas perfectas, estaba dotada de las fuerzas y la estatura de un hombre, poseyendo a la vez todo el incomparable encanto y todo el gentil y atrayente donaire de su sexo. Su rubio cabello llegábale hasta la cintura y sus facciones aún cuando entristecidas por el dolor, dejaban adivinar cuán maravillosa belleza debió ser la de aquella mujer pocos años antes.

Entonces se notaba en sus ojos azules el fulgor que tienen los ojos de los tigres y sus labios finos y apretados auguraban grandísimos males a sus enemigos. Su vestido era una mezcla del ropaje femenino y del vestir del soldado. Tenía puesta una larga túnica blanca ceñida por una cadena de oro a manera de cinturón y sobre su pecho relucía una liviana coraza del mismo metal. Calzaba sus pies con altos cotornos y en una mano tenía un látigo de los usados para manejar a los caballos que tiraban de los carros de guerra.

Mediante una sola y rápida mirada Harl y Hamo se dieron cuenta del aspecto de la mujer en cuyas manos estaba su destino. La voz de Boadicea, clara y enérgica, se dirigió a los príncipes en cuanto se hubo retirado Prasago que les había presentado a la reina diciendo quiénes eran y en qué circunstancias los había hallado.

—Me ha dicho Prasago que son ustedes los hijos mellizos del rey Gerfar, de las tribus del Norte, — dijo la reina, — y que tienen algo que decirme a solas. Gerfar y yo descendemos de los mismos antepasados y fué para mí un disgusto muy grande enterarme de la noticia de su muerte. Ahora hablen pronto, jóvenes príncipes pues el ejército está esperando la orden de marchar y no tenemos tiempo que perder.

Estas palabras reanimaron a los jóvenes. Harl relató rápidamente, con toda claridad, todo cuanto habían sufrido desde el momento en que rescataron de las furias del

Galopando rápidamente el valeroso caballito descendió por la empinada cuesta con Harl agarrado a sus crines y Hamo fuertemente agarrado a su hermano.

mar al joven romano hasta que se encontraron con las huestes de Prasago.

Boadicea les escuchó con atención grandísima pero sin que la expresión de su rostro permitiera suponer qué era lo que al respecto pensaba.

—Procedieron ustedes mal, — dijo cuando Harl terminó su relato, — y merecían un castigo por haber salvado al muchacho romano. Sin embargo procedieron ustedes inocentemente y por ese delito han sufrido ustedes mucho al ser arrojados por su propio pueblo.

"Los druidas manejan a los pueblos por voluntad de los dioses, — agregó Boadicea, — pero con frecuencia hay, entre los sacerdotes, hombres malos y uno de esos parece ser el Bludwin a quien ustedes se refieren En mi concepto se ve con toda claridad que conspiró de acuerdo con Almerico para condenarles a ustedes a morir en el altar y por lo tanto estoy dispuesta a concederles la protección que ustedes solicitan de mí.

Con fervientes palabras de gratitud, los dos príncipes se arrodillaron a los pies de Boadicea, pero ella les ordenó bondadosamente que se levantaran en seguida.

—Son ustedes dos jóvenes valerosos. — agregó la reina, — y yo necesito hombres como ustedes. Cuando venga su desdichada madre vivirá a mi lado y cuando el enemigo haya sido arrojado de nuestras costas organizaré un ejército para castigar al conspirador y ambicioso Almerico. Retírense ahora y no se olviden de que cuento con ustedes como elementos de primer orden para los próximos combates contra los infames romanos. Al retirarse digan a Prasago que deseo hablarle, — añadió.

El sol de la tarde les pareció doblamente luminoso a Hamo y Harl cuando salieron de la tienda de campaña de la reina con el rostro reluciente de contento. Algo, sin embargo, les faltaba para que su dicha fuese completa, pero sentían que el destino no se lo negaría y esperaban confiados que su adorada reina y madre no tardaría en unirse a ellos.

Dieron a Prasago, que esperaba a la puerta, el mensaje de la reina y el rubio jefe entró inmediatamente en la tienda. Los jóvenes se sentaron en la vara de un carro que estaba en la plazoleta y contemplaron la activa escena que se desarrollaba en redor de ellos, enteramente ajenos a la curiosidad de que eran objeto.

Después de un largo intervalo salió Prasago apresuradamente de la tienda y junto con él varios jefes también habían entrado sin que los muchachos se percataran de ello.

Prasago se separó de los demás jefes después de dirigirles unas pocas palabras y luego se encaminó hacia donde estaban los príncipes.

—Boadicea los ha puesto a ustedes a mi cargo, — dijo, — y eso no me disgusta por cierto porque la reina me ha dado excelentes informes sobre el valor y el espíritu combativo de ustedes. Dentro de poco podrán hallar oportunidad de poner en acción ambas condiciones.

—¡Lo que más deseamos es ir a combatir contra los romanos! — exclamó Harl. — Nos hace hervir la sangre en las venas el deseo de vengar a nuestro padre vilmente asesinado a traición.

—¿Comenzaremos pronto? — preguntó con nerviosidad Hamo. — Será pronto el ataque?

—¡Por la espada de Coratacó! — exclamó Prasago. — ¡Son ustedes realmente maravillosos! ¡Jóvenes como ustedes son un honor para Britania! ¡Han marchado horas y más horas sin comer y sin dormir y todavía piensan entrar en combate en seguida!

No ha de pasar mucho tiempo antes de que puedan saciar sus ansias de sangre romana, — agregó. — Los exploradores que han llegado de Londres hace poco dicen que la población no está en condiciones de defensa aun cuando está llena de legiones de romanos que allí se han reunido procedentes de las demás colonias.

—¿Y el ejército de Suetonio? — preguntó Harl.

—No ha llegado aún, — contestó Prasago. — Cuando llegue sólo encontrará probablemente, las ruinas de una ciudad incendiaria y los cuerpos de los vencidos romanos. Síganme ahora. Voy a ocuparme de que les proporcionen todo lo que necesitan mientras se da la orden de prepararse para la marcha.

Prasago llevó a los jóvenes primero a uno de los carros de provisiones donde satisfacieron su apetito y donde le dieron a cada uno una alforja con alimentos. Fueron luego a otro carro lleno de botín tomado en las destruídas colonias y allí les proveyeron de buenos y fuertes borceguíes, con los que sustituyeron a sus desgastadas sandalias y con todo un equipo de armas romanas: espadas, jabalinas y escudos de bronce.

Después Prasago ordenó a los jóvenes que se acostaran en un lecho de paja olorosa y mullida puesto a la sombra de uno de los carros de guerra y les dijo que procuraran dormir un rato.

—No será muy largo ese rato pero contribuirá a refrescarles un poco, — dijo el jefe. — Cuando llegue el momento de la partida, les avisaré.

Estaban tan nerviosos y excitados los muchachos que suponían que les sería imposible conciliar el sueño. Pero en cuanto se acostaron abedientemente en el suave lecho de paja, aún antes de que se dieran cuenta de ello, estaban sumidos en el más profundo sueño. Esto era lo que más falta les hacía. No dormir lo necesario les hubiera tenido destrozados y sin fuerzas en el momento crítico.

No es de extrañar, pues, que se sintieran maravillosamente frescos y ágiles cuando Prasago les despertó, a tal punto que les parecía imposible que sólo hubieran dormido poco más de media hora.

Miraron entonces en redor y el cuadro que a su vista se presentó fué, en verdad, como para hacer vibrar el espíritu marcial de los dos príncipes.

Con sonoras voces de mando y frecuentes gritos de entusiasta alegría el vasto ejército movíase ya por la llanura. Durante los últimos días los guerreros de las distintas tribus se habían visto obligados a realizar varias de esas marchas repentinas de un sitio a otro y a llevar a cabo matanzas implacables y rápidas y a pesar de eso no se les notaba cansados y marchaban con grandísima entusiasmo, ansiosos de hallar nuevas víctimas.

Un carro tirado por tres caballos y sin las mortíferas hoces que otros tenían, estaba cerca. Prasago ordenó a los dos jóvenes que subieran en el vehículo y en seguida lanzó los caballos a la carrera dirigiéndose al centro del campamento donde estaban los carros de guerra y los carros de provisiones, — que se quedarían a retaguardia, — debidamente custodiados.

Después el jefe guió su carro en otra dirección castigando a los caballos para que emprendieran rapidísimo galope. Relinchando y resoplando continuamente, avanzaron con rapidez entre las filas de guerreros, de una y otra tribu, pasando por delante de docenas de flameantes estandartes y de centenares de apretadas filas de hombres relucientes de acero y oro.

Harl y Hamo agarrados a lados del sacudido carro, gritaban alegremente como los demás y admiraban la facilidad con que Prasago seguía la línea de la formación. Al cabo de un rato llegaron a la cabeza de la primera de las columnas y Prasago dominó el fiero impulso de sus caballos alineando su carro detrás de seis vehículos semejantes de los que iban la reina Boadicea y sus principales jefes.

LA DESTRUCCION DE LONDRES

En el confuso recuerdo de los tormentosos acontecimientos de aquellos días, siempre se destacó en la memoria de Hamo y de Harl, sin que la olvidaran jamás, la marcha entusiasta de aquella noche. Fué un cuadro, mejor dicho, una serie de vívidos cuadros más extraordinarios que todo lo que les aconteció después.

Fué aquella una constantemente renovada serie de sucesos que entusiasmaban y emocionaban a los jóvenes. El rodar de los carros, el ruido de las armas, las enérgicas voces de mando, los gritos de júbilo, el mar de rostros, de banderas y de flameantes antorchas, todo aquello bajo la bóveda azul

Prasago lanzó a galope tendido los caballos de su carro, casti gándolos furiosamente.

pálido de un cielo límpido, tachonado de brillantes estrellas.

Los dos jóvenes habían viajado con sostenida rapidez durante su fuga a través de tierras de Britania y cuando los encontró Prasago, se hallaban más cerca de Londres de lo que suponían, aún cuando la dirección que llevaban les conducía algunas millas hacia el Oeste de la colonia.

Debido a eso, el ejército de Boadicea se dirigía hacia el Este marchando hora tras hora detrás de su reina, a través de selvas y pantanos, cruzando llanuras y vadeando arroyos. Ya comenzaba a verse la luz anunciadora del nuevo día en el horizonte cuando la cabeza de la primera columna entró en el camino romano que iba de Norte a Sur. La creciente excitación de los guerreros al llegar a aquel sitio y la mayor rapidez de la marcha, indicó a los muchachos que el fin de la jornada estaba ya cercano.

No faltaban, por cierto, detalles que lo demostraran. En el camino, tirados por los fugitivos que habían acudido a Londres en busca de valiosas mercancías, y de vez en cuando veíanse cadáveres de esclavos o de hombres libres respecto a cuya muerte sólo podían hacerse conjeturas.

Las aldeas, abandonadas por todos sus habitantes, situadas a los lados del camino, fueron incendiadas con antorchas y las llamas de su incendio iluminaron el avance de las fuerzas de Boadicea.

Así transcurrieron las últimas horas de la noche, y cuando los primeros rayos del sol alumbraron los campos de la Britania romana, los sedientos miles de hombres vieron ante ellos la ansiada meta. Avanzaron los hombres y los carros y con el corazón latiéndoles con fuerza, Harl y Hamo parpadearon asombrados al ver una ancha franja de agua en la que flotaban muchos buques y las amontonadas casas que formaban la colonia llamada Londres.

La noticia de la proximidad de la colonia pasó de boca en boca hasta las últimas filas del ejército de los britanos. Lanzando un ensordecedor rugido, el ejército avanzó más presuroso, dispersándose en tal forma que su frente quedó extendido en una milla.

En aquellos tiempos, el Támesis en Londres, se ensanchaba formando anchos pantanos y lagunas en las que había numerosas islas. Entre las islas había vados marcados por medio de postes, de modo que los britanos tenían la ciudad enteramente a su merced.

Fué un impresionante cuadro el que ofrecieron las columnas de guerreros britanos al cruzar por entre el cieno de los vados, y oír los gritos furiosos de doscientos mil hombres gritando a la vez.

Las estaciones romanas de las islas de Thorney y de Bramble quedaron arrasadas hasta el suelo, y sus defensores fueron hechos pedazos. La ola humana siguió extendiéndose hacia la derecha y la izquierda, con tal rapidez que la población fué atacada simultáneamente por tres partes a la vez.

Como en medio de un ensueño, Harl y Hamo se agarraban a los lados del carro mientras el vehículo se metía con loca rapidez en los pantanos poco profundos, y no parecieron despertar hasta que el carro rodó por terreno duro y vieron las águilas romanas y los soldados con la cabeza cubierta con cascos de reluciente bronce, agazapados detrás de las defensas hechas de amontonada tierra.

Los caballos se detuvieron resoplando, y de los carros descendieron todos los hombres armados que iban en ellos. Se produjo un salvaje avance con el objeto de apoyar a las fuerzas de Boadicea, y los muchachos fueron también.

—¡No se separen de mí! — gritóles Prasago de cerca. — ¡Recuerden a su asesinado padre, y hieran con el pensamiento de venganza!

No pudo haber palabras que más excitaran el furor y la indomable valentía de los dos príncipes. Un momento después se hallaban en medio de lo más terrible del asalto, pisoteando los muros de tierra que se desmoronaban, y haciendo retroceder a los soldados romanos.

En un tiempo muy breve las defensas fueron dominadas y tomadas de uno a otro extremo y hordas y más hordas de britanos pasando por encima de montones de enemigos muertos, entraron en la populosa y aterrorizada ciudad. A esto siguió una escena de matanza tal que no ha tenido su semejante en ninguna época de la historia.

Bajo la suave luz del sol otoñal perecieron miles y miles de romanos a manos de los durante tanto tiempo esclavizados y perseguidos britanos.

La situación de Londres en aquella época era, en resumen, la siguiente: Su población normal había aumentado lo menos diez veces con los grupos de refugiados que allí habían acudido aterrorizados ante el repentino levantamiento de los britanos y los brillantes éxitos por estos obtenidos en los últimos días.

Debido a eso lo que era en realidad una pobre localidad comercial se vió llena de colonos tanto romanos como extranjeros procedentes de todas partes así como de los sobrevivientes de las fuerzas militares de los generales y pretores recientemente derrotados.

Ante los muelles del río se encontraba toda una flota de bajeles cargados de valiosas mercancías esperando el momento de la descarga o de la partida para Italia.

Era de suponer que la ciudad confiaba en que la defenderían los soldados y el ejército del general Suetonio que era esperado de un momento a otro. La opinión general en Londres era que Boadicea no se atrevería a atacar a lo que era la fortaleza de la dominación romana en Britania. También creían muchos que las fuerzas de Boadicea debían hallarse muy lejos, hacia el Norte.

De todos modos la verdad fué que aquel ataque matutino inspiró un indescriptible terror desde el primer momento. Los soldados sobrevivientes de diversas legiones, vieron frente a ellos al mismo terrible enemigo ante el cual habían huido desesperados pocos días antes. Retrocedieron derrotados después de una breve resistencia y la ciudad quedó enteramente dominada.

Durante todo el día continuó la imponderable matanza. Durante algún tiempo los jóvenes combatieron junto a Prasago y muy cerca de donde estaba la reina. El recuerdo de aquella lejana y triste noche en la cual, al regresar de su caza al jabalí se encontraron su casa hecha cenizas y con la noticia de que su amado padre, el rey Gerfar, había sido traidoramente asesinado les infundía terribles deseos de vengar todas aquellas infamias. Más de un soldado romano cayó bajo el filo de sus espadas y más de una vez escaparon a la muerte por verdadero milagro.

El hecho que coronó sus hazañas de aquel día acaeció cuando reconocieron entre un grupo de romanos al brutal centurión que había guiado a la banda de incendiarios y asesinos hacia la aldea del Norte.

Bien recordaron ellos su rostro cuando le vieron y lo acorralaron en un rincón de la pared. Se separaron Harl y Hamo de sus demás compañeros britanos y avanzaron solos contra el corpulento y atlético centurión. Harl le hundió su espada en el corazón mientras Hamo le hundía la suya profundamente entre las costillas.

El centurión se desplomó, rodó y dejó de existir lanzando un grito de agonía. Sus camaradas le hubieran vengado matando a los dos muchachos pero un oportuno ataque de Prasago y varios de sus hombres del Norte no dejó con vida ni uno sólo de los romanos de aquel grupo.

—¡Buena hazaña, muchachos! — gritó Prasago. — ¡Fueron golpes de primer orden los que dieron ustedes! ¡Hace rato que me doy cuenta de sus sucesivos actos de valor!

Los muchachos se pusieron muy colorados de placer y blandiendo sus espadas se unieron de nuevo a sus compañeros.

Toda la ciudad era teatro de luchas feroces; en todas partes resonaban gritos de furor y gemidos de angustia.

La columna capitaneada por Prasago y a

cuya cabeza formaban Hamo y Harl llegó a donde se hallaban Boadicea y el grupo de sus jefes en el preciso momento en que daban muerte al último de un desesperado grupo de soldados romanos que habían preferido morir casi sin pelear al deshonor de una vergonzosa fuga.

—¡Los romanos se rinden por todas partes! — exclamó la reina. — Antes de que se ponga el Sol, Britania estará libre de sus invasores. ¡Maten sin misericordia! ¡Qué no quede con vida ni uno sólo!

—En el río está anclada toda una flota de buques, — dijo Prasago a la reina. — En esos buques pueden huir muchos que ya se han guarecido en ellos. Hasta ahora no se les ha atacado.

—Entonces le encargo a usted que lo haga, mi buen Prasago. — ordenó Boadicea. — ¡Qué se apoderen de esos buques y maten a cuántos encuentren a bordo!

En cumplimiento de esa orden, Prasago con cerca de mil de sus hombres se abrió paso entre las hordas de fieros britanos que continuaban su obra destructora hasta encontrarse cerca del río. Mientras avanzaba dieron muerte a cuantos fugitivos hallaron a su paso y por último, por las estrechas callejuelas del barrio de los muelles, llegaron a la ribera del Támesis.

Allí estaban los muelles y los depósitos de los mercaderes y a corta distancia se hallaban anclados los buques, balancéandose a merced del oleaje producido por la marea que aún no estaba suficientemente alta para permitirles zarpar.

Lanzando gritos salvajes Prasago y sus secuaces entraron en el río y vadearon o nadaron la distacia necesaria para asaltar a los buques. Harl y Hamo se hallaban entre los primeros que tropezaron con la desesperada resistencia de los romanos pero no sufrieron ni un sólo rasguño al pasar bajo un chubasco de lanzas y jabalinas arrojadas desde los barcos y que hirieron y aun mataron a varios de sus compañeros.

Gritando de furor, aullando más que gimiendo de dolor, los romanos presentaron decidida resistencia. Pero poco tardó en no quedar con vida ni uno sólo de todos ellos. Sus cuerpos fueron arrojados por encima de la borda, a las aguas del río para que los llevara luego mar afuera la marea descendente.

FRENTE A LAS HUESTES DE SUETONIO

Al mismo tiempo habíase desarrollado una escena semejante en cada uno de los demás buques fondeados en el Támesis, así que todos los buques estuvieron pronto en poder de los britanos. No era momento de pensar en recoger botín de guerra, así que los triunfadores regresaron prontamente a tierra con el propósito de colaborar en la matanza que, aún continuaba en la población.

Como los valiosos cargamentos de los buques podían caer en manos de las huestes de Suetonio, fueron rápidamente sacados de las bodegas y arrojados al río. Allí desaparecieron prontamente las pieles, la lana, los cereales, y las aves de corral destinadas a los puertos de Italia y las valiosas mercancías enviadas de Roma para los colonos, consistentes en cascos de vino, telas de seda, espejos, estatuas, lámparas y bujías.

Después los buques fueron incendiados y cuando las llamas se alzaban lamiendo los altos mástiles los britanos saltaron al río y volvieron a la ribera. Mientras corrían gritando por una de las estrechas callejuelas del barrio del puerto, Hamo tomó de un brazo a su hermano e hizo que se parara.

—¡Mira hacia allá, Harl! — exclamó excitadísimo.

En el sitio donde Hamo detuvo a su hermano la calle por donde avanzaban era cruzada, en ángulo recto por un pasadizo que corría paralelo con el río entre unas casuchas pobres y pequeñas. Allí vieron los muchachos a un romano fugitivo y, aun cuando desapareció rápidamente lo reconocieron: era Rufo Métulo.

Obedeciendo a un repentino impulso dejaron a Prasago y a sus secuaces y corrieron metiéndose en el angosto pasadizo. Estaban dispuestos a no mostrar misericordia alguna. El recuerdo de todo lo que habían tenido que sufrir por haber salvado a aquel joven romano, acrecentó en ellos el deseo de matarle.

Sin embargo Rufo estaba bastante lejos de sus perseguidores y aun cuando pronto volvieron a verle se hallaban lo menos a sesenta pies de distancia de él cuando volvieron, dirigiéndose a una callejuela que conducía al río.

Corrió Rufo de tal modo que no volvió la cabeza ni una sola vez y tal era su deseo de escapar que no se dió cuenta de lo que le pasaba cuando un objeto blanco se le cayó de su cinturón.

Los muchachos lo vieron y Harl se detuvo el tiempo suficiente para inclinarse a recogerlo y para observar que era un rollo de pergamino que tenía unas extrañas manchas negras. Se lo guardó en el pecho y volvió a correr procurando unirse a Hamo, que no se había detenido.

El ruido y los gritos de la persecución hizo que acudieran otros britanos que se hallaban cerca, pero Rufo logró dejar atrás a todos y se hallaba todavía a diez yardas delante de ellos cuando llegó a uno de los muelles. Arrojó al suelo el escudo, la espada y parte de sus ropas, miró hacia atrás riendo burlonamente y después se arrojó de cabeza al río.

Se encontraba todavía debajo del agua cuando los muchachos y sus compañeros llegaron al muelle, pero un instante después sacó la cabeza del agua para respirar y volvió a zambullirse sin que le alcanzara un verdadero chubasco de jabalinas.

Algunos britanos se arrojaron al río y nadaron tras del romano, pero más fácil les hubiera sido capturar a un pato silvestre. El joven romano reapareció media docena de veces en los sitios donde menos se le esperaba y cuando llegó al medio del río nadó

con rapidez cruzando la lenta corriente.

Sus perseguidores regresaron al muelle enojadísimos y decepcionados. Harl y Hamo vieron, por último que Rufo llegaba a la opuesta orilla del río y desaparecía, perdiéndose de vista.

En el interín los demás britanos se habían dispersado en busca de más fugitivos y los muchachos corrieron hacia el centro de la ciudad donde aún continuaba la implacable y terrible matanza y seguía la atronadora gritería. Por feliz casualidad se encontraron de nuevo con Prasago y pronto estuvieron tan entretenidos que olvidaron por completo su decepción.

Los acontecimientos que se desarrollaron aquella tarde en la capturada ciudad no pueden ser descriptos detalladamente. No es necesario tampoco. Muchos romanos fueron perseguidos hasta los campos de las cercanías, otros se guarecieron en los bosques pero todos perecieron. Gran número de colonos que se habían guarecido en casas de familias y en otros edificios, buscando refugio; todos fueron ahorcados o crucificados para satisfacer la insaciable ansiedad de sangre de los enloquecidos britanos.

Al anochecer no era posible encontrar con vida a uno sólo de los odiados enemigos y cerca de cuarenta mil estaban tirados en las calles y campos o flotaban en las enrojecidas aguas del Támesis. Un total de setenta mil romanos habían dejado de existir, matados por los britanos, en pocos días.

Al ponerse el sol, Prasago y sus compañeros encontráronse con Boadicea. La reina tenía en el rostro una terrible expresión de alegría y de triunfo. Acababa de dar orden de incendiar la ciudad y ya se alzaban las llamas en una veintena de sitios.

Harl recordó en aquel momento el pergamino que se le había caído a Rufo en su fuga y que él había recogido y pensó que podía ser algo de importancia. Lo sacó del pecho y se lo entregó a la reina Boadicea, la que le preguntó dónde lo había obtenido y después llamó a Prasago para consultarle.

En aquella época muchos de los britanos del Sur, habiendo tenido trato frecuente y libre con los conquistadores romanos, habían llegado a hablar y a escribir correctamente el latín. Entre estos se encontraba Prasago y Boadicea. Los dos juntos leyeron lo que decía el pergamino y en sus rostros se notó en seguida una expresión de intensa seriedad. Después conversaron ambos, íntimadamente y en voz baja durante algunos momentos.

—Han hecho ustedes bien en traerme esto, mis valientes muchachos, — dijo Boadicea a Harl y Hamo. — Es esto algo que yo recordaré siempre en honor de ustedes. El joven romano a quien vieron eran un mensajero llegado hacía poco del campamento de las tropas de Suetonio y este pergamino, que procede del mismo campamento comunica a alguien los planes y futuros movimientos de su ejército.

La reina no dijo en qué consistían estas noticias pero lo que sucedió después dejó comprender que se trataba de algo grave.

Con toda rapidez corrió la orden de marchar por todo el ejército y poco tiempo después los britanos hartos de sangre, dirigíanse hacia el Norte, cruzando lagunas y pantanos lo más rápidamente que les era posible.

Tras ellos el cielo estaba rojo a consecuencia del colosal incendio que destruía con rapidez horrenda las ruinas de lo que había sido la orgullosa colonia romana.

Los carros y los caballos se habían extraviado durante el terrible entervero del día y no había tiempo que perder en buscarlos y reunirlos de nuevo. Así que, lo mismo que sus hombres, Boadicea avanzaba a pie. Las banderas flameaban a la cabeza del ejército entre un círculo de antorchas y Prasago y los dos jóvenes marchaban cerca de ellas.

Los britanos sentíanse tan vibrantes y excitados por la reciente gran victoria que la mayor parte de ellos no sentían la fatiga de la larga nocturna marcha aún cuando habían marchado toda la noche anterior y habían combatido todo el día.

Varios centenares de britanos sin embargo, se dispersaron por lo largo del camino, pero esta pérdida resultaba insignificante para un ejército que se componía, como el de Boadicea, de doscientos mil hombres.

Hora tras hora la horda continuó la marcha gritando, chillando y cantando salvajes canciones guerreras. Creíanse todos ellos invencibles y pedían á gritos que se les llevara a combatir con el ejército de Suetonio.

Cuando la grisácea primera luz del amanecer comenzaba a extenderse por el cielo, llegaron los miles de cansados soldados al sitio donde habían dejado los carros y las provisiones. Los que allí se habían quedado de guardia oyeron con entusiasmo y envidia el relato de la conquista, la gran matanza y el incendio.

La hambrienta horda atacó y devastó los carros de provisiones y antes de que el sol hubiese subido más arriba del horizonte la vasta llanura estaba cubierta de hombres que dormían.

La reina madre aún no había llegado de su lejana aldea del Norte y Harl y Hamo sentíanse angustiados por tristes presentimientos mientras se desayunaban en compañía de Prasago que procuraba animarles y alegrarles con toda su mejor voluntad.

—Aun es pronto para esperar su llegada. — decía el rubio jefe. — por que el camino es largo y tendrá que viajar con lentitud. Probablemente llegará cuando nosotros hayamos terminado de destruir el ejército de Suetonio.

—¿Dónde se halla ahora Suetonio? — preguntó Hamo.

—Debe encontrarse, sin duda, cerca de Londres. — contestó el jefe. — y si nuestros exploradores llegan antes de la noche será fácil que tengamos que marchar durante una noche más. Boadicea es una mujer maravillosa y no descansará mientras quede en Britania un solo romano.

Así que duerman ahora puesto que tienen

tiempo para descansar, jóvenes príncipes. — agregó Prasago. — ¡Miren! ¡Fíjense en la llanura que se extiende hacia allá! ¡Diríase que está cubierta de cadáveres!

Las palabras tranquilizadoras de Prasago calmaron bastante la ansiedad de los muchachos que obedientemente se tendieron sobre la cama de paja instalada debajo del carro que el jefe les indicó. Cerraron los ojos en seguida y tanto tardaron en reponerse de su fatiga que cuando despertaron ya habían transcurrido todas las horas claras del día.

Sobre ellos brillaban las estrellas y centenares de antorchas y de hogueras llameaban enrojeciendo la nocturna atmósfera. En la llanura movíanse miles de personas y se oía como un rugido constante el conjunto de tantas y tantas voces. A ese ruido se unía el del entrechocar de las armas metálicas. Los jóvenes se restregaron los ojos y salieron andando a gatas de debajo del carro que les había servido de techo mientras dormían.

—Hemos dormido hasta que ha llegado la noche, — dijo Harl, — y hemos hecho bien pues yo me encuentro ahora más fresco y ágil que nunca.

—Lo mismo me sucede a mí, — dijo Hamo — Todos los demás están levantados ya y parece que corrieran muy importantes noticias. Tal vez hayan regresado ya los exploradores.

—¡Vamos en busca de Prasago! — exclamó Harl con nerviosidad. — ¡El debe saberlo todo y nos lo dirá!

Los muchachos se habían fijado por la mañana dónde estaba situada la tienda de campaña de Boadicea así que, a pesar de la obscuridad, llegaron pronto a ella sin dificultad alguna. Encontraron la tienda rodeada por numerosos jefes. Otros jefes entraban y salían, iban y venían; a cada momento partían mensajeros de la reina urgentemente enviados a las diferentes partes del campamento.

Después de pasados unos momentos salió Prasago de la tienda de campaña de la reina y contestó en seguida a las rápidas preguntas de los dos muchachos.

—Sí, los exploradores han regresado portadores de muchas noticias. Al romper el día, iremos a atacar al ejército de Suetonio que se halla acampado en un sitio que ha fortificado a cuatro horas de marcha de aquí. Quédense aquí, cerca de la tienda de la reina y cuando llegue el momento de la partida yo les daré sitio en mi carro.

No tuvo tiempo para explicar nada más Prasago se alejó por entre los grupos de soldados y durante algunas horas no volvieron a verle. Hamo y Harl esperaron obedientemente y mientras transcurría la noche se entretuvieron limpiando y afilando sus espadas de bronce y aguzando la punta de sus jabalinas.

En todo el vasto campamento reinaba el zumbar de los preparativos. Cuando se vió la primera luz de la aurora y la claridad se extendió por la llanura, el ejército de los britanos encontrábase una vez más en movimiento haciendo gala de una organización y una disciplina de que antes había carecido.

Columna tras columna, con filas de carros de guerra entre ellas corrieron por la llanura, y se internaron en los caminos de la selva situada más allá. A la cabeza flotaba el estandarte de Boadicea, que avanzaba sola en su carro.

Los carros de la línea que seguía tras ella

Lea en el próximo número:

EL DEPARTAMENTO No. 14

AVENTURAS DE SEXTON BLAKE

Por GILBERT CHESTER

estaban ocupados por hombres hábiles en el combate con carros de guerra y uno de los rodados lo ocupaba Prasago, habilísimo en el manejo de los caballos al que acompañaban Harl y Hamo.

Con pocas palabras Prasago manifestó a los muchachos lo que había que hacer y los dos aprendieron rápidamente y bien su lección.

La marchá hacia el Sur duró cuatro horas y cuando las terribles hordas entraron en una llanura cubierta de hierba se detuvieron, obedeciendo a una orden de la reina ante lo que constituía un inolvidable espectáculo.

A la izquierda se extendía un ancho lago que relucía a la luz del sol como una lámina de pulida plata y a la izquierda se veía un bosque que ostentaba el oro y el marrón, los atrayentes y vistosos colores otoñales.

Frente a frente cruzando la llanura, a menos de media milla de distancia, se extendía una línea de fortificaciones hechas de tierra. Por la parte alta de aquella baja muralla se paseaba gran número de vigilantes centinelas y debajo de ellos llegando hasta gran distancia hacia retaguardia estaban tendidas filas y más filas de soldados.

El sol relucía en los escudos y en los cascos, en las jabalinas y las espadas, en estandartes de oro relucían las águilas romanas.

Aquellas eran las legiones que mandaba el gran Suetonio y aun cuando el número de sus hombres llegaba escasamente a cuarenta mil, constituían una fuerza nada despreciable.

Acababan de llegar de la conquista de Anglesey donde habían quemado a todos los druidas; llegaban de Londres cuyas humeantes ruinas habían contemplado, donde habían visto los cadáveres de miles y miles de sus compatriotas. No reinaba el terror en sus filas; por el contrario hasta el último de aquellos hombres ardía en deseos de venganza.

De la venidera batalla dependía el destino de Britania y los dos bandos lo sabían. Boadicea hizo que sus secuaces cruzaran la llanura y después los hizo extenderse formando una larga línea que iba desde el lago hasta la selva y tenía centenares de filas de hombres, una tras otra.

Llevada al galope por sus valientes caballos recorrió la línea de soldados y de carros de guerra , de pie en su rodado, flotantes sus blancas vestiduras y agitando los brazos desnudos mientras gritaba a sus secuaces diciéndoles que era necesario vencer y matar hasta el último de los odiados opresores romanos.

¡Con qué desenfrenada locura la ovacionó su pueblo! ¡Con qué furor imponente se agitaron las relucientes armas a la brillante luz del sol! Con nerviosidad indescriptible esperaban todos la orden de atacar a las huestes romanas y empapar con su sangre la extensa llanura.

—¡Recuerden que de nosotros se espera la salvación de Britania! — gritó Prasago. — ¡Ojalá los dioses y los druidas estén en nuestro favor en este día decisivo!

Harl y Hamo oyeron esas palabras del rubio jefe con las mejillas encendidas de entusiasmo y los ojos luminosos de furor. Miraron hacia Boadicea que había llegado al final de la línea y se volvía ya para regresar.

EL ULTIMO COMBATE DE LOS CARROS

La espada de la reina brilló a derecha e izquierda y la poderosa voz de Boadicea vibró en la serena atmósfera. La orden corrió de fila en fila y se oyó un horrísono rugir de voces entusiastas en el momento en que miles de hombres avanzaron casi a saltos como una enorme ola y cruzaron la llanura hacia la muralla que escudaba a las legiones romanas.

Pero la línea de carros permaneció inmóvil mientras la horda avanzaba. Unicamente Boadicea se adelantó con la marea humana que corría al asalto. Su blanco estandarte flotaba entre las primeras filas.

—¿Vamos a perder esta ocasión de pelear? — exclamó Hamo. — ¡Vea usted, nos dejan atrás!

—¡No comprendo lo que esto significa! — gritó Harl, vibrando de impaciencia. — ¡Saltemos a tierra y avancemos en seguida con los demás!

Prasago oyó lo que decían a pesar del tumulto de la carga e inclinó la cabeza hacia ellos.

—¡Paciencia, jóvenes! — gritó. — Pronnos llegará nuestro turno. Cuando los soldados a pie hayan pisoteado la muralla, entonces avanzaremos nosotros y entraremos en el campamento. ¡Miren! ¡El combate está a punto de comenzar!

Harl y Hamo dirigieron la vista hacia adelante. La viviente oleada de soldados britanos estaba ya casi encima de las legiones que ostentaban brillantes cascos y los toques marciales de las cornetas romanas se oían por sobre la ensordecedora gritería de los atacantes.

(Continuará)

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 0.00

Exterior

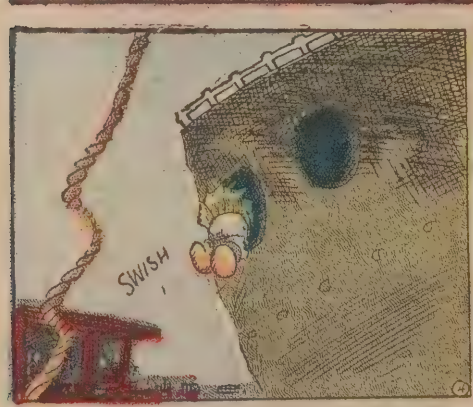
España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

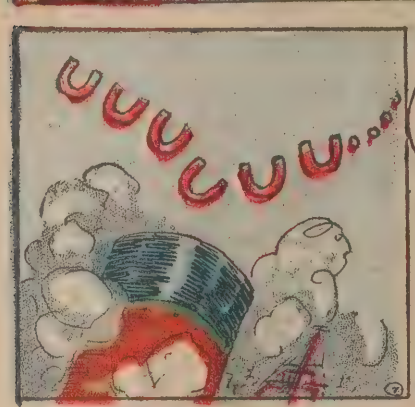
EDITORIAL MANUEL LAINEZ
LIMITADA, S. A.

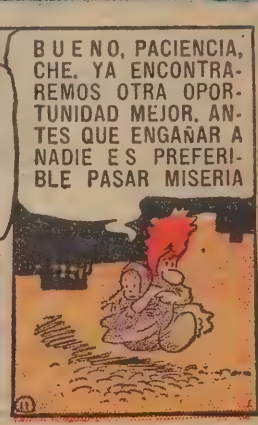
El elector.—¡Es usted un animal!
El candidato.—¿Yo? ¡Entonces puedo muy bien representarle a usted!

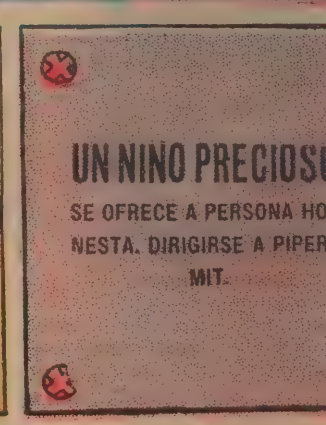
—Oiga usted, señora; esta estampilla no tiene goma, le paso la lengua y no se pega.
—Pues se la tiene usted que llevar, porque con usted son ya treinta los que han ensayado, y no estoy dispuesta a quedarme con ella.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT POR BILLY DEBE









PORTE PAGO
PUCKY
LA LECTURA PARA TODOS
No. 439
FEBRERO 26 de 1932
Buenos Aires
Año XII
El departamento Nº 14
Aventuras de SEXTON BLAKE
El famoso detective resuelve, con su acostumbrada maestría un apasionante misterio
20 cts.

Nº 439 BUENOS AIRES. FEBRERO 26 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

El departamento Nº. 14

Por Gilbert Chester

I

SEXTON Blake se detuvo delante de una puerta cerrada que tenía una chapa de bronce con el número 14. Advirtió que el llamador, lo mismo que las otras partes de metal de la puerta, estaban sin lustrar, ofreciendo contraste en esto con los de las otras puertas por delante de las cuales había pasado en su ascensión hasta aquel alto piso de las Mansiones Aldemarle.

El detective se detuvo un momento antes de llamar. Todo estaba silencioso... demasiado silencioso para su gusto.

"Venga en seguida. Ha ocurrido algo espantoso. No, se lo diré cuando llegue. Pero apúrese".

Las palabras ansiosas de su interlocutor resonaban en los oídos del detective cuando se detuvo delante de la puerta.

Diez minutos antes, un hombre que dió el nombre de Jarvis, lo llamó por teléfono. Y la Pantera Gris había tardado ese espacio de tiempo en recorrer la distancia entre Baker Street y las Mansiones Aldemarle.

De lo demás, Blake nada sabía. Había oído el golpe del receptor. Pensó que se habría caído. Otro ruido y después silencio. Después de eso la respuesta de la estación telefónica: "No contestan".

Y ahora... si, estaba todo demasiado callado. Le inspiró sospechas. Podía ser un lazo. Blake tenía enemigos. Llevó la mano a la cadera, donde un ligero bulto revelaba la presencia de una pistola automática.

Blake levantó el llamador y golpeó. Luego oprimió el timbre. No hubo respuesta.

Estaba a punto de volver a llamar, cuando un paso detrás suyo lo hizo darse vuelta. un hombre anciano, que cojeaba, apoyado en un bastón, subía la escalera.

—¿Quién vive aquí? — le preguntó Blake y el otro, después de dirigirle una curiosa mirada, subió otro escalón.

—Vincent — contestó el recién llegado. — Pero se halla en el extranjero. El departamento está cerrado. Es inútil que llame. — se detuvo un momento, tanteando con el bastón el próximo peldaño y siguió subiendo.

Blake vaciló. Si el departamento estaba cerrado ¿cómo alguien le había hablado desde él por teléfono?

Todo eso era muy extraño. Estaba a punto de subir detrás del viejo y pedirle más informes cuando oyó ruido de pasos, detrás de la puerta. Después de todo, en el departamento 14 había alguien.

Los pasos, al acercarse, parecían tropezar. La puerta se abrió violentamente y un joven apareció, tambaleándose, en el umbral.

—¡Gracias al cielo que ha venido usted! — exclamó. — ¿Es Sexton Blake?

—Sí — asintió el detective, fijos sus ojos en las pálidas facciones del otro. — ¿Es usted Jarvis?

—Efectivamente. Tenga la bondad de pasar — el joven se apartó para dejar la puerta libre.

Su pie se enganchó en el felpudo y hubiera caído a no extender el detective su mano para sostenerlo.

—Disculpe... — murmuró Jarvis, recobrándose. — Me... me siento un poco mareado. Por... por falta de alimento... sepa usted. Creo que debo haberme desmayado — concluyó con acento de disculpa.

—¿En el teléfono?

—¿Quién vive ahí? — preguntó Sexton Blake. — Vincent contestó el recién llegado. — Pero se encuentra en el extranjero.

—Sí. Todo dió vueltas en torno mío Pegué con la cabeza en la pata de la mesa al caèr, creo. — señaló Jarvis un chichón azulado que se iba formando en su frente — Lo oí llamar mientras volvía en mí.

Blake asintió nuevamente con la cabeza, cerró despacio la puerta y siguió a Jarvis al living-room. Su primera impresión, al entrar, fué que la pieza estaba bien amueblada; la segunda que había desorden y polvo Evidenciaba la presencia de alguien no acostumbrado a servirse a sí mismo.

—Tome, beba un trago de esto — sacó Blake del bolsillo un frasco de brandy. — Lo traje por si acaso. Le hará bien.

—¡Gracias! — el joven tragó un buche del generoso licor, trató de serenarse y luego se sentó junto a la mesa.

—Ya me siento mejor. Disculpe; pero he recibido una fuerte impresión.

—No se preocupe, compañero. Tómese todo el tiempo que quiera para reponerse.

Los ojos de Blake se fijaron en la mesa donde había algunos platos, una fuente tapada y un canasto para pescado, vacío.

—Y bien, señor Jarvis ¿de qué se trata? — preguntó al fin, viendo que el brandy había producido su efecto.

—De un crimen — fué la dramática respuesta.

Blake miró interrogadoramente a su informante.

—¿Cómo dijo?

—Quizá debí decir de una serie de crímenes — anunció Jarvis.

—¿Dónde?

—Ahí.

Jarvis indicó con la mano la fuente tapada.

Sorprendido, Blake la destapó. Debajo había una cantidad de ostras. Las valvas estaban cerradas.

—¡Ostras! Y trece. Un mal número tradicional, señor Jarvis.

—Lo fué para mí — dijo el último haciendo una mueca —— Iba a comerlas...

—¿Y por qué no las comió?

—Abralas y verá por sus propios ojos.

Blake agarró una ostra. Al quedar fácilmente la parte superior en su mano, no pudo reprimir un grito. En la valva inferior había, no una ostra. sino una oreja humana.

Jarvis se inclinó hacia adelante. Estaba pálido de repugnancia.

—Examine el resto.

Blake lo hizo; en cada una había una oreja humana.

—¿Puedo preguntarle de donde sacó esto, señor Jarvis?

—De los almacenes de Bender.

—¿En la sección pescadería

—No; en el departamento de calzado.

—¿Qué quiere decir? — preguntó estupefacto el detective.

Jarvis se encogió de hombros.

—Reconozco que no es usual. Pero le digo la verdad. Llevé un par de botines a lo de Bender, para que me los compusieran. Y los fuí a buscar esta tarde.

Cuando llegué a casa abrí la caja y me encontré con las ostras.

—¿Aparentemente sin que hubieran sido abiertas, supongo? — comentó el detective examinando las ostras. Sus orillas estaban untadas por una substancia marrón, pegajosa, cola sin duda.

—Así es — asintió Jarvis — Comprendí que se trataba de algún error; pero ya habían dado las diez y ocho y era demasiado tarde para ir a lo de Bender. Cierran a las diez y ocho. Todos esos grandes almacenes lo hacen.

—¿Y luego?

—Pues.. pensé utilizarlas para mi cena — dijo Jarvis con acento de disculpa. — Por una parte no creí que las ostras se conservarían en buen estado y por otra mi despensa no estaba muy bien surtida. Estoy sin trabajo y he gastado la mayor parte de dinero en estampillas y en poner avisos. De modo que agarré el abre-latas y empecé a abrir las ostras. Encontré... lo que usted ha visto. Me hizo sentir enfermo.

—¿Y me telefoneó usted enseguida?

—Enseguida. Me pareció que era lo mejor. Debí desmayarme cuando estaba hablando por teléfono. No había comido en todo el día. Supongo que fué la impresión.

—¿Está seguro de que el empleado de Bender le entregó eso?

Jarvis vaciló.

—Ciertamente me dió una caja semejante a ésta — Jarvis agarró una caja de botines vacía — Estaba ya envuelta en papel marrón y atada con un piolín. Ya sabe usted como hacen. Yo la dejé sobre el mostrador mientras pagaba en la caja. Es posible que alguien me llevara, por error, mi paquete y me dejara éste.

—Eso puede ser una explicación — convino Blake — ¿Se fijó en los otros clientes que estaban junto al mostrador en esos momentos?

—Temo que no. Había demasiada gente en la tienda.

Blake inspeccionó la caja, junto con un pedazo de papel madera y un trozo de piolín que había junto a ella.

—Puede creer que su última suposición es acertada, señor Jarvis — anunció después de un minuto — Los empleados de Bender no le entregaron este paquete.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la caja, el papel y el piolín. El papel es viejo. Ha sido usado antes. Puede ver las arrugas previas. El piolín también se compone de dos pedazos anudados. Y la caja no tiene la etiqueta de Bender, como ocurriría ciertamente si proviniera de allí.

Además, ellos no hubieran empleado papel y piolín viejos.

—Es cierto — convino Jarvis.

—Alguien se ha tomado un gran trabajo para raspar la etiqueta. — Prosiguió Blake examinando el extremo de la caja. — Presumiblemente no querían que la caja pudiera ser identificada.

—Me lo imagino — comentó Jarvis — El asunto puede conducir a la horca. Al menos es lo que yo pienso. ¿Y usted?

Blake dejó la envoltura y volvió su atención a su macabro contenido.

—Yo fumaría, en su lugar — sugirió encendiendo su propia pipa. — Hace ya unas cuantas horas que los dueños de estas orejas fueron a reunirse con sus antepasados.

Jarvis encendió un cigarrillo barato, mientras su compañero con diestros dedos iba arreglando los siniestros trofeos sobre la mesa, como si fuera un rompe cabezas.

—En el lenguaje de la mesa de juego, somos siete — Blake se recostó bruscamente en la silla, después de dejar arregladas las orejas a su satisfacción. — Seis pares y un nones, mi querido Jarvis.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Muy sencillamente. Las orejas indican hasta el tipo de persona a quien pertenecieron. Por ejemplo — Blake apartó un par — observe éstas, su delicada estructura de nácar. Eran pegadas a la cabeza. Orejas de mujer.

Y estas otras. Mire su grueso, los grandes lóbulos. Deben haber sobresalido de la cabeza, señal de tosquedad. — el detective hizo un breve comentario, mientras manejaba otras — Y aquí tenemos las orejas puntiagudas del hombre sensual. Los antiguos griegos sabían algo de la relación existente entre la psicología y las facciones cuando inventaron a Pan y a los sátiros.

—¿Y la oreja nones? — aventuró Jarvis.

—Es distinta a las otras y bastante curiosa. — Blake se inclinó sobre el despojo final. — En realidad resulta muy extraña.

—Es bastante extraño que sea una sola y las otras formen pares; parece la docena del panadero, señor Blake.

—Hay más que eso. Las otras doce son blancas. Esta es amarilla. Deduzco que su dueño pertenecía a la raza mogol.

—¿Quiere decir chino?

—Probablemente. Aunque pudiera ser japonés y, posiblemente, esquimal.

—No se encuentran esquimales en Inglaterra, señor Blake. A no ser que los crímenes hayan sido cometidos en otra parte.

—Los otros quizá; pero éste no. Es la oreja más fresca de la colección. Creo que su propietario no tiene muchas horas de muerto. Chino o japonés probablemente y ¡puf!

El detective retiró repentinamente la mano. En una de las yemas de sus dedos se veía una pequeña mancha negra, grasienta, y aparentemente provenía del contacto de una mancha similar en la oreja N. 13.

—¿Qué es — preguntó Jarvis inclinándose.

—Aceite, me parece — replicó Blake limpiándose cuidadosamente el dedo con el pañuelo.

Dobló bien el pañuelo y lo guardó en su bolsillo. — Es también una coincidencia peculiar.

—¿Coincidencia?

—Sí no hay aceite en las otras orejas, solamente en ésta. Tiene, pues, por lo menos, cuatro peculiaridades.

—Veo las tres, señor Blake, el color, el aceite y su número impar; pero ¿y la cuarta?

—La cuarta es que las otras doce han sido cortadas con precisión que revela experiencia quirúrgica. La mogol, por el contrario, fué seccionada por mano inexperta, de una simple cuchillada. Esta pequeña tarea me parece obra, por lo menos, de dos personas.

—Parece cosa de Oriente, señor Blake.

—De acuerdo.

—Bueno, todo resulta endemoniadamente misterioso, del principio al fin. ¿Por qué metiéron estas orejas dentro de las ostras, por ejemplo?

—Para esconderlas durante algún trayecto, imagino.

—Pero la caja hubiera bastado para eso.

—En circunstancias ordinarias, sí. Pero la presencia de las ostras indica circunstancias extraordinarias. Un pasaje por la Aduana, por ejemplo o por algún sitio similar, donde los paquetes son examinados.

—¿Eso quiere decir, entonces, que estas orejas han venido del extranjero?

—No, ya se lo he dicho. La amarilla fué cortada hace pocas horas. Las orejas podrían estar destinadas a "ir" al extranjero. Ciertamente no proceden de allí.

—Pero ¿y a qué llevar esas orejas por ahí? — protestó Jarvis — Piense en el peligro.

—¿Qué le hace pensar que pudiera haber peligro?

Jarvis se encogió de hombros.

—La precaución para ocultarlas, en primer lugar. Toda esa molestia de encerrar las orejas en las ostras ¿no indica temor de ser descubiertos?

—De acuerdo y es este uno de los aspectos más misteriosos del asunto. — declaró Blake lentamente, chupando su pipa — Y sin embargo... siete asesinatos. En estos últimos días no ha habido crímenes. Y siete personas no pueden desaparecer sin que se hagan averiguaciones.. No. Es increíble. Y sin embargo... sin embargo...

—¿Sin embargo qué? — repitió Jarvis.

—No puedo concebir motivo razonable de esto, a no ser el crimen. Estas orejas pueden significar una cosa... una sola cosa: prueba de una matanza debidamente cumplida.

—¿Alguna venganza? — murmuró Jarvis.

—O bien eso o un golpe audaz para quitar del medio personas peligrosas. En cualquiera de los dos casos, el sabor es distintamente asiático

—Es un misterio...

—Como usted mismo, señor Jarvis.

Blake se puso bruscamente de pie.

—¿Cómo es que se encuentra instalado en un departamento que se suponía cerrado por ausencia de su propietario?

II

ASUNTO DE TONG

Jarvis se sobresaltó y luego se echó a reir.

—¡Oh!... ¿ha descubierto eso también? Es muy sencillo, mucho más sencillo que este asunto. Vincent es amigo mío. Antes de irse, me dió las llaves, pidiéndome que viniera de vez en cuando a ver si todo estaba en orden en su casa. Cuando se me acabó el dinero, me mudé aquí, para evitar gastos. Sé que Vincent no lo tomará a mal. Fuimos compañeros de colegio.

—Comprendo — el detective se puso el sombrero — Bueno... — se detuvo al oír sonar el timbre de la puerta del frente — ¡Hola! ¿Quién será?

Jarvis frunció las cejas.

—Maldito si lo se. Es la primera vez que alguien viene, desde que me mudé. Y es bastante tarde, además. Más de las veintidós.

El timbre volvió a sonar. Murmurando una excusa, el joven se levantó y pasó al hall, abriendo luego la puerta. Un hombre con gorra y chaqueta de cuero, estaba parado en el umbral, con un paquete debajo del brazo.

—¿El señor Jarvis, señor? — dijo tocándose la gorra.

—Soy yo. ¿Qué desea?

—Venía a traer sus botines, señor. Los dejó usted sobre el mostrador. Soy de los Almacenes de Bender.

—¡Ah sí! — tomó Jarvis el paquete — Ha venido usted bastante tarde ¿no?

—El camión se descompuso. Disculpe, señor.

El hombre vaciló, como si esperara que Jarvis hablara.

—Está bien. Buenos noches — dijo Jarvis y se dispuso a cerrar la puerta.

—Un minuto, señor — el otro introdujo el pie dentro de la puerta y la mano en el bolsillo. — Necesito...

—¿Qué hay? ...

—¿Qué pasa? — la voz de Blake resonó en el living-room y el recién llegado se interrumpió.

—¿Y bien? — preguntó Jarvis. Oyó al detective pasar al hall, detrás suyo.

—Es por el recibo, señor. Tiene que firmar — Disculpe. Debo haberlo dejado en el camión — el tipo buscó unos momentos en su bolsillo y luego dió un paso para alejarse — Es muy tarde, señor. No importa. La subida hasta aquí es cansadora. ¡Buenas noches! Tocóse nuevamente la gorra y bajó a prisa las escaleras. Jarvis cerró la puerta y abrió el paquete.

—Son los botines — anunció, sacando un

par de zapatos. — Bender me los ha mandado

—¡A esta hora! — dijo Blake arqueando rápidamente las cejas. Agarró el papel que envolvía la caja y lo inspeccionó también. Sí, aquel paquete también había sido abierto. — ¡Hum!... — dijo Blake — Han seguido muy bien los primitivos dobleces; pero no lo bastante. Pienso...

—¿Qué — preguntó Jarvis.

La respuesta de Blake fué regresar al living-room. Volvió a poner las ostras y las orejas en la caja y luego corrió cuidadosamente las cortinas. Dirigió una rápida mirada alrededor de la habitación.

—Esto servirá — dijo y se detuvo delante de un gabinete de pie, de radio.

Lo retiró ligeramente de la pared y metió la caja entre las baterías, en la parte inferior del gabinete. Hecho esto volvió la radio a su primitiva posición.

—¿Qué se propone? — preguntó Jarvis.

—Me propongo que se quede usted aquí y espere que yo vuelva — contestó el detective vivamente. — Daré cinco timbrazos cuando vuelva. No abra a nadie más. Entretanto, estos macabros trofeos suyos están bien fuera de la vista.

—Comprendo... hasta cierto punto, señor Blake — replicó Jarvis, algo intrigado.

—No me gusta esa entrega de mercadería a éstas horas. No me parece cierta. De todos modos, las precauciones no están de más, conque mantenga los ojos bien abiertos. Volveré dentro de una hora o cosa así.

Pensando a donde iría el detective, Jarvis lo acompañó hasta la puerta.

—No se olvide. Cinco timbrazos...

Blake se detuvo bruscamente.

Miraba la superficie exterior de la puerta.

—¿Qué pasa ahora? — exclamó Jarvis sobresaltado.

Blake señaló, con el dedo, el panel inferior. En su barnizada superficie habían trazado toscamente, con tiza, un círculo en cuyo centro había un cuadradito.

Jarvis frunció el ceño.

—¿Qué demonio es eso?

—Algún símbolo. Ciertamente no estaba aquí cuando yo llegué.

—¿Pero qué quiere decir?

—Es un aviso. Es tan grande que, evidentemente, ha sido trazado para que lo vean.

—Pero ¿por qué el aviso y de quién?

—Lo ignoro, querido compañero, a menos que tenga algo que ver con esas orejas que usted encontró, lo que me parece probable. De modo que no olvide mi recomendación. Esté alerta y espere mis cinco timbrazos antes de abrir a nadie.

—Lo haré — contestó alegremente Jarvis.

Cuando Blake bajaba la escalera oyó que el joven cerraba, con llave la puerta.

En la entrada principal de la casa de departamentos, Blake se detuvo. No se veían rastros del camión. Lloviznaba y pasaban pocos transeuntes.

Blake abandonó enseguida su primitiva idea de buscar el camión, si es que lo había. Probablemente fué una mentira inventada por el tipo que entregó el paquete. Había algo más material que buscar: los cuerpos a quienen habían pertenecido aquellas orejas.

Mientras se dirigía con paso rápido al sitio donde había dejado estacionado su auto, Blake se volvió de cuando en cuando, con disimulo, para ver si era seguido. No viendo a nadie que pareciera interesado en sus movimientos, el detective subió a la Pantera Gris y se dirigió a East End, a bastante velocidad, mirando el espejo constantemente para ver si era seguido por algún otro vehículo.

Pero, fuera de un taxi, que evidentemente llevaba la misma dirección que él, nada vió. Y como el auto tomó al poco rato por otra calle, pareció también inocente.

Un poco decepcionado, porque había esperado descubrir a alguien que lo seguía, Blake detuvo el auto frente a un gran edificio, sobre cuya entrada se veía la siguiente inscripción "Hospital de St Botolph"

Bajó del auto y preguntó por el cirujano en jefe del hospital doctor Mansfield, que era amigo suyo

—Debe usted tener un número de cadáveres en su laboratorio de disección doctor Mansfield — dijo, después de estrechar la mano del gran cirujano — Para uso de los estudiantes de su clínica, quiero decir.

—Sí, naturalmente — contestó el médico mirándolo con curiosidad. — ¿Qué hay con ellos?

—¿No ha tenido aquí últimamente el cadáver de un chino?

—¡Un chino! — Mansfield se echó a reir. — Mi querido señor ¿de dónde diablos quiere que saquemos un chino?

—Este es un barrio de muelles y abundan toda clase de asiáticos. Pensé que quizá tuviera los restos de algún celestial que ha ido a unirse a sus antepasados.

—Se reunirá con ellos en China, seguramente. Creo haberle dicho, viejo, que todo chino procura que lo lleven a su tierra, después de muerto y lo entierren allí. Por eso tenemos tantas probabilidades de conseguir un chino, para nuestra mesa de disección, como una serpiente de mar. Pensé que usted sabía eso.

—Lo sé, mi querido Mansfield — replicó Blake con tranquilidad. — Me parecía cosa improbable; pero quise asegurarme y este es el sitio donde más probabilidad tenía de encontrarlo. ¿Tampoco ha tenido, por casulidad un paciente chino que hubiera perdido la oreja en algún accidente o riña, en estos últimos días?

—He estado de vacaciones, viejo. No me he enterado de los casos de la sala de accidentes. Si quiere esperar un minuto iré a buscar a Birkman, uno de los estudiantes de cuarto año. Ha estado a cargo de esa sala recientemente. Y se ha quedado para presenciar una extraña operación que se efectuará esta noche.

Mansfield se alejó. Volvió pronto acompañado por un joven con guardapolvo blanco.

—Birkman, le presento al señor Sexton Blake. Ya ha oído hablar de él. Quiere saber si usted atendió últimamente a un chino; había perdido la oreja, creo.

Birkman, un joven de cutis cetrino y fisonomía de persona estudiosa, se sobresaltó ligeramente y miró al detective, entornando

Blake señaló el panel inferior de la puerta. Dibujado toscamente, con tiza, se veía un círculo con un cuadrado en el medio.

los ojos tras sus lentes con aro de carey.

—No, señor; no hemos atendido ningún caso así — declaró. — Si quiere examinar el libro para mayor seguridad..

—¡Oh no! Me basta su palabra, señor Birkman. Tendré que buscar en otra parte; eso es todo.

—¡Qué! ¿Anda usted en busca de una oreja perdida? — preguntó el cirujano el tono jocoso. — Parece un poco macabro.

Blake hizo una mueca.

—Es horrible, Mansfield. Tenga la bondad de recordar que es usted un carnicero, no un actor cómico y no haga chistes.

—Disculpe — dijo el cirujano con acento contricto. — Fué pura curiosidad. Esa oreja debe tener historia, lo apostaría, cuando Sexton Blake anda tras ella.

—En realidad, no ando detrás de la oreja si no de su propietario. Y de los dueños de doce más.

—¡El qué! ¿Todos... chinos?

—No, los restantes son blancos. Han sido cortadas limpiamente de un modo que hasta a usted haría honor. Un cliente mío las encontró dentro de valvas de ostras.

—¡Brrrr! ¡Qué historia macabra! Bueno, está usted apurado ¿no? Lo veré en el club, tal vez. No, no me ha molestado... ¡Hasta luego!

Mansfield acompañó a Blake hasta la puerta. Luego se volvió a Birkman que había seguido al detective con la mirada.

—Es hombre inteligente, ese "tec", hijo mío. Médico recibido, además, aunque un poco antes que yo. Pronto sabremos algo de esas orejas. Dicen que Blake es como un bulldog. Nunca suelta la presa... ¡Hola! — miró atentamente al estudiante — ¿Qué le pasa?

Birkman contestó con débil sonrisa, pasándose la mano por la frente.

—¡Oh!... nada. He trabajado demasiado, creo, preparándome para la prueba final. No me quedaré a presenciar la operación.

Al salir de St. Botolph siguió Blake la orilla del río, donde entre los sucios muelles descubrió a un individuo de cara color caoba, que vestía blusa azul y pantalones manchados de aceite. Era un hombrecillo, bajo, cuyos cabellos grises asomaban por debajo de la gorra deshilachada y que estaba encendiendo un farol.

——Buenas noches, Jenks. Imaginé que lo encontraría aquí. ¿Tuvo suerte esta noche?

El botero alzó vivamente la vista al oír la voz del detective. Levantando el farol, miró hacia adelante y una sonrisa dibujó en su rostro al caer la luz sobre las severas facciones de Blake.

—¡Buenas noches, señor! No lo había conocido. No, de un tiempo a esta parte, no tengo suerte. La gente no toma ya el suicidio como "hobby". Y todos los asesinos se han ido a Chicago. Aparte de eso, el río está tan seguro estos días que ni siquiera hay naufragios. En este último mes no he sacado ni un solo difunto de las aguas. Anda mal el negocio.

Escupió a las sombras y sacándose la gorra se enjugó la calva con un pañuelo rojo.

—Haré otra recorrida en vano esta noche — añadió — Si las cosas siguen así, la patrona y yo tendremos que colocarnos de criados.

—Creo que podemos posponer esa medida por un día o dos al menos. — dijo Blake. — Yo quiero alquilar sus servicios esta noche. Ando buscando algo. Probé en un sitio y fracasé. Ahora voy a hacerlo en otra parte, en el río. En suma, ando buscando un cadáver. Ahora cuénteme como son las corrientes de estos alrededores. Quiero saber donde es más probable encontrar aceite flotando.

Jenks, despertado su interés lo hizo. El botero se ganaba la vida sacando cadáveres del río y cobrando la recompensa que daban por ello las autoridades. En más de una oportunidad, el detective lo había acompañado en su necesaria aunque un tanto macabra misión. El viejo Jenks, a despecho de su amor por la bebida y de faltarle un ojo, que le había destruído una astilla, tenía las condiciones de un milano. Ningún olfato como el suyo para descubrir cadáveres flotantes.

—Tengo el presentimiento de que, si hace otro viaje esta noche, tendrá suerte. — comentó el detective, encendiendo su pipa, cuyo rojo resplandor dió en su delgado rostro — ¿Qué le parece

El viejo Jenks se puso lentamente la gorra, y se ajustó el cinto.

—Una indicación suya vale la pena de seguirse — contestó — ¡Abordo, señor!

Dos horas más tarde, buscando entre las aguas veteadas de aceite y entre pilares podridos, el viejo Jenks hizo un repentino movimiento con su vichero.

Algo, largo y empapado, pegaba contra las viejas maderas.

—Creo que esto es lo suyo, señor — gruñó atrayendo a sí el objeto con el bichero — Deme una mano ¿quiere?

Blake extendió la suya y entre los dos subieron el hallazgo de Jenks al bote. Era el cuerpo de un hombre.

—No fué mal adivinador — sonrió Jenks, alzando un farol y sosteniéndolo sobre el cadáver. — ¡Hola!... es un chino.

Acercó más el farol, fijos los ojos en las desfiguradas facciones amarillas, con sus almendrados ojos vidriosos y los labios cubiertos de espuma.

—Tiene sólo pocas horas de muerto — comentó el detective dando vuelta el cuerpo de manera que el lado izquierdo de su perfil quedara hacia arriba.

Donde debió estar la oreja había una espantosa herida.

—¡Lo han desorejado! — exclamó con espanto Jenks. — ¿De modo que usted andaba averiguando un crimen, patrón?

Pero Blake no le escuchaba. Su suposición había sido acertada; el río guardaba el secreto del chino sin oreja. Desde el principio le pareció que así debía de ser por aquella mancha de aceite en la oreja cortada. La blusa azul del chino estaba cortada en el pecho. El detective la abrió y a la luz del farol descubrió una profunda herida, en el sitio del corazón.

—¡Una puñalada! — murmuró el detective, examinando las desfiguradas facciones.

Sobre la frente del muerto, pintado con pintura gris, se veía un círculo con un cuadrado en el medio. El mismo símbolo que había visto Blake en la puerta del departamento de Vincent.

PUCKY

—¡Cara...coles! — exclamó Jenks.

Blake alzó la mirada y vió que el viejo temblaba.

—¿Conoce ese símbolo? — le preguntó vivamente el criminalista.

—Sí. Es la Piedra del Molino

—¡La Piedra del Molino! ¿y qué es eso?

El viejo botero miró ceñudo la obscuridad, debajo de los pilares, y se enjugó la frente con el pañuelo. Cuando contestó, su voz era un bajo graznido.

—A nadie le gusta que lo muelan — dijo — Quizá ha oído hablar, patrón, del molino de los dioses y como lo va moliendo a uno lentamente...

Blake no pudo reprimir una sonrisa, no obstante lo dramático de la situación.

—Sí. he oído hablar de eso. Pero ¿qué tiene que ver aquí?

Jenks agarró el bichero y con él empujó el bote al medio del río.

—Esto es cosa de la Tong... se lo aseguro. — murmuró.

—¿Un crimen cometido por alguna Tong? — preguntó Blake, los ojos brillantes de animación.

Jenks asintió con la cabeza y empuñó un remo.

—Eso mismo — contestó sordamente. — Y algo en que no quisiera yo verme mezclado ni por cien libras.

—Entonces sabe usted algo ¿eh?

El viejo frunció las cejas y gruñó, entre dientes, algo inaudible.

—Yo no se lo que no es asunto mío. Es peligroso. Lo mejor que podemos hacer es volver a tirar al río este difunto y que lo encuentre otro. Quizá nos han visto. No quiero que me encuentren una mañana con el corazón partido por una cuchillada. Y que luego me planten en la frente un sello como ése, por metido.

—¡Cállese, hombre! Yo pensaba que era usted capaz de cualquier cosa, con tal de ganarse unas libras.

—De todas no. Y ésta es una de ellas, señor Blake.

—Comprendo — dijo el detective pensativo. — ¿Pero supongamos que yo tengo deseos de intervenir en esto y necesito un hombre resuelto que me ayude

El viejo vaciló un momento; luego lanzó un suspiro y escupió a su manera característica.

—Eso es distinto — gruñó y se inclinó sobre los remos, empujando el bote río arriba, con su lúgubre carga.

III

VISITA NOCTURNA

Jarvis se despertó de pronto y se encontró a obscuras. Pensó que debió haberse dormido. La luz estaba encendida cuando se durmió. El medidor necesitaría otro chelín. Se extremeció de pronto al comprender que lo que lo había despertado era alguien que se movía por la habitación.

Se apoderó de él súbito terror, un espasmo insano paralizante, de miedo que no pudo dominar. Se echó hacia atrás en la silla, conteniendo la respiración, aguzando el oído.

El horror de las orejas cortadas lo poseía aún y sus nervios estaban alterados por largas semanas de preocupación. El estómago vacío debilita el valor... y Jarvis hacía muchas horas que no comía.

Oía una débil respiración. El merodeador se movía lentamente hacia él. Sintió un ligero ruido de loza, al tocar una mano los platos de la mesa.

El ruido devolvió un poco la serenidad a Jarvis. Sabía ahora donde estaba el otro.

Silenciosamente se puso de pie y se aprestó a la defensa. En el mismo instante un largo rayo blanco acuchilló la obscuridad.

Jarvis saltó, extendiendo sus brazos hacia una sombra que había junto a la mesa.

Oyóse un penetrante chillido y Jarvis retrocedió tambaleándose, apretando al intruso contra su pecho.

La mesa lo salvó, si no hubiera caído, perdido el equilibrio, por calcular mal la distancia. Tenía agarrado un montón de carne y músculo, tiró de una cabellera sedosa.

El intruso que tenía en sus brazos era... una mujer.

Ella lanzó un gemido bajo, sollozante. La linterna cayó al suelo. Jarvis sintió que la mujer temblaba como un pájaro asustado.

—Vamos a mirarle la cara — murmuró arrastrándola hacia la puerta — No... eso no.

Extendió la mano, agarrando la de ella, que había metido dentro del pecho. Interceptó el tiempo la pistola automática que la mujer había sacado de su escondite.

Apartó violentamente a la mujer y saltando hacia la puerta, la cerró con llave.

Después de poner otro chelín en el medidor de la luz, abrió nuevamente la puerta y, con la pistola capturada en su mano, volvió a la habitación.

La luz estaba ahora encendida. Recostada contra la pared estaba la mujer, una joven, con sus negros ojos dilatados de terror.

Jarvis la miró con curiosidad.

No era un adversario muy formidable. Sus rizos, negros como azabache, le llegaban apenas a los hombros. Con una mano hubiera levantado su esbelto cuerpo.

—Bueno... ¡esto sí que es cómico! — murmuró.

Los ojos obscuros le dirigieron una mirada de cólera.

—¡Bruto! — exclamó ella, retrocediendo a medida que él avanzaba.

—¿Y ahora quizá querrá usted decirme que está haciendo aquí? — preguntó Jarvis con un tono menos firme de lo que hubiera deseado.

Era indudablemente linda y a Jarvis siempre le había costado hablar con aspereza a las mujeres, especialmente si eran bonitas.

—Nada. — murmuró ella, calculando la posibilidad que tenía de escapar. Jarvis presintió la corrida y la impidió.

—¿Seguro que no habrá usted venido por esas ostras? — sugirió él.

—¡Ostras! ¿Qué ostras?

—Bueno, las orejas, si usted lo prefiere... las trece orejas.

Las mejillas de la joven palidecieron; pero afrontó serenamente la mirada de Jarvis.

—No se de que está hablando — desafió con un ligero acento extranjero que Jarvis encontró delicioso. Ostras... orejas... ¡Debe estar loco!

—Y usted, también lo está, mi niña, si cree que se ha introducido aquí impunemente.

—Vamos ¿qué vino a buscar?

Ella hizo un puchero desdeñoso.

—La vajilla de plata, seguramente. ¿Qué más iba a buscar? Y me la hubiera llevado, si usted no se despierta.

—¿Quiere decir que no es más que una ladrona... una ratera vulgar?

Los esbeltos hombros de la joven se encogieron ligeramente.

—El mundo es un sitio duro cuando no se tiene dinero... especialmente para una mujer. Una tiene que vivir.

Jarvis frunció las cejas.

—Bueno ¿y qué va a hacer conmigo? — preguntó ella, después de un corto silencio — al ver que él nada decía.

—Creo que estoy en mi derecho al entregarla a la policía — declaró Jarvis severamente.

—Pero no lo hará ¿no es cierto? Piense lo que eso significaría para mí. Y, además, no le he hecho ningún daño.

—Gracias a que me desperté a tiempo.

Ella castañeó impaciente los dientes.

—¡Oh! lo mismo da. No tengo la vajilla. Sea generoso y déjeme ir. Lo hará ¿no es cierto?

Se inclinó hacia él, sus grandes ojos implorantes.

—¿Cómo se llama? — le preguntó Jarvis bruscamente.

—¿Qué importancia tiene el nombre?

—Es costumbre preguntar los nombres a los visitantes.

—Bueno entonces... Mary Smith.

—Y yo, John Jones.. Vamos, si quiere que sea generoso, tiene que decirme su verdadero nombre.

Ella se dejó caer en una silla con aire de cansada resignación.

—Si sabe que lo voy a engañar ¿por qué insiste? Soy franca ¿no?

—Mucho — convino él y agarró rápidamente algo que estaba caído en el piso. Era un pequeño bolso de seda negra, con montura de marfil grabado y pesado broche de oro.

—Suyo ¿no? — dijo y luego: — Puesto que me obliga... — abrió el bolso esperando encontrar dentro una tarjeta, alguna carta que le revelara la identidad de la joven. No había nada de eso. El bolso contenía solamente alguna plata suelta, un rollo de billetes de banco y un manojo de ganzúas.

—Veo que no fué el hambre que la obligó, después de todo...

Debajo de los billetes había una etiqueta engomada, con las palabras "Almacenes Bander". La sacó y vió escritos en ella su nombre y dirección.

—De modo que fué usted quien se llevó mis zapatos ¿eh? Por eso encontró mi casa. Ella no contestó. Su rostro tenía expresión ansiosa. Temblaba visiblemente, sentada en el borde del sillón y sus manos oprimían los brazos.

—¿No comprende que, si la entrego a la policía, la acusarán de asesinato?

La boca de ella se estiró.

—No comprendo nada, excepto que trata de asustarme y que está diciendo disparates — su voz era un murmullo, apenas audible. ¡Por amor de Dios, devuélvame mi bolso y déjeme ir!

—Quiero antes una explicación.

—Pues no la tendrá — contestó ella, el rostro súbitamente duro — Aunque discuta hasta mañana. Nada diré... nada. ¿Entiende?

—¿Y usted entiende que no tengo más que acercarme a ese teléfono y llamar a la policía? — le contestó, esperando asustarla.

La contestación de la muchacha fué otro indiferente encogimiento de hombros.

—Llámela, si quiero. — dijo y se recostó en el sillón, cruzando las piernas.

—Es lo que voy a hacer — De un salto se acercó Jarvis al aparato. La haría hablar. Lo haría ella cuando viera que la amenaza era en serio. Mirándola levantó el receptor — Hola, deme con...

¡Crac! El vidrio de la ventana se estrelló y la bomba de luz eléctrica voló hecha añicos.

Al quedar el cuarto a obscuras, sintió Jarvis junto a él una rápida corrida.

—¡Deténgase! — Dejó caer el tubo para impedir la fuga de la joven.

Pero alguien agarró sus rodillas y perdió pie. Cayó al suelo y se enredó las piernas en una silla, pegando con la cabeza contra el friso.

Maldiciendo, le pegó un puntapié a la silla y se levantó, tambaleante, aturdido por su caída. Al dirigirse, tropezando, hacia la puerta, la oyó cerrarse de golpe.

Una llave giró en la cerradura. Al dar vuelta el pestillo, no pudo abrir. Saltó hacia

PROXIMAMENTE EN "PUCKY"

LATIGO NEGRO

Por CHARLES HUTCHINSON

¿Quién es LATIGO NEGRO?

NADIE lo sabe; pero los malhechores, los que viven de la estafa y del crímen tiemblan al oir pronunciar su nombre. Solo sin más arma que su poderoso látigo, con el que realiza maravillas, y su perro Héctor, hace frente a los bandidos más temibles y... siempre los vence. No deje de leer esta emocionante novela de aventuras, lo más notable que se ha escrito hasta ahora en el género.

PIDA CON TIEMPO SU EJEMPLAR DE "PUCKY" SI DESEA NO PERDER NINGUN EPISODIO DE ESTA EMOCIONANTE OBRA

el vidrio roto. Había afuera una albardilla, bastante ancha como para poder llegar por ella a otra ventana.

Pasó una pierna por el antepecho y su mano se agarró al marco. Más allá de la columna había un techo plano. Sobre él estaba agachado un hombre, escopeta en mano, mirándolo.

La luz de una ventana vecina caía sobre la figura agazapada y sobre el arma. Jarvis lanzó un grito ahogado y se quedó inmóvil como una piedra.

El pistolero era un chino.

—Tenga la bondad de volverse.

El chino habló cortésmente, en voz baja; pero con tono firme y levantó la escopeta a la altura del hombro.

Jarvis vaciló. El arma era una escopeta de viento, silenciosa, eficaz. Había atravesado el vidrio y roto la lamparilla eléctrica. En la albardilla Jarvis estaría a merced del chino. Un perdigón podía cegarlo, aturdirlo, si no algo peor. La caída desde esa altura sería mortal.

Jarvis juró silenciosamente. Sólo unos cuantos pies lo separaban del techo de zinc. La distancia era demasiada para saltar. Entretanto, la muchacha se escapaba.

Lentamente volvió a la habitación, mientras el chino le apuntaba con la escopeta. A lo largo del caño veía brillar los ojos del celestial y detrás una ventana abierta, de algún descansillo, por donde el chino había salido.

¿Y la joven? Era increíble que fuera cómplice de aquel asiático. Y sin embargo...

Jarvis metió la mano al bolsillo. Sus dedos hallaron la pistola quitada a la muchacha. Se había olvidado de ella hasta este momentos.

—¡Manos arriba! — gritó al chino y le apuntó.

La escopeta de aire detonó con sonido seco y al mismo tiempo lo hizo la pistola.

Se oyó arriba ruido de pasos y una ventana fué abierta violentamente.

—¿Qué pasa? — preguntó una voz fuerte.

Entre el humo, Jarvis vió al chino girar sobre sus talones y ganar la ventana.

Al dar vuelta la cara, la luz cayó sobre su perfil.

Le faltaba la oreja izquierda.

—¿Qué pasa? — repitió la voz; pero Jarvis no se detuvo a contestar.

Deslizándose por la albardilla llegó a otra habitación y pasó de ahí al hall.

Un momento después bajaba corriendo la escalera de mármol, en dirección a la calle.

A algunas yardas de distancia estaba parado un auto y al volante una esbelta figura. Al llegar Jarvis a la calle, un hombre salió corriendo de una casa cercana y saltó al auto, que instantáneamente se alejó

¡La muchacha y... el chino!

—¡Eh!...

Jarvis le gritó a un taxi que pasaba lentamente y el vehículo se detuvo, saltando el joven al estribo.

—¡Siga ese auto! — gritó al conductor, señalando al vehículo anterior que ahora se alejaba rápidamente. — No lo pierda de vista.

—Muy bien, señor.

El conductor abrió la puerta y Jarvis entró al auto. Cuando el vehículo se puso en marcha, recostóse en el asiento, fatigado por su corrida, escalera abajo.

La luz roja del auto fugitivo se iba acercando a medida que el otro aumentaba su velocidad. La calle estaba libre; pero en la esquina, el tráfico los obligaría a detenerse.

—¡Más ligero, hombre, más ligero! — urgió Jarvis por el tubo acústico. — No se deje derrotar en la cruzada.

Una bocanada de gas acre salió del tubo, entrando en la boca abierta del joven. La luz roja desapareció de su vista, cuando, agarrándose al asiento de adelante, trató de incorporarse.

Su esfuerzo fracasó. Una densa niebla pasó por sus ojos ardientes y cayó sin sentido sobre el piso del auto, mientras éste proseguía su marcha.

(Continuará).

Lea en el próximo número:

ALIAS "LA ENREDADERA"

Por HUGH CLEVELY

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

PRESO EN MITAD DEL AIRE

¿QUE me irá a pasar hoy? No falta mucho tiempo para mañana; pero apostaría que el viejo Destino me reserva alguna sorpresa.

En lo cual demostró Bud ser algo profeta.

En perfecta formación, la escuadrilla volaba, a una altura de menos de mil pies. Debajo de los aviadores se extendían las cinco millas de campo que los separaban de la línea de trincheras del frente; pero no podían verlo.

No bien salió el Calvo del aeródromo, se dió cuenta que la noche era más obscura que de costumbre. Lo peor es que no había luna, de modo que la pesada barrera de nubes que ensombrecía el cielo parecía una gruesa cortina de terciopelo negro. El mayor Atlee revisó los aparatos antes de partir y fijóse en que todos los aneroides estuvieran bien arreglados.

El aneroíde, instrumento que marca la altura de un aparato en vuelo, es muy delicado. Tiene que arreglarse cuidadosamente según el nivel del suelo de donde parte la máquina. Si no, puede marcar mil pies de altura cuando el tren rodante del aparato roza la copa de los árboles. Cuando se vuela bajo, se le concede al aparato poca atención, porque los ojos humanos son mejores que los instrumentos, si el vuelo está bien a la vista.

En una noche como aquella sabía el Calvo que sólo podía guiarse por el aneroíde y el compás y, como era piloto experimentado, no lo seducía la idea.

En cuanto a sus hombres quedaban completamente en la obscuridad, a no ser por el reflejo amarillo de los escapes.

Volando sobre la línea, entraron en lo que sabía el Calvo era territorio alemán. Atlee guió el vuelo, esforzando los ojos, mientras bajaba como a quinientos pies tratando de descubrir señales del enemigo. Pero mientras hacía eso, Bud Atlee oyó tosser a su motor y empezó a decir las cosas más descorteses que pueda imaginarse. Estaba visto que tenía una suerte negra.

O bien había una obstrucción en el caño distribuidor del petróleo o quien sabe qué. Lo cierto es que el motor funcionaba mal y sabía que dentro de un minuto perdería velocidad de vuelo. Luego miró hacia arriba y comprendió que se había separado de la escuadrilla.

En aquellos breves momentos en que su velocidad disminuía, los otros se habían adelantado y dieron vuelta a la derecha, porque el Calvo decidió seguir distinto rumbo aquella noche.

Y fué un bien que lo hiciera.

Se le ocurrió a el Calvo que el amigo Fritz debía haber tomado cuidadosa nota del camino que los Angeles seguían cada noche. Por consiguiente, en una tan obscura como aquella, era probable hallarse con alguna trampa. Podría ser que esperaran has-

ta que los oyeran venir y luego colocaran una barrera antiaérea. A poca altura esto podía ser peligroso, de modo que el prudente Calvo decidió no exponerse.

Era natural, sin embargo, que su sobrino Bud nada supiera de esto. Luchó con su motor y gradualmente fué el aeroplano perdiendo altura, cayendo de mil pies a ochocientos y disminuyendo velocidad hasta que sólo hizo un poco más de setenta millas por hora, lo que era peligroso, porque un Camel se "atascaba" alrededor de las sesenta. Mas aún, sabía Bud que, si el Camel se "atascaba" a tan poca altura, era casi seguro estrellarse contra el suelo, antes que la presión del aire, bajo las alas, diera al aeroplano suficiente poder de vuelo otra vez.

Bud le hubiera dicho a cualquiera en aquellos momentos que estaba "frito".

Luego ocurrió una cosa rara. La hélice del aeroplano se rompió de un modo curioso y todo el aparato sufrió una violenta sacudida. Bud fué lanzado hacia adelante con tanta fuerza que el cinturón de seguridad se rompió. En aquel momento parecióle a Bud ver una araña gigantesca que cubría toda la proa de su máquina; pero antes de que pudiera observarla bien, la fuerza de la parada repentina lo arrojó de cabeza sobre el plano superior.

Tuvo poco tiempo para pensar. Si había algo en su mente, fué la idea de que había llegado su última hora e iba a morir. Luego sintió que algo le pegaba con fuerza contra la frente y que otras cosas le pegaban en el cuerpo y en las piernas.

Pataleó salvajemente, agitó las manos y logró agarrar una cuerda, de la que se prendió, sin saber lo que hacía. Luego vió su aparato dar vueltas y caer como las aspas de un molino, hacia abajo, hasta que la obscuridad se lo ocultó.

Las cuerdas a que se había agarrado venían desde arriba y tuvo Bud la sensación de que era balanceado en el vacío, hasta que el movimiento cesó. Decidió entonces que debía estar muerto o había perdido el sentido.

Pasó un minuto entero antes de que Bud se diera cuenta de lo que había ocurrido. Luego, lentamente, se le apareció la verdad.

No estaba muerto, después de todo; pero sí suspendido entre una enorme red de cuerdas extendida a través del cielo.

Recordó la trampa del enemigo, que solía extender una red de cuerda entre dos globos cautivos. Estas redes se levantaban a seiscientos o setecientos pies del suelo. Desgraciadamente se había metido dentro de una de ellas y allí estaba preso, como una mosca en la tela. La máquina, con su hélice rota, había caído y la red, libre de su peso, recobró el nivel normal.

—¡Cielos! — exclamó Bud, moviendo los pies hasta que estuvieron firmemente sujetos en la red. — ¡Qué astuta trampa!

Estaba bañado en sudor y experimentaba la espantosa sensación de que concluiría por soltarse y se estrellaría abajo, a cientos de pies de distancia. La sensación pasó; pero lo dejó débil y tembloroso.

Al terminar aquel repentino pánico, empezó a recobrar los sentidos y sintió volver gradualmente nuevas fuerzas a sus entumecidos miembros.

Eu Bud había mucho de el Calvo. A pesar de su juventud, era tan aguerrido como su famoso tío. Y, recobrada ahora la serenidad, empezó a funcionar su cerebro.

—Hay globos que sostienen esta red de cazar mariposas — se dijo — De modo que si trepo por el costado, terminaré por hallar uno.

Fué lo que empezó a hacer.

La ascensión fué larga y necesitó más valor de lo que Bud creía tener. Al fin, sin embargo, llegó al ángulo derecho de la red y vió la vaga forma de salchicha de un globo cautivo, balanceándose como a veinte pies encima de su cabeza.

Bud descansó un momento; pero luego siguió trepando hasta que llegó al gancho de acero y a la argolla, por medio de los cuales estaba unida la red del globo.

Un cable de acero sujetaba el globo a un guinche del suelo.

Los globos son cosas sensibles; éste empezó a oscilar, a subir y bajar, debido a los movimientos de Bud.

Bud se deslizó a lo largo de las cuerdas de la red hasta que llegó a las que colgaban debajo del globo, sujetando éste a la argolla de la red. Enredó en ellas sus piernas, de modo que quedó sentado a horcajadas. Empezó a pensar y una idea audaz se le ocurrió.

—¿Qué — se dijo a sí mismo — me impide desenganchar la argolla y soltar esta salchicha del Kaiser? No hay más que destornillar un perno. Luego me iré en el globo. No hay viento y flotará a la deriva hasta que baje en alguna parte, cuando se le termine el gas.

Si tengo suerte, caeré dentro de nuestras líneas; si no, en territorio alemán. De todos modos no puedo bajar por el cable de acero sin desollarme la piel de las manos y las piernas. Mi muerte sería segura, pues me caeré a mitad del viaje. Creo que mi idea es buena. Si suelto la salchicha, terminaré por bajar en alguna parte.

Sí, es lo mejor.

En Bud, el pensamiento no precedía mucho a la acción. De modo que se puso a destornillar el gancho en seguida. Tardó algún tiempo, porque tenía que hacer esfuerzos para hacer bajar el globo una docena de pies y disminuir la tensión a fin de poder dar vuelta el tornillo.

Tuvo que hacer esto cuatro veces, antes de sacarlo. El tornillo cayó al espacio.

Luego el globo empezó a levantarse.

Continuó subiendo. Llegó lentamente al sitio donde había estado flotando primero; pero ya el alambre y la red de cuerdas habían caído detrás del perno. Sin el peso de aquel aparejo, el globo subió a una velocidad que dejó a Bud sin alientos.

No entendiendo mucho de globos, no esperaba eso. No había comprendido que el glo-

Bud logró agarrarse a las cuerdas de las que se prendió sin saber como. El aparato, con la hélice rota, se precipitó a tierra.

no sostenía un gran peso con aquella red. Ahora, colgado de las cuerdas, la sensación de Bud era peor, mucho peor, que cuando estaba entre la red.

El globo subió hasta quince mil pies de altura detuvo su salvaje ascensión y empezó a bajar nuevamente, de un modo que Bud se sentía mareado.

Desgraciadamente no sabía Bud donde estaba las válvulas, de modo que no podía dejar salir un poco de gas a fin de acercar el globo a la madre tierra.

Horribles pensamientos acudieron a su cabeza. Si el globo siguiera marchando a la velocidad que llevaba; si se dirigía al mar. El gas podría durar hasta que estuvieran sobre los hielos del Polo Norte. Y entonces ¡qué muerte! — Caer en aguas heladas, quizá sobre algún iceberg.

Aunque Bud no lo sabía, el viento había cesado. El globo subía y bajaba en una masa de nubes, a sólo un par de millas de las trincheras alemanas. Y allí se estuvo estacionado más de dos horas, hasta que las nubes empezaron a tomar color grisaceo y luego a teñirse fantásticamente de rosa y oro.

La aurora llegaba.

Es curioso; pero la energía nerviosa de la mayor parte de los hombres es muy sensible a la luz. Bud casi había llegado a su último aliento en aquella negra hora, antes de amanecer; no tenía más fuerzas. Pero al salir el sol su cuerpo y su alma parecieron revivir. Trató de mover las entumecidas manos y ejercitar los ateridos músculos, con las piernas enredadas en las cuerdas. Luego se sacudió del frío estupor que se había apoderado de él y encontró que distinguía detalles del suelo.

A primera vista, calculó que distaba unos seis mil pies de la tierra y sabía ahora que el globo iba cayendo gradualmente. Lo que ignoraba Bud era que el poder del gas se había debilitado, debido a escapes, a cambios en la presión del aire y a la cantidad de rocío acumulado sobre la cubierta que era, en sí misma, muy pesada. El globo hacía su último viaje hacia tierra y Bud lanzó un grito de alegría cuando vió que estaba todavía en las cercanías de las trincheras.

Con la aurora, como ocurre generalmente, se había levantado un poco de viento. Bud vió el humo de las cocinas de campaña alemanas elevarse en espirales. El humo se dirigía hacia el sur, la dirección en que deseaba Bud ser llevado.

La velocidad del globo era, sin embargo, lenta. Tardó más de una hora antes de cruzar la línea y flotar a la deriva sobre el suelo británico.

Ahora, con la claridad, sabía Bud que podía ayudarse. Miró hacia arriba para buscar la cuerda que conectaba con la válvula. Vió la válvula bastante bien; pero tardó bastante tiempo en encontrar la cuerda con la cual estaba unida. Luego tiró de ella fuertemente; pero pocos segundos después la soltó horrorizado porque el globo parecía caer como una piedra. Ocurrieron otras cosas para aumentar sus dificultades. Una batería antiárea vió el globo; pero no podía ver a Bud.

Por consiguiente empezaron a divertirse, tirando al blanco y las granadas estallaron muy cerca de la envoltura, con cruces negras, del globo.

Bud agitó los brazos y gritó con todas sus fuerzas y el resultado fué que, cuando estuvo a mil pies, lo vieron los artilleros sorprendidos y suspendieron el fuego enseguida.

Sin embargo, ahora los alemanes empezaban a unirse al juego, porque no les hacía gracia que una salchicha cayera en poder del enemigo.

Un largo cañón antiaéreo entró en función y la puntería del artillero era demasiado fácil para la tranquilidad de Bud.

Ahora el globo se había detenido en su vertiginosa caída y derivaba nuevamente en línea recta, como a unos ochocientos pies de altura; o cosa así, por lo que Bud tiró una vez más la cuerda de la válvula. Abrió la válvula por menos tiempo esta vez; pero la caída del globo le pareció igualmente violenta.

Descendió vertiginosamente y Bud vió que la tierra venía hacia él. Semiconcientemente se fijó en la situación del terreno y vió puntos, que conocía bien, todo alrededor.

Como a una milla más adelante se hallaba su propio aeródromo y la distancia intermedia estaba sembrada de granjas arruinadas, de grupos de árboles desnudos y de interminable número de caminos, llenos de pozos de metralla.

Al final del descenso, las piernas de Bud estaban a veinte pies del suelo antes de que su propietario se diera cuenta de que había dejado de bajar. Ahora dabá tumbos a una velocidad de sus buenas cincuenta millas por hora, subiendo y bajando lentamente ,mientras abajo los hombres agitaban los brazos, gritaban y uno o dos disparaban sus revolvers.

Luego algo pareció saltar de la nada, un poco más adelante, algo semejante a un gran abedul, algo que lo azotó con sus varas nudosas la cara y el cuerpo.

Bud pataleó salvajemente y casi fué sacado de su sitio por las ramas del árbol, dentro del cual el globo lo había metido. Pero luego pasó por entre ellas y el globo rebotó ligeramente y elevóse a más de cien pies.

Bud agarró de nuevo la cuerda de la válbula y tiró con todas sus fuerzas; de todos modos estaba muy cerca del suelo y lo único que podía ocurrirle era romperse algunos huesos.

El precio le pareció barato, con tal de salir de aquella situación, así que siguió tirando de la cuerda, mientras el globo bajaba por última vez.

Pasó por encima de un cerco, tan cerca que sus botas lo tocaron. Luego vió un edificio hacia el cual el globo lo llevaba rápidamente. Bud empezó a salir de entre su asiento de cuerdas, tan bien como sus entumecidos músculos se lo permitían.

Era tiempo. El globo había ahora bajado del todo y la parte delantera pegó contra el costado de una larga cabaña, destrozándole parte del techo, pero haciéndose un gran desgarrón en su propia envoltura.

Al mismo tiempo, Bud se tiró de su sitio, chocó contra el suelo, a una velocidad de diez millas por hora, rodó sobre sí mismo, como un perrito caído, y por fin pegó contra el costado de la cabaña, con tanta fuerza que perdió el poco aliento que le quedaba.

Media docena de hombre acudieron. Bud fué levantado y sostenido cuidadosamente, mientras resonaban en sus oídos voces conocidas, llenas de asombro. Bud había aterrizado en su propio aeródromo y era la cabaña-dormitorio que ahora enarbolaba la gran forma desinflada del globo alemán.

La voz de John Henry, llena de alegría, fué la primera que Bud reconoció, al recobrar los entidos. Miró a su alrededor, aturdido, sonrió y, lentamente movió sus brazos y sus piernas, sorprendido de tenerlos todavía y de que funcionaran bien.

—¡Dios! — exclamó — ¡Qué contento estoy de haber vuelto a casa! — ¡Dios! ¡Qué frío hacía allá arriba! ¡Dios mío!

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

PERDONAD; pero no creo haberos ofendido; al contrario, reconozco que tenéis un corazón que es un tesoro inestimable; pero eso estaría muy bien si viviésemos en un mundo de justos y no de pecadores, si todas las criaturas fuesen tan nobles y tan buenas como vos, lo cual, desgraciadamente, no sucede... Perdonad, repito.. ¿Queréis proseguir?

—Si he de molestaros...

—¡Molestarme! — dijo el rey, desplegando una sonrisa tan dulce, que en él parecía un imposible.

Y luego añadió, con el mas cariñoso acento:

—No solamente no me molestáis, sino que, al contrario, me embelesáis, mi querida Isabel. ¿Puede haber para mí satisfacción mayor que la de tener pruebas de que no hay mujer que os iguale en riqueza de alma, así como tampoco ninguna puede competir en belleza del cuerpo?...

—Gracias...

—Lo que siento, lo que me atormenta hasta un punto que no puedo explicar, es que, dejandoos llevar de los impulsos de vuestro generoso corazón, figurandoos que el mundo es lo que desea vuestra cándida ternura, me pidáis lo que es un imposible, a pesar de todo mi poder.

—No, no pido imposibles...

—Pensadlo bien: si doña Luz ha muerto, nada puede hacerse por ella. Habláis de sus derechos... No hay derechos cuando no hay vida, porque la muerte acaba con todo, y si bien es verdad que el derecho queda existente, pasa del que muere al que sobrevive. La tumba, que es un obstáculo insuperable, separa a doña Inés de su hijo...

—¡Oh! — exclamó la reina, sin poder contenerse y como si la exasperase más la fría calma de su esposo — No hablemos, señor, no hablemos, o hagámoslo con franqueza, con lealtad...

—Señora...

—No sé lo que digo.

Felipe II había conseguido cuanto deseaba: que se exaltase su esposa, que lo reconviniese, que hasta le perdiese el respeto, porque así él podría hacer uso de su autoridad con visos de razón y de justicia.

—Si ahora — replicó el monarca — no sabéis lo que os decís, esperad otra ocasión.

—Lo de la muerte de doña Luz es una farsa indigna — dijo, arrebatadamente, doña Isabel, sin sospechar que estas palabras eran una terrible sentencia, por lo menos, de perpetuo encierro, contra el que había llevado la carta.

—¡Una farsa!...

—Sí, señor; una farsa, un crimen, que vos estáis obligado a castigar.

—¿Vos también, señora? ¿Es posible que vos también os hagáis eco de ese rumor que ha empezado a esparcirse esta noche?... ¡Qué no ha muerto doña Luz!

—No...

—¿Acaso su cadáver no está en la iglesia y mañana podrá verlo todo el mundo?

—Tengo pruebas...

—¿Dónde están?

La reina hizo un movimiento como para levantarse; pero se detuvo, reflexionó un segundo y luego dijo:

—¿No basta mi palabra?

—Sobra para mí.

—Entonces...

—Pero como no sois infalible, y podéis equivocaros...

—Son pruebas de esas que no admiten duda.

—Es mucho asegurar...

—¿Qué diríais si ahora se os presentase la hija del comendador?

Extremecióse el monarca, y como si temiera que, efectivamente, se presentara doña Luz, miró hacia una de las puertas.

—Es una suposición — añadió Isabel de Valois; — tranquilizaos...

—Si se me presentase, empezaría por pedirle toda clase de pruebas para convencer-

me de que era ella y no otra mujer que abusase de un parecido raro, pero posible.

—¿Y cuando tuvieseis esas pruebas?

—En eso, precisamente, podía consistir el error, y os convenceré.

—Es difícil...

—La prueba que tenéis de que doña Luz no ha muerto es la de que en palacio se ha presentado un hombre con recado de ella... ¿No es así, doña Margarita.

La doncella, hasta entonces inmóvil y muda, respondió:

—Así es, señor.

—¿No ha estado ese hombre en vuestro aposento?

—Hablando conmigo, señor.

—¿Y no habéis sospechado lo que eso significaba?

—Nada he sospechado; nada he creído más que lo que veía y se me decía — respondió la doncella.

—Pues bien: yo os aclararé el misterio porque ese hombre, que es un miserable, está en mi poder, encerrado en los sótanos del alcázar...

—¡Ah!...

—Y a la primera amenaza — añadió el rey — lo ha descubierto todo.

—Lo que decís...

—¿Parece imposible?

—Sí —replicó la reina.

Felipe II se levantó.

—Venid — dijo — y veréis a ese hombre; venid, doña Margarita lo conocé... Os autorizo para que lo interroguéis...

—Pero...

—Quiero que lo veáis...

—No lo dudo — dijo la reina, cuyo rostro se tornó pálido como el de un cadáver.

—Para vengarse del comendador, los cómplices de Raúl de Lancaste han ideado lo de la falsedad de la muerte de doña Luz, y para dar al rumor visos de mayor verdad, ha venido ese hombre, porque así vos, señora, con la autoridad de vuestra palabra...

—¡Dios mío!

—¿Comprendéis?

—Sí, sí — murmuró la reina, con voz ahogada; — lo comprendo todo.

—Ese hombre, villano al fin, ha hecho lo que debía esperarse de un villano; ha sido desleal con los que le pagaban, y los ha servido mientras no le amenazó peligro alguno.

—Ahora lo veo todo claro — dijo doña Isabel, con amarga ironía.

—Os convencéis de que era posible que os equivocáseis...

—Sí, y también comprendo cómo ha sido posible que doña Luz escribiese una carta diciéndome que se había supuesto su muerte, y que se había llevado la crueldad hasta el punto de obligarla a contemplar el fúnebre cortejo que acompañaba al que se decía ser su cadáver.

El rey palideció y su frente se contrajo; pero sin detenerse ni vacilar replicó:

—Supongo que habláis de la carta que ese hombre ha entregado a doña Margarita...

—No puede ser de otra.

—Se ha falsificado: ya veis que así necesitaban hacerlo, porque de otro modo no hubierais dado crédito ni valor a las palabras de un desconocido.

—¡Que se ha falsificado!...

—Sí.

—¡Oh!...

—Vuestra indignación se explica bien.

—Sí, señor, se explica — dijo enérgicamente la reina. — ¿Cómo no he de indignarme al ver que ni la muerte se ha respetado?

—Pero descuidad; los que sin miramiento alguno han abusado del nombre de doña Luz, los que así profanan su memoria, recibirán el castigo que merecen...

—He ahí lo que no dudo, señor; en eso sí tengo completa fe, porque la justicia de Dios no es la de los hombres...

—La justicia de los hombres se mostrará también severa...

—Abusos de todo género, profanaciones... ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!...

—Es horrible, sí...

—Ni se respeta la conciencia de una infeliz mujer, ni se respeta el corazón de una desdichada madre. ¡Oh!... ¡Y aun habláis de justicia!...

—¡Señora!...

—Si ese hombre, atemorizado o comprado...

—¿Qué decís?

—Cumplo mi deber.

—¡Oh! — exclamó Felipe con voz reconcentrada.

—No, no me haréis temblar...

—Pensad bien lo que decís...

—La letra de doña Luz ha podido falsificarse; pero nadie más que una madre en momentos de horrible angustia, con el alma desgarrada, acertaría a decir lo que en la carta se dice.

—Ese escrito es falso...

—No.

—Lo digo yo.

—¡Oh!...

—Doña Luz ha muerto...

—No...

—Señora...

—No, y cien veces no.

—Yo lo digo, yo lo afirmo...

—Y yo, señor...

—Soy el rey — dijo Felipe II, irguiendo la cabeza con altivez, y mirando alternativamente a su esposa y a doña Margarita.

—Basta, señor — replicó doña Isabel con toda la dignidad de su grandeza de alma; — no me lo diréis otra vez.

—Esa carta...

—Es falsa, señor — repuso Isabel de Valois; — pero tan bien imitada, que la guardaré como obra curiosa, ya que no como recuerdo de la amiga a quien tanto amo.

—Guardadla en buen hora... Y vos, doña Margarita, pensad que hay secretos muy peligrosos para quien los guarda.

—No lo olvidaré — dijo la doncella, temblando de miedo.

Sin pronunciar una palabra más, Felipe II salió del aposento.

La reina dió entonces libre curso a sus lágrimas, y levantando al cielo los ojos, exclamó con desgarrador acento:

—¡Dios mío! ¡Dios justiciero!...

Doña Margarita, que apenas podía sostenerse, se dejó caer a los pies de su desgraciada señora.

Capítulo XXXII

EL COMENDADOR SE CONFUNDE MAS Y MAS

Bien convencido quedó el monarca de que ni su esposa ni doña Margarita conocían al misterioso mensajero de doña Luz, y por eso no insistió sobre semejante punto.

Todo cuanto había que averiguar lo sabía ya el rey; la hija del comendador había escrito la carta aquella misma noche, y el secreto de la intriga era, por consiguiente, conocido con toda seguridad, sino tal vez por otra persona intermediaria entre éste y la joven.

Por más que el comendador asegurase que su hija no se había comunicado con nadie aquella noche, quedaba probado que sí, y sólo faltaba averiguar de qué medio se había valido.

No estaban, pues, en la mano todos los hilos de la intriga; quedaba uno suelto, quizás el más importante y era preciso recogerlo.

Lo probable era que, además de los que estaban en un calabozo desde la noche de la sangrienta escena, hubiera otro sirviente que ayudara a doña Luz.

Sobre este punto, nadie mejor que el comendador podía descubrir la verdad, tanto por ser asunto del interior de su casa, cuanto por contar con la ayuda de su confidente Andrés.

Con el rostro más que nunca sombrío y haciendo estas reflexiones, volvió el monarca a su aposento, donde ya lo esperaba el comendador, no menos sombrío y taciturno.

—Explicaos — dijo Felipe II dejándose caer en un sillón y fijando su severa mirada en el caballero; — explicaos, comendador.

—Perdonadme — respondió éste; — perdonadme, señor, si alguna palabra inconveniente se escapa de mis labios contra mi voluntad; pero es tal mi indignación, tan reconcentrado mi enojo...

—Eso — interrumpió el monarca — significa que habéis acabado de convenceros de que ese hombre no es lo que parece, o vale mucho.

—Ese hombre se niega a todo, absolutamente a todo, y no quiere ni aun decir su nombre de pila, único que dice tiene, pues asegura que ni conoció a sus padres, ni sabe quiénes fueron.

—¿Creéis que eso es verdad, o un ardid de que se vale para desorientarnos?

—Lo creo, señor, porque nadie le obliga a decir semejante cosa, ni habría medio de obligarlo, puesto que escucha todas las amenazas con una indiferencia que no es fingida. Es casi un niño, señor; pero un niño con un corazón de hombre, con una gran inteligencia... ¡Oh!... Se ha burlado de mí porque le hablé del tormento y de la muerte, se ha burlado porque en su concepto, mi amenaza suponía que me faltaba entendimiento para comprender lo que él era.

—Si ha comprendido su situación...

—Perfectamente.

—¡Oh! — murmuró Felipe, cuya frente se contrajo. — Encuentro otro hombre que desafía mi poder y es sobradamente audaz para resistirme...

—Está convencido de que por lo menos se le tendrá encerrado toda la vida. "Mi delito, dice, no es otro que conocer el secreto de la falsa muerte de doña Luz: ¿qué adelantaré con dar explicaciones? Por eso no ha de considerárseme menos peligroso"

—Razón le sobra

—Asegura que su vida, lejos de serle grata, es un tormento y por consiguiente, que considera la muerte como un descanso, como una dicha

—Pero de sus mismas negativas podrá deducirse algo

—Nada, señor, nada; porque al negar una cosa no intenta probar otra, o para hablar con más exactitud, su sistema consiste en no negar ni conceder Y si le hacéis la observación de que el no negar es casi confesar, responde: "Creed lo que os plazca, que a mí me es indiferente, puesto que mi sentencia está pronunciada, mi suerte ha de ser la misma: conozco el secreto de vuestra intriga, y se ahogará mi voz por la mano del verdugo o entre las paredes de un calabozo"

—Necesito ver a ese hombre

—Si me fuera permitído dar un consejo a vuestra majestad...

—Hacedlo.

—No lo veais

—¿Por qué?

—Primeramente, porque será inútil

—Conoceré a un hombre que vale

—Además...

—¿Qué teméis?

—Que no guarde a vuestra majestad el debido respeto.

—¡Oh!...

—Su audacia no puede compararse sino con la de un loco

—Me respetará.

—Señor...

—¿No decís que tiene gran inteligencia y gran corazón?

—Le sobran.

—Un hombre así no comete una torpeza, y torpeza grande sería faltarme al respeto.

El comendador hizo un gesto de duda.

—Mañana os convenceréis — añadió el monarca.

—Quiera Dios que suceda así.

—Puesto que todo lo niega, o más bien, que a nada responde, os habrá sido imposible salir de dudas en cuanto a si vuestra hija ha tenido comunicación con alguien esta noche.

—En cuanto a eso, ya tuve la honra de decir a vuestra majestad...

—Estábais seguro de que no.

—Y lo estoy

PUCKY

—¿Y si yo — repuso el monarca — os diese una prueba de lo contrario?

El caballero tembló y fijó en el rey una mirada de verdadero terror y de sorpresa.

—¡Una prueba de lo contrario! — repitió con voz sorda.

—Sí, una prueba palpable de esas que no dan lugar a dudas.

—Señor — repuso el anciano confuso y sin saber lo que decía; — cuando vuestra majestad, tan prudente como es, lo asegura...

—Sí.

—Respeto la opinión de vuestra majestad por más que no acierte...

—He sido más afortunado que vos en mis averiguaciones.

—No comprendo...

—El hombre que está encerrado ha traído a doña Margarita una carta de vuestra hija...

—Pero esa carta...

—Ha sido escrita esta noche.

—¡Esta noche! — balbuceó el anciano volviendo a mirar al rey con espantosos ojos.

—¿Os sorprende?

—Como todo lo que nos parece imposible.

—Pues aun no conocéis una circunstancia que os sorprenderá más.

—¡Más aun!...

—La carta ha sido eescrita dspués de haber salido de vuestra casa el cadáver...

—¡Ah!...

—Y doña Luz se queja de vuestra crueldad por haberla obligado a contemplar el fúnebre cortejo...

—¡Señor!...

—Todo lo refiere con detalles, y pide ayuda a la reina...

—Estoy aturdido... ¡Oh! — murmuró el anciano.

Y se pasó las manos por la frente, que tenía inundada de frío sudor.

—Tranquilizaos y meditad.

—Pero, señor, si no me he separado de mi hija hasta después de la escena con el cura...

—¿Y vuestro criado Andrés?

—Conmigo ha venido y me espera.

—Pues bien; yo me explico eso muy sencillamente.

—Yo soy muy torpe... ¡Oh! — exclamó el caballero recobrando su energía y apretando los puños. — Estoy desesperado, loco... Perdonadme, señor...

—¿No ha podido vuestra hija escribir después que la dejasteis?

—¡Ah!... No merezco perdón...

—¿Empezáis a comprender?...

—En el aposento donde quedó mi hija había tintero y papel... ¡No pensé en quitarlo!...

—Ya lo veis.

—Pero quedó encerrada...

—¿Tiene ventanas la habitación?

—Ninguna.

—No dudéis que aun queda en vuestra casa algún criado traidor.

—Bien puede ser... ¿Quién se atreve a responder por ninguno?... Pero aun así no han podido comunicarse con mi hija.

—Si no hay ventanas, si habéis cerrado con llave...

—Aquí la tengo.

—Por debajo de la puerta.

—No podía ser tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no hay más que una puerta, y esa da a un aposento que tampoco tiene salida más que a otro, el cual, como los anteriores, tiene solamente una puerta que también cerré... Mirad.

Y el comendador sacó dos llaves.

—¿Creéis que hay duendes? — preguntó el monarca con ironía.

—No soy supersticioso: creo que nada se hace en este mundo por arte sobrenatural.

—Entonces creéis que alguien ha ayudado a doña Luz; que se ha puesto en comunicación con ella.

—Forzosamente.

—Alguien, que es una criatura como todos.

—Pero...

—Lo que nos falta saber es cómo lo han hecho; pero no porque lo ignoremos es menos verdad, puesto que ha sucedido. ¿Hemos de negar el efecto porque no conozcamos la causa?

—No...

—Debemos suponer que el traidor es un criado, y, por consiguiente, lo que hay que hacer es descubrirlo.

—¡Vendido por todos lados!...

—No perdáis tiempo, comendador.

—¡Ah!...

—Otra persona conoce también el secreto: otra persona, la más temible, porque nos es desconocida.

—Sí, otra boca que sellar...

—Van siendo muchas... Sin embargo, no retrocederé.

—Yo descubriré al traidor, y...

—Nada de violencias.

—Daré aviso a vuestra majestad.

—Sí, dadme aviso, y... habrá en Segovia un calabozo más que esté ocupado.

—Si vuestra majestad me lo permite — dijo el caballero disponiéndose a salir.

—Idos y que Dios os ilumine.

—Falta me hace la ayuda divina.

Grave, muy grave era el compromiso para el comendador, pues el monarca no quedaría satisfecho hasta que se descubriese al que ayudaba a doña Luz, lo cual era imposible conseguir, puesto que, como sabemos, no existía semejante traidor.

Aun existiendo, era difícil, muy difícil dar con él; así lo comprendía el anciano, y por eso cuando salió del alcázar iba preocupado y taciturno como nunca.

Acompañado de Andrés se encaminó a su vivienda, y sólo cuando les faltaba muy poco para llegar dijo:

—Mi buen Andrés, tenemos cerca un traidor.

—¡Un traidor en casa!...

—Sí.

—No lo creo.

—Tengo pruebas...

—¡Oh!...

—Es preciso descubrirlo.

—Estando ya presos Fernán y Aldonza...

—Queda otro.

—No llevéis a mal que dude..

—Ahora lo sabrás todo... Abre...

Andrés abrió la puertecilla de la calle de Juchilleros, y sin hacer el menor ruido, entraron en la casa volviendo a cerrar.

Los dejaremos explicarse y buscar el supuesto traidor, y volveremos al lado del anciano sacerdote.

Capítulo XXXIII

ANGUSTIAS

El anciano sacerdote, con la frente apoyada en las manos y los brazos en la mesa, había permanecido inmóvil por espacio de una hora.

Su pensamiento se había entregado a las reflexiones más amargas y tristes sobre las debilidades y pasiones de la Humanidad, y no puede hacerse comprender lo que esto le hacía sufrir.

A pesar de su clarísimo talento y de su experiencia, parecíale imposible que un hombre como el comendador llevase a cabo una intriga ruín, tan criminal y horrible como la que en aquellos momentos se practicaba, y que su proceder encontrase el apoyo y la decidida protección que había encontrado, precisamente en quien tenía la santa misión de hacer justicia, de amparar al débil y al desvalido, y de ser con todos generoso.

Todo esto probaba una desmoralización horriblemente desconsoladora, probaba que los hombres habían llegado a un estado de repugnante degradación moral, probaba, en fin, que el corazón de la sociedad estaba enfermo, corrompido, y que era imposible la curación del mal, que no había otra esperanza que la incierta que inspirar pudiese lo porvenir con nuevas generaciones.

No tenemos que decir lo triste, amargo y verdaderamente desgarrador que esto era para un alma virtuosa como la del anciano.

Además, y prescindiendo de semejantes consideraciones, su situación no podía ser más difícil.

Había prometido velar por el inocente hijo de doña Luz, y el cumplimiento de este deber, que tan generosamente se había impuesto, le ofrecía no pocos inconvenientes y peligros.

Por otra parte, la gravísima cuestión de la partida de muerte de doña Luz, era para muy meditada. Decidido había ya el cura no extender en el libro parroquial semejante partida; pero ¿no echaría inmediatamente de ver la falta el comendador?

Así era probable, porque la certificación que justificara la muerte de la joven era de mucha importancia para el caballero, y tal vez querría hacer uso de ella inmediatamente, aunque no fuese más que para que el perseguido amante renunciara para siempre a sus esperanzas de unirse a la mujer a quien amaba tanto.

Si así sucedía, como era de suponer, el comendador Quiñones exigiría sin pérdida de tiempo la copia de la partida, y cuando se le negase, acudiría al monarca.

El libro sería entonces reconocido, y a Felipe II le sobraba poder para que el anciano dejase de ser cura de San Justo, para que inmediatamente se exhumase el cadáver, para que el doctor Extremera firmase nueva declaración, si la primera se había perdido, y en fin, para que otro cura extendiese la partida.

¿Qué se habría conseguido entonces?

Nada más que empeorar la situación.

El anciano sacerdote sería tal vez perseguido o desterrado, y se vería en la imposibilidad de atender al hijo de doña Luz.

Momentos hubo en que el buen cura dudó y aun estuvo a punto de decidirse a inscribir en el libro mortuorio el nombre de doña Luz, no por temor de lo que a él pudiera sucederle, sino en beneficio de los demás.

Empero su conciencia no se lo permitió.

Dar fe de una falsedad, era cosa que no podía hacer.

Creía que a nadie le era permitido esto aunque fuera para una desgracia.

Y discurrió, y luchó, y se atormentó no poco.

—No — dijo al fin, levantando la cabeza.

¿Como había de hacerlo?

No era posible, porque sólo el haber prometido guardar el secreto, lo consideraba una ligereza inexcusable, una falta de que su conciencia empezaba a acusarlo.

No: en conciencia era demasiado escrupuloso: tal vez demasiado exigente; pero era así y no había de obligarlo a otra cosa.

Una vez resuelto, tomó la pluma y el papel en que había puesto su declaración Extremera, con intento de consignar lo sucedido y depositar tan importante documento con el cadáver, por lo que algún día pudiera suceder.

Empero se detuvo antes de empezar.

—¿No he prometido guardar el secreto? — dijo — ¡Ah!... Esto no es publicarlo ahora; pero es casi lo mismo, porque puede suceder que el escrito se lea por alguien que lo divulgue... No, no.

Dejó la pluma y guardó el papel.

Dieron las doce.

—Mucho tarda Martín — ¿Le habrá sucedido alguna desgracia?... Las calles están llenas de asesinos y ladrones, que viven con más anchura y descuido que la gente honrada; Martín es valiente y orgulloso, y si ha tenido un mal encuentro, no habrá retrocedido, a pesar de que iba casi desarmado... Hace más de una hora que se fué... Habrá encontrado dificultades para entrar, habrá perdido tiempo en vencerlas, porque es tenaz y estoy seguro de que no se volverá sin haber entregado la carta... Debo tranquilizarme.

El anciano se levantó y dió algunos paseos por la sacristía.

Luego fué a la iglesia, subió las gradas del catafalco y contempló el cadáver, como si aun quisiera convencerse más y más de que aquella no era doña Luz.

—¡Infeliz! — murmuró con acento de conmoción profunda. — Huérfana, como él.

desvalida, sin mas guia que sus pasiones... ¿Qué extraño es que olvidase los deberes que impone la virtud, qué extraño cuando apenas tendría noción de lo bueno ni de lo malo, cuando no la habían enseñado a apreciar el valor de la pureza?... Dios tenga piedad de su alma y quiera perdonar su deplorable extravío.

Los ojos del sacerdote se humedecieron.

Bajó del catafalco, fué hasta el pie del altar, arrodillóse y oró con toda la cristiana fe de su alma noble.

Cerca de media hora permaneció en aquel sitio, rogando por la salvación del espíritu de la desdichada Rosa.

Más de una lágrima corrió por sus pálidas mejillas.

Volvió a la sacristía.

—Ahora sí que tarda demasiado — dijo.

Y se acercó a la puerta con la esperanza de oír ruido de pasos.

Ni el más leve rumor llegó a sus oídos.

Lo mismo en el templo que en sus alrededores el silencio era profundo, verdaderamente sepulcral e imponente.

El sacerdote se estremeció.

¿Tenía miedo?

Sí; pero no por él, sino por Martín.

—¿Qué me sucede? — se preguntó. — No acierto a explicarme lo que siento.

Y exhaló un suspiro penoso, añadiendo:

—Estoy triste, siento el corazón oprimido... ¡Ah!... No parece sino que una voz secreta me anuncia nuevas desgracias... No, no querrá Dios que se cometan más abusos, más crímenes... Mi tristeza se explica; lo que ha sucedido esta noche... ¿Cómo he de estar alegre?... Las desgracias de doña Luz me han impresionado tan vivamente... Y los sufrimientos de ese niño a quien amo con tanta ternura... Y las iniquidades que cometen los hombres, y el convencimiento desconsolador de la perversión del mundo... Sí, sí, se comprende mi tristeza... Pero Martín no vuelve, tarda demasiado...

El triste y amedrentador silencio fué interrumpido por el canto de la lechuza.

—¡Oh! — murmuró el sacerdote, estremeciéndose otra vez.

Y miró recelosamente a todos lados.

—No — dijo, — no puedo dominar este terror... Y esa lechuza... Hace cuarenta años que oigo su lúgubre graznido, y nunca me ha infundido pavor como esta noche... El estado en que me encuentro, consecuencia de lo que me ha sucedido...

Interrumpióse y después de algunos instantes añadió:

—Pero, Martín... ¡Dios mío!...

Pasó otra media hora, que fué un siglo de mortal angustia para el sacerdote.

Su agitación crecía.

—Yo no puedo esperar — dijo.

Y tomó su manteo, encendió una linterna y, sin reflexionar más ni detenerse, salió.

¿Qué intentaba?

Lo que hacía era una verdadera locura; Pero hay que tener en cuenta que amaba al huérfano con el amor del más tierno padre, y que su dolor y su trastorno no le permitían meditar.

Una vez en la calle, tomó a la derecha.

No sintió el aire húmedo y frío que azotaba su rostro.

—Este camino debe haber llevado, y por este debe volver — dijo. — Si ha tenido un lance, y lo han herido, lo encontraré.

A medida que avanzaba y a favor de la luz de la linterna, miraba cuidadosamente a todos lados, sin dejar rincón que no examinase.

Llegó a Santa María sin haber encontrado alma viviente: ni rondas, ni ladrones, ni siquiera un enamorado.

—Empiezo a tranquilizarme — dijo.

Y dobló la esquina del templo, dando vista al alcázar, que se levantaba en medio de las tinieblas como un gigante, cuya cabeza se perdía más allá del negro horizonte.

El mismo silencio, la misma quietud, la misma soledad.

A través de las rendijas de alguna ventana del alcázar podía verse el incierto brillo de un débil rayo de luz.

En los zaguanes apenas se divisaba alguna claridad.

El anciano se detuvo.

—Debo suponer — dijo — que lo haya detenido doña Margarita.

Algo le tranquilizó esta idea.

Entonces le ocurrió pensar que allí peligraba su salud, expuesto al aire glacial que soplaba del Guadarrama.

Nada tenía que hacer en aquel sitio, y como además había dejado sola la iglesia, determinó volverse.

Sin embargo, echó una última mirada al palacio, como si quisiera vez a través de las paredes lo que en el interior sucedía.

—¿Quién sabe — dijo el cura, cuyo deseo le hacía pensar en todo lo que podía serle grato, — quién sabe si Martín ha tenido que ver a la reina, y si esto es la base de la fortuna?... ¡Ah!... Bien merece ser dichoso, porque su alma es un tesoro de virtudes y porque ha sufrido y sufre mucho. ¿Qué habría sido de esa infeliz criatura si hubiera ido a poder de los que no comprenden la caridad más que a medias, de los que creen que no hay deber de hacer sacrificios de todo género en bien de los demás?... ¡Pobre Martín!

Sí, pobre Martín, que en aquel momento se encontraba encerrado en un calabozo, de donde no saldría jamás, a no ser para ir a otro más seguro.

El buen cura emprendió de nuevo la marcha, y por si no había mirado bien, fué revisando de nuevo todos los rincones.

Tampoco entonces encontró a nadie, lo cual no era extraño, porque a semejante hora llevaban algunas de dormir casi todos los habitantes de la villa, y además el frío era demasiado intenso para que convidase a pasear...

El anciano entró en la sacristía, dejó el manteo y el bonete y se sentó con muestras de estar muy fatigado.

No había andado mucho; pero lo agobiaba el trastorno de su dolor.

Después de algunos minutos, púsose de pie, fué a la iglesia y reyisó las luces que ardían en el catafalco.

No había ocurrido ninguna novedad.

Por todas partes reinaba la quietud; la quietud de la muerte.

Por donde quiera el más absoluto silencio, interrumpido solamente de vez en cuando por el chisporroteo de los cirios, cuyas luces rojizas parecían esparcir trabajosamente sus rayos a través de la fría atmósfera del templo, dándole un tinte que no puede calificarse sino de lúgubre.

Cuando el sacerdote se movía, el ruido de sus pasos, aunque lentos, se repetía con eco sordo, apagado, confuso, en la bóveda, que parecía temblar.

Era menester haberse encontrado allí, en la misma situación, dolorosamente agitado y conmovido, y con el temor de nuevas y mayores desgracias, para comprender que el anciano se estremeciese al escuchar aquellos ruidos y al mirar las negras sombras proyectadas por los altares, las imágenes de los santos, las pilastras, los confesionarios y todos los objetos y que a pesar de su valor y de su mucha inteligencia, se sintiese más de una vez poseído del mayor terror.

Cuando volvió a la sacristía, sentóse otra vez junto a la mesa, apoyando en ella los codos y, lo mismo que antes, la frente en las manos.

Inmóvil, sin dar más señales de vida que su violenta y desigual respiración, entregóse de nuevo a tristes y amargas reflexiones.

La lechuza volvió a graznar.

Y el tiempo avanzaba con esa cruel lentitud con que avanza para los que sufren o esperan.

Y transcurrió una hora, y otra luego.

—¡Ah! — exclamó, al fin, el sacerdote, levantando la cabeza y dejando ver su rostro pálido como el de un cadáver. — Esto es ya demasiado... ¡Dios mío!... ¿Qué debo hacer?

Nada, absolutamente nada.

Era inútil ir a buscar al mancebo...

—¿Pero es posible — dijo el cura — que aun lo detengan en palacio?... No parece probable... ¡Oh!... ¿Cuándo será de día?... las tinieblas me ahogan...

Ciertamente, la noche es horrible para los que sufren.

El sol esparciría sus luces, haciendo palidecer las de los cirios, el cadáver sería sepultado y...

¿Qué más?

El cura buscaría por todas partes a Martín y no lo encontraría; preguntaría por él, y nadie podría responderle.

Y tras aquel día llegaría otra noche tan larga, tan penosa, tan horrible como aquella.

Y luego muchos días sin que pareciese Martín, sin que nadie tuviera noticia de él.

Y lo mismo que los días, los meses y los años, y siempre lo mismo.

¡Pobre anciano!

¿Soportaría su débil organización el terrible golpe que le esperaba?

Anciano, débil, sin parientes ni amigos, Martín era su única felicidad, su consuelo único, porque era su sola afección.

Creció su agitación y su mortal angustia.

—¡Dios mío, Dios mío! — exclamó con acento de súplica desgarradora.

Volvió a la iglesia y cayó de rodillas al pie del altar.

¡Con cuánto fervor rezó, elevando al Omnipotente sus tiernas súplicas!

Empero entonces no rogaba por el alma de la infeliz Rosa.

Sólo pensaba en Martín; para el anciano no había en aquellos momentos más que el desdichado huérfano.

De allí no debía moverse hasta que los primeros rayos del sol penetrasen en el templo.

Mientras esto sucedía, otras escenas, no menos interesantes, no menos dolorosas, tenían lugar en la suntuosa morada del comendador.

Ven, lector, que es preciso que sepas si, al fin, puede llevarse a cabo en todas sus partes el plan del comendador, y preciso es también que te covenzas de que Andrés era capaz de todo lo malo.

La intriga que nos ocupa ha de ofrecer todavía incidentes de grandísimo interés, raras peripecias que merecen especial mención.

Capítulo XXXIV

OTRA VICTIMA INOCENTE

En el interior de la casa del comendador reinaba un silencio profundo.

Si todos los criados no dormían, por lo menos ni se movían ni hablaban.

El caballero, acompañado de Andrés, llegó a la puerta de sus habitaciones; pero antes de abrir examinó cuidadosamente el sitio de la cerradura, miró por el ojo de ésta y probó de mil maneras a abrir sin la llave.

Ni pudo, ni había señales de que hubiesen abierto.

Sin embargo, esto nada probaba, porque fácil era que se hubiesen valido de otra llave.

Al fin entró.

Examinó las demás puertas sin advertir tampoco nada de particular.

Escuchó sin percibir ni el más leve ruido.

Entonces dejó la capa, el sombrero y la espada, y se sentó, diciendo a su criado:

—Escúchame con atención.

—Con toda mi alma — respondió el sirviente.

—El asunto es grave...

—Y no sosiego hasta que os dignéis aclarar mis dudas, porque si he de deciros la verdad, necesito muchas pruebas para convencerme de que en casa hay más traidores que los que ya están presos.

—Sí, pruebas hay...

—Entonces habrá traidor y lo descubriremos.

—¿Esperas conseguirlo?

—Tengo completa seguridad...

—¡Oh!... El traidor existe, y si no se descubre, su majestad...

—Comprendo.

—No necesito, pues, decirte la importancia que tiene el asunto...

—Tranquilizaos.

—Sí, ehti confío...

—Repito que os tranquilicéis.

—Mucho te debo, Andrés..
—Señor, lo que ahora importa...
—Es verdad.
—Sacadme de dudas.
—Ya sabes que hemos encerrado a un hombre que fué a palacio de parte de doña Luz.
—Será algún cómplice del flamenco.
—Lo será, pero ello es que ese hombre, y si no él mismo, otro ha visto esta noche a mi hija.
—Imposible.
—Llevaba una carta, que tiene la reina.
—Pero esa carta...
—También — repuso el comendador — ha sido escrita esta noche, después que se llevaron el cadáver, porque mi hija da cuenta de todo lo sucedido, con detalles que ella sólo conoce.
—¡Oh!...
—¿Cómo y a quién ha entregado esa carta?
—Es difícil adivinarlo.
—Y como eso supone que hay otra persona que conoce el secreto, el rey...
—Sí, quiere a todo trance que se tape esa boca más, y no admitirá excusas...
—Ya lo conoces.
—Tenéis razón; en vano se le dirá que ha sido imposible descubrir al traidor; ha mandado que se le busque, y hay que encontrarlo aunque no exista, sí aunque no exista, porque muy bien puede haber sucedido que ese hombre, sin ayuda de nadie y no sé cómo, se haya introducido aquí y recibido la carta de doña Luz.
—Yo no creo probable eso, y su majestad no lo cree posible.
—Señor, es preciso dejar satisfecho al rey
—Y pronto...
—Antes de mañana.
—¿Y qué hemos de hacer?
—Averiguar.
—Si tú no lo consigues...
—Señor...
—Todo se perderá.
Andrés quedó pensativo
—Medita — le dijo el comendador
—Es tan poco el tiempo de que puedo disponer... Pero, en fin, dejadme...
—¿Sabes lo que temo, Andrés?
—Lo peor.
—Si no encontramos lo que bien pudiéramos llamar un fantasma...
—Posible es que su majestad disponga que resucite doña Luz, dejándoos en la más horrible situación, porque vos mismo habéis dicho que ha muerto vuestra hija y...
—¡Oh!...
—No basta mi voluntad...
—Andrés — repuso el caballero con tono suplicante, — es el último apuro...
—Pero el mayor.
—El último esfuerzo que tendrás que hacer...
—Por lo mismo que es el último...
—No me abandones en estos momentos..
—¡Abandonaros!...
—Mañana serás independiente, rico, se habrán cumplido todos tus deseos...
—Señor, no me digáis semejante cosa; yo no tengo más deseo que serviros ¿qué necesitáis?
—Que se descubra al traidor...
—Se descubrirá.
—Esta misma noche...
—No habrá salido el sol sin que lo conozcáis — repuso Andrés.
—¡Ah!...
—Os lo prometo..
—¡Andrés!...
—Permitidme que os deje...
—Sí.
—No digáis nada a doña Luz...
—Ya sabes que a las dos...
—Hay que llevarla al convento...
—Es la una, queda una hora...
—Para mí, toda la noche, es lo que he prometido y lo cumpliré.
—No debo ser exigente.
—Tengo un plan, y creo que no podré ponerlo en práctica hasta después que se vaya doña Luz.
—Nada le diré, descuida.
—En el momento de marchar no importa que le digáis cuanto se os antoje; pero ahora... ¿quién sabe lo que puede suceder?
—Es verdad, ya nada me sorprende ni me parece imposible.
—Con vuesta licencia...
—Dios te ilumine.
Andrés salió del aposento para dar principio a sus averiguaciones, aunque sin esperanzas de conseguir nada.
Si había hecho la promesa, había sido porque estaba resuelto a recurrir, en último apuro, a un medio diabólico y de seguro resultado.
Su fortuna dependía del término feliz de aquella intriga: si ésta fracasaba, perdería su valor todo lo hecho anteriormente, y Andrés habría de contentarse con el puñado de oro que hasta entonces le habían valido sus servicios.
Esto no satisfacía su ambición, porque no era precisamente dinero lo que buscaba; su sueño dorado, la ilusión de toda su vida era ser alférez, posición que, aunque no elevada ni envidiable, estaba, sin embargo, a bastante distancia de su condición humilde.
La realización de su deseo debía considerarla un imposible; pero por lo mismo le halagaba más y era más ardiente el deseo.
Sus extraordinarios servicios al comendador lo pusieron en camino de alcanzar lo que afanaba, y lo que antes era imposible fué probable.
El caballero, que conocía las aspiraciones de Andrés, le prometió el empleo como recompensa.
Puede comprenderse con cuánto ardor trabajaría el sirviente.
¿Qué no haría para ver realizado su ensueño de toda la vida?
Verdad es que se trataba de cometer criminales abusos; pero la conciencia de Andrés no era escrupulosa, y como, por otra parte, le sobraba ingenio y valor, acometió la empresa seguro de la victoria.
Todo parecía terminado desde que el cadáver de Rosa quedó en la iglesia, y Andrés se consideró ya hecho alférez y disfrutando de la vida alegre, por más que sea peligrosa, del soldado.
Empero los últimos incidentes le enseñaron que nada hay seguro en esta vida.

Era muy triste perderlo todo después de haber trabajado tanto y con acierto.

No. Andrés no podía conformarse con semejante resultado.

Quien había hecho lo más, bien podía hacer lo menos.

Se habían hecho varias víctimas... ¿Qué importaba una más?

Si la conciencia no remordía por todas ellas, no remordería por ninguna.

¿Era caso de detenerse por tan poco?

No.

Todas estas reflexiones se las hizo Andrés, y se decidió.

¡Perder el ambicionado empleo!...

Imposible.

Y una vez decidido a sacrificar a un inocente, emprendió, con flojedad, las averiguaciones.

El resultado debía ser el mismo para sus miras, y, por consiguiente, consideraba una necedad imponerse mayor trabajo.

Sin embargo, al cabo de media hora supo Andrés que no faltaba quien hubiese buscado en el cadáver el parecido a doña Luz.

Sabido esto, le fué muy fácil averiguar quién había hecho tan peligrosa observación, y una vez averiguado, el sirviente que en tales detalles se había metido fué designado como víctima.

—Es cuanto necesito, y no me meteré en más pormenores — dijo Andrés.

Y volvió al aposento de su señor, que lo esperaba con impaciencia.

—Cuando vienes sin que te llame — dijo el caballero, — es señal...

—De que no he trabajado en balde

—¡Ah!...

—Aún no he triunfado por completo, señor.

—Pero...

—Creo que triunfaré.

—Me ha prometido...

—No olvido mi promesa, y ahora tengo completa seguridad de cumplirla.

—¿En qué fundáis esa seguridad?

—Hay quien en el cadáver ha buscado las facciones de doña Luz.

—¡Oh!...

—Y dice que no las ha encontrado.

—¡Andrés! — exclamó el comendador.

—Eso creo que ha sido solamente un pretexto para extender el rumor de que doña Luz existe.

—¿Y quién ha tenido el atrevimiento?...

—Eso es lo que me falta saber.

—Ya tenemos al traidor...

—¿Son fundadas mis esperanzas?

—¿Quién lo duda?

—Nada más tengo que deciros.

—De modo, que esa voz ha corrido...

—Bastante.

—¡Si el rey lo supiera!

—Querría encerrar a cuantos habitan en esta casa.

—Imposible.

—O dispondría deshacer lo hecho...

—Sí, sí.

—Pues bien: ya podéis tranquilizaros; antes de que amanezca...

—Sigue adelante, buen Andrés: no pierdas un solo minuto...

—Tengo que esperar a que salga doña Luz.

—Explícate...

—Quiero tender un lazo al traidor que, creyendo que habéis salido vos de casa y ha quedado la señora...

—Comprendo.

—Y cuando volváis del convento...

—Vales mucho, Andrés.

—Mi deseo de serviros.

—¿Qué hora es?

—Las dos menos cuarto.

—¿Puedo yo hablar con mi hija?

—Sí, señor; ya no hay peligro, porque antes que acabéis la conversación tendreis que salir de casa.

—A las dos en punto aguardará la silla.

—No habrá tiempo.

El comendador quedó pensativo.

A pesar de la buena noticia que le había dado su sirviente, aumentaba su agitación a medida que se acercaba el momento de dar el último paso en la intriga.

No era posible que el caballero sospechase el plan de Andrés; pero aun conociéndolo, ¿hubiera retrocedido?

Algunos minutos pasaron, y, al fin, se detuvo y dijo a su confidente:

—Es decir, que no podrás acompañarme...

—Tengo necesidad de estar aquí; ya lo veis.

—No importa, iré solo...

—Lo siento.

—Una persona de confianza es un consuelo en situaciones como estas... Pero no me faltará valor, no me abandonarán las fuerzas...

—Sufrís mucho...

—Y quisiera morir cuando todo haya concluído, cuando no quede huella alguna de mi deshonra... ¡Oh!... Me sobrarán las fuerzas, sí, me sobrarán;... luego, no respondo de mí; pero ¿qué importa?

—Señor...

—Déjame.

Salió Andrés.

El comendador fué al aposento donde había dejado a su hija, sacó la llave y abrió la puerta, después de haber escuchado, sin percibir ruido alguno.

Capítula XXXV

DE COMO SE DESVANECIO LA ULTIMA ESPERANZA DE DOÑA LUZ

Doña Luz estaba de rodillas, con la frente apoyada en el sillón que había ocupado el sacerdote.

Tal vez no se había movido desde que la dejó su padre.

A pesar de lo que sufrió, abismada en sus amargas y dolorosas reflexiones, con el pensamiento en Dios, en Raúl y en su hija, había pasado quizás para ella el tiempo con la velocidad del rayo.

No podía decirse si lloraba.

Algún suspiro penoso, de esos que parecen llevarse tras sí el alma, escapábase de su pecho.

Por lo demás, había dejado caer los brazos y las manos, cruzadas, sobre el asiento

del sillón, y permanecía inmóvil como una estatua.

La luz reflejaba en sus negros y finos cabellos, que se esparcían sobre su espalda y sus hombros en desordenados mechones.

O absorta como estaba en sus pensamientos, no se apercibió de la llegada de su padre, o indiferente a todo, no quiso dar muestras de haberse apercibido.

El comendador, a pesar de que había recibido la más grave ofensa que puede hacerse a un caballero y de que ardía en deseos de castigo, o más bien de venganza; a pesar de su severidad cruel y de sus exageradas ideas, que bien puede decirse eran en él una monomanía; por más que su carácter fuese duro y violento hasta la exageración y que su corazón fuese poco o nada sensible, y a pesar, en fin, de que creía de buena fe que no cometía ningún abuso, que era lícito y bueno cuanto hacía, y que así cumplía sus deberes de padre, de cristiano y de caballero, sintióse profundamente conmovido al contemplar a su desgraciada hija, teniendo que detenerse al dar el primer paso, para tomar alientos, porque apenas podía respirar.

Pasados algunos segundos, si no más tranquilo, más dueño de sí, miró a la mesa y vió que los papeles estaban en desorden y la pluma fuera del tintero.

Si alguna prueba le faltaba para convencerse de que doña Luz había escrito a la reina, ya la tenía.

A pesar de que esto no debía sorprenderlo, se contrajo, más de lo que estaba, la frente del anciano, y por un momento se tiñeron sus mejillas con el carmín de la ira.

Luego adelantó algunos pasos.

Volvió a detenerse junto a doña Luz.

Esta no se movió.

—Señora — dijo el caballero, con voz ronca.

La joven levantó la cabeza y fijó en su padre una mirada, que no hubiera podido decirse si era de miedo, de dolor o de sorpresa.

Sus negros ojos tenían el brillo del ardor de la fiebre, y sus pupilas estaban dilatadas.

Se conocía que había llorado; pero en aquel momento no había una lágrima en sus pálidas mejillas.

Su respiración era violenta y desigual.

Después de algunos momentos se levantó; pero en seguida tuvo que sentarse.

Estaban agotadas sus fuerzas, y le era imposible sostenerse.

—¡Padre mío! — murmuró con voz débil — ¡Padre mío!...

—¿Habéis cambiado de resolución? — preguntó el caballero.

—¿En qué?

—En lo que respecta al fruto de vuestra deshonra...

—¡Ah!...

—Responded.

—¿No estáis satisfecho?

—Señora...

—Siquiera por compasión, por caridad...

—¿Es decir?...

—¡No me desgarréis más el alma!...

—Vos me la habéis desgarrado a mí para satisfacer vuestras pasiones...

—Es verdad... Debéis castigarme, vengaros...

—¿Persistís en vuestro empeño?

—¡Ah! — exclamó la joven, haciendo un doloroso esfuerzo. — Quitadme la vida, que no exhalaré una queja; pero en cuanto a mi inocente hijo...

—Tenéis esperanza de que lo protejan, pero en vano, y debo advertíroslo.

—Tengo esperanza en la justicia de Dios...

—Entre tanto llega la hora de esa justicia, la de los hombres os es contraria.

—Lo sé.

—Habéis escrito a la reina.

—¡Dios mío! — exclamó doña Luz, fijando en su padre una mirada de terror.

—El que ha llevado la carta a doña Margarita está en un calabozo, de donde no saldrá jamás...

—¡Padre mío, padre mío!...

—Y el único de vuestros cómplices que aun era desconocido está ya descubierto.

La joven exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Ahora — añadió el caballero, con una crueldad horrible — alimentad esperanzas. Nadie podrá revelar a vuestro hijo ni a Raúl el secreto de vuestra existencia, ni vos podréis hacer tampoco nada, porque antes de una hora estaréis para siempre encerrada en una celda.

Tampoco respondió la infeliz joven ni levantó la cabeza.

¿Qué había de decir?

Cierto debía ser que se habían apoderado de su carta, porque, a no suceder así, el comendador no habría podido hablar de semejante escrito.

En concepto de doña Luz, el anciano sacerdote había sido la víctima, y, por consiguiente, estaba perdida la última esperanza.

¡La última esperanza desvanecida!...

Esto era horrible, porque la existencia sin ninguna esperanza es una agonía, cuyo tormento no tiene igual.

Transcurrieron algunos momentos de silencio, solamente interrumpidos por los tristes suspiros de la joven.

Al fin, el comendador rompió el silencio para decir:

—¿No respondéis?... Sólo algunos momentos nos quedan: después será tarde, y yo mismo no podría hacer nada en vuestro favor.

—¡Que responda! — murmuró doña Luz, con acento de amargura.

Y levantó la cabeza y sonrió con expresión indefinible, como si por sus labios rebosase la hiel que encerraba su alma.

Y luego añadió, más que abatida, profundamente indignada:

—¿Qué responderíais si os sujetasen las manos, levantasen sobre vuestro pecho un puñal y os dijeran qué os defendieseis?... ¡Ah!... ¿Qué haríais, señor, contra burla tan sarcástica y sangrienta, contra burla tan cruel y horrible?

—Señora...

—Estoy sola — repuso la desdichada doña Luz, — enteramente sola para luchar; no tengo medio alguno de defenderme...

—No os provoco a la defensa, ni puedo

—¿Cómo supo su papá que yo la llevé ayer a pasear en automóvil
—¿Se acuerda de aquel viejo gordo a quien atropellamos? ¡Era papá!

hacerlo, ni os lo permito, porque soy vuestro padre...

—Entonces...

—Solamente os advierto que aun tenéis algunos minutos y que podéis conseguir mucho en vuestro favor si respetáis mi voluntad. Habéis muerto para el mundo, hay un cadáver, qué es él vuestro en concepto de todos...

—Ya lo sé; estoy convencida, y, por consiguiente...

—Aun tengo que hablaros por última vez de vuestra situación; es preciso, así me lo manda mi conciencia, porque es mi deber hacerlo todo para iluminar vuestro entendimiento. Escuchadme, pues, doña Luz.

—Ya os escucho.

—Aunque muy difícil, muchísimo, no es imposible hacer creer que, lo que se tomó por muerte, fué un desmayo...

—¿Queréis resucitarme? — preguntó la joven, volviendo a sonreír amargamente.

—Sí.

—Pero será a condición...

—De que me digáis dónde está vuestro hijo, para que yo, solamente yo, disponga de su educación y porvenir...

—¡Entregar a mi hijo! — exclamó doña Luz, de cuyos negros ojos se escaparon dos centellas. — ¡Y lo habéis podido imaginar!

Y como si instantáneamente hubiese recobrado todas sus fuerzas, levantóse, fijó en su padre una mirada, que bien hubiera podido tomarse por una provocación audaz, y añadió:

—Si yo tuviera aquí a mi hijo, vos, con toda vuestra autoridad de padre y todo vuestro valor, ni el rey, con todo su poder, ni sus verdugos, con todas sus fuerzas y su crueldad, seríais bastante para arrancarlo de mis brazos... ¡Oh!... No, no le arrancaríais sino quitándome antes la vida, y aun después, habría de costaros gran trabajo separarlo de mí...

—Se respetará la vida de vuestro hijo, se la pondrá a cubierto de la miseria, será rico, si así lo desáis, yo os lo juro.

—¿Y qué más le daréis?

—¿Acaso necesita más?
—¿Y el amor de su madre?
—En cuanto a eso...
—¿Y el nombre de su padre?
—¡Oh!...
—No hagáis el milagro de mi resurrección, dejad que siga creyendo el mundo que he muerto; pero permitidme que me vaya con mi hijo y con mi esposo al último rincón de la tierra... No volveréis a saber de mí...
—Habéis perdido la razón...
—Pero conservo el corazón.
—Señora...
—Perdéis el tiempo...
—¡Oh!...
—Por última vez os lo digo... ¡Jamás, jamás sabréis el paradero de mi hijo!...
—¡Loca obstinación!...
—¿Ha llegado la hora de encerrarme en la sepultura de los vivos?
—Sí.
—Vamos.
—Dentro de algunos minutos será tarde — repuso el comendador.
—No me arrepentiré.
—No abrigüéis esperanzas para después de mi muerte.
—Ya sé que no sois vos sólo, sino también el rey...
—Tenéis otro enemigo más poderoso...
—Basta con Felipe II.
—Los votos que vais a pronunciar...
—Vamos, señor, vamos — replicó la joven, dando un paso hacia la puerta.
El caballero apretó los puños con desesperación.
—¿Para qué — añadió doña Luz, — para qué hemos de hablar ahora de esos votos que harían imposible mi unión con Raúl de Lancaste?
—Porque se os dispensará el noviciado y los pronunciaréis mañana...
—¡Mañana!... Decid a Felipe II que vaya a buscar una prueba de que su poder no alcanza todo lo que quiere su voluntad...
—¡Señora!...
—No intentéis hacerme pronunciar esos votos santos, pero terribles para mí; no lo intentéis si no queréis que vuestra autoridad...
—¡Señora, señora! — interrumpió el comendador, con iracundo acento.
—Sin duda no me conocéis...
—¡Oh!...
—Desde hoy conseguiréis de mí todo aquello que pueda conseguirse con la fuerza material, y por eso me encerraréis en un convento, pero otra cosa, no.
—¿Os atreveríais?...
—A todo.
—Temed mi cólera — gritó el comendador, fuera de sí.
—Nada temo.
—Yo os probaré...
—Yo, señor; yo seré quien pruebe que no hay poder humano que baste para arrancar a mis labios una palabra que no quiero pronunciar.
El caballero, lívido, desfigurado y con los ojos centelleantes, rugió como un león, y con pasos desiguales recorrió el aposento de un lado para otro.
Doña Luz permaneció inmóvil.

Su frente estaba contraída, y su mirada, si no tan terrible, era tan dura, sombría y enérgica como la de su padre.
No debían durar mucho sus fuerzas.
Probablemente, al otro día la infeliz no tendría valor para desobedecer a su padre en presencia de la comunidad.
Fácil le era decir que no pronunciaría los terribles votos; pero era muy difícil, casi imposible, hacerlo.
Para esto necesitaba más valor que para arrostrar la muerte; un valor raro, tan raro, que quizás no se hubiera encontrado mujer alguna que lo tuviera.
Como hemos visto, de lo que menos se había ocupado el comendador, era de hablar a su hija del supuesto traidor que había entre los criados de la casa.
Pero seguro como ya estaba de descubrirlo, esto no tenía valor alguno, mucho menos ante la gravísima cuestión que se había tocado.
La negativa de doña Luz produjo en el caballero el efecto que era consiguiente.
En todo había pensado el comendador; no había inconveniente ni contrariedad que no hubiese temido; pero nunca le ocurrió que su hija se rebelase con tanta firmeza.
Dieron las dos en un magnífico reloj de péndola que había en el aposento.
El caballero se detuvo y fijó en su hija una mirada ardiente y penetrante.
—Es la hora — dijo.
—Vamos — respondió doña Luz.
—Por última vez...
—Vamos — volvió a decir la joven.
—¡Oh!...
—Si me lo permitís, tomaré un abrigo.
—Venid.
Doña Luz siguió a su padre.
Pocos momentos después estaba ella envuelta en un ancho albornoz.
Andrés se presentó entonces con la capa, el sombrero y la espada del caballero.
Ningún otro criado había por aquella parte de la casa.
Silenciosamente anduvieron hasta llegar a la puerta falsa.
Allí se detuvo doña Luz.
Empezaban a faltarle las fuerzas.
No sabía lo que sentía.

Sus ojos, animados con el fuego de la fiebre, dirigieron a su alrededor una mirada de indescriptible afán.
Iba a salir para siempre de aquella casa donde había nacido.
Para siempre iba a dejar aquella mansión donde su virtuosa madre había dejado de existir, y donde su inocente y desdichado hijo había empezado a vivir.
Ya no vería más aquellos sitios donde había sido feliz con sus ilusiones de niña pura, y había sufrido tanto con sus desgracias de mujer y de madre.
Sin embargo, no acertó a pronunciar ni una sílaba, ni pudo derramar una lágrima.
Era tal su aturdimiento, que si la hubiesen dejado, habría permanecido allí sin apercibirse de que el tiempo pasaba.
—Vamos — dijo el comendador.
Estremecióse la joven y obedeció maquinalmente.

PUCKY

Cuando estuvieron en la calle, volvió a cerrarse la puerta, quedando en la casa Andrés.

Doña Luz esparció la mirada, sin percibir más que las densas tinieblas.

Oprimióse el pecho y exhaló un suspiro.

Luego aspiró con avidez el aire frío y húmedo, pero grato y consolador para ella, cuya frente se abrasaba.

Un momento después se escaparon dos lágrimas de sus ojos.

Entonces pudo respirar con más libertad.

Algo más reanimada siguió a su padre, que tomó calle arriba.

Tampoco entonces pronunciaron una palabra.

Pocos minutos después llegaron a la calle de la Almudena.

Allí, a favor de la luz de la linterna que llevaba el comendador, pudieron distinguir algunos bultos de gente que estaba parada.

Detuviéronse.

—Un instante y no habrá remedio — dijo el comendador.

—¿Qué queréis?

—¿Insistís aún?...

—Vamos, vamos — interrumpió doña Luz con febril acento.

—Sea — murmuró el caballero con sorda voz. — Vos misma habéis pronunciado vuestra sentencia.

Acercáronse a los que estaban parados.

Eran cuatro hombres que rodeaban una silla de manos.

Dos de ellos descubrieron las linternas de que iban provistos y miraron al comendador.

—Entrad — dijo éste a la joven, en tanto que abría la portezuela de la silla.

Doña Luz obedeció.

Aquellos hombres debían estar ya instruídos sobre lo que tenían que hacer, porque dos de ellos levantaron el vehículo, y todos se pusieron en movimiento sin pronunciar palabra.

Pocos minutos después desaparecían por la calle de Milaneses.

Capítulo XXXVI

LA HABILIDAD DE ANDRES

Mientras el comendador y su hija se alejaban de la casa, Andrés hablaba en una galería con el criado de quien dijimos que había cometido la imprudencia de hacer ciertas observaciones sobre el cambio que había sufrido el rostro de su señora después de muerta.

—Aquí — decía el confidente del caballero — no quiero explicarme, porque es grave el asunto y pueden oírnos.

—Vamos adonde quieras — respondió el otro, que miraba con sorpresa a su compañero; — pero ya sabes que el señor dispuso que nos recogiésemos...

—Ahora no está en casa.

—¿Ha salido otra vez?

—¿Sabes acaso?...

—Nada sé; pero...

—Sí, Pedro, veo que lo sabes todo, y esto es una razón más para que hablemos. Cierto es que nuestro amo salió antes conmigo...

—Os vi por casualidad...

ANALISIS
DE ORINA, ESPUTOS, SANGRE
SECRECIONES, TUMORES, ETC.
INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO
RIVADAVIA 1745 BUENOS AIRES

—Sí, y aprovechaste la ocasión...

—¡Qué aproveché la ocasión!... ¿Para qué?

—Para andar a tus anchuras por la casa, a pesar de la prohibición...

—No anduve mucho: pero en último caso, la desobediencia no me parece de importancia.

—Te convenceré de que sí.

—Pero...

—Ven, Perico, ven y me explicaré.

—Vamos.

Andrés, con nueva sorpresa de su compañero, encaminóse a las habitaciones del comendador.

—Siéntate —dijo cuando hubo llegado.

Y él lo hizo mientras el otro replicaba:

—¡Me dices que me atreva a sentarme aquí!...

—Porque sentados hablaremos con más comodidad.

—Ciertamente; pero eso ofrece sus peligros.

—No temas que nos sorprenda nuestro señor, y sobre todo, en cuanto a peligros, no es ese el que debes temer.

—Ningún otro veo; pero, en fin, si tú has de protegerme, estaré descuidado, porque ya sé que vales mucho y que...

—Lo único que hay de verdad es que se murmura, no solamente de mi valimiento, sino de otras muchas cosas, y si los murmuradores supieran lo caro que puede costarles su ligereza, serían más cautos para hablar

Pedro comenzó a perder la tranquilidad.

Las palabras de su compañero podían significar mucho y muy peligroso.

—¿Sabes — dijo, — mi amigo Andrés, que me pones en cuidado?

—¿Por qué?

—Es verdad que se murmura, y es posible que lo sepa el señor comendador; pero en cuanto a mí...

—No te defiendas sin que te acusen, porque eso es muy sospechoso.

—Hablo con claridad..

—¿Pero no te sientas?

—Sí — dijo Pedro.

Y se sentó precisamente en el sillón que casi siempre ocupaba su amo.

Andrés fingió reflexionar, y después de algunos segundos, dijo:

—Supongo que vas a corresponder con toda lealtad a mi franqueza.

—¿Lo dudas?

—Sí, lo dudo.

—Me ofendes..

—Hace algún tiempo que todos me miráis con desconfianza, como si yo hubiera dejado de ser lo que siempre he sido.

—Y efectivamente, Andrés, puesto que quieres franqueza, te diré que no eres nuestro compañero desde hace algunos días.

—¡Qué no soy vuestro compañero!

—No no lo eres, sino un confidente del amo...

—¿Y qué tiene que ver con vosotros la confianza que haya depositado en mí el señor.

—Mucho.

—Verdad es que hace algunos días. ..

—Todo son misterios.

—Nuestro noble señor ha necesitado la ayuda de un hombre fiel, y la ha buscado en mí; pero nada tienen que ver con vosotros sus graves asuntos, y, por consiguiente.....

—Bien — interrumpió Pedro con impaciencia; — dejemos eso y hablemos de lo que según parece, tanto me importa.

—Por supuesto...

—Repito que cuentes con mi franqueza.

—Te conviene ser franco, porque sólo así podré librarte del peligro que te amenaza.

—Explícate, Andrés, explícate.

—Ya sabes que una noche, hace precisamente diez días...

—Sí, hubo en la calle función de cuchilladas, y tan de veras, que dos corchetes quedaron malamente heridos o muertos.

—Sabes también, porque eso se dijo sin rebozo, que entre el ruido de las espadas y el de la lluvia y el viento que soplaba con gran furia, sonaron los gritos de un chiquillo...

—Lo sé, porque nadie lo ignora.

—La justicia no pudo matar ni echar mano al hombre que le había hecho resistencia.

—Bien me acuerdo que aquella noche se registró hasta el último rincón de esta casa, sin duda porque se creía que aquí se había refugiado el perseguido criminal.

—Sabes más, Perico.

—Te equivocas.

—¿No me has prometido ser franco?

—Lo soy.

—Te probaré que no.

—Veamos cómo.

—Sabes que se dijo también que el hombre perseguido por la justicia, o lo que es lo mismo, el que llevaba en brazos una criatura, había salido de aquí por la puerta falsa.

—No, Andrés, no...

—Sí, Pedro...

—Repito que no.

—Hemos concluído.

—Se han dicho muchas cosas; pero nada con seguridad...

—Ello es que eso se ha dicho, que tú lo has oído...

—Como quieras: eso no tiene valor ninguno.

—Se llevaron presos a Fernán y a la vieja Aldonza, sin duda porque eran culpables como cómplices del perseguido.

—Probablemente.

—Después de esto...

—Misterios, Andrés, misterios... Doña Luz presa, y digo presa, porque ni salía de su aposento, ni a nadie se le permitía entrar: y la guardaba una mujer que vino sin saber de dónde y se ha ido sin que se sepa cuándo ni cómo.

—Todo esto os ha llamado la atención.

—Era muy natural.

—Seguisteis haciendo comentarios...

—Seguimos preguntándonos qué era lo que significaba cuanto veíamos.

—Doña Luz estaba enferma...

—Así se dijo.

—Y era verdad.

—Nadie lo ha dudado, puesto que el médico venía diariamente a visitarla; pero esto mismo era también motivo de extrañeza, porque no se comprende que el padre no entrara una sola vez en el aposento de su hija.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo decían.

—Ya lo ves; tú, lo mismo que los otros, sabes más de lo que al señor comendador le conviene que se sepa.

La mitad de lo que llevaban dicho lo ignoraba Pedro; pero llegó a creer que ya lo sabía. Habían llegado a sus oídos rumores más o menos vagos, lo cual no era nada; pero Andrés los confirmó con tan hábil disimulo, que parecía que él nada había puesto en claro.

—Sí, es verdad — repuso Pedro; — sabemos bastante, o más bien, presumimos.

—Después de todo eso...

—Ha muerto doña Luz...

—Ha muerto — dijo Andrés, sonriendo maliciosamente; — pero no ha faltado quien mire su cadáver con más atención de lo conveniente, asegurando que aquel rostro no era el mismo de nuestra señora.

—Eso...

—Lo has hecho tú.

—Andrés...

—Lo saben todos y no puedes negarlo.

—Bien — replicó Pedro, cuya frente se contrajo y palideció; — es verdad, yo he dicho que me llamaba la atención que doña Luz se hubiese desfigurado hasta el punto de que era imposible reconocerla.

—Y de eso han deducido los demás que el cadáver no era de doña Luz...

—¡Ah!...

—Y estas deducciones peligrosas han llegado a oídos de nuestro amo...

—Andrés, Andrés — replicó temblando Pedro.

—Ni más ni menos que lo que oyes.

—Pero...

—Demasiado sabes que no ha muerto doña Luz.

—¡Que no ha muerto! — exclamó Pedro con acento de sorpresa y de terror.

—No sé por qué me miras así...

—Lo que dices...

—¿Acaso no has visto que aquel cadáver no era el de nuestra señora?

—Me pareció que...

—¿Hemos de seguir hablando con franqueza?

—Como quieras, Andrés: me amenaza un peligro, ya lo veo, y si tú me salvas...

—Te daré un consejo; es cuanto puedo hacer por tí.

—Yo te lo agradeceré con toda mi alma... Ya te escucho.

Andrés aparentó que volvía a meditar; pero lo que hizo fué escuchar si en la habi-

tación inmediata sonaba algún ruido.

—Han sucedido — dijo después de algunos momentos — muchas más cosas...

—¡Más aun!...

—Sí.

—No sé lo que me pasa...

—Sosiégate.

—No es la situación para estar tranquilo, ya lo ves.

—Todo lo sabrás; pero no ahora, porque si viene nuestro señor...

—¡Ah! — exclamó Pedro, levantándose y mirando hacia la puerta.

Andrés sonrió levemente; pero con expresión de diabólica alegría.

—Nuestro noble amo — dijo — no puede perdonar al que ha abierto los ojos de los demás para que vean lo que no habían visto.

—Yo... sin malicia...

—Tampoco perdonará — repuso Andrés levantando la voz — al que esta noche, mientras hemos estado fuera de casa, se ha valido de trazas verdaderamente diabólicas para comunicarse con doña Luz.

—Pero...

—¿Sabes por qué he querido hablarte aquí mismo? ¿Sabes la importancia que tiene el que nos encontremos en esta cámara?

—Andrés...

—Si te acusan, como te acusarán, no te defiendas, porque no puedes; suplica por si conmueves, y...

—Huiré...

—No es fácil.

—Ahora mismo...

—Inténtalo, y si puedes...

—Dios me ayudará — dijo Pedro.

Y poseído de terror y aturdido, dió un paso hacia la puerta.

Empero el rico tapiz que en ésta había se levantó, apareciendo la severa figura del comendador Quiñones, que había escuchado las últimas frases de sus dos sirvientes.

El rostro del caballero estaba lívido y desfigurado hasta lo horrible.

Nunca había sido su agitación como en aquellos momentos.

Sus negros ojos relumbraron como dos carbunclos, y su mirada era terrible, aterradora.

Las palabras que había escuchado le hicieron creer que Pedro había sido tomado "in fraganti" delito, y que en su turbación no acertaba más que a pedir a su compañero ayuda para huir.

No era esto sólo lo que había producido el trastorno del comendador, sino que antes, y a consecuencia de la despedida de su hija en el convento, estaba ya desesperado y casi loco.

Pedro exhaló un grito de espanto y se dejó caer de rodillas, extendiendo los brazos mientras exclamaba:

—¡Perdón, mi noble señor, perdón!...

—¡Villano miserable! — gritó el caballero con voz ronca.

—¡Perdón!...

—No, no lo mereces, y si ahora te dejo con vida, es por no manchar mis manos...

—Señor...

—Andrés — replicó el anciano, — ata a este bribón tápale la boca si grita y enciérralo.

Como si Andrés hubiese adivinado lo que debía suceder, y, por consiguiente, se hubiese prevenido, sacó un trozo de cuerda que llevaba oculto bajo el coleto, y ató a su compañero codo con codo.

Pedro no opuso resistencia, porque su terror y su aturdimiento eran tales, que bien puede decirse que no sabía darse cuenta de lo que le sucedía.

El infeliz se figuraba ya estar en un calabozo y tal vez en vísperas de ser entregado al verdugo, por lo menos para ser descoyuntado en un tormento.

Se comprende que semejante temor no era vano, teniendo en cuenta cómo en aquel tiempo se administraba justicia, o más bien la libertad que tenían los grandes para cometer toda clase de abusos contra los chicos.

Entonces había entre el rico y el pobre una gran distancia; entonces la autoridad del rey no tenía límites; su poder no conocía inconvenientes, no había más ley que su voluntad: y, por consiguiente, las arbitrariedades estaban legalizadas por sí mismas, justificadas con el "yo lo quiero".

Y como el desdichado sirviente estaba bien convencido de que su señor contaba con la más decidida protección de Felipe II, se consideró, con sobrado fundamento, perdido para siempre.

El llanto salió de sus ojos, y de sus labios las súplicas más tiernas y desgarradoras.

Algunas frases dijo que probaban, si no su completa inocencia, que se le acusaba fundándose en un error.

A escuchar el caballero, había comprendido que Pedro no se encontraba en aquella habitación porque él hubiese ido a buscar a doña Luz, sino porque Andrés le había llevado.

Empero el comendador, ciego por la cólera, y con el pensamiento fijo en su hija, no escuchaba al sirviente.

Después podría éste dar explicaciones sobre su presencia allí; pero ya sería tarde, porque se creería que eran subterfugios para ocultar la vedad.

—Calla — dijo Andrés mientras anudaba la cuerda; — me obligarás a que te ponga una mordaza, porque no es cosa de que demos un escándalo.

—Pero si yo...

—Hemos hablado largamente, y sabes que el asunto es delicado en demasía para permitir que nadie se entere.

—Soy inocente...

—No lo dudo, pero mañana, con todo sosiego, podrás explicar tu conducta y si dices verdad, si no eres un traidor, se te hará justicia.

—Señor, señor, escuchadme...

—Llévate a ese villano — interrumpió el caballero.

—¡Dios mío!...

—Que te pongo la mordaza...

—¡Ah!...

—Vamos, y si no quieres, te llevaré.

Sin saber lo que hácia, púsose en pie el infeliz criado y siguió a su traidor compañero.

El comendador, como si hubiera agotado las fuerzas, se dejó caer en un sillón.

Al cabo de cinco minutos volvió Andrés.

—¿Dónde lo has dejado? — preguntó el caballero.

—En la cueva: allí puede gritar, si quiere, porque he cerrado todas las puertas, hasta la que da al patio, y es imposible que se le oiga.

—Al amanecer o antes se lo llevarán.

—Pide con insistencia hablaros.

—¿Para qué?

—No puede ser sino para suplicaros..

—No quiero verlo.

—Os lo digo porque...

—No, no — replicó el padre de doña Luz con aspereza.

Y levantándose fué a sentarse junto a una mesa, tomó papel y pluma y escribió una carta, que cerró y selló, poniendo el sobrescrito a don Roque.

—Toma — dijo a su confidente.

—¿Esto es?...

—Para el señor alcalde...

—Entiendo...

—Has de llevarla ahora mismo.

—Sin perder un instante.

—Luego volverás...

—¿He de traer respuesta?

—No.

—Voy, pues...

—Aguarda.

—Mandadme.

—El asunto ha terminado, Andrés.

—Parece que sí.

—Creo que no queda libre ningún traidor.

—De los que no están encerrados, los que conocen el secreto son vuestros en cuerpo y alma.

—Todos, no.

—Queda el cura...

—En la discreción de ese tengo entera fe.

—Entonces...

—La única persona peligrosa es doña Margarita.

—¡Oh!... Una mujer...

—Sin embargo, no temo que descubra nada.

—Tampoco lo hará la reina...

—Tampoco, y por eso digo que este es asunto terminado.

—Me felicito, señor.

—Falta tu recompensa.

—Señor...

—Cumpliré lo prometido, y antes de cuatro días serás alférez.

—¡Ah!... ¿Con qué podré pagaros?...

—Con silencio.

—Os juro que antes que saberse este secreto me dejaré arrancar la vida.

—Así cumplirás lealmente tu deber.

—Y lo cumpliré, señor...

—Déjame.

Andrés pronunció algunas palabras más para expresar su contento y gratitud, y salió.

El caballero apoyó la frente en las manos y quedó inmóvil.

En aquellos momentos una borrasca espantosa, horrible, agitaba su espíritu.

Lo que es una borrasca del alma no puede comprenderla quien no la ha sufrido.

El sufrimiento del comendador Quiñones era por lo menos tan hondo, tan desgarrador como el de su desgraciada hija.

Era padre, al fin, y no descorazonado sino padre amante. Era padre que no tenía en el mundo más afecciones que su hija.

Era anciano y no tenía más goces que su amor paternal.

Para hacer lo que hemos visto tuvo que desgarrarse él mismo el alma.

Su proceder era criminal; pero él no lo había comprendido así.

Como hombre, al fin, se había equivocado, y de la mejor buena fe creía que cumplía sus deberes de padre y caballero.

Y no solamente creía esto, sino también que al hacer el sacrificio de sus afecciones, que es quizás el más doloroso de los sacrificios, contraía un mérito grande a los ojos de Dios y del mundo.

Obraba mal; pero creyendo que obraba bien.

¿Cómo debemos juzgarle?

¿Qué pena merece el que comete un delito por un error?

Cuando no se tiene conciencia de lo que se hace, ocuando se tiene la intención de hacer lo bueno, ¿cómo debemos apreciar lo malo?

A un loco no se le piden cuentas de sus acciones.

El comendador no estaba loco, y, sin embargo, lo mismo que el demente, obraba impulsado por una idea errónea.

No lo absolveremos; pero tampoco diremos de él más que ¡pobre padre, desdichado anciano!

Sí, pobre padre, pobre infeliz, porque sufría horriblemente, y sufría porque amaba a su hija con un amor sin igual.

Y, sin embargo, ¡pobre entendimiento humano!, había momentos en que hasta orgulloso estaba del triunfo que había conseguido su valor de hombre y su dignidad de caballero, sacrificando su tierna y única afección a sus deberes.

Dos horas permaneció inmóvil, sin dar más señales de vida que su violenta y desigual respiración.

Cuando levantó la cabeza, su rostro, cadavéricamente pálido estaba lleno de lágrimas...

¡Lágrimas aquel hombre!...

¡Cuánto debía sufrir!

¡Pobre padre!

(Continuará)

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

LA CASA DEL MISTERIO

Por HERMAN LANDON

(Continuación)

BUENO, al menos nos tranquilizará sobre ese punto.

Con su larga mano blanca, Mott tomó un cigarrillo de su cigarrera y lo encendió. Pronto el agente de guardia llamó a la puerta anunciando que "Cerradura" había llegado.

El viejo "Cerradura" era uno de los especialistas añadidos a Scotland Yard. Era un hombre pequeño, tímido, de voz apagada. Su nombre no era "Cerradura" pero raramente se le daba otro. Ese sobrenombre venía de que estaba reputado como el mejor conocedor en materia de cerraduras. Todas las variedades de cerraduras y sus complicaciones era la pasión de su vida. Era feliz cuando podía estudiar alguna pieza rara y había escrito sobre esa materia un libro que era una autoridad. En fin conocía todas las maneras de entrar y salir de los malhechores.

Colocó su sombrero sobre la mesa y abrió una gran valija negra. El cadáver, cubierto ahora no le interesaba, pero sus ojos brillaron al mirar las puertas y ventanas.

—Queremos saber — le dijo Mott — si sería posible a un hombre entrar aquí con las dos puertas cerradas con cerrojos del lado de adentro. Las ventanas usted lo ve, tienen fuertes barrotes de hierro.

Cerradura se puso al trabajo con apresuramiento. Examinó primero las puertas de las que observó el espesor y la calidad de las maderas. Luego se dirigió a las visagras deplorando que ya no se hicieran más de esa clase. Después las cerraduras atrajeron su atención; hizo sobre ellas numerosas observaciones:

—Variedad de cerraduras de Strassfelt, mejor que ningún sistema moderno...

—¿Y qué dice usted de los cerrojos? — interrogó Mott.

—Aun no me he ocupado de ellos — respondió "Cerradura".

Y, para vengarse de esa impaciencia, hizo durar más tiempo sus observaciones sobre los cerrojos, los examinó uno a uno y declaró finalmente:

—Con estos cerrojos, no hay medio de abrir del exterior.

Hablaba con seguridad y autoridad. Salvo el caso en que los cerrojos no hubieran estado convenientemente corridos, su declaración no dejaba duda alguna. Mott dirigía una interrogadora mirada hacia Donald.

—¡Oh! — dijo éste — las puertas estaban bien atrancadas — estoy seguro pues lo he verificado varias veces.

—Bien — dijo el comisario — esto descarta la hipótesis de las puertas y ventanas. Veámos el resto.

—El resto llevará cierto tiempo — contestó el experto — y usted parece apurado.

—¡Oh no! Tome el tiempo necesario.

El experto se puso al trabajo, dirigiendo primero su atención a la chimenea. Salvo el resto de dos grandes leños, humeando aún sobre los morillos, el fuego estaba extinguido. "Cerradura" estudió toda la chimenea de piedra, luego con minucioso cuidado, el rectángulo del hogar, después arrodillándose, miró al interior de la misma y se puso de pie.

—¿Cómo estaba el fuego en el momento del crimen? — preguntó Mott volviendo su mirada vaga hacia Donald.

—Estaba ardiendo.

—Entonces — observó el inspector Rippie — hubiera sido necesario que el asesino se sometiera a la prueba del fuego...

Con gran cuidado "Cerradura" examinaba los tizones y las cenizas. Sacudió la cabeza.

—No — declaró — nadie ha tomado este camino, se notaría en el hogar y hay aquí una gran acumulación de cenizas. Hubiera sido imposible que alguien cayera por la chimenea sin desparramarlas.

El experto se limpió el rostro y las manos. Una posibilidad de entrada había sido pues eliminada. Donald ya había pensado que era imposible pero evidentemente "Cerradura" estaba decidido a profundizar todos dos modos de penetración que pudieran concebirse.

Ahora se había puesto a examinar el suelo y los muros con minuciosidad examinando

los paneles y todas las tablas del piso, golpeando en ciertos lugares con un pequeño martillo especial y midiendo las vibraciones por medio de un aparato colocado en el oído. Donald lo miraba con gran excitación. Tenía la impresión de que "Cerradura" estaba en buen camino y de un momento a otro podía hacer un descubrimiento que explicaría todo el asunto. Quizá, sin duda había cosas inexplicables, pero al menos quedaría resuelto el misterio de cómo el asesino había penetrado en la biblioteca. Debía haber entrado y salido por algún camino y "Cerradura" encontraría ese camino.

El pequeño martillo golpeaba y no se oía otro ruido. La tormenta se había calmado y el comisario y los otros esperaban el resultado de las investigaciones del experto. Tap, tap... sólo ese ruido rompía el silencio que rodeaba todo, y parecía marcar con un redoble de tambores la persecución del criminal.

Entonces llegó otro sonido, un rápido y débil llamado. Donald se estremeció. Mott Milliken y el inspector miraron perplejos a su alrededor, luego dirigieron su mirada a una campanilla colocada sobre la puerta. Sólo el viejo "Cerradura" continuó en su tarea como si nada hubiera ocurrido.

—Es la campana de la verja — dijo Donald.

Dirigió una mirada al viejo reloj. La aguja marcaba la una menos cinco. Recordó lo que su tío le había dicho sobre los seis misteriosos visitantes cuya visita esperaba a esa hora.

Capítulo XIII

VISITANTES MISTERIOSOS

—Enviaré un hombre a la puerta — declaró el inspector Ripple.

Se dirigió hacia la puerta de la biblioteca y dirigiéndose al oficial que estaba de facción:

—Corra a la puerta, Mahoney, y vea quien llama.

Tap, tap, pie a pie seguía la paciente búsqueda. Cerradura no encontraba ninguna abertura secreta, pero aunque la hubiese encontrado ¿cómo explicar que el asesino había entrado sin ser visto ni oído? ¿Y el piano?... el busto de bronce... el puñal del pirata...

La puerta se abrió y el robusto Mahoney apareció.

—Hay un hombre — explicó. — Se deslizó furtivamente hasta la verja y llamó con la campana. Luego trató de huir, pero Gilchrist lo atrapó. ¿Lo hago entrar, señor?

—Todavía no, — dijo Mott. — Guárdelo un momento y diga a Gilchrist que vigile bien la puerta.

Tap... tap... Cerradura había concluído con el piso y se ocupaba de las paredes. Se oyó otro llamado bajo y breve. Mott y Ripple cambiaron una mirada. Al cabo de un momento volvió Mahoney:

—Otro visitante señor, pero logró huir.

El inspector Ripple gruñó. Milliken agitó la cabeza, una profunda arruga surcó la frente de Mott. Una vez más se oyó un furtivo llamado.

—Esto parece una reunión — constató Ripple.

Y volviéndose hacia Mahoney.

—¿Dónde está Sanderson?

—Al extremo del corredor, señor.

—Dígale que vaya con Gilchrist a la puerta. Si algún otro llama traten de detenerlo.

Mahoney salió mientras que el tap, tap continuaba. Más de la mitad del muro había sido sondado y la esperanza de Donald comenzaba a debilitarse. Las investigaciones de Cerradura parecían no dar resultado. Tres veces más sonó la campana de la verja. A cada vez, Mahoney vino a anunciar que el visitante había sido apresado y cada vez Mott ordenó que lo guardaran fuera.

Luego ya no se oyó más el lejano tintineo. De vez en cuando Donald escuchaba. Cuatro misteriosos visitantes aguardaban ahora. Habían venido cinco ¿qué había sido del sexto?

Pero eso no tenía importancia.

La puerta se abrió ante Leffert, el experto de impresiones digitales. Después de colocar una estrecha tira sobre la mesa tuvo una conversación a media voz con Mott, Ripple y Milliken. Donald no podía oír lo que decían pero sorprendió sus miradas que a veces se dirigían hacia él y quedó desagradablemente impresionado.

Tap... tap... Donald sentía en su cerebro el eco de los sones monótonos del martillo. Al fin concluyó. Cerradura abandonaba sus investigaciones con aire de desagrado reflejado en su débil rostro.

—No he hallado ningún espacio hueco — declaró. — No hay ninguna abertura disimulada en el suelo o las paredes. En esas condiciones, afirmo que hubiera sido imposible penetrar en la pieza.

Una vez más hablaba con autoridad y de manera que no admitía dudas.

—Gracias Cerradura — dijo el comisario. — Además nos parece que el asesino no ha debido... en... entrar clandestinamente.

Donald lo miró confuso. Cerradura tomó su valija contempló tristemente los muros y el piso y luego salió. Su salida pareció poner para Donald los sellos definitivos sobre el misterio. La extraña actitud de los otros desde el regreso de Leffert aumentó aún su confusión. ¿Qué quería decir Mott declarando que el asesino no había entrado clandestinamente?

No debía esperar mucho. Mott se volvió, mirándolo oblicuamente.

—¡Oh! Mr. Chadmore — dijo en tono de broma. — Tengo aquí algo que debe interesarle.

Donald hizo un gesto involuntario, sentía venir el golpe.

Con un gesto algo dramático, Mott señaló con el dedo una docena de pequeñas impresiones arregladas en redondo sobre la mesa y semejando cada una, una pequeña nube cubierta de líneas entrecruzadas.

—He aquí las impresiones digitales Mr. Chadmore — explicó el comisario.

Y Donald sintió una irritación por la manera como trataba de parecer alegre.

—¿Ha visto usted alguna vez? Estas le interesarán, mire, Mr. Chadmore.

Con la punta del dedo señalaba una de las impresiones

—Estas son líneas reveladas sobre un pulgar con la lupa. Si se parece a su pulgar Mr. Chadmore.

—Mi pulgar — exclamó Donald mirando la impresión húmeda con el sentimiento de una terrible acusación.

Pero Mott reía bromeando, demasiado jocoso, pensaba Donald.

—Sí, su pulgar. Leffert lo ha revelado sobre uno de los cerrojos. Es sin duda de cuando cerró usted la puerta. Ya lo verificaremos más tarde. Aquí tenemos una impresión que es suya, sin duda alguna.

Señalaba otra.

—Esta — añadió con aire que afectaba broma, muestra, no solo el pulgar, sino también el índice. Notará usted que la impresión es muy clara.

Donald sentía que un indecible sentimiento de excitación lo invadía. La masa de impresiones que veía ante él era tan confusa como sus pensamientos.

—Esta es más fresca que las otras, porque es más reciente. La hizo usted antes de mi llegada cuando estaba de pie contra la mesa. Colocó su mano plana sobre ella. Aquí no hay la más leve duda, puesto que el inspector Ripple lo vió.

El espíritu de Donald daba vuelta. Parecía como si hubiera cometido un crimen por colocar la mano sobre la mesa.

—Ahora, le mostraré algo más.

Colocó tres impresiones aparte.

Notará usted que éstas son tan frescas como la primera.

Donald bajó los ojos sobre las impresiones que no le parecieron más que vagas manchas, ahora que tenía conciencia de su potente significado.

—Esas tres marcas — añadió Mott con voz alterada — fueron dejadas por el asesino. Leffert las encontró sobre el mango del puñal.

Donald sentía una mórbida fascinación hacia las tres impresiones y luego, levantando los ojos, veía el puñal, el cuchillo del pirata colocado sobre la mesa.

—Mr. Chadmore — dijo gravemente Mott — nos ha dicho usted que no ha tocado nada en esta pieza después del crimen. ¿Está completamente seguro?

—¡Oh! Enteramente — dijo Donald anonadado.

—¿No habrá tocado usted el... el cuchillo por ejemplo?

—¡Realmente, no!

Mott ya no tenía aire de bromear. Había una mueca inexpresiva en el semblante de Milliken, Ripple parecía no interesarse con el asunto.

—Es curioso, ya ve usted, Mr. Chadmore. esas tres impresiones... las que el asesino dejó sobre el puñal, son idénticas a las suyas.

Donald tuvo un sobresalto. Su respiración se le detuvo en la garganta. Tres pares de ojos espiaban en su rostro la menor sombra de impresión. Solo Leffert permanecía indiferente.

—¿Puede usted explicar — dijo Mott lentamente. — Como sus impresiones se hallan sobre el puño del cuchillo.

Fué como si sus palabras, lentas hubieran encendido una luz en el espíritu de Donald.

—El cuchillo... — dijo como un eco — Sí,, puedo explicarlo — añadió.

—Es una suerte — dijo Mott secamente. ¿Cómo están sus impresiones digitales sobre la empuñadura?

—Yo mismo las hice.

—¡Oh! ¿De veras? — El tono era sarcástico. — ¿No se han colocado solas allí?

El tono era irritante, pero Donald guardó su calma. Ligaba en su espíritu todos los acontecimientos.

—Sí, debe ser así. Ellos querían hacerme poner los dedos sobre el cuchillo, por eso me lo han dado.

—¿Ellos?... ¿quiénes son "ellos"?

Donald se explicó. Ya lo había hecho pero muy reducido. Ahora recomenzó y dió detalles, pero, una vez más, pasó ligeramente sobre la parte que Patsy tomaba en el asunto.

—Muy ingenioso — murmuró Mott cuando hubo concluído. Sonreía irónicamente y sopló la ceniza de su cigarrillo mientras Ripple reía bajo su espeso bigote y Milliken miraba atentamente a Donald.

—Entonces — dijo, — quiere hacernos creer que esos conspiradores, habiendo decidido el crimen de su tío, han colocado el instrumento en sus manos para que dejara usted sus impresiones digitales?

—Sí, algo así... — dijo Mott irónico.

Donald continuó, sin embargo:

—Me encerraron con llave en esa casa para que yo no pudiera tener una coartada. Estaba arreglado de antemano.

—¿Y usted nos quiere hacer creer eso?

—Es la verdad.

Todos los detalles de los acontecimientos de las últimas treinta y seis horas le venían ahora a la memoria.

—Jugaban un doble juego — añadió. — Su plan consistía en hacerme dejar mis impresiones digitales sobre el puñal y al mismo tiempo arreglar las cosas para que yo no pudiera probar donde me hallaba en el momento del crimen. Jarrow y los otros, naturalmente, hubieran jurado que no me habían visto. Era una idea hábil.

—Mucho — aprobó Mott fríamente.

—Si muy hábil — dijo Donald. — Se sentían así seguros de que engañaba a la policía.

Sonrió amablemente después de lanzar esa flecha.

—Admitamos que somos una banda de tontos — concedió Mott sarcástico. — Sin embargo hay un límite para nuestra credulidad. Entonces, ¿lo encerraron en la casa? ¿Y en qué calle queda esa casa?

—Yo... no sé exactamente. En algún lugar del East-End. Creo que puedo encontrarla.

Mott y Ripple cambiaron una mirada.

—Yo no he tomado nota de la calle y el número — explicó Donald. — Ustedes comprenden; cuando fuí mi intención era solamente no perder de vista a Marc Jarrow. Y cuando salí llevaba conmigo a Patsy Gale.

Los labios finos de Mott se plegaron un poco.

—Bien, examinemos eso. Usted fué pues aprisionado en un lugar mal definido. Luego

se le dió un cuchillo. Ese cuchillo es un arma peligrosa. ¿Cómo esos hábiles conspiradores no han comprendido que podía usted utilizarlo para abrirse un camino?

—Probablemente lo han comprendido. Es por eso que no han venido a verme. No se puede asesinar a una muchacha a puñaladas.

—¡Ah! ¡Aun quedan jóvenes caballerescos! ¿Quién es esa muchacha?

—Una sirvienta, según ella me dijo.

—¿Dónde está ahora?

—Arriba en una bohardilla. Pensé que lo mejor era traerla y colocarla bajo llave.

—¿Y los otros conspiradores, dónde están?

Donald tomando su inspiración y mirando hacia el lado del señor Amicus, dijo cómo había dispuesto de Marc Jarrow. Mott lanzó un largo suspiro de reprobación.

—¡Parece haber procedido usted de manera más bien caballeresca aprisionando las damas en bohardillas y los gentlemans en calderos!... ¿Y qué hizo usted del tercer conspirador? Eran tres según dijo usted.

—No vi al tercero. Sólo oí su voz.

—¡Oh! ¡Oh! Un hombre una muchacha, una voz. ¡Singular conspiración! Bien hablaremos con la joven! Tráinganla aquí.

Donald fué a la puerta, Groody y su mujer estaban del otro lado, les pidió que fueran a buscar a Patsy.

A los pocos minutos, Groody estaba de regreso y se detuvo sofocado, con aire de estupefacción.

—La joven partió, señor — dijo.

—¿Qué partió? — exclamó Donald.

—Sí, señor; encontré la puerta abierta de par en par.

Capítulo XIV

ESAS IMPRESIONES...

Cerrando a medias los ojos, Donald tocó con el dedo la llave que había guardado en su bolsillo después de encerrar a Patsy. Sentía que Mott y Ripple lo miraban con suspicacia.

—Es extraño — murmuró Mott.

—¡Oh! No tan extraño — dijo Donald. — El asesino debe haber forzado la cerradura y hecho salir a Patsy mientras yo corría en busca de la policía y Groody del médico.

—¡Cómo pensando que el asesino estaba aún han dejado la casa sin vigilancia!

—¡Ah! He procedido como un idiota. Será una lección para mí. La próxima vez que tenga algo que ver con un asesino no lo dejaré escapar.

Su broma no hacía más que cubrir el recuerdo del momento de delirio que había seguido al crimen. ¿qué hubieran dicho Mott y Ripple, ya incrédulos si les hubiera dicho la verdadera razón de proceder tan irreflexivamente, si hubiera tratado de describir el estado de enloquecimiento en que lo había puesto el busto del señor Amicus?

Sin embargo Mott se volvía imponente, hacia el sirviente.

—¿Es cierto que Mr. Chadmore trajo una joven aquí, esta noche?

—Sí, señor.

—¿Usted la vió?

—Sí. Ayudé a Mr. Chadmore a llevarla a la bohardilla.

—Bien.

Mott con un gesto de su mano despidió a Groody que salió de la pieza.

—Ahora, Mr. Chadmore — dijo el comisario — volvamos al puñal. ¿Cómo sabe usted que es el mismo?

—Y sino ¿cómo estarían sobre él mis impresiones digitales?

—Sí ¿cómo? Esa es justamente la cuestión.

—Ese puñal ha pertenecido a mi familia desde hace varias generaciones. Las iniciales de uno de mis antepasados están grabadas sobre el ornamento del puño...

—Una antigua reliquia de familia — observó Mott después de examinar el objeto.

—¿Cómo estaba entre las manos de los conspiradores?

Donald explicó pacientemente los hechos y tuvo que hablar de su estancia en la cárcel del oeste. Mott pareció sorprendido pero no hizo ningún comentario. El inspector tomó nota en su libreta.

—Bien — dijo Mott — continuemos. ¿Cuál de los conspiradores le puso el puñal en las manos?

—Patsy Gale, que es una astúta artista. Representó el papel de una amiga y me convenció enteramente.

—¿De veras? ¿A un joven inteligente como usted?

—Eso no puede decirse, Mr. Mott. Aun usted hubiera sido engañado. Patsy me persuadió de que yo no debía evadirme hasta la noche y me dejó durante el resto de la tarde. Naturalmente me asombré al ver el viejo puñal y lo toqué en todos sentidos dejando, según creo todas las impresiones que podían desear. Pensando de pronto que tal vez me estuvieran espiando y no queriendo que Patsy tuviera que sufrir por su amistad hacia mí, arrojé el cuchillo a un cajón. Luego lo olvidé completamente.

—Bien, a propósito — dijo Mott.

—Luego, usted comprenderá; yo estaba muy excitado para acordarme cuando Patsy vino a buscarme.

—Usted ha jugado completamente el juego de ésos conspiradores — dijo. — Después de colocar sus impresiones en el puñal, deja el arma ahí, donde ellos podían tomarla y utilizarla para cometer el crimen.

—Sí. ¿No es ridículo? ¡Pero Patsy era tan hábil! Durante un momento me engañó completamente y cuando me di cuenta de su juego, el puñal había desaparecido. Comprendo ahora que su idea fué, durante todo el tiempo, hacerme salir de la pieza donde estaba a fin de que Jarrow o Staglawn pudieran sacar el cuchillo. Si eso no hubiera tenido éxito hubieran ensayado otra cosa.

—Quizá. Pero parece usted haber contribuído a ayudar la conspiración... si es que la hubo...

—¿No me cree usted?

—Pide usted un gran esfuerzo a mi credulidad...

Mott miraba a Donald.

—Vengamos a la coartada. Aquí parece también que ayuda usted el juego de los conspiradores. Ha dispensado su tiempo y su

fuerza para hacerle imposible establecer una coartada; y luego, al partir se dirije usted a la escena del crimen. Entra usted completamente en su juego. Mató usted su propia coartada.

—Es verdad. Pero ellos no podían adivinar que me evadiría y que trastornaría parte de su programa.

—¡Trastornar! Más bien se lo facilitó.

Donald veía que Mott estaba dispuesto a ver las cosas del lado peor. Comprendía que sus actos tenían a los ojos del funcionario de policía un aspecto dudoso.

Sus ojos se ensombrecieron. El frío caía en la pieza, donde el fuego se había extinguido, las bujías de las mano de la pastora griega habían dejado de arder...

—En fin, todo eso no significa nada — añadió Mott. — No queda de todo más que un hecho; que se encuentran sobre el puñal, las impresiones de una sola persona y que son las suyas. ¿Cómo explica eso?

Donald preparaba su respuesta, cuando Milliken tomó el cuchillo y se lo tendió.

—Tome esto es su mano — dijo.

Donald miró horrorizado el cuchillo en su mano.

—Ahora, suponga que va a apuñalear a alguien — ordenó el grueso detective. — Quizás fuera lo que le gustaría hacer, después de todo.

El joven miró a los ojos del hombre grueso. Tenían una mirada vidriosa y vaga. Cambió su manera de tomar el puñal y lo colocó como un arma de la que quiere servirse.

—Es así. Ahora, téngalo así. Vea Mr. Mott la manera natural de tener un puñal para utilizarlo. Mire el pulgar y el índice. No es la forma en que Mr. Cradmore lo tenía cuando dejó las impresiones. En ese momento sólo jugaba con él. Puede verlo, según la posición de las impresiones, están desparramadas a lo largo de la parte baja del puño. No hay ninguna donde Mr. Chadmore tiene la mano en este momento.

Mott sonrió un poco fastidiado, pero tomó su aire de suficiencia cuando hizo algunas experiencias con el cuchillo.

—Eso depende de qué lado quiera golpearse, Milliken, de abajo u horizontalmente. No sabemos como estaba colocada la víctima. El cirujano legista no ha podido decirlo y las declaraciones de este joven no nos han aclarado el punto.

—Pero mire su mano, señor, está hacia la puerta. Es la manera natural de tener un puñal cuando quiere herirse. Mr. Chadmore lo tomó igual hace un momento. Mientras que las impresiones digitales están repartidas en el medio. No es natural.

Mott no miró más y continuó ensayando el puñal.

—No comprendo lo que quiere probar Milliken — observó el inspector Ripple, — pero no hay que tener en cuenta la manera de tener un puñal en las diferentes personas.

—Quizá — aprobó Milliken. — Sin embargo, es extraño que las impresiones estén de este lado del puño. No es natural. No señor, no es natural.

—Natural o no — dijo Mott. — están donde están. Veo que su brillante inteligencia trabaja, Milliken, pero los hechos son los hechos.

—No cuando no son naturales, señor — insistió Milliken. — Supongamos un momento que la historia de Mr. Chadmore sea cierta. La muchacha le da el puñal y él lo maneja durante el tiempo que quiere. Luego el asesino lo toma. Se trata de hacer su trabajo sin borrar las impresiones de Mr. Chadmore y sin dejar las suyas. Lo tiene por el extremo del mango, de la misma manera que usted hace un momento, señor y después de dar el golpe limpia sus propias impresiones. Eso no le lleva más que un segundo. Es por eso que no ve usted ninguna impresión en ese lado, sino solamente allí donde no es natural que estén.

Mott escuchaba atentamente. Evidentemente, Milliken había turbado el orden de sus pensamientos y su confianza en él comenzaba a debilitarse.

—Parece usted atraído por las cosas naturales, Milliken. ¿Es natural que un crimina entre a través de puertas cerradas y paredes sólidas?

Milliken se rascó la cabeza embarazado.

—No, no puedo decir que sea natural. Pero esas impresiones no dejan de ser extrañas.

—Ni la mitad de extrañas que el fenómeno de personas que entran en una pieza inaccesible.

La cabeza de Milliken se agachó un poco. Donald palideció. Le parecía oír aún el tap, tap del martillo de Cerradura. Esos tap, tap que testimoniaban que la pieza era realmente inaccesible, parecían burlarse y destruír todos los otros argumentos.

Al cabo de un momento, el comisario sacudió sus anchos hombros como para alejar las perplejidades de su espíritu.

—Aclararemos todo eso más tarde, Milliken — declaró. Ahora, veamos lo que tienen que decir esos cuatro misteriosos visitantes. Tráigalos Mahoney, uno después de otro.

Un estremecimiento sacudió a Donald, mientras el policeman abría la puerta.

Capítulo XV

LOS CUATRO VISITANTES

Tres de los cuatro visitantes nocturnos le produjeron desazón.

Además, a decir verdad, pasado el asombro, lo único notable era la hora tardía de su visita y la coincidencia de su llegada tan poco después de la muerte de Teodoro Chadmore. Aun esta coincidencia no parecía muy notable a Donald puesto que recordaba que su tío los esperaba. Pero Teodoro esperaba seis y no se habían presentado más que cinco de los cuales uno había huido.

Los cuatro hombres, vigilados desde su llegada debían ignorar la tragedia. El cuerpo estaba disimulado a su vista por el canapé, cuando fueron llamados uno a uno e interrogados. Todo lo que podían deducir de las circunstancias era que algo extraordinario había ocurrido en la Casa del Misterio.

El primero que fué introducido, fué un cierto Héctor Worth, un individuo de mediana edad, alto, de grave figura, cuyos ojos

pálidos se movían según hablaba, y parecían dar más énfasis a sus palabras lentas y mesuradas.

—¿Visitaba usted frecuentemente esta casa Mr. Worth? — preguntó Mott.

—No... ¡Oh!... No.

—¿Tenía usted cita con Mr. Chadmore esta noche?

—Sí en un sentido.

—¿Qué sentido?

—Mr. Chadmore lo sabe.

—¿Era una visita social o de negocios?

—De ninguna.

—¿Ninguna? Sin embargo tenía que ser de una u otra clase.

—Se equivoca usted.

—¿Por qué trató de huir después de llamar?

—Me niego a decirlo.

Y Mr. Worth persistió en su negativa. Ni suavidades, ni amenazas produjeron efecto. Al fin, exasperado, el comisario dijo a Mohoney que lo acompañara a la puerta.

Fué introducido otro de los visitantes. Christian Deniger, era bajo grueso, de semblante muy rojo, y muy locuaz. Apostrofó al comisario principal con voz irritada:

—Quiero saber que significa esto. Vengo aquí para una visita y me encuentro a la puerta un policía idiota que me prende por el cuello, me empuja a la casa y me trata como si fuera un mequetrefe; si señor, un simple mequetrefe. ¿Qué significa esto?

Mott sonrió con indulgencia.

—Quédese tranquilo Mr. Deniger. No hay ninguna intención de ofenderlo. Pero dígame. ¿Hace usted siempre sus visitas a la una de la mañana?

—La hora de mis visitas no le importa a nadie.

—¿A propósito de qué deseaba usted ver a Mr. Chadmore?

—Se lo diré a él. ¿Dónde está?

—¿Por qué trató de huir cuando el agente lo detuvo?

—Ese estúpido fué poco educado... Haré un relato de su conducta indigna al comisario de policía.

—Hágalo. ¿Dónde está el quinto miembro de la reunión? ¿El qué escapó?

—No sé nada de una reunión. No comprendo sus preguntas.

—¿Cómo puede ser que cinco personas hayan llamado a esta casa, con pocos minutos de intervalo unas de las otras?

—¿Cómo voy a saberlo yo? ¿Y usted que hace aquí? ¿Quienes son estos hombres? ¿Qué pasa?

—Mr. Chadmore ha muerto; fué asesinado.

Mott miró a su interlocutor.

El pequeño hombre se conmovió. Sus colores se borraron de su cara, sus labios se abrieron.

—¡Dios mío! — exclamó. — ¡Asesinado! ¡Y hoy... el 7 de Octubre!...

Las últimas palabras fueron apenas perceptibles pero Mott las oyó.

—¿Qué quiere usted decir? — interrogó.

—Nada... nada...

Deniger se limpiaba la frente.

—¡Terrible!... ¿quién lo hizo?

Viendo Mott que no sacaría nada más, ordenó a Mahoney que trajera al otro.

—Siete de octubre — murmuró. — ¿Qué quería decir con eso?

Miraba vagamente hacia Donald. Pero éste hundido en sus pensamientos callaba.

—¿Tomó usted la dirección de Deniger, inspector? — preguntó Mott.

—Sí, señor.

—Bien volveremos a verlo, a los otros también. Hay en todo esto algo de curioso. El siguiente.

Donald se estremeció al ver al tercer visitante. Un hombre alto, delgado y calvo, de cara de conejo, en el cual reconoció a Samuel Peterkin el valet del "Splendid". Este no pareció ver a Donald.

—¿Su nombre? — comenzó Mott.

—Samuel Peterkin, señor.

—¿Su profesión?

—Valet, señor, empleado del "Splendid Hotel".

—¿Para qué deseaba ver a Mr. Chadmore?

—A propósito de sus ropas, de las que yo me ocupo. El señor comprenderá. Yo trabajo un poco fuera de mi servicio y entre otros con Mr. Chadmore.

—¿A la una de la mañana?

—Sí; me había hecho llamar a esa hora.

Donald hubiera jurado que mentía.

—¿También había hecho venir a los otros cuatro que llegaron a la una?

—Creo que sí, señor.

—Pero todos no vendrían a ocuparse de las ropas de Mr. Chadmore.

—¡Oh! no, señor, los otros eran gentlemans, yo soy un sirviente.

Mott tuvo la vaga impresión de que el valet le hablaba irónicamente.

—¿Sabía usted que ellos tenían que venir?

—Mr. Chadmore me había dicho que esperaba a unos amigos y me pidió que les leyera las líneas de la mano.

—¿Es usted quiromántico?

—Sólo como aficionado, señor.

Donald sospechó que Peterkin mezclaba la verdad con la mentira, esa reunión de quiromancia no concordaba con lo que su tío le había dicho sobre la reunión del club misterioso, todos los años el 7 de Octubre.

Mott hizo aún otras preguntas pero las respuestas no aportaron ninguna luz sobre los acontecimientos de la noche. Y el cuarto visitante hizo su entrada.

Era éste, un individuo imponente, en elegante traje de noche. Tenía un rostro de clásica belleza, de boca expresiva y claros ojos azules. Sus cabellos blancos estaban partidos al medio y su nombre era John W. Pagan.

En el momento en que este visitante dió su nombre Donald sintió une violento choque y durante el interrogatorio su agitación creció hasta el punto de no poder casi dominarse. Apenas oía las preguntas y las respuestas más o menos como las anteriores. Para disimular su emoción se alejó hasta el ángulo del viejo piano. Una pregunta de Mott le hizo prestar atención.

—¿Quién era el quinto Mr. Pagan... aquel que se nos deslizó de entre los dedos?

Pagan vaciló, dirigiéndo miradas vagas a

través de la biblioteca y posándolas un momento sobre el diario que había sido colocado sobre el puñal que había quedado sobre la mesa.

—Realmente no lo sé — dijo — sin embargo tengo idea de que le podrían preguntar a mi amigo Amstrong Greyling; donde ha pasado el tiempo, desde las doce y media y la una.

¡Greyling! Donald tuvo un sobresalto. Vió mentalmente al director del "Splendid", y su pequeña barba en forma de V en el mentón.

—Veamos Mr. Pagan — dijo Mott impaciente — si tiene usted alguna razón para creer que Mr. Greyling es la quinta persona ¿por qué no decirlo?

—Prefiero que lo diga Greyling. Por otro lado, debemos ser seis en total. ¿Por qué no se ocupa del sexto que no apareció?

Mott pareció muy asombrado y su asombro fué compartido por Milliken y Ripple. Antes de que cualquiera de ellos pudiera hablar. Pagan se acercó a la mesa y con gesto indiferente levantó el diario que cubría el puñal. Mientras todos lo miraban con intensidad, Donald con más intensidad aun que los otros, lo tomó y lo consideró como un objeto curioso...

—Extraño instrumento — observó — supongo que será el del crimen.

—Sí — dijo Mott, acercándose un poco. — ¿Pero como sabe usted que ha habido un crimen aquí, Mr. Pagan?

Pagan le miró con aire divertido.

—No me imagino que una cosa de menor importancia como un crimen pueda tener de pie a un comisario principal a las tres de la mañana.

La mirada de Mott se hizo más aguda. Ripple agitaba el pañuelo de seda de su bolsillo. Milliken, movía la cabeza al extremo del largo cuello, y clavaba en Pagan sus ojos de pescado frito.

—Me parece que el momento no es para bromas, Mr. Pagan — dijo Mott.

—No, no lo creo.

Pagan bostezó detrás de la mano.

—Ser privado del sueño no es nunca una broma para un comisario de policía.

Mott apretó los labios y clavó su mirada sobre la blanca corbata de Pagan. Milliken tosió.

—Mr. Pagan; si sabe usted algo de este asunto, es su deber comunicarlo.

—¿Deber?

Pagan colocó el cuchillo y sonrió.

—Detesto esa palabra. El hombre que la puso en el diccionario debía haber sido colgado. Yo lo tomo como proveniente de un hombre desconcertado por las circunstancias. Desconcertado es la palabra ¿verdad? Realmente, no sé nada, pero puedo ofrecerle sugestiones.

Se detuvo observando las caras de todos los del grupo mientras jugaba con el reloj. un momento su mirada se detuvo sobre Donald, de pie ante el piano, y sus cejas se elevaron.

—Nuestro tiempo es precioso — indicó Mott.

—Detesto también esa frase — dijo Pagan. — El tiempo jamás es precioso a las tres de la mañana. Sin embargo seré breve. Me imagino que tengan curiosidad por saber como se cometió el crimen.

—La palabra curiosidad es apenas suficiente.

—Pero es la palabra. La curiosidad es la base de toda emoción humana. He aquí cual es mi sugestión. Si desean encontrar al asesino, busquen primero el móvil. Eso les parece naturalmente algo evidente, entonces iré un poco más lejos. Encontraran el móvil entre las seis personas que han venido o cuya visita era esperada esta noche aquí. Una de esas seis personas es el asesino.

Pagan sacó una cigarrera de plata y encendió un cigarrillo, gozando evidentemente de las miradas asombradas dirigidas hacia él. Donald estaba más asombrado que los otros. De golpe recordó la reflexión de su tío, cuando dijo que uno o dos de los del grupo no le inspiraban confianza.

—Le aconsejaría que fuera sincero con nosotros Mr. Pagan — dijo el comisario con aire de importancia.

—¿Sincero? ¡Abominable palabra! ¡Como si alguien pudiera ser sincero en este mundo de vergüenzas, de pretensiones y de estupideces! He dicho todo lo que puedo decir, gentleman. Le deseo un agradable y buen día.

Con una amable inclinación, se dirigió hacia la puerta. Un momento, Mott pareció dispuesto a retenerlo, pero renunció. Sin embargo, en cuanto Pagan salió, el inspector Ripple lo siguió.

—Si quiere usted mi opinión — dijo Milliken. — Los cuatro tienen aspecto extraño. No han procedido naturalmente.

Donald un poco vacilante y asombrado anunció:

—Ese hombre es Staglawn — dijo con excitación.

Capítulo XVI

HISTORIA DE GROODY

—Staglawn — repitió Mott incrédulo — ¿el tercer miembro de su trío de conspiradores?

—Sí. He reconocido su voz en seguida.

—¡Oh! Su voz... — el tono de Mott estaba lleno de dudas. — ¡Si es por eso por lo único que puede reconocerlo!...

—Es suficiente.

—Realmente tiene una voz extraña — intervino Milliken — dulce y melodiosa. No me agrada mucho. No es natural que un hombre de su talla tenga esa clase de voz.

Mott sacudió sus imponentes hombros.

—Se trata de un crimen y no de voces. Convengo que hay algo extraño en Pagan: y bien, con Ripple a su sombra podremos saber algo Mr. Chadmore — añadió volviéndose hacia Donald. — ¿Qué sabe usted de esos cuatro hombres... esos seis hombres más bien dicho?

—Nada... nada que se relacione con el crimen.

—¿Pero sabe algo?

—Sé que mi tío los esperaba, pero dijo que no los recibiría esta noche. Los seis formaban un club, en cierta manera, que se re-

unía en esta casa una noche por año siempre el 7 de Octubre.

—¿Una noche por año? ¡Extraño club!

Mott acariciaba su mentón mientras reflexionaba.

—Todo es raro en esta casa — observó Milliken. — Hay algo espectral sobre lo que creo caminar por momentos. No es natural.

—Haga venir a Groody — ordenó Mott.

El sirviente, aún emocionado, avanzó con paso débil y vacilante.

—Siéntese Groody — dijo Mott esforzándose por parecer cómodo. — quiero que usted nos diga todo lo que haya notado de insólito durante el día y la primera parte de la noche.

—Nada que pueda llamarse insólito, señor — respondió el viejo. — a excepción de que Mr. Chadmore parecía nervioso. Parecía tener el espíritu más ausente que de costumbre.

—¿Puede usted citar un ejemplo?

—Sí. Esta tarde, ya casi de noche sonó la campana de la puerta, fuí a ver quien estaba allí y vi a Mr. Chadmore fuera, bajo la lluvia y sin paraguas. Me dijo que había olvidado la llave.

—¿La llave y el paraguas?

—Sí, señor; estaba muy distraído; era natural que olvidara la llave, pero salía raramente. Sólo, durante la cena, cuando le dije que esperaba que no se hubiese mojado, me miró sorprendido y dijo que no había salido en todo el día.

—¡Oh! ¡Realmente!... — dijo Mott con voz singular.

—Sí, señor, me dijo que confundía con el día anterior. Pareció creer que mi memoria se debilitaba.

Groody sonrió tristemente.

—Es exactamente lo que yo pensé de él.

—¿Que hora era?

—Tarde, alrededor de las cuatro y media o cinco.

—¿Estaba ya oscuro, verdad?

—Sí señor, hoy oscureció temprano.

Mott reflexionaba. La historia del sirviente parecía haberle dado qué pensar. Donald miraba asombrado el rostro del hombre. Una idea tomaba forma en su espíritu. Groody estaba viejo y tenía la vista débil. Era casi de noche cuando abrió la puerta. ¿Era posible — el corazón de Donald latió violentamente al pensarlo — que hubiera introducido al asesino en la Casa del Misterio?

—¿Qué hizo Mr. Chadmore después que usted abrió la puerta? — interrogó el comisario.

—No dijo una palabra, pasó ante mí para entrar en la casa y colgó su sobretodo en el hall. Luego fué a su cuarto y no lo ví hasta la hora de cenar.

—¿Está usted seguro de que fué a su cuarto?

—Yo... yo supongo. Lo ví subir la escalera y pensé que iba allí.

Mott no prosiguió más en ese punto.

—Bien Groody. Ahora díganos lo que pasó después de la llegada del joven Mr. Chadmore y cuando usted hubo ayudado a llevar a Patsy Gale a la bohardilla.

Groody ordenaba sus ideas.

—Primero él se sentó en la biblioteca con su tío y su tía. Yo fuí a acostarme y en seguida la señora Chadmore vino a pedir a mi esposa que pasara la noche con ella. Parecía terriblemente nerviosa, señor y había tenido un desvanecimiento a la noche. Su corazón esta débil desde hace unos años. Yo me dormí después que se fué mi mujer y no supe nada hasta que los gritos de Mr. Donald me despertaron.

—¿Qué hora era?

—Poco más de media noche. Comprendí, por los gritos de Mr. Chadmore que algo terrible había ocurrido. Me puse algunas ropas y bajé. Encontré a Mr. Donald a medio camino. Me dijo que fuera en busca de un médico para su tío. No hay teléfono en la casa, señor y el doctor no vive lejos. Es el doctor Willett.

—Entonces corrió usted a casa del doctor Willett ¿qué hacía Mr. Donald?

—Vino conmigo hasta la calle, luego nos separamos. Mr. Donald dobló a la derecha en busca de un policía y yo doblé a la izquierda Pensamos que así era mejor porque yo conocía la casa del doctor y Mr. Donald no la conocía.

—¿Dejó usted la puerta abierta?

—Yo... yo creo que sí... No estoy seguro... estábamos trastornados.

—¿Cuanto tiempo necesitó para traer al doctor.

—No más de diez minutos, Mr. Chadmore ya estaba muerto.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Lo vió?

—No, señor, estaba en el hall pero oí al doctor cuando lo decía.

—¿Dónde está el doctor ahora?

—Con Mrs. Chadmore que se encuentra muy mal debido a lo que ocurrió, señor.

—Mr. Donald ¿estaba en la casa cuando llegó usted?

—No, señor, llegó pocos minutos más tarde con un policía.

—Entonces necesitó de diez a quince minutos para encontrar al policía.

Mott estaba de nuevo sarcástico.

—Habrá que verificar eso. Es todo Groody No... otra cosa. Deseo que vaya del otro lado del canapé y mire, a ver si no nota nada especial sobre el cadáver.

Con evidente repugnancia y vacilando, el doméstico obedeció. Oyeron un grito de horror a medias sofocado, mientras el hombre, titubeando, se inclinaba y detrás del respaldo del canapé miraba el cuerpo, horrorizado.

Milliken interrogó al comisario con la mirada.

—Una prueba — dijo Mott en voz baja. — Pienso en el hombre de la puerta bajo la lluvia. Ninguna relación, probablemente... pero he querido estar seguro.

El rostro de Groody estaba un poco más grave cuando volvió.

—¿Nada de particular, Groody?

—Absolutamente nada, señor.

—Es realmente Mr. Chadmore. ¿No hay ninguna duda sobre eso?

—¡Oh! ninguna señor.

Mott inclinó la cabeza.

—Es lo que pensaba. Gracias Groody. ¡Ah! otra cosa...

Tomó el puñal de encima de la mesa:

—¿Vió usted antes este puñal?

PUCKY

—Sí señor, hace tiempo. Era una reliquia de familia.

—¿Desde cuando no lo vió.

—Alrededor de diez años. Desapareció yo no sé cómo.

—¡Oh! ¿alrededor de diez años, dice? ¿Mr Donald no desapareció al mismo tiempo?

El viejo sirviente miró interrogativamente a Donald.

—No se inquiete Groody — dijo éste. — Mr. Mott adora las coincidencias. No hay que contrariarlo.

—Bien Groody — dijo el comisario. — Pregunte al doctor Willett si es posible ver a Mrs. Chadmore.

Como ansioso por escapar a esa atmósfera el sirviente se apresuró a dirigirse a la puerta.

—¡Un momento, Groody!...

La interrupción venía de Milliken. El hombre se estremeció y se detuvo, mirando tímidamente al detective. Milliken se acercó:

—¿Qué hizo usted detrás del canapé?

—Lo que yo he...

Temblaba y humedeció sus labios resecos.

—Miré el cuerpo como el gentleman me dijo que hiciera.

—¿Y después?

—Es todo.

—No miente, Groody.

Balanceando sus enormes hombros Milliken se le acercó.

—Ya ve usted que no puede engañarme. Soy más alto que los otros y veo bien por encima del canapé. He tenido todo el tiempo los ojos fijos en usted. ¿Qué miraba en los bolsillos del cadáver?

Groody pareció violentamente sacudido. Los otros como no habían visto nada estaban asombrados.

—No es nada, váyase — dijo Milliken al cabo de un momento — pero que no lo vuelva a ver con las manos en los bolsillos de un muerto.

Con un profundo suspiro de alivio Groody se apresuró a salir.

—¿Qué broma es esa? — preguntó Mott.

—No es broma. Perfectamente exacto.

—¿Qué buscaba?

—Es lo que quiero saber. Hay que buscar sobre el cuerpo. Lo he vigilado de cerca y estoy seguro de que no ha encontrado nada. Ha tenido miedo de quedarse más.

Todos fueron hacia el canapé y él registró los bolsillos uno después de otro y no encontró más que el contenido habitual: un reloj y su cadena, un lapiz, una libretita, algunos billetes y monedas.

Se levantó.

—Ningún adelanto ..

—Quizá — sugirió Mott — era alguna cosa que Groody pudo tomar sin que usted lo viera.

Milliken no contestó y en ese momento se produjo una interrupción.

Un hombr estaba de pie ante la puerta.

—Señores — anunció con dignidad — soy el doctor Willett.

Luego, volviéndose hacia Mott:

—¿El comisario principal Mott? ¿Desea usted interrogar a Mrs. Chadmore? Es absolutamente imposible. Mi enferma ha sufrido un choque terrible, la menor turbación puede traer graves consecuencias.

—¿Es usted el médico de la familia?

—En cierta manera. He sido llamado aquí cuando han necesitado médico, lo que no ocurre amenudo. Parece ser regla en esta casa, no introducir gente del exterior más que en caso de absoluta necesidad.

—¿Cuando hizo su última visita antes de esta noche?

—Hace alrededor de tres meses. Mrs. Chadmore se había cortado un dedo con un cuchillo oxidado lo que originaba el peligro de una pequeña infección. Basto un simple tratamiento, pero él me pidió que procediera a un examen médico completo...

—¿Encontró mal su corazón?

—De ninguna manera. El corazón era en él el mejor órgano. ¿Por qué se informa sobre su corazón?

—Este joven nos ha dicho que su tío se quejó del corazón antes del crimen.

Willett avanzó con su manera pomposa y estrechó la mano de Donald:

—¿Cómo le va muchacho? Me acuerdo muy bien de usted. Estaba presente yo cuando usted nació. Me asombra que su tío se quejara del corazón. Una gran emoción podía producirle un ataque accidental, pero no tenía nada orgánico.

—¿Mr. Chadmore estaba muerto cuando llegó usted? — preguntó el comisario.

El médico vaciló un momento.

—¡Oh! ¡Sí! Completamente; por encima de todo socorro médico...

La respuesta podía parecer enfática después de la vacilación anterior. Mott esperó un momento antes de hacer la siguiente pregunta:

—Creo, doctor Willett que conoce usted los asuntos de la familia mejor que nadie aunque no haya sido llamado muy a menudo. ¿Ha oído hablar usted de un club compuesto de seis personas que se reunía aquí una noche por año?

Willett sacudió su cabeza.

—No, no sé nada de eso. ¿Una vez por año dice usted? ¡Es curioso!

—¿Conoce usted algún hecho susceptible de aclarar los acontecimientos de esta noche?

—¿Hechos? No, no veo ninguno. Pero si busca usted informes, pídaselos al caballero de bronce que está en aquel rincón.

Los ojos de todos fueron de Mr. Amicus al doctor Willett.

—Es Mr. Amicus — continuó éste. — Si él pudiera hablar me imagino que tendría mucho que decir. Desde hace años, hay una sombra en esta casa, sin duda usted la habrá notado. Esa sombra fué arrojada por Mr. Amicus.

—Pero está muerto desde hace tiempo — objetó Mott.

—Es verdad. Pero las sombras tienen a veces el hábito de prolongarse. Puedo decirle que Mrs. Chadmore ha hablado mucho de Mr. Amicus durante esta última hora. La pobre señora deliraba, es cierto. Sin embargo lo que ha dicho es bastante significativo.

—¿Qué ha dicho?

—Una parte era ininteligible, hablaba de una maldición

Aventuras de Bar

ugli, por Debeck

—¿Me imagino que no tomara usted tales tonterías en serio?

—Naturalmente que no.

—Sin embargo dice usted que las alucinaciones de la señora Chadmore eran significativas.

—Lo que quiero decir es esto...

El doctor parecía elegir las palabras con cuidado.

—Aunque mi enferma no haya pronunciado nombres, me ha parecido significativo que esa clase particular de cosas sin sentido haya penetrado en su espíritu.

—Hace usted una restricción doctor. ¿Cuál es el resto?

Las maneras del médico cambiaron. Quizás tuvo la impresión de haber comprometido su dignidad discutiendo ese tema.

—No hay nada más — dijo. — Salvo nueva pregunta de su parte, me despido de ustedes. He administrado un sedativo a Mrs. Chadmore y dejado instrucciones a la gobernanta

Saludando pomposamente se dirigió a la puerta.

—¡Ah, doctor! — llamó Milliken.

El médico se volvió y consideró fríamente al detective.

—¿Cuál es su dirección?

El médico dió altaneramente el informe que se le pedía.

—¿Estaba usted en la cama cuando Groody lo llamó?

—Acababa de acostarme.

—¿Dormido?

—Profundamente. Estoy acostumbrado a dormirme instantáneamente.

—¿Usted no se acuesta siempre todo vestido, verdad doctor?

—No, no tengo esa costumbre.

El tono era glacial.

—Y no me conviene someterme más tiempo a este ridículo interrogatorio.

Con aire indignado salió de la pieza.

—¿Cuál es su idea Milliken? — preguntó Mott con curiosidad.

—No me gusta ese individuo — dijo Milliken. — Hay algo extraño en él. Sus alusiones sobre Mr. Amicus suenan a falso para mí. ¿Y notó usted algo?

—¿A propósito de qué?

—Un detalle; estaba correctamente vestido. Cuello y corbata bien derecho... zapatos brillantes... Cabellos bien peinados... Demasiado cuidadosamente vestido. Eso no es natural.

—¿Y qué? — preguntó Mott.

—¿No comprende usted? Nos dijo que Groody lo hizo salir de la cama. Y Groody no tardó más que diez minutos, justo el tiempo de ir y volver.

—¿Entonces qué? — volvió a preguntar Mott.

—¡Willett mintió! No estaba en la cama cuando llegó Groody, estaba levantado y vestido.

—¿Qué importancia?...

—¡Oh! simplemente he tenido una idea — dijo Milliken — que quizá el doctor Willett hubiera venido a la Casa del Misterio sin ser llamado. No tan pronto tal vez, pero hubiera venido.

Una arruga surcó la frente de Mott.

—¿Cree usted Milliken que es posible que Willett sea el sexto miembro del club, aquel que no llegó? ¿Es eso lo que usted piensa?

—Es mi idea.

—Tal vez tenga razón, pero no sabemos nada.

Miró la hora en su reloj. Una luz grisácea comenzaba a filtrarse entre las aberturas de las persianas, mezclándose a las de las bujías. Mott consideró el smoking arrugado de Donald, que éste no se había quitado desde su cena con Gloria.

—¿Dónde tiene usted otras ropas? — le preguntó.

—En el "Splendid" — dijo Donald sonriendo al recordar las ropas con que había hecho su aparición en el magnífico establecimiento.

—Envíe a buscar las ropas de Mr. Chadmore — dijo Mott a Milliken — luego, usted y él tomarán un taxi y verán si pueden encontrar esa casa del East-End, de que ha hablado.

Capítulo XVII

SOBRE LA PISTA DE LA BANDA

—Todavía no es muy de día — dijo Milliken al salir de la casa, después que Donald se hubo puesto ropas más apropiadas. ¿Qué diría de un "beak-fast"?

Encontraron un pequeño restaurant ya abierto a esa hora matinal y pidieron de comer.

—Extraña gente — dijo Milliken después de algunos comentarios sobre los cuatro visitantes nocturnos. — Cada uno de ellos tiene el aspecto de un pájaro de cementerio. Hay algo de mórbido y malsano en ellos.

Donald aprobó: había tenido la misma impresión. Todos habían traído con ellos una especie de fulgor de misterio.

—Pagan nos ha dicho que debían ser seis — agregó Milliken — y ha insinuado que Greyling podía bien ser el que huyó. Son cinco. Estoy persuadido de que el doctor Willett es el sexto.

—Es raro que nos haya sugerido la idea de que el asesino debe ser uno de los seis. Me pregunto como juega y si no querrá hacernos caer.

—O colocarnos en una mala vía — dijo Donald.

—Quizá. Bueno ya lo veremos. Hay alrededor de cuarenta y cinco minutos entre el crimen y el momento en que comenzaron a llegar los visitantes. Es bastante para dar a Pagan o a cualquier otro de entre ellos, la posibilidad de volver a su casa, vestirse de nuevo y calmar sus nervios antes de volver a la Casa del Misterio.

Donald aprobó y cambió de tema.

—¿Por qué creía usted que Groody miraba en los bolsillos de mi tío?

—Por esto — dijo Milliken sacando del bolsillo una gran llave de cobre.

La taza pareció que iba a caer de la mano de Donald. Era una gran llave antigua, de forma complicada.

—¿Usted... usted la encontró?

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

POR FIN

¿PUEDES traerme mi caballo, Coyote? — dijo Barney Baker, con tono brusco.

Coyote lo miró extrañado.

—¿Estas de viaje?

—¡Sí!

—Creo que es lo mejor que puedes hacer, — respondió Coyote. — Aquí no tienes ya probabilidad de nada, Barney. El señor Fairfax se ha hecho dueño del Lazy-O y de los muchachos. Me parece que no tiene nada que temer del capitán Jim Hall. Se han separado como amigos, y el capitán le ha regalado el caballo de Río Kid. ¡No hay nada que hacer, Barney! Me parece que es hora de que nos vayamos, porque yo también pienso marcharme. No quiero tratar con esta clase de gente.

Y el Coyote se dirigió hacia el corral en busca de los dos caballos. Barney quedó en la puerta de la cabaña mirando por última vez al Lazy-O del que había sido en realidad el dueño durante varios años. No había ya nada que hacer, como había dicho muy bien Coyote. El lo comprendía así.

Su última esperanza había fallado cuando el capitán Hall se había marchado de la estancia al frente de sus hombres, después de conversar amistosamente con el señor Fairfax.

Se oyó el ruido de las pisadas de un caballo, y apareció el señor Fairfax montado en Coceador. Se dirigía hacia la tranquera para salir a dar un paseo. Barney lo siguió con la mirada.

El dueño del Lazy-O montaba el caballo gris de Río Kid, que había sido atrapado por los de la policía montada.

De pronto la mirada del ex capataz se animó.

—¿Sería posible? — murmuró.

Su atención se fijó más aun en el jinete y en el caballo. Su recuerdo se despertaba con lo que veía. No dudaba ya de que había visto antes al señor Fairfax, y el caballo gris con la mancha negra, le ayudó a recordar en que circunstancias.

¡La escena se reproducía nuevamente, aunque con ligeras alteraciones ante sus ojos!

¡Volvía a ver a jinete y caballo en las calles de Pino Blanco. Corriendo para salvar la vida, disparando sus revólvers contra una multitud que lo seguía enfurecida!

Barney vió claramente entonces. ¡Ya no había lugar a dudas!

Coyote llegó con los dos caballos ensillados y se quedó asombrado al ver a su amigo, que pálido y emocionado miraba alejarse al patrón montado en Coceador.

—¿Qué te pasa? — preguntó. — Aquí tienes el caballo, Barney. ¿Pero que es eso? ¿Ya no piensas marcharte?

—¡No! — manifestó resueltamente Baker

—¡No! no me voy hoy! ¡Posiblemente ya no me iré de aquí! ¿Ves a ese muchacho, que se hace llamar el señor Fairfax? ¡Ya lo tengo! ¡Ya sé donde lo había visto antes! ¡Yo he de verlo dentro de muy poco, con un lazo al cuello y colgando de la rama de un árbol...! — y Barney se reía en una forma brutal, salvaje.

—¿Te has vuelto loco? — preguntó con interés Coyote.

—¡Te digo que ya se quién es! — agregó Barney con voz temblorosa por la emoción que experimentaba. — ¡Es Río Kid! — añadió como un murmullo. — ¡El canalla a quien

buscan infinidad de sheriffs en todo Texas! ¡Es el que yo había visto en Pino Blanco! ¡El bandido de Río Grande!

Lanzó una carcajada y continuó triunfador.

—¡Ya es mío! ¡Y cuando salga de aquí con un lazo al cuello ya no tendré por que marcharme del Lazy-O! ¡Entonces van a saber los muchachos quien soy yo!

BUCK SIDGERS DESEA SABER...

Buck Sidgers, el representante de la policía en la localidad de Packsaddle, llegó a caballo al Lazy-O Ranch.

Cuando se iba aproximando a la entrada, llevó su cinturón un poco hacia adelante a fin de tener más a mano el revólver, por si le era necesario. Un hombre que trataba de imponer la autoridad, en un lugar como Packsaddle, y principalmente en el Lazy-O, necesitaba tener a mano su revólver. Los elementos a quienes iba a visitar gozaban de la peor reputación de todos los que por allí había, y aún de muchas leguas a la redonda. Eran los más temibles de todos los vaqueros del valle de Pecos.

La tranquera estaba abierta y Long Bill, el cuidador de los caballos, se hallaba sentado sobre ella fumando tranquilamente un cigarrillo. Miró sombríamente al representante de la autoridad, cuando éste, al acercarse, se arregló el revólver.

Buck detuvo su caballo delante de la puerta.

—¡Buenos días, Bill! — exclamó.

—¡Buenos días, Buck! — respondió el otro, con maneras corteses, pero con desconfianza.

Si Buck Sidgers iba al Lazy-O, para reclamar alguno de los muchachos y estaba dispuesto a andar a tiros para lograr sus propósitos. Long Bill era su hombre, pues no vacilaría en sacar el arma en cuanto fuese necesario. Pero si el representante de la autoridad, iba solo para pedir alojamiento, sería bien recibido.

—¿Cómo van las cosas por aquí — preguntó.

—Perfectamente. — Respondió Long Bill. — ¿Y por Packcsaddle cómo van

—Más o menos, como siempre. Los muchachos del Bar 100, anduvieron a tiros en la ciudad anoche. Jimmy Dace perdió una rueda al pasar el vado, y la diligencia cayó en el arroyo. Fué necesario ayudarle a salir del apuro. Se dice que han robado unas vacas en el San Dance ranch. En el baile que daban en casa de Henson. Euchrs Dick, mató de un tiro al joven Parker. Pero los que vieron la cosa dicen que Parker lo atacó primero a Dick y no hay nada que hacer en ese asunto.

Después de haber relatado todas las novedades, el agente de policía de Packsaddle se sentó más cómodamente en la silla, lió un cigarrillo, aceptó el fuego que le ofreció Long Bill y se puso a fumar.

Mientras fumaba en silencio sus ojos reconocían todos los alrededores, como si anduviera buscando alguna cosa. Long Bill fumaba también en silencio esperando que el otro le preguntara algo.

—¿No ha pasado nada de importancia por aquí? — dijo Buck al fin.

—Nada. ¡Todo está tranquilo!

Hubo otra larga pausa y Buck preguntó de pronto en forma brusca.

—¿Qué ha sido del señor Fairfax?

Long Bill, se sonrió. Comprendía ya porque el representante de la autoridad había ido desde Packsaddle hasta el rancn.

—Yo creo que el patrón está bien — respondió el cuidador de caballos. — ¿Tiene algo que hacer con ese muchacho?

—Dígame, Long Bill. ¿Ese muchacho es el séptimo o el octavo que ha comprado el Lazy-O en los últimos tiempos. Me parece que a los que han comprado esta estancia no les ha ido del todo bien. Barney Baker, creo que ha hecho todo lo que ha podido porque a éste le ocurriera lo que a los otros. Como él gozaba de grandes privilegios aquí, no era partidario de que viniera un patrón. Los muchachos lo han ayudado en sus planes siempre, y allí en Packsaddle se teme que el señor Fairfax haya muerto... y por eso he venido hasta aquí.

Long Bill se echó a reír. El señor Fairfax era el primer patrón que había logrado dominar la situación allí.

—No tiene por qué preocuparse respecto a ese muchacho — manifestó Long Bill. — Si hay alguien en todo Texas que sepa guardarse bien personalmente, esa persona es el señor Fairfax. No le negaré que todos aquí estábamos en contra suya. Considerábamos que Barney Barker era suficientemente para nosotros y no deseábamos la presencia de un patrón. Pero ese muchacho es una mano de acero y actualmente todos los muchachos le obedecen.

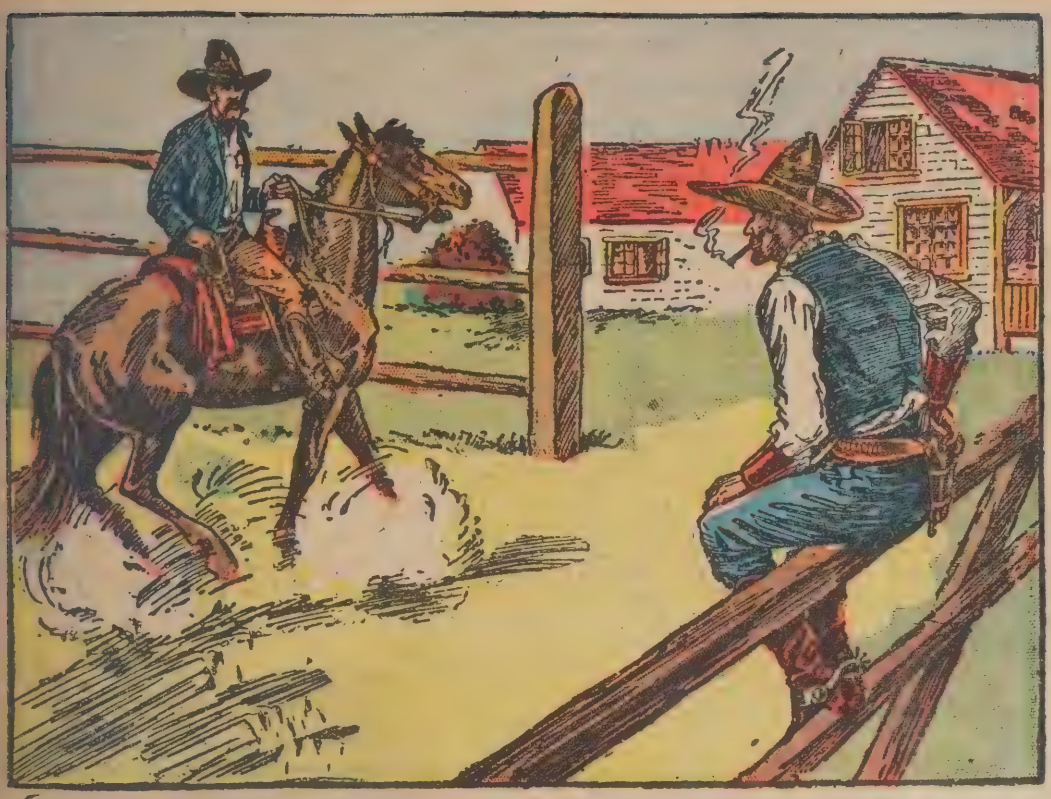
—¿Es cierto lo que me dice? — exclamó lleno de asombro Buck.

—Así es. Hoy en día no hay un solo hombre del grupo, que no estime al señor Fairfax... Acaso no ocurra lo mismo con Coyote... y con Barney, como es natural. Pero supo imponerse. Castigó y despidió a Panhandle Pete, mató a Kansas Jake y Barney fué herido en una emboscada, que él mismo había preparado contra el señor Fairfax. Ahora está en su cabaña, cubierto de vendajes. Puede marcharse cuando le parezca pero me parece que él no tiene deseos de hacerlo. El señor Fairfax gobierna ahora su estancia, y todos los muchachos lo obedecen con gusto.

—¡Quién iba a pensar! — exclamó admirado Buck.

—Barney había criado muchas alas. Estuvo manejando a su antojo y en su provecho la estancia durante muchos años... Pero el señor Fairfax ha puesto las cosas en su lugar. Es un hombre admirable en todos los terrenos... Dígame, Buck ¿no vendrá usted a hacer nada contra el señor Fairfax?

—No. Si yo le he visto ya. Me encontraba en Packsaddle cuando él llegó y he visto lo



Long Bill, el cuidador de caballos se hallaba sentado sobre la tranquera, cuando llegó Buck, el representante de la autoridad.

que ha hecho desde entonces. Sé también que salió de allí con Barney y no confiaba en que llegara aquí con vida. ¿Está en casa el señor Fairfax?

Long Bill señaló con el cigarro hacia la pradera.

—Creo que ha salido a pasear con ese hermoso caballo que era de Río Kid.

Buck frunció las cejas.

—¿Cómo diablos ha venido a parar a sus manos ese caballo? Nadie ha visto a ese mala cabeza por estos sitios.

—No. Yo creo que el tal Río Kid, ha muerto — respondió Long Bill. — Ha hecho muchas, pero al parecer ya las ha pagado todas y está bajo tierra. Los soldados de la policía montada han estado en esta estancia y ellos fueron los que trajeron el caballo de Río Kid. El capitán Hall lo recogió del poder de un mestizo mejicano a quien se lo había dejado para que lo cuidara el tal Río Kid. Cuando los de la policía montada se fueron, el capitán dejó aquí el caballo para regalárselo al señor Fairfax. Y, dicho sea de paso — agregó con entusiasmo Long Bill. — dudo que haya en todo Texas entre Río Grande y el Colorado, un caballo que pueda seguir de cerca en una carrera, a ese que llaman Coceador. El señor Fairfax ha tenido mucha suerte cuando le han hecho ese regalo.

—¿Y por qué le regaló el capitán Hall ese caballo?

—Eso es cosa que yo no sé, amigo. Parece que el capitán simpatizó con el señor Fairfax y como el caballo ya no se reunirá con su dueño, que al parecer ha muerto... Creo que ha seguido buscándolo por todo el estado... Pero sin grandes esperanzas de encontrarlo. De todos modos, el hecho es que le caballo es ahora del señor Fairfax y que él anda paseando montado en el hermoso animal.

—Puesto que no está aquí no lo veré, — Me satisface mucho saber cómo se han desarrollado aquí las cosas. Yo simpaticé con él en Packsaddle y tenía cierta pesadumbre temiendo que Barney Baker hubiera podido matarlo.

—Vea. Allí va Coyote. Aquel que lleva el brazo en un pañuelo. Creo que es el único hombre que no sea partidario del patrón. Está así desde que anduvo a tiros con el señor Fairfax.

Buck miró al Coyote cuando éste se acercaba.

—¡Oiga, Buck. Barney Baker lo ha visto a usted desde la puerta de su cabaña y me

ha dicho que vaya, que tiene algo que manifestarle!

—No hay inconveniente en que diga lo que quiera.

Desmontó y después de saludar a Long Bill, siguió a pie hasta donde estaba el ex capataz.

NO PIENSE EN ELLO, BARNEY

Barney Baker, se hallaba sentado en su cama. Se hallaba cubierto de vendajes aun cuando sus heridas estaban ya casi curadas. Pero como había dicho Long Bill, Barney no parecía muy dispuesto a abandonar la estancia y el señor Fairfax le había autorizado a permanecer en ella hasta que pudiera montar a caballo.

Su mirada se animó al ver al representante de la justicia en Packsaddle. Buck, lo saludó con un movimiento de cabeza.

Buck Sidgers, representaba a la autoridad allí, pero la autoridad suponía muy poca cosa para los elementos que vivían en Packsaddle. Conocía hasta los menores detalles de los manejos del elemento del Lazy-O, e interiormente, experimentaba una gran satisfacción al ver que había llegado una persona que se les había impuesto.

—¿Qué tal? — preguntó Buck.

Barney Baker, no prestó atención a la pregunta.

—Tengo algo muy importante que decirle, Buck. ¿Usted ha oído hablar de ese bandido Río Kid, que ha tenido revuelta a la gente de las regiones del Peco y Río Grande?

—¡Ya lo creo!

—En ese caso, creo que se alegrará mucho saber que anda por estos sitios y que puede capturarlo.

—¿Cómo?

—Sí. Yo puedo indicarle de que manera, — agregó Barney.

Los ojos de Buck relampaguearon.

—¿Dice que Río Kid anda por estos sitios?

—Seguramente.

—¿Usted lo ha visto?

—Lo he visto.

—¿Entonces no ha muerto como dicen por ahí?

—Claro que no.

—Vamos a ver. Dígame todo lo que sabe Barney, que lo meteré en el calabozo en cuanto sepa donde puedo encontrarlo. — dijo Buck. — ¿Dónde está?

—En esta estancia.

—¿Aquí?

—Sí. Se hace llamar el señor Fairfax... — exclamó el ex capataz.

Buck Sidgers dió un salto.

—¿Qué dice?

—La verdad, — respondió Barney Baker. — Yo le aseguro que es así. Yo ví a ese muchacho hace algunos meses en una ocasión en que huyó de Pino Blanco disparando sus dos revólvers... y es el mismo individuo que se ha presentado en el Lazy-O con el nombre de señor Fairfax.

Buck Sidgers se quedó mirándolo fijamente. En su mirada se notaba asombro y satisfacción. Luego se echó a reír.

—Vamos, Barney, ¿supone que me voy a creer una cosa como esa?

—Pero si lo que le digo es verdad, — respondió Barney con voz ronca. — Yo no había podido reconocerlo cuando lo ví primeramente. Pero esta mañana al verlo montado sobre el caballo gris, lo reconocí inmediatamente. ¡Es Río Kid!

Los labios de Buck hicieron una mueca.

—¿Con qué no ha podido reconocerlo y han vivido en la misma casa durante varios días? No lo ha reconocido hasta que han andado a tiros y lo han herido malamente? Vamos, él lo ha desalojado de esta estancia y ahora viene con esas para ponerme a mí en una pista que me haga detenerlo para dejarlo a usted nuevamente de amo y señor del ranch? ¡Vamos, no piense en tal cosa Barney!

El ex capataz rechinó los dientes.

—Yo insisto en que ese Fairfax es Río Kid. Y usted debe cumplir su deber...

—¡No piense en eso, Barney! ¿Cómo voy a creerle yo? Si ha estado aquí el capitán Hall que conoce a Río Kid como conoce la palma de su mano y que lleva infinidad de tiempo persiguiéndolo y él no ha dicho nada...

—¡Yo no sé porque será!

—Ni lo podrá saber. Lo que hay, es que usted está furioso contra el señor Fairfax y trata de vengarse de alguna manera. Barney es necesario que piense en otras cosas con más sentido común.

—¡Yo gritaré en todo Texas!...

—Usted podrá gritar eso en todo Texas. Pero a mí no tiene por que decírmelo. ¿Era eso lo que me tenía que decir con tánto interés?

—Seguramente. Y no debe usted dejar de perder la oportunidad que se le presenta.

—Yo me sentiré muy feliz con poder detener a Río Kid, pero no voy a caer en el error de detener al señor Fairfax.

Y lanzando una carcajada, el representante de la autoridad en Packsaddle se alejó dejando a Barney Baker maldiciendo y enfurecido.

Buck Sidgers se había reído de la acusación y sin embargo, Barney sabía que era verdad lo que estaba diciendo. Coyote que había presenciado la escena, opinaba como los demás.

—Pero Barney, es necesario que abandones esa locura que se te ha metido en la cabeza. Así no podrás vengarte jamás del señor Fairfax, porque nadie te lo creerá.

—¡Tú eres como los otros, maldito cabeza dura! ¡Yo te aseguro que ese es Río Kid!

—Nadie te creerá. El capitán Jim Hall ha estado aquí y ha hablado con el señor Fairfax. ¿Si fuera Río Kid, se hubiera ido sin detenerlo?

—Yo no me explico. Pero, el capitán puede haber sido engañado.

El Coyote se echó a reír como los otros.

—Yo no dudo que es Río Kid. Lo reconocí

—¡Os prometo que todos me volveréis a ver, montón de coyotes.

en cuanto lo ví montado en el caballo gris. Los muchachos de Pino Blanco le reconocerían como yo, si lo volvieran a ver.

Coyote se encogió de hombros. Era el único amigo de Barney en la estancia y solo había creído a medias la historia que no se cansaba de repetir. Consideraba, como todos, que aquello no eran más que manejos para lograr una venganza que no se atrevía a tomar personalmente.

—Si yo pudiera conseguir que Jake Nixon, el sheriff de Pino Blanco, viera a Fairfax lo reconocería en seguida. Y Jake lo verá...

—Pino Blanco no tiene nada que hacer con Packsaddle y su sheriff no tiene autoridad alguna de este lado de su frontera.

—Aun cuando tenga que ir a las Montañas Rocallosas o a Sierra Nevada, yo he de buscar a alguien que lo reconozca. Fairfax no podrá continuar en el Lazy-O después de que algún sheriff lo reconozca como Río Kid...

—Lo que yo opino es que será mejor que nos vayamos antes de que el señor Fairfax se entere de todo lo que estás haciendo y empiece a tiros con los dos.

Cinco minutos más tarde Coyote, llevando una carta en el bolsillo se dirigía hacia el corral y sacaba su caballo, lo ensillaba y se alejaba del Lazy-O.

Barney Baker, continuaba en la estancia resuelto a lograr lo que se proponía: que Fairfax fuera detenido y el Lazy-O volviera a su poder. La lucha contra el nuevo patrón había sido larga y árdua y el ex capataz había sido derrotado... pero éste veía aun probabilidades de vengarse y volver al estado de antes.

MANOS ARRIBA

—Oiga. ¿Quiere oír una historia realmente curiosa? — exclamó Buck Sidgers cuando llegó a la tranquera donde se encontraba Long Bill.

—¡Diga! — respondió el cuidador de caballos de la estancia.

—Es en realidad la más divertida que he

cido jamás — agregó Buck riéndose. — Barney Baker dice que el nuevo patrón del Lazy-O, el señor Fairax, es nada menos que Río Kid.

La sorpresa que aquellas palabras causaron a Long Bill le hicieron casi caer de donde se encontraba sentado.

—¿Barney Baker, dice eso?

—Seguramente.

—¿Qué es Río Kid? Yo me voy a morir de risa. ¿Pero es que Barney se ha vuelto loco?

Buck lanzó también una carcajada.

—Eso es lo que sostiene, y dice que va a hacer detener al señor Fairfax bajo la acusación de que es Río Kid.

Y el representante de la justicia, haciendo un saludo con la mano se alejó por la pradera, riendo, dejando a Long Bill, sorprendido.

Buck, avanzaba hacia la ciudad de Packsaddle, divertido con la historia que le había contado el ex capataz. Ni por un momento, pensaba en la posibilidad de que las palabras que le habían dicho fueran ciertas, Calculaba que todo aquello era, únicamente, el deseo de venganza que animaba a Barney y el desea de que con cualquier pretexto fuera llevado de allí, para recuperar él el dominio de la estancia.

—¿Qué miro? — exclamó de repente. ¿No es aquél el propio señor Fairfax?

Buck había visto a la distancia a un jinete que se acercaba, y apresuró el paso de su caballo para salirle al encuentro. Mientras se acercaba, sus ojos se fijaban con curiosidad en el que venía hacia él.

El patrón del Lazy-O iba montado en el caballo gris de Río Kid. Tenía un atrayente aspecto sobre el animal, que era considerado el más veloz y resistente de todo Texas.

La mirada de Buck adquirió una expresión particular cuando se iba acercando el muchacho. En muchas ocasiones se lo habían descripto y ahora no dejaba de reconocer que había algo de semejanza en el aspecto general de los dos hombres.

Una ligera sospecha se despertó en él.

Nadie, según sabía bien Buck, había visto al muchacho desde que se había salvado en forma milagrosa en el Mal Paso, cuando lo tenían cercado los soldados de la policía montada de Texas.

—¡Diablo! — exclamó — No puede ser... pero tampoco puede dejar de serlo. Nadie sabe en realidad, en Packsaddle, de donde ha venido el señor Fairfax y se parece a Río Kid, como si fuera un hermano... Pero no puede ser. Barney está cegado por el odio y aprovecha el parecido para hacer la denuncia.

Cuando Río Kid estuvo cerca, detuvo su caballo, y saludó alegremente a Buck. El peligro que había corrido al llegar los de la policía montada, tuvo preocupado varias horas al muchacho... Pero ahora, ya todo había pasado, los soldados de Hall se habían alejado y con ellos todo temor.

En cambio habían dejado en su poder a su querido caballo Coceador. Y después de haber recorrido la pradera en que pastaba su ganado, Río se sentía contento, la vida le conreía, por primera vez y confiaba en la tranquilidad y el porvenir.

—¡Buenos días sheriff! — exclamó Río sueño. — ¿Viene usted a mi casa?

—Sí señor, — manifestó Buck. — Y puede cierto que he salido de allí con no poca satisfacción al saber que ha conseguido usted dominar al elemento que hay en Lazy-O.

Río Kid sonrió.

—¡No son malos los muchachos! — respondió. — No diré, por cierto que se trata de un puñado de angelitos, pero en el fondo tienen algo de nobleza. Espero al final que llegaremos a marchar todos de completo acuerdo y me tomarán cariño.

—¿No opinará lo mismo de Barney Baker? — manifestó Buck.

—Barney ha de marcharse muy pronto — respondió Río Kid. — Ese hombre ha estado robando mientras permanecía allí con capataz y yo no deseo empleados de esas condiciones.

Buck Sidgers asintió con un gesto. Sus ojos estaban fijos en Río Kid. Al verlo montado sobre el célebre caballo del muchacho le parecía que había algo de fundamento en la manifestación de Barney Baker. Claro estaba que el señor Fairfax había hablado con el capitán Hall y aquél era el último de todo Texas que pudiera engañarse respecto a Río Kid.

—¡Hermoso caballo! — agregó Buck.

—¡Ciertamente! — respondió Río Kid palmeteando el cuello de su animal favorito.

—Según me han dicho es el caballo de Río Kid. Long Bill me ha explicado cómo se encuentra en su poder. Realmente el capitán Hall le ha hecho a usted un espléndido regalo.

—El capitán Hall es un hombre admirable... noble...

—¿Y no teme que Río Kid venga en busca de su caballo... si es que el muchacho está con vida aún?

El señor Fairfax se echó a reír.

—De todas maneras no es malo correr el riesgo de adquirir un caballo de las condiciones de éste — respondió Río.

—Según cuentan por ahí, este caballo no se dejaba montar por nadie más que por su amo. Pero usted parece que lo maneja a su placer, señor Fairfax.

Río Kid sonrió un poco alarmado. Con su viejo instinto de adivinar el peligro comprendía que había algo detrás de las palabras que había pronunciado el representante de la justicia de Packsaddle. Sus ojos azules contemplaron al otro, pero la sonrisa no se borró de sus labios.

—Seguramente, que manejo a este caballo fácilmente, — asintió. — No se ha manifestado muy contrario a mis movimientos... Pero es bueno recordar también que hay muy pocos caballos que se me resistan.

—¿Usted no ha visto jamás a Río Kid? — insistió Buck.

—Creo que las cosas llegarán a arreglarse después de todo, — exclamó Río Kid palmeando cariñosamente a su caballo.

—¡Ya lo creo que lo he visto!

Los que lo conocemos, dicen que es un hombre que impone temor enseguida, que ha matado más hombres que dedos tiene en las manos y en los pies.

—Mi opinión es, que, generalmente, se exagera demasiado las cosas y que ese hombre no es ni con mucho, todo lo que dicen.

—¿Ha oído decir usted que anda por estos lugares?

Los ojos de Buck estaban fijos en los de Río Kid. Al oír la historia que le había contado Barney, se había reído... pero ahora que veía al muchacho en la pradera, montado en el caballo de Río Kid y lo observaba detenidamente, hallaba muchos puntos de semejanza con lo que él conocía respecto al bandido perseguido por todos los sheriffs de Texas, Río Grande y el Pecos.

Río Kid se sentó con más comodidad en la silla para hablar, pero Buck, no dejó de notar que con el movimiento hecho, el revólver le quedaba más al alcance de su mano.

—¿Y ha visto alguno de los muchachos a Río Kid en Packsaddle? — preguntó el señor Fairfax.

—Sí.

—¿Quién ha sido?

—Barney Baker.

Río Kid no pudo evitar una alarma. Ya en otra ocasión, mientras hablaba con el capataz, le había parecido que sospechaba alguna cosa, pero no suponía que Barney Baker huviera visto nunca a Río Kid.

—Si Barney Baker lo ha visto, creo que podrá darle los informes necesarios para que usted pueda ganarse los mil dólares de premio por la captura, sheriff — manifestó riendo Río.

—Me han dicho que andaba por los alrededores del Lazy.

—¿Sí? ¿No será alguno de mis muchachos?

—¡No! ¡Sería en todo caso, el patrón!

—¿Yo? — repitió Río mecánicamente. Su corazón había dado un vuelco. Al fin había llegado, en forma bien inesperada, el momento que él más temía.

—Sí, usted. Esto es, por lo menos, lo que asegura Barney Baker, señor Fairfax. El afirma que usted es la persona que es buscada por todos los sheriffs de Texas... Pero yo considero que usted no tendrá inconveniente alguno en demostrar que es el señor Fairfax, como dice, que usted tendrá testigos que afirmen su personalidad. Usted tendrá seguramente, amigos de responsabilidad que puedan jurar que usted no es Río Kid.

Río Kid permaneció callado. El semblante de Buck no ocultaba ahora las sospechas que tenía el representante de la autoridad en Packsaddle. Buck Sidgers estimaba al señor Fairfax. Admiraba al hombre que había logrado dominar a los bandidos que se habían enseñoreado del Lazy-O ranch, pero si se trataba del bandido perseguido, el juego era otro. La mano del representante de la justicia fué hacia su revólver.

—Va a tener la bondad de acompañarme hasta Packsaddle, señor Fairfax, y tendré una gran satisfacción en que pueda usted demostrar que lo que asegura Barney Baker, no es cierto.

—Lo que es hoy no iré a Packsaddle, señor Buck, — respondió tranquilamente Fairfax.

—¿No desea usted demostrar que lo que afirma Barney Baker no es cierto?

—¡No!

—En ese caso tendrá usted que venir por la fuerza, señor Fairfax, — exclamó de repente Buck Sidgers, sacando su revólver y amenazando al muchacho. — ¡Manos arriba, señor Fairfax!

¡Bang!

El revólver de seis tiros dejó oír su voz, sin salir de la funda, y el representante de la justicia de Packsaddle cayó de cabeza al suelo desde lo alto de su caballo.

Río Kid se sentó en el suelo, mirando sombríamente al hombre que se hallaba tendido a sus pies. Cerca de ellos, el caballo del caído y el de Río Kid, pastaban tranquilamente. El fuerte sol del Sud de Texas, lanzaba sus rayos sobre la escena.

Entre el alto pasto, el grupo era invisible a cierta distancia. En dos ocasiones, mientras se encontraba allí el muchacho había visto pasar a dos de sus hombres. Pero no lo habían visto, pues siguieron su marcha en dirección a las casas.

Buck Sidgers continuaba a sus pies y un hilillo de sangre corría por su frente y sus tostadas mejillas. El representante de la justicia no daba señales de vida.

Río Kid continuaba sentado y pensando, y sus ideas no tenían nada de agradables. Lo temido se había presentado en forma inesperada y no sabía realmente que resolver, ya que se resistía a la idea de abandonarlo todo y alejarse de allí con su fiel caballo.

Había escapado del peligro de los de la policía montada y ahora se encontraba ante el que representaba al sheriff de Packsaddle.

El odio del infame que había tratado de arrojarlo de su estancia, era el que había causado todo aquello. Luego la presencia del caballo había contribuído a realizar lo que Río Kid temía, y por lo que lo había dejado al cuidado del mestizo.

Pero Buck Sidgers no moriría allí, a menos de que el muchacho no lo deseara, y él no era capaz de realizar una acción semejante con el que, después de todo, no hacía más que cumplir con su deber.

Los ojos de Buck se fueron abriendo lentamente.

La mano del muchacho había vuelto a su revólver. La mira del sheriff de Packsaddle se fijó vagamente en Río Kid. El herido lanzó un gemido y llevó la mano a la cabeza. La bala había golpeado en la parte alta de la frente, junto al nacimiento del pelo, y los dedos de Buck se tiñeron de sangre.

Pero, comprendió, en seguida, que no estaba gravemente herido. Un fuerte dolor de cabeza, un poco de sangre perdida, y eso era todo. Al principio sus ideas eran confusas, pero poco a poco, se fueron aclarando. Se sentó y miró a Río Kid. Llevó la mano a su cintura, pero no encontró su revólver.

El muchacho, sonrió tristemente.

—¡Es preferible que no tenga armas, amigo, porque de ser así no tardaría en realizar el viaje largo! Acaso su revólver le hiciera más daño que lo que le ha hecho el mío.

El sheriff de Packsaddle, miró al muchacho y exclamó.

—¡Usted es Río Kid!

No era una pregunta, sino una afirmación. Si Buck Sidgers había dudado antes, ahora estaba ya convencido.

Río Kid asintió con un movimiento de cabeza.

—Es cierto, — dijo. — Pero no estoy dispuesto a saber cómo es el calabozo de la cárcel de Packsaddle.

—Pero lo que me extraña es una cosa, — continuó Buck. — Dicen todos que Río Kid es un hombre que no yerra un tiro... y, sin embargo, a mí no me ha muerto.

El muchacho se echó a reír.

—No se preocupe por eso, amigo. Río Kid hace con las balas de su revólver lo que quiere hacer. ¿Cree que si yo hubiera deseado matarlo no estaría ya muerto?

—¿Y por qué no ha querido matarme?

Río Kid no respondió.

—Yo me reía de Barney Baker, cuando él me aseguraba que usted era Río Kid. Creía que el odio le hacía hablar. Pero, tanto a él como a mí, su caballo ha sido el que nos ha dado la seguridad de que tal idea era cierta.

—Coceador es un gran caballo, — manifestó Río Kid lanzando una cariñosa mirada al animal. — Ha salvado mi vida en muchas ocasiones. Pero ahora, creo que me está causando mucho daño... ¡Claro está que contra su voluntad! ¡Mi pobre viejo caballo!

Buck se puso de pie, un poco vacilante y se llevó la mano a la cabeza.

—¡Váyase! — exclamó Río Kid. — Y en cuanto llegue a Packsaddle, diga que Río Kid anda por aquí. Creo que el Lazy-O, está ya necesitando un nuevo patrón. Pero avise a los que lo acompañen, que tengan cuidado, que el revólver de Río Kid, pone las balas donde él quiere... ¡y no siempre tira a no matar!

—Usted no me ha contestado a la pregunta que le hice. Yo deseo saber por qué no me ha matado.

—¿Acaso lo sé yo? Usted es un buen hombre Buck... Un hombre correcto y que procede de acuerdo con su conciencia.. y yo no sé derramar la sangre de un hombre de esa clase... aun cuando sea para salvarme yo.

—¿Y usted me deja marchar?

—¿Quiere que lo mate entonces? ¡Váyase de una vez y haga lo que le parezca! ¡Está en plano libertad!

Buck Sidgers llamó a su caballo.

—Pues yo a mi vez, pienso que él que es un hombre noble, es usted Río Kid. Voy a ir a Packsaddle directamente, es cierto... Pero mantendré cerrada mi boca. Usted es para mí como para todos el señor Fairfax, patrón del Lazy-O. Un hombre al que admiro. Yo no sé nada acerca de Río Kid. ¿Me cree usted

El muchacho, permaneció quieto entre el alto pasto mirándolo alejarse.

—¡Bah! — exclamó encogiéndose de hombros.

No estaba todo perdido. Sabía bien lo que iba a hacer Buck Sidgers. Olvidaría por completo que conocía a Río Kid, y el señor Fairfax, seguiría siendo el patrón del Lazy-O, desconocido para el representante de la autoridad en Packsaddle, por otro nombre. El muchacho lanzó un profundo suspiro.

¡La maldad de los hombres no era general!

—Ese hombre es una buena persona... Tan buena, como el capitán Hall.

El corazón del muchacho había vuelto a recobrar su alegría. Montó en Coceador, y sonriendo como siempre, emprendió la marcha hacia el Lazy-O, entonando uno de los alegres fandangos mejicanos.

FUERA DE AQUI, BARNEY

Long Bill, el cuidador de los caballos del Lazy-O, se asomó a la puerta de la cabaña que servía de dormitorio al personal de la estancia.

Detrás de Long Bill se encontraba el Pequeño y seis o siete de los vaqueros del establecimiento.

En aquella habitación, estaba una persona, Barney Baker, ex capataz del Lazy-O, y en un tiempo dueño y señor de la estancia.

Barney se hallaba sentado en su cama. Su cara, cubierta casi por completo, por una descuidada barba, tenía una expresión salvaje.

Comprendía que no estaba muy lejos el momento de que se produjeran acontecimientos, que acaso no le fueran muy favorables.

Las murmuraciones y las miradas de los hombres que formaban el personal de la estancia, le habían hecho comprender que estaba amenazado. Ahora como hombres se encontraban delante de él, y sabía que habían llegado hasta allí en su busca.

El ex capataz del Lazy-O ranch tenía colocado sobre sus rodillas un revólver. Ignoraba qué era lo que venían a buscar aquellos hombres, pero no dudaba de que había una amenaza en su actitud.

Durante un tiempo había sido dueño del personal que obedecía ciegamente las órdenes que les daba. Pero ahora había perdido todo ascendiente sobre ellos. Unicamente un hombre había continuado siéndole fiel. Ese hombre era Coyote Jenson. Pero Coyote había partido en dirección a Pino Blanco con tanta rapidez como podía marchar su caballo.

Barney Baker había quedado solo en el Lazy-O, rodeado de personas que, si bien antes eran amigos suyos, ahora no eran más que adversarios.

Era la llegada a la estancia del nuevo patrón, el señor Fairfax lo que había originado un cambio tan radical. Y aquel cambio, había despertado en el corazón de Baker un enconado odio hacia el muchacho.

Si el señor Fairfax se hubiera encontrado entre los hombres que se amontonaban a la puerta de la cabaña, no hubiera vacilado, en una desesperada tentativa, en disparar su revólver contra él aún cuando aquello hubiera equivalido a decretar su propia muerte.

Pero Fairfax, no se encontraba allí; paseaba por las llanuras hacia el lado donde se encontraba Packsaddle.

Barney Baker, miró enfurecido a los que habían ido en su busca.

—Digan muchachos, — exclamó Barney Baker. — —¿Qué es lo que quiere decir todo esto?

Long Bill se detuvo a poca distancia del ex capataz. Los que iban con él lo imitaron. Uno o dos de los hombres, habían sacado sus armas y todas las miradas estaban fijas en forma amenazante en el capataz que se hallaba sentado en su camastro.

——¡Hemos venido a buscarlo, Barney! — dijo Long Bill.

—¿Vienen a decirme que se encuentran todos del lado de ese condenado de Fairfax? — exclamó Barney.

—No hay que hablar de eso. Es ya cosa resuelta — respondió el cuidador de caballos. — No hay que mencionar más ese asunto, Barney.

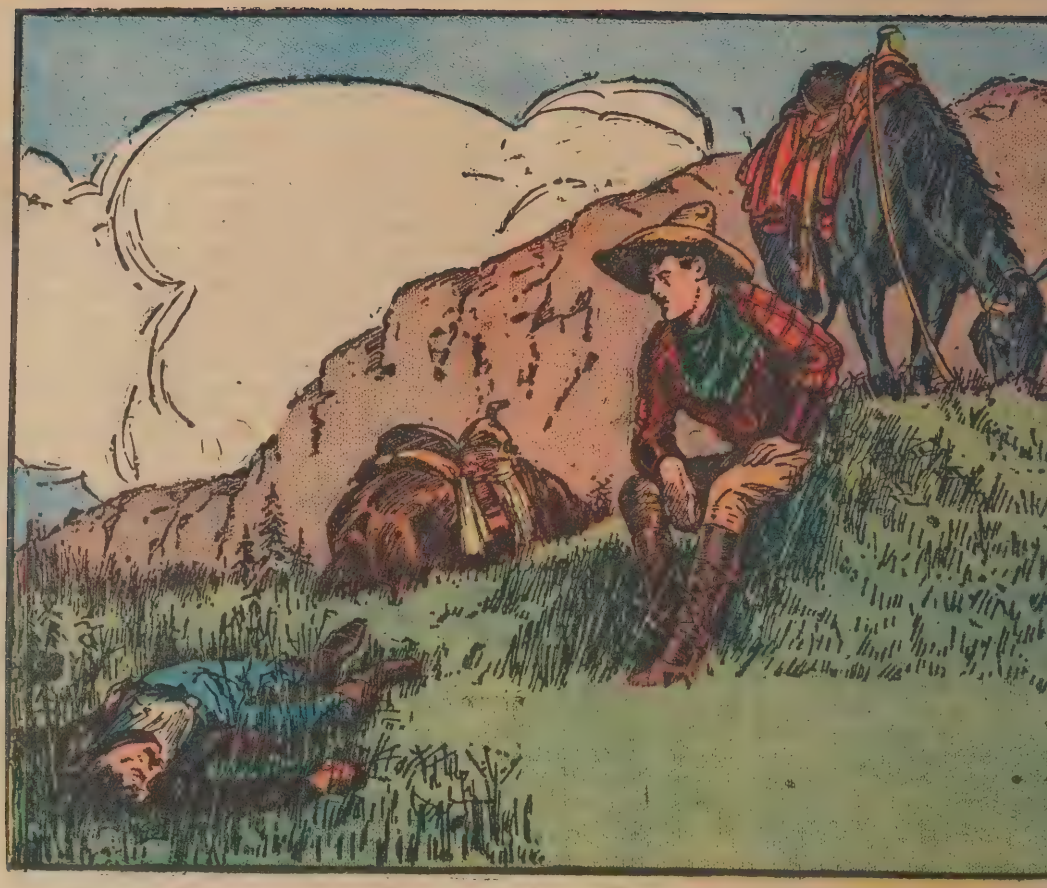
—Todos estamos del lado del nuevo patrón, y es necesario que lo sepa así claramente, Barney, — manifestó el Pequeño.

—¡Malditos traidores — rugió Barney — ¿Qué quieren ahora de mí ¿No hemos estado juntos durante muchos años teniendo en nuestras manos el Lazy-O y rechazando a todos los que han ido adquiriendo sucesivamente la estancia, para disfrutar todos los beneficios que nos proporcionaba esa situación? ¿Qué queréis ahora puñado de coyotes?

—Esto, — respondió Long Bill. — Le estás haciendo uno de tus juegos traicioneros al señor Fairfax, y nosotros no somos capaces de consentir una acción semejante. Primeramente, trataste de matarlo en una emboscada al venir hacia aquí. Nosotros no hemos dado muerte a ningún hombre por la espalda, Barney. Nos dirás que ese hombre, a quien nadie conoce por aquí, es un delincuente... ¿Y bien? ¿Somos acaso angelitos todos nosotros? Este grupo conoce al que tiene un espíritu noble, y ninguno duda que el señor Fairfax es un valiente y tiene un gran corazón!...

—Esa es la opinión de todos, —asintió el Pequeño.

—El señor Fairfax, ha permitido que permanecieras en el ranch hasta que te hallaras en condiciones de montar a caballo y pudieras irte a otra parte. ¿Y que ha conseguido con ello? Tenerte aquí para que tú continuaras tus manejos en contra suya... Otro hombre te hubiera arrojado a patadas de quí en cuanto se hubieran enterado de tu traicionera manera de proceder. Estás fingiendo encontrarte mucho peor de lo que estás realmente, ya que puedes montar a caballo lo mismo que todos nosotros. Y nos-



Río Kid se sentó en el suelo, mirando sombríamente al hombre que se hallaba tendido a sus pies.

otros te venimos a decir que es necesario que desaparezcas de aquí antes de que haya pasado una hora más.

—¿Son las órdenes del señor Fairfax

—¡No! El señor Fairfax anda por la pradera y no sabe ni una palabra de todo esto, — respondió Long Bill. — Somos nosotros los que te damos la orden de marchar, Barney Baker.

—¡Me parece, que os estáis metiendo en asuntos que no os importan! ¿De qué me teneis que acusar?

—Tú le has dicho a Buck Sidgers, el agente de justicia de Packsaddle, que el patrón, el señor Fairfax, es ese bandido de Río Grande a quien todos conocen por Río Kid.

Los ojos de Barney relampaguearon.

—¿Y acaso eso es mentira? Ese muchacho que aquí se hace llamar el señor Fairfax, no es otro que Río Kid, el bandido perseguido por todos los sheriffs de Texas.

—¡Ni pensarlo siquiera! — afirmó Long Bill. — El mismo Buck se ha reído de tus afirmaciones, que considera fruto tan sólo de tu odio...

—Buck Sidgers, es un cabeza de piedra — rugió Barney. — Yo digo, y sostengo ante el mundo entero, que el señor Fairfax es Río Kid.

Una carcajada general acogió tales afirmaciones. Ni uno solo de los hombres las creía.

—Reiros, Pero yo insisto en ello. Os aseguro que yo lo ví en una ocasión en Pino Blanco en circunstancias en que todos los muchachos lo perseguían y hubieran dado un saco lleno de dólares por meterle una bala en el cuerpo.

—Todo eso no son más que mentiras tuyas, — manifestó Long Bill. — Tienes interés en manifestar que viste en una ocasión a Río Kid, y que es el señor Fairfax, para que se le lleven de aquí y volver a apoderarte del Lazy-O... ¡Te conocemos el juego!

—Yo no podía recordar donde lo había visto antes hasta que hoy lo ví montado en su caballo gris, en Coceador, el caballo de Río Kid, el mismo que montaba cuando pasó a todo galope por las calles de Pino Blanco.

—Ese caballo le ha sido regalado al señor Fairfax por el capitán de la policía montada, quien se lo quitó a un mestizo al que Río

Kid se lo había dejado para que se lo cuidara.

—¡Es, que ese maldito capitán es tal vez su cómplice!

—¡Bah! El odio te ha vuelto loco Barney, — dijo Long Bill. — Pero aun cuando todo lo que dices fuera cierto, ¿qué te importa a tí y por qué has de denunciarlo a la justicia? ¿Acaso no hay en Packsaddle infinidad de muchachos que, por una razón o por otra se han refugiado aquí huyendo de la policía? ¿Tu mismo, no te cuidas muy bien de aparecer por las calles de San Antonio por temor a que el sheriff te reconozca y te ajuste las cuentas que tienes con él, y con otros sheriffs de estos lados?

La respuesta de Barney fué una maldición.

—Y en la situación en que estás tú, estamos casi todos nosotros, por no decir que todos en absoluto. Packsaddle está lleno de gente en estas condiciones ¿ha pensado alguien en ir a delatar al camarada para que lo metan en la cárcel o lo cuelguen de un árbol? ¡Eso no lo hace nadie más que los tipos traidores como tú!

Barney continuaba callado.

En lo que a los muchachos del Lazy-O respectaba, se veía claramente que había dado un mal paso al denunciar al señor Fairfax al representante de la justicia de Packsaddle. Y respecto a los demás, ninguno de los habitantes de Packsaddle estaría conforme con semejante acción, ya que existía una ley, respetada por todos, de protegerse mutuamente contra su enemigo común.

—Eres un traidor a todos. ¡Serías capaz de echar encima del señor Fairfax a todos los sheriffs de Texas, si supieras como hacerlo! Y si haces eso con uno mañana lo harás con todos, y los muchachos de Packsaddle desconfiarán de tí, con toda justicia. No queremos traidores aquí. ¡Vete pronto...! En el Lazy-O no hay lugar para coyotes traicioneros como tú. — Y en cuanto se sepa en Packsaddle tu manera de proceder, pienso que no te va a ir del todo bien...

—¡Seguramente que no! — agregó el Pequeño.

—A nosotros no nos vas a engañar como has hecho con el señor Fairfax. Hace ya días que podías haberte marchado... Pero nosotros te damos diez minutos de tiempo y como no te vayas... ¡te echaremos a palos!

Barney Baker tomó su revólver convulsivamente. Tres o cuatro Colts siguieron el movimiento.

—¡Baje esa arma, Barney! — exclamó el Pequeño apuntando resueltamente con su revólver al ex capataz.

Barney lanzó una maldición. pera su revólver quedó sobre su cama. Luego se puso de pie.

—¡Está bien! Yo me iré, pero tened esto bien presente. Yo he de volver al Lazy-O, tan pronto como la justicia haya sacado de aquí al señor Fairfax con una cuerda al cuello... Y entonces volveré para ser otra vez el dueño de esto y manejarlo a mi antojo con otra clase de gente que no seais vosotros.

—¡No pienses en ello, Barney! — dijo Long Bill.

Los vaqueros salieron de la cabaña mientras Barney reunía todos los efectos de su pertenencia. Long Bill, fué en busca de su caballo al corral y lo trajo.

Todos se quedaron formando corro mientras Barney colocaba sobre la montura lo que le pertenecía. Luego, lentamente, con una sonrisa en la que manifestaba una gran ironía, montó a caballo. Ya sobre la silla, dirigió una mirada circular hacia todo aquello que en un tiempo había sido suyo.

—¡Vamos! — ordenó Long Bill.

Barney lo miró con ira.

—Ya me voy... Pero no olvidéis, que todos vosotros me volvereis a ver. Y que Río Kid tendrá pronto noticias mías.

—¡Vete de una vez. coyote traicionero!

Barney miró a los que le rodeaban. Estuvo a punto de decirles que en aquellos momentos Coyote marchaba, con toda la rapidez posible, en dirección a Pino Blanco, a setenta millas de distancia de allí, con una carta para Jake Nixon el sheriff... y en la carta le decía donde se encontraba Río Kid.

Pero Barney se limitó a sonreir sin decir palabra. Aquel era su secreto y cuando fuera asestado el golpe, tomaría al "señor Fairfax" por sorpresa.

Tenía la convicción de que, aún cuando los muchachos de Lazy-O supieran que era Río Kid, lo protejerían del mismo modo, ya que lo admiraban y le eran fieles como jamás lo habían sido con él. Y cuando llegara el sheriff de Pino Blanco acaso estuvieran dispuestos a defenderlo.

Long Bill, agitó su rebenque.

—¿Te vas a ir de una vez Barney? — exclamó amenazador.

Lentamente Barney Baker, puso su broncho en movimiento. Los vaqueros lo miraban en silencio.

Al llegar a la puerta, se volvió para mirarlo todo otra vez, y cerrando el puño, exclamó con rabia reconcentrada:

—¡Os prometo que todos me volvereis a ver, montón de coyotes! ¡Y todos vosotros saldréis de aquí en la misma forma en que me obligais a hacerlo a mí ahora...!

¡Bang!

El revólver de Long Bill se dejó oír, y la bala que salió de él, atravesó el sombrero Stetson de Barney.

Aquello pareció ser una señal, pues al primer disparo empezaron a salir balas de todos los demás revólvers de los vaqueros, y los plomos zumbaban como mosquitos junto al ex capataz, quien aferrando las riendas y clavando las espuelas en los flancos de su caballo se alejó a todo galope.

—Creo que de esta hecha no lo volveremos a ver aquí, — exclamó Long Bill — y respecto a lo que ha dicho de volver aquí con otros muchachos para hacerse dueño de todo... está aun por verse.

—Tú lo has dicho — manifestó el Pequeño.

Barney Baker se había ido del Lazy-O. Respecto a sus amenazas ninguno de los hombres hacía el menor caso, y ninguno es-

peraba que volviera a aparecer de nuevo por aquellos sitios... y si lo hacía, las consecuencias las sufriría él sólo.

PELIGRO

—Creo que las cosas llegarán a arreglarse después de todo, mi viejo amigo. — Río Kid hablaba a Coceador como si este fuera una persona y como tenía costumbre de hacerlo cuando recorrían solos los caminos; Pero los días de proscripción habían desaparecido ya.

Nadie que lo viera ahora, paseando montado en su caballo gris, podría pensar que era aquel un hombre que había pasado la mayor parte de su vida huyendo de la justicia y con la constante amenaza de su muerte sobre los hombres. La vida se le ofrecía ahora más agradable bajo su nueva personalidad de señor Fairfax, patrón del Lazy-O.

También allí había pasado momentos de verdadero peligro, más al parecer, habían desaparecido. El capitán Coz de Mula Hall, lo había descubierto, pero le había dado oportunidad para iniciar una nueva existencia, de acuerdo con los mandatos de la ley. Buck Sidgers, el representante de la justicia en Packsaddle, también se hallaba en el secreto de su verdadera personalidad, pero Buck se había manifestado también su amigo

En la localidad de Packsaddle ninguno lo conocía con excepción de Barney Baker el inescrupuloso ex capataz, quien había estado robando el Lazy-O durante varios años y alejando a los que lo habían ido comprando sucesivamente. Pero Río Kid suponía que todo lo que tenía Barney eran sospechas inspiradas por el odio y su deseo de venganza.

Los peligros habían ido presentándose y desapareciendo. Ahora no existía otro que el que representaba Barney Baker y para ese se bastaba Río Kid.

Aun cuando hubiera sido Río Kid el desalmado que la reputación que le habían creado le hacía aparecer, no hubiera habido peligro por ese lado para el muchacho, ya que cualquiera de los habitantes de Packsaddle no hubieran vacilado en dar muerte de un tiro a Barney Baker al enterarse de lo que había hecho. Pero el muchacho no era hombre que recurriera a esos extremos como le fuera posible evitarlos.

Más había que asegurar el silencio de Barney.

Lo que sabía o sospechaba Barney Baker, no era cosa que debía ir manifestando a todos los habitantes de Packsaddle, como se lo había dicho a Buck Sidgers.

El rostro de Río Kid se ensombreció cuando pensaba en este problema. Era de toda necesidad silenciar a Barney y Río Kid no era hombre capaz de conseguir sus deseos recurriendo a los medios, que dada la conducta del ex capataz no hubiera vacilado en emplear cualquiera de los aventureros del Lazy-O, o de la cercana población.

Mientras pensaba en la forma de conseguir lo que le era urgente, llegó a la puer de entrada a la estancia, desmontó de caballo y se dirigió al lugar donde dormí los peones. Cuatro o cinco de los muchach lo saludaron al verlo pasar.

Long Bill que le salió al encuentro co dujo a Coceador al corral.

No eran pocos los que observaban al m chacho, con toda atención. No creían lo q afirmaba Barney Baker, pero ahora tení más interés en el muchacho aquel, que hab llegado quien sabía de donde y se hab hecho el amo del Lazy-O.

—¡Barney! — gritó el señor Fairf cuando llegó a la puerta del dormitorio. P ro en seguida se detuvo sorprendido. La c ma que ocupaba el ex capataz se hallal vacía. Río Kid con una extraña expresión su mirada quedó un instante indeciso. H bía dado a Barney Baker orden de aband nar la estancia, era cierto, pero, a pesar ello, estaba seguro de que lo encontrar aun allí.

El muchacho miró a los vaqueros que habían mirado.

—¿Dónde está Barney? — muchachos. — preguntó.

—Se ha ido, patrón, — respondió el m jicano Dave.

—¿Qué se ha ido? — agregó Río Kid co desaliento.

En aquel momento llegaba Long Bill d corral.

—Así es, patrón, Barney Baker está ya d marcha. Somos nosotros los que lo hemo obligado a partir. El canalla ha dicho Buck Sidgers que era usted Río Kid y lo muchachos no estamos de acuerdo con tene entre nosotros a traidores que puedan dela tarnos a la justicia.

—Seguramente, — afirmó el Pequeño.

Río Kid lanzó un profundo suspiro.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Hace ya más de una hora.

—¿Y no ha dicho si volverá?

—Creo que no hará tal cosa, patrón. E coyote sabe muy bien que como lo volvamo a ver por aquí le haremos pagar cara s osadía.

—¡Es cierto! — agregó el Pequeño

—¿Usted no se enojará con nosotros, pa trón, por que lo hemos hecho ir? — con tinuó Long Bill. — Nosotros sabíamos bie el juego que estaba haciendo y antes de qu lograra hacerle caer en alguna de sus em boscadas, lo hemos hecho marchar.

Río Kid, asintió con un movimiento d cabeza. Era la fidelidad hacia él, lo que ha bía hecho que los muchachos tomaran ta resolución. No podía disgustarse por ello aun cuando hiciera fracasar todos sus pla nes.

Ya en libertad Barney Baker, todo Pack saddle conocería en poco tiempo la histori que había referido a Buck Sidgers, y, preci samente, su interés estaba en que nadie pu diera sospechar jamás que el señor Fairfa pudiera ser Río Kid.

(Continuará)

El Enigma de la Casa Roja

Por T. C. Hanshew

(Conclusión)

SI, señor. La cerré y me llevé la llave arriba.

—Y sin embargo la encontró abierta por la mañana ¿eh?. ¿Tiene alguien más llave o la suya es la única?

—No, hay otra. El señor Leonard la tiene, señor. A menudo venía aquí, cuando yo no estaba, porque había salido con la patrona. Mandó hacer otra llave para no encontrar impedimentos, si yo me olvidaba de dejarle la mía.

—¡Ah!... El señor Leonard es el joven religioso ¿no? Bueno ¿y qué venía a hacer aquí cuando usted no estaba?

—Creo que a ensayar, señor, sin molestar a los otros. Tiene una voz, más bien débil y toma lecciones de elocución para mejorarla. Caminaba por aquí, horas y horas, recitando sermones o cosa por el estilo.

Aquí Grace Sparhawk creyó ver "luz" e hizo una agitada pregunta:

—Y las palabras dichas por la voz que gritó en la noche parecían de un sermón — exclamó — Oh, señor Headland... no cree posible que ese disco...

Cleek no la dejó continuar. Con una vehemencia que no justificaba causa tan trivial replicó prontamente:

—No, señora. No es posible... De ningún modo es posible. No diga cosa tan absurda. Recuerde la cualidad y características de la voz que el vagabundo declara haber oído. Era una voz aguda y nasal y Leonard Fulgarney no la posee así.

—¿Supongo que no creerá usted el cuento del vagabundo, señor? — dijo Wentworth. — Yo oí hablar de eso a la policía; pero debe ser pura invención. ¿No le parece? Ningún hombre, en su sano juicio, gritaría al cometer un crimen. Y además, ¿cómo iba a entrar y salir un hombre de las habitaciones de la patrona, dejando las puertas cerradas con llave?

—Quizá por las ventanas — replicó Cleek — Algunos de los barrotes pueden estar sueltos. Voy a examinarlos. Y para eso vine aquí Wentworth. Sabe donde puedo encontrar una escalera que llegue hasta las ventanas por el lado de afuera?

—¿Una escalera, señor? No, no lo sé. No la tenemos aquí. Pero le voy a armar una, señor. Venga por aquí ¿quiere? — Se dirigió a la puerta de vidrio que daba al invernáculo y la abrió. — Vea todas esas perchas y las pizarras que hay en los estantes. Pueden servir¿ verdad?

Cleek, que había seguido al chauffeur, se encontró en un sitio sucio y descuidado, con vidrios rotos en el techo, una serie de perchas de madera que se cruzaban de lado a lado y un estante de pizarra que lo rodeaba; sobre él había apilados cajones con pasto mohoso y en el extremo, un viejo papagayo africano y una ardilla gris, sarnosa, apenas con fuerzas suficientes para levantar la pelada cola.

—¡Oh!... cállate, bicho de porquería — exclamó Wentworth porque al entrar ellos, el ave empezó a agitar las alas y lanzar chillidos enojados. — Cualquier día le voy a apretar el pescuezo, señor Headland. ¿De quién son? ¡Oh!... es todo lo que queda del "Feliz Hogar" del pobre señor John. Vea, señor. No se podría improvisar una escalera con estas perchas y pizarras?

—Creo que se puede hacer muy bien — contestó Cleek. — Arréglela lo más pronto posible. ¿Tiene un fósforo, por casualidad? ¡Oh... no importa! Ahí está el brasero. Y esto servirá.

"Esto" era un pedazo de papel blanco que, junto con otra basura y paja estaba sobre el piso. Se agachó, agarró el papel, cortó una tira y la retorció, formando una tosca mecha se acercó al brasero y con la improvisada mecha encendió un cigarrillo. Poco después, Wentwarth, habiéndose procurado serrucho, martillo y clavos, empezó a arrancar pizarras y a echar abajo las perchas. Con estos y los chillidos del papagayo, el ruido en el invernáculo era insoportable.

—Ese papagayo le va a sacar un ojo el día menos pensado, si se descuida, mi ami-

go — declaró Cleek, mientras Wentworth arrastraba el último pedazo de madera al garage, seguido por los gritos del ave enojada. Wentworth cerró de un puntapié la puerta del invernáculo y se aplicó a la "fabricación" de la escalera.

—Parece que ya lo hubiera atacado, por la señal que tiene en la mejilla — prosiguió Cleek. ¿Fué el papagayo?

—¿Esto? ¡Oh no! Me corté yo mismo afeitándome ayer por la mañana. ¿Quiere empujar hacia aquí esa caja de clavos, señor? Pronto terminaré esto. ¿No quiere sentarse, señora, mientras espera? No se me ocurrió ofrecérselo antes.

—No, gracias — contestó la señora Sparhawk, bastante molesta. — Voy a pasearme por el camino mientras usted acaba. El ruido del martillo me da dolor de cabeza.

Salió del garage y empezó a pasearse por el camino que daba vuelta a la casa; de vez en cuando miraba nerviosamente las ventanas con rejas.

—Bonita mujer — comentó Cleek.

—Sí, — convino el chauffeur. — Es yankee ¿no? Yo no me fío de los yankees. ¿Y usted? Cleek estuvo un instante silencioso; luego dijo en voz baja.

—No me fío de "ésta" al menos. Le voy a decir algo en confianza; pero cuidado con repetirlo. Esto me parece cosa de yankees. Y es curioso como el marido de la dama se hizo humo ayer. ¿Por qué? ¡Chit! Cuidado. No hable. Ella mira hacia aquí. Y es astuta como el diablo. Si me llaman de pronto, hágame un favor. ¿Quiere? Vigílela. No le pierda ojo un instante. Comprendo su pequeño juego. Ella anda atrás mío viendo que pequeños rastros encuentro y como marcha la cosa. Pero no le vendará los ojos a este tío, Wentwroth... no se los vendará.

X

Wentworth siguió martillando y aserruchándo con tan buena voluntad que, al cuarto de hora de haber empezado, colocó el último peldaño de la escalera improvisada.

—¡Ahí la tiene! — exclamó y, con las manos en las caderas examinó el resultado de su trabajo. — Quizá no será una obra maestra de carpintería, señor; pero creo que servirá para lo que usted la necesita.

—Claro está — convino Cleek, levantándose del cajón donde estaba sentado, junto al brasero y reuniéndosele. — Es un poco corta, quizá; pero, como usted dice, puede servir. Ahora, ayúdeme y vamos a llevarla hasta la pared del costado, lo más pronto posible. Estoy deseoso de mirar de cerca la ventana del cuarto medio.

Evidentemente también Wentworth ansiaba lo mismo porque lo ayudó rápidamente en la tarea de transportar la escalera y entre los dos obraron con tanta decisión que pronto estuvo la escalera arrimada al muro y Cleek subió hasta la mitad, sosteniéndola Wentworth con ambas manos. De pronto una exclamación de sorpresa de la señora Sparhawk les llamó la atención y dándose vuelta vieron una cosa curiosa. Una procesión, formada por todos los miembros de la casa, desde la señorita Fulgarney hasta Marcela, avanzaba hacia ellos por el sendero enarenado. A la cabeza de ella marchaban dos cabos, uno de ellos era Brunner, que debió estar de guardia en la puerta del cuarto de la muerta y el otro Adams, a quien se había puesto en los portones de la Casa Roja. Cada uno de ellos tenía agarrado por el cuello a un joven de nariz chata y cabellos color jenjibre, debajo de cuyas muñecas cruzadas la argolla de las esposas resonaba metálicamente.

—Lo agarramos esta vez, señor... Estaba escondido en el corredor de arriba — dijo el cabo Brunner, mientras Cleek y Wentworth se daban vuelta y los miraban. — No hay necesidad de buscar más rastros. Este es el tipo que cometió el crimen.

—Maldito si comprendo... — exclamó Cleek en tono de profundo asombro; luego se dió vuelta en la escalera miró a los ojos a Wentworth que abría los suyos tamaños y empezó a bajar la escalera, perdió pie, cayó como una avalancha y... ya estuvo.

Su cuerpo pegó con fuerza contra el pecho de Wentworth; sus brazos lo rodearon con la rapidez del rayo, sujetándolo como entre una banda de acero; gritó vivamente:

—¡Agárrelo, Dixon! Póngale las esposas ¡Rápido! Es fuerte como un toro y está armado.

En un abrir y cerrar de ojos el aspecto de la cosa cambió. Porque los dos cabos se lanzaron hacia adelante como un par de catapultas, el joven de cabellos color jenjibre se metió entre los hombres que luchaban con un "Está bien, patrón. Aquí están las pulseras". Esto fué seguido por el clic del acero y cuando el resto de la pequeña procesión llegó, lanzando gritos y haciendo preguntas Wentworth, con las esposas puestas, luchaba violentamente contra los dos cabos y Cleek decía con acento aprobador, mientras palmeaba el hombro del joven de cabellos color jenjibre.

—Muy bien, muchacho. ¡Bravo Dixon! Y mil gracias, cabo Brunner, por haber llevado mi mensaje y desempeñado su papel.

Luego, espectacularmente como tenía por costumbre en momentos así, se dió vuelta hacia el clamoroso grupo, se quitó el sombrero y con una reverencia teatral añadió serenamente.

—Señores y señoras, mis felicitaciones. El asesino de la señorita Connie Montressor está en manos de la justicia y este pequeño e interesante enigma ha sido aclarado.

—¡Es mentira! — gritó Wentworth con despreciativa sonrisa. — ¿De modo que esa es la explicación de esta pequeña comedia, no? ¿Yo el asesino? ¿Yo? ¡Dios santo! ¿Qué iba yo a ganar asesinándola, pedazo de idiota? ¿Qué tenía que ver con sus asuntos? Desde el primer momento me pareció usted un estúpido, Headland; pero...

—Cleek, a sus órdenes — interrumpió tranquilamente el detective — Podemos "enterrar" al señor George Headland. En adelante seré Cleek.

—¡Cleek! — exclamó McTavish. — Cielos ¿Es usted ese hombre maravilloso?

—Sí, señor McTavish, sí, señorita Fulgarney; sí, señoras y caballeros, Cleek de las Cuarenta Caras, a vuestras órdenes. Ob-

Los cabos se lanzaron sobre el chauffeur y el joven del cabello color jenjibre le puso las esposas.

servad, sin embargo que el nombre de Yusif produce más efecto al señor Wentworth, aquí presente, Es natural; está muy acostumbrado a él. Dejadme presentaros a nuestro versátil caballero, que fué en un tiempo Yusif, mozo del Café de la Media Luna, en Soho; más tarde el terrible luchador turco Yusif, en teatros y music halls de tercera clase; y todo el tiempo, Yusif, cuyo hermano es mayordomo de ese seductor personaje de Oriente, el príncipe Ahmed ben Ulla, cuya mano es quien ha dirigido todo este asunto.

—¡El príncipe Ahmed ben Ulla, el mejor amigo de mi tía!

—Al contrario, señorita Fulgarney — replicó Cleek, el peor enemigo de su tía, si me permite corregir otro de sus desdichados errores en este asunto.

—¿Mis errores se...señor Cleek? ¿Mis errores?

—Sí, con respecto a su hermano Stanley. A despecho de lo que usted pensó y lo que hizo anoche, es completamente inocente, puede creerme. Pero ya se sabrá a su tiempo. Por el momento dediquemos nuestra atención a nuestro amigo el turco que...

—¡Bah! Está usted loco — interrumpió el chauffeur, haciendo un último y desesperado esfuerzo, riendo con risa temblorosa. — Vea, Brunner, no deje que este chiflado lo ponga en ridículo, porque será luego usted el hazme reir de la policía. ¡Turco yo! ¡Bravo, mi gran señor Cleek! Mejor es que se cubra las orejas de burro, mi amigo, y busque en otra parte. Ha visto algún turco con cabello rojizo y tez blanca?

—No, no lo he visto — contestó Cleek con entera serenidad. — Su "maquillage" es muy hábil, Yusif. Lástima que no haya podido también cambiar otros detalles de su fisonomía. Porque si bien es cierto que nunca vi turcos con cabellos rojizos y cutis blanco, es igualmente cierto que tampoco vi a nadie que los acompañara con ojos negros como el carbón. Conocí esos ojos no bien los vi, Yusif. Hace tiempo que ocurrió eso, seguramente; pero tengo buena memoria, afortunadamente y... vea se inclinó de pronto hacia adelante, las facciones arrugadas y los ojos achicados. Todo su semblante tomó una expresión distinta. — ¿Nunca sirvió a un tipo así en el Café de la Media Luna. Yusif? ¿Nunca tropezó con este tipo cuando daba sus maravillosas exhibiciones de lucha en el Brazo Torcido, en París, "mon frére?

—¡Maldición! ¡El ratero!

—Efectivamente, Yusif. Esta pequeña tarea suya fué muy fácil ¿no? El príncipe le ofreció a usted una suma espléndida y usted tenía todas sus cosas de luchador a mano ¿verdad? ¿A qué las lleva todavía, debajo de la ropa? Naturalmente, naturalmente. No iba a ser tan tonto que las dejara por ahí, en caso de registro. Por eso no me molesté en subir, cuando usted me lo propuso. Sabía que nada iba a hallar. ¡Oh! fué usted muy hábil, Yusif, endiabladamente hábil. Pero no debió usar tiza en polvo, se sale, bien sabe usted. Y las ropas de la pobre mujer estaban llenas de ella. Si, ya sé que era más fácil obtener que pintura y más fácil también de quitar. La tiza se podía conseguir, además, en cualquier farmacia de Kew y traerla a la casa, por medios sencillos: fingiendo un dolor de cabeza, por ejemplo. Una toalla enrollada alrededor de la cabeza y la tiza oculta en sus pliegues. Fué muy hábil, Yusif; pero no debió usted haber hecho una bola con el papel que la contuvo y tirarla, después que terminó la tarea. Si, ya sé... las cosas menos escondidas son las mejor disimuladas. Pero el papel y el lacre que usan los farmacéuticos, son cosas que se distinguen, aun en un montón de paja mohosa y en las jaulas de los animales. Y... otra cosa, Yusif, debió usted haber matado hace tiempo a ese papagayo. Entonces el pequeño cuento del tajito que se hizo en la mejilla hubiera colado mejor. Fué el papagayo que lo picó ¿verdad? Voló hacia usted y lo picó antes de que pudiera evitarlo. Y, aunque no se fijó en su excitación, la herida sangró un poco. Dejó una mancha en el mármol, cuando su mejilla tocó la estatua, al volver usted a colocarla sobre su pedestal. Así que, naturalmente, cuando vi esto... ¡Hola! ¿Se ha desmayado como una mujer? ¡Bah! Así son estos títeres de Oriente, Narkom. Siempre pierden el valor cuando el juego ha terminado y se hallan de espaldas a la pared.

Un minuto después los dos cabos se habían llevado al hombre desvanecido y Cleek fué sitiado por el grupo que le pedía explicaciones.

—Por amor de Dios, Cleek ¿qué significa todo esto? Yo no le encuentro, ni pies ni cabeza. ¿Por qué mató ese sujeto a la pobre señorita? ¿Qué fin persiguió? ¿Cuál es l respuesta a este enigma?

—¿La respuesta, Narkom? Poco a poc por favor. No habléis todos a un tiemp Dejadme seguir el hilo de mis ideas. La res puesta es que el testamento de la señorit Connie Montressor nada tiene que ver co esto. Nada absolutamente; que John y Ethe Fulgarney hallaron la muerte por accidente que aquellos diez años en que la señorit Connie desapareció del mundo, los pasaro ella y su doncella Marcela en el harem de príncipe ben Ulla.

—¿El harem? — repitió la señorita Fu garney. — ¡No... No puede ser!

—Despacio... despacio... señorita Fu garney. La infortunada dama no entró a é por su voluntad no tenía la menor idea de lazo en que iba a caer. Fué invitada a visi tar el palacio de ben Ulla. La pobre criatur creyó que se le concedía el privilegio de ve con sus propios ojos aquel tesoro sin par la Escalera del Cielo.

—¿La Escalera del Cielo, señor Cleek ¿Y qué es la Escalera del Cielo?

—La joya más maravillosa que ha imagi nado el arte del hombre, señorita Fulgar ney. Es un collar compuesto de muchas vuel tas, en escalera, de piedras preciosas, qu cae casi hasta la cintura de quien lo lleva Embellecido, además, por dos largas cadena de grandes diamantes, las cuales terminar en un par de maravillosos brazaletes, incrus tados de gemas.

Se dice que perteneció a la reina de Saba a quien se lo regaló el mismo Salomón Pero sea esto o no verdad, lo cierto es qu no tiene semejante en el mundo. Y por es pacio de varios siglos ha sido propiedad d la casa de ben Ulla. Cuando el príncipe Ah med heredó el título de su difunto padre heredó también la maravillosa joya. Fué l trampa usada para atraer a la señorita Mon tressor dentro del palacio. Porque el colla no se exhibe nunca ante los "infieles" y la idea de verlo debe haber tentado su corazón de mujer.

Sea como fuere, él le dijo que tenía que arreglarlo todo para que la visita fuera l más secreta posible, a fin de que no fuera a enterarse los de la Verdadera Senda. A su vez ayudó ella al secreto, no diciendo a nadi donde iba ni dejando rastros que pudiera descubrirlo. El que el príncipe incluyera a Marcela en la invitación, no necesita explicaciones. Sencillamente no quería él dejar a nadie que pudiera hacer pesquisas o causar conflictos internacionales; porque secuestrar a una mujer británica y mantenerla prisionera, obligándola a semejante vida, era peligroso y si John Bull hubiere tenido la menor sospecha, una hermosa mañana se hubiera despertado Ahmed con un nido de avispas dentro de su turbante.

—¡El miserable!

—Es la calificación que merece, señor Norkan. Yo quisiera poder probarle este crimen; pero él debe haber hecho muy cuidadosamente sus planes para que sea posible. La repugnancia de la señorita Montressor a decir la verdad, cuando volvió al mundo, lo ha ayudado, naturalmente. Ella fué atraída

Connie Montressor fué conducida al harem

al palacio, con la esperanza de ver la Escalera del Cielo y en vez se le hizo descender la Escalera del Infierno. ¡Pobre mujer! Nunca vió el sitio donde se guarda la joya y mucho menos la joya misma. Y lo propio ocurrió con su doncella Marcela.

—Mo, m'sieur. ¡Ah, le bon Dieu, no! — replicó la francesa torciéndose las manos y sollozando. Nada absolutamente vimos. Cuando estuvimos dentro de los jardines del palacio, comprendimos la verdad. Mademoiselle gritó y yo... yo perdí el sentido. Entonces los guardias nos separaron y... y... no puedo pensar como vivimos después, m'sieur. Por mucho tiempo estuvimos como locas; luego un día, mademoiselle hizo una tentativa para escaparse y... y... la agarraron, monsieur. Oí los latigazos con que cruzaban su pobre espalda y sus horribles gritos.

—¡En la espalda... en la espalda! — exclamó Narkom. — Entonces esas marcas, Cleek.

—Son efectivamente huellas de latigazos — replicó Cleek. — Yo sabía que, si las hallaba, lo que había supuesto — y que las reticencias del señor McTavish, cuando discutimos la desaparición de diez años, me dijo que él también sospechaba — resultaría probado. El resto fué muy fácil; no había más que reunir los cabos sueltos, amigo mío. Pero no me atribuya el descubrimiento de esta historia a un sobrehumano poder de deducción. Fué cuando vi a Marcela que sospeché la verdad y de sus labios supe lo que ahora estáis escuchando. Vi que sus uñas ostentaban todavía señales de haber sido teñidas con henna, costumbre que todavía practican las mujeres de Oriente y en parti-

cular las damas del harem. Eso, añadido a mi conocimiento de la amistad que había existido entre la señorita Montressor y ben Ulla, así como el saber a éste poseedor de la Escalera del Cielo, reforzaron mis sospechas y disparé un tiro al azar nombrando la célebre joya a Marcela. El tiro dió en el blanco y yo le pregunté a Marcela en turco: ¿Le gustó la vida en el harem, mademoiselle? ¿Estaría dispuesta a volver a ella? Creyendo ver en mí a un emisario de ben Ulla, Marcela lanzó un grito y huyó. La perseguí, como sabéis y, detrás de aquella puerta cerrada, ella me contó lo que yo deseaba saber sobre los diez años de misteriosa ausencia de la señorita Montressor.

Señorita Fulgarney... — se volvió a Mary y su voz adquirió un tono más dulce — Marcela le contará todos los detalles de como ella y su tía de usted lograron escapar a su horrible esclavitud... y no con las manos vacías, por cierto. Contrariamente a lo que usted cree, la señorita Montressor no era rica. Sus economías eran muy modestas y ben Ulla la persuadió de que las sacara del banco, a pretexto de invertírselas convenientemente. En vez de eso se las robó, para que no tuviera medios de sobornar a nadie y huir. Cuando ella escapó cobróse todos aquellos años de esclavitud y el dinero que el príncipe le había robado, llevándose una fortuna en joyas: sartas y más sartas de perlas, collares y más collares de diamantes, esmeraldas y rubíes. Para recobrar éstas y para cumplir la amenaza que le hizo más de una vez de que, si escapaba, sufriría la muerte del harem: extrangulada, fué que el príncipe la hizo asesinar anoche.

—¡Dios! ¡El dogal!... ¡Y pensar que nunca se me ocurrió eso! De modo que el nudo corredizo no provenía de un violín ni de una raqueta de tennis? — dijo Narkom.

—No. Yusif tenía la misión de ahorcarla con un dogal de tripa, Narkom, y de recobrar las joyas. Si no lo hubiese arrestado, la semana que viene se hubiera embarcado con ellas, rumbo a Turquía. A pesar de su opinión en contra, señorita Fulgarney, su tía poseía joyas muy valiosas y las guardaba en esta casa. Sabía que ben Ulla trataría de recobrarlas y matarla y para despistarlo adoptó un sistema particular. Vendía parte de las joyas sólo cuando necesitaba dinero y el resto las llevaba sobre su persona, día y noche. Cuando volvió a su tierra natal, la antigua vida la atrajo y decidió volver al teatro. Pero con los hombros marcados por latigazos no podía presentarse en público, sin que la historia de aquellos diez años traslucíera. Como a todas las mujeres, repugnábale semejante confesión y para cubrir sus cicatrices, a la vez que proporcionar a las joyas escondite seguro, recurrió a un invento francés que ha servido a muchas otras actrices, antes que ella, en la forma de...

—¡Hombros artificiales! — exclamó excitado Narkom. — Ese maravilloso invento parisiense de goma esmaltada que se mete por la cabeza y cuya línea de unión se oculta por medio de un collar o de...

—Una tira de terciopelo alrededor de la garganta — terminó Cleek. — Va usted llegando a saltos al fin, Narkom. Debajo de esos hombros artificiales que llevaba la dama, ocultaba las joyas, como se lo dirá a usted Marcela. Por eso tenía esas marcas azuladas y las ligeras depresiones del cutis. Unas eran el tizne que produce el oro al frotar constantemente contra la carne, las otras causadas o bien por la presión natural o por la violencia de Yusif al quitarle las joyas. ¿Qué le pasara, señor McTavish? No, no queda duda de que es Yusif el asesino... ¡Pardon! ¿Qué como pudo entrar en las habitaciones de la señorita Montressor después que ésta cerró la puerta con llave? Mi querido señor, no entró... estaba ya allí. Esta fué la parte más hábil del plan. Marcela le dirá a usted que encontró la puerta del cuarto del medio abierta, cuando subió a buscar unos polvos para la jaqueca. La señorita Montressor no tenía motivos para cerrarla durante el día, estando rodeada de personas de confianza. No queda duda de que el sujeto entró a esa hora en la habitación. Se había preparado ya para su papel, de modo que lo único que tuvo que hacer fué quitarse su traje de chauffeur y las botas para quedar con la malla blanca de los luchadores profesionales. Luego se sacó la toalla que le envolvía la cabeza y se blanqueó la cara y manos con tiza; entró en la alcoba, levantó la estatua de Apolo de su pedestal, la ocultó con la cortina, subió él sobre el pedestal, adoptó la actitud de la estatua y... ya estuvo.

—Por todos los demonios del infierno, ¿ocupó él el sitio de la estatua? — exclamó Narkom.

—Precisamente. Tenga la bondad de recordar que la vista de la señorita Montressor había sido dañada por el vitriolo — sin duda hazaña del mismo miserable que cambió los frascos, dicho sea de paso — y como el cuarto donde estaba la estatua no lo usaba ella de noche había pocas probabilidades de que el cambio se advirtiera. Lo único que tenía que hacer era esperar que todos se fueran a la cama, señorita Fulgarney, y luego saltar sobre ella y ahogar su grito con el dogal. Creo, sin embargo, por la actitud reposada del cuerpo y la falta de señales de lucha, que su corazón debió fallar no bien el asesino saltó sobre ella y que murió más de miedo que de otra cosa. Naturalmente que el brazo blanco, "que parecía de tiza" visto por el vagabundo, fué el de Yusif. Le vió alzarse y apagar la luz. Después de eso como todas las puertas están provistas de cerradura "Yale" no tenía más que cerrarlas y dejar las llaves del lado de adentro.

—Si... ¿pero la voz, señor Cleek... la voz que yo creí era de mi hermano, de Stan?

—¡Mary — exclamó Stanley... tú... tú creíste!...

—Sí, lo creí, Stan, lo creí. Me desperté. Salí corriendo y fuí a tu cuarto; pero la puerta estaba cerrada con llave y no pude entrar... no obtuve respuesta y no me atreví a hacer ruido por miedo de despertar a los demás. Y luego... luego oí que alguien se movía abajo... en el cuarto de tía. Me sentí desfallecida y corrí a mi cuarto, me encerré con llave, me tiré en la cama y por varias horas no supe nada más.

—No supo usted nada más entonces, se-

PROXIMAMENTE EN

PUCKY

LATIGO NEGRO

ñorita Fulgarney — intervino Cleek suavemente; luego le hizo señas de que lo siguiera al garage y Mary lo hizo, lo mismo que todos los demás.

—Vea, — dijo deteniéndose junto al brasero de carbón — aquí fué donde los hombros artificiales o lo que de ellos quadaba después que el asesino los cortó, fueron quemados. Todo había sido preparado de antemano. Por eso cortó Yusif las gomas del auto a fin de que el olor de la substancia nauseabunda empleada para componerlas disimulara el de la goma quemada. Y aquí — se dirigió hacia el auto y parado junto a él indicó el tanque de la nafta — es donde ocultó el botín. Mire esto, señor McTavish. Aquí está la fortuna de los herederos de la señorita Montressor. Ben Ulla nunca se atreverá a reclamar las joyas, no se atreverá a poner más los pies en Inglaterra. Y esto puede venderse en... ¿cuánto le parece?

Al hablar se inclinó sobre el tanque de nafta y un instante después sacó las manos llenas de sartas y sartas de piedras preciosas.

—Tómelas, señor McTavish. Me parece que es usted el único que posee flema suficiente para contemplarlas sin estremecerse. Téngalas y guárdelas bien hasta que estos jóvenes estén más tranquilos. Representan una buena suma de dinero y pertenecen legítimamente a los herederos de la señorita Montressor. Y ahora un último punto, una pequeñez que necesita ser aclarada, señoras y caballeros.

Dirigióse hacia la puerta del invernáculo, la abrió y diciendo primero ¡Pedrito lindo! miró al papagayo y dijo con tranquilidad: "El infierno para los embusteros, Pedrito; el infierno..." No tuvo necesidad de decir más porque de pronto el papagayo levantó la cabeza y empezó a chillar:

"El infierno para los embusteros. El infierno para los corrompidos. ¿Quieres retractarte y ser perdonado o continuarás y sufrirás el castigo"?

—La voz, señorita Fulgarney, la voz que reprodujo el disco de cera — dijo Cleek, dándose vuelta y hablando por encima del tumulto de gritos. — Nuestro amigo Pedrito repetía las palabras que había aprendido con los ensayos contínuos del hermano de usted que se prepara para la iglesia. Esa es la solución del misterio. Como Yusif no se preocupaba de dar de comer al ave, ésta volaba donde podía encontrar alimentos, a la habitación de la señorita Montressor, como lo prueba la suciedad del antepecho de la ventana. Estaba anoche allí, se precipitó contra Yusif, como de costumbre, y le gritó la frase que había aprendido tan bien. Recordad el aleteo que precedió al grito del gramófono; era el ruido de las alas del pájaro. ¿Nunca os habéis fijado como la voz de un papagayo africano se parece a la del hombre que tiene acento nasal? Si no, fijaos ahora y voilá. Eso es todo, señoras y caballeros. El enigma está aclarado.

—¿Qué como encontré la pista? — dijo Cleek contestando a una pregunta de McTavish, mientras él y Narkom esperaban en el

living-room de la Casa Roja la vuelta de Dixon que había ido en busca del auto. — Para ser franco una especie de telepatía comunicó las sospechas que usted abrigaba respecto a los diez años de ausencia de la señorita Montressor a mi cerebro. Me hizo relacionar a Ahmed ben Ulla con el crimen. Y como conocía el carácter del hombre, la idea del harem tomó vaga forma. Respecto a los hombros artificiales, la observación de la señorita Fulgarney sobre la cinta de terciopelo que usaba su tía, me lo hizo adivinar. A decir verdad, al llegar aquí esperaba que la muerta los tuviera puestos, aunque confieso que hasta que vi las marcas no sospeché que ocultara debajo de ellas los joyas. ¿Cómo dice, señora Sparhwak? ¿Qué como supe que las joyas estaban dentro del tanque de petróleo, sin haberme acercado al auto? Mi querida señora, no lo sabía; fué una corazonada feliz. Sabía sólo que tenían que estar ocultas en el auto porque Yusif lo descompuso a fin de que nadie pudiera sacarlo sin su conocimiento. Además, su mala voluntad para ir a otra parte en busca de una escalera demostró que no tenía deseos de que alguien fuera a andar investigando en el garage mientras él estaba ausente. No podía meter las joyas en los neumáticos y no iba a ser tan tonto de esconderlas debajo de los almohadones. El sitio más seguro era el tanque de nafta.

¿Qué me hizo sospechar que Yusif había ocupado el sitio de la estatua, Narkom? ¡Vamos! ¿Sin duda se fijó usted de que no estaba bien colocada sobre el pedestal? Eso sugería que había sido movida, aunque no sé como ni cuando. Decidí eso cuando me acerqué más y la examiné. Hacía muy poco tiempo que la habían movido, porque mientras otros pequeños objetos de la habitación, hasta los pequeños bustos que usted me vió bajar y examinar, demostraban que hacía varios días no se sacudía la habitación, la estatua de Apolo estaba tan limpia de polvo como la cara de usted, excepto en los huecos de la escultura. Eso quería decir que había estado en contacto con algo que sirvió de plumero, sin que se le hubiera empleado con ese fin. También en un sitio donde froté la mano encontré polvo de tiza, invisible para los ojos sobre la blancura del mármol.

Otra cosa. En un sitio, a nivel de la mejilla de un hombre que hubiera levantado la estatua del suelo para colocarla sobre su pedestal, había una manchita de sangre seca. Y como en el crimen no se había advertido sangre, me dije: "Se necesita fuerza para levantar esta estatua; cuando encuentre un hombre hercúleo, como de nueve pies de altura y que tenga una lastimadura en la mejilla, es probable que sea el asesino. No solamente encontré a un hombre de esa altura y con la marca en la mejilla, si no que también usaba botines con tacones cuadrados (aunque luego resultó que le fueron regalados por el señor Leonard, aquí presente). La cosa era clara como el día ¿no? ¿Qué tienen que ver en el asunto los tacones cuadrados? Mucho, señor Narkom. Después que nuestro joven amigo Standley llegó a la posada esta tarde y mientras todos conversábamos del asunto, oí un movimiento en los arbustos, cerca de la ventana, señal segura de que alguien trataba de meterse por entre las ramas, procurando no ser notado.

En otras palabras, que alguien se había agazapado debajo de la ventana para oír nuestra conversación. Podía ser la señora Bodstone, para satisfacer su natural curiosidad femenina; pero si no ella, resultaba evidente que alguien más tenía interés en escuchar aquella conversación y que aquel interés debía ser secreto, de otro modo no habría tomado el oyente precauciones para que su presencia no fuera descubierta. Más tarde, cuando nuestros clientes se retiraron, yo me acerqué a la ventana con el pretexto de contemplar el jardín. Vi el cantero de flores pisoteado al pie de la ventana e impresas claramente las huellas de un par de botines con tacones cuadrados.

—Entonces fué el amigo Yusif que vino a espiar y oír qué teorías adelantaría el gran Cleek. ¡Cielos! ¡Qué desgracia para él que su ex novia le quemara los botines y tuviera que ponerse los que le dió el señor Leonard! Nos ayudó sin saberlo, la pequeña arpía.

—¡Oh no! — dijo Cleek sonriendo indulgentemente, al ver a Dixón entrar en la habitación. — Los zapatos, fueran como fueran, hubieran sido siempre los de Yusif, mi amigo. Redondas o cuadradas, las huellas de los tacones hubieran correspondido a los botines que Yusif usaba. Venga, Dixon. Salgamos y terminemos de sacar algunas telarañas que todavía faltan

FIN

EL DIARIO

Los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 16 horas, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón

Señor Jefe de Circulación de
EL DIARIO
Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO—(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . . . .

Domicilio . . . . . .

. . . . . .

Localidad . . . . . .

. . . . . F. C. . . . . .

EN TIEMPO DE LOS GLADIADORES

Por ALFRED ARMITAGE

Aventuras maravillosas de dos príncipes britanos en la época de los gladiadores

(Continuación)

UN momento después el espacio que separaba a ambos ejércitos desapareció y romanos y britanos se encontraron cara a cara. A lo largo de la línea de defensas brillaban las armas y las doradas águilas de Roma se mezclaban con los estandartes de Britania. Era algo terrible oír los gritos de unos y otro os toques de corneta y el incesante chocar de las armas.

Pero se notaba con claridad que algo no narchaba satisfactoriamente. ¿Podía ser posible que los invencibles miles de hombres de Boadicea hubiesen encontrado ya un adversario superior a ellos? Una y otra vez la enloquecida ola de peludos britanos se lanzó contra la baja pared de tierra y fué rechazada por los escudos y las espadas de los bien disciplinados legionarios.

¡Qué horrible cuadro el que se presentó ante los ojos de Prasago y de los muchachos y de los demás impacientes ocupantes de la línea de carros que esperaba! Por encima de la extensa línea de defensas saltó una y otra legión de soldados romanos, generales, centuriones y pretores. Brillaron las espadas sonaron las cornetas y las águilas de oro moviéronse orgullosas.

De tal modo se precipitaban los romanos, que poco a poco, los britanos veíanse obligados a retroceder. El miedo se apoderó de ellos. Retrocedieron en derrota por la llanura. Los estandartes, uno tras otro, fueron abatidos y rodaron por el suelo siendo pisoteados por las legiones que avanzaban.

En tan crítico momento el carro de Boadicea salió de entre las filas de aterrorizados soldados. La reina dirigió su carro hacia donde estaba Prasago y luego se volvió hacia las líneas enemigas.

—¡Adelante! — gritó la reina. — ¡A la muerte o a la libertad! ¡Aplasten al invasor bajo las ruedas de los carros! ¡Háganlos volver a pasar por encima de las murallas! ¡Adelante, por Britania y por los dioses!

Un estallido de terribles gritos llenó el aire y la tierra retembló al rodar de los carros que avanzaron con ímpetu avasallador.

Boadicea avanzaba a su cabeza y tras de ella corrió un mar de caballos lanzados al galope castigados con furia por los largos látigos de los conductores. Los guerreros gritaban blandiendo sus lanzas y las hoces de las ruedas relucían a los rayos del fuerte sol.

Uno a cada lado de Prasago, Harl y Hamo se hallaban de pie, serenos y valientes. Ya se habían acostumbrado a los sacudimientos del vehículo y estaban dispuestos a mostrar cuánto les habían aprovechado las lecciones que les habían dado.

Cada vez más cerca del enemigo estuvo la línea de carros. Parecía que nada iba a poder detenerla, que nada podría resistir su ataque. Pasó por entre las filas de los asustados britanos que retrocedían y los esparció a derecha e izquierda.

Algunos no pudieron quitarse de su paso, pero no hubo ayuda posible para ellos. Cayeron lanzando gritos de terror y de agonía y perecieron debajo de los cascos de los caballos o cortados en pedazos por las terribles hoces atadas a las ruedas.

Pero miles de britanos recobraron su serenidad y su valor al ver aquella furiosa carga y en vez de seguir huyendo corrieron tras de la línea de carros y atacaron una vez más al enemigo gritando el nombre de Britania y de sus dioses.

Los últimos que quedaron de la desmoralizada horda dejaron el campo libre y las dos líneas enemigas se encontraron nuevamente una frente a la otra. Los carros siguieron avanzando, saltando por encima de montones de heridos y de muertos hasta que se vieron rodeados por los soldados de Suetonio.

La escena que se desarrolló entonces fué cruenta y resultó, en realidad, algo indescriptible. La línea fué inmediatamente cortada pero muchos de los carros llegaron hasta la misma muralla. Centenares de romanos perecieron bajo las hoces de las ruedas o pisoteados por los caballos, cuando no heridos por los desesperados britanos.

En aquel momento fué cuando pudo esperarse que la victoria se inclinaba a favor de los britanos, porque más de la mitad del ejército de la reina se lanzó a apoyar la acción de los carros. Durante un tiempo los estandartes de Kent y Norfolk y Suffolk avanzaron con firmeza mientras las águilas romanas permanecían quietas.

Pero aun quedaban muchas legiones de reserva del otro lado de la muralla, y estas fueron las que avanzaron feroces a hacer frente a los carros mientras sus compañeros atacaban a los soldados a pie.

Los carros fueron atacados por todas partes. Se vieron obligados a dispersarse. Entonces el enemigo cortó los tiros de los caballos de modo que, impedido el movimiento de los carros dejaron de ser mortíferas las hoces que tenían en las ruedas.

El carro en que iban Prasago y sus compañeros fué uno de los que llegaron hasta la pared de tierra después de haberse abierto paso por entre grupos y más grupos de romanos, muchos de los cuales perecieron heridos por las certeras armas de Harl y de Hamo. Allí estaba también el carro de Boadicea. Ambos se vieron en seguida rodeados por una horda de enemigos al mando de centuriones y de un pretor que había reconocido a la reina.

Ya era tarde para alejarse en busca de sitio seguro; además, en cuanto los conductores agitaron los látigos, los romanos mataron a los caballos.

Urgidos por la presencia de la reina y por sus voces entusiastas, los britanos pelearon como dementes con la esperanza de ver de un momento a otro, que las filas de sus compañeros acudieran en su auxilio. Pero no tuvieron la suerte de ver el desarrollo de la batalla, porque todos perecieron peleando en el sitio donde estaban.

Los vengativos romanos, ampliamente protegidos por sus escudos de bronce y sus corazas de cuero, se reunieron como un enjambre en redor de los dos inmóviles carros, cuyos ocupantes tenían la ventaja de hallarse a un nivel superior al del suelo y de encontrarse protegidos por tres lados por los costados de madera del vehículo.

El que manejaba el carro de Boadicea fué el primero en caer. Una lanza le hirió con tal certeza que le mató haciéndole caer sobre los caballos muertos. Al ver esto Harl y Hamo sintiéronse como enloquecidos. Con sus escudos, que utilizaban hábilmente, en una mano, blandían sus espadas atacando a los soldados de cascos de bronce y petos de cuero.

Un centurión se subió gritando a una de las ruedas del carro, pero antes de que su espada alcanzase a herir, Hamo le hundió su arma en el cuello. El centurión cayó hacia atrás, dando en las puntiagudas hoces de las ruedas, Harl mató a dos de tres romanos que intentaron subir al carro por la parte de atrás. El sobreviviente logró herirle en el brazo izquierdo. Los golpes de las jabalinas en su escudo hiciéronlo retroceder y caer de espaldas a Hamo. Se levantó rápidamente, sin hacer caso de la herida que le sangraba.

Lanzando gritos de guerra, Prasago resistía y atacaba al enemigo y en el contiguo carro Boadicea se había quedado con dos compañeros nada más, Su aguda y fuerte voz vibró sobre el tumulto cuando hundió su espada en el corazón de un insolente pretor que la atacó.

Un breve intervalo que se produjo en la pelea permitió a Harl dirigir una mirada en redor. Con amargura, furor y desesperación, vió que la mitad de los ocupantes de los carros habían desaparecido, y que las terribles legiones de Seutonio dispersaban a los britanos por la llanura en muchas y diversas direcciones.

Mientras miraba, un agudo grito hirió su oído. Miró hacia el sitio de donde procedía el grito y vió a su hermano peleando con dos soldados romanos que habían subido a una de las ruedas del carro. Brillaron las cortas espadas romanas y Hamo cayó, sangrando, al piso.

Harl atacó a los soldados pero éstos se escurrieron ante los golpes de su jabalina. Tan furioso estaba que ya iba a saltar contra ellos cuando la voz de la reina hizo que se detuviese y mirara en redor.

Boadicea estaba de pie, erguida en la parte delantera de su carro, y miraba hacia su vencido ejército con una expresión de intensísimo dolor en su hermoso rostro.

—¡Britania está perdida! — gritó. — ¡Desdichado su oprimido pueblo, al que esperan tantos días tristes! ¡Ahora ven a mí, dulce muerte, la que alivia y cura todos los dolores!

La reina llevó la mano a sus ropas de entre cuyos pliegues sacó algo que se llevó a la boca, y cayó sin vida casi instantáneamente.

—¡Se ha envenenado! — exclamó Prasago. — !Se ha envenenado para no caer en poder de los romanos! Ahora no nos queda a nosotros más que morir. ¡Britania está perdida, muramos con ella!

Mientras se desarrollaba tan trágica escena, los romanos casi no se habían movido. Se

Los carros de guerra de los britanos avanzaron tal ímpetu que pareció que nada podría detener. Uno a cada lado de Prasago, Harl y Hamo blan sus espadas.

an quedado estupefactos y maravillados. nse cuenta de que Boadicea había es- do a sus garras envenenándose, y de re- e, avanzando feroces, dieron muerte a dos que la habían acompañado en el .

espués se lanzaron contra el otro carro tanta furia y tal ímpetu que lo volcaron que en él estaban forcejearon por le- arse, y apenas estuvieron de pie viéronse ados por los romanos, que blandían sus cientes armas.

conductor fué el primero que cayó rto. Prasago cayó sobre él, atravesado una docena de espadas. Harl golpeó cie- locamente a uno y otro lado hasta que eron un golpe en la cabeza y se desplomó e los cuerpos de sus camaradas.

braron sonoras las cornetas, y las águi- las romanas conquistaron una victoria más.

¡Britania estaba perdida!

¡CAUTIVO!

El sol presentó una coloración de rojo de sangre durante el ocaso del día de la derrota de Boadicea. Sus últimos rayos alumbraron el más horrendo y trágico de todos los campos de batalla de que habla la historia de aquellos tiempos.

La llanura estaba cubierta de cadáveres de britanos y romanos, de caballos muertos, de destrozadas banderas y de medio destruídos carros. El pequeño lago tenía sus aguas teñidas de rojo, y su caudal había subido algunas pulgadas, debido a la gran cantidad de muertos que yacían sobre su pedregoso fondo.

Las águilas romanas miraban orgullosas desde lo alto de la muralla, que en algunos sitios había sido destruída y arrasada. Grupos de silenciosos soldados iban de un lado a otro por toda la extensión del campo de batalla, socorriendo y recogiendo a sus heridos y ultimando sin piedad a todos los britanos que aún tenían una chispa de vida.

Esta era la escena que vieron los hinchados ojos de Harl cuando el joven recobró los sentidos y la memoria. Tenía todo el cuerpo dolorido, los brazos le dolían mucho y estaban hinchados y cubiertos de sangre seca. A un lado de la cabeza donde una espada le había golpeado de plano, tenía un bulto y también mucha sangre reseca.

Se hallaba todavía tendido sobre los cuerpos de Prasago y del conductor de su carro. Con mucha lentitud se arrastró, acercándose más al volcado carro. Un centurión romano yacía sin vida a corta distancia. Del cinturón del muerto tomó un frasco de plata, lo abrió y resultó estar lleno de vino tinto.

Un buen trago de aquel excelente vino le reconfortó y reanimó, dándole nueva vida. En seguida pensó en Hamo y con la esperanza de encontrar con vida a su hermano, se arrastró hacia el sitio donde le había visto caer.

Pero no pudo hallarle. Abandonando su triste investigación se echó en un pequeño hueco que había entre los restos de los carros, con el corazón atenaceado por el dolor y la desesperación. Ya no tenía razón alguna para querer seguir viviendo y se sentía tan mal que suponía que no tardaría en morir.

—¡Allí está tendido un bárbaro que se movió hace un momento, camaradas! — gritó una voz ronca.

El que hablaba era un centurión que seguido de media docena de soldados, se encaminó por entre los muertos hacia donde estaba el volcado carro.

Harl les vió llegar y haciendo un esfuerzo, se puso de pie. Estaba demasiado exhausto para pensar en pelear, aún cuando tenía muchas armas a su alcance. Se cruzó de brazos y miró con aire de desafío al grupo que se acercaba.

—¡Déle usted el golpe de muerte, Porcio! — gritó uno.

—¡Sí! A usted le corresponde, — dijo otro — porque fué usted quien lo descubrió.

El centurión avanzó un paso y levantó su espada con ambas manos. Después vaciló, perplejo, con el arma en alto y un fulgor de admiración brilló en sus ojos.

—¡Hiere, romano! — gritó Harl con energía. — ¡No temo a la muerte!

El centurión no se decidía y sus compañeros comenzaron a burlarse de él.

—¡Porcio ha perdido su fuerza — dijo uno en son de burla.

—¡Debe querer mucho a los bárbaros! — exclamó otro. — Debía haberse enrolado en las filas de Boadicea.

—¡No te olvides de Londres! — dijo otro, desnudando su espada. — ¡Si no hieres pronto seré yo quien hiera!

—¡Cállense, tontos! — gruñó Porcio volviéndose con enojo hacia sus compañeros. — ¡Por Júpiter! ¡No es el amor hacia los bárbaros lo que detiene mi mano! ¡Pero este joven tiene el cuerpo y los músculos de un gladiador y en realidad sería un notal combatiente!

En aquel momento un hombre aparec procedente de atrás del volcado carro, des donde había oído toda la discusión del ce turión y de sus compañeros, a juzgar por expresión de su rostro.

Era de corta estatura y su traje era m sencillo que el de un centurión. Tenía rostro todo afeitado, los ojos muy negros de penetrante mirada. Su rostro era el una persona acostumbrada a mandar c energía.

Porcio bajó la espada con temblorosa m no y sus camaradas exclamaron todos a vez, alarmados:

—¡Suetonio!

Harl miró maravillado al famoso y ten do general romano, y Suetonio miró deter damente, durante un momento, al joven.

—¡Es en verdad, un bárbaro de asombr sa musculatura! — dijo admirado, volvié dose hacia el centurión. — Lo pondré a cargo, Porcio. Cuida de que su vida sea re petada y de que sea conducido con la nec saria guardia, y cuida también por que carezca de nada. Figurará en la glorific ción de mi triunfo, y tú serás castigado no se encuentra en la mejor condición cua do yo lo necesite.

Dicho esto, Suetonio se retiró tan rápid mente como se había presentado. Con la lo esperanza de escapar a la esclavitud media te el suicidio, Harl trató de apoderarse una espada, pero antes de que lograra ll gar a tomar el arma, uno de los romanos lo impidió, haciéndole retroceder median un brusco empellón.

Porcio y dos de sus compañeros llevar al cautivo, haciéndole cruzar el campamen romano, Los demás se dispersaron por llanura en busca de heridos, si eran roman para atenderlos, si eran britanos para ul marlos.

Sólo un reducido grupo de soldados hab quedado en el campamento. La mayor par de los elementos de las legiones de Sueton recorrían el campo de batalla y sus inmedi ciones persiguiendo y matando a todos l britanos sobrevivientes que encontraban.

Eso fué realizado con toda rapidez y, e tinguido todo cuanto quedaba del ejército Boadisea, pudieron al día siguiente, pone se en marcha todas las legiones de Sueton hacia las ruinas del destruído Londres.

FRENTE A LAS MURALLAS DE ROMA

Faltaba mucho todavía para que se pudi ra considerar como completo el sometimie to de Britania a las huestes romanas. D rante todo el invierno, mientras las col nias romanas eran reconstruídas y eran ap gados, además, los últimos fuegos de la i surrección, sin que los romanos mostraran aun la menor misericordia con los vencido Harl tuvo que pasar todo ese tiempo cauti y con el corazón lleno de angustia.

Le custodiaba cuidadosa y constantemen el centurión Porcio, y nunca tuvo ni aun menor probabilidad, ni de huir ni de quita se la vida para librarse de aquella vejació por más que estaba siempre alerta. No ten

noticias de la suerte que le había tocado a la reina madre. No llegaron; del lejano pueblo del Norte donde había nacido, noticias de clase alguna.

Estaba convencido de que Hamo había muerto, aun cuando nunca perdió cuanta oportunidad se le presentó de ver a los pocos cautivos tomados por los romanos, y que llegaban en grupos a Londres para formar parte en el cortejo glorioso de Suetonio, el vencedor.

Porcio le permitió que viera a todos los cautivos que llegaban, pero aun cuando llegaron muchos grupos, y algunos bastantes numerosos, no vió en ellos ni una sola cara conocida.

Tenía Porcio especial interés en tratar bien al joven prisionero que tenía especialmente

do, se hallaba en pleno bullicio y en plena excitación. La procesión triunfal del general Suetonio debía pasar poco después por las calles de la ciudad, y el pueblo romano ardía en deseos de saludar y ovacionar al hombre que había vencido a las colonias de Britania y había plantado las águilas romanas con indomable firmeza en aquella lejana tierra de bárbaros.

Los templos y todas las estatuas de la ciudad estaban adornados con guirnaldas de flores, y toda la ciudad estaba tan engalanada que presentaba un aspecto colorido y alegre.

Las calles estaban llenas de gentes de las clases bajas, ataviadas con sus más vistosas ropas. Dirigíanse todos a la Vía Sacra, donde se habían levantado plataformas apropósito para que el populacho pudiera ver el

Harl vió a su hermano peleando con dos soldados romanos que habían subido a una de las ruedas del carro.

a su cargo, y en consecuencia, cuando llegó de nuevo la primavera en la Britania Romana. Harl había crecido y estaba más fuerte y más saludable que nunca. Todas sus heridas a pesar de que tenía algunas bastante profundas estaban bien cicatrizadas ya. Su belleza varonil y la hermosura de su atlético físico eran la admiración de todos cuantos le veían.

Pero su corazón aun rebosaba amargura y odio. Contemplaba con temor el momento futuro, que se acercaba rápidamente, en que sería sacado de su tierra nativa para entrar en Roma atado al carro del victorioso Suetonio.

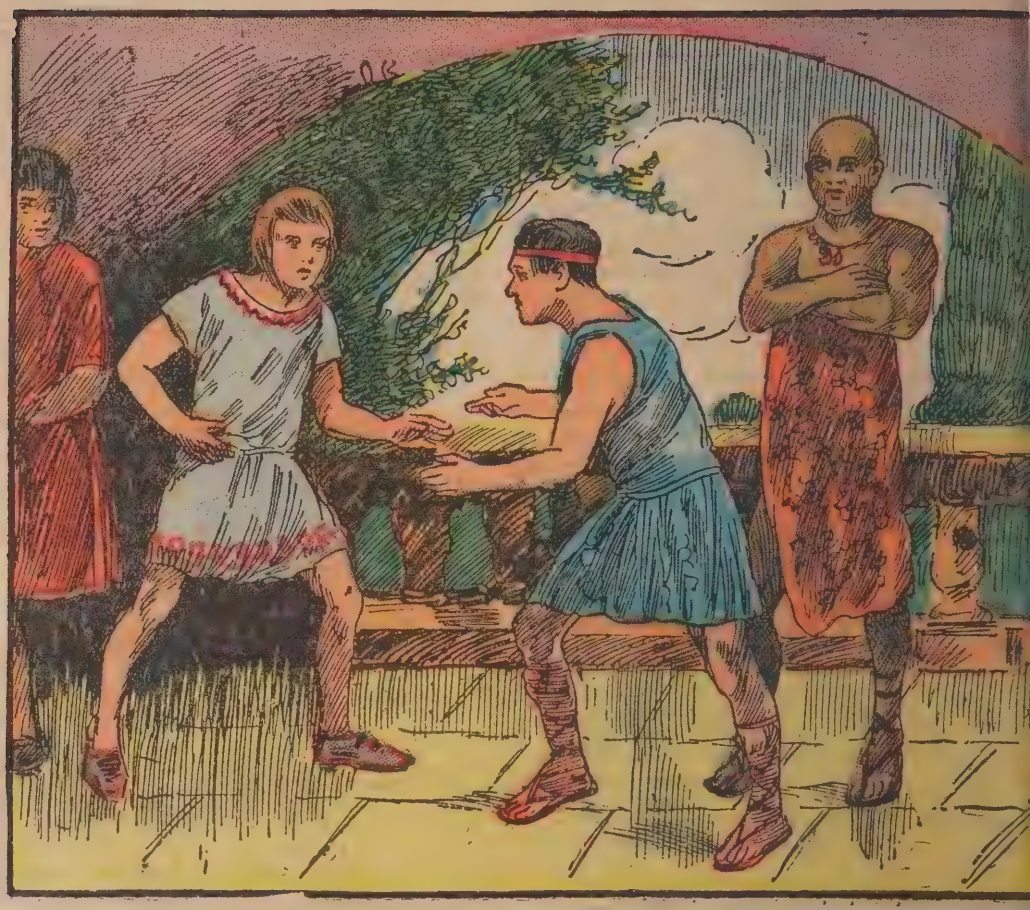
. . . . . .

Una fría pero muy luminosa mañana del mes de Junio del año 62 de la Era Cristiana, la ciudad de Roma, la dominadora del mun-

paso de la comitiva, por orden especial de emperador Nerón.

Fuera de la ciudad, en el Campo de Marte se trabajaba activamente desde el amanecer. Allí esperaban las legiones que habían estado en la guerra. Los oficiales vestían ropajes color púrpura o de escarlata. Los carros brillaban relucientes con sus lustrados adornos de oro y de bronce. Esperaban centenares de banderas y estandartes tomados a los vencidos.

También estaban ya allí los miembros del Senado y los de la Magistratura que habían de encabezar la comitiva y por último los grupos de desdichados prisioneros procedentes de los verdes bosques de Britania y traídos tan sólo con el propósito de servir para la realización de la escena que había de impresionar más al populacho.



Fué una espléndida vida la que pasó Harl en la maravillosa vivienda del genera romano. Luchaban todos los días con Rufo en la galería de piso de mármol mientras los criados reían y aplaudían al ver que los combatientes eran dignos el uno del otro.

Entre esos prisioneros estaba Harl, con las manos atadas a la espalda y una expresión de amargo dolor y de indignación profunda, en el rostro. Pensaba en el pasado, en sus amigos muertos en la última batalla librada por la libertad de Britania, y en el viaje cansador y molesto que había tenido que realizar para llegar a aquel suelo extranjero.

Una pesada mano se apoyó de improviso en el hombro del joven, y Harl volvió la cabeza. Era el centurión Porcio el que le había arrancado a su ensueño.

—Hoy es el día en que hemos de separarnos, — dijo con voz gruesa el centurión; —— tú irás a la región de las sombras, yo a la maravillosa vida de la Roma que se divierte a la existencia de los que tienen oro abundante y lo gastan sin tasa. ¡Por Júpiter! Yo desearía que te esperara mejor destino, mi joven bárbaro pues un cuerpo de atleta como el tuyo, esos brazos y esas piernas, merecían...

—¿Qué quiere usted decir con eso? — le preguntó Harl, interrumpiéndole asombrado y alarmado a la vez.

Su intimidad de tantos meses con el cen turión Porcio le había permitido aprender e lenguaje romano, así que lo hablaba con to da facilidad.

—¡Oh! ¡No debía haberme expresad así! — exclamó compasivamente el centu rión. — Yo creía que tú estabas enterad de lo que se hace con los cautivos el día e que se celebra una victoria. ¡Debí callar, e verdad! Sin embargo, ¿es posible que lo otros cautivos de tu raza no te hayan habla do de nada de eso?

—Recuerde usted, Porcio, que he vivid siempre a su lado. separado de todos ellos con los que no me ha dejado usted reunirm hasta hace menos de una hora — replic Harl, — y no me he sentido con deseos d hablar con ellos porque no conozco personal mente a ninguno. Pero hable, Porcio hable Dígamelo todo. ¿Qué destino es ese a que s ha referido?

LA COMITIVA TRIUNFAL DE SUETONI

Durante un momento, el centurión Porci miró al muchacho con sentimiento a la ve que con admiración.

—Ya que deseas saberlo todo, — dijo, — vas a saberlo en seguida. El destino de que imprudentemente te hablé es este: Cuando la comitiva llegue en su desfile, al Capitolio, todos estos esclavos, y tú con ellos, serán llevados a un lado y allí les darán muerte los verdugos, para mayor gloria de Suetonio el vencedor.

Harl se quedó aturdido como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza. Su cuerpo se estremeció de pies a cabeza y sus ojos relucieron de horror a la vez que de intensísima furia.

En aquel mismo momento se oyó un grito, una orden, que fué repetida sucesivamente por todas las filas de las legiones. Después de unas breves palabras de despedida dirigidas al muchacho, Porcio, el centurión, se alejó a toda prisa.

Harl, meditando sobre las palabras del centurión, pensó en lo horrible que tendría que ser el cuadro de la matanza de los esclavos los gritos de las indefensas víctimas, el brillar de las espadas de sus verdugos, los gritos de alegría, las vociferaciones de contento del desenfrenado populacho...

—¡Juro por los dioses de Britania que he de verter sangre romana antes de que la mía riegue el suelo de Roma! — dijo entre dientes y con fiereza. — Mediante un desesperado esfuerzo he de romper las ligaduras que me sujetan los brazos. ¡Un paso que avance me permitirá apoderarme de una espada! ¡Guay de Suetonio, si llega a encontrarse a mi alcance en aquel momento!

Un creciente bullicio sacó al muchacho de su frenética meditación. Vió que la comitiva ya se había puesto en marcha. A pesar del destino que le aguardaba, el joven se sintió arrastrado por la curiosidad, y contempló con infantil interés la escena que se desarrollaba.

Pasando por el Arco de Triunfo, entraban en la Imperial Ciudad las filas de los imponentes senadores que lucían sus largas togas; le seguía un numeroso grupo de trompeteros a caballo. Marchaban a continuación los orgullosos sobrevivientes de las legiones entre cuyas filas avanzaba gran cantidad de tocadores de pífanos y las hileras de bueyes blancos que también habían de ser sacrificados.

Por último les tocó el turno a los desdichados cautivos. Obedeciendo a una rápida y enérgica orden de sus guardianes se pusieron en marcha, encaminándose tristemente hacia el Arco de Triunfo seguidos de los relucientes carros tirados por briosos corceles que formaban la retaguardia del desfile.

Un momento después, la maravillosa ciudad, con sus estupendas perspectivas de templos de mármol y de oro, palacios y columnatas, se presentó ante los curiosos ojos de Harl. El inteligente pero poco educado y sencillo joven bárbaro sentíase deslumbrado y asombrado; y en vano hubiese intentado expresar con palabras lo que sentía en aquel momento de emoción.

Lo que a él le habían parecido baladronadas de Rufo Metulo y las deslumbradoras descripciones que había oído del centurión Porcio resultaban pálidas y descoloridas ante la realidad que se ofrecía a su vista. ¡Que contraste enorme el que existía entre aquella Roma Imperial y las pobres ciudades de Britania!

Harl avanzó como en sueños, mirando una maravilla tras otra y sin dudar ya de que los romanos eran, realmente, los dueños del mundo. Pero, a pesar de todo recordaba a cada momento su condición de esclavo de aquellos enemigos. Avanzaba, con la cabeza erguida y porte orgulloso; únicamente el extraño brillo de sus ojos indicaba el estado de deslumbramiento y de asombro de su aturdida mente. Tenía el aspecto y la actitud que correspondía a un príncipe real de Britania, descendiente de muchas generaciones de reyes valerosos y nobles, verdaderos padres para su pueblo.

La comitiva marchó entre un cuadro de grandeza incomparable, que era posible ver con frecuencia en aquellos lejanos días, pero tal como la sociedad moderna no lo ha visto jamás y jamás llegará a ver. El corazón del muchacho latía más y más rápidamente a medida que nuevas y más espléndidas maravillas aparecían ante sus encandilados ojos.

Pasó por calles en las que veíanse alineados palacios asombrosos de propiedad de grandes generales y de famosos senadores; recorrió los barrios menos ricos de la ciudad, donde caras hambrientas e insolentes miraban desde las altas ventanas. Cruzaron una alta colina y entraron luego en las avenidas donde estaba aglomerado un público numerosísimo y en las cuales, como en un ensueño vió los templos de Júpiter y de Vesta los relucientes establecimientos de los acaudalados mercaderes y plateros, la basílica o tribunal de Julio César y los magníficos edificios del Foro.

Durante todo el camino más y más esplendores aturdieron y maravillaron al joven britano; en todas partes se veían asombrosas columnas de mármol, de inconcebible altura, estatuas de bronce, de marfil y de oro, grandes arcos y columnatas, jardines cubiertos de flores y con altas palmeras; en todas partes veíanse surtidores que enviaban al aire, refrescándolo, su líquido caudal.

En las aceras cubiertas de público vió gente procedente de todos los climas del mundo gritando con loco entusiasmo el nombre de Suetonio. Allí vió atléticos y corpulentos gladiadores, esclavos, bufones, escritores, danzantes, y juglares, patricios vestidos de rojo o de púrpura y nobles damas relucientes de joyas valiosísimas.

La comitiva triunfal fué avanzando con paso lento entre los gritos entusiastas del populacho entusiasmado. Harl miró de nuevo frente a él y vió el Capitolio, que parecía mirarle amenazador desde la cumbre de una colina. La comitiva detúvose entonces un momento y las últimas filas se aproximaron más y más a las primeras, flanqueadas por una apiñada y entusiasta muchedumbre.

De pronto el rugir del populacho se hizo aún más fuerte y atronador. La muchedumbre se abrió a derecha e izquierda y por la avenida que así quedó abierta fueron empujados los cautivos britanos, como un rebaño de carneros, por numerosos soldados a caballo.

Los esplendores de Roma se esfumaron de los ojos de Harl y acudió a su mente el amargo recuerdo de cuál iba a ser su destino, la última escena que le tocaría representar en la apoteosis del triunfador Suetonio.

Cuando los brutales soldados empezaron a hacerles avanzar por entre la vociferante muchedumbre, Harl empezó a tironear de las sogas que le ataban pensando en realizar lo que había jurado hacer antes de morir.

Las futuras víctimas detuviéronse en un vasto espacio pavimentado con losas de mármol, en torno del cual se apiñaba un mar de rostros en los que se leía la sed de sangre y de matanza. Para el pueblo romano de aquellos tiempos una matanza como la que estaba a punto de realizarse era un espectáculo delicioso que le enloquecía de contento.

Miles y miles de voces gritaron ensordecedores pidiendo la muerte de los cautivos. Fué como una oleada de vociferaciones que subió hacia la columnata del Capitolio.

Aquel fué un momento de verdadero terror para el joven britano. Vió a los verdugos, escogidos por más fuertes y más hábiles, esperando con sus espadas desenvainadas. Vió a Suetonio en su carro dorado, a veinte pies nada más, de distancia, pronto para dar la señal de comenzar la matanza. ¡Un instante de libertad, una espada arrebatada a un soldado, un salto rápido y el insolente conquistador de Britania caería herido de muerte, revolcándose en su propia sangre!

Pero esta gloriosa oportunidad no se presentó porque el muchacho no pudo romper la soga que le ataba. En vano hizo los mayores esfuerzos posibles y tironeó hasta tener el rostro muy rojo y sudoroso. La soga era resistente y Harl pensó con creciente amargura que tendría que someterse a la humillante muerte del vencido y del esclavo.

En el momento en que dejó de tironear y miró desesperado en redor hacia aquel mar de implacables y feroces rostros oyó pronunciar su nombre. Antes de que pudiera mirar hacia el sitio de donde había salido aquella voz, vió que una persona salía de entre la multitud y se detenía a su lado.

Era Rufo Métulo, que vestía el blanco y la púrpura correspondientes a su alta clase social y con una expresión de intensa y sincera conmiseración en su altivo rostro.

—¿Usted aquí entre todos esos desdichados infelices? —— exclamó — ¡No he olvidado por cierto lo que le debo y aún puede haber tiempo para que trate de pagar mi deuda, de salvarle de la espada del verdugo. Yo veré a mi padre y su influencia conseguirá hacerlo.

—¡¡No deseo misericordia de parte de usted — exclamó Harl. — ¡Alto! ¡Sólo le pido un favor! ¡Que corte esta soga que me sujeta los brazos antes de que puedan verle!

La apasionada expresión del rostro de Harl hizo comprender a Rufo lo que su pedido significaba y movió negativamente la cabeza.

—No puedo hacer eso, — replicó. — Sé la fuerza que usted posee y hace un instante ví como mirada a Suetonio.

—¡Quisiera matarle como a un perro rabioso para luego morir contento! — gritó Harl enteramente fuera de sí, al ver que Rufo se mostraba inflexible.

En aquel momento dos soldados se acercaron y ordenaron bruscamente, al joven romano, que se retirara. Rufo retrocedió mezclándose entre la multitud. Unos instantes después reapareció acompañado por un hombre de mediana edad, hermoso y de aspecto marcial que vestía el ropaje de los generales.

—¡Padre, es este el joven britano de quien le he hablado! — exclamó Rufo. — Usted recordará cómo él y su hermano me salvaron la vida después del naufragio. Ahora se presenta la ocasión de salvarle la vida, y... — terminó la frase hablando en voz muy baja.

Durante un breve momento Julio Métulo observó a Harl, fijamente pero bondadosamente. Después, seguido de cerca por Rufo, se dirigió a Suetonio que en aquel momento levantaba la mano para dar orden de que comenzara la matanza.

No hizo la señal, frunciendo el ceño con disgusto, y se inclinó a un lado del carro para oír lo que el general Métulo deseaba decirle.

La conversación duró muy poco tiempo. Después Julio Métulo y su hijo volvieron a mezclarse con la muchedumbre, no sin antes indicarle claramente a Suetonio dónde se hallaba Harl.

Dos soldados avanzaron con rapidez y Harl no supo si sentirse alegre o triste cuando aquellos dos forzudos soldados le tomaron de los brazos y le obligaron a retroceder al sitio donde se había detenido la comitiva. Se estremeció de impotente furor cuando oyó que los gritos de agonía de sus compatriotas vibraban sobre el rugir del populacho.

Cuando los soldados y Harl pasaron por el hueco que había entre la fila de carros, Rufo corrió hacia el joven britano.

—¡Su vida está en salvo! — díjole apresuradamente y en voz baja. — Suetonio es amigo de mi padre y ha dado orden de que se le tenga preso hasta que él pueda decidir lo que debe hacerse. ¡Nos volveremos a ver, valiente joven britano!

Rufo desapareció tan rápidamente como habíase presentado, y los soldados siguieron abriéndose paso con su cautivo por entre la muchedumbre.

Poco después, Harl estaba encerrado en una de las más tenebrosas prisiones de la orgullosa ciudad de Roma.

LA VIDA DE HARL EN CASA DE JULIO METULO

Las palabras del joven Rufo Métulo resultaron exactas. Pasados unos pocos días pudo Suetonio ocuparse de sus asuntos particulares. A Harl se le puso en libertad sin darle explicaciones de ninguna clase. De la

cárcel le llevaron directamente a la casa de Julio Métulo, general del ejército romano.

Este adinerado y distinguido militar, cuyas legiones habían naufragado en las costas de Britania, habíase reunido al ejército de Suetonio y había sido herido durante la persecución de los fugitivos de las fuerzas de Boadicea. La herida no era importante, pero era suficiente para exigir que le enviaran inmediatamente a Italia para que no sufriera los rigores del invierno de Britania.

Lo que significaba el cambio experimentado por las condiciones en que se hallaba Harl, se lo explicó Julio Métulo en una breve conversación que tuvo con el príncipe britano.

todos ellos. Usted será un compañero para mi hijo y será tratado bondadosamente. A su tiempo podrá usted mismo recobrar su libertad.

Así terminó la conversación, y la nueva vida de Harl comenzó en un ambiente de lujo y de comodidad, enteramente nuevo para él.

La mansión de Julio Métulo estaba en una de las más lujosas y aristocráticas avenidas de Roma, y su moblaje, aún cuando sencillo, indicaba que el dueño de casa era muy rico y además persona de refinado buen gusto.

En el centro tenía un patio circular con una bóveda en forma de media naranja con

Mientras Harl se hallaba de pie, mirando hacia el mar de implacables rostros que lo rodeaban oyó, de improviso, que alguien pronunciaba su nombre.

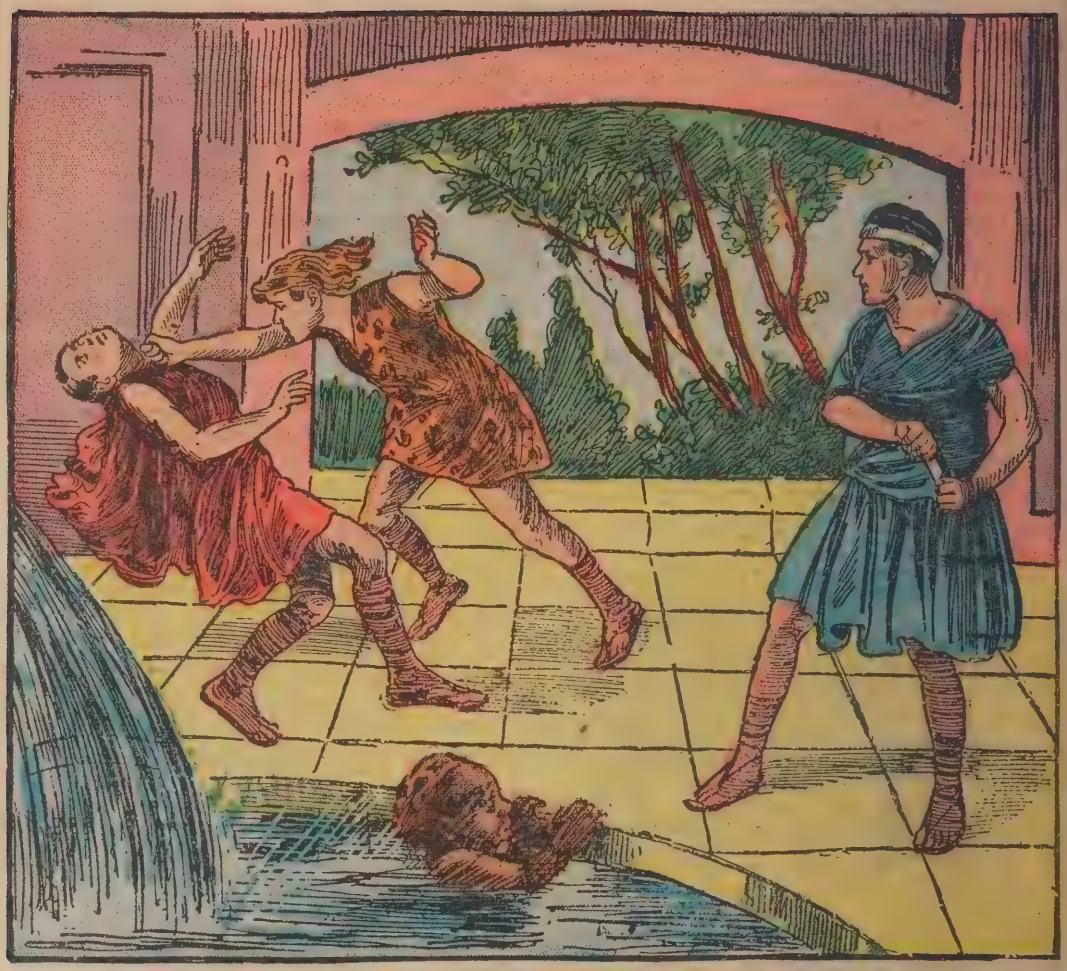
—Usted salvó la vida de mi hijo, realizando una hazaña de temerario heroismo, — dijo el altivo general, — y por esa razón intervine ante Suetonio en favor de usted. Hice algo más: le compré a usted, abonándole a Suetonio algunos miles de sextercios, y debido a eso, actualmente es usted de mi propiedad.

—¡Así que ahora soy su esclavo! — exclamó Harl con amargura. — ¡Mejor hubiera sido que me hubiesen dejado morir!

—De usted depende el ser esclavo tan solo de nombre, — replicó Julio Métulo en tono agrio, pero mirando con admiración al muchacho. — Tengo algunos esclavos en mi casa, pero no pretendo que usted haga el trabajo material que es la tarea diaria de

una gran abertura redonda en la cúspide. Allí un surtidor, rodeado de plantas tropicales, corría constantemente. Al patio había varias habitaciones entre las que estaba el salón de audiencias de oro y mármol y el espacioso e imponente salón para banquetes cuyas paredes tenían hermosas escenas militares pintadas al fresco y, además, grandes trofeos de armas. En los aparadores veíanse numerosos objetos de oro, de plata, de rico cristal y fina porcelana.

Por todas partes, en aquella mansión, había estatuas, cuadros y otros valiosos ornamentos, — recogidos como botín de guerra en distintas tierras extranjeras — que el general había seleccionado con excelente criterio artístico



Entonces Rufo levantó a Turco, el negrito y lo arrojó con todas sus fuerzas al estanque. Se oyó un ruido de agua removida y un grito de terror.

A los fondos de la casa estaban las caballerizas donde se guardaba el carro con adornos de oro del general y los caballos que ataban a ese carro de a cuatro, en una sola fila, o sea formando cuádriga. Eran esos magníficos ejemplares, todos ellos, enteramente blancos y de una fuerza grandísima.

Constituían la familia tres personas. La esposa de Julio Métulo había muerto y vivía en su casa una hermana del general. Se llamaba Cornelia y era una dama muy seria y altiva, pero que adoraba a su hermano y a su sobrino.

Un numeroso grupo de esclavos, se hallaba constantemente en trabajo, tanto en las habitaciones y el patio como en la caballeriza. De esos esclavos, algunos eran romanos y los demás procedían de las tristes costas de Escandinavia, de los bosques de las Galias o de las tórridas zonas de Africa.

Tuvo que transcurrir algún tiempo antes de que Harl empezara a contemplar con resignación la nueva vida que le había tocado en suerte. Se necesitó aún más tiempo para que la fiera luz del enojo y del desdén desapareciera de sus ojos y pudiera llegar a darse cuenta de que la vida en aquella casa y en aquel ambiente tenía algo de agradable.

Este cambio se debió enteramente al modo como se le trataba en aquella lujosa mansión. Le daban bien de comer y se le permitía sentarse a la mesa con los servidores romanos. No tenía trabajo manual alguno que hacer, y la actitud de sus amos con él era siempre amable y bondadosa.

Como era natural que sucediera esto despertó los celos, la envidia y el disgusto de los demás sirvientes, pero al mismo tiempo fué causa de que todos ellos trataran al joven britano con una indiferencia que no le desagraba y de la que se consideraba lógicamente merecedor. dado su origen y su procedencia

Rufo fué el amigo y el constante compañero de Harl, y a los dos les era muy agradable encontrarse juntos. El joven romano era de corazón generoso e impulsivo y mientras la estremecedora aventura de la mina de estaño estuviera presente en su memoria como aún lo estaba, con seguridad se mostraría profunda y sinceramente agradecido al joven britano a quien en aquellos momentos tenía en su casa.

Pero Rufo era de carácter violento y miraba a sus inferiores con desdeñoso desprecio, como lo hacían entonces todos cuantos, por derecho de nacimiento, formaban parte de la clase social de los patricios romanos. Estas condiciones de su carácter no se exteriorizaban cuando trataba con Harl, pero esto no quería decir que el día menos pensado y más o menos próximo no pudieran dar un desagradable estallido si las circunstancias lo provocaba.

En sus conversaciones los dos muchachos casi nunca hablaban de Britania, pero a Rufo le gustaba relatar grandes y famosas hazañas de sus antepasados, y su compañero le oía en silencio, aún cuando sintiera que la sangre le hervía en las venas y las mejillas se le ponían muy rojas.

En la mansión de Julio Métulo, siempre sucedía algo que entretuviera el interés del maravillado Harl. Veía cómo los grandes nobles de Roma llegaban y se retiraban en sus dorados carros o se paseaban de un extremo a otro de la columnata del peristilo, les oía reír y conversar en el salón de audiencias y les veía sentados en torno de la mesa del salón de los banquetes, saboreando las más exquisitas viandas y los más deliciosos vinos.

Sin embargo, fuera del deslumbramiento de los primeros instantes, todo cuanto veía le inspiraba desprecio y un sentimiento de que aquello no era bueno llenaba el recto corazón del joven britano. Bajo todo aquel lujo y todo aquel esplendor, a pesar de que le trataban bien y ocupaba en la casa una posición envidiable, sentía constantemente el escozor de la esclavitud.

Bajo su constante sonrisa, — que era como una máscara de cortesía, — añoraba siempre los frondosos bosques y los verdes prados del país donde había nacido, lloraba la muerte de su hermano y la falta de noticias de la reina madre.

Noticias fragmentarias que llegaban a sus oídos de tarde en tarde, porque oía hablar de ellas, le habían informado de que las tribus de la parte del Norte de Britania vivían todavía en relativa libertad y bajo el gobierno de sus propios jefes. En vista de eso, tomó la desesperada decisión de escapar algún día a la esclavitud que le tenía encadenado.

No sabía cómo podía suceder semejante cosa ni por qué medios podría regresar a Britania, pero a medida que pasaba el tiempo, se aferraba más y más a esa decisión.

Transcurrieron así semanas y meses durante los cuales se produjeron muchos y variados sucesos interesantes, algunos de los cuales proporcionaron a Harl agradable diversión.

Los días de fiesta o, los demás días, a las horas en que Rufo no estaba en la escuela de los hijos de los patricios, situada cerca del Foro, solía acompañarle a ver los sitios interesantes de Roma.

Juntos vieron desfilar procesiones y cabalgatas, escucharon a los senadores discutiendo las leyes en el Senado, admiraron los trofeos procedentes de incontables guerras que adornaban el Capitolio o se mezclaron con la alegre multitud que recorría las calles donde estaban los establecimientos de los grandes mercaderes y de los joyeros.

A veces, y esto constituía una gran diversión para el joven britano, iban al Circo Máximo a presenciar, con ojos relucientes y mejillas encendidas, los terribles combates entre bestias feroces y los mortíferos encuentros entre atléticos gradiadores. Casi tanto como el espectáculo del circo, interesaba la horda de espectadores y el cruel Nerón, el emperador, sentado en su adornado palco.

El algunas ocasiones, al hallarse de regreso en casa el joven amo y su esclavo se divertían, en amistosa rivalidad, imitando las hazañas que habían visto realizar en la arena del circo. Boxeaban y luchaban en el piso de mármol de las columnatas mientras los miembros de la servidumbre se reían y aplaudían admirando las condiciones equiparables de los dos combatientes. Esto constituía un buen entrenamiento para Harl que no suponía por cierto cuán pronto le iba a ser necesario hallarse en las mejores condiciones atléticas y combativas posibles.

Raro era el día en que, o Julio Métulo o Rufo no salían de paseo o a hacer alguna visita en su carro de dos ruedas, de pulida y lustrada madera con adornos de marfil y de oro y blasonado con el escudo nobiliario de la familia. El anterior conductor, — un esclavo nativo de las Galias, — fué sustituído por el joven Harl, cuya afición a los caballos y cuya habilidad para manejarlos habíanle conquistado ese ambicionado privilegio. pues como tal lo miraban desde que le daba ocasión de poner en evidencia su fuerza y temeridad.

En tales ocasiones, — más que en ninguna otra — la intensa pena que le mordía constantemente el corazón, cedía su sitio a un delirio de alegría cuando dominando a los cuatro caballos a la vez con una sola mano mientras chasqueaba y castigaba con el látigo, con la otra, el carro que conducía se adelantaba a todos los demás en alguna improvisada y loca carrera por las espléndidas carreteras romanas, pasando con vertiginosa rapidez por delante de templos y columnatas, jardines y palacios.

Un amigo tenía Harl entre todos los esclavos de la mansión de Métulo, un pequeño muchacho nubio, de doce años de edad, al que daban el nombre de Turco y cuyo cabello era ensortijado y negro, del llamado "mota", siendo su piel casi negra como su cabello. Turco había sido la víctima de todas las groseras bromas de los demás esclavos hasta que Harl lo tomó bajo su protección. Por eso el negrito adoraba al atlético joven britano y le miraba con la admiración con que

un perro mira a su patrón cuando éste es bueno con él.

Con frecuencia, tan curioso y desparejo par de amigos se sentaban en algún solitario y retirado rincón y hablaban de sus respectivos países. Harl hablaba de los bosques y los pantanos de britania, de los sabuesos cazadores y de sus alegres ladridos, del fiero jabalí y del astuto zorro. Turco recordaba las amarillas arenas y el candente sol de Nubia, sus negros compañeros de tribu, sus terribles leones y sus juncales infestados de reptiles. Y así cada uno aprendía del otro y ambos a la vez despreciaban las altaneras e insolentes glorias del pueblo de Roma.

Uno solo de los esclavos inspiraba temor al joven Harl y por eso tenía la precaución de vigilarle constantemente. Era Bórak, un gigantesco escandinavo de ojos malignos y cuerpo de Hércules. Temeroso de las consecuencias, sin embargo Bórak reducía toda su malignidad contra Harl a miradas hostiles y masculladas amenazas, sin que se atreviera a pasar de eso.

De tan variado modo transcurrió rápidamente todo un año de cautiverio y, de improviso, se produjo entonces un suceso que iba a tener por resultado un tan rápido como completo cambio.

Al comienzo de la primavera corrió la noticia de que se habían producido nuevos alzamientos en Britania. El gobernador de la colonia pidió más tropas para poder mantener el orden.

TRISTES PERSPECTIVAS

Rufo suplicó a su padre que le llevara con y como el general se negó rotundamente a dejarlo salir de Roma, el joven estuvo malhumorado durante varias semanas. Fué en aquellos días cuando se hizo amigo íntimo de un grupo de muchachos, compañeros suyos de escuela, jóvenes revoltosos cuya manera de ser desordenada había sido causa de que evitase todo trato con ellos, indudablemente por orden de su padre el general.

Eran todos ellos hijos de acaudalados patricios, — senadores, magistrados y miembros de la alta nobleza, — y vivían con sus padres en mansiones mucho más lujosas y sobre todo más presuntuosas que la del severo militar. Todos aquellos jóvenes estaban acostumbrados a una vida de disipación y de disparatado y pródigo lujo.

Rufo se pasaba con ellos la noche y el día y ellos visitaban frecuentemente su casa donde trataban groseramente a los esclavos, maltrataban a los caballos de los establos y pedían a menudo botellas de vino.

La señora Cornelia, — la hermana del general, — no dejó de darse cuenta de lo que sucedía pero no hizo ni aun el menor esfuerzo para que cesara de una vez. Sin duda, — orgullosa y amiga del relumbrón como todas las damas de su clase y de su época, — le era agradable ver a su sobrino en íntima relación con los vástagos de las más nobles familias de Roma.

A Harl, fué al que más impresionó ese cambio. Veía a Rufo de tarde en tarde y ya no le acompañaba, durante sus paseos, como antes. No dejó de observar, además, que Rufo evitaba acercarse a él, y cuando le hablaba lo hacía con frialdad y arrogancia.

El joven britano era suficientemente inteligente para poder darse cuenta de la razón de todo cuanto pasaba. Durante el breve tiempo que había transcurrido desde que Rufo, intimó con sus nuevos compañeros estos le habían convencido de que Harl pertenecía a una clase social inferior a la suya y que denigraba su rango y su situación social ocupándose de quien, en realidad, no era más que un esclavo. Rufo había aprendido bien pronto esa lección y olvidó por completo todas las razones que tenía para recordar la gratitud que debía al joven britano.

Esto le resultaba triste y difícil de soportar al joven Harl que había comenzado a mirar con cordial y sincero afecto al romano. Y aun más tristes le resultaban las burlas y los sarcasmos de los sirvientes que se percataban del curso que tomaban los sucesos y se regocijaban con toda maldad de la caída del favorito de Rufo.

Harl, a pesar de toda la cultura adquirida, era, en el fondo de su corazón, un hombre de su fiera y altiva raza, era un bárbaro, en el concepto que entonces se daba a esa palabra. En consecuencia poco tardó en transformarse, el afecto que sentía hacia Rufo en odio que también incluyó a sus nuevos e insolentes compañeros.

Había uno entre todos ellos, un desfachatado muchacho llamado Quinto Suila, hijo de un altivo senador, al que Harl odiaba más que a los otros. Tenía el rostro delicado de una niña y sonreía siempre con aire burlón. Era fuerte y atlético y además de vestir siempre con femenino rebuscamiento, se perfumaba de tal modo que a la distancia se notaba el abuso que hacía de todas las más fuertes y caras esencias.

En cuanto aparecía Quinto Sulla con su aire insolente y sus palabras de burla dirigidas a los sirvientes, Harl se escabullía disimuladamente, temeroso de lo que podía suceder si llegaba a contestar como el romano lo merecía, a alguna de sus frases despectivas y hasta insultantes.

Era Quinto Sulla el que entonces acompañaba a Rufo en sus paseos en carro y manejaba los briosos caballos con tal temeridad que esperaba ser algún día la admiración de todo el pueblo de Roma.

Harl evitaba tener contacto con los sirvientes de la casa, cuando se lo permitían sus pocas obligaciones y se pasaba más tiempo que antes en compañía del simpático Turco. Conversaban los dos de sus penas y fatigas y esto fortalecía más y más los lazos de la amistad que los unía.

Así transcurrió todo el verano y parte del otoño hasta que amaneció un día cuyo recuerdo iba a quedar indeleblemente anotado en la memoria de Harl, el príncipe britano cautivo y esclavo de los romanos invasores de su país.

UN MOMENTO DE DESESPERACION

Amanecía aquel día del mes de Octubre y era tal el silencio que reinaba en la mansión del general Julio Métulo que el rumor del tráfico de la lejana Vía Sacra se oía con toda claridad. Los sirvientes habían hecho ya todo cuanto tenían que hacer en el interior de la casa y speraban que apareciera la señora Cornelia, que aun estaba en sus habitaciones, a dar las correspondientes órdenes para seguir trabajando.

Quinto Sulla había pasado la noche en las habitaciones de Rufo y los dos muchachos estaban comiendo al extremo del espacioso salón-comedor. Parecían hallarse muy contentos porque hablaban en voz muy alta y reían a carcajadas, casi sin cesar.

El día era festivo así que podían divertirse como les diera la gana. Habían proyectado dar un paseo en coche, durante la mañana y visitar el circo por la tarde.

Al notarlo todo tan tranquilo y silencioso Harl se aventuró a entrar en el patio, — un sitio donde le gustaba mucho estar siempre que podía, — pues le encantaba mirar el surtidor cuyo caudal se esparcía sobre el estanque de mármol blanco, le deleitaba el aroma de los naranjos y de los mirtos plantados en jarrones de piedra y le entretenía mirar las blancas estatuas de los antepasados de la familia Métulo.

Harl resultaba una encantadora y atrayente figura, cuando, apoyado en uno de los pilares de onix que adornaban el patio, con los brazos atléticos cruzados sobre su ancho pecho, miraba fijamente hacia lo lejos con sus ojos azules, mientras su cabellera rubia y brillante le caía sobre los hombros.

Una jovencita esclava, sonrosada como un amanecer de Grecia, su país natal, pasó rápida, dirigiéndole con toda coquetería una sonrisa. Como no consiguió que el joven britano correspondiera a su sonrisa, la joven griega hizo un mohín, frunció el ceño y desapareció entrando en las habitaciones de la señora Cornelia.

Un minuto o dos después se produjo un repentino tumulto en los fondos de la casa. Se oyó reír, luego un grito agudo y después una voz fuerte que Harl reconoció en seguida. Un momento después oyóse el rumor de los pasos de alguien que caminaba descalzo y Turco entró, por un angosto corredor, en el patio. El que le perseguía logró alcanzarle cuando estaba al extremo del corredor y desapareció amenazando con un poderoso puño.

Los ojos del pequeño nubio estaban llenos de lágrimas. Tenía en una mano una jarra con agua. Con la otra mano se frotaba el muslo. Se arrastró casi hasta llegar al lado de Harl, temblando violentamente y luego volvió la cara, con miedo, hacia el corredor, por donde había llegado.

—¿Qué sucede? — le preguntó Harl. — ¿Le ha pegado alguien?

—¡Ese grandote de Borak! — gimió Turco. — Me pellizcó hace un momento y me dijo que iba a partirme en dos. Yo le llamé "bestia" y entonces él corrió tras de mí hacia acá, pero luego no se atrevió a entrar en el patio.

Los azules ojos de Harl brillaron de indignación y se dilataron; vibrándole, las ventanas de su nariz.

—¡Qué bestia y qué cobarde! — dijo en voz baja. — ¡Me gustaría ver que hiciera ademán de pellizcarle, Turco, estando yo cerca! Algún día voy a perder la paciencia y uno de los dos irá a dormir bajo la hierba su último sueño.

"Veremos lo que le pasa, Turco. — agregó. — Creo que soy un adversario temible para ese horroroso gigante peleando lealmente y con las armas que él quisiera escoger".

—¡Sí! ¡Con armas! — dijo el pequeño nubio. — ¡Porque tiene tanta fuerza que así, es capaz de aplastarle a usted los huesos! — añadió abriendo y cerrando sus negros brazos como el que abraza a otro. — ¡Usted es fuerte, Harl, pero ese Bórak tiene las fuerzas de un toro!

En aquel mismo instante aconteció algo inesperado. Las puertas de bronce del salón de los banquetes se abrieron precisamente detrás del pilar de ónix junto al cual estaban Harl y Turco y salieron al patio Rufo y Quinto, charlando ruidosamente.

Los dos jóvenes romanos vestían a la última moda y se notaba que tenían en las manos algunos trozos de pan que se proponían arrojar a las grandes carpas y las truchas que vivían en el agua del estanque del surtidor.

Rufo no vió a Harl en el primer momento pero vió a Turco y se dirigió enojado hacia él.

—¿Qué estás haciendo aquí, esclavo? — gritó. — ¡Vete inmediatamente al sitio donde debes estar!

—¡Manda que lo azoten! — dijo Quinto. — ¡Es el único modo de hacerles comprender algo!

Turco no tenía fuerzas ni para moverse ni para hablar. Se quedó parado temblando y mirando asustado a todas partes. Tan asustado estaba que la jarra se le deslizó de los dedos y se hizo añicos al dar en el piso de mármol. El agua que contenía se esparció y algunas gotas llegaron a salpicar las sandalias de Rufo y de su amigo.

Lanzando un grito de furor Rufo tomó al negrito por su ensortijada mota, se lo arrancó de un tirón y le golpeó dos veces en el rostro, soltándolo luego. Turco retrocedió dos o tres pasos tambaleándose y después cayó al suelo, apoyado en las rodillas y en las manos, a impulso de un cruel puntapié que le dió Quinto.

—¡Toma monigote de ébano! — exclamó el que le había dado el puntapié. — ¡Así aprenderás a no mancharme las sandalias!

Reprimiendo una exclamación de enojo, salió Harl de detrás del pilar. Se veía en su rostro una expresión parecida a la de un tigre furioso, — expresión que debía haber advertido a los dos jóvenes romanos del peligro que corrían, — y tanto su respiración

jadeante como sus puños cerrados, indicaban que hacía enormes esfuerzos por reprimir el furor que sentía.

—Turco no tenía culpa alguna, — dijo en voz baja y temblorosa. — Ustedes cometieron una cobardía golpeándole. Si desean castigar al que tiene la culpa de todo busquen a Bórak; él fué quien corrió al negrito hasta este patio.

—¡Hola! ¿Oyes como se expresa este perro esclavo? — exclamó Quinto. — ¡Si algo así sucediera en casa de mi padre el esclavo insolente sería azotado hasta que pidiera misericordia! ¡Enséñale cuál es el sitio que debe ocupar, Rufo! ¡Por lo visto él se ha olvidado de quién eres tú y tú te has olvidado de quién eres!

Rufo vaciló perplejo. En sus ojos brilló una expresión de dulzura. Recordó que en una ocasión un joven, atado a un madero era llevado a la muerte por las furiosas olas frente a las costas de Britania y que dos jóvenes bárbaros, aparecieron, tripulando un frágil coracle entre las espumas del mar.

—¿Le tienes miedo? — preguntó sarcásticamente Quinto. — Suponía que eras más valiente. ¡Si casi no es posible distinguir aquí cuál es el amo y cuál es el esclavo.

Rufo, rojo de vergüenza y de furor inclinó la cabeza y desapareció de sus ojos toda expresión de bondad.

—¡Retírese usted o daré orden de que le azoten! — gritó, dirigiéndose a Harl. — Le perdono por esta vez pero no vuelva a insolentarse. Ya es hora de que aprenda usted cuál es su verdadero sitio en esta casa. Usted es un esclavo como los demás y debe obedecerme.

Harl avanzó un paso vibrante de enojo. Levantó a medias el brazo, como para golpear, pero luego lo dejó caer.

—¡Sí!... ¡Soy un mísero esclavo! — dijo en voz baja. — ¡Pero cuidado con repetírmelo demasiado frecuentemente! ¡Sangre de reyes corre por estas venas y para vengar un insulto estoy pronto a dar esta vida que usted y su padre pidieron a Suetonio! ¡Bien sabe usted que yó no la pedí!

—¡Cómo! ¡Aún más insolencia! — exclamó Rufo, pensando tan sólo en impresionar bien a su amigo. — ¡Por Júpiter! ¡Esto es demasiado! ¡Retírese! ¡Ya me ocuparé de usted esta tarde!

Nunca hizo Harl un esfuerzo de voluntad mayor que el que necesitó en aquel momento para no levantar la mano. Su sangre de bárbaro hervía ante aquellos insultos. Pero había aprendido a dominarse y logró sujetar su imperioso deseo de matar y de morir.

Con los dientes apretados, Harl se volvió y cruzó el patio. Al llegar al otro lado se detuvo para llamar a Turco, que se había levantado ya y gemía de dolor. El nubio miró a los que le habían maltratado y después se dirigió lentamente, cojeando, hacia donde estada parado Harl.

—Ese negrito no ha sido suficientemente castigado, — dijo Quinto con tono socarrón. — ¡Echale al estanque de los peces a ver si el baño lo pone blanco!

Con una risotada, Rufo corrió hacia Turco y lo agarró de un brazo. El negrito chillaba de miedo, procurando escapar.

—¡Deje a ese muchacho! — gritó Harl avanzando amenazador. — ¡No consentiré más crueldades!

—¿Oyes lo que dice el bárbaro? — exclamó Quinto, burlándose. — Desde cuando eres su esclavo Rufo?

—¡Le ordeno que suelte a ese muchacho! — gritó Harl con enérgica voz. — ¡Ya le advertí a tiempo!

—¿Usted, perro? — gritó a su vez Rufo furibundo. — ¡El látigo morderá sus espaldas en castigo de eso! El nubio me pertenece y le desafío a que intervenga.

Al expresarse así levantó al negrito y le arrojó con todas sus fuerzas. Se oyó un ruido de agua removida y un grito de terror en el momento en que Turco desaparecía en las profundidades del estanque.

Casi con igual rapidez Harl cruzó el pavimento y Rufo se volvió riendo burlonamente. En el mismo instante recibió en el entrecejo un formidable puñetazo que le hizo retroceder y caer luego de espaldas.

EL CASO DEL JARRON DE ORO

Durante un breve instante Harl se sintió aterrorizado a la vez que tranquilizado por lo que había hecho.

—¡Me arrastró usted demasiado lejos! — balbuceó — ¡Me olvidé de que mi mano es un poco pesada! ¿Le he hecho daño?

Rufo no se encontraba en condiciones de replicar. Se sentó en el suelo frotándose la frente golpeada y mirando en redor como encandilado y como si no se diese perfecta cuenta de lo que había sucedido. Turco había vuelto a la superficie del agua y estaba colgado por las manos del borde de mármol blanco del estanque, temblando de frío y de miedo.

Mientras tanto Quinto Sulla había tratado de desenvainar su daga de adornada empuñadura, pero no había logrado sacarla de la vaina.

Por fin, con un desesperado tirón logró sacarla y avanzó blandiendo la reluciente arma.

—¡Ese insulto ha de ser vengado, Rufo! — gritó. — Voy a verter aquí ahora mismo la sangre de ese vil esclavo.

Harl se había vuelto ya para retirarse pero al oír esas palabras giró de nuevo para hacer frente al ataque. Las insultantes palabras habían provocado de nuevo su furor y al ver al insolente joven romano perdió toda la serenidad que aun le quedaba transformándose en el bárbaro que era en realidad.

Con un rugido como el de una fiera corrió hacia Quinto y la daga le hirió en el costado izquierdo. Por suerte la punta dió en una costilla y se resbaló. Antes de que Quinto pudiese herir, de nuevo el arma le era quitada de la mano y arrojada al otro lado del patio.

Harl golpeó entonces como loco, con ambos puños, descargando dos terribles golpes que le dieron a su adversario en el rostro y retrocedió. Quinto se tambaleó y retrocedió; después atacó rápidamente al mismo tiempo

que pronunciaba los más viles insultos.

Hárl se abrió paso a través de la guardia del romano, le sujetó los brazos al cuerpo y lo levantó del suelo. Era una pesada carga para el joven britano pero la locura se había apoderado de él, dándole un vigor casi sobrehumano.

Quinto luchó furiosamente pero le fué imposible soltarse. Harl lo llevó al borde del estanque y mediante un feroz esfuerzo lo arrojó de cabeza al agua.

El romano se hundió en el agua sin poderlo evitar. Después volvió a la superficie, se acercó al más cercano sitio del borde y salió, andando a gatas, al piso del patio.

El aristocrático joven elegante presentaba después de su zambullida, un aspecto digno de verse. Su valiosa ropa de última moda había quedado lamentablemente estropeada. Le faltaba una sandalia y su antes bien peinado y perfumado cabello le caía en largos y mojados mechones por la frente y por el cuello.

En cuanto pudo serenarse un poco y quitarse el agua que le corría por el rostro, recobrando a la vez el aliento prorrumpió en un torrente de amenazas.

—¡Perro! ¡Esclavo! — gritó. — ¡Esto vas a pagarlo caro! ¡El látigo te hará saltar la carne de los huesos!

Pero a Quinto no le quedaban fuerzas para pelear así que cuando el britano volvió a atacarle como loco, retrocedió asustado en torno del estanque. Mientras tanto a Rufo se le habían pasado los efectos del golpe y corriendo a interponerse entra los dos se encaró, rojo de furor, con el desesperado Harl.

Se produjo un breve encuentro. Rufo recibió un golpe tan fuerte en el pecho que volvió a caer de espaldas. Al caer golpeó con la cabeza en una de las urnas de mármol y cuando s levantó aturdido, notó que le corría sangre por un lado de la cabeza.

Rufo había recibido ya lo bastante y se retiró junto con Quinto, dirigiéndose a la entrada del pasillo a donde el tumulto había hecho acudir a una docena de servidores, entre los que estaba Bórak.

Con un gruñido de desafío Harl se detuvo. Hizo frente al grupo durante un momento y luego se dirigió al estanque. La herida que le había hecho la daga le sangraba bastante y procuró cortar la hemorragia mojándola con agua fresca.

Turco había aprovechado la confusión para retirarse silenciosamente del patio, pero Harl se sentía demasiado nervioso todavía para poder hacer otro tanto. Nada le importaba ya ,no pensaba en las consecuencias que podía tener aquello y sentía un deseo intensísimo, indominable, de verter sangre.

Un ronco murmullo de voces le advirtió de que se estaba preparando algo más. Levantó la cabeza y vió que el gigantesco escandinavo se acercaba a él, sonriendo malignamente pero con las manos vacías.

—¡Atrás, Bórak! — le gritó el joven britano. — ¡No me toques o te arrepentirás de haberlo hecho!

—¡Puedo romperle a usted por el medio como quien rompe una vara de junco! — gritóle Bórak. — ¡Y voy a hacerlo ahora, perro britano!

Se acercó lentamente mientras los otros esclavos gritaban como para animarle.

—¡Alto, Bórak! — gritó entonces Rufo. — Tengo un plan mejor, Traiga usted el látigo largo con que se castiga a los caballos de la cuádriga de mi carro y azote a este insolente canalla hasta que pida misericordia. Después será atado por los pies y apaleado.

—¡Sí! ¡Eso es! — chilló Quinto. — ¡Muy bien, Rufo! ¡Qué azoten a ese perro hasta que la carne se le desprenda de los huesos! ¡Me gustaría ver que además le sacaran los ojos! ¡Pensar que se ha atrevido a ponerme la mano encima, ese odioso bárbaro!

La propuesta pareció complacer a Bórak. Se sonrió satisfecho y se retiró unos pasos hacia sus compañeros. Obedeciendo a una orden que Rufo dió en voz baja a uno de los sirvientes desapareció de prisa por el corredor.

Durante un momento Harl permaneció como un tigre frente a su enemigo, con los puños cerrados y los ojos echando chispas. Casi no oyó ni las palabras insultantes ni los sarcasmos que le dirigían porque la sangre le hervía en las venas al pensar en la humillación de que iba a ser objeto.

¡Verse dominado por la fuerza y azotado como un infeliz perro! Era esto suficiente para enloquecerle y juró que moriría antes de someterse. Miró en redor en busca de la daga, pero no alcanzó a verla. Entonces, comprendiendo lo urgente del caso, se retiró del estanque y corrió hacia el salón de los banquetes.

Abrió de un golpe la puerta de bronce y corrió hacia la mesa que estaba preparada ya para el desayuno de la señora Cornelia. Se apoderó de un jarrón de oro con tapa de marfil, — el arma más manuable que encontró, — y corrió luego hacia la puerta del otro extremo.

Estaba cerrada y Harl se encontró arrinconado. Era tal su excitación que no pudo estarse quieto. Volvió hacia el patio arreando delante de él a los cinco o seis esclavos que se habían atrevido a seguirle.

El aspecto del joven britano era tan terrorífico que todos corrieron hacia el pasadizo. Quinto y Rufo corrieron con los demás, Harl se detuvo junto al estanque y en aquel momento llegó el esclavo que había ido a los establos en busca del látigo. Se oyó un ronco grito y Bórak avanzó, saliendo del grupo, con el látigo en la mano.

—¡Cuidado con el jarrón! — le gritó Rufo. — ¡Pégale primero en las manos, si puedes!

—¡Yo le arreglaré! — rugió el gigante. — ¡Con su permiso, amo mío, voy a arrancarle los miembros del cuerpo!

Sin embargo el joven britano inspiraba a Bórak un saludable respeto y después de acercarse hasta hallarse a una docena de pies comenzó a describir círculos como lo hace, arrastrándose, el león, en torno de su víctima, en la arena del circo.

Harl permanecía de pie, con el jarrón sujeto con ambas manos y observando todos los movimientos de su enemigo con ojos relucientes. Ante su vista parecía haberse extendido un velo rojizo como si el aire tuviera color de sangre.

De [illegible] con inesperada rapidez Bórak

avanzó y movió el látigo lanzando un terrible golpe. La larga tira de cuero dió en la espalda del muchacho dejando en ella una dolorosa raya lívida. El golpe no había conseguido lo que el gigante se proponía y Bórak retrocedió durante un segundo.

Pero en aquel momento, con un grito ronco, Harl arrojó el jarrón de oro con todas sus fuerzas. Un movimiento de cabeza salvó a Bórak de la muerte. Sin embargo fué tal el golpe que le dió el jarrón que le abrió en la cara una terrible herida desde la oreja a la boca, al mismo tiempo que le hizo caer de espaldas.

El jarrón estaba lleno de vino y su trayecto quedó marcado por un reguero que cruzaba el patio dando luego en la pared, encima de la puerta que daba acceso a la sala de audiencias.

En aquel mismo instante, como si el destino hubiese deseado disponerlo así, la puerta se abrió del lado de la sala de audiencias y un hombre ricamente vestido traspuso el hueco de la puerta a tiempo para que le mojara de pies a cabeza un raudal de rojo vino procedente de lo alto. El jarrón no le dió en la cabeza por pura casualidad.

Detrás de aquel hombre avanzó el enérgico general romano Julio Métulo a quien todos creían en Britania Miraron los dos recién llegados con grandísimo asombro el cuadro que ante sus ojos se presentaba, tan aturdidos que no acertaban apronunciar palabra alguna.

Los esclavos corrieron hacia el pasadizo temblando de miedo y durante un momento Rufo y Quinto se sintieron aterrorizados. Harl siguió firme en su sitio más desafiante y más decidido que antes. Bórak se levantó quejándose de dolor y chorreando sangre. Se disponía a correr hacia su enemigo cuando vió a los recién llegados y las piernas empezaron a temblarle de miedo.

Rufo fué el primero en hablar.

—¿Usted aquí, padre? — exclamó atemorizado. — ¡No... no le esperábamos!

—No es extraño que así sea. — replicó enérgicamente el general. — Hace pocos minutos que entré en la ciudad después de haber viajado rápidamente por mar y tierra desde Britania debido a un asunto importante relacionado con el nombramiento de un nuevo gobernador de la colonia. ¡Y así se me recibe en mi casa! ¡Cualquiera, al ver esto, hubiera creído entrar en una taberna en medio de un alboroto entre gentuza! ¿Qué significa esto?

—¡Por Castor y Pólux! — exclamó el altivo señor cuyos ojos brillaban de enojo. ¡Razón sobrada tiene usted para sentirse agraviado! ¡Jamás he sido tratado de semejante manera! ¿No era suficiente haber estado a punto de que ese jarrón me rompiera la cabeza? ¿Aun era necesario empaparme de vino de pies a cabeza? ¡Toda mi ropa ha quedado perdida! ¿Es esta su hospitalidad, Julio Métulo?

—Pídole perdón por todo lo sucedido, Marcos Galerio — dijo el general — asegurándole además que no quedará sin castigo quien lo merezca. Parece que salí a tiempo de Britania porque tenía en casa bárbaros peores que los de allí, a quienes sentaré mi mano.

—¡Habla Rufo — gritó con voz fuerte y airada, dirigiéndose a su hijo. — ¿Qué excusas puedes ofrecer? ¿Por qué me encuentro mi casa transformada en la arena de un circo? ¡No sé como mis antepasados no se han dado vuelta en sus pedestales de piedra para no ser testigos de todo esto!

HARL LLEGA A CASA DE MARCOS GALERIO

Nunca se le había visto tan furibundo a Julio Métulo. Iba a ser muy difícil calmarle. Entre los dos, Rufo y Quinto, narraron a su modo lo acontecido. Lo relataron con todo colorido y aun cuando todo cuanto dijeron fué verdad, consiguieron darle la apariencia de que era Harl el culpable de todo.

—¿Qué tiene usted que decir por su parte, perro? — gritó el general. — ¿Así responde usted a los que tuvieron la generosidad de salvarle la vida?

—Nada tengo que decir — contestó Harl con los ojos relucientes de indignación. — Si iguales circunstancias se presentaran volvería a hacer lo mismo que hice. Bórak es mucho más culpable que yo. El fué quien maltrató al negrito que huyendo de él, vino a este patio. Yo estaba aquí y procuré defender al pequeño contra la crueldad del gigante.

—¡Cállese! — ordenó Julio Métulo. — ¡Yo le daré una buena lección, perro! — agregó. — Supongo que le enseñaré a no salirse de su puesto en lo futuro. ¡Cien latigazos en las espaldas desnudas y una semana encerrado en una celda oscura! ¡A eso le condeno! Y considérese afortunado. A no ser por el servicio prestado por usted en Britania, su cabeza rodaría de sus hombros. Más de un esclavo ha perdido su vida por delito mucho más leve.

—Ha hablado usted con acierto y justicia, amigo Julio. — dijo Marcos Galerio. — Pero esa sentencia es suave y no está proporcionada, con la indigna ofensa de que he sido objeto. Agregue unos cuantos latigazos más por mi cuenta y deje que sea yo quien se los de. ¡Por Júpiter! Ya les mostraré que no he perdido la fuerza que me dió fama en mi juventud. ¡De fijo el canalla va a retorcerse como una anguila!

Hubo un murmullo de aprobación que brotó del grupo de esclavos. Bórak se rió a pesar de que tenía que sujetarse la herida de la cara con ambos manos.

Rufo y Quinto avanzaron y miraron frente a frente a Julio Métulo cuyo inescrutable rostro no contestó a sus miradas de ansiedad.

Marcos Galerio, considerando como aprobatorio el silencio del general, recogió del suelo el látigo, que estaba donde Bórak lo había dejado caer y lo hizo chasquear dos veces en el aire mientras avanzaba hasta hallarse a seis pies de Harl.

—¡Ahora te toca a tí, perro! — gritó en tono amenazador y con grandísima alegría.

Harl ni habló ni se movió. Mostró los dientes entre los entreabiertos labios mientras

respiraba jadeante, dominando el furor que sentía.

Marcos Galerio levantó el látigo, y después de haber mirado al joven durante unos instantes, bajó el brazo y retrocedió un par de pasos. El rostro se le puso muy pálido, demostrando así concluyentemente que era, en el fondo de su corazón, un verdadero cobarde.

—¿Prefiere usted dejar esa tarea a mis esclavos? — preguntó Julio Métulo con una leve sonrisa de desprecio.

—¿Ha leído usted con toda exactitud lo que yo estaba pensando! — exclamó Marcos Galerio, aceptando muy complacido la propuesta. — En verdad eso sería denigrar mis manos. En un momento de enojo me olvidé de lo que corresponde a un noble romano. Voy a perdonar a ese perro y lo que es más puesto que posee un espíritu fiero y altivo, a mi juicio, desearía que fuese de mi propiedad. ¿Cuánto pagó usted por él?

—Cinco mil sextercios, — contestó Julio Métulo.

—¡Yo le daré seis mil! — exclamó Marcos Galerio.

El general se cruzó de brazos y miró al suelo, pensativo y preocupado. Los esclavos sonrieron, convencidos de que era la venganza el único propósito que guiaba a Galerio. Rufo también lo comprendía y en sus ojos apareció de pronto una expresión de conmiseración y de remordimiento. Ya iba a hablar cuando una mirada de desprecio de Quinto le detuvo.

—Si yo no tuviera que regresar muy pronto a Britania, contestaría negativamente — dijo Julio Métulo. — Pero no me atrevo a dejar aquí a este joven porque temo que con su violenta manera de ser me alborote toda la casa. Se lo cedo en el precio que se ha dicho pero con dos condiciones.

—¿Qué condiciones son esas? — preguntó el patricio.

—Que suspenderá usted el castigo que le corresponde por lo sucedido hoy y que me lo revenderá con una ganancia de quinientos sextercios en cualquier momento que yo se lo pida.

—Acepto esas condiciones — dijo Galerio sonriendo. — Mi escriba le traerá el dinero esta tarde y al mismo tiempo mandaré buscar al esclavo. Téngale en seguridad hasta entonces.

El cambio que había experimentado su situación dejó tan asombrado a Harl que no ofreció resistencia alguna cuando los esclavos de Julio Métulo le ataron por orden de su amo. Le ataron de pies y manos y le encerraron en el más oscuro sótano de la mansión.

Allí pasó un horroroso día en la soledad y el silencio. Le pasaron de comer y beber por entre la reja de la puerta pero no vió a la persona que le proporcionó aquello. Ni siquiera oyó sus pasos ni al llegar ni al marcharse.

Ya hacía rato que había anochecido cuando se abrió la puerta de la celda y cuatro esclavos llevaron al cautivo por un largo corredor. Subieron luego por una estrecha escalera saliendo a un sitio que Harl reconoció en seguida.

Era un patio pavimentado que quedaba detrás de la caballeriza. Un ancho portón daba a un camino particular al que daban las caballerizas de varias casas cercanas. En el patio estaba el carro de Marcos Galerio y el conductor, un tipo grande, de aspecto brutal se hallaba de pie frente a los caballos.

Atado nuevamente — pues le habían desatado al encerrarle en la prisión, — y casi envuelto en sogas, lo levantaron y lo echaron en el piso del carro.

Al cabo de un rato llegó, procedente de la casa, un hombrecillo portador de un montón de tablitas enceradas y que tenía un estilo puesto en la oreja. Subió al carro de un salto, ocupó su sitio el conductor y los cuatro briosos caballos arrastraron al vehículo fuera del patio, pasando por el ancho portón.

El trayecto fué largo. La posición en que iba Harl en el carro no le permitía ver por dónde iban. Comprendió, por lo intenso de la oscuridad y por los pocos ruidos de la calle, que debía estar muy avanzada la noche. De vez en cuando el carro se cruzaba con algún grupo de borrachos que cantaban y gritaban.

—¿Quién será ese Marcos Galerio a cuya casa me llevan? —se atrevió a preguntar Harl al cabo de un rato.

—¡Extraña pregunta en verdad! — exclamó el de arriba. — ¡Pronto lo sabrás, perro esclavo! Su nuevo amo es un magistrado de gran fortuna y muchísima influencia y su nombre es el terror de los malhechores. Los cristianos son los que más le temen porque ha hecho morir a muchos de ellos. Precisamente por eso goza de altísimo favor ante Nerón, el emperador.

Harl no preguntó más. Había oído hablar mucho de los enérgicos magistrados romanos y también de la secta de los cristianos que eran perseguidos tan amargamente sin más motivo que su religión. Pensó en los cristianos y sintió simpatía por aquella gente para la cual Roma era tan implacable y cruel como lo era con él mismo.

El carro volvió una y otra esquina y Harl desde el fondo del carro en el que estaba tendido boca arriba, distinguió de vez en cuando los techos de lujosas casas y sus cúpulas doradas. Por último vió el dorado arco de un portón muy ancho y el conductor del carro detuvo rápidamente a sus piafantes caballos.

Se oyó un murmullo de voces. El escriba saltó del carro al suelo. Dos esclavos negros sacaron a Harl del carro. lo pusieron de pie y uno de ellos comenzó a cortar las sogas que le sujetaban los tobillos.

Estaba Harl de espaldas a los caballos y pudo ver que habían vuelto al carro hacia la puerta de unos establos de mármol. A la

derecha se alzaba una magnífica mansión y a la izquierda, el patio donde se hallaba estaba limitada por una tapia alta. Del otro lado, el ancho portón por donde había entrado el carro aún estaba abierto y por él se veía una calle muy oscura.

Acababa Harl de hacer estas observaciones cuando los dos negros esclavos le llevaron hacia los establos y se detuvieron a pocos pasos de un agujero que evidentemente daba acceso a un local subterráneo.

Se oyó ruido de pesados pasos y Marcos Galerio se detuvo frente al joven britano sonriendo triunfante y maligno.

—¡Le estaba esperando, perro! — exclamó. — Todo está pronto para recibirle. Al pie de esos escalones están los palos que han de castigarle la espalda y estos son los forzudos esclavos nubios que se encargarán de esa tarea. Mas allá está un húmedo, oscuro y maloliente calabozo donde será usted encerrado.

Harl, aturdido y horrorizado durante un instante, no acertó ni a moverse ni a hablar.

—¿Así que se imaginó que yo iba a suspender el castigo? — agregó Galerio con risa burlona. — Julio Métulo me exigió esa promesa para tranquilidad de su conciencia. Bien sabía él que yo no la cumpliría ni tuve durante un sólo instante intención de cumplirla.

Galerio se convenció mediante una rápida mirada de que Harl tenía los puños bien atados. Tomó luego una lámpara de bronce y se dirigió hacia la entrada del subterráneo.

—Mejor será que sea yo el que indique el camino, — gruñó el magistrado volviéndose hacia los esclavos. — ¡Vigilen bien a ese canalla, perros inútiles, porque es muy capaz de darles bastante trabajo!

POR LA LIBERTAD

En el mismo momento en que Marcos Galerio llegaba al comienzo de la escalera que conducía al subterráneo, una ráfaga de aire le apagó la lámpara que tenía en la mano y con la que alumbraba el camino. Lanzando un grito de enojo se volvió rápidamente hacia el escriba.

—¡Tráigame otra luz, Turpino! — ordenó. — ¡Oiga! Encienda esta también.

El escriba se fué apresuradamente hasta el fondo de la caballeriza y los dos esclavos, con su cautivo entre ellos, se detuvieron a dos pasos de distancia de Galerio.

Esto dió oportunidad a Harl para mirar en redor. Miró primero hacia los establos, a la derecha y a la izquierda. En aquellos establos se hallaban varios hermosos y muy caros caballos. Miró luego hacia atrás, hacia el frente de la caballeriza y lo que vió entonces hizo que el corazón le saltara de alegría en el pecho, animado por una vibrante esperanza.

(Continuará)

El director de PUCKY contesta a los lectores

Olga Oneto y Viana, Montevideo, Uruguay. — El nombre del autor o autores de esas novelas, no lo conocemos. Tomamos nota de la obra que usted desea se publique. Gracias por sus afectuosos saludos.

Un antiguo lector, Ciudad. — Se inició la publicación de "El Camino Solitario", en PUCKY, en el No. 296.

Anselmo Sánchez, Capital. — ¿A qué novela se refiere?

Un lector, Córdoba. — El director de PUCKY no tiene nada que ver con la revista a que usted se refiere. La novela que usted desea leer, ya se publicó en este semanario. Gracias por sus amables manifestaciones de simpatía para PUCKY.

Tito Bautista Arias, Anatuya. — Quedan incluídas las obras que usted indica, entre las que se publicarán oportunamente.

B. Llovet y Fco. Morano, Villa Cañás, F. C. P. — La novela que ustedes piden ya figura entre las que se publicarán.

Juan Carlos Landaner, Capital. — Se publicarán aventuras de ese personaje, pero no inmediatamente. Le retribuímos sus afectuosos saludos.

Telegrafista F. Ll. (hijo), Guatimozin. — Efectivamente, la dirección de PUCKY no es la misma de "Tit-Bits". Las obras a que usted se refiere, ya están incluídas entre las que se publicarán.

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ 12.00

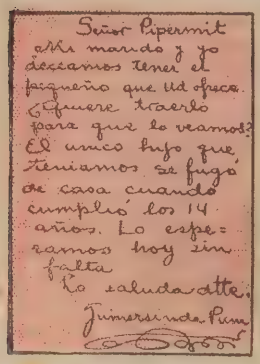
EDITORIAL MANUEL LAINEZ
LIMITADA, S. A.

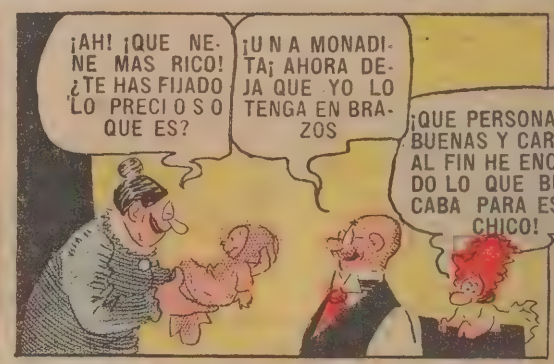
El señor miope que quería tomar un pastelito de chocolate...

—¡Qué fastidio! Tener que subir ciento cuarenta escalones.
—Pues haga lo que yo.
—¿Qué es lo que hace usted?
—Subirlos de dos en dos y así sólo hay setenta.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DE





SE NECESITA UN HOG
PARA UN NIÑO

PIPERMIT ESTA EMPE
DO EN AYUDAR A
NIÑO ABANDONADO. ¿E
CONTRARA, POR FIN,
HOGAR TRANQUILO PA
SU PEQUEÑO AMIGO?

No. 440
4 de Marzo de 1932
BUENOS AIRES
Año XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 440 BUENOS AIRES, MARZO 4 DE 1932 AÑO XII

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Publicación Semanal - Aparece los Viernes

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, Ltda. S. A.

Alias "La Enredadera"

Por HUGH CLEVELY

UN EXTRAÑO OFRECIMIENTO

SIR John desea verlo en el estudio, señor.

—Gracias, Simpson. Subiré a verlo en seguida.

David Hamilton colocó el taco de billar en la percha. Su primo, Oliver Trent, le dijo:

—¿Para qué te querrá el viejo?

—Maldito si lo sé — dijo David alegremente. — ¿Dejamos las bolas en la mesa o damos el partido por terminado?

—Podemos dejarlas como están y terminar el partido cuando vuelvas — dijo Oliver, con su voz fría e indiferente. — Esperaré en el salón de fumar y me fortificaré con whisky y soda.

—Muy bien — contestó David.

Los dos primos formaban notable contraste. Oliver era alto, moreno, de cutis amarillento, ojos obscuros, calculadores, y pequeño bigote negro. Sus facciones eran hermosas y regulares — varias mujeres habían observado que tenía tipo español — y andaba siempre muy bien vestido. Sus modales eran suaves y de una seguridad casi insolente; daba la impresión de no ser sincero y de sentir indiferente desdén por todo lo que le rodeaba.

Todo le resultaba fácil; sin aparentes esfuerzos se distinguía en el golf, el tennis, el bridge y la danza. Tenía también fama de ser hábil hombre de negocios y buen jugador de bolsa. Vivía con lujo y, aunque no gozaba de muchas simpatías, recibía numerosas invitaciones para casas y centros sociales distinguidos.

David era un muchacho alto, rubio, alegre, de cutis tostado por el sol de Africa, perezosos ojos azules y barba que revelaba carácter obstinado. Sus modales, como los de Oliver, eran tranquilos y seguros; pero tenía una sonrisa más simpática.

Por espacio de diez años, desde la edad de diez y ocho, andaba corriendo mundo, ganándose difícilmente la vida en distintas ocupaciones y gozando inmensamente de ella. Durante su errante existencia había sido marinero, cowboy, boxeador en un club de San Francisco y capataz a cargo de una pandilla de kafires, que trabajaban en las vías del ferrocarril de Rhodesia. Había dejado este trabajo y llegado a Inglaterra quince días antes, invitado por un tío rico a quien nunca había visto.

David salió del salón de billar y subió la escalera, hasta el estudio de su tío.

Sir John se volvió al oírlo entrar. Era un hombre robusto, erguido, a despecho de sus setenta y cuatro años y sus cabellos blancos. Sus principales características eran la arrogancia y la viveza de genio, combinadas con una tremenda energía. Por espacio de veinte años no se había tratado con ninguno de sus parientes y frecuentado muy poco a sus vecinos. Se había casado tarde, con la idea de asegurar un heredero a su baronía; pero su esposa lo desepcionó pereciendo en un accidente de automóvil pocos meses después de la boda. Entonces había adoptado una niña de pocos meses llamada Shirley Fenton, cu-

yos padres habían muerto en el mismo accidente que Lady Hamilton. El anciano miró a David de manera poco amistosa, por debajo de sus hirsutas cejas, mientras el joven cerraba la puerta.

—Siéntese, joven — le dijo desagradablemente.

David se sentó. No sabía lo que su tío deseaba de él y no se le importaba gran cosa. Por unos buenos treinta segundos el anciano lo estuvo mirando de arriba abajo, tomando nota de todos los detalles de su persona, con ojos duros, inquisidores, como si examinara un toro campeón en una exposición de ganado. Era un escrutinio que hubiera desconcertado a muchos hombres; pero David lo soportó con calma. Luego Sir John habló.

—¿Qué le parece Marr Hall? — le preguntó bruscamente.

—Una mansión muy hermosa — contestó David.

—¡Hum! Ya me lo imaginaba! ¿Sabe para qué lo hice venir aquí? — continuó Sir John en el mismo tono desagradable.

—No — contestó David.

—Lo mandé buscar a usted de Rhodesia y a su primo Oliver de Londres porque quería estudiarlos bien a los dos. Soy viejo y no me queda mucho tiempo de vida. Ya me han dado dos ataques al corazón y, probablemente, no sobreviré al tercero.

—Siento mucho saberlo, señor — dijo David con acento de interés.

—¡Déjese de pavadas! — replicó el viejo con aspereza. — Recién hace quince días que me conoce. ¿Por qué lo va a sentir?

Para esto no parecía haber respuesta y David no la dió. Sir John continuó:

—Shirley llega de Francia el miércoles por la tarde. El jueves cumple veintiún años. Como regalo le doy la tiara Beltinge. En esa tiara hay diez y siete diamantes grandes. Pagué por ella once mil libras, antes de casarme. Vale ahora más. Heredará también otras joyas a mi muerte. No pienso dejarle dinero. No me gusta que las mujeres tengan dinero propio. Pero quiero dejarla casada y establecida antes de morir.

Se inclinó ligeramente hacia adelante y sus duros ojos miraron arrogantemente a David.

—Como le dije antes, los mandé buscar a Oliver y a usted para estudiarlos antes de que ella viniera a casa. Pronto descarté al señor Oliver. Es un hombre demasiado elegante o cree que lo es. Por consiguiente, usted es el que sigue en la lista para la baronía y me agradaría que Shirley fuera lady Hamilton. Así que lo elijo. Tan pronto como sea posible, después que regrese Shirley, usted se casará con ella y lo nombraré mi heredero.

Pronunció la última frase con indiferencia, lo que indicaba que consideraba el asunto completamente arreglado. David enarcó ligeramente una ceja y contuvo el impulso de lanzar una carcajada. ¡Qué cómico, pensó era que aquel viejo creyera que podía disponer así del porvenir de las personas!

—Pero la señorita Fenton y yo, nunca nos hemos visto — objetó. — No es probable que ella quiera casarse con migo y existe la posibilidad de que no quiera yo casarme con ella.

—¡Que no quiera!

Sir John hizo un gesto de impaciencia. Una pequeña vena empezó a latir en su frente, señal de que estaba a punto de enojarse.

—Habla usted como un joven aturdido — replicó airadamente. — ¿No quiere veinte mil libras por año? En cuanto a Shirley, hará lo que yo le diga. No hablemos más tonterías. ¿Qué dice, acepta o no?

—No acepto — contestó David fríamente.

Sir John se puso color púrpura. Los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Mocoso impertinente! ¿Debo entender que usted, un aventurero sin un penique, rechaza mi oferta? — estalló con acento de incredulidad.

—Sí — contestó David.

Sir John se levantó de su silla hizo un violento ademán con el brazo.

—¡Salga de aquí! — dijo con voz pastosa. — Retírese de mi vista. He terminado con usted... ¿entiende? Terminado. Por Dios que siento deseos de hacerlo arrojar de la casa. Que no lo encuentre mañana cuando baje, si no lo echaré.

—Muy bien — replicó David y salió de la biblioteca.

Afuera de la puerta sonrió. Aquello era muy singular. Lo que menos esperaba cuando entró al estudio era que le ofrecieran una renta de veinte mil libras y una esposa. Ciertamente las veinte mil libras le serían muy útiles; pero la esposa... Sonrió de nuevo. Una fotografía que había visto de ella le reveló que era linda; pero no tenía deseos de casarse con una joven a la que nunca había visto. Imaginaba lo que ella sería, después de haber sido educada en la casa de Sir Jhon. Tímida y dulce, acostumbrada a obedecer las órdenes sin discusión, temerosa de abrir la boca. Pensó que la pobre niña debió pasar una vida terrible con aquel viejo tirano. Suponía que ahora el anciano la haría casar con Oliver, si éste consentía.

Oliver no estaba en el cuarto de fumar cuando David volvió a entrar a él; pero llegó pocos segundos después.

—Subí a buscar unos cigarrillos — explicó y añadió indiferentemente: — ¿Qué pasó entre tú y el viejo? ¿Para qué te llamó?

La pregunta era innecesaria, puesto que había escuchado afuera de la puerta de la biblioteca durante la entrevista.

—¡Oh, para nada! — contestó David con indiferencia. — Me marcho mañana a primera hora.

—¿Qué te marchas?

El tono de asombro de Oliver fué muy bien fingido.

—Sí. Dice que no le gusta mi cara. ¿Qué te parece si terminaramos el partido de billar?

—Es una desgracia, considerando que dejaste tu trabajo para venir aquí y verlo — dijo con simpatía Oliver. — Pensé que te llevabas bastante bien con él, dado el genio imposible que tiene. ¿A dónde irás cuando salgas de aquí?

David se encogió de hombros.

—A Londres, para empezar. Luego erraré por los muelles hasta que encuentre un tra-

bajo, por mi pasaje, a bordo de un barco que vaya a China, a Africa, a cualquier parte. Tanto me da.

En los obscuros ojos de Oliver brilló una chispa de interés. Miró pensativo a David.

—Comprendo — dijo. Hizo una pausa y continuó:

—Yo hago negocios con una firma de vapores, la que tiene un pequeño vapor de carga que parte para la Argentina pasado mañana. Si quieres, puedo conseguirte trabajo a bordo de él. Pero es un barco muy incómodo y, temo que sólo podré obtenerte trabajo como marinero. ¿Te conviene?

—Mucho — contestó David. — Te lo agradezco.

—No tienes nada que agradecer, primo. Siento no poder hacer por tí algo más.

Oliver movió la mano, como diciendo que aquello no era nada. Luego lanzó una breve carcajada y continuó:

—Lo único que desearía pedirte es que no firmes con tu verdadero nombre. Los dueños de la compañía de vapores son gente peculiar. Y la firma de que hablo sabe que soy pariente de sir John Hamilton. Por cuestiones de negocios, no me favorecería se supiera que colocaba a mi propio primo de marinero en uno de sus barcos. ¿Tienes inconveniente?

—Ninguno — contestó David sonriendo. — Firmaré con el nombre que quieras. !Dios me libre de disminuir tu prestigio ante la firma! Puedes decirle al capitán que soy sobrino de tu cocinero y que me llamo Tomás Ford.

Sacó su cigarrera y encendió un cigarrillo. Oliver lo miró un rato, mientras encendía el cigarrillo y una ligera sonrisa vagó en sus labios. Por un segundo la opinión que David le merecía se reflejó en sus ojos y era de divertido desdén.

—¡Pobre idiota! — decían. — Eres casi demasiado fácil.

—Asunto arreglado entonces — dijo en voz alta, con tono de amable satisfacción. — Iré a Londres por la mañana y le hablaré el capitán Abraham yo mismo. Tú ve luego a verlo a la Mary Ryan, por la tarde, y encontrarás que tienes tu puesto.

—Muchas gracias — contestó David. — ¿Y ahora, vamos a concluir nuestro partido de billar?

EL HOMBRE QUE CAMBIO DE NOMBRE

David Hamilton abrió los ojos y parpadeó débilmentee. Le dolía la cabeza y sentíase muy débil. Encima veía el blanco cielo raso; a su derecha había un ojo de buey y él estaba acostado en una cucheta, angosta pero muy cómoda. No sabía como había llegado allí.

Recuerdos confusos acudieron a su mente. Estaba parado en la cubierta del Mary Ryan, contemplando las obscuras aguas. Oyó pasos detrás suyo; medio se dió vuelta, creyendo sería uno de la tripulación que venía a hablarle. A la luz de un farol tuvo la fugitiva visión del rostro, moreno y barbudo, del capitán Abrahams, de sus ojos achicados siniestramente, de la cruel sonrisa en sus tostos y gruesos labios, de su brazo levantado. Algo le pegó con fuerza terrible en un costado de la cabeza; poderosos brazos se apoderaron de él, arrastrándolo hacia la borda del buque. Perdió un momento el sentido y luego la impresión vivificadora del agua fría, salada se lo hizo recobrar; después de eso, recordaba como una pesadilla su lucha en las aguas picadas, como trató de quitarse el pesado impermeable que lo arrastraba al fondo; las luces de la Mary Ryan que se perdían a la distancia; más lucha rodeado por las obscuras aguas, con el cielo negro encima de su cabeza; por fin, cuando ya las fuerzas empezaban a faltarle, una fila de luces apareció en la cresta de una ola. Con su último aliento gritó. No recordaba nada más.

Se abrió la puerta del camarote y entraron dos hombres. Uno de ellos era un joven de veintiocho o treinta años; el otro un anciano alto, delgado, de cabellos blancos y barba, prolijamente recortada en punta. Tenía rostro arrugado, bondadoso, y alegres ojos azules que miraban a David con curiosidad a través de los lentes de carey.

—¿Se siente mejor? — le preguntó con acento americano. — ¡Ciertamente que duerme usted cuando empieza! Lo recogimos a eso de la media noche del jueves y hoy es sábado por la mañana.

Se volvió al hombre más joven.

—¿Qué piensa de él, doctor?

El doctor sonrió.

—Naturalmente que debía estar muerto — dijo. — Pero, puesto que no lo está, puede tomar un par de huevos pasados por agua, blandos, y pan con manteca.

—Seguro — contestó el anciano. — ¿Quiere verlo al mayordomo y encargarle que traiga eso?

Se volvió a David.

—Yo soy Howard Wingfield, de la Wingfield Motors, Detroit, y éste es mi yacht particular "La Esmeralda". Me gustaría saber quien es usted y que hacía, nadando en dirección a América, a media noche, en un mar agitado y con un bulto del tamaño de un huevo en el costado de la cabeza. Supongo que no se trataría de una apuesta.

—No. — contestó David. — Pero todo lo que sé es que el capitán de la Mary Ryan me pegó un golpe en el cráneo y me tiró por la borda. No sé que pueda haber hecho yo para merecerlo.

La expresión de Wingfield se hizo de pronto vivamente interesada.

—¿La Mary Ryan, eh? — preguntó. — ¿Y se llama usted David Hamilton?

—Efectivamente — contestó David algo intrigado.

—¿Alias Tomás Ford? — prosiguió Wingfield.

—Así es — replicó David. — Pero ¿cómo diablos lo sabe?

Hubo una corta pausa, durante la cual la viva mirada de Wingfield no se apartó de la cara de David. Luego, rápido como el relámpago, le hizo esta pregunta.

—¿Qué ha hecho con los diamantes?

—¿Los diamantes? — repitió vagamente David. — ¿Qué diamantes?

Hubo otra pausa. La puerta se abrió y entró un mayordomo que traía una bandeja con el más apetitoso desayuno. Wingfield exten-

dió la mano y agarró un diario que estaba sobre la mesa.

—Coma, antes de que se enfríe. Hablaremos cuando haya terminado — dijo.

Cinco minutos después los huevos, el te, el pan y la manteca habían desaparecido. Wingfield se golpeó pensativo la rodilla con el diario que había doblado y conservaba en la mano.

—Ahora, señor Hamilton, continuaremos nuestra pequeña conversación — dijo. — Quiero que me cuente por qué firmó usted como marinero, en la Mary Ryan, con nombre supuesto. Por su propio bien, a menos que tenga algo que ocultar, dígame la verdad.

David no sabía a donde quería ir a parar el otro; pero le gustaba el hombre y decidió confiarse a él. De modo que le contó todo lo que le había ocurrido aquella noche en Marr Hall. Cuando hubo terminado. Wingfield sacó un cigarrillo y lo encendió, pensativo. Luego dirigió a David una larga y escrutadora mirada.

—Bien — contestó. — Le creo. Pero sé que nadie más lo hará. Escuche mientras le cuento otra historia:

El martes por la noche se peleó usted con su tío y él le ordenó que se marchara de la casa. El miércoles por la mañana se fué. No dejó dirección y nadie sabía adonde se dirigía. El jueves por la noche Sir John Hamilton se dirigió a la caja fuerte de su biblioteca para sacar la tiara Beltinge que pensaba dar a su hija adoptiva, como regalo de cumpleaños. La tiara había desaparecido... robada. Pero en la caja había un pañuelo azul de seda que tanto Sir John, como su sobrino Oliver Trent, reconocieron como el que llevaba usted en la manga.

—¡El qué! — exclamó David con acento de profundo asombro.

Wingfield levantó una mano.

—No es eso todo — dijo. — No he concluído aún.

Prosiguió hablando, lenta y distintamente.

—Sir John telefoneó en seguida a la policía. Ni él ni su sobrino Oliver podían dar datos del sitio a donde usted se había dirigido. Pero ayer, después que se hubo ofrecido una recompensa por informes, presentóse un hombre llamado Symmonds que dijo lo había conocido a usted superficialmente, hace un par de años, en Durban.

David frunció el ceño.

—Estuve ciertamente en Durhan hace dos años; pero no recuerdo a nadie que se llamara Symmonds.

—¿No? — dijo Wingfield — Es curioso. Porque Symmonds dijo a la policía que lo

Algo pegó en la cabeza de David; fuertes brazos lo agarraron y lo tiraron por la borda

encontró a usted, por casualidad, tres o cuatro horas antes de que el Mary Ryan partiera y que él y usted habían bebido juntos en una pequeña taberna, cerca de los muelles. Le dijo que usted le había pedido muy especialmente que no lo llamara Hamilton, porque por razones particulares había firmado en el Mary Ryan con el nombre de Ford. También le dijo usted que estaba sin dinero; pero que esperaba conseguirlo pronto, cuando llegara a la Argentina. Con esta historia como base, la policía se puso en comunicación radiotelegráfica con el Mary Ryan y el capitán informó que, durante una tormenta, usted había sido arrebatado por las olas.

Se detuvo, abrió la segunda página del diario y David leyó:

"Sensacional robo de una joya". "El presunto culpable es arrebatado por las olas y se ahoga".

"No se encontró rastros de la tiara entre los efectos de Hamilton" dijo Wingfield leyendo él diario. "Y se teme que la llevara oculta encima, en cuyo caso la joya nunca podrá ser recobrada".

Dejó el diario.

—¿Qué tiene usted que decir a todo esto?

—Que estoy estupefacto. ¡Perro maldito! — replicó David. — Supongo que si me hubiese ahogado como Oliver y ese miserable de Abrahams pensaron que sucediera, la policía estaría segura de que la joya se hallaba en el fondo del Atlántico y Oliver podría haber dispuesto de ella sin peligro.

—La policía seguirá todavía creyendo que la joya está en el fondo del mar — indicó Wingfield. — Puede usted haberla perdido fácilmente en el agua, puede haberse golpeado contra la borda del buque al caer. Hay una orden de arresto contra usted y todas las evidencias lo condenan. ¿Qué piensa hacer?

—Ir, lo más pronto que pueda, a ver a mi tío, contarle toda la historia y procurar que me crea — contestó David prontamente. — Eso es, si usted me lo permite. La cosa es: ¿qué piensa usted hacer conmigo?

Wingfield sonrió y fumó prudentemente un rato.

—Bueno... — dijo — como hay orden de arresto contra usted y yo estoy anclado en un puerto británico, mi deber es entregarlo a la policía. Por otra parte, le he salvado a usted la vida, es mi huésped y a los "canas" británicos nada les debo, excepto el haberme multado dos veces por exceso de velocidad. Me gustaría hacerle a usted otra pregunta antes de contestar la suya. Suponiendo que le vaya a su tío con el cuento y él no le crea ¿qué hará usted? ¿Ir a la cárcel?

David movió negativamente la cabeza. La indolente expresión de su rostro había desaparecido para dar lugar a otra de obstinada resolución.

—¡No hay cuidado! — dijo. — Tomaré la precaución de cortar los hilos del teléfono antes de entrar a la casa. La estación de policía más próxima queda a dos millas y me dia. Hay un mayordomo, dos lacayos y un chauffeur. Oliver, mi tío y varias criadas en la casa. Si mi tío no me cree y alguno de ellos trata de detenerme... bueno, trataré de no lastimarlos mucho, a menos que se trate de Oliver.

—Y cuando haya logrado escapar, ¿qué hará? — preguntó Wingfield.

—Me pondré en campaña para buscar la joya — contestó David tranquilamente.

Wingfield sonrió. A despecho de sus cabellos blancos, tenía expresión muy juvenil cuando sonreía.

—¡Bravo, muchacho! — exclamó con entusiasmo y agitó en el aire su cigarro. Calmóse y continuó:

—Si tiene que escapar, necesitará una motocicleta y un poco de dinero. Lo dejaré en tierra mañana por la mañana y le presto quinientos dólares, esto es cien libras. ¿Qué le parece?

—Es usted el hombre mejor de la tierra — exclamó David agradecido.

Wingfield sonrió.

—No lo crea, hijo. Soy viejo, rico y me aburro. Mi hijo mayor maneja mis negocios y nada tengo que hacer, excepto vagar por el mundo. La mayor parte del tiempo me aburro mortalmente. Su caso ha dado interés a mi vida. Me distraerá mucho observar los acontecimientos.

ENTRA JOHN BARKER

A las veintidós horas del lunes, David metió su motocicleta entre unas matas, mismo cerca de la entrada de Marr Hall.

De intento había dejado su visita para la noche, porque no quería que ninguno de la servidumbre o habitantes de la aldea lo reconocieran. A cada lado, el camino estaba obscuro y desierto. Fué para David obra de un momento trepar a un poste telefónico y cortar los hilos que comunicaban con la casa.

Hecho esto se encaminó rápidamente por el sendero de coches hacia la casa. Evitando la entrada principal, dió vuelta a la casa y entró por una pequeña puerta del costado. Esta daba a un corredor, el cual desembocaba en el hall. David se dirigió de puntillas por el corredor y miró por el ángulo de la pared. En el hall no había nadie, pero una luz brillaba por debajo de la puerta del estudio de su tío. Abrió rápidamente la puerta y entró.

—He venido a... — empezó y se detuvo bruscamente. Su tío no estaba en la habitación. En vez, lanzando una exclamación de asombro, una joven, esbelta y rubia, se levantó del profundo sillón donde estaba sentada y lo miró con sorprendidos ojos.

Evidentemente era Shirley Fenton, la hija adoptiva de su tío. Los ojos de David se abrieron asombrados. Le había parecido linda por el retrato; pero éste no le hacía justicia. Con sus cabellos rubios y su hermoso color, era la joven más hermosa que había visto jamás. Olvidado de todo, la estuvo contemplando un largo momento, hasta que vió colorearse vivamente las mejillas de la muchacha. Entonces recordó David que se hallaba en una situación muy embarazosa. No podía hacer más que una cosa: mentir.

—Disculpe, señorita — dijo. — Creí encontrar aquí al señor John Hamilton.

—Sir John Hamilton... — repitió ella con

tono ligeramente sorprendido — pero no le dijo Simpson...

—No lo consulté a Simpson — dijo David, con el aire de un viejo amigo de la familia. Entré nomás. Soy John Barker. Supongo que habrá usted oído mencionar mi nombre. Naturalmente es usted la señorita Fenton.

Era una mentira audaz; pero esperó que diera resultado. Después de todo Shirley había estado dos años en Francia, terminando sus estudios y Sir John debía tener muchos amigos que ella no conocía.

Se adelantó un poco más y añadió confidencialmente.

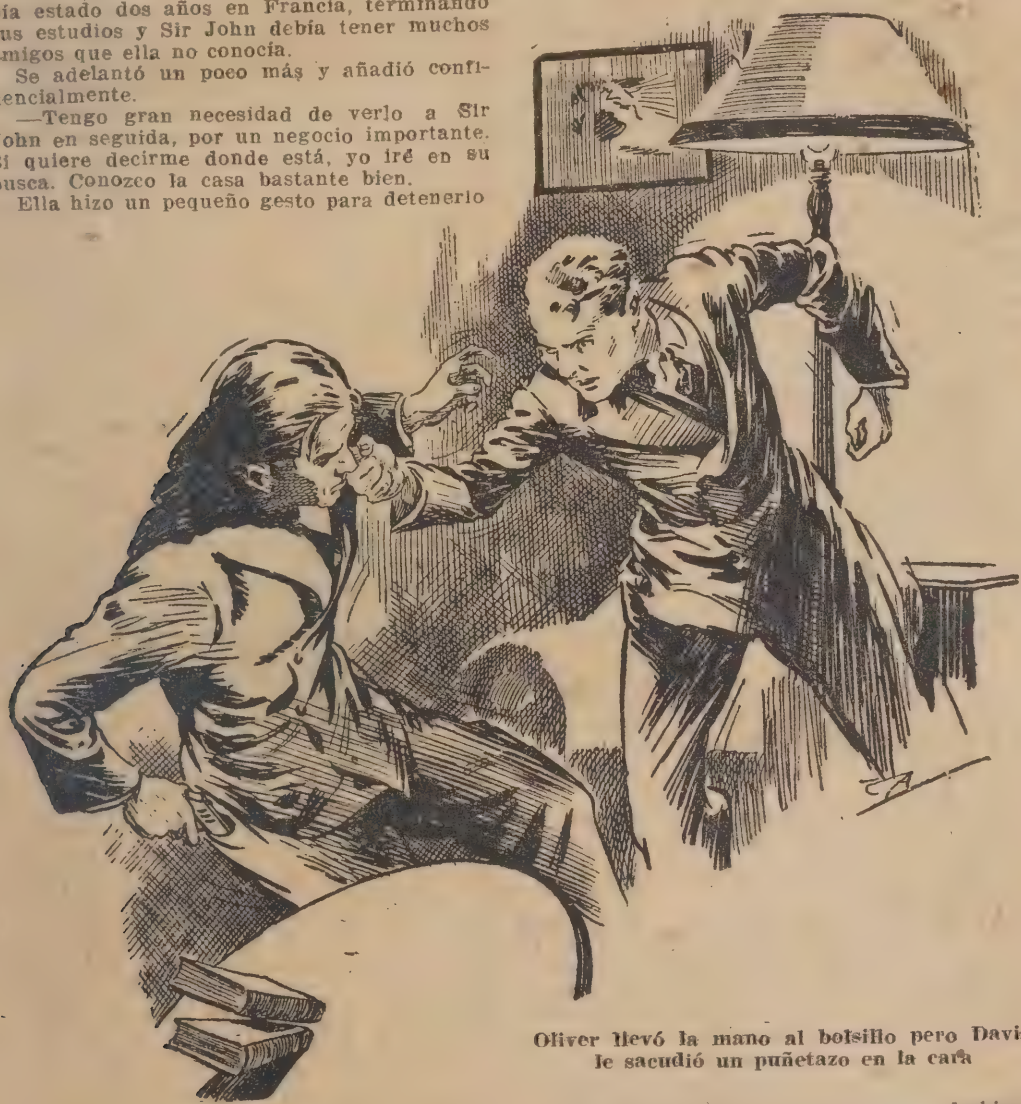
—Tengo gran necesidad de verlo a Sir John en seguida, por un negocio importante. Si quiere decirme donde está, yo iré en su busca. Conozco la casa bastante bien.

Ella hizo un pequeño gesto para detenerlo

—No podía usted saber — dijo. — Siento haberme portado como una tonta; pero... ¡es tan espantoso! Para mí es como si ese hombre lo hubiera asesinado.

—¡Asesinado! — repitió David con asombro. — ¿Qué quiere usted decir?

—Me refiero a David Hamilton, su sobrino. Sir John era enfermo del corazón y el pesar de los últimos días ha debido ser cau-



Oliver llevó la mano al bolsillo pero David le sacudió un puñetazo en la cara

—Pero... ¡Sir John ha muerto! — dijo — Murió... repentinamente anoche.

Vió David lágrimas en los ojos de la joven. La noticia fué para David como si le hubiesen descargado un nuevo golpe en la cabeza. Pero su primer pensamiento se dirigió a la joven.

—Lo siento... lo siento mucho — dijo impulsivamente. — Debe usted creerme un bruto.

Ella movió negativamente la cabeza y le dirigió una pequeña sonrisa.

sa del ataque. Si ese hombre no se hubiera comportado como la bestia que es, Sir John estaría vivo todavía.

¡De modo que ella lo consideraba un asesino! David halló aquella idea muy desagradable.

—Vea, — protestó — me parece que se excede usted un poco. Aunque hubiera robado la tiara, cosa que no está probada, no tiene usted derecho a decir que eso ocasionó el ataque de Sir John.

—Quizá no; pero a él poco le hubiera importado que así sucediera — dijo la joven

con rencor. — Oliver me ha contado qué clase de hombre era, un miserable, capaz de cualquier cosa por dinero y a quien no le importaba de nadie.

Miró a David con expresión de desafío.

—Supongo que usted pensará que hago mal en hablar así de un muerto; pero ¿ha muerto de veras? No creo que se haya caído del buque.

—¡Oh! — fué todo lo que David, tomado por sorpresa pudo decir.

—Ni siquiera creo que se haya embarcado en ese buque — prosiguió ella. — Pienso que se entendió con el capitán para que él informara de su muerte, a fin de que la policía no lo buscara. Y creo que Symmonds estaba también en el complot. Lo he visto... es un hombrecillo horrible. No confiaría en él lo más mínimo.

En ese momento por la puerta del estudio llegó el sonido de voces en el hall de abajo Shirley se volvió a David.

—Oliver... el señor Trent ha vuelto — dijo. — Fué a recibir a un amigo. Le diré que está usted aquí y le pediré que suba a verlo.

Salió de la habitación.

Al salir la joven se dió cuenta David del peligro que corría. Dentro de pocos minutos su descubrimiento era inevitable y, si caía en manos de Oliver, iría a parar a la cárcel. El cerebro de David funcionaba rápidamente. Comprendió que no le quedaban más que dos caminos. Uno era bajar corriendo al hall y escapar rápidamente por la puerta principal, con la posibilidad de ser detenido por Oliver o por su amigo. El otro esperar a Oliver en el estudio, pelear con él y bajar después. Decidió que lo segundo era mejor. Por una parte, deseaba hablar unas palabras a solas con Oliver; por otra experimentaba una extraña repugnancia ante el pensamiento de que Shirley lo viera huir. Esperó.

Abrióse la puerta y Oliver entró en la habitación.

—Deseaba usted verme... — empezó y luego se detuvo bruscamente. Por un momento pareció paralizado.

—¡Buenas noches, Oliver! — dijo tranquilamente David.

Sus palabras parecieron romper la tregua. Los dos hombres se movieron simultáneamente. Oliver dirigió rápidamente la mano al bolsillo; pero David saltó. Su mano derecha le pegó a Oliver un violento puñetazo en la boca, haciéndolo trastabillar. Aprovechó su ventaja. Los dos hombres se trenzaron.

Por espacio de diez segundos lucharon locamente juntos, en un rincón de la pieza. Luego se separaron y en la mano de David apareció la pistola que Oliver había sacado del bolsillo.

—Si haces ruido, te levanto la tapa de los sesos — le dijo en tono tranquilo, amenazador.

Oliver había perdido su habitual calma. Miró a David parpadeando estúpidamente.

—¿Có... cómo entraste aquí? — tartamudeó. — ¿Quién te hizo pasar?

—Entrando — contestó David con calma.

—Pero ¿te vió alguien? ¿Te reconocieron los sirvientes?

—No. No he anunciado mi vuelta de ultratumba.

Con sorpresa de David, el rostro de Oliver expresó alivio. Se alisó el cabello, con aire más tranquilo:

—Oye, David, — dijo fríamente — a lo hecho, pecho. No tuve más remedio. Necesitaba desesperadamente dinero y me apoderé de la tiara. Al mismo tiempo no quería que te llevaran a la cárcel y es ahí donde irás, si la policía te sorprende. No tienes medios de probar tu inocencia. Estoy dispuesto a ayudarte para que te vayas al extranjero con nombre supuesto. Y te daré mil libras para que emprendas nueva vida, en cualquier parte. Eso o la cárcel. Elige.

David alzó ligeramente una ceja ante aquella cínica proposición.

—¿Sin duda quieres darle al capitán Abrahams nueva ocasión para que me dé un golpe en la cabeza y me tire por la borda? — preguntó.

—¿Te pegó en la cabeza? ¿Eso hizo? — exclamó Oliver con acento de horrorizada indignación. — Te juro que yo no le sugerí semejante cosa. Eso es un asesinato. Por mi honor, que nunca pensé eso. Tienes que creerme, David. Me crees ¿verdad?

Estaba muy bien representado; pero David se limitó a sonreír.

—No, no te creo — contestó. — Pero pienso que eres un embustero muy hábil.

La máscara de indignación cayó de la cara de Oliver. Se encogió de hombros.

—Como quieras, — contestó ligeramente. — Si prefieres ir a la cárcel...

—Lo prefiero — contestó David. — Pero no pienso ir a la cárcel esta noche. De modo que es mejor me conduzcas fuera de la casa. Y si encontramos a alguien o das cualquier clase de alarma, te obsequiaré con una bala de esta pequeña y manuable pistola. ¡Vamos, chico!

Oliver no tuvo más remedio que obedecer. Condujo a David fuera de la casa, hasta el sitio donde estaba oculta la motocicleta.

—¡Gracias! — dijo David. — Y ahora, una cosa más antes de que nos separemos. Eres un perro sucio, Oliver, y le has estado diciendo mentiras sobre mí a la señorita Fenton. Quizá esto te enseñará a comportarte mejor.

Extendió la mano derecha y le dió un puñetazo en la cara a Oliver. Los siguientes diez minutos los empleó en propiciarle la mayor soba que había recibido en su vida. Luego, dejándolo junto al camino, subió a su motocicleta y se dirigió a Londres.

Diez minutos más tarde, Oliver entraba por la puerta lateral de Marr Hall. Tenía un ojo negro, y le sangraba la boca y estaba de un humor del diablo. Su primer cuidado fué buscar al hombre que había traído a Marr Hall aquella noche. El amigo era un tipo de poderosa musculatura, facciones duras, largos brazos que casi le llegaban a las rodillas y ojos pálidos, muy juntos. Se llamaba Hawkins.

—Cielos, jefe ¿qué le ha pasado? — preguntó.

Oliver, con el entrecejo fruncido, ignoró la pregunta.

—Quiero que ese hombre John Barker,

sea encontrado en seguida. Partió en una motocicleta, camino de Londres. Síguelo en tu auto y procura alcanzarlo. Quiero saber donde va. Infórmame no bien lo sepas. Su motocicleta es una máquina de tres y medio hp., marca Triunfo, número M. N. 4132. Quiero que me mandes también un par de hombres aquí, a primera hora de la mañana, para que estén prontos a entenderse con él, si vuelve a presentarse.

—Muy bien. Pero ¿qué pasa? ¿Quién es?

—David Hamilton. Debía estar muerto, si ese estúpido de Abrahams no hubiera cometido una torpeza.

—Muerto o en prisión ¿que más da? —preguntó Hawkins.

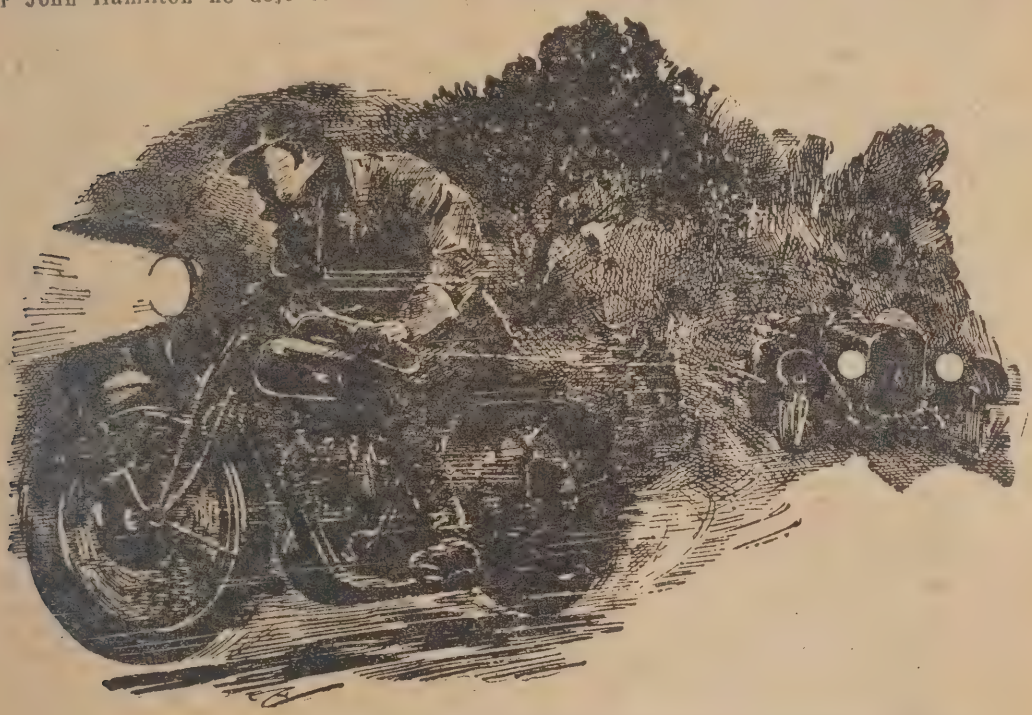
—Si, da — replicó ásperamente Oliver.— Sir John Hamilton no dejó testamento. En la cárcel o fuera de ella, David es su heredero. Tiene que ser quitado de en medio, antes de que la policía o alguien descubra quien es.

DAVID HACE UNA VISITA

Las cosas no salieron tan bien como Oliver pensaba. La culpa la tuvo en parte el mismo David y en parte el amigo de Oliver y un joven llamado Sidney Cox.

Ciertamente David partió en su moto, en dirección a Londres. Siguió ese rumbo por espacio de un cuarto de milla, hasta que calculó que Oliver estaría de vuelta en Marr Hall. Luego el también volvió a Marr Hall y escondió la moto nuevamente en el matorral. Deseaba, si era posible, echarle un vistazo a aquel amigo de Oliver, de que Shirley le había hablado. Y también escuchar algo. Se le había ocurrido que Oliver y su amigo tendrían una conversación que valía la pena oír.

Pero sus esperanzas quedaron defraudadas. Cuando se iba acercando a la casa, movíendose furtivamente entre los árboles que bordeaban el camino, vió salir de la casa a un hombre y subir a un auto que estaba estacionado frente a la puerta principal. El auto descendió a toda velocidad el camino y dió una vuelta peligrosa, al salir de los portones al camino; era evidente que llevaba prisa. David, abandonando su primitiva intención de escuchar, volvió rápidamente junto a su moto y se puso en seguimiento del auto. Sospechaba que iba en él el amigo de Oliver y deseaba averiguar donde se dirigía.



El auto del malhechor seguía la motocicleta, sin sospechar que la pista era falsa.

Por espacio de cinco millas o cosa así, continuó la caza. Luego, a bastante distancia adelante, el del auto vió la luz roja posterior de una moto y lanzó un gruñido de satisfacción. Era su presa.

Pero el que iba en la moto era Sidney Cox, un joven de diez y nueve años, que volvía a Londres, después de una visita a una tía solterona. Como muchos jóvenes deportistas, no le gustaba que lo pasaran en el camino y, al oír detrás suyo un auto aumentó la velocidad. El del auto juró violentemente. Pero aunque estaba demasiado distante para ver el número de la motocicleta, se convenció ahora de que Sidney Cox era el hombre que debía seguir.

La carrera continuó así, conservando más o menos las distancias. David logró seguir a unas cuatrocientas yardas del auto, el auto

iba como a quinientas de las primera motocicleta. Y luego Sidney Cox decidió completar su broma. Había dejado que el del auto creyera que podría darle alcance; pero ahora iba a demostrarle lo que era velocidad. Se dió vuelta en la montura, agitó la mano en actitud de desafío, abrió la válvula y la aguja del velocímetro pasó de sesenta y cinco a ochenta y cinco.

—¡Chau! — gritó con delicia Sidney.

Reflexionó que eso era vida y así desapareció de nuestra historia.

El conductor del auto no dijo "chau", sino otra punta de cosas más desagradables, al ver a su presa perderse en la noche.

Puesto que no había ya más motivo para apurarse, continuó el resto del viaje a paso más razonable. David lo siguió hasta East End y en una callejuela, estrecha y obscura, de Limehouse, el auto disminuyó la marcha y luego entró en un pequeño patio.

David detuvo su moto a unas cuantas yardas de la entrada del patio. Descendió de la moto, volvió hacia atrás y atisbó cautelosamente por la entrada del patío.

Al extremo de él había dos casas sucias y otras dos más a cada lado. El auto estaba estacionado delante de una de las casas, a mano izquierda, y al mirar David, el conductor se hallaba parado en el umbral. Golpeó tres veces, paró y volvió a golpear otras tres. Nuevamente hubo una pausa; luego se oyó el ruido de pasadores descorridos y el conductor del auto entró, cerrándose de nuevo la puerta.

David se introdujo furtivamente en el patio y se quedó unos instantes delante de la casa donde había entrado el del auto. Pesaba las probabilidades. Si era una gran cosa saber a dondé había ido el amigo de Oliver, mejor aun sería saber a que había ido. El patio estaba obscuro y desierto; aunque se veía luz en las ventanas de dos o tres de las casas, brillaban detrás de postigos o cortinas.

El piso bajo de la casa frente a la cual se hallaba David, estaba obscuro; pero en el primer piso, detrás de una de las ventanas, se veía luz. David decidió probar su suerte; en el peor de los casos, tenía la motocicleta para disparar.

En el estribo del auto había una caja de herramientas, la abrió, sacando una llave de tuerca y un tubo de solución gomosa para remendar gomas. En la parte de atrás del auto halló algo más que necesitaba, un diario viejo. Untó bien una hoja de diario con la solución gomosa y lo pegó a una de las ventanas de la planta baja; con su pañuelo envolvió la llave y dió a la hoja cuatro o cinco golpes secos. Luego sacó la hoja de papel con los pedazos de vidrio pegados a ella. David sonrió. Su carrera como malhechor era prometedora. Metió la mano por el agujero, tranquilamente descorrió el pasador y levantó la ventana. Luego penetró por ella.

En el bolsillo, llevaba una linterna eléctrica y por un segundo iluminó con ella a su alrededor. Le mostró la puerta de la pieza y a ella se dirigió de puntillas, abriéndola con precaución. Afuera había un pequeño hall y una escalera que conducía a arriba. Cerró la puerta, atravesó el hall, silenciosamente y, con infinita cautela, descorrió el pasador de la puerta del frente. No quería la puerta cerrada, si tenía que escapar.

Arriba oyó ruido de voces apagadas. Llevando en su mano la llave de tuerca, preparada para caso de emergencia, empezó a subir lentamente la escalera. Crujió un escalón y se detuvo en seco; pero nadie pareció haber oído. Otro peldaño crujió, aún más fuerte y David se volvió a detener, pensando: "¡Maldita escalera!" Pero tampoco parecieron oír. Le faltaban cinco escalones para llegar arriba. La impaciencia se apoderó de él, los subió ligeramente, atravesó un pasillo y se detuvo delante de una puerta, escuchando. Ahora las voces parecían más claras.

"... — mañana por la mañana — decía un hombre—irás a una casa llamada Marr Hall, en Sussex, tú y otro hombre. Preguntarás por el señor Trent. El te dará un trabajo en la casa; pero la verdadera tarea será vigilar por si viene un tipo llamado David Hamilton y entenderte con él en tal caso. El señor Trent te explicará eso.

—Esta bien, señor Hawkins, — replicó otra voz; hubo otra pausa y continuó: — ¿Y quién es el señor Trent? ¿No será el jefe, por casualidad?

Nuevamente hubo una pausa. Luego Hawkins contestó nerviosamente.

—Mira "Enredadera", te he elegido para esta tarea porque eres guapo y sabes tener la boca cerrada. Haz lo que te dicen y cobra tu dinero sin hacer preguntas. No quiero amenazarte; pero ya sabes lo que les pasa a los que hablan demasiado.

—Está bien, patrón — dijo "Enredadera" Kennedy prontamente. — No me importa quien sea el señor Trent. No es asunto mío, con tal que me pague. Pero ¿puedo preguntar quien es el compañero que vendrá conmigo?

—Pensaba mandar a Leacock, a Bob Leacock. ¿Lo conoces?

—No; pero he oído hablar de él — contestó "Enredadera". — ¿No es uno a quien llaman el Afortunado, que estuvo preso dos años por homicidio, cuando todo el mundo creyó que lo iban a colgar?

—El mismo. El y tú tomarán el tren de las 9 y 30 a Wadchurch, en la estación Victoria. Marr Hall queda como a tres millas deWadchurch. Cualquiera te guiará. Me voy ahora. Tengo que verlo a Leacock esta noche. Aquí tienes algo a cuenta para los gastos.

Se oyó ruido de papel moneda y movimiento en la pieza. David se retiró rápidamente a la obscuridad del pasillo. Se abrió la puerta, salió un hombre y bajó la escalera. Del hall llegó ruido de voces apagadas, seguido por el abrir y cerrar de la puerta del frente. Con pesado paso, Kennedy volvió a subir la escalera, entrando de nuevo en la pieza. David se echó el sombrero sobre los ojos, adoptó aire misterioso, salió tranquilamente de la obscuridad y entró a la pieza, detrás del otro.

—¿El señor Kennedy, no?

"Enredadera", que estaba a punto de servirse bebida, se dió vuelta sobresaltado como si lo hubiera picado una avispa, dejando la botella. Era un hombre de aspecto brutal, con las facciones aplastadas de un ex boxea-

dor y el rostro manchado de los borrachos. En su fea cara se advertía una expresión de asombro mezclado de miedo. No podía imaginar quien era David o como había aparecido tan inesperadamente.

—¿Quién... quién... demonios es usted? — preguntó con acento amenazador. — ¿Cómo entró aquí?

Afuera de la casa se oyó el ruido de un auto que se alejaba. David sonrió agradablemente.

—¿De modo que va usted a ir a Marr Hall mañana? — dijo afablemente. — ¿Usted y mi viejo amigo Leacock, que debió ser ahorvid no esperó mientras la silla estaba todavía levantada, le dió a Kennedy un puñetazo en la mandíbula. Bajo aquel terrible golpe, la mandíbula de Kennedy se levantó, su cabeza cayó hacia atrás y sus pies abandonaron el suelo. Por un momento pareció suspendido en el aire; luego cayó pesadamente, de costado y quedó inmóvil. La silla se escapó de sus manos y se rompió, al pegar contra la pared.

David se miró los nudillos y se los frotó un poco. La mandíbula de "Enredadera" había sido dura. Luego se agachó y dió vuelta boca arriba a Kennedy. El hombre estaba

"Mañana por la mañana", decía un hombre — irás a una casa llamada Marr Hall"

cado por asesino? ¿Y serán recibidos nada menos que por el jefe?

"Enredadera" no sabía que pensar de aquel hombre, frío y risueño, que tenía delante. Era uno de esos seres a los que no les agrada encontrarse con lo que no comprenden. En sus ojillos inyectados de sangre apareció un feo brillo.

—Oiga que se ha... — gruñó ferozmente y le tiró un violento puñetazo a la cabeza a David. Este esquivó el golpe agachándose y contestó con una izquierda a la cara.

Enredadera Kennedy se tambaleó, recobró el equilibrio y luego, con un rugido de rabia levantó una silla sobre su cabeza. Da-

todavía en otro mundo. Sobre la mesa había una botella de whisky, por la mitad. David sirvió un buen vaso y se lo hizo tragar a Kennedy. Los párpados de éste se movieron.

—¡Levántese! — le dijo rudamente David.

"La Enredadera" trató de levantarse y volvió a caer. David se inclinó sobre él, lo levantó como si fuera una bolsa de papas y lo sentó en una silla.

—Este ataque le costará a usted una encerrona por haber tratado de lastimarme — le dijo severamente. — Y habrá otros cargos más.

"Enredadera" pestañeó estúpidamente.

—¿Entonces es usted un cana de particular, patrón? — tartamudeó.

—No — contestó David. — Pero, si quiere saberlo, pertenezco al Servicio Secreto.

Se inclinó amenazadoramente hacia adelante.

—¡Pedazo de imbécil! — continuó desdeñosamente. — ¿No sabe el castigo que hay para la alta traición? ¡La horca!

—¡Alta traición! — balbuceó "Enredadera". — No se que quiere decir, patrón. Yo no tengo nada que ver con ninguna alta traición.

—¿No? — preguntó David, con acento amenazador.—¿No sabe usted que ese hombre, Oliver Trent, a quien usted llama el jefe anda en tratos con gobiernos extranjeros?

—Yo no. ¡Maldito si sabía nada! Ni siquiera sé si es o no el jefe — protestó ansiosamente la "Enredadera".

—¡Hum! Quizá no. Es usted demasiado estúpido para que le digan mucho. El instrumento que se emplea para hacer el trabajo sucio y luego se deja que pague los vidrios rotos. Pero eso no quita que el castigo de la alta traición sea la horca. Y con los antecedentes que usted tiene, supongo que la policía no lo va a creer un inocente corderito.

La referencia a los antecedentes de "Enredadera" fué un tiro en la obscuridad; pero dió en el blanco.

—Lo digo que no sé nada de alta traición. ¡Qué me caiga muerto si no es verdad! — dijo con acento suplicante Kennedy. — Yo no me metería en esos líos sucios. Usted no hará ahorcar a un inocente por un delito que no cometió ¿verdad?

David se detuvo y miró pensativo, a "Enredadera".

—Vea, — dijo como quien resuelve algo— voy a darle una oportunidad, Kennedy. No por que la merezca, si no simplemente porque conviene a mis planes. Son ahora las veintitres y treinta. Un cuarto de hora, pasada media noche, sale un tren de Euston para Birmingham. Lo tomará usted. Cuando llegue a Birmingham, se ocultará. No dejará que nadie sepa que está allí; no se comunicará con nadie de Londres. Si lo hace, lo sabremos y me ocuparé muy especialmente de que lo arresten y caiga sobre usted una sentencia que le hará erizar el pelo. ¿Comprende?

—Sí, patrón — contestó Kennedy. Parecía completamente intimidado. La fanfarronada de David tenía aspecto muy convincente.

—Muy bien, entonces. Se quedará una semana. Luego volverá a Londres. Pero será usted vigilado y, si regresa antes o trata de traicionarme, que Dios lo ayude. Ponga lo que necesite en una valija y venga. Lo acompañaré a Euston.

Cuando la "Enredadera" hubo empacado sus cosas, David lo llevó a Euston en un taxi y lo vió partir en el tren de las veinticuatro y quince para Birmingham. Luego volvió a Limehouse en otro taxi y recogió su motocicleta. Estaba muy complacido por su trabajo de la noche. Por la mañana, sabiendo que "Enredadera" y Leacock nunca se habían visto y que Oliver Trent no conocía a ninguno de los dos, iba a ensayar algo aun más audaz.

El viaje de ida y vuelta a Marr Hall y su pelea con la "Enredadera" le habían abierto el apetito. Al dirigirse a la pieza que había tomado en Notting Hill Gate, entró a un restaurant de West End y comió algo. Alguien había dejado un ejemplar de un diario de la noche sobre la mesa y mientras esperaba que lo sirvieran se puso a recorrerlo indiferentemente. Luego un encabezamiento le llamó la atención y leyó con creciente interés.

"Choque en el mar. Pérdida de dos vidas".

Debajo de esto decía:

"Un mensaje radiotelegráfico enviado por el capitán del vapor "Androcles", en viaje de Montevideo a Londres, informa que su buque chocó esta tarde a las diez y siete, debido a la densa niebla, con un pequeño vapor de carga, el Mary Ryan. El Mary Ryan se fué a pique y se teme que hayan perecido dos marineros. Los sobrevivientes son traídos a Inglaterra en el "Androcles" que llegará a Londres el miércoles por la tarde".

—¡Hola! — se dijo David. — ¡Esto sí que está bueno! Apuesto a que el capitán Abrahams se cuenta entre los salvados. Habrá tenido buen cuidado de eso.

El penseamiento no le desagradaba. El capitán Abrahams muerto no podía serle de gran utilidad; pero vivo y en Londres, sí.

Terminó su comida y continuó el viaje a su casa. Antes de acostarse escribió un relato minucioso de lo sucedido, lo dirigió al señor Wingfield y lo echó al correo. Luego se acostó y durmió profundamente.

(Continuará)

Lea próximamente en

PUCKY

LATIGO NEGRO

AGUILAS DEL FRENTE OCCIDENTAL

Segunda parte de "Angeles del Infierno"

(Continuación)

PERO, querido pimpollito — casi chilló John Henry palmeándole la espalda — ¿dónde demonios has estado? ¿Cómo ocurrió ésto? Quiero decir, ¿de dónde sacaste este artefacto?

Y señalaba el globo.

Bud se echó a reír por vez primera en doce horas.

—¿Ese artefacto? — repitió — Creo que te mato el punto para siempre. Este es mi recuerdo del día. Y si tú eres capaz de traer otro mejor, yo estoy dispuesto a volar a Berlín y arrancarle la nariz al Kaiser.

Reinó un repentino silencio y luego todos estallaron en carcajadas.

El barullo fué terrible. Los hombres se agarraban el costado, trastabillaban y rodaban por el suelo. John Henry estaba en el suelo también. Pero no se movía. La sorpresa había sido para él demasiado grande No podía hablar.

GATO ENCERRADO

El teniente John Henry Dent evolucionó con su aeroplano sobre el aeródromo de los "Angeles" y descendió, aterrizando magistralmente, con una audaz maniobra. Se posó sobre una sola rueda, carreteó rápidamente, con una inclinación absurda, enderezó luego y vino a detenerse en la misma puerta de su hangar.

Según su propia opinión, aquel aterrizaje era espléndido. Porque al joven Dent le gustaba lucirse y sabía que los ojos de una docena de mecánicos lo contemplaban.

La opinión del comandante de la escuadrilla, Atlee, fué distinta. Esperó fuera de la oficina hasta que el joven Dent se acercó y luego le señaló el aparato, que era entrado en el hangar.

—Oye, tú, — le dijo — ¿qué te has creído ¿Eres héroe de cine o estrella de ópera cómica? ¿No puedes conducir un aeroplano sin hacer macacadas y sujetar a una tensión innecesaria todos los alambres, desde el timón a la cola?

—¡Qué alambres ni qué niño muerto! — dijo John Henry, sacando el monóculo del bolsillo interior de su saco de aviador y poniéndoselo. — Disculpa, mi querido y pequeño jefe; pero no seas borrico; quiero decir que...

Pero el Calvo había tragado aire y ahora lo exhaló.

—Tú eres muy hábil, hijo mío; pero un día vas a terminar en montón y quedarás como mermelada de frutilla — rugió — ¿Qué te pasa? ¿No te contentas con que a cada paso te derribe Fritz? Si estás cansado de tu joven vida, ponte delante de la boca de tu propia ametralladora. Pero no nos destruyas los aeroplanos. Cuestan mucha plata. Y los necesitamos para terminar con este negocio que llaman Guerra. Ahora... ¿qué tienes que informar?

John Henry movió la cabeza y suspiró. Era evidente que el mayor Atlee no estaba de buen humor y por consiguiente tenía que

proceder con mucho tacto. En verdad, Atlee se hallaba muy preocupado en esos días. Y sus "Angeles", que lo adoraban y hubieron besado el suelo que pisaba, conocían su genio pronto y sabían cuando era nesecario andar con tiento.

—Mi querido y viejo jefe, — dijo con su voz más dulce y zalamera — discúlpeme. Uno se siente a veces tan contento al acercarse a casa que uno...

—Uno... uno... — rugió el Calvo, saltando casi — ¿Qué es eso? ¿Un mensaje cifrado? Déjate de pavadas y dame el informe. ¿Descubriste algo?

—Francamente... no. — dijo John Henry con triste sonrisa. — Los pájaros parecen haber volado en busca de campos nuevos. Su escuadrilla se ha esfumado. Se han ido, quiero decir.

—¿Quieres decir que no han podido encontrarlos? — perguntó el Calvo prontamente. ¿Han cambiado de cuartel general y no hay nada que indique adónde se han mudado?

—Eso mismo. — convino John Henry — ¿Quiere un cigarro o una bolsa de nueces por su perspicacia, señor? Sí, quiero decir que nuestros compañeros de juego se han ido con la música a otra parte.

El Calvo dijo algo que asustó a un gorrión que pasaba volando. Por lo que le decía John Henry, el mayor Atlee adquiría la seguridad de que cierto aeródromo alemán se había cambiado de sitio.

Aquel aeródromo alemán era bien conocido por los "Angeles" y las dos escuadrillas se habían encontrado muchas veces en los aires.

El Calvo se dirigió hacia la pieza del rancho con John Henry; su cara curtida, como cuero, tenía expresión ceñuda.

—Hay algo extraño en esto. — dijo — Esa escuadrilla es la mejor que tiene Fritz. Admiro la manera como se ha comportado, insistiendo siempre en pelear con nosotros, aunque ni una sola vez nos hayan aventajado.

—Puedes apostar tu linda camisa que seguirá siendo así. Ellos podrán ser muy listos y rápidos; pero nosotros los mantendremos siempre a raya, cada vez que los encontremos. ¿Por qué te preocupas entonces, mi pequeño rayo de sol?

Su "pequeño rayo" de sol, abrió con el pie la puerta del rancho y luego se dejó caer en un sillón de brazos, contestando vagamente a los saludos de los "Angeles" que andaban por allí.

—Aquí hay gato encerrado — dijo, como si hablara consigo mismo — Yo tuve informes del Departamento de Inteligencia que el aeródromo se mudaba. ¿Por qué han hecho eso? Se han ido a esconder a alguna parte y apostaría mi vida que prepararan un ataque por sorpresa.

Se vendrán aquí y tratarán de darnos un puntapié en... mientras miraban para otro lado.

—Bueno, que hagan la prueba — dijo un joven oficial, alto huesudo, cuyo acento era tan americano como el del mismo Calvo, cosa muy natural desde que se trataba de su sobrino.

—Si es una sorpresa lo que buscan esos pájaros, la tendrán — dijo el mismo joven — Todo Fritz que quiera recibir un confite en el ojo no tiene más que venir a pedirlo. Nosotros sabemos como corresponder a las sorpresas y no es la primera vez que las recibimos.

—¿Oyen ustedes a ees pimpollito? — dijo el teniente Williams James Jameson, a quien sus compañeros, para abreviar llamaban Billjim.

El Calvo movió lentamente la cabeza.

—Sí, ya se.. ya se — contestó. — No tengo miedo de que Fritz trate de sorprendernos. Nosotros los perseguiríamos a los pocos segundos y los llenaríamos tanto de plomo que luego podrán venderlo para hacer soldaditos. Pero hay algo en esto... Me lo dice el corazón. Hace más tiempo que ustedes, muchachos, que estoy en este negocio. Y una especie de instinto me advierte cuando Fritz intenta dar un golpe en la obscuridad. Y pienso cuando y como va a hacerlo... Eso es todo.

John Henry se dirigió al piano sonriendo, recorrió el teclado y empezó a cantar.

Los otros se le unieron, en coro.

Era un canto sencillo y rudo, muy conocido en las líneas de Francia como anatema contra el enemigo.

Pero cesó pronto porque el Calvo se levantó de su asiento y alzó los brazos, reclamando silencio. Estaba de extraño humor aquel día y cada ruido parecía excitarle más los nervios. Su oído parecía dotado de una sensibilidad extraordinaria y ahora había escuchado algo que nadie más oyó. Pero cuando los Angeles dejaron de cantar llegó claramente el rugido distante del cañón.

—Es un ataque — dijo el Calvo — Las líneas han estado extraordinariamente tranquilas en estos últimos días; pero ahora ha empezado un ataque. ¿Serán los nuestros o Fritz que arman este alboroto?

John Henry se separó del piano y se arrimó a las ventanas, con los demás. Era un movimiento instintivo porque se hallaban cinco millas detrás de la línea y nada podían ver, fuera de débiles y lejanas nubecillas de humo.

El Calvo, que iba a brir otra de las ventanas, se detuvo de repente, lanzó un grito y retrocedió, cayendo al suelo y arrastrando a los que estaban a su alrededor en un confuso montón de brazos y piernas.

Barrom... bom...bom... ¡Bum!...

Mientras ellos se movían, afuera el suelo parecía levantarse, formando una montaña de tierra suelta y fuego. Los vidrios de las ventanas saltaron hechos añicos y en el costado de la cabaña se abrió una grieta, mientras los hombres eran desparramados por el suelo.

—¡Una bomba! — gritó el Calvo, pataleando como un perrito caído — Me lo imaginé. Han venido a hacer volar el aeródromo. ¡Vengan! A la pista todo el mundo y... tras ellos!

Sus palabras fueron ahogadas, sin embargo, por un segundo estruendo a la izquierda de la cabaña. La pared cayó, en lluvia de astillas y el techo se hundió. El viento entró silbando por la abertura, fragmentos de acero pegaban por todas partes y saltaban pedazos de tierra.

John Henry fué el primero en ponerse de pie. La puerta se había arrancado al caer el trozo de pared, de modo que el joven salló por una ventana. Algo le había hecho una cortadura en la sien y tenía la chaquetilla cubierta de fragmentos de tierra.

La sangre le corría por el rostro; pero no la sentía.

Saltó al suelo y corrió hacia los hangares, rodeando el gran pozo que había hecho la primera bomba. El resto de los Angeles se precipitó al suelo, boca abajo. Mientras John Henry corría, oyó encima suyo un siniestro silbido y se tiró al suelo, boca abajo. Cayó una tercera bomba, mismo en medio de los hangares. Destrozó dos de ellos y fragmentos de vigas y lona de aeroplanos volaron por el aire, mientras se elevaba una gran montaña de humo.

El joven Dent se puso en pie de un salto y corrió hacia el fuego, que ahora había cobrado fuerza. Sólo un hangar quedaba en pie y John Henry sabía que en él estaba su propio aeroplano. Había otros también; pero le pareció sería imposible llegar a ellos antes de que el fuego se propagara.

Llegó al hangar; pero un zumbido lo previno del nuevo peligro y buscó refugio donde pudo. Oyó aumentar en intensidad el zumbido y vió una escuadrilla de siete aeroplanos alemanes de combate que descendían entre el humo, vibrando sus alambres y detonando violentamente sus ametralladoras.

Ratatá... ratatá... ratatá.

Muchos de los que afuera corrían, se tambalearon y cayeron y el polvo empezó a levantarse, mientras las balas caían; alrededor del aeródromo incendiado, atravesando la lona del único hangar, rebotando en las vigas y pegando en los aparatos reunidos en el interior obscuro.

Un par de balas pegó en el suelo, apenas dos pulgadas más adelante de la cabeza de John Henry y éste se enderezó, tosiendo, medio cegado por el polvo.

Pero luego el zumbido se extinguió tan rápidamente como había venido y comprendió Dent que la escuadrilla atacante había pasado. Se puso de pie nuevamente y corrió al aparato más próximo, trepando para poner en actividad el motor antes de dar vuelta la hélice.

Una vuelta y el motor empezó a funcionar desigualmente, mientras la hélice se movía con saltos bruscos. El joven Dent se metió dbajo del ala, sin embargo, y trepó a la cabina como un mono. El hangar resonó con el poderoso rugido al "prender" el motor. Luego el pequeño aparato se movió hacia adelante, cobró velocidad y salió a la pista, despegando enseguida.

Cuando hubo recorrido unas sesenta yardas, el hangar, detrás suyo, desapareció en una pesadilla de humo, ruido y fuego.

John Henry tenía fama de afortunado.

En aquel momento no se enteró de que había escapado por pocos segundos a la muerte. Porque el estallido de la última bomba fué ahogado por el ruido de su propio motor.

John Henry puso la cola vertical, movió hacia atrás violentamente el timón y empezó a subir, enceguecido por la fuerza del viento, porque no tenía anteojos que protegieran su vista. Lo peor era que volaba entre el humo que subía del aeródromo y no podía distinguir el menor detalle del suelo.

Pero a John Henry no le preocupaban esas pequeñeces. Arriba, en alguna parte del cielo, estaba la escuadrilla alemana de combate, con otra de "bomberos" a la que había escoltado sobre el aeródromo de los Angeles.

Bueno, los alemanes pagarían su audacia. Mientras John Henry tuviera vida y cartuchos en sus armas, los aeroplanos de Fritz iban a descubrir que toda su ligereza no les serviría para escapar.

Todo estaba muy bien hasta ahora. Pero no duró mucho.

Ni fué muy lejos John Henry. Desgraciadamente, ignoraba que los alemanes habían preparado el ataque muy cuidadosamente, empezando por bombardear las trincheras británicas y enviando nubes de gas antes que las escuadrillas de aeroplanos cruzaran la línea. De esta manera, los de abajo, preocupados con su propio infortunio, no advertirían el paso de los aeroplanos ni podrían mandar aviso.

La otra cosa que John Henry ignoraba era que los mecánicos habían andado con su aparato, después que él lo trajo, media hora antes. Los mecánicos conocían los métodos de aterrizaje de John Henry y siempre daban una repasada a todas las máquinas que él piloteaba, no bien salía de ellas, porque los originales métodos de aterrizaje del aviador generalmente descomponían algo

PUCKY

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

En esta ocasión los mecánicos habían empezado a revisar el motor también y un par de hombres vació el tanque de aceite, pensando llenarlo con lubrificante limpio. Pero el ataque alemán se produjo cuando acababan de vaciar el tanque y, como es natural, los hombres corrieron a donde pudieron hallar refugio contra la muerte.

El resultado fué que el tanque estaba todavía seco.

No quedaban más que unas pocas onzas de aceite en el mismo motor. Y a los pocos minutos, la máquina empezó a toser, como era de esperarse.

John Henry apenas había tenido tiempo de salir de entre las nubes de humo del aeródromo, antes que repentinas ráfagas cálidas del motor llegaran hasta él. Movió el control, pensando que algún carburador en mal estado fuera la causa de aquel inconveniente. Bajó ligeramente para acelerar las vueltas del motor; pero fué en vano; al contrario, las cosas empeoraron. Y luego el motor empezó a detenerse en el preciso momento en que John Henry advertía otra nube de humo abajo suyo.

Con el viento que le metía las pestañas dentro de los ojos, el humo de la atmósfera y las dificultades con el motor, John Henry había perdido todo sentido de la dirección. En realidad se había alejado unas buenas cinco millas del aeródromo de los Angeles y, sin que lo supiera estaba sobre las líneas de trincheras.

Esto no hubiera importado en circunstancias ordinarias porque el objeto de John Henry era subir lo posible y darles una lección a los atacantes. Pero ahora, la máquina rehusaba subir; en vez de eso caía y el motor funcionaba cada vez con más lentitud.

El humo lo rodeaba a John Henry como algodón fantasmal, envolviéndolo a él y a su aparato en un abrazo afectuoso.

John Henry empezó a llorar.

Las lágrimas brotaban de sus ojos; pero al hacerlo una especie de alarma enfrió su corazón. Comprendió que volaba dentro de una nube de gas y que estaba sólo a cien pies de altura sobre las trincheras.

Su respiración se hizo difícil. Las lágrimas causadas por el gas acre lo cegaban, mientras sentía que iba perdiendo el conocimiento.

Instintivamente su mano se dirigió a los controles; pero de pronto el aparato se sacudió violentamente al pararse la hélice cuando el motor recalentado se paralizó de pronto.

El silencio rodeó a John Henry mientras que había perdido velocidad de vuelo e iba cayendo. Mareado movió hacia adelante la barra para la bajada y recobrar la necesaria presión de aire debajo de las alas. Y en mortal silencio fué cayendo, mientras sentía ahora una picazón diferente en la garganta y comprendía que había entrado en una nube de mortal gas mestaza. Fué el tiro de gracia para John Henry. Tosió asfixiado y sintiendo que el conocimiento lo abandonaba, con un último y determinado esfuerzo para salvar su vida, movió la barra hacia atrás a fin de aterrizar de plano.

En los ángulos de su boca apareció una espuma verdosa; sus torturados ojos estaban ciegos y desorbitados. Sus músculos se aflojaron y cayó en la cabina; las manos desprendidas de los controles.

La máquina siguió bajando.

La última acción de John Henry impidió al aeroplano estrellarse de proa. En su posición actual, pasó por encima de la Tierra de Nadie, saliendo de la nube de gas para entrar en el área alemana, a menos de diez pies del suelo. Luego, cuando la máquina bajó más, las ruedas del tren de aterrizaje pegaron contra algo. Saltaron violentamente sobre el suelo, chocaron contra una trinchera de comunicación, se desprendieron limpiamente y el aeroplano fué lanzado hacia adelante, cayendo empinado sobre la proa.

Con la cola en alto, se dió vuelta, oyéndose el crugir de las vigas y tela rotas.

Continuó dando tumbos una media docena de yardas y al fin se detuvo, todo deshecho. Pero el joven Dent había caído algunas yardas más atrás, en la primera vuelta.

Un par de oficiales alemanes salió de las trincheras de comunicación y lo arrastró dentro de ella, inclinándose sobre Dent y examinándolo atentamente. Luego uno de ellos se enderezó sonriendo.

—"Achs"— dijo en su áspero idioma — Parece que nuestros compañeros han tenido éxito. Este es uno de los "Angeles" ¿Ve las señales pintadas en su aparato?

El otro asintió.

—Es verdad. ¿Está muerto?

Ha sufrido los efectos del gas y parece que se ha roto el pescuezo — contestó el oficial e hizo señas a un par de hombres que habían acudido corriendo.

—Lleven a ese hombre — les ordenó — Registren sus bolsillos, saquen todos los papeles y llévelos al Herr Kommandant, al cuartel general. March...

Los hombres hicieron rígidamente la venia, se inclinaron, levantaron la forma inerte de John Henry y lo llevaron con dificultad, trinchera abajo. Como a quinientas yardas a retaguardia lo dejaron caer junto a otros cuerpos inmóviles, cubiertos por lonas desgarradas.

Registraron sus bolsillos y al fin uno de ellos agarró un pedazo de arpillera embarrada y le tapó la cara a John Henry. Era un hombre de cierta edad, con suaves ojos azules que hablaban de los prados del Rhin, de donde lo había sacado la guerra para convertirlo en soldado.

—¡Ach! — dijo lanzando un pequeño suspiro — ¡Tan alto y tan fuerte!... Así era mi Kurt que murió en Loos.

(Continuará).

El Departamento N°. 14

Aventuras de Sexton Blake

Por G. H. TEED

(Continuación)

IV

AVISOS

DABAN las dos cuando Sexton Blake volvió a la casa de departamentos y llegó frente al de Vincent. La escalera estaba completamente a obscuras y todo en profundo silencio, cosa que no era de extrañar a esa hora.

Guiado por su linterna, encontró Blake el timbre y llamó cinco veces. Pero, aunque oyó resonar a la distancia el timbre, no obtuvo respuesta. Repitió varias veces la señal, con idéntico resultado.

—¿Se habrá quedado dormido el tipo? — murmuró el detective frunciendo, pensativo los labios. — Puede haber salido. O desaparecido para siempre.

Blake sacó sus ganzúas con brusca decisión. Después de todo, Jarvis le había prometido esperarlo y aquel silencio no le gustaba.

Con tranquila cautela, el detective probó la cerradura hasta que encontró una ganzúa que servía. Abrió la puerta con precaución, con un pie y con la linterna y la pistola levantadas entró silenciosamente al hall. Reinaba profundo silencio. No se veía luz.

Esperó un minuto; luego, no oyendo nada, dió vuelta la llave de la luz del hall. La luz reveló un corredor vacío y el sombrero y el sobretodo de Jarvis colgados todavía en la percha.

—Está todavía adentro — murmuró Blake y pasando al living-room dió vuelta la llave de la luz. La pieza siguió a obscuras.

—¡Es extraño! — murmuró Blake, encendió su linterna y la dirigió hacia la lámpara eléctrica, suspendida encima de la mesa.

Vió que la lamparilla estaba rota y que algunos pedazos de vidrio asomaban por debajo de la arandela de bronce.

Blake se adelantó, linterna en mano e iluminó la mesa. Estaba cubierta de vidrios de la lamparilla rota.

Junto a la ventana, las cortinas se movían a impulsos de la brisa. La ventana estaba abierta o roto el vidrio; a ella se dirigió, con la linterna levantada.

Al volver la espalda, la puerta de un gran armario, detrás suyo, se abrió silenciosamente y algo saltó sobre él, tomándolo desprevenido.

El detective cayó hacia adelante, contra la mesa. Se levantó otra vez tambaleándose; pero, antes de que pudiera soltarse, se halló entre las garras de una terrible presión jiujitsu.

No podía contrarrestarla y cesó prontamente de luchar. Sólo se necesitaba una vuelta más para que su brazo se partiera. Procurando reunir sus fuerzas, esperó lo que iba a seguir a merced de su desconocido apresador.

Reinó un breve silencio durante el cual sintió el cálido aliento de su adversario en la nuca. Luego algún poder dinámico lo agarró y lo hizo dar vuelta como si fuera un trompo. Sintióse violentamente arrojado dentro del armario. Cuando trataba de levantarse, la puerta se cerró violentamente contra él.

Luchando entre restos de aparejos de pescar rotos, Blake se movió en su reducido espacio, dando frente a la puerta. A través de la madera oyó una risa suave y ruido de pasos leves que se alejaban. Afuera una puerta se cerró despacito.

Blake buscó la cerradura, con las narices dilatadas. El aire adentro del armario era pesado y había un olor persistente, como a barniz viejo.

Débil, intangible como era, reconoció el olor... olor a asiático. El leopardo no se conoce solamente por sus manchas.

—¡El Oriente! — silbó Blake y, con gran dificultad bajó la mano al bolsillo para buscar sus llaves.

El armario era tan estrecho que le costó mucho mover el brazo. Antes de que hallara la cerradura y abriera pasaron diez minutos. Al salir oyó pasos en el pasillo. Despojado de

su pistola, Blake agarró una silla y se preparó.

Pero la bajó prontamente al ver entrar en la pieza a Jarvis, desgreñado y sin sombrero.

—¡Uf! — se dejó el joven caer en una silla, jadeante. — ¡Usted... usted ha vuelto!

—Así parece — contestó Blake con ceñuda sonrisa. — ¿Qué ha pasado? — señaló la lámpara.

—Entró aquí una muchacha mientras yo me había quedado dormido. Buscaba las ostras creo; pero me desperté y la capturé. La estaba interrogando cuando un chino rompió la lámpara de un tiro de escopeta. Desde ese techo de zinc que se ve ahí. Y ella se escapó.

—¿Y usted?

—Yo la perseguí en un taxi. El conductor me envió una descarga de gas por el tubo acústico. Amoníaco, creo. Me desmayé. Al recobrar el sentido estaba en Ealing Cokmon, con los bolsillos dados vuelta y sin un penique. Un camión, que se dirigía a Covent Garden Market, me alzó y trajo hasta aquí.

—Yo no tuve mejor suerte, compañero. ¡Mire! — levantó Blake la linterna caída e iluminó la habitación. — Tenemos que habérnosla con gente muy lista.

El cuarto estaba en completo desorden, los cajones sacados y tirados por todas partes, la alfombra cubierta de cosas.

Blake se dirigió al gabinete de radio y metió la mano por el lado de atrás, donde estaban las baterías.

—Las orejas han desaparecido — dijo tranquilamente. — Sí, que son listos.

El timbre del teléfono despertó a Blake a la mañana siguiente. Saltó de la cama, maldiciendo silenciosamente y se halló con que la luz del día, ya bastante avanzado, se filtraba por las cortinas corridas. Las manecillas del reloj señalaban las once.

—¡Diablos! Debí estar muy fatigado — exclamó. — ¡Dormirme así! ¡Sí! ¡Hola!

—¿Hablo con el señor Jarvis? — una voz desconocida le llegó por el alambre. — Bien. Desde la hora del desayuno que trato de comunicarme con usted. Tiene un aviso en "El Telégrafo" ¿no?

—Es verdad — contestó apresuradamente Jarvis. — Siento haberlo hecho esperar. Me ...había salido — terminó con acento de disculpa. No era cierto; pero no quería dar a su futuro patrón la idea de que era haragán.

—No importa. El día no está muy avanzado aún — contestó el otro bondadosamente. — Tenemos tiempo de conversar. Necesito un ingeniero que vaya a Oriente, a buscar petróleo. Me pareció que podía usted ser mi hombre.

—Estoy dispuesto a ir al extranjero, señor...

—Mi nombre es Godofredo Torrens. ¿Puede venir a verme? ¿En seguida? Bueno Tome nota de la dirección ¿quiere?

Jarvis apuntó un número y una calle en el suburbio del sur de Londres. Cortó, prometiéndose verlo al Torrens, inmediatamente después de almorzar.

Se vistió cuidadosamente, eligiendo su mejor camisa — la única que tenía, lavada y planchada — y se planchó los pantalones, con una plancha que halló en la cocina. Hecho esto contó las pocas monedas que le quedaban, calculando el modo más barato de llegar a su destino.

Se sentía muy animado, con aquella respuesta a su aviso, la primera y única recibida después de media docena de ofrecimientos. Aunque todavía no lo había visto a Torrens y nada podía tener seguro, las negras nubes de su horizonte tenían un borde plateado.

Estaba contento por más de un motivo. No había salido muy airoso en la aventura de la noche anterior, confesaba. Primero había dejado caer a la joven y segundo perdido las orejas que Blake le confió. Había obrado impetuosamente y cayó en un lazo, hábilmente tendido. No le quedaba duda de que el detective lo consideraba un perfecto idiota.

En defensa propia podía alegar que era novicio en semejantes aventuras y que la impresión, después de muchas semanas de preocupaciones y falta de alimentos adecuados, lo habían debilitado. Pero no era propio de Jarvis disculparse a sí mismo. Había fracasado y se acabó. Aquí se presentaba otra oportunidad y era necesario no perderla.

Antes de salir telefoneó a Blake y le dijeron que el criminalista había salido. Dejando un mensaje para el detective, se puso en camino para Streatham, donde Torrens vivía y trepó una empinada cuesta, en procura de aquel caballero.

El Nro. 58, donde se dirigía, estaba al final de la cuesta. Era una casa antigua con frente estucado, en estilo florentino, híbrido, y se hallaba asituada al fondo de un espacioso jardín, rodeado por muro de ladrillo.

Mientras caminaba por el corto sendero, vió estatuas italianas y canchas de tennis, medio ocultas entre los verdes arbustos. Tanto por su aspecto como por su tamaño, la propiedad revelaba a personas de dinero.

La ligera decepción experimentada por Jarvis al ver que la cita no había sido con certada para alguna oficina de la City, desapareció a la vista de la mansión.

En respuesta al llamado de Jarvis, apareció un criado japonés de cara de vaqueta. Sí, el señor Jarvis estaba y lo esperaba. ¿Quería tener la bondad de esperar?

El joven fué hecho pasar a una habitación lujosamente amueblada y lo dejaron solo. Ningún ruido turbaba el silencio de la mansión, excepto el tic-tac de un reloj de bronce dorado. Mientras Jarvis esperaba, el minutero dió casi la mitad de la vuelta de la esfera.

—En Oriente. — gruñó Jarvis. — parece que no tienen mucha prisa. A no ser que quiera impresionarme, haciéndome esperar, hacerme comprender que es persona de impor...

Se interrumpió. Venía alguien. Se abrió una puerta. Jarvis se dió vuelta, al oír ruido detrás suyo. Una cortina se había separado y entre ella apareció una joven, los hombros y la cabeza inclinados hacia adelante, como si sobresalieran de la colgadura. Se detuvo

El callejón estaba envuelto en sombras — señaló Jenks con el dedo y dijo: — Es aquí.

El corazón de Jarvis cesó de latir. ¡Era la muchacha de la noche anterior, la que se había introducido en su cuarto!

—Cómo...

Reponiéndose dió un paso adelante. Simultáneamente se metió ella detrás de la cortina; al juntarse las dos partes, oyó que se cerraba una puerta.

Jarvis apartó las colgaduras y probó el pestillo de la puerta; pero estaba cerrada con llave. La joven había desaparecido tan inesperadamente como vino.

Jarvis miró fastidiado la puerta. Tenía que encontrar de algún modo a la muchacha. Pero ¿cómo? Un visitante extraño no podía echar la puerta abajo, ni registrar la casa.

Después de un momento, dejó caer las cortinas. ¡Qué mala suerte! El llamado de Torrens no era auténtico. El mensaje telefónico ocultaba algún significado más siniestro. Evidentemente aquello se relacionaba con el asunto de las trece orejas.

¿Era otro lazo? En tal caso había caído en él, desarmado y desprevenido.

¿Por qué no se mostraba Torrens? En aquella casa, retirada del camino, cualquier cosa podía ocurrir. El joven se encontró de pronto aislado del mundo exterior. ¿Si la banda aquella pensara que él sabía demasiado? ¿Si lo hubiera hecho venir para asesinarlo? No había dejado indicios de su paradero y el llamado telefónico no podía proporcionarlos.

Maldiciendo su estupidez, Jarvis se acercó a la puerta; sus pies no hacían ruido sobre la tupida alfombra. Tenía que salir de allí a todo trance. Por la ventana, si la puerta estaba cerrada con llave.

Estiró la mano hacia el pestillo; pero no llegó a agarrarlo. Oyó pasos afuera. Retrocedió, empuñado su bastón. Luego se abrió la puerta y un hombre penetró en la habitación.

El recién llegado era bajo, fornido, de cara redonda y ojillos que brillaban tras los lentes de carey. Una personificación viviente de la voz amable que le había hablado por teléfono.

—¿El señor Jarvis? Encantado de conocerlo. — Extendió la mano y sintió Jarvis la suya estrechada en amable apretón. — Siento haberlo hecho esperar. Pero tenía una entrevista con otro aspirante al puesto. No creo, sin embargo, que me convenga. De modo que vamos derecho al grano.

Nuevamente se sintió Jarvis fastidiado. Había esperado algo muy distinto de aquello. El señor Torrens no armonizaba con sus teorías, apresuradamente formadas. Era imposible asociar a aquel hombrecillo, amable y alegre, con el crimen o con algo aproximado a él.

Además, era pequeño y evidentemente sin condiciones de luchador. Jarvis podía aplastarlo con poco esfuerzo.

—Si, lo siento — repitió el hombre, aclarándose el pecho. — Espero que no se habrá aburrido.

—Al contrario. Vi una cosa muy interesante señor Torrens.

—¿Cómo? — Torrens lo miró vivamente. — ¿Qué fué?

—Una mujer... una joven.

—¿Qué dice? — tartamudeó el hombrecillo sorprendido.

—He dicho una mujer joven. — replicó Jarvis, sonriendo friamente.

—Pero ¿dónde la vió?

—Entró por esa puerta... la que está detrás de las cortinas. Desgraciadamente se retiró no bien me vió. Creo que no esperaba fuera yo. A decir verdad, quise seguirla y no pude. Había cerrado la puerta con llave.

Los ojos de Torrens se abrieron detrás de sus anteojos.

—¡Pero, hombre de Dios! Esto es una casa de solteros. No tenemos más mujeres jóvenes que las sirvientas.

—Sin embargo, aquí estaba. Y no era sirvienta, lo juraría.

Al hablar miraba fijamente a Torrens.

—Realmente esto me parece muy extraordinario — Torrens se dirigió a la puerta en cuestión y la probó. Se abrió sin esfuerzo. — Como ve, la puerta no está con llave. Debe haberse equivocado. señor Jarvis. ¿Y por qué le interesa tanto esa joven a la que nunva vió?

—En realidad, la he visto antes; de ahí mi interés. — contestó Jarvis, siempre observando a su interlocutor. — Ella se introdujo anoche en mi departamento. La agarré; pero se me escapó. Lo que menos imaginaba era encontrarla aquí.

Si esperaba Jarvis que Torrens cambiara de color, se equivocó. El hombrecillo se limitaba a mirarlo intrigado.

—Esto resulta más y más sorprendente, como es natural. Claro está que esa persona no puede ser de mi casa. Habrá visto usted a una de las mucamas. Quizá hay un parecido. De ahí su error

—Yo juraría que no hay error. — aseguró Jarvis — La reconocería en cualquier parte. Endiabladamente linda, de obscuros cabellos y grandes ojos negros.

—Esa es Ellen, la mucama.

—Mucama o no mucama, se introdujo en el departamento.

—¿A qué hora?

—A media noche

—Entonces no fué Ellen. Yo dí anoche una comida y mis invitados se retiraron después de la una. Ellen los estuvo sirviendo. Puedo garantir eso. — sonrió tolerantemente Torrens. Vamos, joven, es pura imaginación suya. La culpa es mía, por haberlo hecho esperar tanto. Ahora hablemos de ese pequeño asunto...

Habló de su empresa; trataba de buscar petróleo en la India y necesitaba un hombre entendido, que hiciera algunas perforaciones. Si se encontraba petróleo, el ingeniero tendría un buen salario permanente y parte de los beneficios. El se embarcaba para Oriente dentro de pocos días y el que estuviera dispuesto a acompañarlo tenía que resolverse rápidamente.

Jarvis presentó sus certificados; no podía hacer otra cosa. Y Torrens los examinó

Después de algunas preguntas se declaró satisfecho. El puesto era de Jarvis, si lo quería. Le señaló un generoso salario.

—Todavía incierto, dividido entre sus recelos y su deseo de confiar en Torrens, Jarvis decidió contemporizar.

—Tengo que pensarlo — dijo. — No me siento muy dispuesto a ausentarme de Inglaterra.

—Le doy plazo hasta mañana por la noche — contestó prontamente Torrens. — Hágame saber a esa hora su aceptación y el puesto es suyo; si no, buscaré en otra parte.

Con sorpresa, se encontró Jarvis caminando por el sendero, libre y sin que nadie lo molestara. El japonés lo acompañó cortesmente hasta la puerta. El señor Torrens lo había despedido con la mayor amabilidad.

Una cosa preocupaba a Jarvis. No podía apartar de su imaginación la presencia de la joven en aquella casa. Sin embargo, el asunto de la noche anterior no podía tener relación con Torrens. Intrigado buscó alguna otra explicación.

¿Si lo hubieran seguido a la casa? ¿Si ella hubiera entrado allí clandestinamente como lo hizo en lo de Vincent? Podía muy bien Torrens ignorar su presencia.

Medio confortado con aquellas reflexiones, aunque todavía muy intrigado, llegó Jarvis al portón de entrada de la propiedad. Estaba a punto de abrirlo, cuando algo le pegó fuertemente en el codo.

Al darse vuelta, vió un objeto blanco que rebotaba en el sendero... una pelota de tennis.

Jarvis la levantó. Habían escrito algo en ella, con lápiz indeleble. En letras mayúsculos leyó:

"PELIGRO. NO VAYA".

Metiendo la pelota en su bolsillo, miró vivamente a su alrededor. A la derecha vió moverse levemente los arbustos. Saltó hacia ellos.

Alguien echó a correr. Oyó ruido de ramas y de hojas secas que caían. Se metió entre algunos laureles y salió a descubierto. A través del césped corría una joven.

Al correr ella se dió vuelta y lo miró por encima de su hombro. Era la muchacha de la noche anterior, la de la biblioteca.

Se metió entre otras plantas. Al llegar a ellas, Jarvis tuvo tiempo de ver sus tacones del otro lado de la pared. Cayó sobre él una pequeña escalera.

El acomodar otra vez la escalera le hizo perder tiempo. Pasaron algunos segundos antes de que la escalara estuviera en la calle. Ya la joven le llevaba buena distancia y seguía corriendo. Más determinado que nunca corrió tras ella.

Era ligera de pies; pero el paso más largo de Jarvis y su mayor resistencia lo favorecieron. Cuando ella tomó por un camino lateral, entre altas paredes, ganó Jarvis rápidamente terreno. Al llegar a otro camino, le pisaba los talones

Ella se lanzó contra la puerta de una casa, como quien busca refugio.

Jarvis trató de agarrarla... demasiado tarde. La puerta se abrió. Salieron dos brazos. La joven fué metida dentro y la puerta se cerró en la cara del joven. El había pegado un manotón y tenía algo en la mano. Era un collar de perlas.

Se metió el collar en el bolsillo, con un juramento y golpeó violentamente la puerta con su bastón. No recibiendo respuesta, se dirigió a una ventana del costado y rompió un vidrio con el regatón. Abrió la ventana y entró en la casa, registrándola de arriba a abajo. Estaba vacía, los pisos cubiertos de polvo y de las molduras del techo pendían telarañas. De la joven y el dueño de los brazos, ni rastros. Habían desaparecido como si el suelo se hubiese abierto para tragárselos.

Jarvis pensó un momento. Luego volvió a lo de Torrens. Encontró al hombrecillo en casa.

—Tenía yo razón respecto a la muchacha — dijo. — Estaba en el terreno de usted. La acabo de ver. La perseguí; pero volvió a escaparse.

—¡Caramba, siempre la deja usted escapar! — exclamó Torrens. — ¿Está seguro de que era ella?

—Si antes estaba seguro, más lo estoy ahora — afirmó Jarvis. — Fué la que anoche asaltó mi departamento.

—Entonces... entonces...

—El caso es: ¿qué estaba haciendo aquí, en la casa de usted, señor Torrens? — preguntó Jarvis y vió al otro sobresaltarse.

—¡Cielos! Pienso si... — Torrens pasó apresuradamente a la otra habitación. — Abrió el cajón de un escritorio. Al volver estaba pálido.

—¡Las perlas! ¡Han desaparecido! Se las ha llevado.

Se quedó mirando el cajón y luego se volvió a Jarvis.

—De modo que tenía usted razón, después de todo — murmuró. — Otro robo...

Jarvis sacó el collar de su bolsillo.

—¿Son éstas las perlas? — preguntó.

Torrens lanzó un grito de delicia y le quitó ansiosamente el collar.

—¡Qué suerte! Lo felicito, señor Jarvis. Es usted el hombre que necesito. Espero que acepte mi ofrecimiento.

—Le haré saber mi respuesta — contestó el joven con cautela; dió al otro las buenas tardes y salió nuevamente.

Había andado un buen trecho por el sendero, cuando sintió que el sombrero le caía de pronto sobre un ojo y experimentaba vivo dolor en la parte superior de la cabeza. Deteniéndose, se quitó el sombrero y palpó rápidamente el lugar dolorido. Halló una flecha, con punta de acero, incrustada en la copa del sombrero. Era una de esas flechas comunes que se compran en cualquier juguetería; la punta le había rozado el cráneo. Alrededor de la parte de madera tenía envuelto un papel.

Lo sacó y vió en él algo escrito. Nuevamente con letras mayúsculas.

"El hombre prudente, cuando ha sido prevenido, se aparta" — leyó. — "El tonto marcha a la destrucción".

Debajo, toscamente dibujado, se veía un círculo con un cuadrado en el medio... el símbolo siniestro de la Piedra de Molino.

No se veía a nadie.

V

LA CASA DEL MOLINO

En el felpudo, detrás de la puerta de su casa — o mejor dicho de la de Vincent — encontró Jarvis un mensaje que lo esperaba. Había sido metido por el buzón, en su ausencia y era de Sexton Blake, un llamado urgente para que fuera a Baker Street.

Tomó un ómnibus y se dirigió a casa del detective. Blake estaba en compañía de un hombre de facciones color caoba, cabeza calva, toscamente vestido.

Una mirada a la cara del joven fué suficiente para revelar al astuto detective que el joven había pasado por nuevos y dramáticos incidentes. Una palabra bastó para desatarle la lengua. El detective escuchó silenciosamente, mientras Jarvis le contaba su última aventura. Durante todo el relato, las facciones de Blake no perdieron su inescrutable y enigmática expresión de esfinge.

—Parece que le dedican a uster atención particular, Jarvis — comentó Blake cuando el joven terminó. — A propósito, éste es el señor Jenks, un viejo amigo. El señor Jarvis.

—¡Tanto gusto! — sonrió Jenks, tendiendo su sucia mano. — Es bueno saber que no soy el único idiota.

Jarvis miró al hombre con curiosidad.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Jenks?

—Pues que los dos metemos las narices donde no nos importa. Andamos buscando que nos coloquen entre la piedra de arriba y la de abajo y nos trituren.

Jarvis miró al detective.

—Lo que dice su amigo es demasiado enigmático para mí, señor Blake.

Blake sonrió.

—Estamos proyectando un pequeño viaje... una excursión por nuestra cuenta. Por lo menos Jenks y yo vamos a intentarlo. Pensé que quizá quisiera acompañarnos. Después de todo, usted es el principal interesado en el asunto.

Jarvis sintió latir su pulso.

—Oh, claro que los acompañaré. ¿De qué se trata?

—No estoy seguro... todavía. Lo sabremos más tarde. La Piedra de Amolar es un signo de Tong. O por lo menos, así lo asegura Jenks. Y, entre usted y yo, creo que se trata de algo diabólico.

—¿Quiere usted decir que un grupo de asesinos chinos deben ser los autores de esa hazaña de las orejas cortadas?

—No quiero decir nada... todavía. Excepto que este viaje será muy peligroso.

—Si llegamos al fondo de este infernal misterio, poco me importa — dijo Jarvis fríamente. — ¿Cuándo partimos?

Blake se echó a reir y se volvió al botero.

—Vea a donde conducen las faldas a un hombre, Jenks. Han brillado dos ojos negros y ahí lo tiene, dispuesto a meterse en la boca del león. ¡Lo que es ser joven!

Jarvis se puso como la grana; pero el botero se limitó a sonreír prosaicamente.

—Se trata de la boca del león, en efecto. Vamos a ir al antro de Fan Tu. Lo que significa que tendremos suerte si vivimos a la salida del sol.

Bajo la guía experta de Jenks, el trío se encontró, a la caída de la noche, en una angosta callejuela, entre el East End Comercial Road y el río. A cada lado de ella se veían sórdidos edificios y los faroles a gas, sostenidos por brazos en las sucias paredes, brillaban débilmente en la obscuridad.

Arriba, un delgado velo de niebla obscurecía las estrellas y la luna. Del río venía una babel de sirenas y el rumor distante de la calle que corría al costado del muelle.

El callejón por donde iban los tres hombres estaba sumido en una semiobscuridad. Sólo de cuando en cuando se destacaba un rectángulo amarillo entre las cortinas corridas o los postigos cerrados. A la sombra púrpura de las paredes se movían silenciosamente sombras vagas, orientales de paso felino o bestias humanas aun más peligrosas: sus asociados criminales, de tez blanca.

Cerca del extremo del callejón, Jenks se detuvo y llevó a sus compañeros cerca de la pared.

—Es allí — dijo, señalando con el dedo un ruinoso edificio, a la derecha. — ¿Si nos volviéramos? Todavía estamos a tiempo.

—¿Y si entráramos? — contradijo Blake.

—Yo estuve una vez ahí adentro. Me vendaron los ojos al entrar; pero yo logré librar un ojo de la venda y atisbé un poco. Claro que ellos no lo sabían; si no, me hubieran dado una puñalada. Parece que querían obtener de mí algunos datos. Se los dí a satisfacción y eso fué todo. Me dejaron salir. Pero no he vuelta más.

—¿Por qué?

—Vi cosas que no me gustaría ver por segunda vez, por eso — gruñó Jenks. — Cosas que lo dejan a uno azonzado. Y eso que yo he llevado una vida ruda. Si le ponen a uno un dedo encima, ya puede suplicar que le den la muerte. — Blake lo oyó extremecerse; pero luego se irguió. — ¿Estáis prontos?

—Sí — el detective agarró a Jarvis por un brazo. — Tome, puede necesitarlo. No lo use si no en caso de necesidad.

Algo frío y duro fué puesto en la mano del joven. Al apretarlo reconoció el mango de una pistola automática.

A una señal del detective, Jenks caminó unas cuantas yardas, su pequeña figura casi perdida en la sombra. Se detuvo delante de una casa ruinosa que parecía completamente a obscuras.

Por espacio de algunos segundos, sus compañeros lo oyeron tentar con precaución. Se oyó un leve chirrido, como si una puerta girara sobre sus oxidados goznes. Apareció a la vista un cuadrado negro, quizá de una yarda de alto, y como a cuatro pies del suelo. Era un postigo de madera.

Jenks tentó el lado interior y halló un trozo de tiza, oculto debajo de una pizarra. Cubriendo la linterna con su gorra, dejó que sus rayos iluminaran la cara interior del postigo, mientras con la tiza trazaba algo sobre la superficie de madera pintada: el símbolo de la Piedra de Molino.

Apagó la linterna y volvió a cerrar el postigo. Al cerrarse creyeron oír el leve ruido de una cerradura. Cuando Jarvis probó el postigo lo encontró inamovible.

El viejo esperó un minuto. Luego se dirigió a una puerta, como a sesenta pies de distancia y perteneciente, al parecer, a otro edificio. Aquí empezó a hacer girar su índice en círculo, arañando con la uña al hacerlo. Finalmente golpeó cuatro veces con los nudillos, en el centro del círculo imaginario que acababa de trazar.

Blake y Jarvis esperaron ansiosamente lo que iba a seguir. Se produjo rápidamente.

La puerta se abrió sin hacer ruido y los dos siguieron a Jenks adentro, en completa obscuridad.

Tanta era la negrura que no veían nada absolutamente. Jarvis encontró la pared con la mano y, mientras seguía a sus compañeros conservó así su dirección. No tenía otra cosa para guiarlo, porque los pasos no se oían sobre algo, anormalmente tupido, que cubría el piso.

De pronto, los otros se detuvieron. No habían andado más de diez pies. Luego se encendió con imprevista brusquedad una luz. Se hallaban en un angosto corredor formado por paredes que parecían de fuerte estera de bambú. De la puerta por donde habían entrado no se veía rastros. En los cuatro costados y arriba el mismo tejido de bambú.

—¡Quietos! — murmuró Jenks levantando una mano.

Al hablar, el piso, debajo de ellos, empezó a descender lentamente. Era un ascensor disimulado.

Poco después se detuvo. El panel del frente se descorrió silenciosamente. Adelante vieron un corredor, vagamente iluminado, que se perdía a lo lejos.

Nuevamente guió Jenks y lo siguieron por el corredor, cubierto siempre por gruesa alfombra donde no resonaban los pasos. Al avanzar, perdieron todo sentido de dirección porque el corredor daba vueltas y más vueltas, de un modo que desorientara a cualquiera, a menos que llevara una brújula.

Mientras seguía a sus compañeros, Jarvis experimentaba una sensación de medroso frío. ¡Todo era tan extraño, tan silencioso! Hasta entonces no habían visto un ser humano. Era como si una escolta de espíritus los hubiera conducido. Lo hubiera reconfortado más la presencia de hombres, por siniestros que fueran.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una brusca orden de alto, dada por Jenks. La alfombra terminaba. Aquí el suelo estaba desnudo y sobre él se veía trazado el símbolo de la Piedra de Molino.

Mientras Jarvis se unía a los otros, un panel se corrió silenciosamente detrás suyo, cerrando el corredor. Luego el piso, las paredes y el techo empezaron a girar a velocidad siempre creciente. Mareados, los tres perdieron la cuenta de las vueltas que daban.

(Continuará).

LA CASA DEL MISTERIO

Por HERMAN LANDON

(Continuación)

NATURAL, Groody la hubiera encontrado antes si no hubiera estado tan nervioso. Ahora hay que probar la cerradura a que corresponde. Eso llevará un rato.

—No puedo imaginar que Groody haga nada deshonesto — dijo Donald lealmente.

El otro lo miró con piedad:

—Muchacho, tiene usted aun mucho que aprender.

—Aprendo rápidamente — Donald suspiró lamentablemente, pero sus ojos grises tuvieron un resplandor de alegría. — Mott piensa que yo soy el traidor del drama ¿verdad?

—¿Lo censura usted?

—No. Está el asunto de las impresiones digitales. ¡Al diablo si pondré otra vez los dedos sobre un puñal del que deberán servirse para asesinar a alguien!

—Las impresiones digitales no son todo.

—Ya lo sé. Están las cerraduras, los cerrojos y las barras de hierro de las ventanas. No, no puedo censurar a Mott por pensar como lo hace. ¿Pero por qué no piensa usted lo mismo, Milliken?

—A causa del estúpido cuento que usted nos refirió. Si usted hubiera cometido el crimen hubiera inventado algo más fácil de creer. Eso también lo sintió Mott. Es la única razón por la que no toma usted su desayuno en una celda esta mañana.

—Horrible perspectiva — suspiró Donald.

Milliken se puso de pie.

—Ya es hora de andar.

Ya era completamente de día cuando subieron a un taxi. A pedido de Donald se bajaron en Aldgate y continuaron a pie.

—Ahora fíjese — dijo Milliken.

Donald miró la calle sucia y sus ojos se posaron primero en el cartel de una planchadora, casi seguro de que allí Marc Jarrow se había bajado del coche y había caminado hasta la próxima esquina donde dobló.

Era una pista difícil de seguir. Los recuerdos que Donald había conservado eran muy vagos y de noche, el barrio tenía otro aspecto que en pleno día. De todos lados buscaba un feo edificio de cuatro pisos, con persianas verdes y una maceta de flores en el borde de la ventana. Muchos se parecían, pero ninguno completamente.

—Debe haberlo llevado sobre una pista complicada — dijo Milliken. Y mirando a su alrededor indolentemente: — Tratemos de preguntar en esa casa del otro lado.

Indicaba con la mano una casa, un poco más lejos.

—No es esa — declaró Donald con seguridad.

—Sin embargo, vamos.

Atravesó la calle Donald pensó que era una tentativa inútil. Pero Milliken parecía proceder siguiendo una idea personal. La casa parecía más sordida y vieja que las otras. Al llamado de Milliken, una mujer vieja, de cabellos blancos y rostro bondadoso vino a la puerta. Con precaución la entreabrió algunos centímetros y los miró tímidamente a través de sus anteojos de aros de oro.

—Buen día — dijo Milliken poniendo el pie en la abertura. — Buscamos a un hombre llamado Marc Jarrow.

—¿Marc Jarrow?

La anciano pareció buscar en su memoria. Y contrastando con el exterior de la casa parecía limpia y pulcra. Los ojos, detrás de los anteojos examinaron al detective, pero vacilaron cuando se posaron un momento sobre Donald.

—No — dijo al fin sacudiendo su blanca cabeza — no conozco ese nombre. Esa persona no vive aquí.

—Es lo que veremos — respondió Milliken. — Soy de la policía — y empujó la puerta.

La mujer aparentemente intimidada por esa declaración retrocedió. — Abrió una puerta y los hizo entrar.

—Si quieren esperar aquí — dijo llamaré al señor.

Milliken entró, pero Donald se quedó un poco atrás y cuando la vieja se dió vuelta, le tocó ligeramente el hombro.

—¡Hola Patsy Gale! — cuchicheó:

Patsy Gale se estremeció y lo miró como suplicándole. El inclinó la cabeza, luego cuando ella saludó se unió a Milliken. La pieza, amueblada casi lujosamente y arreglada con gusto, era un contraste notable con el exterior.

Era extraño y más extraño aún que Milliken hubiera distinguido precisamente esa casa donde Patsy Gale parecía representar un nuevo papel.

—¿Qué lo hizo detenerse aquí? — le preguntó.

—Simple recuerdo. Han pasado cosas curiosas aquí. No ahora, sino hace alrededor de dos años. El hombre que vivía aquí partió para una casa más central. He pensado...

Se interrumpió — Una alta silueta apareció en la puerta.

—Buen día, señores...

Donald se estremeció. No a causa de la vista de la persona imponente y elegante, cuya presencia podía parecer sin embargo, extraña en un barrio semejante, sino a causa del sonido de su voz que reconoció inmediatamente.

—¡Oh! ¡oh! — exclamó Jhon W. Pagan después de un momento — ¡Qué sorpresa!

La sorpresa era compartida. Milliken no encontraba nada que decir; todo daba vueltas en la cabeza de Donald. Doble coincidencia: primero Patsy, luego Pagan...

Milliken miró el rostro de facciones regulares de Pagan y su elegante traje gris.

—no es muy sano este sitio Mr. Pagan, — dijo rudamente — El último habitante de esta casa fué enviado a la cárcel, por mí mismo...

—Pero me imagino que no tendrá los mismos deseos con respecto a mí — Los ojos azules de Pagan brillaron divertidos — Sí. he conocido a Joe Hanning, un tipo de criminal interesante, y he tomado estas cosas cuando el pobre diablo tuvo sus inconvenientes. ¿Cómo lo supo usted? Me imaginaba que tarde o temprano trataría usted de verme, pero es extraordinario que me haya encontrado aquí. Mis mismos amigos ignoran que a veces habito aquí... Ahora, señores ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Puede usted decirnos — dijo bruscamente Milliken — donde se oculta Marc Jarrow.

—¿Jarrow... Jarrow?... — Pagan meneó la cabeza. — No, no lo conozco. ¿Qué le hace creer que lo encontraría aquí?

—He visto un sombrero en la percha del vestíbulo. Es demasiado ordinario y pequeño para usted.

—Ingenioso — observó Pagan sonriendo — Pero usted entró aquí antes de ver el sombrero.

—Pongamos que he tenido el presentimiento de que usted podía informarme.

—¿Presentimiento? Detesto esa palabra que no quiere decir nada. Desolado, señores, de no poder ayudarlos. Ese sombrero es de un visitante con el que discutía ciertas cosas cuando ustedes llegaron.

Una sombra pasó sobre el bello rostro de Pagan, pero salió de la pieza y volvió enseguida con un individuo que presentó como Mr. Hawkins.

—Estos señores son antropologistas, Hawkins — dijo — y se interesan por la forma de su cráneo.

Después de prestarse unos minutos a esa exhibición Hawkins se retiró.

—¿Satisfechos — interrogó Pagan...

—El detective parecía aún en dudas — pero se excusó de su intrusión y se dirigió a la puerta. Donald no vió más a Patsy Gale.

—Extraño — gruñó Milliken cuando salieron — Quisiera saber de quién es ese sombrero.

—De Hawkins, naturalmente...

—No estoy seguro ¿Y notó algo sobre el alma? — preguntó.

—¡Oh! — dijo prudentemente Donald — parecía demasiado dulce y angelical.

—Tiene usted razón — Apostaría a que sacando esa peluca blanca encontraría rulos rubios debajo.

Donald sonrió y estuvo tentado de rectificar que los cabellos de Patsy eran castaños pero contuvo su lengua.

—¿Piensa usted aún que Pagan y Staglawn son un mismo hombre? — preguntó el detective mientras caminaban por la calle.

—La voz es la misma, podría jurarlo.

—No jure, muchacho. Una voz es una cosa sobre la que no hay que jurar.

Acababan de doblar una esquina cuando Donald se detuvo con la impresión de que no estaba lejos de la casa donde había visto por primera vez a Patsy Gale. Su corazón latió al ver la maceta y un par de persianas verdes.

—¡Es aquí! — exclamó.

Atravesaron la calle y bajaron los escalones del subsuelo. La puerta del exterior no estaba cerrada y atravesaron el corredor. Al cabo de un momento, encontraron una pieza oscura. Milliken frotó un fósforo y Donald lanzó una exclamación:

¡Esta es la pieza... en este sofá dormí... Esta es la mesa en cuyo cajón dejé el cuchillo. Nada ha sido cambiado.

—¡Es curioso! — dijo Milliken — La gente se fué, dejando la puerta abierta. No es natural.

No se oía ningún ruido y la casa parecía vacía. Encendió un fósforo y prendió el gas. Inclinado sobre la mesa la examinó cuidadosamente, luego sacando una lupa del bolsillo, continuó de más cerca su inspección. Donald comprendió que buscaba sobre esa mesa las impresiones dejadas por sus dedos. Si las encontraba, la historia de su aprisionamiento en esa pieza cesaría de ser puesta en duda.

Milliken guardó de nuevo la lupa y levantó la sabeza:

—Ninguna impresión — dijo — no es natural...

Donald pensó que su esperanza se desvanecía.

Pero Milliken se echó a reir:

PUCKY

—Después de todo quizá usted haya mentido, quizá ha dicho la verdad. Esto no prueba nada. Si esa gente ha querido hacer imposible toda coartada, pueden haber tomado sus precauciones para no dejar rastros detrás de usted.

—¡Dios mío! — exclamó Donald — Es preciso que sean astutos.

—Y lo son, seguramente. ¡Vamos, caminemos!

Atravesaron la antecámara y entraron en el lavadero. Milliken hizo notar de nuevo que la casa parecía desierta. Donald le mostró el caldero. Ahora, naturalmente estaba vacío. O Marc Jarrow había conseguir salir, o sus asociados habían acudido en su ayuda.

Milliken levantó la tapa miró el interior. Luego dijo:

—¡Vamos!

Donald sonreía señalándole el camino. Poco a poco su historia se verificaba. Miraron las otras piezas del piso inferior y en todos lados vieron los preparativos de una partida furtiva. Milliken sacudió la cabeza con aire amenazador ante esa confusión.

—Esto parecía una fuga. Sentémonos un momento y fumemos un cigarrillo.

Estaban evidentemente en una sala. Todo era miserable y destrozado. Milliken en su sillón estiró las piernas y sacó una pipa de su bolsillo.

—Para mí el cigarrillo será una pipa — dijo — Tenía su mirada fija en Donald.

—Cartas limpias — dijo de pronto — ¿Mató usted a su tío sí o no?

El joven gimió interiormente — Se había halagado de tener a Milliken de su parte.

—¿Qué piensa Milliken? ¿Tengo aspecto de asesino?

—Perfectamente. Todos los asesinos tienen aspecto inocente al menos los que he visto. Ahora, estoy convencido que ha habido una maquinación en esta casa. Estoy casi convencido de que esta gente quiere cargarle el asunto a usted. Pero yo sé hasta donde fué el juego.

Puede haber habido algún tropiezo. Ya ve usted que todo está en contra suya. Para probar la exactitud de su historia, necesitaría mostrar como se introdujo el asesino en la biblioteca.

Donald sacudió la cabeza desanimado.

—El viejo Cerradura dijo que es imposible — prosiguió el detective — y por mi parte jamás he visto a un hombre atravesar paredes y pasar a través de puertas cerradas. Eso no es natural.

Donald convino que no lo era. Su espíritu era presa del vértigo a fuerza de dar vueltas ese punto del problema. De cualquier manera que lo colocara, era impenetrable. Sí, según la frase favorita de Milliken eso no era natural.

El detective, inclinado su largo cuerpo hacia adelante, guardó silencio hasta que concluyó su pipa.

—Espere — dijo de pronto como si se le hubiera ocurrido una idea — ¿Está seguro de no haber visto al asesino?

Donald se preguntó que se agitaba bajo aquella cabeza.

—¿Cómo puedo haberlo visto si no estaba?

—¡Oh! Solamente una suposición.

—No — dijo Donald — no he visto nadie. No había allí más personas que mi tío y yo. Estoy seguro.

Vaciló un momento. Sí, el había "sentido" algo tan vago como el paso de una sombra que había creído ver. Pero no hubiera podido decir donde empezaba y concluía la parte de imaginación en el estado de exaltación en que se hallaba entonces. Y esas puertas cerradas, esos muros impenetrables... Se encogió de hombros.

Milliken tosió.

—Bien, he aquí que todo está en contra de Vd. muchacho... Todo lo que contó usted sobre lo que ocurrió en la biblioteca muestra solamente que nadie más que usted puede haber matado a su tío.

—Lo se, — Milliken, me lo he dicho a mí mismo...

Pero ya vió usted que las impresiones digitales...

—Habla algo extraño. No es natural.

—Y sabe usted que Pagan dice que el asesino es uno de los miembros del club...

—Sí, pero temo que Pagan se burle de nosotros. Y usted dice que Pagan es Staglawn y piensa que Staglawn fué el que dió el golpe. Entonces, la palabra de Pagan no vale nada.

—No — admitió Donald — nada. Pierdo la cabeza. Peterkin tenía razón. Tengo necesidad de dulzura y paciencia.

—¡Oh! ¿Conocía usted a Peterkin? Me pareció que tenía usted un aire un poco raro cuando él entró en la biblioteca.

—¿No tiene todo el mundo aire raro? Usted mismo tiene aspecto extraño en este momento, como si estuviera oyendo algo ¿Qué hay?

Milliken hizo señas para que callara. Fué hacia la puerta y escuchó. De pronto sacó un revólver del bolsillo y abrió bruscamente la puerta.

—Entre aquí, señorita.

Capítulo XVIII

UNA BATALLA DE ESPIRITUS

Era un arma formidable la que Milliken tenía en la mano, tan grande como un jamón y desproporcionada con la delgada joven a quien apuntaba. Sintiendo que era ridículo guardó el revólver en el bolsillo.

La joven estaba asustada pero se repuso enseguida y bajando la cabeza entró a la pieza. Llevaba un vestido simple pero de exquisito color azul y sus bucles dorados se enrulaban alrededor del sombrero. Milliken cerró la puerta tras ella.

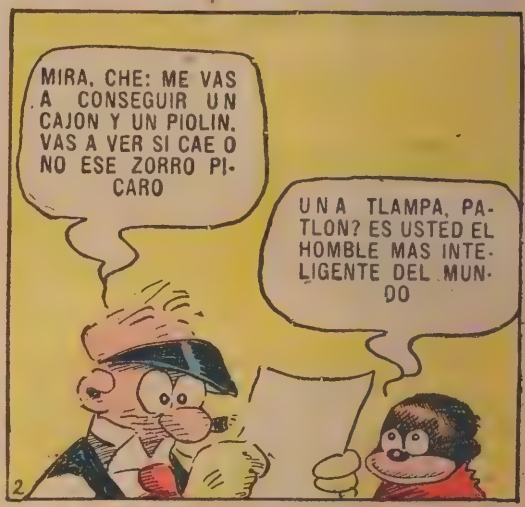
—¡Gloria! — exclamó Donald.

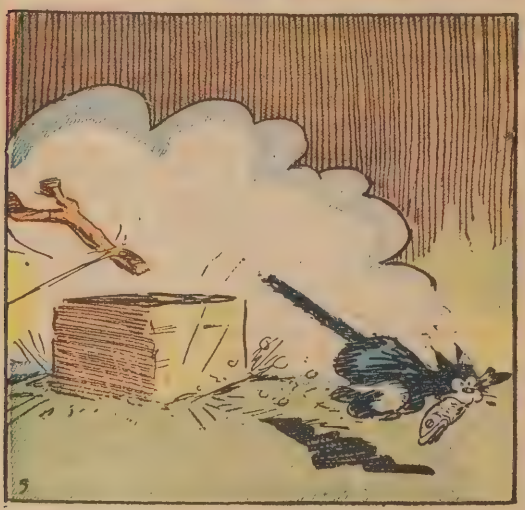
—¡Buen día, Don!

Sonrió y luego mirando al detective le dijo:

—Preséntemé a su feroz amigo.

AVENTURAS DE





BARNIGUGLI por Debeck

—El detective Milliken, — dijo Donald — miss Westcott.

Milliken agitaba su cabeza y los miraba con suspicacia:

—¿Se conocen ustedes?

—Puedo decirlo — replicó Gloria — Donald me pidió en matrimonio cuando yo no tenía más de seis años. Era de una audacia de que no dió pruebas después.

Ella estaba aparentemente serena, pero Donald notó bajo su calma un poco de inquietud. Un poco de temor se reflejaba en sus ojos negros.

—¡Ah!... — gruñó Milliken — ¿Me dirá usted — mis... Westcott, lo que hacía detrás de esa puerta?...

—Escuchaba, eso es fácil de comprender. He oído voces y quería saber si estaba entre amigos o enemigos. Vale más saberlo antes.

—No es mala idea.

No apartaba sus ojos de ella.

—¿Pero que la trae aquí?

Ella dirigió una rápida mirada a Donald.

—Dígale para qué me hizo venir, Don.

La sorpresa hizo vacilar a Donald y no supo que decir. Quizá Gloria, por razones personales había inventado ese subterfugio y no quería crearle dificultades.

Milliken lo miró.

—El le pidió que viniera aquí? ¿Cuándo?

—Anoche. Fuí en auto con mi hermano y algunos amigos al campo y pasamos la noche. Por eso no recibí el mensaje de Donald hasta esta mañana cuando volví al hotel. Algunos minutos después supe la... la muerte de Mr. Chadmore.

Se puso grave y se extremeció un poco.

La mirada de Milliken, iba de uno al otro.

—Trajo usted ese billete miss Westcott?

—No, lo quemé como me lo pedía Donald. Don ¿de qué se trata? Era el mensaje más extraño que usted me escribió.

—¿Qué decía? — preguntó Milliken.

—Era corto y misterioso: "Es necesario que la vea enseguida. No hable con nadie y queme este billete inmediatamente". Luego daba la dirección de esta casa. Tuve una curiosa impresión al recibirlo. — Don — agregó dirigiéndose al joven. — He tenido, no se por qué, desconfianza. No se lo que hubiera hecho si lo hubiera recibido anoche. Pero venir en pleno día — es diferente.

—¿Qué clase de desconfianza? — preguntó Milliken.

—No sabría decirlo. He sentido algo de duda.

—Jamás he escrito ese billete, era falso — dijo Donald seguro de que Gloria era sincera.

Algo brilló en los ojos de Milliken — Gloria lo miró asombrada:

—La escritura — interrumpió el detective — ¿la reconoció usted?

—Hace tiempo que no he visto letra de Donald. Pero no había razón para dudar.

Donald exclamó de pronto:

—Fué Patsy Gale quien lo hizo. Me hizo escribir unas líneas para Staglawn. Así la banda tuvo una muestra de mi escritura. Eso no hubiera sido necesario pues Gloria, no habiéndola visto desde hace tres años, no dudaría, pero esos bandidos, no descuidan nada.

Milliken pareció excéptico. Donald explicó entonces lo que había ocurrido.

—Será una lección para mí... — comenzó.

—Pobre Don — se burló Gloria — todo es una lección para usted, pero todo lo olvida.

—Es raro... — gruñó Milliken — ¿Trata usted de enredarme?

Gloria rió a despecho de su perplegidad. La actitud del grueso detective era cómica.

—Suponiendo que diga la verdad, ¿cuál era su objeto?

—Atraer a miss Westcott a esta casa — indicó Donald.

—¿Pero, por qué?

—¿Por qué? — repitió Gloria.

—¿Vino antes alguna vez a esta casa?

—¡Oh! nunca.

Milliken se puso de pie y buscó en el bolsillo de su chaleco.

—He olvidado el reloj — dijo — ¿qué hora puede ser?

Donald hubiera jurado que el reloj estaba en el bolsillo.

Gloria levantó la cabeza hacia un rincón donde un viejo reloj estaba clavado en el muro.

—¡Oh! — dijo — el reloj está detenido.

—En efecto — dijo secamente Milliken — ¿Me dirá usted miss Westcott como sabía que había un reloj en ese rincón?

Gloria quedó un momento con la cabeza baja.

Pero pronto se repuso de su turbación:

—¿Por qué Mr. Milliken, trata usted de hacerme pasar por mentirosa?

Clavaba sus ojos en la pared opuesta y dijo sonriendo:

—Casi me pilla en una trampa pero no completamente.

Mire ese espejo frente a mí. Puede ver el reloj reflejado.

Milliken se acercó a la pared y miró el reloj. Entonces dijo:

—Miss Westcott no me cuente más historias. No puede usted ver gran cosa en este viejo espejo turbio y además está demasiado bajo y no refleja el reloj:

Busque otra cosa.

Donald comenzaba a enojarse:

—Milliken — dijo — usted está pasando los límites...

—Gracias — dijo Gloria — Pero Mr. Milliken me comprendió lealmente. Yo mentía. Es demasiado hábil para mí.

Donald la miró, preguntándose que secreto encerraría esa pequeña y encantadora cabeza. Le daba aun mayor encanto, aunque pareciera luchar durante todo el tiempo con un temor interior.

Se levantó y sonrió a Milliken.

—Me voy — dijo — No, no quiero escolta esta vez. Si quieren vengan al hotel a la hora

del te. Y no distribuya más muestras de su escritura, Don.

Se dirigió ligeramente hacia la puerta y durante un momento, Donald tuvo el vago temor de que Milliken la detuviera. El detective no habló ni se movió. La puerta se cerró tras Gloria y él sacó la pipa de su bolsillo.

—Las mujeres son raras, — dijo sentenciosamente.

Apenas pronunciadas estas palabras cuando Donald dió un salto. Milliken se estremeció y tiró la pipa.

Se oían gritos de espanto.

Donald se lanzó hacia la puerta. Milliken lo siguió:

—¡Gloria!... ¡querida!...

En algún lugar se golpeó una puerta, hubo un ruido de pasos. Luego un horrible silencio.

—¡Gloria!

Al azar, Donald empujó una puerta abierta. Detrás suyo oía correr a Milliken. La pieza estaba vacía. Se lanzó al oscuro hall, abrió otra puerta. Allí estaba oscuro. Sintió la impresión de que ya había estado allí y vió a la vaga claridad de la puerta, una mesa de madera blanca y un sofá. Luego oyó una respiración jadeante y distinguió una delgada forma acurrucada sobre el terrible divan.

—Aquí estoy, Don — gimió una débil voz.

El se precipitó, tomó en sus brazos a la joven que temblaba y la llevó al hall donde el aire era más fresco.

—Ya estoy bien — dijo Gloria.

Estaba terriblemente pálida pero sonreía a Donald.

—El me estrangulaba.. arañé su cara y le tiré del cabello. Quiso llevarme y grité. Entonces se fué.

—En qué dirección? — preguntó Milliken.

—Yo... yo no se... ¡Oh Don! — se abrazó a él — ¡era terrible! Sus dedos parecían garras...

Temblaba al horrible recuerdo, pero, respirando profundamente, volvía en sí.

Milliken sin embargo, no había hallado rastros del asaltante; la decepción se retrataba en su rostro.

Gloria no pudo dar ninguna seña del hombre. Había llegado en la oscuridad — explicaba ella — y no había visto su cara.

—Bien. Caminemos ahora — dijo el detective — Vamos a Scotland Yard. Puede venir con nosotros, miss Westcott. Considéreme si es necesario, como un guardia de corps.

Capítulo XIX

EN SCOTLAND YARD

Un taxi los condujo a Scotland Yard y subieron por el ascensor al escritorio del comisario principal. El detective entró después de invitar a Donald y a Gloria a que lo esperaran.

Gloria apretó la mano de su compañero:

—Las cosas se han embarullado terriblemente ¿verdad?

—Mucho.

El la contemplaba como si en el curso de esa última noche, ella se hubiera transformado de una extraña y desconcertante manera.

—Quisiera haber atrapado al salvaje que trató de ahogarla.

—¡Qué muchacho feroz! Parece un inocente cordero, con sus tranquilos ojos grises y está obsesionado por el deseo de matar.

—Me hubiera gustado matar a ese estrangulador; puede volver a empezar.

—No. El rayo jamás cae dos veces en el mismo lugar.

—Pero Staglawn no es el rayo.

—¿Cree usted que es Staglawn?

—Staglawn o uno de sus secuaces.

Ella abrió su cartera y registrando en el interior:

—¿Es usted botonologista?

—¿Qué?

—Botonologista. No es una palabra rara, aunque yo la haya inventado. Significa aquel que sabe todo lo concerniente a los botones, de donde vienen y adonde van. Aquí tiene una muestra. Puede hacer trabajar con ella su brillante espíritu.

Le tendió un botón negro y chato al cual estaba prendido un pedazo de hilo.

—Una pista para encontrar al estrangulador — explicó ella. — He arrancado esto de su saco durante la lucha. No es gran cosa, pero es algo. Y no es todo. También le arañé la cara.

—¿Puedo guardar el botón?

—Sí. Pero no se le ocurra atacar a todos los que encuentre con la cara arañada y con un botón de menos.

—Es usted una muchacha singular. Gloria. ¿Por qué no dijo nada de ese botón a Milliken?

—No lo sé. Intuición de mujer, quizá. Eso cubre una cantidad de tonterías, sabe usted.

—Y una cantidad de pensamientos profundos. ¿Por qué mintió a Milliken a propósito de no se qué noche pasada en el campo?.. Pero dejemos eso; no quiero enterarme de sus pequeños secretos.

—Gracias, Don. Los secretos no deben ser dichos más que a la luz de la luna. Pero mis secretos no son pequeños, son grandes,... inmensos...

Hizo un gesto extravagante con la mano.

—Cualesquiera que sean, sé que son secretos encantadores.

—¡Hombre confiado! Me alegro de que hable usted así, Don. Siento un deseo terrible de acariciarle la cabeza y besarlo. Pero no se asombre, Mr. Donald Chadmore, resistiré a la tentación. Los besos como los secretos necesitan la luz de la luna.

—Rogaría para que esta noche haya luna.

—Atención Don, estoy segura de que Mr. Milliken piensa que yo soy una persona decepcionante.

—Yo pienso que es usted... — comenzó él.

En ese momento se abrió la puerta y salió un hombre. Con un pomposo saludo y aspecto algo molesto atravesó la antecámara y se alejó.

—Es el doctor Willett — cuchicheó Donald.

Se acercó un policía:

—Miss Westcott, por favor, Mr. Mott quiere verla... No, — añadió al ver que Donald también se levantaba — uno a la vez.

Donald se sentó otra vez un poco alarmado. Esperó largo rato con impaciencia y al fin ella volvió, un poco ansiosa pero sonriente.

—Entre — dijo nuevamente el policía, dirigiéndose al joven.

En una espaciosa habitación, de altas ventanas, el comisario principal Mott estaba sentado ante una mesa esculpida; a su lado el inspector Ripple manejaba su pañuelo de seda; detrás de ellos estaba Milliken.

—Siéntese Mr. Chadmore — dijo Mott gravemente. Acabo de oír el relato de Mr. Milliken. Deseo pedirle ahora que si tiene algo que modificar a la historia que nos contó anoche, lo haga.

—Era la verdad ¿qué podría cambiar yo?

—El doctor Willett acaba de salir; quizá lo haya visto usted. Ha modificado completamente sus primeras declaraciones. He pensado que quizá estuviera usted dispuesto a hacer lo mismo.

Donald sintió en el ambiente una especie de tensión.

—Debo añadir — continuó Mott. — que lo que ha decidido al doctor a cambiar su declaración es que lo hemos convencido de que mentía.

—¿Qué mentía?

—Sí. Y eso produce siempre una mala impresión. Como usted recordará, el doctor Willett había ofirmado que su tío estaba muerto cuando él llegó.

—Sí. ¿No lo estaba?

—No. Su vida se prolongó uno o dos minutos después de la llegada del doctor.

—¿Pero por qué el doctor mintió sobre ese punto.

—¿No es raro que personas inteligentes digan mentiras tan estúpidas? Se enredó en sus propias contradicciones y finalmente, después de un interrogatorio admitió todo.

—Admitió todo — repitió Donald. — ¿No querrá usted decir que... ha confesado?...

Mott sonrió.

—Voy a explicárselo y se sorprenderá usted. Durante esos dos o tres minutos, el doctor estaba sólo detrás del canapé. Durante ese breve espacio de tiempo, su tío, le hizo conocer la personalidad del asesino.

Mott se detuvo para dar lugar a que su asombrosa declaración produjera su efecto.

—Yo no juzgaría al doctor demasiado severamente — continuó, — Ha cometido una falta grave, pero reparó su error exponiendo claramente las cosas. Ha comprendido que era un serio delito tratar de proteger a un asesino.

—¿Proteger?... — Donald encontró difícilmente su voz. — ¿Proteger a quién?

—A usted, Mr. Chadmore.

Donald sintió que durante un momento se le cortaba la respiración.

—¿Yo?... Mi tío hubiera dicho... ¡No! Es demasiado ridículo.

—Está al contrario en completo acuerdo con la única explicación posible. Todas las circunstancias, comprendida ésta última nos llevan a considerarlo a usted como el culpable. Según sus propias declaraciones, ningún otro puede haber cometido el crimen.

—Pero no hay ninguna razón para que el doctor Willett trate de protegerme, apenas me conoce.

—Lo vió nacer, según me dijo. Y luego estaba en buenas relaciones con su padre, y era el médico de la familia.

—Y mi tío le dijo que yo...

—No en palabras. Estaba demasiado débil. Pero el doctor notó que trataba de hablar. Le preguntó si quería denunciar a su asesino, y su tío, no pudiendo pronunciar su nombre, levantó la cabeza y señaló con el dedo, ¿sabe usted dónde?...

—No. No sería a mí en todo caso; yo no estaba allí.

—Es cierto. Pero en el muro hay un retrato suyo, un retrato de cuando usted era niño. ¡Bien! en respuesta a la pregunta del doctor Willett, su tío señaló con el dedo ese retrato. Al hacer eso lo acusaba del crimen. Un momento después ya estaba muerto.

Mott se hundió en su sillón. Cayó un pesado silencio. Donald estaba petrificado. Milliken se apartó de la ventana.

—Si yo fuera usted, — dijo tranquilamente — no me fiaría tanto del doctor Willett.

—¿Por qué?

—El doctor cambia demasiado para convencerme. No tengo confianza en un hombre que dice mitad verdad y mitad mentira. Esta mañana contaba una cosa, a la noche cuenta otra, sin duda con un objeto diferente también.

—Sin embargo — contestó Mott después de reflexionar un momento — no nos divulgó el hecho de que el tío había señalado a su sobrino como autor del crimen más que después de que lo impulsamos a ello. Aun nos aconsejó que no diéramos a eso gran importancia. Cuando un hombre dice una cosa contra su voluntad, puede creerse que no miente.

—Sí, pero el doctor Willett es quizá diferente de eso que pensamos.

Mott se encogió de hombros impacientado. Luego se levantó y fué hacia la ventana, llevando a Milliken y al inspector Ripple. Durante un rato conversaron a media voz.

Donald sorprendió varias veces miradas en su dirección. El zumbido de sus voces le parecía el de las voces de la Fatalidad. Su destino parecía avanzar o retroceder según las voces se elevaban o descendían. Algunas frases llegaban a sus oídos: Casa del Misterio... Retrato... Luego Ripple se separó del grupo y salió del escritorio. Evidentemente iba a la Casa del Misterio a examinar el cuadre que su tío había señalado en sus últimos momentos. ¿Por qué?

Mott y Milliken conversaron un rato más. Luego el comisario se sentó ante el escritorio y se hundió entre sus legajos, mientras Milliken permanecía mirando vagamente por la ventana. Donald sentía que habían olvidado su presencia y que sus pensamientos seguían a Ripple a la Casa del Misterio. Sin comprender cómo ni por qué, tenía la firme convicción de que, según el resultado de la misión del inspector, dejaría Scotland Yard, libre o prisionero.

Próximamente en **Pucky**

LATÍGO NEGRO

EL HOMBRE DE LOS CIEN DISFRACES

Se estremeció al oír el teléfono, seguro de que Ripple estaba al otro extremo del hilo, hablando sin duda desde una cabina pública. Debía comunicar asombrosas noticias pues la expresión de Mott denotaba una profunda sorpresa. Con una mirada dirigida hacia Donald colgó el receptor y llamó a Milliken.

Ambos hablaron en voz baja, después de lo cual Mott se dirigió a Donald:

—Por el momento esto es todo, Mr. Chadmore. Puede usted retirarse.

El joven se levantó. Su tensión nerviosa lo tenía espantado ¿qué había descubierto Ripple?

Gloria lo esperaba afuera del despacho.

Capítulo XX

PERSPICACIA DE PETERKIN

Almorzaron juntos y tuvieron luego una larga conversación íntima. Gloria pagó la adición pues los bolsillos de Donald estaban casi vacíos. Luego lo acompañó al estudio del notario y, después de firmar cierto número de documentos, se encontró autorizado a disfrutar de los fondos colocados a su crédito en el momento del arreglo de la sucesión de su padre.

Después de eso fueron a un banco y el cajero contempló al heredero de la Casa del Misterio con gran interés cuando le presentó el cheque.

Cuando estuvieron en la calle, Gloria le dijo que tenía un ensayo dentro de media hora, y Donald la acompañó hasta la entrada del teatro. Apretó torpemente la mano que ella le tendía.

—Gloria — ... yo no quisiera que...

—¿Qué? ¡oh! ya lo sé. Piensa usted en el botón negro y en el estrangulador. No tema nada. Seré prudente y me mantendré a distancia de las guaridas de asesinos. Hasta la vista.

Retiró su mano, y después de enviarle un beso con la punta de los dedos pasó bajo la estúpida mirada del portero. Agitando un botón negro en el bolsillo de su chaleco, Donald se alejó.

Entre las terribles, grandes y pequeñas interrogaciones que le llenaban el espíritu se detuvo en el problema de las ropas. Después de los trágicos acontecimientos que se habían producido, era ridículo atormentarse por un motivo tan baladí. Sin embargo se sentiría más cómodo estando correctamente vestido. Quería ocuparse de ello esa tarde pero ¿dónde podía ir?

Entonces, pensó en Peterkin. Peterkin sería capaz de guiarlo. Desde una cabina telefónica llamó al "Splendid" y se entendió con Peterkin para encontrarse a la una.

El valet fué exacto. Se decidió que Donald compraría primero dos trajes hechos y que iría luego a un buen sastre que Peterkin le recomendaría La compra de los dos trajes probó que el valet tenía buen gusto. Luego se dirigieron a la casa del sastre.

—¿Conoce usted a un hombre bajo, grueso, con doble barba y nariz aplastada? — preguntó el valet.

Donald lo miró asombrado.

—Ese hombre nos sigue — dijo Peterkin — Está detrás nuestro, pero no mire, señor.

—¿Tiene usted ojos detrás de la cabeza?

—Sí señor, a veces es cómodo.

Donald contempló con asombro su rostro delgado y pálido. Era un sirviente de conciencia, y deferente, nada más. De pronto lo miró con más atención.

—¿Qué le ocurrió Peterkin, anduvo cazando gatos?

—¡Oh! No señor — el sirviente se frotó el mentón. — Quisiera que inventasen una hoja de afeitar mejor, no las hay buenas en el comercio.

La explicación era plausible y dada de la manera más natural del mundo. Cuando hubieron terminado con el sastre, Peterkin tomó el paquete conteniendo los trajes confeccionados y se ofreció para acompañar a Donald. Tomaron un taxi.

—Peterkin — dijo Donald después de unos minutos de silencio. — ¿Qué sabe usted sobre los "Seis Pájaros Nocturnos"?

Este era el nombre que un periodista había dado al grupo de visitantes de la Casa del Misterio.

—Poca cosa, señor, Los pájaros nocturnos no son muy comunicativos.

—Los cuatro de anoche no lo eran, por cierto. Usted era uno de ellos y no pareció reconocerme.

—Yo no soy más que un sirviente, señor.

Era evidente que Peterkin no quería decir nada.

—El doctor Willett me pareció singular Observó.

—¿Es también uno de los seis, verdad?

Peterkin eludió la respuesta.

—Las últimas ediciones de los diarios de la tarde ya traen su segunda historia.

—¿Ya? Me pregunto por qué habrá comenzado mintiendo.

—¿Es lo que yo también me pregunto, señor. Me asombra que en su declaración no haya mencionado la miopía de su tío.

—¿Qué tiene que ver la miopía?

—Quizá mucho señor, Mr. Chadmore llevaba ordinariamente anteojos ahumados y tenía otro par especial para leer. Uno de los diarios, da un plano de la biblioteca, señalando con una cruz el lugar donde fué hallado el cuerpo. La distancia de esa cruz a la pared me parece que debe ser de seis a siete pies y la habitación, estaba solo alumbrada por bujías, se necesitarían muy buenos ojos para reconocer un retrato a la distancia.

—Dígame Peterkin ¿es usted un criminalogista disfrazado?

—¡Oh! no, señor sólo soy un sirviente.

—Bueno. Pero comprenderá usted que mi tío sabía sin duda exactamente donde estaba colgado el retrato, pues desde hace años debe estar en el mismo sitio y podía señalarlo sin verlo.

—Es verdad. Ya lo pensé. Pero, si yo fuera usted, miraría, señor.

—Ya miraré, mi amigo — dijo Donald sonriendo al ver el rostro grave del valet.

Sin embargo, su risa se detuvo de repente. Recordó la visita precipitada de Ripple. ¿Qué había descubierto?

—Si tiene usted tiempo — dijo — quisiera mostrarle la biblioteca, Peterkin.

El valet miró su reloj.

—Creo, señor que debo volver directamente al hotel.

Pero cuando el taxi se detuvo ante la alta verja, por la mirada que Peterkin dirigió a la sombría casa, Donald notó que su resolución se debilitaba.

—No le llevará más que pocos minutos — le dijo después de pagar el coche.

—Bueno señor. Me agradaría mucho ver esa pieza y su disposición.

Donald llamó y el policía que estaba en la puerta, al reconocerlo, llevóse la mano a la gorra. Enseguida vino Groody que abrió y condujo con deferencia a su nuevo amo y a su acompañante.

—¿No vino nadie, Groody?

—Solamente la policía, señor. Han ido y venido durante todo el día. Todavía hay uno en la biblioteca.

Seguido de Peterkin, Donald entró. Un policía estaba sentado cerca de la puerta de la biblioteca y les hizo observar que nada debía ser tocado.

Avanzaron hacia el fondo de la pieza y Donald encendió dos bujías de los candelabros de la pared, luego contemplaron, en un marco negro y dorado, el cuadro, que representaba una cabeza infantil de bucles rubios y sonrisa alegre.

—Este era yo en el tiempo de mi inocencia, Peterkin.

—El cuadro ha sido estropeado — observó el valet indicando una gran rajadura debajo.

Luego, fué hacia el canapé y midió el espacio con la mirada.

—Sí, justo donde usted se halla.

Peterkin se extendió en el suelo y levantando un poco su cabeza trató de mirar el cuadro.

—Difícil para un miope — remarcó.

—Mi tío — dijo Donald. — sabía sin verlo que el retrato estaba enfrente de él.

El valet se levantó y fué hacia el cuadro y examinó detrás de él, el muro y el papel de éste. Lanzó una exclamación:

—Es curioso señor, mire el papel de la pared.

Donald miró y al principio no vió nada. Luego, notó que un pequeño cuadrado, más o menos como la mitad del cuadro tenía un color más claro que el resto de la pared.

—Es singular — añadió Peterkin — cuando un cuadro está durante mucho tiempo en un mismo lugar evita que el papel del muro se decolore en ese sitio, aquí el espacio más claro es sólo de la mitad del cuadro.

Donald se estremeció, aunque no notó en seguida el significado de esa observación.

—¿Qué quiere decir eso, Peterkin?

—Quiere decir que este retrato no hace mucho tiempo que está colocado aquí. Un cuadro más pequeño debía estar hasta hace poco.

Se notaba cierta excitación en el pálido rostro del valet y su pensamiento pasó a Donald.

—¡Mi sombrero! — exclamó éste.

—No tan alto, por favor, señor.

Peterkin dirigió una mirada hacia el policía de la puerta.

—Es necesario ahora asegurarnos cuanto tiempo su retrato ha estado colocado ahí.

—Se lo preguntaré a Groody.

—Podría ayudarnos, si dice la verdad. He observado que los mayordomos, lo mismo que los comerciantes y los pescadores de caña son grandes mentirosos. No sé por que, pero es así. Además, aunque su tío haya creído señalar su retrato, eso no prueba nada. En el momento de morir la gente no goza de todo su conocimiento.

—Es lo que el doctor Willett ha dicho al comisario.

El reloj dió las cinco. Las sombras se deslizaban envolviendo al Sr. Amicus y al piano en una misteriosa obscuridad. Donald sonrió un poco desconcertado, después de los primeros momentos de entusiasmo.. Miró los muros y sus altos estantes y esos muros parecían burlarse de él. Oía en su imaginación los incesantes tap-tap, del viejo Cerradura con su martillo.

—¡Palabra! — exclamó Peterkin. — Yo charlo y charlo y la hora se pasa. Es necesario que me vaya, señor.

—El rostro de Donald se entristeció. La presencia del valet lo reconfortaba y era una ayuda para él; sentía su necesidad.

—Peterkin — le dijo — necesito un valet Quizá mañana yo estaré en la cárcel pero arreglaré las cosas para que usted no pierda nada. ¿Quiere venirse conmigo?

Peterkin reflexionó; una sonrisa erró sobre su semblante probando que se sentía tentado de aceptar.

—Lo pensaré señor. Naturalmente me agrada, pero... mañana le daré mi respuesta, señor.

Peterkin, transformado en el perfecto valet, arregló la corbata de Donald saludó gravemente y salió.

Capítulo XXI

"¡LO HE VISTO!"

Donald, luchando contra la depresión que caía sobre él de todos esos rincones polvorientos, fué hacia la pared y tiró del cordón de la campanilla. La silueta de Groody apareció en el marco de la puerta y Donald, acercándose, lo miró un momento a la débil luz de las bujías.

—¿Ha visto hoy, al doctor Willett, Groody?

—Está aquí en este momento, señor. Ha venido a ver a Mrs. Chadmore. Se encuentra más mal aun.

—¡Oh! Estoy desolado. Voy a verla. Pero antes, dígame, Groody ¿por qué cambió esto de lugar?

Señalaba su retrato. El sirviente se estremeció, pero su estremecimiento fué más de sorpresa que de remordimiento.

—¿Lo notó usted señor? Debo decir que es usted más observador que su tío. El era un poco... quiero decir que se interesaba por las pequeñas cosas, señor. Una vez rompí un pequeño vaso de china que valía poco y me hizo una terrible escena.

—Pero ahora hablamos de mi retrato, Groody.

—Sí, señor, pero es para explicarle. Usted notará que el marco está estropeado. El otro día al limpiarlo se me cayó. Yo sabía que Mr. Chadmore se enojaría si le hablaba de ello, entonces lo puse en un lugar más oscuro donde era más difícil que lo viera. Tenía la intensión de hacerlo reparar en cuanto tuviera la ocasión.

La explicación era simple y Donald no podía ponerla en duda.

—¿Cuándo hizo usted ese cambio, Groody?

—Hace sólo dos o tres días, señor.

—¿Cree usted que mi tío se dió cuenta?

—Seguramente que no señor, me lo hubiera dicho.

Donald aprobó. No habiendo visto Teodoro que el retrato estaba cambiado, no podía haberlo señalado.

—Si usted quiere lo pongo de nuevo en su lugar, señor.

—No, no déjelo ahí. Bastará que declare eso mismo cuando lo interroguen.

Groody tuvo un brusco sobresalto.

—¡Señor! — dijo — ya comprendo. Su tío no quería decir que...

Evidentemente había visto en los diarios la segunda declaración del doctor Willett y comprendía la dramática significación que tenía el cambio del cuadro.

—Guarde eso para usted Groody y no se lo cuente a nadie. Es muy importante.

—Se lo prometo, señor.

—Gracias por la promesa, Groody — dijo una voz detrás de ellos.

Era el doctor Willett que había llegado sin que lo oyeran.

—¡Oh! Buenas tardes, doctor — dijo Donald, despidiendo al sirviente con un gesto. — Nos sorprendió usted.

—Acabo de subir para ver a su tía y llegué aquí justo a tiempo para oír su recomendación a Groody. Dígame, Chadmore ¿piensa usted que he hecho una falsa declaración o que soy el asesino de su tío?

—Quisiera saber sobre todo, que es lo que pensó mi tío.

—¡Oh! deje las escapatorias. ¿Qué piensa usted?

—Me pregunto — dijo casi inconscientemente Donald, si mi tío señaló realmente algún retrato.

—¿Qué? ¿Duda usted de mi palabra?

—Su palabra es lo único que afirma ese gesto de mi tío.

—Creo que es suficiente — dijo Willett fríamente. — Su tío señaló su retrato. Créalo o no, a su gusto. Yo he hecho una declaración falsa para tratar de evitarle molestias y ahora lamento haberme colocado por usted en una posición dudosa. En adelante yo...

Se detuvo bruscamente. Un ruido sordo, que parecía producido por la caída de un objeto pesado, pero sofocado por el espesor de las paredes, les llegó de algún lado sobre sus cabezas.

—¿Qué pasa? — exclamó Willett.

Donald miró hacia el techo. El policía empujó su silla y abrió la puerta.

—Es en el cuarto de su tía — dijo el doctor. — Estaba acostada cuando yo salí. Me preguntó...

Se interrumpió otra vez. Hubiérase dicho que la lengua se le había paralizado. Donald y él se miraron. Las bujías vacilaban debido a la corriente de aire de la puerta abierta.

—¿Oye usted? — cuchicheó el doctor.

Una voz masculina y profunda cantaba con una inflexión burlona. El canto inesperado, despertó e Donald, horribles recuerdos.

—¡El "Diable aux bequilles"! — exclamó.

Dirigió una mirada aterrorizada hacia el señor Amicus y el viejo piano, con la impresión de que el canto llegaba de ese rincón envuelto en sombra. Pero no, venía de arriba.

Un grito agudo interrumpió al cantor que se detuvo. Otro grito lo siguió.

Donald, seguido del doctor se precipitó fuera. El policía había ya saltado por la escalera, pero el lo pasó, llegó al corredor, corrió por un obscuro hall donde sólo brillaba una débil luz. Otro agudo grito resonó en toda la casa.

Ante la puerta abierta. Elizabeth estaba de pie blanca como una muerta y sacudida convulsivamente, con los ojos agrandados por el espanto. Sus gritos se convirtieron en gemidos cada vez más débiles. Vaciló y Donald la sostuvo.

—¿Qué hay tía Elizabeth? ¿Está usted herida?

Ella lo miró fijamente. Sus ojos estaban vidriosos y llenos de horror. Sus flotantes cabellos grises le daban la apariencia de un fantasma, su delgado cuerpo temblaba violentamente y sus dedos, según su costumbre, buscaban espasmódicamente en su cuello, el lugar de las joyas que antes habían brillado allí.

Trataba de hablar, con la respiración cortada por el horror.

—Yo... yo lo he visto... ¡Oh!...

El doctor y el policía llegaban al cuarto. La llevaron a la cama.

Una sola bujía alumbraba el tocador. Cerca de la cama yacían los resto de un vaso. Evidentemente ella lo había roto cuando asustada por Dios sabe qué, había saltado fuera del lecho.

Ahora, apretaba sus manos contra los ojos como para no ver una horrible visión.

—¡Horrible! — repetía. — ¡Lo he visto!... ¡Estaba allí!... Esos ojos... esos ojos...

Una convulsión la sacudió completamente.

Donald se inclinó hacia ella:

—¿Qué ojos, tía Elizabeth?

Ella lo miró sin verlo. Sus manos erraban buscando alhajas desvanecidas. Luego las agitó en el aire y tentó de sentarse en la cama.

—Cierren la puerta... rápido. Apúrense. No quiero verlo más... jamás... jamás...

Se retorcía en un horror sin límites.

—¿Quién era, tía Elizabeth?

Ella hizo un esfuerzo y su cara se crispó.

—¡Mr.... Mr. Amicus! — gritó.

Y con un débil gemido, su cabeza cayó, sus ojos se cerraron.

Con sus dedos ágiles el doctor Willett llenó una pequeña jeringa de un líquido oscuro y apretando el brazo, hundió la aguja y apretó lentamente la jeringa. El tubo de vidrio estaba aún medio lleno cuando se de-

tuvo. Tomó el puño y levantó un párpado.

—Muerta. . .— dijo.

Donald contempló, trastornado esa forma extendida. Los labios estaban rígidos, guardando para siempre los secretos... los secretos de la Casa del Misterio.

El doctor examinó los restos del vaso en el suelo.

—Alguien — dijo — debe haberla asustado, alguien que creyó que yo me había ido y que creía que ella estaba sola con dos viejos servidores. Si alguno... Pero ese de quien ha hablado ha muerto hace más de cien años...

Donald no dijo nada. En la puerta veía los rostros doloridos de Groody y su mujer, y sus ojos se dirigieron hacia el lecho donde yacía el cuerpo inmóvil.

Los dedos sin vida de su tía Elizabeth estaban aún en su cuello donde antes lucían las joyas.

Capítulo XXII

EL BOTON NEGRO

Teodoro Chadmore y su esposa reposaban en el sepulcro de la familia, y desde hacía dos días Donald había entrado en posesión de la Casa del Misterio.

En apariencia tenía una existencia tranquila, sin otra distracción que las solicitaciones de agencias inmobiliarias deseosas de adquirir la propiedad, pero, interiormente estaba lleno de aprensiones.

Tenía la impresión de un incesante espionaje al que no podía sustraerse. No sólo en las calles donde se dirigía a caminar a veces para sacudir la depresión que lo invadía, sino también en la misma casa, tenía la sensación de que cada uno de sus pasos era vigilado, cada una de sus palabras escuchadas.

Había elegido, para su uso personal dos piezas espaciosas en el pequeño piso. Estaban situadas en el ángulo donde las persianas cuando estaban abiertas, las hacían más claras y aereadas que la mayoría de las otras piezas de la Casa del Misterio. La seña Groddy las llenaba de flores frescas continuamente renovadas.

Hacia el fin de la tarde del segundo día que siguió al de los funerales, Donald se dirigió a su cuarto para vestirse para la cena. En esa casa, siempre silenciosa, parecía natural caminar sin hacer ruido. Atravesó pues tranquilamente el hall recubierto de espesas alfombras y se acercó a la puerta de su cuarto que estaba entreabierta.

Era natural encontrar a Peterkin ocupado en ese cuarto, pero su manera de proceder era extraña. El valet estaba de rodillas, examinando la valija con que Donald abía llegado al "Splendid". Estaba vacía ahora, y parecía ejercer una gran fascinación sobre él. Inspeccionaba los lados y el fondo con gran cuidado y lo hacía seriamente.

Donald sonrió. Cada uno procedía misteriosamente, pero Peterkin más que nadie.

—Buenas noches, Peterkin — dijo con calma, después de mirarlo un momento.

El valet se dió vuelta, al parecer molesto.

—Extraña valija — explicó — siempre me intereso por las valijas. No le parece señor que algunas tienen una personalidad casi humana?

Donald clavó en él sus ojos grises.

—Peterkin — le dijo — me pregunto por qué se interesa usted por esta valija... y porque se interesa por mí. Me doy cuenta de que soy espiado n la sombra y me pregunto si usted no es uno de los que lo hacen, quizá el principal...

—¿Yo, señor? — preguntó el valet dejando las ropas de su amo y mirándole con la boca abierta — usted bromea, señor.

Donald estudiaba la punta de su cigarrillo.

—Si es una idea tonta que me vino ahora. Siempre estoy pensando en esas historias que han hecho sobre mí.

—Por qué no me detiene y termina todo de una vez?

—Creo que Mott no se resolvería más que ante una evidencia. Teme un error y que luego se burlen de él.

—Pero ¿qué entiende él por una evidencia?

—Usted comprende señor, el no pierde nada con esperar un poco: Sabe donde está usted y lo que hace en todo momento. Trate solamente de salir de Londres y verá entonces lo que sucede. Y, colocándose desde el punto de vista de Mott espera, suponiendo que sea usted el culpable, que haga usted alguna tontería y se traicione.

—Bien. No lo haré — una sonrisa iluminó el rostro grave de Donald — Tendré cuidado de guardar oculta mi conciencia criminal. Pero, Peterkin ¿qué piensa usted de todo esto? En el fondo de su corazón ¿piensa usted que yo soy culpable o inocente?

La cara pálida del valet se distendió un poco.

—Si es usted inocente, señor, tiene la cualidad de ocasionarse complicaciones.

—Sí... ¿por qué no haber dicho por ejemplo que yo había cometido el crimen en una crisis de inconsciencia? Eso explicaría todo.

—Hay una explicación más simple, señor.

—¿Sí?

—Admitiendo, se entiende, que no haya cometido usted el crimen, puesto que el criminal no pudo entrar en la pieza "despues" que cerró y atrancó usted las puertas, debía estar "antes".

—Pero es imposible, mi tío y yo hemos buscado juntos, no hubiera podido ocultarse.

—No pienso que se haya ocultado completamente...

Peterkin miró gravemente a su amo:

—¿Está usted seguro, señor de que no vió al asesino?

—¿Si estoy seguro? Positivamente, Peterkin. He creído solamente ver algo que flotaba en la sombra una o dos veces.

—No hablo de eso, señor. Los jueces y jurados no confían mucho en las cosas que flotan en la sombra. Quiero decir: ¿Está usted seguro de no haberlo visto frente a fren-

te, como me ve a mí, por ejemplo.

Donald lo miró.

—¡Qué absurdo, Peterkin!

—Entonces, señor, no hay más que dos alternativas: o usted vió al asesino frente a frente, o bien...

Se detuvo.

—¿O bien?

—Aquí tiene su cuello, señor. Me molesta decirlo, pero en ese caso usted es el asesino.

Donald tiró impetuosamente de su corbata.

—¡Y como yo no ví al asesino ni de frente ni de espaldas, ni de ninguna manera, creo pues que yo mismo he cometido el crimen.

—Quizá me dijera que le arregle la corbate, señor.

Sí; no hay otra alternativa. O usted vió al asesino, o el asesino es usted. Pero creo firmemente — señor — agregó Peterkin ajustándole la corbata — que usted lo vió.

—¿Me quiere decir que soy idiota, Peterkin?

—¡Oh! ¡No señor!...

Una especie de sonrisa se dibujó en los labios del valet.

—Tengo idea de que necesitará usted toda mi inteligencia antes de que pase mucho tiempo. Un rompecabezas, no sería tan complicado.

—Pero esto no es un rompecabezas. Es una calamidad.

—Sí señor. Su saco, señor.

—Peterkin ¿sabe usted, pero "sabe usted" algo sobre el asesinato?

—No sé nada, señor. — Solamente he estudiado los hechos como si se tratara de un rompecabezas y no he encontrado más que una solución.

—¡Al diablo la solución! — dijo Donald poniéndose una manga del saco.

Se detuvo un momento antes de ponerse la otra. Sus ojos se dirigieron hacia el valet y quedaron de pronto fijos. Recordó el botón que Gloria había arrancado del saco de su asaltante. Se lo había dado y él lo tenía en el saco.

—Peterkin — dijo haciendo un esfuerzo para hablar con calma — Temo que se cuide usted demasiado de mí.

—¿Qué quiere decir, señor

—Que se descuida usted. Falta un botón de su saco. Un botón negro.

—Sí, señor. Yo lo noté ayer. Quería reemplazarlo, me olvidé.

La voz tranquila indicaba sólo una agradable sorpresa, de ver a su amo ocuparse de tan ínfimo detalle. Pero naturalmente, Peterkin podía ignorar dónde y cuándo se había desprendido ese botón.

Donald miró hacia un lado. Sus manos se crisparon, sintió que sus sienes latían. Resonó en sus oídos el eco de los gritos de Gloria. Durante un momento, Peterkin, sin saberlo, corrió el peligro del más feroz de los asaltos.

Donald se contuvo a tiempo. Un botón, aunque fuera un botón negro y chato no es una prueba. Tantas coincidencias se habían manifestado ya! Y tal situación debía ser aclarada con el espíritu más bien que con los puños. Si su primera suposición era probada, traería la solución de gran cantidad de cosas, entre ellas la identidad del asaltante de Gloria.

Y aunque su rostro estuviera un poco pálido y su garganta contraída, dijo bromeando a Peterkin que en lo futuro cosiera mejor sus botones.

Capítulo XXIII

PATSY EMPLEA EQUIVOCOS

Tres cuartos de hora más tarde, en una pequeña mesa de restaurant donde cenaban juntos, Donald contó a Gloria la teoría de Peterkin sobre el crimen. Pero no dijo nada del botón negro.

Ella pareció desorientada.

—¡Usted hubiera visto al asesino frente a frente y usted mismo sería el asesino! ¡Es una locura completa!

—A mí me parece Gloria, pero Peterkin no parecía loco cuando lo decía.

Ella sacudió la cabeza y Donald vió la sombra de misteriosas reflexiones que pasaba por sus ojos. Eso le recordó por un momento que también ella se había mostrado a veces misteriosa. Su llegada a la casa del Eart End era aún una paradoja inexplicable. Pero Donald ¿no estaba rodeado de misterios?

Como ella estaba cansada, después de haber tenido un largo ensayo durante la tarde, la llevó a su hotel, temprano. ¡A penas las nueve! Se dirigió hacia su casa, pero la perspectiva de pasar una larga noche en la Casa del Misterio no le agradaba. Se detuvo y llamó un taxi. Media hora después, bajaba ante la fea casa de ladrillos habitada por John W. Pagan. Desde la vereda de enfrente vió que la ventana del frente estaba iluminada, y quedó de pie en el hueco de una puerta, ordenando sus ideas. Su resolución de ir a ver al hombre de la voz singular había sido impulsiva.

Mientras esperaba, sin resolverse, la puerta de enfrente se abrió y salieron dos hombres. Unó de ellos con su alta estatura y su paso clásico era fácilmente reconocible como Pagan. El otro, igualmente alto, estaba algo inclinado. Como pasaran bajo un reverbero Donald notó una pequeña barba en forma de V.

—Amstrog Greyling — murmuró.

Esperó hasta que los dos hombres doblaron la esquina.

No se asombraba de verlos juntos| Pagan había dado a entender que Greyling era una de los "Seis" lo que explicaba su intimidad. Sin duda, ahora, Pagan acompañaba a su visitante una parte del camino.

Donald atravesó la calle. La misma mujer de cabellos blancos respondió a su llamado, pero la expresión de bienvenida desapareció de su rostro cuando reconoció al joven.

—Buenas noches, Patsy Gale. ¿No está contenta de verme?

A pesar de su resistencia empujó la puerta y entró.

—¿Qué quiere usted? — preguntó ella rudamente.

—Decirle dos palabras, Patsy. No tenga ese aspecto amenazador. No conviene un aspecto así a una anciana como usted. ¿Qué hace aquí Patsy?

—Hablemos de otra cosa.

—¿Dónde está Marc Jarrow?

—Partió para Zululandia por su salud.

—Buen lugar para él. Dígame Patsy — se acercó y la miró a los ojos. — ¿Cuánto tiempo estará fuera Staglawn?

—¿Staglawn? ¿De quién habla usted?

—¡Oh, llámelo Pagan si prefiere! ¿No es lo mismo?

—¿Por qué no se lo pregunta usted?

—Buena idea, Patsy. Es lo que haré. Está usted charlatana esta noche. Dígame ¿quién la hizo salir de la bohardilla la noche que mi tío fué asesinado?

—El cielo proteja a las pobres muchachas.

—¿Fué Pagan?

—Supongamos que sí.

—¡Ah! Patsy ejercita usted mi paciencia. Dejó de lado sus modales de anciana.

—Escuche. Si cree usted hacerme hablar, se equivoca. Haría mejor irse antes...

Se oyó el ruido de una llave que giraba en la cerradura. Patsy se llevó un dedo a los labios y la puerta se abrió ante Pagan. En un movimiento, Patsy había vuelto a su papel.

—Este gentleman desea verlo, señor — anunció, y se alejó al fondo de la casa.

—¡Oh! ¿Es usted Chadmore? — murmuró Pagan. — Encantado de verla, venga por aquí.

Donald lo siguió hacia una biblioteca agradablemente amueblada.

El objeto más importante de la pieza era un enorme escritorio recubierto de papeles y revistas. Pagan le ofreció cigarrillos.

—¿Encontró usted al hombre que buscaba el otro día? — preguntó — Veamos su nombre era Darroww... o algo así

—Jarrow... Marc Jarrow. No, no hemos encontrado rastros de él.

—Es curioso que hayan venido a buscarlo a mi casa — observó Pagan.

—Buscamos un hombre extraño — es natural que lo busquemos en un barrio como éste.

—¡Oh! quiere usted decir, según creo que es raro que viva yo en un lugar como éste. Le aseguro que es un barrio interesante.

Paseó su mano por los papeles en desorden que estaban sobre el escritorio.

—En este momento estoy escribiendo una comedia sobre la vida de Limehouse. Es una ventaja vivir en la misma atmósfera.

—¡Oh! ¿Es usted autor dramático? — dijo Donald.

—A veces — dijo modestamente Pagan — Siempre me he ocupado del teatro y a menudo me intereso financieramente. Me parece divertido hacer representar a veces una obra mía.

Donald recordó el misterioso personaje de que había hablado Gloria, y que estaba detrás de la obra donde ella representaba un papel. Era ese personaje que le había sugerido la idea de que se pusiera en contacto con él para saber si era el verdadero Chadmore o un impostor. Ahora, pensaba que ese hombre podía ser Pagan.

—¿La obra aparecerá bajo su propio nombre? — preguntóle con indiferencia.

—Naturalmente ¿por qué no?

—¡Oh! — dijo Donald observándolo de más cerca. — pensaba que podía ser usted uno de esos hombres modestos que toman un pseudónimo. Staglawn por ejemplo. ¿No le parece bien?

Los ojos de Pagan se contrajeron un poco y se endurecieron. Apretó imperceptiblemente los labios.

—Me recuerda usted a alguien de ese nombre. Su voz, al menos, pues jamás vi al hombre. Es curioso que su voz sea tan parecida a la de Staglawn.

—Realmente es curioso, dado que jamás lo he visto, ni he oído hablar de él.

—No lo creo.

En lugar de la réplica indignada que esperaba oír Donald. Pagan tuvo una sonrisa amable y divertida.

—Mi amigo, lo que usted crea o deje de creer, no me interesa. Veo lo que usted piensa. Cree usted que yo he asesinado a su tío. Mírame. ¿Le parece que yo puedo hacerme invisible y pasar a través de las paredes?

Donald se estremeció. De cualquier lado que se volviera esos muros y esos cerrojos lo conducían a un callejón sin salida.

—Si no ve usted inconveniente — añadió Pagan. — Desearía trabajar esta noche y le evitaré que pierda su tiempo, deseándole buenas noches.

Esa voz dulce y esa sonrisa desconcertante siguieron a Donald, mientras salía de la casa y se alejaba.

Groody ya se había acostado hacía tiempo cuando llegó a la Casa del Misterio. Encontró a Peterkin de pie a la entrada del hall.

—Hay un gentleman en la biblioteca — dijo con voz confidencial. — Espera desde las nueve y parece ansioso de verlo, señor.

—¿Quién es?

—Mr. Héctor Worth, señor.

—Uno de los Pájaros Nocturnos.

Donald recordó mentalmente a un hombre alto, que hablaba poco, pálido y cuyos ojos tenían la particularidad de dilatarse cuando hablaba.

—¿Ha estado solo durante estas dos horas?

—Solo, pero vigilado, señor.

Un resplandor de astucia pasó por los ojos de Peterkin.

—Por el agujero de la cerradura se ve toda la biblioteca.

Donald hizo un gesto de aprobación. Aunque conservaba contra Peterkin cierta suspicacia, reconocía que ese hombre tenía buenas condiciones.

—¿Y que ha hecho Worth durante ese tiempo?

—Ha leído y conversado, señor.

—¿Conversado?

—Sí, señor, de vez en cuando, lo oía hablar, pero no pude oír lo que decía.

—¿Hablaba consigo mismo, naturalmente?

—No, señor, parecía dirigirse a alguien.

—¿Pero, no está solo?

—Es cierto, señor. Pero mi impresión — la voz de Peterkin se hizo más baja — es que hablaba con Mr. Amicus.

—¡Mr. Amicus! ¿Qué le dió esa idea?

—Cada vez que hablaba estaba de pie ante el busto y lo miraba de frente.

—La sociedad de un hombre de bronce es mejor que nada. Voy a ver que puedo hacer por ese pobre solitario.

Entró suavemente y cerró la puerta sin ruido detrás suyo. Al extremo de la inmensa pieza, más allá del resplandor que daba la pastora griega. Mr. Héctor Worth estaba de pie y hablaba. Aunque se calló al verlo entrar, Donald tuvo la impresión de que estaba en íntima conversación con Mr. Amicus.

Capítulo XXIV

MISTICISMO Y REALIDAD

Había algo un poco extraño, en el espectáculo de un hombre de edad madura, que parecía sano de espíritu, conversando con una estatua de bronce.

Worth se había dado vuelta. Sus cabellos rojos parecían inflamados, a la luz de las bujías. Donald lo abordó amigablemente:

—Buenas noches, señor Worth, estoy desolado por haberlo hecho esperar. ¿Ha sido una buena compañía para usted, Mr. Amicus?

—Maravillosa escultura... — dijo Worth evasivamente.

Donald le indicó el gran sillón donde a Teodoro le agradaba sentarse y, aunque fuera un hombre voluminoso, el visitante casi desapareció en el interior.

—Me pareció oírlo hablar con Mr. Amicus a mi llegada.

—¿Hablar? Sería difícil...

Worth sonreía, con una sonrisa sin expresión, que no era más que un movimiento de los labios.

—Los muertos no hablan, los bustos de bronce tampoco.

Los ojos de Donald recorrieron la gran pieza siniestra. Con sus rincones de sombras. Aquí, todo parecía posible, hasta una conversación con la imagen de bronce de un desaparecido.

—Desolado por molestarlo a semejante hora — se excusó Worth.

Su voz contrastando con otra recientemente oída era un poco áspera.

—Tengo que hablarle de un grave tema, señor Chadmore... a propósito de su tío.

—¿No sería mejor que viera a mi abogado.

—No. Cuestión privada... altamente confidencial... ¿Su tío, ya le habló?

—¿Hablado de qué?

—De ciertas cosas secretas... — Worth parecía pronunciar con trabajo una cantidad tan grande de palabras. — A propósito de Mr. Amicus y otras cosas concernientes a él...

—No. Tenía intención de decirme algo sobre eso. al día siguiente, pero fué demasiado tarde.

—¡Ah! ¡Sí, demasiado tarde! ¡Desoladora circunstancia! ¡Terrible! Maldición sobre esta casa... Maldición del muerto llamando a los criminales que van y vienen como fantasmas, pasando como sombras... Suspiros y lamentos en la noche... gemidos de agonizantes... ¿Los oye usted?

Donald sacudió la impresión que lo invadía. La voz áspera parecía un encantamiento.

—¿Es una sesión de ocultismo, señor Worth? ¿Trata usted de evocar fantasmas?

—Es inútil, el fantasma está aquí. ¿No siente su presencia como un soplo de viento entre las hojas muertas?

Se levantó. A la luz de las bujías sus cabellos rojos llameaban como el cobre sobre su pálida cara.

—Usted ha oído el piano tocar el canto de muerte del señor Amicus, sin que ningún dedo lo toque... ¿Lo oyó usted de nuevo?

—No — dijo Donald luchando contra una sensación de irrealidad. Pero alguien ha cantado eso cuando murió mi tía.

—El mismo canto... el canto de muerte.

Permanecía rígido y crispado como oyendo voces lejanas.

—El canto de cisne de Mr. Amicus... melodía de venganza... melodías venidas de lo eterno...

—¡Oh! deténgase señor Worth — dijo Donald que sentía la necesidad de guardar su buen sentido. — ¿Ha venido usted aquí ha hablarme de fantasmas?

—No, de negocios.

Un cambio repentino se produjo en su interlocutor; pareció caer un velo de su cara y el resplandor de lo sobrenatural dejó sus ojos.

—Asunto serio, relativo a su tío. ¿Qué le dijo?

—Pero no me dijo nada; sólo me dió a entender...

—¿Le dió a entender... qué?

—Yo no he comprendido, fué demasiado vago. Además si hubiera comprendido no me creería autorizado a decirle esas cosas. Estoy seguro que lo que mi tío pensaba era confidencial.

—Justamente Confidencial.... Eramos amigos... los mejores amigos... Me deja un deber que cumplir... deber sagrado... Eso me da el derecho de interrogarlo.

—Quizá pero como mi tío no me dijo nada... yo no puedo...

—Al menos le habrá dado algo — interrumpió Worth clavando sus ojos en Donald.

—Absolutamente nada.

—Reflexione, señor. Puede usted haber olvidado...

Los ojos rojos buscaban la mirada de Donald.

—En fin... una llave..

—¿Una llave?

—Una llave de cobre.

Bajo los ojos que lo espiaban, Donald recordó la llave que Milliken le había mostrado y que Groody había buscado vanamente antes que él en los bolsillos de su tío.

—Ya sé lo que quiere usted decir, pero mi tío no me dió esa llave ni yo la tengo

Worth se acercó.

(Continuará)

AVENTURAS Y HAZAÑAS DE

RIO KID

POR

RALPH REDWAY

(Continuación)

¡ESTA bien muchachos. Os agradezco la intención. Ya era hora de que Barney dejara de intrigar aquí. Ahora, puede hablar todo lo que quiera en Packsaddle, pues lo que puede decir, es cosa que a mí me tiene sin cuidado.

Y después de estas palabras se dirigió hacia su habitación.

Todos lo miraron marchar. No creían que fuera Río Kid, como aseguraba el otro... pero, como en el caso de Buck Sidgers, tampoco dejaban de creerlo por completo.

El mismo Río Kid no se hubiera sorprendido de saber cual era el modo de pensar de sus hombres, quienes, sin embargo, reconocían que aquel muchacho, fuera o no Río Kid, estaba muy lejos de ser el temible bandido, sin alma, capaz de realizar los actos delictuosos que le atribuía la leyenda.

—Yo creo que no hay nada de lo que afirma Barney, muchachos — dijo Long Bill — El odio es el que lo ha hecho hablar así.

—Seguramente —, asintió el Pequeño.

—Sin embargo, monta a caballo, como dicen que lo hace Río Kid. Recuerden la forma en que llegó a dominar a Apache, el potro más loco de toda la región. Todos decíamos que únicamente Río Kid era capaz de hacer tal cosa... y el señor Fairfax la hizo..

—Así es — agregó uno de los vaqueros. — Y yo considero que el patrón es tan buen ginete como pueda serlo Río Kid.

—Yo no creo que sea. Pero aún cuando lo fuera, en su caso se encuentran el mismo Barney, e infinidad de muchachos en Packsaddle. Yo pienso que si fuera Río Kid, podría contar con nosotros lo mismo que lo hace ahora.

—Puedes apostar la vida, Long Bill — dijeron varios.

—¡Pero, no es!

Entretanto el señor Fairfax se encontraba en sus habitaciones. Comió con el apetito con que lo hacía siempre, y por la tarde, al ponerse el sol, salió, como de costumbre, a sentarse en la galería de la casa, siempre sonriendo.

Mas el patrón del Lazy-O no contemplaba las llanuras y el ganado, con la misma satisfacción que lo había hecho pocas horas antes. Estaba preocupado.

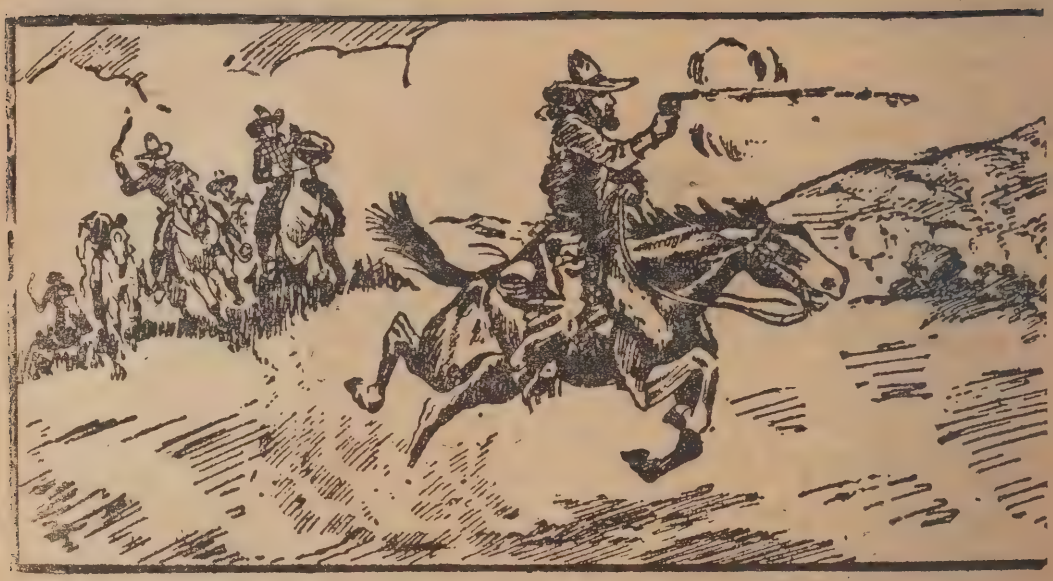
Sabía, después de lo ocurrido, que podía contar con sus muchachos. Pero existía el peligro, Podrían no creer lo que se contaba, que, al fin y al cabo era cierto, y ahora que todos estaban en antecedentes, podrían notar infinidad de pequeños hechos que antes hubieran pasado desapercibidos.

Su caballo Coceador había vuelto a su poder en circunstancias que alejaban toda sospecha, más su inesperado sentimiento al nuevo patrón, al parecido de éste con el muchacho de Texas, y sus conocimientos de ganadería, así como su maestría con el revólver, eran cosas que podían relacionarse y llegar a una conclusión fatal para él.

Río Kid lo comprendía así.

En lo que pudiera referírse al Lazy-O, estaba tranquilo. Allí no habría ya quien lo traicionara. En Packsaddle, podría creerse o no, la historia de Barney. Más, también había allí infinidad de personas que se halla-

PUCKY



lan en circunstancias parecidas a la suya. La localidad se hallaba alejada de otros centros que pudieran suponer un peligro. Pino Blanco se encontraba a setenta millas de distancia. A cincuenta, había otra localidad donde era conocido Río Kid, y Frío estaba a cien millas.

Las distancias eran grandes, pero un hombre animado por el odio, podía hacerlas para ir en busca de sheriffs quienes no vacilarían en marchar hacia Packsaddle.

El peligro estaba flotando en el aire, y Río Kid no dejaba de comprenderlo así. Por eso estaba preocupado.

Su única esperanza había residido en poder contener a Barney Baker, pero éste había partido.

Mientras el propietario del Lazy-O ranch estaba sentado en la galería de su casa, pensando en todo aquello, llegaba a Pino Blanco un jinete cubierto de polvo a causa de haber realizado una larga caminata, y ese jinete llevaba interesantes noticias para el sheriff Dixon. Iba a manifestarle dónde se hallaba Río Kid.

TIRO POR TIRO

Al día siguiente el señor Fairfax tenía tan agradable aspecto como de costumbre. Si interiormente estaba esperando serios contratiempos de un momento a otro, no lo dejaba adivinar.

Había vuelto a ser el ganadero, y cumplía sus obligaciones como lo hacía todos los días. Mientras la suerte se lo permitiera lo haría así. Gracias a sus constantes atenciones, el establecimiento ganadero, iba prosperando y de seguir así no tardaría en llegar a ser uno de los primeros de la región. Si las cosas no sufrían una obligada transformación, el caballo gris quedaría solo para que diera paseos en él a la caída de la tarde, y los revolvers de cabo de nogal no saldrían de sus fundas para nada que supusiera un hecho con graves consecuencias.

No dejó de notar el muchacho durante la labor del día, que sus empleados lo contemplaban, a veces, con cierta curiosidad desconocida hasta entonces. Cuando uno de los caballos no se dejó sujetar y Río Kid logró con el lazo lo que no podían hacer los vaqueros, los que presenciaban la escena lo miraron y luego se miraron entre sí.

Y lo mismo sucedió cuando, algo más tarde, apareció una serpiente y Río Kid la mató con un certero balazo en la cabeza. Nadie decía una palabra, pero los vaqueros del Lazy-O, sabían muy bien ya quien era su patrón.

Cuando aquella noche llegó Río Kid a la casa, tenía la convicción de que sus hombres no dudaban respecto a su verdadera identidad.

Al llegar la hora de acostarse, los vaqueros reunidos en el galpón dieron rienda suelta a su lengua.

—Es Río — manifestó el Pequeño. — ¡Ese maldito de Barney estaba en lo cierto!

—Sin duda, que es Río Kid. ¡Pero sé que es el hombre más noble que jamás he conocido!

—Así es — asintió Daves, el mejicano. — Y a mí no me importa nada lo que haya podido hacer antes de venir a Packsaddle. Lo que sé, es que a nosotros nos trata con toda corrección y que no lo considero capaz de hacer una mala acción con nadie.

—Seguramente — respondieron una docena de voces.

—Ahora lo que convendría hacer era averiguar qué es lo que está preparando Barney contra él.

—Es una buena idea, Pequeño, — manifestó Long Bill. — Mañana voy a pedirle al patrón permiso para ir a Packsaddle, y buscar a ese maldito coyote... y será conveniente que vengan conmigo tres o cuatro

—¡Sigan muchachos! — exclamó Long Bill. — ¡Vayan a la estancia y prevengan al señor Fairfax de lo que ocurre!

de vosotros. Como haya hecho ese maldito alguna de sus canalladas las va a pagar bien caro.

Todos asintieron. Bandido o no, lo cierto era que Río Kid podía contar ampliamente con todos los muchachos del Lazy-O.

Al siguiente día por la mañana, Long Bill y tres de los muchachos solicitaron al señor Fairfax autorización para marchar a Packsaddle, y el muchacho se la concedió, sin extrañarle aquella singular petición cuando había mucho trabajo. Pero las muchas cosas en que tenía que pensar le impedían observar los pequeños detalles.

Long Bill y sus tres acompañantes salieron del Lazy-O en dirección a Packsaddle. Todos ellos llevaban sus revolvers bien limpios y cargados, aparte de un repuesto de balas en los bolsillos.

Cuando habían caminado unas cinco millas, vieron que se acercaba en dirección contraria algunos jinetes.

—Muchachos, — exclamó Long Bill. — Creo que esta gente viene hacia aquí. Pero me parece que esos no son muchachos de Packsaddle. Yo conozco a uno de ellos. Sí, ¡Es el sheriff de Pino Blanco!

Los cuatro vaqueros detuvieron sus caballos y esperaron a que se acercaran los otros.

Eran unos diez o doce hombres, y al frente de ellos marchaba uno de tez bronceada, montado en un caballo Pinto. Era Jake Dixon, el sheriff de Pino Blanco. Cuando estuvieron más cerca, todos los muchachos reconocieron a otro que iba en el grupo.

—¡Barney! — exclamaron.

—¡Ese maldito ha ido a buscar al sheriff de Pino Blanco para traerlo en busca del patrón! Vienen a llevarse al señor Fairfax.

Todos prepararon sus armas para utilizarlas en el momento oportuno.

—¡Buenos días, Jake! — exclamó Long Bill al llegar cerca de los otros.

—Buenos días! — respondió el sheriff.

—¿Qué viene a hacer por estos sitios — preguntó Long Bill.

—Vengo en busca de un hombre, — respondió Jake.

—¿Y cree que lo va a encontrar en el Lazy-O?

—¡Así es!

—¿Ha olvidado usted, Jake, que no es el sheriff de Packsaddle, y que su autoridad se pierde al pasar la frontera de su provincia?

—Eso no tiene importancia cuando se trata de prender a Río Kid. Iría a buscarlo hasta las mismas calles de Nueva York.

Barney Baker miraba a los muchachos del Lazy-O con ojos de triunfo

—¿Y cómo supone que va a encontrar a Río Kid en el Lazy-O? — preguntó Long Bill, dirigiéndose al sheriff, pero con la mirada fija en Barney Baker.

—Porque Barney Baker ha venido a decirme que está aquí haciendo el papel de propietario del Lazy-O ranch, con el nombre del señor Fairfax.

—¿Y usted ha creído lo que le ha dicho

Al ruido de las detonaciones de los

ó la caída del sheriff de Pino Blanco.

—Ni lo he creído ni lo dejo de creer. Yo voy para ver lo que hay de verdad en el asunto. Yo conozco a Río Kid como la palma de mi mano. Si no es él, no hay nada perdido, pero si es, pagará todo lo que ha hecho.

—Sheriff, — intervino Barney Baker, — no lo crea. Todos ellos saben bien que el patrón es Río Kid, pero están de su parte.

—¡Silencio, coyote traidor! — interrumpió Long Bill salvajemente. — Vas a ver en cuanto el señor Fairfax te vea de vuelta en el ranch. No vas a tener cuerpo donde recibir los rebencazos que te va a dar.

A una señal del cuidador de caballos, los muchachos del Lazy-O volvieron grupas para regresar a la estancia. Barney Baker dió un grito.

—¡Pronto Dixon! Hay que impedir que lleguen allí antes que nosotros, como lo consigan no prenderemos nunca a Río Kid.

Long Bill y sus compañeros estaban ya galopando y tras ellos partieron el sheriff y sus hombres. Pero los del Lazy-O iban bien montados, y pronto se distanciaron.

—Van a avisarle, y como Río Kid monte en su caballo gris, ya podemos despedirnos de él para siempre.

—¿Y qué voy a hacer? Yo no puedo empezar a tiros únicamente porque pueda o no pueda ser Río Kid el que ando buscando. Los seguiremos hasta el ranch.

Barney lanzó una maldición. Puso su caballo a galope. Entonces, furioso, sacó su revólver y disparó el arma. La bala traspasó el sombrero de Long Bill.

—¡Loco! ¿Qué hace? — exclamó el sheriff de Pino Blanco. — ¿No he dicho que no se dispare ni un tiro.

Pero Barney no le oía. Seguía acelerando la marcha de su caballo y disparando el revólver. Long Bill lanzó un rugido cuando la bala le rozó una oreja.

ese canalla que no hace más que tratar de vengarse de él, por haberlo interrumpido en sus robos en la estancia y hacerlo salir?

—¡Sigan, muchachos! — exclamó — Vayan a la estancia lo más rápidamente posible y prevengan de lo que ocurre al señor Fairfax.

Long Bill sacó entonces su revólver e hizo frente a su atacante. Una bala del arma de Barney rozó la mejilla de Long Bill, pero éste disparó su Colt con toda calma y a la detonación siguió un grito de Barney Baker, quien soltando el revólver cayó pesadamente al suelo. Su caballo, sin jinete, siguió corriendo detrás de los que se alejaban.

—¡Bien! ¡Este ya tiene lo que se merecía! — murmuró Long Bill, mientras daba vuelta a su caballo y seguía a sus ya distantes compañeros.

Cuando Jake Dixon, el cheriff de Pino Blanco, llegó al sitio donde se encontraba Barney Baker, tendido sobre el suelo, detuvo su caballo.

—¡Barney! — exclamó.

Pero el otro no respondió, ni dió señal alguna de vida. El sheriff se encogió de hombros y siguió la marcha con sus hombres en dirección al Lazy-O.

EL GOLPE ES DESCARGADO

El furioso galopar de varios caballos era una cosa ya desusada en el Lazy-O ranch. Río Kid, oyó cuando se acercaban los jinetes, en circunstancias en que se encontraba en la puerta del corral.

El señor Fairfax, propietario de la estancia, tenía muchas ocupaciones aquella mañana. Long Bill, el encargado de cuidar los caballos, había marchado á Packsaddle en compañía de algunos hombres del ranch. Era necesario efectuar un rodeo de ganado a regular distancia, y Río Kid se hallaba disponiendo la preparación de los caballos para los vaqueros que debían realizarlo.

Había olvidado, debido a las preocupaciones del momento, que ya lo conocían como Río Kid, y que Barney Baker, el ex capataz, se había ido de la estancia amenazando con revelar la verdadera personalidad del propietario de ella en Packsaddle, y en todos los puntos donde quisieran oírlo.

A pesar que el ruido de la llegada de jinetes, que al parecer avanzaban apurados, se oía otra vez más cerca, Río Kid no prestó mayor atención. Sólo le interesaban los asuntos de su establecimiento, ni pedía más que el que le dejaran tranquilo atender al Lazy-O, dar paseos en su fiel Coceador, y mantener en sus fundas los revólvers de cabo de nogal.

Pero, de repente uno de los vaqueros exclamó asombrado.

—¿No es Long Bill ese que viene a todo correr?

Al oír aquello Río Kid, levantó la cabeza y observó en la dirección indicada.

A cierta distancia, por la pradera, siguiendo el camino que conducía a la estancia, se acercaban galopando furiosamente cuatro jinetes, en los que el muchacho reconoció inmediatamente a los vaqueros a quienes él había dado permiso aquella mañana para ir a Packsaddle.

Entonces fijó su mirada en ellos. Long Bill el cuidador de caballos, marchaba a la cabeza de todos haciendo galopar á su broncho a fuerza de rebenque y espuelas. Río notó también que la cara de Long Bill estaba manchada de sangre.

—¿Qué significa eso? — murmuró.

A su vez los preparativos para la faena ganadera que estaba realizando, fueron olvidados ante aquel hecho inesperado. Su intuición le decía que había algo más importante a que atender.

Los vaqueros del Lazy-O se habían reunido en un grupo esperando la llegada de los que se acercaban, llenos también de curiosidad, y sin adivinar qué era lo que motivaba aquel inesperado regreso.

Sin duda, había ocurrido a Long Bill y a los que con él iban, alguna cosa mientras marchaban por la pradera.

Río Kid, miró entonces más hacia atrás y alcanzó a distinguir los sombreros Stetson de otros jinetes, unos doce más o menos, que venían persiguiendo a los otros cuatro.

Desde que Barney había partido de la estancia, temía a cada momento que pudiera producirse algún molesto acontecimiento... y sin duda, el peligro estaba acercándose.

Long Bill llegó a la puerta del corral y detuvo tan repentinamente su caballo que éste se sentó sobre las patas posteriores y casi lo hace caer al desmontar.

—¡Ahí vienen! — exclamó jadeante.

Río Kid lo miró fijamente.

—¿Qué le pasa para estar tan agitado? — preguntó — ¿Quienes son los que vienen?

—Jack Dixon, el sheriff de Pino Blanco, y su gente — manifestó Long Bill.

—¡Tan pronto!

Suponía que aquello había de producirse, pero no que sería en una forma tan repentina. El juego estaba descubierto. Se sabía ya que el señor Fairfax era Río Kid, y él tendría que partir de nuevo y andar errando por los caminos huyendo de todos, como había hecho hasta entonces. ¡El golpe fatal iba a ser descargado!

El color, huyó de sus mejillas, por primera vez. ¡No era que tuviera miedo, ya que aquello era una cosa que el muchacho desconocía! ¡No era eso! Era la impresión sufrida por el convencimiento de que sus sueños se desvanecían, de que su vida tranquila había terminado.

Los vaqueros del Lazy-O exclamaron excitados.

—¡Jake Dixon!

—¿Qué es lo que anda buscando en el Lazy-O?

—¿Qué tiene que hacer aquí? Esto no es Pino Blanco, y aquí no tiene autoridad ninguna. El no es el sheriff de Packsaddle.

Río Kid no hablaba. Sus ojos estaban fijos en los distantes jinetes que habían llegado persiguiendo a los cuatro vaqueros de su estancia. El muchacho miró a sus hombres sonriendo amargamente.

Ya todos sabían, sin el menor resto de duda, quién era su patrón. Se habían reído de Barney Baker cuando éste les había manifestado su convicción. Los vaqueros no esperaban que les dijeran ni una palabra más al respecto.

—Barney Baker, venía con ellos. El ha sido el que ha prevenido a Jake Dixon de quién podía ser usted, patrón — exclamó Long Bill. — Pero lo que es Barney no va a poder gozar de su obra.

—¿Qué le ha pasado a Barney? — preguntó con calma Río Kid.

Long Bill señaló su mejilla.

—Barney sacó su revólver para tratar de impedir que volviéramos para prevenirle a usted de lo que ocurría, y gastó un buen puñado de balas antes de encontrar la suya.

—¿Antes de encontrar la suya? — exclamó Río.

—Sí. Creo que ya nadie pensará en que Barney pueda servir para otra cosa que para alimentar a los buitres, — terminó Long Bill. — Yo me encargué de pagarle con la moneda que merecía.

—¿Ha muerto?

—Así parece. Me tocó con sus balas por dos veces y él fué el que tiró el primero... pero ahora ya no hay nada que hacer... Usted, patrón, no volverá a encontrarse con Barney. ¡Desaparecido para siempre!

Río Kid se encogió de hombros. Ya aquello no suponía nada. Que viviera o hubiera dejado de vivir el traidor, el mal ya estaba hecho, y el sheriff de Pino Blanco llegaría dentro de algunos instantes, a la estancia. Era con él con el que había que entenderse.

Río Kid dirigió una mirada en torno suyo.

Hacía poco tiempo que había llegado al Lazy-O como nuevo propietario del establecimiento ganadero, desafiando al puñado de hombres de peor categoría de todos los que andaban por la región de Packsaddle. Después de no pocos incidentes, habían aprendido a respetarlo, primeramente, y luego le habían ido tomando cariño... Todo ademán, toda mirada, le demostraban ahora el afecto que había sabido conquistar.

Ni uno solo de los vaqueros había dejado de sacar su revólver, que sostenían amenazadoramente en la mano, mientras miraban a los jinetes que se acercaban.

Sabían ya que aquel era Río Kid y que su captura sería recompensada con un premio de mil dólares, pero ni uno solo pensó por un momento en hacerle semejante traición.

—Vienen a buscarlo a usted, patrón. Yo no hubiera deseado decirle nada de eso, — exclamó Long Bill, — pero creo que ahora ya debemos poner las cartas sobre la mesa. Barney Baker sostenía que usted es Río Kid, y creo que el sheriff de Pino Blanco opina lo mismo... pues de no ser así no hubiera venido hasta el Lazy-O.

—Barney Baker estaba en lo cierto al decir lo que decía... Yo soy el hombre a quien vienen buscando!

—¡Río Kid! — exclamó el Pequeño lanzando un profundo suspiro.

Lo sabían, pero todavía les causaba extrañeza oírlo por los propios labios del muchacho.

—Seguramente, — respondió con calma Río Kid. — Ahora quiero decirles, por si no se han dado cuenta todavía, que no soy lo que dicen por ahí y que yo he adquirido esta estancia con dinero que gané honradamente trabajando en las minas de Arizona, ya que jamás he tomado plata que no fuera legalmente mía. Siento mucho tener que abandonarlos, muchachos, pues me sentía muy a gusto entre ustedes... Pero me veo en la necesidad de volver a mi vida de antes, que aborrezco. ¿Supongo que no tendrán que decir nada de mí?

—¡Puede asegurarlo!

—¡Usted lo ha dicho, señor Fairfax!

Pero no debe usted pensar en marcharse, patrón, — manifestó resueltamente Long Bill. — Usted no va a volver a los caminos. Usted está en seguridad aquí, rodeado de todos nosotros.

—Nosotros no vamos a dejarlo partir Conocemos de sobra a las personas y todos estamos resueltos a defenderlo con nuestra vida, — exclamó Long Bill. — Hay varios, si no todos de los que formamos el grupo, que hemos venido a Packsaddle porque la vida no nos era posible en otro lugar, debido a la justicia. No queremos que ningún sheriff intervenga en nuestro pasado ni en nuestros asuntos actuales.

—¡El lo ha dicho! — asintió el Pequeño.

Río Kid permaneció en silencio. El había elegido aquella región, precisamente porque no imperaba en ella más ley que la del revólver. Sus ojos brillaron en forma extraña.

La estancia era legítimamente suya. Los hombres que lo rodeaban eran sus amigos. ¿Aprovecharía la pequeña oportunidad de defenderse antes de marchar de nuevo, abandonando todo?

—Patrón, — exclamó Long Bill. — Le hemos dicho que no se vaya, que todos estamos de su parte. Este ranch es suyo, lo mismo que nosotros, y nos hallamos dispuestos a demostrar a Jake Dixon que ha hecho mal en abandonar su zona, y que aquí no se reconoce su autoridad.

—¡El lo ha dicho! — asintió como siempre el Pequeño.

—Lo que hacen es una injusticia. Usted es el dueño de aquí, y no ha cometido nada malo. ¿Por qué no han tenido esas energías con Barne Baker, quien ha estado robando aquí durante años y años, sin que la justicia lo molestara en lo más mínimo? ¿Insiste usted en marcharse y abandonar el ranch?

—¡Es que nosotros no le dejaremos hacerlo así!

Todos los vaqueros asintieron, aprobando las palabras de Long Bill.

¡La suerte estaba echada!

FRENTE A FRENTE

Los ojos de Jake Dixon denotaban su ansiedad cuando se iba acercando al Lazy-O. Detrás del sheriff de Pino Blanco, marcha-

ban doce hombres, armados hasta los dientes.

En la galería de la casa, junto a la puerta de entrada, se hallaba Río Kid, y rodeándolo había un grupo de hombres, cada uno con un revólver por lo menos, en la mano.

La mirada de Jake Dixon se hallaba fija en Río Kid.

Hasta entonces había dudado de que lo manifestado por Barney Baker fuera cierto. Había salido de Pino Blanco para correr la eventualidad de encontrar al muchacho de Texas. Pero ahora que lo había visto, ya no dudaba. El pequeño bigote que adornaba el labio superior de Río Kid, no bastaba para desfigurado.

El semblante de Jake Dixon se ensombreció. Hacía pocos meses que había estado en Pino Blanco, y había conseguido salir de la ciudad, abriéndose camino con sus revólvers, y salvándose, debido a la velocidad de su caballo. Había dejado alojada una baja en la pierna de Jake, como un recuerdo de la visita, y el sheriff de Pino Blanco, no se había olvidado de ello. Cada vez que veía la herida, Jake maldecía a Río Kid y sólo esperaba una oportunidad, que había llegado al fin.

Barney Baker, yacía en la pradera para ser comido por los buitres, pero su venganza estaba en manos del sheriff de Pino Blanco.

Río Kid se quitó el sombrero y saludó irónicamente a los que acaban de detenerse frente a él.

—Jake. Me parece que está un poco lejos de Pino Blanco, — exclamó el muchacho.

—¡Vengo en su busca! — respondió el sheriff.

—Le advierto que está hablando con el señor Fairfax, patrón del Lazy-O.

—¡Po estoy hablando con Río Kid, ese bandido a quien buscan todos los sheriffs de Texas! — respondió Dixon secamente.

—¿Está seguro de ello?

—Jake Dixon lanzó un gruñido.

—¿Pero usted se figura que es posible que yo me engañe, Río? Yo lo reconozco, como lo reconocen todos los muchachos que me acompañan y que lo han visto en Pino Blanco. Se ha dejado usted crecer el bigote, pero no lo desfigura lo suficiente como para engañar a nadie. ¡Usted es Río Kid!

—Está usted hablando con el señor Fairfax, patrón de esta estancia. Ahora si usted viene a realizar una visita amistosa, será usted bien recibido.

—¡Vengo en su busca, Río Kid!

Los vaqueros del Lazy-O Ranch, manifestaron con murmullos su descontento.

—Vea Jake. Es inútil que pretenda usted tal cosa.

—Y consideramos que lo mejor que puede hacer, es volver a marcharse por donde ha venido, — dijo el Pequeño. — ¡Y se va a marchar pronto, porque este lugar no es muy saludable para los sheriffs!

—Vamos a hablar con calma, Jake. Usted parece un buen hombre. Pino Blanco no tiene nada que ver con Packsaddle.

—¡Seguramente que no!

—Aquí en Packsaddle, existe un representante de la justicia y a él puede decirle que usted supone que anda por estos sitios Río Kid. ¡El sabrá lo que tiene que hacer! — manifestó el muchacho, en forma amable.

—Es que yo pienso que usted ha comprado al representante de la autoridad en Packsaddle. Packsaddle está tan lleno de gente que ha burlado la ley, como un perro de pulgas.

—Si no tiene confianza en el sheriff de Packsaddle, puede dirigirse al de Pecos Bend, que también tiene ingerencia en esta región.

Jake hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Es que el sheriff de Pecos Bend, no quiere mezclarse en los asuntos de esta región. Creo que no pasa ni a diez millas de distancia de estos sitios.

Río Kid se echó a reír.

—Voy a enseñarle a usted la ley, Jake, — manifestó. — Usted no tiene derecho alguno a pasar la frontera con carácter de autoridad. Aquí no es usted más que Jake Dixon, un ciudadano cualquiera, que ha sido herido en una pierna. Si no quiere que pueda sucederle algo muy desagradable, ya está saliendo de esta estancia que es de mi propiedad.

El sheriff de Pino Blanco apretó los dientes. Realmente era discutible si tenía autoridad para hacer respetar la ley allí, pero había una cosa en la que no era posible dudar, que se hallaba frente a Río Kid, al que odiaba más por haberle herido, que por estar perseguido por la justicia.

Río Kid sonrió, pero interiormente se hallaba muy contrariado. No deseaba andar a tiros en el Lazy-O y sólo ambicionaba que le dejaran tranquilo para continuar su vida apacible. El representante de la justicia en Packsaddle era su amigo y el cheriff de Pecos Bend sabía de sobra que exponía su vida si se mezclaba en los asuntos de la gente del Lazy-O.

El mismo Barney Baker, lo había supuesto así, sin duda, cuando había ido a buscar al sheriff de Pino Blanco. Si Jake Dixon se marchaba. Río Kid aprovecharía la circunstancia para alejarse de allí en paz, pero había pocas probabilidades de que las cosas sucedieran así.

Hubo una pausa. Los hombres de Pino Blanco esperaban montados en sus caballos a que se les diera la orden de atacar. Por su parte, los muchachos del Lazy-O también estaban con el Colt en la mano, prontos para defender a Río Kid. ¡¡Si había lucha sería de graves consecuencias!

Jake Dixon fué el que interrumpió el silencio.

—Todo eso que me dice no tiene importancia alguna para mí, Río Kid. Yo he venido a buscarlo y usted regresará con nosotros a Pino Blanco.

Río Kid se echó a reír.

—He venido por usted vivo o muerto, Río Kid, — continuó Dixon. — Usted dirá en que forma voy a satisfacer mi deseo.

—No piense en semejante cosa, Dixon. — respondió Río Kid.

Jake Dixon había llevado la mano al revólver. Todas las miradas estaban fijas en Río Kid.

—¡Cuidado Jake! — manifestó el muchacho. — Como intente utilizar su revólver. las cosas tomarán un giro malo.

—¿Se entrega?

—¡Ni pensar en eso!

—¡Vivo o muerto!

El revólver del sheriff de Pino Blanco salió a relucir, pero en el mismo instante Jake se hallaba bajo la amenaza del arma del muchacho.

—Tenga cuidado con lo que hace, Jake — repitió como advertencia el muchacho.

Hubo otra pausa. Se notaba que el peligro era enorme, pues todos estaban preparados para iniciar el tiroteo.

—¡Váyanse de aquí! ¡Váyanse en paz! Es un buen consejo que les doy — dijo Río Kid.

—¡Usted o yo. — respondió ciego de ira Jake Dixon.

EL EXTREMO DE LA CUERDA

El ruido de las detonaciones de los Colts siguió a la caída del sheriff de Pino Blanco. De los dos bandos se suceden los disparos. La muerte flotaba en el aire. Jake Dixon se hallaba tendido a los pies de su caballo, sus hombres trataban de vengarlo y los del Lazy-O se defendían. Al ruido de las detonaciones se unían los relinchos de los caballos y los ayes de los heridos, pero los muchachos del ranch tenían la ventaja de su parte.

Fué suficiente un tiroteo de uno o dos minutos para que los hombres de Pico Blanco se convencieran de que era inútil todo cuanto hicieran y que llevaban las de perder, en vista de lo cual se alejaron, prudentemente, por la pradera.

Los vaqueros corrieron en busca de sus caballos para iniciar la persecución de los fugitivos, pero Río Kd les gritó:

—¡Déjenlos partir!

Debido a la orden del muchacho, se salvaron los otros, pues las balas silbaban peligrosamente en torno suyo.

—¡Creo que ya tienen lo que merecen! — exclamó Long Bill teniendo aun el revólver humeante en la mano.

—Así es, — asintió el Pequeño.

—Los que se han salvado, podrán ir a decir ahora a los sheriffs de otros estados que el camino de Packsaddle no es muy saludable para los representantes de la autoridad.

Los muchachos de Pino Blanco siguieron corriendo por la pradera hasta que hicieron alto en un lugar donde se consideraban a cubierto de las balas y sólo se habían salvado algunos. gracias a la rapidez con que habían huído. Ahora estaban detenidos en el camino, mirando hacia el Lazy-O, furiosos y con el revólver aun en la mano.

Río Kid miró a sus muchachos. Algunos de ellos habían sido alcanzados por las balas de sus adversarios. Pero ninguno estaba herido de gravedad. La batalla había sido feroz, pero se había disparado sin tratar de hacerse un serio daño y únicamente como un medio de salir del paso, obligando a huir a los atacantes y éstos a defenderse, tratando de escapar del mejor modo posible.

Cerca de la puerta de entrada había uno de los hombres de Pino Blanco caído en el suelo, sin conocimiento y delante de la casa se encontraba el sheriff de Pino Blanco, quejándose.

Río Kid se acercó a él.

—¡Creo que estará satisfecho, Jake!

—¡Me ha vencido, Río Kid, maldito perro! ¡Me ha vencido!

—Así es, — asintió Río Kid.

—¡Pero no se ha salvado por ello! ¡Este no es, aun el fin!

Río Kid no respondió nada

—Cuando en Pino Blanco sepan lo que ha ocurrido, seguramente que han de volver por aquí y sabrán vengarme. ¡Maldito coyote!

—Vea Jake, será preferible que se calle la boca, manifestó fríamente el muchacho. — Es un consejo que le doy, si quiere salvar el pellejo.

—¡Maldito seas!

—No sé porque no me está agradecido. Bien he podido meterle una bala en la cabeza y a estas horas necesitarían un nuevo sheriff en Pino Blanco.

—¡Yo no le pido que me salve la vida! ¡Ya puede disparar su revólver cuando le parezca!

Río Kid lo miró, se echó a reír, y guardó el revólver en la funda.

—Oiga, patrón, — dijo Long Bill. — Parece ser que los de Pino Blanco intentan volver. Creo que sería conveniente alejarlos de una vez de aquí.

—No me parece mal, — respondió el muchacho. — Vayan a buscar los caballos.

Todos corrieron hacia el corral. Los muchachos del Lazy-O, estaban deseosos de terminar de una vez las conversaciones con los de Pino Blanco.

Río Kid se arrodilló junto al sheriff caído, y reconoció la herida. Era de cierta gravedad. La bala había penetrado en el pecho, pero no podía decirse que Jake Dixon fuera un hombre muerto.

—¡Creo que no morirá de esta, Jake! Pero antes de atenderlo quiero alejar definitivamente a sus muchachos de la estancia.

—¡Yo no le pido nada...! — exclamó el sheriff.

—Yo hago lo que me parece...

Llamó a Diego y con la ayuda del cocinero metieron a Jake dentro de la casa. Dixon fué colocado en la propia cama del muchacho, y éste le curó la herida. El sheriff, casi a punto de desmayarse, debido a la pérdida

de sangre, lo miraba sorprendido y con rabia.

—¿Qué juego es el suyo, Río? Yo he venido aquí a prenderlo, o a matarlo, y ahora se entretiene en curarme?

Río Kid no respondió, salió de la casa y montó en Coceador. Los vaqueros estaban ya todos sobre sus bronchos, dispuestos a iniciar la persecución de los hombres de Pino Blanco.

—Yo creo que esta gente no irá del lado de Packsaddle, después de lo que les ha ocurrido aquí, — exclamó Long Bill.

—Seguramente que no, — manifestó el Pequeño.

—¡¡En marcha! — exclamó Río.

Se puso en movimiento, seguido de sus hombres, en dirección al sitio donde se habían detenido los hombres de Pino Blanco.

Al verlos acercarse, éstos empezaron a disparar sus armas de nuevo, los del Lazy-O le respondieron en la misma forma.

—Me parece que no nos van a esperar, — manifestó Long Bill.

Tenía razón, pues al ver la decisión de aquel puñado de vaqueros los de Pino Blanco dieron vuelta sus caballos y emprendieron de nuevo la huída.

—¡Se escapan de nuevo! — manifestó el Pequeño.

—Escarmentarlos otra vez, para que se vayan convencidos..... — dijo Long Bill.

Los muchachos del Lazy-O espolearon sus caballos y partieron en persecución de los fugitivos. Volvieron a oírse los disparos de una y otra parte, pero no causaban daño, ya que se hacían sin detenerse y las balas no daban en el blanco. Jake Dixon, el jefe, había caído y los hombres que habían logrado salvarse huían a todo galope. El asunto parecía llegado a su fin.

Los muchachos los persiguieron a través de la pradera durante algunas millas hasta que Río Kid dió la orden para que los dejaran seguir tranquilos. Los habían derrotado y suponían todos que ya quedarían tranquilos los de Packsaddle, sin que los de Pino Blanco pensaran en meterse de nuevo en sus asuntos. Pero Río Kid sabía muy bien, que como había anunciado Jake Dixon, aquel no era el final.

Antes de que llegara la noche, la región entera sabría lo ocurrido y que el que había comprado el Lazy-O con el nombre de Fairfax, no era otro que Río Kid.

Una vez revelado el secreto, los acontecimientos tomarían otro giro, Varios hombres de Pino Blanco habían sido heridos, de mayor o menor gravedad, uno había muerto y las cosas no podían quedar así.

—¡Me has herido maldito! — exclamó dominado por la ira, Jake! — Pero yo te aseguro que puedes considerarte al extremo de la cuerda.

—Lo comprendo así también, — respondió con tranquilidad el muchacho. — ¿Por qué se ha cruzado en mi camino? ¿No podía dejarme vivir tranquilo y en paz?

—¡No! ¡Puede matarme de un tiro en la cabeza, si así lo desea, pero le aseguro que no han de pasar tres días sin que tenga encima medio Texas!

—¡Así lo espero!

—¡El juego está ganado!

—¡Quién sabe! — agregó el muchacho con toda calma. — Yo he hecho todo cuanto ha estado en mi mano por vivir sin meterme con nadie, pero comprendo mi error y sé que volveré a andar por los montes y caminos huyendo de todos. ¡No dudo que pronto tendré a los de la policía montada detrás de mí!

—Seguramente, y de esos no se librará con tanta facilidad.

—Ya no hay nada que hacer, la pradera y el chaparral me están esperando nuevamente.

—¡Y yo me quedaré aquí, postrado mientras usted se escapa...!

—Y puede darse por satisfecho, con ello, en lugar de estar sin vida. Pero ya van a llevarlo en un coche, y cuando se sane, siempre que quiera tener una explicación conmigo, puede ir a buscarme en el chaparral o en la sierra. Río Kid no ha podido vivir una existencia tranquila como estanciero, pero creo que habrá una buena cantidad de personas en Texas, que han de lamentar el haberme conducido a este extremo.

A la caída de la tarde, por disposición de Río Kid, marchaba un carro de la estancia conduciendo al sheriff de Pino Blanco sobre un lecho formado con pasto y mantas.

Los muchachos del Lazy-O, celebraban con risas y bailes, su triunfo, pero mientras ellos estaban entretenidos, Río Kid se había acercado al corral y después de preparar su caballo gris, se alejaba. Desde la puerta se volvió para despedirse, con el corazón oprimido, de todo aquello.

EL DESTINO DE LAZY-O

—¡Río Kid!

—¡Seguramente que es Río Kid!

—¿Pero, qué hace por aquí?

—¡Indiscutiblemente, es un muchacho valiente!

La gente se amontonaba sorprendida, al aparecer el jinete en las calles de Pecos Bend.

Ni una mano se levantó contra él. Ni un revólver salió de la funda. Pero todos los habitantes de Pecos Bend, estaban en la calle contemplando con asombro al señor Fairfax, propietario del Lazy-O, y quien era ya conocido por su verdadero nombre de Río Kid.

La extrañeza fué aún más en aumento, cuando Río Kid se detuvo frente a la casa del notario Lukas. Allí desmontó el muchacho y dejó a Coceador atado al poste que había en la puerta. Entonces se volvió sonriendo a los que lo contemplaban. Su nombre era pronunciado en voz baja, por todos los labios. El sereno, tranquilo, los miró y luego penetró en el escritorio del notario. Lukas se levantó de su asiento, alarmado, al ver aparecer al muchacho.

—No tiene por qué asustarse, amigo, — exclamó Río Kid. — No es Río Kid el que viene a verlo, sino el señor Fairfax, propietario del Lazy-O. ¿Me comprende?

—No tiene por qué asustarse amigo — exclamó Río Kid.

—Sí. Sí, señor Fairfax. Pero todos dicen que usted es, en realidad, Río Kid.

—Y tienen razón en decirlo, porque es así, — confesó sinceramente el muchacho.

—Se dice también que han marchado para el Lazy-O varios soldados de la policía montada de Texas, — agregó el notario con curiosidad.

—Es posible que sea así. Más, no encontrarán allí al señor Fairfax. Pero no tengo tiempo que perder, debido a eso. He venido para que tratemos de negocios.

—¿Usted me vendió el Lazy-O, no es eso?

—Así es. Sin sospechar siquiera que usted fuera Río Kid.

—No hay que hablar de eso. Usted me vendió la estancia, y es mía. Eso es indiscutible. Yo no deseo que eso quede perdido, al verme yo obligado a ocultarme en el chaparral huyendo de la policía montada de Texas.

—¿Acaso piensa usted venderlo? — preguntó el notario. — ¡No me parece que tenga tiempo para esperar a que se encuentre comprador!... ¡No va a poder esperar para cobrar antes de que!... — Se detuvo.

—Sí. De que la policía me haya echado la mano encima, — terminó Río Kid. — El que no he pensado en vender el Lazy-O. Pienso darle otra destino, y deseo que ponga usted todos los papeles en regla.

El notario lo miró con extrañeza.

—Así es. Yo no soy ahora Río Kid. Soy el dueño de la estancia y puedo hacer de ella lo que sea mi voluntad. ¿No es así?

—¡Seguramente!

—Los muchachos del Lazy-O, han sido buenos conmigo. Creo que al llegar les causé algunos disgustos, pero se han conducido co-

mo buenos muchachos. Yo he salido de mi casa porque no quiero andar a tiros cuando llegue la policía. Voy a volver a los caminos, ya que me obligan a ello. Y voy a repartir la estancia entre los muchachos.

—¿Repartirla?

—Usted va a preparar en seguida los papeles y los firmará el señor Fairfax. Aquí tengo una lista de los nombres de los nuevos propietarios. Tendrán para ellos la estancia, por partes iguales. Creo que todos saben lo que tienen que hacer y pueden trabajar allí, unidos. Long Bill será el capataz de todos ellos. Es un buen hombre y noble. ¿Me ha comprendido?

—¡Usted pagó por la estancia 40.000 dólares!...

—Sí. Pero deseo hacerles ese regalo. Son buenos muchachos y se lo merecen. Arregle en seguida todos los documentos, señor Lukas. Creo que es lo mejor que puedo hacer por los que me han demostrado ser mis amigos. Todo Packsaddle estará de su parte y podrán trabajar tranquilos ya toda su vida. Ahora, apúrese porque tengo prisa.

Río Kid permaneció buen rato en las oficinas del notario Lukas. En la parte exterior de la casa, la gente seguía amontonada, contemplando el caballo gris, que era tan popular como el mismo muchacho.

Cuando el muchacho apareció en el exterior ya quedaba todo arreglado y firmado convenientemente. El Lazy-O Ranch había sido transferido, por partes iguales para todos los vaqueros que habían quedado en él a las órdenes de Río Kid, y que no habían vacilado en tomar su defensa al llegar el sheriff de Pino Blanco.

Río Kid, siempre sonriendo montó en Coceador y se dispuso a partir. En aquel momento, y acaso animados por el gran número de personas que había reunidas, hubo unos pocos que sacaron los revólvers, Río Kid, los miró.

—Oigan muchachos. Yo no he venido aquí para andar a tiros con nadie, pero si entre ustedes hay alguno que desee atacarme que se adelante, porque yo soy un hombre que no sabe decir que no, cuando alguien lo busca.

Después de estas palabras se puso en marcha. tranquilamente, y la multitud se apartó para dejarle paso.

¡Ni una mano se levantó contra él, mientras salía de Pecos Bend!

.....

Cuando los soldados de la policía montada de Texas llegaron al Lazy-O en busca del señor Fairfax, éste no se encontraba ya allí. Había dejado de existir... en cambio el que volvía ahora a ser una realidad era Río Kid, el muchacho perseguido por la justicia de Texas. Y Río Kid había partido de la estancia.

El Lazy-O, que tantas veces había cambiado de mano antes, tenía de nuevo otros propietarios. ¡Los muchachos que habían sido fieles al anterior dueño!

Estos habían quedado sorprendidos al conocer la noticia. Según su voluntad, Río Kid no debía haberse marchado de la estancia, pues ellos estaban resueltos sinceramente a defenderlo contra todo Texas en masa, y no obstante el magnífico regalo que les había hecho, no podían consolarse de su marcha.

Ya lejos del Packsaddle, un jinete que llevaba pantalones de cuero en su parte delantera, un sombrero Stetson, adornado con una cinta llena de pepitas de plata y dos buenos revólvers con cabo de nogal, se dirigía hacia las profundidades del chaparrál.

Era Río Kid, que había dejado de ser el pacífico estanciero, para convertirse de nuevo en el proscripto, perseguido por todos los sheriffs de Texas.

EN EL CAMINO DE JACK RABIT

—¡Pare esos caballos!

La orden había sido dada en tono tranquilo. No había el menor rastro de excitación, nada de amenaza. Pero el conductor de la diligencia de Jack Rabit se apresuró a detener los caballos en forma tan brusca que casi los hace caer.

—¡Río Kid! — exclamó el conductor, al ver al que aparecía en el camino saliendo del grupo de mesquite.

No necesitaba el muchacho mantener en la mano su revólver de seis tiros. La simple vista de su cara tostada y risueña, bajo la sombra de su sombrero Stetson adornado con una cinta con pepitas de plata, fué suficiente para el conductor del vehículo.

De ser otro el que se hubiera presentado, no hubiese vacilado en fustigar a los animales y tratar de huir pero no quería correr riesgos con Río Kid.

El muchacho sonreía amargamente.

Desde las ventanillas de la diligencia, dos o tres rostros alarmados, observaban la escena. Pero no salió a relucir arma alguna. Ninguno de los pasajeros querían sacar su revólver contra Río Kid.

—¡Ya veo que conoce mi sombrero con su adorno de pepitas de plata! — exclamó éste al ver la forma en que el conductor había detenido sus animales.

—En efecto — respondió Billy Fresh, el conductor. — No quiero que pueda pensar que tengo algún interés en perjudicarlo.

—De haberlo hecho así, hubiera llegado su último momento, — respondió Río. — Diga a sus pasajeros que vayan bajando y que alinien en el camino.

Billy Fresh lo miró sorprendido.

—¿Pero es que nos va a asaltar?

—¡Claro está!

—¿Pero usted jamás ha hecho eso?

Río Kid se encogió de hombros.

Sin esperar una nueva invitación, los pasajeros iban bajando de la diligencia y colocándose en fila en el camio. Todos miraban con temor aquel rostro de aspecto agradable. Río continuaba en su caballo gris, con el revólver en la funda, aunque al alcance de la mano.

Los pasajeros conocían bien al muchacho por su fama, y sabían que su revólver saldría rápidamente a relucir en caso de intentar cualquier reacción contra él.

—¡Oiga, Río!... — empezó a decir Billy Fresh.

—Ya sé lo que me va a decir... Este es en efecto el primer asalto que realizo y de fijo

Los pasajeros fueron bajando de la diligencia y se colocaron en fila a un lado del camino.

que no ha de ser el último. Se han empeñado todos en que sea el muchacho bandido de Texas, y yo les voy a demostrar a todos. lo mal que han hecho con no dejarme tranquilo en mi estancia del Lazy-O.

Los ojos del muchacho relampagueaban.

Río Kid estaba de peor humor que había estado nunca. Su rencor hacia los que lo habían arrojado de su estancia iba en aumento cada vez más, y cada vez que pensaba quo ya estarían en su busca los de la policía montada de Texas, sentía una incontenible ira.

Tenía mala fama, a pesar de que jamas había dejado de ser un vaquero noble y valiente. Había intentado abandonar su vida anterior por los montes y chaparrales, y no lo habían dejado. Nadie podía decir, con verdad, que Río Kid había cometido una mala acción. Algunos se hubieran considerado satisfechos con llamarlo su amigo, pero llevaba sobre sus hombros, el peso de las injustas acusaciones y ya no era posible luchar contra eso.

En ese estado de ánimo seguía el camino de Jack Rabit resuelto a que los que lo consideraban un bandido sin alma, pudieran hablar en lo sucesivo con motivo.

Río Kid contemplaba a los asustados pasajeros que aguardaban en el camino. Su revólver estaba listo, pero no lo necesitaba. Nadie se aventuraba a intentar disparar su arma contra el muchacho.

—¡Uno, dos, tres! — exclamó Río contando a los pasajeros. — ¡A ver, pongan las manos en alto!

—¡Me parece que trae otro pasajero, Billy!

—No.

—¿No viene en este coche, el señor Jonas Sylvester, el patrón del Sylver Star ranch? Yo sé que ha realizado una buena venta de ganado y que regresa a Jack Rabit con una

buena cantidad de dólares en el bolsillo. Dile que baje del coche.

—¡Ya es tarde, Río Kid!

—¿Por qué?

—Porque el señor Jonas Sylvester no se encuentra en el coche.

Río Kid hizo ademán de sacar su revólver.

—No vas a jugar conmigo, Billy Fresh, — dijo en tono amenazador. — Yo ando buscando a ese hombre y necesito que se presente ¿o es que tienes interés en que la diligencia necesite un nuevo conductor?

—Le digo Kid, que ha llegado tarde.

—Como no se presente ese hombre terminaré con todos. Yo no quiero para nada a toda esa gente que está ahí muerta de miedo Al que yo ando buscando es el dueño del Sylver Star Ranch. Ya que me han hecho un bandido, realizaré en gran escala ese juego. ¿Me entiende?

—Puede prender fuego, si quiere a la diligencia, y matarnos a todos, pero le repito que el señor Jonas Sylvester no se encuentra aquí. La diligencia ha sido asaltada cerca del vado del Indio por la banda de Jadwin. y esos se lo han llevado.

—¿Se lo han llevado?

Se acercó a la diligencia y miró por una ventanilla hacia el interior. El vehículo se hallaba vacío. Los tres pasajeros permanecían a un costado del camino con las manos en alto. Jonas Sylvester, el más rico hacendado de la región, era la presa que buscaba Río Kid, ahora que se había resuelto a hacerse un bandido.

El conductor de la diligencia no salía de su asombro: conocía a Río Kid y aun cuando él y sus tres pasajeros estuvieran seguros, no se explicaba por qué el muchacho se había resuelto a cometer delitos, que jamás había realizado.

—¡No está! — manifestó Río Kid después de revisarlo todo bien.

—Ya le he dicho que está una o dos horas atrasado. Río, — agregó el conductor. — Tres bandidos nos asaltaron cerca del vado del Indio, y también ellos venían en busca del dinero que pudiera llevar Jonas Sylvester... y esos sin duda han tenido éxito en su golpe.

—¿Y para qué se lo han llevado, después de sacarle el dinero? ¿De qué puede serles útil el hombre?

—Es que yo pienso que han de conocer algún medio para hacerle soltar más por su rescate... Jonas Sylvester no vacilará en comprar su vida por una buena cantidad. Bill Jarwin le hará de seguro sudar buenos dólares.

Río Kid sonrió. Comprendía que, en efecto, el rico estanciero había caído en las peores manos de la región. Ninguna tortura conocida por los apaches o los comanches, sería dejada de poner en ejecución contra aquel infeliz con tal de sacarle una gran suma de dinero.

—Se me está haciendo tarde para llegar a Jack Rabit, Río Kid. ¿Qué piensa hacer con esa gente? — exclamó Billy Fresh, tomando las riendas.

—Seguramente que yo detuve la diligencia porque suponía que iba en ella Sylvester y que llevaba diez mil dólares.

—Lo mismo han pensado sin duda los de la banda de Jadwin — respondió Billy. — Ha llegado tarde, Río.

El muchacho no respondió. Había recuperado su buen humor.

Se había resuelto a ser un bandido, y el primer golpe que daba le fallaba en aquella forma y se le escapaban de las manos diez mil dólares. Pero, lejos de disgustarle, aquello le divertía.

Acaso en su interior se alegrara de que tal cosa hubiera sucedido satisfecho de que, un momento de odio por la injusticia que con él se cometía, fuera perjudicial para su verdadera reputación. Pero el destino había intervenido una vez más.

—Oigan, — exclamó Río dirigiéndose a los pasajeros que esperaban en el camino, — pueden volver a subir al coche... Ustedes no son los que yo ando buscando.

Los tres pasajeros se apresuraron a obedecer la orden, alegres por haber escapado en aquella forma.

—Puede marcharse, Billy, — agregó Río Kid.

El conductor agitó su látigo y el coche se puso en movimiento en dirección a la ciudad de Jack Rabit.

El muchacho, sentado en su caballo gris, los vió alejarse. No manifestaba disgusto por el fracaso de su tentativa. Intimamente se hallaba satisfecho. Cuando la diligencia desapareció a lo lejos, envuelta por una nube de polvo, Río Kid se encogió de hombros y dirigió su caballo hacia su anterior escondite.

LOS METODOS DE RIO KID

—¡Siempre serás el mismo idiota! — rugió Río Kid

La frase iba dirigida a sí mismo. Su rostro manifestaba su disgusto. Estaba contrariado consigo mismo, y pensamientos de distinta índole se sucedían continuamente hasta formar un torbellino. Cuando había dejado partir a la diligencia de Jack Rabit había iniciado un furioso galope por entre los mesquites, luego el galope se había convertido en un trote y más tarde el trote en un simple paseo.

—¡Eres el idiota, más idiota que he conocido en mi vida! — agregó.

El mismo caballo dió vuelta dos o tres veces la cabeza, extrañado de aquel monólogo de su amo, quien le había abandonado las riendas sin que el animal se diera cuenta. del lugar adonde quería dirigirse. Era una cosa extraña en Río Kid aquello de no saber qué hacer... pero en aquel momento se producía aquella cosa extraña... y el animal se daba cuenta de ello.

De pronto el muchacho dió un tirón de las riendas, y Coceador se detuvo, más como no recibiera ninguna otra indicación, se puso a comer la hierba tranquilamente.

—¡Vamos a ver! — murmuró sin darse cuenta de que el caballo estaba detenido. — ¿Acaso no tienes tú bastantes cosas en que pensar, para que te preocupen además los asuntos de otra persona?

Pero. era inútil que tratara de convencerse. Sabía bien que. a pesar de todos los ar-

gumentos que pudiera ofrecerse en contrario realizaría al fin la primitiva idea.

El estanciero Sylvester, de Jack Rabit, era su juego. Había creído que lo iba a encontrar en la diligencia. Sabía que iría en el viaje que ésta realizaba en dirección de la mencionada localidad, y había resuelto dar el golpe. Ahora, reconocía que íntimamente se hallaba satisfecho del fracaso, pero... A pesar de todos sus propósitos de ser malo, ahora sólo pensaba que el hombre se hallaba en poder de los peores bandidos de toda la región.

Sabía bien la reputación de que gozaba Jadwin y sus hombres. Componían la banda tres hermanos de ese nombre, seres salvajes, sin compasión, a quienes se perseguía por una docena de asesinatos, por lo menos, aparte de varios robos.

Si el peor de sus enemigos hubiera caído en manos de aquellos feroces criminales, le hubiera dado lástima... ¡Y Jonas Sylvester no era su enemigo! Era un estanciero que vivía en la región y que pasaba su vida tranquilamente en su estancia, con su mujer y su hija. Río Kid no las conocía, no las había visto jamás... pero ahora no hacía más que pensar en ellas.

Porque sabía bien lo que podía ocurrirle al estanciero Sylvester. Con semejante presa en sus manos, los Jadwin no vacilarían en arruinarlo, para que salvara la vida. Por lo menos, eso demostraba el hecho de habérselo llevado de la diligencia en lugar de limitarse a robarle el dinero que traía de la venta del ganado.

En algún punto del chaparral debía encontrarse el prisionero, y allí permanecería siendo torturado hasta que comprara a buen precio, su libertad. Se decía que era un hombre obstinado, un hombre con una voluntad de hierro, y pensaba que los Jadwin lo torturarían antes de obtener de él lo que deseaban.

Río Kid conocía bien los recursos de los desalmados hermanos. Una soga al cuello y luego pasada por la rama de un árbol, les permitiría levantarlo algunas pulgadas del suelo, bajándolo cuando estuviera a punto de morir ahorcado, para prestarle socorros, y repetir el sistema horas más tade.

En otros casos habían empleado el fuego, aplicando los pies desnudos a una hoguera para que se fueran tostando las plantas, hasta hacerse una llaga.

Y si tales métodos no daban el resultado apetecido, después de esas torturas seguiría la muerte.

¡Claro estaba que todo aquello no le importaba nada a Río Kid! El mayor de los Jadwin , Bill, era considerado el mejor revólver de Texas. Era el jefe de la banda, Sam y Mike Jadwin, dos desalmados, eran también temibles como adversarios. ¿Pero qué tenía que ver Río Kid con aquello? ¿Qué le importaba que fuera esa la situación de un hombre al que había querido asaltar?

Eso era asunto de los sheriffs que lo iban persiguiendo a él. De la justicia que le había obligado a huir del Lazy-O. Ellos eran los que debían salir en seguida en persecución de los hermanos Jadwin y arrancarles su víctima de entre las manos. El, Río Kid, no tenía que preocuparse de otra cosa que de huir de allí para escapar a la justicia que iría en su busca cuando los de la diligencia refirieran en Jack Rabit lo que les había pasado...

Transcurrió algún tiempo aun antes de que el muchacho resolviera algo.

De pronto, dió un tirón de la rienda y puso a su caballo en movimiento para seguir el mismo camino que había traído hasta llegar allí.

—¡Eres un imbécil, Kid Carfax! — murmuró. — ¿Acaso ese Sylvester hubiera hecho algo por ti si hubiera visto que trataban de colgarte de un árbol? Seguramente que no. ¿Por qué no dejas entonces que hagan los otros con él, lo que quieran?

Esta pregunta no obtuvo contestación. Pero sabía bien que no iba a abandonar a Jonas Slyvester en poder de los Jadwin.

Llegó así al camino y se dirigió hacia el vado del Indio, Según había dicho Billy Fresh, la diligencia había sido asaltada a una milla de distancia de aquel sitio y era allí donde debía tratar de hallar el rastro.

Coceador cubría la distancia rápidamente mientras los ojos del muchacho lo observaban todo. No necesitó desmontar para hallar el punto donde la diligencia se había detenido y donde se hallaban los tres jinetes en ese momento. Vió también la señal dejada por las pisadas de Jonas Sylvester, cuando bajó del vehículo y se unió a sus tres secuestradores.

Ni un detalle escapó a las miradas de lince de Río Kid. Donde muy pocos hombres de Texas descubrían la menor señal, él notaba claramente un rastro que seguir.

Au cuando los Jadwin pensaran en que pudieran ser perseguidos y trataran de dejar el menor rastro posible, nunca podían pensar en que fuera Río Kid el que anduviera en su busca.

Toda la región de Texas iniciaría la persecución al tenerse la noticia del secuestro, pero no les sería posible encontrarlos. El único hombre capaz de seguir, sin perderse, las huellas era Río Kid... y desde lo alto de la silla notaba lo suficiente para continuar en forma segura el rastro, hacia el interior del chaparral.

De pronto notó el ruido del galopar de algunos caballos. Miró en aquella dirección y sonrió al distinguir la copa de algunos sombreros Stetson.

De Jack Rabit habían salido vários hombres al conocerse por Billy Fresh la noticia de que los hermanos Jadwin habían secuestrado al estanciero Jonas Sylvester y que Río Kid había asaltado también la diligencia.

Aquellos jinetes iban, principalmente, en busca del estanciero, pero si de paso daban con Río Kid, no habían de perdonarlo seguramente. Todos estaban acusados de asalto... pero si tropezaban con Río Kid, habría tiros. La situación del muchacho no tenía nada de envidiable, se encontraba siguiendo un camino en el que tenía enemigos delante y detrás.

Se encogió de hombros y dirigió a Coceador hacia la espesura. Entre el chaparral el

Río Kid avanzó seguido de su fiel caballo Coccador.

rastro dejado por los hermanos Jadwin era visible, aun a la distancia. El muchacho lo seguía al trote. El ruido de las pisadas de los caballos de los otros estaba ahora algo más distante... pero podían llegar de un momento a otro por haber descubierto el rastro que seguía Río Kid. Pero el muchacho consideraba que no podía tardar mucho en dar con lo que buscaba y se olvidó de los que le perseguían a medida que penetraba en el chaparral.

EL RASTRO

—¡Qué largo es esto! — murmuró Río Kid.

Durante más de una milla había seguido el rastro de los hermanos Jadwin, por entre la alta hierba y las malezas. Al llegar a determinado punto, notó que las pisadas del hombre que marchaba a pie desaparecieron quedando visibles las de los tres caballos de sus captores.

Al notar aquello, dedujo que alguno de los jinetes lo había hecho subir a su caballo. Observó con más detención y notó pronto que, en efecto, las patas de uno de los animales, sin duda el que llevaba doble carga, se afirmaban con más fuerza en el suelo.

Habían transcurrido tres horas desde que los Jadwin habían asaltado la diligencia, pero el rastro se notaba aun fresco y el muchacho suponía que si era visible para él, también podía serlo para los hombres que habían salido de Jack Rabit.

Había llegado Río a un punto donde el suelo estaba endurecido y salitroso por lo que la pista estaba casi borrada.

El suponía que iba a ocurrir algo de eso. Los Jadwin no eran hombres que pudieran dejar un rastro bien visible, siempre que les fuera posible ocultarlo.

Al otro lado de aquella extensión, árida y salitrosa se distinguía una fila de bajas montañas. Seguramente que en algún punto de aquella sierra tenían los bandidos su refugio y a él conducían a su prisionero.

La señal de las pisadas del caballo de Río Kid, quedaban borradas instantáneamente, pues el viento barría en seguida el polvo que levantaban las herraduras al pisar el salitre. Tal cosa le favorecía a él pues así no sería fácil que los jinetes de Jack Rabit pudieran seguirlo.

Se detuvo un momento y transcurrieron algunos minutos antes de que oyera nada, pero después oyó el ruido de los que se acercaban. Los jinetes seguían la misma pista que lo había conducido a él, hasta aquel lugar.

Pero en lo sucesivo, todo no ocurriría del mismo modo. La pista se hacía casi imposible de seguir. Era necesario tener una vista tan educada como la de un indio o la de Río Kid para observar los detalles aislados que permitieran continuar por el buen camino sin perderse. Una rama quebrada una mata de hierba aplastada por la pata de un caballo, un fósforo, una punta de cigarro, cosas todas de poca importancia, y casi invisibles en el desierto, bastaban a los expertos ojos del muchacho para seguir la buena pista.

Al principio, el rastro había seguido en línea recta hacia las montañas, pero en cierto momento torcía hacia uno de los lados siguiendo una dirección paralela a ellas y Río Kid consideró aquello providencial pues de esa manera no era posible que los que lo seguían pudieran divisarlos a la distancia en el desierto. Aquello le había preocupado bastante.

—Me parece que los muchachos de Jack Rabit no van a encontrar tan fácilmente la pista, — murmuró.

Miró hacia atrás. No se veía señal alguna de los jinetes en la amplia pradera. Como el muchacho esperaba, los que los seguían se habían desorientado. Había ya olvidado que el peligro era el mismo para él, que para los Jadwin. Sólo le guiaba la idea de que pudiera salvar del poder de aquellos desalmados al infeliz estanciero. Siguió así durante dos millas más. Dos millas sin rastro alguno para cualquier otro, pero llegó entonces a un lugar donde la tarea volvía a ser más fácil.

En la línea de montañas se notaba una desembocadura de un cañón. Era como una puerta que conducía al interior de la sierra. Ignoraba si los Jadwin habrían penetrado muy hacia el interior o si estarían ocultos por algún recodo. Pero no dudaba de que al fin, iba a dar con ellos pronto.

Penetró por aquel camino natural y aun cuando no podía ver a pocas millas más hacia adelante, sus oídos estaban alerta para suplir la falta de visualidad. Echó pie a tierra y avanzó seguido de su fiel caballo.

De pronto, en el silencio de la sierra, llegó hasta sus oídos un grito. El corazón le latía con violencia. Era el grito de un hombre que sufría un dolor. Fué repetido de nuevo y su eco repercutía entre las montañas. Hizo una seña a Coceador y el caballo se detuvo.

El avanzó silencioso y ágil como una pantera que se va a lanzar sobre su presa. El grito de dolor fué repetido y le sirvió a Río para guiar sus pasos. Llevaba el revólver en la mano y el dedo en el gatillo. Al dar vuelta a un gran peñasco se detuvo. ¡Había llegado al fin de su viaje!

RAPIDO TIROTEO

—¡Maldito! ¿Todavía no estás conforme? ¿Aún quieres más?

Era una voz de salvaje entonación, la que había pronunciado las anteriores palabras. Bill Jadwin, el jefe de la banda, estaba inclinado hacia un hombre atado de pies y manos que se hallaba tendido a sus pies. A uno y otro lado del estanciero, estaban arrodillados Sam y Mike Jadwin.

El patrón del Sylver Star ranch, permanecía sin poderse mover a causa de las ligaduras. Su rostro pálido indicaba sufrimiento. Sobre su pecho y estómago tenía un enorme trozo de granito, sostenido a medias por los dos hombres que se encontraban arrodillados a sus costados.

—¿Quieres todavía más, maldito? — rugió Bill Jadwin.

Un débil quejido fué la única respuesta.

El bandido lanzó un juramento.

—Me parece Jonas Sylvester, que ignoras en poder de quien se encuentra. Nosotros somos los hermanos Jadwin... Creo que habrá oído hablar de nosotros y conocerá nuestra reputación. ¿Cree que se va a burlar de nosotros cuando lo tenemos en nuestro poder?

—Lo que yo creo es que este hombre desea algo más, — manifestó riendo Sam. — Vamos a ponerle otra piedra encima.

El estanciero lanzó un grito de dolor.

—¡Canallas! — rugió. — Mis hombres los encontrarán y les harán pagar bien caro lo que están haciendo conmigo.

Bill Jadwin lanzó una grosera carcajada.

—¿Cree que sus hombres nos podrán encontrar aquí? Usted ha tenido los ojos abiertos durante todo el camino y sabe bien que el viento del desierto ha borrado toda huella de nuestro paso. ¿Supone que algún miembro del Sylver Star es capaz de encontrar nuestro rastro?

Sylvester gimió.

—No nos hemos expuesto a asaltar la diligencia en el vado del Indio para recoger tan sólo el dinero que llevaba procedente de la venta de ganado. Por algo nos hemos apoderado de usted.

—¡Claro está! — agregó riendo Mike.

—Eso no eran más que diez mil dólares. Pero yo creo que los suyos se manifestarán muy satisfachos con volverlo a ver, por 30.000 más. ¿Me comprende, Jonas Slyvester? Usted firma la carta escrita en este papel y Mike va en busca del dinero.

Si el dinero es entregado en el acto, y no le sucede nada a Mike, usted quedará en libertad, pero en caso contrario, será quemado a fuego lento como si estuviera en poder de los indios apaches. ¿Se da cuenta de lo que estoy diciendo?

No podía dudarse de que el canalla estaba manifestando la verdad. Pero la única respuesta que obtuvo del estanciero, fué un gemido de dolor. La pesada piedra lo hundía con su peso.

—Ponle otra piedra, Bill, — exclamó impaciente Mike Jadwin. — Este maldito no se va a resolver nunca a hablar.

—Nunca lo conseguirán, — exclamó con voz débil el extanciero. — Podrán darme muerte, pero no lograrán que firme el papel. No se apoderarán de un solo céntimo mío.

—¡Ya lo veremos eso! — respondió Bill.

—¡Me parece que no va a ser muy fácil eso — exclamó Río Kid.

colocando tra piedra sobre la que el infeliz tenía sobre la caja del cuerpo.

Un ronco gemido brotó de los labios del estanciero.

—¿Todavía no se resuelve? — preguntó riendo Sam Jadwin. Tiene menos sentido que un caballo. Me parece que los huesos no van a resistir más.

El infeliz gemía dolorosamente, pues su padecimiento debía ser enorme. Su rostro manifestó que cedía.

—Déjenme, — exclamó con voz apenas perceptible. Voy a firmar lo que quieran.

Bill Jadwin rió satisfecho.

—¡Al fin se resolvió! Pero ha tardado mucho. De haberlo hecho antes, se hubiera evitado el sufrir. Aora no falta más que recibamos los treinta mil dólares.

—¡Me parece que no va a ser muy fácil eso! — exclamó una voz.

Los tres bandidos se volvieron para ver quien era el que intervenía de ese modo. Las enormes piedras habían sido levantadas y el estanciero respiraba con libertad.

Los tres bandidos habían llevado la mano a sus armas.

—¡Quietos! — ordenó el que había hablado.

En forma inesperada, como si hubiera caído de las nubes, había aparecido allí Río Kid y los hermanos Jadwin podían, apenas, creer lo que estaban viendo. En cada mano de Río Kid había un revólver y el muchacho se encontraba a unos doce pies de distancia. Sonreía, mientras amenazaba con sus armas a los bandidos.

—¡Río Kid! — balbuceó Bill Jadwin.

—Ya ve que me conoce, — respondió el muchacho.

El hombre que se hallaba atado en el suelo dirigió una mirada hacia el recién llegado.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

(Continuación)

Capítulo XXXVII

LO QUE HIZO EL CURA

EL sitio donde había caído la sangre de Martín fué purificado.

Antes de las siete de la mañana el sacristán y los demás dependientes de la parroquia iban y venían por el templo, preparando todo lo necesario para la fúnebre ceremonia, que debía verificarse a las ocho y media, según lo dispuesto por el comendador.

Todos habían preguntado por Martín; pero el cura había respondido que el huérfano estaba enfermo desde la media noche, y tal vez no podría dejar el lecho en todo el día.

No tenemos que decir cómo se encontraba el espíritu del anciano sacerdote.

Para disimular lo que sentía, para evitar que fijasen la atención en la densa palidez y dolorosa expresión de su rostro, no cesaba de andar de un lado para otro, y respondía con monosílabos y sin pararse a lo que le preguntaban.

A pesar de esto, sus dependientes, que tan bien lo conocían, comprendieron que el anciano estaba preocupado y triste.

—¿Qué le sucederá? — preguntaron algunos.

—Bastante es — respondieron otros — la enfermedad de Martín.

—Ciertamente.

—Lo quiere como a un hijo.

—¡Pobre señor!

Y desde que estas observaciones hicieron, todos los rostros se tornaron tristes, porque todos profesaban el más tierno y respetuoso cariño al virtuoso anciano.

Tal es la influencia de la virtud, influencia que no tiene igual.

No pensaba el sacerdote en otra cosa que en lo que haría para saber lo que le había sucedido al huérfano.

Pero ¿cómo averiguarlo?

La situación no podía ser más difícil.

¿A quién preguntar?

A nadie, porque una palabra indiscreta, la indicación más leve sobre los sucesos de la noche anterior, podían traer nuevos y graves compromisos.

¿Debía ir a palacio a ver a doña Margarita?

Esto era muy peligroso, porque fácilmente podía encontrarlo el comendador o alguno de los que le habían ayudado en la intriga.

Y, sin embargo, era el único paso que entonces podía dar.

—Martín no ha muerto — decía el sacerdote, — porque si lo hubiesen asesinado, ya correría la noticia. Debe ser otra desgracia la que le ha sucedido... ¿pero cuál?

Era imposible que adivinase la verdad.

Aunque convencido de que el huérfano no había tenido la noche anterior lance alguno que le costase la vida, el anciano preguntó a unos y otros, y con la aparente indiferencia que le fué posible, si se tenían noticias de desgracias como las que con tanta frecuencia sucedían entonces en la coronada villa a la hora de las tinieblas.

Empero todos respondían que, según se aseguraba, la noche anterior había sido excepcional y la villa había estado en completa calma.

Posible era que después de detenerse en palacio, la reina hubiese mandado a Martín que fuese a buscar al hijo de doña Luz y luego le diese otras órdenes, tal vez urgentes y de ejecución difícil, y esto lo tuviera ocupado.

Semejante suposición fué el único consuelo y la última esperanza del sacerdote.

Sin embargo, cuando dieron las ocho renacieron sus temores y lo atormentaron más que nunca.

Era imposible que tuviera calma para aguardar los sucesos.

—Iré a palacio — dijo al fin.

Pero en aquel momento no podía salir de la iglesia, porque, según hemos dicho, a las ocho y media había de darse sepultura al cadáver.

El comendador no había invitado a nadie para que asistiese a la triste ceremonia. Esto debía extrañarse y ser objeto de hablillas

y quejas; pero el caballero pensaba excusarse como mejor pudiese, y, en último caso, prefería que se enojasen sus amigos a que alguno hiciese peligrosas observaciones.

No había comprendido el comendador que no hay nada más sospechoso que los misterios, y que aunque nadie llegara a saber la verdad de lo sucedido, quedarían dudas, que por más que fuesen vagas, tendrían mucho valor, dudas que sería imposible disipar.

Ninguna importancia tienen los detalles de la fúnebre ceremonia, por lo cual diremos solamente que a la hora señalada fué trasladado el cadáver de Rosa a la bóveda de la iglesia y encerrado en un nicho a presencia del comendador, de Andrés y algunos otros criados, que por respeto permanecieron constantemente a bastante distancia sin que les fuera posible examinar el rostro de la que creían ser su desgraciada señora.

Media hora después había desaparecido el catafalco y estaba cerrada la iglesia.

La vigilia y los sufrimientos de la noche anterior habían menguado considerablemente las escasas fuerzas del sacerdote, pero lo sostenía su voluntad, y sin perder un instante salió para ir a ver a doña Margarita.

No tardó en llegar y entrar en el alcázar deteniéndose al pie de la escalera.

Miró a todos lados con temor; pero bien pronto pudo convencerse de que las personas que por allí pasaban no fijaban su atención en él.

—¡Protegedme, Dios mío! — murmuró.

Preguntando a unos y otros llegó, al cabo de un cuarto de hora, a la habitación de doña Margarita.

Llamó y abrió la puerta la sirvienta que la noche anterior había recibido a Martín.

—¿No es aquí — preguntó el anciano con dulzura — donde vive una señora que se llama doña Margarita y es doncella de la reina?

—Sí, señor — respondió respetuosamente la criada.

—Deseo verla...

—Llegáis a tiempo, padre, porque mi señora, que ha pasado mala noche, acaba de levantarse.

El aspecto venerable del anciano y su sagrado carácter debían abrirle todas las puertas.

Por esta razón la sirviente, sin hacer más observaciones, lo llevó a un gabinete, diciéndole:

—Sentaos, que al momento vendrá mi señora.

Y, efectivamente, pocos segundos después, la doncella, sorprendida por aquella visita inesperada, se presentó, saludando cortésmente al anciano, sentándose junto a él y diciéndole:

—Dispuesta me tenéis a escucharos.

—Gracias, señora — dijo el sacerdote. — Mi visita debe sorprenderos; pero me explicaré.

—Como gustéis.

—¿Pueden oírnos?

—No...

—Porque es delicado y hasta peligroso el asunto que me trae.

Doña Margarita, más sorprendida cada vez miró intranquilamente al anciano.

—Perdonad — repuso éste con su encantadora dulzura, — perdonad si mis primeras palabras son desagradables y os inspiran temor.

—Sí temo no por mí, sino por... No lo sé, padre... Explicaos...

—¿No han venido a buscaros la noche pasada?

La doncella, acostumbrada a la vida de la corte y, por consiguiente, a desconfiar de todo el mundo, fijó en el anciano una mirada escudriñadora.

—No comprendo vuestras palabras — dijo después de algunos momentos.

—¡Ah! — murmuró el sacerdote, desplegando una amarga sonrisa, — desconfiáis...

—Es que no entiendo...

—Tenéis razón, no me conocéis...

—Si os explicáis con más claridad...

—Lo haré con cuanta me permita la situación, porque hay de por medio un secreto que no puedo revelar, y si voz lo ignoráis...

—Nada puedo deciros hasta ahora.

—¿No os trajeron anoche una carta de parte de una amiga vuestra a quien amáis mucho?

—Padre...

—¿No os rogaron que entregaseis aquella carta a la reina?

—Lo que decís...

—Es grave, lo sé.

La doncella guardó silencio y quedó pensativa.

¿Se le tendía un lazo?

Si era así, no podía tener otro objeto que averiguar si le habían entregado la carta de su amiga.

¿Y quién podía tener interés en esto?

Solamente el rey y el comendador, y ambos lo sabían ya.

En cuanto a los amigos y favorecedores de doña Luz, no había que temer.

¿Pero era el sacerdote uno de ellos?

Esto era lo primero que se debía averiguar.

—¿No he dicho bastante? — preguntó el anciano después de algunos segundos.

—Perdonad...

—Vuestra reserva no me ofende.

—Explicaos hasta donde os sea posible.

—Sí — repuso el sacerdote, — me explicaré en todo cuanto no sea revelar el secreto que he prometido guardar.

—Os lo agradeceré.

—El mancebo que os trajo la carta es para mi corazón lo mismo que un hijo, porque yo lo recogí, lo eduqué y lo amo como padre.

—¿Y ese mancebo?...

—Vino a traeros la carta y ha desaparecido...

—¡Ah!...

—¿Es bastante?

—Algo más, algo más...

—Sabéis que doña Luz de Quiñones ha tenido un hijo...

—Su honra, padre, su honra...

—Cuando yo salga de aquí he de ir a buscar a ese niño...

—Proseguid.

—¿Teméis que se os tienda un lazo para averiguar el paradero del hijo de doña Luz?

—No sé...

—Os probaré que no diciéndoos que la no-

driza que se encargó del recién nacido vive en una casa de la calle de Santa María...

—¡Ah!...

—La tercera a la derecha.

—Basta — replicó doña Margarita, completamente tranquila. — Perdonadme...

—Puesto que sabéis dónde se encuentra el hijo de doña Luz, habréis recibido su carta.

—Sí.

—¿Y el joven que os la dió? — preguntó afanosamente el sacerdote.

—Aquel joven...

—Decid...

—¡Oh!... Padre mío...

—¡En nombre de Dios, por lo que más améis! — exclamó el venerable anciano con acento de tierna y conmovedora súplica.

—Me comprometéis...

—Lo amo como a un hijo; no tengo en el mundo más dicha que esta pura afección, y él es noble, generoso...

—Os suplico...

—Lo he criado a costa de grandes sacrificios y no puedo abandonarlo...

—¿Pero no comprendéis?...

—Sí, comprendo que ha sucedido una nueva desgracia...

—Entonces...

—Pero quiero conocerla, tengo derecho a conocerla, señora.

—Y yo no puedo hablar.

—¿Por qué?

—¿Sabéis, acaso, lo que es Felipe II?

—Os daré una prueba de que sí: soy el cura de San Justo...

—¡Dios mío!...

—Conozco el horrible secreto...

—Basta, basta...

—Decidme lo que ha sido de Martín.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Cuando lo sepáis no haréis nada, absolutamente nada más que llorar vuestra desgracia como si ignoraseis la suerte de vuestro ahijado.

—Esa condición...

—Si no la aceptáis, nada sabréis.

—La acepto.

—Y excusado es advertir que el secreto..

—Lo guardaré.

—Fío en vuestra promesa...

—No os arrepentiréis.

—Pues bien: sabed que vuestro protegido fué anoche preso al salir de aquí...

—¡Preso!...

—Y encerrado en los sótanos de palacio.

—¡Dios mío!...

—Si sale de su prisión será para ir a otra más segura.

—Pero...

—Lo espiaron como quizás os espían a vos...

—¡Ah!...

—Conoce el secreto y no es menester que cometa otro delito.

EN EL PROXIMO NUMERO DE "PUCKY"

EL HOMBRE SOMBRA

Por EDGAR WALLACE

Una gran novela de acción y de misterio, del gran escritor inglés, recientemente fallecido

El sacerdote, trastornado por el dolor, no pudo en largo rato hacer observación alguna.

Doña Margarita intentó consolarlo con dulces palabras.

—Cumpliré mi promesa — dijo al fin el anciano; — nadie entenderá que he sabido la triste suerte de mi protegido; pero no encontraréis inconveniente en que yo haga en su favor lo que me sea posible.

—Hacedlo, que yo misma ayudaré, y aun me atrevo a prometeros la protección de la reina; pero nada conseguiréis.

—Gracias, señora.

—Adquiriré noticias — repuso la doncella — y nos pondremos de acuerdo, viéndonos en vuestra vivienda, porque aquí es peligroso que vengáis. Ahora, si vuestro dolor os lo permite, ocupaos del hijo de mi desgraciada amiga.

—Mi dolor nada tiene que ver con mis deberes, que cumpliré.

—¡Noble abnegación!...

—Dios os guarde, señora — repuso el anciano, poniéndose en pie.

—¿Os vais?

—A buscar al hijo de doña Luz.

—¡El cielo os guíe!

Doña Margarita besó respetuosamente la diestra del anciano.

Este salió.

Difícilmente podía contener el llanto que pugnaba por salir de sus ojos.

Tampoco entonces, a pesar de que apenas podía sostenerse, pensó en descansar.

Encaminóse a la calle de Santa María, llegó a la casa que buscaba, preguntó por la viuda...

¡Fatalidad horrible!...

Los vecinos respondieron que conocían a la buena mujer; que hacía poco más de una semana criaba un niño; pero que había mudado de vivienda con tal sigilo, que nadie había podido averiguar cuál era la nueva.

En vano preguntó el sacerdote a todos los vecinos.

Nadie pudo contestar otra cosa.

Nuestros lectores no se sorprenderán, porque recordarán que Raúl había dicho a Nicasia que la nodriza debía mudar en breve de vivienda.

Media hora después, el sacerdote buscaba consuelo y ayuda en Dios, orando fervorosamente al pie del altar.

Capítulo XXXVIII

DONDE VOLVEREMOS A VER A MARTIN

Dos días pasaron.

Ni la reina ni doña Margarita pudieron averiguar siquiera en qué sótano se encontraba Martín.

También fueron inútiles todas las pesquisas del sacerdote para encontrar a la nodriza.

Doña Luz continuaba en el convento sin que le hubiesen hablado otra vez de su profesión, porque habían determinado dejar que pasasen algunos días, con la esperanza de que el tiempo venciera su resistencia.

En cuanto a Martín, le había hecho otras dos visitas el comendador; pero tan sin éxito como la primera. El mancebo continuaba con más firmeza cada vez en su sistema de no conceder ni negar, de no decir otra cosa que lo que no tenía valor alguno.

La resistencia pasiva es la peor de todas; puede decirse que es invencible cuando hay fuerza de voluntad para sostenerla, y el rey, lo mismo que el comendador, acabaron por convencerse de que nada conseguirían.

—Bien mirado — dijo el caballero al monarca después de la última entrevista con el huérfano, — lo que más interesaba era averiguar quién fuese el cómplice de ese rapaz atrevido; y como esto lo sabemos ya sin sus declaraciones, no creo que merece la pena de que vuestra majestad se tome el trabajo de pensar en este asunto.

Así era la verdad, o, por lo menos, así parecía, gracias a la habilidad de Andrés.

Lo que había sucedido se lo explicaban perfectamente; Pedro había recibido la carta de doña Luz y la había entregado al mancebo para que éste la llevara a doña Margarita.

Nada más; eso era lógico y sencillo después de tener el convencimiento, como lo tenían, de que Pedro ayudaba a su señora y conocía todos los secretos de la intriga.

¿Para qué molestarse en hacer nuevos interrogatorios?

Cualquiera que fuese la conducta de Martín, había que encerrarlo para evitar que hablase.

¿Qué necesidad había de esperar?

Ninguna.

A Pedro no se le había tomado declaración, sin duda por creerlo innecesario.

En los dos días que el infeliz llevaba en su calabozo no había visto a nadie, ni siquiera a su carcelero, porque éste, cada veinticuatro horas, entreabría la puerta, asomaba una mano y dejaba caer en el suelo un pan. Agua tenía el cántaro que le habían dejado el primer día.

A las observaciones del comendador respondió Felipe II.

—Sí, ya es tiempo de obrar.

Al oír esto hubiérase creído que nada se había hecho; pero, conociendo al monarca, se comprendía que sus palabras significaban: "Es preciso concluir".

—Señor — dijo el caballero, cuya energía de espíritu y de cuerpo había desaparecido desde la noche en que se separó de su hija, advirtiéndose en él un profundo abatimiento — señor; no espero más que las últimas resoluciones de vuestra majestad para ponerme en camino.

—¿Insistís en marchar a Flandes?

—Si vuestra majestad no me lo prohibe...

—No.

—Aun no he lavado completamente la mancha de mi honra, y necesito buscar al seductor de mi hija. Así prestaré también un servicio al trono de vuestra majestad, y si sucumbo en la empresa... ¡Oh!..., Dios me habrá otorgado una señalada merced, porque la muerte es para mí el descanso, el término de mis desdichas.

—¿Y vuestra hija?

—Vuestra majestad me ha prometido mirar por ella...

—Sí.

—Puedo irme tranquilo.

—¿Y vuestro nieto?

—Por ahora hay que renunciar a encontrarlo.

El monarca hizo un gesto de disgusto, porque las palabras del comendador le recordaban que su poder no alcanzaba cuanto quería.

—Cien hombres — añadió el caballero — han recibido órdenes terminantes de vuestra majestad sobre este punto; cien hombres, cuyos ojos todo lo ven, porque ya espiando, ya fingiéndose amigos, pueden examinar hasta la conciencia del más prudente y reservado; y, sin embargo, esos agentes fieles y hábiles sin igual nada han podido conseguir en el espacio de once días que trabajan sin descanso.

—El hijo de doña Luz debe estar fuera de Madrid.

—Así debe ser.

—¡Y no hay medio de hacer hablar a los que conocen su paradero!....

—Hemos de resignarnos, señor.

Felipe II meditó por algunos instantes.

—Mañana—dijo luego—saldrán los presos de Madrid para el alcázar de Segovia, cuyos gruesos muros guardarán nuestro secreto.

—Y si vuestra majestad se digna recompensar a mi fiel criado Andres, concediéndole el empleo que tiene solicitado...

—Hoy mismo quedará nombrado alférez, y mañana prestará su primer servicio, cargándose de conducir los presos a Seg

—Gracias, señor.

—Ahora quiero ver a ese mancebo.

—¡Verlo!...

—Sí; ¿qué os sorprende?

—Nada, señor, nada; pero...

—¿No es un hombre que vale?

—Mucho.

—Debo conocerlo.

—Temo que falte al respeto que debe a vuestra majestad...

—Es vano vuestro temor.

El caballero inclinó la cabeza, sin replicar.

—No debo ir a buscarlo a su encierro — añadió el monarca.

—Eso sería honrarlo demasiado.

Felipe II, como si no fuera un hombre orgulloso hasta lo inconcebible, se encogió de hombros.

El comendador lo miró sorprendido, mientras decía para sí:

—¿Quién será capaz de conocer el alma de este gigante?

—No iré a su encierro — añadió el monarca, — porque esto presenta algún inconveniente; pero él vendrá aquí.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Id a buscarlo.

—Al momento.

—Pero habéis de llevar compañía, por lo menos tres o cuatro soldados...

—Si vuestra majestad me permite creer que basto yo solo...

—Creedlo en buen hora.

—Señor: no ignora vuestra majestad que doña Margarita hace todo lo posible por averiguar el sitio donde se encuentra el preso.

—Y opináis que no es prudente que se entere nadie...

—Así opino.

—Yo también; pero temo...

—El preso está desarmado.

—Pero es joven y atrevido.

El caballero creyó que era cuestión de honra no aceptar ayuda, y replicó.

—No ha venido conmigo Andrés esta noche; pero no importa.

—Tened en cuenta que yo le reconozco al preso el derecho de fugarse si puede.

—No podrá, ni creo que lo intente.

—Si le exigís y os hace promesa de no aprovechar la ocasión...

—Señor, no me rebajaré hasta el punto de exigir esa promesa a semejante hombre, ni haciéndola él debo tampoco fiar en la palabra de honor de un villano.

—Os dejo en completa libertad — repuso Felipe, con indiferencia.

—Ni provocará una lucha conmigo, porque está desarmado; ni apelará a la fuga, porque gritaré y lo detendrán, mucho más cuando no conoce el interior de palacio.

—Bien, bien, traedlo sin escolta, puesto que tenéis seguridad de que no ha de escaparse.

El comendador salió de la cámara, fué en busca de su linterna y se encaminó al encierro de Martín.

Este se encontraba sentado en la piedra que le servía también de cama.

En su hermoso rostro, densamente pálido, se revelaba el doloroso estado de su espíritu.

No estaba abatido, porque no era posible que en dos días se agotasen las fuerzas y el valor de aquella alma privilegiada; pero estaba aburrido, su paciencia había concluído, y, como por otra parte, allí, solo y entre las tinieblas, no tenía nada que le distrajese, su pensamiento estaba constantemente fijo en su protector, y no podía ni un solo instante apartar de su memoria el recuerdo de la mujer a quien había amado.

Y si a esto se añade lo que debían hacerle sufrir las amargas consideraciones sobre el abuso de que era víctima, se comprenderá que no solamente aburrido, sino desesperado, había de estar el mancebo.

Cien veces hubiera preferido verse obligado a sostener una lucha desigual ruda y espantosa, que hubiera dado por resultado su muerte, porque así habría podido desahogar su enojo, gastar las fuerzas de sus fracundos arrebatos; pero condenarlo a la quietud, al silencio y a las tinieblas, era para él mucho más horrible.

No sabiendo qué hacer, habíase quitado el vendaje que tapaba su herida, con lo cual su rostro presentaba por completo toda su belleza.

Al ver al comendador hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—¿Ora vez?

—¿Os cansan mis visitas? — preguntó el caballero con su natural altivez — Debieran halagaros, porque os honran.

—¡Oh! — murmuró el mancebo, con desdén. — Estos nobles estúpidos creen que sólo ellos valen algo... ¡Infelices!... ¡Qué sería de vosotros sin la plebe, a quien despreciáis!... Ya lo comprenderéis algún día, porque esta sociedad decrépita ha de morir, y el día de las reparaciones, el día de la justicia, pagaréis ciento por uno...

—¡Pobre cabeza!...

—Tened compasión de vos mismo, que más la merecéis que yo. ¡Ay de vos, caballero, el día que despierte vuestra conciencia!... Yo podré morir, pero tranquilo...

—Temed más bien el día en que acabe mi paciencia...

—¿Qué podréis hacer?... Toda vuestra grandeza, todo vuestro poder, consiste en que tenéis verdugos que ejecuten vuestras órdenes, en que vosotros mismos sois verdugos...

—¡Oh!

—Prefiero ser víctima, prefiero la corona del mártir al puñal del asesino.

—Basta.

—¿A qué habéis venido, señor comendador?

—Pronto lo sabréis.

—¿Abrigáis aún esperanza — repuso el mancebo — de vencer mi resistencia?

—La abrigo de castigaros.

—¿Y a qué esperáis?

—Soy bastante generoso para daros tiempo de arrepentiros...

—Yo rechazo vuestra generosidad...

—No importa.

El mancebo cambió de postura, cruzó los brazos y luego dijo:

—Sentaos, caballero. Bien pensado, debo agradeceros estas visitas; la soledad me aburre, las tinieblas me entristecen...

—No puedo perder tiempo.

—Os contaré la historia de Rosa...

—No os comprendo...

—¿Acaso ignoráis que ese era el nombre de la mujer cuyo cadáver habéis puesto en lugar de vuestra hija?

—¡Oh!...

—Sabréis la historia de un corazón que era un tesoro de ternura, de amor, de nobleza; la historia de una madre desdichada...

—Otro día.

—No sé si sois digno de escucharla.

—Levantaos.

—¿Para qué?

—Para seguirme.

—Aunque sea para matarme, os agradezco que me saquéis de aquí.

—Os advierto — dijo el comendador — que están tomadas todas las precauciones por si cometéis la locura de poder huir.

—Lo supongo, y me doy por advertido — replicó Martín, poniéndose de pie.

Pero quedó un momento inmóvil y se contrajo su frente, pareciendo que dudaba, como si alguna nueva idea brotara en su mente.

Luego tomó la capa, que estaba sobre la piedra, y en vez de ponerla sobre sus hombros la colocó sobre su brazo izquierdo.

No era posible que el comendador fijara la atención en semejante circunstancia, y mucho menos entonces, que parecía más preocupado que nunca desde que Martín le habló de Rosa.

Salieron, cerrando y guardando la llave el comendador, y atravesaron la parte del sótano que ya conocemos, hasta llegar a la estrecha, empinada y resbaladiza escalera de que hicimos mención cuando referimos la prisión del huérfano.

Este se detuvo.

—Un momento — dijo.

—¿Qué se os ocurre? — preguntó el comendador, parándose también.

—Una observación...

—No puedo perder el tiempo; ya os lo advertí...

—Aunque yo sea el hombre más inocente del mundo, estoy considerado como un delincuente de mucha importancia. ¿No es así?

—Ya lo sabéis...

—Bien puede decirse que se me mira como reo de Estado...

—Acabad.

—Por esta razón, creo que no se me sacará de aquí como para encerrarme en otra parte, de donde no saldré quizás en toda mi vida, y esto es lo mejor que debo esperar.

—Ignoro lo que su majestad determinará.

—No os lo pregunto, ni quiero que me lo digáis.

—Entonces, ¿qué os proponéis con vuestras observacsiones?

—Probaros que comprendo perfectamente mi situación.

—Ya lo habéis probado más de una vez, y, por consiguiente..

—No está demás.

—¿Tenéis algo más qué decir? — replicó el caballero, con impaciencia

—Lo más importante.

—Extraño es que hayáis esperado a este momento.

—Antes era imposible que me ocurriese...

—Explicaos de una vez.

—Comprendiendo mi situación — repuso Martín, que, mientras hablaba, más que al comendador, miraba a la escalera, — es natural que quiera librarme de una suerte tan horrible, o lo que es igual: no puedo conformarme con el abuso que se intenta; no puedo resignarme a pasar la vida en un calabozo, lo cual es para mí mucho peor que la muerte.

—En ese caso estaréis dispuesto a declarar sin reserva alguna...

—¡Declarar!...

—Es el único medio que tenéis de libraros de un porvenir espantoso.

—Tengo otro, caballero.

—¿Cuál?

—Huir.

El padre de doña Luz palideció, puso involuntariamente la mano en la daga y fijó en el mancebo una mirada penetrante y amenazadora.

—Tranquilizaos — añadió Martín, — o, por lo menos, excusad la molestia de pre-

pararos a una lucha, que me guardaré muy bien de provocar, porque sería una locura.

—Otras habéis cometido...

—A pesar de eso...

—Ya os dije que se han tomado todas las precauciones...

—Menos una — replicó el mancebo, desplegando una sonrisa.

—El caballero, más sorprendido cada vez, se estremeció.

—Si pensáis — dijo — infundirme miedo y aprovechar mi turbación...

—Os conozco, y sé que os sobra valor para no turbaros con facilidad.

—Entonces...

—Os advierto lealmente cuáles son mis intenciones...

—Gracias.

—Soy demasiado orgulloso para aprovecharme de vuestra turbación o de vuestra torpeza.

—¿Habéis concluído?

—No me resta decir más que una cosa.

—Sepamos.

—Quiero recuperar la libertad, y haré todo lo posible para conseguirlo.

—Intentadlo.

—Pero el triunfo no me satisfaría si no lo alcanzase con mi ingenio y con mi audacia, y he ahí por qué os advierto que vayáis prevenido.

—En este momento os vigilan muchos ojos.

—He concluído.

—Vamos.

—¿Por aquí? — preguntó el joven, señalando a la escalerilla.

—Sí.

—No cabemos los dos...

—Ya lo veo.

—¿Queréis que vaya delante o detrás de vos, caballero?

El comendador no acertó a responder en seguida.

Hasta entonces no comprendió bien lo arriesgado de ir solo con el mancebo.

Razón le sobraba al rey para aconsejarle que llevara una buena escolta.

Empero, ya era tarde para remediar la torpeza. Todo lo perdería antes que ir a decirle al rey:

"El preso me advierte que intenta fugarse, me aconseja que no me descuide, y tengo miedo".

¿Era lo mismo ir delante que detrás?

A esta pregunta, que el comendador se hizo a sí mismo, se respondió, sin vacilar:

—No.

Pero luego dijo:

—Sí.

Y después de reflexionar algunos instantes, añadió:

—Sí... No... Pero...

Y con esta palabra interrumpió el curso de sus ideas.

La verdad es que tanto peligro había en lo uno como en lo otro.

Debía, pues, quedar perplejo.

Martín adivinó estas dudas y temores, y desplegó una sonrisa de satisfacción y de burla. La frente del comendador se contrajo más y más. No podía detenerse mucho a pensar, so pena de dar también a Martín tiempo para cambiar sus planes.

Sin embargo, perdió algunos segundos en hacer el siguiente razonamiento:

—Si va delante, puede echar a correr, y, como es más joven que yo y bastante ágil, tomará una buena delantera... Gritaré, acudirán en mi auxilio y... ¿Qué sucederá?... Puede acertar a meterse por donde no pase nadie, y mientras van a perseguirlo, se encontrará fuera del alcázar... No, no conviene que vaya delante... ¿Y detrás?... ¡Oh!... Me es imposible caminando ir mirando hacia él; y bien puede aprovechar la ocasión, que tendrá muchas, y al atravesar un sitio solitario, echarse sobre mí dejarme caer, apoderarse de mi espada o mi daga... No, no conviene que vaya detrás... ¡Vive el cielo!... ¡Ni detrás ni delante!... A mi lado... ¿Y mientras subimos otra escalera y atravesamos el otro pasillo, donde no cabemos más que uno en pos de otro?

No pudo el comendador disimular lo que sentía; lo reveló claramente su rostro, que, por un momento, enrojeció con el fuego de la más reconcentrada ira.

—Sed franco — dijo el mancebo, volviendo a sonreír, — sedlo como yo, y confesad que os veis en una situación muy apurada.

—¿Habéis podido imaginar que tengo miedo?

—Cien veces os he dicho que os reconozco valor.

—Hacéis bien.

—Pero os desespera una duda, que no acertáis a resolver.

El padre de doña Luz guardó silencio y apretó los puños.

—Voy — añadió Martín — a daros una segunda prueba de mi franqueza y lealtad.

—¿Intentáis burlaros

—¡Oh!...

—Me es enteramente igual que me mandéis ir delante o detrás, y, por consiguiente os aconsejo que no os atormentéis en vano

—Seguidme — dijo el comendador.

Y empezó a subir la escalera, mientras empuñaba la daga, por lo que pudiera suceder.

Martín le siguió sin pronunciar una palabra.

Empero, no bien había puesto el caballero el pie en el cuarto escalón, cuando el mancebo, que estaba en el segundo, asióle ambas piernas y tiró tan repentina y violentamente, que le hizo perder el equilibrio y caer.

El comendador Quiñones dejó escapar un espantoso rugido.

La linterna se escapó de sus manos; pero quiso la casualidad que no rodase ni se apagara, lo cual no podemos decir si era una fortuna o una desgracia para Martín.

No fué el golpe muy rudo; pero, aun siéndolo, no hubiera sentido el dolor el anciano, porque en semejantes situaciones, el apuro y el afán quitan la sensibilidad y redoblan las fuerzas y el valor, por lo cual, intentando

revolverse, no sólo para levantarse, sino para hacer uso de alguna de sus armas, agitóse desesperadamente. Nada consiguió.

Martín, con la rapidez del rayo, dejóse caer sobre el caballero, y echándole sobre la cabeza la capa, envolvióla de tal modo, que apenas le permitió respirar. Todo iba bien.

El joven había conseguido verse por de pronto libre de su guardián.

Pero ¿y después?

No tenía con qué atarlo, ni le hubiera sido fácil conseguirlo.

Pudo haberlo matado, aunque no fuese más que a golpes; pero Martín era demasiado joven y bastante noble y valiente para cometer semejante crimen, que no era más que un asesinato cobarde.

Hizo el comendador esfuerzos inauditos, y se revolvió tan desesperadamente, que faltó muy poco para que él mismo se matase.

Pero no consiguió más que gastar la energía que pocos minutos después había de serle necesaria y poner en el caso a Martín de que también redoblara más y más sus esfuerzos.

La lucha, como debía suceder, fué corta.

No se oyó un solo grito, no se pronunció una sola palabra.

El silencio de aquel lugar era sólo interrumpido por la violenta y fatigada respiración de Martín, pues no se percibía la del caballero.

Este se sentía medio ahogado, y, al fin, hubo de ceder, permaneciendo inmóvil.

Así quiso significar que reconocía su impotencia y que se daba por vencido, pues le era imposible expresarse con palabras, no pudiendo hablar.

Entonces le tocó al huérfano dudar.

¿Qué hacer?

Apenas déjase libre al anciano, éste le perseguiría.

—No he de asesinarlo — pensó Martín; — pero él no supondrá tanta nobleza en un pobre diablo como yo, y mis amenazas tendrán mucha fuerza.

Hecha esta reflexión, fué introduciendo como pudo una mano por debajo del cuerpo del comendador, lo cual pudo hacer aprovechando el hueco que quedaba entre dos escalones, y así logró tomar y sacar la daga del caballero.

—Ahora sí que soy el amo — dijo el joven.

Y después de un momento, añadió:

—Caballero, estáis en mi poder, soy dueño de vuestra vida... No quisiera mataros; pero si me obligáis a ello, lo haré, porque, francamente, entre vuestra vida, que no me importa un comino, y mi libertad, que me importa mucho, siquiera sea por cumplir lo prometido a doña Luz, no vacilaré; por consiguiente, os conviene mostraros razonable, porque nada adelantaréis con morir, y transigiendo ahora, esperar una ocasión más propicia. No discutiremos, porque me sería preciso dejaros hablar, y esto sería lo mismo que permitiros gritar; pero como no es menester más sino que os decidáis, basta que con esa mano, que podéis mover, hagáis seña de que sí o que no, y en vista de ello os mataré si no aceptáis mis condiciones, o respetaré vuestra vida. Voy a preguntaros, y os advierto que no admito nada dudoso, que todo ha de ser terminante.

Martín guardó silencio por un instante, y luego dijo.

—¿Juráis no moveros de aquí hasta que calculéis que ha pasado media hora?

La mano del comendador se movió, haciendo un signo negativo.

—¡Malo!... Sois demasiado orgulloso y no queréis ceder...

El anciano hizo una señal de que no.

—¿Preferís morir?

Quiñones respondió afirmativamente.

—No puedo perder tiempo, decidíos.

Ni el más leve movimiento hizo el padre de doña Luz. Esto revelaba su firme resolución de morir antes que ceder a la amenaza.

En un carácter como el suyo no era sorprendente semejante determinación: lo contrario sí hubiera sido inexplicable.

—¡Oh! — exclamó el mancebo. — Pronto señor comendador, pronto, que no vacilaré para sepultar la daga en vuestro cuerpo.

Tampoco hizo movimiento alguno el caballero.

—Puesto que lo queréis, sea... ¿Estáis decidido?

La mano se movió en señal afirmativa.

—Un momento tenéis... A la una, a las dos, a las tres...

Si el anciano hubiera estado muerto, no habría permanecido más inmóvil.

—¡Dios de Dios! — exclamó el huérfano que hasta entonces no había perdido la calma.

A pesar de que no tenía otro medio de salvarse, Martín no se resolvió a matar al caballero.

—Está indefenso — murmuró, — y antes que cometer una cobardía, prefiero arrostrar todas las desdichas que me esperan.

Y después de un momento, añadió:

—¿Queréis aceptar un duelo?... Así podré mataros sin remordimiento alguno, y si muero no os acusaré.

El comendador respondió negativamente.

Martín apretó los puños con desesperación.

No le quedaba más que un medio: huir y ganar el terreno que le fuera posible, mientras el caballero se destapaba la cabeza, se levantaba y desaturdía, en lo cual habría de invertir algunos minutos.

Si el huérfano hubiera conocido el interior del alcázar, su salvación podía contarse por segura, aun respetando la vida del anciano.

¿Pero qué debía sucederle cuando una vez fuera del sótano no sabría a qué lado dirigirse para salir más pronto del edificio?

Tendría que correr al acaso, y lo mismo que la casualidad podía favorecerlo y encontrarse, sin saber cómo fuera del vasto edificio, podía suceder que se internase más en él y aun se metiese donde no hubiera salida.

Estas reflexiones desanimaron bastante al huérfano, y muy cerca estuvo de abandonar su empresa; pero no lo hizo porque su amor propio estaba ya interesado, y por esto, más que alentado por esperanza alguna, decidió seguir adelante en lo que muy bien podía calificarse, no de atrevido, sino de loco intento.

(Continuará)

Raúl de Lancaste

EN TIEMPO DE LOS GLADIADORES

Por ALFRED ARMITAGE

Aventuras maravillosas de dos príncipes britanos en la época de los gladiadores

(Continuación)

PRECISAMENTE en el portón, del lado de fuera, el carro y los caballos estaban en la misma posición en que se habían parado al llegar, frente a las grandes puertas que quedaban del otro lado del patio que aun estaban abiertas y daban a una solitaria calle. El conductor ya debía haber cerrado las puertas y guardado el carro y los caballos pero en vez de cumplir esa misión se había dejado arrastrar por la curiosidad y se hallaba en aquel momento, con el látigo en la mano, a medio camino entre los dos esclavos y la ancha puerta.

A los cuidadores de la caballeriza no se les veía por parte alguna. Marcos Galerio había procurado, sin duda, que su pérfida e infame acción tuviese el menor número posible de testigos.

Harl adoptó en seguida, mentalmente, una decisión. Consideró que se le presentaba una ocasión de huír y aún cuando se tratara de algo enteramente desesperado, resolvió arriesgarse a realizarlo. No pensó mucho en el peligro que iba a correr pues se hallaba fuera de sí en realidad y prefería morir a ser indignamente azotado para satisfacer la venganza de Galerio.

La causa principal de su determinación era que le habían desatado las piernas y además sentía que la soga que le sujetaba las muñecas estaba floja relativamente y mediante un tirón podía libertar las manos. No se detuvo a calcular las dificultades que presentaría la realización de su plan. No pensó en todos los tropiezos con que tendría que encontrarse en aquella gran capital; no pensaba más que en escapar al ignominioso castigo que le esperaba en el oscuro subterráneo.

Sólo transcurrieron unos segundos desde el momento en que Harl concibió su plan y lo puso en ejecución. Galerio estaba de espaldas a los esclavos y el escriba que se alejaba con la lámpara apagada estaba a una docena de pasos de distancia. La oportunidad era tal que mejor no hubiera podido esperarla.

El joven britano respiró con fuerza, llenándose bien los pulmones y después dió un poderoso tirón a la soga con ambos brazos. ¡La soga se rompió y los brazos le quedaron libres! Mediante un movimiento rápido como el rayo, se deslizó detrás de uno de los esclavos y le dió tan poderoso empujón que le envió a dar contra su dueño. El nubio y Galerio cayeron de cabeza por el hueco que daba al subterráneo y rodaron por los húmedos escalones hasta el fondo de donde sus voces llegaron en seguida ahogadas y como lejanas.

Casi antes de que el segundo esclavo pudiera darse cuenta de lo que había sucedido Harl se arrojó contra él como un tigre.

El negro rodó por el suelo tras una brevísima pelea golpeando con la parte de atrás de la cabeza en el piso de piedra y perdiendo el conocimiento. Un grueso garrote que el negro tenía a la cintura rodó por el suelo.

Harl recogió el garrote y se puso de pie en seguida. Una rápida mirada le hizo comprender que tenía que pelear todavía con un enemigo de importancia. Turpino, el escriba, temblaba con una lámpara en cada mano y gritaba pidiendo socorro, mientras el conductor del carro le cerraba el paso hacia la puerta, es decir hacia la libertad. Era un hombre corpulento y estaba armado de su largo látigo; su actitud era amenazadora.

Harl no se detuvo ni un solo segundo. Blandiendo el garrote corrió lanzando un grito de locura. Sintió que el látigo le golpeaba cruelmente la espalda pero al mismo tiempo golpeó con el garrote en el lado de la cabeza del conductor que rodó sin sentido.

Saltó el joven britano por encima de aquel cuerpo y mientras se alejaba corriendo hacia la puerta oyó los gritos desesperados de Marcos Galerio que se mezclaban a los chillidos del escriba. Del interior de la casa llegaban gritos y se oía que acudía gente.

Un segundo después el temerario joven britano estaba en el carro. En el momento en que tomó las riendas vió que brillaban luces en la casa y que ocho o diez hombres salían de las caballerizas.

—¡Deténganlo! ¡Deténganlo! — gritó Marcos Galerio — ¡Mátenlo! ¡Quinientos sextercios de prima al que me lo traiga vivo o muerto!

—¡Me traerán muerto, pero no vivo! — murmuró Harl agitando el látigo que había recogido del suelo antes de saltar al carro y castigando con todas sus fuerzas a los caballos.

Los cuatro caballos, enloquecidos bajo el castigo, patalearon, se encabritaron pero dominados al punto, emprendieron loca carrera cruzando el patio.

Corrieron varios con el propósito de cortarle el paso al carro pero les hubiera sido más fácil detener a un huracán. Dos de los infelices esclavos fueron pisoteados por los caballos y una rueda pasó por encima de un tercero.

Con el látigo en una mano y las riendas en la otra, Harl gritó desafiando a sus enemigos. Guió con suma habilidad a los briosos caballos y el carro pasó por el abierto portón y se alejó por la oscura calle.

En aquellos momentos de loca excitación, Harl no sabía, — ni le importaba, — a donde iba. Los caballos corrían por el pavimento de losas de granito y las escasas personas que se hallaban a la puerta de sus casas, miraban con asombro y extrañeza aquel rápido carro y su audaz conductor.

Harl no conocía aquella parte de la ciudad y tan pronto como su excitación se hubo calmado un poco empezó a preguntarse qué era lo primero que le convenía hacer. Pero antes de que pudiera decidirse miró casualmente en redor y se sobresaltó al ver que un grupo de jinetes galopaba en su persecución. Evidentemente se trataba de Marcos Galerio y de sus esclavos.

El peligro era inminente y las calles mostraban cada vez más señales de animación. Harl decidió que lo que más le convenía era confiar en la rapidez de su carro. Corrió furiosamente volviendo una y otra esquina procurando que los perseguidores le perdieran de vista.

Lo que esperaba poder hacer el fugitivo príncipe era escapar a las colinas después de haber salido por una de las puertas de la ciudad, pero hasta aquel momento no había podido orientarse. Notó con alarma que se aproximaba a una parte más animada de la ciudad y se consideró perdido cuando al volver una esquina se encontró en un callejón sin salida de cuyo fondo sólo le separaban unas cien yardas. Lo peor era que la avenida que a ese callejón conducía no continuaba más.

Sin embargo el joven britano no iba a someterse mansamente a que le capturaran. Dirigiendo una mirada a sus enemigos que se acercaban levantó el látigo furiosamente y dirigió los caballos al centro de la calle.

En cuanto miró se dió cuenta de que aquella era la Vía Flaminiana y comprendió que aun no podía ser mucho más tarde de medianoche. Grupos de gente que se divertía iban de un lado a otro y las puertas de las tabernas y de otros sitios de disipación, aun estaban abiertos.

El furioso avance de un carro tan lujoso con unos caballos tan buenos, atrajo la atención de todos inmediatamente, y cuando los montados perseguidores aparecieron volviendo la esquina la situación fué comprendida por todos con facilidad.

La excitación extendióse rápidamente y la multitud comenzó a reunirse aglomerándose de tal modo que Harl comprendió que no podría continuar su fuga por mucho tiempo más. Un sitio por donde escapar se le presentó en el momento que vió la entrada de una calle transversal a corta distancia de él. Mediante un desesperado tirón de riendas, dirigió hacia allí a los caballos. Una muchedumbre gritona se había reunido ya en aquel sitio con la idea de detener al fugitivo, pero todos retrocedieron asustados cuando Harl les amenazó y luego golpeó con su látigo.

El carro volvió la esquina sin mayor tropiezo y corrió por la oscura calle, flanqueada por silenciosas casas. Unas luces que brillaban delante indicaron a Harl que por allí pasaba otra calle importante. Harl consideró que aquel era el momento propicio para darles esquinazo a sus enemigos.

Esperó a que los caballos llegaran a la parte más oscura de la calle y entonces, recurriendo a un truc que Prasago le había enseñado y que recordaba muy bien, saltó del carro que corría veloz sin sufrir daño alguno. Detrás de Harl oíanse entre la oscuridad de la noche el ruido de los cascos de los caballos que corrían y el de la gente que avanzaba gritando desaforadamente.

Protegido por la oscuridad, Harl volvió hacia la izquierda y saltando un parapeto de

poca altura, se metió en un jardín. Sin esperar a enterarse de si su estratagema había tenido o no buen resultado, se alejó corriendo todo lo más rápidamente que le fué posible.

El jardín resultó ser muy extenso y cuando el joven llegó al otro extremo casi no se oía ruido alguno. Escaló con toda facilidad una tapia de siete pies de altura y pasó a una oscura calle que parecía hallarse desierta. Descansó durante unos breves momentos y luego volvió a correr, convencido de que en aquel instante debían haber alcanzado al carro vacío y con seguridad estaban sus perseguidores buscando su pista.

Corrió hacia la más cercana calle transversal y acababa de volver la esquina cuando le sobresaltó ver luces de antorchas a alguna distancia delante de él y oír gritos y chocar de armas. De todas partes parecían surgir hombres de la oscuridad y el joven dedujo de todo aquello que estaba irremisiblemente atrapado.

Pero la gente que corría no se fijaba en él y se dió cuenta de que todos se dirigían al sitio del tumulto. Era suficientemente astuto para darse cuenta de que en medio de una muchedumbre estaría más seguro que en cualquier otra parte, así que corrió también como sus desconocidos compañeros.

Un resplandor que vió delante de él le enteró de que allí cruzaba otra importante avenida y Harl consideró que había llegado el momento de dar esquinazo a sus enemigos.

Durante media milla Harl siguió su camino tan en línea recta como le fué posible, pues con frecuencia tenía que retirarse de uno a otro lado de la calle para dejar paso a algunos retardados transeuntes. Había vuelto a desorientarse.

Su única esperanza de libertad estaba en poder llegar a los suburbios de la ciudad antes de que amaneciera.

De repente oyó un tumulto delante de él y al mismo tiempo oyó un grito a sus espaldas. Detúvose un instante para escuchar y el ruido de voces le convenció de que sus enemigos se hallaban una vez más en su busca.

Resultó que todos se dirigían a la intersección de dos anchas calles y allí Harl presenció una emocionante escena, cuyo significado no pudo comprender. Varios centenares de hombres vociferaban en redor de unos diez o doce que furiosos blandían pesados garrotes. Por el aire cruzaban piedras y maderas.

—¿Qué significa todo este alboroto? — preguntó a un joven romano exquisitamente vestido que miraba aquello con evidente satisfacción.

—Fueron esos lictores los que comenzaron, — contestó, — hace una hora cuando detuvieron a varios cristianos por orden del

emperador. Venían hacia acá con sus presos cuando un grupo de divertidos borrachos los molestaron sólo por pasar el rato. Los lictores mataron a uno de los del grupo y sus compañeros encontraron al populacho enteramente dispuesto a ayudarles en su venganza.

Harl no se aventuró a preguntar nada más. Se dirigió hacia un lado, entre la multitud, hacia donde se veía la estatua de Julio César y en el momento que llegaba al alto plinto del monumento, sintió que una mano le tocaba el codo.

EN LOS JARDINES DE NERON

El contacto fué tan suave y tímido que Harl no se sintió alarmado. Miró, esperando ver a algún mendigo, pero vió en cambio a una esbelta muchacha uno o dos años más joven que él. Su rostro inocente era hermoso y emocionaba ver la expresión de pena de sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Querría usted sacarme de aquí? — suplicó la joven, tendiendo hacia Harl sus manos temblorosas. — Usted tiene aspecto de ser bueno y fuerte y estoy segura de que puedo confiar en usted. ¡Por favor, ayúdeme a encontrar a mi padre!

—¿Formaba usted parte del grupo de cristianos? — preguntó Harl, dándose cuenta de la situación.

—Sí, soy cristiana, — admitió la joven sin temor alguno, — y si usted no me ayuda a escapar me llevarán a la cárcel y luego al circo a servir de alimento a las bestias feroces después de haber sido destrozada por ellas. Pero tal vez es usted de los que odian a mi gente y quieren que se nos persiga.

Al decir esto, la joven se retiró un paso.

—Nada sé respecto a los cristianos, — dijo Harl, — pero me hallo en una situación tal que mi único deseo es salir de Roma, transponer sus murallas.

—¿Quiere usted huir?

—Sí, y si usted lo desea,—manifestó Harl — procuraremos escaparnos juntos. ¡Venga usted! Ahora es la ocasión!

Precisamente en aquel momento sucedió algo que dió a los dos jóvenes fugitivos una ocasión aun mejor, para desaparecer sin que los vieran. Se oyó gritar que llegaban los soldados e instantáneamente la multitud se esparció asustada y en confusión.

Harl tomó de la mano a la joven y los dos corrieron junto con la multitud, oyendo detrás de ellos muchos gritos de terror y los sonoros y rápidos pasos de una legión que se acercaba. Se metieron en una oscura calle lateral, pasaron luego a otra y al cabo de unos momentos se encontraron enteramente solos.

Los dos estaban muy cansados y por eso se aventuraron a descansar, sentándose en las gradas de mármol del pórtico de un templo. Allí la joven, en pocas palabras, le contó su triste historia al joven britano. Su nombre era Lucrecia, dijo ella, y era hija de Numa Ponto, un platero que vivía cerca del Foro.

Temiendo ser perseguidos, el padre y la hija habían resuelto abandonar la ciudad, junto con algunas personas de su amistad aquella misma noche. Pero alguien les había traicionado y fueron detenidos en la puerta de la ciudad por una banda de lictores del emperador que habían creído que iban a encontrarse con un grupo menos numeroso. Los cristianos se resistieron. Numa Ponto fué de los que consiguieron huir. Lucrecia fué una de los cuatro a quienes prendieron y cuando los lictores los conducían a la prisión fueron causantes, inocentes e indirectos de todo el tumulto que se había producido. Durante el tumulto, Lucrecia había encontrado la ocasión de escapar.

—Ha sufrido usted una gran desgracia, — dijo Harl, — y lo lamento por usted. Sin embargo, aun es posible que todo se arregle. Por el momento estamos en seguridad y en cuanto hayamos podido salir de la ciudad, buscaremos a su padre.

—En estos momentos todas las puertas deben estar vigiladas y no es posible pasar por encima de las murallas.

—¡Algún medio debe haber! — exclamó Harl. — Si pudiéramos llegar hasta el Tiber y encontrar un bote...

—No, — le interrumpió Lucrecia. — Creo que tengo un plan mejor. Iremos a la casa de unos buenos amigos míos y allí nos guareceremos hasta que se nos presente ocasión de poder salir de la ciudad.

—¡A mí no me cobijarán! — dijo Harl. — Tiene pena de muerte el que da abrigo a un esclavo fugitivo.

—¡El deber de un cristiano es precisamente proteger al esclavo que huye! — replicó la joven.

Harl dudaba todavía; pero antes de que pudiera contestar, un ruido alarmante llegó a sus oídos y el joven britano se volvió rápidamente. Vió que una oscura silueta se deslizaba, saliendo de detrás de una de las columnas situadas al extremo del pórtico del templo. Dió Harl dos saltos y estuvo junto al intruso, aquien tomó por el cinturón. Lo miró de cerca y se sobresaltó al reconocer a Turpino, el pequeño escriba de Galerio.

La sorpresa hizo que Harl se descuidara un instante y Turpino la aprovechó para desprenderse y echar a correr como un gamo gritando al mismo tiempo. Harl le siguió una corta distancia y volvió luego donde estaba Lucrecia, que temblaba de miedo.

—¡Estamos en gravísimo peligro y debemos irnos de aquí en seguida!. — exclamó él. — Ese canalla me conoce y debió estar escondido aquí mientras hablábamos. Debe haberlo oído todo.

—Venga usted entonces, — dijo Lucrecia. — Por este lado.

Guió a Harl por una esquina del templo y los dos corrieron durante cinco minutos, por una calle oscura y desierta. Oyeron entonces alarmantes gritos de los perseguidores, el ruído de las pisadas...

—¡Van a alcanzarnos! — murmuró Harl. — ¿Estamos cerca del sitio donde ocultarnos, de que usted habló?

—No; aun queda bastante lejos.

—¿No hay por aquí cerca ningún sitio donde esconderse que usted conozca?

—¡Sí! ¡Los jardines Esquilianos! — dijo Lucrecia.

Fué aquella una buena idea. En el momen-

Se estremeció al ver que por el camino de grava llegaba un hombre al que reconoció enseguida. Era Nerón el implacable emperador.

to en que la muchacha hablaba presentábase ante ellos un alto arco que se abría en una pared de piedra y vieron, por entre la reja del portón, una perspectiva de arboleda. Para un hombre de las fuerzas y de la energía de Harl, el pasar por encima de aquello no presentaba dificultad mayor.

Subió por la hoja del portón y levantó luego a Lucrecia, descendiéndola del otro lado. Después saltó él junto a ella y los dos corrieron rápidamente a ocultarse entre las densas sombras. Aquellos jardines ocupaban parte de la Colina Esquiliana y se unían además, a los espléndidos jardines que tenía Nerón en la Colina Palatina, detalle que no recordaron los fugitivos.

Su propósito era cruzar el jardín y salir a otra parte de la ciudad y como Harl conocía bastante aquellos jardines por haberlos visitado varias veces con Rufo Métulo, guió a Lucrecia por la base de la colina y por muchos y tortuosos obscuros pasadizos.

De improviso oyeron ruido de pasos detrás de un grupo d arbustos, a su derecha. Indicando a Lucrecia que permaneciera inmóvil, Harl se deslizó por entre las plantas, arrastrándose por el suelo.

Desde el ventajoso punto de observación adonde pudo llegar, presenció un extraño cuadro. A una docena de pies delante de él veíase un estanque ovalado, de mármol blanco y en el camino de grava de junto al estanque, con los brazos a la espalda, estaba de pie un hombre de mediana edad, vestido de blanco y púrpura. Aun cuando corpulento no parecía atlético y la luz de la luna al darle en el rostro permitió ver que lo tenía pálido y flácido, siendo muy cruel la expresión de su mirada.

Dos veces antes había visto Harl a aquel hombre, y lo reconoció inmediatamente.

—¡Es Nerón! — murmuró, temblando al pensar la poca distancia que les separaba.

Sí, era en realidad el terrible emperador Nerón, el incansable perseguidor de los cristianos, el que era a la vez que un vil tirano, poeta, filósofo y músico. Sin duda acababa de asistir a alguna fiesta o banquete y había salido al jardín con el objeto de procurar que se disiparan los vapores de sus abundantes libaciones. Sus cortesanos debían hallarse cerca.

Nerón, separándose del estanque, se dirigió hacia el extremo del camino de grava y Harl consideró que había llegado el momento de regresar al sitio donde había dejado a Lucrecia. Pero en el mismo momento en que había empezado a retroceder, le sobresaltó el ver que un hombre, andando a gatas, salía de detrás de unos arbustos y se dirigía al punto más cercano de la fuente. De pronto se acurrucó y se vió brillar una espada en su mano.

Nerón tenía que pasar por aquel sitio unos pocos segundos después. Ya había llegado al extremo del camino y regresaba con las manos a la espalda. De repente Harl, lo comprendió todo. El hombre acurrucado cerca del estanque era un asesino y el emperador había de ser su víctima.

El joven no disponía de tiempo para reflexionar y sin pensarlo ni un segundo se pu-

so de pie. Llegó Nerón al estanque y el que le esperaba acurrucado saltó como impulsado por un resorte con la espada pronta para dar el golpe fatal.

Harl corrió rápida y silenciosamente y cayó sobre la espalda del asesino en el preciso momento en que era necesario para evitar que cometiera su crimen. Los dos rodaron juntos por el suelo y la espada fué a caer entre los arbustos.

Nerón saltó hacia un lado temblando violentamente y lanzó luego un ahogado grito de alarma. Un instante después una docena de pesadamente armados soldados y esclavos acudieron a aquel sitio. Se arrojaron sobre los que peleaban y les separaron bruscamente. Estaban a punto de matar a los dos, cuando intervino el emperador.

—Este valeroso joven me ha salvado la vida — dijo indicando a Harl. — El otro intentó asesinarme. Enciérrenle en sitio seguro y mañana será entregado a los más hambrientos leones. ¿Le conoce alguno de ustedes?

—Es el canalla cuyo hijo fué aplastado esta mañana por una rueda del carro del emperador, — contestó uno de los soldados. — En el momento del suceso profirió amenazas pero logró escapar antes que se le prendiera.

—¿Por qué querías atentar contra mi vida, perro — preguntó Nerón mirando fijamente al preso que era joven y estaba pobremente vestido. Sus facciones expresaban pena y furor a la vez.

—¡Por venganza! — fué la altiva respuesta del preso. — ¡Y para librar a Roma de un tirano feroz e implacable.

Nerón se rió sarcásticamente y después se volvió hacia Harl al que miró detenidamente durante un momento.

—¡Ah! ¡Es britano! — dijo en voz baja. — ¡Y muy hermoso y fuerte, por cierto! ¿Cómo es que se encuentra usted aquí?

Harl estaba ya arrepentido de lo que había hecho pero pensó en Lucrecia y reprimió las candentes palabras que acudían a sus labios. Mientras pensaba rápidamente qué era lo que le convenía decir para obtener su libertad y acudir en socorro de la muchacha, un agudo grito resonó muy cerca y le siguió un tumulto de voces y el ruido de muchas y rápidas pisadas.

El emperador y sus guardias se quedaron atónitos y el tumulto se aproximó rápidamente. Por entre las plantas, apareció Marcos Galerio acompañado por cuatro esclavos negros y por el escriba Turpino. Media docena de soldados y lictores aparecieron tras ellos sujetando en sus brazos a Lucrecia que se había desmayado.

FRENTE AL EMPERADOR

Aquello fué una sorpresa para los dos grupos. El emperador frunció el ceño y golpeó al suelo con el pie mientras sus guardias aprestaban las armas. Galerio y los de su grupo se sintieron consternados al darse cuenta de la situación a que les había hecho llegar su persecución de los fugitivos.

Para Harl aquello constituía lo peor que podía haberle sucedido y por eso se esfumó su última esperanza. Hizo un rápido movimiento con el propósito de escurrirse y huir pero dos guardias le sujetaron enérgicamente. Se sometió sin ofrecer resistencia y hasta sonrió tristemente al ver el rostro de Galerio cubierto de lastimaduras, consecuencia de su caída por la escalera que conducía a la prisión subterránea.

—¿Qué significa esta irrupción — gritó con fuerte voz y muy enojado Nerón. — ¿Es posible que mis jardines se transformen en cazadero público? ¿Se ha de burlar de mí toda la canalla holgazana de Roma? ¡Por Júpiter! ¡Voy a dar una buena lección de urbanidad y cortesía! En el palacio Imperial hay varios hambrientos leones que comerán hasta hartarse antes de que brille la luz de nuevo día.

Llamó con un movimiento de cabeza a sus guardias. Detuviéronse, sin embargo, cuando Galerio lanzó un grito de advertencia y levantó una mano.

—¡Ah! ¡Si es mi adinerado servidor y magistrado! — exclamó Nerón reconociendo recién entonces al maltrecho personaje. — ¿Cómo es que se halla usted aquí, Marcos Galerio?

—¡Nobilísimo César! Imploro perdón por haberme presentado así ante usted, — dijo Galerio, — pero supongo que encontrará suficiente la excusa que presentaré. Hice que mis sirvientes corrieran en persecución de esta joven cristiana y de ese perro esclavos, — designó a Harl, — que había producido grandes alborotos en la ciudad y cometido acciones que merecen doce veces la muerte.

—Pero hace un momento me ha salvado la vida, — dijo Nerón con gesto de desagrado. — Yo sé premiar lo mismo que sé castigar. Déjelo todo por mi cuenta, Marcos Galerio y llévese a su cautiva cristiana, que debo ofrecer diversión a los leones.

¿Quién es esta joven?

—Es la hija de Numa Ponto, el platero, — contestó Galerio con voz temblorosa de furor y sintiéndose además en situación desairado.

—¡Ah! ¿Y los demás cristianos que debían ser capturados esta noche? ¿Se encuentran ya bajo buena custodia?

—Sólo cuatro contando esta joven, — contestó uno de los lictores, — los otros corrieron tan desesperadamente que lograron escapar.

Y relató rápida y brevemente al emperador todo lo que había sucedido aquella noche.

El rostro de Nerón se puso rojo de furor y el emperador lanzó amenazas contra los cristianos y contra los lictores.

—¡Nobilísimo César! Fué este esclavo el que arrebató esa joven de manos de los lictores, huyendo con ella, — dijo Marcos Galerio, — y por eso nada más merece la muerte.

—¡Pero ya he dicho que este joven me ha

salvado la vida! — rugió Nerón tan furiosamente, que Galerio retrocedió aterrado. — ¿Qué más ha hecho? Usted se refirió a una larga serie de delitos.

Marcos Galerio, haciendo un esfuerzo y con tono vindicativo, contó lo pasado en casa del general Julio Métulo y todo lo sucedido después.

Un extraño gesto que hizo Nerón decidió a Harl a pedirle permiso para hablar.

—Lo que este magistrado ha dicho es verdad, gran emperador, — dijo el joven — y no lo negaré. Sin embargo, ha omitido un detalle. El general Julio Métulo me vendió con la condición de que yo no sería castigado, y mi nuevo amo faltó a esa palabra en cuanto llegué a su casa. Tenía preparados garrotes para apalearme y una celda subterránea para meterme en ella. Por eso escapé lo mejor que pude.

—¿Es eso verdad, mi poderoso magistrado y amigo? — preguntó el emperador. — Si es necesario se citará al general Julio Métulo para que declare si las afirmaciones de este joven son exactas en lo que se refiere a la palabra dada por usted.

Galerio bajó la cabeza y se puso intensamente pálido.

—¡Veo que no se atreve usted a negarlo! — exclamó Nerón. — En verdad ha sido usted pagado en su misma moneda, Galerio, y procedió como un perfecto canalla. Sin embargo, teniendo en cuenta el servicio que me ha prestado en la persecución de los cristianos, le perdono.

Se volvió a Harl, frunciendo el ceño.

—¿Comprende usted la enormidad de sus delitos, britano? — gritó. — ¿Se atrevera a negar que golpeó a los hijos de un general y de un senador de Roma, además de emparar de vino a un magistrado? ¿No niega que maltrató a sus esclavos, que se apoderó de su carro y de sus caballos y alarmó a la ciudad corriendo desenfrenado por sus calles? ¡Cien muertes no serían suficiente castigo para todo eso!

Galerio sonrió con satisfacción y Harl, aún cuando interiormente indignado, inclinó la cabeza afirmativamente.

—¡No puedo morir más que ua vez. — dijo en voz baja — y la muerte no me asusta!

FRENTE A NERON

—Me parece que el haberme salvado la vida pone en el fiel la balanza, — dijo Nerón que dejando su expresión ceñuda miró a Harl con no disimulada admiración. — ¡Por las sombras de los Césares! ¡Estos britanos son gente de sangre cálida, por lo visto!"

Entonces, — provocando la admiración y la extrañeza de todos los circunstantes, — el emperador se puso ambas manos en las caderas y se rió a carcajadas como el más frívolo chico de la escuela. Su alegría fué sonora y aguda; las abultadas y flácidas mejillas se hincharon en forma asombrosa. Riéndose se acercó a Marcos Galerio y le amenazó severamente con un dedo.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Mi orgulloso y arrogante magistrado! — exclamó. — ¡De buen grado hubiese pagado diez mil sextercios por haberme encontrado en casa de Julio Métulo durante el alboroto y haberle visto a usted cubierto de vino y balloteando como un bufón enloquecido! ¡Hubiera pagado con placer no ya diez sino veinte mil sextercios por haberle visto rodar ignominiosamente por la húmeda escalera de su presidio subterráneo! ¡Avíseme cuando se ha de celebrar la próxima representación, porque haré todo lo posible por lograr que me inviten!

Otro estallido de loca alegría cortó la palabra del emperador y le dobló por la cintura. Se rió hasta que la sofocación le puso el rostro de color de púrpura.

No hay palabras capaces de describir el aspecto de Marcos Galerio durante aquella escena. La indignidad que significaba el verse puesto en ridículo de aquel modo y en público, era algo que nunca había sufrido antes por cierto. Estaba de pie, inmóvil, mordiéndose los labios, retorciendo los dedos, mirando a todos lados con los ojos muy abiertos y respirando de un modo que producía un fuerte ruido sibilante. Constituía la imagen exacta del furor contenido e impotente. No se atrevía a hablar y si sus miradas hubiesen podido matar de fijo tanto Nerón como Harl, se hubiesen desplomado allí mismo en vida.

Por último, un vaso de agua que le ofreció uno de sus guardias, devolvió al emperador su acostumbrada grave actitud. Quien le hubiese visto entonces, hubiera dicho que aquel hombre no era capaz de reír como había reído un momento antes.

—Voy a retirarme a descansar ahora mismo, — dijo casi entre dientes. — Demos por terminada la ridícula farsa. Marcos Galerio, — agregó, — Usted me perdonará mi alegría y yo, por mi parte, espero tener aún mejores noticias que antes de sus actividades en contra de los cristianos. Al joven britano, deseo tenerlo entre el personal de mi casa y la suma que usted pagó por él le será enviada a su casa mañana mismo.

A los lictores que tenían sujeta a Lucrecia, — la joven cristiana, — les dijo:

—Lleven a esa muchacha con todo cuidado a la prisión. Será juzgada dentro de uno o dos días.

No era posible replicar a una orden de César cuando la daba en el tono en que dió la referente a la infeliz Lucrecia.

Con el lastimado y machacado rostro casi negro de furia, Marcos Galerio se inclinó, se volvió y se alejó con inseguro paso,—estaba maltrecho y dolorido, — siguiéndolo Turpino y sus esclavos.

Los lictores y los soldados que con ellos habían llegado, se retiraron también.

Una mirada que dirigió Harl al pálido rostro de Lucrecia, que tenía cerrados los ojos, le llenó el corazón de pena y de conmiseración.

—Si me he ganado tu gratitud, ¡oh gran emperador! — exclamó. — concédeme lo que te pida y quedará cancelada la deuda.

—¿Qué quieres? — preguntó Nerón rápidamente, desconfiado y frunciendo el ceño.

—¡Deja en libertad a esa pobre joven cristiana y permíteme que sea yo arrojado a los leones en su lugar!

Nerón dió con el pie en el suelo, con rápido enojo.

—¡No vuelvas a hablarme de eso jamás o te enviaré de nuevo a casa del implacable Galerio mientras la cristiana muere entre las más terribles torturas!

El emperador se alejó furioso de junto al estanque, después de indicar a sus guardias que le siguieran con los dos prisioneros.

Hallábase Harl tan aturdido á consecuencia de las estremecedoras y numerosas aventuras en que se había visto envuelto durante las últimas veinticuatro horas, que no se fijó en nada de lo que le rodeaba, durante aquel trayecto.

Casi no se dió cuenta de la grandiosidad del palacio imperial y se hallaba todavía como envuelto en los velos de un ensueño cuando los guardias le hicieron entrar a empujones en una espaciosa celda, cerrando de golpe la puerta tras él. Desde el amanecer de aquel día había tenido tres distintos amos.

COMO RESCATO HARL A LUCRECIA

Una semana después de haberse producido los hechos narrados en el capítulo precedente cerca de ciento cincuenta mil habitantes de Roma se hallaban congregados en el enorme coliseo llamado Circo Máximo.

Los rayos del sol de aquella templada tarde del mes de Octubre eran tan suaves y tan agradables que los acostumbrados toldos no habían sido extendidos sobre el circo y el vasto anfiteatro estaba abierto al cielo azul y sin nubes.

El Circo Máximo presentaba un aspecto inolvidable. Era un edificio ovalado de más de dos mil pies de largo y unos seiscientos de ancho. A ambos lados y en la parte semicircular del fondo, había asientos de piedra formando escalera y con capacidad para más personas aún que las que en aquel momento estaban allí.

Al otro lado estaban los establos, cubiertos y provistos de puertas por las cuales los carros, las bestias feroces y los gladiadores salían a la arena. Precisamente sobre los establos quedaba una galería de piedra reservada para la corte. Allí, en aquel vasto palco se había sentado el famoso Julio César, cien años antes de la época de Nerón.

Aquella tarde el palco de la corte estaba engalanado con tapices rojos y púrpura en honor del emperador Nerón, cuya llegada se esperaba con impaciencia, pues debía dar la señal para el comienzo de la fiesta.

El Circo Máximo tenía cuatro entradas principales y en el centro de la pista, que estaba cubierta de arena blanca y dura, veíase un ancho muro de piedra en torno del cual corrían los carros. Ese muro estaba adornado con numerosas estatuas y con un pequeño templo.

De pronto la vasta concurrencia de gente vestida de brillantes colores y flotantes y vistosas telas, prorrumpió en sonoros gritos, batiendo palmas ruidosamente.

Tanto tiempo llevaba esperando la concurrencia que más de un gruñido de descontento se oyó entre los gritos y aplausos de entusiasmo. Pero por fin. Nerón se presentó en su palco, por una puerta que quedaba al fondo del mismo y su aparición fué la señal para un estallido de estupendo entusiasmo que él agradeció con una sonrisa altanera y orgullosa.

Al emperador acompañaba siempre su guardia personal y sus esclavos entre los cuales había etiópicos, galos, germanos y de otras nacionalidades. A su lado se hallaba de pie un joven alto y atlético de cabello rubio y ojos azules. Era Harl, el príncipe britano, esclavo de Nerón.

Le reconoció más de uno de los que ocupaban los asientos de piedra del anfiteatro; pero él no alcanzó a ver los malignos rostros de Marcos Galerio de Quinto Sulla, el elegante amigo de Rufo Métulo, — y de Terpino, el servicial escribe.

El joven britano tenía el corazón lleno de amargura. Le inspiraba desprecio y repugnancia el brillante espectáculo del concurrido circo y la terrible y sanguinaria matanza que sabía que iba a realizarse allí. Pero el hecho de que hubiese sido llevado al palco del emperador con un propósito premeditado, — propósito que constituía una infame y refinada crueldad, — no había podido pasar por la imaginación del joven britano.

Ni uno solo de todos los miles de esclavos que había en Roma, dejaba de envidiar la extraña suerte que había favorecido a Harl. Porque, por extraño que parezca, al voluble y cruel Nerón le había sido muy simpático el joven britano y no había tenido reparo en dejar que toda la corte fuera testigo de los efectos de esa simpatía. Tal vez se trataba de un pasajero capricho y con seguridad obedecía a fines egoístas porque Nerón no era capaz de sentir aún el menor destello de agradecimiento.

De todos modos lo cierto era que durante la pasada semana Harl había sido atendido con el mayor cuidado. Se le habían servido en las comidas los platos más exquisitos, y había dormido en la antecámara del dormitorio del emperador y le había acompañado en sus paseos en carro y a pie, a los banquetes y a las reuniones donde trataron asuntos de estado. Allí en el palco, Harl se encontraba en su puesto de servicio como un triste y angustiado esclavo, vestido con telas bordadas en oro y obligado a sonreír fingiendo un contento que no sentía.

Un momento después de haber entrado

Nerón y cuando éste se había sentado ya en su sillón, los aplausos cesaron y se oyó detonar un fuerte largo toque de trompetas y platillos. Casi inmediatamente una banda de gladiadores — unos doscientos en total, — salió por una de las puertas que daban al circo entrando en la arena. Entre los gritos de emoción de los concurrentes formaron dos filas a alguna distancia una de otra y en seguida avanzaron, atacándose.

El combate fué breve pero estremecedor. Hasta el mismo Hari miró con atención sintiéndose indignado, vibrando de contenido enojo ante tanto salvajismo. Cuando cesó el ruido del entrechocar de las armas se vieron huecos, aquí y allá en las filas de gladiadores. Cuando los combatientes, obedeciendo a una señal, cesaron de pelear y retrocedieron, la arena estaba cubierta de grandes manchas de sangre y de gladiadores muertos.

Sería largo y cansador describir los detalles de las escenas que rápidamente se sucedieron. Cuando numerosos grupos de esclavos hubieron arrastrado fuera de la arena a los muertos, diez pares de gladiadores de primera categoría combatieron a muerte. Los victoriosos se retiraron de la arena entre aclamaciones indescriptibles de la enloquecida concurrencia.

Luego un enorme rinoceronte y un tigre hambriento revolvieron la arena del circo peleando furiosamente. El rinoceronte volvió a su encierro dejando hecho trizas, en medio de la arena, al valiente rey de los juncales de Libia.

Se realizaron a continuación las carreras de carros. El público cambió apuestas con toda libertad. Los concurrentes apostaban dinero y si no lo tenían, cualquier objeto de algún valor que poseyeran, desde un brazalete de oro a una casa de campo situada en las colinas que rodean a Roma. El público gritaba delirante de entusiasmo cada vez que un carro se desviaba, golpeaba contra otro, se volcaban ambos y los conductores quedaban muertos bajo las patas de los caballos.

La pista del circo fué limpiada nuevamente por los esclavos y los miles y miles de concurrentes callaron, como los ciudadanos de Rosis, enterado de lo que iba a suceder así que semejante repentino silencio le dejó intrigado y perplejo. Aumentó su perplejidad cuando miró a Nerón y vió en su rostro una sonrisa cruel, anunciadora de algo terrible.

Poco tardó en explicarse el por qué del silencio del público. Al sonar una sola trompeta dos esclavos salieron por una de las puertas que daban a la arena, trayendo con ellos a una esbelta jovencita y a un anciano de blanca cabellera. Dejaron a los dos en medio de la arena, a unos trescientos pies delante del palco del emperador, y se retiraron apresuradamente.

Toda la concurrencia gritaba delirante de entusiasmo cada vez que un carro se desviaba, golpeaba con otro, se volcaban y morían los conductores entre las patas de los caballos.

Con tanta insistencia pidió el público que Harl fuese perdonado y premiado que Nerón se vió en la necesidad de preguntarle: "¿Qué quieres aún cuando sea tu libertad?"

En el momento en que la multitud lanzaba un aullido estremecedor, Harl reconoció a Lucrecia. Se dió cuenta entonces por qué le habían llevado al palco del circo y la razón por la cual el emperador le había favorecido con tan intencionada y picaresca sonrisa poco antes. Rechinó furioso los dientes al darse cuenta de su impotencia y del cobarde plan tramado por el infame Nerón. Sintió el corazón estrujado de pena ante la triste situación de la condenada joven.

Era horrible la condena que había de sufrir la infeliz muchacha, pues se abrió una de las puertas de los establos que quedaban debajo del extenso palco del emperador y salió al circo un enorme león de Numidia de hirsuta melena y pesadas garras, al que le brillaban dos filas de dientes blancos entre los rojos belfos. Hacía dos días que aquel león no comía, así que rugió hambriento cuando se acurrucó en la arena de la pista mirando fijamente a sus víctimas que retrocedían aterrorizadas.

Cuando se presentó la fiera, el público reanudó sus aplausos, gritaba con desenfrenado furor. Tan imponente fué la gritería de los concurrentes que el león, impresionado alzó la cabeza y miró hacia el anfiteatro casi enteramente lleno de gente.

Nerón había hecho anunciar especialmente esa parte del programa de la fiesta, y eso había contribuído a que fuese muy grande el número de los concurrentes deseosos de verlo. El conocimiento de que algunos cau-

PUCKY

tivos cristianos más estaban reservados para una futura función del circo, hacía aun mayor el entusiasmo del populacho.

El compañero de Lucrecia era uno de los que habían sido capturados a las puertas de Roma por los lictores. Se situó entre la joven y el león. Al ver esto, Nerón hizo un ademán de enojo y frunció el ceño. Después dirigió una apresurada señal al pueblo.

Cesó inmediatamente el ruido, y el león, que sin duda se había sentido sobresaltado ante tanta gritería, dirigió la atención a sus víctimas y empezó a arrastrarse hacia ellas deteniéndose de vez en cuando y lanzando un furioso rugido cada vez que se paraba.

El anciano seguía arrogantemente erguido. Se vió que tenía en la mano una corta espada de madera, un arma que, por sangrienta burla, se entregaba a veces, para que se defendieran, a los cristianos condenados. Dijo a Lucrecia algunas palabras en voz baja y avanzó luego una docena de pies. Lucrecia se arrodilló con el rostro fijo en la celeste bóveda, levantadas ambas manos en actitud de súplica.

Se acercó el león rugiendo con frecuencia, volviéndose unas veces a la izquierda y otras a la derecha, y por último se acurrucó y encogió para saltar a unas cuatro o cinco yardas de su presunta víctima. Con la espada de madera en la mano esperó el valeroso anciano. Los que estaban en el palco imperial pudieron ver, que hablaba, por el movimiento de sus labios.

Se oyó un rugido, saltó inmediatamente el león, se vió en movimiento la espada de madera. El viejo cristiano estaba un momento después tendido boca arriba; así murió después de muy breve lucha. Fué aquello algo horrendo. Lucrecia lanzó un agudo grito, se tapó el rostro con ambas manos y luego se desplomó sobre la arena del circo.

Entre la infernal gritería del público entusiasmado, el león arrastró a la víctima hacia el lado izquierdo del circo. Vió entonces a la joven y con un repentino impulso de un furor más poderoso que el hambre que tenía, comenzó a arrastrarse hacia ella.

El populacho, emocionado, calló, observando lo que pasaba con palpitante atención.

Nerón, — lo mismo que los de su séquito, — tenía la vista fija en lo que pasaba en la arena, y ninguno de ellos dirigió una sola mirada al joven britano que estaba de pie en primera fila, en el palco imperial, con las piernas rígidas y una expresión de intenso horror en el rostro.

El cuadro que no lograba inspirar un impulso de conmiseración de parte del romano con más pretenciones de culto, resultaba algo insoportable para el joven bárbaro procedente de la no civilizada Britania. De repente, con un movimiento tan rápido como inesperado arrancó Harl del pecho de Nerón una daga con empuñadura cubierta de pedrerías, saltó por encima del parapeto del palco y se dejó caer atónito y aturdido en la arena.

Casi antes de que fuese notado lo que hacía, corría Harl cruzando la arena gritando con voz ronca, a cada paso que avanzaba. El pueblo se sintió tan sorprendido que guardó, sobrecogido, completo silencio. Todos los espectadores se inclinaron hacia adelante para ver mejor. Hasta el mismo Nerón parecía hallarse atónito y aturdido y guardaba silencio.

El león no hizo caso de los gritos de Harl. Se acurrucó y encogió a tres yardas de distancia de Lucrecia y en el preciso momento en que saltaba. Harl, de un salto se situó entre los dos.

Lanzando un terrorífico rugido la fiera se precipitó hacia el temerario joven y los dos rodaron juntos por el suelo. Se desarrolló una breve lucha entre nubes de arena y se oyó un clamor de gritos unidos a los rugidos del león. Después la herida fiera rodó hacia un lado.

¡Mediante un golpe realmente afortunado, la daga de Harl le había partido el corazón!

Harl se levantó del suelo, arañado sangrando y agitó la daga que con hérculea fuerza había clavado en el corazón de la fiera. Volvióse luego hacia Lucrecia y vió que la joven se había desmayado.

La concurrencia a la que no conmovían ni los sufrimientos ni el derramamiento de sangre, no podía retener su entusiasmo ante una hazaña heróica. Una ovación estruendosa de gritos y aplausos hizo retemblar el circo de piedra y los palmoteos continuaron hasta que Nerón, poniéndose de pie en su palco, levantó una mano.

Pero el pueblo no se calmó a pesar de eso y expresó su voluntad gritando a voz en cuello.

—¡Salve al esclavo! ¡Perdón para la cristiana! ¡Piedad para ambos!

HARL REALIZA UN NUEVO SACRIFICIO

Los escasos enemigos de Harl que se hallaban entre la concurrencia no pudieron lograr que variara la expontánea opinión del pueblo. A pesar de la actitud de Nerón, de pie en su palco, los aplausos y los gritos continuaron un momento más. Entonces alguien gritó que la joven estaba muerta y esta opinión creída por todos, se extendió rápidamente.

Ante eso las simpatías de todo el público se inclinaron hacia el joven y centenares de voces pidieron al emperador que concediera al esclavo lo que pidiese fuera lo que fuera. Más y más imperiosos fueron haciéndose los gritos del público y se comprendió que la muchedumbre estaba decidida a hacer que se cumpliera su voluntad.

Nerón, de pie, escuchaba, sin que pudiera leerse en su rostro cuáles eran sus íntimos sentimientos. Veíase ante una situación muy extraña. Desde los tiempos de los primeros césares, el populacho había, en raras y alejadas ocasiones, exigido la prerrogativa de que se hiciera su voluntad, respecto a alguna víctima presentada en la arena del Circo Máximo, ya hubiese despertado su simpatía o su odio y no había recuerdo de un solo

caso en el cual no se hubiese hecho la voluntad del pueblo.

Además Nerón no debía ignorar que era secretamente odiada por muchos de sus más influyentes súbditos y temía, probablemente, desatender un pedido que le era dirigido en forma tan clamorosa, e insistente por casi todos los patricios y adinerados ciudadanos de Roma.

El tumulto fué menguando poco a poco y Nerón seguía de pie en el palco mirando al público y a la arena, con expresión de intensa perplejidad. Harl aprovechó el momento en que hubo algo de silencio para saludar cortésmente dirigiéndose al palco Imperial y a los que estaban de aquel lado del circo.

El joven britano, debilitado por la pérdida de sangre, casi no podía tenerse en pie. Sin embargo, mediante un grandísimo esfuerzo, fué con paso firme hasta donde estaba Lucrecia y se arrodilló junto a ella. La joven presentaba todas las apariencias de hallarse sin vida.

Un murmullo de simpatía recorrió todo el público y Nerón sonrió satisfecho, como si acabara de encontrar el modo de salir de una situación verdaderamente dificultosa.

Un vibrante llamado del palco imperial hizo que Harl se levantara y se quedara orgullosamente de pie, esperando. Fué aquel para él un momento de grandísima espectativa, pues casi no se atrevía a creer que los clamores del pueblo pudieran influir en la voluntad del emperador.

—Es para mí una verdadera satisfacción el presenciar la realización de una hazaña heroica, — gritó Nerón, — y aún cuando este esclavo me ha desafiado abiertamente, estoy dispuesto a concederle el perdón que me piden mis súbditos. ¡Habla britano, y dí qué es lo que quieres, aún cuando sea tu libertad!

Harl oyó con toda claridad, y fué tal la alegría que inundó su corazón, que casi se tambaleó, aturdido. Durante unos momentos desapareció para él el público del circo y le pareció ver los verdes bosques de Britania, su aldea nativa y el amado rostro de la reina madre. No era tal ensueño nada imposible, pues el emperador acababa de decirle que podía pedir lo que quisiera aunque fuese su libertad, así que podría pedir que se le permitiera volver a la amada tierra donde había nacido.

Estaba ya por hablar cuando oyó pronunciar su nombre y volviéndose rápidamente vió que Lucrecia, con los ojos obiertos, le miraba con agradecimiento. La joven acababa de salir de su desmayo.

Harl se acercó a la joven, la miró un instante y volvió luego la cobeza En su corazón se libraba una terrible lucha. Nunca se había visto atraída de aquel modo su condición de bárbaro. Deseaba con toda su alma la libertad y el regreso a Britania. Sin embargo no podía desterrar de su mente la idea del destino que esperaba a la joven cristiana. Ella no representaba nada para él y Harl se preguntaba con enojo por qué razón un irresistible sentimiento de conmiseración dominaba su espíritu y evitaba que pronunciara las palabras que casi habían acudido ya a sus labios.

Vaciló aún, inclinándose unas veces en un sentido, otras en otro mientras el público impaciente y Nerón miraba con el ceño fruncido desde lo alto del palco imperial.

—Valiente joven, he oído las palabras del emperador, — dijo a su lado una temblorosa voz. — Le ha ofrecido lo que desea. No pida nada por mí. No temo morir. Sólo se trata de un breve dolor y nada más. ¡Hable pronto!

Harl miró hacia abajo cruzando su mirada con la de la joven y una ola de piedad a la que no le era posible resistir, terminó en aquel mismo instante con su lucha intensa. Con rápido impulso tomó a Lucrecia de la mano, hizo que se levantara y se volvió hasta el palco imperial.

—¡Gran emperador! — gritó con voz clara y fuerte. — Me dijiste que pidiera lo que deseara prometiéndome concedérmelo. Perdona, pues a esta joven cristiana y deja que vuelva al lado de su anciano padre.

Instantáneamente vibró el circo sacudido por la intensidad de los aplausos y los gritos entusiastas de todo el público. Mientras duró la ovación el emperador miró a Harl mordiéndose los labios furioso e impotente. Se veía como cazado en una trampa; no le quedaba más camino libre que el de mostrarse misericordioso con una joven que pertenecía a la secta de los cristianos a la que tanto odiaba.

—¡Ese es el deseo de mi pueblo! — gritó en cuanto le fué posible hacerse oír. — ¡La joven está en libertad! En cuanto a tí, joven britano, podrás satisfacer a tu gusto tu afición a los juegos atléticos. ¡Serás gladiador! Yo te confiaré al maestro y con él estarás hasta que hayas aprendido los deberes de aquellos que están reservados para morir para mayor contento y placer del público.

Estalló otra ovación delirante con la que el público manifestó la admiración que le inspiraba el atlético y valiente joven. Resonaban todavía los aplausos cuando Harl sintió que le vencía una creciente debilidad. En vano quiso luchar contra ella: se desplomó en la arena y perdió el conocimiento.

EN LA ESCUELA DE GLADIADORES

Harl fué conducido de la arena a una habitación de la Escuela de Gladiadores cuyo edificio estaba a distancia relativamente corta del Circo Máximo. Allí el joven britano permaneció en el lecho durante más de una quincena, fluctuando entre la vida y la muerte. El león le había lacerado gravemente el pecho y los hombros, y la inflamación de las heridas le produjo una fiebre muy alta y qué duró muchos días.

Sempronio el maestro había simpatizado con el joven y le había cuidado con tanta

Látigo Negro...
Látigo Negro...
¿QUIEN ES
Látigo Negro?

Látigo Negro

Es la pesadilla de los criminales y malvados.

Lea esta emocionante obra en

PUCKY

habilidad, que había apresurado todo lo posible la curación de las heridas, habiendo atendido de tal modo a la cicatrización de éstas, que casi no dejaba señales en el cuerpo atlético del joven Harl.

La existencia que comenzó luego para Harl le resultó en conjunto, satisfactoria y placentera. No tenía que sufrir las vejaciones de que era víctima en casa del general Julio Métulo, y lo que hacía era más agradable para su orgulloso espíritu britano.

Era todavía esclavo, pero estaba en condiciones que rara vez se lo recordaban. Los gladiadores constituían un grupo de hombres valientes y nobles, elegidos por su físico y de todas las nacionalidades del mundo. Un ambiente de buena camaradería y de orgullo de su reputación y de su profesión, reinaba entre ellos.

En realidad pertenecían al emperador y a su mandato debían presentarse en la arena y hacer lo que se les ordenase como si fuesen otros tantos muñecos. Sempronio también aún cuando era un anciano y famoso gladiador, también tenía que figurar a veces en las peleas.

Harl no abandonó de ningún modo su propósito de escaparse cuando comenzó aquella nueva existencia. Consideró que sus probabilidades serían entonces más favorables y que vigilando constantemente encontraría, por fin, un modo de poderse fugar de allí.

Excepto en algunos momentos de nostalgia no lamentaba haber hecho el sacrificio de su libertad sobre todo por que supo por Sempronio que Nerón había cumplido realmente su palabra y había hecho que Lucrecia saliese sana y salva de la ciudad dejando que fuera a reunirse con su anciano padre.

El comedor y los dormitorios de los gladiadores estaban unidos a la escuela y como constituían por la libertad parcial de que gozaban, una formidable clase social. las autoridades habían puesto cerca de allí un cuartel en el que se alojaba la guardia imperial.

La Escuela de Gladiadores era un edificio muy grande y cuadrado, alumbrado y ventilado por la parte de arriba, con el suelo cubierto por una capa de arena de varias pulgadas de espesor. Pesas, barras, clavos y otros útiles por el estilo veíanse en profusión, apoyados a las paredes. De trecho en trecho había, colgadas en perchas especiales, filas de mortíferas armas y de armaduras. No faltaban ni las barras para saltar ni las paralelas ni los maniquíes de madera para ejercitarse en el manejo de la espada.

Allí se pasó Harl la mayor parte del tiempo durante los siguientes cinco meses, ejercitándose bajo la constante vigilancia del maestro, practicando constantemente con toda clase de armas, endureciendo sus músculos y dando elasticidad a los brazos y las piernas, y Sempronio el maestro le profetizó un brilante porvenir.

Como el joven britano no era ni orgulloso ni jactancioso, gozaba de las simpatías de sus camaradas y llegó a ser íntimo amigo de

algunos de ellos. Había en la escuela, sin embargo, un tipo sombrío y de mal genio que envidiaba y odiaba a Harl. Era nativo del Norte de Italia y se llamaba Laro Tarquino. Ocupaba el puesto de jefe de los gladiadores, puesto que se había conquistado mediante numerosas hazañas de fuerza y el gran número de muertes que había realizado en los combates del Circo Máximo.

Tarquino veía en peligro su autoridad, pues Harl era considerado ya como un adversario muy peligroso para él. Sempronio, sin quererlo azuzaba a Tarquino elogiando al joven britano, y manifestando que hacía muchísimos años que no tenía un discípulo tan aventajado y del que tanto se hubiera podido esperar.

De no haber vigilado constantemente el maestro aquellos dos hombres, hubieran terminado batiéndose a muerte. Pero Sempronio tuvo buen cuidado de evitar que sucediera esto, y todo se limitó a violentos cambios de palabras y no menos violentas amenazas. En esas discusiones, Tarquino era siempre el agresor, pues Harl procuraba, por todos los medios posibles no excitar el furor de su enemigo.

Así pasaron el invierno del año 63 y la primavera del 64 y durante todos esos meses hubo pocas reuniones en el Circo Máximo. En Abril, Nerón se propuso complacer nuevamente al populacho mediante fiestas atléticas y entonces demostró Harl que los elogios que de él hacía Sempronio no eran infundados ni exagerados.

Aquella época de la vida del joven britano fué una sucesión no interrumpida de triunfos y toda Roma lo elogiaba con entusiasmo que rayaba en fanatismo. Harl no tomaba parte en los combates de conjunto, pero una y otra vez se presentó en la arena para combatir contra alguno de sus más famosos compañeros gladiadores.

Salió vencedor en veinte o más de esos encuentros no sin recibir, por cierto, más de una herida. Lo que más le complacía era ver como se entusiasmaba el público con las proezas de su favorito y casi siempre le permitía mostrarse misericordioso con el adversario vencido. El joven britano no podía olvidar que peleaba con camaradas y la actitud del pueblo a este respecto le era sumamente agradable.

En los últimos días de Mayo le tocó pelear por primera vez con Laro Tarquino y toda Roma recordó durante largo tiempo aquel combate. El público dividióse en dos bandos y se cruzaron importantes apuestas, pues se sabía que los dos combatientes eran rivales, por voluntad de Tarquino, no de Harl, por cierto.

Harl fué a ese combate sin grandes esperanzas de triunfar dada la ferocidad, la fuerza y la tenacidad de su adversario. En realidad sangrábanle más de seis heridas cuando logró desarmar a su contrario y arrojarlo vencido a la arena. Como Tarquino había peleado con desesperado valor y era un atleta demasiado valioso para que se le hiciera morir en la arena, el público avanzó su mano derecha con el pulgar hacia arriba, lo que significaba que pedía que se le perdonara la vida.

El vencido y furioso gladiador se retiró del circo como un perro azotado y Harl le siguió oyendo con satisfacción y orgullo los aplausos y las aclamaciones que le dedicaba el público.

Tardó una semana, el joven britano, en curar de sus heridas y en seguida volvió a la arena donde se conquistó nuevos laureles. Era creencia general, entonces, que no existía en todo el mundo un hombre que fuese superior a él en pericia y en fuerza. Cada vez que peleaba no podía encontrarse nadie que quisiera apostar contra él a pesar de todas las ventajas que pudieran ofrecerse.

Laro Tarquino no se le volvió a ver en la arena porque después de su derrota se lo compró al emperador un adinerado romano llamado Tubio Galba. Este hombre. — según le informó Sampronio a Harl, — tenía en su casa un circo pequeño y mantenía a un grupo numeroso de gladiadores para hacerles pelear proporcionando así diversión a su amo y a sus amigos. Allí, probablemente, Tarquino reinaría como jefe supremo.

Con frecuencia, cuando miraba hacia el público del anfiteatro después de una costosamente ganada victoria Harl había visto el odioso rostro de Marcos Galerio que le miraba malignamente o el del elegante Quinto Sulla. En una ocasión vió a Rufo Métulo y le pareció notar una expresión de remordimiento y de conmiseración en su mirada.

EL GLADIADOR DESCONOCIDO

Una tarde del mes de Junio, en el momento en que los gladiadores salían de su escuela, Sempronio llevó a Harl, hacia un rincón misteriosa y secretamente.

—Tengo una noticia que darle, joven, — dijo, — aún cuando tal vez usted ya haya oído hablar de la novedad.

Harl movió negativamente la cabeza.

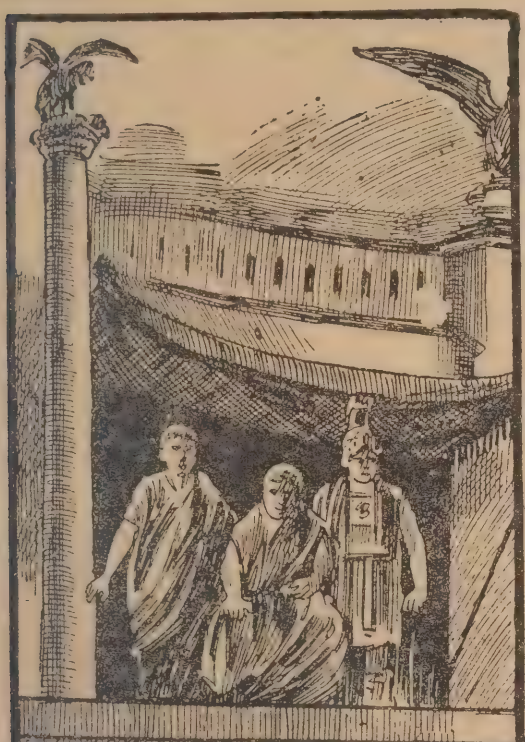
—No he oído hablar de novedad alguna, maestro, — dijo. — ¿Se trata tal vez de algo relacionado con la joven cristiana?

—¡Lejos de eso! — dijo Sempronio, riendo con desprecio. — ¿Recuerda usted a Tulio Galba, el riquísimo romano de quien le hablé cuando compró a Laro Tarquino?

Harl inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Ese Tulio Galba se jacta hace tiempo de poseer un esclavo capaz de hacer frente a cualquiera de los gladiadores de Roma, — contestó Sempronio, — y según he sabido particularmente el hombre es digno de las jactanciosas alabanzas de su dueño. Se dice que lleva un año ejercitándose y que ha vencido con la mayor facilidad a todos los gladiadores de Tulio Galba. Es difícil para nosotros conocer la verdad a ese respecto porque los que han asistido a las peleas realizadas en el circo particular de Galba prometieron antes no decir absolutamente nada respecto a cuanto vieron allí.

—¿De qué raza es ese hombre? — preguntó Harl.



—Eso no se sabe de cierto, — declaró Sempronio, — unos dicen que es galo, otros que britano y hace uno o dos días que aseguraron que es griego, procedente de Atenas.

—¿Por qué rodean de tanto misterio a ese individuo? — exclamó Harl. — Si es todo lo que los rumores dicen, Tullo Galba debía sentirse orgulloso de poder hacerlo público, para que todos supieran que posee un gladiador de primer orden.

—Al contrario, — replicó Sempronio, — lo lógico es que procure ocultarlo el mayor tiempo posible. Teme que el hecho llegue a conocimiento de Nerón y que el emperador lo quite el esclavo para mayor brillo de las fiestas del Circo Máximo. El emperador tiene respecto a la propiedad ajena un criterio muy particular y se apodera de lo que le gusta cuando le da la gana sin tener en cuenta la voluntad de su dueño.

—"¡Y esto es lo que ha sucedido! — añadió Sempronio. — Nerón visitó a Tulio Galba y después de haber visto al esclavo en cuestión ordenó que se batiese con usted en el Circo Máximo. Galba no se atrevió a hacer observación alguna y el encuentro ha sido fijado para dentro de dos semanas.

—¡Estoy dispuesto a combatir con él! — dijo en seguida Harl.

—¡Y a vencerle! — exclamó Sempronio. —No tenga temor alguno pues voy a ejercitarle a usted muy especialmente, en se-

Los dos combatientes pelearon, acercándose mucho el uno al otro durante más de cinco minutos, levantando raudales de arena, atacándose con fiereza pero sin que se derramara una sola gota de sangre.

guida. Estoy seguro de que he de lograr ponerle a usted en condiciones que le hagan doblemente eficiente de cuanto lo ha sido hasta ahora.

¿Por qué dice usted eso, Sempronio? — preguntó Harl con curiosidad.

—Por esta razón, joven, se de buena fuente que fué Laro Tarquino el que llevó a Nerón la noticia de que Tulio Galba tenía en su casa a tan notable gladiador. Galba no sospecha esto; si llegara a saberlo, Tarquino pasaría un rato muy malo.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! — exclamó Harl. — ¡Lo ha hecho por venganza! Tarquino quiso que se combinara nuestro combate con la esperanza de que yo sea vencido y matado. Espero que sufrirá un desengaño, Sempronio y espero también que se halle presente para que lo vea.

—Es usted inteligente, joven, — dijo Sempronio Eso ha sucedido realmente. Desde su derrota, Tarquino le odia a usted aun más que antes. Dicho sea de paso, se han establecido para el combate muy raras condiciones. Ustedes dos deben pelear con cascos puestos y con la visera calada, de modo que sólo se les vean los ojos. Además usted debe ponerse una coraza que le cubra el pecho.

—¡Sí que son raras esas condiciones! — dijo Harl. — Parecen ocultar algún propósito que no comprendo. No es posible, Sempronio que ese gladiador sea el mismo Tarquino que se haya preparado especialmente para ese duelo.

—En el primer momento yo pensé lo mismo, — replicó Sempronio, — pero luego he cambiado de opinión. No, su adversario no será Tarquino Eso de los cascos con la visera calada y la coraza tiene una acertable explicación. Con esas defensas el duelo tendrá que durar más tiempo y que ser más encarnizado, proporcionando al público mayores emociones.

—Es cierto, — admitió Harl. — Pelear así no es combatir como en un circo, es pelear como en la guerra. Supongo que las armas serán espadas, de fijo.

Sempronio inclinó afirmativamente la cabeza.

—Ahora hemos de separarnos, muchacho. Coma y beba con suma discreción y procure dormir mucho y bien. Mañana comenzaremos a trabajar con toda actividad En estas dos semanas usted no se presentará en la arena.

Sempronio cumplió su palabra. Dedicó las mañanas y las tardes, por entero, al joven britano entrenando rigurosamente su inteligencia y sus músculos, enseñándole golpes nuevos y moderando la ejecución de los ya conocidos. Sentíase encantado el ver los progresos que hacía su discípulo, pero, a pesar de todo, no podía ocultar su ansiedad. Se comprendía que los datos que secretamente recibía respecto al gladiador de Tulio Galba le hacían dudar respecto al resultado final del combate.

El día decisivo amaneció despejado y los candentes rayos del sol de Julio cayeron implacables desde un cielo enteramente sin nubes. Era aquel un día que Roma había de recordar durante mucho tiempo y que estaba destinado a ser memorable en los anales de la historia.

Pero nada se hallaba más lejos del pensamiento del populacho que la sombra de muerte y de desolación que se cernía sobre la orgullosa ciudad Desde las primeras horas de la mañana la riqueza, la hermosura y el orgullo de la ciudad se dirigió, procedente de todos los rumbos y como incesante corriente, hacia el Circo Máximo

A las doce del día el enorme edificio estaba repleto de una concurrencia tal como nunca la había habido y centenares de personas estaban reunidas afuera, esperando entrar.

Porque durante la primera quincena Roma no había hablado más que del combate decisivo de su gladiador favorito y aún cuando figuraban en el programa de la fiesta muchos combates más, todos ellos resultaban insignificantes comparados con el encuentro culminante.

El público esperó durante muy largo rato y luego manifestó su impaciencia gritando vociferando, sin cesar.

El sol enviaba sus cálidos rayos verticales y pasaba por entre las junturas de los grandes toldos puestos sobre el circo para resguardar al público. Pero el calor y el amontonamiento de gente era tal, que muchos espectadores se desmayaron y tuvieron que ser sacados al exterior. Al comienzo de la tarde, sin embargo sopló una brisa bastante fresca y esto unido a que los rayos del sol descendían oblicuamente por que el astro bajaba ya hacia el Oeste, el ambiente del anfiteatro, se hizo más soportable.

Nerón llegó dos horas después de la designada para dar comienzo al espectáculo y cuando se presentó en el lujosamente adornado palco imperial, seguido de sus numerosos servidores parecía que tuviera la mente fija en algo que sucediera muy lejos de allí Se vió en sus labios una sonrisa cruel cuando miró distraídamente hacia la arena Ni el homenaje del pueblo ni los sonidos de las trompetas que dieron la señal de comenzar la fiesta parecieron despertar en él ni aún el menor interés.

En muy pocas ocasiones se había visto en el circo escenas como las que allí se desarrollaron aquella tarde del mes de Julio.

Primero fué entregado a varios leones hambrientos un pequeño grupo de cristianos; a esto siguió, en rápida sucesión, un combate de grupos de gladiadores, combates con bestias feroces y varias series de carreras de carros.

Una larga espera se produjo porque dos elefantes que fueron sacados a la arena se negaron decididamente a pelear y luego se opusieron no menos decididamente a retirarse de la arena. Cuando, por fin, volvieron a su encierro y la arena estuvo limpia para la realización del último acontecimiento de la tarde el sol se hallaba ya cercano del horizonte.

Un murmullo que no tardó en cambiarse en una gritería infernal, saludó la presencia del gladiador favorito de Roma y de su muy elogioso adversario. Salieron de puntos distintos el circo dirigiéndose al centro de la arena deteniéndose al encontrarse el uno a diez pasos del otro.

Lo único que la concurrencia pudo ver fué a dos figuras atléticas con la cabeza cubierta con cascos de bronce y el pecho protegido por corazas de cuero endurecido. Cada uno de ellos tenía una espada de dos filos en la diestra y un escudo de cuero en el brazo izquierdo.

Harl miró con curiosidad a su enemigo y notó que era casi de su misma estatura y que sus relucientes ojos eran azules. El otro miró con igual interés a Harl.

El público dejó de aplaudir y hacía apuestas que demostraban la confianza que tenían todos en la victoria del joven britano.

Nerón casi no miró hacia la arena. Conversaba en voz baja con algunos de los esclavos que acababan de llegar del palacio del emperador y de entrar en el palco imperial. Se notaba que le tenía preocupado algo que consideraba más importante que cuanto podía acontecer en la arena del circo.

A corta distancia del emperador estaba sentado, en el palco imperial, Tulio Galba, el cual tenía a su lado, como sirviente a Laro Tarquino.

A Harl le llamó la atención el ver a Tarquino junto a su dueño pues no había abandonado la idea de que su contrario podía ser Tarquino en persona.

Después de una breve pausa, los dos gladiadores saludaron al emperador primero y luego al público. Se pusieron en guardia fija la mirada de cada uno en su contrario. Durante unos segundos no se movió ninguno de los dos: del público se elevó un murmullo de espectativa cuando uno de los gladiadores, — el de Tulio Galba, — comenzó a avanzar.

Avanzó con el cuerpo algo encogido, con la espada en una mano y el escudo en la otra. De improviso se lanzó hacia adelante con la rapidez de una flecha disparada por poderoso arco.

HARL VENCE Y RECONOCE AL GLADIADOR ENMASCARADO

Harl había esperado precisamente un repentino ataque como el de su adversario. Mediante un hábil movimiento de su escudo interceptó el golpe que le fué dirigido al cuello; en seguida su espada brilló en lo alto y cayó, rebotando en la coraza que defendía el pecho de su contrario.

Los dos bien preparados combatientes dirigieron y pararon golpes a corta distancia el uno del otro y durante cerca de cinco minutos fueron de un lado a otro de la arena, oyéndose el ruido del golpear de las armas, pero sin que se hubiese vertido sangre hasta aquel momento.

Nerón, abandonando su indiferencia contempló la pelea con grandísimo interés. El público, viendo que las fuerzas de los combatientes se equilibraban y que los dos eran igualmente hábiles y valientes, gritó y aplaudió excitadísimo, cruzándose nuevas apuestas sobre el resultado final de la pelea.

Por fin Harl consiguió burlar la guardia de su adversario y herirle un hombre con la espada. Al ver sangre el populacho gritó y palmoteó y un grupo de unos doscientos gladiadores que se hallaba a un lado de la arena se unió entusiastamente a los aplausos, demostrando la simpatía que les inspiraba el joven britano.

La herida no era profunda y el gladiador desconocido no le dió importancia. Sin hacer caso de la herida que le sangraba, lanzó un grito de furor y se precipitó contra Harl, y éste saltó a un lado. Esto se repitió dos veces.

Los dos gladiadores se acercaron más el uno al otro y tras de un furioso y rápido intercambio de golpes, Harl retrocedió sangrándole una herida que tenía en el muslo.

Al ver esto Tulio Galba y Laro Tarquino comenzaron a gritar y a aplaudir y los aplausos se extendieron hasta que toda la concurrencia del anfiteatro estuvo gritando y aplaudiendo, rugiendo con verdadero salvajismo.

Harl se retiró rápidamente y se atajó con el escudo un terrible golpe. Avanzó luego contra su contrario con la misma tranquila frialdad que había mostrado al comienzo del combate. La herida parecía haberle dado más aplomo y serenidad.

La excitación del público se hizo aun mayor al ver que los dos gladiadores retrocedían cada uno a us vez, avanzaban luego describiendo círculos el uno en torno del otro. Ambos peleaban apasionadamente. Los ojos les relucían chispeando. Golpe trás golpe cayó pesadamente y resonaron fuertes al encontrarse metal contra metal o al dar las espadas en el cuero endurecido de los resistentes escudos.

Los cascos y las corazas hacían alargar la pelea más y más tiempo. Pero el final del combate estaba más cerca de lo que se figuraban los espectadores.

Había transcurrido ya un cuarto de hora desde el comienzo de aquel terrible duelo. Aun cuando ninguno de los dos adversarios había sufrido heridas importantes, ambos sangraban por una docena de heridas leves infligidas por las filosas espadas.

El movimiento de ambos de un lado a otro se desarrollaba sobre la arena manchada de sangre. Seguían atacándose furiosamente. De repente un desesperado golpe atravesó de lado a lado el escudo de Harl y cuando su contrario retrocedió le arrancó el escudo del brazo. El escudo estaba adherido a su espada y el gladiador dió varios golpes al aire, procurando desprender el escudo de la hoja.

Harl avanzó entonces y dirigió un tremendo golpe al indefenso abdómen de su contrario; golpeó demasiado arriba y su espada dió con tal fuerza en el borde de la coraza que le dejó el brazo zumbando y como dormido.

El otro gladiador había logrado librarse del escudo y con un golpe terrible dió con la espada en el casco de su contrario, hundiendo el metal y haciendo que el joven britano cayera de rodillas.

Harl, de un salto, estuvo en seguida de pie y logró evitar otro golpe de su contrario saltando hacia un lado. Corrió algunos rápidos pasos, como si huyera, después se detuvo y volvió

Lanzando un grito se lanzó sobre su sorprendido adversario y éste casi no tuvo tiempo de levantar el brazo. Esto le evitó recibir una herida mortal pero el golpe que interceptó entonces fué tal que su espada se le escapó girando por el aire, de la mano.

Instantáneamente levantó Harl su arma dejándola caer por segunda vez, pero su adversario esquivó de nuevo un golpe que era mortal. El filo de la espada del britano le dió en lo alto del casco, cuyo metal tenía sin duda algún defecto. El casco se partió en dos pedazos y su gladiador desconocido se desplomó de espaldas. ¡Estaba vencido!

La ovación del público fué tan furiosa y entusiasta que Harl sonrió orgulloso bajo su máscara de bronce. Le era grato darse cuenta de que había confirmado su derecho a considerarse el gladiador favorito de Roma.

Miró hacia donde estaba Tulio Galba y Laro Tarquino y pudo ver, cuando ya comenzaba a oscurecer, una expresión de salvaje y amargo enojo en el rostro de ambos. Saludó entonces a Nerón y después miró a su adversario que se había incorporado, apoyándose en un codo.

Se oyó un terrible grito que vibró por encima de toda la gritería del público. Con un rápido movimiento Harl se quitó el casco y se arrodilló junto al vencido gladiador.

—¡Hamo! ¡Hamo! ¡Hamo! — exclamó. — ¿Eres tú, hermano mío, o estoy soñando?

—¡Harl! — exclamó el otro levantándose un poco más. — ¡Tú, con vida! ¡Qué los dioses me lo perdonen pues de haber podido, te hubiese dado muerte!

No hablaron más. Una ola de tiernos recuerdos les ahogó la voz en la garganta y les cubrió los ojos de una niebla de lágrimas Los dos hermanos que de modo tan extraño volvían a verse permanecían uno junto al otro, tomados de la mano, enteramente ajenos a los gritos de doscientos mil espectadores entusiastas.

La escena era emocionante. El público suponiendo con razón que su favorito había encontrado un amigo o un pariente en su adversario, gritó y aplaudió aun más fuerte. Nerón miraba distraído desde lo alto de su palco mirando de vez en cuando hacia arriba o hacia atrás. Laro Tarquino, que estaba al tanto de la verdadera situación temblaba de pies a cabeza de furor, de rabia y de despecho.

Cuando poco a poco cesaron los aplausos y reinó un relativo silencio los dos gradiadores se dieron cuenta de donde estaban y de la amargura y tristeza de su actual situación. Con expresión de indescriptible emoción en su rostro, Harl se puso de pie, Había llegado el momento de que el público, levantando o bajando el pulgar de la mano derecha indicara si debía perdonar o matar a su adversario, a su hermano mellizo.

Miró primero al emperador y en el momento en que saludaba, una repentina sombra le hizo dirigir la vista hacia arriba. En el cielo azul donde ya no brillaba el sol una masa de humo amarillento fluctuaba, extendiéndose con lentitud.

La creciente oscuridad hizo que el público mirara también hacia el cielo. Los espectadores se olvidaron de que el vencido gladiador esperaba su sentencia de vida o muerte y un bajo murmullo de miedo y de asombro corrió de un extremo a otro del vasto anfiteatro.

En medio de aquel relativo silencio pudo oírse, — procedente del exterior, — una gritería inexplicable que fué creciendo por momentos como si se acercara cada vez más al circo. Era algo parecido al rugir de las olas en una costa acantilada.

Se notó repentina agitación en el palco imperial en el cual acababan de entrar dos o tres personas. Hablaron a Nerón en voz baja y el emperador se levantó apresuradamente de su sillón retirándose en seguida y a toda prisa seguido de los soldados de su guardia y de sus esclavos.

El enorme público se puso de pie como un solo hombre y en el grave y tétrico instante siguiente, el ruido procedente del exterior fué como el de la carga de un ejército muy numeroso y repentinamente enloquecido. Por una de las puertas principales del circo entró en la arena un grupo de excitados ciudadanos.

(Continuará).

PUCKY

MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662
Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

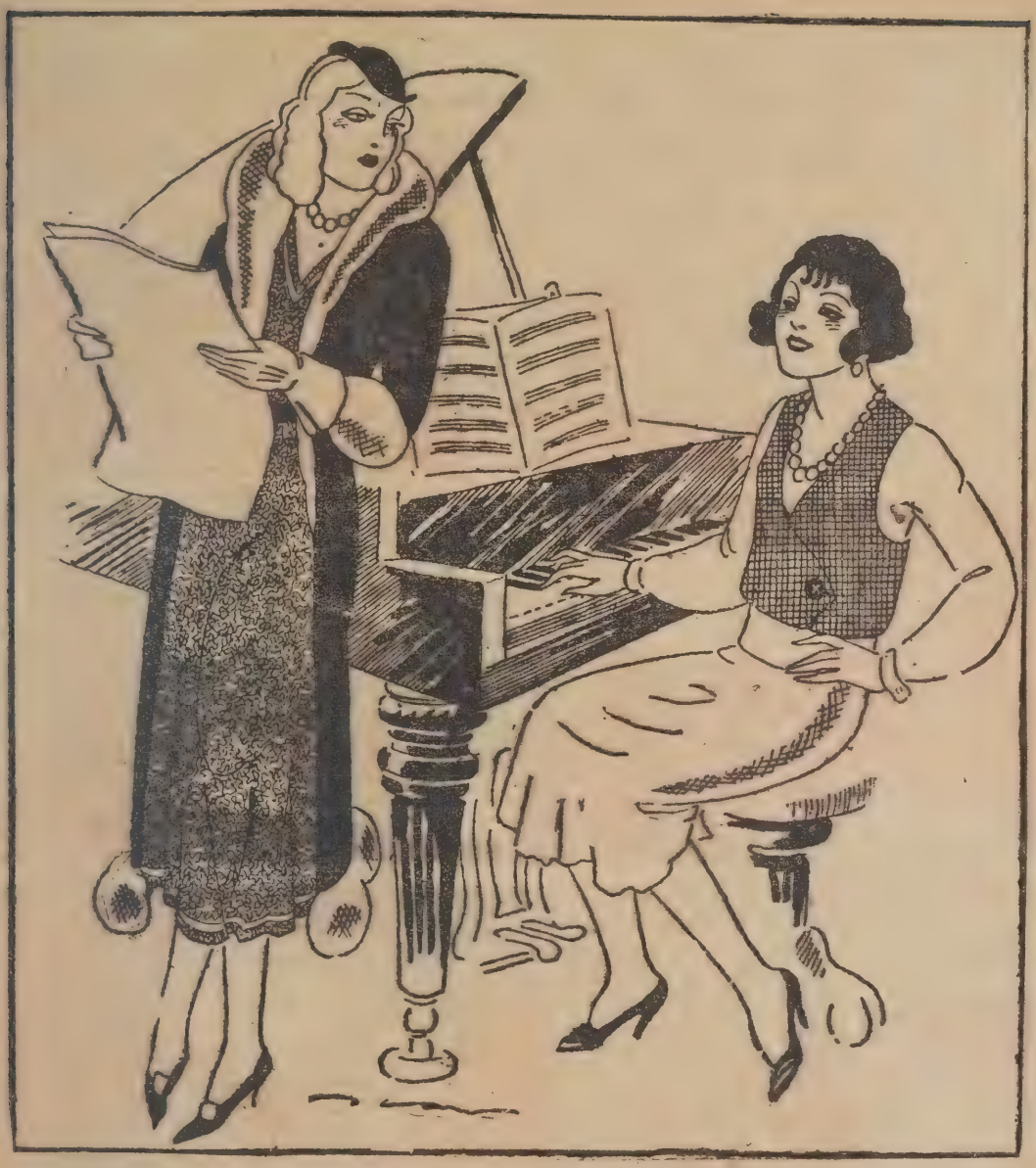
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado . . .	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
Suscripción por 6 meses (26 números)	„ 4.80
Suscripción por 1 año (52 números)	„ 9.00

Exterior

España, América del Sud, Central y del Norte (1 año)	$ 9.00
Otros países	„ „ 12.00

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



—¿Qué es lo más difícil del piano para ti?
—Pagar los plazos.

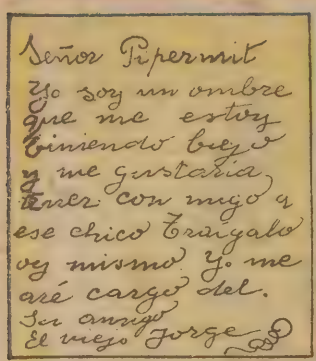
En el próximo número de PUCKY continuará:

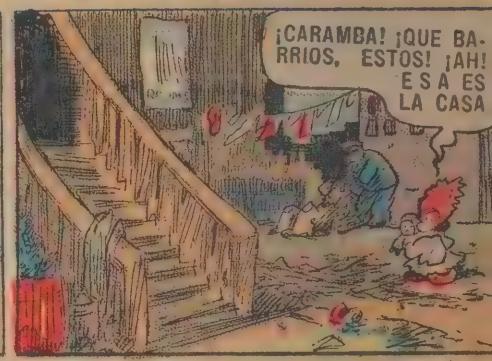
ALIAS "LA ENREDADERA"

Por H. CLEVELY

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT

POR BILLY DEBECK





Se necesita un hogar para un niño

UNA VEZ MAS, PIPERMIT BUSCA UN HOGAR PARA LA CRIATURA QUE ENCONTRO HACE TIEMPO ABANDONADA. ¿LO HALLARA?